

KISSINGER



MIS
MEMORIAS

Henry Kissinger

MIS MEMORIAS

VOLUMEN II

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANCO
CATALOGACION

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANCO
DEPTO. DE ADMINISTRACION

EDITORIAL ATLANTIDA S.A.
Azopardo 579 - Buenos Aires - Argentina.

32723
K47m1
vol. 2

1001-908

142751

Título original: Years of Upheaval.

Traducción: Realizada por el equipo de traductores de Editorial Atlántida S.A.

Copyright 1982 de Henry Kissinger.

Copyright 1982 de Editorial Atlántida S.A. de Buenos Aires.

I.S.B.N. 950-08-0077-2

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida de ninguna manera, electrónica o mecánica, incluido sistemas de almacenaje y recuperación de datos, sin permiso escrito del Editor, excepto por un crítico que podrá citar breves pasajes en un comentario.

Primera Edición

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723.

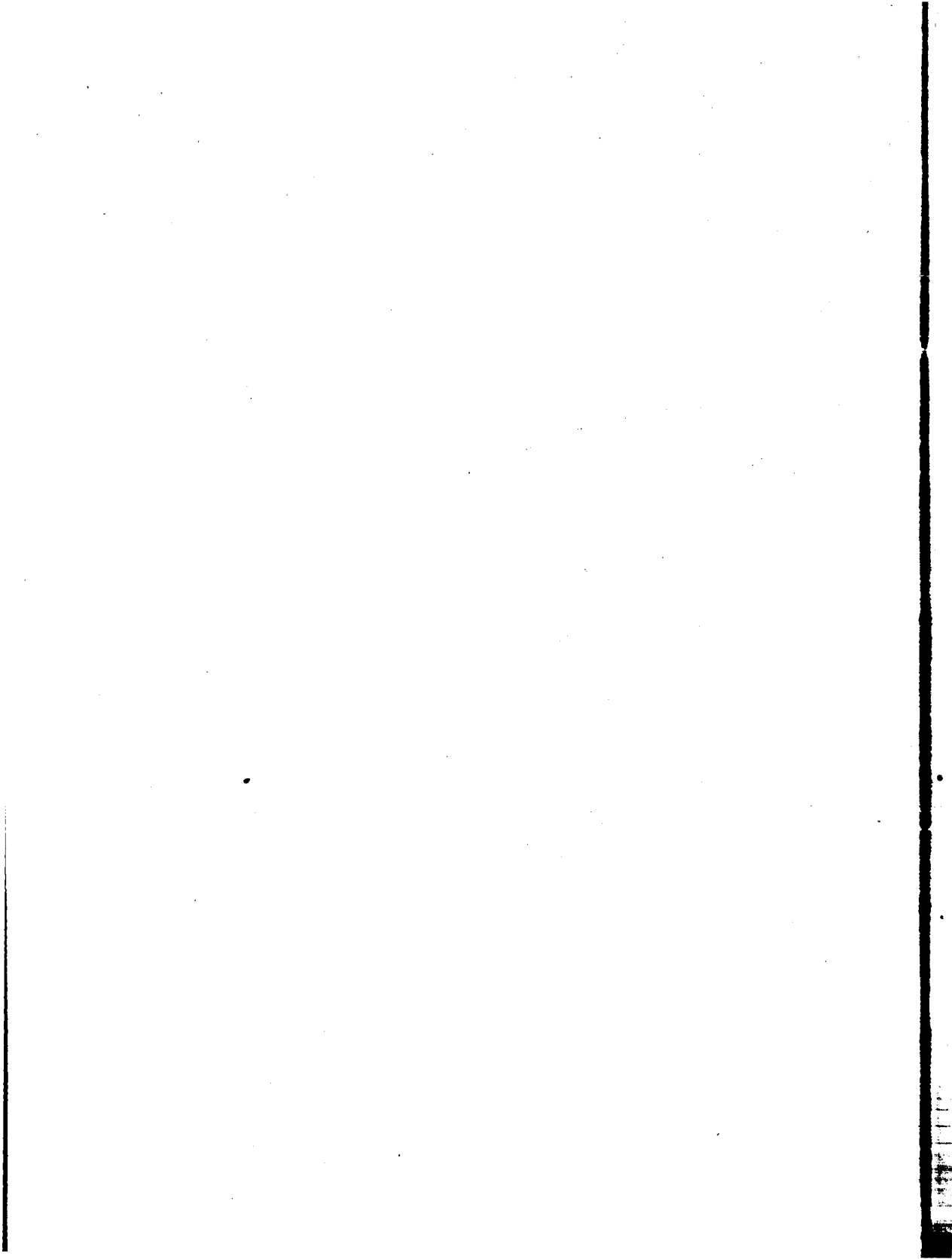
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.

TAMBIEN POR HENRY KISSINGER.

- *Un mundo restaurado* (Fondo de Cultura de México, 1973).
- *Armas nucleares y política internacional* (Ediciones Rialp, 1962).
- *The Necessity for Choice: Prospects of American Foreign Policy.*
- *Crisis de la seguridad europea* (Dopesa, 1973).
- *Política exterior americana* (Plaza y Janés, S.A., 1970).
- Como editor: *Problems of National Strategy: A Book of Readings.*
- *For the Record Selected Statements 1977-1980*
- *Mis Memorias. Vol. 1º* (Editorial Atlántida S.A. 1979)

**MIS
MEMORIAS**
VOLUMEN II

A Nancy



Sumario

PROLOGO	9
I. UN MOMENTO DE ESPERANZA	13
Decisión en la piscina, 13 - Oportunidad perdida, 14.	
II. UNA VISITA A HANOI	18
- El Acuerdo de París, 18 - Una visita a Bangkok, 21 - El dilema de Camboya, 23 - Una visita a Vientiane, 25 - Una misteriosa visita a Hanoi, 29 - Pham Van Dong, 33 - Ayuda económica, 40.	
III. CHINA: OTRO PASO HACIA ADELANTE	47
Retorno a Pekín, 47 - Oteando el horizonte, 56 - Las Oficinas de Enlace, 60 - Un encuentro con Mao, 62 - Conclusión, 67.	
IV. EL GRAN IMPACTO DE WATERGATE	69
Un rudo despertar, 69 - El legado de Vietnam, 76 - Watergate se precipita, 82 - Haldeman y Ehrlichman: los indeseables, 85 - La desintegración de la Casa Blanca, 90 - La transformación de la administración Nixon, 94 - El sistema de grabación, 98 - Los <i>plomeros</i> y los micrófonos ocultos, 101 - El impacto en la política exterior, 107	
V. EL AÑO DE EUROPA	112
Orígenes, 112 - Las relaciones atlánticas deterioradas, 114 - La fase exploratoria, 119 - El discurso del Año de Europa, 131 - Jobert nos condujo al peligro, 140 - Témpanos en Reykjavik, 146 - Esperando a Jobert, 157 - El año que nunca fue, 165.	
VI. EL MEDIO ORIENTE EN EBULLICION	167
¿Tiempo para una nueva iniciativa?, 167 - Preparándose para Ismail: un minué diplomático, 175 - Ismail en Washington, 179 - Hussein, 184 - Golda Meir, 187 - Segunda reunión secreta con Ismail, 189	
VII. <i>DETENTE</i> : DE ZAVIDOVO A SAN CLEMENTE	194
<i>Détente</i> : ¿En qué consistía?, 199 - Granos y emigrantes, 208 - Misiles y fantasías, 216 - El estancamiento del Salt II, 221 - El Acuerdo sobre la Prevención de una Guerra Nuclear, 230 - La visita de Brezhnev a Norteamérica, 240 - Resumiendo, 250	

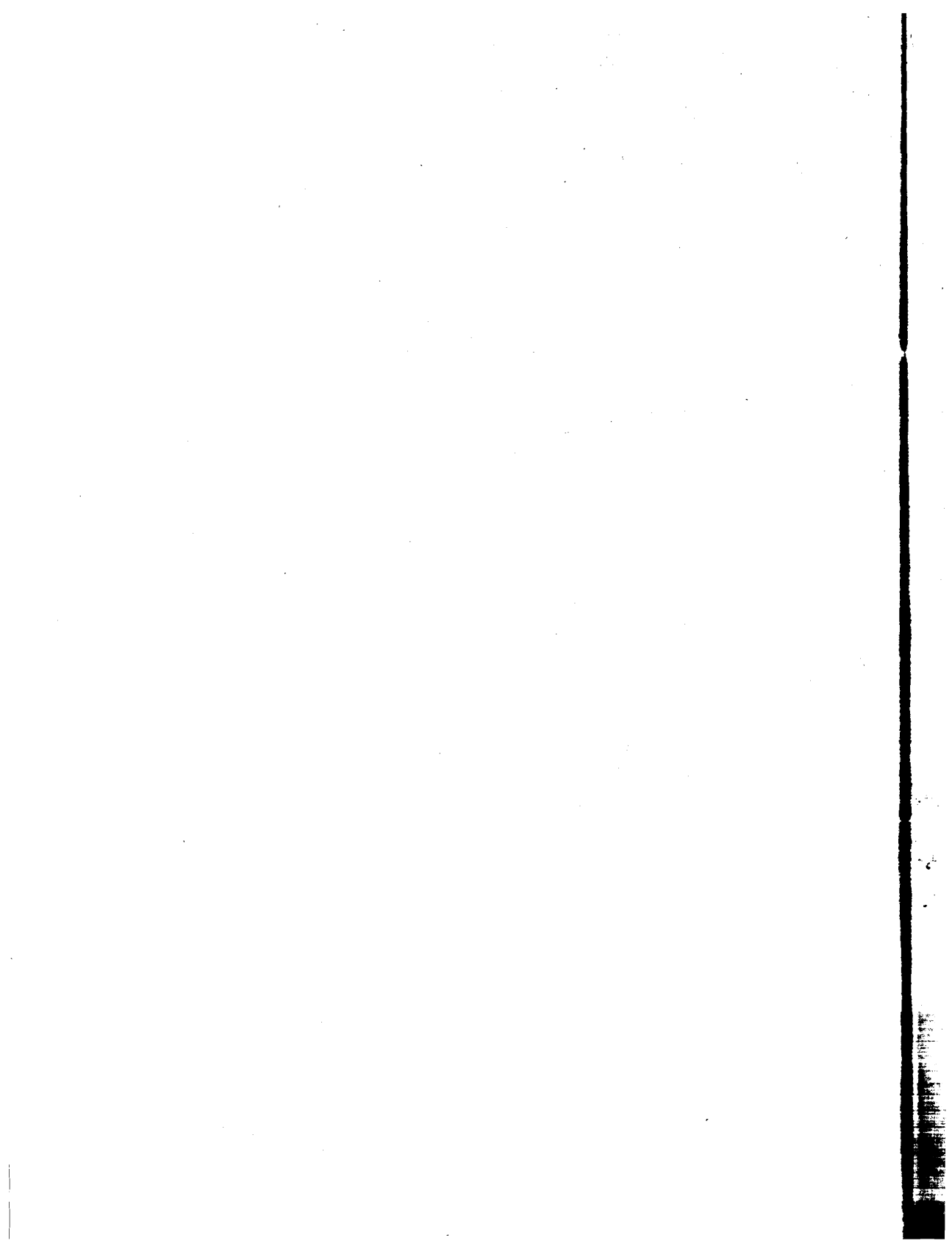
VIII. INDOCHINA: EL PRINCIPIO DEL FIN	252
Promesas rotas, 252 - Thieu visita San Clemente, 258 - La represalia abortada, 263 - Una charada con Le Duc Tho, 273 - Camboya: una cierta hipocresía, 279 - La oportunidad perdida, 283 - El Congreso detiene el bombardeo, 295 - El desenlace de las negociaciones, 301 - El Premio Nobel de la Paz, 308	
IX. CHILE: LA CAIDA DE SALVADOR ALLENDE	313
Los Estados Unidos y Allende, 313 - Allende en el poder, 316 - 1972: La acelerada polarización de la política chilena, 320 - ITT y la crisis, 325 - 1973: La crisis final de Allende, 331 - Los militares comienzan a moverse, 335 - El golpe, 337 - La reacción de Washington, 340	
X. SECRETARIO DE ESTADO	347
Crisis del Ejecutivo, 347 - A la espera del Senado, 354 - Sesiones para la confirmación, 356 - El Departamento de Estado, 362 - El Servicio Exterior, 370 - Me hago cargo del Departamento de Estado, 372.	
XI. LA GUERRA DEL MEDIO ORIENTE	376
Un despertar para todos nosotros, 376 - Por qué fuimos sorprendidos, 384 - Dándole forma a una estrategia, 391 - 7 de octubre: Un domingo de atoladero, 399 - Sadat entra en contacto, 402 - Octubre 8: De acuerdo con un libreto, 406 - Octubre 9-10: La situación toma un cariz sombrío, 410 - Octubre 11: Israel se introduce en Siria, 421 - 12-13 de Octubre: Se inicia nuestro puente aéreo, 424 - 13-14 de octubre: El fracasado cese del fuego, 431 - 14 de octubre: Controversia en el campo de batalla, 436 - 15-16 de octubre: la situación de un nuevo vuelco, 439 - 17 de octubre: hacia un cese del fuego, 446 - 18-19 de octubre: una invitación a Moscú, 451.	
XII. MOSCU, EL CESE DEL FUEGO, Y EL ALERTA	458
Viaje a Moscú, 458 - Acuerdo sobre el cese del fuego, 464 - Una tensa visita a Israel, 470 - El cese del fuego se desata, 477 - El alerta: 24-25 de octubre, 483 - La crisis se apacigua, 496 - Consecuencias, 503 - Perspectivas de paz, 513	
XIII. PRIMER LOGRO EN MEDIO ORIENTE	515
Fahmi y Golda, 515 - Contacto con la OLP, 523 - Mi primer viaje a Medio Oriente, 527 - El Acuerdo de los Seis Puntos, 529 - Anwar Sadat, 540 - Sisco y Saunders en Israel, 544 - Amman, 547 - Riyadh, 548	
XIV. EL INTERLUDIO DEL GOLFO PERSICO	557
XV. EL ECLIPSE DE CHOU EN-LAI Y OTRA CONVERSACION CON MAO	566
Chou en la mira, 566 - Otro encuentro con Mao, 575	
XVI. PROBLEMAS CON LOS ALIADOS	585
El final del Año en Europa, 585 - El impacto de la guerra del Medio	

SUMARIO

- Oriente, 591 - El Consejo de Atlántico Norte y el discurso de los Peregrinos, 604 - ¿Qué anduvo mal?, 610 - Las perspectivas japonesas, 615
- XVII. LA CONFERENCIA DE GINEBRA** 625
La estrategia, 625 - Las conversaciones acerca del Kilómetro 101 y el comienzo de la separación de fuerzas, 628 - El camino a Ginebra, 631 - Argel, 635 - El Cairo otra vez, 641 - Regreso a Riyadh, 647 - La primera visita a Damasco, 650 - Un respiro en Amman, 657 - El Líbano, 658 - Israel, 660 - La Conferencia de Ginebra, 662
- XVIII. EL PRIMER TORBELLINO: LA SEPARACION DE FUERZAS EGIPCIAS-ISRAELIES** 668
El origen de la diplomacia *torbellino*, 668 - Otra vez Watergate, 673 - Aswan: 11-12 de enero, 676 - Jerusalén: 12-13 de enero, 681 - El Departamento de Estado aéreo, 683 - De nuevo Aswan: 13-14 de enero, 686 - Termina el *torbellino*, 692 - La fase final, 700 - Akaba, Damasco y Tel Aviv, 706 - Por fin Washington, 711
- XIX. LA CRISIS ENERGETICA** 713
Los años de complacencia, 713 - La tormenta se avecina: 1970-1973, 717 - Los gobiernos de la OPEP se hacen cargo del control, 723 - La guerra de octubre y la energía: el primer impacto del petróleo, 728 - El segundo impacto del petróleo: Teherán y Kuwait, 738 - El fin del embargo, 745
- XX. LA ENERGIA Y LAS DEMOCRACIAS** 749
Una estrategia energética, 749 - Los ministros se reúnen, 757 - La Conferencia de Energía de Washington, 762 - Los consumidores se unen, 769 - La energía y las democracias, 771 - Otra explosión, 774.
- XXI. EL CAMINO A DAMASCO: OTRA MISION TORBELLINO** 783
El dilema soviético, 787 - Fahmi y Sakkaf visitan Washington, 791 - Una singular visita a Damasco, 796 - Drama en Israel, 800 - Regreso a El Cairo, 806 - Damasco otra vez: Assad se queda tranquilo, 809 - Riyadh, 812 - La opción jordana, 814
- XXII. EL DETERIORO DE LA DETENTE: UNA ENCRUCIJADA** 816
La détente atacada, 816 - La enmienda Jackson-Vanik, 821 - Los dilemas de la Defensa, 831 - El SALT de nuevo, 838 - Otra visita a Moscú, 849 - Conclusión, 856.
- XXIII. EL TORBELLINO SIRIO** 859
Enjaulando al oso, 860 - El mundo árabe, 863 - Preludio del *torbellino*, 865 - Una nueva visita de Dayan, 868 - El emisario sirio, 870 - El interludio libanés, 874 - Comienza el *torbellino*: la línea de tregua, 875 - La propuesta de los Estados Unidos, 902 - La limitación de fuerzas, 911 - La fase final: Damasco, otra crisis, 916 - La fase final: Israel, 922.

SUMARIO

XXIV. EL ULTIMO VIVA	931
La conferencia de prensa de Salzburgo, 931 - El viaje al Medio Oriente de Nixon, 942 - Más acusaciones, 957 - La conferencia en la cumbre de Moscú, 1974, 963	
XXV. EL FIN DE LA ADMINISTRACION	988
El largo viaje de regreso, 988 - Una crisis más, 994 - El final del camino, 999	
APENDICE	1019
NOTAS	1037



Prólogo

Una extraña combinación de circunstancias llevó a que yo quedara encargado del quehacer diario de la política exterior de nuestra nación durante el segundo período de Richard Nixon, un momento de ebullición sin precedentes en este siglo. Un presidente recién surgido de la segunda victoria electoral más grande de nuestra historia, estaba desplazado por una revolución desencadenada por sus propias e inevitables acciones. En medio de la desintegración de la presidencia de Nixon ocurrieron: una explosión en el Medio Oriente, disputas con nuestros aliados, una crisis energética, el desencadenamiento del acuerdo de Vietnam, y una amarga controversia interna sobre las relaciones EE.UU.-URSS. A los pocos meses afrontamos un tremendo colapso de autoridades locales y una lucha desesperada por evitar que los adversarios extranjeros la transformaran en un ataque a la seguridad de nuestra nación y a la de otras personas libres.

El primer período de Nixon (1969-1973), tema del primer volumen de mis Memorias, fue, en cierta forma, una etapa adolescente. En medio de los disturbios en Indochina, el gobierno pudo dominar eventos y ayudar a formar una nueva estructura internacional de las relaciones entre las superpotencias. La diplomacia en el segundo período, que culminó repentinamente a fines del verano de 1974, constituyó un rudo acceso a la madurez. Una debilitada autoridad ejecutiva magnificó la dificultad de cada desafío aún cuando el mundo no proporcionaba tregua alguna a las responsabilidades de los Estados Unidos como líder y protector de las democracias.

Watergate produjo un severo impacto sobre la conducta de la diplomacia en casi todas sus dimensiones, ofreciendo una dura lección, si es que hacía falta, sobre lo crucial que es un presidente fuerte para el diseño y la ejecución de una política exterior creativa. Sin embargo, a través de todo ello, conseguimos preservar el diagrama básico de nuestra política exterior y hasta logramos algunos éxitos importantes.

La diplomacia norteamericana en el Medio Oriente durante y después de la guerra de octubre de 1973 contribuyó a un proceso de paz que ha continuado, con grandes avances y algunos retrocesos, hasta el día de hoy. Planteamos las bases para amaestrar la crisis energética. Fue un extraordinario período de pruebas, pero los estadistas no tienen el derecho de solicitar el servir sólo en tiempos fáciles.

Durante los años tratados en este tomo, mi propia perspectiva ha cambiado, y no sólo a causa de nuestra turbulencia interna.

El 22 de septiembre de 1973 me convertí en secretario de Estado, habiendo servido en la Casa Blanca durante los primeros cuatro años y medio de Nixon como ayudante del presidente en asuntos de Seguridad Nacional. Como secretario de Estado era responsable de un tipo de problemas más amplio que como consejero de Seguridad Nacional, quien tiene el lujo de seleccionar aquellas misiones que parecen de suprema importancia. Más relevante, me parecía a mí, intentar aislar en lo posible a la política exterior de la catástrofe interna. Este rol, impuesto por necesidad y por lo que parecía un instinto nacional de supervivencia, fue sostenido en muchos campos por un consenso bipartito que creó un proceso político protegido y aislado para la conducta internacional del gobierno estadounidense.

La tarea del escritor al describir la política exterior durante la caída de Nixon es más compleja que lo habitual. Razones intangibles de motivación y estado de ánimo son aun más evasivas con respecto al período anterior. Inevitablemente lo que he escrito refleja mi propio punto de vista; es un relato de mi propia percepción y convicción, que tendrá que ser evaluado en relación a lo que otros pensaban y sentían y la claridad que aporten los documentos no disponibles ni para mí ni para mis investigadores, muchos de ellos en archivos extranjeros, que en su momento dilucidarán los temas aquí discutidos. Intento dejar una copia escrita de este tomo con mis apuntes para el uso de estudiosos que algún día deseen indagar en este período con mayor detalle. Estos escritos constituyen la descripción de cómo aparecieron los resultados obtenidos, a la vista de uno de quienes dieron forma a las decisiones. He hecho un vasto y espero que cuidadoso esfuerzo, por documentar mis aseveraciones.

Les estoy muy agradecido al secretario de Estado, al director de la Agencia Central de Inteligencia, al subsecretario de Defensa, y al asistente del presidente en los asuntos de Seguridad Nacional y a su personal por su cooperación en revisar y aclarar material clasificado, incluyendo citas y modificaciones que debieron ser hechas. El presidente Nixon me brindó, muy gentilmente, la oportunidad de citar material de sus archivos presidenciales.

Debo una profunda gratitud a mis asociados que me han apoyado desde que servimos juntos en el gobierno y sin cuya habilidad y dedicación este trabajo jamás se hubiera completado. Peter W. Rodman, amigo, confidente y socio por más de una década, hizo una importante contribución como editor y en la investigación, con sus sabios consejos. William G. Hyland realizó un aporte clave con su indagación y comprensión de los asuntos de Europa occidental y soviéticos. Rosemay Neather Niehuss elaboró un trabajo soberbio de investigación sobre el Medio Oriente y la crisis energética, que ocupan una parte tan sustancial en este libro; ella fue hábil, considerada e incansable en organizar el voluminoso material en forma manejable. Mary E. Brownell aplicó su conocimiento, juicio y paciencia en una pesquisa dedicada a varios temas: desde Chile hasta Watergate y la Conferencia de Energía en Washington.

William D. Rogers y Winston Lord me permitieron imponer sobre una apreciada amistad la lectura del manuscrito entero; les debo una amplia cantidad de consejos. Harold Evans fue un gran editor. Hizo una incalculable contribución con su buen ojo para la estructura y su ataque implacable a lo redundante. Otros que han leído parte del ma-

nuscrito y han hecho útiles sugerencias son: Brent Scowcroft, Leonard Garment, David Ginsburg, John Freeman, Alan Greenspan, Peter Glenville, y Diane Sawyer.

Christine Vick, mi asistente personal, fue la directora y coordinadora de todos estos esfuerzos simultáneos. No resultó la menor de sus virtudes la habilidad para leer mi letra manuscrita y el ser responsable del mecanografiado. Chris llevó el control de la producción del libro a través de sus muchas etapas, manejó a las varias *prima donnas* involucradas, mantuvo todo en horario, estuvo siempre alegre, en resumen, indispensable. Diane Tinker, Moira Dawson, Cathy Buchanan, Linda Komornik y Christie Best fueron rigurosas y efectivas en su ayuda con el mecanografiado.

Ningún autor puede recibir mejor apoyo por parte de su editor que el que yo obtuve de Little, Brown. Les estoy muy agradecido a Genevieve Young por su perceptivo (y tenaz) consejo editorial y a Betsy Pitha por su genio en las correcciones. Dick Sanderson produjo mapas excelentes y Melissa Clemence diagramó varias tareas expertamente.

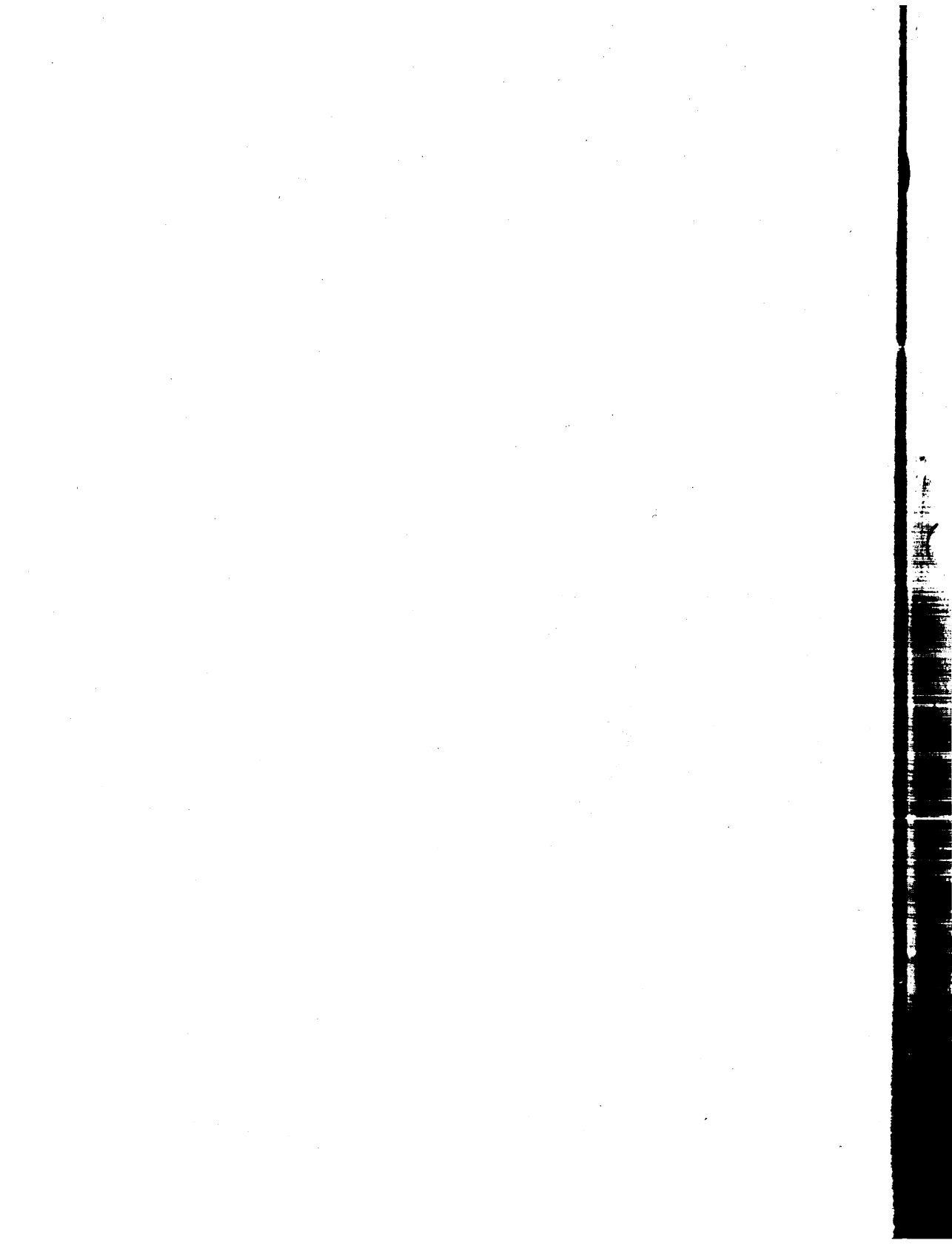
En la biblioteca del Congreso, donde se archivan mis papeles reservados, mi personal y yo estamos agradecidos a Daniel J. Boorstin, el bibliotecario del Congreso, y al delicado personal de la división de manuscritos: doctor Paul T. Heffron, jefe, John Knowlton, Richard Bickel, Joseph Sullivan, Grover Batts, Mary Margaret Wolfskill y Michael J. McElderry.

Le debo un tardío agradecimiento también a Hary Zubkoff, cuyo recorte y análisis de artículos basados en el Departamento de la Fuerza Aérea ha sido por años de enorme valor a personal del gobierno de EE.UU. y ha sido de incalculable ayuda en la investigación para mi personal en la preparación del primer volumen de *Mis Memorias* y también del presente.

He dedicado este libro a mi esposa, Nancy, quien le ha dado una nueva dimensión a mi vida.

Sólo yo soy responsable por los contenidos de este libro así como de las acciones que describe.

Washington D.C.
Noviembre 1981



Capítulo I

UN MOMENTO DE ESPERANZA

DECISION EN LA PISCINA

El mes de agosto de 1973 fue glorioso en California. Todas las mañanas, seducido por los papeles oficiales, me sentaba afuera en la terraza, detrás de mi oficina de la casa de Nixon, en San Clemente (que en verano operaba como Casa Blanca) y contemplaba cómo el sol doraba la neblina que surgía del océano. Ocasionalmente solía ver una leve figura cargada de hombros deambulando a lo largo de la orilla de la escollera detrás de la cual tan sólo se extendían la playa y el Pacífico. En ese sitio tranquilo Richard Nixon soportaba el largo tormento final de su carrera política. Fuera del refugio de su retiro de San Clemente, el país bullía con caldèadas especulaciones acerca de si sobreviviría o no como presidente. El parecía tranquilo. Rara vez hablaba de Watergate y nunca esclarecedoramente. Uno tenía que conocerlo bien para reconocer su tumulto interior en la mirada distante y en la helada melancolía de sus rasgos.

La tarde del 21 de agosto, Julie Nixon Eisenhower me telefoneó para invitar a mis niños, Elizabeth y David, a nadar en la piscina de la residencia de Nixon. Sin duda, estarían encantados de concurrir. Más tarde volvió a llamarme y me invitó a unirme al grupo. Tomé mis pantalones de baño y salí de la oficina; dejé atrás el helipuerto y caminé hacia la residencia de los Nixon, la Casa Pacífica, una tranquila villa de estilo español emplazada en un marco integrado por grandes cipreses y una alta pared blanca. Me saludó Manolo Sánchez, cuya no escatimada admiración por su maestro desmentía el adagio que afirma: *Ningún hombre es un héroe para su valet*. Pronto apareció Nixon y se reunió conmigo y con los chicos en el agua. Después de un minuto sugirió que fuéramos al extremo playo de la piscina y charlásemos sobre su conferencia de prensa planeada para la mañana siguiente. No era la primera vez que mi jefe había discutido asuntos densos conmigo en un ámbito acuático. En Camp David, en abril de 1970, estábamos nadando en una piscina y cuando yo caminaba por la orilla él me comunicó su decisión final de ordenar a las tropas norteamericanas que penetrarán en Camboya.

Me senté en los escalones de la piscina; el presidente de los Estados Unidos flotaba de espaldas en el agua. A decir verdad, estábamos revisando algunas respuestas que él se proponía dar a los interrogantes planteados por la acción política extranjera. De repente, sin calor ni entusiasmo, alguno me formuló: *Abriré la conferencia de prensa con el anuncio de su designación como secretario de Estado*. Era la primera vez que mencionaba el tema ante mí.

No era, desde luego, la primera que oía algo al respecto. Watergate había convertido en insostenibles las hasta aquí posiciones preeminentes de los consejeros de la Casa Blanca. Mi influencia en el resto del gobierno dependía de la autoridad presidencial, y ésta se estaba empobreciendo palpablemente entre revelaciones interminables de actos chis-

mosos, algunos pueriles, algunos ilegales. Alexander Haig, elegido como jefe presidencial del equipo en mayo, me había ofrecido voluntariamente su apoyo a principios del verano, pues no veía otra solución que designarme secretario de Estado. El por entonces secretario, William P. Rogers, según se esperaba, abandonaría en cualquier caso el cargo para el fin del verano. Haig me mantuvo informado de sus tortuosas discusiones con Nixon sobre el asunto, que no pudieron haber sido fáciles. Era una decisión penosa para Nixon porque simbolizaba —tal vez más que ninguno de los titulares de Watergate— cuán herido estaba. El nunca había querido un secretario de Estado fuerte; la política exterior que había defendido en su campaña de 1968 desaparecería de la Casa Blanca. Y así había ocurrido. Si Nixon estaba dispuesto a quebrar este principio, ello mostraba lo débil que se había vuelto.

Contesté apagadamente que esperaba justificar su confianza. Era una trivialidad conservar la ficción de que él me otorgaba una gran dádiva. En suma, tanto Nixon como yo sabíamos que no existía otra elección.

A la mañana siguiente, recibí un llamado telefónico de Kenneth Rush, secretario adjunto de Estado. Me felicitó y comprometió el apoyo de todo el Departamento. Era un gesto generoso, especialmente desde que Rush sin duda sabía que si no fuera por Watergate él, no yo, habría sido el sucesor de Bill Rogers (1). Este también me llamó para felicitarme; charlamos con cortesía pero brevemente. Luego me acomodé para mirar la conferencia de prensa en televisión.

En el momento en que Nixon empezaba a hablar, mi buena amiga, la bella y talentosa actriz noruega Liv Ullmann telefoneó desde Oslo por un asunto que ahora he olvidado. Ocupé la comunicación para explicar por qué no podía hablar en ese momento. Aduje que el presidente estaba haciendo un anuncio importante en televisión. Como por timidez no le informé de qué se trataba, necesité añadir todavía otra oración aclaratoria y en ese mismo momento Nixon hizo una breve referencia a mí. Después de anunciar la dimisión de Rogers entre comentarios cálidos y generosos, Nixon me nombró como reemplazante de él con estas sucintas palabras: *Las calificaciones que posee el doctor Kissinger para este puesto son, según creo, bien conocidas por ustedes, señoras y señores, y también para quienes nos están escuchando por televisión y por radio.* El no especificó cuáles eran, de modo que ocurrió que en el momento en que yo colgaba el teléfono, perdí de oírme nombrar como el próximo secretario de Estado.

Los llamados de felicitación fluían en mi oficina mientras el resto de la conferencia de prensa de Nixon se consumía en interrogaciones sobre Watergate. Recibí los llamados con sentimientos mezclados. Lo que pudo haber sido un sencillo momento de gratificación se hallaba bloqueado por una ansiedad profunda, porque la conferencia de prensa dramatizaba hasta qué punto el gobierno se hallaba amenazado. Estábamos extremando todos nuestros esfuerzos para evitar que se descifrara la política exterior durante la presidencia de Nixon, y con toda la autoridad ejecutiva desintegrándose lentamente. Yo había obtenido una oficina que nunca imaginé a mi alcance; aún así no me sentía con ánimos de celebrar. No podía borrar de mi mente el acerbo pensamiento de Richard Nixon tan sólo y tan bloqueado y, bajo la helada superficie, lleno de temores sólo unos pocos metros afuera, mientras yo alcanzaba el pináculo del éxito.

OPORTUNIDAD PERDIDA

Era tan diferente de lo que yo había esperado en 1973. El año había comenzado con rutilantes promesas; rara vez un período presidencial había empezado con proyectos tan brillantes sobre política exterior.

En enero de 1973, una década de amargas divisiones domésticas parecía estar terminando con la guerra de Vietnam. Un abrumador mandato electoral, en noviembre ante-

rior, había otorgado a Nixon una oportunidad extraordinaria para alcanzar a todos los hombres y mujeres de buena voluntad y sanar las heridas de la nación. Las sospechas del debate sobre Vietnam subsistían, pero sus protagonistas estaban en parte exhaustos por la dura prueba, en parte confundidos por un nuevo mundo en el cual los *slogans* de una década habían perdido vigencia. Tarde o temprano, esperábamos que las críticas antibélicas se aplacaran al fin de la guerra aunque continuaran cuestionándose las tácticas utilizadas. Y aquellos que nos habían sostenido podían enorgullecerse por el hecho de que los sacrificios de la nación habían preservado su honor. El propio Nixon habrá estado obsesionado por su eterna premonición de que todo suceso era efímero; era más fuerte y más seguro que una vida dentro del desastre sobreviviente que se permitió aceptar. En realidad, no tuvo una oposición significativa. Había arrastrado a todos los Estados de la Unión excepto a uno. Era posible esperar que la angustia de la década pasada enseñaría en plenitud la lección fundamental: una sociedad no se engrandece por las victorias de un bando o de otro sino por sus reconciliaciones.

Tal vez éramos demasiado eufóricos, pero estábamos convencidos de que los Estados Unidos rara vez habían tenido antes una oportunidad para la creatividad en cuanto a su política exterior. Al fin podíamos convertirnos en un pueblo unido ante las tareas de las cuales la preocupación por Indochina nos había apartado. El destino habitual de los gobernantes es heredar algún problema intratable o algún compromiso de momento—como ciertamente la guerra de Vietnam había agostado el primer período de Nixon—. Ahora, de pronto, muchos factores en las relaciones internacionales parecían predisuestos para esta diplomacia creativa, en el mismo momento.

● Con nuestros aliados, las democracias industriales de la Alianza Atlántica y el Japón, Nixon, en su primer período, había finalizado la brutal pelea con Francia; salvaguardado, ante el ataque del Congreso, el compromiso de nuestras tropas con Europa y preservado los lazos de la Alianza por medio de *choques* superficiales de las recientes proposiciones norteamericanas con sus adversarios comunistas. La fuerza política y económica de Europa y el Japón invitaba a nuevas iniciativas que reafirmasen el futuro común y los valores comunes de la democracia.

● En el primer período de Nixon habíamos mejorado las relaciones con los dos gigantes comunistas, la Unión Soviética y la República Popular China. Sus temores y desconfianzas mutuos complicarían hallar una forma concreta a su hostilidad ideológica para con nosotros; tampoco podrían ir demasiado lejos con la amenaza de arrastrarnos hacia su enemigo mortal. Libre de la guerra de Vietnam, Estados Unidos podría resistir actos agresivos que amenazaran el orden internacional. Compulsado por un mandato abrumador, Nixon tuvo la posibilidad de tomar a su cargo negociaciones de fundamental envergadura.

● En el Medio Oriente, Egipto empezaba a apartarse de la Unión Soviética. La tenaz estrategia diplomática de EE.UU. había contribuido a este desarrollo, que ofrecía perspectivas sin precedentes a la diplomacia pacifista.

● Con el prestigio de su asentamiento en Vietnam y sus relaciones cada vez más estrechas con las superpotencias, la administración Nixon se volvió digna de confianza para el Tercer Mundo. Planeábamos un nuevo acercamiento con América latina y pensábamos esgrimirlo como punto de partida para un nuevo modelo de relaciones de cooperación entre las naciones industriales y las naciones en desarrollo.

En cuanto a mí, al principio de 1973 me sentía especialmente apartado de las batallas del primer período. Las presiones burocráticas y las rivalidades que son una parte tan integral de la vida en Washington, habían perdido para mí mucho de su significado. Por eso había decidido renunciar hacia fin de ese año.

Me sentía en libertad para hacerlo porque la visión de un nuevo período de política exterior, no ya ensombrecido por una guerra divisoria, se unía a la convicción de que

había que poner fin a los procedimientos gubernativos bizantinos del primer período de Nixon. El poder ya no debería centralizarse en manos de los consejeros presidenciales que actuaban en secreto con respecto al resto del gobierno. Mi amigo, el sabio y venerable David Bruce, argumentaba que si yo era serio al creer que nuestros logros resultaban permanentes, debería estar preparado para entregar esa labor a otros. Si habíamos construido algo cierto y verdadero, la política exterior de la nación tendría que ser institucionalizada. Para dejar un legado antes que un *tour de force* deberíamos haber confiado una responsabilidad mayor a los agentes permanentes del Departamento de Estado y del Servicio Exterior. Esto, que Bruce sugirió no demasiado delicadamente, era imposible mientras yo dominara todas las decisiones desde mi oficina en la Casa Blanca.

A regañadientes, había empezado a discutir con él. Existían, seguramente, razones menos elevadas que reforzaban la polémica desde el principio. Mi viaje secreto a la China en 1971 había destruido mi anonimato previo y posibilitado a los críticos de Nixon disminuir sus logros para exaltar los míos. Y mientras que yo no apoyaba conscientemente el proceso, tampoco había un registro consistente de mi resistencia a él. Tiempo después la Casa Blanca perdió varias oportunidades de bajarme los humos: durante la crisis indo-paquistana, en el crecimiento hacia la cúspide por parte de Moscú en 1972 y durante la fase final de la negociación por la paz de Vietnam. (2)

Nixon no se equivocaba: Me había vuelto una figura demasiado pública para ocupar el cargo de asesor de Seguridad Nacional. El lazo intangible entre presidente y asesor se había vuelto demasiado frágil para que permaneciera apto en esa función mucho tiempo más, en el eje del complejo sistema hacedor de política que cercaba a la burocracia regular si en verdad tal sistema podría sustentarse por otros cuatro años cualquiera fuese la circunstancia, de lo cual yo dudaba.

Además, el equipo de Seguridad Nacional había sido recompuesto y yo no tenía estómago para aguantar otra etapa de trampas por medio de las cuales los nuevos miembros buscaban afirmar sus relativas posiciones. El secretario de Defensa, Melvin R. Laird, el gran sobreviviente, había manifestado su deseo de apartarse antes de las elecciones de 1972. Se lo reemplazó al año siguiente por el precavido Elliot Richardson, con quien yo había trabajado bien cuando él era secretario de Estado en el período 1969-1970. Después de su victoria electoral, Nixon cumplió su plan —largamente sustentado— de desplazar al director de la CIA, Richard Helms, designándolo embajador en Irán. El sucesor de Helms fue James R. Schlesinger, que había llamado la atención de Nixon por su pericia directiva en el Departamento de Presupuesto y su valeroso manejo de la controversia sobre pruebas nucleares como directivo de la Comisión de Energía Atómica. Al secretario de Estado Rogers se lo había eximido de la limpieza general solamente porque él solicitó otra fecha para su partida y aclarar así que su alejamiento se debía a una elección propia y no formaba parte de la reestructuración general. Su requerimiento fue apoyado, aunque Nixon intentó reemplazarlo durante el verano con el nombramiento de su nuevo vice, Kenneth Rush.

Pocos años antes, en la cúspide de las luchas burocráticas y de las otras, yo le había dicho a William Safire, por entonces un redactor de los discursos presidenciales, que mis victorias se limitaban a ser tanto temporales como frágiles. A fin de que mi influencia continuase, yo tenía que ganar todas las batallas burocráticas; para que mi autoridad se destruyera, un miembro del Gabinete sólo necesitaba un acontecimiento exitoso. Sucesos así singulares no eran aptos para sobrevivir en el largo camino (3). De hecho, yo debía evitarlos por todo un período presidencial, pero no tenía sentido cortejar a un grupo nuevo, apto y psicológicamente fresco.

Por todas estas razones, traté de quedarme lo bastante como para ver establecida la paz en Indochina; para lanzar la nueva iniciativa hacia las democracias industriales que sería luego conocida como el Año de Europa; y para consolidar el nuevo triángulo

Moscú-Washington-Pekín. Hice la tentativa de hablar con algunos amigos íntimos acerca de la carrera *pos* Washington: tal vez un subsidio en *All Souls College*, de Oxford. Nancy Maginnes acababa de consentir en ser mi esposa, aunque nuestros planes hubieron de diferirse repetidamente por las crisis que pronto descenderían sobre nosotros.

Nunca sabré si en suma hubiera cumplido mis intenciones o me hubiese absorbido tanto la conducción de los asuntos como para diferir mi partida. Tampoco puedo probar que era atinada nuestra visión de un futuro esperanzado. Resulta fútil especular sobre lo que *podría haber sido*. Todos nuestros cálculos resultaron arrasados por la catástrofe elemental de Watergate.

Pero aún fue con este estado de ánimo compuesto de júbilo y alivio que el 24 de enero de 1973, cuatro días después de la segunda inauguración de Nixon, yo crucé la estrecha calle entre la Casa Blanca y el edificio de la antigua oficina ejecutiva para informar brevemente a los periodistas acerca de las novedades recientes sobre el acuerdo de Vietnam. Después de analizar el mismo, parte por parte, concluí mis reflexiones con un llamado, profundamente sentido, a la reconciliación nacional:

Dijo ayer el presidente que debemos permanecer vigilantes y así se hará, pero también nos dedicaremos a los esfuerzos positivos. Y ya que estamos en casa, tengamos en claro, ahora, que nadie en esta guerra ha contado con el monopolio de la angustia y que nadie en estos debates ha tenido la exclusividad de la comprensión moral. Y ahora que al fin hemos alcanzado un acuerdo por el cual Estados Unidos no determina el futuro político de sus aliados, un acuerdo que deberá preservar la dignidad y el autorrespeto de todas las partes, junto con la curación de las heridas de Indochina podemos empezar a curar las heridas de EE.UU.

Un poeta español escribió una vez: *Caminante, no hay camino, se hace camino al andar* (*). En ese efímero momento de inocencia —tan poco característico del gobierno de Nixon— confiábamos que en ese segundo periodo viajaríamos por el camino de nuestras esperanzas y caminaríamos por un sendero que conduciría a un futuro mejor.

(*) Antonio Machado (N. del T.)

Capítulo II

UNA VISITA A HANOI

Una de las primeras tareas que tuvimos que abordar en 1973 fue consolidar el acuerdo de la paz en Vietnam, firmado en París el 27 de enero. Ese objetivo me indujo a emprender uno de los más insólitos viajes diplomáticos de mi carrera: mi primera visita a Hanoi. En la capital de nuestros feroces antagonistas, que condujeron a Indochina a la guerra y provocaron la convulsión de Norteamérica, traté de discutir con las autoridades de Vietnam del Norte el problema de la estricta observancia del Acuerdo de París, que yo negociara oportunamente con Le Duc Tho, y —sobre esas bases— la posibilidad de una relación más positiva entre nuestros dos países.

EL ACUERDO DE PARIS

El acuerdo en finalizar la guerra y restaurar la paz en Vietnam se hizo posible cuando, después de diez años de amarga lucha y cuatro años de negociaciones estancadas, Vietnam del Norte aceptó lo que hasta entonces había rechazado con dureza: la continuidad del gobierno de Saigón. El Acuerdo exigió el inmediato cese del fuego en todo Vietnam; la retirada de la totalidad de las tropas norteamericanas que aún permanecían allí (alrededor de 27.000 hombres); y la liberación de los prisioneros de guerra en toda Indochina. Fue prohibida la infiltración de tropas y pertrechos de Hanoi en Vietnam del Sur. Organismos internacionales de supervisión controlarían el cese de la contienda y regularían la entrada de los equipos de reparación a través de los lugares designados como puestos de control. Otra disposición estableció la vigencia del Paralelo 17 como la línea provisional de demarcación militar entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur; prohibió todo movimiento militar a través de ella y sólo permitió el desplazamiento civil mediante el acuerdo entre las partes vietnamitas. Además, Hanoi acordó retirar sus fuerzas de Laos y Camboya y no utilizar los territorios de esos países para ninguna acción militar contra Vietnam del Sur. El tema del asentamiento político en este sector se dejó librado a futuras negociaciones entre las dos partes vietnamitas.

Los Estados Unidos habían hecho un decidido esfuerzo para terminar tanto la guerra de Laos y Camboya como la de Vietnam. Vietnam del Norte se había rehusado firmemente a ello con la excusa de que se trataba de asuntos concernientes a las jurisdicciones de Laos y Camboya. Este requerimiento de soberanía por parte de los vecinos norvietnamitas habría resultado conmovedor si no hubiera sido tan inaudito; parecía aplicarse solamente al retiro de las fuerzas de Hanoi y no a su penetración, desde que miles y miles de soldados norvietnamitas habían violado sistemáticamente la paz y la soberanía de Laos y Camboya durante dos décadas y, por supuesto, todavía estaban allí.

Sobre el final, Le Duc Tho acordó disponer el cese del fuego en Laos. Después de algunas *consultas* con las fuerzas comunistas de Laos (el Pathet Lao era de hecho un

subordinado total a Hanoi), Le Duc Tho prometió, en octubre de 1972, que Hanoi lograría el cese del fuego en Laos dentro de los treinta días posteriores al fin de la guerra en Vietnam. A principios de enero, Le Duc Tho acortó el plazo en quince días.

En Camboya rehusó rotundamente clarificar las cosas, aduciendo —verdaderamente, como se expuso el asunto— que Hanoi tenía menos influencia sobre su aliado comunista camboyano, el Khmer Rojo. En nuestras conversaciones, desde setiembre de 1972 hasta enero de 1973, Le Duc Tho me aseguró una y otra vez que si la guerra se hallaba establecida en Vietnam, no había *razón* para que continuara en Camboya (1). Pero Hanoi no contraería otro compromiso formal que un entendimiento privado, el cual contribuiría activamente a restaurar la paz en Camboya luego de establecida la guerra en Vietnam. Después de la presión que hicimos en vano durante meses, Nixon concluyó con disgusto que podríamos obtener más sólo si se continuase la guerra en Vietnam. Era obvio que no contábamos en casa con plataformas para sostener otro acuerdo aceptable sobre Vietnam a causa de Camboya, dado que el Congreso había solicitado durante varios años reducir nuestra intervención y nuestra ayuda al mínimo absoluto. Si no proseguíamos, por cierto que el Congreso cortaría los fondos destinados a Camboya y Vietnam. Además, desde el punto de vista de nuestra embajada en Phnom Penh así como el de nuestros expertos militares, los comunistas camboyanos no podrían prevalecer sin el apoyo combativo de los norvietnamitas, los que —en su momento— fueron excluidos por los términos del Acuerdo de París.

Procuramos proteger nuestra posición dando dos pasos adelante. Primero persuadimos al presidente de Camboya, Lon Nol, para que convocase otra vez (la quinta, por lo menos, en tres años) al cese del fuego en Camboya y declarara el fin unilateral de las operaciones ofensivas militares. En segundo término, antes de firmar el Acuerdo de París le entregué a Le Duc Tho una declaración a tales efectos.

Si, pendiente un asentamiento en Camboya, las ofensivas militares que se emprendieran allí amenazaran la situación existente, tales operaciones serían contrarias al espíritu del Artículo 20 (b) del Acuerdo y a las posiciones sobre las que el Acuerdo se basa.

En lenguaje corriente, esto significaba que si el Khmer Rojo rechazaba la proclama de Lon Nol sobre el cese del fuego, los Estados Unidos continuarían proporcionando ayuda militar al gobierno de Camboya. Le Duc Tho indicó que había comprendido.

Los convenios de París, con todas sus ambigüedades, reflejaban el balance de fuerzas propio de los albores de las batallas climáticas de 1972. No nos hacíamos ilusiones acerca de la meta de largo alcance a la que apuntaba Hanoi en la pretensión de sojuzgar toda Indochina. En la fase final de las negociaciones, por noviembre y diciembre de 1972, advertí varias veces a Nixon sobre el particular (2). Pero también estaba persuadido de que nuestra gente no aguantaría la prolongación de la guerra por un período de tiempo que importara militarmente. En agosto de 1972, el presidente de Vietnam del Sur, Nguyen Van Thieu, me había confiado su impresión de que, si la guerra continuaba, para diciembre de 1973 Vietnam del Norte se habría debilitado más aún que en marzo de 1972 —un mejoramiento marginal de la situación en que estábamos. Y todos nuestros expertos en política se hallaban convencidos de que el nuevo Congreso electo cortaría los fondos para la guerra a partir de enero de 1973, usando como primer blanco los requerimientos por parte del gobierno para financiar la resistencia a la ofensiva de Hanoi en la primavera de 1972.

En suma, no procurábamos, precisamente, escapar bajo la cobertura cínica de un *intervalo decente* antes del colapso final. Esperábamos un convenio decente. Los riesgos del Acuerdo estaban dolorosamente grabados en las mentes de todos los que negociaban

a nuestro favor. Pero habíamos logrado condiciones que superaban con creces a las máximas que hubiéramos creído posibles. Hacia 1972, nuestros críticos llegaron a la conclusión de que Hanoi no aceptaría un acuerdo que no implicara, nada menos, que el derrocamiento de nuestro aliado, el gobierno de Thieu en Saigón. A esto, habíamos resistido con éxito. Un gobierno de Vietnam del Sur no comunista había dado la oportunidad de sobrevivir. Con la exacta mezcla de recompensas y castigos para Hanoi, pensamos que contábamos con una oportunidad razonable para mantener el incómodo equilibrio en Indochina; por cierto, una oportunidad que se lograría mejor con un acuerdo que por la continuidad de una guerra inconclusa frente a la creciente hostilidad en nuestro país y la certeza próxima de un corte de suministros por parte del Congreso.

Trataré en el Capítulo VIII sobre si era realista esperar reunir la justa mezcla de premios y castigos. Así lo pensábamos nosotros y teníamos razón en creerlo. Para los propósitos inmediatos, es suficiente destacar que nuestra intención consistía en hacer que funcionase el Acuerdo de París. Esa era mi actitud cuando dejé Washington, el 7 de febrero de 1973, para emprender un viaje de once días por Asia que me conduciría a la capital de nuestro flamante enemigo, Vietnam del Norte, así como también a aquellos dos viejos amigos, Tailandia y Laos, y a una nueva amiga, la República Popular de China.

Mis sentimientos, cuando me preparaba para el viaje, carecían por completo de la exultación propia de un avance sensacional y pacientemente preparado, como el que caracterizara mi viaje secreto a la China. Tampoco era el drama inherente a la diplomacia superpoderosa que había señalado mi primer viaje a Moscú. Faltaba también la perspectiva de camaradería fácil propia de mis numerosas visitas a las capitales europeas o la sensación de tener propósitos compartidos, como trascendía en la cortesía formal de las consultas concretadas en Tokio. Durante cuatro años yo había leído hasta la última migaja de información acerca de los movimientos de los norvietnamitas, tan absorbidos en ellos mismos y a la vez tan belicosos, tan valientes y tan despóticos. ¿Cuál es la mezcla de cualidades que eleva a un pueblo al dominio sobre otros pueblos vecinos, aparentemente tan dotados como él? ¿Qué ha dado a Roma preeminencia en el mundo de los estados cívicos, o a Prusia en Alemania, o a Gran Bretaña en Europa? No hay duda de que existen muchos factores físicos implicados en estos hechos. Pero los elementos materiales necesitan el ímpetu dado por ciertos imponderables, como la fe y la dedicación. Hanoi —desgraciadamente para nosotros— los poseía con obsesiva abundancia.

Los vietnamitas vivieron durante siglos bajo la dominación china, sin perder por ello su identidad cultural, una proeza casi sin precedentes. Sobrevivieron a la ocupación francesa, alimentando todo el tiempo el convencimiento de que su misión era heredar el imperio francés en Indochina. Carentes de la humanidad de sus vecinos laosianos y del garbo de sus vecinos camboyanos, se esforzaron por dominar no por su atracción, sino por la concentración mental en un solo propósito. Tan cercados estaban por la absorción en sí mismos, que llegaron a olvidarse de las desigualdades físicas, indiferentes a las posibilidades que se tienen normalmente en cuenta para el cálculo de poder. Y porque siempre estuvieron mejor preparados para morir por su país que los extranjeros, su nacionalismo se convirtió en el flagelo tanto de los invasores como de los vecinos.

Más que pasión, los vietnamitas poseían una autoconfianza invencible y desprecio por las cosas extranjeras. Este desdén les permitía manipular a otros pueblos —aun a los extranjeros que los apoyaban— con un frío sentido de superioridad, convirtiendo a su capital, por más de una década y mediante un acto de voluntad, en un centro de interés internacional. Lo que nosotros considerábamos una impostura insolente, era otra definición de la verdad; todo lo que sirviera a los propósitos de Hanoi representaba una necesidad histórica. Como un cirujano que maneja un escalpelo, Hanoi disecó la piquis estadounidense y probó nuestra debilidad, nuestro sentimiento nacional de culpa,

nuestra búsqueda de respuestas finales, nuestro idealismo y, sí, aun los valores de sus simpatizantes, a quienes despreciaba con no menos sangre fría que a sus adversarios. Nuestra desdicha fue entrometernos entre estos líderes y sus obsesiones.

La pesadilla de Indochina se superaría; los vecinos de Hanoi no eran tan afortunados. La proximidad los condenaba al terror permanente. Nuestro alivio por la terminación de la guerra se igualaba a su presentimiento de que su libertad terminaría si uníamos la paz a la retirada. La exultación de Washington fue reemplazada por la inquietud de aquellos que dependían de nosotros, a medida que nos acercábamos a los límites de un país tan implacable que conducía sus agresiones bajo el disfraz de víctima.

UNA VISITA A BANGKOK

En el área que se extiende desde el Mediterráneo y bordea el Océano Indico, incluido el Medio Oriente, el subcontinente indo, y todo el sudeste asiático, sólo Tailandia escapó a la ocupación colonial en el siglo XIX, y lo consiguió a través de una manipulación discreta de los poderes en pugna. Sin duda, su ubicación geográfica, en el punto de unión de los orbes coloniales franceses y británicos, obraba como un amortiguador natural entre ambos imperios europeos. Pero tal ubicación condujo más a menudo a la división que a la independencia.

En todo caso, la oportunidad nunca se convierte automáticamente en realidad. Tailandia mantuvo su independencia porque sus gobernantes explotaron vigorosamente su posición geográfica, para rescatar un margen de autonomía de la rivalidad entre estados físicamente más fuertes; porque evidenció una identidad cultural relativamente inmune ante la subversión de países vecinos; y, sobre todo, porque su política tuvo la elasticidad de una caña de bambú pero también su resistencia.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Tailandia ayudó al Japón cuando los últimos conquistadores predominaron en el Sudeste de Asia; se volcó a los aliados cuando la derrota del Japón se volvió inevitable. En verdad, realizaba estas piruetas con tanta gracia que no parecían una traición sino las conclusiones naturales inducidas por un nacionalismo pleno de autoestima. Tailandia parecía contar con un surtido inagotable de gobernantes que encarnaban el exacto matiz de política requerido por una circunstancia dada. Cuando cambiaban las circunstancias, se descartaba al gobernante (aunque nunca se lo privaba del honor). Había una personalidad para cada situación, compartiendo todos el compromiso con la independencia de Tai. Mi amigo Lee Kuan Yew, el brillante primer ministro de Singapur, solía decir que nosotros necesitábamos vigilar cuidadosamente cuando se reemplazara a los gobernantes de Tai asociados con nosotros: ello anunciaría un cambio marítimo, sean cuales fueren las declaraciones formales.

Pero mientras que Tailandia podía ser adaptable en cuanto a sus gestiones con los imperios distantes, percibía que su margen para maniobrar era menor frente a los agresores apostados en sus límites. Nunca titubeaba en su convicción de que debía ser resistida la conquista de Indochina por parte de Hanoi, porque el hecho se convertiría en una amenaza mortal para la supervivencia de Tailandia. Los fanáticos partidarios en tierras lejanas podían considerar a quienes gobernaban Hanoi como a las víctimas inocentes de la agresión extranjera, que los conduciría pacíficamente hacia sus vecinos una vez resuelto el conflicto en Vietnam. Los gobernantes de Tailandia se hacía menos ilusiones. Su país no había sobrevivido gracias a la fuerza de los buenos deseos. En sus mentes, una victoria de Hanoi en Vietnam del Sur conduciría automáticamente a la dominación comunista de Camboya y Laos; esto a su vez acrecentaría la presión sobre Tailandia, especialmente en la provincia del noreste, recién conquistada durante el siglo pasado y circumscripita culturalmente a Laos. Tailandia no se proponía enfrentar por sí sola la fuerza, disciplina y determinación de Vietnam del Norte. Sin que se destacara por expo-

nerse a riesgos innecesarios, no había permitido sin embargo que el presidente John Kennedy le enviara *marines* en 1962, como contrapeso a las presiones norvietnamitas en Laos. Las tropas de Tai lucharon codo a codo con las nuestras; Tailandia nos proveyó de bases aéreas para la guerra en Vietnam, desde 1966 en adelante. Envío voluntarios (y hasta, ocasionalmente, fuerzas regulares) para apoyar al gobierno neutralista de Laos cada vez que los norvietnamitas y Pathet Lao se aproximaban demasiado al río Mekong, que formaba el límite entre Laos y Tailandia.

Sin duda, los gobernantes de Bangkok actuaban de ese modo —en la tradición propia de Tai, de confiar en un país distante y fuerte para balancear el peligro cercano— porque no se podían imaginar que los Estados Unidos se permitirían perder una guerra. Estaban desconcertados por la estridencia creciente de nuestras reyertas domésticas, que les parecían una definida amenaza. Al principio las desdeñaron como maniobras inexplicables de extranjeros inmaduros. Pero cuando los papeles del Pentágono expusieron ante todo el mundo hasta dónde llegaba su participación cuidadosamente calibrada en la guerra de Indochina, en los cautos políticos de Bangkok crecieron serias dudas que bullían precisamente debajo del nivel de acción.

No podría decirse que los gobernantes de Tai celebraron el Acuerdo de París. A ellos les era imposible entender por qué una superpotencia debería comprometerse con un agitador regional más pequeño. Favorecían todo lo que pareciera asegurar la continuidad de la independencia de Vietnam del Sur y la neutralidad de Laos y Camboya en los límites de Tailandia. Pero tenían excesiva experiencia con Vietnam del Norte y eran demasiado escépticos acerca de la perfectibilidad del hombre como para confundir con arrepentimiento una temporaria —esperada y prolongada— debilidad de Hanoi. Tailandia creía que, tarde o temprano, Hanoi volvería a un cauce hegemónico y querían alejarlo de los límites de su Reino. De ahí en más, todo para ellos dependía de que Estados Unidos mantuviera o no el control del poder en Indochina, cuya conmoción nos había impulsado a intervenir en primer lugar.

No me sorprendió encontrar a Bangkok lleno de premoniciones. El primer ministro era Field Marshal Thanom Kittikachorn, quien en el mejor estilo de Tai escondía una inteligencia calculadora detrás de un exterior blando y significativamente pesado (con lo cual ganaba tiempo adicional para la reflexión y frenaba las presiones impetuosas tan propias de los norteamericanos). El encarnaba la confianza de Tai hacia los Estados Unidos. Después que el Congreso, en junio de 1973, promulgó la ley que prohibía en el futuro toda acción militar en o sobre Indochina, Thanom desapareció en uno de esos movimientos casi anónimos por los que Tai mostraba su adaptación a las nuevas circunstancias.

El 9 de febrero de 1973 Thanom no actuó como si su éxito fuera predeterminado. Aún comprometido con la estrategia de la década anterior, esencialmente quería conocer la respuesta a dos preguntas: ¿Cómo reaccionaríamos ante las violaciones del Acuerdo por parte de los norvietnamitas? ¿Y cuántas fuerzas deberíamos mantener en el sudeste de Asia, particularmente en Tailandia, para ayudar a preservar el control del poder en el área? Tenía en claro que habíamos recibido por parte de las ambiciones de Hanoi la mayor imposición a sangre fría, y que no nos quedaríamos vanamente si estas ambiciones comportaban violaciones masivas del Acuerdo. Por otra parte, esperaba en mi visita a Hanoi impulsar las tendencias hacia la interpretación pacífica.

Con respecto a la presencia militar estadounidense en el Sudeste de Asia, yo no tenía una opinión concreta porque dependía, en gran parte, de nuestra política interna. Por eso hablaba sin fundamentos. Algunas tropas serían removidas, considerando el hecho de la cesación del fuego en Vietnam y nuestras realidades internas. Pero la mayoría de las fuerzas deberían permanecer o, de otro modo, Hanoi se sentiría invitado a atacar. Supongo que no hay alternativa ante tales generalidades, cuando uno se enfrenta con el aprieto teórico que, eventualmente, sólo puede resolver la experiencia. Y ante el horror

de los pueblos del Sudeste de Asia, los miedos de Tai tenían más fundamento que mi tranquilidad.

EL DILEMA DE CAMBOYA

Sin duda, Camboya era la huérfana del convenio de Vietnam. Los compromisos que la tenían en cuenta constituían los lazos más débiles; sus comunistas nativos eran los más feroces. Los camboyanos no comunistas, a pesar de su reputación de pasivos, tal vez pelearan más heroicamente que todos los pueblos de Indochina, sin contar con la menor ayuda externa.

En 1973 todavía yo esperaba terminar la guerra sin abandonar a aquellos que habían confiado en nosotros. Estaba dispuesto a tratar, una vez más, de negociar la cesación del fuego para Camboya. Con el fin de prepararme para mis charlas en Hanoi y Pekín, me encontré en Bangkok con nuestro embajador en Camboya, Emory C. (Coby) Swank. Phnom Penh no figuraba en mi itinerario porque Spiro T. Agnew estaba de visita allí y en Saigón; arriesgar el prestigio del vicepresidente ante el gobierno de Vietnam del Sur era uno de los menores alicientes para impulsar al presidente Thieu a la firma del Acuerdo de París. El odio envenenado que Thieu sentía por mí hubiera vuelto improductiva, en cualquier caso, una visita mía a Saigón. Por otra parte, no podía ir a las otras dos capitales de Indochina y omitir Saigón. Así, me vi forzado a evitar Phnom Penh y discutir en Bangkok el futuro de Camboya, lo que fue como un augurio o presagio de las cosas por venir.

El embajador Swank era de todo menos un halcón en Indochina. Observaba las restricciones que imponía el Congreso con convicción y eficiencia, despojado del sentimiento de frustración que me embargaba al contemplar el lento asfixiarse de un pueblo valeroso. El y yo diferíamos, como es normal entre individuos sinceros; pero yo respetaba su profesionalismo, honestidad y habilidad. Aunque Swank no creía posible una solución militar, tampoco se ilusionaba acerca de la personalidad de nuestros adversarios. Estaba convencido de que el Khmer Rojo se proponía obtener una victoria total haciendo caso omiso del Acuerdo de París o de la cesación unilateral del fuego declarada por Lon Nol. Y Hanoi los ayudaría. Cuarenta y dos mil soldados norvietnamitas permanecían en Camboya, nos dijo, ahora violando claramente el Artículo 20 del Acuerdo de París (3). La abrumadora mayoría (35.000), estaba sirviendo al sistema de abastecimiento con que Hanoi proveía a Vietnam del Sur, violando las cláusulas contra las bases aéreas de mantenimiento y la infiltración en los países de Indochina. Había 7.000 soldados combatientes sosteniendo y asistiendo al Khmer Rojo (4). Todo esto, comparado con el personal norteamericano en Camboya que entre militares y civiles no llegaba a 200; todos estaban bajo severas restricciones legislativas (las que abordaremos en el Capítulo VIII). No se advertía ningún signo de retirada entre los norvietnamitas; tal vez era demasiado pronto, pero si la situación persistía, esto se convertiría en la más seria traición de Hanoi a sus compromisos.

Como el anterior gobernante neutralista de Camboya, príncipe Norodom Sihanouk —exiliado en Pekín—, a juicio de Swank se había vuelto irrelevante, ya no contaba con seguidores en Phnom Penh; tanto los comunistas como los conductores del gobierno desconfiaban de él. Swank manifestó la esperanza de que se le permitiría anticipar a Lon Nol que en mi próxima visita a Pekín ni yo ni mis asociados, tendríamos trato alguno con Sihanouk.

Como se verá, Swank ejerció una actitud más dura que la mía respecto de Sihanouk. Esto tenía sentido en la medida de las necesidades de Swank en Phnom Penh y de las pasiones que embargaban a los bandos camboyanos. Swank me señaló que Lon Nol estaba dispuesto a negociar con cualquiera, salvo con Sihanouk: con Hanoi, con el

Khmer Rojo o con Pekín. Y Sihanouk tomó la misma posición respecto de Lon Nol. Ambas partes estaban dispuestas a admitir el olvido, si su odiado enemigo hacía lo mismo.

Las ruinas monumentales de Angkor Wat, en el noroeste de Camboya, poseen largas y complicadas historias. ¿Qué ocurrió con la magnífica civilización que las produjo? ¿Por qué esta civilización desapareció, sin dejar rastros, cuando alguna vez empuñó a todos los países del entorno? Ninguna explicación convincente pudo prosperar. Yo me pregunto si es posible que los camboyanos sean, ocasionalmente, embargados por una locura suicida. Allí estaban Sihanouk y Lon Nol, que habían trabajado toda su vida en estrecha armonía, luchando por la mutua destrucción, en lugar de acordar un compromiso entre sus diferencias relativamente triviales. Encontraban más fácil volcar a su país hacia los enemigos tradicionales de Camboya o hacia un grupo maniático de indígenas, al cual ambos temían y despreciaban. El gobierno de Lon Nol era, en realidad, el de Sihanouk sin el príncipe; antes de que Sihanouk fuera depuesto, Lon Nol había sido su primer ministro y su ministro de Defensa, y había medrado en las rutas de suministro desde Vietnam del Norte hasta los santuarios. Sihanouk, a su vez, nos había invitado a bombardear los santuarios y sentenciado a muerte a los gobiernos del Khmer Rojo, *in absentia*. Ya en 1973, estos aristócratas cortejaban al Khmer Rojo, que los odiaba, tanto como a los norvietnamitas, que buscaban dominarlos. Rara vez pudo haber un ejemplo más contundente de animosidad personal que pasara fatalmente por encima de un cálculo racional. Ambos gobernantes pudieron haber superado su conflicto, jugado un papel digno y ahorrado a su pueblo un holocausto debieron estar preparados a subordinar sus contiendas personales y sus egos a las necesidades de la nación. Incapaces de obrar así, se condenaron a sí mismos y a Camboya.

Y ese odio ciego fue en 1973, el obstáculo clave en nuestro trato con Sihanouk. En el pasado noviembre, había dicho al vice ministro de Relaciones Exteriores de China, Ch'iao Kuan-hua, que estábamos dispuestos a colaborar con los chinos para terminar la guerra en Camboya, de un modo que diera a Sihanouk un papel significativo (5). Pero, a fin de que éste pudiera reanudar su política pendular entre los varios aspirantes al poder en Camboya, yo sostenía que era necesaria la existencia de algunos aspirantes para aplicar ese control. En tanto que él era la cabeza nominal de una facción —el Khmer Rojo— que estaba implacablemente resuelta a la victoria total, Sihanouk se condenaba a sí mismo a la irrelevancia si la guerra continuaba, o a la total sumisión si el Khmer Rojo ganaba. Aunque nosotros no insistíamos en que Lon Nol permaneciera en su puesto, si sobrevivían las fuerzas comunistas por él representadas, sería beneficioso para Sihanouk en cierta forma. De otro modo, se convertiría en un caudillo prescindible, útil tan sólo para legitimizar una Camboya dominada por los comunistas, después de lo cual seguramente se lo descartaría. (Esto, claro, es precisamente lo que ocurrió).

Swank y yo diferíamos marginalmente también sobre la utilidad de las operaciones militares para lograr el cese del fuego, que ambos considerábamos esencial. Swank creía que este fin sería más factible en el caso de que hubiera sólo un mínimo de presión militar estadounidense. Yo estaba dispuesto a probar tal hipótesis. La experiencia me había enseñado que un desacuerdo con los comunistas indochinos solamente se rompería si hubiera una alternativa más penosa para ellos. Hasta ahora, éste era un punto de vista teórico. Se acababa de poner sobre el tapete la declaración unilateral de Lon Nol acerca del cese del combate. El Khmer Rojo la había rechazado, pero tanto Swank como yo teníamos esperanzas de que, quizás, ellos no hubieran mostrado aún, completamente, su juego. Desde nuestro punto de vista optimista, no se habían agotado, todavía, las posibilidades de un éxito negociado en Camboya.

Como Lon Nol, Swank prefería las negociaciones a través de Hanoi. Yo tenía mis dudas: creía que Pekín sería el mejor intermediario. La preferencia de Lon Nol podría ser

más conveniente a corto plazo; estratégicamente era la menos productiva. Hanoi quería que Camboya fuera su satélite. Su intención consistía en dominar Camboya, reabrir la ruta de abastecimiento del sudeste y desmoralizar a Vietnam del Sur, creando la impresión de que su predominio final en Indochina era inevitable. China, por su parte, estaba sobre todo interesada en una Camboya independiente. Pekín no deseaba ver a Phnom Penh como un satélite de Hanoi. Prefería estados independientes en el sudeste de Asia y no una región dominada por Vietnam del Norte, cuya enemistad con China y dependencia de Moscú eran históricas. Ocurría que este interés coincidía con el nuestro. También se imponía para la supervivencia de Vietnam del Sur. Procuré, así, negociar a través de Pekín (lo cual implicaba un papel para Sihanouk, que se encontraba allí). Pero no urgía tomar una decisión inmediata. Mis futuras visitas a Hanoi y Pekín arrojarían luz sobre lo que era posible.

UNA VISITA A VIENTIANE

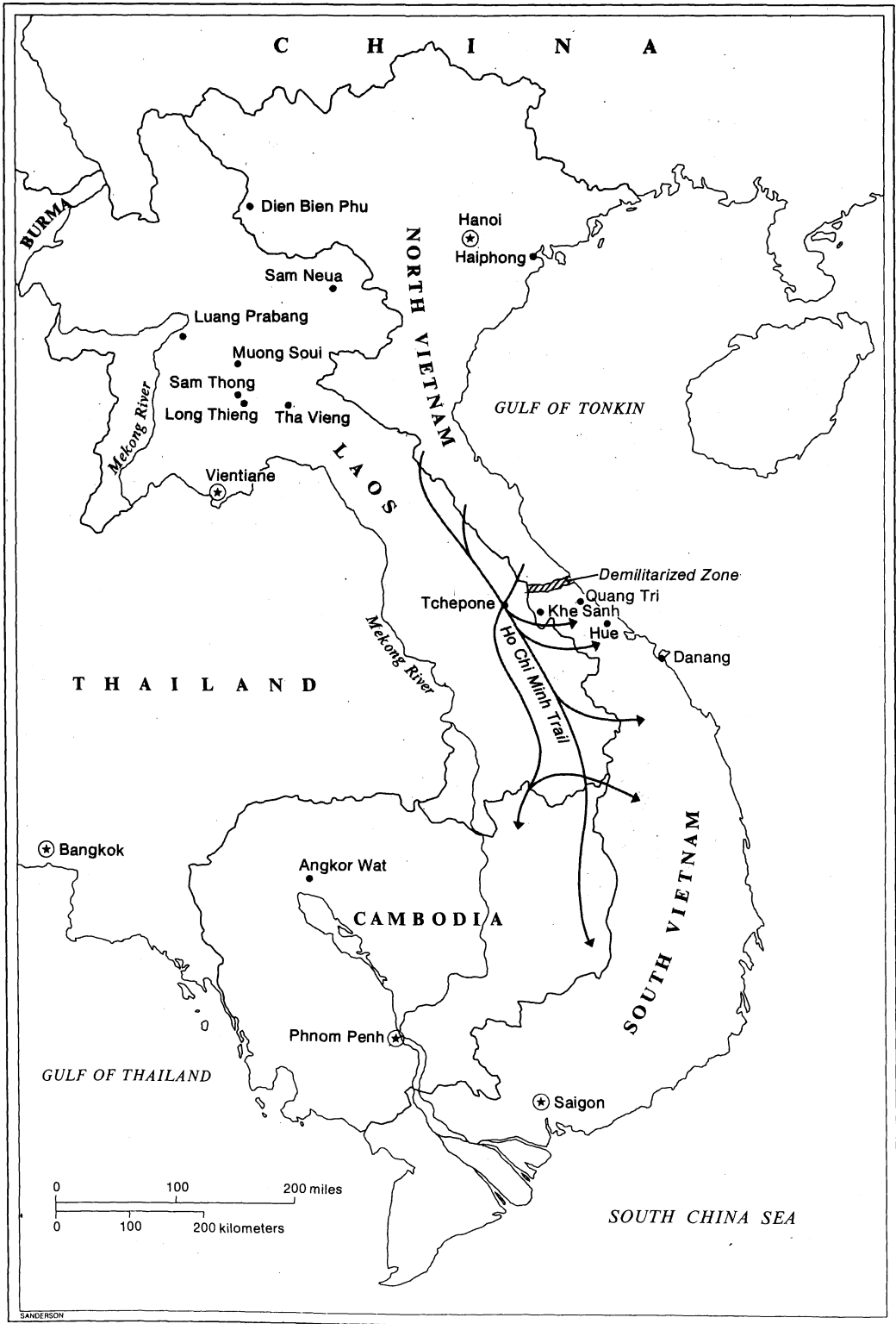
Yo había leído informes sobre la guerra provenientes de Vientiane, y como sucede a menudo, el ojo de la mente había inventado un parentesco entre los sucesos y el escenario donde ocurrían: el encabezamiento *Vientiane* evocaba imágenes de una metrópolis intensa y asediada. En realidad, Vientiane es una ciudad provinciana, tranquila, calurosa, polvorienta, habitada por gente pacífica y amable. Su paso es lento, sus modos conciliadores; todo Laos quería que lo dejaran tranquilo. Y esto, justamente, es lo que sus implacables vecinos norvietnamitas no garantizarían.

Vientiane, la capital de Laos, anida sobre los bancos del río Mekong, que constituye el límite con Tailandia. Es raro, en verdad, encontrar una capital situada al borde del territorio nacional y que su límite ciudadano coincida con las fronteras de otro país. Era como si los laosianos, aterrados por sus vecinos norvietnamitas, hubieran huido lo más lejos posible de su sombra amenazante; como si la presencia tangible de Tailandia constituyera una seguridad para la supervivencia laosiana.

Desde los finales de la década del '50, Laos era víctima de su circunstancia geográfica. La Zona Desmilitarizada (DMZ) a lo largo del Paralelo 17 de Vietnam, obstruía masivamente la infiltración directa de Vietnam del Norte en Vietnam del Sur, pues esto constituiría una violación flagrante de los acuerdos de Ginebra de 1954. En virtud de cierta lógica retorcida aplicada por los norvietnamitas, el desvío de la DMZ de modo que atravesara el territorio de otro país soberano, parecía más legítimo, aun cuando la neutralidad laosiana estuviera, también, solemnemente garantizada por los mismos acuerdos. La Ho Chi Minh Trail (prácticamente toda una red de rutas) estaba abierta a través de la selva y abarcaba la mitad sudeste de Laos. Como ocurrió en Camboya, Hanoi simplemente se apropió del territorio del vecino y echó a la población local. Y como en Camboya, aquellos norteamericanos que favorecieron a Laos para que conservara su independencia, se encontraron con que eran acusados de *expandir* hacia un país pacífico, una guerra que se había implantado allí por causa de una ilegal ocupación norvietnamita.

No contentos con apoderarse de la mitad sudeste de Laos, los norvietnamitas armaron en 1961 una facción comunista, el Pathet Lao, en el ángulo noreste del país y enviaron allí 6.000 soldados.

El impulso de Hanoi hacia la hegemonía era constante. También lo era la ambivalencia estadounidense. En la década del '50, de acuerdo con el talante anticomunista del período, los EE.UU. sostuvieron un gobierno pro-occidentalista en Vientiane, que reclamaba el control sobre todo el territorio nacional. Hanoi, desdeñando tácticas que se habían vuelto estereotipadas, exigía que se creara un gobierno de coalición conducido por el neutralista príncipe Souvanna Phouma, de hecho un aplicado nacionalista. La



El Sudeste de Asia en 1973.

administración Kennedy aceptó esta fórmula, aunque ella requería el envío de *marines* a Tailandia para disuadir a Hanoi de completar su conquista sobre todo Laos en 1962. Hanoi trató este acuerdo con su característico cinismo. Sobrepararía, sin lucha, el record moderno en desairar los convenios escritos.

En la Conferencia de Génova de 1962, Laos obtuvo el primer ministro y el gobierno neutralista que reclamaba Hanoi. Todas las tropas extranjeras serían retiradas a través de los puestos internacionales de control. Pero ni esto, ni el hecho de que la Unión Soviética y la República Popular de China reconocieran a Souvanna Phouma, hicieron desistir a Hanoi de apropiarse de las dos provincias del noreste bajo el control exclusivo de sus propios esbirros comunistas, el Pathet Lao. El área del Ho Chi Minh Trail permanecía ocupada por las fuerzas norvietnamitas. En cuanto a la retirada de las tropas extranjeras, los 666 asesores norteamericanos en pleno partieron atravesando los puestos internacionales de control; de los 6.000 soldados nortvietnamitas, sólo cuarenta (sí, cuarenta) se presentaron para su repatriación —debe haber sido la cuota de rotación semanal o, quizás, algunos oficiales que necesitaban una piadosa licencia en Hanoi—. Los norvietnamitas ni siquiera fingían vivir respetando los pactos de Génova y en cambio despotricaban ante el mundo por los pecados de la intervención norteamericana. Día a día, aumentaba el número de norvietnamitas en tierras laosianas, que comprimían Vientiane y ocupaban el límite entero de la región contigua a Vietnam.

No resultaba sorprendente que el primer ministro Souvanna Phouma y sus coaligados, quienes nos dieron la bienvenida el 9 de febrero, vieran los pactos de París con sus esperanzas ensombrecidas por los presentimientos. No habían transcurrido dos semanas desde la firma del Acuerdo de París cuando éste ya parecía desgastado.

En Laos no se percibían más señales que en Camboya de la retirada norvietnamita, exigida por el Artículo 20. Por el contrario, una nueva división norvietnamita había sido introducida en Laos la semana anterior.

Era tal el desprecio que sentía Hanoi por las nociones burguesas de legalidad, que no experimentaba la necesidad —ni siquiera por hipocresía— de reconocer que un acuerdo firmado impone ciertas obligaciones. Le Duc Tho me había dado en París una garantía escrita, afirmando que el cese del fuego tendría lugar dentro de los cincuenta días, a partir de la firma del acuerdo. Este período estaba tocando a su fin y no había signo alguno de que se cumpliera lo pactado. De pronto, Hanoi hacía depender la paz —sin una pizca de base legal y en abierto conflicto con el espíritu de la letra— del resultado de un acuerdo político. Luego, Hanoi remataba la cuestión con otro de sus registrados cinismos: dejó de tratar a Souvanna Phouma como al dirigente de la facción neutralista; repentinamente, descubrió un nuevo grupo *neutralista* del cual ninguno de los más devotos simpatizantes, había oído hablar jamás. Los esbirros de Hanoi también insistían en no firmar ningún documento que no condenara la intervención de EE.UU.; de tal modo, al incorporar la desviada interpretación de Hanoi al instrumento legal, terminaban los conflictos e inhibían los recursos del poder norteamericano.

Souvanna Phouma estaba decidido a no aceptar tales términos. Había peleado tenazmente por la independencia de su país. Aunque dispuesto, en última instancia, a aceptar la ayuda estadounidense y de Thai, él quería nada menos que hacerlo desaparecer como punto de contención de la política internacional. Gentil y extraordinariamente afable, ejemplificaba con su personalidad, las virtudes de un pueblo cuya contribución a la historia dependió más de la urbanidad de su estilo de vida que de sus cualidades marciales. En todo caso, había sido una pugna despareja contra un adversario que poseía siete veces su población. Laos, expuesto diariamente al chantaje militar y político de Hanoi, no resultaba una excepción a la regla de que, prácticamente, ningún país que negociara con Hanoi conservaba una pizca de ilusión de las muchas que abrigó nuestro movimiento pacifista, acerca de que Vietnam del Norte era una bondadosa potencia

nacionalista convertida en víctima por la arbitraria presión norteamericana.

Souvanna estaba preparado para continuar su azarosa y compleja táctica balanceada, pulsaría la cuerda de las negociaciones pacifistas; correría los riesgos de negociar nuevos pactos. No se lamentaba ni gemía. Todo lo que pretendía de nosotros era que no quitásemos el peso de EE.UU. del platillo de la balanza.

La noche del 9 de febrero ofreció una cena para el sector norteamericano en su sencilla residencia en las afueras de Vientiane. Parecía la casa de un joven ministro francés, sin las trampas que habitualmente se asocian con los palacios presidenciales. Al final de la comida, Souvanna se puso de pie y propuso un brindis, elocuente y conmovedor: pudo ser como la suma de las esperanzas y miedos de toda Indochina, que sólo quería que la dejaran en paz y nos miraba pidiendo auxilio:

Doctor Kissinger y amigos: Os damos la bienvenida a Laos en este crítico momento de nuestra historia. Los propios sobrevivientes de Laos descansan sobre vuestros hombros, pero los vuestros son hombros anchos. Contamos con vosotros para hacer comprender a nuestros vecinos que todo lo que queremos es la paz. Somos un país muy pequeño, no representamos un peligro para nadie. Contamos con vosotros para transmitirles que la gente de Laos es pacífica por tradición y por religión. Sólo queremos ser soberanos e independientes. Queremos pedirles que nos dejen vivir en paz en este pedacito de tierra que nos ha quedado de nuestro antiguo Reino. Nuestro viejo Reino llegó a estar poblado por 17 millones de personas, ahora sólo hay en él 3 millones.

Si se mantiene la presión sobre los vietnamitas hasta que entiendan el riesgo que corren al violar el acuerdo, entonces tal vez lo respeten. Laos debe vivir en paz. Los Estados Unidos no necesitan su esfuerzo para que todo acabe en la hegemonía de Vietnam del Norte sobre Indochina. Este era el deseo de Ho Chi Minh: reemplazar a los franceses en la dominación de Indochina. . .

Por lo tanto, debemos contar con nuestros grandes amigos, los norteamericanos, para que nos ayuden a sobrevivir. Esperamos, solamente, que este deseo nuestro sea garantizado.

Qué conmovedora resultaba la esperanza de que un país distante, tan lejos como se puede estar en el globo, fuera capaz de conducir al vecino más próximo de Laos hacia un intento pacífico que, dados los últimos puntos de vista, podía haber acicateado la agresividad. Y que nosotros estuviéramos dispuestos a defender para siempre la libertad de un pueblo distante.

Tal vez porque el discurso de Souvanna me demostró que ninguna negociación formal podía tener la fragilidad de estas esperanzas ni tal naturaleza nuestra responsabilidad, mi respuesta no alcanzó la nobleza de mi huésped. Resultó de algún modo centrada en sí misma, como si una forma pedante de reaseguro pudiera aliviar una tarea casi espiritual, aunque se refirió al punto esencial que interesaba a nuestros huéspedes laosianos:

Su Alteza: Aprecio muchísimo las cosas tan conmovedoras a las que se ha referido. Es una responsabilidad muy pesada la que usted me asigna. He tenido el honor de desempeñarme en mi puesto actual desde hace cuatro años y hemos superado grandes dificultades; no hemos recorrido todo este camino para traicionar a nuestros amigos en el comienzo de un nuevo gobierno, después de una elección que fue peleada, precisamente, sobre el principio de que Estados Unidos permanecería fiel a sus convicciones.

A la mañana siguiente, en el aeropuerto de Vientiane, inmediatamente antes de partir

para Hanoi, requerí públicamente el estricto cumplimiento del Acuerdo de París y un pronto cese del fuego en Laos.

Mientras escribo estas líneas, Laos se halla bajo la legislación comunista. Más de 40.000 soldados vietnamitas permanecen como una fuerza de ocupación. Souvanna cumple un arresto domiciliario. Entre 10.000 y 30.000 prisioneros políticos se encuentran en campos de trabajo forzado, bajo el nombre de campos de *reeducación*. Los aborígenes de Hmong (Meo), que pelearon junto a nosotros contra los norvietnamitas, son exterminados sistemáticamente, algunos por medio de gas venenoso. Cientos de miles de laosianos escaparon aterrorizados hacia Tailandia.

Todo lo que ocurrió desde 1973 ha reforzado mi convicción de que los Estados Unidos no hicieron nada innoble en su intento de salvaguardar la independencia de pequeños países en el Sudeste de Asia. Estados Unidos no tiene nada de qué avergonzarse por su resistencia contra los opresores de los débiles, aun si al final colocamos nuestras metas más allá de nuestra capacidad para sostenerlas. Pero ni aún hoy puedo recordar el anhelante ruego de Souvanna Phouma sin congoja y vergüenza, porque Norteamérica fue incapaz de colmar sus esperanzas con respecto a nuestra constante ayuda contra un voraz enemigo.

UNA MISTERIOSA VISITA A HANOI

Para mí, la sensación de aterrizar en Hanoi, el 10 de febrero, era el equivalente a poner un pie en la luna. Como durante una década, la guerra iniciada al igual que una misión de cruzados, se convirtió en una pesadilla nacional, los fríos manipuladores de Hanoi habían explotado las vacilaciones de EE.UU. y sus dudas acerca de sí misma. Los peregrinajes de norteamericanos antibélicos hacia esa Meca de rectitud revolucionaria, se convirtieron en acontecimientos regulares. Vietnam del Norte se publicitó a sí mismo con todo éxito como un país inocente, amante de la paz, lamentablemente perseguido por brutales extranjeros. Sus negociadores en París iban cada vez más lejos en su ambiguo pronunciamiento. Este dejaba la impresión de que los gobernantes norteamericanos se dedicaban insuficientemente a la paz, y por ello perdían grandes oportunidades. Hanoi entendía que una de las mayores batallas se libraba en la mente de los estadounidenses, y conducía brillantemente su campaña. No se puede negar el respeto hacia los fanáticos, quienes en su juventud se habían dedicado al comunismo, habían sufrido heroicamente por sus creencias, peleado con devoción unilateral y coraje, primero contra los japoneses, luego contra los franceses y finalmente contra los norteamericanos, agotando a todos los adversarios a través de la prueba de las armas y el combate psicológico.

Nosotros habíamos arrancado un leve compromiso de estos fanáticos; pero implicaba un acto de fe mayor del que yo era capaz el hecho de creer que ellos se atenderían voluntariamente a un éxito inconcluso. El propósito de mi viaje a Hanoi en febrero de 1973 era alentar cualquier tendencia que existiera en favor de la reconstrucción pacífica en lugar de la lucha constante, para estabilizar la paz hasta donde pudieran hacerlo las perspectivas de EE.UU. y advertir sobre las serias consecuencias que implicaría desilusionar estas esperanzas.

El Boeing 707 de la flota presidencial aterrizó en el campo aéreo militar de Noi Bai, alrededor de cincuenta millas al norte de Hanoi. Era una mañana gris, de niebla. El paisaje que rodeaba el aeropuerto se ofrecía chato y desolado, agujereado por nuestros B-52, que habían destruido la mayoría de los edificios y perforado las pistas, aunque habían sido remendadas suficientemente bien como para permitir que el avión llegara a una parada firme.

Le Duc Tho me saludó con cierto afecto. Entre este terco, aplicado revolucionario, y yo, se había desarrollado un lazo curioso durante los escasos cuatro años de reuniones se-

cretas en París. En cierto nivel, él me odiaba sin duda, como representante de un poder *imperialista*, que buscaba privar a Vietnam del Norte de lo que se consideraba su derecho de nacimiento: su hegemonía sobre toda Indochina. Como un leninista profesional, despreciaba los valores burgueses de compromiso que yo proponía. Y había veces en que me ofendía profundamente la forma como él buscaba manejar nuestra opinión pública y hacer pedazos nuestro auto-respeto; la desfachatez de sus imposturas, dentro y fuera de la sala de deliberaciones, podía encolerizar a cualquiera. Al mismo tiempo, admiraba su sutileza, su agudeza, su férrea autodisciplina. En todos los años de negociaciones conmigo, nunca perdió su equilibrio, nunca cometió un error. Tampoco abandonó su cortesía, excepto una vez, en mayo de 1972, cuando arrastrado por la perspectiva de una victoria en apariencia inminente fue instigado a la insolencia (6). El había jugado con ingenio y evasivamente, durante tres años. Y cuando llegó la hora de arrojar la pelota lo hizo con flexibilidad y velozmente.

Yo nunca sabría lo que Le Duc Tho pensaba realmente de mí, mientras no mediara por parte de Hanoi la adopción de una Libertad de Acta de Información. Hasta el fin, en toda circunstancia, él consideró oportuno mantener la fachada de cordialidad. En el aeropuerto militar me saludó con sonrisas amistosas, casi como si se tratara de una reunión de veteranos para abordar algún antiguo recuerdo. Me condujo de la mano hacia las pequeñas barracas derruidas, con sus ventanas voladas, al lado del macadam. Después de una ligera broma sobre el té, abordamos una An-24 soviética, una aeronave liviana, para el vuelo de veinte minutos hacia el Aeropuerto Internacional de Gia Lam, más próximo a Hanoi, otro hito familiar para mí desde los años de instrucción militar. (El 707 no podía aterrizar en Gia Lam porque sus pistas no eran lo suficientemente largas).

Gia Lam había sido gravemente dañada; los B-52 habían logrado impactos certeros en la pista principal. Solamente la fachada frontal de la torre de control, quedaba en pie; se podía mirar a través de sus ventanas y descubrir el cielo. Nos saludaron otros oficiales y partimos en *sedans* Volga, soviéticos, hacia la ciudad. Durante la recorrida, éstos fueron virtualmente los únicos automóviles que pude encontrar en mi visita.

Ambos aeropuertos estaban sobre la margen norte del Río Rojo. Hanoi se recostaba en la margen sur y parecía una soñolienta ciudad provinciana de Francia. El río sólo podía cruzarse por medio de pontones; el famoso puente Paul Doumer (o Río Rojo), cercado de acero, tan frecuentemente citado como prueba de la ineficacia de nuestra campaña aérea, finalmente se había desmoronado bajo la embestida de las bombas de Navidad.

La orilla norte del río había sido intensamente perforada por nuestras bombas, parecía la fotografía de un paisaje lunar. Sin embargo, una vez que llegamos a Hanoi, la escena no podía ser más pacífica. Resultaba obvio, de inmediato (y así lo confirmaron algunos asombrados periodistas, una semana más tarde) (7), que la ciudad en sí no había sido prácticamente dañada por nuestro bombardeo, contrariamente a la mitología de la mentada barbarie de nuestros ataques de Navidad. A lo largo de las calles que recorríamos, lo único que vimos destruido fue la casa del delegado general francés, hecha pedazos. Atacada accidentalmente, varios meses antes, en medio de nuestras negociaciones en París —el hecho no fue recibido precisamente, como señal de afecto ni por nuestros interlocutores ni por nuestros huéspedes franceses. También se hallaba totalmente ausente el frenético bullicio de Saigón. Un visitante de otro planeta nunca hubiera pensado que la misma gente habitaba ambas ciudades. Ni hubiese sospechado cuál de las capitales había despachado los ejércitos invasores que aterrorizaran a todos los vecinos y absorbieron la atención del mundo —probando así que la fe y la disciplina, no sólo la fuerza material, crean su propia ventaja.

Los edificios de Hanoi estaban deteriorados, en el estilo del sur de Francia; era evidente que se habían levantado muy pocas construcciones urbanas desde la independencia, ocurrida cerca de dos décadas atrás. Las anchas avenidas arboladas estaban atestadas de

ciclistas. Ocasionalmente podía verse un camión de origen soviético, pero no autos particulares. En las calles escaseaba la gente; las autoridades no habían aún traído de vuelta a todos los evacuados durante los años anteriores. La gente parecía solemne, seria, distante, indiferente. ¡Con qué incongruencia suele presentarse el heroísmo! Cualquier cosa que hubiera impulsado a esos hombres y mujeres poco altivos, a luchar y soportar con tal tenacidad, no podía leerse en sus rostros. Echaban miradas a nuestra caravana sin interés visible. Aunque su extensión debió mostrarles que algo importante sucedía.

Entré a Hanoi con una sensación de distanciamiento extraño. Mi visita constituía el fin de un largo viaje, pero no encerraba un propósito evidente. Aun desde la fase álgida de la negociación, Le Duc Tho y el Politburó se habían mostrado ansiosos porque yo visitara su capital. El motivo era impreciso. No pudo haber sido la avidez de igualar *status* con China, la cual impulsó a Brezhnev a recibirme en Moscú después de mi visita secreta a Pekín: los gobernantes de Hanoi eran demasiado contenidos para ello; la inseguridad psicológica resultaba obviamente su aspecto más notorio. ¿Buscaban tranquilizarnos antes de lanzarse a una nueva ola de conquistas? Era posible, pero constituía una táctica de doble filo. Desde nuestra perspectiva, el haberles demostrado que habíamos examinado todas las oportunidades de conciliación, aparecía como una condición necesaria en EE.UU. para defender los pactos de París por otros medios, si se llegara a tal extremo. ¿Podía Hanoi estar satisfecho de descansar sobre los fanáticos esfuerzos de una vida de lucha, y comenzar a encontrar las necesidades de su pueblo? Eso había establecido Le Duc Tho y nosotros estábamos preparados para investigarlo.

En todo caso, nuestras elecciones se hallaban condicionadas. Yo había ido a Hanoi para simbolizar, en parte, un compromiso con la reconciliación nacional en mi país —un tema que no interesaba a los norvietnamitas. Esperábamos convencer a los gobernantes de Hanoi acerca de la futilidad de continuar las operaciones militares. Insistíamos para ello en un cumplimiento estricto de los pactos de París. Pero en lo profundo yo sabía, con una sensación de fracaso, que las palabras no los impresionarían. En alguna parte del trayecto se nos pondría a prueba. Deberíamos mostrar nuestro coraje. Al mismo tiempo, yo tenía que tratar de inducir hacia esfuerzos pacíficos a la sombra de dos imponderables: ¿podría Hanoi ajustar su escala de valores para dar cuerpo a su economía, como una prioridad mayor de la que había tenido en todos los períodos anteriores de su historia? ¿Y podría el Congreso sostenernos?

Entendía o me inclinaba de buen grado a sentir, que yo, el representante de una superpotencia, constituía una extraña desventaja en esta ciudad tan desprovista de los accesorios de la vida moderna. Vietnam había obsesionado a Norteamérica, pero en esta larga trayectoria sólo fue un pequeño rincón del mundo para nosotros, de cuya seguridad nos habíamos vuelto en parte responsables. De otra forma, el poema épico que estaban representando los gobernantes de Hanoi, era por su exclusiva causa. Tenían la capacidad de dañarnos más allá de todo cuanto pudiéramos ganar, reanudando la guerra o asaltando nuestra tranquilidad doméstica. Pero ellos no podían hacer nada positivo por nosotros. Resultaban demasiado egocéntricos para pensar en la política exterior en términos de un sistema internacional; demasiado arrogantes para creer en la buena voluntad; demasiado ambiciosos para restringir sus propósitos sobre la base de ideas de concordia. Así entré en Hanoi con inquietud y consciente de que el mejor triunfo vendría si se evitaba una pérdida y la mejor esperanza consistía, sólo, en que Vietnam cayera en el olvido dentro de nuestra conciencia nacional.

Fui esperado en una elegante casa de huéspedes de dos pisos, en el centro de Hanoi, que había sido alguna vez la residencia del gobernador general francés de Tonkin. La mayor parte de mi equipo permaneció en el Hotel Reunification, una vieja y deteriorada estructura ubicada diagonalmente en la calle, cuyas paredes estaban cubiertas de leyendas, la mayoría en ruso, como contribución cultural de varias misiones de ayuda soviética. El

cretas en París. En cierto nivel, él me odiaba sin duda, como representante de un poder *imperialista*, que buscaba privar a Vietnam del Norte de lo que se consideraba su derecho de nacimiento: su hegemonía sobre toda Indochina. Como un leninista profesional, despreciaba los valores burgueses de compromiso que yo proponía. Y había veces en que me ofendía profundamente la forma como él buscaba manejar nuestra opinión pública y hacer pedazos nuestro auto-respeto; la desfachatez de sus imposturas, dentro y fuera de la sala de deliberaciones, podía encolerizar a cualquiera. Al mismo tiempo, admiraba su sutileza, su agudeza, su férrea autodisciplina. En todos los años de negociaciones conmigo, nunca perdió su equilibrio, nunca cometió un error. Tampoco abandonó su cortesía, excepto una vez, en mayo de 1972, cuando arrastrado por la perspectiva de una victoria en apariencia inminente fue instigado a la insolencia (6). El había jugado con ingenio y evasivamente, durante tres años. Y cuando llegó la hora de arrojar la pelota lo hizo con flexibilidad y velozmente.

Yo nunca sabría lo que Le Duc Tho pensaba realmente de mí, mientras no mediara por parte de Hanoi la adopción de una Libertad de Acta de Información. Hasta el fin, en toda circunstancia, él consideró oportuno mantener la fachada de cordialidad. En el aeropuerto militar me saludó con sonrisas amistosas, casi como si se tratara de una reunión de veteranos para abordar algún antiguo recuerdo. Me condujo de la mano hacia las pequeñas barracas derruidas, con sus ventanas voladas, al lado del macadam. Después de una ligera broma sobre el té, abordamos una An-24 soviética, una aeronave liviana, para el vuelo de veinte minutos hacia el Aeropuerto Internacional de Gia Lam, más próximo a Hanoi, otro hito familiar para mí desde los años de instrucción militar. (El 707 no podía aterrizar en Gia Lam porque sus pistas no eran lo suficientemente largas).

Gia Lam había sido gravemente dañada; los B-52 habían logrado impactos certeros en la pista principal. Solamente la fachada frontal de la torre de control, quedaba en pie; se podía mirar a través de sus ventanas y descubrir el cielo. Nos saludaron otros oficiales y partimos en *sedans* Volga, soviéticos, hacia la ciudad. Durante la recorrida, éstos fueron virtualmente los únicos automóviles que pude encontrar en mi visita.

Ambos aeropuertos estaban sobre la margen norte del Río Rojo. Hanoi se recostaba en la margen sur y parecía una soñolienta ciudad provinciana de Francia. El río sólo podía cruzarse por medio de pontones; el famoso puente Paul Doumer (o Río Rojo), cercado de acero, tan frecuentemente citado como prueba de la ineficacia de nuestra campaña aérea, finalmente se había desmoronado bajo la embestida de las bombas de Navidad.

La orilla norte del río había sido intensamente perforada por nuestras bombas, parecía la fotografía de un paisaje lunar. Sin embargo, una vez que llegamos a Hanoi, la escena no podía ser más pacífica. Resultaba obvio, de inmediato (y así lo confirmaron algunos asombrados periodistas, una semana más tarde) (7), que la ciudad en sí no había sido prácticamente dañada por nuestro bombardeo, contrariamente a la mitología de la mentada barbarie de nuestros ataques de Navidad. A lo largo de las calles que recorríamos, lo único que vimos destruido fue la casa del delegado general francés, hecha pedazos. Atacada accidentalmente, varios meses antes, en medio de nuestras negociaciones en París —el hecho no fue recibido precisamente, como señal de afecto ni por nuestros interlocutores ni por nuestros huéspedes franceses. También se hallaba totalmente ausente el frenético bullicio de Saigón. Un visitante de otro planeta nunca hubiera pensado que la misma gente habitaba ambas ciudades. Ni hubiese sospechado cuál de las capitales había despachado los ejércitos invasores que aterrorizaran a todos los vecinos y absorbieron la atención del mundo —probando así que la fe y la disciplina, no sólo la fuerza material, crean su propia ventaja.

Los edificios de Hanoi estaban deteriorados, en el estilo del sur de Francia; era evidente que se habían levantado muy pocas construcciones urbanas desde la independencia, ocurrida cerca de dos décadas atrás. Las anchas avenidas arboladas estaban atestadas de

ciclistas. Ocasionalmente podía verse un camión de origen soviético, pero no autos particulares. En las calles escaseaba la gente; las autoridades no habían aún traído de vuelta a todos los evacuados durante los años anteriores. La gente parecía solemne, seria, distante, indiferente. ¡Con qué incongruencia suele presentarse el heroísmo! Cualquier cosa que hubiera impulsado a esos hombres y mujeres poco altivos, a luchar y soportar con tal tenacidad, no podía leerse en sus rostros. Echaban miradas a nuestra caravana sin interés visible. Aunque su extensión debió mostrarles que algo importante sucedía.

Entré a Hanoi con una sensación de distanciamiento extraño. Mi visita constituía el fin de un largo viaje, pero no encerraba un propósito evidente. Aun desde la fase álgida de la negociación, Le Duc Tho y el Politburó se habían mostrado ansiosos porque yo visitara su capital. El motivo era impreciso. No pudo haber sido la avidez de igualar *status* con China, la cual impulsó a Brezhnev a recibirme en Moscú después de mi visita secreta a Pekín: los gobernantes de Hanoi eran demasiado contenidos para ello; la inseguridad psicológica resultaba obviamente su aspecto más notorio. ¿Buscaban tranquilizarnos antes de lanzarse a una nueva ola de conquistas? Era posible, pero constituía una táctica de doble filo. Desde nuestra perspectiva, el haberles demostrado que habíamos examinado todas las oportunidades de conciliación, aparecía como una condición necesaria en EE.UU. para defender los pactos de París por otros medios, si se llegara a tal extremo. ¿Podía Hanoi estar satisfecho de descansar sobre los fanáticos esfuerzos de una vida de lucha, y comenzar a encontrar las necesidades de su pueblo? Eso había establecido Le Duc Tho y nosotros estábamos preparados para investigarlo.

En todo caso, nuestras elecciones se hallaban condicionadas. Yo había ido a Hanoi para simbolizar, en parte, un compromiso con la reconciliación nacional en mi país —un tema que no interesaba a los norvietnamitas. Esperábamos convencer a los gobernantes de Hanoi acerca de la futilidad de continuar las operaciones militares. Insistíamos para ello en un cumplimiento estricto de los pactos de París. Pero en lo profundo yo sabía, con una sensación de fracaso, que las palabras no los impresionarían. En alguna parte del trayecto se nos pondría a prueba. Deberíamos mostrar nuestro coraje. Al mismo tiempo, yo tenía que tratar de inducir hacia esfuerzos pacíficos a la sombra de dos imponderables: ¿podría Hanoi ajustar su escala de valores para dar cuerpo a su economía, como una prioridad mayor de la que había tenido en todos los períodos anteriores de su historia? ¿Y podría el Congreso sostenernos?

Entendía o me inclinaba de buen grado a sentir, que yo, el representante de una superpotencia, constituía una extraña desventaja en esta ciudad tan desprovista de los accesorios de la vida moderna. Vietnam había obsesionado a Norteamérica, pero en esta larga trayectoria sólo fue un pequeño rincón del mundo para nosotros, de cuya seguridad nos habíamos vuelto en parte responsables. De otra forma, el poema épico que estaban representando los gobernantes de Hanoi, era por su exclusiva causa. Tenían la capacidad de dañarnos más allá de todo cuanto pudiéramos ganar, reanudando la guerra o asaltando nuestra tranquilidad doméstica. Pero ellos no podían hacer nada positivo por nosotros. Resultaban demasiado egocéntricos para pensar en la política exterior en términos de un sistema internacional; demasiado arrogantes para creer en la buena voluntad; demasiado ambiciosos para restringir sus propósitos sobre la base de ideas de concordia. Así entré en Hanoi con inquietud y consciente de que el mejor triunfo vendría si se evitaba una pérdida y la mejor esperanza consistía, sólo, en que Vietnam cayera en el olvido dentro de nuestra conciencia nacional.

Fui esperado en una elegante casa de huéspedes de dos pisos, en el centro de Hanoi, que había sido alguna vez la residencia del gobernador general francés de Tonkin. La mayor parte de mi equipo permaneció en el Hotel Reunification, una vieja y deteriorada estructura ubicada diagonalmente en la calle, cuyas paredes estaban cubiertas de leyendas, la mayoría en ruso, como contribución cultural de varias misiones de ayuda soviética. El

servicio, allí, se basaba en la premisa de que todos los extranjeros eran espías potenciales cuya estadía podría abreviarse si no se mostraba clemencia ante ninguna aspiración del más elemental confort.

Le Duc Tho me acompañó a mi cuarto, y excusándose cortésmente, sugirió que me preparara para mi primera reunión con el primer ministro Pham Van Dong. Como disponía de algún tiempo, mis colaboradores y yo decidimos dar un paseo, a pesar de la disconformidad de los oficiales del protocolo norvietnamita y mis custodios del servicio secreto. Por una vez, la pedantería local los abandonó. Esta posibilidad no había sido prevista; por lo tanto carecían de instrucciones y los confundidos guardias de la entrada no impidieron nuestra partida. Paseamos por las calles que la escasez de motores y tránsito hacían aparecer anticuadas y serenas, pobladas por gente que cumplía en calma sus tareas. Dos lagos pequeños formaban el centro de Hanoi. Los bordeamos; éramos los primeros funcionarios estadounidenses que se movían libremente por Hanoi en dos décadas, mientras que a unos pocos cientos de metros otros norteamericanos, nuestros prisioneros de guerra, todavía languidecían en un crudo cautiverio (*). Los transeúntes, sin emoción evidente, no demostraban hostilidad ni amistad; nos trataban como si fuéramos alguna extraña mutación sin relevancia alguna para ellos. En el frente de un edificio, había una gran cartelera con un mapa que mostraba lo que los legisladores de Hanoi se complacían en considerar las *áreas liberadas* del Sur. Aunque de algún modo generoso para Hanoi, esto no resultaba inadecuado. Me preguntaba cómo el pueblo de Vietnam del Norte había reaccionado ante ello; era una pequeñez de gran valor para mostrar, acerca de sus veinte años de sacrificios.

Paseando, regresamos a mi residencia. Y allí, la adhesión norvietnamita a las formalidades se tomó la revancha por nuestro coqueteo con lo inesperado. A la entrada, todos debían mostrar un pase con el fin de registrar la admisión. Esto era bastante fácil para mis colaboradores, a quienes les habían otorgado tarjetas de identidad en el aeropuerto. Desgraciadamente, a mí no me habían entregado un documento semejante. Las reglas burocráticas en todo Estado totalitario comunista no están libradas a la casualidad; en Hanoi eran una obsesión. No me admitieron. El guardia norvietnamita nunca había oído hablar de mí. Esto puede ser un mal reflejo de la calidad de las columnas chismográficas en los periódicos de Hanoi, pero no me significaba ningún consuelo, demostré disgusto con mi legendaria humildad y moderación. Se presentó un oficial pero dudaba demasiado para modificar las reglas. Siguió una discusión de veinte minutos. Finalmente, fue la intervención de Le Duc Tho lo que me salvó de dormir en la calle. Alguien de mi equipo, más tarde, tocó el tema con un oficial del protocolo norvietnamita. El, nervioso y en tono apoloético, explicó que al jefe de una delegación jamás se le da un pase; ¡era la señal de un especial *status*! Obviamente, nunca habían tenido un jefe de delegación que diera un paseo. Eventualmente, me proveyeron de una credencial sobre la cual descansé por el resto de mi vida.

Mi manera de vivir era dispendiosa pero también algo errática. Las dimensiones del dormitorio eran majestuosas; la luz provenía de una selva de lámparas que colgaban del cielo raso. Desgraciadamente, cada luz se controlaba por medio de una llave diferente, colocada en una parte diferente del cuarto. Antes de acostarme, tenía que cazar las llaves apropiadas y en esto el éxito era variable. En todo caso, ninguna se podía alcanzar desde mi cama, entonces, tenía que volver a descubrirla en medio de una boca de lobo. Meterse en cama no era en sí mismo una tarea simple. Cada noche la encontraba inmaculadamente hecha, mi pijama extendido, el libro que estaba leyendo (sobre la presidencia de

(*) El Acuerdo de París del 27 de enero, estipuló la libertad de todos nuestros prisioneros de guerra, por tandas, paralelamente con la retirada de todas las tropas estadounidenses de Vietnam del Sur. El proceso había comenzado pero no se completaría hasta el 27 de marzo.

Kennedy, por Henry Fairlie) se hallaba esmeradamente colocado sobre mi almohada. La única barrera era un mosquitero que envolvía la cama entera, tan absolutamente enfundada que resultaba imposible entrar sin levantar el colchón y desarmar todo el arreglo, lo cual, en cambio, me garantizaba que sería perseguido hasta la cama por un enjambre de mosquitos.

En el baño, sólo tenía agua caliente en la bañera y no había tapón, y nada más que agua helada en el lavabo. Hoy en día, mis huéspedes están haciendo todos los esfuerzos por ser hospitalarios. Vietnam del Norte era un pequeño país de recursos limitados, agobiado por un vasto *establishment* militar, para no mencionar el concertado esfuerzo norteamericano destinado a resquebrajar su economía. Sin embargo, yo era suficientemente paranoico como para sospechar en mis huéspedes, más allá de todo, una diabólica intención de guerra psicológica —especialmente desde que se me despertaba cada mañana a las 5.30, con el ruido que hacían los ciudadanos al realizar sus ejercicios calisténicos obligatorios, en la plaza, frente a la ventana de mi dormitorio.

Había preguntado muchas veces por los lugares interesantes, especialmente sitios culturales que yo solía recorrer cuando visitaba por primera vez un país. Le Duc Tho me había acompañado amablemente en esas excursiones. Las encontraba muy educativas desde que él nunca había visto directamente tales sitios. Primero visitamos el Museo Histórico de Hanoi, una colección de reliquias reunidas principalmente por los franceses. Desde que fue reorganizado por los vietnamitas, el Museo nos recordaba antiguas batallas contra los chinos o contra vecinos menos poderosos, grandes migraciones y rebeliones. Cada artefacto ostentaba una etiqueta donde se precisaba el lugar de la excavación. Le Duc Tho encontró las muestras fascinantes, principalmente porque los sitios de las excavaciones le recordaban las prisiones cercanas donde los franceses lo habían confinado como jefe guerrillero. El viejo revolucionario estaba claramente más interesado en crear una nueva cultura que en celebrar una cultura antigua. Me hizo un recuento detallado de los méritos relativos que podía poseer un confinamiento solitario en varias prisiones e inútiles sugerencias sobre cómo disfrazarme de paisano vietnamita.

Al día siguiente, visité un museo de arte. Debo decir que en alguna medida me decepcionó. Era como si esta talentosa gente hubiera consumido su parte más sustancial en una historia de incesante lucha y no le hubiera quedado tiempo ni energía para el desarrollo de cualidades y propósitos más apacibles.

PHAM VAN DONG

En cuanto comenzamos a tener charlas más serias, pronto nos encontramos en la posición de sobrevivientes de una antigua *vendetta* y, a disgusto, llegamos a la conclusión que la inhabilidad de esos dos sobrevivientes para destruirse el uno al otro, los compelia a un esfuerzo por la coexistencia, aunque sin ninguna convicción ni verdadera esperanza. Eramos ambos conscientes de los dictados de la prudencia, ninguno de los dos podía desprenderse de sus recuerdos y tampoco Hanoi abandonar sus pasiones. Los intentos de comportarnos de una manera amistosa, eran tan estudiados y requerían tanto esfuerzo que creaban su propia tensión; el más ligero desacuerdo ponía sobre el escenario las sospechas y el resentimiento subyacentes.

Los gobernantes de Hanoi revelaban que no habían perdido nada de la insolencia que por años nos hizo mostrarnos los dientes. Mi principal opositor en estas charlas era Pham Van Dong, primer ministro de la República Democrática de Vietnam durante casi veinte años. Pero el cambio de personajes no trajo alteración alguna en el estilo familiar de superioridad condescendiente o de decepción, que se disfrazaba de sermón moral.

Pham Van Dong me había llamado la atención en 1967, al responder brillantemente en un reportaje realizado por Harrison Salisbury del *New York Times*, en el que explicaba

por qué Hanoi confiaba en ganarle a la mayor potencia del mundo. Dong argumentaba que la disparidad de fuerzas era ilusoria; los norvietnamitas estaban preparados para la lucha desde hacía muchas generaciones; la superioridad material estadounidense sólo podía operar en un lapso más reducido. Ellos, simplemente, nos sobrevivirían (8). Pham Van Dong se mostró todavía más acertado al no abordar el tema de que una estrategia militar norteamericana lo suficientemente masiva, haría arriesgar nuestra posición internacional, aún muy inhibida como para garantizar una victoria relativa.

Pham Van Dong, implacable e incisivo, acechó nuestra conciencia y ocasionalmente nuestras conciencias, durante los años de la intervención. Sus periódicos pronunciamientos délficos habían levantado al mismo tiempo la expectativa pública y frustrado las esperanzas oficiales. A principios de 1972, él denunció todas las conversaciones que involucraran un compromiso como *la lógica de un gangster*; cuando a finales de 1972 se arribó a un compromiso, en su entrevista con un periodista norteamericano hizo la interpretación más tendenciosa del mismo y contribuyó a la quiebra de las negociaciones (9). En las últimas etapas de esta gestión, los mensajes más importantes dirigidos al presidente Nixon, llevaban el nombre de Van Dong.

Pham Van Dong era tenso, bajo, prudente, con ojos perceptivos que contemplaban, siempre, una trampa esperada y, al mismo tiempo, implicaban que el peso probatorio de cualquier declaración formulada por una cúpula capitalista, caería sobre el que hablaba. Me saludó sobre los escalones de una estructura elaborada que ahora se llama la Casa del Presidente. Desde aquí, los administradores coloniales franceses habían gobernado toda Indochina y establecido en las mentes demasiado receptivas de los vietnamitas, la convicción de que los límites de Indochina siempre coincidirían con los del imperio colonial galo. El expansionismo vietnamita, que ya sus vecinos habían comprobado como una pesadilla, aún antes de la llegada de estos invasores, ostentaba nuevos ímpetus y una legitimidad otorgada por el reglamento colonial. Entramos a un gran hall de recepción y nos sentamos en semicírculo para participar en la informal conversación introductoria, como solía ocurrir en la China. También como allí, ésta era una ocasión para hacer sugerencias sutiles y determinar el clima.

La reunión comenzó bastante agradablemente, Van Dong y yo exteriorizábamos nuestra ansiedad por establecer una nueva relación y rogábamos perseverancia para tal fin. Pero entonces, el premier introdujo una nota irritante: a menos de dos semanas de la firma del Acuerdo de París, dejó caer la ignominiosa sugerencia de un renovado combate. Si una nueva relación no se desarrollaba como una base sólida de mutuo interés, aseveró, el Acuerdo de París, recientemente firmado, sería *sólo una temporaria estabilización de las circunstancias, sólo un respiro*. Inmediatamente calificó esto con ligereza, aludiendo que no se trataba de lo que Hanoi prefería. Como un devoto leninista, acabó alegremente considerando de algún modo irrelevante mi respuesta de que basáramos nuestra nueva relación en hechos reales. Pham Van Dong regresaba insistentemente al tema del reportaje anterior con Harrison Salisbury: *Nosotros, los vietnamitas, que vivimos en esta área, permaneceremos aquí para siempre. Pero ustedes vienen del otro lado del océano. ¿Debemos considerar también este hecho?* En otras palabras, ¿cuándo abandonaríamos nosotros Vietnam del Sur? Respondí con una puntualizada alusión a la posición de Vietnam del Norte como un país separado: *Es por ello que no constituimos una amenaza prolongada a vuestra independencia, a pesar de los recientes acontecimientos. Pero Pham Van Dong no estaba más inclinado que Le Duc Tho a entregar algo —aunque fuera un punto filosófico— a cambio de nada. Ni se privaría de otra sutil advertencia sobre la implacable determinación de Hanoi: *Pero tendríamos que pensarlo mejor.**

Pham Van Dong no tardó mucho en desvanecer mi velada esperanza de que él probaría ser otro Chou En-lai, y se asociaría al hecho de transformar una vieja enemistad en una nueva cooperación. El no era un socio —ciertamente no podía serlo, en tanto que Viet-

nam no era la China—. Pham Van Dong representaba a un pueblo que había prevalecido gracias a su irremisible tenacidad. Chou En-lai era el gobernante de un país que había dejado su huella a través de la preeminencia cultural y la majestad de su conducta. La fuerza de Pham Van Dong residía en su ósmosis monomaniaca con la ambición de su país. Chou En-lai era chino por excelencia en su convicción de que la realización de la China era moralmente relevante para el resto del mundo. Pham Van Dong tenía la pasta de la que están hechos los héroes revolucionarios. Chou en tanto que revolucionario él mismo, estaba amasado con la arcilla de los grandes gobernantes.

Pham Van Dong —ahora resulta claro— buscaba tranquilizarnos mientras Hanoi podía completar su conquista de Indochina sin la oposición de EE.UU. Chou En-lai actuaba con la convicción de que la seguridad de la China —al menos al borde de enfrentar la inminente amenaza soviética— dependía del fuerte compromiso de Norteamérica con respecto al equilibrio global del poder. Para Pham Van Dong, su encuentro conmigo conformaba una táctica dentro de la lucha revolucionaria. Estaba dispuesto a mejorar las relaciones con EE.UU. si, tal como lo había dejado traslucir en nuestro puja, ello le hacía ganar una mano libre en Indochina; de otro modo, la lucha se reanudaría. En ningún caso, Hanoi veía beneficio alguno en levantar la fuerza y la autoconfianza de nuestro país. Aunque las intenciones de Chou En-lai eran estratégicamente compatibles con las norteamericanas —al menos, en un futuro previsible—, su estrategia presuponia intereses compartidos, los que nosotros consideraríamos dignos de ser defendidos. Lejos de desear el debilitamiento de la posición internacional de EE.UU. y la autoafirmación nacional, a medida que pasaba el tiempo Chou intentaba discretamente fortalecer a ambas.

Después de la esgrima inicial, Pham Van Dong y yo fuimos con nuestros camaradas a una formal sala de sesiones —de pesado mobiliario y ajadas cortinas— donde nos mirábamos el uno al otro a través de una mesa, e inmediatamente caímos en otra borrasca. El premier norvietnamita me hizo un pequeño discurso saludándome graciosa y formalmente, expresando la esperanza de obtener buenos resultados. Yo respondí:

Nosotros sustentamos claramente diferentes ideologías y sería tonto pretender que fuera de otro modo, pero hemos probado en nuestras relaciones con otros países, que esto no es necesariamente un obstáculo para las buenas relaciones y la cooperación activa. A largo plazo, desde una perspectiva histórica, un Vietnam fuerte, independiente y autoconfiado no es en modo alguno incompatible con los intereses nacionales de EE.UU. Nos deslizamos, el uno contra el otro, dentro de la guerra a causa de falsas concepciones por ambas partes. Creímos que la guerra estaba dirigida desde una oficina central no situada en Indochina. Y tal vez vosotros arrastráis ciertas lesiones desde vuestra historia, que no son exactamente acertadas. Pero cualesquiera que fueran las condiciones bajo las que estamos actuando, nuestro interés en Indochina es mantener la independencia y la soberanía de los países de Indochina y ello, entendemos, no se opone a vuestros intereses.

Pham Van Dong mostraba muy poco entusiasmo acerca de la reputación que yo le adjudicaba. La independencia y soberanía de cualesquiera de los otros países de Indochina, difícilmente había sido una meta para los norvietnamitas en el pasado. Ni se convertiría, remotamente, en un objetivo para el futuro. Además no aceptaría nuestro punto de vista sobre la soberanía de Vietnam del Sur. Pero él mantenía una especial reserva sobre estos temas. Lo que no podía dejar pasar era mi alusión a la debilidad de los norvietnamitas:

Creo que lo ocurrido realmente entre nosotros —y el doctor Kissinger se ha referido a ello como un malentendido— es que en este contacto expresamos repetidamente nuestros puntos de vista. Y, por nuestra parte, creo que lo que hemos hecho es lo que debía hacerse. . .

En otras palabras, todas las concepciones equivocadas eran *nuestras*. Pero, como antes, la nube pasó otra vez rápidamente. Dong continuó:

Lo pasado, pisado; debemos extraer algunas conclusiones acerca de ello, para el presente y el futuro. Y debemos, dentro del espíritu que acabamos de mencionar afuera y que continúa en este cuarto, derivar de la guerra a la paz. . . derivar de la confrontación a la reconciliación como se estipuló en el Acuerdo y. . . edificar una nueva relación, una relación sólida sobre la base acordada por las dos partes y apuntar a metas de largo alcance como el doctor Kissinger ha mencionado recientemente. En lo que nos concierne, seguiremos firmemente esta dirección —es decir, poner en ejecución el Acuerdo firmado y cumplir con todas sus medidas.)

Desgraciadamente, la elocuencia de Pham Van Dong no era igualada por las acciones de su país. Nuestra agenda comprendía tres puntos: el cumplimiento del Acuerdo de París, la normalización de las relaciones y la reconstrucción económica. Tan pronto como abordamos el primer punto de la agenda, comprendimos que Hanoi no tenía intenciones de convertir los pactos de París en el primer acuerdo que respetara.

El cese del fuego dispuesto por el Acuerdo de París había entrado en vigencia a la medianoche del 25 de enero hora Greenwich. Inmediatamente se produjeron informes de violaciones mientras ambas partes procuraban apoderarse de tanto territorio como pudieran, dentro de las horas que precedían a la vigencia del cese del fuego. En ese primer período, ambas partes fueron culpables de estirar al máximo posible la letra y el espíritu del Acuerdo. Saigón, todavía la parte más fuerte, dio tanto como recibió; expandió su control sobre más aldeas de las que perdió. Pero de ahí en más, Vietnam del Norte se mostró capaz de desafíos singularmente groseros ante la obligación solemne que acababa de firmar.

La maquinaria internacional de supervisión inmediatamente se desplazó hacia la obstrucción comunista. Hanoi no designaría los puntos oficiales de acceso a través de los cuales solamente, en consonancia con el acuerdo, se les permitía a los equipos militares entrar en Vietnam del Sur bajo la supervisión internacional. Hanoi parecía sentir que rehusarse a obedecer las medidas de ese control también cambiaba las inhibiciones de otra cláusula que limitaba el nuevo equipamiento, para reemplazarlas una por una. En flagrante violación, reabastecía con sus esfuerzos las rutas de Ho Chi Minh, libres del bombardeo norteamericano, procedía masivamente y en proporción ominosamente más rápida que durante la guerra.

Como con respecto a las medidas políticas, Saigón obviamente no tenía apuro en que se estableciera el Consejo Nacional para la reconciliación y concordia del país contempladas por el Acuerdo; Hanoi por su parte desbarataba cualquier discusión sobre las elecciones —para ser supervisadas por ese Consejo— que sabía que perdería. Pero en tanto tampoco el partido vietnamita se distinguía en lo concerniente a sus obligaciones políticas; no puede haber dudas de que la infiltración ilegal del equipo militar y personal de Hanoi, comenzada casi de inmediato, probaba definitivamente y con antelación todas las violaciones alegadas por Saigón acerca del Acuerdo de París, citadas más tarde por los apologistas de Hanoi.

Para ir al grano, dispongo de una compilación de las violaciones por parte de los

norvietnamitas dentro de las dos semanas en que fue firmado el Acuerdo. La lista no deja dudas de que Hanoi no aceptó la restricción de ninguna de las medidas que había firmado hacía tan poco. Teníamos evidencias incontrovertibles de doscientas violaciones mayores por parte de los militares. Las más flagrantes fueron el tránsito de 175 camiones por la Zona Desmilitarizada, el 6 de febrero y el movimiento de 223 tanques hacia Vietnam del Sur a través de Laos y Camboya. La marcha de vehículos militares a través de la Zona Desmilitarizada violaba el Artículo 15 (a), en la redacción de cuyo texto nos habíamos detenido casi dos meses y que prohibía todo tráfico militar, así como también requería la concurrencia de Saigón para el tránsito civil. También violaba la específica estipulación respecto a que todo nuevo equipo militar podría introducirse en Vietnam del Sur sólo sobre la base de un reemplazo de unidades cuyo deterioro hubiera sido previamente establecido mediante chequeos internacionales (Artículo 7). El movimiento de tanques a través de Laos y Camboya violaba el Artículo 20, según el cual todas las tropas extranjeras debían retirarse de esos territorios, los cuales, además, no debían utilizarse como base para invadir otros países. Cuando los tanques llegaron a Vietnam del Sur, también violaron la prohibición del Artículo 7 respecto a la introducción de nuevo material.

Pham Van Dong y Le Duc Tho no estaban preocupados. Con el casual descaro que recordaba muy bien a raíz de nuestros encuentros en París, explicaron las violaciones en términos completamente irrelevantes al tema pero que servían maravillosamente para confundirlo.

Conocemos la historia del profesor de leyes que enseñaba a sus alumnos la manera de tomar ventaja en toda posible defensa. Si al cliente de uno se lo acusa de robar una olla negra, la táctica sería contestar: *Mi cliente no robó nada. En todo caso no ha sido una olla lo que robó, y la olla no era negra.* Le Duc Tho, en quien Pham Van Dong delegó este asunto, siguió el mismo método. Declaró que no habían existido violaciones. Y que en todo caso, las camionetas que cruzaron la Zona Desmilitarizada transportaban mercaderías civiles. Esto, por supuesto, aún violaba la provisión del Acuerdo según la cual el tráfico civil requería el consentimiento de Saigón. Y las restricciones en cuanto al reaprovisionamiento mencionadas por el Artículo 7 hubieran perdido sentido si Hanoi podía evitar el control internacional mediante el simple hecho de declarar que todas las mercaderías eran civiles. En cuanto a los tanques, Le Duc Tho y Pham Van Dong negaron acaloradamente la verdad de mis alegatos, pero prometieron estudiarlos. Sugirieron entonces que quizá los tanques ya estuvieran en ruta cuando se firmó el Acuerdo. Esto era, por supuesto, muy irrelevante en cuanto a la prohibición de su entrada en Vietnam del Sur. El viceministro de Asuntos Exteriores Nguyen Co Thach, quien había negociado los protocolos técnicos en París con el embajador William H. Sullivan, tuvo la idea más inteligente. Probablemente, afirmó, la necesidad era tan urgente que los tanques también llevaran provisiones civiles a la población civil.

La preocupación de Hanoi respecto al confort de los poco menos de dos millones de survietnamitas que estaban bajo su control, era notoria; nunca se había evidenciado en momentos en que se desarrollaba la guerra. Comenzaba a tener la incómoda sensación de que se nos estaba poniendo a prueba; y que si no forzábamos una pronta confrontación decisiva en el asunto del reaprovisionamiento y la infiltración, la guerra se reanudaría cuando Hanoi estuviera preparado para ello, y todo lo que hubiésemos hecho habría sido negociar un breve respiro que permitiera el retiro de nuestras fuerzas.

Igualmente frustrantes fueron nuestras discusiones sobre el destino de los soldados o pilotos norteamericanos prisioneros de guerra o perdidos en acción. Conocíamos por lo menos ochenta casos en que un militar de nuestro país había sido capturado y subsidiamente desaparecido. La evidencia consistía en comunicaciones telegráficas de los pilotos, desde tierra, antes de la captura, o en nombres y fotografías publicados por los

comunistas. Pero ninguno de estos hombres figuraba en la lista de POW* que se entregó después del Acuerdo. ¿Por qué? ¿Estaban muertos? ¿Cómo murieron? ¿Estaban perdidos? ¿Cómo era eso posible después de la captura? Llamé especial atención sobre los diecinueve casos en que la prensa comunista había publicado fotografías de los capturados. Pham Van Dong contestó evasivamente que las listas que se nos entregaron eran completas. No intentó explicar las discrepancias. La experiencia había demostrado, comentó, que debido al terreno de Indochina llevaría un largo tiempo, quizá un año, dar información adicional, aunque no aclaró qué tenía que ver el terreno con los prisioneros desaparecidos. Nunca se nos explicó lo que posiblemente pudiera haber sucedido a los prisioneros cuyas fotografías habían aparecido en periódicos comunistas, mucho menos a los pilotos que sabíamos muy bien, a través de comunicaciones por telégrafo, que habían llegado a tierra sin inconvenientes.

Para calmar los ánimos, Le Duc Tho ofreció liberar a veinte prisioneros de guerra, antes de lo establecido, ostensiblemente en honor a mi visita, y darme la oportunidad de elegirlos en la lista de POW. Pero pese a agradecer la temprana liberación, me rehusé a seleccionar los nombres. No tenía bases donde sustentar mi derecho a seleccionar entre aquellos que ya habían sufrido demasiado tiempo. (En todos los casos, quienes habían estado en prisión por más tiempo, eran liberados antes). Esta fue una promesa a la que Hanoi no faltó; junto con el primer grupo, quedaron en libertad veinte prisioneros adicionales.

Los norvietnamitas estaban en su momento más inflexible (y ofensivo) respecto a Laos y Camboya. El Artículo 20 del Acuerdo de París estipulaba explícitamente que los *países extranjeros* deberían finalizar toda actividad militar en Camboya y Laos y retirar totalmente sus fuerzas de allí. (10) En un arreglo escrito por separado, Le Duc Tho y yo habíamos acordado que tanto las tropas vietnamitas como las estadounidenses eran *extranjeras* respecto al significado de este artículo. Si las palabras explicaban algo, esto requería el inmediato retiro de los norvietnamitas de Laos y Camboya y dejar de utilizar los territorios camboyano y laosiano como áreas de base, refugios e infiltración.

Mis conversaciones con Pham Van Dong no habían ido demasiado lejos, antes de que resultara evidente que los norvietnamitas proponían quitar todo sentido al Artículo 20. Adoptaron la posición de que el requerido retiro de tropas, incondicional, debería esperar no sólo un cese del fuego en Laos y Camboya sino también un arreglo político en estos dos países. Hanoi se retiraría solamente después de negociaciones con el nuevo gobierno establecido allí. Ya que las demandas políticas comunistas estaban referidas a un predominio del Pathet Lao en Laos y a una total victoria del Khmer Rojo en Camboya, el retiro norvietnamita tendría lugar, si es que alguna vez se efectivizaba, solamente después que se hubiera evidenciado su irrelevancia y el tema se hubiese decidido a favor del lado comunista. Hanoi proponía, en efecto, negociar consigo mismo, o en el mejor de los casos, con sus soplones camboyanos y laosianos, sobre la implementación de las cláusulas de un posible compromiso con nosotros. El logro de acuerdos políticos en Laos o en Camboya —los cuales Le Duc Tho había rehusado discutir en París— no podía constituir una condición previa para el cumplimiento de obligaciones que no hacían referencia a ello y, por su evidente significado, carecían de calificación al respecto.

La ultrajante interpretación de Hanoi era particularmente ominosa para Camboya. En Laos al menos se estaba efectuando negociaciones con relación al cese del fuego y teníamos la promesa de Hanoi, si es que era válida, de llegar a un fin dentro de los quince días. Pero en Camboya el Khmer Rojo rehusó hablar con cualquier representante de países no comunistas; su respuesta a la proclamación unilateral de Lon Nol sobre un cese del combate fue una ofensiva militar renovada. Nos habíamos arriesgado a hacer la paz en

(*) Prisioneros de guerra.

Vietnam aún ante la ausencia de acuerdos formales respecto a Camboya porque el Congreso estadounidense nunca habría tolerado demoras a causa únicamente de Camboya y porque nuestros expertos entendieron que la gente del Khmer Rojo no podría prevalecer por sí misma. Si ellos eran privados del apoyo logístico y de combate norvietnamita, como lo requería el Acuerdo, era probable alguna forma de compromiso de conciliación. Pero si las tropas norvietnamitas permanecían, violando el Acuerdo de París, ciertamente estarían ayudando a que todo se equilibrara a favor del Khmer Rojo. Más aún, casi todos nuestros estudios —el último realizado a fines de enero por el experto en lucha antiguerrillera británico *sir* Robert Thompson— indicaban que una toma del poder comunista en Camboya, mediante la apertura de otro frente enemigo y una ruta marítima de aprovisionamiento a través de Sihanoukville, harían naufragar las chances de supervivencia de Vietnam del Sur.

En realidad, hemos sabido a través de las memorias de Sihanouk, que el Khmer Rojo, considerando una traición el Acuerdo de París, había pedido a las tropas norvietnamitas que renunciasen a Camboya (11). Permanecieron en el terreno, violando el Artículo 20 y contra los deseos tanto de sus enemigos como de sus propios aliados, a quienes utilizaron como coartada en sus conversaciones con nosotros.

No es necesario decir que mi respuesta a Pham Van Dong fue cortante. Todo está muy bien, dije sarcásticamente, advierto la consideración de Hanoi por la soberanía de sus aliados. Pero era grotesco mantener que Hanoi no podría tomar una decisión unilateral respecto a la remoción de tropas que había introducido unilateralmente, en cumplimiento con un pacto al cual se había adherido escasamente dos semanas antes. Sus soldados no eran prisioneros en estos países. Hanoi, habiendo introducido sus tropas sin la aprobación de los gobiernos legítimos, podía retirarlas sobre la misma base.

No puede decirse que mis argumentos hayan causado una profunda impresión. Por otro lado, la experiencia nos había enseñado que Hanoi no siempre había mantenido su posición original; después de todo, había abandonado una actitud similar respecto a Vietnam del Sur. La única *concesión* inmediata que conseguimos fue una promesa de Le Duc Tho con respecto a utilizar su *influencia* en el logro de un rápido cese del fuego en Laos —era la tercera vez que nos vendían ese tema en particular. El cese laosiano finalmente ocurrió el 22 de febrero, pero no sin el estímulo de un nuevo ataque US B-52 a las tropas norvietnamitas concentradas en Laos, con el acompañamiento de la ira de los medios informativos y las protestas del Congreso, en el sentido de que una vez más *expandíamos* la guerra. A pesar del cese del fuego, Hanoi no retiró las tropas de Laos.

Las tácticas obstruccionistas norvietnamitas condenaron a Camboya, sin embargo, a una prolongada agonía. Pham Van Dong y Le Duc Tho establecieron que Vietnam no estaba involucrado en Camboya —otra flagrante tergiversación, ya que ellos no necesitaban tomar posición respecto al cese de fuego de facto proclamado por Lon Nol. Desdénaron el ofrecimiento de Lon Nol respecto a hablar con Hanoi o con el Khmer Rojo; mantuvieron su posición de 1970 —demandando el derrocamiento del gobierno camboyanos. Como en las largas negociaciones sobre Vietnam que llegaron a punto muerto, insistieron en que se disolviese la estructura política de Phnom Penh antes de las conversaciones, después de lo cual, por supuesto, las mismas carecían de sentido. En realidad, Hanoi ni siquiera pretendía querer una coalición en Camboya; insistía en una absoluta toma del poder por parte del comunismo. Le Duc Tho, de un modo informal, sugirió que yo conversara con Sihanouk, pero fue muy vago respecto al *status* del príncipe o su paradero, dando a entender que el Khmer Rojo sería el elemento decisivo en el futuro de Camboya. Le Duc Tho —a todas luces el experto en Politburó en los otros países de Indochina— era bastante condescendiente con relación a Sihanouk. Se reía de una visita que éste había efectuado recientemente a Hanoi y del gusto que el príncipe tenía por el lujo personal. Mostró una película de propaganda sobre la visita de Sihanouk al

territorio de Camboya controlado por el comunismo, de la cual se desprendía claramente que el príncipe había estado allí por indulgencia del Khmer Rojo. Lo primero que pareció considerar Le Duc Tho fue utilizar a Sihanouk como un medio de desmoralizar y consecuentemente minar el gobierno de Lon Nol.

Donde Le Duc Tho erró el cálculo, fue en su estimación de la flexibilidad del Khmer Rojo, quien rehusó ser la herramienta con que Hanoi intentaba modelar el Pathet Lao. Pero quizá estaba dispuesto a pagar el precio de una autonomía temporaria del Khmer Rojo porque la inmediata consecuencia de una victoria de su parte podría ser el debilitamiento paulatino del gobierno de Saigón, el cual no podría sobrevivir por mucho tiempo la comunización de Camboya. Hanoi también tenía, según trascendió después, su remedio seguro y efectivo respecto a la independencia del Khmer Rojo por si se le iba de las manos. Menos de cuatro años después de la victoria del Khmer Rojo en 1975, Vietnam del Norte envió sus tropas para invadir y ocupar Camboya comunista con tan pocos escrúpulos como los demostrados hacia la Camboya neutral de Sihanouk a mediados de los años '60 y hacia la Camboya de Lon Nol en 1970.

Estábamos preparados a establecer un genuino gobierno de coalición para Camboya, con Sihanouk como su eje central. Pero Hanoi presionaba por un gobierno comunista con Sihanouk como un líder títere transicional. Como había ocurrido previamente con Vietnam del Sur, el concepto de Hanoi sobre nuestro aporte al proceso de negociación, era el derrocamiento de nuestro aliado. Fue el continuo rechazo comunista a todo tipo de cese de fuego, ya fuese de facto o negociado, así como también a toda negociación sobre Camboya, acompañados por una renovada ofensiva militar del Khmer Rojo, lo que nos indujo a concretar el bombardeo de Camboya en febrero. Nuestro propósito era establecer un equilibrio de fuerzas que privara a los comunistas de la esperanza de una solución militar y por lo tanto los forzase a un compromiso. Este intento fracasó cuando el Congreso, en junio de 1973, prohibió nuevas operaciones militares estadounidenses en Indochina. (Nuestra diplomacia para finalizar la guerra en Camboya en 1973, se trata extensamente en el Capítulo VIII.)

En cuanto a un acuerdo político en Laos, los líderes norvietnamitas se mostraron evasivos. En un momento dado, Pham Van Dong sugirió que ello podía ocurrir no más de noventa días después de un cese del fuego; entonces, sorpresivamente, fue desautorizado por Le Duc Tho, quien buscó una reunión privada conmigo para sugerir que Laos y Camboya fueran discutidos por nosotros solamente, ya que su primer ministro no estaba familiarizado con todos los matices del caso. En realidad, recién se logró un acuerdo político con referencia a Laos el 14 de setiembre de 1973. El recientemente constituido gobierno de coalición se sobrellevó tenazmente durante dos años, hasta que resultó finalmente sumergido en la debacle general de 1975. Y Vietnam del Norte dio la misma señal de obediencia que emitiera en 1962 al pedido del retiro de tropas. Entre cuarenta mil y cincuenta mil efectivos permanecían en Laos, aún después de haber sido cumplimentada la propia y absurda interpretación de Hanoi sobre el Acuerdo de París.

AYUDA ECONOMICA

El único aspecto del Acuerdo que Pham Van Dong estaba dispuesto a observar, era algo que solamente nosotros podíamos consumir: ayuda económica de los Estados Unidos. Casi hizo aparecer a Hanoi como haciéndonos un favor al aceptar nuestro dinero. Su vehemencia no alcanzó el punto de modificar sus perentorios métodos de negociación: la asistencia norteamericana se requería como un derecho. Cualquier recordatorio de que estaba asociada a la observancia de Hanoi de las otras provisiones del Acuerdo de París, era rechazado con indignación como una interferencia en los asuntos internos de Vietnam del Norte o como una inaceptable condición política.

La manera en que un ofrecimiento estadounidense voluntario fue transmutado en un *derecho* norvietnamita, muestra por un lado el grado de mutua incomprensión existente entre las dos sociedades y por el otro la habilidad de los norvietnamitas para transformar la insolencia en una forma de arte. Por nuestra parte, el ofrecimiento de ayuda económica surgió de nuestra contradictoria mezcla de valores idealistas y una materialista interpretación de la historia, según la cual se considera que los motivos económicos dominan las decisiones políticas. Quizás ninguna gran nación se ha sentido tan incómoda al ejercitar su enorme poder como los Estados Unidos. Nosotros tendemos a considerar la guerra como algo *anormal*, como una interrupción de nuestra vocación de paz, prosperidad y libertad. Ninguna otra sociedad ha estimado un deber nacional contribuir a la reconstrucción de un enemigo derrotado; después de la Segunda Guerra Mundial, éste fue uno de los principales elementos que conformaron nuestra política exterior. En Vietnam utilizamos esa política para mover a un enemigo no derrotado a aceptar términos de compromiso. El reverso de nuestra fe en lo que vemos como metas positivas, es la dificultad para abordar conflictos irreconciliables y también a hombres con implacable celo revolucionario que prefieren la victoria al progreso económico y que están dispuestos a triunfar sin importarles el costo material.

Durante años, todos estos elementos jugaron su parte en nuestra política en Indochina. Recién habíamos comenzado a establecer nuestras fuerzas en Vietnam del Sur cuando el presidente Lyndon Johnson, en abril de 1965, ofreció a Hanoi un programa de reconstrucción económica de posguerra. No sabemos si Vietnam del Norte observó este ofrecimiento como el primer síntoma de nuestra declinante resolución (siendo así, tuvo un efecto contrario al buscado) o como una evidencia de la incapacidad burguesa para suscribirse a la dedicación revolucionaria. Dicho ofrecimiento, de todos modos, no fue aceptado.

El gobierno de Nixon concebía de manera muy distinta las motivaciones de Hanoi, pero pensó que una propuesta tan humanitaria era una manera de calmar las desavenencias internas. Por lo tanto, no esperó mucho para seguir los pasos de su predecesor al respecto. El 18 de setiembre de 1969, Nixon renovó ante la Asamblea General de la Naciones Unidas la oferta de ayuda económica a Vietnam del Norte, como así también al resto de Indochina, sin obtener mayor repercusión que Johnson. Descorazonados, propusimos aún otro esquema de reconstrucción durante mis negociaciones secretas con Le Duc Tho en el verano de 1971. Le Duc Tho lo escuchó sin demostrar interés alguno. Nixon reiteró públicamente la oferta el 25 de enero de 1972, como parte de una propuesta de grandes alcances. Hablando brevemente a la prensa al día siguiente, expliqué que estábamos dispuestos a contribuir con varios miles de millones de dólares a la reconstrucción de Indochina, incluyendo a Vietnam del Norte. El informe del presidente sobre política exterior, emitido el 9 de febrero de 1972, fue aún más específico: *Estamos dispuestos a comprometernos en un programa quinquenal de reconstrucción masiva con un costo de 7.500 millones de dólares, junto a un acuerdo global, en el cual a Vietnam del Norte le corresponderían 2.500 millones de dólares.* En mi conferencia de prensa *La paz está cerca*, del 26 de octubre de 1972, hablé nuevamente sobre este tema. Y lo hice nuevamente en otra conferencia de prensa el 24 de enero de 1973, y también Nixon se refirió a ello el 31 de enero de 1973.

Para entonces, ya Hanoi se había interesado en la propuesta. No admitiría que debería finalizar la guerra por razones económicas. Pero una vez que se hubo decidido el cese del fuego por necesidades militares, estuvo dispuesto (casi diría impaciente) a conseguir de nosotros la máxima ayuda posible. Según su característico modo de actuar, Hanoi no se expresó al respecto en términos de una aceptación de nuestra propuesta sino como una demanda por reparaciones. Ni tampoco las ideas de Hanoi con relación al nivel apropiado de ayuda se caracterizaron por la excesiva modestia; Le Duc Tho simplemente

demandó para Hanoi la totalidad de los 7.500 millones de dólares que habíamos destinado a toda Indochina. No estábamos dispuestos a aceptar ninguna de estas propuestas. Deseábamos brindar ayuda, porque así lo habían prometido dos gobiernos y especialmente porque lo considerábamos útil como uno de los incentivos para apoyar el cumplimiento del Acuerdo. Pero insistimos en que nuestra oferta constituía un ejercicio de los tradicionales principios norteamericanos; era un acto voluntario, no una *obligación* de indemnizar a Hanoi. Podría considerarse nuestra posición como quisquillosa, pero hacía a nuestro honor establecer la diferencia. Después de semanas de tediosos regateos, conseguimos reducir la demanda de Hanoi a la suma de 3.250 millones de dólares, sujeta a próximas discusiones y a la aprobación del Congreso.

Los documentos relevantes eran el Acuerdo de París y un mensaje presidencial. El Artículo 21 del Acuerdo de París establece:

Los Estados Unidos anticipan que este Acuerdo iniciará una era de reconciliación con la República Democrática de Vietnam así como también con todos los pueblos de Indochina. Consecuentes con su política tradicional, los Estados Unidos contribuirán a reparar los daños ocasionados por la guerra y a la reconstrucción posguerra de la República Democrática de Vietnam y de toda Indochina.

Era una promesa hecha ante la expectativa de una finalización de la guerra y con la esperanza de que sería posible una era de reconciliación. Repetidamente enfatiqué a Le Duc Tho que toda ayuda presuponía una aprobación del Congreso así como también el cumplimiento del Acuerdo de París por parte de Hanoi.

Nuestra intención de extender ayuda y aun de incrementar su magnitud, era bien conocida y la habíamos declarado públicamente en distintas oportunidades. Lo que mantuvimos en secreto en ese momento fue un mensaje cableografiado por Nixon al premier Pham Van Dong, detallando los procedimientos para implementar el Artículo 21. A fin de subrayar el hecho de que se trataba de un acto voluntario apartado de las obligaciones formales del Acuerdo, Le Duc Tho y yo habíamos acordado que el mensaje fuera entregado el 30 de enero de 1973, tres días después de la firma de dicho Acuerdo, a cambio de una lista de prisioneros norteamericanos que se encontraban en Laos. Al llegar el día indicado y no brindarnos los norvietnamitas la prometida lista de prisioneros de guerra, instruimos a nuestro representante en París en el sentido de que demorase a su vez la entrega de la nota. Esto provocó una acción inmediata: la lista laosiana de PDG llegó a nuestro poder el 1º de febrero por la tarde; según lo convenido, en ese mismo momento puse a disposición de los norvietnamitas el mensaje de Nixon a Pham Van Dong.

El texto —elaborado por mí mismo y mi personal— sugería los pasos a seguir para discutir la ayuda económica. En mi visita a Hanoi hubo una discusión general de principios, que llevó a la creación de una Comisión Económica Conjunta. Su propósito sería delinear un preciso programa de ayuda. (Dicha Comisión realmente comenzó sus deliberaciones en París el 15 de marzo.) El mensaje de Nixon hablaba de una suma *que estuviese en los 3.250 millones* durante los cinco años como una cantidad *preliminar* adecuada, sujeta a revisión y detallado debate entre los dos países. (Los alimentos estaban incluidos en el total.) El mensaje de Nixon también dejaba aclarado que lo que fuera que surgiese de las deliberaciones de la Comisión Económica Conjunta debería someterse al Congreso, tal como ocurría con todo programa de ayuda externa después de conversaciones mantenidas con el gobierno interesado.

Un párrafo aparte enfatizaba este punto: *Queda entendido que las recomendaciones de la Comisión Económica Conjunta mencionadas en la nota del presidente al primer ministro, serán implementadas por cada miembro parlamentario de conformidad con sus propias provisiones constitucionales.*

Le Duc Tho, a quien nunca le faltaba desfachatez, intentó instruirme, en enero, respecto a lo que hubiera sido apropiado incluir en la comunicación de nuestro presidente. Insistió en que el requisito del estudio de las deliberaciones por parte del Congreso no cabía en el mensaje presidencial; nuestra obligación debía ser incondicional; señalé que cualesquiera fuesen los procedimientos más convenientes para Hanoi, nuestro proceso legislativo era un hecho de vida. Nos *comprometimos* estableciendo la necesidad de la aprobación del Congreso en una hoja aparte, enviada simultáneamente, la cual tenía el mismo valor que todo el mensaje. Le Duc Tho pareció considerar esto favorablemente. Permitiría que Hanoi publicara la carta suprimiendo el requisito, —que es precisamente lo que hizo después, logrando que los cándidos lo considerasen como una nueva demostración de nuestra duplicidad.

La confianza del Politburó en el sentido de que ellos podían utilizar nuestras presiones internas para llevarnos de una posición desventajosa a otra —nada irrazonable a la luz de una década de experiencia— les hizo restar importancia a otro importante requisito que era igualmente valedero y que había explicitado en mis discusiones con ellos. Cuando hablé brevemente a la prensa sobre el Acuerdo el 24 de enero de 1973, recalqué que deliberaríamos sobre la ayuda a Vietnam del Norte solamente después que su *implementación esté bien avanzada*.

Como era de esperar, sucedió que el fin de la guerra también redujo las acaloradas presiones contra el gobierno respecto a que hiciera concesiones a Hanoi; en realidad, muchos de los que habían urgido un ofrecimiento de ayuda económica como un medio de terminar con la guerra, se tornaron notablemente menos entusiastas cuando tuvieron que votar por ello en el Congreso. Ni la opinión pública, la cual globalmente hubiera preferido la victoria al compromiso, se mostró acogedora a la propuesta de que extendiéramos ayuda a un gobierno cuya dureza se estaba demostrando claramente a través de las historias de liberación de los prisioneros de guerra. Nixon estaba por lo tanto seguro cuando me instruyó en el sentido de que reiterase a mis interlocutores de Hanoi que la ayuda dependía del estricto cumplimiento del Acuerdo de París, con especial referencia al retiro de Camboya. De lo contrario, los norvietnamitas no podrían esperarla. Si la guerra no finalizaba, el período *posguerra* no comenzaría y por lo tanto no podría decirse que había llegado el momento de la ayuda para la reconstrucción del referido período posguerra.

De manera igualmente predecible, Pham Van Dong rechazó este argumento. Emitió la sorprendente opinión de que pedir a Hanoi que se ajustase a un acuerdo firmado, era imponer *condiciones políticas*. Nuestra ayuda debía ser incondicional. En otras palabras, Hanoi debía quedar en libertad a fin de poder utilizar la ayuda económica de EE.UU para concretar su largamente acariciada ambición de conquistar Indochina, violando el mismo acuerdo que según ellos nos obligaba a facilitarles esos recursos.

Aún así, lo que más molestó a los norvietnamitas fue nuestro requerimiento constitucional respecto a la aprobación del Congreso. Había llevado a Hanoi una gran cantidad de documentos, con el fin de ilustrarlos sobre nuestros procesos constitucionales. Era un compendio de unas cincuenta y siete páginas escritas a un solo espacio, que esbozaban a grandes rasgos el procedimiento presupuestario norteamericano tanto en la rama ejecutiva como en la legislativa; los distintos tipos de programas de ayuda bilateral y multilateral en los cuales los Estados Unidos habían participado; los textos de todas las informaciones relevantes (incluidas las restricciones impuestas por el Congreso a la ayuda a Hanoi); un esbozo de varios proyectos que podrían incluirse en un programa de ayuda a Vietnam, y una lista de punzantes comentarios de importantes congresistas y senadores, expresando un creciente escepticismo sobre ayuda extranjera en general. Entregué estos documentos a Pham Van Dong. El los dejó de lado, pretendiendo no comprender estos temas legislativos (a pesar del hecho de que había demostrado una gran

habilidad en el momento en que la guerra se estaba desarrollando). También sospeché una treta:

Antes que nada, quisiera expresar mis sospechas. . . Le hablaré muy franca y directamente. Todos saben que los Estados Unidos han gastado una enorme cantidad de dinero con referencia a la guerra de Vietnam. Se dice que cerca de doscientos mil millones de dólares, pese a que el Congreso no consideraba favorablemente esta guerra. En momentos en que se desarrollaba la misma, la asignación era muy fácil (risas), y cuando nosotros ahora debemos resolver un problema, que es muy legítimo. . . entonces ustedes lo encuentran difícil.

Continuó reiterando que no creía que los obstáculos legislativos fueran otra cosa que pretextos que utilizábamos para eludir nuestro *compromiso*:

No consideramos necesario introducirnos en la absoluta complejidad de los aspectos legales. Los veo de difícil comprensión. Por supuesto, cuando uno se siente reacio a hacer algo, utiliza el aspecto legal para lograr sus objetivos.

Debo decir que nunca he sido tan elocuente en mi defensa de las prerrogativas del Congreso como en esta ocasión. Los críticos de ese organismo que después me increparon por no tomar seriamente sus responsabilidades legislativas, deberían haberse sentido orgullosos de mí. Se acordó finalmente, como ya comenté, que estableceríamos una Comisión Económica Conjunta para considerar el desarrollo de nuestras relaciones económicas y elaborar un programa de ayuda que someteríamos al Congreso.

Hubo algunos intercambios no concluyentes sobre la normalización de las relaciones diplomáticas entre Hanoi y Washington, y sobre la inminente Conferencia Internacional que debía realizarse en París para prestar apoyo internacional al Acuerdo de París. Hanoi no estaba listo aún para establecer contactos formales, ni siquiera contaba con oficinas que alcanzasen completamente el *status* diplomático. Propusimos distintos esquemas; los rechazaron a todos. (Resultaba gracioso que una de nuestras ideas hubiera sido aceptada por los chinos unos pocos días después.) Con su típica abstracción, Hanoi intentó utilizar la perspectiva de permitir que algunos diplomáticos estadounidenses se unieran al ostracismo y al disconformismo general de sus colegas de Europa Occidental —y probablemente de la Unión Soviética— en Hanoi, como un beneficio que nosotros debíamos primero ganar. Respecto a la Conferencia Internacional, la preocupación de Hanoi era reducir al mínimo la participación del secretario general de las Naciones Unidas, y aun eliminarlo de la escena. Encontramos un rol honorífico que preservó su dignidad como así también tuvo en cuenta el irritable punto de vista de Vietnam del Norte respecto a la soberanía nacional.

En un banquete final, Pham Van Dong declaró *estar encantado* con mi visita y sus resultados —aunque al leer los transcritos el origen de su placer no me resultó evidente. Mi disposición de ánimo era sombría, pero todavía no había perdido las esperanzas.

Después de diez años de duras contiendas, quizás no pudiera esperarse demasiado. Hanoi y Washington se habían causado mutuamente graves heridas; las de ellos eran físicas, las nuestras psicológicas y por lo tanto quizás más difíciles de curar. Nuestros anfitriones habían sido corteses pero era demasiado pronto para esperar un cambio de actitud. Ellos claramente estaban aplicando a la implementación del Acuerdo los métodos con los cuales habían conducido la guerra: presionando contra sus límites, probando nuestra tolerancia, violando provisiones claves con la intención de saber dónde se establecería el nuevo equilibrio de fuerzas. Y aun con todas nuestras dudas, estábamos decididos a hacer un esfuerzo supremo para lograr una evolución pacífica; había habido

demasiada angustia como para entrar a la ligera en una nueva confrontación. Se podía alentar alguna esperanza ante la perspectiva de que el nacionalismo de Hanoi le hiciera buscar mejores relaciones con Washington para obtener algún margen de maniobra entre sus benefactores comunistas, Pekín y Moscú. Quizás la obstinada insistencia de Pham Van Dong sobre ayuda económica fuera un signo de que los gobernantes de Hanoi estuviesen considerando la opción de construir su propia sociedad en lugar de conquistar a sus vecinos. En ese caso, cooperaríamos. Pero yo era víctima también de una experiencia escéptica; dejé Hanoi con determinación antes que con optimismo. Crucé el mismo puente de pontones hacia el aeropuerto de Gia Lam y luego volé en el transporte soviético hasta Noi Bai, donde nos aguardaba el avión presidencial. Entré a la nave con alivio. El clima saturado de humedad de Hanoi combinado con la austeridad espartana y la palpable desconfianza, producían la atmósfera más opresiva que jamás me rodeara en toda capital extranjera que me tocó visitar. La cautelosa evasión de los líderes norvietnamitas inhibía todo diálogo auténtico mucho más de lo que había experimentado en anteriores conversaciones con otros líderes comunistas. Informé cautelosamente a Nixon, dando mi sobria estimación sobre las perspectivas del Acuerdo de París:

Tienen dos opciones básicas que les señalé francamente (como así también a los chinos). Pueden utilizar el Acuerdo de Vietnam como un arma ofensiva, tanteando sus límites, presionando a Saigón, enfrentándonos a algunas elecciones difíciles. En este caso liberarían a nuestros prisioneros y esperarían hasta que se concretase nuestro total retiro antes de mostrar sus intenciones sin ambigüedad alguna; mantendrían sus tropas en Laos y Camboya mediante la dilación de las negociaciones o llanas violaciones; y lanzarían pronto un nuevo ataque armado de magnitud. Calcularían que carecíamos de base interna o de voluntad para responder.

Su otra opción es respetar básicamente el Acuerdo y buscar la concreción de sus objetivos mediante una gradual evolución. Darían la bienvenida a una relación más constructiva con nosotros, buscando nuestra asistencia económica, concentrándose en la reconstrucción y el establecimiento del socialismo en el norte. Se les diría a sus aliados de Indochina que persiguieran la concreción de sus objetivos a través de medios psicológicos y políticos. En pocas palabras, adherirían a una conducta de acción más pacífica, dejando que la historia siguiera su curso, al menos por unos años.

Los norvietnamitas naturalmente proclaman que la segunda opción es su recorrido desde siempre, pero esto nada significa. No puedo juzgar por mis conversaciones con ellos si sus enormes pérdidas, el aislacionismo de sus aliados, y las perspectivas de ayuda, significan que están dispuestos a una tregua. Para ellos, lo ideal sería seguir ambas opciones a la vez: violar el Acuerdo en persecución de sus objetivos y mejorar sus relaciones con nosotros para conseguir ayuda económica. Nuestra tarea fundamental consiste en convencerlos de que deben elegir entre las dos. Este fue el principal motivo de mi viaje. Enfatiqué el hecho de que el primer curso de acción involucraría una renovada confrontación con nosotros y que no podían obtener la ayuda deseada y a la vez *comerse* a Indochina (*). Por otro lado, si demostraban moderación y respetaban sus obligaciones, normalizaríamos nuestras relaciones, tal como lo estábamos haciendo con Pekín, y no interferiríamos en la autodeterminación política de Indochina, cualesquiera fueran sus manifestaciones.

(*) Esta oración revela que Winston Lord fue uno de los redactores del informe. Ningún otro podía haber hecho tal juego de palabras, cuyo mérito consistía en la atrocidad, que no fuese el autor del comentario sobre uno de los negociadores de Hanoi: *Xuan Thuy no es una densa selva.*

Aún en la mejor de las circunstancias, hubiese sido muy difícil navegar a través de este pasaje. Requería un país unido, con un gobierno estadounidense fuerte, con propósitos determinados, disciplinado, capaz de actuar decisivamente y de mantener el delicado equilibrio de riesgos e incentivos que constituían el Acuerdo de París. Watergate pronto nos hizo advertir que carecíamos del mismo.

Capítulo III

CHINA: OTRO PASO HACIA ADELANTE

RETORNO A PEKIN

Volé desde Hanoi para un descanso de cuarenta y ocho horas en Hong Kong. Cada vez que dejé un país comunista, con la excepción de China, experimenté una inmensa sensación de alivio.

Cuando uno se siente libre de la tristeza monocroma, de la sofocante conformidad, de la indiferencia ante la individualidad de la persona humana, el resultado es un súbito alivio de tensiones, un sentimiento análogo a la alegría. Hanoi, como ya he dicho, fue probablemente el más sombrío. En notable contraste, el inmoderado y exuberante materialismo de Hong Kong era un hito que recordaba el múltiple espíritu humano.

Los chinos utilizaron mi estadía en Hong Kong para una de esas muestras sutiles de buena voluntad que nos hacen pensar simultáneamente en la inutilidad de intentar sobrepasar a gente que se ha especializado en agasajar a sus visitantes durante tres mil años.

No habíamos informado a los chinos, deliberadamente, sobre nuestra estadía en Hong Kong, un enclave británico en el continente chino. En cambio, nos habíamos resignado a encontrar, como en nuestras anteriores visitas, a los obligados navegantes chinos en Shanghai. Esto nos significaba un considerable rodeo.

Los chinos son sutiles y además cuentan con un competente servicio de inteligencia. Sin mencionar nuestra estancia en Hong Kong, nos sugirieron que tratásemos con los navegantes en Cantón, lo cual era mucho más conveniente. Para asegurarse de que no hubiera malentendidos, el representante chino de mayor importancia en Hong Kong (técnicamente el jefe de la agencia noticiosa *Nueva China*) demostró que nada que ocurriese en la colonia de la corona británica escapaba al conocimiento de Pekín. Averiguó en nuestro consulado la hora de mi partida y fue a despedirnos al aeropuerto.

En la tarde del 15 de febrero de 1973 llegamos a Pekín en mi quinto viaje hacia el Reino Medio. En ese momento Pekín ya nos resultaba familiar. La bienvenida que se nos dio tuvo una especial calidez evidentemente originada en la finalización de la guerra de Vietnam. Los chinos se sentían libres de las presiones impuestas por la necesidad de demostrar solidaridad con Vietnam del Norte, su aliada en guerra. Nuestros anfitriones estaban esperando al pie de la escalerilla y aplaudieron al tiempo que mis colegas y yo descendíamos del avión. Se nos condujo inmediatamente por las anchas avenidas de Pekín a la casa de huéspedes del Estado que sería nuestra residencia. Allí, por primera vez, los guardias militares se cuadraron y saludaron cuando atravesamos la entrada. Desde ese momento y dondequiera que hubiese guardias recibimos honores militares, inclusive en el gran Salón del Pueblo.

Poco después de mi llegada, el premier chino Chou En-lai vino a la casa de huéspedes

para preguntarnos a cada uno de nosotros qué podía hacer para que nos sintiéramos más cómodos. Aunque los chinos son menos formales que los japoneses, poseen un sutil y bien desarrollado sentido de la urbanidad. La respuesta correcta a tal pregunta es "nada", lo que corrobora que no hubo deficiencia en la hospitalidad china. Si se hace inevitable el comentario, lo ideal es pedir algo que a ellos no se les hubiese podido ocurrir. Una de mis secretarías, quien obviamente no necesitaba responder al premier, le hizo saber que deseaba cenar *pato a la pequinesa*, un plato que se había servido en cada una de nuestras anteriores visitas; el impacto que recibió fue profundo. No se nos volvió a ofrecer *pato a la pequinesa* en ninguna de mis siguientes visitas mientras estuve en el cargo. Una pequeña lección para demostrar que los chinos no necesitan que se les indique lo que es obvio.

Dejando de lado estos pequeños contratiempos de protocolo, los chinos nos demostraron la mayor amabilidad imaginable. La noche reservada para un programa cultural nos ofrecieron la representación de una de sus óperas revolucionarias, cuya asombrosa ingenuidad sólo se lograba eludir por medio de una discreta siesta. (Para evitar una situación embarazosa se requería volver en sí justo antes de que las luces se encendieran luego del último telón. Me contaron que una vez el canciller de Alemania Occidental Helmut Schmidt, habiendo desprendido su cinturón para estar más cómodo, erró el cálculo y tuvo serias dificultades en acomodar sus pantalones y aplaudir al mismo tiempo.)

En esta ocasión el programa cultural consistía en música clásica, ejecutada por la orquesta de la ciudad de Pekín, reorganizada luego de la Revolución Cultural. Intentaron, por decirlo de alguna manera, la ejecución de la Sexta Sinfonía de Beethoven. Ni siquiera mi afición por las cosas chinas podría inducirme a afirmar que los músicos se encontraban en su elemento al tratar de reproducir la Sinfonía Pastoral, luego de la destructiva interrupción de la Revolución Cultural. A decir verdad, hubo momentos en que no se podía distinguir qué estaban tocando o si la dirección en la lectura de la notación musical era exactamente la correcta. Pero lo que realmente importaba era el simbolismo: Chou En-lai se proponía modernizar, es decir liberarse de las cadenas del reciente pasado chino y adaptar su país no sólo a la tecnología occidental sino también a la cultura que le había dado origen. (Fue prematuro. Un año después la ópera revolucionaria se había impuesto nuevamente, Chou En-lai estaba gravemente enfermo y ya no se oyó hablar más de modernización y apertura hacia Occidente hasta la muerte de Mao.

Chou, como siempre, eléctrico, rápido, hábil y ocurrente, me saludó con calidez. Su expresivo rostro reflejaba el hecho de que no necesitaba intérprete. (Sin embargo insistía en oír la traducción al chino y así ganar una innecesaria ventaja al escuchar mis comentarios dos veces y tener el doble de tiempo para pensar su respuesta.) Su comprensión de la realidad internacional era magistral. En los diecinueve meses de conocernos, Chou y yo habíamos desarrollado una camaradería fluida, en la que no faltaba el afecto:

Doctor KISSINGER: Creo que el primer ministro nota que estoy especialmente inhibido ante su presencia en este momento.

CHOU EN-LAI: ¿Por qué?

Dr. KISSINGER: Porque leí su comentario a la prensa en el que expresa que soy el único hombre que puede hablarle durante media hora sin decir nada.

CHOU EN-LAI: Creo que dije hora y media.

Esta chanza amigable indicaba que con la paz firmada en Vietnam, China podía acelerar su acercamiento hacia nosotros sin dificultad. La calidez creciente de las relaciones chino-norteamericanas no dejaba de estar influida por las disposiciones militares soviéticas. El número de divisiones soviéticas sobre la frontera china había aumentado de 21 en 1969, a 33 en 1971 y a 45 en 1973. Un peligro común disipa las trivialidades de la mente. Estaba claro que un mayor avance en nuestras relaciones era necesario para

demostrar que teníamos interés en la integridad territorial de China. En nuestras conferencias anteriores a mi viaje yo había sugerido como ítem a tratar *la normalización de las relaciones, la actual situación mundial y las futuras políticas en el Sur y Sudeste asiático en el período posguerra*. Esto no fue lo suficientemente amplio para Chou. Respondió que *también se podían discutir otros temas de mutuo interés*. Muy pronto se hizo evidente que ese otro tema era el establecimiento de oficinas diplomáticas en ambas capitales.

Muchas cosas habían sucedido desde que los choques en la frontera chino-soviética en 1969 nos habían alertado con respecto a la necesidad de recuperar el contacto con Pekín. Se había perdido más de un año y medio para encontrar un intermediario en el que confiaran ambas partes. Pensamos que Pekín preferiría un país comunista como canal; elegimos Rumania. Resultó ser que los chinos estaban demasiado cansados de la penetración soviética en los partidos comunistas de Europa del este. Eventualmente los mensajes importantes nos llegaron a través de Pakistán, el único país en el mundo aliado tanto con Estados Unidos como con China.

Durante mi viaje secreto a Pekín en julio de 1971, reestablecimos comunicación directa y se decidió un viaje presidencial a China. Pero ambas partes estaban aún demasiado reticentes a compartir sus evaluaciones de la situación internacional. En mi segunda visita, en octubre de 1971, con el pretexto de preparar el viaje de Nixon, Chou En-lai y yo comenzamos un diálogo íntimo sobre los asuntos mundiales más importantes.

En este esfuerzo por lograr el análisis de una política exterior conjunta, surgió la paradoja de que, en lo concerniente a EE.UU., Pekín no tenía estado legal. Legalmente, Washington aún reconocía a la República de China en Taiwán como el gobierno de China; teníamos un tratado de mutua defensa con Taiwán y había fuerzās militares norteamericanas todavía asentadas allí, en lo que la República Popular consideraba su territorio. Pero Pekín nos había hecho entrar en el juego a pesar de esta afrenta a su legítimo derecho, para contrarrestar la amenaza soviética en su frontera norte; Pekín prefirió ignorar el insulto. En el comunicado de Shanghai al finalizar la visita de Nixon en febrero de 1972, los chinos y nosotros coincidimos en una formulación cuidadosamente elaborada en la que se aceptaba el principio de una única China pero que dejaba la resolución para el futuro. Por el momento estas diferencias sobre Taiwán se subordinaban a lo que el comunicado de Shanghai expresó como el objetivo común de enfrentar los intentos hegemónicos de otros en Asia. Sólo un país era el indicado para el rol de villano: la Unión Soviética. Para hablar claro, China y los EE.UU. coincidían en la necesidad de adoptar políticas paralelas hacia un balance de poder en el mundo.

La visita en febrero de 1973, un año después del histórico viaje de Nixon, comenzó en circunstancias favorables. No sólo estaba Vietnam detrás de nosotros sino que con Nixon recientemente reelegido por una aplastante victoria, los chinos sentirían que podían seguir contando con un líder fuerte durante cuatro años más. Taiwán no nos ocupó mucho tiempo. Yo señalé —como habíamos indicado en el comunicado de Shanghai— con la finalización de la guerra en Vietnam las fuerzas que apoyaban nuestro esfuerzo allí serían retiradas. Chou comentó que China no tenía intención de liberar Taiwán por la fuerza *en este momento*. Así ambas partes decidieron dedicarse a asuntos globales —que para Chou significaban asuntos soviéticos— analizando los hechos con una franqueza que raramente se practica aun entre aliados entrañables.

Para Chou, el conflicto entre China y la Unión Soviética era imposible de erradicar y superaba la propia capacidad de manejo. Una de las ironías de las relaciones entre países comunistas es que la ideología comunista, que siempre ha sostenido que pondría fin al conflicto internacional, hace que esto sea difícil de consumir. En sistemas basados en la verdad infalible, sólo puede existir una única interpretación autorizada; un rival que afirma representar la verdad ortodoxa constituye un grave peligro. A este nivel, la yerta entre Moscú y Pekín trataba sobre quien controlaba la liturgia que inspiraría la

orientación de los partidos radicales y comunistas en todo el mundo. Esta dimensión del conflicto sólo podía resolverse por la voluntaria sumisión de uno al otro, lo que era imposible, o por la victoria de uno sobre el otro, lo que, desde el punto de vista de Pekín, era el objetivo de Moscú.

Al mismo tiempo, el conflicto entre la Unión Soviética y China trascendía la ideología; era muy anterior. Estos dos enormes países continentales compartían una frontera de 6.400 kilómetros en un vasto arco que iba desde las heladas tundras de Siberia hasta los duros desiertos de Asia Central. El límite se extendía caprichosamente a través de las cunas de los conquistadores de ambos —según las épocas, hunos, mongoles, kazakhs— dividiendo la soberanía en inmensas áreas sin tener en cuenta la raza o el idioma; los pueblos asentados a horcajadas en la línea divisoria generalmente hablaban la misma lengua natal distinta tanto del ruso como del chino, magnificando así la inseguridad y la potencial hostilidad de ambos regímenes. En esta inmensidad pobremente delimitada la soberanía, en su sentido contemporáneo, resulta un fenómeno nuevo. Los límites han oscilado a través de la historia con la ambición y el poder de las partes contendientes. En el siglo XIX los zares se apropiaron de una buena parte de Asia Central ahora gobernada por los nuevos dirigentes del Kremlin, quienes rechazaron todo el legado de sus predecesores, salvo sus conquistas. Esto solamente hubiese condenado a China y Rusia a una paranoia recíproca. La superposición del conflicto ideológico y de envidias personales transformó la rivalidad inherente en obsesión.

Ningún líder soviético podría dejar de considerar las realidades demográficas. Casi mil millones de chinos estaban presionando contra una frontera que su propio gobierno no reconocía oficialmente —en los libros de texto de las escuelas secundarias chinas, extensas áreas de Siberia aparecen como pertenecientes a China— y enfrentados a apenas treinta millones de rusos en una desierta Siberia tan odiada por las nacionalidades soviéticas, que debió ser colonizada a la fuerza con el trabajo de convictos. En 1974, cuando visité Vladivostok, luego de haber estado en Tokio, Osaka y Seúl, noté con sorpresa que no era una atestada ciudad asiática sino que se asemejaba a una ciudad de provincia europea; de hecho está más cerca de Honolulu que de Leningrado y más próxima a Pekín que a Moscú. Empecé a entender cómo la sensación de aislamiento y presagio engendra algo muy cercano a la histeria en los líderes soviéticos que se ciernen sobre China.

De igual forma, ningún líder chino podría ignorar las realidades estratégicas. El vasto incremento de fuerzas militares soviéticas a lo largo de la frontera china a partir de 1969, respaldado por un sofisticado arsenal de armas de destrucción masiva, no indicaban evidentemente un intento de conciliación. El choque entre la Unión Soviética y China era el ingrediente de una larga disputa geopolítica.

Ninguna negociación sería capaz de *desactivar* la preponderancia militar soviética, que podría durar por décadas, ni eliminar el contorno demográfico chino, que se extendería por siempre. Aun si se redujeran las fuerzas soviéticas por un hipotético acuerdo siempre podrían volver en cuestión de semanas. Y ninguna *concesión* que China hiciera con respecto a sus pretensiones limítrofes podría alterar el hecho de que, en algún momento de la próxima generación, la disparidad entre el poder soviético y el chino en Asia disminuiría primero para luego inclinarse hacia el otro lado; a partir de ese momento el futuro de Siberia dependería cada vez más de la buena voluntad de Pekín, lo que ningún gobierno chino podría asegurar por siempre. Con seguridad, una diplomacia norteamericana poco hábil o el demostrar nuestra impotencia podrían inducir a que China y la Unión Soviética se unieran. Pero cualquiera sea el modo de coexistencia que se desarrolle, probablemente no será percibido como normal o con posibilidades de permanencia, aunque podría durar lo necesario como para dañarnos seriamente.

Los líderes chinos, que se encontraban entre los más sagaces analistas de asuntos

internacionales que yo haya conocido, comprendían estas realidades. No veían posibilidad alguna de compromiso con la Unión Soviética que no los debilitara. En su opinión el objetivo mínimo de la política china debía ser que ningún otro país importante se aliara con los soviéticos; mejor aún sería convencer a tales países de que unieran sus fuerzas a China. A partir de la experiencia que han tenido con extranjeros no excluían la posibilidad de que otros pudieran conciliar sus diferencias sobre el abatido cuerpo de China; por cierto durante mi visita secreta de 1971, Chou había mencionado específicamente la posibilidad de que Europa, la Unión Soviética, Japón y nosotros decidiéramos apoderarnos de China otra vez, aunque profesaba indiferencia hacia ambiciones que él tenía la plena certeza de poder frustrar. La actitud era característica: los chinos buscaban su seguridad en la reputación de ser despiadados e intratables, creando la impresión, probablemente correcta, de que defenderían su honor e integridad a cualquier precio. Actuaban como si la más mínima concesión pudiese empujarlos hacia un resbaladizo despenadero y por lo tanto debía evitarse con la misma fiera como si se tratara de un reto abierto a la supervivencia nacional. China identificaba su seguridad con el aislamiento de la Unión Soviética y con el agregado del mayor peso posible a su lado de la balanza, todo lo cual significaba un rápido acercamiento a los Estados Unidos.

La tenacidad de los líderes chinos facilitó nuestra apertura a Pekín, también complicó nuestra relación de allí en adelante, dado que los compromisos paralelos al objetivo estratégico de contención de la Unión Soviética no excluían diferencias de estilo, tácticas y aun de percepción. Para China, la intransigencia ideológica era tanto un método de control interno como un arma para oponerse a presiones exteriores; la política exterior y las necesidades internas coincidían. Pero nosotros, habiendo apenas emergido de una decisiva guerra en Vietnam —en la cual el tema clave interno había sido la dedicación que el mando de los EE.UU. aportaba a la paz— no podíamos arriesgarnos a provocar una confrontación. El gobierno de Nixon estaba decidido a correr cuanto riesgo militar fuera necesario para impedir el expansionismo soviético. Sin embargo, podíamos mantener esta trayectoria en nuestro país y con nuestros aliados en Europa solamente si demostrábamos que habíamos hecho todos los esfuerzos posibles para evitar la confrontación. También abrigábamos la esperanza, aunque frágil, de que la estabilización de las relaciones soviético-norteamericanas alcanzada en 1972 pudiera eventualmente conducir a una etapa más positiva caracterizada por el balance de armamentos y una conducta restringida. No podemos olvidar que aquellas naciones que poseen armas capaces de destruir la humanidad tienen la obligación moral de coexistir en este planeta. Por lo tanto la táctica estadounidense era necesariamente más compleja, más flexible y menos frontal que la china. En una posterior conversación Mao la definió sarcásticamente como *boxear con la propia sombra*.

También existía entre los chinos y los norteamericanos una diferencia con respecto al enfoque de las relaciones internacionales. El de China se encuadra dentro de la tradición clásica de los hombres de Estado europeos. Los líderes comunistas chinos evaluaban fría y calculadoramente los requisitos para el balance de poder sin influencias de tipo ideológico o sentimental. Eran científicos del equilibrio, artistas de la relatividad. Ellos entendían que el balance de poder implicaba fuerzas en constante fluir que debían adaptarse constantemente a los cambios. Había un solo principio inviolable: no se podía permitir que alguna nación predominara, aunque tan sólo fuese brevemente, sobre la combinación de fuerzas que pudiera contraponérsele porque en ese fugaz momento de negligencia la independencia y la identidad podrían perderse irremediablemente. China no se arriesgaría a que su supervivencia dependiera de la buena voluntad del poder dominante, actuaría sobre el peligro potencial, entendiendo como una abdicación al liderazgo el permitir que un posible oponente acumulara demasiado poder.

Pero EE.UU. no poseía el marco conceptual ni los antecedentes históricos como para

desarrollar una política tan fría. Las diferentes tendencias que conforman el pensamiento norteamericano en relación a la política exterior nunca han admitido un planteo basado en el deliberado cálculo del interés nacional y de las relaciones de poder. Los estadounidenses se identifican con la tradición idealista de abrazar grandes causas tales como hacer del mundo un campo seguro para la democracia o los derechos humanos. El pragmatismo norteamericano exige el control de *las zonas en dificultad* a medida que surgen según sus propias características, lo que es otra manera de esperar que los acontecimientos se produzcan; exactamente lo opuesto al enfoque chino. Tradicionalmente se tiende a asociar los conflictos internacionales con disputas de tipo legal, para cuya resolución se recurre a mecanismos jurídicos, una postura que los chinos clasifican como ingenua. Ellos consideran que la ley internacional es el reflejo y no el origen del equilibrio mundial. El legado de la histórica invulnerabilidad de EE.UU. nos lleva a sentirnos profundamente intranquilos con el concepto de balance de poder y con su corolario: la necesidad de encarar las intrusiones por anticipado (cuando aún no aparecen como claramente peligrosas) para que no adquirieran un impulso tal que sólo se logre detener con el empleo de la fuerza, si es que se puede. Los que estábamos en el gobierno de Nixon sentíamos como una obligación el instruir al pueblo norteamericano en los requerimientos del balance de poder. Esto implicaba una diplomacia en la que nuestro apoyo debía estar al servicio del más débil aun en el caso de un conflicto entre Estados comunistas cuyas prácticas internas nos eran deplorables. Esto significaba que estábamos interesados en impedir un asalto soviético a China y en resistirlo si llegaba a producirse.

Pero aun si lográbamos que nuestro público nos acompañase en este salto intelectual, las perspectivas y los intereses chinos y estadounidenses diferían demasiado.

Era indispensable un cuidadoso análisis para evitar irritaciones innecesarias. La hostilidad ideológica de Moscú hacia EE.UU. tenía una larga historia; todo libro de texto leninista nos había definido como una anatema. Al mismo tiempo, la ideología soviética no predecía nuestro derrumbe para una fecha precisa. Nuestro peligro, aunque tan inexorable como el de China, era a más largo plazo. En 1973 los EE.UU. eran todavía más poderosos militarmente que la U.R.S.S. y seguirían sobrepasando a los soviéticos en su capacidad de movilizar fuerzas por tiempo indefinido.

EE.UU. tenía por lo tanto un margen de maniobra con el que los chinos no contaban. Si nosotros dábamos a entender nuestra determinación con claridad, la Unión Soviética se replegaría antes de que se produjera una confrontación; y era muy improbable que recibiéramos un ultimátum. Una Unión Soviética confinada a su territorio nacional no representaba una amenaza incontrolable para EE.UU. El peligro para nosotros era que la cantidad de armamentos que Rusia poseía incentivara su temerario afán aventurero contra otros. Una de las diferencias con China era que nosotros teníamos el poder de hacer frente a las armas soviéticas y de obstaculizar sus experimentos. Con nuestra superior capacidad productiva, y la de nuestros aliados, seríamos capaces de exceder la producción rusa. Poseíamos además los medios para contener movilizaciones agresivas, algo nada desestimable a la luz de los recientes acontecimientos. Por lo tanto EE.UU. tenía la opción de hacer tiempo y ver qué modificaciones se producirían en el sistema soviético al encarar sus propias tensiones si se encontrara firmemente bloqueado.

Pekín no podía darse ese lujo; estaba amenazada de forma mucho más inmediata. El mayor peligro surgiría, irónicamente, cuando hubiese resuelto sus propios cismas internos y empezara a crecer económicamente a paso firme. Esto enfrentaría a Rusia con la perspectiva de que, en algún punto claramente predecible, China se transformaría en un obstáculo incontrolable juntamente con aquellos países a los que Moscú elevaba a la categoría de adversarios. En el momento en que el crecimiento chino alcanzara su autoabastecimiento, el Kremlin se vería sumamente tentado a llevar adelante un ataque preventivo a no ser que China estuviese preparada para hacer drásticas concesiones a la

Unión Soviética. Esta no necesitaba aumentar su capacidad militar para atacar a China aunque no fuera lo suficientemente fuerte aún (en 1973) como para avanzar sobre el Oeste. Los líderes chinos podían afirmar otra cosa, tenían que demostrar firmeza. Ellos sostenían que Moscú estaba simplemente amagando en el Este para atacar el Oeste, un argumento que los colocaba en una buena posición para negociar. Pero eran demasiado inteligentes para subestimar el peligro. Sus acciones se contradecían con sus declaraciones (las que, de todas maneras, no eran demasiado vehementes). Así, cualquiera fuese nuestro motivo para negociar con los soviéticos y sin importar lo sofisticado de nuestras explicaciones Pekín no advertía ninguna ventaja en diferir una confrontación decisiva que reconocía como inevitable. Sabía que no podía desviarla con sus propias fuerzas a no ser que estuviese preparada a condenarse a una debilidad permanente.

El trato norteamericano con Moscú no representaba beneficio alguno para Pekín pero sí riesgo. A pesar de que los chinos tuvieran alguna confianza personal en Nixon y en mí como su representante, no podían estar seguros de cómo utilizarían nuestros sucesores la libertad de movimiento que habíamos logrado entre las dos capitales comunistas; y de todas formas, ningún hombre de Estado serio y de equilibrio basaría la seguridad de su país en la confianza que personalmente tenga en los individuos. Desde el punto de vista chino cuanto peor fuesen las relaciones soviético-norteamericanas, menos tendría que preocuparse China por la pesadilla estratégica de un condominio ruso-norteamericano; y tanto más ventajosa sería su posición para negociar con ambas superpotencias.

Estas consideraciones teóricas se tornaron especialmente relevantes para Pekín luego de la finalización de la guerra en Vietnam. Mientras Hanoi continuaba recibiendo armas del Kremlin para una guerra sangrienta contra los EE.UU., existía un límite inherente al posible acercamiento entre Moscú y Washington. Y periódicamente Norteamérica tomaría alguna acción drástica en Indochina que forzaría a los soviéticos a responder aunque más no fuese dilatando sus relaciones diplomáticas con nosotros. Chou En-lai, que era un gran diplomático, se sentía satisfecho de que la guerra de Vietnam restringiera nuestras opciones. Por la misma razón, el final del conflicto produjo el efecto contrario. Las opciones aumentarían para EE.UU.; ya eran de hecho mayores que las de Pekín. Estaríamos más cerca tanto de Moscú como de Pekín, de lo que ellos estaban uno del otro, una situación muy irritante para un país que por siglos había manipulado con maestría las rivalidades de los que consideraba pueblos bárbaros.

Chou era demasiado inteligente para hacer explícito el dilema chino. El comprendía que si los EE.UU. y China llegaban a articular análisis paralelos de la situación mundial, automáticamente surgirían acciones compatibles; mientras que, de no lograrse esto, las garantías verbales significaban bien poco. Y así Chou y yo pasábamos largas horas comparando nuestras evaluaciones en detalle y con una franqueza que era la mejor garantía para acortar las diferencias de perspectiva.

Chou presentaba sus inquietudes elípticamente en forma de pregunta: ¿Continuaríamos poniendo nuestro énfasis en la contención aun en Asia? ¿O buscaríamos nuestra seguridad en el mutuo agotamiento de los dos gigantes comunistas? Terminada la guerra en Vietnam, ¿estábamos preparados para repeler el expansionismo ruso frontalmente? O ¿iba el Oeste a tratar de conciliar a los soviéticos con la intención de *desviar las turbias aguas de la Unión Soviética hacia el Este*, es decir promover o al menos consentir sus amenazas contra China?

El dilema de Chou era un tanto diferente a la manera en que él lo presentaba. Los estadounidenses idealistas y aun los anticomunistas fervientes serían incapaces de enemistar a China con la Unión Soviética cínica y deliberadamente. Al mismo tiempo los líderes norteamericanos tales como Nixon, quienes básicamente aceptaban los principios del equilibrio, no podrían tal vez lograr implementar su convicción de que los Estados Unidos tenían un vital interés en *impedir* el desmembramiento o la humillación de China,

a pesar de que no era un aliado, recientemente había sido un enemigo, sin perspectivas de transformarse en una democracia.

En lo que respecta a Nixon y a mí, la diplomacia con respecto a Moscú debía estar ligada a la firme comprensión del interés nacional norteamericano, lo que en nuestra opinión incluía la integridad territorial de China. Si la Unión Soviética lograra reducir a China a la impotencia, el impacto en el balance mundial de poder sería escasamente menos catastrófico que la conquista soviética de Europa. Cuando fuera evidente que EE.UU. no podía impedir una mayor agresión en Asia, Japón empezaría a separarse de nosotros. Si Europa se viese entonces enfrentada al coloso soviético, libre ya para dedicarse por completo al Oeste, perdería confianza y se agudizarían sus tendencias neutralistas. El Sudeste de Asia también se plegaría a la tendencia dominante; las fuerzas radicales en Medio Oriente, el sur de Asia, África y América ganarían el control. Por lo tanto no deseábamos sin lugar a dudas alentar un ataque soviético a China. En nuestra opinión no tendríamos ninguna otra posibilidad de elección que ayudar a China a resistir.

Presenté a Chou En-lai estas consideraciones en uno de los más sinceros y completos informes sobre nuestra política exterior que jamás haya hecho a un líder extranjero. Señalé al premier chino que Nixon y yo no teníamos ilusiones con respecto a las motivaciones soviéticas, y que China no debía dejarse confundir por las maniobras tácticas que nuestra estrategia requería a veces.

Hay dos posibilidades teóricas. Una es que los líderes soviéticos realmente quieren crear una relajación de tensiones en el mundo. Si eso es así, ayuda a nuestros intereses...

La segunda posibilidad es, y la evidencia parece señalar cada vez más en esa dirección, que la Unión Soviética ha decidido seguir una estrategia más flexible para lograr los siguientes objetivos: desmoralizar a Europa occidental creando la ilusión de la paz; utilizar la tecnología norteamericana para superar el desfase entre su capacidad económica y militar; hacer aún más difícil para los EE.UU. el mantener su potencial militar creando una atmósfera de disminución de tensiones y aislar a aquellos adversarios que no creyeron en su política de relajación.

"Como China", interrumpió Chou.

"Estaba tratando de ser delicado", contesté, y proseguí:

Ahora, ¿cuál es nuestra estrategia?... Creemos que la segunda interpretación de las intenciones soviéticas es la más probable. Primero, sinceramente, como Ud. debe saber por nuestros informes, internamente hemos atravesado un período difícil como resultado de la guerra de Vietnam. Por lo tanto en muchas ocasiones tuvimos que maniobrar en vez de lanzarnos a una confrontación abierta. Pero ahora que la guerra en Vietnam ha terminado, especialmente si el acuerdo no se transforma en una fuente constante de conflicto para los EE.UU., podemos volver a los problemas fundamentales de nuestra política exterior. Aun durante ese período, y el primer ministro debe sin duda haberlo notado, siempre hemos reaccionado con extrema violencia a las provocaciones directas de la URSS...

¿Cuál es nuestra estrategia? Primero tuvimos que reanimar a nuestra gente con algunos logros notorios en nuestra política exterior para sentar una reputación de acción cuidadosa. Segundo, tuvimos que terminar la guerra en Vietnam en condiciones que no se considerasen deshonrosas. Tercero, queremos modernizar nuestros efectivos militares, especialmente en las fuerzas estratégicas... Cuarto, es nuestra intención colocar a la Unión Soviética en una posición donde aparezca claramente como el provocador. Quinto, tenemos que lograr que nuestra gente se acostumbre a propuestas completamente nuevas.

Las nuevas propuestas eran que los EE.UU. tenían un vital interés nacional en el balance de poder mundial en general y en la integridad del territorio chino en particular, y que debíamos resistir amenazas aun cuando no hubiera obligación legal de hacerlo.

Al mismo tiempo, mi exposición de la política estadounidense intentaba dejar claro que China y nuestro país tendrían que proseguir con sus estrategias paralelas, utilizando las tácticas adecuadas para sus respectivas circunstancias. Como expresé anteriormente, Norteamérica desechaba una continua política de enfrentamiento indiferenciado con la URSS, como China sin duda prefería. No veíamos la necesidad de ser una carta que Pekín pudiera jugar. China tenía que poder contar con el apoyo norteamericano contra las directas presiones soviéticas que amenazaban su independencia y la integridad de su territorio; no podíamos permitir que se nos colocase en una situación que no nos interesaba: la de una confrontación innecesaria. Por complejo que parezca ejecutar una táctica de este tipo, siempre nos convenía estar más cerca de Moscú o de Pekín que lo que ellos estuvieran uno de otro, salvo en el caso extremo de un ataque soviético a China.

Del mismo modo era imprescindible resistir nuestra propia tentación de jugar la carta china. Estrechar lazos con China como un medio para aguijonear a la URSS sería correr el doble riesgo de incitar un ataque preventivo de la Unión Soviética a China —provocando así el mismo desastre que tratábamos de evitar— y de dar a Pekín la desconcertante impresión de que, de la misma manera en que nosotros sustentábamos relaciones para responder a la intransigencia soviética, podríamos relajarlas en respuesta a una conciliación con la URSS. De ser un peso en la balanza China pasaría a ser un objeto de negociación; un enfoque totalmente incompatible con las necesidades que nos habían inducido al acercamiento.

Recalqué que a pesar de las reservas chinas, aspirábamos a continuar las negociaciones con Moscú, lo que entendíamos era de interés común. Pero no dejaríamos de informar previamente a Pekín; tomaríamos seriamente las opiniones chinas y no pactaríamos acuerdos contra su país. Formulé que estábamos preparados para hacer tres tipos de convenios con la URSS: aquellos que aliviaran tensiones en zonas de peligro como Berlín, donde considerábamos que el beneficio general estaba de nuestra parte; aquellos que fueran de interés mutuo y general, tales como las recientes limitaciones sobre armas estratégicas; y aquellos que fueran técnicamente útiles pero sin mayor significación política, tales como intercambios culturales y científicos, y de comercio (dentro de estricto control estratégico y sujeto a condiciones políticas).

El premier chino, que no pierde detalle por pequeño que sea, me interrumpió: *Pero también puede decirse que esto concuerda con la política soviética de aquietar o desmoralizar a Europa occidental.*

Admito —respondí—, que ambas partes confían en que los acontecimientos tomen determinada dirección. La Unión Soviética cree que puede desmoralizar a Europa occidental y paralizarnos. Nosotros creemos... que a través de esta política estamos ganando la libertad de movimiento necesaria para resistir en aquellos puntos donde es más probable que se produzcan ataques o presiones.

Chou En-lai, por su parte, no tenía dudas. Acudió a nosotros para organizar una coalición antisoviética. Se extendería desde Japón, a través de China, Paquistán, Irán y Turquía hasta Europa Occidental. Nixon y yo coincidíamos en la importancia de Turquía, Paquistán e Irán, pero los cinco años subsiguientes revelarían que había muy poca predisposición interna para visualizar a los aliados en términos del balance de poder (en 1974 el Congreso legisló un embargo de armas contra nuestros aliados turcos. La ayuda a Paquistán fracasó ante la oposición del Congreso y la indiferencia del público, mientras Irán se derrumbaba sin que el nuevo gobierno pudiera intervenir). Y Europa y Japón requerirían un manejo más delicado ya que se resistirían a seguir las sugerencias chinas y norteamericanas en lo referente a muchos asuntos cruciales del balance mundial. Sin

embargo, los conservadores estadounidenses habrían encontrado muchas cosas en común en el análisis de los asuntos mundiales que presentaba el premier comunista chino. El se burlaba de la sola idea de negociar con la Unión Soviética. En su opinión las tendencias expansionistas del sistema soviético permanecían inmutables y las negociaciones sólo podrían llevar a la confusión. Sea lo que fuere que EE.UU. hiciera, el rol de China consistiría en revelar la motivación soviética y procurar así un marco intelectual para la oposición combinada.

Era una situación difícil de resolver, más aún en tanto Chou En-lai había identificado inequívocamente la ambigüedad de nuestra política. Por una parte necesitábamos flexibilidad para demostrar que los EE.UU. no estaban paralizados por el público o por la presión de los aliados que nos acusaban de ser la causa de las tensiones. Pero también era verdad que la *détente* (*) podía, como Chou había señalado, aplacar al Oeste, dejar a la retaguardia soviética en libertad de acción para presionar sobre China y minar la voluntad general de resistir. ¿Cuál era el riesgo mayor? La cuestión nunca se resolvió, ni en nuestros diálogos con los líderes chinos ni en el debate interno. Watergate se impondría muy pronto con sus propios imperativos.

OTEANDO EL HORIZONTE

A partir de estas perspectivas —premisas similares, circunstancias diferentes, estrategias paralelas— Chou En-lai y yo analizamos la situación internacional. Dado que su objetivo supremo era la contención del poder soviético, el viejo revolucionario apoyaba cualquier propuesta que aumentara la cohesión y la fuerza del mundo no comunista sin importar la ideología que sustentaran los países dominantes. Por ejemplo, en los diecinueve meses posteriores a mi primera visita, Chou había cambiado totalmente de posición con respecto a Japón. Como ya expliqué antes, en aquel momento, él consideraba a Japón una nación potencialmente agresiva que podría unirse con otras para adueñarse de China. Nos había acusado de revivir deliberadamente al militarismo japonés y había condenado, tanto privada como públicamente, el Tratado de Seguridad norteamericano-japonés. Para febrero de 1973, aunque aún expresara una advertencia formal con respecto al militarismo nipón, en la práctica Chou trataba a este país como a un aliado incipiente(1). (Alentados por nosotros, China y Japón habían reiniciado sus relaciones diplomáticas en setiembre de 1972, en ocasión de la visita del primer ministro **Zakuei Tanaka** a China). Ahora Chou En-lai reconocía que los lazos de Japón con los EE.UU. frenaban las tendencias militaristas de Japón y le daban una indispensable sensación de seguridad. Me hizo notar que Pekín había cesado en sus ataques al Tratado de Seguridad. Efectivamente, ahora China propugnaba una íntima cooperación entre los EE.UU. y Japón. Más tarde el presidente Mao me daría el amigable consejo de que para preservar la dignidad de Japón, nunca debería visitar Pekín sin hacer escala en Tokio. Nosotros ya habíamos decidido que esto era imperativo. Cuando dejé el cargo había visitado Tokio con mucha más frecuencia que cualquier otra capital importante.

A Europa occidental se la veía precisamente en el mismo contexto; las conversaciones giraban en torno de la contención de la Unión Soviética. Como Europa había sido mi campo de estudio durante veinte años y conocía a muchos de sus líderes, Chou me ametralló a preguntas acerca de la política y las personalidades europeas. Un cierto número de líderes de Europa occidental habían sido recientemente invitados (para su sorpresa) a una conferencia sobre la importancia de la unidad europea, la cohesión del Atlántico y de una enérgica defensa de la Organización del Tratado del Atlántico Norte

(*) La política de distensión implementada en la época de Henry Kissinger se conoció dentro y fuera de los EE.UU. con el nombre de *détente*.

(NATO). Posteriormente llegué a referirme a China como a uno de nuestros mejores aliados de la NATO. Una broma sólo a medias.

Chou, estudioso del balance de poder, tenía dificultades en comprender la actitud europea, que discrepaba sustancialmente con lo que él recordaba de la década del veinte. No podía comprender por qué Europa era tan reacia a transformar su fuerza económica en poder militar, o por qué un continente capaz de defenderse por sí solo insistía en depender de un aliado distante. Estaba claro que China, de contar con los mismos recursos, no aceptaría una dependencia similar. Dado que Chou consideraba que Europa era económicamente fuerte, militarmente débil y psicológicamente insegura, nos apremiaba para que ordenásemos nuestras prioridades. Insistía en que no se podía permitir que las disputas por el comercio transatlántico interfirieran en la cooperación para la defensa contra la Unión Soviética. La política de EE.UU. había sido lo suficientemente inteligente, afirmaba Chou, como para distinguir entre forma y sustancia, entre efusivas afirmaciones de independencia y una docilidad poco confiable. Expresó que necesitábamos ser especialmente solícitos con el presidente francés Georges Pompidou. El reclamo francés por su derecho a la independencia podría irritarnos pero no debíamos olvidar nunca que Francia estaba conduciendo la política exterior más fuerte de Europa, lo que inevitablemente aumentaba la seguridad de Occidente. Por molesta que resultara la táctica francesa de tanto en tanto, enfatizó Chou, no debíamos olvidar nunca que una Francia fuerte también restringía la tentación alemana con respecto a Moscú. Chou compartía la opinión de varios aliados de Alemania Occidental en el sentido de que la *Ostpolitik* del canciller Willy Brandt (sus tratados occidentales con la Unión Soviética, Alemania Oriental y Polonia) implicaban el riesgo de que lo que comenzara como una actitud de reconciliación se pudiera transformar en un nacionalismo alemán imparable que podría desmoralizar a Europa.

Chou En-lai tenía en alta estima al primer ministro británico Edward Heath. El tema de Heath proporcionó a Chou la oportunidad de brindar una homilía sobre la preferencia china en general por los líderes conservadores sobre los líderes socialistas. Los primeros tenían menos probabilidad de engañarse con las lisonjas soviéticas y enfrentaban menos presiones internas al presentar una defensa decidida. De hecho, Chou sospechaba que Europa, especialmente, pudiera verse tentada a canalizar las *aguas turbias* de Moscú hacia el Este. Los chinos tenían puestas sus esperanzas en que los EE.UU. evitaran este peligro, aunque nunca explicaron cómo lo podríamos hacer si ellos sospechaban la misma tendencia en nosotros.

Una vez establecido el interés común de contener el poder soviético, Indochina aparecía bajo otro aspecto. Chou entendía que si el Acuerdo de París llegara a desunirse, se producirían algunas de estas desfavorables situaciones: que la guerra recomenzase y con ella el dilema chino de tener que correr graves riesgos en su relación con nosotros a causa de Vietnam del Norte, un país del que desconfiaban profundamente. O, lo que era peor aún, desde el punto de vista de Pekín, Hanoi lograría la hegemonía en Indochina sin pelear, desacreditaría a los EE.UU. internacionalmente colocándonos en la posición de un tigre de papel y crearía, sobre la frontera Sur de China, un poderoso estado vietnamita, con una larga tradición antichina y dependiente de la Unión Soviética para conseguir armamentos.

El hecho era que los intereses norteamericanos y chinos en Indochina eran casi paralelos. Una Vietnam comunista, unificada y dominante en Indochina era una pesadilla estratégica para China aunque la ideología impidiera explicitar la realidad abiertamente. Chou En-lai era por lo tanto sincero al afirmar su compromiso con la estricta implementación del Acuerdo de París, ya que, en caso de resultar exitosa, impediría la hegemonía de Hanoi y la aislaría por medio de tres estados independientes: Laos, Camboya y Vietnam del Sur. Es interesante notar que Chou siempre había exhortado un cese

del fuego, lo que inevitablemente permitiría la supervivencia del gobierno de Vietnam del Sur. A diferencia de muchos de nuestros opositores internos, nunca nos presionó para que derrocáramos a Thieu e instalásemos el régimen títere de Hanoi.

En lo que respecta a Laos y Camboya, Chou comenzó con su estratagema favorita para separarse de Hanoi, un ardid bien probado en la crisis de 1972. Negó poseer especial conocimiento sobre lo que sucedía en estos dos países, algo poco probable si se considera la meticulosidad con que China prepara sus encuentros con los líderes norteamericanos y su histórica relación con Indochina. Pero la treta le permitía ser lo suficientemente ambiguo como para no hacer explícitas sus diferencias con Hanoi. Como se confirmó finalmente, la actitud de Chou era la más conveniente. En Laos, Chou esperaba que las negociaciones de paz entre el gobierno real laosiano y el Pathet Lao prosperaran y finalizaran en una verdadera coalición neutral; China vería con agrado un rápido cese del fuego. Habló muy bien del rey laosiano Savang Vatthana, no necesariamente uno de los favoritos de Hanoi. Se refirió a él como un *hombre honesto y un patriota* y además respaldó la legitimidad del premier neutralista Souvanna Phouma. En otras palabras, China apoyaba lo que hicimos en Laos: un régimen no comunista neutral y pacífico, independiente de Hanoi.

Chou también recorrió parte del velo que cubrió uno de los proyectos chinos más raros durante la guerra de Vietnam. Por casi diez años las tropas chinas habían estado construyendo un camino en el norte de Laos a través de las impenetrables montañas y selvas que separaban a los dos países. Cerca de veinte mil efectivos chinos, protegidos por baterías antiaéreas, habían sido ocupados en este proyecto sobre el territorio de un estado soberano. Souvanna a menudo nos aseguró que se hacía en contra de los deseos de Laos; los chinos alegaban que fueron autorizados por un acuerdo previo. Nunca pude desentrañar los reclamos legales de ambos países. Souvanna se negó a declarar públicamente que el camino no estuviera aprobado; imposible dilucidar si por miedo o porque sabía algo que no quería afirmar. Pekín se rehusó a demostrar el apoyo de Laos. Tampoco logramos descubrir si era porque entendían que no nos asistía el derecho de inmiscuirnos en las actividades acerca de su frontera o porque no existía prueba alguna carente de ambigüedad.

De todas formas, para febrero de 1973 el sustento legal que China tuviera para la construcción de caminos en Laos nos importaba bastante menos que su propósito estratégico. Y con respecto a este tema Chou fue elípticamente claro. Durante la mayor parte de la guerra habíamos pensado que esa ruta estaba destinada a abastecer al Pathet Lao, controlado por Hanoi. Llegamos a hacer planes —nunca llevados a la práctica— para bombardearlo. Sólo gradualmente advertimos que ningún suministro llegaba por el mismo y sí que estaba asentado en el flanco norvietnamita en avance. Enuncié mi teoría indirectamente al decirle a Chou que Tailandia temía que el camino estuviese destinado a atacarlos. El replicó que China estaba interesada en mantener buenas relaciones con Bangkok; la construcción del camino continuaría pero éste se detendría mucho antes de llegar a la frontera con Tailandia. Si eso era verdad, su único objetivo sería contener y, en caso de ser necesario, amenazar a Hanoi. Durante todos los años de la guerra de Vietnam, ¡Pekín había estado construyendo un asentamiento de apoyo en Laos que flanqueara a Vietnam del Norte para contrarrestar la posible dominación de su supuesto aliado en Indochina!

La imprevista ruptura de China con Hanoi se hizo aún más clara cuando nos dirigimos a Camboya. La posición oficial china era similar a la de Hanoi: apoyar la insurgencia comunista encabezada formalmente por el príncipe Norodom Sihanouk. Pero sólo hasta allí llegaba la similitud. Hanoi trataba a Sihanouk como a un molesto apéndice del Khmer Rojo comunista; Chou rindió al príncipe los honores que cabían a su investidura. Por lo tanto Chou no adoptó —a decir verdad, no podía adoptar— la perentoria insisten-

cia de Pham Van Dong y Le Duc Tho para que derribásemos al gobierno de Lon Nol en Phnom Penh. Chou estaba demasiado familiarizado con las condiciones en que se encontraba Camboya como para no comprender que el equilibrismo que hacia Sihanouk dependía de la continua existencia de dos fuerzas contendientes que debían equilibrarse. Fue entonces lógico que Chou dijese:

No quiero significar que las fuerzas que él (Lon Nol) representa no cuenten. . . Nosotros comprendemos nuestras respectivas orientaciones. Es imposible que Camboya se vuelva completamente roja ahora. Si eso se intentase, sobrevendrían problemas aún mayores.

Era sorprendente que el líder de un país que se consideraba la fuente de la revolución, afirmase que la total comunización de un país pudiera magnificar sus problemas. Pero era la verdad. La completa comunización dejaría a Sihanouk en una posición irrelevante, desmoralizaría a Saigón y virtualmente colocaría a Indochina en manos de Hanoi.

La actitud de Chou indicaba que aún podríamos alcanzar un acuerdo conveniente. Si las fuerzas representadas por Lon Nol sobrevivían a un convenio, todavía quedaba de qué hablar. Si se cumplía nuestra condición previa básica —la de que aquellos países que contaban con nuestro apoyo no adoptasen una estructura comunista— Sihanouk bien podría jugar un rol importante, y tal vez decisivo: ser el mediador entre fuerzas contendientes. Por lo tanto, inmediatamente propuse concertar un encuentro entre un representante del gobierno de Lon Nol y el primer ministro de Sihanouk, Penn Nouth, para negociar una estructura de coalición. Formulé que no insistiríamos en que Lon Nol participara en tal gobierno mientras que las fuerzas que él lideraba estuvieran representadas.

Chou replicó que Camboya constituía un problema complicado. No era simplemente una guerra civil; expresó que había fuerzas externas profundamente comprometidas (se refería a los norvietnamitas). También había en el movimiento-insurgente liderado por Sihanouk muchas facciones con diferentes puntos de vista (implicando que algunos —el Khmer Rojo rechazaban cualquier tipo de compromiso). No todos los elementos de la insurgencia coincidían en aceptar el rol central que yo había delineado para Sihanouk (lo que significaba que el Khmer Rojo prefería utilizarlo a él como figura principal). Aún así, Chou acotó que transmitiría nuestras ideas a las partes interesadas, especialmente a Sihanouk, *en términos chinos*. Esto quería decir que al explicar nuestra posición (rechazada de plano por los líderes de Hanoi apenas unos días antes) se identificaría con ella hasta cierto punto. Chou agregó que se pondría nuevamente en contacto con nosotros después de consultar con los distintos grupos. Por primera vez China comenzaba a desempeñar un papel activo en las negociaciones de paz en Indochina.

Existían varias razones para hacerlo. El interés que China tenía en Camboya, tan extrañamente paralelo al nuestro, era mucho más urgente. Para nosotros obligar a Hanoi a cumplir el Acuerdo de París implicaba sobre todo obtener la confianza mundial. Para China involucraba un asunto de seguridad nacional: evitar el surgimiento en su frontera Sur de una importante fuerza armada de casi cincuenta millones de personas y una conducción fanática aliada con la Unión Soviética. En ese sentido, Camboya era la pieza clave de Indochina. Su colapso presagiaba la desintegración de Vietnam del Sur y la consecuente hegemonía de Hanoi. La mayor preocupación de Chou no era tanto por una victoria del Khmer Rojo sino por la estructura que mejor pudiera garantizar la independencia y neutralidad de Camboya. Comprendía que teníamos un problema común: cómo trascender las pasiones de las facciones camboyanas ya que, en su odio fratricida, podían llegar a destruirse una a otra, así como también toda esperanza de supervivencia de su país.

Chou afirmó que coincidíamos en el objetivo. La cuestión era cómo concretarlo. Aproveché la ocasión para recordarle a Chou que un resultado decoroso era importante para los EE.UU. y de interés común, por razones que trascendían a Indochina.

Precipitar el retiro de EE.UU. del Sudeste asiático sería un desastre. . . La tarea más difícil que tiene el presidente Nixon en su segundo período de gobierno es la de sostener la responsabilidad norteamericana por el balance de poder o por una política antihegemónica. Por lo tanto, no es conveniente para los EE.UU. conducir políticas que apoyen a los elementos aislacionistas en los Estados Unidos.

Chou no contradijo mi esquema y en los meses siguientes actuó como si coincidiese plenamente con él.

LAS OFICINAS DE ENLACE

A partir del momento en que nuestra política y la china comenzaron a moverse en forma paralela, se hizo evidente que nuestros lentos medios de comunicación eran inadecuados. Al no haber relaciones diplomáticas (debido a que EE.UU. reconocía a Taiwán), nos contactábamos a través de dos canales. La mayoría de los asuntos diarios se habían tratado vía París, donde el embajador de Pekín era Huang Chen, ex general y veterano de la *larga marcha* y miembro del Comité General del Partido Comunista Chino. Lo conocía muy bien como colega de muchos encuentros secretos. Su contraparte era nuestro embajador en Francia, Arthur Watson. Pero durante el gobierno de Nixon, al menos en su primer período, todos aquellos mensajes que pudieran ser delicados para los gobiernos extranjeros claves se transmitían por canales extraoficiales bajo el control directo de la Casa Blanca. Uno de esos canales disfrazados fue la misión china a las Naciones Unidas en Nueva York, encabezada desde 1971 por el distinguido Huang Hua (quien más tarde llegara a ocupar el cargo de ministro de Relaciones Exteriores).

Al principio Pekín enfatizó que prefería el canal de París y que la misión de la UN debería utilizarse sólo para emergencias. Tal vez no deseaban que gozásemos de los beneficios de una embajada china sin reconocimiento diplomático. Pero muy pronto la necesidad de una comunicación rápida y abierta hizo que ambas partes ampliaran cada vez más la definición del término *emergencia*. Varias veces viajé en secreto a Nueva York para mantener reuniones personales con Huang Hua. En general estas reuniones tenían lugar en una *casa de seguridad* provista por la CIA, un destartalado departamento en el centro de Manhattan, cuyas paredes espejadas sugerían propósitos menos prosaicos. Pero esta atmósfera romántica dejaba mucho que desear en lo referente a logística diplomática. Más aún; si la evaluación de nuestra estrategia conjunta era correcta, Pekín y Washington necesitaban demostrar más abiertamente que se estaba produciendo un acercamiento entre las dos naciones. Desde el punto de vista de Pekín —y si se entendía correctamente, desde el nuestro también— el hacer pública tal actitud señalaba que los EE.UU. no permanecerían indiferentes ante cualquier prisión militar en contra de China.

En febrero de 1973, había llegado a Pekín sin ningún plan claramente delineado para abordar el tema de los contactos. Tenía la intención de proponer algún paso discreto como podía ser una oficina norteamericana de comercio en China; estábamos convencidos de que Pekín no querría abrir una oficina de Washington mientras que los representantes de Taiwán estuvieran allí.

Inesperadamente, Chou decidió dar un importante paso adelante: el establecimiento de relaciones diplomáticas de hecho entre nuestros dos países. Y haciendo honor a la tradicional manera del Reino Medio, manejó el asunto de forma tal que pareciera que la

propuesta había surgido de mí. La situación era halagadora y me otorgaba cierto mérito en lo que se había logrado, lo que era cierto apenas en parte.

Mientras hablábamos de las relaciones bilaterales, mencioné la utilidad de un punto de contacto permanente. Chou se mostró discretamente interesado. Me preguntó si tenía idea de cómo implementarlo. La representación consular no le interesaba porque era demasiado técnica. Tampoco le gustó el plan de una oficina comercial en cualquiera de sus posibles variantes. Era obvio que quería poner de relieve las relaciones políticas y no las comerciales. Entonces desempolvé el proyecto de una oficina de enlace, que había sido terminantemente rechazado al ser propuesto en Hanoi. En la opinión de Van Dong, nosotros no habíamos ganado el privilegio de la asociación permanente y el hostigamiento regularizado. Chou se reanimó. No fui demasiado específico ni intentaba ofrecer reciprocidad en Washington; estábamos seguros de que los enviados de Pekín nunca aparecerían donde hubiera representantes de Taiwán.

Chou señaló que *consideraría* mi *propuesta* de una *oficina de enlace*. Yo no tenía la impresión de haberla presentado formalmente. Al día siguiente la *aceptó*, no sin antes imponer una sutil condición: se debía establecer una oficina china de enlace en Washington. Estaba listo para discutir los aspectos técnicos en forma inmediata, lo que probaba que había pensado en nuestra propuesta más que nosotros. Como él las veía, las oficinas de enlace, como bien remarcó un observador, eran embajadas en todo sentido menos en el nombre (2). El personal tendría inmunidad diplomática y sus propios medios seguros de comunicación. Sus jefes serían tratados como embajadores y dirigirían todo intercambio entre los dos gobiernos. No formarían parte del cuerpo diplomático oficial, pero esto tenía sus ventajas ya que permitía tratamiento especial sin necesidad de ofender el orden de protocolo establecido.

Al principio el plan era que las oficinas de enlace estuvieran dirigidas por diplomáticos profesionales de rango intermedio. Luego de algunas consideraciones Nixon y yo decidimos nombrar a David K.E. Bruce, uno de nuestros embajadores más capaces y una figura de renombre público. El simbolizaría la importancia que le otorgábamos al puesto. Contaría con toda la información requerida. Sabíamos que no se molestaría ante la ausencia de actividades de rutina, por las que un hombre de menor nivel hubiera juzgado la importancia del trabajo. Y poseía la inteligencia y la experiencia suficientes como para asegurar la función esencial de una oficina de enlace: mantener el máximo grado de armonía en las respectivas visiones de dos capitales con ideologías e historias diametralmente opuestas pero unidas ahora por necesidades comparables.

Chou En-lai nos correspondió al designar a Huang Chen, su representante en París. Había llegado a gustarme enormemente este hombre cálido y sensible cuyo *hobby* era la pintura. Como todos los diplomáticos chinos, llevaba una disciplina rígida. Sin embargo siempre lograba transmitir lo que había de intangible detrás de sus instrucciones. Había sido particularmente hábil, en especial durante la parte más complicada de las negociaciones de Vietnam, en dejar traslucir la buena voluntad china sin comprometer a su gobierno con sus indóciles aliados en Hanoi. Lograba inspirar confianza aun cuando más tarde atravesamos un período difícil a raíz de presiones internas en los dos países. Ambas partes demostraron la importancia que le asignaban a la relación enviando al mejor hombre de cada capital.

Así fue como encontramos una solución práctica al dilema: nuestra controversia sobre Taiwán y la común preocupación con respecto al balance de poder que requería un contacto político regular y estrecho. De esta forma permaneció intacto el principio de no formalizar lazos diplomáticos antes de concertar un acuerdo con respecto a Taiwán. En realidad, cuando eventualmente se establecieron las relaciones diplomáticas (el 1º de enero de 1979), todo se redujo a cambiar el nombre de *oficinas de enlace* por el de *embajadas*. En menos de dos años habíamos avanzado desde enviarnos notas tentativas

escritas a mano a través de intermediarios hasta mantener estrechas relaciones políticas aún más íntimas que las que muchos países con relaciones diplomáticas formales tenían con Pekín.

UN ENCUENTRO CON MAO

Durante toda su vida, Mao Tsé-tung, presidente del Partido Comunista Chino, permaneció envuelto en un misterio y una reverencia similar a la que acompañó a los emperadores que él reemplazó. Vivía en una casa modesta dentro de los muros del viejo palacio imperial, la *Ciudad Prohibida*. Nuestros anfitriones chinos citaban sus declaraciones con sumo respeto y aparentemente eran capaces de encontrar significados precisos en sus más oscuras observaciones. Aun el premier Chou En-lai afirmaba que todas las decisiones críticas provenían de Mao, y algunas veces interrumpió una conferencia conmigo con la excusa de necesitar el consejo del presidente. Cuando regresaba con una encendida pero concisa retórica revolucionaria era probable que ésta derivara, según decía Chou, de órdenes específicas de Mao y que reflejase su pensamiento. Nunca supe si Chou utilizaba esto como un medio de disociación de Mao o para dar más solemnidad a sus propios comentarios.

En aquellos días el retrato de Mao estaba en todas partes en Pekín. Su caligrafía cubría las carteleras y los edificios públicos; su dominio personal sobre la organización política que él había creado abarcaba todos sus aspectos. Era asombroso el énfasis que se le daba a la personalidad en un sistema marxista, que en teoría afirmaba el rol predominante de los factores materiales y de las fuerzas históricas. Era como si la figura titánica de origen humilde que había surgido para dirigir a casi un cuarto de la humanidad no confiara en la permanencia de la ideología en cuyo nombre gobernaba. Desafiando a los dioses, buscó la inmortalidad en la adoración de aquellos vastos millones que habían soportado el paso de tantos conquistadores y que habían absorbido tanta transformación forzosa sólo para trascender los hechos con su paciencia, su sentido práctico y su penetrante humanidad.

Y Mao percibía lo efímero de este clamor; la adulación era la estratagema de aquellos en los que menos se podía confiar. Temiendo el destino del emperador Qin Shi Huang di, quien había revolucionado el país durante veinte años sólo para caer en el olvido reservado a aquellos que se proponen alterar los ritmos elementales de China, es posible que Mao haya acelerado lo que tanto quería evitar. Al intentar imponer a su país la proeza de una revolución permanente, también reavivó la histórica necesidad china de continuidad. Este pueblo ha sobrevivido no por exaltación sino por perseverancia, no por arrebatos sino gracias a un ritmo regular y firme. Ha llegado a ser grande como resultado de una única combinación de cultura, sentido común y autodisciplina. Tarde o temprano sus líderes más importantes fueron asimilados por esta tenaz masa de individualistas que podrán sufrir pero que nunca cambiarán su carácter esencial y que comprenden aun cuando no puedan expresarlo, que al reconocimiento último se hacen acreedores sólo aquellos que pueden reducir los objetivos históricos a la escala humana. El pueblo chino es talentoso pero también escéptico, y también consciente de que la intuición de ningún hombre, por tremenda que sea, es capaz de dar una respuesta a los dilemas de la historia.

Y así, irónicamente, el líder que parece haber sobrevivido en el corazón de sus conciudadanos no es el gigante épico que hizo la revolución china sino su anónimo discípulo, Chou En-lai, que trabajó discretamente para asegurar la continuidad de la vida y no la turbulencia permanente.

Sin embargo en febrero de 1973 no había duda con respecto a quién era la figura preeminente. Mao sobresalía sobre todos. Rara vez recibía a extranjeros; y casi sin excepción eran jefes de Estado u oficiales de alto rango del Partido Comunista. Yo había conocido a Mao como integrante de la comitiva de Nixon durante la primera visita

presidencial a Pekín. La invitación había llegado de improviso; nunca hubo una cita formal. Esto se debía en parte al delicado estado de salud del presidente chino que impedía predecir cuándo estaría en condiciones de recibir visitas. Era posible que también fuera intencional ya que la distancia aumenta el misterio y la indiferencia es un atributo de reyes. Mao no necesitaba de artificios para magnificar su impacto. Durante su encuentro con Nixon yo había quedado sumamente impresionado por la fuerza de su autoridad. El había dominado la escena como nunca había visto a nadie hacerlo excepto a Charles de Gaulle.

Esta vez mi cita fue para el 17 de febrero. Chou En-lai y yo nos encontrábamos reunidos en la casa de huéspedes estatal. Eran cerca de las 23 hs. porque a Chou le gustaba trabajar tarde y casi siempre teníamos una sesión después de cenar. Nos reuníamos en ese lugar porque —a pesar de la gran distancia de nivel protocolar— Chou solía visitarme casi tan a menudo como yo lo hacía. Repentinamente la serenidad de nuestros interlocutores se vio alterada ante la aparición de la señorita Wang Hairong, asistente del ministro de Relaciones Exteriores, y quien, según algunos decían, pertenecía a la familia de Mao. Tenía el aspecto de un cervatillo asustadizo y llevaba la discreción al punto tal de hacerse casi invisible.

En ese momento dejó una nota ante Chou. El continuó hablando de las motivaciones soviéticas por unos minutos más y luego dijo: *Quisiera darle a conocer una noticia. El presidente Mao lo ha invitado a una reunión. Puede usted ir con su colega, el señor Lord.* Era claro que esto dejaba afuera al resto de mi grupo. También le daba a Winston Lord la oportunidad de aparecer por primera vez en una foto con Mao. Había estado presente como taquígrafo en la reunión de Nixon con Mao en 1972, pero les había pedido a los chinos que no se lo nombrara en los comunicados y que se lo excluyese de la foto para atemperar la ofensa al Departamento de Estado, ninguno de cuyos oficiales había estado presente.

Uno siempre va a ver a Mao en autos chinos. Nunca permitieron que los hombres de seguridad norteamericanos asistieran a estas visitas. Partimos en el baqueteado auto de Chou modelo 1939 por las anchas avenidas que iban de la casa de huéspedes hasta el centro de la ciudad, casi totalmente desiértas a esa hora de la noche. Antes de llegar a la plaza Tien An Men y el Gran Salón del Pueblo, doblamos a la izquierda y atravesamos la tradicional puerta china con columnas rojas que interrumpía una larga pared del mismo color paralela a la ancha calle. El camino nos condujo por casi una milla bordeando casas modestas detrás de altas paredes y serpenteó luego entre la ribera de un lago y alguna residencia ocasional en el estilo burocrático soviético. La residencia de Mao era modesta, como la de un funcionario de nivel medio. Llegamos a un pórtico cubierto desde donde no era visible ninguna medida de seguridad. Ya dentro, pasando una pequeña sala de estar y un amplio hall, estaba Mao, de pie, frente a un semicírculo de sillones cubiertos con acolchados de color marrón. Había libros por todas partes: en el piso frente a Mao, sobre las mesitas entre los apoyabrazos y en la biblioteca que cubría la pared.

Mao pronunció algunas gentilezas mientras los fotógrafos chinos hacían sus tomas. Supimos más tarde que los comentarios que hacía el *People's Daily* eran siempre un excelente barómetro del estado de nuestras relaciones. En esta ocasión en febrero de 1973, nuestro encuentro apareció en destacados titulares con dos fotografías en primera página; nuestra amistad tenía vía libre.

El objetivo de nuestra reunión era el de subrayar que la amistad entre EE.UU. y China debía concretarse mientras Mao estuviera vivo. No perdió tiempo en aclarar ese punto. En el momento en que nos encaminábamos hacia los sillones y mientras los fotógrafos se encontraban aún en la sala, Mao dijo: *No me veo mal* (anticipándose a lo que yo estaba pensando: su aspecto era mucho mejor ahora que en ocasión de su reunión con Nixon sólo un año atrás), *pero Dios me ha enviado una invitación.* De alguna manera no parecía

incongruente que el líder del estado ateo más populoso, el dialéctico del materialismo, invocase a Dios. Ningún ser de rango inferior al de deidad presumiría ser capaz de interrumpir la actividad del presidente. Más impresionante aún era la indiferencia con que Mao trataba la inminente finalidad de su gobierno y aludía a la urgencia de completar cualquier asunto que requiriera su atención personal.

Como lo había hecho un año antes con Nixon, Mao me condujo a un diálogo socrático lleno de bromas en el que se establecían los puntos claves en forma aparentemente espontánea y accidental. Sus observaciones parecían casuales pero integraban un plan que determinaba una serie de directivas para sus subordinados. Por medio de una indirecta, Mao dio a entender un corte con el pasado. Comentó que los presidentes Harry Truman y Lyndon Johnson habían muerto en el término de los dos meses anteriores y junto con ellos se habían enterrado las viejas políticas de China y Vietnam. Siempre con su modo burlesco, me espetó: *En aquel momento ustedes. . . estaban en contra de nosotros. También nosotros estábamos en su contra. Por lo tanto somos enemigos. Se rió.*

Ex enemigos, repliqué.

Eso no fue suficiente para Mao: *Ahora llamamos amistad a la relación que existe entre nosotros, insistió él.*

Inmediatamente Mao le dio importancia a este lugar común haciendo hincapié en uno de los principios de la política china: el maniobrar para ganar una ventaja minúscula es poco inteligente y no haríamos nada que pudiese minar nuestra mutua confianza. *No pronunciemos palabras falsas ni hagamos jugarretas, insistió. No robaremos vuestros documentos. Pueden dejarlos deliberadamente en algún lugar para probarnos,* bromeó, aunque no dio pista alguna de cómo podríamos consumir esta prueba ni cómo podríamos saber que los chinos no habían sacado ventaja de ella. A lo que Mao estaba aludiendo era que carecía de sentido arriesgarnos en cosas pequeñas. Y ya que estaba en tema cuestionó también la utilidad de grandes operativos de inteligencia. A decir verdad, él consideraba que en general se le daba una importancia exagerada a los servicios de inteligencia. Sus informes caían como *copos de nieve* cuando ya estaban al tanto de lo que los líderes políticos querían. Pero normalmente fallaban en asuntos cruciales. Afirmó que los servicios chinos de inteligencia no habían podido anticipar la conspiración de Lin Piao (*) ni mi intención de venir, y sospechaba que nuestras agencias de inteligencia nos daban el mismo problema.

En pocas palabras, los objetivos importantes requerían de políticos sagaces y no de maniobras tácticas. El reto que los dos países tenían ahora ante sí era el de idear una acción conjunta a pesar de las diferencias ideológicas. En este sentido, ambas partes debían permanecer fieles a sus principios y al mismo tiempo perseguir objetivos comunes. Mao recordó con agrado el comentario que Nixon le hiciera en 1972 con respecto a que China y Estados Unidos estaban colmando las propias necesidades al acercarse uno al otro. Mao consideró la propuesta como un paso hacia adelante un tanto cínico, indicando que afianzaríamos nuestro apoyo interno si ocasionalmente no dirigíamos mutuas críticas casuales —siempre y cuando no tomáramos nuestras propias palabras con demasiada seriedad:

Mientras que los objetivos sean los mismos, nosotros no los perjudicaremos y ustedes no nos perjudicarán. Sin embargo es posible que a veces queramos criticarlos un poco y ustedes también deseen criticarnos un poco. Vuestro presidente expresó que eso es la influencia ideológica. Ustedes dicen "¡Fuera los comunistas!"

(*) Lin Piao, ex ministro de Defensa de Mao y su aparente heredero, murió en un accidente de aviación en setiembre de 1971, supuestamente huyendo hacia la Unión Soviética luego de que su complot contra Mao había sido desenmascarado.

y nosotros decimos "¡Fuera los imperialistas!" A veces decimos cosas así y no tendría sentido dejar de hacerlo.

Mao Tsé-tung, el padre de la revolución comunista china, que había convulsionado a su pueblo en el esfuerzo de lograr pureza de doctrina, se empeñaba en demostrar que los *slogans* escritos en todas las paredes de China no tenían sentido, que en la política exterior los intereses nacionales estaban por encima de las diferencias ideológicas. Los *slogans* ideológicos eran una fachada de las consideraciones con respecto al balance de poder. Se espera que cada lado insista en sus principios; pero cada uno tiene la obligación de impedir que interfieran con los imperativos de interés nacional —una clásica definición del maquiavelismo moderno. *Creo que ambos debemos mantenernos fieles a nuestros principios* —repliqué— *adentrándonos en el espíritu de las cosas. Si habláramos el mismo idioma, la situación sería confusa.*

Y de esta manera casi risueña analizamos la situación mundial hasta la una y media de la mañana. Desde el punto de vista de Mao, la amenaza soviética era real e iba en aumento. Consideraba que un falso relajamiento de tensiones debilitaría la resistencia al expansionismo soviético y confundiría a los pueblos del Oeste. Los EE.UU. y Europa debían resistirse a la tentación de *empujar las aguas turbias hacia el Este*, la que sería una estrategia inútil ya que, eventualmente, también el Oeste sería absorbido. Estados Unidos y China debían cooperar mutuamente. Esto requería que institucionalizásemos nuestra relación. La apertura de oficinas de enlace en sendas capitales era una buena decisión. Recomendó una expansión en los contactos y en el comercio, calificando de *lamentable* el nivel que teníamos en tal sentido.

Según la opinión, EE.UU. ayudaría mejor al interés común adoptando la conducción de los asuntos mundiales, lo que para él significaba la construcción de una alianza antisoviética. Muy atrás había quedado la época en que Pekín acusara al sistema norteamericano de alianzas como una *estratagema imperialista*; ahora se habían transformado en los pilares de la seguridad internacional. Las tropas estadounidenses en el extranjero, tan severamente criticadas por décadas, eran muy útiles siempre y cuando fueren afianzadas con inteligencia. El presidente criticó nuestros despliegues de fuerzas militares en Asia sólo porque, en su opinión, no reflejaban ningún plan estratégico: *Estaban demasiado separadas entre sí.*

Como anteriormente había hecho Chou, Mao enfatizó la importancia de la cooperación norteamericana también con Europa Occidental, Japón, Paquistán, Irán y Turquía. Debíamos construir nuestras defensas y vigilar el peligro fundamental (soviético) en vez de reñir por problemas a corto plazo con nuestros aliados. Insistía en la necesidad de afianzar la unidad de las democracias industriales:

En cuanto a ustedes, en Europa y Japón, esperamos que cooperen mutuamente. Está bien discutir por algunas cosas poco importantes, pero es necesario que exista una cooperación fundamental.

A pesar de todas sus preocupaciones con la política exterior, el presidente no podía dejar de lado la obsesión de sus últimos años por los problemas internos de Pekín, los que parecían seguir sus propias reglas. Mao me advirtió repetidamente sobre las presiones que sufría por parte de los radicales, pero lo hizo en forma tan alegórica que mi densa mente occidental no pudo captar en ese momento lo que él quería decir. *Usted sabe que China es un país muy pobre* —sentenció Mao—. *No tenemos mucho. Lo que sí tenemos en exceso son mujeres.*

Creyendo que bromeaba, le contesté en el mismo tono: *Para eso no hay cupo límite ni derecho arancelario.*

Entonces si las quiere le puedo dar unas cuantas; algunos cientos de miles, respondió Mao.

Por supuesto que todas serían voluntarias, interrumpió Chou.

Mao continuó: *Deje que lleguen a su país y crearán desastres. Podrían aliviarnos los problemas de esa forma y rió con gusto.*

Pero Mao aún no estaba seguro de que yo hubiera comprendido la idea y poco después volvió sobre el tema. *¿Quiere nuestras mujeres? Podemos hacer que inunden vuestro país de caos y así dañar vuestros intereses.* Como los norteamericanos eran evidentemente lentos, Mao volvió al tema una vez más. Para entonces ya me había dado cuenta de que estaba tratando de decirme algo pero aún no sabía qué. Más tarde la esposa de Winston Lord, Bette, me lo explicó: la situación en China estaba muy lejos de ser todo lo estable que parecía y las mujeres —refiriéndose a la mujer de Mao, Chiang Ch'ing— estaban agitando China y desafiando a la política predominante.

Sin embargo, la raíz del problema interno chino no eran las personalidades. Durante sus últimos años, Mao debió enfrentar el antiguo dilema de la modernización de China. Históricamente, China ha establecido su preeminencia más por la fuerza de su ejemplo y su superioridad cultural que por medio de despliegues de poder, los que sí han caracterizado la historia política de Europa. A decir verdad, China ha dominado en Asia por tantos siglos que no ha tenido ningún tipo de experiencia directa en las nociones de balance de poder o de igualdad de soberanía en su propio ámbito (lo que hace mucho más admirable la rapidez con que se adaptó a ellas cuando el mundo externo no le dejó otra alternativa). Se considera que otras sociedades han mantenido con China una relación no de equilibrio sino de tipo tributario. Tan firmemente establecido estaba el concepto de la majestad china que sus gobernantes consideraban prudente hacer a sus vasallos regalos más grandes que los que ellos recibían en tributo.

En el siglo diecinueve, China recibió un *shock* tremendo al saber que los bárbaros occidentales habían alcanzado un nivel de tecnología tal que les permitiría imponer su voluntad tanto en el Reino Medio como en otros países asiáticos. Pero mientras Japón reaccionó al mismo reto decidiéndose a modernizarse a cualquier precio (y preservar milagrosamente su individualidad en el proceso), China no estaba preparada a poner en peligro la cultura sobre la que basaba su grandeza. La tecnología moderna es universal y trae en consecuencia un grado de estandarización que conlleva necesariamente a la uniformidad. Para los chinos ser como todos los demás debe haber sido una idea repulsiva. La tecnología y la modernización amenazaban por lo tanto a China más que a ninguna otra nación porque eran un grave peligro para su esencia: el hecho de ser única.

Deliberadamente, China rechazó la postura que Japón había adoptado y se encerró en sus tradiciones, recurriendo a su genial habilidad diplomática y a la confianza en sí misma para repeler a los odiados (y temidos) demonios extranjeros. Y en realidad China tuvo más suerte que cualquier otra nación en donde se establecieran colonizadores europeos. Manejando las rivalidades y la codicia de los poderes imperialistas, China mantuvo un margen de independencia más amplio que el de cualquier otro país en situación comparable.

La revolución de Mao reflejó la misma ambivalencia histórica. Curiosamente era una rebelión contra los viejos valores chinos y simultáneamente una confirmación de los mismos. El maísmo trataba de superar el pasado de China pero, como el confucianismo tradicional, veía a la sociedad como un instrumento ético y educacional aunque imbuida de una doctrina diametralmente opuesta adaptada por el hijo de un labrador de la provincia rural de Hunan. El objetivo de la Gran Revolución Cultural desencadenada por Mao en 1966 —¿en qué otra parte sino en China se calificaría de *cultural* a un sangriento movimiento político?— era precisamente la erradicación de elementos de modernismo que no eran únicamente chinos, un ataque a las influencias occidentales y una burocracia

tización que amenazaba con nivelar a China y sumergirla en una cultura universal.

Para febrero de 1973, cuando nos conocimos, el anciano presidente se había dado cuenta de que mientras su magnífica concepción le otorgó una gran importancia a la independencia de su país, también lo había condenado a la impotencia. Ahora sabía —aunque más no fuera una convicción pasajera— que el hecho de que China continuase su vida apartada del resto del mundo la expondría a un peligro indecible. China, afirmó no sin algo de melancolía, tendría que ir a la escuela en el extranjero. Había detenido la Revolución Cultural, y comentó con tristeza que el pueblo chino era *muy obstinado y conservador*. Estableció que ya era hora de que se estudiaran idiomas extranjeros. Ese también había sido el simbolismo implícito en la ejecución de Beethoven en el evento cultural. Enviaría más chinos a estudiar al exterior, repitió. El mismo estaba aprendiendo inglés. Y se tenía que hacer algo para simplificar la escritura china a fin de que las ideas extranjeras pudieran captarse con mayor facilidad.

Pero el anciano presidente estaba muy viejo para llevar adelante otra revolución contra los instintos de su partido, las tradiciones de su pueblo y, en el fondo, las suyas propias. En el transcurso del año posterior a nuestra conversación, revirtió las propuestas que me había adelantado aquella noche en su estudio, o al menos dejó que otros lo hicieran.

Chou En-lai se retiró y durante el año siguiente su sucesor, Teng Hsiao-p'ing, fue derribado por las fuerzas que Mao parecía haber estado resistiendo en 1973, retrasando una vez más la modernización que una parte de Mao reconocía como esencial. ¿Alentó Mao a los radicales que más tarde llegaron a conocerse con el nombre de La Parandilla de los Cuatro, o ellos se aprovecharon de su creciente debilidad? Probablemente hubo un poco de ambas cosas. Mao murió luchando con los dilemas y las contradicciones de su revolución y de la historia China.

Después de la sesión con Mao, todo lo demás fue anticlimático. Al día siguiente mi charla con Chou cubrió algunos detalles de la apertura de las oficinas de enlace; le comenté nuestros planes acerca de nuevas iniciativas diplomáticas en Europa y Medio Oriente. Chou En-lai también coincidió en liberar a dos pilotos norteamericanos cuyos aviones se habían desviado sobre territorio chino durante la guerra de Vietnam. Los chinos tenían otro prisionero, John Downey, capturado en 1950 durante un operativo de inteligencia y condenado a cadena perpetua. La sentencia de Downey ya había sido conmutada, lo que hacía posible su liberación para fines de 1973. Pero Chou comentó como al pasar que el asunto se podría acelerar si dábamos una razón piadosa. Al mes la madre de Downey había caído gravemente enferma y le comunicamos el hecho a Chou En-lai. El 12 de marzo de 1973 Downey fue liberado, dejando en cero las listas de prisioneros, producto del período de hostilidades entre los Estados Unidos y la República Popular China.

CONCLUSION

Mi viaje a Asia fue mi primera salida al exterior libre de la pesadilla de la guerra de Vietnam. Hanoi se me había presentado como amenazante; Pekín era un augurio de buenas posibilidades a futuro apenas dirigiéramos nuestra atención a una política exterior creativa. Estábamos mejorando nuestras relaciones con Moscú y con Pekín a pesar del hecho de que ambas capitales habrían preferido que hubiésemos adoptado una postura menos ambigua. El informe que escribí para Nixon en el avión camino a casa formulaba:

Prestando una cuidadosa atención a ambas capitales, podríamos seguir disfrutando del *mao tai* y del vodka al mismo tiempo. Después de todo, y suponiendo que

continúe la hostilidad con la URSS, a Pekín no le queda otra alternativa que confiar en nosotros como contrapeso (a pesar de su reciente acercamiento a Japón y Europa occidental). Y Moscú nos necesita económicamente y en áreas tales como Europa.

Sin embargo, esto es un balance difícil que nos inducirá cada vez más a enfrentarnos con decisiones nada fáciles. . . No le seremos de ninguna utilidad a Pekín como contrapeso de Moscú si nos retiramos del mundo, bajamos nuestras defensas o jugamos un papel pasivo en el juego internacional. Mao y Chou insisten en la necesidad de una presencia estadounidense agresiva: oponiéndonos a los planes soviéticos en distintas áreas, manteniendo fuertes lazos con nuestros aliados y una firme postura de defensa. Si los chinos llegaran a convencerse de que estamos prestando atención a impulsos internos de volubles sectores del Congreso, al público y la prensa, sin duda seríamos testigos de un cambio radical en la actitud de Pekín. Por supuesto usted y yo les hemos asegurado a los líderes del P.R.C. y hemos proclamado públicamente, nuestras intenciones de mantener un rol internacional de responsabilidad.

El objetivo más importante de las políticas que se siguieron —y a veces la fuente de grandes angustias— durante el primer período presidencial de Nixon, fue el de asegurar la cohesión y la confianza interna en EE.UU. Durante el segundo período esperábamos poder dar perspectiva y sentido a las luchas del primero. Creíamos que las visitas a Pekín habían marcado un importante paso hacia el futuro mejor que queríamos construir. Fue en cambio, el último asunto diplomático normal antes de que Watergate nos tragara.

Capítulo IV

EL GRAN IMPACTO DE WATERGATE

UN RUDO DESPERTAR

Puede precisarse el momento en que se dispersaron todas las esperanzas de recuperación. Fue un fin de semana de mediados de abril de 1973.

Al atardecer del viernes 13 de ese mes, el Club Federal de la ciudad de Washington —la mayoría de sus miembros eran demócratas— en un gesto de buena voluntad nos otorgó un premio por servicios públicos a mí, un representante *senior* del gobierno de Nixon, y al senador republicano John Sherman Cooper. El Club fue fundado a comienzos de la década del '60 como protesta contra la política de admisión del prestigioso, dominante y formal Club Metropolitano. Figuras representativas de la administración Kennedy y periodistas simpatizantes habían renunciado a éste para fundar un nuevo club a unas pocas cuadras, en el Sheraton-Carlton Hotel. Desafortunadamente, sus finanzas no igualaban el idealismo de sus fundadores; consistía esencialmente en un gran salón comedor, un bar, y una pequeña terraza, ubicado en un alto y más bien mediocre edificio de oficinas.

La administración Nixon no había utilizado demasiado a ninguno de los dos clubes. Sus principales miembros consideraban al Federal de la Ciudad demasiado liberal, y al Metropolitano como integrante del *establishment*. Nada podía provocar en mayor medida su alejamiento de la comunidad permanente de la capital de la nación y de su vida política —un aislamiento que contribuyó a su desintegración.

Esa tarde estaba reunido un grupo distinguido. Casi todos los ciudadanos importantes de Washington se hallaban allí, para rendir honores a los dos republicanos más representativos, exceptuando a otros miembros del gobierno de Nixon, recientemente reelectos con el segundo margen de ventaja en la historia de EE.UU. El senador Cooper y yo trajimos a colación una apelación a la unidad nacional. Mi tema versó en la esperanza de que, con Vietnam detrás de nosotros, la política externa de la nación podría combinarse con el exuberante idealismo del gobierno Kennedy (al cual serví modestamente) con el énfasis nada sentimental puesto en los intereses de la nación por el gobierno de Nixon:

Como país, nos sacudió comprender nuestra falibilidad, y fue doloroso entender que ya no somos prístinos, si es que alguna vez lo fuimos. Hemos llegado a reconocer nuestros límites, más tarde que cualquier otra nación, adquiriendo así madurez. Pero el peligro es que asimilemos erradamente la lección, cayendo en la creencia de que todo nos está vedado.

Nada es más importante ahora que un debate serio y adulto sobre *hacia dónde nos dirigimos*, porque si perdemos la capacidad de concepción podremos ser administrados pero no gobernados. Desde mi punto de vista, el nivel del gobierno era

muy alto hace una década, aunque muchos lo consideren ahora, ocasionalmente, que resultaba muy impetuoso, excesivamente optimista, de alguna manera demasiado arrogante. Algunas de estas críticas son justificadas, pero prevalecía entonces un espíritu esencialmente norteamericano: que los problemas son un desafío, no una excusa; que se mide a los hombres no sólo por sus éxitos, sino también por sus esfuerzos; que es mejor apuntar alto que disfrutar de una mediocre comodidad. Sobre todo, quienes se encontraban entonces en el poder, y sus oponentes, suponían que estaban comprometidos en una empresa común, no en una permanente e irreconciliable contienda.

En un momento que la historia considerará, seguramente, como de grandes cambios, el mundo continúa necesitando nuestro idealismo y nuestros objetivos, y a ese respecto el espíritu de los primeros años '60 estaba más acertado que el que demostramos en algunas de nuestras actitudes actuales.

En los años '20, éramos aislacionistas porque nos considerábamos demasiado importantes para este mundo. Ahora, estamos en peligro de apartarnos porque creemos que no somos lo suficientemente buenos para él. La conclusión es la misma, y las consecuencias podrían ser similares, así es que es tiempo de terminar con nuestra propia guerra civil.

Deberíamos nivelar nuestro optimismo con un sentido de lo funesto, y atemperar nuestro idealismo con humildad y una postura realista. Pero el debate ha sido demasiado largo y lo más necesario en este momento es la unidad de la cual habló el senador Cooper y que constituye el primer requisito para dominar el futuro y superar el pasado.

Mis palabras fueron recibidas calurosamente. Había en la sala una atmósfera de buena voluntad, conciliación y floreciente esperanza.

Mi despertar del día siguiente, sábado 14 de abril, fue violento. Estaba aún disfrutando el aire de conciliación de la audiencia, y su genialidad, cuando Leonard Garment me llamó a mi despacho de la Casa Blanca. Lo que me dijo arruinó todo.

Len Garment formaba parte del pequeño grupo de liberales republicanos que Nixon había integrado a su entorno, en cierto modo como medida de protección política, y que al mismo tiempo llegaban genuinamente a su lado más dóciles y sensibles. Como su contraparte conservadora —el redactor oficial Patrick Buchanan, por ejemplo— algunos de los *liberales* creían que solamente ellos representaban al *verdadero* Nixon, aunque Garment advertía que este juicio era erróneo. El hecho es que no había un verdadero Nixon; personalidades opuestas luchaban por la preeminencia. Uno era idealista, pensante, generoso; el otro, vengativo, mezquino, emocional. Existían un Nixon reflexivo, filosófico, estoico; y otro impetuoso, impulsivo y errático. Algunas veces prevalecían determinadas características, y en otras ocasiones surgían las opuestas; muy raramente se producía un inestable equilibrio entre ellas. Nunca se podía estar seguro de cuál Nixon se presentaría en una reunión. Ni era inteligente actuar según una instrucción impulsiva sin estar seguro de que el Nixon reflexivo la hubiera aprobado. Ciertamente, la incapacidad de ciertos consejeros de la Casa Blanca que interpretaban sus órdenes al pie de la letra, sin comprender su compleja personalidad, fue lo que proporcionó el impulso de Watergate. Era muy extraño, pero el lado pensante y analítico del presidente se evidenciaba durante las crisis, mientras que los períodos de calma parecían desatar las pasiones más oscuras de su naturaleza.

Garment había conocido a Nixon cuando ambos actuaban como socios en una firma legal de New York. Len era un hombre de talento. Se encontraba a gusto tanto en el mundo de las leyes como en el de las artes —era también un entusiasta clarinetista— y le corresponde el crédito del enorme apoyo federal de la administración Nixon a las huma-

nidades. Si su decencia redujo su efectividad en las más violentas luchas al más alto nivel gubernamental, también prestó profundidad a su rol como conciencia del presidente y como confidente de sus amigos. Su cargo, consultante especial de Nixon, era importante, pero sin un área específica de control; no tenía un acceso regular a él ni un horario determinado.

Por regla general, la influencia en la Casa Blanca no debe juzgarse por el trabajo asignado. Muchos incautos neófitos entran en servicio mediante promesas de un constante contacto con el presidente. Pero la influencia en las decisiones presidenciales depende de mandatos sustantivos antes que de acceso teórico al Despacho Oval. Cualesquiera sean las intenciones del presidente, su agenda está siempre sobrecargada. Inevitablemente, se enfrenta con problemas que requieren todo su tiempo y es por ello que conversaciones no relativas a su agenda, por muy estimulantes e instructivas que sean, pronto resultan pesadas. Si el consejero se acomoda a la burocracia, su mediación perderá fuerza; si está en desacuerdo con ciertas decisiones, y aun si lograrse convencer al presidente de la exactitud de sus puntos de vista, deberá pensar en la manera de obtener el apoyo burocrático para concretar sus sugerencias. No puedo recordar ninguna excepción a la regla que establece que el resto del personal mantiene eventualmente en la periferia a los consejeros que carecen de un área de control definida. A quienes preparan las entrevistas del presidente les resulta difícil encontrar un lugar en su agenda.

Garment había reducido al máximo estos impedimentos, gracias a su actitud para nada egoísta y a la gran consideración que todos le tenían. Sin embargo, su presencia era generalmente una señal de que Nixon estaba en apuros y que necesitaba una mano fuerte. También se advertía que últimamente había pasado mucho tiempo con él, pero no se conocían los temas en discusión. El objetivo de la visita de Garment a mi despacho el 14 de abril fue comentármelos.

En su modo arteramente casual, se dejó caer en el canapé tapizado de azul ubicado frente a las ventanas que se abrían al césped de la entrada de la Casa Blanca por la Avenida Pennsylvania. Yo me senté en un sillón que estaba en ángulo recto al sofá que había al lado de mi escritorio. Sin irse por las ramas, Garment inició la conversación con una pregunta con pocas posibilidades de recibir una respuesta objetiva: *¿Ha perdido la cabeza?*

Sin esperar contestación, Garment, como agotado, contó una historia sorpresiva y deprimente: En cuestión de días, la imagen que yo tenía de lo que debía ser una reconciliación nacional, luciría como un pedido de clemencia y nos veríamos sumergidos en una crisis que haría aparecer trivial el problema de Vietnam. Los enemigos de toda la vida de Nixon estaban próximos a conseguir el arma que habían estado buscando. En el tornado de sospechas que probablemente nos vencería, mi pedido respecto a que el idealismo fuera atemperado por una clara visión del objetivo nacional, sonaría vacuo y hasta cínico. El resultado de las recientes elecciones podría muy bien revertirse; sería posiblemente una guerra a muerte.

Watergate estaba a punto de estallar; sus ramificaciones iban mucho más allá de ser un problema de las oficinas centrales del Comité Democrático Nacional. Se habían emitido órdenes desde la Casa Blanca, con diversos propósitos, algunos de ellos todavía no aclarados, que en su momento provocaron inconvenientes. Entre ellos se encontraba un plan para raptar a presuntos líderes de potenciales demostraciones contra la Convención Nacional Republicana y llevarlos a América Central. Se utilizarían mujeres de vida fácil para comprometer y extorsionar a los delegados a la Convención Nacional Democrática. Garment dijo que el *sórdido enredo* tenía muchas facetas, de las que él sólo conocía algunas. Entre otras consideraciones, no podía haber tomado cuerpo sin la colaboración de los más altos niveles del gobierno. Pensaba que el *genio maléfico* detrás del asunto había sido probablemente el consejero especial del presidente, Charles W. Colson. Aun

así, la escala de delitos hacía realmente imposible imaginar que los asistentes presidenciales H. R. (Bob) Haldeman y John Ehrlichman, a quienes la prensa apodara *los alemanes*, no se hubieran percatado de nada. Algo no caminaba aquí, porque la antipatía de Haldeman y Ehrlichman hacia Colson era proverbial. Y si Haldeman y Ehrlichman estaban involucrados, era casi inconcebible que el presidente hubiera permanecido completamente en la ignorancia.

Cualquiera fuese el culpable, desde el punto de vista de Garment, lo único que podía evitar la catástrofe era una cirugía radical y la total admisión de errores. Pero si el presidente estaba involucrado, aun indirectamente, el curso a seguir no sería su revelación total, puesto que a partir de allí el gobierno se desangraría hasta morir, en medio de una cascada de publicaciones jubilosamente explotada por la gran cantidad de enemigos a los que Nixon se había hecho acreedor a través de los años. Garment estaba convencido de que la administración tendría que tomar distancia, reconstituyendo su personal y cambiando sus métodos. Nixon debería ponerse al frente de este movimiento de reforma, erradicar con mano muy fuerte lo corrompido, y conducir al pueblo estadounidense a un nuevo despegue.

Yo estaba aturdido. Desde la Casa Blanca alguien había llevado a cabo órdenes presidenciales que no podían ser consideradas más que inmaduras y había adoptado las prácticas poco elegantes de los odiosos radicales pacifistas, comprometiendo tanto nuestra cohesión social como la capacidad para cumplir con nuestras responsabilidades internacionales. Durante cuatro años me había apoyado, a través de los angustiantes hechos de Vietnam, en la visión de una Norteamérica unida, volviendo finalmente a su tarea constructiva. Y ahora, debido a actos insensatos, la discordia reinaría nuevamente en una sociedad ya debilitada por diez años de turbulencias. Me sentí como un nadador que, habiendo sobrevivido a peligrosas corrientadas, fuera de pronto arrastrado por inesperadas y aún más violentas corrientes de resaca hacia mares inexplorados.

Al considerar lo que esto presagiaba a la política externa, mi corazón dio un vuelco. La capacidad de una nación para actuar se basa en una intangible amalgama de fortaleza, reputación y compromiso hacia los principios. Para utilizar estas cualidades y aplicarlas discriminada y cuidadosamente se requiere una autoridad respaldada por la confianza pública. Pero si Garment tenía razón, la autoridad política y moral de la presidencia comenzaría a drenar inexorablemente. El sueño de una nueva era de creatividad probablemente se evaporaría. Aun lo que habíamos conseguido preservar —el arreglo de Indochina, por ejemplo— resultaría precario. El peligro era real. Sin la sensación de autoridad en EE.UU., los agresores se fortalecerían. Delicados equilibrios en regiones donde los compromisos norteamericanos eran cruciales para la paz perderían estabilidad. Y se reduciría nuestra capacidad como mediadores de conflictos, así como también la de establecer nuevos amigos. Nos veíamos amenazados con un estancamiento de nuestra política externa y se hacía necesaria una lucha en la retaguardia para evitar que todos los detalles salieran a la luz.

¿Qué es lo que había provocado, exactamente, esta avalancha? Cuando se comenzó a hablar de Watergate, en junio de 1972, yo estaba en viaje a China. Otorgué poco crédito a las noticias periodísticas que leí. No concebía que un presidente tan políticamente experimentado como Nixon permitiera que la Casa Blanca se viera envuelta en un ejercicio tan insensato. Pensé que, en el peor de los casos, se trataba de una empresa privada de algún favorito notable.

En los meses siguientes, Watergate —entonces especialmente asociado en la mente del público, como en la mía, con el 17 de junio— nunca se discutió en las reuniones de la Casa Blanca a las que asistí. Los consejeros son socios en un esfuerzo conjunto y a la vez competidores respecto de la atención y favores del presidente. La última consideración a menudo predomina —al menos tendía a ello en la Casa Blanca de Nixon. Cada asistente

defiende tenazmente su terreno, lo cual se logra mejor manteniendo alguna jurisdicción exclusiva.

Así es que en la Casa Blanca de Nixon había una casi total separación entre las áreas de política interna y externa. La relación mutua entre los distintos colaboradores del presidente era como la de los prisioneros en celdas adyacentes. Podían escuchar algo sobre sus actividades pero, pese a su proximidad, no participar en ella, ni tampoco conocerse íntimamente. En la práctica, se me excluyó de los temas de política interna, y Ehrlichman, quien la manejaba, lo fue a su vez de las discusiones sobre los pasos a seguir en el exterior. Haldeman, que atendía a ambas, invariablemente se restringía a lo que hacía a las relaciones públicas y políticas, dado que en ese campo nunca se discutían temas delicados.

Era consciente, por supuesto, de la omnipresente sensación de asedio que constituía el resultado de la combinación entre la personalidad del presidente y las violentas críticas pacifistas, que muchas veces iban más allá de lo permitido. Había llegado a conocer un lado oscuro de Nixon. De todas maneras, en el verano de 1972, no creía que la Casa Blanca estuviera involucrada en el caso Watergate; acepté la opinión del secretario de Prensa Ronald L. Zieger, que sostenía que se trataba de *un intento de robo de tercer grado*, en el que no había tenido nada que ver la gente de la Casa Blanca. Las reuniones de personal que se realizaban durante la mañana dejaban el tema de lado. Las pocas referencias a Watergate siempre la hacían los miembros menores del *staff*, quienes se quejaban de la deslealtad de los medios de comunicación. La paternalista aprobación de Haldeman, quien presidía estas reuniones, reforzaba la idea de que nada serio había ocurrido.

En una ocasión, durante el verano de 1972, pregunté a Haldeman qué era lo que estaba pasando con Watergate. *Quisiera saberlo*, me contestó, y cambió de tema. Más adelante, infructuosamente, mencioné Watergate a John Ehrlichman. En el pasado enero de 1973, me encontré sorpresivamente con Joseph Califano, un ex colaborador de Johnson y viejo amigo del otro flanco de la política. Conversamos, y al comentarle que no veía el modo en que los demócratas pudieran recobrar de su *debacle* electoral, me dijo que Watergate podría producir un *revival* demócrata. Es erróneo pensar que los juicios de la gente no se ven influidos por la opinión pública. Los medios informativos habían provocado suficiente interés en Watergate, y se estimaba muy probable un cercano juicio a los culpables que inevitablemente acarrearía más revelaciones. Comenté esto con Ehrlichman quien, dolorido porque la prensa me comparaba con *los alemanes* de un modo que me favorecía, no me prestaba atención cada vez que me aventuraba dentro de su límite de jurisdicción interna. Bufó: *¡Qué espejismo! ¡Si eso es con lo que cuentan, estarán lejos de la Casa Blanca treinta años más!*

Retrospectivamente, algo más debería haberme alertado al comenzar 1973. Era el comportamiento del mismo Nixon. Me resultó difícil que considerase asuntos relativos a la política externa, hasta un punto tal que debí preocuparme. Antes se había sumergido en ella, hasta en periodos de calma, para alejarse en alguna medida de las tareas inherentes a su cargo que últimamente lo cansaban. Ahora no conseguía que leyera los memorándum con atención, ya que volvían sin los habituales comentarios marginales. Hubo ocasiones en las que el presidente compulsó cada opción que presentaba, rechazándolas. Atribuí esa lasitud a la depresión que lo dominaba luego de haber logrado un éxito. Sabía muy bien que la falta de tensiones lo aletargaba. Había actuado en forma caprichosa en tiempos de tranquilidad, antes que en los de crisis. Los periodos de calma parecían desequilibrarlo, solo si necesitase estar tensionado para sentirse bien.

En ese tiempo, mantuve solamente una conversación sobre Watergate con Nixon. A principios de abril de 1973, cuando el senador Sam Ervin, del Comité Selecto del Senado sobre las Actividades de la Campaña Presidencial (el Comité Watergate) comenzó sus

investigaciones, estábamos en San Clemente. Una tarde, el presidente me llamó a su despacho y me preguntó si Haldeman testificaría. Respondí, ingenuamente como se demostró después, que eso sería una admisión de culpa y que sólo quienes conocieran el problema directamente podrían hacerlo. Nixon no dio señales de que, por todo lo que él sabía, yo acababa de hacer una propuesta que se contradecía a sí misma. Impasiblemente, me pidió que repitiera mi punto de vista a Haldeman, una sugestión cuya extrema ambigüedad no advertí hasta varias semanas después. Haldeman me escuchó igualmente impassible y me urgió a que se lo comentara a Ehrlichman, quien minimizó la observación con el aire de un hombre a cuya paciencia solamente la igualaba —pero no siempre— mi total desconocimiento de los movimientos de la política.

En ese momento en que Watergate estaba próximo a estallar estudié con especial cuidado las opciones de Nixon. Tenía mis dudas sobre la solución que Garment había propuesto. Era demasiado crédulo imaginar a Nixon al frente de un movimiento de reforma que limpiara su propio gobierno. Ni era seguro que resultase. Una purga masiva en el quinto año de una presidencia plantea profundas dudas sobre la capacidad de juicio del mandatario, por no haber descubierto antes un acto de mala fe. Más aún, pensé que en el mismo diagnóstico de Garment se preveía la imposibilidad de revertir el proceso. Cualquier persona familiarizada con el *modus operandi* de Nixon, sabía que necesitaba un jefe de personal fuerte para llevar adelante cualquier plan; que si los colaboradores en quienes confiaba no lo presionaban en alguna medida, aplazaría su concreción; sus colaboradores confiables siempre debían contrarrestar su habitual frialdad. En otras palabras, sólo Haldeman sería capaz de lograr que el presidente despidiera a Haldeman, una propuesta que éste probablemente no aceptara. Pero, si estaba involucrado, era el único que podría restañar nuestras reservas psíquicas. Según Garment, el gobierno parecía dirigirse a una zona de turbulencias prolongadas, sin salida a la vista.

Si esto era así, entendí que mi deber estribaba en reunir a aquellos no afectados por la catástrofe para hacer frente a la prueba rigurosa puesta por delante. Pedí permiso a Garment para informar a unos pocos en la Casa Blanca, cuya probidad e integridad nos ayudarían a preservar la confianza pública —en particular George Schultz y Arthur Burns—. Garment accedió e inmediatamente fijé una reunión para la primera oportunidad en que estuvieran libres, que resultó ser el domingo.

En el ínterin, el sábado a la tarde, 14 de abril, asistí a la cena anual ofrecida por los corresponsales de la Casa Blanca. Se da por sentado que el huésped de honor es el presidente, junto con el gabinete. Dije *se da por sentado*, porque generalmente llega un momento en todo gobierno —en el de Nixon llegó demasiado pronto— en que el presidente se siente tan agotado por la diaria persecución de los periodistas, que no puede tolerar su compañía. La presencia presidencial es cada vez menos frecuente, y de ahí que se comente con sarcasmo que la Constitución no establece su asistencia a estas reuniones. Nixon, con su ausencia, pretendía fingir insensibilidad hacia los reporteros asignados para cubrirlo —cosa que aumentaba la recíproca hostilidad y susceptibilidad entre el presidente y la prensa.

En esta ocasión, sin embargo, Nixon decidió asistir. Todo se desarrolló bien; al menos no recuerdo ningún incidente, pese a la atmósfera de resentimiento. Después, varios periódicos ofrecieron distintos agasajos. Mientras me encontraba en uno de éstos, recibí una llamada telefónica; era Nixon. Se lo escuchaba muy agitado. No era inusual que él llamara a cualquier hora, hiciese una pregunta extraña, y cortase. Pero en esa oportunidad la pregunta sonó demasiado extraña, aun para una llamada a altas horas de la noche. *¿Está de acuerdo en que coloquemos las carretas rodeando la Casa Blanca?*

Sabemos hoy, mediante todo lo informado sobre Watergate, que ese día se habían celebrado frenéticas reuniones entre Nixon, Haldeman, Ehrlichman y el ex procurador general y dirigente de la campaña, John Mitchell. Pero en ese momento lo ignoraba.

Quisiera haber dicho algo constructivo, o de alguna utilidad, al atribulado presidente. Pero pocos consejeros tienen el valor de confesar a su presidente que no saben de qué está hablando, o que su pregunta indica su propensión al melodrama. Ni yo sentí que esa noche correspondía ese tipo de respuesta. Murmuré algo evasivo, que Nixon interpretó, con cierta lógica, como una afirmación. *Muy bien, colocaremos las carretas rodeando la Casa Blanca.* Luego de esa enigmática metáfora, sin ningún otro comentario, cortó. De no haber sido por mi conversación con Garment unas pocas horas antes, no hubiera entendido la causa de la agitación del presidente.

Aguijoneando por la curiosidad, cuando llamé a John Ehrlichman el domingo 15 de abril por otro motivo, le comenté también las inquietudes de Garment. *Garment es un superreactor nuclear. No le preste atención. Nuestro mayor problema es lograr que John Mitchell acepte su propia responsabilidad,* me contestó. ¡Mitchell justamente! ¿Era realmente el mayor responsable en el caso Watergate? —¿O se lo eligió como carne de cañón? No tuve idea de la respuesta. Lo que resultaba evidente era que, si Mitchell estaba involucrado, el escándalo sería incontrolable. porque ese compendio de lealtad nunca habría actuado, de no tener el convencimiento de estar ejecutando deseos presidenciales. Por cierto, desde cualquier hipótesis que se considerase — la de Garment, quien veía a Colson como el principal villano con Haldeman y Ehrlichman apoyándolo, o la de Ehrlichman, que ahora aparentemente culpaba a Mitchell — Watergate estaba destinado a destruir la nación. Simplemente era imposible, al menos para aquellos que conocíamos la manera en que operaba la Casa Blanca, que los colaboradores de Nixon hubieran tomado decisiones por sí mismos en un tema con tan graves implicancias para el presidente.

En consecuencia, a menos que se pudiese probar fehacientemente que el presidente no estaba al tanto de los acontecimientos, pronto enfrentaríamos una monumental crisis de instituciones. Nixon se mostraba seriamente afectado. Cualquiera fuese el inimaginable resultado, su manera de conducir la Casa Blanca debería variar radicalmente. Ya no podría valerse de sus colaboradores para evitar la burocracia. Los aliados políticos en quienes confiaba, y a los que como parte de la reorganización posterior a la elección, había ubicado en cada departamento clave asignándoles la tarea de vigilar a su titular, perderían influencia política y quizá también sus puestos. Los desafíos al predominio de la Casa Blanca resultaban cada vez más probables. Era imperativo adoptar rápidamente una forma de gobierno que no dependiese tan absolutamente de solitarias decisiones resueltas en la cumbre. Pese a que estos procedimientos hayan sido necesarios durante el período de Vietnam, su base moral, psicológica y política había desaparecido.

Mi reunión con George Shultz y Arthur Burns se efectuó a la noche de ese mismo domingo 15 de abril, en el despacho que Shultz ocupaba en la Casa Blanca. Este cubría al mismo tiempo los cargos de secretario del Tesoro y asistente del presidente a cargo de la Economía Política. Burns era presidente de la Comisión de Reserva Federal, pero tenía una influencia mayor que la que su título indicaba. Lamentablemente, la última debacle de la administración Nixon afectó la trayectoria de hombres y mujeres de extraordinario carácter e inteligencia.

Shultz había ingresado al Gabinete como secretario de Trabajo, se lo trasladó a la Oficina de Administración y Presupuesto, cuando se le otorgó capacidad para tomar decisiones respecto a la política a seguir, y había sucedido a John Connalle como secretario del Tesoro en el verano de 1972. Nadie dentro de la función pública me inspiraba más estima y respeto. Altamente analítico, calmo y generoso, Shultz poseía integridad y juicio, a falta de la ostentación mediante la cual algunos de sus colegas con menos confianza en sí mismos intentaban lograr sus objetivos. Al no amenazar las prerrogativas de nadie, y, sobre todo, debido a su sobresaliente carrera, se transformó en el miembro dominante de todo comité en el cual actuaba. Siempre terminaba haciéndose cargo de

los resúmenes de las reuniones — un rol que le prestó influencia sin que la buscara—. Si tuviese que elegir un norteamericano a quien confiar los destinos de la nación en una crisis, me decidiría por George Shultz.

Era fácil subestimar a Arthur Burns. Cuando chupaba su pipa al considerar una propuesta, su rostro reflejaba una expresión de académico abstraído con cierto aire de confusión. En realidad, había sido profesor de la Universidad de Columbia durante tres décadas. El desprevenido podía tomar ocasionalmente su deliberado modo de hablar como una reflexión de su mente, pero Burns tenía una habilidad poco usual para llegar a la raíz de cualquier problema. Era a la vez brillante e increíblemente persistente, y demostró ser uno de los más astutos luchadores burocráticos internos de Washington. No había llenado reflexivamente su pipa durante las administraciones de Nixon y Eisenhower, sin estudiar y aprender qué es lo que conduce a un gobierno a una situación tal en que se encuentre a punto de estallar. Trabajó pacientemente, buscando apoyo a su posición. Mientras lo observaba, se me hizo evidente que había perdido algunas batallas, lo cual no disminuyó mi admiración por su integridad, dedicación, y la sutil inteligencia que nos demostrara al superarnos en las tácticas empleadas.

Al comentarles la hipótesis de Garment, mis dos colegas se mostraron incrédulos, sin bien todos compartimos una sensación de impotencia. No conocíamos los alcances del escándalo en ciernes. Acordamos mantenernos mutuamente informados sobre todo lo que supiéramos y sobre las conversaciones con el presidente concernientes a nuestras áreas, a fin de poder brindar, cuando fuera posible, un consejo unificado. Trataríamos de desarrollar, en conjunto, políticas e iniciativas que mantuviesen la confianza del pueblo estadounidense en su gobierno, aún en medio de una crisis política. La administración había estado en el poder casi cuatro años, después de todo. Y aun cuando pareciera presuntuoso, pensamos que nuestro deber era preservar la moral del gobierno en la medida de lo posible.

EL LEGADO DE VIETNAM

Antes de continuar con la historia de Watergate, debo explicar su contexto. Mucha de la voluminosa literatura sobre el caso —una industria floreciente— lo trata como una aberración personal de Richard Nixon, sin considerar las circunstancias aledañas. Y en verdad, Watergate sería inconcebible, si ignorásemos la impulsiva personalidad de Nixon. Pero había también un antecedente más profundo. Nunca comprenderán lo que fue Watergate aquellos historiadores que no reflexionen en torno al impacto destructivo que provocó en la política de EE.UU., en su espíritu, y en la unidad, la guerra de Vietnam.

Los Estados Unidos habían entrado en Vietnam durante la administración Kennedy, con dieciséis mil consejeros, idealismo, y sintiéndose misioneros, produciendo un extraordinario activismo. Se consideró a la agresión comunista en Indochina como un avance de una ideología homogénea, dirigida por un bloque monolítico chino-soviético. El gobierno de Johnson había enfrentado el compromiso, enviando cerca de 500.000 soldados norteamericanos a las inhóspitas junglas del Sudeste asiático para combatir lo que consideraba la prueba de una teoría de guerra revolucionaria dirigida desde Moscú y Pekín. Este aserto era equivocado. Hanoi actuaba fundamentalmente por cuenta propia, aunque no podría haberlo hecho sin contar con la ayuda de las dos gigantescas potencias comunistas, especialmente de la Unión Soviética.

Las frustraciones de la administración Johnson en Indochina la transformaron en un fácil blanco de posteriores abusos, hecho agravado cuando muchos de los políticos que nos habían involucrado en el caso, se desmoralizaron hasta un punto tal en que se unieron a las críticas de aquellos que los habían destruido, no sólo a ellos sino también a su presidente. Pero su percepción original no era tan errada como su propia falta de

confianza en sí mismos la hacía aparecer. Los dirigentes de Hanoi eran todo, menos los benignos nacionalistas tan a menudo descriptos por crédulos simpatizantes. Eran revolucionarios fríos y calculadores, dispuestos a dominar toda Indochina. El impacto de una victoria norvietnamita en las perspectivas de libertad e independencia nacional en el Sudeste asiático, ciertamente sería grave, especialmente respecto a gobiernos que no estaban tan firmemente establecidos como hacía una década. La maligna teoría dominó —compartida por *todos* los países no comunistas de la zona— resultó ser correcta.

Retrospectivamente, es de dudar que los hitos estratégicos hayan justificado un compromiso tan masivo en Vietnam. Pero una vez que las tropas norteamericanas entran en juego, no hay razones lógicas o valederas que se antepongan a la voluntad de triunfar. Los gobiernos Kennedy y Johnson se encontraron atrapados entre sus convicciones y sus inhibiciones, comprometiéndose lo suficiente como para arriesgar nuestra posición mundial, pero actuando luego con tal vacilación como para no lograr sus objetivos. Nos comprometieron en Indochina con el propósito de frustrar una conspiración mundial, y luego no presionaron por una solución armada por temor a iniciar un conflicto mundial —un temor probablemente tan exagerado como la evaluación original. No hay premios por perder con moderación, ni se aplacan las críticas internas o externas con el fracaso.

Pero debe decirse que la tarea era tan novedosa, la empresa tan poco familiar, que estas fallas merecían compasión antes que censuras. Los hombres que nos comprometieron en Vietnam no eran frívolos ni insensatos. Aventuraron el prestigio norteamericano más allá de los méritos estratégicos del asunto en sí y arriesgaron infinitamente más de lo que se habían formulado. Pero sus propósitos estaban lejos de ser innobles; los hechos posteriores confirmaron la validez de la idea de que la impotencia de EE.UU para enfrentar agresiones podría tener consecuencias más amplias y catastróficas. La inestabilidad mundial que siguió al colapso final de los gobiernos no comunistas en Indochina se debió en gran medida a la pérdida de confianza en el rol estabilizador de Norteamérica. El temerario afán aventurero soviético se aceleró con nuestra debilidad; por un tiempo, la fuerza militar apareció como el árbitro de todos los conflictos políticos. Y el terrible destino de los habitantes de Indochina a partir de 1975 —los asesinatos en masa, los campos de concentración, la represión política— está emitiendo ahora un veredicto final sobre si la verdadera inmoralidad del conflicto de Indochina fue nuestra resistencia al totalitarismo o el hecho de haber abandonado a nuestros amigos.

Cuando la administración Nixon llegó al poder en enero de 1969, era discutible el compromiso asumido por más de 500.000 soldados norteamericanos y casi 100.000 soldados aliados. Las tropas estaban allí. Ya habían muerto 35.000 norteamericanos. No cuestionábamos el deseo de una retirada de EE.UU. Aún antes de asumir, habíamos decidido retirar nuestras fuerzas tan pronto como fuera posible. (*)

La administración Nixon comprendió también que, lejos de coordinar sus políticas, Pekín y Moscú estaban comprometidos en una intensa contienda geopolítica e ideológica. La dificultad era cómo implementar estas consideraciones y a la vez mantener el honor nacional y hacer frente a las responsabilidades internacionales.

Nuestra concepción del honor no era tan ostentosa, por ello es que podíamos retirarnos, pero sin derrocar a un gobierno aliado. Estábamos dispuestos a aceptar el resultado de un proceso político verdaderamente libre en Vietnam del Sur, aún cuando ello significara el reemplazo de personalidades e instituciones que apoyábamos. Pero era absolutamente imposible acceder a la rendición incondicional que Hanoi demandaba, porque

(*) Publiqué un artículo sobre *Política Externa*, en enero de 1969, estableciendo mis ideas al respecto, después de mi nombramiento como consejero de seguridad nacional de Nixon. Luego de criticar la estrategia de la administración Johnson, sugerí dos maneras de acercarse a los hechos: Los Estados Unidos y Vietnam del Norte negociarían los temas militares (retiro mutuo, cese del fuego y canje de prisioneros de guerra) mientras los survietnamitas solucionarían los problemas políticos entre ellos (1).

esto significaría colaborar con la imposición de reglas comunistas, minimizando así los sacrificios de nuestro pueblo y traicionando a aquellos que habían creído en nuestros predecesores, arriesgando, consiguientemente, la confianza mundial en los Estados Unidos.

Pero un proceso político libre era precisamente lo que Hanoi estaba decidido a impedir. Sus tercios y fanáticos líderes no habían luchado y sufrido durante todas sus vidas para confiar ahora en el resultado de un procedimiento electoral que nunca habían practicado en su propio país. Eran revolucionarios, cuya profesión consistía en la guerra de guerrilla y cuyos métodos se basaban en el agotamiento de sus adversarios. Confiaban en el equilibrio de fuerzas militares, psicológicas y políticas, en ese orden de prioridades. En Indochina trabajaron tenazmente, en realidad heroicamente, con el fin de frustrar nuestra estrategia militar, desmoralizar a nuestras tropas, y derrotar a nuestros aliados survietnamitas. En las negociaciones, no se apartaron de sus demandas principales: que EE.UU. debía retirarse incondicionalmente de Indochina, y al hacerlo era necesario que derrocará a los gobiernos aliados. Y no alteraron estos términos hasta que se encontraron militarmente exhaustos.

Para entonces, la unidad nacional de Norteamérica había llegado casi al punto de máximo deterioro. Debido a las estrategias autolimitantes adoptadas por los dos presidentes —Johnson, sin importarle extender el conflicto; Nixon, tratando de resolver la situación de alguna manera honorable—la guerra estaba destinada a ser prolongada y su resultado ambiguo. El proceso de un retiro honorable era inevitablemente confuso para un público al cual aún se le pedían sacrificios en nombre de una meta poco probable y abstracta, la cual era lograr que el mundo continuara creyendo en EE.UU. Muchos jóvenes que debían cumplir con el servicio militar, consideraban que una guerra nada clara en un país alejado era incompatible con sus ideales. Por primera vez en la historia, el ciudadano tipo podía ver todas las tardes, en la pantalla de su televisor, lo repugnante de la guerra. Miles de norteamericanos patrióticos y decentes, de todos los sectores sociales, se sintieron impelidos a protestar contra una empresa que cobraba tal cantidad de vidas humanas. Al mismo tiempo, todas las compulsas mostraban que la gran mayoría del pueblo estadounidense no estaba dispuesto a aceptar una humillante derrota total. El resultado fue una creciente y penosa paralización interna.

En este *impasse*, la actitud de dos grupos resultó de vital importancia: el *establishment*, con su política externa, y el pequeño movimiento autóctono radical.

El grupo líder de EE.UU que había ganado la batalla contra el aislacionismo en los años '40 y mantenido un responsable compromiso mundial norteamericano en el período de posguerra, estaba profundamente desmoralizado por la contienda de Vietnam. Ellos, ciertamente, eran quienes habían lanzado a su país en los años '60 a esta guerra ambigua y sin resultados concluyentes. Cuando se embarrancó, se descorazonaron. La claridad de propósitos que habría impulsado a las grandes iniciativas de la política exterior en los años '40, no existía en Indochina. El Plan Marshall, el programa de ayuda greco-turco, la Alianza del Atlántico, la reconstrucción de Japón, habían integrado nuestras experiencias internas. Estos programas económicos parecieron reivindicar la premisa del *nuevo tratado*: que la estabilidad política podría restaurarse acortando la brecha entre las expectativas y la realidad económica. Y las alianzas habían tenido en cuenta las lecciones del período nazi: se advirtió que la amenaza de guerra venía de grandes ejércitos que atacaban a través de una línea de demarcación internacionalmente reconocida. Tales tácticas habían actuado brillantemente en Europa y Japón en la posguerra. Las instituciones políticas gozaban allí de una larga tradición. Superando el desfasaje económico de la Segunda Guerra Mundial, tuvieron el efecto inmediato de restaurar la vitalidad de la vida política. Y ya que el peligro militar solamente podía provenir de una agresión abierta, la seguridad debería definirse a nivel de un gran poderío bélico.

Ninguna de estas condiciones se daban en Indochina. No había ataques masivos de unidades regulares a través de un límite bien definido, sino que fuerzas hostiles se filtraban a través de intrincadas junglas. A causa de algún tipo de extraña concesión a la legalidad, la única frontera de Indochina relativamente no violada por Hanoi era la *Zona Desmilitarizada (DMZ)* entre el Norte y el Sur de Vietnam, a lo largo del paralelo diecisiete, establecida por los Acuerdos de Génova de 1954. A fin de compensar esta deferencia para nada característica hacia una obligación legal, los norvietnamitas procedieron a evitar la entrada a dicha zona, estableciendo sus líneas de aprovisionamiento en países neutrales, que lo único que deseaban era la paz en sus territorios. La ruta Ho Chi Minh corría a través de Laos; se construyeron refugios en Camboya. Por una aún más extraña secuencia de hechos, esta lógica fue aceptada por muchos críticos de la guerra norteamericana. Cada vez que reaccionábamos ante estas flagrantes violaciones a las leyes internacionales y ante las amenazas a la seguridad de nuestras tropas, tratando de interceptar las líneas de aprovisionamiento totalmente ilegales que apoyaban una actividad agresiva y expansionista, se nos acusaba de violar la neutralidad de Camboya y Laos. Este fue el tema en muchas de las punzantes controversias internas sobre la guerra.

La situación política en Vietnam no coincidía con nuestros preconceptos. La guerra no consistía en el apoyo a un gobierno en particular, sino a la legitimidad de *cualquier* estructura no comunista. Muchos estadounidenses tendían a juzgar al gobierno que estábamos defendiendo a través de nuestras propias reglas constitucionales, las cuales eran de una importancia sólo marginal en una guerra civil dentro de un país en desarrollo con una experiencia histórica totalmente diferente. En el mundo occidental, era la nación la que prevalecía y no el Estado, y ciertamente fue aquélla la que permitió la creación de éste. En muchos países en desarrollo ocurre lo opuesto; el Estado trata de cristalizar el sentido de nacionalidad. En tales circunstancias, el gobierno es a menudo la única expresión de identidad nacional; las contiendas políticas son una lucha por el poder total; se carece de antecedentes históricos en los que aparezca el concepto de oposición leal, sin lo cual no es posible la democracia. Y el resultado puede revertirse, porque el intento de dar fuerza a un gobierno constitucional podría poner en peligro la poca cohesión existente.

Así ocurría en Indochina. Vietnam del Sur, que emergía de una no buscada división del país producida en 1954, luchaba por su nacionalidad, mientras un asalto de guerrillas, organizado y respaldado por Hanoi —ya no quedan dudas al respecto— rasgaba la poco firme estructura de la sociedad. El liderazgo de Vietnam del Sur, conseguido principalmente mediante el éxito de 1963 propiciado por EE.UU., enfrentaba precariamente la invasión de fuerzas loráneas; sus mejores funcionarios eran asesinados sistemáticamente por guerrilleros comunistas, mientras su economía sufría estragos. Y, mientras enfrentaba estos desafíos, casi imposibles de manejar debido a su impacto colectivo, el gobierno de Saigón soportaba una gran presión por parte de su lejano aliado, EE.UU., quien requería una reforma. Casi milagrosamente, Vietnam del Sur superó estas múltiples presiones ganando en fortaleza —un tributo a la tenacidad de su pueblo y una prueba del precio que estaban preparados a pagar para evitar que los rigieran los severos totalitaristas de Hanoi.

Pero, inevitablemente, el proceso no se acercaba a las expectativas de los grupos liberales norteamericanos que habían concebido la intervención inicial. Aferrados a una estrategia poco convincente —o quizás comprometidos en un conflicto que inherentemente no podía ganarse— perdieron la confianza en sí mismos y al mismo tiempo el sentido de la dirección. Primero abandonaron la victoria, y luego la fe, aun ante la posibilidad de una negociación seria para lograr un compromiso razonable; finalmente llegaron a la conclusión de que el papel estadounidense de liderazgo mundial en la época de posguerra era en sí mismo altamente defectuoso.

Este colapso moral no constituía un asunto de menor importancia para nuestro país ni para las naciones de todo el mundo que dependían de nosotros. Que aquellos que nos habían involucrado en Indochina hablaran de la necesidad de solucionar la guerra, era un tributo a su sentido de la realidad. Pero su negativa —por un sentido de culpa— a admitir que se requiere unidad nacional para apoyar el más mínimo programa de negociación, transformó la liberación de Vietnam en una pesadilla. Ningún negociador, y menos aún los duros revolucionarios de Hanoi, llegaría a un acuerdo tan pronto como supiera que su opuesto no podría mantener una posición determinada debido a presiones internas cada vez más intensas. La idea de que el obstáculo para el acuerdo era la ineficacia, si no algo peor, de nuestro gobierno, antes que la implacabilidad del agresor, fue finalmente apoyada por la misma gente que hasta ese momento había defendido nuestra política exterior. La vieja política externa del *establishment* abandonó por lo tanto su tarea preeminente, que es aportar un juicio equilibrado, perspectivas a largo plazo, y un meduloso análisis sobre la discusión pública de nuestra responsabilidad internacional.

Como resultado de esta abdicación, el autodenominado movimiento de paz quedó reducido a un relativamente pequeño grupo de radicales, que contaba con muy poco apoyo popular. Para este duro coro de disidentes, el tema de Vietnam no era el acierto de un compromiso particular norteamericano sino la validez de nuestra política exterior en general y también de nuestra sociedad. Consideraban a la guerra como un síntoma de un sistema capitalista corrupto, funesto y militarista. Trataban a Viet Cong como un movimiento progresivo, a Vietnam del Norte como un heroico y engañado país revolucionario, y al comunismo como la bandera del futuro en Indochina o quizás en todo el mundo en desarrollo. Estaban más que molestos por nuestra incursión en Camboya, antes bien a causa de que temían que esta acción pudiera llevarnos al éxito que por la pretendida invasión a los santuarios (desde los cuales, después de todo, los norvietnamitas habían matado a miles de survietnamitas y estadounidenses durante cinco años). La preocupación por el futuro de los pueblos vietnamitas, camboyenses y laosianos bajo el comunismo, fue desdeñosamente descartada como un transparente subterfugio que permitiese continuar una guerra inducida con propósitos mucho más siniestros. Del mismo modo, nuestro temor por la pérdida de la confianza mundial en EE.UU. y su consiguiente impacto en la seguridad internacional, fue interpretado en círculos radicales con sugerencia de un intento de utilizar a los habitantes de Indochina como prenda en algún plan estratégico norteamericano de conjunto. En estos términos, el declive de la posición de EE.UU. en el mundo fue bienvenido, como una contribución a la paz.

Para este pequeño grupo cada vez más estridente, una victoria de Hanoi no era lamentable sino un deseo moral. No debía mitigarse con negociaciones, sino evidenciarla ostensiblemente mediante una rendición. La humillación de EE.UU. en esa distante empresa se consideraba una lección objetiva acerca de la inmoralidad de nuestro liderazgo mundial de posguerra y un arma conveniente para desmoralizar a todo el *establishment* norteamericano —negocios, trabajo, enseñanza, los medios de información, el Congreso— el cual fue considerado como un obstáculo en el avance de la marcha de la historia. De ahí el arrogante tono de superioridad moral y la ostentación de un lenguaje indecente indicando que sus intenciones eran despreciables.

Durante todo el último año de la presidencia de Johnson, el estilo, los métodos y la retórica de los oponentes a la guerra de Vietnam descendieron a un nivel de grosería del cual nuestra vida pública aún no se ha recobrado totalmente. En la campaña presidencial de 1968, el implacable hostigamiento a una personalidad tan cálida y generosa como Hubert Humprey alcanzó un encarnizamiento tal, que él lo recordaría con lágrimas algún tiempo después.

Todas estas tendencias se aceleraron trágicamente con la elección de Richard Nixon.

Era probablemente el único líder capaz de desembarazarse de Vietnam sin una revuelta conservadora. Pero su historia de partidismo lo había convertido en un anatema para la mayoría de los demócratas responsables. La irreductible oposición radical a la guerra, por lo tanto, se alimentaba del aborrecimiento que sentían por Richard Nixon los muchos que no simpatizaban con el radicalismo en general. La virulencia del disenso se intensificaba y aquellos que, presumiblemente, defendían la importancia de un comportamiento civilizado tanto como la responsabilidad cívica, no la moderaban. El anhelo de estos últimos por expiar una culpa que era en retrospectiva vastamente exagerada, o no existente, prolongó la guerra. También destruyó para siempre la política exterior del *establishment*, cuyos miembros se vieron atrapados entre una política nacional que no se atrevieron a apoyar y una oposición radical que no los aceptaba —la cual, en realidad, se disponía a castigarlos por su pasado, sin importar la fuerza con que intentarían desconocer sus culpas.

Este proceso dejaba de lado toda compasión, debido a la complejidad de la tarea que el gobierno de Nixon había heredado. Retirarse lo suficientemente rápido como para aliviar la tensión pública, pero lo suficientemente lento como para que Hanoi tuviera un incentivo para negociar; mostrar flexibilidad en las conferencias, y a la vez dejar establecido que existía un punto que nuestro honor nacional no nos permitiría sobrepasar, requería una estrategia firme, respaldada por un público comprensivo. Las persistentes presiones internas —motivadas en distintas causas— transformaron esta tarea en una penosa experiencia. Al finalizar el primer período de Nixon, las tratativas racionales sobre Vietnam ya eran cosa del pasado. El tema se trataba mediante la recriminación y el vilipendio en el Congreso y en los medios de información, a la vez que se producían manifestaciones y tumultos en los recintos universitarios y a veces en las calles.

La gravedad de las luchas internas constituía una tragedia nacional. El tema se planteó como una definición *a favor o en contra* de la guerra —algo totalmente falso. Nixon estaba dispuesto a terminar con nuestro compromiso y en realidad lo hizo. Pero se rehusó a condenar a los millones que habían confiado en nosotros para enfrentar a una sangrienta tiranía comunista. Entendió que ese abyecto fracaso justificaría las tendencias internas a un nuevo aislacionismo y desmoralizaría al pueblo norteamericano, haciéndolo temeroso de no poder enfrentar las responsabilidades externas. Estaba convencido de que un EE.UU. así debilitado abatiría a los aliados que dependían de nosotros y alentaría a los adversarios a nuevas aventuras. Y evidentemente tuvo razón. El colapso de 1975 no solamente condujo a los horrores del genocidio en Indochina; desde Angola hasta Etiopía, y de Irán hasta Afganistán, marcó el comienzo de un período de humillación norteamericana, una ofensiva geopolítica soviética sin precedentes en todo el mundo, y una omnipresente inseguridad, inestabilidad y crisis.

No citaré aquí una vez más todos los variados argumentos esgrimidos en el debate sobre la guerra, en medio de la emoción del momento. Soy claramente una parte de ellos; sus valores morales e intelectuales serán juzgados por otros con el correr del tiempo. Cualesquiera fueran las posiciones en conflicto, constituyó un desastre nacional que las discusiones sobre los móviles, para 1972, se volviesen tan violentas, con el consiguiente deterioro del comportamiento público, ya que el respeto mutuo es la savia de toda sociedad democrática. Las críticas reclamaban el monopolio del deseo de paz, ridiculizando y condenando todo lo demás como subterfugios de un compromiso psicótico de matar por el solo gusto de hacerlo. El sistemático socavamiento de confianza nos apartó de lo que debería haber sido el tema más importante de debate nacional.

A comienzos de la década del '70, EE.UU. necesitaba por sobre todo una compleja comprensión de las nuevas realidades; en cambio, se le ofrecieron simples categorías de blanco y negro. Debí perfeccionar su sentido de la historia; en cambio, las críticas expusieron que todas las frustraciones del mundo reflejaban el equivoco intento de sus

propios líderes norteamericanos. El debate de Vietnam obstaculizó un proceso de maduración. Representó un vuelo hacia la nostalgia; fomentó la ilusión de que lo que EE.UU. lamentaba era la pérdida de su pureza moral y que nuestras dificultades podrían resolverse volviendo a los principios simples. Cualesquiera fueran nuestros errores, nuestro destino no era así de fácil. Una Norteamérica autoindulgente abría las puertas al caos y exacerbaba sus divisiones internas.

Todo este encono se compendió en la respuesta de Nixon. Se había convencido de que enfrentaba una conspiración hostil. Estaba ejecutando la más audaz política de retirada estadounidense que ningún crítico serio se había atrevido a insinuar antes de su llegada al poder (2). Se mostraba indignado por lo que consideraba el cinismo de prominentes demócratas que habían llevado a nuestro país a la guerra y ahora suavizaban sus culpas (o buscaban preservar sus carreras) mediante insistentes ataques al presidente, quien trataba de sacarnos del problema. Le asombraba que una insensible despreocupación por la suerte de los pueblos vietnamitas, camboyanos y laosianos dependientes de la regulación comunista, se colocara bajo la bandera de la superioridad moral. Y lo que más le violentaba —y justificadamente— era el hecho de que los radicales recurriesen a métodos de presión y sabotaje que sobrepasaban los límites de la legalidad: terrorismo en el subterráneo Weather, bombas incendiarias en los departamentos de investigación de las universidades, robo masivo de documentos gubernamentales clasificados, información no autorizada sobre inteligentes operaciones militares y negociaciones, incitación a la resistencia en los destacamentos militares y también a la desertión, para nombrar lo peor.

No hay excusa para los métodos extralegales empleados en nombre de Watergate. Un presidente no puede justificar sus propios delitos con el exceso de sus oponentes. Su obligación es tener miras elevadas, establecer modelos morales, construir puentes hacia sus oponentes. Nixon no se permitió este acto de gracia. Pero no es posible comprender el momento si se pasan por alto la perversidad, la santurronería y la ocasional brutalidad de algunos de sus enemigos.

En realidad, las animosidades entre el presidente y su oposición se alimentaban mutuamente. Y si una lección de Watergate tiene que ver con el abuso de poder presidencial, la otra indica que, para que una democracia funcione, la oposición debe atenerse a su propio sentido de la civilidad y los límites, a los valores permanentes de la nación y al reconocimiento de que un ataque general a las instituciones y sus móviles, pueden destruir la capacidad de la nación para gobernarse a sí misma.

WATERGATE SE PRECIPITA

El martes 17 de abril, dos días después del dramático fin de semana que me hizo advertir por primera vez la verdadera naturaleza de Watergate, Nixon ofreció al primer ministro italiano Giulio Andreotti una cena de Estado en la Casa Blanca, en la cual actuó Frank Sinatra. Uno de los invitados que compartía mi mesa me informó que el presidente había comentado en una conferencia de prensa, unas horas antes de la cena (en realidad, efectuada por la tarde, a las 16.42) que hacía un mes dio una orden para una nueva investigación sobre el asunto Watergate, logrando un *real progreso*. . . en la *búsqueda de la verdad*. Contrariamente a sus disposiciones anteriores, se le permitiría al personal de la Casa Blanca presentarse ante el Comité del Senado; sin embargo, no se garantizaría inmunidad a quien hubiera obrado incorrectamente. Nixon y sus aliados políticos consideraron que esto tendría un impacto mínimo en la política exterior, y por lo tanto no me lo informaron en ningún momento. Mi interlocutor, devoto partidario de Nixon, desconfaba que su declaración pondría fin a Watergate. Los culpables habían sido, obviamente, descubiertos; el asunto podría dejarse ahora en manos de la justicia.

A la luz de los comentarios de Len Garment, no juzgué el caso tan simple. En realidad, la declaración de la Casa Blanca indicaba el comienzo de una lucha a muerte entre el presidente y el consejero John Dean, temiendo Nixon que éste se pusiera en su contra ante el Senado. El presidente en ese momento tiraba el guante, negando inmunidad a Dean e intentando de ese modo privarlo de toda posibilidad de llegar a un acuerdo con el fiscal para salvar su propio pellejo.

La cena resultó agradable y sin tensiones. La Casa Blanca, ciertamente, parecía el *Titanic*; una parte del barco estaba inundada, pero nadie más conocía, o pretendía no conocer, el peligro. La orquesta tocaba. Era, como se vio después, la última cena *normal* del período Nixon. Después me uní con Sinatra en una fiesta a la que también asistió el vicepresidente Spiro T. Agnew.

Allí recibí otra llamada telefónica del presidente. Me preguntó qué pensaba de sus declaraciones. Imaginando que era uno de los frecuentes pedidos de Nixon buscando apoyo, lo felicité por su brindis en la cena de Estado. Pero eso no era lo que él tenía en mente. Quería conocer mi reacción ante el anuncio sobre Watergate. Le expresé que no podía juzgar su importancia, ya que ignoraba quién estaba involucrado o cuál había sido el objetivo de tal anuncio. Nixon respondió que al negar inmunidad *haría que la ira de Dios cayera sobre las cabezas de esos niñitos* que pretendían escapar a sus responsabilidades atacando a sus colegas. Advirtiéndome mis dudas, me preguntó a quemarropa si debería relevar de sus cargos a Haldeman y Ehrlichman; se sentía terriblemente apenado aún al hacer la pregunta. Me quedé sin habla; una cosa era que Garment especulara con esto, y otra que el mismo Nixon sostuviera tal punto de vista, lo cual significaba que se hallaba en grave peligro. Le aclaré que no sabía lo suficiente sobre el caso como para contestarle. Sin embargo, adoptando una fórmula de la que nunca me he apartado, aventuré un consejo: lo que fuera que se decidiese, debía hacerse inmediatamente para evitar que nos desangrásemos lentamente.

Agnew entró en el momento en que cortaba la comunicación, preguntándome a su vez qué pensaba sobre las declaraciones de Nixon respecto a Watergate. Le comenté, también, que no podía valorar su impacto. De un modo algo desdeñoso e insensible, Agnew estableció que Nixon se engañaba si creía que podía evitar despedir a Haldeman y a Ehrlichman. Tendría suerte si lograba salvarse a sí mismo.

El ácido comentario de Agnew se debía a la ambivalente relación que en forma inevitable surge entre los dos únicos funcionarios de nuestro gobierno elegidos por voluntad popular. Al principio, los vicepresidentes son siempre considerados socios del presidente; el nuevo jefe del Ejecutivo proclama que evitará la tendencia de todos sus predecesores a reducir al vicepresidente a — según la frase de Nelson Rockefeller — *equipo de confianza*. Se le promete una mayor actuación en la formulación y ejecución de la política a seguir. Con raras excepciones estas expectativas no se cumplen, lo que aumenta la frustración del vicepresidente, cuyo evidente disgusto crea un círculo vicioso que activa el natural desasosiego y la indiferencia del presidente. Es normal que esto ocurra, porque se requiere un grado de abnegación que sobrepasa lo humano para sentirse a gusto con un hombre que probablemente se alegraría con nuestra muerte — y seres con tal abnegación no llegan a la presidencia.

También existe un serio obstáculo burocrático para asignar mayores responsabilidades al vicepresidente. Es el único miembro del Poder Ejecutivo que no está sujeto a remoción por parte del primer mandatario. Otorgarle una tarea regular, sería especular con su permanente y voluntaria subordinación; en caso de una política de desacuerdo, se vería circunscripta la capacidad del presidente para imponer obediencia a un vicepresidente que controlase su propio segmento de burocracia. Por lo tanto, los vicepresidentes manejan una cantidad de asuntos en campos totalmente diferentes o con fechas definidas para su total concreción. Esto evita tanto la articulación de una posición política cohe-

rente como la creación de una base burocrática. (En sus épocas de vicepresidente, Nelson Rockefeller acostumbraba bromear diciendo que era un ávido lector de la columna de necrológicas para enterarse cuándo se lo enviaría al exterior encabezando una delegación fúnebre).

El vicepresidente asiste a las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, donde se toman las más importantes decisiones sobre política nacional. Pero nadie que ocupe un puesto de consejero puede desempeñarse bien si no cuenta con personal idóneo o si carece de la habilidad de seguir la pista a los asuntos. El vicepresidente apoya el consenso existente, en cuyo caso aumenta el prejuicio sobre su irrelevancia, o lo desafía, en cuyo caso no se le suministran detalles tácticos arriesgándose, consecuentemente, a que su gestión sea nula. En una o dos ocasiones en que Agnew tomó una posición contraria a la de Nixon, se le excluyó de las reuniones siguientes, aún cuando el presidente adoptó después su punto de vista. Nixon simplemente quería estar seguro de que todos comprendían quién estaba en el poder.

El entorno de la Casa Blanca induce a los presidentes a este *modus operandi*. El poder de los hombres y mujeres que integran el personal, es consecuencia directa de su relación con ellos, y la protegen cuidadosamente de *todos* los intrusos. Su principal arma es la lealtad, una actitud que facilita el acceso al presidente y requiere además experiencia para moverse dentro de las tensiones que la Casa Blanca tiende a institucionalizar. El presidente y sus colaboradores son acosados por los mismos periodistas y críticos, luchan con las mismas inoportunas burocracias, están sujetos al hostigamiento de los mismo grupos de presión. Una comunidad de intereses es inevitable, ya que se trata un frente común contra todos aquellos con fuentes de lealtad autónomas y, peor aún, con ambiciones independientes.

Al mismo tiempo que los miembros del gabinete son generalmente el blanco de estas actitudes, tienen el placer de responsabilizarse por muchos problemas que el presidente no desea tratar porque son demasiado controvertidos o por falta de personal idóneo. Cuentan además con burocracias que los favorecen. El vicepresidente carece de este beneficio, siendo la víctima natural de los celos del personal de la Casa Blanca. Cualquier intento serio por hacer valer sus derechos, pone en peligro sus perspectivas de lograr su máxima ambición: recibir el apoyo presidencial para la sucesión electoral.

La relación entre Nixon y Agnew ilustra estas máximas; ciertamente, las personalidades de los dos hombres acentuaban todas las tensiones latentes. Nixon era solitario y siempre aparecía como sospechoso. Comenzó a considerar a Agnew un político chapucero. Siempre temiendo ser ensombrecido, muy bien podría haberlo elegido por esta razón. Más tarde advirtió su utilidad como pistolero a sueldo, capaz de hacer blancos imposibles para el presidente o dejando escapar emociones que Nixon compartía secretamente sin atreverse a confesarlo. Nunca lo consideró apto para sucederlo. En una ocasión afirmó que Agnew constituía su póliza de seguro contra asesinato, lo que era una broma sólo en parte.

Agnew a su vez era tremendamente orgulloso. Soportaba su rol periférico con digno silencio. Se sentía profundamente resentido porque no se le comentó con anticipación mi viaje secreto a China. Era muy inteligente, y mucho más sutil que lo que su imagen pública sugería. Pero sus frustraciones lo volvieron muy reservado. Mi impresión esa tarde fue que no estaba realmente abatido ante la perspectiva de que sus perseguidores del personal de la Casa Blanca pudieran ahora hacerle bajar los humos. Durante el período inicial de Watergate, permaneció notoriamente indiferente. Y cuando comenzó su propio purgatorio, la Casa Blanca, incluyendo a Nixon, a su vez se apartó de él.

El 17 de abril, este desenlace podía aún haber aparecido como fantasioso. Pero el frío distanciamiento de Agnew de su atribulado jefe predecía un desastre inminente. Un vicepresidente ansioso por la sucesión no hubiera sido tan cortante, a menos que estu-

viese seguro de que Nixon no jugaría un papel decisivo en la nominación de 1976.

Bryce Harlow fue otro de los hombres que consulté. Había integrado el personal del presidente Eisenhower, teniendo a su cargo las relaciones públicas del Congreso en los primeros años de Nixon en la Casa Blanca, antes de retirarse nuevamente a la vida privada al finalizar 1970. Era natural de Oklahoma y hablaba de manera lenta y arrastrada, tenía buenos modales y ojos cautelosos. Había pasado gran parte de su tiempo estudiando el estilo de vida de Washington, algunas veces como participante y otras como observador. Siempre creí que si Nixon hubiera confiado en personas de la valía de Harlow, no habría habido un Watergate. Harlow no tenía una gran imaginación, pero sí mucha prudencia. Conocía el estilo de vida de Washington, pero, lo que era más importante, sabía qué resortes no debían tocarse para que triunfara la democracia. Valoraba profundamente a la presidencia, su poder, su majestad, y la tremenda responsabilidad que imponía. Su inalienable lealtad al presidente estaba relacionada con su integridad personal, su reverencia por nuestras instituciones, y su sentido del deber hacia la nación. Con tal filosofía, Bryce se sintió empujado por jóvenes y ansiosos partidarios, a un rol secundario. Estos se mostraban tremendamente enérgicos cuando no era realmente necesario, y cobardes cuando sus carreras se veían inesperadamente comprometidas.

Hice a Harlow un breve resumen de lo que sabía, pidiéndole su parecer sobre los sucesos. *Algún estúpido*, contestó arrastrando las palabras, *entró a la Oficina Oval y tomó literalmente lo que escuchó*. Y reflexionó que algo así era inevitable. *Y podría haber sido peor*. Los procedimientos habían sido demasiado erráticos, la atmósfera demasiado paranoica. Una limpieza total podría ser saludable para la nación, y al mismo tiempo hacer de Nixon un gran presidente. Así, aún Harlow no lo consideraba como una amenaza para su mandato en sí misma, en parte porque era demasiado penoso pensar en la destrucción de un presidente con el consiguiente colapso de la autoridad ejecutiva. Como Garmeny, yo también veía en Watergate un medio de purificar el gobierno desembarazándonos de elementos indeseables.

HALDEMAN Y EHRLICHMAN: LOS INDESEABLES

En general, los medios de información presentaban a H. R. Haldeman y a John Ehrlichman como maestros de las artes prusianas, quienes adornaban con sadismo las órdenes malévolas de la Oficina Oval. A menudo, se me comparaba favorablemente con ellos; se creía que *me tenían idea*, como reza el dicho. Yo había ganado el sombrero blanco, ellos el negro: contestaba las llamadas telefónicas de los periodistas, asistía a cenas con los críticos importantes del Congreso, la enseñanza y la prensa, siendo algunos de ellos mis amigos; escuchaba puntos de vista divergentes. Si mis interlocutores consideraban el diálogo como una señal de concordancia con sus puntos de vista, o si lograba confundirlos con respuestas ambiguas, es imposible de establecer — probablemente se trataba de una combinación de ambas cosas.

El hecho de que en la Casa Blanca se consideraran convencionalmente mis relaciones, simplificaba ampliamente el rol de cada uno. Por un lado, Haldeman y Ehrlichman no formaban un solo bloque; en algunos aspectos resultaban rivales. En general, las teorías de Ehrlichman eran liberales; le interesaban realmente la esencia de las cosas; auspiciaba o apoyaba políticas internas humanas y progresivas. En nuestras deliberaciones internas habló a favor de reducir los gastos de defensa más allá de un punto que consideré prudente, tal como liberar recursos para dedicarlos a programas sociales; varias veces presenté sus consideraciones a Nixon. Ehrlichman se sintió muy afectado por las protestas estudiantiles luego de las incursiones en Camboya. Tenía tres hijos adolescentes en los campos de batalla y estaba profundamente acongojado. Pero nadie podía sobrevivir en la Casa Blanca sin la buena voluntad presidencial, y el favor de Nixon

dependía de la predisposición para coincidir con el culto paranoico del tipo duro. La conspiración de la prensa, la hostilidad del *establishment*, la flatulencia del grupo de Georgetown, eran temas permanentes en la conversación de Nixon, los cuales uno podía eludir sólo a costa de ser excluido de su grupo íntimo.

Las conversaciones rudas y las tácticas de confrontación no le surgían naturalmente a Ehrlichman. Cada asistente presidencial se siente tentado a conseguir mayor influencia complaciendo al presidente. Ehrlichman lo hacía en exceso; se sentía obligado a hacer realidad los deseos de Nixon y, como funcionario a cargo de su programa interno, su fortaleza estaba constantemente a prueba. Respondía a las crecientes manifestaciones de protesta, a la desaparición de documentos y a la actividad ilegal de los disidentes, con un celo a veces excesivo y una jactancia que luego se volvieron en su contra.

Hacia mí. Ehrlichman demostraba una mezcla de camaradería y celos. Respetaba mis puntos de vista, aunque le molestaba la seguridad con que los exponía. Pero sólo un superhombre no se habría resentido ante el contraste establecido entre nosotros por la prensa. Había sido colaborador de Nixon demasiado tiempo como para que el presidente le tolerase no sólo sus contactos sociales sino actitudes que en mi caso eran consideradas defectos congénitos, heredados. Dividido entre su inconfesada tendencia a la conciliación y su supervivencia política, Ehrlichman hizo de la necesidad una virtud. Adoptó una actitud despectiva, que los de afuera consideraron como un signo de arrogancia, cuando su verdadero origen era la ambivalencia.

Encontraba placer marcando puntos en mi contra, pretendiendo ser un observador más sagaz de los enemigos de Nixon que los miembros de mi personal recientemente sacados de la Liga Ivy, e inició una investigación sobre algunas fallas de seguridad, con el fin de que mis colaboradores se vieran afectados. Pero se trataba más bien de una persecución que de serios desafíos. A pesar de algunas tensiones ocasionales, estábamos en buena relación. Respetaba su buena voluntad y competencia; él admiraba, y envidiaba, mi prominencia.

Haldeman resultaba más duro. Había estado una década con Nixon, y conocía íntimamente las complejidades y manías de su jefe. Aunque era un conservador por instinto, en el fondo se desinteresaba por la política. Admiraba auténticamente a Nixon, y consideraba su mayor deber atenuar la montaña rusa de las emociones del presidente y proyectar al mundo exterior la imagen de un liderazgo firme, calmo y estable.

Convencido de que la imagen plasmaba la realidad, Haldeman alentaba la casi obsesiva creencia de Nixon de que todas sus dificultades surgían del ineficiente manejo de las relaciones públicas.

El presidente nunca dejó de pensar que lo único que lo privaba de la aclamación popular que asociaba con John F. Kennedy era la poca capacidad de la gente encargada de sus medios de difusión. (Olvidando que luego del primer año el nivel de aceptación de que su imagen gozaba en el consenso general era bastante superior al de su inolado predecesor). Haldeman tendía a confundir política con procedimientos y contenido con presentación. Gran parte del tiempo que pasaban juntos el presidente y su jefe de personal, se dedicaba a discutir la forma de manejar a la prensa —algo inútil, ya que ambos rechazaban la estrategia más obvia y la única posible: establecer un diálogo serio, honesto y continuo con los odiados, temidos y secretamente envidiados representantes de los medios de información.

Esto era muy notorio, porque Nixon y Haldeman parecían advertir muy bien que el contacto personal y la credibilidad hacían que las cosas fueran totalmente diferentes. Una lluvia de memorandos cayó desde la Oficina Oval sobre el desventurado personal de la Casa Blanca a través de Haldeman, detallando la *línea* a seguir con la prensa, imponiendo castigos a periodistas agresivos, generalmente negándoles el acceso a funcionarios (cosa que la mayoría de nosotros ignoró todo el tiempo). Dentro de esta *línea* se

inscribía una enumeración de las sobresalientes cualidades de nuestro líder así como también alguna indirecta ocasional a los rivales políticos. Como se consideraba que tenía un libre acceso a la prensa en mi calidad de miembro del grupo de Georgetown (a cuyos integrantes nunca conocí antes de mi llegada a Washington), fui yo quien recibí un desproporcionado número de los aludidos memorandos.

Nunca entendí el motivo por el cual los otros miembros del entorno de Nixon no luchaban por lograr una relación similar a la mía con la prensa de Washington. La falta de confianza en sí mismos, algo de lo que nunca se me acusó, había jugado su parte. Aún cuando nunca ofrecí una conferencia de prensa formal antes de mi nombramiento como consejero de seguridad, me fue bien y como consecuencia de ello en la Casa Blanca me consideraron poseedor de un don especial para las relaciones públicas. Quizá, según las conclusiones de mis colaboradores, se debía a mis antecedentes como integrante de la Liga Ivy y a mi relación tangencial con la administración Kennedy en los primeros años de la década del '60. (De recordarse que la Casa Blanca de Kennedy nunca vio en mí estas aptitudes; se me mantuvo a millas de distancia de los representantes de los medios informativos). De cualquier manera, me alentaron a que mantuviese mis buenas relaciones con la prensa, para luego resentirse por ello.

Más tarde, se acusó a Haldeman de ejercer una influencia siniestra en Nixon, aislándolo completamente. Esto era injusto, ya que su aislamiento era autoimpuesto. Temía encontrarse con extraños. Era incapaz de dar órdenes directas a aquellos que estaban en desacuerdo con él. Cuando veía una personalidad nueva, evitaba todo riesgo de tensión coincidiendo aparentemente con todo lo que su interlocutor formulaba. Los jactanciosos procedimientos de Haldeman constituían un esfuerzo para compensar estas debilidades. El acceso al presidente se restringía porque aún el programa de entrevistas más estrictamente limitado provocaba constantes quejas presidenciales. Cada reunión con alguien que no perteneciera a la Casa Blanca contaba también con la asistencia de un miembro del personal de la misma, a fin de asegurarse el cumplimiento de las promesas presidenciales (y estar prevenido, en caso de presentarse la necesidad de rechazarlas). Los asuntos referentes al personal eran manejados preferentemente a través de memorandos, porque Nixon expresaba mejor sus puntos de vista por escrito que cara a cara.

Al mismo tiempo, aquellos empleados de la Casa Blanca con quienes Nixon se sentía seguro, frecuentemente eran utilizados como pararrayos en los cuales descargaba su tensión nerviosa. Uno se sentaba durante horas a escuchar las reflexiones del presidente, echando leña al fuego de cuando en cuando, rogando porque alguna crisis permitiera un poco de alivio, esperando la oportunidad de pasar la antorcha a cualquier desprevenido colega que apareciese accidentalmente. Pero nadie superaba el tiempo que Haldeman pasaba con el presidente ni la buena voluntad con que lo atendía. Y si eventualmente se lo destruyó por un exceso de celo en la cristalización de sus deseos, también tengo la impresión de que muchas de las instrucciones impartidas al calor de la emoción nunca fueron más allá del cuaderno amarillo en que Haldeman las anotaba debidamente, como si fuera a ponerlas en práctica apenas saliese de la Oficina Oval.

La falta de interés por la política demostrada por Haldeman, ofrecía sus ventajas. Uno podía tener la certeza de que informaría correctamente al presidente, exponiendo nuestros puntos de vista sin influenciarlos con sus propias pasiones. En realidad, con bastante frecuencia lo utilizaba como conducto para hacer llegar al presidente opiniones contrarias a su preferencia, porque era menos probable que Nixon despidiera bruscamente al portador de informaciones poco gratas que al autor de las mismas y porque Haldeman haría todo lo posible para que el presidente tomara en consideración aún los temas que lo disgustaban (si se había logrado convencerlo antes que ignorarlos sólo le acarrearía problemas). Estaba libre de ambiciones personales, o al menos ellas estaban satisfechas

con la posición que ocupaba. Precisamente porque esperaba nada más, no tenía necesidad de comprometerse en murmuraciones burocráticas.

Aún así, las semillas de la posible destrucción de la administración Nixon se encontraban en esta casi inhumana objetividad. Haldeman carecía de una gran experiencia en la política nacional; interpretaba equivocadamente el alcance, el decoro y los límites de las prerrogativas presidenciales y de ahí el rol que se impuso a sí mismo. Su segundo error era la forma en que intentaba hacer frente a las erráticas vacilaciones de su cliente, el presidente. La glacial disciplina de Haldeman en esto era funcional; buscaba la inquestionable obediencia de su personal en parte para obstaculizar aparentemente órdenes presidenciales caprichosas. Pero hay dos maneras de lograr disciplina: motivando a los subordinados, de manera tal que ellos *quieran* concordar con los objetivos del jefe, o estableciendo una rígida jerarquía, en la cual resulte inconcebible pensar que una orden sea discutida, porque ningún subordinado ostenta el privilegio de juzgar por su cuenta. Haldeman eligió esta última. Seleccionó a ediciones de sí mismo en miniatura —hombres y mujeres (en su mayoría hombres) sin pasado político, cuya lealtad se determinaba mediante una sucesión de órdenes y cuya devoción estaba garantizada por la mera oportunidad que se les daba de participar en grandes acontecimientos.

Pero hombres que carecen de pasado no son guías confiables para el futuro. Se euforizan con la autoridad y se aterran ante la idea de perderla. Durante el dominio de Nixon, muchos integrantes del *staff* se mostraron arrogantes; intentaban poner fin a la forma en que Haldeman constreñía a sus propios subordinados, incluyendo a departamentos del Gabinete que, técnicamente, no eran en absoluto subordinados. Así es que la carencia de orientación de Haldeman se vió agravada por la posición de un grupo de colaboradores privada aún más de ella.

El resultado fue que la actitud del personal de la Casa Blanca hacia el presidente recordaba la de una agencia publicitaria —de donde ciertamente provenía la mayoría— respecto a un cliente temperamental y exclusivo. Podían disentir con algunas directivas, intentar moderar algunas órdenes excesivas, ya que contaban con reglas fijas para evaluarlas, pero al terminar el día, se los juzgaría por su eficacia para cumplir con tareas complejas. Eran coordinadores, no mecanismos de equilibrio. Y una vez que la máquina comenzaba a resbalar, aceleraban la caída al precipicio antes que frenar a tiempo.

En la relación de Haldeman conmigo, había algunos rozamientos. Era un conservador californiano de clase media, con todos los sentimientos, suspicacias y secreta envidia de esa clase. En muy escasas oportunidades había conocido a un hombre con mis antecedentes y nunca necesitó tratar consistentemente a alguien así (aunque sobreestimaba lo cerca que estuve del despreciado *establishment*). Se había quedado con Nixon después de la derrota gubernamental de 1962 en un momento en que sólo un forastero congénito podía permanecer con una figura tan poco prometedor. Era seguro que lo irritaba ver que un recién llegado, miembro del equipo de Rockefeller, que se había opuesto firmemente a Nixon, tuviera tanta publicidad. Pero muy raramente demostraba celos. La clave de nuestra relación relativamente tranquila, consistía en que no se sentía competitivo conmigo. Se mostraba tolerante con mi pasión por la política, que consideraba excesiva y sentía que cualquier actividad que sobrepasara el interés de rutina, era exagerada. A veces disentíamos cuando insistía en sus prerrogativas de seleccionar el acceso al presidente de una manera que yo consideraba insensata, o cuando la obsesión por las relaciones públicas desembocaba en un punto perjudicial para la política. Pero tales desentendimientos eran mucho menos frecuentes de lo que podría esperarse para un jefe de personal y un consejero de seguridad nacional.

La actitud de Haldeman hacia mí, era fundamentalmente un reflejo de la de Nixon. Cuando me hostigaba, tenía la certeza de que lo hacía para cumplir con algún propósito del presidente. Porque a pesar de su pretensión de estar por encima de la batalla, a Nixon

en realidad no le molestaba la lucha crítica que se desarrollaba entre el secretario de Estado Rogers y yo. Generalmente Haldeman recibía instrucciones de apoyarme, pero también de asegurarse que ningún tema fuera tratado concluyentemente. (Y por supuesto no tenía forma de saber lo que se le había dicho a Rogers a mis espaldas). El presidente pensaba, además, que si me sentía personalmente inseguro, ello me impulsaría a demostrar aún más mi capacidad. Como ya dije, periódicamente trataba de infundirme dudas acerca de sus objetivos o prioridades como así también sobre mi situación respecto a él (3).

Pero cuando decidí renunciar, a principios de 1973, todas las tensiones provocadas por estas actitudes se esfumaron. Por lo tanto, en la segunda quincena de abril de 1973, mis sentimientos hacia Haldeman y Ehrlichman abrigaban un dejo de tristeza. Cualesquiera hubieran sido los roces ocasionales, habíamos sido colegas durante años turbulentos. Recordaba sus expectativas y también su vocación de servicio. Conocía a sus esposas y a sus hijos, y me agradaban. Y mi comprensión era mayor que la de casi todos los que estaban en el entorno del cual, casi imperceptiblemente, había surgido el cáncer de Watergate. La Casa Blanca es a la vez una pecera con pececillos de colores y un distrito aislado; los peces nadan en un recipiente cuyas paredes son opacas por un lado. Pueden ser observados pero no necesariamente comprendidos, a la vez que no ven absolutamente nada. Apartados del mundo exterior, los habitantes de la Casa Blanca viven según reglas de coexistencia interna o imaginan cómo es ese mundo exterior. Este, en la Casa Blanca de Nixon, se había distanciado de la realidad hasta un punto tal en que se hizo intolerable; la pecera se rompió y sus habitantes se encontraron respirando en una atmósfera hostil.

Así es que Haldeman y Ehrlichman se debatían, a fines de abril, sin comprender con exactitud los alcances de su responsabilidad en los sucesos. A medida que los días pasaban sin encontrar una solución, me convenía más de que el rol que les tocaría en suerte ya no sería el mismo, aún cuando continuaran en sus puestos oficiales. La autoridad de un asistente presidencial es comparable a la de un domador de animales. Su poderío reside en el hecho de no haber sido desafiado jamás; el menor ataque, aún cuando lo supere, le hace perder su invulnerabilidad. Cada orden es discutida y el desgaste es inevitable. Cuando se produjo Watergate, y se pensó que estaban involucrados, Haldeman y Ehrlichman se vieron definitivamente perdidos en una batalla interminable ya que muchos de los que los habían considerado abusivos cuestionaron los límites de su poder. Y el presidente se cansó enseguida de la constante disputa; no quería repetir continuamente sus órdenes a reacios secretarios de gabinete. Después de todo, su principal motivación para otorgar tanta autoridad a Haldeman y Ehrlichman era precisamente evitarse hacerlo.

A fines de abril, tuve motivos para creer que ellos no superarían en absoluto la crisis. En casi todas mis entrevistas con Nixon me preguntaba, elípticamente, si sus dos consejeros más cercanos debían renunciar. Era una pregunta extraña, ya que nunca me dio las razones por las cuales estaba considerando apartarse de quienes habían sido sus colaboradores por más de una década. Durante toda la crisis de Watergate, el presidente en ningún momento me confió su versión de los hechos. Mantenía en privado la misma posición que había adoptado en público, sosteniendo que toda revelación era nueva para él y que debía habérselas con el escándalo a medida que se daban a conocer los elementos que lo constituían, ya que personalmente los ignoraba.

El 21 de abril, Nixon me telefoneó desde la Bahía Vizcaína diciéndome que Haldeman y Ehrlichman pasarían el fin de semana en Camp David para reflexionar sobre su difícil situación. Estaban muy abatidos. ¿Los llamaría para fortalecer su moral? En ese entonces, ya conocía bastante a Nixon como para advertir que, además de prestarles apoyo psicológico, su intención era que los indujese a seguir el camino indicado, algo que se

hizo aún más notorio al comentarme que tenía en mente algo decisivo y que sólo debía esperar el momento oportuno para ponerlo en práctica.

Hablé varias veces con Haldeman y Ehrlichman en los días subsiguientes. Los escuché con una simpatía incapaz de generar verdadera ayuda. Pero tampoco me establecieron con exactitud lo que había sucedido. Hablaban sobre sus posibilidades de supervivencia, pero no de las circunstancias que habían llevado a enfrentar este dilema. Y no estaba seguro de su comprensión total de los hechos. Lo que después se conoció como *Caso Watergate* era un compuesto de una serie de decisiones *ad hoc*, conversaciones elípticas, y actos sin coordinación de distintos individuos, muchos de los cuales competían mutuamente por obtener el favor presidencial y que en consecuencia guardaban con todo celo cuanto información hubieran conseguido dentro de la Oficina Oval o cerca de ella.

Todos los elementos fortuitos que emergieron durante la investigación —y lo que es más importante, las acciones ilegales— parecían oscurecer a Haldeman y Ehrlichman, quienes nunca habían considerado su conducta como de *encubrimiento* sino como una manera de proteger a un gobierno electo que aún tenía mucho que hacer con los oponentes que trabajaban en contra de los intereses nacionales según ellos los concebían. O bien eran actores más consumados que lo que yo creía. Estuvieron de acuerdo con mi ya estereotipada recomendación: *lo que fuera que se decidiese debía hacerse inmediatamente*. Pero no veían la necesidad de tratar en forma inmediata el tema de sus renunciaciones ya que no las consideraban imprescindibles. Mientras ellos entendían que solamente se verían forzados a dejar sus puestos si se los encontraba criminalmente responsables, yo estaba convencido de que su supervivencia dependía de patrones más estrictos. Pero conocía demasiado poco como para discutir los méritos del caso, y no me correspondía hacerlo. Era el presidente quien debía tomar esa decisión, por mucho que intentara evitarlo.

LA DESINTEGRACION DE LA CASA BLANCA

Día tras día, Watergate se transformaba en azoramiento y frustración para aquellos que trataban de lograr que el gobierno continuara funcionando y en pánico para aquellos que se hallaban directamente involucrados. Era como si todos estuviésemos en un vehículo que derrapa fuera de control en la niebla; pero cada uno tenía una percepción distinta. Los que podrían haber tomado el control estaban inhibidos por la ignorancia y por una frustrante mezcla de lástima, lealtad y horror; ellos sólo tenían breves y borrosos pantallazos del paisaje. Y los que conocían la magnitud del precipicio que se acercaba, se veían incapacitados por miedo a que una súbita frenada los hiciera saltar fuera.

Y fue en esta atmósfera que sólo diez días después de haber expresado en el Club Federal de la Ciudad mis más fervorosos deseos —que ahora parecían tan ingenuos— subí al estrado durante el almuerzo anual de la Associated Press en el gran salón del hotel Waldorf-Astoria en Nueva York para hacer mi primera y más importante conferencia pública después de cuatro años en el cargo. Tenía por objetivo revelar la nueva iniciativa de la administración Nixon con respecto a las democracias industriales: el así llamado Año de Europa. La idea era que, veinte años después de la Segunda Guerra Mundial, la Alianza del Oeste tenía que encontrar un nuevo sentido a sus objetivos; la defensa militar seguía siendo de crucial importancia pero ya no parecía ser lo suficientemente motivante. Las naciones que compartíamos valores democráticos necesitábamos unirnos en una reafirmación de ideales y objetivos comunes si queríamos mantener nuestra cohesión en una nueva era de diplomacia Este-Oeste, problemas económicos y energéticos y un cambiante balance militar (ver Capítulo V).

Mi charla fue bien recibida pero las preguntas que siguieron eran un claro indicador del problema al que nos enfrentábamos. La audiencia estaba preocupada con otros

asuntos que poco tenían que ver con nuestra nueva iniciativa: problemas con el cese del fuego en Vietnam, mis planes personales y Watergate.

Luego trataré el tema de Vietnam (Capítulo VIII). En lo referido a mis planes personales, aproveché la ocasión para insinuar que prefería dejar el cargo. Pero subrayé que sentía como una obligación personal el permanecer hasta que la crisis interna fuera superada:

Siempre pensé en retirarme en el preciso momento en que se concretase algún logro importante y cuando fuese posible transferir la responsabilidad en condiciones que aseguraran la continuidad para dejar en claro que el puesto no había sido ocupado por intereses personales solamente, lo que siempre es muy difícil de separar.

Ahora no es el momento para que los funcionarios importantes del gobierno hablen de dimisión, al menos hasta que el futuro se aclare. Y también depende, por supuesto, de cuál sea el concepto que el presidente tenga con respecto a las obligaciones de cada uno de nosotros.

Tenía la obligación de quedarme, pero no podía saber por cuánto tiempo; personalmente, estimaba que sólo por unos pocos meses más.

Las preguntas acerca de Watergate eran cada vez más difíciles de contestar. Ahora pensaba que era muy probable que Halderman y Ehrlichman se vieran forzados a renunciar o que inevitablemente sus roles disminuyesen en importancia. Pero lo que yo quería preservar eran las posibilidades de una política exterior constructiva; para eso yo debía sostener que el poder ejecutivo se mantenía intacto. Más aún, sentía lástima por hombres que habían colaborado estrechamente conmigo durante mucho tiempo. Todo esto formaba parte de mi extemporánea respuesta:

En lo que se refiere al caso Watergate en sí, conozco a mucha gente de la cual se habla y, por supuesto, la conozco en forma diferente de la que ustedes tienen acceso por medio de la prensa, y es difícil no lamentar lo atroz de los sucesos y la tragedia que ha caído sobre tanta gente que ha hecho, por la razón que fuere, o que se dice que ha hecho ciertas cosas. Entonces, sin prejuizar nada, lo menos que podemos pedir es conmiseración.

Con respecto a la política externa, mucho dependerá de cómo las naciones extranjeras evalúen el grado de autoridad de este país, el grado de dedicación que el público le dé a los objetivos de su política exterior.

No me cabe la menor duda de que el presidente exigirá, como lo ha expresado públicamente, una total aclaración de los hechos. Pero cuando esto se logre y las tragedias humanas lleguen a su fin, el país seguirá adelante. Entonces cabe preguntarse si podemos darnos el lujo de formar parte de la orgía de recriminaciones en vez de recordar que Estados Unidos seguirá allí por mucho más tiempo que cualquier crisis en particular, que se debe mantener la fe en el país y que la promesa de esta nación debe ser eterna.

El momento no resultó ser el indicado para adoptar una nueva iniciativa en política exterior o para apelar a la piedad. Los medios de comunicación reprodujeron mi respuesta a la pregunta sobre Watergate sin referirse casi al tema del Año de Europa, que había preparado con tanto cuidado. En parte fue una falla de organización. Para reducir las murmuraciones burocráticas entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado, Nixon había sugerido que no adelantara el tema de mi conferencia. Por lo tanto no se habían enviado gacetillas y el resultado fue que sólo el *New York Times* le dio cobertura

completa, haciendo hincapié en mi llamado a la revitalización de la Alianza. El *Washington Post* encabezó la noticia con mi respuesta sobre Watergate y relegó el Año de Europa a los párrafos de cierre. Algunas editoriales consideraron que la conferencia era una maniobra para distraer la atención de Watergate.

Una editorial en el *Washington Post* del 26 de abril marcaba la diferencia entre conmiseración y determinación de culpas, lo que exigían con insistencia. Refutaba la idea de que la autoridad y el prestigio de la presidencia, tanto en el exterior como internamente, pudiera recuperarse por el mero hecho de intentar separar el normal funcionamiento gubernamental del escándalo de Watergate. Todo, incluyendo el Año de Europa y la política exterior, quedaba relegado a un segundo plano ante la necesidad de que Nixon *revelase toda la verdad*:

Richard Nixon puede recobrar lo esencial para la nación y para sí mismo si confía todos los hechos al pueblo norteamericano. En este momento el señor Nixon se encuentra en un terrible apuro y todo lo que lo afecta a él nos afecta también a nosotros. Creemos que la situación puede ser subsanada. Pero también creemos que esto se logrará si aún esfuerzos para ganar esa confianza popular tan necesaria para el funcionamiento de la presidencia, y que la única manera en que puede obtener tal confianza es revelando toda la verdad.

... Esto representa la única esperanza que tiene de recuperar la confianza pública y, con ella, la autoridad presidencial.

El *New York Times* de la misma fecha se preguntaba si era conducente hablar de conmiseración:

Cuando el señor Kissinger habla de *la tragedia que ha caído sobre tanta gente* involucrada en Watergate, ¿puede realmente ser insensible a la tragedia de aquellos que han perdido toda esperanza de amnistía por parte del gobierno por haber quebrantado la ley, no en busca del poder político sino como protesta contra una guerra que consideraron inmoral?

La fe en este país, tanto internamente como en el exterior, se mantendrá a través de la decidida demostración por parte del presidente de que aquí existe una única justicia, que castiga a fuertes y a débiles por igual —y que aplica, oportuna e imparcialmente, la conmiseración y el perdón.

El asunto Watergate estaba por lo tanto ligado a la guerra de Vietnam y, efectivamente, había sido generado por ella. Si los medios de comunicación pensaron que yo era muy compasivo con mis colegas, muchos en la Casa Blanca creyeron que yo había ido demasiado lejos al hablar de tragedias humanas como si ya hubieran sucedido. George Shultz me dijo que Ehrlichman creía que podía mantener su posición mientras que las posibilidades de Haldeman eran remotas. Len Garment expresó que no tenía idea de lo que podría ocurrir luego ni quién era responsable de lo que ya se había revelado. Y tenía apenas una remota noción acerca de cuándo llegarían a nosotros las futuras revelaciones.

El fin de semana del 28 al 29 de abril me encontraba en Nueva York por asuntos personales, especialmente para ver a mi futura esposa, Nancy. El domingo por la tarde, Nixon me llamó por teléfono desde Camp David. Con tono afligido e incoherente me comunicó que acababa de pedirles la renuncia a Haldeman y a Ehrlichman. Richard Kleindienst, el procurador general, también la había pedido. John Dean estaba siendo relevado del cargo. El presidente agregó que me necesitaba más que nunca y que esperaba que yo no estuviera pensando en renunciar. Había que mantener a la nación unida durante la crisis.

Mi actitud hacia Nixon siempre había sido ambivalente, una mezcla de indiferencia y respeto, de desconfianza y admiración. Estaba convencido de que Nixon era el meollo del escándalo Watergate, aunque él mismo ignorase todas sus manifestaciones. El le había dado el tono que lo hizo inevitable. Y sin embargo había otro aspecto de Nixon que hacía de él una importante figura y que explica su capacidad para superar las vicisitudes. Yo admiraba la autodisciplina que permitía que un sentido de dirección surgiese de las caóticas fuerzas enfrentadas de su personalidad. Me llegaba la vulnerabilidad de un hombre que vivía, como Walter Mitty (*), un ensueño de dureza que naturalmente no poseía, y que se resistía a su propia docilidad. A pesar de sus contradicciones, había tenido el coraje de tratar que nuestra nación superase una de sus más grandes crisis. Había inspirado y se había hecho responsable de una creativa revisión de nuestra política exterior. Había logrado abrir un importante canal con China; había comenzado a construir una relación más positiva con la Unión Soviética. Había intentado liberar a Estados Unidos de su histórica oscilación entre la extensión excesiva y el aislamiento. Su extraña mezcla de cálculo, tortuosidad, idealismo, ternura, coraje, osadía y falta de elegancia hacía surgir un sentimiento de protección entre aquellos que trabajaban en relación estrecha con él (y a quienes él manejaba en mayor o menor medida, enfrentándolos unos a otros).

Era normal que yo le hablara instándolo a no perder de vista el servicio que aún podía prestar a la nación, y que él, habiendo recuperado su compostura, tuviese otra de sus elípticas salidas, que era a la vez un ruego y una forma de extorsión: *Espero que me ayude a proteger los asuntos de seguridad nacional ahora que Ehrlichman se va.*

No tenía idea de lo que estaba hablando. Me hallaba desconcertado pero no respondí, suponiendo que, como muchos de sus extraños comentarios, éste no tenía ninguna base concreta. Más tarde esa misma noche, me encontré con mi viejo amigo y mentor Nelson Rockefeller y se lo mencioné. ¿Qué podría haber tenido Nixon en mente? *Nada*, respondió Rockefeller, quien deseaba apoyar al presidente de los Estados Unidos pero que no lograba deshacerse de su disgusto personal por Nixon, producto de quince años de rivalidad. *Está tratando de asustarte (**).*

A la mañana siguiente, lunes 30 de abril, Haldeman citó al personal senior de la Casa Blanca a una reunión en su oficina. Estábamos allí Haldeman, Ehrlichman, Shultz, Roy Ash (jefe de la Oficina de Administración y Presupuesto) y yo. Con gran dignidad, Haldeman expresó que Ehrlichman y él habían decidido renunciar para permitir que el presidente continuase con las tareas que originalmente nos habían llevado a todos a la Casa Blanca. (Ninguno de los dos hizo referencia a que Nixon les había exigido hacerlo). Agregó que los que quedábamos tendríamos que redoblar nuestros esfuerzos; teníamos importantes objetivos que alcanzar y el presidente nos necesitaba más que nunca. En nombre de todos les respondí que sabíamos lo mucho que habían dado de sí y que haríamos todo lo que estuviera a nuestro alcance.

Esa noche Nixon anunció por televisión la purga general de su administración. Se lo notaba evidentemente alterado. Por sus declaraciones no era fácil predecir si estaba llegando al fin de una etapa, pero era imposible pensar que este hombre consternado pudiera pasar a otra. Sus palabras denotaban una actitud autodefensiva y su semblante no convenía a nadie de su inocencia. No fue la fría enumeración de hechos concretos que

(*) *La vida secreta de Walter Mitty* es un cuento del escritor norteamericano James Thurber en el que el personaje imagina ser constantemente protagonista de acciones heroicas como compensación de su torpeza y debilidad en la vida real. (N. del T.)

(**) A la mañana siguiente fue evidente que Nixon había estado hablando de las conversaciones interceptadas. John Ehrlichman me insinuó que tenía algunas grabaciones de *seguridad nacional* para entregarme. Me rehusé a recibirlas y llamé a Elliot Richardson, el procurador general designado, para sugerirle que las tuviera bajo su custodia.

algunos de nosotros hubiésemos deseado ni tampoco una sólida defensa. Se quedó a mitad de camino, tratando de definir el desastre en vez de mitigarlo. Nadie que notara la genuina angustia de Nixon podía evitar sentir que ya no controlaba la situación.

Como siempre después de alguna presentación importante, llamé al presidente para ofrecerle mi apoyo. Me atendió su secretaria, Rose Mary Woods, quien mantenía hacia Nixon una fanática y conmovedora lealtad. Haldeman la había relegado a la periferia para ganar control sobre el acceso al presidente. Ahora había vuelto y era, junto con algunos otros, su principal sostén. Me respondió que el presidente se encontraba demasiado alterado para venir al teléfono y que le haría llegar mis buenos deseos.

Pero para mí la noche no terminaría sin un último toque de incongruencia. La República Popular China se hallaba en pleno proceso de establecer su Oficina de Enlace en Washington. Algunas semanas antes, los chinos me habían invitado a una cena para el 30 de abril junto con otros amigos norteamericanos en el restaurante Yenching Palace. No quisieron cancelarla; simplemente la pospusieron para las 10 de la noche, una vez finalizado el discurso de Nixon por televisión.

La atmósfera era festiva y se hicieron los consabidos brindis por la amistad y la cooperación. Nuestros anfitriones comunistas no podían comprender que una nación pudiera destruir su autoridad central debido a los hechos revelados hasta el momento. Su principal interés era que la situación volviese a estar bajo control y así podernos dedicar a la relación chino-norteamericana. Mi anfitrión, el embajador Han Hsu, propuso un elocuente brindis en honor a la valentía con que Nixon acababa de superar la crisis. Watergate, afirmó, había encontrado un decoroso final.

Por una vez el sutil análisis chino había fallado. Nuestros problemas recién comenzaban.

LA TRANSFORMACION DE LA ADMINISTRACION NIXON

La dramática alocución de Nixon la noche del 30 de abril aceleró la desintegración del gobierno. Watergate había empezado a transformarse en una obsesión nacional. No cabía duda de que su consternada actitud —que causó la impresión de gran dolor y de evasión al mismo tiempo— no ofrecía la imagen de un jefe del Poder Ejecutivo.

El decir que Haldeman y Ehrlichman eran dos de los mejores servidores públicos que él había conocido era totalmente incongruente con su decisión de dejarlos ir. La explicación de que sus más cercanos colaboradores y John Mitchel lo habían mantenido por años a oscuras con respecto a sucesos de importancia no sonó a verdad para algunos y lo hizo aparecer como débil para otros. Habría sido mucho mejor que Nixon se hubiera abstenido de dar explicaciones y que simplemente hubiera anunciado la reestructuración de su gobierno.

De todas formas ningún cambio en la presentación habría alterado el impacto de las revelaciones que ahora llegaban al público norteamericano: los detalles del asunto Watergate y las interceptaciones telefónicas; el robo en la oficina del psiquiatra de Daniel Ellsberg; el encubrimiento; la utilización de agencias de investigación gubernamentales para acosar a los opositores políticos, y travesuras infantiles tales como las así llamadas listas de enemigos —que en realidad no eran otra cosa que una nómina de aquellos que no se debía invitar a las cenas de la Casa Blanca, algo que existe tácitamente en toda administración. El inmaduro personal de menor jerarquía en la Casa Blanca de Nixon logró convertir esta última trivialidad en otro escándalo nacional.

Era terrible presenciar la desintegración de un gobierno que sólo unas pocas semanas antes parecía invulnerable. El presidente vivía en el aturdido letargo de un hombre cuyas pesadillas se han vuelto realidad. Una constante en su vida había sido la sensación premonitrice de catástrofe, la que parecía obsesionarlo en proporción directa a su inca-

pacidad para definirla y que lo dominaba especialmente cuando las cosas iban aparentemente bien. Y ahora que tendría que haber alcanzado la cumbre de su éxito, la premonición se había cumplido finalmente; todo se derrumbaba a su alrededor. Como un personaje de la tragedia griega, estaba respondiendo a su propia naturaleza y autodestruyéndose en el proceso. Estoy seguro de que creía sinceramente en su versión de los hechos: que había sido engañado por colaboradores desleales. Y hubo decididamente una inconmensurable desproporción entre su castigo y sus intenciones. Cualquiera que lo conociese se daba cuenta de que el lado hosco de su naturaleza era una especie de actuación en la que se representaban sus propias fantasías de cómo se comportaban los políticos crueles bajo estrés. Creía que estaba imitando a sus predecesores y nunca tuvo la intención de que se convirtiera en una característica de su presidencia.

En las semanas siguientes a la declaración de Nixon, muchos amigos me preguntaron (algunos con esperanza, otros con miedo) cuándo lanzaría Nixon uno de sus característicos contraataques malignos. Pero aunque a veces hiciera oscuras referencias a algo así, nunca lo consideró seriamente. El desastre vagamente sentido se había desencadenado finalmente y él parecía incapaz de hacer otra cosa que no fuera soportarlo, y al ritmo que le imponían sus críticos. Sé negaba a superar el trance dando a conocer toda la verdad —ya fuese porque sinceramente no la conocía, o porque la había borrado de su mente, o porque sabía que técnicamente ya era culpable de obstaculizar a la justicia—. Pero también se negó a confiar su defensa a un abogado con experiencia en política de alto nivel, en parte, sin duda, porque se sentía avergonzado de verse en la necesidad de un abogado tal. Y entonces soportó pasivamente, sin compartir lo que sabía con nadie, defendiéndose desgadamente con evasivas y verdades a medias y abocándose a las actividades de gobierno sin la concentración, la atención o los estallidos de energía que habían hecho posible los logros de su primer período.

En las semanas que siguieron a las renunciadas de Haldeman y Ehrlichman, nombró a John Connally, Melvin Laird y Bryce Harlow para ocupar cargos de consejeros del personal *senior* de la Casa Blanca. Se suponía que estos hombres, compenetrados con los modos de Washington, darían una sensación de profesionalismo y solidez; tenían la misión de crear un nuevo y respetable enfoque en lo referente a la actividad gubernamental. Ciertamente podrían haber hecho una importante contribución, pero Nixon estaba demasiado destruido y ya no se podía llegar a él. No institucionalizó su gobierno; se encerró aún más profundamente en su resentimiento y su terror. Luego de haber invitado a líderes distinguidos a la Casa Blanca no sabía qué hacer con ellos. Estos a su vez resultaron ser de muy poca ayuda si no contaban con instrucciones precisas.

En su creciente soledad, lo que Nixon necesitaba sobre todas las cosas era alguien que vigilara la entrada, alguien que hiciese las veces de amortiguador ante el conflicto que ya no deseaba manejar directamente. Esto se reflejaba en su decisión de traer a Alexander Haig para reemplazar a Haldeman como jefe de personal.

Al Haig y yo habíamos sido colegas durante cuatro años. Cuando en noviembre de 1968 Nixon me ofreció el cargo de asistente de la presidencia para los asuntos de seguridad nacional, pensé que sería interesante tener en el Consejo de Seguridad Nacional (NSC) a un asistente militar, cuyas responsabilidades se inclinaban más hacia la Casa Blanca que hacia el Pentágono. Anteriormente había habido un oficial de enlace con los jefes del Estado Mayor Conjunto, y yo propuse que el arreglo continuara; pero sabía que necesariamente se haría eco de la posición del Pentágono. Lo que yo buscaba era un oficial que perteneciera a mi cuerpo de administración, pero que gozase de la confianza de los militares, alguien que pudiera explicar el punto de vista militar sin estar obligado a él y que al mismo tiempo fuese el vocero de la Casa Blanca ante el área de Defensa.

Era una elección delicada. El general Earle Wheeler, en ese momento presidente de los jefes del Estado Mayor Conjunto, estaba seguro de que, como ex profesor, yo me sentiría

más a gusto con un oficial graduado en alguna institución académica famosa. Habiendo enseñado en algunas de ellas, no confiaba tanto en la sabiduría que sus títulos atestiguan, y cuyos contenidos, además, me eran evidentemente familiares. Yo buscaba a alguien más curtido, con experiencia de combate y por lo tanto familiarizado con las complejidades prácticas de la planificación operacional. Un viejo mentor, Fritz Kraemer, sugirió a Alexander M. Haig, Jr., quien en ese momento era coronel de la plana mayor de West Point. También me lo recomendaron amigos tales como Joe Califano y Robert McNamara, bajo cuyas órdenes había servido en el Pentágono durante los gobiernos de Kennedy y Johnson. Ante una figura respaldada tanto por conservadores como por liberales, le ofrecí el puesto a Haig, una sola entrevista mediante.

Haig pronto se hizo indispensable. Introdujo disciplina en mis tendencias anárquicas y llevé coherencia y procedimiento al equipo del Consejo de Seguridad Nacional. Para fines de ese año era formalmente mi asistente. Durante el curso del primer período presidencial de Nixon fue mi estrecho colaborador, firme en las crisis, decisivo en sus juicios, hábil en los tejes y manejes burocráticos e infatigable en su labor.

Desde ya, nadie sobrevive a las violentas luchas políticas de la Casa Blanca —especialmente en la Casa Blanca de Nixon— sin una buena dosis de crudeza. Noté que Haig marginaba implacablemente a todo aquel que intentara competir con él por acaparar mi atención. Restringía en la medida de sus posibilidades el acceso directo del personal a mí o al menos se erigía como el principal intermediario con el mundo exterior —aunque en parte yo alentaba tales prácticas para poder concentrarme en los asuntos importantes. Y a veces se presentaba ante mis subordinados como el tipo bueno que atemperaba mi naturaleza exigente y un tanto desequilibrada. Trabajó asiduamente para establecer su propia relación personal primero con Haldeman y Ehrlichman y luego con Nixon. No me cabe la menor duda de que ellos lo consideraban más leal a él que a mí. A medida que el tiempo pasaba, no sabía si Haig nunca había coincidido con la versión de Nixon en el sentido de que yo era un genio temperamental que necesitaba ser encauzado por una personalidad más estable; o si había rechazado la propuesta de mi jefe de ser él quien cubriese esa necesidad, y asociarse para *tranquilizarme*, por decirlo de alguna manera.

Con esto no estoy más que reconociendo que Haig era formidable. Una de las armas más sutiles que utilizan los jefes de personal es presentar las órdenes desagradables como provenientes de un superior implacable que ya ha sido apaciguado hasta el límite; era una técnica que yo mismo usaba en mi relación con Nixon. Ni he opuesto demasiados reparos cuando otros en la Casa Blanca me colocaron en la posición del tipo bueno.

En lo que se refiere a las relaciones de Haig con Nixon y su entorno, en el contexto psicológico de la Casa Blanca no era fácil determinar la línea divisoria entre seguir adelante con el mínimo de prejuicios necesarios para el buen funcionamiento de mi oficina y dar alas a estos prejuicios para alimentar la ambición personal; probablemente la línea divisoria a veces se volvía borrosa aún en la mente de Haig. Durante la turbulenta etapa final en las negociaciones de Vietnam en 1972 y mi gradual emergencia como figura pública, lo que dificultaba mis relaciones con Nixon, Haig se acercó aún más al presidente —en parte como resultado de una sincera convicción (probablemente él hubiera preferido una salida militar), y en parte como respuesta al conflicto entre la lealtad a su superior inmediato (yo) y la obligación para con su comandante en jefe, el presidente. Esto produjo situaciones exasperantes en mi relación con Haig y algunas tensas conversaciones por larga distancia. Pero finalmente todo se vio superado debido a mi admiración por la integridad, el coraje, la inteligencia y el patriotismo de Haig.

Al comienzo del segundo período de Nixon, Haig quiso continuar su carrera militar. Nixon y yo coincidimos, no sin lamentarlo, en que era lo mejor para él. Un período demasiado largo de trabajo gubernamental, aunque sobresaliente, obstaculizaría el futuro desarrollo de Haig. Fue nombrado vicejefe del Estado Mayor del Ejército, un rango

de cuatro estrellas, culminando un ascenso espectacularmente rápido en el transcurso de cuatro años.

La noche del 2 de mayo de 1973, recibí una llamada de Rose Mary Woods. Me dijo que Nixon quería traer a Haig como jefe de personal por una semana o dos, pero temía que me resintiese al ver a un ex subordinado en una posición técnicamente superior. Me pidió que fuera amable con él cuando me lo comunicase a la mañana siguiente. Debía recordar que todavía estaba muy alterado por la partida de Haldeman y Ehrlichman y que necesitaba mucho apoyo. Por supuesto, me había llamado sin que su jefe lo supiera. (Lo más probable era que él estuviese parado a su lado soplándole lo que tenía que decir.)

Muy típico de Nixon: el miedo a la confrontación; el acercamiento indirecto; la percepción correcta de mi probable reacción y el intento de suavizarla. Cualquiera que estuviese familiarizado con Nixon sabía que la necesidad de un jefe de personal no terminaría en una semana o dos, sobre todo en pleno Watergate. A menudo había observado y a veces participado en jueguitos como éste: cubrir de azúcar decisiones intragables, primero dejando sentado el principio y después logrando la aceptación de las medidas que inevitablemente implica.

Nixon estaba en lo correcto, como de costumbre, en lo que se refería a mi psicología. Es siempre difícil revertir la relación con un subordinado. Y dado el interés que Haig tenía en los asuntos de seguridad nacional, la situación era potencialmente fértil para que surgieran rivalidades. Pero también me daba cuenta de que el asunto iba más allá de las reglas burocráticas normales. Si el objetivo era evitar una catástrofe nacional, había que insuflar coherencia nuevamente al gobierno y a su centro en la Casa Blanca. Nixon había dependido de Haldeman durante todo su primer período, y estaba claro que no podía funcionar sin un jefe de personal enérgico en el que escudarse de los manejos cotidianos de la burocracia y que implementara sus decisiones. Watergate hacía imposible que se introdujese una persona totalmente nueva. Y no había nadie mejor calificado que Haig, que conocía tan bien la personalidad de Nixon, su forma de operar y sus necesidades psicológicas. Por lo tanto decidí poner mi mejor cara y facilitarle a todos lo que era inevitable.

Con mucho tacto Haig me llamó a la mañana siguiente. Expresó que no aceptaría el cargo sin mi anuencia y que de todas formas sería sólo por una semana o dos, un disparate igual al de la propuesta original de Rose Woods. Dado su alto grado de compromiso con el servicio, Haig no se rehusaría a un pedido del presidente, sin importar lo que yo sintiera, y no habría un rápido cambio en la necesidad que lo había traído. Le contesté que debía aceptar, aunque probablemente significase el fin de su carrera militar. Haig replicó que cuando había estado en Vietnam había arriesgado no sólo su carrera sino su vida y que no tenía derecho de abandonar a su comandante en jefe en un momento como ése. Tenía razón.

Una vez finalizados estos movimientos preliminares, Nixon me llamó por teléfono (todavía no estaba preparado para una confrontación directa). Infinitamente ingenioso, salió con el argumento irresistible de que el nombramiento de Haig tenía por objetivo *aumentar* mi influencia y que apuntaba sobre todo a Agnew. Haig era imprescindible, acotó el presidente, para evitar que Agnew *se metiera en las cosas*. *Agnew no puede —simplemente no podemos permitir que eso ocurra—*. Era delirante pensar que un primer mandatario necesitase un jefe de personal fuerte para controlar a un vicepresidente que tenía muy poco que hacer, contaba con un equipo gubernamental mínimo y no se encontraba en posición de *meterse en las cosas*. De todas maneras, insistió Nixon, yo no debía preocuparme porque continuaría manteniendo mi rol preponderante en la toma de decisiones en política exterior. *Lo vamos a manejar entre usted y yo. Simplemente necesito a alguien que pueda —parece gracioso— que pueda ocuparse de eso para que usted y yo nos dediquemos a lo otro, ¿se da cuenta?* Le contesté que las distintas funciones encajarían por sí solas en

la práctica. Nixon pareció muy aliviado cuando le comenté que había instado a Haig para que aceptara.

Así fue como Haig terminó siendo jefe del personal de la Casa Blanca, afortunadamente para la nación. Su fuerza y su disciplina preservaron la coherencia del Ejecutivo y ayudaron a que el gobierno atravesara Watergate sin desintegrarse totalmente. Proveyó a un presidente desesperado de madurez psicológica. Y se aseguró de que las órdenes y preferencias de Nixon pasaran por el cedazo de una estructura gubernamental capaz de aconsejarlo en forma madura en asuntos de interés nacional.

El primer acto de Haig fue abolir procedimientos arbitrarios. Entendía que ya no era posible presentar decisiones como provenientes del presidente. Trató de ampliar la participación en la toma de resoluciones. El 18 de mayo informó en una sesión del Gabinete que el *status* del Gabinete había sido elevado y había disminuido el perfil del personal de la Casa Blanca. Y que se haría un sincero intento de mejorar las relaciones con el Congreso.

Con seguridad, Watergate impuso algunas de estas medidas. El hecho es que Haig le dio consistencia a una vaga necesidad y sentido de dirección a una administración desmoralizada. Ninguna reorganización interna podría haber superado la velocidad de desintegración a la que se había llegado como resultado de interminables revelaciones, crisis e investigaciones. Haig ayudó honorablemente a su país en una situación extrema.

Durante los siguientes quince meses Haig y yo trabajamos en estrecha armonía, la que no excluía pequeñas discusiones ocasionales en relación al *status* —tal como la que surgió con respecto a quién ocuparía el dormitorio más cercano al del presidente en el Kremlin, durante la visita de Nixon a Moscú en 1974. Haig se ocupaba de los asuntos internos y yo era responsable por la política externa y la seguridad nacional. Nunca le daba a Nixon una recomendación importante sin antes haberla conversado con Haig; él me mantenía informado sobre los sucesos internos claves, y especialmente sobre Watergate, que podía afectar la política externa. Junto con otros tratamos de mantener firme el timón del Estado, mientras que las circunstancias alejaban al capitán de su puesto. Un noble servicio prestaron personas tales como George Shultz, Arthur Burns, William Simon, Leonard Garment, James Schlesinger, Anne Armstrong y otros que consideraron nuestra tragedia nacional como un llamado al deber, afirmando a través de su conducta la continuidad y los valores de nuestra nación.

EL SISTEMA DE GRABACION

Era como vivir en un volcán: aquellos de nosotros que intentábamos resguardar al gobierno no teníamos idea del momento en que se produciría otra erupción. Casi todas las reuniones con Haig o Garment o con los distintos abogados finalizaban con la misma pregunta: ¿Esto es todo? A lo que la respuesta invariable era que nadie lo sabía. Era imposible indagar qué otro oscuro miembro del personal administrativo había tratado de probar su dedicación mediante actividades inadecuadas o extra legales. Durante casi dos meses, el torrente de revelaciones pareció interminable.

Lo más sorprendente fue el hecho de que se hubieran grabado todas las conversaciones de Nixon desde principios de 1971. Lo supe pocas semanas después del nombramiento de Haig como jefe de personal. Me informó que tuviera cuidado con todo lo que conversara en la Oficina Oval, porque había allí un sistema de grabaciones activado por la voz.

Sólo Haldeman y Alexander Butterfield, su asistente que operaba el sistema, parecían conocer su existencia. Aun Ehrlichman lo ignoraba. La idea surgió cuando Nixon encontró en la Casa Blanca un sistema de grabación instalado por el presidente Johnson. Lo había retirado entonces, pero obviamente lo consideró más favorablemente cuando se vio

a sí mismo envuelto en filtraciones de información que lo presentaban como el villano del gobierno. (Olvidió que el sistema de Johnson se controlaba desde el escritorio del presidente, y por lo tanto hacía posible su desconexión antes, durante y, si era necesario, después de una conversación.) Parece que también en el período de Kennedy se registraron conversaciones.(4)

Las cintas de Nixon se depositaban en su biblioteca presidencial para ser utilizadas por futuros investigadores de campo. Haldeman ha escrito que el objetivo de Nixon era protegerse de colaboradores que pudieran tratar de desconocer conversaciones en las que habían participado. Era un alto precio para la seguridad. En la medida en que las incursiones de Camboya lo convencían aún más de la apremiante necesidad de apelar al sistema de grabaciones, yo pasé a ser una causa inconsciente y a la vez un blanco. El propósito era evitar que me transformase en *el muchacho bueno* en decisiones en las que había tomado parte. (5) Obviamente Nixon no tenía idea de que su modo de hablar, la manera en que lo ideal y lo real se mezclaban en su mente, lo colocarían en peligro no tanto legal como histórico. Aun hombres menos complicados que Nixon habrían encontrado difícil sobrevivir a un registro tan despiadado como literal de años de comentarios o largas conversaciones no interrelacionadas entre sí —especialmente después que los testigos que podrían haber explicado su significado hubieran dejado la escena. Como el sistema se activaba por medio del sonido, quedaba fuera de control aun para quien lo había ideado. Esto era irónicamente simbólico en una Casa Blanca que estaba fundamentalmente fuera de control: un exceso de confianza en los procedimientos mecánicos por parte de mentes pequeñas que, habiéndoseles encargado la tarea de producir una grabación, la realizaron con creces —de un modo que eventualmente destruiría la imagen que Nixon cultivaba con tanto fervor.

Cualquiera que estuviese familiarizado con la forma de hablar del presidente no tendría dudas de estar sentado sobre una bomba de tiempo. Su modo informal, elíptico y a veces emocional, chocaría y confundiría al historiador. Su estilo indirecto simplemente no podía ser calibrado por alguien de afuera. No había forma de saber cuándo chicheaba a su interlocutor y cuándo hablaba en serio; y nadie que no lo conociese podía distinguir entre una orden que debía ser cumplida y una reacción emocional que podía ignorarse y que quizá el mismo Nixon esperaba que no fuera considerada.

No puedo decir la forma en que Nixon habría utilizado estas cintas si su presidencia hubiera seguido el curso normal. Dudo que alguien pensase transcribir, sin hablar siquiera de organizar, siete años de conversación: un psiquiatra amigo me dijo una vez que él grababa las sesiones con sus pacientes hasta que advirtió que *le llevaba una hora escuchar una hora*. Y debemos poner en tela de juicio el valor histórico que tendrían para infatigables oyentes. ¿Qué podía colegir objetivamente un no iniciado a través de la colección de reflexiones e interjecciones, las extrañas indiscreciones mechadas con declaraciones magnánimas, las observaciones que poco tenían que ver con el asunto del momento pero que reflejaban los prejuicios juveniles de Nixon, todo orquestado por la única persona en el cuarto que sabía de la existencia del sistema de grabación y que podía por lo tanto organizar los elementos del cuadro a su antojo? Cada intercambio de opiniones ponía de relieve su contexto y permitía apreciar los variantes modos de Nixon y sus caprichosas tácticas. Quíteselos, y se tendrán sólo meditaciones vagas —fascinantes, entretenidas, quizás, pero en su mayoría irrelevantes para evaluar las acciones del presidente.

Uno de los manejos favoritos de Nixon era convocar a una reunión en la que todas las opiniones, excepto la de algún recalcitrante, le eran conocidas o habían sido arregladas de antemano. Entonces, al principio, parecía aceptar la posición con la cual estaba en desacuerdo, y luego se dejaba convencer por sus colaboradores, muchos de los cuales habían ensayado sus papeles de antemano, dejando al potencial oponente completa-

mente aislado. Se necesitaba un hombre fuerte que mantuviera su posición cuando los argumentos contrarios hubiesen convencido obviamente al presidente (6).

Si las mismas palabras del presidente eran arena movediza para los investigadores de campo, las respuestas de los interlocutores escasamente representaban un terreno seguro. Un asistente presidencial debía preguntarse si era prudente conseguir un punto a favor, a riesgo de perder el respaldo del jefe del Ejecutivo en su área de responsabilidad. Los presidentes, por naturaleza, desean prevalecer. Pero era especialmente tentador prendarse de las meditaciones de Nixon, ya que la experiencia había demostrado que sus aseveraciones más extravagantes casi nunca tenían consecuencias prácticas. Los que pertenecíamos a su círculo íntimo, escuchábamos en silencio reflexiones que sin duda hubiéramos objetado en abstractos debates intelectuales; a veces hacíamos algún comentario para cubrir las necesidades del momento, una de las cuales era poder irse rápidamente sin crear dificultades.

Luego de conocerse el tema de las grabaciones, comprendí varias cosas en retrospectiva, inocentes y arteras a la vez. Por ejemplo, estuve presente en todas las reuniones presidenciales con líderes extranjeros, formalmente como taquígrafo. En un extraño memorándum a comienzos de 1971, Haldeman daba instrucciones al personal en el sentido de que no prestáramos demasiada atención a detalles importantes que figuraran en nuestros registros; deberíamos concentrarnos en la atmósfera y las impresiones personales. Fue una de las órdenes que ignoré, y continué tomando notas de manera precisa. Pensé que era demasiada carga para el presidente dictar sus propias notas. De todas maneras, le dije a Haldeman que no serían confiables.

Otros patrones más complicados se me aclararon cuando me enteré de las grabaciones. Muchas conversaciones que en su momento no habían tenido sentido, ahora encajaban perfectamente. Me veía enfrentando situaciones que me obligaban a no apartarme de algún curso de acción o bien encauzándome a apoyar algún complejo proyecto. Por ejemplo, el día en que Nixon ordenó el bombardeo y la colocación de minas en Vietnam del Norte me llamó a su estudio en las oficinas del Ejecutivo cinco minutos antes de firmar la orden relevante. Haldeman también se encontraba allí, y esgrimió todos argumentos en contra del proceso, opuestos a cuanto había dicho la semana anterior. Nixon guardaba silencio. Yo apoyé la decisión, insistiendo en que era demasiado tarde para revertirla, y me volví hacia Haldeman esperando que respaldara mi posición. Nixon por lo tanto firmó sin ningún comentario. La grabación mostraría la oposición de Haldeman, el silencio de Nixon y mi firme postura a favor de la decisión. (7)

Cuando Watergate se hizo demasiado notorio, ya nadie tuvo tiempo de arreglar conversaciones de antemano en las horas del amanecer, durante años. La araña quedó atrapada en su propia red. De no haber existido Watergate, las grabaciones hubieran destruido en gran medida la reputación de Nixon, tanto más cuanto más se demorase su revelación, y el recuerdo de su idiosincrasia fuera cosa del pasado. Si todo hubiese resultado según se planeó —revelándose las cintas póstumamente— Nixon habría logrado realizar la hazaña extraordinaria de cometer suicidio después de su muerte.

Demasiado extrañamente, ahora dudo de que el hecho de haber conocido el sistema de grabaciones en 1973 hubiese variado lo que le dije al presidente en su momento. Necesitaba tanta ayuda, estaba tan solo, y nuestra seguridad dependía hasta tal punto de él, que estas metas dejaban de lado toda consideración respecto a que todo lo que se había expresado sería conocido por la posteridad mucho después que su contexto no existiera.

Las cintas volvieron otra vez a mi conciencia el último junio, cuando John Dean, el ex consejero de la Casa Blanca, testificó contra Nixon ante el senador Sam Ervin, del Comité Watergate, en un programa televisivo nacional. Haig me comentó que se consideraba la posibilidad de obtener una cinta que contradijese su testimonio. El no había escuchado ninguna grabación. Los abogados, a quienes alguien (que nunca supe quién fue) les había

facilitado algunas, entendían que la declaración de Dean era falsa. Advertí a Haig que sería peligroso poner otra grabación a disposición del Comité, porque ello dejaría el sistema al descubierto y llevaría inevitablemente a la demanda de todos los registros. Debería hacerse solamente si Nixon estaba dispuesto a dar este paso. Ya sea basándose en mis palabras, o porque los abogados encontraron la cinta menos útil de lo que la supusieron al principio, no volví a escuchar sobre dicha propuesta.

La siguiente oportunidad en que pensé en las grabaciones, fue cuando Alex Butterfield reveló públicamente su existencia por televisión, ante el Comité Ervin, el 16 de julio. Comenté el caso con Bryce Harlow, quien señaló que su esposa se sentía muy feliz de que Nixon, ese viejo zorro, hubiera logrado confundir a sus adversarios nuevamente; las cintas ciertamente lo exonerarían. Harlow y yo no teníamos tanta confianza. No sabíamos lo que revelarían con respecto a Watergate pero, al notar que nuestro líder se dejaba ganar tanto por la exaltación como por el desaliento, sospechamos que no sería nada auspicioso.

El día en que Alex Butterfield reveló públicamente la existencia de las cintas, yo había cenado con Nelson Rockefeller en su residencia de Washington. Remarcó que deberían destruirse inmediatamente, porque de lo contrario todos los que hubieran entrado a la Oficina Oval serían sospechosos. Ya que no todos podían escucharlas al mismo tiempo, se prestaban a una especie de chantaje selectivo por parte de Nixon y sus colaboradores o por quienquiera que las controlase. Pero el presidente estaba hospitalizado en ese momento, a raíz de una neumonía, y no solicitaba opiniones. Cuando salió, era demasiado tarde; ya había comenzado el proceso legal solicitando las cintas.

Retrospectivamente, resulta claro que de allí en adelante la presidencia de Nixon estaba irremediadamente perdida. Ya que las declaraciones de los colaboradores importantes variaban entre sí, era posible que, al finalizar las audiencias del Senado, la causa llegara a punto muerto, debido al fastidio e imposibilidad de alcanzar alguna decisión concluyente a través de versiones tan disímiles. El revuelo inicial ante el conocimiento de que se habían grabado conversaciones secretamente hizo aparecer a Nixon como el autor de un delito terrible, sin considerar que sus predecesores también lo habían hecho. Pero si las grabaciones en la Oficina Oval tenían sus precedentes, nunca se les había dado una publicidad tan concienzuda. Y no se recordaba ocasión alguna en que hubiesen podido determinar una potencial culpabilidad criminal de un presidente y su personal inmediato. Por lo tanto, Watergate se transformó en una dura batalla entre el presidente por un lado y los comités de investigación del Congreso y el fiscal especial (nombrado en mayo) por el otro, ya que el presidente buscaba el control exclusivo de las cintas invocando el principio constitucional de separación de poderes.

Cualesquiera fuesen los puntos legales del debate, necesariamente colocaban a Nixon en posición de retener una información que habría terminado con los variados alegatos de una vez y para siempre. A partir de allí, el tema no era ya la relativa credibilidad de los distintos testigos, sino el intento del presidente por ocultar evidencia. Independientemente del resultado de este litigio, su misma naturaleza —con las consecuencias de un intento de retención culposa— terminó con lo que quedaba de la posición moral de Nixon. Luego de seis meses de una presidencia ganada por una pluralidad de votos alcanzada sólo por segunda vez en la historia estadounidense, Nixon era un hombre y un político derrotado.

LOS "PLOMEROS" Y LOS MICROFONOS OCULTOS

¿Qué sabía? ¿Qué sabía? Estas preguntas del senador Howard Baker eran típicas en las audiencias televisadas del caso Watergate conducidas por el Comité Selecto del senador Ervin. A medida que las investigaciones avanzaban cada vez más miembros del personal

de la Casa Blanca eran interrogados. El caso *Watergate* y su encubrimiento y el robo en el consultorio del psiquiatra de Ellsberg se asociaron con controvertidas decisiones de política exterior, cuando no tenían nada que ver. Se trajeron a colación y se discutieron el bombardeo de Camboya o las operaciones secretas en Chile, en un esfuerzo por justificar un punto de vista filosófico o político mediante procedimientos cuasi judiciales. Inevitablemente, como consejero de seguridad durante el período en cuestión, me vi involucrado en la controversia. Al comenzar la penosa experiencia de *Watergate*, los enemigos de Nixon tenían consumado interés en enfocar en él toda la atención, dejando fuera del conflicto a los encargados de la política externa. Cuando el presidente se debilitó, y aún más después que dejó su puesto, los pocos sobrevivientes de la debacle pasamos a ser los objetivos de los últimos coletazos emocionales de *Watergate*. Una pequeña minoría alimentaba sus resentimientos sosteniendo que no se había tratado de las decisiones de un presidente sino de un consejero de Seguridad.

Trataré Camboya y Chile más adelante. No sabía nada del problema *Watergate*, ni del robo en el consultorio del psiquiatra de Ellsberg. Las críticas se habían encarnizado con el área de actividades que protegía las informaciones de seguridad nacional. En consideración a una crónica detallada, me referiré ahora a este punto.

El despacho del asistente del presidente para los asuntos de seguridad nacional debe evidentemente estar conectado con la salvaguarda de secretos militares y diplomáticos. Una nación que no puede mantener la confidencialidad de sensitivos intercambios, también será incapaz de una adecuada política diplomática. Se debilitará en negociaciones y se encontrará privada de información importante. Si cada contacto exploratorio se hace público inmediatamente, aún antes de conocer la reacción de la otra parte, no existirán las comunicaciones abiertas, tan necesarias para aclarar posiciones. La diplomacia es una guerra de trincheras. Si se conocen deliberaciones internas, los gobiernos extranjeros cobran ventajas y el cándido consejero presidencial es reprimido.

Sin duda, las administraciones confunden lo políticamente embarazoso con lo esencial para la seguridad nacional —la de Nixon quizá lo hizo en mayor medida. Sin embargo debemos reconocer, para ser justos, que pocos gobiernos desde los tiempos de la Guerra Civil enfrentaron un ataque más encarnizado a sus objetivos, un intento más sistemático de desbaratar su política mediante la desobediencia civil, o un esfuerzo mayor por sabotear políticas legítimas y moderadas divulgando sin autorización información clasificada durante el transcurso de una guerra.

Como consejero de Seguridad, me sentí en la obligación de ayudar a evitar esta divulgación. Debíamos demostrar al mundo, tanto a amigos como a adversarios, que disponíamos de una política exterior seria, aun en medio de una áspera controversia; que merecíamos confianza, y que éramos capaces de guardar secretos de los demás. Si nuestro gobierno permanecía pasivo en el momento en que todos los medios de información trataban el caso de los documentos robados, no sólo sería minada la confianza sino que también disminuirían las posibilidades de negociación.

El tema se agudizó sensiblemente en junio de 1971, cuando siete mil páginas de archivos confidenciales de Indochina, pertenecientes a las presidencias de Kennedy y de Johnson —los llamados *papeles del Pentágono*— fueron divulgadas a la prensa. Ninguno de estos documentos era comprometedor para la administración Nixon. Podían utilizarse incluso para apoyar la tesis de que habíamos heredado un problema, y alguien en la Casa Blanca sustentó la idea de explotarlos en este sentido. En realidad, al principio pensé que nuestra propia gente había filtrado los documentos precisamente con ese objetivo. Cuando supe de su publicación, hablé a Haig desde California, demandando que se castigase severamente al culpable.

Pero desde el comienzo, a Nixon le pareció impropio culpar a sus predecesores por la guerra de Vietnam. Entendía que por consideración a quienes habían pasado años en esa

lucha y a las familias de los muertos no debía desmerecer su sacrificio calificándola como el error de un presidente. Muchos de los que habían tomado la decisión de enviar tropas, le recompensaron por esta generosidad alentando la desobediencia civil que tanto complicó los esfuerzos por desembrollar la situación. No obstante, cuando los *papeles del Pentágono* tomaron estado público, Nixon estaba firme. Rechazó una respuesta partidaria. Opinó que el hecho de no resistir una exposición tan masiva como ilegal de información clasificada abriría las compuertas, minando los procesos de gobierno y la confianza de otras naciones. No se trataba de una preocupación puramente teórica. Era la víspera de mi viaje secreto a Pekín; estábamos comprometidos en conversaciones privadas con Hanoi, a las cuales considerábamos —cosa que resultó incorrecta— un adelanto importante y explorábamos una posible reunión cumbre con Moscú junto con una cantidad de sensitivas negociaciones de un acuerdo de Berlín con la SALT. Todos estos esfuerzos peligrarían si crecía la impresión de que nuestro gobierno estaba en aprietos y su disciplina se desintegraba. Y era obvio que el robo y la publicación de los *papeles del Pentágono* constituía una maniobra política para forzarnos a aceptar términos nada honorables en Vietnam.

Compartía los puntos de vista de Nixon, en realidad los apoyaba. Creo ahora, como en aquel momento, que nuestro sistema de gobierno perderá coherencia si cada presidente utiliza su control sobre el proceso de desclasificación para difamar a sus predecesores, o si trata la defensa de documentos secretos como una cuestión de conveniencia partidaria. Estaba convencido de que el Poder Ejecutivo debía demostrar que le era posible enfrentar una falta de confianza tan masiva. Conocía los pasos legales seguidos para interdecir la publicación ante la corte y, aunque no fui consultado formalmente, consideré que ésa era la decisión correcta.

Pero hasta que lo leí en los diarios, nada supe sobre el robo que la *Unidad Plomeros* de la Casa Blanca perpetró en el consultorio del psiquiatra de Daniel Ellsberg, habiendo admitido también ellos su culpa en el caso de los *papeles del Pentágono*. Todo fue sórdido, pueril y contraproducente: malogró el juicio criminal a individuos que desafiaban ostentosamente a la ley mediante una exposición de documentos tan desautorizada. Hasta el día de hoy, me ha resultado difícil entender la lógica del hecho; si los apuntes del psiquiatra hubieran probado la inestabilidad de Ellsberg, ello habría ayudado a su defensa antes que a la causa del gobierno. Pero si resultaba estúpido en el sentido práctico, era totalmente inexcusable desde el punto de vista moral. Un robo auspiciado por la Casa Blanca, sin el aval de la ley, constituía una ignominia.

La *Unidad Plomeros* —llamados así porque su trabajo era evitar filtraciones— integraba el área de John Ehrlichman. Como ocurría con muchos otros aspectos del caso Watergate —la lista de prisioneros, por ejemplo— era la infantil nomenclatura antes que la esencia de las actividades lo que hacía presumir propósitos siniestros. No había nada extraño en el hecho de designar a dos miembros de personal para que investigasen la filtración de documentos clasificados. El presidente lo había concebido como una necesidad, debido a su creciente desconfianza hacia J. Edgar Hoover, entonces director del FBI. En 1971, Nixon estaba convencido de que Hoover conduciría las investigaciones que se le encargasen de una manera caprichosa, dejándose llevar por inclinaciones personales, no deteniéndose ante nada para destruir a individuos que lo hubiesen disgustado. Entendía que la amistad de Hoover con el suegro de Ellsber no permitiría una investigación seria del robo de los *papeles del Pentágono*. Más aún, lo consideraba capaz de chantajear al presidente con las informaciones que obtuviese. Estaba decidido a deshacerse de Hoover en la primera oportunidad que se presentase después de las elecciones de 1972 y no quería rehenes que pudiesen obstaculizar este proceso (*).

(*) Hoover murió a principios de mayo de 1972.

Lo sorprendente no era la existencia de *los plomeros*, sino el hecho de que la tarea hubiese sido confiada a dos elegantes jóvenes de clase media sin ninguna experiencia en el área de investigaciones. Egil Krogh y David R. Young tenían el aspecto de los decentes e idealistas jóvenes norteamericanos de los avisos publicitarios. Y fundamentalmente eran así. Conocía muy poco a Krogh, pero había llevado a David Young a Washington, luego de haberme relacionado con él en el despacho de Nelson Rockefeller. Fue mi asistente personal, porque quería tener cerca a alguien con capacidad, dedicación y alta moral. Las cosas no resultaron porque Young se enredó con el formidable Haig, quien protegía celosamente su acceso hacia mí, y porque además estaba demasiado calificado para el tipo de tareas que el puesto requería. En enero de 1971 se lo alejó de mi área inmediata para asignarlo a un trabajo de investigación de campo en la Sala de Situación de la Casa Blanca. Se sentía desconforme con esto, con todo derecho, y le alegró que Ehrlichman lo llamase en ocasión de mi viaje secreto a China. A mi regreso se me habló de su nueva tarea como de una interagencia de análisis del sistema de clasificación, lo que en realidad fue en sus comienzos. Ehrlichman empleó a Young influido por los celos del personal de la Casa Blanca; no perdía oportunidad de demostrar que sabía utilizar mejor que yo a los hombres talentosos. Me molestó que hubiera dispuesto de uno de los miembros de mi personal sin consultarme y además cuando me encontraba de viaje. Desde esta asignación, o como parte de ella —nunca lo tuve muy en claro—, Young pasó a integrar *los plomeros*.

La pregunta, fundamentalmente sin sentido, sobre si yo conocía la existencia de *los plomeros* fue otra controversia en la atmósfera kafkiana de Watergate. Increíble como suene a las personas ajenas al asunto, es difícil decir, dentro de una gran burocracia, lo que los demás suponen que uno sabe. Era consciente, por supuesto, de que el despacho de Ehrlichman tenía la responsabilidad de investigar las filtraciones de seguridad, aunque sus métodos eran celosamente guardados, a menos que fueran cosas que atañesen directamente a mi área de actividades. No advertí, o no me molesté en informarme, que existía una unidad especial para investigar las filtraciones de seguridad y que sus integrantes carecían de toda otra ocupación esencial. En cambio asumí que miembros del personal estaban abocados a estas investigaciones sobre una base *ad-hoc*, incluyendo a Young y Krogh, aunque era muy probable que ellos estuvieran convencidos de que yo conocía la verdadera naturaleza de su tarea. Pero aun cuando hubiese sido así, no me habría parecido impropio que la Casa Blanca intentara proteger su información clasificada mediante una unidad de investigación. Aún hoy no pienso que la *Unidad Plomeros* —aparte del robo— haya sido ilegal o inadecuada debido al contexto de ese momento (*).

Otro episodio en el que tuve que ver fue la instalación de diecisiete interceptores en aparatos telefónicos de distintas personas, entre mayo de 1969 y febrero de 1971. Informé sobre la interceptación de teléfonos en el primer volumen de Mis Memorias (8), pero vuelvo a ello aquí porque se conoció en 1973. Los misteriosos *asuntos de Seguridad Nacional* a los que Nixon hacía referencia la noche previa a la renuncia de Haldeman y Ehrlichman, resultaron ser las conversaciones grabadas que habían estado guardadas en la caja fuerte de Haldeman (algo que ignoraba) y que fueron confiscadas por el FBI cuando este último renunció, las que pronto comenzarían a tomar estado público. Se transformaron en un gran debate en 1973 y nuevamente en 1974. Algunos lo vincularon con Watergate para probar la tendencia de la administración Nixon a actuar fuera de la ley.

Hay aquí una gran dosis de hipocresía. Se había alimentado el mito de que la interceptación telefónica era un invento de la administración Nixon. Esto resultaba absurdo, por supuesto. Los interceptores pueden no ser agradables, pero son tan ubicuos como el

(*) El tema *Plomeros* surgió después periódicamente. Ver Caps. XVIII y XXIV.

teléfono y casi tan antiguos como éste. Las más importantes democracias del Este Europeo —incluyendo a Gran Bretaña, Francia, y la República Federal de Alemania— los utilizan con propósitos de investigación e inteligencia, de una manera tal que empuje las actividades a ese respecto del gobierno de Nixon. Pero esto es sólo el comienzo de un doble criterio. Los anteriores presidentes de ambos partidos políticos los emplearon ampliamente con menos dispositivos de seguridad y siguiendo pautas no tan precisas como fue el caso en el relativamente pequeño número de casos de Nixon, tan aprovechado por sus enemigos. Esto fue lo que funcionarios de la ley indicaron a Nixon cuando asumió la presidencia, y se ha publicado una voluminosa evidencia al respecto: Franklin Roosevelt se valió de ellos para controlar las actividades del personal que colaboraba en la Casa Blanca, a los líderes aislacionistas, a los oponentes políticos y a los periodistas; la vieja práctica continuó con fuerza a través de sucesivos gobiernos, hasta que Nixon llegó al poder (9). Más aún, la interceptación con propósitos de seguridad nacional consumada en 1969-1971, cumplía con todos los requisitos legales y administrativos en vigor en ese momento; los mandamientos judiciales fueron solicitados recién luego de haberse expedido la Suprema Corte en 1972 (10).

Es incuestionable que la interceptación constituye algo desagradable. Pero también lo es la espontánea revelación no autorizada de secretos diplomáticos y militares durante el transcurso de una guerra. Sus predecesores —los presidentes Eisenhower y Johnson en particular— advertían a los responsables de la seguridad nacional que se estaba desarrollando una práctica peligrosa en la burocracia: quienes no concordaban con la política nacional, podrían intentar sabotearla filtrando información clasificada en una clara violación a la ley. Resultó que los medios de comunicación se vieron inundados por revelaciones referidas a negociaciones, operaciones militares y deliberaciones internas, y consideraron que su única responsabilidad era informar. Competía al gobierno guardar sus secretos —lo que precisamente intentaba hacer.

En la primavera de 1969, Nixon estaba convencido de que las filtraciones respecto a operaciones militares y a sensitivas negociaciones estaban obstaculizando la vida norteamericana. El 25 de abril convocó a una reunión al procurador general John Mitchell y al director del FBI, J. Edgar Hoover, a la cual asistí, sólo en parte. Hoover recomendó la colocación de los interceptores, señalando que se hacía uso de ellos desde la administración de Franklin Delano Roosevelt con éstos y otros menos justificables propósitos. El procurador general afirmó que eran legales. Nixon ordenó que se utilizaran tomando como base tres distintas categorías: funcionarios que tenían acceso a la información clasificada que se había filtrado; funcionarios que ocupaban cargos delicados de los que se tenía información desfavorable en los archivos de seguridad, y personas cuyo posible compromiso surgía de investigaciones del FBI. Más tarde, el presidente asumió la total responsabilidad de las decisiones en una carta dirigida al Comité del Senado de Relaciones Exteriores el 12 de julio de 1974:

Deseo afirmar categóricamente que el secretario Kissinger y otros involucrados en distintos aspectos de esta investigación actuaban bajo mi autoridad específica y ejecutaban mis expresas órdenes.

Notoriamente esto no acallaba las contorsiones semánticas que me acusaban de *iniciar* o *autorizar* u *ordenar* los interceptores. Debido a una teneduría de libros de alguna manera desordenada —solamente Hoover llevaba cuenta de todo y era un maestro protegiéndose (11)— no existen registros documentales claros. Pero es necesario un poco de sentido común. Hubiera sido imposible pensar que un recién llegado al entorno de Nixon, de quien desconfiaban en gran medida sus colaboradores liberales y con responsabilidad solamente en el área de la política exterior presentase inesperadamente, en su tercer mes

en el cargo, la iniciativa de establecer un programa de imposición de leyes en la exclusiva jurisdicción de personalidades de tanto peso como John Mitchell y J. Edgar Hoover.

La verdad es más simple. Coincidió ampliamente con Nixon en que algo debía hacerse para evitar las filtraciones; Mitchell y Hoover sugirieron el programa; Nixon lo ordenó; mi despacho indicó al FBI quiénes encajaban en los tres criterios establecidos por el presidente: o sea las personas con acceso a la información divulgada. En cada caso, el FBI solicitaba la autorización del procurador general antes de interceptarlas. El FBI esporádicamente me enviaba breves sumarios de aproximadamente una página de lo que consideraba discusiones sobre secretos militares o asuntos de política exterior.

Eventualmente, dentro de este programa, era el FBI el que establecía las interceptaciones de los diecisiete funcionarios y hombres de prensa. Mi despacho no facilitó todos los nombres ni conocía cada interceptación. (*). (Si se grababa a alguien y su conversación no tocaba temas militares o relativos a la política exterior, no era sujeto de informes ni mi despacho ni yo conocíamos la grabación. No teníamos oportunidad, ni deseábamos, perder tiempo leyendo lujuriosamente transcritos de conversaciones personales.)

Los breves sumarios de lo que se consideraba relacionado con asuntos de seguridad nacional fueron enviados durante un año a mi despacho, al de Haldeman y al del presidente. En mayo de 1970, un año después de la primera interceptación, Nixon ordenó que mi despacho se apartara del caso. No volví a ver *ningún* informe. A partir de allí, aparentemente, sólo Haldeman los recibía, hasta que todo el programa fue discontinuado en febrero de 1971.

Reflexionando sobre los hechos, no puedo agregar mucho a lo que he escrito en mi primer volumen:

... continué con lo que no tenía razón alguna para dudar de que fuera una práctica legal y establecida en estas circunstancias, que se nos informó también era seguida por gobiernos anteriores, con mayor energía y menos dispositivos de seguridad. La intención, con la que yo coincidía plenamente, era impedir que ciertas personas comprometieran vidas norteamericanas y survietnamitas. Estos individuos (nunca identificados) revelaron información militar que les había sido confiada para minar políticas a las que se había llegado después de cuidadosas consideraciones y que, en nuestra opinión, eran justificadas tanto en el sentido legal como en el del interés nacional. Las grabaciones de interés nacional se siguen realizando, aunque con un mayor dispositivo de seguridad, lo que demuestra su importancia. Pero esto no varía mi opinión acerca de la inmoralidad de aquellos que, despreciando la confianza depositada en ellos, las utilizaron para sabotear la política nacional, arriesgando así vidas norteamericanas (12).

En retrospectiva me resulta claro que, mientras la vigilancia electrónica es un método que las democracias emplean con mucha frecuencia, la grabación de uno de los colaboradores presenta un doloroso problema humano. Nunca me sentí bien respecto a ello; es la parte de mi servicio público sobre la cual soy más ambivalente. En ese momento, simplemente, lo prefería a la alternativa de separar de sus puestos a aquellos que se consideraban sospechosos de divulgación no autorizada de información. Sin duda, Nixon y su círculo íntimo pensaron que entre los sindicatos se encontraban algunos colegas del

(*) De los diecisiete, me llegaron informes sólo de seis. Tres nombres (lo supe después) habían salido del despacho de Haldeman, y no del mío. Durante la reunión del 25 de abril Hoover había instado a Nixon para que incluyera cuatro o cinco nombres (entre los que se contaban tres miembros de mi personal), que luego aparecieron en el memorándum del FBI como requeridos por el coronel Haig o por mí. Los nombres adicionales surgieron durante el curso de la investigación de los otros y fue el FBI el que los propuso. Otros cuatro nombres parecen haberse originado en Nixon.

recién llegado de Harvard y colaborador de Rockefeller. Y funcionarios del FBI aprovecharon la oportunidad para justificar el hecho de que no se había brindado la correspondiente cobertura de seguridad a mi personal. Por estas razones podría haber estado inclinado a sopesar, inconscientemente, mi ambivalencia frente al programa. Nada alteraba el hecho fundamental de que, por lo que yo sabía, la única intención era evitar que se revelara desautorizadamente información clasificada en medio de una complicada guerra. No tenía razón para oponerme a la declaración del procurador general en el sentido de que el programa era legal y correcto. De todas maneras, quería expresar mi pesar ante la angustia que podría causar a cualquier persona un proceso que luego fue modificado por decisión de la corte.

Habiendo dicho esto me siento obligado a hablar sobre mi preocupación ante el hostigamiento durante los juicios y a través de la prensa más aún cuando provenía de aquellos que sabían que estaba dividido entre cumplir con mi deber según lo consideraba, o no hacerlo, sobre bases personales. Incluso advertí a algunos de ellos sobre las sospechas de mis superiores, diciéndoles que estaban a prueba. Al mismo tiempo, estoy agradecido a aquellos que, habiendo sido grabados, han continuado siendo mis amigos, o han comenzado a serlo, comprendiendo pese a su angustia ante la injusticia, las prácticas, objetivos, y circunstancias del momento.

EL IMPACTO EN LA POLÍTICA EXTERIOR

Mi mayor preocupación en el período Watergate no eran las investigaciones que encabezaban los periódicos, sino mantener la imagen de los Estados Unidos como potencia. Habíamos retornado trágicamente a la desunión interna del primer período. Aunque esta vez el trauma nacional no había surgido de crisis externas —Vietnam— podía afectar profundamente nuestra posición internacional. Podíamos —y lo hicimos— tomar iniciativas diplomáticas. También podíamos —y lo hicimos— hacer serias advertencias a las amenazas a nuestra seguridad. Pero la autoridad para implementarlas comenzaba a desvanecerse en un purgatorio donde no había vencedores sino únicamente víctimas, por motivos que escapaban al control de quienes conducían la política externa.

Durante un tiempo, el real costo de Watergate a la política externa no se hizo evidente. El patriotismo y una sensación de horror ante los sucesos indujo a muchos críticos tradicionales a suspender sus ataques. Como individuo, llevaba una vida armoniosa; conseguí un apoyo sin precedentes para un funcionario no elegido mediante votación. Era como si el público y el Congreso sintieran instintivamente el peligro e intentasen crear un centro alrededor del cual pudieran girar los objetivos nacionales. Pero era un pálido sustituto de la realidad y se evaporó progresivamente.

Las revelaciones indignas se equiparaban con el rencor más detestable. Un periodista, a quien no se lo consideraba precisamente amigo de Nixon, me comentó que lo sorprendía el encarnizamiento de muchos de sus colegas. *Parecen gladiadores que buscan su muerte.* William Safire advirtió a un importante editor, en el momento en que se desarrollaban los hechos, en 1973, que tal hostigamiento resultaba absolutamente innecesario (13).

El debilitamiento de autoridad era a todas luces evidente. Recibimos informes respecto a que, el 10 de mayo de 1973, funcionarios chinos preguntaron discretamente a algunos visitantes sobre la repercusión que había alcanzado con referencia al mismo Nixon. Parecían pensar que *grupos organizados* de los Estados Unidos, dispuestos a desbaratar la política externa del presidente, estaban orquestando la oposición.

Fui objeto de las mismas preguntas en la Unión Soviética, donde estuve desde el 4 hasta el 9 de mayo, para organizar la visita de Brezhnev a los Estados Unidos en junio. Al principio, los líderes soviéticos consideraban a Watergate como un fenómeno transitorio.

Pero a medida que surgían revelaciones y las investigaciones continuaban, comenzaron a advertirse sus esfuerzos por disociar a Brezhnev de Nixon. A comienzos de mayo, Brezhnev me hizo saber que traería a EE.UU. a su esposa e hijos. El 12 de junio, menos de una semana antes de mi arribo, se me informó súbitamente que su esposa no podría viajar *por prescripción médica*. En cuanto a los hijos tenían obligaciones propias, que les impedían salir en ese momento de la Unión Soviética. Una escala en Houston también fue cancelada sin explicación ni consulta. Se hizo inevitable entender que Watergate constituía un factor decisivo en el pensamiento soviético, cuando en el mismo mensaje se comunicaba que si Brezhnev iba con Nixon a San Clemente contrariaría lo dispuesto por sus médicos:

Si alguien especula con que mi sugestión de no volar a California está conectada de alguna manera con los sucesos internos de los Estados Unidos, sepa que esto no es en absoluto así, señor presidente. Tal interpretación carece de base. El presidente sabe muy bien que desde el comienzo hemos seguido una línea consistente en nuestras relaciones y que nuestro respeto, y el mío personal, no ha disminuido para nada.

Esta aparente señal de solicitud podría a la vez tomarse plausiblemente como un imperioso intento soviético por recordar al presidente su debilitada posición. En todo caso, era profundamente degradante pensar que la presidencia necesitaba tener la seguridad de la continua estima personal del secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. El desgaste de autoridad no afectó solamente a los adversarios; también malogró las relaciones con nuestros amigos. El embajador de Alemania Occidental, Berndt von Staden, me comentó que era evidente que la capciosa cobertura prestada por la prensa alemana a la visita del canciller Willy Brandt, a comienzos de mayo, fue motivada por su coincidencia con el anuncio de la renuncia de Haldeman y Ehrlichman. El ministro del Exterior francés, Michel Jobert, me insinuó en la reunión del 8 de junio que el propósito del Año de Europa era aliviar en alguna medida nuestra situación interna; me sentí obligado a recordarle que todo se había planeado antes de Watergate (cosa que Jobert sabía muy bien por una conversación que mantuve con el presidente Georges Pompidou en diciembre de 1972). El tema surgió nuevamente, al reunirme en San Clemente con los representantes aliados del Consejo del Atlántico Norte, el 30 de junio (estaban recorriendo Estados Unidos), con el embajador italiano el 24 de julio, y en las visitas del ministro del Interior alemán, Walter Scheel, y del secretario del Gabinete británico Burke Trend, también en julio; siempre cortésmente, hasta diría compasivamente. Pero a la política de una gran potencia la sostiene el respeto, no la compasión.

El 4 de agosto, Lee Kuan Yew, primer ministro de Singapur, un hombre de singular inteligencia y criterio, y verdadero amigo de los Estados Unidos, interrumpió una reunión de jefes de Estado del Commonwealth en Ottawa para volar a Nueva York y mantener una reunión privada conmigo en el Aeropuerto Kennedy. Su único objetivo era sopesar el impacto de Watergate en la política externa norteamericana. *Ustedes son el ancla de todo el mundo no comunista —sentenció casi con desesperación— y a causa de una justa indignación esta ancla se está deslizando por el barro*. Su temor era que si Nixon resultaba derrocado, sin importar el motivo, la fuerte política externa que representaba, también se viera debilitada en forma paulatina. Se elegiría un nuevo presidente en 1976, quien reivindicaría la posición pacifista y un nuevo aislacionismo. Esto no debía suceder: *Mi supervivencia depende de ello*, expresó.

Como en varias oportunidades anteriores, Lee Kuan Yew era premonitorio. Las naciones amigas necesitaban, entonces, como ahora, una presidencia fuerte para su propia

seguridad. Aun los adversarios se sentían más cómodos con un EE.UU. predecible y coherente. Pese a presentir lo contrario, me sentí obligado a tranquilizar a mi viejo amigo de Singapur; mantendríamos la fortaleza de la nación y sus objetivos; seguramente superaríamos esta crisis, como lo habíamos hecho con otras anteriores. Sostuve que la política de nuestros sucesores, quienesquiera que fuesen, sería la de mantener una Norteamérica fuerte. No sé si el perceptivo Lee Kuan Yew me creyó, aunque lo dudo. No me atreví a preguntárselo.

A mediados de 1974, el distinguido columnista del *Washington Post*, Chalmers Roberts, escribió en Política Externa:

La política exterior está formada de misión y de omisión. Se ve afectada por los estados de ánimo y los matices, por los juicios de las fuerzas y las debilidades, por la forma como un gobierno mide la fuerza de otro o su habilidad para actuar, por la percepción que un líder nacional tiene de la reputación política de un líder amistoso o rival en su propio país y su efecto en el poder nacional y en la política (14).

Ese era precisamente el resultado. Cada día que pasaba, Watergate circunscribía más nuestra libertad de acción. Estábamos perdiendo la habilidad para establecer compromisos creíbles, por lo cual no podíamos ya garantizar la aprobación del Congreso. Al mismo tiempo, debíamos cuidarnos para evitar las confrontaciones por temor de no poder sustentarnos en las mismas de las sospechas locales. (Cuando nos alertamos al final de la guerra del Medio Oriente, en octubre de 1973, se me invitó a una conferencia de prensa que era una maniobra de Watergate.) *Nos quedamos sin el pan y sin la torta.* Sólo podíamos vigilar con frustración e impaciencia cómo primero Hanoi y luego Moscú, comenzaron a explotar nuestra derrota.

Para mejor o para peor, se volvía más necesario para mi oficina mantener unida la política exterior. Reinaba ahora una atmósfera diferente en la Casa Blanca de la que existía en aquella primera época. Ya se habían alejado los jóvenes más arrogantes de la era de Haldeman, quienes confiaban engreídamente que todo podía planearse y que cada problema se resolvía con el adecuado procedimiento. Quedaba sólo Ronald Ziegler como jefe de la Oficina de Prensa, arrastrando una tarea imposible con lealtad y dedicación. El personal de la Casa Blanca, en cualquier acontecimiento, ya no ostentaba la autoridad de un presidente fuerte o la seguridad en sí mismo como para participar en una gran causa. Los miembros mayores de la Casa Blanca habían establecido sus derechos en cada asunto por cumplimiento, convicción y por la habilidad de acudir al sentido del interés nacional en esas circunstancias encrucijadas y difíciles, de las cuales la más seria era la falta de habilidad para medir la extensión del peligro.

En cada conferencia de prensa se me preguntó acerca del impacto causado por Watergate en la política exterior. Yo negué consistentemente cualquier vinculación al respecto. Aunque todos sabían que eso no era cierto, solamente un suceso imprevisto nos posibilitaría para salvar algo. Un gran poder no se divide porque haya dificultades internas. Podíamos superar nuestros propios peligros, por lo menos demostrando confianza en nosotros mismos e insistiendo constantemente en que defenderíamos el interés nacional contra todo obstáculo interno y externo.

Pero yo estaba obsesionado por los presagios. El país parecía hallarse en un *estado de ánimo suicida*. Le dije a un amigo en mayo de 1973 que estábamos sentenciados a que se deteriorara nuestra posición en el mundo. *Cuatro o cinco años de amasar capital en níqueles y centavos se están despilfarrando en cuentas de miles de dólares.* Le confesé en julio a otro amigo: *En ninguna crisis de los últimos quince años pensé realmente que el país corría peligro. Pero ahora creo de veras que podríamos sufrir un daño irreparable.* Y más tarde:

La diferencia que en cualquier esfuerzo usted ha conocido entre grandeza y mediocridad es tan sólo un matiz. No puede describirlo. Y nos llevó dos años para entender qué estábamos haciendo para captarla. Un éxito creaba la necesidad del siguiente, cuando éste se desentraña irá por el mismo camino. Durante dos años, usted no verá nada y entonces comenzará a atar cabos. Yo puedo ir al Hill y decir: Señores, he aquí los peligros. Tendrán una guerra en el Medio Oriente si así permanecen las cosas.

Esto es más o menos lo que ocurrió, aunque la autocompasión no ayudaba para nada. Yo no podía ir al Congreso con una advertencia, porque ante una pérdida debía recomendar un distinto modo de acción. Las versiones que se oían en el Senado eran teatrales e improcedentes; no había oportunidad de reexaminarlas ni de explorar los cargos formulados. Pero la corrupción que denotaban era suficientemente verdadera. La esencia del problema se hallaba dentro de la administración, no en aquellos que la exponían, aunque fuera rigurosamente. Una vez que Watergate entró en erupción, resultó imposible detener el curso del volcán. Muchos oponentes de Nixon, los de la vieja línea, entendían muy bien lo que estaba sucediendo con respecto al prestigio de su país y se sentían sacudidos por el horror. Lo mejor que podían hacer era facilitar la tarea de aquellos pocos que gozaban de autoridad tratando de evitar el naufragio.

De ese modo, yo, un norteamericano nacido en el extranjero, lesionaría la posición extraordinaria de mantener unida nuestra política exterior y reasegurarnos en público. Esto no tenía nada que ver con el mérito; sino que era un llamado por parte de un instinto nacional hacia la autopreservación. Desde que yo no había descorazonado la atención pública en primer término, esa opinión que me había convertido en un buen muchacho, esta nueva y mayor responsabilidad era demasiado elemental, demasiado imponente para ser buscada a conciencia. Esta responsabilidad que parecía recaer sobre mí tenía que ser usada para alimentar la impresión de una fuerza continua por parte de Estados Unidos, resuelta y, por cierto, con una activa participación en los asuntos mundiales, para arribar a la convicción de que en medio de todos nuestros intentos permanecíamos dueños de nuestro destino.

Yo no hubiera elegido el rol y me sorprendí a mí mismo por no sentirme a la altura de él, aunque traté firmemente de no demostrarlo. Pero todos los sobrevivientes de la debacle tenían una ineludible obligación de contribuir en lo posible a un sentido de interés nacional y yo hice lo posible. Ello imponía un estilo de diplomacia que se inclinaba hacia lo espectacular; una exhibición de autoseguridad que causaría en los adversarios potenciales la retirada de cualquier desafío. Algo de esto sin duda reflejaba vanidad; mucho era la decisión consciente que surgía de una atemorizada reflexión. Necesitábamos una afirmación visible, teatral si fuera necesario, de que Estados Unidos sobreviviría a su angustia y aun construiría un mundo mejor. Constituía una medida de los aprietos en que se había encontrado Nixon desde que aceptó este estado de cosas; era un tributo a su tenacidad y patriotismo que él cumpliera con buena disposición.

Aún el prerequisite político para atravesar este período era que las decisiones se consideraran el reflejo de una presidencia en función. Nixon ya no tenía margen para maniobrar ni personal para los minúes intrincados con los cuales él había manejado los asuntos en el primer período. Tanto él como yo nos habíamos reducido a lo fundamental. El gobernaba por medio de procedimientos más convencionales y yo trabajaba en mantener unido el consenso nacional sobre política exterior. Nuestras vagas charlas se volvieron más reflexivas desde que se detuvo el sistema de grabación y, curiosamente, menos ansiosas y frenéticas; cuando lo peor ya había pasado, sólo quedaban los principios.

Yo había buscado crecientemente el apoyo de los dos partidos del Congreso. Mientras

esto no fue posible en algunos puntos neurálgicos como la emigración judía e indochina desde la Unión Soviética, hubo mayor unidad en la política exterior que en ninguna otra área. Era como si los líderes del Congreso también estuvieran horrorizados por la onda de conmoción que arrastraba al país, amenazando con sumergir a justos e injustos.

Manteniendo unida la política exterior se tranquilizaba la conciencia de algunos de los más implacables adversarios de Nixon. Pero no había elección. Y en el análisis final, el destino de Nixon fue determinado una vez que el personal de la Casa Blanca empezó a debilitarse y se volvió sobre él. Desde este punto, el deber de la Nación era preservar la seguridad y la credibilidad creando una fachada de unidad y plenitud de propósitos. El borde de un precipicio sólo deja contemplar un imperativo: obtener un margen de maniobras.

Así recaía parte en mí y parte en Haig y en el personal de ambos, sostener a nuestro vulnerado presidente, cuya fortaleza movía a respeto y cuyo sufrimiento evocaba una curiosa calidez. Porque el peor castigo que pesaba sobre Nixon era que, en un análisis final, todo lo había hecho para sí mismo. Y en última instancia, él actuó con elevados propósitos en el campo de la política internacional; parecía conducido por la conciencia de que, aun si su presidencia no podía salvarse, la Nación debía ser salvada.

Capítulo V

EL AÑO DE EUROPA

ORIGENES

Al igual que la Casa Blanca, el Palacio del Elíseo constituye la residencia y el despacho del presidente de Francia. Se ingresa al mismo por una puerta majestuosa que da a la angosta y bulliciosa Rue de Faubourg-Saint Honoré, y luego a través de un patio de grava que realza la simple y elegante fachada del edificio. En el interior, y al final de una amplia escalinata, hay una sala de espera. Aun cuando la habitación del presidente no es grande si se la compara con las de otros jefes de Estado de los principales países, está exquisitamente decorada con tapicerías y muebles provenzales franceses. Da a un tranquilo jardín, más allá del cual se vislumbran las copas de los árboles que bordean los Champs-Élysées. Es un refugio bucólico en medio de la inmensa y ruidosa ciudad.

La serenidad de la vista hacía juego con la personalidad del hombre alto y macizo y con tupidas cejas que se sentó detrás de la ornamentada mesa utilizada como escritorio. Georges Pompidou, al que visité a comienzos de diciembre de 1972, era formidable. Antes de suceder en el cargo al presidente Charles de Gaulle en 1969 había sido el primer ministro del gran general durante seis años. En 1968 fue repentinamente separado del puesto al término de la rebelión estudiantil que se adueñó de extensos sectores de París. Constituye un notable logro de Pompidou el haber retornado del olvido casi total en un momento en que De Gaulle todavía vivía, y el haber conservado su dominio sobre la mayoría gaullista aún después de haber cambiado el estilo, pero no la sustancia, de la política exterior de Francia.

Cuando De Gaulle renunció al gobierno en abril de 1969, escribí a Nixon indicándole que la presidencia de Francia era más frágil de lo que parecía. Su poder dependía del control presidencial de la mayoría parlamentaria, control que era difícil mantener en forma indefinida dado que las elecciones para la Asamblea Nacional tenían un calendario diferente del de las presidenciales. Si una elección parlamentaria producía una mayoría que no respondía al partido del presidente, o que no era controlada por él, dicha mayoría podría designar su propio primer ministro hacia el cual habría de inclinarse la balanza del poder. La tendencia tradicional de la política francesa de posguerra —la inestabilidad parlamentaria— podría entonces resurgir. De Gaulle había tratado de cerrar la puerta del pasado de Francia. Pero la puerta carecía de llave.

Mi análisis era teóricamente correcto, pero resultó sin duda prematuro. Todos los parlamentos franceses desde De Gaulle han sido controlados por el presidente. Pompidou, en su momento, dominó la vida política francesa casi como De Gaulle lo había hecho y, aun cuando su estilo fue menos majestuoso, no por ello gobernó con menor autoridad. Dotado de una inteligencia escéptica y penetrante, que nunca descendía al cinismo, cubrió con astucia y agudeza analítica su carencia de experiencia internacional. Había

sido profesor y banquero y conocía tan bien el mundo de las letras como el de los negocios. Aun cuando estaba libre de todos los prejuicios antinorteamericanos de su antecesor (alentados también por algunos de los altos funcionarios del Quai d'Orsay, el ministerio de Relaciones Exteriores francés), compartía la presunción de los intelectuales franceses de que en el fondo los EE.UU. eran demasiado ingenuos, torpes e inestables como para confiarles el destino de Europa. Pero, por otro lado, era suficientemente realista como para comprender que los EE.UU. resultaban demasiado poderosos para ser ignorados, y que Francia era demasiado débil para actuar por sí sola.

Pompidou se sintió profundamente ofendido cuando manifestantes que protestaban contra la venta de armas francesas a Libia lo abuchearon a él y a su esposa en Chicago durante su visita a los EE.UU., a comienzos de 1970. Aun cuando el episodio no alteró el estilo cortés y conciliatorio de la diplomacia, generó en él una cierta reserva y aun resentimiento, que jamás se dispó completamente y que afloró con vehemencia durante su último y atormentado año de vida, cuando su capacidad de autocontrol se vio exigida al máximo por un cáncer a los huesos cuyos estragos logró ocultar a todos menos a sus más íntimos. Lo consideré un líder sumamente sagaz y de elevadas miras, un hombre que a pesar de sus dudas acerca de la capacidad de EE.UU. para conducir los asuntos internacionales, trabajó siguiendo sus principios para fortalecer los valores, el poder y la resolución de las democracias.

Durante la primera presidencia de Nixon, las relaciones entre EE.UU. y Francia florecieron. Nixon y Pompidou tenían el mismo enfoque no sentimental acerca de la importancia de la balanza de poder, y compartían un juicio escéptico sobre las motivaciones soviéticas. Pompidou recelaba del potencial nacionalismo alemán, y Nixon desconfiaba de Willy Brandt. Operativamente, las actitudes de ambos concordaban. Pompidou apreció el hidalgo gesto de Nixon de anunciar inmediatamente su participación en el funeral de De Gaulle, sentando así un nivel de protocolo que todos los demás países debían emular; y estimó también la inesperada aparición del presidente norteamericano en la cena en honor de Pompidou en Nueva York en marzo de 1970 para mostrar su desaprobación por las manifestaciones contra el estadista francés. Nixon estaba agradecido hacia Pompidou por su ayuda discreta y práctica para concertar mis conversaciones secretas con los norvietnamitas en París. Nixon respetaba el enfoque de Pompidou de los asuntos internacionales. Había admirado a De Gaulle, y tuvo muy pocas dificultades con el tinte gaullista de la política de Pompidou: consideraba que una Francia fuerte, aun cuando ocasionalmente causara problemas, representaba una ventaja extraordinaria para Occidente.

El 8 de diciembre de 1972 llamé a Pompidou mientras me encontraba en París empeñado en la fase final de las negociaciones con los norvietnamitas. Le informé aún más detalladamente que a los departamentos de nuestro propio Gabinete, procedimiento que, en retrospectiva, aun yo mismo considero sorprendente. Pero él jamás traicionó nuestra confianza o pretendió ningún favor especial por su ayuda en hacer posible mis viajes a París. Me hablaba en francés, que yo creía entender. Y yo le replicaba en inglés, que era traducido a Pompidou por el brillante intérprete Constantin Andronikov, cuya pronunciación inglesa era indudablemente mejor que la mía.

Ese momento fue uno de los más deprimentes de las negociaciones de Vietnam y ciertamente de mi vida pública hasta esa fecha. Le Duc Tho se empacó como una mula después de que nos habíamos acercado trabajosamente a un arreglo en octubre. Parecía estar apostando a que si se mantenía firme durante el tiempo suficiente, las presiones domésticas en EE.UU. nos obligarían a abandonar al gobierno de Saigón y a entregar a Hanoi la victoria total.

Pompidou escuchó mi relato con su característica cortesía, antes de comentar apaciblemente: *Esos son detalles. Yo estimo que usted está condenado a triunfar.* Pompidou

había tocado el fondo de la cuestión. Ambos bandos estábamos demasiado comprometidos en concertar un arreglo como para dar marcha atrás; de una u otra forma la guerra habría de terminar pronto, y nuestra enloquecedora frustración no era, de hecho, más que el espasmo final de una década de lucha. Y para subrayar su confianza en su juicio, Pompidou me hizo otra pregunta, quizá por curiosidad, o tal vez para alentarme: *Y después, ¿cuál será el centro de gravedad de su política?* Era curiosamente reconfortante, aun calmante, el que se me preguntara acerca de un futuro ya no dominado por la pesadilla de Indochina, el ser invitado en medio de una amarga disputa a especular acerca de un mundo con fines constructivos.

Le expresé que, tras el fin de la guerra, nos proponíamos dar un mayor énfasis a nuestras relaciones atlánticas. Europa y EE.UU. no habían hecho ningún esfuerzo serio en dos décadas para programar sus más amplios objetivos comunes. Una reunión cumbre adecuadamente preparada de los líderes de la Comunidad Atlántica podría lograrlo. Pompidou se mostró decididamente alentador.

Algunos días más tarde demostró que su actitud no había sido meramente de cortesía o un intento para levantar mi ánimo desfalleciente; dio el paso inusual de respaldar públicamente con su autoridad un nuevo diálogo atlántico. En una entrevista con el columnista James Reston del *New York Times*, Pompidou declaró que en el nuevo año de 1973 consideraba favorable realizar consultas *al más alto nivel* para clarificar las relaciones económicas, y sobre todo políticas, entre las democracias. Esperaba sostener discusiones con sus colegas de ambas orillas del Atlántico para definir los objetivos compartidos de los EE.UU., la Comunidad Europea y Japón, en la nueva era. Los asuntos monetarios y comerciales eran secundarios frente a estas más importantes cuestiones políticas y filosóficas, que habían sido descuidadas en los últimos años (1). Fue un comentario visionario. A la luz de las controversias entre Francia y los Estados Unidos que posteriormente generó el infortunado Año de Europa, resulta realmente irónico el hecho de que éste haya nacido en el despacho del presidente de la República Francesa.

LAS RELACIONES ATLANTICAS DETERIORADAS

El hecho de que las relaciones atlánticas necesitaban un remozado enfoque, no constituía a comienzos de 1973 ninguna novedad. Porque las condiciones habían sufrido cambios dramáticos en muchos frentes. El 1º de enero de 1973, tres nuevos miembros fueron admitidos en la Comunidad Económica Europea: Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca, y se unieron a los seis que la habían fundado en 1958 (Francia, Alemania Occidental, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo). Y la nueva Europa de los Nueve estaba ahora comprometida en avanzar hacia la unificación no sólo económica sino también política. Esta expansión y fortalecimiento de la unidad de Europa marcó el fin de la preeminencia de los EE.UU. en Occidente que había caracterizado al período que se inició en 1945. Con la excepción de las dos superpotencias, la fuerza económica y militar de Europa era ahora superior a la de cualquier otra región del mundo. Y con la unidad habría de afirmar su propia identidad. Nosotros, por nuestro lado, espiritualmente liberados del trauma de Vietnam, esperábamos que Europa colaborase en la regeneración de nuestros objetivos; se trataba, después de todo, de aquella parte del mundo libre con la cual más teníamos en común en lo referente a historia, cultura y valores morales.

Pero yo no estaba tan convencido como otros de que esto se lograría fácilmente. Durante toda una generación, eminentes norteamericanos de los dos partidos políticos habían dado por sentado que una Europa unida habría de aliviar nuestras cargas económicas globales y continuaría siguiendo nuestra conducción política. Pero sólo tenían en mente a la Europa impotente de fines de la década de '40, dependiente totalmente de EE.UU. en lo que respecta a apoyo económico y seguridad militar. Habían olvidado a la

Europa que inventó el concepto de soberanía y a través de los siglos moldeó la filosofía del nacionalismo, y cuya resistencia a subordinar los intereses de cada país a fines más elevados había sido la causa principal de las dos catastróficas guerras mundiales de este siglo.

Aun cuando mucho había cambiado desde 1945, siempre dudé que Europa se uniese a fin de compartir *nuestras* cargas, o que se contentaría con un rol subordinado una vez que tuviera los medios para implementar sus propios enfoques. El principal incentivo para que Europa asumiese un papel cooperativo más amplio en los asuntos de Occidente sería el de cumplir con sus propios objetivos. Estos, sin duda, podían ser armonizados con los fines de EE.UU., ya que en la mayoría de los casos los intereses de Europa y los nuestros corren paralelos. Pero sería una relación diferente a la *era dorada* del Plan Marshall, que había encajado tan bien con la inclinación norteamericana a hacerse cargo de los problemas y resolverlos con una avalancha de recursos. Después del fortalecimiento económico y la unificación política de Europa, la cooperación atlántica no podía consistir en una empresa norteamericana en la cual las consultas se limitaran a elaborar planes propios. Un enfoque común debía ser alcanzado entre potencias igualmente soberanas. Esto era fácil de declarar como una proposición teórica, pero requería paciencia, costosos ajustes y sensibilidad en ambas orillas del Atlántico.

Charles de Gaulle fue el primero en identificar la contradicción potencial de la posición de EE.UU., con nuestra promoción de la integración europea y nuestra simultánea nostalgia de una continuada conducción norteamericana. Sin duda, De Gaulle expresó este hecho de la forma más hiriente posible para nosotros. Señaló así que Europa no sólo debía ser *libre* para perseguir sus propios intereses, sino también que esos intereses habrían con toda probabilidad de divergir de los nuestros, y, ciertamente, que la identidad de Europa se derivaba en proporción importante de esa medida. Resultó, por lo tanto, escasamente sorprendente que los debates de los gobiernos de Kennedy y Johnson con De Gaulle acerca de la naturaleza de la unidad europea y de la cooperación para la defensa culminasen en una amarga confrontación. En 1963 De Gaulle vetó la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común argumentando que dicha nación no era otra cosa que un *Caballo de Troya* de los EE.UU. En 1966 retiró a Francia del comando integrado de defensa de la NATO y obligó al cuartel general de dicha organización a abandonar París. Ese acto lastimó a Lyndon Johnson a tal punto que inquirió indignado si no debíamos retirar también nuestros cementerios.

Pompidou expuso la posición europea con mayor tacto. Era más receptivo a la unidad de Europa que De Gaulle, y menos insistente que éste en el argumento de que Europa sólo podía ser una agrupación libre de estados nacionales. Pero estaba tan convencido como el general de que Europa necesitaba jugar su propio rol en los asuntos internacionales. El 19 de octubre de 1972, antes de la histórica conferencia cumbre de la Comunidad Europea que resolvió continuar avanzando hacia la total unidad política, Pompidou explicó su actitud hacia los Estados Unidos en términos que eran a la vez de cooperación y desafío:

Nuestros lazos con este gran país, la potencia económica más grande del mundo, con el cual ocho de nuestras naciones están unidas en la Alianza Atlántica, son tan estrechos que sería absurdo concebir una Europa construida en oposición al mismo. Pero la misma solidez de estos lazos exige que Europa afirme su personalidad individual con respecto a los Estados Unidos. Europa occidental, liberada gracias a la contribución esencial de los soldados norteamericanos, reconstruida con la ayuda norteamericana, que ha buscado su seguridad en la alianza con los Estados Unidos, y que ha aceptado la moneda norteamericana como el principal elemento de sus reservas financieras, no debe y no puede cortar estos lazos con los

Estados Unidos. Pero tampoco debe abstenerse de afirmar su existencia como una nueva realidad.

El gobierno de Nixon no tuvo ninguna dificultad con el concepto de que Europa debía ser libre para conducir su propia política. Concordamos con la evaluación de Pompidou de que en lo fundamental nuestros intereses correrían paralelos. Sin embargo, durante muchos años no se había realizado ningún intento de definir lo que era fundamental. Ni tampoco ningún líder norteamericano se había visto obligado a vivir con la realidad de una Europa resolutive. De Gaulle había sido considerado una aberración antes que un augurio. Ninguna de las dos orillas del Atlántico se ocupó de examinar seriamente las cuestiones que determinarían el futuro de Occidente: ¿Cuánta unidad necesitábamos? ¿Cuánta diversidad podíamos soportar?

Los problemas que debían enfrentar juntos Europa y EE.UU. no se reducían a una simple cuestión de ajustar los procedimientos de toma de decisiones en la Alianza, sino a desafíos substanciales que reflejaban los grandes cambios acaecidos en la situación del mundo desde la década del '40, cuando la Alianza se formó. Un problema crucial era el de la defensa de Europa.

A fines de los años 40 y durante la década del '50, los Estados Unidos disfrutaron de una superioridad nuclear abrumadora sobre la Unión Soviética. La defensa de Europa descansaba, por lo tanto, esencialmente en la amenaza de la réplica nuclear norteamericana. La llamada doctrina de la réplica masiva del gobierno de Eisenhower no había sido elaborada en términos operativos precisos; en la práctica significaba que si Europa era atacada nosotros descargaríamos nuestras armas estratégicas nucleares sobre la Unión Soviética. Mientras las fuerzas estratégicas soviéticas fueron reducidas y vulnerables y, por lo tanto, en la medida en que la *victoria* podía tener algún significado militar en una guerra nuclear generalizada, la conducción militar de la NATO pudo darse el lujo de no tomar en cuenta la amenaza a largo plazo del predominio armado convencional y la proximidad geográfica de la Unión Soviética. Lo que preocupaba a nuestros aliados no era la estrategia acordada sino la posibilidad de que no estuviéramos dispuestos a emplearla. Su propia historia les proveía razones para esa desconfianza, ya que el dejar a aliados en la estacada constituía un hecho no exactamente desconocido en el pasado reciente de Europa. La solución europea era alentar la presencia de un amplio contingente de tropas norteamericanas en Europa, aun cuando la estrategia acordada consistía en descargar la réplica nuclear desde EE.UU. El objetivo era tan simple como imposible de declarar: un ataque soviético que se desencadenase sobre las fuerzas norteamericanas al igual que sobre las tropas de la Alianza nos obligaría a recurrir casi automáticamente a una réplica nuclear.

Dado que era políticamente inconcebible que los EE.UU. estacionasen fuerzas en ultramar sin algún tipo de contribución europea, cada uno de nuestros aliados emplazó unidades terrestres en el Frente Central. Pero el resultado fue una mezcolanza de ejércitos nacionales acantonados en sectores que se remontaban a la época de la ocupación, sin armas estandarizadas ni ritmos coordinados de consumo de abastecimientos. Esto no era fundamentalmente un síntoma de eficiencia, sino el reflejo de realidades psicológicas. Los ejércitos europeos no estaban organizados para ganar una guerra en Europa ni se esperaba que lo hicieran. Habían sido concebidos como una simple *línea de alarma* o *umbral nuclear*, eufemismos destinados a calificar su verdadera misión de privar a los EE.UU. de la posibilidad de alternativa en el lanzamiento de la réplica nuclear.

La superioridad nuclear norteamericana sobre la cual estaba basada esta estrategia comenzó a cambiar a fines de la década del '50, cuando la Unión Soviética construyó misiles balísticos intercontinentales (ICBM - Intercontinental Ballistic Missiles). Durante algunos años el avance soviético fue lento y sus misiles continuaron siendo vulnerables.

Pero la crisis de los cohetes de Cuba de 1962 hizo pagar a la URSS el precio de la derrota por su inferioridad estratégica, y comenzaron entonces un acelerado programa para remediarla. Para 1971 los soviéticos nos habían alcanzado en el total numérico. Pero en lugar de detenerse cuando obtuvieron esa paridad con nosotros, como lo esperaba el gobierno de Johnson, continuaron su expansión y nos superaron en número de misiles (aun al retener nosotros una amplia ventaja en lo que respecta a bombarderos). Cuando su arsenal fue numéricamente congelado por el primer acuerdo SALT en mayo de 1973, se entregaron con todo ímpetu a lograr mejores cualitativas.

Así, para 1973 la estrategia de la NATO dependiente de la superioridad nuclear norteamericana, necesitaba urgentemente ser revisada. Por un tiempo, quizás a lo largo de la década, los EE.UU. retendrían una neta ventaja en el número de cabezas explosivas nucleares porque nos encontrábamos por lo menos cinco años adelantados a los soviéticos en el arte de los vehículos de reingreso múltiples independientemente orientables al blanco (MIRV - Multiple Independently Targetable Reentry Vehicles). Pero eso sólo retardaba la hora de la verdad, no la evitaba. La Alianza Atlántica enfrentaba la urgente necesidad de rehacer su doctrina militar; las promesas de réplica nuclear dadas originalmente por los EE.UU. en los días favorables de las décadas del '50 y '60 comenzarían a perder su credibilidad. Se aproximaba una paridad estratégica, la ventaja histórica de los soviéticos en fuerzas de tierra en Europa se tornaría ominosa, especialmente a la luz del inexorable crecimiento del poder soviético en todas las categorías de armas (incluyendo, por primera vez, una marina capaz de una intervención global).

Pero el análisis serio y la respuesta efectiva se vieron impedidos durante demasiado tiempo en los EE.UU. por las pasiones que desató la guerra de Vietnam. Las nuevas armas esenciales fueron tildadas de inútiles y peligrosas, y resultado de la inconsciente manía del complejo militar-industrial. El *slogan* del día fue *Reordenar las prioridades nacionales*; y sirvió como eufemismo para reducir el presupuesto de defensa. Tuvimos suerte en salvar el despliegue de nuestras tropas en Europa del hacha del Congreso; en 1971 logramos a duras penas frustrar la enmienda Mansfield, que habría requerido la retirada de allí de la mitad de nuestras fuerzas (2). Muchos que años más tarde acusaron de demasiado *blando* al gobierno de Nixon, no podían ser hallados en ninguna parte cuando dicha administración estaba librando estas batallas — o se encontraban en el bando opuesto. El daño fue mayor de lo que indican las estadísticas. Pagamos un precio muy grande en lo que respecta a ideas y programas que jamás se presentaron por la certeza acerca de la hostilidad del Congreso y los medios de comunicación. Las fuerzas adecuadas para la defensa local fueron castigadas de manera especialmente dura porque se oponían a la obsesión de reducir nuestro compromiso exterior.

Europa estaba aún menos dispuesta a enfrentar la cambiada realidad del mundo. Muchos de nuestros aliados continuaron encarando sus propias capacidades militares como un mero pago simbólico por el compromiso norteamericano en Europa; y se abstuvieron de desarrollar una opción realista para la defensa local. Temían la devastación de sus territorios, y se negaban a abandonar el refugio familiar de nuestra garantía nuclear aun cuando sus premisas estaban siendo erosionadas por la tecnología. Se mostraban tan reacios a encarar las implicancias a la amenazante paridad estratégica como nosotros a plantearlas. Y recurrieron a la vieja artimaña de responder en forma mínima a nuestros requerimientos de un mayor esfuerzo sin cambiar, de hecho, la filosofía básica. La Alianza continuó en pie, como se dijo alguna vez de la Comunidad Británica, sostenida por indulgencia colectiva más elevada.

Tensiones similares existían en las relaciones económicas, donde, en contraste con la quizás demasiado elaborada maquinaria de coordinación de la NATO, no existía ningún tipo de mecanismos consultivos. A medida que creció el poder económico de la Comunidad Europea, su competencia con los Estados Unidos se intensificó, y su rasgo distintivo,

la existencia de una tarifa protectora común, comenzó a afectar a los productos norteamericanos. Esto no debió constituir una sorpresa. Por un lado, la Europa revivificada absorbía una mayor cantidad de nuestros productos, pero la principal ventaja que el Mercado Común ofrecía a sus miembros era que sus acuerdos favorecían a la industria interna frente a la exterior. Sin embargo, constituyó casi un *shock* para los norteamericanos el encontrarse empeñados en una seria rivalidad económica con los países que habían sostenido en el periodo de posguerra.

El impacto de la nueva energía de la Comunidad Europea era diariamente expuesto en el despacho presidencial por nuestros departamentos económicos. Existía la queja de que las naciones europeas mantenían acuerdos comerciales preferenciales con sus antiguas colonias, restringiendo nuestro acceso a esos mercados. Y una red creciente de lazos especiales unía a la Comunidad Europea con otras naciones de Europa y del litoral del Mediterráneo. La política agrícola común de la Comunidad suscitaba continuas controversias. Los europeos, a su vez, no veían con buenos ojos las tácticas tajantes con las cuales habíamos procedido a reformar el sistema económico internacional en 1971. Había muchas quejas que señalaban que por abandonar el patrón oro modificado estábamos exportando nuestra inflación y perjudicando a nuestros aliados a raíz de nuestra resistencia a disciplinarnos internamente.

A comienzos de la década de 1970, el sistema financiero y comercial liberal sobre el cual Occidente había construido dos décadas de prosperidad, estaba amenazado por devaluaciones competitivas, crisis monetarias y rivalidades proteccionistas. Y por encima de estas tensiones inmediatas, muy poco se había hecho para elaborar una política común hacia los países en desarrollo y los mercados internacionales de materias primas, entre las cuales el petróleo era el *talón de Aquiles* de Occidente. Como Pompidou le señaló a Reston en esa charla previsor de diciembre, una solución no podía ser encontrada a nivel técnico; exigía algunas decisiones políticas que subordinasen las disputas al imperativo superior de nuestra unidad política y moral.

La ausencia de un acuerdo en los objetivos políticos se hizo patente a través de la reacción europea a nuestras mejoradas relaciones con la Unión Soviética. No carecía de ironía este hecho, ya que todas nuestras políticas de *détente* habían inicialmente respondido a los deseos y aun presiones de los europeos. Desde el momento en que Nicaragua asumió el mando, fue tratado por nuestros aliados como un confirmado paladín de la Guerra Fría, cuyos belicosos instintos debían ser amainados por la sabiduría europea. Los líderes de Europa Occidental se presentaron a sus pueblos como mediadores entre la intransigencia norteamericana y la agresividad soviética. Las visitas a Moscú de Macmillan, Wilson, De Gaulle y Brandt, y la firma de declaraciones en favor de la *détente*, se convirtieron en un lugar común de la diplomacia europea. Ninguna reunión con un estadista de Europa Occidental durante los primeros dos años de la presidencia de Nixon era completa sin las sutiles insinuaciones (o, si era necesario, disquisiciones formales) que se nos formulaban acerca de la urgencia de relajar las tensiones.

Hasta que, por último, aceptamos su consejo y nuestra propia política de *détente* comenzó a arrojar frutos en 1972. Teníamos muchos motivos para perseguirla, entre otros la necesidad de separar a la Unión Soviética de su aliado norvietnamita y ganar espacio de maniobra en nuestro frente interno para desarrollar una firme política exterior superando las presiones neoaislacionistas y contrarias al fortalecimiento de nuestras defensas del Congreso y los medios de comunicación. Pero teníamos otro motivo adicional relacionado con las tendencias de la Alianza Atlántica. No queríamos que la NATO fuese considerada como un obstáculo para la coexistencia pacífica. Tratamos de desalentar las iniciativas unilaterales de los europeos ante Moscú, demostrándoles que en cualquier competencia para lograr las mejores relaciones con los soviéticos nosotros teníamos las cartas ganadoras. La táctica dio resultado: las presiones europeas para obtener conce-

siones disminuyeron en proporción directa al desarrollo de nuestra opción ante Moscú. La Alianza dejó de ser controvertida en casi todos los países de Europa Occidental. Pero lo irónico fue que cuando las relaciones de EE.UU. con la URSS mejoraron, algunos de los estadistas que habían reclamado esa conciliación comenzaron a ver en ella el preámbulo del largamente temido condominio soviético-norteamericano, la pesadilla de De Gaulle de una *súper-Yalta* proyectándose sobre el mundo.

A pesar de que consideramos a estas sospechas europeas injustificadas y en ciertos casos irritantes, dichos temores constituían un signo adicional de que las naciones atlánticas habían perdido un sentido común de dirección. Ciertamente, la razón de nuestro apasionado compromiso con la nueva iniciativa descansaba en gran medida en consideraciones psicológicas y morales. Las democracias, estábamos convencidos, no podían continuar dedicadas meramente a administrar su patrimonio. Habían avanzado hasta el punto en que se encontraban a través de sucesivos actos de fe que les permitieron superar las vicisitudes de la historia. Toda una nueva generación había surgido que no conocía ninguno de los peligros de la década del '40 que produjeron la Alianza, ni la visión del hombre que moldeó sus instituciones políticas. En los EE.UU. su experiencia formativa se reducía a los amargos debates de la década del '60 sobre Vietnam. En Europa se limitaba al hastío del Estado benefactor. Mucho tiempo había pasado ya desde que el idealismo y la autoconfianza que constituían la tradición occidental habían encontrado la oportunidad de expresarse en grandes empresas positivas. Cada gran logro había sido un sueño antes de convertirse en realidad. Y pensamos que estábamos reviviendo esa tradición idealista de las democracias cuando lanzamos el Año de Europa. No sabíamos lo que nos aguardaba.

LA FASE EXPLORATORIA

El año se inició con una nota algo amarga. Todos nuestros aliados europeos, con la honorable excepción del primer ministro británico Edward Heath, se marginaron en distintos grados del último y doloroso episodio de la guerra de Vietnam: los bombardeos de Navidad. La mayoría de los medios de difusión europeos aceptaron como cierto el embuste entonces de moda de que nos habíamos empeñado en el exterminio en masa de la población civil. Muchos líderes europeos efectuaron al respecto comentarios que fueron no menos ofensivos en su fraseología.

Nixon se enfureció. Como apasionado creyente de la Alianza Atlántica —en 1947 había sido uno de los miembros de la Comisión Herter que estudió la reconstrucción europea en la Cámara de Representantes, y sentó las bases del Plan Marshall— él simplemente no podía comprender cómo nuestros aliados podían darnos la espalda en un momento tan importante y sensible. Cerca de un mes después de la conclusión de los bombardeos y una semana más tarde de concertado el Acuerdo de París, el 1º de febrero de 1973, Nixon le dijo a Heath: *Lo que usted hizo, no pasó inadvertido, y lo que otros hicieron, tampoco pasó inadvertido. Resulta difícil comprender la actitud de aliados que nos dan la espalda.* El 15 de febrero Nixon hizo el mismo comentario al general Andrew Woodpaster, el supremo comandante aliado en Europa. La amargura de Nixon no le impidió continuar con su apoyo a la nueva iniciativa en las relaciones atlánticas. Así, cuando los fotógrafos estaban todavía en el despacho de Woodpaster, Nixon repitió ante ellos su decisión de convertir a 1973 en el Año de Europa.

Había un hombre a quien no arredraban los obstáculos, impaciente con los cálculos mezquinos, invulnerable a las tensiones latentes: era Jean Monnet, el padre de la Comunidad Europea. En medio del caos de la posguerra había vislumbrado que la Europa tradicional de las naciones-estados estaba terminada, y que el Continente, para recuperarse de los estragos de la guerra, necesitaba la luz orientadora de una gran idea: la

unidad europea. Monnet era un notable estadista, aun cuando irónicamente no tenía ningún Estado al cual representar. Los grandes logros históricos a menudo surgen de simples conceptos, porque una empresa que requiere el apoyo de multitudes raramente florece en la complejidad. La contribución de Monnet a la unidad de Europa fueron dos proposiciones de una aparente gran simplicidad: primero, los distintos Estados europeos, encapsulados en sus celosas soberanías, no se arriesgarían, sin ser empujados, a realizar el salto hacia el futuro implícito en la noción de la unidad europea. Segundo, los Estados Unidos podrían muy bien ser los encargados de proporcionar ese impulso, si es que no temían que una Europa unida se volviese contra ellos.

Lo más extraordinario fue la idea de Monnet de empujar a los gobiernos por medio de un grupo no gubernamental. En 1955 creó así el Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa. Con certera intuición reunió a un conjunto de distinguidas personalidades que podían ejercer influencia al margen de los partidos que gobernaban en sus respectivos países. Esto, empero, no habría bastado para llevar los esfuerzos de Monnet mucho más allá de los logros alcanzados por los innumerables grupos internacionales de estudio dedicados a causas loables. Lo que dio ímpetu al Comité y confirió a Monnet poder real fue su acceso sin precedentes a las principales personalidades dirigentes de los EE.UU., y su habilidad para influir sobre ellas y, ciertamente, cautivarlas. Monnet había elegido a EE.UU. como el *deus ex machina* que habría de impulsar a Europa hacia la unidad. La elección reflejó una astuta evaluación de la psicología norteamericana, porque su programa respondía a todos los preconceptos norteamericanos: la obsolescencia de la nación-estado tradicional, el enfoque pragmático de los problemas, la importancia del bienestar económico en la promoción de la estabilidad política, y la necesidad de que una Europa unida compartiera las cargas que soportaban los EE.UU. El hombre que conquistó esta influencia no parecía el candidato adecuado para tal eminencia. Era un francés típico, de baja estatura, algo pedante en sus modales —sólo sus ojos brillantes revelaban el fuego interior—, y podía pasar inadvertido en un grupo numeroso. Era la corporización de una de sus máximas: *Todos son ambiciosos. La cuestión es si uno ambiciona ser o ambiciona hacer.* Monnet, sin duda, tenía la ambición de hacer. No tenía tolerancia alguna con la retórica pretenciosa. No buscaba gloria para él. Su impacto era el resultado de la dedicación anónima. Monnet fue uno de esos rarísimos profetas que llevan tranquilidad a los pueblos; un insólito revolucionario que alteró el orden existente sin ganarse la oposición de quienes dirigían sus instituciones.

En el proceso apenas si se advirtió que sus premisas no diferían mucho de aquellas que sostenía otro eminente francés, Charles De Gaulle. Como él, Monnet creía que Europa necesitaba ser fuerte para tener influencia; que la cooperación sólo tenía sentido cuando existía la capacidad para la acción independiente. Pero a diferencia de él, Monnet subrayaba que una Europa unida podía colaborar con nosotros en lugar de desafiarnos. Pero ésta era una distinción insubstancial, ya que ni Monnet ni De Gaulle podían realmente estar seguros acerca de la forma en que Europa utilizaría el poder que obtendría de la unidad. Monnet no rechazaba la resolución de De Gaulle de perseguir los intereses conflictivos; De Gaulle no se oponía a la cooperación allí donde los intereses coincidían, y prueba de ello fue su firme apoyo durante las crisis de Berlín en los años '50 y en la crisis de los cohetes de Cuba en 1962.

A menudo imaginé cómo habría sido una conversación entre Monnet y De Gaulle. *Necio* —decía mi imaginario Monnet—. *¿No ve que alarma a EE.UU. sin ningún beneficio? Usted trata de arrancarles lo que yo puedo obtener que me concedan voluntariamente. Sólo la historia decidirá lo que realmente haremos con nuestra fuerza y unidad.*

Usted es un soñador —replicaba mi hipotético De Gaulle—. *¿No comprende que algunas posesiones carecen de todo significado, si se reciben como un regalo? Sólo podremos usarlas si nos apoderamos de ellas.*

Es muy posible que ambos hayan tenido razón. No habría existido unidad europea sin Monnet, ni tampoco identidad europea sin De Gaulle. Y aquí se plantea la máxima paradoja: correspondió al país más nacionalista de Europa realizar la principal contribución individual al surgimiento de la Comunidad Europea.

En enero de 1973 vi a Monnet, que entonces era un anciano de 84 años, en otra de mis visitas a París para concretar el acuerdo de Vietnam. A Monnet siempre le gustaba verificar si sus amigos y discípulos eran fieles a sus niveles de vida increíblemente elevados. Si no lo eran, el eterno destello de sus ojos azules cedía lugar a una mirada acerada. Si detectaba algún debilitamiento en los esfuerzos, movilizaba su ejército de poderosos amigos, especialmente en los Estados Unidos, contingencia que ningún funcionario podía enfrentar con tranquilidad.

En este caso no hubo necesidad de presión. Estaba convencido de que su enfoque sería bueno para, por lo menos, un acto más de creatividad; y yo escuché con entusiasmo su idea. Monnet pensaba que era imperativo enlazar a los Estados Unidos y Europa en un sistema más coherente tanto en el campo económico como en el de la seguridad; y eso era precisamente lo que nosotros nos proponíamos lograr con el Año de Europa. Urgió que Nixon visitase Europa, concurriese a una reunión con el Consejo de Ministros de la Comunidad Europea, y apoyase una declaración colectiva de fines y objetivos comunes. Los EE.UU. debían comenzar a tratar a Europa como a una unidad política aun cuando no hubiese articulado totalmente sus instituciones. En otras palabras, los Estados Unidos debían completar el proceso de la unificación europea que ellos habían comenzado con el Plan Marshall, estuvieran o no los europeos preparados totalmente para ello.

Nixon se mostró receptivo cuando le informé el enfoque de Monnet, pero se resistió a la proposición de que nosotros empezásemos a tratar a Europa como unidad inmediatamente. En la parte del informe donde le relaté la sugestión de Monnet de que impusiésemos nuestros esfuerzos a la Comunidad, Nixon anotó al margen: *K (1) ¿esto es posible? (2) ¿sirve a nuestros intereses?* Por último, y al igual que sus predecesores, Nixon no pudo escapar a la implacable lógica de Monnet. Pero aún cuando la visión de Monnet retenía su fuerza intelectual, su influencia dependía de la existencia de norteamericanos dispuestos a insistir en su enfoque de las instituciones europeas, y en la de líderes europeos para quienes las relaciones atlánticas constituyesen la máxima prioridad. Ambos, sin embargo, escaseaban en 1973. Nixon y yo apoyábamos a la Comunidad Europea, pero pensábamos que debía surgir de las decisiones europeas y no de la presión norteamericana; éramos esencialmente agnósticos acerca de cuándo y cómo debía producirse la cohesión política, siempre y cuando no buscarse su identidad oponiéndose a nosotros. Y, no obstante, ése era precisamente el concepto de unidad europea que estaba ganando terreno. Los líderes europeos más dedicados a lograr la unidad habían comenzado a percibir la existencia de un conflicto entre la unidad atlántica y la identidad europea. La unidad europea estaba absorbiendo más de sus energías y dedicación que la elaboración de las instituciones atlánticas, a las que habían llegado a establecer como un hecho consumado. Algunos líderes, de hecho, consideraban al nuevo énfasis en la cohesión atlántica como una divergencia de su tarea prioritaria de construir una Europa unida; en oposición a Monnet, ellos no pensaban que seríamos capaces de unificar las dos empresas.

Estas tendencias prácticamente estaban personificadas en Edward Heath, el primer ministro británico y el primer líder europeo con quien Nixon discutió el Año de Europa. Que hubiésemos elegido a Gran Bretaña para realizar las primeras consultas, era algo natural; ya que esto respondía a la esencia de la aún llamada *relación especial*. Durante generaciones sucesivos gobiernos habían sincronizado sus movimientos con Londres, especialmente en lo que respecta a la Alianza Atlántica. Los británicos habían luchado empeñosamente para preservar esta situación. Su forma de retener el *status* de gran

potencia era ser una parte tan integral de la toma de decisiones norteamericanas, que la idea de no consultarlos parecía una violación del orden natural de las cosas. Tan capaces y seguros de sí mismos resultaban nuestros colegas británicos que se las arreglaban para causarnos la impresión de que eran ellos quienes nos concedían un privilegio al comparir con nosotros su experiencia de siglos. Y no estaban muy errados en su cálculo.

Pero esta situación constituía precisamente la que Heath se habría propuesto cambiar. Prefería una posición líder en Europa a un rol asesor honorario en Washington, y no consideraba compatibles a ambas funciones.

Heath era el primer primer ministro conservador que había alcanzado la conducción del partido por el voto de los miembros Tory del Parlamento, y no por el método tradicional de un consenso informal de los principales líderes conservadores, concertado en conversaciones privadas en sus clubes y otros lugares. Y sus antecedentes resultaban tan inéditos como el proceso que lo había generado. Producto de la clase media baja, se había elevado a la jefatura del partido que todavía observaba una orientación esencialmente de clase alta, aun cuando ya no la detentase en su composición. Mostraba la inseguridad que el sistema de clases británico inflige a aquellos que no nacen en los estratos elevados. Algunos compensan esa falencia a través de la simulación, imitando el lenguaje, los modales y la bonhomía de los aristócratas.

Ted Heath había claramente elegido un camino diferente. Daba la impresión de un hombre esencialmente afable que debe haber sido en su juventud alegre y gregario, pero que se había endurecido a sí mismo a través de una autodisciplina de hierro, para hacer descansar su eminencia no en el carácter sino en la performance. Rehusaba toda pretensión al encanto personal aun cuando en un tiempo debe haberlo poseído en considerable medida; e insistía en prevalecer a través de la superioridad mental y de un cierto aire reservado. Edificó una ciudadela de excelencia individual, y en el proceso su sonrisa perdió la alegría. Las pocas incursiones en la calidez humana que se permitía a sí mismo, eran tentativas y tajantemente separadas de sus acciones políticas. Su personalidad y su escalofriante integridad habrían inhibido la *relación especial*, aun cuando sus convicciones no lo hubiesen hecho.

De muchas maneras la psicología y los complejos de Heath eran similares a los de Nixon. Heath, sin embargo, aparecía como más versátil. No suprimía enteramente, como Nixon a menudo lo hacía, el lado cálido y generoso de su naturaleza, pero lo sublimaba en su pasión por la música y la navegación. Como resultado, Heath raramente exhibía la paralizante timidez de aquél aun cuando compartía su naturaleza esencialmente solitaria. Podía viajar con relativa comodidad, aunque no placer, en la clase que lo desconcertaba; pero Nixon siempre se sentía en territorio enemigo. Heath era un hombre más equitativo que Nixon: los distintos fragmentos de su personalidad encajaban entre sí con mayor firmeza. Extrañamente, esto lo tornaba algo más ideólogo, y hasta doctrinario. Menos flexible, menos sutil, resultaba un conservador mejor y más resuelto, pero un estadista menos adaptable.

La similitud en la estructura psicológica era suficientemente grande como para que las diferencias básicas fueran insalvables. La relación de Nixon con Heath era semejante a la de un amante frustrado a quien se le ha dicho que la amistad todavía es posible, pero que recuerda el rechazo en lugar de sentirse compensado por la oferta. Nixon comenzó con una gran admiración por Heath, y se sintió entusiasmado por la inesperada victoria de éste en 1970. Esperaba establecer con él una estrecha relación personal, pero no llegó a concretar su propósito.

De todos los líderes políticos británicos, Heath era el más indiferente a la conexión norteamericana y quizás también a los norteamericanos tomados en forma individual. Personalmente, Heath me agradaba y lo admiraba con devoción; de muchas maneras tuve con él una amistad más larga que con ningún otro conductor político británico. Empero,

esto no impidió que fuese Heath el jefe de estado británico más difícil que encontramos. Si ello aconteció a causa del recuerdo de la presión norteamericana que abortó la aventura de Suez en 1956 cuando Heath era el jefe del bloque parlamentario del Partido Conservador (y que él recordaba de tiempo en tiempo), a su dedicación a una visión de Europa bastante similar a la de De Gaulle, lo cierto es que Heath desdenó mis ocasionales llamadas telefónicas a los embajadores británicos urgiéndolos a establecer la relación personal que Nixon ansiaba, por temor a ser acusado por Francia, como lo había sido su predecesor Harold Macmillan, de Caballo de Troya de los norteamericanos. Diez años antes, Heath había dirigido las negociaciones para la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común, que De Gaulle vetó abruptamente por lo menos en parte por el acuerdo de Nassau sobre cooperación nuclear concertado por Macmillan con el presidente Kennedy.

Había una veta tenaz, casi heroica, en la política de Heath: él buscaba no sólo alterar la orientación diplomática sino también la actitud de su pueblo. El corazón de la mayoría de los británicos estaba con los EE.UU. y la Comunidad de Naciones Británicas, Europa para ellos no comenzaba en su territorio, sino al otro del Canal. Esto era el reflejo de una historia en que el peligro siempre había surgido en Europa, y la ayuda —por lo menos recientemente— del otro lado del mar. Para la mayoría de los británicos, el ingreso en Europa representaba en el mejor de los casos un desagradable ajuste a la necesidad. Heath, por el contrario, no sólo aceptaba que el futuro de Gran Bretaña estaba en Europa, sino que prefería que esto fuera así. Y por ello, paradójicamente, de 1970 a 1972, cuando los otros líderes europeos se esforzaron por mejorar sus relaciones con nosotros —Willy Brandt de Alemania Federal para balancear sus aperturas hacia el Este, Pompidou para terminar con el aislamiento que había amenazado a su predecesor— Heath trabajó en la dirección opuesta. Sus relaciones con nosotros fueron siempre correctas, pero raramente se elevaron por encima de la reserva básica que previno —en nombre de Europa— la estrecha coordinación que le ofrecíamos.

El mismo escenario de las reuniones entre el presidente y el primer ministro realizadas a comienzos de febrero de 1973 subrayó esa incómoda relación. Como signo de especial deferencia, Nixon condujo a Heath y sus acompañantes a Camp David al segundo día de su llegada, de modo de continuar las conversaciones en un ambiente descansado, informal o íntimo. Pero la conversación llana no era el fuerte de ninguno de los dos líderes, ambos se desempeñaban mejor en entrevistas formales frente a una mesa de conferencia. En el camino a Camp David —a mitad del recorrido— el helicóptero del presidente se vio forzado a aterrizar a causa de la espesa neblina que había cubierto repentinamente el retiro presidencial. El viaje tuvo que completarse en automóvil. El secretario del Gabinete británico sir Burke Trend (hoy lord Trend) y yo especulamos en nuestro auto acerca de qué estarían hablando nuestros jefes de Estado, asaltados por el temor usual en los asesores de que su ausencia no será notada, o —más altruísticamente— de que se los hará responsables de la ejecución de decisiones que sus superiores olvidaron informarles. Pero sobre todo nos resultó difícil imaginar cómo estos dos hombres retraídos podrían mantener una conversación sociable en el asiento trasero del automóvil, desprovistos de un temario o ninguno de los apoyos normales del ambiente gubernamental. Nunca supe qué discutieron, si es que llegaron a hacerlo. Todo lo que pude obtener fue el comentario críptico de Nixon de que *había sido duro*.

Cuando llegamos a Camp David finalmente y logramos entrar en tema, la reunión se mantuvo interesante pero no fructífera. Nixon creía estar tratando con un espíritu afín y un socio en una empresa común. No estaba equivocado en lo primero. Pero para Heath, revitalizar la relación atlántica simplemente no constituía una prioridad. Concordó con el análisis de Nixon de la situación mundial y añadió juiciosas opiniones. Pero cuando llegó el momento de trazar conclusiones conjuntas, las formulaciones de Heath mostra-

ron una opacidad casi impenetrable, que, dada su inteligencia, no podía ser menos que deliberada. Heath se mostró agudo en su evaluación de la situación del Sudeste de Asia y el Medio Oriente; y fue duro en sus comentarios acerca del nuevo e izquierdista primer ministro australiano Guogh Whitlam, cuyas no informadas declaraciones acerca de nuestro bombardeo de Navidad lo habían convertido en un blanco especial de la ira de Nixon. Pero la armonía de enfoques se tornó más complicada cuando nos ocupamos de las relaciones atlánticas.

En una de sus más elocuentes exposiciones, Nixon explicó la cuestión fundamental. Unos EE.UU. sumidos en una mentalidad peligrosamente aislacionista y una Europa proteccionista y orientada a sus exclusivos problemas corrían el riesgo de verse enfrentados en un serio conflicto. La opinión pública y las realidades del armamento nuclear exigían esfuerzos visibles para aliviar las tensiones. Sin embargo, la Alianza podía pese a todo desintegrarse si no elaborábamos primero un conjunto compartido de objetivos. Nixon urgió a que Gran Bretaña y los EE.UU. formasen grupos de estudio para coordinar los objetivos y estrategias. Propuso realizar una reunión cumbre de todos los líderes de las democracias industriales que simbolizasen el nuevo ímpetu impreso a la cooperación de los pueblos libres.

Heath no se pudo mostrar más colaborador en el diagnóstico ni más evasivo en la medicación. Apoyó el análisis hecho por Nixon del problema. Coincidió en que era necesaria una nueva iniciativa en las relaciones atlánticas. Pero quiso postergar toda elaboración de una sociedad hasta que las instituciones de Europa hubiesen evolucionado algo más. No aceptó la proposición de Nixon de formar grupos de estudio. Y respaldó su actitud en la afirmación de que la todavía floreciente *relación especial* aparentemente hacía innecesarios tales grupos. Tantos intercambios tenían lugar, incluyendo las reuniones bimensuales entre Burke Trend y yo, que todas las cuestiones podían ser discutidas en los foros existentes.

La oposición de Heath no se basaba en consideraciones tácticas sino filosóficas. No desmantelaba la maquinaria de consulta existente; era útil como fuente de información sobre nuestro pensamiento. Pero se resistía a confiarle nuevas misiones. Quería que Europa *como unidad* formulase las respuestas a nuestras inquisiciones; estaba determinado a evitar toda sospecha de una colusión anglo-norteamericana. La actitud de Heath fue en parte encubierta porque su secretario de Relaciones Exteriores, sir Alec Douglas-Home, y sus colegas del Foreign Office todavía seguían los hábitos más establecidos de colaboración e hicieron todo lo que su eficiencia les permitió para ocultar la posición negativa del primer ministro. Nosotros, por nuestra parte, tomamos al silencio como consentimiento, especialmente porque nada demasiado concreto demandaba ser resuelto de inmediato, y confiamos en el apoyo de los británicos a lo que considerábamos la empresa común de fortalecer la unidad atlántica. Y de ese modo la entrevista con Heath terminó de manera ambigua, aun cuando en ese momento no advertimos lo poco que habíamos logrado avanzar.

Si bien con Heath suponíamos que armonizábamos en el terreno político (y lo logramos en cuanto a cuestiones globales) y teníamos dificultades en el plano personal, en el caso del canciller Willy Brandt y de la República Federal de Alemania, nos ocurría exactamente lo contrario. Personalmente Brandt me agradaba —a Nixon menos— pero su política era preocupante. Evité en el primer volumen de *Mis Memorias* hacer su retrato, porque temí que mi ambivalencia provocase malas interpretaciones, pero ahora lo intentaré.

Cuando por primera vez conocí a Brandt en la década del '50, era alcalde de la asediada Berlín, y defendía valientemente la libertad de sus conciudadanos. Se lo veía rudo, fuerte, amistoso, expansivo, pero al mismo tiempo curiosamente alejado del drama en el cual él asumía el principal papel. Estaba empeñado en la defensa de las libertades de su pueblo,

pero permanecía raramente marginado de las cuestiones de fondo que las pusieran en peligro. Tuve la impresión de que si el destino no lo hubiera colocado en esa particular barricada, él casi seguramente no la habría erigido por su propia cuenta. Esto se debía en parte al hecho de que, aun cuando la naturaleza de Brandt era apasionada, parecía responder más a su momentánea intuición que a la lógica de una filosofía orientadora. Había aún entonces una brecha entre el rol que el destino le forjara —y que él interpretaba a la perfección— y sus propias compulsiones. Lo que decía eran usualmente lugares comunes, y lo que hacía simbolizaba las cuestiones en debate de la época sin definir las.

Brandt había vivido a través de una década de hostilidad soviética. Inevitablemente se vio impulsado a buscar la forma en que esa pesadilla podía ser eliminada. La inacción norteamericana durante el trauma de la construcción de la Muralla de Berlín pareció convencerlo de que la unidad de Alemania, o por lo menos la aminoración de la división germana, no podría ser alcanzada a través de una ciega confianza en los EE.UU. y la NATO. El nacionalismo alemán reforzó su conclusión pragmática. Imperceptiblemente en un comienzo, pero con fuerza creciente, Brandt se lanzó a perseguir el interés alemán por otra vía: no el rígido antisovietismo de Konrad Adenauer, sino un determinado esfuerzo para reducir las tensiones y sospechas entre el Este y Occidente, en la esperanza de que esto habría de alentar a la Unión Soviética a permitir un descenso de las barreras que separaban a las dos mitades de la dividida Alemania.

Lo que empezó como un cálculo práctico con el tiempo se transmutó, a causa de la naturaleza emocional de Brandt, en una necesidad psicológica. Los psicólogos han destacado cómo los prisioneros a veces alivian su cautiverio adjudicando a sus carceleros cualidades extraordinarias; el odio y una extraña clase de respeto coexisten. Había un elemento de este hecho en la evolución de Brandt de la resistencia a la conciliación, de la firme oposición al comunismo a promover la atenuación de las tensiones, y a políticas y, aún más, a razonamientos que a veces bordeaban el neutralismo nacionalista. La cálida y expansiva personalidad de Brandt era ideal para este simbólico rol de revertir y superar la política de posguerra de Alemania. ¿Quién puede olvidar la histórica y conmovedora escena del canciller alemán visitando Polonia y arrodillándose espontáneamente para honrar a las víctimas del Ghetto de Varsovia? Y, sin embargo, una vez que Brandt cumplió su destino de romper los estereotipos, careció del vigor y las dotes intelectuales necesarias para controlar las fuerzas que había desencadenado. De hecho, él se convirtió en su prisionero, inclinándose ante su aplauso en lugar de disciplinarlas con un sentido de proporción o una política de largo plazo.

Para 1973 Brandt se encontraba claramente presionado políticamente y en guerra consigo mismo. Al principio yo adjudiqué sus largos silencios a la depresión; y luego pensé que habiendo logrado su principal objetivo no le restaba nada más por decir, aun cuando no se resignaba a reconocer ante sí mismo de que ya no tenía nuevas contribuciones que aportar. Poseía el raro don de corporizar las esperanzas de un mundo más humano, pero la misma espontaneidad de sus gestos no impedían conducir sus propios logros. Era una paradoja: había cambiado el curso de la historia, pero al hacerlo se había tornado a sí mismo irrelevante (y en algunos aspectos peligroso). De allí en adelante, persiguió siempre la culminación de su política de apertura, pero eso era sólo alcanzable a través de nuevos riesgos y peligrosas disculpas por su versión de una relación Este-Oeste que combina al nacionalismo como la renuncia a toda confrontación.

El logro histórico de Brandt fue encontrar una forma de vivir con la partición de Alemania, que durante todo el período de la posguerra sus predecesores en Bonn se habían negado a aceptar. De acuerdo con la denominada Doctrina Hallstein, Bonn se había comprometido a romper relaciones diplomáticas con todo gobierno que reconociese el régimen comunista de Alemania Oriental. De acuerdo con la nueva *Ostpolitik* (o política oriental) Brandt buscó vínculos con Alemania del Este, y abandonó las exigen-

cias alemanas a los territorios orientales incorporados a Polonia y a la URSS. Desde un punto de vista, la decisión de Brandt de reconocer la división de su país fue una valiente aceptación de la realidad. Porque la unificación de Alemania no era alcanzable sin el colapso del poder soviético, algo que Bonn no estaba en condiciones de promover. Esa parte de la *Ostpolitik* fue apoyada y facilitada por los Estados Unidos, aun cuando le añadimos nuestra insistencia en un acuerdo aceptable para salvaguardar a Berlín.

Pero también había otro aspecto en la política de Brandt respecto al cual no podíamos jamás abandonar nuestra reserva, especialmente si era articulado por el confidente político de Brandt, Egon Bahr. Porque Brandt realmente no presentó su política como una aceptación de la *división* de Alemania. Más bien, la planteó como un medio para alcanzar la *unidad* de Alemania, construyendo buenas relaciones con el Este y convirtiendo a la República Federal en un imán para la Europa Oriental. En una primera etapa, se conseguiría una vida mejor para 17 millones de alemanes orientales. Los viajes e intercambios se multiplicarían. El comercio con la Europa Oriental y la Unión Soviética también crecería. Gradualmente, así se argumentaba, los lazos se tornarían estrechos; y la línea divisoria entre el Este y el Oeste de Europa comenzaría a desvanecerse.

El interrogante en nuestras mentes era determinar cuál de los lados separados por la línea divisoria se convertiría de hecho en el imán. Temíamos que con el tiempo, y al comienzo imperceptiblemente, el Mundo Comunista sería el que lograra la posición más fuerte. *La déntente* ya era suficientemente difícil de manejar en lo que respecta a los otros aliados occidentales, pues podía alentar la euforia, ser confundida con psicoterapia, y no llegar a insistir en la reciprocidad soviética. Pero en el caso de Bonn todos estos peligros se incrementaban porque la Unión Soviética tenía en sus manos como rehenes a 17 millones de alemanes. Nos preocupaba el hecho de que Alemania pudiese realmente mirar en dos direcciones a la vez. El peligro no estaba en su retirada de la NATO; ningún gobierno alemán estaría dispuesto a abandonar esta protección contra un ataque directo. Lo preocupante era la tendencia a evitar controversias fuera de Europa, aun cuando ellas afectasen intereses de seguridad fundamentales; una creciente disociación de las políticas occidentales exceptuando aquellas para la defensa física de Europa Occidental; y un enfoque más cauteloso de los desafíos soviéticos que tenderían a minar la fortaleza de la respuesta occidental. En cierta ocasión confesé a un colega que temía el momento en que *ningún canciller alemán pudiese enfrentar la hostilidad de la Unión Soviética. Cuando eso se produzca estaremos en una situación muy peligrosa*. Todavía no había ocurrido con un canciller alemán pero estaba muy cerca de describir la odisea personal de Brandt.

Esta intranquilidad acerca de la evolución de las políticas de Brandt era compartida por sus principales socios de la Alianza occidental. Constituía un lugar común en las conversaciones de Pompidou, Heath y Nixon que la política oriental de Brandt habría tarde o temprano de desencadenar, no importa cuan inintencionadamente lo hiciera, el latente nacionalismo alemán. Una Alemania poderosa y arriesgada que tratase de maniobrar entre el Este y el Oeste, sea cual fuese su ideología, representaba el clásico desafío al equilibrio de Europa, ya que cualquier bando que Alemania favoreciese se convertiría en el predominante. Para impedir esto, o quizás para contrarrestarlo, cada uno de los colegas de Brandt —incluyendo a Nixon— buscaron detener a Alemania realizando activas políticas de *déntente* propias. En este sentido la *Ostpolitik* tuvo efectos mucho más lejanos que los propuestos. Contribuyó a desatar una carrera hacia Moscú y con el correr del tiempo incrementó la sospecha mutua entre los aliados. En lo que respecta a Brandt, cuando dejó el gobierno, se convirtió en apasionado vocero de una vía que buscaba el apoyo de la NATO como reaseguro pero cuyo resultado práctico era el neutralismo europeo, al menos en lo que respecta a los problemas ajenos a Europa.

Lo que era sentimentalismo en Brandt se reducía a frío cálculo en Egon Bahr, el principal asesor de Brandt para negociaciones difíciles, a quien conocí por primera vez a

mediados de los años '50. Físicamente no llamativo, extremadamente ágil en el aspecto intelectual, e infatigable, Bahr mostraba lo que puede lograr una dedicación consistente aun en posiciones relativamente subordinadas. El era la fuerza impulsora intelectual detrás de la *Ostpolitik* de Brandt. Su ingeniosidad y habilidad negociadora eran indispensables para lograr los tratados de Bonn con la URSS, Polonia y Alemania Oriental, y el Acuerdo de las Cuatro Potencias sobre Berlín.

Cuando después de algunas vacilaciones iniciales, Nixon y yo aceptamos la *Ostpolitik* que una oposición abierta norteamericana habría destruido, Bahr había sido mi contraparte en todas las sensibles discusiones realizadas reservadamente entre La Casa Blanca y la Cancillería. Bahr y yo sabíamos que habíamos partido de premisas diferentes, aún opuestas, pero encontramos un vocabulario común que reflejaba intereses paralelos, los extraños pueden debatir acerca de quién manipuló a quién, pero los analistas serios de los asuntos internacionales saben que las políticas comunes sólo pueden sobrevivir si ambas partes satisfacen sus propios propósitos.

Bahr de todos modos no consideró la perspectiva de aproximaciones separadas a Moscú, —inherente a la *Ostpolitik*— con renuencia; él las buscó activamente. Vio en ellas la clave de la unificación de Alemania. Y esto no fue porque, como algunos de los nuestros pensaron, él era prosoviético. Más bien era un nacionalista alemán de antiguo cuño. Después de todo, aun siendo medio judío, había tratado de convertirse en oficial en la Segunda Guerra Mundial y se sintió sumamente humillado cuando lo rechazaron. Como Bismarck, trataba de explotar la posición central de Alemania para sus fines nacionales. Bahr tenía suficiente confianza en su destreza para creer que podría evitar los obstáculos que en ocasiones anteriores habían producido el desastre, cuando Alemania se internó por el mismo y complicado camino.

Fue desde esta perspectiva esencialmente nacionalista que Bahr reaccionó ante el Año de Europa. Le hablé por primera vez sobre el tema en una conversación que sostuvimos en enero en Washington; a principios de abril le solicité su opinión con anterioridad a mi discurso sobre el Año de Europa. Como la mayoría de los líderes políticos, Bahr utilizaba cada suceso como un medio para promover preconceptos elaborados independientemente. En una estudiada respuesta afirmó la tesis convencional de la importancia de la relación atlántica. Para el futuro previsible, sostuvo que Europa dependería de la protección militar de los Estados Unidos; ningún desacuerdo sobre asuntos económicos debía permitirse que amenazase esos vínculos. Pero Bahr también estimó que el problema de la seguridad se había alterado fundamentalmente en los años recientes. A través del período de posguerra el poder nuclear estratégico norteamericano había sido la clave de la seguridad europea. Al perder éste credibilidad, ningún país europeo —y mucho menos Europa en conjunto— estaría preparado para realizar el sacrificio económico de construir defensas convencionales capaces de disuadir una invasión soviética. Tomando como base estos axiomas Bahr produjo una conclusión revolucionaria. La paridad soviético-norteamericana conduciría a una tentativa de las dos superpotencias de eliminar la guerra nuclear, tenían interés común en esto, lo que podría muy bien inducirlos a pasar por alto sus obligaciones para con sus aliados. Europa ya no podía descansar más en la preeminencia estratégica norteamericana y si Europa no haría —o en términos de su política doméstica no podía— promover el esfuerzo para defenderse a sí misma, Europa y sobre todo la República Federal tenían que buscar su seguridad en una relajación de las tensiones con el Este. Las fuerzas militares en Europa Central debían ser reducidas, no aumentadas y los contactos entre el Este y el Oeste multiplicados. La relajación de las tensiones constituía en este enfoque una alternativa de la política de seguridad, no un resultado de la misma.

Bahr, en consecuencia, se opuso al objetivo clave de nuestro nuevo enfoque; no quería saber nada de fortalecer la coordinación política dentro de la Alianza porque un bloque

atlántico imposibilitaría la flexibilidad necesaria para su versión de *la détente*. Toda nación europea debería, como mínimo, estar en libertad de acción para perseguir su propio enfoque de las relaciones Este-Oeste. Bahr nunca explicó por qué la Unión Soviética, ubicada en una posición predominante por la lasitud de Occidente, nos habría de librar de las consecuencias jugando al juego de Bahr, e imitaría nuestro desarme unilateral. Además, esta proposición implicaba que en algunas circunstancias sería favorable a los intereses de Europa separarse de los Estados Unidos, para mejorar así su libertad de maniobra hacia la Unión Soviética. Allí estaba la base intelectual para el respaldo de Europa a la estrategia soviética de la "*détente diferencial*", que lanzaría a las democracias una contra otra y dividiría a Europa y a América.

Si el análisis de Bahr era correcto, la paridad nuclear habría de erosionar la importancia de la protección norteamericana, y la inferioridad convencional de Europa dictaría una solución *política*, una elegante frase para ocultar la claudicación ante el poder soviético. Esto podía ser camuflado como una más estrecha relación económica entre el Este y el Oeste, pero en la medida que dichos vínculos progresasen también crecería la dependencia de Europa Occidental hacia Moscú. El Kremlin contaría con otro punto de presión en un comercio del Este con el Oeste, que para algunos países occidentales se había convertido en un factor crucial para evitar la recesión.

El Año de Europa había comenzado a revelar diferencias hasta entonces no articuladas de perspectiva, entre los Estados Unidos y por lo menos algunos de sus aliados europeos. El temor común que había unido a la Alianza durante sus primeras dos décadas de existencia estaba o desapareciendo o, donde existía, generando argumentos para apaciguar a Moscú, tan prestamente como para lograr un nuevo enfoque en la unión occidental. En el caso de Heath, no advertimos su argumento esencial, adjudicando su reserva a su personalidad antes que a sus convicciones. Con Brandt entendimos su argumento esencial pero demasiado bien. Pero vimos en él sólo un peligro potencial, si no actual. Llegamos a la conclusión de que debíamos asegurarnos contra el mismo estrechando los lazos de la Alianza, lo que representaba el punto de partida del Año de Europa.

Había llegado el momento de consultar nuevamente con Francia acerca del desarrollo de los acontecimientos, luego de mi reunión con Pompidou de diciembre. El 29 de marzo me reuní con el nuevo embajador francés en Washington, Jacques Kosciusko-Morizet, para discutir cómo habríamos de proceder.

Kosciusko no era hombre para ganar premios por su encanto. Era un clásico producto de las *grandes écoles*, esas indeleblemente francesas instituciones sobre cuyos graduados Petain comentó en un momento de percepción: *Saben todo. Pero infortunadamente no saben ninguna otra cosa más*. Kosciusko era brillante, analítico y no sentimental. El conducir la política exterior sobre la base del interés nacional era, para él, la implementación de un concepto desarrollado en Francia por lo menos tres siglos antes. Comprendió inmediatamente que nosotros no teníamos deseos de reabrir las controversias de los años '60. No plantearíamos objeciones a la autonomía europea, no romperíamos lanzas con la cuestión de la identidad nacional que tanto había preocupado a De Gaulle. No cuestionábamos, le señalé, el derecho de Europa a conducir su propia política. Lo que buscábamos era la armonización de las distintas apreciaciones, no un documento legal que proscribiese las diferentes opiniones. Sobre esa base, dábamos bienvenida a la idea de Pompidou de una reunión cumbre de los líderes aliados tal como lo había anunciado a Reston en diciembre. Como paso inicial propuse una reunión entre Pompidou y Nixon. Subrayé nuestra preocupación fundamental: *La cuestión es si el mundo occidental tendrá una política consistente o imitará a los griegos y será superado por el mundo exterior*.

Kosciusko dijo que retornaría a París en busca de instrucciones. Antes de su regreso, el partido de Pompidou ganó fácilmente las elecciones parlamentarias. En la subsiguiente recomposición del Gabinete, Pompidou reemplazó al voluble ministro de Relaciones

Exteriores Maurice Schumann por el preciso y austero Michael Jobert. Eso, en ese momento, nos pareció prometedor. En la Casa Blanca teníamos un conocimiento favorable de Jobert por su constante ayuda en muchas cuestiones como asistente de Pompidou, y lo considerábamos ciertamente mi contraparte en el Elíseo. Kosciusko retornó a Washington a comienzos de abril con el acuerdo francés para una cumbre franco-norteamericana. Nuestro enfoque general sobre el Año de Europa no recibió ninguna objeción.

Como era usual, la perspectiva de una reunión cumbre entre Nixon y Pompidou provocó dificultades, que reflejaban el siempre ríspido orgullo francés. Nixon todavía debía a Pompidou una visita en su país como retribución por el viaje del presidente francés a los EE.UU. en febrero-marzo de 1970. Pero París se mostró reacio a recibir a Nixon como parte de una gira europea. Nosotros, a su vez, no podíamos ir a Europa con el único propósito de visitar Francia sin ofender a nuestros otros aliados. Nos vimos forzados, como en otras oportunidades, a buscar una isla en el Atlántico. Ese razonamiento nos había llevado a las Azores en 1971; y nos obligó a elegir a Islandia en 1973 (y más tarde a Martinica en 1975). A ese ritmo era matemáticamente predecible el momento en que las relaciones franco-norteamericanas comenzarían a estancarse por falta de islas adecuadas para que sus líderes se reuniesen.

El 13 de abril le entregué a Kosciusko un resumen del discurso sobre el Año de Europa que me proponía pronunciar el 23 de abril. Ninguna objeción fue planteada desde París. E interpretamos el silencio como asentimiento.

Eso sólo dejaba a Italia para ser consultada, perspectiva que implicaba una acostumbrada ambivalencia por ambas partes. Los líderes italianos deseaban ser tratados a un mismo nivel que los de los países europeos de tamaño comparable. Pero no estaban dispuestos a arriesgar una crisis doméstica por implementar los designios norteamericanos y, aún menos, a poner en peligro sus relaciones con otros miembros de la Comunidad Europea. Buscaban la participación sin controversias; y nosotros aceptamos consultarlos sin compromisos.

La visita oficial a Washington del primer ministro italiano Giulio Andreotti el 17 de abril nos dio la oportunidad de presentarle nuestros argumentos. Escribí a Nixon antes de la reunión: *El (Andreotti) puede probablemente llegar a jugar la pelota por nosotros ante sus colegas europeos, en la medida en que su posición doméstica y el modesto peso político de Italia se lo permitan.* Las calificaciones eran más importantes que sus resoluciones; de hecho, ellas significaban que ninguna ayuda podía ser esperada de Roma. Porque la situación doméstica de Andreotti era lejos de ser brillante y su influencia en la Comunidad correspondientemente marginal. Su porte profesoral ocultaba una mente política afilada como una navaja, y estaba interesado en la política exterior más que ninguno de sus predecesores que conocí. Pero lo último que deseaba era añadir la política exterior a la carga ya excesiva de sus problemas. El primer ministro italiano era el director de un comité, y no un jefe ejecutivo, sus poderes para dar órdenes a su ministro de Relaciones Exteriores eran limitados. Dependían mucho más de su posición relativa dentro de la estructura partidaria de la Democracia Cristiana, que de su rango jerárquico en el gobierno.

Las energías de Andreotti eran absorbidas en las maniobras del turbulento sistema político que le confería muy escaso margen de acción. Durante una década, la política italiana había sido dominada por la *apertura a la izquierda*, parcialmente impulsada por los Estados Unidos a comienzos de los años '60 y destinada a incorporar al gobierno a los socialistas de izquierda como una presunta barrera contra los comunistas. Los socialistas, aun cuando estaban aliados a nivel nacional con los demócratas cristianos, formaban coalición con los comunistas en el plano provincial. Un programa de largo plazo coherente resultaba, en consecuencia, imposible. La única salida para este dilema era un inmovilismo que magnificaba la crisis que se suponía debía resolver.

Andreotti buscó escapar al punto muerto estructural agrupando en una coalición viable a los partidos, desde los socialdemócratas (la facción de los socialistas que se negaban a trabajar con los comunistas) al libre-empleado Partido Liberal. Pero aún cuando tal agrupación era ideológicamente más homogénea que la *apertura a la izquierda*, la aritmética parlamentaria estaba contra ella. Su mayoría tenía una mínima ventaja, especialmente a causa de que los demócratas cristianos no constituían un partido sino un conglomerado de facciones, con un ala izquierda separada de los comunistas principalmente por convicciones religiosas, y un ala derecha dirigida por los fascistas fundamentalmente a causa del recuerdo de la catástrofe nacional. Italia estaba colocada en una posición que la obligaba a elegir entre la cohesión ideológica al precio de la inestabilidad parlamentaria, y la estabilidad parlamentaria a riesgo de desatar el caos filosófico, y por lo tanto también práctico.

No debe sorprender, por lo tanto, que la mayoría de las conversaciones entre Andreotti y Nixon se refirieron no al Año de Europa sino a las sutilezas del escenario doméstico italiano, cuyas intrincadas y despiadadas maniobras habían sido transferidas por la unidad nacional del marco de las ciudades-estado a la arena política de Roma. Andreotti no pudo evitar expresar la perenne ilusión italiana de que su país podía por razones de cercanía contribuir a la solución del problema de Medio Oriente. Pero aun cuando todos los líderes italianos que conocí plantearon esta proposición, ninguno actuó como si realmente creyese en ella.

Con respecto a una nueva iniciativa en la política atlántica, Andreotti prometió su buena voluntad y apoyo sin entrar en ninguna precisión. Podíamos contar con una comprensión benevolente, pero el gobierno de Italia no estaría en la primera fila de los promotores de la nueva gestión.

Al escribir estas líneas me asombro de que no se haya detectado ningún registro certificando los esfuerzos cumplidos por adelantado para convencer a Japón acerca de esta actitud cuando todavía planeábamos incluirlo en nuestro trámite. Que lo hayamos hecho constituía en primer término un triunfo de la teoría abstracta sobre la experiencia. Es un tributo a la autosuficiencia burocrática que la broma de haber designado Año de Europa a una causa que incluía a Japón, no haya sido captada aparentemente por nadie. Japón era, sin duda, parte de la gran comunidad de las democracias industriales, y en esa medida nosotros estábamos justificados. Se nos habría criticado justamente si hubiésemos dejado afuera a Japón.* Pero aun cuando el rol de este país en las disputas económicas era crucial, tenía menos interés en las cuestiones de defensa y políticas que preocupaban al mundo libre, y que estaban centradas claramente en Europa.

La empresa habría conducido a una situación sumamente embarazosa, de no haber sido por la habilidad de los estadistas japoneses para desviar los entusiasmos por medio de una suave cortesía que impide al interlocutor llegar al punto central de la cuestión. Sólo cuando son arrinconados por modales tremendamente penosos, los líderes japoneses intentan una refutación frontal. Siempre que es posible dilatan las negociaciones hasta que el protagonista, desesperado, interrumpe sus esfuerzos. Dado que los japoneses jamás tuvieron la intención de plegarse al Año de Europa, nuestro fracaso en consultarlos acerca del tema no debe sumarse al catálogo de los *shocks de Nixon*, tales como viaje secreto a China y el abandono del patrón oro modificado en el verano de 1971. Japón se vio así relevado de ser petitionado a tomar una posición que deseaba evitar. Y más tarde permaneció al margen, observando cómo los inescrutables occidentales se despedazaban buscando la forma de mejorar su amistad.

Nuestro proceso de consultas fue completado el 19 de abril de 1973. Sir Burke Trend se

(*) Esto es cierto hasta tal punto, que mi discurso del 23 de abril fue criticado por algunos sectores por haber otorgado a Japón un rol demasiado pequeño en el proyecto. (3).

encontraba en Washington para sostener nuestras reuniones regulares, y yo le di por adelantado el texto de mi discurso con el anuncio de la iniciativa atlántica. Pareció receptivo, y no nos llegó ningún comentario crítico —ni de ninguna otra clase— desde Londres.

Quizás debimos haber intuido por la falta de una respuesta precisa a nuestras aproximaciones que nuestros aliados, que durante años nos habían urgido a dar una más elevada prioridad a las relaciones atlánticas, iban a desilusionarnos. Pero en la medida en que teníamos conciencia de las vacilaciones europeas, las consideramos como una razón más para realizar un decidido esfuerzo para concretar la elaboración de objetivos comunes. Pensamos que la mejor manera de concentrar las mentes era adelantar una propuesta formal.

EL DISCURSO DEL AÑO DE EUROPA

Durante cuatro años en el gobierno como asesor de seguridad nacional, nunca había pronunciado un discurso público formal sobre un tópico relevante. Mi arenga sobre el *Año de Europa*, fue el primero. El auditorio lo constituyó la reunión anual de los editores de la *Associated Press* en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York, el 23 de abril de 1973. Ni Nixon ni yo esperábamos controversias. Imaginamos lanzarnos a un período de creatividad en la asociación atlántica.

Comencé subrayando que habíamos proclamado a 1973 el *Año de Europa*, no porque Europa había sido menos importante previamente sino porque nuevas situaciones desafiaban a las naciones libres:

Mil novecientos setenta y tres es el año de Europa porque la era que fue moldeada por las decisiones de la pasada generación está terminando. El éxito de esas políticas ha producido nuevas realidades que requieren nuevos enfoques:

—La resurrección de Europa occidental es un hecho establecido, así como el histórico éxito de su avance hacia la unificación económica.

—El equilibrio militar estratégico entre el Este y el Oeste, se ha desplazado de una posición de preponderancia norteamericana a otra de casi igualdad, provocando con ello la necesidad de una nueva comprensión de nuestros requerimientos para la seguridad común.

—Otras áreas del mundo han crecido en importancia. Japón ha emergido como un gran centro de poder. En muchos campos, las soluciones atlánticas para ser viables deben incluir a Japón.

—Estamos en un período de relajación de tensiones. Pero a medida que disminuyen las rígidas divisiones de las pasadas dos décadas, aparecen nuevas afirmaciones de identidad nacional y rivalidad nacional.

—Han surgido problemas, no previstos hace una generación, que requieren nuevos tipos de acción cooperativa. El asegurar el abastecimiento de energía a las naciones industrializadas constituye un ejemplo.

Estos factores han producido una dramática transformación del clima psicológico del Oeste, cambio que es actualmente el más profundo desafío a la conducción de Occidente. En Europa, una nueva generación para la cual la guerra y sus dislocaciones no representan experiencias personales considera a la estabilidad como algo sentado. Pero está menos comprometida a la unidad que la hizo posible y al esfuerzo requerido para mantenerla. En los Estados Unidos, décadas de cargas globales impulsaron, y las frustraciones de la guerra en el Sudeste de Asia acentuaron una renuencia a sostener compromisos globales sobre la base de una responsabilidad preponderante norteamericana.

Con tanta solidez se había afirmado el proyecto de un viaje presidencial a Europa durante el año en la conciencia oficial —y probablemente también pública— que lo consideré como un hecho sobre el cual podía elaborarse un programa. Cuando el presidente viaja a Europa hacia fin de año, comenté, nosotros y nuestros aliados deberíamos redactar una *nueva Carta del Atlántico*, o declaración de objetivos comunes. La agenda que trataríamos en conjunto —defensa, comercio, relaciones Este-Oeste— requería la coordinación de nuestros enfoques nacionales. Efectué entonces una formulación para describir esas diferentes perspectivas, que pronto lamenté:

La diplomacia origina frecuentes consultas, pero éstas son esencialmente efectuadas por naciones-estado tradicionales. Los Estados Unidos tienen intereses y responsabilidades globales. Nuestros aliados europeos están afectados por intereses regionales. Estos no se hallaban necesariamente en conflicto, pero en la nueva tampoco son automáticamente idénticos.

El propósito de mi discurso era explicar cómo los Estados Unidos estaban preparados para contribuir a la revigorización de la Alianza, y lo que esperábamos que hiciera Europa. Y (meses antes del embargo petrolero árabe y de la explosión de precios de la OPEP) subrayé la importancia de la energía como tema clave para la cooperación:

Continuaremos apoyando la unidad europea. Basados en principios de asociación, efectuaremos concesiones para su mayor crecimiento. Esperamos se nos considere con un espíritu de reciprocidad.

No nos desvincularemos de los solemnes compromisos hacia nuestros aliados. Mantendremos nuestras fuerzas y no nos retiraremos de Europa unilateralmente. A su vez, esperamos que cada aliado asuma una justa parte del esfuerzo común para la defensa.

Proseguiremos persiguiendo la disminución de las tensiones con nuestros adversarios sobre la base de concretas negociaciones para servir al interés común. Damos bienvenida a la participación de nuestros amigos en un constructivo diálogo Este-Oeste.

Nunca perjudicaremos conscientemente los intereses de nuestros aliados de Europa o Asia. Esperamos a cambio de ello, que sus políticas considerarán seriamente nuestros intereses y responsabilidades.

Estamos preparados a trabajar cooperativamente en los nuevos problemas comunes que enfrentamos. La energía, por ejemplo, plantea los desafíos de la seguridad en el abastecimiento, el impacto de los ingresos petroleros en la estabilidad monetaria internacional, la naturaleza de los comunes intereses políticos y estratégicos, y las relaciones a largo plazo de los países consumidores de petróleo con aquellos que lo producen. Esta puede ser un área de competencia; pero debe serlo de colaboración.

Habíamos concebido el discurso como una convocatoria a un nuevo período de creatividad entre las democracias industriales. En el frente interno de EE.UU. esperábamos superar el legado autodestructivo de Vietnam, en el exterior buscábamos dejar atrás irritantes disputas económicas y de otro tipo, llamando a nuestros aliados a perseguir una nueva visión del futuro. Pero el momento elegido para pronunciar el discurso —fijado con más de un mes de anticipación— resultó desastroso.

En los EE.UU. Watergate amortiguó el empuje de nuestra iniciativa. Las renunciaciones de Ehrlichman y Haldeman se habían producido tan sólo una semana antes. Tan intensa era la preocupación por el escándalo que, como se describió en el Capítulo IV, el Wash-

ington Post dedicó la mayoría de sus páginas de noticias no a mi discurso sino a mis breves comentarios sobre Watergate. Se publicaron, sin duda, algunos editoriales muy favorables en el *New York Times*, el *Christian Science Monitor* y el *Washington Star*, pero el *Washington Post* dudó de que la iniciativa pudiese no llegar a ser afectada por Watergate: *El daño continuará hasta que el presidente, por sus propias acciones de enmienda, pueda asegurar al mundo que su capacidad de gobernar no ha sido minada* (4). El *Post* tuvo a la postre razón. Aun los que simpatizaban con el concepto sintieron una comprensible falta de inclinación para sostener una reafirmación de unidad moral de Occidente promovida por el desprestigiado gobierno de Nixon.

La respuesta de nuestros aliados fue tan ambigua como lo había sido durante las consultas previas. No se produjo ninguna prisa por incorporarse a la empresa, en agudo contraste con los memorables días del Plan Marshall, cuando el secretario de Relaciones Exteriores Ernest Bevin había asumido el liderazgo para organizar una respuesta europea positiva. Luego de la reunión del gabinete francés que tuvo lugar el 26 de abril, un vocero de ese país mencionó *con interés* mi discurso, y manifestó que nuestras propuestas merecían ser atentamente estudiadas, lo que sería hecho por Francia *con el espíritu que siempre habíamos sostenido, de fidelidad a la Alianza dentro del contexto de respeto a nuestra independencia*. Esto podía significar cualquier cosa.

Ese mismo día recordé al embajador francés que nuestras propuestas reflejaban las observaciones de Pompidou del pasado diciembre. Yo las había informado en detalle a Kosciusko-Morizet en marzo y abril. Kosciusko no lo negó. Balbuceó algo acerca de la inaceptabilidad de confinar a Europa a un *rol regional* como lo implicaba mi discurso. Le respondí: *No tenemos ninguna objeción que hacer, si Europa quiere desempeñar un rol global. Pero hasta ahora no hemos advertido ningún deseo de su parte de asumirlo*. Entonces Kosciusko abordó el fondo de la cuestión. Sería difícil para Europa responder con una sola voz a tan vasta agenda, expresó. Estábamos imponiendo una pesada tarea a Europa precisamente en el año de los primeros y costosos intentos para alcanzar la unidad política. Esto podría ser excesivo. La tentativa de impulsar la unidad atlántica quizás destruyese el naciente movimiento hacia la Comunidad Europea.

El 24 de abril, el Foreign Office británico efectuó un amistoso comentario señalando que yo había pronunciado *sin duda, un importante discurso, con un propósito constructivo*, pero que Gran Bretaña planeaba *estudiarlo detenidamente con sus aliados europeos*. Los ingleses se referían esencialmente a los franceses. El secretario de Relaciones Exteriores sir Alec Douglas-Home, a quien reverenciábamos por su integridad y su devoción a la relación con EE.UU., añadió una amistosa —pero no comprometida— observación el 27 de abril:

El tema central del discurso del doctor Kissinger, y de recientes declaraciones del secretario de Estado norteamericano, es la necesidad de una continuada confianza y cooperación entre la nueva y expandida Europa y los Estados Unidos de Norteamérica. Los horizontes de cooperación deben, sostiene él, ser extendidos para incluir al Japón y Canadá. Conuerdo con su tesis. Porque aun cuando esto incrementa la complejidad de la negociación, no es por ello menos adecuado para asegurar una era próspera en un clima de seguridad.

El gobierno de Alemania Occidental dio la bienvenida a mi apoyo a la unidad europea, pero evitó toda ulterior respuesta basándose en el hecho de que Willy Brandt tenía programado encontrarse con Nixon en una largamente planeada visita a Washington, en menos de una semana. Italia se expresó favorablemente, aunque se mostró escéptica acerca de la participación del Japón. Los países europeos menos importantes postergaron una toma de posición hasta que los ministros de la Comunidad Europea se reuniesen

semanas más tarde. Japón se mostró comprensiblemente desorientado acerca de por qué había llegado a ser incluido en una Carta Atlántica. Se vio libre de emitir algún otro comentario por el hecho de que su ministro de Relaciones Exteriores viajaría a Europa. Cuando arribó a París, señaló opacamente que apoyaba el plan de una Carta del Atlántico y consideraba la idea totalmente comprensible. Esto dejaba al Japón en amplia libertad de acción, ya que la respuesta ni siquiera implicaba que habría de participar. Tokio no se enredaría por ser demasiado explícito.

Resultó difícil evitar la conclusión de que todos nuestros socios principales habían buscado excusas para postergar una respuesta a la iniciativa norteamericana referida a ellos. El hecho se hizo aún más evidente cuando Willy Brandt arribó a Washington el 1º de mayo en visita oficial. Constituyó una lástima que el primer interlocutor europeo de Nixon en el Año de Europa fuese el estadista cuya política nos causaba más preocupaciones y cuya personalidad era, quizás, la más incompatible con la del presidente. La actitud de Nixon puede muy bien apreciarse en su reacción a una carta que había recibido antes de la visita de Brandt, del novelista norteamericano-húngaro Hans Habe. Este acusaba a Brandt de minar deliberadamente la Alianza Occidental y de estar motivado por una inclinación antinorteamericana. En esa época el procedimiento que se seguía en la Casa Blanca era que las cartas que se ocupaban de política exterior dirigidas al presidente pasaran por mi oficina, donde un sumario o memorándum explicativo era a menudo agregado. Elevé ese memorándum con la carta de Habe del 15 de marzo. Nixon me la devolvió con esta anotación: *K: es un análisis muy perceptivo y perturbador. Creo que está demasiado cerca de la verdad.*

La desconfianza de Nixon hacia Brandt era recíproca. Este último se mostraba puntillosamente correcto, pero esa misma meticulosidad de su conducta sugería que sería necesario un enorme esfuerzo de autodisciplina para superar sus dudas, que bordeaban en la aversión, hacia el presidente norteamericano. Las sospechas mutuas, empero, fueron amortiguadas por nuestras dificultades internas. El discurso de Nixon en el que anunció la renuncia de Haldeman y Ehrlichman se produjo la noche antes de la primera entrevista de los dos líderes. Nixon fue conmovido por esa decisión más que por ninguna otra, hasta el momento de su propia renuncia poco más de quince meses después. Que Nixon haya podido enfrentar la visita de Brandt sin mostrar ninguna emoción fue un logro espectacular de su fuerza de voluntad.

En lugar de ello, y con su modalidad disciplinada, Nixon sostuvo un estudiado diálogo con el canciller. Uno tenía que conocerlo muy bien para advertir que, mientras Brandt hablaba, la mente de Nixon estaba en otra parte. Si se lo observaba detenidamente podía detectarse su mirada vidriosa y melancólica y la caída expresión que, a medida que progresó Watergate, se convirtieron cada vez más en los signos obvios del tormento interior de Nixon. Sus pensamientos se hallaban muy lejos, en algún universo remoto que habría de reclamar cada vez más sus energías y atención. No mostraba otros signos de desaliento. La única referencia que hizo sobre Watergate fue esperanzada, como un niño que para darse coraje en la oscuridad habla en voz alta. Expresó su certeza de que nuestras controversias domésticas no afectarían nuestra política exterior. Tenía demasiada experiencia para alentar ilusiones, pero también sabía que no podía hacer otra declaración.

Es imposible asegurar si Brandt advirtió la amargura de Nixon; pero no pudo eludir percibir algo en ella. ¿Cómo explicar si no el cambio de su comportamiento? Fue sólo un cambio de matiz, pero de la clase que altera las relaciones humanas irrevocablemente. Se lo propusiese o no, Brandt se mostró algo menos deferente; y de manera no característica actuó con prontitud y como quien estuviese llevando adelante un negocio. No mostró nada de la bonhomía de otros tiempos ni las largas pausas con que Brandt había puntualizado sus anteriores conversaciones, y que contribuyeron no poco a la molestia de Nixon.

Hacia poco más de dos años atrás, el presidente había salvado la *Ostpolitik* de Brandt al autorizarme a seguir las negociaciones de Berlín con el embajador soviético Anatoly Dobrynin. Esta vez, empero, Brandt era reacio a devolvernos el favor. La celeridad con que revisó nuestra agenda reflejaba su estrategia de no acordar nada.

El canciller pretendió respaldar nuestra iniciativa, pero las expresiones abstractas de buena voluntad no constituían lo que se necesitaba, y Brandt soslayó cualquier proposición concreta acerca de la forma de llevar a la práctica lo que decía favorecer. Consideró meritorio un diálogo Atlántico sobre cuestiones económicas, políticas y de seguridad. Pero no sugirió un mecanismo para realizarlo, ni realmente consideró urgente negociar todos los temas simultáneamente. El fracaso en concordar en una cuestión no debía bloquear el progreso en las otras. Por cierto, su argumento de que no había necesidad de avanzar con una amplia agenda se aproximó a convertir a nuestra proposición en una perogrullada, ya que nadie había jamás puesto en duda que las cuestiones controvertidas debían ser discutidas individualmente.

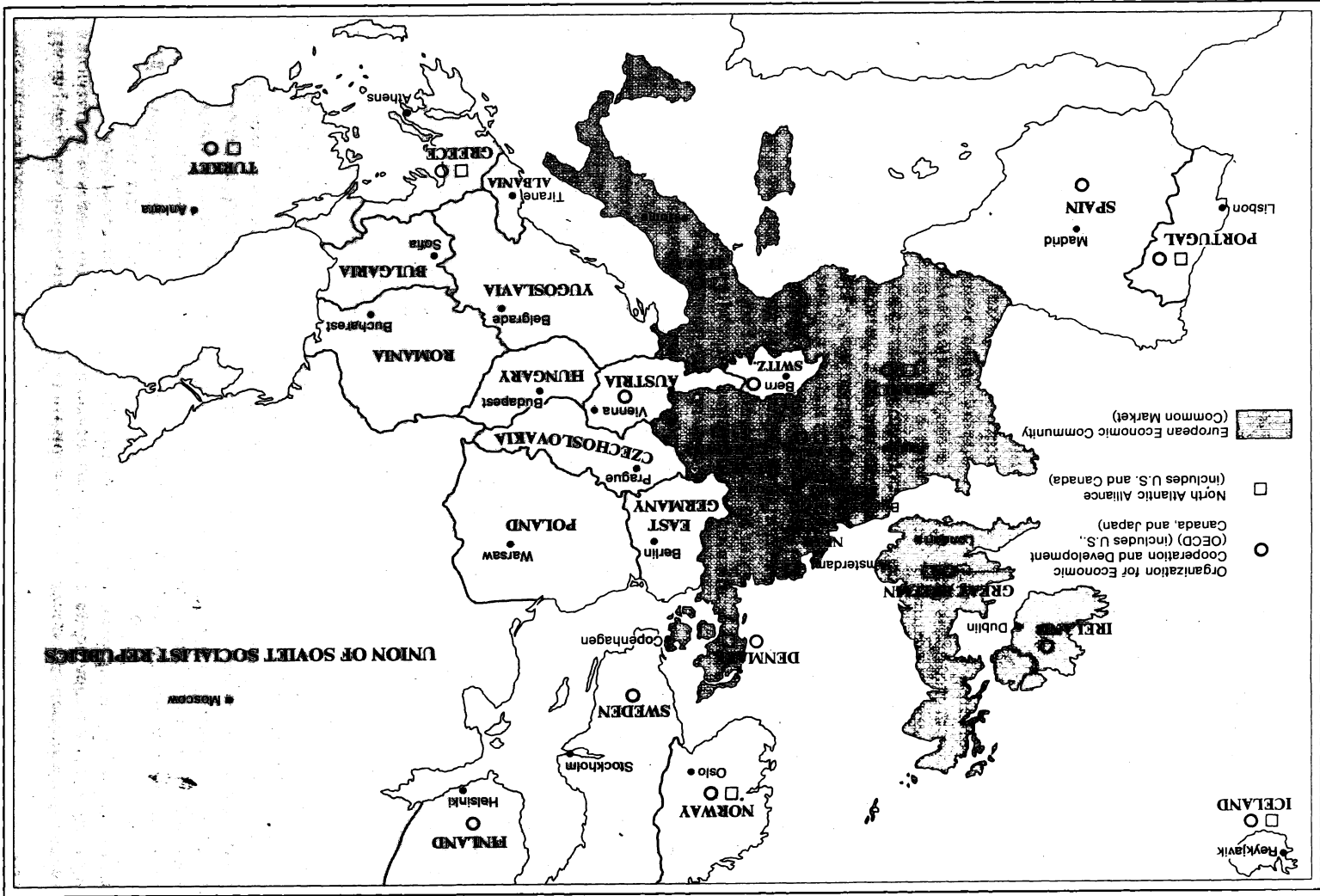
Brandt expresó la esperanza de que los negociadores de temas económicos recibiesen directivas políticas, pero nada manifestó acerca de la naturaleza de los objetivos políticos que tendrían que ser alcanzados o los medios a través de los cuales debían implementarse. Concedió su apoyo a una visita presidencial a Europa, y formuló la idea de que el presidente se reuniese con todos los jefes de Estados aliados en una gran cumbre dentro del contexto de la NATO. Pero allí también introdujo una cuña. Porque una cumbre de la NATO —sin tomar en cuenta las probables objeciones francesas— haría imposible desde el punto de vista de los procedimientos, discutir las relaciones norteamericanas con la Comunidad Europea, ya que algunos de sus miembros no pertenecían a la NATO, en tanto que tampoco todos los miembros de la NATO pertenecían a la Comunidad.

Para tratar con una nueva y ampliada Comunidad Europea, Brandt sugirió una reunión del presidente con los *ministros de relaciones exteriores*, durante su estadía en Bruselas. Pero resultaba casi imposible pedir al presidente que se reuniese con los ministros de relaciones exteriores de los países miembros de la Comunidad Europea, cuando los jefes de Estado se encontrarán en la ciudad para la reunión de la NATO. Tal reunión no podría alcanzar ninguna decisión sólo por el hecho de las diferencias de rango. Brandt no hizo ninguna referencia a nuestra propuesta para una Carta del Atlántico. Y aprovechó su brindis en la comida de gala de esa noche para limitar más la pobre respuesta que había formulado. No estaba en posición, señaló entonces, para empeñarse en compromisos definitivos en ni siquiera los escasos temas que había aceptado discutir:

Ninguno de nosotros (refiriéndose a los jefes de Estado europeos que habían visitado Washington) se reúne ya con Vuestra Excelencia únicamente como el representante de su propio país, sino al mismo tiempo y hasta cierto grado, también como representante de la Comunidad Europea.

De modo que, yo también estoy aquí no como el vocero *de* Europa, sino definitivamente como un vocero *para* Europa.

Nosotros habríamos alegremente respaldado esta declaración como una teoría para las relaciones de la Comunidad Europea con los Estados Unidos. El problema descansaba en imprimirle un significado práctico en el periodo de gestación de la unidad europea. Dado que todavía no existía ninguna institución política europea, tampoco había un centro focal para el contacto con Europa. Brandt, de hecho, nos enfrentaba con un dilema al estilo *Trampa 22*: si cada líder europeo era un vocero para Europa pero no podía representarla, y aquellos que la representaban eran simples funcionarios administrativos sin autoridad para negociar, ¿quién, entonces, podía actuar con autoridad?



Europa occidental en 1973: la Alianza del Atlántico Norte, la Comunidad Europea, y la OECD.

Cualquier duda acerca de si Brandt había venido a Washington para actuar evasivamente fue eliminada por la forma en que la parte germana manejó sus informes a la prensa. Para nuestra sorpresa nos enteramos —estaba todo en los medios de difusión alemanes— que la referencia de nuestra declaración conjunta final a una *sociedad equilibrada* constituía un rechazo indirecto a todo intento nuestro de dominar una ambición de la cual nosotros no estábamos al tanto. La omisión de las palabras *Carta del Atlántico* del comunicado fue aclamada como un éxito, como si el haber evitado la oferta norteamericana de vincular formalmente nuestro destino a Europa constituyese una muestra de habilidad política. Ni tampoco pudieron los informantes resistirse a ver en Watergate una oportunidad para acosar a los Estados Unidos: *El éxito de Brandt* —opinó uno de los principales diarios, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*—,

también se debe al hecho de que en vista de los estremecimientos causados por el escándalo Watergate, Nixon necesita reafirmar la importancia mundial de la acción de la presidencia de EE.UU. en la política exterior. La presencia de Brandt, reflejada en su recepción por el Comité de Relaciones Exteriores del Senado y el Club de la Prensa Nacional, fue útil a Nixon y lo tornó propicio a concesiones.

El nuevo embajador alemán, el confiable Berndt von Staden, que luego se convirtió en un buen amigo, inició por lo tanto su misión en circunstancias muy poco auspiciosas. Había arribado algunas semanas antes, pero la costumbre diplomática impide a los embajadores ejercer su función antes de haber presentado sus credenciales. La oficina de protocolo del Departamento de Estado usualmente aguarda algunas semanas hasta que varios nuevos embajadores pueden ser presentados junto al presidente. A Von Staden se le dio la oportunidad de presentar sus credenciales solo el día de la llegada de Brandt; esto fue hecho como una cortesía especial para permitirle participar en las conversaciones. Ahora, al partir su Canciller, soportó todo el peso de nuestro disgusto, que apenas si fue suavizado por la tensión nerviosa de Watergate. Von Staden, imperturbable y apaciguador como siempre, nos aseguró que ni Brandt ni el ministro de Relaciones Exteriores Walter Scheel habían hecho ninguna de esas insinuaciones a la prensa. Von Staden era demasiado honorable para mentir. Consideramos, por lo tanto, que alguna otra persona cercana a la cabeza había efectuado los informes, probablemente el vocero oficial. Cuando todos los principales diarios alemanes publicaron esencialmente la misma historia, deben haberlo hecho con el beneficio de alguna guía oficial.

El siguiente síntoma de lo que todavía nos parecía una reserva europea casi inexplicable fue la reacción al Informe de Política Exterior del presidente publicado el 3 de mayo. Era el cuarto de esos documentos emitidos durante el mandato de Nixon, y constituía un esfuerzo único por parte de un presidente para suministrar un informe anual comprensible de su actuación en el campo internacional. Resultaba deliberadamente conceptual en su enfoque, con los principales hechos utilizados como elementos ilustrativos en lugar de estar listados en un catálogo burocrático. El objetivo era brindar al Congreso, al público, a los medios de difusión y a los líderes extranjeros una información que nuestros procedimientos reservados, que a menudo excluían a la burocracia, tornaban esencial. Era la guía disponible más concisa para los funcionarios ansiosos por llevar adelante la política establecida, pero no siempre informados sobre su formulación. En ciertas ocasiones utilizábamos el Informe sobre Política Exterior para indicar o insinuar cambios importantes de política. Cada año miembros claves de mi *staff* —Winston Lord, Peter W. Rodman, William G. Hyland, Richard T. Kennedy, Marshall Wright, y otros— trabajaban durante semanas produciendo ensayos que, esperábamos, serían al mismo tiempo esclarecedores y legibles. Yo era el revisor general y, para ese fin, reservaba dos semanas libres en las cuales no me ocupaba de ninguna otra cosa.

A pesar de todos nuestros intentos, nunca tuvimos éxito en nuestro principal objetivo de utilizar los Informes de Política Exterior para provocar una razonada discusión pública. En parte esto se debió al insaciable apetito de los medios de difusión por las novedades; los conceptos y objetivos son demasiado abstractos para tener atracción periodística. Y en parte la causa fue el tamaño creciente del producto (el primero tenía 160 páginas, el cuarto 234), que hacía difícil aun para los periodistas con la mejor de las intenciones hacerle justicia. Quizás nunca explicamos adecuadamente su valor a la prensa, aun cuando me duela a mí, como el principal responsable de informarlos, el reconocerlo. Cualquiera fuese la razón, el único capítulo que generalmente recibía atención de los medios de difusión norteamericanos —para desazón de sus redactores y sus familias, que habían sido privadas de su compañía durante semanas— era el que se ocupaba de Indochina. Visto en retrospectiva, esto era inevitable, dada la obsesión nacional con Vietnam, aun cuando un estudio detenido habría proporcionado importantes pistas de nuestra política en gestación hacia China y la Unión Soviética. El resto del informe, empero, era leído atentamente en las cancillerías extranjeras y por interesados periodistas y columnistas. Ellos comprendían que proveía una revelación inusual del pensamiento de alto nivel.

En 1973 consideramos que habíamos encontrado la forma de eliminar la obsesión con Vietnam. Postergamos el informe hasta que el tema desapareció en gran medida de las primeras planas. El propio Nixon presentó el cuarto informe (*) en un discurso radial del 3 de mayo, estratagema que había sido elaborada por el ingenioso William Safire en 1968 como un medio para que el entonces candidato Nixon divulgase sus puntos de vista: La radio, según el enfoque de Safire, es un medio seguro para establecer una reputación de dedicación sin arriesgar un debate de fondo.

El informe contenía una vibrante afirmación del compromiso de los EE.UU. a la Alianza Atlántica, y una urgente apelación a una nueva dedicación a objetivos comunes:

Al tornarse más pronunciada la relajación de las tensiones Este-Oeste, algunos de nuestros aliados se preguntan si los Estados Unidos habrán de seguir comprometidos con Europa o, en lugar de ello, perseguirán un nuevo equilibrio de poder en el cual los antiguos alineamientos se diluirán y las distinciones entre aliados y adversarios desaparecerán.

Pero los Estados Unidos nunca habrán de comprometer la seguridad de Europa o los intereses de nuestros aliados. El mejor reaseguro de nuestra unidad descansa no en los compromisos verbales sino en el conocimiento de los objetivos acordados y las políticas comunes. Durante casi una década la Alianza ha debatido las cuestiones de la defensa y la *détente*. Algunos han urgido seguir un determinado camino, otros indicaron diferentes prioridades. Ahora las discusiones deben concluir. Debemos cerrar filas y trazar unidos el camino que recorreremos juntos en las próximas décadas.

Logramos, por una vez, eliminar a Vietnam de los titulares, aunque no de la forma en que lo habíamos planeado. En dicha oportunidad fuimos totalmente sumergidos por la reacción que provocó la renuncia de Haldeman y Ehrlichmann, acaecida tres días antes.

Los jefes de Estado europeos evitaron una vez más responder a la oferta de Nixon de revitalizar la sociedad. Se ocultaron detrás de sus expertos y éstos demoraron la contes-

(*) Y también el último, porque después de que me convertí en secretario de Estado en setiembre de 1973, carecí de tiempo para producir un documento elaborado. Esto constituye un dato interesante acerca de la naturaleza de la burocracia y una lástima, porque continué creyendo que una exposición inteligente de los objetivos y la filosofía básicos es importante para la comprensión pública, burocrática y exterior de la política del presidente.

tación con procedimientos glaciales. Semejante actitud dejó abierto el camino a los medios de difusión que, instruidos por los funcionarios de segundo nivel, incitaron al público europeo a resistir el *chantaje* norteamericano y sus tácticas de presión. Los diarios alemanes todavía se encontraban celebrando el éxito de Brandt al eliminar el término Carta del Atlántico del comunicado final de su visita. La reacción de la prensa francesa no fue mucho más caritativa. Advirtió acerca del riesgo de intentar unir entre sí los diferentes problemas, vislumbró una amenaza para la autonomía europea, y aunque apoyó el diálogo pareció preferir despojarlo de todo contenido. El influyente *Le Monde* editorializó el 1º de mayo:

Al proponer una negociación global sobre las relaciones entre EE.UU., Europa y Japón, el presidente Nixon habla de las instituciones europeas existentes, ninguna de las cuales abarca todos los aspectos del problema. . .

Resta por verse si Europa puede alcanzar mejor su individualidad a través de la oposición a los EE.UU., como parece creerlo París o continuando con su apoyo a nosotros, como lo cree Bonn.

Mi referencia al rol regional del viejo mundo en el discurso del Año de Europa, fue interminablemente comentada y condenada, sin que nadie se preocupase en destacar que yo me estaba refiriendo a una situación que deplorábamos. Señalaba un hecho observable que la conducta europea, tanto antes como después, subrayó ampliamente. Europa había estado desligándose de sus responsabilidades de ultramar a través de todo el período de posguerra. A pesar de nuestra renuencia, Gran Bretaña acababa de retirarse del Golfo Pérsico. Teníamos dificultades en persuadir a nuestros aliados para que fortaleciesen sus defensas de la NATO. Quizás no haya sido astuto el explicitar una realidad, pero las cavilaciones europeas acerca de la fraseología representaban una mezcla de hipocresía y subterfugio. Antes de que concluyese el año muchas naciones europeas reiterarían esas mismas frases durante la guerra del Medio Oriente, y, más tarde en la década, en la crisis de Irán y Afganistán, como un medio para no responder al llamado norteamericano a una acción conjunta.

Los únicos diarios que parecieron comprender lo que realmente perseguía nuestro gobierno fueron los británicos. El *Times* de Londres describió el informe como *un amplio y minucioso análisis que debe ser considerado ahora como el texto básico del pensamiento norteamericano*. A Europa este periódico le señalaba,

el punto más importante es que aun cuando vincula al comercio con la defensa, no sugiere que el compromiso norteamericano con Europa será negociado en trueque de las políticas comerciales de la Comunidad Europea o de concesiones políticas de la Unión Soviética. El concepto es claramente correcto.

Pero aún este diario simpatizante no pudo evitar la observación de que los alemanes occidentales *estaban preguntándose, como todos los demás, en qué medida los desastres domésticos de Nixon afectarán su política exterior*.

El conservador *Daily Telegraph* consideró que *algunos de los pasajes más agudos y analíticos del informe del presidente se encontraban en la sección referente a Europa y la Alianza Atlántica*:

En la actual etapa del debate. . . parece más bien que se trata de un caso en que cada uno le dice a los demás que es necesario hacer algo y luego espera a que los otros lo hagan o sugieran hacerlo. Esto es probablemente inevitable en un período en que tantos acontecimientos importantes están desarrollándose conjuntamente,

algunos en líneas paralelas y otros, aparentemente, en rumbo de colisión. Pero constituye el deber de los estadistas prever lo que vendrá. Líderes de Europa, tomen nota.

Esta, según nuestra opinión, era la esencia del problema. Un enfoque puramente pragmático no podía resolver ni aun los problemas técnicos. Y, sobre todo, no lograría inspirar a la generación que se había formado después de los últimos grandes actos de creatividad occidental.

JOBERT NOS CONDUJO AL PELIGRO

Para mayo las demostraciones de indiferencia europea debieron probablemente haberlos llevado a postergar la iniciativa. Después de todo, según cualquier evaluación realista, nuestros aliados habrían tenido por lo menos tanto que ganar de un nuevo ímpetu a las relaciones atlánticas como nosotros. Pero Watergate nos hizo más obsesivos que prudentes. Nixon sabía que los mismos críticos que lo acusaban de llevar adelante el Año de Europa como una diversión sostendrían que su fracaso se debía a sus dificultades domésticas. Dado que pretendía que su autoridad no había sido afectada —y por cierto no tenía otra forma más que ésta de conservar la que le restaba— se tornó rígido en perseverar en las empresas una vez que eran iniciadas. Más aún, creía profundamente en una fortalecida relación atlántica; era uno de los legados que más determinado estaba a hacer a su sucesor. Watergate se convirtió así tanto en una causa de estancamiento como en el obstáculo a su resolución. Pero persistimos, asumiendo la absurda posición de parecer más ansiosos en reafirmar y fortalecer nuestro compromiso con las relaciones atlánticas que Europa en aceptarlo.

Perseguí a continuación nuestros elusivos objetivos en Londres. El 10 de mayo me detuve allí para informar a los líderes británicos acerca de las conversaciones que acababa de sostener en la Unión Soviética con Brezhnev (véase Capítulo VII). Whitehall no pudo mostrarse más comprensivo y menos dispuesto a comprometerse. Los distintos ministros y funcionarios, con su hábil e insinuante modalidad, condujeron la conversación a asuntos de procedimiento, evitando elegantemente cualquier discusión sobre el fondo de nuestra propuesta. Estaban más que dispuestos a concertar foros para las consultas aliadas, siempre y cuando no se trataran de una conferencia cumbre o implicasen una firme obligación británica a algún arreglo en particular.

Surgieron todo tipo de ideas ingeniosas. Heath propuso crear un grupo piloto de cuatro (Francia, Gran Bretaña, Alemania Occidental y los Estados Unidos), ya sea designado por la NATO o constituido informalmente. Nosotros aceptamos. Sir Denis Greenhill, entonces titular permanente del Foreign Office, dijo que esto podría ser suplementado con grupos ad hoc para ocuparse de cuestiones específicas. Estuvimos de acuerdo. Alguien más formuló la idea de realizar más adelante una reunión de ministros delegados de relaciones exteriores de la NATO. También lo aprobamos. Pero el único problema era que cada iniciativa británica nos dejaba en la posición de ganar la aprobación de los otros aliados, sin aclarar qué era precisamente lo que había de discutirse o, en ese sentido, qué haría Gran Bretaña si los restantes aliados se oponían. Imposible contar con que Gran Bretaña asumiera la conducción para formar una respuesta europea a nuestra iniciativa, ni siquiera —como ocurrió— que apoyase sus propias ideas si nosotros las exponíamos y Francia las objetaba.

Ninguna demostración más clara podía ser brindada de la nueva prioridad que Heath asignaba a las relaciones europeas sobre las atlánticas que la obsesión británica con las actitudes francesas. Los funcionarios británicos inquirían solícita y extrañamente el punto de vista francés. Parecieron por demás aliviados cuando les informé que planeaba

ver a Jobert y Pompidou una semana más tarde, como si las líneas telefónicas entre Londres y París estuviesen cortadas. Aun cuando todavía no era obvio para nosotros, toda la evidencia mostraba que Gran Bretaña nos brindaría buena voluntad y asesoramiento, pero, en último término, seguiría el liderazgo francés.

Así París se convirtió en la palanca para poner en marcha el Año de Europa, y el 17 de mayo tuve mi primer encuentro con el hombre que la empuñaba en su nueva condición de ministro de Relaciones Exteriores: Michel Jobert, quien hasta hacía un mes era mi contrapartida como asesor del presidente de Francia. Lo había conocido como un personaje discreto, anónimo, hábil y cooperador que manejó la parte francesa de los arreglos técnicos para mis reuniones secretas en París con Le Duc Tho con invariable tacto. Era el hombre a quien habíamos recurrido en busca de soluciones para los delicados problemas que ocasionalmente surgían en las relaciones franco-norteamericanas durante el primer gobierno de Nixon. Nunca nos falló.

Por esa razón, y por las cálidas relaciones cultivadas en el primer gobierno de Nixon, no esperábamos una confrontación con Francia. Estábamos preparados para llegar a un acuerdo por adelantado con los dirigentes franceses acerca del Año de Europa; de hecho, preferíamos que así fuera. Estábamos convencidos de que la concepción no sentimental de Francia sobre el interés nacional nos conduciría a la misma conclusión que habíamos alcanzado: que la solidaridad occidental era crucial para la seguridad y la libertad de Europa.

Esta evaluación, empero, resultó un grave error. Antes de que terminase el año nos vimos enredados con Francia en la misma clase de desagradable confrontación por la cual habíamos criticado a nuestros predecesores. Las razones que la causaron todavía no son para mí totalmente claras, aun en la actualidad. Estábamos preparados para ceder ante Francia en cuanto a los procedimientos; creíamos estar implementando ideas originalmente formuladas por Pompidou. No nos importaba si Francia utilizaba nuestra iniciativa para fortalecer su rol en Europa. Estábamos muy dispuestos a ver implementado el legado de Monet por los estadistas franceses. La causa principal de nuestra desilusión, a mi juicio, fue el influjo de Michel Jobert, que coincidió con la declinación física de Pompidou y el colapso político de Nixon en Estados Unidos.

Durante unas cuatro semanas Jobert y yo trabajamos en armonía, o por lo menos así me lo hizo creer. Hasta ofreció ayudarme a redactar una nueva Carta del Atlántico. Y ciertamente importantes párrafos de la declaración conjunta firmada finalmente en Bruselas en junio de 1974 fueron escritos bajo la guía de Jobert por el capaz embajador francés en el Consejo del Atlántico Norte, François de Rose. Pero para entonces había sido desprovista de significado por las tácticas de Jobert. Al pasar los meses, trabajó con habilidad demoníaca para frustrar nuestras políticas. Esto no afecta mi convicción de que ninguno de los ministros de Relaciones Exteriores que conocí superó a Jobert en inteligencia y muy pocos le igualaron. Y aunque parezca extraño, me agradó enormemente a través de todos nuestros conflictos, y una especie de amistad —mezclada con exasperación— se desarrolló entre nosotros. El era un hombre culto y encantador con el cual constituía un placer intercambiar ideas. Pequeño, sardónico, con un rostro sensible dominado por ojos luminosos, Jobert era un intelecto formidable y un temible contrincante en los debates. Como corresponde a una nación donde la retórica todavía es una forma artística, sus aforismos a menudo eran tan aptos como mordientes.

Lo que le faltaba a Michel Jobert no era inteligencia ni habilidad analítica, sino sentido de la proporción. Yo no creo que haya comenzado buscando una confrontación con los Estados Unidos. Su objetivo inicial fue la meta tradicional de la diplomacia francesa en la Quinta República gaullista: crear por lo menos la apariencia de que Francia había moldeado todo lo que estuviera sucediendo. En una conversación posterior Jobert me formuló que él no podía aceptar simplemente una propuesta norteamericana. Francia

necesitaba *un cierto espacio de maniobras*, y a él no le importaba si los periodistas inventaban historias de confrontación; de hecho esto facilitaría el acuerdo:

Habrá incidentes, logros, progreso, incertidumbre. Esto ayudará a su proyecto porque lo tornará más importante; de la otra forma, sería demasiado simple, la gente perdería interés. Por lo tanto debemos mantener la apariencia de un diálogo difícil.

Jobert me dio la impresión de que al final él no sólo estaría de acuerdo sino que asumiría el liderazgo para conseguir un resultado consonante con nuestros objetivos. Todo lo que pedía era que se le permitiese desempeñar el rol principal y que no usásemos al Año de Europa para aislar a Francia dentro de la Comunidad Europea. Inquirió si ya habíamos preparado un borrador de la Declaración Atlántica. Pareció escéptico cuando le informé que no. De hecho, habíamos vacilado en escribir nada antes de contar con un acuerdo de nuestros principales aliados por el riesgo de que lo anulasen con sus críticas. Jobert nos urgió a entregarle un texto lo antes posible. Si estaba de acuerdo con el mismo, él, respaldaría nuestra posición ante Europa, sostuvo. Pero no debíamos intentar esgrimir nuestra indudable influencia para derrotar en las votaciones a Francia en la Comunidad, o invocar la Sociedad Atlántica para retardar el surgimiento de la identidad europea.

Dada la ansiedad de Gran Bretaña y Alemania para marcar el mismo paso que Francia, no tuve dificultades en conceder a París un rol conductor. Acepté prestamente y subrayé que no trabajaríamos dentro de las instituciones europeas para aislar a Francia. Así, durante las primeras semanas del Año de Europa ignoramos a la Comunidad Europea ¡a pedido de Francia! El astuto Jobert nos había confrontado con una situación tipo Trampa 22 aún más impenetrable que la de Brandt. Para mostrar nuestra dedicación a la unidad europea se nos pedía que pasásemos por alto a las instituciones europeas, dejando que Francia elaborase el consenso a través de sus relaciones con las capitales nacionales. La iniciativa se nos había escapado de las manos.

Siempre constituye un error delegar la defensa de los propios intereses en otro estado soberano. Pronto se hizo evidente que, lo haya planeado o no, Jobert sabía aprovecharse de la oportunidad cuando ésta se le presentaba. Explotando implacablemente nuestra frialdad hacia la Comunidad Europea, que él había alentado, organizó a sus ministros y funcionarios —un grupo susceptible en el mejor de los casos— contra nosotros, y él se convirtió en su vocero. Una iniciativa norteamericana permitió a Jobert perseguir el viejo sueño gaullista de construir a Europa sobre una base antinorteamericana.

No puedo juzgar si Jobert estaba desarrollando este juego desde un comienzo o si gradualmente se deslizó a una posición más allá de sus intenciones simplemente porque la oportunidad se le presentó. Tiendo a inclinarme a esta segunda alternativa, en parte porque Francia no tenía nada que ganar de la confrontación que las tácticas de Jobert hicieron inevitable. Una vez planteado el enfrentamiento y al verse las naciones europeas forzadas a elegir entre los Estados Unidos y Francia, su dependencia de nuestra protección no dejaba lugar a dudas acerca del resultado. Antes de que esto sucediese, la muerte de Pompidou removió a Jobert del Ministerio de Relaciones Exteriores, y durante el resto de la década las disputas franco-norteamericanas se esfumaron como una bocanada de humo.

Lo que parece haber desviado a Jobert del camino de la cooperación con nosotros fue el vino embriagador de la publicidad destilado de la vid del conflicto franco-norteamericano. Como el personaje de una obra de Pirandello, Jobert se convirtió en lo que en un comienzo había simulado ser. Cuando lo vi por primera vez consideró que mi admiración por De Gaulle era excesiva. El gaullismo, sentenció, era inmovilismo encubierto por la retórica. Al finalizar su actuación él, empero, había llevado el gaullismo a

límites inimaginados por el gran general, que era demasiado historiador como para dar a ningún conflicto un matiz personal y que jamás habría transpasado la línea de ruptura del equilibrio global. Después de haber comenzado interpretando el rol de un adversario para asentar las bases psicológicas de una cooperación posterior —o así lo declaró—, Jobert se identificó en tal forma con ese papel que nunca más pudo encontrar el lenguaje de la cooperación. Olvidó que las disputas no son fines en sí mismas; sólo tienen valor como etapas hacia un acuerdo, aun entre adversarios. Sospecho —y sé que algunos de los funcionarios de Pompidou comparten este enfoque— que lo que finalmente impulsó a Jobert a la exaltación obsesiva fue hasta ese momento la inconcebible idea de que podría convertirse en el sucesor de su mortalmente enfermo presidente si lograba capturar el interés público como un estridente defensor del nacionalismo francés.

La situación fue agravada por la apasionada naturaleza de Jobert, que ocultaba tras una máscara de cínica displicencia. Las ruedas de la diplomacia son aceitadas por las formas conciliatorias que distinguen a los desacuerdos sobre las políticas de la animosidad personal. Los elegantes rituales del protocolo simbolizan que el diplomático, no importa en qué medida difiera de su interlocutor, persigue una causa, un principio, un interés, pero nunca una *vendetta* personal. Jobert se rehusó a actuar de esta manera. Una vez empeñado en la confrontación, se lanzó rápidamente a un ataque personal. Aun cuando nuestras reuniones privadas siguieron siendo agradables y cordiales, nunca perdió la oportunidad para expresar las formulaciones más cortantes en presencia de otros. Ni tampoco limitó sus ácidos comentarios a los norteamericanos. En la Conferencia de Energía de Washington, en febrero de 1974, atacó a Helmut Schmidt, entonces ministro de Finanzas de Alemania, con una animosidad personal imposible de conciliar con ningún racional objetivo nacional francés.

Jobert era un gran talento, que habría fructificado si su presidente no hubiese sucumbido cuando él alcanzó la prominencia. Pompidou era un hombre esencialmente medido, cuidadoso y equilibrado. No puedo creer que él hubiese dejado que el problema escapase tan completamente de control si hubiera estado sano. Pero Jobert, al no contar con la guía de su presidente, y repentinamente poseído por visiones de eminencia inimaginables en su anonimato previo, se convirtió en un meteoro que fugaz y brillantemente iluminó el firmamento de la diplomacia sólo para desaparecer de forma igualmente rápida en la oscuridad(*). Fue una gran lástima.

En nuestra primera reunión el 17 de mayo de 1973 no hubo indicio alguno de los conflictos que sobrevendrían. La mayor parte de nuestra conversación se refirió a cómo los presidentes Pompidou y Nixon podrían promover conjuntamente al Año de Europa en su próxima conferencia cumbre en Islandia. Jobert señaló que estaba de acuerdo con el objetivo. Aconsejó paciencia y trabajo tenaz, en el cual él cooperaría. Consideró que mi conversación con Pompidou al día siguiente sería productiva.

Y así resultó ser. Cuando me reuní con el presidente el 18 de mayo en el Palacio del Elíseo, Pompidou demostró ser el primer líder europeo en considerar seriamente el trasfondo del Año de Europa. No recurrió a evasiones de procedimiento y fue rectamente al corazón del problema. Dijo que tenía algunos comentarios que hacer acerca de mi discurso de abril. No compartía la reacción general a mi referencia al rol regional de Europa. Si yo hubiera afirmado que Europa no tenía derecho a su propia opinión, habría sido una cuestión diferente. Pero yo no lo había hecho, y esto era un punto pasado por alto por la mayoría de los críticos periodísticos. Había expuesto meramente una realidad objetiva. Era *más o menos cierto*, continuó Pompidou, que Europa representaba una potencia secundaria (afirmación que iba mucho más lejos de lo que había ido la mía).

(*) Retorno a la vida oficial en 1981 como ministro de Comercio Exterior bajo la presidencia de François Mitterrand.

También concordaba en que las naciones atlánticas tenían frente a ellas una vasta agenda de problemas sin resolver que debían ser solucionados simultáneamente. No era posible, por ejemplo, superar las disputas económicas sin una base de estrategia común política y militar. Esperaba discutir la totalidad de los problemas principales con Nixon en Reykjavick.

Pompidou comprendía que la *détente* Este-Oeste, en particular, subrayaba la necesidad de algún acuerdo sobre los objetivos fundamentales. Básicamente, él estaba preocupado de que Nixon se hubiese excedido en sus aperturas a los soviéticos. Y lo que especialmente le importaba era el acuerdo sobre Prevención de la Guerra Nuclear, que debía ser firmado por Nixon y Brezhnev en junio, y sobre el cual manteníamos a Pompidou regularmente informado (véase Capítulo VII).

Lo interpretaba —erróneamente, a mi juicio— como una renuncia a la guerra nuclear entre las superpotencias que colocaría a Europa y China bajo presiones situadas en el umbral de una guerra generalizada. ¿Tenía Nixon una política diferente de la mía? ¿Todavía perseguíamos una política de equilibrio entre los distintos centros de poder o nos estábamos inclinando hacia la Unión Soviética y contra China? ¿Y cuál sería nuestra actitud frente a un avance “camuflado” de los soviéticos, uno que no se efectuase *con el recurso de la fuerza sino como una marea progresiva*? En otras palabras ¿qué haríamos si fuerzas dominadas por los comunistas establecían su control sobre países vitales del Tercer Mundo o quizás de parlamentos europeos?

Era un conjunto penetrante y visionario de preguntas que identificaba los problemas clave de la próxima década. La estrategia norteamericana de la *détente* se basaba en buscar el apoyo de los elementos moderados de los EE.UU., en evitar aparecer ante nuestros aliados como una fuente de tensiones internacionales y en dar a los soviéticos la oportunidad para un arreglo razonable, pero no se trataba de modo alguno de una política definitiva. Si el expansionismo soviético continuaba, estábamos determinados a dar una firme respuesta, y nuestra política se hallaba elaborada para crear para la misma la más amplia base posible. Empero, era verdad que Pompidou había percibido su punto débil: la *détente* podía confundir las tácticas con la estrategia, la retórica con la realidad. Si un líder tan sutil como Pompidou se mostraba desorientado, existía el serio riesgo de que al esforzarnos para demostrar nuestro compromiso hacia la paz pudiésemos desmoralizar a los tradicionales opositores del expansionismo soviético. Al eliminar el argumento de que la NATO era un obstáculo para la paz, también podíamos confundir su percepción del peligro. Todo esto podía dar impulso a lo que Pompidou denominaba la *marea progresiva*, que en 1973 tan sólo era un leve oleaje en el horizonte.

Si los EE.UU. podrían haber llegado a resolver este problema en una presidencia normal, jamás se sabrá. Nosotros obviamente pensábamos no sólo que era posible hacerlo sino que, a largo plazo, no existía otra forma de fortalecer la cohesión de Occidente. En la fétida atmósfera de Watergate, cuando fueron destruidas las esperanzas de Nixon de ampliar su base mediante una política moderada, corrimos el doble riesgo de que los avances camuflados de los soviéticos confundiesen al público en tanto que las tentativas de presentar resistencias no hallasen eco.

Pompidou había ciertamente planteado el interrogante básico que los norteamericanos, sobre todo, se resistían a formular: ¿Resistíamos nosotros, como la nación libre más fuerte del mundo, el hecho del cambio o el método del cambio? ¿Buscábamos prevenir sólo lo que la expansión soviética provocase por medios ilegítimos? (cualquiera fuera la forma en que *ilegítimo* se definiese). ¿O estábamos empeñados en defender el equilibrio, cualquiera fuese el método empleado para desafiarlo, incluyendo, como lo había declarado Pompidou, el asalto disfrazado como *marea progresiva*?

Una tradición de fe en el derecho internacional y una histórica renuencia a pensar en términos de equilibrio de poder inclinan a los norteamericanos al enfoque de resistir tan

sólo el método y no el hecho del cambio. Y por supuesto nosotros no podemos, ni debemos, estar casados a la ciega defensa de todo *statu quo*. La justicia, al igual que la estabilidad, debe ser el objetivo de la política exterior norteamericana, y ciertamente ambas están vinculadas. Empero, existen cambios en el equilibrio internacional que pueden amenazar a la seguridad de nuestra nación y deben ser resistidos a todo trance. Durante un siglo Inglaterra marchó a la guerra antes de permitir que el puerto de Amberes fuese ocupado por una gran potencia por cualquier método. El dominio de los mares, el prerrequisito de la supervivencia de Gran Bretaña, se consideró incompatible con la existencia de una segura base naval tan cercana a territorio inglés. Como producto de una tradición similar, Pompidou nos preguntaba si existían límites comparables para la paciencia norteamericana. Su interrogante me colocó en una situación de incertidumbre. Intelectualmente, estaba de acuerdo con él. La seguridad de los pueblos libres dependía de si los Estados Unidos podían desarrollar un concepto de interés nacional al que defenderíamos sea cual fuere el disfraz que los desafíos pudiesen adoptar. Pero también sabía que esto se enfrentaba con los estereotipos de la política exterior norteamericana, y que yo no estaba en posición para darle una respuesta inequívoca.

La orientación filosófica de la política exterior de la presidencia de Nixon era la de desarrollar tal percepción del interés nacional, y educar a nuestro pueblo acerca de sus complejidades. Infortunadamente, la guerra de Vietnam confundió los términos de referencia, y Watergate estaba a punto de ahogar el debate. Por razones extrañas a nuestra política exterior estábamos perdiendo la capacidad para dilucidar nuestro objetivo fundamental: que nuestra nación tenía el deber de defender la seguridad de los pueblos libres si quería preservar la propia; que el resistir a los desafíos al equilibrio en sus etapas iniciales constituye una empresa inevitablemente ambigua. Porque si uno espera a que el desafío sea innegable, el costo de resistir crece geoméricamente; y en la era nuclear puede tornarse prohibitivo.

Una nación y sus líderes deben elegir entre la certidumbre moral unida a un riesgo exorbitante y la decisión de actuar sobre la base de presunciones no demostrables contra los desafíos cuando estos todavía son manejables. Yo favorezco el último procedimiento. Por cierto, los recursos en disminución no nos dejan otra elección realista. Pero ésta lleva consigo la carga de que jamás podrá ser probado que los sacrificios que demanda son efectivamente necesarios. Si Francia hubiese resistido la ocupación de la Renania en 1936 —sin duda el hecho que más facilitó el estallido de la Segunda Guerra Mundial—, habría tenido éxito y a un costo mínimo. Pero en ese caso todavía se estarían escribiendo tesis doctorales discutiendo si Hitler era un nacionalista incomprendido o un maniático que buscaba el dominio mundial. Cuatro años más tarde todo el mundo supo quién era Hitler, pero ese conocimiento fue adquirido al costo de millones de vida.

El deber del estadista es tender un puente entre la experiencia de su país y su visión. Si él se adelanta demasiado a su pueblo perderá su mandato; si se limita a lo convencional, perderá el control de los acontecimientos. Las cualidades que distinguen a un gran estadista son la capacidad visionaria y el coraje, no la inteligencia analítica. Debe tener una concepción del futuro y el valor para avanzar hacia él cuando todavía está oculto para la mayoría de sus compatriotas. Desgraciadamente, aun cuando es cierto que son grandes los estadistas que pueden trascender la ambigüedad, no todo el que confronta a la ambigüedad es un gran estadista. Hasta puede llegar a ser un tonto.

Y así, en el año de Watergate y después de una década de Indochina, hablé a Pompidou más como un profesor que como un diplomático. Sostendríamos el equilibrio mundial a todo trance, le remarqué. Había algunos inaceptables, sea cual fuere el disfraz con que se pretendiese introducirlos, incluyendo si se presentaban como una *marea progresiva*. Estaba equivocado, por lo tanto, en creer que Nixon había optado por la Unión Soviética en lugar de China. En conjunto preferiríamos no tener que elegir, pero si lo hacíamos:

No tiene sentido elegir al más fuerte contra el débil. Si la Unión Soviética lograba volver impotente a China, Europa se convertiría en una Finlandia y los Estados Unidos quedarían totalmente aislados. Por lo tanto, es consistente con nuestros intereses no querer ni intentar permitir que la Unión Soviética destruya a China. . . ¿Cómo podemos apoyar a China? Hoy, esa idea resulta inconcebible para la opinión norteamericana. Necesitamos varios años para establecer con China vínculos que tornen plausible la noción de que un ataque dirigido contra ella puede ser un ataque a los intereses fundamentales de los Estados Unidos. Esta es nuestra deliberada política.

En cuanto al *avance soviético camuflado*, le expresé que haríamos lo máximo a nuestro alcance para prevenir el deterioro de la vigilancia occidental que posibilitaría el que tal hecho llegase a producirse. Esta era la razón por la cual queríamos dar una nueva dimensión moral a nuestras relaciones atlánticas, para crear un nuevo compromiso a objetivos y valores comunes. Era con este espíritu que Nixon concurriría a Reykjavik.

Pero mientras pronunciaba estas frases reaseguradoras, sentía una profunda desazón en mi ánimo. Los EE.UU. de Watergate probablemente no podrían reunir el apoyo interno necesario para convertirlas en realidad, y la Europa de acercamientos competitivos a Moscú quizás no llegase a escucharnos, ni siquiera después de que los norteamericanos recuperasen su unidad. Empero, el admitir esto sólo serviría para acelerar todas esas peligrosas tendencias. A veces uno no puede hacer nada mejor que conservar la fe frente a las adversas circunstancias, y confiar que la providencia impedirá lo peor.

Pompidou replicó con comprensión. Conocía los obstáculos que enfrentábamos, e irónicamente el tiempo que le restaba era demasiado corto para hacer algo más que ocuparse en atenuantes. Desde ese punto de vista, contestó enfatizando el aspecto táctico. Iría a Islandia para lograr *algo positivo*. Estaba preparado para una *discusión real* de un nuevo documento por medio del cual los aliados pudiesen reafirmar su solidaridad y sus objetivos de largo alcance: *debemos hablar entre nosotros, de modo que los europeos no tengan la impresión de que las cosas son dictadas por los Estados Unidos*. Y con esto, después de un mes de estériles gestiones, comencé a pensar que por fin nos encontrábamos en vísperas de un importante diálogo europeo-norteamericano, de la clase que habíamos vislumbrado.

TEMPANOS EN REYKJAVIK

La reunión cumbre entre Nixon y Pompidou celebrada en Reykjavik el 31 de mayo y el 1º de junio de 1973, no llegó a satisfacer estas esperanzas. Que fuimos allí con toda la intención de lograr un éxito, está probado por nuestros debates internos. Nuestros departamentos económicos, por ejemplo, estaban convencidos de que su objetivo de conseguir un sistema monetario flotante había sido casi frustrado en las Azores en 1971, cuando Pompidou y Nixon discutieron la crisis monetaria iniciada por nuestra supresión de la convertibilidad limitada del oro (5). A pesar de la promesa que hizo entonces Nixon a Pompidou de defender el dólar —lo que implicaba la fijación de los tipos de cambio—, nuestro descuido o incapacidad (depende del punto de vista) para hacerlo, originó de hecho para marzo de 1973 la práctica de los tipos de cambio flotantes que nuestra Tesorería siempre había preferido y que los franceses habían combatido tenazmente.

Mientras nos acercábamos a la nueva cumbre franco-norteamericana, mi amigo George Shultz se mostró preocupado de que sacrificásemos estas ganancias —como entonces se las consideraba—, que tanto nos había costado conseguir, por algo tan insustancial a los ojos de los economistas como la propuesta Carta del Atlántico. Con su estilo razonado y conciso, elevó un memorándum al presidente justo antes de nuestra partida.

Su argumento básico era que Nixon no debía retroceder de nuestra posición en la reforma monetaria a cambio de vagas promesas francesas de cooperación política. Se justificaba que la Tesorería sostuviera semejante posición; pero también se hacía necesario que la conducción política la rechazase. Lo menciono aquí sólo para subrayar la ironía de que los temores de nuestros propios asociados se contradecían con los de nuestros críticos europeos.

Nixon y yo, colocados entre las vacilaciones de nuestra burocracia y las sospechas de nuestros aliados, procedimos de acuerdo con lo que consideramos era el espíritu de mi conversación con Pompidou. Jobert me había pedido que le enviase un documento *privado*, es decir, no oficial, si es que tal cosa es posible entre dos diplomáticos de primer nivel. Pompidou y él, acotó, estudiarían nuestro enfoque al prepararse para la cumbre, y responderían constructivamente. Fuese o no otra de las sutiles trampas de Jobert o el producto de su sardónico y juguetón cinismo que se deleitaba en hacernos aparecer suplicantes, no vi perjuicio en contestarle. De todas maneras, los franceses tarde o temprano tendrían que analizar nuestro punto de vista. El 26 de mayo transmití un memorándum a través de nuestro embajador, John Irwin, que resumía nuestro pensamiento. El documento llevaba el siguiente título: *Resultado propuesto de la reunión entre los presidentes Nixon y Pompidou en Islandia*. El párrafo operativo describía lo que teníamos en mente para una Declaración Atlántica:

Nos agradaría alcanzar un entendimiento para iniciar el proceso de elaboración de un conjunto de principios de relaciones atlánticas, para el momento en que el presidente visite Europa a fines de este año. Los principios podrían estar contenidos en un documento que podría ser publicado como una Declaración a la cual los países que son miembros de la Alianza del Atlántico Norte y la Comunidad Europea se suscribirían. Somos, no obstante, flexibles en cuanto a la forma precisa que tendría tal conjunto de principios o al nombre que se les daría. . .

Pero quisiéramos alcanzar algún entendimiento acerca de las categorías de asuntos que serían incluidos. Por ejemplo:

- una nueva enunciación de los valores y amplios intereses compartidos por las naciones atlánticas,
- una definición de los comunes intereses y objetivos de seguridad, de acuerdo con las condiciones estratégicas de los años '70,
- enfoques básicos acerca de las relaciones Este-Oeste y las relaciones con terceras áreas,
- principios de cooperación sobre problemas comunes tales como el medio ambiente, la provisión de energía, intercambio de tecnología, etc.,
- y la concepción básica de las relaciones económicas, incluyendo las negociaciones comerciales y el esfuerzo para reformar el sistema monetario internacional.

No restaba tiempo para una respuesta francesa antes de que nos reuniésemos en Islandia.

En el interin, Heath y Pompidou sostuvieron una reunión privada, que una vez más subrayó la reserva europea. Ninguna de ambas partes nos proporcionó un informe, aun cuando el principal tópico de su conversación fue una iniciativa norteamericana. Los franceses no nos dijeron absolutamente nada, como si sus consultas con Gran Bretaña no nos incumbiesen. Heath escribió una carta no comprometida amistosa en el tono, pero de escaso contenido, repitiendo lo que ya Pompidou nos había comunicado personalmente a nosotros: que el presidente francés concurriría a Islandia con una *actitud positiva*. A partir de ese momento, Heath iba a adoptar la pose del apesadumbrado testigo de una incipiente disputa familiar.

Mientras estábamos escasamente enterados de las discusiones privadas, las informaciones públicas eran desoladoras. La idea de una reunión cumbre atlántica anticipada, que tanto Pompidou como Brandt habían antes respaldado, fue desplazada a un remoto futuro. Heath y Pompidou se negaban ahora a fijar una fecha a menos y en tanto que consultas bilaterales y multilaterales asegurasen una reunión de más alto nivel. Esto era, por supuesto, una tautología. Dado que el resultado de las consultas dependería de la voluntad de los gobiernos implicados, aquellos renuentes a la realización de una reunión cumbre podían vetarla arrastrando los pies. Y ciertamente, al negarse a establecer una fecha determinada, Heath y Pompidou crearon incentivos para la demora. Frustraron todas las tentativas de utilizar la perspectiva de una reunión cumbre, o aun de un viaje presidencial a Europa, como una obligación para acelerar las conversaciones. Y para que no surgiera duda alguna al respecto, los dos líderes hicieron que la prensa se enterase a través de sus asesores de que no vislumbraban posibilidad alguna respecto a que las consultas concluyesen para fines de 1973.

Nixon, empero, estaba preocupado con Watergate, y yo con otra ronda de las negociaciones de Vietnam, y ninguno de los dos había todavía comenzado a comprender que el Año de Europa podría convertirse en un procedimiento adverso. Renuentes a enfrentar el impacto debilitante de Watergate, constreñidos por procedimientos maravillosamente elaborados para confundir la cuestión, e impulsados más por la esperanzada convicción que por el frío cálculo, tratamos de leer en las hojas de té la respuesta que nosotros queríamos recibir. No enfrentamos el hecho de que era o demasiado tarde o demasiado temprano para iniciar una nueva era de creatividad, visión que nos había sostenido a través de las angustias de Vietnam.

Antes de abocarnos a la tarea que nos llevó a visitar Islandia, tuvimos que reunirnos con los líderes de esa tierra difícil de tundras salpicadas de rocas y agrestes montañas, donde en medio de la casi perpetua luz diurna del verano y la interminable penumbra del invierno un pueblo admirable lucha por asegurar su subsistencia arrancando los recursos a un suelo hostil y un mar implacable. Siguiendo la costumbre diplomática, Nixon, el secretario de Estado Rogers y yo, nos presentamos al gobierno islandés para agradecer su hospitalidad a los miembros principales. Los hallamos corteses pero muy escasamente interesados en la reunión cumbre franco-norteamericana. Su preocupación abrumadora era la guerra por el bacalao que iban a iniciar con Gran Bretaña.

La disputa giraba en torno de los derechos territoriales sobre las aguas distantes de las costas. Islandia sostenía tener derechos exclusivos de pesca en las aguas situadas entre ella y Gran Bretaña; y esto tenía implicancias en el campo de la defensa y del acceso a los minerales del fondo marino. Cualquiera fuese el mérito de la posición legal de Islandia, el pequeño país se había propuesto darle vigencia a través de la amenaza de clausurar la base aérea de la NATO instalada en su territorio, y, si fuera necesario, guerreando con Gran Bretaña. Barcos pesqueros británicos y una nave de guerra de ese país ya habían sido atacados por lanchas rápidas islandesas, que compensaban con hábil desplazamiento sus carencias en poder de fuego. Los ministros islandeses formularon la abierta conminación de escalar la acción militar, en tanto que Nixon y Rogers les imploraron postergar su decisión final.

Asistí a la reunión con asombro. Estábamos ante una isla con una población de 200.000 habitantes, que amenazaba ir a la guerra con una potencia mundial de 50 millones de personas por el bacalao, y una superpotencia consideraba necesario (a) expresar una opinión y (b) refrenar no al más fuerte sino al más débil. Nixon y Rogers reiteraron sus comentarios apaciguadores, en tanto que los ministros islandeses insistieron implacablemente en una posición que, en cualquier otro periodo previo, habría parecido suicida. Pensé en una observación formulada por Bismarck hacía más de un siglo respecto a que el débil gana fuerza a través del descaro, y el fuerte se hace débil a causa de las inhibi-

ciones. La escena que se desarrollaba en la municipalidad de Reykjavik, con la implorante superpotencia, y el pequeño y diminuto país amenazando con entrar en guerra con una nación 250 veces más grande en tamaño, y con abandonar la NATO (sin la cual quedaría indefenso), mostraba con mayor exactitud que muchos libros la situación actual del mundo y la tiranía que pueden imponerle los débiles.

Esa misma noche —del 30 de mayo—, me reuní con Michel Jobert suponiendo que sería una conferencia preparatoria de rutina para el encuentro entre los dos jefes de Estado. Como había ocurrido en las Azores en 1971, los franceses se las arreglaron para obtener los mejores alojamientos de la isla, una gran villa donde Jobert y yo nos reunimos a las 22 horas, que en Islandia, a esa altura del año, era pleno día. Por alguna razón Jobert prefirió observar en la habitación las condiciones que prevalecerían más al sur. Pesados cortinados producían la obscuridad a la que estaba acostumbrado a esa hora; esto obligó al empleo de luz eléctrica. Jobert perdió muy poco tiempo en ir al fondo de la cuestión, que consistía en algo muy opuesto a la alentadora buena voluntad expresada por Pompidou dos semanas antes. Resultó ser, por cierto, un catálogo de quejas contra los Estados Unidos. Si Pompidou había venido a Islandia para lograr algo *positivo*, como me lo había dicho, sin duda lo reservaba para su encuentro personal con Nixon.

Pero eso era improbable. La presentación de Jobert estaba destinada a reflejar los enfoques de Pompidou, aun cuando las ácidas formulaciones no eran indudablemente las suyas. Resultaba imposible deducir hasta qué punto él había influido en el pensamiento de Pompidou. De acuerdo con Jobert, la programación de nuestra iniciativa era importante sólo desde el punto de vista de las relaciones soviético-norteamericanas, y no atlánticas. Presumía que se trataba de una tentativa de los Estados Unidos de contar en sus manos con el mayor número de cartas posibles antes de la visita de Brezhnev a los EE.UU. Queríamos enfrentar a Brezhnev como voceros de nuestros propios intereses y, si era posible, de todas las naciones atlánticas. En síntesis, las observaciones de Jobert implicaban que respondía al interés de Francia al arrastrar los pies hasta que hubiera transcurrido la conferencia cumbre entre Brezhnev y Nixon, y nosotros no pudiésemos utilizar a la cooperación atlántica para arrancar concesiones en pro de nuestro propio beneficio.

No contento con este raciocinio ingeniosamente perverso, añadió objeciones adicionales: aceptando mi negativa de que nuestro motivo para proponer la Declaración Atlántica era el contar con un instrumento de presión frente a Moscú, entonces debía haber sido proyectada para presionar a Europa en las próximas negociaciones comerciales. Y aun cuando no tuviésemos motivos ulteriores nuestra iniciativa podía aún dañar a los intereses franceses porque había provocado una maraña de procedimientos en la Comunidad Europea. Si planeábamos trabajar a través de la NATO, el Año de Europa podía convertirse en un mecanismo para presionar a Francia a reasumir su participación total; si la Comunidad Europea habría de ser nuestra contraparte, la consecuencia práctica sería una tentativa norteamericana para instrumentar a los otros miembros, diluyendo por lo tanto (o algo peor) el rol conductor de Francia. ¿O acaso estábamos pensando en una organización completamente nueva que habría de fusionar a todas las instituciones existentes en algún tipo de comunidad supraatlántica?

Francia, según Jobert, no favorecía la cumbre europeo-norteamericana que, él sostenía, nosotros habíamos incitado a Brandt a plantear durante su visita a Washington (de hecho, Pompidou la había propuesto durante su reportaje con Reston, y Brandt nos había sorprendido dándole su apoyo). El único motivo podía ser el de aislar o disminuir a Francia. ¿Y cuándo habríamos de exhibir el texto de la declaración que él estaba seguro yo tenía en mis bolsillos? ¿Cuándo la podría ver él? No pudo creer que tal texto no existía. Y para que no sufriéramos la ilusión de que quizás pudiésemos hacer *algo* bien hecho, Jobert agregó que nuestras políticas monetarias desorganizaban el mundo. O los Estados

Unidos no sabían lo que estaban haciendo o estábamos deliberadamente persiguiendo el predominio financiero inundando al mundo con dólares baratos e inconvertibles. Y nuestra insistencia en una revaluación estratégica era un subterfugio para obscurecer el hecho de que en condiciones de paridad nuclear no podíamos correr riesgos reales para la defensa de Europa.

Jobert convertía al Año de Europa en un match de lucha. Cualquier contingencia que discutía se transformaba en un ataque a nuestros propósitos o en una razón para evadirse. Nos adjudicaba motivaciones de tortuosidad casi paranoica cuya misma formulación destruía la importancia de cualquier respuesta. Si éramos capaces de lo que Jobert nos acusaba, nunca podría confiar en nuestras palabras.

Algo cansadamente le recité nuestra para entonces convencional posición. Buscábamos una nueva dedicación a los objetivos moral y políticos de Occidente, no una carta ganadora para nuestro encuentro con el líder soviético o las próximas negociaciones comerciales. Habíamos proyectado el Año de Europa precisamente para trascender la obsesión con las relaciones Este-Oeste. Estábamos convencidos que sin ese esfuerzo las democracias perderían su sentido de dirección y cohesión. En cuanto a los asuntos de procedimiento, estábamos allí para arreglarlos; no actuaríamos sino con la cooperación de Francia. Las cuestiones económicas podrían ser mejor tratadas, si Pompidou brindaba una crítica detallada de nuestro enfoque, quizás juntamente con sugerencias para una solución. Resolveríamos el problema con el mismo espíritu que actuamos en las Azores dieciocho meses atrás. Los dilemas de la defensa eran el resultado de la evolución de la tecnología, y no de nuestras preferencias o proyectos. Necesitábamos una sensata doctrina de defensa para Europa, puesto que si no contábamos con ella las contingencias ya claramente previsibles habrían de producir algún día la alternativa imposible de elegir entre el suicidio y la rendición, que él también parecía temer.

Jobert cambió su enfoque; repentinamente se mostró tan simpático como se lo permitía su naturaleza tensa. Indicó que formulaba las ideas de Pompidou, en tanto que las suyas eran más benignas (éste es un viejo ardid de los confidentes presidenciales, destinado a despojarse de flexibilidad negociadora sin convertir por ello a la discusión en un choque personal. Yo, también, lo utilicé en ocasiones). Sugirió que la presentación de Nixon a Pompidou a la mañana siguiente sería de importancia crucial, aun cuando Jobert no nos informó cómo cualquier presentación habría de cambiar las sospechas tan profundamente arraigadas. La mejor consecuencia que uno podía deducir de lo conversado era que Jobert había situado a Nixon en la posición de un estudiante que aspira a graduarse y que será examinado por un rígido y exigente profesor.

Regresé a mi hotel con bastante abatimiento. Resultaba claro que la convocatoria de los jefes de Estado no llevaría a ninguna parte. Tendríamos que esforzarnos mucho para evitar un punto muerto. Pero ésta no era la teoría de los integrantes del cuerpo de prensa de la Casa Blanca que nos acompañaban y merodeaban los salones en busca de datos. Me acosaron con preguntas cínicas. Ellas sugerían que estábamos a punto de hacer estruendo para promover el olvido de Watergate. ¿Era necesaria esa reunión? ¿No habíamos ya acordado redactar una Declaración Atlántica, lo que hacía de Reykjavik una parodia para que Nixon conquistase prestigio y aplacase las investigaciones del Congreso? ¿Tendríamos nosotros, en síntesis, la temeridad de desviar la atención pública del espectáculo de un presidente acosado, presumiendo gobernar sirviendo al interés nacional?

A la mañana siguiente Nixon se dirigió al museo que servía como lugar de cita con Pompidou. Además habían preparado otro par de reuniones adicionales separadas: sobre política exterior entre los ministros de Relaciones Exteriores y sus ayudantes, y sobre asuntos económicos, entre los ministros de Economía y sus asesores. Esto dio a Nixon un pretexto para excluir a Bill Rogers, y a Pompidou para presentarse sin Valéry Giscard

d'Estaing. A pedido de Nixon, me uní a los dos presidentes como tomador de apuntes. Sin duda, esto acrecentó el resentimiento de Jobert. Habiendo sido *elevado* a ministro de Relaciones Exteriores, se veía ahora relegado a un foro secundario. Pompidou reveló el mal humor producido por su enfermedad cuando permitió al vocero francés filtrar la información de que su presidente, por una vez, habría de desarrollar el diálogo sin la ayuda de asesores, comentario mezquino e injusto dado que yo ya había participado con el mismo rol en la reunión de las Azores.

Nixon se mostró menos seguro de sí mismo que lo usual, debido a que Watergate había minado su energía nerviosa. El cambio de Pompidou, aun después de las dos semanas transcurridas desde que lo había visto por última vez, no era menos chocante, o quizás el clima monárquico del Palacio del Elíseo lo había obscurecido. Estaba inflado por la cortisona. Aun cuando su cortesía nunca flaqueó, pareció que le costaba un esfuerzo masivo mantenerla. Tenía ese aspecto retraído de los enfermos de cáncer, como si la batalla privada en la que estaba empeñado tornase irrelevante todas las otras cuestiones. Indudablemente el sufrimiento de Pompidou contribuía a la creciente irritabilidad de la política francesa. Era una carga muy pesada solicitarle que se convirtiese en socio del lanzamiento de una nueva iniciativa de duración indefinida, cuando estaba contemplando su propia muerte. En tiempos normales Pompidou podría haber asumido el rol de compensador de lo que él consideraba nuestra impetuosidad e inadecuado entendimiento de la sofisticación europea. Y pudo bien haber participado en nuestra elaboración de una perspectiva más amplia de nuestro futuro. Pero ahora su falta de confianza en sus potenciales sucesores —actitud congénita en los jefes de gobierno, la mayoría de los cuales requiere el sostén psicológico de la creencia en su indispensabilidad— se sumaba al natural escepticismo de Pompidou, y lo llevaba a evitar nuevos caminos que en otras manos podían conducir a resultados impredecibles y quizás negativos. Al término de su vida retornó a la ortodoxia gaullista que lo había engendrado. No tenía estómago para librar batalla con los paladines de su predecesor, a quien había ignorado cuando el futuro todavía se extendía ante él como un infinito.

Por ello el encuentro de Reykjavik fue dominado por una diferencia de perspectivas. Nixon, aunque muy alterado, todavía se consideraba a sí mismo como un jefe de Estado operativo que planeaba a comienzos de su mandato un programa a largo plazo. Pompidou estaba suspendido entre lo momentáneo, que conocía demasiado bien, y lo eterno, que temía conocer. Y ante esta inconmensurabilidad, el diálogo finalmente fracasó.

Nixon, al tanto del desafío de Jobert, efectuó una de sus mejores presentaciones. Después de expresar su admiración por De Gaulle, formuló con elocuencia las razones de nuestra iniciativa. Se ocupó en refutar los argumentos de Jobert de la noche anterior, eludiendo una confrontación mediante la astuta artimaña de adscribir los enfoques de Jobert a un innominado periodista francés:

En primer lugar, la programación de nuestra iniciativa para Europa nada tuvo que ver con la reunión cumbre con Rusia ni con las instituciones políticas de los EE.UU. Si proclamamos a este año 1973 como el Año de Europa, es porque considero que durante este año de la así llamada *détente* con Rusia, en este año cuando Europa está flexionando sus músculos, enfrentaremos un peligro muy grande si Europa comenzara a desintegrarse políticamente. Constituye un error el seguir afirmando que los EE.UU. pueden simplemente seguir negociando con Rusia y los chinos, porque esto disminuye la importancia y la preocupación que tenemos por nuestros reales amigos. Cuando me reúno con los rusos no tengo más ilusiones que ustedes acerca de lo que pretenden. Pero no me quejo.

Si no aprovechamos esta oportunidad preveo una carrera hacia Moscú. Cada país de Occidente y de Europa irá allí a negociar y hacer tratos. Por supuesto que deben

BANCO DE LA REPUBLICA

BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO

CATALOGACION

existir encuentros individuales, pero tiene que haber una filosofía subyacente que nos anime a todos. De otro modo, esos hombres astutos y determinados del Kremlin nos devorarán. No nos pueden digerir a todos juntos, pero pueden hacerlo uno por uno. Por eso es que es tan importante que mantengamos la Comunidad Atlántica, y pienso que debemos reunirnos al más alto nivel, en primer lugar los *cuatro grandes*, Heath, Brandt, Pompidou y los EE.UU., para sostener conversaciones muy francas, acerca de cual será nuestra acción futura. . . Yo no tengo un programa para el porvenir; éste debe surgir de todos nosotros. A pesar de lo que leo en la prensa francesa, estoy muy lejos de querer forzar a Francia para que retorne a la NATO o a otras instituciones a las cuales Francia no considera de su interés reincorporarse. . .

A pesar de su ocasionalmente complicada gramática, ésta era una declaración generosa y correcta. Existía el peligro del neoislacionismo en EE.UU. y del parroquialismo en Europa. La tecnología imponía un nuevo enfoque de la defensa; no se trataba de una preferencia política de los EE.UU. sino de un reconocimiento de la realidad. Los soviéticos sin duda intentaban crear la impresión en Europa de que nosotros y ellos estábamos por repartirnos el mundo. Algo tenía que hacerse para resolver la ambivalente posición de Europa entre la defensa indivisible y la autonomía política. Como se lo aclaré más tarde a Jobert, el 8 de junio, cuando él nos acusó nuevamente de perseguir motivos egoístas a través del Año de Europa: *Lo hacemos por un egoísmo más amplio. Dentro de ocho años, si Europa se obsesiona con una sensación de impotencia a causa de su aislamiento con respecto a nosotros, ambos perderemos.* Esa predicción, de hecho, llegó a concretarse con una venganza.

Pompidou replicó de una manera lapidaria que sumergió a la esencia del problema en elegantes paradojas. Comenzó con un análisis de la situación internacional, agudo pero desprovisto de su acostumbrada relevancia. Simplemente no llegó a conclusión alguna, sea cual fuere el aspecto que él consideraba estaba oculto en la complejidad. Los EE.UU., expresó, habían aceptado la paridad militar y, consiguientemente, la diplomática. No obstante *¿de qué otra forma podrían ustedes actuar, a menos que gasten sumas fabulosas?* Estado Unidos buscaba enredar a la Unión Soviética, congelar el statu quo *por medio de textos, acuerdos, tratados.* . . Empero, a pesar de la *détente*, los soviéticos estaban adelantando sus peones en todas partes. Y existían eslabones débiles, como Yugoslavia porque Tito era un anciano. *¿Adónde conduciría todo esto?* La nueva relación norteamericana con China era un factor importante. Pero *¿podría sobrevivir a las muertes de Chou y Mao?* Estaba además el surgimiento de Japón, ubicado en una difícil posición entre China, la Unión Soviética y los EE.UU., *y que había "temporariamente"* (palabra que enfatizó) *dicho que estaría unido a los norteamericanos.*

En este ambiente confuso Pompidou no se mostraba optimista respecto a Europa. No creía que 1973 marcaría el *advenimiento de Europa*; carecíamos por lo tanto de una base clara para nuestro diálogo transatlántico. Su previsión más positiva era que Europa se convertiría en una gran potencia comercial capaz de resolver sus problemas económicos. En Gran Bretaña, Heath era el único europeo, Pompidou no había encontrado a ningún otro. El presidente francés compartía la preocupación de Nixon respecto a Alemania Occidental, que, según formuló, *había comenzado a hablar de sus dos opciones y proclamar su vinculación a Occidente y volcarse al problema específico de Alemania que la inclinaba hacia el Este.* Y un poco más adelante declaró: *Alemania trata de mirar en ambas direcciones, simultáneamente.* Los italianos estaban preocupados, listos para aceptar cualquier propuesta norteamericana, pero no un arreglo previo entre los Estados Unidos y otros países europeos en el cual ellos no hubiesen participado. Lo mismo ocurría con Holanda. Y en lo que respecta a la Comunidad Europea, ésta estaba disputando sobre los precios de

las zanahorias y el trigo. *Las cosas salen, pero dificultosamente. No es un sistema eficiente, pero por el momento no existe voluntad de abandonarlo.*

Era cierto, sin duda. No obstante, Pompidou no ofrecía soluciones a las perplejidades que había enunciado, y ninguna visión de un futuro común. Porque su enfoque finalmente se resumía en la proposición de que nada se obtendría en ningún foro. Sólo los norteamericanos, acotó sardónicamente, podían invocar *un Año de Europa*; para Francia todos los años eran *el Año de Europa*. Pero Europa en ese momento estaba moribunda. Por otro lado el concepto de una Declaración Atlántica era muy vago:

¿Quién la emitiría? Si lo hacía la Alianza, entonces debía provenir del Consejo Atlántico. ¿Lo harían los EE.UU. más un país europeo? ¿O los EE.UU. y la Comunidad Europea? Esto resultaba difícil dado que la Comunidad carecía de realidad política, sólo tenía realidad económica

Pompidou no se equivocaba. Las funciones de la NATO y de la Comunidad eran diferentes. Sin embargo, esta cuestión no constituía la esencia del problema del presidente francés. Si la Declaración Atlántica era enunciada por la NATO, que después de todo contenía a todas las naciones relevantes con excepción de Irlanda, daría una estatura política a una organización que Francia estaba tratando de confinar a funciones militares. Pero si surgía de la Comunidad Europea convertiría a los EE.UU. en un participante de las deliberaciones de esa organización, lo que frustraría las ambiciones francesas de preeminencia. Francia quería preservar su independencia en la Alianza y su aspiración al liderazgo de Europa. Contra esta roca debía estrellarse el deseo de una mayor coherencia atlántica.

Pompidou era sensato en el aspecto analítico, pero el deber de un estadista es resolver dilemas, no contemplarlos. La posición de Pompidou significaba una perplejidad permanente o la frustración deliberada de una iniciativa importante para otorgar un sentido de dirección a las democracias, exponiéndolas al riesgo de consumir su substancia disputando sobre tácticas mientras derivaban gradualmente a una sensación aplastante de impotencia que debilitaría las estructuras domésticas y crearía crecientes peligros en el exterior.

Nixon llevó por último las discusiones a término, proponiendo la creación de un grupo informal de trabajo integrado por individuos que gozasen de la confianza personal de los jefes de gobierno de Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos. Heath nos había presentado esta idea a comienzos de mayo; y éste había sido el concepto de un *directoire* que propuso De Gaulle en 1958; lo habíamos incluido en nuestro memorándum a Jobert del 26 de mayo. En un principio Pompidou pareció aceptar la idea, lo que no era extraño ya que reflejaba una antigua proposición francesa. Por lo menos así interpretamos nosotros algunas expresiones ambiguas suyas que formuló justo antes de la pausa para el almuerzo.

Cuando Pompidou retornó para la sesión de la tarde lo había pensado mejor, o quizás había sido disuadido por Jobert. También pudo haber ocurrido, aunque era improbable, que no lo hubiésemos entendido bien en un primer momento. Lo que Pompidou tenía en mente eran consultas entre los *cuatro grandes* sobre una base *bilateral*. Francia no habría de participar en ningún nuevo foro sobre la Declaración Atlántica. Haría sus consultas sólo a través de los foros establecidos o por vía bilateral. Si yo deseaba reunirme con los representantes británicos y alemanes, Pompidou no haría objeciones, pero tampoco participaría. (Pompidou sabía bien que esto eliminaba la posibilidad de reunirse, porque ni Heath ni Brandt aceptarían tales consultas). La única *concesión* que ofrecía Pompidou era que los subsecretarios de Relaciones Exteriores podrían reunirse como partes del Consejo del Atlántico Norte, *en tanto* se lograra suficiente progreso en otros foros, donde,

por supuesto, Francia gozaba de veto. Para dorar la píldora, sugirió que Jobert y yo podíamos reunirnos en París aprovechando la nueva ronda de conversaciones que yo debería sostener allí la próxima semana con Le Duc Tho. Y Pompidou también estaba dispuesto a enviar a Jobert a fines de mes, una buena forma de perder otras cuatro semanas y evitar que presentásemos otros proyectos inconvenientes en otros foros.

De hecho, Pompidou nos estaba atando a una monstruosa vía de procedimientos. Si los cuatro efectúan sus consultas bilateralmente, entonces tendrían lugar simultáneamente seis negociaciones sobre el mismo asunto (y si se unía Italia, ocho negociaciones). No habría forma de ponerse de acuerdo, porque lo discutido con un socio tendría que ser comunicado a todos los demás, con un potencial infinito para la confusión, los malentendidos y prejuicios. Sin un foco central y sin ninguna propuesta específica, el caos era seguro. Pero si acudíamos a los foros existentes con un proyecto de propuesta —el único enfoque racional—, seríamos acusados de organizar a Europa contra Francia y de buscar dominar a la NATO con un documento norteamericano.

Cuando propusimos el Año de Europa, esperábamos obtener una respuesta organizada de Europa que nos conduciría a una conclusión en pocos meses. Nunca se nos ocurrió que después de seis semanas no contaríamos con ningún interlocutor (o que habría tantos que sería lo mismo), ningún foro, y ningún proyecto de documento.

Las restantes discusiones fueron igualmente inconclusivas. Pompidou formuló una crítica devastadora a nuestras políticas monetarias pero, en contraste con nuestro diálogo de las Azores, no presentó ninguna propuesta específica para resolver la cuestión. En esto probablemente fue listo. Las diferencias entre ambas partes eran demasiado amplias como para resolverlas mediante una directiva de los jefes de estado. No existía ninguna posición intermedia obvia entre la convertibilidad al oro (la posición francesa) y la inconvertibilidad (la nuestra).

La sesión final, en la que participaron todos los ministros, preanunció el estancamiento. Nixon pronunció un apasionado discurso reiterando su admiración por De Gaulle. Deploró la falla de sus predecesores para comprender al gran líder; él estaba determinado, afirmó, a superar todas las sospechas que subsistiesen. Insistiría para que los miembros de su administración trataran a Francia sobre la base de la confianza y la cooperación.

Nixon nunca comprendió plenamente que sus panegíricos a De Gaulle tendían a irritar más que a satisfacer a Pompidou. Los jefes de gobierno generalmente prefieren distinguirse de sus predecesores, en lugar de ser considerados como su sombra. Después de todo, De Gaulle había destituido a Pompidou como primer ministro, y sólo la inesperada renuncia del general había salvado a Pompidou del olvido.

De cualquier forma, Pompidou no se sintió obligado a la reciprocidad. Replicó sardónicamente: *El presidente Nixon y yo nos enfrentamos, pero no hubo ni vencedores ni vencidos*, fórmula enunciada siempre por la parte que considera que ha ganado. Y para que nadie alentase la ilusión de que algo se había logrado, agregó: *No tratamos de decidir nada*. Pompidou se mostró ingenioso pero opaco respecto a lo que realmente se había logrado:

Compartimos nuestros pensamientos íntimos, no concordamos en todos los métodos, pero sí lo hicimos en nuestros intereses generales y en que Francia y los Estados Unidos son guiados no sólo por la tradición sentimental sino por una comunidad de profundos intereses. Estoy convencido de que esta conferencia no ha dado nacimiento a nada, pero sembramos una semilla para el futuro, y la concepción es más divertida que el parto.

Pompidou no nos reveló cuál era la semilla sembrada. No cabía duda, empero, de que

su plantación no había sido tan divertida y que la especie tenía un período largo de gestación.

Casi inmediatamente surgió una nueva controversia. Las delegaciones todavía no habían abandonado Islandia cuando un vocero francés, al informar a la prensa que las nuevas consultas serían bilaterales, restó importancia a la idea de una reunión de los subsecretarios de Relaciones Exteriores y destiló escepticismo acerca de la Declaración Atlántica. Nuestros informes habían dado necesariamente una visión opuesta. El hecho de que yo hubiese autorizado en forma personal el texto de nuestra muy distinta declaración pública con Pompidou resultó ineficiente para aclarar la cuestión.

Los siguientes días no dejaron duda alguna de que era el informante francés quien había interpretado correctamente a Pompidou, como nosotros debimos haberle comprendido desde un principio. El titular permanente del Quai d'Orsay, el elegante Geofroy de Courcel, a quien conocíamos como viejo gaullista, repitió al embajador John Irwin en el viaje de regreso a París desde Islandia que la obligación de Francia hacia la Comunidad Europea se interponía en el camino de una consulta por parte de los *cuatro grandes*. Esta delicadeza hacia sus socios nos resultó una novedad; durante años Francia había participado en reuniones restringidas de los ministros de finanzas de los *cuatro grandes*, y había resistido empecinadamente la inclusión de cualquier otro. Tampoco esta solicitud se extendía a conceder a los socios de Francia una oportunidad para participar en la diplomacia del Año de Europa. En una junta de los ministros de Relaciones Exteriores de la Comunidad Europea realizada el 5 de junio, Jobert se opuso a una reunión cumbre de la Comunidad con el presidente porque sería deslucido para todos los europeos arrebajarse en torno de Nixon. Jobert contradujo también lo que interpretó como nuestra excesivamente optimista información sobre la reunión de Reykjavik, bloqueó la designación de un grupo *ad hoc* para preparar la posición europea para el diálogo atlántico, y abiertamente se opuso a cualquier tipo de Declaración Atlántica.

En estas condiciones, mi reunión en París con Jobert el 8 de junio se convirtió en un duelo. Si era imposible un grupo restringido e innecesaria una reunión de todos los miembros de la Comunidad, ¿qué foro restaba? Jobert, después de reiterar su enfoque de que estábamos persiguiendo el Año de Europa por razones domésticas, insistió en las consultas bilaterales, el único resultado de Reykjavik que parecía ansioso en afirmar. Y retornó a su obsesiva demanda de que presentásemos nuestro inexistente proyecto de principios. Las conversaciones bilaterales debían comenzar mediante nuestra exhibición de cualquier documento con que contásemos.

El hecho infortunado era de que a causa de un exceso de escrupulosa inquietud por las sensibilidades europeas y específicamente francesas, nosotros no contábamos con ningún proyecto. Esperábamos iniciar consultas, de modo que no pretendíamos imponer nuestros enfoques. Sugerí que los *cuatro* se ocupasen de preparar un documento, y que cada país se hiciese cargo de la responsabilidad de una sección en el primer proyecto, efectuándose todos los intercambios sobre una base bilateral. Resultaba un procedimiento ineficiente, pero estaba destinado a responder a las preocupaciones francesas.

En un principio Jobert se mostró accesible. Francia redactaría el fragmento sobre la evolución política de Europa. Más adelante en la junta pareció sugerir que todos —Francia, Gran Bretaña, Alemania Occidental y los Estados Unidos— fuesen requeridos para que elaborasen un borrador viable. Pero nuevamente, y antes de que pudiese comenzar trabajo alguno, Jobert expresó sus deseos de ver nuestro propio documento. Convencido de que no arribaríamos a ninguna parte a menos de que le mostrásemos algo, acepté presentarle un proyecto cuando viajase a los EE.UU. a fines de junio. El, por su parte, indicó que también redactaría algo, quizás en respuesta a nuestra versión. Aun cuando me resulte doloroso admitirlo, había caído en otra trampa. Porque una vez que le entre-

gase a Jobert un proyecto, estaría a su merced. Si yo lo mostraba a otros aliados, nos acusaría de unirnos contra él. Si esperaba a su respuesta, comenzaría a minar nuestra posición con sus socios a través de críticas o deteniéndolo por completo.

La anomalía de nuestra situación se hizo evidente al día siguiente cuando, todavía en París, tuve un encuentro con Joseph Luns, quien recientemente se había convertido en secretario general de la NATO. En muchos aspectos Joseph Luns constituía un símbolo de los cambios en la relación atlántica. Cuando lo conocí por primera vez era ministro de Relaciones Exteriores de Holanda, en un gabinete moderadamente conservador y de orientación resueltamente pro NATO. Considerábamos a Luns un firme amigo de los EE.UU. y un combatiente defensor de la unidad de la NATO. Y era tal nuestra confianza en él, que cuando visitó Washington en 1969 para convencernos, con sus francas tácticas, que debíamos otorgar derechos de aterrizaje adicionales a la KLM, la aerolínea holandesa, Elliot Richardson, entonces subsecretario de Estado, lo presentó en un almuerzo en el Departamento de Estado de la siguiente forma: *Las relaciones holando-norteamericanas se remontan a 300 años, y Joseph Luns ha sido ministro de "relaciones exteriores" durante la mayor parte de ese período.*

Pero en el término de pocos años se había convertido en un anacronismo en su propio país. El espectro político holandés se inclinó agudamente a la izquierda; la dimensión de seguridad de la NATO fue desenfanzada; y un espíritu de semineutralismo moralista floreció. Luns, con su insistencia en que Occidente representaba valores absolutos que merecían ser defendidos, no tenía cabida en esa estructura. Dejó de ser ministro de Relaciones Exteriores, y sus compatriotas se sintieron aliviados cuando su designación para la NATO lo removió del escenario político holandés. . . En Bruselas su naturaleza apasionada provocó socarronas sonrisas entre los fríos representantes de la nueva tendencia, pero también la admiración y el afecto de aquellos de nosotros que sabíamos cuán esencial era que el puesto de secretario general fuese ocupado por una fuerte personalidad profundamente convencida de la importancia moral de la unidad de las democracias.

Luns se distinguió por ser el primer líder europeo que dio inequívocamente la bienvenida a nuestra iniciativa. Lamentablemente, él no representaba a ningún gobierno. Y la institución de la cual era vocero no era una de las favoritas de Francia: Luns me informó que había escrito a todos los ministros de Relaciones Exteriores de la Alianza recomendando nuestra iniciativa y ofreciendo los buenos oficios de la NATO para cualquier consulta. El estaba preparado para aprovechar los almuerzos semanales de los representantes permanentes de la NATO para realizar sondeos y aun comenzar la elaboración de un documento. Solicitaba orientación. Pero Francia se interpuso en el camino. Como consecuencia de las maniobras de Jobert, nos vimos impedidos de hablar con aquellos que deseaban ayudar (por miedo a que se nos acusase de buscar el aislamiento de Francia) y confinados a tratar con quienes no se hallaban dispuestos a cooperar.

Yo todavía no estaba dispuesto a abandonar a Jobert y eliminar a Pompidou sin realizar un esfuerzo adicional, de modo que evadí una recomendación. Le expresé a Luns que deseaba esperar un intercambio de borradores con Jobert antes de implicar institucionalmente a la NATO. Carecíamos de otra alternativa, señalé, porque si Francia se oponía al Año de Europa éste se desvanecería. Luns me apoyó, aun cuando el asentimiento silencioso no era su fuerte. No le agradaban las maniobras; su estilo normal cuando se enfrentaba con un obstáculo era embestirlo y eliminarlo. Nos advirtió que algunos de los países pequeños estaban inquietos. Tenía razón. Pero pensamos que debíamos elegir entre la irritación de los pequeños países y la oposición abierta de Francia, cuya resistencia dispondría por lo menos del apoyo moral de Gran Bretaña y el consentimiento de la República Federal.

ESPERANDO A JOBERT

A fines de junio de 1973 estábamos aún en el aire. Dos meses después de nuestra iniciativa, nadie había todavía presentado ninguna idea concreta de lo que debería contener el Año de Europa. No existía un programa de trabajo ni un foro para la discusión, ni siquiera una respuesta europea formal. Yo estaba esperando a Jobert. Dos versiones de mi borrador prometido estaban siendo alistadas para su visita: un texto algo largo elaborado por el Departamento de Estado en el cual se enunciaban nuestros objetivos de una forma tan conciliatoria que restaban sólo muy pocos elementos conflictivos; y un documento más sucinto y probablemente más litigioso preparado por mi propio *staff*.

El 27 de junio Etienne Davignon, el director general de Asuntos Políticos del Ministerio de Relaciones Exteriores belga, visitó Washington. Fuerte defensor de las instituciones europeas, él había demostrado que la inteligencia y la dedicación podían, dentro de la estructura de una Europa unida, alcanzar una influencia desproporcionada con respecto al poder del propio país. Antes de visitarme en San Clemente, se reunió con el subsecretario de Estado William Porter y el secretario ayudante para Asuntos Europeos Walter Stoessel. Desde el punto de vista de la Comunidad Europea, Davignon defendía un mensaje aproximadamente igual al de Luns. Temía que nuestros tratos bilaterales con Francia estaban minando la capacidad de los otros ocho miembros de la Comunidad Europea para inducir a este país hacia la conciliación. Una redefinición de las relaciones de la Comunidad con los Estados Unidos era imperativa porque la mayoría de las disputas surgirían dentro del área de competencia de la Comunidad, y no de la NATO. Jobert, según Davignon, estaba bloqueando los avances en las reuniones de la Comunidad con dos argumentos: que ninguna decisión debía ser tomada hasta que no ampliase sus consultas con los Estados Unidos; y que de todas maneras no se requería apuro porque el *statu quo* resultaba escasamente desfavorable y, como Francia lo había demostrado, no era necesario concordar con Washington para sostener con él buenas relaciones. Todo, por lo tanto, dependía de Jobert, que viajaría para entrevistarse conmigo durante los días 29 y 30 de junio.

Frecuentemente ocurren momentos importantes en la diplomacia en escenarios incongruentes. La Casa Blanca del Oeste consistía en dos edificios paralelos prefabricados de un solo piso, separados por una senda de hormigón. El ala Este contaba con un salón de conferencias, un hall de recepción, una zona de oficinas para *staff* y administrativas, y un pequeño corredor. La otra ala enfrentaba el océano, y disponía de cuatro oficinas, cada una con una antesala para los secretarios. La cercanía al despacho del presidente es una de las mejores maneras de valorar la importancia relativa de los asesores de la Casa Blanca. Sobre esta base, la jerarquía de los asesores era Haldeman y Ehrlichman en ese orden. Todo el edificio había sido construido, bajo la presión del implacable acicate de Haldeman, en tres meses, entre abril y junio de 1969, de modo que estuvo listo para el descanso veraniego de Nixon. (Dado que Nixon insistía en que él nunca tomaba vacaciones, sus estadias en San Clemente eran presentadas como un traslado del trabajo en la Casa Blanca a la Costa Oeste). Cada una de las oficinas principales tenía un pequeño patio, equipado con una cómoda consola telefónica, con vista a la cancha de golf del presidente. Más allá de la misma estaba el Océano Pacífico.

Fue en mi patio y bajo el brillante sol de California que Michel Jobert y yo reasumimos nuestro duelo, manteniendo todavía la fachada de ser socios en una empresa común. Jobert había leído suficiente historia militar francesa para sentirse atraído por el valor de un ataque inmediato. Inició su exposición requiriendo que cesásemos de informar a sus socios en la Comunidad Europea; quizás esto constituyó una referencia a la visita de Davignon. Jobert no había traído nada, ningún borrador de la declaración, ninguna propuesta de procedimiento, ninguna indicación sobre un foro para proseguir el debate.

De hecho, dio a entender abiertamente que el principal propósito de su visita había sido el de ser informado acerca de la recién terminada reunión cumbre de Nixon con Brezhnev. La mayor parte de nuestro diálogo se ciñó a eso. Cuando por fin retornamos al Año de Europa, Jobert sugirió que el motivo de haber viajado hasta San Clemente era simplemente el de recoger nuestro proyecto de la Declaración Atlántica, sin duda un método demasiado consumidor de tiempo en la era de la telecomunicación. Como un signo de buena fe, le entregué nuestros dos borradores, aun cuando esto constituye usualmente un mal procedimiento porque permite al bando opuesto elegir lo que le resulta más ventajoso e informarse de los desacuerdos internos de la otra parte. Jobert se rehusó a observarlos allí. Expresó que los *llevaría y estudiaría*, o que los *estudiaría y leería*. Haría casi cualquier cosa, excepto avanzar en la cuestión. Si concordaba con nuestro borrador, las cosas serían fáciles; podríamos entonces trasladarnos a los foros multilaterales. No estableció qué ocurriría si no coincidíamos.

El remate final de la visita de Jobert fue una cena desastrosa que organicé en su honor en Los Angeles. Había invitado a representantes distinguidos de la política, las empresas, y la industria del espectáculo. Las cosas anduvieron bastante bien hasta que Jobert se puso de pie para responder a mi brindis, utilizando el idioma francés. Mi amigo el artista e impredecible genio Danny Kaye, no suficientemente familiarizado con el protocolo diplomático, lo interrumpió para inquirir acerca de la elección del idioma; había advertido que Jobert hablaba excelente inglés. ¿No podría el ministro de Relaciones Exteriores francés hablar en la lengua que comprendían la mayoría de los invitados? Jobert replicó fríamente que él hablaba en francés para beneficio del equipo que viajaba con él. Danny Kaye ofreció solucionar este problema oficiando de intérprete.

Para mi asombro, Jobert, quizás porque nunca se había encontrado con alguien como Danny Kaye en una reunión diplomática, consintió. Formuló un brindis suficientemente elegante en inglés, que Danny procedió a repetir con voz estentórea en su cómica versión del francés, un lenguaje inexistente que tenía la engañosa cualidad de reproducir la precisa entonación del francés y párrafos completos de frases francesas, de tal modo que el no iniciado necesitaba varios minutos de esfuerzo para comprender que estaba siendo objeto de una broma. Jobert no pareció muy divertido. A su vez, en este caso el arte no sólo estaba imitando sino reproduciendo fielmente la realidad: nuestro diálogo había comenzado a parecerse al chapurreo elegante de Danny Kaye.

Mientras esperábamos la respuesta o contraproyecto de Jobert, buscamos avanzar el diálogo transatlántico, en esta oportunidad con la República Federal de Alemania. Pero nada referente al Año de Europa iba a resultar cómodo.

Desde que Willy Brandt se había hecho cargo de la Cancillería, las comunicaciones confidenciales de Nixon con él se habían realizado vía Egon Bahr. Yo había discutido nuestro proyecto con Bahr a comienzos del año; él había formulado su apoyo en un memorándum a principios de abril; y por lo tanto era natural que recurriésemos nuevamente a su persona. Invité a Bahr a trasladarse a Washington luego de mi reunión en San Clemente con Jobert. Después de aceptar tentativamente, cancelé el viaje sin explicación. El 30 de junio le repetí mi invitación. Jobert, en el ínterin, había hecho su parte para enturbiar las aguas informando al ministro de Relaciones Exteriores alemán, Walter Scheel, que yo consideraba a Bahr mi interlocutor en el Año de Europa, asegurando así una disputa interna en Alemania acerca de las prerrogativas.

El 2 de julio Nixon envió un cable a Brandt informándolo acerca de las conversaciones con Jobert (esto era necesario en parte, para evitar que la versión francesa fuese la única información disponible en Bonn). Invitó a Brandt a enviar un representante a Washington para conversaciones bilaterales norteamericano-alemanas, de modo que la Declaración Atlántica pudiese ser completada antes de la visita de Nixon a Europa en el otoño. Dejó en manos de Brandt la elección del representante.

Brandt replicó fríamente el 7 de julio. No respondió a la insinuación de un viaje europeo de Nixon en el otoño; simplemente la ignoró. Aceptó las conversaciones bilaterales sobre la Declaración Atlántica, a la que describió modestamente como *algunos principios generales concernientes al desarrollo gradual de las relaciones entre los Estados Unidos de Norteamérica y una Europa Occidental en unificación*. Por cierto, el Año de Europa no peligraba a causa de un entusiasmo excesivo alemán.

En su carta Brandt designaba al ministro de Relaciones Exteriores Walter Scheel para las exploraciones bilaterales. O Bahr había perdido la batalla burocrática, o Brandt no quería ser identificado personalmente en una forma demasiado estrecha con el Año de Europa. O quizá ocurrían ambas cosas.

Afable y exudando fórmulas tranquilizadoras, Walter Scheel arribó a Washington el 12 de julio. Su aire de fácil camaradería tendía a crear la impresión de que no era más que un simulador. Pero ése constituía un grave error. Sus maneras conciliadoras estaban aliadas a una inteligencia de primera clase. Hábilmente persiguió la *Ostpolitik*, sin embargo nunca existió la menor duda acerca de su compromiso a la unidad de Occidente. Que estaba construido con duro material quedó en evidencia a través de la habilidad con que, como líder del Partido Democrático Libre, lo llevó de una ligera posición hacia la derecha del centro a otra situada ligeramente hacia la izquierda, un desplazamiento sutil que lo mantuvo como el fiel de la balanza de la política alemana y le dio una influencia fuera de toda proporción con su caudal numérico. No cabían dudas respecto a dónde Scheel, un devoto creyente en la democracia, estaba ubicado en los conflictos filosóficos de nuestro tiempo. Sin embargo, tuve la impresión de que él pensaba que el más acertado camino para su país era lograr el grado de libertad de maniobra que había sido tan crucial para su partido en la política doméstica. Scheel comprendía muy bien la importancia decisiva de la conexión norteamericana para la seguridad de Alemania y por lo tanto para su diplomacia. Había traído consigo el borrador de un proyecto de declaración. Era el plan más substancioso que alguien hubiese producido, y el que estaba más en concordancia con nuestro enfoque básico. Urgió a Scheel a convertirlo en un documento formal. Prometió hacerlo en el término de dos a tres semanas. Nunca lo volvimos a ver, sucumbió víctima de la presión francesa y la desintegración del diálogo acaecida pocas semanas después.

La cooperatividad de Scheel en lo sustancial no se extendía a los procedimientos. Su deseo de una visita presidencial era tan inhibido como el de Brandt. La única insinuación en cuanto a fecha que pudo avenirse a adelantar, fue de que debería ejecutarse en algún momento antes de la finalización de la Conferencia de Seguridad Europea. Dado que esta reunión recién se había concretado la semana previa y habría de prolongarse durante algunos años, el hecho no nos forzaba a iniciar el esquema. Scheel repitió la ya familiar disyuntiva con respecto al procedimiento, señalando que era relativamente fácil reunir a los jefes de gobierno de la NATO pero problemático discutir los temas económicos o las relaciones europeo-norteamericanas dentro de ese foro, en tanto era posible debatir estos temas dentro de la estructura de la Comunidad Europea, aunque no en presencia de los jefes de gobierno.

La solución de Scheel es que serían necesarias dos declaraciones, una sobre temas dentro del ámbito de la NATO y otra sobre aquellos aplicables a la Comunidad Europea. Pero al intentar esto, retornaban las antiguas perplejidades. Francia no aceptaría una reunión entre los jefes de gobierno de la Comunidad y el presidente norteamericano. Scheel sugirió que éste podría reunirse en Bruselas con el de la Comisión Europea (un funcionario administrativo), el de la Comunidad Europea (quién, según la rotación mediante la cual era ocupado el puesto, sería el primer ministro danés durante los próximos seis meses) y los nueve ministros de Relaciones Exteriores en su capacidad de miembros del Comité Político Consultivo. Constituía una proposición absurda. Los jefes de gobierno,

habiendo primero garantizado la seguridad de Occidente en una reunión de la NATO, se negarían a discutir las cuestiones económicas y políticas en la misma ciudad con el presidente, y en lugar de ello delegarían el tratamiento de estos tópicos en sus ministros de Relaciones Exteriores. Yo destaqué el absurdo adicional de que casi la totalidad de nuestros aliados estaban presionándonos a aceptar una reunión cumbre con Leonid Brezhnev al término de la Conferencia de Seguridad Europea. ¿Por qué ellos se mostraban tan reacios a participar de una conferencia cumbre con el presidente de los Estados Unidos? ¿Qué es lo que hacía mucho más fácil una reunión con Brezhnev? Scheel no dio el brazo a torcer. Postergamos la respuesta hasta que finalizase el trazado del proyecto.

El procedimiento elefantiásico que Jobert nos había impuesto estaba ahora creando su propio desquicio. Las ideas respecto a documentos proliferaban como el polen en el aire primaveral. Además del borrador alemán que habíamos visto, otro reducido proyecto holandés había sido sometido a la NATO, Jobert nos había prometido a nosotros solos un plan francés, y además estaban los dos esbozos norteamericanos que habían sido mostrados únicamente a Jobert.

Era prácticamente imposible decir quién había realmente visto o aprobado estos textos y cuáles se habían aprobado. Yo consideré difícil creer que el borrador alemán había sido preparado sin consultar a nadie. Pero carecía de sentido el tener a Jobert estudiando el proyecto norteamericano, y permitir a Scheel completar su documento ignorando nuestra posición.

Por lo tanto decidí entregar a Scheel los dos proyectos norteamericanos. Y habiendo ido tan lejos, también los transmitidos a Londres el 8 de julio. Sabía que al proceder así le daba a Jobert un punto de ventaja contra mí, porque le había dicho que aguardaría su reacción. Pero Jobert ya había tenido el nuestro durante diez días, y el proceso bilateral mismo que habíamos aceptado a pedido de Francia creaba sus propias necesidades. Era imposible no informar a nuestros principales socios lo que estábamos formulando a los otros.

Tal como se desarrollaron las cosas, era demasiado tarde para prevenir otra maniobra de Jobert. Este había visitado Londres a principios de julio y solicitó prontamente a los líderes británicos que le informasen cuál era su pensamiento acerca de los planes norteamericanos (antes de que los recibiesen). Cuando ellos honestamente negaron tener ningún conocimiento, los acusó de asociarse con nosotros contra Francia; era impensable, sostuvo que nosotros no hubiésemos mostrado tales documentos a nuestro más antiguo aliado. El astuto Jobert alcanzó por lo tanto dos objetivos. Si habíamos entregado los documentos a Londres, él había conquistado un *status* igual; si no lo habíamos hecho él había agriado las relaciones anglonorteamericanas justo cuando las decisiones ya no podían ser evitadas. Logró este último objetivo. Aunque ignoré los detalles de la visita de Jobert hasta que tanto Heath y yo abandonamos la función pública, era evidente en julio de 1973 que durante la fase decisiva de las negociaciones, Whitehall, sintiéndose perjudicialmente discriminado nos trató aun con mayor frialdad que en el período previo del gobierno de Heath.

Recibimos el otro zapatazo el 16 de julio. El encargado de negocios francés en Washington me entregó una carta de Jobert en la que éste rechazaba nuestros dos proyectos. El documento del Departamento de Estado, que él pensaba *menos generoso* que el mío, le parecía ser también *más prudente*. Sin embargo, a pesar de su insipidez, tampoco pasó la revista. Jobert a su vez no ofreció ideas propias: no deseaba comenzar algo que podía convertirse en una polémica, dijo, ya que podría llegar a ser irritante. Pero en razón de nuestra *amistad* me aconsejaba empeñarme en las conversaciones bilaterales que yo deseaba con documentos más realistas. No proponía, sin embargo, un texto que expusiese el *sentido de realismo* que consideraba aceptable. Hacerlo, temía, podría serme embarazoso; y reflexionando sobre al asunto, escribió, consideraba mejor permanecer en

silencio. En otras palabras podíamos presentar documento pero no se nos daba ningún indicio acerca de lo que se deseaba. Ni tampoco se nos informaba por qué nuestras proposiciones habían sido rechazadas. En el ínterin, Jobert utilizó nuestros proyectos para debilitar nuestras relaciones con los otros países europeos. Fue una muy hábil demostración de una diplomacia carente de objetivos, porque las victorias de Jobert no les produjeron ningún beneficio ni a él ni a su país y gravaron sus relaciones con los Estados Unidos.

Sirvió, no obstante, para estancar nuestra iniciativa. El 23 de julio los ministros de Relaciones Exteriores de la Comunidad Europea se reunieron en Copenhague. Tres meses después del día siguiente al discurso del Año de Europa y de semanas de consultas bilaterales, todos finalmente se habían reunido para discutir su sustancia. Una vez más nuestros aliados se refugiaron en el procedimiento; pero algo más que la demora estaba implícito. La decisión formal fue que los directores políticos de la Comunidad (altos funcionarios civiles en las cancillerías) habrían de redactar alguno de los principios destinados a los ministros para mediados de setiembre. Cuando la Comunidad hubiese concluido sus deliberaciones, el presidente del Consejo de Ministros nos transmitiría los resultados. No había referencia alguna sobre una visita de Nixon a Europa.

Transcurridos algunos días, comenzamos a comprender que lo ocurrido en Copenhague no había sido sólo el congelar el Año de Europa por otros dos meses, y dar la espalda a la visita presidencial —dos hechos sin precedentes en las relaciones atlánticas—, sino también convertir al diálogo europeo-norteamericano en un proceso de enfrentamiento. Después de insistir de que no consultásemos a la Comunidad Europea, Jobert aprovechó nuestro distanciamiento para convencer a la Comunidad que adoptase un procedimiento totalmente distinto a la práctica de consultas íntimas en vigencia desde hacía más de dos décadas. Constituía una costumbre el que las naciones del Atlántico —y especialmente los principales países— intercambiasen ideas sobre asuntos relevantes a través de muchos contactos informales cuya vitalidad era incrementada por su espontaneidad. Ahora se deducía que las naciones europeas habían decidido que trabajarían en la elaboración de un documento (nada menos que sobre las relaciones atlánticas) sin consultarnos. No se nos mostraría ningún proyecto, no tendríamos oportunidad de expresar nuestros puntos de vista. Después de que los ministros de Relaciones Exteriores de la Comunidad hubiesen completado el documento de aquí a varios meses, sería presentado a nosotros por el ministro de Relaciones Exteriores danés, quien ejercería la presidencia por el resto del año. El sólo estaría autorizado a presentarnos el proyecto, tomar nota de nuestros comentarios, y volver a informar a los otros ministros de Relaciones Exteriores, que considerarían nuestros enfoques en la siguiente reunión mensual. Luego de que hubiesen llegado a un consenso acerca de la respuesta apropiada, se repetiría el mismo procedimiento. En los intervalos entre las presentaciones del ministro de Relaciones Exteriores danés, ninguno de los otros ministros podría hablar con nosotros, ni siquiera informalmente, acerca de lo que había comenzado como una iniciativa norteamericana. Heath expuso en forma explícita el nuevo enfoque en un cable a Nixon del 25 de julio. Enfatizó que de allí en adelante los *nueve* compartirían entre ellos toda información *que puedan obtener dentro del marco de las negociaciones bilaterales con los Estados Unidos*. En otras palabras los tratados confidenciales bilaterales —demandados primero por nuestros aliados como el *único* procedimiento aceptable quedaban eliminados. Lo que ya había sido acordado sería compartido. Repentinamente, comprendimos por qué Burke Trent, el secretario del gabinete, y mi contacto designado dentro del gobierno británico con respecto al Año de Europa, se había mostrado tan elusivo. Había evitado las consultas desde abril, demorándose hasta la finalización de la reunión de Copenhague. Después de la misma ya no tuvo autoridad para consultar bilateralmente. Esto fue puesto en claro por Heath:

Pienso que tendremos la mejor chance de lograr el éxito que usted y yo deseamos, si a nosotros mismos se nos ve adherir a esta decisión en lo que respecta a su actual ejercicio. Hacerlo así mejorará las oportunidades de una respuesta ordenada de los "nueve" en el otoño.

Durante todo el período de posguerra Gran Bretaña se había enorgullecido de poseer una *relación especial*, basada en su posición preferencial en Washington. Pero si cada informe a Londres sería automáticamente distribuido a los *nueve*, el contacto, muy difícilmente sería *especial* en el futuro. Europa había respondido a la iniciativa del Año de Europa, con un procedimiento en el cual aquellos que hablaban con nosotros no estaban autorizados a negociar, en tanto que aquellos que podían haber negociado con nosotros ya no poseían más autoridad para hablar.

Lo que tornaba más doloroso a todo esto era nuestro conocimiento de que habíamos sido superados por Jobert, y que éste se había salido con la suya porque no previmos un procedimiento de adversario. Jobert había utilizado implacablemente nuestro esfuerzo para satisfacer a Francia como un instrumento para aislarnos. Fue a pedido de Jobert que resistimos los requerimientos de los países más pequeños de efectuar una propuesta formal o establecer un foro más amplio. En aras de evitar al aislamiento de Francia, habíamos, con graves dudas, procedido a entablar conversaciones bilaterales con Francia, Gran Bretaña y Alemania, y no recurrimos directamente a la maquinaria del Mercado Común. Con el fin de no exacerbar antiguas sensibilidades habíamos dejado de lado la propuesta de Joseph Lun's de utilizar a la NATO como un foro para las consultas.

Estaba claro lo que había sucedido después de tres meses de esperar a Europa. Jobert había explotado el recelo de los pequeños países con respecto a una imposición de los *cuatro grandes*, la resistencia de Alemania Occidental de inhibir a su *Ostpolitik* dentro de una agrupación más amplia, y la determinación de Heath de demostrar su vocación europea, a fin de forjar una coalición de negación. Jobert, respaldado por Heath, tuvo el campo libre para perjudicarnos porque la posibilidad de que todo el proceso se convirtiera en una confrontación simplemente nunca había pasado por nuestras mentes. No es de extrañarse de que las emociones apenas pudiesen ser controladas en una administración ya irritada por las presiones de Watergate.

El resultado fue una respuesta presidencial a Heath de frialdad inusual:

Aun cuando acepto su enfoque de que cierto grado de progreso fue logrado en la dirección general que esperamos lograr, debo decirle francamente que estoy bastante preocupado por la situación en que al parecer nos encontramos.

Pensé que habíamos acordado cuando discutimos en nuestra reunión de enero lo que más tarde se conoció como la iniciativa del Año de Europa, que ésta era una empresa fundamental para el interés común en un momento crítico. En esa reunión y en numerosos intercambios subsiguientes a través de este canal y en conversaciones con su representante, constituyó una base común el que la revitalización de las relaciones atlánticas redundaría tanto en el interés de Europa como en el nuestro, por lo menos, y que se necesitaban extraordinarios esfuerzos con un poderoso impacto público. . .

No tenemos ninguna objeción a la idea de que los europeos concierten entre ellos la forma en que desean conducir el diálogo con nosotros. No deseando ser demorados por cuestiones de procedimiento, empleamos canales bilaterales porque ésa era la preferencia europea, y ciertamente porque ningún otro canal parecía estar disponible. Todas las tentativas de conversaciones multilaterales, incluyendo algunas propuestas por vuestro gobierno cuando el doctor Kissinger visitó Londres en mayo, han sido rechazadas. Finalmente aceptamos las conversaciones bilatera-

les porque concordamos con vuestro juicio de que los franceses no debían ser aislados. Pero nuestra preferencia por los canales multilaterales fue siempre clara. Consistentemente declaramos que las distintas conversaciones bilaterales así como las discusiones en los foros multilaterales existentes, debían ser unificadas multilateralmente y continuadas con la misma amplitud tan pronto como esto fuera posible. Si hemos buscado preservar la privacidad de nuestros intercambios bilaterales fue principalmente a requerimiento europeo y porque concordamos que de acuerdo con las circunstancias constituía la mejor forma de avanzar. Me deja perplejo lo que usted dice acerca de la explotación de nuestros contactos privados bilaterales por el país que inicialmente había insistido en ellos.

Los mismos puntos fueron expuestos aun más ásperamente en una carta del 30 de julio de Nixon a Brandt, quien se había plegado al ahora argumento *standard* europeo de que la reunión de Copenhague representaba una significativa respuesta a nuestra iniciativa. Nixon aprovechó la oportunidad para decir que él no visitaría Europa en esa circunstancia y que no firmaría ningún documento que no fuera firmado por otros jefes de Estado, un cachetazo a la idea de que se reuniese con los ministros de Relaciones Exteriores, y no con los jefes de gobierno de la Comunidad:

Debo expresarle con todo candor mi sorpresa ante el enfoque que ha surgido de las deliberaciones europeas. Tres meses después de nuestra iniciativa, y luego de numerosas discusiones que a pedido europeo realizamos sobre una base bilateral descubrimos ahora que los europeos no desean discutir con nosotros temas substanciales hasta mediados de setiembre. Luego de que numerosos gobiernos europeos, incluyendo el vuestro, nos aseguraron que nos presentarían sus enfoques substanciales en respuesta a los nuestros, los europeos ahora han decidido retenerlos hasta haber primero preparado entre ellos una posición colectiva a través de discusiones de las cuales estamos excluidos. La intención, como la entiendo yo, es entonces presentarnos con este enfoque colectivo y luego conducir las discusiones tal como se nos pide con representantes europeos instruidos para tal caso. Debo honestamente comunicarle que encuentro asombroso que una empresa cuyo propósito fue crear un nuevo espíritu de solidaridad atlántica y cuya esencia debió haber sido el establecer la colaboración en todas las etapas, se convierta ahora en una confrontación europea-norteamericana.

En esta circunstancia debe usted saber que no emprenderemos ninguna otra iniciativa tanto en los foros bilaterales o multilaterales, sino que aguardaremos el producto de los "nueve" en setiembre y luego decidiremos si habremos de proceder y cómo lo haremos. . .

Permítame informarle, no obstante, que he llegado a las siguientes conclusiones con respecto a mi proyectado viaje a Europa: iré si se produce un resultado conmensurable con la necesidad de fortalecer las relaciones atlánticas. No puedo considerar reuniones en foros multilaterales en los cuales a mis colegas europeos no les resulte posible participar. Pienso que no servirá al propósito vislumbrado en nuestra iniciativa y que, yo creía, había sido acordado entre nosotros cuando usted estuvo aquí en mayo, el que yo firme comunicados en Europa que no sean firmados también por otros jefes de gobierno.

Se ignora qué impacto habrían tenido estas cartas si hubiesen sido enviadas por un presidente cuyo prestigio no estuviese afectado. Pero nuestros aliados sabían que Watergate había alcanzado un nuevo clímax con el descubrimiento del sistema de grabación de la Casa Blanca. Caben muy pocas dudas que sin Watergate, la necesidad de esas cartas

jamás habría surgido. Nuestros aliados sabían, por otra parte, no sólo que yo era el principal redactor de las mismas, —como siempre había sido— sino que el presidente, por razones domésticas, no podía otorgar al tema su atención en forma continuada. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para las recriminaciones, como pronto se hizo evidente en la nueva consulta con Gran Bretaña.

Sir Burke Trent arribó a Washington para las conversaciones bilaterales anglo norteamericanas el día en que fue despachada la carta a Brandt (30 de julio). A la luz de la decisión de Copenhague, él no tenía nada de qué hablar. Sostuvimos una embarazosa reunión con mi sabio y gentil amigo. Ambos comprendimos que si estas tendencias continuaban, nos hallábamos en un punto crítico de las relaciones atlánticas. En aras de una doctrina abstracta de la unidad europea y para ganar puntos puramente teóricos, algo que había sido desarrollado durante una generación estaba por ser desechado. Las relaciones atlánticas —y especialmente las anglo norteamericanas— habían prosperado gracias a intangibles como la confianza y la consulta. Pero ahora se las aprisionaba con la camisa de fuerza de los formalismos legalistas. Trent había vivido demasiado tiempo en el antiguo marco, basado en la confianza mutua, para no sentirse sino incómodo con su información. Llegó tan cerca de mostrar su pesadumbre, como se lo permitían el código de disciplina del Servicio Civil británico y su elevado sentido del honor. Pero los asuntos habían ido más allá de su nivel jerárquico.

Que el gobierno británico estaba determinado a cambiar el marco existente se tornó aún más claro cuando, y nuevamente sin ninguna consulta o advertencia previa, presentó en la NATO a comienzos de agosto un proyecto de texto de una Declaración Atlántica. Lo que tornó más sorprendente el gesto fue que Londres nunca había respondido a los partes que les transmitimos el 8 de julio (recibimos una respuesta negativa a los mismos sólo el 17 de agosto). El proyecto británico era notable por su blandura. Más aún, debía ser mantenido al margen del esfuerzo de la Comunidad, frustrando un documento comprensible. Y tendría que ser considerado dentro del *cronograma natural* de la Alianza. Esto significaba que la fecha más temprana para una reunión cumbre sería en la próxima reunión del Consejo de la NATO en diciembre, momento en que Nixon había específicamente declarado que no visitaría a Europa a causa de la necesidad de prepararse para las sesiones del Congreso. Cuando, todavía atados a los antiguos marcos, nos quejamos de falta de consulta, el gobierno de Su Majestad replicó:

Nos encontramos, empero, ya en dificultades con algunos de los miembros menores de los *nueve* por la tardanza, por la cual ellos se han enterado de parte de nuestra discusión con la Casa Blanca. . . Pensamos que siempre que sea posible debemos buscar desde un principio la discusión multilateral. . . La naturaleza de la relación atlántica es algo que no puede ser acordado a través de una discusión puramente bilateral. La empresa en oposición a las explicaciones, tendrá que ser multilateral.

Simultáneamente, nos enteramos de que la Comunidad había presentado el texto de un proyecto de *declaración* a Japón, con el comentario de que un documento negociado entre Europa y Japón sería concreto, en tanto que si nosotros participáramos sería necesariamente impreciso. Nunca se nos había informado de la existencia de tal proyecto, y aun menos consultados acerca de su contenido. El desaire era claramente premeditado porque la táctica resultaba innecesaria. La principal preocupación de Japón era mantenerse fuera de la línea de fuego. Los diplomáticos japoneses de tanto en tanto inquirían cortésmente pero con estudiada indiferencia acerca de ese anómalo Año de Europa en el cual habían sido invitados a participar. Pero dejaron en claro que aun cuando una exclusión de un esfuerzo serio disgustaría a su país, éste, tenía muy poco interés en participar en

una riña familiar occidental. Fue de esta forma que lo que comenzó como un esfuerzo para impulsar la unidad atlántica se convirtió en un instrumento para organizar a todas las democracias contra los Estados Unidos.

Aun cuando la inercia democrática y el desaliento de Watergate nos impulsó a continuar en la empresa, el Año de Europa había perdido su significado.

EL AÑO QUE NUNCA FUE

La parte formal de nuestra propuesta, una nueva Declaración de las Relaciones Atlánticas, fue finalmente lograda un año más tarde cuando Nixon era el único jefe de Estado sobreviviente de los *cuatro grandes*, pero él renunció seis semanas más tarde. Para entonces la Declaración había sido despojada de su importancia moral y psicológica por un año de disputas.

La historia, como resultó obvio, no puede ser repetida a voluntad. La idea de un discurso dramático pronunciado por un norteamericano para inspirar a Europa, había sido copiada de una manera demasiado consciente del lanzamiento por parte del secretario George C. Marshall del Plan Marshall; la frase *Carta del Atlántico* era un eco del famoso acuerdo Roosevelt-Churchill de los años cuarenta. Alentados por las exhortaciones europeas para desplazar nuestra atención nuevamente al Occidente y retirarla del Sudeste de Asia, y seducidos por nuestra propia nostalgia por las iniciativas históricas, nos enfrentamos con condiciones que habían cambiado drásticamente desde 1947. Entonces el secretario Marshall había ofrecido a naciones que no tenían ninguna otra alternativa lo que de hecho era un regalo gratuito: la ayuda masiva norteamericana para la reconstrucción de Europa. El problema de Europa era organizarse a sí misma para recibir el obsequio, una tarea placentera y no carente de provecho para los políticos. La Declaración del Atlántico de 1973-1974 no confería ningún beneficio inmediato; forzaba a todos los gobiernos a encarar una amplia gama de difíciles problemas, misión que los líderes políticos electos generalmente prefieren transferir a sus sucesores.

Había una compleja razón psicológica en el fondo de nuestra frustración. Estábamos tan ansiosos de liberarnos del trauma de Vietnam que fuimos incapaces de evaluar en toda su magnitud el hecho de que Europa no pudiera llegar a compartir este imperativo ampliamente norteamericano, o que por lo menos lo hiciese en alguna medida.

Había también otros obstáculos importantes, que analizaré en el Capítulo XVI. Pero el factor individual más corrosivo era Watergate. El Año de Europa pudo muy bien llegar a tener éxito si no hubiera sido por la forma en que ese escándalo se filtró en cada rincón y grieta del proyecto. Un presidente fuerte en la cúspide de su prestigio, con el respaldo del consenso norteamericano, pudo haber dado un decisivo impulso a la unidad moral de las naciones libres. Estas habrían estado ansiosas de compartir el escenario con él. Pero a medida que avanzó 1973, se produjo el caso inverso. La asociación con Nixon se tornó peligrosa; y tampoco el presidente contó con el apoyo de la opinión doméstica norteamericana en la medida necesaria para que nuestros aliados no pudieran ignorarla. Si Nixon no se hubiese convertido en una carga política negativa para los líderes europeos, es altamente improbable que ellos se mantuvieran tan insistentemente distanciados. Tuvieron que recapacitar cada vez más en los riesgos que les representaba firmar un documento con un jefe de Estado cuyo descrédito crecía día a día. De contar con ganancias inmediatas para exhibir, quizás hubiesen corrido el riesgo. Pero la Declaración Atlántica subrayó el dilema que enfrenta el líder democrático moderno: el lapso para que una política rinda frutos es más prolongado que su mandato y su permanencia en el poder, en tanto que el aspecto negativo de esa política comienza a operar inmediatamente. Cada jefe de Estado europeo debió calcular que a cambio de la visión de un mañana más seguro podría llegar a compartir el oprobio inmediato si se identificaba con Nixon justo

antes de que Watergate lo sepultase. Y las cuestiones que nosotros planteábamos resultaban todas complejas; mejor era eliminarlas ignorándolas.

No obstante, y con una perspectiva de casi una década, yo lamento la dureza con la cual algunos de nuestros aliados reaccionaron ante la pérdida de autoridad de Nixon. Se trataba de un hombre que había dedicado la totalidad de su vida pública a fortalecer la alianza atlántica. En su primera presidencia había realizado grandes esfuerzos para conquistar la confianza de los líderes europeos. Puso término a una desagradable disputa con Francia. Superó sus predisposiciones y ayudó a salvar la *Ostpolitik* de Brandt. Brindó a Heath muchas pruebas de su admiración. A pesar de algunos descuidos serios en 1971, trabajó en forma extraordinaria para consultar regularmente a sus colegas europeos. Sin embargo todos estos líderes, sin dejar nunca de ser corteses, dieron pasos a los que ninguno se habría atrevido con un presidente no claudicante que disfrutase tan sólo de un modesto respaldo público.

Al analizar todo lo ocurrido debo concluir que aunque la tentativa inmediata estaba condenada, tuvimos razón de realizarla. Porque todavía pienso que planteamos las preguntas correctas. Los líderes de las democracias industriales habían evadido durante demasiado tiempo las cuestiones fundamentales utilizando para la política doméstica la conexión norteamericana. Durante los periodos de tensiones internacionales la crítica era que la política norteamericana perjudicaba a la seguridad de Europa. Cuando consideramos el consejo de nuestros socios y suavizamos nuestras relaciones con Moscú, ellos se quejaron de un condominio soviético-norteamericano. En el fondo, Europa quería que Estados Unidos permaneciera comprometido a su defensa pero esperaba desviar de su territorio a las operaciones militares que se produjesen. Sus gobiernos buscaban seguridades precisas de nosotros en todos los aspectos de nuestras negociaciones con la Unión Soviética, pero no estaban preparados para aceptar restricciones similares en sus propias iniciativas unilaterales. Estas inconsistencias, si se prolongaban durante demasiado tiempo, habrían de consumir la unidad europea sepultándola en un marasmo de políticas conflictivas generadas por las presiones domésticas del más corto plazo. Y lo que es más importante, la obsesión con las tácticas despojaba a la política de las democracias de su apoyatura moral. Sin una visión de su futuro, la opinión se encontraba crecientemente desmoralizada por las cuestiones técnicas que escapaban al entendimiento de los no expertos. El temor, y la no resolución, se convirtió en el ingrediente dominante de las políticas de demasiadas democracias; la adaptación, y no la defensa del propio destino, definió la prudencia política. Las causas de esta situación eran profundas y no solucionables únicamente por iniciativas de la política exterior. Sin embargo, las ideas representadas por el Año de Europa pudieron haber contribuido a superarlas.

Tal como ocurrieron las cosas, la mayoría de las propuestas prácticas del Año de Europa se realizaron. Antes de la renuncia de Nixon se firmó la Declaración Atlántica. Durante la presidencia de Gerald Ford se iniciaron las consultas regulares en una amplia agenda y continúan en el momento en que escribo esto. Pero aún resta por concretar y en circunstancias incomparablemente más difíciles, la empresa de elaborar la visión de un futuro prometedor.

Capítulo VI

EL MEDIO ORIENTE EN EBULLICION

¿TIEMPO PARA UNA NUEVA INICIATIVA?

Extrañamente, la debilidad doméstica producida por los traumas de Vietnam y Watergate tuvo su menor impacto en nuestra política del Medio Oriente. Ninguna cuestión de esa región había llegado a transformarse en una grave controversia en nuestro país; las naciones del Medio Oriente se aprovecharon en menor medida que otras de las crecientes dificultades de nuestra autoridad ejecutiva porque todas se verían perjudicadas sin su creencia en un poderoso Estados Unidos. Cada uno a su manera descansaba en una fuerte política norteamericana para alcanzar sus propósitos ampliamente distintos. Israel dependía del apoyo norteamericano para la supervivencia. Los árabes moderados contaban con la influencia norteamericana ante Israel para progresar hacia la paz. Y aún los árabes radicales nos necesitaban aun cuando sólo fuese como una coartada; ellos tendían a exagerar nuestra influencia maligna pero hasta el punto en que consideraban que no habría de agudizar las tensiones implícitas en Watergate.

Nixon comenzó su segunda presidencia con la firme intención de lanzar una iniciativa diplomática para la paz en Medio Oriente, aun cuando no había todavía formulado un plan. En una entrevista realizada dos días antes de su reelección, anticipó que el Medio Oriente tendría *una muy alta prioridad* en su segundo gobierno. El 5 de noviembre, el secretario de Estado William Rogers agregó su propia predicción de que los Estados Unidos esperaban encontrarse pronto *muy activos* (1). Y al finalizar la guerra de Vietnam la tensión pública se centró crecientemente en el Medio Oriente. En la primera semana de febrero de 1973, los columnistas Rowland Evans y Robert Novak señalaron *una creciente presión de los países árabes amistosos hacia los Estados Unidos* para comprometer a Nixon y a mí en la diplomacia de Medio Oriente. El *New York Times* en un editorial de la misma semana destacó que las visitas pendientes a Washington de varios líderes del Medio Oriente darían a Nixon una *oportunidad natural para tomar algunas nuevas iniciativas*. El *Baltimore Sun* remarcó que tales iniciativas eran *imprescindibles*. Y el *Washington Post* urgió a Nixon a conferir al Medio Oriente su *sostenida atención personal* ahora que Vietnam había concluido, advirtiendo que la actitud de Israel era *inaceptablemente corta de vista* (2).

Sin embargo, existían muchas razones para la cautela. La primera presidencia había subrayado la futilidad de los planes de paz excesivamente ansiosos, frustrados a causa de las pasiones de los adversarios y las divisiones de nuestro gobierno. Estaba programada una elección israelí para fines de octubre de 1973; y la experiencia nos había enseñado que ningún gobierno israelí podía tomar las decisiones difíciles inherentes al proceso de paz mientras su futuro estaba en juego. Nos proponíamos utilizar el intervalo en conversaciones exploratorias de mi parte con el asesor de Seguridad Nacional del presidente

Anwar el-Sadat, Hafiz Ismail; para formular una propuesta viable necesitábamos una comprensión más clara de los propósitos egipcios.

Dentro de nuestro gobierno, la conducción de la diplomacia en el Medio Oriente estaba en transición. Durante su primera presidencia Nixon había inicialmente confiado el Medio Oriente al Departamento de Estado, en parte para aplacar a Rogers, y en parte porque Nixon pensaba que la diplomacia del Medio Oriente constituía un factor negativo desde el punto de vista doméstico y buscaba apartar de sí sus riesgos. De ese modo, mi influencia en la política del Medio Oriente en el primer gobierno de Nixon fue mucho menos directa que en otras esferas. Podía escribir memorándum o alertar y ocasionalmente demorar la toma de decisiones. Pero excepto en la crisis de Jordania, no ejercí ningún control operativo. Hasta mediados de 1972 el sistema de canales ocultos de la Casa Blanca —negociaciones secretas con otros gobiernos, que salteaban al Departamento de Estado— nunca fue aplicado en el Medio Oriente. Aunque ocasionalmente me encolerizaba con este sistema, en verdad, sirvió a la estrategia que yo favorecía: un prolongado estancamiento capaz de inducir a los árabes hacia la moderación y colocar a los soviéticos en los límites de la diplomacia del Medio Oriente. A fines de 1971, Nixon comenzó a desplazar hacia mí la responsabilidad. Temía que la inclinación del Departamento de Estado hacia teorías abstractas lo condujese a proponer planes que provocarían la disconformidad de todos los bandos. Mi objetivo principal fue el asegurar que no se produjera ningún estallido que complicase la elección de 1972, lo cual significaba moverme con lentitud. Todo lo que hice fue establecer un canal secreto con el asesor de Seguridad de Sadat, y muy poco circuló a través de ese canal aún después de que Sadat expulsó de Egipto al personal militar soviético en julio de 1972 (3).

La razón de la tardanza era, de hecho, más sustantiva que política. La crisis de Medio Oriente tenía muchos componentes, todos los cuales constituían trampas para el desprevenido y reclamaban cautela: el conflicto árabe-israelí; la lucha ideológica entre los árabes moderados y radicales, y la influencia y rivalidad de las superpotencias, especialmente el creciente rol militar soviético. Estos ingredientes obedecían a orígenes distintos, pero habían crecido intermezclados; ninguno podía ser solucionado sin encarar a los otros. La creación del Estado de Israel con el apoyo norteamericano (en su momento también soviético) había inflamado el nacionalismo árabe y conducido a la guerra. Israel estableció una Nación por la fuerza de las armas y vivió en adelante sin ser reconocido, aislado, y amargamente combatido por sus vecinos. En junio de 1967 Israel se lanzó a través de las líneas del armisticio después de que Egipto bajo Gamal Abdel Nasser, azuzado por la desinformación soviética, declaró el bloqueo al puerto israelí de Eilat y ominosamente desplazó su ejército al desmilitarizado Sinaí hacia Israel. La guerra concluyó en seis días con Israel en posesión de amplias zonas de Egipto y Siria, así como también de la franja oeste del río Jordán, sumando a la frustración árabe la humillación.

Israel, al no haber vivido nunca dentro de fronteras aceptadas, no percibió ninguna diferencia esencial en ubicar sus límites en un lugar no aceptado u otro; condenado a la beligerancia árabe, buscó el cinturón de seguridad más amplio imaginable. Los países árabes se vieron acorralados entre sus objeciones filosóficas a la existencia de Israel, y la realidad práctica de que ellos no podían alterar el statu quo excepto a través de alguna forma de diplomacia. Los gobiernos árabes moderados como Jordania y Egipto (ambivalente, bajo Nasser) llegaron a elaborar una fórmula que aceptó a Israel en sus fronteras de preguerra (1967) pero, hasta tanto no se lograra un arreglo del *status* de los árabes palestinos, no se avinieron a conceder más que un fin al estado de beligerancia —otra forma de armisticio— antes que la paz completa que demandaba Israel.

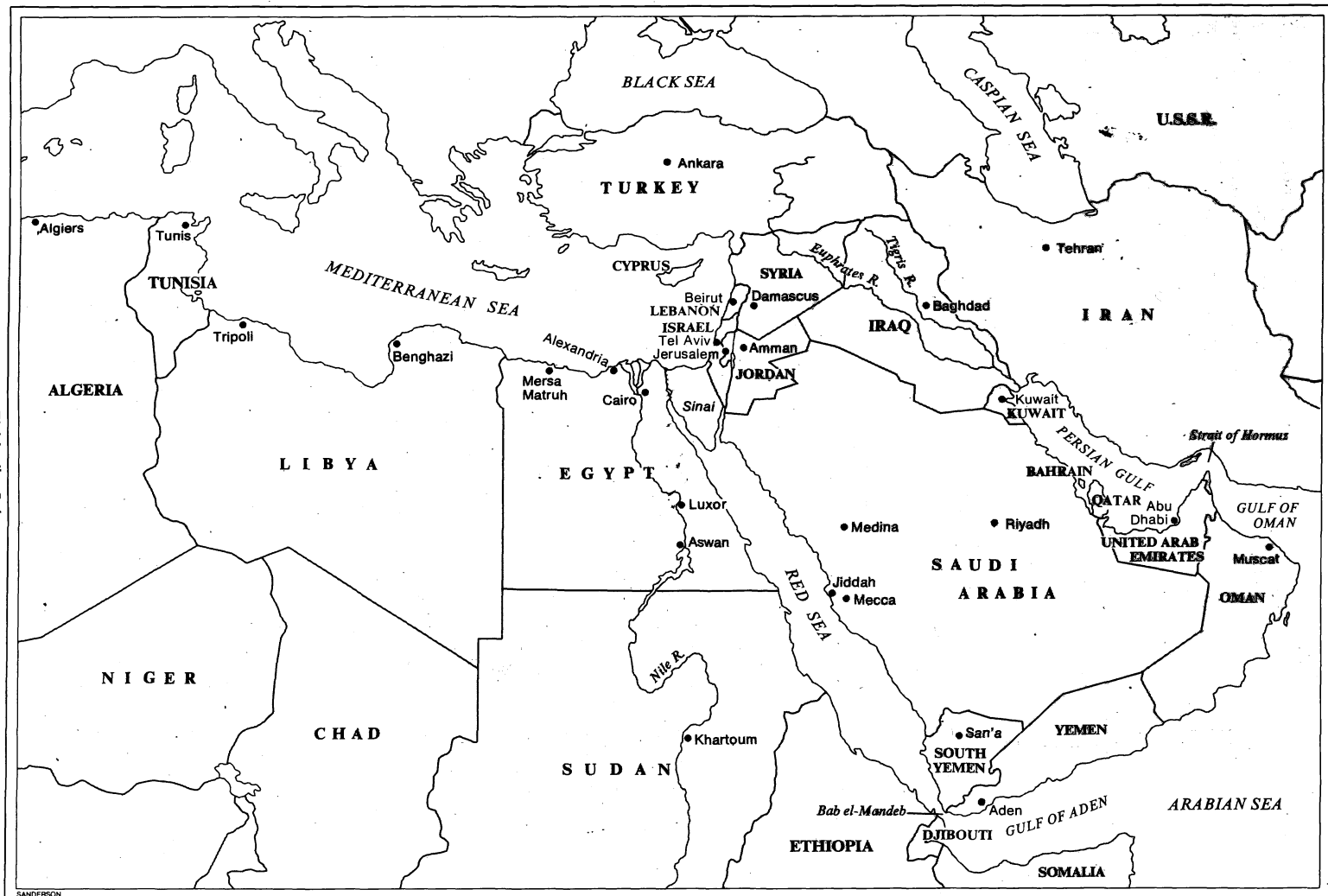
La cuestión palestina quedó en punto muerto por la actitud de los radicales árabes y el enfoque de Israel de sus necesidades de seguridad en la franja Oeste. Siria se negó a

negociar bajo *ninguna* condición; objetó la misma existencia de Israel, no sus fronteras. Y hasta en diciembre de 1973, cuando volé de Tel Aviv para visitar a Damasco por primera vez, la prensa siria controlada informó que el secretario de Estado norteamericano había arribado de *territorio ocupado* (es decir, Israel). Irak añadió enérgicamente su peso a los radicales, y también lo hicieron Libia y Argelia. La Organización para la Liberación de Palestina (OLP) cuya pretensión de representar a todos los palestinos aún no había sido reconocida por los Estados árabes, reclamó la creación de un Estado secular en Palestina, o sea, la desaparición de Israel. Este último país llegó así a identificar más y más su seguridad con su presencia en la *margen izquierda* (Cisjordania). Este *impasse* bloqueó la diplomacia del Medio Oriente durante todos los años entre las guerras del 67 y 73.

El símbolo del punto muerto fue la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, del 22 de noviembre de 1967. Hablaba de una *justa y duradera paz* dentro de *fronteras seguras y reconocidas*, pero no definía ninguno de los objetivos. Rechazada por algunos Estados árabes, interpretada por aquellos que la aceptaban así como por Israel como adecuada a sus enfoques, se convirtió más en una expresión de estancamiento que en un medio de resolución. Aquellos líderes árabes dispuestos a negociar interpretaron que la misma requería el retiro total israelí a las fronteras anteriores a junio de 1967. Israel sostuvo que ninguna de sus fronteras de preguerra eran seguras, e insistió en retener parte del territorio ocupado de cada uno de sus vecinos. Para tornar doblemente segura la salvaguardia de sus intereses, Israel formuló una demanda al parecer tan razonable como irrealizable: que los estados árabes negociaran directamente con Israel. En otras palabras, Israel solicitaba el reconocimiento como condición anticipada de cualquier componenda. Los árabes, para no dejarse ganar de mano, exigían la aceptación de sus demandas territoriales antes de considerar el camino de la diplomacia. Ningún líder árabe, no importa cuán moderado fuese, podía acceder a la demanda de Israel y sobrevivir en el clima de humillación, radicalismo e influencia soviética del período. Ningún primer ministro israelí podría permanecer un día en el cargo si renunciaba al dominio de los territorios ocupados como un precio de entrada para iniciar las negociaciones. Israel persiguió la ilusión de que podría obtener ocupaciones y al mismo tiempo lograr la paz. Los adversarios árabes persiguieron la quimera opuesta, de que podrían reconquistar los territorios sin ofrecer la paz.

Sin embargo, al comienzo de la primera presidencia de Nixon, Jordania y Egipto estaban sondeando tentativamente su avance hacia la negociación. El rey Hussein de Jordania era el más dispuesto de los líderes árabes a aceptar a Israel como una realidad y a negociar con él. Pero se creía generalmente —y él nada hizo para desmentir este enfoque— que habría de seguir el tren de alguna Nación árabe menos vulnerable. Constituía ya el blanco de los radicales árabes porque se había negado a romper relaciones diplomáticas con los Estados Unidos en 1967 y había expulsado a la OLP en 1970, y el moderado rey prooccidental era considerado no suficientemente fuerte para soportar el seguro asalto radical durante el proceso de entablar un acuerdo. Era opinión común que Jordania sería el *segundo* Estado árabe que firmaría la paz.

Así fue como Egipto se convirtió en la clave de la diplomacia de Medio Oriente. La necesidad táctica reforzaba lo que Egipto había conquistado por su tamaño, tradición, influencia cultural y sacrificio en la serie de guerras árabe-israelíes. Egipto era el país árabe más populoso, el centro cultural de la región. Sus maestros constituían la columna vertebral del sistema educativo del mundo árabe; sus universidades atraían estudiantes de todo Medio Oriente. Poseía la historia más larga de organización política de todas las naciones, con la posible excepción de China. Y había soportado el mayor peso del conflicto árabe-israelí. Tanto como monarquía que como república, se había empeñado en una lucha que iba más allá de los estrechos intereses nacionales egipcios. Había sacrificado a su juventud por la causa de la unidad árabe y de la autodeterminación palestina.



En el proceso perdió la Península del Sinaí y repetidamente arriesgó su cohesión nacional. Egipto se había ganado el derecho a lograr la concordia.

Para nosotros dar un primer paso con Egipto encerraba particular atractivo. La cuestión territorial parecía más fácil, puesto que el Sinaí no era ni tan estratégicamente importante para Israel ni estaba tan cargado de recuerdos históricos como los otros territorios, especialmente la franja Oeste.

Pero mientras Nasser fue presidente, paralizó a Egipto con su ambivalencia. No obstante, expresó una disposición general a participar en el proceso de paz, pero su programa era irrealizable. Demandó el retiro de Israel a las fronteras de 1967 a cambio de la no beligerancia egipcia; la paz dependería de un arreglo israelí con los palestinos aunque demandase la destrucción del estado judío. Tampoco Nasser negociaría directamente con Israel. En su lugar, *nosotros* debíamos lograr el repliegue israelí, a cambio de lo cual Nasser nos concedería el presente de restaurar las relaciones diplomáticas con Estados Unidos. En el ínterin la radio de El Cairo continuó siendo el centro de la propaganda antinorteamericana, y por supuesto antioccidental, en todo el Medio Oriente. En síntesis, Nasser deseaba conducir al mundo árabe desde una posición antinorteamericana. Presentar cualquier concesión que obtuviese como resultado de los apremios de la militancia árabe, respaldada por las armas y la diplomacia soviética. Los Estados Unidos no tenían interés en secundar esa vía. Se nos daba el privilegio de responder a las perentorias demandas de Nasser a cambio de las relaciones diplomáticas, que si tenían que representar algo debían hacerlo tanto en el interés de Egipto como en el nuestro, y por el cese del fuego con Israel, que ya existía de hecho.

En el punto muerto resultante, el rol de la Unión Soviética osciló entre la maldad y la confusión. Sus armas alentaron a la intransigencia árabe. Pero esto no consiguió más que incrementar los peligros del estancamiento, no lo pudo suprimir. Moscú nunca logró poder elegir entre sus dilemas. En tanto apoyó unilateralmente todas las posiciones de sus clientes, no pudo hacer avanzar ni el proceso de negociación ni su propia influencia. Porque nosotros carecíamos de motivos para apoyar el programa de los radicales árabes que nos estaban castigando; en la improbable circunstancia de que modificásemos nuestro enfoque, no necesitábamos a la Unión Soviética como intermediario. En otras palabras, Moscú podía contribuir efectivamente a una solución sólo disociándose en alguna medida de las demandas árabes dañando así algunas de sus amistades en esa órbita, pero si no lo hacía, arriesgaba respaldar objetivos que no podía alcanzar y de esa forma se ganaba el desdén por su impotencia. Moscú podía atizar las brasas de la crisis, pero cuando éstas se inflamaban en una conflagración podría usarla para sus propios fines sólo corriendo el riesgo de una confrontación de las grandes potencias, algo que hasta ese momento había evitado cuidadosamente. Como las otras partes, la Unión Soviética contemporizó, actuaba como el abogado de los árabes pero no podía hacer triunfar su causa, ganaba el tiempo mediante la provisión de armas, pero esto sólo escalaba el nivel de la posible violencia sin cambiar las realidades subyacentes.

El gobierno de Nixon había enfrentado ese *impasse* siguiendo asesoramientos divididos. El Departamento de Estado presionaba por una solución diplomática que aminorase el resentimiento de los árabes hacia los Estados Unidos. Propuso el Plan Rogers para el retorno de Israel a sus fronteras previas. Pero nunca solucionó el problema de cómo persuadir a Israel de abandonar todas sus conquistas cuando Siria rechazaba *todos* los términos y Egipto se rehusaba a concertar la paz sin Siria o los palestinos, quienes estaban determinados a destruir a Israel. En esta circunstancia, las iniciativas diplomáticas tendían a exacerbar antes que reducir las tensiones. Nuestras propuestas podían fracasar, fortaleciendo la posición radical soviética. Y Nixon consideraba que estábamos demasiado comprometidos en Indochina para volcar el apoyo total de la Casa Blanca a propuestas que consideraba carentes de realismo. Una negociación puede triunfar sólo si

se puede hacer coincidir a los términos mínimos de cada bando. Durante la primera presidencia de Nixon, ninguna de las dos partes enfrentadas formuló otra propuesta más que su programa máximo: Israel resuelta a no aceptar alteraciones totales de sus fronteras, y los árabes exigiendo la completa retirada y reacios a realizar compromisos significativos para la paz y la seguridad.

El 28 de setiembre de 1970 murió Nasser. Su sucesor, Anwar el-Sadat, era poco conocido y vastamente subestimado. Nuestros expertos consideraban generalmente que era una figura de transición que pronto sería reemplazada por el más conocido Ali Sabri, secretario general de la Unión Socialista Árabe, y sabíamos se inclinaba hacia Moscú. Tampoco Sadat se separó en un comienzo de una manera clara de las directivas de Nasser. Inició una complicada maniobra fortaleciendo su posición en el mundo árabe en tanto desplazaba despaciosamente a Egipto hacia una actitud más realista y nacionalista. Por un lado habló de la necesidad de un arreglo en términos más urgentes y concretos que su predecesor, y por el otro, utilizó la retórica antioccidental de Nasser. En mayo de 1971 purgó a Ali Sabri y sus asociados, y en ese mismo mes firmó un tratado de amistad por veinte años con la Unión Soviética. En Washington estábamos desorientados con respecto a sus propósitos; los giros que habían apaciguado a Moscú acerca de sus reales intenciones también nos confundían a nosotros.

Para superar el estancamiento, el Departamento de Estado intentó una nueva iniciativa. En marzo de 1971 presentó una propuesta para un distanciamiento limitado de las fuerzas a lo largo del Canal de Suez. Esto fracasó porque Sadat insistió en que esa separación fuese sólo la primera etapa de una retirada total acordada. Los israelíes, para no quedarse atrás, demandaron un repliegue equivalente del ejército egipcio de las orillas del Canal de Suez, sugiriendo que a cambio del alejamiento israelí de un territorio incontestablemente egipcio, las fuerzas armadas de Egipto lo harían aún más profundamente en su propio país. Para 1972 se había logrado poco progreso diplomático. Los soviéticos estaban presionando por un arreglo total e inmediato, los israelíes insistían en las negociaciones directas, los egipcios demandaban una solución comprensiva en etapas, los sirios y la OLP rechazaban toda negociación, y el Departamento de Estado norteamericano perseguía un distanciamiento interino en el Canal de Suez, en tanto que la Casa Blanca actuaba como si el Departamento de Estado fuese una potencia extranjera soberana.

Este torbellino de confusión irónicamente servía a la estrategia que yo consideraba la única opción norteamericana realista. No existía un interés norteamericano en imponer un arreglo a Israel bajo la presión radical, porque eso sólo reforzaría el convencimiento de que la mejor forma de tratar a los Estados Unidos era la extorsión. Dentro del mundo árabe necesitábamos fortalecer a los moderados contra los radicales, a los gobiernos asociados con Occidente contra los clientes de la Unión Soviética. Yo, por lo tanto, me opuse como cuestión de principio a cualquier concesión a Egipto mientras Nasser (y en igual caso Sadat) prosiguiese con su retórica antioccidental respaldada por la presencia de tropas de combate soviéticas. No vi ventaja en proceder junto con la Unión Soviética, en tanto la posición de Moscú fuese idéntica al programa árabe. Tarde o temprano, estaba convencido, Egipto o algún otro estado reconocería que su dependencia en el apoyo soviético y la retórica radical garantizaban la frustración de sus aspiraciones. En ese momento, podría desear el cese de la presencia militar soviética —expulsar fue la palabra que utilicé en un muy criticado informe el 26 de junio de 1970— y adoptar objetivos alcanzables y no utópicos. Entonces habría llegado el momento para una importante iniciativa norteamericana, urgiendo si fuese necesario la adopción de nuevos enfoques a nuestros amigos israelíes.

Durante su primer gobierno Nixon nunca eligió formalmente entre las dos estrategias: entre mi recomendación de resistir todas las presiones radicales y el enfoque del Depar-

tamento de Estado de anularlas mediante la oferta de soluciones de compromiso. Se inclinó hacia mi análisis, pero lo implementó no a través de una decisión sino dejando simplemente que las iniciativas del Departamento de Estado cumplieren su fútil trayectoria. Mi relación con Nixon, nunca fácil, fue aún más compleja con respecto al Medio Oriente que en la mayor parte de los otros problemas. Nixon estaba convencido de que no debía nada a los votos judíos y que él no podía incrementar el apoyo de los judíos a su persona no importa lo que hiciese. Y lo que en el fondo deseaba hacer era imponer un acuerdo razonable en algún momento durante el término de su mandato. Muchos de sus comentarios, escritos y orales, ratifican esta actitud íntima. En octubre de 1972 elevé a Nixon un memorándum del secretario de Defensa, Melvin Laird, donde recomendaba estrechos contactos con Egipto para sacar ventaja de la expulsión de los soviéticos ordenada por Sadat, y para acercarnos a la posición árabe (ya estaban en curso, y sin conocimiento de Laird, los diálogos secretos con Egipto). Nixon me devolvió el memorándum con esta anotación: *K.: me inclino por el enfoque de Laird. La conducta de la comunidad judía norteamericana con respecto al problema soviético de las visas, claramente indica que ellos colocan a los intereses judíos por encima de los de Estados Unidos. Esto nosotros "no" lo podemos hacer.*

Tales comentarios por parte de Nixon eran tan frecuentes como su falta de disposición para llevarlos a la práctica. Los menciono aquí porque omitirlos sería falsificar el testimonio histórico, pero también porque ilustran la extraña relación simbiótica entre el presidente y su asesor. Partiendo de extremos opuestos del espectro emocional con respecto de Israel, coincidíamos en las políticas y estrategias a causa de una percepción similar del interés nacional. Nixon compartía muchos de los prejuicios de la desarraigada baja clase media de California de la cual provenía. Creía que los judíos formaban un grupo poderoso y cohesivo de la sociedad norteamericana, que ellos eran predominantemente liberales; que colocaban los intereses de Israel por encima de toda otra cosa; que en conjunto eran más simpatizantes hacia la Unión Soviética que los otros grupos étnicos; que su control de los medios de difusión los convertía en peligrosos adversarios, y, sobre todo, que Israel debía ser forzado a un arreglo de paz y no se le podía permitir que perjudicase a nuestras relaciones árabes.

Nada de esto le impidió tener cordiales relaciones personales con muchos judíos, individualmente, y elevarlos dentro de su administración a varias posiciones claves. Por cierto, personalmente él a veces parecía estar especialmente a gusto con los representantes de un grupo que compartía con él la experiencia de ser marginados (4). Sus prejuicios salían a la luz en algunas de sus órdenes que reflejaban la emoción del momento, y que sus asociados bien sabían que no debían implementar, él jamás volvía a insistir en ellas. Nunca me ocupé en contabilizar la cantidad de veces en que se me formuló que debía cortarse toda la ayuda a Israel como represalia por las acciones de algunos desobedientes miembros judíos del Congreso; el senador Jacob Javits parecía tener una habilidad especial para irritar a Nixon. Y aún tres días antes de su renuncia dio tal orden. Haig y yo decidimos redactar la directiva pero retenerla para que el nuevo presidente la firmara o la rechazase (Ford hizo lo último). De igual frecuencia eran las instrucciones de informar a los líderes judíos acerca de algunas transgresiones morales de los comunistas, como si los judíos necesitasen una instrucción especial sobre los males del comunismo.

Sin embargo, en la realidad final de los hechos, Nixon respaldó a Israel en cada crisis más firmemente que casi ningún otro presidente, con excepción de Harry Truman. El admiraba el coraje israelí y respetaba la defensa tenaz de su interés nacional por parte de sus líderes. Consideraba sus proezas militares como una ventaja para las democracias. Aunque estaba convencido de que la ocupación israelí de los territorios árabes fortalecía a las fuerzas radicales antioccidentales, era suficientemente sofisticado para comprender que lo opuesto no resultaba conveniente: presionar a Israel junto con las fuerzas radica-

les habría de favorecer con mayor probabilidad a los intereses de la Unión Soviética y no a los occidentales. Y en las crisis —sea cual fuera su cálculo acerca de quién era realmente responsable— Nixon nunca perdió de vista sus prioridades. Comprendía que no podíamos mediar efectivamente hasta que quedase en claro que nuestras acciones no habían sido provocadas por la presión soviética. Así, finalmente y por una ruta distinta, Nixon llegó a la misma conclusión que yo: que el interés nacional norteamericano requería una demostración de la incapacidad soviética y radical para lograr los objetivos árabes, y que ningún progreso podía ser hecho a menos que los árabes moderados estuviesen dispuestos a concretar una paz de genuino compromiso.

Mi propio punto de partida está ubicado en el otro extremo del espectro emocional. Aunque no practicaba mi religión, no podía jamás olvidar que trece miembros de mi familia habían muerto en los campos de concentración nazis. Carecía de estómago para alentar otro holocausto a través de políticas bienintencionadas que podían escapar de control. La mayoría de los líderes israelíes eran amigos personales míos. Y sin embargo, el igual que Nixon, debí subordinar mis preferencias emocionales a mi percepción del interés nacional. Por cierto, dadas las sospechas históricas acerca de mi religión, yo tenía una especial obligación de hacerlo. No siempre era fácil, y ocasionalmente resultaba penoso. Pero la seguridad de Israel podía ser preservada realmente sólo conectándola al interés estratégico de los Estados Unidos, y no a los sentimientos de los individuos. Y sobre esa base, esa singular pareja —el acérrimo anticomunista de California del Sur y el refugiado de la Alemania nazi— unieron sus esfuerzos para romper finalmente el punto muerto de la diplomacia de Medio Oriente.

Tres circunstancias que se produjeron a fines de 1971 y 1972 comenzaron a crear la sociedad entre el presidente y el asesor de Seguridad con respecto a la diplomacia del Medio Oriente, que ya existía en otras áreas de nuestra política nacional. La primera, como ya lo indiqué, fue el deseo de Nixon de evitar una reacción doméstica sobre el Medio Oriente en un año de elecciones. Por lo tanto, a fines de 1971 me pidió que iniciase intercambios secretos con Israel y la Unión Soviética acerca de Medio Oriente para paralizar el problema a través de la elección presidencial. La demora era inevitable de todas maneras; estábamos demasiado ocupados con las reuniones cumbres en Pekín y Moscú y la ofensiva de primavera de Hanoi.

El segundo acontecimiento fue la reunión cumbre de Moscú de mayo de 1972. La Unión Soviética había sido justamente criticada por su tendencia a alentar conflictos, aún en el apogeo de la *détente*. Pero en 1972 su influencia en Medio Oriente estaba dirigida totalmente a la moderación; por lo menos había aminorado sus entregas de armas a Egipto y no había hecho más que continuar los intercambios diplomáticos referentes a la paz en Medio Oriente. Sadat se quejaba constantemente del incumplimiento soviético en la entrega de armas (5). La culminación fue el acuerdo otorgado por el ministro de Relaciones Exteriores Andrei Gromyko en la conferencia cumbre de Moscú a un párrafo en el comunicado final tan anodino que no permitía otra interpretación más que Moscú congelaba la cuestión de Medio Oriente. Evidenciando el cansancio de largas horas de conversaciones, Gromyko también aceptó un conjunto de *principios generales de trabajo* para guiar las negociaciones de Medio Oriente que representaban desconcertantes concesiones a nuestro punto de vista (por ejemplo, una cláusula que parecía aceptar cambios de fronteras en favor de Israel) (6).

Sin duda, Moscú a mediados de 1972 tenía buenos motivos propios para no hamacar el bote de Medio Oriente. Necesitaba desesperadamente comprar cereales norteamericanos. Y quizá calculó que sumar la crisis de Medio Oriente a la guerra de Vietnam podría destruir el endeble tejido de las relaciones Este-Oeste. Por otra parte, no estaba en condiciones de solucionar el dilema de sus clientes, quienes perderían cualquier guerra que resultase de agudizar las tensiones más allá de un punto determinado. Todo esto

indicaba que los soviéticos se hallaban dispuestos a pagar *algún* precio por la déntente.

Esa, de todas maneras, era la percepción de Anwar Sadat, y condujo al tercer hecho decisivo del período: la expulsión de las tropas soviéticas de Egipto. Para Sadat, el comunicado de la reunión cumbre de Moscú fue la gota que desbordó la copa. Este aparente entendimiento entre los soviéticos y los Estados Unidos produjo un *violento shock* en Egipto, registra él en sus memorias. No podía aceptar, afirmó en un discurso de esa época, que el Medio Oriente ocupase la cuarta o quinta prioridad de la política soviética (7). Y entonces, con una de las audaces maniobras que más tarde se convirtieron en su característica, exigió el 18 de julio de 1972 el retiro del personal militar soviético de Egipto en el término de una semana. La medida tenía un doble propósito: eliminaba un impedimento para un ataque egipcio a Israel, porque Sadat estaba convencido, probablemente con justicia, de que sus asesores soviéticos no cooperarían en iniciar operaciones militares. Al mismo tiempo hizo posible la apertura de contactos diplomáticos con los Estados Unidos. Antes de que concluyese el mes había reactivado su canal de comunicación directa con la Casa Blanca, y el sistema de negociaciones encubiertas fue incorporado así al Medio Oriente.

Durante el otoño de 1972 El Cairo y la Casa Blanca intentaron concertar una reunión secreta mía con Hafiz Ismail, el asesor de Seguridad Nacional de Sadat. Se fijó una fecha para fines de octubre pero se la pospuso porque las negociaciones de Vietnam ocuparon todo nuestro tiempo y nuestra energía nerviosa.

A pesar de éstas demoras, al finalizar la primera presidencia de Nixon nos estábamos aproximando a la culminación de nuestra estrategia preferida. La presencia militar soviética había comenzado a ser eliminada de Egipto, Sadat se movía hacia nosotros, y aun cuando no podíamos discernir todavía la totalidad de sus intenciones, éstas claramente debían diferir del chantaje radical de su predecesor. Los líderes soviéticos estaban confundidos, sin saber cómo reconquistar su desvanecida influencia. En el ínterin, se redujeron a quejas rituales que subrayaban su creciente irrelevancia. El tiempo trabajaba a nuestro favor, nada podía ocurrir sin nuestra cooperación, aquellos que confiaban en el apoyo soviético estaban destinados a desilusionarse progresivamente. El camino a un rol norteamericano incrementado y más equilibrado había comenzado a abrirse.

PREPARANDOSE PARA ISMAIL: UN MINUE DIPLOMATICO

La apariencia y la realidad raramente se unen en Medio Oriente. La situación sobre el terreno a principios de 1973 no mostraba signos del cambio estratégico que estaba produciéndose. Después que los terroristas palestinos asesinaron a los atletas israelíes en las Olimpiadas de Munich en septiembre de 1972, Israel tomó la revancha con una serie de excursiones aéreas contra Siria y Líbano, y el ciclo de violencia escaló a un nivel más alto. A fines de enero de 1973, 18 ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa árabes se reunieron en El Cairo creando el Consejo Conjunto de Defensa Árabe y designaron al ministro de Guerra egipcio, mariscal Ahmed Ismail Ali, como comandante en jefe de los frentes de Jordania, Siria y Egipto. Los ministros árabes también acordaron, con el consentimiento jordano, *reactivar* el frente de este último país (lo que eso significaba no tenía ninguna claridad, ya que simultáneamente los jordanos anunciaron que continuarían su política de no permitir a ningún fedayin regresar a Jordania para operar contra Israel. El resultado práctico de estas dos decisiones fue que se anularon mutuamente, hecho no infrecuente en las reuniones de ministros de Relaciones Exteriores árabes) (8).

El 11 de febrero de 1973, el premier egipcio, doctor Aziz Sidqi, anunció que Egipto eliminaría algunos programas domésticos para liberar fondos destinados a la *batalla con Israel*. Sería elaborado un *presupuesto de guerra*. A la luz de las amenazas egipcias previas que no habían sido concretadas, no lo tomamos con demasiada seriedad, especialmente

debido a que nuestras estimaciones de inteligencia concordaban en su incapacidad para detectar una opción militar egipcia realista. Por cierto, en el mundo árabe Sadat fue sometido a continuos ataques por su alegada política de no hacer nada; lo que demostró que ninguno de los bandos llegó a vislumbrar sus ocultos designios.

Porque Sadat estaba preparándose para la guerra, utilizando una táctica extraordinaria que nadie adivinó: si un líder anuncia sus intenciones reales con suficiente frecuencia y grandilocuencia, nadie le creerá. Sadat había proclamado en primer término a 1971 como el *año de decisión*. Nosotros le habíamos creído. De hecho, una de las razones por las cuales reaccionamos tan enérgicamente al ataque indio a Paquistán fue para desalentar una incitación comparable de las ambiciones egipcias. Haya sido por esa razón o por otra propia, lo cierto es que Sadat no ejecutó ninguna acción militar en ese año o en 1972. Amenazas ominosas continuaron siendo lanzadas por El Cairo, pero hasta el 20 de diciembre de 1972 nuestra evaluación era que Sadat contaba con muy pocas, o ninguna, opciones bélicas. La superioridad militar de Israel parecía ser indisputable. Sadat no podía escapar a sus dilemas recurriendo a una ofensiva general, dado que ésta estaba destinada a fracasar. Aun cuando la evaluación aceptaba que Sadat tenía capacidad para un ataque limitado no existía aparentemente ninguna justificación militar para realizarlo. También sería derrotado; por lo tanto su única función consistiría en intensificar la preocupación internacional y presionar en favor de una negociación. Su fracaso sólo profundizaría el estancamiento diplomático. Aun cuando se iniciasen negociaciones, se esperaba que surgieran otras complejidades: un alto el fuego basado en una mera separación de fuerzas a lo largo del Canal de Suez no sería apoyado por Egipto; sin embargo un acuerdo total de paz parecía ser imposible, ya que Israel ya no aceptaría un arreglo basado en las fronteras de 1967, y los otros estados árabes bloquearían cualquier acuerdo por separado con Egipto. Por lo tanto, era previsible que Egipto sólo tenía la alternativa de aguardar la iniciativa diplomática norteamericana.

Pero Sadat no estaba atado a nuestras estimaciones. Mientras nos preparábamos para un nuevo enfoque diplomático, él buscaba la guerra para romper el punto muerto.

Al iniciar su segunda presidencia, Nixon me empujó cada vez más profundamente a las negociaciones de Medio Oriente, pero sin revocar la autoridad que había otorgado al Departamento de Estado. Cada vez que se reunía con un líder de Medio Oriente evitaba cualquier posición definitiva sugiriendo la realización de conversaciones exploratorias conmigo, lo que era una magnífica forma de ocupar el tiempo pero implicaba el riesgo de desatar el caos. Dado que Nixon no suprimió la autoridad negociadora que había asignado anteriormente a Rogers, tres vías paralelas diplomáticas estaban desarrollándose: la antigua vía del Departamento de Estado que buscaba un distanciamiento temporario a lo largo del Canal de Suez; mi canal secreto con Hafiz Ismail, a través del cual acepté recibir las todavía no definidas proposiciones egipcias cuando finalmente concertamos nuestra reunión secreta; y mi contacto especial con el embajador soviético Anatoly Dobrynin para analizar las posibilidades de aproximaciones conjuntas soviético-norteamericanas en Medio Oriente. A fin de asegurar una fachada de coherencia, busqué demorar cualquier nueva iniciativa del Departamento de Estado en la segunda presidencia y paralizar las proposiciones soviéticas hasta que pudiese determinar en mi reunión con Hafiz Ismail qué tenían en mente los egipcios. Esto no era fácil dado que yo era la única persona al tanto de la existencia de las tres vías, y se bloqueaba al Departamento de Estado sin ninguna razón discernible. Semejante método de gobierno no podría haberse sostenido a través de todo el mandato de Nixon, aun cuando no hubiese existido Watergate.

El primer traspí lo dio, como era usual en la diplomacia de Medio Oriente, el Departamento de Estado. Entre 1969 y 1971 sus distintos planes para una solución de conjunto habían unido a ambos bandos en oposición a las propuestas norteamericanas. El Depar-

tamento decidió ahora lanzarse nuevamente al logro de una separación de fuerzas temporaria a lo largo del Canal de Suez, con el método que tan espectacularmente había fracasado durante la primera presidencia: iniciar una aproximación sin haber explorado totalmente su factibilidad con ambos bandos.

Para probar que dos podían actuar en el sistema de multivías, el Departamento de Estado envió el 22 de enero de 1973 —sólo dos días después de la asunción del mando— instrucciones a Joseph N. Greene Jr., el jefe de nuestra Sección de Intereses (*) en El Cairo sin haberlas hecho aprobar primero por la Casa Blanca. (No puedo saber, por supuesto, si Rogers las había discutido privadamente con Nixon.) Pasando por alto el rechazo público de Sadat a un acuerdo temporario similar sobre el Canal en septiembre de 1972, el Departamento de Estado indicó ahora a Greene que presentase una propuesta esencialmente idéntica considerandola *la única propuesta a la vista que ofrece la perspectiva de un progreso real en el presente*.

Como era inevitable —porque Sadat quería esperar el resultado de las conversaciones de Ismail conmigo—, Egipto rechazó la aproximación. El 27 de enero Ismail informó a Greene que Egipto no estaba interesado en un arreglo temporario, aun cuando podría estar preparado para hablar de una *fase de apertura* de un proceso *comprendivo*. Esto había fracasado en 1971, porque si Israel hubiese estado dispuesto a aceptar las fronteras de 1967 no habría necesitado un acuerdo temporario. Durante sus conversaciones, Ismail enumeró las quejas de Egipto acerca del apoyo unilateral de Estados Unidos hacia Israel. Por un lado, Egipto llegaría a un acuerdo sobre la base de lo que consideraba justo para el pueblo árabe y no permitiría que ninguna otra nación lo vetase; por el otro, no concertaría una paz por separado. Ismail no explicó a Greene cómo lograría conciliar estas proposiciones; habría sido interesante conocer sus pensamientos en ese momento porque nuestros extraños procedimientos gubernamentales lo habían colocado en la posición de tratar con dos representantes norteamericanos, ninguno de los cuales conocía el enfoque del otro.

Ismail utilizó con cada canal los argumentos que consideró adecuados. En el canal secreto, trató de ejercer una sutil presión recordándonos que estaba a punto de iniciar una serie de conversaciones hacia largo tiempo prevista con los soviéticos, a principios de febrero, implicando que Egipto podría dar pasos irrevocables si nosotros no fijábamos la fecha para una junta. Le repliqué que una reunión secreta entre nosotros era imposible antes de que se completasen las negociaciones de Vietnam, pero lo invité a formular *cualquier enfoque preliminar de la parte egipcia a través de este conducto*. Ismail no mordió el anzuelo. En lugar de ello, me informó que visitaría Londres a fines de febrero, y que un encuentro allí sería muy conveniente. Infortunadamente, yo había planeado partir para Hanoi y Pekín, y carecía de pretextos para trasladarme a Londres en la fecha indicada. Aceptando una sugerencia egipcia de realizar conversaciones previas a nivel de funcionarios para arreglar nuestra reunión, envié un emisario a El Cairo a fin de explicar a Ismail los hechos de nuestra vida burocrática. Existía un límite a los viajes secretos que yo podía realizar, especialmente después que mi intervención en distintas negociaciones había sido conocida y que la prensa comenzó a seguir mis movimientos (**). Si lo hacía

(*) Cuando las relaciones diplomáticas formales son rotas, a veces se permite la permanencia de una pequeña misión diplomática, técnicamente como parte de la embajada de algún tercer país que es autorizado a custodiar los intereses del que formalmente ya no cuenta con representación. Así, en El Cairo hubo desde 1967 a 1973 una pequeña *Sección de Intereses de EE.UU.* —de hecho, servida por diplomáticos norteamericanos— bajo la égida de la embajada de España. Una *sección de intereses* está usualmente, pero no invariablemente, integrada por personal de menor rango. Pero puede facilitar las comunicaciones con el país anfitrión y aun conducir negociaciones en determinadas instancias.

(**) Después de mi viaje secreto a Moscú en abril de 1972, no realicé, de hecho, ninguna otra misión secreta en el exterior.

públicamente, el gobierno británico tendría que verse envuelto y una historia de encubrimiento tendría que ser inventada para mantener al margen del acto a nuestra burocracia.

Los egipcios, sin duda, habían sido testigos de muchas peculiaridades culturales de los extranjeros a lo largo de los miles de años de su historia, y es muy poco lo que los sorprende. De hecho, cuando algo es altamente complicado y tortuoso, conquista inmediatamente validez ante los ojos egipcios. Ismail se puso a trabajar con decisión y después de algunos intercambios finalmente concertamos un procedimiento aceptable para todos y que milagrosamente involucraba a aquellas partes burocráticas interesadas: Ismail sería invitado por el Departamento de Estado para una visita oficial a Washington el 23 de febrero de 1973; sería recibido por Nixon y se reuniría con funcionarios de ese Departamento. Luego, al concluir su programa oficial, se trasladaría el 25 de febrero a Nueva York. De allí se dirigiría a una reunión secreta en los suburbios —una casa privada alquilada para este propósito—, donde él y yo durante dos días realizaríamos una revisión completa y privada de las relaciones egipcio-norteamericanas.

Y así ocurrió que un asombrado Jerry Greene en El Cairo fue repentinamente instruido a través de los conductos normales de presentar una invitación formal a Hafiz Ismail para que visitase Washington. El Departamento de Estado sólo pudo adjudicar a las inexplicables vacilaciones de la Casa Blanca el hecho de que contactos que durante cinco años se habían mantenido fríamente se convirtieran de pronto en un ostentoso abrazo. En lo que respecta a Ismail, él se vería expuesto a nuestro sistema de doble vía en su fuente, porque ni yo ni ningún miembro de mi *staff* estábamos incluidos en las sesiones del Departamento de Estado, en tanto que el Departamento de Estado ni siquiera tenía noticias de mi reunión secreta con Ismail. No era la mejor forma de transmitir la unidad de propósitos, pero por lo menos demostraba a los egipcios que nosotros también podíamos ser levantinos sin esforzarnos mucho.

El Cairo maniobró no sólo dentro de nuestra burocracia sino con las superpotencias rivales para obtener la preeminencia en Medio Oriente. Para fortalecer la posición de Egipto en las conversaciones en Washington, Hafiz Ismail y el ministro de Guerra, mariscal Ali, visitaron Moscú en febrero de 1973. El Kremlin se encontró en una situación incómoda. Los líderes soviéticos comprendieron que habían pagado un duro precio por el desdén con que habían considerado las preocupaciones de Egipto en la reunión cumbre de Moscú de 1972. Pero también sabían que si presionaban para obtener soluciones inaceptables para Israel demostrarían su impotencia (facilitando así nuestra estrategia), en tanto que si encaraban militarmente el conflicto provocarían una derrota árabe (su estimación de la capacidad combativa árabe era, de acuerdo con los comentarios cínicos que nos hicieron, extremadamente baja).

La sutileza no es un fuerte soviético. Enfrentan sus dilemas mezclando —quizás inintencionadamente— un caldo explosivo. Los soviéticos parecen haber repetido a Ismail su oposición a un arreglo temporal; su razonamiento fue indudablemente de que cualquier acuerdo realizado bajo nuestra égida debilitaría la influencia soviética. Pero aun cuando objetivamente incrementaron la tensión, también parecen haber formulado una advertencia contra un conflicto que podía implicar el riesgo de una guerra entre la URSS y los Estados Unidos. Esto parecía significar que sin posarse sobre ese umbral, Egipto estaba en libertad para consultar sus propios intereses, lo que dejaba abierta la posibilidad de una guerra limitada contra Israel. Los líderes soviéticos poco después acordaron la más importante provisión de armas jamás negociada en Medio Oriente. La Unión Soviética pudo haber considerado a esta extraña política a medias —la aceptación de un ataque limitado y no total— el medio más seguro de dilatar el problema, pero, de hecho, alentó un estallido que no podía contener. Impulsó una crisis que pensó que podía aprovechar presentándose como vocero de los intereses árabes. Pero carecía de la capacidad para

controlar lo que había quedado. En última instancia, el esfuerzo soviético le hizo perder todo en Egipto, probando que las fútiles medidas a medias no constituyen el monopolio del Occidente burgués.

Un mensaje por la vía secreta de Brezhnev a Nixon llegó el 18 de febrero, informándonos de lo que se había tratado durante la visita de Ismail a Moscú. En concordancia con el mensaje soviético podría llegarse a un acuerdo por etapas, pero éste tendría que ser realizado *dentro del marco de un plan único (en paquete), de manera que todos los elementos del arreglo estén coordinados y equilibrados entre sí. . . Además, no puede existir un arreglo separado israelí-egipcio, independiente del arreglo entre Israel y los otros países árabes involucrados en el conflicto.* Finalmente, escribió Brezhnev, *hemos tenido la impresión en nuestras conversaciones con el señor Ismail que si tampoco en este momento se logran progresos hacia la solución política de este vital problema, los árabes pueden volcarse al uso de otros medios posibles para resolverlo. . .* Habiendo iniciado la confrontación, los soviéticos demostraron su característica insolencia al alertarnos acerca de lo que ellos mismos habían impulsado.

En síntesis, los rusos estaban promoviendo, bajo la amenaza de guerra, un programa árabe intransigente que conduciría con seguridad a un punto muerto o a la confrontación. Al oponerse tanto a un acuerdo temporario como a un arreglo por separado israelí-egipcio, Moscú estaba alentando objetivamente un estallido. El Kremlin pudo haber calculado que una crisis forzaría a los Estados Unidos a comprometerse. Pero la astucia excesiva raramente rinde en la diplomacia. El dilema de Moscú era que podía contribuir a un arreglo sólo urgiendo a sus clientes árabes a aceptar un compromiso. Al no querer hacer esto, impulsó una estampida y al mismo tiempo se evadió a sus consecuencias, condenándose eventualmente a sí mismo a quedar marginado.

ISMAIL EN WASHINGTON

Cuando Hafiz Ismail arribó a Washington para su visita el 23 de febrero de 1973, sabíamos asombrosamente poco acerca del pensamiento real de Egipto. Considerábamos a los contactos secretos como un signo alentador. Pero esto tenía que ser balanceado examinando las frecuentes consultas de Egipto con Moscú y la continuada belicosidad de la propaganda egipcia. La expulsión de las fuerzas soviéticas era importante. Pero no podíamos excluir que parte de la lógica de ese hecho la constituía el deseo de Sadat de tener las manos libres para iniciativas militares. Según todo lo que sabíamos, Sadat estaba persiguiendo una versión algo más benigna de la estrategia de Nasser: hacer que *nosotros* respaldásemos el máximo programa árabe de concesiones, que más tarde podría ser vetado por los palestinos, quienes a su turno estaban fuertemente influidos por los soviéticos. Era difícil saber a ciencia cierta lo que Sadat exactamente quería; quizás él todavía no había llegado con plenitud a una resolución.

Porque Sadat, también, estaba en la misma bolsa que las demás partes —y quizás, por ser más visionario, se encontraba más frustrado. Sabía que el programa extremo del irredentismo árabe estaba condenado, pero que una desviación del mismo podía aislarlo en el mundo árabe sin ninguna seguridad de lograr la aceptación israelí. Ciertamente, a juzgar por las declaraciones públicas israelíes, un arreglo requeriría ceder parte del territorio egipcio, lo que Sadat no aceptaría jamás. Era lo suficientemente listo para saber que la paz requeriría concesiones árabes, pero éstas serían prácticamente imposibles dentro del clima de frustración y humillación generado por la derrota de 1967. Fue por esto que recibió con frialdad la idea de un acuerdo temporario en esa época. Porque temía que sería atribuido a una actitud de debilidad y no de conveniencia política. Fue para discutir la forma de hallar una salida a estos dilemas que Ismail vino a Washington.

Nixon estaba preparado para comprometer diplomáticamente a los Estados Unidos, en una forma exploratoria en ese momento y total después de las elecciones israelíes que se realizarían en octubre. Pero no podríamos realizar ningún progreso si creábamos ilusiones de que teníamos la solución en nuestras manos o que todo el proceso podía ser asumido por nosotros. No podíamos aceptar el imponer una paz. En una serie de *puntos de conversación* sugeridos (que Nixon remarcó OK) urgi a Nixon a definir estos límites a Ismail:

Mi actitud (la de Nixon) en Vietnam también mostró, no obstante, que nosotros no traicionamos a nuestros amigos. Una gran potencia no perjudica a su poder comportándose de tal manera. Hay varios límites a lo que podemos compeler a hacer a Israel. . .

Egipto no debe elaborar ilusiones. No puedo conseguir sus demandas máximas en ningún arreglo que sea concebible. En ausencia de tal arreglo, por otra parte, Egipto tiene pocas perspectivas de llegar alguna vez a recobrar algo. Esto no es obra nuestra; es la realidad tal como la percibimos. Tanto Egipto como Israel tendrán que tomar difíciles decisiones.

En otras palabras, estábamos preparados a urgir a Israel para que hiciese concesiones pero esto también requería flexibilidad por parte de los egipcios. Mi memorándum, de todas maneras, detonó todas las ambivalencias de Nixon. En él yo describía tres opciones: primero, *hacerse a un lado y dejar que las dos partes reflexionasen más sobre su posición*; segundo, buscar un acuerdo temporario; o, tercero, trabajar privadamente para lograr un arreglo sobre los principios generales de un entendimiento total.

Nixon no quiso saber nada de la primera opción —hacerse a un lado— anotando proféticamente en el margen de ese párrafo que la inactividad conduciría a la guerra:

K - Absolutamente no. Rabin (el embajador Yitzhak) debe ser informado de esto categóricamente antes de que me entreviste con ella (Golda Meir). Me he demorado a través de dos elecciones y este año estoy resuelto a salir del punto muerto. Estoy en total desacuerdo. El asunto está listo para estallar.

Nixon no hizo ningún comentario acerca de la segunda opción (un convenio temporario). El favoreció la tercera opción: las conversaciones secretas dirigidas a una concordancia general. Y escribió así: *la vía preferida de acción. Al mismo tiempo mantenga andando la vía pública para las apariencias externas, pero evite que interfiera con la vía privada*. En otras palabras, se trataba del marco clásico del primer gobierno: una negociación pública para encubrir otra privada. Sin embargo, esto no encajaba con el volátil Medio Oriente. Nixon no me favoreció con una sugerencia de cómo yo podría lograr la hazaña de establecer una *vía pública* consistente en el plan del Departamento de Estado para un arreglo parcial y temporario, que constituía una alternativa y en cierto sentido era incompatible con la negociación de un acuerdo total.

La vehemencia de los comentarios marginales de Nixon revelaba cuán resuelto estaba acerca de la necesidad de avanzar en el tema. Al término de mi memorándum agregué otra nota:

K - Usted conoce que mi posición de permanecer firmes junto a Israel se ha basado en cuestiones más amplias que la simple supervivencia de este país. Esas cuestiones nos impulsan ahora poderosamente hacia un arreglo. Somos en la actualidad el único amigo importante de Israel en el mundo. Todavía no he visto que hayan cedido *una jota* de su parte, y tampoco lo han hecho Jordania y Egipto en

forma suficiente. Este es el momento para poner las cosas en marcha, y hay que informarles con firmeza. . .

Ha llegado el momento de dejar de ser los sostenedores de la intransigente posición de Israel. Nuestras acciones en el pasado los han inducido a pensar que nos mantendremos junto a ellos no importa cuán irrazonables sean.

En esta atmósfera, Mohamed Hafiz Ismail tuvo su primer contacto con las muchas capas del gobierno norteamericano. En el plazo de 48 horas se encontraría con el presidente de Estados Unidos formulando generalidades, el Departamento de Estado impulsando un acuerdo temporario sin el respaldo de la Casa Blanca, y el asesor de Seguridad Nacional de Nixon discutiendo principios para un acuerdo total en una reunión secreta sin la participación del Departamento de Estado. Ismail se movió a través de esta espesura con extraordinario aplomo. Alto, erguido, con un ralo cabello gris, tenía el porte del oficial militar que una vez fue y la natural dignidad de un educado egipcio. Durante cuatro milenios los pueblos de Egipto habían presenciado las debilidades de los ambiciosos extranjeros, y alcanzado una margen de maniobra siendo conciliatorios, impermeables, dóciles e infinitamente elásticos. A través de todos los cambios de la composición racial provocados por las oleadas sucesivas de conquistadores, había sobrevivido un egipcio arquetípico, cuyo rostro está dibujado en las estatuas y los templos que representan la más cercana aproximación a la eternidad lograda por ningún otro pueblo; una expresión a la vez gentil y trascendente; una postura al mismo tiempo humilde y firme; una mirada humana que también otea un infinito situado más allá de los límites de la escala humana.

Hafiz Ismail era de este molde. Yo me reuní con él dos veces en 1973; después de la guerra de octubre dejó el cargo a raíz de uno de los cambios de personal periódicos de Sadat. No mostró mucha flexibilidad, pero en ese momento la posición de Egipto antes de la guerra no se lo permitía. Presentó el programa máximo de su país de una manera tan conciliatoria que parecía más dócil de lo que realmente era. Se mostró tan cortés que ocultó la estrategia básica de Sadat, la cual consistía en elaborar las condiciones apropiadas para un ajuste de cuentas. No logró imponer ningún avance decisivo, que nosotros pensamos era su propósito, pero sirvió hábilmente al objetivo de Sadat de mantener en punto muerto sin alentarnos acerca de la posibilidad de una crisis.

La primera cita de Ismail fue con Nixon a las 11.20 del viernes 23 de febrero. Como era su costumbre, Nixon se expresó frente a Ismail mucho más elípticamente que en los comentarios marginales a mis notas. Ismail entregó al presidente un mensaje de Sadat, cuyo cortés lenguaje encerraba una amenaza respaldando a un pedido de acuerdo total: *las circunstancias se prestan actualmente para realizar mayores esfuerzos destinados a obtener un acuerdo justo y total, de otro modo, la situación en nuestra región ha deteriorado casi al punto del estallido*. Nixon lamentó que no se hubiese logrado progreso en el pasado pero dijo que lo importante era ver dónde estamos situados para explorar las posibilidades de que pueda producirse algún movimiento.

La presentación de Ismail siguió el mismo tema que la carta de su presidente. El cese del fuego de treinta meses de vigencia no constituía un fin en sí mismo, sostuvo, porque su consecuencia práctica era confirmar las conquistas de Israel. Por cierto, el cese del fuego debía ser suprimido ya sea avanzando hacia adelante a la paz o hacia atrás a la guerra. Dos cuestiones requerían solución: la ocupación por Israel de territorio egipcio y el problema palestino, que era la cuestión clave. Si Israel aceptaba retirarse del territorio egipcio, El Cairo estaba preparado a discutir garantías de seguridad y un fin a la beligerancia; la paz definitiva entre Egipto e Israel requeriría una solución aceptable para los palestinos. Nada se dijo de Siria.

Nixon, siempre incómodo con la negociación detallada, utilizó mis programadas con-

versaciones secretas con Ismail como un instrumento para evitar una respuesta concreta. Sin duda, él impulsó un programa algo diferente a las observaciones marginales que me formuló. Para mi sorpresa, parecía estar en favor de un acuerdo temporario sobre el Canal de Suez, después de todo. Acotó que comprendía el temor de Egipto acerca de que una solución de ese tipo llegase a congelarse. Sin embargo, tenía la ventaja de ser realizable; de allí que Ismail debía analizarla conmigo como un puente hacia pasos posteriores. Nosotros favorecíamos un acuerdo permanente, afirmó Nixon, y comprometió realizar sus mejores esfuerzos hacia esa dirección. Pero no consideraba posible solucionar el problema del Medio Oriente en todos sus aspectos y de una sola vez. Eso también debíamos explorarlo Ismail y yo, pero en la intimidad más estricta.

Habiendo así recibido la tarea de lograr simultáneamente un acuerdo temporario y general, una conversación exploratoria y otra definitiva, Ismail y yo nos retiramos a las afueras de la ciudad de Nueva York para dos días de conversaciones, el 25 y 26 de febrero. Habíamos destinado al efecto una elegante casa en el boscoso marco de un distrito suburbano de clase media. Sostuvimos reuniones formales en torno a la mesa del comedor, y conversamos informalmente en el *living room*, compartiendo un almuerzo al segundo día (*).

Para entonces la coherencia en nuestro gobierno se había desintegrado hasta el punto en que sólo Ismail sabía en qué pensaban todos sus elementos. El Departamento de Estado ni siquiera estaba al tanto de mi reunión con los egipcios. Yo no había sido inmediatamente informado acerca de lo conversado por Ismail con Rogers; sólo mucho más tarde llegó un memorándum a la Casa Blanca.

El inicio de una negociación complicada es como el comienzo de un casamiento arreglado. Los cónyuges saben que las formalidades pronto serán dejadas de lado cuando descubran los reales atributos de cada uno. Ninguna de las partes pueden sin embargo predecir en qué punto la necesidad se habrá de transformar a sí misma en aceptación; cuándo el deseo abstracto de progreso dejará por lo menos los residuos de la comprensión; qué desacuerdo habrá, por el acto de ser superado, iluminar el todavía no descubierto sentido de comunidad, y cuál habrá de conducir a una *impasse* destinada a desgarrar para siempre a la relación. Al estar el futuro misericordiosamente velado, las partes intentan lo que no se atreverían a intentar si supiesen lo que les espera.

Casi invariablemente paso la primera junta de una nueva negociación educándome a mí mismo. Casi nunca presento una propuesta. Busco, en cambio, comprender los intangibles en la posición de mi interlocutor y medir el alcance así como los límites de las probables concesiones. Y efectúo un considerable esfuerzo para no dejar duda alguna acerca de nuestro enfoque fundamental. Sólo los románticos piensan que pueden prevalecer en las negociaciones mediante artimañas; sólo los pedantes creen en la ventaja de la ofuscación. En una sociedad de estados soberanos, un acuerdo será mantenido sólo si todos los involucrados lo consideran de su interés. Tienen que tener un sentimiento de participación en el resultado. El arte de la diplomacia no es ser más listo que el otro bando sino convencerlo ya sea de la comunidad de intereses o de las penalidades que sobrevendrán si una *impasse* continúa.

Y así ocurrió también esta vez. Comencé por explicar a Ismail las extrañas conductas de nuestro gobierno. Teníamos un sistema de dos canales, que ciertamente Egipto había utilizado al contactarse directamente con la Casa Blanca. Esto podía funcionar si ambos bandos actuaban con absoluta limpieza. Si El Cairo pretendía manipularnos jugando un

(*) Ismail estaba acompañado por el doctor Mohammad Hafiz Ghanim, del Comité Central de la Unión Socialista Árabe; el doctor Abd al-Hadi Makhluf, director de despacho de Ismail, y dos asesores, Ahmad Mahir al-Sayyid y el doctor Ihab Said Wahba. Yo llevé mis colegas del *staff* del Consejo Nacional de Seguridad, Harold Saunders y Peter Rodman, y a Bonnie Andrews para tomar notas.

canal contra el otro, si podía llegar a embarazarnos pero sólo al precio de asegurarse a sí mismo un punto muerto. Este era el problema táctico. El desafío más profundo era establecer una base de confianza. Invité a Ismail a decirme *cándidamente lo que usted piensa y siente*. Teníamos que encontrar un concepto antes de formular nuestras propuestas:

Carece de sentido hacer algo —trazar mapas y cosas por el estilo, a menos que sepamos exactamente qué queremos lograr, o que tengamos alguna idea de lo que puede hacerse. De otro modo sólo lograremos darnos tres meses de buena voluntad, y una gran desconfianza más tarde. Usted tiene que tener la convicción, cuando trata con la Casa Blanca, de que nuestra palabra vale. Prefiero confesarle honestamente que no podemos hacer algo, que decirle algo que podemos hacer y que más tarde no habremos de cumplir. . .

Cuando Hafiz y yo nos reunimos en las cercanías de Nueva York, nos encontrábamos muy lejos de ese nivel de confianza. En realidad, él había venido menos a discutir la mediación —y por lo tanto el compromiso— que a presentar un cortés ultimátum exigiendo términos que estaban más allá de nuestra capacidad de cumplir. Desarrollando lo que le había dicho a Nixon, Ismail sostuvo ahora que un acuerdo debía tener lugar durante 1973; como mínimo él esperaba poder alcanzar para setiembre un entendimiento sobre los principios fundamentales (*puntos de partida de acuerdo*). Nunca explicó claramente qué es lo que entendía por eso o qué sucedería si tal arreglo no era alcanzado para la fecha límite. Ismail rechazó un acuerdo temporal —una separación de fuerzas en el Canal de Suez— excepto como parte de un acordado plan general que sería implementado por etapas a lo largo de un corto período de tiempo, caso en el cual era sin duda prácticamente irrelevante. Sobre todo, Israel tenía que aceptar, antes que ninguna otra cosa ocurriese; que retornaría a sus fronteras de 1967 con *todos* los vecinos, con algún ajuste, quizás, en la *margin occidental*. Sólo sobre esas bases se incorporaría Egipto al proceso negociador, y lo haría entonces únicamente para discutir arreglos de seguridad. Estos podían incluir, por ejemplo, zonas desmilitarizadas que por razones de prestigio y equidad debían ser establecidas sobre *ambos* lados de la frontera internacional; los equipos internacionales de supervisión podrían funcionar en puntos estratégicos como Sharm el-Sheikh y el Golfo de Akaba. A cambio, Egipto pondría final estado de guerra con Israel pero no establecería todavía una *paz completa*. Abriría las vías marítimas internacionales a los barcos israelíes y daría término a la propaganda hostil y al boicot de las compañías extranjeras que comerciaban con Israel; pero no establecería relaciones diplomáticas totales ni frontales abiertas. Ese grado de *paz completa*, *¿o normalización* tendría que esperar a un acuerdo general con *todas* las otras partes, incluyendo a Siria y a los palestinos.

El mismo principio de retirada total, acompañada por medidas de seguridad, tendría que ser aplicado a la Alturas del Golán. Ismail era más flexible con respecto a la *margin izquierda*: podrían realizarse negociaciones ya sea con Hussein o con algún grupo no definido de líderes palestinos. Egipto aceptaría cualquier resultado que conformase a las partes, aun si seguía las líneas del así llamado Plan Allon, que proponía puestos militares israelíes junto al río Jordán. Había, sin embargo, dos advertencias: el control árabe sobre Jerusalén oriental era esencial y no negociable, y Egipto se reservaba el derecho de expresar su punto de vista acerca de quién debía gobernar finalmente en la franja Oeste si Jordania negociaba un acuerdo, una insinuación de la creciente influencia de la OLP. Esto era ominoso tanto para Hussein como para Israel. Significaba que Hussein podía ser usado para extraer territorio a Israel pero no podría retenerlo, y para Israel las negociaciones con Hussein se convertían así sólo en el precio permitido para la confrontación con

su mortal enemigo, la OLP, todavía empeñada en destruirlo. El único signo de flexibilidad era la palabra de Ismail de que Egipto no insistiría en que las distintas negociaciones se completasen simultáneamente. El Cairo estaba preparado a lograr un acuerdo israelí-egipcio como primera instancia, pero no lo afirmaría a menos que las negociaciones con Siria y Jordania estuvieran en curso, y no concertaría una paz completa hasta que tales tratos hubiesen, de hecho, concluido.

Esto tenía vastos alcances pero era unilateral, y no esencialmente distinto de lo que había producido el punto muerto. El precio pagado por el retorno a las fronteras de preguerra no sería la paz sino el fin de la beligerancia, lo que no se diferenciaba mucho del cese de fuego existente. La paz formal sólo vendría después de que los sirios y palestinos hubiesen llegado a un acuerdo dentro de un procedimiento extremadamente nebuloso, que otorgaba a las partes más intratables un poder de veto, en efecto, sobre todo el proceso.

Esperando que nuevos análisis revelasen perspectivas no aparentes en la primera formulación, hice preguntas aclaratorias, una de las cuales ocultaba una sugerencia sustantiva: ¿estaría Egipto preparado a separar las cuestiones de soberanía y seguridad? Si Israel aceptaba la soberanía de Egipto sobre las fronteras de 1967, ¿permitiría Egipto que algunas posiciones defensivas israelíes permaneciesen en su suelo? Ismail no se avino a comprometerse, ya que evidentemente no le entusiasma una idea de la cual yo me había enorgullecido por anticipado (9). Y así concluyó el diálogo con Hafiz Ismail.

Quedamos con muy pocos motivos para el optimismo. La insinuación de un acuerdo separado egipcio-israelí estaba tan cargada de condiciones inaceptables que era más compatible con un hacerse rogar que con un esfuerzo serio para negociar. Necesitábamos más tiempo para terminar lo que Sadat tenía en mente. Ismail y yo prometimos prevenirnos nuevamente al cabo de algunos meses.

Mientras tanto, pasamos revista a las pretensiones del rey Hussein y la primera ministra Meir.

HUSSEIN

Dos conversaciones con nuestro antiguo aliado el rey Hussein se produjeron antes y después de la reunión con Ismail. La primera entrevista tuvo lugar el 6 de febrero.

El rey gobernaba uno de esos estados cuyas fronteras arbitrarias reflejan menos los resultados de la historia o las necesidades de la geografía que las esferas de influencia establecidas por Francia y Gran Bretaña al término de la Primera Guerra Mundial. Creado como un tapón entre el mandato francés de Siria, el protectorado británico de Irak —ambos fuentes históricas del nacionalismo árabe— y el mandato británico de Palestina, fue lanzado a un desierto no prometedor como una pesa en una balanza concebida y manejada por potencias distantes. Constituye una prueba de la sabiduría de dos únicos monarcas que Jordania ha conocido —Hussein y su abuelo Abdullah— el que hayan logrado arrancar tanto la independencia como la dignidad para su reino del desdén inicial de los nacionalistas árabes y de la altiva dominación del poder imperial. Más aún, lo hicieron en un momento cuando los movimientos nacionalistas luchaban tanto contra las monarquías gobernantes como contra los países coloniales europeos. Los reyes hashemitas se vieron obligados a recurrir a un precario equilibrio. Necesitaban apoyo exterior contra las presiones radicales, especialmente cuando éstas fueron crecientemente alentadas por otros estados árabes y por la penetración del poder soviético. Pero no se comportaron como instrumentos de los extranjeros. En lugar de ello se esforzaron por articular, y lo lograron, una forma de nacionalismo árabe que afirmaba su identidad asegurando al mismo tiempo la amistad con Occidente, buscando demostrar que las aspiraciones árabes podían concretarse a través de la moderación.

La creación del Estado de Israel añadió una nueva dimensión especialmente volátil para Jordania. Sus gobernantes se vieron arrastrados a afirmar la soberanía jordana sobre la *margen izquierda* del Jordán y heredaron así las pasiones de los palestinos y una segura admisión a la arena de la confrontación árabe-israelí. Aunque no se sentían más felices que sus hermanos árabes por la existencia del nuevo Estado Judío, los monarcas hashemitas reconocieron la imposibilidad de destruirlo y fueron los primeros en estudiar las posibilidades para la coexistencia, esfuerzo que le valió al rey Abdullah perder la vida a manos de un asesino en 1951. En los siguientes 15 años Hussein se unió a sus colegas árabes en el rechazo al reconocimiento de Israel, siempre intranquilamente consciente de que las fuerzas radicales en Egipto, Siria e Irak buscaban su caída en forma tan resuelta como la destrucción de Israel y quizás como el primer paso hacia ese objetivo. Preservó con celo su independencia aun cuando descansaba en el apoyo occidental; en 1956 expulsó a los oficiales británicos que adiestraban y, en algunos aspectos, comandaban su ejército. Empero, cuando una ola radical amenazó cubrir a Medio Oriente luego de la revolución de Irak en 1958, fuerzas norteamericanas desembarcaron en Líbano y tropas británicas entraron en Jordania por unas pocas semanas.

Casi diez años después, en 1967, Jordania se vio envuelta por la Guerra de los Seis Días. Aunque Nasser había tratado al reino con altivo desdén, Hussein llevó a la práctica su elevada concepción de las exigencias de la solidaridad árabe y entró en una guerra que Nasser ya había perdido. Como resultado, Jordania fue expulsada de la *margen izquierda* y la Ciudad Vieja de Jerusalén. La intervención de Jordania en el posterior proceso de paz sólo complicó su ya precaria existencia. Porque Hussein se vio atrapado entre las pasiones de sus hermanos árabes y su propio realismo, por el cual pagó el precio de varios atentados radicales contra su vida y se vio encerrado en la paradoja de que él era el líder árabe más dispuesto a hacer la paz. Y sin embargo de todos los territorios que Israel había conquistado, el que se mostraba más reacio a abandonar era la porción jordana, por ser la más íntimamente conectada a sus propias tradiciones. La demanda fundamental de Israel respecto a negociaciones directas fue, de hecho, aceptada por Hussein, y sin embargo, no aceleró un arreglo. Por ello Jordania permaneció suspendida entre dos fuerzas contendientes. Realizó un sacrificio enorme por el nacionalismo árabe, pero fue acosada por los radicales que entonces dominaban al movimiento nacionalista. Se vio así obligada en 1970 a suprimir a la guerrilla palestina, que había creado un Estado dentro del Estado en territorio jordano, y no obstante lo hizo conservando su vocación árabe. Tenía reclamos contra Israel pero no deseaba sepultar a la región en un nuevo conflicto, el cual quizás destruiría esos vestigios de moderación que constituían la esencia del gobierno hashemita.

El manejo de este desafío por parte de Hussein lo convirtió en una personalidad formidable. Su cortesía legendaria, que los no iniciados tomaban por blandura, era una forma maravillosa de mantener a distancia adecuada a todas las fuerzas enfrentadas. Estaba amenazado por la intransigencia de Israel, el abrazo de Occidente, las aspiraciones hegemónicas de Egipto y el fervor revolucionario de Siria e Irak. Emergió como exclusivo dueño de sus acciones. Hussein no buscó refugio en culpar a Estados Unidos por la humillación de 1967. No rompió relaciones con nosotros, como lo hicieron varios otros estados árabes, pero mantuvo su insistencia en una solución justa para la causa árabe; aun la causa de aquellos que querían derrocarlo.

En la oportunidad de su primera visita a Washington desde la expulsión de Egipto del personal soviético, Hussein no compartió la complacencia general por ese hecho. Sospechaba —y correctamente, como resultó— que uno de los motivos de Sadat había sido el de liberarse de la renuencia soviética a apoyar la acción militar. Al mismo tiempo, según Hussein, el revés soviético probablemente produciría tres peligrosas consecuencias en la política de la URSS. Los soviéticos incrementarían sus envíos de armas a Egipto para

proteger aquello que había restado de su influencia en El Cairo. Segundo, asumirían una posición rígida, insistiendo en un arreglo general para trabar cualquier tentación egipcia hacia un acuerdo separado, y esto explicaba por qué Gromyko había sido tan hostil a un acuerdo temporario durante el otoño de 1972. Tercero, continuarían enviando armas a Siria para prevenir que ésta siguiese el ejemplo de El Cairo y para convertirla en la nueva punta de lanza de la política soviética en la región.

Las sombrías proposiciones de Hussein no se confinaban al conflicto árabe-israelí. También alertó acerca de las ambiciones soviéticas en el Golfo Pérsico, representadas por Irak, que, poderosamente equipada con armas soviéticas, trabaría contra todos los gobiernos moderados de la región aun cuando el régimen de Bagdad continuase teniendo sus propias diferencias con la Unión Soviética. Ofreció fuerzas jordanas para ayudar a estabilizar a los emiratos árabes en el Golfo. Nuestra burocracia regateó complacientemente las triviales sumas de ayuda que demandaba el apoyo a tal política; y fue necesaria una orden de la Casa Blanca para conseguir romper ese obstáculo.

Hussein repitió su disposición en pro de hacer la paz con Israel. Pero a pesar de contactos secretos enfrentó una *impasse*. Hussein simbolizaba el destino de los moderados árabes. Estaba encerrado entre su incapacidad para sostener una guerra con Israel y su no disposición a hacer causa común con los radicales. Se encontraba dispuesto para una solución diplomática, aun una solución generosa, pero Israel no veía incentivo para las negociaciones en tanto Hussein estuviese aislado. Cualquier devolución de territorios confiscados le parecía menos segura que el *statu quo*. Y la *margen izquierda* con su histórico legado desencadenaría una violenta controversia doméstica en Israel: el Partido Nacional Religioso, sin el cual la coalición gobernante no podía desenvolverse, se oponía inmoviblemente a la devolución de *ninguna parte de la margen izquierda*.

Pedimos a Hussein que viniese con un plan adecuado para la negociación. Prometió revisar uno con nosotros cuando regresara a Washington dos semanas después, luego de unas vacaciones en Florida.

La reunión del 6 de febrero con Hussein fue mi primer contacto directo con lo que habría de ser una tragedia para el proceso de paz de Medio Oriente: la desconfianza personal entre Sadat y Hussein. A Sadat simplemente no le gustaba Hussein, o la realeza. En esa temprana etapa de su complicada diplomacia, Sadat necesitaba a los palestinos, o pensaba que los necesitaba, para realzar sus credenciales árabes. Respaldo a negociación con Hussein podría alienar a los radicales árabes, especialmente a Siria, cuyo apoyo era esencial si habría de mantenerse la opción militar. Sadat, por lo tanto, trató a Hussein manteniéndolo a distancia, y así previno el surgimiento de un vocero con quien Israel quizás habría negociado exitosamente por la *margen occidental*. Hussein, por su parte, tenía una profunda desconfianza hacia Egipto, temiendo que la volubilidad de Sadat perjudicase a Jordania como lo había hecho la de Nasser. La desgracia fue que estos dos líderes moderados fracasaron en darse mutuamente el apoyo que habría quizás acelerado la diplomacia de Medio Oriente; concluyeron en una *impasse* de la cual la única salida fue la guerra.

No puedo decir que todas estas contracorrientes eran tan claras para mí entonces como lo fueron más tarde. Pero no se necesitaba una gran sutileza para descubrir la profunda desconfianza de Su Majestad por el enfoque egipcio, cuando retornó a Washington el 27 de febrero y lo informé acerca de mis reuniones con Ismail. Hussein y su principal asesor, Zaid Rifai, más tarde primer ministro, no vieron nada nuevo en las proposiciones egipcias, que habían sido elementos característicos de la diplomacia de ese país durante años; y recomendaron que forzáramos a El Cairo a una mayor precisión. Pero nuestros amigos jordanos consideraban crucial mantener a los soviéticos al margen del proceso. Tuvimos así dos insinuaciones acerca de aproximaciones separadas por parte de dos líderes árabes cuyas mutuas sospechas les impidieron combinarse. Sadat estaba utili-

zando a los palestinos para conquistar un veto sobre las acciones jordanas, en tanto que Hussein invocaba nuestro temor de la intransigencia soviética para demorar una paz separada por parte de Egipto.

Sólo Hussein entre lo líderes árabes de ese momento estaba preparado para ser específico en lo que respecta a términos de paz. Me entregó un documento donde estaban desarrollados los puntos que nos había expuesto a Nixon y a mí algunas semanas antes. Jordania negociaría directamente con Israel la *margen occidental*. Habría algunos cambios de fronteras en tanto la franja de Gaza fuese entregada a cambio. Si la soberanía jordana era restaurada, podría haber puestos militares israelíes junto al río Jordán, o aun asentamientos israelíes en tanto fuesen enclaves aislados en territorio jordano; no podía aceptar la anexión del valle del Jordán por Israel. Irónicamente el rey acotó que todas estas propuestas habían sido ya hechas directamente a Israel y habían sido rechazadas. Lo que solicitaba era una propuesta norteamericana, y no otra jordana. Quizás, agregé, dos o tres años restaban para realizar el proceso de paz antes de que estallase la región. Fue su única evaluación equivocada. Desgraciadamente, resultó crucial, porque nos tranquilizó al confirmar nuestra predilección existente por esperar el resultado de las elecciones israelíes del 30 de octubre.

GOLDA MEIR

Nuestro siguiente visitante, la primera ministra israelí Golda Meir, no compartió la sensación de urgencia de Hussein. En una cita con Nixon el 1º de marzo proclamó que *jamás estuvimos tan bien*, e insistió en que un estancamiento era seguro porque los militares no tenían opción militar. Golda Meir era una persona original. Sagaz, realista, elemental, se consideraba a sí misma como la madre de su pueblo. Para ella cada pulgada cuadrada del territorio de Israel había sido alimentada por la sangre de sus hijos. Había visto demasiado del carácter humano para confiar en tales intangibles y reversibles seguridades como el reconocimiento de la existencia de Israel. Sabía demasiado bien que para todas las otras naciones en el reconocimiento de su existencia era donde el problema comenzaba y no donde concluía.

Golda se había radicado en Israel como una joven pionera. La idea de devolver territorio era casi físicamente dolorosa para ella. Demandaba garantías férreas de seguridad a cambio, y era difícil imaginar qué otras garantías más seguras podía considerar que la ocupación física. Era hábil en plantear cuestiones que nos colocaban a la defensiva o postergaban la necesidad de Israel de realizar elecciones difíciles. En 1973 luchó bajo la bandera de las *negociaciones directas*, una demanda que tornó evidente lo absurdo de la posición de aun los árabes moderados, que insistían en que Israel abandonase sus conquistas pero que se negaban a sentarse a una mesa de conferencia para discutir la retirada. De nosotros reclamaba que coordinásemos las posiciones de nuestros dos países, una propuesta que parecía razonable pero cuya consecuencia práctica era otorgarle a ella un poder de veto sobre nuestros métodos.

En la reunión con Nixon, la señora Meir inició un ataque directo con el arma de la adulación, a la cual Nixon era algo vulnerable. Le agradeció por *revolucionar el mundo y crear por primera vez la esperanza en los corazones del pueblo de que nos estábamos aproximando al fin de las guerras*. Nixon no iba a contradecir este juicio, pero agregó cautelosamente: *Somos realistas en cuanto a los peligros que todavía existen. Muchos reclaman aquí que, dado que el mundo está en paz, podemos reducir los armamentos para gastar en los ghettos*. La señora Meir se acomodó a esta línea de pensamiento formulando a Nixon que había advertido a su colega socialista Willy Brandt que no se tornara demasiado sensible ni bajase la guardia. Nixon, convencido de que cualquiera que sospechase de Brandt debía ser un espíritu amigo, declaró: *Mi regla en política internacional es: haz a los demás*

lo que los demás te hacen a ti. Más el diez por ciento —agregué yo, basándome en la experiencia con mi jefe de más de cuatro años.

La conversación se centró en asuntos prácticos. Golda tenía dos objetivos: ganar tiempo, porque cuanto más largo fuese el *statu quo* más se vería confirmado Israel en la posesión de los territorios ocupados; y lograr la aprobación de Nixon para un nuevo paquete de ayuda militar a Israel.

Con respecto a las negociaciones, la actitud de Golda era simple. Consideraba a Israel militarmente inexpugnable; no existía, estrictamente hablando, razón alguna para ningún cambio. Pero dada la congénita incapacidad de los norteamericanos para permitir que lo suficientemente bueno siguiera inalterado, estaba dispuesta a iniciar conversaciones pero no a comprometerse con su resultado. Consideraba que los asuntos jordanos estaban bajo control porque ya existía un contacto directo (que ningún observador justo podía asegurar que había acelerado el proceso de un arreglo). Con respecto a Egipto, estaba preparada para concertar un acuerdo de separación de fuerzas temporario a lo largo del Canal de Suez, como un primer paso hacia la concordancia final. Pero no aceptaría acordar las fronteras finales antes de que ni siquiera hubiesen comenzado las negociaciones: Egipto, sostuvo, estaba buscando que alguien lo ayudase a obtener todo a cambio de nada. Primero El Cairo lo había intentado con los soviéticos, y ahora lo hacía con los Estados Unidos: *El problema con Egipto es que quieren terminar antes de comenzar*. Aceptó nuestro singular procedimiento por dos vías: junto con las negociaciones públicas para un acuerdo temporario, ella estaba dispuesta a aceptar que yo continuase explorando en privado con Hafiz Ismail algunos principios generales para un arreglo general, en tanto mantuviésemos informado a Israel. Esto era suficientemente justo, aun cuando no daba pie al optimismo, porque mantenía abiertas todas las opciones.

La situación se complicaba aún más por los perennes problemas del suministro de armas a Israel. Una de las debilidades de nuestra relación de ayuda militar con este país era que debía ser renovada cada uno o dos años. Inevitablemente, cada nueva entrega proveía un poderoso incentivo para el resentimiento árabe y generaba un debate interno en nuestro gobierno en lo que respecta a prioridades. Regularmente, al reforzar la presión doméstica a las necesidades estratégicas, el resultado constituía una decisión favorable para el nuevo paquete de armas, lo que alimentaba un nuevo estallido de indignación en el mundo árabe.

Y lo mismo ocurrió en esta oportunidad. El 1º de marzo, y presionado por la señora Meir, Nixon aceptó en principio un nuevo programa de entrega de aviones, que incluía algunos planes para la coproducción en Israel. Tratamos de aligerar el impacto en el mundo árabe evitando un anuncio formal. Pero la posición doméstica de muchos de nuestros dirigentes y de los de Israel estaba involucrada y la decisión se filtró en dos semanas (10). Al producirse demasiado pronto después de la visita de Ismail, causó una explosión en El Cairo.

Teníamos entre manos una tarea delicada. Debíamos inducir a Egipto a emprender negociaciones directas sobre un programa realista, y a Israel a concesiones aun mayores de las que había previsto. Pero si acrecentábamos demasiado las esperanzas árabes y luego nos era imposible cumplir, provocaríamos una reacción antinorteamericana. Si presionábamos mucho a Israel, éste habría a su vez de desencadenar una guerra preventiva cuando todavía contaba con las cartas ganadoras. También debíamos mantener alejados a los soviéticos, y a sus intentos de concertar un acuerdo directo soviético-norteamericano que impusiese términos aun más imposibles de alcanzar que los de Ismail (véase Capítulo VII). Nunca vi sentido alguno en un trato con Moscú a menos que los soviéticos estuviesen dispuestos a presionar a los árabes, tal como exigían que nosotros presionásemos a Israel. Expresé mis dudas a sir Thomas Brimelow del Foreign Office británico el 5 de marzo cuando lo informé acerca de la visita de Ismail:

Un acuerdo bilateral soviético-norteamericano sobre el Medio Oriente que comience con presiones sobre Israel ocasionará dos cosas: puede generar otra guerra en Medio Oriente, y tentar a intervenir en ella a los soviéticos a causa de una posición conjunta norteamericano-soviética. En tercer lugar, después de un acuerdo es obvio que la siguiente ronda luego de que se hayan arreglado las fronteras la constituye la disputa entre los palestinos e Israel sobre el futuro de Palestina. . . Resulta obvio (por mis conversaciones con Ismail) que un acuerdo de paz depende en último caso de los palestinos, quienes carecen del menor incentivo para llegar a algún entendimiento.

De tal modo el resultado será exactamente lo opuesto de Vietnam. Allí el acuerdo nos permitió salir; en Medio Oriente nos obligará a entrar, a fin de proteger lo que habremos impuesto.

Yo estaba convencido de que debíamos reducir el rol soviético si pretendíamos lograr algún progreso.

No tienen incentivos para ser más blandos que los árabes y sí los disponen para ser más duros, de modo que la responsabilidad por un acuerdo insatisfactorio recaerá sobre nosotros o sobre Sadat. Porque la siguiente ronda será entre los radicales y los moderados en toda la región.

Si proponemos un documento detallado, nos obligamos con todos los bandos y nos hacemos responsables tanto del proceso como de la solución.

Por estas razones me cuidé extremadamente de no presentar el detallado plan que todos querían que formulásemos. La peor posición diplomática es verse comprometido sin contar con la capacidad para realizar los propios designios. Teníamos que estudiar cuidadosamente el terreno para evitar que estallasen por todas partes alrededor nuestro las *trampas para bobos*.

SEGUNDA REUNION SECRETA CON ISMAIL

El caminar por ese campo minado resultó aún más difícil que lo que esperaba. Porque justo después de mis reuniones de febrero con Hafiz Ismail, el Medio Oriente experimentó otra de sus periódicas erupciones de violencia. Los diplomáticos norteamericanos, el embajador Cleo A. Noel y el segundo jefe de misión George Curtiss Moore fueron tomados como rehenes y brutalmente asesinados en Kartum el 2 de marzo por terroristas palestinos de Setiembre Negro; cazas jet libios dispararon sobre aviones de reconocimiento norteamericanos sobre el Mediterráneo el 21 de marzo, y se produjo una renovada espiral de excursiones aéreas y represalias a través de la frontera libanesa.

Simultáneamente, nuestra relación con Egipto se tornó tensa. En un principio, al retornar Ismail a su patria, nos envió un mensaje haciéndonos saber que se había sentido muy agradado con la recepción en EE.UU.; sus conversaciones secretas conmigo habían superado sus expectativas en términos tanto de amplitud como de franqueza. Esperaba ser más específico en la próxima reunión. Ismail aun aceptó examinar mi sugestión de *separar la soberanía de la seguridad*, tratando de buscar un equilibrio entre ambas. Si la soberanía egipcia sobre Sinaí podía ser restaurada, quizás fuera posible lograr arreglos prácticos sobre seguridad que respondiesen a los requerimientos de Israel. El 9 de marzo envié una respuesta a Ismail, diciéndole que hablaría con los israelíes para *desarrollar un entendimiento de su posición que pueda llegar a relacionarse con los puntos de partida de acuerdo del plan delineado por usted*.

Pero el clima pronto cambió. Egipto se vio en figurillas para definir su posición frente

a los asesinatos de Kartum. Estaba dividido entre su repulsión por los asesinatos y la necesidad de mantener el apoyo radical para sus planes de guerra, que aun entonces se hallaban en curso (y de los cuales nosotros éramos ignorantes), y el deseo de involucrarnos en el proceso de paz. El análisis de sus dilemas incrementó la irritabilidad egipcia. Un alto funcionario de El Cairo nos advirtió que algunos miembros de su gobierno se oponían al esfuerzo de paz y que los comentarios de prensa acerca de nuestra venta de aviones de reacción a Israel *no estaban haciendo las cosas más fáciles para los Estados Unidos*. El 20 de marzo Ismail respondió a mi mensaje del 9 de ese mes alertando que el equipo militar sofisticado que estábamos suministrando a Israel amenazaba abortar las conversaciones secretas. Repliqué el 23 de marzo, sin comentar los cargos de Ismail, que aguardaba escuchar las reacciones detalladas prometidas por él en nuestro último diálogo.

Los egipcios, entre tanto, realizaron su propia contribución para complicar las vidas de quienes manejaban el extremo norteamericano del contacto. Dada la naturaleza de la diplomacia árabe, probablemente no pudieron actuar de otra manera. En la atmósfera exuberante del mundo árabe *mantener un secreto* tiene una connotación especial. Puesto que los líderes árabes comparten un lazo de solidaridad con sus hermanos y al mismo tiempo experimentan las exigencias de un salvaje individualismo, ninguno de ellos podría creer —y sin duda, se sentiría profundamente inquieto— en cualquier seguridad expresada por Sadat acerca de que nada estaba ocurriendo. Juzgando a sus colegas por sus propias proclividades, los líderes árabes están convencidos de que constantemente tienen lugar incesantes maniobras, a través de las cuales cada *hermano* busca mejorar su propia posición aun cuando ostensiblemente defienda la causa árabe. En esta cacofonía de voces, el secreto, irónicamente, puede ser mejor preservado ahogando a todos los interlocutores en una Babel de conversación que eventualmente supera la distinción entre la poesía épica y la realidad.

Así nos enteramos el 6 de marzo que los árabes sauditas habían sido informados por funcionarios egipcios acerca de mi reunión secreta con Ismail. Dado que el mundo de la diplomacia vive a través del intercambio de información, la noticia pronto se despararramó. Los funcionarios británicos en El Cairo inquirieron entonces a su contraparte norteamericana acerca de lo que estaba sucediendo. Aun cuando había informado al alto nivel del gobierno británico vía sir Thomas Brimelow, el Whitehall respetó nuestro marco secreto y dejó sin transmitir la información a sus representantes en El Cairo. Sadat respondió entonces a un reportaje de Arnaud de Brochgrave, de *Newsweek*, en el cual se refirió a algunos intercambios que habían tenido lugar con anterioridad a la visita de Ismail a Washington. La revelación apareció sólo en la versión arábiga del reportaje difundida en El Cairo, pero fue suficiente para alertar a Jerry Greene de que algo estaba ocurriendo a sus espaldas.

No existe furia similar a la de un funcionario del Servicio Exterior que haya sido pasado por alto cuando es jefe de una misión diplomática, aun cuando ésta sea pequeña, como lo era la así llamada Sección de Intereses en El Cairo. El diplomático ofendido tiene dos alternativas. Si es listo, se limita a inquirir discretamente a sus superiores acerca de lo que está pasando y deja la aclaración burocrática en manos de Washington. Pero también tiene la opción de defender su prerrogativa; puede informar su conocimiento a través de los canales regulares desparramándolo así a través de la burocracia por medio del sistema de distribución por computadoras. Este habrá de producir rápidamente suficientes copias para arrasar toda aspiración de secreto. El resultado final de tales maniobras invariablemente no es el de incrementar las responsabilidades del diplomático —que tiende a convertirse en la víctima—, sino a reducir las opciones de Washington.

Greene, en todo caso, adoptó la ruta más agresiva, o quizás alguien en Washington le

indujo a hacerlo. Después que se hizo pública la entrevista periodística de Sadat, Greene primero inquirió discretamente al secretario de Estado acerca de la existencia de algún canal secreto que él (Greene) desconocía; también inquirió al representante local de la CIA. Ese valioso hombre, contrariamente al mito de duplicidad de la CIA, fue obligado en aras de la paz de la misión diplomática a reconocer que, en efecto, habían existido intercambios secretos, aun cuando no discutió su contenido. Greene, que no utilizaba los malignos métodos de lucha interna de la burocracia, respondió informando abiertamente en un cable regular del Departamento de Estado —y por lo tanto, ampliamente distribuido— la versión saudita de mis conversaciones con Ismail, que en el interin le había suministrado amistosamente un funcionario saudita. Greene, es justo reconocerlo, no se encontraba en una posición envidiable. No era él quien estaba en falta, sino nuestro sistema. No existía ahora forma de negociar sobre el Medio Oriente sin involucrar a los departamentos interesados. El 9 de abril, en consecuencia, puse al tanto a Joseph J. Sisco, ayudante del secretario de Estado para Asuntos del Cercano Oriente y Asia del Sur, de mis intercambios con Ismail; Nixon vio a Sisco el 13 de abril y suavizó la cuestión invitando al Departamento de Estado a participar; el segundo de Sisco, Alfred L. (Roy) Atherton, hijo, participó en mi siguiente reunión con Ismail un mes después. Era evidente que el sistema de doble vía no podía sostenerse en Medio Oriente.

Y entretanto, Sadat no cesó de avivar las brasas de la conflagración, seguro de las consecuencias porque nadie tomó en serio su amenaza de guerra. El 23 de marzo nos enteramos que Sadat pensaba *calentar* el Canal. El 26 de marzo Sadat reorganizó su gabinete en un movimiento que se proclamó destinado a limpiar las cubiertas para la *confrontación total* con Israel. En el reportaje de Borchgrave que publicó *Newsweek*, Sadat declaró que *había llegado el momento para un estallido*, y que la reanudación de la batalla era ahora *inevitable* (11). Nadie creía que tenía los medios para concretar su amenaza. Parecía referirse a incursiones de comandos y una renovación del bombardeo artillero.

El 7 de abril, Hafiz Ismail me envió un mensaje informando que El Cairo estaba operando de acuerdo con presunciones:

- 1) Que la Casa Blanca estaba de hecho resuelta a comprometerse directamente en el problema de Medio Oriente. . .
- 2) Que la parte norteamericana, como resultado de exploraciones con Israel, consideraba que existían suficientes indicios alentadores como para que fuese útil el diálogo egipcio-norteamericano. En otras palabras, Israel había expuesto a la parte norteamericana su disposición para lograr progresos substanciales sobre un acuerdo general en el curso de los próximos meses.

Egipto estaba pidiendo la garantía de un arreglo general de su programa total como precio de entrada para iniciar otra ronda de conversaciones. Aceptar esto era asegurar una desilusión masiva. Repliqué sin comprometerme el 11 de abril, congratulándome por la segunda reunión que realizaríamos. En cuanto a las *presunciones* de Ismail sugerí que una discusión de lo que él denominaba *puntos de partida de acuerdo* o principios generales podía servir como enlace entre una concordancia sobre el Canal de Suez y un arreglo general. Pero evité ser específico sobre las fronteras finales. Sugerí nuevamente recurrir al secreto, cuestioné algunas de las interpretaciones que se difundían en el mundo árabe, y agregué como reaseguro: *La parte norteamericana reconoce la preocupación egipcia por las experiencias pasadas. No habría, sin embargo, de perseguir estos conductos si deseaba repetir lo hecho en el pasado.*

Pero Sadat se dirigía implacablemente hacia la confrontación. Recibimos informes perturbadores del desplazamiento de fuerzas armadas en la región: aviones libios y

sauditas a Egipto; tropas marroquíes y de otros países a Siria. Empero, todavía estimábamos que se trataba de una acción psicológica, y no de preparativos serios para la guerra. El 20 de abril la Agencia Central de Inteligencia (CIA) presentó su evaluación de que Sadat podría haber comenzado a tomar sus propias declaraciones más seriamente, pero no suponía que estaba al borde de una decisión. Después de enumerar los distintos pasos militares que habían sido tomados en los estados árabes, la Agencia llegaba a la conclusión de que no existían indicios de la preparación para ninguna operación militar específica en una fecha específica.

De hecho, Sadat había resuelto apelar a la guerra en el verano de 1972. Lo que lo impulsó a lanzar los dados no fue el punto muerto que se produjo en las negociaciones, sino el estancamiento objetivo en las posiciones de los bandos. Sadat era suficientemente sagaz para comprender que no obtendría la devolución de todo su territorio de una sola vez. En algún punto del proceso tendría que hacer concesiones significativas. Pero el tiempo era crucial. Si sugería una negociación por etapas —lo que más tarde se denominó enfoque *paso por paso*— perdería el apoyo de Siria y de la Unión Soviética, del que dependía para las amenazas, sin las cuales la negociación nunca se pondría en marcha. Si insinuaba la concertación de una paz por separado, quedaría desnudo y sin los medios para negociarla.

Sadat decidió cortar el nudo gordiano mediante la guerra. Siguió las tratativas diplomáticas pero a un ritmo que tornó imposible cristalizar los problemas, y mucho menos resolverlos, fijando plazos tan estrechos que no permitían ninguna exploración real. La utilidad para Sadat tanto de la diplomacia como de los simultáneos preparativos militares era que formaban una nube de polvo detrás de la cual estaba forjando lo que todos consideraban como la contingencia más improbable: un ataque unificado contra Israel. Pero Sadat era la única figura al tanto de la revolución diplomática que estaba planeando. Habíamos maniobrado para lograr su reorientación, pero sin conseguir todavía reconocer que Sadat consideraba que era necesaria una guerra antes de que pudiese dar los pasos decisivos para alimentar el proceso de paz con algún genuino toma y daca. Porque en el clima de la humillación árabe que siguió a la derrota de la Guerra de los Seis Días, las concesiones serían atribuidas casi sin lugar a dudas a un acto de debilidad y no de capacidad política.

Con este telón de fondo, mi segunda reunión con Ismail estaba condenada al fracaso aunque no lo comprendí entonces. Sadat conocía demasiado bien lo tenue que era la unidad árabe que estaba forjando, para creer que podría demorar sus planes militares algunos meses más. Tenía demasiada familiaridad con las sospechas mutuas de los líderes árabes para albergar alguna ilusión de que podría mantener abierta su opción militar a través de negociaciones prolongadas. Si yo hubiese podido a mediados de 1973 garantizarle las fronteras de 1967 sin que él se viese obligado a hacer la paz, lo habría aceptado aunque con renuencia, como más tarde me lo confirmó, dado que habría contribuido poco para levantar el orgullo egipcio. Pero esto era muy difícil de lograr, si es que realmente se podía, dentro del marco de tiempo válido para la supervivencia de la coalición que tan dificultosamente había forjado, y él lo sabía.

Y así fue como Hafiz Ismail y yo nos reunimos nuevamente en Francia el 20 de mayo de 1973, en una centenaria casa de campo ubicada entre París y Chartres, remozada por su propietario norteamericano con la exquisita simplicidad de los muy ricos. Conservaba sus cielos rasos con vigas de madera, su rusticidad y su sabor de antaño, y un amplio jardín con una cascada enfatizaban el ambiente pastoral. Tuvimos una reunión formal en el piso alto y, después del almuerzo, caminé con Ismail por el jardín bajo el sol de primavera. En ese hermoso ambiente tuvimos lo que los diplomáticos llamarían *útiles* —es decir, en definitiva improductivas— conversaciones. La dificultad estaba en que Ismail no quería desviarse de su programa original, que él sin duda sabía que no podía



Sobre un puente de pontones en Hanoi, febrero de 1973.

*Con Pham Van Dong en Hanoi, febrero de 1973.
(En el centro, Le Duc Tho.)*





Izquierda: *Con Le Duc Tho en la Casa de Huéspedes, Hanoi, febrero de 1973.*



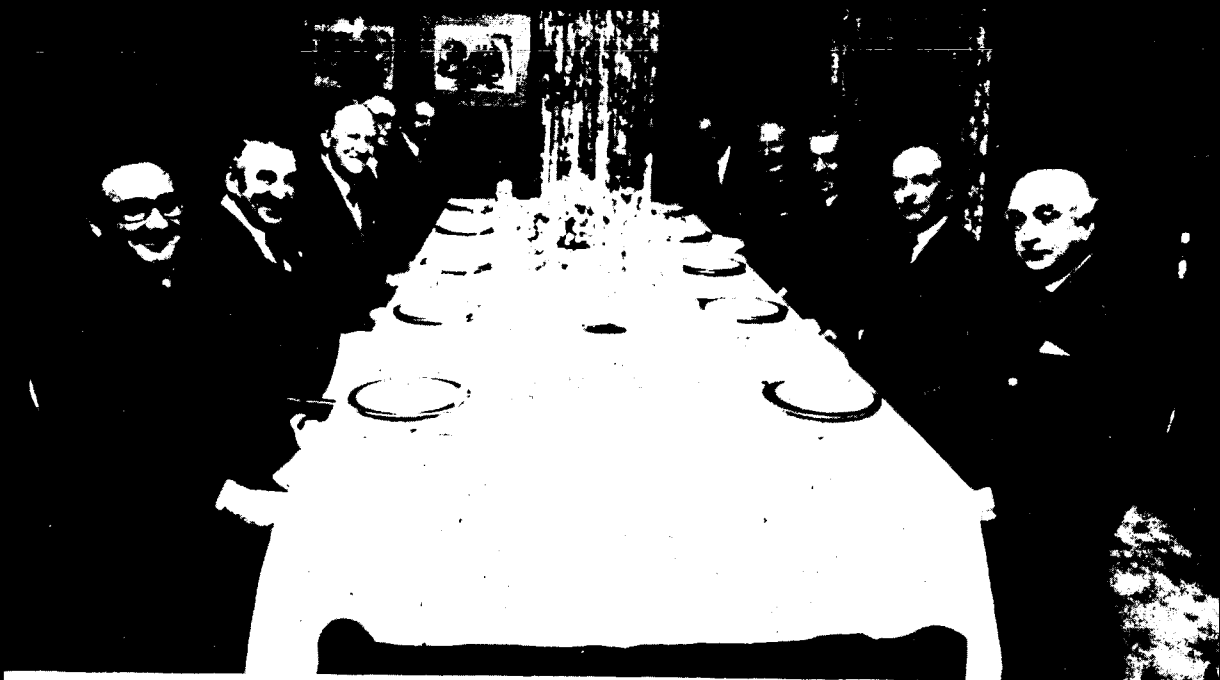
Arriba: *Chou En-lai, noviembre de 1973.*

Izquierda: *Con el premier Chou En-lai y el presidente Mao Tse-tung en Pekín, febrero de 1973.*





Un criadero de patos pequineses en un pueblo cercano a Pekín, noviembre de 1973. Con Kissinger están: el segundo hacia la izquierda, Walter Bothe (Servicio Secreto); a su izquierda, Chi P'eng-fei, ministro de Relaciones Exteriores; el quinto de la izquierda, Robert McCloskey, vocero de prensa del Departamento de Estado; detrás, a la derecha de Kissinger, Richard H. Solomon, funcionario del Consejo de Seguridad Nacional; detrás, a la izquierda de Kissinger, Arthur Hummel, secretario adjunto en ejercicio de Asuntos de Asia Oriental y Pacífico; y apartado hacia la derecha, Winston Lord, director de la Oficina de Planificación.



Arriba: Cena para Edward Heath en Camp David, febrero de 1973. De izquierda a derecha: Kissinger, el embajador Cromer, el secretario de Estado Rogers, sir Burke Trend, Robert Armstrong, el embajador Walter Annenberg, el primer ministro Heath, el presidente Nixon, el secretario de Relaciones Exteriores sir Alec Douglas-Home y sir Denis Greenhill. Abajo: Reunión con el presidente Georges Pompidou en Reykjavik, 31 de mayo de 1973. De izquierda a derecha: Pompidou, señora Kristian Eldjarn, el presidente Nixon y el presidente Eldjarn de Islandia.





Con el canciller Willy Brandt después de la reunión en Bonn, 4 de marzo de 1974.

Los cuatro grandes ministros de Relaciones Exteriores antes de la comida en Bruselas, 9 de diciembre de 1973. De izquierda a derecha: sir Alec Douglas-Home (Gran Bretaña); Walter Scheel (República Federal de Alemania); Kissinger y Michel Jobert (Francia).

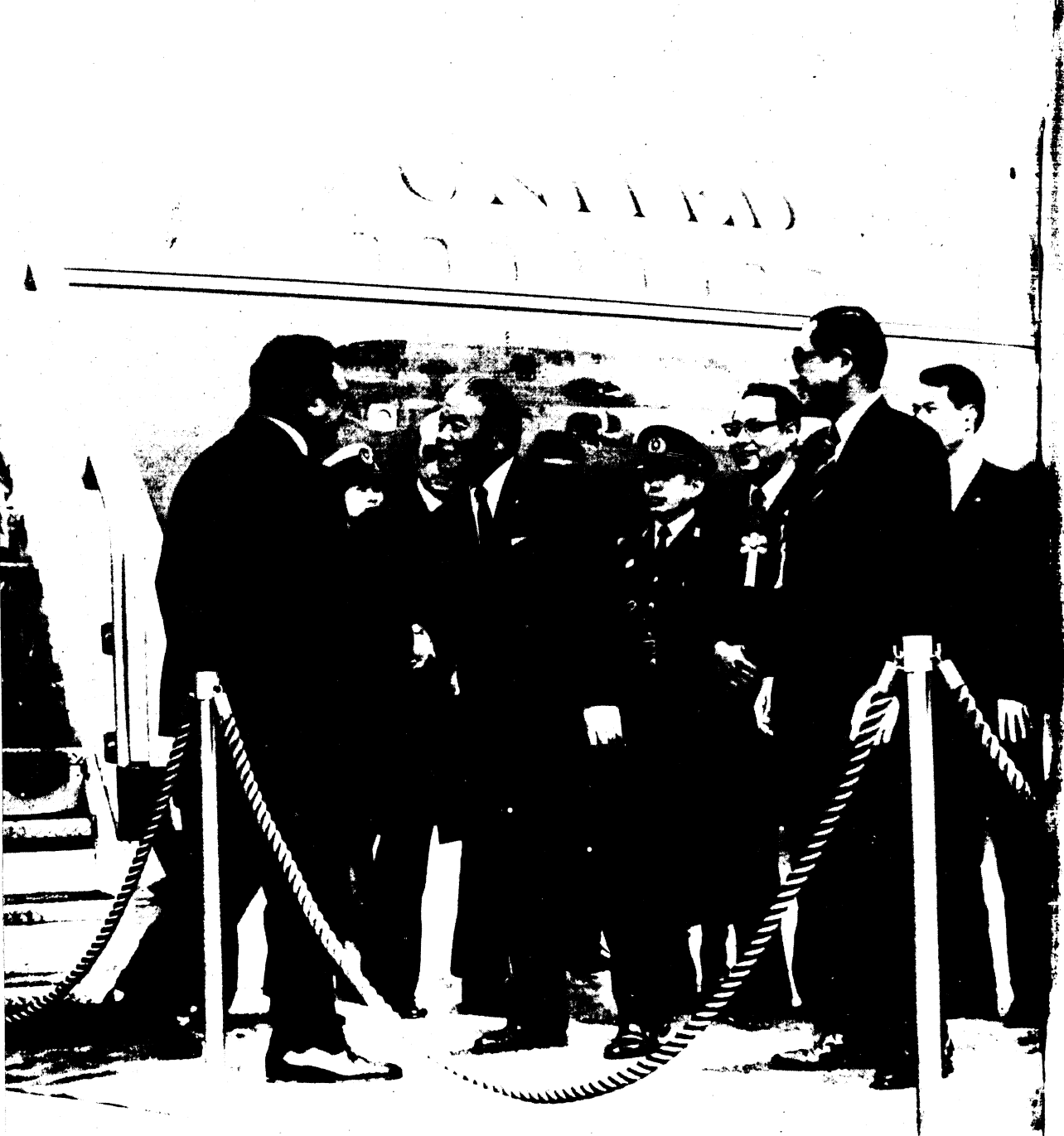




Con Helmut Schmidt en Munich, luego del ascenso de este último a la Cancillería, 7 de julio de 1974.

El ministro de Relaciones Exteriores francés, Michel Jobert, en la Conferencia de Energía en Washington, febrero de 1974.





*En Tokio, K. es recibido por el ministro de Relaciones Exteriores de
Japón Masayoshi Ohira, 14 de noviembre de 1973.*

ser vendido jamás a Israel de una sola vez. Pretendía molestarse por mi sugestión de que Egipto presentase algo nuevo para poner en marcha el proceso de negociación. Pero no era necesaria gran agudeza para entender que la posición de Egipto —lo propuesto desde febrero de 1971, y que había sido consistentemente rechazado— no nos proporcionaría los medios para comenzar un nuevo proceso de negociación con un Israel que, para empezar, no veía ninguna necesidad en iniciarlo. (Por cierto, antes de mi entrevista con Ismail, Golda Meir había dado marcha atrás en un entendimiento anterior, y ahora cuestionaba en una nota personal la sabiduría de perseguir simultáneamente las rutas general y temporaria). Objeté algunas de las partes más estridentes de la información dada por los egipcios a los sauditas, que me parecían implicar un tono de confrontación no percibido en nuestras reuniones. Ismail no negó esto, pero señaló que reflejaba las necesidades psicológicas árabes.

También sugerí una fórmula para enlazar el acuerdo temporario con el general, pero era evidente que Egipto no asumiría el riesgo del aislamiento inherente a un acuerdo momentáneo, ni de las prolongadas negociaciones requeridas para un arreglo total. Ismail no mostró ningún entusiasmo por mi proyecto de separar la soberanía de la seguridad. Denominé a esto *soberanía diluida*, pero agregé que consultaría a Sadat sobre el tema y me contestaría. Nunca volví a tener noticias suyas.

El funcionario norteamericano que había elegido el lugar de reunión me informó que después que yo partí, Ismail, con desaliento y preocupación visibles, permaneció sentado en el jardín durante largo tiempo contemplando la cascada situada detrás de la casa y sosteniéndose la cabeza entre las manos. Su *staff* lo había dejado solo, pero finalmente su joven hija se le acercó y pareció reanimarlo. Más tarde expresó al funcionario que esperaba mantener contacto conmigo, no importa cuáles fuesen las vicisitudes del esfuerzo de paz. Nuestra relación sería importante aun en el caso de un choque armado.

Porque Ismail sabía que Sadat estaba decidido a ir a la guerra, sólo la garantía norteamericana de que daríamos satisfacción a todo el programa árabe en breve plazo lo habría disuadido. Eso era evidentemente imposible. E Ismail, aun cuando era un militar, estaba imbuido con la extraordinaria humanidad del egipcio, como para temer que lo que su razón le indicaba era ahora inevitable. El Medio Oriente marchaba hacia la guerra. Nosotros no lo sabíamos. Pero él sí.

Capítulo VII

DETENTE: DE ZAVIDOVO A SAN CLEMENTE

Cuatro días después de la renuncia de Haldeman y Ehrlichman, volaba hacia Moscú. No cabía duda de que los soviéticos se divertían con este nuevo giro de nuestro escenario político pero todavía era demasiado pronto para que hasta el más agudo oído sísmico captara el inminente terremoto. En la primavera de 1973, las relaciones soviético-norteamericanas estaban inusualmente libres de toda tensión. Una segunda conferencia cumbre entre Brezhnev y Nixon, esta vez en suelo norteamericano, se celebraría en junio, y los pocos días que iba a vivir en la Unión Soviética, del 4 al 19 de mayo, eran para prepararla. Alejado como estaba en este viaje de la mesa de negociaciones, tuve una visualización de Leonid Brezhnev que todavía me intriga cada vez que reflexiono sobre la posibilidad de una coexistencia pacífica entre nosotros y los rusos.

A nuestra llegada mis colegas y yo fuimos conducidos desde el aeropuerto de Moscú, Vnukovo II, no a las pretensiosas casas de huéspedes sobre las colinas de Lenin en la parte oeste de la ciudad, sino a Zavidovo, el coto de caza del Politburó —el equivalente soviético de Camp David—, a unas 90 millas al noreste de Moscú. Partimos en una caravana de autos que marchaba a una velocidad cercana a las 100 millas por hora, casi tocándose los paragolpes, y con vehículos de seguridad que se entrecruzaban con la columna. Esto era o una deliberada guerra psicológica o la inclinación al suicidio descrita en las novelas rusas del siglo 19. El grupo norteamericano y sus escoltas soviéticos no hubieran podido sobrevivir si el primer auto hubiera frenado bruscamente.

A pesar de los peligros, el viaje implicaba un gran honor. Ningún líder occidental había sido jamás invitado a Zavidovo; los únicos otros extranjeros que allí habían estado eran Tito y el presidente Urho Kekkonen, de Finlandia. A la luz de lo que luego sucedió, se podría pensar que la atmósfera de jovial pesadez era falsa. Pero en ese momento nuestros anfitriones soviéticos, con Brezhnev a la cabeza, trataron en lo posible de poner de manifiesto cuán importante resultaban para ellos las buenas relaciones con los Estados Unidos. Hicieron lo imposible para parecer hospitalarios, y a veces nos sofocaban. Nuestros encuentros se consumaban con fáciles charlas y un mínimo de esfuerzo por exprimir cualquier ventaja, que es el sello típico de la diplomacia soviética. ¿Era quizá una maniobra para adormecernos mientras el Kremlin preparaba su ofensiva geopolítica? ¿O la firmeza de Nixon había obligado a los soviéticos a establecerse en un período de esforzado constreñimiento gracias a las posibles ganancias derivadas de las relaciones económicas? ¿Buscaban la *détente* como una táctica de maniobra? ¿O realmente existía la posibilidad de un largo período de estabilidad en las relaciones soviético-norteamericanas? ¿La conferencia cumbre de Moscú en 1972 había sido un nuevo punto de partida o estaba destinada a ser un mero momento de euforia?

Nunca lo sabremos y tampoco creo lo sepan los líderes soviéticos. En los próximos doce meses la capacidad de oposición de Nixon a la expansión soviética se vio derrumbada por

Watergate. Perdimos el garrote y la zanahoria. Por largo tiempo se debatirá si nuestra política Este-Oeste estaba destinada irremediablemente al fracaso por el dinamismo del sistema soviético o por la inherente ambigüedad de su concepción. El resultado carece de importancia al derrumbarse el Poder Ejecutivo de los Estados Unidos. Afortunadamente para nuestro estado mental, ese futuro estaba todavía en sombras cuando llegamos a Zavidovo.

Fuimos alojados en una villa construida en Alemania del Este que se asemejaba a un enorme chalet suizo, desproporcionado por su pesada solidez pero que en el mundo comunista denota *status*. El exterior tenía un vago aire alpino, el interior estaba todo tapizado en terciopelo de victoriana opulencia. Algunos miembros más jóvenes de nuestro equipo fueron alojados en una especie de dormitorio común que se encontraba, diagonalmente, del otro lado del prado que rodeaba nuestra residencia. Se dispersaron muy contentos en numerosas suites que en otros tiempos estaban reservadas para el Politburó hasta que se construyó una nueva y moderna ala.

La residencia privada más grande del conjunto pertenecía a Brezhnev. Era un chalet de dos plantas construido en el mismo estilo que mi residencia, pero en una escala aún mayor. La planta baja albergaba una cantidad de salones de recepción amueblados con pesados sillones tapizados, un comedor y un cine. El piso superior tenía un living, un escritorio y un dormitorio. Cada una de las habitaciones superiores daba a un balcón al cual proveía de sombra el techo que sobresalía. Haciendo esquina con la villa de Brezhnev y conectado con pasajes en cada piso había un gimnasio totalmente equipado y con una pileta de natación de proporciones olímpicas.

Brezhnev vino a verme en cuanto llegué y me saludó calurosamente. Mas tarde me invitó junto con mis colegas a cenar en su villa, la cual nos enseñó con el mismo entusiasmo con que lo hubiera hecho un nuevo empresario. Me preguntó cuánto costaría una residencia así en los Estados Unidos. Con mucho tacto y equivocadamente sugerí cuatrocientos mil dólares. A Brezhnev se le cayó la cara. Mi colaborador Helmut Sonnenfeldt, mucho mejor psicólogo, sugirió: dos millones, lo cual era quizá mucho más cierto. Brezhnev, más contento, sonrió y continuó con la gira. Nos mostró con mucho orgullo un álbum que contenía los recortes de diarios y telegramas de felicitación que había recibido de otros líderes comunistas cuando se le otorgó el Premio Lenin de la Paz. El todopoderoso dirigente del Partido Comunista soviético no veía nada de extraordinario en el hecho de que las felicitaciones y alabanzas recibidas por el premio venían de aquellos cuyas carreras y sobrevivencia política dependían de él.

Brezhnev conducía todas las negociaciones políticas de los soviéticos; únicamente temas muy técnicos, como la Conferencia Europea de Seguridad, estaban en manos del ministro de Relaciones Exteriores, Andrei Gromyko. El repertorio de chistes de Brezhnev era inagotable, aunque en esta oportunidad contenía un grado de familiaridad que probablemente no sabía controlar. Bebía con menor control; uno de sus chistes, de contenido folklórico ruso, era un poco antisemita —indicando quizá que yo había sido elevado a la categoría de un honorable igual.

El horario, como siempre, constituía un enigma. No se nos proporcionó ningún programa o información sobre lo que se iba a tratar, aunque Brezhnev parecía tener todo el tiempo libre. Nos reuníamos como por casualidad, a veces casi sin ningún aviso previo. A excepción de concluir con el Acuerdo sobre la Prevención de la Guerra Nuclear (que discutiré más adelante), no había nada más escrito en nuestra agenda. En dos oportunidades, cuando nuestras conversaciones no llegaron a conformar las esperanzas de Brezhnev, como en el caso del Medio Oriente y durante una discusión sobre un desacuerdo nuclear, se encerró en su villa y se negó a darnos una entrevista. El embajador soviético en Washington, Anatoly Dobrynin, hizo lo posible para minimizar tensiones haciendo aparecer a Brezhnev como un hombre de sentimientos tan tiernos que requería

un manipuleo muy cuidadoso, y que por lo tanto ante cualquier contratiempo su jefe necesitaba un espacio para reponerse. Al mantener yo mi posición firme, lo cual hice simplemente absteniéndome de manifestar pensamientos adicionales, Brezhnev reaparecía sorprendentemente como si nada hubiera ocurrido. Al haber fallado su plan, trataba de lograr lo posible creando una atmósfera de buena voluntad.

Mi equipo, formado por Hal Sonnenfeldt, Philip Odeen, William Hyland, Peter Rodman y Richard Campbell, tenía el consabido problema de cómo comunicarse entre ellos sin quedar inmortalizados en los grabadores de la KGB. Extrañamente, nos sentíamos más seguros en el chalet de caza del Politburó que en la casa de huéspedes estatal de Moscú que habitualmente usábamos. Creímos que la KGB estaría menos inclinada a escuchar las conversaciones en el sitio de vacaciones de su alto líder que en las residencias específicamente designadas para alojar a huéspedes extranjeros. Estábamos equipados con un *balbuceador*, un grabador que emitía incoherentes conversaciones que ahogaban el sonido de nuestras voces para quienes estuvieran escuchando. Nunca supe si tuvo efecto, y odio pensar que me sometí al ruido de esa máquina infernal sin resultados positivos. Era una carrera cuerpo a cuerpo entre la tecnología de la KGB y nuestra sanidad mental. En todo caso, mis colegas y yo escapábamos ocasionalmente del balbuceador conversando en un sitio que consideramos se hallaba fuera de todo riesgo: el balcón que se abría del escritorio de Brezhnev y al cual nos dirigíamos durante los intervalos en nuestros encuentros. Suponíamos que era improbable que Brezhnev permitiera a la policía soviética instalar grabadores en su propia oficina.

La impresión dominante de este *potpourri* de excitación, vigilancia y negociaciones esporádicas era la inseguridad de Brezhnev con respecto a su próximo viaje a los Estados Unidos. Una de nuestras más grandes glorias es que nuestro país parece siempre poseer una cualidad especial, casi mágica desde el punto de vista de nuestros enemigos. Brezhnev era el secretario general de un partido dedicado a la revolución mundial, el líder de los asaltos al sistema capitalista que nosotros representábamos. Sin embargo, su preocupación principal era la de ser tratado como un igual en un medio que ellos no dejaban de describir como la cabeza del imperialismo.

El sistema de gobierno comunista no había madurado, sino que, por el contrario, había acentuado un viejo sentimiento ambivalente ruso por Estados Unidos. Esto se manifestaba en una persistente insistencia por el *status* y dudas sobre si sería otorgado; una exagerada afirmación de fuerza unida a una inseguridad de que fuese reconocida. A pesar de lo que los analistas de sistema de Brezhnev podían contarle sobre la igualdad en el poderío militar entre ambos países, para él Norteamérica seguía siendo lo que había aprendido de pequeño —un país de tecnología superior y maravillosa capacidad industrial y agrícola, un país de increíble eficiencia comparada con el lento coloso soviético.

Brezhnev no se cansaba de oírme asegurar que procedíamos siempre sobre el principio de igualdad, una actitud inconcebible en Pekín, cuyos líderes se creían culturalmente superiores a pesar de lo que las estadísticas demostraban en cuanto a fuerza material. Brezhnev trataba continuamente de asegurarse de que sería recibido cortésmente en Estados Unidos, que no estaría expuesto a demostraciones hostiles y de que tendría la oportunidad de conocer gente *común*. Esta constituía una orden importante y sus distintos elementos no eran consistentes entre sí. Hablaba de llevar a su familia con él y de un sinnúmero de viajes adicionales que pensaba hacer —siempre con una mezcla de asombro, expectativa e inseguridad. Sin ninguna duda su gesto de pasar cinco días con nosotros en el chalet de caza del Politburó tenía como objetivo establecer un *standard* que nosotros debíamos emular.

Confieso que me sentí tocado por esta inseguridad, aunque al mismo tiempo reconocía que el país que él representaba poseía el record de buscar seguridad dominando y mandoneando. En esta ocasión la vulnerabilidad de Brezhnev permitía un contacto humano

que no volvería a producirse. Aparecía de repente y me llevaba de excursión a las colinas, los lagos, las praderas y los vastos bosques de los alrededores. Un día vino a buscarme en el Cadillac negro que Dobrynin le había recomendado como el regalo apropiado a Nixon el año anterior (Brezhnev era un entusiasta automovilista, coleccionaba autos nacionales como recuerdo de cada visita oficial a un país y sus embajadores no tenían vergüenza en hacerle sugerencias). Con Brezhnev al volante, partimos por angostos caminos de campaña a una velocidad que me hacía desear que pronto apareciera un policía, a pesar de que fuera imposible que un agente de tránsito —si realmente los había por los campos— se atreviese a detener al secretario general. Llevado así hasta un embarcadero, Brezhnev me subió a una velocísima lancha —gracias a Dios él no la guiaba—, pero que sin embargo parecía querer mejorar su record de velocidad para llevarme hasta allí. Como mi cabeza estaba un poco mareada con tantos traqueteos, no tengo un recuerdo muy claro de esta excursión. Otra mañana Brezhnev secuestró a mi atractiva secretaria, Bonnie Andrews, y se la llevó de paseo en bote. Volvió, de acuerdo a lo que nos contó, igualmente traqueteada pero sana y salva.

Un día por la tarde regresé a la villa y encontré un equipo de caza; había sido ordenado por mi anfitrión desde el día de mi llegada. Consistía en un elegante conjunto verde militar, con botas altas, y no creo que me haya sido de mayor utilidad en el futuro. Brezhnev, vistiendo un conjunto similar, pasó a recogerme en un jeep, que esta vez, para mi alivio, era manejado por un guardabosques. Puesto que odio matar animales por deporte, le dije a Brezhnev que lo acompañaba sólo como consejero. Me manifestó que ya me habían separado varios jabalíes para que fueran mis presas. A lo cual contesté que debido a mi mala puntería la causa de sus muertes sería un paro cardíaco.

A medida que continuaba en esta línea jocosa, Brezhnev me transportaba al coto de caza. Al mismo tiempo Gromyko lo llevó a Sonnenfeldt en dirección opuesta. En lo más profundo del bosque habían construido una plataforma en lo alto de un árbol, con toscos bancos y una abertura para poder disparar. Brezhnev, el intérprete Victor Sukhodrev, el guardabosques y yo esperamos a los jabalíes, que serían atraídos por los cebos que guardianes de uniforme verde desparramaban por el suelo. Reinaba el silencio. Sólo se oía la voz de Brezhnev que susurraba viejas historias de cacerías; de su coraje la vez que un jabalí atacó el jeep en que viajaba; del bisonte que se atracó con los granos y las papas que estaban de cebo para después dormirse tranquilamente a los pies del árbol vigía atrapando en lo alto al ministro de Defensa soviético, el mariscal Rodion Malinovski, hasta que una patrulla pudo rescatarlo.

Una hora más tarde, al caer el sol, una manada de jabalíes salvajes se aproximó al cebo. Me llamaron la atención la gracia y el cansancio de sus movimientos, aunque evidentemente el deseo que tenían de comer era superior a toda prudencia. Mientras Brezhnev cuidadosamente elegía su víctima, yo reflexionaba sobre la vulnerabilidad de los ansiosos, pero mi rudimentaria filosofía se vio inmediatamente derrumbada con la irrupción en escena de un enorme jabalí. Eran evidentes los motivos por los cuales había adquirido tan grande tamaño. No era ansioso: empezó por investigar el cebo. Examinó el suelo paso a paso. Miró detrás de cada árbol. Avanzó con paso mesurado. Claramente había logrado sobrevivir y adquirir tan gran tamaño gracias a su excesiva prudencia. Con todas estas precauciones atrajo enseguida la atención de Brezhnev, el cual lo bajó de un solo tiro. Debido a las manifestaciones de júbilo de Brezhnev no pude concentrar mis pensamientos en los peligros del exceso de intelectualismo.

Quién sabe cuántas otras contribuciones a la filosofía popular hubiera podido hacer durante esta expedición. Pero por suerte, Brezhnev nos obligó a cambiar de sitio haciéndonos penetrar aún más dentro del bosque. Cuando estábamos nuevamente instalados, debido a que ya era casi de noche, Brezhnev erró dos tiros de largo alcance, lo que me puso muy contento por los jabalíes, de cuyo lado yo estaba.

Permanecimos en ese lugar algunas horas más y alguien nos trajo, del jeep, carne fría, pan negro y cerveza. En este escenario al aire libre fue donde mejor pude apreciar el desdoblamiento de su personalidad: alternativamente inseguro y charlatán, o beligerante y sumiso. Las truculencias aparecieron cuando empezó a discutir sobre China. Me informó que su hermano había trabajado allí como ingeniero antes de que Krushchev retirara a todos los consejeros. Su experiencia le había revelado que los chinos son traicioneros, arrogantes y más allá de todo sentido humano. Tenían algo de caníbales en la forma en que destruían a sus líderes políticos (un comentario insólito para un hombre que comenzó su carrera durante las purgas de Stalin); sin embargo bien podrían ser caníbales. Ahora la China tenía un arsenal nuclear. La Unión Soviética no podía aceptar esto pasivamente; algo tendrían que hacer. Pero no me dijo qué.

Brezhnev trataba de sonsacarme sobre cuál sería la actitud norteamericana en el caso de un ataque defensivo ruso. Yo no le di ninguna facilidad; mi suave respuesta fue que el crecimiento de la China era uno de esos problemas que subrayan la importancia de dirimir las disputas pacíficamente. Brezhnev despreciativamente ignoró esta política de alto nivel y volvió al tema que le preocupaba. El crecimiento militar chino era una amenaza mundial. Cualquier apoyo militar otorgado por los Estados Unidos conduciría a la guerra. Yo le recordé (sin éxito) que ni siquiera teníamos relaciones diplomáticas con Pekín; y aproveché para agregar que EE.UU. no quedaría indiferente ante un ataque a la China. Pero el líder soviético no quiso dejar las cosas en este punto; al día siguiente Dobrynin me apartó para manifestarme que la conversación sobre China del día anterior durante la cacería no podía quedar como un mero hecho social. Brezhnev le otorgaba una importancia mayoritaria. De acuerdo con la dualidad del carácter nacional y de su propia personalidad Brezhnev cambiaba bruscamente de la amenaza al sentimentalismo. Habló de su juventud en Ucrania y de las experiencias de su padre durante la Primera Guerra Mundial. Su padre había aprendido de esa carnicería que la paz era el más alto de los objetivos; nunca había dejado de insistir al respecto. Brezhnev compartía ese criterio: habíamos llegado al período histórico en que ya no se podía seguir construyendo monumentos a los héroes de la guerra. Ellos debían ser otorgados a los pacifistas y no a los generales. Su padre había querido construir uno en el punto más alto de Ucrania (que si mal no recuerdo no era tan alto). Brezhnev quería dedicar su mandato a obtener las condiciones que aseguraran que una guerra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética sería imposible.

Brezhnev empezó a recordar su ascensión a través de la jerarquía comunista, su inesperada promoción en 1936, y el impacto humano de la Segunda Guerra Mundial. Antes de partir para servir en ella, él y su mujer se prometieron mutuamente no interrogarse jamás sobre ese período de separación de cuatro años. Describió emotivamente su reencontro después de tan largo interregno y cómo cada uno cumplió su promesa y su confianza. Me contó sus dificultades para conseguir un uniforme para el desfile de la victoria en la Plaza Roja en 1945 debido al desabastecimiento producido por la guerra y cómo finalmente lo obtuvo; para arruinarlo a renglón seguido gracias a la lluvia torrencial de ese día. Mientras lo contaba hablaba suavemente, sin ninguna de las agresividades anteriores. Su tema ahora era la paz. Y con este discurso entrecortado y confuso se convirtió en un anciano agotado por una vida de luchas incesantes.

¿Cuál era el verdadero Brezhnev? ¿El líder que hablaba tan amenazadoramente sobre la China o el anciano que recitaba su absoluta devoción a la paz? Y esta paz de la que tanto hablaba, ¿era sólo la quietud de la hegemonía soviética, o una aceptación impuesta por los imperativos de la coexistencia? Nuevamente la respuesta es ambigua. La parte predominante estaría establecida por las circunstancias y las oportunidades. Y probablemente dependía de la habilidad occidental para dirigirse simultáneamente a las dos tendencias soviéticas que el resultado fuera la guerra o la paz. Los bolcheviques creían en

la supremacía de los factores materiales y militares; el avejentado líder estaba agotado por las exigencias del sistema. No cabía duda que al igual que todos los otros líderes soviéticos, Brezhnev se resistiría a aprovechar la oportunidad de alterar el balance de poder; nadie puede sacarnos la pesada carga de estar siempre preparados. Pero dentro de este imperativo, algunos líderes, inducidos por la imposibilidad de reprimir las aspiraciones humanas totalmente, podrían aparecer como preparados para eventualmente explorar los requerimientos de una genuina coexistencia. La política occidental debía entonces abarcar ambas posibilidades; resistencia sin compromiso al expansionismo y receptividad a un cambio brusco de Moscú.

Todo esto lo relato enteramente consciente de las brutalidades del reinado de Brezhnev, desde Checoslovaquia hasta Polonia. Realmente es posible que la KGB le haya sugerido estos temas básicos como una forma de desplegar un contacto humano y pretender así un sincero deseo de paz. Pero en favor de la verdad me veo obligado a decir que no conozco ningún líder soviético, al que hubiera podido creerle. A lo mejor esto es un tributo a la eficacia de Brezhnev como actor. Lo dudo. Como todo buen comunista, Brezhnev estaba dedicado a la victoria de su ideología; como todo creyente en los factores objetivos no podía justificar no sacar partido de una posición ventajosa de fuerza lograda gracias a nuestras propias divisiones domésticas. Esto era y sigue siendo la responsabilidad principal que tenemos de prevenir que tales tentaciones puedan surgir. Pero había también en Brezhnev un rasgo evidente de la Rusia elemental, de esta gente que ha prevalecido a través de todo, que sueña con acabar con sus problemas y a la que nunca se le permitió, por su destino o por la ambición de sus dirigentes, consumir estos sueños.

El relajado ambiente del anochecer de la cacería no se volvió a repetir. Una vez de regreso en Zavidovo, nos vimos nuevamente envueltos en las negociaciones y preparativos de la visita de Brezhnev a los Estados Unidos. Y éstas y otras circunstancias rápidamente avasallaron el único y corto vistazo de humanidad que no se volvió a repetir mientras estuve en funciones.

DETENTE: ¿EN QUE CONSISTIA?

Todas las negociaciones con la Unión Soviética tuvieron sus fallas en la última década. Incesantemente propuesta cuando nos hicimos cargo de nuestras funciones, aclamada en forma exorbitante como el cambio fundamental cuando la llevamos a cabo tres años más tarde, y finalmente considerada la culpable de todos nuestros dilemas contemporáneos, la *détente* ha sido el barómetro de nuestras controversias domésticas en lugar de un serio sujeto de análisis.

Para el estadista, un resultado obtenido en política extranjera no se presenta como una teoría sino como una serie de realidades. Y las realidades del período de Nixon eran duras. Debíamos terminar con una guerra en Indochina en momentos en que todos los recovecos de nuestra férrea política exterior eran virulentamente criticados en nuestro propio país. A esto se le sumó la impotencia de Nixon como resultado de Watergate. La *détente* no constituía una de las causas de estas condiciones pero sí era una necesidad para lograr dominarlas. Cualquier discusión sobre el tema debe comenzar entendiendo esto perfectamente.

Mirando hacia atrás una década más tarde, se ha hecho de la *détente* la responsable que acarrea el peso de las consecuencias de las destructivas e internas convulsiones norteamericanas sobre Vietnam y Watergate. El primer problema hizo retroceder tanto a los norteamericanos en su política de intervención extranjera que abrió la brecha para el oportuno expansionismo soviético. El segundo problema debilitó la resistencia del Poder Ejecutivo frente a la presión soviética. Por más de una década los líderes políticos norteamericanos se vieron obligados a enfrentar a la opinión pública que se volvió contra

ellos y a un Congreso que, sistemáticamente, reducía los programas de defensa y sus radios de acción. Intentar una confrontación en ese momento era coquetear con el fracaso. Nosotros, aquellos que teníamos a nuestro cargo el trazado de la política internacional a seguir, no podíamos olvidar que operábamos al borde de un precipicio.

Una amnesia colectiva hizo presa de los participantes de esta tragedia. Los liberales se negaron a asumir forzosamente cualquier responsabilidad por las consecuencias de los dos grandes hechos de los años '70. Los conservadores esquivaron el problema manifestando que el gobierno que consideraban como propio cayó gracias a Watergate y porque además la mayoría de ellos estaba más interesada en llevar a cabo una cruzada antiideológica en casa contra los comunistas que una batalla geopolítica en tierras distantes, donde finalmente era el lugar en que se decidían las políticas extranjeras. Muchos conservadores se refugiaron en el aislamiento tradicional a fin de proteger la moral puritana de los norteamericanos. Y algunos de los *neoconservadores* que se pasaron del liberalismo al conservadorismo al término de la guerra en Vietnam tenían la pasión del converso y pocos recuerdos de sus propias contribuciones al colapso de las seguridades internacionales. Se olvidaron de que habían atacado, tildándola de muy belicosa, a la misma política extranjera que cinco años más tarde denunciaban como una *retirada estratégica* (*). El hecho de que el gobierno de Nixon dirigía las barricadas casi solo frente a tales críticas, defendiendo el poderío militar norteamericano y su credibilidad geopolítica, no figuró para nada en el posterior análisis revisionista que culpó a Nixon, y no a sus atacantes, cuando ambos se debilitaron (2). Durante años soportamos un terrible ataque de la izquierda por resistir una toma de poder en Indochina —una política que llevamos a cabo justamente porque temíamos a las consecuencias globales que se producirían con el colapso de credibilidad norteamericana. Ahora, de golpe, nos veíamos obligados a evitar los ataques de esa misma gente, que se habían unido con la derecha, frente a nuestros intentos de conducir la nave del Estado a través de los remolinos que nosotros mismos habíamos profetizado y opuesto.

Por lo tanto es importante recordar lo que *détente* significaba y lo que no.

Richard Nixon llegó al poder con la bien merecida reputación de una vida dedicada a la lucha anticomunista. Despreciaba a los liberales intelectuales que culpaban a la *guerra fría* de los Estados Unidos y que parecían estar convencidos de que se podía transformar el sistema soviético gracias a un incesante uso de la buena voluntad. Nixon desconfiaba totalmente de los motivos soviéticos; creía firmemente en la necesidad de negociar desde posiciones de fuerza; era, al fin, el clásico luchador de la *guerra fría*. Y sin embargo, después de cuatro tumultuosos años en el poder, era este hombre, tan distinto de la convencional idea intelectual del pacifista, quien paradójicamente negociaba con los soviéticos con la agenda más amplia de relaciones Este-Oeste de los últimos veinticinco años. Y más adelante se vio acusado de lo que había sido un clásico de retórica en su campaña electoral: *débil con el comunismo*.

La paradoja era más aparente que real. No considerábamos que un relajamiento en las tensiones constituía hacer concesiones a los soviéticos. Teníamos nuestras propias razones. No abandonábamos la lucha ideológica, sino que simplemente tratábamos en lo posible de disciplinarla con los principios del interés nacional. De la misma forma la *détente* había tenido sus éxitos. No cabe duda que el mejoramiento de nuestras relaciones con la Unión Soviética (y con la China) dejaban aislado a Hanoi. En 1972, Moscú nos otorgó su consentimiento para que mináramos los puertos de Vietnam del Norte y bombardeáramos Hanoi y Haiphong; y a fines del mismo año logramos que Hanoi negociara

(*) El distinguido diario *Commentary* se constituyó en un ejemplo cuando en 1970 criticó a Nixon por su programa ABM, sus pruebas MIRV, y su flojedad en continuar con SALT. Su editor se opuso ferozmente a la política de Nixon y llegó hasta desear una derrota norteamericana (1).

bajo términos que habían sido inaceptables durante años. Asimismo, en Europa, el conocimiento de que nosotros, los norteamericanos, podíamos conversar con los rusos aminoró la tentación de echar siempre las culpas de todas las tensiones a los Estados Unidos y de refugiarse en el casi-neutralismo. Y más adelante hizo que lográramos una revolución diplomática en el Medio Oriente.

También creo que las evidencias demuestran justamente lo contrario de lo que nos acusan nuestros críticos: la *détente* ayudó, más que lastimó, los esfuerzos de defensa norteamericanos. Antes que la palabra *détente* fuera conocida en EE.UU., el Congreso redujo en u\$s 40.000 millones el presupuesto de defensa de Nixon para su primer gobierno; en ese momento aun un protector del poderío norteamericano tan dedicado como el senador Henry N. Jackson, abogaba por pequeños cortes defensivos y una *prudente postura de defensa* (3). Después de la firma de SALT I, aumentó nuestro presupuesto de defensa y las administraciones de Nixon y de Ford lograron introducir las armas estratégicas (el cohete MX, el bombardero B-1, los misiles dirigidos, los submarinos Trident y otras armas de avanzada) que una década más tarde todavía conforman el espinazo de nuestro programa defensivo y que fueron aprobados por el Congreso antes del relajamiento de nuestras relaciones con Moscú.

La *détente* no logró oponer resistencia al expansionismo soviético; por el contrario, alimentó el único marco psicológico de dicha resistencia. Nixon sabía cómo fijar límites a las aventuras soviéticas que sucedían en forma directa o indirecta, tales como Cienfuegos, Jordania, a lo largo del Canal de Suez, y durante la guerra indo-paquistana. Lo hizo con fría fortaleza, y con gran credibilidad, ya que existía el convencimiento nacional de que no éramos truculentos sólo porque sí. Si algo nos enseñó la guerra de Vietnam fue que cualquier confrontación militar sólo podía tener éxito si el pueblo estadounidense estaba convencido de que no había otro camino posible.

Todo presidente norteamericano aprende pronto que dispone de poco espacio para maniobrar. Los Estados Unidos y la Unión Soviética son rivales ideológicos. La *détente* no puede cambiar este hecho. La era nuclear nos obliga a coexistir. Las cruzadas retóricas tampoco pueden cambiar ese estado de cosas.

Nuestra época tiene que aprender las lecciones de la Segunda Guerra Mundial, que se produjeron cuando las democracias no lograron entender los motivos del agresor totalitario. Trataron estúpidamente de calmarlo, y así obtuvieron que pasara a ser militarmente superior. Esto no puede volver a ocurrir, cualquiera sea el precio que se deba pagar defensivamente. Pero tampoco podemos olvidar las lecciones de la Primera Guerra Mundial, en la cual Europa, a pesar de la existencia de un poderío militar balanceado, entró en una contienda que nadie quería y en una catástrofe que nadie podía imaginar. Los planes militares la indujeron a decisiones; errores y posturas la llevaron a la diplomacia. Sus líderes cometieron el pecado mortal por excelencia contra el gobierno: Perdieron el control de los hechos.

En consecuencia, un presidente norteamericano tiene una doble responsabilidad: Debe resistir el expansionismo soviético. Y debe también estar siempre consciente del profundo riesgo de las transformaciones globales. Su política debe siempre contener la *détente* y la coexistencia, como así también consistencia y un esfuerzo para relajar tensiones. Si el deseo de paz se convierte en un evitar conflictos a cualquier precio, si el justo desespera del poder y busca refugio en su pura moral, el miedo a una guerra mundial se convierte en un arma de chantaje en manos del más fuerte; las naciones pacíficas, grandes o pequeñas, quedan a merced del más despiadado. Pero si perseguimos el conflicto ideológico separado de la estrategia, si la confrontación se convierte en un fin por sí mismo, perderemos la cohesión de nuestros aliados y finalmente la confianza de nuestro pueblo. Esto es lo que entendía por *détente* el gobierno de Nixon.

Este buscaba una política exterior que abarcara tanto las cruzadas morales como el escapismo aislacionista, subordinándolos a un cuidadoso análisis de los intereses nacionales. El objetivo norteamericano era el de mantener la balanza de poder y tratar de construir sobre esa base un futuro mejor (4). Entrábamos en un período en el cual nuestra responsabilidad era la de proveer un liderazgo consistente, maduro, en condiciones más complejas de las que jamás habíamos debido afrontar y sobre un espacio de tiempo mucho mayor del calculado.

A fines de los años '60 se terminaba el período de supremacía norteamericana basada en un poder nuclear y económico superior. Los soviéticos en materia nuclear iban alcanzando la paridad. La potencia económica europea y japonesa los obligaría a aumentar su esfera de influencia. Las naciones nuevas en desarrollo presionaban para conseguir aumentar su poder y su participación. Los Estados Unidos estaban obligados a afirmar su política extranjera sobre bases análogas a las que otras naciones históricamente habían usado. El porcentaje del producto bruto nacional a nivel mundial representado por nuestra economía disminuía en un 10% por cada década: de 52% en 1950 a 40% en 1960; y de 30% en 1970 (en el momento que escribo es del 22%). Esto significaba que si el resto del mundo se unía contra nosotros o si un grupo hostil o poderoso obtenía la hegemonía con la cual siempre nos amenazaba Pekín, las reservas norteamericanas serían avasalladas por su adversario. Sería la nación más fuerte, pero no la más predominante; deberíamos seguir atentamente la balanza de poder mundial porque si se inclinaba en contra de nosotros ocurriría en forma irreversible. No podíamos esperar a que las amenazas se convirtieran en insostenibles, para poder atacarlas tendríamos que sustituir conceptos por refuerzos. Necesitábamos de nuestra fuerza interior para actuar sobre la base de comprobaciones demostradas, improbables cuando fueron hechas.

¿Cómo evitar una guerra nuclear sin sucumbir al chantaje nuclear? ¿Cómo impedir que nuestro deseo de paz se convirtiera en pacifismo? ¿Cómo defender la libertad y mantener la paz? —éste es el inmenso problema de la época. El inconveniente— no la tragedia— es que el doble concepto de coexistencia y contención de mantener el balance de poder mientras se explora un futuro más positivo no tiene detrás de sí un consenso automático. Históricamente, EE.UU. estaba convencido de que no debía preocuparse por un equilibrio global ya que la geografía y un excedente de poder le permitían esperar lo porvenir en comparativo aislamiento. Se formaron dos escuelas de pensamiento. Los liberales consideraban la política exterior como una subdivisión de la psiquiatría; los conservadores, como un aspecto de la teología. Los liberales comparaban las relaciones entre los estados con las relaciones humanas. Enfatizaban sobre las virtudes como la confianza y gestos unilaterales de buena voluntad. Los conservadores veían a la política exterior como una versión de la eterna lucha entre el bien y el mal, un conflicto que no tenía en cuenta un terreno común y acababa con la victoria de una de las partes. Aflojar iba en contra de la ideología liberal y su evocación emocional de la paz abstracta; la coexistencia irritaba a los litúrgicos anticomunistas de la derecha. El idealismo norteamericano llevaba a ambos grupos a atacarnos por diferentes direcciones. La mayoría del liberalismo pensaba que todo lo que tenía que ver con el poder era repugnante: A través del primer período del siglo 20 los Estados Unidos se consideraban como más allá de consideraciones de orden nacional. Ibamos a organizar al mundo gracias a un consenso de principios morales o normas de leyes internacionales. El aprecio por la pureza de nuestros ideales inspiraba a los conservadores, contrariamente, a poner el comunismo en cuarentena: No se podía negociar con el demonio. Los liberales se preocupaban por el peligro de la confrontación, los conservadores por evitarla.

Yo traté de explicar la complejidad de nuestra política con la Unión Soviética en un discurso que pronuncié en la conferencia *Pacem in Terris* en Washington el 8 de octubre de 1973:

Este gobierno nunca se hizo ilusiones sobre el sistema soviético. Siempre hemos sostenido que cualquier progreso en el campo técnico debe ser seguido —y se debe reflejar— en un avance en la estabilidad de las relaciones internacionales. Hemos mantenido un fuerte balanceo militar y una postura defensiva flexible como una fortaleza de estabilidad. Hemos insistido en que el desarme debe ser mutuo. Hemos juzgado los cambios en nuestras relaciones con la Unión Soviética no como si fueran atmosféricos, sino por lo bien que se resolvían concretamente los problemas y si se mantenía una conducta internacional responsable.

La coexistencia encierra para nosotros un significado muy preciso:

—Nos opondremos al intento de cualquier país por lograr una posición predominante, ya sea en el mundo o regionalmente.

—Resistiremos cualquier acción que explote la política de la *détente* con el fin de debilitar nuestras alianzas.

—Reaccionaremos energicamente si el aflojamiento de las tensiones es utilizado como un pretexto para promover conflictos en sitios internacionalmente difíciles.

—La Unión Soviética no puede ignorar ninguno de estos principios en ningún área del mundo sin poner en peligro sus relaciones con los Estados Unidos.

Pero nuestros simultáneos esfuerzos por resistir el expansionismo y mantener abierta la opción de una evolución histórica —combinando el análisis y la estrategia conservadora con las tácticas liberales— era demasiado ambicioso para un período en el cual una confrontación doméstica sobre Vietnam fue seguida inmediatamente por otra confrontación sobre Watergate. Los conservadores al menos permanecían firmes en sus creencias. No querían saber nada con el comunismo, cualesquiera fueran sus tácticas. Para ellos negociar con Moscú era el equivalente a perder su moral norteamericana. Rechazaban nuestro argumento de que si no teníamos en cuenta el deseo mundial de paz nos aislaríamos internacionalmente y dividiríamos nuestro país sobre las mismas ideas que ya nos habían polarizado sobre Vietnam.

La posición liberal era más compleja. Específicamente, se oponían a la teoría implícita de una balanza de poder. Pero ¿qué opinaban sobre la *détente*? ¿Ellos la habían propuesto tantas veces y ahora un guerrero frío como era Nixon la estaba llevando a cabo? Esto hacía que sus frustraciones aumentaran ya que Nixon cuando les robó el ropaje no pudo resistir la tentación de utilizar también sus retóricas. La tendencia a magnificar, innecesaria en este caso, provocó a los críticos liberales a atacar la *détente* como si ésta fuera otra versión de la balanza de poder, como si no se quisiera ir demasiado lejos, como una táctica —casi como una estrategia de la guerra fría, en lugar de verla como una verdadera política de relajamiento de tensiones.

Pero pronto esta posición tan incómoda empezó a ser sentida por los liberales, quienes, sin embargo, tuvieron el mérito de atacar nuestra política desde lo que, para mejor o peor, eran sus bases. A principios de 1973, los críticos liberales cambiaron su línea ofensiva. En ese período de incertidumbre, mientras Nixon era perseguido por amenazantes peligros a pesar de que sus detractores lo creían invulnerable, muchos liberales comenzaron a moverse en una dirección que se consideraba inconcebible. Asumieron las posiciones que él había abandonado en su marcha hacia el centro. Inesperadamente, era la comunidad liberal la que encontraba fallas ideológicas en la *détente* de la cual ellos se habían erigido en campeones. Se hablaba continuamente de que Nixon había *sobrevenido* la *détente*; que descuidaba los derechos humanos en su afán de llevarse bien con el Kremlin; que el gobierno era insensible al problema moral de tratar con el comunismo. Estos argumentos eran naturales en los conservadores, quienes estaban seriamente preocupados de que la erosión de líneas divisorias disminuyera la voluntad de resistencia de Occidente. Procedían de grupos que habían sistemáticamente rechazado mayores

gastos defensivos y que habían criticado nuestra resistencia contra los soviéticos en lugares distantes que eran la esencia de nuestro compromiso de contener.

El resultado constituía una peligrosa contradicción. Por un lado, la lección aprendida en Vietnam parecía indicar que no debíamos nunca más intervenir fuera de nuestras fronteras. Por el otro, ahora se nos acusaba de dureza moral al no insistir en el mejoramiento interno de otras sociedades, fueran o no enemigas. Nació una nueva doctrina de intervencionismo en asuntos internos de otros estados, al mismo tiempo que se nos presionaba para retirar el poderío norteamericano de remotos continentes. Con todo respeto hacia la Unión Soviética, nuestros críticos liberales no explicaban cómo manejar las confrontaciones resultantes de negociar con el Kremlin, en el medio del ataque inspirado por Watergate, sobre presupuestos de defensa y poder de ejecución.

Durante el proceso, nuestra política con los soviéticos se convirtió gracias a sus disparos críticos en una caricatura de sí misma. Nosotros la concebimos como un manejo de nuestras relaciones con nuestros adversarios; nuestros críticos la juzgaban por no haber sabido lograr una amistad. En cada crisis se oían las protestas de que la *détente* no había logrado evitarla. Medíamos el éxito de nuestra política en nuestra habilidad por conseguir objetivos estratégicos aun de las crisis mismas, mientras mitigábamos riesgos —la guerra del Medio Oriente en 1973 es el mejor ejemplo. Si no existe un gran cambio interno en Moscú, las crisis políticas entre Este-Oeste no serán abolidas. Esto se hizo particularmente notable en los ataques contra la discreción ejecutiva desde 1973 en adelante. La alternativa propuesta por nuestros críticos era simplemente la de clavar más profundamente la aguja, produciendo crisis constantes sin flexibilidad. Toda evidencia de motivo posterior soviético era considerada como un nuevo descubrimiento. Dimos por sentado que el superpoder comunista no nos deseaba nada bueno. Creímos que podíamos derrotar sus propósitos más efectivamente con una política de firmeza, maniobras y positivas aspiraciones, que tendría más chances de ser apoyada públicamente por nuestro pueblo y nuestros aliados a largo plazo, sin necesidad de recurrir al uso estúpido de simples *slogans*.

Indudablemente los líderes soviéticos esperaban convencer a las democracias —ayudados por grupos de enfrentamiento comunistas y la propia interpretación de Occidente de los hechos mundiales— que lo que había logrado la aparente relajación de tensiones no había sido nuestra vigilancia sino que se trataba de un cambio básico en los objetivos soviéticos. Más y más líderes occidentales —de acuerdo al razonamiento del Kremlin— conducirían sus posiciones internas a un aflojar de tensiones, pagarían un alto precio por ello y buscarían refugio de los peligros de una confrontación echándole a los Estados Unidos la culpa de todas las crisis. Este peligro era real. Pero el camino opuesto también resultaba peligroso. Las confrontaciones que no se perciben como necesarias siempre dividirán un país, debilitarán nuestras alianzas y darán como resultado una búsqueda de paz a cualquier precio. Ningún líder democrático que se respete a sí mismo puede *mantenerse* si trata a la paz y a la vigilia como si fueran iguales. Nuestras alianzas fracasarían si se las presentaba como obstáculos para la paz. Seguro que la *détente* es peligrosa cuando no contiene una estrategia de contención, pero esto es insostenible si no se posee una noción de paz. El remedio no es evitar el esfuerzo de definir la coexistencia, sino darle un contenido que refleje nuestros principios y objetivos.

Los críticos más sutiles de nuestra política mantenían que nuestro énfasis en el interés nacional iba en contra el idealismo norteamericano y el carácter nacional. De acuerdo a esta tesis, nosotros debíamos afirmar nuestros valores generales o perderíamos la fuerza y la resolución de avasallar el poderío soviético. En otras palabras, EE.UU. debía jugarse en una oposición moral contra el comunismo, no solamente una oposición geopolítica a una circunscripción soviética; de lo contrario su política estaría basada en arenas move-dizas(5).

Pero, aunque si bien yo simpatizo con este punto de vista, un estadista debe confinar teoremas generales a circunstancias concretas. Las cruzadas generalmente no poseen el poder de permanencia en pos de una larga lucha. La obsesión por una ideología se podía transformar en mala voluntad para afrontar duelos marginales, convirtiéndolos en innecesarios, ya que no son el epítome final. Esto sucedió con Angola y Vietnam (después del Acuerdo de París) y más tarde en el Golfo Pérsico. En un área de manifiesto coraje soviético y búsquedas radicales de ascendencia, una derrota norteamericana, manifestada a través de una falla por manejar un riesgo geopolítico, traería aparejada un desequilibrio global como una imposibilidad de mantener un equilibrio militar. Y el sobreénfasis en ideología crearía una vulnerabilidad característicamente norteamericana: La doctrina de la redención nos haría particularmente receptivos a las ofensivas de paz soviéticas. Ellas harían presumir que los objetivos soviéticos habían cambiado. Nuestras convicciones morales debían prepararnos a enfrentar la ambigüedad inseparable del enorme esfuerzo o por el contrario acabaríamos vencidos.

Cualquiera sea la política que siguen, los estadistas siempre se juegan en sus apreciaciones del futuro. Evidentemente tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética esperaban que la historia les diera la razón. Antes de la reunión cumbre de 1973, analicé los motivos de Brezhnev en un memorándum para Nixon, y en los párrafos que éste subrayó se puede percibir algo de su actitud en ese momento:

Al igual que todos los líderes de posguerra soviéticos, Brezhnev ve a los Estados Unidos como a un rival, un peligro mortal, un modelo, una fuente de asistencia y un socio en la sobrevivencia física. Estos conflictivos impulsos hacen que la política de Brezhnev respecto a nosotros sea ambivalente. Por un lado no cabe duda que quierē pasar a la historia como el líder que trajo la paz y un mejor estilo de vida para Rusia. Este deseo lo obliga a mantener una política de cooperación y conciliación con nosotros. Sin embargo sigue siendo un convencido comunista que ve a la política como una lucha continua con un solo ganador al final: sus intenciones es que ese único ganador sea la Unión Soviética. De allí todos sus esfuerzos por obligarnos a participar en arreglos compartidos —sobre todo su propuesta— el pacto de no agresión nuclear encierra como objetivo salvaguardar la paz y socavar nuestras alianzas y otras asociaciones.

Seguramente, Brezhnev continúa defendiendo su política de *détente* en los debates del Politburó en términos de un conflicto histórico con nosotros como el país capitalista por excelencia así como también las máximas ventajas que esto le puede traer a la URSS en caso de conflicto. El juego de Brezhnev consiste en ir acrecentando y manteniendo esta política, a fin de que sus efectos no consigan socavar el verdadero sistema del cual él obtiene su poder y legitimidad, Nuestro objetivo por el contrario es obtener precisamente a la larga dichos efectos. . .

La incógnita principal y más importante es *saber si la Unión Soviética puede mantenerse unida mientras espera que el Oeste sucumba a través de un largo período de relajamiento* y a las tentaciones de la competición económica. Evidentemente nuestras chances son tan buenas como las de Brezhnev, conociendo como se ha escrito la historia en la Europa del Este.

Por lo tanto yo rechazo la idea que tienen nuestros críticos de que la Unión Soviética pueda lograr un mejor beneficio de la competencia pacífica que el que obtengan las democracias. Es un consejo desesperado, lo contrario de lo que creo es la realidad. Demuestra un pesimismo infundado, una falta de confianza muy seria en el pueblo estadounidense. Nixon no quería saber nada al respecto. En su famoso debate de 1959 en Moscú, rechazó la amenaza de Krushchev de que nos hundiría, y Nixon tenía razón. Nada

ha cambiado a lo largo de dos décadas para sugerir que el mundo comunista, inferior en cuanto a reservas y organización, pueda derrotar al Occidente en una larga competencia. Si la Unión Soviética sobrepasa al Occidente en poderío militar, esto no sería como una consecuencia de la *détente* sino por el fracaso de las democracias en hacer lo que corresponde. El argumento de que el pueblo norteamericano no puede comprender un desafío complejo, ni conseguir una estrategia compleja para enfrentarlo, de que imposibilitado de manejar al mismo tiempo el desarme y la coexistencia debe basar su política en la truculencia, refleja una falta de fe en la democracia.

Si Occidente puede obtener la contención, estoy convencido de que ganará su apuesta histórica. El sistema económico de la Unión Soviética es manifiestamente débil, su atractivo ideológico está desapareciendo; su base y su imperio político son precarios. En sus sesenta años de existencia nunca logró una elección de líderes legítima y regular. Solamente tuvieron tres cambios de líderes: De los cuatro secretaríes generales del Partido Comunista, sólo dos (Lenin y Stalin) murieron en su puesto; el tercero (Kruschchev) fue reemplazado con un procedimiento tipo golpe de Estado; el cuarto (Brezhnev) todavía estaba consolidando su poder a principios de 1973, aunque para entonces sufría serios problemas de salud. El sistema falló completamente al no poder manejar seriamente los deseos de participación política de las élites intelectuales y dominantes que el industrialismo inevitablemente crea. O si no trató de vaciar las aspiraciones políticas convirtiendo al grupo dirigente en una carrera de *nuevas clases* que sólo produjo un estancamiento. Más aún, la Unión Soviética tiene todavía que enfrentar la ineludible realidad de su siempre creciente población no-rusa, que muy pronto serán mayoría, con el severo problema de reajuste que traerá aparejado.

Los insolubles problemas de la economía soviética se hacían cada día más aparentes. En 1972 su crecimiento se estimaba en un 1.5 por ciento, casi igual al crecimiento de su población; esto sí que es estancarse. Los planeamientos totalitarios parecen obstruir aun más el desarrollo en proporción directa con la escala de la economía. Todos los incentivos marchan en sentido contrario. Los directores de fábricas subestimaban su potencial productivo a fin de no verse encerrados en embotellamientos ajenos a su control y que no les permitían alcanzar sus objetivos. Los planificadores no poseen el suficiente conocimiento del mercado que les haría conocer las preferencias de los consumidores (aun de los consumidores industriales tampoco). En el vacío, producen mercaderías de inferior calidad, que nadie quiere comprar. Es imposible garantizar esmero con directivas solamente; por lo tanto cada manager trata de lograr su cuota de la forma más independiente posible de otros sectores del sistema soviético. (Un planificador del Este me informó un día que si la cuota de locomotoras se podía expresar en medidas de peso, su país producía las locomotoras más pesadas; si se la expresaba en números, eran las más livianas y baratas; en todos los casos se seguía la línea de menor resistencia).

Sin la posibilidad de cambiar de planes, los fabricantes se ven obligados a operar al margen de la legalidad burocrática, acaparando materias primas o buscando oculta-mente proveedores. Esto culmina en la paradoja de que una economía totalmente planificada termina recurriendo al mercado negro, es decir a un mercado secreto libre, para poder funcionar de alguna manera. Pero esto sólo magnifica la clásica debilidad de la economía comunista: desabastecimiento crónico y sobreabastecimiento crónico caminan de la mano (6). El dilema del comunismo es que resulta imposible manejar una economía moderna con el sistema de total planeamiento; sin embargo tampoco parece posible manejar un estado comunista sin un *sistema* de total planeamiento.

La *razón de existir* del Partido Comunista es un monopolio del poder; pero esto también produce otra anomalía. El pequeño grupo de votantes, que se otorgan a sí mismos una sabiduría superior de los procesos históricos, sacan como conclusión el intenso convencimiento monomaniaco requerido para hacer una revolución. Pero una vez firmemente

establecidos en el poder, ¿cuáles son sus funciones? No se los necesita para manejar el gobierno, o la economía, o los militares. Son los guardianes de una legitimidad política que hace tiempo perdió su apoyo moral así como también su empuje revolucionario. Se especializan en resolver crisis internas creadas por su sistema centralizado y crisis externas a las que los lleva su propia rigidez. El sistema del Partido duplica cada jerarquía existente sin realizar ninguna función. Sus miembros son perros de guardia sin criterio, establecidos para mantener el orden, un fortín de privilegios que invita a la corrupción y al cinismo.

En cada estado comunista —y esto ya es un chiste histórico— la última crisis latente, pero no evidente, es cuál es el rol del Partido Comunista. En Polonia el partido casi desapareció por irrelevante e impotente. Y recién estamos al principio de este proceso de transformación. Si una firme política de Occidente impide a Moscú traspasar sus conflictos internos a crisis internacionales, convertirá la famosa frase de que *la historia está de nuestro lado* en una verdadera desilusión. Estoy convencido de que un largo período de paz irá a favor del pluralismo de un sistema democrático: la vitalidad económica, el genio de la innovación tecnológica, y la creatividad de los pueblos libres.

El testarudo acercamiento geopolítico de las relaciones entre Este y Oeste de la administración Nixon, aunque no comprendido por nuestro pueblo, fue muy efectivo con los líderes soviéticos. Porque aunque a los hombres del Kremlin no les importe jugar con los preconceptos del Oeste que identifican diplomacia con buenas relaciones personales, realmente no saben cómo manejar una política exterior sentimental. Ningún líder occidental que se *especializara en entenderlos*, como si la política exterior fuera igual a las relaciones personales, tuvo jamás éxito. Los líderes soviéticos pasan por una dura escuela. Prevalen en un sistema que despiadadamente arrolla a los tímidos y escrupulosos. Sólo una gran ansia de poder —o una igualmente fanática convicción ideológica— los lleva por una carrera en la cual hay muy pocos ganadores y terribles castigos para los perdedores. Buena voluntad personal, el espejismo de la diplomacia occidental, no los hace moverse. Su ideología insiste en la arrolladora importancia de los factores materiales y el objetivo balance de fuerzas. No pueden defender políticas de conciliación para el mundo exterior mientras se debaten en luchas internas características del sistema del Partido, pudiendo sólo poner énfasis en las condiciones objetivas que se les requieren.

Es por esto que los realistas no sentimentales son los más favorecidos en ese capital cuya ideología rechaza la idea de que el hombre puede cambiar el curso ordenado de la historia. Y Nixon no era sino un realista. Muy pocos líderes hubieran podido confundir la coexistencia con la psicoterapia, o la paz con buenas relaciones personales. Su inseguridad personal lo hacía dudar de poder conquistar a cualquiera —especialmente a los poco simpáticos líderes soviéticos.

Sabía que no había sustitutos para riesgos calculados que harían aparecer a la agresión como poco atractiva, luchó duramente por mantener la balanza de poder. Pero no tuvo miedo de explorar incentivos que permitían a los soviéticos participar en la cooperación aunque al mismo tiempo buscó de presentar al expansionismo como un peligro. Con el pasar del tiempo, al entrar en juego otros factores, se podría lograr una paz establecida con convicción y no solamente por necesidad. Sobre estas bases en mayo de 1972 se reunieron en Moscú el secretario general del Partido Comunista y el *mejor tentador realista* del comunismo. Estoy convencido de que una normal presidencia de Nixon podría haber logrado una simetría entre los pilares gemelos de contención y coexistencia. Nixon hubiera podido demostrar a los conservadores que la *détente* era un medio para conducir la contestación ideológica, no una forma de resignarla. Y podría haber manejado las presiones liberales llevando consigo a la mayoría de los moderados, con su política para establecer salidas concretas. En ese momento usando su conocida inclinación hacia la paz hubiera obtenido el apoyo del mundo libre para un nuevo camino hacia la defensa.

Pero ya a principios de su segundo gobierno Nixon no era un presidente normal. Y el daño resultaba irreparable. El mejor periodo de relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética después de la posguerra fue entre la Conferencia Cumbre de Moscú en 1972 y Vladivostok en 1974. La Unión Soviética había experimentado un severo retroceso en el Medio Oriente y lo había aceptado; los conflictos entre ambos, aunque reales, eran manejables. Habíamos cimentado extensamente una serie de acuerdos. Habíamos establecido incentivos y penalidades que moderaban el comportamiento soviético. Nunca fueron mejores las condiciones para poner a prueba las posibilidades de una sutil combinación de firmeza y flexibilidad.

Nunca conoceremos todo lo que hubiera sido posible si Norteamérica no hubiese consumido toda su autoridad durante este melancólico periodo. Los asaltos del Congreso contra un presidente debilitado le quitaron el poder de contención y los incentivos para moderar a los soviéticos, haciendo imposible la resistencia y al mismo tiempo impulsándonos a una confrontación sin estrategias o los medios para poder reanimarnos. Se erosionó la base de nuestro acercamiento Este-Oeste. Perdimos la ventaja que obtuvimos en el acuerdo comercial de 1972 con la Unión Soviética en favor de la emigración judía. Y también perdimos efectividad como consecuencia de las restricciones progresivas de la autoridad ejecutiva entre 1973 y 1976, lo cual indujo a la destrucción de Indochina, restó fuerzas a los poderes presidenciales como *comandante en jefe*, bloqueó la ayuda militar a nuestros aliados claves, y casi devastó nuestras centrales de inteligencia. Por supuesto los soviéticos no resistieron a la tentación de un presidente debilitado y de una Norteamérica dividida que abdicaba de sus responsabilidades en el exterior. En 1975 volvía el aventurerismo soviético, reforzado por una panoplia de armas modernas.

Como resultado, en parte de nuestro debilitamiento interno y en parte del poder soviético, para muchos de nuestros aliados, la *détente* se convirtió en lo que los conservadores temían: una huida de las realidades de la balanza de poder, una sustitución de atmósfera por sustancia. En un periodo de recesión, inducido por el problema del petróleo, muchos países europeos se agarraron del comercio entre Este-Oeste como de un salvavidas y no como de un bien pensado plan de política exterior. Sus líderes, por presiones internas, aparecían como *mediadores* entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Fue así que Norteamérica sacrificó muchísimo en haras de sus conflictos internos. El proceso comenzó con el debate sobre el comercio con la Unión Soviética y siguió con los derechos humanos.

GRANOS Y EMIGRANTES

Ningún tema de política exterior tuvo las consecuencias que trajo el drástico cambio de posiciones en el comercio Este-Oeste. En el momento en que la Administración Nixon llegó al poder en 1969, los líderes liberales nos presionaban para que relajáramos las restricciones, impuestas durante la guerra fría, al comercio (7). Seis meses después de la ocupación soviética de Checoslovaquia, los más importantes periódicos, académicos, y la mayoría democrática en el Congreso (como así también los liberales republicanos) atacaban nuestra política de unir las facilidades comerciales con el comportamiento soviético en política exterior. Ya que los años 1969 y 1970 fueron muy turbulentos para las relaciones EE.UU.-URSS, no otorgamos ninguna licencia de exportación. Esto, se nos reprochó, era peligroso y poco efectivo: nos poníamos en las manos de los stalinistas más duros del Kremlin; negociar con los soviéticos no era hacerles un favor a ellos sino a nosotros; promovía la paz; aumentaría las chances de liberalización del régimen comunista; y si en todo caso nosotros no negociábamos, nuestros aliados lo harían por nosotros. Algunos hombres de negocios conservadores se unieron a los liberales en el debate, explicando que consideraban que unir los lazos comerciales con la política exterior era

un intento ilegítimo de negociar con sus ganancias por objetivos en los cuales ellos no obtenían ningún beneficio.

El gobierno de Nixon se mantuvo en su posición. Hicimos algunas concesiones después del SALT de mayo de 1971 y también cuando completamos las negociaciones de Berlín en agosto del mismo año. Recién después de la Conferencia Cumbre de Moscú de 1972 nos decidimos a mejorar progresivamente —teniendo siempre cuidado de calcular nuestros pasos de acuerdo con los movimientos de la política extranjera soviética. Solamente otorgábamos créditos para proyectos específicos, jamás sin conocer su destino. Siempre les dábamos a entender que nuestra relativa flexibilidad dependía de las modificaciones en su política extranjera.

Más adelante, cuando cambió el sentimiento popular, se formuló que la administración Nixon utilizaba tímidamente los incentivos económicos para moderar el comportamiento soviético. A la luz del firme compromiso de Nixon de contener el avance militar, y de su carencia de apoyo al principio al comercio entre Este-Oeste, se trata de un gran malentendido. Nosotros creíamos que un comercio cuidadosamente controlado daría más fuerzas a una coexistencia basada en una balanza de poder. Los lazos económicos, de acuerdo a nuestro punto de vista, podrían hacer una diferencia pero sólo si se privaba a los soviéticos de poder optar por la aventura. Habiendo logrado confinar a los soviéticos en 1970 y 1971, estábamos preparados para probar a coexistir prudente y cuidadosamente, pero sin adoptar posturas que rechazábamos desde hacía cuarenta años.

El primer problema surgió con la negociación de granos entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. En 1972, los soviéticos explotaban nuestro mercado libre, comprando más de mil millones de dólares en granos a términos concesionales —casi la totalidad de nuestro excedente agrícola— antes de que nadie advirtiera lo que pasaba (8). El verdadero problema, cuando se descubrió, no era el afán del gobierno por vender, ya que Nixon no se cegaba con los beneficios políticos que resultaban de estas favorables negociaciones de granos en un año electoral. El triunfo soviético se debió a que ellos calcularon con toda picardía que cada compañía de granos trataría de mantener sus ventas en secreto con respecto a sus competidoras. De esta manera, si desparramaban bien sus órdenes de compra, pensaron (con toda razón), el ansia de las compañías mantendría en secreto lo extenso de las compras hasta que los contratos estuvieran firmados.

El trabajo de los soviéticos se vio facilitado por el hecho de que no existía un ente del gobierno que se ocupara de fiscalizar este problema; y la consecuencia fue que se puso de manifiesto lo difícil que resulta combinar el mercado económico con los objetivos de la política exterior. Para cualquier comprador que se decida a entrar en él, su único problema es demostrar su capacidad de pago. Por lo tanto para lograr los objetivos en política exterior propuestos por el gobierno, éste debía intervenir en el mercado deteniendo las ventas, sin considerar las condiciones económicas, hasta tanto sus objetivos se vieran cumplidos. El sistema de licencias o algo parecido resulta inevitable —lo cual es anatema para muchos negociadores, inclusive muchos que se consideraban furiosos anticomunistas.

A principios de 1973 comprendimos que nuevamente había fracasado la cosecha soviética. Como medida de precaución en favor de nosotros tratamos de forzar a los soviéticos a que sus compras abarcaran varios años. La Casa Blanca insistió en que se firmara un acuerdo por cinco años, con un techo para las compras permitidas, lo cual haría que nuestros agricultores pudieran hacer planes que no dislocarían nuestro mercado y nos daría una gran palanca en nuestra política exterior. Pero esto sólo era posible si manteníamos en suspenso las ventas hasta que estuvieran de acuerdo con nuestras condiciones. Nuestros agricultores estaban encantados con los objetivos de un acuerdo a largo plazo. Pero no lo estaban con la idea de que debían atrasar las ventas para poder lograrlo; y

tenían a su favor al infatigable Earl Butz como secretario de Agricultura. Venía de la más mortal escuela de burócratas, como decano de una universidad. Cuando le pedí a Butz que estudiara el problema de si tenía autoridad legal para retrasar las ventas (ordenando que las mismas debían primero ser declaradas ante el Departamento de Agricultura), se negó a darme una respuesta directa. Semanas más tarde, era el 3 de mayo, decidí refrescarle la memoria:

Mi preocupación en esta materia es que no debemos permitir que los soviéticos arrinconen, calladamente, una gran proporción de nuestra cosecha de este año, dejando al consumidor local y a nuestros clientes internacionales que se peleen ofertando por lo que queda.

Pero Butz no tenía intenciones de enfrentar la rabia de los agricultores. Era mucho mejor dejar que los diplomáticos pagaran por los platos rotos. Por lo tanto sugirió que yo debía obligar a los rusos a limitar sus compras. Este era un gran consejo: En lugar de usar nuestro poderío agrícola como palanca contra los soviéticos, él sugería que les rogáramos el favor de comprar menos de lo que las condiciones del mercado ofrecían. En un mundo real esto habría caminado si yo hubiera podido implicar que de lo contrario encontraríamos otra manera de limitar las compras. El punto de vista de Butz era una manera elegante de impedir que el criterio en política extranjera interviniera en las órdenes de compras de la URSS.

La coalición a favor de negociar formada por liberales y empresarios fue poco a poco copada por otro grupo, esta vez conservadores y liberales, quienes intentaron hacer un rehén de las negociaciones comerciales entre el Este y el Oeste a cambio de reformas en la política soviética sobre emigración. Aceptaban nuestra doctrina de eslabones pero la llevaban al extremismo—más allá de su intención original. Las concesiones comerciales ahora no se regulaban de acuerdo con la política extranjera soviética, como nosotros queríamos, sino con el comportamiento soviético interno. Con esto el comercio Este-Oeste se convirtió en una cuestión política en Norteamérica, lo cual sacudió nuestras relaciones con la Unión Soviética sin darnos, a cambio, ninguna estrategia para manejar las tensiones resultantes. Irónicamente el vehículo de esta amenaza fue una medida que los liberales habían presionado para adoptar desde el principio del gobierno de Nixon: concederle a la Unión Soviética el *status* de *Nación Más Favorable* (MFN)

Esta condición nada tiene que ver con lo que el nombre implica. No concede ningún favor especial; solamente adjudica al país beneficiado la tarifa ya acordada a otras naciones (más de cien) con las cuales mantenemos relaciones comerciales normales. En otras palabras, el MFN termina con el tratamiento discriminatorio que se otorgaba hasta ese momento. Ayuda a que se desarrolle un comercio normal en las condiciones comerciales existentes. Beneficia tanto a nuestros comerciantes como a los extranjeros. Aun después de acordado el MFN, no esperábamos que las exportaciones a la Unión Soviética crecieran ni más significativamente ni con mayor rapidez. El *status* MFN era importante para los soviéticos simbólicamente más que comercialmente; les daba la apariencia de igualdad en el campo económico.

En septiembre de 1972 concluimos las negociaciones por la deuda soviética de Préstamo-Leasing (en suspenso por veinticinco años) que fueron dirigidas con mucha habilidad e ingenuidad por el secretario de Comercio Peter G. Peterson. Esto liberó el camino para el acuerdo comercial con la URSS, en el cual MFN jugaba un importante rol. El 10 de abril de 1973, cuando Watergate estaba por explotar, Nixon presentó el acuerdo al Congreso. Y de esta manera, justo en el momento de su caída, inició un debate que obnubiló las relaciones soviético-norteamericanas para siempre.

Resultaba increíble que las razones esgrimidas por nuestros críticos eran aquellas por

las cuales nosotros más orgullosos estábamos: la emigración judía de la Unión Soviética. Al comienzo de la presidencia de Nixon habíamos decidido intervenir en el tema a través del canal de comunicación especial que manteníamos con los líderes rusos: Anatoly Dobrynin. Lo hicimos sin publicidad, calculando que los soviéticos estarían más dispuestos a cambiar sus disposiciones internas si no se veían amenazados públicamente. Comenzamos en 1969, cuando yo me acerqué a Dobrynin con la propuesta de que tendríamos muy en cuenta cualquier demostración voluntaria de los soviéticos por los sentimientos morales del pueblo norteamericano con respecto a las prácticas emigratorias soviéticas.

El esfuerzo era callado pero persistente: queríamos acción y no ser aclamados. Ya sea como resultado de nuestras presiones o por motivos propios que no fueron divulgados, Moscú cambió su política emigratoria. Mientras que en 1968 sólo pudieron salir 400 rusos judíos, en 1973 este número aumentó a 35.000. Además, yo periódicamente les entregaba listas de casos extremos: la de individuos a los cuales no se les permitía emigrar por motivos técnicos o de seguridad o por conflictos con las autoridades soviéticas. Le aseguré a Dobrynin que si los soviéticos escuchaban nuestras súplicas humanitarias nosotros, como gobierno, no las utilizaríamos como propaganda en favor de los que ellos dejaran ir. Dobrynin aceptaba las listas sin comentarios. Pero notamos que la mayoría de los nombres que figuraban obtenían permiso de salida. En un momento dado, Dobrynin nos entregó formalmente unas estadísticas que resumían el tratamiento de estos casos extremos.

Por qué la Unión Soviética interrumpió este proceso inmediatamente después de la Conferencia Cumbre de Moscú es algo que sabremos cuando se publiquen los archivos soviéticos o las memorias de sus líderes. Cualesquiera sean las razones, el 3 de agosto de 1972, el Presidium del Soviet Supremo dictó un decreto administrativo imponiendo un abultado *impuesto de salida* a los emigrantes. Era manifiesto que éste se exigía para reembolsar al Estado soviético por los gastos de su educación, pero el verdadero motivo era reducir al mínimo el éxodo. La decisión resultaba inexplicable a la luz de las excelentes relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y la buena voluntad demostrada hasta ahora por ésta en liberalizar la emigración.

Pero lo más increíble fue el informe adelantado por Dobrynin, que resultó una rutina y mecánica decisión de un oscuro funcionario, ratificada a su vez por un ministro demasiado técnico. El sistema soviético no funciona así, sobre todo cuando se trata de un asunto tan sensible como la política exterior. Creo que este impuesto de salida constituyó una reacción desesperada por el despido de Sadat de las tropas soviéticas en Egipto. Temerosos de su posición en el mundo árabe, los líderes soviéticos buscaron una forma de reafirmarse (ya que muchos de los emigrantes judíos se instalaban en Israel). Pero yo interpreté la débil explicación de Dobrynin como indicativa de que el Kremlin se había arrepentido y trataba de encontrar una excusa y un chivo emisario.

Pero ya el genio se había escapado de la botella. El 4 de octubre de 1972, el difícil senador Henry Jackson presentaba una moción por la cual se modificaba el acuerdo comercial, no pudiéndosele dar el *status de Nación Más Favorable* a los países que imponían restricciones a sus emigrantes. El senador Jackson poseía un largo record de oposición a la tiranía soviética. Tuvo el coraje de poner de manifiesto el peligro que suponía el aumento de la fuerza militar soviética en un momento en que era sumamente peligroso tocar ese tema. Había cooperado muy de cerca con la administración Nixon durante su primera presidencia en la lucha por obtener un mejor presupuesto de defensa, una honorable retirada de Vietnam y una fuerte política extranjera. Ante mi asombro me vi enfrentado con un antiguo aliado, y nuestra relación se volvió más y más tensa. El conflicto era doloroso y extraño, ya que yo me sentía más cómodo con Jackson en la

mayoría de las cuestiones; no así con otros nuevos aliados que criticaban su moción desde una perspectiva filosófica diferente.

En cierta manera los esfuerzos de Jackson y los nuestros eran coincidentes. Pero gradualmente su moción se convirtió en un fin en sí misma. Una vez que fue aprobada, ya no tuvo valor de cambio; los soviéticos no iban a modificar su política en respuesta a un acto de la legislatura capitalista; casi seguro que se moverían en la dirección opuesta. Más que darle vida a la emigración, la moción de Jackson terminó por ahogarla.

Pero los tiempos no eran propicios para un diálogo racional. Jackson obtuvo el apoyo de liberales que hasta entonces sólo se habían dedicado a criticar sus puntos de vista en materia de defensa nacional y política exterior. El *New York Times*, que en 1969 y 1970 nos había castigado por lo que consideraba la descabellada idea de unir el comercio con la conducta soviética en política exterior, de golpe descubrió la importancia de utilizarla para cambiar la sociedad doméstica rusa. En su editorial del 25 de noviembre de 1972, el *Times* explicaba así su conversión a esta teoría:

La brutal represión soviética de los derechos civiles de muchos de sus habitantes, la imposición de un impuesto por cabeza a los judíos para impedirles abandonar el país y la amenaza de otras medidas por tomar, el coraje de diversos estados por expropiar los derechos norteamericanos, todas esas acciones tienen como objetivo inflamar nuestra opinión pública y amenazar el futuro crecimiento de las relaciones económicas soviético-norteamericanas.

El 21 de febrero de 1973 el *Washington Post*, otro antiguo abogado por el comercio Este-Oeste, convirtió una dura y tácita práctica soviética en un compromiso formal inexistente:

El sentimiento de la cumbre de unir el comercio con la emigración otorga al presidente el práctico y sólido terreno que necesita para informar a los rusos que a fin de poder cumplir con su compromiso de darles tarifas equitativas ellos deben ejecutar su obligación con los judíos emigrantes.

Este debate a fines de 1973 se convirtió en otro foco de Watergate. El 3 de septiembre el *New York Times* manifestaba desconocer la diferencia entre Watergate y la política soviética de represión de los disidentes; haciendo asimismo su propia contribución a la prevaleciente paranoia, al descubrir una alianza entre Nixon y Brezhnev que suprimiría la oposición en ambos países:

El gobierno acaba de anunciar que Shultz, el secretario del Tesoro, encabezará una misión de alto nivel que viajará a Moscú a renovar las discusiones sobre el creciente comercio entre Norteamérica y la URSS. La represión ejercida por los soviéticos molesta tan poco a la Casa Blanca como Watergate incomoda al Kremlin. El mundo ahora es testigo de una alianza de facto Nixon-Brezhnev en contra de las desavenencias que tienen en cada país.

El 10 de octubre de 1972, el representante Charles Vanik por Ohio presentó una moción de cambio parecida a la de Shultz en la Cámara de Representantes. Le dieron su apoyo representantes que antes estaban tan a favor del comercio Este-Oeste como Donald M. Frazer por Minnesota y Benjamín S. Rosenthal por Nueva York, los cuales junto con el representante John H. Buchanan hijo, por Alabama, estuvieron de visita en la Unión Soviética en diciembre de 1972. Todos juntos publicaron un informe en abril de 1973, titulado *Tensiones y "détente"* que concluía de la siguiente manera:

Estamos convencidos de que mejorar las relaciones con la Unión Soviética —y más específicamente mejorar los lazos comerciales— será de gran provecho para ambos países y para la paz mundial. Pero tanto el presidente como la URSS tienen que comprender que, las relaciones entre ambos países no podrán normalizarse hasta tanto los judíos y otras personas en la Unión Soviética sean perseguidos y privados, por cualquier medio, de ejercer los derechos de emigrar (9).

Por un lado, se nos empujaba a hacer lo que ya habíamos logrado: incentivar al Soviet hacia la emigración. Por el otro estaba claro que la presión tenía un propósito oculto: extender la crítica convencional de que Nixon no poseía sensibilidad moral en nuevas áreas políticas; incluida la extranjera, sobre cuya capacidad hasta ahora no se había puesto nada en duda. No quedaba libre de improvisaciones, puesto que mientras Jackson estaba preparado para enfrentar las consecuencias de una confrontación con la Unión Soviética, muchos de sus seguidores, tal cual quedó comprobado, no lo estaban. Si tentando a Moscú llevábamos a los soviéticos hacia la aventura, ¿quiénes de los que estaban a favor de los derechos humanos apoyarían nuestra determinación de resistirlos? Al cabo de dos años muchos de ellos tuvieron la oportunidad de contestarse esta pregunta cuando se produjo la intervención soviético-cubana en Angola. La mayoría de los miembros de la coalición liberal-conservadora que clamaban por una confrontación sobre los derechos humanos, al tratarse un tema de tan flagrante amenaza para la seguridad internacional, esquivaron el bulto.

Al principio de la campaña sobre las prácticas emigratorias soviéticas no quedó, por fortuna, bien aparente que enfrentábamos una amenaza fundamental a uno de los pilares de nuestra política extranjera. Lo tratábamos por sus méritos, como un intento de levantar el nuevo impuesto de salida. Y la amenaza de la moción de cambio de Jackson indiscutiblemente ayudó a convencer a los soviéticos de que era necesario un cambio de dirección. El 30 de marzo Dobrynin vino a verme, con una declaración *confidencial y sólo para el presidente*. En ella se proclamaba, naturalmente, que la política emigratoria era pura y exclusivamente una cuestión de orden interno del Soviet; se quejaba de la *ruidosa campaña* sobre la emigración y la denunciaba como *artificial y contraproducente*. Pero lo más importante de todas estas habladurías era la decisión de que se levantaba el impuesto. La nota rusa declaraba que la nueva ley había sido siempre discrecional, se aplicaba sólo en circunstancias *inusuales* y de seguridad del Estado. Por lo tanto únicamente se recolectaban los derechos *insignificantes e inusuales anteriores al decreto del 3 de agosto de 1972*...

Los mensajes privados de Brezhnev, por lo general, no se comunicaban al Congreso; en consecuencia, mientras los soviéticos no hicieran una excepción la nota de Dobrynin no nos servía para actuar contra Jackson. Además, el énfasis sobre la naturaleza discrecional de la ley no traslucía un futuro reajuste de las regulaciones. Por lo tanto requerí autorización para leer la nota al Congreso; yendo mucho más allá de la tradicional conducta diplomática, solicité también poder informar al gobierno de Israel. Asimismo demandé mayores garantías que la mera declaración de que no se aplicarían medidas discrecionales —es decir específicamente una anulación *de facto* del impuesto.

Los soviéticos contestaron el 10 de abril en una forma por la cual subrayaban la importancia que atribuían a las relaciones soviético-norteamericanas: nos autorizaron a comunicar el mensaje de Brezhnev al Congreso como si se tratara de una declaración oficial. En cuanto a informar a Israel, los rusos manifestaron que Israel no tenía *status* para discutir la política de emigración de la URSS, sobre todo por vía de los Estados Unidos. Claro que esto era solo un *bluf*: *Es privativo del presidente determinar la utilización de nuestras comunicaciones y a quién decidirá informar de su contenido*. A fin de evitar cualquier mal entendido, yo mismo preparé una declaración oficial de la posición sovié-

tica, incluyendo un inciso sobre la no imposición del impuesto. La hice verificar por Dobrynin antes de presentarla al Congreso. Dobrynin la aprobó el 16 de abril. (El texto completo se publica con las Notas de fondo) (10).

Una vez que la Unión Soviética estuvo de acuerdo formalmente en retirar el impuesto a la salida, informé a Dobrynin que no quedaba ninguna cuestión sobre el tapete que se interpusiera, a implementar el acuerdo comercial de 1972. Me equivoqué ampliamente.

Porque el debilitamiento gradual del presidente había modificado todas las presunciones previas. Nixon esperaba celebrar un gran éxito cuando citó a los líderes del Congreso, incluido el senador Jackson, a la Casa Blanca, el 18 de abril, a fin de informarles sobre la nota soviética. Bajo la presión norteamericana, la URSS había rechazado la legislación interna y otorgado seguridades, escritas a tal efecto, para que nosotros pudiéramos transmitir las al Congreso. Nixon había removido el obstáculo principal a fin de que se les otorgara el MFN y había comprobado la ventaja de la llamada diplomacia para los derechos humanos. O por lo menos así lo creía, ya que Nixon se hallaba mortalmente herido. El día anterior había admitido la posibilidad de que estuvieran envueltos en Watergate altos niveles de su gobierno. En esas circunstancias el Congreso no buscaba colaborar, sino que procuraba oportunidades para poner de manifiesto su independencia. Los legisladores reunidos en el Salón Roosevelt de la Casa Blanca escucharon educadamente. Ninguno había podido creer en un colapso soviético. Pero era imposible evitar la impresión de que muchos de ellos, que debían ser reelegidos en 1974, preferían tener el decreto antes que la resolución. Permanecieron en silencio frente a otro de los éxitos de Nixon, hasta que Jackson tomó el liderazgo. Lo que los soviéticos han hecho no es suficiente, estableció fríamente. Los rusos no sólo debían garantizar la anulación del impuesto de salida sino el otorgamiento de un cierto número de visas; y debían laxar la emigración no exclusivamente para los judíos sino también para otras nacionalidades.

Era una exigencia asombrosa. Cualquiera que tuviera el más remoto conocimiento del sistema comunista sabía que no existía la menor chance de que ellos aceptaran estos términos. La Unión Soviética no podía obligarse públicamente a aceptar un número fijo. Ese hecho implicaba que existían masas de ciudadanos soviéticos dispuestos a emigrar. Y si extendía estas concesiones a otros ciudadanos, no era posible asegurar cuál sería el fin del sistema soviético. Pero en el actual momento emocional del público norteamericano ningún legislador podía ignorar esta demanda y correr el riesgo de volverse *débil* en materia de emigración soviética. Y si las exigencias del Congreso nos llevaban a una *impasse*, siempre se le podía echar la culpa al gobierno por no haber perseguido un mandato objetivo de aquel cuerpo con adecuada energía y convicción. Por lo tanto los colegas de Jackson guardaron silencio y a nosotros sólo nos quedó la posibilidad de desentrañar la maraña. Fue nuestra primera confrontación resultado de Watergate y sus consecuencias: un pedido del Congreso para concretar una propuesta imposible que socavaba nuestro crédito en el exterior sin darnos los medios para manejar las consecuencias de las tensiones resultantes.

Indudablemente, las naciones comunistas estaban dispuestas a pagar un precio por el incremento del comercio; esto se encontraba dentro de nuestra teoría. Pero de acuerdo con nuestro punto de vista las concesiones se obtendrían más en el campo de la conducta internacional, en el cual las naciones extranjeras tienen un interés definido y un *status* legal, que sobre tópicos tradicionalmente considerados dentro de las áreas jurisdiccionales domésticas, especialmente en un estado histórica e ideológicamente obsesionado con su seguridad interna. Para la Unión Soviética el hecho de alterar sus costumbres domésticas en respuesta a un asalto frontal de una nación sería considerado por sus ya paranoicos líderes como una restricción de su propia autoridad. Y sería todavía más combatido porque el Soviet había cambiado su política emigratoria como resultado de nuestra llamada diplomacia.

Lo lamentable fue que tanto el senador Jackson como la administración Nixon estaban ambos a favor de los mismos objetivos: aumentar la emigración de la Unión Soviética. La disputa se vinculaba con las tácticas. El gobierno dudaba del éxito de un enfrentamiento abierto; Jackson insistía en que era el único método a aplicar. A veces resultaba imposible evitar la impresión de que estaba más interesado en el simbolismo del enfrentamiento que en sus consecuencias.

Asimismo buscaba impresionar al electorado judío en sus ambiciones presidenciales —lo cual no constituía un motivo despreciable en una figura pública que a su vez era un nativo nacido en los Estados Unidos.

Nixon, debilitado, estaba en desventaja. La mención de cambio de Jackson, originada para mantener los niveles existentes de emigración judía, continuaba presionando aun a pesar de que los soviéticos habían levantado la restricciones a fin de aumentar la emigración a otras nacionalidades. Nixon y yo no ayudamos a la cuestión al no interpretar los motivos de Jackson. Pensábamos que eventualmente lograríamos llegar a un acuerdo para obtener algo. Pero él continuó aumentando sus exigencias.

El colapso del civismo nacional y la cohesión hizo imposible que nos entendiéramos. El gobierno se sintió herido, lo cual no era la actitud ideal para manejar al Congreso; nuestros críticos intuyeron nuestra vulnerabilidad, lo cual no fue una precondition ideal para iniciar un diálogo. Mi pesadilla era que bajo las condiciones de Watergate existía un gran riesgo de confrontación con Moscú, sobre un tema en el cual ellos ya habían concedido demasiado; nuestro poder de exigencia resultaba muy débil, y la crisis consecuente podía encontrarnos sin apoyo público. Jackson creía que Watergate era la oportunidad que necesitaba para insistir en un programa completo, y una vez embarcado en este camino sus electores le dieron más ímpetu. Bajo su bandera se juntaron muchos dispuestos a mantener una postura, pero no tanto como para enfrentar una confrontación. En mi discurso para *Pacem in Terris*, la conferencia del 8 de octubre de 1973, traté, desesperadamente, de poner de manifiesto estos peligros:

Nunca dejaremos de condenar la supresión de las libertades fundamentales. Aclamaremos los principios humanos y usaremos nuestra influencia para promover la justicia. Pero la cuestión llega a los límites de estos esfuerzos. ¿Cuánto podremos presionar, sin provocar tanto a los líderes soviéticos, para obligarlos a volver a las prácticas habituales de política extranjera que acrecentaron tanto las tensiones internacionales? ¿Estamos preparados para afrontar la crisis y acrecentar los presupuestos de defensa que serán las consecuencias de un regreso a la Guerra Fría? ¿Y esto ayudará a aumentar la emigración libre, a mejorar el nivel de vida o darles más esperanzas de libertad a los países del Este y a la Unión Soviética? ¿Es la *détente* la que logró la represión o es ella la que fue el fermento y la demanda por la apertura de la cual ahora somos testigos? . . .

No hay respuestas fáciles para estas preguntas. El Gobierno puede desestimar el margen de las concesiones obtenidas. Pero un debate justo deberá admitir que son preguntas genuinas, y las respuestas pueden afectar el destino de todos nosotros.

Pero no tuve éxito. La lucha por la moción de Jackson continuó a través de 1974 (Describiré las negociaciones con Jackson en el capítulo XXII). El Congreso aumentó progresivamente las restricciones a los soviéticos sin darnos los medios para hacerlas ver como un aumento de medidas defensivas (aunque el mismo Jackson siempre estaba al frente de la lucha por una defensa más fuerte). Fue parte de un plan mayor —el producto de la pesadilla de Vietnam y la corrosión de Watergate— que nos quitó los incentivos y las penalidades necesarias para obtener una política efectiva contra Moscú.

MISILES Y FANTASIAS

El senador Jackson era el eslabón indispensable para unir los dos grupos que criticaban nuestras relaciones con los rusos — los liberales, preocupados por los derechos humanos, y los conservadores, que se angustiaban por cualquier negociación con ellos. A Nixon, a pesar de ser el gran estadista que era, nunca se le ocurrió, aunque reconocido guerrero de la Guerra Fría, que finalmente sería atacado por su mejor base: el ala derecha del Partido Republicano. Pero en 1972, cuando culminó un año de negociaciones, con la Conferencia Cumbre de Moscú y una serie de acuerdos, sus mejores amigos quedaron primero sorprendidos y luego desilusionados. Algunos se consolaron echándome la culpa a mí; otros empezaron una lucha de guerrilla, atacando especialmente el acuerdo que limitaba el uso de armas estratégicas. Mucho era pura fantasía y otra parte era política, pero en la época de Watergate tuvo perversas consecuencias. Los conservadores se comieron a sí mismos, y produjeron como resultado un Congreso más liberal, justo en el momento en que aumentaban los peligros en el extranjero.

En el primer tratado de limitación de armas estratégicas (SALT I) había un elemento revolucionario. Este consistía en el acuerdo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos (permanente) de limitar el uso de los sistemas de misiles antibalísticos (ABMs) a no más de dos lugares, a 1.300 kilómetros de distancia, y a no más de 200 misiles. Por primera vez en la historia dos grandes poderes deliberadamente basaban su seguridad en la vulnerabilidad del otro. Pero no fue este hecho sin precedentes el que provocó tanta discusión. Lo que trajo los ataques fue un hecho que muy pocos consideraron de controversia cuando se firmaron las negociaciones. Este era el Acuerdo Interino por cinco años que obligaba a ambas partes a congelar sus fuerzas ofensivas estratégicas, ya fueran misiles basados en tierra o en el mar, a los niveles de mediados de 1972. Se esperaba que durante los cinco años de espera se lograría un acuerdo más largo por continuar (11).

El Acuerdo Interino no afectaba nuestro arsenal estratégico ni nuestra fuerza de planeamiento; era sólo una instantánea, en el momento de la firma, de las relaciones estratégicas que se habían ido desenvolviendo en la década previa. La Unión Soviética había expandido su fuerza de misiles en una escala muy rápida después de la crisis de los misiles cubanos en 1962. Ya en 1971 nos igualaban en cantidad de misiles intercontinentales; en el momento de la Conferencia Cumbre de 1972 poseía un número mayor. Nosotros teníamos ventaja sobre el número de bombas de cabecera, una ventaja que aumentaría en los cinco años que duraba el acuerdo. Ya estábamos equipando nuestros misiles con vehículos de entrada múltiple e independiente en el blanco (MIRVs) mientras que los soviéticos todavía no habían probado este sistema.

SALT imponía un sacrificio, más que a nadie, a los soviéticos. Ellos habían estado construyendo más de 200 por año. Tuvieron que dismantelar cerca de 210 ICBMs de modelos antiguos a fin de lograr el máximo exigido. Nosotros habíamos dejado de construir durante el gobierno de Johnson: no teníamos ningún plan de producción de misiles y el Congreso de la era de Vietnam no nos hubiera aprobado uno. Para EE.UU. el sacrificio era teórico. La única área en que nos veríamos restringidos por SALT era la de misiles basados en submarinos (SLBMs). Pero el Estado Mayor Conjunto estaba decidido a oponerse a la construcción de más misiles de este tipo, o de los submarinos que los llevaban. Preferían esperar a obtener los más poderosos misiles y submarinos Trident, que no estarían listos hasta 1978, o sea *después* de que caducara el Acuerdo Interino (12). Además, SALT I no obligada a contar o limitar los bombarderos estratégicos, de los cuales nosotros poseíamos más, o nuestros aviones de carga y de combate, basados en el exterior alrededor de Europa y el Pacífico, o las armas nucleares de Francia, el Reino Unido y la China. En resumidas cuentas; si había una balanza no favorable SALT no la había producido; reflejaba las decisiones limitativas desarrolladas en una década. SALT

tampoco confería un compás de espera que cambiara el *status*. SALT I no nos obligó a alargar el tiempo de creación de ningún tipo de armamento. El congelamiento era esencial, por supuesto, si alguna vez queríamos alcanzarlos. Y proseguimos después de SALT I con una sustancial modernización de nuestras fuerzas estratégicas.

Pero un marciano que llegara a observar nuestros debates domésticos no hubiera nunca podido averiguarlo. Habría entendido que SALT I *concedía* una desigualdad de misiles a los rusos y deducido que el tratado santificaba un desnivel de ellos en lugar de rebajar ese desnivel. No se hubiera advertido el extraño fenómeno de que un nivel de fuerza que nosotros habíamos adoptado voluntariamente, y que no estábamos en posición de cambiar durante el tiempo de duración del acuerdo, de golpe se había convertido en *peligroso*, cuando se lo reafirmaba como parte del mismo.

En lugar de debatirse en esta niebla de oscurantismo, el verdadero debate debería de haberse consumado sobre cómo hicimos para ponernos en esta posición.

La raíz de la discrepancia en los números recae en la doctrina estratégica de *destrucción mutua asegurada* que se desarrolló en los años sesenta. De acuerdo con esta doctrina, no tenía importancia que tuviéramos más o menos misiles que la Unión Soviética, siempre y cuando dispusiéramos de suficientes para destruir a los ciudadanos y a las fábricas de gran parte de la Unión Soviética (*).

Igualmente, se consideraba que la Unión Soviética poseía el poder de contener a los Estados Unidos, mientras tuviera suficientes misiles para arrasarse los centros más populosos e industriales de Norteamérica. La estrategia se convirtió entonces en un análisis económico: Mientras que la mayoría de nuestras armas pudieran sobrevivir a un ataque nuclear soviético a fin de aniquilar teóricamente las ciudades necesarias, se había logrado la obstaculización. De acuerdo con este razonamiento, nuestras exigencias de fuerzas estratégicas eran independientes de la amenaza que enfrentábamos. La vulnerabilidad de parte de nuestras fuerzas —tales como ICBM— no tenía importancia siempre y cuando sobrevivieran suficientes elementos de combate que infligieran *daños inaceptables*.

La suposición basada en el contraataque nuclear se desarrolló cuando EE.UU. disfrutaba de una enorme superioridad estratégica. En un área de igualdad, la predisposición de un presidente de poner a la población norteamericana en riesgo, a fin de proteger a países distantes, no iba a gozar de mucho crédito. La doctrina ignoraba o subestimaba enormemente las inhibiciones políticas o psicológicas de los líderes que debían dar las órdenes. Los escenarios que eran los blancos dejaban a un presidente con sólo dos opciones en una crisis: o aflojar u ordenar la exterminación de cientos de millones de personas (en primer lugar ciudadanos soviéticos y en segundo lugar los nuestros en caso de contraataque). Esta estrategia resultaba moralmente cuestionable aun durante una época en que éramos superiores. Cuando se había logrado casi la igualdad, amenazaba con convertir esta fórmula en suicidio o derrota. Todo dependía de que los líderes soviéticos nos temieran lo suficiente como para diferir tomar riesgos. Esto sólo se lograría mantener gracias a una diplomacia disparatada por la cual era posible que si insistíamos podíamos desencadenar un cataclismo aunque destruyéramos nuestra población y nuestros centros urbanos, una medida incompatible con las convicciones norteamericanas y más dada a crear el pánico o la pacificación en nuestros aliados. En otras palabras, no era necesario postular una ventaja en los armamentos estratégicos soviéticos para que éstos se preocuparan de alterar el balance militar. La igualdad EE.UU.-URSS en armas estratégicas implicaba un cambio revolucionario en las presunciones

(*) En 1965 el secretario de Defensa, Robert McNamara, definió a la *asegurada destrucción* como la capacidad de arrasarse de un cuarto a un tercio de la población soviética y a dos tercios de su industria. Tres años más tarde, la exigencia fue *rebajada*: en 1968 se la definió como de un quinto o un cuarto de la población soviética y la mitad de la industria (13).

sobre las cuales se había basado la seguridad de Occidente a través de todo el período de posguerra. Durante los primeros veinticinco años de la era nuclear resultaba relativamente sencillo mantener el equilibrio militar. La Unión Soviética era siempre superior en sus fuerzas terrestres en el continente euroasiático, pero su alcance militar estaba limitado a las regiones accesibles a su transporte terrestre motorizado; es decir, a Europa y en cierto septimo a China. Por otra parte, Africa, la mayor parte del Medio Oriente, aun el Sudeste asiático, estaba más allá de una importante intervención militar soviética. Y aun las áreas teóricamente posibles para los ejércitos de tierra rusos estaban protegidas por tres factores:

- Primero: por fuerzas estratégicas norteamericanas tan preponderantes que podían desarmar a la Unión Soviética o por lo menos reducir sus contraataques a niveles tolerables.
- Segundo: por una vasta superioridad estadounidense en fuerzas nucleares en sitios clave alrededor de la periferia soviética.
- Y tercero: en Europa, por sustanciales fuerzas terrestres norteamericanas y aliadas que representaban un gran riesgo para los comunistas, ya que un ataque por tierra de ellos desencadenaría un contraataque nuclear de los Estados Unidos.

No es por lo tanto sorprendente que las mayores crisis de los primeros veinte años de posguerra —ya sea Berlín, Corea, el Medio Oriente, o Cuba— fueron siempre contenidas, pues el costo de haberlas llevado más allá de cierto punto siempre parecía exorbitante para Moscú.

A principios de los años sesenta el balance militar cambió, casi imperceptiblemente al principio, tan grande era nuestra superioridad, pero adquiriendo impulso a medida que pasaban los años. En la década del 70 ya era previsible que cuando los soviéticos consiguieran cantidades propias de *warheads* (*) el mayor tamaño de sus misiles (en lenguaje técnico, su superior capacidad de tiro) se convertiría eventualmente en más *warheads* de mayor poder explosivo. No sólo perderíamos nuestra fuerza de *contraataque* (nuestra habilidad de destruir sus misiles terrestres); los misiles terrestres nuestros serían sustancialmente más vulnerables. La ecuación estratégica de todo el período de posguerra se revertiría: Nuestra amenaza de iniciar un intercambio nuclear no tendría fundamento. Si las crisis ya no producían el temor a la escalada de una guerra total, éstas serían entonces mucho más factibles. Existiría un aumento del peligro de exposición de nuestros aliados a niveles de violencia por debajo del intercambio nuclear general.

La inminente transformación del balance estratégico debería haber forzado una revaluación de la estrategia de contar con la amenaza de una guerra nuclear general como protección para Europa y otras áreas, y tendría que haber producido esfuerzos mayores para consolidar las fuerzas convencionales locales y regionales. Desgraciadamente, a comienzos de los 70, el problema cívico sobre Vietnam impidió una recomposición de viejas verdades justo cuando eran más urgentes. El presupuesto de defensa fue el punto álgido de las presiones antigüerra y no de un cuidadoso análisis.

Se declaró excesivas a las armas nuevas, como si se tratara de una psicosis militar, y además peligrosas e innecesarias. El programa ABM fue aprobado en el Congreso por la mayoría de un voto y fue después recortado en las subsiguientes etapas. El avión de transporte C-54, que salvó a un aliado en la guerra del Medio Oriente de 1973, fue repetidamente criticado. No se protegió ni a los MIRV, el único nuevo sistema estratégico que nos permitía apabullar a la superioridad numérica de los soviéticos en 1970; en ese mismo año, cuarenta senadores firmaron un petitorio para detener las pruebas del MIRV. En 1973, el submarino y el cohete Trident, el único programa de defensa estratégico listo para la producción, se salvó por un voto de ser cancelado. Irónicamente, eran

(*) Cono u ojiva de combate. Sección explosiva de un proyectil. Cabeza nucleares de un misil (N. del T.)

aquellos que más se oponían a la carrera armamentista los que rechazaban otras opciones militares más flexibles; se aferraban a las estrategias nucleares de ataque más sangrientas, ya que la exterminación en masa de civiles, en la terrible lógica de la era nuclear, requiere el número más pequeño de fuerzas estratégicas.

En medio de esta atmósfera, lograr mantener al menos el arsenal heredado de los años 60, absorbió todas las energías de la administración Nixon hasta el final de la guerra con Vietnam. Conseguir fondos para nuevos programas, nucleares o convencionales, fue enormemente difícil. Es por esto que la iniciativa para negociar un congelamiento en las armas ofensivas se originó en el Pentágono mismo, con un memorándum del subsecretario de Defensa David Packard, en octubre de 1970 —éste es un hecho que luego fue convenientemente olvidado.

Lo mejor que se pudo alcanzar en las condiciones en que nos encontrábamos a principios del 70 fue reforzar nuestra postura militar tanto como nos lo permitió el Congreso y reajustar la doctrina de segura destrucción a fin de evitar opciones más catastróficas (*).

Resumiendo, el primer acuerdo SALT no fue la consecuencia de brillantes negociaciones soviéticas; las condiciones que contenían eran reglas impuestas por nosotros mismos dadas las previas decisiones tomadas y por nuestro estado de revuelo interno. Por lo tanto estábamos en condiciones de alterarlas si queríamos. Y el gobierno se dedicó a hacer exactamente eso. Utilizó el debate sobre SALT para reabrir el pedido de una apropiación suplementaria a fin de reforzar nuestras fuerzas estratégicas —el bombardero estratégico B-I, el submarino y misil Trident; misiles dirigidos, y misiles con *warheads* más coherentes—, todas las cuales deberían estar listas para ser producidas al expirar el Acuerdo Interino (en 1977). Entonces estaríamos en la posición o de igualar al Sóviet en armamentos o de negociar a través de un nuevo SALT.

Pero cuando comenzó el segundo período de Nixon la autoridad política y moral que necesitaba para proseguir simultáneamente con el balance militar y una sofisticada política de control de armas había empezado a ser erosionada. Los liberales en el Congreso se resistieron a los aumentos en el presupuesto de defensa; éste no era el *dividendo de paz* que ellos esperaban. (El ambiente del Congreso impidió apoyar el incremento en defensa hasta alrededor de 1975.) Y los conservadores no se sentían cómodos con la ambigua ideología del control de armas. Aliados de toda la vida se convirtieron en adversarios. Watergate ayudó a envenenar la atmósfera.

En realidad cada sector del debate tenía su razón; Jackson y el gobierno hubieran servido mejor al país juntos que como oponentes. La administración Nixon tiene el mérito enorme de haber mantenido los vericuetos de nuestra defensa contra los incesantes asaltos del Congreso y el periodismo. Cada uno de los nuevos programas estratégicos que se propusieron una década más tarde (junto con algunos cancelados por el gobierno de Carter) tuvo su origen bajo la hegemonía de Nixon y Ford.

Pero Jackson y sus amigos estaban en lo cierto con sus temores de que las distintas teorías sobre control de armas no hacían más que reforzar la desconfianza de muchos en el Congreso, en aquellos cuya opinión contaba, aun en miembros del gobierno, para poder enfrentar el incansable aumento militar soviético.

Una vez que el control de armas se puso de moda en los años 60, los nuevos sistemas bélicos debían convencer no sólo a los tradicionalmente negados liberales de que eran necesarios (puesto que ya poseíamos una gran capacidad de *fulminante*) sino de que iban en contra de SALT también. Realmente, muchos nuevos programas fueron aprobados

(*) Los informes sobre política extranjera de Nixon de 1970-1973, escritos por mí y por mis colaboradores, pedían repetidamente un cambio en el blanco, pero nada se hizo hasta que llegó a ocupar sus funciones James R. Schlesinger, como secretario de Defensa. Esta paradoja de debilitar nuestra capacidad de contraataque hizo de la posibilidad de obtener una más sofisticada puntería, una opción muy riesgosa sin un punto de detención lógico una vez empezada.

por el Congreso no por sus méritos sino porque eran moneda de canje. Resultaban necesarios, así sostenían muchas voces oficiales —que me incluían a mí—, para poder ser utilizados en otras negociaciones. No importaba la utilidad táctica de este argumento, lo único que lograba era reducir la energía con que se perseguían nuevos programas. Al Pentágono le costaba mucho acumular entusiasmo —o producir razones— por proyectos que se definían como negociables. Al poco tiempo la Unión Soviética comenzó a prestarse al juego deliberadamente. Yendo desde ABM hasta los misiles dirigidos, trató sistemáticamente de utilizar a SALT para inhibir nuestro desarrollo técnico y militar; para avivar nuestras controversias domésticas, uniendo su propia propaganda a las presiones del Congreso contra las nuevas armas. La teoría de que las nuevas armas norteamericanas debilitaban las perspectivas de que se implantara un control, prosperó contra toda evidencia. En 1967, antes de que tuviéramos un programa ABM, el presidente Lyndon Johnson sugirió al primer ministro Alexei en Glassboro, que ambas partes renunciaran a los ABM. Kosygin rechazó la idea como una de las más disparatadas que jamás había escuchado. En 1970, después que el gobierno de Nixon ganó el debate de los ABM, por un voto, los negociadores soviéticos de SALT se negaron a continuar discutiendo. Solamente gracias a los más tremendos esfuerzos conseguimos asegurar los límites ofensivos, así como también los defensivos, incluyendo las armas. (Por el contrario, el abandono del bombardero B-I, el retraso del misil MX, la desaceleración del programa Trident, concretado por la administración Carter, no influyeron para apurar las negociaciones de SALT II ni para mejorarlas.)

Como en toda guerra civil, el conflicto entre el gobierno de Nixon y sus críticos, los conservadores, fue muy amargo. El compartir las mismas premisas inevitablemente causa desacuerdos que se atribuyen a la mala fe. La sospecha sobre los motivos avasalló el nudo de la cuestión. Nixon, lo mismo que yo, estaba sustancialmente de acuerdo con el senador Jackson. Igual que durante el debate de la emigración judía, diferíamos con él sólo en cuanto a las tácticas: la administración pensaba que el mejor modo de conseguir el apoyo doméstico por una defensa más fuerte era si también podíamos demostrar que estábamos preocupados por el control de armas. Jackson se hallaba convencido de que SALT lograría debilitar el apoyo del Congreso a los programas militares creando la equívoca impresión de que se había logrado la paz.

Ambas partes se deberían haber unido para lograr una mayor defensa y un acercamiento realista al control de armas. En lugar de esto, Jackson insistió en hacer una cuestión, influida por los tradicionales enemigos liberales de Nixon, quienes aprovecharon la oportunidad que les daba este debate intramuros para recortar el presupuesto militar, sin olvidar la continua militancia por los derechos humanos. El 8 de marzo de 1973 Nixon tristemente habló en estos términos ante el Consejo Nacional de Seguridad:

Esta mañana tomé el desayuno con los senadores (John) McClellan y (Milton) Young. Ambos han sido grandes partidarios de nuestra política, especialmente en lo que concierne a asuntos militares. Me comunicaron que en lo que respecta al Congreso tendremos verdaderas dificultades en asuntos de defensa. Hasta el senador McClellan habla de recortar las fuerzas de la NATO. Dice que lo hace no porque lo quiera sino porque necesita tomar esta posición a fin de evitar cortes más profundos que serían impuestos por el Senado. Este cuerpo, a excepción de los senadores Jackson y de (John) Tower, no nos apoyaría en esta instancia.

Bajo estas circunstancias, Nixon tuvo las mayores dificultades en negar las acusaciones que se le hicieron de ser demasiado débil en su trato con los soviéticos. Y este abuso se hacía aún más duro de llevar, después de todo lo que habíamos pasado en nuestra solitaria determinación de preservar el honor y la credibilidad norteamericana a cual-

quier precio. Un entendimiento era imposible dadas las condiciones; Watergate congeló la desconfianza mutua y cualquier esperanza de entendimiento.

EL ESTANCAMIENTO DEL SALT II

En teoría nuestro problema sobre defensa debería haber sido el resultado de estudiar laboradamente todas las opciones, lo que se dice: ser un proceso de gobierno. La realidad no es así. Las decisiones emergen gracias a una combinación de convicciones personales, el interés propio burocrático, las componendas administrativas y las presiones públicas y del Congreso, con la línea divisoria que separa estos elementos, la mayoría de las veces desdibujada por las polémicas y hasta las mentes de los participantes. En este caso, por sorprendente que parezca, los halcones y las palomas evitaban afrontar las implicaciones de la evaporación de nuestra superioridad estratégica. Los programas perseguidos por el Pentágono —Trident, B-I, y otros— solamente reforzaban nuestra fuerza de ataque secundaria. No tocaban el problema de cómo manejar el expansionismo soviético cuando ya no poseyéramos una fuerza de contraataque capaz y fuéramos inferiores en fuerzas convencionales. El Departamento de Defensa no se animaba a tocar este tema cuando el sentimiento nacional era el de abolir el reclutamiento, que a su vez se necesitaba para disminuir el movimiento antiguerra. Las palomas creían que hasta el poderío existente era demasiado. No percibían ninguna amenaza a la seguridad internacional gracias a la terrible combinación de paridad nuclear e inferioridad local.

En medio de este ambiente nuestras preparaciones para SALT II cayeron bajo dos fuegos. Nuestras deliberaciones no se aproximaron al verdadero análisis de la estrategia a largo plazo, ni se dirigieron a la cuestión fundamental de si las negociaciones sobre SALT eran el medio ideal para salir de los problemas de seguridad. El Departamento de Defensa se dedicaba a sostener los programas que ya tenía en existencia, aunque sus razonamientos se iban debilitando. Se debatía entre su deseo de apoyar la política del presidente (que estaba a favor de una nueva vuelta de conversaciones sobre SALT) y el temor a las represalias por parte del senador Jackson, el segundo en categoría de los miembros del Comité de las Fuerzas Armadas, cuyo apoyo era esencial para todos los problemas del ejército que pasaban por el Congreso. El Departamento de Estado y la Agencia para el Control de Armas y Desarme (ACDA) —antes de que Fred Iklé se hiciera cargo como director— se preocupaban sobre la capacidad de negociación, definida en un sentido general por lo que los soviéticos habían decidido aceptar. De esta manera se oponían efectivamente a los nuevos programas estratégicos que habían ya pasado por el Congreso.

Es difícil determinar cómo Nixon hubiera reaccionado a estas presiones en tiempos normales. Había sido elegido por una impresionante mayoría. Había logrado éxitos más difíciles que contemporizar una fuerte defensa con un control de armas. Pero la cuestión perdió validez cuando Watergate lo privó de la atención que necesitaba para dar a SALT un impulso intelectual. Aun durante la primera presidencia no tuve dificultades en lograr que Nixon se dedicara de lleno a estudiar los resultados técnicos de SALT. Ahora, a continuación de las renuncias de Haldeman y Ehrlichman, me confié explícitamente (el 1º de mayo), que siguiera mi propio juicio en elegir opciones. Esto no lo hice. Continué presentándole las opciones a él. Pero así sólo lograba cumplir una etapa burocrática más. Su asentimiento sobre las recomendaciones para el personal de SALT era casi automático.

El resultado práctico fue un vacío gubernamental. Los asistentes presidenciales pueden tener mucho poder para influir en las decisiones presidenciales; pero no pueden tomarlas, especialmente cuando se trata de departamentos importantes con convicciones muy vigorosas. Durante la primera presidencia, mi influencia había sido muy fuerte

cuando se trataba de departamentos que ansiosamente querían evitar las controversias públicas (como en el caso de las negociaciones sobre Vietnam) o cuando nadie quería asumir la responsabilidad sobre un cambio importante de dirección (como con la China).

Mientras duró ese periodo, mi presidencia en varios comités interdepartamentales me permitió conocer mejor los puntos de vista de distintas agencias, a preferir el análisis y a estrechar las opciones. Podía entonces utilizar estos conocimientos en negociaciones secretas con toda la confianza de conseguir el apoyo burocrático y evitar dificultades. Las agencias seguían creyendo en que ellas se arrogaban la responsabilidad del resultado de las tratativas, incluido el fracaso.

Pero en 1973 descubrieron que las más importantes se consumaban sin su conocimiento. Por lo tanto se me podía culpar de los fracasos, o hacerme responsable de cualquier controversia que pudiera surgir aun de los mismos éxitos. De allí en adelante cada departamento manifestaba su objetivo máximo, cualquiera fuera su sentido. Si no conseguían esa posición, las agencias no se responsabilizaban. El inevitable compromiso que era necesario para llegar a una solución, y que bajo procedimientos normales hubieran exigido, podía ahora culpárselo a la inadecuada vigilancia del negociador. Mi posición se había convertido en burocráticamente insostenible.

Nuestros preparativos para SALT II tomaron de golpe un aspecto teológico. Durante diez años, deliberadamente, fabricamos una estructura de potencia completamente asimétrica con los soviéticos. Nuestros misiles eran pequeños y versátiles; los de ellos grandes y poderosos. Ellos ponían más énfasis en misiles basados en tierra con gran fuerza destructiva; nosotros diversificamos incluyendo bombarderos y misiles basados en submarinos. Los soviéticos tenían mayor número de misiles en tierra y poder destructivo, nosotros en múltiples *warheads*. Esta constituía la fuerza destructiva *elegida* por nosotros. Durante mi período de funciones no nos llegó ningún pedido por parte de los civiles o de los elementos militares del Pentágono para cambiar la composición de nuestras fuerzas. Lo que si se solicitó al principio de las negociaciones de SALT II fue que exigiéramos mientras negociábamos la misma perfecta simetría por parte de las decisiones unilaterales que ellos jamás habían poseído, es más habían evitado, y nunca intentaron lograr aun después que se les concedió este principio.

Probablemente deberíamos haber declarado una moratoria del SALT por un año a fin de obtener un cierto orden en nuestro organigrama intelectual. Pero el momento burocrático y el temor de que una demora podía asignarse a Watergate debilitó al presidente y lo hizo imposible. Además esperábamos repetir la experiencia de SALT I, en la cual clarificábamos nuestro pensamiento a medida que avanzábamos. Nuestro dilema era estar constreñidos por las presiones domésticas para poder elegir cualquiera de las dos opciones que abrigaban un sentido estratégico: aprovisionarnos masivamente a fin de lograr una contención soviética por el temor a nuestra capacidad de contraataque, o congelar la situación mientras todavía teníamos la delantera.

El Departamento de Defensa observaba un punto de vista muy diferente. Estaba preparado para convivir con el número de lanzamientos que habíamos decidido implementar a pesar de la desigualdad; pero no quería que estos números figuraran en un acuerdo escrito. Para cualquier concertación, ellos insistían en *igualdad de agregados* o paridad en cualquier sistema de armamentos: ICBM, SLBM y bombarderos. Este era un objetivo simbólico que reflejaba las presiones domésticas, no un análisis político o estratégico (*).

(*) El significado estratégico de igualdad en el total bélico dependía del nivel en el cual se igualaban los números. Por ejemplo, una propuesta favorita era la de emparejar la capacidad destructora de los misiles. Como resultado de decisiones unilaterales hechas por ambas partes en los años 60, la potencia destructora soviética era cuatro veces superior a la nuestra. Por otra parte el peso de nuestras *warheads* en nuestros aviones más que igualaba la

Es imposible lograr con negociaciones lo que uno no está dispuesto a conseguir con su propio esfuerzo. La propuesta significaba pedir a los rusos que se redujeran unilateralmente sin sacrificar el programa norteamericano ni amenazar cualquiera de sus intentos de rearme si la oferta no era aceptada. Cómo lograrlo era mi problema. Este objetivo me recordaba el cuento del almirante que durante la Segunda Guerra Mundial formulaba haber encontrado la solución para las dificultades que ofrecían los submarinos: sugería hacer hervir el océano; por obra del calor el enemigo subiría a la superficie. Cuando se le preguntó cómo concretar esto contestó: Yo ya les di la idea, la estructura técnica es problema de ustedes. El Departamento de Estado se iba para el otro extremo. Proponía una moratoria en la prueba y el uso de todos los MIRV. Esto tampoco era negociable, puesto que hubiera excluido a los soviéticos de todo el campo de los MIRV. También fue recibido con muy poco entusiasmo por el Pentágono porque nos obligaría a abandonar Trident, el único nuevo misil norteamericano entonces en fabricación. Los límites a los MIRV necesitaban una cantidad enorme de verificaciones. (Esto finalmente se pudo resolver.)

Así fue como por primera vez desde que me hice cargo me encontré burocráticamente aislado y enfrentado con palpables absurdos.

Mientras se concretaban estos esotéricos debates, y a pesar de su obsesión por la igualdad, el Departamento de Estado continuó reduciendo nuestras fuerzas con decisiones gubernamentales, durante los siete años que duraron los contactos por SALT. Por ejemplo, cuando el Pentágono publicó su programa de cinco años en 1973 —sin ninguna guía de la Casa Blanca o referencia a SALT— planeó retirar 100 B-52 y construir 250 B-1 para reemplazar los B-52, con una declinación numérica de nuestras fuerzas estratégicas de casi 290 unidades. De esta manera daba beneficios a los soviéticos a cambio de nada y por los cuales al menos podríamos haber intentado obtener algo durante nuestras negociaciones.

Parece extraño que actitudes de tanta envergadura podían ser tomadas por un departamento del gobierno sin pasar por la Casa Blanca. Y técnicamente no era así. Pero es una seria decisión de esta el determinar en que punto debe intervenir el proceso del presupuesto. El nuestro de defensa es mayor que todos los gastos de un país europeo. En sus primeras fases tiene considerable influencia la Oficina de Dirección y Presupuesto de la misma pero sólo en los totales brutos. Que el NSC pudiera intervenir en ese momento y especificar el sistema de armas que queríamos preservar para un intercambio de SALT habría sido una afrenta para el Departamento de Defensa y los militares uniformados. Estos se hallan agudamente sensibilizados por todo lo que consideran sus prerrogativas

diferencia. Los que estaban a favor de limitar el poder destructor, buscando la mejor definición para nosotros, pretendían limitar los ICBM. Tenían su razón; la capacidad destructora de los bombarderos no era la ideal para los ataques sorpresivos por el largo tiempo que demoraban los aviones en llegar al blanco. Lo que nunca se explicó fue por qué los soviéticos debían aceptar nuestra definición o cómo podíamos hacer para poder convencerlos de aceptar, dado el conocimiento de los programas de construcción. Pero suponiendo una paridad en las limitaciones de la capacidad destructora de los ICBM, si el número se fijaba al nivel soviético y no se ponía coto a los MIRV, ambas partes desarrollarían una aptitud de primeros ataques. Esto era una violación de todos los preceptos de un control de armas ya que en una crisis otorgaría a cada lado el incentivo de pegar primero. Pero si nos colocábamos al mismo nivel que los rusos —y no teníamos ningún programa ni ninguno propuesto para hacerlo— la igualdad sería teórica; sólo el lado soviético ganaría la iniciativa. Esto era todavía más peligroso, suponía inferioridad convencional e inestabilidad estratégica. Un techo parejo al nivel comunista era más fácil de negociar, si perdíamos la razón, ya que no tenía sentido; no constreñía ningún proyecto de la URSS y nos daba más libertad en el caso de que quisiéramos usarla. Siguiendo la idea de igualdad en la otra dirección —conseguir que los soviéticos descendieran a nuestros niveles— era perseguir ilusiones. Pretenderían que les cediéramos algo en cambio, como por ejemplo aceptar la desigualdad continua de los lanzamientos. Esto estaba impedingo por la casi religiosa dedicación que poseía el Departamento de Defensa por la paridad de totales. De lo contrario lo único que nos quedaba era amenazar con la construcción de fuerzas masivas. En el afiebrado clima en que estaba el Congreso a las postrimerías de la guerra de Vietnam y a los comienzos de Watergate, esta posibilidad no tenía cabida. Tendríamos suerte en conservar lo que ya poseíamos.

en poder hacer las recomendaciones iniciales de cómo dividir los fondos aprobados entre los diferentes servicios.

El Pentágono se había quemado muy profundamente con lo que ellos consideraban la interferencia de estrategias civiles durante los años 60, como para ser partidarios de una revisión de alto nivel de su planeamiento. En 1971 envié un cuestionario al Departamento de Defensa preguntando por qué las armas soviéticas costaban menos que las de igual modelo norteamericanas. Todavía lo estaban estudiando cuando abandoné el gobierno cinco años más tarde. La misma suerte corrió un pedido de estudio de las necesidades estratégicas navales. En ambos casos protestó el Estado Mayor Conjunto, sirviéndose del conocido sistema de dejarlos dormir en un cajón, por el principio de que sus detallados planes no podían ser estudiados por funcionarios ajenos al Departamento de Defensa. No fue sino después de que James Schlesinger se convirtiera en secretario de Defensa en 1973 que logramos obtener el estudio de los blancos de nuestras fuerzas estratégicas que solicitamos en 1969. Pero para ese entonces el crecimiento de las soviéticas había severamente constreñido nuestra chance.

A principios de la presidencia de Nixon pensé que habíamos logrado algún progreso cuando se estableció un Comité para Rever el Programa de Defensa, incluyendo al Estado y a las agencias económicas. El secretario de Defensa Laird lo patrocinaba porque quería hacerles entender a los que se quejaban por los grandes gastos de los servicios sociales, las graves consecuencias que acarrearía el quitarlos del presupuesto de defensa. Yo estaba muy contento con la idea porque creí que me daría la oportunidad de influir sobre la doctrina de defensa y la de forzar los niveles en una etapa previa a la que estábamos acostumbrados. Pero como resultaron las cosas, Laird sirvió sus propios propósitos mejor que yo los míos. El invocaba al Comité al solo efecto de impedir grandes cortes en el presupuesto. La Casa Blanca únicamente pudo ver el esquema del programa defensivo al detalle el verano anterior a que se le diera su forma final en octubre. Para ese entonces los servicios ya habían efectuado sus diferentes trueques. Las armas consideradas obsoletas fueron canceladas primero, en parte porque a medida que desaparecían reforzaban el camino para la aprobación de nuevos sistemas. Las cuestiones sin resolver eran mantenidas a un mínimo y resultaban por lo general altamente técnicas, satisfaciendo las insistencias presidenciales de tener la última palabra sin permitir que el *staff* obtuviera una revisión seria de la estrategia. Y de esta manera continuamos entregando a los soviéticos como parte de nuestro proceso presupuestario aquello que deberíamos haber usado como moneda de canje, a pesar de mis protestas inútiles; los ciclos de negociación y presupuestos estaban fuera de órbita.

No teníamos el ambiente ideal para lograr un pensamiento conceptual cuando SALT II empezó a caminar en octubre de 1972. Los rusos propusieron el retiro de los submarinos con misiles balísticos de sus bases como también un mutuo *restringimiento* en el desarrollo de nuevas armas estratégicas. Ya que nuestro gobierno no había formulado ninguna posición y estaba preocupado con las elecciones presidenciales y las negociaciones finales de Vietnam, llegamos a una solución de tira y afloja: ofrecimos un encuentro *exploratorio*. Su propósito, tal cual fuera comunicado a la delegación de SALT el 8 de noviembre de 1972, era el de averiguar las reacciones soviéticas y a su vez desarrollar un *programa de trabajo*: en una palabra, asegurarse de que no sucediera ninguna controversia.

Nuestra delegación condujo estas instrucciones con la meticulosidad obligada por nuestras divisiones internas. Durante seis meses teóricos papeles se intercambiaron mientras nos consumíamos en académicos debates sobre opciones que, aunque hubiéramos podido coincidir sobre ellas, no tenían relación alguna con las negociaciones reales.

A principios de 1973 se reanudaron las conversaciones en torno a SALT. Los negociadores se encontraron en Ginebra y se colocaron en posiciones máximas con respecto a cada uno sin hacer esfuerzos serios por encontrar un punto común. Después tenían que

esperar revisiones internas de cada gobierno. No sé qué clase de deliberaciones, si las tuvieron, hicieron los líderes soviéticos. En cuanto a nosotros en los encuentros del Panel de Verificación NSC (*), en febrero y marzo de 1973, vimos claramente que existían límites políticos para cualquier propuesta que imponía condiciones a nuestro programa MIRV. El Departamento de Estado se inclinaba a ofrecer una moratoria en las pruebas del MIRV. El subsecretario de Defensa Williams Clements y el presidente de la Junta de Jefes almirante Thomas Moorer se oponían con todas sus fuerzas. Argumentaban que aunque todavía podíamos probar nuestros nuevos misiles Trident con *warheads* únicas, el programa Trident sin los MIRV no tendría lógica y moriría en el Congreso. El nuevo secretario de Defensa, Elliot Richardson, coincidía. En esto indudablemente tenían razón; con nuestro proceso presupuestario, una moratoria sería la muerte del sistema de armas al cual se la aplicara. No se pueden obtener beneficios de lo que se busca suprimir, sin negociaciones.

Una reunión del Consejo de Seguridad Nacional el 8 de marzo de 1973 puso al presidente en la disyuntiva de decidir si debíamos incluir algún tipo de límite a los MIRV en nuestra posición. En caso afirmativo, ¿qué acercamiento?, ¿una anulación de los misiles grandes MIRV soviéticos?, ¿un congelamiento y una cancelación de las pruebas MIRV por dos o tres años?, ¿o alguna otra variante? ¿Y cuánto estábamos preparados a pagar por la limitación de las múltiples *warheads* soviéticas? Las caprichosas discusiones meramente reafirmaban viejas perplejidades. Sin ponerlo en conocimiento de sus consejeros en política exterior, Nixon ya estaba preocupado por el desarrollo de Watergate. Y discusiones técnicas sobre peso de disparo, en totalidad o fraccionados (el número de *warheads* en cada lanzamiento) lo aburrían enormemente. Su aire distraído y sus esporádicos comentarios sarcásticos ponían de manifiesto como único deseo que se acabara el encuentro sin tener que llegar a asumir una decisión que agregaría una controversia más sobre política exterior a sus agonías domésticas.

Nixon tenía un agudo sentido de cuándo actuar; los soviéticos no habían dado ninguna indicación de que estuvieran listos para iniciar serios debates. Nuestras propias deliberaciones eran en su mayoría exploratorias y teóricas. Nadie sabía mejor que Nixon el principio de que un presidente no debe gastar su capital político si no ha calculado una gran chance de éxito en el trueque. Así que el resultado del encuentro fue la salomónica decisión de que se prepararía un nuevo tratado interagencial, resumiendo —y posiblemente simplificando— las diferentes opciones que se nos presentaban. Debido a las terribles disputas dentro del gobierno, aunque llegáramos a armonizar en los desacuerdos no habríamos resuelto mucho. Solucionarlos hubiera necesitado muchos meses sin Watergate; este conflicto hizo que fueran diferidas a la presidencia de Ford. Aunque no estaba preparado para decidirse sobre SALT, Nixon no tenía inconvenientes en pronunciarse sobre nuestros objetivos estratégicos. Finalizó el encuentro con una perorata en la que nos señalaba que no nos podíamos dar el lujo de ser Número 2; deberíamos promover lo necesario para mantener al menos nuestra equivalencia. Pero no nos proporcionó ninguna directiva como para medir su criterio en cuanto a planeamiento estratégico o a SALT. Esto era en definitiva lo más importante.

Las divisiones de Washington hacían juego con la lentitud de Moscú. El debate norteamericano sobre *desigualdad* debe haber tenido su par en Moscú. Después de todo, SALT I no constreñía ningún programa estadounidense, pero paralizaba varios soviéticos. Ellos todavía no habían probado ningún MIRV; en consecuencia, realmente no estaban listos para mantener una seria negociación a fin de limitarlos.

(*) El Panel de Verificación era un subcomité de interagencias del Consejo Nacional de Seguridad con la responsabilidad del planeamiento de SALT. Lo componían representantes del Departamento de Estado y Defensa, la CIA, la Junta de Jefes de Estado Mayor ACDA y miembros del NSC, bajo mi dirección.

Estas inhibiciones se hallaban reforzadas por el empeño de Brezhnev en concluir el Acuerdo para la Prevención de Armas Nucleares (discutido más abajo). Tenía el temor de que si realizaban intensas negociaciones por ambos proyectos simultáneamente, esto haría que se demoraran. Hubo momentos en que utilizó SALT para tratar de apurar el Acuerdo. Lo comprobamos en dos conversaciones que sostuve con Dobrynin en marzo de 1973. Este me especificó que los militares soviéticos no veían el porqué de un acuerdo limitando las armas estratégicas cuando todavía había uno en existencia que duraría cuatro años más. Debíamos entender, acotó Dobrynin, que si dejábamos a SALT en manos de los lentos procedimientos burocráticos soviéticos se movería muy lentamente. Para poder intervenir personalmente, Brezhnev necesitaba la excusa de un remate exitoso del Acuerdo para la Prevención de una Guerra Nuclear.

Argumentar que el secretario general del Partido Comunista soviético requería de un pretexto para participar de las decisiones burocráticas soviéticas era más de lo que se podía creer. Pero una vez comenzado el tema, Dobrynin fue fabulosamente inventivo desarrollando variaciones sobre un acosado Brezhnev por parte de sus beligerantes colegas. El ministro soviético de Defensa, según nos decía Dobrynin, no creía que SALT fuera muy útil. Consistentemente ponían el menos imaginativo y más lento de sus generales en la delegación de SALT, con instrucciones de bloquear cualquier iniciativa propuesta por el ministerio de Relaciones Exteriores, el cual estaba técnicamente a cargo de las negociaciones. Si el jefe de la delegación soviética, Vladimir Semenov, le preguntaba al general si solicitaba nuevas instrucciones, éste rehusaba, arguyendo que de ser necesarias el ministerio de Defensa las daría por sí mismo. Y la actitud del Ministerio de Defensa se resumía en un comentario hecho por el Ministro de Defensa soviético mariscal Gechko sobre SALT a Dobrynin: *Si usted quiere mi opinión personal, yo se la voy a proporcionar. Si usted quiere la opinión oficial, la respuesta estándar es no.*

La idea de que el jefe de una delegación soviética carecía de un mandato del Politburó era inconcebible. La sugerencia de que elementos dentro del gobierno soviético protestarían por las tratativas con extranjeros tenía como objetivo alimentar la suposición norteamericana de que *las palomas* del Kremlin luchaban una valiente batalla contra *los duros*. El general asignado a SALT en 1973, Nicolai Ogarkov, se convirtió eventualmente en comandante en jefe soviético —una posición que no se otorgaría a alguien considerado de segunda mano—, aunque no me cabe duda de que los militares del soviét sospechaban tanto sobre las teorías de control de armas como cualquier otro general en el mundo.

Las negociaciones estancadas de Ginebra se alegraban de tanto en tanto gracias a informés esperanzados de nuestro equipo, que siguiendo las mejores tradiciones de los negociadores norteamericanos muy pronto tenían un interés personal en lograr el éxito. Así fue que el 27 de marzo el equipo informó sobre una supuesta alusión de un miembro de la delegación rusa a los efectos de que si estábamos de acuerdo en proseguir con la desigualdad en números totales de lanzamientos en SALT I, los soviéticos podrían aceptar límites a 300-500 MIRV los misiles basados en tierra de un cierto tipo. Esto no se veía del todo mal desde nuestro punto de vista. Hubiera retrasado el día de la vulnerabilidad de Minuteman y evitado que los soviéticos utilizaran sus misiles pesados MIRV. Y nosotros por otra parte nunca pensamos apelar a menos de 550 MIRV de los nuestros. Pero sonaba muy poco complicado y no característico como posición de apertura soviética. Dobrynin jamás la mencionó, y él era el medio del cual se servían los rusos para proponer las instancias que consideraban serias. Tampoco me respondió nunca cuando se lo pregunté. Puede muy bien entonces haberse tratado de un fanático representante norteamericano construyendo supresiones ante tan complejos discursos cuando informaba sobre las preferencias de las propuestas soviéticas. No hubiera sido la primera vez que esto sucedía.

Lo que sí recibimos de ellos oficialmente fue una oferta tan unilateral que uno se

pregunta cómo una persona sería podía alguna vez considerarla como discutible, mucho menos como negociable. Simplemente, los rusos proponían cancelar *cualquier* nueva arma estratégica durante el período del acuerdo. Muy convenientemente, permitían que continuara la modernización. Por una extraña coincidencia cada misil soviético que se probaba (supimos de cuatro tipos nuevos) era definido como una versión *modernizada* de una ya existente. Puesto que recién empezábamos a desarrollar nuestro primer misil estratégico de los últimos diez años (el Trident) el esquema no necesitó de mucho estudio por parte de nuestro gobierno.

A fines de abril de 1973, mientras me preparaba para mi viaje a Zavidovo, acepté tres encuentros más del Panel de Verificación, en los días 25, 27 y 30 de abril. Nadie disponía de ideas nuevas para ofrecer. Defensa y el Estado Mayor sostenían una sola posición: iguales unidades en total para cada categoría y para cada sistema de armas, no importaba cuan distinto fuera el diseño de nuestras fuerzas comparadas con las rusas. Después de haber escuchado por años cuan peligroso era el misil pesado soviético si se lo transformaba en MIRV, ahora se nos decía que detener esa modificación no *valía de nada*. Esto me obligó a preguntar: *¿Si esto es cierto podría alguien explicarme, por qué diablos mantenemos estas negociaciones?* Clements cambió entonces la posición ligeramente: ese agregado en los misiles SS —9 soviéticos no era una cuestión tan diferencial pararlo *hubiera sido lo ideal pero siempre y cuando no paguemos mucho*; en otras palabras, no al precio de tener que abandonar el motivo de la negociación, que era conjuntos iguales (para lo cual Defensa todavía continuaba sin efectuar un programa constructivo en ausencia de un acuerdo SALT). Pero si no había límite para los MIRV, ¿qué hacíamos con las maravillosas teorías sobre control de armas basadas en desalentar un primer ataque reduciendo la ventaja del agresor? Esta inquietud la presenté en el encuentro del Panel de Verificación del 25 de abril:

MIRV iguales con igual potencia daría al primer atacante una gran ventaja. Sería una equivalencia en agregados, no real. Concedería un premio al que atacara primero. Podrá ser inevitable, pero el tener cinco veces más *warheads* que misiles, y que sus blancos sean menores que su número, otorga una ventaja al que ataca primero. Esto crea un elemento masivo de inestabilidad.

Mientras Defensa quería que SALT II ratificara todos los programas existentes, el Estado y el ACDA estaban preparados a abandonar cualquier programa nuevo o reclamaban por el derecho de ir en una expedición de pesca en nombre de conducir una *prueba*. La propuesta de que deberíamos indagar sin poseer una posición propia —sobre todo después de haber fallado sin conseguir lograr un acuerdo interno— garantizaba mi manifestación de sarcasmo:

¿Para qué indagan ustedes sin saber lo que nosotros queremos? Prefiero partir de nuestra posición que de la de ellos. Es un triste comentario sobre la habilidad de nuestro gobierno si nuestra propia situación no fuera mejor para nosotros que la de ellos.

Como las agencias no se podían poner de acuerdo en una postura, y el presidente estaba inmovilizado con Watergate, las instrucciones enviadas el 3 de mayo a nuestra delegación SALT constituían una mezcla de las distintas preferencias de cada agencia. No se marginó a ninguna, figuraban los proyectos favoritos de todas. La propuesta pedía igualdad de totales con un techo de 2.350 vehículos de carga, 250 por *debajo* de número existente soviético y 150 por *encima* del nuestro. Incluía un congelamiento y una cancelación de pruebas futuras de MIRV instalados en tierra. Esto cerraba prolijamente las

puertas de la modificación de los MIRV de las fuerzas ICBM soviéticas; que componían un 85% del total de su volumen agresor, sin recortar significativamente ningún programa nuestro. En otras palabras, ofrecíamos negociar 450 *warheads* (en los 150 Minutemans III que abandonábamos) por un mínimo de 5.000 *warheads* soviéticas (esto dependía de cuántas habían colocado en cada misil asentado en tierra). No nos sorprendió que esta propuesta desapareciera rápidamente en el limbo de las proposiciones unilaterales, con lo cual cada lado satisfacía a su burocracia mientras determinaba si las decisiones dolorosas eran en realidad necesarias.

Así fue que cuando llegué a Zavidovo en mayo de 1973, SALT estaba estancado. Puse a prueba con Brezhnev la porción MIRV de las instrucciones presidenciales que ya habían sido enviadas a Ginebra pero no todavía presentadas allí. (Me había reunido con nuestro jefe negociador, el capaz e inamovible U. Alexis Johnson, el 4 de mayo en el aeropuerto de Copenhague camino de Moscú y le pedí mantener esta parte en secreto a fin de poder presentársela a Brezhnev como una sugerencia presidencial).

Brezhnev era inculto pero no estúpido. No iba a caer en trampas evidentes. No escucharía un plan que impedía que los soviéticos pusieran los MIRV en sus mejores misiles. Le insinué otro plan a Dobrynin —como si fuera un *pensamiento en voz alta*, le dije—. Consistía en una promesa rusa de no colocar el MIRV a sus misiles pesados a cambio de un compromiso norteamericano de no desarrollar armas de bombardeo en espera (misiles-cruceros) de un alcance de más de 3.000 kilómetros. El problema de este plan era la indecisión del Pentágono de producir esta arma (una desidia que corregí a mi regreso) y su alcance que era demasiado grande para hacer la oferta atractiva para los soviéticos. Dobrynin chequeó con Brezhnev. Este demostró algún interés pero aclarando que debería consultar con sus militares y por lo tanto no podía tomar una decisión mientras yo estaba en Zavidovo. Nunca más la mencionó. Con certeza no se hallaba dispuesto a discutir *ningún* límite a los MIRV antes de que ellos no completaran su programa de pruebas de este misil.

Retrocedimos a la idea de firmar algunos *principios generales* sobre SALT en la Conferencia Cumbre de junio. Este es el típico refugio diplomático cuando no se llega a un acuerdo, cuando no se quiere admitir el *impasse* y se es hábil en encontrar fórmulas que permitan a cada lado mantener sus posiciones originales. El 6 de abril en Ginebra los soviéticos presentaron un borrador que repetía sus posiciones unilaterales disfrazándolas como principios generales. Nosotros las habíamos ignorado, sin negociar sobre ellas ni ofrecer fórmulas de alternativa. El 25 de abril, Dobrynin me entregó una versión condensada del borrador de Ginebra, todavía bien recargado en favor de la posición soviética. Insistía con fuerza, por ejemplo, en que nuestros aviones asentados en Europa debían estar incluidos en los totales. Aceptarlo nos hubiera forzado a disminuir el número de nuestras armas estratégicas (a fin de compensar por los aviones en Europa) o a retirar alguna de nuestras fuerzas aéreas asignadas a la defensa de la NATO. Esto preocupaba a nuestros aliados de la NATO no solamente por motivos estratégicos sino porque tampoco querían ver utilizados sus arreglos de seguridad como objeto de negociaciones en las cuales no participaban. Al mismo tiempo, los soviéticos deslizaban una cláusula que nos exigía terminar con nuestra cooperación nuclear a Gran Bretaña. Y convertían en permanentes los números del Acuerdo Interino, institucionalizando de esta manera la desigualdad de lanzamientos sin compensación recíproca soviética. No nos entusiasma aceptar este plan.

Nuestra contrapropuesta no será recordada por los historiadores como un modelo de precisión. Buscaba un terreno neutral, dejando abierta las opciones de ambos lados. Facilitaba el deseo soviético de incluir nuestros sistemas de bases adelantadas en la misma fórmula empleada en SALT I: un compromiso de que no se buscaría circunnavegar por vía de terceros países. Esto implicaba que no habría un incremento significativo

en el número de nuestras armas instaladas en Europa capaces de llegar hasta la Unión Soviética; pero no exigía que las existentes se contabilizaran en los totales. Nuestro borrador también eliminaba la propuesta de congelar en forma permanente el número desigual del Acuerdo Interino (irónicamente después de luchar por años para excluir bases adelantadas de SALT habíamos llegado a un punto en las negociaciones sobre estos sistemas de bases *sin* SALT).

Así surgió un boletín de *principios generales* que no marcó un punto de cambio en la historia de la diplomacia o del control de armas. El documento glorificaba el sagrado principio de *igual seguridad*. El hecho podía tener cualquier significado: paridad en los totales y en los MIRV sin fijarse en las bases de ultramar; desigualdad en los MIRV en cambio de conjuntos 'desiguales'; o cualquier otro plan que se le ocurriera a cada gobierno. Un poco más específica era la cláusula de que un nuevo acuerdo de SALT debía incluir restricciones en desarrollos *cualitativos*; se trataba de un eufemismo para convenir que algunas —todavía sin especificar— limitaciones de MIRV formarían parte de SALT II. La provisión más concreta fue que ambas partes tratarían de concluir un nuevo acuerdo antes de fines de 1974. Gromyko se preocupaba por esto porque temía que una falla en cumplir con tal compromiso podía enfriar nuestras relaciones aunque fuera por motivos técnicos. Pensamos que una fecha de vencimiento era la única forma de reprimir las interminables dilataciones dentro de nuestro gobierno y en Ginebra. (Arribamos justo a tiempo con el Acuerdo de Vladivostok de noviembre de 1974).

Pero ninguna de estas esotéricas maniobras, ya sea de admiradores o de opositores de SALT, llegaban a la realidad central. Durante el transcurso de los años setenta perderíamos el remanente de nuestra capacidad de contraataque (nuestra habilidad para destruir los ICBM soviéticos). En algún momento en la década del 80 nuestros misiles basados en tierra se volverían vulnerables; esto dependía de la rapidez con la cual los rusos colocarían múltiples *warheads* en sus misiles terrestres y mejorarán su puntería. Si cada lado tenía un número igual de vehículos MIRV y si existía *la libertad de mezclar* (otra vacío principio del Pentágono que permitía a cada lado decidir la composición de sus fuerzas), entonces era seguro que los soviéticos MIRV harían una mayor cantidad de sus misiles terrestres que nosotros y, puesto que ellos poseían más, pondrían más *warheads* en cada uno que las tres que teníamos en nuestros Minuteman. El resultado sería una poderosa capacidad soviética para destruir nuestra fuerza ICBM, sin tener que preocuparse por posibles rearmes norteamericano en otra categoría de armas estratégicas. Nuestro único programa nuevo, los submarinos Trident, no nos proveían ninguna capacidad de contraataque, ya que los SLB no eran por lo general de tan buena puntería y presentaban problemas técnicos al lanzarlos simultáneamente.

Tarde o temprano, aunque consiguiéramos la igualdad de números de *warheads* ellos combinarían su capacidad de contraataque en desarrollo con la tradicional superioridad convencional para lograr cambios en el balance geopolítico. Dos semanas después de la conferencia cumbre de junio de 1973 los comunistas realizaron su primer *test* de MIRV en sus SS-17 ICBM, el nuevo misil que iba a reemplazar los obsoletos SS-11. Una revolución estratégica era ahora sólo una cuestión de tiempo.

El 13 de julio de 1973 le escribí una carta a Bill Clements insistiéndole que continuáramos con los misiles de largo alcance. El Pentágono estaba considerando cancelar esta arma por razones de presupuesto y para prevenir que fuera utilizada como una excusa para liquidar el nuevo bombardero, gran favorito de la Fuerza Aérea, el B-1. (Hechos posteriores demostraron que los cuidadosos manejos de nuestros servicios no son el resultado de improvisaciones, como asegura el folklore, sino la conclusión de una larga experiencia. El B-1 fue cancelado por la administración Carter, argumentando que el misil-crucero que portaban los ya existentes B-52 hacía innecesarios a los B-1.) Yo discutí con Clements que *el programa de un bombardero de largo alcance con lanzamiento de*

misiles-crucero tiene sentido estratégicamente y puede ayudar nuestra posición en SALT. Clements se convirtió en un entusiasta y el programa de misiles-crucero se salvó (*).

El proceso SALT siguió adelante mientras ambas partes desarrollaban nuevas armas —nosotros, los misiles-crucero, los submarinos Trident y los bombarderos B-1; los soviéticos los MIRV, y cuatro nuevos ICBM basados en tierra. En EE.UU., nuestras dificultades domésticas nos impedían una clara articulación de nuestra estrategia o de nuestra doctrina de control de armas, y en el vacío resultante cada cuestión era asimismo técnica y filosófica, basadas esencialmente en motivos políticos. Sólo al llegar 1975 el Congreso tomó conciencia de la amenaza comunista. Comenzó una pesadilla estratégica en la cual los soviéticos para los años 80 aprovecharían *la ventana* abierta gracias a la combinación de nuestra capacidad de contraataque (o simplemente el crecimiento de sus arsenales estratégicos) y la superioridad local para explotar o generar crisis y para insistir en cambios geopolíticos favorables para ellos. La cuestión de cómo relacionar la defensa al control de armas y el sostén de nuestras fuerzas mientras negociábamos limitaciones recíprocas permaneció como el problema central de la política exterior norteamericana.

EL ACUERDO SOBRE LA PREVENCIÓN DE UNA GUERRA NUCLEAR

Curiosamente existía otra negociación simultánea con los debates sobre comercio o SALT que recibía muy poca atención: la diplomacia que daría como resultado el Acuerdo para la Prevención de Una Guerra Nuclear. A nivel técnico el manejo de las conversaciones era muy sutil. Hábilmente evitamos la maniobra soviética destinada a hacernos renunciar al uso de armas nucleares, del cual dependía, después de todo, la defensa del mundo libre. Por otra parte, aunque se trataba de un buen ejemplo del coraje que se necesita para tratar con la diplomacia soviética, cuando concluyó, habíamos logrado evitar el peligro, pero consiguiendo también muy poco de positivo.

La diplomacia soviética no descansa jamás. Una propuesta es presentada como la mejor contribución al relajamiento de tensiones; si solamente nosotros la aceptáramos, el resultado sería *una mejoramiento en la atmósfera*. Pero casi siempre, no bien se llegaba a un acuerdo sobre un punto, el Kremlin inmediatamente avanzaba con otro, y todos tenían en común su unilateralidad y estaban respaldados por el mismo argumento que, de no cumplirse, enrarecería el ambiente.

El origen de estos proyectos se pierde en la oscuridad. Podrían representar un profundo motivo estratégico, ser llevados a cabo por hábito o por inercia, o podrían representar la bandera de una fracción en alguna maniobra arcana del Politburó. Cualesquiera fueran sus inmediatas motivaciones, una vez lanzadas, las iniciativas soviéticas son proseguidas con monomaníaca insistencia. En 1972 empezamos a exponernos a tan tremenda energía. En mi visita secreta a Moscú en abril de 1972, Brezhnev me hizo a un lado a fin de proponerme lo que él llamaba una *bomba de paz* —un tratado entre la Unión Soviética y los Estados Unidos renunciando al uso de armas nucleares por ambas partes (14). Esto sucedía en la cúspide de la ofensiva de primavera de Vietnam del Norte, cuando el gobierno de Nixon había casi decidido cancelar la conferencia si Hanoi seguía con su empuje militar. Y también habíamos determinado reiniciar los bombardeos a Vietnam del Norte si no se reprimía la ofensiva en los próximos días. Introducir a esa altura un renunciamiento a las armas nucleares era una colosal afrenta, ya que la defensa de la NATO dependía de la garantía nuclear norteamericana. Dada la superioridad soviética en armas convencionales, esta maniobra desmoralizaría a nuestros aliados e inquietaría profundamente a la China, que la interpretaría como un signo de una colusión

(*) El haber salvado los misiles-crucero en 1973 no me ayudó a no ser atacado dos años más tarde de haberlos inadvertidamente incluido en las deliberaciones de SALT.

soviético-norteamericana. Por otra parte el momento estaba bien elegido para evitar un rechazo de plano. Nuestra estrategia consistía en obtener mano libre para terminar con la guerra de Vietnam, separando a Hanoi de Moscú. Por lo tanto no nos importaba presentar un cebo adicional, que daría a los soviéticos una oportunidad para no volverse contra nosotros al incrementar nuestra presión sobre Hanoi. Esto nos condujo a una delicada maniobra: Tratamos de dar a Brezhnev y a sus asociados alguna esperanza de que su proyecto podía realizarse, sin comprometernos con él dada la forma en que fuera presentado. Nuestra primera maniobra fue ganar tiempo; lo hice de lado cuando lo referí a la Conferencia Cumbre.

Después que Nixon, el 8 de mayo de 1972, ordenó reasumir los bombardeos sobre Vietnam del Norte y la colocación de minas en sus puertos, nos preparábamos para una cancelación de la Conferencia Cumbre cuando el 10 de mayo, Dobrynin, como quien no viene al caso, me preguntó si el ministro de Comercio soviético, que estaba de visita, Nicolai Patolichev, podía ser recibido por el presidente. De más está decir que arreglamos para que Patolichev viera a Nixon al día siguiente. Cuando los insistentes periodistas le solicitaron después una declaración pública, Patolichev respondió a la pregunta sobre si todavía se seguiría con la Conferencia Cumbre, abriendo mucho los ojos, *tienen ustedes alguna duda*, dijo con una sonrisa, como si el bombardeo a un aliado soviético y la colocación de minas en sus puertos fuera un hecho de todos los días.

Pero los comunistas no pierden tiempo en arreglar sus cuentas. Al día siguiente —12 de mayo— reapareció Dobrynin. Nos comunicó blandamente que, a fin de preparar las conversaciones entre Brezhnev y Nixon, sus jefes le habían entregado un borrador conteniendo el tratado que debería ser firmado lo antes posible. En su primer párrafo la Unión Soviética y los Estados Unidos renunciaban al uso de armas nucleares entre sí. En el segundo declaraban perentoriamente que ambas partes *prevendrían* situaciones en las cuales, las acciones de terceros países podían producir una guerra nuclear. Eran palabras muy fuertes. Se nos solicitaba dismantelar la estrategia militar de la NATO y al mismo tiempo proclamar una virtual alianza militar EE.UU-URSS, concebida para aislar o imponer su voluntad sobre la China o cualquier otro país con aspiraciones nucleares.

El borrador presentado por Dobrynin, aunque afrentoso, incluía un problema técnico. Nixon, lo mismo que yo, quería que prosiguieran las conversaciones, a fin de proporcionar a los soviéticos un incentivo adicional para mantenerlos quietos mientras quebrábamos el espinazo de la ofensiva de Hanoi. Al mismo tiempo no podíamos aceptar el borrador soviético sin caer en un grave peligro. Así que nos enrolamos en un complicado juego en el que tratamos de contener la conocida característica soviética de esquivar el bulto. Pero sabíamos que tarde o temprano debíamos definirnos.

Durante la Conferencia Cumbre de 1972, tal cual lo esperábamos, Brezhnev enfrentó a Nixon con el tratado. Nixon y yo ya nos habíamos puesto de acuerdo en que él debería aparentar una indiferencia que no sentía y al mismo tiempo representar un interés ambiguo —una pose en la cual Nixon era un maestro. Si Brezhnev insistía, habíamos preparado un contraborrador que enfatizaba nuestro constante tema, que era que la paz dependía como último recurso de la conducta restringida de los superpoderes. Evitamos la propuesta rusa de desterrar las armas nucleares en una guerra y pusimos en su lugar una cláusula abjurando la amenaza de fuerza en tiempos de paz. Tampoco quisimos aceptar la obligación de concertar las acciones norteamericano-soviéticas con respecto a terceros países; no íbamos más allá de ofrecer nuestros mejores esfuerzos de vigilar que los móviles de terceros países no llevarían a los Estados Unidos y al Sóviet a una guerra nuclear. Brezhnev recibió los documentos sin hacer ningún comentario; Gromyko por el contrario tenía demasiada experiencia como para no advertir que estábamos tratando de ganar tiempo. Nixon zafó de este problema sugiriendo que cualquier diferencia entre los dos borradores podía ser estudiada por Dobrynin y por mí. Cómo haríamos para reconci-

liar lo irreconciliable no nos lo explicó ni a mí ni a los sorprendidos rusos. En cuanto a mí, me hizo entender que no quería volver a oír sobre esta empresa hasta después de las elecciones.

Pero los soviéticos trabajaban con otro almanaque. El 21 de julio, ya de regreso en Washington, se hizo presente Dobrynin, con el propósito de que juntos cumpliéramos la asignación encargada por nuestros jefes. Lamentablemente quería poner en mi conocimiento que nuestro borrador no servía. Moscú había intentado redactar otro con una nueva versión, que él ahora me hacía entrega. Continuaban manteniendo la renuncia conjunta al uso de armas nucleares, pero —concedores de que nunca abandonaríamos nuestros compromisos con la NATO— agregaba una cláusula por la cual nada afectaba en el acuerdo las obligaciones existentes con terceros países, o el derecho de defensa colectiva. Esto parecía ser la solución con respecto de nuestros aliados, pero en realidad no hacía más que aumentar la vulnerabilidad de los países que no lo eran, tales como la China, cuya integridad territorial resultaba también esencial para el equilibrio internacional.

Todavía necesitábamos de tiempo para terminar con la guerra de Vietnam. Para poder ganarlo, le hice a Dobrynin tres preguntas hipotéticas. Si se aceptaba el nuevo borrador soviético, ¿tendrían los Estados Unidos el derecho de usar armas nucleares en defensa de la NATO? ¿Dispondría cada bando del derecho de usarlas en defensa de amigos tradicionales con los cuales no teníamos firmado ningún tratado de obligatoriedad? (Por ejemplo el Medio Oriente.) ¿Dispondría cada bando del derecho de usar armas nucleares en defensa de un importante país no alineado, cuya pérdida de independencia podría afectar el equilibrio global? (Mencioné a la India como un ejemplo, a pesar de que los líderes soviéticos sabían que nos referíamos a la China.)

No esperaba una respuesta formal. Por el contrario, mis preguntas habían sido tan directas porque esperaba que la lentitud rusa en contestar haría que todo el proyecto se fuera obnubilando. Ante mi asombro, se recibió una respuesta escrita soviética el 7 de septiembre de 1972, en la cual detallaban sus propósitos sin ninguna vergüenza. La contestación a mis tres preguntas fue la siguiente: El acuerdo propuesto no excluía el uso de armas nucleares en una guerra que incluyera a la NATO y a los países del Pacto de Varsovia; pero su uso se restringía a los territorios de los aliados; emplearlos contra los territorios de los Estados Unidos o la Unión Soviética estaba prohibido. En caso de guerra con el Medio Oriente, las armas nucleares no podían ser utilizadas por ninguna de las partes. Menos aun se las podía usar ante un ataque convencional a un tercer país muy importante como lo era la India.

Hubiera sido muy difícil haber podido detallar una definición mas desvergonzada o más cínica del condominio. El acuerdo propuesto protegería a los superpoderes de la destrucción nuclear aún en el caso de una guerra europea, mientras que garantizaba la devastación de los aliados de cada país. Nada mejor se les podía haber ocurrido para promover el neutralismo europeo o despreciar el valor de las alianzas. La defensa tan vital del Medio Oriente se circunscribía a armas convencionales, de las que poseíamos menos, y aun más todavía en nuestra capacidad para reforzar un terreno tan distante. Todos los demás países quedaban librados a su suerte. China por ejemplo, podía ser atacada por ejércitos soviéticos que estarían libres del temor de una represalia nuclear norteamericana. De acuerdo a esta interpretación del tratado, nuestras alianzas se decapitaban y la confianza de países amigos en nosotros se destruía.

Estas propuestas no podían quedar sin respuesta. A pesar de nuestro deseo de ganar tiempo, respondí el mismo día, 7 de septiembre, a fin de no dejar ninguna duda sobre nuestras prioridades. Le entregué a Dobrynin un documento reincidiendo en nuestro deseo de explorar los principios generales de restricción de la conducta internacional. Pero enfatizaba también los límites a los cuales estábamos decididos a llegar:

—Creemos que es importante evitar cualquier pronunciamiento que implique un condominio entre nuestros dos países.

—Consideramos prevaleciente que cualquier acuerdo que concertemos no debe contener ninguna implicación de que anulamos sólo entre nosotros las guerras nucleares, pero dejamos abierta la opción de guerra nuclear contra terceros.

—Nos parece esencial que, mientras nos dedicamos a prevenir una contienda nuclear no debemos al mismo tiempo aparecer como legitimando el inicio de guerras por medios convencionales.

—Es vital que los acuerdos pasados, ya sean alianzas u otros tipos de obligaciones, establecidos para salvaguardar la paz y la seguridad, deban ser ratificados por acuerdos adicionales entre nosotros y que se refieran únicamente al belicismo nuclear.

Nuestra respuesta tuvo mucho que ver con las discusiones que habíamos comenzado con el gobierno británico. Habíamos instruido a nuestros principales aliados durante todo el verano, como así también a la China, sobre los lineamientos de la propuesta soviética. A fines de julio de 1972, aproveché la visita de rutina del secretario del Gabinete británico sir Burke Trend a Washington, para mostrarle el borrador soviético el día 21 de julio. Solicité el consejo de los británicos, e indiqué que sólo procederíamos con la aprobación de Londres. El 10 de agosto, el Foreign Office nos envió su experto soviético, sir Tomas Brimelow, junto con un pequeño grupo de asistentes para estudiar el proyecto en todos sus detalles.

Londres no podía haber hecho una mejor elección. De aspecto querúbico, inamovible, sin gran éxito en disimular su penetrante inteligencia detrás de su blando exterior, perfecto para un funcionario civil, Brimelow se convirtió en un miembro indispensable de las negociaciones. Era un profundo conocedor del comportamiento soviético y tenía una valuación sin sentimientos de sus propósitos. Estaba convencido de que uno de los mayores temores de la Unión Soviética era el temor a la guerra general; cualquier cosa que aliviase su preocupación en ese aspecto debilitaría la disuasión. Según su punto de vista, los soviéticos querían reducir el margen de su propia inseguridad y al mismo tiempo magnificar las inhibiciones aliadas contra el uso de las armas nucleares. Nuestro curso era desviar estos designios.

Al igual que nosotros, Brimelow juzgó a los borradores rusos como inaceptables. Yo le reseñé la posible estrategia de requerir transformar la iniciativa soviética en una declaración de principios de restricción política que proscribiera la amenaza de fuerza, ya sea nuclear o convencional. Brimelow estuvo de acuerdo con estos objetivos pero aconsejó ganar tiempo —lo cual era fácil de aceptar, puesto que coincidía con lo que ya estábamos haciendo. Sabíamos que sólo lograríamos conseguir la aceptación soviética si podíamos retrasar los intercambios hasta una nueva fecha —como por ejemplo una conferencia cumbre—; esto produciría suficientes ansiedades en los comunistas como para cambiar fundamentalmente los propósitos de Brezhnev. Así que hacíamos tiempo utilizando el pretexto de la necesidad de terminar primero con la guerra de Vietnam.

La paciencia no era la mayor virtud de Brezhnev. Utilizó cada oportunidad para avanzar las negociaciones. En mi visita a Moscú, en septiembre de 1972, trató de inducirme a una sesión de preparación alegando la necesidad de contar con nuestras objeciones al texto soviético línea por línea. Pero tal información haría que ellos redactaran su documento básico en borrador, y ésta era nuestra objeción principal, no los detalles. Contemporicé dándole una alargada versión de la actitud que ya había explicado a Dobrynin el 7 de septiembre: ningún condominio; ninguna implicación de que los Estados Unidos y la Unión Soviética buscaban proteger sus propios territorios; ninguna sugestión de que aceptábamos la guerra convencional pero no la nuclear. Brezhnev

pretendió sentirse sorprendido por tan bajas suspicacias de los motivos soviéticos. Si la URSS renunciaba al uso de armas nucleares, decía para aplacarme, podíamos estar seguros en un *doscientos por ciento* que también se abstendrían de utilizar armas convencionales contra nuestros aliados. (Esto por supuesto dejaba a la China y al Medio Oriente convenientemente desprotegidos.) Brezhnev trataba de reafirmar estas seguridades —calificadas por regiones— con una proclama de la práctica constitucional soviética: *Tal posición sería totalmente contraria a las declaraciones del congreso partidario de nuestro Partido*. Era realmente muy confuso pensar lo que sucedería si presentábamos un acuerdo ante el Consejo del Atlántico Norte, más aún a la China, basado en nuestra creencia sobre un compromiso hecho por el Congreso del Partido Comunista soviético.

Le sugerí que procediéramos en dos etapas como habíamos hecho con SALT; una declaración de principios generales, seguida por un acuerdo más formal. Esto no encontró eco en Brezhnev, que bajo la tutela de Gromyko entendía que los principios solamente podían reafirmar lo que ya se había firmado en la Conferencia Cumbre de 1972; que volver a escribirlos insumiría meses y que entonces nosotros podíamos argumentar que el tema estaba agotado. Pero nos llevó horas debatir este punto —lo cual nos venía muy bien. Finalmente acordé tratar de redactar otro borrador, y le prometí entregárselo a Gromyko cuando viniera de visita a Washington a mediados de octubre. Este paréntesis nos permitió salir de Moscú libres de confrontaciones.

Cuando Gromyko llegó a Washington, le hice entrega el día 2 de octubre de un bosquejo en el cual eliminaba la obligación de no usar armas nucleares y especificaba una serie de condiciones políticas que incluían una restricción de la conducta internacional que debía cumplirse antes de que pudiera considerarse el renunciamiento a las armas nucleares. Gromyko era un experto en borradores. Enseguida percibió lo que yo había hecho. Se quejó de que nosotros proseguíamos con un espíritu que no era el mismo de los intercambios iniciales. Me hizo notar (correctamente) que no quedaba *nada* de la propuesta original de renunciar al uso de armas nucleares.

Para aumentar la presión, Gromyko le manifestó a Nixon que la visita recíproca de Brezhnev a EE.UU. en 1973 quedaba condicionada al progreso del tratado nuclear. Pero la maniobra había perdido efectividad. Ya habíamos adquirido confianza de que nos libraríamos de la guerra de Vietnam en 1973; una conferencia cumbre carecía de importancia como medio de separar a Moscú de Hanoi.

Pero tampoco queríamos tener problemas en el momento que discutíamos las últimas fases de las negociaciones sobre Vietnam. Así que volví a tratar de ganar tiempo. Para ello utilicé los viejos trucos de los asistentes presidenciales; me escondí detrás de Nixon, manifestando que el área nuclear era el campo donde menos preponderancia tenía. Debido a la campaña presidencial, no lograría conseguir la atención de Nixon hasta noviembre; en ese momento volvería a trabajar en el borrador. No creo que Gromyko pensó que yo decía la verdad. Después de todo, Nixon había evitado hablar del tratado nuclear cuando estaba en Moscú, asignándole esa tarea a Dobrynin o Gromyko para que se entendieran conmigo. Ahora di vuelta el argumento. Pero a Gromyko le quedaban muy pocas cartas para jugar. Así que estuvo de acuerdo, como hacen siempre los soviéticos cuando se enfrentan con realidades que no pueden cambiar.

Durante las agonías finales de nuestras negociaciones sobre Vietnam, aún los persistentes planificadores del Kremlin entendían que carecíamos de tiempo para atender el borrador nuclear. Esto no fue obstáculo para que Dobrynin ejerciera presiones muy sutiles sobre la próxima conferencia cumbre. En diciembre me sugirió dos fechas, junio o noviembre de 1973, y me dio a entender que ante la ausencia de un tratado nuclear, Moscú prefería noviembre. La falla en esta estrategia, radicaba en que a pesar de todo nosotros también preferíamos noviembre. Queríamos completar nuestro *año europeo* y

seguir con nuestros progresos en las relaciones con Pekín. Así que ignoramos esta pesada sugerencia.

A fines de febrero de 1973 habíamos terminado el Tratado de Vietnam en París y puesto en operación nuestra diplomacia triangular. Yo recién acababa de llegar de la China con el anuncio de que abriríamos oficinas de entendimiento entre Pekín y Washington, cuando el encargado de negocios soviético, Yuli Vorontsov, me solicitó una entrevista a fin de hacerme entrega de una carta de Brezhnev para Nixon. La fecha de la carta era febrero 21 y su contenido implicaba una respuesta a la enviada por Nixon al Politburó contestando los buenos deseos formulados a la conclusión de la guerra con Vietnam. La carta de Nixon había evitado cuidadosamente incluir el acuerdo nuclear en un catálogo de ideas sobre las cuales debíamos proceder. Se refería elípticamente a nuestra buena voluntad en considerar cualquier punto que Dobrynin me hubiera presentado con *espíritu constructivo*. (Esto podía anexar una lista larguísima, además del Medio Oriente.) No era mucho, pero suficiente para que Brezhnev reabriera su campaña.

Su carta se refería al problema de la conferencia cumbre en primer término. Hacía uso de la estratagema de rechazar mayo como muy pronto (una fecha que nunca se había discutido) y *posponía* la visita a la fecha más próxima considerada, el mes de junio. Nixon había enumerado, SALT, la seguridad europea y mutua y el Balance de Reducción de Fuerzas en Europa como los temas principales. Brezhnev en cambio mencionaba el tratado nuclear y el Medio Oriente como sus prioridades. Demostraba algún interés en SALT, ninguno por la reducción de fuerzas en Europa. Como siempre cada vez que el Kremlin quería avanzar, Dobrynin aparecía sorpresivamente en Washington de regreso de una de sus frecuentes visitas de consulta, y encontrándome a mí justo en el momento en que salía de vacaciones (lo cual nos permitía ganar unos diez días).

Pero la posición de intercambio ya no era la misma. Una vez que los rusos fijaron una fecha para la conferencia cumbre, el tiempo se volvió en contra de ellos. Ya no teníamos interés en el proyecto; Brezhnev por el contrario lo consideraba su favorito. Los soviéticos debían moverse en nuestro sentido si querían tener algo para mostrar después de la visita de Brezhnev. En abril de 1973, Dobrynin trató sin muchas ganas de jugar con nosotros para fijar la fecha de la conferencia cumbre, pero terminó abruptamente cuando le manifesté que si no nos poníamos de acuerdo pronto, no lograríamos realizar los arreglos técnicos y tendríamos que posponer la conferencia para noviembre. Enseguida fui invitado a Zavidovo para completar los preparativos, y la fecha de la conferencia se fijó para el 18 de junio.

Este era el momento de la verdad. Habíamos hábilmente evitado cualquier referencia a un compromiso final del proyecto. Probablemente ahora lo habríamos abandonado ya que la guerra de Vietnam estaba terminada y la fecha de la conferencia decidida. Pero el precio de ganar tiempo había sido de que algo negociaríamos; abandonar los tratos —aunque a la larga fue la decisión correcta— parecía una medida demasiado drástica. El 5 de marzo de 1973 resumí para Brimelow mi análisis de los motivos soviéticos y nuestras objeciones:

“Sus motivos son obvios: suscitar la ilusión de una *détente* —crear la impresión de gran poder bilateral y darles mano libre para el chantaje— y al mismo tiempo acrecentar sin interrupción sus fuerzas estratégicas de una forma ligera. Ahora también podría significar dejar abierta la línea de opción de genuina *détente*... Por lo tanto nuestro objetivo... es darles bastante forma sin ninguna sustancia.”

Le pregunté a Brimelow, ahora que la guerra con Vietnam se había acabado y habíamos logrado un acuerdo soviético sobre la fecha de la conferencia cumbre, si deberíamos abandonar todo. Brimelow seguía sospechando, pero concordaba en que, en cuanto a

SALT, el Medio Oriente y la conferencia de Seguridad Europea, no teníamos escapatoria; nuestro objetivo de larga distancia era envolver a los soviéticos en una *relación menos competitiva y no la podíamos alcanzar diciéndoles que se vayan al diablo*.

Por supuesto la responsabilidad final de continuar o no recababa en mí y en Nixon. El trabajo de Brimelow era, después de todo, no decidir nuestra política sino ayudar a conducirla en dirección segura. Una vez determinada la estrategia, Brimelow utilizó su mente brillante en cambiar la propuesta soviética de renunciamiento a las armas nucleares por un acuerdo a renunciar a la amenaza de emplear la fuerza en la diplomacia. Lo que surgió como resultado fue una especie de *matryoshka*, la muñeca rusa que contiene muñequitas cada vez más pequeñas unas adentro de las otras. Con una serie de condiciones compensatorias, evitar una guerra nuclear se convirtió en un objetivo más que en una obligación; a su vez el objetivo dependía del uso o de la amenaza por una parte en contra de la otra, o en contra de terceros. De esta manera se renunciaba a las armas nucleares solamente después de que se desistía de conminar a la diplomacia con la guerra, y si no se cumplía con esta condición, se evaporaba la premisa del acuerdo básico. De esta manera se producía el caso contrario: se legitimizaba la defensa nuclear. A fin de tranquilizar a los aliados, el borrador insistía en que el acuerdo no afectaba obligaciones existentes o el derecho a la defensa colectiva (o individual).

El rol desempeñado por Brimelow era un ejemplo de las *especiales relaciones* anglo-norteamericanas, aun en el momento en que el primer ministro no era uno de sus defensores. No había ningún otro gobierno con el cual hubiéramos tenido relaciones tan estrechas, cambiado ideas tan libremente, y que hubiésemos permitido que participara de nuestras deliberaciones. Todos nuestros documentos estaban a mano para los británicos, algunas veces con un poco de atraso, pero cualquier maniobra significativa era siempre conjunta. Ocasionalmente Brimelow nos mostraba los análisis británicos. El hacía la mayor parte de los borradores. La última versión se debía más, finalmente, a los expertos británicos que a los norteamericanos.

Cuando partí para Zavidovo, el día 4 de mayo, mi misión era venderle a Brezhnev un borrador situado a 180 grados de la versión original. Era una rarísima negociación redactada a través de numerosos conciliábulos plenos de calurosas discusiones. La idea que tenía Brezhnev sobre la diplomacia era la de golpear al contendiente hasta que se sometía a arrinconarlo con el uso de un humor muy pesado. Mis tácticas consistían en resumir las ideas a un fácil intercambio, evitar manifestaciones personales y darle énfasis a nuestros puntos decisivos poniéndome muy serio. La negociación se convertía en una lucha entre el toro y el matador a excepción de que al final de la lucha a pesar del intrincado trabajo de capa sólo había logrado cansar un poquito al toro, el cual estaba juntando fuerzas para un nuevo ataque.

En los intervalos cuando Brezhnev y su equipo desaparecían en otras habitaciones, mis colegas y yo salíamos al balcón de la oficina de Brezhnev. Nos preguntábamos si la evolución del texto ayudaría o lastimaría nuestra habilidad para proteger a la China y a otros países. Pensábamos que era marginalmente útil. En el salón de reuniones, Hal Sonnenfeldt intentó aplicar en la Unión Soviética el método por el cual se mantenía informado de mis actividades en Washington: Buscó leer el papel con el memorándum que el secretario general Brezhnev tenía enfrente de él con la escritura cabeza abajo. Pero falló.

El primer día de conversaciones Brezhnev comenzó con un largo discurso proclamando las virtudes de su versión del tratado nuclear —*un acuerdo preciso y lúcido*— que contenía previsiones que no causaban *alarma*, según nos aseguraba. *Yo no apostaría a eso*, le contesté secamente. Impasible, Brezhnev continuó hablando sobre la importancia histórica de los Estados Unidos y la Unión Soviética, finalizando con una de las primeras manifestaciones de que la China era el verdadero objetivo:

Y por lo menos nosotros en este grupo no podemos dejar pasar en silencio el hecho de que existen otros poderes nucleares en el mundo, y deben incluirse ciertos puntos en el acuerdo en que les demostramos que se equivocan si pretenden jugar con la guerra nuclear.

Unimos con la Unión Soviética en una alianza contra la China no era nuestra idea de la *détente*. Tampoco iba a permitir que me sobrepasaran en el departamento de los mejores discursos, especialmente ahora en que cada hora que pasaba crecía nuestra posición de negociar.

En mi contestación yo calificué el acuerdo propuesto como una de las numerosas negociaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y no como un hecho histórico de importancia. Me tiré un lance muy flojo manifestando que el progreso de SALT II daría más fuerzas al significado de cada negociación. Tiemblo de pensar lo que habría ocurrido si hubiera estado más persuasivo; las condiciones de nuestros debates internos no se prestaban por sí mismos a una seria negociación sobre SALT. Les hice notar, sarcásticamente, que sin la relación personal entre el presidente y Brezhnev el acuerdo que estudiábamos nunca habría llegado tan lejos —implicando de esta manera que no se trataba de un asunto de importancia prioritaria para nosotros desde el punto de vista del interés nacional. Mencioné la necesidad de informar a los aliados (nosotros ya la habíamos cumplido). Brezhnev contestó diciendo que él no nos iba a indicar cómo debíamos tratar a nuestros aliados; en cuanto a él pronto viajaría a Alemania del Este y a Polonia pero no iba a comunicarles lo expuesto. Evidentemente esta proposición no era muy verdadera, sin mencionar que el colocar a Alemania del Este en el mismo nivel que Francia por ejemplo, no le hubiera caído muy bien a los franceses. Además agregé —a lo mejor para adularme respecto a que nuestros mismos procedimientos podían ser adaptados en la Unión Soviética— que muy pocos entre sus colegas del Politburo conocían el proyecto. (Esto también planteó una duda en mi mente ya que el tema constante de Dobryniñ era que, de fracasar completamente en el logro del acuerdo se debilitaría la posición de Brezhnev en el Politburo. Difícilmente se lo podía culpar por no terminar lo que sus colegas desconocían).

La primera sesión pasó a cuarto intermedio sin tocar los temas principales. El 5 de mayo, sábado por la tarde, después de escuchar una introducción de chistes de Brezhnev, empezamos con el texto. La primera discusión se basaba en qué texto estudiaríamos. Ganamos las dos terceras partes de la batalla cuando se decidió usar el nuestro (mejor dicho el de Brimelow) como punto de partida. Enseguida nos sumergimos en un típico debate neblinoso. Es increíble ver hombres grandes discutiendo sobre trivialidades; se trataba de si alguien debía leer el texto completo o sólo las partes a discutir y quién lo haría. Nosotros nos inclinábamos en concentrarnos en los temas a discutir, especialmente en la idea del renunciamiento del uso de armas nucleares. Finalmente se decidió leer el texto completo en voz alta. El honor, dudoso, recayó sobre Brezhnev.

Esto demoró más de una hora pero el paso del tiempo no ayudó a mejorar las motivaciones escondidas. Una vez que nuestro acercamiento básico fue aceptado, Brezhnev trató de volverlo a favor de él. Comenzó con un pedido de ayuda para incluir una cláusula que enfatizara la naturaleza bilateral de nuestro acuerdo. El borrador norteamericano proponía que los Estados Unidos y la Unión Soviética *actuarían de tal manera que... excluir la declaración de guerra nuclear entre ellos o entre cada parte y terceros*. Brezhnev quería retirar las últimas siete palabras —dejando así abierto un hueco para los ataques nucleares a terceras partes. Finalmente nos pusimos de acuerdo haciendo del renunciamiento a la guerra nuclear un objetivo, y no una obligación, aplicada a todos los países y no solamente a los superpoderes, y haciéndola depender de una serie de condiciones

políticas, especialmente evitar la amenaza de guerra— sustancialmente tal cual lo había sugerido Brimelow.

Inmediatamente se produjo una nueva polémica sobre la redacción del artículo alegando que no afectaba al documento *las obligaciones tomadas por los Estados Unidos y la Unión Soviética con terceros países en acuerdos o tratados de apropiación*. Traté de reforzar la cláusula con el agregado de la frase *otros instrumentos de apropiación* —para tener en cuenta otros países, tales como Israel, con el cual no teníamos alianzas formales (y a fin de enfatizar la sobreentendida pero muda implicación de que incluía también a China). Brezhnev dio su aprobación de mala voluntad. Una situación similar se produjo con cada artículo. A fin de no cansar al lector, incorporé el texto entero del acuerdo final a mis Notas de fondo (15).

A fin de aclarar ambigüedades, el 7 de junio escribimos un borrador de una carta de Nixon para Brezhnev, poniendo en claro que interpretábamos el convenio como envolviendo obligaciones generales aplicables a todas las naciones; que no contenía el renunciamiento de las armas nucleares pero sí al uso de la fuerza en la diplomacia; las consultas entre EE.UU.-U.R.S.S. no debían ser utilizadas para buscar de imponer condiciones a terceros países:

Mi punto de vista es que hemos desarrollado un objetivo y ciertas formas de conducta aplicables a las políticas de cada uno de nuestros países en los años por venir. Al lograr esto, coincidimos en no rechazar el uso de cualquier arma pero ejecutamos un gigantesco paso en la creación de condiciones en las cuales el peligro de guerra, especialmente de una guerra nuclear, entre nuestros dos países o entre uno de los nuestros y otros, desaparecería. En resumen las obligaciones que hemos aceptado recíprocamente también las hemos aceptado como adaptables a nuestras respectivas políticas en otras latitudes. Al suscribir el acuerdo y, en particular, al ponernos de acuerdo en consultarnos mutuamente en determinadas circunstancias, nos hemos comprometido el uno al otro pero no hemos decidido de ninguna manera imponer una obligación particular o una solución a los otros países. Al mismo tiempo hemos salvaguardado los derechos de los nuestros y las obligaciones tomadas por cada uno han sido respetadas.

En resumen, en más de un año de negociaciones habíamos transformado la propuesta original soviética que consistía en un renunciamiento incondicional del uso de armas nucleares en contra de cada uno, en una declaración banal de nuestro objetivo de paz, aplicable asimismo a aliados y a terceros países y comprometiendo restricción en la conducta internacional, especialmente evitando la amenaza del uso de la fuerza. Otra cláusula proveía consultas recíprocas antes que cualquier parte decidiera el uso de la fuerza en circunstancias que pusieran en peligro la paz y la seguridad mundial. En caso de un importante movimiento militar el ofendedor quedaría como violador del acuerdo. El documento completo consistía en una red de condiciones que apresaban a los rusos haciéndoles imposible volverse en contra de la NATO o el Medio Oriente sin violación del convenio. Y nos daba asimismo un marco legal para resistir un ataque soviético a la China.

Brezhnev y Nixon firmaron el acuerdo en Washington el 22 de junio de 1973. Estábamos tan preocupados por posibles malas interpretaciones que teníamos preparada una declaración para la prensa, la que le leí a Brezhnev antes de entregarla. Su punto básico era nuestra familiar declaración: El objetivo del acuerdo era no prohibir el uso de un arma particular en caso de guerra sino el de preservar la paz frenando la amenaza del uso de la fuerza:

Cada parte ha establecido en forma irrevocable su voluntad de practicar un

control propio no solamente en las relaciones con cada parte sino también con todos los países. . . En otras palabras, en su conducta general en asuntos internacionales, deberán aceptar las restricciones e implicaciones cuando sus acciones o sus políticas aumenten el peligro de guerra, en este caso sus actitudes serían inconsistentes con el objetivo de este Acuerdo. Por lo tanto, aquí no existe el *condominium*, sino lo contrario. Los dos poderes nucleares más fuertes explícitamente aceptan la responsabilidad general de preservar la paz, no a través del intervencionismo o de presiones, pero sí refrenando la amenaza o el uso de la fuerza.

El significado más importante de este documento es, por supuesto, la seguridad para todas las naciones.

Brezhnev protestó mi insistencia en afirmar todo aquello que el acuerdo sólo trataba en sus aspectos positivos. Tenía razón. Pero no le quedaba más remedio que seguir adelante con lo propuesto.

La paz entre los dos superpoderes no quedaría asegurada por documentos legales. Y si resistíamos los ataques a países amenazados esto dependía menos de nuestra hábil interpretación de un complicado pacto que de nuestra percepción del interés nacional. Los soviéticos proponían el documento por razones simbólicas, y nosotros reescribíamos el contenido a fin de convertir ese simbolismo en inocuo o para nuestra propia ventaja. Lo que había comenzado como un paso soviético hacia el condominio había evolucionado en una elaboración de los *Principios Básicos en las Relaciones EE.UU-U.R.S.S.*, firmado en Moscú el año anterior. El Acuerdo para la Prevención de la Guerra Nuclear reflejaba nuestra creencia de que el control de armas suponía restricción de la conducta internacional; que la coexistencia entre los superpoderes dependía en última instancia de adherencias a principios de conducta por el cual aprenderíamos a no amenazarnos en los intereses vitales de cada uno.

El acuerdo final fue entonces una vindicación de nuestro acercamiento básico. Técnicamente resultó una de nuestras mejores performances diplomáticas. Era la imagen de borradores ingeniosos (en su mayoría de Brimelow) y de testarudas negociaciones. Pero en retrospectiva dudo que el resultado haya valido el esfuerzo. Ganamos un texto marginal útil. Pero la conclusión resultaba muy sutil; las negociaciones demasiado secretas; el esfuerzo muy contraproducente; las necesarias explicaciones a nuestros aliados y a la China demasiado complejas para tener el impacto deseado.

Los europeos eran particularmente sensibles. Conocían desde hacía meses el proyecto. Yo personalmente había informado a Pompidou, Heath y Brandt varias veces. Pero la unidad aliada nos eludía a pesar de las intensas consultas. A pesar de que Heath, Brandt y Bahrn, nos habían dado su apoyo y los británicos colaboraron en los borradores, Pompidou siempre se manifestó cauteloso, y por razones propias de sus líderes, Alemania y Gran Bretaña no habían informado a sus burocracias. Cuando el proyecto finalmente salió a la luz en junio de 1973, en el Consejo Nacional Atlántico, culminó con el absurdo de que Gran Bretaña, a través de su delegado permanente, criticó duramente lo que era en su mayoría un borrador británico y además tuvo el apoyo de su colega alemán.

Tuvimos la misma dificultad con la China. Conforme a nuestra interpretación del acuerdo, la Unión Soviética no podía ejercer presión sobre Pekín sin violar la mayoría de sus cláusulas, incluyendo el compromiso de consultar antes de decidirse por tomar acciones amenazantes para la paz y la seguridad internacional. El senador Jackson, tanto que nos criticó todos los aspectos de nuestra política soviética, reconoció la ventaja inmediatamente y nos dio su apoyo. Pero los fríos calculadores de Pekín no lo vieron de esa manera. No creían que su seguridad estaba reforzada por obligaciones escritas; sabían reconocer el potencial de una euforia confusa en un documento cuyo propósito principal era la prevención de la guerra nuclear.

No fue una sorpresa que el Acuerdo para la Prevención de la Guerra Nuclear haya desaparecido sin pena, quizá misericordiosamente. Fue invocado una sola vez durante la década posterior a su ratificación: cuando en la alerta de 1973 en el Medio Oriente prevenimos a los soviéticos que su intervención unilateral violaría sus cláusulas. Pero según lo demostró la ocasión, el peligro de guerra nuclear se repele no con un documento sino con la fuerza, la resolución y una determinada diplomacia.

LA VISITA DE BREZHNEV A NORTEAMERICA

Las conferencias cumbres son conferencias riesgosas. Nadie llega a la cima en la política sin un ego muy desarrollado; la suerte de los líderes políticos está unida a la habilidad que tienen para lograr sus objetivos. Les resulta muy difícil contemporizar: especialmente cuando las negociaciones se conducen en público; generalmente carecen de tiempo para darle una detallada atención a las variaciones que son la esencia del éxito diplomático. Los *impasses* son difíciles de romper. Los acuerdos se logran utilizando fórmulas bien vagas que después se pueden fácilmente invocar como malentendidos o desinterpretaciones.

Las conferencias cumbres entre oponentes de distinta ideología son particularmente complejas. Al seguir a un período de tensión, invitan al riesgo de euforia popular; durante una crisis pueden exacerbar tensiones. Pueden generar excesivas expectativas o excesivas desilusiones y se balancean entre un extremo y el otro.

Pero si los riesgos están bien asumidos y si la preparación es meticulosa, existen las oportunidades. El sistema soviético de gobierno es menos hospitalario que las burocracias en general lo son a las ideas que confrontan esas presunciones. El estar en desacuerdo con la ortodoxia tiende a ser interpretado como una falta de vigilancia ideológica; el conformismo es el requisito previo de la supervivencia política. Los líderes comunistas necesitan periódicas oportunidades para formar su propio juicio sobre la fibra moral y el aparato conceptual de sus contrapartidas occidentales o corren el riesgo de vivir en una serie de pueblos Potemkin contruidos por subordinados que sólo quieren adular sus preconcepciones.

Precisamente debido a que la confrontación de intereses e ideologías nacionales EE.UU.-URSS reanima la competición y ocasionalmente la confrontación, la paz bien puede depender en la habilidad del Politburo para elaborar un juicio correcto sobre las posibles reacciones de nuestros líderes cuando son amenazados. Un presidente norteamericano fuerte y con confianza puede utilizar esporádicamente conferencias cumbres para impresionar a los líderes soviéticos con su determinación, a fin de reducir el riesgo de mala interpretación, para mantener abierta la posibilidad por remota que sea, de un diálogo final constructivo. A la inversa, si los soviéticos llegan a la conclusión que su número uno opuesto norteamericano es débil o poco sofisticado o irresoluto podrían tener el coraje de tomar riesgos adicionales.

Desde este punto de vista la conferencia cumbre de Moscú en 1972 se concretó en circunstancias ideales para Nixon. Dos semanas antes, él había ordenado que se reanudara el bombardeo a Vietnam del Norte y la colocación de minas en los puertos. Cuando Moscú a pesar de todo mantuvo su invitación, el Kremlin demostró que subordinaba algunos de los problemas de sus amigos a las relaciones norteamericano-soviéticas. Nosotros por nuestra parte habíamos demostrado que estábamos totalmente preparados para correr el riesgo de la *détente* en aras de lo que considerábamos vitales intereses.

Por las mismas razones, las perspectivas de la conferencia cumbre de 1973 eran mucho menos propicias. Los líderes soviéticos son extremadamente sensitivos al balance de los poderes. Al principio ellos estaban confundidos con Watergate; lo interpretaron como una confabulación derechista para lograr la *détente*. Cuando me encontraba en Zavidovo

me decían que esperaban que pronto terminaría; no tenían ninguna gana de ver al secretario general del Partido Comunista de visita en Washington en el medio de una traicionera controversia interna norteamericana. El complejo sistema soviético exige socios sin controversias. La capacidad de un presidente norteamericano de cumplir con sus amenazas o con sus promesas es la moneda principal en que ellos comercian. Y esto estaba en cuestión en 1973. No importa cuán tentadora fuera la perspectiva de un ejecutivo norteamericano endeble, los soviéticos parecían por muchos meses estar restringidos por las inseguridades que se presentaban. Les llevó casi dos años moverse agresivamente para explotar nuestras dificultades caseras dándoles su apoyo a las fuerzas africanas.

A medida que Watergate adquiría mayor impulso, durante la primavera del '73, se produjo un ligero cambio en las apuestas que casi pasó inadvertido. A principios de mayo en Zavidovo, Brezhnev todavía rezumaba entusiasmo en torno a la conferencia cumbre. Vendría trayendo a su mujer y su familia. Quería visitar varias ciudades de EE.UU. —por lo menos Houston y Los Angeles, además de Washington. Pero durante el mes de mayo se nos informó que los *médicos* de Brezhnev habían *prohibido* viajar a su mujer; la visita de los hijos también se dejó sin efecto pero sin explicaciones. En un momento dado los soviéticos propusieron limitar la visita de Brezhnev solamente a Washington(*). Cuando manifestamos nuestra sorpresa por la reducción del plan original, ellos repusieron la estadía en San Clemente, no sin que Brezhnev explicara muy dolorido que lo hizo para demostrar su indiferencia a las críticas dirigidas a Nixon. (Véase el Capítulo IV).

Al mismo tiempo las audiencias televisadas del comité Watergate del senador Sam Erwin adquirían cada vez más adeptos. No pasaba un día sin que se produjeran nuevas declaraciones dañosas. El testigo principal ante el Comité Selecto Senatorial era John Dean, ex consejero de la Casa Blanca y su testimonio se realizaría durante la semana en que Brezhnev estaba de visita. La humillación de ver el mal comportamiento del presidente desparramado por todo el país mientras Brezhnev se encontraba de visita —o quizá la poca voluntad de compartir las horas pico en televisión con el líder comunista— indujo al Comité a posponer el testimonio, pero solamente por una semana. No estaban preparados para concedernos un día más adicional. La audiencia se reanudó por lo tanto el mismo día de la partida de Brezhnev, lo cual le dio a los líderes soviéticos la impropia oportunidad de presenciar en forma personal cómo el presidente era acusado, el mismo con el cual ellos acababan de negociar.

Estas circunstancias habían inducido al senador Jackson a proponer antes de la llegada de Brezhnev, que se postergara la conferencia cumbre. En lo abstracto Jackson tenía razón. En la práctica una cancelación después de tantos preparativos y sobre esos motivos habría socavado gravemente la autoridad del gobierno de los Estados Unidos. Hubiera sido la señal de que habíamos perdido nuestra capacidad de negociar —y por lo tanto también de proteger nuestros intereses— durante el curso imprevisible de una prolongada investigación. Una vez admitido este principio a los soviéticos, se aplicaría a cualquier otra clase de relación. Hubiéramos hecho de nosotros un motivo internacional de burla mucho antes de que los eventos nos impusieran esa condición.

No teníamos más remedio que pretender que nuestra autoridad seguía intacta. Por ello debíamos seguir adelante como todos los días: no nos podíamos permitir ni la apariencia

(*) Los funcionarios norteamericanos encargados de planear la visita deben haber contribuido a la falta de interés de Brezhnev en conocer otros sitios. Le propusieron al team soviético encargado de preparar la visita que el secretario general fuera a Pittsburgh— donde se entrevistaría con trabajadores del acero estadounidense— en su mayoría polacos, checos o de ascendencia serbia— y que le gustaría quizá visitar una acería y ver el funcionamiento de los altos hornos. Los soviéticos inmediatamente se manifestaron en contra de la idea, poniendo de manifiesto la rapidez de comunicación que había entre ellos o la prudencia de los que planificaban el viaje. Un político soviético que ha sobrevivido y llegado al Politburó también ha aprendido a no ponerse al alcance de los altos hornos, especialmente si los que los manejan son europeos del Este.

de una duda; debíamos evidenciar suprema confianza personal sin demostrar lo que sentíamos. Por supuesto Nixon disponía de un motivo más personal. Para él admitir que su capacidad de gobernante estaba puesta en cuestión aceleraría los asaltos a su sitial de presidente. No podía admitirse a sí mismo la creciente desintegración de lo que le había llevado toda una vida poder lograr.

De esta manera la segunda conferencia cumbre Nixon-Brezhnev se ejecutó bajo no muy buenos auspicios. Afortunadamente no quedaban negociaciones sin terminar. El Acuerdo para la Prevención de Armas Nucleares había sido completado en Zavidovo. Todo lo que faltaba terminar en el tema SALT era convenir la fecha de complementación del acuerdo —una cuestión secundaria. Había también varios convenios subsidiarios listos para ser firmados— en cooperación agrícola, transporte, oceanografía e intercambios culturales. La mayor utilidad de una conferencia cumbre en estos aspectos era la de proveer una fecha límite. Habiéndose acabado todo, la conferencia cumbre de Washington proporcionó a ambos líderes la oportunidad única de explorar las mentes de cada uno. Es el mejor uso de la diplomacia de estas conferencias, pero la mente de Nixon estaba preocupada y distraída. Condujo los debates con bastante habilidad pero sin el sentido de seguridad y confianza del año anterior. En cuanto a Brezhnev, su jovialidad nunca llegó a disimular suficientemente sus vacilaciones. Una visita a los Estados Unidos constituía sin duda un gran evento para él. Desesperadamente quería dar su mejor impresión. En sus apariciones en público intentó esconder su vulnerabilidad detrás de pesadas payasadas. Claramente quería ser percibido como alguien más humano y demostrativo que Krushchev. En un medio normal hubiera resultado atractivo como lo era en ciertos aspectos emotivos. En pleno caos de Watergate no produjo ningún efecto. Evidentemente la prensa lo interpretó como buscando lograr una operación de rescate para Nixon, lo que no ayudó a ninguno de los dos. Resultaba también injusto porque dudo que a esa altura Brezhnev fuera consciente de lo extenso de las dificultades de Nixon.

Brezhnev llegó a Washington el 16 de junio. Casi un hipocondríaco, convirtió en una obsesión su necesidad de acostumbrarse a las diferencias de horario. Usaba dos relojes, uno con la hora de Moscú, el otro con la de Washington. Se olvidaba si la hora en Moscú estaba adelantada con respecto a Washington o viceversa. Cuando llegamos a San Clemente y hubo de agregar tres horas más, abandonó su búsqueda de la diferencia horaria pero nunca dejó de quejarse por ello.

Nixon puso a disposición de Brezhnev y su grupo todas las facilidades de Camp David para que descansaran antes de que la conferencia cumbre empezara. Las cabinas de la Norteamérica capitalista eran considerablemente más rústicas, pequeñas y menos elegantes que las de Zavidovo. Como Nixon y yo nos encontramos en Key Biscaine ese fin de semana, lo llamé a Brezhnev para preguntarle si se encontraba cómodo. Aun a través de la pantalla de intérpretes, resplandecía de entusiasmo y animación y al mismo tiempo se preocupaba de que todo no anduviera como estaba planeado. Me manifestó que le gustaría rever el programa antes de la bienvenida oficial que estaba establecida para el día siguiente. Volé hasta Camp David el 17 de junio para encontrarme con un Brezhnev de excelente humor. Me besó —la primera vez desde que nos conocimos— e inmediatamente me mostró su nuevo juguete: una caja de cigarros que dejaba salir uno por vez, a intervalos determinados. Brezhnev buscaba todo tipo de estratagema para ganarle al sistema, una de ellas era la de llevar dos de ellas todo el tiempo.

Existía por supuesto la sempiterna ansiedad: ¿Estaba buscando la forma de librarnos de firmar el Acuerdo para la Prevención de la Guerra Nuclear? Le aseguré que tal posibilidad era impensable. ¿Debía confrontarse con demostraciones populares? ¿Lo tratarían los senadores con respeto? ¿Se intentaría intervenir en la política interna soviética? Me manifesté seguro de que poseía la suficiente habilidad para manejar cada una de estas situaciones. Inquietamente, Brezhnev se dejaba convencer.

La ceremonia de llegada para los huéspedes del Estado a la Casa Blanca es simple e impresionante. La hora eran las 10.30 en el enorme prado del sur. Algunos minutos antes de esa hora, con los compases de *Salud al Jefe* tocados por la banda de la Marina, el presidente y la primera dama hicieron su aparición bajo la entrada del Portico Sur al cual daba el Salón de Recepción Diplomática en la planta baja. Nixon saludó a los dignatarios que esperaban en el prado, éstos incluían al secretario de Estado, el jefe del Estado Mayor Conjunto, el decano del cuerpo diplomático, los embajadores del país que recibía y del que venía, y otros funcionarios. Un llamado de trompetas señaló la llegada del coche oficial que traía a Brezhnev entrando por el Portón Suroeste y moviéndose lentamente frente a la guardia de honor hacia el presidente.

Todo esto marchó muy bien. La *limousine* se detuvo delante del Pórtico Sur a fin de que el presidente saludara a Brezhnev y juntos subieron a una plataforma para escuchar el himno nacional de cada país. Pero entonces las cosas no empezaron a marchar bien. Un contingente de soldados vestidos con uniformes de ceremonial que representaban cada uno de nuestros servicios militares y que exhibían un profuso y colorido despliegue de banderas esperaba para ser revistado pero la efervescencia de Brezhnev se descolocó. Al dirigirse hacia los soldados parados en actitud de perfecta atención, se distrajo con una multitud que portaba banderas soviéticas y norteamericanas. Corrió hacia ella y empezó a estrechar manos como cualquier político local en medio de una campaña proselitista. Nixon tuvo la suficiente presencia de ánimo para preservar de la insania al oficial escolta y al jefe de protocolo, empujando lentamente a Brezhnev de vuelta en dirección de las tropas que todavía seguían en atención. Brezhnev volvió al estrado mientras la banda de la Marina desfilaba; tanto él como Nixon pronunciaron un pequeño discurso. Los dos líderes después se encaminaron juntos por la ancha escalera al Pórtico Sur desde donde saludaron al público antes de desaparecer en los salones de recepción, donde el presidente y su huésped formaron una línea para saludar a los dignatarios presentes. Aquí una vez más, Brezhnev sabotó el programa. La línea de recepción se movía lentamente porque él no dejaba de intercambiar extensos comentarios con viejos conocidos. El desdén que tenía por el programa capitalista significaba que un acto planeado para durar media hora, o hasta las 11, se retrasó espantosamente y con él el comienzo de las conversaciones formales en el Salón Oval. Pero todavía no habíamos terminado con lo inesperado.

El primer encuentro entre Brezhnev y Nixon en el Salón Oval incluía también al secretario de Estado Williams Roger, a mí y a Hal Sonnenfeldt como el apuntador por nuestra parte; al canceller Andrei Gromyko, el embajador Dobrynin y al magnífico intérprete Viktor Sukhodrev por parte de los soviéticos. (Sonnenfeldt por nuestra parte entendía el ruso.) Primero Nixon y Brezhnev posaron para los fotógrafos. Una vez establecidas las preeminencias, se les reuniría el resto de la partida. Pero esperamos casi una hora en el Salón de Gabinete sin ser convocados.

El record completo de lo que se discutió tendrá que esperar a ser revelado por las grabaciones de Nixon. El presidente no me hizo ninguna confidencia. Probablemente Brezhnev repitiera algo de lo que me formuló en Zavidovo. La conversación debe haber permanecido al nivel general porque Dobrynin —que indudablemente poseía el informe de Sukhodrev— nunca se refirió a ella o me manifestó algunas de las conclusiones a las que se llegaron. (Sukhodrev había prometido darme una copia de su informe pero nunca lo hizo).

Finalmente el resto de nosotros entró a las 12.35; Brezhnev, que hizo uso de la invitación de Nixon de que nos delineara su punto de vista en las relaciones EE.UU.-URSS, comenzó una larga historia de las mismas que a causa de las interpretaciones duró cerca de cuarenta y cinco minutos. Durante la recitación manifestó que la conferencia cumbre de Moscú de 1972 fue un punto de partida para los contactos Este-Oeste. Todos los

problemas tienen solución, Brezhnev insistía, siempre y cuando ambas partes renuncien a ventajas unilaterales y estén preparadas a comprometerse:

Todo lo que se hace en Moscú y que tenemos que estar preparados para hacer adquiere significación e importancia inusual. Como ustedes saben nosotros los rusos disponemos de una ventaja— la existencia siempre es el mejor maestro. Creo que la vida de nuestros pueblos y de nuestros líderes nos han conducido a la conclusión de que debemos construir un nuevo entendimiento ahora y en el futuro. Por lo tanto tengo mucho placer en enfatizar que, la razón humana, nos ha llegado a los dos al mismo tiempo a reconocerlo y esto es lo que nos condujo al éxito en el encuentro de Moscú del año pasado. Creo firmemente y seguiré creyendo que lo hecho allí se logró con el profundo conocimiento de la importancia de esta aventura conjunta para el futuro y para la paz. Nos reunimos el año pasado en Moscú no para comparar nuestras fuerzas o para competir sino para adoptar importantes decisiones. Y sé que nos ganamos el apoyo unánime de nuestros pueblos.

Como faltaba una semana solamente para que John Dean hiciera su testimonio, el apoyo a Nixon del pueblo norteamericano era una utopía, por lo menos a juicio de los norteamericanos presentes, que sabíamos lo que nos esperaba. Por otra parte nuestra capacidad de reflexionar seriamente se veía puesta a prueba por las llamadas del hambre cuando veíamos que el encuentro se prolongaba hacia la tarde sin señal de arribar a una conclusión. Evidentemente no podía terminar porque el presidente todavía no había respondido. Brezhnev, consciente de un malestar en el grupo norteamericano continuamente chequeaba sus dos relojes. Hacía esto, nos acotó, a fin de controlar el ritmo de su cuerpo y para saber cuándo era hora de comunicarse con sus colegas de Moscú. Por décima vez oí a Gromyko y Dobrynin informarle que Moscú estaba a siete horas de diferencia adelantadas con respecto a Washington, pero sin mucha convicción de ser escuchados. Brezhnev interrumpió su monólogo varias veces para preguntarle al presidente, a Rogers y a mí, si nos estaba cansando. Nosotros valientemente lo negamos como un punto a favor del prestigio nacional, aunque teníamos el depresivo sentimiento de que lo decíamos cada vez con menos convicción a medida que avanzaba la tarde.

Misericordiosamente Nixon comenzó a responder más escuetamente que Brezhnev. No estaba preparado para un prolongado encuentro. El memorándum informativo que le había proporcionado mi oficina solo sugería que él y Brezhnev se pusieran de acuerdo sobre la agenda de la conferencia cumbre y de que disuadiera al secretario general de cualquier idea de condominio. Pero Nixon no quería que Brezhnev tuviera la ventaja de un discurso filosófico. Hizo un paralelo entre la atmósfera en la reunión de Eisenhower con Krushchev en 1959, en el Salón Oval y la presente. Creo que se refería a que en este momento Berlín no estaba amenazado, ya que esta amenaza era la que había motivado la invitación a su predecesor. Después alabó la paridad nuclear que se había logrado desde entonces. Esta fue la primera vez desde mi asociación con él que le falló el toque de seguridad con que siempre conversaba con un líder comunista. La paridad estratégica, si las democracias no aumentaban sus fuerzas convencionales, se convertiría tarde o temprano en una pesadilla para nosotros, liberando a la superioridad soviética en fuerzas convencionales para intervenir en conflictos regionales.

Nixon se recuperó rápidamente reiterando en que no tomaríamos parte en ningún condominio de superpoderes. *Mientras que nosotros como hombres prácticos que somos, sabemos cuál es nuestra fuerza, también sabemos como nación fuerte, lo que nos podemos permitir y debemos seguir una política de respeto por los derechos de otras naciones.* De esta manera Nixon se aseguraba que Brezhnev no malinterpretara el significado del Acuerdo para la Prevención de Guerra Nuclear, el cual estipulaba *reconoce el derecho de todos los*

países y al mismo tiempo la responsabilidad de los nuestros de desarrollar métodos que eviten la guerra nuclear y otras confrontaciones entre nosotros.

Nixon concluyó haciendo una lista de todos los tópicos de las subsiguientes sesiones: Seguridad Europea, SALT, Vietnam, Camboya, relaciones económicas. Brezhnev de muy buen talante estaba de acuerdo en todo. *He oído Vietnam*, acotó cuando Nixon tocó el tema. *No he sido yo quien lo ha mencionado. Pero si quieren podemos sostener una discusión más tarde, recuerdo haber conversado al respecto en la dacha.*

Aquí hacía referencia a la reprimenda que le administraron a Nixon. Brezhnev, Kos y Podgorny, quienes hablaron por turno en la dacha de Brezhnev, a cuarenta minutos del Kremlin. (16). La sesión fue al mismo tiempo brutal e irrelevante porque se hizo por un record no por efectos prácticos —lo cual se pone de manifiesto en el siguiente intercambio. Sí —dijo Nixon suavemente—, *fue una cena retrasada*. Brezhnev se puso a la altura del momento: *Lo pasamos muy bien*. No dudo que sentía cada palabra. ¿Qué puede ser más agradable que amenazar, sin riesgos a un oponente ideológico involucrado en su propio purgatorio al otro extremo del globo?

La sesión en el Salón Oval terminó a las 15.30 con la hambrienta delegación norteamericana dirigiéndose rápidamente a la cantina de la Casa Blanca. Brezhnev a pesar de tener siete horas de adelanto o de retraso con respecto a nosotros parecía no tener necesidad de sustento.

El resto de la conferencia cumbre continuó con el zigzagueante ritmo característico de las negociaciones soviéticas. Algunos encuentros se cancelaban sin explicaciones; o la contrapartida soviética no aparecía. Los encuentros se reorganizaban sorpresiva y súbitamente. Esto sucedió no sólo en Moscú, donde los soviéticos controlaban todos los movimientos, sino también en los Estados Unidos. En Camp David, adonde todo el grupo se dirigió el 20 de junio por dos días, la cabina de Brezhnev estaba situada en diagonal con la del presidente. En una ocasión Brezhnev y su colega se sentaron en la galería a la vista de las habitaciones del presidente manteniendo conversaciones en altas voces durante dos horas, o sea el retraso que tenían para cumplir con el horario, sin siquiera enviar un mensajero explicando la tardanza. Súbitamente de la misma manera que lo hicieron en Moscú, indicaron que estaban listos. Por motivos propios o por la dificultad de ajustarse al horario de luz de Occidente, eligieron nuevamente la hora del almuerzo. Nixon se mostró más paciente que yo. Sabía que los soviéticos veían que él estaba libre. Aceptó el encuentro en el que se discutía la Conferencia de Seguridad Europea; éste consistió en su mayoría en una disertación de Brezhnev sobre la cual los líderes de Europa occidental ya habían prestado su acuerdo a la propuesta soviética de concluir el debate al nivel de la conferencia cumbre. (Esto era la primera noticia que nosotros teníamos del tema, lo cual no dejaba de ser irónico, ya que estos mismos líderes occidentales europeos no estaban muy contentos de recibir al presidente en una conferencia cumbre occidental.)

El resto de la semana pasó con discusiones entre los oficiales principales, las ceremonias de firmas y las cenas de Estado. Un encuentro se lo dedicó a estudiar el incremento entre el comercio norteamericano-soviético. El ambiente de ese período ahora tan lejano está reflejado en las manifestaciones de Brezhnev respecto a su esperanza de que la Unión Soviética comprara mercaderías de consumo a los Estados Unidos por valor de veinte mil millones de dólares. De ser esto cierto no es más que una muestra de cuán dedicada está la producción soviética hacia todo lo que sea militar —y cuán ineficiente es su economía. Durante otro encuentro, John Connally, quien ahora era asesor temporal del presidente y abogado practicante, hizo su aparición para urgir a ambas delegaciones sobre la importancia de continuar con el desarrollo del gas natural de Siberia. Esta interrupción promovió al secretario de Estado a murmurarme que esperaban que se le

escuchara con la misma benevolencia cuando volviese a trabajar en su estudio de abogado.

Después de una efusiva cena en la embajada soviética el 21 de junio, la delegación voló a San Clemente en el avión presidencial el día 22. Habiendo sido un huésped del mucho más lujoso avión de Brezhnev en 1972, me pregunté si la relativa simplicidad de Camp David y del presidencial Air Force Uno no convencería a nuestros huéspedes soviéticos de que el *status* daba mayores beneficios en una sociedad sin clases que en una capitalista. Le habíamos entregado un sombrero de cowboy y un cinturón con pistoleras y pistolas de juguete a Brezhnev en el avión. No se entusiasmó con el sombrero pero quedó fascinado con el cinturón. Mientras cruzábamos el Gran Cañón, Brezhnev aprovechó la ocasión para imitar a John Wayne, su ídolo favorito del cine, sacando las pistolas con rapidez.

Una vez en San Clemente, Brezhnev insistió en alojarse en el mismo sector que el presidente. Como Nixon poseía la única residencia apropiada, a Brezhnev se lo alojó en un pequeño chalet que usualmente se reservaba para la hija de Nixon: Tricia; consistía en un living de tamaño mediano al cual daban dos dormitorios con decoraciones florales. Gromyko aceptó el chalet de Julie Eisenhower todavía más pequeño. En cuanto llegó a San Clemente, Brezhnev recrudesció con su manía del cambio de horario, esta vez retirándose en cuanto llegó, alrededor de las 18 horas.

Las dos conversaciones más significativas tuvieron lugar el último día de San Clemente, el 23 de junio. No estaban previstas y se precipitaron sobre nosotros sin aviso. En un encuentro al mediodía entre Nixon y Brezhnev, en el cual sólo yo y el intérprete Sukhorev estábamos presentes, Brezhnev dio rienda suelta a su fobia por los chinos. Era como volver a Zavidovo. Su ira no estaba libre de tonalidades raciales. Los chinos eran pérfidos y astutos en ocultar sus verdaderos designios. Consideraba la Revolución Cultural China como un ejemplo de degeneración moral, preguntando qué clase de líderes podían oprimir a su pueblo haciendo propaganda al mismo tiempo por todo el mundo —como si el Archipiélago de Gulag de campos de concentración y exterminación nunca había sido oído en su patria socialista. Nos insinuó duramente que los medios soviéticos creían que Mao sufría de un desorden mental. De cualquier forma sano o no *Mao poseía un carácter traicionero*.

Pero el interés de Brezhnev no resultaba sólo teórico. Sus motivos eran eminentemente prácticos. Nos propuso un intercambio secreto de puntos de vista sobre China a través del canal presidencial. Nos advirtió que en diez años el programa nuclear chino sería igual al de los soviéticos en 1973. Esto no sería aceptable para la Unión Soviética, aunque no nos manifestó qué medidas tomaría el Kremlin en tal caso. En el futuro inmediato la URSS expondría al mundo la belicosidad china ofreciendo firmar un pacto de no agresión, el cual estaba seguro sería rechazado por Pekín. (En esto tuvo razón.) Agregó que no oponía dificultades a las relaciones interestatales entre Washington y Pekín. Los arreglos militares eran un caso aparte: *La gente del mundo nos perderá la confianza*, sentenció con su característica desaprensión por la opinión mundial. La Unión Soviética no tenía intenciones de atacar a la China, pero un acuerdo militar entre China y los Estados Unidos confundiría el resultado, aseguró Brezhnev con una sutileza que encerraba la firma de Gromyko.

Nixon respondió fríamente que estaba preparado para mantener contacto a través del canal *sobre cualquier tema*, pero no adelantó ningún análisis propio respecto a los motivos o los propósitos chinos. Yo agregué que no habíamos tenido ninguna discusión militar con la China. Ni Nixon ni yo le otorgamos ninguna seguridad sobre el futuro. Brezhnev parecía insinuar un *quid pro quo* cuando como quien no viene al caso manifestó que la Unión Soviética había detenido las entregas militares a Vietnam del Norte después de la firma de los acuerdos de París. *Puede haber algunos rifles, pero nada de gran significación. Los urgimos a que se comporten conforme el Acuerdo de París*.

Por la tarde antes de una recepción en la pileta, Gromyko me llevó aparte. Se hallaba preocupado por que Brezhnev no hubiera estado suficientemente explícito —aunque ni su peor enemigo podía acusar a Brezhnev de decir vaguedades. De todas maneras el ministro de Relaciones Exteriores quería reafirmar sin ambigüedades, por tercera vez en seis semanas, que cualquier arreglo militar entre la China y los Estados Unidos conduciría a una guerra. Le respondí que entendía su inquietud. Pero no le di ningún dato sobre nuestras intenciones. Carecía de sentido ofrecer seguridades frente a una amenaza, más aun si estaba convencido, como ya lo he explicado, que aunque debíamos tener cuidado de no provocar una agresión soviética a la China, no podíamos permanecer indiferentes si eso ocurría. El impacto en el balance global de poder sería tan desastroso como un ataque con éxito a Europa occidental.

El segundo evento sorpresivo empezó el último día durante una conversación entre Gromyko y yo sobre la situación del Medio Oriente en el comunicado conjunto. Gromyko estaba muy cansado. Después de todo la conferencia cumbre previa y sus comunicados habían sido el factor principal de la expulsión de los consejeros soviéticos de Egipto (Véase Capítulo VI). Esta vez Gromyko rehusó hasta de incluir una referencia a la Resolución del Consejo de Seguridad 242, cuyas diferentes interpretaciones eran el corazón de la liturgia de las negociaciones del Medio Oriente, ya que nosotros nos negábamos a aceptar las interpretaciones soviéticas proárabes de la resolución. En 1972, Gromyko había procurado evitar cualquier expresión de diferencias sobre el Medio Oriente; en 1973 insistía en ello. Fue una frase corta, pero impediría la debacle del año precedente, cuando una vaga formulación anodina resultó interpretada por Sadat como una venta de los intereses árabes por los soviéticos. (Los párrafos del Acuerdo están en las Notas de fondo) (17).

Pero la conversación con Gromyko constituía solo una escaramuza. Brezhnev no solamente estaba preocupado por el estado de las negociaciones en curso sino con todos los hechos que se producían en el Medio Oriente. En mayo en Zavidovo yo había resumido para Brezhnev nuestros considerandos a la luz del apoyo soviético al máximo programa árabe: *Es muy difícil convencer a Israel de por qué deben abandonar el territorio en cambio de algo que ya poseen (un cese de la guerra) a fin de evitar una guerra que van a ganar —únicamente para tener que negociar con el más intransigente elemento árabe (los palestinos)*. Estábamos planeando una gran iniciativa diplomática después de las elecciones en Israel a fines de octubre y por el momento tratábamos de ganar tiempo. Pero en Zavidovo, Brezhnev había invocado la amenaza de guerra; insinuaba sus grandes dificultades en mantener a raya a sus aliados árabes. Gruñía que contábamos con un estado de cosas que podría no durar: *Es imposible no tomar algunas medidas, de lo contrario el presidente Nixon y yo nos encontraremos en una situación imposible. . . Después de todo nada en este mundo es eterno— de la misma forma la presente situación militar de ventaja tampoco es eterna*, Brezhnev no me ofreció ningún programa. Pensé que la vaga amenaza de guerra constituía un *bluff* porque nuestro punto de vista era que una guerra llevaría a la derrota de los árabes de la cual no podrían ser recobrados por los soviéticos. Gromyko me había entregado un conjunto de principios en Zavidovo, pero eran idénticos al programa árabe. Puesto que Brezhnev en sus conversaciones conmigo no estaba preparado a retroceder ni una pulgada, habíamos diferido la discusión hasta la conferencia cumbre de junio.

Ahora que teníamos la conferencia cumbre, los soviéticos, cosa extraña, no habían manifestado ningún deseo de discutir el Medio Oriente. Hubo el encuentro con Gromyko por el comunicado, pero ni en Washington ni en el avión Air Force Uno ni en San Clemente existió alguna señal de que Brezhnev quería conversar con Nixon acerca del Medio Oriente.

Pensé que podíamos empezar a olvidarnos de los negocios muy serios, cuando el 23 de junio a las 16.30, Nixon dio un cocktail alrededor de su piscina, para los miembros de la

comunidad de Hollywood que se atrevieran a venir hasta San Clemente en medio del conflicto de Watergate. Escasaron los candidatos. Brezhnev parecía divertirse mucho. Seguía una comida familiar dada por Nixon en el comedor de su villa a las 19.00. Pero aun antes de empezar el cocktail, Brezhnev manifestaba estar muy cansado —la diferencia horaria— y solicitó que la cena se adelantara para las 18.00. Nixon por supuesto estuvo de acuerdo en despecho de los pobres, leales, fieles invitados que se habían tomado el trabajo de manejar durante dos horas desde Los Angeles para participar de una reunión que duraría una hora.

La cena transcurrió en una atmósfera bastante jovial. Brezhnev se sentía cómodo en ese ambiente familiar. Nixon pronunció un brindis muy emotivo sobre la necesidad de que ambos líderes fueran responsables del bienestar de los niños en el mundo, una obligación que ambos hombres debían sentir profundamente dado lo unidos que estaban con sus propios hijos. Cuando Nixon terminó, Brezhnev se levantó de la mesa para abrazarlo. Alrededor de las 19.15 la delegación rusa pidió permiso para retirarse. Brezhnev necesitaba todo el descanso que podía obtener ya que nuevamente se vería expuesto a esos debilitantes cambios de horario. Regresaba a Washington a la mañana siguiente para descansar en Camp David antes de partir hacia París el 25 de junio. Nixon se retiró a su dormitorio, yo a mi residencia cercana diez minutos a pie.

A las 10 de la noche sonó mi teléfono. Era el servicio secreto informándome que Brezhnev estaba levantado y exigía un encuentro inmediato con el presidente que dormía. Era una grave falta del protocolo. Para un huésped extranjero solicitar tan tarde por la noche, un encuentro fuera de programa con el presidente, sobre un tema sin especificar, la última noche de su visita oficial, es y sigue siendo algo sin precedente. Constituía también una treta visible que llevaba el fin de encontrar a Nixon desprevenido y alejado de sus consejeros. Es la clase de maniobra que cuesta más en términos de confianza que lo que gana en sustancia. Las concesiones adquiridas con subterfugios son vergonzosas; no representan jamás las bases para una acción continua entre dos naciones soberanas porque simplemente no se mantienen.

Le dije al servicio secreto que informara a los soviéticos que nada se podía hacer hasta tanto yo no viera al presidente. Quince minutos más tarde lo desperté a Nixon. Medio dormido al principio enseguida se despabiló cuando le conté lo que sucedía. *¿Qué están tramando?*, me preguntó. *¿Quién sabe?*, le contesté, *pero me temo que no vamos a terminar esta conferencia sin una sesión del tipo dacha*. Nixon le pidió a su valet, Manolo Sánchez, que encendiera el fuego en la chimenea de su estudio en la pequeña torre que miraba hacia el Pacífico. Entretanto empecé a buscar a Gromyko, a fin de descubrir qué pasaba y para dejar bien en claro que yo estaría presente. Parecía que Brezhnev estaba posesionado de un indomable deseo de discutir el Medio Oriente. Fríamente, manifesté a los soviéticos que informaría al presidente y les haría saber cuando estuviera listo.

Sucedió así que alrededor de las 22.45, la última noche que Brezhnev estuvo con Nixon, el líder soviético hizo la proposición más importante de todo su viaje: que los Estados Unidos y la Unión Soviética se pusieran de acuerdo allí y ahora sobre el Medio Oriente, basándose en una total retirada de las tropas israelíes a las fronteras de 1967, no a cambio de la paz, sino de un estado de no beligerancia. La paz final dependería de las subsiguientes negociaciones con los palestinos; el acuerdo sería garantizado por los grandes poderes. Esta era por supuesto la posición árabe estable. Brezhnev debe haber comprendido —y si no fuera así, Gromyko tenía demasiada experiencia como para desconocerlo— que no había la más remota posibilidad de implementar tal proposición o de poder llegar a ese tipo de acuerdo en las próximas horas que quedaban. Esto no le importaba a Brezhnev. No quería una declaración pública, afirmó. Podía llegarse a un convenio secreto, solamente conocido por las personas que estaban en la habitación. No nos dio ninguna garantía de cómo un esquema tan revolucionario, el de una paz im-

puesta por los Estados Unidos y la Unión Soviética sobre el Medio Oriente, podía permanecer en secreto si se implementaba.

Nixon, como siempre calmo ante las presiones, contestó que nada podía hacerse esa noche. Tampoco podíamos aceptar los *Principios Generales de Trabajo* de que se me había provisto en Zavidovo. Yo me dedicaría a revisarlos y le daría el texto a Brezhnev antes de que dejara Camp David el 25 de junio. Esta idea no halló eco en el secretario general. Igual que en la dacha, se volvió combativo:

Si no existe ninguna claridad sobre los principios tendremos dificultades en prevenir un incentivamiento de la situación militar. . . Sin un acuerdo sobre principios generales no se cómo podemos actuar. . . Estoy categóricamente en contra de una reanudación de la guerra. Pero sin un inicio de acuerdo. . . no podemos evitarla.

En otras palabras, veinticuatro horas después de renunciar al uso de la fuerza en el Acuerdo sobre la Prevención de Guerra Nuclear, Brezhnev nos amenazaba con una guerra en el Medio Oriente si no aceptábamos sus términos.

Y lo afirmaba con toda vehemencia. Dobrynin me confidenció después que le había pedido a Sukhodrev que no tradujera algunas de las expresiones más remarcables de Brezhnev. Pero lo que nos llegó fue suficiente. Brezhnev quería solucionar el conflicto del Medio Oriente ese verano y los términos que nos proponía eran las demandas árabes. Los hechos demostraban que no existía ninguna chance, ni siquiera de iniciar un proceso de paz serio antes de las elecciones en Israel dentro de cuatro meses, y jamás cabría alguna posibilidad de lograr los términos que proponía Brezhnev. Para Nixon forzar esta situación en la cúspide de las audiencias de Watergate le hubiera significado agregar a las acusaciones de traicionar a un aliado la de entretenerse con maniobras diversas. De cualquier forma, el programa que nos presentaba Brezhnev era inaceptable para nosotros en sí mismo.

Seguramente Brezhnev conminaba, tanto por frustración como por convicción. Debe haber escuchado las mismas amenazas egipcias que nosotros habíamos oído y debía también compartir nuestro punto de vista de que una tentativa semejante seguramente terminaría con una derrota árabe. Sabía que nuestro aliado era militarmente más fuerte y que nosotros guardábamos las llaves diplomáticas para llegar al acuerdo. Quería forzarnos a resolver el dilema sin pagar ningún precio. Como mínimo intentó establecer el record de trasladar el nudo de la cuestión sobre nosotros y de prevenir una erosión más en la posición soviética del mundo árabe.

Estas explicaciones no pretenden ser una excusa por el comportamiento de Brezhnev. Constituía un intento evidente de su parte explotar la situación embarazosa de Nixon con Watergate ante el visible malestar de Dobrynin, quien sabía perfectamente que lo solicitado resultaba tan imposible para nosotros desde el punto de vista interno como lo era su carencia de sentido diplomáticamente. Esta era la razón también del comportamiento helado de Gromyko. Estábamos dispuestos a discutir principios generales con Moscú en consulta con nuestro aliado Israel, y además, con Egipto, con el cual ya habíamos empezado a sostener conversaciones preliminares. No estábamos dispuestos a pagar *la détente* con la moneda de nuestra situación geopolítica. Después de oír por una hora y media el monólogo de Brezhnev, Nixon llevó la reunión a su punto final de una manera firme y con gran dignidad diciendo que revisaría la grabación de las conversaciones a la mañana siguiente; el problema no era tan simple como la presentaba Brezhnev; lo mejor que podía hacer era pedirme a mí que preparara un contraborrador contestando los principios presentados por Gromyko en Zavidovo:

Lo estudiaré mañana. No diremos una palabra en términos de un acuerdo de caballeros. Espero que no regresen con las manos vacías. Pero ahora tenemos que dar un punto final. Sería muy fácil para mí decirles en este momento que Israel debe retirarse de todos los territorios ocupados y llamarlo un principio acordado. Pero ésta es la discusión: estaré conforme con principios que supongan un arreglo. Ese será nuestro proyecto este año. El Medio Oriente es una zona que requiere la mayor urgencia.

Así pudimos terminar. Igual que en la dacha en 1972, Brezhnev se calmó. Nos hizo un resumen de lo que se proponía discutir con Pompidou cuando pasara por París en su viaje de regreso a casa. Pero quedó el mal gusto, y no pudimos olvidarnos de la conversación en el escritorio de Nixon el día que el Medio Oriente volvió a explotar tres meses más tarde.

El último día, 24 de junio, y tal como es siempre el caso en reuniones con los soviéticos, los nubarrones pasaron. Brezhnev y Nixon se despidieron en el prado frente a la residencia de San Clemente. Brezhnev le agradeció a Nixon profundamente e insistió en que se retiraba con una muy buena impresión. Esperaba que Nixon lo visitara en la Unión Soviética al año siguiente donde se podrían hacer nuevos progresos. Nixon le aseguró que el mejoramiento de las relaciones EE.UU.-URSS servía a la causa *no solamente de la paz entre nuestras dos grandes naciones sino también en la construcción de una era en la cual habrá paz para toda la gente del mundo.*

Nixon acompañó a Brezhnev en el corto viaje en helicóptero hasta la estación aérea de la Marina: El Toro. Brezhnev aprovechó la ocasión para sugerir que a las conversaciones sobre reducciones mutuas de fuerzas en Europa se le daría más ímpetu si la Unión Soviética y los Estados Unidos la comenzaban con una reducción simbólica de quizá diez mil hombres.

La idea no prosperó. Cuando Nixon se despidió de Brezhnev, fue la última vez que lo hicieron en las mismas condiciones. La siguiente conferencia cumbre en Moscú al año siguiente, se consumó un mes antes de la renuncia de Nixon.

RESUMIENDO

La conferencia cumbre de 1973 puso de manifiesto las ambigüedades de las relaciones Este-Oeste en la era nuclear. Ambas partes se hallaban penosamente conscientes de los riesgos de la guerra. Continúo creyendo que Brezhnev estaba sinceramente preparado para un largo período de estabilidad. Pero ningún líder soviético puede desprenderse de su piel filosófica y abandonar el postulado de Lenin de que la influencia de un país está determinada únicamente por la correlación de las fuerzas. La energía física de los avejentados líderes comunistas podía tener sus límites; su interés en correr riesgos bien puede haber sido reducida por una vida entera dedicada a la lucha. Pero ellos literalmente carecen de un marco para ejercer la restricción cuando enfrentan una balanza de poder que les es favorable. Una oportunidad para ganar en estrategia no sería dejada sin explotar indefinidamente por motivos de escrúpulos burgueses o relaciones personales con los líderes de Occidente.

Desde esta perspectiva, el impacto de la conferencia cumbre de 1973 fue ciertamente desafortunado— no por razones de política exterior sino por la dramática demostración del desarreglo interno norteamericano. Al final de la visita el grupo ruso comprendía que la conferencia cumbre había estado ensombrecida a causa de Watergate, y tal cual se me sinceró Dobrynin dos semanas más tarde. Aun más grave, la conferencia cumbre sirvió para empezar a convencer a los soviéticos que los problemas de Nixon bien podían señalar su fin. Esto todavía no los condujo a la tentación de aventurarse apostando cartas en su favor. Pero indudablemente los hizo menos cooperadores en expandir capital para

prevenir las aventuras de naciones amigas y de esta manera contribuir a la guerra eris-Medio Oriente.

Casi de inmediato, las percepciones de Watergate retardaron el paso de la diplomacia. Brezhnev se hizo a un lado de la línea directa de fuego en las negociaciones EE.UU.-URSS. No tenía sentido involucrar el prestigio del secretario general con el posible colapso de la presidencia de Nixon. Al igual que las deliberaciones en el Año de Europa, la diplomacia se volvió más burocrática, menos valiente. La conferencia cumbre de Moscú en 1974 entre Nixon y Brezhnev se convirtió en una pálida imitación de las dos primeras sin el empuje o el propósito buscado.

La estrategia de la administración Nixon suponía un presidente decisivo, preparado para arriesgar el poder norteamericano a fin de resistir el expansionismo soviético y listo para negociar seriamente cuando ellos aceptaran la coexistencia como una base. Pero ambos cursos de acción estaban destruidos por el juego de pasiones domésticas. De esta forma muchos de nuestros críticos no vieron el punto fundamental. Los liberales nos acusaban de ser demasiado maquiavélicos; los conservadores de excesivamente acomodaticios. Ninguno comprendió que no teníamos más remedio. Watergate nos negó el lujo de permitirnos una confrontación en política exterior, y nos privó de significado en las políticas de conciliación. La moderación después de todo es una virtud en aquellos que creen tener una alternativa. En la edad nuclear no existe un sustituto, y de esto soy un convencido, para una política de largo alcance que evite las confrontaciones por sí mismas o para admitir el expansionismo soviético. Debemos resistir los aumentos marginales de su poder aun cuando el motivo parezca ambiguo. Y debemos estar preparados para una coexistencia real si la oportunidad se presenta. Este es un desafío de complejicos precedentes, que requiere un juzgamiento agudo, resolución y fe. A principios de la década del 70 fue avasallado por nuestros problemas domésticos. Pero el desafío existe, y la forma que elija Norteamérica para responder determinará si una sociedad libre puede salvaguardar su seguridad y aumentar sus valores.

Capítulo VIII

INDOCHINA: EL PRINCIPIO DEL FIN

PROMESAS ROTAS

Cuando se firmó en París el convenio para finalizar la guerra y restaurar la paz en Vietnam (27 de enero de 1973), se cumplió un anhelo nacional compartido por la administración Nixon y sus críticos. Para muchos norteamericanos señalaba el fin de la guerra. Pero los millones de personas en Indochina que habían sufrido y luchado sabían que su libertad era precaria.

En poco tiempo, los líderes de Vietnam del Norte, mostraron que el cese de fuego era simplemente una táctica, un paso más hacia su objetivo de apoderarse de toda Indochina por la fuerza. Antes de que se secase la tinta en el Acuerdo de París comenzaron a no aceptar sus solemnes obligaciones; en verdad nunca renunciaron a la guerra.

En ocasión de mi viaje a Hanoi (febrero de 1973), fue posible explicar con la máxima buena voluntad y credulidad, las ya alevosas violaciones del Acuerdo como un reflejo impulsivo después de diez años de lucha (ver Cap. II). En el transcurso del mes de marzo esta excusa se ignoró revelándose que el cese de fuego sólo constituía un pretexto para disfrazar el movimiento de hombres y armamentos destinados a iniciar un nuevo ataque. Las violaciones no fueron técnicas, sino notorios preparativos para inaugurar otro escenario de guerra por medios explícitamente prohibidos en el Acuerdo.

La balanza estaba tambaleando. En un período de tres meses, en el que protestamos a los soviéticos a principios de mayo, se infiltraron 30.000 soldados en Vietnam del Sur a través de Laos. El material bélico podía ser legalmente introducido de uno a uno sólo como reemplazo de los equipos gastados en una base y a través de un sistema de control internacional. Los Estados Unidos cumplieron este requerimiento; los norvietnamitas en cambio, hicieron entrar más de 30.000 toneladas de equipos militares en miles de camiones, ninguno de ellos a través del control internacional cuyo establecimiento de todos modos se había hecho imposible por la obstrucción de los mismos norvietnamitas. Sumaron a su inventario de guerra 400 tanques y 300 piezas de artillería pesada, y levantaron una red de instalaciones antiaéreas. Vietnam del Norte bloqueó sistemáticamente la acción de la Comisión Internacional de Control y Supervisión (CICS), la cual, supuestamente, tenía la función de verificar el cese del fuego. Dado que dos de sus cuatro miembros eran comunistas (Polonia y Hungría) la Comisión también fue cercenada porque dichos miembros se rehusaron a confirmar las violaciones comunistas. Así quedaron anuladas las observaciones de los representantes de Canadá e Indochina.

El Artículo 20 del Acuerdo de París, requería el retiro de todas las fuerzas extranjeras de Laos y Camboya, definiendo a las tropas norvietnamitas como tales. El Artículo 20 también prohibía el establecimiento de bases aéreas en otros países de Indochina y el uso de su territorio para infiltraciones. Ambas reglas eran ignoradas. Los norvietnamitas se

rehusaron a alejar sus tropas de Camboya, aun cuando, sabemos ahora que los comunistas camboyanos lo habían solicitado (1). Los ejércitos de Hanoi en Laos fueron aumentados considerablemente, tomaron parte en operaciones de combate en Camboya y usaron a ambos países con propósitos logísticos (2).

Vietnam del Sur no era absolutamente puro. En los primeros meses excedió la norma de mantener su posición en compromisos menores relacionados con el control de su territorio. Había cierto hostigamiento proveniente de los funcionarios de la unión del Viet Cong que fueron asignados para integrar una comisión de la Junta Militar. Y Vietnam del Sur se ocupó de la formación del Consejo Nacional para la Reconciliación y Armonía Nacional, porque Hanoi, por su parte, no estaba en desacuerdo con elecciones extendidas a todo el territorio. Pero estos asuntos no podrán ser comparados con los inmediatos esfuerzos de Hanoi, no previstos, y eventualmente decisivos, para transformar totalmente, el equilibrio de fuerzas en Indochina.

Para marzo de 1973, a menos de dos meses de haberse firmado un pacto para finalizar la guerra, nos encontrábamos frente a un gran desafío que burlaba toda medida significativa que en él se pudiera encontrar. Esto dio lugar a dos tesis: ¿Debíamos actuar para hacer cumplir el Acuerdo? ¿Y teníamos el derecho de hacer esto?

No fuimos ingenuos al trazar el Acuerdo. Como fue señalado en el Capítulo II, nunca creí que Hanoi se ajustaría al equilibrio militar, tal como se deducía del Acuerdo de París, sin ponerlo a prueba al menos una vez más. En nuestra opinión, Saigón podía manejar la mayor parte de los abusos de los norvietnamitas, especialmente si la ayuda económica y militar de los Estados Unidos (permitida por el Acuerdo) era adecuada. Pero éramos conscientes de que podrían surgir grandes violaciones a ese convenio que pondrían en peligro el equilibrio militar que éste ratificaba, y que sólo serían pasadas por alto debido al temor a cualquier tipo de represalia norteamericana. La aureola de poder de los norteamericanos siempre ha sido vista como el elemento que hace pensar dos veces la posibilidad de una guerra. Nixon dio garantías con respecto a tal consideración al presidente de los survietnamitas, Nguyen Van Thieu, para tratar de persuadirlo a aceptar el Acuerdo de París. Era evidente que Saigón no podría sobrevivir si Hanoi estaba libre de infiltrarse en los países de Indochina y de expresarse contra Vietnam del Sur donde quiera que eligiese a lo largo de una frontera que se extendía en una longitud de más de 1.000 kilómetros.

El hecho evidente de que el establecimiento de la paz no se estaba haciendo cumplir, ha sido dejado de lado por algunos que han cuestionado nuestro derecho a defender el Acuerdo mediante acción militar u otros actos que pudieran dar a entender dicha acción. La autoridad legal del presidente para continuar las operaciones aéreas después del Acuerdo de París, había sido indicada en un memorándum que el secretario de Estado William P. Rogers hizo llegar al Comité de Senadores de Relaciones Exteriores en abril de 1973. A principios de abril, la Biblioteca del Congreso elaboró un estudio comisionado por el Comité. Finalizado el mismo se acordó que no existía ningún impedimento para reanudar las hostilidades en Vietnam, o en Laos, y el presidente retenía cualquier tipo de poder legal que él hubiera poseído para continuar la guerra antes del Acuerdo de París (3). Sin embargo, desde entonces se habían adelantado varios argumentos para sugerir que las afirmaciones de Nixon a Thieu, con respecto a cualquier tipo de ayuda militar para defender el cumplimiento del Acuerdo, resultaban impropias, ilegítimas y no garantizables.

Uno de esos argumentos establecía que las promesas de Nixon, eran improcedentes debido a que las cartas que las contenían no habían sido publicadas o respaldadas por el Congreso (4). Varios defectos se destacan en esta línea de crítica. Uno de ellos, es que en casos similares, de cartas presidenciales no publicadas que indicaban una intención presidencial de reivindicar su percepción del interés nacional, han sido escritas por

varios de los presidentes de las posguerras: por ejemplo, el presidente Kennedy hizo tales declaraciones tanto para Paquistán como para Arabia Saudita (5). Tales garantías presidenciales no son legalmente compulsivas; sin embargo definen una intención que se supone el receptor tiene derecho a tomar seriamente. Tampoco Nixon en ningún momento invocó sus cartas a Thieu como una obligación legal, como las bases formales de sus amenazas de una represalia, o como un argumento contra las posteriores legislaciones que prohibían su implementación. Sobran los antecedentes constitucionales para la validez de lo que el presidente Richard Nixon (y Kennedy) hicieron en defensa del interés nacional.

Desde la perspectiva de diez años después es posible sostener que Nixon hubiera estado bien aconsejado al buscar una aprobación formal del Congreso referente al Acuerdo de París, como una base para hacerlo cumplir. Hoy en día realmente pienso —aunque no lo propuse en su momento— que Nixon tendría que haber exigido una autorización del Congreso en 1969 para conducir la guerra heredada al asumir la presidencia, dándole al Congreso la elección de continuar la estrategia existente o finalizar con nuestros compromisos. Durante su primer período, Nixon hizo lo imposible por finalizar una guerra que él no había comenzado, enfrentando hostigamientos de parte de muchos de los que habían originado el problema, y en contra de las constantes presiones del Congreso. Esa terca y tenaz oposición privaba a nuestra estrategia de ímpetu y a nuestra diplomacia de flexibilidad.

Nixon se rehusó a tal curso en 1969 y no lo trató en 1973 porque lo creía incompatible con las responsabilidades de un presidente. En 1969 consideró que era algo así como una abdicación el consultar al Congreso con el objeto de reafirmar su autoridad para conducir una guerra que ya se estaba consumando. En 1973 se hallaba convencido de que el pedir autoridad a un Congreso hostil para hacer cumplir el Acuerdo sería como confesar su carencia de agallas para resistir, mientras el Congreso estaba deliberando, y eso constituiría una invitación a un asalto norvietnamita. Por tal motivo procedió a hacer lo que a su entendimiento requería el interés nacional, desafiando así la prohibición del Congreso.

La refutación más directa al cargo de *acuerdos secretos y legítimos* es que las seguridades que Nixon ofrecía a Thieu no resultaban secretas. Su política e intenciones eran totalmente notorias. En verdad la neutralidad *pública* de sus promesas constituían la esencia de las certezas que ayudaron a persuadir a Thieu a firmar el Acuerdo (*). Nixon, su secretario de Defensa, y otros funcionarios manifestaron repetidamente la intención del gobierno de hacer cumplir el Acuerdo. Algunas veces esto se traducía como una oposición a desechar el uso de la fuerza, como yo lo expuse en mi conferencia de prensa del 24 de enero de 1973, explicando los términos del Acuerdo, y como el secretario de Defensa Elliot Richardson lo afirmó aún más explícitamente en una entrevista televisiva el primero de abril de 1973, y en observaciones que formuló a los periodistas el 3 de ese mes. Algunas veces se le daba importancia al hecho de que no existía ninguna inhibición formal en el uso de nuestra aura de poder, como el vicesecretario adjunto de Estado, William Sullivan, tuvo a bien señalarlo en televisión el 28 de enero de 1973, y como lo reafirmé yo en una entrevista de televisión el 19 de febrero de 1973. Había nefastas aseveraciones de que lo habíamos requerido a la fuerza anteriormente y que podíamos volver a hacerlo así, como Nixon lo advirtió en una conferencia de noticias el 15 de marzo de 1973: *Yo solamente sugeriría, basándome en mis actos de estos últimos cuatro años, que los norvietnamitas no deberían desatender tales expresiones de interés, cuando están consi-*

(*) De esta manera, Nixon escribió a Thieu el 14 de enero de 1973: *Para este fin quiero repetirle la seguridad que ya le he comunicado. En el momento de afirmar el Acuerdo pondré en claro enfáticamente que EE.UU. reconoce su gobierno como el único legal en Vietnam del Sur; que desconocemos el derecho de cualquier tropa extranjera para estar presente en el territorio de Vietnam del Sur; y que reaccionaremos fuertemente contra cualquier violación esencial del Acuerdo.*

derando en estos momentos una violación. (Estas y otras advertencias están señaladas luego en este capítulo y en forma más completa en el apéndice) (6). Sin embargo indirectamente alguno de sus principales impactos se hallaban correctamente resumidos en el Anuario de Informes de Política Exterior Presidencial, publicado el 3 de mayo de 1973: Tal curso (violaciones masivas) pondrían en peligro los puntos a favor ganados para la paz en Indochina. Nos arriesgaríamos a revivir enfrentamientos entre nosotros. . . Le habíamos comunicado a Hanoi, en forma privada y pública, que no toleraríamos violaciones del Acuerdo.

La reacción de los medios de difusión es la evidencia más clara de que no había ninguna intención secreta de parte del presidente. Por ejemplo el *Washington Post* publicó el 18 de marzo de 1973:

No tenemos ninguna duda, de que si el presidente lo desea puede volver a retomar el bombardeo —aún en estos momentos, los B-52 continúan esparciendo la muerte diariamente sobre Camboya, y a ninguno parece importarles. Más aún, tampoco dudamos de que el presidente Nixon es lo suficientemente *duro* en materias de bombardeos y no sabemos de alguien más que no lo crea. Dado su dominante margen de victoria sobre el señor McGovern; su evidente determinación de conducir el gobierno por un camino que evita la necesidad de depender o cooperar con el Congreso; y las nuevas asociaciones que ha forjado con Moscú y Pekín, no discutiríamos que un reinicio de los bombardeos socavaría significativamente sus planes políticos o diplomáticos en pro de su segundo período. Está en una posición envidiable para conducir su política de Vietnam bajo su propio mérito o responsabilidad.

La misma interpretación fue publicada por el *New York Times* el 17 de marzo de 1973:

El presidente dejó pocas dudas con respecto al reinicio de los bombardeos y el minar de los puertos como una opción viable contra Vietnam del Norte. Los líderes de Hanoi recientemente trataron de poner a prueba los términos de las resoluciones del cese de fuego del señor Nixon, dilatando el proceso de poner en libertad a los prisioneros de guerra norteamericanos, y cuando vieron la firmeza del gobierno retornaron a lo acordado en el programa. Una respuesta similar debemos esperar ahora.

La determinación del presidente de usar la fuerza fue comprendida a fondo; y su derecho para actuar de esta forma resultó inalterable a principios de 1973. El tema, en profundidad, no es una cuestión legal, sino que depende de la percepción de cada uno de lo que es el interés nacional. Nuestra determinación de hacer cumplir el Acuerdo surgió contra todas las pasiones desatadas por la guerra de Vietnam. Aquellos que siempre habían querido que nos desentendiéramos de la gente no comunista de Indochina trataban de reivindicarse al finalizar la guerra. El dejar libre a Indochina era el resultado de un pacto. Esto les parecía no más peligroso que sus anteriores insistencias en un retiro unilateral de las tropas. Ellos no veían el Acuerdo de París como el compromiso honorable que éste era en verdad. Se limitaban a considerarlo como una realización de sus viejos preceptos para no comprometerse incondicionalmente. Querían imponer su versión de un convenio que supuestamente constituía mucho más. Era inevitable y predecible que no aceptaríamos tal cosa. Nos habíamos opuesto a la sumisión incondicional durante la guerra. Todas las razones que nos indujeron a continuarla hasta un entendimiento honorable, disputaron para mantener sus términos. No teníamos ninguna intención de echar a perder por la no acción, lo que habían conseguido 50.000 estadounidenses

muriendo, o de abandonar a los millones, que confiando en nuestras promesas, habían luchado a nuestro lado durante una década. Estábamos convencidos de que el impacto en la estabilidad nacional y en la prontitud de EE.UU. para defender a la gente libre, serían catastróficos, si tratábamos a un pacto solemne como una sumisión incondicional y simplemente nos apartábamos de él. Con el transcurrir del tiempo los hechos nos iban a dar la razón.

¿Cómo se mantendría entonces el Acuerdo? *Por medio de la diplomacia*, la respuesta favorita de nuestros críticos, que en sí no era ninguna respuesta. Después de todo había sido la diplomacia la que tras largos y tediosos años había conseguido el Acuerdo que en esos momentos estaba siendo violado. Pero no iba a ser una diplomacia en el vacío. Habíamos adquirido presiones militares para caer sobre Hanoi. La diplomacia efectiva depende de la imposición de incentivos y penalidades de los otros países, y no en la elocuencia de algunos en forma individual. De otra manera discutir es un formalismo, una evasión del problema.

Ninguno de los que habían sufrido las agonías del primer período de Nixon podía contemplar objetivamente la erupción interna que determinaría promover un nuevo recurso de fuerza —aunque éste durara unos pocos días. Las críticas radicales, por supuesto, se centran en cargos de lujuria de sangre y teorías psicológicas esotéricas de nuestra ya conocida propensión a la violencia. Pero estas críticas sólo mostraban sus propias indecisiones internas, y no un análisis razonable. Estos enemigos tradicionales de la guerra fueron unidos en esta nueva fase por un grupo diferente —gente de distinción que había sostenido al gobierno en la lucha pero que sentía que los EE.UU. habían hecho bastante. Consideraban que habíamos cumplido con nuestro deber al lograr un desembarazo honorable; no sirvió a ningún interés nacional el propósito de obtener siempre ese resultado. La ambivalencia de tal grupo —que de inmediato deploró la amenaza de la fuerza y que pensaba que ésta deterioraría la circunstancias en la que se podría utilizar— fue expresada en una columna del *Newsweek* el 26 de marzo de 1973, por mi querido amigo, el irrepreensible y sabio Stewart Alsop:

Mucha gente (incluyéndome por ejemplo) prosiguió de mala gana con la política de Vietnam del presidente porque la alternativa de McGovern era vergonzosa. Si el presidente manda nuevamente a bombardear Hanoi tales personas van a empezar a hacerse algunas preguntas difíciles.

La Casa Blanca estima que a los norvietnamitas les será imposible montar un exitoso ataque de fuerzas principales en Vietnam del Sur por muchos meses: por lo menos hasta el próximo otoño. ¿No pueden los survietnamitas aprender a defender su propio territorio en el transcurso de ese período? Si no es así ¿qué es lo que se lo impide? Y si no es en este término ¿cuándo aprenderán? ¿Debemos nosotros disponer los bombardeos nuevamente para probar la integridad de la retórica presidencial? ¿Dará resultado si lo hacemos? ¿no intentará el Senado salvar a Hanoi, como estaba dispuesto a hacerlo en diciembre, antes de que el pacto de París fuese firmado?

Se debería haber esperado que estas preguntas nunca se tuvieran que formular. Paradójicamente, la razón para esperararlo de ese modo es que el presidente, atrapado por sus propias retóricas, tiene muy pocas elecciones, y una de ellas es la de conseguir lo mejor con sus amenazas si las violaciones continúan. Los gobiernos imperantes en Moscú y Pekín, sin duda saben que esto es así, e indudablemente se lo harán saber a Hanoi.

- El argumento de Alsop —de mera sabiduría convencional— era que si los survietnamitas no podían cuidarse a sí mismos después de una década de ayuda, nunca podrían

hacerlo. Esto equivalía a dar las espaldas a millones de vietnamitas no comunistas y ubicarlos en un totalitarismo que ellos claramente odiaban y temían. Este argumento no fue operado ni en Europa, donde 300.000 soldados norteamericanos permanecían 30 años después de que se formara la NATO, ni en Corea, donde 50.000 de estas mismas tropas estaban estacionadas veinticinco años después del armisticio, en áreas con mayores posibilidades de defenderse a sí mismas que las de los survietnamitas. La razón para continuar con nuestro compromiso era idéntica tanto en Europa como en Corea. Dudábamos de la habilidad de nuestros aliados para asumir completamente su propia defensa y temíamos que la rotura de nuestra protección pudiera provocar agresiones.

Nixon, como yo, esperaba que la segunda proposición de Alsop fuera correcta: que la forma que tenía Nixon de crueldad acobardaría a quien intentara violaciones. Sin duda había un poco de fanfarronería en nuestras declaraciones. Pero si la fanfarronada no resultaba, ¿cuál sería entonces nuestra política? ¿Debíamos dejar que Vietnam del Sur, Laos y Camboya fueran absorbidos por el imperialismo de Hanoi, dentro de los meses en que se firmaría un acuerdo destinado justamente a proteger sus sobrevivientes? ¿Qué idea daría esto a los demás respecto a la confiabilidad de EE.UU. como aliado? Si estábamos preparados a abandonar Indochina, por qué no Corea del Sur o en ese caso algún otro país amigo? Estas fueron las consideraciones que nos llevaron, con disgusto, a Nixon y a mí, a la conclusión de que no teníamos ninguna otra opción más que combatir las cínicas pruebas de Hanoi con relación al Acuerdo. Como expresé en una conferencia de prensa en respuesta a una pregunta el 23 de abril de 1973.

Las personas interesadas en el tema se deben preguntar: ¿Qué deben hacer los Estados Unidos? ¿Cuál es nuestra posición, si no podemos ni amenazar ni ofrecer incentivos, si se nos critica de hacer cumplir el Acuerdo por la fuerza y estamos presionados a no utilizar los incentivos económicos que constituyen la otra forma de mantener el Acuerdo? Y nosotros nos debemos preguntar: ¿Dónde iremos a parar si lo que fue un pacto muy solemne, muy dolorosamente obtenido, en el cual hicimos nuestras mayores concesiones, es simplemente desconsiderado?

El problema profundo que como nación enfrentamos hoy en día, es si nosotros debemos formar un acuerdo, y cuando éste esté totalmente violado, actuar como si la firma que entonces fue respaldada por una conferencia internacional fuese simplemente considerada irrelevante.

El pueblo de Estados Unidos, por supuesto, habría estado autorizado a tener un punto de vista distinto del interés nacional. Pero el pueblo nunca elige la abdicación. El mandato masivo de Nixon sobre macgubernismo y la firme votación de la opinión pública justificaba nuestro curso. Tres claras mayorías habían surgido de la opinión pública después de la ofensiva de Tet en 1968: en primer lugar una mayoría que sostenía que había sido un error el habernos involucrado con Vietnam; otra que quería finalizaran nuestras complicaciones en Vietnam y una tercera aún mucho más grande que rechazaba la política del movimiento de paz que establecía el retiro inmediato e incondicional de las tropas. (7) Se nos dejaba a nosotros, que éramos los que habíamos heredado la guerra y la ambivalencia nacional, la difícil tarea de tratar de satisfacer al pueblo norteamericano. Sin ninguna duda mucha gente estaba cansada de la contienda, temiendo que durara indefinidamente, pero tampoco querían perderla. El agotamiento no resulta un buen camino para la política.

En verdad, aquí se encuentra el principal dilema de cualquier hombre de Estado. Nixon no era el primer presidente norteamericano, ni iba a ser el último, en enfrentar el problema central de gobernar en una democracia: ¿Hasta qué punto debe un líder na-

cional dejarse guiar por su conciencia y juicio, y en qué punto se debe someter a la opinión pública, aunque ésta sea desastrosa para la Nación y para la paz del mundo? La pregunta no permite ninguna respuesta abstracta. Los casos extremos son fáciles. Los dilemas surgen en las áreas oscuras donde el consenso nacional es por sí mismo vago y contradictorio, o donde sus convicciones están mal fundadas y pueden llegar a conducir a un desastre aunque los hombres del Estado no lo puedan probar. Las consecuencias de la victoria totalitarista en Indochina, tanto para la gente interesada en ello como para la estabilidad mundial, como toda perspectiva peligrosa, fueron improbables en 1973. Podría haber pocos que duden de ello en este escrito 1981.

Un presidente que identifica el liderazgo con los votos de la opinión pública se condena a la irreverencia; un presidente que sustituye totalmente sus juicios por aquel de otros representantes elegidos pasa por alto la esencia de la democracia. Los presidentes débiles tratan de esconderse detrás de la opinión pública que, al final, no perdona los desastres aunque éstos fueran la consecuencia de sus propias preferencias. En 1938, después de Munich, Neville Chamberlain era el hombre más popular en Gran Bretaña; la opinión dominante reflejaba exactamente un apaciguamiento. Veinte meses después se había convertido en objeto de burla por su falta de voluntad. Los presidentes fuertes a veces confían excesivamente en sus juicios; algunos de ellos son luego venerados por haberlo hecho así. La suerte de Nixon fue caer antes de que pudiera tener una oportunidad para reivindicarse o actuar obedeciendo a sus convicciones con respecto al arreglo de Vietnam.

THIEU VISITA SAN CLEMENTE

Antes de dedicarnos de lleno a las violaciones de los norvietnamitas debíamos haber tenido cuidado con un último vestigio de las negociaciones de París: la promesa de que nuestro aliado el presidente Nguyen Van Thieu, de la república de Vietnam del Sur, visitara al presidente de los EE.UU. El había sido un aliciente extra para continuar con el cese del fuego. Durante meses Thieu se había mantenido firme contra el acuerdo de paz que dividía en partes a su país. Los términos de París eran mejores de lo que nuestros críticos o defensores pensaban. Como propuesta de negociaciones, el mismo Thieu los había aprobado durante tres años, cuando los norvietnamitas parecía que no los iban a aceptar. Una vez que ellos los aprobaron, Thieu se las arregló para responsabilizarnos de las consecuencias. Lo que él realmente quería era seguir luchando hasta que el último invasor fuese eliminado. No fue culpa suya que la opinión norteamericana se opusiera.

Thieu nos combatió con métodos vietnamitas de tenacidad y concentración en un solo propósito. Ambos queríamos la misma cosa, un Vietnam del Sur independiente y seguro de su territorio. Aquellos que habíamos negociado el Acuerdo de París no éramos ni cínicos ni ingenuos. Esperábamos que los norvietnamitas siguieran presionando, pero habíamos efectuado un equilibrio de fuerzas, y el Congreso seguramente nos habría de votar la guerra si nuestras intenciones eran seguir adelante. Los EE.UU. tenían la esperanza de que el empate militar al menos afirmara la seguridad y que quizás algún día se pudiera llegar a un diálogo político entre los vietnamitas.

Thieu tenía sus ojos puestos en la otra punta del telescopio. Lo que él veía más cerca no era la paz final sino el cercano enemigo. Después del cese de fuego nuestras tropas retrocedieron a mitad de camino; su gente permanecería enfrentándose a un ejército dispuesto a la destrucción de todo aquel que atentara contra la independencia de Indochina. Nosotros estábamos seguros de nuestra propia resolución de controlar las ambiciones de Hanoi, pero sus ojos se concentraban en el largo período de incertidumbre. Y Thieu esencialmente tenía razón, pues resultó que el gobierno de Nixon no podía sostenerse con fuerza en el frente interno, y aun cuando hubiera podido hacerlo una adminis-

tración posterior, seguramente, rechazaría nuestra concepción de nuestras propias realidades. Thieu desarrolló un amargo odio hacia mí debido a que yo era el arquitecto del acuerdo de paz. Aunque tenía una profunda afinidad con sus inquietudes los norteamericanos no disponíamos de otra opción. Los EE.UU. no podían rechazar los términos de paz que le había estado ofreciendo a Hanoi durante estos últimos tres años con el consentimiento de Thieu. Hoy en día respeto a Thieu como a una figura galante que peleó por la libertad de su gente y que fue finalmente derrotado por circunstancias ajenas a él, a su país o a nuestro control.

Thieu visitó los EE.UU. desde el 2 hasta el 5 de abril de 1973. Hubo muy poco de lo que pudimos estar orgullosos de su visita. Durante la guerra, aunque sus hombres habían peleado lado a lado con los nuestros, había sido imposible recibir a Thieu en nuestro país por miedo a que su presencia provocara desórdenes civiles. Se había encontrado furtivamente con los presidentes norteamericanos en Guam, Hawaii y Midway. Nunca se le permitió poner un pie sobre el territorio de los EE.UU.

Se pretendía que la visita de Thieu a EE.UU. en 1973 simbolizara un nuevo período de relaciones de paz y nuestra dedicación en procura de un Vietnam del Sur libre. Se convirtió casi exactamente en lo opuesto. El fin de la contienda no había eliminado el riesgo de los disturbios públicos. Fue por eso que se decidió recibir en la Casa Blanca del oeste, en San Clemente, al líder de un país aliado por cuya libertad decenas de miles de estadounidenses y sus aliados y varios cientos de miles de vietnamitas habían dado sus vidas. Las ceremonias de arribo y despedida se realizaron dentro del cuerpo presidencial y bajo gran vigilancia. Hasta se renunció a la cena de Estado, la cual se transformó en un pequeño encuentro familiar. El pretexto fue que el comedor de Nixon no tenía lugar para más de doce invitados.

A fin de cumplir la promesa de una visita a Washington, se eligió al vicepresidente Spiro Agnew para atender al invitado en la capital de la nación. La atmósfera que se vivía allí en esos momentos se evidenció en una conversación telefónica que tuve con Agnew poco antes de que Thieu arribara a dicha ciudad. Agnew se quejó de que sólo un miembro del gabinete —el secretario de Trabajo Peter J. Brennan— había estado dispuesto a acompañarlo en la ceremonia de llegada. Los invitados que iban a asistir a la cena propuesta por el vicepresidente eran horrorosamente pocos. La mayoría de los principales miembros del gobierno habían encontrado alguna excusa para ausentarse de la ciudad. Una experiencia vergonzosa. En los días que yo estaba en Washington se había atendido con honores a varios miembros comunistas. Los principales funcionarios habían rivalizado por asistir a la cena de Estado en honor a líderes neutralistas cuya especialidad consistía en castigar a los EE.UU. Pero el presidente fuerte de un país amigo era un paria. Sus conocidas fallas como demócrata fueron usadas durante una década como una excusa por aquellos que deseaban que dejáramos su gente en manos de los enemigos de la democracia. No hubo ningún bote con personas que huyera de Vietnam mientras Thieu estaba allí. Alrededor de un millón de personas lo votaron con su presencia, ocupando las áreas que estaban bajo su control y abandonando los territorios mantenidos por el comunismo. Las opiniones convencionales adjudicaron este hecho a nuestros bombardeos; la ocupación de los territorios se siguió produciendo aún después de finalizados los ataques, y esto resultó una evidencia de la brutalidad del régimen comunista. Thieu dio los primeros pasos —aunque en una forma inadecuada— para liberar a su gobierno aun en medio del comunismo terrorista, del cual sus principales oficiales eran el blanco fundamental. Nada de esto benefició a Thieu en sus críticas.

En verdad, Vietnam del Sur apenas era una democracia a nuestro criterio. Había críticas justificables de rudeza y corrupción. Pero cuando los oponentes de Thieu, enfadados por turbulencias de la política pluralista de Saigón, las expresaron a nuestra prensa no se notó ningún contraste con Hanoi, donde no se toleraba ninguna oposición, la

prensa era controlada y el acceso a los medios de difusión extranjeros estaba prohibido. Pero en resumen, los norteamericanos no tratábamos de ubicar a Thieu dentro de un nivel de democracia. El era víctima de una confusión profunda y penetrante que se manifiesta en un doble juego de reglas para todas las democracias. Cuando avisamos a nuestros amigos europeos la visita de Thieu, relacionada con su viaje a los EE.UU. o en forma separada, se produjo un enorme silencio. Ni él ni su ministro de Relaciones Exteriores fueron recibidos en las capitales aliadas, excepto en París, que era el sitio de las negociaciones. El proceso de deslegitimación del gobierno de Thieu estaba en marcha y comenzaba a obtener buenos resultados. Mientras tanto *madame* Nguyen Thi Vinh, la así llamada ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Revolucionario Provisional Comunista, era vanagloriada en Europa oriental.

Es un fenómeno curioso la autohipnosis que conduce a hombres serios y honestos a concentrar su indignación moral en lo que se considera conservador. Entre la primera y segunda guerra mundial se conoció en Europa por el *slogan* "Ningún enemigo en la izquierda". En los años posteriores a la guerra hemos visto a los diarios occidentales repletos de extralimitaciones de los regímenes en España, Portugal, Corea del Sur, Grecia, Irán, Vietnam del Sur y otros, mientras que no se hablaba mucho de las crueldades de la *gente de la democracia* en Europa Oriental, las tiranías izquierdistas del Tercer Mundo, y por supuesto del curso que había tomado el comunismo en Vietnam del Norte.

Carece de importancia que los regímenes *progresistas* mantengan un orden interno —la prueba que aparentemente se aplica para la lealtad de la población— porque también son totalitaristas, y esos regímenes conservadores se enfrentan a disturbios simplemente porque no poseen ni la teoría ni el aparato para una represión efectiva. No tiene importancia que los regímenes conservadores abandonen a sus vecinos y que ocasionalmente se involucren en las democracias (España, Grecia, Portugal), mientras que el poder militar soviético impone su voluntad sobre una base global en nombre de una doctrina universalista. Tampoco el período de la posguerra indica mejoras en muchos regímenes radicales en el Tercer Mundo. Las terribles migraciones de nuestros tiempos han sido siempre desde los países comunistas y nunca hacia ellos. Y es extraño que pese a lo que ha demostrado el tiempo se reserve en forma desproporcionada desprecio y afrenta para amigos del Oeste, tales como Thieu en 1973 y en la misma década para el sha de Irán.

En un mundo ideal nuestros principios democráticos y las necesidades de nuestra seguridad deberían coincidir. Pero la verdad es que la democracia constitucional, aquella que consideramos *normal*, es en realidad una excepción a lo largo de la historia y en lo ancho del planeta. No es una casualidad. La democracia constitucional asienta la autoridad en una abstracción: Obediencia a la ley. Pero el constitucionalismo puede funcionar solamente si la ley se toma como un reflejo de un patrón absoluto de verdad, o bien si ésta surgió a partir de un proceso político aceptado en forma general. En la mayor parte del mundo y en casi todo el transcurso del tiempo, estas condiciones no existieron. La ley fue dictamen de una autoridad y no un proceso legislativo; los políticos se han ocupado de ver quién tiene el derecho de emitir órdenes. La autoridad personal ha sido hecha compatible por un concepto del compromiso mutuo, como en las sociedades feudales, o cuando está limitada por los hábitos o costumbres, como fue el caso de la autoridad de los reyes, quienes gobernaban basados en un derecho divino en los siglos XVII y XVIII. En cada caso la tradición constituyó un factor limitante; determinadas exacciones eran imposibles, no debido a que estuvieran prohibidas sino a causa de que no tenían precedentes. Ningún gobernante europeo del siglo XVIII podía exigir impuestos a las ganancias o reclutar a sus súbditos; el autoritarismo, en resumen, está bastante bien circunscrito.

Paradójicamente, fue el surgimiento del gobierno popular quien expandió el espectro de lo que las autoridades podían exigir. El pueblo, por definición, no puede ejercer

tiranía sobre sí mismo; de aquí entonces que sus deseos, expresados por congresistas y gobernantes en su nombre, fueran absolutos. El crecimiento del poder del Estado ha ido de la mano de la expansión de los reclamos populares.

En este contexto, el totalitarismo moderno constituye una caricatura, una reducción al absurdo de la democracia; el moderno autoritarismo es un vestigio del tradicional gobierno personal. Es por esto que algunos gobiernos autoritaristas han sido capaces de evolucionar hacia democracias y nunca lo ha hecho un Estado totalitario. El gobierno personal tiene limitaciones propias; el gobierno que dice reflejar la voluntad general carece de tales restricciones.

Pero por esta misma razón los gobiernos autoritarios son infinitamente más vulnerables a la subversión interna que los totalitarios. Cuando los vínculos personales de obligación recíproca son rotos, ambos, gobernantes y gobernados, se desmoralizan; los primeros porque no tienen una base legítima consistente para gobernar; los segundos porque una vez que el criterio de obediencia se ha desvanecido, cada reglamentación parece tiránica. Nuestro dilema es que en casi todos los países en desarrollo de este planeta la autoridad todavía es personal. La transición al constitucionalismo resulta un proceso complejo que si se lo fuerza es más probable que conduzca al totalitarismo que a la democracia.

Una de las premisas de un proceso democrático es que el perdedor acepta su derrota y se le da a cambio una oportunidad de ganar en otra ocasión. Depende de un centro moderado. Tal evolución es casi inevitablemente desbaratada en un país en desarrollo, cuando un elemento totalitario tiene éxito en organizar una guerra contra la guerrilla. Esto induce al gobierno a cometer actos de represión, comenzando un círculo vicioso que incluye a gobernantes y oponentes, y destruye cualquier centro moderado que eventualmente existiera (satisfaciendo el propósito central de los insurrectos). Por otra parte las víctimas de los atentados terroristas son casi invariablemente los funcionarios más capaces y decididos, dejando en su lugar a los corruptos, cuyas transgresiones se multiplican a medida que intentan resarcir los peligros de su situación acumulando lo máximo en compensaciones materiales.

La respuesta de Norteamérica a este fenómeno histórico está expresada habitualmente por la convicción de que un gobierno cercado puede mantenerse mejor si acelera la reforma democrática y expande su base de sustentación, compartiendo el poder. Pero la causa fundamental de la guerra civil (de la cual la guerrilla constituye una clase especial) es la ruptura del consenso doméstico. El compromiso, la esencia de los políticos democráticos, resulta su primera víctima. Las guerras civiles, casi sin excepción, terminan en victorias o derrotas, nunca en gobiernos de coalición (la favorita receta norteamericana). Si existen concesiones éstas son atribuibles a la debilidad de aquéllos en el poder y no a su magnanimidad, y por lo tanto aceleran en vez de contener la desintegración de la autoridad. El momento apropiado para la reforma se produce antes que la guerra civil estalle, así se eliminan sus causas (aunque esto no siempre funciona cuando la insurrección es inspirada, financiada, extremada y equipada desde el exterior). La siguiente oportunidad para la conciliación surge después de la victoria (como intentó Lincoln en EE.UU. o como en Nigeria en 1970), pero las inhibiciones occidentales, en cuanto a fuerza e incompetencia autoritaria, se refieren usualmente a una combinación para prevenir la prueba de esta hipótesis. En tanto que la así llamada *solución política* a las guerras civiles (la muy mentada receta de negociación entre ambos bandos) resulta también desmentida por la historia. Es contra toda probabilidad que grupos que han estado asesinándose mutuamente gobiernen en conjunto; por esta razón constituye un absurdo pensar en una guerra civil que termine en gobierno de coalición. A lo sumo un recurso temporario consiste en preservar a un grupo para combatir de nuevo en mejores circunstancias. Así, por lo general, los guerrilleros rechazan arreglos políticos cuando les parece ir ganando,

y si entran en ellos es, en la mayoría de los casos, para ganar tiempo en pos de un posterior despliegue ofensivo de sus fuerzas.

Debido a este sistema es que las perennes presiones norteamericanas para conversaciones políticas tienden a desmoralizar a los gobiernos aliados con los cuales estamos asociados. Cuando la necesidad urgente resulta una afirmación de autoridad, nuestra advertencia generalmente la diluye. Y gobiernos altamente presionados acosados por un implacable enemigo doméstico son generalmente paralizados por un consejo que saben que es peligroso, si no desastroso, pero el cual no se atreven a rechazar. Este fue el destino de Nguyen Van Thieu, como lo fue más tarde el del sha de Irán (8).

El país de Thieu fue invadido por todas las fronteras, primero por fuerzas de la guerrilla, entrenadas y equipadas por Hanoi, y luego por un gran ejército invasor desde Vietnam del Norte. No obstante el gobierno de los Estados Unidos presionó para establecer un proceso electoral y flexibilidad en las negociaciones, en parte por propia convicción y en parte para aplacar insaciables críticas en casa. Por una milagrosa casualidad Thieu se las arregló para evitar ambas cosas, luchando contra un enemigo determinado y apaciguando a un aliado incomprensivo. El logró en 1973, con un acuerdo en el cual Hanoi declinaba sus demandas políticas de varios años a cambio de un cese de fuego, algo mucho mejor de lo que nosotros habíamos previsto, aunque más precario de lo que él esperaba.

Yo guardaba poco afecto personal por Thieu pero le tenía sin embargo un gran respeto, ya que continuaba su lucha en la terrible soledad que siguió a la retirada de las fuerzas norteamericanas. Fue muy escasa la comprensión y el entendimiento que se le hicieron llegar. No discutí su dignidad. Aunque el solitario jefe de Estado tuvo su ceremonia de recepción en ausencia de público, actuó como si fuera la cosa más natural del mundo. Al llegar a San Clemente, Nixon ofreció un discurso cortés que se refería a la capacidad de Vietnam del Sur para autodefenderse: afirmación dudosa si Hanoi lanzaba un ataque masivo con armas soviéticas. Thieu estuvo de acuerdo con este cuento de hadas, sin dejar sin embargo de señalar el contraste entre la posición de Vietnam del Sur y la de Europa, que todavía requiere 300.000 soldados norteamericanos 25 años después de la Segunda Guerra Mundial.

Al terminar la recepción los dos líderes se retiraron para conversar en privado. En realidad no había mucho que discutir. Thieu no se quejó de la tarea que le habíamos dejado ni de la malevolencia de Hanoi. Proporcionó un informe de las reales violaciones de los norvietnamitas. Nixon le aseguró en privado (como ya lo había hecho públicamente el 15 de mayo) que él resistiría por la fuerza si fuera necesario cualquier violación alevosa. Al mismo tiempo insistió a Thieu en que hiciera un gran esfuerzo para llevar a cabo las obligaciones de Vietnam del Sur bajo los términos del Acuerdo. Ya que si hubiera una ruptura de los pactos de París, aconsejaba Nixon, la responsabilidad caería sin lugar a dudas sobre Hanoi. Thieu señaló que el principal obstáculo para reunir al Consejo Nacional de Reconciliación y Concordia, como lo requería el Acuerdo, era la negativa de Hanoi a proceder a elecciones que el Consejo pudiera supervisar. El *debate político*, tan apasionadamente defendido por muchos estadounidenses durante la guerra, nunca sería emprendido por Hanoi en tiempos de paz. Nunca arriesgaría una generación de combatientes en comicios que desdeñaba en su propio país.

El segundo día del debate entre Nixon y Thieu fue en su mayor parte concerniente a la ayuda para Vietnam del Sur. Tuvo una característica algo irreal debido a que los participantes norteamericanos sabían que el apoyo del Congreso, aun para asistencia económica de desarrollo, se estaba rápidamente desmoronando. Los liberales fueron perdiendo interés porque pensaban que tenían poco compromiso con la supervivencia de Vietnam del Sur, y los conservadores creían que ya habían superado sus obligaciones para con Vietnam proveyendo medios honorables para una conclusión de la guerra. Ambos refle-

jaban el cansancio de una nación respecto de esta guerra. Nixon prometió usar el pedido de ayuda a Saigón como blanco principal; el resultado concluyente dependería de la consulta al Congreso. En el comunicado final Thieu consiguió la promesa de que los dos aliados mantendrían *vigilancia* contra la posibilidad de una renovada agresión comunista después de la salida de las tropas norteamericanas de tierra de Vietnam del Sur. Más aún, las acciones que pudieran amenazar las bases del Acuerdo provocarían reacciones apropiadamente vigorosas: Todavía otra clara afirmación pública de las intenciones de Nixon de reforzar el Acuerdo de París.

Las ambigüedades de las respuestas a sus pedidos económicos no disminuyeron el alto optimismo de Thieu cuando abandonó San Clemente. Al alejarse de la tierra californiana hizo una celebración con champaña para resaltar el placer y el alivio que le produjeron sus conversaciones con Nixon (9). Pese a su usual recelo y a los crecientes presagios de dificultades futuras —nuestras vacilaciones acerca de las violaciones de Hanoi y la asistencia económica— Thieu tenía la inquebrantable convicción de que los Estados Unidos vendrían en ayuda de Vietnam del Sur en una crisis. Era una confianza compartida antes y en ese momento por otros aliados de los Estados Unidos, una fe que ha constituido uno de nuestros principales tesoros en el mundo, y que estamos determinados a no perder.

LA REPRESALIA ABORTADA

Un *slogan* de moda afirmaba que nosotros no podíamos garantizar el futuro de Vietnam del Sur por toda la eternidad. Esto era probablemente cierto. Pero se calificaba una *eternidad* a sólo ocho semanas. Lo que nuestras reacciones pudieran haber sido después de unos años debería ser discutido; no obstante el fracaso de reaccionar luego de unas pocas semanas era seguro que tornaría al Acuerdo de París en cenizas y burlaría la credibilidad norteamericana. Tan pronto como el 6 de marzo de 1973, expuse en una reunión del Grupo de Acciones Especiales de Washington (WSAG)(*) .

El presidente está preocupado pues si nosotros permitimos ser picados y morisqueados hasta la muerte en Laos y Camboya, también sucederá más tarde lo mismo en Vietnam. Nuestros críticos no nos dan ningún lauro por nuestra moderación. . . ¿Qué piensan ustedes que dirán si llegamos a perder Vietnam? Atacarán el Acuerdo como una estafa y se olvidarán que ellos sí propugnaban una verdadera estafa solamente unos meses antes. El presidente se mantuvo firme durante cuatro años rechazando un simple intercambio de POW (**) por nuestra retirada. El no va a permitir que Vietnam desague por la alcantarilla en estos momentos.

Todas las estimaciones de Inteligencia, además, confirmaban que Hanoi estaba siendo contenido en su intención de iniciar hostilidades a larga escala por miedo a una reacción norteamericana. Una reunión del WSAG se produjo el 16 de abril de 1973 en la cual James Schlesinger, entonces el director de la Central de Inteligencia, expresó que Hanoi no se estaba desenvolviendo con eficacia por su objetivo de ganar apoyo popular en el sur y que había incrementado su posición militar desde el cese del fuego:

Esto proporciona un tercer factor: la opinión de Hanoi acerca de la manera en

(*) El Grupo de Acciones Especiales de Washington, o WSAG, era una agrupación interdepartamentaria responsable de coordinar los programas políticos durante las crisis y de rever los planes de contingencia. Fue formado en 1969, presidido por mí, e incluía a los subsecretarios de Estado y Defensa, al director de la CIA y al presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, junto con todos los expertos que fueran necesarios para el tema a tratar en particular.

(**) Prisioneros de guerra.

que los Estados Unidos reaccionarían frente al hecho de una reanudación de las hostilidades a larga escala; una influencia más importante que nunca en las decisiones futuras de Hanoi.

Una de nuestras dudas era de qué manera reaccionar a las violaciones sin arruinar el acuerdo global. Estábamos preparados a darle a Hanoi una sacudida, pero no teníamos ningún deseo de una guerra abierta. Considerábamos que una pronta represalia podría imponer una competición política más que militar. Había además otra razón para actuar rápidamente: me enteré que el Pentágono estaba planeando hacer retirar la fuerza aérea del Sudeste de Asia en una forma más rápida de la que yo había apreciado. Como expliqué, la celosa independencia con la cual Defensa guardaba sus decisiones presupuestarias significaba que nosotros estábamos frecuentemente ante el hecho consumado. Debíamos sin duda alguna actuar con rapidez.

A fines de febrero se produjeron dos concisas pruebas de resistencia que proveyeron de valor a nuestro razonamiento. La primera fue sobre Laos. A pesar del hecho de que durante mi visita a Hanoi se había llegado a un convenio consistente en que un cese del fuego en Laos se pondría en funcionamiento en pocos días, el Pathet Lao —los clientes laosianos de Hanoi— continuaba lo que la premier Souvanna Phouma llamaba una *ofensiva general*. En el mismo primer día de la tregua, los comunistas la rompieron no menos de veintinueve veces. Souvanna por lo tanto requería los golpes de los B-52 norteamericanos en contra del Pathet Lao. El presidente y yo lo discutimos en la noche del 22 de febrero. Nixon lo rechazaba porque temía que Hanoi lo usaría como un pretexto para demorar la liberación de los prisioneros de guerra norteamericanos. Argumentó que Hanoi negaría la liberación de nuestros prisioneros —nuestra más insistente demanda— solamente si estaba preparado para un momento decisivo por otras razones. Nixon autorizó un golpe de los B-52 de inmediato. En menos de cuarenta y ocho horas se había establecido el cese del fuego en Laos.

La segunda miniconfrontación, a fines de febrero, fue en verdad a causa de la liberación de los prisioneros de guerra norteamericanos (aunque casi seguramente inconexa con el incidente de Laos). Hanoi fracasó en su intento de producir el 26 de febrero una lista de los miembros del POW que debían ser excarcelados al día siguiente. Sin dar explicaciones, insinué que la libertad de nuestros hombres del POW dependía de la liberación en Saigón de sus detenidos políticos —un encadenamiento a causa del cual habíamos pasado semanas negociando para evitarlo. Esto sucedía casi al mismo tiempo en que Washington y Saigón protestaban por la aparición de tres misiles tierra-aire SAM-2 situados en Khe Sanh en violación con el inactivo cese del fuego.

Respondimos muy secamente suspendiendo la retirada de las tropas norteamericanas y las operaciones de limpieza de minas en los puertos de Vietnam del Norte. El secretario de Estado Rogers rehusó asistir a cualquier sesión de la conferencia internacional en París. Un conciso mensaje fue enviado a Hanoi informándole simplemente de nuestras acciones. Además, el secretario de Prensa de la Casa Blanca, Ronald L. Ziegler, fue instruido para leer en su resumen del mediodía una declaración tenaz, haciendo notar que la liberación de los prisioneros de guerra norteamericanos constituía una obligación incondicional por parte de Vietnam del Norte inseparable de cualquier otra estipulación del Acuerdo. Un día más tarde le dije a Ziegler que estaba seguro de que las presiones funcionarían (en una conversación que también indicaba claramente mi plan de dejar el gobierno pronto): *De aquí en un año, cuando yo esté fuera de todo esto, van a volcar la responsabilidad sobre nosotros verdaderamente. No por esta razón. En un año ellos van a actuar como tigres feroces, pero ahora no están preparados.* Los prisioneros del POW fueron liberados, tal como lo previsto, puntualmente.

Pero éstos constituían hostigamientos en los bordes del verdadero desafío que consistía

en la masiva infiltración de material humano y de guerra a través de Laos, Camboya y la Zona Desmilitarizada (DMZ), violando casi todas las estipulaciones del Acuerdo Schlesinger estimaba que con esa medida de reabastecimiento Hanoi para el otoño sería por lo menos tan fuerte en el sur como lo había sido antes de la ofensiva de 1972. El WSAG mantuvo diversas reuniones acerca del tema. Como un paso preliminar fue decidido incrementar las protestas a Hanoi sumando nuevas y más ominosas advertencias acerca de la represalia. Se enviaron notas el 4, 6, 14 y 15 de marzo de 1973. La nota del 14 de marzo prevenía que si la infiltración continuaba, culminando en una acción militar por parte de Hanoi, *las consecuencias... serían sumamente funestas.*

El 8 de marzo le hice una advertencia al embajador soviético Anatoly Dobrynin. Subrayé que un continuo y sustancial envío soviético de armamento militar sería considerado como acto inamistoso; una nueva ofensiva de Hanoi acarrearía *graves consecuencias para las relaciones soviético-norteamericanas.*

Dobrynin permanecía siempre indeciso. La culpa jamás correspondía a la Unión Soviética. Argumentaba que mi información era o incorrecta o fuera de fecha. Más terrible aún, él insinuó enigmáticamente que los astutos y mañosos chinos eran probablemente los responsables de la continua corriente de equipos militares soviéticos en Vietnam del Norte. Me informó con cara seria que el hecho consistía en que durante la guerra varios cientos de tanques y algunos trenes de abastecimiento se habían inexplicablemente evaporado mientras transitaban China. El Kremlin estaba convencido de que el material de guerra soviético mostrado en Vietnam del Norte ahora estaba siendo introducido por China, en su eterno esfuerzo por socavar una relajación de las tensiones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Dobrynin alegó que sería apreciado que yo formulara la cuestión con Brezhnev durante mi programada visita a Moscú (ocho semanas después). Con esta salida era obvio que podíamos esperar muy poca ayuda de parte de los soviéticos. También advertimos a los chinos; pero respondieron ambigualmente.

El 13 de marzo hubo otra reunión del WSAG respecto a este tema. El grupo concluyó que:

No tenemos la menor intención, bajo ningún tipo de circunstancia, de permitir que el enemigo monte una gran ofensiva este año. Seremos meticulosos en honrar el Acuerdo nosotros mismos, y queremos hacer públicos sus continuos quebrantamientos. Todas las declaraciones de prensa señalaban las violaciones enemigas.

La mejor acción militar parece ser la reanudación del bombardeo de las carreteras en Laos tan pronto como resulte, posible y luego que el tercer contingente de hombres del POW sea liberado. Si fuera necesario, este ataque debe ser continuado con un bombardero de la DMZ entre esta área y las líneas de Vietnam del Sur. La decisión final sería hecha por el mismo presidente.

Pero el presidente se encontraba en un estado de ánimo, no característico en él, de profunda indecisión. Era usual para Nixon aproximarse a una determinación fundamental en una forma no preparada. Los largos discursos por los dilemas que enfrentaba constituían su modo de reflejarse en las opciones. Durante su primer término, el proceso había llevado inexorablemente a una resolución. Cada conversación sucesiva, sin embargo aparentemente interminable, conduciría gradualmente, casi imperceptiblemente, a una definición aguda de las cuestiones. Por etapas, Nixon trabajaba en un tono febril y emocional como para que la prontitud intelectual y psicológica tendiera a coincidir con el punto de decisión. Yo frecuentemente elaboraba la respuesta antes que él; pero él tenía el mejor instinto para la yugular. Su decisión final partiría por el medio toda equivocación e iría hacia el corazón mismo del asunto.

Pero el Nixon de marzo de 1973 era diferente. Se aproximaba al problema de las violaciones en una forma curiosamente inconexa. Marchaba a la deriva. No daba en el blanco de la decisión con esa manera de mente única, casi poseída, que era su sello característico. La retórica podría estar presente, pero esta vez acompañada con excusas por la inacción. Nosotros sabíamos por anticipado que para marzo Watergate estaría hirviendo. A fines de febrero, él se mantuvo encerrado por largos períodos con John Dean, el consejero de la Casa Blanca, haciendo proyectos en torno a la estrategia a asumir en las investigaciones por el recientemente constituido Comité Selecto de Senadores, presidido por el senador Sam Ervin y preocupado también por la apertura de la audiencia en el Comité Judicial del Senado debido a la nominación de L. Patrick Gray como director permanente del FBI. El 27 de febrero, Dean le advirtió que lo que encubría el asunto no podía ser contenido indefinidamente. Nixon estaba aturdido. El 6 de marzo, por ejemplo, ordenó un golpe de bombardeos de un día de duración a las rutas Ho Chi Minh que había sido previsto para la siguiente semana. El tráfico ilegal de camiones militares llenos hasta el tope en esa zona prometía blancos provechosos. Al día siguiente, 7 de marzo, canceló la orden. Nuevamente declaró que él no quería dar a Vietnam del Norte un pretexto para retrasar la liberación del siguiente grupo de prisioneros norteamericanos. Yo dudo que esto constituyera una razón considerable. Gray se encontraba en dificultad acerca de las investigaciones del FBI sobre Watergate y estaba diariamente arrastrándose entre la Casa Blanca y John Dean. El Comité Judicial del Senado seguía cuestionando que Dean parecía tener un privilegio del Ejecutivo a pesar de la afirmación presidencial. Nixon, claramente, no quería sumar el desorden y alboroto sobre Indochina a sus perplejidades de base internas.

Propuse un memorándum urgiendo la aceptación por parte del presidente de las recomendaciones del WSAG respecto a un golpe aéreo el 14 de marzo. Tracé las posibles motivaciones de los líderes de Vietnam del Norte: ellos podrían creer que no reaccionaríamos a sus violaciones mientras mantuvieran en su poder a los prisioneros norteamericanos; podrían estar simplemente probando los límites de nuestra tolerancia; tal vez habrían decidido reanudar las operaciones ofensivas tan pronto como su reaprovisionamiento se concluyera. No importa cuáles fuesen sus propósitos, debíamos agotar todos los caminos diplomáticos; pero no podríamos estar capacitados para evitar la preparación de planes militares respecto a contingencias:

Vietnam del Norte está expuesto, tanto en el área de caminos del Panhandle laosiano como en los bordes del norte a los MR-1 de Vietnam del Sur. En ambas áreas se opera durante el día y el tránsito es tan pesado que se congestiona. También se ve claramente que están tomando ventaja del hecho de que todas las acciones aéreas en contra de ellos han finalizado. Una serie de golpes fuertes en un período de 2 ó 3 días en alguna de estas áreas les resultaría muy costoso tanto en materiales como en hombres.

El futuro del Acuerdo de París ciertamente dependía de la acción que ahora se impusiera:

Un golpe aéreo significará claramente que no toleraremos continuas violaciones y que reaccionaremos decisivamente ante ellas. Fue precisamente esta suerte de protesta norteamericana la que el 8 de mayo, y nuevamente en diciembre de 1972, provocó que Vietnam del Norte reexaminara el curso de acción hacia el cual estaban, por ese entonces, inclinados. Si ahora creen que podemos no reaccionar y fracasamos en hacerlo, alentaremos cada vez más sus descaradas violaciones. Si reaccionamos, vislumbraremos los costos que pueden aguantar revocando el

Acuerdo. Habrá recriminaciones. Pero en mi opinión, si no lo hacemos el Acuerdo bien puede romperse precisamente por esa carencia. Las recriminaciones en tales circunstancias no serán menos severas.

Para coincidir con la preocupación de Nixon acerca de los prisioneros de guerra norteamericanos recomendé que diésemos principio a un ataque en los días 24-26 de marzo, antes de la liberación del cuarto grupo de prisioneros norteamericanos.

El cada vez más insolente tono de la respuesta de Hanoi a nuestras protestas requería, en mi punto de vista, una acción aguda para que el Acuerdo de París no se derrumbara. Hanoi repitió su ahora familiar interpretación del Artículo 20 de que la retirada de sus tropas de Laos y Camboya tenía que esperar un convenio político, lo cual en su momento fue identificado con el control comunista. Hanoi rechazó nuestra evidencia documentada de infiltración. Desde que no se había introducido material militar a través de los puntos de control que el Acuerdo requería, no había evidencia de que existiera un equipamiento ilícito, declaró Hanoi con su característica desfachatez. En todo caso los Estados Unidos no podían formular tal cuestión, la cual debería ser elevada por la Comisión Internacional de Control y Supervisión (en la cual, por supuesto, los comunistas tenían un veto).

En la crisis, el curso más osado y atrevido suele resultar frecuentemente el más seguro. El método más riesgoso en mi experiencia lo había constituido el implantar paso a paso una gradual escalada de oponentes iguales, alcanzando inevitablemente en cada acción un nivel más alto de violencia hasta llegar a un punto muerto de paralización. Hanoi tenía que contar con el hecho de que si mantenía a los prisioneros detenidos nos haría vacilar respecto a todas las otras estipulaciones del Acuerdo: la limpieza de minas, la retirada de las tropas, los proyectos de ayuda económica; podría provocar una aún más dura represalia norteamericana, esta vez en contra de Vietnam del Norte. Como yo expuse en mi memorándun:

Si actuamos inmediatamente después de la liberación del tercer grupo de prisioneros, la cual será completada para el final de esta semana, podemos minimizar el riesgo de una retención sobre los restantes hombres del POW. Surgirá un periodo de dos semanas antes de su liberación final y habrá tiempo luego de los golpes para restablecer los acuerdos de la liberación final en coincidencia con nuestra retirada total. Mientras tanto nosotros cesaríamos de efectivizar todo abandono como una ventaja adicional destinada a provocar la liberación completa de los prisioneros en forma segura.

Pero el presidente contemporizó. El aprobó el plan de contingencia pero me manifestó de nuevo que estaba preocupado acerca del atraso de la liberación de los hombres del POW. El 15 de marzo, en una nueva conferencia, dio a conocer una seria advertencia a Hanoi. Yo estuve en Acapulco de vacaciones desde el 17 al 26 de marzo. Durante ese período lo que cubría a Watergate comenzaba a desplomarse debido a las incesantes demandas de dinero por parte de E. Howard Hunt, un miembro del surgiente equipo de Ellsberg, aunque yo y mis colegas de la NSC (Consejo de Seguridad Nacional) no teníamos todavía ninguna sospecha de tal hecho. Las indecisiones de Nixon fueron comprendidas el 19 de marzo cuando el embajador G. McMurtrie Godley se comunicó, por medio de canales no oficiales, con la Casa Blanca desde Vientiane, en Laos, cuestionando el momento oportuno de accionar del golpe propuesto. Podría desbaratar la formación prevista del nuevo gobierno de coalición laosiano (el cual, bajo tales circunstancias, no fue finalmente conformado hasta el año siguiente). A la premier Souvanna Phouma le resultaría difícil poder obrar sin ayuda. Informado de este mensaje, instruí al general Brent Scowcroft, quien había reemplazado a Al Haig como mi secretario adjunto, para

elevar el argumento de Godley al presidente. Establé comunicaciones con Scrowcroft desde Acapulco por medios seguros.

Deseo que usted discuta la cuestión de los golpes con el presidente. Creo que Godley está realizando una buena actividad preocupándose por la posibilidad del entorpecimiento de las negociaciones laosianas. Sin embargo, ninguna de las consideraciones que se previeron la semana pasada han cambiado verdaderamente. No creo que la decisión de Vietnam del Norte acerca de una retirada dependa de una serie de golpes. Otro peligro es que eso demoraría la liberación de los hombres del POW. El argumento contrario es que ellos tenderán a ser más despiadados el próximo otoño.

Deseo que usted discuta este tema con el presidente personalmente y la decisión final debe ser tomada por él. Nixon tiene que ser informado del argumento de Godley. Nosotros no debemos ir, en ningún caso, antes del jueves a la noche (marzo 22). Mi recomendación, tras el análisis, sería que asistiéramos entonces.

El 20 de marzo Scrowcroft me informó acerca de los ahora familiares síntomas de la ambivalencia presidencial. Nixon había evitado una decisión, pero había rumiado respecto a políticas adversas como consecuencia. El 21 de marzo indicaba que él preferiría sostener nuestra retirada de las tropas, más que los golpes. Ordenaría un ataque aéreo, pero *sólo si es indudable que se logrará un bien seguro y real*: una condición casi seguramente imposible con un único bombardeo.

Eso ocurrió el mismo día en que John Dean le informó a Nixon que John Mitchell, Charles Colson, Jeb Stuart Magruder, Herbert Kalmbach y otros no eran los únicos que tenían problemas. Señaló que el presidente también los tenía: había un cáncer creciendo en la presidencia. Ignorando estas presiones, reiteré mi posición el 21 de marzo:

Hay un argumento principal para determinar los golpes en este momento: aclararle a Vietnam del Norte que podemos hacer algo totalmente impredecible si somos presionados en defensa del Acuerdo. Si Vietnam del Norte cree que no reaccionaremos hasta que los prisioneros del POW hayan sido liberados, una ofensiva para el final de año es casi una realidad. En caso de que la misma tenga éxito, aquellos que han combatido todos los movimientos del presidente serán vindicados y la base global de la política presidencial será socavada. Considero uno de los principales objetivos de nuestro programa político externo el de conseguir tanto tiempo como sea posible antes de una reanudación de las hostilidades por el norte.

Ese mismo día Nixon filosofó nuevamente con Scrowcroft sobre la utilidad y el tiempo que llevaría nuestro plan; le pidió a él que volviera a consultarme sobre el tema. Obviamente, mi consejo no era el más deseado. Sin embargo, repetí mi punto de vista el 22 de marzo:

La operación es probable que cause daños considerables, aunque no decisivos. Si no reaccionan a nuestros ataques se lo considerará como un signo de debilidad de su parte, pero no veo qué acción puedan tomar. . . Básicamente, mi punto de vista es muy similar al que sostuve durante la situación de Corea a principios de 1969. No hay ninguna necesidad que presione para atacar, pero las fallas que tengamos en reaccionar, en estos momentos nos costarán caras.

Nixon estaba molesto por esta referencia al incidente de los EC-121, (10), la cual despertó su instinto usual de aparecer, al menos, tan duro como sus consejeros. Ordenó

un ataque inmediato de un día sobre las rutas Ho Chi Minh. Esto combinó todas las desventajas: Era demasiado corto para ser efectivo, demasiado alevoso para ser ignorado y demasiado pensado para causar sobre Hanoi el impacto psicológico deseado. Las órdenes de Nixon me habían puesto al margen de todo manejo. Me indujo a recomendar postergaciones hasta que pudiéramos discutir el tema a mi regreso de Acapulco: —en otras palabras, hasta la liberación final de nuestros prisioneros—.

Mantuvimos nuestras advertencias. En aquellos momentos teníamos la certeza, si es que alguna vez se la necesitó, de que las represalias no producirían un daño duradero en nuestras relaciones con la Unión Soviética. El 23 de marzo Dobrynin nos aseguró formalmente que Moscú había suspendido el suministro de armas para Hanoi después del Acuerdo de París y sostuvo de nuevo que las provisiones soviéticas que llegaban a Hanoi eran probablemente aquellas que habían sido demoradas en su paso por China. En cuanto a las represalias, Moscú simplemente esperaba *que las cosas no se encaminaran en esa dirección* —una forma de disociación tan suave como para no causar en nosotros algún tipo de interés. Cuando el 29 de marzo Nixon se dirigió a la nación para señalar el retorno de nuestros últimos prisioneros de guerra incluyó otro recordativo a los líderes norvietnamitas, expresando que ellos no debían tener alguna duda de que llegaríamos hasta las últimas consecuencias si no obedecían el Acuerdo.

Otros portavoces del gobierno abordaron el tema. El siguiente diálogo tuvo lugar el 3 de abril entre el secretario de Defensa, Elliot Richardson, y periodistas que lo entrevistaron antes de una de sus apariciones ante un subcomité de Presupuesto de la Cámara:

PREGUNTA: —Señor Secretario, ¿bajo qué condiciones deberíamos nosotros comenzar un bombardeo en apoyo de Vietnam del Sur?

RICHARDSON: —Sería una de esas preguntas que es imposible responder en términos generales. Sólo podemos ver el desarrollo de los hechos, y con esperanzas, lo que sucederá en la implementación total y completa de los acuerdos de cese de fuego.

PREGUNTA: —¿Pero es posible que tengamos que bombardear a Vietnam del Norte nuevamente en apoyo al ejército survietnamita?

RICHARDSON: —En verdad eso es algo que no podemos descartar en estos momentos.

El 2 de abril envié a Nixon un memorándum que señalaba posibles respuestas tanto a nivel diplomático como militar. El mismo fue clasificado como *información*: no pedía decisiones. Nixon se hallaba en San Clemente con Haldeman y Ehrlichman. Estaban cercados por el Comité de Ervin, junto al presidente que amenazaba con arrestar a cualquier asesor de la Casa Blanca que se rehusara a dar testimonio en público. Nixon se limitó a hacer una tilde de chequeo sobre mi memorándum para indicar que lo había visto. El trabajo fue devuelto sin ninguno de los subrayados o comentarios marginales, que normalmente indicaban que había estudiado el texto cuidadosamente.

Mientras tanto, los planes del WSAG revelaban que los norvietnamitas, en completa violación del Acuerdo, habían construido un extenso complejo de superficie para misiles aéreos al sur de la Zona Desmilitarizada, especialmente en los alrededores de Khe Sanh, donde ya se habían observado actividades anteriormente, y en el valle de Ashau amenazando a la vieja ciudad imperial de Hué. El resultado fue que ahora el Cuerpo de Jefes del Estado Mayor Conjunto pedía tres días de bombardeos para la extinción de la defensa contra fuerzas aéreas antes de que pudiéramos atacar el complejo de provisiones norvietnamita en Laos, que era lo que realmente nos interesaba.

Esto nuevamente retrasó nuestro itinerario. Para bombardear en el mejor momento de la semana necesitábamos preparar el campo con la diplomacia. Hanoi, que trataba por

medio de sus propias estratagemas de detener el bombardeo, nos proporcionó algo así como una oportunidad de acercamiento mutuo al contestar a nuestras demandas con una insinuación que daba a entender que estarían dispuestos a tratar el tema de las violaciones. El 27 de marzo hizo una vaga referencia a encuentros privados para reвер el Acuerdo. Más explícitamente el 31 de marzo, Hanoi sugirió que entrevistas privadas entre Le Duc Tho y yo resolverían dificultades o asperezas que pudieran surgir en un futuro en la implementación del Acuerdo. Por supuesto, dado que se trataba de Hanoi, la culpa de todas las rupturas era atribuida a EE.UU. y Saigón. En verdad esto nos negaba cualquier posición para seguir insistiendo en las observaciones del Acuerdo. Una vez que se completó el retiro de nuestras tropas, sólo los partes vietnamitas podrían tratar tales temas. Le informamos a Thieu acerca de estos mensajes pero esperamos a que partiera de los EE.UU. para responder a Hanoi. No dejábamos ninguna duda de que nuestra paciencia estaba llegando a su fin:

Los mensajes del DRV (*) constituyen un insulto a la inteligencia del gobierno de los EE.UU. y de su pueblo en vista de la historia de las actuaciones del DRV por las cuales no se ofrecía ninguna explicación y su repetición debe prevenir la movilización de las relaciones que el gobierno de los EE.UU. está tratando de conseguir.

Los EE.UU. rechazan enfáticamente la pretensión del DRV de responsabilizar para la implementación del Artículo 7 del Acuerdo de París (que observe las infiltraciones) sólo a las dos partes de Vietnam del Sur. Las cuatro partes de este pacto son responsables de su estricta implementación. Los EE.UU. hacen responsables al DRV de la continuación de las violaciones del Artículo 7 e insisten en que el DRV acepte su responsabilidad y cese la infiltración de hombres y materiales en Vietnam del Sur en violación a ese artículo y al Artículo 20. Los EE.UU. además piden que el DRV retire sus fuerzas de Laos y Camboya incondicionalmente como lo requiere el Artículo 20. . . Los EE.UU. señalan que la continuación de estas violaciones tendrán como respuesta serias consecuencias.

Pero el final de nuestro mensaje acoplaba otra prevención en la que se proponía un encuentro con Le Duc Tho:

Para evitar cualquier otro tipo de deterioro, el doctor Kissinger propone un encuentro en París con el consejero especial Le Duc Tho, para principios de mayo.

A esta altura de las cosas nuestra estrategia consistía en lanzar un ataque aéreo de tres o cuatro días sobre bases y carreteras de Vietnam del Norte, rutas de Laos y sobre ambos lados de la Zona Desmilitarizada en algún momento del mes de abril. Pese a este plan esperé el programa de mis negociaciones con Le Duc Tho para el mes de mayo a fin de ayudar a amortiguar las controversias internas e inspirar a Hanoi creciente cautela.

Pero como siempre, Hanoi practicaba un fuerte descaro. Para fines de abril las rutas de Ho Chi Minh serían cerradas, ya que las lluvias las convertían en un barrizal. De esta forma Hanoi jugó con el tiempo y continuó con su infiltración ilegal. Les tomó diez días responder; luego, el 15 de abril aceptaron el encuentro para cualquier fecha posterior al 15 de mayo. Le Duc Tho quería un intervalo lo más largo posible, estipulando que nosotros no atacaríamos hasta después de las negociaciones. Sus cálculos eran incorrectos pero triunfó por razones relacionadas con Watergate, no con la diplomacia. Si no hubiera sido por Watergate habríamos podido actuar en abril.

Para mediados de ese mes 35.000 soldados norvietnamitas habían entrado a Vietnam del Sur o a las cercanías de los santuarios; el incremento total del personal de combate y

(*) República Democrática de Vietnam del Norte.

de las posiciones era mayor que antes de la ofensiva de Pascua en 1972. El Nixon normal se habría enfurecido por este hecho, pero Watergate lo limitaba sólo a temblar. El 8 de abril había mandado a Alexander Haig, en esos momentos vicejefe del Estado Mayor del Ejército, a un viaje de cinco días a Indochina en averiguación de los hechos. En el pasado esta iniciativa había sido precursora de importantes decisiones. Pero no ahora. Cuando Haig informó el 15 de abril, el mismo día del mensaje de Hanoi, Nixon no hizo más que involucrarse en nuevas dilaciones, lo que pronto haría que el planeado ataque quedara sin efecto debido a que la estación lluviosa había inutilizado las rutas de Ho Chi Minh. Se nos dio instrucciones para convocar otro encuentro de la WSAG a fin de considerar nuestras opiniones.

Nixon simplemente era incapaz de concentrar sus energías y pensamientos en Vietnam. La historia mostró que estaba ocupado en incesantes entrevistas y llamadas telefónicas relacionadas con Watergate. Por ejemplo, ahora sabemos que el 14 de abril fue el día en que el presidente llegó a la conclusión con Haldeman y Ehrlichman de que su viejo amigo John Mitchell debía ser presionado para admitir que él era *moralmente y legalmente responsable*. Fue el 15 de abril, el día de nuestras deliberaciones sobre Vietnam, cuando Henry Petersen, que presidía el Tribunal de Watergate del Departamento de Justicia, incitó a Nixon a enojarse con Haldeman y Ehrlichman.

En esos momentos, como le manifesté a Elliot Richardson unos pocos días después, estaba convencido de que el titubeo era el camino más peligroso: *La única oportunidad a nuestro favor es no dejar que los otros calculen el precio que tienen que pagar por cada paso que dan*. Rehusamos las opciones el día siguiente en la WSAG. Además de la amenaza que representaban las rutas de Ho Chi Minh, nos encontrábamos ahora enfrentando a una ofensiva norvietnamita en Laos del Norte. Recomendamos que se bombardeara a esa zona, y que suspendiéramos el minar de las zonas previstas. Estas decisiones más estrechas se realizaron casi de inmediato. Pero trataron de encubrirnos el tema preponderante, que era la transgresión en el teatro principal —es decir en el mismo Vietnam del Sur. Los bombarderos estadounidenses B-52 y los aviones de combate hicieron blanco sobre Laos el 16 de abril en represalia a la captura de Tha Vieng, al sur de las llanuras de Var. El 17 de abril las invasiones continuaron por segundo día, y el secretario de Defensa Richardson en una conferencia de prensa describió el hecho como *una respuesta a las flagrantes violaciones del cese del fuego de Laos*. Pero no se tomó ninguna medida contra la infiltración norvietnamita en las rutas de Ho Chi Minh o contra la infiltración ilegal a través de la DMZ, y éstos eran en verdad los temas en tratativas.

Simultáneamente siguiendo el curso de las negociaciones, el 17 de abril mandamos un mensaje cortante a los norvietnamitas en el que respondimos con indignación y desaliento a su mensaje del 15 de abril. Acordamos un encuentro entre Le Duc Tho y yo, que sería precedido por una reunión preparatoria entre el viceministro de Relaciones Exteriores de Hanoi, Nguyen lo Thach, y el asistente adjunto del secretario de Estado, William Sullivan.

La WSAG fue citada nuevamente el 17 de abril. La junta de jefes seguía insistiendo en que no podían atacar las rutas de Ho Chi Minh al sur de Laos —el único segmento todavía en uso activo pese a la proximidad de la estación lluviosa— a menos que destruyeran primero el complejo de la superficie contra misiles aéreos comunistas que se encontraba exactamente al sur de la DMZ.

Por eso los militares extendieron el radio de las operaciones una vez más, y solicitaron un bombardeo de siete días completos. Tal hecho constituyó un punto clave. Tres días antes de ese encuentro me había sentido sacudido al oír hablar a Leonard Garment de la forma en que Watergate podría afectar al presidente. Me espanté al tomar conocimiento, por primera vez en forma clara, de cómo las demandas de Watergate podrían llegar hasta el corazón de la presidencia y destruir toda autoridad. He descrito en el Capítulo IV la

manera en que respondíamos los otros y yo, pero el 17 de abril no veía cómo podría inducir a Nixon a ocultar su prestigio disminuido detrás de la nueva campaña de bombardeos prolongados que la situación requería y que sus propios titubeos habían hecho necesarios. Fue por esto que sugerí a la WSAG que esperaríamos una provocación evidente de parte de Hanoi y que mientras tanto continuaríamos con nuestros planes. Los miembros de la WSAG, que estaban finamente dedicados a burocracias intangibles, comprendieron correctamente que esto representaba un gran cambio. Para ellos nuestra estrategia había sido más con el objeto de prevenir un desafío mayor que con el fin de esperar que éste ocurriera. (En nuestra opinión tal hecho no iba a consumarse por lo menos durante una gran parte del año.) La decisión significaba que estábamos posponiendo un ataque con derecho de prioridad indefinidamente. De esa forma tarde o temprano Vietnam del Sur tendría que hacer frente a la intensa furia, no impedida, de un establecimiento norvietnamita.

Fue una gran oportunidad perdida, dada la reacción calma que demostró Hanoi a los ataques en Laos. Durante cinco años había sido un objeto de lealtad entre los críticos el hecho de que las acciones fuertes echaban a perder el clima para las negociaciones. La verdad era completamente distinta. Invariablemente habíamos notado que Hanoi siempre era más tratable después de un ataque estadounidense. En este caso Hanoi también respondió a nuestro bombardeo del norte de Laos y a nuestra dura nota del 17 de abril, aceptando el encuentro preliminar del 20 de abril entre Thach y Sullivan.

Pero nuestra estrategia se estaba desequilibrando, pues era evidente que no nos encontrábamos en situación para concretar la mitad de nuestros planes militares. Fue por esto que el encuentro con Le Duc Tho tuvo un significado diferente. Le informé a Nixon el 21 de abril sobre el mensaje de Hanoi, conversamos sobre la posibilidad de una nueva reunión del NSC para el 26 de abril en la que se tomaría la decisión final. La reunión nunca se consumó. De todos modos, Watergate hubiera predeterminado el resultado. Le aclaré a Nixon —no con mucho agrado— que simplemente no estábamos en posición de implementar nuestro plan. Le afirmé: *Si no hubiéramos tenido estas malditas situaciones internas, una semana de bombardeos hubiera hecho cumplir el Acuerdo a la fuerza.* Y para demostrar que mi poco tacto había sido finamente afilado, agregué otra frase de exquisita infelicidad: *Lo único bueno de Watergate es que desplaza a los bombardeos de Laos a la página 20 de los diarios.* A lo cual Nixon contestó malhumorado: *También pone al incremento del 10 % de la inflación en la página 20.*

Para el 23 de abril era claro que el presidente no estaba preparado para ordenar cualquier tipo de represalia. Le señalé a Haig:

Mi problema es que no veo cómo podremos hacer algo en este clima. Me refiero a la suposición de que debamos empezar el bombardeo. Esto cristalizará todas las oposiciones de los congresistas. . . No tengo ninguna duda de que si no fuera por estos problemas los abatiríamos (es decir, a los norvietnamitas).

Por eso, para fines de abril de 1973, nuestra estrategia para Vietnam estaba desgastada. A la luz de las flagrantes violaciones de los norvietnamitas y de las historias horribles contadas por nuestros prisioneros de guerra que regresaban, la zanahoria de la ayuda doméstica a Hanoi era comprensible pero totalmente eliminada por el Congreso. Los enmiendas de Byrd que impedían la asistencia directa o indirecta a menos que fueran específicamente autorizada por el Congreso, se llevaron a cabo por 88 votos a 3. Luego el golpe del bombardeo se perdió por nuestra incapacidad interna. En junio el Congreso debía prohibir por ley una respuesta militar, pero la abertura que tuvimos en esos primeros pocos meses de 1973 fue cerrada por las debilidades de Watergate.

En este clima mis próximos encuentros con Le Duc Tho representaban una nueva

realidad. No fui como un representante de los Estados Unidos que había acabado de demostrar que había una pena para la traición, sino como alguien que casi no tenía ninguna carta para jugar.

UNA CHARADA CON LE DUC THO

Partí hacia París para lo que parecía una serie de extensas negociaciones con Le Duc Tho, que duraron (intermitentemente) desde el 17 de mayo hasta el 13 de junio. Las enfermas profecías parecían no cesar, el hecho más extraordinario lo constituyó un informe de Inteligencia que recibí mientras estaba en camino hacia París. Era un informe norvietnamita que describía cómo los líderes del Viet Cong estaban dándoles instrucciones a sus subordinados en el campo de batalla. El mismo confirmaba nuestro conocimiento sobre una reorganización de Hanoi, referente a una *ofensiva general* que se hallaba en preparación. Pero esto estaba siendo pospuesto, a fin de proporcionar a Watergate una oportunidad para completar la parálisis de nuestra presidencia y la desmoralización de nuestros aliados survietnamitas. Esto con exactitud predijo que el presidente herido ahora carecía de autoridad para desquitarse contra las transgresiones norvietnamitas.

Las investigaciones de Watergate... han probado ya que las últimas elecciones presidenciales de los Estados Unidos fueron fraudulentas, y muchos miembros del personal de la Casa Blanca presentaron su renuncia. Por eso el presidente Nixon también debe rendirse porque ya no tiene suficiente prestigio para conducir los Estados Unidos. Su escasa autoridad está generando una influencia favorable en Vietnam del Sur para la lucha de la NLF* y finalizará estableciendo una nueva política de los Estados Unidos en Indochina. Aun si el presidente Nixon se mantiene en su cargo... no se atrevería a aplicar medidas fuertes, como ataques aéreos o bombardeos, tanto en el norte como en el sur de Vietnam, porque el Congreso de Estados Unidos y el pueblo estadounidense se opondrían violentamente.

Tal como ocurrió durante los años de las negociaciones de paz, Hanoi estaba coordinando sus movimientos con nuestra política interna. Esta perspicaz apreciación tuvo bastante evidencia. A principios del mes de mayo, las realidades en contra de la guerra, que en el Congreso habían sido usualmente obstaculizadas en la Cámara de Representantes, comenzaron a aprobarse. Por ejemplo, el 10 de mayo esta Cámara obtuvo 219 contra 188 votos a favor de cortar los fondos para el bombardeo de Camboya. El 31 el Senado votó lo mismo pero con un margen de 63 a 19 votos. Sólo tres senadores demócratas —James Eastland, Henry Jackson y Russell Long— con el presidente votaron junto a 16 republicanos. Veinte republicanos fueron alistados por 43 demócratas para votar por el cese del bombardeo.

¿Por qué el gobierno comenzó a perder votos de congresistas que habían sido ganados durante los cuatro años precedentes? Hasta cierto punto esto aconteció porque el Acuerdo de París que para muchos norteamericanos representaba *paz*, significaba nuestra retirada de la guerra. Más concretamente, el presidente, previamente, y en la mayoría de los casos con éxito, alegaba que las medidas militares eran necesarias para proteger a las tropas estadounidenses que habían perdido su justificación una vez que nuestras

(*) El Frente de Liberación Nacional (NLF) era el nombre formal del Viet Cong, y del comunismo survietnamita. Más tarde ellos se llamaron a sí mismos el Gobierno Revolucionario Provisional (PRG). Pretendían ser unos indígenas insurgentes dentro del Vietnam del Sur. Cuando el Ejército norvietnamita ocupó el sur de Vietnam en abril de 1975, se terminó con la ficción. Algunos de los líderes del PRG están presos hoy en día, aparentemente por haber tomado demasiado en serio la propaganda de que el PRG era independiente de Hanoi.

fuerzas se hubieran retirado. Sin embargo, Nixon llevó esta cuestión a los norteamericanos arguyendo que no podíamos abandonar, lo que había costado la vida de 50.000 compatriotas preservar. Una reelección de Nixon podría haberlo hecho prevalecer por medio de una de las mayorías más grandes de la historia, como la había tenido tiempo atrás. En el pantano de Watergate la política del presidente se vació de fuerza y la opción no existió.

Si se le hubiera permitido a Hanoi penetrar en nuestros concilios, habría encontrado un punto muerto burocrático que un presidente tan débil no estuvo en condiciones de resolver. La Casa Blanca, los jefes de Estado Mayor y el director de la CIA, Schlesinger, apoyaron con derecho preferente las acciones tempranas contra las continuas infiltraciones. Algunos expertos de la CIA y el elemento civil del Pentágono favorecían el entregar refuerzos del Acuerdo a los survietnamitas: una manera distinguida de acceder a su colapso ya que el ejército de ese sector estaba totalmente ocupado en la defensa estática y no tenía aviones de un alcance suficiente para interrumpir las rutas de aprovisionamiento norvietnamitas. El Departamento de Estado quiso desentenderse de todo el caso y, aunque me sentía feliz al respecto, esto me hizo prominentemente responsable. Hubo una división de opinión en la CIA acerca de lo que Hanoi estaba planeando. Una tendencia expresó que podía actuar rápidamente para frustrar los logros que la política de Thieu estaba concretando; otra arguyó que estaba preparando sólidas bases para un asalto posterior. Este fue un modelo normal para el rol de inteligencia en una política balanceada. Es usual que prevalezcan los espejos de opinión sobre las preferencias políticas.

Hay casi siempre en una crisis una división entre *palomas* que buscan pruebas para demorar las decisiones encubriendo su vacilación bajo el manto de la *diplomacia* que tiende a hacer dilatoria e inconducente, y *halcones* que quieren una acción rápida y anticipada. Generalmente los abogados de la pasividad parecen tener la fuerza en el principio de una crisis porque los riesgos de acción son evidentes, mientras los de la pasividad son diferidos o coyunturales. El crimen de la acción preferente es la imposibilidad de probar su necesidad. La penalidad para el gradualismo consiste en que uno se torna prisionero de las circunstancias. La tentación es casi irresistible para tratar de combinar ambos cursos de acción rompiendo compromisos burocráticos más que encontrando reales soluciones o confundir a las dos. La política de los halcones está acoplada con los métodos de los palomos que la dejan sin efecto (El síndrome de la Bahía de los Cochinos). O la política de los palomos es llevada adelante con la política de los halcones (Síndrome de los rehenes de Irán). Con respecto a las violaciones del Acuerdo de París nosotros usamos la retórica de los halcones, pero fuimos forzados a ser palomos. Fue la primera vez que habíamos sido amenazados y no pudimos continuar.

Le Duc Tho respondió cambiando su acostumbrada insolencia en una nueva forma. El sabía que lo estaba engañando y me lo hizo sentir. Un intercambio de palabras lo mostró una vez más explotando nuestras divisiones internas:

LE DUC THO: Ustedes han dado apoyo a las tropas del gobierno de Vietnam lanzando operaciones de cercamiento contra las regiones sometidas al control del Pathet Lao en violación del acuerdo sobre Laos.

Con respecto a Camboya, ustedes han perpetrado duros ataques aéreos en Camboya, y el Senado de los Estados Unidos y la Cámara de Representantes se oponen a los ataques aéreos en esta región por medio del gobierno de Nixon.

KISSINGER: ¿Puedo recordar al consejero especial que una norma que discutimos tres años atrás debía ser respetada? Han estado equivocados en vuestras aseveraciones y se equivocarán nuevamente. Pero no lo discutamos ahora.

LE DUC THO: Déjeme terminar con la primera frase. Dado que el Senado y la

Cámara de Representantes consideran el bombardeo a Camboya como una acción ilegal, se rehusan a apropiarse de fondos para realizar esos ataques. Quiero señalar que el bombardeo de Camboya es un acto equivocado: no sólo nosotros nos oponemos sino que el pueblo norteamericano se opuso. Eso es lo que quería mencionar.

KISSINGER: El pueblo norteamericano es nuestro problema, no del consejero especial; y si él recuerda no ha estado siempre acertado en sus aseveraciones.

LE DUC THO: Le estoy en lo cierto o no, ustedes lo saben.

KISSINGER: Pero nosotros no necesitamos saberlo. Continuaremos con otros temas.

Conformaba una respuesta verbal a muchos intercambios de años anteriores. El problema era que ambos, Le Duc Tho y yo, sabíamos que en este momento él no estaba equivocado. Nixon no sería capaz de sacar un conejo de su galera. Las acciones militares que todavía estábamos consumando (en Camboya) fueron bajo el ataque sin precedentes del Congreso. Nuestras fuerzas capaces de intervenir —en Tailandia y en el mar— estaban siendo drásticamente reducidas. Yo estaba luchando una desesperada pero perdida batalla contra la decisión del Pentágono de red desplegar las fuerzas aéreas y navales del Sudeste de Asia a fin de recolectar fondos para procurar nuevos armamentos.

Tal vez yo debería haber roto las negociaciones cuando se hizo evidente que no realizaríamos los ataques aéreos que habían sido intentados para precederlas. Desafortunadamente, nuestras divisiones internas nos habían dejado en bancarrota. No teníamos nada más que hacer excepto negociar y desear que las presiones pacíficas pudieran funcionar. Estábamos reducidos a una diplomacia desnuda como nuestros críticos habían urgido. La cancelación de las negociaciones, seguidas por la inacción militar podrían apenas advertir lo que Nixon no admitiría ni siquiera para él mismo: que él estaba perdiendo la autoridad para conducir una política exterior coherente. No había ningún punto para explicar la tragedia explícita. Aquello sólo podría haber acelerado la debilidad hacia el centro y tentado otras demandas internacionales.

De esa forma insistí en la charada con Le Duc Tho, emergiendo sin éxito pero sin significativo atraso. En tres debates de negociaciones —desde el 17 al 23 de mayo y desde el 6 al 9 y el 12 y 13 de junio— pasamos a través de todas las imposiciones del Acuerdo de París intentando establecer nuevas finalidades para implementar aquellas decisiones en que no hubo complacencia.

Llegamos a un comunicado conjunto el 13 de junio afinando algunas obligaciones. Pero aquello fue como boxear con la sombra. No había razón por la cual, en la ausencia de capacidad para lograrlo, un nuevo acuerdo requiriera ser observado más que el existente, y no lo era. Las conversaciones tuvieron un efecto incidental —no uno feliz, el cual lo relataré brevemente— pero la sustancia de las negociaciones constituyeron un *tour de force* de insolencia para Le Duc Tho mientras yo pulía otras líneas.

Es una contribución a la historia de las relaciones entre los Estados —dije— encontrar 350 tanques, 300 piezas de artillería de largo alcance y algunos batallones de fuego antiaéreo y misiles, clasificados como mercadería civil, sin sujetarse a las restricciones del artículo No 7. Como mencioné en el Capítulo II, a los norvietnamitas se les había ocurrido la ingeniosa idea de que todo aquello que entrara en Vietnam del Sur fuera de los puntos convenidos internacionalmente eran mercaderías civiles por definición, independientemente de lo que nosotros considerábamos. Le Duc Tho abrió su discurso diciendo: Su servicio de inteligencia se ha equivocado. Me gustaría señalarles que ellos a veces confunden un elefante con un tanque. Le pregunté si estaba bombeando agua a través de sus oleoductos recién construidos como para que sus elefantes en Vietnam del Sur tuvieran suficiente líquido para beber. Le Duc Tho fue muy blando, respondió: Usted ha visto esto equivocadamente pero creo que entiende que, en operaciones militares el PRG (Gobierno

Revolucionario Provisional - Vietcong), debe tener algunas reservas. Ahora, si el gobierno de Saigón prosigue su acción militar, ellas alcanzarán para poder rivalizar con él.

Le pregunté si él haría lo máximo posible para conservar todos los elefantes en el norte de Laos. *Cuando los elefantes estuvieran sedientos y hambrientos* —contestó Le Duc Tho sonriendo— *deberán conseguirse comida y bebida*. Denegó mi cargo de que Hanoi había violado reiteradamente el Acuerdo de París y replicó: *Si no fuera metódico odiaría pensar lo que usted haría si yo lo hiciera sistemáticamente. Si esto fue accidental entonces me repugna pensar de lo que son capaces*. Le Duc Tho insistió que las violaciones del cese del fuego resultaban cosas secundarias, porque los dos lados tenían mucha práctica en implementar el cese del fuego en días festivos o feriados nacionales (significando la fiesta de Navidad, por ejemplo). Sarcásticamente recordé la ofensiva de Tet: *Excepto en 1968. Un problema superficial surgió en 1968 cuando el mundo no llegó a conocer a todas las unidades de Vietnam del Norte*.

Le Duc Tho ahora acató el decreto contra la infiltración aclarando que ello quedaba sujeto al logro de un cese del fuego efectivo que, a su vez, Hanoi impidió que se concretara. Finalmente acordó que en el lapso de 15 días deberían designarse tres puntos específicos de ingreso para equipos de reemplazo. Nunca se cumplió la promesa.

Las negociaciones no prosperaron, gastándose en debatir puntos o cuestiones mordaces de la clase que habíamos intercambiado; ellas requerían un balance de intereses y riesgos. En 1972 habíamos conseguido nuestro objetivo de preservar un gobierno aliado en Saigón porque Hanoi no podría forzar la retirada de nuestras tropas de Vietnam del Sur, debido a que el que le mináramos los puertos estaba absorbiendo sus fuentes y porque nuestros bombardeos agotaban sus capacidades para conducir una escalada ofensiva. No se nos presentó ninguna presión de ninguna clase. Fui obligado a hacer un buen papel en la negociaciones.

Durante muchas horas traté de acosar a Le Duc Tho, porque yo deseaba que aquellos que nos urgían a confiar en la diplomacia y a evitar todo recurso que condujera a la guerra, pudieran ser testigos de lo que estaba experimentando. Por ejemplo, Le Duc Tho negaba que Vietnam del Norte tuviera en su poder algún prisionero civil de Vietnam del Sur. Este intercambio muestra la desfachatez de la cual fue capaz cuando no tenía que preocuparse de que pudiéramos responder beligerantemente:

LE DUC THO: Con respecto a los prisioneros civiles que el gobierno de Saigón ha declarado que retenemos en gran número. . . verdaderamente esto no es verdad. Porque en la región del PRG no hay cárceles ni condiciones para guardar a tantos prisioneros. Además, cuando los capturamos, son liberados inmediatamente.

KISSINGER: Si los liberan inmediatamente, ¿por qué los capturan?

LE DUC THO: Porque no tenemos comodidades como para mantenerlos custodiados. También la comida constituye un problema.

KISSINGER: ¿Por qué entonces ustedes se molestan en capturarlos?

LE DUC THO: Ellos han cometido un crimen y por lo tanto debemos apresarlos. Pero la cuestión de su comida no es fácil y además, no contamos con las cárceles suficientes como para mantenerlos. El aprovisionamiento de comida para nuestras tropas requiere muchos esfuerzos de nuestra parte. Es solamente un pretexto que ellos invocan para demorar el retorno de nuestros prisioneros civiles.

KISSINGER: Debo confesar que el consejero especial no cesa nunca de asombrarme. Pero siempre aprendo. Es una nueva teoría de la justicia criminal que ustedes arresten gente que han cometido crímenes con el propósito específico de luego liberarlos.

LE DUC THO: Hay dos jurisdicciones. La suya es diferente de la nuestra. En la nuestra nosotros los capturamos, los educamos, y los liberamos. Con respecto a su

jurisdicción, ustedes capturan gente inocente, los torturan moral y físicamente. Por lo tanto hay dos jurisdicciones diferentes. En consecuencia, usted no sabe acerca de esto.

KISSINGER: Bueno, nosotros hemos tenido algunos prisioneros que conocían su jurisdicción.

Las ambiciones imperialistas de Vietnam del Norte, tan vigorosamente descreídas en nuestros debates internos, eran ahora notoriamente escandalosas. El Artículo 20 del Acuerdo de París requería la movilización de todas las fuerzas extranjeras de Laos y Camboya. Le Duc Tho evitaba esta obligación repitiendo su argumento de febrero en Hanoi, que consistía en que el implante de esa estipulación dependía de un convenio político en ambos países —una cuestión que nosotros habíamos rechazado durante las negociaciones en pos de la paz porque ningún convenio político estaba remotamente a la vista en ninguno de los dos países. Con respecto a Laos, tratamos de extraer todavía otro escrito comprensible al efecto de que un pacto político pudiera ser logrado para el 1º de julio de 1973. De hecho, demoró hasta el 29 de ese mes para alcanzar un acuerdo preliminar hasta el 14 de setiembre para llegar a coincidir acerca de una coalición, y hasta el 5 de abril de 1974 para establecer la coalición, —sin tener el menor efecto en la retirada de las tropas de Vietnam del Norte. Más de 50.000 soldados de Vietnam del Norte seguían en Laos hasta que el país fue finalmente invadido y todo vestigio de independencia se eliminó en 1975. La mayoría de ellos permanecen como fuerzas de ocupación hasta la fecha.

Fue respecto a Camboya que Le Duc Tho se excedió. Como con Laos, él insistía en la concertación de un convenio político después de una retirada de las tropas. Pero el único convenio que él consideraría era la eliminación de Lon Nol y una victoria completa de los comunistas: *Por lo tanto usted está diciendo* —repliqué a Le Duc con exasperación en un punto— *que nosotros tenemos que matar a Lon Nol o él se debe suicidar*. La implicancia no inquietó a Le Duc Tho en absoluto, después de todo, dos años antes, él había alegremente propuesto el asesinato de Thieu y ofreció su ayuda (11). Respondió lo suficientemente equitativo: *Usted me hizo una pregunta, y estoy hablando con franqueza. Le digo mis opiniones personales. Sólo expongo la situación real*.

En otras palabras, únicamente una posesión completa comunista podría valer como un convenio político. No se estaba realizando ningún tipo de negociaciones, porque el Khmer Rojo —los comunistas de Camboya— se encontraba intransigentemente opuesto, como yo ya describiré más tarde en este capítulo. Mi sugerencia acerca de una negociación con Sihanouk no logró interesar a Le Duc Tho, en parte sin duda alguna porque él no podía dejar al Khmer Rojo librado a ese trato, y en parte porque consideraba que Sihanouk estaba demasiado influido por China. Pero Le Duc Tho debe haber tenido en vista el futuro y reflexionado respecto del carácter arisco de sus aliados Khmer, porque él mismo construyó una escapatoria para el rol de Hanoi en Camboya incluso después de una victoria del Khmer Rojo. Para hacer esto tenía que admitir que verdaderamente había tropas del Vietnam en Camboya. Sin embargo, de acuerdo a su opinión, ellas no procedían de Vietnam del Norte. Eran, Le Duc Tho afirmó, ciudadanos de Camboya con antecedentes étnicos de Vietnam, nativos de Camboya, reclutados localmente. Por lo tanto, no eran "extranjeros" en el sentido del Artículo 20 del Acuerdo de París; consecuentemente, no se requería su salida, incluso los comunistas ganarían.

Todo lo que pude lograr acerca de Camboya fue una reafirmación conjunta del Artículo 20 requiriendo la retirada de las tropas extranjeras, para el cual Hanoi continuaba aplicando su excéntrica interpretación. Además, tanto los Estados Unidos como Vietnam del Norte llegaron a un pacto privado consistente en realizar *los mayores esfuerzos para alcanzar un convenio pacífico del problema de Camboya*. Esto no era más que lo que Hanoi había estado deseoso de prometer en su momento en el Acuerdo de París, cuando Le Duc Tho señaló

que Hanoi tenía poca influencia sobre su aliado de Camboya. Le Duc Tho también rechazó nuestra proposición de trabajar en forma conjunta en pos de un cese del fuego en Camboya. Los "mayores esfuerzos" de Hanoi para un convenio consistían en mantener 40.000 soldados en suelo camboyano y abastecer con armas, especialización y apoyo logístico al homicida Khmer Rojo. Nuestros esfuerzos serán descritos en el próximo párrafo.

Pero las negociaciones de mayo y junio de 1973 tenían verdadero impacto. Retrospectivamente, considero que contribuyeron en forma marginal a la desmoralización adicional de Saigón. En muchos aspectos nuestras disputas con Saigón acerca de las conversaciones en pos de la paz eran una representación de las controversias de 1972. Como antes, Saigón sabía que nosotros estábamos proponiendo una reunión con Le Duc Tho y daba su aprobación; sin duda alguna nunca ofrecía una objeción (bien podría haber sido pensando que a la reunión seguiría alguna represalia militar norteamericana en contra de las violaciones de Hanoi, como nosotros planeábamos, aunque nunca las prometimos explícitamente). Yo estaba determinado a no repetir las equivocaciones del año anterior. Todo texto redactado era revisado con Saigón. Un equipo negociador de Vietnam del Sur se encontraba conmigo por las noches en París en la residencia de nuestro embajador. En los primeros niveles de la negociación, Saigón ofreció muchas sugerencias útiles. No había ningún indicio de controversia. Entonces, comenzamos a caer en cuenta del método de Saigón para hacer la guerra. El equipo negociador de Vietnam del Sur, cada vez con más frecuencia, se encontraba sin instrucciones. O si no las recibía aparentemente inocuas pero letales. Por ejemplo, en un momento Saigón propuso que los párrafos en el documento fueran reenumerados; todas las obligaciones de Vietnam del Norte serían listas juntas en el comienzo, siendo seguidas por todas las obligaciones de Vietnam del Sur. Parecía una extraña alteración pues los números de los párrafos en el nuevo documento eran exactamente paralelos a los del Acuerdo de París, no asombrosamente, pues ellos especificaban su implementación.

Sin embargo, satisfice el pedido de Saigón y recibí aún otra enseñanza acerca de la circunvolución y del repliegue de la mente de Vietnam. Le Duc Tho no veía nada extraño en la petición. Por el contrario, la consideraba una idea capital. El la aceptó, solamente propuso invertir el orden de la proposición de Saigón, con las obligaciones de Vietnam del Sur ubicadas en primer término y las de Hanoi en segundo lugar. Como yo buscaba alcanzar el razonamiento de mis interlocutores de Vietnam, surgió que contrariamente a las grandes máximas de la ley internacional y la práctica, ambos grupos de Vietnam parecían pensar que el ordenamiento de los párrafos determinaría la secuencia de la ejecución, por lo menos psicológicamente. Cada lado quería que su opuesto cumpliera *todas* sus obligaciones antes de emprender *alguna* de las propias.

Del hostigamiento, Saigón se dedicó a objeciones específicas, algunas de una incomparable insignificancia, en las cuales, además, cambiaba su postura en todo momento que nosotros parecíamos estar por aceptar su punto de vista. Pero estas maniobras, aunque nos enloquecían en el momento, no eran meras diabluras. Las preocupaciones de Saigón estaban mejor fundamentadas que su propia presentación. Se encontraba en una lucha mortal por sobrevivir. Su enemigo había violado todas las estipulaciones fundamentales del Acuerdo sin haber sido penalizado. El mismo hecho de que se estaba negociando entre los Estados Unidos y Hanoi, como si sus acciones fueran de una significancia moral equitativa, tendía a debilitar la posición legal de Saigón, no a hablar de su moral. Mucho más que un orgullo herido se encontraba en juego.

Un buen ejemplo lo constituye la constante fricción en el tratamiento a los funcionarios enlace de Viet Cong asignados a la *comisión militar bipartita* y ubicados en distintas ciudades de varios distritos; estaban virtualmente en arresto domiciliario survietnamita. Sugerimos llevar a los funcionarios de la *comisión* y a los funcionarios de enlace lejos de las

ciudades a la línea demarcativa de la selva entre las dos áreas de control, donde en realidad se suponía que funcionarían. El sacarlos de las áreas populosas era razonable desde nuestro punto de vista. Pero tocaba un punto neurálgico en carne viva con Vietnam del Sur. Tropezaba con la realidad que claramente separaría a Vietnam del Sur en dos áreas de control, no importa lo pequeña que fuera el área del Viet Cong, desaprobando la petición de Saigón de la soberanía indiscutible. Esta es la razón por la cual Le Duc Tho aceptó la idea rápidamente.

Saigón obtuvo éxito en el punto consistente en que sus enfoques fueran considerados; esto trajo un número de cambios en cláusulas ya acordadas. El consiguió lo que quería con respecto de la localización de la *comisión militar bipartita* como también su demanda de ser signatario del texto final. Pero ningún ajuste de cláusulas podría alterar la realidad subyacente. Esto fue muy bien sintetizado por el vicesecretario adjunto de Estado William Sullivan, a quien yo había enviado a Saigón durante una ruptura en las negociaciones para consultar con Thieu:

Esencialmente, de lo que se están dando cuenta es que una división territorial del país, incluso aunque signifique un retiro del PRG del contexto político, constituye una acción definitiva. Si, como temen, esto podía ser acoplado a una Camboya controlada por los comunistas, ellos perciben que el hecho podría llevar a un balance militar en el cual tienen un pequeño precioso patrimonio amenazado por bases bien desarrolladas en una cordillera impenetrable.

Tampoco estaba equivocado Thieu cuando le escribió a Nixon el 6 de junio que a Hanoi, en vez de haber sido castigado por violar un acuerdo solemne, se le requirió solamente firmar otro.

Nosotros somos las víctimas de la agresión. Los agresores comunistas han sistemáticamente violado los acuerdos. Sin embargo, mientras ellos no sufren *reacciones violentas* por nuestra parte, como han sido advertidos, ahora quieren disfrutar unilateralmente todos los provechos del *Comuniqué*.

Lo esencial era que el nuevo *comuniqué* conjunto del 13 de junio, como el acuerdo original, dependía de la buena voluntad de reforzarlo. Eso había sido erosionado en Vietnam por la decadente ayuda norteamericana y la desmoralización inducida por nuestra evidente pasividad. Y esto se estaba diluyendo en los Estados Unidos bajo el impacto combinado del aburrimiento de la guerra y las crisis internas, culminando finalmente en un acto del Congreso que legalmente prohibió todas las acciones militares norteamericanas en Indochina. El ímpetu por ese último esfuerzo provino de un debate acerca del más infeliz de los países: Camboya.

CAMBOYA: UNA CIERTA HIPOCRESIA

Ninguna nación ha resistido una sucesión tal de acontecimientos como Camboya en la última década. Invadida y parcialmente ocupada por su enemigo Vietnam del Norte en 1965, bombardeada por los Estados Unidos más tarde en 1969, devastada por una guerra civil cuyos vencedores practicaron el genocidio entre sus mismos compatriotas, reinvasada por Vietnam del Norte en 1978 y atormentada nuevamente por la guerra de guerrillas, no ha disfrutado de la paz ni del orden por casi dos décadas. Mucho menos que la mitad de su población sobrevivió a las exacciones de sus gobernantes comunistas y a la inanición como consecuencia de la incierta conquista por parte de Hanoi.

No es sorprendente, quizás, que el destino de Camboya haya inducido a una cierta

amnesia acerca de sus antecedentes; pero Camboya ha llegado a ocupar también un lugar especial en la historia de la hipocresía. Una cosa es haberse opuesto, en su momento, a las medidas que la administración Nixon consideraba necesarias para ayudar a Camboya, y por lo tanto para preservar a Vietnam del Sur. Puedo comprender los miedos, que aparecían entonces en las pasiones del momento, acerca de que los Estados Unidos podían quedarse empantanados en Camboya tal como había sucedido en Vietnam. Eso representa una honorable diferencia de juicios y no busco agitar los rescoldos de aquellos debates. Todos nosotros hemos aprendido de ellos. Pero es otra cuestión cuando la trágica secuencia de acontecimientos produce entre los críticos no segundos pensamientos serios, no una reacción en contra de los asesinatos en masa por los comunistas en Camboya, no una cólera por la interminable agresividad de Vietnam del Norte, sino una campaña para cambiar la acusación de todos aquellos comunistas malhechores hacia los que trataron de salvar a Camboya y esparcieron los horrores que acontecieron allí.

El absurdo mito por el cual la culpa por abandonar Camboya ha sido mitigada sostiene lo siguiente: Camboya era un pacífico y alegre territorio hasta que los *Estados Unidos* la atacaron. No había razón alguna para este asalto; se trataba de la consecuencia de la psicosis de dos líderes norteamericanos decididos a proyectar sus propias inseguridades en el abatido cuerpo de un pueblo inocente. Ellos disimuladamente hicieron caer del poder al único líder político, Sihanouk, quien mantenía la solidez de la estructura del país. Entonces, un bombardeo norteamericano convirtió a un grupo de revolucionarios progresistas, el Khmer Rojo, en homicidas dementes. Por esta elaborada hipótesis las acciones militares norteamericanas en 1969 y 1970 eran sostenidas como principales responsables del genocidio consumado por los gobernantes comunistas de Camboya *después que nosotros nos fuimos en 1975* —dos años más tarde del cese de todo tipo de acción militar norteamericana— como así también del sufrimiento infligido por la invasión de Vietnam del Norte realizada en 1978 (12).

La tesis llamó la atención de los opositores profesionales de Nixon y de otros, porque Camboya podía ser presentada como una iniciativa totalmente de Nixon, a diferencia de Vietnam y de Laos, donde nuestro compromiso había sido heredado de dos gobiernos liberales democráticos. Se trata de un absurdo febril, pero debe ser considerado. Es de suma importancia para los norteamericanos y para aquellos que cuentan con nosotros el comprender la secuencia de los acontecimientos y la verdadera responsabilidad de ellos.

El mayor arquitecto del desastre fue Vietnam del Norte y el impulso de sus ambiciones imperialistas para con Indochina. No examinaré en detalles las razones por las cuales atacamos los santuarios de Vietnam del Norte en territorio de Camboya, al principio por aire y luego por tierra; estas razones están expuestas en el primer volumen de *Mis Memorias*, y la prudencia de aquellas acciones tácticas será finalmente juzgada por otros. Pero el punto crucial es que fue Vietnam del Norte quien arrastró a Camboya a la guerra y quien ocupó porciones de su territorio en 1965 para implantar bases militares desde las cuales se mató a norteamericanos y survietnamitas durante cuatro años antes de que hubiera una respuesta norteamericana —y esa respuesta fue limitada a la estrecha frontera donde los santuarios de Vietnam del Norte estaban localizados.

El 18 de marzo de 1970, el jefe de Estado, el neutral Norodom Sihanouk, fue depuesto por su propio gobierno y por la asamblea nacional. La razón radicó en la indignación popular de Camboya ante la presencia permanente de los ocupantes norvietnamitas, y por la incapacidad de Sihanouk para lograr que se marcharan. Cuando el nuevo liderazgo de Camboya demandó la partida de los norvietnamitas, los últimos respondieron con una serie de ataques por sobre todo el oriente de Camboya destinados a derribar al nuevo gobierno en Phnom Penh —un mes *antes* de la incursión de Estados Unidos y de Vietnam del Norte en los santuarios, lo cual duró ocho semanas. Fue Hanoi quien había rechazado nuestra proposición inmediatamente para restaurar la neutralidad de Cam-

boya, la que yo le había realizado a Le Duc Tho en una reunión secreta el 4 de abril de 1970. Fue Hanoi quien rechazó conversar sobre la paz excepto con la condición fundamental de que toda estructura anti-comunista en Camboya debería ser destruida. Fue Hanoi quien rechazó ofertas de cese del fuego en octubre de 1970, mayo 1971, octubre 1971, enero 1972, y desde octubre de 1972 hasta enero de 1973. Fue el Khmer Rojo comunista organizado, armado, y patrocinado por Hanoi, quien obstruyó la inclusión de Camboya en el Acuerdo de París, algo que los Estados Unidos habían repetidamente perseguido. El Khmer Rojo quería seguir peleando hasta la victoria. Hanoi proveía los medios militares y después de eso desconocía toda responsabilidad de negociar en procura de una paz en Camboya a través de un convenio, condenando a muerte toda solución diplomática.

Fue Hanoi, por consiguiente, si alguien fue, quien trajo la guerra a Camboya e hizo posible el genocidio del Khmer Rojo. No hay ninguna duda que nosotros subestimamos la influencia de Hanoi sobre el Khmer Rojo en diversas oportunidades; los comunistas de Camboya eran intratablemente diferentes del sumiso Pathet Lao. Si todas nuestras acciones fueron prudentes debe ser dejado para los futuros historiadores que no posean intereses creados en desenterrar viejos agravios. Pero no puede haber duda alguna de que la decisión de una lucha hasta el final era de Hanoi. Hanoi promovía la victoria incondicional de los comunistas, calculando —correctamente, como luego sucedió— que el colapso de Camboya aceleraría la desmoralización de Vietnam del Sur y que sería posible negociar con una Camboya rebelde sin apuro luego.

Camboya era mal comprendida en los Estados Unidos como una "guerra" separada que nosotros debíamos evitar. Pero no constituía eso en absoluto. El enemigo era el mismo que en Vietnam, las tropas de Vietnam del Norte cambiaban de posición en todas direcciones cruzando la frontera como si el concepto de soberanía no existiera. Lo hicieron con impunidad durante años, lo que luego nos produjo en 1970, en ocho semanas, una crisis nacional.

Norteamérica contribuyó al desastre en Camboya no porque hiciera demasiado sino porque hizo muy poco. En 1970, luego de la retirada de las tropas de los Estados Unidos y de Vietnam del Sur de su breve incursión en los refugios —destinada a destruir las áreas de bases de Vietnam del Norte desde las cuales se había matado durante años a norteamericanos y survietnamitas— las críticas en contra de la guerra buscaban lograr por medio de la legislación lo que las había evitado en la demostración callejera de mayo de 1970. Entre 1970 y el fin de la guerra, las siguientes restricciones con respecto a la asistencia norteamericana a Camboya fueron promulgadas como ley, siempre bajo el veto de Nixon o con una vigorosa objeción:

● La esclarecedora enmienda Fulbright de la Autorización de Asignaciones de las Fuerzas Armadas por el Año Fiscal 1971, promulgada el 7 de octubre de 1970, especificaba que Vietnam del Sur y otras fuerzas del mundo libre (como la de Tailandia) no podían usar los fondos con el objeto de suministrar apoyo militar o asistencial a Camboya. También prohibía a Vietnam del Sur u otras fuerzas del mundo libre transferir a Camboya cualquier suministro militar bajo la acción. Así, el límite establecido en nuestra ayuda fue impuesto también con respecto a nuestros aliados en el Sudeste de Asia, como si el problema primordial de nuestra nación fuera el de cerrar toda escapatoria por la cual Camboya podía ser ayudada. Habían pasado tres meses después de la finalización de nuestra incursión y en el mismo día Nixon ofreció un cese del fuego por toda Indochina, que fue rechazado rápidamente por los comunistas.

● La enmienda de la Cooper-Church al Acta de Asistencia Suplementaria de 1970, promulgada el 5 de enero de 1971, que prohibía la utilización de fondos para la *introducción de tropas de combate terrestre de los Estados Unidos en Camboya, o la provisión de asesores de los Estados Unidos*. Así, los Estados Unidos fueron impedidos por la ley de proporcio-

nar a Camboya el tipo de asesoramiento y especialización que ellos necesitaban para convertirse en una fuerza de lucha efectiva.

● La enmienda del Symington-Case al Acta de Asistencia Extranjera Sustitutiva y el Acta de Asistencia Afin, promulgada el 7 de febrero de 1972, que en un momento limitaba a 200 el número global de los *funcionarios civiles y los empleados de las agencias ejecutivas del gobierno de los Estados Unidos que son ciudadanos de Estados Unidos* en Camboya; también limitaba el número de empleados de naciones del Tercer Mundo dependientes del gobierno de los Estados Unidos en Camboya a 85. Esto hacía que toda ayuda militar efectiva y todo el asesoramiento civil a Camboya fueran imposibles.

● La Segunda Acta de Asignaciones Suplementaria del Año Fiscal 1973 (promulgada con aversión por Nixon el 1º de julio de 1973) prohibió la utilización de los fondos destinados con el objeto de *apoyar directa o indirectamente las actividades de combate en o sobre Camboya, Laos, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur o fuera de las costas de Camboya, Laos, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur*. También, prohibía todos los fondos apropiados bajo cualquier acción de ser usados luego del 15 de agosto por los propósitos ya mencionados. Por consiguiente toda acción militar norteamericana en cualquier parte de su territorio o los alrededores de Indochina se convertía en ilegal. Con esto se desvaneció todo miedo comunista de un castigo por la violación del Acuerdo.

● El Acta de Asignaciones Continuas del Año Fiscal 1974 asimismo prohibía el uso de cualquier fondo para financiar directa o indirectamente las actividades de combate de las fuerzas norteamericanas *en o sobre o desde fuera de las costas de Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, Laos o Camboya*. Esto continuaba la prohibición del año anterior.

● El Acta de Asistencia Extranjera de 1973, la cual se tornó ley el 17 de diciembre de 1973, disponía que ningún fondo autorizado o apropiado bajo cualquier estipulación de la ley estaría disponible para financiar operaciones militares o paramilitares de combate por fuerzas extranjeras en Laos, Camboya, Vietnam del Norte, Vietnam del Sur o Tailandia a menos que esas operaciones fueran conducidas por las fuerzas del gobierno receptor dentro de sus fronteras. Esto significaba que los aliados como Tailandia, amenazados por Indochina, no podían utilizar nuestro equipamiento —y por lo tanto tampoco sus fuerzas— para asistir a las naciones cuya supervivencia era juzgada por ellos como importante para su seguridad.

En suma, el Congreso limitó toda ayuda para Camboya en 250-300 millones por año, cerca del dos por ciento de lo que se estaba gastando para ayudar a Vietnam.

La acumulación de estos desconciertos no sólo impedían una asistencia efectiva norteamericana, también imposibilitaban a nuestros aliados en el Sudeste de Asia a cometer la horrible ofensa de ayudar a sus vecinos de Camboya. Los consejeros militares fueron prohibidos, pues nuestra embajada en Phnom Penh interpretaba que ellos obstruían e incluso detenían viajes de nuestros agregados militares. Así, el ejército camboyano creció en tamaño pero no en competencia. Nuestras restricciones forzaban a Camboya a contar con la fuerza del fuego más que con la movilidad (y la rigidez de las críticas que impusimos fue luego utilizada por ellos como una acusación del esfuerzo militar de Camboya). Para evitar el desastre solo podíamos disponer de la fuerza aérea norteamericana —hasta que fuera también prohibida.

Tristemente, Camboya se convirtió en un símbolo y un sustituto para la controversia global en torno de Vietnam. Para Nixon se trataba de *la doctrina de Nixon en su forma más pura*, * significando que nuestra política consistía en ayudarla a defenderse por sí misma sin las tropas norteamericanas. Para sus oponentes se trataba de una oportunidad retrospectiva y simbólica para derrotar por medio de la ley tanto nuestra incursión en los refugios como el mismísimo gran esfuerzo de Nixon en su empeño por alcanzar una

(*) Nixon usó esta frase en una conferencia de prensa el 12 de noviembre de 1971.

defensa, contra la agresión, creando fuerzas locales. Ellos buscaron el éxito y lo obtuvieron, al imponer en Camboya las restricciones que no habían logrado infligir a Vietnam del Sur. Su fracaso en Vietnam del Sur significó que nosotros éramos lo bastante fuertes allí como para evitar el colapso; pero su éxito en Camboya condenó a muerte a ese país y por lo tanto también a Vietnam del Sur. Las restricciones hicieron inevitable el callejón sin salida diplomático que servía a los propósitos de Hanoi. Una vez que Hanoi se comprometió a conquistar y el Khmer Rojo se dirigía hacia la victoria total, el único camino para liberarnos honorablemente era demostrando que esos objetivos estaban incumplidos. Nuestras divisiones internas produjeron el resultado opuesto. Las restricciones en nuestra ayuda salvaron al Khmer Rojo de una derrota en 1970-1972 cuando era todavía una fuerza embrionaria; y después de eso evitó la influencia sobre el Khmer Rojo y sobre Hanoi que era esencial para inducir a una negociación política. Las críticas en contra de la guerra, causantes de que el colapso de Indochina fuese inevitable, se dirigieron luego a aquellos que habían buscado resistir la toma de posesión comunista y los culparon por la carnicería resultante.

LA OPORTUNIDAD PERDIDA

Desde que Camboya logró su independencia en 1954, el príncipe Norodom Sihanouk había realizado una dominante aunque precaria balanceada acción. Maniobrando entre las fuerzas contendientes que presionaban en su país, Sihanouk preservó la paz, la neutralidad y la seguridad de Camboya. Siendo un gobernante por herencia, se afirmó en el afecto de su gente. Y aunque era occidental en su estilo de vida, nunca trató de negociar con sus vecinos comunistas, previendo sus demandas y por lo tanto mitigando algo de lo peor de sus ambiciones. El convenio de Laos de 1962 lo convenció de que los Estados Unidos estarían imposibilitados a largo plazo de detener la dominación de Hanoi sobre Indochina. El intentaba enfrentar lo inevitable aflojando sus lazos con los Estados Unidos y haciéndose el ciego ante las violaciones de Vietnam del Norte de la soberanía de Camboya, de su integridad territorial y de su neutralidad. Luego de 1965, se conformó cuando Hanoi estableció sus santuarios en territorio de Camboya, en efecto, expulsando toda autoridad de este país de una faja de territorio paralela a la frontera con Vietnam del Sur.

Pero Sihanouk dio la bienvenida —aunque no podría siempre confesarlo— a los esfuerzos norteamericanos para detener la marcha comunista en Vietnam del Sur. Comenzando en 1968, privadamente concitó los ataques norteamericanos sobre los santuarios comunistas, esperando que nosotros podríamos conducir a Vietnam del Norte fuera de su territorio. Cuando en 1969 la administración Nixon recogió la indirecta y comenzó a bombardear los santuarios, Sihanouk asumió públicamente la no excesiva astuta posición que, mientras que los habitantes de Camboya no fueran heridos, se trataba de un *affaire* entre los norteamericanos y Vietnam del Norte, y que verdaderamente él no sabía lo que tenía lugar en el territorio del cual las autoridades de Camboya habían sido expulsadas. Mientras se estaban desarrollando nuestros ataques aéreos sobre los santuarios en 1969, restableció las relaciones diplomáticas con Washington y calurosamente invitó al presidente Nixon a visitar Phnom Penh.

En enero de 1970, Sihanouk fue al sudeste de Francia por su cura anual. Anunció que regresaría vía Moscú y Pekín a fin de suplicar a los dos gigantes comunistas con el objeto de usar su influencia sobre Hanoi para reducir su presencia en Camboya. Justamente cuando se estaba disponiendo a comenzar su viaje de regreso, se produjeron tumultos en Phnom Penh en contra de Vietnam del Norte. Mientras se hallaba en Moscú, Sihanouk supo en su camino al aeropuerto que había sido recientemente depuesto por su propia asamblea nacional. Profundamente herido por lo que consideraba una traición de sus

colegas en su casa, voló de Moscú a Pekín, donde fue abrazado por Chou En-lai y aceptado como el legítimo gobernante de Camboya. Sihanouk virulentamente culpó a los Estados Unidos por su derrocamiento; en su cólera él se puso a la cabeza del Khmer Rojo comunista, en ese entonces una pequeña organización (a cuyos líderes, poco antes, había sentenciado a muerte por traición), y prometió solemnemente una guerra hasta el final en contra de sus antiguos asociados en Phnom Penh. En el proceso perdía su rol como mediador y como rueda balanceadora entre las distintas facciones de su país.

Consciente de que las limitaciones del Congreso evitaban un resultado militar claro, los Estados Unidos trataron esmeradamente de encontrar un acuerdo político pacífico para Camboya. Ofrecimos un cese del fuego por lo menos una media docena de veces entre 1970 y 1973. Luego del acuerdo en Vietnam, nosotros estábamos dispuestos a negociar con el príncipe Sihanouk como parte de una estructura política en Camboya en la cual él podía jugar un rol significativo. Pero si Sihanouk debía reclamar su posición como rueda balanceadora, árbitro, líder neutral, esto requeriría la supervivencia y la participación de las fuerzas anticomunistas asociadas con Lon Nol, aunque no necesariamente de Lon Nol solamente. Hanoi nunca mostró el menor interés ni por Sihanouk ni por un compromiso —pero, por el contrario, China sí. Tan pronto como el 22 de junio de 1972, Chou En-lai me comunicó que él no favorecía la conquista de Hanoi ni en Laos ni en Camboya, como tampoco una toma de posesión comunista en alguno de los dos países. El curso correcto consistía en un acuerdo negociado:

Resolviendo la cuestión de Indochina, no está involucrado sólo Vietnam: es todavía una cuestión de Camboya y Laos, pero ellos son comparativamente más fáciles. Porque cualquier cosa que suceda, podemos decir sin duda alguna que los elementos de la burguesía nacional tomarán parte en el gobierno y podemos estar seguros de que en Camboya el príncipe Sihanouk constituirá la cabeza del Estado, y en Laos será el rey el jefe de gobierno. Entonces si esto puede resolverse a través de negociaciones, tal resultado sería un hecho indudable.

Nosotros no estábamos en posición como para recoger la dirección en el medio de una ofensiva de Vietnam del Norte amenazando tragarse a Saigón, pero en noviembre de 1972 yo le hice saber al subsecretario de Relaciones Exteriores de China, Chiao Kuan-hua, que si había un cese del fuego en Camboya nosotros estaríamos dispuestos a sostener conversaciones con Sihanouk y que él podría jugar un rol fundamental en la Camboya de posguerra, con la condición de que simplemente no actuara como hombre frontal para el Khmer Rojo. *No importa quién pueda preservarla en mejor forma (a Camboya) como una nación independiente y neutral; es consonante con nuestro programa político* —le señalé a Kuan-hua— *y nosotros creemos que somos consonantes con ustedes.*

A principios de 1973 nos dedicamos exhaustivamente a llevar un cese del fuego a Camboya siguiendo los ceses del fuego en Vietnam y Laos. El 27 de enero de 1973, el día que fue firmado el Acuerdo de París, el gobierno de Camboya, bajo nuestro consejo, realizó una tentativa en pos de la paz por medio de un paro de todas las operaciones militares ofensivas y de una declaración unilateral del cese del fuego. Simultáneamente, nosotros detuvimos las operaciones aéreas norteamericanas. Pero el Khmer Rojo rechazó el cese del fuego suplicante y puso en operación una nueva ofensiva. Desalentado por los acontecimientos, mi personal del NSC, a fines de enero, sin embargo, experimentó una ráfaga de esperanza. Una breve redacción preparada para mi visita en febrero a China analizaba diversos informes de Sihanouk, de los líderes del Khmer Rojo, de Hanoi y de China. De todo esto, mi personal llegó a la conclusión de que *una serie reciente de acontecimientos y desenvolvimientos insinúan fuertemente que el otro lado podría estar buscando en poco tiempo negociar con Camboya, y eso respondería en forma positiva, aunque indi-*

rectamente, al llamado de Lon Nol de un cese total de todas las acciones militares ofensivas que se están desarrollando.

En retrospectiva, este juicio constituía en total un espejismo. Una detenida lectura de los informes sugería que, no importa cuál fuera el deseo de Sihanouk con respecto a una conciliación, él resultaba un prisionero del Khmer Rojo y de su propia declaración de 1970 respecto a una guerra total en contra de Camboya. La posición oficial del Khmer Rojo era la declaración extrema que Sihanouk había dado a conocer el 23 de marzo de 1970, menos de una semana después de haber sido depuesto. El había ofrecido en ese entonces la disolución del gobierno y de la legislación de Lon Nol y la formación de un *Gobierno de Unión Nacional*, un *Ejército de Liberación Nacional* y un *Frente Unido Nacional*, cuya tarea esencial era la de pelear en contra del *imperialismo norteamericano* en el lado de los comunistas de Vietnam y de Laos. Se trataba de un llamado a la atención con el objeto de una toma de completa posesión comunista sobre toda Indochina.

En el periodo en el que se preparaba el terreno para los acuerdos de París, Sihanouk reiteró su posición máxima. Y los signos de flexibilidad anteriores, que habían elevado nuestras esperanzas en gran medida, se evaporaron a la luz de una inspección más detallada. En una entrevista con una agencia de prensa francesa (AFP), el 29 de enero de 1973, Sihanouk hizo notar que "nuestros amigos" (probablemente Hanoi y China) habían urgido a su gobierno en exilio a no mantener esa postura tan intransigente. El deseaba poder hablar con los Estados Unidos, señaló, pero nunca negociaría con Lon Nol, ni tampoco aceptaría una solución como aquélla alcanzada por Vietnam del Sur. En todo caso, agregó significativamente, la posición última no sería determinada por él sino por la *resistencia de Camboya, la cual está operando desde el interior* —lo que equivale a decir, el Khmer Rojo. Una declaración oficial de cuatro puntos fundamentales del 26 de enero de 1973, promulgada en el nombre de Sihanouk, su primer ministro Penn Nouth y el líder del Khmer Rojo, Khieu Samphan, reiteraba, de una manera intransigente, que la solución al problema de Camboya podría ser encontrada *solamente* dentro de las bases de la declaración de Sihanouk del 23 de marzo de 1970: lo cual significaba una toma de la posesión completa comunista.

En algunas observaciones a periodistas en Hanoi el 31 de enero, Sihanouk habló de una buena voluntad para realizar una "overture" con respecto a los Estados Unidos. Sin embargo, recalcó una vez más su rol subordinado: él no había recibido *todavía la luz verde definitiva para una reevaluación de la política del GRUNC* de los líderes de la resistencia interna, los khmers rojos dirigidos por el primer ministro adjunto del GRUNC y ministro de Defensa Khieu Samphan, que tenía la última palabra*. No pudo haber expuesto su dependencia con respecto a los comunistas de una manera más clara.

El 2 de febrero, la radio del Khmer Rojo dio a conocer una declaración oficial de la jefatura insurrecta del Khmer —Khieu Samphan, Hou Youn y Hu Nim. Se trataba de una horripilante y ensangrentada diatriba en contra de los Estados Unidos y del gobierno de Lon Nol, insistiendo en la posición del 23 de marzo de 1970 y explicando que *la nación de Camboya al igual que su pueblo están obligados a continuar su lucha contra los agresores norteamericanos y los traidores Lon Nol, Sirik Matak y Son Ngoc Thanh con el objeto de liberar al pueblo*. . . La declaración excluía despreciativamente toda negociación con los *imperialistas norteamericanos*, señalando que *es necesario obstruir y oponerse a sus maniobras diplomáticas*. . .

Estas declaraciones no eran simples propagandas. El 2 de febrero, el Khmer Rojo dio órdenes específicas de que la lucha continuaría, que todo tipo de negociación política o

* El GRUNC era, por sus iniciales en francés, el Real Gobierno de la Unión Nacional de Camboya, o el gobierno de Sihanouk en el exilio. No se lo debe confundir con el FUNC o Frente Unido Nacional de Camboya, que era el movimiento de Sihanouk en el exilio.

un acuerdo con el gobierno de Camboya se excluía por completo, y que Sihanouk no debía dedicarse a entablar tratos con los norteamericanos ni con ningún otro. Poco después, para el tiempo en que viajé a Asia en febrero de 1973, los comunistas de Camboya habían decidido una guerra hasta el final.

Eso en cuanto a la autoflagelación de la que *nosotros* éramos responsables por el fracaso para llegar a una negociación.

Para la época en que yo visité Pekín a fines de febrero comenzó a surgir una cierta congruencia entre las posiciones chinas y norteamericanas. Como expuse en el Capítulo III, Pekín estaba empezando a comprender que la dominación de Hanoi de Indochina podría ser una victoria ideológica, pero también una derrota geopolítica para China, pues ubicaría en la frontera sur de China una potencia importante sacada de Moscú y con un registro de enemistad histórica. Quizás China siempre lo había comprendido de esta manera pero —como muchas otras naciones— no podía creer que los Estados Unidos aceptarían una derrota militar, mucho menos que la gestionarían. Las dos naciones, en todo caso, queríamos una Camboya neutral e independiente y ambas nos manejábamos como para propiciar el retorno de Sihanouk: Nosotros irresolutos, vacilantes, porque no veíamos ninguna otra fuerza unificada, los chinos con convicción porque lo consideraban su más confiable y seguro amigo en Camboya. Tanto Pekín como Washington se hallaban convencidos de que la mejor solución para el problema de Camboya era una especie de coalición encabezada por Sihanouk, cuya influencia dependería en la existencia continua de algunas de las fuerzas anti-comunistas representadas por el gobierno de Lon Nol.

Chou En-lai retomó el tema cuando me señaló que si Camboya se convertía totalmente roja *esto causaría aún problemas más grandes*, significando que condenaría a muerte a Sihanouk y aseguraría la hegemonía de Hanoi sobre Indochina. Le respondí proponiéndole una reunión inmediata entre Penn Nouth, el primer ministro de Sihanouk, y un representante de Lon Nol. Nosotros no insistiríamos en la participación de Lon Nol en un gobierno que podría surgir de tal negociación, señalé, hasta tanto las fuerzas que él representaba fueran excluidas. Chou ofreció llevar esta proposición él mismo a los camboyanos *en nuestra fraseología*, significando que se identificaría hasta algún nivel con nuestra posición.

La escena era confusa. Los chinos veían en Sihanouk la mejor garantía de la independencia camboyana. Pero la Unión Soviética seguía reconociendo a Lon Nol —transfiriendo así la rivalidad chino-soviética a Camboya. Lo irónico fue que las estimaciones de todos resultaron incorrectas; cada uno de los principales rivales comunistas respaldaron al caballo equivocado porque ambos sobreestimaron nuestra determinación de apoyar la estructura existente en Phnom Penh, pues sin esto tanto el grupo de Lon Nol como Sihanouk estaban condenados. Así, la abdicación norteamericana convirtió al Khmer Rojo en la fuerza fundamental. Este la alcanzó apoyado por Hanoi logísticamente y utilizando a Sihanouk por el momento para proveerse de respetabilidad, pero listo para relegarlo tan pronto como fuera lo suficientemente fuerte para gobernar solo.

Nuestro análisis consistía en que el Khmer Rojo estaría de acuerdo en una declaración negociada sólo si estuviera privado de la esperanza de una victoria militar. En julio se tornó evidente que el Khmer Rojo había realizado exactamente el mismo análisis que nosotros. Así supimos que en la primavera de 1973 el comité ejecutivo del Khmer comunista por medio de su jefatura había realizado una decisión política crucial. Determinó mantener abiertas dos opciones básicas: una victoria total o un compromiso. La elección entre estos dos puntos sería evaluada por la situación militar en Camboya más tarde en el año. En el caso de que una victoria militar estuviera fuera del alcance y emergiese una paralización, el Khmer Rojo negociaría por las mejores condiciones asequibles. Si, por el contrario, la situación militar fuera favorable, se evitarían las negociaciones y se buscaría una victoria total hasta las últimas consecuencias. Se trataba por lo tanto de un

contexto entre nuestra búsqueda del equilibrio y la determinación del Khmer Rojo de prevalecer por cualquier medio.

Sobre mi regreso de Asia a fines de febrero, propuse una serie de reuniones del WSAG. Mi actitud fue sintetizada por lo que expresé al grupo el 28 de marzo:

Nos hemos estado reuniendo aquí durante cuatro años y las hemos pasado todas. No estoy buscando pretextos o coartadas por el fracaso. Hay cientos de formas que podríamos emplear para hacerlo parecer bueno volcando la culpa a los comunistas, pero ése no es el motivo por el cual estamos aquí.

Si había funcionarios que favorecían ese elegante colapso de la Camboya libre, ellos no mencionaban su opinión en las reuniones. Una de las agencias participantes de la WSAG me había enviado un detallado análisis de la situación en un memorándum el 27 de febrero: *Nuestro dilema consiste en que parecemos tener dos objetivos mutuamente dependientes con respecto al problema de Camboya. Uno es el de reforzar el presente gobierno en Phnom Penh; el otro es alcanzar un cese del fuego —lo cual probablemente sólo un gobierno robustecido podría efectuar.* Sin embargo, mal dispuestos a repetir la experiencia de Vietnam y de Laos en Camboya, habíamos deliberadamente mantenido nuestro perfil en esa zona baja, y aunque abasteciendo al gobierno de Camboya tanto con ayuda militar como económica, habíamos adoptado sin duda alguna nuestra posición, consistente en que dependía de Camboya el solicitar esta ayuda exitosamente. También, por la acción del Congreso, estábamos limitados en los fondos y en el personal que podríamos aplicar al problema de Camboya y prohibidos de utilizar los consejeros militares norteamericanos. Consecuentemente, nos encontrábamos atrapados en un círculo vicioso. Nosotros no podríamos alcanzar un cese del fuego sin un gobierno más fuerte en Phnom Penh, y el gobierno no podía ser fortificado sin una política norteamericana más activa, la cual en el momento estaba evitada por las restricciones legislativas.

Naturalmente, la tirantez se empezó a mostrar en Camboya. La guerra de guerrillas conducida por el Khmer Rojo con una crueldad sin par y asistido por Vietnam del Norte, se trasladó a los santuarios, al campo, a las ciudades, especialmente en Phnom Penh, deformando el equilibrio social de la nación. Esto imponía la guerra en un ejército camboyano que en forma deliberada había sido en principio mantenido pequeño e ineficiente por Sihanouk para desalentar todo intento de un golpe de Estado y luego se lo había privado de una especialización efectiva debido a nuestras restricciones legislativas. Asaltados por los norvietnamitas ya probados en la batalla y por los feroces comunistas nativos, los camboyanos libres combatieron con una valentía extraordinaria, la que fue posible y al mismo tiempo obstaculizada por un programa de ayuda norteamericana perversamente legislado para impedir cualquier éxito decisivo. Lon Nol aceptó este desgraciado destino con decoro y dignidad. El tomó y siguió nuestro consejo rápidamente (a diferencia de Thieu). Pero su gobierno mostraba, en cuanto a disensiones, corrupción e ineficiencia, síntomas de una progresiva desmoralización.

El gobierno de Lon Nol era en realidad el de Sihanouk sin la presencia del príncipe; sus instituciones y personalidades constituían los grupos líderes que habían gobernado a Camboya desde la independencia. Como en muchas sociedades autoritarias, siempre existió corrupción con Sihanouk y su familia como bajo sus sucesores. Esto se debe en parte a que en las sociedades tradicionales la distinción entre los sectores público y privado tiende a ser definida en forma menos aguda, y en parte porque la fuerza insuficiente de los impuestos invitaba a la corrupción como un medio de financiar los costos del gobierno. Era quizás inevitable que Lon Nol se apoyara cada vez más en la poca gente de su confianza: su familia, especialmente su hermano menor, Lon Non; el último desafortunadamente llevaba consigo la corrupción y el favoritismo a nuevas extensiones más

allá de lo que podría ser explicado por un análisis sociológico. Lon Nol llegó a ser descrito por la prensa mundial como paralizado y arbitrario, y Lon Non como el "genio diabólico". Parecía un drama similar al sucedido en Saigón una década antes cuando el gobierno de Ngo Dinh Diem empezó a desintegrarse bajo el impacto de la guerra de guerrillas comunista, la presión norteamericana en pro de reformas y sus propias rigideces inherentes. Allí, el hermano de Diem, Ngo Ninh Nhu, fue culpado y ambos resultaron asesinados (en un golpe alentado por los Estados Unidos). Con tales actos la situación fue casi totalmente desenmarañada.

En Washington, los participantes de la WSAG propusieron que para preparar el terreno con el objeto de un regreso negociado de Sihanouk, nosotros debíamos persuadir a Lon Nol de *ampliar la base de su gobierno* y, verdaderamente, a renunciar. Por supuesto, yo ya había en forma privada indicado a Chou En-lai que estábamos dispuestos a conversar acerca de estas cuestiones (aunque, a diferencia de algunos de mis colegas, yo veía las iniquidades del gobierno de Camboya, en primer término, como un síntoma de la crisis, no su causa). Se ideó un proyecto consistente en enviar a Lon Non a una escuela militar en los Estados Unidos y a Lon Nol al exterior para un tratamiento médico. El príncipe Sisowath Sirik Matk, quizás el líder de Camboya más capaz (que había sido primer ministro adjunto de Sihanouk hasta el golpe de 1970), debía ser el vicepresidente y actuar como primer mandatario durante la ausencia de Lon Nol. A comienzos de abril, Al Haig visitó Phnom Penh para presentar el proyecto. Lon Nol estuvo de acuerdo en enviar a su hermano al exilio y en traer a Sirik Matak al gobierno. Nosotros decidimos demorar la partida de Lon Nol como garantía para una eventual negociación.

Sihanouk no nos ayudó en absoluto. Es difícil creer que los chinos no le indicaran que en las circunstancias apropiadas podría volver como jefe de Estado. Pero para hacerse más aceptable al implacable Khmer Rojo, el príncipe se mantuvo en la misma posición insistiendo en una lucha hasta las últimas consecuencias. A pesar de su obvio interés en la solución preferida por Pekín, Sihanouk comprendió que el Khmer Rojo y Hanoi estaban decididos a bloquear una salida de ese tipo. Estaba en una posición demasiado débil para abandonar la única base que tenía, independientemente de sus convicciones. Sihanouk repetidamente dejaba saber que la "resistencia interior", es decir, el Khmer Rojo, se oponía a todo tipo de compromiso. El 19 de abril informó desde Hanoi:

Yo les digo seriamente que los líderes del interior nunca aceptarán un compromiso con la pandilla de Phnom Penh. Es completamente ilusorio que naciones como los Estados Unidos, Francia o la Unión Soviética confíen en una solución sobre la base de un compromiso.

Y el 28 de abril nuevamente subrayó su propia irrelevancia. *El expuso* —informaba un despacho de la AFP—

que las tácticas y la estrategia de las fuerzas populares estaban funcionando en Camboya por Khieu Samphan, viceprimer ministro del gobierno real de Camboya, de la Unión Popular y su personal general, y por nadie más.

Con respecto a eventuales negociaciones entre él y los Estados Unidos, el príncipe Sihanouk endureció su posición al declarar que incluso para contactos preliminares antes de cualquier negociación, la decisión la tenía la "resistencia interior" y no él mismo.

Pronto se tornó evidente que la valoración de Sihanouk acerca de la dominación del Khmer Rojo era correcta. Sihanouk realizó una breve visita a la "zona liberada" de Camboya en marzo de 1973, que fue ampliamente publicitada más tarde. Pero los comunistas estaban tratando de socavar la reputación de Sihanouk en la nación incluso

mientras explotaban su prestigio en forma internacional. El Khmer Rojo realizó todos los esfuerzos posibles para asegurarse de que su prestigio no sería reforzado diseminando lo que él había dicho en Camboya. Otros informes revelaban que el Khmer Rojo se hallaba purificando sistemáticamente de su organización los elementos pro-Sihanouk y emprendía una campaña de publicidad para desacreditarlo a él y eliminar todos los vestigios de su popularidad en la nación (13).

Eso en cuanto al argumento de que era la oposición norteamericana la que impedía el retorno de Sihanouk al poder en Camboya.

La única carta que nos quedaba era producir una paralización militar. Y para alcanzarla, nuestra única arma residía en el poderío aéreo norteamericano, dado que la asistencia y el entrenamiento para mejorar el desempeño militar camboyano y los aumentos de la ayuda norteamericana habían quedado excluidos por nuestra legislación. Parte del nuevo mito que nos quiere mostrar como culpables en Camboya expresa que nuestros bombardeos fueron indiscriminados, que produjo víctimas civiles en cifras monstruosas, y que el "castigo" que le infligimos al Khmer Rojo lo transformó de una guerrilla común y corriente en un grupo de maniáticos genocidas impulsados por un *miedo maniqueo* (14). La realidad es muy distinta.

El embajador Emory C. Swank, crítico frecuente de nuestro programa político, y su adjunto, Thomas O. Enders, han establecido los acontecimientos acerca de los bombardeos en un documento presentado a la División Histórica del Departamento de Estado. (Este documento está en el apéndice. El análisis que hago aquí sigue aquella narración.) El 27 de enero de 1973, cuando el gobierno de Camboya en forma unilateral detuvo las operaciones militares ofensivas con la esperanza de alcanzar un cese del fuego, también se detuvieron las acciones tácticas norteamericanas y las operaciones de los B-52. El bombardeo sería reanudado sólo si el Khmer Rojo insistía en la continuación de las hostilidades, y exclusivamente por petición del gobierno camboyano.

Estas condiciones fueron desafortunadamente cumplidas en los primeros días de febrero de 1973. El Khmer Rojo respondió al llamado a un cese del fuego lanzando una nueva ofensiva; Vietnam del Norte rechazó retirar sus fuerzas y continuó dándole apoyo logístico y ocasionalmente de misiles y artillería a sus aliados de Camboya. Los Estados Unidos debían responder o enfrentar el colapso de Camboya libre; y probablemente el de Vietnam del Sur también. Las operaciones aéreas norteamericanas fueron reanudadas, como Swank y Enders demuestran, a través de canales regulares (no —como algunas imaginaciones superactivas lo hubieran querido— por medio de procedimientos clandestinos ideados por mí en mi reunión de Bangkok con Swank en febrero y por detrás del apoyo del secretario de Estado Rogers) (15).

La acusación, consistente en que las operaciones de los B-52 estaban siendo conducidas en declive, con mapas no actualizados y a larga escala en la embajada de los Estados Unidos, resultó ser también una noticia falsa. Verdaderamente, el blanco era controlado por la Séptima Fuerza Aérea, la cual contaba con fotografía actualizada, con la precisión del radar y con sensores infrarrojos y reconocimientos dirigidos tanto antes como después del golpe. Nuestras operaciones aéreas se hallaban sujetas a cuidadosas reglas de combate que prohibían la utilización de los B-52 en contra de blancos que estuvieran a menos de un kilómetro de distancia de las fuerzas amistosas, de ciudades, de casas, de monumentos, de templos, de pagodas o de lugares sacros. Estas reglas fueron observadas. Hubo accidentes trágicos —sólo dos serios, señalan Swank y Enders—, pero ellos difícilmente hacen la equivalencia con respecto al bombardeo sistemático de civiles. En una serie de oportunidades, la Séptima Fuerza Aérea rehusó las peticiones de Camboya de golpes porque nuestro reconocimiento nos mostraba que había para las poblaciones civiles un riesgo que no deseábamos tomar.

Hoy día, es ciertamente claro que el obstáculo de la paz en Camboya lo constituía el

comunista Khmer Rojo, no los norteamericanos ni tampoco Sihanouk. Mis repetidos y vanos esfuerzos en 1972 y 1973 para extraer un compromiso de Le Duc Tho de un cese del fuego o de un convenio político se disolvieron en el pretexto de Hanoi, probablemente verdadero, de que él tenía muy poca influencia sobre las decisiones del Khmer Rojo. Verdaderamente, el Khmer Rojo denunciaba a Hanoi en forma penetrante por haber firmado el Acuerdo de París; ellos veían el convenio de Vietnam como una traición, y no sólo porque pensaban que eso nos permitía cambiar el embate de nuestras operaciones militares en Camboya. En un documento publicado luego que llegaron al poder, ellos admitían que habían resistido todo tipo de presiones por un cese del fuego porque *si la revolución camboyana hubiera aceptado un cese del fuego se habría producido un colapso* (16). Más tarde, obstruyeron un convenio porque se encontraban empeñados intransigentemente en una victoria total.

El mito consistente en que la brutalidad del Khmer Rojo era el resultado de nuestro bombardeo podía llenar algunos imperativos masoquistas; también este mito no resiste ningún análisis serio. No se trata sólo de que no existe evidencia del hecho; si hubiera algún tipo de prueba mostraría, insinuaría, algo completamente diferente. Al poco tiempo, en 1971 ó 1972 el Khmer Rojo estaba llevando a cabo deliberadamente, en todas las áreas de Camboya que controlaban, las mismas prácticas totalitarias que horrorizaron al mundo cuando se aplicaron a Phnom Penh luego de su victoria de 1975. El desarraigo forzado y la dispersión de la población de las ciudades; la destrucción de la organización local social tradicional, de las prácticas religiosas y de las estructuras familiares; la colectivización forzada de la agricultura; la liquidación deliberada de la clase media como un obstáculo para la "nueva sociedad" y el terror sistemático de la policía de Estado comunista. Todas estas características del holocausto de Camboya luego de 1975 eran evidentes en las áreas controladas por el Khmer Rojo por muchos años antes de 1975. Ellos representaban una *política deliberada*, fundada en un fanatismo ideológico.

Un sacerdote francés que trabajó en Camboya hasta el final, y que ha escrito quizá el mejor relato de la tragedia de Camboya, la llamaba *el ejemplo perfecto de la aplicación de una ideología llevada al límite extremo de su lógica interna*. Y él la señalaba terminantemente como *una práctica revolucionaria tradicional* que databa por lo menos de 1972 (17). Otro analista experto, que realizó cientos de entrevistas a refugiados de Camboya en Vietnam del Sur desde 1972 a 1974, bosquejó metódicamente el trazado del programa brutal de una transformación social —*todo lo anterior era un anatema y debía ser destruido*— y señalaba que el proceso comienza ahora en algunas partes del país como en 1971 (18). No fue el bombardeo norteamericano el que produjo el torrente de refugiados y el horror en Camboya. Se trataba de una ideología endemoniada, rudamente aplicada.

Nosotros no teníamos un deseo más ferviente que el de terminar la guerra de Camboya en el verano de 1973. Tanto la ampliación del gobierno de Phnom Penh como la intensificación del bombardeo eran sólo medios para incitar a una reanudación de las negociaciones. Las observaciones públicas de Sihanouk, desafortunadamente, continuaban siendo virulentamente negativas acerca de sus perspectivas. El 13 de abril, luego de regresar de su visita a la "zona liberada" en Camboya, indudablemente reflejando lo que le había expuesto el Khmer Rojo dentro de Camboya, Sihanouk declaró en una conferencia de prensa en Pekín que *él nunca aceptaría un cese del fuego, como tampoco un compromiso*.

Estas noticias de la política actual del Khmer Rojo no podían haber sido enteramente bienvenidas por sus anfitriones chinos. Ellos sabían que una victoria total del Khmer Rojo arruinaría la viabilidad de su cuidadosamente alimentada carta que era Sihanouk y garantizaría la dominación de Hanoi sobre Indochina. China indudablemente también

calculaba que nosotros no permitiríamos una total derrota de las fuerzas con las cuales habíamos estado asociados. Una continuación de la guerra por lo tanto incrementaría los problemas de la política externa de Pekín sin alterar el resultado. Por lo menos demoraría el acercamiento con los Estados Unidos que mi visita de febrero de 1973 había mostrado como el objetivo principal de la política china.

Chou En-lai trató de cortar todas estas perplejidades —en primer término, demasiado indirectamente como para que nosotros comprendiéramos. El utilizó la ocasión del retorno de Sihanouk a Pekín para articular las preferencias chinas. En un banquete fastuoso en honor a Sihanouk el 11 de abril, Chou condenó a los Estados Unidos por continuar su *bombardeo caprichoso* en Camboya y por apoyar a la *pandilla traidora de Lon Nol*. Un autoritario editorial en el periódico *People's Daily* le agregó énfasis a las observaciones de Chou; la visita del príncipe a la *zona liberada*, decía, mostraba que él era el *legítimo gobernante de Camboya*. En nuestra cólera por una de las poco frecuentes críticas públicas de Chou, no advertimos la estocada de sus observaciones: el enfático apoyo de China para Sihanouk como la cabeza de gobierno de Camboya. De acuerdo a Chou, la visita de Sihanouk a Camboya probó lo que el Khmer Rojo, como ya se notó antes, había perseguido demorar: que Sihanouk era *querido y apoyado por todo el pueblo de Camboya*.

Nosotros notábamos principalmente la crítica explícita a los Estados Unidos —la cual constituía de hecho uno de los “cañones vacíos” de Mao— más que la astuta disociación de Hanoi y el Khmer Rojo. El 13 de abril, por lo tanto, enviamos una inusual y aguda nota a Pekín expresando nuestra “extrema desilusión” por las observaciones de Chou. Llamamos la atención a las notorias violaciones de Hanoi del Acuerdo de París, especialmente del Artículo 20, que requería la retirada de Laos y Camboya. Pero incluso esta nota, la cual debe haber hecho pensar a los chinos si éramos alguna vez al menos capaces de comprender algo complejo, terminó con la afirmación de que queríamos proceder por medio de negociaciones sobre la base de un compromiso mutuo:

El lado norteamericano desea reiterar su continua buena voluntad para adherirse al acuerdo de Vietnam, a fin de terminar todas las operaciones militares en Camboya y para trabajar en pos de una solución política en ese país que origine verdadera neutralidad e independencia. El lado norteamericano considera, sin embargo, que es responsabilidad de todos los países interesados el trabajar para una moderación en estas cuestiones.

Era aparente que Pekín se encontraba tocado por la rapidez de su respuesta. Huang-Hua, en ese entonces el embajador chino en las Naciones Unidas, me habló el 16 de abril en carácter “personal”, un procedimiento inconcebible para un diplomático chino a menos que deseara decir algo que podría ser oficialmente desconocido. Me declaró que no podía comprender nuestra expresión respecto a una desilusión extrema; China no había hecho más que quedarse en sus posiciones previas. Me urgió para que los Estados Unidos terminaran su apoyo a Lon Nol. La formulación, dirigida a un individuo y no a un organismo, dejaba abierta la perspectiva, discutida en Pekín en febrero, acerca de incluir a otros elementos del gobierno de Phnom Penh en una coalición, sin su jefe actual.

Yo retomé el tema en mi respuesta:

Con respecto al problema de Camboya, estamos preparados para trabajar con ustedes a fin de gestar alguna estructura de coalición a lo largo de las líneas que el primer ministro y yo discutimos en Pekín. No estamos comprometidos con ninguna personalidad y alentaremos las negociaciones entre los representantes del príncipe Sihanouk y de las otras fuerzas.

Nuestro objetivo en el Sudeste de Asia nos parece que no es totalmente distinto

con respecto al de ustedes. Nosotros queremos evitar que se extienda un sistema de seguridad por el sur y el Sudeste de Asia controlado por una unidad y una potencia exterior. Consideramos que esto se logra en mejor forma si cada país en la región puede desarrollar su propia identidad nacional.

El 24 de abril, yo reiteré este tema en un mensaje escrito a Chou En-lai:

Con respecto a la situación de Camboya, el lado norteamericano desea repetir su buena voluntad para la concreción de un convenio que incluya a todas las fuerzas políticas, inclusive las del príncipe Sihanouk. El lado norteamericano está dispuesto a iniciar las discusiones con el lado chino en busca de este objetivo tanto en Washington como en Pekín luego del arribo del embajador Bruce.

Los chinos no respondieron inmediatamente. Sin embargo, el 18 de mayo de 1973, en su primera reunión con David Bruce, recientemente designado jefe de nuestra nueva oficina de enlace en Pekín, Chou tornó la conversación hacia el tema de Camboya: Señaló a Bruce que *el único camino para hallar una solución era que las partes interesadas implementaran en su totalidad las cláusulas subsidiarias del Artículo 20*. China de este modo coincidía con nuestra interpretación de que las fuerzas de Vietnam del Norte debían desocupar el territorio de Camboya. Y Chou reiteró este punto en otra referencia. Aunque nuestros puntos de vista difieren, señaló, China y los Estados Unidos comparten el objetivo de una Camboya pacífica, neutral e independiente, de hecho *más pacífica, más neutral y más independiente que nunca* (lo cual podía solamente significar que las áreas de bases de Vietnam del Norte debían ser eliminadas). Chou agregó que Huang Chen, el recientemente designado jefe de la Oficina China de Enlace en Washington, partiría el 25 de mayo con rumbo a los Estados Unidos y sería autorizado a dedicarse al tema. Claramente, Chou esperaba una respuesta para cuando Huang Chen llegara a Washington.

Mientras tanto, yo estaba ocupado en las negociaciones en París con Le Duc Tho, cuya definición de la neutralidad e independencia de Camboya anunciaba la hegemonía de Vietnam del Norte. El no escucharía nada acerca de la implementación del Artículo 20 antes de producirse un convenio político, y no discutiría una solución política por consideración a la "soberanía" de su aliado Camboya. Tan delicado y sensible era el pensamiento de Hanoi con respecto a la independencia de un país que había invadido en primer término en 1965 e iba a invadir nuevamente en 1978 que Le Duc Tho no estaría nunca de acuerdo con mi pretexto, consistente en que ambos recomendaríamos un cese del fuego para ambas partes en Camboya. Mis negociaciones de mayo y junio con Le Duc Tho terminaron irrelevantemente. Como ya denotamos, Le Duc Tho se comprometería solamente con la promesa de que ambos lados efectuarían *sus mejores esfuerzos para ocasionar un convenio pacífico*. Hasta ahora, *los mejores esfuerzos* constituía un claro eufemismo para no hacer nada. Si el asunto dependiese de Vietnam del Norte, Camboya sería liquidada en el campo de batalla. Nuestra diplomacia debería buscar otros canales.

Por lo tanto, durante una interrupción de mis conversaciones con Le Duc Tho me aproximé a los chinos con una proposición formal para seguir los intercambios con Chou En-lai. El domingo 27 de mayo, el día de mi cumpleaños número cincuenta, le dije a Huang Hua en Nueva York que en mi opinión los intereses chinos y norteamericanos eran compatibles. Ambos buscábamos evitar *un bloque que pudiera apoyar los objetivos de hegemonía de potencias externas*. En otras palabras, no queríamos una Indochina bajo la tutela de Hanoi alineada con la Unión Soviética. Para alcanzar este propósito realicé la siguiente propuesta:

Estamos dispuestos a detener nuestro bombardeo en Camboya, y también a

retirar el muy pequeño grupo de consejeros que tenemos allí. Además estamos dispuestos a arreglar que Lon Nol se marche para un tratamiento médico en los Estados Unidos. En respuesta, desearíamos un cese del fuego —si es necesario, digamos por noventa días— y una negociación entre el grupo de Sihanouk y el resto del grupo de Lon Nol; y mientras este trato se está manteniendo en Camboya, autorizaríamos algunas conversaciones entre el personal del embajador Bruce y el príncipe Sihanouk en Pekín. Y cuando este proceso esté completo, en algunos meses, no nos opondremos al retorno del príncipe Sihanouk a Camboya. Pero éste es un proceso que debe extenderse por un tiempo, y no ser conducido de un modo que no tome en consideración nuestras propias necesidades.

Huang Hua era un profesional cabal. El efectuó algunas preguntas aclaratorias. Y le hice saber que había presentado la idea básica a Le Duc Tho. Huang Hua sabía que Hanoi no favorecería tal proyecto pero no estaba en condiciones de obstruirlo. Me señaló que el premier Chou En-lai le había recordado a David Bruce que tanto Sihanouk como el Khmer Rojo estaban en principio dispuestos a hablar con los Estados Unidos. Tal hecho no significaría mucho si tuviera como prerrequisito la destrucción de las fuerzas no comunistas; pero los chinos debían tener algo más en mente. Porque después de todo, el mismo Chou había dicho en febrero que un gobierno completamente *rojo* mezclaría los problemas de todos.

En forma por demás interesante, Huang Hua no rechazaba mi proposición, como seguramente hubiera hecho si se tratara de una política de Pekín para apartarse de los acontecimientos en Indochina. Respondió que informaría a Pekín lo que yo había dicho.

El 29 de mayo reiteré nuestra proposición a Huang Chen en su primer llamado dirigido a mi persona a la Casa Blanca. Volvió a expresar que informaría acerca de lo conversado; además, marcadamente, me recordó la conversación de Chou con Bruce y su énfasis en la estricta implementación del Artículo 20. Al día siguiente, Nixon aprovechó la oportunidad de un llamado de cortesía a la Oficina Oval realizado por Huang Chen para subrayar la importancia que él le concedía a una solución pacífica del problema de Camboya.

Los chinos fueron rápidos para proseguir. El 4 de junio, ocho días después de mi proposición original, Huang Hua en Nueva York requirió una reunión conmigo para entregar un mensaje. Este señalaba nuestro *pensamiento provisional en el convenio por la cuestión de Camboya*. Insistía que todas las partes interesadas —y por lo tanto, por implicación, Hanoi también— necesitaban respetar la soberanía de Camboya. China no podía conducir conversaciones con los Estados Unidos en nombre de Camboya; entrevistas directas con Sihanouk serían necesarias en alguna oportunidad. Sin embargo, China estaba ahora dispuesta a:

comunicar el pensamiento provisional de los Estados Unidos al lado camboyano, pero como el príncipe Samdech Sihanouk está todavía visitando Africa y Europa, nos es inconveniente contactarnos con él a través de canales diplomáticos. Por motivo de precisión, el lado chino desearía repetir el pensamiento provisional de los Estados Unidos. . .

En un paso inusual, la nota china entonces repetía absolutamente palabra por palabra la proposición que yo le había leído a Huang Hua, y concluía: *Si hay algunas inconveniencias en lo expuesto, es de esperar que el lado norteamericano hará las correcciones.*

Así, los chinos se ofrecieron como intermediarios y se ubicaron en el medio de la negociación por Camboya. Todo aquel que conociera a Chou En-lai podía estar seguro de que no revisaría tan meticulosamente la cuestión sino que daría la impresión de ocurrirse, y que no actuaría como intermediario a menos que esperara tener éxito. Los

cautelosos chinos nunca se arriesgarían a demostrar su impotencia para afectar los acontecimientos en el Sudeste de Asia; nunca se ofrecerían a pasar un mensaje del cual tuvieran dudas que pudiese llegar a ser rehusado. Y era realmente muy importante también que Pekín designara a Sihanouk como nuestro interlocutor; ningún tipo de referencia fue realizada con respecto a la "resistencia interna", es decir, el Khmer Rojo. Todavía era inconcebible que los chinos se expusieran en esa forma sin haber comprobado la cuestión con el Khmer Rojo. Y si los comunistas de Camboya ya estaban dispuestos a negociar, la paralización militar que habían decidido en marzo los haría negociar durante el mes de julio, lo cual sería inminente.

Era claro que Chou había embarcado a China en un compromiso que preservaba los elementos fundamentales de la estructura de Lon Nol; es decir: la estocada de todo lo que nosotros habíamos estado discutiendo por casi un año. La proposición, reflejando el balance militar, se detendría cerca de la victoria total que el Khmer Rojo había demandado anteriormente. El cese del fuego preservaría la estructura de Camboya libre; Sihanouk retornaría con el apoyo de los Estados Unidos y de China no simplemente como un figurante temporario, tal como lo preferían los comunistas de Camboya, sino con el poder inherente a la necesidad de reconciliar las diferentes facciones.

Chou En-lai pudo haber vendido semejante proposición al Politburó en Pekín —y especialmente al jefe Mao— sólo con el argumento de que una victoria total del Khmer Rojo era imposible porque Washington nunca la toleraría y que esto en cualquier circunstancia ayudaría a las metas de hegemonía de Hanoi. Posiblemente tampoco él podría haberlo hecho aceptable para el Khmer Rojo sin el argumento de que únicamente este esquema traería el final del bombardeo norteamericano. Y el Khmer Rojo no se hubiera conformado a menos que estuviera convencido de que no podrían prevalecer militarmente en el cuadro de un bombardeo continuado. Por lo tanto, aunque no lo admitiría, Chou necesitaba de nuestras acciones militares con Camboya para la efectividad de su política casi en igual medida que nosotros. Nuestro bombardeo era una ventaja negociadora para las dos partes aunque una de ellas lo condenara.

Pero nuestra situación interna, rápidamente se vio, no sustentaría nuestra política cuando ésta se aproximara a su culminación. Para principios de junio, el presidente se encontraba acorralado. Estaba perdiendo tiempo, ahora lo sabemos, escuchando grabaciones de sus diálogos en la Oficina Oval para ver si ellos lo perjudicaban. El 5 de junio, en Los Angeles, un gran jurado inició su audiencia tomando el comienzo de la sesión, en la oficina psiquiátrica de Daniel Ellsberg. El 6 de junio, Nixon acordó, bajo la presión del Comité Watergate del Senado, revertir su rechazo de hacía dos días con el objeto de evitar que el contenido de sus conversaciones grabadas con John Dean fuera divulgado. Y el 8 de junio, uno de los abogados de Watergate, James McCord, le pidió al juez John Sirica un nuevo proceso en virtud de que el gobierno retenía evidencia y se cometía perjurio en su juicio.

Ni Chou En-lai ni yo apreciábamos hasta qué punto la autoridad presidencial había sido erosionada por Watergate; por lo tanto ambos procedíamos en forma lo suficientemente animada. El 13 de junio, en una reunión en París con el ministro de Relaciones Exteriores chino Chi P'eng-fei, confirmé la exactitud de lo que Chou intentaba comunicarle a Sihanouk. Yo enfatiqué la importancia de un período transitorio de varios meses antes de que Sihanouk volviera a Camboya. No había desacuerdo entre nosotros acerca del rol fundamental del príncipe como cabeza de Estado. Cada uno de nosotros acordó respetar los requerimientos del otro. Yo prometí que tan pronto como sobreviniese el cese del fuego en Camboya, nosotros, tal como lo requerían, consultaríamos al mismo Sihanouk; Chi estuvo de acuerdo con nuestro espacio de transición *durante un cierto período*. Chi P'eng-fei observó que el único obstáculo para un mayor progreso inmediato era el trotamundaje de Sihanouk y la dificultad de la comunicación de asuntos bastante

delicados y complejos mientras él viajaba (ni hablar de la impredecibilidad de su temperamento si trataba asuntos de largo plazo). Si disfrutaba intensamente su viaje a África y Europa, lo podía extender y dilatar las negociaciones que él mismo había estado siguiendo.

Ese era también el sentido de una conversación que tuve con Huang Chen al día siguiente, 14 de junio, en Washington. Lo informé acerca de mis negociaciones con Le Duc Tho. Ambos expresamos nuestra impaciencia por la rápida vuelta de Sihanouk a Pekín y nuestra frustración por la impredecibilidad de sus movimientos. Huang Chen y yo comenzamos a discutir mi viaje a Pekín. Supuestamente, era para poner en conocimiento a Chou sobre los resultados de la inminente visita de Brezhnev a los Estados Unidos. También sería la ocasión para comenzar el contacto con Sihanouk.

El 19 de junio, le comuniqué a Huang Chen que si existía un cese del fuego en Camboya en ocasión de mi visita a China —esperada para alrededor del 6 de agosto— estaría dispuesto a encontrarme con Sihanouk en pos de discusiones políticas. Habíamos llegado al límite de lo posible. Mientras tanto, Sihanouk continuaba sus viajes aparentemente inconsciente de mis conversaciones con los chinos. El parecía sobre todo preocupado de que Le Duc Tho y yo pudiéramos arrojarle a Camboya por la cabeza. En algún momento de junio, mientras él visitaba Yugoslavia, concedió una entrevista a mi vieja Némesis, Oriana Fallaci. Constituye un tributo a su habilidad el haber emergido del encuentro con la formidable periodista italiana en mejor estado del que salí yo el año anterior. Sihanouk enfatizó que Hanoi no tenía derecho de hablar por los insurrectos del Khmer. Entonces, repitió la posición intransigente comunista, nuevamente con el astuto estilo de informar las opiniones de sus aliados —no las suyas propias—: *El Khmer Rojo jamás aceptará un cese del fuego. Jamás se someterán a un acuerdo. Jamás.*

Sihanouk elogió al bombardeo norteamericano: se trataba de la única cosa que evitaba que entráramos a Phnom Penh inmediatamente. Pero también mostró su conocimiento acerca de Watergate y los esfuerzos del Congreso para terminar las actividades militares norteamericanas: *Nixon está en una situación muy difícil. El escándalo de Watergate le ha ocasionado un gran deservicio y al final el Senado y el Congreso se opondrán a sus desembolsos.* Y con respecto a su relación con el Khmer Rojo, Sihanouk tenía pocas ilusiones y muchas premoniciones: *El Khmer Rojo no me quiere para nada. Y lo sé. . . Por el momento les soy útil. . . Sé muy bien que cuando ya no lo sea más, me escupirán como a un escollo insignificante.* Camboya algún día será comunista, sentenció. Desdeñaba todo tipo de ambición, explicando que no tenía deseo alguno de ser una figurita como la reina Elizabeth o Hirohito (19).

No nos enteramos de la entrevista hasta el 12 de agosto, cuando los datos ya estaban echados. De cualquier manera habría significado poco para nosotros. Hubiéramos creído que Sihanouk en sus viajes estaba casi seguramente fuera de contacto; que Chou sabía con certeza lo que hacía; que él no se hubiera comprometido en un curso a menos que estuviera seguro de tener éxito.

A mediados de junio, considerábamos para bien o para mal que estábamos en el último trecho de la carrera. Podíamos encarar un cese del fuego, el retorno de Sihanouk y luego su negociación con fuerzas políticas existentes como para proporcionarle el espacio necesario a fin de maniobrar entre ellos y los comunistas. Casi lo logramos, con todo lo que ello hubiera significado para el futuro de Camboya. Pero nuestra incapacidad para mantener el apoyo interno iba a condenar a nuestra propuesta y a Camboya e iba a conmovier hasta sus cimientos la posición interna de Chou En-lai.

EL CONGRESO DETIENE EL BOMBARDEO

Muchos factores contribuyeron en la serie final de acontecimientos que condujeron al

abandono de Camboya. En EE.UU. había simplemente un cansancio, un aburrimiento de la guerra. Algunos legisladores pensaban con sinceridad que ellos le estaban confiriendo un gran favor, una enorme gracia a los habitantes de Indochina por haber prohibido toda acción militar norteamericana en su territorio. Para otros, las pretensiones humanitarias eran probablemente secundarias con respecto a la oportunidad de ganarle a un adversario odiado, ahora un presidente desahuciado; los liberales perseguían reivindicar las posiciones en contra de la guerra de hace cuatro años. Thomas P. O'Neill, hijo, hombre del Congreso, en ese entonces el líder mayoritario democrático, afirmó en la Casa Blanca que Camboya no valía la vida de un solo aviador norteamericano (20). Los conservadores, desalentados y abatidos por las ambigüedades de diez años de guerra, estaban desmoralizados por los afanes de su viejo caudillo fructífero, Nixon. En la circunstancia, el Congreso señaló el colapso final del consenso interno prohibiendo operaciones militares norteamericanas en Indochina. Así fueron los habitantes de Camboya abandonados a su destino.

La agitación del Congreso en contra del bombardeo comenzó a hervir en abril y mayo. Nuestras operaciones aéreas fueron denunciadas como "ilegales", aunque su fundamento constitucional era sustancial (tal como fue elaborado en notas posteriores) (21).

La serie de votos del Congreso en contra del bombardeo en mayo fue descrita antes en este capítulo. Le Duc Tho se había deleitado conmigo en mayo acerca de las presiones que el Congreso ejercía sobre nosotros. Por primera vez, no había convicción en mi réplica ruda respecto a que nosotros mismos manejaríamos nuestra propia situación interna. Yo temía que sólo un milagro nos permitiría convencer al Congreso de una verdad incontestable que yo había expuesto en una conferencia de prensa el 12 de mayo:

Nadie puede esperar que un convenio para un cese del fuego será observado simplemente por el hecho de que está escrito, y el Congreso y los demás tendrán que preguntarse si es posible mantener un acuerdo sin sanciones ni incentivos.

Estaba esforzándome por conseguir un cese del fuego en Camboya antes de que el Congreso actuara. Pero casi por el mismo tiempo, a mediados de mayo, John F. Lehman del personal de la NSC a cargo de las relaciones del Congreso, me envió un informe sagaz y astuto previendo una áspera y tosca temporada de votos del Congreso intentando detener el bombardeo. La Casa Blanca estaba haciendo lo máximo posible para obstruir o demorar estos intentos. De acuerdo a Lehman, Watergate era *el factor en los votos adversos*; él, optimistamente, consideraba a Watergate un fenómeno temporario.

Para comienzos de junio, la escena legislativa no resultaba todavía comprometedora. El 4 de junio, el Senado aprobó la enmienda Case-Church consistente en cortar todos los fondos para las operaciones militares en Indochina.

En un memorándum del 5 de junio, Lehman me informó que un corte del bombardeo podía ser demorado hasta el final del mes: *Después de esa fecha, será verdaderamente difícil, pero no imposible*. Algún éxito se había logrado, por lo menos, al persuadir a los senadores para que aguardaran hasta la finalización de mis negociaciones con Le Duc Tho en París; un éxito que debería reforzar aún más nuestra posición.

Yo estaba desesperado. Un corte del bombardeo destruiría nuestra única ventaja negociadora —y el único estímulo para el compromiso chino. Chou En-lai necesitaba estar capacitado para afirmarle al Khmer Rojo que él les había traído el final de nuestro bombardeo, a cambio de un compromiso que incluía a Sihanouk y parte de la estructura existente. Las negociaciones, ahora en una preparación tenue y sutil, eran nuestro último tiro de dados. Si ellos fracasaban, Camboya, y muy pronto Vietnam del Sur y Laos, estarían condenados a muerte. El 18 de junio, llamé a Mel Laird, después de que Watergate lo trajera temporalmente de nuevo al gobierno como canciller del presidente para

Asuntos Internos. Le manifesté a Laird que los chinos habían prometido interceder: *No puedo imaginarme que ellos se animen a declarar que harán algo a menos que sientan que cuentan con una chance de lograrlo exitosamente.* Ofrecí hacer un pacto de caballeros con el presidente de la Cámara de Representantes, Carl Albert, y con el venerable jefe del Comité de Presupuesto de la Cámara George Mahon, contemplando que aunque tuviéramos éxito o fracasáramos en las negociaciones, suspenderíamos los bombardeos el 1º de setiembre. Pero ellos tenían que darnos su palabra de honor de que no revelarían la fecha límite; una vez que fuese sabida, nuestra capacidad de utilizar la finalización del bombardeo diplomáticamente no existiría más; el Khmer Rojo simplemente esperaría que la fecha tope pasase. Laird estuvo de acuerdo en ejecutar mi proposición pero no era muy optimista acerca de sus resultados. El manipulador más importante de los comités del Congreso estaba convencido que habíamos alcanzado el final de la línea: *Mahon alega que nunca ha resultado más arduo y difícil que en esta oportunidad.*

Todos los días contaban. Nos enteramos que Sihanouk retornaría a Pekín de sus viajes el 5 de julio y que nuestro plan podría en ese entonces ser expuesto. Pero el Congreso no aguantaría ningún tipo de demora adicional. El 25 de junio, el día en que Brezhnev abandonó a los Estados Unidos y John Dean comenzó a atestiguar ante el Senado, surgió un voto crucial en la Casa Blanca acerca de la llamada enmienda Eagleton, una cláusula pasada por el Senado para cortar todos los fondos de un bombardeo en Camboya. Comprometido con un proyecto de ley concerniente a las asignaciones suplementarias para consolidar las actividades del gobierno norteamericano después del final del corriente año fiscal (30 de junio), al presidente le resultaba muy difícil el veto. Porque si el proyecto de ley no era aprobado, todas las agencias de gobierno se encontrarían desprovistas de fondos. Desde San Clemente, llamé por teléfono a un número de congresistas; nosotros terminaríamos el bombardeo para el 1º de setiembre de cualquier manera, pero esta promesa debía ser mantenida en secreto si las perspectivas de un cese del fuego en Camboya no iban a ser descarriladas. No podía ser explícito acerca de la iniciativa china, pero proveí de suficientes insinuaciones acerca de lo conversado con ellos.

No obstante, el secreto de la fecha tope del 1º de setiembre no podía ser preservado. Sólo a través de un "compromiso" público, en el cual ese día fuera nombrado como fecha de un corte, los que apoyaban al gobierno podían esperar eludir la presión de una clausura inmediata del bombardeo. Sin embargo, una vez que la fecha tope se hiciera pública, nuestra estrategia estaba muerta; el Khmer Rojo simplemente esperaría a que pase. Entonces, el 25 de junio, fracasamos en un voto empate, 204 a 204, para obtener incluso este consuelo insuficiente. La Casa Blanca por medio de un voto verbal aprobó la enmienda Eagleton, la cual cortaba los fondos de inmediato.

Al día siguiente, 26 de junio, las enmiendas antibélicas fueron incluidas en una Resolución Continua (*), por medio de la cual los presupuestos existentes se prorrogan hasta la consideración de las nuevas asignaciones por parte del Congreso. Las mismas enmiendas estaban enlazadas al proyecto de ley elevando el punto más alto de la deuda nacional. Nuestros oponentes estaban preparados para detener pronto la operación de todo el gobierno y entorpecer las operaciones militares en Indochina, únicos medios de preservar la libertad de nuestros aliados.

El Congreso estaba decidido a imponer el retiro que había sido frustrado por el Ejecutivo a lo largo de media década; ya no estaba dispuesto a escuchar los argumentos acerca de las complejidades de la diplomacia. Los legisladores no se arriesgarían a sufrir la oposición permanente de la prensa para evitar una toma del poder por parte de los comunistas sobre lo que para ellos era un oscuro rincón de Indochina. Nuestro sistema político podía funcionar en forma correcta sólo a través de un sistema consistente en

(*) Resolución legislativa de vigencia definida (N. del T.)

conocimientos delicados sostenidos por la confianza mutua de las ramas paralelas del gobierno. Pero esa confianza había sido destruida por las encarnizadas luchas en torno a la política de Vietnam bajo la sombra de Watergate. El debate era dominado por el deseo de ganar puntos más que por la consideración de un objetivo en común. Había poca comprensión de la angustia, de la congoja básica del gobierno. Sabíamos perfectamente que el público estaba cansado y que el Congreso era hostil. Pero también pensábamos que si el Ejecutivo norteamericano abandonaba a sus amigos de años apoyando a la dominación comunista, la confianza en nosotros en todo el mundo sería socavada de una manera que exigiría un número de víctimas aún más grande en el futuro.

Por lo tanto, continuamos en la búsqueda de un cese del fuego honorable aun cuando Mel Laird en Washington me llamó a San Clemente el 26 de junio, señalando que las perspectivas eran inflexibles y desagradables (e implícitamente desalentándome de insistir en pelear las enmiendas amenazantes). John Dean había comenzado su aparición televisada el día anterior; Laird atribuyó la causa de esos dos días de votos desfavorables al testimonio perjudicial de John Dean. Fui firme: *Va a suceder de todo absolutamente en Camboya si detenemos el bombardeo. Creo que lo podemos llegar a ejecutar en dos meses. ¿Nos puede ayudar?*

Pero no había ayuda sustanciosa ni un cese de la publicidad. Otro *compromiso* intentó posponer el corte del primero de setiembre y falló también, esta vez por 24 votos. Se trataba de una *Trampa-22*: Podríamos haber ganado el aplazamiento del 1º de setiembre si el gobierno nos hubiera apoyado abiertamente. Pero sólo podíamos lograr eso al precio de destruir las negociaciones. La única esperanza ahora de una demora —incluso de la sustentación de un veto— señaló Laird, colocándonos exactamente entre la espada y la pared, era que la administración estuviera de acuerdo en una fecha tope de cuarenta y cinco días. Una fecha tope anunciada era marginalmente mejor que un corte inmediato pero igualmente segura en su destrucción de las perspectivas de un cese del fuego. Laird no estaba demasiado convulsionado acerca de esta perspectiva: *Políticamente, ustedes se encontrarán en una posición mejor. Yo no creo que Camboya de todos modos llegue a funcionar en forma correcta y a mí, personalmente, me gustaría mucho poder culpar a estos muñecos por haberlo hecho.* Yo estaba menos interesado en un pretexto que en un resultado. Me enfermaba ante la sola presencia de ver las posibilidades de traer incluso una frágil paz a Camboya destruida por una insensata orgía de partidismo y por el desahogo de los resentimientos acumulados de la década.

El 27 de junio, el presidente vetó la segunda Acta de Asignaciones Suplementarias con el agregado *Camboya*. El anunció que un corte del bombardeo arriesgaría no sólo a Camboya sino el *equilibrio frágil de los acuerdos negociadores, los alineamientos políticos y la habilidad militar sobre la cual depende la paz global en el Sudeste de Asia y en la cual mi valoración de la aceptabilidad de los acuerdos de Vietnam estaba basada*. La Cámara de Representantes sustentó el veto del presidente del 27 de junio. Esto llamaba a asamblea por su diferencia más grande en contra de la guerra todavía —241 a 173— pero cayeron 35 votos fuera de la mayoría de las dos terceras partes que necesitaban para refutar al presidente. Sin embargo, este fracaso era técnico y parlamentario; la arrolladora cuestión no podía ser detenida por más tiempo. La Cámara de Representantes y el Senado realizaron entonces, una enmienda similar en contra del bombardeo como parte de la Resolución Continua que se necesitaba para permitir que todas las agencias federales siguieran funcionando después del 30 de junio —y también como una enmienda que elevaría el punto más alto de la deuda. Era sólo una cuestión de tiempo.

No solamente nuestros aliados en el Congreso estaban descorazonándose, sino también nuestra propia administración. Sólo Haig, en verdad, apoyaba nuestra política. Comprendiblemente, quizás, nadie tenía el estómago necesario para reabrir el debate sobre Vietnam justo en medio de Watergate. Los expertos en temas legislativos de la Casa

Blanca estaban convencidos de que enfrentaríamos un corte de proyecto de ley detrás de otro hasta que un veto fuera anulado. Mel Laird se mantenía clamando urgentemente por un "compromiso": La aceptación presidencial de una fecha de corte para el 15 de agosto. Le contesté a Laird que era un sinsentido y total derrotismo por sí mismo: *Ellos van a echar por tierra todo por nada*. Laird insistió en que no tenía elección alguna si queríamos que el gobierno continuara funcionando. Yo estaba verdaderamente encarnizado:

Esta es una de las acciones más vengativas y baratas que he visto tomadas por el Congreso. Y no acontece únicamente en Camboya; nos va a herir sanguinariamente con los chinos porque si ellos piensan que el Congreso puede hacernos tales cosas respecto a Camboya, ¿qué es lo que nos pueden hacer con relación a cualquier otra parte que sea de interés para los Estados Unidos?

El 29 de junio, el "compromiso" del 15 de agosto ganó el apoyo del Comité de Relaciones Exteriores del Senado y fue derivado por el Congreso. Pero para conceder esta insignificante extensión del bombardeo en Camboya, los oponentes exigían el precio de una prohibición de *toda* acción militar en *toda* Indochina luego de esa fecha. Mel Laird en apariencia dio al líder minoritario republicano Gerald R. Ford el visto bueno para aceptar el compromiso. En todo caso Ford lo llamó a Nixon y confirmó la decisión personalmente. Cuando le protesté a Nixon, él me respondió que era demasiado tarde; ya había consentido en una razón de fuerza mayor: un abandono que podía haber sido inconcebible si el testimonio de John Dean no hubiera derramado todos sus recursos internos.

El 30 de junio los titulares de los periódicos aparecieron jubilosos porque Nixon había acordado detener el bombardeo en Camboya para el 15 de agosto. El *New York Times* afirmó que este compromiso permitiría que se continuaran las "delicadas negociaciones". Se trataba de una ilusión; las negociaciones habían sido asesinadas. Nixon tenía pensamientos secundarios —demasiado tarde. El 3 de agosto, poco después que la detención del bombardeo fuera concretada, Nixon le escribió al vocero de la Casa Blanca Carl Albert y al líder mayoritario del Senado Mike Mansfield:

Este abandono de un amigo tendrá un profundo impacto en otros países, como Tailandia, el cual había confiado en la constancia y la determinación de los Estados Unidos, y yo quería que el Congreso fuera consciente en su totalidad de las consecuencias de esta acción. . . En particular, deseaba que los habitantes de la valiente y sitiada Camboya supieran que la finalización del bombardeo en su país no señalaba abdicar de la determinación norteamericana de trabajar por una paz duradera en Indochina. . .

Sólo puedo esperar que Vietnam del Norte no sacará de esta acción congresista la errónea conclusión que ellos son libres de emprender una ofensiva militar en otras áreas de Indochina.

Pero la amenaza se había tornado una fanfarronada vacía. Para extender la aprobación, el término de las operaciones militares en Indochina había sido legislado. En Vietnam, no podíamos contraaccionar una ofensiva de Vietnam del Norte. Y con respecto a Camboya, los temas de la prensa eran comunes: Lon Nol estaba corrompido; había poca elección entre él y los comunistas. El bombardeo resultaba *sanguinario*; por lo tanto, el terminar *nuestra* actividad militar constituía un gesto humanitario para con los habitantes de Camboya. Las consecuencias para el resto de Indochina, o para la autoridad presidencial en generaciones futuras, o para la reputación norteamericana como un aliado confiable, eran inadmisibles como válidas. Se sostenía que el bombardeo no incitaba a las negociaciones; le daba a Lon Nol una excusa para evitarlas y se oponía al

Khmer Rojo. Todos estos temas aparecían en un editorial del periódico *Washington Post*, el cual era esencialmente representativo de un vasto espectro de la opinión pública:

El presidente declara estar temeroso de la instalación de un *gobierno controlado por Hanoi* en Phnom Penh —mientras ignora lo que pueda pensar Hanoi acerca de un gobierno controlado por Washington. Pero es indiscutible que no importa cuál gobierno se instale en Phnom Penh, Hanoi estará capacitado para seguir utilizando a Camboya con propósitos de abastecimiento y como refugio en Vietnam del Sur. El señor Nixon y todo el mundo sabía esto perfectamente bien en enero. El señaló de todos modos el acuerdo por un cese del fuego: Por la buena razón que contaba con el coronamiento de Vietnam del Sur por sí mismo a pesar del problema del flanco de Camboya. Para él, ahora, el afirmar que una detención del bombardeo perturbaría el *equilibrio* del Sudeste de Asia que había negociado en enero, constituye el tipo de declaración imprudente, la cual, aunque parcialmente era verdadera, trae la cuestión acerca de la durabilidad de toda la negociación de enero.

Como para la aseveración de Nixon de que una detención del bombardeo provocaría *un duro golpe a la credibilidad mundial norteamericana*, es un desatino —una reliquia de un modo de pensar acerca de *affaires* internacionales el cual se ha vuelto totalmente rudimentario debido, entre otras cosas, al logro considerable del señor Nixon en mejorar las relaciones con Rusia y con China. No puede ser el propósito del presidente, o su ventaja, el sugerir que su nueva *estructura de la paz* estremecerá hasta sus bases si no se le permite continuar tirando bombas sobre desgraciados habitantes de Camboya. Esto es equivalente a conceder que su programa político externo es un fraude en su totalidad —un juicio, debemos agregar, que no compartimos (22).

En realidad, se sostenía que una victoria comunista podría ser algo bueno, que de alguna manera conduciría a un gobierno neutral y al retorno de Sihanouk: sin considerar la realidad de que Sihanouk ahora no tenía poder de negociación y que los elementos anticomunistas que se necesitaban para una coalición así habían sido condenados a la destrucción por medios militares. El periódico *New York Times*, el 14 de agosto, reiteró el tema de que las acciones militares norteamericanas habían obstruido la paz, y que el Congreso al prohibir las actividades militares había de hecho abierto el camino para la negociación:

... Hay señales de que ambos lados en el conflicto de Camboya están interesados en una solución pacífica, ahora que el sostén del apoyo directo militar norteamericano está próximo a ser eliminado del régimen de Lon Nol por orden del Congreso. Desde Phnom Penh llegan informes —discutidos en Washington— que funcionarios de gobierno de alto rango allí habían pedido a los Estados Unidos arreglar la destitución del presidente Lon Nol y el retorno del príncipe Sihanouk. Desde Corea del Norte, donde él había viajado para evitar un posible encuentro con Henry Kissinger en Pekín, el príncipe ha llamado a su viejo amigo, el líder mayoritario del Senado Mike Mansfield, ofreciendo a los Estados Unidos una *paz con honor* si se retira todo tipo de apoyo a Lon Nol.

Aunque habría muy poco honor para Washington de cualquier modo en esta tardía fecha, para reinstalar un líder, a quien se ha buscado para condenar al ostracismo de su país durante los últimos tres años, la oferta del príncipe es la mejor proposición a la vista, especialmente si hay apoyo para ella desde dentro del régimen existente en Camboya. Sihanouk, francamente, ha echado su suerte *al ciento por ciento* con los comunistas de Camboya en su lucha por regresar al poder,

pero sus credenciales, como un dedicado nacionalista que resistiría la subordinación y el servilismo con respecto a cualquier potencia extranjera, están más allá de toda disputa.

Un tema similar fue seguido de cerca por el *Washington Post* el 28 de agosto.

Nosotros estábamos de acuerdo con el deseo de una Camboya neutral gobernada por Sihanouk. Nuestra diplomacia había, durante seis meses, cuidadosa y esmeradamente, puesto los pedazos en su lugar, y el término legislado de la actividad militar destruyó toda posibilidad de una Camboya libre y neutral. Con una victoria comunista total ahora garantizada, Sihanouk se tornó casi tan irrelevante como Lon Nol —solamente tolerado por el Khmer Rojo por una cuestión de consunción internacional, que fue rápidamente descartada cuando se logró poder total. El Congreso así condenó a Sihanouk tal como lo hizo el gobierno de Phnom Penh.

EL DESENLACE DE LAS NEGOCIACIONES

Por algunas semanas, el plan existente continuó funcionando por propio impulso quizás en parte porque nuestros interlocutores comunistas sospechaban alguna trampa. Ellos necesitaban tiempo para ajustar la imagen de una superpotencia, abandonando voluntariamente todos sus compromisos. El 6 de julio, coincidiendo con el retorno de Sihanouk a Pekín, el gobierno de Phnom Penh ofreció oficialmente negociar con *el otro lado*. Este paso había sido planeado con el fin de realizar un sistema de organización diplomático para la iniciativa china, la cual nosotros esperábamos revelar ahora. Murry Marder, del *Washington Post*, uno de los corresponsales externos más justos y objetivos, el 11 de julio escribió un artículo en el cual se quejó de que la oferta estaba demorada:

Si tal movimiento se hubiera realizado en febrero, cuando Sihanouk estaba públicamente señalando su buena disposición para negociar con Kissinger en Hanoi o en Pekín, los lados opuestos en este momento podrían haber llegado a un acuerdo o por lo menos estar cerca de él.

El comentario de Marder ilustraba acerca de los riesgos y el precio de una diplomacia secreta. En primer lugar el Khmer Rojo habría vetado una negociación de Sihanouk conmigo en Pekín en febrero. En segundo lugar tal propuesta por un compromiso no se había realizado una sino muchas veces desde el comienzo del año y siempre, sin excepción, había sido rechazada. La negociación parecía ser factible sólo a comienzos de julio porque habíamos producido una paralización militar sobre el terreno. Ahora había sido arruinada.

La prueba más clara era la propia conducta de Sihanouk. El me había estado denunciando por meses a causa de haber fracasado en las negociaciones, mientras que al mismo tiempo culpaba a la total intransigencia de su lado, no de su parte sino al Khmer Rojo por su búsqueda de una victoria total. Al regresar a Pekín, debió saber que habíamos ofrecido una detención del bombardeo, negociaciones y una reunión entre él y yo a principios de agosto. Claramente, también, Chou En-lai favorecía tal curso de la cuestión. Sin embargo, luego de la acción del Congreso, Sihanouk cambió por completo su posición. Obviamente el Khmer Rojo había estudiado la situación militar como la tenían planeada realizar a comienzos del verano (de acuerdo al informe mencionado antes) y habían llegado a la conclusión de que, con la terminación del bombardeo, no había en absoluto ninguna necesidad de un compromiso. El 5 de julio el plan público de Sihanouk evitó todo tipo de insinuaciones respecto a una buena voluntad

para negociar: Ahora era *inútil* hablar, confesó. Era *demasiado tarde*. Anunció francamente que el insurrecto Khmer Rojo había decidido *combatir hasta el fin*.

Aproximadamente al mismo tiempo (la primera semana de julio) la Unión Soviética también cambió su posición.

Durante todo el tiempo se había reconocido a Lon Nol y se había mantenido una embajada en Phnom Penh —probablemente porque se calculaba que éste era un país de Indochina donde una victoria comunista no estaba decretada. Ahora Pravda e Izvestia, ambos, comenzaron a referirse a Sihanouk como jefe de Estado por primera vez desde su desalojo el 18 de marzo de 1970. Los diplomáticos comunistas informaron a los periodistas en Moscú que la URSS estaba cambiando sus apuestas —un augurio de que estos facultativos de sangre fría de los poderes políticos, que se enorgullecían por su valoración de los factores objetivos, habían comprendido el significado de la acción del Congreso (23). Dos semanas más tarde, el embajador de la Unión Soviética Dobrynin me informó que los soviéticos, los chinos, y los vietnamitas del Norte habían todos llegado a la conclusión después del 1º de julio que las negociaciones estaban muertas y que indudablemente el Khmer Rojo iba a ganar.

Esperando en contra de la esperanza, nosotros tratamos sin embargo de proseguir las negociaciones a través de los chinos. El 6 de julio de 1973, el embajador Huang Chen era mi invitado en San Clemente. El trajo consigo un mensaje insinuando que Chou En-lai se estaba poniendo nervioso al buscar una salida. Los chinos se quejaron acerca de los "rumores" y la "especulación" de la prensa norteamericana en torno de una negociación entre la *banda* de Lon Nol y Sihanouk. Con diplomacia el mensaje atribuía las divulgaciones no autorizadas, en parte, al gobierno de Lon Nol, aunque los "funcionarios norteamericanos" habían recientemente *realizado algunas revelaciones* acerca de esta cuestión. En forma interesante, los chinos no afirmaban que la especulación fuera incorrecta; por el contrario, ellos expresaron su inquietud por tal especulación pues *es extremadamente desventajosa para buscar un convenio en el conflicto de Camboya y causará incluso problemas*. (Las "revelaciones" de una negociación, por supuesto, habían sido provocadas por el intento desesperado del gobierno para interceptar la detención del bombardeo por parte del Congreso.)

Respondí reiterando nuestro plan. Huang Chen confirmó que Pekín informaría, tal como estaba prometido, a Sihanouk de nuestro "pensamiento provisional" ahora que Sihanouk había retornado del extranjero. Si Chou todavía deseaba transmitir una oferta cuyo elemento central —el cese del fuego— había sido hecho irrelevante por la legislatura, los chinos debían haber estado casi tan desesperados por un convenio político como lo estábamos nosotros. Huang Chen confirmó que mi visita a Pekín a principios de agosto sería bienvenida. Chou En-lai claramente no abandonaría fácilmente nuestro plan conjunto. Por lo menos, esto reflejaba la extrema aversión con la cual los chinos rompían su palabra una vez dada.

La tensión en Pekín, causada por el nuevo e inesperado cambio de los acontecimientos en Washington, fue revelada en un encuentro ese mismo día entre el premier chino y una delegación visitante del Congreso encabezada por el senador Warren Magnuson. Chou En-lai realizó la común e hirviente crítica a nuestra política sobre Camboya, incluyendo el bombardeo. Verdaderamente el plan acordado dependía de su capacidad para afirmar más tarde que él había inducido a Washington a clausurar el bombardeo como su contribución al proceso de la paz. De repente Chou En-lai advirtió que estaba siendo influenciado frente a muchos testigos, que su requerida intención parecía ser extraída de nosotros. Con grandilocuencia el senador Magnuson informó a Chou que él no necesitaba preocuparse por el bombardeo; debería ser paciente; todo pronto estaría terminado —específicamente, el 15 de agosto; debía agradecerse al Congreso. Chou se puso visiblemente irritado. En forma desesperada, al

buscar conservar su ventaja negociadora, refutó que era en verdad difícil ser paciente mientras estaban cayendo bombas. Magnuson salmodió que no había que preocuparse, el Congreso cuidaría de todo. *Chou estaba visiblemente encolerizado* por las crecientes trabas de la delegación del Congreso, me informó David Bruce. Y el fastidio de Chou parecía crecer incontinentemente cuando Magnuson continuó murmurando: *Nosotros detuvimos el bombardeo.*

Yo comprendía. Chou veía emerger ante él su pesadilla geopolítica: Indochina dominada por Hanoi y aliada con la Unión Soviética, una entente producida por una potencia obtusa que no se dignaba a dar a su propia diplomacia una chance para tener éxito.

Y la perspectiva le mostró premoniciones de un modo aún más profundo para él. Watergate había, hasta ahora, aparecido como una disputa interna incomprensible en EE.UU., su impacto en nuestro programa político externo se vio oscuro. Pero ahora se vislumbraba posible, incluso probable, que China debería negociar con un presidente cuya autoridad estaba tan debilitada que sus compromisos se habían tornado poco confiables; cuya palabra —utilizando una frase favorita china— no contaba más. Si los Estados Unidos resultaba ser tan incapaz como superpotencia, esto tendría profundas implicaciones para la seguridad de China; verdaderamente, competía con la premisa en que se basaba el acercamiento chino hacia los Estados Unidos. Si una decisión tan contraria a los intereses norteamericanos lograba ser impuesta por el Congreso, ¿podía Pekín continuar confiando en los Estados Unidos?

Como era de esperar, luego del intercambio Chou-Magnuson, se multiplicaron los signos de titubeos por parte de Pekín. El 11 de julio, David Bruce comunicó una valoración de la diplomacia de Camboya a la luz de mi proyectada visita a China. Los chinos parecían estar dando la espalda a las complicaciones en la negociación de Camboya. Bruce no pensaba que todavía tenían mucha ventaja:

Los chinos darán a entender que se caerá como una manzana madura en las impacientes manos de Sihanouk, pero pueden tener dudas privadas acerca de su capacidad para controlar el Khmer Rojo y otros insurrectos. . . Mientras tanto, pueden calcular que tienen poco que perder de una demora.

En el mismo día, hubo otro indicio de que soplaban malos vientos. Los chinos ya habían acordado en recibirme en Pekín la primera semana de agosto; nos habían invitado a escoger la fecha. Cuando a fines de junio propusimos el 6 de agosto, habían incluso permitido que en ese día se divulgara a la prensa en Pekín. Entonces sugerimos el anuncio para el 16 de julio. El 11 de ese mes recibimos una respuesta suave que nos informó que Huang Chen había sido llamado para volver a Pekín —en sí mismo, un desarrollo inesperado— y que el anuncio debería aguardar su consultación. Este mensaje insinuaba claramente que había segundos pensamientos.

Decidimos hacer nuestro juego. Consulté al general Scowcroft para pedir ayuda al jefe adjunto de la Oficina de Enlace china, el embajador Han Hsu, y recordarle que habíamos sido informados de escoger cualquier fecha en la primera semana de agosto. Scowcroft reiteró nuestra preferencia para el 6 de ese mes y propuso un anuncio el 19 o el 23 de julio. Le instruí para agregar como una observación "semioficial" que si yo retornaba de Pekín a Camboya con las manos vacías, mi capacidad para mantener un programa político no sentimental basado en un interés nacional sería comprometido. Por lo tanto, Scowcroft esperaba que los chinos nos pudieran informar *lo que él podía ser capaz de devolver con respecto a la situación de Camboya.*

La insolencia es la defensa del débil. Yo estaba arriesgando demasiado en una cuestión perdida. Para eslabonar las relaciones chino-norteamericanas, con referencia explícita a

Camboya, compondría la incertidumbre y la perplejidad china sin agregar nada en su ventaja. El hecho en concreto era que Chou había perdido la capacidad de dirigir acontecimientos —como consecuencia de las acciones norteamericanas. Habíamos trastornado el marco de las negociaciones que nosotros mismos habíamos propuesto y no quedaba espacio para que ni siquiera el líder chino mejor intencionado le pidiera al Khmer Rojo que renunciara a la victoria total que le habíamos entregado.

El 16 de julio, Sihanouk hizo notar claramente que él entendía el nuevo equilibrio de fuerzas. En una declaración preparada, más definitiva y autoritaria que sus usuales entrevistas irregulares, que estaban lejos de toda revelación abofeteadora, reveló claramente qué programa político tenía el Khmer Rojo. La agencia de noticias de china Xinhua en Pekín divulgó el *mensaje número treinta y tres de Sihanouk para la nación Khmer* denunciaba todos los intentos “entrometidos” de promover un trato: los únicos términos para una solución eran una total victoria comunista. Y al día siguiente, el desafío de Sihanouk fue matizado con desesperación formulando que el dominio comunista de su país anunciaba la muerte inexorable de todas sus esperanzas. Le confesó a un corresponsal de Reuter en Pekín que se estaba *lavando las manos acerca del estado de los affaires después de que Phnom Penh sea liberado. ¡Dejemos que el Khmer Rojo tome posesión del funcionamiento de todo el país!* (24).

La guillotina finalmente cayó en la noche del 18 de julio. Han Hsu envió una nota al general Scowcraft declarando que por una variedad de razones bastante mañosas, China ya no estaba dispuesta ni siquiera a comunicarle a Sihanouk la propuesta norteamericana de negociación. La nota de los chinos simplemente repetía las demandas más extremas del Khmer Rojo, todas ellas habían sido conocidas en los meses en los cuales los chinos se habían obligado a la búsqueda de un compromiso. Pero ahora insistía para que las aceptáramos —así abandonaba la posición anterior de que una Camboya completamente roja enredaría los problemas de todos:

El origen de la cuestión de Camboya es clara para el lado norteamericano. Depende del Hacedor el desatar el nudo. Lo fundamental para el convenio de la cuestión se mantiene por ellos y no por otros. Si los Estados Unidos verdaderamente desean resolver la problemática de Camboya, las razonables demandas anteriores de los camboyanos deberían ser aceptables para el caso. Se espera que el lado norteamericano efectuará un serio estudio de lo expuesto y lo trasladará a la acción.

Y sin embargo, los chinos no podían estar nunca seguros de que la mente occidental entendiera y profundizara los vericuetos de la situación. Chou En-lai nos envió otra señal inconfundible: Justamente al día siguiente, fuimos informados —se trataba del 19 de julio— de que mi visita para el 6 de agosto no era más “conveniente”. La fecha más apropiada sería el 16 de agosto. Incluso nosotros podríamos comprender que ese 16 de agosto era el día *después* de la detención del bombardeo que habíamos impuesto. Si Camboya debería ser discutida en tales circunstancias, nos encontraríamos en una situación de suplicantes. La implicancia era absolutamente clara. En gran medida nos habíamos tornado irrelevantes para la política china en Indochina y lo mismo ocurría para Sihanouk. Ellos podrían seguir alabando a Sihanouk de labios para afuera, pero de aquí en adelante tenían que apostar todo al Khmer Rojo. La mediación china estaba concluida.

Y así, gradualmente, el proyecto tan laboriosamente puesto en funcionamiento se desmoronó. Era extremadamente claro que para obtener una “solución” como trazaba la nota de China, nosotros no necesitábamos “negociar”: por lo menos con los chinos. Tampoco podíamos dejar la impresión de que estábamos siendo asustados.

Como de Gaulle le respondía a Churchill cuando era castigado por haber sido demasiado intransigente: *Yo soy demasiado débil para ser conciliatorio*. Dejamos que Pekín esperara durante casi una semana nuestra contestación. Al realizarla, encontramos una rígida respuesta:

Y con respecto a la esencia de la nota de China del 18 de julio, el lado chino no estará sorprendido de que el lado norteamericano rechace una "solución" tan arbitrariamente pesada en contra de él. Esto es inconsistente con los requerimientos de reciprocidad y de igualdad. Está más allá de los límites de la lógica el ser demandados a negociar acerca de una cuestión cuando el otro lado, claramente y desde el mismo principio, no deja ningún tipo de espacio para una negociación. En tales circunstancias el lado norteamericano cederá las negociaciones a las partes de Camboya.

Simultáneamente, Scowcroft leyó la siguiente y aguda "nota oral" a Han Hsu:

Mi gobierno nota, con tristeza, que ésta es la primera vez en el desarrollo de nuestras recientes relaciones amistosas que la palabra chino no cuenta.

El lado chino ha expresado frecuentemente su devoción a los principios. El lado norteamericano no es menos serio. Uno de sus principios más firmes es el de no traicionar a aquellos que han contado con él. El lado norteamericano considera que el lado chino daría la bienvenida a la adherencia de los Estados Unidos a este principio en otros contextos.

Siguiendo el orden chino, esperamos un día antes de comentar la proposición china del 16 de agosto como la fecha conveniente para mi visita a Pekín. Ofrecimos, en cambio, un período de cuatro semanas más tarde: del 13 al 16 de setiembre. Los chinos encontraron una razón para evitar esta última proposición. Finalmente, mi viaje no tuvo lugar hasta noviembre.

Era, por supuesto, inútil protestar amargamente contra los chinos por haber fallado en librar una negociación que nuestros propios procesos internos habían abortado. El hecho consistía en que no eran los chinos quienes habían modificado su mentalidad; éramos nosotros quienes habíamos cambiado la situación compitiendo con las premisas del conocimiento previo. El 19 de julio en una reunión de todos mis asociados más próximos (el general Scowcroft, Larry Eagleburger y Peter Rodman, los veteranos de la reconciliación con Pekín que habían ayudado a formar la política y estaban comprometidos a ella emocionalmente) yo sintetiqué mis análisis:

La detención del bombardeo había fundamentalmente cambiado en su totalidad la situación en Camboya. En el pasado, la utilidad de Sihanouk para el Khmer Rojo había sido que él les daba a ellos la legitimidad que no tenían. Ahora no necesitaban legitimidad; veían que podían ganar. La utilidad de Sihanouk para los chinos había sido que él les proporcionaba la influencia del Khmer Rojo y podían resistir otras influencias externas. La utilidad de los chinos para nosotros era que ellos tenían algún control sobre Sihanouk. La utilidad de Sihanouk para nosotros era que, una vez de regreso en Camboya, él podría ser capaz de mantener las cuestiones equilibradas. Irónicamente, los chinos necesitaban del grupo de Lon Nol: esto era una restricción sobre Sihanouk y sobre el Khmer Rojo. Todos los congresistas habían juzgado incorrectamente la situación. Ahora, todo esto estaba perdido. Sihanouk no podía librar al Khmer Rojo y los chinos no podían liberar a Sihanouk.

El 4 de agosto, yo expuse el mismo punto a mi amigo Lee Kuan Yew, primer ministro de Singapur:

Nosotros hemos sufrido una tragedia a causa de Watergate. Cuando yo lo vi (en los primeros días de abril), estábamos por bombardear Vietnam del Norte por una semana, después ir a Rusia y entonces encontrarme con Le Duc Tho. El Congreso lo hizo todo imposible. . .

Los chinos se ofrecieron para actuar como intermediarios. Ahora, ellos pierden si el Khmer Rojo gana, porque Sihanouk pierde. La situación ideal para los chinos se daría si el Khmer Rojo necesita a Sihanouk y ellos pueden maniobrar en el medio. Pero si el Khmer Rojo de todos modos gana. . .

La retórica de Sihanouk aumentaba con su irrelevancia e iluminaba las perspectivas inexorables e inflexibles. El dio otra entrevista a la AFP el 12 de agosto, confirmando que el Khmer Rojo permanecía *inflexible en la posición que ya habían fijado de una vez por todas*. Las negociaciones eran imposibles; los insurrectos habían *absolutamente decidido continuar la resistencia armada* hasta que el gobierno de Lon Nol fuera *radical e irreversiblemente eliminado*. Y, el 15 de agosto, en Pyongyang, Corea del Norte, Sihanouk repitió que toda fórmula que demandara al Khmer Rojo compartir el poder con cualquier otro grupo nunca sería aceptada.

En estas circunstancias, no se nos había dejado nada para negociar. En una conferencia sobre noticias, el 23 de agosto fui fatalista:

Ahora, inevitablemente, con la finalización del bombardeo norteamericano la negociación de Camboya dependerá más de la decisión de las partes de Camboya que de la norteamericana, y si el intento congresista significa algo, esto es que los Estados Unidos no deberían jugar un rol tan fundamental en estas actividades.

Y hablé de este modo, también, cuando el viceministro de Relaciones Exteriores de China Ch'iao Kuan-hua vino a los Estados Unidos para la Asamblea General en su visita anual y nos encontramos para cenar el 3 de octubre. Como un veterano de una batalla en la cual habíamos sido esencialmente del mismo bando y habíamos sido derrotados por un acontecimiento totalmente impredecible e insensato, Ch'iao dijo melancólicamente que ahora era claro que ninguno de nosotros debía haberse enredado: Una rara confesión de la falibilidad china. El pretendía que Camboya no era tan importante; se trataba solamente de una *cuestión lateral* (*) (Los devotos de la tesis de que Camboya era una "caseta de feria" notarán su origen aquí).

El mejor modo de manejar la derrota es minimizarla. Ch'iao hizo lo más que pudo para disociar a China de lo que estaba sucediendo en Camboya; claramente, él no quería pagar ningún precio adicional por las relaciones chino-norteamericanas en una cuestión en la cual ambos habíamos perdido la capacidad de afectar. Expresó muy poco acerca de Sihanouk y no me contradujo cuando yo manifesté que los intereses de Pekín y Hanoi no eran idénticos en esta cuestión. Pero él no tenía otra solución que *dejar que las llamas ardan en Camboya y se extingan, por sí mismas*.

Por supuesto no sucedió eso. El mandado del Congreso referente a una detención del bombardeo fue acompañado por una serie de desastres. La perspectiva de hacer cumplir los acuerdos de París en Indochina se desvanecieron. Sihanouk regresó a Camboya pero sólo para enfrentar humillaciones, arresto domiciliario, y el asesinato de algunos

(*) Ver Cap. XV.

de sus hijos. No tenía más fuerzas independientes para equilibrar, no tenía ninguna chance en el fundamental rol como jefe de Estado. Sihanouk confirmó a otros interlocutores lo que nosotros ya habíamos deducido: que él verdaderamente favorecía una negociación pero que el Khmer Rojo a través de su liderazgo se había negado.

Quizás, la víctima más grave y dolorosamente herida de la acción del Congreso fue Chou En-lai. El premier chino había arriesgado su prestigio en un proyecto complicado: la premisa esencial en la cual aquella fuerte acción militar norteamericana había producido una paralización de Camboya y requería un compromiso. El pudo haber presentado nuestro plan como el más accesible, dada nuestra determinación a no consentir la fuerza. El Khmer Rojo —juzgado por su programa públicamente proclamado— no pudo haber estado contento con este acercamiento, pero los chinos parecían pensar que el momento era propicio en el mes de junio, y que el Khmer Rojo se había conducido por todos lados, o podía ser conducido por todos lados, para aceptarlo como el único curso posible.

Pero los esfuerzos de Chou también tropezaron con las presiones de la facción radical dentro de China que veía la seguridad del país cubierta de mejor forma por lo militar en defensa de una rectitud revolucionaria. Aquellos a los que luego se los conoció como la Pandilla de los Cuatro, estaban en ese momento empezando a influir fuertemente en Mao, si no es que directamente lo controlaban; y él era propenso a segundos pensamientos acerca de los moderados y las tendencias prooccidentales que habían surgido en Washington desde sus comienzos. Tal vez él podría haber dependido en Chou no importa cuáles fueran las circunstancias. Este, habiendo subido al segundo puesto incontestable, corría el riesgo inherente de compartir el destino de sus predecesores en esa posición. Pero yo tengo una razón convincente para pensar que un acontecimiento significativo en el dominio de la Pandilla de los Cuatro durante el verano de 1973 fue el colapso de una negociación. Nuestra abdicación impuesta por el Congreso humilló a Chou. El había arriesgado su capital ideológico y no habíamos sido capaces de pagarle una moneda geopolítica. Nunca habría recobrado su posición interna, luego de este acontecimiento, si la enfermedad no hubiera puesto un final a la carrera pública de mi extraordinario amigo.

No hay ninguna garantía de que este esfuerzo negociador hubiera tenido éxito. Verdaderamente, en retrospectión, como yo leía en los registros de nuestros intentos negociadores desde 1970 a 1975, era fuerte la posibilidad de que el Khmer Rojo hubiera violado todo acuerdo que ellos no obstruían. El hecho permanece. Incluso si el plan que estábamos negociando finalmente fracasaba, hubiera traído aparejado un período de transición para mitigar el destino de los habitantes de Camboya y quizás ahorrarles los sufrimientos del genocidio que la abdicación de sus amigos y la ferocidad de los vencedores eventualmente les ocasionaron. Esto era la oportunidad más prometedora en cuanto a la negociación si no era la única —con los chinos y nosotros trabajando activamente en formal paralela— y fue torpedeada por el Congreso de los Estados Unidos y por nuestro disturbio interno.

Para ser justo, los participantes de ambos lados de nuestro debate interno compartían un inmenso boquete de comprensión: ellos no podían posiblemente imaginarse al demonio encarnado en la presencia del Khmer Rojo. Aquellos que buscaron terminar la guerra estrangulando a Lon Nol —incluso el borde radical— no podían ser culpados por el holocausto que ayudaron a ocasionar. Incapaces de imaginar que un gobierno asesinaría a tres millones de su propia gente, pensaban que nada lograría ser peor que una continuación de la guerra y estaban preparados a asegurar su finalización incluso al precio de una toma del poder por parte de los comunistas.

Las críticas del momento que se dirigían a su ingenuidad para culpar a aquellos que pelearon por resistir la muerte de Camboya tenían así el derecho de demandar que

fueran dispensados del oprobio; ellos lo significaron muy bien. Pero deberían tener la decencia de no invertir la verdad para culpar a aquellos que persiguieron resistir una toma comunista del poder totalmente solos. Si no podían llegar a admitir falibilidad deberían, por lo menos, en la inmovilidad de sus almas, preguntarse si su propia rectitud no podía exigir sus propios y temidos castigos.

La administración era, quizás, demasiado analítica abstractamente cuando buscaba sustentar sólo a través de una acción ejecutiva, un esfuerzo más para completar lo que ya había costado tanto. Nuestras críticas tenían pasión sin análisis; nosotros el concepto sin el consenso. Watergate destruyó los últimos vestigios de una esperanza en pro de un resultado razonable. Por primera vez en el período de posguerra los Estados Unidos abandonó al gobierno eventual comunista a gentes amistosas que habían confiado en nosotros. El modelo, una vez establecido, no terminaba pronto. Tendremos que pagar un largo tiempo por el precedente con el cual tropezamos ese verano ahora en apariencia tan distante. Mientras los contendientes no se pondrán nunca de acuerdo acerca de los méritos de la controversia, si estiman a su país, resolverían que nunca más podría permitirse tal vorágine en nuestro medio, y nunca más comprometerse en tal orgía de agresiones abrazándose a motivos por encima de un análisis de la sustancia. Pero nuestro abandono dañó la estructura de la libertad en todas partes. Y por esa abdicación hemos causado mayor sufrimiento a través de nuestra obligación como jamás se cometió antes.

EL PREMIO NOBEL DE LA PAZ

Después del verano de 1973, supe que Camboya estaba condenada a muerte y que sólo un milagro podía salvar a Vietnam del Sur. Las comunicaciones de Vietnam del Norte crecían progresivamente y en forma insolente con respecto a nosotros. No quedaba ni siquiera el pretexto de observar el Acuerdo de París. Y nuestra impotencia legislada agregaba humillación a la irrelevancia. Nosotros peleábamos por suministrar una ayuda económica y militar para Vietnam del Sur y Camboya que fuera asequible por el Congreso. Pero el razonamiento que condujo a la detención del bombardeo, también legislado, ocasionó una caída sistemática de los niveles de ayuda. Para la primavera de 1975, el Congreso estaba considerando una irrisoria "concesión terminal" —como si Saigón y Phnom Penh fueran los beneficiarios de alguna obra de caridad— cuando las tensiones acumuladas condujeron al colapso y nos ahorraron esa última desgracia. En 1973, yo sabía, con total seguridad, que el colapso era una cuestión de tiempo.

Tal era la atmósfera oscura cuando poco después de las once de la mañana del 6 de octubre de 1973, un funcionario de la Sala de Situación interrumpió una junta del WSAG acerca del Medio Oriente para entregarle a Brent Scowcroft un cable de *Associated Press* anunciando que Le Duc Tho y yo habíamos sido los destinatarios del premio Nobel de la Paz. Scowcroft me lo pasó sin comentario alguno:

30

BOLETIN DE NOTICIAS PREMIO DE LA PAZ

OSLO, NORUEGA (AP) - AL SECRETARIO DE ESTADO NORTEAMERICANO HENRY KISSINGER Y AL MIEMBRO DEL POLITBURO DE VIETNAM DEL NORTE LE DUC THO LE FUERON ADJUDICADOS EN EL DIA DE HOY EL PREMIO NOBEL DE LA PAZ 1973 POR SUS ESFUERZOS PARA FINALIZAR OFICIALMENTE LA GUERRA DE VIETNAM.

Nunca había pensado que era un candidato. Tiré el despacho en la mesa. Mis cole-

gas lo leyeron con asombro más que con júbilo. Me felicitaron pero sin pasión verdadera, porque todos nos sentíamos incómodos.

No hay otro honor comparable. La prueba final del hombre de Estado, después de todo, es saber si ha realizado una contribución para el bienestar de la humanidad. Y sin embargo yo era consciente de que sin la capacidad para reforzar el Acuerdo la estructura de paz en Indochina era improbable que durara. Habría estado mucho más contento si fuera por el reconocimiento de un logro menos precario. Sin falsa modestia estoy orgulloso de lo realizado en los siguientes dos años en el Medio Oriente.

La señora Aase Lionaes, jefe del Comité Nobel del parlamento de Noruega, efectuó una declaración explicando el lauro en términos de una satisfacción mundial por el fin de la guerra de Vietnam:

Las noticias del Acuerdo de París trajeron una ola de júbilo y de esperanza para el mundo entero. Los dos principales negociadores ofrecieron sus talentos y su buena voluntad de crear con el objeto de producir el acuerdo pacífico que se obtuvo.

El comité noruego del Nobel espera que las partes firmantes sentirán una enorme responsabilidad moral al ver que los Acuerdos de París han sido observados por el mundo.

Poco tiempo después, recibí un telegrama de la señora Lionaes, confirmando que Le Duc Tho y yo compartiríamos el premio, equivalente a 255.000 coronas noruegas (aproximadamente 65.000 dólares para cada uno). Fui invitado a viajar a Oslo para recibir la medalla de oro del Nobel de manos del rey Olav V el 10 de diciembre y para pronunciar una conferencia acerca del Nobel entonces o dentro de los seis meses.

El momento debe haber sido doloroso para Nixon. No había ningún tipo de reconocimiento que él anhelaba en mayor medida que el de gestor de la paz. Y en realidad las mayores decisiones que habían culminado con la guerra de Vietnam habían sido suyas no importa cuál fuera mi contribución al designar o ejecutar la estrategia latente. El pudo haber ganado el premio por la paz de Vietnam y otros logros aun —la revolución diplomática que produjo frente a China y la URSS— si Watergate no hubiera destruido este ensueño junto con todas las otras aspiraciones que habían sustentado su increíble disciplina en el camino hacia la cumbre.

Lo llamé inmediatamente a la Oficina Oval. Fue en coincidencia con el día en que Melvin Laird se convertía en el funcionario distinguido públicamente para discutir los posibles procedimientos procesales: Laird reveló que había advertido al presidente respecto al riesgo que corría si desafiaba a la Suprema Corte disponiendo la liberación de las cintas de la Oficina Oval. Sólo aquellos que conocían bien a Nixon podían percibir, por debajo de las congratulaciones corteses, la tirantez y la herida de comprobar que yo recibía todo el crédito por acciones que le habían costado tanto a él.

Busqué restaurar alguna perspectiva en una declaración formal que lo mencionaba dos veces:

Nada de lo que me ha pasado en la vida pública me ha conmovido más que esta distinción. Ella representa un reconocimiento al propósito central de la política externa del presidente la cual está en el camino de lograr una paz duradera.

Estoy muy agradecido al presidente por haberme brindado esta oportunidad y también por haber creado las condiciones que hicieron posible que las negociaciones en Vietnam llegaran a una conclusión pacífica exitosa.

Cuando reciba la distinción, junto con mi viejo camarada en la búsqueda de la

paz para Vietnam, Le Duc Tho, por la angustia y el sufrimiento que Vietnam significó para innumerables millones de personas alrededor del mundo, espero que ese momento será la última marca del final, o lo simbolizará: y que tanto en casa como en el extranjero, marcará el comienzo de un período de reconciliación.

Pero más allá de todas estas crisis inmediatas quizás el objetivo más importante que cualquier gobierno puede lograr es trabajar para un mundo en el cual el premio se tornará irrelevante, porque la paz se volverá tan normal y tan dada por supuesta que no se tendrán que otorgar distinciones por lograrla.

Normalmente la asignación de un Premio Nobel por la Paz constituye la oportunidad para un gran orgullo nacional. Pero nuestras divisiones habían sido demasiado profundas; para muchos, tratar al Premio Nobel por la Paz como un logro nacional hubiera significado la aceptación de un curso al que ellos se habían opuesto encarnizadamente. La reacción de la prensa fue refrenada, por no decir más. El editorial del *New York Times* del 17 de octubre simplemente lo llamaba *el Premio Guerra de la Paz*. El *Hartford Times* del 22 de octubre se preguntaba, *¿Honor sin paz?* El *Richmond Times Dispatch* del 23 de octubre lo tildaba de *Nobel Innoble*. Mi viejo y parco socio George W. Ball fue citado el 17 de octubre por el *Washington Post* señalando que *los noruegos deben tener un gran sentido del humor*. Muchos objetaron la adjudicación a Le Duc Tho, y yo podría compartir esa cierta duda respecto a que un representante de un país que había invadido a todos sus vecinos podía ganar un premio por la paz en razón de haber realizado un cese del fuego que incluso en ese momento se estaba violando en todas sus estipulaciones. Sin embargo, con el ánimo de la ocasión el 16 de octubre envié un amistoso mensaje a Le Duc Tho esperando introducir una nota humana en los aburridos intercambios acerca del deterioro del Acuerdo de París:

Permítame felicitarlo, señor Consejero Especial. Ud. y yo hemos compartido un gran honor —no tanto por la adjudicación que se nos ha dado sino más bien por el privilegio histórico de haber jugado un papel en la finalización de una guerra. El 23 de enero, cuando Ud. y yo iniciamos el Acuerdo de París acerca de la finalización de la guerra y la restauración de la paz en Vietnam, Ud. realizó una elocuente declaración. Dijo que el acontecimiento era motivo de gran beneplácito para ambos y que no deberíamos olvidar ese día histórico. Yo me hago eco de ese sentimiento.

También expreso mi convicción de que nuestro trabajo no estaría completo hasta que lleváramos una paz duradera a los habitantes de Indochina y un espíritu de reconciliación entre los habitantes de la República Democrática de Vietnam y los de los Estados Unidos.

Esto continúa siendo mi más profunda convicción y mi más sincera intención.

Después de once días Le Duc Tho me respondió. El estaba más allá de ser conmovido por un sentimentalismo burgués como "paz" y "reconciliación". En el descanso había escrito al Comité Nobel rehusando la adjudicación porque el Acuerdo de París, señaló, no estaba siendo implementado. Se trataba de otra insolencia por parte de Vietnam del Norte cuya trasgresión había, de hecho, tornado en una farsa el Acuerdo. Le Duc Tho me llamó con un matiz similar el 27 de octubre probando que ninguna ocasión era demasiado solemne para él como para renunciar a ganar puntos en el debate:

... En la ceremonia por la iniciación del Acuerdo de París acerca de Viet-

nam, todavía recuerdo que le ofrecí la lapicera utilizada para la firma como un *souvenir*. Le señalé que el Acuerdo ahora concluido, debería tenerlo en mente y sostener estrictamente su implementación. Usted me prometió hacerlo. No me he olvidado de su promesa.

Es muy deplorable que después de tanto tiempo el Acuerdo de París acerca de Vietnam haya sido tan seriamente violado. La guerra no ha terminado aún, la paz no se ha restaurado verdaderamente en Vietnam del Sur. Por lo tanto sostengo el punto de vista de que todas las partes signatarias del Acuerdo deben llevarlo a cabo estrictamente. Sólo sobre estas bases podemos proceder a la normalización de las relaciones entre nuestros pueblos. Esto es lo que deseo ver y por lo cual trabajaré activamente. Espero que Ud. haga lo mismo.

El 29 de noviembre de 1973 le pregunté a la señora Lionaes y al Comité Nobel si se podía donar todas las ganancias a un fondo de becas estudiantiles para los hijos de los soldados norteamericanos muertos o perdidos en acción en Indochina. Para este propósito fue establecido el Fondo de Becas Paula y Louis Kissinger denominado así en honor de mis padres. (El 30 de abril de 1975, cuando caía Saigón, le escribí a la señora Lionaes devolviéndole el Premio por la Paz y el equivalente de la distinción en efectivo (*). El Comité Nobel rechazó aceptarlo respondiendo que los acontecimientos interpuestos *no reducían de modo alguno la apreciación del Comité acerca de los sinceros esfuerzos del señor Kissinger por obtener un cese del fuego a través de un acuerdo puesto en funcionamiento en 1973*).

Yo me enteré de que mi presencia en la ceremonia de adjudicación provocaría demostraciones masivas de grupos antibélicos de Oslo. El gobierno noruego, aunque infaliblemente comprensivo y cortés, pareció aliviado cuando utilicé el pretexto de una reunión ministerial de la NATO para que la distinción fuese aceptada en mi nombre por nuestro embajador noruego Thomas Byrne. Deslizándose dentro del auditorio de la Universidad de Oslo a través de una entrada posterior, con el objeto de evitar bolas de nieve y demostraciones en contra de los Estados Unidos, el embajador Byrne leyó mi declaración:

Para los realistas, la paz representa un acuerdo estable del poder; para los idealistas, un objetivo tan preeminente que oculta la dificultad de encontrar los medios para su logro.

Pero en esta época de tecnología termonuclear, ningún punto de vista puede asegurar la preservación del hombre. En cambio la paz, lo ideal, debe ser practicada. Un sentido de responsabilidad y acomodación debe guiar el comportamiento de todas las naciones. Se puede y se debe encontrar algún principio en común de la justicia pues el fracaso sólo traerá aparejado *ni más ni menos* que guerras. . .

Cierta guerra ha producido una paz dudosa en Vietnam. Donde alguna vez hubo sólo desesperación y disloque ahora hay esperanza, no importa lo endeble que sea. En el Medio Oriente la reanudación de la guerra en gran escala persigue un frágil cese del fuego. En Indochina, en el Medio Oriente y en cualquier lado, la paz duradera no se ganará hasta que las naciones contendientes se den cuenta de la frivolidad de reemplazar la competición política por el conflicto armado. . .

Si la paz, lo ideal, va a ser nuestro destino común, entonces la paz y la experiencia deben constituir nuestra práctica común. Para que esto sea así, los líderes

(*) El texto completo de mi nota a la señora Lionaes figura en el Apéndice (25).

de todas las naciones deben recordar que sus decisiones políticas de guerra o paz son realizadas con el sufrimiento o con el bienestar de sus gentes.

Como Alfred Nobel reconoció, la paz no puede ser lograda por un solo hombre o una sola nación. Será la consecuencia de los esfuerzos de hombres de mente amplia y buena voluntad de todo el mundo. Los logros de los individuales no hay necesidad de recordarlos, porque si una paz duradera va a venir será obra de toda la humanidad.

Con estos pensamientos le extiendo mi más sincera estima por esta adjudicación.

Capítulo IX

CHILE: LA CAIDA DE SALVADOR ALLENDE

LOS ESTADOS UNIDOS Y ALLENDE

Puede parecer extraño que en un libro que describe mis tareas como funcionario me sienta obligado a incluir un capítulo sobre la caída del presidente de Chile, Salvador Allende Gossens, ocurrida en septiembre de 1973. Lo hago para demostrar el poder de la mitología política, porque a pesar de lo que afirman la propaganda antinorteamericana de todo el mundo y la historia revisionista interna de los Estados Unidos, nuestro gobierno nada tuvo que ver con los planes de su derrocamiento ni relación alguna con quienes lo consumaron. Allende cayó por su propia incompetencia y falta de flexibilidad. Los sucesos ocurrieron por razones puramente chilenas, no como resultado de medidas de los Estados Unidos. En el cúmulo de documentos que constituyen un gobierno moderno, los investigadores poco amistosos no han podido desenterrar ninguna evidencia que, aun fuera de contexto, demuestre lo contrario. Una comisión investigadora del Senado, propensa a las sospechas, tuvo que admitir que no encontró *ninguna evidencia* de la complicidad norteamericana (1).

Lógicamente, probar lo contrario es casi imposible. De manera que este capítulo ofrece una breve historia de lo que fue la República de Chile bajo el gobierno de Allende, desde su instauración como presidente en 1970 hasta su caída en 1973, así como una descripción de la política norteamericana durante ese período.

Los archivos demuestran con claridad que después de que Allende asumió su cargo de presidente, Chile no constituyó una preocupación importante para el gobierno de los Estados Unidos. En realidad, el derrocamiento de Allende tuvo lugar mientras yo me encontraba en una época de transición entre mi posición de consejero de seguridad nacional y mi nuevo cargo de secretario de Estado (ver Capítulo X). En ese momento gran parte de mi tiempo estaba dedicado a preparar y llevar a cabo las audiencias necesarias para ser confirmado en el cargo.

Este hecho, que sin duda afectó la sensación de urgencia con que manejábamos la crisis de Chile, sin embargo no tuvo importancia en lo referente a los acontecimientos que condujeron al golpe militar. La verdad es que ese golpe fue local; Allende fue derrocado por las fuerzas chilenas que él mismo había desatado y por su incapacidad para controlarlas.

En las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970, una mayoría abrumadora de votantes chilenos —el 62,7%— se expidió *contra* Salvador Allende. Pero en esa carrera de tres hombres, este voto de la oposición estuvo dividido entre los dos candidatos democráticos y Allende ganó por un 36,2%, una escasa mayoría de 39.000 votos en casi tres millones. La Constitución chilena exigía que si ningún candidato obtenía el 50% de los votos populares, el Congreso de la Nación sería el que seis meses después de las

elecciones elegiría al presidente. Sin embargo, por tradición, el Congreso generalmente confirmaba al candidato que había recibido el mayor apoyo popular, por estrecho que fuera el margen con que se hubiera logrado esa victoria. Y así se hizo. Partiendo de ese principio tan poco auspicioso, Allende se abocó a la tarea de realizar una transformación radical y masiva de las estructuras sociales y las instituciones políticas de Chile, para lo cual no contaba con mandato suficiente. Los hechos demostraron que ese fue su error.

Fue la primera vez en la historia moderna, y hasta ahora la única, en que un proceso democrático ha estado tan cerca de producir una toma de poder del comunismo. Porque Allende no era el clásico presidente de Chile que cumpliría su período de seis años para después ser reemplazado por medio de otra elección democrática. Una vez instalado en el cargo, no ocultó su intención de revisar la Constitución del país a fin de neutralizar y suprimir a todos los partidos de la oposición y medios de comunicación, y así conseguir que su mandato —o por lo menos el mandato de su partido— fuese irreversible. Desde nuestro punto de vista resultaba más grave su implacable odio ideológico hacia los Estados Unidos y su decisión de extender su evangelio revolucionario a lo largo de América latina. En el primer volumen de *Mis Memorias* he descripto nuestro juicio acerca de los propósitos de Allende en conceptos que no veo motivos para alterar.

El martirio posterior de Allende ha oscurecido sus conceptos políticos. A pesar de haberse proclamado socialista, sus metas y su filosofía no se parecían en nada a la social-democracia europea. Allende fue el fundador del Partido Socialista chileno, que se distinguía del Partido Comunista por ser más radical en su programa y menos democrático en su filosofía. Estaba perfectamente dispuesto a llegar al poder por medio de una elección *antes* de hacer la revolución; pero la transformación social y política que prometió después, no difería de la plataforma comunista. Uno de los principales principios del programa del partido era que las prácticas democráticas *burguesas* no volverían a aplicarse; por definición esta sería la última elección democrática (2).

Esto no constituía una simple retórica preparada para la campaña electoral. Eran las convicciones sostenidas por Allende a lo largo de su carrera política. En 1967 estuvo entre los fundadores de la organización de Solidaridad Latino Americana, una coalición de grupos izquierdistas con base en La Habana, dedicados a la lucha armada contra los Estados Unidos y a la revolución violenta a lo largo del hemisferio. Allende no era un demócrata reformista; era enemigo jurado de la democracia, tal como lo hemos comprobado. El hecho de implicar que no fue leal a sus convicciones declaradas, significa insultar la integridad intelectual de un hombre que se enorgullecía de su inalterable compromiso a los principios. Antes de confirmarlo como presidente, el Congreso chileno puso en evidencia la desconfianza que sentía al requerirle que aprobara un estatuto de garantías democráticas: en realidad, negociaron una ley de Derechos Civiles. Allende aceptó sólo por considerarlo una *necesidad táctica*, como orgullosamente admitió ante su colega revolucionario francés Régis Debray, después de asumir el poder. Siendo presidente constitucional de Chile, Allende le expresó a Debray que sus seguridades de libertad democrática debían ser contempladas como algo comparable al hecho de que Mao hubiera permitido la empresa privada durante un breve período después de llegar al poder en China. Le dijo a Debray que su verdadero objetivo en Chile, era lograr un *marxismo socialista total y científico*, que significaba *derrocar el estado burgués* (3).

Nixon y sus principales consejeros estaban convencidos de que Allende representaba un desafío para los Estados Unidos y para la estabilidad del hemisferio occidental. La promesa de Allende de nacionalizar las empresas de propiedad norteamericana no era nuestra principal preocupación. En realidad, estábamos convencidos de que una política

que desanimara la inversión privada probablemente echaría por tierra las esperanzas chilenas de desarrollo económico. Y nosotros habíamos heredado una legislación —la llamada enmienda Hickenlooper— que exigía el cese de ayuda norteamericana en el caso de que las propiedades norteamericanas fuesen expropiadas sin una compensación justa. Pero la administración Nixon no contemplaba los intereses de nuestra política exterior a través de las preocupaciones financieras de las compañías norteamericanas. En 1969 habíamos cooperado con el presidente demócrata cristiano de Chile, Eduardo Frei Montalva, con quien negociamos condiciones justas para la nacionalización de la mayoría de las acciones de las minas de cobre Anaconda. Ese mismo año, en el Perú, casi llegamos al punto de anular la enmienda Hickenlooper para no suspender la ayuda a ese país después de que el Perú se apoderó de la International Petroleum Company. En esa ocasión buscamos repetidamente una fórmula para evitar invocar esa legislación, y finalmente logramos un *modus vivendi* con el Perú a pesar de que su gobierno se inclinaba hacia las fracciones más radicales del tercer mundo.

El caso Allende era distinto, ya que no se trataba simplemente de una molestia económica o de una crítica política, sino de un desafío geopolítico. Chile limita con Perú, Argentina y Bolivia, todos ellos países azotados por movimientos radicales. En su posición de país continental, un Chile militante tenía la capacidad de minar a otras naciones y apoyar una insurgencia radical mucho mayor que la de Cuba, y Cuba ya había conseguido hacer bastante daño. Si Chile hubiera seguido el ejemplo cubano, con el tiempo la ideología comunista habría sido apoyada por las fuerzas y las armas soviéticas en el Cono Sur del continente sudamericano. Nuestros temores fueron mayores al descubrir durante el mismo mes de la elección de Allende, el intento soviético de construir una base nuclear de submarinos en el puerto cubano de Cienfuegos (4).

Dos gobiernos demócratas anteriores a Nixon habían coincidido en que una victoria por parte de Allende pondría en peligro nuestros intereses en el hemisferio occidental. Ellos otorgaron importantes sumas de dinero al partido demócrata cristiano para bloquear a Allende en las elecciones presidenciales de 1964 y a su coalición en las elecciones del Congreso de 1968. Nadie se sintió nunca demasiado feliz por esas actividades; sucesivos presidentes de ambos partidos reconocieron, sin embargo, que eran esenciales. Entre la intervención militar y la diplomacia formal existe un área de grises donde nuestra democracia se ve forzada a competir contra grupos hostiles.

Muchos países en vías de desarrollo son campo fértil para la red de partidos políticos, grupos, pseudoagencias de prensa y los llamados institutos de investigación, mediante los cuales el comunismo y las fuerzas radicales buscan el dominio. Algunos grupos pequeños y disciplinados son capaces de obtener un impacto desproporcionado; el control de los medios de comunicación no se contrapesa mediante la fiscalización de una sociedad pluralista. Si cedemos un monopolio de apoyo a organizaciones financiadas, disciplinadas y entrenadas por nuestros adversarios, muchos de ellos unidos por lazos directos con la Unión Soviética, sólo hay dos resultados posibles: los grupos radicales, anti-occidentales intimidarán y anularán las alternativas moderadas; o bien los grupos de extrema derecha se apoderarán de esa evolución y gobernarán mediante métodos represivos, enemistándose con nosotros a pesar de nuestros intereses de seguridad.

En Chile, país que posee una sociedad relativamente adelantada con una larga tradición democrática, coincidimos con nuestros predecesores demócratas en que los grupos que representaban los valores democráticos necesitaban de nuestra ayuda para luchar contra aquellos que los amenazaban abiertamente. Nuestro apoyo a las fuerzas democráticas de Chile se consideró justificado sólo por las especiales circunstancias imperantes, porque verdaderamente estaban en juego intereses importantes y porque todo lo demás había fracasado. La Unión Soviética no tenía dudas de la trascendencia internacional de este asunto. La importancia que concedía a sus adherentes de Chile quedó

demostrada por un acontecimiento extraordinario hacia fines de 1976. Por primera vez en su historia, la Unión Soviética canjeó un ciudadano soviético encarcelado (el disidente Vladimir Bukovsky) y lo hizo a cambio de un comunista no soviético: el dirigente chileno comunista Luis Corvalán, junto con otros colegas del partido que habían sido arrestados después de la caída de Allende (*).

En el primer volumen de estas Memorias he descripto los tardíos y confusos esfuerzos realizados por el gobierno de Nixon para impedir la ascensión de Allende a la presidencia. Primero fue un vano intento de persuadir al Congreso chileno para que seleccionara otro candidato. Después exploraron en forma caprichosa y aficionada la posibilidad de un golpe militar destinado, no a colocar en el poder a un presidente militar, sino lograr una nueva contienda electoral entre Allende y el candidato democrático más importante, para que el pueblo chileno pudiera elegir con claridad entre las alternativas democrática y totalitaria. Esos esfuerzos fueron cancelados antes de que lograran producir algún resultado. (Para expresarlo con mayor precisión, fue cancelada la parte norteamericana; los componentes chilenos obraron con torpeza) (5).

Allende asumió el poder como presidente de Chile el 3 de septiembre de 1970. De allí en adelante los Estados Unidos no estuvieron comprometidos en ningún plan para derrocarlo.

ALLENDE EN EL PODER

El mito de que los Estados Unidos atacaron incesantemente a Allende una vez que éste asumió la presidencia es exactamente lo contrario de lo que sucedió. No habíamos modificado nuestro juicio original, pero estábamos dispuestos a hacer un esfuerzo en aras de la coexistencia. Tantos otros problemas clamaban por nuestra atención que Chile desaparecía constantemente de nuestra lista de prioridades, salvo cuando alguna provocación de Allende nos obligaba a reaccionar. Pero estas provocaciones se iniciaron en cuanto él llegó al poder.

El demostró de inmediato, tanto en forma práctica como simbólica, que no le interesaban ni un proceso democrático dentro de Chile, ni un acuerdo con los Estados Unidos. Sus discursos inaugurales no dejaron dudas de que no tenía la menor intención de modificar sus convicciones antinorteamericanas de toda la vida; la nueva orientación ideológica del gobierno muy pronto quedó reafirmada por una serie de gestos. Invitó a su asunción del mando a los dirigentes del Partido Independencia de Puerto Rico y, pocos días después, descubrió una estatua en honor al *Che* Guevara. Dentro de los primeros nueve días de su presidencia estableció relaciones diplomáticas con Cuba contraviniendo la resolución de 1964 de la Organización de los Estados Americanos (O.E.A.) que condenaba a ese país al ostracismo dentro del sistema interamericano. Tramitó con rapidez la iniciación de relaciones con Corea del Norte e inició contactos con Vietnam del Norte, con quien en ese momento estábamos en guerra. Y lo más nefasto de todo fue que, en el término de un mes, Allende concedió la amnistía a cientos de miembros encarcelados del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (M.I.R.), una organización terrorista chilena cuya finalidad consistía en apoderarse del poder total por medio de la violencia. A lo largo de los meses siguientes ingresaron a Chile entre diez y quince mil extranjeros sin visa cuya misión nunca fue dada a publicidad; pero hubo amplias informaciones, jamás negadas, de que se trataba de integrantes de movimientos militantes de países vecinos que formaban el núcleo de una fuerza paramilitar dentro de Chile.

El gobierno decidió su estrategia básica hacia Chile en el período inmediatamente

(*) El canje se realizó en Suiza, bajo los auspicios de la administración Ford.

anterior y posterior a la asunción del poder de Allende. En una serie de reuniones realizadas a fines de octubre y durante noviembre de 1970, se consideraron tres posibles alternativas: reconciliación con Allende; abierta confrontación; y por fin la posibilidad de una postura fría pero correcta que permitiera que fuese Allende mismo quien marcara el tono y el ritmo de las relaciones subsiguientes.

En realidad y en la práctica, estas opciones eran casi inexistentes. De hecho, se trataba de la clásica *troika* de opciones burocráticas: un único curso de acción posible rodeado por dos completamente ficticios. Ni Nixon ni Allende estaban dispuestos a llegar a una avenencia. Nixon no había vituperado a Fidel Casto durante una década para iniciar ahora un movimiento de conciliación con un líder latino a quien consideraba un cripto-comunista. En cuanto a Allende, él tampoco mostraba ninguna tendencia a transitar ese camino; sus seguidores no lo habrían tolerado.

La confrontación era un *slogan*, no una política. De ninguna manera hubiéramos querido convertir a Allende en un mártir de América latina, o proporcionarle un pretexto para acelerar su camino hacia su declarado objetivo de asumir el poder absoluto.

Por lo tanto en una reunión del Consejo de Seguridad Nacional el 6 de noviembre de 1970, Nixon eligió, por descarte, la opción *fría y correcta* que favorecían todos los elementos de la burocracia. El 9 de noviembre impartí directivas que explicaban la decisión del presidente y definían los límites dentro de los cuales navegaría en el futuro nuestra política: (a) *no proporcionar al gobierno de Allende una base sobre la cual pudiera reagrupar el apoyo interno e internacional para consolidar su régimen*; y (b) *para impedir la consolidación de un estado comunista en Chile que fuera hostil a los intereses de los Estados Unidos y otras naciones del hemisferio*. Esas dos metas no eran fáciles de conciliar. Para impedir la consolidación de un régimen comunista era necesario que nos abstuviéramos de prestar apoyo a Allende; por lo tanto no debíamos firmar ningún nuevo compromiso de ayuda económica. Al mismo tiempo, para mantener abierta la posibilidad de mejorar las relaciones (por si Allende decidiera, a pesar de nuestras expectativas, moderar el curso de acción de su gobierno), continuaron en pie los programas de ayuda humanitaria y mantuvimos en vigencia los compromisos existentes.

La decisión del presidente de no aprobar nuevos proyectos de ayuda no era tan drástica como parecía. En 1968 el presidente Johnson ya había puesto fin al otorgamiento de ayuda a Chile. En 1969 se les concedió un préstamo de cuarenta millones y en 1970 se aprobó otro de setenta millones; los desembolsos correspondientes a esos compromisos no fueron interrumpidos. La proscripción de nuevos convenios de ayuda no tendría efecto hasta el otoño de 1971 —a casi un año de distancia—, lo cual nos proporcionaba el tiempo suficiente para cambiar nuestro curso de acción en el caso de que la política de Allende fuese menos restringida de lo que indicaban las evidencias.

A fines de noviembre de 1970 el Departamento de Estado publicó una declaración política formal, aprobada por el *Senior Review Group* (*) del Consejo Nacional de Seguridad; que dejaba librado el futuro de las relaciones entre los Estados Unidos y Chile a la actitud que asumiera el nuevo gobierno chileno:

El nuevo presidente ha asumido el poder de acuerdo con los procedimientos constitucionales de Chile. No tenemos el menor deseo de prejuzgar el estado de nuestras relaciones con ese país pero, naturalmente, dependerán de las acciones que el gobierno chileno tome con respecto a los Estados Unidos y al sistema interamericano. Observaremos cuidadosamente la situación y permaneceremos en estrecha consulta con el resto de los miembros de la O.E.A.

(*) El *Senior Review Group* reunía al subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, al vicesecretario del Departamento de Defensa, al director de la Central de Inteligencia, y al presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, comisión que presidía yo como ayudante del presidente para los asuntos de Seguridad Nacional.

Bien pudimos no haber dejado la puerta abierta. Allende mismo se encargó de cerrarla de un portazo. El 20 de noviembre de 1970 comenzó a tomar medidas de tal naturaleza contra las propiedades norteamericanas que no nos quedó más remedio que resistirnos. Ordenó la toma de dos firmas controladas por compañías de nuestro país alegando que habían privado a los chilenos de sus empleos. Seis días más tarde, en un discurso dirigido a los líderes del Partido Comunista, anunció un programa de nacionalización en gran escala de las industrias básicas que comenzaría por las de capitales extranjeros pero que no se detendría solamente en ellas. El ministro de Finanzas de Allende, al explicar estas decisiones a una comisión del Congreso chileno, afirmó que los problemas económicos del país se debían al *sistema capitalista* y a los inversores extranjeros, especialmente los norteamericanos.

El 21 de diciembre, Allende propuso una enmienda constitucional tendiente a expropiar todas las minas de cobre extranjeras. Esta decisión afectaba casi exclusivamente a los intereses de EE.UU. y revocaba los convenios anteriores negociados entre el gobierno y las compañías mineras de explotación del cobre que habían sido estimulados por nosotros. Aun después de estos actos pocos amistosos, el 4 de enero de 1971 el presidente Nixon declaró en una entrevista por televisión:

Lo que ha sucedido en Chile no es algo que deba alegrarnos, sin embargo. . . ésa fue la decisión del pueblo chileno. . . Lo que a nosotros nos interesaba era la política que iban a seguir hacia nosotros en el campo de la política internacional.

Por lo tanto, yo no he abandonado las esperanzas que tenía depositadas en Chile ni en el pueblo chileno, y vamos a seguir manteniéndonos en contacto con ellos.

En enero, Estados Unidos tuvo otro gesto; apoyamos dos préstamos del Banco Interamericano de Desarrollo que sumaban once millones y medio de dólares y se dedicarían a ayudar a dos universidades chilenas.

El 23 de marzo nuestro embajador en Santiago, Edward Korry, recibió instrucciones de ofrecer sus buenos oficios a fin de ayudar a que las compañías y el gobierno logran una solución negociada en el problema de las expropiaciones. Los esfuerzos de Korry continuaron después de que los de las compañías mismas, tendientes a una negociación directa, fueron rechazados. Nuestro objetivo consistía en obtener una compensación justa, como lo requerían las leyes internacionales y nuestra legislación interna. Las perspectivas existentes para llegar a un acuerdo equitativo fueron denegadas por una enmienda constitucional presentada por Allende que estipulaba la aplicación de un *impuesto retroactivo a las ganancias excesivas* y que, potencialmente, tenía el poder de anular cualquier compensación convenida. La enmienda fue firmada y convertida en ley por Allende el 15 de julio de 1971 y aplicada de una manera tal que, con excepción de un solo caso —una nueva mina donde no pudo determinarse ninguna ganancia excesiva—, todas las minas de cobre resultaron deudoras del gobierno *además* de perder sus propiedades. Luego, el 9 de noviembre de 1971, Allende agredió a otros acreedores extranjeros. Proclamó una moratoria de todas las deudas exteriores de Chile y tres días más tarde el país inició una cesación de pagos en la mayoría de sus deudas con los acreedores internacionales más importantes, incluyendo el gobierno de los Estados Unidos e instituciones financieras norteamericanas. Esto llevó al Banco de Importación-Exportación de los Estados Unidos a suspender sus remesas un mes más tarde, de acuerdo con las prácticas bancarias normales, aunque mantuvo sus préstamos en garantías hasta febrero de 1972.

He sintetizado esta secuencia de acontecimientos porque demuestra la falsedad de la acusación de que los Estados Unidos, sin ser provocados, iniciaron una guerra económica contra Chile. Un país que entra en cesación de pagos con sus acreedores extranjeros no merece que se le tenga confianza, sea cual fuere su forma de gobierno. No fue la presión

norteamericana sino el radicalismo doctrinario de Allende lo que secó el flujo de los fondos provenientes de las instituciones de créditos occidentales.

El desafío de Allende no se limitó al campo económico. En noviembre y diciembre de 1971 Fidel Castro pasó casi un mes en Chile y concluyó su visita con un comunicado conjunto en el que proclamaban *la lucha común y el punto de vista común de ambos gobiernos y pueblos en lo referente al análisis de la situación mundial*. Allende y Castro se unieron para condenar la *intervención imperialista* de EE.UU en Vietnam, regocijándose con la *crisis del sistema capitalista monetario y el crecimiento gradual y sustancial del poder económico, político, social y tecnológico del campo socialista*.

Simultáneamente, Allende se lanzó a atacar el sistema constitucional de Chile. El 11 de noviembre de 1971 envió al Congreso una ley de *reforma constitucional* que ampliaría los poderes presidenciales, reduciría la independencia de la Suprema Corte y reemplazaría al Senado y a la Cámara de Diputados de Chile por una única Asamblea Popular elegida simultáneamente con el presidente: un intento de destruir los controles y equilibrios de la democracia chilena. La ley debió ser retirada en respuesta a objeciones vociferantes y generales.

El próximo movimiento de Allende consistió en sofocar a sus oponentes domésticos. Nuestro nuevo embajador en Santiago, Nathaniel Davis (*) —que no es por cierto uno de mis admiradores menos críticos— denominó a la estrategia de Allende un esfuerzo deliberado para *matar de hambre a la oposición* (6). La meta principal consistía en suprimir todos los medios de comunicación que se opusieran al gobierno. Allende se apoderó del control del abastecimiento de papel prensa y utilizó los poderes del gobierno para mantener bajo el nivel de precios que los diarios de la oposición podían cobrar: una medida que sin duda sería económicamente desastrosa en un período de tremenda inflación. Mientras las nacionalizaciones progresivas disminuían los recursos del sector privado, el gobierno sistemáticamente retiraba la publicidad oficial e institucional. El embajador Davis ha descrito otras formas de presión utilizadas contra los medios de la oposición y los partidos políticos:

La inflación en espiral produjo aumentos de sueldos y salarios mensuales oficialmente decretados. Mediante una nueva interpretación de las leyes se presentaban cuentas por impuestos retroactivos. Se acusó a los diarios y radios de la oposición de haber violado códigos contra incendios y otras reglamentaciones. Cuando los izquierdistas se apoderaron de la estación de televisión de la Universidad de Chile y comenzaron a operarla ilegalmente, las autoridades hicieron la vista gorda. Se negaron licencias para importar piezas importantes destinadas a estaciones de radio, televisión y equipos para imprentas. Las radios y los diarios más pequeños se fundieron, y fueron comprados por partidarios del gobierno.

En cuanto a los partidos de la oposición, sus gastos en gran medida estaban constituidos por los costos de sus medios de comunicación: diarios, radios y publicaciones; además de posters, gastos de campañas y, por supuesto, sueldos. Eran vulnerables en el mismo sentido que los medios de comunicación.

Mientras la oposición era sistemáticamente estrangulada, todo el aparato estatal fue puesto a disposición del partido de Allende y de sus compañeros de coalición. Recibieron un subsidio en la forma de un porcentaje sobre todas las operaciones de comercio exterior. La coalición gobernante —incluyendo a los comunistas— tuvo acceso al transporte gubernamental, a los equipos de comunicaciones, a los suministros de papel y a los elementos necesarios para las imprentas, en gran escala y en condiciones sumamente

(*) Davis sucedió a Edward Korry como embajador en octubre de 1971 y continuó en ese cargo hasta octubre de 1973.

generosas. Contaban también con una ayuda sustancial por parte de los partidos oficiales de Cuba y otros países comunistas.

Tales fueron los siniestros acontecimientos acaecidos en Chile durante el primer año de gobierno de Allende, que nos indujeron a reexaminar nuestro secreto programa de acción. No entró en consideración la posibilidad de promover un golpe de Estado. Lo que buscábamos era la manera de ayudar a los partidos y grupos democráticos para que lograran resistir los sistemáticos esfuerzos que hacía Allende por suprimirlos. Nuestra meta consistía en mantener en pie los grupos de oposición para que pudieran competir en las distintas elecciones que establecía la Constitución chilena, y en la próxima elección presidencial de 1976.

A ese fin, la Comisión 40 (*) aprobó por unanimidad un apoyo financiero para los partidos políticos o medios de comunicación amenazados por la extinción: en 1971 se autorizaron 3.88 millones de dólares; en 1972, 2.54 millones. (En ese momento los desembolsos eran algo menores.) Un cínico bien podía tomar esto como una forma de ayuda económica para Allende, ya que la mayoría de los fondos terminaban en la Tesorería chilena en forma de impuestos confiscatorios y otras extorsiones a que eran sometidos los medios a quienes nosotros ayudábamos. Una pequeña porción de esa ayuda fue destinada al *sector privado*, como por ejemplo comerciantes y gremios, sujetos a la aprobación del embajador Davis. Este decidió denegar esos desembolsos.

En la manía de investigaciones que siguió a Watergate, esas acciones han pasado a formar parte del folklore como una campaña para *desestabilizar* a Chile; una palabra atribuida a William Colby, el director de la CIA. En realidad la frase fue inventada por el congresista Michael J. Harrington; ni Colby ni ningún otro funcionario de los Estados Unidos utilizó jamás ese término (7). De hecho, la palabra es absolutamente inexacta. Creíamos entonces —y estoy convencido de que nuestra creencia era correcta— que sin nuestra ayuda las instituciones democráticas de Chile habrían resultado destruidas. Nuestra intención era mantener en pie la posibilidad de otra elección. Como ha escrito el embajador Davis:

Al observar retrospectivamente las experiencias de los partidos y medios de difusión de la oposición, algunos comentaristas de los Estados Unidos han iniciado una discusión que constituye un círculo vicioso. Anotan que, en su mayor parte, los diarios y las estaciones de radio y televisión de la oposición sobrevivieron, y han llegado a la conclusión de que, por lo tanto, no habrían necesitado de nuestra ayuda. El problema real consiste en saber si habrían podido sobrevivir sin nuestra ayuda. Yo creo que no. Y la democracia institucional no habría logrado sobrevivir mucho tiempo a la reflexión de estos medios (8).

La democracia chilena fue desestabilizada no por nuestras acciones sino por el presidente constitucional de Chile.

1972: LA ACELERADA POLARIZACION DE LA POLITICA CHILENA

Más allá de la política de ayudar a los partidos democráticos chilenos para que sobrevivieran a los asaltos a que eran sometidos, el gobierno de los Estados Unidos no hizo nada. Confiábamos en que la tradición y los procedimientos democráticos de Chile prevalecerían si lográbamos impedir que Allende los sofocara. Y de allí en adelante, en el

(*) La Comisión 40 era el comité de interagencias que supervisaba las actividades secretas de la Inteligencia. Estaba formada por los vicesecretarios de Estado y Defensa, el director de la Central de Inteligencia, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el ayudante del presidente para Asuntos de Seguridad Nacional, e intermitentemente por el Procurador General.

más alto nivel no se prestó demasiada atención a los problemas chilenos. No se realizaron más reuniones del NSC(*) para tratar el tema. Yo no estaba profundamente comprometido en los asuntos chilenos. El *Senior Review Group*, que yo presidía, manejaba los temas a medida que se iban presentando, principalmente en respuesta al caos económico y a la cada vez más intensa polarización de la política chilena que fomentaban las acciones de Allende.

Salvador Allende había llegado al poder como líder de una coalición llamada Unidad Popular (U.P.). Estaba formada por el Partido Comunista; por el propio Partido Socialista de Allende, que carecía de la prudencia práctica de los comunistas aunque compartiera su ideología; y por otros grupos que en su mayoría eran aún radicales y explícitamente dedicados a la violencia revolucionaria. (La coalición contenía un solo pequeño partido democrático de izquierda, el Partido Radical, que se separó de ellos en 1971 cuando la orientación de Allende se hizo más evidente, y la mayoría de cuyos dirigentes se unieron a la oposición a principios de 1972.) La coalición nunca tuvo mayoría en el Congreso chileno. Para gobernar, Allende necesitaba el apoyo del ala izquierda del Partido Demócrata Cristiano, que compartía muchos de sus objetivos socialistas, pese a lo cual no abandonaba su dedicación a los valores cristianos y al proceso democrático. Así, Allende se vio enfrentado con un dilema. Si adoptaba los métodos de los demócratas cristianos se enemistaría con su propia ala radical, dedicada como estaba a modificar violentamente el orden existente. Si no se resistía a las tácticas violentas de sus principales socios, arriesgaría el apoyo de los demócratas cristianos de izquierda y la posibilidad de hacer aprobar la legislación a través del Congreso. Por incompetencia, convicción o excesiva autoconfianza en su habilidad para manejar a la gente, Allende nunca enfrentó ese dilema. No actuó con severidad con su ala izquierda revolucionaria. Permitió que se apoderaran por medio de la violencia de las estaciones radiales y otras empresas de los demócratas cristianos. En la práctica no se opuso a un motín de suboficiales de la Marina y a la toma ilegal de tierras por parte de campesinos, y hasta se sospecha que los alentó. Grandes cantidades de armas fueron importadas a Chile vía embajada cubana, sin pasar por el control de la policía ni del Ejército del país.

Así, las actividades de Allende lograron unir a los partidos democráticos. Fue él quien, involuntariamente, provocó la alianza entre el Partido Nacional de derecha y los demócratas cristianos, cuando la falta de esa alianza fue lo que hizo posible su victoria electoral en 1970. A su vez la carencia de una mayoría en el Congreso que apoyara sus actitudes, cada vez más radicales, tentó a Allende a recurrir a trucos extraconstitucionales: ocupación física de empresas, explotación de ingeniosos pretextos para evadir previsiones constitucionales, y el uso de leyes centenarias para propósitos jamás pensados.

La polarización se convirtió en confrontación hacia fines del primer año de su gobierno. La Cámara de Diputados acusó al íntimo amigo de Allende y ministro del Interior, José Tohá González, por su fracaso en oponerse a la creciente violencia de los grupos extremistas. El 6 de enero de 1972, la Cámara votó suspender a Tohá de su cargo: un procedimiento extraordinario dentro de un sistema que se basa en ramas de gobierno separadas y recíprocas. El 7 de enero de 1972, Allende demostró su desdén por la acción del Congreso transfiriendo simplemente a Tohá al igualmente importante cargo de ministro de Defensa. El gobierno sufrió un grave revés electoral el 16 de enero, cuando sus candidatos perdieron dos elecciones complementarias: una para el Senado y otra para diputados. En un memorándum dirigido a Nixon y fechado el 20 de enero de 1972, resumió las implicaciones de este hecho:

Casi con seguridad incrementará la polarización de la sociedad y la vida política

(*) National Security Council. (Consejo de Seguridad Nacional.)

chilena, que han crecido con bastante rapidez durante los últimos meses. Este acontecimiento aumentará la confianza de los partidos de la oposición y debería demostrarles los beneficios de la cooperación. Estos resultados pueden también conducir a un cisma en la U.P., la coalición de Allende. Es probable que los socialistas insistan en que el gobierno se aleje del sendero democrático que ha transitado hasta ahora y tome en sus manos las riendas de poder a fin de imponer una revolución socialista, por la fuerza si fuera necesario. Sin embargo, los otros dos partidos mayoritarios de la U.P., los comunistas y los radicales, así como Allende mismo, posiblemente se resistirán a hacerlo por temor a las Fuerzas Armadas, que han permanecido neutrales y apolíticas hasta el momento, pero aclarando que reaccionarán con energía ante cualquier violación de la Constitución.

Esta predicción sólo fue parcialmente confirmada por los hechos. Allende continuó con sus esfuerzos para alterar las prácticas constitucionales. Para septiembre de 1973, el Congreso y la Suprema Corte habían declarado que su gobierno estaba fuera de la ley y de la Constitución. Los cargos eran, en definitiva, que el presidente constitucional de Chile minaba el proceso democrático.

A medida que Chile se movía hacia el totalitarismo en el orden interno, en lo referente a la política exterior inició una confrontación con los Estados Unidos. El 1º de enero de 1972, Pablo Neruda, el poeta que representaba a Chile como embajador en Francia, alegó que los Estados Unidos intentaban derrocar a Allende a través de presiones económicas y alentando a la subversión. El 3 de enero, Luis Herrera, el embajador chileno ante la O.E.A., al asumir la presidencia de la comisión permanente de ese organismo, se refirió a las relaciones entre Estados Unidos y América latina definiéndolas de *servidumbre en el plano económico, político, social y hasta cultural*.

Chile seguía la política que a partir de entonces se ha hecho habitual entre los gobiernos radicales. Por un lado, atacaba los intereses económicos y políticos norteamericanos; por el otro, denunciaba nuestra inevitable reacción ante esa provocación, tildándola de *imperialista*. Allende actuaba —lo mismo que otros líderes del Tercer Mundo después de él— como si tuviera el derecho de ser subvencionado por los Estados Unidos en sus acciones antinorteamericanas. Intentó una treta extraordinaria en la que hasta obtuvo un éxito parcial: no cumplió con el pago de sus deudas, expropió compañías norteamericanas sin ofrecerles compensación alguna, intentó obtener una refinanciación de la deuda externa del país, mientras al mismo tiempo pretendía mantener todas las relaciones anteriores de crédito y ayuda con las instituciones crediticias internacionales y norteamericanas (*).

Paralelamente los actos de Allende trajeron una necesidad de tomar decisiones, muchas de las cuales eran más significativas por la luz que arrojaban sobre el equilibrio de fuerzas dentro de la misma administración que sobre nuestra estrategia hacia Chile. De hecho, existía una brecha entre la retórica interna del gobierno y sus medidas. El idioma que utilizábamos era generalmente duro; el resultado de nuestros actos, por el contrario, bastante amigable.

Nuestra reacción ante el repudio de Allende a la deuda chilena, realizado el 9 de noviembre de 1971, ilustra lo que acabo de afirmar. Dado que él había repudiado casi todas las deudas extranjeras, las medidas que tomáramos debían estar de acuerdo con las

(*) El 9 de febrero de 1972, Chile llegó a un acuerdo provisorio con un grupo de bancos privados de los Estados Unidos sobre la refinanciación de 300 millones del total de su deuda externa; esto constituía la base de nuevos créditos por 250 millones y 50 millones destinados a cubrir deudas del sector público para 1972-1974, así como las obligaciones de la Corporación Chilena del Cobre a lo largo de 1976. Chile permaneció endeudado en alrededor de 20 millones con el Banco de Importación y Exportación de los Estados Unidos, y en un millón con la Agencia de los EE.UU. para el Desarrollo Internacional (AID) y con el Departamento de Agricultura.

otras naciones acreedoras. Se fijó para principios de 1972 una reunión de acreedores en París (informalmente llamado Club de París) y compuesta en realidad por los países occidentales industrializados. Como sucede con demasiada frecuencia, la posición de los Estados Unidos no fue tanto el producto de una estrategia cabal como el incómodo resultado de luchas entre distintos Departamentos. Por una vez el conflicto no se había desencadenado entre mi oficina y el Departamento de Estado sino entre el Estado y la Tesorería, encabezada por el temible John Connally, quien una vez más trataba de confirmar su predominio en asuntos económicos.

Connally había sido nombrado secretario del Tesoro en diciembre de 1970, cuando Nixon, sacudido por el inesperado éxito democrático de las elecciones del Congreso, confirmó en ese cargo al hombre a quien consideraba su oponente más formidable para la presidencia dentro del Partido Demócrata. No existía ninguna figura pública norteamericana hacia quien Nixon experimentara tal temor reverente. La fanfarrona seguridad con que actuaba Connally constituía la imagen perfecta de lo que Nixon imaginaba debía ser el comportamiento de un líder; sólo le resultaba posible imitar esa conducta en comentarios marginales de algún memorándum, nunca cara a cara. Como resultado, Connally se vio libre de las maniobras mediante las cuales Nixon lograba poner en pica a sus funcionarios, uno contra el otro. Nixon tampoco se animó jamás a denigrarlo a sus espaldas: una merced que no le fue concedida a muchos. Le resultaba fácil identificarse con Connally, que procedía de orígenes similarmente humildes a los suyos, sin que aparentemente lo afligieran sus mismas inseguridades.

Yo sospecho que la diferencia no estribaba en la existencia o no de inseguridades, sino en la manera en que Connally y Nixon las manejaban. A ninguno de los dos le gustaba ser desafiado; ninguno estaba realmente demasiado seguro de sí mismo. Pero Connally trataba de intimidar a la oposición, mientras que la estrategia de Nixon consistía en vencerla por medio de maniobras. Para Connally ninguna victoria tenía sentido a menos que su oponente supiera que había sido vencido; para Nixon, en cambio, los triunfos más maravillosos eran aquellos en los que la víctima ignoraba quién lo había derrotado, y quizás hasta llegaba a no saber inmediatamente que había sido vencido.

Connally no tardó mucho en comprender que la combinación de los temores de Nixon hacia las confrontaciones y la genuina admiración que sentía por él le conferían en las maniobras esa ventaja que determinan la preeminencia de los consejeros presidenciales. No perdió tiempo en exponer la fragilidad del ostentoso sistema de personal de la Casa Blanca. Por fortuna para mi posición burocrática, yo había cedido mis responsabilidades en lo referente a política económica exterior a Pete G. Peterson, mi oponente en el área de economía internacional. Connally procedió a suministrarle a Peterson —que era un hombre hábil, capaz y fuerte— un curso breve para demostrarle que ningún asistente del presidente puede oponerse con éxito a un miembro fuerte del gabinete que esté decidido a insistir en sus prerrogativas. Cuando tenía que consultar algo con el presidente, Connally simplemente cruzaba la calle que separaba el Departamento del Tesoro de la Casa Blanca, e insistía en que se le concediera una entrevista. Entregaba personalmente cualquier memorándum que le interesaba; estaba decidido a exigir una respuesta inmediata. Y Nixon era incapaz de rechazar cara a cara ni siquiera a una personalidad menos formidable que la suya: ése era, sin duda, el motivo del complicado sistema burocrático que había impuesto.

Para enero de 1972, Connally había vencido completamente a Peterson en lo que se refería al liderazgo de política económica internacional, y se encontraba listo para hacerse cargo del Departamento de Estado. Utilizó idénticos métodos. Personalmente entregó a Nixon un memorándum en el que implicaba que sus oponentes del Departamento de Estado estaban decididos a refinanciar los pagos de la deuda chilena, es decir que estaban dispuestos a prolongarlos, y que esa medida alentaría a otros países acreedores a

tomar la misma actitud cobarde. Connally argumentó que el verdadero propósito de la reunión de París debería consistir en aislar a Chile.

Todo esto resultaba muy conveniente para Nixon. Sonaba duro. Confirmaba sus peores sospechas acerca del desgastado Departamento de Estado. Tenía un empuje anti-allendista. Nixon no se preocupó por la clara contradicción de la posición de Connally: si el objetivo consistía en aislar a Chile, nos veríamos obligados a vencer la renuencia que los europeos sentían hacia la confrontación y la preferencia de nuestros aliados por una refinanciación. Si insistíamos en una actitud dura y en oponernos a la misma, lo más probable sería que los Estados Unidos fueran los que terminarían aislados.

Sin duda alguna, Connally tenía perfecta conciencia de esto. Lo que él en realidad quería era asegurarse de que el Departamento de Tesorería fuera el que presidiese nuestra delegación para que *protegiéramos íntegramente nuestros intereses económicos y continuáramos manteniendo una presión sobre Chile*. Nixon cubrió el margen del memorándum con una nota en la que aclaraba que cualquier acuerdo para refinanciar la deuda externa de Chile estaba *totalmente* (palabra que Nixon mismo subrayó) *en contra de mis instrucciones* y que nuestra política consistía en aislar a Chile. Lo que no explicaba era cómo lograríamos combinar esos objetivos. De buenas a primeras, y sin previa consulta con nadie (ni siquiera conmigo), de la Oficina Oval surgió un memorándum dirigido al secretario de Tesorería con copia al secretario de Estado y a mí:

Con referencia a su (se refiere a Connally) memorándum del 15 de enero, por la presente designo al Departamento de Tesorería para encabezar la delegación de los Estados Unidos a París en lo que se refiere al asunto del préstamo de Chile. Cualquier sugerencia, explícita o implícita, que favorezca el apoyo de los Estados Unidos a cualquier acuerdo para renegociar el préstamo chileno, está en total contradicción con los puntos de vista que yo he expresado en varias ocasiones en distintas reuniones mantenidas sobre este tema con representantes de los departamentos interesados.

Y como generalmente ocurría con Connally, su conducta real era mucho más sutil que su brutal insistencia por obtener prerrogativas. Para empezar, el Departamento de Estado no había hecho la proposición que Connally alegaba. Sin duda no se encontraba demasiado desencaminado en su análisis de predilecciones. Pero en ese momento ni siquiera conocíamos oficialmente cuál era la actitud de los otros acreedores y todavía no habíamos tomado una posición formal. Más aún, la insistencia de Connally de que trabajáramos con las demás naciones para aislar a Chile no hacía más que vestir con el lenguaje de la confrontación el curso de acción que yo igualmente prefería (y sospecho que también el Departamento de Estado) en lo que a estrategia deliberada se refería. Mi punto de vista, expresado en varios memorándum al personal, era que, mientras debíamos asumir una línea dura en las conversaciones de París, en definitiva debíamos actuar de acuerdo con el resto de las naciones acreedoras. Si nos separábamos de ellas, Allende podría transformar su repudio de *todas* las deudas extranjeras en una confrontación con el *imperialismo yanqui*. Esto le valdría el apoyo patriótico de la oposición democrática y de las Fuerzas Armadas contra el coloso yanqui. Allende quedaría entonces en libertad para llegar a un acuerdo con el resto de los acreedores y cancelar tan sólo las deudas que tenía con los Estados Unidos, que constituía el 60% del total de la deuda externa de Chile. Desde mi punto de vista, era mucho mejor formar un frente común con el resto de los acreedores e insistir en que Chile adhiriera a una fórmula conveniente para renegociar *todas* sus obligaciones. Si las condiciones no resultaran satisfactorias, siempre nos quedaba la posibilidad de separarnos en ese momento.

Las conversaciones con Connally confirmaron que él estaba de acuerdo en que los Estados Unidos debían maniobrar para lograr un consenso de las naciones acreedoras, a fin de que la responsabilidad de una confrontación definitiva no cayera sobre nosotros. Si las naciones europeas insistían en el refinanciamiento, nosotros lo aceptaríamos. En síntesis, a pesar de toda la retórica, la decisión era postergar los pagos de la deuda chilena: una forma indirecta de asistencia económica.

Mientras en París se mantenían conversaciones acerca de la deuda, el gobierno también continuó demostrando una pública reserva. En una declaración del 19 de enero de 1972, Nixon reafirmó que las leyes del país, como resultado de la enmienda Hickenlooper, exigían que las naciones que expropiaban propiedades norteamericanas sin una adecuada compensación no recibieran nueva ayuda de nuestra parte. Nixon se ofreció a definir, junto con otras naciones interesadas, un criterio conjunto acerca de lo que consideraba una compensación justa. Y el 9 de febrero de 1972, el informe anual de política exterior del presidente, volió a tender una vez más la rama de olivo:

Los líderes chilenos no abandonarán sus profundas convicciones por obra y gracia de gestos de nuestra parte. Reconocemos que son hombres serios cuyos principios ideológicos están, en alguna medida, francamente en conflicto con los nuestros. Sin embargo, nuestras relaciones no dependerán de su ideología sino de su conducta hacia el mundo exterior. Como he dicho muchas veces, estamos preparados para mantener con el gobierno chileno las relaciones que ellos estén dispuestos a mantener con nosotros.

También esta declaración del presidente recibió un desaire. Allende parecía estar en la cúspide de su celo ideológico y del dominio de sus fanáticos seguidores. Continuó expropiando, sin compensación alguna, no sólo empresas extranjeras sino también chilenas. A principios de enero de 1972, su gobierno publicó una lista de 53 firmas sujetas a nacionalización, además de otras 38 que pasarían a manos de sociedades mixtas del Estado y particulares. Un mes más tarde (7 de febrero), en un discurso pronunciado en Concepción, Allende se comprometió a nacionalizar otras 120 compañías durante el año siguiente, a expropiar 2.000 granjas, y a completar la nacionalización de los sistemas bancario y de comercio exterior.

Mientras tanto, la mayoría democrática del Congreso chileno cada vez estaba más decidida a resistir la política de Allende. El 19 de febrero de 1972, el Congreso chileno aprobó una serie de enmiendas constitucionales en un intento por restringir el derecho del Estado de apoderarse de empresas del sector privado. Las medidas, retroactivas a octubre de 1971, prohibían al gobierno expropiar cualquier empresa sin una específica autorización del Congreso. El 21 de febrero, Allende anunció que vetaría la ley. Si el Congreso invalidaba su veto, amenazó, apelaría al Tribunal Constitucional chileno (una corte especial que en su mayoría había sido designada por él). Los partidos de la oposición desafiaron a Allende a llamar a un plebiscito acerca de sus planes para socializar la economía nacional.

Las líneas de batalla habían quedado ahora trazadas. Allende se dirigía hacia una confrontación definitiva, tanto dentro de Chile mismo como en sus relaciones con los Estados Unidos.

ITT Y LA CRISIS CRECIENTE

Por extraño que parezca, la primera explosión la desencadenó un periodista norteamericano. El columnista Jack Anderson publicó lo que afirmaba eran documentos internos de la Compañía Internacional de Teléfonos y Telégrafos (ITT) describiendo un

esfuerzo realizado en 1970 —casi dos años antes— para impedir la elección de Allende como presidente. La columna de Anderson del 21 de marzo de 1972, alegaba que el 9 de octubre de 1970, el jefe de la oficina de ITT en Washington, William R. Merriam, había informado al director de la ITT (y ex jefe de la CIA) John McCone, que su contacto con la CIA se mostraba *muy, muy* pesimista acerca de las perspectivas de *vencer a Allende*. Sin embargo, *se siguen realizando contactos con miembros selectos de las Fuerzas Armadas, en un intento de lograr que encabezen alguna clase de levantamiento. . . prácticamente no hemos logrado progreso alguno en nuestros intentos de producir un caos económico.*

La columna de Anderson del 22 de marzo describía una conversación telefónica del 11 de septiembre entre J.D. Neal (el director de relaciones públicas de la ITT) y Viron P. Vaky, mi funcionario del NSC responsable para América latina, en la que Neal hablaba de la *preocupación que sentía por la situación chilena* el presidente de la ITT, Harold S. Geneen. Se alegó que Neal le pidió a Vaky que me informara que la ITT estaba *preparada para asistirnos financieramente con sumas que podían llegar hasta las siete cifras*. La columna de Anderson destacaba la *amable pero fría recepción* que recibió esa iniciativa de la ITT en la Casa Blanca, por intermedio del personal de la NSC, y en el departamento de Estado, pero agregó que en la CIA la recepción había sido *más amistosa*.

Yo ignoro hasta qué punto eran exactos los documentos internos de la ITT, pero las revelaciones de Anderson acerca del NSC fueron ciertas. Yo había entrevistado a dos funcionarios de la ITT en septiembre de 1970 a pedido de Peter Flanigan, que en ese momento era edecán presidencial. Ellos me ofrecieron asistencia económica para hacer un esfuerzo destinado a impedir que Allende llegara a la presidencia. Yo rechacé la iniciativa, con amabilidad, porque consideraba que esta clase de actividades no era apropiada para empresas privadas.

Pero en la caldeada atmósfera de 1972, la columna de Anderson agregó ímpetu a la carrera de Allende hacia la radicalización. En realidad el plan a que esa columna se refería, nunca había sido aceptado por el gobierno de los Estados Unidos, tal como aclaraba sin lugar a dudas Anderson. Nuestros esfuerzos gubernamentales en ese sentido —que Allende presumiblemente ignoraba— también habían sido abandonados dos años antes. Pero a pesar de todo, el gobierno de Allende no perdió tiempo en tratar de implicar que la oposición democrática se encontraba involucrada en el presunto plan conducido por la CIA. El 23 de marzo de 1972, la Confederación Central Obrera (CUT) organizó cuatro marchas para apoyar al gobierno contra la *intervención imperialista*. Aprovechando el estado de ánimo de indignación nacionalista, Hernán del Canto, ultraizquierdista ministro del Interior, el 28 de marzo acusó (sin presentar ninguna clase de pruebas) a los conspiradores del ala derecha afirmando que —apoyados por los Estados Unidos— habían planeado asesinar a Allende y tomar el poder pocos días antes.

Cuando el Congreso chileno se reunió el 28 de marzo, nombró a una comisión de 13 miembros para investigar las presuntas interferencias de la ITT en Chile durante 1970. Los líderes de la oposición, ahora a la defensiva y negando furiosamente haber tenido ninguna clase de tratos con la CIA, exigieron que una comisión también investigara otro de los cargos de Anderson: que la embajada cubana en Santiago era un centro donde se fomentaba la revolución armada. Durante un breve período, Jack Anderson se convirtió en una figura central de la política chilena.

El 11 de abril de 1972, el *Senior Review Group* del NSC se reunió bajo mi presidencia para analizar los acontecimientos chilenos. Una declaración preparada por mi nuevo jefe de personal del NSC para los asuntos latinoamericanos, William J. Jorden, sintetizaba con precisión nuestra política:

Hemos hecho todo lo posible por aislar a Chile tanto política como económicamente, evitando a la vez toda medida que pueda dar pie a la acusación de que

actuamos solamente por rencor hacia Allende. Hemos trabajado con ahínco a fin de lograr una rápida y justa compensación para las compañías norteamericanas y para obtener el pago de sus deudas, así como para proteger el principio de la inviolabilidad del pago de las deudas justas y las compensación por los bienes nacionalizados.

Hasta ahora, nos ha sido posible trabajar para obtener simultáneamente esas metas. Sin embargo, el asunto Anderson ha dado realce a nuestra postura y puesto en cuestión nuestras motivaciones políticas. Y lo que es aún más importante, las conversaciones de París sobre la posibilidad de renegociar las deudas chilenas, nos obligan a decidir qué componendas deseamos hacer entre *la máxima presión y una correcta postura externa*.

Para deducir el curso de la política norteamericana basándose en los documentos del gobierno, uno debe ir más allá del análisis y llegar hasta la decisión operacional que enfrentaban los funcionarios más importantes. En este caso no se trataba de decidir cómo influenciar los asuntos internos de Chile; teníamos que determinar las tácticas que adoptaríamos durante la próxima sesión de los acreedores en París. Estaba en discusión si debíamos buscar el arbitraje en el tema en disputa de las expropiaciones, particularmente en lo referente a compensaciones. Como era lógico, ésta era la teoría apoyada por el Departamento de Estado, porque traería aparejada una mayor contribución a la legislación internacional. La Tesorería —por motivos que en la actualidad ya no me resultan claros— se oponía a proponer el arbitraje como iniciativa norteamericana, pero estaba dispuesta a aceptarlo si surgía como proposición chilena.

En definitiva los resultados de las conversaciones de París no fueron afectados por las deliberaciones del *Senior Review Group*. Después de todos sus duros conceptos, Connally aceptó la estrategia de no separarse del resto de las naciones acreedoras y no proporcionar a Allende una oportunidad de culpar a los Estados Unidos por los problemas que ocasionaban las deudas del país. Reconoció también el consenso general para refinanciar las deudas chilenas (que sumaban aproximadamente 250 millones). A cambio, Chile admitió el principio de que sus obligaciones internacionales eran válidas, el requerimiento mínimo que le fue exigido si deseaba retener la confianza de sus acreedores.

También aceptó negociar los problemas de nacionalizaciones con cada uno de los países afectados: pero tomando como base dos criterios distintos, cada uno de los cuales anulaba al otro. Chile convino en pagar una compensación *justa* por las propiedades nacionalizadas, de acuerdo tanto con la ley chilena (cosa que en la práctica no tenía sentido ya que la ley chilena acordaba un impuesto retroactivo sobre las ganancias excesivas que podía hacer desaparecer cualquier suma definida como *justa* compensación) y la ley internacional (que Chile inmediatamente declaró que no contenía ningún principio referente a expropiaciones). En la práctica el resultado fue que, sin modificar su política, Chile obtuvo un alivio de sus obligaciones durante casi un año: una forma de ayuda económica que excedía en mucho la recibida en un solo año por el gobierno democrático anterior. Mediante la negociación de acuerdos bilaterales específicos con cada nación acreedora, que seguía pendiente, Chile continuó beneficiándose con una moratoria de facto sobre su pago de deudas.

Sin embargo, los problemas internos de Allende se multiplicaban. La tremenda ineficacia de su gobierno y la galopante inflación causada por su política erosionaban mes a mes la estabilidad gubernamental y la cohesión social. Hasta Orlando Millas, un líder del Partido Comunista, admitió en marzo de 1972 que el problema más importante consistía en hacer que las empresas nacionalizadas operaran *con las mismas ganancias inmensas que antes proporcionaban a los capitalistas*. De hecho la expropiación parecía haber magnificado los costos a la vez que reducía la productividad. Esto a su vez aceleraba la

inflación, que alcanzó un porcentaje anual oficialmente admitido del 163% en 1972 (y que eventualmente llegó al 350%), con un impacto arrollador sobre la economía y las estructuras sociales. La tensión política interna llegó a tal punto, que a fin de marzo de 1972, Allende suspendió al Congreso chileno por el término de una semana.

Todo esto sucedía mientras la ayuda exterior que se le prestaba al país era en realidad más amplia que durante cualquier otro período anterior. El pacto para refinanciar los 250 millones de dólares de la deuda occidental estuvo acompañado por un flujo cada vez mayor de créditos por parte del mundo comunista. Cuando Allende fue derrocado, los créditos comunistas habían sobrepasado los 600 millones de dólares. Y, contrariando lo que afirma la mitología política, los lazos más estrechos con el mundo comunista no demostraron ser un obstáculo para mejorar gradualmente las relaciones económicas del país con Occidente, con quien Chile una vez más negociaba créditos privados. El 12 de junio Chile y un grupo de 28 bancos privados norteamericanos acordaron refinanciar 160 millones de dólares de la deuda chilena. (*) Los bancos norteamericanos comenzaron a relajar las restricciones que habían impuesto sobre los créditos a corto plazo acordados a Chile (9). Al día siguiente, el gobierno chileno anunció que le había sido acordado un crédito de 100 millones de dólares por parte de Brasil, México, Colombia y Perú, para ser utilizados en la compra de bienes de capital y de consumo.

Ni el alivio de sus deudas ni la nueva asistencia internacional detuvieron la carrera de Allende hacia una confrontación con los Estados Unidos. El 13 de abril inició la tercera Conferencia de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas (UNCTAD) en Santiago, denunciando con apasionamiento a los países industriales —entre los que destacaba especialmente a los Estados Unidos— por crear un mundo donde *el trabajo y los recursos de las naciones más pobres pagan la prosperidad de la gente más adinerada*. El 14 de abril, el subsecretario de Relaciones Exteriores chileno, Aníbal Palma, en un discurso pronunciado en la Asamblea General de la OEA, nos acusó de intentar bloquear los préstamos de desarrollo para Chile en las agencias de préstamos multinacionales y —contradiendo los acontecimientos que hemos sintetizado aquí— de frustrar los esfuerzos chilenos por conseguir refinanciar el pago de sus deudas. En una reunión popular del 1º de mayo, Allende acusó a los Estados Unidos de imponer un bloqueo económico a Chile. Resultaba evidente que con prescindencia de lo que nosotros hiciéramos o dejáramos de hacer, Allende necesitaba de la demonología de unos Estados Unidos hostiles para lograr apoyo en la marcha cada vez menos popular hacia su versión del socialismo.

Sin embargo, si los problemas internos de Allende no eran causados por los Estados Unidos, tampoco podían ser exorcizados centrandose en nosotros todas sus frustraciones. Sus procedimientos esencialmente anticonstitucionales produjeron una batalla campal con el Congreso chileno, que fue de una amargura sin precedentes en la historia de Chile. El 5 de julio, la Cámara de diputados votó la suspensión del ministro del Interior Del Canto por no hacer cumplir las leyes que protegían la propiedad privada y los derechos humanos, al negarse a tomar acciones legales contra los agitadores izquierdistas involucrados en asentamientos de tierras y fábricas, y por permitir la entrada de 13 bultos misteriosos procedentes de Cuba que no pasaron la debida inspección aduanera (10). El gobierno sostuvo que se trataba de regalos personales para Allende. La oposición alegó que contenían armas ilegales. (*) El 26 de julio el Senado convocó una sesión extraordinaria

(*) De acuerdo a la información suministrada por el embajador chileno en Washington, el pago de las tres cuartas partes de la deuda total (que originalmente debía ser cancelado en 1974) fue demorado en ocho años, y los pagos que deberían vencer en 1972 y 1973 fueron reducidos.

(*) Después del derrocamiento de Allende, los documentos revelaron que los bultos contenían más de una tonelada de armamentos. Los funcionarios del gobierno, incluyendo al mismo Allende, habían alegado repetidamente que contenían *obras de arte*. Por lo tanto, ya en marzo de 1972, el gobierno de Allende trataba de armar clandestinamente a sus seguidores.

ria para discutir el tema y el 27 de julio votó (27-14) la censura y la expulsión de Del Canto. Así, por segunda vez, los partidos democráticos del Congreso removieron a un ministro del Interior, por violar la constitución chilena y burlar las leyes del país.

El verano de 1972 completó la polarización de la sociedad chilena. Con el pretexto de controlar la inflación, Allende trató de aumentar los impuestos, cuya consecuencia en la práctica sería la expropiación de la clase media y la nacionalización de la mayor parte de los bienes remanentes del sector privado. El Congreso respondió con medidas para bloquear esas iniciativas. De allí en adelante, aparentemente el gobierno nunca pudo volver a controlar los acontecimientos. Todos los meses, desde julio de 1972 hasta el golpe de septiembre de 1973, los precios aumentaban mientras la producción declinaba. Las disensiones dentro de la coalición gobernante y la fuerte oposición de la legislatura hacían que fuese imposible que el gobierno siguiera una política coherente. La centenaria tradición chilena de cortesía entre el gobierno y los partidos de la oposición llegó a su fin. Las relaciones entre Allende y el Poder Judicial se hicieron añicos después que Del Canto, el 12 de julio, denunció a la legislatura y al Poder Judicial por *confabular con los grandes intereses imperialistas*. La Suprema Corte reaccionó con una carta abierta a Allende protestando por los actos del Ejecutivo.

El proceso político se convirtió cada vez más en una pugna de fuerzas entre Allende y sus opositores. El 21 de agosto de 1972 los comerciantes minoristas se declararon en huelga alegando que la inflación, la escasez de mercaderías, los controles de precios y otras restricciones los conducían a la quiebra. Hubo marchas populares en Santiago y en Valparaíso. Después de que se produjeron choques entre los participantes de las demostraciones populares y la policía, Allende declaró el estado de sitio en la provincia de Santiago. El gobierno denunció la existencia de una *ola de sedición* por parte de grupos opositores e instituyó una serie de medidas represivas. La estación de radio Los Angeles fue clausurada por el gobierno; la policía tomó medidas represivas contra los grupos de derecha; se impusieron controles a las actividades de los residentes extranjeros. El Partido Demócrata Cristiano culpó por esta ruptura a Allende y a su *política económica errónea y socialmente negativa*. El 31 de agosto, la ciudad de Concepción fue puesta bajo control militar, cuando miles de jóvenes marxistas lucharon en las calles con opositores del gobierno.

Esta caída hacia el caos no fue en absoluto provocada por la intervención norteamericana. No estuvimos involucrados ni a través de la CIA, ni por ningún otro medio, con los líderes de las huelgas o los grupos que protestaban. No autorizamos que se les proporcionara ninguna asistencia abierta o encubierta; no les ofrecimos el más mínimo consejo.

El 14 de septiembre Allende repitió sus cargos anteriores de que los *fascistas* complotaban contra su gobierno, pero sólo pudo nombrar a un mayor retirado que se encontraba exiliado en Bolivia. Los rumores de que los militares podían entrar en acción continuaron circulando a lo largo de septiembre y fueron explícitamente negados el 29 de ese mes por el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats González, quien aseguró que apoyaba al gobierno.

Mientras crecía la confrontación, el Congreso chileno aprobó tres leyes que intentaban limitar el programa de nacionalizaciones del gobierno, poner freno a los atropellos contra los medios de comunicación y detener el incentivo que brindaba a las actividades terroristas. La primera de esas medidas fue una enmienda constitucional para prohibir la expropiación de cualquier propiedad de menos de 40 hectáreas. Una segunda ley proporcionaba financiación pública para los radios y prensa que se encontraban en una difícil situación financiera y les garantizaba que no serían expropiadas. (Esta medida fue acelerada por la inminente bancarrota de la compañía de papel Alessandri, a la que sólo se le había permitido aumentar los precios en un 19% mientras se veía obligada a absorber un incremento de costos del 200 o 300% en mejoras obligatorias de salarios.) (Otro

de los factores que alarmó al Congreso fue que el gobierno clausurara dos estaciones de radio de la oposición alegando que habían distorsionado las noticias.) Allende vetó esta ley referente a los medios de comunicación.

El tercer acto importante ejecutado por el Partido Demócrata Cristiano fue presentar una ley cuya finalidad era detener la importación ilegal de armas por parte de los izquierdistas que apoyaban a Allende. La ley de control de armas daba amplios poderes a las Fuerzas Armadas para realizar registros y para juzgar a los infractores en cortes militares. Aunque se esperaba que Allende vetara esa ley, y su propio Partido Socialista lo urgió a hacerlo, no tuvo más remedio que aceptarla. Porque a partir de octubre de 1972 se enfrentó con huelgas cada vez más ramificadas a las que sólo podía poner coto con la ayuda de los militares, cuyo precio por apoyar el gobierno esta vez fue la nueva ley de control de armas.

Para entonces Chile había caído en las clásicas pautas revolucionarias. Cuando se llega a un punto de la desintegración de la autoridad, ya no quedan fuerzas suficientes para la represión ni suficiente legitimidad para obtener beneficios mediante concesiones. En realidad, al alcanzar ese estado, tanto la represión como la conciliación tienden a acelerar el colapso: el uso de la fuerza porque deja de ser convincente y las concesiones porque se atribuyen no a una política de generosidad sino a la pujanza de la oposición. Así sucedió en Chile. Allende sólo podía reunir las fuerzas necesarias para sofocar las huelgas concediendo más poder a los militares en quienes, a su vez, se apoyaba la oposición democrática para poner freno a las acciones inconstitucionales del gobierno. Al ceder en lo referente a la ley de control de armas, Allende alentó a otros grupos que comenzaron a reforzar sus reclamos. El método elegido fue una huelga dirigida no contra los empleadores —de hecho algunas de las huelgas fueron organizadas por los empleadores mismos— sino contra el gobierno.

La más seria de estas demostraciones se produjo el 10 de octubre de 1972, cuando la Confederación de Dueños de Camiones convocó a una huelga nacional para protestar contra la anunciada intención del gobierno de crear una firma regional de camioneros que les haría la competencia. Este paro se convirtió con rapidez en una bola de nieve que llegó a transformarse en una protesta popular contra el gobierno y finalmente en una huelga general. El Partido Demócrata Cristiano respaldó a los camioneros; la Junta Nacional declaró que el gobierno había violado el estatuto de garantías democráticas: la ley de derechos, negociada antes de las elecciones, que había permitido que Allende llegara al poder. Entre las condiciones impuestas por los líderes demócrata cristianos para resolver el conflicto, figuraban las garantías fehacientes de libertad de expresión. El 16 de octubre, la Asociación de Ingenieros se plegó a la huelga, seguida por los empleados bancarios, los trabajadores del gas, abogados, arquitectos, conductores de taxis y de ómnibus, médicos y dentistas (*). El gobierno impuso el toque de queda en veinte de las veinticinco provincias chilenas y tomó posesión de todas las estaciones de radio.

Las huelgas llegaron a su fin el 5 de noviembre, pero sólo al precio de conceder una importancia aun mayor al papel desempeñado por los militares. Cuatro representantes de las Fuerzas Armadas pasaron a integrar el Gabinete de Allende. El Ministerio del Interior, responsable del mantenimiento del orden público, fue entregado al comandante del Ejército general Prats, quien había negociado el fin de las huelgas. La tregua demostró tener corta vida.

Mientras tanto, en Washington, el Comité de los 40 había decidido el 26 de octubre que extendería el apoyo financiero a los partidos democráticos para las elecciones del Con-

(*) De acuerdo a una fuente de información, todos los conductores de taxis y la mayor parte de los de ómnibus estaban en huelga. Los dirigentes huelguistas estimaban que a esa altura de los acontecimientos, se les habían unido el 100% del transporte, el 97% del comercio, el 80% de los profesionales, y el 85% de las cooperativas campesinas, y que el total de los huelguistas se estimaba en alrededor de 600 a 700 mil chilenos (11).

greso de marzo de 1973. Aprobaron para ello la suma de 1.427.666 dólares. Una vez más se reservaron 100.000 dólares para ser acordados a organizaciones del sector privado (para esfuerzos de registro de votantes) sujetos a la aprobación del embajador; aprobación que el embajador Davis denegó. Ansiosos investigadores de una comisión del Senado hostil a la CIA, más adelante lucharon con denuedo para revelar alguna violación a las estrictas pautas de Washington. Descubrieron exactamente una desviación de 2.800 dólares para los camioneros en huelga, *contraria a las reglas básicas de la agencia* (12).

El 17 de octubre, William Jorden, el funcionario responsable del NSC, me informó que la CIA consideraba que a pesar del caos cada vez mayor, las posibilidades eran de 60 a 40 contra un derrocamiento militar del gobierno de Allende. Jorden, que había trabajado en la función pública en Washington durante largo tiempo (incluyendo un período como asistente en el elenco del NSC del presidente Johnson), agregó: *Mi experiencia me indica que ese 60-40 significa que uno está seguro de que no sucederá nada, a pesar de lo cual se desea evitar toda posibilidad de error por si acaso algo sucediera*. Un informe secreto de la agencia llegaba a la misma conclusión. No habría golpe a menos que el gobierno violara el orden constitucional en una forma menos ambigua que hasta el momento.

Bloqueado dentro del país, Allende intentó restaurar su fortuna partiendo el 30 de noviembre en un viaje de quince días que lo llevaría a México, Naciones Unidas, Argelia, Unión Soviética y Cuba. Utilizó la excursión para bruñir sus credenciales antinorteamericanas y para ventilar sus habituales temas antinorteamericanos. En un discurso que dirigió al Congreso mexicano el 1º de diciembre, atacó con energía la supuesta agresión de la ITT contra Chile. El 4 en Nueva York, pronunció un discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, que constituyó un flagrante ataque a EE.UU.

Allende continuó con su campaña antinorteamericana durante su estadía de 19 horas en Argel. *Las relaciones futuras entre Argel y Chile serán de amistad revolucionaria porque tenemos enemigos comunes*, declaró. En Moscú fue cálidamente recibido por los líderes soviéticos entre el 6 y el 8 de diciembre. El premier Alexei Kosygin declaró que Chile y Cuba estaban abriendo un nuevo camino al socialismo latinoamericano. El presidente Nikolai Podgorny aseguró a Allende que la Unión Soviética y todos los países socialistas apoyaban su *renovación revolucionaria* en Chile. El comunicado final contenía una promesa soviética de continuar apoyando y ayudando política y económicamente a Chile.

En La Habana, su hogar espiritual, Allende recibió una entusiasta bienvenida digna del primer presidente de un país latinoamericano que visitaba Cuba desde el advenimiento de Castro al poder. El comunicado conjunto que marcó el fin de la visita el 14 de diciembre, repetía el llamamiento para que América latina se uniera contra *la explotación económica y la opresión extranjera*, que, afirmaba, intentaba sofocar la *lucha por la emancipación de América latina*; no eran más que palabras en clave para una cruzada revolucionaria antinorteamericana.

Desgraciadamente para Allende, sus viajes por las capitales radicalizadas no se tradujeron en una aprobación dentro de su país. A su regreso a Chile, el 14 de diciembre, debió enfrentar inmediatamente la acusación de los demócratas cristianos que afirmaban que *conducía a Chile a la dependencia y a la subordinación con respecto a la Unión Soviética*. Exigían una investigación de todos los acuerdos a los que se había llegado durante el viaje, a los que tildaban de peligrosa amenaza a la futura economía de Chile. El paso siguiente en la lucha entre el presidente constitucional decidido a demoler la constitución y la oposición democrática, tendría lugar durante las elecciones de congresistas fijada para marzo de 1973.

1973: LA CRISIS FINAL DE ALLENDE

La caída de Allende se superpuso a la de Nixon, y estuvo teñida de la misma fatalidad.

En 1973, en Chile, los intervalos entre las crisis gubernamentales fueron cada vez más cortos. La reacción de Allende no resultó conciliadora —quizás calculó que había quemado sus naves y no le quedaba posibilidad de retroceder; quizás sus aliados de la izquierda, aún más radicalizados que él, no le dejaron posibilidad de elección— por lo que apresuró sus medidas para confiscar las compañías chilenas y sofocar los medios de expresión: medidas que desde el principio habían desencadenado las convulsiones. Actuó como si su única posibilidad de salvación consistiera en descontrolar la situación para después torcer a su voluntad el caos resultante. El conflicto se convirtió cada vez más en una cuestión de vida o muerte política para todos los bandos. Cada vez eran más las personas que pensaban que Allende debía alejarse, porque en caso contrario la democracia desaparecería. El 5 de diciembre de 1972, Eduardo Frei, el muy respetado ex presidente demócrata cristiano, había abierto su campaña electoral para el Senado, acusando al gobierno de Allende de provocar una situación *catastrófica*, de intentar dividir a los chilenos hasta extremos en que la reconciliación era imposible, y de difundir el odio y la violencia.

Los presagios de Frei pronto se cumplieron. El 10 de enero de 1973, Allende anunció un nuevo sistema de distribución de alimentos básicos —aceite, arroz, carne, azúcar, café y trigo— que se traducía en un control del gobierno con respecto a quiénes podrían comprar esos alimentos de primera necesidad, en qué cantidades, y a qué precios. El plan asignaba la responsabilidad de distribución al por menor a comerciantes del barrio que *cooperaban* con el gobierno. El sistema sería dirigido por comisiones de precios y abastecimientos, dominados por integrantes del gobierno de coalición de Allende. A pesar de que la participación en el plan debía ser *voluntaria*, los comerciantes y familias que no se integraran a él no podrían comprar alimentos vitales a los precios subvencionados.

Este no era sólo un ataque a la empresa privada; significaba en definitiva un estricto sistema de racionamiento. Inevitablemente conducía a una reanudación de las huelgas. Como era también previsible, Allende reaccionó reiniciando sus abusivos ataques a los Estados Unidos. En parte ésta fue una artimaña para obtener apoyo en su campaña electoral para el Congreso. El 5 de febrero, la coalición de Allende publicó una plataforma electoral en la que una vez más proponía las *reformas* constitucionales que había ofrecido sin éxito en noviembre de 1971, y en las que se subordinaba la legislatura al dominio presidencial. Y, para peor, Allende comenzó a proferir amenazas de violencia. Declaró en un discurso que si la oposición democrática persistía en su camino de obstrucción, *la revolución chilena se vería obligada a abandonar la senda democrática y a abrazar la violencia física como instrumento*.

Las elecciones para las bancas del Congreso del 4 de marzo de 1973 finalizaron en un punto muerto. La coalición de Allende, con su influencia predominante sobre los medios de comunicación, obtuvo seis bancas en la Cámara de diputados y dos en la de senadores. Pero sus votos eran todavía sólo el 43,4% del total. El margen de la oposición democrática en ambas Cámaras siguió siendo sustancial (87 a 63 en la Cámara de diputados y 30 a 20 en la de senadores), aunque el Senado todavía carecía de la mayoría de dos tercios necesaria para anular los vetos presidenciales y las órdenes ejecutivas. En otras palabras, Allende no estaba en condiciones de implementar sus modificaciones constitucionales, pero la oposición no podría bloquear su método de gobierno. El resultado práctico fue que se endurecieron las líneas de batalla.

De este punto muerto, Allende extrajo la sorprendente conclusión de que tenía derecho a pasar por alto al Congreso e implementar, mediante decretos, los puntos más radicales de su programa electoral original. Dos días después de las elecciones publicó un decreto mediante el cual reorganizaba y reorientaba completamente toda la educación primaria y secundaria, tanto en los colegios privados como en los públicos. Según palabras del ministro de Educación, la meta consistía en *la construcción de una nueva sociedad socia-*

lista y en el armonioso desarrollo de la personalidad de la juventud dentro de los valores del humanismo socialista. Este burdo intento de politizar el sistema educacional, con sus claras implicaciones totalitarias, en la práctica unió a todos los opositores políticos de Allende: los partidos políticos democráticos, los militares y por primera vez también la Iglesia Católica. Y como lo había hecho tantas veces antes, a mediados de abril de 1973 Allende cedió. El Ministerio de Educación aceptó el pedido de la Iglesia de que el programa fuera pospuesto hasta haber sido sometido a un debate abierto y profundo. El hecho de que después de un intento de usurpación finalizara por rendirse, inevitablemente debilitó aún más la autoridad de Allende.

A fines de abril, las demostraciones y las huelgas se habían extendido a las ciudades de provincias y a las minas de cobre. La violencia se desencadenó en las calles de Santiago. Un incidente producido frente al cuartel general del Partido Demócrata Cristiano, proporcionó a Allende el pretexto para dar el paso extraordinario de cerrar la oficina central de ese partido de la oposición. El 6 de mayo, Allende declaró el estado de sitio en la provincia de Santiago, que continuó en vigor durante doce días. Los obreros, supuestos beneficiarios de la política marxista, se encontraban en abierta confrontación con un gobierno socialista, en ese momento propietario de las minas como consecuencia de la nacionalización.

El 15 de mayo, la asamblea nacional del Partido Demócrata Cristiano acusó al gobierno de *buscar la totalidad del poder, que significa la tiranía comunista bajo el disfraz de la dictadura del proletariado*. La declaración prometía utilizar *todo el poder (del partido)* para impedir la *escalada totalitaria* del gobierno. El ex presidente Frei, cuyos antecedentes democráticos estaban más allá de toda duda, fue elegido presidente del Senado. Un demócrata cristiano fue electo para presidir la Cámara de Diputados. La polarización de la vida política de Chile estuvo simbolizada por la negativa de Frei a hacerse presente el día en que Allende presentó su mensaje anual en la sesión de la apertura del Congreso.

No bien reinició sus sesiones, el Congreso comenzó una vez más a acusar a los ministros de Allende de violar la Constitución. Este extraordinario invento de introducir los métodos de una democracia parlamentaria dentro de un sistema presidencial, provocó interminables crisis de Gabinete. El 25 de mayo los demócratas cristianos acusaron a los ministros de Trabajo y de Minería, haciéndolos responsables de las huelgas en las minas de cobre. El Congreso también había suspendido a varios gobernadores regionales por su indulgencia hacia el terrorismo de izquierda. Mientras Allende intentaba soliviantar a la sociedad chilena, el Congreso se esforzaba por dismantelar su gobierno.

Todo esto ocurría con un trasfondo de creciente caos económico. En el término de los doce meses que finalizaron en mayo de 1973, el costo de la vida en Chile creció hasta un casi increíble 238%; la inflación era alentada por el gobierno como un medio de expoliar a la clase media; esto desencadenó una nueva epidemia de huelgas. El 22 de mayo los dueños de ómnibus privados dejaron de operar, exigiendo tarifas más altas y una solución a la severa escasez de repuestos. La contestación del gobierno fue requisar todos los ómnibus.

El 24 de mayo, mi asistente Bill Jorden me hizo llegar la advertencia del Servicio de Inteligencia de que los militares chilenos confabulaban. Sin embargo, Jorden pensaba que esos informes deberían ser tratados con cierto escepticismo: *esto significa que debemos observar cuidadosamente la situación, cosa que haremos. Pero mientras tanto, no creo que nos convenga excitarnos demasiado. Sobre todo, no debería hacerse ningún esfuerzo para involucrar de ninguna manera en estos acontecimientos a los Estados Unidos*. Las recomendaciones de Jorden estaban de más. Nadie propuso tomar ninguna medida, ni tampoco se tomó; no teníamos el menor trato con los militares que complotaban; no se realizó ninguna reunión del NSC para considerar el tema.

La única proposición que se hizo a los militares chilenos durante este período, formaba

parte de un plan de asistencia militar a los países claves de Latinoamérica. El propósito era prevenir la compra de armas soviéticas. En un memorándum dirigido a Nixon y fechado el 15 de mayo, yo respaldaba la recomendación del secretario de Estado Rogers de vender aviones F-5E a los países más importantes de América latina, incluyendo a Chile:

Hasta ahora ellos (los militares chilenos) han resistido todas las presiones de Allende a fin de que acepten los ofrecimientos soviéticos de créditos para compra de armamentos. Si nosotros impedimos que Chile obtenga aviones estadounidenses, nos podríamos granjear no sólo la enemistad de los militares chilenos, sino que además es posible que no les quede más alternativa que aceptar las presiones de Allende para que compren equipos rusos, con un consiguiente incremento de la influencia soviética.

En Chile los acontecimientos adquirieron un impulso propio. El 5 de junio, cuando se cumplían cuarenta y ocho días de la huelga en las minas de cobre, el gobierno se vio obligado a suspender los embarques de cobre al extranjero: se privaba así de su principal fuente de divisas extranjeras. Una vez más se produjeron luchas callejeras en Santiago y, el 15 de junio, Allende convocó a seis de los dirigentes huelguistas para moderar la violencia. (Esa reunión fue denunciada por los jefes de los partidos comunistas y socialistas como un intento de apaciguamiento.) El 15 de junio hubo mayor represión en las calles de Santiago; cuando los mineros en huelga iniciaron una marcha por la ciudad, sesenta y tres de ellos resultaron heridos. El 20 de junio millares de estudiantes, maestros y médicos iniciaron una huelga de solidaridad con los mineros y en protesta contra las medidas económicas del gobierno. Al día siguiente, la Confederación Central del Trabajo, conducida por comunistas, inició una contrahuelga en apoyo del gobierno. Entre la huelga y la contrahuelga, los transportes y el comercio se detuvieron, no sólo en Santiago sino también en Valparaíso, Concepción y Arica. Fue necesario recurrir a las fuerzas armadas para reprimir el furor.

El 21 de junio el gobierno clausuró el prestigioso diario *El Mercurio* por el término de seis días, alegando que había incitado a la subversión al imprimir una declaración del Partido Nacional que criticaba al presidente. Una vez más la medida demostró ser más provocativa que efectiva y destacó tanto la creciente debilidad de Allende como su proclividad antidemocrática. El diario sólo suspendió su publicación un día, debido a que un tribunal de apelación dejó sin efecto la medida judicial del tribunal inferior. El gobierno también intentó despojar al senador Onafre Jarpa, presidente del Partido Nacional, de su inmunidad como congresal. El 25 de junio, en su editorial, el *New York Times* advirtió sobre la posibilidad de una guerra civil, achacándole la mayor parte de las culpas a Allende:

Chile al borde del precipicio.

La guerra civil debe ser evitada declara el presidente Salvador Allende, pero su coalición dominada por los marxistas persevera en la política y las tácticas que sin duda acelerarán la polarización que ha llevado a Chile al borde del precipicio. Lo demuestra el intento gubernamental, sólo temporariamente exitoso, de cerrar *El Mercurio*, el diario conservador pero ampliamente respetado de Santiago, por haber publicado una solicitada del Partido Nacional que acusaba al doctor Allende de violar la Constitución.

Si el doctor Allende, a fin de evitar una explosión mayor, introduce a militares de alto rango en su Gabinete, como lo hizo por un breve lapso después de las paralizantes huelgas del pasado mes de noviembre, significará una confesión de incapacidad de liderazgo.

Los líderes y sostenedores del partido de la Unión Popular del doctor Allende no cesan de clamar contra los *fascistas y traidores* pero les resulta imposible ocultar el factor más importante de la presente crisis: ésta fue precipitada por una amarga huelga contra la corporación del Estado que es propietaria de las minas de cobre, por parte de los obreros de la mina El Teniente, muchos de los cuales votaron al doctor Allende en 1970 y aclamaron su nacionalización del cobre. . .

Elementos siniestros de la extrema derecha, incluyendo a los jóvenes de extracción fascista de la organización Patria y Libertad, han utilizado la huelga de El Teniente en un esfuerzo por paralizar al gobierno y provocar la intervención militar. Pero el doctor Allende todavía podría aislar y desarmar esas fuerzas si se impusiera a los radicales de sus propias filas e invitara a sus oponentes, especialmente a los demócratas cristianos, a mantener un genuino diálogo en el Congreso acerca de las medidas necesarias para sacar al país de la crisis y la confrontación en que se encuentra.

Esto inevitablemente significaría que el doctor Allende se vería obligado a renunciar a gran parte de su programa socialista, para el cual de todas maneras no tiene mandato, pero podría salvar a Chile de una toma del poder por parte de los militares o de la guerra civil que con toda razón teme el presidente.

Pero Allende no tenía el menor interés en entablar un diálogo democrático. Marchaba inexorablemente hacia un destino que al mismo tiempo temía y provocaba.

LOS MILITARES COMIENZAN A MOVERSE

El 29 de junio de 1973, cuarenta y dos años después del último intento militar de derrocar a un gobierno chileno, alrededor de cien soldados del segundo regimiento blindado atacaron el palacio presidencial y el Ministerio de Defensa de Santiago. Allende declaró el estado de emergencia y las fuerzas leales sofocaron la rebelión en cuestión de horas. Veintidós personas, en su mayoría espectadores civiles, resultaron muertos y otros treinta y cuatro fueron heridos en la lucha, que dejó la zona convertida en una espantosa carnicería.

Tan fuerte era la tradición constitucional de Chile, que este golpe de violencia llevó a fuerzas dispares a asumir la defensa del gobierno de Allende. Los comandantes en jefe de la Marina y la Fuerza Aérea le proporcionaron su apoyo de inmediato. El Partido Demócrata Cristiano también hizo un llamado a la defensa del orden constitucional. En la noche de ese mismo día yo le suministré a Nixon un resumen del abortado golpe de Estado: *todo indica que el intento de golpe fue un hecho aislado y un esfuerzo pobremente coordinado. La mayor parte de los líderes militares, incluyendo a los comandantes en jefe de las tres ramas de las Fuerzas Armadas, permanecen leales al gobierno.*

Una vez más, la reacción de Allende no resultó conciliatoria sino que deliberadamente aceleró el ritmo de su política radicalizante. Aunque no la alentó, su gobierno consintió la ocupación de cientos de empresas por parte de los militantes. El número de compañías tomadas por el gobierno casi se duplicó: en un solo día de 282 llegaron a 526 (13).

El 10 de julio, Bill Jorden me transmitió los últimos informes del Servicio de Inteligencia: que otro golpe militar era poco probable. Jorden seguía juzgando que nosotros debíamos continuar con nuestra política de no intervención.

Los Estados Unidos carecen de palancas poderosas o confiables para influir en los resultados finales. El hecho de alentar constantemente a las fuerzas internas constreñidas de Chile y continuar con las presiones económicas podrían tener un impacto limitado. Pero una política abierta y total de presión económica, sólo

ayudaría a Allende políticamente y este beneficio le resultaría mayor que el daño que pudiéramos causarle en lo económico.

Seguimos las recomendaciones de Jorden.

Sin embargo Allende continuó en el sendero que lo conduciría al desastre. Rechazó el programa de austeridad aconsejado por el Fondo Monetario Internacional que podría haber restaurado la posición financiera de Chile. Se negó a declarar una moratoria en las expropiaciones, que podría haber emparchado sus relaciones con los partidos democráticos de la oposición. Y desdenó la posibilidad de mejorar sus relaciones con los Estados Unidos, país que, a pesar de no haber causado las dificultades en que se encontraba, estaba en condiciones de ayudarlo a paliarlas.

Se desencadenó una nueva ola de huelgas. Volvió a comenzar el círculo vicioso de los paros que eran seguidos por requisas por parte del gobierno. El 26 de julio, los propietarios de camiones de todo el país se declararon en huelga. Allende ordenó que se les confiscaran los vehículos. El mismo día, los demócratas cristianos aceptaron negociar con Allende a fin de aliviar las tensiones. Las conversaciones empezaron el 30 de julio. El 1º de agosto, el Partido hizo llegar a Allende una carta con la lista de sus exigencias: los grupos paramilitares tanto de extrema izquierda como de extrema derecha, debían ser desarmados; las propiedades confiscadas después del golpe fallido tendrían que ser devueltas a sus propietarios; una ley de reforma constitucional delimitaría con claridad los sectores privados, mixtos y estatales de la economía; y por fin, los jefes militares serían incluidos en el Gabinete para proporcionar *garantías constitucionales*.

Ese mismo día, una docena de organizaciones privadas de empresarios y profesionales se unió para formar un *frente cívico* con el objetivo expreso de derrocar al gobierno de Allende. El 3 de agosto, el transporte público de Santiago virtualmente dejó de funcionar; los propietarios de ómnibus y taxis se habían plegado a la huelga de los camioneros privados. Los empleados de las obras sanitarias de Santiago también se declararon en huelga, y los médicos y mineros del cobre asimismo, amenazaban con hacerlo. Allende declaró que esa ola de huelgas era *sediciosa* y colocó a todos los servicios públicos en estado de emergencia. Se negó a permitir la participación militar en el Gabinete. Los demócratas cristianos respondieron declarando que las conversaciones con Allende habían llegado a su fin.

Nada simbolizaba mejor el colapso del orden constitucional chileno, que el hecho de que la oposición exigiera que los militares fueran incluidos en el gobierno como garantía de las prácticas democráticas. Hasta el líder del ala izquierda de la democracia cristiana —que en 1970 había apoyado la mayoría de las metas económicas y sociales de Allende— clamó por la participación militar para que las condiciones se *normalizaran*. El 9 de agosto, seis días después de haberse negado formalmente a hacerlo, Allende por fin se dio por vencido e incluyó a los militares en el Gabinete. En esta tercera reorganización del Gabinete en el año, el general Prats, un ex ministro del Interior además de comandante en jefe del Ejército, fue designado ministro de Defensa. Otros tres líderes militares asumieron las carteras de Finanzas, Transportes y Tierras. Aparte de sus integrantes militares, en lo político, el nuevo Gabinete estaba balanceado más o menos como el anterior al que había reemplazado: con tres socialistas, tres comunistas, dos radicales, un independiente y otros líderes de partidos menores que representaban a la izquierda.

Constituía una extraña combinación de revolucionarios y conservadores: y era imposible que pudiera funcionar. La única carta ganadora que le quedaba a Allende consistía en apelar a las naciones antinorteamericanas. La prensa de la izquierda empezó a acusar al embajador norteamericano en Santiago de respaldar las huelgas y alentar la violencia. Un editorial de *Ultima Hora* del 13 de agosto, firmado por el ex ministro del Interior Hernán del Canto, recientemente removido de su cargo por el Congreso chileno debido a

su fracaso en el intento de sofocar el terrorismo; acusaba al embajador Davis de ayudar a financiar la agitación contra el gobierno a través de la CIA. El 15 de agosto se descubrieron bombas frente a las casas de tres funcionarios de la embajada norteamericana. El embajador Davis recibió la seguridad de que no se tolerarían ataques a diplomáticos de nuestro país, pero el 21 de agosto el diario comunista *El Siglo* continuó con los cargos de que existía una conspiración extranjera contra la independencia y soberanía chilenas.

Allende se encontraba atrapado. No podía desafiar a sus críticos sin el apoyo de los militares; sin embargo, se negaba a abandonar su programa radical que era la meta en pos de la cual los militares se habían unido al gobierno. Prats, el defensor más leal de su gobierno dentro de los militares, se vio obligado a renunciar tanto a su cargo como ministro de Defensa como al de comandante en jefe, debido a la presión que sobre él ejercieron sus colegas militares el día después de que la Cámara de Diputados votó por 81 a 47 una resolución en la que acusaba al gobierno de *constantes violaciones de los derechos y garantías fundamentales establecidos por la Constitución*. Una vez más la Cámara solicitó que el Ministerio de Defensa *dirigiera las acciones del gobierno*, a fin de garantizar a las instituciones democráticas. El presidente del Partido Demócrata Cristiano, Patricio Aylwin, se hizo eco de esa exigencia.

Así, en cierto sentido, el inminente golpe de Estado del 11 de septiembre fue provocado por la recién electa Cámara de Diputados y por el partido democrático más importante de Chile.

EL GOLPE

A lo largo de todo este alboroto, Chile constituía una preocupación absolutamente periférica para los responsables de la política de Washington. Los acontecimientos chilenos fueron eclipsados por el Año de Europa, por la reunión cumbre de la URSS y por Medio Oriente. Las decisiones se fueron tomando tan sólo a medida que los acontecimientos las hacían necesarias, y casi invariablemente se relacionaban con temas económicos, tales como la periódica reunión de naciones acreedoras para refinanciar deudas o las conversaciones bilaterales sobre el tema de deudas, que se encontraban atascadas desde marzo de 1973. En estos asuntos la Tesorería era el órgano dominante, y su interés principal consistía en defender los principios económicos: compensación por las expropiaciones y evitar una cesación de pagos que sentara precedentes. El Comité 40 continuaba restringiendo nuestra disimulada ayuda para apoyar financieramente a los partidos políticos democráticos y a los medios de comunicación amenazados de extinción.

El hecho de que el 20 de agosto de 1973, el Comité 40 aprobara —por voto telefónico— otro millón de dólares para apoyar a los partidos políticos chilenos hasta mediados de 1974, demuestra que ningún funcionario importante consideraba probable un golpe de Estado. De ese millón de dólares aprobados, 225.000 fueron destinados a organizaciones del sector privado, sujetos a la aprobación del embajador Davis. Una vez más, tal como había sucedido con los fondos separados por la decisión del 26 de octubre, el embajador denegó su aprobación. El 25 de agosto, Colby, el director de la CIA, trató de pasar por alto al embajador solicitando a la Casa Blanca que le concediera autoridad para canalizar algunos de los fondos a fin de hacérselos llegar a los huelguistas. El 29 de agosto, Bill Jorden, recomendó que no aprobáramos la solicitud:

El embajador cree (acertadamente) que la política actual de los Estados Unidos consiste en mantener la presión, pero en no tomar parte en el derribamiento de Allende. Cree que esa nueva propuesta nos acercaría a este último curso de acción.

Coincidió con Jorden. No efectuamos nada con respecto a la recomendación de Colby; ni

siquiera se la hicimos llegar al presidente. Los acontecimientos muy pronto la tornaron impropcedente.

Setenta y dos horas antes de la explosión —el sábado 8 de septiembre— me contacté por primera vez con Nathaniel Davis. Este encuentro ha entrado en la mitología del complejo de culpa norteamericano como una reunión conspirativa con el fin de ajustar detalles del plan contra Allende. La verdad es que mi reunión con Davis no tuvo absolutamente nada que ver con Chile. Después de ser nominado como secretario de Estado el 22 de agosto, solicité que se me proporcionara una lista de los funcionarios de mayor rango del Departamento que fueran más hábiles y que estuviesen en condiciones de ocupar posiciones claves. El nombre de Davis figuraba en esa lista. Ya que yo no lo conocía, solicité que el Departamento de Estado lo invitara a mantener una entrevista conmigo. Sugerí que ésta se realizara durante el fin de semana del 8-9 de septiembre porque era la primera fecha libre que tenía después de mi regreso a Washington desde San Clemente. Se le advirtió a Davis que si esa fecha le resultaba inconveniente y su presencia era necesaria en Santiago, eligiera otra.

El tema de nuestro encuentro se centró en la organización interna del Departamento de Estado y de su personal. Como resultado de esa conversación nombré a Davis director general del Servicio Exterior. Sin embargo, antes de enfrascarnos en mi principal preocupación, le pedí que me pusiera al día en lo referente a la situación chilena. Davis enfatizó que Chile se deslizaba hacia la crisis; cada vez eran mayores las posibilidades de un golpe militar. Pero no estaba seguro de si ese golpe daría como resultado un régimen nacionalista prooccidental como el de Brasil, o un régimen radical y tercer mundista como el de Perú. Todavía cabía la posibilidad de que los militares se echaran atrás a último momento. En ese caso —quizás de todos modos— Allende tal vez tuviera éxito en establecer una dictadura al estilo cubano. Yo especulé que si él fuera obligado a renunciar, el presidente del Senado, Eduardo Frei —que nos merecía un alto concepto como patriota y como demócrata— se haría cargo del poder de acuerdo a lo previsto en la Constitución chilena. Davis me advirtió que si los militares llegaban a vencer las inhibiciones que les provocaba un golpe, no se apresurarían luego a entregar el poder. Habló como un oráculo.

Yo le solicité a Davis que mantuviera a la embajada norteamericana al margen de la crisis que se avecinaba. El me aseguró que sus *firmes instrucciones a todos los empleados eran que no debían dejarse involucrar en modo alguno*. Davis se aferró meticulosamente a esa resolución. Debido a la importancia retroactiva que (erróneamente) se le ha dado a esta entrevista, he incluido la transcripción de la parte de la conversación referente a Chile en las Notas finales de este libro (14).

Esa conversación no deja dudas acerca del estado de nuestros conocimientos y de nuestras intenciones inmediatamente antes del golpe de Estado. Teníamos conciencia de lo que todos los chilenos, incluyendo a Allende, sabían bien: que los militares, que ya controlaban posiciones claves dentro del gobierno, consideraban seriamente la posibilidad de hacerse cargo del poder, cosa a la que habían sido virtualmente invitados por la Cámara de Diputados y por el presidente del Partido Demócrata Cristiano. Pero ignorábamos planes o fechas específicas. Y no éramos partidarios de nadie.

El movimiento se inició aproximadamente a las seis y media de la mañana del 11 de septiembre de 1973. Las estaciones de radio de la oposición propalaron una proclama de los comandantes en jefe del Ejército, la Fuerza Aérea, la Marina y el cuerpo de carabineros en la que instaban al presidente Allende a renunciar de inmediato. Los comandantes declaraban que las Fuerzas Armadas y los carabineros estaban unidos en su lucha contra el marxismo y contra el gobierno incompetente que conducía al país a un caos. Aseguraron a los obreros que sus logros económicos y sociales serían mantenidos. Ordenaron que todas las estaciones que apoyaban al gobierno dejaran de propalar sus audiciones.

Allende llegó al palacio presidencial a las siete y media de la mañana acompañado por una fuerte escolta armada. A través de la red de emisoras del país hizo conocer su negativa a renunciar; instó a los obreros a ocupar las fábricas y a montar la resistencia. Después que la Fuerza Aérea bombardeó el palacio presidencial, las tropas del Ejército entraron en él alrededor de mediodía. Encontraron a Allende muerto. Nuestra embajadora hizo llegar a Washington el informe de que se había suicidado mediante una ametralladora regalada por Fidel Castro. Yo no estoy en condiciones de evaluar las versiones contrarias que han circulado (15).

He descripto la caída de Allende en detalle como un caso histórico de mitología política. En algunos ambientes, nuestra presunta *desestabilización* de Chile se ha convertido en la palabra clave para todo lo que ellos consideran pernicioso en la política norteamericana. El único problema es que nada de eso ocurrió. No fueron los Estados Unidos sino el propio Allende, con la ayuda de Cuba, quienes planearon la insurgencia paramilitar y la subversión, proporcionando armas clandestinas a los elementos comunistas radicales. Lo que nosotros hicimos fue apoyar a los diarios libres y a los partidos políticos que buscaron nuestra ayuda contra una campaña de mano pesada calculada para suprimirlos antes de las próximas elecciones. No se puede decir que los Estados Unidos fueran el elemento crucial y determinante de los acontecimientos. Fue Allende quien en 1973 llevó al sistema económico y político tan cerca de la bancarrota, que nuestro embajador frenó nuestras subvenciones al sector privado por temor de que se nos culpara del inevitable colapso. Quizás el comentario necrológico más astuto sobre Allende fuera el expresado por ese viejo veterano revolucionario, el premier chino Chou En-lai, quien apoyaba con fuerte simpatía los experimentos marxistas de Allende. Durante mi visita a China, pocos meses después de la muerte de Allende, Chou me contó que lo había urgido a moverse con menor velocidad, a ser menos doctrinario. Pero Allende ignoró el consejo chino:

Nosotros les hablamos de los riesgos que corrían, pero no nos creyeron. Esos fenómenos fueron provocados por ellos mismos. . . Yo sólo le escribí una carta al presidente Allende, pidiéndole que no hiciera tantas cosas con tanto apuro. Sólo se trataba de problemas económicos que ellos deberían haber previsto. No tenían que hacer todo al mismo tiempo, sino dar sólo un paso por vez. Constituía un error prometerle demasiadas cosas al pueblo porque les sería imposible cumplirlas. Nosotros creemos que la vida de la gente sólo puede ser mejorada sobre la base de la producción. Cuando uno habla de socialismo, también piensa en bienestar. Y mi carta al presidente Allende apareció en los diarios, pero fue inútil porque la palabra de un extranjero no significaba nada para ellos.

Ya sea por designio propio o a través de la dinámica de su coalición radical —posiblemente por una combinación de ambos— al llegar 1973, Salvador Allende había producido una polarización tal en Chile, que sólo podía terminar de dos maneras: una dictadura al estilo cubano o un gobierno militar. Todos los partidos democráticos habían llegado a la misma conclusión, aunque sin duda subestimaban la ansiedad de los militares para mantenerse en el poder una vez que abandonaron su histórico papel de guardianes de la Constitución. La junta chilena fue instada a la acción por el caos incipiente y por los ruegos de los partidos políticos democráticos. Se movió, y según todas las evidencias con extremo disgusto, sólo cuando sintió que contaba con el apoyo de la mayoría de los chilenos. Al asumir la responsabilidad política, su inexperiencia en la materia —por no llamarlo candor— se hizo evidente; aunque uno no debería descartar el juicio básico de estos militares de que la estructura partidista existente, que había llevado a Chile al borde de la guerra civil, probablemente no pudiera sobreponerse a las condiciones que hicieron necesaria la intervención militar.

Es importante recordar lo que un demócrata tan dedicado como el ex presidente Frei proclamó inmediatamente después del golpe militar:

Los militares han salvado a Chile y nos han salvado a todos nosotros. Nuestras vidas ciertamente no son tan importantes como la del país, pero son vidas humanas, y muchas, y todas ellas todavía no están seguras porque las Fuerzas Armadas continúan descubriendo escondrijos y arsenales. Los marxistas preparaban con habilidad una guerra civil. Y eso es lo que el mundo no sabe, lo que se niega a saber (16).

LA REACCION DE WASHINGTON

Sucedió que el golpe tuvo lugar en medio de mis audiencias para ser confirmado como secretario de Estado. Esto hizo más lenta la respuesta norteamericana. Pero no afectó nuestra actitud final.

Al día siguiente, 12 de septiembre, se citó a una reunión del WSAG (Grupo Especial de Acción de Washington). El informe de Colby, con el que se inició la junta, fue extremadamente cauteloso pero acertado. Colby definió al general Augusto Pinochet, el jefe del golpe, como un oficial que hasta el momento no se había destacado demasiado, pero con reputación de ser pro-norteamericano. Colby predijo acertadamente que los militares insistirían en realizar cambios fundamentales en el sistema político. La desconfianza que sentían hacia los políticos civiles hacía altamente improbable que llamaran a elecciones a corto plazo. Predijo también que la Junta no daría marcha atrás en todos los programas sociales de Allende, pero que permitirían un gradual retorno a la propiedad privada. En lo referente a política internacional, Colby esperaba que finalizaran las invectivas contra los Estados Unidos y que se atemperara la posición asumida por Allende dentro del Tercer Mundo. El nuevo gobierno había roto relaciones con Cuba y expulsado del país a 150 cubanos.

Con estos antecedentes, el WSAG comenzó a analizar asuntos operativos: ¿Teníamos que reconocer a la Junta? ¿Cuál debía ser nuestra actitud frente a los pedidos de ayuda chilenos, ya fueran económicos o militares? ¿Y qué posición pública era necesario asumir frente al nuevo régimen? Como sucede a menudo en medio de un cataclismo, dos decisiones accidentales y casuales preocupaban a los responsables de las medidas políticas. Existía el problema de la disposición a tomar acerca de la inminente visita a Chile de un equipo de acrobacia aérea de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y de un ejercicio naval de los Estados Unidos a realizarse en alta mar frente a las costas de Chile y Perú: dos acontecimientos que habían sido fijados meses antes. La opinión general de la WSAG, indudablemente fue de alivio ante la caída de Allende (aunque no ante su muerte). Teníamos plena conciencia del peligro de que se nos acusara de ambas cosas. En medio de la atmósfera post-Vietnam, y de Watergate, los Estados Unidos tenían que evitar acusaciones de complicidad norteamericana en un acontecimiento que todos los presentes en la sala consideraban de interés nacional para nosotros.

Tomando en cuenta esas consideraciones la WSAG aconsejó al presidente que el asunto del reconocimiento diplomático fuese acallado. Como proposición general, nosotros reconocemos a los países, no a los gobiernos. Sin embargo, en la práctica haríamos lo posible por no estar entre los primeros en reconocer y en tener tratos con el nuevo gobierno. Como le escribí al presidente, nos inclinaríamos *por adoptar una actitud contenida, para permitir que los gobiernos latinoamericanos y posiblemente algunos europeos, tuvieran tiempo de anunciar la continuación de sus relaciones*. Argumenté —con excesivo optimismo— que ese curso de acción *impediría que nos acusaran de estar implicados, cosa que no solamente sería negativa para nosotros sino, lo que era más importante, para el nuevo*

gobierno chileno. Sin embargo, recomendamos que el embajador Davis informara a las nuevas autoridades chilenas, discretamente y a través de un intermediario, que nuestra disposición básica era favorable. Resultaba necesario que comprendieran que nuestra demora en hacer un reconocimiento formal del nuevo gobierno era de interés mutuo.

Con respecto a la ayuda económica, se designó una comisión de funcionarios de distintos departamentos gubernamentales para que se anticiparan a las solicitudes de Chile y proporcionaran respuestas convenientes. Decidimos, como cuestión de rutina, cumplir las obligaciones de abastecimiento militar, a las que nos habíamos obligado mientras Allende estaba en el poder. En cuanto a los aviadores acróbatas, permitiríamos que fuese el gobierno chileno quien decidiera si deseaba que la visita siguiera en pie. (Decidieron suspenderla.) El ejercicio naval fue cancelado y la Marina de los Estados Unidos ordenó que los barcos se mantuvieran alejados de las costas de Chile, y hasta más allá de las aguas territoriales del país. El representante del Estado Mayor Conjunto objetó, con bastante razón, que no podíamos renunciar a nuestro derecho de utilizar las aguas de alta mar cercanas a cada país en el que se hubiera producido una revolución. Para defendernos contra la esperada acusación de complicidad, la WSAG pidió a la CIA que preparara una lista de todas sus actividades en Chile durante los tres últimos años: una tarea que difícilmente le habríamos recomendado si hubiésemos planeado el golpe de Estado. La lista nos permitiría refutar cargos inexactos y asegurarnos de que no se había producido ninguna acción no autorizada que pudiera ser utilizada para implicar a los Estados Unidos. La CIA no nos informó que hubiese tomado ninguna acción de ese tipo. Sin embargo, esto no impidió que se nos acusara.

El primer contacto entre la Junta militar y los funcionarios de los Estados Unidos tuvo lugar el día después del golpe, el 12 de septiembre, cuando el general Pinochet inició una reunión secreta con el jefe del grupo consejero de asistencia militar de los Estados Unidos.* Tal como yo le informé a Nixon, Pinochet enfatizó que *él y sus colegas ni siquiera nos habían dejado caer una indirecta anticipada del curso de acción que pensaban emprender, y expresó que pensaba que había sido mejor no hacerlo.* El deseo fundamental de la Junta era restaurar los lazos tradicionales de amistad que unían al país con los Estados Unidos. Chile necesitaba ayuda en alimentos y además un año de refinanciación de deudas. Mi informe concluía con las siguientes palabras:

Con respecto al asunto del reconocimiento, Pinochet comprende y está tranquilo. El mismo expresó que era obvio que los Estados Unidos no fueran los primeros en anunciar su intención de continuar las relaciones con el nuevo gobierno chileno. También reconoció que era aconsejable evitar un exceso de identificación pública con nosotros por el momento.

El 13 de septiembre le informé a Nixon que el Partido Demócrata Cristiano y el Social Democrático habían hecho sendas declaraciones de apoyo a la Junta, lo mismo que el presidente de la Suprema Corte. El WSAG se reunió de nuevo el 14 de septiembre. La cuestión clave consistía en saber qué clase de asistencia podían proporcionar los Estados Unidos al nuevo régimen, sin verse involucrados en las acciones represivas que éste pudiera emprender.

En esa reunión no llegamos a ninguna decisión específica. Yo resistí las presiones de William Simon, en esa época vicesecretario de la Tesorería, que me instaba a *utilizar el golpe de Estado como un argumento de negociación* para solucionar los asuntos de las

* La fecha no es segura. El memorándum que le dirigí al presidente informando esta conversación está fechado el 19 de septiembre. El primer borrador de ese memorándum, preparado por Bill Jorden, mi ayudante del NSC, está fechado el 12 de septiembre. Me resulta imposible explicar el largo intervalo existente, excepto debido a mi preocupación por las audiencias para que el Senado me confirmara en el cargo.

expropiaciones y las deudas. Argumenté que, si lo hacíamos, el nuevo gobierno podía aparecer como un títere de los intereses económicos de las compañías multinacionales.

Esa actitud ambivalente se mantuvo a lo largo del mes de septiembre. En una reunión del WSAG del 20 de septiembre, eludimos el pedido chileno de mil cascos y dos mil luces de bengala para luchas nocturnas. Pero se decidió que el 24 de septiembre anunciaríamos que los Estados Unidos consideraban que sus relaciones con el gobierno de Chile eran *continuadas*: lo cual implicaba un reconocimiento de la Junta. Para ese entonces Brasil, Argentina, Perú, México, Francia y Suiza ya habían extendido una u otra forma de reconocimiento al gobierno. La demora, por lo tanto, había beneficiado nuestra estrategia de no ser los primeros. Los intereses internos, también, pueden haber servido a esta buena política. Nadie quería complicar mi confirmación como secretario de Estado.

Nuestra respuesta a los pedidos chilenos de ayuda económica fue igualmente ambivalente. Se autorizó al embajador Davis a informar al gobierno chileno que los asistiríamos con suministros de emergencia de víveres y medicamentos. Estábamos dispuestos a conversar sobre las necesidades de mediano y largo alcance. La WSAG decidió que, si la Junta lo solicitaba, enviaría un equipo para evaluar esas necesidades.

Mientras tanto la Junta se afirmaba en el poder. El 21 de septiembre declaró fuera de la ley a los partidos políticos marxistas y *en receso* a los no marxistas. El 25 de septiembre abolió la Confederación Central de Trabajo, adicta a Allende, destituyó a todos los intendentes y ediles de los municipios, y poco después se hizo cargo del control de las universidades, reemplazando a los rectores por delegados militares.

El 27 de septiembre, la Junta apeló al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial para que le prestaran asistencia a fin de rescatar a Chile del *precipicio de la bancarrota*. Prometía *crear las condiciones que formarán un entorno en el cual la asistencia exterior podrá resultar eficaz*. El 28 de septiembre el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, contraalmirante Ismael Huerta, declaró que Chile estaba dispuesto a reanudar las negociaciones sobre compensación por las minas de cobre norteamericanas cuyas propiedades chilenas habían sido nacionalizadas. Fueron abolidas las agencias que administraban los alimentos y que se hacían cargo del control de precios, y el gobierno prometió devolver las tierras ilegalmente expropiadas bajo el gobierno de Allende. El escudo chileno fue devaluado en un 143%.

Nosotros continuamos transitando por nuestra cuerda floja, tratando de equilibrar nuestra convicción de que los acontecimientos internos de Chile eran geopolíticamente convenientes para nuestra nación con nuestro punto de vista de que un abrazo demasiado entusiasta podría crearnos problemas domésticos con la mayoría del Congreso, siempre lleno de sospechas hacia los gobiernos conservadores. Públicamente nos mantuvimos a cierta distancia del gobierno militar; privadamente respondimos a varios de sus requerimientos. El 1º de octubre, yo advertí a mi personal del Departamento de Estado:

que en lo que al nuevo gobierno de Chile se refiere, debemos abstenernos de apoyar movimientos contra ellos aparentando disociarnos de los chilenos y, por otra parte, no debemos estar en posición de defender lo que se está haciendo en Santiago.

De acuerdo a esta línea de acción, al día siguiente se decidió que el ministro de Relaciones Exteriores Huerta, que se encontraba en Nueva York para asistir a la asamblea general de la UN, no debía ser excluido del almuerzo que ofrecería el secretario de Estado a los jefes de las delegaciones latinoamericanas, a pesar de que su gobierno todavía no había sido totalmente reconocido; el ministro chileno debía ser ubicado en la mesa de acuerdo al protocolo habitual. Y acepté conocer a Huerta durante su estadía en los Estados Unidos. El hecho de que todos estos asuntos requirieran decisiones formales,

constituía un reflejo de la atmósfera de esa época, en la que el derrocamiento de un gobierno radical por su propio pueblo, sería casi ritualmente achacado a la influencia perniciosa de Norteamérica.

Nuestro encuentro tuvo lugar el 11 de octubre. Huerta, un oficial naval sumamente cortés pero sin la menor experiencia diplomática, estaba genuinamente desconcertado por la manera en que debía tratar a ese extraño país, cuya prensa y cuyo Congreso se mostraban cada vez más antagónicos hacia un gobierno amigo en Santiago, en tanto en su mayor parte habían ignorado o se habían mostrado medianamente comprensivos hacia su predecesor marxista que explícitamente alentaba al radicalismo antinorteamericano a lo largo del hemisferio occidental. Huerta estaba convencido de que los militares chilenos habían salvado al país de un régimen totalitario y a los Estados Unidos de un enemigo: y tenía razón en ambos sentidos. Cuando yo le advertí que Chile pagaría un pesado precio en su imagen internacional si recurría a una represión brutal, me replicó que la primera prioridad de su gobierno era controlar *la situación interna*. Yo le expresé que básicamente considerábamos que el nuevo gobierno coincidía con nuestros intereses, pero que pensaba mantener la libertad de llamarle la atención frente a acciones de la Junta que podían debilitar su posición internacional: una manera delicada de sacar el tema de los derechos humanos.

Muy pronto resultó evidente que existían obstáculos importantes para ayudar a las nuevas autoridades chilenas. Sin duda, los préstamos de bancos privados aumentaron rápidamente a medida que los asuntos de las expropiaciones quedaban resueltos y comenzó a tener efecto el programa de austeridad. Pero la intensidad del sentimiento contrario a los gobiernos militares que abrigaba el Congreso después de Vietnam y Watergate, hicieron que resultara muy difícil obtener ayuda por parte del gobierno. La Commodity Credit Corporation* prestó 24 millones para reemplazar embarques de alimentos de Europa oriental y de la Unión Soviética que habían emprendido el regreso en alta mar el mismo día del golpe. (Esta fue una clara prueba de las motivaciones políticas de los programas de ayuda soviéticos.) A mediados de noviembre, nuestro Departamento de Agricultura otorgó a Chile un préstamo adicional de 28 millones de dólares. Por lo demás, nos apoyamos principalmente en el programa de alimentos PL-480 como forma de solucionar las necesidades chilenas. La asistencia en alimentos provocaba menos controversias, ya que llegaría a manos de los hambrientos y dado que el gobierno los repartía con considerable discreción.

Irónicamente la administración Nixon se mostraba reacia a formalizar acuerdos en lo referente a abastecimientos militares, aun cuando los habían concretado con el gobierno de Allende, porque temía que causarían una explosión en el Congreso que estropearía todo nuestro programa de ayuda al exterior. Por este motivo la entrega a Chile de tres destructores —¡que habían sido prometidos a Allende!— fue demorada varias semanas hasta que la ley de ayuda extranjera hubo sido aprobada.

El 12 de diciembre llegó a Washington una delegación económica chilena, y el 21 de diciembre el Departamento de Estado y la Tesorería anunciaron que finalmente se había firmado un acuerdo refinanciando las deudas de Chile a los Estados Unidos (que totalizaban 124 millones de dólares) por el período comprendido entre noviembre de 1971 y diciembre de 1972. Chile comenzó a realizar pagos de acuerdo al nuevo plan. Reiteró su promesa de *cumplimentar todos los pagos a las naciones acreedoras* según el acuerdo de abril de 1972 y, en particular, su intención de negociar con las empresas acerca de la justa compensación por las propiedades nacionalizadas. La refinanciación de la deuda

(*) Organismo oficial estadounidense creado en 1933 bajo las leyes del Estado Delaware. En 1939 pasó al Departamento de Agricultura debido a un plan del presidente Franklin Delano Roosevelt. En el 48 por medio de una ley se lo establece como un organismo federal. Sus objetivos son estabilizar y proteger los ingresos de los agricultores y ayudar al mantenimiento del balance y a la provisión o abastecimiento de productos agrícolas (N. del T.).

chilena de 1973 y 1974 sería tratada en una reunión del Club de París en febrero de 1974.

Todas estas maniobras ocultaron el problema fundamental: ¿cómo conciliarían los Estados Unidos sus intereses geopolíticos con su preocupación por los derechos humanos? Resultaría inútil negar que nos embargaba una sensación de alivio frente a la caída de Allende. El nuevo gobierno chileno, sean cuales fueren sus defectos, no atacaría nuestros intereses en todos los foros internacionales como lo había hecho su predecesor. No sería un refugio para los terroristas de todas partes del mundo, que amenazaban con consolidar el totalitarismo en Chile y con sembrar la subversión en los países vecinos del hemisferio occidental. No lográbamos convencernos de que minar el nuevo gobierno no serviría ni a la causa de los derechos humanos ni a nuestra propia seguridad. Sin embargo, tampoco podíamos ignorar que los mismos partidos y diarios de la oposición que habíamos intentado mantener vivos bajo el gobierno de Allende, habían sido suprimidos por la Junta. La imposición de un régimen autoritario dentro de un país con una tradición democrática de tan larga data como Chile, era una gran pena; pero las circunstancias que lo habían producido eran también extraordinarias.

Desgraciadamente, este asunto se presentó en EE.UU. en el peor momento posible. Después de Vietnam y durante Watergate, la idea de que debíamos ganarnos el derecho de conducir la política exterior mediante una pureza moral —de que prevaleceríamos a través de la justicia más que a través del poder— resultaba inevitablemente atractiva. Reinaba un clima de resignación frente a un mundo de difíciles decisiones tácticas, reforzado por el histórico estado de ánimo norteamericano hacia el concepto de equilibrio. No era la primera vez en nuestra historia que la aversión a la política de poder tomaba la forma de una cruzada moral. Y el clima fétido de Watergate dotó de cierta credibilidad a la acusación de que el gobierno era moralmente obtuso.

Chile quedó así encerrado en un debate doméstico que trascendía el tema de ese país; se vio obligado a cargar con el peso de Watergate y de Vietnam. El gobierno de Nixon no era tan insensible a las torpes y a veces brutales prácticas de la Junta chilena, como quieren hacer creer nuestros críticos. Pero nosotros considerábamos que el cambio de gobierno de Chile era favorable: aun desde el punto de vista de los derechos humanos. Por lo tanto, estábamos dispuestos a otorgar una oportunidad a los líderes militares; nos dirigimos a ellos repetidas veces en privado para que sus métodos no fueran tan drásticos. No cabe duda de que nuestra insistencia en una diplomacia silenciosa debilitó nuestra causa dentro de los Estados Unidos, a pesar de que tuvo éxito con Chile en muchos casos individuales. Es igualmente cierto que muchos de nuestros críticos se mostraron retroactivamente ciegos a las implicaciones totalitarias de la política de Allende, ignoraron el peligro de su alianza con Cuba y con la Unión Soviética, inventaron para nosotros un papel en su caída, y actuaron como si derrocar a la Junta fuese ahora el único objetivo nacionalmente válido.

A las pocas semanas de la caída de Allende, su incompetencia, su corrupción y la violación de los procedimientos democráticos —todos ampliamente reconocidos mientras él estaba vivo— desaparecieron de los comentarios públicos. Se hacían repetidas referencias a Allende como *líder democráticamente electo*, en las que se evitaba mencionar que jamás contó con la mayoría necesaria para imponer la transformación que intentaba; que, de haber tenido éxito, su política antidemocrática habría significado la clausura del sistema constitucional chileno, y que era malignamente hostil a los Estados Unidos.

La nueva situación difícil de los partidos democráticos de Chile, bajo el poder de la Junta, nos indujo a modificar el foco de atención, empañando nuestra memoria histórica. Las continuas batidas y detenciones de civiles en Chile fue una fuente de muchas angustias, particularmente para nosotros. A pesar de que sabíamos que varios ciudadanos norteamericanos se encontraban detenidos en el Estadio Nacional de Santiago, a nues-

tros funcionarios de la embajada se les negó el acceso. Se denunció la desaparición de otros norteamericanos; algunos murieron. Estimaciones extraoficiales calculaban que el número de prisioneros oscilaba entre 3.500 y 20.000. Los rumores de torturas corrían de boca en boca. Se estaba creando la impresión de que todos los arrestos eran arbitrarios; no se hacía la menor referencia a los miles de revolucionarios importados y armados por Allende y sus socios.

El 22 de septiembre, la Junta confirmó que altos oficiales del ex gobierno de Allende se encontraban detenidos en una prisión naval de la isla Dawson. También había sido detenido Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista, cosa que generó una inmediata presión internacional en su apoyo. Hasta Kurt Waldheim, el secretario general de la UN, a pedido de la delegación de la Unión Soviética en las Naciones Unidas, gestó más adelante un petitorio para salvar la vida de Corvalán. Este era un síntoma, no de las simpatías de Waldheim, sino del doble criterio del grupo dominante en las Naciones Unidas; no se realizó ninguna súplica similar en beneficio de las víctimas de la posterior revolución de Irán, mucho más numerosas y mucho peor tratadas. Irónicamente, fueron los Estados Unidos los que obtuvieron la libertad de Corvalán tres años más tarde, a cambio del disidente soviético Bukovsky.

El 26 de septiembre, dos días después de que los Estados Unidos anunciaron que consideraban que sus relaciones diplomáticas con Chile *continuaban*, este país dejó en libertad a seis ciudadanos norteamericanos que habían sido arrestados durante el golpe. Dos de ellos comparecieron dos días más tarde en las audiencias que mantenía el subcomité para los refugiados del senador Edward Kennedy, para quejarse de que habían oído —aunque no presenciado, la ejecución de varios cientos de prisioneros en el Estadio Nacional de Santiago. El senador Kennedy deploró la *política de silencio* del gobierno de Nixon. El 2 de octubre, propuso una enmienda a la ley de asistencia exterior, declarando que el Congreso opinaba que el presidente debía suspender toda ayuda a Chile que no fuera la estrictamente humanitaria, *hasta que compruebe que el gobierno chileno protege los derechos humanos de todos los individuos, chilenos y extranjeros; como lo especifica la Declaración Universal de los Derechos Humanos*.

La ley de asistencia extranjera, tal como fue finalmente aprobada por el Congreso en diciembre de 1973, no contenía esa prohibición, aunque sí un pedido de que Nixon se dirigiera al gobierno chileno para solicitarle que respetara los derechos humanos. En 1974 el senador Kennedy montó un nuevo esfuerzo para cortar la ayuda a Chile. En diciembre de 1974, ambas Cámaras del Congreso votaron en la legislación de ayuda exterior para 1975, finalizar toda la ayuda militar norteamericana a Chile, *a menos que el presidente informe al Congreso que Chile está haciendo mejorías fundamentales en la observancia de los derechos humanos*. En 1976 toda la ayuda a Chile fue efectivamente cortada: una medida que jamás se había tomado contra Allende.

La Junta chilena era juzgada con excepcional severidad mientras debía enfrentarse con condiciones muy cercanas a las de una guerra civil. Probablemente prosiguió con sus prácticas autoritarias durante demasiado tiempo, pero quedan en pie dos interrogantes: ¿Era el deber de los Estados Unidos someter a Chile a un hostigamiento tal, que excedía en mucho a cualquiera que se hubiera realizado jamás contra Allende? ¿No existía un doble criterio que continuó siendo demostrado, a un paso cada vez más creciente, a lo largo de la década de 1970? Ninguna revolución radical, por sangrienta que haya sido —y uno piensa en Cuba, Irak, Argelia, muchos países africanos, la ocupación que Vietnam hizo en Indochina, el Irán de Khomeini— ha concitado la campaña mundial de prensa y la indignación global provocadas por los torpes autoritarismos de Santiago. ¿Fue por lo criminal de sus métodos, o por su posición derechista en el espectro político? ¿Su pecado consistió en la falta de libertades civiles o en haber abandonado el abrazo de la izquierda? ¿Por qué se encuentra tan difundido el argumento de que los gobiernos del ala

izquierda, como el de Nicaragua, deben ser moderados por una ayuda económica, mientras que los gobiernos conservadores como el de Chile deben ser reformados por medio del ostracismo? El gobierno socialista de Suecia cortó la ayuda a Chile el 13 de septiembre, dentro de las cuarenta y ocho horas del golpe de Estado, antes de que fuera posible conocer sus futuras implicaciones. ¿Alguna vez había actuado con tanta celeridad, o adoptado algún curso de acción contra los tiranos de la izquierda? En todo caso, prestó una generosa ayuda a Hanoi durante la guerra del Vietnam y posteriormente.

No intento disculpar todas las medidas de la Junta, varias de las cuales considero innecesarias, mal aconsejadas y brutales. Tampoco cuestiono las motivaciones humanas de muchos de sus críticos. Pero la Junta heredó una situación revolucionaria en la cual la violencia alentada por el gobierno jugaba un papel importante. Un análisis serio debe considerar estos aspectos.

En medio de la angustiada situación interna que atravesábamos, resultaba imposible plantearse siquiera esas preguntas. Se nos obligaba a aislar a Chile hasta un punto que considerábamos poco prudente. Igual que en el caso de la enmienda Jackson, estábamos convencidos de que nuestros métodos hubieran producido un alivio mucho más rápido en la situación, sin correr el riesgo de empujar a la Junta hacia un nacionalismo antinorteamericano, o desmoronarse hacia el totalitarismo de izquierda.

Acontecimientos más urgentes—sobre todo la guerra de Medio Oriente— convirtieron a Chile en un tema secundario. La Junta logró consolidar su posición. El Congreso de los Estados Unidos le impuso restricciones cada vez mayores. En junio de 1976, yo asistí en Santiago a una asamblea general de la OEA, y pronuncié un discurso sobre los derechos humanos. El estado de los derechos humanos en Chile había mejorado pero no era todavía completamente satisfactorio; sin embargo, era mucho más aceptable que en muchos regímenes radicales de izquierda que han escapado a toda censura. El mundo siguió la moda de condenar a la Junta —y a los Estados Unidos—, olvidando convenientemente que las ambiciones y la incompetencia de Allende, y no el imperialismo norteamericano o el deseo desmesurado de poder de los generales, fue lo que provocó la caída del sistema constitucional. En la teología de la izquierda, la caída de Allende *tenía* que deberse al maligno trabajo de los demás.

Pero a lo largo del tiempo, Chile poco a poco fue perdiendo su interés primordial, tanto para la opinión pública norteamericana como para aquellos que dictan la política de nuestro país. La historia, la evolución y el espíritu del pueblo chileno determinarían el futuro de las instituciones chilenas y, con ellas, las relaciones de ese país con los Estados Unidos.

Capítulo X

SECRETARIO DE ESTADO

CRISIS DEL EJECUTIVO

Uno de los tormentos más crueles que sufrió Nixon en su purgatorio de Watergate fue mi surgimiento como la figura preeminente en materia de política exterior.

Lo que más ansiaba Richard Nixon era pasar a la historia como un pacificador. Había organizado su gobierno en forma tal que lo hiciera aparecer a él como la fuente de la política exterior, tanto en su concepción como en su ejecución. Para ello había insistido en lanzar desde la Casa Blanca todas las iniciativas internacionales importantes: había excluido de las decisiones claves, en forma implacable y casi humillante al Departamento de Estado y al secretario de Estado William P. Rogers. (1) Fui su principal instrumento porque parecía idealmente ubicado para jugar un papel detrás de la escena. Como un profesor de Harvard me encontraba sin base política; como un ciudadano naturalizado, hablaba con acento, se me creía incapaz de atraer a la publicidad; en algunas ocasiones, desde el momento que fui un miembro del séquito presidencial, mi acceso a los medios de comunicación masiva podía ser controlado por la Casa Blanca.

En un comienzo las cosas habían resultado como Nixon planeaba. Mi oficina dominaba el proceso político, se me confiaron varias negociaciones delicadas. No es verdad, como luego se dijo, que la compleja maquinaria interdepartamental del Consejo de Seguridad Nacional fue creada a fin de generar trabajo para la burocracia, mientras que las reales negociaciones de nuestras relaciones exteriores eran conducidas a través de mi oficina. No fuimos ni tan vivaces ni tan retorcidos. La maquinaria interdepartamental se utilizó para resolver problemas reales; fue diseñada para extraer las mejores ideas dentro del gobierno y definir la lista de opciones disponibles para el presidente. La decisión final era tomada a menudo sólo por Nixon o consultándola conmigo; pero aunque la burocracia no participó en lo que se resolvía, jugaba, paradójicamente, un papel importante para alcanzarlas, pues las opciones que ésta producía eran la base de nuestros debates.

Al principio, mi oficina también fue conducida con el anonimato que Nixon había deseado. Sólo cuando él lo requería, se producían mis contactos con los medios de difusión. Trataba con la prensa ocasionalmente, por lo general en relación con los principales discursos o acciones presidenciales, y siempre desde "un segundo plano", la regla fundamental de acuerdo con la cual el agente sólo podía ser identificado como un *funcionario mayor de la Casa Blanca*. Tenía gran influencia pero no prominencia.

Tres acontecimientos atrajeron sobre mí la atención pública. La revelación de mi viaje secreto a China (julio de 1971) y de mis negociaciones secretas en Vietnam (enero de 1972) agradó al sentido aventurero de los norteamericanos y quizá al anhelo del país de forjar un futuro esperanzado aun en medio de la desunión nacional.

El *Washington Post* aceleró el surgimiento de un personaje público más, rehusándose a

respetar ciertas reglas tácticas que me colocaban en un segundo plano (un arrebató de puritanismo del cual más tarde se recuperó): Insistió en identificarme como el agente oficial aun cuando yo daba la información como mero vocero. Cuando aparecí por primera vez *en vivo* ante las cámaras de televisión, en octubre de 1972, para anunciar el adelanto alcanzado en las negociaciones de paz en Vietnam, una amplia audiencia presenció la revelación dramática de que una década de angustia llegaba a su fin.

Así, en contra de todas las expectativas, y en especial en oposición a los deseos de Nixon, me había convertido para los comienzos del segundo período en algo así como una figura pública. Como él no había querido una Secretaría de Estado fuerte, nunca se le hubiera cruzado por su mente que acabaría con un consejero de seguridad dueño de su propio público. En tiempos normales, mi repentino surgimiento habría casi seguramente acelerado mi alejamiento del gobierno. Ningún presidente común hubiera aceptado tal estado de cosas. Menos aún, alguien tan celoso de su imagen pública como Nixon. Durante 1972, el presidente y Haldeman perdieron pocas oportunidades para disminuir mi fama, para mantenerse ajenos a mí cuando estuve involucrado en controversias y para demostrar que yo dependía del apoyo presidencial. Esta fue una de las razones; como he señalado en el Capítulo I, por las cuales inicié el segundo período de Nixon firmemente decidido a renunciar a fines de 1973.

Watergate cambió el panorama. Una vez que comenzó a erosionarse la autoridad del presidente durante el *affaire* Watergate, mi renuncia habría agravado las dificultades y acentuado la impresión de desorden. Hubiera sido una irresponsabilidad de mi parte retirarme cuando se necesitaba de toda la tripulación para estabilizar la nave del Estado. Tampoco presionaban en la Casa Blanca para que me fuera; en verdad, las relaciones entre Nixon y yo mejoraron de un modo sutil. Nixon no insistió más en mantenerme en el estado de inseguridad que él había imaginado esencial para conservarme en mi lugar. (2). Nunca quiso meterse en las pequeñeces con que esta estrategia se concretaba, y dado su cargo, Alexander Haig, carecía de subordinados para hacerlo por él. Nixon ni siquiera disponía de la energía necesaria para promover los juguetos que eran de su agrado y que estaban diseñados para aprovecharse y si fuera necesario para generar tensiones entre Rogers y yo de modo que ambos tuviéramos que recurrir a él o a Haldeman para solicitar apoyo. Asimismo declinaba la atención dedicada por Nixon a la política exterior. Ahora solía firmar memorándums o aceptar mis recomendaciones casi distraídamente, sin ninguno de aquellos subrayados enérgicos y comentarios marginales que, durante su primera presidencia, indicaban que había leído cuidadosamente mis informes. Dejó de entablar conmigo aquellas conversaciones largas, ponderadas y a veces enloquecedoras que eran su forma de aclarar un problema en su propia mente.

Gobernaba de una manera cada vez más mecánica, sin la causticidad o los ocasionales arrebatos de furia con que, en tiempos más normales, había forzado la decisión de ciertos asuntos o se había fortalecido a sí mismo para acometer uno de sus característicos actos de coraje.

De esta manera mi posición se hizo al mismo tiempo fuerte y precaria, una situación absolutamente sin precedentes. Por otro lado no había en la Casa Blanca quien compitiera por la atención de un presidente distraído y desacreditado. El personal superior en lugar de atraerse el apoyo presidencial trataba de poner el máximo de distancia entre éste y ellos. No obstante existía un aire de irrealidad alrededor del poder residual que cualquiera pudiera conservar en la Casa Blanca; en esos momentos los restos de poder eran cada vez más vulnerables a los ataques que provenían de una burocracia largamente vapuleada así como del Congreso.

En tales circunstancias, Nixon invirtió su actitud hacia mi creciente celebridad. Ya no manifestó resentimiento por la atención que me prestaba el público (aunque debió experimentarlo) porque los cálculos políticos hacían que mirara con agrado esa atención,

como un medio de cimentar el alegato de que Watergate era una aberración trivial de un *gran designio*. Sin embargo, su posición había declinado a tal punto que todo cuanto hacía tendía a debilitarlo. Por último, Nixon no tuvo más remedio que aceptar la idea de que yo desempeñaba un papel central, por más que le doliera. . . y por más injusta que fuese.

Me encontraba realmente en una posición extraordinaria. Yo, nombrado por el presidente para su propio personal, no confirmado por el Senado y totalmente dependiente de la buena voluntad y confianza del presidente, me había convertido en un sustituto presidencial. En medio del ataque generalizado al gobierno, la mayoría de las críticas parecían dispuestas a no tocarme, y hasta protegerme del creciente odio, como para preservar una figura pública en calidad de símbolo de continuidad nacional. Sin ninguna duda mi vanidad se sintió tocada. Pero el sentimiento dominante era el de una premonición de catástrofe. Un debilitamiento de autoridad de tal envergadura debía, tarde o temprano, conducir a fracasos mayores en la política exterior. Traté de simular una fachada de impermeabilidad y autoconfianza, pero no tenía ningunas ilusiones. Simplemente logró retrasar el desgaste inevitable; no lo pudo evitar.

Nixon tenía demasiada experiencia como para no reconocer el peligro en que se encontraba nuestra política exterior. Hizo lo posible para protegerme de las consecuencias, de sus desatinos. Por un acuerdo tácito fui excluido de los círculos íntimos de la Casa Blanca donde se deliberaba sobre Watergate. Nixon y Haig aislaron la política exterior lo más que pudieron de cualquier tipo de escándalo. Haig me avisaba de antemano acerca de las explosiones que pudieran afectar la conducción de nuestra diplomacia, pero como regla general, yo no participaba en las discusiones de estrategias o de tácticas. Se me permitieron hacer comentarios sólo cuando hubo algunos planes referentes a la política exterior en alguna exposición presidencial sobre Watergate.

Como ya he dicho, en mi impresión general, la única esperanza de Nixon era revelarlo todo de inmediato. Le puse bien en claro esta situación a Len Garment, y cuando surgió la oportunidad, a Al Haig. Si no lo hubiera hecho así no se habría podido parar una gran ola de sucesivos choques. Sólo de esta forma la administración podría retornar a la labor del gobierno. Garment y Haig estuvieron de acuerdo en un principio, pero no se hallaban en posición de ponerlo en práctica. Ninguno de ellos sabía personalmente nada de los acontecimientos que habían dado origen al desastre. Con la partida de todos los principales agentes de la Casa Blanca, excepto la de Ron Ziegler, no había ninguna memoria institucional que quedara en ella. Para entonces, Nixon no tenía, si es que alguna vez la tuvo, una visión clara de las actividades que se realizaban bajo el título de Watergate. Dado su estilo de conversación, generalmente le era difícil distinguir entre sus propias órdenes en serio y sus habituales exabruptos retóricos, que ciertamente, nadie suponía que debían ser obedecidos. Sus tendencias a soñar despierto le hicieron percibir las evasiones como si fueran realidades y daban a sus deseos los atributos de la verdad.

Así pasó el verano de 1973 con periódicos informes de la Casa Blanca, sobre Watergate, los cuales invariablemente venían detrás de los hechos y sólo servían para estimular el hambre nacional de mayores revelaciones. Nixon había prometido una explicación completa para mediados de agosto. Jugaba con la idea de relacionarla a un alegato para poner fin a varias investigaciones, y de ese modo disminuir los peligros de nuestra política exterior. El argumento fue válido en lo abstracto; en la atmósfera de entonces, esto sólo habría llevado la política exterior a una tormenta, sin aliviar las presiones que se ejercían sobre Nixon. No había forma de detener las investigaciones a esta altura de las cosas; el Congreso, los medios masivos de comunicación, y el público no lo hubieran permitido. Me dirigí a Haig, a Garment y al consejero especial de Nixon en Watergate, Charles Alan Wright, para pedirles que no relacionaran Watergate con la política exterior. Estuvieron de acuerdo. Nixon terminó por aceptar nuestros avisos unánimes sin

poner dificultades. En su escala de valores, la posición internacional de los EE.UU. tenía prioridad aún sobre su suerte y su propio sufrimiento.

La declaración finalmente publicada el 15 de agosto de 1973, sufrió el mismo destino de todas las *explicaciones* presidenciales que le precedieron. Se dijo muy poco y muy tarde. Repetía la versión ya conocida en el discurso presidencial del 30 de abril: que Nixon se había enterado de las operaciones delictivas demasiado tarde, como resultado de las investigaciones ordenadas después del 21 de marzo. Como antes Nixon estaba indeciso. No sabía si echarles la culpa a sus subordinados o tratar de evitar un enfrentamiento con éstos para que no se les pusieran en contra. La declaración no agregaba o explicaba mucho más sobre los hechos de lo que ya habían revelado los trabajos de investigación. Dejaba en el olvido el problema de las grabaciones, no aclarando si se deberían poner a disposición del fiscal especial, Archibald Cox. Predeciblemente la reacción de los medios de comunicación pasó de la hostilidad y la exasperación a la indiferencia. Habiendo fallado en su principal objetivo la declaración del 15 de agosto no generó ni simpatía ni entendimiento.

En una palabra, para el mes de agosto, el estilo de gobierno de Nixon por intermedio de los asistentes presidenciales, se había hecho imposible de realizar. El poder de ellos proviene de un presidente fuerte y si es necesario implacable. Si éste desea confiar en sus asistentes debe poder darles indicaciones de apoyo claras y decisivas, así como el presidente Eisenhower escribió a su director de presupuestos Joseph Dodge en 1953:

Para trabajar en estos problemas, usted debe actuar como mi agente autorizado. Mientras, que, obviamente, cada jefe de Departamento tiene acceso directo a mí, considero de suma importancia que si en alguna ocasión se apela a algunas de sus decisiones, usted esté presente y aún más importante, que ambos podamos enfrentar el conflicto decididamente desde el mismo punto de vista, de manera tal que la posibilidad de esas apelaciones sean reducidas (3).

En esencia, esto significa que una vez que el asistente recibe sus indicaciones ya no es más contradecido; se da por sabido que habla en nombre del presidente. (En esas circunstancias surge el real peligro de arbitrariedad de acción por parte de aquél; de ahí en más rara vez se probará si en realidad refleja los deseos del presidente o si está implementando sus propias preferencias en nombre de él.

Este era básicamente el estado de cosas para fines de 1971. Yo tenía un acceso muy particular al presidente; mi oficina despachaba los cables más importantes dando instrucciones a nuestros diplomáticos en el extranjero. Todo esto colocó al secretario Rogers en una situación insostenible. Si aprobaba algún telegrama u opción sin haberlo pasado antes por la Casa Blanca, podía darse el caso de que su decisión fuera rechazada ante la vista de sus propios subordinados. Si esperaba hasta que yo diera mi opinión quedaba en la posición de, o bien aprobar o rechazar lo que él suponía que ya había sido aceptado por el presidente. (Y si un asistente presidencial es prudente o simplemente adepto a la burocracia habrá discutido todo punto de vista difícil con él.)

Teóricamente, este problema se podría haber solucionado si el asistente para los asuntos de Seguridad Nacional y el secretario de Estado hubieran estado tan cerca el uno del otro de manera tal que intercambiaran ideas constantemente y así evitar un enfrentamiento —tal como Brent Scowcroft y yo hicimos posteriormente. Pero para Rogers y para mí, los conflictos entre la Secretaría de Estado y el asesor de Seguridad parecían haber sido contruidos en el diseño mismo de nuestras oficinas.

Nixon siempre había desconfiado del Departamento de Estado, pues lo consideraba un organismo con mentalidad confusa y un reducto de viejos demócratas liberales. Además, estoy convencido de que deseaba establecer, por una vez siquiera, una relación de pre-

dominio sobre su antiguo amigo y mentor Bill Rogers, a quien había recurrido tan a menudo en sus períodos de debilidad (por ejemplo, en la crisis que condujo al discurso de Checkers * (Chequers) y cuando Eisenhower sufrió su primer ataque cardíaco). Nixon parecía ansioso por demostrar que había ciertas áreas en las cuales él era el más hábil y experto; había estudiado política exterior toda su vida, mientras que Rogers que provenía de una distinguida carrera en leyes llegó a esta especialidad como un novato. Para tales propósitos yo fui un instrumento útil, y a menudo indispensable, lo cual no significaba que se me ahorraba todo enfrentamiento a las maniobras complicadas y a veces rebuscadas de Nixon. Este no fue el primer presidente que fomentó deliberadamente rivalidad entre sus subordinados, al mismo tiempo que aseguraba desprestigiar tal actitud, hasta el punto de no hacerse responsable de las disputas resultantes. Y Haldeman, Mitchell y ocasionalmente Ehrlichman, estaban dispuestos a contener los incendios sin apagarlos.

No puedo afirmar que Nixon lo planeó de esa forma o simplemente que permitió que sucediera —probablemente una combinación de ambas cosas— pero la relación entre Rogers y yo empeoró en vez de mejorar. Habíamos comenzado con las usuales promesas de que no repetiríamos los rozamientos de los gobiernos anteriores. En seguida nos encontramos en desacuerdo. Yo estaba demasiado arrogantemente convencido de mis conocimientos superiores y Rogers insistía con exceso en sus prerrogativas burocráticas para tomar las actitudes pertinentes de gracia que nos hubieran permitido a ambos escapar del remolino en que nos encontrábamos, y, más importante aún, servir mejor a la nación.

Para los comienzos de la segunda presidencia de Nixon, el modelo estaba congelado. Rogers y yo no teníamos ningún tipo de contactos sociales. Oficialmente, nos tratábamos el uno al otro correctamente sin ser demasiado expresivos. Yo era el consejero presidencial más importante; Rogers controlaba la maquinaria por medio de la cual se desarrollaba gran parte de nuestra política exterior. El estancamiento se agravó. Consideré la situación insostenible. Se le había comunicado a Rogers en noviembre de 1972 que sería reemplazado en el verano de 1973, pero él o bien pensaba que su jefe desistiría a último momento, como lo había hecho antes tantas veces, o bien que ante su inminente partida lo liberaría de sus limitaciones anteriores.

De todos modos, Rogers lanzó un ataque al sistema de despachos por el cual la Casa Blanca había ejercido previamente el control. Por ejemplo, a principios de diciembre de 1972 el Departamento de Estado decidió iniciar contactos con Cuba, para discutir el secuestro de aviones. Obviamente, cualquier trato con Cuba sobre cualquier asunto, tenía profundas implicaciones en la política exterior, en especial con un presidente tan enfermizamente sensible sobre el tema. Sin embargo, un sábado por la tarde se le informó a la Casa Blanca que el secretario había autorizado el comienzo de las negociaciones para el lunes siguiente por la mañana, dándosele al personal del NSC treinta y seis horas para considerar una importante jugada política y atreviéndose a vetar una negociación que ya había sido incluida en el programa. Existía un cincuenta por ciento de probabilidades de que las instrucciones que requerían autorización de la Casa Blanca pudieran necesitar otras treinta y seis horas más allá del fin de semana para abrirse camino a través de la burocracia de modo que hasta las formalidades de aprobación pudieran ser aceleradas. De manera similar, en una época cuando la Casa Blanca había ordenado una actitud fría respecto de India, el Departamento de Estado publicó sin ninguna autorización de la Casa Blanca una entusiasta declaración pública para mejorar las relaciones. Y ya me he referido a las iniciativas hacia Egipto para fines de enero de 1973, de las cuales la Casa Blanca no estaba enterada.

(*) Residencia de campo del primer ministro británico (N. del T.).

Todo esto ocurrió aún antes de que Watergate me quitara el apoyo de un presidente fuerte. Watergate no dejó ninguna duda de que el sistema existente no podía seguir siendo sostenido. En la primavera de 1973, Melvin Laird, que entonces cumplía su breve período como consejero presidencial, me anticipó que mi posición como asistente pronto se haría insostenible. Sería aplastado por el Congreso y la crecientemente poderosa burocracia. Tenía que convertirme en secretario de Estado o renunciar. (No sé si Laird le habló a Nixon de la misma forma; si fue así, ninguno de ellos me lo informó.) Un poco más tarde Al Haig me hizo saber que él había llegado a la misma conclusión: en caso de querer mantenerme efectivo tendría que dejar la Casa Blanca y hacerme cargo del Departamento de Estado. Agregó que le hablaría de esto a Nixon, pero aceptaba que no era fácil de lograrlo; conduciría a arduas y posiblemente prolongadas discusiones.

Yo no había buscado un cargo en el Gabinete. En un libro que contiene muchos comentarios nada elogiosos sobre mi persona, Bob Haldeman describió correctamente mi actitud a fines de 1972: mi puesto de asesor de Seguridad Nacional era decisivo en una presidencia intacta; Nixon no tenía intención de trasladarme al Departamento de Estado. (4) Tampoco creo que Nixon haya desistido de nombrar secretario de Estado a John Conally por miedo a perderme, como se ha aseverado, por cuanto sabía que yo pensaba irme a fines de 1973, sea quien fuere dicho secretario. Además, en una presidencia normal y políticamente tan poderosa, una personalidad como la de John Connally habría contrariado todas las ideas de Nixon sobre cómo dirigir la política exterior. (5) Sin Watergate, Kenneth Rush, entonces secretario de Estado delegado, quien había jugado un papel decisivo en lograr el acuerdo de Berlín en 1971, hubiera sido elegido secretario en el verano de 1973 y yo habría dejado la Casa Blanca unos pocos meses después.

Pero en el verano de 1973 todos estos planes se habían convertido en algo irrelevante. Después de Watergate, me era imposible poder operar eficientemente como un miembro del equipo presidencial; Nixon estaba harto de las disputas Rogers-Kissinger y había determinado en principio que Rogers se tenía que ir. Rush era muy poco conocido. Para ser promovido. Yo hubiera estado dispuesto a continuar como asesor de Seguridad Nacional si Nixon hubiera insistido en proseguir con su plan original de nombrar a Kenneth Rush. Nunca cambié la posición que había anunciado en el momento en que Watergate sorprendió a la nación: prestaría mis servicios mientras la crisis persistiera, sin condiciones.

El proceso de llegar a la decisión causó todas las tensiones que Haig había previsto. Debe haber sido torturante para Nixon, el hecho de que se considerara para ocupar el puesto principal del Gabinete a alguien que estaba siendo apoyado por sus opositores precisamente para hacer parecer al presidente dispensable. Todos los argumentos a favor de mi designación también remarcaban el peligro mortal de su presidencia. Nixon se mantuvo en silencio ante las recomendaciones de Haig. No las aceptó ni las rechazó. Según Haig, simplemente reparó en ellas sin comentarios; nunca me lo mencionó ni siquiera indirectamente. Fue una enorme tensión para todos: para el presidente que trataba de luchar contra la idea de aceptar su vulnerabilidad; para Haig que había corrido el riesgo de sufrir una desaprobación presidencial al presentar el asunto; y para mí, en ese momento, en una posición casi insostenible en el caso de que Nixon simplemente se mantuviera en silencio.

Washington detesta el vacío. A mediados de julio mis oponentes aceleraron una decisión que mis amigos hasta ese momento no habían podido lograr. Mientras Rogers estaba en un viaje al Lejano Este, el 13 de julio, Dan Rather difundió en el noticiero vespertino de la CBS que se había tomado en consideración mi pase al lugar de Rogers. De inmediato otros comentaristas abordaron el tema. La reacción de la Casa Blanca daría en ese momento la pista inicial.

Washington es como un circo romano. Los gladiadores hacen la batalla y los especta-

dores al dar la señal apropiada determinan quién sobrevive. Exactamente como en el Coliseo. Escasamente advertido por el resto del país, las informaciones que se filtran hasta los medios de difusión le sirven a Washington como pistas para detectar poder e influencia. Una vez que comienza una disputa, el resultado depende de qué persona influyente apoya dicha versión. Esto no siempre es verdad; a menudo refleja motivos ulteriores. Las reputaciones pueden ser dañadas o construidas por filtraciones que no encuentran ninguna oposición en las altas esferas, aún cuando no constituyan una verdad. Una versión particularmente sutil es el rumor falso al que se le permite seguir curso sin comentarios por parte de aquellos que pueden impedirlo, y es desmentido una vez que el ciclo de noticias lo ha ignorado. Esto tiene la ventaja de dañar lo más que se puede a la víctima y preservar la reputación de las fuentes.

Los periodistas actúan simultáneamente como conducto neutral y tribunal, amparando a sus testigos mediante el principio de *protección del origen* y determinando a menudo el éxito mediante el énfasis que deciden darle a las versiones más competentes. La prensa es a la vez espectador y participante. La gente puede tener el *derecho de saber* pero sólo lo que la prensa elige para decirles. En las discusiones burocráticas internas, el hecho de encubrir la identidad de quienes dejan filtrar las informaciones es frecuentemente una represión de las partes más significativas de la historia. Los periodistas pueden esforzarse por ser objetivos, sus competidores pueden mantener un incentivo para derribar su historia, pero siempre hay informantes capaces de iniciar un drama que crea su propio impulso a través de las reacciones de las víctimas y de los agentes de poder. Rara vez parecería que alguien se preocupa de los motivos que mueven a las fuentes, aunque hay serios problemas éticos cuando el interés de los periodistas en una noticia recién conocida y el propio interés por su origen coinciden como en el caso de algún periodismo *de investigación*. Resulta difícil determinar quién está usando a quién.

En este caso la historia termina rápidamente, pero no antes de dejar sus marcas. Nixon, sin ninguna duda confundido, seguía guardando para sí mismo sus pensamientos, presionado tanto por sus emociones que lo rebelaban contra mi popularidad, como por su juicio que subrayaba lo inevitable. Haig mantenía los comentarios de la Casa Blanca sin comprometerse. Negué a la prensa el haber discutido el tema con el presidente, lo cual fue verdad pero sólo una parte de la historia. El equipo de la Secretaría en Tokio, naturalmente, me echaba la culpa de las infiltraciones. Dan Rather, con quien tuve más tarde mis desacuerdos, silenció su canal informativo pero generosamente me confirmaba que había recibido la historia de oponentes dispuestos a eliminar una posibilidad. Uno a uno parecía haber agotado su fuente informativa. La gente que rodeaba al secretario de Estado en Tokio pronto advirtió que el impugnar los motivos no serviría para nada; seguir adelante con esas historias sólo lograría para dramatizar la debilidad de la posición de Rogers. Ninguno de sus partidarios se hizo presente; ningún senador se reunió para apoyarlo; la Casa Blanca no negó la historia. La filtración se le había vuelto en contra.

A principios de agosto, Haig me informó que Nixon, quien todavía no me había formulado una sola palabra, había estado de acuerdo en elegirme para ocupar el lugar de Rogers, siempre y cuando no tuviera que despedirlo él mismo. En conformidad con Nixon, Haig llamó a la Secretaría de Estado el 8 de agosto para sugerirle a Rogers que renunciara. Rogers, que durante todo el proceso se había mostrado fuerte, honorable y seguro, al enterarse de lo ocurrido echó a Haig de su oficina y expresó que si Nixon deseaba su cargo debía pedirselo personalmente. No entregaría la renuncia a su importante puesto en el Gabinete a un intermediario. Para cualquiera que estuviera familiarizado con el temor que le tenía Nixon a los enfrentamientos personales, era claro que esta petición provocaría tal vez otra prolongada demora en la toma de decisiones.

Para entonces la progresiva incertidumbre se hacía difícil de soportar; tal vez este era

el precio que Nixon exigía en forma deliberada para dar un paso esencialmente tan repugnante para él. No se le dijo nada a Haig; Nixon se escondió detrás de la necesidad de preparar sus declaraciones sobre Watergate y se retiró a Camp David. Como de costumbre cuando preparaba sus discursos se negaba a atender el teléfono durante días, aún cuando se tratara de asuntos de rutina relacionados con política exterior. Con pocas horas de aviso a Haig y sin haberme advertido nada a mí, finalmente el 16 de agosto Nixon llamó a Rogers con la intención de pedirle su renuncia. Para la sorpresa de todos e inmediato alivio de Nixon, Rogers facilitó las cosas a su viejo amigo. Sin permitir que Nixon hablara presentó una carta de renuncia libre de recriminación y polémica. Fue una elegante actuación.

Y todavía Nixon no me había comunicado nada. Aún después de disponer de la renuncia de Rogers en sus manos se mantuvo en silencio por varios días. Aunque yo tenía conocimiento de la visita de Rogers, y Haig me había anticipado que Nixon anunciaría ni nombramiento en su próxima conferencia de prensa, este continuó sin informarme. Solo recibí noticias de su parte al finalizar la tarde del 21 de agosto, en San Clemente, alrededor de dieciocho horas antes de que fuera anunciada mi designación. Nixon me apartó hacia un rincón de su piscina con el pretexto de examinar algunas preguntas y respuestas relacionadas con su conferencia de prensa del día siguiente. Luego me refirió en un tono indiferente, mientras hacía la plancha y sin la menor calidez o la menor expresión de esperar una íntima cooperación, que abriría su próxima conferencia de prensa comunicando mi nombramiento como secretario de Estado. Le di una respuesta que hubiera sido sarcástica de haber estado menos conmovido; le expresé simplemente: *Espero ser digno de su confianza*. Ambos advertimos que para Nixon mi nombramiento más que un acto de elección significaba un paso dado en contra de su voluntad con la esperanza de calmar la catástrofe.

El 22 de agosto, a las 11.30 del Pacífico, Nixon anunció ni nombramiento en una conferencia de prensa televisada, con este comentario escueto: *Creo que la idoneidad del doctor Kissinger para este cargo es bien conocida*. No entró en detalles.

A LA ESPERA DEL SENADO

En las primeras horas que siguieron a mi designación, me sentí suspendido en un vacío, maravillado de lo acontecido. Treinta y cinco años atrás había venido a EE.UU. como un refugiado que huía de la persecución; luego trabajé en una fábrica de brochas de afeitar, me enrolé en su ejército como soldado raso y me hice ciudadano. Norteamérica había sido un sueño distante cuando, de niño, viví la intolerancia y el odio bajo un régimen totalitario. Ahora me confiaban la responsabilidad de ayudar a timonear mi país adoptivo a través de una de las crisis constitucionales más graves de su historia. Experimenté una emoción conmovedora y no poca admiración temerosa.

Y extrañamente me sentía aliviado. Al ser nombrado primer ministro, Churchill señaló que se sentía liberado: al fin él solo tendría la responsabilidad. Yo no había alcanzado tal eminencia. Ni mis sentimientos eran tampoco ambiguos. Pero en verdad me embargaba la quietud que viene con el conocimiento de que las convicciones de uno se mantendrían o caerían por sus méritos sin ser reprimidas por las incertidumbres de ambiciones personales opuestas.

Hubo muchas llamadas con felicitaciones. Aquéllas de los veteranos de múltiples batallas significaron mucho para mí. De Dean Rusk, por ejemplo, quien sufrió en noble silencio el ostracismo impuesto por el pecado de haberse mantenido fiel a su presidente en una guerra amarga. Habló de la pequeña comunidad de secretarios de Estado que tenían un deber nacional de sostenerse los unos a los otros más allá de las divisiones parciales. Y de Robert McNamara, casi destruido por muchos de aquellos que habían

incitado la guerra en Indochina y que luego lo abandonaron para conducirlo con todas sus dudas internas encerradas en su sentido del deber a su presidente y a su Nación. Durante el primer período de Nixon, nadie me sirvió tanto de apoyo a nivel humano como McNamara, aun cuando se mostró incómodo con muchas de las políticas adoptadas que considerábamos necesarias para el honor de nuestra Nación. Y por supuesto hubo muchas llamadas de los miembros del gobierno, incluyendo a Elliot Richardson, quien había sido un compañero fuerte mientras prestó sus servicios como subsecretario de Estado y que en ese momento —en pleno Watergate— se encontraba desempeñando con algunas dificultades el cargo de ministro de Justicia.

Los miembros del cuerpo diplomático me hicieron llegar sus buenos deseos: No le atribuí al hecho ningún significado especial ya que estar bien con el secretario de Estado es, después de todo, la tarea principal de los jefes de las misiones en el exterior. Sentí que daban la bienvenida al comienzo del fin de los problemas burocráticos. Sin duda unos pocos habían visto la oportunidad de aprovecharse de la fisura que se había producido entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado; e hicieron uso de esta situación inteligentemente. Pero es fácil exagerar la tranquilidad con la que los extranjeros pueden comprender, y mucho menos manipular, nuestros conflictos internos. Para muchos diplomáticos la rivalidad entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado era una complicación de pesadilla de nuestro ya excesivamente complejo proceso político.

Y luego, por supuesto, hubo llamadas del propio Departamento de Estado. Kenneth Rush debió enterarse de que de no ocurrir Watergate, él habría sido el receptor de esas felicitaciones. Y debía advertir que su papel como secretario delegado sería disminuido por el nombramiento de un secretario con opiniones fuertes y que probablemente traería su propio círculo de consejeros dentro del Departamento. Sin embargo nada de esto se reflejó en su cordial saludo ofreciéndome plena cooperación durante el período del cambio. Lo invité a un encuentro previo en San Clemente.

William Rogers telefonó desde Washington aún antes de la conferencia de prensa de Nixon. Afirmó que haría lo imposible para efectuar una transición exitosa en pro del interés nacional. *Encontrará que es un gran Departamento*, sentenció. Le aseguré que su equipo personal recibiría asignaciones responsables. Sería guiado en el mayor grado posible por sus recomendaciones acerca del futuro de sus asociados. Prometimos consultarnos frecuentemente. Esa promesa carecía de sentido. Si no habíamos confiado en nuestros criterios cuando ambos desempeñábamos nuestros cargos, era muy poco probable que nos convirtiéramos en confidentes mientras Rogers estaba jubilado. Así ocurrió, tuvimos muy pocos contactos a partir de esa conversación.

Aún le debo a Bill Rogers el señalar que abandonó la oficina con elegancia dado que la había conducido con dignidad. No mostró ningún tipo de resentimiento aunque con todo derecho podría haberlo sentido. Se comportó de una forma ejemplar aún después de legar su puesto. No se comprometió en rumores poco elegantes; no compartió ningún ataque hacia mi persona, aunque él tenía más motivos legítimos que los otros. Reaccionó neutralmente a los informes *incluyendo el mío*, donde se mostraba que su influencia había sido más que dominante. Demostró que para él, el servir a la Nación era su mejor recompensa.

Sería injusto que mis relatos sobre las contrariedades burocráticas de Rogers —algo así como adelantarse a explicar la patología del gobierno de Nixon— oscureciera su discernimiento en materia de política exterior era superior al papel que las circunstancias, y su propia personalidad, le permitieron desempeñar. Sus instintos conciliatorios lo impulsaban a rehuir con temor las confrontaciones públicas típicas de la forma en que Nixon condujo el debate sobre Vietnam; en las reuniones deliberativas del gobierno tendía a oponerse a la aplicación de políticas fuertes sobre Indochina, aun cuando no

ofreciera ninguna alternativa estratégica. Todo esto le quitó influencia en el único tema que obsesionó a Nixon durante su primera presidencia. Sus valores eran humanos y, por lo general, ejercía un consejo sensato. Sus predicciones acerca de las consecuencias internas que podrían acarrear las acciones a las que él se oponía solían ser correctas. Su especialidad más que el análisis de casos particulares constituía el desarrollo de un concepto total. Sus opiniones en planes particulares, tales como la desventurada invasión de Laos de 1971, eran agudas. Rogers habría sido un buen consejero privado; su temperamento y su formación lo inducían a echarse atrás con desagrado cuando había que extraer una estrategia coherente de una burocracia ambivalente, o bien debía defenderla contra un Congreso y unos medios de información hostiles. Sin duda, Nixon contaba con estas inhibiciones para reafirmar su propio dominio. Por cierto que yo las exploté sin piedad.

Sin embargo, nada puede privar a Bill Rogers del veredicto final: fue un hombre decente y con buen criterio, pero estas cualidades resultaron arrolladas por la compleja psicología del presidente, por sus colegas y por las pasiones de un país dividido.

SESIONES PARA LA CONFIRMACION

La exaltación pasó rápidamente. En pocos días debía enfrentarme al proceso de confirmación ante el Senado; con la atmósfera creada por Watergate esto era imposible de ser consumado sin contratiempos. Era el primer secretario de Estado en muchos años —el último había sido Christian Herter— en ser elegido a mediados de un período presidencial y el primero en alcanzar el cargo después de haber sido percibido como el principal artífice de la política reinante. Y la política exterior de Nixon, aun con todos sus éxitos, había sido puesta en tela de juicio mucho antes de Watergate. De este modo mi confirmación se prestó para ventilar públicamente diversos resentimientos escondidos. Proveyó también una oportunidad para hacer público cualquier aspecto periférico de Watergate que incluyera al Consejo de Seguridad Nacional, el principal de los cuales fue el asunto de las grabaciones que ya he descrito en el Capítulo IV.

Los senadores del Comité de Relaciones Exteriores se encontraban en un dilema. La influencia del Comité es igual a la importancia del secretario de Estado. El constituye el canal de la rama ejecutiva; es él quien habrá de ser considerado responsable y al cual el Comité dirige sus opiniones sistemáticamente. Cuando es influyente, el Comité desempeña un papel importante. Cuando el papel del secretario de Estado tambalea, también vacila el del Comité. Por otra parte el secretario y el Comité son también inherentemente competitivos. Aquél debe tratar de mantener un margen de discreción para ejercer la autoridad ejecutiva; éste inevitablemente tratará de imponer sus prejuicios. Cuando ambas partes son moderadas y comprensivas una respecto de la otra, pueden reforzarse mutuamente. Si cualquiera de las dos, el secretario o el Comité, presionan al máximo sus opiniones, el resultado puede paralizar la política exterior.

El Comité había estado molesto por mi prominencia como asesor de Seguridad, porque como un integrante del personal de la Casa Blanca no estaba sujeto a su control. Desde esa perspectiva, la mayor parte de los miembros del Comité recibieron con agrado el nombramiento de un secretario que seguramente sería el principal arquitecto de la política exterior presidencial. Por otro lado, algunos de los senadores querían mostrar que se sentían cómodos con una rama efectiva que los había desafiado con los asuntos de Vietnam y que estaba profundamente enredada con Watergate. Y tenían el pretexto de examinar las diecisiete grabaciones.

El resultado fue una de las más extensas audiencias que se haya conocido en el nombramiento de un secretario de Estado en el período de la *posguerra*. Estas se extendieron durante las dos semanas del 7 al 21 de setiembre de 1973. Fue un ritual extraño porque

los miembros del Comité coincidían en su buena disposición hacia mí y estaban ansiosos de confirmarme. Ellos sabían muy bien que yo había suavizado las negativas de Nixon, basándome en el privilegio del Ejecutivo, para permitir que sus asistentes de la Casa Blanca atestiguaran ante comités del Congreso. Con su aprobación me había reunido con el Comité dos veces al año, en circunstancias que pretendían ser sociales, pero que pronto llegaron a parecerse a sesiones del Congreso. Al principio nos reuníamos en la casa del presidente senador J. William Fulbright, más tarde en una oficina secreta en el Senado. Las conversaciones poco a poco se hicieron más formales; para 1972 el director de personal del Comité, Carl Marcy, llevaba un registro oficial. Desde el principio hasta el final me había mantenido en contacto personal con muchos de los miembros del Comité. En particular los senadores Hubert Humphrey y Jacob Javits eran amigos de mucho tiempo. Sentí gran respeto por el senador Fulbright durante el vacío que se produjo debido a nuestras diferencias en política, por su erudición, honradez y patriotismo. Ahora que Vietnam, nuestra principal fuente de desacuerdos, había quedado atrás, el Comité disponía de razones como para esperar una nueva era en las relaciones entre los poderes Ejecutivo y Legislativo. Mi confirmación resultaba segura.

Por otra parte el Comité tenía que mostrarse diligente en la investigación de cualquier sospecha de irregularidades en el Poder Ejecutivo. Es por eso que se pasaba más de la mitad de su tiempo en el asunto de las grabaciones. A pesar de su extraordinario esfuerzo en la materia, fue acusado, para su desgracia, de resolver mi nombramiento demasiado fácilmente (6). En estas tensas circunstancias no pude, como yo esperaba, convertir las sesiones de confirmación en el auspicioso comienzo de una actitud bipartidista respecto de la política exterior.

Traté de establecer un tono conciliatorio. En mi discurso inaugural, el 7 de setiembre, que fue televisado para todo el país, remarqué la importancia de una Norteamérica fuerte y con confianza en sí misma para la paz del mundo y por qué esto requería el poner un punto final a nuestras divisiones nacionales:

Los norteamericanos hemos soportado recientemente el mare mágnum de asesinatos y desórdenes, confrontaciones raciales y generacionales, y una guerra amarga y costosa. En el momento en que estábamos saliendo de esos conflictos fuimos sometidos a otra prueba.

Estos sucesos traumáticos han formado largas sombras sobre nuestro aliento y autoestima. . . Donde una vez un alto optimismo nos tentó a atrevernos a demasiado, un espíritu reprimido podría conducirnos a intentar muy poco. Tal actitud —y la política que ella produjese— daría un terrible golpe a la estabilidad mundial.

Pero tengo esperanzas en nuestras perspectivas. Norteamérica tiene gran capacidad de adaptación. El dinamismo de este país no se puede detener. Cualesquiera que sean nuestras divisiones, podemos unirnos y dedicarnos a construir un mundo en paz y sensible a las aspiraciones humanas. Al hacer eso renovaremos nuestra fe.

El Comité no se hallaba en condición de responder a esta apertura durante las sesiones de confirmación. No era por falta de voluntad de su parte sino por los requerimientos políticos de las audiencias públicas. Además de la atmósfera de Watergate, estaba la dinámica de la televisión. Los funcionarios elegidos dependen de la publicidad para sobrevivir. Saben que los programas vespertinos de noticias rara vez les dan más de dos minutos a cualquier acontecimiento y es mucho más probable que usen un segmento de su programa para reflejar enfrentamientos y controversias más que para mostrar armonía. Acostumbraba a bromear con Jacob Javits respecto de que en el instante en que él viera la luz roja de las cámaras de televisión haría en voz alta aun sus preguntas más constructivas, destacándolas con un dedo extendido y una vena palpitante en su frente,

dejando al espectador irreflexivo con la impresión de que lo que yo había estado dispuesto a decir me había sido extraído por este atento defensor del bienestar público.

Así sucedió que el senador Fulbright respondió a mi discurso inaugural sacando a relucir el tema de las cintas grabadas. Como ocurrió en todas las posteriores investigaciones sobre este asunto, que se iban a producir con una regularidad casi anual, ningún hecho nuevo apareció; esta investigación y todas las otras han confirmado la secuencia de los sucesos que ya he descrito en el Capítulo IV. Elliot Richardson, procurador general y William D. Rackelshaus, viceprocurador general y director interino del F.B.I., presentaron una declaración que ninguna investigación previa o posterior ha desmentido seriamente:

De acuerdo a lo que puede determinarse de los registros del F.B.I., el papel del doctor Kissinger incluía el ocuparse de asuntos relacionados con las filtraciones de material delicado, y cuando esta información era unida con la del presidente y transmitida al director del F.B.I., se hacían esfuerzos para detener las filtraciones y tales esfuerzos incluían algunas grabaciones de los empleados del gobierno y periodistas. Su papel además comprendía el suministrar al F.B.I. los nombres de individuos en el gobierno que tenían acceso a información delicada y revisiones ocasionales de informaciones generadas por el programa para determinar su utilidad. (7)

El problema de las reiteradas investigaciones en viejos asuntos no son los hechos. Cuando existen dudas respecto de las acciones de gobierno, éstas solamente pueden ser llamadas por las declaraciones más completas y honestas. La dificultad surge en determinar qué es lo que es relevante y qué es lo que es accesorio, y en ordenar las diferentes perspectivas de los que participan. Aun si el investigador es justo y todos los testigos son honrados, es casi imposible recrear el contexto de las decisiones individuales hechas años atrás. Por empezar, es difícil para el investigador, sea periodista o senador, el entender las presiones de los procesos para tomar decisiones. Para él, el tema indagado es lo más importante; él no está preocupado por otros contextos o deberes gubernamentales. Trabaja como si lo que se halla investigando fuera la única actividad de los participantes y hubieran impuesto su absoluta atención.

Sin embargo, un aspecto destacable de las altas funciones es la desproporción entre la gravedad de los hechos y el tiempo disponible para ocuparse de ellos. Arrancar una decisión de su propio contexto deforma su esencia. El que toma la decisión, casi con toda certeza, habrá de saber tanto de las consecuencias de sus actos como el que investiga los hechos después de ocurridos. Puede haber pensado unos pocos minutos sobre el tema; pero el que investiga a posteriori tiene días y semanas, y todas las oportunidades de adquirir las diferentes perspectivas y una visión total.

Si hay varios participantes en la decisión, es probable que alguna de las pruebas sea contradictoria. Cada departamento o agencia guarda sus propios registros, los cuales generalmente no están disponibles para otras agencias. Su versión de los hechos está sumamente influida por su misión, y la tendencia natural de atribuirse las responsabilidades en las decisiones discutibles. Aun cuando la intención sea escrupulosamente honrada, cada agencia ve los sucesos a través del prisma de sus propios prejuicios. Cuando años después aparecen los documentos, uno puede encontrarse forzado a hacer comentarios sobre versiones que son difíciles de refutar tanto tiempo después de lo acontecido, máxime tratándose de hechos de los que uno apenas si tenía noticia.

Las audiencias para mi confirmación dedicaban más tiempo al asunto de las grabaciones que a cualquier otro problema internacional. Hubo largas polémicas en las sesiones abiertas. Los senadores John Sparkman y Clifford Case fueron luego designados como

un subcomité para revisar los archivos del F.B.I., tomar testimonios adicionales en sesiones cerradas y suministrar un informe. Hubo otro día de audiencias en las sesiones del Poder Ejecutivo, en el cual revisé cada caso particular de las grabaciones con el Comité, si bien lo que yo recordaba de cada una de ellas era nebulosa (*). Fue durante estas audiencias cuando vi por primera vez los archivos guardados por J. Edgar Hoover (muerto en mayo de 1972). Incluía la lista de funcionarios a quienes Hoover registró como los responsables de haber *ordenado* o *aceptado* cada grabación. El responsable de tal autorización invariablemente era Mitchell, el procurador general. De la misma forma las peticiones estaban registradas como provenientes de algunos funcionarios fuera del Departamento de Justicia. (En alrededor de una docena de casos los responsables éramos el entonces coronel Haig y yo) aun cuando, como supe en cuatro o cinco oportunidades de mi conocimiento personal, fue J. Edgar Hoover quien habría propuesto por primera vez a Nixon que los individuos fueran grabados. Efectivamente, a lo que las *peticiones* generalmente apuntaban, era al suministro por parte de mi oficina de los nombres de aquellos que habían cumplido con la primera de las categorías establecidas por el presidente: funcionarios con acceso a la información clasificada que se había filtrado. Aproximadamente un año después la cuestión de si yo había *iniciado* o *pedido* las grabaciones, se convirtió en un gran tema público nuevamente. (Ver Cap. XXIV.)

En las audiencias no se trató de comparar las prácticas del gobierno de Nixon con las de sus predecesores para determinar si se produjo una cantidad inusual de grabaciones o sí, como yo creo que era el caso, las diecisiete cintas tan obsesivamente estudiadas eran un número no mucho más grande de las que habían tenido los gobiernos previos en promedio. En alguna oportunidad, apoyé energicamente las decisiones de la Suprema Corte de 1972, (tres años después de que los registros en cuestión habían ocurrido) las cuales especificaban por primera vez que estos requerían por seguridad nacional una orden de la Suprema Corte. Y resumí mi posición en mi testimonio:

Desde el momento en que la decisión de las grabaciones de Nixon fue tomada (mayo de 1969), la Suprema Corte ha hecho una nueva definición del procedimiento a seguir en el uso de las grabaciones, y por eso, mucho de los temas surgidos con respecto a previas grabaciones efectuadas por ésta o por anteriores gobiernos, se han convertido en gran medida en puntos de discusión. En casos futuros de seguridad nacional, tendríamos que mantener escrupulosamente la división entre los temas de seguridad nacional y los requerimientos de la libertad.

Pero más allá de esto, el tema de las grabaciones da lugar al tema del equilibrio entre la libertad humana y los requerimientos de la seguridad nacional. Yo diría que el peso debería estar del lado de la libertad humana, y que si la libertad humana va a ser siempre violada, la demostración en el lado de la seguridad nacional debe ser monumental.

El Comité de Relaciones Exteriores, siguiendo las recomendaciones de los senadores Sparkman y Case, llegó a la conclusión, sin ningún tipo de disentimientos, que el episodio de las grabaciones no debía impedir mi nombramiento.

Además del asunto de las cintas y mientras las audiencias se estaban llevando a cabo mereció enorme atención el llamado bombardeo secreto de Camboya así como también el golpe que derrocó a Salvador Allende en Chile. Varios senadores hicieron preguntas sobre casos particulares: Javits con respecto a la ley de poderes de guerra, sobre lo cual expuse mis serias reservas. Humphrey sobre un uso más completo y humano de nuestra

(*) La transcripción de mi testimonio en esas sesiones fue publicada más adelante con eliminaciones relativamente menores por razones de seguridad y para evitar avergonzar a los individuos a los que se había grabado (8).

asistencia de alimentos en el extranjero. Le prometí a Humphrey que adelantaría una nueva política norteamericana para combatir el hambre del mundo, una promesa que fue hecha realidad al año siguiente en una conferencia de alimentos de los Estados Unidos, y en la cual expuse un nuevo y amplio programa. Una cantidad de senadores presentaron el tema de la emigración judía de la Unión Soviética como si se tratara de algo inventado por ellos (*). Tomaron la actitud de sugerir que descuidábamos los derechos humanos o la dimensión moral de la política exterior, aparentemente olvidados del hecho de que bajo la administración de Nixon la tasa de emigración había aumentado de 400 a casi 35.000 antes de que hubiera serias quejas de parte del Congreso sobre el tema. El senador Edmund Muskie, que en enero de 1971 le había dicho al premier soviético Kosygin en Moscú, que él pensaba que la política de Nixon hacia la URSS era demasiado dura y que sería aliviada por presiones del Congreso (9), ahora insistía en su declaración separada apoyando mi concepto de que *el progreso hacia el entendimiento debe ser acompañado por continuas presiones al gobierno soviético para lograr un mayor respeto de los derechos humanos*.

Por fin, después de dos semanas, las audiencias llegaron a su final. Había representado su función: El imperativo de una muestra de vigilancia por parte del Congreso había sido completado sin perjudicar una relación subsiguiente de confianza entre el nombrado y el Comité. Los senadores habían sido persistentes pero, en general, constructivos. Si las audiencias repetían disputas del pasado más que describir en bosquejo visiones del futuro agotaban el veneno de las controversias y permitían que se realizara un nuevo comienzo. Y contribuyeron enormemente a las buenas relaciones que continuaron entre mi persona como secretario de Estado y el Comité, mientras que Watergate llegaba inevitablemente a su final. Esta relación nunca se rompió, aun cuando la ascensión del presidente Ford, hizo que fuera sensato reafirmar partidismos tradicionales. El Comité del Senado para Relaciones Exteriores, a las órdenes del senador Fulbright y el entonces senador Sparkman, permanecieron durante los tres años y medio siguientes fieles a las inteligentes palabras con las que concluyó su informe sobre mi nombramiento:

Sería ingenuo asumir que las ramas del Poder Ejecutivo y del Legislativo siempre coincidirán. Pero, si los temas son discutidos abierta y claramente, sería posible evitar la confusión pública, la desconfianza y la enajenación que se ha desarrollado durante la última década. Cada rama tiene sus respectivos poderes y responsabilidades. Algunos conflictos entre las dos pueden, en algunas ocasiones ser de interés nacional. De vez en cuando en los últimos años cada uno de esos dos sectores puede haber reafirmado excesivamente sus propios poderes, pero es obvio que el sistema constitucional norteamericano trabaja mejor cuando cada fracción tiene una idea clara de los límites de su autoridad y de los derechos del otro. Esperamos que este equilibrio, sea restaurado, pues ninguno de esos poderes es totalmente sabio o totalmente poderoso.

El 18 de setiembre, el Comité votó por 16 votos contra uno a favor de mi nombramiento. El senador George McGovern, el único disidente, me había llamado por teléfono la tarde anterior para manifestarme sus más altos respetos personales. Pensaba que el Senado debía confirmarme; expresó que su voto negativo era una deuda contraída con aquellos que habían apoyado su campaña presidencial y que no reflejaba el alto respeto que sentía por mí o su disposición para cooperar conmigo después de mi confirmación. No me sentí ofendido por el intento de McGovern de quedar bien con todo el mundo. Las circunstancias imponen en algunos funcionarios públicos la necesidad de una muestra de

(*) Ver Capítulos V y XXII.

hipocresía, y estos pueden esperar que cuando el balance final sea resuelto las causas por las cuales actuaron de ese modo sean las razones valederas.

El 21 de setiembre, el Senado me confirmó en el cargo por 78 contra 7. Al día siguiente el presidente de la Corte Suprema de Justicia Warren Burger, me tomó el juramento en la Sala Este de la Casa Blanca, en presencia de mis padres e hijos y bajo los auspicios geniales pero ambiguos del presidente Nixon. Esa sala no es grande. Tiene asientos para tal vez no más de ciento cincuenta personas para eventos formales, y se debe considerar que una gran parte de ellos son reservados para los medios de difusión. Se levantó un atril y una plataforma en el lado Este, frente a un conjunto de asientos puestos en semicírculo. Ayudantes militares con guantes blancos conducían discretamente a los invitados a ocupar sus respectivos lugares. Los líderes del Congreso de ambos partidos estaban presentes, así como también Robert Strauss, presidente del Comité Democrático Nacional, cuya amistad de entonces y a posterior fue un testimonio de que la política exterior de los Estados Unidos refleja propósitos que trascienden las fluctuaciones del partidismo. Burger había interrumpido un viaje a Europa para tomarme el juramento —un gesto conmovedor—. Mis padres parecían vivir un sueño: los habían echado de su país natal, trece miembros de nuestra familia habían sido víctimas de los prejuicios humanos. Apenas si podían creer que, 35 años después, su hijo alcanzaría el cargo ejecutivo no electivo más alto de nuestra Nación. Había preparado un borrador con comentarios, pero me sentí tan tenso que desistí y confié en la inspiración del momento.

Nixon fue el único que parecía dejarse llevar por los demonios. No participó de la reunión familiar que mantuvimos, junto con Warren Burger, poco antes del juramento y sus observaciones durante la ceremonia fueron desde lo superficial hasta lo extravagante. Por empezar, señaló que yo había tenido que superar una intensa oposición parlamentaria para obtener la confirmación en el cargo, con lo cual insinuó, quizá, que él no era el único que tenía problemas con la rama legislativa. Después trató de explicar que mi designación constituía además, otra novedad histórica, por tres razones: yo era el primer ciudadano naturalizado que se convertía en secretario de Estado, el primer secretario que había visitado Pekín y Moscú antes de su nombramiento y el primer secretario de Estado, desde la Segunda Guerra Mundial, que no se hacía la raya al peinarse.

En vez de ampliar los dos primeros puntos, se explayó implacablemente sobre el último tema y especuló acerca de la categoría a que pertenecería el calvo Dean Rusk: *Pero mi peluquero, que es un hombre muy sabio y rara vez se equivoca. . . —comentó— pues le dije: "¿Y qué le parece el secretario Rusk?", y él contestó: Bueno, señor presidente, él no disponía de mucho cabello pero se hacía la raya con lo que tenía.*

Al responder, eludí este tema fascinante y consigné lo que sentía mi corazón:

Señor presidente, usted se refirió a mis antecedentes y, en verdad, en ningún país del mundo se concibe que un hombre con un origen como el mío pueda estar aquí parado junto al presidente de los Estados Unidos. Y si hay algo que mi origen pueda aportar a la formulación de nuestra política, es esto: a edad temprana he visto lo que le puede ocurrir a una sociedad basada en el odio, la fuerza y la desconfianza, y entonces experimenté lo que América significa para otros, su esperanza y su idealismo. En consecuencia, al lograr establecer una estructura de paz bajo su liderazgo, señor presidente, lucharemos no sólo por hallar una solución pragmática para tal o cual dificultad sino también por admitir que Norteamérica nunca ha sido fiel a sí misma, a menos que el serlo signifique trascenderse a sí misma.

Y como trabajamos por un mundo en paz, con justicia, con pasión y humanidad, sabemos que Norteamérica, al satisfacer las más profundas aspiraciones humanas, responde a lo mejor que hay en ella.

La ambivalencia (para usar un término suave) con que la familia Nixon recibió mi nombramiento quedó demostrada por el hecho de que la señora Nixon —a quien admiro— se negó a sumarse al grupo de quienes recibíamos y saludábamos a los invitados luego de mi juramento. Nixon desapareció inmediatamente después, sin mezclarse ni siquiera por instantes con los invitados a la tradicional recepción.

El siguiente cable fue despachado por el Departamento de Estado a todos los diplomáticos y cónsules unos momentos después:

EL DOCTOR HENRY A. KISSINGER HA PRESTADO JURAMENTO Y SE HARA CARGO DE SUS DEBERES Y OBLIGACIONES COMO EL 56º SECRETARIO DE ESTADO A LAS 11.06.
SETIEMBRE 22, 1973.

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO

En el ala Este de la Casa Blanca, todas las oficinas son más bien austeras y pequeñas, aun la del presidente. El asesor de Seguridad Nacional, a pesar de su supuesto poder temible, siempre ha tenido que desarrollar sus actividades en cuarteles humildes y compactos a veces en la planta baja y en ocasiones en el sótano. En oposición, el Departamento de Estado, como muchos departamentos del Gabinete, prodiga en su secretaría una serie de oficinas elegantes y espaciosas, en un regio piso alto con una magnífica vista de la ciudad de Washington y sus monumentos. Brinda un hermoso panorama del Lincoln Memorial, el río Potomac, y el cementerio Nacional de Arlington. Me tomó un tiempo acostumbrarme a ella. En mi conejera de la Casa Blanca, el querer expresar mi disgusto por algún acontecimiento enojoso en mi acostumbrada forma enfática, implicaba una corta caminata hasta mi puerta y mi delegado era un blanco disponible unos pocos pasos más allá. En el Departamento de Estado, mi delegado parecía estar a casi dos kilómetros de distancia y de todos modos cuando llegaba a la puerta de mi propia oficina, generalmente ya no recordaba lo que había desatado mi furia. En caso de cruzarla me detenía la mirada desaprobadora de Jane Rothe (ahora Jane Rothe Mossellem), por demás eficiente. Jane, colaboradora de cuatro secretarios anteriores, imponía sus propias normas de cómo los secretarios de Estado debían comportarse, y al final demostraba que era tan indispensable para mí como lo había sido para mis predecesores.

Este no era el único ni más significativo contraste. Las cualidades para el trabajo de asesor de Seguridad Nacional no se traducen tan fácilmente a las responsabilidades del secretario de Estado, como algunos beneficiados pueden haber llegado a creer. El asistente para los Asuntos de Seguridad Nacional es una creación del presidente; opera sólo por mandato presidencial. Dirige un equipo microscópico. Su función, como es originalmente concebida, es informar al presidente si los departamentos u oficinas de asuntos exteriores del gobierno están colocando las informaciones y opciones apropiadas ante él. Por supuesto que generalmente el asesor de Seguridad hace mucho más. La cercanía a la *oficina oval* tiente al presidente a usar a sus asesores de Seguridad como confidentes para todos los problemas. (Los psicólogos podrán explicar algún día por qué la proximidad física a la *Oficina Oval* le da a uno tal ventaja sobre los funcionarios que están a sólo diez minutos de viaje en coche.)

El asesor de Seguridad, por su parte, es humano; trata de adquirir *status*; él es el único que sabe muy bien que su poder depende de su inteligencia para demostrar una clase especial de certeza. Dado que sólo es responsable por lo que le asigna el presidente, puede permitirse tomar una actitud más amplia. Puede presentar análisis geopolíticos que no se encontrarán limitados por la marea de detalles o problemas opresivos que son los que más abundan en la Secretaría de Estado. Si es hábil, logrará darse un lugar en los

debates burocráticos cercanos a los predilectos presidenciales, los cuales en general tienen la posibilidad de aprender más íntimamente que sus competidores que están en el nebuloso trasfondo.

El secretario de Estado preside diariamente una vasta gama de relaciones internacionales, que no siempre se reflejan en la agenda presidencial o en los trabajos del Consejo de Seguridad Nacional; muchas de ellas distan de ser encantadoras. Debe luchar hora tras hora con ciento cincuenta países, así como con un conjunto de cuestiones multilaterales y organizaciones internacionales: problemas económicos, control de armamentos, ayuda exterior, política inmigratoria y de visas, etc. Maneja una empresa colosal.

Desde un punto de vista inmediato, este vasto esfuerzo coloca al secretario de Estado en una posición burocráticamente desventajosa. Es inevitable que se las vea con muchos asuntos mundanos o muy técnicos, y estará obligado a defender causas impopulares (por ejemplo, las asignaciones anuales para ayuda externa). Siempre existe el riesgo de que el secretario de Estado comience a aburrir al presidente con problemas misteriosos que requieren su urgente decisión; o aparezca ante él como un mediador especial.

Sin embargo el presidente que sucumbe a la impaciencia frente a un Departamento de Estado tedioso, a la larga perjudica a su propio país. Para que un logro en política exterior sea verdaderamente significativo, se lo deberá institucionalizar en algún momento; por ende, tiene que engastarse en un mecanismo permanente. Ningún gobierno debería autoimponerse la necesidad de sostener un *tour de force* basado en personalidades. Para que una política exterior sea duradera, deberá ser aprobada por la comprensión de quienes sobrellevan la conducción regular de la diplomacia y, con el tiempo, habrá de implantarse en el corazón y la mente de la nación.

Esto sólo puede lograrse mediante una asociación confiada entre el presidente y el secretario de Estado, como la que existió entre Harry Truman y Dean Acheson o entre Dwight Eisenhower y John Foster Dulles, o la que mantuve con los presidentes a los que serví. El asesor de Seguridad Nacional sólo puede cubrir una brecha en esa confianza por períodos breves, y a riesgo de desmoralizar a la burocracia y confundir a los gobiernos extranjeros. Si el presidente no confía en su secretario de Estado debe reemplazarlo, y no tratar de prescindir de él valiéndose del asesor de Seguridad Nacional. Cualquier otro curso de acción complica el problema que se supone habrá de resolver. Nixon temía hasta tal punto las *indiscreciones* del Departamento de Estado, que siempre que podía lo excluía de todas las negociaciones delicadas. Sus sospechas obedecían a ciertos fundamentos. Pero ésta también fue una actitud autodestructiva, aunque no lo entendí así cuando estaba en la Casa Blanca. Cuanto más se excluía al Departamento de Estado del proceso de elaboración político, menos incentivos tenía éste para salvaguardar cualquier información que trataba de adquirir por sus propios medios. Realmente, estaba tentado de derribar todo lo que surgiera, producto del orgullo herido o de la ignorancia de las negociaciones difíciles. Y era insostenible tener varios ministros de relaciones exteriores aliados que se encontraran mejor informados de las negociaciones principales que nosotros. No pudimos remediar esta esquizofrenia administrativa hasta que me convertí en secretario de Estado en el otoño de 1973.

Al mismo tiempo la burocracia del Departamento de Estado tiene tendencia a probar suerte. La permanente carrera de servicio de esta oficina ha sufrido tantos abusos que su sentido de bloqueo se halla acompañado de una aguda conciencia de prerrogativas burocráticas. Convencida de la importancia de la prominencia del Departamento de Estado, insiste apasionadamente en su papel formal, a veces a costa de la unión intangible entre el presidente y la Secretaría que es la esencia de su real influencia. Aún antes de que se le tomara el juramento a Nixon (20 de enero de 1969), el Departamento se embarcó en una amarga batalla para preservar su presidencia de diversos subcomités interdepartamentales que se habían establecido en el gobierno de Johnson. No importaba que estos

grupos estuvieran moribundos y que las decisiones reales habían sido tomadas en los así llamados *almuerzos de los martes*, que el presidente Johnson mantenía con un círculo íntimo de los miembros del Gabinete. El simbolismo del *status* parecía pesar más que su realidad(10).

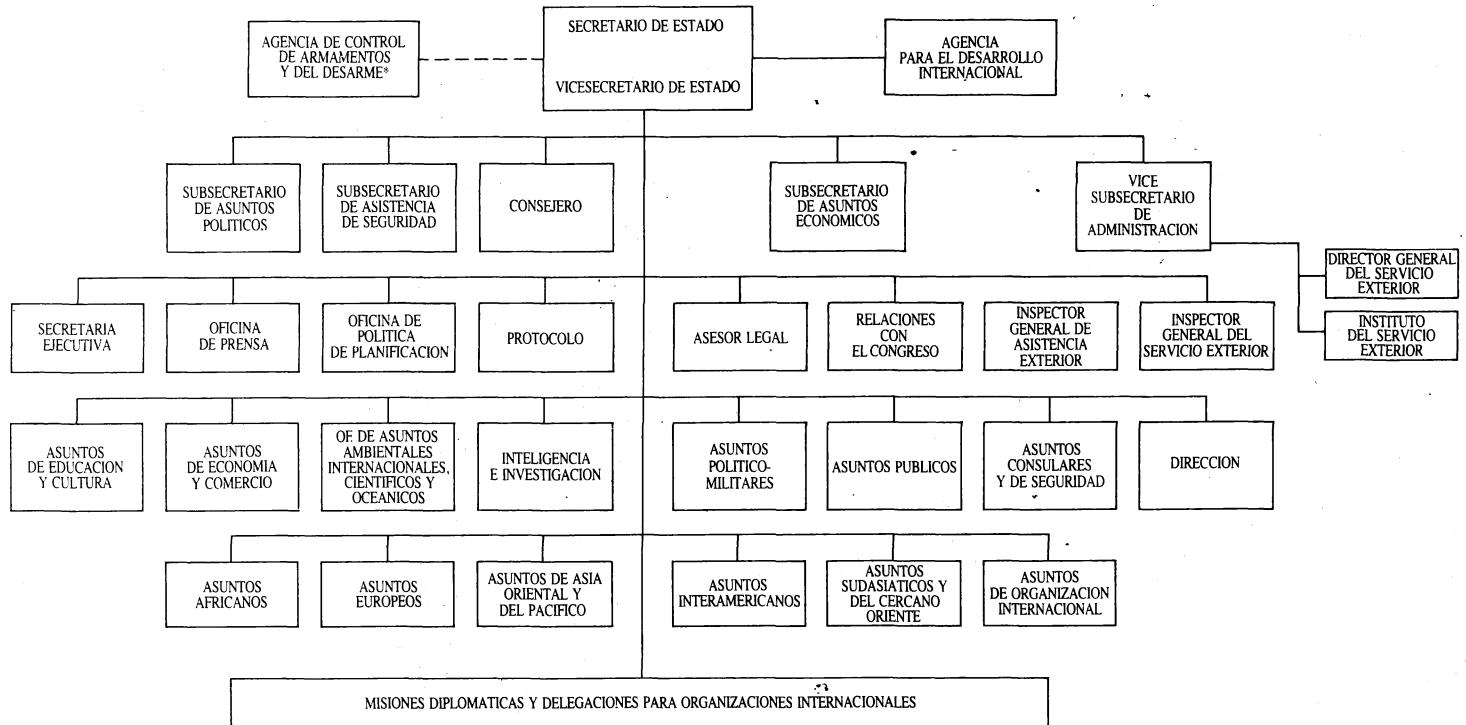
Los contratiempos confirmaron todos los prejuicios de Nixon. En ningún momento quiso que el Departamento de Estado tuviera relieve; los tenaces esfuerzos de la secretaria de Estado por prerrogativas, aumentaron sus sospechas. Cualquier pequeña oportunidad que encontraba el Departamento de Estado para ganarse la confianza de Nixon, se evaporaba en una batalla esencialmente sin sentido. Y mientras que la opinión de Nixon respecto a este sector resultaba demasiado dura, su instinto era bueno. El Departamento de Estado simplemente no está equipado para manejar una maquinaria interdepartamental. Como explicaré luego, su personal principal por su estilo de preparación se siente generalmente incómodo con actitudes intelectuales; su organización está mejor preparada para trabajar con asuntos inmediatos y no a largo plazo. Un secretario de Estado que trate de manejar los procesos interdepartamentales se impone una carga muy pesada sobre sí mismo. Pues aún cuando lograra superar las tendencias de su Departamento —debe eventualmente hacerlo, sin importar como esté organizada la maquinaria interdepartamental— estará en una posición burocráticamente desesperada.

Nuestro gobierno tiende a actuar por procedimientos opuestos. Pero el presidente de un grupo interdepartamental debe desarrollar una reputación de objetividad. Cuando un departamento preside un comité interdepartamental, estará tentado a sesgar el proceso en favor de sus predilecciones o bien no representará adecuadamente su propio punto de vista —un resultado irónico para adueñarse de la prominencia. Aún cuando surgiera del Departamento de Estado un salomónico grupo de presidentes, serían forzados a usar una enorme cantidad de energías para defenderse de las críticas que su posición provocaría. Ningún departamento en nuestro sistema aceptará la prominencia formal por largo tiempo de algún otro. Desafiará a aquellas decisiones que vayan en contra de éste, tanto en temas de procedimientos como en los de más profundidad. Al final, el resultado no es el predominio de un departamento sino la adjudicación presidencial de un desproporcionado número de disputas.

Experimenté estos problemas al tratar de ejercer una variación en el esquema. Cuando me nombraron secretario de Estado, también permanecí en el puesto de asesor de Seguridad Nacional, dándome control sobre la maquinaria interdepartamental, por lo que en tiempos dinásticos se hubiera llamado unión personal. No tuvo éxito. Los representantes del Departamento de Estado, en los encuentros, eran mis subordinados cuando yo actuaba como secretario de Estado; al presidir una reunión, debía reflejar mi punto de vista o de otra forma todos los asuntos interdepartamentales se hallarían fuera de mi control aun dentro del Departamento de Estado. Pero eso en la práctica significaba que o bien debería empujar las opiniones de mi departamento como presidente o separarme de mis subordinados, una posición inherentemente absurda. Durante dos años se me acusó de ejercer un predominio injusto sobre el proceso político. En la medida que tal concepto se hizo cierto, éste fue producto de mi estrecha relación con los presidentes que serví, y no de la estructura organizativa de sus gobiernos. Por consiguiente mi posición dual resultó ser una desventaja y una debilidad. En noviembre de 1975 el presidente Ford me quitó el cargo de asesor de Seguridad Nacional. Esta resolución me provocó cierto resentimiento porque pensaba que socavaría la imagen de mi posición. Durante unas pocas semanas hasta pensé en renunciar.

Hubiera sido una actitud infantil. Mi influencia no se encontraba afectada por los cargos organizativos y mi tranquilidad de conciencia aumentó enormemente. Cuando predominé fue porque logré convencer a Ford y cuando fracasé no habría sido distinto si hubiera permanecido técnicamente como presidente del Comité.

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO EN 1973



* Una agencia separada, cuyo director debe informar directamente al secretario y que se desempeña como principal consejero del secretario y del presidente de Control de Armamentos y Desarme.

Me había convencido de que el funcionamiento de la maquinaria interdepartamental debería ser principalmente la responsabilidad del asesor de Seguridad (excepto tal vez en una crisis). Un secretario de Estado determinante no puede fallar en hacer oír su punto de vista ante quien quiera que sea el que gobierna el Comité. Los contactos de los asesores de Seguridad con los medios de difusión y con los diplomáticos extranjeros debían ser reducidos a lo mínimo y la articulación y conducción de la política exterior dejadas en manos del presidente o del secretario de Estado (y obviamente de sus designados). La preparación de las opciones, que es en lo que más trabaja la maquinaria interdepartamental, constituye la obligación de un asesor de Seguridad elegido por su honradez, comprensión conceptual, conocimiento burocrático y una buena disposición para trabajar en el anonimato. (El general Andrew Goodpaster, bajo el gobierno de Eisenhower y el general Brent Scowcroft bajo el gobierno de Ford, son dos ejemplos destacables). La influencia del Departamento de Estado surgiría de la confianza personal entre el presidente y el secretario y de la calidad del trabajo analítico elaborado por el Departamento en su funcionamiento.

Alcanzar ese nivel de trabajo constituye la tarea más desalentadora, aun para el secretario de Estado de voluntad más fuerte, puesto que incurre contra la organización del Departamento y contra su alergia a las ideas generales.

La estructura interna del Departamento es algo digno de ver. (El cuadro en la pág. 365.) muestra su organización en 1973). En el ápice se encuentra el secretario de Estado por cuyo medio se toman todas las decisiones; todas las instrucciones y cables se emiten en su nombre. No hay posibilidad de que él pueda leerlos a todos. De esta forma elaborar con gran decoro un cable firmado por el secretario de Estado sólo prueba que éste estaba en la ciudad, no que lo escribió él mismo o que tenía conocimiento del tema. En mi época de secretario fui asistido por un vicesecretario adjunto y tres subsecretarios (para Asuntos Políticos, Económicos y de Asistencia de Seguridad). Hay también un consejero, que es una especie de asesor independiente, para ser usado en el papel que el secretario encuentre más apropiado. (Mi consejero fue Helmut Sonnenfeldt, un distinguido especialista en asuntos europeos y relaciones soviético-norteamericanas). Estos funcionarios tienen sus oficinas en el séptimo piso del Departamento de Estado junto con la del secretario y sirven como su estado mayor, al menos en teoría. En el siguiente escalón están los secretarios adjuntos: en mi período había cinco para diversos sectores del mundo, uno para las organizaciones internacionales y siete para las áreas funcionales como los asuntos económicos, educacionales y culturales, oceanográficos y científicos, públicos, relaciones del Congreso, administración y asuntos de seguridad y consulares. Luego está el asesor legal, como así también el personal de planeamiento político y la oficina de Investigaciones de Inteligencia, ambos dirigidos por funcionarios con el título de director. Además, la Secretaría de Estado tiene un gran número de asesores especiales —para relaciones con la prensa, asuntos de trabajo internacional, narcóticos, refugiados y derechos humanos, en mi época. Cada uno de estos funcionarios teóricamente debían informar directamente al secretario de acuerdo a su especialidad. Pero ningún ejecutivo tiene la posibilidad de dirigir a tantos individuos de modo personal. Es necesario que haya algún personal intermedio.

De acuerdo con el organigrama, se supone que los subsecretarios en el séptimo piso ayudan al secretario a coordinarse con el sexto piso, donde los secretarios asistentes están ubicados. Pero la realidad no es tan ordenada. El organigrama que refleja líneas reales de autoridad no ha sido inventado aún. Por empezar, el papel del vicesecretario depende principalmente de las personalidades de cada uno y del propio estilo del secretario. En épocas de Dean Rusk, él y George Ball tendían a dividirse el mundo entre ellos. Otros actuaron como jefes de estado mayor, con todos los atributos como Walter Bedell Smith hizo por Dulles. Le asigné a mi vicesecretario la supervisión general de la política

económica exterior como así también la de las oficinas funcionales. Yo trabajé personalmente con las oficinas regionales.

Para los subsecretarios, su poder varía. El subsecretario para asuntos económicos tiene asignado un personal muy pequeño. El subsecretario para la Asistencia de Seguridad tiene un título más amplio que sus responsabilidades. El subsecretario para lo económico, debe tratar con toda la gama de política económica exterior, ayudado solamente por un puñado de adjuntos y apoyado por una oficina (dirigida por un secretario adjunto) que es demasiado pequeña y también de muy poco rango para tratar con todos los departamentos y agencias poderosas del Gabinete, cuyos deberes tropiezan con nuestra política económica exterior. El cargo de subsecretario para la Asistencia de Seguridad fue creado cuando la ayuda militar jugaba un papel más importante del que probó tener luego. De esta forma disponía de responsabilidades más pequeñas que aquéllas de algunos secretarios adjuntos. Usé el cargo para manejar nuevas crisis en desarrollo, como los primeros fracasos de las fallas de energía en 1973.

El principal subsecretario es el de Asuntos Políticos, que es tradicionalmente la posición más alta en decisiones políticas ocupada por un funcionario del Servicio Exterior de carrera. Su responsabilidad es la coordinación interdepartamental en el campo político y sobre todo el imponer coherencia en algunas oficinas regionales. En la práctica, dos factores vician el cargo: Primero, no es fácil encontrar un funcionario con la garra suficiente y tenacidad capaz de hacer que oficinas individualistas sigan una idea en común. La tentación para la Subsecretaría de Asuntos Políticos, de adueñarse de algunos sectores de responsabilidad operativa que han sido su especialidad, es grande, agregando así un funcionario más a la multitud ya existente que informa directamente al secretario. Segundo, los secretarios adjuntos generalmente se resistirán a contar con intermediarios entre ellos y el secretario; tienden a insistir en entablar todos los días una entrevista. Y tienen la habilidad técnica de hacerlo así porque los funcionarios del séptimo piso no disponen de mucho personal reducido. Con sólo uno o dos ayudantes especiales, corren el riesgo de convertirse en prisioneros de las oficinas inferiores a ellos, a menos que haya una clara distribución de obligaciones que imposibiliten que los sobrepasen.

Estas tendencias responden a la pastosidad y al ritmo lento con el que el Departamento de Estado ha llevado tantos observadores externos a confundirse. Dado que el Departamento amenaza con desintegrarse en feudos autónomos —y eso ocurre bajo las órdenes de un secretario débil— se pierde mucho tiempo en *autorizaciones*, significando que cada oficina tiene que ser consultada en cualquier problema que remotamente compromete a sus responsabilidades formales. A ninguna oficina le gusta ser dominada, ni tampoco quiere realmente ganar, porque esto implica que podrá perder la próxima vez. De este modo todos los incentivos son sesgados hacia los compromisos, reflejan el mínimo común denominador y paralizan la imaginación.

Dejada a su propio parecer, la maquinaria del Departamento de Estado tiende más a la inercia que a la creatividad; está siempre al borde de convertirse en una máquina de mandar cables. Muy a menudo la política se filtra desde abajo como respuesta a sucesos, quejas o litigios que se originan en el exterior. A cada país significativo se le asigna un funcionario con el revelador título de *director del país*; en verdad, algunos de estos funcionarios parecen más interesados en dirigir *su* propio dominio que en dar forma a la política exterior de los Estados Unidos. O tienden a identificar los dos, convirtiéndose en interlocutores del que les fue asignado. El director del país escribe un cable para responder a una situación específica. Lo pasa para autorización a las oficinas interesadas y los hacen subir a través de las diversas jerarquías a veces con un memorándum explicativo, aunque frecuentemente no es así. El memorándum en algunas ocasiones está concentrado en el problema inmediato, es muy influido por el contexto local y, si se digna a exponer opciones, lo hace de manera tal que representa cualquier cosa menos las prefe-

rencias de la oficina. Si sobrepasa todos los obstáculos, y si es uno de la minoría que trata sobre políticas especiales importantes, el cable acaba en el escritorio del secretario de Estado. El no sabe qué ideas fueron eliminadas por el proceso de autorizaciones, qué modificaciones se hicieron en el cable hasta que llegó a sus manos o —a menos que haya estudiado él mismo el tema— a qué propósitos lejanos quiere servir, si es que existe alguno. Podrá volver a escribir el cable, aunque rara vez tendrá tiempo o el conocimiento detallado para hacerlo así. Puede rechazarlo, aunque si no es extremadamente atento es muy probable que le vuelva el mismo cable en otra versión un poco modificada. (En el verano de 1976 recibí tantos cables esencialmente idénticos sobre un tema en particular que no quería actuar sobre ese asunto hasta que se pudieran transferir las presiones del personal.)

La labor más difícil para cualquier secretario de Estado es imponer un sentido de dirección sobre la marea de papeles que en cualquier momento amenaza con ahogarlo. Aun para alguien que, como yo, había pasado su vida estudiando política exterior —y cuyo *hobby* era ése— en algunos momentos resultaba abrumador. El sistema se presta a las manipulaciones. Un jefe de oficina que no está de acuerdo con el secretario puede llegar a triunfar nada más que produciendo una demora. Por ejemplo, en 1975 el secretario adjunto, encargado de África, se las arregló para retrasar mi trato con Angola por casi diez semanas debido a que se oponía a la decisión que él temía que yo pudiera tomar. Para *despachar* el memorándum que yo había pedido, simplemente, usó la espléndida maquinaria en forma tan metódica que éste tardó semanas en llegar hasta mí; cuando lo recibí estaba diluido de toda sutileza. Mi propio personal lo rechazó repetidamente para lograr una mayor precisión —con lo cual servían más a los propósitos del jefe de la agencia que a los míos. Alternativamente, la maquinaria puede permitir que un tema de un funcionario estratégicamente ubicado vaya de prisa, atrayendo una inocente afirmación de un secretario fuera de tema con todas las palabras claves e implicaciones.

Llegué a mi cargo en la presidencia de Nixon demasiado tarde como para intentar una reorganización fundamental —una tarea que debió ser consumada en el comienzo de su mandato. Tal reorganización tenía que lograr que cada oficina informase a algún subsecretario; que el vicesecretario estuviera en libertad de actuar como un representante del secretario; y que algunos aparatos formales fuesen creados en el séptimo piso para seguir con el desarrollo de una política a largo plazo.

En un gobierno agobiado por Watergate y abofeteado por una guerra en el Medio Oriente que estalló a dos semanas de mi nombramiento, hablar de una reorganización que requiriera ser legislada era absurdo. Traté de imponer coherencia en tres etapas. Primero, intenté concretar lo que consideraba que era una de las responsabilidades principales del jefe de cualquier departamento: despertar en sus subordinados un tipo de funcionamiento del cual ellos mismos no supieran que eran capaces. Insistí en la redacción de memorándums bien pensados. Manejé mi personal sin piedad. Muchos no pudieron soportar el ritmo o mi temperamento y renunciaron. Ellos son el origen de muchas publicaciones nada amistosas relativas a mis métodos administrativos. Aquellos que se quedaron —y fueron la mayoría— respondieron noblemente a las demandas; muchos se hicieron amigos personales. El trabajo analítico del Departamento mejoró notablemente.

En segundo lugar, ascendí a posiciones encargadas de la planificación a largo plazo a ex ayudantes importantes a quienes había reclutado del personal del Consejo de Seguridad Nacional. Estaban familiarizados con mis métodos y entendían mi insistencia en una estrategia. Puse a Helmut Sonnenfeldt en la esencialmente libre función de consejero, a cargo de las relaciones Este-Oeste. Más tarde fue calumniado por una supuesta *debilidad*; era una acusación absurda que reflejó una calamitosa ignorancia de las convicciones y contribuciones de un destacado servidor público. Muchas veces en estos volúmenes he

citado sus magníficos enfoques, los cuales, al paso del tiempo han sido confirmados como penetrantes, sagaces y sabios.

Ubiqué a William G. Hyland a cargo de la oficina de Inteligencia e Investigación. Un brillante analista entrenado en la Agencia Central de Inteligencia; sometía todos los informes y prejuicios a un escrutinio escéptico e informado; se preocupó porque la inteligencia guiara más que siguiera las prescripciones políticas.

Otros dos traslados importantes de la Casa Blanca fueron Lawrence Eagleburger y Winston Lord, quienes combinaron una gran habilidad con una profunda amistad personal. La especialidad de Eagleburger era el manejo de hombres y organizaciones. Un experimentado funcionario del Servicio Exterior que comprendió las flaquezas de sus colegas sin sucumbir en su parroquialismo. Tenía la virtud de estar fuertemente vinculado al Servicio Exterior; usó esta dedicación como un desafío para tratar de convertir sus servicios en una gran institución. Primero como mi ayudante, ejecutivo, y luego como vicesubsecretario de Administración se ocupó de traducir los conceptos en política. Estuvo a mi lado cuando lo necesité. Incorruptible en su juicio, resultó uno de los más destacados servidores públicos de mi conocimiento.

Winston Lord fue ampliamente el responsable de darle nuevo ímpetu a las ideas abstractas como el nuevo director del personal de Planeamiento Político. Había sido un íntimo colaborador durante mis años en la Casa Blanca en importantes empresas, incluyendo la apertura de las negociaciones de China y Vietnam. En 1970 estuve a punto de renunciar por la incursión de Camboya. Apelé a su conciencia con el argumento de que si los hombres jóvenes de su generación canalizaban su idealismo a través de la protesta, no habría nadie que quedara para construir un mundo mejor. Serviría mejor a sus principios trabajando para poner fin a la guerra dentro del gobierno, que asumiendo una postura fuera de él. Afortunadamente para mí, se quedó —no poco influido por su suerte y maravillosa esposa, Bette. Se convirtió en uno de mis mejores colaboradores, una conciencia permanente, y un íntimo amigo. El estaba familiarizado con mis puntos de vista más que nadie. Tenía una perspectiva no simplemente regional sino global. Le di prioridad en la tarea de elegir los mejores hombres y mujeres para su personal. El y sus colaboradores cirnieron muchos cables importantes que venían a mí en busca de consistencia en la política y me proveyeron de informes adicionales referidos a temas fundamentales o temas a largo plazo, que las oficinas operacionales a menudo omitían. Junto con Peter Rodman, me ayudaron a escribir los discursos por medio de los cuales yo trataba de articular las premisas y objetivos de nuestra política exterior.

Peter había escrito una de las más destacadas tesis de un estudiante no graduado durante mi época como profesor en Harvard. Al dejar Oxford y la escuela de leyes formó parte del Consejo de Seguridad Nacional en el verano de 1969. Se mantuvo en la Casa Blanca, después que yo me convertí en secretario de Estado, como un nexo informal con mi oficina. Modesto, brillante, incansable, llegó a ser tan indispensable como lo que se puede ser en un gobierno numeroso. Su papel era difícil de definir. Además de escribir los discursos, funcionaba como mi memoria institucional. Realizó proyectos de investigación; se aseguró de que lo que se establecía en las negociaciones o públicamente fuera coherente con las declaraciones previas sobre el tema, y con nuestro planeamiento interno. Asistió a casi todas las conversaciones delicadas, técnicamente como un apun-tador y en la realidad como confidente y asesor. Fue un constante y anónimo héroe de mi período como secretario de Estado.

En tercer lugar, con este grupo, más el vicesecretario, el subsecretario de Asuntos Políticos, y el secretario adjunto regional, formé una especie de grupo político para ayudarme a planear la estrategia. Me reunía con ellos como cuerpo, prácticamente todos los días para tratar asuntos claves. Sin embargo el problema estructural del Departamento continuó durante todo mi período.

EL SERVICIO EXTERIOR

Sin embargo, que la política exterior haya tenido éxito, como lo tuvo, se lo debo en gran parte a un grupo de hombres y mujeres que han apoyado a los secretarios de Estado a lo largo del período moderno: el Servicio Exterior de los Estados Unidos.

Por una parte, es relativamente fácil ganar el control de la maquinaria del Departamento de Estado. Las órdenes definidas del secretario son cuidadosamente concretadas, por lo menos al principio, porque el Servicio Exterior comienza con la presunción de que el secretario merece su apoyo —hasta que haya probado los límites de su tolerancia. La dificultad está en que no siempre es fácil formular órdenes definidas. Los funcionarios competentes, orgullosos, exclusivistas y dedicados del Servicio Exterior pronto descubren las lagunas en el conocimiento o resistencia de sus jefes, y los cubren de recomendaciones que provienen de una filosofía asentada a lo largo de los juicios comunes de una fraternidad. Simplemente se jactan de su profesionalismo; detestan las *entradas laterales* —lo que en su jerga significa los nombramientos políticos que no provienen de la carrera. El problema está en que algunas veces tratan al secretario como a un intruso lateral: un elegido que nunca hubiera podido ejercer ese cargo si lo hubiera tenido que conseguir por sus propios méritos a través de los rigores competitivos que exige a los postulantes el Servicio Exterior.

En manos de un secretario determinado, el Servicio Exterior puede ser un instrumento espléndido, integrado por individuos inteligentes, discretos y enérgicos. Ellos necesitan una vigilancia constante para que las convicciones que los conducen a una miserable carrera no los tienten a apropiarse de la capacidad de tomar decisiones. En la tradición norteamericana, nuestros profesionales diplomáticos tienden a ser calumniados como una colección de *petimetres pedantes*, excesivamente internacionalistas en sus perspectivas, débiles en la defensa del interés nacional, y a menudo causa contribuyente de nuestras dificultades en el extranjero como agentes de sus resoluciones. La necesidad de *limpiar* el Departamento de Estado se había convertido en una rutina de nuestra política oratoria. Varios secretarios han empezado su período con esa expresa determinación. No conozco ninguno de ellos que haya dejado su puesto sin haber llegado a admirarse de los dedicados hombres y mujeres que suministran la continuidad y experiencia de nuestra política exterior. Entré al Departamento de Estado hecho un escéptico. Cuando salí era un convertido —tal vez con las convicciones un poco desequilibradas de alguien que ha superado anteriores prejuicios en el camino hacia la verdad.

Hasta la llamada reforma de Wriston en 1954, el Servicio Exterior era una organización elitista y pequeña que proporcionaba nuestro personal diplomático en el exterior y asignaba alguno de los cargos importantes en el Departamento de Estado. Su título formal, Servicio Exterior de los Estados Unidos, implicaba que era un instrumento presidencial; en realidad su comando siempre perteneció al secretario de Estado. Antes de las reformas de Wriston, el Departamento de Estado estaba integrado por dos tipos de funcionarios: aquellos que se quedaban permanentemente en Washington y eran parte del personal civil, y los que dividían sus servicios entre los Estados Unidos y el extranjero, pero en general preferían trabajar en embajadas —el tradicional Servicio Exterior. Durante este período los funcionarios del Servicio Exterior provenían en gran medida de la clase más alta, con predominio de protestantes procedentes de escuelas privadas de las clases dominantes del Este; en una palabra, de los grupos que se interesarían en el papel internacional de EE.UU. Muchos poseían los medios financieros como para llevar un estilo de vida imposible con los salarios del gobierno.

Las reformas de Wriston crearon un Servicio Exterior unificado. Ya no era posible trabajar sólo en Washington o exclusivamente en el exterior. Cada funcionario tenía que formar parte del Servicio Exterior o dejar la carrera departamental. Muchos eligieron

quedarse. La idea detrás de Wriston era sensata. En el antiguo sistema, el personal civil en Washington, que mandaba las órdenes a las embajadas, no siempre entendía lo que era estar en la línea de fuego. Y los funcionarios del Servicio Exterior en el extranjero gradualmente perdían la perspectiva de Washington; rara vez experimentaban el tratar con el Congreso o pelear las batallas interdepartamentales. Perdían contacto con EE.UU. y de esa forma la representaban menos efectivamente en el exterior. (Imagínense, por ejemplo, a alguien que se alejó de los Estados Unidos en 1970, durante diez años, y que trata de reflejar la realidad norteamericana a los extranjeros.)

Las reformas de Wriston estuvieron diseñadas para hacer de los funcionarios del Servicio Exterior un todo y proveerlos de experiencia en los conocimientos de Norteamérica como en los del extranjero. Los funcionarios que despachaban cables de instrucciones en el Estado podrían imaginarse cómo sería el concretarlos. Los diplomáticos en el extranjero entenderían el contexto de la sociedad norteamericana y el choque de prioridades y oficinas que son el corazón del gobierno.

Después de Wriston, los principales cargos en el Departamento fueron cubiertos por personal de carrera. Excepto en los más altos niveles políticos, los progresos se hacían a través de etapas de creciente responsabilidad dentro del Servicio Exterior. Al mismo tiempo, los sucesivos secretarios de Estado cumplieron grandes esfuerzos para ampliar la base del Servicio Exterior, para que fuera más representativo del pueblo norteamericano en un todo, y accesible a las mujeres, miembros de minorías étnicas y sociales, y gente con más amplias variedades de orígenes geográficos y académicos.

Asombrosamente, la estructura que prevalecía en los primeros períodos persistió a través de todo este cambio. El Servicio Exterior siguió siendo conscientemente elitista. El trabajar en el extranjero, especialmente como embajador, se consideraba más alto en la escala de valores que casi cualquier cargo en Washington, en parte porque los sucesivos aumentos en los pagos habían hecho del servicio en el exterior un trabajo más redituable, pero sobre todo porque los hombres y mujeres que elegían la carrera estaban genuinamente dedicados a fomentar las relaciones de EE.UU. con el resto del mundo. La crítica convencional de que ellos eran un grupo *cerrado* contribuía a un sentido de estrecha solidaridad. Y la coherencia fue fortalecida por muchas experiencias compartidas en puestos alejados inaccesibles para siempre al personal regular civil con quienes el Servicio Exterior se ponía en contacto o incluso con sus superiores. Tales tendencias, y esto hay que repetirlo muchas veces, se desarrollaron dentro de un grupo de hombres y mujeres de habilidad y dedicación realmente excepcional que alcanzaron sus convicciones elitistas, naturalmente, pasando uno de los más difíciles exámenes completos requerido para cualquier carrera.

Sin embargo, el acercamiento del Servicio Exterior a la política exterior reflejó muchas de las posturas y experiencias históricas norteamericanas. El Servicio Exterior se desarrolló en los primeros años de nuestra historia, cuando no existía ninguna amenaza física directa a la seguridad de EE.UU. El compromiso exterior de Norteamérica fue considerado como proveniente de ideas ilustradas de libertad de comercio y de la implementación de principios morales, o al menos legales, más que de un concepto de interés nacional —al que se lo consideraba moralmente miope. Creímos que la decisión de involucrarnos en asuntos más allá de nuestras costas era totalmente nuestra. Nos encargaríamos de hacer frente a los peligros abrumadores, pero no nos haríamos responsables de los manejos diarios del equilibrio del poder; en verdad tendíamos a negar su importancia y así demostrar nuestra superioridad moral, denunciándolo como una causa que contribuía a las tensiones internacionales. Nuestros diplomáticos proclamaban su fe en la ley internacional. Era más probable que ellos estuvieran interesados en la ilegalidad de la conducta de otros Estados que en vislumbrar si las acciones de éstos representaban un peligro al equilibrio internacional y por lo tanto a nuestra seguridad a largo

plazo. No se les pedía que desarrollaran un diseño geopolítico. Tendían a resistirse o a reflejar valores que EE.UU. ya había superado.

Hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, el Servicio Exterior vio su papel como un instrumento de negociaciones, no como el diseñador de una política exterior; se dedicaba a resolver temas concretos que iban surgiendo, más que a concebir una estrategia o a dar forma a los sucesos. El largo servicio en el exterior suscitó una mayor sensibilidad para las cosas intangibles de las sociedades extranjeras que para las nuestras. Conscientes de la tradición aislante de EE.UU., los funcionarios del Servicio Exterior tenían una tendencia a tratar de equilibrarla convirtiéndose en interlocutores del país en que estaban estacionados o del cual el Departamento de Estado le había asignado responsabilidades. En ese Departamento esto se conoce como la muerte del *localismo*, o del *clientismo*. El trabajo de un funcionario del Servicio Exterior es siempre más fácil, o más agradable, si puede producir buenas noticias para su país cliente —más si brinda ayuda o apoyo en una disputa, o en una invitación para un encuentro con el presidente, por ejemplo. Un diplomático en el extranjero enfrenta los mismos dilemas que un hombre en el Congreso ¿En qué medida debe representar las opiniones de sus electores, aún en el papel de defensor —sin correr el riesgo del parroquialismo, y ni hablar de perder credibilidad en Washington? ¿En qué grado intentará tomar la visión general que la realidad impone al presidente y al secretario de Estado sin correr el riesgo de no proporcionarles el sentido completo de las opiniones locales que ellos necesitan para tomar una decisión, y sabiendo que los embajadores o los directores de países estarán haciendo fuerza por sus clientes mientras que él está tratando de ser *honesto*?

El Servicio Exterior insiste en la negociabilidad —lo cual es otra forma de decir consciente lo que el otro lado aceptará. Hay menos delicadeza en las presiones e incentivos, que deliberadamente se aplican y que pueden alterar las percepciones que de a poco definen la negociabilidad. Institucionalmente, el Servicio Exterior genera precaución más que el correr riesgos; está más cómodo con los mecanismos de la diplomacia que con su diseño, con las tácticas de una negociación particular que con una dirección total, con los problemas a corto plazo que con aquellos que traen largas consecuencias.

Muchas de las políticas exteriores que la historia ha señalado como muy importantes, en el país que sea, fueron originadas por líderes que encontraron oposición en expertos. Es, después de todo, la responsabilidad de éstos trabajar en lo conocido, y la de aquéllos trascenderlo. Lo que el Departamento de Estado necesita es un liderazgo basado en una filosofía mundial y guiado por un sentido de propósito. Las frecuentes vueltas en nuestra dirección nacional desmoralizarán al Servicio Exterior, y a su quehacer en las naciones extranjeras. Un liderazgo claramente incapaz de hacerse cargo de las complejidades de las oficinas o con la necesidad constante de dar un vistazo a los temas más elementales, despierta las aserciones más individualistas del parroquialismo del Servicio Exterior. La purga total tan a menudo defendida no lograría nada bueno. Es probable que cualquier otro grupo tenga las mismas preferencias, las cuales después de todo echaron raíces en nuestra sociedad y en nuestra historia. Un clima de temor impediría una saludable maduración. Pero bajo el poder de secretarios de Estado fuertes —como Dean Acheson— el Servicio Exterior constituye una herramienta maravillosa, y bajo el poder de todos ellos un organismo leal.

El Servicio Exterior, reflejando las mismas preferencias de la sociedad que éste representa, ha tenido que sufrir idéntica adaptación dolorosa a un nuevo mundo de la posguerra que ha sido sin precedentes en nuestra experiencia. Una vez que el último recurre en defensa de la libertad, los Estados Unidos se han convertido desde 1945 en el principal protector del equilibrio del mundo. Nuestra diplomacia debe estar preparada para actuar como aval de aquellos cuya verdad no puede asegurarse en algún momento. En forma similar debemos resistir los cambios marginales porque el esperar hasta que un

desafío sea decisivo también puede hacer las cosas incontrolables. Todo esto requiere de mucha autosuficiencia e intuición, y sobre todo de las prácticas conceptuales que han sido tradicionalmente fomentadas.

Pronto abandoné mis propios prejuicios y decidí que era imposible conducir una política exterior de los Estados Unidos creativa sin el Servicio Exterior, y menos aún en contra de éste. Teníamos una labor conjunta de mutua educación y de ayudar a nuestra sociedad a comprender sus nuevas circunstancias. En el proceso, advertí de inmediato que ningún ministro de relaciones exteriores en el mundo está servido por el profesional más creativo, experimentado y el grupo más leal de hombres y mujeres.

Usé el intervalo de cuatro semanas entre mi nombramiento y mi confirmación para conducir una búsqueda sistemática de talento en el Servicio Exterior. A pesar de todo lo negativo que se difundió sobre mi hostilidad con la burocracia, la verdad es que durante mi período como secretario de Estado, el más alto porcentaje de todos mis elegidos a nivel del proceso de elaboración política fueron funcionarios del Servicio Exterior. Ascendí a aquellos que gozaban del respeto de sus pares y representaban a los hombres y mujeres jóvenes más capaces. Y tuve cuidado de dar serios cargos a aquellos que reemplazaba, incluyendo a quienes en una actitud desleal hacia Rogers habían criticado públicamente mi nombramiento.

No hay duda de que el Servicio Exterior me sirvió con distinción. Estuvo a mi lado cuando fui atacado. Hizo posible mis éxitos. No es por echarle la culpa a aquellos sectores en los cuales no estuve presente.

ME HAGO CARGO DEL DEPARTAMENTO DE ESTADO

Cuando tomé el Departamento de Estado, mi mayor desafío fue cumplir el verdadero propósito para el cual había sido designado: conducir una política exterior fuerte, a pesar de la creciente debilidad de nuestro Poder Ejecutivo; usar el principal puesto dentro del Gabinete para inspirar esperanza en un futuro digno de ideales de nuestra Nación, en medio de una crisis política, sin precedentes en nuestra historia moderna. Las observaciones que formulé en el Salón Este, al aceptar el cargo, tenían por objeto establecer los temas principales de mi gestión en el Departamento de Estado. Frente a la desintegración de la autoridad, debíamos irradiar serenidad y fortaleza, así como la voluntad de desalentar las presiones de los adversarios e infundir esperanza en quienes dependían de nosotros.

Si la historia servía de guía, las crisis eran ahora inevitables y sólo podríamos capearlas si el pueblo norteamericano veía nuestra política exterior como un plan para la paz y el orden internacionales y no como simples respuestas tácticas a los cataclismos provocados por la debilidad del Poder Ejecutivo. Teníamos que exponer una visión que pusiera en perspectiva el sórdido espectáculo de la destrucción de una presidencia desplegándose día tras día en los titulares y los informativos. En ese momento era más imperativo que nunca recordar a los norteamericanos y a nuestros amigos de todo el mundo, que nuestro gobierno funcionaba, tenía propósitos determinados y dominaba la situación.

Es por eso que programé tres discursos durante mis primeras dos semanas como secretario. Dentro de las cuarenta y ocho horas de la toma de mi juramento, me dirigí a la Asamblea General de los Estados Unidos. Como no se me había dado permiso para formar el personal del Departamento de Estado hasta que fuera tomado mi juramento, el discurso fue preparado rápidamente en alrededor de treinta y seis horas. Pasó por muchas versiones durante la noche final mientras que el sostén del Departamento de Estado y el personal de la Secretaría recibían su primera exposición de mis métodos compulsivos. Cuando todo estaba hecho, la tecnología amenazaba con violencia nuestra presunción. Me hallaba parado en la puerta de mi oficina en Waldorf Towers, impaciente por

salir para las Naciones Unidas del otro lado de la ciudad, esperando el texto final de mi discurso que había mandado a fotocopiar para nuestro archivo. Mi nueva secretaria, Jane Rothe, me informó con coraje que la máquina recalantada había comido una página de nuestro único borrador tipeado completo. La carilla original se había quedado dentro de la máquina sin poder ser rescatada. Afortunadamente, teníamos las páginas manuscritas. Jane se sentó con calma y tipeó nuevamente la página que faltaba. No había forma de que la real entrega de mi primera conferencia pudiera igualar el drama de su preparación.

En mi discurso a la asamblea general pedí a las naciones del mundo *moverse con nosotros desde "la détente" hasta la cooperación, desde la coexistencia hasta la comunidad*. Luego establecí los principales objetivos de nuestra diplomacia, los cuales, en ese foro, obligan a uno a hacer una lista de cada región clave y sitio problemático en un texto más o menos comprensible. La omisión de una parte del mundo es probable que cause incidentes diplomáticos; frecuentemente la trivialidad es la mejor parte del valor. (En mi inexperiencia olvidé esa lección y omití Europa. Pagué el precio; esta ausencia fue agregada a un catálogo de mis negligencias). En una forma menos convencional pedí cooperación internacional para un programa que reflejara la interdependencia del mundo moderno:

Somos miembros de una comunidad inducida por las ciencias modernas, la tecnología y las nuevas formas de comunicación a una proximidad para la cual no estamos todavía políticamente preparados. Nuestra imaginación política debe ponerse al día con nuestras visiones científicas.

Cumpliendo con mi promesa al senador Humphrey, convoqué a una Conferencia Mundial de Alimentos para 1974. Prometí que Estados Unidos estaría listo para definir sus responsabilidades en los diálogos entre las naciones ricas y pobres con un espíritu humano y de cooperación.

El 8 de octubre pronuncié un discurso largamente preparado en la conferencia de *Pacem in Terris* en Washington. En el Capítulo VII, cité la parte de las relaciones entre EE.UU.-URSS, pero el tema central fue una apelación para un nuevo consenso nacional acerca del papel de Norteamérica en el mundo. Habían surgido controversias respecto al énfasis del gobierno en el equilibrio del poder, la alegada inmoralidad de mi acercamiento a asuntos del mundo. Traté de poner en marcha una visión filosófica de la relación entre la moralidad y el pragmatismo:

Este país siempre ha tenido un sentido de misión. Los norteamericanos siempre han sostenido la opinión de que EE.UU. está en pie para algo superior y más allá de sus logros materiales. Una política puramente pragmática no provee ningún criterio a las otras naciones para valorar nuestros actos, ni norma alguna en torno a la cual pueda congregarse el pueblo norteamericano.

Pero cuando la política se convierte en excesivamente moralista se puede tornar quijotesca o peligrosa. Un presumido monopolio de la verdad obstaculiza las negociaciones y acuerdos. Los buenos resultados pueden ser abandonados en la búsqueda de soluciones ideales. La política puede caer presa en posturas sin efectos o cruzadas aventuradas.

El requisito previo para un fructífero debate nacional es que los políticos y los críticos aprecien las perspectivas de cada uno y respeten los propósitos de ambos. Aquéllos deben entender que el crítico está obligado a dar importancia a las imperfecciones para poder desafiar a las arrogancias y a las acciones.

Pero igualmente éste tendría que tener conocimiento de la complejidad y de la

ambigüedad inherente de las elecciones de los políticos. El político debe ser comprometido con lo mejor que puede lograr, no simplemente con lo mejor que se puede imaginar. Tiene que actuar en una confusión de conocimientos incompletos sin la información que luego estará disponible para el analista. El sabe —o debería saber— que es responsable de las consecuencias de los desastres como de los beneficios de los éxitos. Puede tener que calificar algunos objetivos, no porque sean indeseables de alcanzar sino porque los riesgos de equivocarse pesan más que los que están potencialmente ganados. A menudo debe decidirse por lo gradual, aunque pueda preferir lo inmediato. Debe comprometerse con los otros y tal actitud significa una obligación que se extiende hasta él mismo.

Este era todavía un período pleno de esperanzas. Estaba convencido de que un debate bien pensado aún podría ayudar a la nación a recuperar sus fuerzas. Nuestro idealismo histórico constituía el mejor logro obtenido a través de los nuevos peligros que ahora estaban frente a nosotros. El 4 de octubre, hablé en Nueva York en el Museo Metropolitano de Arte en una cena para delegados que asistían a la Asamblea General de las Naciones Unidas:

De todas las especies en este planeta, el hombre es el único que se ha impuesto sobre sí mismo muchos de sus propios sufrimientos.

En una era de cataclismos nucleares potenciales, en una era de la comunicación instantánea, en medio de conflictos ideológicos, nuestra tarea más urgente es vencer estas leyes de la historia aparentemente de acero. La idea de una comunidad mundial basada en la justicia, no en el poder, es la necesidad de nuestra época. . .

Les aseguro que los Estados Unidos están listos para comenzar el viaje hacia una comunidad mundial. Nuestras miradas se encontrarán alzadas aún cuando nuestro paso deba ser medido. No haremos demasiadas promesas, pero cumpliremos cada una que hagamos. Consideramos la estabilidad como un puente para la realización de los sueños humanos, no como un fin en sí misma. Sabemos que la paz vendrá cuando todos —los grandes y los chicos— tengan interés en conseguirla, y que durará cuando todos —los fuertes y los débiles— tengan una seguridad en su duración.

Dos días después estallaba la guerra del Medio Oriente.

Capítulo XI

LA GUERRA DEL MEDIO ORIENTE

UN DESPERTAR PARA TODOS NOSOTROS

A las 6.15 del sábado 6 de octubre de 1973 estaba profundamente dormido en mi departamento del Waldorf Towers en la ciudad de Nueva York, mi centro de operaciones para la sesión anual de las Naciones Unidas. De repente Joseph Sisco, el enérgico secretario adjunto de Estado para los Asuntos del Cercano Oriente y del sur de Asia, entró en mi dormitorio. Mientras trataba de despertarme, oí la voz grave de Sisco gritándome que Israel y dos países árabes, Egipto y Siria, estaban por ir a la guerra. El tenía sin embargo confianza de que todo fuera una equivocación; cada bando estaba realmente interpretando mal las intenciones del otro. Si yo los paralizara inmediata y decisivamente, podría poner el conflicto bajo control antes de que el tiroteo comenzase. Era un halagüeño cálculo de mis capacidades. Desafortunadamente, resultó exagerado.

Lo que había apresurado a Sisco fue un urgente mensaje de nuestro embajador en Israel, el ex senador Kenneth Keating. Dos horas antes, la primera ministra Golda Meir había citado a Keating en su oficina en Tel Aviv. Era extraordinario para una líder israelí estar trabajando ese día —pues se celebraba Yom Kippur, el Día de la Expiación, el día más sagrado del año para los judíos. Se trata de una jornada que debe pasarse en ayuno, oración y reflexión; recuerda al hombre su insignificancia con relación a Dios, y culmina el día en un momento *altamente sagrado* en el cual, de acuerdo con la tradición, Dios decide el destino de todos los mortales para el año próximo.

El mensaje alarmante de Golda significaba en efecto que el encuentro de Israel con el destino ya había comenzado. *Podemos estar en dificultades*, le confesó a Keating. Los movimientos de tropas egipcias y sirias, que tanto Israel como los Estados Unidos habían supuesto se trataba simplemente de ejercicios militares, repentinamente habían tomado un giro amenazador. Keating le recordó que no más de doce horas antes los oficiales de defensa israelíes le habían asegurado que la situación no era peligrosa. *Eso es inexacto*, replicó la señora Meir. Los israelíes se hallaban ahora persuadidos de que un ataque coordinado de egipcios y sirios comenzaría lentamente esa tarde. Desde que los árabes estaban seguros de ser derrotados, ella sugirió que la crisis debe resultar de su concepto falso de las intenciones israelíes. ¿Transmitieron los Estados Unidos urgentemente a la Unión Soviética, lo mismo que a los vecinos árabes de Israel, que este país no tenía intención de atacar ni a Egipto ni a Siria? Israel había convocado *algunas* reservas, pero como prueba de sus pacíficas intenciones estaba deteniendo bruscamente la movilización general. Keating preguntó si Israel planeaba un golpe de ataque sorpresa. Golda enfáticamente reiteró que Israel deseaba evitar el derramamiento de sangre; bajo ninguna circunstancia iniciaría las hostilidades.

Cuando Sisco me despertó quedaban sólo noventa minutos de paz para el Medio Oriente. Tan diestramente habían Siria y Egipto disimulado sus preparativos de guerra, que aun en esta jornada los israelíes esperaban que el choque se consumara cuatro horas

más tarde de la actualmente establecida. Sabía que ninguna diplomacia daría resultado y ningún ataque árabe era premeditado. Pero mi visión estaba aún coloreada por los consistentes informes israelíes, confirmados por nuestras propias noticias, de que tal ataque era casi imposible. Entonces me precipité dentro de un período de intensa diplomacia para detener la disputa, más que medio convencido de que las acciones egipcias y sirias surgieron de un malentendido respecto a las intenciones israelíes. Una crisis no siempre aparece ante un artífice de la política como una serie de sucesos dramáticos. Generalmente se impone como una agenda agotadora de insignificantes quehaceres, exigiendo concentración y paciencia. Uno está forzado a reaccionar ante migajas de información en muy limitados espacios de tiempo; anhelando un completo conocimiento, uno debe trazar una ruta a través de la oscuridad de lo desconocido. Operativamente, una crisis se soluciona a sí misma dentro de pequeñeces que deben ser atendidas con concienzudo cuidado. Este incluye la necesidad de poder asegurar que todas las partes trabajan desde el mismo cuerpo de información. Así aconteció en esa mañana del Día de la Expiación cuando la guerra asechó al Medio Oriente.

A las 6.40 llamé al embajador soviético, Anatoly Dobrynin, a su embajada en Washington. Levantado de su cama, estaba soñoliento y confundido (o pretendía estarlo). Le pedí que confirmara a Moscú urgentemente, lo mismo que a El Cairo y a Damasco, que Israel nos había informado que no estaba planeando ninguna acción ofensiva.

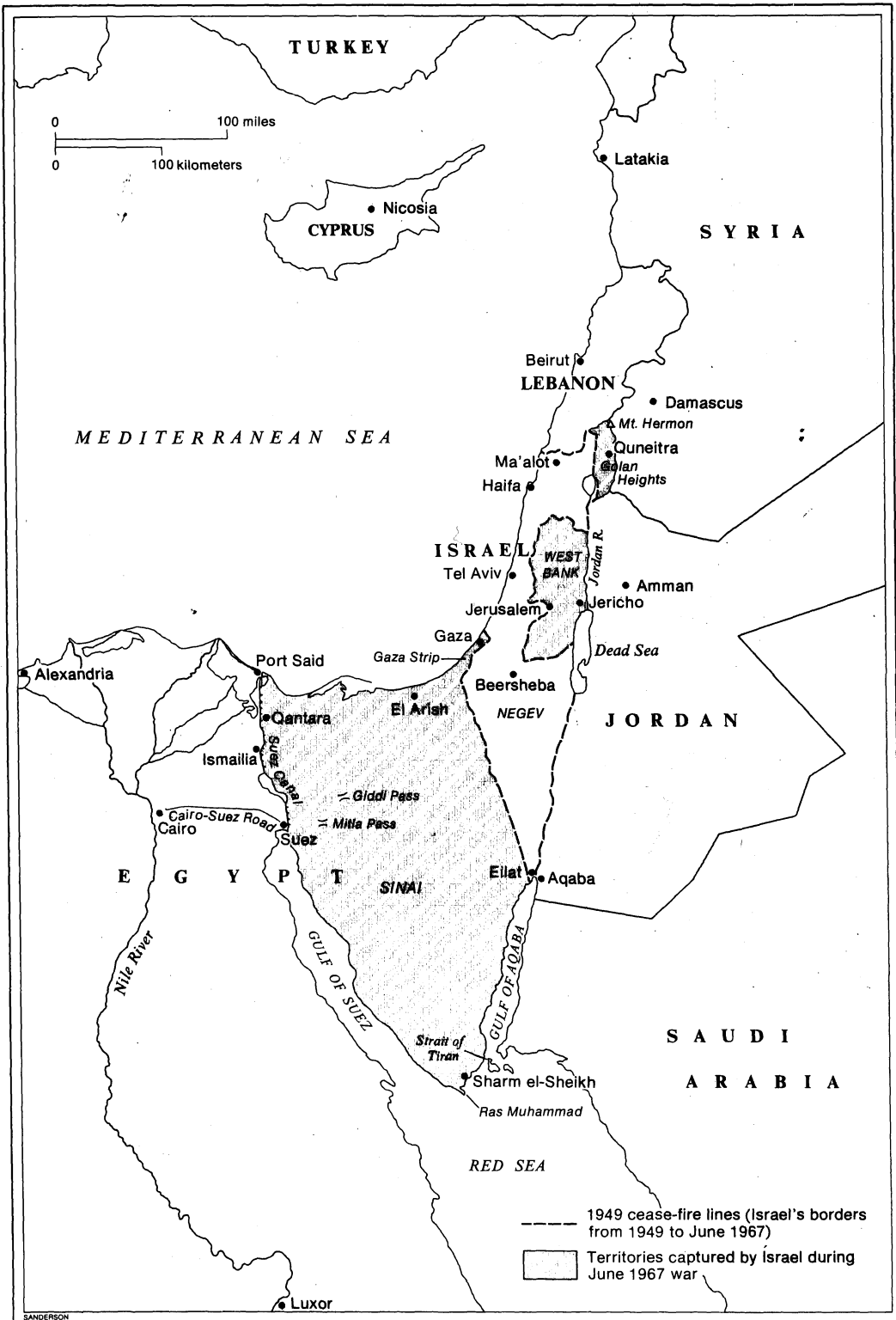
Dobrynin al principio alegó que todo el episodio debía ser una maniobra israelí para justificar el ataque preventivo, a manera de autodefensa. Consigné que el objeto de mi llamado era garantizarle lo contrario. De inmediato, con pedante tono diplomático, quiso saber quién estaba enviando informes y a quién: ¿Era una manifestación de Israel a los países árabes o de los Estados Unidos a la Unión Soviética? Impaciente, le corté: *Si esto se mantiene así va a haber una guerra antes de que usted comprenda mi mensaje.* Dobrynin encontró otra excusa para la demora: él dudaba de que sus comunicaciones fueran lo suficientemente rápidas como para que Moscú actuase a tiempo. Le ofrecí nuestra línea de emergencia con Moscú; el arguyó que el extremo estaba muy lejos del Ministerio de Relaciones Exteriores. (Me encontré preguntándome de qué utilidad sería en una crisis de poder mayor.) Así que puse el conmutador de la Casa Blanca a la disposición de Dobrynin. El aceptó con una demostración de gratitud.

Todo esto resultaba tonto. Dobrynin tenía soberbias comunicaciones. Podía obtener una respuesta de Moscú en sólo unos minutos (como lo demostró más tarde en la crisis). Ahora pienso que, esperando llegar a ser oído, quería usar medios norteamericanos revelados para establecer una coartada contra el cargo de confabulación entre la Unión Soviética y sus amigos árabes.

A las 6.55 llamé a Mordechai Shalev, el encargado de negocios en la embajada israelí, un diplomático mayor, de gran sagacidad, calidez y dignidad pacífica. (El embajador Simcha Dinitz estaba en Israel debido a la muerte de su padre.) Lo informé a Shalev de la declaración de Golda respecto a que no había ningún golpe de ataque preventivo que hubiera sido transmitido a los soviéticos. El debería pasar el mensaje a Jerusalén, junto con mi súplica de evitar un imprudente movimiento.

A la 7 telefoneé al ministro egipcio de Relaciones Exteriores, Mohamed el-Zayyat, quien se encontraba asistiendo a la Asamblea General de la Naciones Unidas en Nueva York. Para ahorrar tiempo y explicaciones le leí el informe israelí detalladamente. Un día antes, irónicamente, Zayyat y yo habíamos discutido cómo comenzar las negociaciones para la paz del Medio Oriente, que los Estados Unidos intentarían continuar inmediatamente después de las elecciones parlamentarias de Israel, programadas para el 30 de octubre. Zayyat, estoy convencido, no estaba fingiendo. Sadat no había compartido sus planes con muchos.

La diplomacia al borde de una guerra constituye un instrumento discordante. Todos



Israel y sus vecinos antes de la guerra de octubre de 1973.

nuestros instintos buscan apresurarse, mientras la precisión requiere enorme consumo de tiempo. Zayyat, lo mismo que Dobrynin, me hizo releer el mensaje. En su caso, estoy bastante seguro de que en ellos fue confusión, no simulación. Expresó que lo transmitiría inmediatamente, aunque declaraba estar muy receloso de que fuera un pretexto de parte de Israel. Le aseguré que nos mantendríamos detrás de la declaración de Israel.

Luego traté de llegar hasta el viceministro sirio de Relaciones Exteriores, Mohammed Zakariya Ismail, quien también se encontraba en Nueva York, pero sin ningún provecho. La *misión* de Siria en las Naciones Unidas no contestó el teléfono.

Alrededor de las 7.15 Shalev me había reiterado la manifestación de Golda Meir respecto a que no lanzaría un ataque preventivo. A las 7.25 llamé a la embajada soviética, sólo para descubrir que Dobrynin estaba en el teléfono a Moscú, vía Casa Blanca. Le pedí a Oleg Yedanov, un edecán, que se asegurara de que Dobrynin no colgase sin transmitir la renovada manifestación israelí a Moscú.

A las 7.35 llamé al egipcio Zayyat otra vez para formularle la reiterada promesa de Israel junto con nuestra fianza a la misma. A las 7.47 lo encontré a Dobrynin. Me garantizó que el mensaje había sido pasado a Moscú. Le informé sobre mi conversación con Zayyat y le solicité su ayuda para llegar hasta los sirios. *No nos prestaríamos a esos juegos*, apunté; Moscú debía ser informado de nuestras comunicaciones con las partes.

Mientras tanto, instruí a mi delegado NSC en Washington, general Brent Scowcroft, a fin de que convocara a una reunión para las 9, en mi ausencia, al Grupo de Acciones Especiales de Washington (WSAG) con el objeto de examinar las opiniones del resto del gobierno.

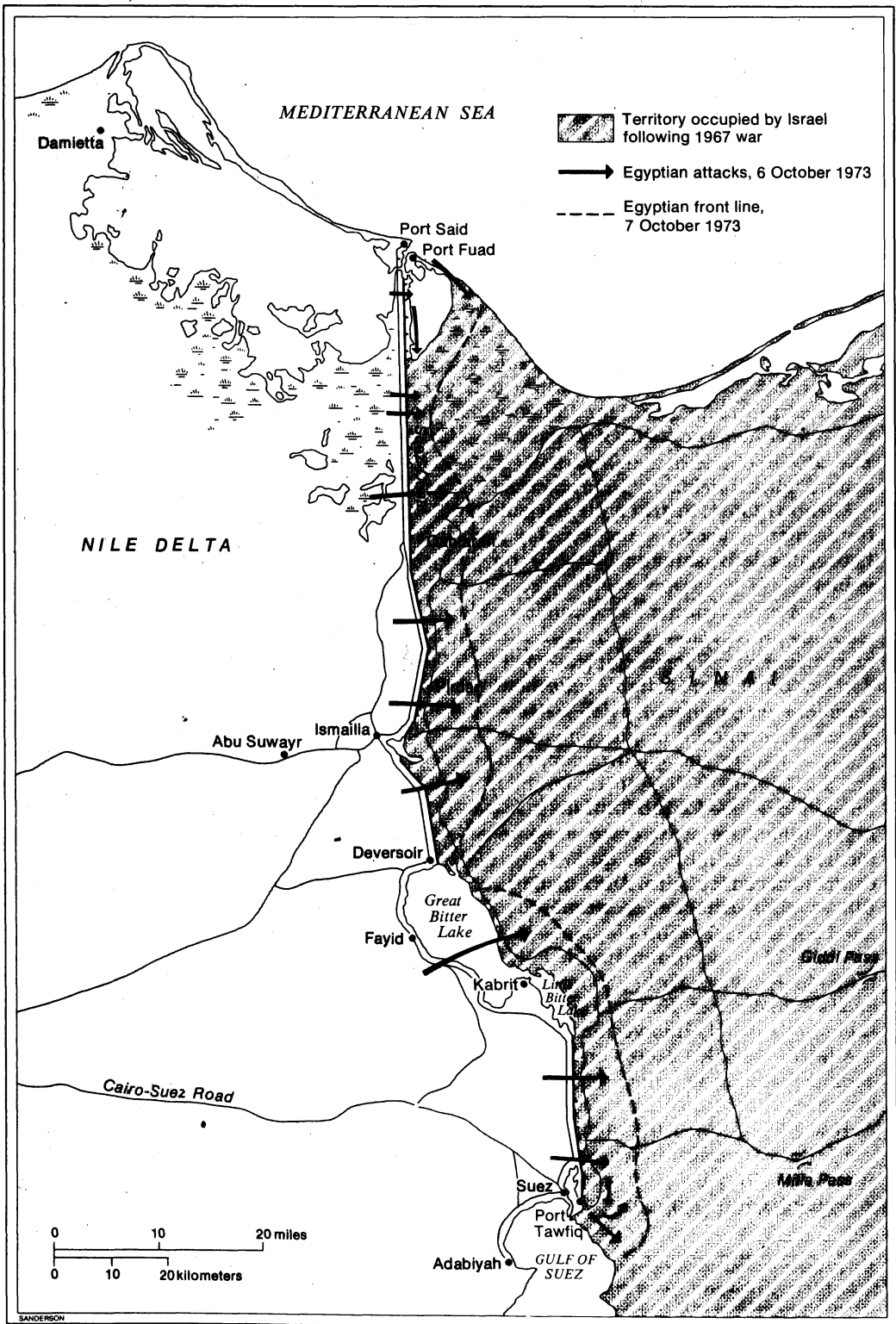
A las 8.15 Zayyat me llamó con la respuesta de El Cairo. Sostenía que se había producido una *provocación* israelí: las unidades navales de Israel, apoyadas por aviones, habían atacado posiciones egipcias en el Golfo de Suez, pero ellos estaban siendo rechazados; un comunicado lo había informado así. Esto resultaba absurdo. Era difícil que Israel rompiera una promesa a los Estados Unidos con tan sólo unas pocas horas de antigüedad; inconcebible que comenzase una guerra en el Día de la Expiación; era impropio que atacara sin movilización; constituía un absurdo iniciar hostilidades mediante una acción naval a distancia tan remota de sus fronteras. Le expuse a Zayyat, fríamente, mi anhelo de que Egipto limitara su *respuesta* a la localidad donde el *ataque* había tenido lugar. Inmediatamente entré en contacto con Israel en pos de una aclaración. Puse los medios de comunicación de la Casa Blanca a disposición de Zayyat a fin de que se contactara con El Cairo. Afortunadamente para los heroicos operadores de nuestra Casa Blanca, ellos se habían acostumbrado a mí; de otra manera el exceso de acentos extranjeros podía haber resultado demasiado espantoso.

A las 8.25 llamé al ministro de Relaciones Exteriores israelí, Abba Eban, quien estaba también en Nueva York, y lo impuse del encargo de Zayyat respecto a un ataque israelí en el Golfo de Suez. Eban y yo consideramos inconcebible tal movimiento en el día más sagrado de Israel; él lo verificaría inmediatamente con Jerusalén (1).

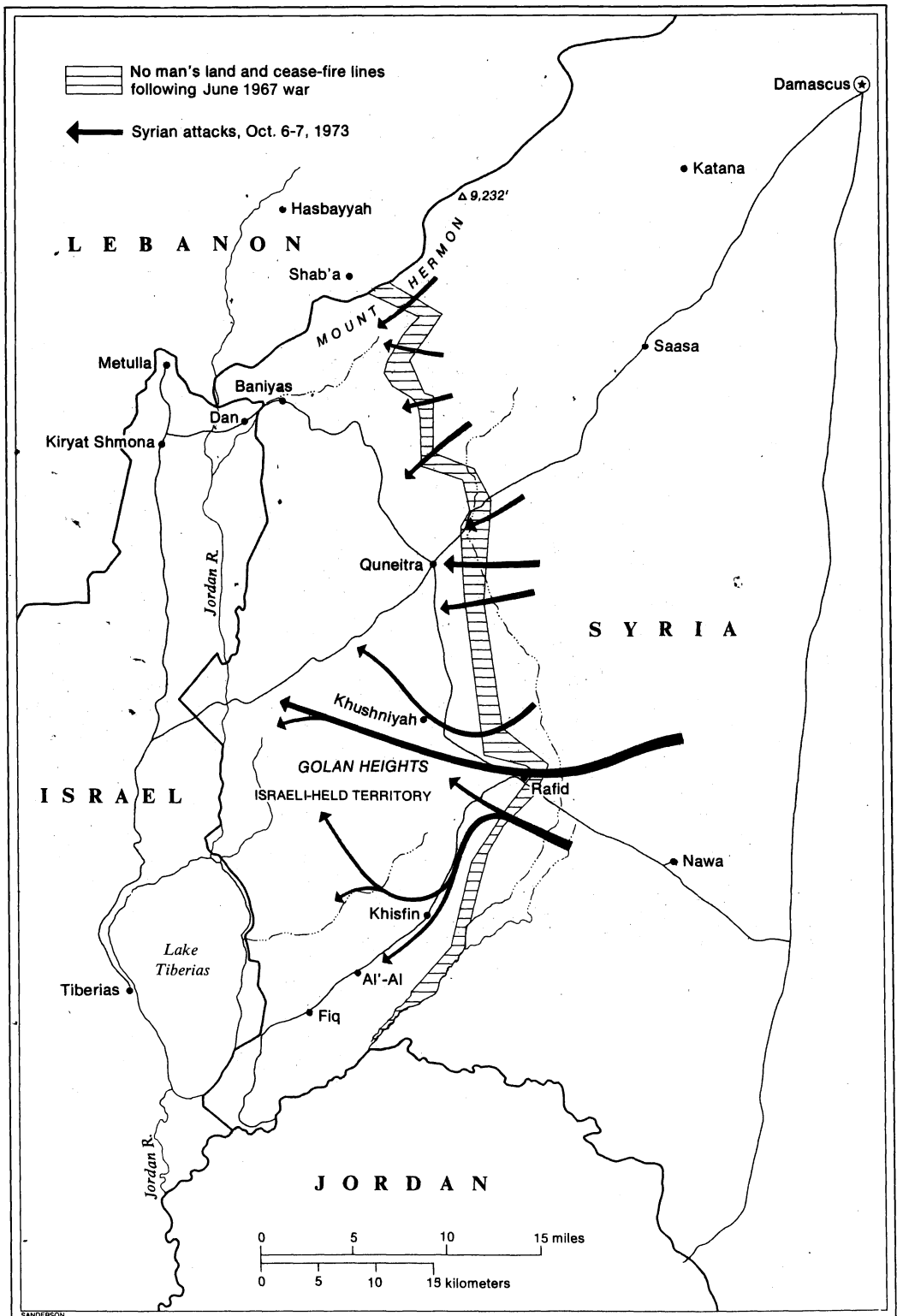
A las 8.29 Shalev estaba en la línea desde Washington con un informe de Israel que comunicaba que aeroplanos egipcios y sirios habían estado atacando a lo largo de todos los frentes durante la última media hora (*). El no tenía noticias aún de las operaciones terrestres, si es que había alguna; del pretendido *ataque naval* israelí no sabía nada.

A las 8.30 despaché mensajes relámpagos a los reyes de Jordania y Arabia Saudita, apremiándolos para que usaran su influencia para detener las hostilidades. (Los mensajes relámpago tienen máxima prioridad y llegan a su destino en pocos minutos.) Tenía

(*) El ataque combinado egipcio-sirio comenzó aproximadamente a las 14 del Medio Oriente, o a las 8 de la mañana de Washington. Como podrá ser visto, fue algún tiempo antes de que nuestra burocracia estuviera de acuerdo con que la guerra había en realidad comenzado o que los árabes la habían iniciado.



El frente del Sinaí: el ataque egipcio, octubre 6 de 1973.



El frente del Golán: el ataque sirio, octubre 6-7 de 1973.

poca esperanza: Si el ataque era premeditado, estos dos tranquilos estados árabes no podrían detenerlo; si había resultado de un malentendido, ellos se encontraban en posición de ponerle fin. Sus respuestas, más tarde, en la noche, demostraron que eran sólo observadores. Hussein comunicó su inquietud al principio de las hostilidades; Faisal puso de relieve la solidaridad árabe. Ambos permanecieron al margen del conflicto militar después de eso.

A las 8'35 llamé a Al Haig, jefe del estado mayor del presidente, quien estaba con Nixon en Key Biscayne, Florida, para informarle a éste que la guerra parecía haber comenzado. Haig y yo especulamos indecisamente sobre el rol soviético. Lo que podía haber sucedido, pensé, era que ellos habían recomendado a Egipto que una pequeña discusión resultaba necesaria para animar la actividad diplomática, y *esos maníáticos habían discutido en exceso*. Sugerí que el portavoz de la Casa Blanca en Florida, el vicesecretario de Prensa, Gerald L. Warren, dijera sólo que el presidente estaba recibiendo informes formales acerca de los sucesos y que se encontraba totalmente enterado.

A las 8.40 telefoneé al secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, con un breve resumen de lo que sabía. El no estaría capacitado para influir en discusiones explícitas, pero estaba bien dispuesto y sería útil en problemas de procedimiento. Desde su posición podía demorar o acelerar las reuniones del Consejo de Seguridad o de la Asamblea General. Era muy entrometido y se podía estar seguro de que transmitiría lo que a uno le repugnaba decir directamente: amenazas disimuladas o planes con compromisos demasiado delicados para ser anticipados bajo nuestro propio nombre. Yo quería su cooperación, sobre todo en ese momento, a fin de apaciguar cualquier temor de ataque preventivo israelí. Lo apuré a usar su influencia como freno con los sirios, con quienes no teníamos aún ningún contacto, y con los egipcios. Waldheim observó, un poco tristemente, que él se había sentado al lado del ministro de Relaciones Exteriores sirio en el almuerzo del día anterior y no le había dicho nada. Simpatiqué con él; lo mismo me había sucedido con Zayyat, aunque fue preguntando un poquito más, esperando que Siria y Egipto nos informaran que un ataque sorpresivo era inminente.

A las 8.50 Eban llamó para transmitir la misma manifestación de Shalev: que no habría ningún ataque preventivo israelí. Los excesivos canales de comunicación no eran obviamente una peculiaridad norteamericana. No sabía nada del pretendido conflicto naval en el Golfo de Suez o en cualquier otra parte.

Mi próxima tarea fue dar a Scowcroft instrucciones para la reunión del Grupo de Acciones Especiales en Washington (WSAG). Si esto era el principio de una guerra en gran escala (todavía no estábamos seguros), teníamos dos problemas: qué hacer y qué decir. Como todos los demás, yo esperaba una rápida victoria israelí; pero la historia nos enseñó que en algún período toda guerra del Medio Oriente se convirtió en una crisis internacional. Las frustraciones árabes despertarían las amenazas soviéticas. Había peligro de que Europa se separara de nosotros: ésta nunca había estado cómoda con la ayuda norteamericana a Israel y, como lo he indicado en el Capítulo V, algunos de sus conductores buscaban pretextos para construir una autonomía europea separada de los Estados Unidos o si no en oposición. Y era obvio para todos que Nixon estaba herido por lo de Watergate. Necesitaríamos demostrar que nos hallábamos resueltos a evitar la intervención soviética, pero teníamos que hacerlo en forma privada, transmitiendo confianza sin debilidad.

Desde Nueva York le pedí a Scowcroft que consiguiera para el mediodía: primero, un plan para movilizar la Sexta Flota de los Estados Unidos —en ese momento diseminada entre los puertos de España y Grecia— dentro del Mediterráneo oriental; y segundo, planes para reforzar nuestras unidades navales del Mediterráneo si fuera necesario. Ningún movimiento de tropas tendría lugar, pero la disposición de nuestras fuerzas debía ser mejorada. Los Departamentos no harían ninguna instrucción por su cuenta.

Cuando algo debía ser dicho, Haig o yo lo aclararíamos. El presidente o Haig decidirían si la Casa Blanca o alguna otra agencia harían las instrucciones.

Después, a las 9, Shalev me informó urgentemente que tropas egipcias estaban tratando de cruzar el Canal de Suez. La historia sobre la batalla naval resultó un *disimulo* egipcio. A las 9.07 el segundo canal israelí volvió a la vida otra vez cuando Eban llamó para darme las mismas noticias. Eban compensó con elocuencia la relativa demora de su información: *la primera ministra me pidió que le formulara que la historia de nuestra acción naval en el Golfo de Suez es falsa. Su vocabulario hebreo es muy rico y ella lo usó bien.* El dijo que Israel estaba reaccionando defensivamente.

Mientras tanto en Washington el Grupo de Acciones Especiales (WSAG) se congregó a las 9 en la Sala de Reuniones de la Casa Blanca. El discernimiento dejó atrás lo que ya había aprendido en Nueva York: Aun cuando las operaciones militares se estaban consumando, las estimaciones repetían lo que había sucedido durante la semana, que la oportunidad de una premeditada guerra en gran escala era ínfima:

Nosotros (las agencias de inteligencia) no podemos encontrar ninguna fuerte evidencia de una mayor y coordinada ofensiva egipcio-siria a través del Canal y en el área de las colinas del Golán. Mejor dicho, el peso de la evidencia indica una situación de acción-reacción donde una serie de respuestas por cada lado a amenazas crearon un peligroso potencial que crece más por la confrontación. Las hostilidades actuales son aparentemente un resultado de esa situación, aunque nosotros no nos encontramos capacitados para esclarecer la sucesión de los hechos. Es posible que los egipcios o los sirios, particularmente los últimos, puedan haber estado preparando una invasión repentina u otra acción de menor escala.

No hubo ninguna desavenencia. Tampoco existió explicación de cómo Siria y Egipto pudieron haberse unido en un ataque simultáneo en un frente de más de 320 km, aparte del *ciclo acción-reacción*. El director de la CIA, William Colby, informó sin vacilar que, de acuerdo con Radio Damasco, Israel había dado comienzo al ataque. El secretario de Defensa, James Schlesinger, comentó que mientras la reputación de Siria por su veracidad resultaba discutible, sería la primera vez en veinte años que Israel era la promotora de una guerra en el Medio Oriente. *No veo bien fundado motivo en el lado egipcio-sirio.* El almirante Thomas Moorer, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, pensó que Israel podía haber golpeado para asegurarse el ataque preventivo al constatar la introducción de un sofisticado equipo de defensa aérea en Egipto y Siria. Solamente Alfred L. (Roy) Atherton, vice de Sisco, desafió al acuerdo general: *Este es el último día en el año en que ellos (los israelíes) podían haber empezado algo. Y no había signos respecto a avances de preparativos de su parte.*

Alrededor de las 9.20 de Nueva York, y no habiendo proyectos preconcebidos para defender, hacía rato que había resuelto cualquier duda con relación a lo que estaba sucediendo. Le manifesté a Dobrynin que Egipto y Siria habían dado comienzo a un ataque sorpresivo. Cuando Dobrynin protestó que Zayyat estaba sosteniendo lo contrario, repliqué lacónicamente:

Usted y yo sabemos que eso es una pavada. Si ellos (los israelíes) van a atacar, no lo harían en el Golfo de Suez. . . ¿Cómo es que sirios y egipcios crean al mismo tiempo un frente conjunto si principió con un ataque naval israelí?

Le advertí a Dobrynin que todo lo que había sido ejecutado en las relaciones del Este-Oeste podría constituir un riesgo si el Medio Oriente salía de control. Era el comienzo de un prolongado duelo en el cual Washington y Moscú, cada uno declarando su

devoción por cooperar, buscó debilitar al otro sin arriesgar una confrontación abierta.

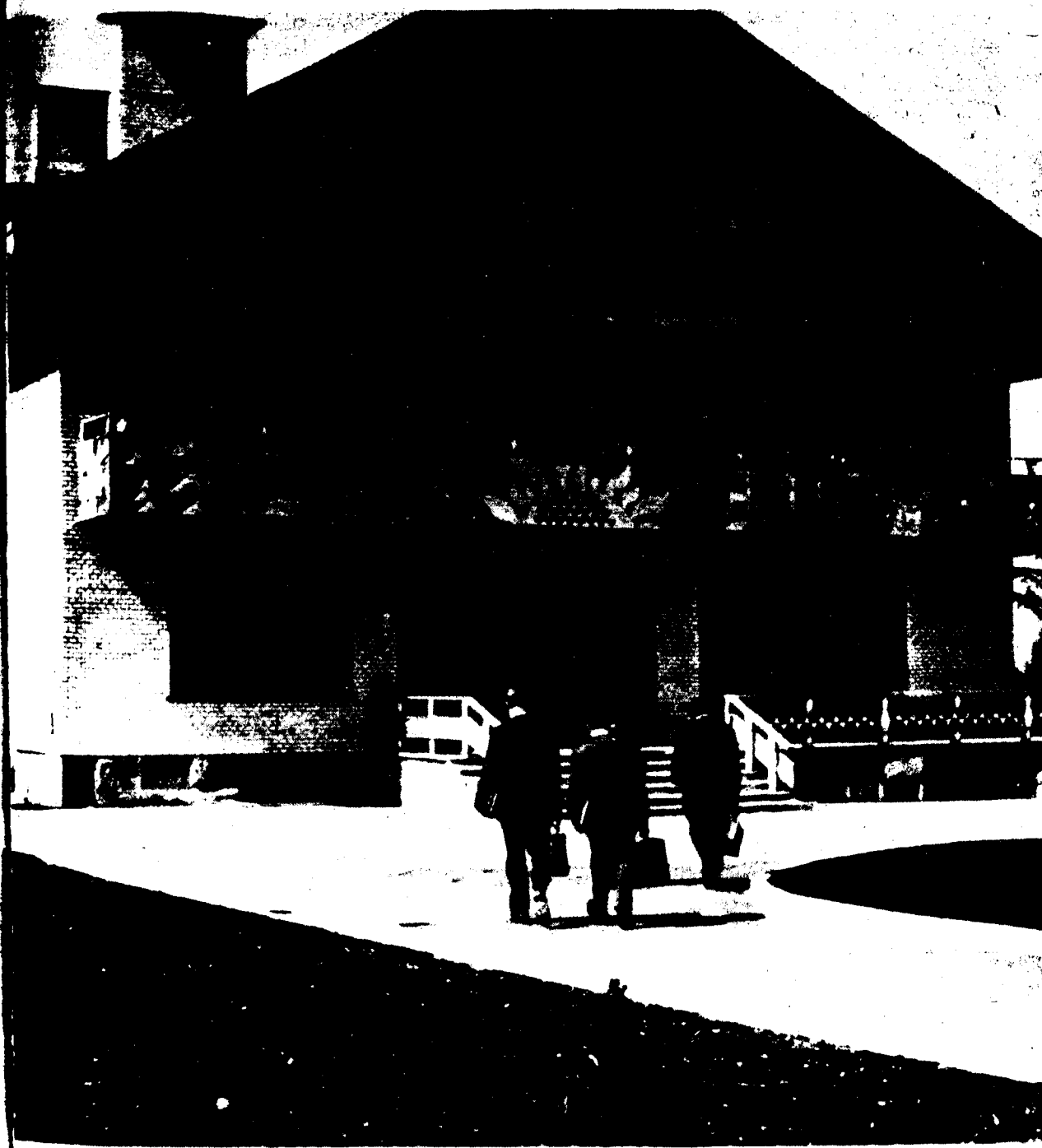
POR QUE FUIMOS SORPRENDIDOS

El ataque sorpresivo había sido tema esencial de escritos y análisis militares desde el comienzo de las luchas armadas, y en EE.UU., particularmente, desde el 7 de diciembre de 1941. Un estudio pionero del fracaso de la Oficina de Inteligencia en Pearl Harbor, por Roberta Wohlstetter, demuestra una gran sorpresa ante la inhabilidad de la víctima potencial para distinguir la información significativa de la trivial. La evidencia de un inminente ataque está generalmente abrumada por los antecedentes de *ruido*, que es la cortina de fuego de cualquier otra información ambigua, inaplicable o contradictoria (2). Un estudio académico, a los lejos, sobre el ataque de Hitler a Rusia, en junio de 1941, lleva el análisis de Wohlstetter a un paso más distante: El atacante podía revelar su actividad pero deliberadamente engañar con respecto a su propósito (3). Así, Hitler en 1941 no hizo ningún intento de ocultar las noticias halagadoras de militares alemanes en la frontera soviética; por cierto, su escala era tal que no podía ser ocultada. Pero Hitler creó la impresión —y Stalin eligió creerla— de que habría algún ultimátum específico alemán que llevaría a una negociación más bien que a una guerra. El concepto no es del todo nuevo. *Toda operación militar está basada en la decepción*, escribió el analista chino Sun Tzu alrededor del año 500 antes de Cristo (4).

El ataque sirio-egipcio constituyó un clásico de estrategia y sorpresa táctica. Pero la sorpresa de la guerra de octubre no está completamente explicada ni por los antecedentes de ruido o decepción. Resultó de la mala interpretación de hechos accesibles que todos podían ver aclarados por alguna información de la contienda. Sadat intrépidamente expuso lo que él iba a hacer y no le creímos. Nos abrumó con informaciones, y nos dejó deducir la conclusión equivocada. El 6 de octubre fue la culminación de un fracaso del análisis político por parte de sus víctimas.

Todos los análisis israelíes (y norteamericanos) previos a octubre de 1973 coincidieron en que Egipto y Siria carecían de la capacidad militar para recuperar su territorio por medio de las armas; desde allí no habría más guerra. Los ejércitos árabes debían perder; por lo tanto no atacarían. Las premisas eran correctas, las conclusiones no. Después de la guerra de octubre, los israelíes supieron por sus prisioneros que Egipto no tenía serias esperanzas ni aun de alcanzar los desfiladeros de Sinaí, 30 ó 45 kilómetros del Canal de Suez. Las fuerzas egipcias se habían ejercitado durante años para perfeccionar la técnica de atravesar el Canal de Suez; más allá de eso carecían de otro plan de operaciones, excepto insistir. El ejército egipcio nunca llegó a los desfiladeros del Sinaí. Tanto las fuerzas egipcias como las sirias sufrieron gravosas contrariedades. No obstante Sadat consumó su objetivo fundamental al revocar la invencibilidad israelí y la impotencia árabe, y así transformó la base psicológica del estancamiento de las negociaciones.

Lo que literalmente ninguno comprendió con antelación fue la mente del hombre: Sadat no apuntó en busca de ganancia territorial sino hacia una crisis que alteraría las actitudes dentro de las cuales las partes estaban entonces congeladas, y así abría el camino para las negociaciones. El choque capacitaría a ambos lados, incluyendo a Egipto, a demostrar la flexibilidad de que era imposible hacerlo mientras Israel se considerara supremo militarmente y Egipto estuviese paralizado por la humillación. Su propósito, en suma, fue psicológico y diplomático mucho más que militar. Sadat sabía de dos reuniones secretas realizadas a principios de 1973 entre su consejero de Seguridad Nacional, Hafiz Ismail, y yo, que estábamos deseando entrar en la diplomacia del conflicto árabe-israelí. Pero él debió sacar dos conclusiones: una, que el cabal programa árabe de retirada total israelí resultaba irrealizable; dos, lo inmediatamente factible era insoportable para Egipto porque parecía fluir de la debilidad. Así que Sadat peleó una



*La Casa de Huéspedes en Zavidovo, mayo de 1973. (Ver
Capítulo VII.)*



Arriba: El embajador Anatoly Dobrynin, el ministro de Relaciones Exteriores Andrei Gromyko, el secretario general Leonid Brezhnev, el intérprete Viktor Sukhodrev y de pie, el funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores Georgi Korniyenko; Zavidovo, mayo de 1973.

A la derecha, arriba: Con Brezhnev en la torre de cacería, Zavidovo, mayo de 1973. (La foto está autografiada por Brezhnev).

A la derecha, abajo: Brezhnev, Kissinger y Sukhodrev con trajes de cacería en Zavidovo, mayo de 1973.





A bordo del yate presidencial Sequoia en el río Potomac, 19 de junio de 1973. En el sentido de las agujas del reloj: a la izquierda: Andrei Gromyko (parcialmente oculto); Nixon; Brezhnev; Viktor Sukhodrev; William Rogers; Anatoly Dobrynin; William G. Hyland, miembro del Consejo de Seguridad Nacional; A. M. Aleksandrov y G. E. Tsukanov, asistentes de Brezhnev; George Shultz, secretario del Tesoro y Kissinger.

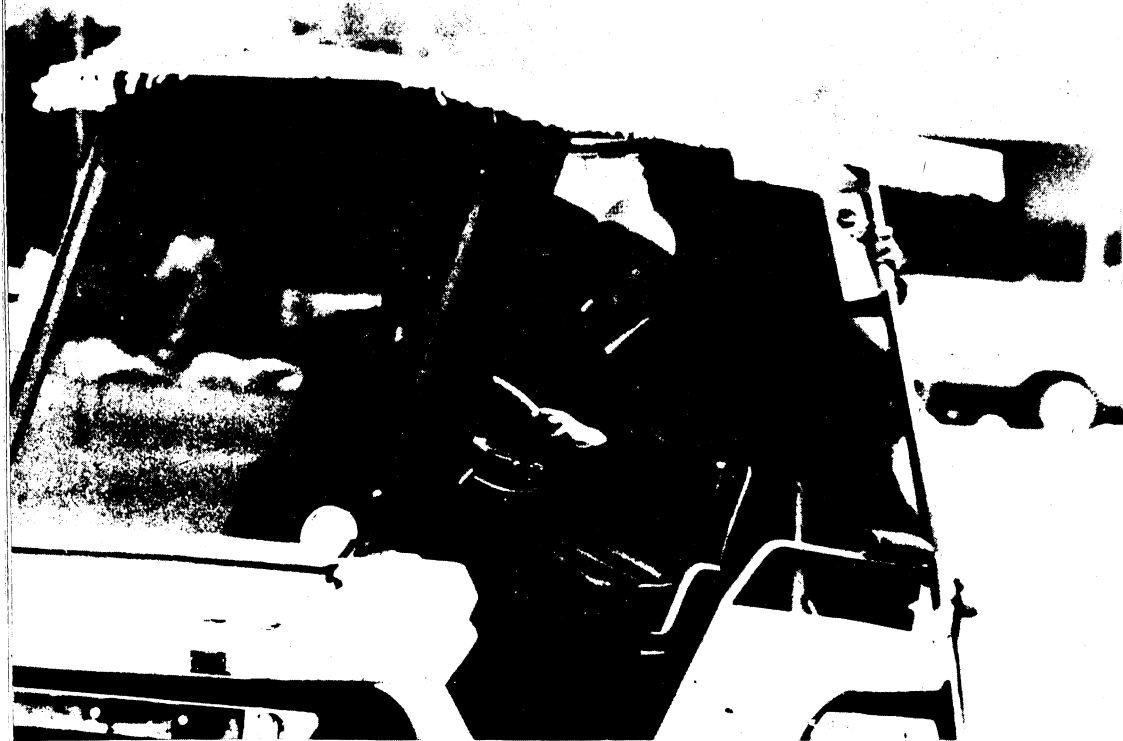


*La llegada de Brezhnev a
Washington, junio de 1973.*





La actriz Jill St. John, Leonid Brezhnev y Andrei Vavilov (el intérprete) en la recepción de Nixon en San Clemente, junio de 1973.



Nixon, Brezhnev y Kissinger en San Clemente, junio de 1973



Len Garment y Ron Ziegler responden a la prensa preguntas sobre Watergate, 22 de mayo de 1973.

El nuevo equipo de la Casa Blanca, junio de 1973: Melvin Laird, el presidente Nixon y Alexander Haig.





Luego de haber sido investido del cargo de secretario de Estado, 22 de septiembre de 1973. De izquierda a derecha: David Kissinger, Henry Kissinger; Elizabeth Kissinger; el presidente Nixon; Paula y Louis Kissinger.



Almuerzo en el comedor de la Casa Blanca, luego del nombramiento, 22 de septiembre de 1973. En el sentido de las agujas del reloj, desáe la izquierda: Paula Kissinger, el gobernador Nelson Rockefeller, Nancy, Kissinger, Louis Kissinger, el



*En la Casa Blanca,
esperando ser
recogido; a su lado
Brent Scowcroft.*

Primer día de trabajo en el Departamento de Estado luego del nombramiento, septiembre de 1973.





Declarando ante el Congreso, como secretario de Estado, septiembre de 1973.



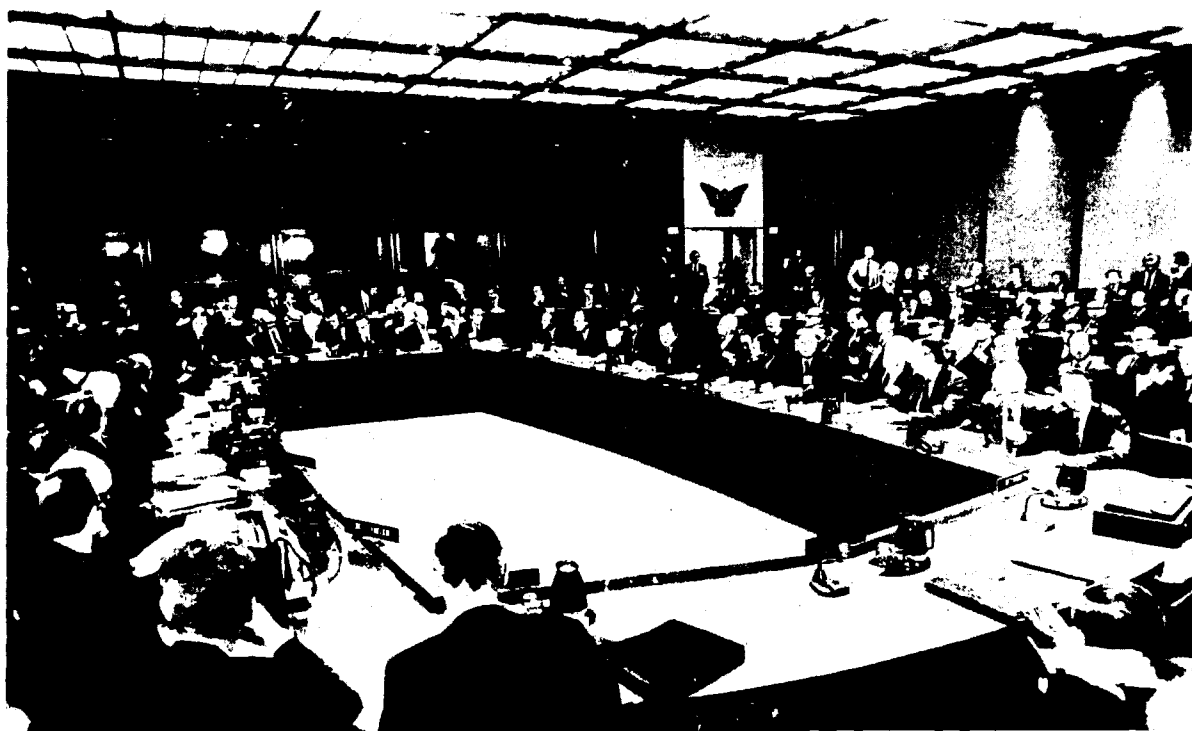
*El equipo de prensa para
viajes del Departamento de
Estado.*





Arriba: Con el liderazgo del Congreso, 1973. De izquierda a derecha: Leslie Arends, diputado por la minoría; Thomas P. O'Neill, Jr., líder de la mayoría; Thomas Morgan, presidente del comité de Asuntos Exteriores; Kissinger; Carl Albert, presidente del cuerpo legislativo y Gerald Ford, líder de la minoría.

Abajo: Apertura de la Conferencia de Energía en Washington, 11 de febrero de 1974.



guerra no para adquirir territorio sino para restaurar la dignidad de Egipto y con eso acrecentar su flexibilidad diplomática. (Siria combatió por objetivos más convencionales y prosaicos: simplemente quería recuperar territorio ocupado y, como mínimo, infligir desastres en Israel.) Raro es el estadista que al principio de una contienda tenga tan clara percepción de su objetivo político; más rara aún es una guerra desatada para poner la base de moderación en su consecuencia. La intrepidez de la estrategia de Sadat yacía en planear lo que ninguno podía imaginar; ésa fue la principal razón de la sorpresa lograda por los árabes. Los más altos políticos tanto de Washington como de Jerusalén no carecían de hechos. El error residía en la conclusión extraída de ellos.

Sadat, de hecho, paralizó a sus oponentes con su propios preconceptos:

- El había estado amagando ir a la guerra todos los años desde 1971. Un año tras otro había sido fuertemente proclamado como el *año de decisión*. Ninguna amenaza había llegado, alguna vez, cerca de ser llevada a cabo. Nuevas conminaciones fueron echadas a un lado como una fanfarronada.
- Los proyectistas israelíes simplemente asumían que Egipto no atacaría pues carecía de superioridad en el aire, y que ningún ataque vendría sin una prevención de veinticuatro a cuarenta y ocho horas, por lo menos (5). Los Estados Unidos tendrían tiempo de intervenir diplomáticamente, e Israel de movilizarse.
- No se esperaba que las naciones árabes fueran al combate sin dar a la diplomacia una oportunidad más. Ellos entonces esperarían por los resultados de nuestra iniciativa de paz, prometida para después de la elección israelí, el 30 de octubre.

Todas estas suposiciones resultaron ser falsas. Las amenazas no cumplidas de Sadat encubrieron sus intenciones. Israel tuvo escasamente una advertencia de diez horas, y Sadat no vio ningún objeto en esperar nuestra diplomacia. Su probable resultado —alguna forma de acuerdo interino moviendo las fuerzas hacia atrás desde el Canal de Suez— no serviría a ninguno de sus propósitos políticos a menos que pudiese presentarlo como habiendo sido exigido por la fuerza árabe. La inminencia de las negociaciones en consecuencia incitaron a la decisión más bien que a dilatarla; él no nos podía brindar ni éxito (el cual hubiera hipotecado su posición interior) ni fracaso (el cual podría haber debilitado nuestro interés en la mediación). La diplomacia cercana tergiversó también la perspectiva de los israelíes. Ellos adquirieron un interés creado en proporcionar poca importancia a las amenazas árabes a menos que los Estados Unidos usaran el peligro de guerra como un pretexto destinado a presionar a Israel para otorgar concesiones.

Tormentosos nubarrones habían sido evidentes desde la primavera y particularmente en mayo, cinco meses antes de la guerra. Brezhnev y Gromyko advirtieron del peligro en mis reuniones con ellos en Zavidovo a principios de mayo y en la reunión cumbre con Nixon, en junio. Pero nosotros echamos a menos esto como guerra psicológica porque no vimos ninguna opción militar que pudiera empeorar las posiciones soviéticas y árabes. También en mayo el rey Hussein nos había anticipado que las preparaciones militares sirias y egipcias eran demasiado realistas para ser consideradas maniobras. Le aseguré que estábamos *observando la situación muy cuidadosamente*, presumido burocratismo para nuestra convicción de que no había ningún peligro real de guerra. Casi concurrentemente, Arnaud de Borchgrave, corresponsal superior diplomático de *Newsweek*, me dijo, terminado un almuerzo, que la fiebre bélica estaba prosperando en todo el Medio Oriente, especialmente en Egipto. También en mayo, Israel consideró los preparativos egipcios suficientemente amenazadores para ordenar una movilización parcial. Resultó ser una falsa alarma(*).

Como resultado de estas peligrosas señales yo había convocado una reunión del Grupo

(*) El costo de movilización para la falsa alarma en mayo de 1973 se sumó a la vacilación israelí cuando la crisis real llegó en octubre.

de Acción Especial de Washington (WSAG) el 15 de mayo para rever la posible amenaza de guerra. Nada parecía haber afectado el tono tranquilizador del gobierno israelí. Mi personal sintetizó la opinión israelí de que una ofensiva egipcia no era probable:

Existe poca probabilidad de que Sadat renueve la pelea para quebrar el estancamiento, no porque Sadat no quiera ir a la guerra sino porque él es consciente de los severos resultados de tal paso en vista del balance de poder reinante en el área, la relativa debilidad de Egipto y las actuales circunstancias internacionales.

El informe continuaba, caracterizando los preparativos militares egipcios como ajenos a pasos prácticos hacia la guerra, y se consideró como fuera del asunto un movimiento sirio-egipcio unido.

Nuestras propias imposiciones eran sustancialmente las mismas, quizás debido a nuestro respeto por el juicio de Israel. El 5 de mayo de 1973, James Schlesinger, entonces director de la CIA, me había remitido un informe de que el Estado Mayor General egipcio había recibido la orden de preparar un plan detallado para cruzar el Canal de Suez. Pero la CIA agregó con calma que no creía que el plan descrito concordase con los objetivos de Sadat. Hizo la suposición tipo y la definición racional, calibrando las preparaciones militares egipcias y otras árabes pero concluyó estableciendo que eran por propósitos psicológicos. De un cabo a otro la CIA presumía que un estallido de hostilidades era improbable antes del próximo debate de las Naciones Unidas (programado para mediados del verano). En forma similar un informe de la interagencia de mediados de mayo reveló que aun el debate de las Naciones Unidas pasó sin resultados útiles, *esto no quiere decir que la disputa llegará a ser inevitable o aun probable* (*). Schlesinger expuso en la reunión del WSAG del 15 de mayo que las capacidades militares de Egipto estaban limitadas a un ataque aéreo solapado a Israel, un movimiento que resultaría *extremadamente mal aconsejado*. Egipto no sería aún capaz de ocupar una pequeña cantidad de territorio a través del Canal de Suez por más de una semana.

No debe sorprender que la reunión del WSAG durara menos de cuarenta y cinco minutos y que derivase en una discusión de la crisis crónica del Líbano. Sin embargo pregunté por dos planes de contingencia. El primero era por la eventualidad de que el Líbano pudiera salir de su control. El segundo lo esboqué como sigue:

... las clases de cosas que los egipcios podían hacer, las variadas formas en las que los israelíes reaccionarían y los beneficios diplomáticos que podían sobrevenir. Falto de la actual intervención soviética, es difícil contemplar cualquier acción directa de los Estados Unidos. Pero consideraríamos un sistema para mantener a los soviéticos afuera; las formas en que nosotros podíamos usar la crisis para obtener movimiento diplomático, si eso es lo que queremos, o regresar al *statu quo* anterior si se decidía que era deseable.

Me gustaría alegar presciencia para crear preguntas que definieran cabalmente y con exactitud los mismos eventos que nos confrontarían en forma abrupta unos pocos meses más tarde. Desafortunadamente, la agudeza de mi análisis no estaba emparejada por un

(*) La Oficina de Inteligencia e Investigaciones del Departamento de Estado (INR) dirigida por Ray S. Cline, preparó el único cálculo perspicaz, a fines de mayo de 1973. Sorprendentemente, no difiere de la interagencia (asentada arriba) en que la guerra era improbable. Pero presentó una información memorándum al secretario Rogers el 31 de mayo. En él contemplaba la amenaza de una guerra por propósitos políticos con un *poco más de urgencia*, que la nota de la interagencia. Predecía que si la dificultad diplomática continuaba, *nuestra opinión es que la reanudación de las hostilidades para el otoño llegaría a ser mejor aún que una apuesta*. Bastante extraordinario fue que INR abandonara su predicción mientras la guerra en realidad se aproximaba.

sentido de urgencia. El estudio de la contingencia se hallaba incompleto cuando la guerra estalló el 6 de octubre.

Entre junio y setiembre, los informes desde nuestros varios puestos diplomáticos convergían hacia la proposición de que la guerra era inverosímil. Se estipulaba que Egipto y Siria recelaban de los motivos soviéticos y se pensaba que estaban confiando cada vez más en las presiones económicas, especialmente en el arma del petróleo. Esas evaluaciones se mantuvieron durante setiembre mientras Egipto, tras cancelar licencias, llamaba grandes números de reservas y comenzaba mayores ejercicios militares; en tanto que Siria vigorizaba sus fuerzas en las Alturas del Golán. Adormecidos por la falsa alarma de mayo, norteamericanos e israelíes interpretaban estas actividades como más cercanas a la realidad.

El 28 de setiembre, Gromyko visitó a Nixon en la Casa Blanca y una vez más le previno que era peligroso considerar inactivo al Medio Oriente: *Todos podríamos levantarnos un día y descubrir la conflagración en esa zona.* Pero el aviso nos aquietó, pues Gromyko entonces estuvo de acuerdo con un plan para tratar la incipiente crisis, incluyendo deliberaciones preliminares con las partes del Medio Oriente. Se comenzaría el 15 de noviembre siguiendo el intercambio de conceptos con la Unión Soviética en enero de 1974 en coincidencia de mi proyecto de visitar Moscú.

Pero el domingo 30 de setiembre, por pura casualidad, me sacudió la alarma. Estaba pasando mi primer fin de semana completo en Washington como secretario de Estado y hojeé algunos informes de la Oficina de Inteligencia (INR) para poder relacionarme con su capacidad. Encontré uno que señalaba concentraciones de inusuales números de tanques sirios en las colinas del Golán. ¿Se expondría Siria así al ataque preventivo israelí a menos que intentara atacar? Tras preguntármelo, hice que nuestra Oficina de Inteligencia fuera consultada al instante.

Hay dos formas por las cuales esta dependencia llega a los oficiales superiores. Una es a través de un acuerdo con la Evaluación Nacional de Inteligencia de todas las diferentes agencias representadas en la Oficina de Inteligencia de los Estados Unidos. Esto generalmente requiere varios días para verificarse. Otra es el avalúo individual de la agencia de Inteligencia sirviendo a un miembro particular del Gabinete: la Agencia de Inteligencia de Defensa (DIA) para el secretario de Defensa e INR para el secretario de Estado. La CIA es técnicamente accesible a todas las agencias del gobierno; sin embargo, generalmente se hace cargo de estudios especiales para el presidente. Su director es el jefe titular y actual coordinador de todas las unidades de inteligencia departamentales.

En esta ocasión cubrí todas las bases. Pedí la opinión de una interagencia tan pronto como fuera posible. Indeciso, solicité ese día separadas contribuciones de INR (como secretario de Estado) y de la CIA (en mi condición de consejero presidencial de Seguridad Nacional).

Como sucedió, ese domingo también había programado una reunión con el embajador israelí Simcha Dinitz a fin de revisar nuestros planes para iniciar negociaciones con el Medio Oriente a fines de año. Dinitz llegó preocupado, pero no respecto a los tanques sirios. Ardientemente perseguía otro problema. Los rusos judíos que dejaron la Unión Soviética bajo la política de emigración liberalizada del periodo de seguridad, generalmente lo hicieron por un campo de tránsito en Austria, en Schönau, cerca de Viena. El 28 de setiembre, un tren que viajaba desde Moscú a Viena con judíos rusos a bordo fue atacado por terroristas árabes mientras cruzaba desde Checoslovaquia hacia Austria y algunos emigrantes fueron tomados como rehenes. El canciller austríaco, Bruno Kreisky, aceptó las condiciones de los terroristas para ponerlos en libertad: que las facilidades de tránsito en Schönau fueran cerradas. Tal definición provocó una explosión de furia en Israel y, como remache, suscitó la atención, durante la semana crucial, sobre Austria y no sobre Egipto o Siria. Como Abba Eban observó, a fines de ese periodo: *Los historiadores*

que lean los diarios israelíes publicados en los primeros días de octubre quedarán sobreco- gidos al no encontrar insinuaciones de crisis, ni menciones de guerra inminente (6).

Así que fui yo quien primero formulé preguntas a Dinitz acerca de las diversas forma- ciones de la tropa árabe. ¿Tenía él alguna noticia? Sus directivas, se demostró, fueron para transmitir a nuestros oficiales de inteligencia lo que Israel sabía de los despliegues árabes, pero no para darle cariz político a menos que hubiera una duda específica. Israel, como en especial estaba utilizando un punto de vista débil, no quería provocar a nuestra diplomacia. En forma clara, debía haber insistido sobre una consulta intensa en los más altos niveles si preveía un serio peligro de guerra. Su opinión era que los despliegues árabes constituían maniobras u operaciones militares psicológicas. Permanecí intran- quilo, sin embargo, y solicité a Dinitz revisara las novedades cada cuarenta y ocho horas. Requerí a nuestras propias agencias de inteligencia que hicieran lo mismo. En esencia, también ellos sacaron ese día (en respuesta a mi pedido) idénticas conclusiones. INR señaló en su informe:

Según nuestro punto de vista, el clima político en los estados árabes esta vez se opone a la incrementación del movimiento militar sirio contra Israel. La posibili- dad de un más limitado ataque sirio, quizás uno destinado a vengarse de la violen- cia que la Fuerza Aérea siria copió de los israelíes el 13 de setiembre (*), no puede de hecho ser descartado.

Pero la salvedad se refería sólo a las incursiones en baja escala y a las represalias. Tal carencia de confianza en sí mismos nos calmó más que alertarnos (**). La CIA nos volvió a asegurar el 30 de setiembre que todo el campo de las actividades del presidente Sadat, desde la primavera, se había implementado con el objeto de aportar fuerza moral, polí- tica y económica destinada a sembrar sobre Israel el tácito conocimiento de la falta de preparación de los árabes para hacer la guerra.

Mi sentido de alarma resultó así disipado; entonces giré mi atención hacia otros pro- blemas, entre ellos el de tratar de conocer los ministros de relaciones exteriores árabes que concurrirían a la Asamblea General de la UN. Subsiguientes informes de *inteligencia* completaron el proceso de confianza establecida: El 3 de octubre un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores israelí expresó la opinión de que los movimientos militares egipcios eran de rutina y esa voz de la razón prevalecería en Damasco también. Eban me habló con el mismo humor el 4 de octubre en Nueva York. Nuestro propio informe era un reflejo del de Israel. El sumario de la mañana del 3 de octubre concluyó: *El movimiento de las tropas sirias y la disposición militar egipcia son consideradas como de rutina y no destinadas a llevar a mayores hostilidades*. Dos días más tarde —el día previo a la guerra— la CIA reiteró su opinión del 30 de setiembre respecto a que Egipto no parecía estar preparándose para la guerra con Israel.

Evidentemente hubo un desliz de *inteligencia*, pero el juicio equivocado no se hallaba confinado a las agencias. Todos los políticos estaban en conocimiento de los hechos. Los israelíes controlaban los movimientos de todas las unidades egipcias y sirias. El plan general ofensivo, especialmente el de los sirios, estaba bastante bien estudiado. Lo que ninguno creyó —los consumidores no más que los productores de inteligencia— era que los árabes trabajarían en él. Nuestra definición de racionalidad no tomó seriamente la

(*) El 13 de setiembre, tras emboscarse, la fuerza aérea israelí derribó trece jets de construcción sirio-soviética.

(**) Ray Cline, jefe de INR, más tarde sostuvo, en letra de molde, que mientras su análisis no predecía un ataque, estaba lejos de formular que no era del todo probable. Cline es uno de los expertos de *inteligencia* más distinguidos de nuestra nación. Esto no lo hace infalible. El lector tendrá que juzgar si un político acosado podría posiblemente deducir la inferencia sugerida por el señor Cline de la conclusión del informe del INR (7).

idea de comenzar una guerra, que no se podía ganar, para restaurar la dignidad. No había ninguna defensa contra nuestros propios preconceptos o aquellos de nuestros aliados.

Nuestro pensamiento fue dramatizado por los sucesos del 5 de octubre, cuando nos despertamos a las sorprendentes noticias de que por veinticuatro horas la Unión Soviética había estado sacando por aire todos sus contingentes fuera de Egipto y Siria. Los consejeros técnicos y militares parecía, sin embargo, que se quedaban. Es ahora inexplicable como esa evolución fue mal interpretada. Aún, a pesar de este suceso y de los ejercicios militares egipcios, nuestras instrucciones de la mañana nos aseguraron que Egipto y Siria no proyectaban planes para la guerra.

Mientras esto se produjo, mi oficina de la Casa Blanca, por regla general alerta a los sucesos en el Medio Oriente, lo estaba en especial en ese día porque había recibido la palabra confidencial de Shalev de que un mensaje secreto vendría desde Jerusalén acerca de *alarmantes incursiones durante la noche*. Se concertó una reunión para temprano en la tarde, entre Eban, Shalev y yo en Nueva York. En preparación, Peter Rodman trató de determinar desde mi oficina del NSC lo que las *incursiones alarmantes* podían ser. Sólo pudo descubrir el informe de la noche anterior por medio de nuestro agregado de Defensa en Tel Aviv sobre la evacuación de contingentes civiles soviéticos. Una verificación con la Oficina de Orientación no trajo ningún otro cablegrama comunicando cualquier significativa ocurrencia.

De acuerdo con lo sugerido por Rodman, el general Scowcroft llamó a la CIA preguntando por una contribución política y militar reciente a fin de proveerme de elementos para la reunión. Recibido en la Casa Blanca alrededor del mediodía del 5 de octubre, el general no agregó nada a la opinión previa negando la probabilidad de guerra:

Parece que ambas partes están tornándose cada vez más interesadas sobre las actividades de la otra. Rumores e informes de los agentes pueden estar manteniendo la inquietud que aparentemente se fomenta. Las preparaciones militares que han acontecido no indican que alguno de los bandos intente iniciar las hostilidades.

Cualquier cosa que haya alarmado a los israelíes es obvio que fracasó al producir un carácter de urgencia para la entrega del mensaje. Mi cita con Eban estaba siendo repetidamente postergada porque el prometido cablegrama no había llegado aún desde Jerusalén. Mientras tanto comencé una rigurosa lista de conversaciones con ministros extranjeros que sirven en las Naciones Unidas. Al decidir Jerusalén que Shalev debería entregarme el mensaje, una reunión con Eban no se creyó ya más necesaria. Esto, por supuesto, disminuyó la importancia del mensaje. Al terminar la tarde Rodman indicó a Shalev que aceleraría el trámite si él lo entregaba, cuando llegara, a la oficina de la NSC en la Casa Blanca en lugar de volar hasta Nueva York. Mi plan allí resultaba intrincado mientras que las firmes comunicaciones cablegráficas entre mi oficina de Washington y mi departamento en Nueva York eran excelentes.

Shalev confrontó con Jerusalén y finalmente apareció en la Casa Blanca alrededor de las 17.30 para entregarle a Scowcroft dos mensajes para mí que tendían a cancelarse entre sí. El mensaje *urgente* consistía en que yo informara a la Unión Soviética y a los árabes que Israel no intentaba ningún ataque preventivo; si las preparaciones militares árabes fueran por propósitos defensivos eran entonces innecesarias: al mismo tiempo Israel reaccionaría con firmeza y gran fuerza si los árabes iniciaban la guerra. Simultáneamente, Shalev aportó el último avalúo israelí, el cual coincidía exactamente con el de la CIA de seis horas antes reforzando la complacencia existente. Después de catalogar los por ahora familiares preparativos árabes, Israel concluyó:

Nuestra opinión es que las medidas de alerta que han sido tomadas por Egipto y Siria están en parte conectadas con las maniobras (con respecto a Egipto) y en parte debido a los temores de acciones ofensivas por Israel. Las operaciones militares contra Israel por los dos ejércitos son de escasa probabilidad.

Scowcroft oyó a Shalev afuera y cablegrafió los mensajes a mi oficina de Nueva York inmediatamente.

En consecuencia, no vi esos textos hasta la mañana siguiente. Ese viernes, por la noche, me encerré en mi departamento del Waldorf Towers para una cena privada y trabajar en un discurso importante que sería formulado en Washington tres días más tarde. Era la primera noche que había tenido para mí desde mi nombramiento como secretario de Estado el 22 de agosto. No pedí papel adicional y mi personal no vio ninguna razón urgente para interrumpirme. Ni estoy seguro que hubiera hecho algo inmediatamente con los mensajes si los hubiese recibido. Era ahora media noche en todas las capitales comprometidas; nada amenazador parecía estar en preparación. No fuimos informados si Israel había tomado algunas precauciones especiales y no había convocado reservas. Está también claro, mirando hacia atrás, que ningún esfuerzo nuestro habría sido académico. El asalto árabe fue deliberado, no sólo incitado por el temor de un ataque israelí. Cualquier mensaje de último momento a Egipto y Siria, tranquilizándolos que Israel no buscaría un golpe de ataque preventivo, sólo hubiera sido saludado con júbilo en las oficinas de guerra de El Cairo y Damasco.

El desbarajuste no era administrativo sino intelectual. A más tardar el 5 de octubre, cuando supimos de la evacuación soviética de sus contingentes del Medio Oriente, deberíamos haber supuesto que grandes sucesos estaban amagando. Sin crítica aceptamos la imposición israelí de que la razón era o una *crisis en las relaciones con Egipto y Siria o el resultado del avalúo soviético de que las hostilidades podían estallar en el Medio Oriente*. Pero el único peligro de hostilidades previsto yacía en el *ciclo acción-reacción*: el temor de cada bando de que su adversario estaba por atacar.

Había preguntas urgentes para ser hechas que hubieran rápidamente llegado a las entrañas del asunto. Ellas no se le ocurrieron a nadie, incluyéndome a mí, lo cual parece inexplicable al mirar hacia atrás. ¿Qué crisis podían posiblemente ocurrir en las relaciones árabes-soviéticas que comprometieran a *ambos*, Egipto y Siria, simultáneamente? ¿Por qué los soviéticos evacuaban contingentes pero no a los consejeros si había una crisis política? ¿Por qué emprendían un vuelo de emergencia si no estaban trabajando contra una línea vedada? ¿Y qué podía ser esa línea vedada sino otra cosa que la apertura de hostilidades? La opinión israelí de que los soviéticos podían temer el estallido de una guerra nos habría dado una pausa. Porque si se reflexionaba, hubiera sido claro que los soviéticos no podían estar temiendo un *ataque israelí*. Si así ocurría ellos habrían efectuado urgentes manifestaciones en Washington para que nosotros disuadiéramos a Israel, y quizás con el agregado de amenazas públicas. Si los soviéticos evacuaban contingentes porque temían una guerra, debían haber tenido una muy buena idea de que sería comenzada por los árabes.

Los políticos no pueden ampararse detrás de su análisis si ellos no aciertan un resultado. Nunca pueden saber todos los hechos, pero tienen la obligación de efectuar las preguntas correctas. Ese fue el verdadero fracaso en vísperas de la guerra del Medio Oriente. No debíamos llegar a ser demasiado complacientes respecto a nuestras propias suposiciones. Nosotros sabíamos todo pero comprendimos demasiado poco. Y por eso los más altos funcionarios —incluyéndome a mí— debemos asumir la responsabilidad.

DANDOLE FORMA A UNA ESTRATEGIA

Cuando la guerra estalló, tuvimos que enfrentar a un número de asuntos aparente-

mente contradictorios. Teníamos que asegurar la supervivencia y seguridad de Israel; necesitábamos mantener nuestras relaciones con moderados países árabes, tales como Jordania y Arabia Saudita. Sabíamos que en una prolongada crisis Europa y Japón estarían inquietos y, si nosotros vacilábamos, proseguirían un curso diferente al nuestro. Y mientras la Unión Soviética no dudara en maniobrar cautelosamente, no podía ser esperado que nos rescatasen de nuestros dilemas; por cierto que probablemente haría todo lo que pudiera para intensificarlos.

Desde el principio me convencí de que estábamos en una buena posición para dominar los sucesos. Nuestro aliado de hecho, Israel, se levantaba para ganar. Nuestros amigos moderados árabes —aunque ellos no podían admitirlo— estaban casi asustados de una victoria obtenida por los ejércitos soviéticos lo mismo que de una derrota de sus hermanos árabes. La disociación europea podía ser mitigada por una conspicua aseveración de primacía norteamericana. Y nosotros podíamos incitar la cautela soviética amenazando con el fin de *la détente* mientras reuníamos los medios para una confrontación si la diplomacia fracasaba.

Este no sería un fácil encargo, especialmente mientras la presidencia de EE.UU. atravesaba un trauma. No se veía claro que Nixon retuviera aún autoridad suficiente para manejar las múltiples presiones que estaban por descender sobre él. Pero no podíamos sentarnos en los límites si el Medio Oriente se enfurecía descontrolándose; el mundo vería esto como un fracaso de la autoridad norteamericana, cualquiera fuese la coartada que adelantáramos. Teníamos que proteger la capacidad de nuestro país para asumir el rol indispensable como garante de paz y custodio de las esperanzas de los pueblos libres. Eramos como un equilibrista. Detenerse representaba caer, nuestra única esperanza consistía en movernos hacia adelante y, además, ignorar el abismo que se abría debajo de nosotros.

Aquí, por último, se hallaba la prueba crítica de la estrategia que habíamos estado persiguiendo en el Medio Oriente desde que Nixon entró en su cargo. No habíamos visto ninguna oportunidad de negociación seria mientras que las tendencias radicales alimentaban la convicción de que las presiones soviéticas y el chantaje árabe obviarían la necesidad por compromiso. Demostrar la inutilidad del chantaje del apoyo soviético había sido por algún tiempo la llave de nuestra diplomacia; ahora culminaba con un enfrentamiento definitivo e inesperado. A su fin —si jugábamos nuestra mano bien— los países árabes podían abandonar su confianza en la presión soviética y buscar un objetivo a través de la cooperación con los Estados Unidos.

Una vez que la guerra hubiera comenzado, era palpable que el estancamiento diplomático sería quebrado. Pero no resultaría fácil. Si Israel ganaba abrumadoramente —como al principio esperábamos— teníamos que evitar llegar a ser el centro de todos los resentimientos árabes.

Debíamos impedir que la Unión Soviética surgiera como salvadora de los árabes, lo cual podía hacer ya pretendiendo que su jactancia detendría el avance israelí o comprometiéndose directamente en la guerra. Si lo inesperado sucedía e Israel estuviera en dificultades, tendríamos que hacer lo imposible para salvarla. No podíamos permitir que los clientes soviéticos derrotaran a un amigo tradicional. Pero una vez que hubieran demostrado la inutilidad de la opción militar, nosotros tendríamos que usarla para dar ímpetu a la búsqueda de la paz. En resumen, teníamos la oportunidad de dominar los sucesos; pero corríamos el riesgo de convertirnos en el eje de toda controversia.

Desde el principio yo estaba decidido a utilizar la guerra para comenzar un proceso de paz. *No hay ya más excusa para la demora*, le dije a Haig en la mañana del 6 de octubre, en nuestra primera larguísima discusión de estrategia. *Después de detener la guerra usaríamos ésta como vehículo para encaminar la diplomacia*. Nixon, en los siguientes días, aceptó entusiasmado. El 8 de octubre me anunció:

No debemos bajo ninguna circunstancia admitirlo (a Israel) por la victoria que va a obtener —y en caso de que así sucediera tendrían que agradecerle a Dios— pero nosotros no podemos evadirnos de este compromiso dilatándolo por cuatro años más y manteniéndonos en disputa con el mundo árabe. No lo volveremos a hacer nunca más.

Una gran pieza del rompecabezas fueron las intenciones soviéticas. ¿Qué habían sabido ellos sobre la inminencia de guerra? ¿Estimularían su continuación con equipo y ayuda diplomática? ¿O cooperarían para terminarla?

Cuánto sabían los soviéticos de los planes árabes, o si los estimularon, no está todavía claro. No hay duda de que se dieron cuenta no más tarde de la noche del 3 de octubre que la guerra era inminente, porque su embajador en El Cairo fue entonces oficialmente informado (8). Y ellos reaccionaron inmediatamente con su evacuación. Las unidades de la flota soviética que estaban en Alejandría y Port Said se echaron a la mar el 5 de octubre. ¿Esperaban los soviéticos que recogiéramos las señales, o fracasamos en hacerles las preguntas correctas? ¿Era una forma de advertencia para nosotros siñ traicionar a sus aliados, o simple precaución?

No hay ninguna respuesta obvia, especialmente a la última incógnita. *La détente* fue concebida como una relación entre adversarios; no pretendía representar amistad. Ningún líder árabe a quien encontré inmediatamente después de la guerra dio crédito al cargo de confabulación. Sadat, el presidente argelino Boumedienne, el presidente sirio Assad, cualquiera fueran sus diferencias, aceptaron que Moscú, había estado refunfunando que su ayuda para la causa árabe había sido lenta en la entrega de armas y se mantuvo ansiosa en su intención de presionar para el cese del fuego desde el primer día de guerra. Por cierto que Sadat insistió en su autobiografía que mientras los soviéticos eran ignorantes de sus planes precisos, Moscú había buscado impedir cualquier posible movimiento egipcio, demorando las entregas militares y trabajando en contra de él en Siria (9). Por otra parte, después de que Hafiz Ismail visitó Moscú en febrero de 1973, Egipto aparentemente sacó en limpio que era libre para considerar sus propios intereses y que ellos carecían de acciones que pudieran provocar una guerra soviético-estadounidense. En lenguaje diplomático ésta era una invitación a una guerra restringida. Después estaba el extraño incidente del ataque terrorista al tren cargado de judíos emigrando de la Unión Soviética a través de Austria. ¿Fue este ataque una semana antes de la guerra una coincidencia o un planeado movimiento de distracción? Si era lo último, lo consintieron los soviéticos o conocían el propósito. Fue informado de que las guerrillas habían abordado el tren en Checoslovaquia; después se apoderaron de los rehenes mientras el tren cruzaba la frontera hacia Austria (10). Parece inconcebible que hombres armados hayan podido abordar un tren en un país tan excesivamente custodiado por la policía como lo es Checoslovaquia sin la cooperación de las autoridades, quienes a su vez nunca actuarían en un asunto de tan seria consecuencia sin el beneplácito soviético.

Mi opinión es que la Unión Soviética no detuvo la guerra por falta de coraje, ni tampoco hizo ningún esfuerzo para impedirla. La inteligencia soviética indudablemente dedujo que alguna clase de operación militar estaba siendo planeada. Brezhnev debía haber decidido que en sus advertencias a nosotros, de mayo y junio, había cumplido con su obligación a EE.UU. Los soviéticos no hicieron otra cosa para alertarnos más concretamente (a menos que se considere a la evacuación de contingentes como una advertencia indirecta). También existía la probabilidad de que el Kremlin creyera que sus intereses debían ser pagados en cualquier caso. Si los árabes triunfaban, el crédito iría a las armas y al apoyo soviético. Si los árabes perdían, Moscú pensó que podía acreditarse el fracaso y surgir, al igual que en 1967, como el campeón de la causa árabe; la consecuente radicalización del mundo árabe fortalecería a los amigos soviéticos y quizás aun la

librería del pendenciero Sadat de Egipto, quien había expulsado al personal soviético en julio de 1972.

El 6 de octubre no había aún llegado a una conclusión sobre la presencia soviética. Pero no existía ninguna duda en mi mente acerca del peligro geopolítico. Alrededor de noventa minutos después nos enteramos de la batalla. Como de lleno esperábamos una rápida victoria israelí, le dije a Haig a pesar de la opinión de Nixon:

Pienso que la peor cosa que podríamos hacer ahora es tomar una especie de posición neutral mientras la lucha continúa, a menos que los soviéticos asuman similar actitud. . . Si los soviéticos están completamente en el lado opuesto, tenemos un malévolo caso de confabulación y entonces encontraremos un nuevo setiembre de 1970, y en tal caso sería mejor que fuéramos duros como clavos.

Ambos sabíamos, por supuesto, que nuestra situación era muy diferente a aquella crisis de Jordania de 1970. Entonces Nixon se hallaba en el apogeo de su poder; ahora su autoridad estaba menoscabándose diariamente. En setiembre de 1973 el problema radicaba en saber si Nixon entregaría las grabaciones de su oficina, las que inexorablemente lo llevaban hasta las cortes. Ese conflicto llegaba a un punto culminante en el mismo momento en que la guerra estalló. Las primeras acusaciones producidas en abundancia por lo de Watergate habían sido presentadas, incluyendo una contra John Ehrlichman. El edecán de campaña Donald Segretti acababa de reconocerse culpable de tres delitos menores, relacionados con *trucos sucios*, durante la campaña presidencial de 1972. Además de todo esto, Nixon estaba por perder a su vicepresidente, Spiro Agnew, por un escándalo concerniente a supuestos pagos de sueldos cuando era gobernador de Maryland: Agnew renunció el 10 de octubre, el cuarto día de la guerra. Y la *masacre del sábado a la noche*: el despido del fiscal especial Archibald Cox y la renuncia del procurador general Elliot Richardson ocurrió diez días después, precisamente cuando me encontraba en Moscú discutiendo sobre un cese del fuego para terminar con la guerra.

Nixon estaba por lo tanto preocupado con Watergate y sus ramificaciones en toda la crisis del Medio Oriente. Esto no le impidió ser informado y tomar las decisiones claves. Pero inhibió el temperamento frenético, inquieto y penetrante que había caracterizado su actuación en crisis previas. Su coraje no había sido dañado; estaba más bien algo reforzado por el fatalismo con el cual enfrentaba la última fase de su presidencia y su desesperado deseo de ser visto vindicar el interés nacional en el área de la política extranjera, que era su fuerte. Pero vivía demasiado perturbado para plasmar las decisiones antes de que le llegaran; esa responsabilidad ahora recaía sobre mí. Yo estaba dolorosamente enterado de que cualquier cosa que hiciéramos, seríamos probablemente acusados de motivos ulteriores; tendríamos una gran dificultad en recobrar el apoyo público mientras perseguíamos los aparentemente irreconciliables propósitos de frustrar los planes militares del lado armado por soviéticos y de tratar de ganar la confianza de los árabes, así ambos podíamos surgir como mediadores y demostrar que el camino hacia la paz era dirigido por medio de Washington.

El primer problema después que la guerra se inició concernía a las tácticas en las Naciones Unidas. Nosotros no queríamos un debate de Asamblea General, que hubiera significado una diatriba de los no alineados en ayuda de la extrema posición árabe, con los soviéticos actuando como abogado de éstos, nuestros aliados europeos manteniendo un desconcertante silencio, y los Estados Unidos aislados. Estábamos mejor ubicados en el Consejo de Seguridad, aunque allí también enfrentábamos problemas. Uno era que los soviéticos o un delegado de ellos podría introducir una resolución sosteniendo un irrealizable programa árabe de comprensión que nos forzaría a vetar, lo cual debilitaría nuestra actitud con los árabes moderados. Habría también un fuerte impulso para

adoptar una decisión en favor de un cese inmediato del fuego *in situ*. Queríamos evitar esto mientras el bando atacante estaba ganando territorio, porque reforzaría la tendencia de usar las Naciones Unidas para ratificar los beneficios del ataque de sorpresa. Y dentro de un corto tiempo —menos de setenta y dos horas, de acuerdo a nuestros expertos— el curso de la batalla cambiaría, con Israel empujando a los árabes hacia atrás. Entonces enfrentaríamos las complejidades de una victoria israelí, la furia árabe, la intromisión soviética, y el peligro de que todas las frustraciones se volvieran en contra de nosotros.

Entonces recomendé a Nixon que deberíamos intentar atraer a los soviéticos a un acercamiento de conexión en el Consejo de Seguridad. Mantendría a Moscú lejos de acosarnos con sus propias propuestas y lo separaríamos de sus clientes árabes. De acuerdo con mi proyecto las dos superpotencias no buscarían un cumplable pero en cambio exigirían un pronto regreso a las líneas en las cuales el conflicto se había iniciado. Si los soviéticos aceptaban y los árabes consentían, el mismo habría sido refrenado. Nuestras pérdidas en el mundo árabe serían equilibradas por aquellas de los soviéticos, quienes, como en 1972, hubieran sido percibidas en el mundo árabe como dando prioridad a sus lazos con Washington. Si los soviéticos rehusaban, como era probable, hubiéramos ganado el tiempo para que Israel restaurara el anterior *statu quo* por medios militares. En ese punto nosotros podríamos aceptar una simple solución de cese de fuego, e insistir para que Israel regresara a líneas de preguerra si las había cruzado. Una vez que hubiéramos hecho nuestra clara posición de equilibrio, esto enfriaría el ardor de nuestros aliados europeos, quienes podían ser tentados a entrar precipitadamente con mayor parcialidad de un lado o del otro.

Rápidamente expuse nuestra proposición a Dobrynin a las 9.35 del 6 de octubre. Le previne que si los soviéticos actuaban irresponsablemente no tendríamos ninguna elección excepto permitir que la espontaneidad siguiera su curso, es decir, simplemente esperar la inevitable victoria israelí. *Eso*, —dije ominosamente— *afectará en gran medida nuestras relaciones*. Le señalé a Dobrynin que no debíamos proseguir en el Consejo de Seguridad hasta que tuviéramos desde Moscú una contestación a nuestra propuesta y expresé la esperanza de que Moscú a su vez se abstendría de una acción unilateral.

Dobrynin ahora se mantenía frío y profesional. Confesó una comprensión de nuestro enfoque lindante con la simpatía. Hubo la discusión acostumbrada de los medios más rápidos de comunicación y esta vez pensó que la línea de emergencia sería la más rápida, desde que debía asumir que conoceríamos su mensaje; esto estaba indudablemente calculado para demostrar, una vez más, que Dobrynin no tenía nada que ocultar. Le di permiso para usar la referida línea telefónica. No se servía de ella por sí mismo. Habíamos jugado nuestra pequeña partida. Podíamos ahora retomar el trabajo serio.

Nuestra primera necesidad era ganar tiempo. Cualquier cosa que el futuro pudiera tener de reserva, las opciones de EE.UU. aumentarían con la movilización israelí (que tomaría dos días para llegar a concretarse). Alrededor de las 10.20 di instrucciones a Kurt Waldheim respecto a nuestro último pensamiento, enfatizando que nos opondríamos a un debate de Asamblea General y que queríamos esperar la respuesta soviética antes de ir al Consejo de Seguridad. El aceptó. También le formulé que nos favorecería una restauración del anterior *statu quo*. Existía la posibilidad que Waldheim lo considerase enseguida, refrenando a los apasionados partidarios de soluciones radicales con el indicio de una cooperación soviético-norteamericana. Durante el día impartí instrucciones a varios aliados de la NATO. Ellos fueron benévolos pero por sobre todo estaban ansiosos por salir de la línea directa de fuego. Como había esperado, favorecieron un cese del fuego pero no un retorno al anterior *statu quo*. En otras palabras, estaban preparados para ratificar las victorias militares árabes y a separarse de nosotros en las primeras horas de un conflicto en el que soportábamos la principal carga para el interés común: Un indicio

de lo que se venía. También telefoneé a los jefes del Congreso, los que en ese momento se encontraban confundidos y por consiguiente tolerantes.

A las 11.25 le comuniqué a Dobrynin que habíamos oído rumores de una apelación egipcia a la Asamblea General; nos resistíamos a tal *gravosa sugerencia*. Moscú no *destruiría todo lo que nos había llevado tres años construir*. Argumenté que nuestra oferta de una resolución conjunta del cese del fuego abogando por el anterior *statu quo* era para nuestra mutua ventaja:

No creemos que esto dure 72 horas. El problema será conseguir después que los israelíes vuelvan a la línea del cese del fuego. Si asentimos sobre este punto, ni importa lo que ocurra en las operaciones militares, ni cuán afortunados puedan resultar los israelíes, nos adheriremos a esta propuesta y estaremos preparados para oponernos a ellos.

Le requerí a Dobrynin una respuesta urgente.

Estábamos bien orientados. Le expliqué a Haig poco después que si los soviéticos mordían el anzuelo de acción conjunta, la guerra terminaría rápidamente. Si se rehusaban, le permitiríamos a los israelíes *golpearlos por un día o dos y eso los aquietaría*. . . *Debíamos ser duros en sustancia pero no realizar ningún movimiento dramático*. Lo único erróneo de esa petulante aserción fue el pronóstico: le llevó a los israelíes mucho más de un día o dos el restaurar su posición militar y antes de eso estuvieron al borde de la catástrofe.

Fui afortunado en tener a Joe Sisco como mi *jefe de Estado* para la crisis. Era infatigable en su labor de mantener contacto con los muchos diplomáticos en Nueva York y Washington, quienes ansiaban desempeñar un papel, y también era hábil en su esfuerzo de idear fórmulas para las negociaciones. Más aún, no hacía daño que él tuviera una voz fuerte y un modo de ser levemente frenético. La primera era inútil para hacerse oír de mí; la última, mantenía al personal en un alto nivel de funcionamiento. Mientras tanto, yo recogía toda pizca de información posible en el curso de la batalla. El poderío aéreo israelí y las tropas terrestres luchaban para resistir el ataque árabe coordinado en las Alturas del Golán y a lo largo del Canal de Suez, donde fuerzas egipcias armadas se movilizaban en varios puntos.

A las 14.30 partí de Nueva York para Washington. Durante mi vuelo, Dobrynin entregó a la Casa Blanca la primera comunicación de Moscú desde que la lucha había comenzado. Era una nota emitida en la versión inglesa de la embajada soviética.

La jefatura soviética obtuvo la información sobre el comienzo de las acciones en el Medio Oriente al mismo tiempo que usted. Tomamos todas las medidas posibles para aclarar el estado real de los hechos en esa región, ya que las novedades desde allí son de naturaleza contradictoria. Compartimos su interés sobre la situación conflictiva en el Medio Oriente. Repetidas veces indicamos en el pasado la peligrosa situación en el área.

Estamos considerando ahora, al igual que usted, los posibles pasos a tomar. Tenemos la esperanza de ponernos muy pronto en contacto con ustedes otra vez para la posible coordinación de posiciones.

La demora soviética no discrepó con nuestra propia estrategia de esperar que Israel restaurara la situación militar. Mientras que Moscú insinuaba una coordinación, nos sentimos aliviados del peligro de que preparasen un asalto político en contra de nosotros en las Naciones Unidas. Aun, pensé que sería mejor mantener firme la presión. Desde Washington le di a Dobrynin mi avalúo de la nota: *Anatol, tengo su mensaje. No puedo*

decir que sea un modelo de firmeza. Significa o que ustedes están confundidos o que cooperan con ellos. Dobrynin, volublemente, protestó que Moscú necesitaba sólo unas pocas horas más para planear la estrategia; reuniones con ese fin tenían lugar en ese mismo momento. Le previne que consideraríamos un debate de la Asamblea General como un acto *frívolo*. Hice un nuevo ajuste a mis advertencias:

Si se convierte en un debate de Asamblea General, entonces dejaremos que siga su curso. Estamos seguros que resultará una victoria militar para los israelíes, tras la cual todos vendrán hacia nosotros. Si resulta desagradable, cortaremos las comunicaciones por un tiempo.

En la noche enfrentamos chocantes presiones. En Nueva York, Eban apoyó la demora de la UN para dar a Israel una oportunidad de completar su movilización y anular el avance egipcio y sirio. En Key Biscayne, Nixon se hallaba ansioso de anunciar algo, para demostrar que él estaba en lo cierto. Si la UN hubiera sido fiel a sus designios establecidos de mantener la paz mundial, se habría producido una sesión en ese mismo momento. Pero resultó ser deficiente en el logro de sus anhelos principales. Ahora bajo el tutelaje de su mayoría *no alineada*, impelida por presiones comunistas, en realidad ratificó las victorias militares (cuando esa mayoría estuvo segura de que alguien de su lado estaba ganando; en esta temprana etapa nadie estaba suficientemente seguro de lo que estaba sucediendo como para comprometerse). Si se reunía el Consejo de Seguridad era probable que produjera retórica, la cual nos colocaría en posición defensiva, o una resolución que tendríamos que rechazar. Por lo tanto insistí en una dilación.

Cuando finalmente recibí la respuesta soviética alrededor de las 18, la encontré sumada a otra demora más: Moscú aún no había tenido noticias de los árabes; en consecuencia, no podía aceptar nuestra proposición; ninguna de las partes había pedido aún una sesión del Consejo de Seguridad. La Unión Soviética sólo se comprometería, en tales circunstancias, valiéndose de un voto del Consejo de Seguridad. Como todos los demás, los soviéticos esperaban el resultado de la batalla.

Traté de hallar una solución a este problema diciéndole a Haig, en Key Biscayne, que muy pronto involucraríamos al Consejo de Seguridad sin convocar una reunión. Con ese fin instruí a nuestro hábil embajador en la UN, John Scali, para que ocupara la tarde realizando *consultas*: El proceso de reuniones informales entre los delegados, generalmente bilaterales; por las que el Consejo de Seguridad establece su jurisdicción sin celebrar una sesión formal o forzar los temas a una votación. A las 19.20 le comuniqué a Dobrynin lo que había decidido y expliqué una vez más las opciones; no pedíamos ningún favor; el tiempo estaba de nuestro lado:

Nuestro informe de la situación es que el ataque árabe ha sido totalmente contenido. Ahora serán rechazados, este proceso se acelerará cuando finalice la movilización (israelí), lo cual se producirá a más tardar el lunes por la mañana, y después veremos lo que hemos visto antes.

Los árabes, señalé, han logrado su objetivo. Han cruzado el Canal de Suez. Era importante poner fin a la guerra en forma urgente y regresar al plan diplomático que habíamos establecido antes del comienzo de las hostilidades. Dobrynin replicó la principal preocupación de Moscú: *Como comprendo nuestra posición, la dificultad que ahora enfrentamos es que los árabes están tratando de recobrar las tierras ocupadas por Israel. Han estado utilizando este argumento con nosotros para que les digamos que ustedes no pueden liberar su tierra; es ridículo.*

El tenía un caso. Nuestra propuesta no era fácil para los soviéticos, especialmente en la

disposición de ánimo de los árabes. Por otra parte, en esas tempranas horas las perspectivas soviéticas no parecían ser brillantes. Si no hacían nada, Israel prevalecería y aparentarían ser impotentes. Si Moscú aceptaba nuestra propuesta, arriesgaría su amistad árabe. Pero no podía ayudar a sus asociados árabes sin involucrarse en la guerra, y eso, a su vez, arriesgaba toda la estructura de *la détente*. Animado, concluí nuestra conversación telefónica con Dobrynin concediéndole un plazo hasta las 9.00 del día siguiente, domingo, para hacerme saber si podíamos contar con un acercamiento en común al Consejo de Seguridad o con un independiente esfuerzo soviético para poner fin a la guerra, a más tardar el martes 9 de octubre. Si vuestro lado es ganador —o ustedes piensan que es así— pueden permitirse tan abruptos procedimientos. Pero ellos no serían el elemento principal de la diplomacia.

Al final de un agitado día —todavía 6 de octubre— presidí una reunión del Grupo de Acciones Especiales en Washington (WSAG). De acuerdo con nuestros informes, los israelíes se hallaban conteniendo la lucha en las Alturas del Golán y preparándose para un mayor ataque terrestre al día siguiente; pero los egipcios estaban estableciendo posiciones al este del Canal y preparándose para transportar más fuerzas a través de varios puentes que habían construido. El consenso demostraba que después de dos o tres días más Israel, a pesar de todo, obtendría el dominio. Por cierto, recibí un mensaje de Eban esa noche que decía que los israelíes creían que *hay buenas perspectivas* de forzar a las tropas egipcias y sirias fuera de sus posiciones en tres días. Entonces, todas las preocupaciones se centraron en el impacto potencialmente peligroso de la guerra respecto de nuestras relaciones a largo plazo con los árabes. Más allá de la filosofía general, se llegó sólo a una decisión efectiva: acercar la Sexta Flota a la zona de combate. Esto no resultó ser un gracioso tema para el fin de semana. Uno de los dos portaaviones se encontraba anclado en Grecia; el otro en España. Sus tripulaciones estaban con licencia en la costa. Tomaría un par de días movilizar a ambos transportadores a un punto fuera de Creta, una posición que los soviéticos marcarían como indicación que Estados Unidos estaba preparándose para cualquier contingencia: lo suficientemente cerca para que actuemos ante cualquier emergencia y bastante lejos para advertir algún ataque. El resto de nuestra flota estaba situada a mayor distancia, hacia el oeste; seríamos capaces de demostrar una preocupación mayor, movilizándola fuera de Chipre. En forma curiosa, las unidades navales soviéticas que habían dejado los puertos egipcios el 5 de octubre se movilizaron hacia el oeste. Ellos también demostraban no involucrarse mientras retenían la capacidad para una acción rápida. (Las dos flotas, señalando intenciones paralelas, se encontraron más tarde, fuera de Creta, y comenzaron a remolinear alrededor de allí. Pocos días después Dobrynin entregó una protesta moderada sobre el desplazamiento de nuestra flota, pero sin mucha convicción. Ni aun los soviéticos hubieran tenido el descaro para quejarse del movimiento de nuestra flota a un punto donde el escuadrón soviético había estado maniobrando durante días.)

Cerca de las 21.00 hablé una vez más con Zayyat, ministro de Relaciones Exteriores de Egipto. El no adoptó de muy buena gana mi sugerencia de regresar al anterior *statu quo*; se mostró aún menos receptivo a mi indirecta de que Israel comenzaría a avanzar pronto. Egipto esperaba beneficiarse con nuestra fórmula en pocos días. Al principio considero mis ideas como *muy extrañas*, y después a medida que se familiarizaba con el tema lo veía como *una locura*. Sin embargo, Zayyat no habló como un conquistador. No había ninguna jactancia ni ninguna demanda de que el problema del Medio Oriente podía ser resuelto por medios militares. El propósito de Egipto era limitado, declaró. Sólo quería demostrar a Israel que una línea de defensa a lo largo del Canal de Suez no representaba gran seguridad; la que, en un país como Egipto, podía estar basada en un respeto mutuo. Admití que el punto ya había sido expuesto. Ahora era el momento de volver a la paz. Zayyat asintió. *No me preocupó mucho por la guerra*, dijo. Solicité que Egipto y Estados

Unidos recuerden que durante las pasiones de una guerra nos encontramos, al menos en parte, en flancos opuestos; después necesitaríamos cooperar para lograr la paz. Zayyat recogió este singular mensaje. Norteamérica tenía la cabeza fría, señaló. Nosotros debíamos hacer una propuesta: *Ahora es vuestra oportunidad de hablarles a ambos (Egipto e Israel) sin la gran confianza que teníamos nosotros.*

Zayyat había dado en el blanco. Toda guerra termina en cierta paz, pero muy a menudo los líderes permiten que las operaciones militares dicten sus intenciones. Ellos ignoran la angustiada advertencia de Bismark al estadista cuyos argumentos al final de una guerra no son tan plausibles como eran el día que la comenzó. El problema entre Israel y los Estados árabes, especialmente Egipto, era, hasta un grado significativo, psicológico. De un lado la inseguridad, irónicamente, penetró el exceso de confianza de los misiles; del otro lado un cierto sentido de humillación subyacía a la superioridad numérica. La guerra podía reducir el abismo. Con cuidado y paciencia, con una restituida dignidad en el lado árabe y un nuevo reconocimiento israelí de la necesidad de la diplomacia, podríamos ayudar a forjar en el crisol del conflicto una estructura de paz que al final podría hacer justicia al sacrificio.

7 DE OCTUBRE: UN DOMINGO DE ATOLLADERO

El segundo día de la guerra, 7 de octubre, fue domingo. Washington estaba húmedo y templado. Durante la noche, la dura lucha había continuado en ambos frentes. Egipto parecía haber establecido una línea ininterrumpida alrededor de ocho kilómetros a través del Canal de Suez; Siria había hecho incursiones en las Alturas del Golán. Nuestro agregado de Defensa en Tel Aviv, coronel Billy Forsman, cuyos cablegramas fueron, durante la guerra, modelos de precisión y conocimiento, cablegrafió a Washington notificando que fuerzas israelíes permanecían en una posición defensiva, haciendo tiempo hasta que la movilización fuera completa. Más aún, al final del día Israel admitió haber perdido treinta y cinco aviones de alto rendimiento. Algunos en Washington duplicaron el número, sospechando que era el preludio para la solicitud de reemplazos. Pero fue cierto y demostró, especialmente en el frente egipcio, la eficacia de los misiles árabes tierra-aire de fabricación soviética. No obstante, no había ninguna razón para cambiar nuestro cálculo básico de una rápida victoria israelí. El contraataque de Israel no estaba programado para comenzar hasta el día siguiente. Israel contribuyó a la complacencia general diciéndonos que había destruido nueve de los once puentes a través del Canal. (Esto resultó ser una exageración; en su mayoría fueron averiados durante breves lapsos.)

El domingo a las 9.30 el encargado de negocios Shalev entregó un mensaje personal de Golda Meir que reforzaba nuestra opinión. *Nuestros militares estiman —decía ella— y yo confío en sus cálculos, ya que nunca se engañaron a sí mismos o al gobierno, que estamos comprometidos en duras batallas, pero con nuestras reservas de hombres y equipo el combate se volcará a nuestro favor.* Golda no podía resistir un golpe que nos hubiera hecho subir la presión más aún de lo que lo logró de haber sentido menos afecto por ella y menos simpatía por su ansiedad:

Usted conoce las razones por las que no emprendimos ningún acto de ocupación. La omisión de tal iniciativa es la causa de nuestro estado actual. Si le hubiera concedido al jefe del Estado Mayor autoridad para asegurar la ocupación, como él lo había recomendado, algunas horas antes de que empezaran los ataques, no hay duda de que nuestra situación sería ahora diferente.

Es cierto que en años anteriores había expresado mi opinión personal al embajador Simcha Dinitz y a su predecesor, Yitzhak Rabin, que la capacidad de Norteamérica para

ayudar a Israel en cualquier guerra se vería menoscabada si Israel atacaba primero. Pero mientras esta crisis se aproximaba, el tema del ataque preventivo no había sido discutido. ¿Cómo pudo ocurrir si Israel nos había dicho repetidas veces que no había peligro de guerra? La mañana que comenzaron las hostilidades Golda había informado a Keating que Israel no emprendería el ataque preventivo. La decisión había sido suya, sin advertir el reciente consejo norteamericano (11) confirmaba lo que nos había pedido —por su cuenta— transmitir a los árabes el día anterior. Permanecí seguro de que ella estaba en lo cierto. Si Israel hubiera atacado primero, habría complicado en gran parte las probabilidades de ayuda norteamericana. Como sucedió, y al principio por mayoría, el Grupo de Acciones Especiales de Washington (WSAG) pensó que Israel había atacado primero. Más aún, a esa hora tardía es dudoso si un golpe de ataque preventivo hubiera logrado mucha diferencia militar. Moshe Dayan escribió después que la única propuesta para asegurar el ataque preventivo ante el Gabinete fue el plan del jefe del Estado Mayor David Elazar para atacar a los misiles tierra-aire que se encuentran dentro de Siria —una medida que no podía haber mitigado la ofensiva terrestre que sorprendería a Israel (12).

En su actual mensaje, Golda ahora nos pedía que postergáramos una votación en el Consejo de Seguridad hasta el miércoles o jueves (10 u 11 de octubre), pues para ese tiempo Israel esperaba estar en la posición ofensiva en todos los frentes. Yo no hubiera recurrido a usted, reiteró Golda, si no pensaba que la situación mejoraría unos pocos días después. Para hacer el éxito doblemente seguro, Golda confirmó el interés de Israel en algunos equipos militares especiales —especialmente los misiles antiaéreos Sidewinder de atracción térmica. Un jumbo Boeing 747 volaba a Nueva York para recoger lo que nos resultaría de gran utilidad. Shalev confirmó otra solicitud, una aceleración de la entrega de artículos rutinariamente aprobados, durante las semanas anteriores, como parte de un programa ya existente de abastecimiento. No tuve dificultad en prometerle a Shalev una demora en una votación del Consejo de Seguridad, aunque pensé que la táctica más inteligente era realmente pedirle al Consejo que se reúna y luego presentar obstáculos exigiendo el retorno a las líneas de preguerra.

Si llamamos para una reunión y presentamos nuestra resolución, seríamos los primeros en hablar y la nuestra sería la primera resolución sobre la cual habría una votación.

Si somos forzados en primera instancia a rehusar la aprobación de un simple cese del fuego, esto no se entendería.

Intentaríamos movernos lentamente; no tenemos ningún apuro para entrar en una votación. Seguramente que si se produce un debate, otros serán llamados para hablar, incluyendo a Eban, el ministro de Relaciones Exteriores. Estoy seguro que él podría explayarse por lo menos dos horas sin salir de la introducción. Pienso que éste es el mejor camino a seguir. Le diremos a nuestro hombre en Nueva York que también proceda con lentitud.

Con respecto al suministro militar, las actitudes dentro de nuestro propio gobierno estaban agudamente divididas. Estas también habían sido el origen de una gran controversia. El hecho fundamental era que todas las agencias, incluido el Departamento de Estado, esperaban una repetición de la Guerra de los Seis Días de 1967. Ni un solo funcionario mayor de *ningún* Departamento creía, en ese momento, que cualquier insignificante reabastecimiento pudiera llegar a Israel antes de que la guerra hubiese terminado —exceptuando pequeñas cantidades de equipos especializados. La opinión general era que cualquier cosa que mandáramos llegaría demasiado tarde para afectar la guerra.

Cuando se realizó la primera reunión del WSAG, el 6 de octubre, en mi ausencia, los israelíes presentaron un pedido preliminar de armas. El secretario adjunto del Ministerio

de Defensa, James H. Noyes, argumentó que *ellos realmente no necesitan el aprovisionamiento*. Ninguno de los presentes discutió ese criterio. Cuando se celebró la segunda reunión del WSAG, ese mismo día, se recibió un pedido de equipamiento especial. El secretario de Defensa, Schlesinger, sugirió una demora en la lista de armas israelíes, ya que *enviar cualquier mercadería a Israel daría la imagen que podríamos tener un honesto intermediario*. El secretario adjunto de Estado, Kenneth Rush, contribuyó diciendo que *no tenían ninguna escasez real*.

Fui el único disidente por razones de política externa, no militares. No dudé entonces que Israel ganaría antes que pudiera llegarle cualquier ayuda mayor. Pero apoyaría el aporte de armas a Israel a menos que los soviéticos cooperaran en la UN para lograr un rápido fin de la guerra. Si rechazábamos el suministro, Israel no tendría ningún incentivo para escuchar nuestras opiniones en la diplomacia de posguerra. Si, por otra parte, Israel comprendía que en la adversidad no estaría sola, esto afectaría y quizá moderaría sus reclamos territoriales en las negociaciones y estaba seguro de que seguiría la guerra. No era, por supuesto, indiferente a la amenaza de desaprobación árabe. Pero en mi opinión el *resultado* de la contienda determinaría las relaciones de posguerra aunque no suministráramos armas. Si los árabes ganaban con el apoyo soviético, Moscú emergería como potencia dominante, el curso radical —la opción militar— aparecería vindicada y los árabes moderados estarían en una posición aún más débil. Entonces los Estados Unidos perderían influencia sin importar cuán restringidos habíamos estado durante la guerra. Si nuestra ayuda de armas bloqueaba una victoria árabe, entonces nuestro rol central estaría confirmado. La hora de demostrar nuestro entendimiento por la posición árabe era *después* de la guerra, cuando el proceso de paz comenzara.

Es por esto que en la mañana del 6 de octubre le había dicho a Haig que si la respuesta soviética para acción cooperativa a la UN era negativa, debíamos darle a Israel algunas armas limitadas. Y ese día le había dicho a Shalev que *es casi seguro que mañana aprobaremos el equipamiento militar por la razón de que puedan necesitarlo; especialmente si los soviéticos se alinean con los árabes, entonces sin duda lo haremos*.

En la mañana del 7 de octubre, justo después de mi reunión con Shalev, informé a Haig para Nixon: . . . *si los árabes ganan, estarán insostenibles y no habrá negociaciones*. Haig estuvo de acuerdo: *Tendremos que proveer el material que nos hemos comprometido a menos que ellos puedan estabilizar este asunto —rápidamente— en dos o tres días*. Esto estableció nuestra política básica de suministro. En los niveles medios del Departamento de Defensa había indudablemente falta de urgencia. Los funcionarios estaban convencidos de que arriesgábamos la benevolencia de los árabes moderados y el suministro de petróleo por acciones innecesariamente esenciales. Pero aun cuando esa investigación resultara, irónicamente, de una expectativa de inmediata victoria israelí y no de la intención de complicar su conducción de la batalla.

A las 10.15 Dobrynin proporcionó el pretexto de la demora diplomática que ambos, Israel y nosotros, considerábamos de interés común. Telefonó diciendo que un mensaje de la jefatura soviética era esperado pero no antes de dos horas. Inmediatamente informé a Nixon y lo apremié a que postergáramos cualquier anuncio formal solicitando una sesión del Consejo de Seguridad. Como resultado, pasamos la mayor parte del día aguardando el mensaje soviético, —lo cual satisfizo nuestra estrategia de esperar a que finalizase la movilización israelí.

Mientras tanto habíamos oído informes contradictorios respecto a la actitud de Sadat. Según se afirma, le había dicho a uno de los embajadores de Europa occidental que él no quería una reunión del Consejo de Seguridad y que no aceptaría el cese del fuego hasta que las fuerzas egipcias hubieran recobrado todos los territorios tomados por Israel en 1967. Esto, si fuera cierto, arruinaría cualquier iniciativa de cese del fuego; también parecía inconsistente con el comportamiento del ejército egipcio, que permanecía esta-

cionario en la línea a que ahora había llegado a pocos kilómetros del Canal. Por contraste, de acuerdo con otro embajador europeo en El Cairo, la posición de Sadat era que él no demandaría una reunión del Consejo de Seguridad pero podría acatar una resolución de cese del fuego a petición de otros. En ese momento dicha resolución ratificaría los beneficios del ataque, es decir, lo que deseábamos evitar.

Así, en el segundo día de la mayor guerra, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, institución especialmente designada para tratar las violaciones de la paz, estaba paralizada por obstrucciones de las partes. Los soviéticos presentaban obstáculos; Egipto no sabía en qué embajador creer, o permanecía firme o se preparaba para el cese del fuego *in situ*; Israel necesitaba tiempo para completar su movilización; de Siria no habíamos tenido noticias. Sólo Estados Unidos estaba preparado para presentarse en el Consejo de Seguridad, pero nuestra resolución sólo se refirió a una táctica sofisticada de demora, porque no existía la posibilidad de que otro miembro del Consejo nos apoyase. Como todos requerían tiempo y nosotros deseábamos mantener el tema fuera de la Asamblea General, habíamos decidido convocar a una reunión formal del Consejo de Seguridad hacia la noche, a fin de postergar el debate hasta el día siguiente y aspirar a una votación el martes o miércoles. Para entonces, si nuestras opiniones del servicio de inteligencia eran creídas, Israel habría de restituir por lo menos las líneas originales. Todos podrían entonces estar preparados para aceptar un cese del fuego *in situ*.

Alrededor de las 13 el mensaje de Brezhnev, prometido para una hora antes, todavía no había llegado. Presioné a Dobrynin, diciéndole que nos habíamos abstenido de mantener contactos con las Naciones Unidas hasta que tuviéramos noticias de Moscú. No existe ningún daño en hacer un reclamo imputándole a la otra parte lo que encaja en la estrategia preferida por uno. Ante la ausencia de cooperación soviética para terminar con la guerra, decidimos prepararnos con el fin de emprender un suministro limitado de armas a Israel. A las 13.30 le comuniqué a Schlesinger que deberíamos hacer arreglos para que las municiones y otros altos equipos tecnológicos —especialmente misiles Sidewinder— fuesen recogidos en una lejana base naval, en Virginia, por aviones comerciales israelíes El Al, con marcas pintadas en su exterior. El recibiría el visto bueno final después que mantuviera una discusión más con el presidente. Schlesinger especulaba que la aparente ausencia de una fuerte contraofensiva israelí, especialmente en el sur, podría ser destinada a demostrar que ellos se habían hecho invulnerables por no asumir el ataque preventivo, con el cual establecer un reclamo en pro de ayuda norteamericana. Expresé mi ayuda: *Pienso que ellos estuvieron realmente sorprendidos esta vez.*

A las 15.10, todavía sin saber nada de Dobrynin, le expliqué a Haig que deberíamos actuar en relación con algunos pedidos israelíes tanto por razones psicológicas como militares. Los soviéticos tendrían que aprender que la posición de sus clientes no podría ser mejorada a través de la demora; los árabes no deben ganar con armas soviéticas, de lo contrario se convertirían en intratables. Haig coincidió y sostuvo que el presidente observaba la misma opinión. A las 14.45 le pedí a Schlesinger que prosiguiera.

Todo esto fue lo más fácil de decidir porque alrededor de las 15.30 recibimos la respuesta de Brezhnev. Resultó ser esencialmente otro intento de dilación. O Moscú estaba realmente confundido con respecto a lo que hacer o estaba esperando con un criterio diferente al de nosotros. Si las perspectivas árabes fueran tan inflexibles como creíamos, los líderes soviéticos hubieran acogido bien la idea de un retorno al anterior *statu quo*; le hubiera dado a ellos la fórmula para detener más avances israelíes dentro del territorio árabe. Pero en cambio la carta de Brezhnev a Nixon evitaba cualquier referencia a una acción conjunta en el Consejo de Seguridad. Esta no versaba sobre la forma de terminar la guerra pero sí sobre el tema favorito de Brezhnev respecto al Medio Oriente: la diplomacia conjunta soviético-estadounidense para imponer la paz en el Medio Oriente en términos árabes, basada en la total retirada israelí recompensada por garantías de segu-

ridad que no estaban explicadas detalladamente. Pendiente de eso, Brezhnev escribió que sería *muy importante* para Israel indicar *sin ninguna reserva* su complacencia para retirarse de todos los territorios árabes. Brezhnev quiso decir que esto aceleraría el final de la guerra pero no indicaba ninguna medida recíproca por parte de los árabes. Muy generosamente nos fue dada la tarea de obtener la conformidad de Israel usando nuestra *influencia*. Evidentemente, los soviéticos querían permitir que la guerra siguiera su curso un poco más o bien no tenían tanto ascendiente sobre sus amigos árabes como lo habíamos pensado.

SADAT ENTRA EN CONTACTO

Poco después tuvimos nuestra primera palabra directa desde El Cairo. (En contraste, nunca recibimos ni una sola comunicación directa de Siria durante la guerra.) Su tono era amistoso; su sustancia reflejaba una disposición de ánimo, no una política. En su mensaje dirigido a mí a través de los canales de inteligencia, el consejero de Seguridad de Sadat, Hafiz Ismail, nos informó de los términos de Egipto para terminar con la guerra. Eran idénticos a los que nos habían anticipado en mayo. El paso del tiempo no podía haberlos ajustado mejor a la realidad de lo que lo hizo: Israel tenía que retirarse de todos los territorios ocupados; sólo después de su retirada podía una conferencia de paz discutir otros asuntos, tales como la libertad de navegación en el Estrecho de Tiran garantizada por una presencia internacional temporaria en Sharm el-Sheikh. El mensaje explícitamente rechazaba acuerdos parciales o provisorios.

Esos términos eran claramente sólo una posición de apertura. Desde sus primeros contactos con nosotros, Sadat estaba bien enterado de que considerábamos irrealizables tales condiciones. No pensé que a esta altura de los acontecimientos estuviera buscando un acuerdo; sólo procuraba un diálogo. El comunicarse con nosotros resultaba bastante arriesgado. El no podía combinar el riesgo de enajenar a Siria y quizá a la Unión Soviética —cuyo apoyo era esencial para la conducción de la guerra— ofreciendo inmediatamente concesiones que podrían llevar a Siria a abandonar la lucha en común o a la Unión Soviética a reducir los suministros.

Lo que resultaba significativo era el hecho del mensaje, no su contenido. Sadat nos estaba invitando a participar, o más bien a hacernos cargo, del proceso de paz. Se saltaba el hecho de que estábamos abogando en las Naciones Unidas para que él abandonara el territorio que consideraba suyo y que sus ejércitos recién habían tomado. El mensaje incluía una confesión, demostrativa de que Sadat sabía muy bien los límites que se podían alcanzar: *Nosotros no pretendemos profundizar los compromisos o extender la confrontación*. Si esa frase tenía algún significado, era que Egipto no se proponía continuar las operaciones ofensivas con Israel, más allá del territorio ya ganado o utilizar a EE.UU. como víctima propiciatoria, como Nasser lo había hecho en 1967. Pero si nosotros comprendíamos a Sadat y a la guerra correctamente se produciría en forma inevitable una brecha entre las disposiciones militares egipcias y sus objetivos políticos: lo que tarde o temprano conduciría a una negociación política.

El mensaje de Ismail iniciaba un extraño diálogo con un país que había atacado a nuestro aliado y cuyos propósitos estaban siendo desbaratados con armas norteamericanas. Durante toda la guerra no hubo un solo día sin comunicaciones desde o hacia El Cairo. Y aun cuando nuestros tardíos vuelos a Israel volvieron la guerra gradualmente contra Egipto, Sadat mantuvo su promesa de no inflamar el odio antinorteamericano en Egipto. Esto no representaba un favor para nosotros, pero sí era un medio para evitar que nos volcáramos irrevocablemente hacia el lado de Israel en la diplomacia a seguir. Su plan era el de establecer una relación con nosotros en la cual no sólo seríamos formalmente sino también psicológicamente mediadores, es decir, en la cual trataríamos las

demandas de Egipto en conformidad con las de Israel: Una concepción sorprendente para el sucesor de Nasser después de dos décadas de hostilidades.

Hasta que llegó este mensaje yo no había considerado seriamente a Sadat. Debido a las muchas amenazas de guerra que no habían sido consumadas a cabo lo había considerado más un actor que un estadista. Ahora estaba comenzando a comprender que sus gestos grandilocuentes eran parte de una consciente estrategia. Ellos habían garantizado una sorpresa: Proclamas dramáticas no seguidas por acción crean la premisa que nunca se tomará alguna. La expulsión repentina de los consejeros soviéticos de Egipto en 1972 asumió un nuevo significado. Entonces había tenido dificultades en comprender por qué Sadat no había buscado negociar su partida con nosotros en vez de dárnosla gratuitamente. Pero Sadat estaba en lo cierto. Si los consejeros soviéticos debían partir, tenía que ser hecho al instante. El negociar su éxodo, si no podíamos ofrecerle términos satisfactorios, podría haberlo dejado en la posición paradójica de tener que seguir manteniendo su presencia.

Sadat quería librarse de los soviéticos tanto para alejar un impedimento de la guerra que estaba planeando, así como también una posible traba en su proyectada movilización hacia los Estados Unidos. Actos de histórica magnitud no deben ser hipotecados por maniobras insignificantes que arriesgan su fundamental propósito a cambio de beneficios marginales y temporarios.

La habilidad de Sadat, desde las primeras horas de la guerra, para no perder de vista el centro de su problema me convenció de que estábamos tratando con un estadista de primer orden. El mensaje de Hafiz Ismail, mientras admitía términos arrolladores, establecía un objetivo modesto y considerablemente psicológico: *Para demostrar* —según decía el mensaje— *que no estamos ni atemorizados ni indefensos*. Sadat logró ese objetivo en forma brillante. Era la precondition de su subsecuente diplomacia de paz.

Con los mensajes soviéticos y egipcios en nuestra mano, nuestra marcha se estableció por sí misma. Debido a razones que eran difíciles de entender a la luz de nuestros proyectos preconcebidos, los soviéticos, lo mismo que Sadat, estaban maniobrando para permitir que la lucha determinara el resultado de la guerra. Como estábamos convencidos de que Israel pronto obtendría el dominio, ésto también satisfizo nuestro propósito. Pusimos entonces en ejercicio nuestro aviso del día anterior a Dobrynin. Haríamos una virtud de la necesidad; dejaríamos que la espontaneidad siguiera su curso y nosotros conduciríamos el próximo debate de Naciones Unidas a fin de suavizar la desilusión que estábamos seguros esperaban los árabes. Al epilogar la tarde de ese domingo, 7 de octubre, emitimos la llamada para una junta formal del Consejo de Seguridad. Expuse nuestra estrategia en la reunión del WSAG a las 18:

Egipto no desea entablar una confrontación con los EE.UU. en la UN y en la actualidad tampoco los soviéticos lo desean. Nuestra posición general tenderá a una restauración de las líneas del cese del fuego. Los árabes protestan porque están siendo despojados de sus derechos de nacimiento, pero para el jueves (11 de octubre) se arrodillarán rogándonos por el cese del fuego. . . Trataremos de vencer la situación con una limitada cantidad de daño en nuestras relaciones con los árabes y los soviéticos. Si podemos también poner algún dinero en el banco para girarlo en futuras negociaciones con los israelíes, mucho mejor (*).

(*) El siguiente diálogo refleja, sin embargo, el comienzo de mi duda sobre nuestras evaluaciones de inteligencia respecto de una pronta victoria israelí.

KISSINGER: —¿Cómo explica usted la impertinencia de los árabes? ¿Cómo es que no están requiriendo un cese del fuego?

SCHLESINGER: —Les atacó la euforia.

COLBY: —Los sirios piensan que lo están haciendo bien. No están considerando el largo plazo. Egipto sólo puede haber intentado emprender un movimiento a través del Canal.

Esa noche, el embajador Dinitz llegó de Israel. Su presencia garantizaba un inevitable drama. Dinitz había reemplazado al taciturno Yitzhak Rabin en marzo, en lo que es uno de los tres o cuatro cargos más importantes que el gobierno de Israel puede confiar a uno de sus ciudadanos. Israel depende de los Estados Unidos como ninguna otra potencia amiga. Con creces, Washington es la única capital que puede apoyarlo en foros internacionales. Somos su exclusivo abastecedor bélico, su único aliado militar (aunque ninguna obligación formal exista). Las naciones árabes nos echan la culpa por la persistencia tenaz de Israel. Israel practica su intransigencia como una única esperanza para preservar la dignidad en una relación parcial. Siente instintivamente que una admisión de debilidad, una concesión otorgada sin lucha, la llevará a una interminable retahíla de demandas, pues todos los países buscan escapar de sus problemas a expensas de Israel. Se necesita calidad especial de heroísmo para convertir la dependencia total en desafío; insistir en el apoyo como un asunto de derecho más bien que de un favor; convertir toda divergencia norteamericana respecto de un consenso del Gabinete israelí en una traición que debe ser castigada más bien que en un acuerdo para ser negociado.

Y así, la obstinación de Israel, tan enloquecedora como pueda serlo, satisface los propósitos de nuestro país del mejor modo. Un cliente subordinado pronto enfrentaría una acumulación de presiones siempre crecientes. Tentaría a los vecinos de Israel a aumentar sus demandas y nos cargaría con la infamia por todo estancamiento.

De todos modos, ésa ha sido nuestra relación con Israel: vivificante y frustrante, ennoblecida por la devoción y la fe que contiene la lección de una época de cinismo; exasperante debido a que los intereses de una superpotencia y de un mini Estado regional no son siempre fáciles de reconciliar y en ocasiones resultan insuperables. Israel afecta nuestras decisiones a través de la inspiración, persistencia y una influencia sensata, no siempre astuta o discreta, sobre nuestra política interna.

El embajador de Israel debe movilizarse a través de esta maleza, ejerciendo una influencia que no se puede admitir en Norteamérica pero que su Gabinete, por propias razones electorales, puede exagerar en Israel. Debe obtener una ayuda muy superior de Norteamérica en relación con cualquier otro país. Y aun tiene que mantener a Israel no sólo en la resignación sino también en la convicción moral de los norteamericanos.

Dinitz fue igual al reto. Sarcástico y beligerante, insistente y desafiante, inteligente y retador, tenía muchas grandes cualidades y, como su predecesor, Rabin, nunca fue agradable. Los héroes no dudan; son decididos. Leemos sobre ellos con admiración. Pero sospecho que siempre ha sido duro convivir con ellos. Sin confianza propia nunca se atreverían a lo que emprenden; es el precio que la convicción debe pagar a la fe.

Dinitz había ganado sus incentivos como asistente personal de Golda Meir mientras se desempeñaba como primera ministra, lo que significa que debía trabajar en un Gabinete cuyos miembros, que habían sido designados por ella, en la práctica no podrían ser despedidos por ella misma.

Todo gobierno en la historia de Israel ha sido una coalición. Al eliminar a un colega, el primer ministro corre el riesgo de perder el apoyo de un indispensable partido o facción, y así arriesga la supervivencia del gobierno. No hay que maravillarse de que la política israelí tienda a desmentir lo que los entendidos han escrito acerca de la calidad del gobierno de Gabinete. No hay disciplina. Todo bando dispone de un incentivo para detectar la responsabilidad en las difíciles decisiones de sus colegas. Los secretos que se

KISSINGER: —¿Por qué no están afianzando sus beneficios? Todo embajador extranjero que vio a Sadat hoy fue informado de que Egipto no quería el cese del fuego hasta que estuvieran en la frontera israelí.

SCHLESINGER: —Si ustedes son lógicos no pueden atribuirle esa clase de lógica a ellos.

RUSH: —Es difícil pensar que Sadat cruzaría Suez y permanecería simplemente allí.

KISSINGER: —Mi opinión es que él cruzará y permanecerá allí. Pienso que no avanzará más.

divulgan llegan a constituir un método de administración porque capacitan a los miembros del Gabinete para demostrar su importancia o vigilancia.

Dinitz estaba bien preparado para su papel en Washington. Tenaz, afectuoso, con un soberbio sentido del humor, parecía un moscardón ligeramente angustiado por averiguar qué daño podía inferir un ser tan pequeño como él a una figura poderosa como la mía. Susurraría sobre las muchas graves injusticias que le habían sido hechas a Israel por burócratas y políticos norteamericanos cortos de vista. A esos pocos que estaban en la misma cúspide de nuestro sistema, capaces de comprenderlo, le fue dado el privilegio de reparar las equivocaciones.

Dinitz y yo llegamos a ser fieles amigos, —y esa amistad, estoy orgulloso de decirlo, ha sobrevivido ahora que ambos estamos fuera del cargo. Más tarde se fomentó el mito de que habíamos sido demasiado amigos; a decir verdad, que lo había embaucado. Israel es probablemente el único país aliado de EE.UU. cuyo embajador puede ser criticado en su tierra por haber tenido demasiado contacto con el secretario de Estado norteamericano. (La mayoría de los países se quejan que sus embajadores no pueden llegar a ver al secretario de Estado.) Repetidamente he señalado que para un diplomático la traición no es el camino de la sabiduría sino el del desastre. En ningún acontecimiento, nadie podría engañar, aun por una sola vez, a alguien tan listo y tenaz como Dinitz. Simcha y yo trabajamos juntos en la guerra y en la paz. Aun así, ninguno de nosotros olvidó nunca que nuestro principal deber era servir a nuestros respectivos países, lo cual en ningún momento trajo diferentes perspectivas a nuestros problemas comunes.

Como todos los diplomáticos expertos, tomamos gran cuidado para que nuestros desacuerdos no llegaran a ser personales. El plan es censurar a alguna otra persona —casi siempre sinceramente— por tomar drásticas decisiones. Dinitz era brillante en medio de movilización y presiones relativas al Congreso, pero mucho más inteligente para hacer explícita su proeza. Escuchándolo, uno sólo podía estar sorprendido de cómo había sucedido que tantos norteamericanos individualistas habían llegado espontáneamente a la conclusión de que no estábamos haciendo bastante por Israel. En cambio, cuando tenía malas noticias para Dinitz, no atribuía el precedente a las dificultades burocráticas insuperables o a la desafortunada decisión de los superiores. Ninguno de nosotros engañaba al otro. Sabía que Dinitz estaba ejerciendo la mayor parte de las presiones y él comprendió que yo no había llegado a la cima por perder demasiadas batallas burocráticas.

A las 19.40, ese domingo, 7 de octubre, en nuestro primer encuentro durante la guerra, Dinitz trajo noticias optimistas desde Jerusalén. *Estamos en el movimiento en términos de óptimo poder en ambos frentes*, dijo. Repitió lo que nos habían informado el día anterior, que nueve de los once puentes egipcios a través del Canal de Suez habían sido destruidos. Israel necesitaría cuarenta y ocho horas desde el día siguiente, lunes al mediodía (cuando se completara la movilización), para terminar las operaciones militares iniciadas. Yo estaba seguro de poder demorar cualquier cese del fuego patrocinado por las Naciones Unidas por lo menos hasta el martes. Dedicamos cierto tiempo en reabastecimientos militares. A la luz del pronóstico militar las necesidades de Israel no parecían desesperadas. Le dije a Dinitz que un avión El Al —con marcas pintadas— podía recoger ochenta Sidewinders y sostenes para bombas en la base naval de Virginia durante la noche. Los niveles medios de defensa estaban ahora tomando ventaja de nuestro requerimiento de reserva para rastrear su infantería interpretándolo tan literalmente como para impedir a cualquier avión israelí (aún sin marcas de identificación) que aterrice. Pero Scowcroft, de mi parte, puso fin al pequeño pasatiempo. La demora fue de menos de veinticuatro horas. No parecía importar porque todos estaban aún convencidos de que la guerra pronto terminaría. Los Sidewinders fueron concebidos como un refuerzo moral. Ni aun alcanzando a lanzarlos podían llegar a tiempo para afectar la batalla.

OCTUBRE 8: DE ACUERDO CON UN LIBRETO

Para el mediodía del lunes 8 de octubre, la estrategia parecía estar en marcha. El Consejo de Seguridad había sido citado a sesión, pero procedía al paso majestuoso que nosotros habíamos alentado. Todavía no había ido más allá de las consultas iniciales; la sesión formal no tendría lugar antes de las últimas horas de la tarde. No se presentaría, y mucho menos votaría, ninguna resolución durante bastante tiempo. El informe matinal de Inteligencia parecía confirmar nuestras presunciones. Una estimación conjunta de la CIA y la DIA sostenía que los israelíes deberían cambiar el curso de los acontecimientos atacando las alturas del Golán el martes a la noche; *impulsar la ofensiva contra los sirios puede tomar otro par de días*: presumiblemente para completar la destrucción del ejército sirio. En el frente egipcio, se predecía que los resultados se verían claros a más tardar el miércoles. Este informe relativamente neutral era ampliado en una forma que indicaba escasas dudas acerca de las perspectivas: *Es posible que se sucedan varios días más de cruentas luchas, a medida que los israelíes intenten destruir todo lo posible al ejército de Egipto.*

En esas circunstancias, la demora diplomática parecía coincidir perfectamente con nuestras necesidades. Con cada hora que transcurriera, las diferencias que nos distanciaban del resto de los integrantes del Consejo de Seguridad —la alternativa de que se ordenara un alto al fuego *in situ* o un regreso al *statu quo* anterior, como pretendíamos nosotros— serían avasalladas por los dos acontecimientos. Una vez que el ejército israelí recuperara su ubicación del comienzo de la contienda, podríamos aceptar un simple cese del fuego. Si Israel avanzaba más allá de ese punto, podíamos contar con que la mayoría del Consejo de Seguridad adoptaría nuestra posición original de restaurar el *statu quo* anterior y nosotros lo aceptaríamos, salvando así al ejército árabe de un desastre. Nos interesaba, o por lo menos así lo parecía, mantener todo lo más tranquilo posible, porque en caso contrario una probable victoria israelí podía inflamar en nuestra contra a las naciones árabes amigas o tentar a los soviéticos a llevar a cabo algún truco tendiente a ganar simpatía o admiración.

A primera hora del lunes 8 de octubre se recibió un mensaje de Brezhnev:

Hemos establecido contacto con los líderes de los Estados árabes sobre el asunto del cese del fuego. Esperamos recibir una pronta respuesta. Creemos que debemos actuar en estrecha cooperación con usted, guiados por el amplio interés de mantener la paz y por el desarrollo de las relaciones soviético-norteamericanas. Esperamos que el presidente Nixon actuará de la misma manera.

Cuando Dobrynin me leyó por teléfono el mensaje de Brezhnev pensé que servía perfectamente a nuestros propósitos inmediatos. Dado que no teníamos la menor intención de introducir una resolución y ya que la Unión Soviética se ofrecía a coordinar con nosotros sus esfuerzos, podíamos tener la seguridad de llegar al fin de ese día sin confrontaciones ni propuestas embarazosas. Estábamos convencidos de que al día siguiente la ofensiva israelí prevalecería; el Consejo de Seguridad les ordenaría entonces un cese del fuego *in situ*. Nuestro aliado habría repelido un ataque de las armas soviéticas. Podríamos comenzar nuestro proceso de paz con los árabes basándonos en la proposición de haber detenido el avance israelí, y con los israelíes sobre la base de haber permanecido consistentemente a su lado durante la crisis. Por lo tanto no vacilé en informar a Dobrynin que actuaríamos de acuerdo al espíritu del mensaje de Brezhnev. Ese día no presentaríamos ninguna resolución, y en adelante no lo haríamos sin dar varias horas de previo aviso a la Unión Soviética. Impartiríamos instrucciones al embajador Scally para que pronunciara un discurso filosófico en el Consejo de Seguridad; evitaríamos toda decla-

ración inflamatoria. Esperábamos que la Unión Soviética seguiría un curso de acción similar. Dobrynin se manifestó de acuerdo.

Los representantes con quienes nos manteníamos en contacto —soviéticos, egipcios, israelíes— estaban tácitamente de acuerdo con nosotros en un libreto según el cual ningún país impulsaría una resolución y todos mantendrían la retórica en un bajo nivel de decibeles. Le pedí a Eban que, de ser posible, sacrificara la elocuencia en beneficio de la longitud: un penoso renunciamiento para el ministro de Relaciones Exteriores de Israel. Urgí a Zayyat a mantener el ambiente en calma. En esa temprana etapa de las negociaciones, ya resultaba evidente que el nuestro era el único gobierno que mantenía contacto con ambos bandos beligerantes. Si conseguíamos sostener esa posición, era muy posible que asumiéramos un papel central en el proceso de la paz.

Para afirmar estas perspectivas, a las 11.40 de la mañana contesté el mensaje que me dirigiera Hafiz Ismail el día anterior. Decididamente, las condiciones que Sadat esbozaba a través de Ismail no ofrecían una base para las negociaciones. Pero no era probable que ésa fuese la última palabra de Egipto. Por lo tanto pensé que resultaba mejor mantenerme en comunicación con ellos sin discutir las condiciones que dependerían en su mayor parte, de la batalla que se realizaba en ese mismo momento. En cambio, le formulé dos preguntas y ofrecí una seguridad. Mi primera pregunta consistía en saber si las condiciones de Egipto significaban que Israel tendría que retirarse realmente de todos los territorios ocupados antes de que pudiera tener lugar una conferencia de paz, o si sería suficiente que aceptara el principio de retirada. Era la clase de pregunta esotérica típica de las negociaciones de Medio Oriente; exigiría tiempo, sin que se llegara a ninguna conclusión. Mi segundo requerimiento fue que Ismail aclarara algunas ambigüedades del mensaje que habíamos recibido por intermedio del sha de Irán, en el que se nos informaba que Egipto estaba dispuesto a permitir la presencia de la UN en los territorios evacuados por Israel.

El propósito de ambas preguntas era insinuar que visualizábamos cierta retirada de Israel y estimular así los apetitos egipcios sin comprometernos a las exigencias precisas de Ismail, presumiendo todavía que el ejército egipcio no podría avanzar mucho más. Finalicé el mensaje asegurándole nuestras intenciones de ayudar en las negociaciones. Egipto había hecho prevalecer su punto de vista; ya no se podía ganar más por intermedio de las armas; no queríamos nada más para involucrarnos diplomáticamente:

Deseo reiterarle que los Estados Unidos harán todo lo que esté a su alcance para asistir a las partes en pugna a fin de lograr un cese de hostilidades. Los Estados Unidos, y yo en forma personal, también participaremos activamente en las gestiones tendientes a ayudar a los adversarios a alcanzar una justa solución de los problemas que han acosado durante tanto tiempo a Medio Oriente.

Me ocupé entonces del apoyo interno. Los senadores Mike Mansfield y Hugh Scott, líderes de la mayoría y de la minoría, ofrecieron poner en antecedentes al Senado en apoyo a nuestra posición. Les solicité que en cualquier resolución que fuese tomada no se determinaran las responsabilidades de la iniciación de las hostilidades; que el Senado manifestara su aprobación por la forma en que estaba siendo manejada la crisis; y que declarara *objetivo indeseable* la restauración del cese del fuego tomando como base el *statu quo* anterior. La resolución fue aprobada por unanimidad en el Senado ese mismo día, para enorme beneficio de nuestra diplomacia. (Hubo algunas quejas en las que se afirmaba que yo había presentado argumentos para que no se condenara a las naciones árabes. Esa era una exageración, pero reflejaba mi principal preocupación: convencido de que la derrota árabe era inminente, no creí que tuviera sentido convertirnos en blanco de la previsible oleada de frustraciones.)

Nuevos informes de Inteligencia reforzaron ese día el estado de ánimo de complacencia. Al mediodía, la CIA informó que se habían producido fuertes ataques israelíes tanto contra el frente sirio como contra el egipcio. Mencionaba reclamaciones israelíes, no confirmadas, de que sus fuerzas habían cruzado el Canal de Suez tanto en sus extremos norte como sur. Se trataba de otra idea preconcebida que fortalecía las predicciones. No existía la menor evidencia de que las tropas de tierra israelíes se encontrarán a punto de cruzar el Canal. Pero ese movimiento había sido tan ampliamente anticipado que todas las operaciones —incluyendo a algunas que retrospectivamente parecen haber sido actos defensivos provocados por la desesperación, como el bombardeo a Port Said— fueron interpretadas como consistentes con lo que se anticipaba.

Dinitz llamó a las 13.14 para confirmar la optimista evaluación.

La situación en el frente. . . parece considerablemente mejor. Hemos pasado de una posición defensiva a atacar tanto en el monte Sinaí como en las colinas de Golan. Nuestros jefes militares creen que existe una excelente posibilidad de que logremos hacer replugar a los sirios bastante más allá de la línea de cese del fuego y también estamos forzando la retirada de las fuerzas egipcias en el Sinaí.

La oficina del primer ministro *todavía* no había podido confirmar, agregaba Dinitz, que las fuerzas israelíes hubieran cruzado el Canal. . . implicando con ello que sólo se trataba de una cuestión de tiempo. El hecho de que adivinaba que dicho movimiento era inminente surgía sin lugar a dudas de su siguiente indicación, que era una alusión a lo que yo sospechaba desde la iniciación de las hostilidades: Israel bien podía decidir superar las fronteras del comienzo de la guerra y tomar nuevas posiciones internándose en territorio árabe, para asegurarse contra una repetición del ataque sorpresivo. Ya desde el primer momento habíamos decidido que no podíamos apoyar esa acción. Lo mismo que se lo pediríamos a los árabes, también Israel tendría que detenerse en las fronteras anteriores a la guerra.

Las cosas se desarrollaban tan de acuerdo a nuestros deseos, que hasta conseguimos abortar el debate de la Asamblea General que tanto nos preocupaba. Yo combiné con el presidente de la Asamblea General, el ecuatoriano Leopoldo Benites, que sólo las partes directamente involucradas hablarían en ese foro, que después se remitiría al Consejo de Seguridad. Impartimos instrucciones a John Scaly para que en el Consejo de Seguridad hiciera una declaración suave y filosófica, referente a que era deseable reestablecer las fronteras anteriores a la guerra pero sin poner sobre el tapete una resolución. En esa oportunidad, el debate del Consejo de Seguridad careció de dramatismo. Zayyat cargó las culpas a Israel en términos corrientes, evitando una disputa seria con los Estados Unidos. Eban, con su acostumbrada elocuencia, suministró una interpretación histórica completamente opuesta. Entre ambos probaron el dicho de que las guerras se refieren a la versión histórica que predominará en definitiva.

A las 17.40, Dobrynin me llamó por teléfono para asegurarme formalmente que La Unión Soviética *no iba a hacer nada en el Consejo. Ninguna clase de resolución en el Consejo de Seguridad. Nuestro representante en el Consejo de Seguridad tiene instrucciones de no polemizar con el representante norteamericano. Mientras tanto, continuamos realizando urgentes consultas con el bando árabe.* Expresó la esperanza de que nosotros no presentaríamos ninguna resolución hasta que los soviéticos hubieran completado las consultas con sus aliados. Prometí rápidamente seguir ese curso de acción que era en realidad el que preferíamos.

Inmediatamente después integré la reunión diaria del WSAG, que había dado comienzo en la Sala de Situaciones. La CIA informó que los israelíes arreciaban su contraataque en ambos frentes y que virtualmente había retomado las alturas del Golán.

Aparentemente habíamos alcanzado nuestra meta: Israel probablemente obtendría una victoria decisiva en el término de las siguientes cuarenta y ocho horas. Por lo tanto en ese momento el asunto consistía en saber cómo podríamos enfrentar la situación para impedir una explosión del mundo árabe y un posible embargo petrolero. La actitud conciliadora de la Unión Soviética parecía reflejar que estimaban que sus amigos árabes estaban perdiendo la guerra. Sin embargo expuse una vez más el asunto que había comenzado a preocuparme: si todo eso era cierto, ¿por qué no se aferraban los árabes al cese del fuego? ¿Qué era lo que ellos sabían y nosotros ignorábamos? Pero permití que me tranquilizara el consenso de mis colegas: los árabes se encontraban tan asombrados por el éxito que significaba haber cruzado la frontera anterior a la guerra, que ese triunfo se les había subido a la cabeza. Se hallaban en un estado de exaltación tal, que sólo permitirían una retirada después de haber sido completamente vencidos.

Dinitz y yo nos reunimos a las 18.40. Hicimos bromas acerca de la actitud relajada adoptada por todo el mundo en el Consejo de Seguridad. Convencido de que las fronteras anteriores a la guerra resultarían muy atractivas para Egipto y para Siria *en el término de dos o tres días*, Dinitz me informó, lleno de optimismo:

Esta mañana, nuestros ataques en ambos frentes fueron exitosos. En Siria han sido expulsados de los montes, con excepción de la zona del Monte Hermon. Nuestra gente ha retornado a sus pueblos para cuidar de su ganado. Hubo una nueva carga en Kuneitra, y ahora un contraataque. En este momento controlamos completamente la situación aérea, a pesar de los SA —6 que han sido desplegados. En el frente egipcio, hemos logrado destruir parte de las fuerzas de ese país. Mañana continuaremos con esa tarea. Nuestra fuerza aérea y nuestros vehículos blindados impidieron que los egipcios trasladaran mayores refuerzos. Mañana estaré en condiciones de informarle acerca de nuestros planes futuros.

Yo expresé que en ese momento la tarea más importante consistía en llegar al fin de la semana sin sufrir un corte en el abastecimiento petrolero. Dinitz hasta comenzó a especular acerca de las condiciones que impondría Israel para un cese del fuego. Todos los prisioneros de guerra en poder de Egipto y de Siria deberían ser liberados, incluso aquellos capturados durante los años de la *guerra de fricciones* que precedieron a la escalada bélica. Repliqué que no teníamos ninguna objeción en lo referente a los prisioneros, pero le advertí que no apoyaríamos una adquisición territorial. *Lo único que exhorto con fuerza es un regreso a las fronteras anteriores a la guerra.* Nos aprestábamos a acelerar la entrega de algunos jets Phantom F-4 que habían sido aprobados en el plan de preguerra, y apresurábamos los pedidos anteriores de equipo especial: *Estamos en condiciones de suministrarles esta misma noche cualquier cosa que puedan cargar en un avión El Al*, le aseguré. En este estado de ánimo complacido había una sola nota discordante. Nos habíamos enterado de que Sadat, Assad y el rey Faisal urgían a Hussein para que entrara en guerra. Quizá su compromiso fuese aun más desesperado de lo que nosotros creíamos, porque en caso contrario se negaban a comprender que habían sido vencidos. No meditamos muy seriamente en esa información.

Cuando poco después conversamos Nixon y yo, nuestra primordial preocupación era la diplomacia de posguerra. *Si tenemos éxito en nuestra empresa*, señalé yo, envalentonado, *si esto finaliza sin un estallido de ira por parte de los árabes o de los soviéticos, será un milagro y un triunfo.* Y Nixon se dejó llevar por el espíritu de la ocasión, con el pensamiento también puesto en el período de posguerra.

De acuerdo. Lo único que tiene que preocuparnos, cosa que usted y yo sabemos al contemplar el futuro, es que cuando los israelíes terminen por vencer a los egipcios

y los sirios, cosa que harán, serán mucho más intratables que antes, y usted y yo debemos tomar por anticipado una decisión interior, es necesario realizar allí un acuerdo diplomático.

Hasta encontré tiempo para pronunciar mi largamente preparado discurso en la conferencia *Pacem in Terris* que se realizó en Washington ese lunes 8 de octubre por la tarde. En ella había insertado unas cuantas frases de advertencia a la Unión Soviética: *Nuestra política con respecto a "la détente" es clara: resistiremos a toda política exterior agresiva. "La détente" no sobrevivirá a la irresponsabilidad en ningún sector, incluyendo el Medio Oriente.* Pero esa advertencia no era tanto una amenaza como el floreo de un artista en un lienzo casi terminado. Cuando el tercer día de la guerra llegó a su fin, nos acostamos con la expectativa de una repetición de la guerra de los Seis Días de 1967.

Pero la arrogancia ofende a los dioses. Ellos se sienten agraviados ante la presunción de que los grandes acontecimientos puedan darse por descontados. Las modificaciones históricas que buscábamos no pueden convertirse en realidad mediante el desempeño de virtuosos; deben reflejar una realidad subyacente. Y la realidad nos asaltó en medio de esa noche.

OCTUBRE 9-10: LA SITUACION TOMA UN CARIZ SOMBRIO

Dinitz me llamó en la madrugada a la 1.45, poco después que yo hubiera conciliado el sueño, despertándome con una inquietante pregunta: ¿qué podíamos hacer nosotros con respecto al reabastecimiento? Quedé desconcertado. De acuerdo a sus pronósticos, expuestos hacía pocas horas, en ese momento la batalla debería estarse convirtiendo en una victoria decisiva. Entonces, ¿cuál era el problema? ¿Qué necesitaban y cuál era el motivo de tanto apuro? Hasta ese momento, los pedidos israelíes habían consistido principalmente en municiones de tipo especial y en pertrechos electrónicos. Casi todas las solicitudes habían sido acordadas; hubo algunas demoras burocráticas por parte del Departamento de Defensa, pero ya habían retirado los misiles Sidewinder. El pedido principal que no había sido entregado se refería a jets Phantom F-4, aparte de aquellos que se encontraban en camino y cuya entrega ya habíamos convenido en acelerar. Esto presentaba un problema especial dado que poseíamos pocos excedentes de Phantom, aparte de los que salían de la línea de producción a un ritmo de alrededor de dos por mes para Israel y de aquellos que formaban parte de nuestras propias unidades de combate; el hecho de hacer uso de estos últimos sin duda significaría que nuestras Fuerzas Armadas y el mundo árabe pusieran el grito en el cielo. Se me pasó por la cabeza la peregrina idea de que tal vez los israelíes quisieran comprometernos en ese momento a un plazo de entrega determinado, antes de que su probable victoria hiciera menos urgente ese material bélico. Le contesté a Dinitz que hablaríamos a primera hora de la mañana y regresé a la cama.

Dinitz me volvió a llamar a las 3 para repetir las partes esenciales del mismo mensaje urgente. A menos que deseara probarle al Gabinete que era capaz de sacarme de la cama a su antojo, era evidente que algo andaba mal. Le sugerí que aclaráramos las cosas por la mañana.

Y así, el martes 9 de octubre nos encontramos a las 8.20 de la mañana en el elegante pero poco utilizado Salón de Mapas de la planta baja de la Casa Blanca. Muchos de mis encuentros privados con Dinitz y con su predecesor, Rabin (y con Dobrynin), habían tenido lugar allí, durante la época en que fui consejero nacional de seguridad y deseaba que las reuniones se mantuvieran en secreto. El ambiente es allí algo sombrío porque la vista desde las ventanas está casi oscurecida por los arbustos de redodendros. Las paredes habían sido cubiertas por mapas de campos de batalla en la época en que el presidente Roosevelt la utilizaba como su puesto de comando militar y centro de comunica-

ciones durante la Segunda Guerra Mundial; de ahí deriva el nombre de la sala. Dinitz llegó acompañado por su agregado militar, el general Mo Mordechai (*Motta*) Gur, a fin de presentarme un informe. Yo me encontraba acompañado por Scowcroft y por Rodman.

Dinitz y Gur no perdieron tiempo. Explicaron, con aire sombrío, que las pérdidas que Israel había sufrido hasta la fecha eran apabullantes y totalmente inesperadas. Habían quedado destruidos cuarenta y nueve aviones, entre los que se incluían catorce Phantom. La cifra era alta pero no totalmente sorprendente, ya que tanto Siria como Egipto poseían grandes cantidades de misiles soviéticos tierra-aire. El real impacto lo constituyó la pérdida de 500 tanques, 400 de los cuales habían sido destruidos en el frente egipcio solamente. Dinitz me imploró que mantuviera la cifra en secreto y que sólo se la mencionara al presidente. En caso de que llegara a tomar estado público, los países árabes que en ese momento se mantenían apartados de la contienda podían llegar a unirse para asestar un golpe mortal. En ese instante se aclararon muchos rompecabezas. *¿De manera que es por eso que los egipcios están tan encocoritados!*, exclamé. *¿Cómo sucedió?* Gur explicó que un número importante de tanques israelíes se perdieron en camino a la batalla por ser conducidos a excesiva velocidad en el desierto, después de haber sido mantenidos inadecuadamente en depósitos de reserva. Yo sufrí un impacto tan grande que, con muy poca delicadeza, recordé a Dinitz su predicción de dos días antes, cuando afirmaba que para el miércoles se habría logrado la victoria. El admitió que *obviamente algo salió mal*. Ignoraba de qué se trataba.

Pero eso no tenía mayor importancia. Porque el informe de Dinitz exigiría una modificación fundamental de la estrategia. Toda nuestra diplomacia y nuestra política de reabastecimientos se basaban en una rápida victoria israelí. Tales presunciones, en ese momento, habían caído por tierra. Pero existía un problema más profundo. Señalé que el ejército sirio, a pesar de haber sufrido considerables bajas, no había quedado deshecho. Por lo tanto Israel encontraría serias dificultades en trasladar sus fuerzas del Golán al Sinaí. Y las pérdidas de equipo sufridas por Israel en el frente egipcio eran más o menos similares a las de Egipto. Israel permanecía en el umbral de una amarga guerra de fricciones que no tenía posibilidades de ganar, dada la disparidad de potencial humano disponible. Debía tomar alguna medida decisiva. Gur sugirió que las mejores posibilidades de Israel residían en su lucha contra Siria. A menos que las fuerzas egipcias se aventuraran mucho más allá del cinturón de misiles tierra-aire, una ofensiva israelí en el Sinaí resultaría demasiado costosa. Contesté que, a mi juicio, las fuerzas egipcias no se aventurarían a una acción temeraria. Gur pensaba que, por el contrario, tratarían de alcanzar los Pasos de Mitla y Giddi; especialmente en el caso de que Siria se encontrara sometida a presión. Afortunadamente para Israel, quedó demostrado que Gur tenía razón.

Tal era la consternación israelí, que Dinitz y Gur ignoraban cuáles eran exactamente las prioridades de Israel, salvo los aviones. Estábamos escasos de tanques, que Israel necesitaba con desesperación, y por otra parte, éstos eran difíciles de transportar con rapidez. Gur sugirió la posibilidad de embarcar algunos desde Europa, pero aún eso demandaría varias semanas de tiempo. Quedó convenido que los aviones de El Al podrían comenzar a cargar de inmediato mayor cantidad de armamentos y equipos electrónicos. Pero resultaba evidente que esa pequeña flotilla de siete aviones civiles no podría transportar equipo pesado. En cuanto a los artículos más voluminosos, prometí convocar una reunión especial de la WSAG y proporcionar nuestra respuesta a Dinitz antes del fin de ese día.

Gur solicitó información de Inteligencia. Yo impartí instrucciones a Scowcroft de brindarle *cada detalle de Inteligencia que tuviéramos en nuestro poder*. Jamás dudé de que una derrota de Israel, infligida con armas soviéticas, significaría un desastre geopolítico para los Estados Unidos. Los urgí a obtener una rápida victoria en uno de los frentes

antes de que la diplomacia de la UN ratificara las conquistas territoriales que los árabes habían obtenido en todas partes. *En este momento concentramos nuestros esfuerzos en obtener una rápida victoria sobre Siria, replicó Dinitz. En el caso de los egipcios, nos tomará más tiempo.*

Al acercarse el fin de la entrevista, Dinitz solicitó verme a solas durante cinco minutos. Me comunicó que la primera ministra, Golda Meir, estaba dispuesta a realizar un viaje personal a los Estados Unidos, donde permanecería una hora, para suplicarle al presidente Nixon que le concediera una urgente ayuda en material bélico. Podía llegar a ser una visita secreta. Rechacé de plano la propuesta sin consultar con Nixon. Dicha visita sólo conseguiría reflejar una sensación de histeria o de chantaje. El viaje alejaría a Golda de Israel durante un mínimo de treinta y seis horas. El hecho de que ella abandonara el país mientras se realizaba una batalla de singular importancia, sería una señal de pánico tal, que podía llegar a hacer entrar en la contienda a todos los estados árabes que aún no intervenían. Dejaría al Estado de Israel sin líder en el momento en que la intrépida valentía de Golda resultaba más necesaria y cuando cabía la posibilidad de que debieran tomarse decisiones fundamentales. (Después de la guerra me enteré de que en ese mismo momento, Dayan recomendaba una retirada profunda hacia el Sinaí.) Y dado que la visita de la primera ministra no podría ser mantenida en secreto, nos veríamos forzados a anunciar una masiva protección policial, destruyendo así cualquier posibilidad de mediación. El mundo árabe se inflamaría en nuestra contra. La Unión Soviética tendría el campo libre.

Ese martes a las 9.40 convoqué una reunión especial del WSAG exclusiva para los más importantes representantes departamentales. Para mayor seguridad, se impidió la entrada del personal. Expuse un informe de la conversación mantenida con Dinitz y Gur, omitiendo las cifras de tanques perdidos. Mis colegas se mostraron escépticos. Colby informó que Israel se encontraba en situación ventajosa en el frente sirio y que mantenía sus posiciones en el Sinaí; Israel simplemente trataba de obtener de nosotros el máximo de ayuda militar posible antes de la victoria, como muestra de apoyo irrestricto, no tanto para la guerra como para el período subsiguiente. Dado que yo presidía la reunión en mi calidad de asistente del presidente, el delegado adjunto Kenneth Rush habló en nombre del Departamento de Estado. No había habido tiempo para impartir instrucciones de ninguna clase; Rush apoyó a Colby. Schlesinger no veía problema en el envío de equipo auxiliar que no requiriera la presencia de técnicos norteamericanos. Pero su preocupación era que al cumplimentar las solicitudes de Israel, modificando así el resultado de una batalla que estaban ganando los árabes, cabía la posibilidad de que nuestras relaciones con éstos se malograran. Schlesinger señaló la diferencia que existía entre defender la supervivencia de Israel dentro de sus fronteras anteriores a 1967, y ayudar a ese país a mantener sus conquistas de la guerra de 1967. Otros participantes se mostraron de acuerdo con él.

Mi punto de vista era que los acontecimientos habían superado esos detalles. Teóricamente, el mejor resultado sería una victoria israelí que obligara a retroceder a los árabes sin infligirles una derrota total. Pero el asunto había llegado demasiado lejos: *Suceda lo que sucediere, Israel ya ha sufrido una derrota estratégica*, argumenté. *No pueden soportar pérdidas de dos-a-uno.*

Mientras tanto, yo comenzaba a abrigar dudas acerca de la conducta de los soviéticos. Habían aceptado nuestras tácticas dilatorias porque aparentemente poseían datos de inteligencia más exactos que los nuestros en lo referente a la batalla. Y aun en el caso de que no fuese así, en ese momento ya debían estar al tanto de los acontecimientos; claramente intentaban pescar en río revuelto. Durante una pausa en las deliberaciones del WSAG, me enteré por intermedio de Dean Brown, nuestro embajador en Amman, que el encargado de negocios de la embajada soviética en Jordania alentaba a Hussein a entrar

en la batalla, prometiéndole todo el apoyo diplomático de su país. Más tarde ese mismo día, tomó estado público un pedido similar de Brezhnev dirigido al presidente de Argelia, Houari Boumediene. *Existen dos problemas* —manifesté en la WSAG—, *los abastecimientos y los indicios de que la Unión Soviética está soliviantando a los árabes. No podemos permitir que la Unión Soviética se salga con la suya en esto. ¡Qué distintas a la noche anterior eran nuestras perspectivas en ese momento! Declaré en receso la reunión y solicité que para medio día se prepararan varias opciones referentes a la manera de reabastecer a Israel. Le pedí a Schlesinger que enviara directamente a Israel los aviones Phantom que acabaran de salir de la línea de producción y que no hubiesen sido todavía adjudicados a unidades norteamericanas.*

Mientras tanto, intenté desbaratar los designios soviéticos de convertir el conflicto en una guerra santa para los árabes. Hasta ese momento, el rey Hussein se había negado a intervenir en la contienda, llegando hasta a rechazar el pedido que le hiciera el día anterior el rey Faisal de trasladar a Siria una brigada saudita estacionada en Jordania. Envié un mensaje a Hussein, apelando a su habilidad de estadista y prometiéndole un activo esfuerzo norteamericano en favor de la paz en cuanto hubieran finalizado las hostilidades. Replicó expresando su solidaridad con los objetivos de sus hermanos árabes y atacando la negativa de Israel para llegar a la paz desde 1967. Ejercitaría el autocontrol tanto tiempo como le fuera posible, pero a menos que nosotros fuésemos capaces de lograr un rápido cese del fuego, le resultaría imposible mantenerse ajeno. Una guerra prolongada fortalecería la posición soviética dentro del mundo árabe.

A mí me resultaba claro que no se produciría el cese del fuego a menos que Israel se encontrara en una aparente situación de victoria; Israel debía sobreponerse y superar esa situación que comenzaba a parecer incoherente. Para restaurar su confianza era necesario proporcionarles una evidencia tangible de la asistencia norteamericana. Al mismo tiempo debíamos evitar que los soviéticos trataran de explotar el repentino (por lo menos para nosotros) cambio en la situación militar. Durante ese día advertí a Dobrynin que no debían alentar la intervención de otras naciones en el conflicto. El alegó que el informe de Jordania tenía que ser un malentendido y que el llamado de Brezhnev a Boumediene no era más que una demostración de la retórica soviética. Pero cuando una superpotencia es *malentendida* de la misma manera en capitales diferentes, la definición de sus designios resulta bien clara.

Cuando a mediodía del martes 9 de octubre volvió a reunirse el WSAG, se habían elaborado seis opciones para cumplimentar los requerimientos de armas de los israelíes, que iban, en orden ascendente, desde la lenta continuidad de nuestro reabastecimiento hasta el comienzo de un apoyo total con la entrega de aviones norteamericanos. Hubo algo de escepticismo acerca de que realmente se tratara de una emergencia. Colby, por ejemplo, informó que Israel poseía municiones para, por lo menos, dos semanas más.

Pero el asunto había ido más allá de los cálculos logísticos. Si Golda estaba dispuesta a abandonar Israel en medio de una guerra de supervivencia, el país debía encontrarse muy cerca del pánico. (Me resultó imposible mostrarme de acuerdo con los cínicos de la WSAG quienes argumentaban que si Golda se sentía en libertad de viajar, debían estar muy próximos a ganar la guerra.) Era necesario que adoptáramos alguna medida sustancial, tanto por razones psicológicas como militares. Pero nuestra propia conveniencia —que en este caso no era idéntica a la de Israel—, nos exigía buscar el método menos conspicuo para entregar los abastecimientos. Informé al WSAG que sometería a Nixon las opciones aunque el presidente no estaría disponible hasta la finalización de la visita oficial del presidente de la Costa de Marfil, Félix Houphouët-Boigny que se produciría esa tarde.

Mientras aguardábamos, Dinitz no se mantuvo ocioso. Me bombardearon con llamados telefónicos desde la colina del Capitolio, urgiéndome a no perder tiempo en lo refe-

rente al abastecimiento de armas. Dinitz, por supuesto, simulaba inocencia; muchos senadores habían arribado, espontáneamente, a la misma conclusión independiente. Mi paciencia llegó a su límite cuando el senador Frank Church, nuestro flagelo en el tema de Vietnam y constante crítico de los métodos *engañosos*, nos urgió a *dejar pasar* unos cuantos Phantom a Israel, presumiblemente sin que nadie se enterara. Le repliqué que preferiría que diera estado público a su pedido; con lo cual se revertían nuestras habituales posiciones. Pensé que en cierto modo sería conveniente que se notara que el Congreso me presionaba a prestar mayor ayuda a Israel; quizás eso desviaría parte del resentimiento árabe.

A las 16.45, Haig, Scowcroft, Ziegler y yo nos reunimos con Nixon. Le expuse el problema. En el aspecto diplomático, no nos encontrábamos en una mala posición. Eramos el único país que mantenía contactos con casi todas las partes en conflicto, incluyendo a la Unión Soviética. Una vez que la diplomacia se hiciera cargo de la situación, daríamos buen uso a nuestra posición central. Pero esa ventaja teórica no significaría nada en el caso de que Israel apareciera como perdedor: *Si los árabes presienten que los israelíes han perdido más de lo que admiten, es posible que intervengan precipitadamente.*

Nixon estaba preocupado por sus escándalos internos. Había pasado gran parte del día revisando la renuncia de Agnew, que sería anunciada dentro de las siguientes veinticuatro horas. Pero aunque esto pudo haberlo distraído de los detalles, no había logrado enturbiar sus claros conceptos acerca de los aspectos esenciales de la cuestión. *No debemos permitir que los israelíes sean derrotados*, dijo, y actuó en consecuencia. Decidió que se acelerara la entrega de bienes de armamentos y de aviones. El equipo pesado no llegaría a Israel hasta el fin de la contienda. Garantizaríamos el reemplazo de las pérdidas israelíes; de esa manera Israel quedaría liberado de la necesidad de mantener reservas exorbitantes de armamentos durante la batalla. Ese martes, a las dieciocho y diez de la tarde, transmití a Dinitz la crucial decisión de Nixon:

En respuesta al pedido especial que ustedes formularan, el presidente ha aprobado la lista completa de armamentos, es decir, pertrechos militares, equipos electrónicos. . . todo el contenido de la lista con excepción de las bombas laser. El presidente ha decidido —y permítame repetir esto formalmente— que *todas* las pérdidas de aviones y tanques que ustedes sufran serán reemplazadas. De los tanques que recibirán, un número importante estará constituido por los M-60, los más modernos que tenemos. En cuanto a los aviones, se les entregarán de inmediato 5 F-4, 2 más 3. En lo referente al resto de los suministros, ustedes confeccionarán un plan de necesidades de entregas. . . Schlesinger tiene todo arreglado en lo referente a las municiones antitanques y a las armas antitanques. Ustedes saben con quién deben ponerse en contacto en el Ministerio de Defensa. En caso de tropezar con algún problema, comuníquense con Scowcroft. Este es todo el contenido de la lista, con excepción de las bombas laser y los aviones. Con referencia a los tanques, será necesario que ustedes confeccionen un plan. . . El problema de los tanques no reside en los que necesitan para esta batalla, sino en la situación posterior a la guerra. Les hacemos llegar la seguridad de que el material bélico será reemplazado. Y les ofrecemos la seguridad adicional de que si la situación se tornara muy negativa y se llegaran a enfrentar con una emergencia, les haremos llegar los tanques, aunque sea necesario hacerlo utilizando aviones norteamericanos.

Yo le había manifestado a Schlesinger que confiaba en su discernimiento para determinar el grado de necesidades de Israel durante el transcurso de la guerra. Si él juzgaba que Israel necesitaba tanques durante la batalla, debía enviarlos inmediatamente. Dinitz ofreció que Israel podía cargar todo lo posible en aviones de El Al. No se habló de la

posibilidad de un puente aéreo norteamericano. . . salvo en el caso de que los tanques fuesen requeridos urgentemente en una emergencia.

Esto servirá para contradecir la patraña que afirma que la administración Nixon retuvo deliberadamente los abastecimientos que Israel requería, a fin de que ese país fuese más maleable en las negociaciones. Una vez que se desvanecieron las perspectivas de una rápida victoria israelí, nos enfrentamos con dos peligros: un prolongado estancamiento militar o una repentina propuesta de cese del fuego *in situ* cuando Israel todavía no había recuperado las fronteras de preguerra en ninguno de los frentes. Tratamos de proporcionar a Israel la confianza y los medios para enfrentar los días cruciales que se le avecinaban en los que el desenlace dependía tanto de la autoconfianza del país como de sus armas. Pero también nos esforzamos por lograr un método de abastecimiento discreto; éramos conscientes de la necesidad de preservar el autorespeto de los árabes.

A fin de mantener el diálogo con Egipto, ese mismo día, a última hora, contesté el último mensaje de Hafiz Ismail, que habíamos recibido esa mañana y en el que expresaba el aprecio que le merecían *las buenas intenciones* de nuestro gobierno. Le contesté ambiguamente a Ismail que nuestros actos eran el mínimo que la opinión pública toleraría. . . proporcionando a Egipto una fórmula para salvar la cara por haberlos aceptado. Expresé que los Estados Unidos *ahora comprenden claramente la posición de Egipto acerca de un tratado de paz*. Pero evité todo comentario al respecto. En el lenguaje diplomático, eso equivalía a indicar que estábamos en un punto muerto.

En cambio, trasladé ese contacto a un aspecto más concreto formulándole otra pregunta de tipo más operacional y que permitía una respuesta específica. Tenía además la ventaja adicional de presentar nuestra estrategia de dilaciones en el Consejo de Seguridad como una señal de preocupación por el punto de vista de Egipto:

Sin embargo, los Estados Unidos no tienen tan en claro el punto de vista egipcio referente a la forma de poner fin a la presente batalla. Nos sería sumamente útil conocer ese punto de vista, para formular nuestra posición en el debate que actualmente se realiza en el Consejo de Seguridad. En la esperanza de escuchar el punto de vista de Egipto, los Estados Unidos dilatarán todo lo posible la presentación de una posición definitiva de este país en el Consejo de Seguridad.

Los Estados Unidos desean reiterar su voluntad de realizar urgentes consultas con las partes involucradas en el conflicto, a fin de lograr un justo acuerdo de paz en Medio Oriente. En medio de estas dificultades, resulta importante mantener en mente una perspectiva de largo plazo y evitar confrontaciones y amargos debates mientras intentamos resolver la presente crisis. . .

El miércoles 10 de octubre por la mañana, despertamos con la nefasta noticia de un puente aéreo soviético hacia Siria. Alrededor de veinte aviones de carga se encontraban en camino vía Hungría y Yugoslavia. Era imposible que un puente aéreo de tal magnitud fuese improvisado; debía haber sido organizado durante varios días. En esa etapa se reducía a suministros bélicos livianos, una ayuda paralela a la que el domingo anterior habíamos decidido prestar a Israel, aunque los soviéticos realizaban un esfuerzo en escala mucho mayor y más abiertamente. ¿Qué propósito los movía? Avivar las llamas del conflicto o apoyar a un cliente y mantener la posibilidad soviética de participar en las negociaciones de posguerra? ¿Se trataba de alentar la intransigencia árabe o de establecer la buena fe de los soviéticos en favor de un esfuerzo de paz? ¿Ayudaban a su socio que se encontraba en peores dificultades para evitar su derrumbe, o alentaban una nueva embestida violenta?

La respuesta ni siquiera ahora nos resulta clara. Es probable que los líderes soviéticos intentaran mantener abiertas varias opciones y consiguieran combinar todas las des-

ventajas. Pero en buena parte logró asegurar la continuación de la guerra, aunque no afectara el resultado final. Es posible que estuviera destinada a buscar un cese del fuego, como nos manifestaron con desdén todos los líderes árabes después de la guerra. Pero fue hecho con tanta vacilación —y, de acuerdo a la versión pública de Sadat, con tanta duplicidad— que magnificó las dudas de Egipto acerca de la buena fe de su aliado.

Sadat escribió que casi desde el principio de las hostilidades —el 6 de octubre a las 20.30, hora de El Cairo, o sea seis horas y media después del comienzo de la guerra— Moscú lo urgía a aceptar un cese del fuego. En esa oportunidad el embajador soviético le manifestó que el presidente Assad de Siria le había pedido al Kremlin *antes* de que se desencadenara la guerra, que procuraran un cese del fuego dentro de las cuarenta y ocho horas. Lo cual parece suficientemente torpe para resultar plausible. Aunque Assad negó haber hecho tal pedido (lo cual, dentro del contexto de la política árabe no resulta una prueba definitiva), los soviéticos reiteraron diariamente su pedido durante varios días hasta que Sadat, finalmente, le puso fin insistiendo en continuar la guerra hasta haber aniquilado la *teoría de seguridad* de Israel. (13)

La versión de Sadat —que no es probable que estuviera teñida de simpatía por los líderes soviéticos— coincide con lo que los soviéticos nos aseguraban durante el mismo período. Poco después de las 8 de la mañana del miércoles 10 de octubre, Dobrynin me llamó para transmitirme un mensaje que declaró importante: las consultas soviéticas con Egipto y Siria habían sido *lentas* y *nada fáciles*. Sin embargo, Moscú no podía asegurar a Nixon que la URSS *está dispuesta a no bloquear una resolución de cese del fuego en el Consejo de Seguridad*. En otras palabras, la Unión Soviética se abstendría de votar una resolución favorable a un simple cese del fuego *in situ*; no apoyaría —es decir que vetaría— un llamado tendiente a retrotraer la situación a las fronteras de preguerra. Además, la nota soviética expresaba que estaban dispuestos a trabajar en la búsqueda de un arreglo negociado *sobre la base de la liberación de todos territorios árabes ocupados por Israel*.

La iniciativa soviética de un cese del fuego *in situ* se encontraba ahora sobre el tapete, en las peores circunstancias posibles para nuestra estrategia: si los soviéticos presentaban su propuesta en esa coyuntura, merecería un apoyo unánime, incluyendo el de nuestros aliados europeos. Por otra parte, Israel, sin haber restaurado todavía la situación de preguerra, se negaría. Si nosotros hubiésemos aceptado el plan soviético y presionado a Israel para que lo acatara, la guerra habría finalizado con una clara victoria de las fuerzas árabes abastecidas por los soviéticos. La posición de los Estados Unidos en la diplomacia de posguerra se habría visto severamente deteriorada. La proposición de que, entre las superpotencias, éramos los únicos capaces de producir progreso habría quedado desacreditada. Las armas soviéticas habrían logrado un éxito; la diplomacia soviética lo habría protegido. Las probabilidades de que se desencadenara otra guerra habrían sido muchas, dado que Israel hubiera deseado reconquistar su anterior supremacía; los árabes se habrían convencido de que podrían superar cualquier punto muerto en las negociaciones con un nuevo asalto.

Si los soviéticos hubieran conducido una política decisiva y si las naciones árabes no se hubieran dejado llevar por la euforia, quizá habrían confirmado sus ventajas exigiendo ese cese del fuego *in situ*, el 10 de octubre. El hecho de resistir la moción nos habría puesto en apuros. Pero Egipto y Siria, o bien subestimaron el poder de recuperación de Israel o no supieron cómo poner fin a sus mutuas sospechas. . . Probablemente se haya tratado de una combinación de ambos factores. Resulta difícil imaginar lo que esperaban ganar los soviéticos. Su ambivalencia nos proporcionó la oportunidad de ganar tiempo y de recobrarnos. Si esperaban retardar nuestro reabastecimiento a Israel, era una vana esperanza. El puente aéreo soviético a Damasco definió eso de una vez por todas. Así que yo decidí aceptar *en principio* la propuesta soviética para impedir una ofensiva diplomá-

tica soviética en la UN, pero también decidí demorar su implementación el tiempo necesario para poner a prueba la última predicción israelí de una victoria dentro de las cuarenta y ocho horas en el frente sirio.

Por lo tanto le expresé a Dobrynin que podía transmitir a Moscú que la propuesta del cese del fuego era *constructiva* pero que necesitábamos tiempo para estudiarla. Un rato después lo volví a llamar para decirle que el presidente no podría dar una respuesta formal hasta después de la partida de otro visitante africano, el presidente Mobutu Sese Seko del Zaire, que se produciría alrededor de las 11.30. Pero mi propósito real era que Dobrynin supiera que estábamos enterados del *muy sustancial* puente aéreo soviético, que según le expresé *no era beneficioso*. Dobrynin se manifestó sorprendido. Yo le dije, con sarcasmo: *Estoy seguro de que (el ministro de Defensa soviético) Grechko no lo ignora. . . Para el caso de que estén buscando el último aeropuerto, le informo que lo están realizando a través de Budapest*. Dobrynin, quien dada la pedantería de los procedimientos burocráticos soviéticos no podía encontrarse totalmente desinformado, aseguró que preguntaría a Moscú. Yo repliqué que, sucediera lo que sucediese en ese momento, el puente aéreo soviético nos *forzaría a hacer, por lo menos, lo mismo*.

Watergate nos proporcionó el pretexto para otra demora. La renuncia de Agnew a su cargo de vicepresidente, debía ser anunciada ese día a las 14. A las 11.45 llamé nuevamente a Dobrynin con el pretexto de alertarlo, manifestando que este acontecimiento impediría que, durante varias horas, el presidente pudiera fijar su atención en la propuesta rusa. Le pedí que se asegurara que no se nos forzaría a tomar decisiones prematuras. El me aseguró de plano que los soviéticos no presentarían ninguna resolución en el Consejo de Seguridad.

En medio de las conversaciones que mantuve con Dobrynin esa mañana, pasé revista a la situación con Dinitz. Este me leyó un mensaje de gratitud que Golda Meir le enviaba a Nixon por *la vital* decisión de reabastecimiento que le había sido comunicada el día anterior que, según sus palabras, *tiene un gran efecto benéfico. . . Estamos luchando contra contingencias muy graves, pero tenemos plena confianza en que saldremos victoriosos. Y, cuando así sea, nos acordaremos de ustedes*. Le dije a Dinitz que, con el reabastecimiento asegurado, Israel no necesitaba acumular reservas. Se carecía de tiempo para movimientos complicados. Todo dependía de que los israelíes lograsen alcanzar cuanto antes las fronteras de preguerra o superarlas, por lo menos en uno de los frentes. No podíamos demorar indefinidamente una propuesta de cese del fuego.

Nuestro diálogo con Egipto nos informó que todavía quedaba algo de tiempo antes de que se produjeran movimientos en el Consejo de Seguridad. A las 13 de ese miércoles, recibimos la respuesta de Ismail a mi pregunta del día anterior referente a las condiciones del cese del fuego. Expresaba con claridad que El Cairo todavía no estaba dispuesto a afianzar las ventajas obtenidas; y más adelante insistía, aunque de una manera mucho más moderada, en la necesidad de un plan de paz comprensivo:

El señor Ismail asimismo desearía expresar que, aunque Egipto ha tomado nota de las motivaciones de la posición asumida por el gobierno de los Estados Unidos, agradecería que el doctor Kissinger comprendiera, entre otros, los factores políticos relacionados con la posición egipcia, de los que resulta esencial considerar un programa general para el establecimiento de paz en Medio Oriente.

Esta delicada formulación —que estrictamente hablando implicaba que las condiciones de Egipto iban más allá de los dictados del interés nacional— indicaba que en las circunstancias correctas la insistencia egipcia en un programa comprensivo podía llegar a ser negociable. En el resto del mensaje, Ismail modificaba en cinco puntos su posición respecto del cese del fuego, los más importantes de los cuales eran: Egipto ya no insistía

en la *previa* retirada de las tropas israelíes a las fronteras anteriores a 1967, pero aceptaría una promesa israelí a ese efecto, siempre que se especificara un límite de tiempo; el estado de beligerancia tocaría a su fin en cuanto se hubiera completado la retirada; a continuación se realizaría una conferencia de paz.

Ismail debe haber sabido perfectamente bien que todavía no existía la menor posibilidad de lograr que Israel aceptara esas condiciones a menos que sufriera una total derrota militar. Pero en negociaciones delicadas, lo que importa no es la sustancia de la modificación; lo importante es el hecho de que se haya ofrecido alguna forma de modificación, especialmente dado que Ismail no la presentó sobre la base de un tómel-o-déjelo, sino que lo ponían a *consideración del doctor Kissinger*, que equivalía a dejar la puerta abierta para una contrapuesta.

Con mi recién descubierta admiración por la sutileza egipcia, me sentí convencido de que no se realizarían conversaciones serias hasta que se produjera un cambio en la situación militar. Pero ante todo era esencial evitar que la guerra se extendiera. Durante ese día nos enteramos de que Sadat presionaba ahora al rey Hussein para que se plegara a la contienda. Dean Brown informó que el rey pensaba en la posibilidad de enviar una brigada de tanques a Siria a fin de evitar una decisión más peligrosa, como sería iniciar un nuevo frente al emprender un ataque a lo largo del río Jordán. Pero cualquier movimiento de Jordania podía bien alentar a otros Estados árabes a entrar en la contienda y alentar también la persistencia en poner el acento en la opción militar. Con toda urgencia apelé al rey, solicitándole que demorara cualquier decisión, por lo menos durante cuarenta y ocho horas. Le expresé que, a través de silenciosos canales diplomáticos, estaba realizando grandes esfuerzos para lograr poner fin a la lucha. Necesitaba a la vez tiempo y su ayuda. Hussein no contestó, demostrando su prudencia, pero aceptó la recomendación, expresando así su habilidad de estadista.

Nuestro propio gobierno seguía dividido acerca de la urgencia de reabastecer a Israel (aunque no se discutía la decisión de reponer eventualmente sus pérdidas). Todo el mundo estaba convencido de que tal medida se tomaría en el campo de batalla antes de que alcanzara a llegar el equipo pesado y afectase el desenlace. Existía una legítima preocupación de que pudiéramos arruinar nuestras relaciones con los árabes moderados sin ayudar realmente a Israel; especialmente cuando a primera hora del día 10 nos enteramos de que el rey Faisal, ante la negativa del rey Hussein de trasladar hasta Siria la brigada saudita estacionada en Jordania, había decidido enviar una brigada directamente desde Arabia Saudita. Schlesinger me había llamado a las 8.30 para darme esa noticia urgiéndome a tomar rápidas medidas para lograr un *cese directo del fuego*. Se encontraba lo suficientemente preocupado como para proponer la idea de involucrar tropas norteamericanas en una *ocupación*. Yo me negué a ello. Le manifesté:

Con respecto al asunto saudita, creo que en este momento todo el mundo tiene simplemente que conservar la calma. El hecho de que se haya puesto en movimiento una brigada saudita significa que transcurrirán dos días antes de que se acerque al teatro de operaciones y es probable que también los jordanos introduzcan allí una brigada, lo cual me parece bien. Es lo menos que pueden hacer. Vamos a mantener nuestro curso de acción durante uno o dos días más, porque creemos que con nuestra política actual lograremos manejar este asunto. No creo que haya ninguna necesidad de considerar una ocupación en este momento.

Durante un almuerzo que ofrecí en el Departamento de Estado al ministro de Relaciones Exterior de Bélgica, Renaat van Elslande, y tal como se había previsto con anticipación, fui citado a la Casa Blanca para recibir la renuncia de Agnew. Por algún oscuro motivo legal, la renuncia del presidente o del vicepresidente debe ser presentada al

secretario de Estado. Esta regla jamás había sido implementada anteriormente. Espero que ningún otro secretario de Estado vuelva a encontrarse en la situación de aceptar la renuncia de los dos funcionarios electos más importantes en el lapso de diez meses.

Mientras yo estaba así ocupado con la renuncia de Agnew, Scowcroft se encontró con Dinitz para informarle de la propuesta soviética de una abstención conjunta (del simple cese del fuego) y para cambiar ideas acerca de la manera de acelerar el reabastecimiento. Dinitz se mostraba tan reacio como nosotros al cese del fuego en las líneas actuales. Siguiendo las instrucciones recibidas, Scowcroft expuso la urgencia de que Israel realizara el máximo esfuerzo militar dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. Nosotros no podíamos dilatar indefinidamente la situación y no nos sería posible insistir en que los Estados árabes devolvieran territorios propios en cuya reconquista Israel hubiera fracasado. Pero Dinitz no pudo proporcionar a Scowcroft, en ningún sentido, los planes de tiempo de Israel, como tampoco los planes operacionales, quizás porque no existían o tal vez porque su gobierno prefería no compartir sus intenciones con nosotros (o con él).

En esta misma conversación quedó aclarado que Israel no estaba en condiciones de cargar todo el equipo prometido en los siete *jets* de la flota aérea de El Al. Después de realizar consultas entre los funcionarios más importantes del WSAG, se decidió, por lo tanto, que el gobierno de los Estados Unidos acordaría permiso y apoyo a Israel para que se valiera de aviones contratados con compañías privadas para transportar el equipo adicional.

El recurso de los aviones contratados concluyó en fracaso; como resultado, después de cuarenta y ocho horas, se organizó un puente aéreo militar norteamericano. Más adelante se alegó que el puente aéreo fue deliberadamente demorado, como maniobra para presionar a Israel a aceptar el cese del fuego (14). La presente descripción de nuestra estrategia demuestra que ése no fue el caso. En la mañana del 13 de octubre, cuando finalmente nos dimos cuenta hasta qué punto habían demorado el plan de embarques las demoras burocráticas y los problemas logísticos, volví a plantear nuestra estrategia ante el WSAG, solicitando, en nombre del presidente, la renuncia de todo funcionario que no estuviera dispuesto a apoyarla: *necesitábamos introducir ese material en el momento en que nos era necesaria una ofensiva. Y ahora llega tarde, justamente cuando queremos que dé resultado la diplomacia. . . Si Israel tuviera la sensación de que les hemos fallado y los árabes llegaran a pensar que ellos lo han logrado, estamos hundidos.*

Los motivos de la demora eran múltiples. Ninguna compañía de aviones de carga se mostraba dispuesta a alquilarlos exponiéndose a un boicot árabe o a arriesgar sus aviones en una zona de guerra. El Departamento de Guerra podría haber presionado a una de esas compañías, que dependen en gran parte de los negocios que realizan con el Pentágono, pero no creían que fuese urgente hacerlo puesto que estimaban que Israel todavía tenía material para dos semanas. . . o sea un lapso mayor que el de las proyectadas operaciones militares. El Departamento de Transportes (que era la otra posibilidad) deseaba mantenerse fuera de toda confrontación militar. Ambos Departamentos se devolvían ágilmente la pelota. Brent Scowcroft y Joe Sisco, quienes trabajaban incansablemente en la organización de los embarques, eran enviados infructuosamente de un lado al otro. Pero fundamentalmente el problema era que exploramos todas las alternativas antes de vernos obligados a enfrentar cara a cara la realidad de que, ya que todas las compañías privadas se negaban a transportar el material a Israel, el gobierno de los Estados Unidos tendría que correr el riesgo ya fuera haciéndose responsable él mismo del puente aéreo, o bien contratando los aviones en su propio nombre. En realidad no sé con seguridad si la demora hizo una gran diferencia. Aunque hubiese comenzado de inmediato un puente aéreo militar, no habría logrado influir en las operaciones militares

israelíes anteriores a la presentación de la primera iniciativa de cese del fuego del 12-13 de octubre, que fracasó.

Pero durante el 10 de octubre, sea cual fuere nuestra percepción del problema de los reabastecimientos, debíamos demorar la diplomacia hasta que se produjera un cambio en el frente de guerra. Pensábamos que la circunstancia militar óptima para la diplomacia que planeábamos consumir consistía en que Israel lograra restaurar la situación de preguerra, o quizás superarla levemente. Esto demostraría que la opción militar apoyada por las armas soviéticas era una ilusión; que el progreso diplomático dependía del apoyo norteamericano. En caso de que eso fracasara, quizás se podría negociar sobre la base del avance militar israelí en un frente, aun cuando hubiera tenido que retroceder en el otro. . . aunque ésta sería una situación mucho más complicada.

Sin embargo, el 10 de octubre, ninguna de esas condiciones estaba dada todavía. Israel apenas había recapturado el Golán, con excepción de algunas avanzadas sirias en la zona del Monte Hermon. Dos ejércitos egipcios se encontraban firmemente establecidos del otro lado del Canal de Suez. No existía la menor perspectiva de una ofensiva en el Sinaí; la única opción que le quedaba a Israel era realizar una ofensiva contra Siria, programada para la mañana siguiente. Demoraríamos la propuesta hasta tener más claros los resultados de este operativo. (Es necesario recordar que ese mismo día se nos había informado que Egipto todavía no estaba dispuesto a abandonar sus exigencias de una retirada total. Y no habíamos tenido noticias de Siria.)

A fin de ganar tiempo, el 10 de octubre a las 17 le dije a Dobrynin que todavía no habíamos tenido tiempo de considerar su propuesta de una abstención conjunta ante una ponencia de simple cese del fuego. Me volvería a poner en contacto con él más tarde. Para tranquilizarlo, agregué que tomábamos con mucha seriedad la idea del cese del fuego, aunque los mecanismos del asunto fuesen complicados. Se trataba de un evidente pretexto, pero impedía asperezas. Esa tarde me llamó Kurt Waldheim para decirme que en el Consejo de Seguridad ninguna resolución contaba con mayoría y que los únicos oradores anotados para el día siguiente eran los representantes de Perú, Kenya y Guinea. Ni los árabes ni Israel parecían desear ninguna clase de cese del fuego. Esto nos venía muy bien. Pero Waldheim estaba preocupado: *Cada vez es mayor la cantidad de gente que me pregunta qué hace el secretario general para detener la lucha; una pregunta bastante justa considerando que había transcurrido casi una semana de guerra sin que la UN hubiese tomado ninguna clase de medidas formales.*

A las 21.45 volví a llamar a Dobrynin: *Anatoly, no nos será posible darle una respuesta hasta mañana.* Dobrynin, que comprendía muy bien lo que yo estaba haciendo, respondió con afable tono de amenaza: *Está jugando bastante bien sus cartas. Pero que no se le vaya la mano en el tema de la irresponsabilidad rusa.* Yo le volví a hacer una advertencia acerca del masivo puente aéreo soviético.

A última hora de ese 10 de octubre, por intermedio de Beirut, recibimos otro mensaje de la fuente inesperada: Arafat, cabeza de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). En este momento resulta difícil recordar el papel relativamente marginal desempeñado por la OLP hasta después de la guerra de octubre. En 1967, la santificada Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la UN no hacía ninguna referencia a la OLP; sólo mencionaba a los palestinos en su calidad de refugiados. Durante el *Septiembre Negro* de 1970, el rey Hussein desarraigó de Jordania a la OLP, arriesgando una crisis con Siria, cuyo respaldo a la OLP provenía más bien de antiguos designios sobre Jordania que de una afinidad política con los palestinos. Hasta bien entrado 1974, la presunción habitual era que sería Jordania, y no la OLP, la que negociaría con Israel acerca de la ribera occidental. Nosotros no teníamos ningún contacto político con Arafat. Ocasionalmente intercambiábamos mensajes sin importancia a través de canales menores. En ese momento, el mensaje de Arafat declaraba que había

un 99 por ciento de seguridades de que los israelíes derrotarán a los egipcios y los sirios dentro de los próximos días. Por lo tanto los Estados Unidos no deberían intervenir ni proporcionar más ayuda a Israel hasta después del cese de hostilidades. Los Estados Unidos deberían buscar un cese del fuego lo antes posible y sin condiciones previas.

Esto sugería que los árabes, habiendo cruzado por sus propios esfuerzos las fronteras anteriores a la guerra, habían restañado suficientemente su *amor propio* como para estar dispuestos a emprender negociaciones reales aunque, como Arafat parecía predecir, eventualmente perdieran la batalla. De acuerdo a Arafat, la OLP estaba dispuesta a participar en esas conversaciones, aunque se reservaba el derecho de ajustar sus viejas cuentas de 1970 con Jordania. Esto, a primera vista, podía significar que era factible que la OLP hiciera las paces con Israel, aunque nunca con Jordania. Arafat prometía no realizar acciones hostiles contra el personal y las instalaciones norteamericanas... a menos que Norteamérica considerase un esfuerzo de reaprovisionamiento mientras prosiguiera la guerra. ¿Crearía realmente Arafat esa aseveración y buscaba una manera de participar en las negociaciones? ¿O estaría jugando lo mismo que todos los demás, tratando de ganar tiempo —y en ese caso impedir nuestros esfuerzos de reaprovisionamiento— a fin de acelerar la victoria de sus aliados? No hacía mayor diferencia, porque no contestamos su nota hasta que la guerra hubo terminado (ver Capítulo XIII).

Esa tarde pasé revista a los acontecimientos del día y a los progresos que habíamos logrado. Continuaríamos manteniéndonos en contacto con las partes. Nuestra meta consistía en demorar el ritmo de la acción diplomática sin parecer obstruccionistas, urgir una mayor velocidad en los operativos militares sin que pareciera que interveníamos, y después forzar un alto al fuego antes de que la impaciencia y la frustración de las partes o algún acontecimiento imprevisible hiciera añicos esa tela tan habilidosamente tramada.

OCTUBRE 11: ISRAEL SE INTRODUCE EN SIRIA

Al día siguiente, jueves 11 de octubre, resultó claro que Dobrynin no había amenazado en vano. Durante las primeras horas se detectaron diez nuevos vuelos soviéticos hacia Siria; de hecho, el puente aéreo soviético incluía ahora vuelos a Egipto y hasta a Irak. Ese mismo día, más tarde, nos enteramos de que tres divisiones soviéticas aerotransportadas habían sido puestas en estado de alerta.

Esa mañana también nos resultó clara la estrategia israelí. Israel trasponía las líneas de preguerra en el frente sirio y llevaba la guerra aérea a las profundidades de Siria. Las teletipos de las agencias noticiosas afirmaban que el ministro de Defensa, Moshe Dayan, había manifestado que el ejército israelí se encaminaba a Damasco. Para el fin de ese día, Israel ocupaba, en las colinas del Golán, una saliente de once kilómetros de profundidad y doce de ancho, más allá de las fronteras de preguerra. Las posiciones de la avanzada israelí se encontraban a sólo alrededor de treinta y cinco kilómetros de Damasco. Esta ventaja israelí coincidía con nuestra estrategia predilecta, si ellos tan sólo la hubieran mantenido en silencio. Después de todo, nosotros habíamos estado demorando a los soviéticos durante más de veinticuatro horas en el asunto del cese del fuego *in situ*: una posición que no se podía pretender que mantuviéramos si Israel anunciaba su avance sobre la capital del aliado soviético. Alrededor de las 11, le expuse el problema a Shalev:

No les conviene mucho la actitud que han adoptado: por una parte me piden que demore a la UN y por la otra Dayan anuncia por radio y televisión que se encaminan hacia Damasco. ¿Cómo pretenden que retarde el ritmo de la UN cuando uste-

des hacen esa clase de anuncio por intermedio de su ministro de Defensa?

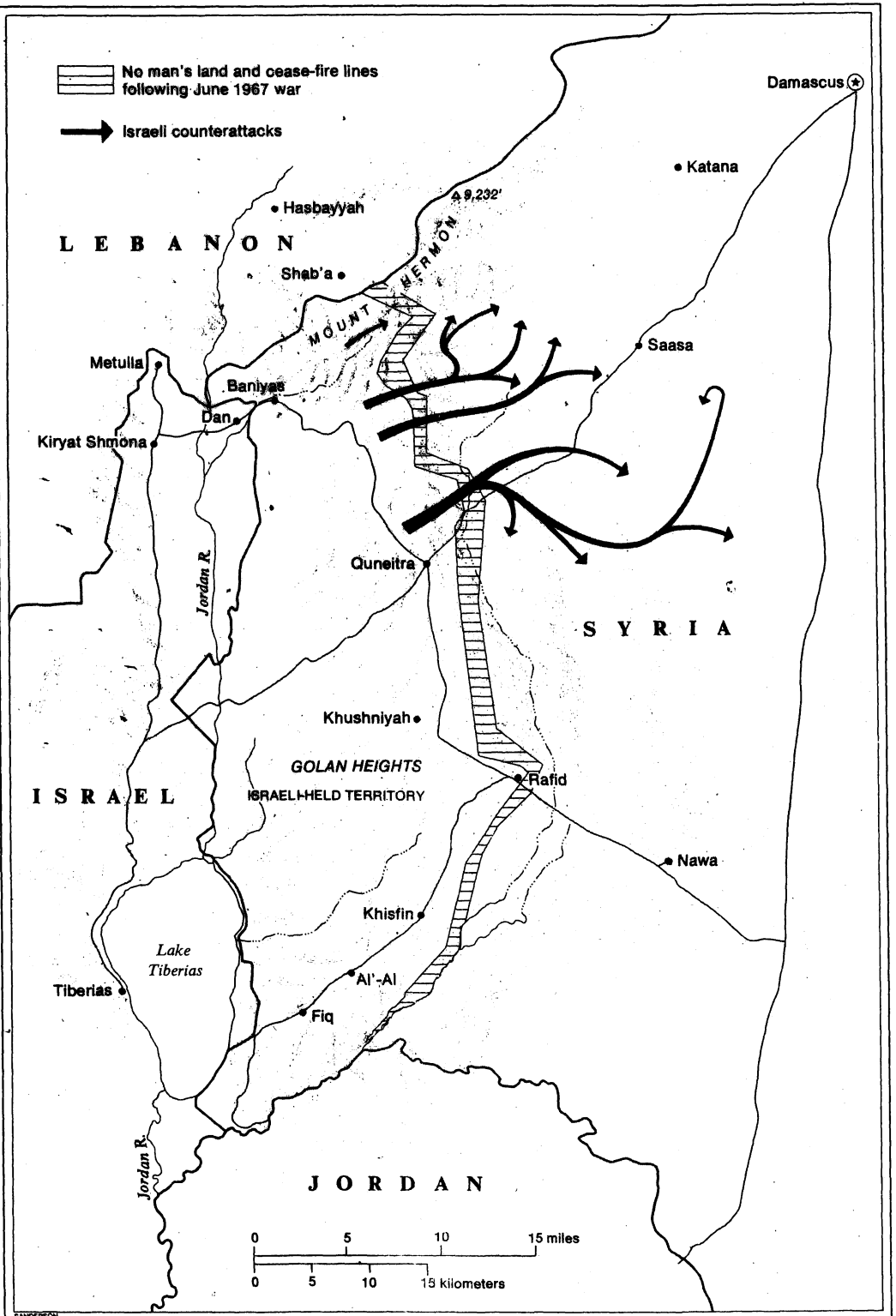
... Esta parece la peor de las demostraciones de confabulación y de mala fe.

Pero continué demorando a Dobrynin, esta vez con la excusa de que necesitábamos consultar con Israel y las demás partes interesadas antes de poder presentar una propuesta significativa de cese del fuego. Pero en esta oportunidad se produjeron quejas públicas cada vez mayores, encabezadas por el senador Henry Jackson y algunos columnistas, quienes afirmaban que estábamos dilatando el reabastecimiento de Israel y que esa actitud era explotada por los soviéticos para adormecernos. Ese último cargo resultaba particularmente irónico, ya que, desde nuestro punto de vista, éramos nosotros los que intentábamos calmar a Moscú mediante esa relajación de tensiones, a fin de restaurar la situación. Y era altamente injusto. Haig, Scowcroft, Sisco y yo estábamos realizando ímprobos esfuerzos para asegurar el reabastecimiento. Intentábamos encontrar el camino para hacerlo en el mundo poco familiar de las compañías aéreas de carga; y trabajábamos basándonos en la suposición, que los israelíes alentaban, de que cuando llegaran los abastecimientos la guerra en el frente sirio habría sido ganada. También hacíamos lo posible por proteger a Israel de otro ataque: los estados de ánimo estaban tan exacerbados, que Nixon me pidió que advirtiera a Kinitz que él lo haría personalmente responsable si los artículos periodísticos hostiles continuaban... una de las amenazas más vacuas que imaginarse pueda.

A última hora del 11 de octubre me llamó el primer ministro británico, Eduard Heat, para hablar acerca de la presión cada vez mayor ejercida sobre el rey Hussein para que hiciera algo en beneficio de sus hermanos árabes. Hussein estaba pensando en la posibilidad de trasladar una brigada de tanques a Siria, a un lugar lo más lejos posible del peligro. De ser posible, deseaba obtener la aquiescencia de Israel; o, por lo menos, buscaba una seguridad de que Israel no lo utilizaría como pretexto para atacar a Jordania.

Sólo en Medio Oriente resulta concebible que un país beligerante solicite la aprobación de su adversario para efectuar un acto de guerra en su contra. *Esta*, dijo Dinitz con sarcasmo cuando más tarde le presenté la propuesta, *es la manera de luchar en una guerra con todas las ventajas*. Como era previsible, la respuesta israelí, que se produjo un día después, fue negativa. Es imposible pretender que una nación que lucha por la sobrevivencia acepte que sus enemigos se esfuercen; pero la respuesta de Israel no contenía amenazas de represalias ni de una extensión del conflicto. El mensaje israelí se cruzó con uno de Hussein quien me comunicaba lo que yo ya sabía: la demora de cuarenta y ocho horas que le había solicitado el miércoles ya había vencido; Jordania se veía obligada a realizar la acción menos provocativa, que consistía en enviar una brigada a Siria. El propósito era equilibrar los designios de Irak y la Unión Soviética y contener el desastre dentro de la zona más reducida posible. Le respondí urgiéndolo a continuar sus esfuerzos por circunscribir la zona y la escala del conflicto. Nos enfrentábamos todos con una situación sumamente difícil, pero yo no abrigaba dudas de que, con nervios firmes, sabiduría y coraje, todavía lograríamos sacar algo positivo del desastre que una vez más assolaba el Medio Oriente. Le expresé que había recomendado moderación a los israelíes y que, por lo tanto, era igualmente importante que sus fuerzas actuaran con circunspección.

Durante la noche del día 11 recibí otro mensaje de Hafiz Ismail, esta vez rogándome que contuviéramos a Israel para que no bombardeara blanco civiles egipcios en el delta del Nilo; allí ya habían sido muertos o heridos más de quinientos egipcios. Cuando al día siguiente le respondí que intercederíamos ante Israel para que desistiera de sus ataques sobre blancos puramente civiles, aproveché la oportunidad para dejar en claro otros dos puntos. So pretexto de comentar los falsos informes de la prensa egipcia que afirmaban



El frente del Golán: contraataque israelí

que las fuerzas de combate norteamericanas intervenían en la guerra, le advertí que no debían permitir la participación militar soviética. Una actitud de esa naturaleza sin duda nos involucraría directamente y en contra de Egipto. Y una vez más, por intermedio de Ismail, recordé a Sadat algo que él ya había decidido aunque yo lo ignorara; que Egipto necesitaría a los Estados Unidos si deseaba que se realizaran exitosas negociaciones de posguerra:

No hay fuerzas de los Estados Unidos involucradas en operaciones militares. Y ellas no intervendrán en modo alguno en la contienda, a menos que desde el exterior participen otros poderes en acciones militares directas. . . Los Estados Unidos siguen dispuestos, con comprensión y buena voluntad, a considerar cualquier propuesta egipcia tendiente a poner fin a las hostilidades. Harán todo lo que esté a su alcance para serles útil cuando las mismas finalicen. Sean cuales fueren las inevitables presiones del momento, los Estados Unidos abrigan la esperanza de que ninguno de los dos bandos en conflicto perderá de vista este objetivo.

12-13 DE OCTUBRE: SE INICIA NUESTRO PUENTE AEREO

A fines de la primera semana, con la batalla de las Alturas del Golán todavía indecisa, y una propuesta de cese del fuego aparentemente casi sobre la mesa, resultaba evidente que las relaciones soviético-norteamericanas se estaban convirtiendo en un caso histórico que ilustraba tanto las posibilidades como las limitaciones de la *détente*. Sin duda alguna, los soviéticos estaban brindando un apoyo verbal a sus amigos árabes. Su puente aéreo resultaba inquietante. Y entonces nos enteramos de que siete, y no sólo tres divisiones soviéticas aerotransportadas estaban en estado de alerta. Pero hasta el momento, este apoyo era inferior al que los soviéticos eran capaces de brindar. Después de la guerra, todos los dirigentes árabes se me quejaron de que el puente aéreo soviético era renuente, y el marítimo lento, tanto como para recordarles a los árabes su dependencia. Y la Unión Soviética jamás lanzó una ofensiva diplomática para ponernos en un aprieto o aislarnos en las Naciones Unidas. Yo no creo que la historia nos juzgue como al bando que fue usado. La guerra se contuvo, y los Estados Unidos maniobraron exitosamente para reducir el rol soviético en Medio Oriente.

Esta percepción acerca de las relaciones Este-Oeste resulta fundamental para comprender mi primera conferencia de prensa durante la guerra, el viernes 12 de octubre. Mis observaciones se convirtieron en el blanco de las críticas porque me negué a ocultar la *détente* aún mientras advertíamos a los soviéticos que se estaban acercando a sus propios límites exteriores. Pero un ataque verbal a Moscú hubiera acelerado los acontecimientos aun cuando nuestro propósito fuera retardarlos; hubiera podido forzar una confrontación mientras la situación militar no nos favorecía todavía. Es por ello que hablé en términos cuidadosamente medidos:

Nosotros no consideramos provechosa la declaración soviética al presidente de Argelia. No consideramos saludable el puente aéreo para equipamientos militares. Tampoco consideramos que el accionar soviético del momento presente constituya la irresponsabilidad que, según señalé el lunes, amenazaría a la *détente*. Cuando se llegue a ese punto, no vacilaremos en adoptar en esta crisis, como lo hemos hecho en otras crisis, una postura firme. Pero en este momento todavía estamos tratando de moderar el conflicto. En este momento tenemos que sopesar las acciones que desaprobamos —y con mucha firmeza— con la relativa moderación que se ha manifestado en los medios públicos de la Unión Soviética y en la conducta de sus representantes en el Consejo de Seguridad.

Con respecto al puente aéreo soviético empleé la misma combinación de amenaza combinada con mesura:

El puente aéreo soviético, en este momento, es moderado. Es más que leve. Es un transporte aéreo bastante sustancial. Y debemos considerarlo en relación a la posibilidad de que influya en operaciones militares inmediatas.

En lo que respecta a nosotros, todos ustedes saben que tenemos una relación militar efectiva con Israel, que pensamos continuar. Y estamos discutiendo con Israel acerca de la especial situación creada por acontecimientos recientes. . .

Un periodista me preguntó si las amenazas árabes de interrumpir nuestros suministros de petróleo afectarían nuestra decisión de reabastecer a Israel. Respondí:

Hemos realizado un esfuerzo muy grande, durante esta crisis, para tener en cuenta muy seriamente los problemas y las opiniones árabes. Por otra parte, debemos seguir lo que consideramos el rumbo adecuado; vamos a enfrentar las consecuencias. . .

Cuando se me preguntó si los Estados Unidos estaban preparados para mostrarse ahora tan firmes como en la crisis jordana de 1970, le repliqué con una advertencia apenas velada: *las situaciones no son nunca comparables, pero los principios básicos que gobernaron nuestra política a lo largo de la presente administración se mantienen constantes. . .* Y resumí públicamente la estrategia que había estado enunciando en privado a mis colegas:

No hemos buscado gratuitamente oportunidades de confrontación en foros públicos, que pudieran endurecer las líneas divisorias y que podrían hacer más difícil aún avanzar hacia un acuerdo. . . Nuestro objetivo es poner un fin a las hostilidades, de manera tal que estemos en contacto con todas las partes, así como con los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, una vez cesadas las hostilidades, porque creemos que de este modo podemos contribuir grandemente al logro de una paz justa y duradera en Medio Oriente.

Hablé con Nixon ese viernes por la mañana de la primera semana. Estaba preocupado por la selección de un nuevo vicepresidente: Por primera vez, un presidente en ejercicio podía designar a su propio sucesor. Le dije cuál era nuestra situación con respecto a los *charters* aéreos, y nuestra demora en la propuesta soviética de un cese del fuego, que ahora contaba con cuarenta y ocho horas de antigüedad.

Entretanto, Dobrynin se estaba poniendo intranquilo. Durante el curso de un enojoso almuerzo trajo una nota sin firma para expresar la "sorpresa" de su gobierno ante mi protesta por las declaraciones públicas de los soviéticos en apoyo de los árabes. ¿Acaso nosotros no estábamos haciendo muchas declaraciones en apoyo de Israel? (Su pregunta no carecía de mérito aunque evadía la cuestión acerca de quién había abierto las hostilidades.) La nota objetaba también el desplazamiento en dirección este de nuestra Sexta Flota, que estaba remolineando ahora cerca de Creta con la flota soviética. Esto era básicamente una maniobra destinada a demostrar que los soviéticos se estaban poniendo impacientes. Dobrynin se endureció cuando le mencioné el alerta de las divisiones soviéticas aerotransportadas. Nada irrita más a los funcionarios soviéticos que la prueba de la capacidad de nuestros servicios de inteligencia, particularmente a los diplomáticos, si no se los mantiene informados de los desplazamientos militares. Dobrynin enfatizó más bien acaloradamente que la Unión Soviética no iba a permanecer indiferente a las ame-

nazas a Damasco. Si Israel continuaba su avance, la situación podía volverse incontrolable. Le previne que cualquier intervención militar soviética sería resistida y desbarataría el edificio completo de las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Israel nos había informado antes de mi conferencia de prensa que estaba de acuerdo en proceder a un cese del fuego. Pude haber actuado sobre la base de esa afirmación, pero para asegurarme de que no hubiera problemas, pregunté si había alguna recomendación en cuanto a la regulación del tiempo. A las 15.15 Shalev replicó que Israel preferiría —pero no insistía— que la resolución no fuera sometida a votación hasta la tarde del día siguiente, sábado. Sin embargo, podíamos comenzar el proceso de consulta a voluntad. A las 17:50 le comuniqué a Eban en Nueva York que nos propondríamos efectuar la votación no antes de la tarde del día siguiente, a última hora. Para concertar tácticas fijamos una reunión a las 9 del día siguiente, sábado 13 de octubre (el octavo día de la guerra) en Washington. A las 18.50 establecí contacto con el embajador británico, lord Cromer, para proponerle que Gran Bretaña presentara la propuesta de cese del fuego *in situ* en el Consejo de Seguridad, al día siguiente. Cromer consideró que era una buena idea, pero obviamente carecía de instrucciones. Tendríamos que esperar a ver qué pensaban el primer ministro Heath y el ministro de Relaciones Exteriores, sir Alec Douglas-Home.

Más tarde, a las 19, el ministro soviético Yuli Vorontsov solicitó una cita inmediata para Dobrynin, de quien dijo que tenía un mensaje “urgente” para transmitirme. Dado que Nixon iba a anunciar su opción para vicepresidente a las 21, yo iba a tener que estar en la Casa Blanca a las 20.30 (Haig me había comunicado a la tarde que el candidato elegido era Gerald Ford). Pude ver a Dobrynin durante quince minutos en el Departamento de Estado, a las 20.

A las 19.45, advertí a Dinitz respecto del mensaje soviético que estaba en curso. Me informó que Israel estaba muy preocupado por las amenazas soviéticas implícitas que me había transmitido Dobrynin durante el almuerzo. Golda lo había autorizado a que me comunicara que propusiese la resolución del cese del fuego esa noche, si es que me parecía prudente. Objeté; nadie podía estar en condiciones de obrar con tan poca anticipación: cualquier súbita manifestación de ansiedad por parte de los Estados Unidos invitaría a ejercer nuevas presiones. Más importante, dije: *Una vez que a uno se lo ha amenazado, es preferible mantenerse en el mismo curso de acción.*

Era una regla que yo intentaba seguir siempre. Un dirigente conocido por su facilidad para ceder ante las intimidaciones, está invitándolas. Un estadista reputado por su intransigencia frente a la amenaza no logra evitar toda presión pero las reduce a aquellas que los adversarios consideran inevitables. Ningún dirigente puede dejar de lado todas las confrontaciones, pero si maniobra cuidadosamente y con decisión, puede evitar el provocarlas, ya sea por una excesiva belicosidad o por una excesiva flexibilidad.

Las cosas se estaban poniendo evidentemente tensas. O los soviéticos percibían una victoria inminente, o temían la próxima desmoralización de sus clientes. La primera declaración pública amenazante por parte de Moscú precedió a Dobrynin en mi despacho. TASS, la agencia noticiosa soviética, atacó las *acciones criminales de los militares israelíes* al bombardear blancos civiles en Siria y Egipto, que, según dijeron, habían provocado algunos accidentes soviéticos. La Unión Soviética, decía TASS, no podía permanecer “indiferente” ante esas acciones. Cuando Dobrynin llegó de excelente ánimo, traía con él no uno sino dos mensajes del mismo tenor. El primero arremetía contra *los bárbaros bombardeos perpetrados por la aviación israelí a pacíficos centros poblados en Egipto y Siria, incluido Damasco*. . . Añadía ominosamente que los centros poblados israelíes no permanecerían inmunes indefinidamente. Ese mensaje protestaba vivamente también por un ataque israelí perpetrado por barcos torpederos a un buque mercante soviético en un puerto sirio, y culminaba con otra amenaza: *La Unión Soviética tomará, por supuesto, las medidas que juzgue necesarias para defender sus naves y otros medios de transporte.*

El segundo mensaje soviético era pura insolencia. La Unión Soviética había establecido un puente aéreo de abastecimiento en Siria y Egipto, que elevaba el número de aviones a lo largo de tres días en cuarenta y ocho. Yo había protestado por esto a partir del 10 de octubre, lo cual no les había impedido responder, acusándonos de reabastecer a Israel. Se estaban refiriendo, si es que lo hacían a algo, a los siete aviones El Al que habían estado yendo y viniendo para recoger equipos. Nuestro esfuerzo norteamericano de reabastecimiento masivo todavía no había comenzado.

Rechacé secamente esta protesta. En cuanto al bombardeo, le respondí a Dobrynin lo que ya le había comunicado a Hafiz Ismail, en el sentido de que íbamos a hacer todo lo posible para desalentar los ataques sobre blancos puramente civiles. Les advertí que cualquier intervención militar soviética (al margen de cuál fuera el pretexto para perpetrarla) chocaría con fuerzas norteamericanas. (Habría sido una amenaza más convincente si la hubiera hecho cualquier otro día. Porque ese mismo día, el Congreso había aprobado la *War Powers Act* —Ley de facultades extraordinarias— cuyo propósito consistía en reducir la discreción presidencial para comprometer a las fuerzas militares norteamericanas). Dobrynin señaló que el mensaje de Moscú reafirmaba su voluntad de *dirigir los acontecimientos con vistas a un cese del fuego en Medio Oriente*, que nos había sido comunicado por primera vez dos días atrás. Le dije que ya había solicitado a Gran Bretaña que tanteara la idea de someter una resolución de cese del fuego al día siguiente.

Dobrynin acababa de partir cuando me telefoneó Cromer para decirme que, en principio, Londres estaba dispuesto a presentar la resolución, pero sólo si estaba convencido de que iba a triunfar. *Whitehall* dudaba francamente de que mi propuesta fuera realista; le parecía que Egipto no iba a aceptar un cese del fuego a menos que Israel aceptara volver a las fronteras de 1967. (Esto era, por supuesto, lo que nos había dicho Ismail.)

Londres hasta tenía algunas dudas de que Israel aceptara. Acerca de ese punto, yo podía opinar más; Israel estaba sumamente ansioso por hacerlo. Sobreestimando todavía el acercamiento de El Cairo y Moscú, le aseguré a Cromer que Dobrynin no iba a avanzar sin la aprobación de El Cairo. Pero yo iba a verificarlo brevemente con Dobrynin en la ceremonia de la Casa Blanca donde el nuevo vicepresidente iba a ser anunciado.

Tuve el tiempo justo para darle a Dinitz un breve resumen de los mensajes soviéticos. Le dije que íbamos a trasladar un portaaviones adicional al Mediterráneo, y, como una opinión mía personal —que todavía no había discutido con el presidente— que íbamos a intervenir si *aparecían en la zona aviones soviéticos o personal soviético terrestre*. Dinitz y yo convinimos en reunirnos alrededor de las 23.

La ceremonia del Salón Este de la Casa Blanca se convirtió en un extraño interludio en la amargura de Watergate. Se encontraban reunidos los dirigentes del Congreso, el Gabinete, los funcionarios más caracterizados de la Casa Blanca, y los miembros más antiguos en términos de servicio del cuerpo diplomático (que incluía a Dobrynin como segundo en longevidad en Washington). Había un aire de expectativa como si la ruidosa buena voluntad pudiera disipar el malestar de que la crisis constitucional no concluiría esa noche, que en realidad todavía no había llegado lo peor. La selección del popular Gerald Ford provocó una ola de entusiasmo que por un instante amortiguó la inquietud acerca del futuro de un país con una autoridad ejecutiva que se estaba desintegrando de manera evidente. Durante quince minutos todos sumergieron sus propios miedos privados y sus dudas en sentimientos cálidos hacia este norteamericano quintaesencial a quien todos sentían subconscientemente que asumiría muy pronto el liderazgo de nuestro país. Desgraciadamente, la euforia concluyó junto con la ceremonia.

Al salir, cambié unas palabras con Dobrynin. Le informé que los británicos tenían la impresión de que Sadat no estaba a favor de un cese del fuego *in situ*. Dobrynin se mostró a la altura de las circunstancias. Con el aire de un hombre que no se ha dejado engañar por la incurable torpeza de los norteamericanos, replicó que, por supuesto, no tenía el

derecho de prometer que Egipto aceptaría una resolución de cese del fuego. Podía asegurarme, sin embargo, que estaríamos haciendo *una buena jugada* si proponíamos la resolución sobre la base de que Egipto podía aprobar. Interpreté sus palabras como que los soviéticos sabían que Egipto no iba a dar su asentimiento por adelantado, pero que consentiría en un cese del fuego logrado sin su cooperación.

Esta fue la línea que adopté con Cromer cuando le informé acerca de mi conversación con Dobrynin. Cromer expresó que Home se pondría en contacto conmigo a la mañana siguiente, temprano, lo cual, con la diferencia horaria, le brindaría ocho horas de consulta en diversas capitales. Lo urgí a que lanzara su llamamiento al cese del fuego antes de que *cualquiera de esos bandos maníacos cambie de idea*.

Que las partes pudieran cambiar de idea (si es que alguna vez habían decidido algo al respecto) era evidente no sólo por la ambigüedad de sus respuestas sino también por sus disposiciones militares. Estaba empezando a parecer que Egipto, en vez de aspirar a un cese del fuego, encabezaba una nueva ofensiva en el Sinaí para iniciar su cabecera de puente a lo largo de la margen oriental del Canal de Suez. La artillería se estaba trasladando; había informes de que seguirían dos divisiones blindadas. Yo todavía no creía que Egipto pudiera permitir a sus tanques avanzar fuera de los alcances de la cortina protectora de sus misiles antiaéreos tierra-aire. Pero si yo estaba equivocado, la iniciativa del cese del fuego iba a demostrar que había nacido muerta. Entonces, también, la Unión Soviética estaba incrementando la magnitud de su puente aéreo. El sábado 13 de octubre, íbamos a detectar 67 vuelos nuevos, la mayoría de ellos a Egipto (¿era un endulzante para el cese del fuego o la forma de endurecer una resolución?). También nos enteramos de que Unión Soviética había pedido permiso para sobrevolar Irán con sus aviones militares que se dirigían a Irak o Siria. El sha había negado el permiso, autorizando a un solo avión que, según afirmaban los soviéticos, llevaba repuestos para *jets* civiles de Aeroflot que se encontraban estacionados en Siria. Aun si uno no creía en el cuento de la carga —como yo— el sha se mostró fiel a nuestra causa en nuestra hora de necesidad, servicio que no le retribuimos.

Mientras esperaba el resultado de las consultas de Home, Dinitz se apareció en mi despacho de la Casa Blanca a las 23.20 de ese viernes a la noche y nos lanzó a uno de esos choques decisivos de la semana. Porque llevó a los Estados Unidos a encargarse de un abastecimiento aéreo militar total.

El despacho del asesor de seguridad había sido trasladado tres años atrás del sótano a una habitación de techos muy altos situada en la planta baja, cuyas altas ventanas abarcaban del piso al techo. Como resultado, el despacho parecía más grande de lo que sus dimensiones podrían sugerir; casi parecía unirse con el lawn de la Casa Blanca que se extendía hacia la avenida Pennsylvania, donde podían verse las distantes luces del tránsito que pasaba, pero cuyos ruidos apenas se oían. En esta atmósfera de paz, Dinitz comenzó sombríamente con un informe militar. Resumió las disposiciones militares y reiteró el deseo de Israel de comenzar a accionar hacia un cese del fuego *in situ*. Nos llevó unos pocos minutos encontrar los lugares en un mapa. De pronto advertí que las fuerzas armadas de Israel no habían tenido un avance significativo durante el día. Yo había estado demorando la acción diplomática para nada. Esto llevó al siguiente diálogo:

Kissinger: ¿Quiere qué comencemos con la diplomacia esta noche? ¿Llevaron hoy a cabo la ofensiva? Tengo la impresión que no.

Dinitz: No.

Kissinger: Si nosotros pudiéramos sincronizar mejor las acciones que realizan ustedes. . . Creo que la urgencia desaparecerá si no hay acciones militares mañana. Si yo hubiera sabido que no iba a haber una ofensiva militar hoy, habría empezado antes.

Dinitz: Debo decirle: nuestra decisión de comenzar una nueva ofensiva o no, depende de nuestro poder. Pensamos que a esta altura de los acontecimientos tendríamos en Israel los implementos para hacerlo. . . las bombas, los misiles, etc.

Kissinger: Lo mismo pensé yo. ¿Cuál es exactamente el obstáculo?

Dinitz informó que había tenido dificultades para encontrarse con Schlesinger a las 18, y no había podido obtener una decisión clara y tajante acerca de la ayuda militar por parte del secretario de Defensa. Esto resultaba enigmático. A las 17.40 Schlesinger me había comunicado por anticipado que iba a ofrecerle a Dinitz un gran paquete de reabastecimiento por un valor de 500 millones de dólares, que reunía 16 F-4 Phantoms, 30 A-4 Skyhawks, 125 tanques (que incluían 65 M-60s), 3 batallones de misiles Hawk y una amplia gama de otras cosas. Yo le había rogado medio en broma que se asegurara de que se le reconociera algo de mérito a la Casa Blanca. Ahora Dinitz se me quejaba por el hecho de que ese reaprovisionamiento de equipos pesados iba a llegar demasiado tarde, y que los *charters* que transportaban elementos de consumo —que se necesitaban para la ofensiva de ese día— habían sido demorados por espacio de tres días. Dinitz señaló en particular que Israel se estaba quedando sin municiones; si no se reponían inmediatamente, Israel iba a agotar sus reservas en dos o tres días. La ofensiva siria tendría que retardarse, y el frente del Sinai iba a correr un severo riesgo.

Había un cierto número de aspectos que carecían de sentido. Dinitz había estado apremiándonos para un cese del fuego desde la mañana temprano de aquel día, sin aludir a un déficit en especial; ni brindando información sobre la necesidad de reponer municiones. (En realidad, un cálculo de la DIA que recibimos al día siguiente, temprano, informaba que Israel podía continuar con las operaciones militares al ritmo actual de consumo durante diez días más.) Por otra parte, algunas evaluaciones previas habían resultado poco confiables, y las cifras promedio podrían dejar a Israel desprovisto de algunos artículos críticos. No podíamos arriesgarnos de nuevo.

Inmediatamente llamé a Schlesinger, que demostró asombro: sencillamente, no creyó que un ejército pudiera sufrir escasez de municiones sin formular una advertencia previa. (Y le comunicó a Haig pocas horas después que le parecía más una maniobra para encerrarnos que una necesidad militar.) Para entonces, ya no hacía ninguna diferencia. Sólo una demostración de voluntad podría detener la creciente escalada soviética y persuadir a los árabes de que se llegara a un acuerdo antes de que el conflicto se agravara.

A las 12.50, después de conversar con Haig, Schlesinger y yo decidimos dar tres pasos intermedios: íbamos a cargar con municiones y despachar 10 aeronaves de transporte C-130 que ya habían sido prometidas a Israel; llevaríamos a las Azores abastecimientos que los israelíes recogerían, acortando así la distancia que sus aviones tendrían que recorrer, e incrementando en mucho el volumen de carga que podrían transportar (ya que se necesitaría menos combustible); e íbamos a continuar presionando para conseguir *charters*. Le recalqué a Schlesinger que aquellos que temían la reacción árabe debían recordar que la amenaza más grave para nuestros intereses árabes provenía de una prolongación de la guerra y de una radicalización concomitante del área. Schlesinger coincidió. Poco después de la 1, informé a Dinitz acerca de los pasos que habíamos decidido dar.

En cuanto a los *charters*, el tema siguiente a analizar era si la aeronave tenía que ser fletada por Israel o por el gobierno de los Estados Unidos. Tal vez tuviéramos que utilizar aviones militares norteamericanos, como el jumbo C-5A de largo alcance. Después de unas pocas horas de sueño, el sábado 13 de octubre por la mañana, tuve una breve reunión con Abba Eban. Jerusalén no lo había informado en detalle acerca de las discusiones de la noche anterior (aunque Dinitz estaba ahora con él). De manera que volvimos

a discutir el tema del puente aéreo de abastecimiento. Eban no veía qué diferencia podía haber en el impacto que causaría en el mundo árabe un avión fletado o un avión propiedad del gobierno norteamericano. Ese iba a ser el centro de la discusión de la WSAG especial que se reuniría en la Sala de Situación de la Casa Blanca a las 10.30.

Hablé con Nixon antes de que el WSAG se reuniera. Estaba de buen ánimo, todavía exuberante por haber provocado cierta sorpresa al nombrar a Ford, quien (así razonaba Nixon) iba a convertirse en un elemento de éxito en el Congreso a corto plazo. Su designación debilitaría los deseos de someterlo a un juicio político, porque el Congreso no iba a querer correr el riesgo de colocar a un hombre que supuestamente carecía de experiencia a cargo de los asuntos extranjeros: Un síntoma de cuán profundamente equivocado estaba Nixon al juzgar la determinación de las fuerzas organizadas contra él, y hasta qué punto había desgarrado la trama de la confianza de la que depende, en última instancia, un presidente. Y Ford, pensaba, no iba a obstaculizar el objetivo esencial de Nixon: La designación de John Connally como su sucesor en 1976.

Como siempre después de una actuación pública exitosa, Nixon estaba alborozado. Todavía gozaba del aplauso con que su breve y elegante discurso de la noche anterior había sido recibido. No admitía que ese aplauso había sido sobre todo un tributo a Ford. Tampoco entendía todavía que su sino ya no iba a cambiar por medio de maniobras tácticas. Indudablemente, los afanes de Nixon habían llegado a un punto donde, aun cuando Ford fuera tan inconsecuente como Nixon pensaba —cosa que, sin ninguna duda, no era—, su designación como vicepresidente aceleraría el colapso de Nixon en vez de demorarlo. Era más tentador para los demócratas sacar a Nixon del medio si su sucesor parecía ser alguien a quien ellos consideraban que se podía derrotar en las elecciones presidenciales de 1976.

Cuando hablamos del puente aéreo, Nixon volvió a mostrar, una vez más, su viejo coraje. A esta altura, el Pentágono había ubicado tres *jets* gigantescos C-5A de transporte, que estaban en condiciones de llevar de 60 a 80 toneladas de abastecimiento cada uno directamente a Israel. Inmediatamente, Nixon dio su consentimiento a la propuesta: *¡Háganlo ahora!*, apremió.

Con estas pautas, la reunión del sábado del WSAG llegó a una vigorosa conclusión. Concurrieron a ella Schlesinger, si delegado Bill Clements, el almirante Moorr, Ken Rush, Bill Colby y yo. Comencé con la advertencia, en nombre de Nixon, de que cualquier nuevo agravio tendría como resultado la destitución del ofensor. El resto de la reunión fue dedicado a la mecánica del puente aéreo. Todavía había unanimidad en el sentido de que los aviones fletados por Israel constituían el método más seguro para nosotros. Pero empezábamos a advertir que, en realidad, íbamos a tener que fletar los aviones en nombre del gobierno de los Estados Unidos. La diferencia entre ese proceder y un puente aéreo militar norteamericano era tan esotérica que parecía académica. También se decidió que las entregas del F-4 serían aceleradas en gran escala. Israel recibiría diez aviones el domingo y otros cuatro el lunes como mínimo. Schlesinger informó al WSAG que el primero de estos aviones ya estaba en viaje.

Hacia las 0.30 estuve en condiciones de informar a Dinitz que íbamos a enviar los C-5A directamente a Israel hasta que tuviéramos resuelta la cuestión del flete, que el aprovisionamiento que ya estaba en las Azores y más allá de la capacidad de El Al sería trasladado a Israel en C-141s norteamericanos, y que Israel recibiría en breve plazo 14 Phantoms F-4.

El domingo a la mañana —veinticuatro horas después del inicio del puente aéreo— debíamos recomendar a Nixon que fuera ésta una estricta operación militar norteamericana. Como siempre, la crisis mantenía a Nixon a flote. *Se nos va a culpar exactamente igual por 3 aviones que por 300*, me dijo con respecto a los C-5As. Tenía razón.

La historia del esfuerzo por el reaprovisionamiento se ha embrollado mucho en la

política interna norteamericana, y la estrategia subyacente se ha visto oscurecida en una neblina de cargos y refutaciones antagónicas. Por lo tanto, un resumen de la secuencia de acontecimientos posteriores a la dramática apelación de Golda el martes 9 de octubre a la mañana está a la orden del día. Ese mismo día a la noche, se le aseguró a Israel que sería indemnizado por sus pérdidas de guerra. Confiados en esta seguridad, aumentó su consumo de material bélico tal como nos lo habíamos propuesto. Las predicciones israelíes nos indujeron a creer que la batalla principal habría terminado, primero, el miércoles, y luego, después de un reaprovisionamiento israelí, el sábado. A esa altura, ya habría sido lanzado un cese del fuego, tal como lo había propuesto Dobrynin el miércoles a la mañana, y lo había aceptado Israel, el viernes. De ahí que nadie creyera que la urgencia militar nos impidiera explorar el método para reabastecer a Israel que menos pusiera en peligro nuestros intereses en el mundo árabe y la dependencia del mundo industrial respecto del petróleo importado. El deber de todos aquellos que nos sentíamos responsables de la seguridad de nuestra nación era referir todas las consideraciones vitales a un proyecto que lo englobara todo.

Yo personalmente presioné con firmeza para que se despacharan envíos más urgentes que los que pedían mis colegas, no porque pensara que el reabastecimiento fuera a afectar las batallas inmediatas, sino porque quería un fuerte contrapunto del puente aéreo soviético. Fundamentalmente, sin embargo, el problema de Israel no consistía en el ritmo de nuestro aprovisionamiento, sino en la complacencia inducida por el recuerdo de grandes victorias. La estrategia de Israel se había basado en la repetición de las arremetidas relámpago de 1967. Mientras tanto, los países árabes habían aprendido que si evitaban perder, su posición iba a mejorar sostenidamente mediante una guerra de desgaste. Sus líneas se inclinaban pero no se rompían. Infligían desastres que un pequeño país de menos de tres millones de habitantes, por heroicos que fueran, hallaba difíciles de soportar. No fue hasta que Israel hubo adaptado sus tácticas en la segunda semana de la guerra, ayudado por un penoso error estratégico de los egipcios, y el impacto psicológico tanto sobre Israel como sobre los árabes de un reabastecimiento masivo norteamericano, que la marea de la batalla cambió decisivamente.

La concatenación de circunstancias aseguró que el masivo puente aéreo norteamericano se consumara en un contexto diplomático tal que resultaba menos probable que inflamara las pasiones árabes. Después del sábado 13 de octubre, pudimos presentar nuestro reabastecimiento masivo a Israel como una reacción al puente aéreo soviético así como el fracaso de Moscú para transmitir su propia iniciativa de cese del fuego. Porque cuando empezamos a implementar la propuesta que Dobrynin había adelantado previamente el miércoles 10 de octubre, ésta apareció muy pronto como vacía.

13 - 14 DE OCTUBRE: EL FRACASADO CESE DEL FUEGO

-Después de nuestra discusión del viernes a la noche con los británicos, yo esperaba tener el sábado a la mañana del 13 de octubre su considerada respuesta a la iniciativa del cese del fuego propuesta por los soviéticos; el plan era que Gran Bretaña presentara en el Consejo de Seguridad, esa tarde a última hora, una resolución de cese del fuego *in situ*. Cuando, a las 9 de la mañana de aquel día aún no había recibido respuesta, me sentí perturbado, ya que la tarde había avanzado en el Medio Oriente y las consultas de sir Alec debían haber concluido.

Por lo tanto, llamé a Dobrynin para decirle que, si no teníamos una decisión británica al mediodía, íbamos a solicitar a Australia que presentara la resolución del cese del fuego. Dobrynin replicó que tenía que consultar con Moscú, pero que *realmente no veo que haya ninguna diferencia*. Le respondí que teníamos ominosos indicios de que era inminente una ofensiva egipcia en el Sinaí, y le advertí que un engaño podría perjudicar

seriamente nuestras relaciones. Dobrynin pensó que nos íbamos a atener al curso acordado, sin considerar las impredecibles acciones de las partes. No vio obstáculos insalvables para una abstención conjunta a un llamamiento del Consejo de Seguridad para el cese del fuego.

Ni bien hubé terminado de hablar con Dobrynin, sir Alec telefoneó. Para entender su impacto, es necesario decir un par de cosas acerca de la estima que le profesábamos y la opinión que nos merecía. Si bien no resultaba verdaderamente analítico, era uno de los hombres más sabios que yo haya conocido. Era uno de esos contados estadistas cuya integridad desarma hasta a sus críticos. Exudaba una rectitud tan natural que jamás necesitaba recurrir a ella. Debido a que se lo veía totalmente digno de confianza, su palabra contaba, aun si resultaba dolorosa. Debido a la prudencia de sus juicios, su discernimiento aparecía como indispensable en cualquier consulta. Para un estadista, los valores vividos son más confiables que los postulados articulados. Home inspiraba una confianza absoluta. Era engañosamente poco enfático; podía llevar a su interlocutor a la conclusión deseada por medio de un diálogo socrático que era tan penetrante y tan sin piedad como era modesta la forma en que se lo presentaba. Constituía un amigo incondicional de los Estados Unidos. Abogaba por los valores comunes de la libertad. Literalmente, no había nadie en quien confiáramos más.

Según la opinión de Home un cese del fuego *in situ* ahora, era un espejismo. Sadat no iba a aceptar nada menos que el compromiso israelí de volver a las fronteras de 1967. Nuestra propuesta no funcionaría a menos que Moscú estuviera dispuesta a presionar a Sadat interrumpiendo los suministros militares, él dudaba de que los soviéticos se hallaran preparados para llegar tan lejos. En cambio, Home proponía un compromiso que incluía el cese del fuego *in situ* una fuerza internacional para el resto de los territorios ocupados, seguidos de una conferencia internacional. No había ninguna posibilidad de que Israel aceptara este plan, que, en ciertos aspectos, le resultaba más desventajoso todavía que el de Sadat. Después de todo, la introducción de una fuerza internacional presuponia un retiro israelí casi inmediato a los límites de 1967, mientras que lo que pedía ahora Sadat era casi un acuerdo en principio. Le expresé a Home que resultaba demasiado complicado; nosotros no lo íbamos a apoyar. (En el lapso de una hora le comuniqué a Cromer para que a su vez se lo hiciera saber a Home, que lo íbamos a vetar.)

Le expliqué a Home que la propuesta de Dobrynin parecía basarse en la suposición de que Sadat no iba a acceder a un cese del fuego por adelantado, pero se sometería al consenso del Consejo de Seguridad respaldado por las superpotencias. Yo no podía concebir que los soviéticos arriesgaran nuestra confianza informándonos mal de manera deliberada acerca de lo que era posible, especialmente considerando que iban a ser descubiertos casi de inmediato. ¿Qué beneficio iban a obtener? Debo decir que ni siquiera a esta distancia puedo responder a la pregunta. Por lo tanto, ¿qué estaba dispuesta a perder Gran Bretaña si sometía a prueba esta hipótesis, presentando una resolución de cese del fuego? Home temía que actuar sin la conformidad previa de Sadat lesionaría a Gran Bretaña en el mundo árabe sin beneficiarnos a nosotros. No obstante, iba a consultar nuevamente en El Cairo para ver si mi hipótesis era correcta.

Informé inmediatamente a Dobrynin acerca de la opinión negativa de Home. Dobrynin quedó estupefacto. Reiteró que la Unión Soviética iba a abstenerse en una resolución sobre el cese del fuego, fueran cuales fueran las preferencias de Sadat. El único impedimento para llevar adelante este plan era que Gran Bretaña no iba a presentar ninguna resolución que Sadat no aprobara. *Tal vez debamos presentarla con Australia*, sugirió Dobrynin. Le señalé que podríamos llegar a hacer eso después de haber obtenido noticias de Home.

A las 13.40 Dobrynin volvió a telefonar con las sorprendentes nuevas de que *la variante australiana* no era realmente buena. Esto no tenía el menor sentido. Si Moscú quería un

cese del fuego y si confiaba en convencer a Sadat, la cuestión de quién introducía la resolución no cambiaba las cosas. Rechazar a Australia podía sólo significar que el Kremlin, al decidir que Home tenía razón en cuanto a su evaluación de Sadat, no estaba dispuesto a pagar el precio de su desagrado. (A menos, por supuesto, que se hubiera tratado de un ardid elaborado desde el principio.) Le apunté Dobrynin que tuviera presente que en las cuestiones internacionales *no hay victorias fáciles*.

Mientras esperábamos la respuesta británica final, le dije a Scowcroft que se preparara para *derramar materiales*. Si la iniciativa del cese del fuego fracasara por falta de cooperación soviética, debía ser porque anticipaban una victoria árabe o porque no estaban preparados para pagar el precio de un compromiso. En cualquier de los casos nuestra conducta estaba clara. Teníamos que crear una situación sobre el terreno que forzara a las partes principales a reexaminar sus posiciones: *No podemos dejar que Israel pierda. Si el lado soviético gana, vamos a quedar muy mal parados*. Le dije entonces a Haig que si la iniciativa del cese del fuego fracasaba, íbamos a tener que aumentar el puente aéreo hasta su capacidad máxima empleando todos los aviones disponibles, a pesar del riesgo de confrontación. Volveríamos a hablar después de la batalla.

A las 15.35 del 13 de octubre, Home me llamó con la respuesta británica final: Sadat rechazaba cualquier variante del cese del fuego. Si era presentado pese a su objeción y si existía la amenaza de que fuera aprobado por la abstención soviética y norteamericana, Sadat iba a pedir a China que lo vetara. El embajador francés tenía exactamente las mismas opiniones respecto de la posición de Sadat. Home preguntó si la *détente* seguía siendo nuestra consideración principal. *La détente no es un fin en sí misma —le dije—. Creo que los acontecimientos nos van a llevar ahora a una confrontación*.

Toda nuestra información parecía apuntar en ese sentido. La 21ª división blindada de Egipto —cuidadosamente preservada hasta el momento— había cruzado el Canal de Suez. Por lo menos otra división blindada se aprestaba a seguirla.

La suerte estaba echada ahora; las cosas habían llegado a un punto donde el maniobrar podía resultar suicida y la duda, desastrosa. Las partes todavía no podían terminar la guerra —tampoco los soviéticos iban a apoyar este accionar— mediante un cálculo de sus intereses. Todo lo que restaba era forzar a un cambio en la percepción de los mismos. Derramaríamos abastecimientos. Nos arriesgaríamos a una confrontación. Dejaríamos de hablar hasta que no existiera duda alguna de que no podía imponerse ningún tipo de acuerdo.

La conciliación tiene sentido únicamente si se piensa que se tiene una alternativa. No podíamos saber, y decidimos dedicarnos a un reaprovisionamiento masivo, aun cuando los árabes volcaran su frustración en amarga hostilidad o la Unión Soviética recogiera el desafío y organizara un bloque de países que trabajara contra nuestros intereses en esa zona. Pero, de todas maneras, no teníamos alternativa. Si los estados armados por los soviéticos ganaban, estos iban a controlar la diplomacia de posguerra. Si Israel no forzaba una decisión, se iba a ver atrapado en una contienda de desgaste que ni el coraje ni la inventiva, aun en la medida israelí, iban a poder vencer a una población preparada militarmente en su contra, en la proporción de treinta a uno.

Pero los acontecimientos de la semana anterior habían demostrado también lo precaria que era la base desde la cual estaba operando nuestra diplomacia. Si forzábamos una acción perentoria, íbamos a estar solos con Israel; inevitablemente, quedaríamos aislados en las Naciones Unidas. Sea cual fuese nuestra opinión acerca de la duplicidad u ofuscación de la Unión Soviética, hasta el momento no habían tratado de ponernos en un aprieto allí. No habían presentado la idea egipcia de unir un cese del fuego con un regreso a las fronteras de 1967, cosa que nos hubiera obligado a vetar un anhelado objetivo árabe. Sin embargo, Moscú había distado mucho de mostrarse cooperador. Era evidente que nos enfrentábamos a una combinación de presiones árabes, temores europeos y oportunismo soviético que colocaba un piso bajo los riesgos árabes. Egipto y Siria iban a poder

encontrar una mayoría para un cese del fuego en el lugar toda vez que las cosas se pusieran demasiado violentas. Y nosotros no podríamos bloquearlo durante mucho tiempo sin enormes costos políticos.

Al informar a Dinitz acerca de nuestra decisión de operar el puente aéreo a un máximo de capacidad, y exclusivamente con aviones norteamericanos, lo apremié para que Israel acelerara sus ofensivas militares de manera que pudieran completarse dentro de las cuarenta y ocho horas posteriores a la entrada del problema en el Consejo de Seguridad. No podíamos demorar la cuestión mucho más de ese límite, y no íbamos a poder justificar el veto a aquello por lo que muchas naciones sabían que habíamos abogado poco tiempo antes.

El proceder soviético continuaba siendo enigmático. ¿Nos habían estado tomando el pelo todo el tiempo, sin tener jamás la intención de un cese del fuego? ¿Estaban maniobrando para prolongar la guerra? Cuando informé a Dobrynin sobre la negativa británica a presentar la resolución del cese del fuego, lo acusé de todas estas cosas. Se mostró defensivo, pero preguntó a qué propósito soviético podían servir esas tácticas. Esto me intrigó también, de manera que invoqué fríamente la ofensiva egipcia esperada para el día siguiente. Yo sabía que eso tenía poco sentido. Habíamos estado demorando toda la cuestión para ayudar a la ofensiva israelí en Siria; los soviéticos querían proceder el miércoles. Dobrynin, que no se perdía una, había entendido nuestra estrategia. ¿Sugería yo, me preguntó, que la Unión Soviética había estado demorando la cuestión para que Israel derrotara a los sirios? *Es una presunción muy interesante.* La autobiografía de Sadat, según advertí, asegura que los soviéticos lo estuvieron presionando para un cese del fuego *in situ* desde el primer día de la guerra. No habían comenzado a reabastecer a Egipto hasta el jueves 11 de octubre, y no habían enviado cantidades sustanciales hasta la misma mañana de ese día, una semana después del inicio de la guerra. Lo que parece haber ocurrido es que los soviéticos trataron de combinar la ventaja de todos los cursos de acción: *la détente* con nosotros, apoyo suficiente a sus amigos árabes para establecer su indispensabilidad si las cosas iban bien, pero no lo bastante como para tentar una confrontación con los Estados Unidos. El Kremlin pudo haber calculado también que la posición soviética en el Medio Oriente sería más fuerte si podía inducirnos al cese del fuego mientras los ejércitos árabes habían obtenido netas ganancias de territorio con ayuda de la Unión Soviética y antes de que la contraofensiva israelí hubiera obtenido resultados concluyentes. Aun el 13 de octubre, después de los triunfos israelíes contra Siria, un cese del fuego hubiera dejado por lo menos a Egipto en una posición militar muy fuerte. Pero Sadat estaba arrebatado por sus éxitos, o se veía arrastrado por su lealtad hacia Siria para aliviar las presiones sobre su aliado. No tuvimos información directa de los sirios, pero hubiera sido impropio de ellos reconocer menos intransigencia que su aliado y rival en El Cairo. Los europeos estaban tratando de obtener el favor de los árabes y, por lo tanto, alentaban objetivamente la euforia árabe. Los soviéticos no estaban dispuestos a ejercer el tipo de presión que hubiera hecho a Sadat acceder a una propuesta de cese del fuego a esa altura de las cosas.

Resulta tan erróneo sobreestimar la capacidad estratégica del adversario como peligroso menospreciarla. Al principio, los Estados Unidos y la Unión Soviética seguían, en realidad, estrategias comparables, cada una de las cuales trataba de permitir a sus amigos que obtuvieran la delantera en el campo de batalla. Cuando surgía un empate, cada uno empezaba a apoyar a sus amigos con abastecimientos. Nosotros empezamos más temprano (el domingo, autorizando el uso de aviones El Al); los soviéticos se lanzaron el miércoles, de manera mucho más masiva que nosotros, con un puente aéreo. Hubiéramos podido igualar esto alrededor del jueves a la tarde, de no haber sido por la confusión respecto de los fletes. Finalmente, el domingo habíamos más que igualado las jugadas soviéticas.

Teníamos, sin embargo, dos ventajas. Nuestro aliado era, en última instancia, más fuerte, y podía obtener más utilidades del reaprovisionamiento. Y estábamos preparados para arriesgar más que Moscú. Una vez que aparecía un empate manifiesto, nos movíamos decisivamente, hasta con brutalidad, para romperlo. Durante el primer período presidencial de Nixon, yo había aprendido bajo su tutela, que una vez que una gran nación se compromete, debe prevalecer. No va a adquirir gloria alguna por traducir sus dudas internas en vacilaciones. Por más que haya llegado a un punto de decisión de manera ambivalente, debe proseguir por el camino en el que se haya embarcado con una firme determinación de victoria. De lo contrario, se añade una reputación por incompetencia en cualquier controversia en la que pueda incurrir merced a su decisión.

Así, de todos modos, actuamos en cuanto Londres rehusó presentar la propuesta de cese del fuego y Moscú rechazó la alternativa australiana. Advertí inmediatamente a Dobrynin: *Ahora vamos a lavarnos las manos del asunto y dejar que la naturaleza siga su curso.* Lo que eso significaba se lo comuniqué después a Scowcroft: *Ya que vamos a estar en una confrontación, estémolos enteramente.* Le impartí instrucciones para que cargara barcos con equipos para Israel, de manera tal que un cese del fuego que terminara con el puente aéreo de ambas partes no cortara de pronto la línea de la vida de Israel.

Informé a Cromer que estábamos empezando un puente aéreo de abastecimiento a Israel, implicando —no con toda exactitud— que se debía al fracaso de la iniciativa del cese del fuego. Cromer preguntó: *¿Cuál va a ser la postura de ustedes cuando los árabes empiecen a gritarles petróleo?*

—*El desafío* —repliqué, haciéndome el Churchill.

—*¿Sólo el desafío?* —interrogó Cromer, muy razonablemente—. *Va a ser duro, ¿no es cierto?*

—*No tenemos opción,* repliqué.

Mientras tanto, habíamos obtenido el permiso portugués a fin de utilizar el campo de aviación de Lajes en las Azores para cargar combustible. Al hacer el primer contacto, el 12 de octubre, el gobierno portugués había dado largas al asunto. No existía un interés nacional en antagonizar a las naciones árabes. Buscaba la obtención de equipos militares para sus guerras coloniales en Mozambique y Angola. No estábamos preparados para acceder a esto. Por lo tanto, yo había redactado una carta presidencial de desusada dureza al primer ministro portugués Marcelo Caetano que denegaba equipos militares y amenazaba con dejar a Portugal librado a su suerte en un mundo hostil. A media tarde del sábado, los portugueses nos otorgaron derechos de tránsito incondicional en la base aérea de Lajes.

A las 17.30 del 13 de octubre —con el puente aéreo ya iniciado— Nixon y yo tuvimos una larga revista. Comprendimos que si triunfaba la ofensiva egipcia, en las próximas veinticuatro horas la guerra iba a volcarse de manera decisiva contra nuestros intereses. Especulé con que, una vez que los tanques egipcios se aventuraran fuera de su pantalla de misiles antiaéreos, la fuerza aérea israelí iba a poder masacrarlos y romper las espaldas de la ofensiva. Pero los árabes estaban evidentemente muy confiados. Si triunfaban en esas circunstancias, realmente íbamos a tener que *ajustarnos los cinturones.* Nixon no creía que las fuerzas armadas de Israel se hubieran deteriorado tan rápido como para perder una batalla campal. Pero ambos coincidimos en que nos hallábamos en una prueba de resoluciones, en que éste era *uno de esos momentos y es para ello que estamos aquí.*

Nixon lo entendía claramente. Ningún apocado hubiera podido recurrir a él para que revirtiéramos nuestro curso de acción. Y si su ordalía lo privaba de su intensidad anterior, le otorgaba la serenidad de un hombre que había visto lo peor y para quien ya no podía haber terrores futuros. Sin duda, prefería apostar su futuro a la defensa de los intereses de pueblos libres tal como él los entendía y no en el resultado de un sórdido litigio por hechos que evidentemente ya estaban más allá de él.

Como lo habían hecho con tanta frecuencia al verse confrontados con el decisivo accionar norteamericano, los soviéticos empezaron a retroceder. Más tarde ese mismo día recibimos un *mensaje oral* de Brezhnev. Moscú había estado preparado durante dos días para implementar el cese del fuego, decía, pero como los Estados Unidos le habían estado dando largas al asunto, los árabes habían cambiado de idea. Le comenté sarcásticamente a Dobrynin que quizá el puente aéreo soviético cada vez mayor (ahora de 140 aviones) había contribuido a que los árabes tomaran esa determinación. Dobrynin reiteró la esperanza de su gobierno de que lo sucedido no invalidara todo lo positivo que había sido logrado hasta el momento. Una conclusión aceptable dependía de nuestra habilidad para convencer a los soviéticos de que no iba a haber vacilaciones de nuestra parte, ni para proteger a la *détente* ni por temor a la reacción árabe. *Bajo ninguna circunstancia vamos a permitir que la détente se utilice para obtener ventajas unilaterales —dije—. No crean que vamos a aceptar un retroceso militar en Medio Oriente.*

Haciendo una virtud de nuestra confusión burocrática respecto de los fletes, reivindicé que nos habíamos demorado para dar una oportunidad a la diplomacia. Pero la propuesta egipcia de que la precondition para el cese del fuego fuera un regreso a las fronteras del 67 era y seguiría siendo "inaceptable". A lo sumo, podíamos considerar una referencia a la Resolución 242 del Consejo de Seguridad como una parte del cese del fuego, pero no ir más allá de él o definir las palabras "límites seguros" con mayor precisión. Básicamente, dije, dejaríamos que las cosas siguieran su curso durante tres o cuatro días, y luego veríamos cuál era la situación. Estábamos preparados para discutir un arreglo en Medio Oriente pero sólo *después* de un cese del fuego. Moscú no debía creer que podía presionarnos por medios militares. Dobrynin no estaba deseoso de controversias. Me aseguró que informaría sobre todo lo que yo le había dicho.

En casi todas las crisis hay un momento, por efímero que sea, que trasmite una inequívoca señal de que el otro lado no está preparado para llevar las cosas a una confrontación. El mensaje de Brezhnev y la conducta amortiguada de Dobrynin insinuaba que, a menos que Moscú hubiera cambiado de idea, podríamos ver nuestro nuevo curso de acción hasta llegar a un resultado definitivo. La cortina se había levantado sobre un nuevo acto, cuya primera escena sería la batalla blindada en el Sinaí.

14 DE OCTUBRE: CONTROVERSIA EN EL CAMPO DE BATALLA

Ahora todo dependía de que jugáramos nuestro papel fría y deliberadamente. Egipto lanzó su nuevo ataque en el Sinaí tal como se esperaba el domingo 14 de octubre, en gran medida para aliviar la presión sobre Siria. Pero esa batalla estaba fuera de nuestras manos. Mientras rugía, revisamos nuestros planes y tratamos de minimizar el impacto de nuestras decisiones en el mundo árabe. El domingo a la mañana Nixon y yo volvimos a hablar. Ambos coincidimos en que la contienda en el Sinaí no iba a durar mucho. El reabastecimiento para ambas partes tendría que atravesar largas distancias y se agotaría muy pronto; el desierto no se prestaba para acciones militares prolongadas.

El WSAG que se reunió a las 9.16 esa mañana estableció los aspectos técnicos del puente aéreo definitivamente. Ibamos a omitir los fletes y mantendríamos un firme puente aéreo militar norteamericano. La próxima tarea para el resto del día —y tal vez la más importante— consistía en asegurarse de que los actores clave conocieran nuestros propósitos y en mantener en mira un final definitivo para con un conflicto que se ahondaba cada vez más. Al mediodía, le dije a Dobrynin que las acciones soviéticas nos habían empujado a establecer un puente aéreo de considerable magnitud. Lo puse sobre aviso respecto del posible incremento de las apuestas soviéticas: teníamos la capacidad de expandir la escala del puente aéreo para ponernos a tono con cualquier escalada soviética. De igual modo, estábamos preparados para detener el puente aéreo poco después

que el cese del fuego se hubiera logrado. Dobrynin, sumiso, dijo que iba a informar acerca de esto a sus dirigentes con una cita directa era *importante para ellos conocer el tono y las palabras exactas*.

Esa noche, envié un mensaje para Sadat a Hafiz Ismail en El Cairo. Como ya he señalado, sólo los amateurs creen que la diplomacia inteligente consiste en contarle una historia diferente a cada una de las partes. En realidad, la única suposición segura es que las diversas partes se van a intercambiar la información, especialmente en Medio Oriente, donde la narración de relatos constituye una forma del arte. Puse de relieve que nuestro abortado esfuerzo por acordar un cese del fuego se había basado en la afirmación soviética de que Egipto estaba preparado para aceptarlo. Enfatiqué el hecho de que los Estados Unidos no podrían ignorar el puente aéreo soviético en Medio Oriente. No era evidente por sí mismo, por supuesto, que Sadat fuera a encontrar persuasivo el razonamiento de que nosotros teníamos derecho a armar a Israel porque la Unión Soviética estaba armando a Egipto, o que nuestro desbaratamiento del esfuerzo militar egipcio fuera un argumento para un rol norteamericano en el proceso de paz:

La parte norteamericana desea informar a la parte egipcia que está dispuesta a cesar sus propios esfuerzos de reaprovisionamiento aéreo inmediatamente después que se haya llegado al cese del fuego.

Los Estados Unidos desean enfatizar nuevamente que reconocen el carácter de inaceptable, para la parte egipcia, de las condiciones que existían antes del estallido de las recientes hostilidades. La parte norteamericana realizará los mayores esfuerzos, en cuanto las hostilidades hayan cesado, para ayudar al logro de una paz justa y duradera en Medio Oriente. Continúan además sustentando la esperanza de que el canal hacia Egipto, establecido con tantas dificultades, se mantendrá aun bajo la presión de los acontecimientos.

Los Estados Unidos harán todo lo que puedan al respecto.

Había otro país del cual esperábamos moderación, y al que necesitábamos para informarle acerca de nuestra decisión: Arabia Saudita. Nixon sentía mucha consideración y afecto por la fidelidad pro Occidente del rey Faisal, sin que esto implicara necesariamente abrazar los principios de la compleja estructura doméstica que éste representaba. En esa época yo carecía de experiencia con respecto a Arabia Saudita o con el método indirecto, adaptable y sutil con que la política de ese país era conducida. Subdesarrollado en medio de una riqueza inimaginable, en transición de un feudalismo a un futuro que todavía no puede definir, el reino de Arabia Saudita aspira sobre todo a evitar una confrontación abierta o pronunciamientos no ambiguos, e intenta mejorar su seguridad sin exponerse a un desafío directo. Sus gobernantes tratan de que su política surja como el resultado de un equilibrio de intereses de los otros más que como una afirmación de la autodeterminación de Arabia Saudita. Pueden consentir en aquello que se muestran renuentes a defender y pueden sentirse aliviados en privado ante el desbaratamiento de propósitos radicales, a los que tienen que pagar públicamente un servicio de labios afuera. Más tarde, supe que no se les hace a los sauditas ningún favor al pedirles su aprobación sobre cuestiones en las que ellos no pueden influir, y en las que la toma de posición puede poner en peligro su cuidadoso acto de equilibrio.

Pero yo todavía no tenía estos conocimientos. Por lo tanto, el 14 de octubre enviamos al rey Faisal dos comunicaciones: la primera era una carta de Nixon, la segunda un mensaje mío. Dados los procedimientos establecidos y la preocupación de Nixon por Watergate, ambos mensajes fueron redactados bajo mi dirección. Pero retrospectivamente sería difícil demostrarlo sobre la base del contenido, a menos que decidiéramos deliberadamente seguir un enfoque de contraste, cosa que no recuerdo haber hecho con esos escri-

tos. La carta de Nixon era psicológicamente exacta. No se refería al puente aéreo. Simplemente pedía la comprensión de Arabia Saudita ante nuestros esfuerzos para finalizar la guerra y dedicarnos a la búsqueda de una paz permanente y justa. Llamaba la atención sobre la conferencia de prensa de Nixon del 5 de setiembre, en la que había afirmado que los Estados Unidos no estaban a favor de Israel ni de los árabes, sino de la paz. Hablaba elocuentemente del deseo de Nixon de trabajar en cooperación para el logro de objetivos comunes. No se pidió a Faisal que se aviniera a nada, ni se le informó sobre acontecimientos a los que, una vez advertidos, sólo podía oponerse.

El terreno moral ganado por la carta redactada para que Nixon la firmara casi se perdía con la dura misiva redactada para mí, en la que notificaba formalmente a Arabia Saudita acerca de nuestro puente aéreo a Israel, forzándola así a una toma de posición. Yo explicaba nuestro razonamiento en términos casi idénticos a los utilizados en mensajes a Egipto. Pero donde Egipto, que peleaba su propia batalla, tenía la opción de conceder parte de sus objetivos para finalidades mayores, Arabia Saudita, como espectadora, no podía permitirse ese lujo: Tenía que apoyar incondicionalmente a los otros Estados árabes.

Finalmente, me dirigí al sha de Irán. Su país era el bastión oriental de nuestra política en el Medio Oriente. Sus fuerzas armadas, equipadas por nosotros, contenían las ambiciones iraquíes en el golfo Pérsico, y limitaban las fuerzas que ese país radical podía comprometer en la guerra del Medio Oriente. En abril de 1972, Irak había firmado un tratado de amistad con la Unión Soviética, que en cualquier lugar del mundo ha significado no sólo abastecimiento de armas sino también una sincronización de la política extranjera. Además, Irán tenía una dilatada frontera con la Unión Soviética. El rol de Irán en la estrategia occidental era poner una barrera a la intrusión soviética, que no pudiera superarse con excepción de una invasión total, y ayudar a defender el régimen vital del Golfo Pérsico de la separación. Se trataba de una reciprocidad de intereses. Irán, al proteger su independencia sería también para desbaratar proyectos enemigos al bienestar de nuestro país y nuestros aliados, las democracias industriales.

La pesadilla constante que ha sobrevenido en el Golfo Pérsico desde el derrocamiento del sha constituye la más elocuente demostración de lo mucho que contribuyó a la seguridad del mundo libre. A nosotros nos lo demostró de manera dramática durante la guerra de octubre. Irak no se atrevió a enviar más de una división a Siria, ni tampoco amenazó a Jordán o Arabia Saudita, sus otros vecinos. Irán fue el único país que rehusó ante un pedido soviético para sobrevolar la nación (algunos de nuestros vecinos de la NATO no se sintieron lo bastante fuertes como para un acto similar de resistencia). Nuestra flota en el Océano Indico se aprovisionó de combustible en Irán. Cuando después de la guerra Sadat lanzó su audaz y sin embargo precario programa de paz, el sha le proporcionó ayuda moral, política y material.

Pero el sha, al conducir políticas paralelas, insistía no obstante en una demostración de que el programa propuesto, en realidad fortalecía los regímenes moderados del área. Cuando se trataba de decisiones más importantes, nos cerciorábamos de que entendiera nuestros razonamientos. Fue en ese sentido que me dirigí al sha el 14 de octubre, enviándole un mensaje que muestra la diferencia entre aliado y títere:

Los Estados Unidos están tratando de conducirse en relación al conflicto de Medio Oriente de manera tal que puedan desempeñar un rol útil en la resolución de los problemas del área, ya sea en poner fin a las actuales hostilidades, como en el logro de una paz permanente basada en la justicia. . .

Hay un factor que debe tenerse constantemente presente. Tenemos la esperanza de que el sha entenderá que una victoria árabe en el conflicto actual, obtenida mediante el uso de las armas soviéticas, unida a la victoria obtenida por estas

armas en el conflicto indo-paquistaní de 1971, llevaría indudablemente a una radicalización de regímenes en la zona, y, al menos hasta cierto punto, a una radicalización global.

El sha debería saber que estamos haciendo todo lo posible para que la guerra concluya, con todas las consideraciones antes nombradas siempre presentes. Sinceramente esperamos que el sha no se deje arrastrar por consideraciones tácticas del momento, en detrimento de las metas estratégicas mayores que nuestros dos países persiguen conjuntamente. El presidente aprecia mucho, por supuesto, el coraje y la hegemonía demostrados por el sha al rechazar el pedido soviético de realizar vuelos militares en Irán.

Un empate concluye cuándo una batalla toma una dirección totalmente distinta o cuando uno de los directores reafirma la situación. El lunes 15 de octubre, a la mañana, mostró ambos hechos. La ofensiva egipcia en el Sinaí había sido rechazada. Participaron unos 2.000 tanques, en una de las mayores batallas blindadas de la historia. Una vez fuera de su pantalla de radar para misiles antiaéreos, los tanques egipcios se volvieron vulnerables al poder aéreo israelí; por lo menos 250 resultaron destruidos por una combinación de blindados israelíes, armas antitanques y ataques aéreos. Era el reverso de las contrariedades israelíes de la semana anterior. El tanque estaba perdiendo su supremacía en el campo de batalla, a menos que fuera apoyado por la artillería y la defensa antiaérea. Ahora los israelíes iban a empezar a avanzar enérgicamente en el frente austral.

Además, los soviéticos comenzaron a caer en nuestro anzuelo. Dobrynin me informó que Moscú estaba estudiando nuestra propuesta de vincular un cese del fuego, no al retiro israelí a las fronteras de 1967 sino a una reafirmación general de la Resolución 242, que —al menos en la interpretación de Israel, no puesta en tela de juicio por nosotros— era ambigua en ese punto. Si esa formulación era finalmente aceptada, ello llevaría a rápidos progresos en el Consejo de Seguridad.

15-16 DE OCTUBRE: LA SITUACION DA UN NUEVO VUELCO

El 15 de octubre por la mañana, en una reunión del WSAG, el almirante Moorer estimó que una vez que Israel hubiera rechazado por completo la ofensiva egipcia le bastarían sólo tres o cuatro días más para abrir una brecha en el frente egipcio. Este cálculo resultó ser demasiado optimista pues, de hecho, los israelíes jamás lograron hacerlo, sino que lo superaron dando un rodeo.

Nuestro puente aéreo funcionaba a las mil maravillas. Luego de ciertas vacilaciones iniciales, el desempeño de nuestro Departamento de Defensa fue algo sin precedentes. Los vuelos de los C-5A se iniciaron a razón de cuatro por día y luego fueron aumentando. La suma de los distintos aviones —C-5A, C-130 y C-141— realizaron un total de veinte vuelos por día, transportando un promedio diario de 1.000 toneladas de equipo, vale decir, unas 50 toneladas por hora. En el primer día completo de su funcionamiento, nuestro puente aéreo había superado con creces lo entregado por la Unión Soviética a la totalidad de los países árabes (Egipto, Siria, Irak) en los cuatro días previos. Era inevitable que aventajáramos a los soviéticos en ese esfuerzo de reabastecimiento. Ya habíamos depositado en tierra mil ochocientas toneladas de pertrechos y otras tres mil estaban en camino. No sin cierta malicia, le comenté a Schlesinger: *Debo reconocer que, cuando se proponen ser eficientes, nadie les gana. Lo mismo que cuando deciden quedarse cruzados de brazos.* No fue un comentario inexacto, pero sí gratuito, que sirvió para fomentar tensiones posteriores en el gobierno de Ford cuando Schlesinger devolvió con creces la gentileza. Colby propuso —con mucho tino— que no anunciáramos cifras relativas al

punte aéreo y dejáramos que los soviéticos se encargaran de averiguar la verdadera magnitud del mismo.

Durante la primera presidencia de Nixon aprendí que jamás se debe disminuir la presión cuando el enemigo comienza a doblarse. La estrategia adecuada consiste en combinar dos cursos de acción aparentemente contradictorios: *aumentar* la presión y proporcionarle al adversario una salida para solucionar su problema cada vez más *apremiante*. Sugerí ambas tácticas al WSAG. En lo relativo a la presión, señalé:

La única manera de poner fin a esto es demostrarles a los soviéticos que no daremos por vencidos ni nos amedrentaremos; si los europeos descubren que no les queda otra alternativa que elegir entre perder su relación con la NATO o ponerse de nuestro lado. . . Resultará de gran ayuda con la RPC (República Popular China) y contribuirá a frenar la actitud temeraria y de improvisación de la Unión Soviética. Cuando los europeos recuperen el equilibrio, comprenderán que tenemos por costumbre ayudar a nuestros amigos.

Al mismo tiempo, di instrucciones precisas de que se eludiera todo tipo de discusiones retóricas frontales y de alardes con respecto al puente aéreo. El propósito era evitar que los soviéticos trataran de imponer condiciones aún más severas y tranquilizar un poco la atmósfera para las deliberaciones del Consejo de Seguridad que, si el cálculo de Moorer era correcto, posiblemente tendrían lugar antes del fin de semana.

En forma casi simultánea y por su propia cuenta, Nixon acababa de lanzar en público ciertos comentarios que sin duda contribuirían a aumentar la sensación de amenaza que experimentaba el mundo árabe. En una ceremonia llevada a cabo ese día para conferir la Medalla de Honor del Congreso a nueve miembros de las Fuerzas Armadas, señaló, en un discurso improvisado, que nuestra política era la misma que habíamos seguido en el Líbano en 1958 y en Jordania en 1970: Defender el derecho de toda nación del Medio Oriente a vivir en una atmósfera de independencia y seguridad. La analogía dejaba bastante que desear. En 1958 los árabes moderados interpretaron nuestra intervención en el Líbano como una garantía fundamental para su seguridad. En 1973, la seguridad de Israel, el país al que ahora apoyábamos, no constituía una cuestión de importancia capital —para decirlo en términos suaves— ni siquiera para el Estado árabe más moderado. La referencia al Líbano sólo podía implicar que no excluíamos la intervención militar por parte de Israel. Cuando comenzaron a arreciar las preguntas de los integrantes de la prensa, no negué la amenaza implícita en esas palabras aunque, en lo personal, jamás habría sugerido la conveniencia de pronunciarlas. Di instrucciones al vocero del Departamento de Estado, Robert McCloskey, en el sentido de que se limitara a manifestar que el presidente se había referido a *principios* y no a tácticas; un comentario tan ambiguo que su significado preciso no alcanzo a comprender ni siquiera ahora, al escribir estas memorias.

Considerando lo intransigente de nuestra posición, confieso que las respuestas a nuestros mensajes del día anterior me sorprendieron. Era posible que los distintos países árabes aún no hubieran caído en la cuenta de la envergadura de nuestro puente aéreo, pero forzosamente debían saber que era importante. A pesar de lo cual, la reacción inmediata fue más moderada de lo que esperábamos. El 15 de octubre recibimos la respuesta del sha: su único comentario fue que desde hacía bastante tiempo había prevenido acerca del efecto negativo que sobre esa región tendría otra victoria militar lograda exclusivamente con armamentos soviéticos. En síntesis: estaba de nuestra parte.

Ese mismo día, un poco más tarde, Ismail contestó en una forma que, dadas las circunstancias, sólo puede tildarse de extraordinaria. Reafirmó la *decisión* de Egipto de mantener abierto *este canal especial de comunicación*. Nadie más estaba autorizado a

hablar en nombre de Egipto; en otras palabras, no debíamos prestar atención a las interpretaciones provenientes de Moscú que diferían de lo que El Cairo nos manifestaba en forma directa. Ismail negó toda intención de humillar a Israel, *porque Egipto ha vivido en carne propia lo que significa ser humillado*. Expresó su *aprecio* por nuestros esfuerzos tendientes a alcanzar un cese del fuego como un paso *preliminar* a un acuerdo de tipo político, a pesar de que tales intentos fueran contrarios a la posición sustentada por los egipcios. Agregó luego que, por experiencia, Egipto dudaba de que esa separación diera resultado en la práctica. En resumidas cuentas, Ismail se dirigía al principal proveedor de armas del enemigo de Egipto en los mismos términos en que un cortés hombre de negocios dialogaría con un colega. Su principal objeción a nuestro enfoque era que lo consideraba impracticable; tal vez si lográbamos explicarles de qué manera nos proponíamos alcanzar el éxito con nuestra gestión, Egipto podría cambiar de actitud.

Sólo entonces se refirió Ismail al puente aéreo, al que describió como *inaceptable*, tal como había hecho anteriormente con respecto a la venta de armas a Israel. Pero no se extendió sobre el tema ni pronunció amenaza alguna en tal sentido. En cambio, me instó a renovar mis esfuerzos por llegar a una solución que fuera, a la vez, política y militar. Y luego, sorprendentemente, me invitó a visitar su país.

Como reconocimiento por sus esfuerzos, Egipto dará la bienvenida al doctor Kissinger. Los funcionarios egipcios estarán dispuestos a tratar cualquier tema, propuesta o proyecto, dentro del marco de dos principios que, a nuestro entender, ni el doctor Kissinger ni persona alguna pueden desestimar: que a Egipto no le es posible hacer ninguna concesión que tenga que ver con su territorio ni con su soberanía.

Lo saluda muy cordialmente, Hafiz Ismail.

Era el mensaje de un estadista, pues no cabía duda de que Ismail hablaba en nombre de Sadat. Es fácil dejarse arrastrar por la corriente; lo difícil es discernir hacia dónde nos conduce. Pero sólo los líderes más sagaces tienen la visión necesaria como para distinguir un objetivo lejano y, en nombre de éste, resistir todas las presiones. Sadat sabía que tratábamos de frustrar sus objetivos militares. Le habría resultado fácil achacar a nuestro puente aéreo con Israel la responsabilidad de los reveses que habían sido la consecuencia inevitable de la derrota de su ofensiva en el Sinaí; podría haber lanzado a la más baja estofa del mundo árabe contra nosotros, tal como Nasser lo hizo en 1967 ante una provocación mucho menor. Pero Sadat estaba cansado de los derramamientos de sangre por causas vanas y se mostraba dispuesto a tolerar jactancias a cambio de un progreso factible y concreto en la situación imperante. A diferencia de Nasser, para él no tenía sentido convertirse en líder de árabes radicales que confundían la retórica con los logros. Sabía muy bien lo que significaba el apoyo soviético: algo que bastaba siempre para mantener vivas las tensiones, pero jamás para llegar a concertar un acuerdo.

Pero no debe inferirse que Sadat era un hombre gobernado por sentimentalismos: sabía defender los intereses de su país. Si bien se mostraba sobrio y cortés en nuestros contactos públicos, procuraba también que tuviéramos plena conciencia de que disponía de otras opciones. No cabe duda de que había sido el promotor del embargo petrolero que muy pronto habría de afectarnos. En ese estilo suyo intrincado y sinuoso, Sadat realizó la increíble hazaña de comenzar a apartarse de la Unión Soviética, de cuyo abastecimiento dependía todavía por completo, y acercarse imperceptiblemente a nosotros, que estábamos empeñados en frustrar sus planes a corto plazo. En plena guerra, comenzó a transitar el camino hacia la paz.

La reacción saudita a mi mensaje fue mucho más compleja. El príncipe Fahd, en nombre del primer ministro, nos informó que la situación se estaba deteriorando. Opi-

naba que los amigos de los Estados Unidos se encontraban en un callejón sin salida. Si los árabes *ganaban*, el Medio Oriente caería en manos de la Unión Soviética. Si los árabes *perdían*, con toda seguridad la Unión Soviética se dedicaría a reconstruir los ejércitos árabes: Egipto volvería a invitar a asesores soviéticos. Ningún árabe podría invocar con orgullo su amistad con los Estados Unidos.

En realidad, no podíamos disentir con el análisis realizado por Fahd de las dos opciones a que tanto nosotros como él nos enfrentábamos, pero, en cambio, la conclusión a que llegamos fue muy distinta. El riesgo de que la Unión Soviética reconstruyera los ejércitos árabes luego de una derrota nos parecía un mal menor que una victoria lograda por medio de armas soviéticas. No creíamos en absoluto que la paz que buscábamos encontrara a los soviéticos en una posición ventajosa. De hecho, toda nuestra estrategia apuntaba a lo contrario. Los mensajes egipcios señalaban la intención de librarse de la tutela soviética, y estábamos decididos a investigar a fondo esa posibilidad.

Al día siguiente, martes 16 de octubre, el rey Faisal respondió a mi mensaje del día 14. En una misiva más afligida que convincente, pareció reprocharme cierto desconocimiento de los sauditas que mi carta ponía de manifiesto. Expresó su *profundo pesar* por la enconada lucha entre las grandes potencias que amenazaba destruir a todos los países de la zona. Faisal tuvo la prudencia de no hacer recriminaciones y, sobre todo, de no responsabilizar a los Estados Unidos por la crisis de ese momento. Formuló, a su manera, la propuesta de Sadat en el sentido de que Israel retrocediera hasta las fronteras de 1967 y nos instó a interrumpir todo envío de armamentos, pero definió de manera vaga e indirecta el castigo que se nos infligiría por no cumplir con esa condición: si no poníamos fin a nuestro apoyo a Israel, las relaciones de Arabia Saudita con Norteamérica serían poco más que *tibias*. Consideramos que debíamos correr ese riesgo con el propósito de lograr un equilibrio de fuerzas que les permitiera a los Estados árabes moderados respirar con mayor libertad, aun cuando se sintieran obligados a oponerse a las tácticas que nos habían permitido llegar a esa situación.

Con actitud más sombría y amenazadora, Ibrahim Masuud, en su calidad de vice ministro de Relaciones Exteriores de Arabia Saudita, convocó a los embajadores de la Comunidad Europea para advertirles que, a menos que nos presionaran para que modificáramos nuestra política, Arabia Saudita reduciría su producción de petróleo. Sabíamos que el sheik Ahmed Zaki Yamani, ministro encargado de las cuestiones petroleras, se encontraba ya en camino para asistir a una reunión con sus colegas árabes en Kuwait, que había sido convocada con anterioridad a la iniciación del puente aéreo. Por ese entonces yo no sabía —aunque no tardaría en enterarme— que Arabia Saudita estaban tan poco dispuesta a enfrentarse con los árabes radicales como a tener un enfrentamiento directo con nosotros. El reino consideraba que su seguridad dependía de la posibilidad de desempeñar el papel de quien acepta de mala gana poner en práctica decisiones ajenas. Aunque hubiéramos comprendido al dedillo los métodos sauditas y, por consiguiente, que lo más probable era que el Reino atribuyera sus decisiones a la necesidad de mantener la solidaridad con los árabes, no teníamos otra salida que mantener el curso de acción en el que nos habíamos embarcado. Las vacilaciones no harían más que prolongar la guerra y el consiguiente riesgo de que ésta se generalizara. La actitud a largo plazo de Arabia Saudita se vería determinada por nuestra contribución al proceso de la paz después de la contienda. Y, en tal sentido, Egipto constituía el eje fundamental, y también el país donde se pondrían a prueba los temores sauditas de una nueva penetración de la Unión Soviética en el Medio Oriente.

Estas consideraciones nos llevaron a enviar una propuesta al mensaje de Ismail de la noche previa. A las 9.08 del 16 de octubre confirmé los conceptos vertidos por Ismail con respecto a la importancia atribuida por él a nuestro canal de comunicación. Pero, dada la proximidad de una confrontación definitiva de fuerzas, intuí que había llegado el mo-

mento psicológico adecuado de hablar en términos más concretos. Era esencial que Egipto tuviera una idea clara de cuáles eran las posibilidades. Teníamos que proporcionarle a Sadat un pretexto para desistir de las condiciones impracticables que había repetido públicamente en un discurso en el Parlamento y presentado como un *mensaje abierto* al presidente Nixon: un cese del fuego condicionado al inmediato repliegue israelí a las fronteras de 1967. *No estamos dispuestos*, dijo Sadat, haciendo clara referencia a su experiencia con la Resolución 242 del Consejo de Seguridad, *a aceptar promesas ambiguas o frases acomodaticias sujetas a toda suerte de interpretaciones, que no implican más que una pérdida de tiempo y caer en un nuevo estancamiento de las negociaciones.*

Era preciso convencer a Sadat de los límites de lo posible y de nuestra seriedad en cuanto a presionar para alcanzar la plenitud de esos límites. Siempre existe la tentación de atribuir los problemas insolubles a una personalidad a la que se le asignan luego cualidades míticas proporcionales a la dificultad del problema.

En ninguna parte del mundo esto tiene tanta vigencia como en el Medio Oriente, esa verdadera cuna de héroes románticos. Las diversas misiones diplomáticas, en cierta forma *espectaculares*, que yo había tenido oportunidad de llevar a cabo —desde el viaje secreto a China hasta la culminación de las negociaciones en Vietnam— habían convencido a los líderes del Medio Oriente de que yo podía cumplir el mismo papel en el problema que los aquejaba. Si bien esto tenía sus ventajas también encerraba el peligro de que cada una de las partes me obligara a asumir el peso de decisiones complejas que en realidad les competían a ellos. Y eso desembocaría fatalmente en un desastre total. Todo mediador que se convence a sí mismo de que su mera personalidad bastará para que las cosas se solucionen automáticamente, no tarda en precipitarse a ese purgatorio especial que la historia reserva a quienes se autoevalúan por los aplausos y no por los logros. Comienzan por engañarse a sí mismos y terminan, inevitablemente, por decepcionar a los demás.

Ahora, al tratar de formular con claridad a los dirigentes egipcios lo que podían esperar de los Estados Unidos, establecí un distingo entre el cese del fuego y las negociaciones posteriores. Señalé que Egipto había puesto a salvo su honor y modificado el medio estratégico. Podía correr el riesgo de aceptar un cese del fuego primero y confiar después en las negociaciones. La diplomacia posterior siguió muy de cerca los lineamientos de mi mensaje a Ismail del 16 de octubre:

El doctor Kissinger desea presentar su honesta evaluación de la situación actual.

El objetivo de los Estados Unidos sigue siendo poner fin a la lucha actual en circunstancias que faciliten el logro de un acuerdo definitivo. Las fuerzas egipcias ya han obtenido mucho, y ya no quedan huellas de la humillación que los egipcios —y, de hecho, todo el mundo árabe— experimentaron luego de 1967. Se ha establecido una nueva situación estratégica en la que ya resulta ilusorio que cualquier país deposite su total confianza en una supremacía militar permanente. Por consiguiente, la necesidad de un acuerdo político se hace cada vez más evidente para todas las partes involucradas.

¿Qué pueden hacer los Estados Unidos en estas circunstancias? El doctor Kissinger ha señalado a menudo que está dispuesto a prometer sólo lo que puede realmente cumplir, pero también a cumplir todo lo prometido. Con su propuesta de cinco puntos contenida en el mensaje del señor Ismail del 10 de octubre, lo que Egipto exige para aceptar un cese del fuego es que Israel se someta por completo a los términos egipcios para llegar a un acuerdo total. A criterio del doctor Kissinger, tal objetivo resulta inalcanzable, excepto, quizá, a través de una guerra prolongada. Ninguna influencia norteamericana logrará hacer que esa meta se cumpla en las circunstancias actuales.

Lo que los Estados Unidos pueden prometer, y están dispuestos a cumplir, es realizar todo cuanto esté a su alcance para la consecución de un acuerdo definitivo y justo una vez que se establezca el cese del fuego. El doctor Kissinger cree que los acontecimientos recientes bien pueden contribuir a que a los Estados Unidos les resulte menos difícil en el futuro ejercer su influencia de manera constructiva y eficaz en favor de ese convenio. . .

Por lo tanto, Egipto debe tomar una importante decisión: el hecho de insistir en su programa máximo entrañará la continuación de la guerra y quizás poner en juego todo lo logrado hasta ahora. El resultado dependería entonces de medidas militares. Los Estados Unidos no especulan sobre un desenlace de esa naturaleza, pero sí abrigan dudas con respecto a que sea definitivo e inequívoco. En todo caso, las circunstancias no serían propicias para una intervención diplomática norteamericana.

Si queremos darle una verdadera oportunidad a la diplomacia, es preciso acordar primero un cese de las hostilidades. Sólo en tales circunstancias será posible consumir la gestión diplomática prometida por los Estados Unidos. La mejor garantía para Egipto en cuanto a la seriedad de este intento es la seguridad formal de los Estados Unidos a comprometerse plenamente en él, así como también en la situación objetiva.

La meta inmediata debe ser lograr un cese del fuego y transformarlo sin tardanza en una paz verdadera y justa, compatible con los principios de soberanía y de seguridad.

Los Estados Unidos consideran que se podrían lograr progresos sobre la base de un cese del fuego *in situ*, acompañado por la decisión de ambas partes de iniciar conversaciones bajo la égida del secretario general con vistas a lograr un acuerdo según los términos de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad en todas sus partes, incluyendo el retiro de fuerzas contemplado por dicha resolución.

El doctor Kissinger aprecia enormemente la cordial invitación a visitar Egipto que le formularan sus autoridades. Una vez que se haya logrado el cese del fuego, le complacería tomar muy en cuenta esa invitación como parte de un verdadero esfuerzo por llevar una paz duradera al Medio Oriente.

Lo saluda muy cordialmente. . .

El WSAG se reunió poco después de las 10.00. Desde que se tomó la decisión de recurrir al puente aéreo, la atmósfera reinante se había transformado como por arte de magia: ya no quedaban ni rastros de las vacilaciones de la semana anterior, ni de los intentos de esquivar la responsabilidad potencial por cualquier tipo de consecuencias peligrosas. El papel más importante de un líder consiste en asumir la carga de ambigüedad inherente a las decisiones difíciles. Una vez hecho esto, sus subordinados cuentan con las pautas necesarias como para llevarlas a la práctica. Nixon desempeñó ese papel en la guerra del Medio Oriente cuando tomó la decisión de implantar el puente aéreo. Yo formulé el principio que habría de regir nuestra misión de reabastecimiento: *Nuestro único propósito en esta situación de semienfrentamiento es superar y agotar a los soviéticos por cansancio, y hacerlo sin tardanza. Proporcionarles el mayor incentivo posible para que opten por un acuerdo rápido. Llevar cada día más de lo que ellos pueden transportar.* Y, a título de guía, sugerí que hicéramos cuanto estuviera a nuestro alcance para que nuestro reabastecimiento se mantuviera por lo menos en un 25 por ciento por encima del de los soviéticos. Decidimos complementar el puente aéreo reforzando nuestro puente marítimo, pues en el Mar Negro los soviéticos se encontraban cargando barcos con enormes cantidades de suministros y pertrechos bélicos, incluyendo sus equipos más modernos.

Tuvimos que llevar a cabo esta delicada misión, en la que estaban en juego cuestiones

tan importantes, en plena crisis de Watergate, en momentos en que Nixon debía enfrentarse al fiscal especial Archibald Cox y algunos miembros del Congreso y de la prensa nos lanzaban feroces críticas por nuestra supuesta actitud *blanda* en lo que concernía a la *détente*. El 14 de octubre, el senador Henry M. Jackson me acusó públicamente de haber caído en las redes de los soviéticos. El periodista George F. Will afirmó en su columna del 16 de octubre que mis anteojeras ideológicas —que no definió— me impedían reconocer una *détente muerta* aunque la tuviera debajo de mis propias narices. El 18 de octubre, Joseph Kraft afirmó que los soviéticos habían logrado *embaucarme* (15). El *New York Times* del 17 de octubre llegó incluso a denunciar la existencia de un creciente desacuerdo nada menos que entre Melvin R. Laird, consejero presidencial, y yo, con respecto a las intenciones soviéticas. Como solía suceder con Laird, fui el último en enterarme de que tuviera alguna opinión formada sobre ese punto y, sobre todo, de que difería de la mía. Reconozco que siempre insistí en la necesidad de intentar un acercamiento público moderado con los soviéticos. Entre superpotencias, la que resulta triunfadora en una crisis debe determinar con mucha cautela cuál es el momento más adecuado para hacérselo saber a su oponente. Me ocupé de dejar esto bien en claro frente a mis colegas del WSAG:

En este momento es vital mantener las acciones en un tono moderado, a cualquier precio. No debe haber trascendidos indiscretos. Si podemos poner fin a esto sin llegar a una confrontación con los soviéticos y sin lesionar nuestras relaciones con los árabes, nos podemos dar por bien servidos. El resto se halla integrado por triquiñuelas para impresionar al público. En lo esencial, mantendremos una actitud bien firme y seguiremos enviando refuerzos a Israel.

Durante toda la mañana, las noticias continuaron siendo favorables. Incluso antes de que el WSAG se reuniera el 16 de octubre, nos enteramos de que un avión soviético VIP se dirigía hacia El Cairo; dimos por sentado que en él viajaba el premier Alexei Kosygin, quien había cancelado inesperadamente una entrevista con el primer ministro danés, que en ese momento se encontraba en Moscú. Eso sin duda significaba que la Unión Soviética se proponía instar a Sadat a que aceptara nuestra propuesta con respecto al cese del fuego, ya que, obviamente, no hacía falta que nadie lo persuadiera de mantenerse firme en la posición que había proclamado públicamente. Y era bastante probable que esa presión ejercida por los rusos sólo serviría para perjudicar las relaciones entre Egipto y la Unión Soviética.

Casi al mismo tiempo se nos informó que un pequeño contingente de veinticinco tanques israelíes había cruzado a la margen occidental del Canal de Suez en el Gran Lago Amargo (Murrat-el-Kubrá) y estaba comenzando a destruir las bases de misiles tierra-aire. Si ese ataque continuaba, garantizaría una victoria israelí, ya que dejaba a las fuerzas egipcias emplazadas del otro lado del Canal expuestas al poder destructivo de la fuerza aérea de Israel. Pero era demasiado pronto todavía para saber si los israelíes podrían mantener su posición en la margen occidental del Canal. El WSAG consideró que se trataba sólo de una incursión aislada; que fue, de hecho, lo que los israelíes procuraron que su acción pareciera en un principio. Y precisamente durante esa reunión en la que analizábamos estrategias bélicas recibimos el boletín informativo en el que aparecía la noticia de que se me había otorgado el Premio Nobel de la Paz, tal como se describe en el Capítulo VIII.

En la noche del 16 de octubre informé a Nixon que todo parecía indicar que muy pronto la guerra llegaría a su fin. Nuestro intento previo, del 13 de octubre, por lograr un alto el fuego había parecido excesivamente fácil: lo habíamos hecho supeditados a *demasiados juegos de espejos*. Ahora la solución sería más confiable porque ya no dependía-

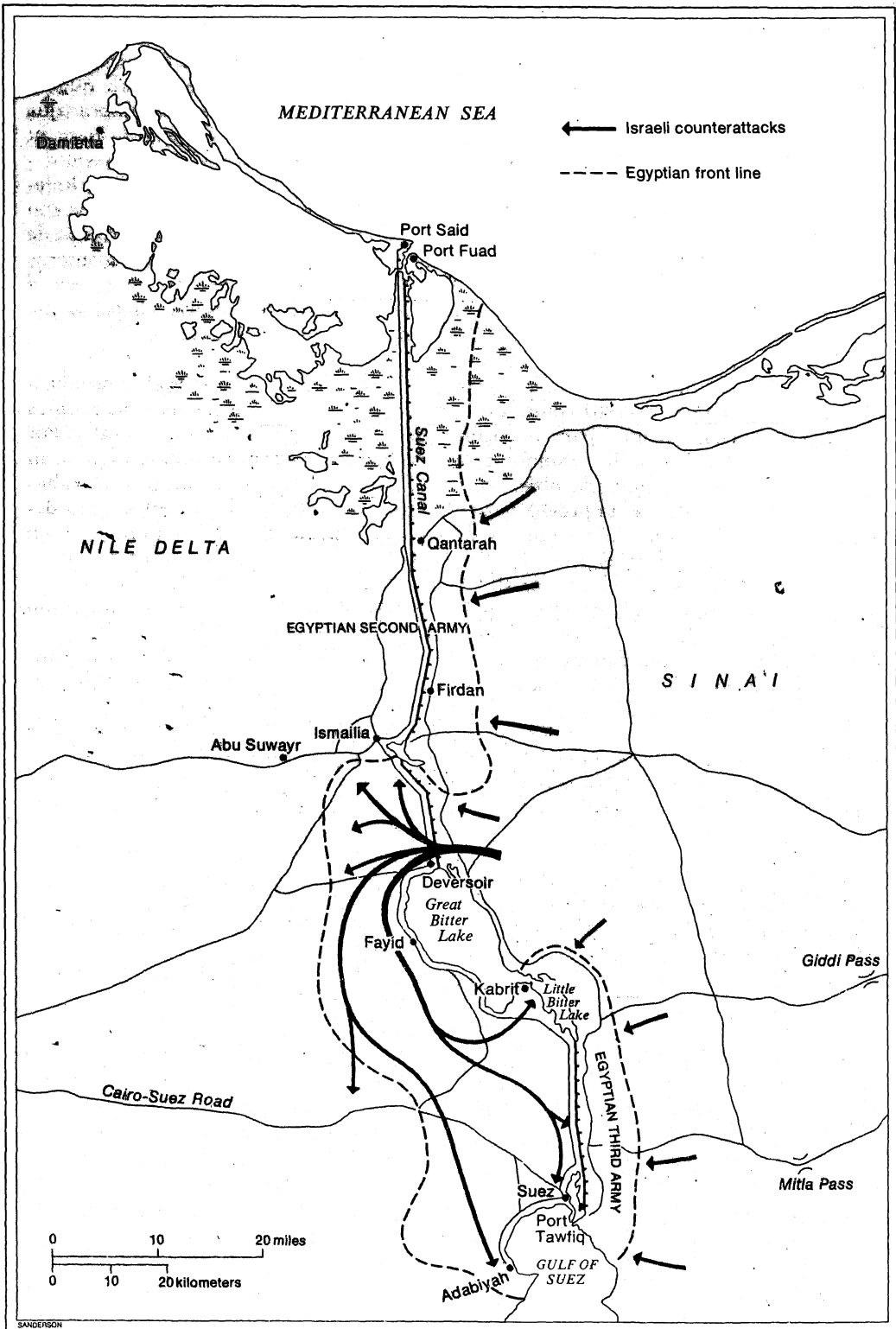
mos de las acciones de los demás. El hecho de haber empeñado todos nuestros recursos mejoraría día a día las perspectivas de éxito de nuestra estrategia. Kosygin llegaría a un estancamiento con Sadat —lo cual socavaría la relación de los soviéticos respecto de El Cairo— o bien lograría convencerlo de que aceptara nuestra propuesta. Cualquiera de esas dos alternativas fortalecería nuestra posición en El Cairo. Quizás el cruce del Canal de Suez por parte del contingente israelí fuese sólo una incursión aislada —como seguíamos creyendo—, pero, de hecho, debilitaría las defensas egipcias basadas en la cobertura de los misiles tierra-aire y aumentaría así la capacidad de Israel para obligar a los egipcios a retroceder más allá del Canal. Era obvio que ahora el tiempo estaba de nuestra parte.

OCTUBRE 17: HACIA UN CESE DEL FUEGO

El miércoles 17 de octubre volvió a ser un día de espera en cuanto al desarrollo de los acontecimientos, aunque éstos ahora nos resultaban cada vez más favorables. A primera hora de la mañana Dobrynin me informó oficialmente que Kosygin se encontraba en El Cairo. Tenía también un mensaje de Brezhnev que destacaba lo que ya sabíamos: que si bien la Unión Soviética tal vez estuviera dispuesta a librar la batalla de Medio Oriente valiéndose de intermediarios, de ninguna manera correría el riesgo de un enfrentamiento directo con nosotros. Brezhnev no pudo resistir la tentación de hacer referencia a sus advertencias previas con respecto al peligro de una conflagración en el Medio Oriente. Repitió la conocida posición soviética de que, si Israel regresaba a las fronteras de 1967, las superpotencias o el Consejo de Seguridad podían garantizar su inmunidad. (Esto era bastante dudoso, en vista de que el Consejo de Seguridad ni siquiera había logrado llevar a cabo una votación durante la segunda semana de un conflicto bélico importante.) Pero la retórica convencional no era más que el preludio a su afirmación de que los problemas (aún) *no habían sobrepasado el punto de no retorno*; y que las dos superpotencias deberían utilizar toda su influencia para tratar de limitar las hostilidades. En pocas palabras, a menos que los soviéticos nos estuvieran tendiendo una trampa —y nuestro puente aéreo los privaba de la capacidad para ello— no se convertirían en un obstáculo en nuestro camino e incluso podrían promover la solución que habíamos bosquejado para que el cese del fuego sólo estuviera ligado a una afirmación general de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad.

Para ese entonces ya nos encontrábamos en la ventajosa posición de no tener que asumir decisiones adicionales que afectaran el desenlace militar. Podíamos aventajar a los soviéticos en cuanto a abastecimientos y, además, nuestros amigos estaban en mejores condiciones para utilizar el equipo que les enviábamos. En una de las reuniones del WSAG, el almirante Moorer sugirió que por más que los sirios condujeran sus flamantes tanques soviéticos a las líneas del frente, no tenían la preparación necesaria para luchar con ellos. Por lo tanto, buena parte del miércoles estuvo dedicada a preparar el escenario para la diplomacia de posguerra y a impedir que las naciones árabes que no participaban en el conflicto tomaran alguna medida irrevocable movidas por algún impulso pasajero. La cabecera de puente israelí del otro lado del Canal se hacía cada vez más fuerte: ya no se trataba de una incursión sino de una verdadera contraofensiva. Pronto los soviéticos no tendrían otra alternativa que solicitar un alto el fuego.

Ese miércoles, una delegación de ministros de relaciones exteriores de Arabia Saudita, Marruecos, Argelia y Kuwait visitaron Washington para promover la causa árabe. Yo fui el primero en entrevistarlos a las 10.15 y les expliqué que el objetivo norteamericano a corto plazo era poner fin a la lucha, después de lo cual *emprenderemos una misión diplomática para tratar de concertar una paz justa y duradera*. La guerra debía terminar de modo tal que las relaciones árabes-norteamericanas entrañaran *la mayor cordialidad*



El frente del Sinaí: Israel cruza el Canal y abre una brecha rodeando al Tercer Ejército egipcio.

posible. La prolongación del conflicto implicaría el riesgo de un enfrentamiento entre grandes potencias en territorio árabe: la eterna pesadilla de los árabes. Señalé que no sería posible ir más allá de un compromiso general con la Resolución 242 ni lograr que los israelíes se comprometieran a regresar a las fronteras de 1967: *Si ustedes insisten en todos los puntos como un requisito previo para un cese de hostilidades, la guerra proseguirá.*

El diálogo continuó con Nixon en el Despacho Oval a las 11.10. El ministro de Relaciones Exteriores saudita, el cortés y sagaz Omar Sakkaf, resumió la posición árabe con tono moderado: *Los árabes no amenazan aniquilar a Israel*, manifestó, No tuvo miedo de afirmar explícitamente que Israel tenía derecho a existir, si bien dentro de sus fronteras de 1967: *Lo único que pedimos es un repliegue a las fronteras de 1967 y que se respete el derecho de los refugiados a regresar a sus tierras o a recibir alguna compensación por lo que perdieron. Esto bastaría para garantizar la estabilidad e integridad de Israel.*

Si bien aceptaba la existencia de Israel —seguramente como requisito mínimo para una negociación sería— Sakkaf nos encomendaba una tarea hercúlea. Israel se negaba a regresar a las fronteras de 1967 como resultado de una guerra impuesta por sus propios vecinos y en la cual, además, parecía encontrarse ahora en condiciones de triunfar. Por otro lado, sin el apoyo de los Estados Unidos no podría lograrse progreso alguno, ni siquiera en el caso de plantearse objetivos más limitados. Y varios de los países árabes representados en el despacho presidencial necesitaban de los Estados Unidos para defenderse de las amenazas de vecinos rapaces (gran parte de los cuales también eran árabes) y para estabilizar sus problemas internos. Tanto ellos como nosotros debíamos hacer frente a esta aparente paradoja sin explicitarla en ningún momento.

Nixon, con su maestría para manejar los factores intangibles, sabía exactamente cómo dar la nota justa: prometer un serio esfuerzo diplomático sin prometer ningún resultado particular. Aunque Nixon ya no contara con el tiempo ni con la energía necesaria para ofrecer un liderazgo firme —incluso en ese momento se preparaba para el careo con Archibald Cox, que habría de señalar la iniciación del juicio político contra él— manejó magistralmente su entrevista con los ministros árabes, sin que nadie advirtiera en él el menor indicio de tensión. Trató de demostrarle a los líderes árabes cuáles eran los límites de lo posible, si bien lo hizo de manera más indirecta que yo:

Trataré de obtener un cese del fuego, no para conseguir que ustedes se detengan en las líneas de tregua, sino para utilizarlo como trampolín a fin de obtener un acuerdo según los términos de la Resolución 242. Me comprometo a ello frente a ustedes. En este momento es más importante que nunca la moderación. Sé muy bien cuáles son los sentimientos de la gente involucrada, lo comprendo. Nosotros echaremos mano de la moderación, y confiamos en que también lo harán ustedes. . . Tienen mi palabra. No puedo afirmar categóricamente que conseguiremos que Israel retroceda hasta las fronteras de 1967, pero sí que actuaremos dentro del marco de la Resolución 242.

A medida que hablaba, la exaltación de Nixon crecía. Prometió a los árabes que yo sería el mediador. Y dio a entender —para mi propio espanto— que ello aseguraba el éxito de la gestión. Recurrió a una alusión muy habitual durante su primera presidencia, vale decir, asegurar a sus huéspedes que, a pesar de mi origen judío, yo no estaba sujeto a ningún tipo de presión interna, o lo que es lo mismo, que no beneficiaría a los judíos. Sakkaf, quien en el curso de esa conversación había afirmado, momentos antes, que yo *estaba llevando a cabo mi trabajo en forma admirable*, se mostró muy hábil en restarle importancia a mi ascendencia al manifestar que al fin de cuentas, *todos nosotros somos semitas.*

Al abandonar el Despacho Oval, Sakkaf hizo una declaración pública conciliadora en la

cual expresaba su total confianza en el presidente Nixon, con el consiguiente fastidio de todos los enemigos de Nixon, quienes se hallaban deseosos de anunciar que Watergate estaba minando nuestra capacidad para manejar una crisis: *El hombre que fue capaz de resolver la guerra de Vietnam, el hombre que podría haber logrado la paz en todo el mundo, puede muy bien desempeñar un papel importante en cuanto a establecer y asegurar la paz en nuestro sector del Medio Oriente.*

Así, el puente aéreo norteamericano que abastecía a Israel no había menoscabado —y quizás, en cambio, había afirmado— la convicción árabe de que los Estados Unidos eran un factor clave para el logro de la paz. Los ministros parecían decididos a impedir un enfrentamiento. Por mi parte, cuando volví a encontrarlos más tarde, los insté a no exigir lo imposible:

Sabemos que Israel no está dispuesto a aceptar ninguna de las actuales exigencias árabes. La primera ministra israelí así lo afirmó ayer. De todos modos, y cualesquiera sean las presiones ejercidas, será necesario recurrir a la influencia de los Estados Unidos. No existe ningún sustituto de tal influencia. Si bien los ejércitos árabes han tenido un desempeño mejor del que se esperaba, esos ejércitos no pueden alcanzar los objetivos diplomáticos árabes sin una guerra prolongada y el serio riesgo de una participación de las grandes potencias.

Mentiría si dijera que estos comentarios míos provocaron un frenético entusiasmo, pero tampoco fueron rechazados. Los cuatro ministros de relaciones exteriores me instaron a proseguir con mi gestión a pesar de todas mis reservas: cuando alguien deposita su fe en un curandero, el sentido de realidad de éste se interpreta como un acto de modestia. Yo era el *deus ex machina*, aunque, lamentablemente, nadie sabía muy bien con qué fin.

Mientras me encontraba reunido con los cancilleres árabes, le solicité a Scowcroft que le pidiera a Dinitz que averiguara cuál era la reacción de su gobierno frente a la posibilidad de vincular un cese del fuego sólo con un llamado a la puesta en vigencia de la Resolución 242. No esperábamos tropezar con muchas objeciones ya que, al fin de cuentas, dicha resolución había constituido la base de las negociaciones en el Medio Oriente durante seis años.

El 17 de octubre, la reunión diaria del WSAG se realizó a las 15.00 en medio de una atmósfera de distensión. Clements informó que nuestro puente aéreo satisfacía hasta ese momento el objetivo de superar el abastecimiento soviético en un 25 por ciento. Observé complacido que la actitud de los ministros árabes parecía confirmar que no se decretaría un embargo petrolero inmediato. Para decirlo con mayor precisión, me sentí en condiciones de predecir que la diplomacia permanecería en estado latente hasta que Kosygin regresara a Moscú. *Pero debemos seguir enviando suministros a Israel. Debemos continuar haciéndolo al mismo ritmo hasta que alguien se dé por vencido.*

Al concluir la reunión conduje a mis colegas del WSAG al Despacho Oval para mantener una conversación informal con Nixon, quien, a pesar de su preocupación con respecto a las cintas grabadas del caso Watergate, exhibió la aguda percepción que tenía del problema del Medio Oriente.

Nadie tiene más clara conciencia que yo de todo lo que está en juego: El petróleo y nuestra posición estratégica. No podemos avanzar por el camino hacia un cese del fuego sin concretar una gestión negociadora exitosa. El propósito de la reunión de esta mañana (con los cuatro ministros árabes) fue precisamente el de contribuir a ese fin. Algunos de ellos —no me refiero a Argel— tienen un verdadero terror de que los dejemos a merced de la Unión Soviética. Esto les ocurre a los sauditas, a los

marroquíes, y me atrevería a decir que también a los argelinos. El otro aspecto es nuestra relación con la Unión Soviética. Este es un problema de mayor envergadura que el del Medio Oriente. No podemos permitir que una operación que cuenta con el apoyo soviético triunfe sobre una operación respaldada por los Estados Unidos. Si ello ocurriera, nuestro prestigio sufriría un rudo golpe.

Pero cuando se levantó la sesión del WSAG, la teletipo nos reveló que habían surgido más complicaciones. Los países árabes productores de petróleo que se encontraban reunidos en Kuwait acababan de anunciar una reducción inmediata de la producción del 5 por ciento, a la que seguirían sucesivas reducciones mensuales en la misma medida hasta que Israel retrocediera a las fronteras de 1967. Además, independientemente de lo que ocurría en Kuwait, los seis miembros de la OPEP pertenecientes al área del Golfo Pérsico, decidieron aumentar el precio del petróleo en un 70 por ciento, vale decir, de u\$s 3,01 a u\$s 5,12 el barril. Estábamos tan preocupados por la posibilidad de un embargo petrolero que tomamos la reducción en la producción —que la CIA estimaba sería de un millón de barriles diarios al comienzo— básicamente como un gesto simbólico. En efecto, lo era, pero también entrañaba implicaciones revolucionarias. A medida que se fue haciendo cada vez más obvio que el monopolio del grupo de productores podía fijar precios de manera casi arbitraria a través de una manipulación de la producción, se inició una nueva fase de la historia de la posguerra. Todas las partes involucradas tardaron varios meses en comprender a fondo las ramificaciones de esta situación, a la que me referiré detalladamente en el Capítulo XIX.

Pero una de las consecuencias fue evidente desde el primer momento: cierto vago malestar que flotaba sobre Europa no tardó en convertirse en pánico. Las diferencias con los Estados Unidos comenzaron a ahondarse. Europa no parecía tener ningún objetivo específico fuera de asegurarse la buena voluntad de los países productores de petróleo, y ninguna otra estrategia que la de aliviar las presiones inmediatas. Michel Jobert era la figura más destacada en ese momento. Menos de una semana antes, el 11 de octubre, había estado en mi despacho para intercambiar información sobre la diplomacia relacionada con la guerra y se había referido a la conveniencia de dejar las cosas como estaban y no acelerar el proceso en las Naciones Unidas. Pero ahora la agencia Reuter daba cuenta de un discurso sumamente crítico pronunciado por Jobert en la Asamblea Nacional, en el que atacaba a los Estados Unidos por fraternizar con Brezhnev mientras ambas potencias abarrotaban de armamentos a la zona en litigio.

También Hussein comenzaba a inquietarse. De pronto veía a la *margen occidental* (Cisjordania) (que para él constituía el botín más tentador) desprovista de tropas israelíes. Las especulaciones acerca de un acuerdo para la paz obligaban permanentemente a Jordania a postergar sus reclamos. El rey me preguntó en una carta si, a la postre, los vecinos más moderados de Israel terminarían siendo excluidos. No pudo evitar ciertas reflexiones cargadas de melancolía en el sentido de que previamente habíamos rehusado completar la entrega de algunos tanques nuevos a Jordania alegando una supuesta escasez de material, a pesar de lo cual ahora enviábamos grandes cantidades a Israel.

En el ínterin continuamos con nuestro puente aéreo, nos mantuvimos en contacto con las partes involucradas e insistimos en la aprobación de un cese del fuego vinculado con la Resolución 242. Debíamos presentar un aspecto implacable, pero también era preciso que dejáramos abierta la posibilidad de una salida honorable. Lo que es más, tuvimos que mantenernos dentro de ese estrecho margen al tiempo que el problema Watergate alcanzaba una vez más uno de sus momentos culminantes.

Durante la semana del puente aéreo, Nixon tuvo que concentrarse casi por completo en la decisión de la Corte de Apelaciones con respecto a las cintas grabadas del caso Watergate. El 16 de octubre, Melvin Laird se convirtió en el primer funcionario de la Casa

Blanca que se refirió públicamente a un posible juicio político al presidente. Al día siguiente, el procurador general, Elliot Richardson, transmitió al fiscal especial Cox una propuesta de la Casa Blanca para que Nixon permitiera que John Stennis, un prestigioso senador, verificara la exactitud de los resúmenes propuestos por la Casa Blanca de las controvertidas cintas grabadas. Haig me había proporcionado un breve bosquejo del acuerdo, agregando con tono sombrío que el presidente estaba preparado para un careo con Cox. Por mera coincidencia, yo tenía programado desde hacía varias semanas un almuerzo con Richardson para el miércoles 17 de octubre. Richardson no se sentía feliz con su cargo de procurador general. El caso legal más importante del siglo, Watergate, le había sido arrebatado de las manos y asignado a un procurador especial. Me dijo que tenía la molesta sensación de que la Casa Blanca intentaba colocar a Cox en una posición tal que luego le permitiera deshacerse de él. Richardson no estaba dispuesto a aceptarlo. No recuerdo haber hecho ningún comentario al respecto.

Esa tarde le dije a Dinitz que Israel debería planear sus operaciones militares partiendo de la base de que no nos sería posible postergar un cese del fuego más de cuarenta y ocho horas después de que nos fuera propuesto. Sabíamos que se estaba librando una batalla de tanques en la parte central del frente del Sinaí a lo largo del Canal de Suez, pero recibimos muy pocos informes de Israel, ninguno de los cuales era demasiado esclarecedor. Pero era evidente que la guerra no podía proseguir durante mucho más tiempo.

18-19 DE OCTUBRE: UNA INVITACION A MOSCU

El jueves 18 de octubre por la mañana, Israel anunció que se disponía a reforzar su cabecera de puente del otro lado del Canal de Suez, que ahora tenía un ancho de alrededor de trece kilómetros hacia el norte, y de seis kilómetros y medio hacia el sur. Mientras preparaba a Ron Ziegler para la conferencia de prensa matutina, le confié que esperaba lograr un alto el fuego entre el domingo y el lunes (octubre 21 o 22).

El rey Faisal le respondió por fin a Nixon ese mismo día, en términos bastante similares a los de la carta que me enviara dos días antes. Manifestó que la prolongación de la guerra ayudaría a los soviéticos. La guerra sólo podía llegar a su fin si Israel se replegaba a las fronteras de 1967. La carta terminaba con la misma ambigua advertencia de su mensaje previo: *Si los Estados Unidos continúan apoyando a Israel, entonces esta amistad (saudita-norteamericana) correrá el riesgo de resultar menoscabada.* Pero este gesto de moderación se vio ampliamente contrarrestado —e incluso puede no haber sido más que una cortina de humo— por el anuncio hecho por Arabia Saudita ese mismo día, 18 de octubre, en el sentido de que había duplicado a un 10 por ciento la reducción de la producción de petróleo dispuesta por los representantes árabes el día previo. Los sauditas se proponían hacer nuevas reducciones mensuales e incluso amenazaban con una posible suspensión total de los envíos de petróleo a los Estados Unidos si tales medidas no permitían alcanzar *resultados tangibles y rápidos.*

Poco después, alrededor de las 18.25 del 18 de octubre, Dinitz me trajo la respuesta de Golda a nuestra pregunta con respecto a un cese del fuego vinculado sólo con la Resolución 242. Constituía un clásico ejemplo de la táctica negociadora israelí, resultante de la combinación de una extraordinaria sensación de vulnerabilidad y un complejo sistema político interno. Todos los líderes israelíes que he tenido oportunidad de conocer han estado casi instintivamente de acuerdo en un punto: No aceptar jamás la primera propuesta presentada por los Estados Unidos, cualesquiera fueran sus méritos. Si Israel se sometía sin luchar —al margen de la importancia del problema en cuestión—, los Estados Unidos podrían llegar a considerarlo un cliente dócil, y sólo Dios sabe qué atrocidades se nos ocurriría imponerles.

Lo que el medio internacional fomenta, la política interna de Israel hace inevitable. Los procedimientos políticos empleados por Israel para solucionar sus problemas internos explican sus exasperantes métodos de negociar, que consisten en regatear incluso con respecto a la concesión más ínfima, en no transar jamás en forma espontánea y en llegar a un acuerdo sólo cuando todos los demás se encuentran en un estado tal de agotamiento que el final feliz queda despojado de todo júbilo e incluso de benevolencia. Pues sólo demostrando que hubo coacción o una tenacidad a toda prueba, los responsables de la seguridad nacional de Israel puede convencer a sus colegas escépticos o ambiciosos que no quedaba otra alternativa. No puede darse el lujo de hacer un gesto grandioso o altruista porque ello podría desembocar en la caída de su propio gobierno. Para Israel, negociar constituye un proceso de autoeducación. Un primer ministro corre el riesgo de que lo acusen de debilidad si se limita a aceptar una proposición norteamericana sin intentar al menos averiguar si no se podría obtener alguna otra ventaja adicional.

Y así, en efecto, Golda ponía ahora reparos a un cese del fuego que ella misma había solicitado una semana antes, objetando en especial el hecho de vincularlo con la Resolución 242, que había constituido poco menos que las sagradas escrituras para Israel durante los seis años de negociaciones. Ahora Golda aducía que tal resolución era producto de la guerra de 1967 y nada tenía que ver con la actual; que no era una *panacea* y que *no había motivo alguno para un apresuramiento indebido*.

Pero las palabras que configuraban el mensaje no revelaban una actitud intransigente, y tampoco yo tenía la menor intención de atenerme a él. Habíamos apoyado a Israel durante dos semanas de peligro mortal; habíamos demorado las cosas en las Naciones Unidas toda vez que nuestra estrategia común así lo aconsejaba; habíamos propuesto un cese del fuego cuando Israel estaba preparado para este paso; le habíamos suministrado pertrechos en cantidades abrumadoras en sus momentos de mayor dificultad. Ahora no podíamos poner en peligro nuestras relaciones con Europa y Japón, provocar un embargo petrolero, tener un enfrentamiento con la Unión Soviética y desafiar a los amigos árabes que nos quedaban, postergando, indefinidamente una propuesta para el cese del fuego o desechando la Resolución 242, en nombre de la cual habíamos rechazado las presiones de los soviéticos y los árabes radicales durante seis años. Tampoco habría servido a los intereses de Israel que lo hiciéramos. Sin la Resolución 242, no contaríamos con ninguna base legal para una negociación futura. En vista de la alineación de los votos en las Naciones Unidas, no cabía duda de que cualquier sustituto sería peor. Pero, por el momento, sólo hablábamos en teoría. Así que le repetí a Dinitz que, en mi opinión, no tardaría en surgir una propuesta para el cese del fuego y lo insté a acelerar las operaciones militares para que pudieran completarse en las próximas cuarenta y ocho horas.

Mis premoniciones se cumplieron a las 20.45 del jueves 18 de octubre, cuando Dobrynin me llamó para decirme que tenía un mensaje urgente de Brezhnev. De pronto, los soviéticos estaban dispuestos a iniciar tratativas serias. Dobrynin me leyó un proyecto de propuesta soviética para ser presentada ante el Consejo de Seguridad, que constaba de tres puntos: (1) un llamamiento al cese del fuego *in situ*; (2) un llamamiento al inmediato retiro israelí, a través de pasos sucesivos, *de los territorios árabes ocupados hasta la línea establecida por la Resolución 242 del Consejo de Seguridad, con la promesa de completar el retiro en el menor tiempo posible*, y (3) un llamamiento a *consultas adecuadas* destinadas a establecer una paz justa.

A todas luces, el primer punto era aceptable, pues era exactamente lo que habíamos propuesto con el consentimiento de Israel cinco días antes: significaba que las fuerzas israelíes quedarían a treinta y dos kilómetros de Damasco y del otro lado del Canal de Suez. El segundo punto era descabellado: Resultaba imposible establecer como condición para un cese del fuego que Israel comenzara a replegarse hacia una línea indefinida

inmediatamente y se comprometiera a completar el retiro *en el menor tiempo posible*. El tercer punto era, obviamente, un señuelo. Las *consultas adecuadas* podían significar cualquier cosa, y si se trataba de la negociación habitual bajo los auspicios de las Naciones Unidas, con un intermediario designado para conversar con ambas partes, significaba bien poco. Sin embargo, si podía conducir a negociaciones directas entre los árabes e Israel, marcaría un viraje significativo en la situación del Medio Oriente. Por primera vez desde el nacimiento de Israel como nación, los Estados árabes participarían en negociaciones públicas directas con ese país.

Llamé sin tardanza a Nixon. *Avanzan en la misma dirección que nosotros —le informé— pero las cosas todavía no están a punto*. Calculé que necesitaríamos *otras cuarenta y ocho o setenta y dos horas* para dar el toque final.

Luego notifiqué a Dinitz, seguro de cuál sería su reacción. No le mencioné el tercer punto de la propuesta porque sabía que Israel jamás aceptaría el segundo, y confiaba en dar nueva forma al punto 3 antes de presentarlo para incluirlo en las negociaciones directas entre ambas partes que Israel alegaba desear.

En cuanto a Dobrynin, postergué las cosas todo lo que pude. Le expliqué que la propuesta soviética encerraba elementos constructivos, pero que el punto 2 era inaceptable y el punto 3 resultaba algo vago. Para ganar tiempo y, simultáneamente, mantener una atmósfera cordial y dar al sistema soviético algo que analizar, alrededor de las 22.30 envié una respuesta de Nixon al mensaje general de Brezhnev del día anterior, que no se refería en absoluto al cese del fuego. En su mayor parte era mera retórica, que se volvía más elocuente cuando se refería a la necesidad de fortalecer las relaciones entre ambos países y luego prometía importantes esfuerzos conjuntos destinados a promover la paz en el Medio Oriente luego del cese de las hostilidades. Pero intencionalmente evitamos todo comentario acerca del proyecto de propuesta soviética para el cese del fuego. Dobrynin era demasiado sutil como para no darse cuenta de que estábamos tratando de ganar tiempo, la táctica habitual del hipotético ganador cuya posición se vuelve más firme con cada hora que pasa.

Ante la inminencia de un cese del fuego, era vital mantener nuestro estrecho contacto con los principales líderes árabes. Le cablegrafí al rey Hussein:

Quiero que sepa concretamente qué estoy haciendo. Estamos en conversaciones con los soviéticos con vistas a aceptar una resolución del Consejo de Seguridad que ordene un alto el fuego *in situ*, seguido sin tardanza por negociaciones entre las partes con respecto a un acuerdo básico. En dicho acuerdo, Su Majestad, resulta inconcebible que no se protejan plenamente los intereses de Jordania, que usted me ha explicado con tanta elocuencia . . . Puedo asegurarle que se prestará a sus puntos de vista la atención que merecen.

Quiénes más necesitados estaban de mantenerse en contacto con nosotros eran nuestros semiadversarios de El Cairo, quienes —a nuestro entender— pasaban por momentos de gran congoja, pues el ejército egipcio se encontraba en serias dificultades. Pero no teníamos ningún interés que la guerra llegara a su fin con una humillación por parte de Egipto. Nuestro propósito básico había sido impedir una victoria obtenida con armas soviéticas, y no el derrocamiento de Sadat ni ver a Egipto sumido en una derrota aplastante. A las 22.45 del 18 de octubre, mientras analizaba la propuesta soviética con Scowcroft, señalé:

Lo cierto es que, en resumidas cuentas, esto constituye una derrota para los soviéticos. Los mismos argumentos esgrimidos por nosotros para negarnos a aceptar una derrota israelí se volverán ahora contra ellos. Incluso si los árabes

alegan que todo fue gracias a nuestros suministros, eso los hará comprender la conveniencia de ponerse de nuestra parte.

Por tal razón, a medianoche le envié a Ismail un mensaje dirigido a Sadat, cuya finalidad fundamental era renovar el ofrecimiento que le había hecho dos días antes, de un cese del fuego basado en una confirmación de la Resolución 242. Para dejar bien en claro lo mucho que respetábamos la dignidad de Egipto, conferí especial atención al hecho de que Egipto y sus aliados árabes han dado lugar a importantes cambios en la situación, como resultado de la resistencia y la valentía demostradas en el campo de batalla. No debemos permitir que nada de esto se vea afectado por una prolongación de las hostilidades. Concluí el mensaje reiterando nuestro llamamiento a un cese del fuego aun cuando se hubieran operado cambios en la situación militar (a la cual no me referí en forma concreta). Al encontrarnos tan próximos a nuestra meta, confiaba en que la frustración pasajera a la que se vería sometido Egipto no destruiría los elaborados proyectos en los que, tanto Sadat como yo, habíamos estado trabajando en forma paralela:

El señor Ismail está perfectamente al tanto de la importancia que le asignamos a un pronto cese de las hostilidades, en condiciones que posibiliten realizar un serio esfuerzo tendiente a un acuerdo fundamental. Ese sigue siendo nuestro objetivo. Por tal razón, es importante que ambas partes exhiban una actitud moderada y no pierdan de vista la imperiosa necesidad de salvaguardar una relación duradera. Lo saluda muy cordialmente.

Estábamos a punto de poner fin a la guerra en los términos que nosotros mismos habíamos impuesto. Pero no por eso podíamos bajar la guardia. En cualquier momento la Unión Soviética podría apresurarse a presentar su propuesta para el cese del fuego ante el Consejo de Seguridad, o conseguir que algún otro país lo hiciera en su nombre. Y casi con toda seguridad sería aprobado con la ayuda de los votos de los países europeos y los no alineados; hasta era posible que China los apoyara. De ser así, ¿con qué excusa opondríamos nuestro veto? Y sí, a pesar de todo, vetábamos la resolución, nos encontraríamos solos en la crisis que sobrevendría después, al tiempo que suscitábamos las amenazas soviéticas, la disociación europea y el radicalismo árabe. Y, como broche final, no habríamos ganado absolutamente nada. Pues si nos aveníamos al deseo de los israelíes de suprimir la Resolución 242, no nos quedaría ningún marco legal aceptable en el que pudiéramos negociar. Nuestra única opción realista consistía en hacernos cargo del proceso de las negociaciones, ganar un poco de tiempo para la ofensiva israelí, y luego llegar a un acuerdo para poder iniciar así la diplomacia de posguerra dentro del marco más adecuado.

Me encontraba precisamente reflexionando sobre cuál sería la táctica más apropiada, cuando la impaciencia de Brezhnev se encargó de proporcionarnos una salida.

Ese viernes 19 de octubre por la mañana, yo acababa de asistir a la reunión diaria del WSAG. La información con que contábamos con respecto a las intenciones de Israel eran escasas. Sabíamos que su ofensiva continuaba, ahora con 300 tanques en la margen occidental del Canal; se proponían tratar de interrumpir las comunicaciones egipcias en todas las direcciones. Más tarde, ese mismo día, nos enteramos de que avanzaban hacia el norte en dirección a Ismailia, y hacia el sur con el evidente propósito de rodear el Gran Lago Amargo y bloquear la carretera que unía a El Cairo con Suez. Pero los israelíes no nos concretaron cuáles eran sus objetivos inmediatos ni su plan estratégico, y tampoco nos dieron una idea siquiera aproximada de cuál sería el plazo óptimo en el que pensaban consumir esa estrategia que desconocíamos. En su reunión matutina, el WSAG decidió mantener en funcionamiento el puente aéreo hasta que quedara bien establecido

el cese del fuego. Decidimos, asimismo, apresurar nuestros suministros por barco para evitar que un súbito cese del fuego nos sorprendiera antes de haber completado la entrega e impedir así que los soviéticos indujeran a sus amigos árabes a lanzarse a una guerra de desgaste.

Poco después de las 11, Dobrynin llamó con un mensaje urgente de Brezhnev para Nixon, que aludía a un creciente peligro en el Medio Oriente que podía incluso llegar a *lesionar* las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, y urgía a tomar medidas inmediatas y eficaces:

Puesto que el tiempo se ha convertido en un factor esencial, y ahora no sólo cuentan los días sino también cada hora que pasa, tanto mis colegas como yo le sugerimos la conveniencia de enviar urgentemente a Moscú al secretario de Estado de los Estados Unidos y colaborador personal suyo, doctor Kissinger, a fin de llevar a cabo con él las negociaciones pertinentes en su carácter de representante personal y autorizado del presidente de los Estados Unidos. Sería ideal que pudiera viajar mañana mismo, 20 de octubre. Mucho le agradeceré una respuesta inmediata en tal sentido.

Cuando leí la invitación, supe que representaba la solución a casi todos nuestros problemas: entrañaba mantener la cuestión fuera de la esfera de las Naciones Unidas hasta que hubiéramos logrado dar forma a una salida aceptable; desalentaría cualquier tipo de bravata de los soviéticos mientras yo me encontrara de viaje y entregado a negociar con ellos; nos permitiría ganar por lo menos otras setenta y dos horas a fin de que las presiones militares se afianzaran. Nixon y yo intercambiamos ideas sobre todos estos puntos, junto con Haig y Scowcroft, y llegamos a la conclusión de que mi viaje a Moscú resultaría beneficioso para nuestra estrategia.

Había un sólo obstáculo: el embajador Huang Chen, jefe de la Oficina de Enlace china, me había invitado a una importante cena que ofrecería esa noche en mi honor en el hotel Mayflower. Mal podía cancelar semejante invitación, y menos que menos para realizar un viaje a Moscú. Pero eso me brindó un buen pretexto para postergar mi salida por lo menos hasta las primeras horas del sábado, lo cual demoraría mi llegada a Moscú lo suficiente como para que las negociaciones no pudieran iniciarse hasta el domingo, vale decir, cuarenta y ocho horas más tarde.

Me apresuré a llamar a Dobrynin desde mi despacho de la Casa Blanca para informarle que estábamos considerando seriamente la propuesta que nos había hecho llegar Brezhnev. Con tono casual le pregunté por qué no enviaban, en cambio, a Gromyko a Washington. Dobrynin alegó que las decisiones soviéticas requerían la participación de Brezhnev y de Kosygin (quien acababa de regresar de El Cairo). Le prometí que le comunicáramos nuestra respuesta en el curso de esa misma tarde.

Mientras tanto, informé a Dinitz de las últimas novedades y volví a analizar la situación con Nixon y con Haig. A las 13.35 llamé a Dobrynin desde mi despacho del Departamento de Estado para darle nuestra contestación. Yo partiría en las primeras horas del sábado, y llegaría a Moscú por la tarde. No estaría listo para iniciar las negociaciones antes del domingo por la mañana, y no aceptaría tratar ningún acuerdo definitivo ni otro tema que no fuera el cese del fuego. Le manifesté que: *... doy por sentado que no se tomará ninguna acción unilateral mientras yo me encuentre en tránsito*, aclarando que con ello me refería a amenazas o iniciativas ante las Naciones Unidas o en cualquier otro ámbito. El anuncio oficial de mi viaje debía dejar bien en claro que yo iba a Moscú *por invitación expresa* del gobierno soviético, para que no diera la impresión de que yo me encontraba allí en tren de súplica.

Dobrynin aceptó estos términos en nombre de Brezhnev a las 16.30. Le reiteré que no

estaba dispuesto a discutir ningún aspecto de un acuerdo político. Dobrynin me replicó que, en su opinión, eso ya había quedado suficientemente aclarado. A continuación mantuve una entrevista con Dinitz para comparar notas sobre cuál era nuestra verdadera posición.

En el ínterin, la crisis de Watergate se hizo sentir de manera más que explícita. Nixon estaba siendo objeto de mayores presiones que las habituales: El 19 de octubre era el día en que debía ponerse en práctica lo concertado con Stennis (y, al día siguiente, Nixon debería despedir al desafiante Cox). A las 15.30 de ese viernes, Haig me informó que Nixon planeaba hacer una declaración con respecto al pacto con Stennis y que pensaba aprovechar la ocasión para anunciar al mismo tiempo mi viaje. Yo me opuse violentamente, argumentando que el proyecto de vincular la política exterior con Watergate constituía un *truco barato* que Nixon lamentaría más tarde: *No podrá impedir que después se diga siempre que sólo intervino en esto para tener una pantalla que ocultara lo de Watergate. Le suplico que trate de convencerlo. Si Nixon quiere anunciar mi viaje, que lo haga como algo completamente separado de lo otro.*

Haig se estaba portando como un buen soldado. Me había comunicado el mensaje de Nixon, y se mostró igualmente minucioso en transmitirle mi reacción al presidente. Pocos minutos más tarde me informó que Nixon aceptaba la prioridad de las cuestiones relativas a la política exterior y que, por consiguiente, haría los dos anuncios en forma separada. Sólo deseaba asegurarse de que mi viaje a Moscú fuera anunciado por la Casa Blanca y no por el Departamento de Estado, a la hora en que hubiéramos estipulado hacerlo con los soviéticos.

A las 18.30 informé de mi viaje a los chinos, y a las 18.50 al embajador de Gran Bretaña. A las 19.10 repasamos una vez más los hechos con Dinitz en una conversación telefónica. Le aseguré que iniciaría las negociaciones adecuándome a sus deseos, vale decir, vinculando el cese de fuego únicamente a las negociaciones de paz entre las partes. Por sobre todo, no aceptaría la tesis soviética de que la Resolución 242 implicaba un retiro inmediato y total por parte de Israel. Pero le hice notar a Dinitz que no creía que pudiera excluir por completo toda referencia a la 242; de hecho, no me parecía conveniente destruir el único marco legal existente para las negociaciones. Le solicité a Dinitz que me proporcionara informes militares detallados durante mi estadía en Moscú. No esperaba obtener ningún resultado antes del domingo por la tarde, hora de Moscú, y cualquier decisión a la que llegáramos sería transmitida inmediatamente a Israel. Le insistí que Israel debía tomar muy en cuenta ese plazo previsto. Los hechos se encargaron de mostrar luego que mis cálculos fueron bastante acertados.

A las 19.15 tuve una breve entrevista con los colegas con quienes, durante dos semanas, había compartido las reuniones del Grupo de Acciones Especiales de Washington: Jim Schlesinger, Tom Moorer, Bill Colby, Brent Scowcroft. Habíamos conferenciado a diario, en algunas ocasiones en un ambiente de considerable tensión. No siempre estuvimos de completo acuerdo, pero logramos manejar una crisis muy difícil y encauzarla para que tuviera un desenlace aceptable. Ahora la meta estaba prácticamente a la vista: Habíamos conseguido capear los peores peligros. Frente a nosotros se abría la oportunidad de intentar un nuevo enfoque con respecto a los problemas del Medio Oriente. Todos nos sentíamos inundados de una tremenda sensación de alivio. Bosquejé a grandes rasgos la estrategia de mi viaje a Moscú:

El hecho de que sea yo quien viaje implicará demorar algunos días las negociaciones, les permitirá salvar las apariencias y evitará que Gromyko venga aquí con instrucciones adversas. Brent los mantendrá informados. Yo procuraré obtener un cese del fuego, tal vez con un llamamiento a negociaciones. El problema es que Israel parece oponerse a todo, y es posible que yo me vea obligado a incluir alguna

referencia a la 242. Incluso quizá no tenga más remedio que volver a nuestro *statu quo* original.

En el Medio Oriente todos saben bien que, si lo que desean es la paz, sólo podrán obtenerla a través de nosotros. En tres ocasiones intentaron hacerlo por intermedio de la Unión Soviética, y en esas tres ocasiones fracasaron.

Más tarde envié mensajes al rey Hussein y al sha para informarlos acerca de mi inminente viaje, manifestando que habíamos tomado esa decisión en *respuesta a la insistencia soviética*. . . *En el curso de esas conversaciones, mis objetivos seguirán siendo los mismos que postulé desde el principio: Un inmediato cese de las hostilidades concertado sobre una base que posibilite rápidos pasos tendientes a alcanzar una paz definitiva, justa y duradera.*

Confieso que desde aquel entonces me he preguntado muchas veces si no nos habremos apresurado demasiado en aceptar la invitación de los soviéticos. Tal vez podría haber demorado mi partida otras veinticuatro horas y fortalecer así aún más la posición militar de Israel. Por otra parte, los soviéticos habrían comprendido sin la menor duda lo que nos proponíamos, y quizá habrían intentado contrarrestar nuestro flagrante invento de ganar-tiempo presentando una resolución formal ante las Naciones Unidas o exigiendo condiciones militares más severas. Y la frustración de los países árabes habría traído como resultado que todo el mundo árabe unido se volviera contra los Estados Unidos. Una semana antes yo le había aconsejado a Israel que tratara de demorar un poco la búsqueda del cese del fuego porque me pareció que la situación militar reinante no resultaba demasiado promisorio para la diplomacia de posguerra. Pero así como es importante no acobardarse cuando se transita por el camino que conduce a una victoria estratégica, es igualmente esencial no presionar más allá de lo que es factible que el oponente tolere. Nuestra experiencia había sido bastante similar a cabalgar en forma simultánea sobre muchos potros salvajes. Ahora no podíamos arriesgarnos a confundir el virtuosismo con una estrategia a largo plazo. Teníamos que evitar a toda costa poner en peligro lo logrado movidos por el deseo de obtener ganancias adicionales, pues habíamos alcanzado nuestros objetivos fundamentales: Habíamos creado las condiciones adecuadas para una apertura diplomática; habíamos defendido la seguridad de nuestros amigos; habíamos impedido una victoria basada en armamentos soviéticos; habíamos mantenido nuestras relaciones con países árabes claves y sentado las bases para un papel predominante en la diplomacia de posguerra. Y lo habíamos hecho en medio de una de las crisis constitucionales más graves de este siglo.

Ahora nosotros teníamos las cartas ganadoras. Sólo nos restaba jugarlas con habilidad.

Capítulo XII

MOSCU, EL CESE DEL FUEGO, Y EL ALERTA

VIAJE A MOSCU

Mis colaboradores y yo partimos para la Unión Soviética a las dos de la mañana del sábado 20 de octubre, casi exactamente dos semanas después del estallido de la guerra. También llevé en el vuelo al embajador soviético Anatoly Dobrynin, para quien éste era el medio más rápido de llegar a Moscú. Mi partida fue secreta, pero poco después del despegue de la nave, la Casa Blanca anunció que el presidente Nixon me había enviado a Moscú para mantener *conversaciones directas con el gobierno soviético a fin de que concluyan las hostilidades en el Medio Oriente.*

Durante el viaje, y hasta que las negociaciones realmente comenzaron, disfrutamos de un alivio temporario de la inquietud de que los soviéticos intentaran exacerbar las pasiones árabes para promover una campaña antinorteamericana. Empero, ese mismo día vislumbramos otras perspectivas peligrosas, con el dramático anuncio de Arabia Saudita de que, junto con otros países árabes productores de petróleo, iban a embargar *toda* la venta de petróleo a los Estados Unidos.

Le había dicho a Dobrynin que yo nunca negociaba inmediatamente después de un vuelo prolongado a través de numerosas zonas con distintos husos horarios, y que no estaría preparado para empezar las conversaciones hasta el domingo a la mañana hora Moscú, para lo cual faltaban más de treinta y seis horas. En el intervalo, tal como ambos sabíamos, la situación militar sólo podía cambiar a favor de nosotros. Yo le había anticipado firmemente al embajador israelí Simcha Dinitz que era conveniente para Israel conducir las operaciones teniendo presente que EE.UU. no podría demorarse en una propuesta de cese del fuego más de cuarenta y ocho horas. (Mi viaje a Moscú, en definitiva, duplicó ese intervalo.)

Durante el viaje recibí dos informes de Dinitz. Ambos describían la ubicación de las fuerzas israelíes en términos de nombres de lugares en árabe, pero no brindaban indicaciones acerca de los objetivos estratégicos de Israel o de un plazo temporal para lograrlos. Uno de los informes permitía inferir en forma clara que los israelíes indudablemente sabían que un cese del fuego estaba próximo; insinuaba también que el agotamiento de las fuerzas israelíes podía imponer un límite a sus futuros avances, independientemente de lo que sucediera en Moscú:

Todo nuestro accionar tiene que guiarse por consideraciones relacionadas con la posibilidad de un cese del fuego en posición alcanzada, a cortísimo plazo. Cuando el cese del fuego entre en vigencia, ya deberíamos esgrimir una línea con sentido desde el punto de vista político-militar. El accionar posterior, que todavía tenemos que desarrollar, se verá posibilitado por el magnífico espíritu de lucha de nuestras

tropas. No obstante, debemos tener presente que han estado combatiendo en forma casi incesante desde el 6 de octubre.

El segundo informe afirmaba que las tropas israelíes habían cerrado el camino de El Cairo hasta la ciudad de Suez, aunque se esperaba que los egipcios intentarían reabrirlo. Las tropas egipcias que se encontraban en el Canal de Suez consistían en dos llamados ejércitos de aproximadamente 35.000 hombres cada uno. El Segundo Ejército ocupaba el sector norte; el Tercer Ejército estaba instalado en el sur frente a la ciudad de Suez (ver mapa en la página 476). Si los israelíes habían cortado el camino El Cairo-Suez, el Tercer Ejército estaba virtualmente rodeado.

Acusando recibo de estos informes, cablegrafié a Brent Scowcroft a la Casa Blanca:

No puedo subrayar la urgente necesidad de que se me mantenga informado acerca de la situación militar. Necesito evaluaciones exactas, y las necesito con rapidez y frecuencia.

Dinitz debe, repita que debe, informarle por lo menos tres veces al día, y debo recibir esos informes inmediatamente. Dígale que establezca ya sus comunicaciones, si es que todavía no lo ha hecho. Estos informes deben ser claramente identificados.

No puedo evitar errores si no se me mantiene enteramente al día y si no sé exactamente y sobre la marcha cuál es la situación.

No recibiríamos otro informe militar israelí durante mi estadía en Moscú, sólo noticias de fuentes norteamericanas. Nunca se me dieron explicaciones acerca de este vacío. Los mismos dirigentes israelíes pueden haber estado a oscuras respecto de la ubicación de sus tropas en rápido avance, o acerca de qué punta de un ataque múltiple se convertiría en la línea de más rápido avance.

Fue un viaje muy activo, y tal como después resultó, desasosegado. Yo me sentía particularmente inquieto ante la idea de perder posibilidades de negociación en Moscú por algún hecho desfavorable que ocurriera en nuestro país. De manera que le impartí instrucciones a Scowcroft durante el vuelo, en el sentido de que resistiera las tendencias del Departamento de Defensa a aligerar las presiones presupuestarias interrumpiendo nuestro abastecimiento aéreo a Israel mientras yo estuviera en Moscú. Le recordé a Scowcroft: *Si ganan los israelíes, lo que hagamos en lo que respecta a reabastecimiento durante los próximos días, no importará. Si los israelíes no logran salir a flote, voy a necesitar todo el poder de negociación que pueda reunir.*

A medida que nos acercábamos a Moscú, por lo tanto, sentí que estábamos en una posición marcadamente negociadora. Israel parecía estar en vísperas de lograr una victoria decisiva. Pero mi confianza se vio súbitamente sacudida ante un mensaje inesperado de Nixon. Nosotros, en viaje a Moscú, no íbamos a enterarnos de lo funesto que el 20 de octubre iba a ser para la presidencia. Ignorábamos los dramas de lo que llegó a llamarse *la masacre del sábado a la noche* (*): el fiscal especial Archibald Cox se negó a aceptar los resúmenes de las grabaciones de Nixon revisadas por el senador John Stennis; quería las cintas grabadas, y rechazó la propuesta alternativa de Nixon de que a cambio de ellas renunciara al derecho de citar documentos ulteriores. Nixon forzó a una declaración empaquetando a Cox, lo cual motivó que el procurador general Elliot Ri-

(*) Se llamó así a la serie de renunciaciones que se produjeron cuando el fiscal especial para Watergate, Archibald Cox, le exigió a Nixon la entrega de una de las cintas grabadas. Nixon ordenó al procurador general Elliot Richardson que lo despidiera. Pero éste se negó presentando la renuncia. Nixon, entonces, le pasó la orden al viceprocurador general William Ruckelshaus quien también presentó su renuncia. Esa tarea recayó después en Robert Bork, siguiente en el orden jerárquico, el cual la ejecutó (N. del T.).

chardson y el viceprocurador general William Ruckelshaus presentaran sendas dimisiones.

Nada de esto fue comunicado al avión que me trasladaba a Moscú. Lo que se puso de manifiesto, más bien, fue una desacostumbrada ráfaga de actividad diplomática por parte de Nixon. No carecía de precedentes el hecho de que, camino a una negociación, se me bombardeara con misivas desde la Casa Blanca. Nixon tomó esta actitud en parte para calmar sus nervios y también para demostrar que ejercía el poder. En el pasado, esta actitud había llevado a ciertos enojosos intercambios, pero a ninguna consecuencia grave. Esta vez, sin embargo, Nixon dio un paso que tuvo un impacto significativo e irreversible en la negociación. Comenzó con un cable urgente de Scowcroft que transmitía el borrador de una carta que Nixon pensaba enviar a Brezhnev inmediatamente a través de la embajada soviética en Washington. En esencia, Nixon me otorgaba *plena autoridad, y los compromisos que él (Kissinger) pudiera adquirir en el curso de vuestras deliberaciones tienen mi absoluto apoyo*. Más adelante, la carta de Nixon exhortaba a Brezhnev a:

Un firme compromiso por parte de ambos a consagrar nuestros esfuerzos personales al logro de ese objetivo (la paz final) y a proporcionar el fuerte liderazgo que pueda llegar a resultar persuasivo para nuestros amigos en el área. Le envió un mensaje al doctor Kissinger que le transmitirá a usted oralmente mi profundo compromiso personal al respeto.

Quedé horrorizado. La carta implicaba que era privado de toda capacidad para negociar. *Plena autoridad* hacía imposible que yo sometiera desde Moscú cualquier intento de acuerdo al presidente para su aprobación, si es que me permitía ganar tiempo para consultar a Israel. Peor aún, la carta implicaba que los soviéticos y nosotros impondríamos un acuerdo total acerca de Medio Oriente y que yo estaba investido de poderes para discutir ese tema también una concesión totalmente opuesta a nuestra estrategia hasta el momento, que buscaba separar el cese del fuego de un arreglo político.

Indudablemente, la ansiosa jugada de Nixon reflejaba un deseo de que lo identificaran con algo más elevado que las interminables y sórdidas disputas legales acerca de las cintas grabadas de Watergate. El problema era que el mensaje de Nixon a Brezhnev carecía de su habitual toque refinado. Su deseo de comunicar al líder soviético que yo gozaba de toda su confianza era útil. Pero su fraseología trascendía sus intenciones; no me fortalecía. Por el contrario, en una situación en la que el tiempo era nuestro aliado más importante, me privaba de la oportunidad de dilatar las cosas, y, por lo tanto, de capacidad de maniobra.

En consecuencia le envié un mensaje urgente a Scowcroft, en el que curiosamente, objetaba el otorgamiento de plena autoridad: *Tengo que estar en la posición de insistir a los rusos que debo someter sus propuestas a la consideración del presidente. Cualquier referencia a plena autoridad cercenaría esta posibilidad*. En cuanto al fuerte liderazgo que pueda resultar persuasivo a nuestros respectivos amigos en el área, previne sutilmente a Scowcroft en el sentido de que *si esa carta se publicaba algún día, iba a poner en apuros al presidente*.

Mi mensaje llegó demasiado tarde. Enmascarando su desesperación en exultación, Nixon había urgido a Scowcroft para que hiciera pasar la carta a máquina a fin de firmarla inmediatamente, sin esperar mis comentarios. Cuando Nixon lo amenazó con hacérsela preparar y enviar por su dilecta secretaria Rose Mary Woods, Scowcroft se dio por vencido. Para los estudiosos de la historia de la Casa Blanca, resulta significativo que lo que decidió la irreversibilidad de la carta tipeada fue el hecho de que Nixon le añadiera una posdata manuscrita: *La señora Nixon y yo le enviamos a la señora Brezhnev y a usted nuestros más sinceros saludos personales*. Scowcroft añadió con sequedad: *Esto*

eliminó toda flexibilidad, ya que no pude hacer modificación alguna. Con esto quiso significar que, de no haber mediado esa posdata manuscrita, pudo haber modificado la carta con mis sugerencias. La misiva fue enviada a la embajada soviética a las 11.25, hora de Washington.

Los soviéticos reconocen una ganga en cuanto la ven, especialmente cuando están apurados por llegar a un acuerdo. La respuesta de Brezhnev llegó a Washington en un lapso de pocas horas, un tiempo record para el intercambio de misivas jamás igualado antes o después durante mi estancia en la Casa Blanca. Brezhnev había comprendido cabalmente lo sucedido:

Comprendí con total exactitud su afirmación en el sentido de que el doctor Kissinger goza de su más absoluta confianza, y que en esta oportunidad hablará en nombre suyo, de modo tal que todos los compromisos que adquiriera en el curso de nuestras conversaciones contarán con su total apoyo.

Y para que las cosas quedaran en familia, Brezhnev añadió, de su puño y letra, la siguiente posdata: *La señora Brezhnev agradece sus saludos personales y los retribuye, con sus mejores deseos para usted y la señora Nixon.* Me enteré de la respuesta de Brezhnev recién cuando lo vi en el Kremlin.

La historia no registrará el hecho de que yo me resistiera a muchas concesiones de autoridad. Me sentí amargamente resentido por ésta; era un ejemplo clásico de cómo *los poderes plenos* pueden, más que acrecentar la flexibilidad de negociación, *inhibirla*.

Llegamos a Moscú alrededor de las 19.30 del sábado 20 de octubre, para mi primera visita como secretario de Estado. El ministro de Relaciones Exteriores, ahora mi contraparte, estaba en el aeropuerto para recibirme. Nos escoltó a la acostumbrada velocidad propia de carreras de automóviles hasta nuestra villa de huéspedes sobre las colinas Lenin que se levantan próximas al río Moscú. Se trataba de la misma residencia pesadamente suntuosa que ya me había alojado previamente; sólo que esta vez, en honor a mi nueva condición de secretario de Estado, exhibía la bandera norteamericana, una cortesía protocolar que me provocaba una extraña emoción. Tan pronto como nos hubimos instalado, se nos sirvió la pesada comida obligatoria que coartó de inmediato nuestros movimientos. Enseguida, nuestros anfitriones intentaron doblegar mi decisión comunicada a Dobrynin en el sentido de que no iba a estar preparado para negociar hasta la mañana siguiente. Se aparecieron con una triquiñuela inteligente. Brezhnev nos invitaba a una cena *privada* el sábado a la noche, en la oficina del Politburó en el Kremlin (pese al hecho de que yo acababa de comer).

Cualesquiera fueran nuestras interpretaciones de sus motivos, una invitación social del secretario general no podía rehusarse. Con la mente en blanco tras un vuelo de quince horas, y los estómagos distendidos por una cena rusa, partimos precipitadamente para el Kremlin. Pocos minutos después de las nueve, Brezhnev nos recibió en lo que parecía un traje de salto de Churchill, color azul cielo, y nos condujo a su santuario interior. En él había una mesa de conferencias a la que podían sentarse fácilmente cuarenta personas, en cuyo extremo aparecía un enorme escritorio con una consola telefónica de la forma y las dimensiones de un órgano de regular tamaño.

El arte militar psicológico soviético resultó tan efectivo que casi nos sentimos aliviados de que Brezhnev sugiriera una discusión *informal* antes de que comenzara a *alimentarnos* de nuevo. Se ciñó bastante al entendimiento de que no iba a haber negociaciones esa primera noche, si bien una conversación ociosa con el dirigente de un estado comunista es contradictoria en sus formulaciones. Brezhnev se mostró elocuente acerca de las relaciones especiales existentes entre el gobierno soviético y Nixon, sin duda como un recurso para evitar que me mostrara demasiado duro cuando tratáramos asuntos serios.

No dejó de recordarme que yo estaba investido de *plenos poderes*, y por lo tanto no necesitaba someter las cuestiones a Washington. Para dilatar las cosas, adherí al espíritu de la ocasión, y empecé a disertar sobre los principios del renunciamento a las ventajas unilaterales para evitar una exacerbación de las tensiones.

La conversación parecía el tributo que había que pagar para ganar tiempo, y su fantástico carácter no pasó inadvertido a nadie. La relación entre las dos superpotencias se veía exaltada, después de todo, en el mismo momento en que ambas partes estaban introduciendo diariamente miles de toneladas de materiales de guerra a bandos opuestos, en una guerra desesperada, en la que cada uno buscaba reducir, si no eliminar, la influencia del otro. La contribución de Brezhnev al tono agradable consistió en exponer la pretensión de que los soviéticos, con sus abastecimientos aéreos y marítimos al Medio Oriente, no, hacían nada desusado: simplemente, estaban cumpliendo los acuerdos de cuatro años, *según los cuales tenemos que enviar tantos fusiles*. La idea de que Moscú, al aprovisionar de combustible la guerra de Medio Oriente, estaba motivado simplemente por su reconocida adhesión a obligaciones legales, nos resultó excesiva, aun cuando tuviéramos presente como meta el mantener una atmósfera no beligerante a lo largo de una noche en la que lo que se buscaba era dilatar las cosas. *A nosotros nos da la impresión —repliqué sarcásticamente— de que están cumpliendo el acuerdo de cuatro años en dos semanas. Es una actuación realmente impresionante.*

Una noche con el dirigente soviético no podía resultar completa sin un poco de fanfarronería. Nuevamente más apenado que disgustado, Brezhnev invocó la amenaza de la guerra que era inherente a la crisis de Medio Oriente. Utilizó esto para recalcar su tema favorito de Zavidovo y San Clemente de que las superpotencias deberían imponer una amplia paz por su cuenta en el Medio Oriente. Lo decepcioné. Yo había venido a discutir un cese del fuego, no un acuerdo, repliqué. Hubo unos escarceos menores, pero se convino en que nos abocaríamos a lo nuestro a la mañana siguiente, domingo, a las once. Se pensó en una hora tan avanzada para que Dobrynin pudiera asistir a los servicios dominicales, bromeé. *Ese es su deseo más recóndito*, me retrucó Brezhnev. Ambos sabíamos, en realidad, que íbamos a necesitar este tiempo para recabar informes militares a fin de determinar nuestras respectivas posiciones para la negociación.

Yo estaba convencido de que disponíamos de una posición fuerte para concluir las negociaciones sustancialmente en los términos que deseábamos: un cese del fuego en el lugar, una vaga referencia a la Resolución 242 del Consejo de Seguridad, y una apertura de camino a las negociaciones directas entre Israel y sus vecinos árabes por primera vez desde la creación del Estado judío. Cuando volví a la villa en la que me hospedaba, me encontré con otra sorpresa desalentadora. Aguardándome, estaban las instrucciones a las que Nixon se había referido en su carta a Brezhnev junto con un anuncio de la Casa Blanca indicando que esas instrucciones habían sido enviadas. El mensaje de Nixon me llegó en dos partes: su análisis de la situación en el Medio Oriente en ese momento, y los puntos específicos que yo debía tratar oralmente con Brezhnev. El mensaje, dictado personalmente por Nixon, era, por mucho que yo disintiera con él, un agudo debate del problema de Medio Oriente, notable proeza de concentración considerando la tormenta de Watergate que bramaba en torno de él. La parte analítica —destinada sólo a mí— expresaba la convicción de Nixon de que la Unión Soviética y los Estados Unidos debían utilizar juntamente el fin de la guerra para imponer una amplia paz en Medio Oriente. *Los actuales sucesos israelíes en Suez no deben apartarnos del logro de un acuerdo justo ahora*. Serviríamos aun a los mejores intereses de Israel si utilizábamos ahora todas las presiones que puedan necesitarse para obtener la aceptación de un acuerdo razonable y que podamos pedir a los soviéticos que impongan a los árabes. A continuación, Nixon enumeraba los obstáculos que hasta ese momento habían impedido una solución: la intransigencia de Israel, la negativa de los árabes a negociar con realismo, y nuestra propia

preocupación con otras iniciativas. Estos problemas ya no podían dificultar un acuerdo permanente. Las consideraciones políticas de los EE.UU., me escribía Nixon en un eufemismo por el voto judío, no tendrán, absolutamente no tendrán, repita que no, influencia en nuestras decisiones en este sentido. Quiero que usted sepa que estoy preparado para presionar a los israelíes cuanto sea necesario, independientemente de las consecuencias políticas que puedan sobrevenir en nuestro país.

El mensaje oral a Brezhnev no difería significativamente. Yo debía señalar que, en contraste con la implementación del tratado de comercio EE.UU.-URSS, Nixon podía actuar en la diplomacia del Medio Oriente sin el veto del Congreso. Demasiado tarde escribía Nixon, se había percatado de la corrección esencial de las opiniones que Brezhnev había expuesto en San Clemente en el mes de junio:

Los israelíes y los árabes nunca podrán encarar este tema por sí mismos de manera racional. Es por ello que Nixon y Brezhnev, enfocando el problema más desapasionadamente, deben intervenir, determinar el curso de acción adecuado para llegar a un acuerdo justo, y luego presionar lo necesario a nuestros respectivos amigos para llegar a un acuerdo que traiga finalmente la paz a esta perturbada zona.

Fue una bendición que yo hubiera ignorado este mensaje durante la reunión *informal* con Brezhnev que acababa de concluir. Hasta ese momento, la estrategia norteamericana había consistido en *separar* el cese del fuego de un arreglo político de posguerra, y en reducir el rol soviético en las negociaciones que podrían seguir al cese del fuego. Lo que Nixon parecía encarar ahora nos comprometería a una dilatada negociación cuyos resultados tendríamos que imponer entonces a Israel como el último acto de una guerra peleada del lado árabe con armas soviéticas. Moscú obtendría el reconocimiento de los árabes por habernos forzado a un accionar que habíamos evitado hasta el momento. Nuestra influencia en los Estados árabes desaparecería. Tenderían a confiar en la Unión Soviética —a menos que los soviéticos estuvieran deseosos de apartarse del programa árabe de la línea dura, de lo cual jamás habíamos tenido la más mínima prueba. Pero aun cuando Nixon quisiera revertir en este momento nuestra estrategia establecida, Moscú no era el lugar indicado para hacerlo. Las negociaciones del cese del fuego se verían complicadas. En el mejor de los casos emergeríamos con un acuerdo en principio que nos perseguiría durante años. Fue por ello que, con la aprobación de Nixon, yo había establecido como una condición previa de mi viaje a Moscú que el único ítem a tratar fuera un cese del fuego. La expansión de la agenda ahora para incluir un acuerdo amplio no haría aterrizar en una ciénaga.

El esfuerzo de dos semanas de excesiva tensión y muy poco sueño se tradujeron en mi cable a Scowcroft, bastante estridente:

La carta a Brezhnev ya ha sido utilizada en contra de mí; el secretario general rehusó aceptarla cuando le comuniqué que tendría que someter cualquier arreglo a Washington para su consideración, refiriéndose al hecho de que yo ya tenía plenos poderes otorgados por el presidente.

Como resultado, mi posición aquí es casi insalvable. Si llevo a cabo las instrucciones contenidas en la carta del presidente, malograré por completo el pequeño poder de maniobra que todavía conservo.

Nuestro primer objetivo debe ser un cese del fuego. Ya nos será bastante difícil lograr que los israelíes lo acepten. Va a ser imposible como parte de un tratado global. Si la guerra continúa, las consecuencias van a ser incalculables. Podemos seguir el curso de acción que el presidente tiene pensado después de un cese del

fuego acordado con la anuencia israelí, pero no antes. Mientras tanto, la continuación de los comentarios del público sólo logrará arruinarnos completamente.

Cuando me sentía agraviado, yo confiaba rara vez en un solo canal de comunicación. Por lo tanto, llamé por teléfono a Al Haig y expresé en una línea abierta a Washington mi extremo disgusto ante las órdenes que había recibido. *¿Quieres bajarte de mi espalda? Tengo mis propias preocupaciones*, replicó Haig, desusadamente quisquilloso.

Insistí con mi ofensa: *¿Qué problemas puedes tener en Washington un sábado a la noche?*

Haig replicó cansadamente: *El presidente acaba de liquidar a Cox. Richardson y Ruckelshaus renunciaron y el infierno se nos vino encima.*

De esa manera me enteré de las preocupaciones que se pueden tener en Washington un sábado a la noche.

ACUERDO SOBRE EL CESE DEL FUEGO

Ahora resultaba más imperativo terminar la guerra, antes de que los soviéticos se sintieran tentados de aprovecharse de nuestra debacle doméstica. Por lo tanto, adherí rígidamente al plan anterior, más restringido, que Nixon había aprobado antes de mi partida. A su vez, Brezhnev estaba tan ansioso por llegar al cese del fuego que jamás preguntó a qué instrucciones se refería Nixon en su carta. Mi encuentro con Brezhnev al día siguiente, 21 de octubre, se demoró hasta el mediodía, lo que nos convenía. Pese a mis instancias vía Dinitz, no me fueron remitidos por el gobierno israelí los informes militares solicitados. La CIA me envió la declaración de un veterano oficial de defensa israelí, del sábado a la noche, en el sentido de que las fuerzas israelíes habían cortado todas las carreteras y líneas férreas desde El Cairo hasta Ismailia y Suez, aislando de este modo a las fuerzas egipcias sobre la margen del este. Como muchos otros reclamos israelíes durante la guerra, éste resultó prematuro. Pero a nosotros en Moscú nos pareció una prueba más de que los principales objetivos estratégicos de Israel en el frente egipcio habían sido logrados.

Continuamos advirtiendo que Moscú había alertado a fuerzas capaces de intervenir en Medio Oriente, incluyendo varias divisiones soviéticas aerotransportadas. Obviamente Brezhnev no estaba tan entusiasmado por sus protestas de intenciones pacíficas como para dejar de concederse otra alternativa si las negociaciones fracasaban.

Nuestra propia información el sábado 21 de octubre a la mañana fue más ambigua. La CIA comunicó que se luchaba alrededor del Canal de Suez y sugirió que ambas partes podrían encontrarse en dificultades. Se informó que el mayor foco de actividad israelí estaba entre el Gran Lago Amargo e Ismailia, lo cual implicaba una arremetida del norte, no el movimiento sur de flanqueo hacia Suez que se estaba desarrollando en realidad. (En verdad, las fuerzas israelíes estaban probando en ambas direcciones, norte y sur, pero la arremetida hacia el sur parecía resultar más productiva.) Scowcroft me cablegrafió que le había informado al presidente acerca de un avance sostenido pero *bastante lento* por parte de Israel. Yo no obtuve ninguna información directa de los israelíes acerca de sus pronósticos o intenciones.

La afirmación más clara vino en cambio de una emisión radial del ministro de Defensa Moshe Dayan, quien declaró que la posición de Israel mejoraría día a día mientras la guerra continuara. No obstante, Israel no podía darse el lujo de oponerse al cese del fuego Dayan sugirió un cese del fuego basado en una de dos condiciones: un retorno, por parte de ambos bandos, a las líneas anteriores a la guerra, o la retención de los mismos de posiciones ocupadas en el instante del cese del fuego. En el momento en que el informe de Dayan nos llegó, estábamos muy cerca de lograr la segunda condición.

El 21 de octubre, temprano, antes de que me reuniera con Brezhnev, me llegó un

mensaje de El Cairo vía Washington. Por primera vez, Hafiz Ismail indicaba que Sadat podría estar dispuesto a separar un cese del fuego de un acuerdo total. El Cairo se conformaría, escribió, con la convocatoria a una conferencia por la paz, y con la *garantía* de los Estados Unidos y la Unión Soviética del cese del fuego y el consecuente rápido retiro de las tropas israelíes. No estábamos en la posición de otorgar garantía semejante, y mucho menos en conjunción con los soviéticos. Por otra parte, tampoco consideré que el mensaje de Ismail fuera la última palabra de Egipto sobre el tema.

Debido a la diferencia horaria —era muy temprano de mañana en Washington— no supe nada más sobre *la masacre del sábado a la noche*. Tampoco recibí instrucciones ulteriores hasta que las negociaciones hubieron finalizado, y yo ya estaba en el viaje de regreso.

Mientras nuestras informaciones eran restringidas, y no se nos transmitía ninguna sensación particular de urgencia, los soviéticos parecían estar mejor informados. Porque cuando nos reunimos el domingo por la mañana en la oficina de Brezhnev en el Politburó, encontramos al equipo soviético tan ansioso de llegar a un acuerdo, que realmente no hubo negociación en el sentido estricto. Brezhnev comenzó con una serie de extensas observaciones que sugerían que estaba igualmente dispuesto a discutir los principios de un acuerdo general o de un cese del fuego. Cuando le repliqué que yo me hallaba dispuesto sólo a discutir un cese del fuego, aceptó con presteza.

Brezhnev comenzó con el procedimiento soviético normal, afirmando que yo había aceptado en principio el plan soviético de tres puntos presentado por Dobrynin en Washington (Ver Cap. XI). Esto era una novedad para mí, ya que yo tenía la impresión de que había rechazado dos de los tres términos soviéticos. De manera que, una vez más, volví a exponer nuestra posición. El primer punto soviético que llamaba a un cese del fuego, dije, era aceptable. El segundo punto, que requería retiros "inmediatos" por parte de Israel hasta "la línea de acuerdo con" la Resolución 242 del Consejo de Seguridad, no tenía sentido porque las partes todavía no habían llegado a un acuerdo sobre la línea, porque era insensato pedirle a Israel que volviera a una línea que no existía, y porque la negociación de un arreglo de posguerra debía estar separada del cese del fuego. El tercer punto soviético, la exhortación a *consultas apropiadas* para la negociación, tenía que elaborarse en una clara obligación de conversaciones directas entre Israel y los Estados árabes.

Por lo general, los soviéticos se atienen a sus posiciones formales durante períodos prolongados y luego venden su abandono de una propuesta desafortunada como una concesión. En esta oportunidad Brezhnev admitió mis posiciones antes de que yo mismo las presentara: *No pretendo que las propuestas sean ideales o puedan aceptarse tal como están enunciadas en este momento.*

Para no tener que hablar a partir de un proyecto soviético, les sometí entonces una contrapropuesta que Joe Sisco y yo habíamos elaborado durante la noche. Nuestro primer punto solicitaba el cese del fuego *in situ*. Nuestro segundo punto suprimía la exigencia soviética de un retiro inmediato de las tropas israelíes hacia nuevas líneas; indudablemente, no hacía referencia a ningún retiro, y llamaba a las partes simplemente a iniciar la implementación de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad *en todas sus partes*, un mandato lo suficientemente vago como para mantener ocupados a los diplomáticos durante años sin llegar a acuerdo alguno. Nuestro tercer punto requería negociaciones inmediatas *entre las partes implicadas* bajo *auspicios adecuados*; en otras palabras, el cese del fuego llevaría a las negociaciones directas con Israel que los Estados árabes habían rehusado firmemente, y que una sucesión de Gabinetes israelíes había sostenido que abriría las puertas a sus concesiones. No formulamos nada acerca de las garantías.

Ante nuestra sorpresa, Brezhnev y Gromyko aceptaron nuestro texto, con sólo los

mínimos cambios editoriales (*). Enseguida intentaron convertir los *auspicios adecuados* para las negociaciones directas en una garantía norteamericano-soviética del resultado (un eufemismo para una paz impuesta). Rechacé la proposición. Definí *auspicios* como la presencia de diplomáticos soviéticos y norteamericanos al comienzo de las negociaciones y después sólo cuando se trataran los asuntos clave. Esto también fue aceptado por Brezhnev y Gromyko con un mínimo de discusiones.

Después de sólo cuatro horas de negociaciones, el texto de la resolución de cese del fuego fue aceptado, junto con un acuerdo norteamericano-soviético acerca del significado de *auspicios*. Fue realmente fenomenal, si se considera la necesidad de traducir todo, confrontar los textos, y las frecuentes interrupciones toda vez que una de las partes se reunía para consultas.

El acuerdo mejoraba lo que habíamos estado proponiendo durante dos semanas. La oferta originaria norteamericana había sido un cese del fuego ligado a una referencia general a la Resolución 242 del Consejo de Seguridad. Cuatro meses antes, en el comunicado cumbre, Brezhnev había rehusado *cualquier* referencia semejante. Luego, y durante la guerra, los soviéticos habían insistido en que dilucidáramos conjuntamente el sentido de la Resolución 242 e impusiéramos términos que en las formulaciones soviéticas no podían distinguirse del programa árabe de línea dura. Prevalecimos con nuestro enfoque, que dejó la elaboración de esa resolución a negociaciones directas entre las partes. Los *auspicios* vagamente definidos norteamericano-soviéticos tenían la ventaja, como le cablegrafié a Scowcroft, de impedir la intromisión, en el proceso de negociación, de otras partes susceptibles de presionarnos: mucho me temo que me refería a algunos de nuestros aliados europeos.

El único tema que quedaba para discutir en Moscú era el momento en que introduciríamos nuestra resolución de cese del fuego en Nueva York. Brezhnev y Gromyko querían que se lo comunicáramos de inmediato al Consejo de Seguridad, y que el cese del fuego entrara en vigencia en el momento en que se pasara la resolución. Esto ponía de relieve el apuro en que se encontraban los ejércitos árabes (pero acerca del cual yo no había recibido aún ninguna información oficial, ni por parte de nuestras fuentes ni de las israelíes). De todos modos, resultaba totalmente impráctico. Eran en ese momento las 16 en Moscú y las 9 en Washington.

Redactar un informe nos llevaría una hora, y la transmisión por cable hasta Washington otra hora. Tendría que haber discusiones con miembros clave del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y sobre todo con Israel. De acuerdo con nuestros cálculos, estas deliberaciones podrían comenzar a las 12 del mediodía, hora de Washington. Por lo tanto propuse que los representantes norteamericanos y soviéticos formularan una convocatoria a las 18 (de Nueva York) para una reunión del Consejo de Seguridad a realizarse a las 21 (lo que dejaría un margen de nueve horas para consultas). El cese del fuego no entraría en vigencia hasta doce horas *después* que la resolución hubiera sido adoptada, lo que a su vez requeriría varias horas de debate. Brezhnev aceptó este esquema horario con poco entusiasmo: en el mejor de los casos, faltaban veintiocho horas para el cese del fuego. Brezhnev también se empeñó en ejercer la máxima influencia soviética a fin de lograr un próximo canje de prisioneros de guerra, para lo cual yo había presionado en nombre de Israel.

El equipo norteamericano volvió a la residencia de huéspedes oficial para comenzar las tareas. Mi *staff* y yo redactamos urgentemente un informe al presidente y una carta para que le enviara a la primera ministra Meir, que Scowcroft, desde Washington, debería entregarle a Dinitz en cuanto llegara. Calculamos que esto sucedería no más tarde de las

(*) El texto acordado entre nosotros se convirtió en la Resolución 338 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Aparece en las Notas del final (1).

12 del mediodía, hora de Washington, o nueve horas antes de que el Consejo de Seguridad se reuniera, y unas doce horas antes de que pudiera votar. La carta de Nixon a Golda Meir detallaba lo que habíamos logrado:

Señora primera ministra, creemos que éste es un logro capital para Ud. y para nosotros y de gran apoyo para la valiente lucha de sus tropas. (Primero:) Dejaría a sus tropas en el exacto lugar en que se encuentran. (Segundo:) No existe absolutamente la menor mención de la palabra "retirada" en la resolución;(Tercero:) por primera vez hemos obtenido el apoyo de la Unión Soviética para una resolución que requiere la negociación directa sin condiciones o limitaciones entre las partes, bajo auspicios adecuados. Al mismo tiempo, nosotros y los soviéticos hemos acordado en privado poner nuestros auspicios conjuntamente a disposición de vosotros y de los árabes para facilitar este proceso, siempre que ello sea del agrado de ambas partes.

La carta señalaba la enorme diferencia entre la resolución del cese del fuego que se proponía ahora y el programa de Sadat expuesto públicamente cinco días atrás. Se solicitaba una rápida respuesta.

También se redactaron mensajes para Hafiz Ismail, el sha, el rey Hussein, y nuestro embajador en la UN, John Scali. Este proceso culminó a las 17.30, hora Moscú, o 10.30 hora de Washington.

A las 18.30 me reuní con los embajadores británico, francés y australiano en Moscú, los dos primeros en su carácter de miembros permanentes del Consejo de Seguridad, el australiano porque el representante de su país en Nueva York era presidente del Consejo de Seguridad durante el mes de octubre como consecuencia de la rotación. Los diplomáticos son congénitamente cuidadosos para expresar sus opiniones en asuntos acerca de los cuales sus gobiernos todavía no se han expedido. En este caso tuvieron la suficiente fe en las opiniones de sus gobiernos como para ofrecer cálidas felicitaciones antes de correr a informar a sus capitales. Debido a una horrenda confusión en las comunicaciones, es posible que sus informes llegaran antes que los nuestros.

Luego me recosté a descansar por una hora. Cuando me desperté alrededor de las 20.00 (las 13.00 hora de Washington) descubrí con horror que ninguno de mis mensajes había llegado a Washington. Mi *staff* había tratado de enviarlos a través de nuestra embajada en el centro de Moscú, hacía cuarenta y cinco minutos. Pero la embajada había tenido grandes dificultades, porque sus procedimientos para este tipo de mensajes eran engorrosos y llevaban mucho tiempo. Resolvimos entonces transmitir desde nuestra aeronave presidencial, estacionada en el aeropuerto de Moscú Vnukovo II, por conexión vía satélite, directamente a la Sala de Situación de la Casa Blanca. Pero los mensajes enviados desde el avión llegaban a Washington en forma prácticamente ilegible. Mi colaborador Larry Eagleburger estaba en contacto con nuestra embajada y también con Brent Scowcroft en Washington, a través de una línea telefónica abierta. Scowcroft pudo deducir que habíamos alcanzado un acuerdo sobre el cese del fuego, pero la carta a Golda Meir había llegado demasiado embrollada como para que se la pudieran pasar a Dinitz. Por lo tanto, lo único que pudimos hacer fue volver a intentar el envío a través de la embajada.

Mi reacción ante este enredo fue descripta más adelante por Larry Eagleburger en unas reminiscencias que me envió:

Como si fuera ayer, recuerdo que estaba sentado en un cuarto bastante grande de la villa, desgañitándome sobre el teléfono para intentar hablar con la gente de comunicaciones de la embajada. (Me desgañitaba debido a las malas conexiones telefónicas, y *no* porque creyera que así los cables se iban a mover más rápido. A

diferencia de ciertos secretarios de Estado, jamás creí que una voz fuerte tuviera demasiado impacto sobre objetos inanimados, independientemente de lo mal que éstos funcionaran.) Había entre veinte y treinta personas en la habitación, y todas hablaban, con Joe Sisco (nunca fue un individuo callado) a la cabeza. En suma, la habitación estaba atestada y plena de alboroto, pero yo estaba más o menos apartado de la vista (y el oído) de la muchedumbre.

. . . Sorpresivamente para mí, entraste en ese momento y, obviamente, escuchaste lo que yo estaba diciendo (todavía no pude averiguar cómo). Hubo un rugido acompañando las palabras: *¿Qué, todavía no despacharon los cables?!* Miré hacia arriba, para encontrarte en medio del cuarto, emitiendo humo por la nariz, ojos y orejas, sin *nadie más* (con una excepción que mencionaré enseguida) a la vista. Las veinte o treinta personas —indudablemente lideradas por Sisco— se habían esfumado con una rapidez y facilidad que harían avergonzar a Houdini. La única excepción era Winston Lord, que estaba como acurrucado en un rincón, pero —Dios lo bendiga— preparado para prestar ayuda ante la piroctenia y para limpiar la sangre (la mía) cuando todo hubiera concluido. Desde entonces, Winston ha tenido un lugar especial en mi corazón, así como mi máximo respeto por su sobresaliente coraje.

La situación distaba mucho de ser graciosa. En total, se habían perdido por lo menos cuatro horas y mucha de la confianza que los israelíes habían depositado en nosotros. Al principio pensé que se trataba de un inexplicable mal funcionamiento técnico. Me habían dicho que una serie de tormentas eléctricas en la atmósfera estaba interrumpiendo todas las comunicaciones radiales. Al día siguiente me resultó sumamente extraño que *todos* los canales de transmisión de un avión presidencial se rompieran simultáneamente, cuando éste estaba equipado para comunicaciones instantáneas y jamás había fallado a lo largo de cinco años de misiones diplomáticas. Luego recordé las demoras y las mutilaciones que había experimentado al cablegrafiar a Nixon desde la aeronave detenida durante mi visita secreta en abril antes de la conferencia cumbre de Moscú en 1972 (2). Si la interferencia era deliberada (cosa que no puedo probar) (*) servía a los fines soviéticos sólo marginalmente; pero esto, por sí mismo, no excluye la posibilidad. Lo que resulta tan ofuscante acerca de muchos de los manipuleos soviéticos es la pérdida de confianza que los burócratas soviéticos están dispuestos a aceptar a cambio de beneficios relativamente pequeños.

No hay dudas de que la interferencia redujo el tiempo que Israel tenía para montar sus operaciones militares de último momento ante la inminencia del cese del fuego. Esto no debió haber importado. Israel sabía que me encontraba en Moscú para negociar el cese del fuego; siempre se le había dicho que iba a tener sólo un tiempo muy limitado para completar sus operaciones después que las negociaciones hubieran empezado; a esta altura ya habíamos duplicado las cuarenta y ocho horas que yo le había estado diciendo a Dinitz durante una semana que tendrían. Y es muy probable que, de todos modos, Israel se estuviera moviendo a toda velocidad. Más aun, recuperé una de las horas "perdidas" cablegrafiendo a John Scali en Nueva York, que no teníamos el mismo interés que tenían los soviéticos en adoptar el cese del fuego a medianoche, como le habíamos dado a

(*) El radio operador de la aeronave reservaba, como rutina, un amplio espectro de frecuencia para el caso de que la interferencia atmosférica tornara inutilizables algunas. Esta vez, las frecuencias a través de toda la banda de radio habían sido interrumpidas por una interferencia: un hecho extraordinario. Las transmisiones desde la aeronave y la embajada fueron mutiladas. El problema resultaba lo bastante desusado como para encarar una investigación. La mayoría de los expertos llegaron a la conclusión de que la interferencia atmosférica y otras dificultades técnicas eran las responsables; el operador de radio de la aeronave estaba convencido de que interferencias tan prolongadas y extensas sólo podían haber sido intencionales.

entender a Brezhnev. (Finalmente tuvo lugar a las 12.50 de la mañana hora de Nueva York.)(*)

El principal impacto de la maniobra, si es que fue una maniobra, se advirtió en las relaciones norteamericano-israelíes. Las horas que perdimos a causa de los problemas de comunicación le otorgaron a Israel sólo ocho horas en lugar de las doce con que habíamos contado. Por lo tanto, apareció en Jerusalén como un ultimátum, cosa que nunca había sido nuestra intención. También demoró nuestra información al resto de nuestro gobierno, dirigentes del Congreso, y a otros países, especialmente la República Popular China. Scowcroft se encargó de estas tareas con su eficiencia característica. Huang Chen, jefe de la Oficina de Enlace china, se mostró, tal como es hábito en los diplomáticos chinos, afable pero impenetrable. Sin duda, le disgustó la implicancia de condominio en una propuesta conjunta de los EE.UU y la URSS al Consejo de Seguridad. Pero habíamos mantenido a los chinos meticulosamente informados de nuestra estrategia. (Finalmente, China no participó en el voto del Consejo de Seguridad, la forma más moderada de disociación posible.)

Creí entonces, y lo creo aún, que logramos el máximo alcanzable. Cualquier esfuerzo destinado a lograr un poco más hubiera implicado riesgos de grandes crisis a cambio de ventajas sin consecuencia que hubieran podido comprometer el proceso de paz que estábamos decididos a comenzar. . . y a dominar. Habíamos dejado en claro que las armas soviéticas no les daban a los árabes una opción militar realista. Pero para beneficiarnos con esta demostración, también debíamos demostrar que la moderación tenía sus recompensas. No teníamos interés en llevar a nuestros potenciales socios árabes a un proceso de paz que los arrojara en brazos radicales o soviéticos. Con respecto a éstos, estaríamos provocando un enfrentamiento sin objeto. Tal como íbamos a demostrarlo más adelante a lo largo de esa misma semana, no vacilaríamos en tener un enfrentamiento cuando lo que estaba en juego eran intereses vitales. Pero no pensamos que convertir un retroceso árabe en una debacle fuera un interés vital.

Poco después, Scali informó que el Consejo de Seguridad había pasado la propuesta norteamericano-soviética de cese del fuego como Resolución 338. A las 12.50 del mediodía en Nueva York, ya eran las 7.50 hora de Moscú. Desayuné con Gromyko en la casa de huéspedes oficial, lo que me convertía técnicamente en el anfitrión. Se sentía la exuberancia que acompaña el final de cualquier negociación que implique grandes esfuerzos y riesgos proporcionados. El propósito principal era revisar el sentido de *auspicios adecuados*. Evidentemente, los soviéticos estaban deseosos de demostrar a sus clientes árabes que nos habían forzado a garantizar el logro de su programa. De igual modo, nuestro propósito era sencillamente el opuesto. Firmamos un documento que define "auspicios" de la siguiente manera:

(las) negociaciones entre las partes implicadas tendrán lugar con la activa participación de los Estados Unidos y la Unión Soviética a comienzos y durante el curso de las negociaciones cuando se traten los puntos claves de un acuerdo.

Hubo mucha charla sensiblera acerca de la importancia de estrechar las relaciones EE.UU.- URSS, y también mucha tomada de pelo, que reflejaba el alivio de que la necesidad de decisiones irrevocables hubiera pasado. La contribución de Gromyko consistió en llamar a Sadat, su aliado, un *camello de papel*. Pese a lo temprano de la hora, todo el mundo brindaba con brandy, aunque todos supiéramos que, en el mejor de los casos, sólo habíamos trasladado nuestra rivalidad al plano diplomático. Las pasiones de los combatientes de Medio Oriente, la dificultad de la implementación, y la competi-

(*) En realidad, eran las 12.52 del mediodía, pero las Naciones Unidas lo redondearon oficialmente a las 12.50.

tividad inherente a los intereses norteamericanos y soviéticos, volverían muy pronto a dominar nuestras relaciones.

UNA TENSA VISITA A ISRAEL

Durante la agitada noche de intercambios entre Washington y Jerusalén respecto de la resolución propuesta, la primera ministra Golda Meir había surgido con la idea de que yo fuera a Israel al volver de Moscú. Era un modo elegante de presentarlo; Tel Aviv no se encuentra en ruta directa de Moscú a Washington. Con toda delicadeza, Golda no había hecho depender mi aceptación de la invitación al acuerdo israelí a la Resolución 338 del Consejo de Seguridad. Pero aunque no lo dijera, era evidente que necesitaba un reaseguro para la fase de posguerra y para manejar su Gabinete.

Cuando acepté ir, notifiqué de inmediato a Sadat, Hussein, los soviéticos y los embajadores de la NATO. También creé todo un conjunto nuevo de problemas. Tomé la decisión aproximadamente a las 6 de la mañana del 22 de octubre; iba a partir cuatro horas después. Eso significaba obtener un nuevo permiso de vuelo para nuestro cambio de planes. No resulta lo más fácil del mundo encontrar a un oficial soviético responsable que esté despierto a esa hora, y mucho menos moverlo a aprobar inmediatamente un plan de vuelo que podría hacernos sobrevolar una gran parte de la Unión Soviética por lo general no abierta a extranjeros, especialmente cuando están esperando que vayamos hacia el oeste y no hacia el sur. Nuestro encargado de negocios en Moscú, Adolph (Spike) Dubs (un distinguido diplomático asesinado en 1979 mientras se desempeñaba como embajador nuestro en Afganistán), se ocupó de este problema por los medios que los funcionarios del Servicio Exterior reservan celosamente para mantener su indispensabilidad; completó todos los arreglos en tiempo record.

Alrededor de las 10, hora de Moscú, estábamos en el aire. A mitad de camino hacia Tel Aviv, se me hizo claro que nos encaminábamos a una zona de guerra. Después de todo, el cese del fuego no entraría en vigencia hasta varias horas después. Comprendí, sin un exceso de modestia, que podría ser buena idea solicitar protección aérea de la Sexta Flota de los EE.UU. Larry Eagleburger contactó al Pentágono desde nuestra nave, y el Centro de Comando Militar Nacional del Pentágono (NMCC) prometió que se dispondría todo de inmediato. Y así fue. En una demostración sobresaliente de la eficacia militar norteamericana, mientras sobrevolábamos Chipre nos salió al encuentro un elevado número de aeronaves de la marina norteamericana, que permaneció con nosotros hasta que aterrizamos en el aeropuerto Lod de Tel Aviv.

Iban a pasar más cosas de las que yo podía saber en ese momento. El comandante de la Sexta Flota en ese entonces era el vicealmirante Daniel Murphy, que había sido edecán del secretario de Defensa Melvin Laird y más tarde jefe del *staff* del vicepresidente George Bush. Meses después Eagleburger se encontró con Murphy en una fiesta en Washington y lo felicitó por su magnífica actuación en octubre de 1972. Murphy le contó a Larry lo que había pasado realmente.

La flota estaba realizando ejercicios de lanzamiento de aeronaves cuando llegó desde el Pentágono el pedido de cobertura aérea para el secretario de Estado. El NMCC le dijo que estábamos en algún lugar entre Moscú y Tel Aviv. (Tal vez nuestro piloto no quería darle un dato demasiado exacto por temor a que sirviera de ayuda a una aeronave menos amistosa que quisiera encontrarlos.) Inmediatamente, Murphy lanzó el resto de sus naves a una zona del Mediterráneo oriental, y ordenó a aquellos que ya estaban en el aire que nos buscaran también, en la medida en que su combustible se lo permitiera (ya estaba casi agotado). Murphy pasó momentos de ansiedad preguntando frenéticamente a sus pilotos si nos habían ubicado, obteniendo respuestas negativas, mientras respondían a las indagaciones del Pentágono con un impasible *todavía no lo encontramos, pero pronto*

lo haremos. Cosa que, para alivio del almirante, hicieron. Pero los aviones tenían poco combustible y apenas lograron aprovisionarse. Murphy le dijo a Eagleburger que había sido una de las experiencias más terribles durante el ejercicio de su cargo en la Sexta Flota.

Muchas veces me pidieron que relatara el momento más emocionante de mi desempeño en el gobierno. Me resulta difícil comparar hechos memorables en una variedad tan grande de marcos políticos y culturales. Sin embargo, sin ninguna duda mi arribo a Israel el lunes 22 de octubre de 1973 ocupa una posición elevada en la lista.

Llegamos al aeropuerto Lod (ahora Ben Gurión) de Tel Aviv a las 13 hora local. Después se escribió mucho, acerca de lo deseoso que estaba Israel de continuar la guerra, y cuánto le dolió el cese del fuego. A juzgar por la recepción que se nos brindó, nadie hubiera podido adivinar eso. Soldados y civiles recibieron la cercana paz como la máxima bendición. Israel era heroico, pero su resistencia estaba llegando al punto de ruptura. Aquellos que habían venido a darnos la bienvenida parecían sentir visceralmente lo cerca del abismo que habían estado y cómo dos semanas de guerra los habían desahogado. Pequeños grupos de milicianos y de civiles nos aplaudían con lágrimas en los ojos. Su expresión mostraba un cansancio que de manera casi tangible trasgredía los límites de la resistencia humana. Independientemente de lo que pudiera mostrar el mapa militar, Israel estaba exhausto. Su gente ansiaba la paz como sólo pueden desearla aquellos que jamás la han conocido.

La misma actitud prevalecía en Herzliyya, cerca de Tel Aviv, en el misterioso edificio moderno llamado la Casa de Huéspedes, en la cima de una colina, donde Golda y su Gabinete me recibieron. Se hallaba rodeado de alambres de púas; la seguridad era estrecha. Las habitaciones estaban amuebladas en un estilo contemporáneo que no llegaba al nivel de la elegancia. Tuve varias oportunidades más de visitarlo; el propósito para el que evidentemente nunca fue usado era el de *casa de huéspedes*. Se trataba de una casa segura para celebrar reuniones secretas con visitantes extranjeros.

Nos recibieron Golda, Dayan, David Elazar, el jefe de Estado Mayor, y otros funcionarios y ministros, incluyendo al embajador anterior Yitzhak Rabin, quien, sin posición oficial por el momento, permaneció sentado durante las conversaciones, sin decir nada y con aspecto enigmático. Un gran cansancio, físico y moral, aparecía impreso en cada rostro. La característica exhibición israelí de la baladronada no estaba ausente, pero requería tanto esfuerzo que parecía más que acorazar a los participantes, dejarlos exhaustos. Hablaban de inminentes victorias pero sin convicción, más para afianzar en nosotros una imagen de invulnerabilidad. Eran rezongos acerca de cómo el Tercer Ejército de Egipto podía haber sido cercado y destruido totalmente en otros *tres* días de lucha. Pero éstos eran los mismos dirigentes cuyas predicciones repetidas —*necesitamos tres días más*— habían resultado consecuentemente superoptimistas. Además, no había argumento por el cual Israel pudo haber logrado que se le dieran tres días más sin arriesgar una crisis de las superpotencias y sin destruir la posición norteamericana en el mundo árabe. Y los líderes israelíes lo sabían. Su tono era pensativo más que recriminatorio; más una nostalgia por las glorias de 1967 que una reflexión sobre la realidad de la hora.

El Tercer Ejército, en todo caso, no apareció demasiado en las discusiones de la Casa de Huéspedes. Cuando le pregunté a Golda cuál hubiera sido el próximo objetivo de Israel si el cese del fuego no se hubiera interpuesto, mencionó Puerto Fuad, en el extremo norte del Canal, en el área del Segundo Ejército. Tan lejos del Tercer Ejército como era posible. Y si había algo claro en Israel el día anunciado del cese del fuego, era que ya había tenido suficientes casualidades: sus 2.000 muertos, que eran el equivalente de 200.000 norteamericanos.

En el fondo, los israelíes sabían que, si bien habían ganado la última batalla, habían

perdido el aura de invencibilidad. Los ejércitos árabes no estaban destruidos. Las naciones árabes no habían ganado, pero ya no necesitaban acobardarse ante el poderío israelí. Israel, después de haber escapado del desastre a duras penas, había prevalecido desde el punto de vista militar; había terminado por capturar más territorio árabe del que había perdido. Pero estaba avanzando por un futuro incierto y solitario, dependiente de un círculo decreciente de amigos. Lo que tornaba las perspectivas más atormentadoras era la certeza de que lo que había contribuido a ese resultado era la complacencia.

Cada uno de los dirigentes israelíes con los que nos reunimos manejaba el trauma de diferentes maneras de acuerdo con el período de su carrera en que se encontraba. Se daban cuenta vagamente de que la guerra había agostado sus futuros personales; indudablemente, en el espacio de un año habían perdido todo poder. Para Golda, que ya había detentado todos los cargos dignos de tenerse, esto era algo cercano a un bienvenido alivio. Estaba angustiada, no acerca de su futuro político, sino por las contingencias que ella creía que una mayor perspicacia pudo haber evitado. Había sacrificado su vida privada al adoptar a todo Israel como su familia. Cada desastre israelí era para ella una pérdida personal. Y tenía el corazón destrozado, no sólo por el sufrimiento sino por su visión de lo que les aguardaba, que ella comprendía mejor que sus colaboradores.

Golda no tenía dificultades en asumir la responsabilidad por los fracasos anteriores a la guerra; no se disculpaba ni ofrecía explicaciones. Libre de ambiciones políticas, se preparaba para lo que su instinto le decía que sería ahora el desafío de Israel: que las negociaciones directas que su país había exigido durante tantos años con tanto fervor, indudablemente tendrían que abastecerse con concesiones israelíes. Para ella, la guerra ya era algo del pasado. Sola entre sus colegas, se estaba preparando para la batalla siguiente, a la que consideró que privaba al mundo exterior —y especialmente a los Estados Unidos— de cualquier tentación de mitigar sus problemas a expensas de Israel (o lo que ella consideraba que era a expensas de Israel, lo que generalmente significaba una alteración del *statu quo*). Cautelosamente acechó el cubil de la Casa de Huéspedes, pronta para defender los intereses de su patria, insistiendo en vender los compromisos de Israel al precio más elevado posible. Yo sabía que, como interlocutor suyo, tendría que soportar los embates más fuertes de su vigor y tenacidad.

El general David (*Dado*) Elazar, el jefe del Estado Mayor, estaba en el otro extremo del espectro. Sabía que cada guerra tenía sus víctimas; él sería el sacrificio ofrendado para la complacencia de Israel. Su carrera militar o gubernamental terminaría en cuanto el proceso político pudiera llegar a un posmortem. No voy aventurarme a discutir acerca del preciso grado de su responsabilidad en el hecho de que Israel fracasara en movilizarse a tiempo, porque ello resultaría irrelevante para mis fines. Elazar me impactó como un hombre de una calidad excepcional, de noble porte, fatalista en su conducta. Nos trató de modo natural pero con la actitud de un individuo para quien las locuras del día ya eran parte de la historia. Renunció al año siguiente cuando una comisión gubernamental israelí lo consideró en gran medida culpable de la carencia de preparación de Israel. Entró en la vida privada, que no le interesaba. Un año después murió. Los médicos diagnosticaron un ataque al corazón; es el mejor término que pueden hallar los que están familiarizados con las realidades palpables para describir una profunda angustia.

El caso de Dayan fue el más complejo. Una de las ironías de la historia de Israel es que un pueblo a menudo perseguido por su condición de cosmopolita y excesivamente intelectual ha creado un nuevo tipo de líder en el proceso de formación de su nuevo Estado: el héroe-campesino enraizado en la tierra, realista, sin la carga de una imaginación excesiva (excepto en el sentido de la premonición de una catástrofe), un pionero que defiende cada centímetro cuadrado de sus adquisiciones no sólo como si la diplomacia fuera otra forma de guerra —cosa que Clausewitz ya había advertido— pero como si obedeciera exactamente a las mismas reglas. Dayan fue una mezcla singular de lo viejo y lo nuevo.

Entre sus colegas, era único por los alcances de su imaginación, la agilidad de su intelecto, su habilidad para ubicar a Israel en un contexto mundial. Su hobby era la arqueología; esto le daba una perspectiva histórica que iba aun más allá de la larga historia de su propio pueblo. Entendía que la experiencia de la catástrofe no era privativa de los judíos, aun cuando pareciera que el destino se la repartió con mayor generosidad que a la mayor parte de los pueblos. Por lo tanto, tenía una comprensión mayor, y una más amplia tolerancia de los puntos de vista de otras sociedades —especialmente la árabe— de lo que era característico de la mayoría de los dirigentes israelíes. Tenía la intuición de un poeta. A veces podía ver tantos aspectos de una cuestión, que perdía la concentración que es esencial en todos los líderes, y, muy especialmente, en un primer ministro. Pese a todo, yo siempre había creído que sus cualidades especiales iban a ser sumamente necesarias cuando comenzara un proceso de paz; que indudablemente Dayan era el hombre de Estado más indicado para conducir a Israel hacia la paz.

La tragedia de Dayan fue que, como Moisés, se le permitió vislumbrar la Tierra Prometida, pero el viaje a la cima de la montaña lo privó de la capacidad para implementar su propia visión. Como la mayoría de los hombres artísticos y de talento, conocía su propio valor; no estaba exento de vanidad. Durante veinte años, se había desempeñado en cargos que no aprovechaban al máximo su extraordinaria capacidad. Se había mantenido con su imagen pública de héroe de la guerra de 1956; más tarde, como el salvador convocado en 1967 para conducir la magnífica victoria (pensara lo que pensara Rabin acerca de quién merecía realmente los laureles). Sin embargo, por una ironía cruel, en el preciso momento hecho especialmente para su talento, Dayan estaba perdiendo su aura. Si había que culpar al jefe del Estado Mayor porque Israel había sido tomado por sorpresa, inevitablemente también había que culpar al ministro de Defensa. Era fundamental que toda crítica efectuada al jefe del Estado Mayor se aplicara también a su inmediato superior.

Lo que hizo que su destino fuera tan insoportable fue que Dayan, el prominente visionario entre los dirigentes israelíes, no pudo reconocer sus propias predicciones cuando finalmente se convirtieron en realidad. Durante años había advertido que la guerra sería inevitable si Israel insistía en permanecer a lo largo del Canal de Suez. Había apoyado un retiro de tropas o, si era necesario, un retiro unilateral israelí para crear una zona neutra. Nunca logró convencer a sus colegas de Gabinete o a Golda. Ellos simplemente no tenían una categoría de pensamiento para retiros unilaterales. La perspicacia de Dayan fue vindicada pero en circunstancias que casi lo destruyeron. Hubo toda una serie de explicaciones por no haber podido reconocer que el mismo ataque acerca del cual había estado formulando advertencias era inminente; muchos otros habían llegado a la misma conclusión errónea sobre las intenciones de Egipto. Pero cuando los héroes admiten la falibilidad, pierden algo de su fe en sí mismos. Dayan estaba tan identificado con su propia imagen pública, que no pudo hacer lo único que le hubiera permitido trascender su desdicha, y lo único, en realidad, que hizo Golda: admitir un honrado error de cálculo.

En cambio, después de 1973, Dayan nunca volvió a ser el mismo. A lo largo de la guerra había oscilado entre la desesperación y la euforia, recomendando al mismo tiempo grandes retiros de tropas del Sinaí, y proclamando constantemente victorias prematuras cuyo anuncio amenazaba a nuestra diplomacia acordada. Me recordaba a un jugador que, tras haber perdido a la ruleta, buscaba resarcirse doblando constantemente su apuesta. Estaba demasiado próximo a su sueño de convertirse en el primer ministro de la paz como para dejar escapar ese sueño, y al mismo tiempo demasiado lejos de su destino como para poder aprehenderlo mediante un acto de la voluntad. Todavía no había llegado al pináculo, como Golda, para quien la prolongada estada en él era irrelevante, ni había caído en el abismo como Elazar. Estaba suspendido entre su ambición y su premonición, demasiado grande para atacar, demasiado inseguro para retirarse, demasiado

seguro de que ésta era su hora como para admitir que no resultaba el momento adecuado y por lo tanto tal vez reservarse para su misión final. En tal sentido, en la Casa de Huéspedes se mostraba alternativamente sarcástico y alentador. Sólo cuando no se sentía observado podía advertirse la melancolía y la frustración subyacentes que habrían de amargar de allí en más la vida de esa personalidad extraordinaria.

Durante aquella visita tan preñada de emoción, tuve tres entrevistas con Golda: la primera, en privado, desde las 13.35 hasta las 14.15; después del almuerzo, con un grupo grande de oficiales de ambos bandos desde las 14.30 hasta las 16.00; y luego durante un informe militar desde las 16.15 hasta las 17.00.

La primera pregunta de Golda cuando nos sentamos en un cuarto trasero se refería no sólo a la guerra sino también a su pesadilla acerca del futuro: ¿existía un pacto secreto norteamericano-soviético para imponer las fronteras de 1967? Cuando negué esto con firmeza, me preguntó si existía un pacto para imponer cualesquiera otras fronteras. Negué esto también. Mientras ella exploraba todas las posibles combinaciones de la duplicidad norteamericana, ejemplificó la enorme inseguridad inherente a la posición geográfica y demográfica de Israel, y su total dependencia respecto de los Estados Unidos. Durante dos semanas permanecemos junto a Israel, los aprovisionamos de armas, nos arriesgamos a sufrir (y finalmente sufrimos) un embargo petrolero, diplomacia sincronizada, y logramos mucho más en la Resolución 338 que lo que hubiéramos podido prever en la primera semana cuando las negociaciones directas entre árabes e israelíes ni habían sido consideradas. Sin embargo ahora, el alivio casi palpable ante el fin de la guerra daba surgimiento a un gran malestar por sus implicancias. Durante veinticinco años la diplomacia israelí había luchado para lograr negociaciones directas. Ahora que este logro estaba a la mano, Golda se sentía casi abrumada por la conciencia, todavía piadosamente oscura para sus colegas, de que la agenda de estas negociaciones enfrentaría a Israel con los aterradores dilemas que había evitado durante tanto tiempo.

El pavor histórico de Israel aparecía cubierto de exégesis talmúdica. Se dedicó mucho tiempo a dilucidar si el Párrafo 2 de la resolución del cese del fuego —el compromiso para implementar la Resolución 242— estaba orgánicamente relacionado con las negociaciones directas dispuestas en el Párrafo 3. En otras palabras, las negociaciones directas, ¿se limitarían a implementar un retorno a las fronteras de 1967, o Israel tendría el derecho de proponer su propia interpretación de la 242? Le reafirmé a Golda y sus colegas que no había tratos secretos ni restricciones respecto de lo que cualquiera de las partes podía proponer.

En suma, la inseguridad de Israel era tan grande que hasta las palabras resultaban dagas. Golda sabía muy bien que ni siquiera el logro de sus objetivos podía compensar el alterado equilibrio psicológico. Le pregunté si pensaba que Sadat podría sobrevivir a los retrocesos militares de la última fase de la guerra. Golda replicó con realismo: *Sí. Porque es el héroe. El se atrevió.* Tenía razón. Israel estaba en desventaja, aun cuando la guerra hubiera concluido con su triunfo, porque su tarea estaba más allá de la escala humana. No podía vencer por la fuerza, simplemente por derrotar a sus enemigos; tenía que aniquilarlos para que no pudieran revivir. Dada la disparidad numérica —la ciudad de El Cairo sola tenía el doble de la población del Estado de Israel— ninguna nación, por heroica que fuera, podía sustentar indefinidamente una misión semejante. Es por ello que para Israel la paz resulta tan necesaria como aterradora. El verdadero tema de discusión durante mi visita a Israel era si podría firmarse la paz mientras aun se mantenía el espíritu de heroísmo y antes de que las violentas olas sumergieran la roca solitaria.

Durante el almuerzo trajeron un mensaje en el cual se informaba que Egipto había aceptado el cese del fuego, que se había hecho efectivo a las 17.00 horas de El Cairo (en realidad dos horas antes del fin del plazo.) La reacción israelí en torno de la mesa fue una

mezcla de alivio, exultancia y resignación, virando con dificultad de la esperanza a la sospecha. Siguió una caprichosa discusión sobre los fundamentos del poder, que pronto fue sumergida por una de esas confusiones que tienen lugar tan a menudo en los momentos históricos. Hubo cierta incertidumbre en el sentido de si El Cairo y Tel Aviv se hallaban situadas en la misma zona horaria; la brecha entre ambas sociedades era tan grande, que parecía que nadie podía llegar a averiguarlo. Envié a Eagleburger a telefonar a Washington para informarnos. Mientras esperábamos la palabra oficial, sugerí que Israel resolviera el asunto estableciendo la hora de las 18.52 hora israelí, y dejara que El Cairo lo tradujera a la hora egipcia. (Que resultó ser la misma.)

Más tarde, un informativo militar nos comunicó por primera vez lo que habíamos intentado extraerle a los israelíes durante una semana: la situación y los objetivos exactos de sus fuerzas en la orilla Oeste del Canal de Suez. Los mapas mostraban que todas las rutas egipcias de abastecimiento del Tercer Ejército estaban cortadas, excepto un camino secundario en el extremo Sur. Los oficiales israelíes alabaron las cualidades combatientes de los ejércitos sirios y egipcios; las unidades iraquíes con las que se habían topado los habían impresionado menos.

Me fui de Israel exaltado y sin embargo sombrío. Habíamos logrado nuestro objetivo estratégico, pero éste sólo había abierto el camino a un terreno desconocido cuyo tránsito requeriría disciplina, unidad, y voluntad. Que Egipto estaba deseoso de negociar se reflejaba en el nuevo mensaje de Hafiz Ismail, que me invitaba a detenerme en El Cairo en mi viaje de regreso. No creí que las ansiedades de Israel pudieran soportar esto, o que, en realidad, nosotros mismos estuviéramos preparados para dialogar seriamente con Egipto. Por lo tanto, decliné cortésmente la invitación:

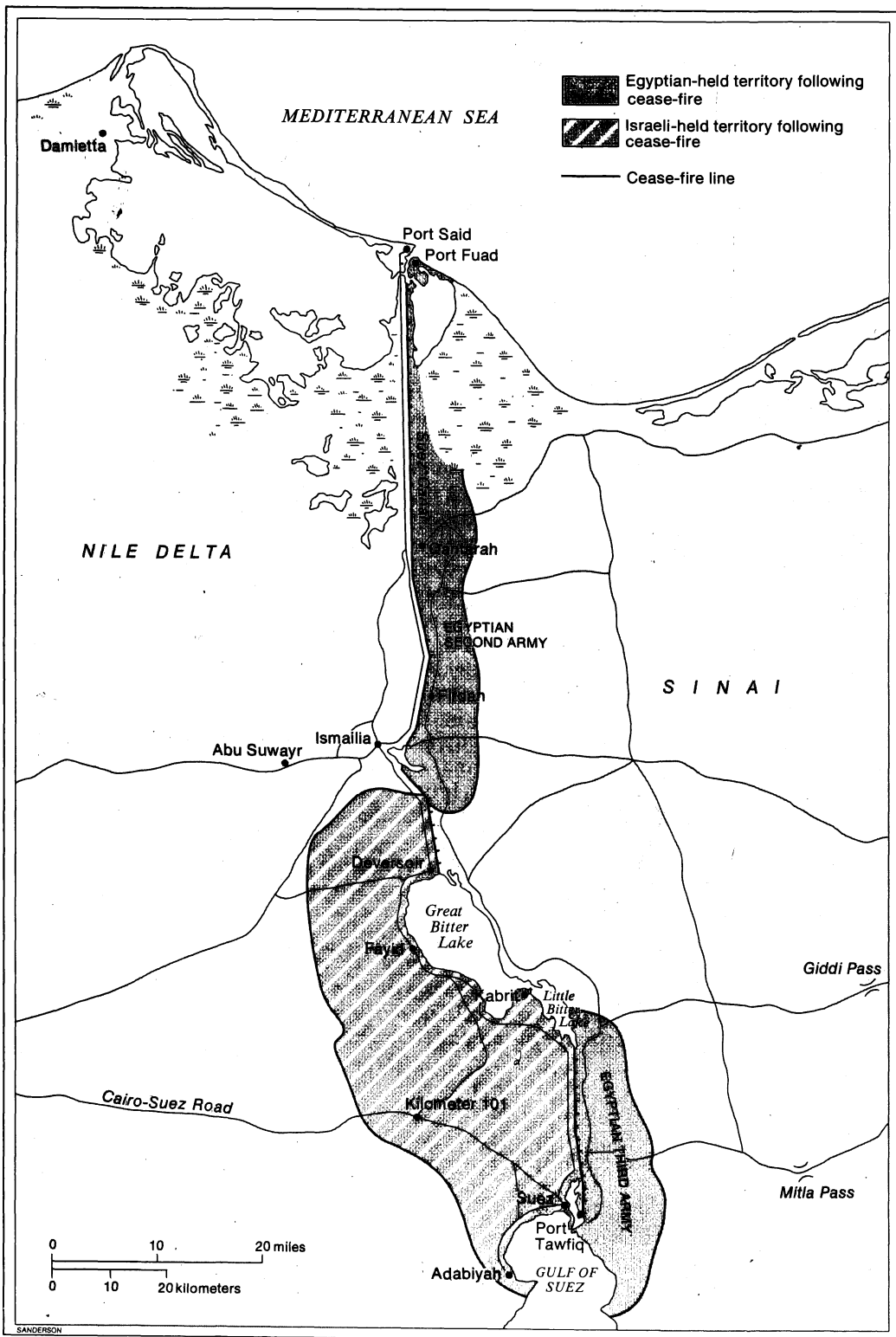
El secretario Kissinger agradece al señor Ismail su amabilidad de invitarlo a visitar El Cairo. Desgraciadamente, la invitación fue recibida cuando el secretario ya había abandonado la zona y se dirigía a Londres. Sin embargo, ahora que el cese del fuego ha sido logrado, acepta complacido la amable invitación del señor Ismail para visitar El Cairo en fecha próxima. Aguarda la oportunidad de que se fije una fecha conveniente para ambos en un futuro muy próximo, y, a continuación de los intercambios con el señor Ismail, por este medio.

Entretanto, Washington había explotado después de *la masacre del sábado a la noche*. Mientras volaba al Oeste, recibí sólo dos informes breves. En uno de ellos Scowcroft había anotado junto a otros tópicos:

La devoradora preocupación del momento es el asunto Richardson-Cox-Ruckelshaus. Los comentarios sobre las acusaciones son numerosos en todos los medios. Las noticias sobre el cese del fuego, por supuesto, aparecieron en grandes titulares, pero esta última crisis de Watergate ha tenido el efecto de sumergir todo lo demás.

Haig me cablegrafió con mayor detalle:

Lamentablemente, Ud. retornará en medio de una aguda crisis nacional, que ha resultado del despido de Cox y la consecuente renuncia de Richardson y Ruckelshaus. Debido a que la situación está al rojo vivo, las ramificaciones de los logros en Moscú se han visto algo eclipsadas y su verdadero significado minimizado. Por esta razón, es esencial que Ud. participe de lleno en mantener la perspectiva nacional, y que se haga un esfuerzo mayor aun para que la atención nacional se concentre en el rol del presidente en el acuerdo del Medio Oriente. Bien podría producirse una



El frente del Sinai: línea del cese del fuego después de la guerra de octubre.

estampada en el Congreso mañana, aunque confiamos que prevalecerán las cabezas frías si la situación se maneja acertadamente.

En cuanto a ahora, el presidente considera que es esencial que tengamos una reunión de dirección de los dos partidos mañana en la Casa Blanca, durante la cual Ud. pueda informar en detalle sobre la situación en Medio Oriente, enlazando enfáticamente este informe con los logros del presidente hasta la fecha, y la necesidad de unión nacional y una mano firme en los críticos días que vendrán.

El lunes veintidós de octubre a la noche, durante mi parada en el aeropuerto de Heathrow cerca de Londres para informar a *sir* Alec Douglas-Home, obtuve una idea cabal de lo que había sucedido a través de los periódicos. Las actuaciones de la acusación estaban comenzando. Yo volvía a una nación que, aun mientras contribuía a la paz en Medio Oriente, estaba consumiendo su autoridad interna.

EL CESE DEL FUEGO DE DESATA

Sir Alec se sintió aliviado de que la guerra hubiera terminado, pero no muy seguro de que el cese del fuego se cumpliera. Tenía informaciones de que el presidente de Siria, Hafez el-Assad estaba planeando una ofensiva que se iniciaría al día siguiente: la guerra podría recomenzar. Para no perder tiempo por comunicaciones vía Washington, los ayudantes de Home en el Ministerio de Relaciones Exteriores británico me consiguieron telefónicamente al embajador soviético en Londres. Una de las especialidades de los diplomáticos soviéticos no es precisamente la de reaccionar con iniciativa ante lo inesperado. Me llevó bastante tiempo —y no poca ayuda por parte del personal del citado Ministerio— convencerlo de que yo no era un impostor. El desventurado embajador, probablemente reprochándose el no haberse comprometido para salir a cenar esa noche, me hizo dictarle exactamente lo que quería transmitir, convirtiendo una conversación en un mensaje. Le expuse que Israel había aceptado la resolución de cese del fuego. Si Siria empezaba una ofensiva, nosotros no seríamos los responsables de las consecuencias. No corrió el riesgo de ofrecer personalmente un comentario.

Pero el Medio Oriente nunca deja de enseñar los límites de la previsión humana. El cese del fuego se desataba, aunque no de la manera que temimos en el aeropuerto de Heathrow. Justo cuando la guerra parecía ceder bajo la égida de las superpotencias, y nuestros medios empezaban a redescubrir algún mérito en la *détente* norteamericano-soviética, el enfrentamiento que habíamos logrado evitar durante diecisiete días estalló súbitamente sobre nosotros.

El problema era en el Canal de Suez. Llegué a la base Andrews de la Fuerza Aérea, cerca de Washington, a las 3 del martes 23 de octubre, y me fui a casa a acostar después de un largo día que había empezado en Moscú con escalas intermedias en Tel Aviv y Londres. Cuando horas después, a la mañana, llegué a mi oficina, tras cuatro horas de sueño, encontré dos mensajes: uno de El Cairo, otro de Jerusalén. Hafiz Ismail informaba brevemente que las tropas israelíes habían roto el flamante cese del fuego y estaban ocupando nuevas posiciones. Egipto estaba tomando *todas las medidas necesarias para garantizar su seguridad*. Ismail preguntó qué estaban haciendo los Estados Unidos y la Unión Soviética para asegurar el acatamiento por parte de Israel.

El mensaje del embajador Kenneth Keating en Israel era mucho más largo e infinitamente más complejo. Golda acababa de invitarlo para un largo análisis. Ella comenzó señalando que existía una considerable oposición interna al cese del fuego; podía obtener la aprobación del Parlamento israelí aunque no sin una difícil marcha. Después se quejaba, con bastante razón, de la incongruencia de la posición jordana: Hussein había aceptado públicamente el cese del fuego en la *margen occidental* (donde no había habido

tiroteos) pero se escondía tras el fracaso sirio para despachar órdenes de cese del fuego en el área donde realmente se estaba peleando (y a donde Jordania había enviado tropas). Ya que eludía concienzudamente discutir el frente de Suez, Keating mencionó un informe que había recibido horas antes, enviado por los militares israelíes, alegando violaciones del cese de fuego al por mayor por parte de Egipto. Algunos podrían considerar estos reclamos con escepticismo, decía Keating delicadamente, ya que las fuerzas israelíes parecían ganar terreno. Estaba seguro de que Golda era consciente de este peligro. Golda admitió que sus comandantes militares habían solicitado *dos o tres días más* para completar el cerco al Tercer Ejército en el sur (un hecho que nunca nos fue comunicado mientras estuvimos en Moscú), pero el Gabinete los había derrotado. Desgraciadamente, durante la noche y después que el cese del fuego hubo entrado en vigencia —sostenía Golda— los egipcios habían roto la tregua y montado un ataque masivo. En estas circunstancias ella había ordenado al ejército israelí que continuara luchando hasta que los egipcios se detuvieran.

Compartí el escepticismo de Keating. El resumen militar del día anterior en Tel Aviv no insinuaba una potencial ofensiva egipcia; ni tampoco la primera parte de las observaciones de Golda a Keating implicaban que los comandantes israelíes iban a ser meticulosos con el cese del fuego. También tuve la tremenda sensación de que los había envalentonado; en Israel, para ganar su apoyo, yo había indicado que iba a comprender si había un “resbalón” de unas pocas horas en el plazo para el cese del fuego mientras volaba de vuelta a los EE.UU., para compensar las cuatro horas que se habían perdido con la interrupción de las comunicaciones en Moscú. Pero este nuevo combate continuaba más allá del breve margen adicional que yo había sobreentendido. Ya habían pasado veinte horas del plazo fijado. Tampoco los israelíes alegaban —ni en ese momento ni nunca— haber tenido justificación alguna por sus esfuerzos, salvo la autodefensa. Por otra parte, los comentarios de Ismail y de Golda eran todavía relativamente benignos. No sugerían una crisis inmediata.

Obviamente, Moscú no había absorbido aún el contenido de los dos mensajes. O de lo contrario el Kremlin, como nosotros, consideraba que cualquier violación era el tormento normal y final de un amargo conflicto. Por el contrario, a las 7.50 el encargado soviético Yuli M. Vorontsov (Dobrynin todavía no había vuelto de la capital soviética) nos trasmitió una respuesta positiva de Moscú a mi advertencia enviada desde Heathrow acerca de una inminente ofensiva siria:

Habiendo recibido la comunicación del secretario Kissinger tomamos las medidas apropiadas. Ahora deseáramos informar al Dr. Kissinger que, en conexión con la última resolución del Consejo de Seguridad, no hemos registrado acciones de ese tipo por parte de Siria.

Alrededor de las 9.30 el secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, llamó para informar que Egipto había protestado formalmente por violaciones israelíes al cese del fuego, y que solicitaba una reunión del Consejo de Seguridad. Waldheim sugirió que se introdujera una fuerza internacional de Escandinavia y otros países para controlar el cese del fuego. Le contesté que iba a consultar con mis colegas y con los soviéticos.

Pocos minutos después discutí métodos para controlar el cese del fuego con David Popper, el secretario adjunto de Estado a cargo de los asuntos de las Naciones Unidas. Él consideró que el medio más útil y practicable era el grupo de observadores de las Naciones Unidas que había estado estacionado previamente a lo largo del Canal de Suez.

Después hablé con Vorontsov. Para comenzar las cosas con una nota positiva, le pedí que agradeciera a Brezhnev la hospitalidad soviética. Al mismo tiempo, recalqué que la

unión de "auspicios" acordada para las negociaciones —a la que los soviéticos habían prestado tanta atención— presuponía el rápido cumplimiento de la promesa de Brezhnev de llevar a cabo la liberación de prisioneros de guerra israelíes. Luego volví al motivo principal de mi llamada, que era informar a Vorontsov de las violaciones de cese del fuego que habían sido denunciadas, y en las que cada bando acusaba al otro. El mejor remedio, acoté, sería que el Consejo de Seguridad aleccionara a Waldheim para que instara a las partes interesadas a observar de inmediato el cese del fuego. Aprobaríamos que el Consejo de Seguridad quisiera enviar observadores o tropas de las Naciones Unidas. Indudablemente, Vorontsov carecía de instrucciones. Se limitó a crípticos gruñidos de "sí" y "bien" para indicar que había entendido. Cuando le ofrecí a Vorontsov el conmutador de la Casa Blanca para acelerar los contactos con Moscú, declinó, asegurándome que podría comunicarse "enseguida". En otras palabras, tal como yo había supuesto, Dobrynin había alegado malas comunicaciones el primer día de guerra y había solicitado las nuestras como un artificio para demostrar las ausencias de una connivencia árabe soviética.

Cinco minutos después, Vorontsov volvió al teléfono. Obviamente, mi mensaje se había cruzado con uno de Moscú, que a esta altura ya se encontraba seriamente alarmada. Había una nota de Brezhnev para mí, lo cual era un procedimiento totalmente desusado, ya que en el pasado el secretario general había dirigido invariablemente sus comunicaciones a Nixon. Llevó una hora traducir el mensaje de Brezhnev y enviarlo desde la embajada soviética. En él me comunicaba que las fuerzas israelíes se desplazaban hacia el sur por la orilla occidental del Canal de Suez. Estas noticias provenían de *informaciones propias y confiables* de Moscú, en otras palabras, no de fuentes egipcias sino presumiblemente de los Foxbats Mig-25 supersónicos que volaban en misiones de reconocimiento desde los aeropuertos egipcios. Brezhnev calificó las acciones israelíes de "inaceptables" y "engaño flagrante", de lo que uno tenía que concluir que los egipcios estaban en graves apuros. Sugirió una reunión del Consejo de Seguridad a mediodía —a menos de dos horas de distancia— reconfirmando el cese del fuego, y ordenando a todas las fuerzas que se retiraran a la línea que ocupaban cuando se pasó la resolución del cese del fuego el 22 de octubre, o doce horas *antes* de que se requiriera que el cese del fuego entrara en efecto. (Una clara estratagema soviética, que hubiera puesto a los israelíes bien detrás de las líneas de las que habían saltado obviamente cuando comenzó el combate). Brezhnev incluía un anteproyecto de resolución del Consejo de Seguridad que englobaba sus ideas.

Nos hallábamos ahora ante una seria dificultad. La urgencia del llamamiento de Brezhnev sugería que la situación del Tercer Ejército egipcio era mucho más seria que lo que nuestros servicios secretos habían descubierto o lo que nos habían revelado los israelíes. Si los Estados Unidos se quedaban de brazos cruzados mientras destruían al ejército egipcio después de un cese del fuego patrocinado por los norteamericanos y de una visita del secretario de Estado a Israel, ni el más moderado de los árabes podría seguir cooperando con nosotros. Teníamos que movernos rápidamente.

A las 11.04 de la mañana establecí un contacto urgente con Simcha Dinitz para ver si tenía algo que añadir al informe de Keating. No conocía la ubicación de los nuevos frentes de batalla. Podía decirme, sin embargo, en nombre de la primera ministra, *personal, confidencial y sinceramente que ninguna de las acciones en el frente egipcio fueron iniciadas por nosotros*. Con todo mi afecto por Golda, pensé que estaba abusando de mi credulidad con su definición de "iniciar". No era plausible que el Tercer Ejército iniciara ataques después de un cese del fuego que lo había salvado del aniquilamiento, ni que debiera pedirle de inmediato otro cese del fuego a todos los que encontrara a su alcance, disparando todo el tiempo a los pasivos israelíes que sólo se estaban defendiendo al avanzar.

Pero éste no era el momento para un debate abstracto. Leí con Dinitz el anteproyecto de los soviéticos de resolución para las Naciones Unidas. Le comuniqué que no cooperaríamos con la formulación soviética de que las partes retornaran a las líneas existentes cuando la resolución del cese del fuego fuera adoptada por el Consejo de Seguridad. Pero yo no veía cómo podíamos rehusar una exhortación a volver a las líneas existentes cuando el cese del fuego se hiciera efectivo (doce horas más tarde). Afirmé que favorecíamos la introducción de observadores de las Naciones Unidas. Dinitz prometió solicitar instrucciones.

Minutos después Golda llamó, en primer lugar, para asegurarme que Egipto había sido el primero en romper el cese del fuego. Mascullé algo acerca de mi impresión de que sus soldados obviamente no estaban muy acojados por ese giro inesperado de los acontecimientos. Habiendo demostrado mi habilidad en la réplica aguda, expliqué mi parecer acerca de la resolución de las Naciones Unidas. Sugerí que Israel retrocediera unos pocos cientos de metros de donde se encontrara en ese momento, y lo llamara la vieja línea de cese del fuego. *¿Cómo puede alguien saber dónde está o estuvo una línea en el desierto?* pregunté. La melancolía de Golda ante mi torpeza resultaba evidente, aun a una distancia de nueve mil kilómetros. Replicó: *Van a saber perfectamente dónde está nuestra línea actual.*

Entonces comprendí. Israel había cortado la última ruta de abastecimiento a la ciudad de Suez. El Tercer Ejército egipcio sobre la margen oriental del Canal estaba totalmente aislado (ver mapa de la página 476). Teníamos encima una crisis.

Mi primer esfuerzo fue para ganar tiempo. A las 11.32 hablé con Vorontsov. No nos molestaría llamar al Consejo de Seguridad para el mediodía, expliqué, pero no íbamos a estar listos para votar hasta mucho más tarde. De todos modos, no estábamos preparados para aceptar la propuesta soviética que solicitaba retiro de las tropas a las líneas ocupadas hasta el momento en que el Consejo de Seguridad había votado el cese del fuego.

Al mediodía, llamó Dinitz con un mensaje bastante complicado. Su esencia era que las fuerzas israelíes no se retirarían de las posiciones que ahora detentaban. El gobierno israelí estaba de acuerdo, afirmó, con el argumento de que nadie podía decir dónde había estado la línea original de cese del fuego, de manera que no aceptaría un llamamiento a la retirada. Israel no deseaba minar la autoridad de las Naciones Unidas prestando su acuerdo a una nueva resolución que no podía cumplirse. Semejante delicadeza mostraba una solicitud por las Naciones Unidas para la que el accionar israelí previo no nos había preparado demasiado. Tampoco resolvía nuestro problema. Instruimos al embajador Scali en Nueva York para que no hicieran nada hasta tanto hubiéramos decidido cómo proseguir.

A las 12.36 de la tarde llegó un mensaje urgente de Brezhnev, esta vez para el *Estimado señor presidente*. Hablaba acaloradamente de la "traición" israelí; ofrecía la absoluta seguridad de que los dirigentes árabes observarían el cese del fuego. La pasión del mensaje fue lograda a costa de la precisión, porque omitía el problema que podría causarnos la mayor dificultad: si Israel debía retirarse y a qué línea. Se concentraba simplemente en el cese de la lucha. En nombre de una inexistente garantía norteamericano-soviética de cese del fuego, —tal vez puesta engañosamente en circulación por los soviéticos para inducir a El Cairo a aceptar el cese del fuego originario— nos pedía que tomáramos *las más decisivas medidas* conjuntamente, "sin demora" para imponer el cese del fuego. Mi idea era que si todo lo que se quería era un nuevo cese del fuego, nuestra tarea sería relativamente fácil; si se contemplaba un retiro israelí, tendríamos momentos tempestuosos.

Para adquirir una propuesta soviética más concreta, interpretamos el mensaje de Brezhnev en el primer sentido de nuestra respuesta, que había salido bajo el nombre de

Nixon en el lapso de una hora y que trataba los datos con los que se contaba como si estuvieran más claros y definidos de lo que en realidad estaban:

Quiero asegurarle que asumimos la plena responsabilidad de concretar un cese total de las hostilidades por parte de Israel. Nuestra propia información nos indicaría que la responsabilidad por la violación del cese del fuego pertenece al lado egipcio, pero éste no es el momento para discutir ese tema en particular. Insistimos con Israel para que den los pasos inmediatos para cesar las hostilidades, y les recomiendo especialmente que tomen medidas similares con respecto al lado egipcio.

A las 13.35 de la tarde comuniqué nuestra decisión a Vorontsov. Apoyaríamos una nueva exhortación al cese del fuego y a un retorno a las posiciones ocupadas por ambas partes cuando el cese del fuego se hiciera efectivo. Previne a Vorontsov en el sentido de que la ubicación de la línea tendría que negociarse entre Egipto e Israel. Y no dejé dudas de que esperábamos que ese asunto se prolongara. *Queremos que Uds. y nosotros procedamos con lentitud en esta disputa*, señalé. Vorontsov se mostró ansioso por compartir la filosofía de mi enfoque: *Dejémoslos discutir pero no pelear*. Añadí que todo sería más simple si Egipto liberaba a los prisioneros israelíes.

A Vorontsov le llevó sólo cinco minutos consultar con Moscú y confirmar su aceptación. A las 14.26 Brezhnev dio un paso inédito: reiterar esa aceptación en otro mensaje a Nixon. Todavía no sabíamos con exactitud dónde se encontraba ubicado el ejército israelí. Pero la urgencia de las comunicaciones soviéticas no dejaba dudas de que el ejército egipcio se hallaba en un peligroso apuro.

Nosotros pensábamos que le habíamos dado a Israel la máxima flexibilidad para negociar: podía usar esta negociación para presionar respecto de otras de sus preocupaciones, especialmente la liberación de los prisioneros. Pero Israel quería lo que nosotros no podíamos concederle: un veto sobre todas nuestras decisiones haciendo caso omiso de los méritos de la cuestión, y mano libre para destruir al Tercer Ejército egipcio.

Esé martes 23 de octubre a la tarde recibimos una comunicación de Golda, que Dinitz nos leyó. Ella interpretaba la nueva propuesta de resolución del Consejo de Seguridad como una imposición egipcio-soviética que provenía de una violación egipcia del cese del fuego: *Es imposible para Israel aceptar que una y otra vez debe enfrentar los ultimátum rusos y egipcios que, consecuentemente, los Estados Unidos van a aprobar*. Difícilmente fuera un ultimátum para pedir a Israel y a Egipto que cesaran el fuego y que negociaran un retorno a una línea que, con todo cuidado, no habíamos especificado. Habíamos modificado sustancialmente la propuesta soviética original a favor de Israel. Pero todas las frustraciones de las tres semanas difíciles encontraron expresión en la reacción de Israel. Golda nos informó que Israel no aceptaría la resolución propuesta y ni siquiera hablaría de ella. Israel parecía decidido a terminar la guerra humillando a Egipto. Nosotros no teníamos interés en ver a Sadat destruido, y mucho menos a través del derrumbe de un cese del fuego que nosotros también habíamos promovido. Y si Israel se había debilitado menos por los hechos de las pasadas semanas, debió haber entendido también que lo que buscaba concluiría con toda esperanza de paz, y estaba condenado a una lucha perpetua. Porque si Sadat caía, lo más probable era que fuera reemplazado por un dirigente radical prosoviético; en un tiempo limitado, las armas de la URSS reconstruirían el equivalente del Tercer Ejército; y tarde o temprano habría otra guerra que reviviría los mismos dilemas que acabábamos de superar a duras penas. El proceso de paz dominado por nosotros terminaría aun antes de haber comenzado; cuando fuera restaurado en un futuro incierto, sería bajo aspectos mucho menos favorables.

El Gabinete israelí estaba demasiado absorto en sus afanes nacionales como para

compartir esa perspectiva. Su meta era la venganza y la restauración de su reputación de invencibilidad. Como nunca había conocido la paz, no veía ningún sentido a renunciar a un beneficio tangible por una vaga intuición norteamericana acerca de un posible proceso de paz. Víctima de numerosas guerras pasadas, emergiendo con fuerza de condiciones de armisticio, Israel no consideraba que la violación del último fuera un acontecimiento internacional importante.

Las cosas tenían un aspecto dramáticamente distinto en El Cairo. A las 15.15 llegó un mensaje urgente de Sadat dirigido directamente a Nixon: era la primera vez que el nombre de Sadat aparecía citado explícitamente como firmante, lo que demostraba la gravedad de la situación. Sadat formulaba la extraordinaria propuesta de que los Estados Unidos, con los que Egipto no había tenido relaciones diplomáticas durante seis años, *intervinieran efectivamente, aun cuando ello pudiera requerir el uso de la fuerza, para garantizar la plena implementación de la resolución del cese del fuego, de acuerdo con el convenio norteamericano-soviético*. La carta sostenía (probablemente basándose en una tergiversación soviética) que los Estados Unidos habían ofrecido una "garantía" del cese del fuego: *Lo que está sucediendo ahora, a la luz de sus garantías, no induce a confiar en ninguna otra garantía futura*. Aunque amenazaba con el fin de la floreciente relación Estados Unidos-Egipto, la carta concluía: *con los más cálidos saludos*.

La propuesta egipcia de que utilizáramos a las tropas norteamericanas contra nuestro aliado Israel era, por supuesto, no más defendible que el deseo israelí de que nos ocupáramos de la diplomacia mientras ellos asfixiaban a un ejército egipcio atrapado *después* del cese del fuego. De manera que decidimos ceñirnos a nuestro propósito de detener la lucha y luego alentar a una negociación sobre la ubicación de las líneas de cese del fuego. A las 17.15 repliqué al mensaje de Brezhnev que había sido dirigido a mí esa mañana temprano (antes de los mensajes a Nixon). Duplicando la respuesta de Nixon, pero llegando más lejos en cuanto a especificidad, afirmé que habíamos acordado firmar una nueva resolución conjunta, pese a algunas reservas, debido a la importancia de hacer efectivo el cese del fuego. El apoyo al cese del fuego iba unido a una considerable vaguedad con respecto a lo que ambas partes debían hacer luego. Recalqué la dificultad para determinar las verdaderas posiciones en el momento en que el cese del fuego del 22 de octubre entró en vigencia:

Como le comuniqué al señor Vorontsov, y como lo confirmó él, nuestra buena voluntad para aceptar el principio de vuestra propuesta al Consejo de Seguridad se vio posibilitada cuando vuestro gobierno me aseguró que mostraría moderación si sobrevenían diferencias entre ambas partes, en lo que respecta a las posiciones del cese de fuego que están en disputa.

Y recalqué nuevamente que un intercambio inmediato de prisioneros sería muy provechoso para asegurar un *cese del fuego efectivo*.

El martes por la tarde respondimos a Sadat en nombre de Nixon. Primero acabamos con la pretensión soviética de que los Estados Unidos habían "garantizado" que exigirían por la fuerza el cese del fuego: *Todo lo que garantizamos —no obstante lo que se le pueda haber dicho por intermedio de otras fuentes— fue que nos ocuparíamos plena y constructivamente de promover un proceso político que posibilitara un arreglo político*. Sin embargo, continuaba nuestro mensaje, habíamos instado a Israel por nuestra cuenta a que obrara de acuerdo a la Resolución 338. Al mismo tiempo recomendábamos también que las fuerzas egipcias mantuvieran el cese del fuego.

A las 20.30 Dinitz me informó que podía comunicar a Sadat la firme promesa de que si Egipto observaba verdaderamente el cese del fuego, las tropas israelíes, también, cesarían el fuego. La generosidad de esta propuesta se vio algo diluida por el

hecho de que Dinitz admitió que todos los caminos al Tercer Ejército habían sido interrumpidos. Dejar morir de hambre al Tercer Ejército sería un proceso más lento que destruirlo militarmente. Pero llevaría al mismo resultado, y era casi seguro que conduciría a un enfrentamiento con los soviéticos, que no podrían permanecer de brazos cruzados mientras un cese del fuego que ellos habían copatrocinado se convertía en trampa para un estado cliente.

Pero ese problema, era mi esperanza, todavía no se planteaba. Israel había acordado a un nuevo cese del fuego, y, no poco deseoso de obtener un saldo a nuestro favor, envié una nota conciliatoria a Hafiz Ismail. Lo insté a que Sadat ordenara a su ejército que cesara la lucha. Para no permitir escapatorias, añadí: *Si él decidiera dictar esa orden, el señor Ismail puede, si lo desea, informar al doctor Kissinger acerca de este hecho, para gobierno de los Estados Unidos, en el caso de que otras naciones se nos acercasen.*

Así, la calma parecía haber vuelto ese martes 23 de octubre a la noche. El Consejo de Seguridad pasó la Resolución 339, que reafirmaba el cese del fuego del 22 de octubre, e "instaba" (no "exigía" un logro menor de redacción del cual me enorgullecí y que no me fue pagado con la misma moneda por Israel) a las partes a volver a las líneas previas. (*) Israel y Egipto acordaban hacerlo efectivo a las 7 del día siguiente, hora local, del 24 de octubre (la 1 de la madrugada en Washington). Además, el 23 de octubre a última hora, Siria anunció finalmente su aceptación formal al cese del fuego.

En un mínimo de tiempo parecía que habíamos recuperado margen de maniobra para la diplomacia. Haig me había dicho el martes a la noche que Nixon estaba "abatido, muy abatido" por lo de Watergate. Ese día habían sido sometidas al Comité Judicial de la Cámara de Representantes ocho acusaciones. Pero yo sabía que, pasara lo que pasase en su tragedia personal, Nixon se mostraría firme y perspicaz en la complicada tarea diplomática que nos aguardaba.

EL ALERTA: 24-25 DE OCTUBRE

Las crisis tienen su propio movimiento. Un alto en las actividades militares convenía a nuestros propósitos diplomáticos pero conspiraba contra las realidades militares. El Tercer Ejército de Egipto estaba resuelto a tratar de romper su sitio; con un cese del fuego o sin él, Israel estaría muy poco dispuesto a renunciar a la oportunidad de terminar la guerra sin un *nocaut*.

El miércoles 24 de octubre a las 8 encontré un mensaje en mi oficina de la Casa Blanca, cuando el nuevo cese del fuego tenía, teóricamente, siete horas de antigüedad. Era de Hafiz Ismail, y me informaba que *los israelíes habían vuelto a los ataques*. Sadat iba a comunicarse urgentemente con Nixon a fin de buscar *medidas efectivas que obliguen a Israel a observar el cese del fuego*.

Dinitz estaba en su casa pero argumentó que necesitaba tiempo para llegar a su oficina, que tenía una línea directa con Israel. A las 9.22 estaba por fin en condiciones de hablar. Me informó que el atrapado Tercer Ejército egipcio había tratado de romper su sitio en tres direcciones: al oeste hacia la ciudad de Suez, al este hacia el Paso Mitla, y al norte hacia el Segundo Ejército egipcio. Había sido rechazado en todas partes; Israel sólo estaba defendiéndose y "bloqueando" las ofensivas egipcias (en ese proceso Israel de algún modo había tomado la base naval egipcia de Suez). No puedo decir que di al informe de Dinitz un crédito igual a mi afecto por él. Yo podía comprender los esfuerzos que hacía un ejército atrapado para romper el cerco, para escapar hacia su base de abastecimiento. Pero un ataque hacia el Paso Mitla estaría *mas allá* del radio de sus comunicaciones cortadas; carecería de objetivo estratégico. Yo podía entender más fá-

(*) El texto de la Resolución 339 está en las *Notas* del final del libro (3).

cilmente un esfuerzo israelí para hacer caer la cabecera de puente egipcia en la margen oriental del canal. *Si esta noche ustedes acaban por capturar a 20.000 egipcios —advertí a Dinitz minutos después— no van a poder decirnos que fueron ellos los que iniciaron la lucha.*

Ni bien había terminado con Dinitz, llegó el mensaje de Sadat a Nixon. Israel había reanudado el combate, decía Sadat, y suplicaba una vez más a Nixon que *interviniera, aun en el terreno mismo, para obligar a Israel a acatar el cese del fuego. Eso es lo que Ud. prometió.* No sonaba como la comunicación de un hombre que creía que su ejército estaba a la ofensiva.

Informé a Dinitz inmediatamente. Resultaba claro que si dejábamos que esto siguiera, un enfrentamiento con los soviéticos sería inevitable. También estarían perdidas todas las esperanzas de una nueva relación con Egipto, junto con las perspectivas de negociación. La noche anterior los soviéticos habían dado a conocer una declaración oficial que advertía a Israel de las "mayores consecuencias" si no ponían fin a la "agresión." Todos los factores que habían provocado el alerta de las divisiones soviéticas aerotransportadas y el aumento de la flota soviética en el Mediterráneo habían incrementado en ominosa importancia ahora con el compromiso personal de Brezhnev. Le expuse a Dinitz que el arte de la política exterior era saber cuándo afianzar las propias victorias. Había límites más allá de los cuales no se podía ir, con toda nuestra amistad por Israel, y uno de ellos era hacer que el dirigente de otra superpotencia quedara como un idiota. Le agregué que si Sadat le pedía a los soviéticos, como nos lo había pedido a nosotros, que los obligara a la paz con sus propias tropas, Israel iba a tener que sufrir las consecuencias.

Dinitz replicó que Israel cesaría el combate si los egipcios lo hacían, y ofreció permitir a los agregados militares de nuestra embajada en Israel que fueran al frente a verificar que se estaba haciendo honor a la detención del fuego. Comprendí que estos eran recursos para perder el tiempo. Para ese entonces, durante la mayor parte del día habían estado librando batalla. Llevaría muchas horas de intercambio establecer otro cese del fuego y trasladar a los observadores militares a la región más alejada del Sinaí.

Pero en política exterior, uno tiene que arreglárselas con lo que hay. Contesté rápidamente a Sadat. Cualesquiera fueran nuestras sospechas, el mensaje de Nixon encerraba un tono cuidadosamente neutral, e informaba a Egipto de nuestra posición en las operaciones ofensivas, mientras exhibía el señuelo de las negociaciones de paz:

El gobierno israelí ha respondido al efecto que los ataques fueron iniciados por el Tercer Ejército egipcio; las tropas israelíes están a la defensiva y se les ha dado orden de disparar sólo en caso de ser atacadas. Quiero asegurarle que los Estados Unidos se oponen de modo inalterable a la acción ofensiva militar de Israel, y están preparados para dar pasos efectivos destinados a poner fin a éstos. Mientras tanto, asegúrese de que sus tropas también suspendan toda acción militar. El secretario Kissinger se pondrá más tarde en el día de hoy en contacto con el señor Ismail para tratar la posibilidad de conversaciones directas entre nuestras dos partes acerca de cuestiones diplomáticas de posguerra.

Todavía no habíamos recibido noticias de Moscú. Pero era probable que Sadat hubiera enviado urgentemente un llamamiento similar a Brezhnev. La trasmisión, la traducción y las deliberaciones harían perder tiempo. Pero yo estaba seguro de que no tendríamos que esperar mucho antes de recibir una ráfaga helada de Moscú.

Decidí adelantarme. A las 9.45 llamé a Dobrynin, que acababa de regresar, para decirle que *los locos de Medio Oriente se lanzaron de nuevo.* Sin demasiada convicción, le expliqué que cada una de las partes sostenía que era víctima de un ataque de la otra parte. Ya que no tenía sentido estar a la defensiva, le aseguré que *puede ser que esta vez hayan empezado*

los egipcios, pero no estamos seguros. No tenemos bases reales para juzgar. Sólo quiero que Uds. sepan qué estamos haciendo. Le expliqué que le habíamos pedido a los israelíes que cesaran las operaciones ofensivas. Estaban de acuerdo, siempre que Egipto procediera de manera recíproca; por nuestra parte haríamos todo lo posible para que el cese del fuego se cumpliera. Dobrynin no tenía instrucciones; deberíamos informar a Moscú. Eso me convenía. Veinte minutos después, alrededor de las 10.10 le brindé a la burocracia soviética algo más para rumiar. Le conté a Dobrynin, como una gran concesión, la sugerencia de Israel de que los agregados norteamericanos en Israel visitaran el frente para controlar el cese del fuego hasta que llegaran los observadores de las Naciones Unidas. También le remitía una copia del último mensaje de Nixon a Sadat. Esto le daría al Kremlin una fórmula para salvar la cara, si era eso lo que buscaba; también era una prueba general de buena voluntad.

Basándome en la teoría de que, mientras están estudiando nuestras comunicaciones, los otros países no pueden tomar iniciativas propias, le envié a Sadat un resumen de los últimos acontecimientos:

La primera ministra israelí acaba de anunciarnos que se ha impartido a las fuerzas armadas estrictas instrucciones para que permanezcan en posiciones defensivas y no disparen a menos que sean atacadas.

En respuesta a vuestra propuesta de que se envíen observadores de los Estados Unidos al terreno, el gobierno israelí también ha acordado permitir a los agregados militares norteamericanos que se trasladen inmediatamente al área en conflicto para observar el cumplimiento de estas órdenes.

Sería sumamente provechoso en este momento que Ud. pudiera instruir de la misma manera a sus propias tropas.

Pero los acontecimientos en Medio Oriente se habían desarrollado a un ritmo que estas maniobras no podían controlar. A las 10.19, Dobrynin me llamó con la novedad de que otro mensaje de Brezhnev estaba en camino. Era cortante, pero todavía no específico. Su saludo era simplemente al "Señor presidente", dejando de lado el "estimado" del día anterior. Nos informaba con cierto detalle de los "desafiantes" ataques israelíes a ambas márgenes del Canal de Suez, a pocas horas del acuerdo de la última resolución de cese del fuego. Su conclusión era tan vaga como amenazante su tono:

Nosotros, naturalmente, nos preguntamos qué es lo que hay detrás de todo esto. Quiero decir francamente, señor presidente, que confiamos en que Uds. tienen posibilidades de influir en Israel con el propósito de poner fin al provocativo proceder de Tel Aviv.

Quisiéramos poder abrigar la esperanza de que ambos nos mantendremos fieles a nuestra palabra y al entendimiento a que hemos llegado.

Le encarecería información sobre las medidas que tomará para lograr el estricto e inmediato cumplimiento de la decisión del Consejo de Seguridad de los días 22 y 23 de octubre por parte de Israel.

Le contesté a Dobrynin que tendría noticias nuestras no bien hubiéramos formulado una respuesta. Mientras tanto, yo tenía que lograr que Israel se percatara de la gravedad de la crisis. Toda vez que yo necesitaba realzar un mensaje o evitar un enfrentamiento personal entre el Gabinete israelí y yo, le pedía a Haig que llamara a Dinitz en nombre de Nixon. Es lo que hice en esta oportunidad. A esta altura de la agonía de Nixon, dudo de que Dinitz se tomara la estrategia demasiado en serio, pero por lo menos se demostraba que se necesitaba tomar decisiones dolorosas. Haig eligió el fin de la ofensiva militar israelí.

A las 10.30 del día miércoles, presidí una reunión del WSAG, resumiendo a mis colegas lo que había sucedido, y apremiándolos a adoptar un proceder firme:

Los árabes podrán despreciarnos, u odiarnos, o aborrecernos, pero han aprendido que si quieren un arreglo, tienen que venir a nosotros. Nadie más puede lograrlo. Han confiado tres veces en el equipo ruso, y han perdido las tres veces. De manera que, estratégicamente, tenemos una muy buena mano si sabemos cómo jugarla.

Después de la WSAG, proseguí con mis esfuerzos con el objeto de calmar los ánimos y ganar tiempo para la diplomacia. Envié un mensaje a Ismail aceptando la invitación de Sadat para visitar El Cairo y proponiendo una fecha próxima, el 7 de noviembre *para reconsiderar la situación y planear acciones adecuadas con miras a un arreglo permanente.*

Entretanto, me enteré de que la llamada de Haig despertó una respuesta israelí ambigua. Dayan había enviado un mensaje a través de Dinitz, y Golda se había reunido con el embajador Keating. Ambos recalcaban los mismos aspectos: los israelíes *intentaban absorber el fuego sin responder*; no habían tratado de avanzar durante el día y *no iban a tratar de hacerlo.* (Esto dejaba abierta la posibilidad de una guerra de desgaste con el propósito de agotar las reservas egipcias y obligar al Tercer Ejército a rendirse.) Israel había pedido a los observadores de las Naciones Unidas que fueran desde El Cairo hasta la margen occidental del Canal pero aparentemente los egipcios los habían detenido (esto dejaba abierta la cuestión de qué estaba pasando en la margen oriental). Israel tenía pruebas concretas de que Egipto planeaba continuar la lucha, apoyado por tanques enviados desde El Cairo para romper las líneas israelíes sobre la margen oeste. Los israelíes no tenían intención de atacar a las tropas egipcias sobre la margen occidental (nos preocupaba, por supuesto, la actividad israelí en la margen oriental). Dayan añadió que se mantendría plenamente informado a Keating, que tendría acceso a la información israelí, *en un esfuerzo más para calmar al secretario y demostrar las buenas intenciones israelíes.*

Al margen de nuestra opinión personal, dimos a la información de Dayan su valor literal. De este modo, fue enviado a Brezhnev a las 13.00 un mensaje presidencial que resumía las aseveraciones israelíes. Una comunicación similar fue remitida a Ismail con mi firma. Pero mi mensaje a El Cairo se cruzó con un nuevo y culminante mensaje de Sadat a Nixon. Sadat denunció que Israel había reiniciado operaciones ofensivas, y luego prestó su acuerdo a lo que él *no* había ofrecido: el despacho inmediato de observadores o tropas norteamericanas para la implementación de la resolución del Consejo de Seguridad respecto al cese del fuego del lado *egipcio.* Lo que ahora resultaba nuevo es lo que yo había temido tres horas antes: Sadat nos decía que él estaba solicitando lo mismo a los soviéticos, "formalmente". Poco después del mensaje privado de Sadat, me enteré a través de un boletín informativo que El Cairo había anunciado públicamente que estaba llamando a una reunión del Consejo de Seguridad para pedir que fueran enviadas a Medio Oriente "tropas" norteamericanas y soviéticas. Los resultantes de la crisis ya estaban apareciendo.

No nos hallábamos preparados para enviar tropas a Egipto, y tampoco íbamos a aceptar el despacho de fuerzas soviéticas. No habíamos trabajado años enteros a fin de reducir la presencia militar soviética en Egipto, para ayudar a introducirla nuevamente como resultado de una resolución de las Naciones Unidas. Tampoco íbamos a participar de una fuerza conjunta con los soviéticos, lo que legitimaría su rol en el área y fortalecería a elementos radicales. Los antisoviéticos moderados como Arabia Saudita, los Emiratos, Jordán y Kuwait podrían muy bien atemorizarse ante esta demostración de cooperación norteamericano-soviética. La fuerza soviética podría resultar imposible de eli-

minar; habría interminables pretextos para que interviniera en cualquier lugar contra Israel o contra los gobiernos árabes moderados.

Mientras esperábamos para ver si el informe de El Cairo resultaba una falsa alarma, los soviéticos elevaron la tensión. A las 15.35 llamó Dobrynin con un mensaje, esta vez de Gromyko. El hecho de que fuera a nivel de canciller era una leve bendición, porque descendía a la altura de los contendientes, pero la sustancia era suficientemente ominosa. Gromyko alegaba que Israel estaba intensificando las operaciones militares, y que las afirmaciones israelíes en contrario eran falsas. No se pedía ninguna acción específica, excepto que yo informara al presidente, dejando a nuestro arbitrio la solución de un problema indefinido, y por lo tanto creando una base para considerarnos responsables. Le pedí a Dobrynin que viniera a mi oficina a las 16.00. Mientras tanto, confronté con Dinitz. Puso de relieve que menos de cinco minutos antes había recibido informaciones de que todo estaba tranquilo en el frente del Sinaí.

Hubo numerosas explicaciones para los reclamos soviético e israelí en conflicto. Ambos podrían estar diciendo la verdad; Gromyko y Dinitz podrían estar operando en distintas escalas horarias. Concediendo un tiempo para la trasmisión, las noticias del fin de las operaciones militares podrían no haber llegado a Moscú cuando el mensaje de Gromyko fue enviado. Si ese era el caso, Moscú se calmaría una vez que los hechos le llegaran. O bien, una parte o *ninguna* podría no estar diciendo la verdad. Si Israel estaba continuando con operaciones militares opuestas al informe que nos mandara, una confrontación era inevitable. Si Gromyko sabía que los israelíes habían cesado el fuego pero mandaba el mensaje de todos modos, Moscú o quería acumular tantos a su favor en El Cairo, fingiendo que había forzado un cese del fuego ya consumado, o bien estaba buscando un pretexto para una acción perentoria a fin de liberar al Tercer Ejército y mandar sus tropas de vuelta a Egipto. En todo caso, un cese del fuego no resolvería nuestro problema básico. Aunque las operaciones militares se hubieran detenido, el Tercer Ejército seguía sitiado y en peligro.

Estábamos decididos a resistir por la fuerza, si era necesario, la introducción de tropas soviéticas en Medio Oriente sin considerar el pretexto bajo el cual hubieran llegado. Cuando Dobrynin me llamó poco después de las 16.00, le dije que vetaríamos cualquier resolución de las Naciones Unidas que requiriera el envío de tropas por miembros permanentes del Consejo de Seguridad; a la vez una manera delicada de expresar la cuestión, y una fórmula para que los soviéticos se rindieran salvando las apariencias.

Dobrynin no tenía nuevas instrucciones, pero hablaba en un tono sumamente conciliatorio. Como eran ahora las 23 en Moscú, debía haber decidido que era muy tarde para pedir nuevas instrucciones, y por lo tanto las cosas debían ir tranquilizándose. Especulaba que tal vez la mejor manera de seguir adelante era no preocuparse por otra nueva resolución del Consejo de Seguridad. Por el contrario, su presidente podría simplemente expresar un "consenso" que favoreciera a otra apelación al cese del fuego. Yo coincidí, con cierto alivio, en que ésta era una buena manera de disparar la crisis. La atmósfera parecía lo bastante calma entonces —como referí en una conferencia de prensa al día siguiente— como para que intercambiáramos ideas sobre el sitio, participación y procedimientos para una conferencia de paz en el Medio Oriente. Si Dobrynin sabía de qué estaba hablando —y por lo general lo sabía— la dirección soviética había decidido sacar el mejor partido de una situación mala, y conducir rápidamente las cosas hacia una conferencia de prensa, como el mejor método para salir de sus disyuntivas, incluyendo el destino del Tercer Ejército. En esto estábamos dispuestos a cooperar.

Guiado por los mismos propósitos, pedí al Bureau del Cercano Oriente del Departamento de Estado que preparara monografías sobre procedimientos y arreglos para una conferencia de paz. En Nueva York, el representante soviético ante las Naciones Unidas, Yakov Malik, todavía no había dado señales de apoyo a la solicitud de Sadat para las

tropas norteamericanas y soviéticas. Ya debía ser pasada la medianoche en Moscú. Parecía que nos las habíamos arreglado para evitar una crisis al menos por la mayor parte de otro día, y cada hora ganada mejoraba la perspectiva de una salida diplomática.

Entonces, súbitamente, a las 19.05 de aquel miércoles 24 de octubre (2.05 hora de Moscú) los líderes soviéticos decidieron una acción definitiva. Dobrynin me anunció que Malik acababa de recibir instrucciones de apoyar una resolución para el envío de tropas a Medio Oriente si alguien más lo presentaba. Yo sabía que esto iba a ser simple de arreglar; sin duda Egipto lo haría fácilmente. Apenas tuve tiempo de llamar a Dobrynin para decirle que jamás aceptaríamos cuando tuvo que interrumpir para responder a un llamado del presidente.

Jamás había escuchado a Nixon tan agitado y conmocionado. Los rumores acerca de su posible juicio político aumentaban día a día. Manifestó el deseo de que en una reunión acordada para la mañana siguiente, yo les hablara a los dirigentes del Congreso acerca de su papel central e indispensable en el manejo de la crisis de Medio Oriente. Ya me había instado a que convocara a algunos senadores para hacer lo propio: un síntoma del extremo en que este hombre se sentía. Habló de su fin político, aun de su muerte física: *Lo están haciendo debido a su deseo de matar al presidente. Y pueden triunfar. Yo puedo morir físicamente.* Traté de calmarlo.

Le señalé que, en la adversidad, se mostraba con su máxima maestría. Pero por una vez no se lo podía reafirmar:

Lo que les importa es la destrucción. A veces me siento como para mandar al diablo todo este asunto. Me gustaría verlos gobernar este país y ver cómo lo hacen. . . La verdadera tragedia es que si yo me voy, todo lo que hicimos se derrumba. Los rusos van a buscar otros clientes, los chinos nos van a perder la confianza, los europeos. . . No advierten que están tirando todo por la borda. Yo no sé qué, en nombre de Dios. . .

Aquí, encapsulada en una breve conversación telefónica, se hallaba la tragedia de Watergate. Nixon percibía correctamente las probables consecuencias internacionales de su conflicto, y no estaba demasiado lejos de la realidad en cuanto a las motivaciones de alguno de sus atormentadores. Y sin embargo era cierto que él le había dado a sus enemigos de toda la vida la oportunidad de saldar cuentas. Y ahora cada parte estaba atrapada en una conducta antagónica que no podía alterar; sus críticos en las pasiones de toda una vida; Nixon en la parálisis de una pesadilla que se acercaba, cada uno imposibilitado de impedirlo mediante una declaración oportuna o de trascenderlo por un acto de gracia.

Nos encaminábamos hacia lo que pudo haberse convertido en la crisis de política extranjera más grave de la presidencia de Nixon, porque involucraba un enfrentamiento directo de las superpotencias, con un presidente abrumado por la persecución, y por un Congreso que acababa de restringir la autoridad del presidente para el uso de la fuerza militar en el Acta de Poderes de Guerra.

A las 19.15 terminé la conversación con el presidente para seguir hablando con Dobrynin en un estado de ánimo sombrío. Admitió que lo que me había dicho tres horas antes estaba "equivocado". La Unión Soviética quería ahora que las Naciones Unidas enviara tropas —incluyendo las soviéticas— a Medio Oriente para hacer cumplir el cese del fuego. Con sequedad, le constesté que lo vetaríamos.

Había que hacer urgentes preparaciones. Durante los diez minutos siguientes tomé varias medidas. Le di instrucciones a Scali para que vetara cualquier fuerza de paz que incluyera a los superpoderes, y también cualquier condena a Israel ya que podría brindar un pretexto para una intervención posterior. La alternativa que apoyábamos era un

aumento del número de observadores de las Naciones Unidas ya convocados por la Resolución 339. También le pedí a Scali que informara al embajador chino Huang Ha de mis decisiones, ya que yo estaba seguro de que su país no quería ver a las fuerzas soviéticas bajo los auspicios de las Naciones Unidas en Medio Oriente. Era muy probable que, si China conocía nuestro criterio, se uniera a nosotros. Como no sabía qué embajador chino tenía mejor comunicación, le pedí simultáneamente a Scowcroft que informara a Huang Chen, jefe de la Oficina de Enlace china en Washington, sobre nuestra decisión y preferencia.

Con las líneas de batalla preliminares así trazadas, llamé nuevamente a Dobrynin a las 19.25. Lo insté a que no nos empujara a un extremo. Ibamos a cooperar enviando más observadores de las Naciones Unidas y no aceptaríamos a las tropas soviéticas bajo ningún concepto. Dobrynin replicó que en Moscú *están tan enojados que quieren tropas*. Nos culpó por permitir que los israelíes *hicieran lo que quisieran*. Le pedí que impidiera que se presentara esa resolución: *Sería una pena que entráramos en un enfrentamiento*. En una crisis, Dobrynin no era nada simpático; era todo negocios. Iba a mencionar mis comentarios a Moscú, me dijo, pero estaba seguro de que ya habían discutido el asunto y tomado una decisión.

Llamé inmediatamente al embajador británico lord Cromer para que le pidiera a Londres que se uniera a nuestro veto. A las 19.35 impartí instrucciones a Dinitz. Un poco después de las 20.00, llamé de nuevo a Dobrynin. De acuerdo con nuestra mejor información, le manifesté que *no* había lucha en el Medio Oriente. Todavía teníamos tiempo de evitar una confrontación. Era una manera de hacer una advertencia sin convertirla en una prueba de valentía. Dobrynin la jugó de la misma manera. *Hágame saber cuál es la situación-exacta*, me señaló friamente, como si Moscú necesitara de nuestra información secreta para conocer los despliegues en Medio Oriente, *y le enviaré un telegrama*.

De modo incongruente, en medio de la confrontación central, llegó un mensaje de Hafiz Ismail en el que aceptaba mi propuesta para visitar El Cairo el 7 de noviembre.

A las 20.25 Dobrynin me comunicó que el ministro de Relaciones Exteriores Zayyat, en su exposición de minutos antes en el Consejo de Seguridad, había pedido formalmente a los Estados Unidos y la Unión Soviética que enviaran tropas. Lo insté a una "gran restricción". La propuesta egipcia no tenía todavía la forma de una resolución. Si llegaba a serlo, *pasaríamos de la más estricta cooperación a un curso de acción sumamente peligroso*. Dobrynin no tenía nuevas instrucciones; sólo *estaba repitiendo lo que él —Zayyat— había formulado en el Consejo de Seguridad*.

Inmediatamente envié un mensaje urgente a Sadat en nombre de Nixon, diciéndole que vetaría cualquier resolución que englobara la exhortación egipcia. También lo ponía sobre aviso en el sentido de que semejante acción podría hacerme cancelar mi viaje a Egipto. Si insistía en un despacho de tropas de las superpotencias, Sadat arriesgaba su cuidadoso juego de incitación hacia nosotros.

Luego llegaron noticias un poco mejores del Consejo de Seguridad. John Scali llamó para decirme que el discurso soviético, que condenaba a Israel y lindaba con un ataque a los Estados Unidos, no respaldaba realmente el llamado egipcio a la intervención de las superpotencias. Le solicité a Scali que presentara nuestra posición; en un firme discurso se opuso a la intervención de las grandes potencias y presionó para el rápido envío de más observadores de las Naciones Unidas. No censuró ni a Egipto ni a Israel.

A las 21.32 informé a Haig, en nombre del presidente, del estado de nuestra representación ante las Naciones Unidas, y discutimos una posible exposición de apertura en una conferencia de prensa presidencial programada para el día siguiente. El presidente se había retirado a descansar. Haig y yo coincidimos en que podríamos estar encaminándonos hacia la crisis más explosiva de un agitado período.

En pocos minutos, los presentimientos se cumplieron dramáticamente. A las 21.35

hubo una llamada de Dobrynin. Eran las 4.35 en Moscú, pero él tenía una carta de Brezhnev tan urgente que debía leerla por teléfono. Comprendí por qué. Constituía, en efecto, un ultimátum: proponía unir las fuerzas militares soviéticas y norteamericanas para asegurar la implementación no sólo la detención del fuego, sino también *de nuestro acuerdo con ustedes sobre la garantía de la implementación de las decisiones del Consejo de Seguridad*; en otras palabras, la imposición de una paz amplia:

Despachemos juntos, la URSS y los EE.UU., los contingentes militares soviéticos y norteamericanos a Egipto, con carácter de urgente, para asegurar la implementación de la decisión del Consejo de Seguridad del 22 y 23 de octubre respecto del cese del fuego y de todas las actividades militares, y también de nuestro acuerdo con ustedes sobre la garantía de implementación de las decisiones del Consejo de Seguridad.

Es necesario adherir sin demora. Para decirlo en forma directa, si ustedes consideran imposible actuar juntamente con nosotros en esta emergencia, nos veríamos enfrentados a la urgente necesidad de considerar el problema de tomar las medidas adecuadas unilateralmente. No podemos permitir arbitrariedades por parte de Israel.

Era uno de los desafíos más graves a un presidente norteamericano por parte de un dirigente soviético, desde su perentorio saludo *señor presidente*, hasta su igualmente perentoria conclusión, que exigía una respuesta *inmediata y clara*. Mientras tanto proponía que las fuerzas militares soviéticas y norteamericanas impusieran no sólo un cese del fuego sino también un acuerdo final en términos que no se especificaban pero que habían sido reiteradamente indicados por Moscú durante el año y habían sido rechazados por nosotros con idéntica frecuencia. Y nos amenazaba con enviarnos tropas unilateralmente si rehusábamos (*).

La propuesta era impensable. Si acordábamos un rol conjunto con la Unión Soviética sus tropas volverían a entrar en Egipto con nuestra bendición. O éramos la cola del cometa soviético en una jugada del poder conjunto contra Israel, o terminaríamos chocando con las fuerzas soviéticas en un país que compartía sus objetivos con respecto al cese del fuego, o no estaríamos en condiciones de afrontar que percibieran que nos oponíamos a ellos.

Pero el impacto iría más allá de Egipto. Si las fuerzas soviéticas aparecían dramáticamente en El Cairo con los Estados Unidos como apéndice, nuestros amigos tradicionales entre los árabes moderados quedarían profundamente desalentados por el hecho evidente de entendimiento norteamericano-soviético. La estrategia que habíamos perseguido laboriosamente en cuatro años de diplomacia y dos semanas de crisis se desintegraría: Egipto se reintegraría a la órbita soviética, la Unión Soviética y sus aliados radicales surgirían como el factor dominante en Medio Oriente. China y Europa se verían conmocionadas por la colaboración militar norteamericano-soviética en una región tan vital. Si el esfuerzo conjunto se derrumbaba y se convertía en una crisis de ambos, como era probable, estaríamos solos.

Yo no tenía la menor duda en el sentido de que tendríamos que rechazar la propuesta soviética. Y deberíamos hacerlo de una manera que sacudiera a los soviéticos y los hiciera abandonar la acción unilateral con la que amenazaban, y, según la información que teníamos, que estaban planeando. Porque disponíamos de razones tangibles para

(*) Dobrynin me dijo más tarde que yo había interpretado mal la palabra "adherir" en la primera oración del segundo párrafo citado más arriba; lo que él había dictado era "actuar aquí". Aparte del hecho de que esto no cambiaría el significado de la carta, jamás recibimos una enmienda oficial, aunque en uno de los mensajes de Nixon a Brezhnev citamos nuestra versión para lograr nuestro objetivo.

tomar la amenaza en serio. La CIA informó que el transporte aéreo soviético a Medio Oriente había cesado el 24 a la mañana, aun cuando el nuestro continuaba; la nefasta deducción era que se estaban reuniendo todas las aeronaves para llevar algunas de las divisiones aerotransportadas cuyo estado de alerta incrementado ya había sido advertido. Las tropas de Alemania Oriental también estaban preparadas. El número de barcos soviéticos en el Mediterráneo se había elevado a 85 (una cifra desusadamente alta en cualquier época). Más tarde llegó a más de 100. Al día siguiente descubrimos que una flotilla soviética de doce barcos, incluyendo dos aviones anfibios, navegaba hacia Alejandría. Había otros informes ominosos en zonas especialmente sensibles. Y no pude evitar la convicción de que la evidente debilidad de Nixon sobre Watergate no tenía poco que ver con la complacencia con que el Politburó se atrevía a lanzar un desafío tan craso.

Algunos de estos pensamientos surcaban mi mente mientras leía la carta de Brezhnev a Dobrynin para asegurarme de que la había entendido bien. Lo previne sobre un movimiento unilateral. Me dijo que informaría acerca de la advertencia a Moscú. Ambos estábamos atrapados ahora en el ritmo del enfrentamiento; lo cual tiene su propia lógica. Uno de los dos tendría que desviarse para esquivar el choque.

A las 21.50 informé a Haig. Primero pensó que los soviéticos estaban fanfarroneando: *No van a poner tropas al final de una guerra*. A mí no me pareció una baladronada, pero eso no modificaba las cosas. Imposible correr el riesgo de que no lo fuera. Si nos mostrábamos pasivos en la cara misma del desafío, el gobierno soviético no iba a ver ningún obstáculo que le impidiera convertirlo en realidad. No teníamos otra opción más que tomarle la palabra a la baladronada, si es que lo era, o enfrentar la realidad si era grave. Le pregunté a Haig si debía despertar al presidente. Me contestó lacónicamente: *No*. Yo ya sabía lo que eso significaba. Haig opinaba que el presidente estaba demasiado perturbado para participar en la discusión preliminar. Asumir semejante responsabilidad resultaba apabullante. A través de mi propia conversación con Nixon esa tarde, yo estaba convencido de que Haig tenía razón. La decisión que debíamos tomar urgentemente exigía una juhu de los funcionarios más caracterizados de nuestro gobierno. Llamé a una reunión del WSAG a llevarse a cabo a las 22.30 en el Departamento de Estado. Mientras tanto, a las 22.00 le comenté a Dinitz acerca de la carta de Brezhnev, y le pregunté por las opiniones de Israel. Le anticipé que no teníamos intención de aceptar la propuesta.

A las 22.15 llamé a Dobrynin para asegurarme de que él conocía nuestra posición, y para desalentar acciones precipitadas:

KISSINGER: —Estamos reuniendo a nuestra gente con el objeto de considerar su carta. Sólo quiero que usted sepa que si se toma alguna medida unilateral antes de que hayamos tenido la oportunidad de replicar, sería muy grave.

DOBRYNIN: —Sí, muy bien.

KISSINGER: —Este es un asunto de mucha importancia. No nos presionen. Quiero repetírselo: ¡no nos presionen!

DOBRYNIN: —Está bien.

De un modo sutil, esta conversación aumentaba el impacto de la carta amenazante de Brezhnev. Hubiera sido fácil para Dobrynin decir que los soviéticos no actuarían hasta conocer nuestra respuesta. Nos podría haber indicado, de cien maneras posibles para un profesional curtido, que estábamos reaccionando excesivamente, que la amenaza de acción unilateral era una figura retórica, el recurso normal de una nación soberana que se siente empujada contra la pared. En vez de eso, Dobrynin permitió que prevaleciera la impresión de que una crisis era inminente, y que no había cambiado nada que difiriera la posibilidad de una acción militar soviética unilateral en Medio Oriente. Esa convicción dominó las deliberaciones que nuestro gobierno estaba a punto de comenzar.

Haig y yo volvimos a conferenciar a las 22.20. Ambos estábamos convencidos de que enfrentábamos una auténtica amenaza de intervención soviética. Haig me instó a que mudáramos la reunión de la WSAG a la Sala de Situación, para demostrar control de la Casa Blanca, y porque él pensaba —correctamente— que yo debía presidirla en mi condición de asistente presidencial y no como secretario de Estado. Discutimos de nuevo si debíamos despertar al presidente. Haig reafirmó, algo ambiguamente, que mi mejor jugada sería celebrar la reunión en la Casa Blanca. El manejaría las notificaciones internas de la Casa Blanca. Nixon escribió en sus memorias:

Quando Haig me informó acerca de este mensaje, le señalé que él y Kissinger debían celebrar una reunión en la Casa Blanca para formular los planes concernientes a una firme respuesta a lo que parecía ser la amenaza apenas velada de una intervención soviética unilateral. Las palabras no iban a lograr nuestro propósito; necesitábamos acción, aun el *shock* de un alerta militar (4).

La reunión comenzó en la Sala de Situación de la Casa Blanca, en el sótano del Ala Occidental; yo la presidía, y eran las 22.40 del miércoles 24 de octubre. Continuó, con varias interrupciones, hasta las 2 del día jueves. Estaban presentes el secretario de Defensa, James Schlesinger; el director de la Central de Inteligencia, William Colby; el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, almirante Thomas Moorer; el jefe del Estado Mayor presidencial, Alexander Haig; el delegado asistente del presidente para Asuntos de Seguridad Nacional, general Brent Scowcroft; el comandante Jonathan T. Howe, mi asistente militar en el NSC, y yo.

Más tarde, la Casa Blanca se refirió a esta circunstancia como una reunión del Consejo de Seguridad Nacional. Desde entonces hubo algunas discusiones sobre si era una junta “propriadamente dicha” del Consejo de Seguridad Nacional si el presidente no asistía. (Tampoco teníamos vicepresidente, ya que Gerald Ford, nombrado por el presidente Nixon el 12 de octubre, todavía no había sido confirmado por el Senado.) En efecto, estaban los miembros estatutarios del Consejo de Seguridad Nacional menos estos dos hombres (*).

Descubro ahora que nuestros anales internos la llamaron “reunión de jefes de la WSAG”, una ocurrencia rara pero no sin precedentes. Desde mi elevación al cargo de secretario de Estado consideré correcto que el representante del Departamento de Defensa tuviera también rango de miembro del Gabinete; es por eso que concurrió el secretario Schlesinger. En el pasado, Nixon no había concurrido nunca a las deliberaciones del WSAG (aunque ocasionalmente aparecía para mantener breves charlas estimulantes). A ninguno de los presentes le pareció inusual que no concurriera en esta oportunidad.

Comencé la reunión con un resumen detallado. Durante gran parte del día no habían existido motivos especiales de alarma. En realidad, las cosas parecían calmarse, cuando, súbitamente, aproximadamente a las 19.00 hora nuestra (o las 2 hora de Moscú) los

(*) El Acta de Seguridad Nacional de 1947, que estableció el NSC, autorizó al presidente, si éste lo deseaba, a designar otro miembro del Consejo para ejercer la presidencia en lugar suyo. Los miembros estatutarios del Consejo de Seguridad Nacional incluían no sólo a los secretarios de Estado y Defensa (con el director de la CIA y el presidente de la JCS como consejeros estatutarios), sino también a los jefes de organizaciones como la Junta Nacional de Recursos de Seguridad y otros como los Departamentos de Servicio, reducidos en su efectividad desde tiempo atrás. El acta no mencionaba departamentos como el de Tesorería, cuya participación era a menudo esencial para una discusión realista de asuntos mundiales. La práctica determinó desde la década del 50, tal como estaba contemplado en el acta, que el presidente invitara a otros a su arbitrio. Johnson invitó a menudo a Abe Fortas; Nixon, con frecuencia, al procurador general John Mitchell. Por igual motivo, el presidente pudo convocar a una reunión de sus consejeros clave sin designarla de ninguna manera en especial NSC o de otro modo. En suma, la composición y agenda de una reunión de NSC —o si era una reunión de NSC en absoluto— ha sido dejada a discreción del presidente tras la práctica de una generación, y es un recurso que no tiene consecuencias prácticas o legales.

soviéticos habían decidido primero apoyar y luego insistir en la introducción de una fuerza militar conjunta norteamericano-soviética en Medio Oriente. Establecí que, en mi opinión, unirse a los rusos constituiría una torpeza, con consecuencias devastadoras para nuestras relaciones en Medio Oriente, China y Europa, cuyas naciones estaban temerosas, por varias razones, de un entendimiento norteamericano-soviético. Había tres posibilidades: 1) Los soviéticos habían tenido la intención de esta jugada todo el tiempo, y me habían invitado a Moscú para ganar tiempo; 2) Lo habían decidido al comprender las consecuencias de la derrota árabe; o 3) Se sintieron burlados por Israel y por nosotros cuando Israel se movilizó para estrangular el Tercer Ejército después del cese del fuego. Consideré que la motivación más probable era una combinación de 2 y 3.

Esto fue preliminar a una de las discusiones más cuidadosas a las que asistí durante mi servicio en el gobierno. Los participantes sopesaron las acciones, motivaciones e intenciones soviéticas. Durante la noche, hubo consenso de que el Kremlin estaba al borde de una decisión mayor. Suponíamos que los vuelos comenzarían en Europa oriental a la madrugada, en un lapso de unas dos horas. Interrumpí la reunión para encontrarme con Dinitz en el vestíbulo desierto del Ala Occidental de la Casa Blanca. Le repetí que íbamos a rechazar al punto la propuesta soviética; sólo quedaba por decidir las tácticas a emplear. Estábamos ansiosos por conocer las opiniones israelíes al respecto.

Cuando volví a la Sala de Situación, se llegó rápidamente a un acuerdo: se intentaría retardar los planes de los soviéticos llevándolos a conversaciones. Esto indicaba una respuesta norteamericana conciliatoria en tono pero fuerte en su sustancia. Había consenso, también, en el sentido de que esto no iba a tener impacto, a menos que lo respaldáramos con alguna acción perceptible que transmitiera nuestra determinación a resistir a acciones unilaterales. Idealmente, nuestra contestación debería advertirse en Moscú antes de que nuestra contestación escrita fuera recibida allá. Por lo tanto, interrumpimos el borrador de una respuesta presidencial a Brezhnev para discutir varias medidas de inmediata disposición.

Normalmente, nuestras fuerzas están en varios estados de alerta llamados DefCons (para condiciones de defensa), en orden descendente de DefCon I a DefCon V. DefCon I es guerra. DefCon II es una condición en el cual el ataque es inminente. DefCon III aumenta la disposición sin la determinación de la probabilidad de guerra; está en práctica el estadio más elevado de disponibilidad para condiciones esenciales de época de paz. La mayoría de nuestras tropas estaban normalmente en el DefCon IV o V excepto las que se encontraban en el Pacífico, donde, como herencia de la guerra de Vietnam estuvieron durante 1973 permanentemente en DefCon III. El Comando Estratégico Aéreo estaba generalmente en DefCon IV.

Coincidimos, unánimemente, en que todo incremento de la disponibilidad tendría que llegar por lo menos al DefCon III antes de que los soviéticos lo advirtieran. Aun entonces, podrían no reconocer el significado del cambio con rapidez suficiente como para que afectara su diplomacia. Coincidimos en discutir medidas de alerta adicionales que no hubieran sido previstas en DefCon III. Mientras tanto, el almirante Moorer impartió órdenes a todos los comandos militares para incrementar la disponibilidad a DefCon III; eran las 23.41.

Un poco antes —a las 23.25— Dinitz dio la respuesta israelí a cómo manejarse con la proposición soviética. Iba, efectivamente, a ofrecer una variante con respecto a la propuesta de desocupación de 1971: las fuerzas israelíes se retirarían a la margen oriental del Canal de Suez, las fuerzas egipcias a la margen occidental, en un trueque territorial. Se crearía así una franja desmilitarizada de diez kilómetros a ambos lados del Canal. Era un plan imposible. Sadat consideraría un insulto que se le pidiera que evacuara un territorio que ni siquiera los israelíes disputaban a los egipcios. Tampoco podía terminar la guerra replegándose diez kilómetros de donde la había comenzado. Y era muy com-

plicado negociar a tiempo para descabezar una intervención soviética si ésta era inminente. Hasta podría acelerarse la acción, si Sadat estaba lo suficientemente furioso para insistir en una participación de los grandes poderes. Le informé a Dinitz que discutiría la propuesta con mis colegas pero que yo sabía que eso no iba a funcionar. Estábamos demasiado preocupados tratando de anticiparnos a la acción soviética como para considerar la propuesta israelí.

Nuestra decisión siguiente fue tratar de cerrar las propuestas diplomáticas israelíes, induciendo a El Cairo a retirar su invitación a los soviéticos a enviar tropas. A las 23.55 la reunión aprobó un mensaje a Sadat en nombre de Nixon reiterando nuestro rechazo previo de una fuerza conjunta norteamericano-soviética. En su párrafo operativo, el mensaje advertía que, si las tropas soviéticas aparecían, tendríamos que resistirlas en suelo egipcio. Mientras mediaran estas circunstancias, mi proyectado viaje a El Cairo para comenzar el proceso de paz debería que cancelarse:

Le pido que considere las consecuencias para su país si las dos grandes naciones nucleares deben enfrentarse de esa manera en su tierra. Le pido que considere nuestra imposibilidad de asumir la iniciativa diplomática que debía comenzar con la visita del doctor Kissinger a El Cairo el 7 de noviembre si las fuerzas de uno de los grandes poderes nucleares deben comprometerse militarmente en suelo egipcio.

Inmediatamente después que instituímos el DefCon III, le requerí a Scowcroft que abandonara la reunión para llamar a Dobrynin con las siguientes instrucciones:

Dígale que desista de toda acción hasta que tengamos una respuesta y que usted no está facultado para dar respuesta alguna. Yo estoy en una reunión y no puedo salir de ella. No debe haber acciones unilaterales, y si se emprenden, tendrán las más graves consecuencias. Si él responde, usted puede decir que tiene instrucciones de no hacer comentarios. Pueden muy bien saber que nos referimos a negocios.

Dobrynin no emitió ningún parecer, salvo que transmitiría nuestro mensaje a Moscú. Ningún reaseguro; ninguna sugerencia de que nos fuéramos todos a dormir a la medianoche y continuaríamos nuestras discusiones a la mañana porque no había una amenaza real. Sólo el lacónico comentario de que estaría esperando nuestra respuesta. Si la pose de Dobrynin había sido pensada para aumentar nuestra sensación de amenaza, obtuvo un éxito admirable. Nuestra convicción de que ya estábamos frente a una inminente acción soviética se vio apenas disminuida cuando nos enteramos en el curso de la noche de que ocho transportes aéreos soviéticos An-22 —cada uno capaz de transportar doscientos o más hombres— debían volar de Budapest a Egipto en el curso de las próximas horas. Y descubrimos asimismo que elementos de las fuerzas armadas de Alemania Oriental habían sido puestas también en alerta efectivo a las 5 hora de Washington, o sea en un lapso de cinco horas. Calculamos que los soviéticos podrían transportar 5.000 soldados diarios a Egipto, por vía aérea. Decidimos que la entrada en el DefCon III no podría ser advertida por los soviéticos que tomaban las decisiones con celeridad suficiente. Era necesario algo más. A las 12.20 alertamos a la 82ª División Aerotransportada sobre un posible movimiento. A las 12.25 ordenamos al portaaviones *Franklin Delano Roosevelt* —en ese momento en Italia— que se desplazara rápidamente hacia el Mediterráneo oriental para unirse al transportador *Independence* al sur de Creta. El portaaviones *John F. Kennedy* y el contingente naval que lo acompañaba recibieron órdenes de desplazarse a toda velocidad del Atlántico al Mediterráneo.

Hubo algunas conversaciones parentéticas acerca de si los soviéticos hubieran tomado

estas medidas con un presidente *en funcionamiento*. Yo les dije: *Estamos en un momento de debilidad máxima, pero si aflojamos ahora vamos a tener serios problemas*. Hubo discusiones sobre si los Estados Unidos —en respuesta al despacho de tropas soviéticas a Egipto— podrían hacer un movimiento compensatorio y llevar sus propias tropas a la zona. Existía la inquietud acerca de si nuestra situación política interna podría permitir esa acción militar. Pero yo me mostré inflexible en cuanto a que tendríamos que actuar a favor de los intereses nacionales, sin considerar el escepticismo de los medios o la oposición política: *Si no podemos hacer lo que está bien porque nos pueden matar, entonces debemos hacerlo. Vamos a tener que luchar contra los cargos de los medios locales de que nosotros hemos provocado esto. El verdadero cargo es que lo provocamos por ser blandos*.

Las medidas de disponibilidad eran nuestra señal a Moscú. A las 12.30 volvimos a redactar la respuesta formal del presidente a Brezhnev. Resolvimos enviarla alrededor de las 5.30 hora de Washington. En tanto la decisión soviética de intervención dependía de nuestro mensaje, nos dio tiempo adicional para completar nuestros preparativos. Y para ese entonces los soviéticos ya habrían advertido nuestro movimiento de tropas. A la 1.03 informé al embajador británico Cromer acerca de nuestras diversas medidas de alerta y de la carta de Brezhnev. Le dije que íbamos a dar instrucciones formales al Consejo del Atlántico Norte una hora después de enviar nuestro mensaje a los soviéticos, o al mediodía, hora de Bruselas. Esperábamos que los británicos nos apoyaran en el Consejo del Atlántico Norte, así como en otras capitales.

Era un clásico ejemplo de la *relación especial* de Gran Bretaña con nosotros, así como de los límites de nuestra consulta aliada. Compartíamos nuestra información con ellos como una cosa natural, pese al hecho de que el gobierno de Heath estaba haciendo todo lo posible para distanciarse de EE.UU. en Europa y había subrayado de manera bastante conspicua su perspectiva diferente en Medio Oriente. No podíamos consultar a los otros aliados por anticipado porque queríamos que los soviéticos advirtieran por sí mismos de nuestras medidas de disponibilidad, y no a través de infidencias de aliados, que incluirían inevitablemente cualquier reaseguro que hubiéramos podido darles y por lo tanto disminuirían el sentido de determinación que conceptuábamos esencial transmitir. Retrospectivamente considero que este procedimiento fue erróneo. Podríamos haber informado a nuestros aliados una o dos horas antes de enviar nuestra respuesta a Moscú; debimos habernos arriesgado a una filtración.

A la 1.35 Dinitz reapareció. En nombre de la primera ministra nos instó a que no solicitáramos a Israel que hiciera retroceder la línea que ocupaba en la época en que el cese de fuego original había entrado en vigencia (el 22 de octubre). Le aseguré que no teníamos la intención de coercionar a Israel en respuesta a una amenaza soviética.

A la 1.45, Scowcroft, ante mi pedido, llamó nuevamente a Dobrynin con el mismo mensaje, añadiendo sólo que todavía nos aguardaban varias horas de deliberaciones. Por mi negativa a hablar con él, Dobrynin pudo inferir que no estábamos de ánimo para negociaciones. Nuevamente replicó que iba a informar, no ofreció ningún reaseguro, y agregó que se mantendría a la expectativa. Simultáneamente, notificamos al comandante de nuestras fuerzas en Europa que debía demorar el regreso ya planificado a los Estados Unidos, de las tropas que participaban en un ejercicio anual de la NATO, destinado a probar nuestra capacidad para socorrer rápidamente a Europa.

A las 2.09, minutos antes de la conclusión de nuestra reunión formal, le informé a Dinitz que habíamos completado nuestra respuesta a Brezhnev. No íbamos a ofrecer nuevas propuestas, excepto la de aumentar las fuerzas de observación de las Naciones Unidas. Ibamos, inequívocamente, a rechazar la acción militar conjunta y a resistir una intervención unilateral por la fuerza, si era necesario. También le pregunté a Dinitz, para mi información, cuanto tiempo le llevaría a Israel destruir al Tercer Ejército en caso de que una acción perentoria resultara inevitable.

A las 3.30, tal como estaba acordado, la Junta de Jefes de Estado Mayor ordenó el regreso a los EE. UU. de los B-52 con base en Guam. Estaban allí como un vestigio de la guerra de Vietnam, para desalentar la reanudación de la guerra en Indochina. La acción del Congreso durante el verano de 1973 había hecho esto imposible. Pero con la esperanza de que Hanoi pudiera sentir cierta inseguridad con respecto a nuestros procedimientos constitucionales, no habíamos movido los aviones, reconociendo que no podíamos engañar durante tanto tiempo a esos expertos en arte militar. Ahora aprovechábamos la oportunidad para terminar con este juego hueco, y, en el proceso, darles a los soviéticos otro indicio de que estábamos reuniendo nuestras fuerzas para una acción perentoria.

Finalmente, a las 5.40 enviamos a Dobrynin la respuesta a Brezhnev en nombre de Nixon. Rechazaba todas las exigencias soviéticas. La remitimos por intermedio de un mensajero, evitando cualquier posibilidad de suavizar las cosas mediante una explicación. La carta ofrecía la aprobación norteamericana —y la disposición para participar— de una fuerza de tregua ampliada, de supervisión de las Naciones Unidas, compuesta por personal no combatiente, temporario, cuya única tarea consistiría en proporcionar *información adecuada respecto del cumplimiento, por ambas partes, de los términos del cese del fuego*. Nuestra respuesta añadía:

Usted debe saber, sin embargo, que bajo ninguna circunstancia podríamos aceptar una acción unilateral. Esto sería una violación de nuestros arreglos, de los Principios acordados que firmamos en Moscú en 1972 y del Artículo II del Acuerdo sobre Prevención de una Guerra Nuclear. Como expuse más arriba, semejante acción provocaría consecuencias incalculables que no producirían beneficio alguno a nuestros países, y que pondría fin a aquello por lo que hemos luchado tan duramente.

LA CRISIS SE APACIGUA

A las 6.30 del jueves 25 de octubre, después de tres horas de sueño, descubrí que el público norteamericano ya estaba al tanto del alerta a nivel mundial de las fuerzas de los EE.UU. Figuraba todo en las noticias de la mañana. Me sentí sacudido, Esta inesperada publicidad convertiría inevitablemente el acontecimiento en una cuestión de prestigio para Moscú, desatando las pasiones populares en casa y complicando seriamente las posibilidades de un retiro soviético. También mostró el cambio en la disciplina de nuestro gobierno en los tres años desde la crisis jordana de septiembre de 1970. En ese entonces habíamos pasado por medidas de alerta similares; su alcance no se había dado a conocer hasta que la crisis había sido totalmente superada, tres días más tarde (5). El alerta general se había filtrado en un lapso de tres horas en medio de la noche; ahora íbamos a tener un enfrentamiento *público*, y no con un representante soviético como en 1970, sino con el mismo Kremlin.

Pero en mi oficina de la Casa Blanca el día empezó bien, con dos mensajes que habían venido de Egipto con una hora de diferencia. Eran respuestas a mi mensaje a Ismail y al de Nixon a Sadat. Mostrando un grado de cuidado apropiado a la gravedad de la situación, los egipcios se habían numerado en secuencias para ayudarnos a seguir la evolución de su pensamiento. El mensaje número uno era la respuesta de Ismail a mi informe (del 24 de octubre a mediodía) acerca de los esfuerzos que habíamos hecho para asegurarnos el cumplimiento de la detención del fuego por parte de Israel. A pesar de la situación del Tercer Ejército (a la que por orgullo no aludían) Ismail expresó que apreciaba nuestra oferta de ayuda. No consideró apropiado el envío de agregados militares de los Estados Unidos; sostuvo que una fuerza combinada norteamericano-soviética era la mejor ga-

rantía. Sin embargo, *ya que los EE.UU. rehúsan a tomar esta medida, Egipto le solicita al Consejo de Seguridad que proporcione una fuerza "internacional"* (con énfasis añadido). Esto significaba que Egipto estaba retirando el pedido que había producido la crisis. Y estaba sustituyendo una propuesta por una *fuerza internacional*, que por la práctica de las Naciones Unidas, *excluía* fuerzas de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad y por lo tanto la fuerza norteamericano-soviética exigidas por Brezhnev.

Esto fue explicitado en el mensaje número dos de Sadat a Nixon. Coincidió no sólo con la sustancia sino también con el razonamiento del mensaje enviado en nombre de Nixon la noche previa:

Comprendo las consideraciones que usted ha expuesto con respecto al uso de una fuerza conjunta EE.UU.-URSS, y ya hemos solicitado al Consejo de Seguridad el rápido despacho de una fuerza internacional a la zona para analizar la implementación de las resoluciones del Consejo de Seguridad. Esperamos que esto facilite el camino hacia otras medidas tal como fueron contempladas en la resolución del Consejo de Seguridad del 22 de octubre, con la finalidad de acordar una justa paz en la zona.

Estábamos a punto de ganar el juego diplomático. Sin el apoyo de Egipto resultaba muy improbable que hubiera una resolución de las Naciones Unidas que convocara a una fuerza conjunta norteamericano-soviética. Si los soviéticos enviaban tropas, iba a ser unilateralmente, sin la sanción de o el país anfitrión o las Naciones Unidas. Nos iba a resultar mucho más fácil resistirnos a esto, y estábamos decididos a hacerlo. Demostraba —aunque sólo podíamos adivinarlo por el momento— que Sadat estaba apostando su futuro al apoyo de la diplomacia norteamericana más que a la presión militar soviética.

El segundo hecho positivo fue un informe que envió John Scali a la mañana temprano desde las Naciones Unidas. Después de su firme oposición al envío de una fuerza conjunta norteamericano-soviética la tarde anterior, el entusiasmo por la idea se había enfriado considerablemente. El Consejo de Seguridad no suele estar preparado para votar contra la decidida oposición de una de sus superpotencias, si se le da una alternativa. Y siempre se las va a ingeniar para encontrar alternativas. Los no alineados, enfrentados a un veto de los EE.UU., habían puesto sobre la mesa, el 25 de octubre, una resolución en la que le pedían al secretario general que aumentara el número de observadores de las Naciones Unidas y *estableciera inmediatamente una Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas bajo la autoridad del Consejo de Seguridad*. Aunque expresado con vaguedad, el proyecto de resolución abriría el camino para excluir a las superpotencias de la Fuerza de Emergencia. El Consejo debía reunirse a las 10.30 para considerar el proyecto.

En el curso de la mañana recibimos la reacción británica a la carta de Brezhnev, que era la misma que la nuestra. Cromer nos informaba que *ellos (Londres) ciertamente habían recibido el mensaje de la misma manera que Uds*. Al embajador soviético en Moscú le habían solicitado que hiciera presentaciones urgentes ante Brezhnev para advertirlo acerca de una acción militar unilateral.

De este modo, fue con una disposición de ánimo esperanzada, si bien todavía tensa, que Haig y yo informamos brevemente a Nixon poco después de las 8 de aquel jueves 25 de octubre. Yo no sabía qué conversaciones habían mantenido Haig y Nixon en las primeras horas de la mañana. Para asegurarme, pasé revista a los movimientos políticos y militares de la noche anterior. Como siempre durante las crisis, Nixon se mantenía despejado y vigoroso. Coincidimos en que sería algo sin precedentes —y por consiguiente un gran desafío— si la Unión Soviética ponía unidades de combate organizadas en una zona alejada de su periferia y contra la voluntad del gobierno local. Pese al Acta de Poderes de Guerra promulgada unos días atrás, Nixon estaba decidido a igualar cualquier instala-

ción de tropas soviéticas en la zona y dejar librado al Congreso la terminación de su paso, tal como la nueva ley lo posibilitaba.

Después de la reunión con Nixon, se despachó una respuesta presidencial a Sadat. Felicitaba a Sadat por su enfoque *digno de un estadista de la cuestión del mantenimiento de la paz* e indicaba el apoyo norteamericano a una fuerza internacional que excluyera a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

Desde las 8.40 a las 10.00, Nixon y yo informamos a los dirigentes del Congreso sobre los sucesos de la noche anterior. Estos hombres distinguidos se mostraban al mismo tiempo dispuestos a brindar su apoyo, sin timón, y ambivalentes. Aprobaban el alerta; se mostraban entusiastas por nuestra negativa a aceptar una fuerza conjunta norteamericano-soviética. Pero su apoyo reflejaba más el aislacionismo de la era de Vietnam que una evaluación estratégica. Se oponían a una fuerza conjunta norteamericano-soviética porque no querían que se enviaran tropas norteamericanas al extranjero; el componente *norteamericano* de la fuerza propuesta les molestaba mucho más que el soviético. Por el mismo motivo, objetarían al envío de tropas de los EE.UU. aun cuando, en nuestra opinión, fueran necesarias para resistir una acción soviética unilateral. No se consideró concluyente que semejante abdicación pudiera sacudir el equilibrio global e intereses estadounidenses vitales. Así, el espíritu de cooperación se enfrió notablemente cuando Nixon esbozó nuestra determinación de igualar una presencia de tropas soviéticas unilateral con una norteamericana, ya fuera en Israel o en países árabes amigos. Muchos de los dirigentes del Congreso expresaron las más graves reservas. Y aunque no llegaron tan lejos como para indicar una abierta oposición, aclararon lo suficiente que el apoyo al alerta no debía interpretarse como un respaldo al movimiento de tropas.

Esta reunión moderada permaneció en mi mente cuando, después de otra reunión del WSAG a las 10.15, tuve una reunión de prensa hacia el mediodía. Una serie de tendencias contradictorias por parte del público y del Congreso luchaban contra nosotros. Había un debate cada vez mayor sobre el cese de las hostilidades, un clamor que iba en aumento de que, de alguna manera, los soviéticos nos estaban engañando. Lo cierto era lo contrario; nuestra política de reducción, y, en lo posible, eliminación de la influencia soviética en Medio Oriente que en realidad estaba progresando bajo la máscara de *détente*. El final de *la détente* hubiera lanzado a los soviéticos a asaltarnos políticamente en Medio Oriente, lo que, a corto plazo, habría complicado en gran medida nuestra estrategia. Y un enfrentamiento abierto con los soviéticos tendría lugar en un momento de máxima debilidad de nuestra autoridad ejecutiva. ¿Podríamos soportarlo, y con qué propósito? ¿Qué proceder más firme hubieran propuesto los retóricos de la rigidez que la política que en realidad estábamos consumando? *La détente* no era un favor que les hacíamos a los soviéticos. Era en parte una necesidad; en parte un tranquilizante para Moscú, ya que queríamos que el Medio Oriente mantuviera relaciones más estrechas con nosotros a expensas de los soviéticos; en parte el imperativo moral de la era nuclear.

En consecuencia, empecé la conferencia de prensa —sin notas— con una explicación fría —aunque filosófica— de nuestra concepción de las relaciones norteamericano-soviéticas:

Los Estados Unidos y la Unión Soviética son, por supuesto, adversarios ideológicos y, hasta cierto punto, políticos. Pero ambas naciones tienen también una responsabilidad muy especial. Poseemos —cada uno de nosotros— arsenales nucleares capaces de aniquilar a la humanidad. EE.UU. y la URSS tenemos el deber especial de hacer que los enfrentamientos se mantengan dentro de límites que no amenacen a la vida civilizada. Los dos países, tarde o temprano, tendremos que llegar a comprender que los problemas que dividen hoy al mundo, y otros proble-

mas previsibles, no justifican la catástrofe sin parangón que significaría una guerra nuclear.

En un discurso —*Pacem in terris*— señalé que existen límites más allá de los cuales no podemos avanzar. Deje sentado que nos oponemos al intento de cualquier país de lograr una posición de predominio, ya sea global o regionalmente; que resistiríamos cualquier intento de explotar una política de *détente* para debilitar nuestras alianzas; y que reaccionaríamos si las relaciones de tensiones se usan como máscara para exacerbar los conflictos en zonas de disturbios internacionales. En la actual situación hemos seguido estos principios.

Es fácil iniciar enfrentamientos, pero en esta época tenemos que saber dónde vamos a estar al final y no sólo qué postura asumir al comienzo.

No deje duda alguna acerca de nuestra decisión en la crisis inmediata:

Los Estados Unidos no apoyan y no aprobarán el envío de una fuerza norteamericano-soviética a Medio Oriente. Los Estados Unidos consideran que lo que se necesita en Medio Oriente es, sobre todo, una determinación de los hechos, una determinación acerca de dónde se encuentran las líneas y de quién está efectuando disparos, de manera que el Consejo de Seguridad pueda tomar las medidas adecuadas. Resulta inconcebible que las fuerzas de las grandes potencias deban introducirse en los números necesarios como para vencer a ambos participantes. Resulta inconcebible que debamos trasplantar la rivalidad de las grandes potencias a Medio Oriente, o, alternativamente, que debamos imponer un condominio militar de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Los Estados Unidos se oponen aun más a la introducción por parte de cualquier superpotencia, especialmente por parte de cualquier poder nuclear, de fuerzas militares en Medio Oriente, de cualquiera sea la manera que estas fuerzas sean introducidas.

Continué explicando, en forma deliberadamente vaga que *la ambigüedad de algunas de las acciones y comunicaciones y ciertas medidas de disponibilidad que habían sido adoptadas* habían llevado a la decisión de ordenar posturas militares precautorias de nuestra parte. Si la crisis de gobierno requiere medidas frías y hasta brutales para mostrar determinación, también impone la necesidad de ofrecer al contendiente una salida. Las tribunas son buenas para el ego, pero resultan mala política exterior. Un desafío público podría hacer que los soviéticos abrieran trincheras más allá de lo que el Politburó pudiera considerar prudente. Muchas guerras empezaron porque no se dejó una línea de retirada abierta. Las superpotencias tienen la obligación muy especial de no humillarse mutuamente. Precisamente porque estábamos a punto de triunfar —y los soviéticos lo sabían— presenté el resultado en términos compatibles con el autorrespeto soviético:

Quisiera aclarar que, hasta el momento, la Unión Soviética no ha cometido ninguna acción irreparable. Es nuestra esperanza que tal acción no sea cometida.

Vuelvo a repetir lo que ya expresé muchas veces en esta conferencia de prensa. No estamos buscando una oportunidad para enfrentarnos a la Unión Soviética; no le estamos pidiendo que se retracte de nada que haya hecho.

La oportunidad para seguir con la acción conjunta en el Consejo de Seguridad, y luego en la diplomacia, está abierta. Las medidas que tomamos y que el presidente ordenó son de naturaleza precautoria. No fueron encaminadas a ninguna acción que ya haya sido tomada. Y por lo tanto no hay razón para que ningún país se retracte de algo que aún no ha hecho. . .

No formulé nada acerca de la carta de Brezhnev, porque preferí no comprometer el prestigio personal del secretario general. No sirvió en absoluto. De algún modo, el senador Henry M. Jackson conocía la existencia de la carta, pese a lo reducido del número de gente que sabía de su existencia, y la había descripto públicamente como "brutal" y "amenazadora". Un reportero me preguntó acerca de la declaración de Jackson. Evadí cualquier comentario, indicando subsecuentemente —con poca prudencia— que en el lapso de una semana se conocerían más hechos (*). Mi responsabilidad no era tratar temas de discusión, sino defender los intereses de los Estados Unidos en un medio peligroso. Y la historia enseña que el momento más peligroso es a menudo cuando un adversario está aparentemente preparado para retroceder y luego es arrojado a un nuevo desafío por un ataque a su autoestima.

El alerta fue sumido inmediatamente en el cinismo producido por Watergate. Me lanzaban dos clases de preguntas: si las acciones de la Unión Soviética habían sido causadas por nuestras disputas domésticas; y la opuesta, si habíamos generado la crisis por razones de política más interna que externa; si, en la poco sutil pregunta de un periodista, nuestras acciones habían sido "racionales". El interrogante sobre los motivos soviéticos me dio una oportunidad de insinuar a mi pesadilla recurrente: *No se puede tener una crisis de autoridad durante meses en una sociedad sin pagar un precio en alguna parte del camino.*

Los interrogatorios en cuanto a nuestros motivos eran aun más hirientes para nosotros, que habíamos agonizado a través de una noche de incertidumbre desesperada. Sin embargo demostraba lo estrecho que era nuestro marco para la política. Si pretendíamos el enfrentamiento, siguiendo el consejo de los partidarios de la anti-détente, seguramente nos veríamos debilitados por los sabuesos de Watergate que tratarían cada desafío a la Unión Soviética como una maniobra por la cual su odiada presa, Nixon, estaba tratando de escaparles. Para ampliar nuestro cuarto de maniobras, repliqué bastante acaloradamente:

Estamos intentando conducir la política exterior de los Estados Unidos con consideración por lo que le debemos no sólo al electorado sino también a las generaciones futuras. Y es un síntoma de lo que está sucediéndole a nuestro país que hasta se dé a entender que los Estados Unidos alertan a sus fuerzas por razones caseras. . .

Y en respuesta a otra pregunta:

Estamos tratando de preservar la paz en circunstancias muy difíciles. Depende de Uds., damas y caballeros, determinar si éste es el momento para tratar de crear una crisis de confianza en el campo de la política exterior también. . .

Tiene que haber una mínima confianza en que los funcionarios más caracterizados de los Estados Unidos no están jugando con la vida del pueblo norteamericano.

Tiemblo al pensar qué destino nos hubiera aguardado en semejante ambiente si hubiéramos tenido que soportar una crisis durante muchos días. Fue afortunado que los soviéticos, también, temieran correr los riesgos de un enfrentamiento prolongado, aun en el contexto de nuestro frágil equilibrio doméstico.

Inmediatamente después de la conferencia de prensa, a las 13.10, encontré un mensaje

(*) Los comités del Congreso en sesión ejecutiva fueron informados acerca del alerta y sus circunstancias conexas. El secretario Schlesinger y yo, en nuestras conferencias de prensa respectivas, detallamos la esencia de lo que había ocurrido. Pero no todos los detalles fueron dados a publicidad, por las razones explicadas más arriba. Los comités estuvieron de acuerdo con esta decisión (6).

de Sadat que aceptaba una fuerza internacional compuesta por miembros no permanentes del Consejo de Seguridad (la referencia al Consejo de Seguridad fue un error de redacción; él quería excluir a los miembros permanentes de este organismo, pero dejaba la participación abierta a cualquier otro miembro de las Naciones Unidas). Pocos minutos después me enteré por Waldheim que el embajador soviético Malik iba a apoyar la misma propuesta.

A las 14.40 Dobrynin telefoneó para decir que tenía otra carta de Brezhnev. Estaba escrita como si la crisis de la noche anterior no hubiera tenido lugar jamás. Sin ninguna referencia a la amenaza de acción unilateral de la noche anterior, Brezhnev informaba a Nixon que había despachado a setenta "representantes soviéticos" —aparentemente no era personal militar— para que observaran la implementación del cese del fuego. Indudablemente, Brezhnev, con su característica jactancia, presentaba su renuncia al enfrentamiento como si *nosotros* nos estuviéramos sometiendo a su propuesta: *Ya que Uds. están listos ahora, según tenemos entendido, para enviar a Egipto un grupo de observadores norteamericanos con la misma misión, estamos de acuerdo en obrar conjuntamente en la gestión.*

Y adelantaba la sobrecogedora tesis de que los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas deberían ser un preludio de una cooperación más conspicua aún:

Tras el despacho de los observadores, nosotros, de manera urgente, continuaremos también con nuestras restantes medidas políticas, que corresponden a la decisión del Consejo de Seguridad y al acuerdo entre nosotros, logrado en Moscú con el doctor Kissinger, quien condujo las operaciones en vuestro nombre.

Los soviéticos habían retrocedido. El peligro inmediato había pasado. Todavía navegábamos por un angosto estrecho. Pero ahora sabíamos que con suerte y sagacidad podíamos mejorar el proceso de paz. Indudablemente, esa perspectiva ya había ayudado a persuadir a Sadat de que debía abstenerse de invitar a las fuerzas militares soviéticas a volver al suelo egipcio.

Hubo las habituales consecuencias de una crisis: la mezcla de alivio, disminución de la tensión, y la premonición de que habría otro desafío, si bien menor. Telefoneé a Jim Schlesinger, mi compañero en la sesión de toda la noche en la Sala de Situación, y le agradecí, a él y a Tom Moorer y a Bill Clements por sus contribuciones. Lo hice con convicción, porque su fortaleza y dedicación nos habían permitido salir de la crisis de autoridad y actuar con extraordinaria decisión y unidad. Recomendé que Schlesinger estuviera atento al alerta que comenzaba a medianoche.

Hubo muchas llamadas telefónicas de periodistas importantes, con el pedido constante de que se hiciera pública más información, a fin de convencer al cuerpo de prensa escéptico de que la crisis había sido genuina. Un columnista se sintió molesto porque *los testimonios de un acto tan importante fueron tan endebles que no parecieron creíbles*. Mis respuestas resultaron más caritativas que mis sentimientos. A esta altura, incrementar la humillación pública de la Unión Soviética hubiera sido una conducta decididamente poco atinada.

A las 15.05 del jueves analicé la situación con un Nixon gozoso. Discutimos la resolución del Consejo de Seguridad, planes para retirar el alerta, la carta de Brezhnev. Le confié que yo no había caracterizado la carta del 24 de octubre en mi propia conferencia de prensa porque me parecía peligroso transformar la cuestión en un enfrentamiento personal entre el presidente y el secretario general. Nixon se sintió injuriado ante la insinuación de los medios de que había generado personalmente la crisis para aliviar sus dificultades domésticas: era un argumento que él sabía mejor que sus críticos que hubiera sido inherentemente imposible.

Durante el curso de la tarde, fue aprobada la Resolución 340 del Consejo de Seguridad. Reiteraba el llamado a un regreso a las líneas del cese del fuego original del 22 de octubre; habíamos tenido éxito al sustituir la palabra más neutral "regreso" por la original "retiro". Establecía una fuerza internacional compuesta por miembros de las Naciones Unidas excluyendo a las grandes potencias. (El texto de la Resolución 340 está en las notas posteriores.) (7) Presioné telefónicamente a Waldheim para que excluyera a otras naciones del bloque soviético mediante la fórmula de que no debía invitarse a participar a ningún miembro de alianzas militares existentes.

Golda objetó con firmeza a esta declaración, como lo había hecho con la del día anterior. No iba a arriesgarse —con alerta o sin él— a que hasta las divergencias tácticas con Israel se convirtieran en hábito.

Mientras tanto habíamos estado intercambiando mensajes todo el día con El Cairo, que había pedido ayuda mediante el envío de plasma sanguíneo y otros abastecimientos médicos para el sitiado Tercer Ejército. Israel, aunque estaba de acuerdo en principio, no tenía ningún apuro en que se enviara ningún tipo de suministro; todavía deseaba la rendición del Tercer Ejército.

Mis propios pensamientos se volvían cada vez más a la diplomacia por la cual podíamos cambiar el delicado equilibrio del momento. Apenas superada la crisis, yo quería fijar las mentes árabes en los proyectos de paz. Más tarde, el 25 de octubre, con el pretexto de averiguar algunos arreglos técnicos para mi viaje a El Cairo, le envié un mensaje a Hafiz Ismail que trataba sobre el propósito de mi visita:

Aguardo el momento de reunirme con Ud. y con las personas que Ud. juzgue apropiadas, y de mantener constructivas discusiones preliminares sobre los temas de interés para nuestros países. Durante el período previo a nuestro encuentro ambos debemos tratar de garantizar el mantenimiento de una atmósfera constructiva en las relaciones entre Egipto y los Estados Unidos.

Al finalizar el día, Nixon llamó desde Camp David para felicitarme por la cobertura televisiva de mi conferencia de prensa. Estaba comprensiblemente obsesionado por Watergate; después de todo, *la masacre del sábado a la noche* había tenido lugar sólo cinco días antes y aun entonces el Congreso tenía un juicio en camino. En lo que respecta a las relaciones públicas, Nixon era sumamente drástico. Ahora quería que le trajera a la Casa Blanca a los directivos de las agencias noticiosas más importantes y los informara e instruyera acerca del alerta. Quería que yo señalara que él era absolutamente indispensable. ¿Qué pasaría si el vocero de la Casa Carl Albert se había visto enfrentado con el problema? Pocos minutos después concibió la idea de que hiciera lo mismo con los dirigentes judíos: *Reúnalos a todos en un cuarto, y explique primero que Uds. son norteamericanos, y miembros de la comunidad norteamericano-judía, y que están interesados en Israel. ¿Quién va a salvar a Israel, y quién va a salvarlo en el futuro?*

Era patético pero certero. Había asumido la responsabilidad y enfrentado sus posibles complicaciones con jactancia y decisión. Y aún así podíamos preservar la fuerza y la coherencia de nuestra política exterior sólo si asegurábamos más allá de la incertidumbre que no dejaríamos que Watergate afectara nuestro accionar. Si se establecía un vínculo en la mentalidad pública, las esperanzas de nuestra diplomacia, y, por lo tanto, de paz, se verían destruidas. Por lo tanto insté a Haig a que abandonara esos proyectos. Estaban destinados al fracaso. Haig estuvo de acuerdo y no se volvió a oír nada más sobre ellos.

Sólo quedaba un extremo suelto. La fuerza naval soviética de doce barcos seguía acercándose a los que algunos de nuestros informes gubernamentales se complacían en

llamar "masa de tierra" de Egipto. Continuaban con su ruta aun después de la Resolución 340 del Consejo de Seguridad, tal vez porque en Moscú los habían olvidado, más probablemente como garantía contra otra dificultad en la implementación de la detención del fuego. Finalmente, la CIA informó a la noche que la flotilla se había detenido 100 millas náuticas al norte de Mersa Matruth; se dispersó al día siguiente y no volvió a tener lugar ninguna actividad naval que implicara amenaza. Así terminó el día del alerta.

CONSECUENCIAS

Los periódicos norteamericanos del viernes 26 de octubre a la mañana abundaban en comentarios sobre nuestro alerta militar; la mayoría se mostraba aliviada por el hecho de que se hubiera evitado un grave enfrentamiento con los soviéticos, y apoyaba desusadamente nuestra decisión de rechazar la propuesta soviético-egipcia de una intervención de tropas de las superpotencias.

El *Washington Post* publicó ese día dos editoriales. Uno, sobre la conexión con Watergate, rechazaba cualquier inferencia de mi conferencia de prensa en el sentido de que era la prensa la que estaba minando la confianza del público: *Nuestra crisis interna fue creada por el presidente*. El otro editorial sugería que la crisis demostraba tanto los límites como la utilidad de la *détente*. *Nixon respondió, en nuestra opinión, con admirable firmeza y sobriedad:*

Si en esta crisis estábamos en realidad tan cerca del peligro es algo acerca de lo que podemos saber más cuando el gobierno proporcione, como prometió el doctor Kissinger que lo haría, los textos y los hechos apropiados. Un juicio sobre el asunto puede esperar. Lo que es importante advertir ahora, con sobrio agradecimiento, es que la relación creada por el señor Nixon y el señor Brezhnev en los últimos años les resultó útil en el conflicto de esta semana.

El *New York Times*, en dos editoriales del 26 de octubre sugería también que la crisis demostraba lo sutil que es todavía "la *détente*" soviético-norteamericana. El *Times* otorgaba su favor a las negociaciones tempranas: *El señor Kissinger indicó ayer que podría llevar varias semanas organizarlas. Esto, en nuestra opinión, no resulta suficientemente bueno.*

El *Wall Street Journal* apoyaba firmemente al gobierno: *Resulta increíble que algunos periodistas que estaban en la conferencia de prensa sugirieran que el presidente gestionó una crisis internacional para desviar la atención de la crisis doméstica. El Los Angeles Times* escribió en el editorial que la *movilización parcial norteamericana... fue lo correcto, y respaldó el manejo de la crisis desde el principio de la guerra. Se opuso con firmeza a cualquier intervención armada por parte de una superpotencia, y alabó al gobierno por haberse opuesto a ella. El Chicago Tribune opinó que la política en Medio Oriente definida por el doctor Kissinger es admirable y éste es un momento en que los norteamericanos deben tener confianza en la política exterior de nuestro gobierno.*

Tratábamos entonces de disipar el trance, evitando cualquier ataque al autorrespeto de la Unión Soviética. No era momento para cantar victoria, no fuera que Moscú tomara el inevitable nuevo pretexto para revertir el resultado de la noche previa.

Brezhnev hizo su parte: pronunció un discurso conciliatorio el 26 de octubre en una reunión del Congreso Mundial de Paz, en Moscú. Exaltó la importancia de la *détente*; no mencionó el alerta norteamericano, pero castigó a Israel por violar el cese del fuego "con perfidia". Repitió los lineamientos soviéticos sobre un arreglo en Medio Oriente que implicaba un apoyo incondicional a los árabes de línea dura. Pero no se mostró más específico que en los últimos cuatro años en aclarar cómo lograría su programa: un vacío que representaba nuestra oportunidad estratégica.

Mi colega Helmut Sonnenfeldt resumió muy bien la ambivalencia de nuestra discusión pública:

En esta loca ciudad el discurso conciliatorio de Brezhnev en parte inducido por la firmeza de nuestra reacción a las amenazas soviéticas la otra noche, en parte por el propio interés de Brezhnev en su política de *détente*, va a estimular futuros argumentos de que fabricamos una crisis por razones domésticas. Y cualquier esfuerzo que hagamos para demostrar que estábamos justificados al hacer lo que hicimos, podrá tener uno de estos dos efectos: o pondrá de relieve la fragilidad de *la détente*, o llevará a los rusos a la demostración de que un enfrentamiento con nosotros no los atemoriza.

Evidentemente, *la détente* no había impedido una crisis, como proclamaban que debía haberlo hecho algunos de nuestros críticos con diversos grados de mala fe, olvidando que *la détente* no definía a la amistad sino una estrategia para una relación entre adversarios. Después de todo, uno de los principales propósitos de nuestra propia política en Medio Oriente consistía en reducir el rol y la influencia de la Unión Soviética, tal como los soviéticos trataban de reducir los nuestros. Pero yo creo que *la détente* mitigaba la sucesión de crisis que las diferencias de ideología e interés geopolítico ya habían hecho casi inevitables; y creo que, en el proceso, realzábamos el interés nacional.

Todavía tratábamos, por ejemplo, de limitar el rol y el número de observadores que Brezhnev había enviado a Egipto mientras esperaba la resolución de la crisis. Ahora que las fuerzas de las Naciones Unidas habían sido aprobadas, resultaban un anacronismo. Nixon replicó al mensaje de Brezhnev del 25 de octubre casi veinticuatro horas más tarde, a las 13.00 del 26 de octubre, sin dejar dudas de que teníamos la intención de reducir a los observadores de las superpotencias hasta llegar a proporciones mínimas:

Ahora que la Organización de las Naciones Unidas Supervisora de la Tregua ha sido aumentada, y se ha creado una Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas, una fuerza supervisora norteamericano-soviética por separado resultaría inadecuada. Propongo que en esta eventualidad dejemos la composición de la Fuerza de Observadores de las Naciones Unidas a discreción del secretario general. Nuestra propia preferencia se inclina porque las limitaciones en su composición sean las mismas que las acordadas por la fuerza de emergencia de las Naciones Unidas. Sin embargo, estaríamos dispuestos a considerar un pedido del secretario general para proporcionar unos pocos observadores norteamericanos, en el caso de que él lo deseara. Los observadores soviéticos deberían integrarse de la misma manera. No consideramos necesario tener fuerzas de observadores separadas de países individuales que operen en la zona.

Durante el resto del día, Dobrynin y yo discutimos acerca del número del contingente de observadores norteamericano-soviéticos. Yo inicié la propuesta insistiendo en que no fueran más de veinte de cada lado. Finalmente, hubo un acuerdo para que se constituyeran treinta y seis de cada país. Fue un esfuerzo innecesario, porque Egipto cambió rápidamente de idea acerca de la deseabilidad de los observadores. El nuevo ministro egipcio de Relaciones Exteriores, Ismail Fahmi, proclamó en El Cairo que Egipto ni quería ni necesitaba a los observadores. El pedido soviético de un contingente especial norteamericano - soviético se concretó, y la cuestión se sepultó en la diplomacia posterior.

Nos las habíamos visto con la amenaza de una intervención soviética. Pero el problema que le había dado surgimiento persistía. El Tercer Ejército egipcio estaba todavía blo-

quedo. No corría el riesgo de que lo atacaran, pero el hambre lo estaba sometiendo. El convoy médico que habíamos tratado de organizar durante veinticuatro horas había sido detenido por los israelíes con un pretexto u otro en las afueras de la ciudad de Suez. Israel alegaba que transportaba suministros médicos directamente. No teníamos manera de comprobarlo. De todos modos, esto también había sido planeado para humillar a los egipcios al poner de relieve su dependencia de las fuerzas armadas israelíes. No era algo que Sadat pudiera aceptar indefinidamente.

Y no lo hizo. Poco después de las 9.30 del viernes 26 de octubre, Sadat envió un mensaje urgente directamente a Nixon, en el que acusaba a los israelíes de estar explotando la situación *para establecerse entre las líneas de comunicación del Tercer Ejército egipcio en un intento por aislarlo y obligarlo a rendirse*, y de seguir impidiendo a los observadores de las Naciones Unidas que llegaran a la zona. Sadat amenazó con una acción unilateral para reabrir las líneas de suministros. Además, nos dijo que también les comunicaba esa información a los soviéticos.

Continuaba sugiriendo que la prolongación del *impasse* podría arriesgar la atmósfera para charlas "constructivas" conmigo. *Quisiera informarle —me escribía— que, en preparación para esta visita, estamos estudiando propuestas totales que, esperamos, constituyan un punto decisivo hacia un arreglo final de paz.* Un viaje vendido con tanta frecuencia por cada una de las partes a la otra requeriría algo milagroso para cumplir con todas las expectativas creadas por razones predominantemente tácticas. Obviamente, tanto nosotros como El Cairo estábamos tratando de utilizar mi viaje para maniobrar las posiciones; nosotros para introducir una cuña entre la Unión Soviética y Egipto y para impedir que Sadat pidiera ayuda soviética; Sadat para inducirnos a evitar que Israel destruyera al Tercer Ejército egipcio. Tal como sucedió, estos objetivos se combinaron.

Habíamos apoyado a Israel durante toda la guerra por numerosas razones históricas, morales y estratégicas. Y acabábamos de correr el riesgo de guerra con la Unión Soviética, en medio de la crisis interna de Watergate. Pero nuestros intereses compartidos no admitían la destrucción del Tercer Ejército.

El problema del Tercer Ejército era, muy sencillamente, que Israel había completado su sitio *después* que el cese del fuego (que habíamos negociado) había entrado en vigencia. Pero mientras Israel podía obtener esto, no podía lograr que el Tercer Ejército se rindiera. La noche anterior (el 25 de octubre), a última hora, Israel había replicado a mi pregunta que destruir al Tercer Ejército le llevaría tres o cuatro días más de lucha en *todo* el frente y la seguridad de grandes cantidades de equipos modernos. No había forma de que esto ocurriera sin otra gran crisis con la Unión Soviética, la enemistad permanente de todos los Estados árabes y la humillación de Sadat.

La destrucción final de un ejército egipcio después del cese del fuego tampoco podía ser, a la larga, el interés de Israel. Exasperados por el hecho de que habían sido sorprendidos, fuera de sí mismos por la aflicción causada por la magnitud de los desastres, con una profunda desconfianza hacia Sadat, que había manejado su derrota, los dirigentes de Israel querían terminar la guerra. Sus emociones eran comprensibles. Pero uno de nuestros intereses era proporcionar a los dirigentes árabes un incentivo para la moderación. Nuestros intercambios con El Cairo nos habían convencido de que Anwar Sadat representaba la mejor posibilidad de obtener la paz en Medio Oriente.

Ahora que habíamos impedido la intervención soviética, era esencial comenzar el proceso de paz. Esto requería alivio inmediato para el Tercer Ejército: un problema táctico difícil. Había unanimidad en nuestro gobierno en cuanto a los objetivos, desacuerdo respecto de los métodos. El Departamento de Defensa había presentado un plan de reabastecimiento del Tercer Ejército con aviones norteamericanos C-130. También había mucha presión para que interrumpiéramos el transporte aéreo de abastecimiento a Israel. Ambas ideas me inquietaban. No podíamos, en el espacio de dos semanas, esta-

blecer dos suministros de abastecimiento aéreo en los dos bandos opuestos en una guerra de Medio Oriente. Al mismo tiempo, una abrupta interrupción del transporte aéreo a Israel correría el riesgo de que se la interpretara como una disociación de nuestro aliado, y podría tentar, por lo tanto, la intransigencia árabe y tal vez la renovada intervención soviética.

De manera que pasamos el sábado 26 de octubre tratando de persuadir a Israel de que se ofreciera algún tipo de alivio al Tercer Ejército, lo que evitaría que nos viéramos forzados a una oposición abierta. No era una tarea fácil. Una nación amiga espinosa, orgullosa y algo agotada tenía que ser convencida de que no debía persistir en un curso de acción que le prometía grandes beneficios caseros en las elecciones (*), y teníamos que concretar el objetivo mientras manteníamos una postura pública de estrecha unión. Teníamos que preservar la confianza de Egipto en nosotros a través de las horas de agonía que requería convencer a Israel. Era una reñida carrera entre nuestro poder de persuasión y la resistencia del Tercer Ejército, y, con ella, las perspectivas de un gobierno moderado en Egipto. Y tras acabar de convencer y compeler al oso ruso en su jaula, teníamos que mostrarnos cautos no fuera que volviera a embestir. Ese fue también un día muy largo.

A los pocos minutos de haber recibido un mensaje de Sadat, contacté a Dinitz. Entretanto, el Tercer Ejército estaba tratando de romper el sitio al norte de la ciudad de Suez. Esto indicaba su desesperación y agravaría su situación al agotar sus reservas. También nos iba a enfrentar con otro round de disputas sobre las violaciones del cese del fuego. Apremié a Israel para que tomara dos medidas: que invitara a los observadores de las Naciones Unidas a proceder inmediatamente a los puntos entre los dos ejércitos para monitorear el cese del fuego; y que permitiera a los convoyes de alimentos, agua y suministros médicos acceder al Tercer Ejército. Este último permanecería sitiado, incapaz de combatir, útil como pieza de negociación, pero no sujeto a las humillaciones de la rendición. Dinitz prometió una respuesta en un breve lapso. También impuse a Dinitz acerca de mi plan de visitar Egipto.

Nixon estaba en Camp David, adonde había ido a prepararse para una conferencia informativa por televisión esa noche. A las 10.30 envié a Sadat un mensaje en su nombre, en el que le relataba las propuestas que habíamos hecho a Israel:

Necesariamente va a requerir varias horas obtener una respuesta definitiva sobre estos puntos. Es nuestro más sincero deseo que en el interin Ud. pueda evitar decisiones irrevocables.

Me siento sumamente alentado por sus sustanciales preparativos para nuestras discusiones durante la próxima visita del secretario Kissinger. Puede Ud. estar seguro de que él adoptará una actitud constructiva. Esperamos que su visita pueda representar un hito en el camino hacia un arreglo permanente y justo.

Hacia el mediodía hablé con Nixon en Camp David y le resumí lo que habíamos estado haciendo. Cuando se enteró del urgente mensaje que Sadat había enviado esa mañana temprano, quiso que se lo transmitiéramos a los israelíes "con firmeza", según sus palabras. (Yo ya lo había hecho.) *Mantengamos nuestra posición en el negocio.*

Como habían transcurrido casi cuatro horas y no había recibido ninguna respuesta de los israelíes, llamé finalmente a Dinitz. No tenía instrucciones, pero disponía de una idea "personal": a cualquier egipcio que quisiera dejar el Tercer Ejército se le debía permitir que lo hiciera, pero debían dejar el equipamiento. En otras palabras, una humillación

(*) La elección general israelí, originariamente fijada para el 30 de octubre, fue postergada durante la guerra para el 31 de diciembre.

pública para Egipto; no es extraño que fuera presentada como una idea "personal". Repetí nuestra propuesta en el sentido de que se permitiera pasar el abastecimiento no militar, especialmente alimentos, agua y medicamentos. Añadí: *No se les va a permitir que capturen ese ejército*. Después de charlar un rato, volví a advertirle: *Francamente, creo que si provocan un enfrentamiento total cometerán un error*. Nuevamente solicitaba una respuesta urgente.

Alrededor de las 14.30, cuando, tras cinco horas de espera, aún no habíamos obtenido respuesta de Israel, recibimos otro mensaje frenético de Sadat a Nixon:

En el preciso instante en que recibo su alentador mensaje con respecto al futuro de la paz, los israelíes están lanzando ataques aéreos y terrestres contra el Tercer Ejército, con la falsa excusa de que fue éste quien inició el ataque.

Quiero advertirle que el momento es crítico y que el futuro de paz está en peligro. Con falsos pretextos, se está contraviniendo su garantía de la resolución del Consejo de Seguridad.

Espero que podamos actuar con rapidez para detener inmediatamente el deterioro de la situación.

Poco después, Kurt Waldheim me informó que Zayyat, en un estado altamente emotivo, lo había contactado desde Nueva York acerca de la posibilidad de una reunión especial del Consejo de Seguridad, para protestar contra nuevas violaciones israelíes al cese del fuego. El ejército egipcio no se iba a rendir; iban a forzarlo a adoptar acciones unilaterales. Era, decía Zayyat, un momento decisivo.

Cuando comuniqué el mensaje egipcio a Dinitz a las 16.15, todavía no tenía instrucciones, siete horas después de mi pedido urgente. Era evidente que el gobierno israelí estaba demorando las cosas con la esperanza de forzar al Tercer Ejército a la rendición. La única indicación que tenía Dinitz era que el Gabinete iba a enviar a un general a explicarme la situación y presentarme una "propuesta completa". Pero esto llevaría tiempo, cosa que no teníamos. Advertí a Dinitz que existía un límite más allá del cual no se nos podía empujar. Dinitz replicó, revelando los cálculos israelíes: *No podemos dejarlos salir (el Tercer Ejército) sin obtener algo a cambio*. Por supuesto, si yo introducía la cuestión en nuestra propia maquinaria burocrática, con toda seguridad iba a convertirse en el reabastecimiento *norteamericano* del Tercer Ejército, cosa que el Departamento de Estado estaba recomendando. Le insinué que Israel se hallaba en una buena posición para negociar, y que podría obtener algo de ello, aunque no la rendición del Tercer Ejército. Ibamos a hacer todo lo posible para arreglar discusiones directas entre Egipto e Israel: un objetivo que Israel sustentaba desde hacía largo tiempo. Pero una continuación de las tácticas en curso resultaría desastrosa:

Tienen que comprar tiempo para esta discusión. Nos complacerá comunicarles que habrá discusiones inmediatas entre Uds. y los egipcios para resolver este problema. Nosotros deseamos cooperar, pero lo que va a ocurrir es que los soviéticos van a presentar otra exigencia importante, y Uds. no pueden colocar al presidente en una posición de enfrentamiento día tras día.

Les solicitaba una respuesta antes del comienzo del debate del Consejo de Seguridad fijado para las 21.00 de esa noche.

Todavía con el deseo de evitar un choque con Israel, y deseoso de que, eventualmente, pudiéramos obtener una respuesta constructiva, envié un mensaje dilatorio a Sadat en nombre de Nixon. Le comunicaba a Sadat los puntos en los que Israel había acordado aceptar observadores de las Naciones Unidas, así como el acuerdo de Israel para enviar

un convoy médico a la ciudad de Suez. El mensaje también señalaba que las versiones israelíes y egipcias sobre las causas de la violación del cese del fuego eran exactamente opuestas: *Ud. debe reconocer que para nosotros es imposible efectuar juicios adecuados acerca de quién mantiene y quién viola el cese del fuego.* Prometía que, en cuanto hubiera en la zona observadores imparciales, los Estados Unidos estarían preparados para identificar y condenar a los violadores del cese del fuego.

Esto no era lo que Sadat esperaba. El desastre era incipiente: en las presiones del honor egipcio, las reservas del Tercer Ejército, cada vez más escasas, y nuestra lucha para resolver una complicada diplomacia.

Finalmente, a las 19.10, durante la conferencia de prensa de Nixon, llegó una respuesta formal de Israel. Era otra demora para ganar tiempo. La primera ministra Meir aceptaba ahora mi sugerencia de mantener conversaciones directas con los egipcios acerca de *cómo resolver este problema.* Mientras tanto, no ofrecía ningún tipo de auxilio al Tercer Ejército. Lo que Golda pensaba parecía bastante simple:

Creemos que tenemos algo que ofrecerles, algo que no es ni la rendición ni la humillación, sino una salida honorable. Todo lo que los egipcios tienen que hacer es sugerir la fecha, lugar y rango de su representante.

Pero la realidad era más complicada. La dificultad psicológica que experimentaban los árabes para aceptar conversaciones directas no iba a verse aliviada por la humillación deliberada al Tercer Ejército. Por lo menos iba a llevar tiempo acordar una reunión, y cada hora transcurrida debilitaría más aún al Tercer Ejército. Golda admitía el problema y trataba de calmarnos: *Ellos —el Tercer Ejército— no están en una situación desesperada; quien lo está es Sadat.* Pero eso no daba una respuesta a nuestras inquietudes, porque teníamos más interés aún en preservar a Sadat que al Tercer Ejército; el hecho era, sin embargo, que ambos eran simbióticos. Uno se había convertido en el vicario del otro. A las 19.55 comuniqué la esencia del mensaje de Golda —proponiendo conversaciones directas egipcio-israelíes— a Hafiz Ismail en El Cairo.

Mientras tanto, dos sucesos habían inflamado la cuestión. Alrededor de las 16.30 nos alertaron de que otro mensaje soviético estaba en camino. En el pasado, el intervalo después de la notificación rara vez había excedido los quince minutos. Dos horas después, el mensaje todavía no había llegado. Interrogué a Dobrynin. Alegó ignorancia. ¿Era guerra psicológica para desgastarnos como durante la crisis cuarenta y ocho horas antes? ¿Tenía Moscú segundos pensamientos acerca de lo que se proponía enviar? ¿Sólo podíamos esperar, aunque consideré que era improbable que tuviéramos que enfrentarnos tan pronto con otra amenaza tan severa como la que acabábamos de superar.

Mientras estábamos esperando el mensaje soviético, Nixon comenzó su conferencia de prensa a las 19.00 en el Salón del Este de la Casa Blanca, y todo desbarató el delicado equilibrio que habíamos tratado de mantener entre la firmeza y la ausencia de provocación. Por mis estudios de historia, yo estaba convencido de que el período inmediatamente posterior a cualquier victoria diplomática es frecuentemente el más precario. El vencedor se siente tentado a dar otra vuelta de tuerca demasiadas veces; el perdedor, en carne viva por la humillación de la derrota, puede estar tan ansioso de desquitarse que abandona súbitamente todo cálculo racional.

Nixon, sin embargo, tenía otros imperativos. Estaba decidido a demostrar que pese a una semana de alarma por *la masacre del sábado a la noche*, y pese a la amenaza de juicio, controlaba la situación, era, sin duda, indispensable. Necesitaba convencer al público de que había existido una verdadera crisis no impuesta por los problemas de Watergate. Nixon, por lo tanto, tenía un incentivo para presentar la crisis ante los medios en los términos más severos que le fuera posible.

Obtuvimos información —dijo— que nos indujo a creer que la Unión Soviética estaba planeando el envío de una fuerza muy sustancial contra nosotros en Medio Oriente, una fuerza militar. Había ordenado un alerta militar cuyo propósito era indicar a la Unión Soviética que no íbamos a aceptar ninguna acción unilateral por su parte.

Este desafío explícito estaba por otra parte, dirigido a Brezhnev personalmente por una versión algo melodramática de los mensajes que habían intercambiado: *No diré que la nota que me envió fuera dura y brutal, sino más bien firme, y que dejaba un margen muy pequeño para imaginar cuáles eran sus intenciones. Y mi respuesta fue también muy firme, y dejó muy poco margen para imaginar cómo íbamos a reaccionar.* Nixon continuó reflexionando acerca de cómo Brezhnev entendía la potencia norteamericana y a Nixon en particular. Esto era así, meditaba Nixon, ya que él había sido el presidente del bombardeo a Vietnam del Norte en desafío a todas las presiones públicas: *Eso fue lo que hizo actuar al señor Brezhnev de esa manera.* Y Nixon coronó su presentación de la derrota de Brezhnev sosteniendo que había sido *la crisis más difícil que hemos tenido desde el enfrentamiento con Cuba en 1962* (una comparación a la que yo, en mi conferencia de prensa, había dejado deliberadamente de lado).

La mayor parte de esto resultaba cierto. Pero no era el momento más propicio para convocar a Brezhnev a una prueba de hombría. Sobreexcitado por haber dormido muy poco durante muchas noches seguidas, protesté con vehemencia a Haig, como si él pudiera pulverizar lo que ya figuraba en los archivos públicos. Haig tenía sus propios problemas, porque los ávidos medios no habían sido persuadidos, por una tensa situación internacional, de abandonar su cantera de Watergate a través de preguntas persistentes, duras y ocasionalmente insolentes sobre el tema. Ensambladas con las respuestas defensivas de Nixon, estas preguntas habían tendido a derrotar uno de los propósitos de la conferencia de prensa: transmitir una imagen de liderazgo tranquilo, seguro y decidido. No es extraño que Haig me aconsejara: *Si le hablas esta noche, tómatelo con calma. Está en el límite.* Y la llamada telefónica de Haig pocos minutos después me demostró lo fuerte que era la necesidad de reaseguro: *Estoy con el presidente. Hemos advertido que eres el único que no telefoneó.* Yo conocía demasiado bien la casi frenética inseguridad de Nixon después de cada aparición en público, agravada ahora por la agonía de Watergate. No tenía sentido y hubiera sido cruel embarcarse en una discusión sobre los matices del manejo de la crisis. De manera que le acoté a Haig, no sin ambigüedad: *Fue un verdadero tour de force.*

La disposición de ánimo entre los periodistas en las dos conferencias de prensa hacía sospechar que, si llegaba a haber otro *test*, el equilibrio psicológico podía no ser tan favorable. Y era cierto no sólo aquí. Scali me informó desde las Naciones Unidas esa noche: *Creo que a menos que logremos que los israelíes retrocedan, no vamos a tener un sólo amigo en la casa.*

A las 20.45 llamé a Dinitz *no como secretario sino como amigo.* Le dije que había un mensaje soviético en camino y que tenía la impresión de que Israel prefería que lo violaran antes que tomar una determinación espontáneamente. Quería evitar la imagen de Israel que cedía bajo presión, si es que eso era posible sentaría un mal precedente para el futuro. Insté a Dinitz a que se presentara con alguna propuesta próxima que pudiera calmar la discusión en las Naciones Unidas. Pero Dinitz era tan impermeable a las apelaciones personales como había sido impenetrable frente a los enfoques oficiales. Recitó las pérdidas israelíes durante la guerra; argumentó que si el Tercer Ejército era abastecido, reiniciaría una ofensiva. (Esta no era la cuestión. Nadie proponía abastecimientos militares; lo único que se planteaba eran simples necesidades no militares para mantener a las tropas con vida). Israel parecía decidido a matar de hambre al Tercer Ejército. Le anuncié con impaciencia: *Si llegan las cosas a ese punto, a ustedes se los va a obligar.* Lo mejor que pude prometer fue ocuparme de que *no se los presione un segundo antes de que sea inevitable.*

El mensaje de Brezhnev comenzó a llegar poco después de las 21.00. El líder soviético amenazaba, pero mucho más ambiguamente que dos días antes. Se limitaba al cargo de que las acciones de Israel amenazaban los intereses de la paz universal. Brezhnev recapitulaba lo que sabía: Sadat le había pedido a los Estados Unidos que tomara medidas para detener la agresión israelí y aliviar al Tercer Ejército. Habíamos prometido ayudar en las próximas horas, pero el tiempo había pasado y el pedido de Sadat no había sido satisfecho:

Sí, las próximas horas no nos proporcionan información en el sentido de que se han tomado las medidas necesarias para resolver el problema planteado por el presidente Sadat, entonces tendremos las más serias dudas respecto de las intenciones del lado norteamericano. . .

Brezhnev solicitaba una respuesta positiva de los Estados Unidos en una cuestión de horas. El también, por primera vez, discutía nuestro alerta, dejando sentado que, aunque él no había reaccionado, nuestra acción era infundada y no conducía a relajar las tensiones internacionales.

Era un mensaje extraño. Hablaba de amenazas a la paz universal, pero no acerca de lo que la Unión Soviética haría al respecto. Pedía una respuesta norteamericana en las próximas horas, pero no emitía más amenazas que las serias dudas que tendría acerca de nuestras intenciones. Se mostraba quejumbroso respecto del alerta, pero la cautelosa redacción indicaba que se habían aprendido algunas lecciones importantes. Sin embargo, había un límite en cuanto a las demostraciones de impotencia que los líderes soviéticos iban a poder tolerar.

Yo había resistido las presiones de la burocracia con respecto a un reabastecimiento norteamericano del Tercer Ejército. Entendía que la intransigencia de Israel reflejaba una combinación de inseguridad y desesperación, plasmado por el temor al aislamiento, una premonición de catástrofe que subyacía muy profundamente en el alma de un pueblo que había convivido con el desastre a través de los milenios de su historia, y la angustia de que, si cedía una vez a la presión, estaría incitando a un inagotable proceso de exacciones. También reflejaba los desacuerdos de un Gabinete dividido, ninguno de cuyos miembros se atrevía a mostrarse "más blando" que sus colegas. Yo había maniobrado todo el día para evitar una disociación pública entre los Estados Unidos e Israel, para preservar la sustancia psicológica de Israel, aun mientras lo persuadía de que no presionara su ventaja hasta llegar al extremo. Pero empezaba a demostrarse que Israel no estaba en condiciones de tomar una decisión. Parecía que prefería que lo obligaran a soltar su presa y no a dejarla ir voluntariamente. Mi responsabilidad última era la de secretario de Estado de los Estados Unidos, no la de psiquiatra del gobierno de Israel. Con la mayor renuencia decidí que mi deber consistía en forzar una acción definitiva. El único acto de amistad que podía mostrarle a Israel era mantenerlo en privado, si Israel me dejaba.

Así, a las 22.58 del viernes, llamé a Dinitz en nombre de Nixon. No recuerdo si consulté antes con el presidente; si lo hice o no, no cabía duda de que el presidente me iba a respaldar. Con toda seguridad, él hubiera querido decidir el asunto antes, o aceptado la opción de que los Estados Unidos reaprovisionaran al Tercer Ejército, si no hubiera estado preocupado por su conferencia de prensa y por Watergate. Le informé a Dinitz:

Déjeme darle la reacción del presidente en partes separadas. En primer lugar, él quiso que yo dejara claramente sentado que no podemos permitir la destrucción del ejército egipcio bajo condiciones logradas después que un cese del fuego fuera obtenido, en parte por negociaciones en las que nosotros participamos. Por lo

tanto, es una opción que no existe. . . . En segundo lugar, quisiéramos que ustedes nos hicieran llegar una respuesta a las cuestiones de abastecimiento no militar que permitan llegar al ejército, no más tarde de las 8. Si no pueden prestar su acuerdo a ello, tendremos que apoyar a las Naciones Unidas una resolución respecto de la observancia forzosa de las Resoluciones 338 y 339. La incapacidad de ustedes para llegar a una decisión nos ha llevado a esto contra nuestra voluntad. Cualesquiera sean las razones, ésta es la posición de los EE.UU. y el presidente desea que se la transmita. Esperamos una respuesta que facilite algún tipo de negociación y de respuesta positiva sobre el abastecimiento no militar; de lo contrario nos uniremos a los otros miembros del Consejo de Seguridad para convertirlo en una cuestión internacional. Debo remarcarles que vuestro proceder es suicida. No se les permitirá destruir este ejército. Ustedes están minando las posibilidades de negociación. . . .

Le afirmé a Dinitz que no íbamos a informar a El Cairo de la *démarche* (*), que transmitiríamos cualquier propuesta israelí a Egipto; que apoyaríamos la negativa de Israel a permitir un reabastecimiento militar del Tercer Ejército. Dinitz, que era una de las inteligencias más agudas entre los embajadores de Washington, no pudo haber dejado de advertir —y probablemente se sintió aliviado— que no habíamos exigido una retirada israelí a la línea de cese del fuego del 22 de octubre. No informé a ningún otro gobierno acerca de las presiones sobre Israel.

Aproximadamente a las 2.30 del sábado 27 de octubre, enviamos una respuesta presidencial a Brezhnev. Era amable pero vaga. Expresaba nuestro compromiso al cese del fuego. Nixon prometió presionar al gobierno israelí para permitir que el abastecimiento no militar llegara al Tercer Ejército. El mensaje no indicaba que ya lo hubiéramos hecho, ni la fecha límite establecida. No queríamos tentar a los ultimátums soviéticos con un incumplimiento de nuestros plazos. Le prometía a Moscú una respuesta a última hora del sábado a la tarde, hora de Washington, bastante después del límite de tiempo que habíamos dado al Gabinete israelí, a fin de dejar margen para cualquier aclaración que fuera necesaria. El mensaje de Nixon concluía con una referencia al alerta:

Con respecto a las acciones que los Estados Unidos tomaron como resultado de su carta del 24 de octubre, yo rememoraría sus opiniones en la misma: *Es necesario adherir sin dilaciones. Establezca con toda claridad que si usted considera imposible actuar rápidamente con nosotros en esta cuestión, nos veríamos enfrentados con la necesidad de considerar urgentemente la toma unilateral de medidas.* Señor secretario general, éstas son palabras muy serias, y fueron tomadas de la misma manera aquí en Washington.

Apenas acabábamos de despachar el mensaje a Moscú, cuando tuvimos noticias de Israel en la forma de un mensaje que Golda me enviaba. Aunque yo había transmitido nuestro reclamo en nombre de Nixon, Golda se sentía demasiado segura como para abordar al presidente de frente. Se aseguraba que sus peticiones fueran siempre con subordinados. El colocar al mandatario en un pedestal le daba a éste una oportunidad más de cambiar de proceder desautorizando a aquellos que estaban minando la armonía que postulaba Golda. Y, si esto fracasaba, una última concesión al presidente, con un poco de suerte y de habilidad, podría convertirse al menos en un reclamo para obtener favores futuros.

La carta en sí misma era Golda pura, apasionada, centrada en sí misma, sagaz. Estaba

(*) Paso dado, diligencia (N. del T.).

escrita tanto para impactar al Gabinete israelí como para el gobierno de Estados Unidos. Ella había elegido poner la cuestión en el contexto de la imposición de las superpotencias, implicando que nosotros nos estábamos sometiendo a los soviéticos, argumento que, si salía a la superficie, iba sin duda alguna a movilizar el máximo de presiones domésticas contra Norteamérica: *No tengo ilusión alguna de que todo no nos sea impuesto por las dos grandes potencias*. Esto, acerca de un pedido que ella había rehusado responder durante dieciocho horas, en el sentido de que Israel propusiera *algo* que pudiéramos defender ante el Consejo de Seguridad *contra* las presiones soviéticas. Todo lo que ella pedía, decía en su carta, era que le dijéramos a Israel qué debía hacer *para que Egipto pudiera anunciar una victoria de su agresión*. Esto, con respecto a una propuesta para aprovisionar víveres y agua a un ejército bloqueado cuarenta y ocho horas después de un pacto del corte del fuego negociado por los EE.UU. y que iba a permanecer bloqueado aún después de haber recibido estos suministros mínimos. Pero si tenía que hacer alguna concesión, nada iba a forzar a la leona a mostrarse indulgente al respecto: *Hay una sola cosa que nadie puede impedir que hagamos, y ello es proclamar la verdad de la situación: que a Israel se lo castiga no por sus proezas, sino por su tamaño y porque está solo con sus propios recursos*.

Era una gran carta para el Gabinete israelí: David desafiando a Goliat y maniobrando para no conceder nada.

Su tono de afrenta no me ocultaba que su respuesta evadía, una vez más, el punto esencial: todavía rehusaba presentar una propuesta. Insistía en que nosotros la impusiéramos: exactamente lo que yo había estado tratando de evitar. Era un reflejo de la convicción, de la complicada política del Gabinete israelí, y de las cercanas elecciones. Ellas hacían que para Golda fuera más fácil ceder que iniciar.

Desgarrado entre la admiración y la exasperación (*son héroes locos*, exclamé ante Scowcroft), estaba redactando una respuesta cuando Sadat vino a resolvernos el problema, aunque al costo de otra noche sin dormir. A las 3.07 de ese sábado, recibí un mensaje de Hafiz Ismail respondiendo que Egipto aceptaba conversaciones directas sobre los oficiales egipcios y los israelíes del rango de general de división *para discutir los aspectos militares de la implementación de las Resoluciones 338 y 339 del Consejo de Seguridad del 22 y 23 de octubre de 1973*. Las conversaciones deberían tener lugar bajo la supervisión de las Naciones Unidas en el Kilómetro 101 de la carretera El Cairo-Suez. Las únicas condiciones serían un cese del fuego "completo", a entrar en efecto dos horas antes de la reunión propuesta para las 15.00 hora El Cairo de ese día (sábado), y el paso de un convoy llevando abastecimiento no militar al Tercer Ejército, bajo la supervisión de las Naciones Unidas y la Cruz Roja.

La cólera de Golda había sido prematura. A través de nuestra mediación, Israel estaba por entrar en las primeras conversaciones directas entre los representantes israelíes y árabes desde la dependencia de Israel. Retenía el control de la ruta de acceso al Tercer Ejército aun cuando las Naciones Unidas, casi unánimemente, estaban presionando para lograr la retirada israelí a la línea del 22 de octubre. Todo esto, a cambio de permitir que un convoy de abastecimiento no militar pudiera pasar.

A las 4.31 le comuniqué a Hafiz Ismail que su mensaje, con nuestro fuerte respaldo, había sido transmitido a Israel *sobre bases sumamente urgentes*. A las 6.20 Israel aceptó la propuesta egipcia en su totalidad. Informé a Sadat de inmediato. Tres horas después (queríamos reducir el tiempo utilizable para los agravios soviéticos) fue enviada una carta a Brezhnev en nombre de Nixon, en la que se le informaba acerca de las inminentes conversaciones egipcio-israelíes y sobre el acuerdo israelí al convoy.

Pero el Medio Oriente no se presta a soluciones claras. Cada paso adelante requiere que el terreno sea sometido a pruebas en previsión de arenas movedizas. A las 11, hora de Washington (o 17 horas en El Cairo) Israel nos comunicó que Egipto no se había presen-

tado a la hora y lugar convenidos. Siguió una ráfaga de mensajes. Trascendió que los representantes militares de Egipto que se encontraban en camino hacia el Kilómetro 101 habían sido detenidos a la altura del kilómetro 85 por centinelas israelíes que todavía no habían recibido instrucciones para dejarlos pasar. ¡Parecían extrañamente laxos en comunicarse con sus cuarteles generales para informar acerca del fenómeno sin precedentes de un general de división egipcio que insistía en hablar directamente con su colega israelí! La confusión fue pronto salvada. Hablé personalmente con Golda. Aparentemente, Israel había dejado de notificar al general de las Naciones Unidas Enzio Siilasvuo que hiciera los arreglos necesarios que yo le había asegurado a Ismail se harían (*). Los apremié para que fijaran una nueva fecha, y para que todas las notificaciones se hicieran por adelantado. Después de numerosas idas y vueltas, producidas por la necesidad de intercambiar mensajes entre dos partes interesadas que se encontraban a unos pocos cientos de kilómetros vía Washington, o a una distancia total de 18.000 kilómetros, se decidió que ambos generales se reunirían a medianoche.

Finalmente, a la 1.30 hora local del domingo 28 de octubre, una hora y media después del nuevo horario, los representantes militares de israelíes y egipcios se reunieron para mantener conversaciones directas por primera vez en veinticinco años, bajo los auspicios de observadores de las Naciones Unidas. Pero durante todo ese día, los israelíes se las arreglaron para demorar el paso del convoy. A última hora del 26 me habían dicho que el Tercer Ejército tenía provisiones y agua para cuarenta y ocho horas; estaban decididos a mantenerlos en raciones pequeñas; si el ejército se derrumbaba mientras había un convoy en camino, no habría que ir a derramar lágrimas a Jerusalén. Finalmente, el lunes 29 de octubre a la mañana, pude informar a Hafiz Ismail que el convoy había llegado a destino. Egipto acordó mantener futuras reuniones. Si bien éstas permanecían inconclusas, el camino hacia la negociación había comenzado. Pronto fue irreversible.

PERSPECTIVAS DE PAZ

Habíamos llegado casi a la meta de nuestra estrategia. La guerra había terminado, y con ella los peligros más urgentes para la posición norteamericana en Medio Oriente. Habíamos surgido como el factor fundamental de la diplomacia. Egipto empezaba a moverse en nuestra dirección, con lo cual creaba un incentivo, aun para los regímenes radicales, para un nuevo examen de las premisas de su política. Sadat había indicado claramente su intención de cambiar de rumbo: no había otra explicación para su conducta disciplinada, moderada y perspicaz. Y todo esto había sido logrado mientras permanecíamos junto a nuestros amigos en Israel durante la guerra y evitábamos su aislamiento en la caótica diplomacia del cese del fuego.

Nuestra creciente supremacía se reflejaba en el tono de las comunicaciones soviéticas. El 29 de octubre, Brezhnev envió otra carta a Nixon, alternativamente quejumbrosa, acusatoria y amenazante acerca de la demora en organizar las conversaciones egipcio-israelíes y en permitir el avance del convoy de auxilio. Brezhnev hablaba de una crisis de confianza producida por acciones que objetivamente se limitaban a apoyar a la *camarilla militar* (una opinión obviamente no compartida por algunos críticos norteamericanos que nos veían en connivencia con Moscú). Brezhnev instaba a la cooperación contra la "agresión" y el "engaño" destinados a empeorar las relaciones soviético-norteamericanas.

Su carta ilustraba el dilema soviético, junto con la complejidad de camino que habíamos trazado. Una vez que el gran *bluff* de Brezhnev había fracasado, sus amenazas

(*) Desde entonces, he tenido una oportunidad de comparar mis impresiones con el general Siilasvuo. Me confirmó que había existido una confusión real, aun cuando en ese momento yo sospeché de una maniobra israelí.

habían perdido gran parte de credibilidad. Al mismo tiempo, sus protestas y quejas tendían inevitablemente a rezagarse ante los acontecimientos. Con el intervalo requerido para las comunicaciones entre El Cairo y Moscú y luego Moscú y Washington, los problemas por lo general quedaban superados o bien encaminados para el momento en que teníamos noticias del Kremlin. *Sólo nosotros podemos realmente salvar a los israelíes* —le afirmé a Nixon el 31 de octubre— *de manera que ellos los soviéticos están tratando constantemente de colocarse en una posición desde la que puedan efectuar reclamos, ya sea amenazándose o presionándonos, promoviendo esto o aquello, haciéndonos hacer lo que de todos modos íbamos a hacer.*

Un síntoma de la frustración soviética lo constituyó su intento de crear un foro bilateral en las Naciones Unidas, que les daría un *status* oficial para supervisar el cese del fuego, y del cual nosotros estaríamos excluidos. Para calmar las preocupaciones soviéticas sin comprometerlos en la diplomacia diaria, el 31 de octubre le propuse a Dobrynin que ambos países designaran un representante que desarrollara los "auspicios" para las negociaciones de paz previstas por la Resolución 338 del Consejo de Seguridad. Al día siguiente Gromyko pretendió que los representantes debían supervisar la detención del fuego. Por aquel entonces, Sadat estaba tan comprometido con un rol norteamericano, que pude evadir la propuesta traspasándosela al ministro interino de Relaciones Exteriores de Egipto, Ismail Fahmi, que estaba en ese momento de visita en Washington. Se hallaba tan deseoso como yo de una supervisión soviética, y demoró el asunto, que pronto murió.

Evidentemente, si jugábamos nuestra parte con audacia, podríamos reducir gradualmente la influencia soviética y radical en el mundo árabe, o bien obligar a los soviéticos a que adoptaran un curso de acción más moderado. El 3 de noviembre, respondimos a la carta de Brezhnev de tres días atrás, afirmando una vez más nuestra adhesión a la coexistencia pacífica. La carta de Nixon insistía en el principio de moderación y la renuncia a los beneficios unilaterales. Pero también reseñaba de una manera positiva el estado actual de las negociaciones Estados Unidos-Unión Soviética, desde las conversaciones de limitación de armas estratégicas hasta las perspectivas de relaciones económicas. Nuestro propósito era demostrar que existía una alternativa positiva al enfrentamiento, y poner en perspectiva tanto la crisis que acabábamos de superar como las tensiones que seguramente se producirían más adelante.

En una sociedad acostumbrada a respuestas relativamente sencillas y en un cuerpo político agobiado por Watergate, las ambigüedades públicas de nuestra política tentaban cada vez más a la oposición interna. Los conservadores se sentían agraviados por el mero hecho de un diálogo soviético-norteamericano. Los liberales sospechaban de su pragmatismo. Ambos compartían la nostalgia clásicamente norteamericana por la política basada en conceptos más "elevados" que el interés nacional. Yo estaba preparando un viaje a Medio Oriente que pondría a prueba no sólo nuestra diplomacia, sino también nuestra habilidad para manejar las conflictivas presiones nacionales, ¿Podrían los Estados Unidos, surgiendo en el rol decisivo en la lucha por la paz en Medio Oriente descongelar y remodelar los alineamientos letales de un cuarto de siglo?

Capítulo XIII

PRIMER LOGRO EN MEDIO ORIENTE

FAHMI Y GOLDA

A fines de octubre de 1973, la guerra había terminado, pero subsistían muchas situaciones explosivas por todas partes. El Tercer Ejército egipcio permanecía aislado en el Sinaí. Los productores de petróleo árabes habían impuesto un embargo y cortes en la producción. La Unión Soviética estaba preocupada por sus frustraciones y pérdida de influencia. Habíamos logrado un cese del fuego y estábamos empezando a movernos hacia una posición importante como árbitros en el proceso de la paz. Por lo tanto, lo que había sido concebido como una visita a Egipto, —mi primera a un país árabe— se convirtió en un viaje a través de varias naciones del Medio Oriente.

Mi gira no constituiría una celebración, sin embargo, sino solamente una oportunidad o tal vez una trampa. Su mejor consecuencia sería extender el espacio de maniobras para nuestra estrategia: si fracasaba, era probable el desastre. Ante una demostración de impotencia norteamericana, Arabia Saudita y Jordania no se atreverían más a apoyar un curso moderado; Siria endurecería su intransigencia; Egipto podría acabar de nuevo en el campo soviético. Los soviéticos harían más que recuperar el terreno que habían perdido. Moscú había demostrado en la crisis recién superada que se hallaba preparada a apoyar sus palabras con amenazas si no siempre sus amenazas con acciones.

La nerviosidad general era tal que El Cairo no estaba satisfecho esperando mi llegada allí. No lo comprendíamos por completo aún, pero Sadat evidenciaba casi tanto interés en la demostración del papel crucial de los Estados Unidos como el que teníamos nosotros. El 28 de octubre se me informó de pronto que el ministro de Relaciones Exteriores actuante, Ismail Fahmi, era enviado a Washington por el presidente Sadat, sin habernos notificado previamente. Lo que es más, como no podía detenerme en Israel en esa ocasión (por haber viajado antes en octubre) la primera ministra Golda Meir llegaba a Washington para discusiones preliminares al viaje que comenzaría el 31 de octubre.

La trampa inmediata con que me enfrentaba, mientras Fahmi y Golda iban hacia Washington, era que podríamos consumir nuestra oportunidad estratégica en la presión de un frágil cese del fuego. Y había verdaderos problemas. Si el Tercer Ejército quedaba aislado, las alarmas constantes resultaban inevitables. ¿Permitiría Israel que más de un convoy de provisiones llegara hasta el atrapado ejército egipcio, o trataría de hacerlos morir de hambre? ¿Y cómo podría asegurarse el aprovisionamiento al ejército sin dar vuelta peligrosamente las cartas? Y si los egipcios recibían provisiones sin límites, las fuerzas israelíes que habían cruzado a la orilla occidental del Canal de Suez podrían exponerse a sí mismas a ser rodeadas (ver mapa pág. 476). Estaba también la demanda de Israel de liberar a sus prisioneros de guerra. Para apresurar el cese del fuego, Brezhnev me había prometido su completo apoyo para lograr un rápido intercambio de prisioneros de guerra. Descubrí muy pronto que ni Egipto ni Siria estaban en conocimiento de ese compromiso —que Israel razonablemente insistía que debía ser honrado. Israel exigía

también el paso libre a través del estrecho de Bab el-Mandeb, la entrada sur al Mar Rojo, que estaba bajo un no declarado bloqueo egipcio (ver mapa en la página 170).

Si los despojos del conflicto constituían un peligro, la tentación de apuntar inmediatamente a un arreglo permanente y comprensivo, constituía otro. En realidad, he sido criticado por no haber aprovechado esta "oportunidad" para tal solución (1). Pero se trataba de un espejismo. Sabíamos que Israel resistía inexorablemente el regreso a las fronteras de 1967, incluyendo la renuncia a la vieja ciudad de Jerusalén. Ningún Estado árabe, ni siquiera el más moderado, pediría menos en un contexto de una paz comprensiva. Israel, reponiéndose del fuerte choque del ataque árabe, se encontraba como paralizado. Enfrentaba una elección; buscaba recuperarse; las presiones para una negociación comprensiva tenían mayores probabilidades de inducir a medidas desesperadas, tales como terminar con la detención de fuego, o a un colapso psicológico, que de llegar a un arreglo. En cuanto a los árabes, en un ajuste comprensivo todas las partes deberían coincidir y los elementos radicales de los árabes tendrían un veto. Egipto perdería el control sobre sus propias decisiones y la Unión Soviética se inyectaría como abogada de los árabes, presentando un programa máximo que años de experiencia nos habían mostrado como irrealizable. Nuestros aliados, Europa y Japón, apoyarían la posición árabe, dejándonos completamente aislados.

Fue la contemplación de estos riesgos alternados —de empantanarnos en engañosos detalles y de consumir nuestras energías en perseguir finalidades comprensivas, más anheladas que obtenibles— lo que nos decidió a un avance "paso a paso". Un esfuerzo más ambicioso, si fracasaba, nos convertiría en el blanco de las frustraciones de todos —los israelíes nos culparían por nuestras exacciones, los árabes por nuestra reticencia, los aliados por su impotencia; los soviéticos explotarían la turbulencia resultante para sus finalidades de hegemonía. El estadista debe sopesar los premios del éxito contra las penalidades del fracaso. Y se le permite sólo una oportunidad para adivinar. A diferencia del observador, no se le proporciona el privilegio, si su juicio resulta erróneo, de revisarlo en otro tratado. Los errores del estadista probablemente sean irrevocables. Teníamos que fijar objetivos dentro de las capacidades psicológicas de las partes, metas que no pudieran ser vetadas por los intransigentes o los fanáticos. Cada paso tenía que demostrar que podíamos obtener buenos resultados. Por lo tanto, cada adelanto aumentaría la confianza y haría más fácil el próximo paso. En una reunión del WSAG el 2 de noviembre señalé:

Podemos reducir la influencia soviética en el área y hacer levantar el embargo petrolero si logramos presentar un programa moderado y vamos a hacerlo. Si no, los árabes serán llevados de vuelta a los soviéticos, el pozo de petróleo estará perdido, tendremos a todo el mundo en contra de los EE.UU. y no habrá nadie en la UN que vote por nosotros. Tenemos que probar a los árabes que estarán mejor tratando con Norteamérica un programa moderado que discutiendo con los rusos sobre un programa radical.

Pero hasta ahora, todo era teoría. Yo no había visitado nunca un país árabe ni tenido tratos extensos con líderes árabes. Excepto por sus poco frecuentes visitas a Washington, me era imposible saber si lo que me parecía lógico a mí les parecía lo mismo a ellos. Ni estaba claro aún si podríamos establecer una relación de confianza. Cuando fui nombrado secretario de Estado, hubo un poco de preocupación en el mundo árabe por mis antecedentes judíos —pero también apreciaban mis merecimientos por haber negociado el cese del fuego en Vietnam y por la posibilidad de que yo tuviera una influencia moderadora sobre Israel.

Resultó afortunado que mi primer interlocutor en el mundo árabe fuera Ismail Fahmi,

que pronto sería un completo (ya no actuante) ministro de Relaciones Extranjeras de Egipto (Fue confirmado en este cargo el 31 de octubre.) Entró precipitadamente en mi oficina del Departamento de Estado el lunes 29 de octubre, directamente desde su avión, sin una cita previa, tomando la fortaleza por asalto, *El presidente me ha enviado a conocerlo* —manifestó sin preámbulos— *para informarle a él sobre usted y preparar su visita*. En otras palabras, Sadat me estaba examinando; Fahmi iba a darme una calificación.

Sadat no pudo haber hecho una elección más feliz. Fahmi era a la vez transparente y sutil, convival y abrasivo, afable y espinoso. Había vivido muchos años en los Estados Unidos, mientras servía en las Naciones Unidas; uno de sus hijos había sido educado aquí. Había sufrido por su alegado prejuicio pronorteamericano durante el tiempo de Nasser. Fue un mal-entendido por parte de Nasser. Genuinamente dedicado a lograr mejores relaciones con Occidente, Fahmi era también un ferviente nacionalista egipcio. Como Sadat, no se acercaba a nosotros por sentimentalismo, sino por un frío análisis de los intereses de Egipto. Las políticas de Nasser habían producido desastres: el flirteo con la Unión Soviética no había logrado recuperar territorio egipcio. Lo que no se nos podía sacar por presiones, podría ser logrado tal vez a través de la confianza y un espíritu de cooperación. Fahmi era adaptable en las tácticas, pero era claro en cuanto a sus objetivos e implacable acerca de sus principios.

Fahmi había venido al mismo tiempo para encantarme y amedrentarme. Su naturaleza romántica veía bien endilgarme habilidades diplomáticas que excedían hasta mi propia no muy baja estima. Parece estar en la naturaleza árabe creer que un acontecimiento épico o una personalidad trascenderá milagrosamente el pesado desorden que es la usual condición humana; un hacedor de milagros constituye un mecanismo para evitar elecciones difíciles. Una táctica relativa de Fahmi era atribuirme algún desafortado designio de asombrosa complejidad: lo que también me hacía notar que un hombre capaz de ver a través de imaginarias maniobras de tan estupenda sutileza no sería distraído por los más crudos designios que yo pudiera producir. Sin embargo Fahmi era también un hábil diplomático, particularmente eficaz para transmitir las instrucciones de Sadat, que eran a menudo más visionarias que detalladas, traduciéndolas en prácticas propuestas de negociación. Gordito en apariencia, Fahmi no tenía dificultades para aparecer jovial; era un hombre genuinamente agradable, pero sus ojos atentos hablaban de una penetrante inteligencia. En el análisis final, mientras utilizaba los modales conciliatorios del egipcio de clase alta, para evitar confrontaciones innecesarias, no dejaba ninguna duda de que el choque era inevitable si las diferencias no podían ser reconciliadas.

Fahmi fue mi primer contacto extenso con esa extraordinaria colección de primeros ministros árabes que hablaban de sí mismos como "hermanos" pero parecían no encontrar nunca nada bueno que decir los unos de los otros. Mórbidamente sospechosos de los proyectos de los demás, intercambiaban información con extraordinaria rapidez, oscureciendo sus verdaderas finalidades con una reticencia disfrazada de volubilidad. Eran divertidos para estar con ellos, aunque un poco perjudiciales para los nervios. Los "hermanos" de Fahmi solían rezongar que él estaba mejor en una reunión ministerial de la NATO que en la Liga Árabe; él los consideraba aficionados ignorantes, más interesados en un fracaso heroico que en un éxito práctico. Ambos tenían razón. Fahmi tenía más simpatías por Occidente y mucho mayor comprensión que la mayoría de sus colegas. También sabía algo que parecía eludir a sus cofrades: como pasar de una exaltada declaración a un éxito práctico. Sin embargo uno olvidaba la vocación árabe de Fahmi para su propio peligro. Su nacionalismo incluía finalidades árabes más amplias. Nos hemos convertido en buenos, aunque cautos, amigos.

La misión de Fahmi en Washington fue en primer lugar psicológica. Ofreció un programa árabe para la paz, pero no esperaba un éxito inmediato, ya que sabía que esto

significaría negociaciones prolongadas con Israel y Sadat no podía permitirse demoras ni fracasos. Fahmi por lo tanto hizo notar que su propósito era más amplio, terminar con las tensiones que habían caracterizado las relaciones egipcio-norteamericanas durante casi 20 años.

No efectuó ninguna recriminación sobre la ruptura del cese de fuego, ni por haber iniciado el proceso de las negociaciones entre Israel y Egipto en el Kilómetro 101. Los egipcios no habían estado manejando a los extranjeros durante cientos de años sin haber aprendido que la mejor manera de inducir a alguien que se comprometa a favor de uno es darle una reputación que mantener. Y la manera más segura de halagar es alabarlo por lo que se ha conseguido.

Fahmi no se dejaría amilanar por nuestros problemas domésticos. Le gustaba a su fantasía fingir que los conflictos internos de Sadat eran mucho mayores: *Ustedes tienen una cosa pequeña como Watergate aquí; en nuestro país toda la situación es una crisis.* Yo tenía la esperanza, por nosotros, que no tenía idea de qué estaba diciendo. Si la crisis de Egipto era peor que la nuestra, una política basada en lograr una inversión egipcia de aliados, podría también frustrarse. A pesar de sus dificultades, continuó Fahmi, Sadat estaba ansioso de un cambio básico no sólo hacia los Estados Unidos, sino con respecto a Israel también. *No tenemos interés en lanzar a Israel hacia el mar o de invadirlo, sea cual fuere la situación palestina.* En otras palabras, Egipto no sólo aceptaba la existencia de Israel —esto se iba convirtiendo en el asunto principal de la retórica de Medio Oriente para más países aun— sino que Fahmi, además, evidenciaba sin duda alguna que no permitiría a los palestinos obstaculizar una solución; un cambio muy grande en la posición que Hafiz Ismail había tomado ante mí a comienzos del mismo año.

Fahmi sabía que el real problema en el Medio Oriente era también psicológico: *La confianza es la clave. . . Israel y Egipto deben establecer la confianza, de otro modo no podemos seguir adelante.* Las minucias de las negociaciones sobre el aprovisionamiento del Tercer Ejército no debían, en una palabra, oscurecer la verdadera y revolucionaria finalidad, que era alterar los términos de referencia del diálogo árabe-israelí.

Fahmi tenía algunas ideas, sin embargo, de cómo resolver los problemas de abastecimiento del Tercer Ejército, la liberación de prisioneros y el bloqueo de Bab el-Mandeb. Ninguna de ellas parecía particularmente realizable, ya que se basaban en la sugestión de que Israel debía retroceder a la línea de cese del fuego (la línea que tenían antes de rodear al Tercer Ejército) o al menos evacuar un corredor de diez kilómetros de ancho a cada lado de la ruta El Cairo-Suez —lo que haría darse cuenta del temor de Israel de ver a *su propio* ejército en la orilla occidental del Canal de Suez atrapado entre dos fuerzas hostiles. Para tranquilizar esta preocupación, Fahmi ofreció la seguridad de que ningún aprovisionamiento militar pasaría por tal ruta— el germen de una idea, siempre que nosotros pudiéramos encontrar un adecuado sistema de inspección.

Estando pendiente la visita de Golda, evité una negociación detallada, pero el estudio de las ideas de Fahmi nos permitía movernos con mayor rapidez cuando se presentara la oportunidad. Mientras tanto, mi mayor preocupación era evitar la interminable guerra de guerrillas sobre estos asuntos. Como dije a Fahmi:

Si gasto todo mi capital en cada punto del cese del fuego, no me quedará ningún capital para gastar en las negociaciones de paz. Si éstas no tienen éxito, podemos tomar la línea actual o la del 22 de octubre: no significa nada porque habrá otra guerra. La cuestión es cómo arreglamos el cese del fuego para que sea lo suficientemente bueno como para llevarnos a través de las negociaciones de paz durante los próximos tres a seis meses.

Y advertí a Fahmi que el embargo petrolero podría estorbar, si no exacerbar nuestros

esfuerzos por la paz. *Si no se cesa en el embargo petrolero y en los impedimentos, deberemos interrumpir nuestros esfuerzos diplomáticos. No puede haber presiones.* Fahmi era demasiado complicado para imaginar que a pesar de las presiones podría dejarnos todo a nosotros sin hacer algunas concesiones. A pesar de que cedía en su posición acerca de la línea del 22 de octubre, indicaba que si Israel estaba de acuerdo con que se entregara provisiones no militares al Tercer Ejército, Egipto tomaría en consideración levantar el bloqueo de Bab el-Mandeb y dejar en libertad a los prisioneros de guerra israelíes. ¿Pero permitiría Israel enviar cualquier clase de provisiones al atrapado ejército enemigo? Sólo el primer ministro de Israel podía tener la respuesta.

La Golda Meir que arribó a Washington el 31 de octubre era una persona muy distinta de la líder que con tanta seguridad, y aun arrogancia, había dicho a Nixon sólo unos pocos meses antes: *Nunca estuvimos tan bien.* La guerra la había devastado. Mantenía su liderazgo, pero sufría con cada familia israelí que había perdido a uno de sus miembros. Y en esas condiciones psicológicas, debía guiar a su gente a un nuevo y muy poco familiar ambiente internacional.

Se comenzaba a comprender que la guerra había sido tácticamente victoriosa, pero estratégicamente inconclusa. El aura de invencibilidad de Israel había desaparecido, así como la confianza en sí misma que iba con ella. Un pueblo dividido miraba con confusión lo que un año antes hubiera celebrado como triunfo: las negociaciones directas, o sea, la finalidad proclamada de la diplomacia israelí desde 1947, ya estaban concretándose a nivel militar con Egipto, y sin embargo, sus frutos se convirtieron en cenizas cuando las implicaciones se hicieron evidentes. Todas las concesiones tangibles —sobre todo los territorios— tenían que ser cumplidas por Israel. Una vez hechas, eran irrevocables. El *quid pro quo* árabe constituía algo intangible, como el reconocimiento diplomático de un legal estado de paz, que siempre podía ser modificado o aun retirado. La esperanza de que Israel podía por lo menos ser aceptada por sus vecinos fue disminuida por el conocimiento de que para otros países, el reconocimiento es donde comienza la diplomacia y no donde termina; por las dudas de si cualquier cambio de la política árabe sería genuino o permanente.

La intervención norteamericana en la diplomacia sólo aliviaba en parte las dificultades. Cuando nos convertimos en mediadores, las relaciones israelíes-norteamericanas estaban destinadas a cambiar en muchas maneras sutiles. Lo que Israel quería de los Estados Unidos eran dos cursos de acción prácticamente irreconciliables: apoyo incondicional a la posición de negociaciones de Israel, que la política doméstica israelí por lo general llevaba a lo tácticamente intransigente; e influencia sobre los países árabes para aceptar el Estado de Israel y llegar a la paz.

Para desempeñar el primer papel, tendríamos que actuar en efecto como abogados de Israel; para lograr el segundo objetivo teníamos que ganarnos la confianza de los árabes con una reputación de ser justos. Si éramos serios acerca del proceso de paz, debíamos tomar los puntos de vista de los árabes en serio; algunas veces tendríamos que apartarnos de las posiciones o actos de los israelíes que consideráramos no muy razonables. Pocos años antes, yo le había dicho al embajador Yitzhak Rabin que mientras la política norteamericana fuera simplemente frustrar la dependencia árabe del apoyo soviético, las políticas norteamericana e israelí serían idénticas. Pero una vez que la desilusión árabe fuera completa, y los Estados árabes comenzaran a volverse hacia nosotros en un espíritu de colaboración, podrían muy bien surgir diferencias en perspectiva o tácticas. El momento se acercaba ahora, al menos en lo que concernía a Egipto. Todo esto produjo un miedo casi elemental en Israel de que los Estados Unidos pudieran comprometerse tanto en sus nuevas relaciones con el mundo árabe, que su apoyo se volvería menos seguro e Israel perdería a su único amigo.

Que este temor no tuviera todavía una base concreta lo hacía aún más obsesionante.

Según cualquier modelo común de relaciones entre naciones, habíamos estado al lado de Israel hasta un grado sin precedentes tanto durante la guerra como en sus turbulentas secuelas. Habíamos salvado a Israel por el transporte aéreo y por haber llevado a cabo una interferencia diplomática. En la semana anterior a la visita de Golda, habíamos impedido la condena de la UN de las violaciones del cese del fuego israelíes y nos enfrentamos a los soviéticos en el alerta, pero por primera vez, habíamos indicado que nuestro apoyo no era incondicional. Habíamos puesto el límite en la destrucción del Tercer Ejército atrapado después del cese del fuego. Nuestra disociación de Israel en ese punto, era, según creíamos, la más suave imaginable bajo esas circunstancias. No pedimos el retiro israelí a las líneas del 22 de octubre, sólo el pasaje a través de las líneas israelíes de un convoy con provisiones humanitarias. Pero en Israel la sustancia era menos importante que el simbolismo. Si nuestra disociación se convertía en formadora de costumbres, Israel estaba perdido.

En cualquier otro momento, Golda hubiera tomado nota fríamente de la situación decidiendo que la seguridad de Israel estaría bien conservada elaborando una estrategia conjunta con una administración norteamericana claramente simpatizante con las preocupaciones estratégicas de su país. Pero esta visita comenzó nueve días más tarde del cese del fuego, una semana después de las amenazas soviéticas que llevaron a un alerta. Estaba agotada y escondía sus temores bajo el desafío. Habló oscuramente del único convoy de provisiones como de una "victoria" egipcia.

Todo esto era un reemplazante de la verdadera preocupación de Golda, que iba al corazón mismo del proceso de llegar a la paz. Si las posiciones de negociación de Israel no eran sacrosantas ¿dónde estaba el lugar para detenerse? Si los Estados Unidos se reservaban el derecho de no seguir el liderazgo de Jerusalén ¿con qué podía contar Israel? Había respuestas para estas preguntas y las encontramos en las semanas que siguieron. Pero en ese momento particular le pareció a Golda que su país había escapado al espectro de una derrota militar sólo para encontrarse con el peligro de un lento desgaste diplomático. *He dejado mi hogar ahora*, sentenció Golda el 1º de noviembre, dando el tono para la primera reunión de Blair House:

Porque las cosas han llegado a un punto en que, además de los asuntos de importancia, todo debe ser aclarado. . . Tenemos que conocer los planes que son discutidos. Debemos saber ¿se nos da algo una vez que hayan terminado y después que hayan sido preparados por otras partes? . . . Tal vez Israel tenga que hacer todo lo que quiere Egipto, pero es imprescindible observar qué es lo que se está elaborando entre las partes. ¿Hay planes para negociaciones? Somos responsables por nuestra gente.

El asunto, por supuesto, no era ni remotamente el de imponer preferencias egipcias sobre Israel. Como nosotros lo veíamos, impedir que el Tercer Ejército fuera destruido era el mínimo requisito previo para *cualquier* proceso de paz. . . que ningún país necesitaba más que Israel. Pero Golda no tenía la menor confianza de que nosotros o cualquier otro supiera cómo ir de aquí allá, y hasta que viera un mapa de los caminos, prefería quedarse donde estaba. Sufría en verdad un problema real. Las crecientes demandas a Israel tenían menos que ver con un análisis abstracto de sus méritos que con las presiones que sentían los países más importantes. *Supongamos que iniciamos las negociaciones de paz —dijo dos días más tarde— ¿Qué pasa con nosotros entonces? Los soviéticos no cambiarán, los europeos y los japoneses tampoco. El petróleo sigue en manos árabes. ¿Cómo se sabe que no será sólo una presión para hacer más? Y si era ése el destino de Israel, ¿por qué no enfrentarlo en el Canal de Suez en lugar de hacerlo en un punto más cercano a las fronteras de Israel?*

Golda había hecho una buena pregunta, que impedía una respuesta teórica. Tratamos de calmar los temores de aislamiento de Israel, pero la dependencia no es una relación fácil, especialmente la dependencia de una superpotencia. La supervivencia de un país pequeño en un mundo hostil puede depender de matices no comprendidos con facilidad por naciones alejadas y bajo el amparo de un margen mayor de seguridad. La disposición para correr riesgos por la paz, era posiblemente mayor en los Estados Unidos que en Israel y esos riesgos concernían sólo indirectamente a los Estados Unidos mientras que para Israel constituían cuestiones de supervivencia. Los Estados Unidos podían permitirse hacer experimentos. Para Israel un solo error de cálculo podía significar una catástrofe.

El problema se resumía así a un desafío tan viejo como las relaciones internacionales mismas. En un mundo independiente cada nación debe ajustar sus finalidades y sus políticas, hasta cierto punto, a las de los demás. Ningún país tiene la posibilidad de actuar como si sólo importaran sus propias preferencias. Durante muchas décadas, la intransigencia árabe y la presión soviética habían creado la ilusión de que Israel no debía conducir una política exterior, sino tan sólo una política de defensa. Pero la guerra de octubre y la vuelta de Egipto hacia la moderación habían terminado con ese simple estado de las cosas. Golda estaba quejándose no de la estrategia norteamericana, sino contra una nueva y más complicada realidad:

MEIR: Nosotros no comenzamos la guerra, y sin embargo. . .

KISSINGER: Señora primera ministra, estamos enfrentados a una situación muy trágica. Ustedes no han iniciado la guerra, pero arrastran la necesidad de decisiones sabias para proteger la supervivencia de Israel. Esto es lo que usted afronta. Este es mi juicio honesto como su amigo.

MEIR: (con voz temblorosa) Está diciendo que no nos queda elección.

KISSINGER: Nos enfrentamos con la situación internacional que le he descrito.

MEIR: Está diciendo que tenemos que aceptar el juicio de los Estados Unidos. . . ¿Tenemos que aceptar su juicio? ¿Aun en cuanto a nuestros propios asuntos? ¿Sobre lo que es mejor para nosotros?

KISSINGER: Todos tenemos que aceptar los juicios de otras naciones. Estamos aguardando el suyo.

La aprensión de Golda era que si ella aceptaba una vez nuestro juicio acerca de lo que era mejor —aun si teníamos razón— esto abriría el apetito para mayores concesiones israelíes, de modo que se fue al otro extremo e insistió en que Israel no tenía por qué tomar en cuenta el juicio de otra nación —una autonomía y un lujo del cual no gozan siquiera las superpotencias.

En cuanto a nosotros, teníamos que encontrar urgente una actitud común con Israel o de lo contrario, nuestra estrategia quedaría hecha jirones. Si Israel era inflexible, nuestra posición central en la diplomacia se desintegraría. Podíamos reducir, a veces sustancialmente, lo que exigían los radicales y los soviéticos, como le expliqué a Golda, podemos hacerlo sólo si logramos demostrar que nosotros *podemos entregar y ellos no pueden hacerlo*. En otras palabras, era imposible encoger la agenda diplomática para Medio Oriente a nada. Si no obteníamos ningún progreso, los árabes tendrían poco interés en tratar con nosotros; no habría forma de liberar a Egipto de los soviéticos y no habría una alternativa moderada para el radicalismo árabe. Ni aun el mejor amigo de Israel no podría evitar por completo la necesidad de negociaciones y concesiones. Lo que es más, ningún amigo verdadero podía alentar una intransigencia que garantizaba la erosión gradual de la posición de Israel, así como otra explosión.

Golda reconocía esto en teoría, pero en esa etapa temprana no estaba aún en condi-

ciones de enfrentar las implicaciones. De modo que luchó con tenacidad con respecto al asunto de las provisiones para el Tercer Ejército. Eligió su campo de batalla con inteligencia —como debe hacerlo un buen estratega— no implorando por los intereses nacionales de Israel, sino advirtiendo sobre un choque de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Esta técnica fue hábilmente planeada para levantar a poderosos elementos de apoyo a Israel en los Estados Unidos, pero nos llevó a nosotros, que habíamos pasado tres semanas de crisis, a un nivel de irritación que casi estaba a la misma altura que nuestro gran aprecio por Golda.

Tampoco demostró en esta ocasión un respeto por el rango. Cuando se encontró con Nixon en la Oficina Oval, él creyó ganarla para una política de negociación.

El problema que debe tomar en consideración es si la política que ha seguido —estar en orden con los Phantom y los Skihawk— puede tener éxito faltando un arreglo. La cuestión es si la política de sólo estar preparados para la guerra —aun con un arreglo de paz tienen que estar preparados— es suficiente.

Esta última guerra prueba la abrumadora conclusión de que una política de cavar, de decirnos que les demos las armas y que ustedes van a pelear, no puede ser el fin. Su política tiene que ser dar un paso, como lo están dando, hacia las conversaciones.

Golda no quería saber nada de eso. No quería exponerse a que la supervivencia de su gente se apoyara en lo que le aseguran vecinos que acababan de consumir un ataque sorpresivo. No tenía la categoría de ideas que incluyeran aprovisionar a un ejército enemigo atrapado, no importa cuándo hubieran sido rodeados.

Y ella reflejaba las convicciones de su Gabinete. Es más, en su desesperación y pánico, los colegas de Golda se enterraron en una total inmovilidad. Para romper el estancamiento, propuse que Israel aceptara el “principio” de la línea del 22 de octubre y entonces ofreciera negociar con Egipto sobre su ubicación exacta. Tal negociación tenía probabilidades de insumir mucho tiempo; en realidad archivaría el asunto. Mientras proseguían las negociaciones, se enviaría provisiones no militares al Tercer Ejército a través de puestos de la UN en la ruta de acceso de El Cairo-Suez. En el proceso, nosotros trataríamos de transformar esas discusiones en una negociación más amplia, mediante el retiro de fuerzas que terminarían finalmente con el debate del cese de fuego. Al principio Golda aceptó esta propuesta, sujeta a la aprobación del Gabinete. La noche siguiente se vio obligada a rechazarla porque su Gabinete no se avenía a aceptar el principio de la línea del 22 de octubre ni con permitir puestos de la UN en la ruta El Cairo-Suez. Estaban preparados para no hacer más que un retiro de fuerzas.

Pero el concepto israelí del retiro de fuerzas fue el que se había ofrecido la noche de la alerta: un cambio de territorio, con Israel replegándose a la orilla Este del Canal y Egipto a la orilla Oeste, cada una de las partes hasta diez kilómetros del Canal. No había modo de que Sadat aceptara tal propuesta. A Egipto se le pedía no sólo que renunciara a todas sus ganancias de territorios en la reciente guerra, sino además, que evacuara diez kilómetros adicionales en la orilla Oeste del Canal, donde sus fuerzas habían estado desplegadas sin restricciones antes de la guerra. Esto seguramente sería rechazado, como lo admitía la misma Golda. Es más, si nosotros nos asociábamos con un plan así, Sadat podría decidir que las mediaciones norteamericanas eran estériles y que no tenía más elección que reanudar las hostilidades.

Mientras tanto, Golda permitió que otro convoy no militar prosiguiera, antes de mi visita a El Cairo.

Las moderaciones de nuestras diarias reuniones del WSAG se estaban acabando. Algunos de mis colegas seguían urgiendo para que el atrapado Tercer Ejército fuera rea-

bastecido por el puente aéreo *norteamericano*; en un momento el Departamento de Defensa hasta identificó aviones de transporte para esa misión. Después de mi propia irritación: después de todo no sólo los nervios israelíes estaban deshechos por tres semanas de ininterrumpida tensión y de casi no dormir. Un puente aéreo norteamericano para el ejército egipcio señalaría un cambio tan profundo de las prioridades diplomáticas norteamericanas, que afectaría nuestra propia posición para negociar. Yo urgí a mis colegas del WSAG para que no demostraran ningún disgusto público con Israel, porque nuestra influencia en Medio Oriente dependía de que Israel fuera percibido como un estrecho aliado difícil de mover. Una visible división entre nosotros invitaría al aumento de las presiones exteriores y alentaría a los europeos, a la Unión Soviética y a los no alineados a presionar por soluciones mucho más difíciles de lograr y por lo tanto con mayores posibilidades de exacerbar el problema que las que estábamos discutiendo. No nos beneficiaríamos rompiendo el estancamiento por la fuerza bruta— sólo aumentaríamos las presiones para repetirlo una y otra vez.

Golda también, por más difícil que fuera en privado, comprendía que estaba en contra de los intereses de Israel llevar las cosas hasta un punto de ruptura. En realidad, uno de sus propósitos era pedagógico. Deseaba enseñarnos que querer resolver el problema a costillas de Israel no era libre y podría ser doloroso. Y ella servía a una necesidad táctica: sabía perfectamente que la cuestión del Tercer Ejército sería solucionada de una manera u otra, pero no quería cargar a su Gabinete con tomar la decisión. Era pedir demasiado a un pueblo tan pronto después de un casi desastre infligido por un ataque por ejércitos árabes. Era más fácil para Israel ceder a la presión norteamericana que tomar la carga de iniciar propuestas generosas. Ella no veía motivos para mostrar su mano demasiado temprano. Después de escuchar lo que Sadat tenía que decirme a mí, comenzaría a negociar seriamente. Su Gabinete podría desautorizarla mientras estaba en Blair House, pero no se negarían una vez que estuviera en su sillón y enfrentándolos.

CONTACTO CON LA OLP

De todas las pesadillas de Israel, ninguna ha sido más elemental que la Organización para la Liberación de Palestina (la OLP), fundada en 1964. La posibilidad de que un grupo que reclamaba a toda Palestina para sí pudiera ganar cualquier legitimidad, era considerado como una amenaza básica para la supervivencia de Israel. Por otro lado, la inminencia de las negociaciones aumentaba las ambiciones de la OLP y nuestra diplomacia, a punto de desplegarse, sería más difícil frente a su activo sabotaje —confrontándonos con un delicado problema.

Por supuesto en este punto los palestinos no habían logrado aún un definitivo reconocimiento ni siquiera por los Estados árabes. La Resolución 242 del Consejo de Seguridad, dictada en noviembre de 1967, había hablado solamente de un problema de "refugiados": no les acordaba un definido papel político. La crisis de Medio Oriente había tenido su origen en Palestina, pero todas las partes demostraron una extraordinaria ambivalencia en su relación con los palestinos. En 1973 aún eran tratados como refugiados en la UN, como terroristas en los Estados Unidos y Europa occidental, como una oportunidad por los soviéticos y simultáneamente como inspiración y molestia por el mundo árabe. Después de la guerra de octubre, mientras la OLP se hacía cada vez más prominente, la ambivalencia de algunos de los que la apoyaban se hizo mayor. Nunca fue fácil determinar cuánto de la actitud árabe reflejaba un compromiso real, miedo del potencial de los terroristas palestinos o deseo de llamar la atención de grupos radicales internos.

En cuanto a los Estados Unidos, nuestra experiencia con la OLP no había sido como para inspirar mucha confianza. En 1970 terroristas palestinos habían secuestrado tres aviones desviándolos a Jordania y habían tomado como rehenes a cientos de pasajeros,

incluidos muchos norteamericanos, manteniéndolos durante varias semanas. Habiendo organizado en el pasado varios intentos para asesinar a Hussein, esta vez la OLP trató de tomar su reino. En la sangrienta lucha de *Setiembre Negro*, Hussein los expulsó de Jordania. En 1972 asumió la responsabilidad por la masacre de los atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Munich, perdiendo aún más la simpatía norteamericana, y en marzo de 1973, partidarios de la OLP asesinaron a dos diplomáticos norteamericanos en Khartoum. La OLP era de este modo abiertamente antinorteamericana y estaba dedicada además a la destrucción de dos buenos amigos de los Estados Unidos: Israel y el reino hachemita de Jordania. En estas circunstancias, no teníamos muchos incentivos para avanzar en el "diálogo" con la OLP, como decía después la frase de moda: no debido a presiones israelíes, sino por nuestra percepción de los intereses nacionales norteamericanos.

Teníamos conciencia de que la OLP contenía muchos elementos divergentes, algunos confesadamente terroristas, otros más ambiguos en la formulación de sus objetivos, aunque ninguno de ellos aceptaba al Estado de Israel. Y varias naciones árabes controlaban facciones de la OLP como medio de proteger su propia tranquilidad casera influyendo políticas palestinas. Pero esto creaba sus propias complejidades. Por ejemplo, el grupo favorito de Siria fue el Saika, que con toda seguridad respondía más al gobierno de Damasco que a los líderes de la OLP en Beirut.

De este modo, antes de 1973, la OLP rara vez se mezcló en negociaciones internacionales. En el comunicado que terminó con la reunión cumbre de Nixon en Moscú, no hubo referencia a los palestinos, y mucho menos a la OLP. Tampoco los abortivos "principios generales de trabajo" en los que Gromyko y yo trabajamos en 1972 los mencionaban de otra manera que como refugiados (2). El comunicado de la reunión cumbre de los Estados Unidos y la Unión Soviética de 1973 habló de *los legítimos intereses del pueblo palestino* pero no los definía. Todos los planes y discusiones con otros gobiernos, referentes a la *margen occidental* (Cisjordania) del río Jordán, habían descontado que el rey Hussein sería el socio de Israel en las negociaciones.

La cuestión de los contactos con los palestinos no era, por lo tanto, en 1973, un problema mayor de política para los Estados Unidos. Se presentaba con muy poca frecuencia, casi siempre en canales de inteligencia de bajo nivel. La idea de un Estado palestino, presentada por la OLP, no fue tema de discusiones serias.

Entonces, a mediados de 1973, la OLP tomó una iniciativa hacia nosotros. A fines de julio nuestro embajador en Irán, Richard Helms, en los Estados Unidos, en conexión con una visita del sha, me informó que sus asistentes fueron abordados por un cercano asociado del líder de la OLP, Yasser Arafat. Se informaba que Arafat estaba interesado en un diálogo con los Estados Unidos, que se basaría en dos premisas: que *Israel está aquí para quedarse* y que Jordania debería ser la sede del Estado palestino (en otras palabras, que Hussein debía ser derrocado). La OLP también quería la aclaración de ciertas cuestiones: ¿Qué entendíamos por "intereses palestinos" en el comunicado Brezhnev-Nixon? ¿Cómo intentábamos proseguir con ellos? ¿Hasta qué punto estábamos comprometidos en la continuación del Reino de Jordania? *El asunto es si ustedes desean tener conversaciones políticas con los fedayines o no*, —señaló correctamente Helms.

Le respondí a Helms que lo pensaría. Sin embargo, mis reflexiones tenían pocas probabilidades de ser positivas. Consideraba al rey Hussein como un valioso amigo de los Estados Unidos y principal esperanza para un progreso diplomático en la región. Nuestra finalidad debía ser afirmar su posición y no apoyar a un grupo que confesaba sus intenciones de derrocarlo en sus primeras comunicaciones con nosotros. Un Estado palestino dirigido por la OLP con toda seguridad sería irredentista. Aun si llegaba a cambiar sus finalidades confesadas, probablemente no quedaría moderado durante largo tiempo. Sus muchas facciones extremistas se ocuparían de ello. Sus lazos soviéticos también lo

llevarían a convertirse en un Estado radical como Libia o Yemen del Sur. Cualquier estructura palestina en la *margen occidental* (Cisjordania) tenía todos los incentivos para volcarse sobre Jordania —aunque más no fuera que para ganar una base segura para operaciones posteriores contra Israel y para evitar las consecuencias de un acuerdo de paz que inevitablemente desmilitarizaría a la orilla occidental.

Las alusiones de la OLP de una posible coexistencia con Israel, eran contrarias a la Alianza Nacional Palestina de 1964, el documento fundamental de la organización: la política de la OLP en su momento más moderado exigía un Estado secular mixto musulmán-judío-cristiano en Palestina, un eufemismo para el desmantelamiento de Israel. De todos los árabes, los palestinos eran quienes tenían el más amargo motivo de queja contra el Estado judío. Aun si Israel volvía a las fronteras de 1967 sobre la *margen occidental* y renunciaba a la vieja ciudad de Jerusalén —y había pocos que creían que esto entraba dentro de las posibilidades—, los palestinos exigirían los territorios a los cuales su mismo nombre los conectaba. Para ellos un miniestado en la *margen occidental* sería sólo un paso intermedio para sus últimas aspiraciones.

El 3 de agosto dije a Helms que teníamos un “mensaje de nada” para enviar de vuelta, refugiándonos en gran parte en la generalización de que nuestra finalidad era la coexistencia pacífica entre los Estados y los pueblos del área. Estados Unidos tenía interés en escuchar las ideas de los palestinos acerca de cómo este objetivo podría llevarse a cabo a través de negociaciones. Fuimos inequívocos en respuesta a la tercera pregunta: el derrocamiento de gobiernos existentes en el mundo árabe no era aceptable; estábamos comprometidos con la supervivencia del Reino de Jordania.

Es bastante interesante que el 13 de agosto recibimos esencialmente el mismo tipo de propuesta de la OLP a través de Marruecos. El rey Hassan pasó las preguntas idénticas al teniente general Vernon A. Walters, entonces subdirector de la CIA, que visitaba al rey en Casablanca. Al día siguiente me ocupé de informar al embajador israelí, Simcha Dinitz sobre las propuestas de Arafat y sobre nuestras respuestas.

Le diremos que no entraremos en discusiones teniendo que contestar tres preguntas. Lo único que quiere, por supuesto, es que hagamos que Jordania esté disponible. Nunca haremos algo así. Puede decírselo a su primera ministra.

Dinitz no respondió entonces ni más tarde. El 17 de agosto yo le confié al ministro de Relaciones Extranjeras israelí, Abba Eban, que nuestra política estaba basada en Jordania y no en los palestinos. (Lo hice como comentario general, dejando que Golda informara a su ministro de Relaciones Extranjeras sobre la propuesta de Arafat.) Ebban sugirió que no dejáramos ninguna duda *de que cuando hablan de los palestinos se refieren a ellos en el contexto del arreglo jordano-israelí*. Yo no tuve dificultad para estar de acuerdo con una propuesta que reflejaba la política norteamericana.

El 3 de setiembre de 1973, el rey Hassan dijo al general Walters que sería posible establecer un diálogo con la OLP. Marruecos se ofreció a tratar de arreglarlo. El 10 de octubre —a cuatro días de la guerra de Medio Oriente— tuvimos noticias de Arafat, aunque no a través de Marruecos. En cambio, como he descrito en el Capítulo XI, ese mensaje nos llegó a través de Beirut. Arafat predecía que a pesar de que Egipto y Siria serían derrotados, habían logrado suficiente imagen para entrar en serias tratativas. La OLP estaba preparada para participar en negociaciones árabes serias con Israel. El “partido” que tenía que arreglar era con Jordania, no con Israel, pero esto no debía formar parte de la actual fase de las negociaciones diplomáticas.

No dimos ninguna respuesta mientras la guerra proseguía, pero su tensa secuela nos llevó a echar otra mirada a los sentimientos palestinos. En caso de una confrontación con los soviéticos era importante minimizar el apoyo árabe a la intervención soviética. Y una

vez que ese peligro hubiera pasado, estaba en nuestro interés crear un ambiente mejor para que los gobiernos moderados se unieran al proceso de paz. La OLP disponía de un alto potencial para causar problemas en todo el mundo árabe. Queríamos que guardara el mejor comportamiento posible durante las delicadas primeras etapas de nuestra aproximación a Egipto y mientras buscábamos el apoyo de Arabia Saudita. El 23 de octubre —el día en que la confrontación sobre violaciones del cese de fuego se acercaba a su *climax*— recibimos otro mensaje de Arafat reiterando su interés en conversar.

El 25 de octubre, el día del alerta, decidimos acceder al ofrecimiento para contar con un poco más de lugar para maniobrar. En la única comunicación significativa a la OLP mientras yo estuve en el cargo, un mensaje fue remitido vía Marruecos de que estábamos preparados para enviar un representante con el objeto de encontrarse con funcionarios de la OLP. Esto nos permitiría desarrollar una respuesta de los Estados Unidos a las proposiciones de Arafat. (En otras palabras, nuestro emisario no tendría poder para negociar. Una reacción formal, si es que la había, seguiría a su informe.) Designamos al general Walters en calidad de representante. El había actuado como nuestro canal secreto con los norvietnamitas y los chinos en París y era un experto en misiones discretas. Una reunión fue sugerida para principios de noviembre, precediendo justamente mi viaje a El Cairo, asegurando de este modo la aquiescencia de la OLP durante esta delicada fase.

La reunión tuvo lugar el 3 de noviembre en la capital de Marruecos, Rabat. Mis instrucciones a Walters eran de ganar la máxima cantidad de tiempo y lograr una visión del pensamiento palestino lo más clara posible. El no debía hacer ninguna propuesta. Tenía que tomar la posición de que como oficial de inteligencia tenía únicamente *instrucciones para escuchar*. En cuanto al futuro rol de los palestinos:

Los Estados Unidos no tenían propuesta que hacer. No son tan expertos en la historia de la política y la cultura interárabe como para que puedan inventar soluciones. Los palestinos deben entender, sin embargo, que los Estados Unidos tienen su principio fijado y que no han de traicionar a sus amigos. Consideramos al rey de Jordania como un amigo. Esperaríamos, sin embargo, que en el contexto de un comprensivo arreglo, la relación entre el movimiento palestino y el reino hachemita pudiera desarrollarse hacia una reconciliación

En otras palabras, nos proponíamos tratar el problema palestino no como un asunto internacional, sino interárabe. Correspondía a la OLP arreglar su relación con los otros Estados árabes —con una condición: Nosotros no participaríamos en ninguna maniobra dirigida a Jordania. La opción real de la OLP era la reconciliación con el reino hachemita, no su derrocamiento.

Lo que se refería a Jordania era más verdadero aun con respecto a Israel. Walters tenía que poner bien en claro que los Estados Unidos se opondrían a cualquier amenaza a la supervivencia de Israel y a cualquier desafío a su legitimidad. Y nosotros iríamos a una activa oposición si era derramada más sangre norteamericana por la OLP.

Walters llevó a cabo su misión con su característica jactanciosa eficiencia y discreción. El representante de la OLP, un cercano asociado de Arafat, describió las injusticias que se habían hecho a los palestinos. La embestida de su presentación estaba dirigida a Jordania: los palestinos no vivirían nunca en un Estado hachemita. No lo harían si podían vivir en su propio Estado, confinado a su *margen occidental* y Gaza. Se deducía de ello que la dinastía hachemita debía ser derrocada para proporcionar una patria nacional a los palestinos. Evadió la cuestión de bajo qué condiciones, si es que había alguna, la OLP reconocería al Estado de Israel. Habló de un Estado secular (palabras en código para la destrucción de Israel), o de las posibilidades de reducir a Israel a su *status* bajo el plan de partición de la UN de 1947 —lo que significaba truncar hasta al Israel anterior a la

guerra de 1967. El representante de la OLP no hizo ninguna propuesta concreta y Walters tampoco. Las primeras reuniones siempre se limitan a esta especie de exploración tentativa, ninguna parte quiere ponerse en la desventaja de ser rechazada, y cada una busca flexibilidad en la posición de la otra.

Según resultó, el principio de nuestro diálogo con la OLP fue también su fin. Hubo sólo una reunión más, en marzo de 1974, pero no llevó las cosas más allá de la primera.

Esto no fue accidental. En este momento, involucrar a la OLP era incompatible con los intereses de cualquiera de las partes en el conflicto del Medio Oriente. Aun si el líder de la OLP aceptara la Resolución 242 y el derecho legal de Israel para existir —algo que la Organización rehusó hacer hasta el día de hoy— las dinámicas del movimiento hacían poco probable que tal moderación pudiera ser mantenida indefinidamente. La conversación en Rabat puso en claro, de cualquier modo, que las fronteras de 1967 eran consideradas sólo la primera fase: la nación de la OLP estaba ideológicamente comprometida al desmantelamiento del Estado judío. Y Jordania enfrentaba peligros aún más inmediatos: el contacto de la OLP no dejó la menor duda sobre las intenciones de la organización acerca de la dinastía hachemita.

A pesar de que la reunión en Rabat se suponía que debió ser secreta, era potencialmente demasiado explosiva para permitir filtraciones incontroladas a otros países. Lo que es más, si la noticia se desparramaba sólo a través de la fábrica de chismes árabe, tomaría una significación más dramática de lo que nosotros intentábamos, inquietando especialmente a los países en que nos apoyábamos para una evolución moderada. Por lo tanto informé a Hussein, Sadat y Boumedienne, y luego lo discutí con Assad. Brent Scowcroft instruyó al embajador Dinitz.

La reunión de Walters logró su propósito inmediato: ganar tiempo e impedir asaltos radicales al incipiente proceso de paz. Después de ella, los ataques a los norteamericanos —al menos por la facción de Arafat de la OLP— cesaron. Fuera de esto, la reunión no dio resultados duraderos.

MI PRIMER VIAJE A MEDIO ORIENTE

Dejé Washington el lunes 5 de noviembre, con destino a Marruecos y Túnez, antes de la crítica visita a Egipto. Tenía la esperanza de que el rey Hassan y el presidente Habib Bourguiba, viejos amigos de los Estados Unidos, darían apoyo moral a nuestros esfuerzos ante sus hermanos en el mundo árabe.

Llegamos a Marruecos alrededor de las 22 para mi primer paso en territorio árabe. Fue también mi primera experiencia con una guardia de honor. Esto constituyó un hecho intimidante para mí, sobre todo porque nadie me había preparado para lo que me esperaba.

Cuando salí del avión, fui recibido por la asombrosa visión de una compañía de rifles de altos soldados bereberes en trajes de un rojo brillante y blanco, con turbantes blancos. Al día siguiente en el palacio del rey me encontré con un cuerpo aún más impresionante de guardias reales que llevaban bombachudos uniformes escarlata y verde y espadas. Un oficial con la espada desenvainada me invitó a revistarla. Yo no tenía la menor noción del procedimiento correcto. Impelido por un imperioso deseo de terminar con ello lo más rápidamente posible, caminé frente a la primera fila de soldados a un paso obviamente más rápido que el esperado. Debí haber batido el record mundial, porque cuando me volví mi oficial de escolta estaba caminando con paso de ganso, aún a mitad de camino en la línea. Esperé y cuando me alcanzó extendí la mano: un gesto frustrado por la espada desenvainada en un ángulo de 45 grados en el puño del perplejo oficial. Probó que podía hacer frente a la ocasión. Lanzándome una mirada mezclada de compasión y condescendencia, envainó su espada, se quitó su inmaculado guante y me ofreció la

mano... pero entonces yo ya había retirado la mía y le estaba haciendo la venia. Finalmente estreché su mano y me alejé apresuradamente. El mismo día en el palacio real, Joe Sisco estaba sentado en una de las sillas ornamentadas en oro y terciopelo rojo en la habitación del rey Hassan, inclinándola un poco hacia atrás mientras reflexionaba sobre algún asunto profundo. La silla cayó, dejando a Joe postrado justo en el momento en que el rey entraba en la habitación. Las relaciones marroquíes-norteamericanas lograron sobrevivir a estos inconvenientes (3).

Marruecos está en el cruce de caminos entre Africa, Europa y el mundo árabe, bordeado por el Atlántico y el Mediterráneo. Sus dramáticas montañas y áridos desiertos han detenido a los conquistadores que gobernaron Africa del Norte y España, a veces brutal, a veces magnánimamente, durante muchos cientos de años, pero su ubicación también lo ha expuesto a periódicas invasiones. Alternativamente yunque y martillo, Marruecos ha visto las glorias y las debilidades del hombre, sus triunfos y sus degradaciones. Sus clases altas son elegantes y enojadas, influidas por el racionalismo francés, pero moldeadas por certidumbres musulmanas. La masa de la población soporta, como lo ha hecho durante siglos, olvidando en gran parte lo que la geografía ha impuesto. Marruecos ha estado durante el siglo pasado en la intersección de las grandes estrategias de los demás, forzando a sus gobernantes a navegar con habilidad, astucia y seguridad de sí mismos.

Una tradición de gobierno hereditario, que data de la dinastía existente desde el siglo XVII, fue reforzada por el hecho de que el padre de Hassan fue el principal líder en la lucha para independizarse de Francia. La monarquía reflejaba la dualidad del alma marroquí. Un hombre de mundo con gustos sofisticados, el rey Hassan II nunca cometió el error del sha de profesar un secularismo ostentoso. Al mismo tiempo un musulmán escrupulosamente sensitivo al conservadorismo religioso de su país y un pulido y racionalista político, el rey Hassan practicaba el autoritarismo ceremonial enraizado en la historia de Marruecos. Gobernante del Estado árabe más alejado de Israel, usaba su influencia para la moderación, facilitando su país no sólo para las reuniones clandestinas de Walters con la OLP, sino también para las reuniones secretas entre israelíes y egipcios que condujeron a la histórica visita de Sadat a Jerusalén en 1977.

Los vecinos de Marruecos tenían estilos de gobierno menos enraizados en la historia. La socialista Argelia buscaba siempre una oportunidad para debilitar a su vecino y rival; la revolucionaria Libia fomentaba la subversión. Ante estos cambios radicales, el rey maniobraba para evitar aparecer como atrasado y feudal. Había estado entre los más persuasivos partidarios de los palestinos, no dejando nunca de presionar a favor de ellos. Lealmente envió un contingente de tropas marroquíes a luchar en el frente sirio en la guerra de 1973. Además, el rey no tenía ilusiones acerca de las políticas radicales. Sabía que no podría evitar las presiones sobre su país a menos que el balance entre moderados y radicales dentro del mundo árabe se inclinara a favor de los moderados. Para esto, el apoyo norteamericano era esencial y lo ganó a través de muchos actos de amistad así como de sabios consejos.

En nuestros primeros encuentros, expliqué la necesidad de nuestro vuelo a Israel, con el argumento de que no permitiríamos que las armas soviéticas derrotaran a las armas norteamericanas en Medio Oriente sin someter toda el área a las influencias radicales y soviéticas. El rey compartía nuestro punto de vista. *No hubiésemos podido sobrevivir*, sentenció. Llevamos a cabo nuestra entrevista en el enorme palacio de Rabat, primero en una gran reunión plenaria y luego a solas en su oficina privada. Yo quería hacerle conocer nuestra estrategia: evitar malgastar nuestro capital económico en la línea de cese de fuego y movernos en vez directamente a un más amplio desmantelamiento de fuerzas. Hassan dio su apoyo. Me dijo que enviaría un mensaje en mi nombre a El Cairo, asegurando a Sadat que:

(Kissinger) no sigue clásicas intenciones diplomáticas y prefiere permanecer lejos de las emociones y de la imaginación, haciendo frente a los problemas y realidades de un modo frío, objetivo y calmado. Insistimos en nuestra principal impresión de que si toma un compromiso, le hará honor.

Donde tanto dependía de intangibles, darle a Sadat una tranquilidad psicológica era el mayor servicio que el rey podía hacernos.

Dejé al rey Hassan y volé a Túnez el 6 de noviembre para procurarme el apoyo de otro líder moderado y amigo de los Estados Unidos, el presidente Habib Bourguiba. Bourguiba formaba parte de la original generación de luchadores por la independencia, cuya principal ambición era que se le permitiera unirse al sistema occidental de valores y no destruirlo. De procedencia de la clase media, había sido educado en Francia. Ni siquiera frecuentes períodos de prisión y exilio extinguieron su deseo de traer cultura y modernismo a su pueblo. Habiendo adquirido su independencia desde hacía tanto tiempo como 1956, Túnez estaba ya en peligro de convertirse en una reliquia. Bourguiba se quedó firmemente pro-occidental, moderado en sus pronunciamientos, medido en su política. Como pasaba con su colega en Marruecos, el apoyo a los palestinos era una manera de demostrar su devoción a la causa árabe. Pero Túnez, codiciada por sus vecinos Argelia y Libia y sobreviviendo en parte debido a la rivalidad entre ellos, necesitaba una palabra de restricción. Podría sobrevivir mejor enfriando las pasiones. Temía el crecimiento de la influencia soviética y del radicalismo árabe.

Bourguiba vivía en un palacio que había construido mirando sobre las ruinas de Cartago, otro recordatorio, si es que hacía falta, de que la historia está escrita por los victoriosos. El palacio de Bourguiba era la fantasía que podría sustentar un hombre en la prisión. Parecía casi de juguete. Sus corredores estaban cubiertos de cuadros, bustos y fotografías de Bourguiba. No recuerdo ningún otro tema. Sus habitaciones eran de dimensiones gigantescas y a través de todo ello se movía la pequeña, anciana figura, un intelectual francés de aspecto, con la inquieta agitación de un hombre que ha conocido el confinamiento.

Se me había advertido que comenzaba a mostrar señales de arterioesclerosis. No afectaba su lucidez, a pesar de que sus comentarios no siempre eran dirigidos al tema que uno había propuesto. Expresó graves sospechas acerca de las intenciones de los soviéticos: creía que su poderío estaba creciendo amenazadoramente y que a Occidente le faltaba la disciplina para una efectiva resistencia. Tenía la esperanza de un papel importante de los Estados Unidos en Medio Oriente. Yo expliqué nuestra estrategia: *Otros pueden dar armas, pero sólo los Estados Unidos pueden dar territorios*. Pero no debemos ser extorsionados por el petróleo; actuamos de acuerdo con nuestras convicciones y no como resultado de presiones. Bourguiba estuvo tristemente de acuerdo —y con sabiduría— en que *la actitud de hostilidad constituye un importante error cometido por los árabes*.

Y así partimos por fin hacia El Cairo, la parada que convertiría en éxito o fracaso nuestro viaje.

EL ACUERDO DE LOS SEIS PUNTOS

El aeropuerto de El Cairo estaba oscurecido cuando arribé el martes 6 de noviembre por la tarde con el cese de fuego de dos semanas. El ministro de Relaciones Exteriores Fahmi era apenas reconocible al pie de la escalera. La oscuridad no impidió sus burlones rezongos, que había convertido en una forma de arte. Pero apenas había comenzado a enumerar su catálogo de promesas incumplidas —norteamericanas e israelíes— una estampida de pasos llegó corriendo hacia nosotros a través de la pista oscurecida. Era el cuerpo de prensa de El Cairo, ansioso de observar la visita del primer funcionario nor-

teamericano desde el comienzo de la guerra. De pronto, se encendieron las luces de la televisión. Mi personal de seguridad se desplegó. Fue un esfuerzo inútil. Como tantos otros extranjeros antes que ellos, fueron tragados por un mar de humanidad egipcia avanzando inexorablemente como el cercano desierto hasta que los visitantes estuvieron allí, casi inmovilizados, rindiéndose finalmente a un destino que se hacía soportable por la obvia buena voluntad de aquellos que tan flagrantemente habían roto con la seguridad. Fue una suerte que a ningún terrorista se le hubiera ocurrido hacerse pasar por periodista, ya que tanto Fahmi como yo fuimos empujados por el grupo entusiasta, que parecía más interesado en un contacto fácil con los visitantes que con cualquier particular conjunto de preguntas. Por fin, una falange de soldados nos rescató y nos condujo apresuradamente a un automóvil Mercedes que nos esperaba y que en días mejores había servido como vehículo personal de Nasser.

En mi domicilio, el Nile Hilton, Fahmi me comunicó cuál sería el programa: una gira por la mañana temprano al Museo Egipcio; una reunión con Sadat; una visita a las pirámides y una cena en la casa de Fahmi. Mi reunión con Sadat estaba metida de este modo entre la contemplación de antigüedades, tal vez para advertirme que Egipto había prevalecto sobre todos los extranjeros, si no por derrotarlos, por durar más que ellos.

Mi primera visión de El Cairo, a la mañana siguiente, fue desde el balcón de mi hotel. Mostraba un paisaje chato, dividido por un río barroso. Ninguna construcción destacable era vista, excepto la Torre de El Cairo, construida por Nasser a comienzos de la década de los sesenta, presumiblemente con dinero de la CIA que él quería gastar en *algo no identificable, pero muy conspicuo, muy grande, muy duradero y muy caro* (4). Logró su deseo: el inútil edificio es visto desde cualquier punto. Como muchos monumentos egipcios, su principal atributo es su permanencia y no su función. Y por todo lo que nosotros podemos saber, puede durar, porque en ese país eterno el aire seco y sol brillante conservan las locuras de los hombres junto con sus triunfos.

El Museo Egipcio estaba preparado aún para la guerra. Los artefactos se hallaban guardados en cajas en los pisos inferiores; fajas de papel cubrían las vitrinas de vidrio, haciendo difícil ver algo. Había bolsas de arena en todas partes. Lo que más llamó mi atención fue el impacto de Egipto en el arte de sus temporarios conquistadores. En un gran salón podía apreciarse la progresiva "egiptoficación" de las estatuas helenísticas después de Alejandro el Grande. Cuando recién llegaron los griegos, sus estatuas eran realistas, a escala humana, con un aspecto serio y práctico. A medida que pasaban las generaciones, levantaron la vista literalmente: su mirada no iba ya a los ojos de otro hombre, sino hacia distantes horizontes. Trascendía los límites de los campos y valles de Europa y enfocaba lo infinito del mar de arena de Egipto. La seriedad dejó a las caras, que se hicieron más abstractas, casi beatíficas y en cierto modo indiferentes, como si el tiempo concebido a los mortales no fuera cosa de su incumbencia.

Un notable recuerdo de mi paseo por Tahrir Square hasta y desde el museo, fue la actitud amistosa de los transeúntes. Era poco probable que mi nombre fuera conocido en los hogares de Egipto, y sin embargo el cuerpo de oficiales de seguridad debe haber hecho claro que yo era el visitante norteamericano descrito en los periódicos. El estado de ánimo aparecía exuberante y, según me pareció, lleno de expectativa. Como en Israel poco más de dos semanas antes, uno sentía a la gente ansiosa de paz y de una señal de esperanza.

La mía era una gran responsabilidad, que no aplacó para nada una conversación que había tenido temprano por la mañana con Arnaud de Borchgrave, de *Newsweek*, quien me confió que Sadat prácticamente había resuelto reanudar las hostilidades. Todos sus oficiales mayores consideraban el bloqueo del Tercer Ejército como una intolerable afrenta al honor egipcio. A pesar de que de Borchgrave había estado correcto en su predicción de una inminente guerra árabe-israelí seis meses antes, yo no creía que tu-

viera razón esta vez. Me era imposible aceptar que Sadat hubiera insistido tanto en que yo viniese ni que sería tan flexible en su diplomacia si intentara forzar la situación. Sin embargo, esta advertencia aumentaba al menos mi sensación de la gravedad del caso.

Las multitudes en las calles de El Cairo lucían tan entusiastas como ninguna palabra hubiera podido describirlo; ¿por qué Israel tenía tantas premoniciones sobre su seguridad? La sola ciudad de El Cairo alcanzaba la población de Israel. Cada tres años, la población de Egipto crece en la cantidad de toda la de Israel. Era un dilema casi insoluble: Israel disponía del poderío, pero no de la fe de la paz. Los árabes estaban aún en desventaja militar, pero tenían los números y el tiempo necesarios. Podían esperar el error israelí que probaría ser fatal. Y la conciencia de ese peligro era lo que hacía que la diplomacia de Israel fuera tensa y rígida.

Yo también tenía conciencia de que ni el ambiente interno ni el internacional me dejaban mucho espacio para maniobrar. Nixon se estaba poniendo inquieto: sabía que sus críticos culparían a Watergate de cualquier fracaso de mi misión, acelerando tanto su caída como la declinación de la credibilidad que debería erosionar con el tiempo nuestra posición mundial. El 5 de noviembre, Edward Brooke, de Massachusetts, se convirtió en el primer senador del partido del presidente mismo que pidió su renuncia. Lo mismo habían hecho la revista *Time*, el *New York Times* y el *Detroit News*. Como siempre que se encontraba en un rincón apretado, Nixon decidió el ataque, y éste significaba un espectáculo adelantado en Medio Oriente. En una reunión de Gabinete sobre energía del 6 de noviembre, mientras yo estaba en El Cairo, Nixon inesperadamente tocó el problema de Medio Oriente. Brent Scowcroft me cablegrafió:

Al terminar la reunión de Gabinete, el presidente sorprendió a todos con un corto discurso sobre el Medio Oriente. . . Expresó que no quería que se tomara notas ni discusión alguna, pero quería que el Gabinete supiera, en conexión con la energía, que podría ser necesario aplicar presión a Israel para evitar una seria escasez de petróleo. Señaló que Golda había indicado al principio cierta flexibilidad pero luego se había vuelto totalmente intransigente, creyendo tal vez que los israelíes podían quedarse con todos los territorios que entonces poseían. Agregó que podría ser necesario para los Estados Unidos recurrir a la UN y tal vez aplicar otra clase de presiones a Israel. Esperaba que no fuese necesario, pero si lo era, esperaba que el Gabinete lo comprendiera y que apoyara cualquier cosa que sucediese. . .

Todo el asunto fue muy sorpresivo y sólo podemos esperar que no se filtre. . . Confío en que no habrá impacto dentro de la burocracia.

Volvernos a Israel por petróleo hubiera sido un acto autodestructor de desesperación. Habiéndonos comprometido a apretar a Israel para terminar con el embargo, sentaríamos un precedente de utilizar el arma del petróleo una y otra vez a medida que las exigencias se hacían mayores. Podríamos acabar perdiendo por todos lados: ni llevar a cabo el programa árabe, ni —si ayudábamos a destruir la reputación de intratabilidad de Israel— ganar crédito por soluciones de transigencia. Milagrosamente, Haig y Scowcroft impidieron que los comentarios de Nixon se filtraran, pero no quedaban dudas de que Nixon ordenaría esta estrategia si mi misión fracasaba.

Mientras nos acercábamos a El Cairo me enteré, también, de que la Comunidad Europea había adoptado el 6 de noviembre una declaración sobre Medio Oriente, urgiendo fuertemente a Israel a retirarse de inmediato a la línea de cese de fuego del 22 de octubre y apoyando por completo la interpretación árabe de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad. Esta abdicación no sólo demostró la abyecta debilidad de Europa, sino que hizo daño. Redujo el espacio para maniobrar de Sadat. ¿Podía arreglar por menos de lo que los europeos proponían? La respuesta era determinante de lo que se llegaría a obte-

ner, porque el programa europeo garantizaba un largo estancamiento. Empujar a Israel de vuelta a la línea del 22 de octubre constituía una finalidad demasiado pequeña para el esfuerzo requerido, pero si se ligaba a un sugerido compromiso para forzar a Israel a aceptar las fronteras de 1967, resultaba demasiado ambicioso para ser alcanzado. Atrapados entre conseguir demasiado poco o fracasar si pedíamos demasiado, gastaríamos mejor nuestro capital y lo manejaríamos con mayor fortuna para el obtenible desmantelamiento de fuerzas que era nuestro objetivo.

En esta forma, tanto Sadat como yo estábamos con la espalda contra la pared. Sadat arriesgaba el Tercer Ejército junto con todas sus esperanzas de una solución negociada y la continuación de su cambio de la Unión Soviética a los Estados Unidos. Yo estaba arriesgando la posición de nuestro país en Medio Oriente en una conversación con el líder al que jamás había conocido y sólo recientemente había aprendido a respetar. La ventaja a Sadat era que él podía producir un estancamiento, la mía que ese estancamiento no serviría a ninguno de sus objetivos a largo plazo y que podría ayudar a romperlo.

El Palacio de Tahra está ubicado en Heliópolis, un suburbio que en algún tiempo estuvo de moda y que ahora luchaba por mantener las apariencias, apretado entre los arrabales urbanos desparramados hacia afuera y las casas de los militares asociados con el aeropuerto de El Cairo que se iban extendiendo hacia la ciudad. Una vez ocupado por una de las esposas del rey Farouk, el palacio refleja la noción egipcia de que la pompa real constituye una mezcla de la fachada de Fontainebleau con el equipamiento de las casas de campo británicas. Está situado en un espacioso jardín que parecía extrañamente vacío para la morada oficial de un presidente.

Cuando llegamos por la mañana del 7 de noviembre, dos viejos conocidos me saludaron al pie de la escalinata que conducía a la entrada. Uno era Hafiz Ismail, aún asesor de seguridad de Sadat, erguido y urbano, la punta de El Cairo del "canal" a Washington. El otro era Ashraf Ghorbal. Yo tenía gran afecto por este diplomático educado en Harvard, que actuaba hábilmente como jefe de la Sección de Intereses egipcios en Washington, en ausencia de unas completas relaciones diplomáticas. El creía apasionadamente que el destino de Egipto estaba del lado de Occidente. (En los tensos días de los coqueteos de Nasser con Moscú, Ghorbal una vez me mandó un poema, implorando sutilmente por paciencia.) Ahora me abrazó. Yo sabía que su corazón estaba en el éxito de mi misión. En tales situaciones, pequeños gestos pueden dar confianza. La presencia de Ismail y en especial la de Ghorbal me hacían sentir más esperanzado y distendido.

Fui apurado para subir por una amplia escalera hacia una galería que daba a los jardines, y desde lo alto de la escalera la razón del poco natural silencio en el jardín se hizo evidente. Parecía que todos los corresponsales en Medio Oriente y la mitad del personal del presidente estaban reunidos en la galería en otra escena de apretada multitud. Una vez más no había visibles procedimientos de seguridad. Fui empujado desde varias direcciones y casi cegado por luces de televisión, cuando de pronto escuché detrás de mí una voz de barítono profunda: *Bienvenido, bienvenido*.

Sadat había emergido, vestido con una túnica militar color caqui y un sobretodo echado descuidadamente sobre sus hombros (porque en noviembre en el interior de los palacios egipcios hace frío). Era más alto, más moreno y más imponente de lo que yo había esperado. Exhalaba vitalidad y confianza. Ese hijo de campesiones irradiaba una natural dignidad y tenía un porte aristocrático que no concordaba con su historia revolucionaria, y era dominante y extrañamente calmante. Afectaba indiferencia. Yo también fingí que no había nada fuera de lo común encontrarnos a dos semanas de una guerra en la que habíamos armado al enemigo de Egipto y luego —durante el alerta— amenazamos con intervenir militarmente en suelo egipcio. Ninguno de los dos quería demostrar que teníamos mucho en juego, aun cuando sabíamos que pronto iniciaríamos uno de los pocos intercambios diplomáticos que pueden ser llamados embrionarios. Nos sentamos

en el sofá, midiéndonos mutuamente a través de las banalidades de un diálogo obligatorio para hacernos aparecer como naturales ante los fotógrafos:

—¿Qué tal su viaje?

—Excelente, señor presidente.

—Bienvenido aquí.

—Gracias, señor presidente.

Sadat me condujo entonces a una gran habitación que le servía de oficina. De un lado tenía ventanas francesas que daban a un jardín en el cual se habían dispuesto sillones hamaca en semicírculo, para nuestros asistentes.

—Estuve anhelando su visita —dijo Sadat y comenzó a llenar su pipa—. Tengo un plan para usted. Puede llamarse el plan Kissinger.

Con estas palabras fue hasta unos mapas que cubrían la pared de enfrente y me mostró un programa de desarme según el cual Israel retiraría sus tropas dos tercios del camino a Sinaí, hasta una línea desde El Arish a Ras Mohammed (ver mapa en las páginas 378). Sadat tenía que saber que este era un plan imposible. Si estaba resultando difícil convencer a Israel para que se retirara unos pocos kilómetros hasta la línea del 22 de octubre sobre la orilla oeste del canal, estaba fuera de toda razón inducir una retirada tan dramática hacia el este, abandonando el canal, los estratégicos Pasos de Giddy y Mitla, y la mayor parte del Sinaí. ¿Y qué recibiría Israel a cambio? La vaguedad de Sadat acerca del tema demostraba que me estaba probando. Hizo una pausa, chupó su pipa y pidió mis comentarios.

No creo que sea prudente comenzar por rechazar una de las ideas del presidente, por poco realista que sean. Y yo no tenía ningún deseo de hacer el papel del toro para la pica de Sadat. De modo que cambié de tema. Antes de hablar del asunto que teníamos entre manos, pregunté: ¿podría decirme el presidente cómo había logrado una sorpresa tan asombrosa el 6 de octubre? Ese había sido el punto crucial. Lo que estábamos haciendo ahora era de algún modo su inevitable consecuencia.

Sadat entrecerró los ojos, chupó de nuevo su pipa y sonrió. Comprendió que yo le estaba haciendo un cumplido y estableciendo su *status*. El no estaba negociando por debilidad, no estaba suplicando. Había ganado el derecho de Egipto a una mesa de conferencia, había restaurado, en una palabra, el honor y la autoestima de Egipto.

Lentamente al principio, pero con creciente ánimo, Sadat hizo su relato de una solitaria toma de decisiones, su conclusión después del fracaso del plan Rogers de 1969 de que nunca habría una tratativa seria mientras Israel pudiera sentirse seguro con predominancia militar. Era imposible para Egipto negociar desde una postura de humillación. Me confesó cómo se había desilusionado con la Unión Soviética. Moscú se enorgullecía de sus relaciones con los Estados Unidos con referencia al apoyo a Egipto. El blando tratamiento de la cuestión de Medio Oriente en el comunicado de Nixon en la reunión cumbre de 1972 en Moscú había disipado toda duda sobre este asunto (5). Sadat había pedido el retiro de las tropas soviéticas en julio de 1972 debido a la falta de respeto demostrada por los líderes soviéticos hacia los egipcios y sobre todo porque seguramente ellos tratarían de impedir su planeado movimiento militar o, de lo contrario, de explotarlo para su propio beneficio.

Sadat había querido lanzar un ataque en noviembre de 1972, pero sus fuerzas militares no estaban listas. En realidad, tenía sus dudas acerca de toda la empresa. Había reemplazado a su jefe de Estado Mayor por un comandante que tenía confianza en sus planes y en el cual él tenía confianza y utilizó el intervalo para ponerse del lado de Siria. Sus repetidas movilizaciones causaron una amenaza de acción para disminuir la vigilancia de Israel. En mayo de 1973 Israel se movilizó en respuesta a la movilización de Egipto destinada a culminar con el cruce del Canal. Sadat respondió postergando una vez más los ataques hasta octubre, jugando con que la falsa alarma podría ayudar a sus designios.

Cuando sus ejércitos se movilizaran una vez más, Israel posiblemente se quedaría más quieto. Y eso fue exactamente lo que pasó.

¿Por qué había sido tan persistente?, pregunté. ¿Por qué no esperar la iniciativa diplomática que nosotros habíamos prometido? Para enseñar a Israel que no podía encontrar seguridad en la dominación, respondió Sadat, y para restaurar el respeto por sí mismo de Egipto, una tarea que ningún extranjero podía hacer por él. Ahora que había reivindicado el honor egipcio, acotó Sadat, tenía dos objetivos: reconquistar de nuevo "mi territorio", es decir, restaurar los límites de 1967 en el Sinaí y hacer la paz. Y sería tan resuelto y paciente en la persecución de estos objetivos como lo había sido en los preparativos de la guerra.

Sadat había pasado sus años en prisión bajo los británicos, mejorando su inglés leyendo novelas y cuentos cortos en ese idioma. El y un compañero de prisión se habían enseñado a sí mismos el alemán por el mismo método. Tal vez por esta razón su lenguaje era un poco altisonante, más bien preciso y formal, pero una extraordinaria pasión se percibía justamente debajo de su manera de hablar, como si el autocontrol representara una represa necesaria para contener fuerzas elementales que una vez liberadas no conocerían ningún freno. Mientras hablaba, Sadat mantenía los ojos ligeramente entrecerrados, mirando no a su interlocutor sino a un horizonte distante, en forma muy parecida a las estatuas egipcias que yo había visto un poco antes en el museo.

Escuché su relato de previsión y astucia, de honor y audacia, de determinación y flexibilidad, mientras percibía que estaba en presencia de un hombre extraordinario. Sadat parecía libre de la obsesión por el detalle con la cual los líderes mediocres creen dominar los acontecimientos, sólo para ser tragados por ellos. Yo no podía decir aún si sería posible lograr al mismo tiempo la paz y las fronteras de 1967, ni si Sadat tenía la resistencia para el largo viaje inevitablemente necesario para averiguarlo. Pero presentía que Sadat representaba la mejor oportunidad para trascender actitudes congeladas que el Medio Oriente conocía desde la creación del Estado de Israel. Tendría que probar si estaba preparado para moverse por etapas que invirtieran la magnitud del conflicto, ofreciendo una garantía de éxito final, que requería por sobre todo un acto de fe. Por lo tanto debía comprender lo que a nuestro juicio era posible y lo que él tendría que realizar para hacerlo posible.

Y así dediqué la siguiente media hora a una discusión conceptual. La cooperación dependería de la comprensión de nuestros propósitos a largo plazo; las tácticas que seguirían casi automáticamente. Explicué la estrategia norteamericana en términos muy semejantes a como había tenido que hacerlo a mis colegas en el WSAG. La historia había demostrado, dije, que el progreso hacia la paz dependía de dos factores: un líder árabe dispuesto a relacionar la retórica con la realidad y unos Estados Unidos dispuestos a comprometerse en el proceso. No ejerceríamos nuestra influencia bajo presión; nuestras acciones debían ser vistas como que reflejaban nuestra elección y no nuestra sumisión a amenazas. No teníamos incentivos para ser partidarios de un acercamiento a clientes de la Unión Soviética. La política de Nasser de tratar de exportar concesiones movilizándolo al Tercer Mundo en contra de nosotros con el apoyo soviético no había tenido éxito en el pasado y no se le permitiría funcionar en el futuro. La paz en el Medio Oriente no podía provenir de la derrota de aliados de los Estados Unidos con armas soviéticas, como acabábamos de demostrar. Pero un Egipto que perseguía su propia política nacional nos encontraría dispuestos a colaborar. No buscábamos preeminencia en Egipto. Yo no podía discernir un inevitable choque de intereses entre nosotros.

¿Y qué hay de Israel?, preguntó Sadat. Israel, insistí, no necesitaba ser una fuente de conflicto. Ningún interés egipcio era servido por la destrucción de Israel; ningún problema árabe sería solucionado por ello. Egipto había perdido miles de vidas por una causa que nunca fue reducida a unas condiciones que los Estados Unidos podían apoyar.

Nunca nos mantendríamos quietos para la destrucción de Israel, continué, pero estábamos dispuestos a ayudar a allanar las razonables quejas árabes. Todo lo que habíamos escuchado de los árabes eran programas arrasadores expuestos en una base de tómelos o déjelo. La experiencia nos había enseñado que ese curso garantizaba una situación sin salida. Era verdad que Israel resultaba terco, a veces irritante, pero como alguien que había hablado con tanta emoción de la dignidad nacional, él tenía que comprender la psicología de un país que nunca había gozado del menor atributo de soberanía aceptada por sus vecinos.

Urgí a Sadat a pensar en la paz con Israel como en un problema psicológico y no diplomático. Si, como él insistía con razón, Israel no podía basar su seguridad en el predominio físico, tampoco podía estar seguro sin confianza. Y ésta era la condición requerida de la nación árabe más influyente, Egipto. Si Egipto proporcionaba el componente, nosotros haríamos todo lo que podíamos para obtener cambios territoriales, a pesar de que podrían no ser tan vastos como el "plan Kissinger."

Sadat escuchaba atentamente estas herejías para el pensamiento árabe, chupando pensativamente su pipa. No mostró ninguna reacción excepto: "¿Y qué pasa con mi Tercer Ejército? ¿Qué pasa con la línea del 22 de octubre?"

Yo había ido demasiado lejos en mis estrategias. El tenía dos elecciones, respondí. Confiando en la declaración de la Comunidad Europea y el apoyo soviético, él podía insistir en la línea del 22 de octubre. Sería difícil y hasta embarazoso para nosotros. Eventualmente, podríamos ser inducidos a aceptar, pero pasarían semanas y ¿para qué habría movilizado él todas esas presiones? Para hacer que Israel retrocediera esos pocos kilómetros en la *margen occidental* del Canal de Suez —un procedimiento que tendría que ser repetido bajo circunstancias aún más difíciles para una verdadera separación de fuerzas que llevara a una retirada israelí a través del Canal de Suez— aunque no tan lejos como él lo pedía, probablemente ni siquiera más allá de los Pasos. Sin embargo, sería el primer retiro israelí de territorio árabe ocupado por cualquier cantidad de tiempo y crearía confianza para tratativas posteriores. La diplomacia destinada a inducir a Israel a regresar a la línea del 22 de octubre era más o menos la misma que la persuasión necesaria para producir un plan de desocupación y no podríamos lograr ambas cosas en un período breve. Paradójicamente, ceder en cuanto a la línea del 22 de octubre apresuraría el retiro israelí del Canal. Sadat podía escoger. Yo haría lo mejor posible de un modo o de otro.

Sadat se quedó pensativo, sentado sin decir nada durante varios minutos. Yo le había presentado un difícil problema. Le decía, en efecto, que la clave de la paz era su aquiescencia a mantener un ejército egipcio aislado en el desierto durante varias semanas, confiando en la palabra de un norteamericano que él acababa de conocer y que no tenía ninguna experiencia sobre diplomacia en Medio Oriente. Entonces me asombró. No discutió ni argumentó. No disputó mi análisis. No ofreció ninguna alternativa. Violando cualquier método de diplomacia —que es ver qué se puede lograr con una concesión— expresó simplemente que coincidía tanto con mi análisis como con el procedimiento que yo le proponía. Había sido una locura para Egipto, confesó, buscar sus fines a través de hostigamientos a los Estados Unidos. Egipto estaba harto de guerra; no había ninguna intención de destruir a Israel. Habiendo restaurado el respeto por sí misma de la nación, podía volverse ahora a la paz que su pueblo anhelaba. Estaba preparado para aceptar la idea de que Israel necesitaba confianza para involucrarse en el proceso de paz, pero era mucho pedir que se ganara la confianza de un país que estaba ocupando "su" territorio.

Este punto fue hecho analíticamente y no para generar una negociación. Se jugaría sobre el retiro a través del Canal. Aceptaría mi estrategia, dijo. El Tercer Ejército tendría que esperar. Y podía hacerlo si se le aseguraban las provisiones, lo que era mi responsabilidad conseguir de Israel. Para dar una oportunidad a la diplomacia que yo había

delineado, diferiría el punto de la línea del 22 de octubre. Cualquier otra cosa era demasiado trivial como para justificar el sufrimiento y los riesgos de una guerra.

Constituía, en realidad, un acto de considerable coraje. Contra, según nos enteramos más tarde, el casi unánime sentimiento de sus asesores, Sadat decidió correr los riesgos bajo la palabra de un norteamericano a quien no conocía, de que nosotros lograríamos significativos progresos en un período de tres meses. Si algo salía mal —y si yo había sobreestimado lo que era posible, si lo había engañado, o si la moral del Tercer Ejército se desmoronaba mientras era mantenido aislado en el desierto— Sadat estaría arruinado y Egipto humillado.

El Tercer Ejército, agregó Sadat, no era de todos modos lo más importante entre los Estados Unidos y Egipto. Estaba resuelto a acabar con el legado de Nasser. Restablecería las relaciones con los Estados Unidos tan pronto como fuera posible y, una vez que esto se lograra, iría en busca de la amistad. Las relaciones diplomáticas formales requerían algún pretexto, sin embargo, antes de que el pueblo egipcio y sus hermanos árabes pudieran comprender los trámites. El esperaba un tangible éxito diplomático (*). Pero la demora era puramente táctica y conectada en gran parte con políticas interárabes; no estaban pensadas como extorsión. Estaba preparado a anunciar sus intenciones inmediatamente, en realidad al concluir nuestro encuentro.

Mientras tanto, elevaría al jefe de su Sección de Intereses al *status* de embajador. Tenía la esperanza de que responderíamos de acuerdo con ese anuncio. Hacía años que estábamos tratando de restaurar las relaciones y yo había traído conmigo una propuesta para hacerlo. Quedamos de acuerdo en que los embajadores asumirían sus funciones de inmediato, operando desde Secciones de Interés, que, en sus funciones, no se distinguían de las embajadas.

Sadat no mostró ninguna nerviosidad acerca de los cursos en que se había comprometido. Como un cirujano que tomaba en consideración el mejor curso de trabajo, me invitó a sugerir una propuesta específica; reconocía que yo sabía mejor que él qué era lo que Israel aceptaría. Constituía otra exhibición de audacia, perspicacia psicológica y astucia. Es verdad que yo sabía qué era lo que Golda aceptaría y qué era lo que el Gabinete había rehusado. Lo que es más importante, desde que los puntos en que nos habíamos puesto de acuerdo dependían de nuestras diligencias, él con toda seguridad nos comprometía más demostrándonos que confiaba en nosotros, que aferrándose a tecnicismos.

Yo dije que el éxito después dependía de la moderación de ahora: sería conveniente reducir las controversias a lo mínimo. Los requerimientos básicos de Egipto eran un ininterrumpido aprovisionamiento no militar al Tercer Ejército, a través de puestos de control que no fueran israelíes. Apoyándome en lo que Golda había aceptado en Blair House antes de que el Gabinete la derrocaria, sugerí el concepto de lo que sería refinado más tarde en un plan de seis puntos, que fue firmado por ambas partes unos días más tarde:

A. Egipto e Israel están de acuerdo en observar escrupulosamente el cese del fuego pedido por el Consejo de Seguridad de la UN.

B. Ambas partes concuerdan en que las discusiones entre ellas comenzarán inmediatamente para arreglar la cuestión del regreso a las posiciones del 22 de octubre en un marco de acuerdo sobre el retiro y la separación de las fuerzas bajo los auspicios de la UN.

C. La ciudad de Suez recibirá provisiones diarias de alimentos, agua y medicinas. Todos los civiles heridos de la ciudad de Suez serían evacuados.

(*) Las relaciones diplomáticas formales fueron restituidas tres meses más tarde, el 28 de febrero de 1974, poco después del acuerdo egipcio-israelí de separación de fuerzas.

D. No habrá ningún impedimento al envío de provisiones no militares a la orilla este.

E. Los puestos de control israelíes en la ruta El Cairo-Suez serían reemplazados por puestos de control de la UN. En la parte final de la ruta del lado de Suez, funcionarios israelíes pueden participar con la UN para supervisar la naturaleza no militar de las cargas en la orilla del Canal.

F. En cuanto sean establecidos los puestos de control de la UN en la ruta El Cairo-Suez, habrá un intercambio de todos los prisioneros de guerra, incluyendo a los heridos.

Las condiciones del cese de fuego eran sin concesiones y no aportaban ningún elemento nuevo. La innovación era el punto B, que las discusiones sobre el regreso de Israel a la línea del 22 de octubre tendrían lugar en el marco de un retiro de fuerzas. Golda Meir misma había propuesto esta fórmula durante su viaje a Washington. Cuando yo le pregunté qué quería decir, ella replicó: "Nada". Su significado práctico era enterrar la controversia sobre la línea del 22 de octubre. O el retiro de tropas funcionaría y llevaría la línea al *este* del canal, mucho más allá de la línea del 22 de octubre, o de lo contrario estaríamos en una crisis que hundiría todo el asunto. En cualquiera de los dos casos la línea del 22 de octubre ahora no tenía importancia.

La misma actitud condujo a una solución sobre el control del disputado camino de acceso hasta el Tercer Ejército. En Washington, Golda había sido obligada por su gabinete a rehusar el control de la UN de la ruta El Cairo-Suez. Por otra parte, pedir a Sadat que enviara provisiones no militares a través de puntos de control israelíes era una humillación a la que yo no quería someterlo. La solución era evitar el asunto por completo haciendo un arreglo cuya aceptación marcaría el triunfo de la fe sobre la sustancia. Los puntos de control fueron puestos bajo las Naciones Unidas y al mismo tiempo se permitía que participaran funcionarios israelíes *para supervisar la naturaleza no militar de los cargamentos*. Los israelíes podían decir que los puestos de la UN eran tolerados en "su" ruta; Egipto podía insistir que la presencia de la UN efectivamente quitaba el camino de control israelí. Los israelíes podrían señalar el hecho de que sus funcionarios participaban en la inspección; los egipcios podían argumentar que eso formaba parte de un procedimiento de la UN. El hecho fundamental era que ahora existiría un mecanismo para un ininterrumpido aprovisionamiento no militar al Tercer Ejército.

Lo que abría las puertas a todas estas concesiones era que Sadat también estaba de acuerdo, en el sexto punto, con un intercambio de prisioneros de guerra, tan pronto como los puestos de control de la UN fueran establecidos, un punto que yo había presentado como de crítica importancia para Israel.

Sadat hizo sólo los más mínimos cambios sobre lo que era nuestro esbozo. Lo veía tal como era, una inversión de confianza, así como un aliciente para una rápida implementación del acuerdo.

Había también un entendimiento privado de que Egipto "aflojaría" el bloqueo del estrecho de Bab el-Mandeb si los israelíes prometían usarlo tan sólo en forma "moderada". Como el bloqueo nunca había sido declarado formalmente, argumentó Sadat, no podía ser formalmente levantado. Y demasiadas concesiones públicas dañarían su posición con sus hermanos árabes. Sadat —y más tarde Fahmi— definieron "aflojar" como significando que Egipto no interferiría con un flujir normal de tráfico a través del estrecho. Todo el asunto era una contribución a la metafísica, ya que no podíamos encontrar ninguna evidencia de que ningún barco hubiera sido realmente detenido en primer lugar.

Como todos los buenos acuerdos, el plan de seis puntos tenía algo para todos. Egipto obtenía provisiones garantizadas para el Tercer Ejército y una presencia internacional en la ruta El Cairo-Suez. Israel se aseguraba la liberación de sus prisioneros y alivio de la

presión sobre la línea del 22 de octubre. Sadat había seguido el método que aprendí a conocer muy bien: cortar lo trivial por lo esencial, hacer grandes, aun sobrecogedoras concesiones tácticas por una irreversible solución psicológica. Su aceptación de la propuesta esbozada por nosotros nos comprometía a conducir hacia el desarme que él realmente quería. Al ceder en los asuntos de la línea del 22 de octubre y de la liberación de prisioneros, ayudaba a aliviar las crónicas sospechas de Israel sobre sus motivos. Y sin embargo, lo que había concedido era esencialmente marginal: las mejoras que hubiese podido conseguir regateando eran cosméticas o una inclinación a la vanidad. Los estadistas sabios entienden que serán medidos por el proceso histórico que pusieron en marcha y no por los puntos de debate que han ganado.

Sadat, por supuesto, no debe ser visto como el tío bondadoso de todo el mundo. Resultaba tan duro como calmo. Al fin, era el hombre que había preparado implacable y pacientemente, contra todas las probabilidades, la guerra de octubre. No estaba dispuesto a envainar por entero sus armas. Hacía oídos sordos a mi pedido de ayudar a terminar con el embargo petrolero: respondió firmemente que él no podía ser persuasivo ante sus hermanos, a menos que se hicieran sustanciales progresos en las negociaciones.

Cuando terminamos de repasar los seis puntos, Sadat golpeó las manos y apareció un asistente. Le pidió que llamara a Joe Sisco y a Ismail Fahmi, quienes estaban sentados a la vista en los sillones hamaca en el jardín. Ellos afinarían lo que nosotros habíamos discutido al lenguaje formal del plan de seis puntos. Mientras esperábamos, Sadat se volvió hacia mí y me recordó cuánta distancia deberíamos recorrer aún: *No olvide nunca, doctor Kissinger, que yo estoy llegando a este acuerdo con los Estados Unidos y no con Israel.* Ese era en realidad el nudo del problema... pero también parte de la solución. La confianza en los Estados Unidos podría ser el puente entre el golfo de cuatro guerras.

Acordamos que una vez que el plan de seis puntos estuviera puesto en lenguaje formal, Joe Sisco y Hal Saunders irían a Israel a presentarlo. Un avión egipcio los llevaría a Chipre y arreglaríamos que otro israelí los esperara allí. Yo creí que la aceptación israelí estaba sobreentendida, ya que el plan contenía casi todos los puntos sobre los cuales había insistido su gabinete y aun excedía lo que Golda había aceptado. Sisco y Saunders buscarían una confirmación formal. Yo me quedaría en El Cairo, porque Fahmi había invitado a varias personalidades distinguidas a su cena en mi honor, y especialmente porque quería evitar el drama inherente a un repentino y no planeado viaje a Israel. Fue una prueba de que yo desconocía aún el Medio Oriente. Lo que importaba a las partes no era sólo la sustancia sino los intangibles psicológicos. Jerusalén, según aprendí más tarde, nunca debía ser tratado como si se la tomara por seguro; su supervivencia dependía de que fuera percibido como un duro defensor de sus intereses. Por más que haya gozado de la cena de Fahmi, las cosas habrían marchado más llanamente si hubiese cambiado mi programa.

Por lo general, cualquier negociación es parte de una larga secuencia: el final frecuente es que produce más cansancio que alivio. Uno participa en algunos acontecimientos que reconoce como puntos clave. Yo había venido a El Cairo con la esperanza de avanzar un paso en una estrategia que había ido hacia adelante por centímetros durante cuatro años. Ahora, en un sólo encuentro con el presidente de Egipto, un mes después del comienzo de la guerra, se concretaba un progreso. Sadat había hecho clara su posición con respecto a la conexión norteamericana: si proseguíamos con esa estrategia sabiamente, se haría cada vez más difícil para él revertir su curso. La reducción de la influencia soviética era ahora cuestión de tiempo y habilidad; las perspectivas de una paz de moderación aparecían brillantes, siempre que pudiéramos encontrar el balance entre los temores israelíes y la impaciencia árabe.

Mi preocupación más mundana era mantener mis logros en secreto hasta que la Casa Blanca pudiera anunciar el nombramiento de embajadores y Golda se enterara del plan

de seis puntos por Sisco y Saunders. Si el anuncio era hecho en El Cairo, se produciría una situación sumamente difícil en la Casa Blanca y en Jerusalén. La normal tendencia de cualquier presidente de reservarse el privilegio de revelar las buenas nuevas estaba magnificada por las agonías de Watergate de Nixon. Sadat y yo llegamos a un acuerdo de que el anuncio sería hecho conjuntamente por la Casa Blanca y El Cairo al mediodía de la hora de Washington de ese mismo día, unas siete horas más tarde. Y no diríamos nada del plan de los seis puntos hasta que Sisco y Saunders lo hubieran presentado en Jerusalén. El quisquilloso Gabinete israelí podía echarse atrás si el asunto emergía como una propuesta egipcia.

El deseo de preservar los plazos explicaba la diferencia de nuestros respectivos estados de ánimo cuando Sadat y yo nos reunimos con nuestros asistentes en el jardín, después de tres horas de conversaciones. Sentados en medio del semicírculo de sillones hamaca, Sadat y yo posamos para lo que se llamaba en haldemanes una "oportunidad de foto", una ocasión de la prensa para sacar fotos, pero no para hacer preguntas. Las reglas casi nunca refrenan a periodistas emprendedores, que tienen la teoría de que no son las preguntas las que violan los reglamentos, sino las respuestas, que están bajo el control de quienes hicieron las reglas en primer lugar.

El irreprimible Sadat respondía a cada pregunta que le hacían los reporteros. *Señor presidente* —preguntó un réportero— *¿cortarán los Estados Unidos su transporte aéreo de provisiones militares a Israel?*

—Debería hacer esa pregunta al señor Kissinger, —contestó Sadat, sabiendo muy bien que yo le había hablado confidencialmente de un inminente fin de los transportes aéreos. (Lo habíamos mantenido ex profeso unos días más, precisamente para que yo pudiera comunicárselo.)

—Suerte que no escuché la pregunta —respondí. Pero no tuve tanta suerte la próxima vez.

—Dr. Kissinger ¿habrá un restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Egipto y los Estados Unidos? —preguntó un astuto reportero. Considerando la ira de Nixon, pero sin querer mentir, me retorcí sin soltar palabra. Sadat carecía de tales inhibiciones.

—Tendremos noticias para ustedes más tarde. —apuntó Sadat alegremente—. Tengan paciencia. —Casi reveló el juego (6).

El resto del viaje egipcio fue un anticlímax. Por la noche asistí a la cena ofrecida por Fahmi en su departamento que daba sobre el Nilo, a la cual habían sido invitados embajadores de otros miembros permanentes del Consejo de Seguridad (Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética, y la República Popular de China), junto con líderes del gobierno egipcio y el influyente periodista Mohamed Heikal. Los chinos se excusaron, probablemente debido a la presencia de los soviéticos; los otros embajadores aparecieron. (Heikal publicó después un relato poéticamente imaginativo de nuestra conversación durante la cena). (7). La velada fue una representación teatral por Fahmi y otros importantes egipcios, destinada a demostrar que Egipto aumentaba sus opciones más allá de la dependencia de Nasser de la Unión Soviética.

A la mañana siguiente, jueves 8 de noviembre, Fahmi y yo nos encontramos para discutir los planes de la conferencia de paz en Ginebra y para definir los "auspicios apropiados" que habían sido parte del acuerdo de cese del fuego al que se llegó en Moscú. El 21 de octubre, Moscú urgió sin duda el cese de fuego a Sadat, con el argumento de que la participación soviética en los "auspicios" garantizaría la presión sobre los Estados Unidos e Israel. Pero ahora Egipto estaba cambiando y volcándose a los Estados Unidos en un comprensivo acercamiento paso a paso. Un mayor papel soviético parecía mucho menos deseable, tal vez hasta peligroso, porque Moscú podía aparecer como vocero de intereses radicales y de este modo obstruir lo que Sadat consideraba posible de obtener. Tanto Egipto como los Estados Unidos, por lo tanto, trataban de impedir que los "auspi-

cios" se convirtieran en un veto soviético. Si con el pretexto de presionar por una solución definitiva, los soviéticos y sus aliados radicales insistían en una actitud de todo o nada, la guerra terminaría en la misma situación sin salida con que había comenzado en primer lugar. Aún no estaba claro si Siria participaría siquiera en las negociaciones. Probablemente se mantendría en la misma actitud que había llevado a seis años de estancamiento y con toda seguridad no tomaría una posición menos árabe que la de Moscú. Estábamos abriendo un poquito la puerta al hacer que Israel y Egipto se pusieran de acuerdo en que una desocupación era el primer punto de un programa para una conferencia de paz. Pero aún teníamos un largo camino para andar.

Nuestro procedimiento era segmentar la diplomacia a una serie de pasos durante la negociación en la cual la capacidad de obstrucción soviética fuese mínima. Pero obtendríamos la aquiescencia soviética en este curso sólo poniendo el plan ante el Kremlin, en algún momento, de participación en una conferencia general de paz. Moscú sin duda estuvo de acuerdo con la fase de desocupación, en parte porque no tenía ninguna solución propia para la apremiante situación del Tercer Ejército, en parte porque creía que el papel sólo de los norteamericanos no podía ser sostenido más allá de la etapa inicial, y sobre todo porque calculaba que su momento llegaría cuando se iniciara la conferencia de Ginebra. No hicimos nada para disuadir a los soviéticos de este punto de vista; consultamos con ellos meticulosamente acerca de los procedimientos para reunir la conferencia de paz. En mi viaje de octubre a Moscú habíamos reducido los *auspicios* conjuntos al mínimo: los representantes norteamericanos y soviéticos participarían solamente al comienzo de la conferencia y mientras se trataran los puntos clave. Para el futuro era nuestra intención ser extremadamente restrictivos en nuestra definición de lo que era "clave", pero manteníamos viva la perspectiva de una conferencia de paz como una red de seguridad para disuadir a los soviéticos de intervenir en la fase de desocupación.

Mi primera visita a El Cairo excedió mis esperanzas. Por ella recibí algunas alabanzas públicas debido a mi habilidad de negociación, pero si esto significaba que convencí a Sadat para que ejecutara algo que de otro modo no hubiera hecho, estaban equivocados. Lo que parecía un logro de las negociaciones a los de afuera, era en realidad la fusión de percepciones egipcias y norteamericanas que se habían estado aproximando durante muchos años una a otra. Cada parte, por sus razones particulares, había buscado la sociedad de la otra, una relación que abría la puerta a la paz y cuidaba de los intereses de todos los pueblos de Medio Oriente.

ANWAR SADAT

En los años que siguieron a mi primer encuentro con Anwar Sadat en 1973, él se convirtió en una figura mundial. En ese entonces resultaba poco conocido en los Estados Unidos, en el mejor de los casos era considerado como uno de los volátiles líderes del mundo árabe, cuyas posturas, mutuamente destructoras peleas y florida elocuencia aparecían tan fascinantes para contemplar como difíciles de anticipar, pero desde ese encuentro en adelante, yo sabía que estaba tratando con un gran hombre.

Tuve el honor de trabajar junto a Anwar Sadat en los primeros pasos de su viaje hacia la paz. Entonces dejé mi cargo y él prosiguió durante un año, con nuevos, audaces y largos pasos que yo creía que podrían llevar décadas. Cuando estaba a la vista de su sueño, fue asesinado. Los profetas realizan sus servicios inspirando a hombres y mujeres comunes con su visión, pero pagan el precio de ser consumidos por ella. De modo que el lector sabrá perdonar una breve desviación en aras de la estima por mi amigo caído.

Isaiah Berlin escribió una vez que la grandeza es la habilidad para transformar la paradoja en trivialidad.

Cuando Anwar Sadat apareció en escena, los países árabes tenían muy poca confianza en sus armas y excesiva fe en su retórica. La mayoría de ellos confiaba en la Unión Soviética, que proporcionaría armas para fútiles guerras, pero ningún programa para el progreso en la diplomacia. Las negociaciones consistían en exaltados *slogans* imposibles de concretar; los países árabes parecían querer los frutos de la paz sin atreverse a pronunciar la palabra. Las naciones occidentales estaban a un lado, observadoras de un drama que afectaba su destino, pero aparentemente sin capacidad para influenciarlo.

En unos pocos años, Sadat se sobrepuso a estos acertijos. Cuando murió, el proceso de la paz constituía un lugar común; la amistad de Egipto con los Estados Unidos era una piedra fundamental de la estabilidad de Medio Oriente. Con su viaje a Jerusalén en 1977 había demostrado a todos los obsesionados con lo tangible, la trascendencia de lo visionario. El comprendía que un gesto heroico puede crear una nueva realidad.

La diferencia entre los líderes grandes y los comunes es menos el intelecto formal que la perspicacia y el valor. El gran hombre comprende la esencia de un problema; el líder común ve sólo los síntomas. El gran hombre sólo se concentra en la relación de unos hechos con otros; el líder común sólo ve una serie de acontecimientos en apariencia no conectados entre sí. El gran hombre tiene una visión del futuro que le permite poner obstáculos en perspectiva; el líder común convierte las piedritas en el camino en canto rodado.

Sadat aguantó con fortaleza la soledad inseparable de mover el mundo de categorías familiares hacia aquellas en que no había estado nunca. Tenía la paciencia y la serenidad de las masas egipcias de las que provenía. Lo visité una vez en la simple casa a la que volvía regularmente, en su aldea natal de Mit Abul-Kum, en el delta del Nilo. Para alguien acostumbrado a la topografía convencional, la inequívoca chatura de la campiña provocaba casi un *shock*. No había un punto geográfico de referencia, nada para mediar entre lo individual y lo infinito; la relación de alguien con el universo estaba establecida a través del medio de una penetrante y aguantadora masa de humanidad. La presión de la población en Egipto es un rasgo común de la literatura del país. En la aldea de Sadat, como supongo que en todas las aldeas del bajo Egipto, uno lo sentía casi palpablemente aunque se veía sólo en el humo que salía de innumerables chimeneas por encima de los árboles y cercos de setos que protegían la pequeña propiedad de Sadat de las miradas de sus vecinos. Una pensativa calma cubría la actividad que uno sabía se desarrollaba a su alrededor; el ritmo de una civilización que se intuía, pero que no era vista ni oída. Uno se sentía extrañamente protegido, como en un vientre. Sadat me confesó, una vez, en apariencia enigmáticamente, que se sentía muy relajado en el atardecer, cuando sabía que todos los aldeanos estaban preparando sus cenas en sus hogares. La seguridad interior de Sadat y su instintivo sentido de los anhelos de paz de su gente eran renovados periódicamente aquí, en su fuente.

Pero había otro Sadat que no se contentaba con quedarse con su origen; un hombre de inquietas peregrinaciones por su amado país. La señora de Sadat me explicó una vez que era una herencia del tiempo que pasó en prisión: se sentía preso si se quedaba mucho tiempo en el mismo lugar. El miedo al confinamiento de Sadat no era sólo físico: se encontraba psicológicamente incómodo con cualquier cosa que limitara el sentido de la vida a un *statu quo*. Levantó la mirada de su gente hacia horizontes hasta entonces no imaginados. En el proceso logró más para la causa árabe que aquellos de sus hermanos árabes cuya especialidad era la retórica beligerante. Recuperó más territorio, obtuvo más ayuda de Occidente e hizo más por la reputación internacional de la causa árabe, que cualquiera de los líderes que regularmente lo injuriaban en las reuniones del llamado frente de rechazo. Llevó a su gente a una sociedad con Occidente, sabiendo que un sentido de valores compartidos era un acicate más seguro para el apoyo que un desafío basado en posturas violentas. Y cuando de este modo había transformado la paradoja y

resuelto el acertijo, fue matado por los apóstoles de lo común, de lo temeroso, los mercaderes de lo ritual a quienes avergonzó al ser al mismo tiempo un hombre fuera de la escala e impermeable a su pobreza de espíritu.

La pasión de Sadat por la paz creció en intensidad y en profundidad a medida que proseguía su misión. Cuando lo conocí por primera vez, la paz era una táctica perseguida por los intereses de Egipto. Para cuando murió, se había convertido en una vocación al servicio de la humanidad.

En los primeros tiempos en que nos conocimos, en un hospital militar que estaba inspeccionando, me habló en forma emocionante de lo mucho que había sufrido Egipto, de cómo debía ponerse fin a este inútil conflicto, de cómo no quería enviar a más jóvenes a morir. *Egipto no necesita de más héroes*, sentenció. La última vez que lo vi fue en su avión de Washington a Nueva York, en 1981, durante la que resultó ser su última visita a nuestro país. Acababa de ver al cuarto presidente norteamericano en los ocho años desde que había iniciado su cooperación con nosotros. Parecía algo cansado y tal vez un poco descorazonado porque nuestro proceso político lo forzara, con intervalos tan breves, a tratar de infundir confianza de nuevo y a explicar sus puntos de vista. Pero luego su vieja animación volvió. Estaba planeando una semana de celebraciones para la ocasión del retorno del Sinaí a Egipto, dijo, a fines de abril de 1982. Tal vez yo pudiera estar con él, al menos para parte de esa celebración, teniendo en cuenta que habíamos iniciado el viaje juntos. Y al día siguiente podríamos ir al Monte Sinaí. Allí él podría mostrarme el lugar que daba sobre el desierto en el cual pensaba consagrar la paz edificando tres capillas —musulmana, judía y cristiana— una al lado de la otra. Entonces él y yo podríamos meditar allí largo rato.

Pero un hombre de Estado no debe ser juzgado nunca como un filósofo o un soñador. En algún punto debe traducir su intuición a la realidad contra material a veces resistente. Sadat no era soñador ni blando. No era un pacifista. No creía en la paz a cualquier precio. Era conciliatorio pero no sumiso. Nunca dudé de que al final crearía héroes si no le quedaba otro camino que considerara honorable.

Cualquier simple evaluación de Sadat puede ser por lo tanto equivocada. Docenas de norteamericanos que lo han visitado se mostraron encantados con él; pero también era distante, reflexivo y apartado. Como muchos hombres con poder, tenía una relación casi carnal con la autoridad. Podía ponerse a la par de cualquiera con conversaciones sin importancia, pero al conocerse mejor, resultaba claro que eso lo aburría. Prefería mucho más pasar su tiempo libre reflexionando. La mayoría de sus audaces iniciativas fueron concebidas en esos períodos de reclusión y meditación, a menudo en su aldea natal. No conozco a ningún otro líder que haya comprendido tan bien la virtud de la soledad, ni que la haya utilizado tan rigurosamente.

Su urbanidad hacía fácil olvidar su temprana carrera de revolucionario que luchaba por la independencia de su país y sufría por ello una sucesión de períodos en prisión. Tales hombres nunca fueron "tipos buenos" por más encantadores que se presenten a sí mismos. El liderazgo revolucionario es una carrera que atrae sólo a los profundamente dedicados: sus adeptos renuncian a todos los atributos normales del éxito, porque para ellos su causa trasciende a los cálculos normales. Uno puede desafiar a las convicciones de tales hombres sólo si está preparado para luchar: ponerse en su camino nunca es gratuito. Sadat se fijó una larga meta, pero también insistió en lograrla.

Sadat tenía un discernimiento psicológico fuera de lo común. Manejó a los cuatro presidentes norteamericanos que conoció con consumada habilidad. Trató a Nixon como a un gran estadista, a Ford como a la manifestación viviente de la buena voluntad, a Carter como a un misionero casi demasiado bueno para este mundo, y a Reagan como al benevolente líder de una revolución popular, apelando sutilmente a la concepción de cada hombre de sí mismo y ganándose la confianza de cada uno de ellos.

Trabajó para identificar los intereses de Egipto con los de los Estados Unidos. Repetidamente nos desafió para entrar en las negociaciones no como mediadores sino como participantes, o de lo contrario se brindaba a aceptar lo que nosotros ofreciéramos: un aporte que sólo se podía aceptar si se comprendía que era parte de una estrategia y no una abdicación. Y sin embargo había un verdadero acto de fe involucrado aquí, más allá de los avances en los propósitos de su país. Sadat creía profundamente en el sentido de justicia de los norteamericanos. Se sostenía a sí mismo en la confianza en nuestros líderes y mientras tanto les hacía comportarse de la mejor manera que podían hacerlo para estar a tono con lo que esperaba de ellos.

Sadat analizó correctamente que el radicalismo árabe tendía a reforzar la especial relación de los Estados Unidos con Israel. Esto no ofrecía alternativa a nuestro país. Agregaba el argumento de una necesidad estratégica a los lazos morales existentes. De modo que Sadat se lanzó a un curso que hubiera sido considerado como loco hasta que lo probase posible: esforzarse por obtener de los Estados Unidos una posición más "imparcial", a fin de crear otro lazo moral que produciría un incentivo para la ayuda de los Estados Unidos en recuperar tierras que los árabes consideraban como suyas. En este sentido el viaje de 1977 a Jerusalén constituía al mismo tiempo un acto de nobleza y un método para desarmar a Israel psicológicamente: un gesto único de reconciliación y una maquinación para aislar al Estado de Israel.

Esto explica la ambivalencia de Israel hacia Sadat. Los israelíes, durante décadas el blanco del odio de sus vecinos, saludaron los ofrecimientos de Sadat al principio con incredulidad, luego con esperanza y hasta exaltación. Pero al mismo tiempo temían que su seducción de los Estados Unidos dejaría finalmente a Israel solo y sin amigos en un mundo hostil. Por lo tanto el Estado judío estaba debatiéndose entre aceptar las propuestas de Sadat y regatear sobre sus términos, entre sus propias esperanzas y pesadillas. Y la última página aún no ha sido escrita en una historia en la cual tanto las esperanzas como las pesadillas de Israel podrían convertirse en realidad.

Como todos los grandes hombres, Sadat sufría los defectos de sus virtudes. Las mismas cualidades que le hacían trascender obstáculos lo volvían impaciente con las sensibilidades de aquellos que no eran capaces de compartir sus excelsas visiones. Encontraba difícil creer en la buena fe de sus críticos, aun reconociendo que gran parte de las críticas no podían recibir este atributo aun con la más amplia extensión de la palabra caridad. Cuando se lo desafiaba, se movía más lejos en la dirección que había escogido a fin de enfatizar la impotencia de sus oponentes para detenerlo: de este modo su intrépido valor lo convertía en una provocación de aquellos que se resistían a su marcha hacia la paz. Se volvió tan comprometido en el proceso de la paz que parecía a veces subordinar a ello hasta los anhelos diarios de los egipcios comunes —especialmente después que se han visto obligados a tomar la paz como tan segura que ya no la ponían más en la lista de sus aspiraciones no logradas. Los grandes hombres son necesarios para romper un molde: después a menudo es su destino colocarse tan fuera de la escala como para evocar una nostalgia por un liderazgo menos exigente.

Pero Sadat era más que la suma de sus partes. Por uno de los milagros de la creación, el originalmente subestimado político tenía la sabiduría y el valor del estadista y algunas veces la visión de un profeta. Sin embargo, albergando todas estas cualidades, había una penetrante personalidad. ¿Quién puede olvidar su ofrecimiento de amparo al derrocado sha de Irán, abandonado por sus amigos que le debían más, pero socorrido por Sadat con una gracia y una nobleza que redimía el honor de todos aquellos que habían fracasado en la prueba?

Durante una visita que hice a Egipto después de haber dejado el gobierno, Sadat invitó a mi esposa, a mi hijo y a mí a cenar en su villa junto al mar en Alejandría. La mesa había sido puesta en el lugar exacto del jardín donde habíamos negociado y firmado el segundo

acuerdo de desocupación. En el curso de la velada, expresé que todos los norteamericanos que habían trabajado con Sadat tenían una gran deuda con él: había hecho que todos nosotros pareciéramos buenos. La mención lo turbó y volvía una y otra vez a ella. No quería que sus esfuerzos pudieran ser considerados personales. Era su deber, no su preferencia, restaurar la dignidad en el espíritu de su gente y dar esperanza a su país y tal vez al mundo.

Por una vez Sadat se había equivocado. Nos había hecho parecer buenos. Sólo que lo había hecho cumpliendo una tarea tan fácil, tan natural, que lo tomábamos demasiado como algo común. Y cuando ya no estaba más con nosotros y teníamos que navegar solos hacia la paz, resultaba demasiado claro cuánto lo necesitábamos.

Ningún otro pueblo había estado tan obsesionado con la inmortalidad como los egipcios. Ninguno había tratado de capturar el tiempo con tanta persistencia —a veces con desafiante audacia, a veces pasivamente, en ocasiones apoyándose en el aguante antes que en el asalto, y otras levantando enormes edificios a la fe en el futuro. Las pirámides de Giza, al mismo tiempo simples y monumentales, han aguantado a los elementos y a las depredaciones del hombre durante lo más cercano a la eternidad a que él ha llegado. En ningún otro lugar del mundo el hombre es forzado a la humildad tan exclusivamente por uno de sus propios logros. En ese mar de arena, partido por el verde valle del Nilo estirando la visión del individuo en una estrecha línea de cientos de kilómetros, no existe ningún monumento natural para empequeñecerlo, los mojones más deslumbrantes están hechos por él. Inspiran asombro por su inmensidad y su gracia y sobre todo por la soberbia de su concepción. Las tremendas estatuas egipcias evocan las mismas emociones: las figuras son más grandes que el tamaño natural, y a pesar de ello sus caras son infinitamente humanas y su mirada nos lleva a horizontes distantes.

Tal es el hombre que ha sido Anwar Sadat. Sólo el futuro dirá si ha iniciado un irreversible movimiento de la historia o si fue como ese antiguo faraón Ikhnanton, que soñaba con el monoteísmo entre la panoplia de deidades egipcias, un milenio antes de que fuera aceptado por la humanidad. De cualquier modo, nadie que sepa de historia olvidará jamás que el viaje hacia la paz en Medio Oriente comenzó con Anwar Sadat y no hubiera podido progresar sin él. Si llegamos a nuestro destino depende de nosotros. Por su parte, Anwar Sadat ya se ha ganado la inmortalidad que habían soñado sus antepasados egipcios, como una inspiración si tenemos éxito, como un avergonzante ejemplo si llegamos a fracasar. De un modo o de otro, la causa de la paz será su pirámide.

SISCO Y SAUNDERS EN ISRAEL

Envié a Joe Sisco y a Hal Saunders a Israel, como señalé, porque no quería ofender a los muchos distinguidos huéspedes que Fahmi había reunido para la cena. Lo que es más, mover a toda mi caravana —incluyendo a la prensa— hubiese sido considerado como una crisis en los Estados Unidos y como presión en Israel. Tampoco creí que podría haber mucha controversia en Israel. Después de todo, Israel recibiría a sus prisioneros, estaría aliviada de las presiones de retirarse a su línea del 22 de octubre, y del bloqueo de Bab-el-Mandeb, todo a cambio de permitir algunos puestos de control de la UN en una ruta cuyos hombres seguirían controlando, para asegurar el reabastecimiento de un ejército que la situación internacional (y su propio interés si lo entendían correctamente) no permitiría destruir. Para asegurarme doblemente, armé a Sisco con la seguridad de que si Israel aceptaba el plan de los seis puntos vetaríamos cualquier resolución futura de la UN que requiriera el regreso a la línea del 22 de octubre.

Sin embargo, el simbolismo no fue afortunado. Para una nación que buscaba algún sentido de control sobre su futuro, el que yo enviara a subordinados, por más hábiles que fueran, tendía a presentar la pesadilla de que se tomara como establecido en un arreglo

norteamericano hecho a espaldas de Israel: a pesar del hecho de que acababa de concluir conversaciones con la señora Meir cuatro días antes.

Sisco y Saunders se encontraron con el equipo negociador de Israel el miércoles 7 de noviembre por la noche, en la Casa de Huéspedes, la escena de mi encuentro con Golda dos semanas antes. La sesión comenzó bastante auspiciosamente. Golda felicitó a Sisco por lo que se había logrado, pero muy pronto aparecieron las realidades básicas. Sadat, que representaba a un antiguo país con el sentido innato de que el tiempo estaba de su parte, podía permitirse el gran gesto. Israel, luchando por su derecho a existir, podía salvar su identidad sólo por la lucha, o así se lo había enseñado su historia. Las políticas internas israelíes combinaban con las inseguridades de una nación a la que se negaba la legitimidad de producir un enojoso, regateante estilo de negociación.

Con la minuciosidad de un sabueso, Golda —con un ojo en los padrones preelectorales— sondeó todos los asuntos que según anticipaba la oposición podía presentar en el parlamento o que sus socios en la coalición podrían explotar para su incomodidad. Los negociadores israelíes hicieron cuestión acerca de lo que específicamente se consideraba como “moderado” uso del estrecho de Bab-el-Mandeb; dónde estarían los puntos de control en la ruta El Cairo-Suez; quiénes controlarían realmente la ruta entre los puestos de control —en realidad cada uno de los puntos de las bisagras en que se apoyaba el acuerdo. En la superficie parecíamos estar en una especie de mundo de “nunca jamás”, en el cual el equipo de negociaciones israelí tenía tendencias a oponerse a todo lo que se había logrado y a hablar como si Israel, repentinamente confrontado con la aceptación egipcia de sus propias propuestas, tuviera la opción de echarse atrás en las concesiones marginales que habían hecho posible el avance egipcio en primer lugar. Sin embargo, Golda era sabia al mismo tiempo que dura. Después de pasar a Sisco por el exprimidor durante varias horas y lograr un record de vigilancia, Golda le pidió que me dijera lo que sin duda alguna había resuelto de inmediato:

Nos reuniremos con el Gabinete mañana por la mañana. Espero que no tengamos ninguna dificultad. Si es así, trataremos de solucionarla. Dele mis mejores saludos y dígame que éste ha sido un fantástico logro.

Dinitz envió un mensaje similar a Scowcroft durante la mañana del 8 de noviembre. Sin embargo, en unas pocas horas las cosas comenzaron a desenredarse. Golda había sobreestimado la plegabilidad de su Gabinete, que insistía en otro sagrado ritual de las tácticas de negociación: un *Memorándum de Comprensión* entre los Estados Unidos e Israel. La conciencia de tener a un solo amigo entre todas las naciones del mundo produce una infinita búsqueda de tranquilidad en la forma de concesiones adicionales o cartas laterales sobre la interpretación de arreglos existentes. En este caso el *Memorándum de Comprensión* constituía una detallada declaración de cómo Israel intentaba interpretar las medidas del acuerdo de los seis puntos. Estas interpretaciones no eran poco razonables: estábamos dispuestos a aceptarlas privadamente y a comprometernos a apoyar a Israel si hubiera una disputa. Lo que no podíamos hacer era lo que los israelíes querían: convertir el *Memorándum de Comprensión* israelí-norteamericano en el acuerdo básico egipcio-israelí. Esto hubiese requerido volver a hablar con Sadat y pedirle que confirmara formalmente lo que sólo podía aceptar de facto: cosas como levantar el bloqueo de Bab-el-Mandeb; el control israelí sobre la ruta El Cairo-Suez; y los detalles del reabastecimiento del Tercer Ejército, que afectaría a cada uno de los árabes recordándoles su prueba. Saunders sugirió sabiamente que Golda declarara la interpretación de Israel al Parlamento y que nosotros no íbamos a contradecirlos. Sin embargo, no podíamos pedir a Sadat que estuviera de acuerdo con ello formalmente, aun cuando había accedido en la práctica. Eso pareció arreglar las cosas. Sisco y Saunders me al-

canzaron en Riyadh. Planeábamos anunciar la aceptación del arreglo de los seis puntos por medio de una carta pública mía al secretario general de la UN, Kurt Waldheim, al día siguiente, viernes 9 de noviembre. Envié mensajes a ese efecto desde Riyadh, tanto a El Cairo como a Jerusalén.

Todo parecía ir bien cuando en las primeras horas de la mañana del viernes un cable de Fahmi me informó que Israel insistía en una nueva interpretación del acuerdo. El negociador israelí en las conversaciones del Kilómetro 101, general Aharon Yariv, se había adelantado a lo que Sisco y Saunders habían dicho a Israel que era imposible: en efecto, había exigido la aceptación formal de Egipto de la interpretación acordada por Israel y los Estados Unidos. Fahmi también se quejaba de que Israel había dejado filtrar el acuerdo privado con respecto al bloqueo e insistía en que Israel "controlara" la ruta. Sugería demorar el anuncio hasta que las cosas fueran clarificadas.

Yo había temido algo como esto. Los entendimientos privados son inútiles para el Gabinete israelí, especialmente en tiempos de elecciones: dejan al gobierno abierto a los cargos de haber fracasado en obtener todo lo que pudo. Puedo recordar pocos *memorandum de entendimiento* que no se hayan hecho públicos en unas pocas horas. En cuanto al general Yariv, claramente había decidido probar que nuestro juicio era erróneo en cuanto a lo que el tráfico iba a llevar.

Yo temía que si demorábamos, las negociaciones serían ahogadas en interminables detalles. Decidí partir la diferencia. Aún en Riyadh, envié de inmediato un mensaje a Fahmi que le diera oportunidad de salir airoso del paso. No impediríamos la especulación sobre aflojar el bloqueo de Bab-el-Mandeb, pero podíamos comprometernos a no confirmar tales especulaciones. Los otros puntos deberían ser discutidos entre los representantes militares en el Kilómetro 101. Me parecían todos técnicos y no cuestiones de principio. Repetí mi interpretación de los mismos sobre las líneas en que Sisco se había puesto de acuerdo con Israel, pero no pedí a Fahmi que asumiera una actitud ante esa interpretación. Terminé con el ardiente pedido de anunciar el acuerdo en el momento convenido, ahora a menos de diez horas, salvo que nuevas complicaciones impidieran el acuerdo por completo.

Envié un cable del mismo tenor a Golda desde Islamabad. (Yo estaba en Paquistán de paso para Pekín.) Contaba las quejas egipcias y urgía a los israelíes a evitar inflamatorias interpretaciones de la prensa y el público. También le decía que Sadat había tomado la postura de que una *visible presencia* (israelí) *en la ruta haría su posición con respecto al arreglo, insostenible*. Revisé la respuesta que ya había enviado a Fahmi y luego urgí a Golda a proseguir con el arreglo tal como estaba planeado: *Es importante que Israel proceda ahora a consumir los términos del arreglo con un espíritu positivo y que sus negociadores no actúen de un modo hostil*.

Fahmi respondió positivamente dentro de las tres horas. El comprendía que estaba dentro del interés de todos no presentar una exégesis demasiado detallada para un arreglo que buscaba una forma conciliadora con el fin de salvar las apariencias para lo que era una impuesta realidad. De modo que Fahmi declaró estar satisfecho con mi "explicación" y me urgí proceder con la carta a Waldheim de inmediato tal como estaba planeado.

Golda llegó a las mismas conclusiones, aunque de un modo más tormentoso. Declaró que estaba indignada por la sugerencia de que un negociador israelí pudiera hostilizar a alguien. Llamó al embajador de los Estados Unidos, Kenneth Keating, y presentó mi mensaje cablegrafiado como otro "ultimátum": una descripción que no es fácil de seguir ya que Egipto había aceptado el programa básico de Israel y nosotros habíamos acordado apoyar la interpretación del mismo por Israel. Todo lo que habíamos pedido era que fuera algo menos explícito para permitir que la práctica y no la teoría determinara los arreglos. Golda habló sombríamente de renunciar a favor de un negociador más

exigente: una perspectiva aterradora, que felizmente sabíamos era irrealizable.

Pero la conclusión que sacó de su enojo fue bastante moderada, y, tal como sucedió tantas veces, Golda utilizó el lenguaje del desafío para llegar a la realidad de la cooperación. Como estábamos hablando de una carta *norteamericana* a Waldheim, dijo, no tenía derecho de prohibirla. En lo que a ella concernía, Israel anunciaría su aceptación en principio, sujeta a "clarificaciones", que ella sabía muy bien que ya había recibido. Debe ser un placer enviar un ultimátum del cual uno ya tiene la respuesta en la mano. (Era también una buena manera de dejar filtrar la sustancia del *Memorandum de Comprensión*.)

Decidimos seguir adelante. A último momento Fahmi quiso que quitáramos una frase de mi carta a Waldheim sobre algún punto esotérico. Le dijimos que ahora era demasiado tarde. El anuncio del plan de los seis puntos fue hecho en los Estados Unidos al mediodía del 9 de noviembre. (Israel, sin embargo, demoró la ceremonia de la firma hasta el 11 debido al Sabbath.) Desde Islamabad contesté a Golda con una carta conciliatoria que ocultaba mi estado de ánimo muy poco calmo. (Me saqué mi frustración de encima sobre el afable Ken Keating, quien según mi punto de vista no había respondido con suficiente firmeza a la diatriba de Golda: probando así que era más sabio que yo.)

Como Fahmi el día anterior, Golda ahora declaraba estar muy complacida por el resultado; Keating la encontró "relajada, cálida y amistosa". Habiendo demostrado que no era prepotente —un punto que ella tenía más necesidad de confirmar que nosotros, que aún sufríamos las cicatrices de sus asaltos anteriores— maniobró el acuerdo con su Gabinete a una velocidad record. Fue firmado el 11 de noviembre en el Kilómetro 101 mientras yo estaba en China.

Durante los dos meses que el acuerdo estuvo en efectividad antes de que fuera reemplazado por el acuerdo de desocupación, no surgió ningún problema grave en su puesta en marcha. El *Memorandum de Comprensión* no fue evocado nunca, probando que las partes se habían entendido mucho mejor de lo que se había sugerido por las roncadas posturas de las cuales yo he sido el paragon.

AMMAN

Estos intercambios egipcio-israelíes tuvieron que ser conducidos desde las distintas lejanas capitales a las que hacía mis visitas por avión. Mi primera parada después de Egipto, el 8 de noviembre, fue Jordania. Resultó una verdadera transición pasar desde la cosmopolita El Cairo a la polvorienta Amman, aferrada a las colinas de la orilla este del río Jordán, desde la cual en las noches claras podían verse las luces de Jerusalén. El arribo me dio otra oportunidad para practicar mi revista de las tropas. Esta vez me arreglé para hacer más lento mi paso y ajustarlo al del oficial que me escoltaba, aunque el arte de moverme al ritmo de la música de la banda seguía eludiéndome.

Fuimos llevados al palacio del rey, que en cuanto a lo usual en Medio Oriente era modesto. El rey nos recibió con su acostumbrada cortesía y la camaradería que en ese momento aún prevalecía en las relaciones entre nuestros dos países. Era una de nuestras preocupaciones que nuestro mejor amigo árabe estaba sólo en la periferia de este proceso de paz. Habiéndose mantenido fuera de la guerra (excepto una brigada en Siria), él no tenía línea de cese de fuego que establecer. Debido a que siguió siendo nuestro amigo (y también a la histórica lucha con los hachemitas de la dinastía saudita), no tenía presiones de petróleo que invocar a su favor. El resultado fue que la conversación se limitó a charlas y recuerdos.

Hussein deploró la secuencia de acontecimientos que habían conducido a la guerra, cuya oportunidad, según explicó, lo había tomado por sorpresa. Manifestó su dilema con exactitud:

Jordania es el país árabe más comprometido tanto en términos de territorio como de población. La participación en la guerra hubiera conducido a su destrucción y a la creación de un vacío que habrían cubierto elementos radicales. La no participación nos hubiera encaminado al total aislamiento de nuestro país y a que nos convirtiéramos en el chivo emisario.

Era un análisis agudo. Desgraciadamente el camino intermedio proporcionaba pocas iniciativas de apoyo exterior —y cuando el proceso de paz llegó al asunto palestino, el excepcional papel de Jordania se volvería más crucial. Hussein lo resumió como sigue:

Nuestra situación es distinta de la de Siria y Egipto, que no están conectadas con el problema palestino y que ya tenían límites internacionales antes de la guerra de 1967. La frontera con Jordania en 1967 era la línea de demarcación del armisticio. La margen occidental es al mismo tiempo territorio de Jordania y parte de Palestina. La población es jordana y palestina. Los derechos de los palestinos tienen que ver no con la margen occidental y Jordania, sino con Israel. La cuestión es quién representa a los palestinos. Nuestra posición es que la orilla oeste es territorio jordano-palestino ocupado por Israel. Es deber de Jordania recuperar ese territorio con cambios menores, sobre una base recíproca. Además, no podemos renunciar a la responsabilidad sobre las partes musulmana y cristiana de Jerusalén, que debería, de todos modos, seguir siendo una ciudad unificada.

En resumen, Hussein rechazaba un papel de la OLP en la *margen occidental*, con tanta firmeza como Israel. Si el territorio palestino iba a ser recuperado para la nación árabe, Jordania, según el rey, debería hacer las negociaciones. Después operaría un proceso de autodeterminación. El rey estaba claramente preocupado porque sus intereses no fueran marginados. No se opondría a arreglos de desocupación en otros frentes, pero urgía una demora en su ejecución, hasta que un arreglo comprensivo pudiera ser consumado como "paquete". El problema era que dentro de las inmediatas consecuencias de la guerra, la disposición de las fuerzas opuestas no nos daba esa elección. El Tercer Ejército no podía quedarse en el desierto ni tampoco, si vamos al caso, el ejército israelí a treinta kilómetros de Damasco, mientras se solucionaba la cuestión palestina.

Le señalé a Hussein que la desocupación tenía que ser el primer paso. El mejor modo de proteger los intereses palestinos en la cuestión palestina era invitar a Jordania como miembro fundador de la Conferencia de Ginebra: esto la convertiría en el vocero de los palestinos. También le informé sobre el plan de los seis puntos.

Estábamos tratando de ganar tiempo para sobreponernos a los vestigios de la guerra antes de volvernos al asunto de la paz. A veces es lo mejor que puede hacerse, pero el tiempo es neutral, no es un sustituto de la política. En este caso, como voy a discutir, el tiempo iba a terminarse en la opción jordana debido a la situación interna de Israel (y de los Estados Unidos), las pasiones de los árabes, encendidas por los radicales y las necesidades del proceso de separación de fuerzas y desocupación. Fue una gran lástima.

RIYADH

Durante mis peregrinaciones por Medio Oriente, Watergate se estaba abriendo su inexorable camino a través de los procedimientos congresionales y judiciales. La Comisión Judicial del Parlamento, ante la *Masacre del Sábado a la Noche*, estaba considerando ocho resoluciones de censura. El 5 de noviembre, Leon Jaworski juró como fiscal especial para reemplazar a Archibald Cox. Había logrado la promesa de Nixon de que no sería despedido ni se limitaría su independencia a menos que ello fuera aprobado por miem-

bros designados por el Congreso. El 9 de noviembre, mientras yo estaba en Riyadh, seis de los acusados de Watergate fueron sentenciados por el juez John Sirica.

Comprendiblemente, Nixon estaba ansioso de demostrar que ninguno de esos desastres había afectado su dominio de la política exterior, y, lo que es más, que sus logros en política exterior reforzaban sus derechos a continuar en el cargo. Haig informó que Nixon estaba "exaltado" por el recientemente anunciado plan de los seis puntos. Tenía todo el derecho de enorgullecerse por lo que se había hecho posible con su fortaleza —tanto más notable ante la adversidad que estaba sufriendo. Para entonces, sin embargo, ninguna política exterior podía sobreponer su éxito a la crisis, ya que el ataque era contra la conducta interna de Nixon y no podía ser resistida por los logros que obtuviera en el exterior. Esto estaba menos claro en la Casa Blanca, que fue atrapada por la idea de que unos resultados espectaculares podrían ser logrados en cada parada de mi itinerario. El acuerdo en El Cairo debería ser seguido por el fin del embargo petrolero en Riyadh, adonde arribé el 8 de noviembre. Esto, recalcó Haig, no debía ser anunciado durante mi viaje: tenía que ser visto como resultado de una iniciativa de Nixon. Por eso Haig me cablegrafió:

El espera que el progreso hecho en esta área podría ser anunciado desde la Casa Blanca después de su regreso. Juntamente con ese anuncio, tal como Scowcroft le aconsejó antes, esperaría encontrarse lo antes posible con Faisal en Washington. Siguiendo a esta reunión, tendría la esperanza de anunciar progresos en el asunto del petróleo.

Largas horas y mano fuerte de conflictivas presiones en Medio Oriente produjeron en mí una reacción mucho menos comprensiva de lo que el genuino esfuerzo de Nixon proporcionaba. Era natural que cualquier presidente quisiera ser visto como el principal arquitecto de un triunfo. Dado el gran prestigio de Nixon en Arabia Saudita, esto constituía, además, un razonable reflejo de la realidad. Pero era académico. No había la menor posibilidad de que Arabia Saudita levantara el embargo dentro de las dos semanas de haberlo impuesto. Si por casualidad lo hacía, no sería posible mantener este hecho en secreto durante el resto de mi viaje que iba a durar diez días más. Una visita de Faisal a Washington apenas terminada la guerra era absolutamente inconcebible: derrotaría todo el empuje de la estrategia saudita, que había sido la de obtener crédito con los regímenes árabes radicales.

Cablegrafíe a Haig:

El intento de fijar una reunión con Faisal en Washington constituye una locura total. Todo líder árabe con quien hablé hasta ahora dejó bien en claro que es mucho más fácil para ellos aflojar las tensiones de facto que como una política pública árabe. Único repito único curso que puede dar resultado es el que estamos siguiendo ahora. Invitación a Faisal sería interpretada por todo el mundo árabe como un colapso de los Estados Unidos. Magnificaría y no reduciría los incentivos árabes para mantener la presión sobre los Estados Unidos vía el arma del petróleo. Tampoco hay ninguna razón concebible para que Faisal quiera ir a Washington para reuniones amistosas en esta temprana fase del proceso del arreglo de la paz. Si resultara que Faisal está dispuesto para cualquier anuncio público de acuerdo en el asunto del petróleo, yo por supuesto no tendría, repito no tendría ninguna objeción para que el presidente lo anuncie en Washington.

La ocasión que Nixon anhelaba nunca se presentó. Resultó que no podía haber posibi-

lidad de ningún movimiento dramático en Riyadh, porque lo espectacular está en contra de la tradición del país y de la psicología de sus líderes.

Para otoño de 1973, el reino de Arabia Saudita había sido inducido de mala gana a la vorágine de los asuntos mundiales. Tenía que hacer frente a la turbulencia de todo lo que los rodeaba, desde los antecedentes históricos y psicológicos, distintos de los de cualquier otro país árabe.

La Meca y Medina son los lugares sagrados del mundo musulmán. El Profeta había predicado sus mensajes primero a través de los austeros desiertos y escarpadas montañas de Arabia; desde allí salieron los ejércitos que difundieron su fe a través de gran parte del mundo conocido entonces. . . Poco después, según reconoce la historia, la cortina fue bajada otra vez y los siglos siguientes fueron dibujados más profundamente en la memoria de las tribus y soberanos que habitaban su vasto territorio que en un registro histórico. Poco se sabe del torbellino, el sufrimiento, las victorias y derrotas que deben haber ocurrido en esa vasta planicie, donde el hombre apoyaba una subsistencia marginal en una noble fe.

Lo que es hoy Arabia Saudita emergió del mundo turco después de la Primera Guerra Mundial. El reino lleva el nombre de la familia de Ibn Saud, el primer soberano de la dinastía, que unió a varios principados feudales desparramados por la península y los mantuvo ligados por alianza patriarcal y devoción religiosa a una exigente y puritana ética. El saudita es desconfiado del infiel y sospecha del extranjero. En esto no se diferencia de muchos pueblos en esta dramática región. Pero donde el egipcio confía en su flexibilidad para manejar al extraño y el sirio cree a medias que puede vencerlo en la batalla, el saudita busca protegerse manteniéndose remoto: ésta es la razón por la cual los sauditas parecen apartados, impermeables, distintos. Uno no puede conquistar un misterio, porque su esencia es inmune a los accidentes del poder político. De modo que Arabia Saudita oculta su vulnerabilidad y opacidad y esconde su incertidumbre acerca de las motivaciones de los extraños tras un orgullo distante.

La familia real se enfrenta con tareas intrépidas. Gobierna a tribus que viven en su tradicional nomadismo y son fieramente leales a la corona, así como a concentraciones urbanas aproximadas a las metrópolis occidentales. Una surgiente clase media existe aquí en el contexto de un antiquísimo, semifeudal sentido de obligación recíproca. Es un tributo a la sutileza y sabiduría de los príncipes reinantes que han combinado una monarquía con un sistema de consenso mediante el cual los lejanos miembros de la extensa familia real tienen cierta participación en las decisiones. Desconocidos pero seguramente sustanciales números de obreros extranjeros —palestinos, sirios, libaneses, egipcios, paquistaníes y yemenitas— combinan en un mosaico que se mantiene unido por el lazo del Islam y el respeto por la autoridad tradicional.

No hay ninguna duda sobre el sentido de vulnerabilidad de un país, ahora inimaginablemente rico y sin embargo incapaz de lograr seguridad a través de la riqueza solamente. Sus gobernantes viven con la pesadilla de que la codicia de sus vecinos pueda traducirse en un intento de conquista. Conscientes del destino de las naciones vecinas, no pueden ser ambivalentes acerca de la modernización económica y social, que podría minar su gobierno tradicional. La política contemporánea saudita se ha caracterizado por una precaución que ha conducido lo indirecto a una especial forma de arte. Para ello el reino llevó a cabo una política muy activa; si se convertía en el foco de todas las disputas, sería sometida a súplicas, amenazas y halagos, cuyo impacto acumulativo podría poner en peligro su independencia o su coherencia.

De este modo había desarrollado un estilo al mismo tiempo oblicuo y persistente, reticente y firme. El reino había maniobrado para mantenerse fuera de las primeras líneas de confrontación, aun cuando sus recursos lo hayan sostenido, como era ahora el caso del embargo petrolero. Había sido hábil en evitar la impresión de que sus puntos de

vista unilaterales eran decisivos. Siempre había tratado de ganar la protección y el consenso por los cuales algún otro asumiría la culpa, en varias oportunidades el sha de Irán, la mayoría radical en la OPEP, el intransigente Israel. Siempre algo tiene que ser hecho por algún otro antes de que los sauditas puedan actuar. Es un modo maravilloso de evitar presiones y uno absolutamente consistente con las necesidades del Reino.

Tampoco es simplemente conveniencia táctica. El Reino tiene que navegar entre ciertos polos fijos: una amistad profundamente sentida por los Estados Unidos, un profundo sentido de lealtad árabe; una conciencia de peligro interno y externo. No es culpa de Arabia Saudita que los requisitos de esos fines a veces chocan entre sí. En este caso la ambigüedad de la política saudita está impuesta por los acontecimientos, no por su preferencia.

Por eso no tiene sentido tratar de entusiasmar con algo a los precavidos gobernantes del Reino. La vanidad de la mayoría de los líderes los lleva a exagerar su propio significado. Los príncipes sauditas bajo Faisal fueron inmunes a esa tentación y no han cambiado su actitud básica desde entonces. El opaco estilo saudita es igualmente resistente a la elocuencia que a las amenazas. Ceder ante cualquiera de las dos significaría un grado de amplitud en la toma de decisiones que invitaría una interminable repetición de insistencias y exigencias extranjeras. Mucho mejor maniobrar de tal modo que todo parezca como una consecuencia de algo fuera del control saudita. Riyadh no es el lugar para lograr dramáticos avances.

Entendí un poco de esto cuando mi avión se detuvo cerca del anochecer frente a un modernísimo salón de llegada que sólo hacía unos pocos años había sido una árida planicie. Al pie de la escalera estaba Omar Sakkaf, ministro de Estado para Asuntos Extranjeros (Faisal se reservaba el título de ministro de Relaciones Exteriores para sí mismo). Me había encontrado la última vez con el urbano, mundano Sakkaf en Washington hacía unas semanas atrás, meticuloso en traje occidental. Ahora llevaba flameante túnica blanca y una capa árabe en la cabeza y tenía entre sus dedos cuentas de preocupación. Me llevó entre hileras de soldados a la sala de recepción real en mármol —una opulenta habitación cuyos muebles estaban colocados contra la pared, de modo que nada oscureciera la vista de las exquisitas alfombras orientales que cubrían cada centímetro cuadrado del piso. Pequeñas tazas de café amargo nos fueron servidas por camareros de túnica y turbante.

Riyadh, como Brasilia, testificaba una consciente elección de llevar el centro de gravedad del país al interior, pero a diferencia de Brasilia, Riyadh no tenía grandes edificios o monumentos de Estado sirviendo como simbólico punto focal. La ciudad era de este modo una inclinación saudita a la tecnología occidental y un testimonio de que estaba al fin y al cabo fuera de lugar. Se necesitaba un complejo urbano, pero en la escala de valores sauditas no merecía un plan central. Enormes palacios coexistían con chozas sin el encanto de una ciudad tradicional ni el nervioso empuje de una creación moderna. Ni siquiera había un palacio real o mejor dicho, el palacio real era la residencia privada del príncipe que había sido elegido para ser rey. En 1973 muy pocos ministros se habían mudado aún de Yidda a Riyadh y se arreglaban en temporarias estructuras de cemento. Aun cuando más tarde los ministerios se hicieron más grandes, a veces lindando con lo gigantesco, fueron tirados como al azar, haciendo imposible describir cualquier parte de Riyadh como el centro gubernamental. Lo mismo ocurría con las residencias de los sheiks y de los príncipes, quienes, escondidos detrás de altas paredes, se codeaban con las viviendas más comunes. La familia real había sido, después de todo, de origen beduino y vivió en su austero estilo tradicional antes de la colosal opulencia de la riqueza del petróleo.

El edificio utilizado como casa de huéspedes del Estado en 1973 (más tarde fue reemplazado) era uno de esos accidentes, a la vez fuera de escala y en apariencia transitorio.

Después de una breve oportunidad para instalarme, fui llevado al palacio del rey, para una recepción y cena que daba para mí el rey Faisal, una señal de honor.

El palacio era de una escala monumental. Precedido por dos portadores de espadas, fui llevado a un enorme salón que parecía del tamaño de una cancha de fútbol. Docenas de distinguidos hombres del Reino (las mujeres, por supuesto, eran estrictamente segregadas) en idénticas túnicas negras y capas blancas en la cabeza estaban sentados a lo largo de las paredes, inmóviles y silenciosos. Había incienso en el aire, que hacía circular el aire acondicionado. Lo que parecía estar a unos cien metros de distancia, mostraba una plataforma ligeramente elevada en la que estaba sentado el rey Faisal Ibn Abd al-Aziz Al Sa'ud, aquilino de rasgos, real en su postura. Se levantó cuando entré, obligando a todos los príncipes y sheiks a hacer lo mismo en un movimiento de blanco y negro semejante a un ballet. Dio un paso hacia mí y yo tuve que atravesar el resto del trayecto. Me enteré más tarde que el haber dado un paso hacia adelante era una señal de gran cortesía. En ese momento yo estaba sobre todo consciente de que me pareció llevaba una eternidad llegar hasta el pedestal. Su Majestad y yo nos sentamos uno al lado del otro durante algunos minutos mirando a la espléndida asamblea, mientras yo reflexionaba con cierto asombro acerca de los extraños designios del destino que habían hecho que un refugiado de la persecución nazi acabara en Arabia como representante de la democracia norteamericana. Después, fui presentado alrededor del salón por el jefe real de protocolo, paseando junto a los dignatarios en fila y estrechando sus manos a medida que me iban siendo dados sus nombres.

Entonces el rey me llevó a cenar. El y yo nos sentamos en la cabecera de la mesa, en ángulo recto con dos largas extensiones de personas, entre las cuales la ropa occidental parecía extrañamente torpe en este ambiente árabe, marcada por los pocos miembros de mi comitiva que parecían intrusos en la elegante uniformidad de las túnicas sauditas. Era como una rara sinfonía. Cuando el rey habló, todo quedó en silencio y mis comentarios fueron ahogados por un zumbido de conversación. Los silencios para el rey aumentaron mi conciencia en mi primera exposición a lo que en todo el mundo árabe y en muchas regiones lejanas, era inmediatamente reconocible como el discurso habitual de Faisal. Su propuesta básica era que los judíos y los comunistas trabajaban ahora paralelamente, ahora juntos, para minar el mundo civilizado tal como nosotros lo conocíamos. Olvidándose de mis orígenes —o poniéndome delicadamente en una categoría especial— Faisal insistió que había que poner fin de una vez por todas a la conspiración entre judíos y comunistas. Su puesto de avanzada en Medio Oriente era el estado de Israel, puesto allí por el bolchevismo con el principal propósito de dividir a los Estados Unidos de los árabes.

Era difícil saber dónde empezar para contestar a esta clase de razonamientos. Cuando Faisal comenzó a argumentar que la conspiración judeo-comunista estaba tratando ahora de hacerse cargo del gobierno de los Estados Unidos, decidí que había llegado el momento de cambiar de tema. Lo hice preguntando a Su Majestad por un cuadro en la pared de enfrente, que tomé por una obra de arte decorativa. Era un oasis sagrado, me informaron, el arte representativo estaba prohibido en Islam. Este paso en falso hizo que Faisal pasara algunos minutos en profunda melancolía, haciendo que la conversación alrededor de la mesa se detuviera por completo. En un silencio fuera de este mundo, mis colegas deben haberse preguntado qué era lo que yo había hecho tan pronto en pro de impedir las provisiones de petróleo para Occidente. No ayudé mucho a las cosas al referirme a Sadat como al líder de los árabes. La morosa reacción de Su Majestad probó que había límites más allá de los cuales no era posible que la solidaridad árabe fuese empujada.

El rey siempre hablaba en una voz suave cuando se refería a puntos fuertes. Le gustaban los comentarios elípticos que podían prestarse a muchas interpretaciones, prote-

giéndose de este modo de ser citado en contextos que no podía controlar y que podían en algún momento resultar embarazosos. Concluía las audiencias sentándose en el medio del salón con su interlocutor a la derecha y el intérprete enfrentándolos, mientras que los consejeros de ambas partes estaban alineados a lo largo de las paredes, más allá de donde pudieran murmurar algo —es más, dado el tamaño del salón, apenas a una distancia desde la cual podrían gritar— y de este modo, efectivamente excluidos de la conversación. Al hablar conmigo podía mirar directamente hacia adelante, observando a veces por debajo de su capa de la cabeza para asegurarse de que yo había comprendido la dirección de algún particular acertijo.

Todo esto era tan sin precedentes en mi experiencia que al principio no podía encontrar criterios para juzgarlos. Resultaba fácil para un occidental burlarse de la habitual retórica de Faisal, pero cuando aprendí a conocerlo comprendí que era un hombre de rara calidad, excepcionalmente inteligente, formidable y sin embargo lo suficientemente sabio para no desplegar nunca su fuerza. Los imperativos de la convicción y de la habilidad táctica se fundían de modo que creía al mismo tiempo en lo que estaba haciendo y en lo que servía a sus propósitos. El discurso sobre comunismo y sionismo, por extraño que sonara a sus visitantes occidentales, era claramente sentido muy profundamente. Al mismo tiempo reflejaba las necesidades tácticas del Reino. El estridente anticomunismo ayudaba a tranquilizar a los Estados Unidos y establecía un pedido de protección contra amenazas exteriores (que estaban, en efecto, armadas por la Unión Soviética). La virulenta oposición al sionismo tranquilizaba a los radicales y a la OLP y de este modo reducía sus incentivos para seguir cualquier tentación de minar a la monarquía localmente. Y este ataque era lo suficientemente vago como para no implicar consecuencias precisas: dictaba pocas opciones de política, excepto un anticomunismo general.

Faisal combinaba intensidad religiosa y astucia diplomática —no por nada había sido ministro de Relaciones Exteriores de Arabia Saudita durante años antes de ascender al trono. La religión lo proveía de la fuerza interior para enfrentar los peligros de Arabia Saudita y tratar de sobreponerse a ellos con serenidad. También proporcionaba cohesión a un país que marchaba, aunque fuera por etapas, hacia la modernización, así como hacía la protección contra los codiciosos. Una cosa era enfrentar a un estadista común y someterlo a las presiones normales de la diplomacia, que en Medio Oriente puede ser bastante dura, y otra, tratar de extorsionar a un hombre sagrado que se colocaba a sí mismo por encima de la batalla. Por su reputación por la piedad, Faisal unía exaltación y anonimato, gran influencia y alejamiento de la refriega. Faisal lograba la extraordinaria proeza de colocarse exactamente en el ojo calmo del huracán, a pesar de que nunca olvidaba la tormenta desarrollada a su alrededor. Era necesario tener gran habilidad y saber mantenerse apartado internamente.

Faisal merecía su reputación de rectitud. Era tan honorable como sutil. Pesaba sus palabras escrupulosamente. Nunca hablaba sin necesidad; cada frase tenía su significado, aun si llevaba un tiempo a mentes más lentas para llegar a comprenderlo. Teníamos la suerte de que Faisal mantenía ante los Estados Unidos una actitud de genuina amistad —que nosotros retribuíamos— balanceada por dudas acerca de nuestra sutileza y de nuestra firmeza final. Estaba lo suficientemente cerca de las tradiciones beduínas para combinar actos esencialmente políticos con relaciones personales. Era un hombre de palabra, es más, generalmente concedía en mayor grado de lo que prometía. Por otra parte, en treinta años en altos cargos, había visto más de la volubilidad de la política de los Estados Unidos como para no confiar todo el futuro de su país a los imprevistos cambios de estado de ánimo que había presenciado. Por lo tanto, siempre que era posible, apostaba por los Estados Unidos, pero no cuando ello ponía en peligro los intereses de Arabia Saudita tal como él los entendía. Sobre todo conocía la debilidad de su propio país. Nunca había buscado el papel de mediador, porque sabía que a pesar de su riqueza

—y tal vez debido a ella— Arabia Saudita no podía resistir el ser convertida en el árbitro formal de todas las crisis.

Cuando lo comprendí mejor, descubrí que era mucho más fácil para Faisal actuar en apariencia espontáneamente que en respuesta a un pedido. Aumentaba su posición en el mundo árabe si podía decir sin mentir que no se había solicitado ninguna ayuda y por lo tanto no se había hecho ninguna promesa. Esto no le impedía hacer por su cuenta —como un acto totalmente voluntario— lo que apoyaba nuestros objetivos. Entonces no debía informarlo a sus hermanos como un compromiso o promesa a los norteamericanos. Yo me aseguré que estuviera siempre bien informado sobre nuestras negociaciones: frecuentemente me detenía en Riyadh para informarle personalmente. Después de las primeras reuniones, nunca hice un pedido específico, pero a menudo encontré a través de distintos canales, una marca de ayuda saudita, colocada tan discretamente que un soplo de viento pudiera borrar sus rastros.

El rey Faisal cumplió un *tour de force*. Bajo su liderazgo su país era tomado seriamente, pero se reservaba el derecho de definir su papel. Tanto si lo intentó como si no, hizo posible una revolución en la economía mundial, un desfase en el balance del poder, prestando el peso de Arabia Saudita al uso del arma del petróleo y llevando al Reino a ser un factor importante en los asuntos mundiales. Pero logró presentar esta revolución como una decisión tomada de mala gana y con un corazón sangrante, un acto impuesto por la codicia de los demás y por las incontrolables pasiones de la región.

Y si uno comprendía la política saudita como resultado de todas las fuerzas que trabajaban en el área antes que una formadora de ellas, esa percepción era la correcta. Si el estadista actúa como timonel en mares tormentosos, Faisal realizaba un trabajo magnífico al mantener su frágil embarcación siempre contra el viento y haciéndola emerger intacta: proeza no pequeña si se reflexiona sobre el destino de todos los países a su alrededor.

Todas estas tendencias surgieron cuando, después de la cena, me senté a conversar con Faisal. A diferencia de Sadat, él no era un hombre para la iniciativa dramática: su grandeza estaba vestida de anonimato. Yo necesitaba de su buena voluntad para nuestra diplomacia del Medio Oriente y quería darle la impresión de que el embargo petrolero era un golpe muy serio para nuestras relaciones. Los dos niveles de la conversación —lo que yo quería que comprendiera y lo que él estaba preparado a reconocer— no eran siempre iguales. Cautelosamente hacíamos círculos uno alrededor del otro como dos boxeadores antes del choque, estudiando mutuamente nuestros movimientos sin ir al final más allá de la fase preliminar.

Expliqué nuestra estrategia del Medio Oriente según las líneas de mi presentación a Sadat, omitiendo los detalles tácticos. Faisal comprendió lo que yo exponía bastante bien; su postura indicaba atención y simpatía, pero sus palabras, que sin duda serían comunicadas a otros líderes árabes, incluyendo a los de la OLP, eran elegantes repeticiones de un comprensivo programa, incompatible con nuestra estrategia. La paz con Israel era posible —un reconocimiento poco usual para Faisal— pero él inmediatamente calificó su declaración condicionándola al retiro de Israel a las fronteras de 1967 y la devolución de *todos* los refugiados palestinos a sus hogares, lo que en la práctica significaba la entrada de más de un millón de árabes al Israel anterior a 1967. Faisal elaboró la forma de ese Estado: *Debe establecerse en Palestina, por acuerdo, un Estado mixto musulmán e israelí* —en otras palabras, exactamente la plataforma de la OLP. Objeté que eso no era posible. Faisal repitió sagazmente: *Israel se retiraría en el momento que viera que ustedes ya no lo protegen, no lo miman*. Esto fue expuesto en forma real, sin intensidad, pero también sin flexibilidad, como si el papel de Faisal fuera en primer lugar el de imponer principios y no guías para la acción.

Respecto del problema árabe-israelí, Faisal ofrecía una actitud y no un programa.

Las cosas se hicieron más complicadas cuando tratamos sobre el petróleo. Agujoneado por Nixon, yo estaba preocupado por persuadir a Faisal para que levantara o aflojara el embargo. Si yo hubiera comprendido mejor el mecanismo de poner precio al petróleo, me hubiese dado cuenta de que los cortes en la producción saudita eran más peligrosos que el embargo, ya que afectaban críticamente la provisión mundial y por lo tanto proporcionaban la condición previa para el empobrecedor aumento del precio. Mi falsa interpretación no tuvo importancia. Faisal, que comprendía el mecanismo de poner precios muy bien por cierto, puso en claro que aumentaría la producción cuando levantara el embargo. Es más, anunció que estaba *al rojo fuego de ansiedad para apresurar esto en la mayor medida posible*. Desgraciadamente, Arabia Saudita no se hallaba en una posición "embarazosa"; necesitaba una prueba de un tangible progreso antes de poder proponer enfundar el arma del petróleo a los otros Estados árabes. Faisal, precisamente porque era amigo de los Estados Unidos, no podía actuar solo.

Habiendo fracasado el punto de vista geopolítico, recurrí a la psicología. Es penoso, dije, ser presionado por un amigo. Era imposible ceder a esa presión. Faisal volvió las apelaciones en contra de mí insistiendo: *Yo he sufrido aún más que usted*. Sugirió que el esfuerzo podría ocasionarle un colapso nervioso. No debe percibirse que cedemos a la extorsión, argüí. Faisal estuvo a la altura de la ocasión. Apreciaba mis "válidas" explicaciones, pero desgraciadamente Arabia Saudita no tenía mano libre, ya que la decisión era hecha juntamente con todos los árabes. *Lo que me hace falta es algo con qué ir a mis colegas a urgir esto*.

Traté de rehuir el compromiso. Si Arabia Saudita no se encontraba preparada para levantar el embargo, tal vez sería menos severa en su aplicación. Faisal estaba completamente a favor de un arreglo. Tal vez podríamos acordar el feliz término medio si nosotros, incapaces de inducir a Israel a ceder todas sus conquistas y permitir el regreso de los palestinos, anunciáramos esa disposición como un objetivo en la forma de una exigencia de los Estados Unidos a Israel. Suavemente aparté a un lado tal teoría.

En este minuet majestuoso, dábamos todos los pasos pero no pudimos armonizar nuestros movimientos. Faisal no había dado tregua al que tomaba notas.

Y sin embargo, cuando me acompañó hasta la puerta, dio en un minuto su bendición a nuestra diplomacia, que yo había estado buscando en vano durante horas de conversaciones. Lo hizo crípticamente, cuando ya no se estaba tomando notas, y sin embargo en presencia y de modo que pudieran escucharlos los otros príncipes, casi como si la frase más importante que pronunció fuera una idea de último momento o una cortesía: *Rogamos a Dios Todopoderoso que El continúe dándoles éxitos en todos estos nobles esfuerzos. Hablé muy francamente con Su Excelencia porque respeto su probada habilidad y sabiduría*. Nada de lo que Faisal había dicho era vano. Si llamó la táctica de paso a paso "noble", significaba que su intención era apoyar nuestra política, aunque a su propio y complicado modo. Ni era mera cortesía o halago lo que me había proporcionado —delante de sus mayores consejeros— un endoso personal a pesar de mis antecedentes religiosos.

Como Faisal no podía estar seguro de que yo había comprendido lo que me quería expresar, dos visitantes vinieron a verme, uno después del otro, en la casa de huéspedes, a pocos minutos de terminar mi audiencia con el rey. El primero fue el príncipe Fahd, entonces ministro del Interior y considerado generalmente el hombre fuerte del Reino, después de Faisal. A medida que conocí mejor a Fahd, me enteré de que era menos indirecto que su hermanastro el rey, pero igualmente sutil e inteligente. Y era un buen amigo de nuestro país. Había estado presente en la reunión con el soberano y se encontraba por lo tanto por convicción, al mismo tiempo que por ocasión, capacitado para confirmar todo lo que el rey, con los focos sobre él, no había querido hacer tan explícito. La información sobre esta entrevista, al no haber sido anunciada, no tenía que ser distribuida en el mundo árabe. Fahd expresó:

Aprecio haber escuchado cómo exponía tan brillantemente a Su Majestad el rey las dificultades para los Estados Unidos y las particulares dificultades que no serían comprendidas por aquellos que no conocen a los Estados Unidos.

Aseguraría a Su Excelencia que yo, por de pronto, seré uno entre aquellos que le ayudarán en le senda que ha demarcado. . .

Como nos sentimos tranquilos al escucharle delinear los pasos en que se han embajado, percibo que inevitablemente los resultados serán buenos. Y apreciamos el hecho de que las cosas no pueden ejecutarse de la noche a la mañana y tienen que ser elaborada paso a paso, pero rápidamente.

Este era un *imprimátur* real a nuestra táctica de paso a paso, un invaluable voto de confianza. Fahd entonces se comprometió a hacer todo lo posible para apartar obstáculos en las relaciones entre los Estados Unidos y los sauditas, incluyendo el embargo petrolero. Visitaría pronto los Estados Unidos para demostrar la amistad saudita.

Cuando me despedí de él, en la puerta de la casa de huéspedes, Omar Sakkaf —también participante en la audiencia real— ya estaba esperando, igualmente sin haber sido anunciado. También él había venido claramente por orden del rey, para hablar más abiertamente de lo que había sido posible en una audiencia formal. Sakkaf se encontraba preocupado por que yo pudiera sentirme decepcionado porque las sutilezas del rey se me habían escapado. Fue directamente al grano: *Los dos han estado difíciles, según pude observar, pero esto fue entre amigos. Ustedes verán resultados.* Señaló que los sauditas agradecían mis esfuerzos; la alternativa para Sadat era el protegido de los soviéticos Ale Sabri. *“Si los radicales árabes ganan con armas soviéticas —dije— usted mismo estará amenazado.* Sakkaf, que había estudiado las tendencias de Medio Oriente toda su vida, coincidió, expresando en términos moderados la esencia del problema entre los árabes e Israel: *Ambas partes tienen que aprender que la otra no desea eliminarlas. Ahora es un círculo vicioso.* Sakkaf, como Fahd, expresaba la ansiedad árabe para que yo continuara con mi misión. Esto a su vez daba al Reino un especial interés en su éxito. No pondría obstáculos en mi camino. Con toda seguridad trataría de ayudar.

Como ya lo había hecho el rey, Sakkaf me afirmó que Siria estaba ansiosa por establecer contacto conmigo en el más alto nivel. Esto significaba el presidente Hafez Assad. Le respondí que me pondría en contacto con Assad a mi regreso a Washington. Esto, como sabía, daría a Sakkaf una oportunidad para comunicarse antes que yo lo hiciera, permitiéndole al mismo tiempo allanar mi camino y ganar algún mérito para el Reino.

Mi viaje de noviembre marcó el verdadero fin de la guerra de Medio Oriente. Estabilizó el cese de fuego y arregló las inmediatas líneas de posguerra. Para el 14 de noviembre, Egipto e Israel habían logrado un detallado acuerdo en el Kilómetro 101 para implantar el acuerdo de los seis puntos. Nosotros habíamos sido instrumento de todas estas negociaciones. Gradualmente estábamos colocándonos en una posición en la cual nuestro apoyo era esencial para el progreso, mientras que la capacidad de los soviéticos para hacer daño se reducía sistemáticamente. Ahora nos resultaba posible concentrarnos en el paso siguiente, pero primero debíamos mover algunas piezas más en el tablero de la diplomacia.

Capítulo XIV

EL INTERLUDIO DEL GOLFO PERSICO

Abandoné Riyadh para ir a países que contribuirían relativamente poco para la solución de la inmediata crisis en Medio Oriente, pero que eran importantes para nuestra concepción de un mundo seguro y más pacífico: Irán resultaba clave para el balance del Golfo Pérsico; Paquistán era un amigo de larga data cuya independencia habíamos tratado de proteger; China era esencial para el equilibrio global; el Japón era un soporte para nuestro sistema de alianzas. (Las visitas a Pekín y Tokio serán examinadas en capítulos posteriores.)

Nuestra primera parada fue Teherán, el 9 de noviembre de 1973, para encontrarnos con el aliado de los Estados Unidos de treinta y siete años, el sha de Irán. El tiempo y su pueblo no habían tratado bien al sha. Los Estados Unidos y sus aliados se avergonzaban de su comportamiento últimamente hacia él, abandonando a un amigo no sólo políticamente —lo que puede resultar de los brutales dictados del interés nacional— sino también humanamente, cuando estaba a la deriva sin un refugio y necesitaba socorro. La historia está escrita por los victoriosos: en este caso habían sido crueles.

Ha habido muchas falsedades acerca de las relaciones de los Estados Unidos con el sha. Se había creado la impresión de que amistades personales o una predilección por gobernantes autoritarios habían formado el apoyo norteamericano por el gobernante iraní. La realidad era más compleja; una relación que prosperó bajo ocho presidentes norteamericanos de ambos partidos tiene que haber resultado de causas más profundas que la idiosincrasia personal. La amistad de los Estados Unidos con Irán no reflejaba inclinaciones individuales, sino realidades geopolíticas. La intrínseca importancia de Irán trascendía las personalidades de los líderes de ambos países. Irán, el Estado con la más larga historia de gobierno propio entre Egipto y China, puede ser el puente entre la Unión Soviética y el Medio Oriente árabe; bajo el mando del sha, era una barrera protegiendo a las vulnerables Paquistán y Afganistán tanto de la expansión soviética como de la turbulencia en Medio Oriente. Irán es de lejos la nación más fuerte a lo largo del Estrecho de Ormuz, a través del cual pasa el 40 por ciento del petróleo importado por las democracias industriales. Es capaz por sí mismo de producir más de seis millones de barriles de petróleo por día (su rendimiento ha llegado hasta los ocho millones) —un importante aporte al suministro mundial de petróleo, cuya reducción después del derrocamiento del sha en 1979 causó una crisis económica global. No requiere complicadas teorías de una preferencia por gobiernos autoritarios o de seducción personal para explicar por qué los presidentes norteamericanos, desde Franklin D. Roosevelt hasta Jimmy Carter, afirmaron el paralelismo de intereses entre los Estados Unidos y un amistoso Irán.

Tampoco los beneficios fueron unilaterales —como por cierto no podrían haberlo sido en una relación extendida por un período tan largo. Cualquiera sea lo que los fanáticos y equivocados sucesores del sha proclamaron históricamente la mayor amenaza para Irán

no ha provenido de los Estados Unidos, a trece mil kilómetros de distancia, sino a lo largo de las tradicionales rutas de invasión, donde Irak trató de modificar las fronteras impuestas medio siglo atrás. Un prudente gobernante de Irán consideraría más seguro confiar en un país separado por dos continentes que en un vecino que no ha aceptado la verdadera independencia en ningún rincón a lo largo de sus fronteras. Y los Estados Unidos se consideraban afortunados porque la nación más populosa y la más potencialmente fuerte del Golfo Pérsico no siguiera la tendencia de moda de un no alineamiento, que se volvía cada vez menos diferente del antinorteamericanismo.

El sha, un astuto analista de la política exterior, basaba la seguridad de Irán no en maniobrar ambiguamente entre las superpotencias, sino en una alianza con los Estados Unidos. Al mismo tiempo, habiendo visto a Gran Bretaña abandonar su presencia en el Golfo y a los Estados Unidos poner la mira en el Sudeste de Asia, previó que Irán tendría que depender también de sus propias fuerzas. Por lo tanto buscó la modernización y el desarrollo económico en parte para anclar su propio gobierno en el apoyo popular y en parte para permitir a Irán soportar su propia porción del peso de la defensa. Se dio cuenta de que la ayuda en una gran emergencia era más probable si Irán mismo podía aguantar amenazas de dentro del área y podía hasta forzar a los soviéticos, si se les ocurría amenazar a Irán, a una escalada de aventura que no dejaría la menor duda acerca de sus intenciones.

Más tarde, cuando nuestros intereses estaban más allá del salvamento, se puso de moda entre los norteamericanos exorcizar sentimientos de culpa, reprochando el destino de Irán a la decisión de Nixon en 1972 de vender armamentos avanzados a nuestro aliado. Esta crítica parece haber unido a dos grupos dispares que de otro modo se habrían enfrentado seriamente. Por un lado estaban los neoconservadores, algunos convertidos recientemente luego de haberse opuesto a todos los compromisos militares norteamericanos en el extranjero, quienes argüían que la "doctrina Nixon" era fundamentalmente defectuosa. Como Irán y otros países amenazados jamás podrían defenderse por sí mismos, debíamos haber sabido desde hacía mucho tiempo que sólo la colocación de fuerzas norteamericanas en el Golfo Pérsico podría establecer el requerido paraguas de la seguridad (1). Otros adoptaron opuestos razonamientos, más de moda, que apelaban a clisés liberales acerca de los males de la venta de armas, así como a las supuestas represiones del sha. Ninguno de los dos tenía sentido histórico o geográfico.

Porque Nixon en 1972 no se enfrentaba con la teoría sino con la realidad. El retiro de Gran Bretaña del Golfo en 1971 fue seguido en abril de 1972 por un Tratado de Amistad entre Irak y la Unión Soviética que llevó a la fuerte provisión de modernos equipos militares al entonces más radical de los estados árabes. Para impedir que Irak tuviera hegemonía en el Golfo Pérsico teníamos que aumentar el poderío norteamericano o reforzar a las fuerzas locales. La ansiedad de los Estados Unidos de olvidar a Vietnam y el posterior resurgimiento conservador habían borrado el estado de ánimo de ese período. Que los Estados Unidos tenían que reducir sus compromisos extranjeros era la sabiduría popular —no desafiada y es más, apoyada por los conservadores. Todo presupuesto militar era cortado por el Congreso. La única base militar que queríamos levantar en el Océano Indico, en Diego García, estaba bajo constante ataque del Congreso. Los fondos para ello podían ser obtenidos solamente llamándola instalación de apoyo y explícitamente renunciando a edificar un aeropuerto capaz de albergar bombarderos pesados. El estacionamiento de tropas allí estaba específicamente prohibido —y Diego García se encontraba a 4.000 kilómetros de la costa de Irán. Crear una creíble capacidad militar para la defensa del Golfo Pérsico por los Estados Unidos solamente es una tarea de enorme, tal vez insuperable, dificultad logística en la mejor de las circunstancias —tal como estábamos descubriendo cuando esto se escribía. Nuestra elección en 1972 era ayudar a Irán a que se armara o permitir un peligroso vacío. Tampoco la doctrina de

Nixon preveía que cualquier país se defendiera solo contra una superpotencia. Explícitamente ofrecía ayuda si un poder nuclear —un eufemismo para la URSS— atacaba a un aliado que deseaba defenderse (2). Durante décadas, Irán bajo el mando del sha contribuyó en forma importante a la estabilidad de la región y a la seguridad internacional. Y él —o grupos que compartían sus puntos de vista— podría haber continuado haciéndolo con una política más sabia de nuestros sucesores.

Una variante de la crítica a nuestra política es que el error no había sido armar al sha, sino darle un *cheque en blanco* para comprar armas sin limitaciones. Esto es falso: no hubo cheque en blanco. La decisión de Nixon fue provocada por el pedido del sha de nuevos y avanzados aviones, el F-14 o F-15. Por una variedad de razones el Pentágono aceptó con reticencia, en parte porque quería vender su obsoleto equipamiento y en parte por su preferencia para aprovisionar a nuestros propios inventarios: aunque no desafió frontalmente la decisión de Nixon. Cuando éste visitó Teherán en 1972, el sha sacó el tema, señalando que tenía la alternativa de comprar comparables, aunque ligeramente inferiores, aviones franceses. Nixon aprobó en principio la venta de los F-14 o los F-15. Una directiva a ese efecto fue dada a su regreso. El Departamento de Defensa respondió con una contrapropuesta: que el sha demorara toda decisión de la adquisición de cualquiera de los aviones hasta que fuera completada la experiencia operacional de *ambos* tipos. Mientras que el F-14 estaría listo en 1973, el F-15 no lo estaría hasta 1976 ó 1977, dilatando cuatro años la decisión. Para poner fin a la espera, Nixon ordenó que la determinación sobre esta compra de aviones y el momento de la entrega fueran dejados al gobierno de Irán. En el contexto, éste es el significado de la frecuentemente citada directiva, que terminó con un general *obiter dictum* que el Pentágono no tratara de adivinar las decisiones iraníes sobre qué equipamiento elegir.

De todos modos, sólo alguien ignorante de nuestros procesos gubernamentales o ansioso de anotarse puntos en el debate podría argumentar que esta única directiva de Nixon sobrevivió a Watergate y a su renuncia y que guió todas las decisiones de dos gobiernos subsiguientes —durante los cuales el 90 por ciento de las ventas de armamentos fueron hechas en realidad. Dudo que los presidentes Ford y Carter estuvieran siquiera al tanto de la directiva —como yo la había olvidado— cuando aceptaron más tarde compras de armas que fueron incomparablemente mayores que las aprobadas bajo Nixon. Los presidentes Ford y Carter alentaron la fuerza militar del sha por las mismas razones que tuvo Nixon para apoyar el primer incremento: se consideraba del mayor interés estratégico de los Estados Unidos, de Irán y de la estabilidad de la región. (El secretario de Defensa James Schlesinger mantuvo a su propio representante en Irán para manejar los pedidos de armas iraníes.) Que el juicio estratégico tenía méritos lo demuestra el hecho de que después de la muerte del sha, el revolucionario Irán fue atacado por el Irak armado por los soviéticos (un hecho inconcebible mientras la alianza con los Estados Unidos estuvo intacta) y fue salvado de la catástrofe por las muy criticadas armas norteamericanas y porque el gobierno de Irán, que tenía rehenes norteamericanos, pidiera varias veces repuestos a los Estados Unidos como condición para la liberación de los mismos.

En la perspectiva de una década, el derrocamiento del sha no tenía mucho que ver con la compra del equipamiento militar. En verdad, si los Estados Unidos hubiesen jugado su mano en forma distinta cuando comenzaron los disturbios, el establecimiento militar iraní podría haber provisto un contrapeso político al radicalismo durante el período de la desintegración de la monarquía. El único factor más importante en el colapso del sha fue la política que aprendió de Occidente: la modernización de una sociedad feudal islámica, el rápido desarrollo económico que absorbió mucho más de los ingresos de Irán que las compras de armas. El sha tomó literalmente las doctrinas académicas occidentales de

acuerdo con las cuales la fuente de inestabilidad política era la brecha entre las expectativas económicas y sus logros. Y mientras se hacía frente a la revolución de *crecientes expectativas*, decían las argumentaciones, la estabilidad económica se produciría casi automáticamente. Las máximas liberales de Occidente indujeron al sha a edificar un estado secular, moderno, según el molde reformista de Kemal Atatürk, y a forzar a la industrialización a una población que apenas había sido sacada de la era feudal. Durante casi dos décadas pareció tener éxito. El producto bruto nacional crecía a una tasa de casi el 10 por ciento anual. La reforma agraria fue instituida, la educación pública y los derechos de la mujer fueron alentados, la participación en las ganancias de los obreros y la salud pública también.

Pero los resultados no constituyeron precisamente la estabilidad política prevista por la teoría académica. La industrialización desarraigó poblaciones rurales y las llevó a las congestionadas ciudades en las que se encontraron moral y psicológicamente a la deriva. El aumento del producto bruto nacional produjo la abundancia de una nueva clase social que, como en comparables períodos de la historia europea, buscó un papel mayor en el gobierno. La educación produjo un fermento intelectual y las tentaciones del radicalismo; era con toda seguridad hostil a la monarquía absoluta al estilo del sha. Las modernizantes influencias culturales de Occidente, inundando por encima del dique roto de la aislación cultural de Irán, arrasaron con las tradiciones religiosas y sociales de Irán. Los desarraigados, los nuevos poderosos, los ortodoxos y los espiritualmente desposeídos se unieron con dispares y a menudo conflictivos motivos y barrieron con el gobierno del sha en una orgía de penalidades y venganzas.

Pero, ¿penalidades por qué? Es seguro que había corrupción en la corte del sha, aunque no fuera de lo común según las normas de la región y ni siquiera según las normas del régimen que lo siguió. Los excesos de la policía secreta, la temida SAVAK, eran inexcusables, aun teniendo en cuenta las enormes exageraciones(*). Indudablemente el sha vivía en un aislamiento que le impedía comprender que sus éxitos económicos estaban creando nuevas realidades políticas contra las cuales no podía luchar con la represión. Sin embargo, sus fracasos acumulados eran seguramente menos graves que las prácticas en otras naciones del Golfo Pérsico o entre los alineados que no habían estado expuestos al oprobio. Y nada de lo acontecido puede compararse con los juicios de brujas, ejecuciones, terrorismo y la locura que siguieron, reminiscentes en lo sangriento y en la hipocresía judicial de los peores excesos de Robespierre.

Lo que derrocó al sha fue una coalición de legítimos agravios y una principiaada acumulación de resentimientos dirigidos al mismo concepto del modernismo y al papel del sha como un líder mundial moderado. El sha fue menos despreciado por lo que hizo mal que por lo que hizo bien. Fue derrocado por aquellos que odiaban la reforma y a Occidente, que estaban en contra del dominio absoluto sólo si se hallaba basado en principios seculares. Los vencedores inmediatos no eran disidentes iluminados de liberales ideas democráticas, sino el grupo más regresivo de la sociedad iraní: los ayatollahs que identificaban la dignidad humana no con la libertad y el progreso, sino con una antigua moral y un código religioso. Era, en realidad, una declaración de independencia dirigida contra todas las influencias culturales homogenizadoras del progreso global, en contra de las doctrinas extranjeras del comunismo, así como del Occidente, un buscar a tientas la identidad y la fe en un mundo percibido como representante de una desarraigada y corruptora uniformidad.

La crítica válida a nuestra política en los años '70, es *nuestro fracaso para percibir esta casi metafísica rebelión contra la modernización*. Estuvimos cegados no sólo por la lealtad

(*) La SAVAK continúa ejerciendo sus poderes, aunque con un nuevo nombre y nuevos auspicios, bajo el régimen revolucionario.

hacia el sha, por la cual somos criticados —y hay peores acusaciones que hacer a una nación que la resolución de apoyar a un aliado— sino también por las nociones occidentales de progreso económico y social, que son la medicina para todo uso de los mismos críticos que se regocijaron con la caída del sha. Recuerdo haber dicho una vez a los periodistas que me acompañaban, cuando dejábamos Teherán, que según precedentes históricos una velocidad de avance económico como la de Irán era probable que condujera a la revolución. Pero eran vanas meditaciones, porque agregué inmediatamente que en apariencia el logro de un rápido crecimiento podría sobreponerse a los peligros políticos de la industrialización. Me equivoqué. En realidad la velocidad de la modernización aceleró el principio de la agitación política. La estabilidad superficial de 1976 era muy engañosa. Dos años después que dejé mi cargo la caldera explotó: la torpe respuesta tanto de Teherán como de Washington completó la tragedia y destruyó los logros locales de dos décadas —así como los lazos internacionales que habían servido a la paz en el Golfo Pérsico.

Pero el problema es más profundo que un simple *mea culpa*. Suponiendo que hubiésemos comprendido el peligro, ¿qué habrían aconsejado los Estados Unidos? ¿Poseemos una teoría política para la transformación de países en desarrollo? ¿Sabemos dónde establecer el balance entre autoridad y libertad, entre libertad y anarquía en sociedades feudales y religiosas? Es fácil argumentar que una liberalización más rápida hubiera salvado al sha, que movimientos hacia una democracia parlamentaria para ampliar la participación política habrían descargado las presiones. Dejando de lado la cuestión de si teníamos el poder para hacer eso, es muy probable que estos *nostrums* "iluminados" hubieran apresurado la catástrofe. El desafío al poder del sha provino en su mayor parte de grupos que no tenían interés en tales ideas occidentales. Sus enemigos realmente implacables eran el conservador grupo feudal privado de sus privilegios sociales e izquierdistas radicales. Ninguno estaba ni remotamente interesado en la democracia parlamentaria. Es más, después del derrocamiento del sha ellos aplastaron a los pocos abogados de las instituciones democráticas, antes de volverse a resolver sus propias querrelas por la mutua exterminación.

No fue un accidente. El concepto de la democracia representativa requiere una cohesión social a la que no puede llegarse en muchas sociedades desarrolladas. Allí donde el gobierno proporciona el principal lazo social, no siempre se hace la distinción (ni siquiera es posible) entre la oposición al gobierno y arruinar subrepticamente a la autoridad y hasta al Estado. Se ve claro que en Irán el líder de la revolución no era un demócrata de tendencias reformadoras, sino un amargado reaccionario que en cuanto llegó al cargo se adjudicó poderes dictatoriales que excedieron en mucho a los del sha.

El hecho es que nos falta una idea coherente de cómo canalizar las fuerzas elementales liberadas por el proceso de desarrollo. La democracia liberal progresó durante siglos en sociedades esencialmente aristocráticas y burguesas. El sufragio universal no se generalizó en Occidente hasta después de la Primera Guerra Mundial. (Aun en los Estados Unidos el Senado fue elegido por voto indirecto hasta 1913.) En este ambiente cultural, la minoría tiene posibilidades de convertirse en mayoría y el contenido político no destruye al perdedor. Es distinto en países con profundas divisiones tribales, religiosas o raciales, o donde ha sido creado un Estado para gobernar a poblaciones cuya principal experiencia común es el gobierno colonial. La participación masiva forzada tiene más probabilidades de conducir al totalitarismo que a la democracia. La ironía contemporánea es que el leninismo ha resultado atractivo para muchos países en desarrollo no por sus teorías económicas, que claramente han fracasado, sino porque ofrece legitimidad para quedarse en los cargos: que es después de todo la razón por la cual la mayoría de los líderes de la independencia se ha metido en política en primer lugar. Nuestro dilema es que no podemos abandonar nuestros propios valores y sin embargo no hemos aprendido aún a

construir instituciones capaces de aguantar el esfuerzo político del desarrollo —al menos en su fase inicial.

En el Golfo Pérsico hoy, muchos amigos tradicionales de los Estados Unidos se enfrentan con esa perplejidad junto a nosotros. Sabemos que su base interna resulta precaria, pero no tenemos la visión concluyente de cómo reforzarla. Es más, apuntalar a sus gobernantes actuales es con toda seguridad incompatible con la teoría democrática tal como debe ser vital para nuestro interés nacional. En el Golfo Pérsico la alternativa del autoritarismo amistoso es casi inevitablemente el autoritarismo hostil. Y los conceptos políticos que tratamos de trasplantar deben parecerles a ellos como esencialmente destructivos de su cohesión social: si ésta es la única salida, ellos pueden muy bien preferir hacer sus propias acomodaciones con corrientes radicales que barren el área. El dilema sigue siendo uno de los desafíos intelectuales más grandes para el pensamiento político norteamericano y occidental.

El 9 de noviembre de 1973, las reflexiones como ésta hubieran parecido las menos aplicables a Irán entre todos los países de Medio Oriente. Yo estaba parando en Teherán por razones tanto simbólicas como sustanciales: simbólicas para subrayar la importancia que dábamos a nuestras relaciones con Irán, y por lo tanto para desalentar políticas aventureras por codiciosos vecinos, y sustanciales para conocer el análisis del sha de los asuntos mundiales y especialmente de Medio Oriente. Por sobre todo, quería expresar nuestro agradecimiento al sha por su firme apoyo durante las crisis de los últimos meses.

Le debíamos mucho por su inquebrantable lealtad durante la guerra de octubre. Los aliados de la NATO habían permitido sobrevolar sus territorios al puente aéreo soviético a Medio Oriente; el sha había rehusado firmemente. Aunque básicamente simpatizaba con Sadat, no hizo presión diplomática sobre nosotros. Nos mantenía informados sobre lo que entendía eran los propósitos árabes. Estaba disponible como intermediario —a pesar de que el contacto directo de Sadat con nosotros hacía ese papel sólo marginalmente necesario. Por sobre todo, se rehusó a unirse a las presiones de otros productores de petróleo en el Golfo Pérsico. Irán no participó del embargo árabe de petróleo ni redujo su producción. Estas fueron las medidas que suscitaron pánico y luego escasez de petróleo y que finalmente hicieron posible el masivo incremento de los precios. (El hecho no impidió que los historiadores revisionistas culparan al sha por el aumento del precio del petróleo, por el cual otros compartían igual si no mayor responsabilidad)(*). El continuó proporcionando petróleo a Israel. Cuando llevamos una fuerza de portaaviones al Océano Índico, fue abastecida de petróleo por Irán, sin pedido de compensación. Un Irán hostil podría haber bloqueado la diplomacia que nos ayudó a salir de la crisis; uno indiferente hubiera complicado mucho nuestra tarea. Siempre pensé que era mi deber recordar estos servicios del sha a nuestro país y a los pueblos libres, especialmente durante las vicisitudes que luego lo agobiaron.

Si el mundo está verdaderamente dispuesto a convertirse en un pueblo global, los aeropuertos servirán como sus mercados; sus terminales han desechado las características culturales, así como las nacionales. El deslumbrante pabellón real del aeropuerto Mehrabad de Teherán podría haber sido el área de recepciones VIP de cualquier parte del mundo —a excepción de las exquisitas alfombras persas que cubrían el piso. Nos quedamos allí sólo unos minutos para recibir los saludos del anciano primer ministro, Abas Ali Khalatbari. Nos acompañó a mí y al embajador Richard Helms al Palacio Imperial en las afueras de la ciudad. Como de costumbre, el ministro de Relaciones Exteriores nos dejó en la puerta del estudio imperial. No participó en esta ni en ninguna de las otras conversaciones con el sha. En realidad, su posición estaba más cerca de la de jefe de protocolo que de jefe de la diplomacia iraní: recibía a los visitantes de rango

(*) Ver capítulo XIX.

menor que los de jefe de Estado y representaba a Irán en conferencias no dignas de la atención imperial, pero la conducción general de la política exterior el sha se la reservaba para sí mismo. Entro en tantos detalles porque después de la revolución este inofensivo miembro de la corte, de impecables modales, fue insensatamente ejecutado tras un absurdo juicio que duró menos de una hora.

Mohamed Reza Pahlevi como siempre estuvo afable y distante —una actitud compuesta por partes iguales de timidez, conciencia de la desigualdad en nuestro rango de protocolo y su concepto de la actitud requerida a los emperadores. Esta postura le había sido inculcada por su primitivo padre, cosaco, que había usurpado el trono en los años 1920, pero uno nunca tenía la sensación de que el sha se sentía cómodo con ella. La soledad le había sido impuesta por su educación, hasta que el exilio la consumó en un cruel abandono por casi todos los que habían buscado sus favores durante cuatro décadas.

El sha era agudo en su análisis de la gran estrategia. El radical Irak, pensaba, sería utilizado como una represa de refuerzo contra todos los regímenes moderados prooccidentales del área. A pesar de no tildarlo directamente de satélite soviético, Irak, cuando estuviera completamente provisto de armas de este origen, serviría a los propósitos soviéticos intimidando a gobiernos prooccidentales, tales como Arabia Saudita. Simultáneamente ejercería presión sobre Jordania y hasta Siria, que mientras se estaba inclinando hacia el lado radical se mantenía lejos de ser un títere soviético. La URSS trataría de apretar a Irán entre Afganistán y su cliente iraquí. La reciente revolución en Kabul, que había reemplazado al rey afgano por un nuevo presidente, Mohamed Daoud, era una especial preocupación para el sha. Liderada por oficiales con tendencia decididamente prosoviética, sembró las semillas de futuros disturbios. La revolución de Daoud podría muy bien significar los prolegómenos de nuevas agitaciones radicales —un claro pronóstico, según sucedieron luego las cosas. A pesar de que Daoud era un nacionalista, aún sus propósitos podían claramente servir a los soviéticos para desestabilizar el área. El irredentismo afgano, que deseaba perturbar a grupos étnicos desafectados en regiones fronterizas tanto de Paquistán como de Irán (los pushtoons y los baluchi) podrían producir un movimiento de pinzas cuya consecuencia práctica sería la de proyectar el poder soviético más cerca del Océano Indico. El sha apoyaría a Paquistán hasta donde la extensión referente a su uso de armas norteamericanas lo permitiera. Debemos tratar de impedir que La Medialuna Creciente —Irak, Siria y Jordania— fuera regida desde Bagdad. El podía tener a Irak ocupado apoyando la revolución kurda dentro de su propio territorio y manteniendo un gran ejército cerca de la frontera.

Con toda su simpatía por Sadat, el sha consideraba a Israel un estratégico eje en el área. Indirectamente, contribuía a la independencia de Jordania, impidiendo una acción militar siria o iraquí contra ella. Por la misma razón, constituía una garantía de la independencia del Líbano. Desgraciadamente, desde el punto de vista del sha, la política exterior de Israel no era tan sabia como resultaba estratégicamente significativa su contribución para la seguridad general. Su intransigencia diplomática complicaba la posición de los moderados gobiernos árabes sobre los que se apoyaba últimamente su propia sobrevivencia y amenazaba con debilitar la influencia norteamericana. El sha aplaudió nuestra conducta durante la guerra de Medio Oriente especialmente el alerta. Dio la bienvenida a nuestro acercamiento a Egipto. Yo le informé sobre el plan de los cinco puntos. El consideraba a Sadat como la mayor esperanza de una moderada y pacífica evolución. Los Estados Unidos deberían hacer todo lo posible para alentarlos.

Puse énfasis en que el embargo petrolero árabe y la disminución en la producción nos colocaban en una situación imposible. Estábamos preparados a responder a las legítimas preocupaciones árabes y también a resistir cualquier impresión de que la así llamada arma del petróleo podría ser utilizada para forzarnos a tomar decisiones que no habría-

mos hecho de otro modo. Todos nuestros amigos en el mundo árabe tenían interés en demostrar que presiones radicales eran inútiles y que los Estados Unidos tenían la clave para el arreglo. Si abandonábamos esta postura, cualquier logro diplomático actuaría como un bumerán y sencillamente alentaría una mayor extorsión. El sha estuvo de acuerdo. Prometió interceder ante Egipto y Arabia Saudita para urgir un fin del embargo. Pocos días después envió a un emisario a Arabia Saudita y un mensaje a Sadat, tal como había prometido.

Mi conversación con el sha ilustró la base de una relación iraní-norteamericana durante su reinado. Algo de su análisis era, por supuesto, de servicio para sí mismo en el sentido de proporcionar una racionalidad para la política existente, pero el interés por uno mismo no inhibe contra la exactitud. Es precisamente el colapso de un Irán prooccidental lo que condujo a un soliviantamiento en el golfo y en el Océano Indico, que no ha aminorado cuando esto se escribe.

La suerte del sha y la de su país constituyen una permanente advertencia de que no hay respuestas simples. Aquellos que buscan un mundo más pacífico tienen que tener un concepto de su naturaleza. Aquellos que buscan justicia deben comprender que consiste en algo más que en un desahogo de resentimientos. Y tenemos que pensar más en la evolución política de los países amigos cuya estabilidad es importante para nuestra seguridad. En este sentido podemos aún aprender una lección de esa costosa tragedia.

Nos detuvimos para pasar una noche en Islamabad en el amigable Paquistán. Su voluble líder, Zulfikar Ali Bhutto, también llegó mas tarde a un final trágico. Eso no altera mi evaluación de él como un hombre de extraordinarias habilidades, tan despiadado como brillante. Mientras que su vecino el sha cayó porque mantuvo su personal gobierno autocrático durante excesivo tiempo, Bhutto se destruyó por buscar un mandato popular demasiado rápidamente y por manipular luego el resultado electoral. Esta autoindulgencia fue probablemente un intento para lograr una victoria en un punto de debate con su odiada adversaria, la señora Indira Gandhi, que acababa de instalar un gobierno de "emergencia" por decreto en la India. Pero hay que decir también que la arrogancia de Bhutto reflejaba una justa evaluación de sus talentos. No podían dejar de percibirse sus hábiles —algunos podrían decir oportunistas— giros ideológicos a lo largo de su vida pública, pero yo también estuve presente en 1971, cuando salvó a su país de una aplastante derrota con India, que dejó a Paquistán desmembrado, con su mitad oriental desprendida para convertirse en el nuevo Estado independiente de Bangladesh. Bhutto había actuado con brío y sabiduría durante ese trágico período y fue el amigo permanente de los Estados Unidos pasado el problema.

Bhutto fue acusado en varias ocasiones de "blandura" a veces contra la Unión Soviética y otras contra China. Y yo nunca dudé de que fuera capaz de acercarse a cualquier país que sirviera a su percepción de los intereses nacionales de Paquistán. El hecho es que después de 1970, los intereses de Paquistán eran mejor servidos cultivando la amistad de las dos grandes potencias que ayudó a unirse: los Estados Unidos y la República Popular de China. Paquistán era el único país aliado con ambas. Pero si este hecho le proporcionaba considerable apoyo diplomático, también aumentaba lo precario de su posición. Porque el empuje de los soviéticos hacia el Océano Indico, combinado con el resentimiento de la India sobre la partición de 1947, tentaba a presiones desde ambos lados. Ahora la gratitud de sus poderosos amigos se traduciría fácilmente en medidas concretas. El Congreso de los Estados Unidos no aprobaría la ayuda militar a Paquistán o la transferencia de equipos militares provistos por los norteamericanos desde Irán. China no tenía la base industrial para proporcionar sustancial ayuda militar. Durante su término en el cargo, el dilema de cómo preservar la independencia de Paquistán era un excelente ejemplo del conflicto entre nuestros intereses nacionales y nuestras inhibiciones domésticas. Teníamos tal conciencia de la importancia de Paquistán como de nuestra inhabi-

lidad para poner nuestros análisis a la altura de la ayuda que podríamos prestar, que nos era demostrada en cada sesión del Congreso. Logramos un extremadamente modesto paquete militar, cumpliendo con una promesa hecha por el presidente Johnson cinco años atrás. Sin embargo, arreglamos muchas ostentosas reuniones para cumplir con un compromiso del presidente Kennedy una década antes: Demostrar que los Estados Unidos no eran indiferentes a amenazas a la independencia de Paquistán. En la era de Watergate, tuvimos que remendar una gran estrategia desde un manojó de expedientes.

El análisis de Bhutto de la estrategia soviética no difería mucho del sha. También él temía que el nuevo líder afgano Daoud podría ser alentado por los soviéticos para presionar dentro de Paquistán y hacia el Océano Indico bajo la bandera de la autonomía de Pushtoon y Baluchi. Según resultó, Daoud comenzó este curso, pero gradualmente retrocedió de él a medida que se daba cuenta de que no tenía sentido reclamar nuevos territorios cuando la misma independencia de Afganistán estaba amenazada en sus espaldas por la Unión Soviética. Desde entonces Daoud dejó de acosar a Irán y Paquistán y comenzó a moverse cautamente hacia el no alineamiento. Cinco años más tarde, a causa de un golpe comunista, pagó esa presunción con su vida, y los designios soviéticos se desarrollaron entonces exactamente tal como habían pronosticado el sha y Bhutto.

El borde sur de Asia —Irán, Paquistán, Afganistán— es una región del mundo que puede parecer remota y extraña a los norteamericanos, y sin embargo constituye el pivote de la seguridad mundial. Unos años después de mi viaje de 1973, se convirtió en un área de agitación. Desde la revolución de Irán a la invasión soviética de Afganistán y hasta la guerra entre Irán e Irak, los acontecimientos dramatizaron la vulnerabilidad del Golfo Pérsico: La vital línea del aprovisionamiento de petróleo de Occidente. La eminente importancia de esa región ha sido desde hace tiempo uno de los temas de dos agudos analistas estratégicos que yo iba a visitar después: Mao Tse-tung y Chou En-lai. Teníamos mucho que hablar sobre ello.

XV

EL ECLIPSE DE CHOU EN-LAI Y OTRA CONVERSACION CON MAO

CHOU EN LA MIRA

Es con cierta tristeza que evoco mis últimos encuentros con el premier chino Chou En-lai, concretados tres meses más tarde de lo que habíamos planeado. Así que cuando finalmente tuvieron lugar, Chou estaba ya a punto de abandonar su cargo de primer ministro, cosa que ignorábamos por completo al concertar mi visita.

Como ya he señalado en el Capítulo VIII, Chou había aceptado, a fines de mayo y junio, conceder todo el apoyo de China Popular a una propuesta norteamericana de transacción para poner fin a la guerra en Camboya, que incluía un cese del fuego, la interrupción de los bombardeos norteamericanos y la inmediata iniciación de negociaciones con el príncipe Norodom Sihanouk para formar un gobierno de coalición presidido por él, cuya actitud neutral resultaba bien conocida. Era obvio que Chou no se habría comprometido hasta ese punto salvo que tuviera la certeza de contar con el apoyo del Khmer Rojo, y los únicos motivos para ello eran que nuestros bombardeos les habían impedido obtener la victoria incondicional que anhelaban. Pero las cosas habrían de dar otro vuelco en la primera semana de julio, luego del regreso de Sihanouk a Pekín, al cabo de un largo viaje.

Se suponía que yo debía viajar a Pekín en agosto de 1973 para realizar algunas consultas y mantener una reunión con Sihanouk que marcaría el comienzo de nuestro diálogo político.

Pocos días antes del regreso del príncipe, el Congreso votó la prohibición de *toda* acción militar en Indochina; no tuvimos más remedio que interrumpir los bombardeos a Camboya el 15 de agosto y perder así nuestra principal arma de negociación. El Khmer Rojo no vio razón alguna para gestionar un cese del fuego que ya habíamos puesto en práctica. Chou En-lai, lesionado políticamente de gravedad por nuestro fracaso, abandonó los planes iniciales concernientes a Sihanouk y, significativamente, postergó mi viaje hasta el 16 de agosto, el día siguiente al cese de los bombardeos. Era una bofetada en pleno rostro y Chou debió saber de sobra que yo me opondría, cosa que hice el 25 de julio.

Después de este serio revés, el contacto entre Pekín y Washington fue prácticamente nulo. Se percibía una profunda frustración y hosquedad en ambas partes. Las dificultades de Chou en su país aumentaban. Se produjeron largas demoras en nuestros intentos de concertar otro encuentro. Los chinos, preocupados por el Congreso Nacional del Partido, nos hicieron esperar hasta el 17 de agosto antes de aceptar la fecha del 6 de septiembre. Pero el 22 de agosto se hizo pública mi designación como secretario de Estado. Puesto que no podía viajar antes de ser confirmado en el cargo, postergué mi visita hasta fines de octubre. El día siguiente de mi nombramiento envié un mensaje personal a Chou expresándole que consideraba que las relaciones chino-norteamericanas *representaban una piedra angular para la política exterior de los Estados Unidos*. Le informé que me

proponía hacer regresar de Pekín a nuestro embajador, David Bruce, para que me ayudara en el período de transición hacia mi nuevo cargo. Bruce había recibido instrucciones de solicitar audiencia con el premier y con el viceministro de Relaciones Exteriores Ch'iao Kuan-hua, en ese momento a cargo del Ministerio, para que obtuviera de ellos una evaluación del estado actual de las relaciones chino-norteamericanas.

El 29 de agosto, Ch'iao recibió a Bruce en el Ministerio de Relaciones Exteriores. La única referencia que hizo con respecto a Chou fue pedirle que me transmitiera las felicitaciones del premier por mi reciente nombramiento. Al parecer, los chinos veían con buenos ojos mi futura visita, pero hasta ese momento no tenían nada que comunicarnos. Con respecto al desarrollo de nuestras relaciones, Ch'iao lo consideraba *normal*. Las Oficinas de Enlace que cada uno de los países tenía instaladas en la capital del otro se estaban ocupando de crear una realidad objetiva. En otras palabras, no había ningún motivo de alarma: ahora nuestras relaciones habían adquirido una dinámica propia. Expresó asimismo que, en lo referente a muchos aspectos de estas relaciones, era obvio que yo tenía mis propios puntos de vista y *los chinos tenían los suyos*: una evidente alusión —aunque indirecta— a mi enconada reacción cuando Chou decidió interrumpir las tratativas sobre Camboya. (*Esta resultó ser la primera vez en el curso de nuestras nuevas relaciones que la palabra de los chinos no fue considerada.*) Pero Ch'iao se refirió a tales diferencias de opinión básicamente para poner de relieve la comunidad de intereses subyacente. Afirmó que el nuevo estilo que las relaciones chino-norteamericanas y el Comunicado de Shanghai habían impreso a la diplomacia, *no se proponía ocultar nuestras diferencias, sino admitirlas francamente*. En los términos lacónicos de Bruce: *Aunque Ch'iao se mostrara tan cortés y afable como siempre, era evidente que no deseaba prolongar una conversación que se estaba convirtiendo en un duelo de ingenio verbal.*

Muchos eran los motivos para la actitud fría y retraída de los chinos. Indudablemente, se sintieron heridos por mi ruda réplica ante la cancelación de las tratativas sobre Camboya. Al fin de cuentas, de hecho no fueron los chinos quienes cambiaron de idea, sino más bien el Congreso de los Estados Unidos el que destruyó las premisas sobre las cuales estaban basadas las negociaciones. Es muy posible que los chinos se sintieran muy desconcertados frente a nuestros disturbios internos y abrigaran bastantes dudas con respecto a nuestra estabilidad y confiabilidad como aliados. Por otra parte, el fracaso de las negociaciones de Camboya hizo arreciar los ataques internos sobre Chou, a quien al parecer se acusaba de haberse dejado embaucar por nosotros, que en el fondo nos proponíamos fomentar un enfrentamiento entre China y la Unión Soviética.

Durante septiembre advertimos ciertos síntomas inquietantes en las declaraciones hechas por diplomáticos chinos en diversas capitales del mundo. Por primera vez notamos la ausencia de lo que hasta ese momento había sido un curso de acción coherente y uniforme, hecho que seguramente constituía el reflejo de una lucha interna en China, que hacía que sus dirigentes se sintieran inseguros con respecto a cuál de los bandos resultaría vencedor y los obligaba a adecuar sus declaraciones a sus propios pronósticos con respecto al resultado más factible. Muchos afirmaban que las relaciones chino-norteamericanas se hallaban estancadas, sobre todo debido a la cuestión de Taiwán. Otros insinuaban que las tratativas avanzarían con celeridad si tan sólo los Estados Unidos se avenían a reconocer el *principio* de una China única, cosa que parecía más una fórmula para salvar las apariencias que una política eficaz. Puesto que no había habido discusiones recientes con nosotros acerca de Taiwán —y, por cierto, ninguna controversia—, sin duda se trataba de una lucha interna de poderes con respecto a la conveniencia o no de un acercamiento a los Estados Unidos. Recibimos un informe en el que se alegraba que el motivo de la postergación de mi visita a China en agosto fue que Chou no contaba con el apoyo del Comité Central del Partido y, por consiguiente, necesitaba ante todo tratar de asegurarse un respaldo interno adecuado. Esta hipótesis se vio reforzada por el

súbito traslado de uno de los principales asistentes de Chou a Ottawa, en carácter de embajador, supuestamente por haber criticado el intento de los Estados Unidos de manejar la rivalidad chino-soviética. Conviene destacar que sólo pudimos comprender todo esto en forma retrospectiva, pues por aquella época percibíamos únicamente señales confusas y desconcertantes.

Otro fenómeno incomprensible fue la *campana anti-Confucio* que comenzó a tomar cuerpo en los medios de difusión de China. Existían en Occidente varias escuelas de pensamiento que no tenían empacho en atacar a un filósofo muerto hacía 2.500 años a pesar de la enorme gravitación que había tenido en cuanto a forjar la cultura china y convertir al Estado en una institución educativa de formidable penetración. La sinuosidad típica de los medios de información chinos no nos proporcionó casi ninguna pista; a tal punto que nuestros analistas no pudieron ponerse de acuerdo si se trataba de una campaña a favor o en contra de Chou. Considerando que Confucio era un aristócrata cuyo estilo y filosofía de moderación dominaron la vida pública china durante tantos siglos, todo parecía indicar que el blanco era Chou. Richard H. Solomon, el brillante especialista en temas chinos perteneciente al *staff* del Consejo Nacional de Seguridad (NSC), me mostró un significativo artículo aparecido en noviembre en el periódico del Partido Comunista chino *Bandera Roja*, criticando a un *aristócrata* de la antigüedad que fomentó una política tendiente a entablar amistad con *países lejanos* a fin de poder hacer frente a vecinos peligrosos y terminó sentado sobre el cráter de un volcán (*).

Hasta Chou mismo parecía estar sumido en un mar de dudas, y le confió a un diplomático que estaba de visita, su incertidumbre acerca del futuro de las relaciones entre los Estados Unidos y China. Chou opinaba que si las dos superpotencias llegaban a un acuerdo, China ya no tendría tanto valor como antes para los Estados Unidos. Pero Chou era demasiado astuto como para negar la realidad. Era obvio que a Norteamérica no le convenía tomar partido por uno de los gigantes comunistas en contra del otro; y era incluso más contrario a nuestros intereses el permitir que la Unión Soviética aplastara o humillara a Pekín. En consecuencia, Chou agregó algo que sonaba como un auténtico *non sequitur*, es decir, una conclusión errónea: que, a pesar de sus dudas, continuaría acrecentando las relaciones con los Estados Unidos. Pero señaló también que existían limitaciones objetivas para lo que China podía ofrecer: por ejemplo, no podía apoyar la política de los Estados Unidos en Camboya, por mucha importancia que le asignara a sus vínculos con Washington.

A principios de octubre, creíamos (erróneamente) que las controversias internas de China estaban camino de solucionarse. El viceministro de Relaciones Exteriores Ch'iao Kuan-hua llegó a Nueva York encabezando la delegación china ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, para presentar su habitual discurso revolucionario; y el 3 de octubre se reunió conmigo en una cordial comida en mi *suite* del Waldorf Towers.

Ch'iao estaba en un estado de ánimo francamente jovial: creía a pies juntillas que su discurso en las Naciones Unidas *nos había sido de enorme ayuda*, lo cual, considerando su retórica revolucionaria, a mí no me pareció de igual evidencia.

—*No en todas partes, objeté amablemente.*

—*Si yo les prestara ayuda en todas partes, entonces no podría hacerlo en ninguna, me*

(*) Esta clara alegoría es un ejemplo del estilo de argumentación típicamente chino. La figura de Chou criticaba a sus adversarios por propugnar una política de *entablar amistad con países vecinos* (por ejemplo, la Unión Soviética) y *atacar a países lejanos* (los Estados Unidos), a fin de preservar sus propias prerrogativas hereditarias; y llegó incluso a sugerir la conveniencia de una política de *entablar amistad con países lejanos y atacar a los países vecinos*. La línea de San Sui (Chou) obtuvo la aprobación del rey Chao (Mao), quien lo nombró ministro visitante a cargo de cuestiones militares.

Sin embargo, aunque San Sui (Chou) se convirtió en primer ministro, de hecho estaba sentado sobre el cráter de un volcán que en cualquier momento podía entrar en erupción. Por aquella época, el poder de los ancianos aristócratas (¿los comandantes militares regionales?) todavía seguía siendo muy fuerte.

replicó Ch'iao como buen hegeliano que era. Aprovechó entonces la ocasión para aclarar el asunto de Camboya. Hablando *en su calidad de filósofo*, Ch'iao reconoció que había llegado a la conclusión de que *ambos* cometimos un error al intervenir en Camboya; una confesión, por cierto, bastante insólita de la falibilidad china. Aún más sorprendente fue su afirmación de que a China le daba lo mismo quién resultaba vencedor:

En definitiva, si Camboya se vuelve roja, rosada, negra, blanca o lo que sea, ¿en qué medida afectaría eso el curso de la historia mundial? Lo mejor que podemos hacer, ustedes y nosotros, es mantenernos al margen. Sé que usted tiene algunos problemas concretos en este sentido: sus conflictos con el Congreso y con la prensa de su país.

En otras palabras, China absolvía de culpa y cargo al gobierno de Norteamérica por el fracaso: los responsables eran el Congreso y los medios de comunicación. Yo había sugerido que, en lo que a Camboya concernía, los intereses de China no eran los mismos que los de Vietnam del Norte. Ch'iao se escapó por la tangente apelando una vez más a su formación hegeliana: *Yo no diría que nuestros intereses son distintos sino más bien que las circunstancias no son las mismas*. Era una distinción sutil, pero que llevaba implícito el reconocimiento de una diversidad de criterios entre Hanoi y Pekín. Pero el hábil Ch'iao se apresuró a cortar de cuajo cualquier intención de los norteamericanos de tratar de conducir nuevamente a China hacia el cenagal de Camboya. Afirmó que, en realidad, nada de eso tenía importancia. China prácticamente desconocía todo lo referente a Camboya antes de 1954; estaba por completo fuera de su horizonte histórico. El mensaje implícito era que China seguiría cultivando su tradicional actitud de indiferencia. El canciller chino declaró a continuación que el mejor curso de acción a seguir, tanto para su país como para los Estados Unidos, consistía en olvidar todo el asunto:

El problema camboyano es, en muchos aspectos, similar para nuestros dos países. Ustedes no solicitaron nuestra ayuda y nosotros tampoco se la pedimos a ustedes. Lo que quiero poner de relieve es que, tomando en cuenta la situación general, la cuestión de Camboya es a todas luces un asunto de importancia secundaria.

Pekín, la fuente de la ortodoxia revolucionaria, se estaba lavando flagrantemente las manos en lo relativo a Camboya. No expresó ninguna preferencia con respecto al resultado final; no trató de supeditar nuestra actitud a ningún tipo de arengas. Sus sagaces analistas no tenían ninguna duda con respecto al curso futuro de los acontecimientos en Camboya; así como no podían ignorar que un colapso en Camboya apresuraría un resultado idéntico en Vietnam del Sur. Pero calcularon mal nuestra perseverancia y nuestra visión geopolítica. Creyeron que los Estados Unidos sentirían el impacto de la derrota en su posición global y supusieron que nosotros aspirábamos a sostener en Indochina, el antiguo territorio colonial francés, la existencia de cuatro Estados independientes, lo cual favorecía los intereses nacionales de Pekín. Eso habría borrado de un plumazo una de las peores pesadillas de la estrategia de China: la probabilidad de que en la frontera meridional surgiera un Estado poderoso y unificado que controlaría la totalidad de Indochina y se convertiría en un estrecho aliado de la Unión Soviética. Pero ahora que nuestras propias divisiones internas parecían contribuir a cristalizar algo hasta ese momento inconcebible, la única salida que le quedaba a China era restarle importancia al desenlace previsible, simulando no tener ninguna certeza del resultado. Para Chou En-lai, carecía de sentido empeorar su revés geopolítico al permitir que gravitara negativamente sobre las relaciones con los Estados Unidos. Las observaciones de Ch'iao

sugerían que ambas partes debíamos tratar de comprender los problemas de la otra en Indochina; no podíamos permitir que tales cuestiones agravaran el desastre al poner en peligro nuestro objetivo común mucho más importante: tratar de frenar el poderío militar de la Unión Soviética.

Así que la reunión concluyó con un tono cordial y conciliatorio. Ch'iao sugirió la conveniencia de que Norteamérica adoptara una política más ecuánime en Medio Oriente, que contemplara tanto los intereses de Israel como los de los Estados árabes. Afirmé que, puesto que éramos amigos, *ahora por muchos años podíamos hablar con total franqueza*; que tal vez, cada tanto, se vería obligado a criticar algunas de nuestras políticas, pero que jamás me juzgaría a mí como individuo. Era evidente que en la lucha interna de Pekín había triunfado la línea que tendía a la conciliación y que todo apuntaba a un estrechamiento y una consolidación de sus relaciones con los Estados Unidos.

Antes de mi visita a Pekín —demorada una vez más hasta noviembre debido a la guerra en el Medio Oriente—, se presentó una nueva oportunidad para hacer gala de buena voluntad. Irónicamente, fue nada menos que en Camboya, ese país que parecía oponerse a dejarnos ir, por mucho que los chinos y nosotros quisiéramos restarle importancia. El 15 de octubre, Huang Chen, jefe de la Oficina China de Enlace en Washington, me transmitió un mensaje de Chou: la madre de Sihanouk estaba gravemente enferma en Phnom Penh y el príncipe deseaba verla antes de que ella muriera, pero me hizo llegar su promesa de que no sacaría partido del estado de la reina madre en su lucha política. El 16 de octubre le contesté que ya habíamos tomado todas las previsiones del caso: la reina madre y sus médicos decolarían hacia China en un vuelo especial de Air France. Debo reconocer que Sihanouk cumplió al pie de la letra su promesa de no explotar la presencia de su madre en China.

Llegué a China en la etapa final de mi vuelo alrededor del mundo. Bhutto, el presidente de Paquistán, me había despedido precisamente en el aeropuerto de Islamabad con un imponente desfile de guardias a caballo, reservado por lo general a los jefes de Estado. Luego explicó por televisión que, dada la cantidad de *badulaques* que ocupaban tal cargo y habían sido huéspedes de Paquistán, le parecía de elemental justicia para con los caballos presentarles un ejemplar inteligente de la especie humana.

Desanduve la ruta de mi viaje secreto. Una vez más crucé los Himalaya; Chou me envió casi el mismo comité de recepción para escoltarme hacia China. Pero las experiencias son algo irrepetible y único, pues es imposible volver a vivir la emoción de lo desconocido. Y en mi carácter de secretario de Estado, yo estaba rodeado ahora por una comitiva mucho más numerosa que la de aquel otro viaje casi solitario. Pero este inconveniente se compensaba con la certeza de que en el breve lapso de dos años, transcurridos desde el viaje anterior, habíamos logrado construir algo sólido. Estábamos de visita en un país que poseía un criterio similar al nuestro en cuanto a la importancia atribuida a los problemas de seguridad, y cuyos líderes poseían una aguda percepción de la actualidad mundial.

Al llegar a Pekín por sexta vez, al atardecer del sábado 10 de noviembre de 1973, fui objeto de una calurosa bienvenida. El premier Chou En-lai nos recibió en el gran vestíbulo del Palacio del Pueblo, donde momentos más tarde ofrecería en nuestro honor un banquete con alrededor de doscientos invitados (un número bastante reducido para las costumbres chinas). Chou y yo ya habíamos tenido un encuentro informal de media hora de duración, acompañados por algunos de nuestros respectivos consejeros. Chou me felicitó por mi *gestión diplomática al estilo "shuttle"* en el Medio Oriente (el término *diplomacia de tipo shuttle* (*) no había sido acuñado todavía). Me encareció asimismo que

(*) *Shuttle*: lanzadera; mover o moverse como lanzadera; ir y venir entre dos puntos. Se refiere aquí a los continuos vaivenes de un diplomático que a la manera de un *torbellino*, debe ambular rápidamente por diversos países para solucionar problemas (N. del T.).

le transmitiera sus buenos deseos al presidente Nixon (un claro indicio de que el caso Watergate no había alterado la alta estima que China le profesaba) y su admiración por el temple que había exhibido durante el alerta de octubre. Aplaudió nuestros esfuerzos tendientes a limitar la influencia soviética en el mundo árabe y confesó que en un principio pensó que habíamos dejado escapar una buena oportunidad cuando Sadat expulsó de Egipto a los funcionarios soviéticos, pero que ahora comprendía nuestra estrategia consistente en esperar un momento propicio, en el que resultara factible emprender una acción decisiva.

A continuación, Chou me acompañó al salón donde se ofrecería la cena que, por razones de protocolo, fue presidida por el ministro de Relaciones Exteriores Chi P'eng-fei. A la usanza china, todo se conjugaba para crear una atmósfera de beneplácito y cooperación. Era la primera vez que, en Pekín, oía a una banda militar interpretar canciones norteamericanas y chinas (aunque, sin duda, ya lo habían hecho, en ocasión de la visita de Nixon). El brindis del ministro de Relaciones Exteriores estuvo dirigido a encomiar el progreso de nuestras relaciones, mencionando en especial a las Oficinas de Enlace de ambos países y expresando sus mejores deseos en el sentido de que muy pronto alcanzaríamos una total normalización. Mi respuesta fue una demostración cabal de que no estaba dispuesto a perder ninguna oportunidad que me permitiera hacer gala de mi proverbial labia: por cuarta vez en el curso de mis seis viajes, me referí al hecho de que China nos había parecido en algún momento un país remoto y misterioso, pero que ello ya no era así. Chou, que había sido el primero en sacar a relucir ese concepto, ocultó su tedio tras una sonrisa indulgente.

La atmósfera cordial marcó el tono que persistiría hasta el fin de la visita. Nuestros cambios de ideas se manejaron en dos niveles. Un grupo de expertos analizó problemas bilaterales, en particular la expansión del intercambio comercial y un resabio del período en conflicto: el descongelamiento de los fondos chinos a cambio de la devolución de bienes que reclamaban ciudadanos norteamericanos. En las visitas anteriores mantuvimos al personal del Departamento de Estado ocupado en temas técnicos, mientras yo presidía conversaciones de orden político. Ahora que era secretario de Estado, ya no necesitaba recurrir a ese tipo de estratagema. Pero, puesto que el procedimiento demostró ser eficaz, decidimos emplearlo nuevamente (lo cual, supongo, viene a demostrar que hasta ciertas maniobras burocráticas pueden tener méritos sustanciales).

Después de cumplir con las prácticas ya bien establecidas, el verdadero meollo de mi visita era que Chou y yo realizáramos un análisis detallado de la situación internacional, junto a nuestros asesores. Mi comentario inicial —que habíamos logrado crear en nuestras conversaciones un clima de franqueza, veracidad y objetivos de largo alcance— no fue una mera muestra de cortesía diplomática; de hecho, había llegado a constituir la clave de las relaciones chino-norteamericanas en un momento en que no eran factibles demasiados resultados concretos, y la continuidad de nuestra relación dependía de factores intangibles. Nuestros lazos no estaban sellados con pactos formales sino con una evaluación común de la situación internacional. Los representantes de los medios de comunicación, que por primera vez me acompañaron a China, tendían a evaluar el éxito de mi visita en términos de los progresos logrados en lo referente a Taiwán. Chou tenía plena conciencia de que no deseaba lo que en ese momento era factible con respecto a Taiwán, porque desataría controversias en ambos países en lo tocante a las relaciones chino-norteamericanas, si bien por obvias razones de política internacional china, no podía explicitarlo. Como de costumbre, gran parte de nuestras conversaciones estuvieron dedicadas a un buceo compartido de la situación mundial, aunque obviamente tampoco podíamos anunciarlo públicamente para no herir la sensibilidad de los soviéticos. De modo que la que tal vez constituyó la más cordial de mis visitas, tuvo un trasfondo de comentarios de prensa, que denunciaban un estancamiento en nuestras relaciones.

En contraste con mi visita de febrero y lo que sabíamos acerca de los conflictos internos de China, Chou no tocó siquiera el tema de las relaciones entre los Estados Unidos y Rusia; tampoco me preguntó, como lo había hecho algunos meses antes, si nuestra política consistía en *desviar las aguas contaminadas hacia el Este*. Quizás él había logrado salir vencedor en ese debate interno concreto, o —lo que es más probable— su posición interna se había debilitado tanto que no se atrevía a legitimizar los argumentos de sus críticas poniéndolas sobre el tapete frente a mí.

Ocurrió entonces que, por primera vez, yo le ofrecí espontáneamente un análisis de nuestra estrategia para con la Unión Soviética que, como era de prever, no agregaba demasiado a lo que ya le había dicho nueve meses antes (ver Capítulo III). Al fin de cuentas, las estrategias no suelen modificarse en pocos meses; si así fuera, sólo lograrían socavar la confianza de la otra parte involucrada. Lo que los estadistas más valoran en un aliado es la estabilidad y la confiabilidad, y no una búsqueda incesante de nuevas fórmulas mágicas.

Decidí abordar de manera frontal el tema de las críticas convencionales a *la détente*. Manifesté que no abrigaba la menor duda de que la Unión Soviética se proponía aprovechar un período de aflojamiento de las tensiones para minar la unidad de Occidente y debilitar nuestras defensas. Lo cual significaba que, como cabía esperar de una superpotencia, los líderes soviéticos tenían también sus propios objetivos. Por nuestra parte, pensábamos que el tiempo jugaba a nuestro favor; estábamos en mejores condiciones que los soviéticos para resistir un período de disminución de tensiones, pues el sistema mismo de la Unión Soviética aparentemente estaba supeditado a una sensación artificial de crisis. Las tendencias desintegradoras del bloque soviético, ya puestas de manifiesto en Hungría y en Checoslovaquia, inevitablemente se repetirían. Le recordé a Chou que en mi discurso *Pacem in terris* del 8 de octubre, previne que no permitiríamos que *la détente* deteriorara las relaciones que manteníamos con naciones amigas y que resistiríamos cualquier intento de la Unión Soviética de explotar las crisis internacionales como medio para ampliar su influencia:

Cuando tenga lugar una acción agresiva actuaremos con decisión y —si fuera preciso— con brutalidad, pero antes debemos poder demostrar fehacientemente que hemos sido provocados. Creo que esto ha quedado demostrado en nuestro manejo de la crisis en el Medio Oriente.

Chou no objetó estas proposiciones. O bien había logrado convencerlo, o —lo que es más probable—, consideraba que nuestra política estaba ya demasiado afirmada para alterarla a través de una polémica. Se encontraba desconcertado por la actitud ambigua de nuestros aliados europeos. No podía comprender su ambivalencia con respecto al alerta o a mi viaje al Medio Oriente. Después de todo —expresó—, tampoco China había sido consultada en lo referente al alerta pero igualmente había aplaudido nuestra acción. Fue bastante sintomático de la tirantez existente entre los Estados Unidos y los países europeos (ver Capítulo XVI), el que yo replicara, sin mucha generosidad pero sí con precisión:

Cuando se aspira a alcanzar objetivos importantes con poco riesgo, lo más probable es que sólo se logre sumirse en un estado de frustración permanente. El sueño más recóndito de nuestros aliados occidentales en el Medio Oriente es restaurar su posición de 1940 sin que ello implique ningún riesgo o esfuerzo de su parte. Y, por lo tanto, en la medida en que nosotros exhibimos una actitud más activa, se abatió sobre ellos un vago sentimiento de celos y desasosiego.

Además, los líderes de las naciones europeas se han acostumbrado a desempeñar el papel

de mediadores entre Oriente y Occidente, simulando ser más amantes de la paz que los Estados Unidos y confiando al mismo tiempo, que nosotros seguiríamos ocupándonos de tener a rienda corta a la Unión Soviética:

Cada uno de esos Estados se ve enfrentado al problema de tener que manifestar determinadas cosas por razones de política interna, cuando en el fondo saben que lo que estamos haciendo es, en esencia, lo correcto. Por ende, es muy frecuente que —sobre todo después que ha finalizado el conflicto de referencia— adopten una actitud pública que difiere de su comprensión del enfoque real.

El hecho de que Norteamérica adoptara una política más flexible, privó a los líderes europeos de semejante lujo, los obligó a asumir su propia defensa con mayor seriedad y a aceptar la responsabilidad total de sus propias propuestas. En otra sesión sobre el mismo tema, que tuvo lugar al día siguiente, manifesté:

Si en nuestro desempeño nos mantenemos levemente más hacia la izquierda que los europeos occidentales, lograremos impedir que ellos vayan más lejos, pues los hará temer que nosotros lleguemos a un acuerdo individual con la Unión Soviética y eso los preocupará lo suficiente como para obligarlos a pensar en su propia defensa.

Chou asintió con la cabeza, pero sacó a colación un argumento irrefutable: *Es posible, pero el pueblo no lograría percartarse de ello.* Ese era en verdad nuestro dilema. Si nos proponíamos sostener crisis prolongadas resultaba necesario que le demostráramos al pueblo que nuestras intenciones eran pacíficas. Para poder mantener la integridad de la alianza, no podíamos permitir que nuestros aliados europeos reclamaran el monopolio de la *détente*. Pero si avanzábamos demasiado en esa dirección, podríamos llegar a confundir a la gente con respecto a los propósitos de los soviéticos o desatar una carrera hacia Moscú entre nuestros aliados. En ese sentido, Watergate significó un ejemplo palpable de los peligros de una política basada en maniobras tan complejas. Por otro lado, tampoco Occidente ha agotado todavía sus recursos, a pesar de que, en definitiva, toda su resolución, su cohesión, su seguridad y su autoconfianza dependen de su capacidad para hacerlo.

Durante los días sucesivos, Chou y yo examinamos en forma sistemática una amplia variedad de temas internacionales. Antes de mi arribo, Chou había analizado correctamente nuestra estrategia básica en el Medio Oriente. El 11 de noviembre le señalé que la importancia del plan de seis puntos —que casualmente Egipto e Israel debían refrendar ese mismo día— no radicaba en sus términos específicos, por fundamentales que fueran, sino en el hecho de haber sido negociado entre Egipto y los Estados Unidos, sin la intervención de la Unión Soviética. Chou captó la idea de inmediato: *Anoche estuve a punto de proponerle que brindáramos por ese motivo —me dijo—, pero temí que los corresponsales pudieran oírnos.* Le expliqué entonces nuestra estrategia con respecto a la Conferencia de Ginebra: usaríamos las sesiones plenarias para reiterar lo ya conocido; las verdaderas negociaciones tendrían lugar bajo nuestra égida, fuera del seno de la Conferencia, entre los diversos países árabes e Israel, sobre una base bilateral.

En lo tocante a Indochina, le manifesté cuál era nuestra política con respecto a Sihanouk:

En principio, no estamos en contra de Sihanouk. Por las numerosas declaraciones que ha hecho, tanto públicas como privadas, él parece sustentar la idea equivocada de que el gobierno de los Estados Unidos está, básicamente, en su contra.

Esto es absolutamente inexacto. Si pudiera regresar a Camboya y ocupar una posición de auténtica independencia personal, nos interesaría mucho como líder. Pero no si se convierte en cautivo de una facción particular que lo utiliza durante un período breve sólo para obtener reconocimiento internacional.

Pero Chou, después de lo ocurrido, no quiso comprometerse nuevamente. Replicó que sólo estaba dispuesto a referirse a Camboya en el contexto de toda Indochina y que, en tal caso, deberíamos dedicarle una sesión completa al asunto en algún otro momento de mi visita. De hecho, no volvió a sacar a relucir el tema, excepto para decirme que sus conversaciones con los líderes norvietnamitas indicaban que, *por ahora, no tenían intenciones de lanzar una ofensiva importante*; estimación que, ateniéndose a la definición estricta de los vocablos *importante* y *por ahora*, resultó ser correcta.

Chou abandonó su rol pasivo sólo respecto a Irak y Afganistán. De acuerdo con su análisis, después de ser expulsados de Egipto, los soviéticos convirtieron a Irak en el pivote de su política en el Medio Oriente. Y los Estados Unidos debían tratar de impedir a toda costa que un estado radical como Irak adquiriera hegemonía en el Golfo Pérsico. El sha de Irán, en cambio, era un líder perspicaz que conocía al dedillo la situación mundial. Este último comentario de Chou constituye un ejemplo más de que, para Pekín, la geopolítica tenía prioridad sobre la ideología. En cuanto a Afganistán, Chou estaba seriamente preocupado por el golpe de Estado que entronizó a Mohamed Daoud en el poder. Los oficiales que rodeaban a Daoud eran pro-soviéticos; y todo hacía pensar que ésa no sería la última revuelta que sacudiría a esa nación. El irredentismo afgano hacia sus vecinos, Paquistán e Irak, aunque no fuera fruto de la inspiración de la Unión Soviética, igualmente serviría a sus designios: debilitaría a Paquistán e Irán y proporcionaría a Moscú un corredor hasta el Océano Indico. Los Estados Unidos debían respaldar a Paquistán, que debía enfrentar en ese momento graves peligros.

Por desgracia, y a pesar de profesarnos un enorme respeto mutuo, Chou y yo teníamos problemas diametralmente opuestos. Chou representaba a un país capaz de llevar a cabo un formidable análisis intelectual, pero que carecía de medios para implementarlo. Yo era canciller de un país que poseía los medios materiales y compartía su análisis geopolítico, pero en ese momento preciso posterior a Vietnam y a Watergate, carecía del consenso interno para llevar a la práctica sus proyectos. Por muchos que compartiera el criterio expresado por Chou, sabía que no existía la menor posibilidad de que el Congreso aprobara la asignación de una suma considerable para aumentar el poderío de Paquistán. La asistencia militar quedaba descartada, pues en el Congreso prevalecía la idea de que la India ofrecía mayor interés para nosotros y no vería con buenos ojos el que le proporcionáramos ayuda militar a Paquistán. Le señalé a Chou que tal vez el mejor curso de acción a seguir sería fortalecer a Irak para que éste apoyara a Paquistán. Así, fueron en parte nuestros desórdenes internos los que obligaron al sha a desempeñar el papel de protector de sus vecinos.

En todo lo referente al intercambio diplomático, el diálogo con Chou resultó de primer orden. Pero los colegas que me acompañaron en mis visitas previas, en particular Winston Lord, percibieron ciertos cambios en Chou: la ausencia de una garra y una chispa que siempre lo habían caracterizado. Es cierto que Chou formuló preguntas incisivas y esclarecedoras, hizo comentarios inteligentes frente a nuestras exposiciones; pero lo mismo le faltaba algo. Por primera vez evitó realizar aquellos análisis exhaustivos y brillantes que habían transformado nuestros encuentros previos en una experiencia intelectual tan estimulante. ¿Habría perdido acaso autoridad? ¿O sería tal vez que nuestros respectivos enfoques eran tan similares que sus análisis le resultaban innecesarios?

Chou se mostró insólitamente mesurado; fue como si supiera que era imprescindible que sembrara tantas semillas como le fuera posible en esta visita, pero sin tener la menor

certeza de que estaría presente en la época de la cosecha. Me dio la sensación de que estaba ansioso por tratar de que Taiwán dejara de ser el punto en que se concentraba la facción antinorteamericana de Pekín. Me escuchó pacientemente cuando le expliqué la imposibilidad de la *fórmula japonesa* para Taiwán, según la cual los Estados Unidos tendrían que romper relaciones diplomáticas con Taipei como condición previa a la normalización de sus vínculos con Pekín. Sugerí que quizás fuera posible llegar a una normalización prescindiendo de la fórmula japonesa, en tanto los Estados Unidos reconocieran *el principio de una China única*. Chou no rechazó este enfoque. Para mi sorpresa, al día siguiente me preguntó si yo tenía alguna fórmula precisa para lograrlo. Casi parecía una réplica exacta de los intercambios que habían conseguido establecer los respectivos Departamentos de Coordinación. Chou llegó incluso a incorporar una frase en el comunicado, en el sentido de que era menester que los Estados Unidos reconocieran *el principio* de una China única a los fines de asegurar la normalización de nuestras relaciones: algo que, por cierto, jamás había sido objeto de controversia. Pero nunca habríamos de saber qué era exactamente lo que Chou tenía en mente, pues fue removido de su cargo antes de que tuviéramos oportunidad de enterarnos del significado de dicha frase en la práctica.

En este clima de evidente buena voluntad, el grupo encargado de tratar las cuestiones bilaterales realizó considerables progresos. Se acordó ampliar el volumen de personal y las funciones de las Oficinas de Enlace. Se concertaron intercambios culturales adicionales y se incrementó el comercio. Los reclamos de fondos y de activos parecieron estar en vías de solución; pero Chou no pudo evitar señalar que nuestra amenaza de iniciar una acción legal para reivindicar esos reclamos carecía de asidero: ¿cómo podía entablarse juicio a un gobierno al que no se había reconocido? Pero, curiosamente, todos estos adelantos propios de las gestiones diplomáticas nos provocaban cierta desazón. No podíamos comprender por qué Chou parecía tan ansioso de conseguir que las cosas quedaran convenidas y en orden, ya que no nos proporcionó —como solía ser su costumbre— ni los motivos de su actitud ni su objetivo fundamental. Todo me recordaba a esos días de verano esplendorosos y un poco sofocantes, cuya misma belleza constituye el presagio de una tormenta lejana.

OTRO ENCUENTRO CON MAO

Cuando el lunes 12 de noviembre por la tarde fuimos invitados a entrevistarnos con el presidente Mao, quedó bien en claro que ya no sería Chou el encargado de establecer la línea a seguir por la política exterior de China. La citación fue tan perentoria como lo había sido en ocasión de nuestros encuentros previos, en momentos en que me encontraba en una de las habituales reuniones con Chou. Ambos nos trasladamos juntos en autos chinos por una ruta que comenzaba a resultarme familiar, hasta la sencilla residencia de la Ciudad Imperial donde vivía Mao. El vestíbulo de entrada, con la mesa de ping-pong y el estudio tapizado de libros, con su semicírculo de confortables sillones, entrañaban para mí una atmósfera ya muy conocida. Pero uno nunca podía acostumbrarse a esa encarnación de la fuerza de voluntad que nos acogía con una sonrisa burlona y levemente demoníaca. Mao lucía mejor que nunca y bromeaba con mis acompañantes David Bruce y Winston Lord acerca de la edad de Bruce, la juventud de Lord y su propia edad, que superaba con creces la de ambos: tenía ochenta años.

Todo esto ya era casi parte de la rutina. Lo insólito fue que Mao, si bien continuaba empleando el mismo tipo de diálogo socrático y elíptico de nuestros dos encuentros anteriores, reemplazó sus habituales alusiones con conceptos precisos. En esta ocasión, no dejó que Chou tomara a su cargo la tarea de darle forma a sus sinuosas vaguedades; era obvio que asumiría el papel de Chou como articulador de la política exterior. No le

bastaba con indicar la dirección general de la misma: se proponía ocuparse también de todos los detalles. Lo primero que hizo fue preguntar de qué habíamos estado hablando Chou y yo.

—*De expansionismo*, replicó Chou, dejando bien en claro que frenar a la Unión Soviética seguía siendo la prioridad número uno para China.

—*¿Quiénes se están expandiendo? ¿Ellos?*, preguntó Mao señalándome, como si todo eso fuera nuevo para él y Chou no le hubiese presentado sus informes a diario.

—*Bueno, ellos comenzaron*, respondió Chou, *pero luego otros se les pusieron a la par*. Mao asintió risueñamente a la implicación de Chou de que los soviéticos constituían en ese momento la principal amenaza, pero la utilizó para desalentar cualquier sensación desmedida de peligro que pudiera desembocar en la tentación de tratar de llegar a un acuerdo.

Mao replicó que el expansionismo soviético era *lastimoso*; que el coraje de los soviéticos no corría parejo con sus ambiciones, como había quedado demostrado durante la crisis de los misiles en Cuba y el reciente alerta de los Estados Unidos. Volvió a referirse al desprecio que le inspiraban los líderes soviéticos relatando su encuentro en 1969 con el premier soviético Alexei Kosygin, quien se presentó en el aeropuerto de Pekín sin ser invitado, para discutir el alojamiento de las tensiones chino-soviéticas:

Le dije que originalmente solía afirmar que esa lucha tenía una antigüedad de diez mil años, pero que en mérito al hecho de que hubiese venido a visitarme personalmente, estaba dispuesto a reducirlo en mil años. (Risas) Y quisiera hacer hincapié en mi gran magnanimidad: cuando hago una concesión, es nada menos que por mil años.

Y en otra ocasión, fue un funcionario rumano el que vino a hablarme en favor de la Unión Soviética. También entonces le hice una concesión de otros mil años. (Risas) Como ve, mi límite de tiempo se está reduciendo cada vez más.

La quinta vez que vino el presidente rumano Ceausescu —hace dos años— y también él sacó a relucir el tema, le respondí que *esta vez, no importa lo que me diga, no puedo hacer más concesiones*. (Risas)

Con una larga historia de enfrentamientos a sus espaldas —reducida ahora a ocho mil años—, Mao se oponía a recurrir a maniobras tácticas. Destacó que la diplomacia norteamericana se basaba demasiado en la técnica de boxear con su propia sombra, mientras que él prefería apelar a golpes más directos. Siguió diciendo que, desde luego, también era cierto que no le quedaba otra alternativa: un millón de tropas soviéticas apostadas a lo largo de la frontera china obligaban a descartar toda posibilidad de asumir una actitud más flexible. Pero, en mi opinión, era inconducente seguir discutiendo sobre tácticas. Le comenté entonces que, si bien nuestros respectivos estilos diferían notablemente, nosotros habíamos demostrado fehacientemente que estábamos dispuestos a hacer frente a cualquier desafío, y que suponía que en ese aspecto no podía haber divergencias entre nosotros. Me respondió: *De eso no me cabe duda. Y por tal motivo opino que su reciente viaje al mundo árabe fue positivo*.

A la postre resultó que la principal preocupación de Mao no se refería a nuestra política con los soviéticos sino a nuestra propia situación interna: en concreto, a Watergate. Mao se preguntaba de qué servía emplear una estrategia de contención si, al mismo tiempo, con nuestras divisiones internas socavábamos luego nuestra capacidad para implementarla. Le resultaba imposible comprender el alboroto suscitado por el caso Watergate; y le restó importancia a todo el asunto afirmando con tono despectivo que no era más que una forma de *flatulencia*. Que, en sí mismo, el incidente era *demasiado insignificante como para desatar semejante escándalo*. *Sea como fuere, no nos hace nada felices*. No veía



Caminando en el jardín con el asesor de seguridad nacional del presidente Sadat, Hafiz Ismail; París, 20 de mayo de 1973. (Ver Capítulo VI).

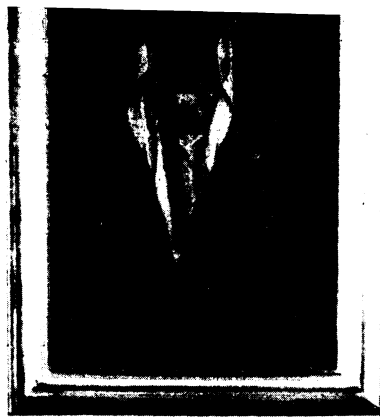


A la izquierda, arriba: *Primer viaje de Kissinger al Medio Oriente. En Rabat, con el rey Hassan de Marruecos, 5 de noviembre de 1973.*

A la izquierda, abajo: *En Túnez, con el presidente Habib Bourguiba, 6 de noviembre de 1973.*

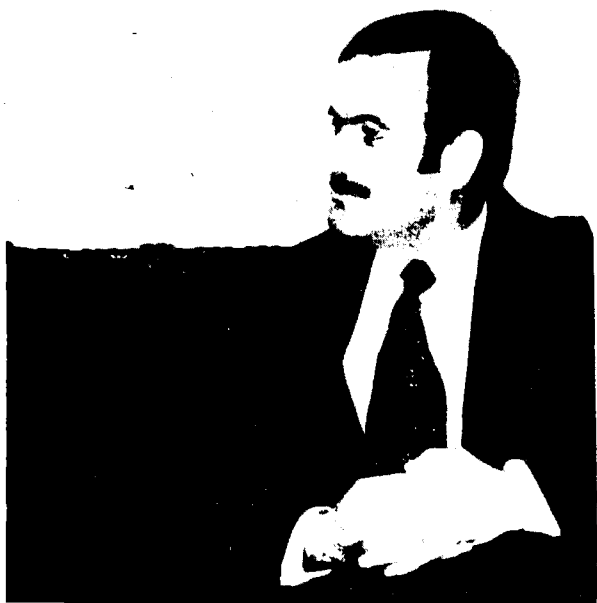
Abajo: *En Argel, saludando al presidente Houari Boumedienne, 12 de diciembre de 1973. En el centro, Joseph Sisco y el ministro de Relaciones Exteriores Abdelaziz Bouteflika.*





A la izquierda: *En Ammán, con el rey Hussein, 8 de noviembre de 1973.*

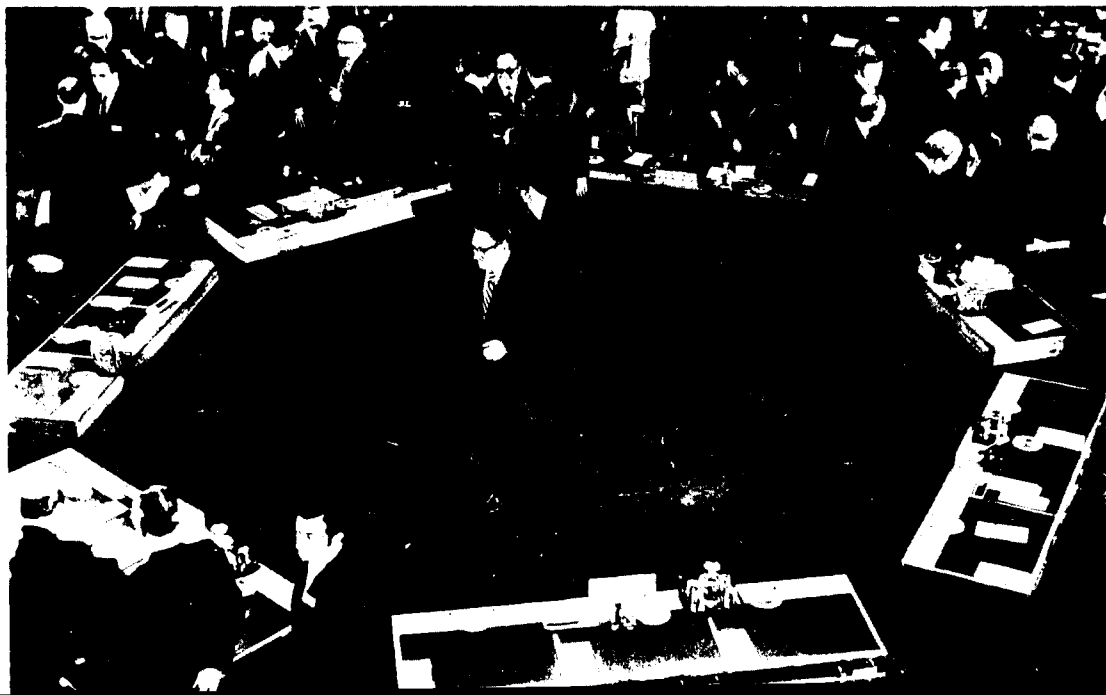
Abajo: *Una visita al rey Faisal en Riyadh, febrero de 1975.*



En Damasco, con el presidente Hafez el-Assad, 20 de enero de 1974.



Arriba: En Ginebra, la delegación norteamericana en la Conferencia de Paz del Medio Oriente, 21 de diciembre de 1973. En la hilera del frente: Ellsworth Bunker Kissinger y Joseph Sisco. En la segunda: el embajador Walter Stoessel, John Ruddy (Servicio Secreto), Harold Saunders y Alfred L. Atherton, Jr. En la tercera: George Vest, Peter Rodman, Michael Sterner, Lawrence Eagleburger. Abajo: La Conferencia de Paz del Medio Oriente en Ginebra, diciembre de 1973: El hombre en el Medio.





Arriba: Coctel en la casa de Abba Eban, Jerusalem, 13 de enero de 1974.
De izquierda a derecha: Abba Eban, Kissinger y Moshe Dayan.
Abajo: Negociando el acuerdo de retiro de fuerzas egipcio-israelí, en
Aswan, enero de 1974. De izquierda a derecha: Ellsworth Bunker;
Kissinger; Joseph Sisco, Peter Rodman, ministro de Relaciones
Exteriores Ismail Fahmi; el presidente Sadat y el jefe de Estado Mayor
general Gamasi.





El vicepresidente Hosni Mubarak y el presidente Sadat. De espaldas, Joseph Sisco y Kissinger.

Anwar el-Sadat.





Arriba: Finalización del retiro de tropas egipcio-israelí, en la residencia de la primera ministra en Israel, 18 de enero de 1974. De izquierda a derecha: Abba Eban, Joseph Sisco, Kissinger, Ephraim, Evron y la primera ministra Golda Meir.

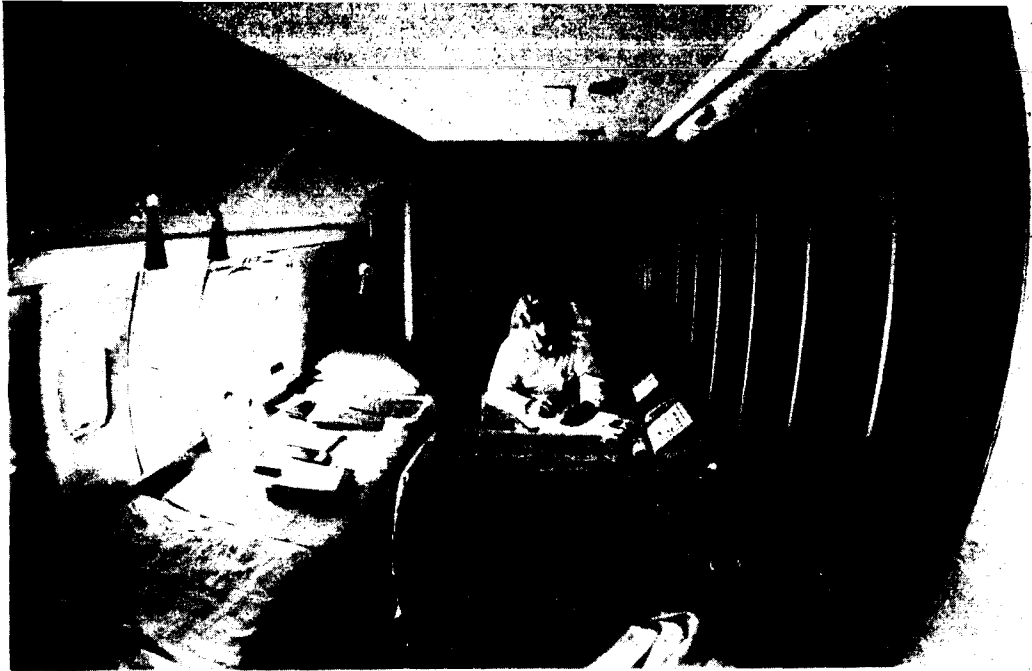
Abajo: En Kilómetro 101, firmando el acuerdo de retiro de tropas egipcio-israelí, 18 de enero de 1974. En el centro, en la parte superior, general de división David Elazar (por Israel); en la parte inferior, de espaldas, general de brigada Abdel Ghany el-Gamasi (por Egipto); en el centro, a la derecha, comandante de la UNEF general de división Ensio Siilasvuo (en representación de la UN). Los funcionarios norteamericanos presentes son: Carlyle E. Maw, asesor legal del Departamento de Estado (en la parte superior, a la derecha) y Harold Saunders, miembro del Consejo de Seguridad Nacional (en la parte inferior, a la derecha).





*Arriba: Ismail Fahmi y Omar Sakkaf se despiden después de una visita a la Casa Blanca, 19 de febrero de 1974.
Abajo: Instantánea en el mirador en El Giza.*





Escena de un viaje; trabajando en el compartimiento del SAM 86970.



iam henry
flymetodamascus

Poster presentado por los periodistas acreditados



Arriba: Alistándonos para tomar el helicóptero del rey Hussein, Ammán, 6 de mayo de 1974.

Abajo: En la Base Andrews de la Fuerza Aérea, regresando después del torbellino de treinta y cuatro días, 31 de mayo de 1974.



una razón objetiva para agredir así a un presidente que había realizado una buena labor:

Tengo entendido que el número de desocupados ha disminuido y que el dólar se encuentra relativamente estable. Así que no parecen existir problemas importantes. ¿Por qué, entonces, explotar de esa manera el caso Watergate?

No era posible explicar y hacer entender al líder absoluto de la China las sutilezas y los complejos vericuetos de un sistema constitucional basado en controles, verificaciones y contrapesos, que colocaba incluso a los funcionarios más encumbrados bajo el imperio de la ley. Por otra parte, a Mao no le preocupaban los méritos intrínsecos de nuestro drama interno: Watergate le interesaba primordialmente en la medida en que afectaba nuestra capacidad para resistir el expansionismo soviético. Y, en ese sentido, las consecuencias geopolíticas amenazaban con superar con creces el agravio original.

Chou había evitado explicitar la preocupación que entrañaba para China nuestra política a largo plazo con la Unión Soviética; no había mencionado siquiera el temido tema de un posible entendimiento ruso-norteamericano. Mao no se mostró tan delicado, a pesar de ser demasiado orgulloso como para solicitarnos abiertamente que le garantizáramos que ello no ocurriría. Eligió un estilo elíptico para dar a entender que quizás podrían existir acuerdos secretos entre nosotros y Moscú. Indicó que hubo una época en que había dudado de nuestra capacidad para mantener un secreto, pero que en la actualidad nos creía muy capaces de hacerlo: al fin de cuentas, mi primera visita a China se había mantenido en secreto. Y entonces fue directamente al grano: lo mismo podría ocurrir respecto a *sus recientes negociaciones con la Unión Soviética*. No había tal cosa como tratativas secretas con los soviéticos y así se lo hice saber; no éramos tan insensatos como para entregarle semejante carta de triunfo al Kremlin, llevando a cabo conversaciones secretas que, si llegaban a trascender, nos dejarían completamente aislados. Le aseguré que manteníamos a Pekín perfectamente informado acerca de todas nuestras negociaciones.

Yo sabía muy bien que mis respuestas tranquilizadoras debían sonar tan poco verosímiles como las protestas de amor para los oídos de una persona consumida por los celos, pues la misma inseguridad que engendra las dudas se encarga de restarle valor a las pruebas destinadas a reforzar la confianza. Sin embargo, Mao optó por asignarle a mis palabras su valor real y las utilizó como punto de partida para elaborar un brillante análisis de la posición estratégica general de la Unión Soviética.

Según Mao, Moscú parecía fuerte pero su atención estaba en realidad excesivamente desperdigada: tenía que prestar atención a Japón y a China, no descuidar el sur de Asia y el Medio Oriente y atender, además, otro frente en Europa, en el que debía mantener fuerzas más numerosas que las apostadas frente a China. De hecho, solamente un cuarto de la totalidad del poderío militar soviético estaba emplazado frente a China —lo cual, a mi criterio, fue una estimación muy por debajo de la realidad—. Mao remató su análisis de la situación afirmando que, en consecuencia, la Unión Soviética no podría atacar a China, *a menos que ustedes primero les abran la puerta cediéndoles Medio Oriente u Europa y permitiéndoles así desplegar sus tropas hacia el Este*. Desde luego, lo contrario era igualmente cierto; lo cual nos convertía en la clave para la seguridad general. El verdadero peligro era la falta de entendimiento de las víctimas potenciales, en el sentido de cuáles eran los requisitos esenciales para lograr un equilibrio geopolítico. Si todos aquellos amenazados por la agresión soviética cooperaban entre sí, entonces todos estarían a salvo y los soviéticos se enfrentarían a dificultades cada vez mayores; pero, en caso contrario, todos estarían en peligro. En otras palabras, la contención era la consigna del momento.

Mao analizó luego la actitud de diversos países europeos en tal sentido. Era sorpren-

dente cuánto sabía el anciano líder acerca de los problemas internos de esos países lejanos y cómo llegaba inexorablemente a sacar sus propias conclusiones sin siquiera una anotación escrita frente a él. Mao abrigaba la certeza total de que si bien nuestros aliados europeos vacilaban por distintos motivos, en última instancia no traicionarían sus intereses vitales sucumbiendo a los halagos soviéticos. Por consiguiente, era importante no confundir tácticas temporarias irritantes con tendencias a largo plazo. Debíamos mantener una línea firme aun cuando algunos de nuestros amigos parecieran vacilar; con el tiempo, nuestro ejemplo les permitiría reunir el coraje necesario.

Mao no expresó estas ideas en una única exposición ininterrumpida, sino con frases solemnes y lacónicas, cada una de las cuales le exigía un verdadero esfuerzo físico. Es posible que la secuela de su ataque cerebral le impusiera la necesidad de expresarse en forma dialogada para darle tiempo a estar nuevamente en condiciones de proseguir. O tal vez siempre hubiese preferido asegurarse la atención de su interlocutor a través del diálogo. Cualquiera fuera el motivo, lo cierto es que Mao me habló con párrafos cortos, cada uno de los cuales concluía con un interrogante que llevaba implícita su propia respuesta —y que, de hecho, no daba lugar a ninguna otra definición, obligándome, sin embargo, a convertirme en su compañero de ruta en ese tránsito por su destino intelectual.

Después de dedicar casi una hora al análisis básico del panorama internacional, de pronto Mao abordó el tema de Taiwán, pero no en tren de desafío sino para insinuar una solución en forma indirecta. Afirmó haber oído decir que los tres estados bálticos seguían teniendo sus respectivas embajadas en los Estados Unidos, cosa que yo le confirmé. *¿Y la Unión Soviética no les pidió que suprimieran esas embajadas antes de establecer relaciones diplomáticas con ustedes?* Eso no era exactamente cierto, pues en el momento en que se iniciaron las relaciones, la Unión Soviética de hecho reconocía a los estados bálticos. Pero si Mao quería dar a entender que las relaciones con Taiwán no eran necesariamente un obstáculo para la normalización de nuestras relaciones con China, yo no veía razón alguna para hacer sutiles distinciones históricas, así que acepté su sugerencia con un asentimiento de cabeza. Chou acotó entonces que, aunque mantuvieran relaciones con los Estados Unidos, los Estados bálticos no tenían acceso a las Naciones Unidas. Me pregunté si eso significaba que China aceptaría un *status* legal separado para Taiwán, conformándose con la exclusión de ese país del seno de las Naciones Unidas.

La conversación de Mao viró entonces en otra dirección, pero sólo para insistir en el mismo argumento de manera más intrincada. Por ser un individuo que creía fervientemente en la unidad de los opuestos, comenzó por afirmar una contradicción: que por un problema de principios, nosotros debíamos romper relaciones con Taiwán si queríamos establecer relaciones diplomáticas con Pekín. Es más: afirmó que no creía en las transiciones pacíficas; al fin de cuentas, los líderes de Taiwán no eran otra cosa que *un montón de contrarrevolucionarios*.

Pero eso no era un problema insoluble, pues afirmó no tener prisa por implementar sus principios inmovibles. *Lo que quiero decir es que, por el momento, podríamos prescindir de Taiwán y tratar ese asunto dentro de unos cien años. No se deben tomar con tanta prisa las cuestiones de este mundo. ¿Qué necesidad hay de apurarse tanto?* Al mismo tiempo, expresó que las relaciones entre Pekín y Washington no tenían por qué marchar al ritmo lento de las disputas internas de China; no hacía falta aguardar tanto: *En lo referente a sus relaciones con nosotros, opino que no es preciso que transcurran cien años. . . Pero es usted quien debe decidirlo. Nosotros no lo apuraremos.*

¿Qué significaba todo eso? ¿Se trataba de otra insinuación de que la normalización podría manejarse como algo independiente del asunto de Taiwán? ¿Y que el ritmo de la normalización de las relaciones dependía de nosotros? Cuanto menos, daba a entender que China no intentaría después fagocitar inmediatamente a Taiwán. Y, sin lugar a

dudas, que Taiwán ya no sería un obstáculo para nuestras relaciones; que, contrariamente a lo que la opinión pública creía, no éramos objeto de ninguna presión en tal sentido. Me inclino a creer que, al igual que Chou el día anterior, Mao me estaba ofreciendo indirectamente una propuesta que combinaba el principio de una China unificada, con alguna adaptación práctica al *statu quo*. Pero nunca podremos saberlo con certeza, porque la situación interna de China cambiaba a un ritmo demasiado vertiginoso como para permitirnos hacer un análisis de todas las implicaciones de los comentarios de Mao. Y en cuanto al futuro inmediato, carecía de toda importancia. Mao había dejado bien en claro que durante *cien años* China no extraería conclusiones políticas de los lineamientos generales establecidos por él. Y para asegurarse de que comprendíamos el mensaje —pues jamás se puede contar demasiado con la perspicacia de los occidentales—, comparó la situación de Taiwán con la existente en Hong-Kong y Macao, con respecto a los cuales China tampoco tenía apuro (y, de hecho, mantenía relaciones diplomáticas con los países que *ocupaban* dichos Estados). Insistió que Taiwán no constituía un problema importante; *lo importante es la situación internacional en su totalidad*.

Eliminado así Taiwán, no sólo sin el menor asomo de presión sino con una explícita renuncia de China a considerarlo un obstáculo para nuestras relaciones, Mao pasó a hablar del Medio Oriente y de los posibles métodos para contener el poderío soviético en las diferentes partes del mundo. Dio pruebas de la atención que prestaba a las relaciones con los Estados Unidos, refiriéndose a su reacción frente a una conversación que mantuve con el jefe de la Oficina China de Enlace el día del alerta. El infortunado Huang Chen había sido tomado por sorpresa cuando le informé acerca de la situación, por lo cual me respondió con el tema urticante del apoyo chino a la posición árabe. Mao hizo un esfuerzo por poner la conversación en su debida perspectiva. Huang Chen tenía razón acerca del apoyo chino a los objetivos árabes, pero *no comprendía la importancia de la resistencia de los Estados Unidos frente a la Unión Soviética*. China agradecía que *pusiéramos en su lugar a la Unión Soviética y que lo hiciéramos de tal manera que ésta no pudiera controlar al Medio Oriente*. En otras palabras, la contención tenía prioridad sobre todo otro tema, incluyendo el cortejo de China hacia los países árabes.

Mao se lanzó entonces a otro repaso de las fuerzas y debilidades de varios Estados del área, analizándolos prácticamente país por país. Destacó la importancia de Turquía, Irán y Paquistán como barreras para la expansión soviética. Se sentía inquieto por Irak y Yemen del Sur. Nos urgía a incrementar nuestras fuerzas en el Océano Indico. Era la quintaesencia del *guerrero frío*, y nuestros conservadores se habrían sentido orgullosos de él. Todo esto sin acotaciones ni sugerencias por parte de sus colegas, quienes mantenían un respetuoso silencio.

Mao concluyó su *tour d'horizon* pasando a Japón. Aprobó mi actitud de permanecer algunos días en Tokio, camino de regreso a los Estados Unidos. Afirmó que el Japón no debía sentirse relegado por Norteamérica, pues era un país intrínsecamente inseguro y susceptible. El se encargaría de que China no obligara a Tokio a elegir entre los Estados Unidos y China. Eso podría polarizar la política japonesa: sin duda acrecentaría la inseguridad japonesa y podría incrementar su proverbial nacionalismo. *Para ellos, la primera prioridad es mantener buenas relaciones con los Estados Unidos —expresó con tono de aprobación—. Nosotros venimos en segundo término*. El apóstol de las revoluciones mundiales haría lo posible por mantener las prioridades japonesas en esos términos; no deseaba un Japón que fluctuara libremente, desempeñando un papel de desempate en el enfrentamiento de unos países contra los otros, porque eso incitaría los apetitos chauvinistas. Nosotros haríamos nuestra parte manteniéndonos en estrecho contacto con Japón. Como uno de los artifices del primer *impacto Nixon* —mi visita secreta a China—, me tocaba personalmente desempeñar una importante tarea: *Usted les inspira temor, y debería tratar de disipar esos sentimientos*. La incongruencia era casi palpable: el apoyo

entusiasta de China hacia la alianza de los Estados Unidos con Japón fue un completo cambio de parecer con respecto a las sospechas que expusieron durante mi primera visita. Apenas dos años después de establecer contacto, el canoso revolucionario instruyó al canciller norteamericano acerca de la forma de mantener firmes las alianzas de su país. Partiendo de extremos opuestos del espectro ideológico, nos habíamos convertido en socios tácitos en la tarea de mantener el equilibrio mundial.

Al cabo de dos horas y media, Chou indicó que había llegado el momento de levantar la sesión. Pero el presidente quería quedarse tranquilo con respecto a la situación interna norteamericana. Lo último que Mao deseaba en ese momento era el cataclismo interno de Estados Unidos que su teoría política preveía y apoyaba. Igual que el compositor de una sinfonía, terminó volviendo a su tema inicial: ¿minaría el caso Watergate la autoridad de un presidente con quien estaba más o menos de acuerdo? ¿Qué clase de jefe de Estado podría surgir de todo ese torbellino? Temía que volviera a producirse un distanciamiento si ascendía al poder un presidente demócrata; ¿qué opinaba yo al respecto? Yo abrigaba la convicción de que a Norteamérica no le convenía simular que una única personalidad cuyo plazo de gobierno de cualquier manera no podía prolongarse más allá de 1976 —y que tal vez durara incluso menos en el cargo— estuviera en condiciones de garantizar la política norteamericana hacia China. Expresé que la realidad impondría las líneas de nuestra política, con prescindencia del partido que estuviera en el poder; sin embargo, podía producirse un vacío mientras esa lección era aprendida. El matiz implícito en mis palabras no pasó inadvertido para Mac: *Entonces, aparentemente, usted está en las mismas condiciones que yo. Por lo visto, ambos somos bastante escépticos*, replicó sin tardanza el presidente.

A Mao le inquietaba particularmente el posible retiro de tropas norteamericanas de Europa; una propuesta permanente del sector demócrata del Senado. Le señalé que había también diferencias entre nuestros dos partidos en la disposición a *responder con considerable brutalidad y rapidez en el caso de ser objeto de una provocación*. Mao expresó que no era necesario erigir un frente diplomático; a lo que yo realmente me refería era a la disposición de arriesgarse a una confrontación bélica. A pesar de ser conocido como partidario de la guerra, agregé, sonriendo, que esperaba que una posible contienda quedaría limitada a las armas convencionales. Yo traté de frenar ese tipo de especulaciones: *Nosotros, en ningún caso, iniciaremos una guerra*. Mao no se mostró conforme en absoluto con esa afirmación cuya finalidad era tranquilizarlo; más bien diría que lo llevó a hacerme una advertencia de despedida: *En cuanto a la Unión Soviética, amenaza a los débiles y teme a los fuertes*. En otras palabras, no priven a Moscú del temor de que podamos resultar belicosos.

Estábamos a punto de levantarnos de nuestros cómodos sillones para partir, cuando de repente Mao retomó el tema de nuestra conversación de febrero, en el sentido de que debíamos cuidarnos de las mujeres chinas, con lo cual se refería a las maquinaciones de su esposa. *Y no deben tratar de intimidar a la señorita Wang ni a la señorita Tang (*), porque ellas son comparativamente débiles*. Yo negué haber percibido la menor debilidad en ninguna de las dos. Pero Mao insistió engañosamente: *Ella (la señorita Tang) es norteamericana, mientras que ella (la señorita Wang) es espía soviética*. Volvió a reír y así finalizó la reunión después de casi tres horas. El presidente se puso pesadamente de pie —aunque sin ayuda— y con mucha lentitud y arrastrando los pies nos acompañó hasta el salón exterior de recepción: un señalado honor. Al despedirse de nosotros nos sacaron más fotografías. Me dijo: *Por favor, transmítale mis saludos personales al presidente Nixon*.

(*) Se refería a la señorita Wang Hairong, asistente del Ministerio de Relaciones Exteriores, de la que se rumoreaba era sobrina de Mao, y a la señorita Tang Wensheng, o Nancy Tang, la intérprete nacida en los Estados Unidos.

Chou me llevó aparte para ponernos de acuerdo sobre un anuncio que hablara de *conversaciones amplias y de largo alcance en una atmósfera amigable*, y mencionó el saludo que el presidente le enviaba a Nixon. Esto, de acuerdo con los parámetros chinos, rayaba casi en la exuberancia y equivalía a colocar el sello de *imprimatur* de Mao en las relaciones entre los Estados Unidos y China.

Fue un desempeño sorprendente. David Bruce —que había conocido a todos los grandes líderes europeos en un período de treinta años— aseguró que habíamos sido testigos de la presentación más extraordinaria y disciplinada por parte de un estadista de la que tuviera conocimiento. El hecho aparecía aún más impresionante por su tono espontáneo e informal.

Pero, ¿qué significaba todo eso? ¿Por qué consideraba Mao necesario apoyar con su enorme autoridad una evaluación detallada de la situación internacional? No había duda de que los chinos le asignaban enorme importancia al encuentro. Ello se reflejaba en la longitud poco habitual de las conversaciones (doblemente significativo tratándose de alguien que, como en mi caso, no es un jefe de Estado), en la cordialidad del anuncio, en la atención que le brindó la prensa china y en la elección de las fotografías que ilustraron las notas periodísticas y que mostraban a un Mao sonriente que tomaba mi mano entre las suyas, mientras detrás de nosotros aparecía un Chou en actitud solemne.

Hasta era lógico que el programa atrajera la atención. Porque coincidía con una recepción que David Bruce había planeado ofrecer en mi honor en el Club Diplomático, con la asistencia del cuerpo diplomático. El encuentro con Mao se prolongó tanto que cuando aparecí, los invitados habían perdido ya las esperanzas de verme. Desde el punto de vista chino, eso tenía la ventaja de que cada embajador se veía obligado a informar a su país acerca de la extensa reunión; un encuentro considerado de suficiente peso por los chinos como para hacer esperar a todo el cuerpo diplomático. Eso tampoco fue inconsciente porque, hacia el final de la entrevista, Mao se disculpó con David Bruce por haber ocupado *un tiempo que, originalmente, había sido dispuesto para otras actividades*. (¿Existía el propósito secundario de enseñarle a Bruce que, puesto que ocupaba apenas el cargo de jefe de la Oficina de Enlace, no debería haber invitado a embajadores acreditados a un evento semipúblico?)

Indudablemente, existían muchas motivaciones detrás de los actos de nuestros multifacéticos anfitriones. Ahora considero que el extenso diálogo de Mao obedecía a dos causas básicas y quizá relacionadas: la profunda controversia interna y el inminente retiro de Chou. Es posible que la abrumadora autoridad de Mao fuese necesaria para poner fin a los debates sobre política exterior china que aumentaban sin cesar desde el verano y habían sido incentivados por el fracaso en Camboya. Pero Mao rara vez apoyaba decididamente una facción: por lo general prefería conservar su libertad de maniobra. Podía muy bien haber adoptado la política de Chou mientras, en forma personal, favorecía por lo menos a alguno de sus oponentes. Esto explicaría el hecho de que, en mitad de la conversación, Mao me hubiese preguntado de pronto si conocía a Guo Moro *que entiende alemán, lo cual no era, por cierto, un requisito indispensable para un encuentro conmigo*. Cuando le respondí que no lo conocía, Mao agregó: *Es un hombre que rinde culto a Confucio, pero ahora es miembro de nuestro Comité Central*. ¿Por qué habría yo de encontrarme con un adorador de Confucio en plena campaña antiConfucio? Y, además, ¿qué chino en su sano juicio tendría la temeridad de concertar semejante reunión? ¿O acaso ese comentario implicaba que el hecho de ser partidario de Confucio no representaba un obstáculo para integrar el Comité Central del Partido Comunista y que, por consiguiente, había finalizado la campaña contra Confucio?

Hubo otro pequeño destello de irritación cuando yo me referí a la conversación mantenida durante la comida con Ch'iao Kuan-hua, el viceministro de Relaciones Exteriores. Lord Ch'iao, replicó Mao jocosa o amenazadoramente, dando a entender que Ch'iao

provenía de la clase alta que muy pronto sería eliminada: el mismo cargo que se les hacía a los seguidores de Confucio.

Cualquiera hubiese sido el juego político interno chino durante mi visita, lo cierto es que el premier Chou En-lai desapareció de la escena política en el término de dos meses. La explicación oficial hacía referencia a una enfermedad. ¿Los experimentos del premier se debían entonces a que comprendía que, debido al cáncer, su vida se acercaba a un rápido fin? ¿O, en cambio, obedecían a su inminente destitución política? ¿Manejó Mao esa situación como lo había hecho con otros funcionarios, o se rindió ante lo inevitable, llámeselo presiones políticas o el espectro de la muerte? Y su referencia a las mujeres, ¿fue una advertencia, o la afirmación de que eran débiles tenía como finalidad tranquilizarme? De lo único que no cabían dudas era de que Mao jamás hablaba al azar: sus palabras siempre tenían un propósito aunque nosotros no lográramos descifrarlo.

Jamás volvería a mantener otra conversación seria con Chou En-lai. Un año más tarde, lo visité con mi mujer y mis hijos en un lugar que denominaban hospital pero que más bien parecía una casa de huéspedes. Charlamos de temas sin importancia; para mis ojos inexpertos, Chou parecía el mismo de siempre. Pero cuando yo me refería a algún asunto importante, Chou cambiaba de tema. Me dijo que sus médicos le habían prohibido hablar de esos problemas. Jamás pude explicarme cómo era posible que el hecho de tocar asuntos políticos agravara su salud pero, en cambio, las charlas intrascendentes no lo afectaran. Fue una entrevista penosa para mí, y supongo que también para él.

Antes de que finalizara mi viaje de noviembre de 1973 percibí un leve atisbo de las presiones que se cernían sobre Chou. En la comida de despedida, tanto la atmósfera festiva como los abundantes brindis me indujeron a la osadía de tocar el tema de Confucio. Supongo que tenía la mente un poco embotada por tantos cambios de horario o por efecto de los brindis con *mao-tai*. En este momento no logro explicarme qué fue lo que me llevó a sacar a relucir un tema tan explosivo, pero lo cierto es que aventuré la opinión de que China siempre había compartido las teorías de Confucio, en el sentido de que parecía natural que los chinos vieran al Estado como un vasto instituto educacional que regulaba la conducta, la moral y la política. Aduje que ese concepto parecía haberse mantenido incólume por más que, claro está, el contenido de lo que se enseñaba en la actualidad fuese diametralmente opuesto a las enseñanzas de Confucio.

Ante esta declaración, en la cual —con sorprendente falta de tacto— califiqué a Mao de partidario de Confucio, Chou perdió por primera vez su proverbial aplomo. A pesar de que solamente el intérprete había oído mis comentarios, Chou insistió con gran agitación en lo absurdo de mi comparación. Se negó a aceptar mi retractación cuando le aseguré que debía atribuir cualquier malentendido a mi ignorancia del tema. Chou insistió en su actitud intransigente, asegurándose de que la omnipresente Nancy Tang —más tarde acusada de sustentar tendencias radicales— registrara detalladamente el incidente.

Cualquiera fuese la causa del ocaso de Chou, su nombre nunca fue mencionado por ninguno de mis interlocutores chinos después de este viaje. Cada vez que yo me refería a una conversación previa con él, los chinos respondían aludiendo a las palabras de Mao, quien, por otra parte, había abarcado en su análisis a prácticamente todas las zonas y países de interés mutuo. En tal sentido, el encuentro con Mao sirvió tanto para un propósito inmediato como para los de largo plazo, aunque esto último sólo lo comprendí bastante después. Durante el resto de mi permanencia al frente de la Secretaría de Estado, ese diálogo con Mao fue para los chinos algo así como la Biblia de las relaciones chinonorteamericanas. Desde nuestro punto de vista, fue constructivo: a pesar de no impedir que surgiera la fracción radical —llamada después la Pandilla de los Cuatro—, proporcionaba un umbral por debajo del cual no podían colocar la obra cumplida por Chou, ni siquiera aunque nuestras relaciones se estancaran temporariamente debido a la creciente influencia de los radicales en la conducción cotidiana de la política china.

Nada de esto, por supuesto, me resultó muy claro en esos días impetuosos en que yo parecía flotar entre el éxito obtenido en El Cairo y las aclamaciones recibidas en Pekín. Con el aparente *imprimatur* de Mao, todas las negociaciones terminaron rápida y favorablemente. El problema de los reclamos quedó resuelto, quedando pendientes sólo algunos detalles técnicos y legales que suponíamos no serían un obstáculo. Convinimos en redactar un comunicado final que representaba un gran paso adelante; lo único que impidió que se lo valorara en toda su importancia fue la preocupación de los medios periodísticos con respecto a Taiwán. Extendía la oposición conjunta a una hegemonía de la región Asia-Pacífico (de acuerdo con el comunicado de Shangai de 1972) hacia un plano global. Afirmaba la necesidad de profundizar las consultas entre ambos países a nivel jerárquico, con tal fin. El intercambio y el comercio debían ser incrementados. El alcance de las Oficinas de Enlace sería ampliado. Chou En-lai agregó una frase: *La normalización de las relaciones entre China y los Estados Unidos puede concretarse sólo sobre la base de una confirmación del principio de una China única*. Una vez que hubimos completado el texto, Chou, casi con tono juguetón, me sugirió que revisáramos el comunicado para ver qué había en él de nuevo. Me hizo reparar especialmente en la frase relativa a Taiwán, basándose —imagino— en la teoría de que las insinuaciones sutiles casi nunca eran comprendidas por los individuos poco cultos. *Una confirmación del principio* no constituía, en su opinión, una exigencia irrealizable; habíamos ido mucho más lejos en el Comunicado de Shangai. Y decididamente no lo habíamos puesto en tela de juicio en ninguna fase de nuestra política con respecto a China. Las referencias elípticas de Mao y de Chou eran a todas luces aperturas, aunque por el momento no resultaba demasiado claro con respecto a qué. Chou dijo que volvería a llamar a Huang Chen para impartirle instrucciones acerca de la naturaleza del diálogo que debía surgir del comunicado.

No fue de extrañar que la visita concluyera con una nota de extraordinaria buena voluntad. En nuestra última reunión, Chou me agradeció nuestra ayuda al facilitar la partida de la madre de Sihanouk, de Pnom Penh. También me expresó que sus funcionarios de protocolo le habían entregado una lista de periodistas occidentales desaparecidos en Camboya, que yo había dejado deliberadamente sobre una mesa de la casa de huéspedes para ahorrarnos a ambos el embarazoso debate acerca de la influencia que China podía ejercer sobre el Khmer Rojo. Chou dijo que haría lo que estuviera en sus manos al respecto, aunque yo sabía que no era mucho. Y así, nuestra última reunión oficial terminó con la sensación esperanzada de que se había abierto un nuevo rumbo y, al mismo tiempo, con un tono nostálgico, como si tuviéramos la premonición de que, de alguna manera, las cosas nunca volverían a ser iguales:

CHOU: Quizás sea propio de la índole de los norteamericanos el dejarse embaucar por aquellos que parecen bondadosos y mansos (se refería a la India).

KISSINGER: Es posible.

CHOU: Pero en este mundo, las cosas no son tan sencillas. . . Le deseamos éxito y también se lo deseamos a su presidente.

KISSINGER: Gracias. Y también le agradezco la acogida que nos han dispensado, como siempre que hemos venido a su país.

CHOU: Es lo que usted se merece. Y una vez que el curso ha sido trazado, lo mismo que en 1971, perseveraremos en esa línea.

KISSINGER: Nosotros también.

CHOU: Por eso utilizamos el término *perspicacia* para describir su reunión con el presidente.

Chou había comparado la visita con la que realicé en secreto; él la veía como el punto de partida para un adelanto importante. Pero no habría de ser así. Tanto Chou como yo fuimos devorados por los problemas internos de nuestros respectivos países. Huang Chen fue llamado a Pekín, tal como Chou lo había prometido. Pero no regresó a Washington

durante más de cuatro meses, y cuando lo hizo, no tenía nada que decir. Las conversaciones sobre reclamaciones de activos financieros fueron rotas por los chinos con evidentes pretextos. Los intercambios languidecieron. La orientación general de esa política se mantuvo, pero en lo esencial se enfrió notablemente. Los siguientes viajes de 1974 y 1975 fueron encuentros decididamente fríos o simples medidas de contención, si bien nunca se produjo un retroceso en nuestras relaciones diplomáticas.

Dos crisis internas coincidentes contribuyeron a ese estado de cosas. Un Washington dividido por rivalidades era un socio menos interesante para China. Era lógico que nuestra confiabilidad disminuyera con la evaporación de la autoridad presidencial, a pesar de todo lo que yo afirmara en sentido contrario. Hasta una China cohesionada habría tenido el mayor de los incentivos para mantenerse al margen de los acontecimientos, hasta que nuestro drama de Watergate alcanzara su desenlace definitivo.

Ahora sabemos que, simultáneamente, China atravesaba su propia crisis de liderazgo. Y mientras que las conversaciones que mantuvo Mao conmigo establecían las bases principales de la política a seguir, ningún documento único podía abarcar todas las gamas de la interpretación, que fueron cayendo cada vez más bajo el control de la radical *Pandilla de los Cuatro*.

Pero si las esperanzas de fines de 1973 estaban destinadas a no convertirse en realidad, por lo menos se mantuvieron las premisas filosóficas del diálogo con Chou y Mao. En ese sentido, el anciano estadista utilizó las conversaciones que mantuvo conmigo como una especie de seguro contra sus propias inclinaciones al radicalismo. Hubo periódicos contactos de alto nivel con el sucesor de facto de Chou, el vicepremier Ten Hsiao-p'ing, y con Ch'iao Kuan-hua, promovido poco después a ministro de Relaciones Exteriores. Carecieron de la calidez de las conversaciones previas, pero no alteraron su sustancia. Preservamos la esencia de una relación crucial para la paz del mundo, en medio del torbellino de los tiempos y de las tensiones de ambos países, que no tenían relación con los designios de nuestra política exterior. Los estadistas frecuentemente han logrado mucho menos.

Capítulo XVI

PROBLEMAS CON LOS ALIADOS

Hacia el otoño de 1973 habíamos derivado contra obstáculos inesperados en el esfuerzo de revitalizar las alianzas norteamericanas con sus compañeros democráticos. Europa le dio prioridad a la elaboración de la unidad continental; sus gobernantes enfrentaron problemas cotidianos; Estados Unidos fue arruinada por Watergate. La guerra de octubre y la escasez de combustible completaron el proceso: cada aliado se tornó absorto en sus dilemas nacionales; la mayoría de los gobiernos perdieron la base usual para la acción prevista: verdaderamente, ninguno de los principales líderes quedó en su puesto para 1974. Fue en ese momento que entramos en un periodo de tirantez con Europa y Japón. La crisis de combustible produjo tensiones similares en nuestras alianzas del Atlántico y del Pacífico, pero con énfasis diferente con respecto a la cultura y la historia de las regiones.

EL FINAL DEL AÑO DE EUROPA

Ningún gran proyecto produjo mayor espectacularidad como nuestro Año de Europa. El problema fue que la mayor parte del juego de conversaciones que logró obtener resultó ser evasivo. El propósito era darle un nuevo ímpetu político a la Alianza del Este mediante la denominada Declaración Atlántica. Esta se constituyó en un resonante hecho de objetivos comunes positivos al dar perspectiva a la necesaria contención de la agresión comunista. Pensábamos que la nueva generación, formada desde el final de la Segunda Guerra Mundial, necesitaba ver a sus líderes dedicándose a sus propósitos más allá de la prudente administración de decisiones técnicas si los gobernantes no hubieran perdido su legitimidad y la Alianza su cohesión. Pero nuestros aliados estaban preocupados pues usaban nuestra iniciativa en pro de una Declaración Atlántica como el yunque para avanzar constantemente con sus propias instituciones. Estaban menos interesados en una nueva base para la unión atlántica, algunos la consideraban un corte —incluso quizá intencional— de su dominante preocupación. No estoy afirmando que nosotros teníamos la razón y que nuestros aliados estaban equivocados. Como en la mayoría de las tragedias, cada lado asumía lo correcto desde su punto de vista y ambos perseguían causas valederas.

Era sin lugar a dudas un año en el cual las democracias exhibían síntomas de parálisis colectiva. Richard Nixon era un prisionero de Watergate; Georges Pompidou estaba próximo a la muerte; la erosión de la autoridad de Willy Brandt surgía más evidente día tras día; Edward Heath, celoso de sus relaciones europeas, estaba cada vez más atraído por las actuales crisis. Ningún líder lograba combinar autoridad con el acto de decoro que pudo haberles impedido desenredarse de la obsesión mediante el

empleo de la táctica. Los propósitos norteamericanos y europeos resultaban, en un mínimo, incompatibles entre sí.

En todo esto, Michel Jobert, el ministro francés de Relaciones Exteriores, era el empresario de elegantes confusiones de ideas. Ya he descrito en el Capítulo V de qué manera nos indujo a desviar la Comunidad Europea dejando a Francia la tarea de conformar el consenso europeo y luego de torcer el curso al insistir que las discusiones sobre el Año de Europa deberían ser conducidas exclusivamente por la Comunidad, la cual había sido organizada por él mismo en contra de nuestra proposición. El legado más inteligente proponía un consumo en tiempo y un procedimiento humillante por el cual todos los propósitos prácticos forzaban a Europa a definir su identidad aunque no en abierta oposición a nosotros sino en una forma de distinción aguda. Fue en Copenhague en julio de 1973, sin ningún tipo de aviso o previa consulta con nosotros, que los líderes europeos decidieron que hasta el surgimiento de una idea netamente comunitaria ningún miembro podría tratar individualmente con EE.UU. acerca de lo que era después de todo una iniciativa norteamericana. Cada uno informaría nuestros acercamientos con los otros sin responder; sería entonces cuando los ministros de relaciones exteriores europeos desenvolverían una declaración previa. Sólo cuando estuviera completa nos sería mostrada por el ministro de Relaciones Exteriores danés Anut Borge Andersen en la reunión de los nueve ministros de relaciones exteriores sobre la base de una rotación casi anual. Este estimable caballero no tendría el poder de negociar. Únicamente podría escuchar nuestros comentarios y transmitirlos a sus colegas. Ellos por turno recibirían este informe, lo discutirían y se pronunciarían por una nueva dispensación, la cual luego soportaría el mismo proceso.

En lugar de una consulta revitalizadora fuimos invitados a un ejercicio burocrático que se sofocaba a sí mismo. Se nos pidió negociar con un ministro que no tenía autoridad, mientras que aquellos que sí la poseían no podían conversar con nosotros. Esperábamos formar un nuevo comité para compartir propósitos, una nueva visión del futuro en común. En cambio el procedimiento propuesto para un diálogo atlántico resultó ser más rígido incluso que los encuentros con los negociadores soviéticos, quienes, con todo su entumecimiento e inhibiciones, en general se abocaban a escuchar simple y concisamente.

El escenario imaginado por nuestros aliados para el propuesto viaje a Europa del presidente era igualmente incongruo. Sobre los asuntos de seguridad, el presidente podría encontrar en la NATO, quizás —aunque todavía no con certeza—, sus compañeros jefes de gobierno. Acerca de las cuestiones políticas y económicas el presidente debía contactarse con el primer ministro danés, cuyo país presidía el Consejo de Ministros, y, con tal de que Francia estuviera de acuerdo, con los ministros de Relaciones Exteriores de otros países. Pero los jefes de gobierno europeos quedarían afuera del voto encarando su unidad. Todo esto tenía sentido perfecto si la fomentación de los arreglos internos de la Comunidad Europea fueran la prioridad exclusiva de la política occidental. Pero si había algún mérito en nuestro concepto de que los lazos transatlánticos necesitaban un nuevo curso moral, la legitimidad de los europeos frustró nuestros propósitos. En cuanto la declaración de los objetivos comunes emergiera de los habituales procesos formales, se le quitaría toda inspiración y significado.

El problema afloró en un intercambio de palabras entre sir Alec Douglas-Home y yo. *Pero ¿cómo vamos a hacer una realidad de la entidad europea si no lo hablamos en forma conjunta?*, formuló el venerable ministro de Relaciones Exteriores británico. *¿A quién más podemos usar como nuestro representante que al presidente del Consejo, quien es elegido cada seis meses?* Eso no era lo que nos preocupaba. Nos opusimos a tratar con ningún miembro del Consejo exceptuando al mismo presidente. Por tal motivo le comuniqué:

Le damos la bienvenida a la posición común europea y apoyamos la idea de la unión europea. Sin embargo, si el precio por esto es el no poder seguir teniendo contacto con nuestros tradicionales amigos europeos, después de un tiempo el hecho nos conduciría a un cambio masivo en nuestras relaciones.

La pregunta era por qué Europa debía tratar tan formalmente con sus aliados más próximos dejando de lado los canales de consulta bilaterales elaborados por más de dos décadas. Nuestros aliados no manejaban su diplomacia de esta forma con ninguna otra parte del mundo. En verdad, lo extraño —seamos francos: lo enfurecedor— del aspecto del diálogo fue que los mismos líderes que habían encontrado tales fórmulas ingeniosas para eludir al presidente norteamericano se encontraban al mismo tiempo presionándonos con el fin de asistir a un encuentro colectivo con Leonid Brezhnev para culminar la Conferencia de Seguridad Europea. En esa ocasión, todos ellos intentaron ligarse con su contraparte de Europa del Este, y especialmente de la Unión Soviética, sin proponer a su presidente como único portavoz.

En otros tiempos hubiéramos descartado tal proposición. Pero teníamos aún esperanzas y además nos encontrábamos ante una disyuntiva. En verdad, la debilidad puede tentar a los gobernantes a una persistencia a la cual nunca se hubieran arriesgado en mejores tiempos. Con Watergate en proceso no estábamos dispuestos a dar a conocer ningún tipo de pérdida de la autoridad presidencial, y más allá de esa ruina yacía un irónico problema: podíamos terminar nuestra iniciativa ahora sólo al costo de ser acusados de socavar la unidad europea. Todos nuestros aliados, habiendo preparado su maquinaria pesada de la Comunidad para el diálogo atlántico, estaban dispuestos a continuar el desarrollo pues éste era un elemento útil capaz de elaborar su identidad europea. Nadie deseaba una crisis y nadie sabía cómo concluir el proyecto con la ausencia de alguno de ellos. Suspendidos entre el éxito y el fracaso, esperábamos, si no pacientemente, al menos en relativo silencio.

En setiembre de 1973, luego de una recesión de verano, el Año de Europa revivió. Nos enteramos de que los directores políticos de los miembros de la Comunidad (el equivalente de nuestros subsecretarios de Estado) presentarían una Declaración Atlántica informal a los ministros de Relaciones Exteriores el 10 de setiembre. No se nos informó de esto oficialmente, sino a través de viejos amigos no autorizados que estaban vinculados a la cuestión de los lazos atlánticos. Y el 8 de setiembre nuestro embajador en París, John Irwin, nos informó que Jobert pensaba que nos daríamos por satisfechos con algún documento informal:

Dado que nosotros (los Estados Unidos) queríamos un documento (por ejemplo: una declaración escrita de principios), debería haber un documento al cual todos, nosotros y los europeos, pudiéramos recurrir y de tal manera estar de acuerdo. El reconocía que preferiríamos un documento más sustancioso, pero esto significaba que nosotros deberíamos establecer el documento por sus propios propósitos.

Donde Jobert resultó estar equivocado fue en la extremidad de su cinismo. Contrariamente a sus predicciones, no estábamos dispuestos a firmar un documento sin sentido: preferíamos desechar el proyecto.

El 25 de setiembre el ministro de Relaciones Exteriores Anderson por fin presentó la respuesta europea a mi discurso de cinco meses atrás. Era un endeble documento que evocaba un diálogo entre sordos. La atmósfera no fue mejorada por el hecho de que el testimonio que nosotros habíamos estado esperando durante todos estos meses se le había hecho llegar al *New York Times* con anterioridad. Después que Anderson había

leído una declaración preparada y presentado el texto de la Comunidad, con ningún poder para negociarlo, no había mucho más que yo pudiera decir. Anderson, un hombre hondamente dedicado a la Alianza Atlántica, estaba mortificado por el hecho de tener que conducir una diplomacia esencialmente confrontante con el poder aliado de Dinamarca. Pero sus colegas no le habían dado tanta amplitud en su poder y la influencia de Dinamarca dentro de Europa no era lo suficientemente grande como para que él pudiera lanzar una iniciativa por sí mismo.

Anderson había sido instruido para proponer que cualquier negociación futura sobre una declaración informal debía tener lugar en un nivel político directivo. De esta forma, para que no existiera ningún riesgo de que alguna alternativa pudiera surgir, debía sugerir un encuentro casi inmediatamente. Esto significaba abandonar uno de los propósitos principales del Año de Europa. Ningún documento que simbolizara una nueva era tendría posibilidad alguna de emanar de tales tipos de procesos. En las oficinas de relaciones exteriores europeas los directores políticos son servidores civiles; ellos no pueden asumir decisiones políticas. Cualquier tema que se les asignara, ciertamente debía recibir un cuidadoso escrutinio profesional; los actos de visión e imaginación debían ser dejados para sus maestros políticos. En consecuencia, el diálogo propuesto no era muy extenso dado que cada idea nueva o desacuerdo debía ser pasado a un nivel superior donde tendría que sobrellevar el mismo proceso laborioso que produjo el documento en un primer momento. Un intercambio de ideas entre Anderson y yo dio lugar a la abertura transatlántica:

KISSINGER: Nuestro problema consiste en que desde el 23 de julio hasta el 29 de setiembre no se ha producido ningún tipo de consultas. Usted se nos presenta con un documento y en una semana pretende encontrarse con los directores políticos. Nos estamos desarrollando en un área que es de suprema importancia, pero no existe continuidad en las consultas.

ANDERSON: Usted debe comprender lo difícil que ha sido para los *nueve* lograr lo que tenemos.

KISSINGER: Estoy de acuerdo: es un considerable logro para Europa, pero no para las relaciones atlánticas.

El informe producido por la Comunidad Europea no era válido respecto a todo el esfuerzo que se le iba a conferir. Apenas era un poco más que un sumario de otros dos documentos: la declaración de la Comunidad Europea y los principios adoptados por Tokio con respecto a negociaciones internacionales de comercio. Acentuó las distintas identidades de la Comunidad Europea y de los Estados Unidos. Se le pidió específicamente a este país que reconociera a la Comunidad Europea como una *entidad individual* en los asuntos mundiales, una proposición hiriente que implicaba que nosotros nos opondríamos, de otra manera, a lo que antiguamente pertenecía a las iniciativas norteamericanas. No hubo ninguna mención de interdependencia. El informe falló aun al no referirse a la idea de una asociación atlántica, y mucho menos a la necesidad de ampliarla y fortalecerla. La declaración propuesta no fue ni innovadora ni excelsa. Significaba un poco más que un respaldo estadounidense a lo que los europeos habían decidido en sus propios arreglos internos. Resumí mi opinión al ministro de Relaciones Exteriores alemán Walter Scheel:

Sentimos que, más de veinte años después de que la NATO fuera creada, necesitábamos una nueva visión acerca de nuestros objetivos. Queríamos conciliar a la gente de ambos lados del Atlántico para que juntos hicieran algo útil. El proceder no debe ser más una negociación adversaria.

Normalmente esta clase de guerra de palabras podía haber sido superada en una reunión cumbre. Pero el desgano de nuestros aliados para reunirse con nuestro presidente herido era palpable. Ningún líder aliado veía algún beneficio en encontrarse con Nixon mientras los descubrimientos de Watergate anegaban los medios de prensa. Varios suponían que esa situación debilitaría sus posiciones usuales. Una revelación freudiana de esto se evidenció en la respuesta de Scheel a mi concepto de que el proceso debía ser prolongado más allá del 1º de año: *Sería conveniente tener un encuentro este año. Resultaría mejor por razones psicológicas, dado que estaremos en la presidencia el año que viene* —esto significaba que Brandt no desearía presidir durante una visita de Nixon (Sinceramente, Scheel puede haber creído que constituiría una actitud poco inteligente por parte de un canciller alemán el actuar como portavoz para Europa en la última fase del diálogo Atlántico. Este problema podía haber sido fácilmente evitado; sin embargo, los otros jefes de gobierno consintieron en unírsele).

Por su parte, Jobert estaba bloqueando el tangible progreso en pos de la identidad europea al subordinarlo a la Alianza Atlántica. Pero, tampoco quería un fracaso evidente porque esto debilitaría nuestro Comité de Defensa de Europa. Por lo tanto, cuando almorcé con él al día siguiente, 26 de setiembre, hizo lo imposible para mantener a los asuntos en cuestión suspendidos entre estos dos polos. Luego de nuestro usual repertorio surgían sus incongruentes réplicas. Admiraba en Jobert dos virtudes: su inteligencia y su agudeza. El me envidiaba por la autonomía que me había otorgado Nixon. Hablaré en inglés, encaró Jobert, aunque es muy difícil para mí. A lo cual yo repliqué: No necesita usted hablar muy bien inglés para decir simplemente que no. Nuestras causas se presentaban perturbadas por continuas agresiones paranoicas. Jobert insistía: *Hablando con los otros europeos procuramos verdaderamente buscar una destrucción de la unidad europea*. Gran Bretaña nos había dado un texto de la declaración de la Comunidad, sin vacilar, pero no en forma oficial. (No resultó claro por qué esto podría haber sido un crimen; sucedió incluso que no era verdadero. Igualmente, si la dedicación de Heath hacia Europa no complacía a Jobert, no había mucha ayuda que se le pudiera otorgar a ninguno de los dos.)

Esto se constituía en un hecho preliminar a la maliciosa interpretación de los motivos de Nixon en su propuesta de viajar a Europa. Acerca de la visita presidencial, Jobert expresó: *¿Qué es lo que usted piensa? ¿Hay algún tipo de problemas que podrían indicar que él no debería venir, o verdaderamente usted desea que su visita se realice?* Sin titubeos respondí:

El viaje presidencial depende de dos circunstancias. En primer lugar, el hecho de la sustancia. El presidente no quiere simplemente visitar capitales. Tal actitud carecería de sentido. En segundo lugar, bajo ningún tipo de circunstancias el presidente firmará documentos con personas que no se encuentren en su nivel. No se reunirá multilateralmente con personas que estén por debajo de su jerarquía.

Jobert tenía una idea capital con la cual tratar el último problema. ¿Por qué no decir todo el ejercicio por un año y concluirlo en la segunda mitad de 1974, cuando Pompidou estuviera ejerciendo sus funciones? Esto, por supuesto, promovería una alianza francesa en Europa. Cómo se resolvería el problema que he mencionado: la imposibilidad de un encuentro de nuestro presidente con una delegación de ministros de relaciones exteriores dirigida solamente por un jefe de gobierno. Jobert no otorgaba nada de esto.

Sin embargo, justamente cuando parecía que el juego no tenía fin, Jobert realizó el gesto más constructivo de todos los ministros europeos en el diálogo atlántico. Anun-

ció una declaración informal para la Alianza Atlántica que era tan considerada como la declaración de la Comunidad Europea, la cual había sido escatimada por completo. Redactada por el espléndido embajador francés en la NATO François de Rose, era una elocuente afirmación de la importancia de reforzar la defensa común. Poseía un lenguaje servicial acerca de la necesidad de adaptar la estrategia a las situaciones cambiantes y también sobre la relación de las fuerzas convencionales y nucleares. Fue una excelente declaración de los objetivos de la Alianza. No destacaba sus virtudes sino que constituía la represión explícita a un período de relajación de tensiones, lo cual hacía a la Alianza más que necesaria.

Lo que se estaba perdiendo era la dimensión política. La referencia a un programa político extranjero coordinado con el Este resultaba tan ambiguo como la práctica francesa en este terreno. La necesidad europea de incrementar sus esfuerzos en procura de la defensa no fue mencionada. Nosotros pensábamos que era esencial, pues el Congreso había recientemente omitido la denominada enmienda de Jackson-Munn, gravamen que hubiera contribuido a un mayor objetivo norteamericano; ignoraba así el problema que podía hacer resurgir presiones en el Congreso para reducir nuestras fuerzas en Europa. Pero éstas eran manchas manejables y seguramente pasibles de cambios en una negociación seria.

Sin embargo, luego de poco tiempo resultó claro que esa actitud constituía otra variación de la maniobra básica de Jobert. En la declaración de la Alianza Atlántica Jobert era extremadamente afable, y, por el contrario, en la Comunidad Europea resultaba tan despiadadamente obstinado porque en su mente éxito en la alianza y fracaso en Europa eran dos lados de la misma moneda. Jobert pretendía que EE.UU. estuviera totalmente comprometida a defender Europa pero deseaba reducir nuestros lazos políticos con Europa hasta el mayor extremo posible. Era la vendimia del gaulismo. Después de todo de Gaulle y todos sus discípulos habían sostenido como un acto de fe que Europa no necesitaba pagar por una protección militar norteamericana porque los Estados Unidos estaban defendiendo Europa en su propio interés al no querer permitir que Europa fuese ocupada por los soviéticos. Desde el punto de vista de Jobert no había ningún peligro —verdaderamente habría algún beneficio— en reiterar periódicamente la necesidad de la defensa común. Pero esto no implicaba una consulta política obligatoria. ¿Qué serviría mejor a estos objetivos que una fuerte declaración de la NATO y una débil declaración de la Comunidad? En consecuencia surgía la paradoja de que Jobert era al mismo tiempo proclive a dar respaldo a una parte y ser detractor infatigable de la otra.

Pero la política extranjera no es un ejercicio en lógica abstracta; si se descuida la realidad psicológica se construye sobre arena. La opinión pública norteamericana no se sostendría indefinidamente a la condición de arriesgar las vidas de grandes números de sus tropas en un continente que rechazaba articular la palabra *sociedad* o *interdependencia* y que vacilaba acerca de los objetivos compartidos. Fue precisamente para reforzar el compromiso moral norteamericano que introdujimos el Año de Europa. Sin una comunidad de propósitos con Europa, el rol de Estados Unidos se reduciría a contribuir con fuerzas de combate y el vínculo psicológico de las relaciones atlánticas se desintegraría. El análisis francés era racional: con todo, hay en las relaciones entre naciones un componente moral y psicológico que los hombres de Estado ignoran en su peligrosidad.

Para fines de setiembre, había sucedido bastante como para dar a cada parte del diálogo Atlántico la excusa de perseverar. Los que abogaban por una Europa unida vieron en esto un medio para conseguir sus objetivos. Las naciones europeas pequeñas estaban buscando una fórmula para reforzar tanto los lazos atlánticos como a la unidad europea. Nosotros finalmente tuvimos un texto con el cual trabajar, y no está-

bamos dispuestos a proclamar nuestra decepción. Admitir haber fracasado podría estimular el apetito del Congreso, que deseaba una retirada de las tropas (el Senado había para esto aprobado abrumadoramente una resolución recomendando un cuarenta por ciento de reducción en el total de tropas mundiales) y también podría acelerar iniciativas diplomáticas solitarias para con Moscú de parte de nuestros aliados.

Por lo tanto continuamos en nuestra postura sin rechazar el *forum* de los directores políticos y manteniendo la observación en las características positivas del informe francés de la Declaración Atlántica. En una conferencia de prensa del 26 de setiembre de 1973 puse un matiz de esperanza en la cuestión:

Lo que estamos confrontando en el diálogo con los europeos es la fusión de distintos procesos. Tenemos el de la integración europea, el del debate sobre seguridad de la NATO y por último el de la redefinición de las relaciones atlánticas que cubre todas estas áreas. . .

Creemos que actualmente nos encontramos en camino para terminar lo que tuvimos intención de realizar al principio de este año. Las discusiones resultaron útiles y se procedió con respecto a ellas con un espíritu constructivo.

Las disputas hasta el momento conciernen largamente más a procedimientos que a la sustancia, a la medida del tiempo más que al propósito. Todos —incluyendo a Jobert— han tratado de evitar una confrontación abierta y se han esmerado al insistir en que los desacuerdos reflejaban un no entendimiento o disputas técnicas más que intereses conflictivos. Probablemente si se hubiera permitido que la iniciativa se desarrollara por sí misma habría sido llevada a una conclusión tolerable: después de todo, existía un límite más allá del cual el proceso de obstrucción no podría ser empujado. La consecuencia hubiera resultado probablemente escasa en las últimas esperanzas de la charla a mi Año de Europa, pero habría reflejado en forma suficiente sus aspiraciones como para indicar una dirección positiva.

Sin embargo, el estallido de la guerra del Medio Oriente terminó con lo que era una ilusión o una charada. En algunas cuestiones que concernían más a los aliados, emergieron diferencias y ocasionalmente incluso intereses contrapuestos. Y lo que fue aún más penoso, algunos de nuestros aliados parecían estar buscando una oportunidad para hacerlos explícitos.

EL IMPACTO DE LA GUERRA DEL MEDIO ORIENTE

Como las profundas frustraciones suprimidas por una familia con motivo de las apariencias que luego explotan con una furia desproporcionada al menor pretexto, las tensiones acumuladas en nuestras alianzas erupcionaron de repente con el estallido de la guerra del Medio Oriente. Los hasta ahora argumentos teóricos acerca de si los intereses norteamericanos y europeos eran siempre paralelos y el hasta el momento abstracto debate acerca de la naturaleza y los límites de *la détente*, reventaron a partir del primer día de la guerra.

No era que nuestros aliados carecían de un argumento desde su perspectiva. La mayoría estaba genuinamente convencida de que nuestro fracaso al presionar un convenio con Israel había producido la guerra y había puesto en efecto intereses europeos vitales en riesgo por razones de política usual norteamericana. El siempre latente punto de vista de que las tensiones del Medio Oriente desaparecerían de repente sólo con que Israel retornara a las fronteras de 1967 fue expuesto con creciente amplitud. Nuestros argumentos por el contrario —el radicalismo árabe derivaba en parte de una ideología y no sólo del conflicto árabe-israelí; que las concesiones alcanzadas

bajo la presión soviética reforzaría más que debilitaría a la posición radical; que el establecer objetivos inalcanzables socavaría el prestigio de las democracias— eran aún menos persuasivos cuando el pánico reemplazó al análisis. Nuestros aliados europeos no tenían fe en un acercamiento paso a paso; pensaban que podrían ganar a los estados árabes radicales. Antes de la guerra del Medio Oriente la disputa había descansado dificultosamente por debajo de la superficie; ningún lado del Atlántico había llevado sus puntos de vista a un momento decisivo. Pero a partir del momento en que la contienda estaba en camino muchos de nuestros aliados se movilizaron para su pronta moderación.

Por las causas presentes la cuestión no correspondía a aquello cuyo análisis era correcto. Ya expliqué nuestro razonamiento en extenso en capítulos anteriores. La posición europea no resultaba por cierto frívola; su dependencia del combustible fue agravada ante la frustración de ser sólo un espectador circunstante frente a la crisis en una región de su anterior preeminencia. El problema más profundo provocado por la guerra de octubre fue la conducta de los aliados en una emergencia cuando ellos discrepaban sinceramente con uno u otro acerca de las causas o de los remedios: ¿deberían aprovechar la ocasión de desconcierto de sus socios para reivindicar sus propios puntos de vista? ¿O tenían la obligación de subordinar sus diferencias a la realización más que a la humillación del aliado quien, estratégicamente, para mejor o peor, estaba mejor ubicado en su empeño de afectar las consecuencias que llevarían a debilitar las estructuras de defensa y de propósitos comunes? En 1956, enfrentados a una determinación durante el intento inglés y francés de apoderarse del Canal de Suez, los Estados Unidos impusieron sobre sus aliados su propia valoración del conflicto. Aunque dudoso acerca de los planes militares británicos y franceses, ya en ese momento, yo me oponía encarnizadamente a la política de Eisenhower. Siempre he considerado que muchas de nuestras posteriores dificultades habían provenido de la insensible conducta para con nuestros aliados en ese momento. El hecho tanto estimulaba un viejo resentimiento ya ulcerado como fomentaba un sentido de impotencia que, agregándose a la carga norteamericana, aceleraba su retirada de los compromisos de ultramar.

Ahora las cosas habían cambiado y Europa no mostraba mayor prudencia que la que nosotros habíamos tenido dos décadas antes. En el primer día de la guerra, el 6 de octubre, Gran Bretaña y Francia no deseaban obrar sin ayuda acerca de nuestra sugestión respecto a una resolución de las Naciones Unidas para un cese del fuego el cual urgiría a las partes a retornar al *statu quo* anterior. El 10 de octubre, nuestro aliado turco en la NATO nos informó que la base aérea Incirlik y otras facilidades norteamericanas estaban disponibles sólo para los propósitos de la NATO; no se podía hacer uso de ellas en nada concerniente a la guerra del Medio Oriente. El 11 de octubre, Turquía dio a conocer esta posición. Con esta actitud públicamente comprometida de su archirrival, Grecia no podía quedarse atrás. El 13 de octubre el secretario de Relaciones Exteriores Christos Xanthopoulos-Palamas anunció que *las bases norteamericanas eran ajenas a la guerra árabe-israelí* (1). (El 13 de octubre resultó ser el comienzo de nuestro puente aéreo.)

La España de Franco, aunque no era miembro de la NATO, estaba unida a los Estados Unidos por un tratado de amistad y cooperación. Sin embargo, el 11 de octubre el gobierno español declaró que no permitiría que los Estados Unidos utilizaran bases españolas *en un conflicto local como el de la guerra árabe-israelí*. En caso que esta enunciación no fuera lo suficientemente explícita, una segunda declaración dada a conocer después no dejaba escapatoria: *Nuestras bases en España no podrán ser usadas en conexión con la guerra del Medio Oriente en ningún momento, de ningún modo, directa o indirectamente* (2).

No importa cuál fuera el punto de vista con respecto a la prudencia de nuestra política anterior con relación al Medio Oriente ya criticada por nuestros aliados; para entonces la muerte habría sido evitada; cuanto más tiempo la guerra se prolongara, mayores serían los riesgos para todas las democracias. La mejor esperanza para prevenir el desastre era terminar el conflicto tan pronto como fuera posible y, en esto, una demostración de unidad occidental podría haber jugado un importante papel. En cambio, todos nuestros aliados de la NATO excepto Portugal, los Países Bajos y la República de Alemania (por un tiempo) tanto directa como indirectamente se desinteresaron del puente aéreo y prohibieron nuestro sobrevuelo de sus territorios. Los aviones norteamericanos Henceforth de Alemania tuvieron que volar sobre el Atlántico, eludir a Francia y España, entrar al Mediterráneo por Gibraltar y volar directamente a Israel; un desvío de aproximadamente 3.200 kilómetros. (Después de la guerra le reproché a sir Alec Douglas Home que la Unión Soviética había tenido más libertad para usar el espacio aéreo de la NATO que los Estados Unidos pues gran parte del puente aéreo soviético al Medio Oriente sobrevoló espacio aliado sin desafío alguno.)

Durante toda la guerra se nos hizo comprender por medio de los muchos modos indirectos disponibles para un gobierno tan próximo al nuestro como el de Gran Bretaña, que sería apreciado en Londres si no usábamos las bases inglesas tanto para el puente aéreo como para la acción de inteligencia en el Medio Oriente. No hubo nunca un rechazo formal acerca del puente aéreo porque se había establecido claramente que nosotros no deberíamos preguntar. Nuestros ocasionales sobrevuelos de la zona de combate por los supersónicos SR-71 de reconocimiento a gran altura —esenciales para el proceso de toma de decisiones— debían por lo tanto originarse en los Estados Unidos, sumándose a nuestras expensas y reduciendo su efectividad. Como dificultad adicional las bases en territorio aliado para los tanques que reabastecían a los aviones se hallaban también cerradas: una proscripción que sólo podíamos evadir a través de algunas complicadas maniobras.

Típico de las posturas que enfrentábamos, el 11 de octubre Jobert me había dicho en Washington que Francia no deseaba participar en la diplomacia destinada a terminar la guerra. Sólo los Estados Unidos y la Unión Soviética estaban en una posición con posibilidades de tener éxito: *Si las dos grandes potencias no se ponen de acuerdo, entonces nosotros no podemos hacer nada.* Jobert declaró que Francia no tomaría ninguna acción precipitada e —inusualmente para él— manifestó algunas palabras afectuosas por nuestras tácticas. Nada de esto lo contuvo, sólo seis días más tarde, de atacarnos violentamente en un discurso antes de la Asamblea Nacional mientras que la guerra todavía continuaba. Luego de representar a Israel como el país que constantemente había prevenido la paz del Medio Oriente, Jobert castigó tanto a los Estados Unidos como a la Unión Soviética por permitir que la contienda se mantuviera en un proceso que postulaba un equivalente moral de los dos lados. Es decir, sostenía la presuposición intelectual de la neutralidad europea: *Nosotros vemos al señor Brezhnev, el apóstol de "la détente", y al doctor Kissinger, actual premio Nobel de la Paz, estrechándose las manos mientras envían por aire miles de toneladas de armas.*

Nuestra disociación en el conflicto de Medio Oriente fue entonces acoplada a un intento de optar eludiendo alguna posible crisis con la Unión Soviética. Había una tendencia a deleitarse acerca de lo endeble de nuestra *détente* con los soviéticos, como si nuestros aliados no nos hubieran precedido en el mismo camino muchos años antes y nos hubieran presionado para seguirlos. Al mismo tiempo, ellos esperaban que la crisis fuera resuelta a través de nuestra habilidad de usar esa *détente*.

Era cierto, como el secretario general de la NATO Joseph Luns destacó públicamente el 14 de octubre, que durante algunas fases de la guerra del Medio Oriente la

Unión Soviética había violado los principios de conducta internacional firmados entre Brezhnev y Nixon en 1972 (3), específicamente la promesa de no pretender ventajas unilaterales. Pero ¿por qué estaba el comentario dirigido exclusivamente a los Estados Unidos?

Desde que las naciones principales europeas habían firmado documentos similares muchos años antes tenían la posibilidad de protestar en sus propios nombres. En cambio dejaban para nosotros la contención de los soviéticos en el Medio Oriente. El expansionismo soviético constituía un problema exclusivamente norteamericano sólo si uno asumía que nuestros objetivos y los de los europeos en el Medio Oriente resultaban discrepantes y si Europa tenía menos que temer de un Medio Oriente radicalizado. Esto era absurdo, pues el impacto de una dominación soviética del Medio Oriente sería aún más serio para Europa que para nosotros. Además, si era importante mantener al Kremlin en sus preocupaciones para no exacerbar el conflicto, Europa y Norteamérica tenían que hacer esto juntas. Presiones económicas, reducimientos o incluso el abandono de la Conferencia de Seguridad Europea, disminución de intercambios; todo esto, como fue visto en años consecutivos, requería acción conjunta de los dos lados del Atlántico.

Pero como el temor a una confrontación aumentaba, muchos de nuestros aliados se movieron en la dirección opuesta. Continuaron su presión para concluir la Conferencia de Seguridad Europea en su nivel cumbre; con respecto al Medio Oriente ellos no se arriesgarían a perder la telaña de sus relaciones económicas con el mundo comunista: su progresivo crecimiento se tornaba vital por razones económicas, de la misma manera que la crisis del combustible provocaba una recesión a nivel mundial. Nuevamente Jobert le dio al concepto su más rigurosa forma.

Si durante la guerra Jobert había parecido postular el equivalente moral de ambos, los Estados Unidos y la Unión Soviética, inmediatamente después fue más positivo en detallar las áreas de cooperación con la Unión Soviética que con los Estados Unidos. Verdaderamente, una de sus principales objeciones a la *détente* soviético-norteamericana era que podría desviar a los rusos de multiplicar sus contactos y comercio con Europa (*). La *détente* servía a tres propósitos y cada parte apuntaba a los Estados Unidos: Fue culpada de no prevenir la crisis del Medio Oriente; fue invocada para finalizar la tensión; y se suponía debía suministrar a Europa una alternativa para una dependencia exclusiva con los Estados Unidos.

Una vez que el Medio Oriente estalló no debía plantearse si antes o incluso durante la guerra, la política norteamericana había sido siempre inteligente. El problema radicaba en saber si Europa podría proteger mejor sus intereses separándose de nosotros o estrechando vínculos. ¿El coqueteo con la posición árabe radical garantizaba el

(*) El siguiente extracto del discurso de Jobert el 12 de noviembre de la Asamblea Francesa ilustra este punto:

Como todos los pueblos amantes de la paz, deseamos la *détente*. . . La conferencia sobre seguridad y cooperación en Europa es, por ese motivo, la consecuencia natural de una tendencia que ha caracterizado la escena internacional los últimos diez años durante los cuales los países del Este y del Oeste, hostiles y aprisionados por los prejuicios de la guerra fría, gradualmente se dedicaron en primer término a algunas conversaciones y luego se desarrollaron cada vez más cerca de las relaciones científicas, técnicas y económicas. El movimiento francés en esta dirección, tomado por iniciativa del general de Gaulle, ha puesto un ejemplo. Y nosotros consideramos imperativo que esto debería ser mejor consolidado y expandido: contactos en el más alto nivel entre Francia y la Unión Soviética y entre Francia y muchos otros países socialistas, como aquellos visitados por el premier durante su viaje a Hungría y a Bulgaria, tónico de nuestro deseo para mostrar que un país como el nuestro puede superar el obstáculo causado por regímenes que diferían y revelar la profunda necesidad que la gente tiene por la paz y el conocimiento de cada uno.

Pero aunque con frecuencia estas consultas habían hecho posible señalar en forma notable los mismos análisis entre la Unión Soviética y Francia sobre algunos de los problemas europeos o mundiales, estamos preocupados —y hemos dicho lo mismo a nuestros amigos soviéticos— porque al dar demasiada importancia al diálogo entre las dos superpotencias perderíamos la oportunidad de incrementar la cooperación que es tan útil para Europa.

abastecimiento de combustible o alentaba la intransigencia que podría prolongar la guerra y paralizar la diplomacia? ¿Las proposiciones que no tenían chance de ser aceptadas ayudaban al proceso de paz o sacavaban la actitud de los árabes moderados como Sadat quienes estaban preparados a moverse en una serie de pasos realizables? ¿El desprendimiento de los Estados Unidos moderaba la política soviética o esto tentaba al Kremlin a jugar con los aliados del Oeste provocando que estuvieran unos contra los otros para riesgo de la seguridad de todos los pueblos libres? Nosotros pensábamos que la unidad prometía los más grandes beneficios; la mayoría de nuestros aliados eligieron la ruta de la disgregación.

Europa evitó enfrentar esta dolorosa realidad por medio de un argumento esencialmente legítimo en el cual las obligaciones del Tratado del Atlántico Norte no se extendían al Medio Oriente. Pero nuestro intento de una cohesión aliada no estaba basado en una petición legal sino en imperativos de intereses comunes. Cuando los aliados más cercanos actuaban entre sí como abogados juiciosos, si ellos excluían de su propia concernencia un área tan crucial como el Medio Oriente, su sociedad se tornaba vulnerable a una pasión fluctuante.

La estampida de la disociación comenzó con el cese del fuego y la paralización árabe en su producción de combustible. El proyecto de mi viaje a Moscú había sido calurosamente bienvenido por Home en un mensaje personal dado en mi partida; el 21 de octubre en Moscú yo había abogado durante una hora ante el embajador británico y el francés por el cumplimiento de mis charlas con Brezhnev acerca del cese del fuego; verdaderamente, gracias a la suspensión de las comunicaciones descriptas en el Capítulo XII, es probable que Londres y París supieran los resultados de mis discusiones en el Kremlin antes que Washington y sin duda alguna antes que Jerusalén. Pero cuando el 22 de octubre el cese del fuego sufrió un estremecimiento, la tenue cohesión aliada se evaporó. El 23 de octubre nuestro embajador en Bonn, Martin Hillenbrand, fue abruptamente informado de que la República Federal, de ese momento en más, no aprobaría los envíos de equipamiento norteamericano a Israel desde puertos alemanes; un segundo fuerte retroceso germano fue realizado al día siguiente. La formulación de su requerimiento resultó sintomática: El secretario de Estado Paul Franck del Ministerio de Relaciones Exteriores le sugirió a Hillenbrand que la República Federal, habiendo mostrado comprensión acerca de nuestros intereses durante la guerra, estaba en ese momento en todo su derecho de preguntar por nuestro entendimiento de los suyos (como si los intereses alemanes no hubieran estado involucrados y ellos nos hubieran hecho un favor).

El alerta incrementó la tirantez de las tensiones. Nuestros aliados no estaban conformes: como lo deberían estar acerca de que, incluso durante la crisis de autoridad ocasionada por Watergate, los Estados Unidos estaban preparados para correr un riesgo mayor en defensa del equilibrio global. En cambio, ellos se concentraron en el indiscutible hecho de que no se hubiera realizado una consulta acerca de un alerta que involucrara a las tropas norteamericanas estacionadas en Europa. El alerta había sido provocado por nuestra convicción de que los soviéticos estaban contemplando el hecho de enviar tropas al Medio Oriente y que nosotros sólo teníamos unas pocas horas para persuadirlos de lo contrario. Pretendíamos demostrarles que EE.UU. consideraba seriamente el proyecto de una intervención soviética.

Después se produjeron comentarios de la prensa acerca de la ola de conmoción que se había arrastrado por toda Europa tras las explosivas noticias del alerta norteamericano (4). Hubo quejas muy difundidas en torno a que algunos aliados se habían enterado del alerta sólo a través de noticias contradictorias. Esto, por supuesto, no fue real en todos los gobiernos. Como lo aclaré en el Capítulo XII ya el 25 de octubre nosotros habíamos informado al embajador británico Cromer acerca de la amenazante

carta de Brezhnev y de las medidas de que disponíamos, apenas una hora después de tomar las decisiones preliminares y mucho antes de que fueran implementadas. Y Cromer había confirmado más tarde que Londres coincidía con nuestra valoración de la seriedad respecto a la amenaza de Brezhnev. Sin embargo, Gran Bretaña sufrió el mismo problema con nuestra noticia de avanzada en torno del alerta como con nuestras consultas especiales sobre el acuerdo de prevención de guerras nucleares (ver Capítulo VII). Sin deseo de llamar la atención sobre el hecho de que todavía ellos gozaban de una posición privilegiada en Washington, los funcionarios británicos nada hacían para detener la marcha de las críticas provenientes de otros aliados y se plegaron a la moda imperante acerca de las consultaciones inadecuadas.

El 31 de octubre el *New York Times* publicó que el primer ministro Heath el día anterior había rechazado marcadamente la confirmación del alerta nuclear. El hecho subió la temperatura en Washington unos grados más.

En abstracto, nuestros aliados estaban justificados en sus quejas. Realmente disponíamos de poco tiempo y debíamos balancear serias consideraciones. Nuestra atención estaba puesta en un inminente movimiento militar soviético; teníamos el plan de incrementar la disponibilidad y permitir a los rusos detectar nuestros preparativos. Esto, esperábamos, les daría una pausa; nuestra respuesta escrita a Brezhnev, que debía ser enviada a las 5.30 hora de Washington, los proveería de un pretexto para resolver la cuestión. Nuestro embajador en la NATO, Donald Rumsfeld, sería instruido para abogar por esa entidad una hora después que nuestra nota a los soviéticos fuera despachada. Elegimos este momento pues sabíamos que para obtener apoyo aliado, deberíamos haber realizado promesas tranquilizadoras respecto a los límites de nuestro compromiso; preferimos que éstas no llegaran a Moscú por medio de nuestros aliados hasta que el Politburó hubiera tomado al menos la decisión preliminar.

En verdad, los aliados no objetaban el momento de la ejecución tanto como la ausencia de oportunidades para efectuar nuestra decisión. Pero el inminente peligro no aguantó el intercambio de opiniones y, para ser francos, nosotros no aceptaríamos un punto de vista diferente del nuestro. No existía una posición intermedia entre el alerta y el no alertar. Sólo estaban en disputa las medidas disponibles, no las acciones. En nuestra percepción, sin embargo, se trataba de una clara emergencia y recaía en nosotros la responsabilidad de actuar como custodios de la seguridad occidental. Si nuestra estimación del peligro era correcta, debía ser decidido por estudiosos más imparciales del período. Pero en aquella noche de crisis potencial, teníamos la obligación de actuar sobre los hechos tal como los percibíamos. Por supuesto, los pasos unilaterales como el alerta deberían constituir sólo un último recurso; los aliados tendrían que ser consultados en todos los momentos en que fuera posible. Pero era seguro que las emergencias surgirían nuevamente; y no sería en provecho de nadie si el jefe protector de la seguridad del mundo libre, ante el hecho de una inminente intervención soviética, fuese incapacitado por procedimientos burocráticos.

La disociación del alerta irónicamente se extendió incluso a la diplomacia por la cual pretendíamos terminar la amenazante confrontación soviético-norteamericana. Con el objetivo de darles a los rusos una salida honorable —y para erigir un obstáculo legal a un movimiento unilateral soviético— nosotros habíamos promovido una idea acerca de una fuerza de emergencia de las Naciones Unidas de la cual todos los miembros permanentes fueron excluidos. Pensábamos que habíamos ganado al aceptar Sadat nuestra proposición. Pero Gran Bretaña y Francia objetaron su exclusión; aunque actualmente todavía no entiendo qué beneficio les hubiera conferido participar en una fuerza de las Naciones Unidas. Sus embajadores en la UN fueron terminantes y amenazaron con su veto, aun cuando éste podría haber arriesgado una reapertura sobre la cuestión de las tropas soviéticas en el Medio Oriente.

La República Federal de Alemania, el 25 de octubre —el día del alerta— decidió hacer público lo que ya nos había confiado privadamente; una imperiosa declaración de gobierno fue publicada:

Los envíos de armas a una de las partes contendientes usando el territorio de Alemania Occidental o las instalaciones de los depósitos norteamericanos en dicho territorio no pueden ser permitidos. El gobierno de Alemania Occidental confía en que los Estados Unidos pondrán fin de una vez por todas a los envíos desde y sobre Alemania Occidental.

A partir del momento en que nosotros estábamos llevando a cabo la solicitud privada de la República Federal, el propósito de una declaración pública sólo podía lograr el distanciar a Bonn de Washington para beneficio de una presumida Arabia en medio de una crisis aguda. En forma similar, el gobierno español se atrevió a declarar después del 25 de octubre que el alerta norteamericano no incluía a las bases de los Estados Unidos en su territorio, porque su uso requería el consentimiento de los dos países. El 26 de octubre nuestros aliados, por una petición francesa, suspendieron el trabajo de la declaración informal de la NATO como muestra de descontento acerca del hecho de que el alerta norteamericano había sido formulado sin la adecuada consulta. El 27 de octubre, un hombre de Estado del gobierno italiano afirmó que la asociación de la Alianza no obligaba a Italia a asistir a los Estados Unidos en su programa político del Medio Oriente.

Enfurecidos por sentirnos abandonados en la crisis, con nuestros nervios tensionados después de muchas noches de vigilia, reaccionamos de una manera que sin duda nos conduciría a aumentar la tirantez aún más. El 25 de octubre enviamos una penetrante nota a Bonn:

El gobierno de los Estados Unidos cree que para Occidente el hecho de exhibir debilidad y desunión ante una acción militar apoyada por los soviéticos en contra de Israel podría tener consecuencias desastrosas.

Similares quejas fueron realizadas a los ingleses y a los otros. La irritación acumulada y la tensión nerviosa reventaron en una galaxia de declaraciones públicas el 26 de octubre, lo cual confirmó la impresión general del desorden occidental. Yo instruí al portavoz del Departamento de Estado Robert McCloskey para que informara a los reporteros que *estábamos impresionados por el número de nuestros aliados que habían llegado al punto tal de separarse públicamente de nosotros*. McCloskey dijo con toda intención: *Hubiéramos apreciado un poco más un apoyo unificado*. Uniéndose a la refriega, el secretario de Defensa James Schlesinger formuló en una conferencia de prensa del Pentágono que las acciones norteamericanas en Europa tenían el propósito de realzar nuestra prontitud. Sin embargo,

las reacciones del ministro de Relaciones Exteriores de Alemania suscitaron algunas preguntas acerca de si ellos consideraban la prontitud de la misma manera que nosotros; en consecuencia debíamos reflexionar.

Como si la suerte lo hubiera dispuesto, Nixon también mantuvo una conferencia de prensa esa misma noche, menos de cuarenta y ocho horas después del alerta (*). El se asoció con estas críticas mencionando específicamente con aprobación el resumen de

(*) Esta fue la ocasión en la cual él describió su dramática confrontación con Brezhnev (ver Capítulo XII).

McCloskey. Agregó su propia peculiaridad: *Europa, que obtiene el ochenta por ciento de su combustible del Medio Oriente, se habría muerto de frío este invierno si no se hubiese producido este convenio.* En consecuencia, Nixon implicaba que nuestras acciones, incluido el alerta, habían contribuido más al abastecimiento seguro de combustible a Europa que al distanciamiento europeo de los Estados Unidos. Esgrimí el mismo argumento al embajador alemán Berndt von Staden en horas más tempranas ese día:

Reconocemos que los europeos dependen más del combustible árabe que los EE. UU., pero estamos en desacuerdo en que su vulnerabilidad disminuyó al desprenderse de nosotros en un asunto de esta importancia. Esa disociación no ayudará a los europeos en el mundo árabe. Los árabes saben que sólo los Estados Unidos pueden proveerles la ayuda para alcanzar un convenio político. No sólo la capitulación europea ante los árabes no resultaría para asegurarse el abastecimiento de combustible, sino que además podría tener consecuencias desastrosas respecto de la Unión Soviética, quien, si se le permite obtener éxito en el Cercano Oriente, es de esperar que aumente aún más su política agresiva en todas partes. Con la influencia soviética reducida ganaríamos una ventaja a largo plazo, aun pagando un precio a corto plazo.

Nuestros aliados no estaban de ningún modo preparados para pagar ni siquiera en esta medida, con destino a reducir el ascendiente soviético. Una carta de Willy Brandt a Nixon el 28 de octubre fue inmediatamente divulgada a la prensa por los alemanes. En ella sugería que su línea de argumentación estaba pensada como para obtener cierta repercusión popular en Alemania. Por más que Brandt expresó un mínimo de apoyo a las acciones norteamericanas, primariamente no cedió en su mérito pues ningún otro país era lo suficientemente poderoso como para tratar con la crisis. Brandt pensó que resultaba necesario agregar el punto hiriente de que hizo este discernimiento sin saber detalles sobre las acciones o las razones que nos habían provocado a actuar como lo habíamos hecho; en ese momento, más de setenta y dos horas después del alerta, tras días de epítomes públicos y privados, le había dado una gran importancia; la insinuación era, por lo tanto, que no había sido convencido por nuestros escritos y que nosotros habíamos actuado con imprudencia o estábamos reteniendo información. El principal propósito de su carta consistía en explicar al bando germano acerca de nuestro reaprovisionamiento a Israel desde sus depósitos. Alemania actuó porque las responsabilidades de la alianza común no se extendían al Medio Oriente: como si los aliados de la NATO estuvieran prohibidos por su alianza para apoyar cada lado fuera de Europa.

Pero si nuestro análisis era correcto todos los aliados tenían interés en prevenir que los soviéticos o los árabes radicales dominaran el Medio Oriente. Este punto fue expresamente tratado en la respuesta de Nixon a Brandt el 30 de octubre:

Usted nota que esta crisis no era un caso de responsabilidad común para la Alianza y que los aportes militares a Israel se debían a propósitos que no son parte de la responsabilidad de la Alianza. Yo no creo que nosotros podamos dibujar una línea tan fina cuando la Unión Soviética estaba y está tan profundamente involucrada y cuando la crisis amenazaba extenderse por toda la gama de las relaciones Oriente-Occidente. Me da la impresión de que la alianza no puede operar en un doble nivel en el cual las relaciones norteamericanas con la Unión Soviética están separadas de la política que nuestros aliados sostienen con la Unión Soviética. Disociándose de los Estados Unidos en el Medio Oriente nuestros aliados pueden creer que están protegiendo sus intereses económicos inmediatos, pero sólo a un costo a largo plazo. Una *détente* distinta, en la cual los

aliados esperan poder aislar sus relaciones con la Unión Soviética, puede solamente dividir a la alianza y finalmente producir consecuencias desastrosas para Europa.

Esa era la esencia de la disputa norteamericana con Europa. Seis meses después de la guerra del Medio Oriente nosotros habíamos propuesto un esfuerzo para definir los propósitos globales comunes. Nuestros aliados habían evadido la iniciativa con una variedad de pretextos de esencia y de procedimientos. Habían llegado tan lejos como para rechazar, incluir términos tales como sociedad e interdependencia en las numerosas declaraciones destinadas a simbolizar la unidad occidental. La crisis en el Medio Oriente nos trajo a casa, de repente, que las objeciones europeas no eran simplemente formales o institucionales como habían sido procesadas. Tampoco eran provocadas por indiscretas declaraciones norteamericanas (aunque nuestra fraseología no resultaba siempre de lo más oportuna).

La cada día más surgente Europa quería tener la opción de conducir un programa político separado del de los Estados Unidos; tal era en forma objetiva el caso de nuestro conflicto con Medio Oriente. De pronto, los mismos países que se habían quejado de mi locución, en la cual expresé que ellos debían defender sólo sus intereses regionales, reclamaban ahora el reconocimiento exclusivo de esos derechos regionales.

Ciertamente, desde el punto de vista europeo, serias críticas se podían realizar en contra de la política norteamericana. Pero ésta es otra forma de decir que la Alianza Atlántica, para permanecer vital, debía hacer lo mejor de sí para prevenir que se ulcerasen las percepciones conflictivas de sus intereses fundamentales por no haber sido atendidas. Este era el propósito de nuestro Año de Europa. Y si una crisis surgía cada lado del Atlántico debería balancear cuidadosamente los riesgos de una disociación, como también los riesgos de la unión de fuerzas. En realidad, era una pregunta interesante si los aliados podían afrontar el hecho de prevalecer en contra de cualquier socio colocado por las circunstancias en la mejor posición para dirigir los acontecimientos. Una alianza cuyos socios vitales no están preparados para cercenar su libertad de acción queda en vías de desintegración. En el Medio Oriente, en 1973, un fracaso norteamericano significaba un desastre para Occidente; incluso si la valoración europea hubiera sido superior a la nuestra, cosa que todavía dudo seriamente.

El beneficiario de un colapso del programa político norteamericano no hubiera sido Europa Occidental sino fuerzas que probablemente no harían distinciones finas entre las numerosas democracias industriales.

Reviendo la historia de este período encuentro impresionante que mientras nuestros aliados europeos dejaban poca duda acerca de su aversión por nuestra política ellos nunca articulaban una alternativa coherente. Tampoco se remitían a las consecuencias que les traería aparejado el hecho de un fracaso en nuestra estrategia (aunque parecería basar sus políticas en esta expectativa). Con la excepción de una previsoramente carta de Heath a Nixon el 31 de octubre uno busca en vano cualquier intento de presentar una estrategia distinta a la nuestra o un serio esfuerzo en busca de consultas. Nuestros aliados estaban satisfechos con cargarnos la responsabilidad de la diplomacia pero no estaban preparados para compartir los riesgos.

Existían mayores diferencias de esencia acerca de los dos aspectos del medio Oriente en cuanto a programas políticos: los objetivos de una diplomacia de posguerra, la respuesta al embargo del combustible y la reducción de su producción.

Con la posible excepción de los Países Bajos, nuestros aliados europeos tenían en claro lo que sucedería luego del cese del fuego: una presión norteamericana induciendo a Israel a retornar inmediatamente a las fronteras de 1967. Ellos presumían que nosotros teníamos el poder con el cual forzar a Israel a cumplir nuestra orden: si

dudábamos sería porque deseábamos subordinar los intereses europeos a nuestras presiones usuales, las cuales urgían ahora a Nixon a enfrentar descuidadamente el aprieto de Watergate. Ninguno de ellos disponía de una idea clara acerca de la forma de poner en acción lo que suponían. Tampoco parecían recordar que el Medio Oriente debía enfrentar un problema más inmediato: el de las fuerzas egipcias e israelíes peligrosamente introducidas en las líneas de comunicación y de un cuerpo de ejército israelí colocado a 30 kilómetros de Damasco. La retirada de estas fuerzas era vista como una prioridad para la mayoría de los líderes árabes, incluso los de Argelia y Siria. Esa fue la información que recibí en varias ocasiones durante mi segundo viaje a través del Medio Oriente en diciembre (ver Capítulo XVII). Nuestros aliados evidenciaban escaso raciocinio respecto a que su retórica tendía a reforzar la ascendencia de los árabes radicales sobre los moderados y a aumentar la influencia soviética sobre los dos; en su intento de poner las cuestiones en regla en ese momento, revelaban no tener percepción de los correspondientes obstáculos y riesgos. Esto ocurría mientras no habíamos efectuado todavía ningún contacto a alto nivel con Siria; no estábamos aún seguros de la orientación egipcia, y las disposiciones militares de final de guerra producían sus propias necesidades. Todos estos argumentos, si encontraban algún tipo de respuesta, eran rechazados como desvaríos de una mal entendida política o como subterfugios destinados a mantener el control norteamericano en el proceso de negociaciones. Como en el diálogo atlántico, nuestros aliados invertían de esencia al proceso; argumentaban que ellos deberían, en un modo indefinido, participar en la diplomacia de posguerra. Pero su inclinación proárabe y su apoyo por lo que significaba un impracticable acercamiento definitivo, los excluía como mediadores. Se irritaban por el hecho de encontrarse en un segundo plano. Aunque este rol de florcita fue producido sobre todo por sus propias acciones y se acentuó por su desgano para adoptar políticas en común sobre el petróleo.

La política de la Comunidad Europea invirtió grandes valores para conseguir la buena voluntad de los productores de combustible. Nuestros aliados rechazaron con carácter intransigente toda medida que aun en forma remota apareciera como confrontativa, tal como la de propiciar una posición común entre los consumidores de combustible. A eso se añadía la convicción de llevar a Europa a una mayor filosa oposición a nuestra estrategia del Medio Oriente.

En este estado de cosas, las insistentes declaraciones de los líderes europeos respecto a que la unión europea era esencial para marcar su propio peso, hizo ver que no eran simplemente reconocimientos teóricos de nuevos cambios institucionales con los cuales de hecho estábamos de acuerdo. Su contexto les otorgaba una apariencia más ominosa. El 31 de octubre Pompidou pidió una política europea común en el Medio Oriente. Afirmó que se le debía otorgar a Europa un rol más importante en los asuntos mundiales pues los esfuerzos soviéticos y norteamericanos para sosegar las crisis mundiales podrían resultar peligrosos porque llevaban a choques generalizados. Esto, si significaba algo, implicaba que Europa debía tener la opción de oponerse a los dos lados en el Medio Oriente y quedarse afuera de algunos conflictos de Oriente-Occidente; era la única forma de evitar que se tornaran generales. Para lograrlo propuso iniciar inmediatamente reuniones cumbre regulares de los socios europeos de Francia, moción que los colegas de Pompidou aceptaron enseguida.

Lo que podría parecer una política de independencia europea acerca del Medio Oriente se tornó patente menos de una semana después. El 6 de noviembre de 1973, los ministros de Relaciones Exteriores de la Comunidad se reunieron en Bruselas. Aun cuando yo estaba camino a El Cairo y ellos habían sido informados acerca de nuestra estrategia de darle prioridad a la retirada más que al regateo de la línea de cese del fuego del 22 de octubre, pensaron que era apropiado proponer un programa que cons-

tituía un desafío directo a nuestra política. Sin consultarnos ni tampoco esperar el resultado de mi misión en El Cairo, nuestros aliados europeos demandaron una inmediata retirada israelí a la línea del 22 de octubre con el objetivo de consolidar el cese del fuego y las fronteras de 1967 para conseguir la paz. No importa quién estaba en lo correcto, la declaración europea competiría con nuestra diplomacia o demostraría la irrelevancia europea, nada de lo cual era deseado. La única explicación racional del apresuramiento europeo era que ellos querían intentar el riesgo de una posición avanzada a la nuestra incluso en el caso que nosotros tuviéramos éxito —como luego sucedió, el terreno fue cortado antes por debajo de ellos— y también deseaban tener una plataforma desde la cual podrían oponérsenos en caso de que falláramos.

El 9 de noviembre, una *fente diplomática* en Bruselas fue citada por el *New York Times* en razón de que la crisis del Medio Oriente había reforzado la oposición a nuestros esfuerzos por incluir palabras como *sociedad* e *interdependencia* en la propuesta declaración de la Comunidad Europea-Norteamericana (5). La independencia como una precondition de la oposición parecía ser la consigna.

El 12 de noviembre, como se dijo, Jobert removió las aguas con una de sus agrias presentaciones en la Asamblea Nacional Francesa. Denunció a los Estados Unidos por no haber consultado a sus aliados durante la guerra del Medio Oriente. Atacó a las superpotencias por el intento de monopolizar el convenio del Medio Oriente —dijo— mientras Europa fue excluida:

una olvidada víctima del conflicto, pero una víctima al fin y al cabo, aún cuando perpetuamente denunciaba los riesgos. Su angustia y su amargura eran obvias. Pero también hizo notar que era más que un peón, más que un instrumento o una ventaja en el arbitraje de las superpotencias. Puede y debería aprender una lección básica de esto.

Mucha gente espera que Europa no sólo reaccione sino que verdaderamente nazca por fin. . .

La alocución de Jobert llegaba a sugerir que Europa articulaba su identidad como un permanente desafío a los Estados Unidos. Se daba por sentado que los intereses europeos y norteamericanos resultaban divergentes. Europa podría reivindicar sus puntos de vista sólo a través de una disponibilidad para una confrontación con su aliado de allende el Atlántico; incluso cuando Jobert proclamaba que ese aliado se mantenía indispensable para la defensa común (6). Cuánto tiempo podría ser posible mantener una garantía de seguridad norteamericana para una Europa que se dissociaba de los intereses vitales que nosotros considerábamos comunes, era el tema de no pocas discusiones, tanto públicas como privadas.

A mediados de noviembre, en el parlamento europeo, Brandt retomó el tema en su alocución: *En un mundo cuyo destino no puede ni debe ser determinado sólo por dos superpotencias, la influencia de una Europa unida se torna indispensable.* El 20 de noviembre los ministros de Relaciones Exteriores de la Comunidad Europea se citaron en Copenhague a fin de preparar una reunión cumbre europea para tratar la crisis del Medio Oriente. Aun cuando nosotros estábamos ocupados en delicadas negociaciones designadas a mover al Medio Oriente hacia la paz y a convocar la Conferencia de Génova, no nos dieron ninguna indicación de las conclusiones preliminares.

Normalmente, tal ataque de nuestros aliados hubiera producido una cerrazón de los Estados Unidos. Las jefaturas de los dos partidos políticos, que habían apoyado el compromiso norteamericano en los asuntos mundiales con la NATO como su piedra angular, se hubieran reunido para defender sus logros, al igual que lo habían hecho en 1971 en contra de la enmienda Mansfield para retirar las tropas de Europa.

Pero 1973 no era un año normal. En la atmósfera de Watergate la acusación europea de una diplomacia norteamericana llevada a alto nivel encontró una audiencia receptora; muchos de los tradicionales que apoyaban los lazos de la Alianza no podían creer que hubiera alguna cuestión en la cual Nixon estuviera en lo correcto. El editorial del 31 de octubre del *New York Times* se hizo eco de lo manifestado por otros importantes periódicos:

El fracaso de Washington en cuanto a consultas a despecho de las incontables promesas de hacerlas y su decisión de no brindar a sus aliados las advertencias previas de un alerta militar que inevitablemente afectó sus intereses, establece un sombrío modelo familiar para su gobierno. El señor Nixon y el secretario Kissinger pueden hablar elocuentemente acerca de la indispensable conexión europeo-norteamericana; pero sus acciones, particularmente en tiempo de crisis, no conciden con sus palabras.

El senador Edward M. Kennedy publicó en noviembre un artículo de cinco páginas acusando a la administración Nixon de haber creado descuidadamente una crisis en la Alianza Atlántica y urgiendo a una reafirmación del principio de consultación aliada (7). El 21 de noviembre, el profesor Zbigniew Brzezinski repitió en un artículo de un diario lo que estaba empezando a tornarse un refrán partidista: *Es difícil imaginarse un programa más calculado para dañar las relaciones de la Alianza y especialmente la noción de sus consultas que el que los Estados Unidos han seguido en forma unilateral en estos días* (8).

El problema iba mucho más allá, por supuesto, de la insuficiencia de la consultación. Esto se mostró a través de una reacción británica en una conferencia de prensa que mantuvo el 21 de noviembre. Había efectuado tres ítem. En primer término, la Alianza Atlántica continuaba siendo la esencia de la política exterior norteamericana. Al mismo tiempo,

uno no podía evitar las quizá melancólicas conclusiones de que algunos de nuestros aliados europeos veían sus intereses tan diferentes de los de los Estados Unidos, que estaban preparados para romper las relaciones con Norteamérica en un asunto de una consecuencia internacional muy grave y que nosotros creíamos tenía un muy profundo corolario para ellos también.

Finalmente, la falta de consultación no era el problema principal:

Un hecho fundamental del estado de cosas es que los países que fueron requeridos en mayor medida resultaron ser los más difíciles en su cooperación, y aquellos países que eran más cooperativos fueron consultados en menor medida.

Mi último comentario en una presentación de otro modo conciliatoria condujo a Heath en el combate; pues él asumió, correctamente, que Gran Bretaña había sido uno de los países que yo tenía en mente como los más consultados. Se alivió consigo mismo en una cena con sus pares norteamericanos el 28 de noviembre que comenzó de una manera confidencial pero cuyas reglas básicas estaban relajadas a medida que él cobraba afición al asunto. En el proceso, Heath subrayó sin querer mi punto básico. La diferencia entre Europa y nosotros fue causada sólo superficialmente por la inadecuada consultación; el verdadero problema consistía en el choque de las perspectivas políticas que ninguna cantidad de consultas podrían remover. Nuestra embajada informó acerca de los puntos de vista de Heath así:

Nunca hubo un entendimiento mutuo entre los Estados Unidos y Europa acerca del Medio Oriente. *No deseo hacer resurgir la cuestión de Suez, pero es válida para mucha gente.* El Medio Oriente está fuera de la NATO. Durante los últimos seis años —desde la guerra de 1967— los Estados Unidos tuvieron amplia oportunidad para presionar a Israel a negociar y no se ha logrado nada. Cuando nosotros tuvimos reuniones de las Cuatro Potencias fuimos advertidos por los norteamericanos que no nos metiéramos en el asunto. Todos nosotros sabíamos lo que pasaría y sucedió. Otra guerra era inevitable. (La tendencia de los comentarios de Heath hacía claro que, en su opinión, Gran Bretaña había estado en desacuerdo con la política norteamericana desde 1967 y que los puntos de vista británicos no habían sido objeto de consideración por parte de los Estados Unidos en el formulamiento de la política del Medio Oriente.)

En esta situación la unilateralidad de cada bando se alimentaba en la del otro tornándose en una profecía que se reabastecía a sí misma. Era irritativo e incluso humillante, para países como Gran Bretaña y Francia, ser excluidos de una conferencia de paz en el Medio Oriente. Pero su conducta garantizaba que Israel no los aceptaría como imparciales e incluso para nosotros los europeos parecían más cercanos a la posición soviética y por lo tanto servían objetivamente para frustrar la única estrategia que en nuestra opinión contaba con una chance de funcionar. Teníamos la impresión que el interés predominante de algunos de nuestros principales aliados no era elaborar una estrategia de largo alcance sino terminar con las reducciones de combustible árabe destinadas a ellos y, si era necesario, a nuestras expensas. El plan que poseía dos opciones, una dirigida a la construcción de una red segura para nuestra contingencia y otra para la técnica, fue frustrado.

Los EE.UU. y sus aliados democráticos no sólo nos estaban llevando aparte, también nos empujaban a una competición. No estábamos solos en nuestro desasosiego acerca de estas tendencias. El señor Alec Douglas-Home se hallaba lo suficientemente interesado en ellas pues el 29 de noviembre me escribió una carta personal, un día después del estallido de su primer ministro. Insistió que la NATO era el eje de la política exterior y de defensa británica. Al mismo tiempo, *no creo que usted nos sentiría como de mucho valor en calidad de amigo y aliado si nosotros apoyáramos la política norteamericana ciegamente aún considerándola incorrecta.* Prosiguió explicando que Gran Bretaña había abogado durante años por una trayectoria consistente en el Medio Oriente; la cual no había cambiado bajo el impacto de los recientes eventos. Luego resumió sus puntos de vista acerca de cómo trascender la crisis:

Estamos firmemente al lado de los Estados Unidos en las cuestiones Oriente-Occidente lo cual podría conducir a una seria confrontación. En todo caso de inseguridad el beneficio de la duda pesaría decisivamente en el lado norteamericano de la escala. Pero usted debe hacer de su parte todo lo posible para reducir el área de inseguridad, lo cual significa introducirnos más sistemáticamente en sus confidencias y consultarnos durante el período de evolución hacia la crisis y las confrontaciones. Creo que esto implica también al Medio Oriente donde, si puedo decirlo, considero que tras muchos años de gobiernos norteamericanos no se le han dado importancia a políticas como la nuestra y otras que tienen mucho y quizá más que mucho para decir por ellos... Estoy seguro de que nuestro objetivo sería el de restaurar la antigua intimidad y no puedo ver razón alguna por la cual esto no sea posible.

Home, como ya lo he enfatizado, fue uno de los más prudentes y honestos hombres que yo tuve el privilegio de encontrar. Nunca nos cuestionamos que para él la sociedad atlántica era una necesidad moral; contrariamente a su primer ministro no veía la vocación británica europea requiriendo el aflojamiento de los lazos transatlánticos contruidos por más de tres décadas. Había muy poco en la carta de Home con lo cual no coincidiera. En su crítica él tenía un punto referente a las políticas previas norteamericanas. Nosotros, por turno, estábamos deseosos, mejor dicho anhelantes, de mejorar el proceso de las consultaciones. Mi inquietud era que los nuevos procedimientos de la Comunidad Europea estaban trabajando en contra de este objetivo. Ninguno de nosotros tenía la respuesta apta acerca de la forma con la cual reconciliar la identidad europea y la sociedad atlántica especialmente cuando esa *identidad* era lisa y llanamente contradictoria a la nuestra en el Medio Oriente. Pero bajo el estímulo de Home decidimos hacer otro intento.

EL CONSEJO DEL ATLANTICO NORTE Y EL DISCURSO DE LOS PEREGRINOS

Todos los ministros de Relaciones Exteriores de la Alianza se reunieron en diciembre en Bruselas para la junta ministerial del Consejo del Atlántico Norte. La atmósfera estaba muy lejos de ser ideal. Eramos conscientes de nuestros agravios, probablemente en exceso. Los aliados que pertenecían a los *nueve* parecían hipnotizados por el proceso de unificación europea. Actuaban como si fuese una respuesta suficiente a nuestros intereses esenciales el señalar cuán compleja fue la tarea para lograr un consenso europeo y cómo se fue procediendo más rápidamente de lo que ninguno podría haber esperado.

Sin embargo la reunión tendría sin duda un efecto tranquilizante. El Consejo del Atlántico Norte es la expresión institucional de la Alianza. La razón básica de su existencia consiste en reforzar la seguridad común: un objetivo no discutido por ningún aliado ni siquiera en las más intensas controversias. Sus procedimientos tienden a acentuar el consenso. Y de la misma manera que Francia usaba el procedimiento del consenso para dominar a la Comunidad Europea, también nosotros, como el país que aportaba la cortina nuclear, teníamos una voz decisiva en el Consejo. Los aliados que no pertenecían a la Comunidad Europea no deseaban que la disputa transatlántica socavara su seguridad. La mayoría de los miembros de los *nueve*, cuando fueron liberados de los procedimientos de la Comunidad, se hallaban disconformes de tener que elegir entre Francia (apoyada por Gran Bretaña) o los Estados Unidos. Joseph Luns, el vigoroso secretario general de la NATO, podía ser fuertemente intimidante con respecto a cualquier descarriado que se opusiera a su concepción de lo requerido por la unidad aliada.

En conjunto, la reunión de Bruselas verdaderamente ayudó a restañar las heridas. Yo realicé una declaración final conciliatoria reiterando que la NATO era la piedra angular de nuestra política externa: una frase hecha que parecía calmar los ánimos incluso cuando invocaba aceptar programas políticos obviamente divergentes. Demandé también por un nuevo acto de visión para aumentar la vitalidad de la Alianza. El día siguiente lo dediqué a reuniones individuales con otros ministros de Relaciones Exteriores. El principal vestigio de reciente disconformidad fue que mis primeras dos conversaciones fueron con los ministros de los aliados que habían permanecido de nuestro lado a través de la crisis del Medio Oriente: los Países Bajos y Portugal. Como con muchos gestos en cuya sutileza uno se enorgullecía, su significado fue aparentemente perdido por mis colegas. O si no decidieron que no se lograría nada haciéndolo notar.

Cada reunión de la NATO proveía la ocasión para una cena con los ministros de

Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la República Federal. La NATO no reconoce una jerarquía basada en tamaño o influencia; en consecuencia, el pretexto para lo que significaba una reunión de los *cuatro grandes* constituía su responsabilidad para el gobernante de Berlín. Desde el acuerdo de Berlín de 1971 no se habían producido allí muchos negocios; lo que aparecía podía ser resuelto en unos pocos minutos. El resto del tiempo fue dedicado a una revista de la situación internacional. La cena del 9 de diciembre se desarrolló en forma lo suficientemente agradable. Home hizo cuanto pudo para poner un buen semblante con respecto a los recientes desacuerdos subrayando la familiar legalidad de que la NATO nunca había pensado en tener responsabilidades en el Medio Oriente. Surgieron someras quejas europeas acerca de la falta de consultación del alerta. Yo repliqué que nuestros esfuerzos habían evitado una victoria para las armas soviéticas y que estaban en el proceso de reducir la influencia soviética: un objetivo que era beneficioso para todos los aliados. Jobert contuvo su lado perjudicial. Se limitó a cuestionar penetrantes y objetivas preguntas y prometió un discurso tranquilo para la sesión plenaria del día siguiente.

Dadas nuestras esenciales contribuciones a la defensa de Occidente, las sesiones plenarios inevitablemente dependieron del secretario norteamericano de Estado, cuyo discurso constituía una importante atracción. El 10 de diciembre urgí por un programa de tres partes: completar tan rápidamente como fuera posible las dos declaraciones conjuntas; calcular los procedimientos para las consultas acerca de los problemas comunes fuera del área de la NATO; y tratar conjuntamente la crisis energética. Para reducir las quejas acerca de los inadecuados requerimientos ofrecí reuniones regulares en un nivel ministerial para concertar programas políticos fuera del área de la NATO. Esa idea había sido aceptada desanimadamente por Francia en Reykjavik en mayo —o por lo menos así lo entendimos—, pero nunca fue implementada.

Actualmente todavía no sé si Jobert, quien insistió en hablar en último término, había intentado estar siempre en la ofensiva o si mis observaciones lo habían provocado. No importa cuáles fueran sus motivos, siempre esquivó mi proposición para mejorar las consultaciones. En cambio, usó la ocasión para su, en este momento muy repetido, asalto acerca del condominio supuestamente establecido por las dos superpotencias. Citó la provisión de consultas del pacto soviético-norteamericano de prevención de una guerra nuclear como el más notorio ejemplo (ver Capítulo VII). Sugirió que era mejor que Europa elaborase su propio programa político. Usé el raramente ejercido derecho de réplica a una refutación cortante. Expliqué las provisiones de ese acuerdo, cuyo significado e historia Jobert conocía muy bien, y concluí: *Estoy repitiendo estos hechos para aclararlos públicamente. Si una mala interpretación de los mismos continúa siendo repetida, no podrá ser pasada por alto.*

Pero la racha voló rápidamente. La NATO era un pobre foro para las salidas de Jobert. La memoria de 25 años de cooperación no iba a ser borrada por los puntos debatidos. En la siguiente mañana Jobert y yo nos encontramos después del desayuno. Sin excepción, nuestros encuentros privados pasaron agradablemente, incluso entretenidos, pues mi colega francés era un hombre de carisma inusual, inteligencia penetrante y agudo ingenio. Para mostrar su buena voluntad retiró su previa objeción a un encuentro de los ministros de Relaciones Exteriores de la Comunidad Europea conmigo.

Un encuentro con nueve cancilleres, ocho de los cuales además eran miembros de la NATO (con la única excepción de Irlanda), se hubiera tornado un problema en las relaciones del Atlántico; mostraría el grado al que se había llegado para presionar la cohesión atlántica por los procedimientos elaborados por la resurgente Europa: o al menos por la forma en que Jobert los apoyaba. Habiendo prohibido los términos so-

ciudad e interdependencia en la proyectada declaración entre los Estados Unidos y la Comunidad Europea, Jobert también vetó toda discusión entre Norteamérica y Europa en un nivel ministerial. Lo absurdo de esta posición debió haber sido demasiado para los colegas de Jobert. Ese era seguramente el punto de vista del ministro de Relaciones Exteriores danés, Anderson, quien estaba desempeñando las obligaciones como presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad con dignidad y certeza. O quizás Jobert percibió que había sobreactuado durante la reunión de la NATO. No importa cuál fuera la explicación, mi encuentro con los *nueve* ministros de Relaciones Exteriores de la Comunidad tuvo lugar en la tarde del 11 de diciembre tras la clausura del Consejo del Atlántico Norte.

La situación era grotesca. Yo había pasado recientemente casi tres días con ocho de ellos. Los había visto como grupo y en forma individual. No existía literalmente nada nuevo de lo cual hablar. Además, para cuidar la sensibilidad francesa de que la Comunidad Europea no se desvaneciera en la NATO, mis colegas pensaban que era imprudente reunirse en las oficinas centrales de este organismo fuera de Bruselas, donde todos nos encontrábamos, y que hubiera sido lo más conveniente. Jobert no se haría presente en ningún edificio oficial, como una embajada, por razones que escapan a mi entendimiento si alguna vez lo conocí. El compromiso se concretó en la *suite* de Anderson en el Bruselas Hilton.

La reunión no será registrada en la historia diplomática por haber incrementado la suma de conocimientos de alguien, exceptuando el de aquel ministro de Relaciones Exteriores irlandés poseedor de un aire de duende, Garret FitzGerald, quien nunca antes había sido testigo de ritos de tribus transatlánticas. Para su beneficio repetí los argumentos a favor del Año de Europa con los cuales en ese momento mis otros colegas estaban sin duda alguna hartos. Se produjo algún comentario obligatorio y superficial de dos o tres ministros que no fueron más creativos que yo en encontrar algo original para decir. FitzGerald, para quien todo este aparato era nuevo, pasó un momento maravilloso. Pero incluso su ingenio y su aguda mente no pudieron extender la reunión más allá de una hora. Ya era bastante para el alivio de Jobert, quien quería asegurarse de que había pocos incentivos para transformar la reunión en permanente.

Luego, un Anderson brillante, en su último mes como presidente del grupo, descendió conmigo a la planta baja e informó a la prensa que aguardaba acerca de la *histórica* reunión. El danés había resultado una inocente víctima de la lucha entre la formalidad legal de la Comunidad y nuestros abstractos conceptos de sociedad. Parecía sentir alivio de que todo hubiera terminado, lo cual para él era lo menor en su capacidad como presidente. En mi opinión, la reunión subrayó el malestar de las relaciones europeo-norteamericanas más que aliviarlas.

En consecuencia, a fin de terminar con la disputa, efectué otra proposición conciliatoria. Muchos meses antes, yo había acordado dirigirme a la *Society of Pilgrims* (*) en Londres, un prestigioso grupo dedicado, como su nombre lo presupone, a la afirmación de las relaciones anglo-norteamericanas. Mi visita tuvo que ser cancelada una vez a causa de la guerra de Medio Oriente. Cuando se replanteó continuar la reunión de la NATO sir Alec se había ofrecido a servirme de introductor. Durante todo el difícil período él no economizó esfuerzos en pos de mejorar los lazos europeo-norteamericanos. Había generosamente elogiado mi visita a Bruselas por haber *reforzado la Alianza*. Y había tomado parte de la culpa por las tensiones atlánticas sobre los hombros de Europa cuando declaró a la prensa que los europeos *no habían reconocido tan rápidamente como los Estados Unidos* el significado estratégico de la guerra del Medio Oriente.

(*) Sociedad de los Peregrinos.

Al dirigir la palabra en la cena de etiqueta, la noche del 12 de diciembre, resumi nuevamente las razones que nos habían inducido a proponer el Año de Europa: el crecimiento de la fuerza europea, la emergente paridad nuclear, el impacto de un período de tensiones relajantes, la creciente interdependencia de nuestras economías. Todo esto ocurría en un cambiante ambiente psicológico que tendía a debilitar las bases morales de la cohesión aliada:

La nueva generación de líderes en Europa, Canadá y Norteamérica no tendrá ni la memoria personal ni el compromiso emocional de quienes fundaron la Alianza Atlántica. Incluso hoy día la mayoría en ambos lados del Atlántico no ha experimentado la amenaza que produjo la creación de la Alianza o el sentido de los logros asociados a su crecimiento. Incluso hoy día en los Estados Unidos más de cuarenta senadores constantemente votan para hacer reducciones masivas unilaterales de las fuerzas norteamericanas en Europa. Incluso actualmente algunos europeos han llegado a creer que su identidad debería ser medida por su distancia de los Estados Unidos. En ambos lados del Atlántico, nos enfrentamos con la anómala —y peligrosa— situación en la cual la opinión pública identifica cada vez más a las relaciones con adversarios como el éxito de los programas de política exterior, mientras que las relaciones con los aliados parecen estar caracterizadas por la riña y la inacción.

Luego mencioné los cuatro principios del programa político norteamericano que serían las bases de nuestro diálogo con nuestros aliados europeos: la indispensable coexistencia Oriente-Occidente influida por la cautela de que *debemos vigilar que la búsqueda de una "détente" no socave las amistades que hicieron posible esa "détente"*: la necesidad de una defensa en común; la realidad de una unidad europea; y el hecho de una creciente interdependencia económica. Estábamos preparados a consultar intensivamente en esta agenda o en cualquier otra que Europa propusiera. Al mismo tiempo advertí en contra de darle a estas consultaciones una forma demasiado formalística:

Pero permítannos recordar que incluso la maquinaria más consultativa no puede sustituir la visión común y los objetivos compartidos; no puede reemplazar la red completa de conexiones intangibles que han sido los reales tendones de la afinidad atlántica y especialmente de la conexión anglo-norteamericana. Debemos tener cuidado primeramente en definir la unidad europea en un modo demasiado legal como para perder lo que ha hecho a nuestra alianza única: que en el sentido profundo Europa y EE.UU. no se consideraran una a la otras entidades extranjeras conductoras de diplomacias tradicionales, sino como miembros de una gran comunidad acoplada, a veces penosa pero finalmente siempre cooperativa, en una iniciativa común.

Si miráramos al futuro podríamos percibir desafíos comparados con los cuales nuestras recientes disputas resultarían triviales. Un nuevo sistema internacional está reemplazando la estructura de los años inmediatos de posguerra. Los programas políticos externos de China y la Unión Soviética se hallan en un período de transición. Europa Occidental se está uniendo. Nuevas naciones buscan una identidad y un rol apropiado. Todavía, actualmente, las conexiones económicas cambian más rápidamente que las estructuras que las nutrieron. Nosotros —Europa, Canadá y los Estados Unidos— tenemos sólo dos posibilidades: creatividad juntos o irrelevancia separados.

Como un ejemplo de esta nueva creatividad invité a las democracias industriales a que formaran un grupo de acción energético

de honorables y prestigiosos individuos con un mandato destinado a desarrollar en tres meses un programa de colaboración en todas las áreas de problemas energéticos. Nosotros lo dejaríamos a los miembros de los *nueve* decidir si prefieren participar como la Comunidad Europea.

Y concluí con otra súplica en procura de una unidad moral:

Tenemos todas las razones de obligación y egoísmo para preservar la más exitosa sociedad en la historia. Los Estados Unidos se comprometen a hacer de la Comunidad Atlántica una fuerza vital positiva para el futuro, tal como lo fue en el pasado. Lo que recientemente fue tomado por supuesto debe ahora ser renovado. Esto no es un desafío norteamericano a Europa sino un desafío histórico para todos nosotros.

Cité por extenso ese discurso porque no había objetivo que significara más para mi que el de mantener la vital sociedad entre los Estados Unidos y Europa. En el discurso de los Peregrinos traté de encontrar anteriores quejas europeas. Ofrecí una carta blanca para consultas más próximas. Específicamente afirmé las responsabilidades globales europeas enterrando formalmente las falsas noticias de que pretendíamos confinar a Europa a roles regionales. Propuse tratar en conjunto el problema energético que había causado casi pánico entre nuestros aliados (ver Capítulo XIX).

Cualquier agravio pasible de ser solucionado con palabras debía ser extraído del discurso de los Peregrinos. Y dado que muchas de estas quejas habían provocado objeciones a mi primer discurso del Año de Europa las aparté o ubiqué en el contexto para que se pudiera retornar a un espíritu de cooperación.

Pero hechos posteriores demostraron que el problema era más profundo. Queríamos otorgarle un nuevo propósito a las relaciones; nuestros aliados dieron prioridad a la construcción de una Europa unida. Y consideraban, erróneamente desde nuestro punto de vista, que ambas causas no podían avanzar simultáneamente. En algunos casos los dos esfuerzos fueron constantemente interrumpidos por cataclismos internos, crisis externas y la chocante escasez de tiempo para dos importantes iniciativas. Pronto el modelo que se había desarrollado a lo largo del año pasado nos reclamó.

Dejé Londres para dedicarme al proceso de paz del Medio Oriente que era en esencia unilateral. Durante días, las cabezas de los gobiernos de la Comunidad Europea se reunieron en Copenhague para definirse individualmente. No respondieron al discurso de los Peregrinos, ignorando las sugerencias para los nuevos procedimientos consultativos como así también la propuesta para la formación de un grupo de acción sobre energía. El tema acerca del cual estaban preparados para ser específicos era el Medio Oriente. Reiteraron su reclamo en pro de una solución razonable, mientras yo por mi parte buscaba convocar la conferencia de Génova y comenzar el proceso de desunión sobre bases realizadas paso a paso hasta con el apoyo de estados árabes radicales. Esta vez fue en Riyadh donde las noticias de la declaración europea me alcanzaron. Me informé también que nuestros aliados no estarían contentos con las declaraciones: Los franceses urgían un diálogo árabe-europeo separado. Dados los objetivos europeos expuestos la actitud estaba seguramente destinada a actuar en contra de nuestros propósitos utilizando nuestros propios esfuerzos. Y la cumbre europea adicionó otra advertencia a la creciente divergencia. Un grupo de ministros de relaciones exteriores árabes se habían presentado en Copenhague y parecían no tener dificultades en en-

contrarse con los jefes de los gobiernos de la Comunidad. Por lo menos, muchos menos obstáculos, de hecho, que los que Nixon había encontrado en la busca del Año de Europa. No había ninguna sugestión, como había sido el caso de los presidentes norteamericanos, de que los cancilleres se reunieran sólo con el presidente de la Comunidad. Ciertamente, algunos aliados demandaron que la aparición árabe era una sorpresa; todo el asunto había sido arreglado impulsivamente. Nosotros lo conocíamos mejor y ellos lo sabían.

En esta atmósfera llamé a Jobert a su oficina del Quai d'Orsay el 19 de diciembre para informarle acerca de mi recientemente finalizado viaje al Medio Oriente y de la próxima conferencia de Génova. Primeramente se realizó la acostumbrada mezcla de buena voluntad personal y cautelosa esgrima. Jobert me preguntó cómo me sentía entre mis verdaderos amigos. Le respondí que yo me adecuaba a la situación estando entre amigos, reales o no. Amaba las paradojas y era jugueteón. Le daba satisfacción el pretender que sus puntos de vista personales diferían de la política que el interés nacional o su presidente le imponían; me dijo que él verdaderamente concordaba con nuestro acercamiento paso a paso en el Medio Oriente. Desafortunadamente, como ministro de Relaciones Exteriores de Francia debía tomar una posición diferente. Lo haría en forma despaciosa y tan astutamente como pudiera. Le pregunté por qué estaba en el interés francés que él actuara contra sus propias convicciones. Me respondió que Francia debía cubrir las apariencias en el Medio Oriente. Después de todo, nosotros habíamos dejado caer a Europa fuera del área. Esto se lo negué. Le pregunté qué haría Francia si estuviera en el área. Jobert replicó que en principio sería una gran satisfacción pero que verdaderamente él no sabía lo que Francia haría.

¿Constituían entonces todas las posturas y fricciones un asunto de apariencias? Jobert no reveló su pensamiento. En vez, habiendo en efecto establecido su acuerdo personal con nuestro programa político en el Medio Oriente, comenzó a agobiarnos con respecto a Europa. El nos acusó por haber usado a Luxemburgo, por sobre todos los países, para bloquear la unidad del grupo de los *nueve*. Esto era demasiado absurdo como proceder, incluso para Jobert; por lo tanto terminó la discusión con otra paradoja: *Bueno, de todos modos, nunca se logrará tener una Europa fuerte*. Entonces ¿cuál era la razón de todos estos feroces discursos y de todas estas desafiantes declaraciones? Jobert se comportaba como un hombre predestinado a atacar el fracaso por el honor de su país. Era similarmente ambiguo acerca de las numerosas declaraciones atlánticas. Podría o no probarse en el informe de la Comunidad Europea; me lo haría saber en enero (verdaderamente, nunca lo hizo). De todos modos, declaró, el resultado no implicaría mucha diferencia. Jobert veía la complejidad de la situación pero no la dirección que nos podría llevar a su resolución. O quizás él pensaba que toda resolución amenazaría la preeminencia de Francia en el continente europeo. En ese caso, el mejor resultado para Francia era que no sucediera nada; Jobert en ese tema tenía intereses creados por una paralización.

Y ése fue en efecto el tema de Georges Pompidou cuando yo lo vi por última vez al día siguiente, el 20 de diciembre de 1973. Georges Pompidou estaba conformado con un material más rígido aún que el de Jobert. No era similar a él en cuanto a decir cosas en broma y sabía que se estaba muriendo. No mostraba ningún tipo de signo del atroz dolor que —más tarde me enteré— lo atormentaba casi constantemente. Era obsequioso y educado como siempre. Pero quizás la limitada perspectiva que el destino le había impuesto le hacía caer en la desconocida rudeza con la cual él rechazaba toda iniciativa concebible. Declaró la falta de interés por parte del gobierno de Francia en la Conferencia de Génova desde que había sido excluido por la Unión Soviética y por los Estados Unidos. Y en cuanto a las relaciones entre los Estados Unidos y Europa, él no estaba dispuesto a realizar ningún intento para codificarlas:

Yo puedo decirle a usted como francés que soy que no vemos ninguna necesidad de realizar una declaración formal similar a las bases para las relaciones entre Europa y los Estados Unidos. Pero nosotros no nos encontramos seguros y fuertes con respecto a ella. Preferiríamos que no hubiera ninguna declaración o quizás una muy informal y por medio de una iniciativa más europea. Eso eliminaría la necesidad de un obstáculo nihilista norteamericano.

Y él también se oponía a mi proposición respecto a un grupo de acción energética. Toda sociedad de consumidores de combustibles implicaría un riesgo de confrontación con los productores. El no aceptaría ni siquiera la menor posibilidad de un corte en el abastecimiento de combustible de Francia; por lo tanto no tenía sentido ni valía la pena una agrupación de consumidores.

Si Francia insistía en una libertad de acción en el Medio Oriente, rechazaba el hecho de participar en una asociación de consumidores acerca de lo energético y no consideraba necesaria ninguna Declaración Atlántica, quedaba muy poco del diálogo atlántico. Cuando dos puntos de vista del futuro chocan, solamente uno de ellos puede resultar ser correcto. Lo que no puede ser creado por previsión debe entonces ser concebido a través de la experiencia. Y era a esto, el más penoso método de educación, que las naciones atlánticas se habían condenado a sí mismas por su desunión. El Año de Europa había finalizado.

¿QUE ANDUVO MAL?

Muchos factores se combinaron para producir la decepción. La mayoría de las críticas que fueron hechas en 1973 dejaron desde entonces de tener importancia en cuanto a su significado, y algunas eran insignificantes y partidistas: que nos encontrábamos más a gusto negociando con adversarios que con aliados; que no consultábamos bastante con las naciones europeas; que presionábamos a los amigos.

Ciertamente era mucho menos complejo negociar con regímenes autoritarios, pero nosotros estábamos mucho más profundamente comprometidos con el Año de Europa que con cualquier iniciativa hacia el mundo comunista. Por eso pusimos la otra mejilla ante tantos desaires. Y en cuanto a las consultas, la estimación que yo he dado deja muy pocas dudas de que el Año de Europa estuvo inundado de consultas.

Sin duda, cometimos errores tácticos. Intentar una política exterior como ésta desde la oficina del consejero nacional de Seguridad resulta incómodo. Pero así lo deseaba el presidente, y con el secretario Rogers a punto de renunciar, a mí, decididamente, me interesaba intentarlo. Nosotros habíamos alcanzado nuestros éxitos en otras áreas sin el Departamento de Estado. Pero las relaciones con Europa no se prestaban a una diplomacia secreta seguida de pronunciamientos espectaculares. Había demasiadas naciones involucradas como para permitir el uso de medios no oficiales. La diplomacia del Atlántico Norte había establecido en forma los modelos para las consultas, los cuales eran vigilados celosamente, a veces con ferocidad, por sus burocracias. Si yo hubiera sido secretario de Estado desde el comienzo, en vez de consejero de Seguridad Nacional, habría sido probablemente más sensible a la necesidad de comprometer a los ministerios de relaciones exteriores aliados. Pero desde la Casa Blanca era más fácil tratar con los jefes de Estado y esto provocaba el antagonismo de los expertos ministeriales, cuya buena voluntad resultaba esencial para este tipo de negociaciones detalladas requeridas por nuestra iniciativa.

Estas constituían sólo dificultades superficiales. Los problemas reales eran más profundos y residían en cuatro áreas: el Medio Oriente; las relaciones Oriente-Occidente; el movimiento en favor de una mayor unidad política en Europa; y Watergate.

La crisis de Medio Oriente provocó el resurgimiento de dos cuestiones básicas en las relaciones atlánticas: ¿cuál es el comportamiento correcto de los aliados en un área que no se encuentra cubierta por obligaciones formales de tratados pero que afecta los intereses vitales de cada socio? ¿Y cómo deben comportarse los aliados cuando entre ellos hay desacuerdos fundamentales con respecto a la política de los demás? Por supuesto, no todos los desacuerdos de los aliados presentan el mismo problema. Hay cuestiones que afectan tan predominantemente a una de las partes que no se gana mucho buscando un consenso. En esas instancias, la comprensión y el consentimiento —o tal vez consultas tranquilas— pueden evitar un desacuerdo peligroso. Nuestra actitud para con la *Ostpolitik* de Brandt era oportuna. Las cuestiones difíciles son aquellas que involucran intereses comparables en ambos lados y, a la vez, diferentes percepciones. Ese era, enfáticamente, el caso de Medio Oriente.

Con respecto a la obligación jurídica, yo reitero mi creencia de que si la Alianza Atlántica es reducida a su contenido legal, tarde o temprano fracasará, incluso en lo referente a sus obligaciones formales. El sustento de una alianza constituye la convicción compartida de que la seguridad de cada aliado, en su más amplio sentido, es de vital interés para los otros; en periodos de crisis, las partes no deben asumir la actitud de consultar con sus abogados para determinar sus obligaciones legales. En definitiva, la alianza occidental debe ser sustentada por los corazones tanto como por inteligencias de sus integrantes. De esto se deriva que una amenaza a los intereses vitales de un socio no puede ser tratada con indiferencia, aun cuando no esté técnicamente contemplada por alguna previsión del tratado de la alianza. Claramente, si la seguridad occidental se ve comprometida, el origen de la amenaza no puede constituir una diferencia decisiva. Si la Unión Soviética llegara a dominar el Medio Oriente, se produciría un dominio de los recursos vitales de la NATO; el colapso de Europa se desencadenaría con tanta seguridad como si las tropas soviéticas marcharan hacia el Canal de la Mancha. Pese a que algunos países europeos no comparten esta opinión, si los regímenes radicales árabes dominaran se reproducirían los mismos resultados, aunque por procedimientos más tortuosos.

¿Pero qué implica la importancia teórica de la unidad aliada fuera de la zona de la NATO, en circunstancias en que los puntos de vista difieren radicalmente? ¿Es necesario que los aliados sometieran sus opiniones a la decisión unilateral de un socio más importante? Así era frecuentemente presentada la cuestión por nuestros aliados europeos y el asunto no permite ninguna respuesta teórica. Se deben realizar esfuerzos importantes, mucho mayores que los realizados hasta ahora, para evitar que se produzca un choque de estas características. En el caso de que las diferencias no puedan ser conciliadas, alguno de los socios debe ser lo bastante prudente como para hacerse a un lado, por lo menos durante el tiempo necesario para que prevalezca una política. Si cada uno de los aliados insiste en implementar sus puntos de vista discrepantes, matemáticamente sobrevenirán divergencias o conflictos. Cada lado corre el riesgo de frustrar al otro, sin haber logrado sus propios propósitos. Las divisiones atraen nuevas presiones externas; la alianza corre el riesgo de desintegrarse.

En el otoño de 1973, la Alianza Atlántica parecía incapaz de romper este círculo vicioso. Sea cual fuere el juicio de algunos de nuestros aliados acerca de nuestra política de preguerra en el Medio Oriente, las consecuencias prácticas de sus actos, descritas en este capítulo, serían una paralización de nuestra estrategia, en el caso de tener éxito, o subrayarían la impotencia europea en el caso de terminar en el fracaso. Y, para bien o para mal, nosotros éramos el único aliado que se encontraba en posición de producir un rápido progreso, lo cual, a su vez, constituía el requisito previo para diluir la crisis y reducir las oportunidades soviéticas de obtener un provecho político. Era comprensible que Europa no coincidiera con nosotros acerca de la forma de manejar las violaciones del cese del fuego; el hecho de que publicaran sus puntos de vista el día de mi arribo a El

Cairo complicaba tanto nuestra estrategia como la de Sadat, sin que, en definitiva, se beneficiara con ello ningún país libre.

La palabra *Europa*, tal como se la utiliza en este capítulo, es, de hecho, incorrecta. La oposición que sufrimos fue —por motivos individuales— sostenida por Francia en la persona, de Michel Jobert, apoyada por Heath y tolerada por Brandt. Los países del Benelux (*), así como Dinamarca e Italia, estaban inquietos por la creciente confrontación. Aún cuando tuvieran reservas al respecto, no tendían a desafiar nuestra política en el Medio Oriente. Pero ellos también valoraban las recién descubiertas instituciones políticas de la Comunidad, que estimulaban la aparición de una cohesión monolítica. La Comunidad Europea parecía encontrar consenso político por uno de dos métodos: un vacío o vago común denominador no demasiado importante, o bien en cualquier política defendida apasionadamente por uno de los socios, con la que los demás coincidían con menos entusiasmo (o con la que, incluso, estaban en leve desacuerdo) y que se consideraban obligados a apoyar por el bien de la unidad europea.

En cuanto a las relaciones Este-Oeste, éstas ayudaron a estimular nuestra iniciativa y fueron la causa principal de su fracaso. Nosotros queríamos poner un freno psicológico a los acercamientos de las democracias con el mundo comunista. Como expresé en el discurso pronunciado ante los Pilgrims, era importante superar la anomalía de que el público tendiera, cada vez más, a identificar los éxitos de la política exterior con las relaciones con adversarios. Nosotros tomábamos con mucha seriedad la reafirmación de la solidaridad atlántica. Estábamos dispuestos a subordinar la política de *détente* al consenso de nuestros aliados. Pero no todos ellos estaban dispuestos a asumir actitudes similares. Algunos habían desarrollado un gran interés, tanto interno como internacional, en sus relaciones internacionales con Oriente. Como demuestra el discurso de Jobert citado en la página 594, algunos de nuestros socios deseaban que nosotros dilatáramos nuestros esfuerzos en favor de la *détente* para poder acelerar ellos los propios.

Francia y Alemania, ansiosas como estaban por circunscribir *nuestra* libertad de acción, no se encontraban dispuestas a pagar el precio de una política occidental coordinada. Brandt no deseaba ver su *Ostpolitik* constreñido por la necesidad de buscar un mayor consenso atlántico. Una diplomacia alemana sin control provocó inquietud en París. A comienzos de la década del '70, Pompidou había intentado contrabalancear a Alemania mediante un acercamiento a nosotros; en 1973, bajo la influencia de Jobert, las sospechas que le provocaba Bonn hicieron surgir los instintos gaullistas de Pompidou e intentaron limitar a Alemania poniendo de relieve los intereses europeos en contradicción con Norteamérica y compitiendo con Alemania en un acercamiento individual con Oriente. El hecho de que una carrera europea hacia Moscú tarde o temprano podría representar el primer paso hacia una posible finlandización de Europa —en el sentido de que aflojar los lazos políticos con Norteamérica no podría excluir indefinidamente el campo de la seguridad— era un concepto ignorado o ridiculizado por la obsesión de tácticas inmediatas que, en los hombres de Estado, muy frecuentemente encubren una profunda inquietud acerca del futuro.

La tercera de las principales causas del estancamiento era que el ritmo político europeo no coincidía con el nuestro. Habiendo finalizado la guerra de Vietnam, nosotros buscábamos tareas creativas que trascendieran nuestros traumas internos. Pero nuestros aliados no se veían impulsados por compulsiones parecidas. Por el contrario, sentían que tenían las manos llenas. Después de muchas demoras, el Mercado Común se había expandido de los *seis* a los *nueve* a comienzos de 1973. Nuestra propuesta de discutir las relaciones atlánticas, inevitable aunque no intencionalmente, puso sobre el tapete la cuestión de quién representaría a Europa, y los europeos buscaban la respuesta a través

(*) Misión económica formada en 1944 por Bélgica, Holanda y Luxemburgo. (N. del T.)

de procedimientos tan formales que eran incompatibles con cualquier idea normal de lo que debía ser una consulta. Incluso los líderes que no consideraban incompatible reforzar los lazos atlánticos y la unidad europea temían que Europa no pudiese manejar los dos procesos simultáneamente. Sir Alec Douglas Home casi lo afirmó al decir:

En un mundo ideal, nosotros hubiéramos elegido una escala de tiempo diferente. Hubiéramos preferido que la nueva comunidad de *nueve* tuviese tiempo para reorganizarse y encontrar su propio camino hacia posiciones comunes con mayor reflexión. Pero la presión de los acontecimientos en ambos lados del Atlántico y en el Japón nos obliga a todos a apresurar la marcha.

Otros, especialmente los países más pequeños, estaban de acuerdo con la tesis de Jean Monnet que afirmaba que un diálogo transatlántico quizá lograría apuntalar la unidad europea al obligar a Europa a expresarse con una sola voz. Pero esto no hacía más que lanzarnos al centro de la disputa europea de una década entre Francia, que insistía en mantener su liderazgo en una Europa unida, y países como Bélgica, que insistían en una unidad formal, mientras la República Federal maniobraba con incomodidad entre las diferentes concepciones.

Para algunos europeos —especialmente los franceses— el hecho de la unidad del continente era inseparable de la manera en que se la lograba. Ellos no deseaban que la unidad surgiera de una iniciativa *norteamericana*. Heath, en Gran Bretaña, tenía un punto de vista similar: por lo menos le presentaba la odiosa perspectiva de tener que elegir entre París y Washington, a quien él atribuía el fracaso de sus negociaciones para obtener el ingreso de Inglaterra en Europa en 1963. Como una medida preventiva optó por París, incluso antes de que se le pidiera que hiciera una elección. Inicialmente, Brandt era quien se mostraba más afable, aunque en el contexto de 1973 éste es un término relativo. Pero ni siquiera él estaba dispuesto a tener una cuestión acerca de esto con sus colegas de Francia y Gran Bretaña, especialmente porque prefería evitar un estrechamiento de los lazos atlánticos con el fin de preservar su libertad de acción para la *Ostpolitik*.

Nuestro dilema consistía en que si seguíamos el consejo de Monnet y ejercíamos presiones para lograr la unidad europea garantizaríamos una repetición de las disputas franco-norteamericanas de los años sesenta, porque París lo interpretaba como una negación a sus pretensiones de liderazgo en Europa. Pero sin embargo, al tomar en cuenta la sensibilidad francesa y negociar a través de Francia en lugar de hacerlo por intermedio de la Comunidad Europea, nos granjeamos la enemistad de muchos de los que naturalmente habrían apoyado nuestras iniciativas. A fin de no ser excluidos, los estados europeos más pequeños se adhirieron a los procedimientos consultivos de la Comunidad Europea, que no habían sido puestos a prueba, eran lentos y constituían una importante fuente de dificultades. Y así, después de todo, por un camino distinto, nosotros también terminamos envueltos en una disputa con Francia, lo que demuestra, supongo, que el éxito no siempre consiste en hacer exactamente lo contrario de lo que fracasó en la década anterior.

Las presiones opuestas podían haber tomado la forma de una respuesta creativa por parte de un estadista europeo dominante. Desgraciadamente, los principales líderes europeos que podrían haber pretendido desempeñar ese rol se encontraban todos enfrentados a problemas propios. En 1973, ya había comenzado para Pompidou el martirio físico que, junto con las drogas con las que combatía su enfermedad, lo privaban de la concentración y de la reserva interior esenciales para su actividad de estadista. Necesitaba apelar a toda su fortaleza para dirigir sus energías a esa exhibición de estoicismo tras la que ocultaba tan bien sus sufrimientos, que incluso nuestros analistas de inteli-

gencia ponían en duda la gravedad de su mal. A sabiendas de que sus horas estaban contadas, Pompidou tenía premura por solucionar los problemas, se mostraba fácilmente irritable y, como era comprensible, le molestaban más las tácticas de mano pesada que si hubiese dispuesto de una perspectiva de tiempo más larga. Nosotros contábamos con Pompidou como aliado en el Año de Europa, y creo que en condiciones normales lo habría sido.

Por una de esas tretas del destino, una serie de circunstancias personales o internas hicieron que, casi simultáneamente, cada uno de los demás protagonistas principales del diálogo atlántico careciera de perspectiva o autoridad. Willy Brandt, habiendo cumplido su ruptura simbólica con Oriente, enfrentaba en ese momento un sinnúmero de problemas de política económica y de la diplomacia de día-por-día, que era la que menos convenía a sus talentos. Cada vez se hablaba más de la posibilidad de reemplazarlo. En el término de seis meses, su propio partido encontró un pretexto para destituirlo de su cargo. Cuando le presentamos nuestra iniciativa, Eduard Heath parecía ser un personaje dominante en Gran Bretaña. A medida que iba corriendo el año 1973, él también se encontró consumido por las luchas británicas de política industrial.

Pero las distintas vacilaciones europeas tenían una base razonable que no encontraban siempre comprensión por nuestra parte, porque resultaba difícil encontrar excusas para la manera brusca y, sin duda resistente con que las naciones europeas, a pesar de todos sus problemas, trataban al país que había restaurado sus economías y de quien continuaban dependiendo para su seguridad. Una cosa era afirmar la identidad europea y trabajar por su cohesión y otra era buscarla a través de tácticas de deliberada confrontación con los Estados Unidos.

Era bastante comprensible que Europa no deseara que Norteamérica se viera involucrada en la definición de sus convenios internos; la integración europea, incluso en la versión de Monnet, siempre se había visto motivada en parte por un deseo de independizarse de Washington. Pero nuestros aliados podrían haber alcanzado ese objetivo con mucha facilidad y más constructivamente llevando el Año de Europa a una rápida conclusión, para volverse luego a la elaboración de sus instituciones sobre la base firme de una recién definida relación atlántica. Lo que un año después se convirtió en la Declaración de Relaciones Atlánticas, podría haber sido redactado en menos de tres meses, culminando en una reunión cumbre dentro del marco de la Alianza. En cambio, nuestros aliados eligieron un procedimiento hiriente, impracticable y desorganizado. Nunca se lo volvió a utilizar.

Las diversas objeciones de los líderes europeos en cuanto a procedimientos y a técnicas fueron en parte reflejo de Watergate. Nixon, por supuesto, enfrentaba una crisis peor que la de todos sus colegas, a pesar de que se mantuvo más tiempo en el cargo. Simplemente era imposible que un presidente de los Estados Unidos que enfrentaba una acusación pudiera conducir una reafirmación de la unidad moral de Occidente.

Recibimos un extraño testimonio de la influencia de Watergate en un despacho del mes de setiembre en el que se nos informaba el punto de vista de Etienne Davignon, director político del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bélgica, en el que afirmaba que Jobert había mostrado un nuevo interés en concluir rápidamente el Año de Europa. Este predecía que el asunto de Watergate llegaría a su fin en noviembre y que de allí en adelante mejoraría la posición negociadora norteamericana. Había otras muchas evidencias. A principios del segundo período de Nixon, Gran Bretaña exploró la posibilidad de una visita oficial (que significaba que el presidente viajaría en su carácter de jefe de Estado y se alojaría en el palacio de Buckingham). Estas conversaciones languidecieron en cuanto se hizo evidente la importancia de Watergate. Willy Brandt técnicamente mantuvo su invitación, pero una fuente confiable nos informó que el jefe permanente del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania había manifestado que una visita presidencial

podría dar origen a *acontecimientos poco moderados*, una expresión elegante para definir las manifestaciones públicas. Los franceses nunca se retractaron de su invitación pero tampoco propusieron una fecha para llevarla a cabo.

Los líderes europeos hacían apuestas compensatorias. Mientras Watergate ganaba ímpetu y velocidad ellos se ocupaban de que en las reuniones con Norteamérica no se llegara a ninguna conclusión concreta. Como resultado, una iniciativa que se creía culminaría con bastante rapidez en una reunión cumbre de los aliados se perdió en procedimientos burocráticos mucho más interesados en preservar la liturgia sacramental que en reafirmar los valores de las democracias. Nuestro vacío de poder interno había facilitado la falta de decisión europea. El presidente hablaba casi siempre en su propio nombre, un hecho que nuestros críticos europeos no dejaron de notar. Ellos, en cambio, contaban con una audiencia mucho más comprensiva hasta para sus quejas más indignas acerca de la política norteamericana, hecho que en tiempos normales habría resultado inconcebible. Los asistía la seguridad de que incluso sus maniobras más mezquinas no serían desafiadas.

Cuando la suerte ya ha sido echada tengo que llegar a la conclusión de que aunque el intento inmediato estaba condenado al fracaso fue acertado tratar de consumarlo. Nosotros habíamos planteado las preguntas correctas; prueba de ello es que la mayoría siguen teniendo vigencia en la actualidad bajo circunstancias mucho más difíciles. Lo que finalmente hizo fracasar ese esfuerzo fue la incapacidad de los países clave para armonizar sus políticas internas con las necesidades del futuro, revelando un profundo desafío a la democracia moderna.

LAS PERSPECTIVAS JAPONESAS

Teníamos problemas parecidos con el Japón, nuestro principal aliado en el Pacífico. Pero Japón no atravesaba una crisis de identidad; no lanzaba un desafío filosófico. Nuestros desacuerdos nunca llegaban a la aspereza. Porque el estilo nacional japonés era totalmente diferente.

Cuando fui nombrado en el cargo no existía país importante que comprendiera menos que Japón. Igual que la mayoría de los norteamericanos, admiraba su extraordinario resurgimiento después de la devastación de la Segunda Guerra Mundial. Pero no comprendía el carácter único del Japón. En Occidente el feudalismo había sido gradualmente destruido por la industrialización en un proceso cuya duración fue de más de un siglo y medio. Japón, en cambio, se modernizó en menos de una generación a través de una fusión, de una unión de los valores feudales de obligación recíproca con las nuevas formas de eficiencia industrial. Occidente desarrolló un sistema de gobierno basado en un concepto de autoridad: el derecho de promulgar leyes que son aceptadas porque reflejan normas legales o constitucionales. Japón se apoya en el consenso. La eminencia de un líder no implica el derecho a imponer su voluntad sobre sus pares sino la oportunidad de obtener un acuerdo con ellos; o por lo menos, de aparentar que lo hace. En el Japón, un alto cargo oficial no autoriza a su titular para dar órdenes; le confiere el privilegio de tomar iniciativas por medio de la persuasión.

Prácticamente en cualquier otra parte del mundo tal sistema de gobierno conduciría a un estancamiento. Pero Japón no se parece a ningún otro país. En sus apretadas islas ha construido una gran civilización sobre el marco de un aislamiento casi total de todos los demás países. Al recibir un ímpetu cultural proveniente de China, Japón lo dotó de su propia sutileza y fórmulas especiales, fusionándolo con una herencia que ha convertido a la sociedad japonesa más en una familia que en un Estado. Con su estilo tan complejo, los significados y las implicaciones intangibles son comprendidos de la misma manera posibilitando decisiones que surgen de un consenso social (y que en cualquier otra parte

serían realizadas por un proceso político). Si la cultura japonesa fue impuesta por el requerimiento de la coexistencia en islas superpobladas y de pobres recursos o si el Japón floreció como un resultado de su propia cultura, es tema para los antropólogos.

En todo caso no cabe duda de que la simbiosis entre los valores sociales y la estructura política ha producido un extraordinario nivel de logros. Como muchos países que luego fueron colonizados, en el siglo XIX el Japón enfrentó lo que parecía una cruel elección entre la modernización occidental y las costumbres tradicionales. Japón fue *abierto* a Occidente por la fuerza de las armas. Pero ello no lo convirtió en un pueblo sumiso. Por el contrario, los grupos dirigentes japoneses optaron por hacer todo lo necesario para mantener el control sobre su destino nacional; en definitiva, sobre las ciencias y la industria contemporáneas. Que el Japón haya conseguido realizar lo que parecía imposible, que haya adquirido una tecnología universal e instituciones políticas convencionales y que, aun así, siga siendo culturalmente diferente, era algo totalmente imprevisible en el momento de la decisión. El Japón arriesgó su identidad para poder asegurar su independencia: un acto de extraordinario coraje y fe.

En contraste, la China Imperial, que enfrentaba presiones similares, no se atrevió a arriesgar lo que parecía dar sentido a su vida; confió en su habilidad diplomática para manejar a los extranjeros aun desde una posición de impotencia. Al costo de una humillación constante, evitó una colonización total, entregando a un elevado número de naciones un interés en la explotación del país y preservó un margen de autonomía oponiendo las codicias competitivas de cada una de ellas.

El Japón no tenía esa confianza en su preeminencia cultural ni en su habilidad diplomática. Decidió ante todo convertirse en un país tan fuerte que ninguna nación extranjera se atrevería a imponerle su voluntad. Con el tiempo alcanzó una posición desde la cual podía imponer a otras naciones lo que ya había decidido para sí mismo; se lanzó al camino de la colonización.

Todo esto fue logrado en una sola generación y por medio de métodos que se convertirían en pautas para el país. Después de la restauración Meiji de 1868 enviaron al extranjero distintas misiones de estudio para aprender las técnicas de las naciones más exitosas en todos los campos: militares, gubernamentales, comerciales, de la educación y de las artes. Gran Bretaña fue emulada en su armada naval y en sus instituciones parlamentarias; Alemania en su ejército, y los Estados Unidos fueron imitado en sus conocimientos tecnológicos. Las lecciones fueron asimiladas por un grupo increíblemente cohesionado de dirigentes y decididamente capaz para combinar la experiencia occidental con la esencia del Japón.

Después de la derrota que sufrieron en la Segunda Guerra Mundial, los líderes japoneses se lanzaron con su característica tenacidad a restaurar la posición del Japón. Internamente llevaron al país al nivel de superpotencia económica y lo convirtieron en una democracia. Hasta ahora se han abstenido de reclamar un rol internacional semejante. Parten de la astuta premisa de que una política exterior agresiva excedería la tolerancia mundial a su desenfrenada competencia económica. Con ese tono belicoso arriesgarían la poco costosa protección militar que les proporciona la garantía de seguridad norteamericana.

Los métodos mediante los cuales lograron esa ventaja estaban muy bien probados. El grupo de dirigentes estableció los objetivos de largo alcance cuidadosamente estudiados. El consenso no surgió de un compromiso entre preferencias individuales; se basó en una metódica investigación de las principales tendencias internas y externas. El Japón invirtió más dinero en la investigación de prácticas extranjeras y las utilizó con más eficacia que cualquier otro importante país industrializado. El consenso, en lugar de ser un sistema de ratificación del *statu quo* —tentación a la que se sucumbe prácticamente en todas partes— se convirtió en un método para explorar la forma más eficaz de en-

frentar el futuro. Sólo un país de maravillosa moral y cohesión pudo haber logrado la disciplina de establecer prioridades sociales sin formularlas explícitamente en leyes formales y definir los objetivos nacionales que significaban trasladar la mano de obra a nuevas tecnologías y nuevos productos, sin provocar un conflicto social significativo (9).

El resurgimiento económico japonés se basó en un conjunto único de instituciones: una relación paternalista empresario-laboral y una estructura social en la que los empleados son contratados de por vida y tratados como socios que cooperan en el bien común; una opinión pública formada por la participación en cada aspecto de la conducción a través de medios de comunicación que, filosóficamente, forman parte, en sí mismos, del consenso. (Es por esto que el gobierno japonés encuentra tanta dificultad de conservar los secretos. La comunicación es inherente a un estilo de vida en el cual el gobierno y la prensa se consideran mutuamente, en lugar de adversarios, participantes de un mismo proceso.)

A los norteamericanos no les ha sido fácil comprender el sistema japonés. Me llevó mucho tiempo comprender la forma en que tomaban sus decisiones, e incluso después de haberlo comprendido intelectualmente en parte no siempre percibía su aplicación a circunstancias específicas. Porque una de las características del sistema japonés es lo poco claro que les resulta a los extranjeros. No se trata de que los líderes japoneses disfracen sus intenciones, aunque cuando deciden hacerlo —cosa que no siempre se da— son excepcionalmente discretos. Más bien se trata de que tienen menos secretos, en un sentido occidental, que los que existen en el proceso de toma de decisiones de las burocracias convencionales. En las demás democracias industriales los problemas son definidos, las opciones claras, alguien se decide por alguna de ellas o adopta una posición de compromiso entre varias. La voluntad y la esencia burocráticas conciernen al surgimiento. Existe un ganador o un perdedor identificable o bien una amalgama de puntos de vista que se refleja en un equilibrio de fuerzas. En todo momento es posible definir el estado del juego burocrático.

En el Japón, por contraste, todo se maneja para evitar una confrontación. No existe el claro recurso de una posición formal. Se da un largo proceso de consultas dirigido no a obtener un compromiso, sino un sentido de dirección. En Japón, el arte de la toma de decisiones consiste en evitar compromisos en las primeras etapas del proceso a fin de permitir, de allí en adelante, una seria deliberación en la cual los participantes tienen la opción de cambiar de idea, y la necesidad de una decisión se evita hasta que existe un acuerdo genuino. Así, incluso si los extranjeros pudiesen obtener una información correcta acerca del estado interno del manejo —cosa nada fácil— no les serviría para mucho, porque los primeros pasos del proceso son amorfos y su subsecuente evolución depende de la psicología grupal.

El Japón, en consecuencia, adquiere una enorme ventaja. Literalmente no existe nadie capaz de tomar una decisión individual. Sólo los aficionados intentarían presionar individualmente a un ministro japonés; aun cuando éste cediera por amabilidad, no podría llevar a cabo su promesa. Pero cuando por cualquier motivo se ha formado el consenso, se implementa con una rapidez, decisión y tolerancia que no tienen parangón en ningún país occidental. En el proceso de toma de decisión han estado involucradas tantas personas claves, y éstas conocen tan bien las implicaciones de la decisión tomada, que el asunto adquiere un ímpetu tremendo. ¿Existe algo más eficaz que una sociedad voraz en su deseo de adquirir informaciones y que a la vez es impenetrable a las presiones e implacable en la ejecución?

Los extranjeros subestiman por su cuenta y riesgo a los líderes japoneses. Es cierto que ellos no son conceptualmente tan versados como, por ejemplo, los chinos, ni tan claros como la mayoría de los europeos, ni tan bulliciosamente abiertos y afables como los norteamericanos. No se destacan por ninguna de esas cualidades. Reúnen información

acerca de los extranjeros, no intentan persuadirlos con palabras. Trazan planes futuros para su sociedad; no necesitan exponer sus propósitos mediante la retórica.

En el Japón el liderazgo consiste en la capacidad de formar un consenso, no convenciendo a la gente de lo que ellos desean hacer sino logrando que la gente desee hacer lo que es beneficioso para el bien común. Los diplomáticos japoneses casi nunca se comunican por el procedimiento habitual de presentar una propuesta que luego se convierte en tema de negociaciones. Esto implicaría que poseen un poder individual de decisión. Los colocaría en la incómoda posición de implicar que están en condiciones de modificar lo que ellos no han decidido o de rechazar un compromiso o de imponer su voluntad como último recurso: actitudes todas que ofenderían la legendaria cortesía de un país cuyos conflictos sociales se resuelven sin necesidad de una lista de ganadores y perdedores.

El típico líder japonés es impulsado por su cultura a evitar explicitaciones en su trato con las contrapartes extranjeras prácticamente a cualquier costo. Esto crea una casi impenetrable barrera cultural en la diplomacia que, en su versión occidental, se dirige a una búsqueda sistemática de puntos en común; una práctica que la étnica japonesa desalienta activamente. En las conferencias internacionales el principal delegado japonés raramente habla, por momentos parece dormir, mientras que sus ayudantes anotan escrupulosamente todo lo que se dice para su posterior estudio en Tokio. Generalmente la posición japonesa se presenta una sola vez y en una declaración cuidadosamente elaborada. Después hay muy poco toma-y-daca, pero tampoco se atacan las posiciones de las otras partes. Los puntos de vista de los demás participantes serán analizados en Tokio. Obtendrán una respuesta pero ésta surgirá de un cálculo cuidadoso de los imperativos japoneses y no de una reacción frente a los imperativos de la conferencia. Es un peligroso error pensar que los líderes japoneses son impávidos o confundir inexpresividad con falta de percepción. En el Japón la preeminencia se logra después de un largo aprendizaje que elimina sin piedad a los menos hábiles. Pero recompensa la capacidad de dar forma a las decisiones japonesas en un contexto japonés y no en el flujo y reflujo de un debate cuyos procedimientos a los líderes japoneses les parecen accidentales e, incluso, casi arbitrarios.

En todo caso, cuando los líderes japoneses comparecen en una conferencia internacional, por lo general, han realizado mucho más trabajo de elaboración previa que sus contrapartes. Argumentan que una reunión sin preparación previa forzará a alguien a ceder o dará como resultado un compromiso que no beneficiaría a nadie. Por lo tanto los líderes japoneses tienden a hacer sus concesiones *antes* de un encuentro diplomático preparando las negociaciones con tanta meticulosidad como todas sus demás decisiones. Obtienen la necesaria información a través de un cúmulo de emisarios no oficiales, muchos de ellos de alto rango: ex primeros ministros o funcionarios de elevada categoría que temporariamente no ejercen una cartera ministerial, por ejemplo. Estos poseen la ventaja de no poder comprometer al gobierno. No se los puede acusar de no presentar una ponencia porque no se espera que lo hagan. Gracias a su experiencia se encuentran maravillosamente equipados para explorar el pensamiento de sus interlocutores. Ese análisis se incorpora después a las decisiones que se asumen en el Japón, las que, en rigor de verdad, generalmente toman muy en cuenta el punto de vista de otras naciones.

Los diplomáticos japoneses, al igual que otros líderes de ese país, no buscan la victoria sino el consenso; saben que en una sociedad de estados soberanos un punto de vista impuesto no garantiza el deseo de ejecución. Los diplomáticos japoneses dirigen sus esfuerzos a un proceso disciplinado de conciliación. Si es necesario, amoldarán su posición; preferiblemente antes de una conferencia y, si es necesario, también después, pero sólo con mucha renuencia lo harán durante el curso de una negociación, ya que el sistema japonés no confiere a ningún ministro el derecho individual de decisión.

Si uno desea que su punto de vista sea tomado en cuenta por el gobierno japonés, éste

debe serle comunicado con anticipación, antes de que se haya formado el consenso y preferentemente por intermedio de un japonés que técnicamente no ejerza un cargo oficial pero que sea una persona altamente respetada. De la misma manera, cuando un diplomático japonés de alto rango —e incluso más, un ministro— formula una pregunta, rara vez busca información. Está proponiendo el consenso en la forma más tentativa y, por lo tanto, menos exigente. En ese punto, se espera obtener una unión intelectual. Si existe un desacuerdo genuino, es importante presentarlo con amabilidad para permitir que se amolden sin perder la dignidad. Y uno no debe pretender que la contraparte japonesa se encuentre en posición de responder de inmediato; es necesario darles tiempo para lograr un cambio de rumbo.

La erosión de distinciones entre lo oficial y lo no oficial, la manera oblicua de presentar los asuntos, la aparente —y engañosa— impenetrabilidad de los argumentos contrarios pueden conferir una característica enfurecedora a los encuentros con diplomáticos japoneses. También puede derivar en graves malentendidos. Durante mis primeros años en el gobierno yo ignoraba a los emisarios extraoficiales, malinterpretando su rol "oficial". Escuchaba con atención lo que me decían los diplomáticos japoneses pero casi nunca captaba los detalles intangibles que ellos intentaban comunicarme. Cuando nosotros teníamos un problema, buscaba al funcionario responsable y trataba de convencerlo de nuestro punto de vista. Perplejo ante tal falta de delicadeza, demasiado gentil para admitir que él no tenía autoridad para tomar una decisión por su cuenta, el desgraciado funcionario buscaba refugio en una evasiva o, en caso de ser excesivamente presionado, aceptaba propuestas que luego no sabía cómo implementar (*).

Cuando visité el Japón en noviembre de 1973, después de mi viaje a China, todas esas tendencias estaban siendo puestas a prueba. Se trataba de un momento difícil en las relaciones norteamericano-japonesas porque las mismas presiones que provocaban pánico en Europa afectaban al Japón, incluso en mayor medida. La crisis energética sacudió al Japón hasta la médula. Igual que el resto del mundo industrial, el país había construido su prosperidad tomando como base una energía barata. Dependía casi por completo de recursos externos, importando el 90% de sus requerimientos. El corte en la producción petrolera árabe, el comienzo del aumento de precios (que casi se había duplicado en octubre) y las presiones para ligar el petróleo a una postura proárabe en el conflicto árabe-israelí enfrentaban al Japón con un serio problema. Hasta entonces, su política exterior no había sido agresiva. Ligaba su seguridad a nuestra garantía militar, y los líderes japoneses, a diferencia de algunos de sus colegas europeos, comprendían que uno no puede sacar ventajas de todas las situaciones: si uno está protegido por una potencia extranjera resulta osado pretender que el margen de independencia en cuestiones clave sea ilimitado. Los líderes japoneses tampoco sentían la necesidad de establecer su identidad molestando a los Estados Unidos, como hacían los europeos.

Y sin embargo, en noviembre de 1973 los líderes japoneses, igual que sus colegas europeos, comenzaron a sentir —con cierta renuencia— que sus intereses nacionales podían exigirles que se disociaran de la política norteamericana en el Medio Oriente. Se convencieron de que era necesario demostrar a su pueblo que ellos estaban tomando medidas —no importaba cuáles— con respecto a la crisis energética.

Esto no quería decir que los líderes japoneses estuvieran personalmente en desacuerdo

(*) Este fue el fondo del callejón sin salida de las negociaciones textiles de 1969-1971. No deseando rechazar cara a cara lo que Nixon —y en menor medida yo— les proponíamos, el primer ministro Eisaku Sato aceptó proyectos para los que sabía que no tenía respaldo. Esto condujo a la extraña situación de que el primer ministro japonés no pidiera que presentáramos una propuesta más dura en las negociaciones para darle cierto espacio de maniobra a fin de poder esforzarse por persuadir a sus colegas y otros funcionarios clave en la toma de decisiones. Nuestra burocracia, buscando un compromiso, socavó la posición de Sato al presentar demandas moderadas y así frustró las ya escasas posibilidades de un resultado exitoso (10).

con la esencia de nuestra política en el Medio Oriente. Nunca nos presentaron un punto de vista concreto —y quizás ni siquiera se lo habían formado— porque los líderes japoneses no desperdician esfuerzos en asuntos en los que no pueden ejercer influencia. Pero lo que estaba en juego era más fundamental. Uno de los corolarios del sentido japonés de su impermeable singularidad es una extraordinaria posibilidad de adaptarse a los requerimientos que afectan a la supervivencia japonesa. El japonés abandonó el feudalismo por una autocracia militar y, bajo el impacto de embates externos, la trocó por una democracia. En cada caso, Japón decidió —quizás ni siquiera conscientemente— acomodarse a las presiones externas en forma tal que preservaría la esencia japonesa. Para los líderes japoneses la cuestión no residía en el mérito de los distintos puntos de vista —que les resultaban casi por completo indiferentes— sino en el cálculo de las presiones que era necesario atender.

La reacción inicial japonesa ante el embargo petrolero y las reducciones en la producción fue una respuesta maquinal de confianza en los Estados Unidos. Así, el Japón no se unió a la Comunidad Europea cuando, el 6 de noviembre, los europeos afirmaron públicamente sus objetivos en Medio Oriente, contrarios a nuestra ya declarada política. Pero cuando yo llegué a Tokio el 14 de noviembre, lo habían pensado mejor. Lo que habían reafirmado no era la esencia de nuestra estrategia, sino el impacto y la posible persistencia del completo dominio árabe sobre la producción de petróleo. Si la crisis energética reflejaba una nueva tendencia y no una aberración, el Japón no se arriesgaría a ser simplemente un apéndice de la diplomacia norteamericana. Esto era cierto. Fracasara o tuviera éxito el acercamiento gradual los líderes japoneses afirmaban ser incrédulos en esa cuestión y yo no puse en duda sus palabras. Si nuestra política fracasaba, todas las frustraciones del mundo árabe podrían caer sobre el Japón, como me lo señaló el primer ministro Kakue Tanaka. Pero incluso ante una política norteamericana exitosa, a los ojos de los productores de petróleo el Japón podía quedar en un segundo plano; nosotros obtendríamos el mérito, mientras que los intereses japoneses serían relegados.

Aunque formalmente similar a la europea, la política japonesa difería radicalmente de ésta en cuanto a su espíritu. Los europeos estaban genuinamente en desacuerdo con nosotros. Varios de sus líderes mostraban gran desagrado por creer que nuestras represiones políticas internas amenazaban la prosperidad de sus países y su propio futuro político. Los japoneses, en cambio, no se encontraban en un estado de ánimo recriminatorio. Ellos no discutían una elección política; bajo sus exquisitas formalidades japonesas, eran científicos que determinaban con frialdad las necesidades objetivas de su situación energética. Necesitaban hacer un informe, no conducir una política. A diferencia de los europeos, el Japón no debatiría sus puntos de vista ni pretendería ser capaz de presentar una solución. Adoptaría una postura que calculaba podría desviar las presiones que contra ellos se ejercían. Y si los líderes japoneses no lograban obtener nuestra aprobación para su causa, harían todo lo posible por moderar el costo del desacuerdo.

Maquiavelo ha sido invocado durante siglos como la encarnación del cinismo. Sin embargo, él se consideraba un moralista. Sus máximas describían al mundo tal como él lo veía, no como deseaba que fuese. En realidad estaba convencido de que sólo un gobernante de fuertes convicciones morales podría mantener un curso firme, mientras se comprometía en manipulaciones de las que, lamentablemente, dependía la supervivencia. Esa era, en cierta forma, la actitud de mis interlocutores japoneses. No declaraban que sus decisiones estuvieran basadas en la justicia ni en la prudencia. Reflejaban una necesidad y estaban, por lo tanto, más allá de toda discusión.

Los líderes a cuyo cargo estuvo comunicarme estas noticias fueron el primer ministro Kakue Tanaka y el ministro de Relaciones Exteriores Masayoshi Ohira. Tanaka fue el primer jefe de Estado japonés que rompió con los moldes tradicionales. No se había graduado en una de las grandes universidades. Sus orígenes eran humildes. Era agresivo

al estilo occidental; no ocultaba su ambición tras las pacientes indirectas de los clásicos políticos japoneses. Era extremadamente joven para ser primer ministro del Japón; tenía poco más de cincuenta años. Debía su cargo a su habilidad para organizar la *facción* más importante dentro del Partido Liberal Democrático: una facción que se mantenía unida por el intercambio de favores recíprocos. En un curso normal de acontecimientos Tanaka se habría visto obligado a aguardar su turno durante casi diez años, mientras que líderes mayores competían por el cargo máximo. Pero o bien era demasiado impaciente o en caso contrario dudaba que como persona de afuera sería capaz de mantener unida a su facción contra la sistemática erosión a que la sometían los políticos tradicionales quienes, aunque más sutiles en su proceder, no eran menos despiadados en sus intenciones. (En este sentido se equivocó. Pues su facción sobrevivió y hasta floreció en medio de las numerosas vicisitudes de su carrera.)

Tanaka obtuvo el cargo de primer ministro en 1972 mediante lo que, en términos japoneses, significó casi un golpe de Estado. Y él lo pagó muy caro. Cuando se vio obligado a enfrentar varias acusaciones, encontró que carecía del apoyo con el que las instituciones japonesas generalmente protegen a sus integrantes.

El destino de Tanaka fue así extrañamente paralelo al de Nixon. Igual que Nixon, poseía una habilidad excepcional; igual que Nixon, era sumamente inseguro, y, lo que es aún más notable en un japonés, lo demostraba. Fue primer ministro sólo durante dieciocho meses. Yo lo encontré extremadamente inteligente y notablemente directo. A diferencia de otros líderes japoneses, se expresaba en el lenguaje del poder personal, que es convencional entre los jefes de gobierno de otros países. Y, extrañamente, eso restaba algo de credibilidad a sus declaraciones. Estas eran más claras que las de sus colegas pero, curiosamente, menos informativas, porque uno nunca podía estar seguro de que sus afirmaciones reflejaran un verdadero consenso japonés o si eran sólo el espejo de una preferencia personal. Así, de una manera sutil, el método japonés, que es de una naturaleza casi ascética y en el que el punto esencial surge del contexto, obtuvo su victoria sobre la fórmula racional del discurso favorecida por Occidente.

Tanaka, con sus discursos rápidos, fogosos y entrecortados, presentaba los problemas japoneses sin alusiones ni evasivas. Citaba las estadísticas de importaciones de petróleo; explicaba el impacto de una reducción del consumo de energía en la producción y en el estilo de vida japoneses. Afirmaba que no podía permitir que el público japonés creyera que él simplemente dejaba los asuntos a la deriva; si no tomaba ninguna medida, daría la impresión de que el Japón se conformaba con ser estrangulado. Según Tanaka, era necesario formular declaraciones de simpatía hacia la causa árabe, aunque garantizando que no modificaría la política norteamericana. Enfatizó que el Japón tampoco tenía el propósito de influir en la política norteamericana.

Revisé la exégesis de nuestra estrategia. Pregunté en qué había beneficiado a los europeos el hecho de haberse disociado de nosotros. No tenía sentido desearnos éxito en nuestros esfuerzos y luego tomar medidas que eran, en el mejor de los casos, irrelevantes o que, en el peor de ellos, podían llegar a socavar nuestra política al hacer que a los árabes moderados les resultara aún más difícil aceptar menos que el programa que nuestros aliados les ofrecían. Si el Japón se plegaba a la línea de la Comunidad Europea, nosotros no podríamos sino permanecer en silencio; si se nos obligaba a hacer comentarios, éstos tendrían que ser críticos.

Pero cuando un primer ministro japonés presenta una propuesta, no está pidiendo consejos. Anuncia una decisión. Y por lo tanto, después de haber aclarado ambos nuestros puntos de vista, el asunto quedó en suspenso con la declaración de Tanaka que él y sus colegas estudiarían lo que yo había expresado, que era lo mismo que decir que procederían.

Masayoshi Ohira se encontraba dentro del clásico molde japonés, lo cual, es justo

decirlo, no es automáticamente compatible con mi temperamento más agresivo. Sería difícil encontrar dos personalidades más distintas que ese astuto y poco directo ministro japonés de Relaciones Exteriores y el analítico secretario de Estado cuya política, en ese momento, rayaba visiblemente en lo dramático. Conocí a Ohira en ocasión de mi visita a Japón en junio de 1972. Nuestra embajada me organizó una comida con varios importantes ex ministros japoneses de relaciones exteriores. Desgraciadamente, en ese momento se elegía al sucesor del primer ministro Eisaku Sato, y Ohira sería una figura clave. El no se mostraba dispuesto a revelar sus pensamientos a un norteamericano a quien no conocía y cuyo legajo en los asuntos japoneses revelaba la ausencia de cierta delicadeza. Pasamos una velada juntos. Ohira me impresionó por la extraordinaria hazaña de decir poco y no obstante transmitir con maravillosa amabilidad una actitud de enorme buena voluntad.

A medida que transcurría el tiempo creció entre nosotros una amistad basada en un afecto genuino. Con toda paciencia, Ohira me enseñó a comprender las cosas de los japoneses. Aumentó mi conocimiento de los matices. Ocultaba su gran habilidad tras modales modestos; siempre daba más de lo que prometía. Demostraba la sabiduría del proverbio que afirma que la amistad reside más en lo que se calla que en lo que se dice.

En sus memorias, Ohira ha descrito la cordialidad de nuestra relación, así como las discusiones internas del Japón en el momento de mi llegada, en noviembre de 1973 (11). Una abrumadora y aplastante mayoría del Gabinete japonés favorecía una disociación de alguna clase con los Estados Unidos. Ohira no contaba con respaldo en su argumento de solidaridad para con Norteamérica. En sus memorias cita con aprobación mi afirmación de que la obsceción sólo serviría para granjearle al Japón el desprecio y no la buena voluntad de los líderes árabes.

Sin embargo, en su reunión conmigo, no demostró las tensiones internas japonesas. De hecho, en muchos sentidos, su acercamiento, precisamente porque era tan elíptico, transmitía una sensación de decisión aún mayor que las bruscas afirmaciones de Tanaka. Como era característico en él, Ohira inició nuestra conversación con una indirecta que revelaba el pensamiento japonés sin presentar un desafío directo. Antes de que en nuestra conversación tocáramos ningún tema importante, me presentó el borrador de un memorándum sobre cuya base se proponía informar a la prensa después de nuestra charla. En esencia, ese memorándum expresaba que era necesario presionar a Israel para que fuese flexible en las negociaciones de paz. Esto servía a diferentes propósitos. Me familiarizó con el pensamiento japonés a la vez que me permitía una retirada honorable; claramente, Ohira no podía anunciar un acuerdo mutuo si yo lo objetaba. Cuando, como era previsible, yo me opuse, Ohira retiró de inmediato su propuesta, estableciendo la posibilidad de informar a las capitales árabes que las preferencias japonesas habían sido frustradas por la presión norteamericana.

El resto de la conversación —mucho más extensa que mi reunión con Tanaka— constituyó la aplicación de una máxima de la autobiografía de Ohira:

En la diplomacia, aunque no se logre un acuerdo, es esencial que cada parte comprenda la posición de la otra. El hecho de fomentar la comprensión y la confianza es, incluso, tan importante como lograr un acuerdo. Entre el Japón y los Estados Unidos, en particular, esto es de la mayor importancia (12).

Ohira me sometió a un paciente y suave examen sobre la política del Medio Oriente que era a la vez vacilante e inexorable, comprensivo y firme. ¿Qué escala de tiempo visualizaba yo? ¿Cuál era nuestro objetivo: un convenio local o de gran extensión? ¿Por qué nos oponíamos a una declaración japonesa en favor de los árabes ahora que los europeos ya la habían realizado? ¿Qué posible daño podía causar una declaración japonesa, sobre todo

si el Japón no imponía su criterio? A lo largo de la conversación, sin decirlo directamente, Ohira estableció con mucha claridad que el Japón no podía enfrentar la crisis energética sin adoptar una posición divergente con la nuestra, pero también aclaró que se haría lo imposible para preservar la relación amistosa con los Estados Unidos.

Mi propio análisis era esencialmente irrelevante en comparación con este acercamiento analítico, que además me fue presentado de manera tal que no permitía aceptación ni rechazo. Argumenté que los Estados árabes tenían tres opciones: confianza en las presiones soviéticas; confianza en las presiones europeas y japonesas; confianza en los Estados Unidos. Nosotros estábamos decididos a bloquear la primera opción; no teníamos interés en dar fe a la segunda, cuya consecuencia práctica podría ser que detuviéramos totalmente nuestra diplomacia de paz. Ohira no se rindió ante esta fanfarronada; sabía que teníamos nuestras propias razones para proseguir con nuestra estrategia. Con sus maneras suaves, resumió mi posición con total exactitud, tal como lo indica el informe oficial:

El ministro Ohira manifestó que comprendía lo que el secretario le había estado diciendo, y sintetizó que el secretario afirmaba que el Japón, aun en el caso de aceptar verbalmente las exigencias árabes o de tomar acciones específicas, no obtendría alivio alguno en el presente embargo petrolero árabe. Sin embargo, deseaba también confirmar si el secretario decía además que si el Japón se alineaba con los árabes dificultaría la tarea emprendida por los Estados Unidos para lograr un acuerdo de paz. En consecuencia, aparentemente lo que el secretario afirmaba era que el Japón, sucediera lo que sucediese y a pesar de las presiones árabes, debía seguir la estrategia de los Estados Unidos como la mejor posibilidad de producir un pronto acuerdo en Medio Oriente y el consecuente alivio del embargo petrolero.

El resumen de Ohira daba exactamente en el blanco; refutaba el adagio de que las consultas pueden evitar las malas interpretaciones. El problema aquí era que nosotros nos entendíamos, sin duda, muy bien. Nuestra posición, tal como lo había resumido Ohira, era claramente incompatible con lo que tanto él como Tanaka habían declarado como la premisa básica de la política japonesa: que debía existir una posición japonesa definida y diferente. En consecuencia, su misma formulación implicaba la imposibilidad de aceptación, a la vez que me hacía el favor de aclarar que yo había sido comprendido. Nuestra conversación se dirigió entonces hacia otros asuntos: el Año de Europa, mi viaje a China, el abastecimiento de combustible a las fuerzas norteamericanas en el Japón. Cuando finalizó la entrevista resultaba claro que el Japón seguiría el camino trazado por Europa. Pero yo sabía también que lo haría con cierta renuencia y sin demasiada convicción. Harían declaraciones, pero no interpondrían su peso en contra de nuestra política; no estaban desafiándonos, como en el caso de nuestros aliados europeos, sino persiguiendo sus propias necesidades. A su sedosa, delicada e insinuante manera, el Japón, bajo la guía de Ohira, nos había llevado con un mínimo de fricciones a una posición que consideraban esencial para sus intereses nacionales y su estabilidad interna, sin amenazar por ello la esencia de la amistad japonesa-norteamericana.

El 22 de noviembre de 1973, el gobierno japonés dio a conocer una declaración paralela a la de la Comunidad Europea. Preparaba el terreno de una manera típica. Poco después de mi partida, la prensa de habla inglesa de Tokio se hacía eco de versiones de desacuerdos entre los líderes japoneses y yo (la prensa de habla japonesa se mantuvo en silencio al respecto). Esto era técnicamente cierto, sin embargo no se aclaraba la esencial armonía y el buen sentimiento que habían prevalecido. Pero sirvió para comunicar, por intermedio de la prensa más leída por diplomáticos de Medio Oriente, que el Japón se

estaba tratando de apuntar un tanto. Yo me quejé al embajador japonés. Como respuesta, Ohira hizo declaraciones a la prensa *de habla japonesa*, negando la existencia de toda desavenencia o desacuerdo. A pesar de sus complicadas maniobras, yo depositaba gran confianza en Masayoshi Ohira. Instruí al vocero del Departamento de Estado para que comentara que aunque *nosotros* no estábamos de acuerdo con la decisión japonesa, comprendíamos las circunstancias que los habían impulsado a adoptarla.

Para fines de 1973, por el motivo que fuera, la unidad de las democracias industriales a la que nosotros habíamos dedicado tantos esfuerzos había fracasado. Y sin embargo, a pesar de todas las crisis y desacuerdos, las semillas de nuestro esfuerzo no cayeron en terreno estéril. Por lo menos durante un tiempo hubo algunas vindicaciones en los acontecimientos. En el término de dos años, el diálogo que nosotros pretendimos iniciar en 1973 fue creado por la realidad. La crisis energética de fines de ese año obligó a fundar una agrupación, por tentativa que fuese, de las naciones consumidoras de petróleo. Para fines de 1974 se había formado la Agencia Internacional de Energía con la finalidad de promover la cooperación de los consumidores con respecto a nuevas fuentes de energía, conservación de las existentes y resistencia a nuevos embargos. Las reuniones cumbre económicas entre los líderes clave de las democracias demostraron la necesidad de buscar objetivos comunes impuestos por la interdependencia de las naciones: ellos surgieron por una iniciativa europea, más exactamente, francesa (*). Y fueron rápidamente ampliadas a discusiones políticas que se institucionalizaron sobre la base de reuniones anuales. Para fines de 1976, por una variedad de presiones y persuasiones, las relaciones entre las democracias industriales poseían un sólido fundamento, satisfaciendo muchas de las esperanzas que nosotros habíamos introducido en el Año de Europa.

Desde entonces, han reaparecido las divisiones. Igual que antes, el fondo de las mismas reside en la esencia de los problemas y no en los procedimientos. El hecho de que los debates hayan persistido a lo largo de tres administraciones posteriores a la de Nixon y que se hayan tornado aún más agudos indica que en ellas hay algo más profundo que un simple choque de tácticas de procedimientos. Los hechos han resaltado particularmente los riesgos de permitir que los soviéticos practiquen una *détente* selectiva, poniendo a unos aliados en contra de otros: un peligro que nosotros habíamos previsto cuando intentamos el Año de Europa. El fracaso para enfrentar los cambios en la tecnología y las capacidades militares de comienzos de la década de 1970 han hecho que las cuestiones resurjan explosivamente diez años después, acicateando una polarización entre los pacifistas, quienes rechazan todo tipo de carrera armamentista, y los expertos en armamentos, que apoyan cualquier cosa que sea factible. La cuestión doctrinal sigue siendo preeminente, porque ni las emociones ni la tecnología proporcionan un sentido de dirección equivalente a la época en que vivimos. Lo mismo sucede en el área económica, donde los países industrializados todavía se agrupan para reconciliar los imperativos de sus políticas internas con las realidades de la interdependencia. Los riesgos son evidentes. Las sociedades libres no pueden mantener ni siquiera su cohesión interna manejando simplemente el presente y esperando lo mejor para el porvenir. Con demasiada frecuencia un problema evadido se convierte en una invitación para la crisis. Es necesario dar forma al futuro porque, en caso contrario, éste se impondrá como una catástrofe. Esa sigue siendo la demostración fundamental del arte democrático de gobernar.

(*) No menos irónico resultó que fuera un presidente francés, Valery Giscard d'Estaing, el sucesor de Pompidou, quien insistió en mantener la suma de socios de esas reuniones cumbre en su número mínimo que preferentemente sólo incluyera a Francia, Gran Bretaña, la República Federal y los Estados Unidos. Sólo después de superar la resistencia francesa se pudo cursar invitaciones a los demás miembros: Japón, Italia, Canadá y un representante de la Comunidad Europea.

CAPITULO XVII

LA CONFERENCIA DE GINEBRA

LA ESTRATEGIA

Justo antes de la Navidad de 1973 —y por primera vez en un cuarto de siglo— los árabes y los israelíes se reunieron en Ginebra para negociar frente a frente, a un alto nivel político. Por detrás y más allá del encuentro mismo, subyacía una compleja gestión diplomática. El entusiasmo de los israelíes, quienes durante tanto tiempo habían reclamado tal reunión, disminuyó en proporción directa a la inminencia de la fecha en que tendría lugar. Pero era importante que la conferencia estableciera cuanto antes mantener el cese del fuego, para simbolizar una actitud tendiente a consolidar la paz y, en particular, a crear un marco de referencia para que fuera posible llevar a cabo la separación de fuerzas a que nos habíamos comprometido.

La idea original —surgida durante las últimas fases de las tratativas diplomáticas que desembocaron en el cese del fuego— era propiciar una reunión entre árabes e israelíes bajo los auspicios tanto de los Estados Unidos como de la URSS, para concertar un acuerdo de paz amplio. Y sin duda los soviéticos habían convencido a sus clientes árabes a aceptar el alto el fuego de octubre con el argumento de que dicho auspicio entrañaría contar con los medios adecuados para imponer las exigencias árabes. En otras palabras, equivalía a implementar la propuesta que Brezhnev había tratado de *venderle* a Nixon en San Clemente.

Sin embargo, finalmente prevaleció nuestra estrategia gradual porque ambas partes —incluyendo la Siria radical y la Unión Soviética— reconocieron, cada una por sus propios motivos, que las confusas disposiciones militares heredadas de la guerra eran precarias, peligrosas e intolerables. Pero para llegar a esa conclusión tuvimos que reconciliar metas nacionales enormemente diferentes. La Conferencia de Ginebra constituía una manera de conseguir que todas las partes en litigio se unieran en un acto simbólico y así facultar a cada una de ellas a seguir un procedimiento propio, al menos por algún tiempo. Convocar la asamblea plenaria fue tan complicado como mantener su tranquilidad posterior, mientras la diplomacia regresaba a sus cauces bilaterales.

Sadat tenía más claro el alcance de sus objetivos. Estaba decidido a revocar la alianza de Egipto con la Unión Soviética y establecer una estrecha relación con los Estados Unidos. Se trataba, sin duda, de una maniobra delicada y peligrosa, pues en cualquier momento corría el riesgo de haberse alejado demasiado de la URSS como para disfrutar de su apoyo diplomático, sin estar todavía suficientemente cerca de los Estados Unidos para que actuáramos como defensores de Egipto. Sadat enfrentó un dilema similar en las relaciones con sus hermanos árabes. Nunca podría cumplir sus objetivos si permitía que Siria vetase su política; sin embargo, hasta que su propio proceso de paz se encontrara en plena vigencia necesitaba como arma de negociación la amenaza de una renovada acción militar; una intimidación que no ofrecía visos de verosimilitud sin su alianza con Siria. Suspendido entre las dos superpotencias y cauteloso ante la posibilidad de que Siria

siguiera dependiendo de una confrontación definitiva, Sadat vio en la Conferencia de Ginebra una red de seguridad, un tribunal al que podría apelar si todo lo demás fallaba.

La ambivalencia de Siria era exactamente opuesta a la de Sadat. El partido político gobernante en Damasco —el Baath radical— había basado su programa en el rechazo del Estado de Israel. Pero el hecho de participar en una conferencia de paz con Israel implicaba, inevitablemente, un grado de aceptación del Estado judío —pues, ¿con qué otra entidad se estaba negociando si no?— y, en consecuencia, significaba un costo político interno sin una obvia ganancia compensatoria. Sin embargo, Siria no podía actuar normalmente mientras las fuerzas israelíes estaban, podría decirse, a las puertas de Damasco. De este modo, el presidente de Siria, Hafez el-Assad, fue llevado a regañadientes a una negociación de retiro de tropas.

Para Sadat, el retiro de tropas era el primer paso en lo que, dada la ambivalencia siria, sospechaba tendría que ser una paz con Egipto por separado; Assad probablemente racionalizó que ésa sería la última fase previa a una renovada confrontación con Israel. Por lo menos, a nivel diplomático.

La posición de Jordania fue tal vez la más compleja. Cada Estado árabe proclamaba su devoción a la causa palestina, en parte por convicción y en parte para congraciarse con la tendencia radical predominante en la zona. La declaración de los objetivos palestinos resultó de gran ayuda incluso para aquellos Estados que aceptaban la propuesta gradual; los inevitables compromisos podrían ser presentados como etapas hacia la solución del problema palestino. Todos los líderes árabes, excepto nuestro amigo el rey Hussein, se encontraban en condiciones de tomar parte de este juego. Un Estado palestino sólo podría formarse a expensas de la posición previa de Jordania en Palestina (Jordania había gobernado la *margen occidental* —Cisjordania— desde 1948 hasta 1967), y sin duda el origen del país marcaría la apertura de un conflicto acerca de la propia existencia del Estado hachemita, al este del río Jordán. Los líderes de la OLP habían declarado con bastante frecuencia que su enemistad con Hussein era aún más profunda que con Israel. Y Hussein podía contar con muy poco apoyo de sus camaradas árabes.

Jordania, por otra parte, no se encontraba en condiciones de amenazar con la reanudación de las operaciones militares. Pero mientras Hussein tenía muy poco interés directo en los planes de retiro de fuerzas que se discutían, apoyó la Conferencia de Ginebra porque su participación en ella beneficiaría su reclamación de hablar en nombre de los palestinos. Y cualquier retiro de fuerzas que surgiera serviría para establecer un precedente destinado a devolverle a Jordania la *margen occidental*. Nosotros queríamos que Hussein asistiera a la Conferencia de Ginebra por las mismas razones.

También Israel tenía interés en una Conferencia de Ginebra que condujera a la *diplomacia gradual*. Mientras estaba bastante dispuesto a permanecer por algún tiempo en el lugar donde se encontraba, necesitaría varias divisiones para mantener el territorio del otro lado del Canal de Suez, impidiendo la desmovilización. E Israel nunca recuperaría a sus prisioneros de guerra, que permanecían en Siria, a menos que evacuase los alrededores de Damasco.

En cuanto a las dos superpotencias, sus perspectivas diferían de acuerdo con sus objetivos. Tal como sucedió durante todo el tiempo en que yo ocupé el cargo, el dilema básico de la Unión Soviética la colocaba en un callejón sin salida. En tanto se negara a separarse del amplio programa árabe, le resultaría imposible contribuir a las relaciones diplomáticas; el programa era irrealizable, aun con la presión norteamericana. Moscú no podría lograr las condiciones impuestas por Arabia proveyendo de armas a sus clientes, como lo había evidenciado la guerra que acababa de concluir. Tampoco estaba preparado para una confrontación militar directa, como quedó demostrado durante el estado de alerta. Condenado a la impotencia debido a la pesadez y torpeza de su diplomacia, el Kremlin buscaba la Conferencia de Ginebra como un medio para reducir nuestra libertad de

acción, recibir un reconocimiento conjunto por cualquier progreso que se lograra empleando el recurso de prenderse a nuestro vagón de cola, y si —como era más probable— se producía un estancamiento, descargar sobre nuestros hombros la total responsabilidad del mismo.

Nuestra posición era tan prometedora como compleja. Eramos los únicos que poseíamos un programa capaz de ser implementado. Egipto y por último Siria *insistieron* en nuestra intervención. Valoraban (probablemente en exceso) nuestra influencia sobre Israel; también les resultaba más fácil aceptar las propuestas norteamericanas de negociación que tener que hacer frente a las exigencias israelíes. Si mediante nuestro acercamiento gradual lográbamos algún adelanto importante, la retórica radical enmudecería forzosamente, los Estados árabes moderados se verían alentados a perseverar, la influencia soviética declinaría. No resultaría inaplicable consumir un alto el fuego negociado por medio del retiro de tropas, como alegaban algunos de nuestros aliados: ése era el requisito psicológico previo para adoptar medidas de mayor alcance. Después de todo, sería la primera vez que Israel era inducido —a través de una negociación— a abandonar territorios que había ocupado durante un período bastante prolongado.

Por lo tanto, la política de los Estados Unidos siguió su curso en diversos niveles simultáneos. Colaboramos en la organización de la Conferencia de Ginebra como símbolo de nuestro compromiso para lograr una paz total como medio de mantenernos en contacto con la Unión Soviética durante la delicada fase en que la tregua se hallaba aún sin definir y como postura de reserva para el caso de que fallaran otros caminos. Nuestra tarea resultó más fácil debido a que, después del estado de alerta de octubre y del plan de seis puntos de noviembre, la Unión Soviética se enfrentó a la incapacidad de concretar la separación de fuerzas que exigían El Cairo y Damasco. Moscú sabía que Egipto, en especial, no podía permitir que su Tercer Ejército permaneciese aislado en el Sinaí durante los meses y tal vez años que durara una conferencia para lograr la paz total. Por lo tanto, el hecho de sabotear el retiro de tropas en el Sinaí habría tenido como resultado práctico una guerra como la que el Tercer Ejército pensaba hacer estallar o, lo que era más probable, un convenio explícitamente separado que ni siquiera contara con la protección de Ginebra. Así, Moscú accedió a que la primera etapa de la Conferencia fuera el retiro de tropas: y de este modo aceptó una estrategia que tendía a reducir su propia influencia.

Las democracias industriales de Europa occidental y Japón se mantenían en el papel de espectadores de reacciones. Procuraban un progreso diplomático para poner fin al embargo petrolero y a los cortes de producción que amenazaban con destruir sus respectivas economías. Pero se mostraban decididamente poco entusiastas frente al *auspicio* norteamericano-soviético en negociaciones de las que ellos estaban excluidos, aun cuando sus propias políticas habían contribuido a crear esta situación. Se oponían a la clase de acuerdo que se hallaba en trámite debido a que ellos habían insistido en una propuesta total. Nuestros aliados se mostraban así indiferentes al foro que nosotros habíamos elegido, y hostiles a lo que considerábamos el único resultado realista: la situación no era, por cierto, brillante.

A esa altura no nos quedaban dudas de que, con o sin Watergate, resistiríamos las presiones soviéticas, radicales y europeas en el Medio Oriente. Expliqué la estrategia en un almuerzo informal que compartí con Jim Schlesinger, Bill Colby, Tom Moorer y Ken Rush, el 29 de noviembre:

Nuestra estrategia tiene que consistir en que, cuando la Unión Soviética, los británicos y franceses nos presionen, nosotros ganaremos tiempo; para que todos sepan que somos los únicos que podemos lograr un acuerdo. Eso ayudará a Sadat y a los árabes moderados. Todos los árabes se están aproximando a nosotros. Co-

menzaremos el día 16. Esta fecha está más cerca que las elecciones israelíes (*). Después tendremos que movilizarnos para conseguir un retiro de tropas.

La diplomacia depende, básicamente, de la fuerza de las cartas que se poseen. Nosotros teníamos las más altas, así que fuimos los que jugamos la mano.

LAS CONVERSACIONES ACERCA DEL KILOMETRO 101 Y EL COMIENZO DE LA SEPARACION DE FUERZAS

Mientras nuestro plan se iba desarrollando, de alguna manera nos veíamos obligados a enfrentarnos con la realidad: un sector del ejército egipcio se encontraba aislado en el desierto, y su situación empeoraría con cada semana transcurrida. Aunque Sadat estuviera de acuerdo en esperar los resultados de nuestra estrategia, algunos de sus subordinados, impacientes por aflojar el lazo corredizo israelí que ceñía al Tercer Ejército, se sentirían tentados de acelerar el proceso sin aguardar a que se completara el complicado minuet que conduciría a Ginebra. El medio utilizado eran las conversaciones militares entre Egipto e Israel realizadas en el Kilómetro 101 de la ruta entre El Cairo y Suez, donde los generales Aaron Yariv, de Israel, y Abdel Ghani el Gamasi, de Egipto, se encontraban resolviendo las pautas para implementar el programa de seis puntos del mes de noviembre. Al principio, las reuniones versaban, esencialmente, acerca de temas tales como el intercambio de prisioneros, los abastecimientos de Suez y el Tercer Ejército, y el establecimiento de puntos de control: vale decir, los últimos cuatro puntos del plan de seis (**).

(El primer intercambio de prisioneros egipcios e israelíes tuvo lugar el 15 de noviembre.) Los primeros dos puntos —el mantenimiento del cese de fuego y especialmente *la cuestión del regreso a las posiciones del 22 de octubre dentro del marco de referencia del acuerdo del retiro de tropas y separación de fuerzas bajo los auspicios de las Naciones Unidas*— todavía no habían sido discutidos. Lo que yo había pactado con Sadat era que el retiro de tropas tendría lugar sólo *después* de la iniciación de la Conferencia de Ginebra.

Pero los subordinados de Sadat no eran tan pacientes. Deseaban que la separación de fuerzas se realizara *antes* de la Conferencia, fuera por medio de la negociación de un plan completo o por la retirada forzosa e inmediata de las tropas israelíes a la línea del 22 de octubre, dondequiera quedase. La obstinada negativa a considerar ese punto era, por supuesto, el meollo de la crisis de los meses previos, incluyendo el estado de alerta(***). Sea como fuere, Gamasi inyectó cierto dinamismo en las conversaciones del Kilómetro 101 acelerando las discusiones con Yariv más de lo que yo esperaba, tomando como base a mis charlas con Sadat.

En Israel también había elementos a quienes les seducía la idea de un rápido retiro de tropas previo a la iniciación de la Conferencia de Ginebra. Las conversaciones del Kilómetro 101 significaron para Israel un medio de liberarse de la tutela norteamericana. Le brindaron la oportunidad de comprobar si el plan favorito de Israel, una retirada mutua del Canal de Suez, era tan imposible como yo había afirmado. Golda —en

(*) No creíamos que Israel estuviera en condiciones de hacer ninguna concesión antes de las elecciones generales, fijadas para el 31 de diciembre. La Conferencia de Ginebra se fijó, en principio, para el 16 de diciembre, luego para el 18 y, por último, se inició el 21 de ese mes.

(**) Con referencia al programa de seis puntos, véase Capítulo XIII, pág. 536.

(***) Desde un punto de vista militar, la actitud israelí no era descabellada. Hasta el mismo ministro de Guerra egipcio, general Ahmed Ismail Alí, le dijo a mediados de noviembre a un diplomático norteamericano que el repliegue a la línea del 22 de octubre colocaría a las fuerzas israelíes emplazadas en la costa occidental del Canal en una posición muy comprimida y vulnerable; el único plan sensato era un retiro más amplio por parte de las fuerzas militares de ambos países.

plena campaña de reelección— tampoco se mostraba reacia a demostrarle a su electorado que *algo* estaba ocurriendo en el Kilómetro 101. Sin embargo, el problema estribaba en que el gobierno israelí no estaba plenamente de acuerdo con respecto a lo que debía suceder exactamente en el Kilómetro 101, ni tampoco en el tipo de retiro de tropas que trataría de concertar con Egipto. El general Yariv, un ex jefe de inteligencia y brillante estratega, se mostró muy ingenioso al presentar planes de desarrollo alternativo para ubicar las tropas de Israel, Egipto y las Naciones Unidas en varias líneas del Sinaí. Su creatividad originó un diluvio de propuestas israelíes presentadas a Gamasi que explicaban con lujo de detalles cada vez mayor la concepción militar israelí acerca de la separación de fuerzas. Gamasi incrementó la confusión equiparando las propuestas de Yariv con sus propias contrapropuestas. Desafortunadamente, ninguno de los dos negociadores contaba con el respaldo total de su gobierno. Los planes de Yariv no siempre recibieron la aprobación del Gabinete, y Sadat buscaba nuestra participación y no nuestra exclusión. Las conversaciones llegaron a un punto muerto.

Todo el proceso puso a prueba nuestra paciencia. Para empezar, nunca supimos exactamente qué estaba sucediendo en el Kilómetro 101. Obtuvimos distintos informes de los israelíes, los egipcios y la UN con respecto a lo que acontecía en la tienda de campaña donde se realizaban estas reuniones extraordinarias. La única característica en común que poseían residía en el hecho de presentar por lo menos cuarenta y ocho horas de retraso con respecto a los acontecimientos. Con frecuencia nos llegaban tres, y a veces cuatro, versiones distintas del estancamiento. Y un estancamiento en lo referente al retiro de tropas era lo último que deseábamos, ya que la separación de fuerzas en el Sinaí era el núcleo de nuestra estrategia. Por otra parte, para ser francos, no estábamos demasiado ansiosos porque se llegara a un acuerdo en el Kilómetro 101 antes de la Conferencia de Ginebra. Como le advertí al embajador Dinitz el 3 de diciembre: *Supongamos que Yariv resulte el gran héroe del retiro de tropas, ¿qué debatiríamos entonces el 18 de diciembre en Ginebra?* Nuestra estrategia requería ante todo que consiguiéramos iniciar la Conferencia para apaciguar la situación y como símbolo de progreso, pero después tendríamos que utilizar sus auspicios para establecer nuestro papel central. Si el tema de la retirada de las tropas desaparecía de la agenda, nos veríamos envueltos en una refriega interminable con respecto a temas más amplios, en los que yo sabía que no podríamos llegar a una solución rápida, si es que la había.

El problema real que planteaba el Kilómetro 101 era que no parecía probable que fuese una solución y en cambio sí un estancamiento. Para empezar, yo tenía fuertes motivos para creer que Golda prefería que los asuntos no madurasen antes de la elección israelí (y, por lo tanto, no antes de la Conferencia de Ginebra), y que su Gabinete compartía su opinión. Además, Egipto tampoco estaba preparado. Sin duda, Yariv expuso diversos principios que luego fueron incorporados al plan de retiro de tropas: zonas de armamentos limitados para ambas partes, con la presencia de la UN en el medio. Pero sus ideas con respecto al potencial militar permitido en dichas zonas eran demasiado restrictivas como para ser aceptadas, ni siquiera por los líderes egipcios más moderados. De todos modos, muy pronto resultó evidente que Sadat no podía aceptar ninguna limitación de sus propias fuerzas en territorio egipcio, en el caso de que eso fuera planteado por Israel. La mediación norteamericana pasó a ser esencial. El 29 de noviembre, Egipto solucionó el problema: suspendió las conversaciones del Kilómetro 101, alegando que Yariv de repente había comenzado a dar marcha atrás, negándose a explicar en detalle los niveles de fuerzas y la amplitud de las zonas que tenía en mente. El tema de la separación de fuerzas tendría que tratarse ahora después de la convocatoria a la Conferencia de Ginebra, tal como nosotros lo habíamos planeado.

En todo momento la conducta soviética desmintió la teoría de que Moscú siempre operaba sobre la base de un plan maestro ideado por estrategias de diabólica perspicacia.

Estaban tan obsesionados por participar de los hechos que también prefirieron demorar el retiro de tropas hasta que se reuniera la Conferencia. El 26 de diciembre le sugerí al embajador soviético, Dobrynin, que serenase a su colega en El Cairo, Sergei Vinogradov, quien alentaba la posición de Fahmi, que sostenía que alguna clase de retiro debía tener lugar antes de la Conferencia. Al día siguiente, Dobrynin respondió que Vinogradov no había hecho más que repetir las quejas egipcias y que él no se asociaba con ellos. El 30 de noviembre traté con Dobrynin el tema del colapso de las conversaciones del Kilómetro 101, como si nuestros objetivos fuesen paralelos en lugar de ser el preludio para alentar a Egipto a alejarse de Moscú. *Realmente creo que ahora estamos bien encaminados*, dije, ya con el camino expedito para nuestra estrategia preferida, aunque ni los archivos ni mi memoria me permiten recordar qué me llevó a pensar que Dobrynin podría compartir ese punto de vista. Dobrynin me contestó muy tranquilo: *Es posible que a nosotros no nos agrade la situación de que no se replieguen, pero desde un punto de vista realista concordamos con ustedes*. Informé a Dobrynin que a pesar de no poder garantizar una fecha exacta para la separación de fuerzas estaba en condiciones de fijar los primeros días de enero como punto de partida de un importante esfuerzo norteamericano para lograrla: *Después de eso, será sólo cuestión de semanas*.

Incapaz de evitar la tentación de anotarse un tanto insignificante a su favor (aun a riesgo de minar la confianza), el tonto de Vinogradov le dio esa fecha a Fahmi como si hubiera sido exigida por la diplomacia soviética (y como si nosotros fuéramos tan principiantes como para suministrar a Moscú una fecha que no hubiese sido previamente conversada con Sadat). La maniobra de Vinogradov sólo le valió recibir comentarios irónicos por parte de Fahmi.

El resultado práctico de estas conversaciones con Dobrynin fue desalentar a los soviéticos a unirse a las presiones egipcias para lograr un progreso más rápido en el retiro de tropas previo a la Conferencia de Ginebra, y así poder mantener bajo nuestro control la marcha de esas negociaciones. Mientras que muchos factores influyeron en la decisión de Moscú —incluyendo un cálculo erróneo acerca de su capacidad para aumentar su influencia sobre el Medio Oriente en la Conferencia de Ginebra—, su limitación estuvo muy influida por el deseo de preservar las relaciones con los Estados Unidos. El 10 de noviembre, Brezhnev le había escrito a Nixon: *Queremos estar seguros... de que no sólo superaremos la crisis actual del Medio Oriente sino que también avanzaremos más aún en la consolidación de las relaciones entre nuestros países*.

La diplomacia soviética —a pesar de su tendencia a aferrarse a moneditas— continuó en ese espíritu a lo largo del mes de noviembre, trabajando con nosotros en los preparativos para la Conferencia de Ginebra y evadiendo la presión egipcia por obtener un pago anticipado. Los soviéticos pueden no haber tenido opciones brillantes, pero adoptaron las que menos trabajo nos daban. La *détente* no nos impedía tratar de reducir el papel que los soviéticos desempeñaban en el Medio Oriente, como no impidió que ellos se anotaran tantos con los árabes de vez en cuando. Pero, en justicia, debemos reconocer que Moscú nunca se lanzó a una campaña total en contra de nosotros. Por nuestra parte, nos tomamos el trabajo de no humillar abiertamente a la Unión Soviética, ni siquiera a medida que su influencia se iba debilitando. La *détente* constituye el paliativo de un conflicto entre adversarios, y no el cultivo de una relación amistosa.

Inmediatamente después de la ruptura de las conversaciones del Kilómetro 101, la impaciencia de los egipcios pareció crecer. (Digo *pareció* porque no estoy seguro de que no fuera una treta de Fahmi para mantenernos en jaque.) Fahmi se quejó amargamente de la falta de progresos ante Hermann Eilts, nuestro nuevo embajador en Egipto. Según Fahmi, ahora hasta Sadat insistía en algún movimiento acerca de la separación de fuerzas como requisito previo a la participación egipcia en Ginebra. Y había insinuaciones de que Egipto podría pedir a los Estados Unidos y a la Unión Soviética que quebraran la

impasse o, alternativamente, que Egipto pudiera apelar al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La advertencia de Eilts en el sentido de que Sadat y yo habíamos convenido previamente que la separación de fuerzas sería el primer tema de la agenda de una conferencia de paz, provocó una réplica aguda por parte de Fahmi, quien aseguró que dicha conferencia siempre podía encargarse de la *segunda* fase de ese retiro de fuerzas. El mismo debió entender la imposibilidad de tal idea. Israel nunca realizaría dos repliegues en el lapso de un mes. Y un pedido egipcio a los gobiernos soviético y norteamericano con el fin de quebrar el punto muerto de las negociaciones habría repetido la crisis del mes anterior, con el mismo resultado negativo.

Lo que comenzó como un juego de presiones de Fahmi amenazaba —como sucede muy a menudo en Medio Oriente— con convertirse en una realidad a medida que las partes intervinientes se regodeaban en su propia retórica. Comenzamos a recibir informes de que Egipto consideraba la posibilidad de iniciar acciones militares. Sin duda, era esencial restaurar cierta perspectiva. El 1º de diciembre enviamos una carta muy firme de Nixon a Sadat, seguida por otra que yo le escribí a Fahmi advirtiéndole contra la posibilidad de que Egipto apelara a las superpotencias:

Con el debido respeto, opinamos que invitar a los Estados Unidos y a la Unión Soviética a intervenir para garantizar la implementación de la resolución del Consejo de Seguridad sería un paso aún más grave, un paso que no serviría ni a los intereses de su país ni a la paz del mundo en general.

Habiendo aclarado en diciembre que resistiríamos la presión soviética, lo mismo que lo habíamos hecho en octubre, la carta de Nixon reiteró lo que yo también le había manifestado a Fahmi, es decir que una reanudación de las hostilidades destruiría todos los logros obtenidos en los últimos meses: *Una ruptura del cese del fuego, lamentablemente, nos llevaría una vez más a una situación de confrontación, y la oportunidad quedaría irremediablemente destruida.*

Nuestras advertencias —que sospecho le vinieron bien a Sadat para esgrimir las ante sus seguidores más fanáticos— se vieron equilibradas por nuestra descripción optimista de las perspectivas diplomáticas. Las condiciones objetivas de progreso eran mejores que nunca, declaraban ambas cartas. Nixon se comprometía a que los Estados Unidos realizarían un esfuerzo importante una vez que estuviera reunida la Conferencia de Ginebra. *Es en esa conferencia de paz donde los Estados Unidos estarán en condiciones de ejercer una influencia constructiva hacia el logro de una paz basada en la Resolución 242 del Consejo de Seguridad.* Y a fin de concertar una estrategia común, que casi con seguridad había sido el propósito de las quejas egipcias, Nixon me propuso la posibilidad de que yo realizara otro viaje a lo largo del Medio Oriente, que me llevaría a El Cairo el 13 de diciembre.

En respuesta, hubo algunos rezongos por parte de Sadat, algunas expresiones de exasperación más volátiles por parte de Fahmi y algunas idas y venidas acerca de la posibilidad de reiniciar las conversaciones del Kilómetro 101 y bajo qué condiciones. Pero el factor tiempo nos favoreció en lo que estábamos tratando de lograr. Al irnos acercando cada vez más a la fecha fijada para la Conferencia (18 de diciembre) y a la de las elecciones israelíes (31 de diciembre), cada intercambio disminuía las posibilidades de más disputas prolongadas. No habiendo otros planes convenidos, la separación de fuerzas tendría que ser el primer tema en la agenda de la Conferencia: se abría así el camino a la mediación norteamericana y a la propuesta de aproximación gradual.

EL CAMINO A GINEBRA

La perspectiva de una Conferencia de Paz nos estaba forzando a maniobrar dentro de una aparente contradicción. Intentábamos reunir una conferencia multilateral, pero

nuestro propósito era utilizarla como marco de referencia para una diplomacia esencialmente bilateral. La cooperación soviética era necesaria para convocar la Conferencia de Ginebra; después, trataríamos de reducir su papel a un mínimo. La Conferencia de Paz calmaría los nervios de Moscú como preludio de una fase que, sin duda, pondría a prueba nuestras relaciones.

Yo había visto a Dobrynin el 17 de noviembre en Washington, recién llegado de mi viaje de noviembre alrededor del mundo. Sus patrones no podían estar en éxtasis frente a mis incursiones a las capitales árabes, y mucho menos acerca del acuerdo de los seis puntos logrado sin la participación soviética y hasta sin su conocimiento previo. Tampoco mi visita a Pekín era la clase de ejercicio que podría atemperar los malos humores del Kremlin. Parecía mejor volcarse a asuntos menos contenciosos. Después de haber mantenido una charla breve y poco informativa acerca de mis viajes, cambié de tema. Le expresé que estábamos dispuestos a proceder a convocar la Conferencia de Ginebra. Sugerí una carta conjunta de los EE.UU. y la URSS dirigida al secretario general de las Naciones Unidas, quien luego podría remitir las invitaciones formales a las partes que enumeré: Egipto, Siria, Jordania e Israel. (No hice referencia alguna a los palestinos.) Le dije a Dobrynin que le entregaríamos muy pronto el borrador de esa carta para que nos hiciera los comentarios pertinentes. En otras palabras, no perdamos el tiempo con re-priminaciones acerca del pasado y dediquémonos más bien al problema que tenemos entre manos.

Nada templa tanto el corazón de un diplomático de carrera como la inminencia de una conferencia de alto nivel. Constituye un campo de pruebas para todos los conocimientos arcanos adquiridos en los estudios de toda una vida acerca de procedimientos, puntos oscuros del protocolo y de *auspicios* y ejercicio de la *presidencia*. Todos estos aspectos estaban incluidos en la convocatoria de Ginebra.

Cuatro días más tarde, el 21 de noviembre, envié a Dobrynin el borrador de la carta de Waldheim; declaraba simplemente que los Estados Unidos y la Unión Soviética, después de haber examinado minuciosamente a las partes intervinientes, solicitaban al secretario general de las Naciones Unidas que invitara a Jordania, Israel, Egipto y Siria a una conferencia a realizarse en Ginebra, que daría comienzo el 17 ó 18 de diciembre. Dicha conferencia se llevaría a cabo bajo la *presidencia conjunta* de los Estados Unidos y la Unión Soviética. El resto se refería a detalles de orden técnico.

La sensación de urgencia de Moscú se reflejó en la velocidad de su respuesta, que llegó exactamente al día siguiente: una rapidez sin precedentes. Dobrynin me dijo que las fechas de la Conferencia les resultaban convenientes; el ministro de Relaciones Exteriores, Andrei Gromyko, asistiría complacido. Agradecería que yo le brindara a la reunión la mayor cantidad de tiempo posible. Le prometí que le dedicaría dos días y me ofrecí a cenar con Gromyko la noche anterior a la iniciación de la Conferencia.

Un día después (el 23 de noviembre), Dobrynin me entregó un nuevo borrador. Este revelaba las sospechas soviéticas de que Ginebra podría llegar a resultar un fracaso. Agregaba una cláusula que nuestro borrador no contenía: que la Conferencia se realizaría bajo los *auspicios* de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Destacaba que la Conferencia, que se iniciaría a nivel de ministros de Relaciones Exteriores, debería ser *continuada por representantes especialmente nombrados con jerarquía de embajadores*. El hecho de que la Unión Soviética estuviera tan ansiosa de que se certificara su *status* especial en la Conferencia y obtener un compromiso con respecto a alguna forma de mecanismo permanente a nivel superior reflejaba sus temores —de hecho, bastante justificados— de que deseáramos desacreditar la Conferencia. Desde el punto de vista de Moscú, el problema era que si todas las otras partes estaban de acuerdo con lo que sospechaba era nuestra estrategia, ninguna artimaña procesal podría impedirnos implementarla. La jerarquía de los plenipotenciarios resultaría casi irrelevante si el foco de la diplomacia se

transfería a los foros bilaterales. Gromyko había analizado correctamente el problema que se le planteaba: la dificultad radicaba en que no tenía solución.

Al mismo tiempo, la ansiedad de los soviéticos por convocar la conferencia se reflejaba en el hecho de que el nuevo borrador de Gromyko tampoco hacía ninguna mención explícita de los palestinos. (Limitaba la invitación a Siria, Egipto, Jordania e Israel, *sin perjuicio de un posible aumento de participantes en un periodo subsiguiente.*)

En medio de estos esfuerzos por congregarse una reunión semejante, uno de cuyos temas principales sería definir qué extensión de territorio debía ceder Israel, los líderes árabes sintieron la necesidad de una reunión cumbre. En el pasado sólo habían podido reconciliar sus distintos puntos de vista por medio de una retórica exaltada que, sin la menor duda, enardecería las pasiones; la reunión cumbre de Argel no fue una excepción. Los ministros de Relaciones Exteriores árabes se reunieron el 24 de noviembre; los jefes de gobierno, del 26 al 28 del mismo mes. Los propósitos del encuentro eran tan variados y contradictorios como las personalidades exuberantes de los miembros congregados. Los dos extremos del espectro árabe —Libia e Irak, por la rama radical, y Jordania por la rama moderada— básicamente boicotearon la reunión; los radicales, porque se oponían a todo proceso de paz; el rey Hussein por varios motivos, entre ellos que temía (y con razón) que las resoluciones tomadas favorecieran a la OLP. Egipto asistió porque buscaba la aprobación retroactiva de los árabes a la política que había impuesto desde el cese del fuego; todavía no estaba plenamente seguro de sus nuevos vínculos con Norteamérica, ni confiaba tampoco lo suficiente en el proceso de paz como para recorrer el camino solo. Siria buscaba una expresión de solidaridad árabe para frenar la tentación de Egipto de firmar una paz por separado. Arabia Saudita se esforzaba por lograr un consenso que le evitara tener que elegir entre radicales y moderados. Los restantes se debatían entre lo que aconsejaba la prudencia —que los hacía inclinarse a respaldar a Sadat— o dejarse llevar por la compulsión de la retórica fogosa acerca de la unidad árabe que, lo mismo que en todas las demás reuniones cumbre de los árabes, los hacía inclinarse hacia la militancia.

El resultado fue que cada uno ganó un poco de lo que quería. Egipto obtuvo un apoyo condicional para actos que ya había llevado a la práctica. Hubo por lo menos una tibia aprobación del proceso de paz. Pero el plan propuesto para lograrla no era distinto al que produjo un estancamiento de seis años: una evacuación inmediata israelí de todos los territorios árabes ocupados, incluyendo Jerusalén, y el *restablecimiento de los plenos derechos nacionales para el pueblo palestino* (1). La primera condición deliberadamente evitaba definir cuáles eran los *territorios árabes ocupados*, pero ya que el líder de la OLP, Yasser Arafat, estaba presente y aprobó la resolución, el motivo de la omisión tal vez fuera el dejar abierta la posibilidad de ir incluso más allá de la insistencia en los límites de 1967 para llegar a exigencias de largo alcance, como por ejemplo el plan de partición de la UN de 1947. Lo que la reunión entendía por *plenos derechos nacionales* de los palestinos tampoco se explicitaba demasiado; el hecho de que no los satisficiera el dominio de Jordania sobre la *margen occidental* quedaba implícito en el reconocimiento de la OLP como *único* representante de los palestinos.

El impacto de la reunión cumbre fue agriar las actitudes de Israel y de Jordania —objetivos de la reunión de Argel— hacia la Conferencia de Ginebra. El 1º de diciembre, el primer ministro de Jordania, Zaid Rifai, le dijo al embajador Dean Brown que las resoluciones de Argel significaban pedirle a Jordania que tratara de negociar con Israel la devolución de la *margen occidental* y la parte árabe de Jerusalén; que asumiera la responsabilidad (y, eventualmente, toda la culpa) por cualquier concesión territorial que tuviera que hacer, y que después entregara a la OLP los territorios que hubiera logrado recuperar. Jordania se negaba a desempeñar ese papel. Sin embargo, Rifai reiteró que, *en principio*, Jordania deseaba concurrir a Ginebra; tomó con mucha seriedad nuestro ar-

gumento de que en caso de no presentarse se arriesgaría a caer en manos de sus oponentes por dar la impresión de que renunciaba a sus reclamos sobre la *margin izquierda*.

Lograr que Israel aceptara concurrir a Ginebra no resultó tampoco nada fácil. Israel estaba decidido a resistir a las exigencias expuestas en Argel. Por lo tanto, la reunión cumbre de Argel creó nuevas tensiones en una diplomacia en la que, de pronto, todas las partes criticaban el borrador de la carta de invitación. Israel exigía que se aclarara explícitamente en la invitación que la composición original de la Conferencia no podría ser incrementada, salvo por unanimidad, a fin de que la OLP quedara formalmente excluida y su posterior participación estuviera sujeta al veto israelí. Israel desconfiaba también profundamente de las Naciones Unidas y no deseaba que tuviese más participación que el de un papel meramente ceremonial. En el interin, después de la reunión de Argel, Fahmi —como era previsible— se volcó en la dirección opuesta, insistiendo en que la carta debía contener una referencia explícita acerca de la participación palestina en una etapa posterior de la conferencia. Propuso la fórmula de que *el momento más oportuno para la participación de los palestinos* se discutiría durante la primera etapa de la Conferencia; lo cual implicaba, por supuesto, que la participación palestina quedaría incluida ya *de hecho*. De paso, Fahmi también presentó otras críticas a nuestro borrador. Puesto que deseaba debilitar la influencia soviética, objetó los *auspicios* soviético-norteamericanos y exigió un papel mayor para las Naciones Unidas. Siria, en cambio, se encerró en un hermetismo total.

Por más quisquillosas que fueran estas objeciones, cada una debía ser transmitida a las demás partes; cada fórmula de transacción propuesta debía hacerse circular por todo el circuito. La Conferencia corría el peligro de zozobrar entre un mar de papeles. El problema fue mucho más grave para mí porque el sábado 8 de diciembre partí para asistir a una reunión de la NATO en Bruselas, que sería seguida por mi recorrida por el Medio Oriente, así que, después de ser recibida en Washington, cada revisión debía serme retransmitida al lugar en que me encontrara en ese momento, y luego mi respuesta debía recorrer el camino inverso: ir vía Washington a todas las partes intervinientes. Los sobresaturados sistemas de comunicación de mi avión cumplieron heroicamente con su tarea.

El 5 de diciembre presentamos una nueva versión de la *carta de invitación*, la cual se proponía que cada uno de los participantes tuviera la sensación de que se había contemplado al menos alguno de sus puntos de vista. De la misma manera, naturalmente, cada parte podía quejarse por no haber logrado todos sus objetivos. Los archivos demuestran fehacientemente que se mostraron más propensos a las quejas que a las alabanzas.

Nuestro borrador eludió el asunto de los auspicios de la UN mediante el empleo de un lenguaje por el cual podía interpretarse que el papel de las Naciones Unidas quedaba limitado a convocar a la Conferencia y no a dirigirla; la participación del secretario general quedó expresamente restringida a la fase de apertura. En cuanto a los palestinos, presentamos la fórmula de que *el tema* (y no *el momento oportuno*) de su participación sería discutido durante la primera etapa de la Conferencia, lo cual implicaba que el asunto quedaba sin resolver. A nosotros no nos pareció una concesión excesiva porque sólo permitía la moción que, de todos modos, cada participante tenía el derecho de presentar en cualquier momento: que otras partes se unieran a la Conferencia. Pero quedó demostrado que esto era demasiado para Golda, quien se resistía a toda referencia a los palestinos, por limitada o restringida que fuera.

Luego comenzó lo divertido. La Unión Soviética insistió en el auspicio norteamericano-soviético; Egipto se mostró igualmente obstinado con respecto al auspicio de la UN. Ambos sostenían que la fase anterior acerca del *momento oportuno* para la participación de los palestinos era sacrosanta. Para que no nos volviéramos demasiado confiados, Israel rechazó los auspicios de la UN y agregó una nueva condición: que

incluso si el texto final resultaba aceptable, no se encontraría con los sirios hasta que éstos pusieran en libertad a los prisioneros de guerra israelíes. Y sólo faltaban 11 días para la fecha propuesta de apertura de las conversaciones.

Yo envié una avalancha de telegramas. El 11 de diciembre, todas las partes excepto una se echaron atrás y aceptaron informalmente nuestro borrador del 5 de diciembre. Israel, que se acercaba a la fecha de sus propias elecciones, permaneció inmovible. Como me dijo Dayan en una visita relámpago que realizó a Washington el 7 de diciembre: *Golda no puede presentarse a elecciones si existe alguna duda acerca de la presencia de los palestinos en la Conferencia.*

Pero más allá de la situación electoral, Golda Meir, con su estilo tan elemental, percibió un aspecto crucial de la cuestión que, en la exaltación del momento, no nos había resultado evidente: nuestra referencia a los palestinos era bastante inocua, pero la insistencia árabe en mencionarlos ocultaba un designio esencial que no se refería tan sólo a los procedimientos; señalaba un tema de agenda al que se le prestaba especial atención en una carta de invitación. Por lo tanto, para Golda, el asunto era de orden psicológico y no técnico; ella sabía que la conferencia de paz necesariamente intensificaría el procedimiento hasta convertirlo en un principio odioso y terrorífico.

Una vez convencida, Golda se negaba a retroceder en sus opiniones. Permaneció inmovible incluso frente a una intervención directa de Nixon. El 13 de diciembre el presidente se enteró, a través del informe que recibía todas las mañanas, de la actitud negativa del gobierno de Israel, y anexó la siguiente nota: *K. informe a Eban y los demás que si esta exigencia de ellos provoca otra guerra, la librarán sin ayuda.* En mi ausencia, Brent Scowcroft transmitió el mensaje de Nixon a Dinitz, sospecho que en términos levemente atenuados. Cuando Nixon se recuperó de la apatía que le provocó Watergate, era lógico que salieran a relucir sus instintos combativos. Le envió a Golda una carta personal que concluía con la advertencia amenazadora de retirarle el respaldo norteamericano:

Deseo decirle con toda solemnidad que si Israel no toma ahora una decisión favorable para participar en la Conferencia basándose en la carta que hemos redactado, tal actitud no será comprendida ni en los Estados Unidos ni en el resto del mundo, y yo no podré justificar el apoyo que firmemente he brindado a su gobierno en nuestro mutuo interés.

Siguiendo su táctica habitual, Golda ignoró la carta de Nixon alegando que me la contestaría personalmente en Jerusalén (cosa que nunca cumplió). En cuanto a Scowcroft, el único comentario que se le hizo fue que ella no estaba del todo convencida.

El 13 de diciembre, yo viajaba de Europa al Medio Oriente. La apertura de la Conferencia de Ginebra estaba fijada para cinco días más tarde y aún no se había llegado a un acuerdo con respecto al texto de la invitación.

ARGEL

Cada viaje a Oriente requería su propia coreografía. Operábamos simultáneamente en tres dimensiones: las relaciones norteamericano-soviéticas, la lucha por la influencia entre árabes moderados y radicalizados, y la crisis árabe-israelí. En parte se superponían, en parte eran autónomos. Cada incursión en Medio Oriente tenía de este modo los atributos de un circo de tres arenas, cuya principal diferencia era que cuando uno ingresaba a una, los actores de las otras dos suspendían lo que estuvieran haciendo, y adaptaban su actuación a la luz de lo que veían, o —lo que era más desconcertante aún— de lo que creían haber visto.

La experiencia me había enseñado que, pese a la tan proclamada solidaridad árabe, las intensas rivalidades y celos entre ellos constituían un elemento imponderable, mucho más difíciles de predecir porque, en su mayoría, eran profundamente personales. Por ejemplo, como ya he mencionado, mi comentario durante la cena al rey Faisal en Riyadh acerca del liderazgo de Sadat en el mundo árabe, había sido recibido con muy poco entusiasmo (ver Capítulo XIII). Más tarde iba a escuchar de otras fuentes árabes que Arabia Saudita se mostraba bastante sensible en este aspecto. Se nos aconsejó que no diéramos por sentado que el rey Faisal fuera a plegarse a todo lo acordado por Sadat; Arabia Saudita insistiría en sus propios criterios.

También había descubierto la asombrosa rapidez con que viajan las noticias a través del mundo árabe, algo tergiversadas en cada etapa, pero capaces de presentar, en su impacto total, un relato satisfactorio desde el punto de vista psicológico, ya que no desde el de los hechos. Y como la mayoría de los cálculos políticos tiene lugar en las mentes de los hombres el elemento psicológico a menudo resulta decisivo. La extraordinaria verbosidad de los líderes árabes constituye un recurso que les permite afinar sus acciones y establecer el terreno moral. Dado que los líderes clave confían en la fábrica de rumores, a los que comúnmente otorgan más crédito que a los informes directos, casi siempre lo más lúcido es preparar el terreno asegurándose que algún otro líder haya sido expuesto a los propios argumentos. Aun cuando desestime parte de lo que su hermano árabe les diga —una prueba de virilidad casi obligatoria— son propensos a dar veracidad a información de segunda mano, como tributo a su *status*, y a creer que les da una ventaja sobre sus rivales. Es necesario, sin embargo, reservar algún fragmento importante de información para el interlocutor principal. Así como la tortuosidad es sumamente apreciada, la exclusividad lo es mucho más.

Uno de los objetivos de la Conferencia de Ginebra consistía en evitar que en el mundo árabe el proceso de paz se sumiera en la polarización entre radicales y moderados. Desde este punto de vista, Damasco iba a ser la escala crucial de éste mi segundo viaje a Medio Oriente, como lo había sido El Cairo en el primero. Si Siria participaba, o al menos daba su conformidad en la Conferencia de Ginebra —y hasta ese momento no habíamos escuchado una sola palabra al respecto en forma directa— y aceptaba la ruptura de compromisos como primer punto de la agenda, nuestra estrategia básica estaría a salvo. De lo contrario, se produciría una amarga lucha en cada etapa. Había motivos para alentar esperanzas. Desde el fin de la guerra, Siria había estado buscando contacto con los Estados Unidos. Yo había tenido una reunión en Washington, el 2 de noviembre, con el viceministro de Relaciones Exteriores sirio, Mohamed Zakariya Ismail, que estaba en los Estados Unidos para asistir a la Asamblea General de la UN. No tenía instrucciones de ninguna clase; el hecho de una primera visita a Washington en muchos años, por parte de un funcionario sirio relativamente importante parecía ser todo lo que la situación política de Damasco podía permitirse. El 8 de noviembre me habían dicho en Arabia Saudita que el presidente de Siria, Hafez el-Assad deseaba mantener conversaciones directas con nosotros. Días después, el 21 de noviembre, me reuní con el representante sirio ante la UN, Haytham Kaylani, como preludio de mi visita a Damasco, programada para el 15 de diciembre.

Ningún líder resultaba más adecuado para preparar el terreno en Damasco que el presidente argelino Houari Boumedienne, radical de una feroz independencia, que mantenía especiales lazos con Siria. Durante la guerra de octubre, había efectuado una visita relámpago a Moscú a fin de solicitar apoyo militar soviético para la causa árabe. Según rumores procedentes de El Cairo, había vuelto desilusionado. Yo no esperaba que Boumedienne apoyara públicamente a la diplomacia norteamericana; para eso había pagado demasiado tributo a la ideología. Pero si se refería a ella favorablemente en privado en sus conversaciones con Siria, e incluso si se abstenía de oponérsele, Assad tendría un

pretexto para cooperar, y las presiones radicales sobre Arabia Saudita se verían atenuadas.

Aterrizamos en Argel el jueves 13 de diciembre bajo una persistente llovizna que acentuaba la distante bienvenida. El voluble Abdelaziz Bouteflika, que había sido miembro de la delegación de ministros exteriores árabes que había recurrido a Nixon y a mí durante la guerra (ver Capítulo XI), no podía igualar totalmente la austera presencia de sus compañeros. Joven, vital, vestido a la moda, llevaba generalmente una gran capa flotante y fumaba un enorme cigarro; Bouteflika no tenía la menor intención de desperdiciar una oportunidad para aparecer gratis por televisión. Al saludarme, habló más cálidamente de mi visita de lo que indicaba hasta entonces la línea oficial.

Mientras nos dirigíamos a toda velocidad a la residencia de Boumedienne en las colinas que dominaban el Mediterráneo, me encontré reflexionando sobre un encuentro que había tenido veinte años atrás con el gran escritor francés Albert Camus en su pequeña oficina de la editorial *Gallimard* en París. Yo ya me había graduado, y era editor de una pequeña publicación llamada *Confluence*, que daba a conocer a escritores europeos y norteamericanos, con la esperanza de alentar el entendimiento Atlántico. Habíamos reimpresso un artículo de Camus, y lo llamé para presentarle mis respetos. No se mostró sorprendido por mi juventud (tenía entonces treinta años), ni tampoco mencionó que mi publicación trimestral fuera probablemente la revista menos significativa que hubiera insertado sus escritos. Inesperadamente —casi como si hubiese estado hablando consigo mismo, y yo fuera simplemente un pretexto conveniente para sus reflexiones— Camus comenzó a hablar sobre Argelia, su lugar de nacimiento, en ese entonces provincia francesa. Se refirió suavemente a la incorporación a Argelia de la conciliación y el entendimiento, un producto de su sol mediterráneo, severas tradiciones y la benévola penetración de diferentes culturas. Aquí podría aspirar la humanidad a alcanzar un ideal fraternal y, sin embargo, Camus ya temía por el futuro de su tierra natal. Esperaba que el nacionalismo no destruyera su misión civilizadora. No podía soportar la idea de que las pasiones de nuestra era pudieran sumergir a Argelia y separarla de él. Su búsqueda de identidad no debería asumir jamás la forma de una separación de Francia. En aquel entonces, muchas de estas cosas me resultaban inexplicables, ya que el estruendo de la revolución argelina estaba sólo en sus comienzos. Ahora, mientras viajaba para reunirme con el victorioso líder del nacionalismo argelino, hacía más de una década que se habían ido los franceses. Cualquier otra cosa que pudiera haberse dicho a favor de la Argelia moderna, conciliación, fraternidad y entendimiento entre gente diferente, no era muy probable que señalara su contribución a la historia. Producto de una guerra amarga, había llevado a la diplomacia la filosofía no comprometida que posibilitó su cohesión, y el marxismo retórico que permitía a sus dirigentes mantener el control sin el inconveniente de elecciones periódicas.

Cuando llegamos a la residencia de Boumedienne, un ala del palacio del antiguo gobernador general francés, estaba formada en el patio una pintoresca guardia de honor. La sala de reunión era larga y cavernosa. En el fondo, justo frente a nosotros, estaba Boumedienne, ataviado con una pesada capa negra, con un cigarro en la mano. Parecía ser el uniforme argelino. Más tarde supe que Boumedienne solía medir el tiempo de sus reuniones de acuerdo al número de cigarros que consumía: había reuniones de uno o dos, rara vez de tres cigarros. Como no conocía este detalle, no conté el número de cigarros que me concedió. De todos modos, Boumedienne parecía disponer de bastante tiempo.

Casi de inmediato, Boumedienne se sintió en la obligación de comunicarme que su cigarro era cubano. Tenía el rostro ascético y la mirada penetrante de un fanático, pero sus modales resultaban elegantes y su tono cortés. Actuaba como un hombre para quien haber sido el jefe militar de una cruel lucha independentista no era suficiente. Como muchos militares autodidactos, Boumedienne no valoraba el arte marcial tanto como

otro campo, menos familiar para él, y, por ende, dotado de misterio: el de la filosofía política. Pertenece a la generación para la que la liturgia *pop* de la retórica tercermundista se había convertido en una segunda naturaleza. Los Estados Unidos eran "imperialistas"; el marxismo era "progresista"; el Tercer Mundo era "explotado" e inherentemente "amante de la paz". Como Camus, él iba a insistir en el significado universal de las acciones de Argelia. Pero, a diferencia del amable francés, él procuraba la vindicación de Argelia, no en valores de conciliación sino en una puritana insistencia revolucionaria; en áspera confrontación, no en convertirse en parte de una cultura universal que despreciaba. Y ahí, la conversación entre el presidente de la Argelia revolucionaria y el secretario de Estado de los capitalistas Estados Unidos versó en su mayor parte sobre nuestras filosofías opuestas respecto de las relaciones internacionales, como si dos profesores de ciencia política discutieran respecto a la naturaleza de su disciplina.

Boumedienne comenzó con una cortesía que fue al mismo tiempo un reaseguro: "Es bueno tenerlo en Medio Oriente." Si la Argelia radicalizada daba la bienvenida a mis esfuerzos, nuestra estrategia estaba a mitad de camino de su objetivo. Boumedienne pudo haber percibido que había llegado un poco lejos, de manera que agregó una advertencia: "Es una región de pasiones. Grandes problemas y grandes pasiones." Sin darme la oportunidad de hacer un comentario, Boumedienne fue derecho al punto principal de lo que él llamaba "el estilo argelino de acción":

en años recientes, ustedes tuvieron una actitud netamente aperturista hacia China, y tomaron la importante iniciativa de realizar un viaje a la Unión Soviética. Llegaron también a un acuerdo en Indochina. La cuestión está planteada: ¿se trata de una reformulación de la política de los Estados Unidos? ¿Está el mundo dividido todavía en dos o en tres campos?

Yo soy un árabe de la generación que ha sido objeto de dos tipos de humillaciones: la humillación del colonialismo británico o francés, y el colonialismo al que llamamos Israel, un país de tres millones de habitantes que, debido a cierto apoyo masivo, es el gendarme de la región. . .

En este contexto existen, objetivamente, tres posibilidades: una paz árabe, incluso una paz negociada por Israel. Yo, personalmente, he negociado con Francia. Pero eso no puede hacerse por la fuerza. Ese es nuestro gran deseo. Dado que el mundo es como es, y dado que los Estados Unidos y Rusia existen, la otra posibilidad es una paz ruso-norteamericana. Son ellos quienes convinieron un cese del fuego. Son los Estados Unidos quienes desempeñan el rol principal en esta negociación.

No pueden convencerme de que si se trata de una paz norteamericana, ésta pueda ser justa. Por un lado está la paz de Vietnam, pero también está Israel. Por un lado estaba Paquistán, pero por el otro estaba Chile (*).

La lógica de esta presentación consistía en una búsqueda de reaseguro. Boumedienne manifestaba buena voluntad para negociar "hasta" con Israel: un gran cambio para un líder árabe que se preciaba de su radicalismo. Y subrayó el rol decisivo de los Estados Unidos. Lo que quería era algún consuelo intelectual en el sentido de que Estados Unidos, el cuco de su marxista formación política, no iba a llegar tan lejos como él calculaba. Él respetaba a los Estados Unidos que habían tenido una apertura hacia China y habían negociado con Hanoi y respaldaban a sus amigos en Paquistán. Pero le causaban menos embeleso otros pasos que habíamos dado en defensa de nuestros intereses y valores.

(*) Resultó interesante que Boumedienne considerara como "progresista" nuestra inclinación hacia Paquistán en 1971.

Parecía que quería detenerse a elegir; más aún, reducirnos a su sello de socialismo radical. En su defecto, quería convencerse de que podía confiar en nosotros, aunque dejó sin explicar por qué, a la luz de sus propias creencias marxistas sobre el materialismo y el capitalismo, debían resultar convincentes mis declaraciones.

De las tres posibilidades que había presentado, la que *menos* parecía desear Boumedienne era un acuerdo norteamericano-soviético sobre Medio Oriente. Su desconfianza hacia la Unión Soviética, pese a sus propias proclividades marxistas, se hizo evidente en un breve diálogo:

BOUMEDIENNE: ¿Cree usted que la Unión Soviética lucharía por los árabes?

KISSINGER: No.

BOUMEDIENNE: No opino lo mismo.

Habiendo establecido Boumedienne el tono, no tenía sentido perder el tiempo en informarlo acerca de las sutilezas secretas del borrador de nuestra carta de invitación a la Conferencia de Ginebra. No íbamos a ganar su confianza demostrándole nuestra habilidad para hacer formulaciones ambiguas. Cualquier posible entendimiento dependía de la comprensión, si no de la aceptación por parte de Boumedienne, de nuestros propósitos. El requisito previo para verseñas con adversarios antiguos o potenciales —como lo había sido, y podía volver a serlo Argelia— consiste en establecer premisas filosóficas capaces de sustentar el desgaste inevitable impuesto por las necesidades prácticas. De manera que dediqué la mayor parte de la reunión a delinear los conceptos en los que se basa nuestra política, procurando particularmente combatir la obsesión de Boumedienne con el peligro de dominación de las superpotencias. Le expliqué:

Nuestra opinión fundamental acerca de los asuntos internacionales. . . es que un intento de dominio físico resulta incompatible con las tendencias y condiciones objetivas de este período. Por lo tanto, lo que hemos intentado hacer es alentar a las tendencias hacia una independencia verdadera, y desligar a los Estados Unidos —no me gusta la palabra “imperialismo”— de la necesidad objetiva de tomar decisiones para cada parte del mundo. Por lo tanto, damos la bienvenida a la unidad europea y no nos oponemos a ella, ni hacemos objeciones si nos ataca ocasionalmente. Porque si tiene un verdadero espíritu de independencia, tarde o temprano se defenderá de sus peligros reales. Si va a hacer esto, necesita el apoyo de su gente.

No hacemos esto por caridad, sino porque cualquier otro proceder nos agotaría física y psicológicamente.

Por lo tanto, argumenté, las relaciones de Argelia con los Estados Unidos no deben verse determinadas por *slogans* de moda como imperialismo o colonialismo. La prueba, en cambio, debería ser nuestra habilidad para armonizar intereses nacionales claramente entendidos:

Nuestro objetivo es tratar con los Estados árabes verdaderamente independientes. Si en su política exterior, ustedes cometen acciones que nosotros desaprobemos violentamente, vamos a reaccionar. Si nosotros cometemos acciones que ustedes reprueben violentamente, reaccionarán ustedes, como vemos a menudo en la UN. Pero si esta relación no se congela en una hostilidad permanente, podemos convivir con ella. Y yo le dije a nuestro ministro de Relaciones Exteriores en Washington durante la guerra que, tan pronto como el conflicto bélico hubiera terminado, haríamos un gran esfuerzo diplomático. Y le manifesté, en presencia de ministros

de relaciones exteriores más conservadores, nuestro respeto por los aspectos revolucionarios de Argelia.

De manera que lo que buscamos no es una solución norteamericana, sino la posibilidad de que las naciones árabes se liberen de su obsesión con Israel, y permitan que las tendencias naturales del mundo árabe se autoafirmen.

Pero Boumedienne no iba a abandonar tan fácilmente su estereotipo de perfidia de las superpotencias. Si no iba a haber un condominio soviético-norteamericano, tenía que existir rivalidad, y en ese caso quería saber dónde me proponía trazar la línea entre ambas esferas, y qué íbamos a hacer para ganarnos las "áreas grises", mientras temía, simultáneamente, la rivalidad entre las superpotencias, y ponía a prueba las oportunidades para maniobrar que brindaba a los países menores. Esto me permitió otra agudeza con respecto al condominio: "No reconocemos esfera soviética alguna, y no queremos una esfera norteamericana." Nuestra rivalidad con la Unión Soviética no iba a ser a expensas de Medio Oriente. Al mismo tiempo, yo no quería alentar la idea de que los países menores podrían esgrimirnos para luchar unos contra otros: *Señor presidente, la gente sería no puede ganarse. Nosotros no vamos a ganarlos a ustedes. . . Uds. van a actuar en pro de sus intereses, de manera que nunca va a haber victorias eternas. La cuestión para nosotros es si los objetivos de ustedes y nuestros objetivos pueden ser paralelos.*

Como muchos líderes de naciones no alineadas, Boumedienne se mostraba ambiguo respecto de la rivalidad entre las dos superpotencias. Manifestaba que ser su objeto le desagradaba; no le molestaba tantear para ver si se prestaba a convertirse en una feria o bazar. Evidentemente, los soviéticos le disgustaban. No objetó cuando expresé: *Pero existe una cuestión de principios que es importante para nosotros, y que Ud. debe entender. Si la Unión Soviética hace un gesto muy dramático en Ginebra, nosotros resistiremos. No pueden presionarnos.*

Cuando discutimos en concreto sobre la diplomacia en Medio Oriente, Boumedienne resultó ser eminentemente práctico. Todavía influido por la conferencia cumbre de las naciones árabes que había sido celebrada en su propia capital, Boumedienne aceptó la propuesta de que la Conferencia de Ginebra, en su primera fase, se concentrara en la separación de fuerzas. Esto debía significar que Assad lo respaldaba, o hasta tal vez le hubiera pedido que suscitara la cuestión. Boumedienne jamás se hubiera expedido por su cuenta sobre un tema tan sensible; esta conclusión se vio confirmada inmediatamente cuando añadió que quería estar seguro de que Siria no iba a ser excluida de nuestra diplomacia. Le confirmé lo expuesto. Le aseguré que el mundo árabe era demasiado complicado como para que yo inventara una historia distinta en cada escala; estaba en libertad para informar a Damasco acerca de lo que yo le había dicho, lo cual no era una concesión, ya que mi principal motivo para reunirme con él era anticiparle mi actitud hacia Siria (otra razón era, por supuesto, enterarme de todo lo que pudiera con respecto a la posición de Assad antes de llegar a Siria). De todos modos, era seguro que Boumedienne se iba a comunicar con Assad, lo quisiera yo o no. Le dije que los mismos principios del retiro de fuerzas se iban a aplicar tanto en las Alturas del Golán como en el Sinaí. Pero rechacé la sugerencia de que completáramos la fase del Sinaí antes de la apertura de la Conferencia de Ginebra, especialmente ya que esto facilitaría (según dijo) nuestro problema del petróleo.

Repliqué severamente a este último punto. El petróleo era una cuestión de principio para nosotros. No podíamos aceptar que aquellos que al mismo tiempo estaban pidiendo nuestra ayuda nos amenazaran. No podíamos prometer aquello que era irrealizable; íbamos a ceñirnos al programa que yo le había delineado a Sadat en nuestra primera reunión: levantaríamos la Conferencia de Ginebra después de la primera sesión, para reanudarla alrededor del 10 de enero. Posteriormente, íbamos a hacer un gran esfuerzo

para completar la retirada del Sinaí. Después íbamos a dedicarnos a una retirada siria, probablemente en febrero, pero sólo si mientras tanto el embargo había sido levantado.

De acuerdo con mi estrategia de poner de relieve aquello que podía obtenerse, evité mencionar las fronteras de 1967. Y con referencia a las esperadas controversias sobre la carta de invitación, le advertí que tratar el tema palestino en esta oportunidad destruiría todas las posibilidades de progreso. Boumedienne no insistió, tal vez salvando su conciencia con la certeza de la reunión del general Walter en Rabat con la OLP, acerca de la cual se le había informado.

Concluimos la reunión con una nota cordial. Boumedienne acordó en principio el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Washington y Argel, aunque consideró que en el momento presente resultaría prematuro; nuestras respectivas *Secciones de Intereses* en Argel y en Washington iban a tener un ascenso inmediato de jerarquía. Era una fórmula muy similar a la que habíamos resuelto en Egipto cuatro semanas atrás. Decidimos caracterizar las cuatro horas de conversaciones con las palabras "francas" (que querían significar que habíamos tenido desacuerdos) però "muy constructivas" (lo que implicaba que había surgido una amplia zona de objetivos comunes, y que se había creado una atmósfera favorable).

En el aeropuerto, Boufeliha proclamó a los periodistas reunidos que mi visita había marcado un punto decisivo en las relaciones argelino-norteamericanas y que Argelia apoyaba los esfuerzos norteamericanos para lograr la paz en Medio Oriente. Esto significaba que Argelia nos sería útil en Damasco, y no iba a resultar un obstáculo en la Conferencia de Ginebra.

La amistad de Argel era limitada: se ceñía a la cooperación táctica durante un breve período, y, tras éste, a un entendimiento tácito para no exacerbar las diferencias inevitables en nuestros enfoques de los problemas mundiales. Sin embargo, durante la fase más frágil del comienzo de nuestra diplomacia en Medio Oriente, disfrutamos de un grado del apoyo argelino que, dada la estatura revolucionaria de Argelia en el Tercer Mundo, constituyó un factor significativo que nos permitió llevar las cosas adelante.

EL CAIRO OTRA VEZ

El jueves 13 de diciembre por la mañana llegué al aeropuerto de El Cairo proveniente de Argel. Había un oscurecimiento total; la línea del frente estaba sólo a 75 kilómetros de distancia. El ministro de Relaciones Exteriores Fahmi estaba esperándome afectuoso como siempre. En las dos semanas anteriores, él había estado enmascarando su hábil y constructiva conducta acerca de los límites de la resistencia egipcia. Todavía no me había enterado del rechazo de Golda de la propuesta de invitación a Ginebra. Me sentí complacido de que Egipto aceptara nuestro lenguaje sobre los palestinos (es decir, "la cuestión de . . ."). Fahmi también había aclarado nuestro esquema como una posición combinada *sirio-egipcia* en una reunión conjunta con los embajadores norteamericano y soviético. Trasmitir nuestra propia propuesta como una exigencia egipcia reducía la tentación de segundos pensamientos soviéticos. Una aclaración por anticipado con Siria impedía los intentos soviéticos o radicales de seguir subiendo la apuesta.

Pero también había señales de que la flexibilidad de Egipto tenía sus límites. El mismo día de mi llegada, el principal diario de El Cairo, *Al-Ahram*, había advertido que el levantamiento del embargo del petróleo dependía de los retiros israelíes de territorio árabe. Y añadía: *La solución no está en inteligentes fórmulas diplomáticas expresadas con doble sentido que cada bando puede interpretar a su manera según convenga a sus propósitos.* Como referencia a nuestros esfuerzos para reunir la Conferencia de Ginebra, era muy acertada, pero si apuntaba a la sustancia de nuestra diplomacia en Medio Oriente, no resultaba muy atinado. *Sería un maquiavelismo estúpido contarle historias diferentes a*

diferentes bandos, le había dicho a los periodistas que me acompañaban en el avión (2). Esperaba que llevarían el mensaje a sus colegas egipcios.

Fahmi y yo nos trasladábamos en el viejo Mercedes de Nasser directamente a Barrages, otra de las residencias de Sadat. Una vez más, Sadat determinaría si el proceso de paz avanzaría durante la conferencia —para la que faltaban sólo cinco días— o si íbamos a gastar nuestro capital en un interminable debate sobre propuestas de invitaciones y fórmulas inteligentes que en primer lugar jamás debieron haber surgido. El debate sobre la carta de invitación sólo podía producir un estancamiento, y ningún progreso. Al margen de cómo se formulara la carta, no podía sustituir a las verdaderas negociaciones. El estancamiento tenía que romperse de una vez por todas, o de lo contrario nuestra diplomacia tendría que cambiar, de lo estilizado a lo explosivo.

La organización de la Conferencia de Ginebra no era una cuestión menor. Igual que en ajedrez, los movimientos iniciales podían determinar el resultado final. Yo quería dividir la conferencia en subgrupos —egipcio-israelí, sirio-israelí y jordano-israelí— de manera que a la Unión Soviética le resultara imposible utilizar a los árabes radicales como peones para bloquear los progresos en las sesiones plenarias. Rápidamente, los soviéticos habían apoyado la idea de los subgrupos, probablemente debido a la ansiedad de Egipto y Siria por lograr la separación de fuerzas. Pero Moscú había postergado para la Conferencia de Ginebra el consentimiento a mi nueva propuesta de que los representantes soviéticos y norteamericanos no participaran de los subgrupos, donde se efectuaría el verdadero trabajo, con excepción de la invitación a las partes. Yo quería promover negociaciones directas y retener cierta flexibilidad para moverme rápidamente detrás del escenario sin un veto soviético. Si Sadat nos acompañaba en nuestra preferencia, habría muy poco que la Unión Soviética pudiera hacer para bloquearlo.

Barrages es un elegante edificio al norte de El Cairo, construido para uso de ingenieros británicos durante el siglo pasado. Está situado en una fresca zona del valle del Nilo en medio de espaciosos jardines cercanos a un canal que ha sido usado para irrigación desde tiempo inmemorial. Atravesamos un hermoso jardín de arbustos de jazmines e higueras de Bengala, hasta llegar a una elegante escalinata que conducía a una espaciosa villa. A la izquierda de la entrada había una gran sala de recepción donde Sadat, ataviado con su uniforme militar, estaba esperando.

Cuando los hombres de prensa y de la custodia nos dejaron solos, Sadat comenzó la conversación desde un sofá bajo situado contra la pared más distante, y luego continuó durante la cena, cuando nos trajeron una mesa rodante. Sin referirse a las perplejidades de Ginebra, delineó su opinión acerca del futuro. Dijo que desconfiaba profundamente de la Unión Soviética. Se había sentido humillado en cada visita a Moscú por la dureza y condescendencia soviética. Los soviéticos sólo habían querido utilizar a Egipto para sus propios planes egoístas. Habían destrozado el corazón de Nasser en el sentido literal de la palabra: él regresó de su última visita a Moscú pocas semanas antes de su muerte, decidido a liberarse de un abrazo que amenazaba con sofocarlo. Ahora que había restaurado el autorrespeto egipcio, Sadat tenía la intención de consumir ese objetivo. Iba a eliminar gradualmente los últimos vestigios de la presencia soviética: los cuatro *jets* Mig-25 Foxbat supersónicos que realizaban misiones aéreas de reconocimiento desde el aeropuerto de El Cairo oeste y el escuadrón naval soviético de Alejandría serían enviados de vuelta a casa. Iba a hacer que el *Tratado de Amistad* soviético-egipcio cayera en desuso, o lo iba a cancelar: todavía no había decidido cuál de las dos cosas. Pero no podía hacer ninguna de las dos hasta que el proceso de paz estuviera más avanzado. Admitió ingenuamente su dependencia del abastecimiento militar soviético. Hubiera preferido cambiarlo por armamento norteamericano, pero no veía una posibilidad inmediata. Tampoco podía abandonar totalmente el apoyo diplomático soviético antes de poder encargar un logro concreto en otra dirección. Y si se llegaba a un estancamiento en las negociacio-

nes, se vería arrastrado nuevamente a la guerra. Pero ahora dirigía su mirada a los Estados Unidos: "Ustedes ponen todas las cartas sobre la mesa," dijo, utilizando lo que pronto se convirtió en un *slogan* corriente.

Fue, por lo menos, una presentación poco usual. El procedimiento normal es chantaje directo, amenazar para estrechar vínculos con el adversario a menos que se logre algún progreso en la dirección deseada. Sadat no estaba amenazando, ni siquiera implícitamente. Resultaba evidente que quería liberarse de los vínculos soviéticos. Todo lo que teníamos que hacer para inducirlo a cortar sus ataduras con nuestro principal enemigo era continuar en la dirección que ya habíamos decidido tomar por nuestras propias razones. Como sucedía a menudo con Sadat, la astucia se disfrazaba de ingenuidad. El había llegado a la conclusión de que confiar en los soviéticos garantizaba un estancamiento. Por lo tanto, no le veía sentido a amenazarnos con lo que desbarataba sus propios fines. Era mejor ofrecer lo inevitable como una concesión, reclamar reciprocidad y, sobre todo, echar las bases para la confianza mutua que era la clave de su estrategia.

Sadat añadió que yo había tenido razón cuatro semanas atrás al subrayar que la paz era, sobre todo, un problema psicológico, pero las barreras no estaban sólo del lado israelí. Los árabes eran orgullosos; habían sido humillados. Les resultaba difícil saber cómo llegar, del *impasse* en que se encontraban, a la paz que la mayoría de ellos quería. El, Sadat, iba a tratar de encontrar una manera, solo, si era necesario, pero esperaba no situarse tan lejos de sus hermanos como para que éstos, finalmente, no lo siguieran, Israel tenía que ayudarlo. Yo podía decirle a Golda Meir que él deseaba genuinamente la paz, pero no al precio de "mi" territorio. Me preguntó si yo pensaba que Golda era lo bastante fuerte como para hacer la paz; una buena pregunta, ya que él sabía que la paz no iba a ser lograda por una afable dirigente israelí sino por una dirigente fuerte. Le respondí que si la fuerza era el requisito fundamental, Golda era su hombre.

Por supuesto, ninguna de estas meditaciones filosóficas permitía que se llegara a una solución del problema inmediato, caracterizado por la ironía de que un proyecto de carta de invitación amenazaba a la convocatoria de la Conferencia con la que todos estaban de acuerdo.

Generosamente, Sadat me dejó a mí la resolución de *este* acertijo.

A esta altura, yo ya estaba convencido de que la discusión acerca del borrador de la carta era tarea de un teólogo y no de un diplomático. Jamás llegaríamos a un acuerdo a través de una exégesis de sus cláusulas. Mi contribución principal consistiría en aclarar los primeros principios. Con todo respeto, dije, no creía que existiera una opción militar realista. Si la guerra recomenzaba, como lo había insinuado Sadat, se repetiría la circunstancia objetiva de octubre. El ejército egipcio estaría equipado todavía con armas soviéticas, dependería aún del reabastecimiento soviético; volvería a verse arrastrado a la Unión Soviética. Nosotros detendríamos nuestro interés geopolítico al demostrar que la cuestión no podía resolverse por medio de las armas soviéticas. El resultado sería otro estancamiento, en un nivel más elevado de violencia, y los mismos dilemas que se enfrentaban ahora. Sólo que entonces sería un prisionero de Moscú, imposibilitado de volver a nosotros.

En cuanto a la carta de invitación, argumenté, era esencial dejar de lado las irrelevancias con las que cada una de las partes estaba tratando de utilizar el ejercicio de redacción para decidir por anticipado el resultado antes de que la Conferencia se hubiera reunido siquiera. La paz en Medio Oriente no iba a surgir de cláusulas de dependencia. Tal vez debiéramos descartar el extenso proyecto de carta y cambiarlo por una simple invitación de un párrafo y dejar que la Conferencia estableciera todos los detalles de procedimiento. Si realmente queríamos el retiro de las tropas primero en el frente egipcio y luego en el sirio, la tarea fundamental era reunir la Conferencia de Ginebra empleando la carta que resultara más fácil, dividirla en subgrupos lo más rápidamente

posible (y con preferencia sin la participación soviética) y continuar con las negociaciones serias. Cualquier referencia a los palestinos iba a tocar en carne viva un nervio israelí. Era demasiado pedirle a Israel que enfrentara la cuestión de esta manera inmediatamente antes de una elección y después de una guerra que había trastornado tantas de las premisas de la política anterior. Una breve carta de invitación zanjaría todo el dilema.

Sadat escuchó en su característica pose, con los ojos ligeramente entrecerrados. Y reaccionó como lo había hecho un mes antes. Sin discutir, aceptó las líneas principales de mi presentación. Egipto concurriría a Ginebra, dijo, aunque Siria se abstuviera. No estaba al alcance del ingenio de hombre alguno redactar una carta que respondiera a todas las necesidades. Se avendría a una breve carta de invitación aunque se corriera el riesgo de demorar las cosas, porque una redacción completamente nueva corría el riesgo de que todo el proceso se iniciara nuevamente. Utilicé esta oportunidad para ofrecer todavía otro compromiso que atenuara el lenguaje que empleaba para los palestinos. Si nos quedábamos con la carta extensa, le expliqué a Sadat, sería mejor que acordáramos una formulación neutral sobre otros participantes que no hiciera referencia explícita a los palestinos en absoluto (como por ejemplo que "la cuestión de los *participantes adicionales*" iba a ser discutida durante la primera fase de la Conferencia). Los árabes podrían decir que exigían la participación palestina a esa altura; Israel podría alegar que rehusaba, pero todo esto tendría lugar una vez que la Conferencia se hubiera iniciado y la cuestión jamás llegaría a arreglarse a menos que esto sucediera.

Sadat respondió que tomaría su decisión acerca de esta fórmula después de mi visita a Damasco; dejó pocas dudas acerca de que casi seguramente resultaría favorable. Para aliviar la ansiedad israelí ofreció a Israel un reaseguro más fundamental. Haciendo caso omiso de la fraseología de la carta, no iba a mencionar la cuestión de los palestinos durante la parte de las negociaciones que tratara la retirada: en otras palabras, no los mencionaría durante muchos meses.

En cuanto a mi preocupación por el procedimiento, Sadat estuvo de acuerdo en el sentido de que la Conferencia debería dividirse en subgrupos lo antes posible; era, en realidad, la única manera de que hubiera una rápida retirada en el Sinaí ya que Siria seguramente bloquearía en las sesiones plenarias a las jugadas por separado. Por razones similares —esta vez para impedir un veto soviético— aceptó la propuesta de que los Estados Unidos y la Unión Soviética no participaran en los subgrupos. Pero tenía que hacer dos advertencias: los Estados Unidos deberían mantenerse activos en las negociaciones; como prueba de ello quería que yo volviera a Medio Oriente a principios de enero para trabajar con él en los principios de un plan de retiro de fuerzas de manera que cuando se reanudara la Conferencia el 10 de enero (como se había planeado), ésta no degenerara en un estancamiento.

Ya había pasado medianoche; Sadat sugirió que postergáramos una discusión detallada sobre el retiro de tropas para la mañana siguiente. Pero el día que había comenzado en Bruselas y me había llevado de Argel a El Cairo no había concluido. Me despedí de Sadat para reunirme en El Cairo con el embajador soviético Vinogradov a la 1.30 de la mañana. Le informé brevemente acerca del plan eventual para una carta muy breve de invitación. Sin instrucciones, lo único que podía hacer era informar a Moscú.

Mientras tanto, me acordaba constantemente de Watergate y de la fragilidad de nuestra base interna. Debido a esos hechos, Nixon había perdido el poder de dominar los acontecimientos. Se había convertido en prisionero de sus versiones de lo que había trascendido en Watergate y —sigo convencido de ello— de su muy real ignorancia del contenido verdadero de las grabaciones. Fue alcanzado en diciembre por el furor producido por un claro de dieciocho minutos y medio descubierta en una de las cintas grabadas, y por las acusaciones de los medios sobre irregularidades en sus declaraciones del impuesto a la renta.

Nixon habría sido sobrehumano si hubiera podido contener siempre el resentimiento que le producía el hecho de que su secretario de Estado fuera alabado por una política exterior que su propia constancia había sustentado. Esto sucedía particularmente toda vez que algún acontecimiento dramático generaba publicidad, la sangre vital de los políticos. Su frustración reprimida estallaba entonces. Mucho me temo que mi reacción ante ella sea más comprensiva retrospectivamente que lo que fuera en su momento.

La verdad era, como siempre, compleja. A Nixon no se le reconocían los méritos a que se había hecho acreedor. La atención que recibían las hazañas de su subordinado eran en parte desproporcionadas, pero mi notoriedad reflejaba el dilema de Nixon; no lo provocaba. Una vez que la cuestión de Watergate hubo llegado más allá de cierto punto —a más tardar después del descubrimiento de las grabaciones—, tuvo su propio ímpetu.

Pero la misma tenacidad que hizo que Nixon persistiera a través de sus dificultades logró que le resultara muy duro abandonar la esperanza de que alguna conquista espectacular pudiera poner un mágico final a la ordalía. Así, la vasta cobertura que los medios hicieron de mi discurso del 12 de diciembre en la Pilgrim Society de Londres lo inflamó (ver Capítulo XVI). Yo le había hablado varias veces a Nixon sobre ese proyectado discurso, aclarando el texto con las agencias clave; el general Scowcroft le había dado un borrador a Nixon. No sé si lo había leído. Era muy poco probable, dadas sus preocupaciones. De todos modos su objeción no iba a la sustancia sino a la inesperada publicidad especialmente porque concernía a la energía, donde él abrigaba la esperanza de poder surgir con alguna proeza espectacular.

Así, el 13 de diciembre, cuando llegué a Medio Oriente, Nixon se vengó llamando de improviso al embajador soviético Dobrynin para mantener con él una reunión privada: un hecho extraordinario. Scowcroft me envió estas noticias:

Hace unos minutos el presidente ordenó que el embajador Dobrynin se reuniera con él. . . a solas. Indicó en general que quería conversar acerca de Medio Oriente, pero no fue más específico. Dobrynin llegó, permaneció con el presidente durante unos 30 minutos y acaba de retirarse. Le pregunté a Dobrynin qué tal había resultado la reunión, y me dijo que muy bien, que había sido una de las reuniones más satisfactorias que había tenido con el presidente.

Esto es, evidentemente, una respuesta al discurso de Pilgrim. Veré si Haig puede descubrir qué se discutió, y, por supuesto, te lo comunicaré inmediatamente. Aunque sé que resulta desconcertante, pudo haber sido peor.

La última oración era un tributo a la sutileza y el tacto de Scowcroft. Yo no consideré tan objetivamente la reunión, especialmente porque la prensa recibió la explicación de que había sido una *revista general* de las *relaciones totales entre los Estados Unidos y la Unión Soviética*. No era cosa de risa que la Casa Blanca anunciara lo que sólo podía interpretarse como una jugada del presidente para fortificar nuestros lazos con los soviéticos el mismo día que Sadat me informaba que tenía planeado concluir con el *Tratado de Amistad* soviético-egipcio. Preocupado con los serios asuntos que tenía en manos en Medio Oriente, en horas de la mañana envié una retahíla de cables a Scowcroft y a Haig solicitándoles que me informaran acerca de lo que se había discutido entre el presidente y el embajador soviético. Les advertí que las negociaciones por la Conferencia de Ginebra estaban en una fase muy sutil; dentro de poco vería a Gromyko allí, y no podía saber menos que él sobre la conversación del presidente. Sadat era extremadamente receloso de la posibilidad de una connivencia norteamericano-soviética.

Ni Haig ni Scowcroft habían podido sonsacarle a Nixon lo que se había discutido; su objetivo era, después de todo, demostrar que quien ejercía el poder era él. Por otra parte, probablemente fuera general; jamás apareció referencia alguna a la conversación presi-

dencial en ninguna comunicación soviética a nosotros. El inmovible Scowcroft, en quien la profesión psiquiátrica perdió un miembro potencialmente distinguido cuando ingresó a la Academia Militar de los Estados Unidos, trató de calmarme, explicándome por qué pudo haber sido peor: *Nosotros (Haig y Scowcroft) obtuvimos éxito, por lo menos en impedir una visita del embajador de Arabia Saudita que también había sido ordenada.* Haig me advirtió que debía cerciorarme de que el vocero de prensa del Departamento de Estado no permitiera que surgiera ninguna impresión de distanciamiento entre la Casa Blanca y yo. Y concluyó sabiamente:

Sería tonto esperar que las dificultades actuales desaparezcan, y estoy seguro de que tendremos que seguir haciéndoles frente y mostrándonos sensibles a los acontecimientos que las rodeen. Sin embargo, nada podría ser más derrotista que permitir que estas preocupaciones dominen la conducción de cuestiones de vital importancia. Todo lo que se requiere a la corta y a la larga es una sensibilidad adecuada a esta situación, y siempre hemos logrado manejar correctamente este problema.

Y así fue, aunque amaneció en El Cairo sin que yo me hubiera apaciguado.

A las 10 del viernes 14 de diciembre, me encontraba de vuelta en Barrages con Sadat. Volvimos a hablar del retiro de las tropas. Sadat me preguntó por "nuestro" plan. Se mostraba poco dispuesto a abandonar la idea de que tenía que existir algún "plan Kissinger". Le contesté que presentar un plan duro sería un error. Estaba destinado a hacer agua; la poca habilidad para lograr sus términos precisos sería entonces una prueba de fracaso que contrarrestaría los verdaderos logros inherentes a cualquier retiro israelí significativo y a la separación de las fuerzas egipcias e israelíes. Le sugerí que revisáramos los principios generales que debían guiar las negociaciones.

Cuando lo hicimos, se demostró que, después de todo, las negociaciones del Kilómetro 101 habían sido útiles, especialmente algunas de las ideas israelíes que Yariv había sometido a prueba con Gamasi. Confiando en las conversaciones de Yariv-Gamasi, yo presenté el concepto de que una fuerza egipcia limitada en número permanecería al este del Canal, mientras que Israel retrocedería al área del Paso Mitla, a unos 30 kilómetros del Canal, y una fuerza de la UN estaría entre ambas. Sadat y yo no hicimos esfuerzo alguno por trazar líneas o definir las limitaciones de armas aplicables a cada zona. Esto iba a quedar pendiente para un viaje posterior y para lo que todavía esperábamos serían las negociaciones subsecuentes de Ginebra.

Después de almorzar con Sadat, ambos nos reunimos con la prensa. Aproveché la ocasión para fijar la agenda de la propuesta Conferencia de Ginebra: *Hemos acordado que la retirada —la separación de las fuerzas— sea el tema principal de la primera fase de la conferencia de prensa, y yo iré a otros países para discutir con ellos sus opiniones sobre cómo actuar.* Sadat se hizo cargo de la situación y puso su sello de aprobación a lo que yo había dicho públicamente y, más aún, al procedimiento que yo abrigaba la intención de proponer en privado a los otros dirigentes: *Me siento realmente muy satisfecho después de las largas y fructíferas discusiones que hemos mantenido.*

Hubo un extraño diálogo sobre la fecha del repliegue de tropas. Un reportero que juzgó erróneamente el significado de esa festividad para un devoto musulmán preguntó si Sadat todavía tenía la esperanza de que se realizara un acuerdo de retirada antes de Navidad. Sadat dijo que sí. El sabía perfectamente que ambos habíamos acordado que no sucedería nada antes de mi próxima visita, a mediados de febrero. Todavía no había aprendido a habérselas con la estrepitosa prensa norteamericana —habilidad en la que pronto adquirió un brillante dominio.

Mientras me marchaba de El Cairo, sentí que por fin las piezas estaban ocupando su

lugar: era casi seguro que Egipto iba a asistir a la Conferencia de Ginebra. Jordania no iba a mantenerse al margen, al menos que quisiera dejarle el campo a la OLP. Habíamos acordado con El Cairo un horario y el esquema general de un plan de retirada. Sadat había prometido también el levantamiento del embargo petrolero en enero, después que esta separación de fuerzas se hubiera logrado. El principal signo de interrogación era todavía Siria, pero mi charla con Boumedienne era alentadora en ese sentido también. Estaba de excelente humor. Remedando mi conferencia de prensa de 1972 que anunciaba el avance en Vietnam, indiqué a los periodistas: *A mi criterio, pronto habrá una conferencia.*

REGRESO A RIYADH

La ciudad de Riyadh, enclavada en una estéril meseta como por accidente, reflejaba una decisión deliberada de trasladar la capital trabajadora del Reino desde la calurosa, húmeda Yidda, a una elevación de mayor altitud, aire más seco y temperaturas relativamente más benignas que las del desierto (aunque es necesario subrayar el término *relativamente*.) Riyadh encarnaba así las características algo misteriosas del Estado. Aunque el rey residía allí con sus ministros durante por lo menos ocho meses al año, no tenía *status* oficial. Las embajadas de países extranjeros estaban en Yidda, con los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyo jefe, Omar Sakkaf, pasaba la mayor parte del tiempo junto al rey, en Riyadh.

Era un sistema maravillosamente planificado para limitar las oportunidades de que los extranjeros importunaran o presionaran. Hasta los últimos años de la década del 70, las comodidades hoteleras de Riyadh eran tan escasas como inadecuadas. Era probable que los embajadores que llegaban sin haber sido invitados no encontraran alojamiento, y tuvieran indudables dificultades para arreglar una entrevista. Los diplomáticos eran convocados o tenían que solicitar una cita con cierta anticipación. El embajador norteamericano se habría sentido incomodado por este tipo de arreglo sólo si, como a Hermann Eilts (cuando era embajador en Arabia Saudita), le disgustaba volar y debía manejar diez horas hasta Riyadh siempre que se le requería en una reunión de alto nivel. A nuestros diplomáticos se les concedían automáticamente las entrevistas que solicitaban por diversos motivos. Las relaciones eran cordiales y amistosas.

Mi llegada el 14 de diciembre —mi segunda visita a Arabia Saudita— reflejó esta amistad. Omar Sakkaf, vestido con una túnica de etiqueta, se hallaba nuevamente al pie de la escalera, con su omnipresente rosario de cuentas. Como antes, me tomó de la mano y me condujo entre las dos hileras de tropas, ataviadas con túnicas blancas, hasta la marmórea sala de recepción real. Nos sirvieron café saudita amargo, mientras la televisión filmaba la recepción y el periodismo que me acompañaba se esforzaba por formular preguntas.

En Arabia Saudita los periodistas que viajaban conmigo me daban la impresión de que perdían la insolencia y la agresividad que ostentaban en otras escalas. Se los trataba con la mayor de las cortesías, como a huéspedes de quienes se esperaba una cortesía recíproca. Dejaré a mis acompañantes de muchos largos viajes responder que la cortesía era para ellos una segunda naturaleza. Negarían que se sentían intimidados; tal vez su restricción se debía al hecho de que por lo general llegábamos a Riyadh al final de viajes agotadores, y que estaban ansiando un descanso que podía peligrar en cualquier momento si uno de los empleados de lo que era entonces el único hotel de la ciudad hubiera traspapelado sus reservaciones.

Nuevamente fui alojado en la espaciosa casa de huéspedes, cuyas vastas dimensiones no habían sido igualadas todavía en elegancia y confort (aunque estos inconvenientes fueron más que superados en mis visitas posteriores). Después de una rápida comida,

Sakkaf pasó a buscarme para presentarme ante el rey. Fui recibido en el Diwan Real o estudio privado, instalado, igual que durante mi entrevista previa, con dos sillas en el medio; la mía junto a la derecha de la del rey, y el intérprete frente a ambos. Los asesores se sentaban en dos hileras en extremos opuestos, no lo bastante cerca como para escuchar y demasiado lejos para intervenir en la conversación. Mientras tomaban fotografías, el rey se mostraba sombrío. Yo sabía que Boumedienne ya debía haber enviado un mensajero; había visto un avión VIP egipcio en el aeropuerto, y sospechaba que había traído a Ashraf Marwan, el confidente de Sadat, para darle a Faisal la versión de El Cairo sobre nuestra reunión.

Su Majestad empezó expresando su alta consideración por Nixon. Hacía veinte años que conocía al presidente; se trataba de una amistad al margen de la investidura. A su manera elíptica, estaba diciendo que ninguna posible revelación de Watergate podía afectar su estima. Cuando tratamos lo sustancial, Faisal modificó lo que había dicho un mes antes. Entonces la solución que había propuesto tocaba la posición extrema de la OLP: había instado a un estado secular en Palestina, que incluyera tanto a judíos como a musulmanes: un eufemismo para la abolición de Israel. Ahora, apremiaba sólo el retorno de Israel a sus fronteras de 1967, incluyendo solamente a la debilitada Ciudad Vieja de Jerusalén. Durante mi visita previa, Faisal había insistido en que todos los palestinos tendrían derecho a volver a sus hogares (destruyendo efectivamente a Israel al inundarla de nuevos árabes) o, de lo contrario, a recibir una compensación. Esta vez Faisal se mostraba menos insistente, concentrándose sólo en la compensación y mostrando que también trataba de ser flexible. De una manera característica en él, presentó las modificaciones a sus posiciones previas como si se tratara de la verdad revelada e indicando, sin el menor pestañeo, que, aunque con vacilaciones y de mala gana, el Reino se estaba refiriendo por primera vez al proceso de paz. Ese fue el significado de las observaciones de Faisal, que se mantuvieron lejos de constituir una base para un compromiso. Era una actitud, no un programa, y significaba que Arabia Saudita no sería un obstáculo para los esfuerzos pacificadores de otras naciones.

En esta atmósfera, repasé nuestros planes de reunión para la Conferencia de Ginebra, los propuestos subgrupos y la agenda: la retirada; primero en el frente egipcio, luego en el sirio. Faisal aprobó nuestro enfoque en su reservada manera elíptica. Esto también constituía un signo alentador de que Siria tenía una buena disposición. Faisal nunca se hubiera arriesgado al desagrado de Siria, especialmente considerandó que uno de sus asesores más inmediatos era Rashad Pharaon, un sirio.

Más tarde, mientras volvía a la casa de huéspedes, encontré un mensaje que amenazaba con hacer volar todo: el Gabinete israelí había diferido una decisión respecto de la concurrencia a la Conferencia de Ginebra; el proyecto de carta de invitación, tal como estaba en ese momento, aun cuando había sido revisado, resultaba poco satisfactorio. Ninguna referencia a los palestinos, por condicional que fuera, sería aceptada. Como no iba a viajar a Israel hasta el domingo 16 de diciembre, la fecha de apertura del 18 de diciembre resultaba ahora demasiado próxima. No tenía más opción que postergarla tres días, hasta el 21 de diciembre, y, como último recurso, empezar, si era necesario, sobre la base de la breve carta que había discutido con Sadat. Envié mensajes a Sadat y a Gromyko proponiéndoles ese camino. (El hecho de que esta segunda postergación no suscitara objeción daba una pauta de la ansiedad con que esperaban el inicio de la Conferencia.) Al mismo tiempo, fue enviado otro severo mensaje presidencial —redactado por mí— a Golda Meir, comunicándole la postergación propuesta, pero advirtiéndole que los Estados Unidos asistirían a la apertura de las deliberaciones cualquiera fuera la decisión que tomara Israel.

El sábado a la mañana, el viejo sabio Omar Sakkaf me visitó en la casa de huéspedes oficial. Digo "viejo" porque, aunque tenía poco más de cincuenta años, mostraba el

aspecto curtido, algo estragado, de un hombre mucho mayor: era evidente que había vivido una vida plena. Vino, como lo había hecho cuatro semanas antes, para hacer una exégesis de los complicados designios de su rey:

El rey personalmente no puede hacer algo en lo que no cree. Ha vivido esto personalmente desde 1936. Cree en esta causa árabe. El es un rey. Siente más cercano a él al rey de Tailandia que al presidente Pompidou. Tiene esta manera de pensar las cosas. Es por ello que está a favor de la causa, y no puede cambiar si no ve algo. Por supuesto, usted notó que él fue categórico en un verdadero sentido. Estoy convencido de que ha dicho más que nunca.

Lamenté tener que admitir que no lo había entendido tan claramente. En realidad, puesto entre la espada y la pared, no hubiera estado seguro exactamente de qué había dicho Faisal, lo cual era, exactamente, lo que el astuto rey quería. Sus intenciones, evidentemente, eran benignas; su ejecución dependería de las circunstancias, incluyendo las presiones de otros Estados árabes, y los avances en las negociaciones. Y por lo tanto, la tesis de la optimista presentación de Sakkaf era que la posición de los Estados Unidos en el resto del mundo árabe estaba mejorando. De ahí que la libertad de acción de Arabia Saudita fuera en aumento. Me explicó las perspectivas en evolución de las diversas naciones árabes de una manera sólo levemente menos elíptica que su soberano, ocasionando un diálogo que sonó como una desesperada imitación del primer Hemingway. *Es muy inteligente*, señaló Sakkaf acerca de Boumedienne:

Ha cambiado. Antes era como Irak o Libia. Nos ofrecía sus aviones y armas, si los necesitábamos. De manera que su política no ha cambiado en ese sentido. Pero ya no es el mismo. Les está ofreciendo una opción.

KISSINGER: Exactamente.

SAKKAF: Luchar o llegar a un acuerdo. Hubo una época en que no se luchaba tanto por la causa como por la dignidad del hombre árabe. . . ¿Es un hombre que pueda usar armas sofisticadas? ¿O sale sólo para morir?

KISSINGER: Nunca creí en la teoría de que los árabes no pudieran luchar, porque sé historia.

SAKKAF: Sí, sí, usted sabe historia.

KISSINGER: Algunos en Israel pensaron eso. Pero durante cientos de años la gente temió que los árabes jamás se olvidarían de luchar.

SAKKAF: Hafez el-Assad me dijo que no estaba seguro de sí mismo. Pero tuvimos 30 años malos. Y 10 años terribles.

Me aseguró: *La entrevista con el rey estuvo bien, creo*. Sakkaf me pidió luego una conversación conmigo y con nuestro embajador, James E. Akins, a solas. Me prometió formalmente que Arabia Saudita no sólo levantaría el embargo e incrementaría su producción, sino que también instaría a otros productores árabes de petróleo a seguir su ejemplo. Dado que no proporcionó una fecha precisa, su afirmación tuvo un contenido más dramático que operativo. Pero cuando Sakkaf se despidió de mí en el aeropuerto, declaró lo mismo, públicamente: *Creemos que podemos eliminar todos los obstáculos en nuestras relaciones*.

Sakkaf añadió otro toque: *Valoro mucho esta entrevista con mi amigo el doctor Kissinger, a quien llamo Henry*. Esto lo convirtió en el primer árabe que me llamaba por mi nombre de pila. Iniciaba un rumbo. Era grato no sólo por su calor humano; iba a resultar muy útil en Siria, que era mi meta siguiente.

LA PRIMERA VISITA A DAMASCO

La imagen de Siria era tan amenazadora que la realidad no podía coincidir de ninguna manera con lo que se me había informado antes de nuestra llegada. El gobierno de Siria tenía fama de ser uno de los regímenes árabes más intransigentes. Era, sin duda, el más combativo de los Estados denominados de confrontación: aquellos que limitan con Israel y que hasta ese momento se habían rehusado obstinadamente a negociar con éste. Desde su independencia en el año 1964, la historia de Siria constituyó una sucesión de violencias, cambios radicales y golpes de Estado. Ellos reflejan las tensiones existentes en la sociedad siria y las presiones de la política e ideología árabes. Hafez el-Assad, el presidente actual (quien hasta el momento de escribir estas páginas seguía detentando el poder) había forzado a su antecesor más radical a renunciar en noviembre de 1970, después del desastroso papel desempeñado por Siria durante la crisis de Jordania. Assad, que en ese momento era ministro de Defensa, sufrió un castigo por su imprudencia y aprendió muy bien la lección. Ya hace más de once años que se mantiene en el poder y ha establecido un record de permanencia entre los líderes sirios.

Hasta 1973, Siria se había negado a toda conversación de paz. Consideraba que el Estado de Israel era un invento ilegal y, empeñado en su destrucción, nunca le importó demasiado la ubicación de sus fronteras. Después de 1967, Damasco rompió sus relaciones diplomáticas con Washington, sin permitir siquiera la existencia de un pequeño consulado parecido al que habíamos mantenido en El Cairo como canal de comunicación. En los foros internacionales, como las Naciones Unidas, Siria era conocida por nosotros como amiga de la Unión Soviética y uno de los líderes del grupo radical. La mía era la primera visita a Siria de un secretario de Estado norteamericano en veinte años.

Llegué el sábado 15 de diciembre de 1973 y fui recibido en el aeropuerto por el hombre que técnicamente sería mi anfitrión, Abdel Halim Khaddam, viceprimer ministro y ministro de Relaciones Exteriores. El trayecto desde el aeropuerto hasta la capital nos tomó aproximadamente media hora; los primeros veinte minutos viajamos a toda velocidad por un camino recto, después hicimos un semicírculo para evitar la zona de intenso tránsito y nos introdujimos en las avenidas de la moderna ciudad de Damasco. La velocidad del viaje quizás estuviera relacionada con el hecho de que los campos de refugiados palestinos se encontraban cerca de la zona del aeropuerto. Fui rodeado por el despliegue de fuerzas de seguridad más conspicuo que haya visto en parte alguna: camiones repletos de hombres armados que nos precedían y nos seguían, innumerables policías de civil en otros vehículos y soldados armados espaciados cada seis metros a lo largo del camino del aeropuerto. Fue menos tranquilizador que lo previsto porque recordé, con preocupación, lo que me había advertido un experto en Medio Oriente: *si algo le sucede en Siria, el ataque será llevado a cabo por las fuerzas de seguridad.*

Khaddam era la síntesis de las ambivalencias sirias. Compacto, dinámico y con un aire levemente feroz que resultaba incongruente con su sonrisa alegre y sus notables ojos azules (¿serían, tal vez, un legado de la época de las Cruzadas?), personificaba el nacionalismo gallardo de Siria y sus aspiraciones a un papel internacional. No podía decidir qué le parecía peor: si quedar al margen del proceso de negociaciones o participar en ellas. Por un lado, Khaddam afirmó que no pensaba convertirse en el primer sirio que firmara un documento con Israel; por otra parte, yo me encontraba en Damasco por pedido explícito de Siria. Dado que mi visita no podía tener otro propósito que ayudar a este país a participar de alguna manera en las negociaciones, el extraordinario esfuerzo que se estaba realizando reveló —a pesar de las propuestas en contrario de Khaddam— que Siria buscaba algo. Es posible que la retórica siria fuese intransigente, pero sus actos alentaban y, hasta cierto punto, se apoyaban en el proceso de la paz. No intenté engañar a Siria en cuanto al propósito que perseguía la diplomacia norteamericana. Durante una

breve visita de cortesía que hice a la cancillería siria, le manifesté a Khaddam frente a varios de sus colegas:

Durante 25 años hemos discutido proclamas, declaraciones y propuestas, no obstante debo decirle con toda franqueza que usted obtendrá mejores declaraciones de los europeos que de mí. Pero, por otra parte, conseguirá mejores resultados de los Estados Unidos. Le digo sinceramente que, dada nuestra situación interna, nuestra única posibilidad de proceder no consiste en hablar de una conciliación definitiva sino ir paso a paso. No somos criaturas. Ninguna solución es posible sin su consentimiento. Ninguna persona que haya tratado con usted abriga la ilusión de que pueda renunciar a sus principios. Pero tenemos que dar este primer paso porque en caso contrario nunca daremos el paso final. Cada esfuerzo que se inició con declaraciones altisonantes sólo produjo explosiones.

Y antes de que hubiera tenido tiempo de estallar la inevitable respuesta belicosa, fui citado al despacho presidencial.

Lo que los sirios, con su jactancia típica, llamaban su Palacio Presidencial era en realidad un edificio pequeño y moderno utilizado anteriormente como vivienda privada, que se alzaba en una angosta calle arbolada entre otras residencias comunes de mediano tamaño. Debí pertenecer alguna vez a algún comerciante de escasos recursos. El único indicio de su carácter oficial eran los dos guardias apostados ante la puerta, cuyos uniformes de franjas recordaban la envoltura de un caramelo. Luego de traspasar las puertas de entrada —de cristal—, se subía por una escalera que conducía al piso alto hasta un descanso angosto, al cual daba la puerta de la habitación en la que el presidente habría de recibirme siempre. Era un cuarto pequeño, comparado con los que solían tener los jefes de Estado, con unos sillones y sofás dispuestos como al azar contra las paredes. Los pesados cortinados de terciopelo permanecían siempre corridos, probablemente por razones de seguridad; de lo contrario, los vecinos de la casa al otro lado de la calle podrían llevar un diario de todo cuanto acontecía en el recinto. Como mis reuniones con Assad se multiplicaron —en especial durante mi mediación sirio-israelí de mayo de 1974— ese encierro me producía cierta sensación de claustrofobia.

Assad era un hombre de altura mediana. Su bigote y sus relampagueantes ojos oscuros dominaban un rostro expresivo. La parte posterior de su cabeza parecía elevarse en línea recta desde el cuello, lo cual producía la impresión de que se inclinaba constantemente hacia adelante, listo para abalanzarse sobre un interlocutor desprevenido. Nos sentábamos invariablemente juntos, en un sofá marrón, en forma tal que a nuestra izquierda teníamos un cuadro que representaba la conquista de las últimas fortalezas de los cruzados por los ejércitos árabes. El simbolismo era obvio; Assad señalaba con frecuencia que, tarde o temprano, Israel correría idéntica suerte. Hablaba con voz calma pero firme, con una suerte de áspera timidez. Si Sadat era remoto y reflexivo, Assad era intenso y realista: los dos hombres sólo se asemejaban en sus pasiones.

Assad era el presidente de un país con larga tradición y corta historia. Damasco es, a la vez, la fuente del nacionalismo árabe moderno y el escaparate de sus frustraciones. Gobernado durante siglos por una sucesión de conquistadores, entre los cuales los más recientes fueron los turcos y franceses, el Estado sirio nunca ha hecho realidad los sueños de sus fundadores. En sus fronteras actuales, Siria no posee la larga historia de autogobierno que le confiere a Egipto una perspectiva histórica; ni el tamaño o la continuidad que capacita a los presidentes egipcios para desempeñarse con una gran seguridad en sí mismos. Esa aptitud deriva de la convicción de que, cualquier cosa que suceda, su país será el centro mismo de los acontecimientos del Medio Oriente. En la historia siria se alternan los logros con las catástrofes, con mayor tendencia a estas últimas. La injusticia

de los extranjeros ha calado hondo en el alma de los sirios. Assad me señaló que Siria había sido traicionada por Turquía antes de la Primera Guerra Mundial, por Gran Bretaña y Francia en la posguerra y, más recientemente, por los Estados Unidos, que habían creado el Estado de Israel.

Cuando un pueblo está convencido de que todos sus problemas provienen del exterior, la desconfianza malsana se convierte en un estilo nacional. Siria no tiene ni la confianza de Egipto en sus propias tendencias civilizadoras, ni la riqueza e indiferencia altanera de Arabia Saudita. Sus líderes viven de la confrontación, sin una confianza en sí mismos para sustentarla. Aspiran al liderazgo del mundo árabe sin poseer la fuerza necesaria para reclamarlo. Así que se aferran desafiantes a la pureza de su causa, mientras reconocen con malhumor la viabilidad de su implementación.

Pues intuyen —a pesar de no reconocerlo siquiera frente a sí mismos— que las posibilidades de Siria no conciben con sus aspiraciones, y que esas aspiraciones despiertan polémicas incluso dentro del país. Siria no es una nación homogénea: está dividida entre los musulmanes sunni, que representan el 63 por ciento de la población, y otras sectas musulmanas, incluyendo a los alawites (12 por ciento de la población); y una población cristiana nada insignificante (13 por ciento). Hay, además, aproximadamente 200.000 palestinos que completan este mosaico. El partido político dominante, el *Baath* (socialista) se erige como la quintaesencia del nacionalismo árabe, una definición discutida por la rama iraquí. Dado que el *Baath* simboliza la defensa inexorable de las costumbres y forma de vida árabes, la mera aceptación de legitimidad de Israel constituyó un acontecimiento traumático para los líderes sirios aun antes de que tocáramos el tema de los términos precisos de un acuerdo de paz. La convicción fue reforzada por la política interna; los líderes sirios tuvieron que ser cuidadosos a fin de que el odiado partido iraquí no los rebasara en aras de la intransigencia. Sólo los militares parecían entender las consecuencias de la confrontación.

El gobierno estaba dominado por los *alawites* —uno de los cuales era Assad—, quienes, a lo largo de gran parte de la historia, constituyeron una despreciada minoría de base rural, relegada a empleos humildes. Pero, como tantos grupos menos privilegiados, llegaron a estar desproporcionadamente representados en las Fuerzas Armadas que, como en cualquier otro lugar, ofrecían una carrera a los talentosos. Arrastrados al partido sirio *Baath* y especialmente a su ala militar, los *alawites* ocuparon un lugar de preeminencia cuando el *Baath* se apoderó del poder en Damasco en el año 1963. Lo mismo que otras minorías dominantes, desde entonces han basado su gobierno, internamente, en su propia cohesión y en un control de las posiciones clave, desproporcionado si se toma en cuenta su número, e internacionalmente, en la afirmación inflexible del nacionalismo sirio. Y con razón. Los líderes militares de Siria están obligados a mirar constantemente por sobre el hombro, ya que los políticos civiles radicales se sienten tentados a utilizar el nacionalismo a ultranza como medio para retomar las riendas del poder. Siria es uno de los pocos países donde los líderes civiles son más belicosos que los militares.

Cuando la retórica contradice la realidad en forma exagerada, es inevitable caer en la esquizofrenia. En 1973, la cruel realidad fue que la conducta de rechazo sólo originó un estancamiento; colocó al ejército israelí a 32 kilómetros de Damasco y dejó a Siria aislada en su actitud desafiante. A Assad le habría gustado destruir el Estado judío pero reconoció que ni Egipto ni, en última instancia, Arabia Saudita se unirían a él en esa empresa, y que el costo de intentarlo por su cuenta haría peligrar la estructura interna del país y tal vez hasta su misma existencia. Había logrado permanecer en el poder mucho más tiempo que cualquiera de sus predecesores porque, a diferencia de aquéllos, era tan prudente como apasionado, y tan realista como ideológico.

Cuando lo conocí, Assad había llegado a la conclusión de que Siria no era lo suficientemente fuerte como para unirse a la nación árabe y que necesitaba reconquistar su

propio territorio antes de proponerse el logro de mayores ambiciones. Así fue como Assad llegó, a regañadientes, a la misma decisión que Sadat tomó en forma espontánea: permitiría que el proceso tendiente a una paz duradera siguiera su curso y, como primer paso, trataría de lograr un acuerdo de separación de fuerzas en las colinas del Golán. Creo que ni él mismo sabía a ciencia cierta cuál sería el paso siguiente.

Pero incluso el logro de ese primer objetivo le planteaba a Assad un complejo problema táctico. Desde el comienzo fue evidente que no poseía la autoridad personal ejercida por Sadat. No recuerdo que Sadat haya mencionado jamás la existencia de obstáculos internos para la concreción de su política. Aunque hubiera existido, lo cierto es que los absorbió dentro de su propia decisión; actuó en nombre propio, que es otra forma de decir que asumió toda la responsabilidad de Egipto sobre sus hombros. (Y, a la postre, pagó ese acto de arrojo con su vida.)

En ningún momento Assad alegó poseer semejante autoridad. Comenzó a mantener una serie de reuniones cruciales, en particular una vez que se iniciaron las negociaciones, siempre a solas conmigo y con mi intérprete; tal vez para que no quedaran pruebas tangibles de sus sondeos. Su táctica consistía en iniciar la conversación con una afirmación de la posición más extrema, para comprobar hasta qué punto la soportaría yo. Entonces, quizás, permitía que lo hiciera retroceder hasta una actitud más viable, presentando una obstinada lucha de retaguardia que demostraba a las claras que las concesiones sólo podían lograrse a un alto precio y desalentando así las expectativas excesivas. (En este sentido, su estilo de negociación no era muy distinto del de los israelíes, por odiosa que les pudiera resultar a ambos esa comparación.) Una vez que había reconocido el terreno, hacía entrar a sus colaboradores más estrechos, entre los que se incluían militares del más alto rango y, por supuesto, intérpretes sirios. Entonces volvía a examinar todo el proceso, tratando de reproducir en lo posible nuestro diálogo anterior. Para entonces, Assad y yo desempeñábamos nuestros respectivos roles como si estuviéramos ensayando una obra de teatro. Por prolongado, exasperante y excéntrico que fuese el procedimiento, desde el punto de vista de Assad presentaba la enorme ventaja de que nunca tenía que discutir él mismo una concesión, por lo menos en primera instancia: esa responsabilidad recaía sobre mí. Sus colegas participaban en las negociaciones; tenían oportunidad de oponerse, aunque casi nunca lo hicieron. Cualquier argumento que persuadiera a Assad también persuadiría a sus colegas. Se trataba de una eficaz política interna que me costó muchas noches de insomnio. Porque durante el incesante traqueteo de mi mediación, cuando terminaba con Assad generalmente tenía que regresar a Israel y someter un informe a un equipo de negociadores que se enorgullecía de no ser más dócil que el de Siria.

Con todo, Assad me inspiró un gran respeto. Dentro del contexto sirio era, sin duda, muy moderado. Se inclinaba hacia los soviéticos como fuente de abastecimiento de sus armamentos militares. Pero estaba muy lejos de ser un secuaz servil de los rusos. Poseía una inteligencia de primer orden junto con un perverso sentido del humor. Creo que fui el primer líder occidental con el que tuvo un trato asiduo. Aprovechó la oportunidad para que le diera algunas clases magistrales acerca de los sistemas políticos occidentales. Durante el transcurso de mi gestión con Siria, casi todas las sesiones comenzaban con un interrogatorio exhaustivo de una hora de duración acerca de las instituciones y personalidades de las democracias occidentales. Como, al mismo tiempo, Assad estaba aprendiendo inglés, estas largas charlas pueden haberle dejado al menos una huella perdurable. Yo bromeaba, diciéndole que sería el único líder árabe en hablar inglés con acento alemán.

Assad nunca perdía su aplomo. Negociaba con la audacia y la tenacidad de un tahúr de los barcos del viejo Mississippi para cerciorarse de que había arrancado todas las concesiones disponibles. En cierta oportunidad le comenté que había visto algunos negocia-

dores que intencionalmente se colocaban en el borde de un precipicio para demostrar que ya no les quedaba margen para maniobrar; y que incluso había conocido algunos que adelantaban un pie sobre el abismo, amenazando realmente con suicidarse. Agregué que, a mi criterio, él era el único que, realmente, se habría lanzado al precipicio con la esperanza de que, durante la caída, podría salvarse aferrándose a un árbol cuya existencia conocía. Assad rebosaba de alegría.

En esa primera reunión del 15 de diciembre, ambos nos comportamos lo mejor posible, intentando medirnos el uno al otro en lugar de llegar a conclusiones. Assad inició la conversación diciendo que se había enterado por sus hermanos árabes, en concreto por Sadat y Boumedienne, de mis conversaciones con ellos. Traducido, esto significaba que sería mejor que no intentara ninguna manganeta, pero también que lo que había oído era por lo menos digno de ser examinado. En realidad, yo le había pedido a cada uno de ellos que se aseguraran de que Assad estuviera informado de nuestras conversaciones. Además, si la Conferencia de Ginebra llegaba a tener lugar alguna vez, era esencial que todos entonaran la misma canción. En respuesta al interrogatorio de Assad, definí los principales elementos de nuestra estrategia en términos bien ensayados con Boumedienne, Sadat y el rey Faisal.

Assad dejó bien en claro que para él no sería una frustración que la Conferencia de Ginebra no llegara a concretarse. Afirmó que *no tenía la menor intención de concurrir a ella*. Lo que realmente deseaba era obtener sus frutos sin contaminarse con el curso de las tratativas. Pero antes de tomar una decisión definitiva, quería saber cómo veían la situación los Estados Unidos y la Unión Soviética. Era una insinuación sutil: Assad no toleraría ningún condominio de las superpotencias. También deseaba sugerir que no era un títere soviético; de lo contrario no habría tenido necesidad de interrogarme acerca de las opiniones de los soviéticos. Decidí aprovechar la apertura que se me presentaba:

Preferíamos ser nosotros y no la Unión Soviética los que llegáramos a un acuerdo con usted. . . Ellos han presentado propuestas específicas y un proyecto para un acuerdo de paz, que yo he evitado. Debido a que la nuestra es una propuesta viable, podemos presentársela directamente a los árabes. Una cantidad de gente nos da consejos. Tenemos que realizar algún trabajo con los israelíes y allí la Unión Soviética no tiene la menor influencia. Hay sólo una forma de acuerdo: una conferencia, y permaneceremos en contacto unos con otros. En lo esencial, no existe ningún acuerdo acerca de ningún asunto. Si le dicen otra cosa, sepa que no es verdad. Le aclaré a Boumedienne que nosotros no reconocemos ninguna esfera de influencia en el Medio Oriente. Lo que suceda en la Conferencia dependerá de ustedes y de nosotros. Puede hablar con los soviéticos, ya que no nos proponemos influir sobre las relaciones sirio-soviéticas.

Desde luego que ésa no era la totalidad de la verdad, pero sí la enunciación de una realidad. De hecho, sí queríamos influir sobre las relaciones sirio-soviéticas; preferíamos que estuvieran menos unidos de lo que estaban. Pero Assad sólo aflojaría sus lazos con los soviéticos por motivos propios, no por los nuestros: la mejor manera pues, de ejercer un influjo sobre esas relaciones era proporcionarle a Damasco motivos para desear mantener lazos más estrechos con los Estados Unidos.

Cuando toqué el tema de la carta de invitación, me esperaba una gran sorpresa. Leí detalladamente el texto de la carta y las distintas fórmulas sobre los palestinos, finalizando con mi recomendación de omitir toda referencia explícita a ellos: Assad aceptó todas las modificaciones. Le informé que era probable que la iniciación de la Conferencia debiera postergarse tres días. Eso tampoco lo preocupó. Por un momento fugaz pensé que

el presidente árabe con reputación más feroz era en resumidas cuentas, y sorprendentemente, el más maleable.

Pero no fue más que un espejismo. Cuando le pregunté si objetaba algún otro punto de la carta, me replicó que, en realidad, tenía una reserva específica: no le importaba que yo hiciera las modificaciones que quisiera en el borrador de la carta en lo referente a los temas que se tratarían en la Conferencia, pero discrepaba con la frase que decía que todas las partes mencionadas —Siria, Egipto, Israel y Jordania— habían acordado concurrir a la Conferencia de Ginebra. ¡Porque Siria no tenía la menor intención de hacerlo! Por consiguiente, le daba igual no asistir el 18 o el 21, o lo que la carta de invitación expresara con respecto a los palestinos o las Naciones Unidas.

Al principio quedé aturdido, pero después caí en la cuenta de que, en realidad, Assad me estaba ayudando. Sólo rechazaba la sesión plenaria de apertura de la Conferencia, no el concepto de la negociación. No intentaba bloquear la Conferencia y, por ende, era como si le diera una suerte de bendición encubierta. No se oponía a la carta, sino que simplemente —y con razón— la consideraba irrelevante.

Lo que Assad realmente quería saber no se refería a los procedimientos de la Conferencia sino a sus resultados. Eso determinaría, en definitiva, la participación de Siria; en el ínterin, con sus típicos modales poco corteses, él mantendría abiertas sus opciones. Quería que se diera una respuesta a tres preguntas: ¿Estaban de acuerdo los Estados Unidos con Siria en que ésta no debía ceder parte alguna de su territorio? ¿Coincidíamos con él en que no podía haber solución sin el pueblo palestino? ¿Irábamos a Ginebra persiguiendo un objetivo compatible con los dos primeros puntos, o sólo *para pensar y hacer un paréntesis prolongado, sin llegar a una solución radical*?

Las preguntas eran tan perspicaces como imposibles de contestar. Todo intento de responder con precisión frustraría el proceso de paz antes de que hubiera comenzado siquiera. En ese momento era esencial mantener una ambigüedad constructiva; en otras palabras, afirmar que el resultado tenía que quedar sujeto a las negociaciones, en lugar de ser determinado por adelantado. La actitud de Assad frente al pedido de Israel de *asegurar* las fronteras demostraba que las negociaciones no serían precisamente un paseo divertido. Assad alegó que la frontera de 1967 estaba más lejos de Tel Aviv que de Damasco; por consiguiente, que él tenía mayor fundamento para reclamar que esa frontera se desplazara hacia Israel, que Israel de retener las Alturas del Golán.

Después de haber colocado ese punto bien en claro, resultó que a Assad no le interesaba demasiado poner el acento en ese punto: lo que realmente deseaba conseguir era una separación de fuerzas. Sin duda para lograr que Assad se mostrara más maleable en Ginebra, los egipcios le habían dado a entender que el acuerdo de retiro de tropas del Sinaí ya era un hecho consumado y que el del Golán no tardaría mucho en materializarse. Por lo tanto, él pensó que correspondía utilizar la ocasión de mi visita para negociar el suyo propio. Sostuvo que estaba de acuerdo con Sadat en que la Conferencia de Ginebra sería sólo un marco de referencia, y que el retiro de tropas sirio-israelí debía ser negociado por mi intermedio. Quería que los resultados quedaran concertados de antemano.

Por desgracia, las cosas no eran tan sencillas. Le señalé que todavía estábamos muy lejos de haber llegado a un acuerdo acerca del retiro de tropas en Egipto. Pero, en el caso de Egipto, existían antecedentes de conversaciones que se remontaban a 1971; desde el cese del fuego habían tenido lugar las conversaciones del Kilómetro 101, entre otras. Lo cual nos permitía comprender los principios generales de una posible negociación en el Sinaí. No había tales antecedentes para una negociación con respecto a las colinas del Golán. Por otro lado, yo no habría sabido qué proponer, ya que ignoraba el punto de vista de Israel. (De hecho, conociendo la desconfianza de Israel hacia Siria, tenía plena conciencia de que el mero hecho de iniciar las negociaciones implicaría un enorme esfuerzo.)

A esa altura no podía prometer nada, aparte de nuestra seria intención de tratar de lograr un retiro de tropas en Siria a continuación del que estábamos negociando con Egipto.

Assad, impertérrito, sacó a relucir un mapa de la región del Golán para mostrarme las zonas que estarían involucradas en el retiro de tropas. Los resultados prácticos habrían sido que Israel devolviera todos los territorios conquistados en la guerra de 1973 y, virtualmente, también todos los anexados en 1967. (Assad se refirió a ello como una concesión, ya que, a su criterio, la línea de separación de fuerzas debía coincidir con las fronteras de 1967.) Un plan semejante no sólo resultaba imposible de negociar sino también peligroso, pues podía llevar a Israel a rechazar de plano toda tratativa. Por lo tanto, decidí poner punto final a la discusión:

Lo único que nosotros podemos hacer es brindarle nuestros mejores esfuerzos. No hemos hecho ninguna promesa que no podamos cumplir. No estoy en condiciones de llegar a un acuerdo. . . Sería una irresponsabilidad de mi parte el comenzar a trazar límites. No he estudiado el asunto. Usted no me respetaría si lo hiciera. Soy un hombre serio.

Assad se mostró obstinado y alegó: *La iniciación de conversaciones representa una pérdida para nosotros*, indicando así cuál era el meollo de su problema político: para poder asistir a Ginebra necesitaba demostrar algún logro. Siria concurriría a una conferencia de paz sólo después de haber concertado un acuerdo de retiro de tropas. Por otra parte, me repitió que él no se oponía a que los demás fueran a Ginebra.

Esa reacción aparentemente aviesa mostraba una brecha que no era tal: en su típico estilo intrincado, Assad estaba en realidad dando la bendición al proceso de paz y a nuestra estrategia. Si Siria no se oponía a la conferencia de paz y se mostraba indiferente con respecto al contenido de la carta de invitación, todos los obstáculos desaparecerían. Podíamos eludir la cuestión de los palestinos mediante el simple recurso de hacer referencia a *otros participantes* en el borrador de la carta. La insistencia de Israel en la liberación de sus prisioneros de guerra como prerequisite para participar con Siria en la conferencia de paz se había convertido ahora en una cuestión puramente académica.

Lo que logró la conversación con Assad, entre otras cosas, fue suscitar serios interrogantes acerca de la diplomacia soviética. Los soviéticos y nosotros habíamos acordado que, durante los preparativos para la conferencia de Ginebra, Moscú emplearía su influencia en Damasco y nosotros, en Israel. Durante las cuatro semanas previas, en ningún momento Moscú dejó entrever que la participación siria en la Conferencia fuera dudosa o que Siria tuviese objeciones y, mucho menos, requisitos previos. ¿Lo ignoraban, acaso, los soviéticos? ¿O se proponían engañarnos? Y, si era así, ¿por qué? Si conocían las objeciones de Assad y no habían logrado superarlas, entonces la influencia que ejercían sobre Damasco era menor de lo que imaginábamos. Si el propósito era engañarnos, resultaba difícil comprender el motivo. Era probable que el embajador soviético en Damasco no estuviera muy bien relacionado; más tarde, los sirios harían comentarios despectivos acerca de él. La psicología soviética no armoniza bien con el pensamiento árabe, y los soviéticos poseen la extraña habilidad de granjearse la enemistad de sus mejores clientes gracias a su política de mano pesada.

Y el fracaso sirio coincidió con otras señales contradictorias de Moscú. El 15 de diciembre Vinogradov le dijo a Eilts en El Cairo que la alternativa de una carta de invitación breve que yo había presentado les resultaba aceptable. Pero, a última hora de esa misma tarde, Dobrynin le señaló a Scowcroft en Washington que Moscú sólo seguiría adelante si yo lograba convencer a las otras partes. (Para ese entonces, quedó demostrado que eso ya no era necesario.)

El hecho era que la participación siria en la sesión plenaria de apertura no era de

ninguna manera esencial; de hecho, sin necesidad de hilar muy fino en tal sentido, nos convenía más que Siria no asistiera. (Tal vez Assad lo sabía mejor que nadie.) Sin embargo, para mantener el interés sirio en el proceso de paz, pensé que era importante permitir a Assad asumir la responsabilidad de negarse a estar presente, y eso requería que le hiciéramos sentir que, si llegaba a cambiar de idea, lo recibiríamos de buen grado. Y, al igual que en muchas otras ocasiones, existía el problema de reconciliar la percepción con la realidad. No era deseable que la reunión terminara con un aparente callejón sin salida. Ello implicaría dar una impresión pública desfavorable; y, por otra parte, yo no podría explicar con total franqueza por qué sería ideal para nosotros que Siria no asistiera a la sesión plenaria. Por lo tanto, para mantener las apariencias, le dije a Assad que después de mi visita a Israel, al día siguiente, enviaríamos a un funcionario para que lo informara acerca de mis conversaciones con Golda y le entregara la versión final de la carta de invitación, para que por lo menos supiera a qué se oponía. Como Assad tenía especial interés en que no pareciera que lo habíamos excluido, aceptó complacido este procedimiento. Y, para facilitar las comunicaciones entre nosotros, le propuse que estableciéramos en nuestras respectivas capitales sendas oficinas para Secciones de Intereses. Una vez más, Assad aceptó. Me sugirió que yo le declarara a los representantes de la prensa que nuestras conversaciones habían sido *francas y provechosas*.

Habíamos logrado bastante más de lo que yo esperaba. Siria no obstruiría el proceso de paz; posiblemente participaría más adelante en las negociaciones tendientes a la separación de fuerzas que constituían el centro mismo de nuestra estrategia. Habíamos dado comienzo a la ardua gestión diplomática que consistía en tentar a una Siria altamente independiente a desempeñar un papel más constructivo en el drama de la paz.

UN RESPIRO EN AMMAN

La reunión con Assad había comenzado aproximadamente a las 16.00; mi intención era partir de Damasco y hacer en avión el corto trayecto hasta Ammán alrededor de las 19.30 para poder así cenar con el rey Hussein. En realidad, mi reunión con Assad se prolongó hasta las 22.30: seis horas y media. Los periodistas especulaban. ¿Me habrían secuestrado? ¿Sería yo el prisionero de guerra número 128? ¿Me estaría reuniendo secretamente con Yasser Arafat? Por fin, a las 23, escucharon las sirenas de mi caravana de automóviles. Un reportero cansado, acotó: *O de una buena vez llega, o finalmente vienen a buscarnos* (3).

Pero ahora me sentía como un director de orquesta que tenía que lograr un sonido armonioso de instrumentos variados y potencialmente desafinados. Queríamos que Hussein desempeñara un papel en Ginebra y yo le debía un informe del viaje. La demora de mi llegada no afectó su buena voluntad. Me sirvió una cena cordial —después de medianoche— y, a la mañana siguiente, desayuné con él y con su hermano, el príncipe heredero Hassan, para continuar nuestras consultas.

En ese momento, llegar a Ammán era sedante. Jordania era un amigo incondicional de los Estados Unidos. No nos amenazaba con consecuencias fatales si nos negábamos a aceptar sus recomendaciones. No se encontraba en condiciones de esgrimir el arma del petróleo. Su participación en la guerra de 1973 había combinado el respeto por la necesidad de la solidaridad árabe con la comprensión de que una actitud moderada beneficiaría a la causa de la paz. Y es preciso reconocer que Hussein pagó por ello, porque en ese momento nadie tenía demasiado interés en apoyar los reclamos de Jordania por la *margen occidental* (Cisjordania).

Cuando llegué a Ammán el 15 de diciembre, Hussein resultó ser el único gobernante árabe a quien sus hermanos no habían enviado ninguna noticia acerca de mis peregrinaciones o conversaciones. Por lo tanto, tuve que explicar detalladamente, tanto el estado del fun-

cionamiento de la Conferencia como de nuestra estrategia general. Los objetivos de Jordania en Ginebra eran paralelos a los nuestros. Hussein tampoco se mostraba deseoso de que participaran los palestinos; si la presencia de ellos era inevitable, quería que formaran parte de la delegación jordana. Todos los líderes jordanos abrigaban serias dudas acerca de las intenciones de los demás Estados árabes. *Mucho me temo* —dijo el primer ministro Zaid Rifai— *que Egipto realice su propio acuerdo y abandone a Jordania*. El príncipe heredero siempre sospechó que Siria planeaba anexar a Jordania. Por todas estas razones, el rey habría preferido una única delegación árabe en Ginebra, para desalentar los convenios individuales o la introducción de nuevos participantes. Si eso resultaba imposible —y era en realidad contrario a nuestra estrategia—, no se opondría a negociaciones individuales en tanto todos formaran parte de un *bloque de acuerdos*.

Vislumbramos la oportunidad de concertar una negociación jordano-israelí después del retiro de tropas sirio. Cuando visité Israel, Rifai me urgió a sugerir que Israel emprendiera una pequeña retirada para entregarle a Jordania la ciudad de Jericó, con su población exclusivamente árabe y su emplazamiento próximo al río Jordán: simbolizaría el reclamo de Jordania sobre la *margen occidental* y colocaría al rey Hussein como interlocutor de Israel en las negociaciones relativas a la *margen izquierda*. Yo prometí que lo haría, y así lo hice. Pero Israel no podía manejar en forma simultánea una Conferencia en Ginebra, una elección parlamentaria, un retiro de tropas en el Sinaí y un repliegue en Jericó.

Al parecer, estaba escrito que ello no habría de ocurrir. Cuando finalmente completamos el retiro y la separación de fuerzas siria y egipcia a mediados de 1974, la presidencia de Nixon se aproximaba a su fin. Antes de que el nuevo presidente pudiera poner en marcha otra iniciativa, los otros Estados árabes, presa de una miopía emocional, privaron a Hussein de su papel de negociador en la cuestión de la *margen occidental* y designaron como interlocutor a la OLP, el grupo que a los israelíes les resultaría más difícil aceptar. Por lo tanto, los árabes contribuyeron a evitar el repliegue israelí de la *margen izquierda*.

Esto explica algunas de las actitudes posteriores de Hussein, cuando eligió el azaroso camino de buscar un apoyo radical, primero de Siria y luego de Irak. Comenzó a cortejar abiertamente a la Unión Soviética. En el proceso de alejarse en forma evidente de algunos viejos admiradores y amigos personales suyos, procuró mantenerse a cierta distancia de los Estados Unidos.

EL LIBANO

El domingo 16 de diciembre volé al Líbano. En aquellos tiempos lejanos, siempre se citaba al Líbano como modelo de cooperación entre las distintas creencias religiosas del Medio Oriente. Teóricamente había una limitada mayoría cristiana; los altos cargos del Estado se distribuían más o menos proporcionalmente a esa realidad. El presidente del Líbano era siempre un cristiano; el primer ministro, invariablemente, un musulmán. La realidad demográfica era probablemente la contraria, pero el hecho de enfrentarla habría destruido el delicado equilibrio del Líbano. Se la evitó mediante el simple expediente de no realizar censos durante treinta años.

Las dos comunidades religiosas coexistían; el Líbano prosperó; Beirut se convirtió en una ciudad rica y cosmopolita. Esta feliz situación habría continuado indefinidamente si, después de ser desalojado de Jordania en 1970, el liderazgo palestino no hubiera decidido convertir al Líbano en su principal base de operaciones.

Esto tuvo dos consecuencias: arrastró al Líbano a la confrontación árabe-israelí en una forma que no podía corresponder a sus intereses nacionales porque la frontera entre el Líbano e Israel nunca había estado en disputa. Y también ilustró la dinámica del movi-

miento de liberación palestina. Parecería que todo país que desempeña el papel de anfitrión de las fuerzas paramilitares organizadas de Palestina, arriesga su propia soberanía. El principal propósito de estos efectos es dirigir ataques a Israel utilizando como refugio al país anfitrión; esto acarrea la inevitable represalia israelí, sumiendo al anfitrión en una guerra no buscada. (Hussein prohibió tales ataques a Israel, lo que fue una de las causas de su batalla con los palestinos en 1970. El Líbano no era lo suficientemente fuerte como para hacerlo.) Si se les permitía implantarse e intensificar su poderío militar, los palestinos podían llegar a convertirse en un Estado dentro de otro, ignorando primero las órdenes del gobierno central en las zonas bajo su control, e intentando después imponer su propia voluntad. Lo que Hussein había impedido por la fuerza en 1970, respaldado por los leales beduinos del ejército jordano, no pudo ser superado por el Líbano, con su deficiente estructura gubernamental y su ejército dividido y débil.

Ya en 1973, el peligro, aunque incipiente, era previsible. Los palestinos comenzaban a convertirse en un elemento disociador en el Líbano. El resultado fue que el gobierno libanés, uno de los más moderados del Medio Oriente, pasó a ser el defensor más acendrado del territorio palestino: ¡Era la manera de echar a los palestinos del Líbano!

Ese fue el tema de las conversaciones que mantuve con los líderes libaneses en la base aérea de Rayak, a 48 kilómetros de Beirut. Nos reunimos allí por razones de seguridad. La presencia de dos campos de refugiados palestinos en el camino de acceso de los aviones que llegaban al aeropuerto de Beirut, les pareció a mis agentes de seguridad un riesgo excesivo en la era de los misiles tierra-aire —de fabricación soviética— que se transportan en las espaldas de un hombre. La preocupación general adquirió un contenido concreto al recibir un informe de que, en efecto, existía un plan para derribar mi avión; también hubo, en Beirut, ruidosas demostraciones callejeras. Así, la militar elegancia del Club de Oficiales de la base aérea fue nuestro punto de reunión para mis conversaciones, primero con el ministro de Relaciones Exteriores Fu'ad Naffa' y su equipo, y luego con el presidente Suleiman Frangieh, el primer ministro Taqi al-Din al-Sulh y sus colaboradores. El ministro de Relaciones Exteriores tenía una lista de doce preguntas similares en su significación a las formuladas por Assad. Yo les di, esencialmente, las mismas respuestas: que la discusión de las fronteras finales era prematura y que las aspiraciones palestinas debían ser tomadas en cuenta en un acuerdo final. Igual que en Damasco, me negué a entrar en detalles acerca del significado de estas propuestas. Expliqué los procedimientos de la Conferencia de Ginebra, los subgrupos y la primera fase del retiro de tropas. Nuestros anfitriones no pudieron haberse mostrado más comprensivos y conformes. Agradecieron el interés de Norteamérica por el proceso de la paz; ellos no tenían propuestas concretas. Su mayor interés consistía en que disminuyera el papel desempeñado por los soviéticos en el Medio Oriente y, sobre todo, que ayudásemos a solucionar el problema palestino, encontrándoles un hogar en cualquier otro lugar que no fuese el Líbano.

Yo no tuve el coraje de decirle al presidente Frangieh que, de acuerdo con lo que había escuchado en el Medio Oriente, era poco probable que se lo aliviara de sus huéspedes devoradores. A juicio de todos los líderes árabes con quienes me había encontrado —con excepción de los de Arabia Saudita— muy pocos palestinos desearían regresar a la *margen occidental*, quien quiera fuese el que gobernase allí. Además, en vista de que Israel seguramente insistiría en que cualquier parte de la margen izquierda que fuera devuelta al control árabe fuese desmilitarizada, y ya que resultaba inconcebible que los palestinos estuvieran dispuestos a desarmarse en todas partes, no era probable que el Líbano se salvara de la presencia de palestinos armados.

Pienso con tristeza en esos hombres educados que en una turbulenta parte del mundo habían creado una sociedad democrática basada en un genuino y mutuo respeto de las religiones. Sus logros no sobrevivieron. Las pasiones que arrasaban la zona eran dema-

siado poderosas como para ser contenidas por medio de sutiles acuerdos constitucionales. Como había intentado hacer en Jordania, el movimiento palestino hizo naufragar el delicado equilibrio y la estabilidad del Líbano. Antes de que el proceso de paz pudiera seguir su curso, el Líbano ya había sido despedazado. En el momento en que escribo estas líneas, sobre su cuerpo abatido, todas las facciones y fuerzas del Medio Oriente continúan persiguiendo sus sueños ancestrales y representando sus pesadillas eternas.

ISRAEL

Finalmente, el domingo 16 de diciembre por la tarde, llegué a Israel, el tercer país que visitaba ese día y el séptimo de mi viaje de cuatro días al Medio Oriente. Había ido a persuadir a Israel de que concurriera a Ginebra basándome en una carta insulsa que no daba definición a ningún tema. Pero yo no me hacía ilusiones. A dos semanas de las elecciones, ningún líder israelí arriesgaría su posición por una conferencia en cuya realización ninguno de ellos tenía demasiado interés.

Pero la política de elecciones era sólo la manifestación superficial de una ansiedad más profunda. La tenaz acción de retaguardia de Israel no reflejaba arrogancia, como imaginaban muchos árabes; más bien estaba fundada en la premonición de un desastre potencial. El método de negociaciones escrupuloso y legalista surgía de la certeza de que un pueblo de tres millones de personas, en medio de una población hostil de más de cien millones, era históricamente débil, cualquiera fuese el estado relativo de armamentos que poseyera en un momento dado. En el fondo, los niños del *gheto* lo sabían, atacaban y perversamente contribuían a su propia pesadilla: habían creado un Estado que, una vez más, se había convertido en un *gheto*; condenado al ostracismo por sus vecinos, encerrado en sí mismo y a la vez dependiente del apoyo de un país lejano con muchas otras prioridades.

Ni siquiera la compleja estrategia que yo proponía solucionaría sus dilemas, sólo lograría aliviarlos. Defendí la propuesta de acercamiento gradual como un medio para prevenir la formación de una coalición global contra Israel. Golda no se mostraba convencida:

Cuando en marzo o abril el mundo comience a presionar nuevamente, estaremos a equis kilómetros del Canal. Lucharemos con gran desventaja. Y entonces el mundo no dirá *una calamidad en la casa de ambos*, el mundo dirá *una calamidad en la casa de Israel*.

Y Golda no estaba demasiado equivocada: nuestra estrategia no ofrecía el fin de una angustiada retirada, sólo mitigaba su impacto. Golda era lo suficientemente dura como para mirar de frente la situación real, sin acobardarse, por dolorosa que ésta fuera. *Si los israelíes somos honestos con nosotros mismos* —dijo refiriéndose al retiro de tropas— *comprenderemos que esto realmente significa que hemos salido de esta guerra por medio de una retirada. Si uno llama las cosas por su nombre, de eso se trata en realidad. Una retirada, eso es lo que es.*

Golda tenía razón, y Sadat fue el único árabe que comprendió que ella no estaba equivocada. Lo que da una medida de su estatura de estadista, es el hecho de que, a pesar de todo, ella recorrió ese camino, canjeando territorios por tiempo y geografía por aprobación. Pero era demasiado pedirle que lo hiciera con alegría y aún con amabilidad. Sadat fue un gran hombre porque comprendía la importancia de lo intangible. Golda debía aferrarse a lo que tenía; las circunstancias no le permitían ser astuta. Sin embargo, cuando las cuentas por fin han quedado saldadas, es necesario dejar constancia de que ella fue tan indispensable como el presidente de Egipto para el proceso de paz, y que

cumplió su tarea con coraje, ocasionales gruñidos de desafío y una dignidad constante.

Resultaron necesarios toda nuestra simpatía por el compromiso histórico de Israel y el afecto que le profesábamos a Golda, para soportar el rechinar de dientes, la extenuante y penosa tarea de explicaciones que nos esperaba cuando nos reunimos con el equipo de negociaciones israelí. Examinamos la carta de invitación, palabra por palabra. En realidad habíamos ganado la mayor parte de la batalla cuando Sadat aprobó y Assad aceptó omitir la referencia explícita de los palestinos; la vacua formulación de nuestra nueva versión definitiva sólo declaraba que el *asunto de otros participantes del área de Medio Oriente será discutido durante la primera etapa de la Conferencia* (La referencia específica de *el Medio Oriente* era en realidad una contribución indirecta de Assad, él había señalado que si no mencionábamos la región, *cualquier* país podía solicitar el derecho de participación).

Habiendo hecho prevalecer su opinión en el asunto de los palestinos, el equipo de negociación israelí probó su suerte en los otros temas. Con la profunda desconfianza que les inspiraba las Naciones Unidas, dieron pruebas de infinito ingenio al sugerir fórmulas alternativas para debilitar el poder de convocatoria de ese organismo y el papel de su secretario general. Por suerte, lo hicieron principalmente para que quedara constancia en los archivos; no presionaron con su habitual persistencia y así, nos aseguramos unas pocas horas de sueño. La solución del tema de los palestinos desfogó a mis interlocutores; aunque ni siquiera los israelíes menos excitados podrán ser definidos jamás como personas complacientes.

Después de habernos puesto de acuerdo en lo esencial de la carta, examinamos palabra por palabra un memorándum de acuerdo, que los israelíes deseaban que se adjuntara. En un momento dije, exasperado:

Estoy tratando de que esta conversación se ajuste a un sentido de realidad. El estado de ánimo que reina en Norteamérica es tal, que si Israel aparece cada vez más como un obstáculo a las negociaciones y como el causante de la presión petrolera, ustedes enfrentarán tremendas dificultades. Con prescindencia de que exista o no un memorándum.

Ya lo sé, dijo Golda con cansancio. Ella tenía sus propios problemas internos: un ala derecha beligerante y unida y un pueblo inseguro. El tema que nos ocupaba se refería más a la psicología que a la política exterior. Golda tenía que demostrar que había planteado los intereses de Israel y que nosotros los habíamos escuchado. Nuestros actos posteriores pertenecerían a otro período histórico.

Finalmente, a las 0.42 de la madrugada del lunes, después de cinco horas de negociaciones ininterrumpidas, habíamos terminado con todos los documentos, incluyendo un nuevo borrador de la carta (*). Este omitía toda referencia a los palestinos y limitaba la autoridad de las Naciones Unidas, facultándola para convocar la conferencia pero no para supervisarla. Era sólo una victoria menor para Israel, ya que nada podía impedir que el tema de los palestinos se planteara en la Conferencia. Sin embargo, a pesar de que nos llevaron al borde del colapso nervioso, Israel se había comprometido a un proceso de negociación cuyo incentivo, sabía, serían sus retiradas. A la una se reunió el Gabinete y dio su aprobación. Mi extenuado equipo tuvo entonces que redactar mensajes para la Casa Blanca, para todo el resto de los participantes del Medio Oriente y para la Unión Soviética, a fin de asegurarnos de que contábamos con la aprobación final de los cambios sugeridos.

El Gabinete israelí aparentemente tiene —o por lo menos tenía en ese momento— una capacidad infinita de autocastigo: si no conseguía alterar el curso de los acontecimientos,

(*) El texto final de la carta de invitación se encuentra en las Notas aclaratorias (4).

por lo menos se aseguraba, una y otra vez, que no se les había escapado inadvertidamente ningún detalle. El lunes 17 de diciembre, en horas de la mañana, los dos equipos negociadores se reunieron otra vez en una sesión que duraría 4 horas. Esta vez el tema fue el retiro de tropas. Examinamos en detalle la historia de las deliberaciones del Kilómetro 101, estudiando los diversos planes que habían sido presentados allí. Yo hice un análisis de las últimas opiniones de Sadat; resumí mis propias ideas y escuché los puntos de vista preliminares de Israel. Hasta enero no se produciría una exposición detallada. Sin embargo, en ese momento estaba convencido de que Egipto e Israel tenían una posibilidad razonable de completar la diplomacia de hacer y deshacer en la que habíamos arriesgado nuestra posición en el Medio Oriente.

Justo antes de partir de Jerusalén, visité Yad Vashem, el monumento a los seis millones de judíos muertos a manos de los nazis. Prohibí a la prensa que me acompañara. Fue un momento de solitaria reflexión acerca de mi propio pasado, de la crueldad de la historia y los intereses humanos en las diligencias de estadistas. Y mi propósito era tranquilizar al pueblo de Israel transmitiéndole que comprendía y respetaría sus temores en un proceso de pacificación que era simultáneamente ineludible, esperanzado y penosamente doloroso.

Cuando abandoné Israel, el 17 de diciembre por la tarde, confiaba en que nuestra estrategia se desarrollaría de acuerdo a nuestros deseos. Era casi seguro que la Conferencia de Ginebra se reuniría en tres días más. Parecía viable un acuerdo de separación de fuerzas entre Israel y Egipto. Envié mensajes a Sadat, Hussein, Assad, Faisal, Boumedienne y el sha, para ponerlos al tanto de mis conversaciones de los últimos días. Nuestra diplomacia dependía de la confianza, por lo que era necesario que todos los líderes del aérea estuviesen enterados de lo que se hacía y decía. (Y dado que las comunicaciones de Estados Unidos eran valiosas en la fábrica de rumores del Medio Oriente, nos aseguramos de que los mensajes fueran sustancialmente similares. . . pero no idénticos. Enviarles a todos el mismo mensaje, palabra por palabra, habría desvalorizado la comunicación a medida que ésta recorría las capitales árabes; además, se hubiera parecido demasiado a una circular.) También fueron informados nuestros aliados de la NATO. El 18 de diciembre, Israel, Egipto, Jordania y la Unión Soviética aceptaron la carta de invitación con algunas otras pequeñas modificaciones. Como lo habíamos prometido, el 18 de diciembre hicimos un último intento con Assad, enviando a Damasco a William Buffum, nuestro embajador en Beirut, con el nuevo texto de la carta de invitación. Pero como suponíamos, Assad reiteró que Siria no asistiría a la conferencia de paz. Así, a último momento, se modificó la carta que enviamos a Waldheim, para suprimir los nombres específicos de los países que asistirían a Ginebra, refiriéndonos a ellos como *las partes interesadas*.

Pero en Washington aún existía un problema: Nixon, todavía furioso por la postura obstinada de Israel de la semana anterior, pretendía retener, como garantía de la buena conducta de los israelíes, la cuarta parte de los 2.200 millones de dólares que Israel había solicitado como ayuda suplementaria de posguerra. Yo me opuse, convencido de que la desesperación haría asumir a Israel una actitud más desafiante. Y realmente no habíamos obtenido resultados sobresalientes que garantizaran una medida como esa. Después de algunos intercambios entre Scowcroft y yo, la idea se dejó caer. El 19 de diciembre, envié un largo informe a Nixon resumiendo las perspectivas para Ginebra y también para después de la Conferencia (éste se incluye en las notas aclaratorias) (5).

Habíamos llegado por fin a la línea de largada. Quedaba por ver si sabríamos correr esa carrera.

LA CONFERENCIA DE GINEBRA

Antes de llegar a Ginebra hice escalas en Lisboa, Madrid y París. Le debía una muestra

de apoyo al gobierno portugués por su ayuda durante el puente aéreo. Nos encontrábamos en plenas negociaciones con España acerca de las bases norteamericanas en ese país. Estuve en París para realizar una última reunión con mi viejo compañero de entrenamiento norvietnamita, Le Duc Tho, quien se ponía cada vez más insoportablemente insolente a medida que las divisiones internas de Norteamérica abrían nuevas y decisivas oportunidades estratégicas para Hanoi. En la capital francesa también informé al presidente Georges Pompidou acerca de nuestros planes y estrategia para la Conferencia de Ginebra. Este, en su enfermedad, tuvo que esforzarse al máximo para mantener su calma y cortesía acostumbradas ante la exclusión de Francia de los procedimientos. Comprendí la actitud de ese hombre orgulloso. Por otra parte, no había un solo tema controvertido del Medio Oriente —y muy pocos en otras áreas— en los que Francia se hubiera puesto de nuestra parte durante los últimos meses. Mientras este país considerara que su futuro en el Medio Oriente residía en un apoyo unilateral del programa árabe radical, el resultado de su participación habría sido aislarnos en nuestro programa de incentivar objetivos más moderados y limitados y, desde nuestro punto de vista, más posibles.

Antes de abandonar París, el ministro de Relaciones Exteriores de Argelia, Abdelaziz Bouteflika, a quien había visto sólo una semana antes en su país, aceptó mi invitación de visitarme en la residencia del embajador norteamericano, para que le brindara un informe personal de mi gira por Medio Oriente. Resumí las distintas conversaciones mantenidas; le aseguré que entendía los motivos de la renuncia de Siria para asistir a la Conferencia. Reiteré nuestra decisión de promover un retiro de tropas en el Golán, una vez finalizado el del Sinaí. Bouteflika, el revolucionario, apoyó la causa de los palestinos, sus compañeros radicales, en su lenguaje sacramental acostumbrado; pero Bouteflika, el hombre de mundo, comprendía que la desunión palestina y los motivos ulteriores de los gobiernos árabes obstaculizaban una solución del problema. Reconoció con franqueza que el problema de los palestinos se complicaba por el hecho de que cada país de la región apoyaba a su propio grupo palestino. La conclusión fue que tanto Argelia como Siria no se opondrían al procedimiento ni a la estrategia.

El jueves 20 de diciembre por la tarde, mis peregrinaciones de dos semanas culminaron por fin con mi llegada a Ginebra. Mientras que la Conferencia en sí misma estaba destinada a obtener logros moderados, yo esperaba de todo corazón que marcaría el comienzo de un proceso digno de los sufrimientos que la precedieron y que justificase la ardua tarea de los últimos meses. Y en ese tono vigoroso me dirigí al periodismo en el aeropuerto:

El destino de los árabes y judíos ha estado intrincadamente ligado a través de su historia, en la que han ascendido y caído juntos. En los últimos siglos ambos habían sido reducidos a un estado igualmente cruel: uno disperso y perseguido a través del mundo; el otro, privado de autonomía y libertad dentro de lo que antes fue su imperio. Pero durante el último cuarto de siglo, ambos han estado a punto de superar su pasado, ya no reprimidos por fuerzas externas sino por el enfrentamiento entre ellos mismos. Por lo tanto, en la tierra de árabes y judíos, donde la realidad de desconfianza y odio contradice trágicamente el mensaje espiritual que allí ha tenido su origen, es esencial que se escuche la voz de la reconciliación.

Me esperaba un generoso y cálido mensaje de Nixon:

En vísperas de la convocatoria de la histórica conferencia sobre el Medio Oriente, deseo expresarle mi respeto y la gratitud del pueblo norteamericano por el papel de fundamental importancia que usted desempeña en esta gran empresa. Sin su habilidad diplomática, perseverancia y dedicación a la causa de la paz, esta Conferencia no se habría realizado. Aunque éste sea el primer paso hacia el camino de una paz justa y duradera, se trata de un paso de vital importancia y el pueblo nortea-

americano está orgulloso de que haya sido su secretario de Estado quien lo hizo posible. De más está decir que cuenta con mi total apoyo para que trabajemos juntos en este objetivo vital. Reciba mis cálidos saludos.

La esperanza de que aquellos que se reunirían en la Conferencia de Ginebra demostrarían un espíritu conspicuo de reconciliación, quizás fuera mucho pedir. Cada una de las partes litigantes podría sustentar su experimento en paz sólo demostrando que mantenían bajo constante vigilancia a los integrantes de la línea dura de sus países. Y todos los actores principales comprendían que el único logro de la Conferencia sería su apertura; los progresos previsibles tendrían lugar en otros foros.

Andrei Gromyko, con quien cené el jueves por la noche, antes de la sesión plenaria del viernes, por fin había comenzado a comprenderlo. La Conferencia se había reunido gracias a los esfuerzos de Estados Unidos, en los que la Unión Soviética desempeñó —si algo— un papel subsidiario. Gromyko olvidaba que me había asignado la tarea para hacerme responsable del fracaso o, por lo menos, por exigir modificaciones a la carta, de acuerdo al pedido de los reacios participantes árabes. A lo largo del proceso, la conducta de los diplomáticos soviéticos había sido incompetente o engañosa; probablemente resumió una combinación de ambas cosas. Pero lejos de reducir la influencia de Estados Unidos, los esfuerzos necesarios para organizar la Conferencia —y el éxito final— enfatizaron que les éramos imprescindible a todos los Estados árabes, aun a los radicales.

Cuando Gromyko refundió que la Unión Soviética no permitiría que se la excluyera del proceso de paz, su frustración debe haber sido mucho mayor, porque necesariamente debía saber que los dilemas soviéticos habían sido provocados por ellos mismos y eran irresolubles. En tanto la Unión Soviética no mantenía ningún tipo de lazos con Israel, nosotros éramos la única superpotencia que posibilitaba un diálogo entre ambas partes. En tanto los soviéticos simplemente se limitaban a repetir el programa árabe radical, nosotros —como yo le había expresado a Assad— nos encontrábamos en condiciones más favorables, al tratar directamente con los Estados árabes y obtener así el mérito por cualquier logro. Gromyko intentaba combinar las ventajas de una asociación estrecha con nuestro objetivo de paz, con las de un respaldo incondicional de todas las exigencias árabes. Nos negamos a participar de ese juego. Pero fue principalmente la actitud inflexible de la diplomacia soviética, y no nuestras maniobras, lo que condenó a Moscú a una desconexión cada vez mayor. Nosotros creábamos sistemáticamente el marco de una diplomacia bilateral entre las partes, a través de nuestra mediación para *después* de la Conferencia. La carencia de una alternativa soviética hizo que hasta sus clientes, como Siria, apoyaran un procedimiento que constituía la única esperanza de progreso.

El resultado de la cena constituyó una artimaña procesal pensada para salvar la imagen soviética. Con anterioridad, la Unión Soviética y Estados Unidos habían acordado nombrar representantes permanentes con jerarquía de embajadores ante la Conferencia de Ginebra. Gromyko propuso que estos embajadores permanecieran en Ginebra para mantenerse en contacto después de la sesión de apertura protocolar. También tenían que estar disponibles para reunirse con los subgrupos, en caso de que las partes así lo desearan; una contingencia improbable, de acuerdo a lo que me demostró mi viaje. Gromyko insistió en este punto como una manera de complicar acciones bilaterales fuera de la Conferencia. Yo acepté, porque no creía que a esa altura de los acontecimientos el desarrollo de nuestro plan pudiera ser detenido por artimañas procesales. Nombré a Ellsworth Bunker, uno de los grandes hombres de la diplomacia norteamericana, quien era muy seguro de sí mismo y que no permitiría que se nos atormentara con un ritmo incompatible con nuestros planes. Gromyko nombró a Vinogradov quien, habiendo sobrepasado su tiempo de permanencia diplomática en El Cairo, estaba disponible para otro destino. El demostraría la sabiduría de un comentario de Metternich refiriéndose a un diplomático ruso de la época de los zares: *Nadie es más fácil de derrotar que un diplomático que se cree astuto. Sólo los realmente honestos son difíciles de vencer.* Bunker y Vinogradov se encontraron esporádicamente en enero. Después, Bunker comenzó a de-

dicar cada vez más tiempo a las negociaciones del Canal de Panamá, las que yo también le había encargado. Para junio habíamos concertado dos acuerdos fuera de Ginebra. Vinogradov había abandonado la ciudad. La Conferencia nunca se volvió a reunir.

En la mañana del viernes 21 de diciembre de 1973, el problema consistió en convocar a todos los participantes en el Palacio de las Naciones para cumplir con los requisitos protocolares de la apertura. Pero después de semanas de esfuerzos que uno suponía que cubrirían todas las trivialidades posibles, aun las más imprevisibles, surgió una disputa inesperada. Se refería a los asientos que ocuparían los asistentes. Gromyko le propuso a Waldheim un plan de disposición de lugares que era tan obvio como inaceptable. Sugirió que la Unión Soviética, Egipto y Siria (*) fueran ubicados a la derecha del secretario general, con Estados Unidos, Israel y Jordania a su izquierda. Esto hubiera colocado prolijamente a Jordania fuera del grupo árabe, uniéndola a Israel y Estados Unidos, mientras que mostraba a la Unión Soviética como el campeón de la supuestamente genuina causa árabe: una definición anterior, basada en la época en que depositaban su confianza en la ayuda soviética. Por lo que yo sabía acerca de la manera de pensar de Sadat, el simbolismo le resultaría a él tan poco atractivo como a las partes que Gromyko había colocado de nuestro lado de la mesa.

Como la propuesta de Gromyko carecía de todo sentido común y no estaba de acuerdo con ninguna costumbre diplomática conocida, Waldheim la rechazó, demostrando que sabía quién tenía la mano diplomática más fuerte. En cambio propuso el procedimiento de la UN que consistía en disponer los asientos de las delegaciones del Medio Oriente por orden alfabético. Desgraciadamente, esto creó un nuevo problema porque habría colocado a Egipto entre Israel y la Unión Soviética, una posición que Fahmi creía prudente evitar. Su contrapropuesta hubiera ubicado a Jordania, y no a Egipto, junto a Israel, pero Jordania no quiso saber nada con ese simbolismo.

Cuando yo creía que todo estaba perdido —en realidad cuando la hora programada para la apertura de la Conferencia había pasado— del ágil cerebro de Ephraim (Eppie) Evron, entonces vicedirector general del Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel, surgió una solución salomónica. Estados Unidos se sentaría entre Egipto y Jordania, y la Unión Soviética entre Israel y el asiento libre de Siria, en una mesa de siete lados. No había ninguna razón lógica para esta ubicación de los delegados, pero cumplió con su propósito. Después de empezar con un truco transparente, Gromyko concluyó con una muestra de buena voluntad. Y continuó demostrándola al aceptar reunirse con Abba Eban, el ministro de Relaciones Exteriores de Israel. Moscú había roto sus relaciones diplomáticas con Israel, pero estuvo de acuerdo con Eban en que el pedido de una reunión por parte de Israel era razonable. Gromyko aceptó, explicando con frialdad que era un procedimiento normal que un participante en una conferencia internacional realizara una visita de cortesía a uno de los presidentes conjuntos de la misma.

Por fin, la Conferencia de Ginebra estaba encaminada. Tal como se había planeado, consistía en una serie de discursos públicos, a través de los que cada uno de los participantes trataba de protegerse de las acusaciones que le provocarían el mayor perjuicio dentro de su país. En el caso de Egipto era la acusación Siria de que El Cairo jugaba con la posibilidad de un acuerdo individual; en el de Jordania, que eran menos árabes que sus hermanos. Israel se veía obligada a navegar entre la acusación de debilidad que le hacía el ala derecha opositora de su país, y los cargos por cualquier estancamiento que se produjera que harían recaer sobre ella los europeos y norteamericanos. La Unión Soviética quería reclamar un papel continuo; nosotros, destacar lo imprescindibles que resultábamos en todo el proceso.

Gromyko comenzó con lo que era, de acuerdo a los parámetros soviéticos, una presentación moderada. Repitió las críticas acostumbradas acerca de la agresión israelí, e hizo un llamado al regreso de las fronteras de 1967. Pero también enfatizó que los árabes debían aceptar la soberanía israelí y su derecho a la existencia nacional. Fueron las

(*) Se dejó un asiento libre para Siria, con la simbólica esperanza de que asistiera más tarde.

convencionales vaguedades soviéticas, presentadas sin agresividad. No ofrecía perspectivas; no hizo nada para exacerbar la situación.

Yo fui el siguiente orador y expuse cuatro puntos principales: la importancia de mantener el cese del fuego; la necesidad de una apreciación realista de lo que podría llevarse a cabo en poco tiempo; el imperativo de una urgente separación de fuerzas como primer paso; y la necesidad de negociaciones realistas entre las partes mismas, quienes serían las que se verían obligadas a vivir con los resultados. Por lo menos, en el futuro nadie podría decir que yo no había anunciado públicamente nuestra estrategia. También divertí a los dignatarios reunidos, tratando de citar un proverbio en árabe. Lo mismo que durante una exhibición de audacia similar en China, mi audiencia no comprendió lo que pretendía decir, hasta que se escuchó la traducción oficial al mismo idioma en que yo intentaba expresarme.

Fahmi fue el siguiente en hacer uso de la palabra. Con un ojo puesto en Damasco, pronunció un discurso de naturaleza intransigente. Exigía el retiro total de las tropas israelíes a las fronteras de 1967; pedía autodeterminación para los palestinos. —y por lo tanto, por deducción, a Israel— el derecho de inviolabilidad territorial e independencia política. Con principios impecables, firmemente establecidos, Egipto quedaba así en libertad de volverse hacia el problema del retiro de tropas; un tema que Fahmi había omitido en su discurso.

La retórica de línea más dura fue la del primer ministro de Jordania, Zaid Rifai, cuyos puntos de vista reales eran, de hecho, los más moderados. Su lista de transgresiones israelíes era considerablemente más larga que la de Fahmi, sus referencias a un acuerdo pacífico mucho menos frecuentes. Pero había que tener en cuenta que su posición negociadora era mucho más precaria. Debido a su amistad con Estados Unidos y a su deseo de llegar a un acuerdo con Israel, Jordania era la que más sospechas despertaba en el mundo árabe. Más adelante Rifai me admitió en privado, que su tono reflejaba las necesidades de la política árabe. Se trataba de una conferencia de paz excéntrica —aunque, sin duda, no la única en la historia— en la que las posiciones públicas de las partes litigantes tenían que ser contempladas, en definitiva, como un contrapunto de lo que realmente hacían. La beligerancia de la oratoria estaba en relación directa con la posición conciliadora de la política.

El ministro de Relaciones Exteriores de Israel, Abba Eban, habló al final. Había pedido ser el último orador, tal vez para reflexionar acerca de algunos puntos expuestos en la sesión de la mañana, y probablemente para que resaltara su elocuencia al ser el único expositor de la tarde: una medida completamente innecesaria.

En una exposición acentuada por los floreos de oratoria que lo habían hecho famoso, Eban pronunció el discurso más largo y, sin duda, el mejor de la Conferencia. Moderado en su tono, firme en su esencia, destacó la importancia de las obligaciones jurídicas de la paz, rechazó el concepto de un Estado palestino y pidió paciencia para lo que necesariamente sería un esfuerzo prolongado. Fahmi consideró necesario refutarlo; luego la sesión formal de la Conferencia de Ginebra llegó a su fin.

Mantuve reuniones privadas con Fahmi, Rifai, Eban y Gromyko para repasar, una vez más, los procedimientos. Fahmi pensaba que sería conveniente que la Conferencia permaneciera en sesión, tanto en lo jurídico como en lo procesal, para proporcionar un marco a las deliberaciones de la separación de fuerzas que yo había prometido para enero. Desconfiaba tanto de las motivaciones israelíes y estaba tan ansioso por demostrarles a sus hermanos árabes que estaba sucediendo *algo*, que pidió la inmediata presencia en Ginebra de un oficial militar israelí para que se viera que las deliberaciones militares —una continuación de las del Kilómetro 101— se realizaban en el intervalo. Yo organicé esto con Eban, a pesar de mis premoniciones acerca de lo que provocaría la presencia de ese militar. Pronto se presentó un oficial israelí para las deliberaciones que comenzarían el 26 de diciembre y que causarían no pocos estragos.

Todas las maniobras tácticas fueron la manifestación superficial de un cambio fundamental. La Conferencia de Ginebra, a pesar de sus aspectos excéntricos, no era en sí

misma un logro insignificante. Por primera vez dos Estados árabes —Egipto y Jordania— enviaron representantes de alto nivel para sentarse frente a una misma mesa con Israel. Mientras que los tres pronunciaron discursos destinados a la audiencia de sus países, cada uno evitó cuidadosamente establecer precondiciones o adoptar posiciones que cerraran las puertas a futuras negociaciones. Ninguno abandonó la reunión. Y todos los presentes estuvieron de acuerdo con la propuesta norteamericana de acercamiento gradual.

Igualmente significativa resultó la actitud de Siria. Es cierto que no asistió a la Conferencia. Pero el hecho de que su ausencia fuera en gran medida táctica, se reflejó en el consentimiento de Damasco de que se mantuviera un lugar para ellos en la mesa de negociaciones, con la placa del nombre del país. Siria era así un socio constitucional de la Conferencia, con la opción de participar de la sesión plenaria o de un subgrupo.

De tal forma, Ginebra constituyó un paso importante en la estrategia que habíamos perseguido tenazmente desde la guerra de octubre. Durante esa guerra, nuestras pesadillas habían sido la posibilidad de un triunfo de las armas soviéticas, la creciente influencia soviética en el Medio Oriente, el pánico israelí, la reagrupación de las naciones árabes detrás de un programa radical hostil a los Estados Unidos, y una coalición de Europa y Japón que se disociaban de nosotros y respaldaban las presiones radicales por temor de perder los suministros de petróleo. En tales condiciones, la guerra no podría haber sido seguida por ninguna diplomacia constructiva.

Habíamos comenzado un proceso de paz, y lo habíamos hecho en medio del conflicto de Watergate. La autoridad ejecutiva de Norteamérica iba desgastándose día a día. La mejor explicación que puedo ofrecer para esta paradoja, es que los Estados árabes no podían admitir, ni siquiera para sí mismos, la impotencia de su *deus ex machina*, ni los israelíes, la debilidad potencial de su protector. Ellos nos ayudaron a mantener un espejismo de firmeza y determinación norteamericana, la cual, como muchos actos de fe en la historia turbulenta de Medio Oriente, creó su propia realidad.

Así, la Conferencia de Ginebra de 1973, abrió las puertas de la paz que más tarde atravesaron Egipto e Israel y que es de esperar que en la plenitud de los tiempos atraviesen otras naciones del Medio Oriente.

Capítulo XVIII

EL PRIMER TORBELLINO: LA SEPARACION DE FUERZAS EGIPCIO-ISRAELI

EL ORIGEN DE LA DIPLOMACIA TORBELLINO

La *diplomacia torbellino*, o de *lanzadera*, se convirtió en la frase clave en mis negociaciones en el Medio Oriente, como si el rápido ir y venir entre capitales hubiera sido inventado con ese propósito. En realidad el término fue creado por el incansable Joe Sisco, mientras volábamos entre capitales, yendo y viniendo entre Aswan y Jerusalén durante la segunda semana de enero de 1974. Y la idea de lograr de una sola vez la negociación para la liberación del Sinaí, vino de Anwar Sadat, quien me sugirió que mi viaje de enero, concebido como un esfuerzo para lograr definir los principios de liberación, se convirtiera en una ocasión para obtener un acuerdo definitivo.

En realidad las semillas para lograr la "apertura" de 1974, fue sembrada al menos tres meses antes. Constituyó la culminación de la estrategia que habíamos impuesto en octubre durante la guerra: malograr la victoria de las fuerzas soviéticas; impedir la humillación de los árabes, especialmente en el frente egipcio; conseguir una conferencia de paz en la cual subgrupos pudieran negociar en detalle alejados de la retórica de las sesiones plenarias; y cementar lazos con Egipto, quien estaba dispuesto con gran coraje a marcar el camino a seguir.

La clave residía en una rápida separación de fuerzas a lo largo del Canal de Suez. Estaba seguro de que esto arrastraría en su camino a Siria, terminaría con el embargo petrolero, y nos permitiría proseguir con el proceso de pacificación más alejados del peligro de una confrontación.

Sadat había estado considerando la retirada de los territorios ocupados desde que habíamos acordado, durante mi viaje del mes de noviembre, que éste sería el primer tema en la agenda de la Conferencia de Ginebra. Había propuesto ideas generales entonces y en diciembre, con el anzuelo para Israel que después de la retirada, él limpiaría y reabría el Canal de Suez (bloqueado desde la guerra de junio de 1967). Oficiales militares egipcios e israelíes habían discutido la separación de fuerzas en el Kilómetro 101, cuando el general Yariv, representante israelí, bosquejó el "concepto" de su lado. Aunque las conversaciones terminaron en un *impasse*, sirvieron al útil propósito de educar a ambas partes sobre los límites de lo que era posible lograr.

Al comenzar la Conferencia de Ginebra el 21 y 22 de diciembre, Egipto estaba tan dispuesto a lograr la aludida separación que presionó a fin de obtener un encuentro del grupo israelí y egipcio para que trabajasen en Ginebra el 26 de diciembre —en esencia era una extensión del Kilómetro 101— aunque todos estábamos de acuerdo en que nada se lograría hasta el 31 de diciembre, fecha de las elecciones israelíes. Separadamente, yo había obtenido del gobierno israelí la promesa de proponer una retirada formal inme-

diatamente después de las elecciones. En el complejo mundo de la política casera israelí, no era nada fácil. En la historia de Israel ningún partido había obtenido una victoria por mayoría; cada gobierno había sido formado por una coalición de partidos competidores a su vez divididos en facciones aún más cohesivas que la propia organización partidaria. La unidad del Gabinete era aún más tenue después de las elecciones: sobre todo una como ésta con resultados tan ambiguos. En este caso, en la votación del 31 de diciembre de 1973, el Partido Laborista gobernante tuvo un quebranto del 5% de sus fuerzas, que se tradujo en la pérdida de 7 bancas en un Parlamento de 120 miembros (bajaron a 49 bancas de las 56 que poseían). La disminución fue consecuencia del vacío de prestigio que produjo la guerra de octubre. Todavía lograba obtener una mayoría gracias a la coalición con su socio tradicional el Partido Nacionalista Religioso, pero la influencia de dicho partido, dedicado a la anexión de la margen izquierda, iba a ser mucho mayor. Golda podría quedar como primera ministra si su grupo todavía la apoyaba, pero su imagen también se había deteriorado con el resultado de la guerra.

A pesar de su volatilibilidad, los gabinetes israelíes son paradójicamente más estables durante el transcurso de unas elecciones o mientras negocian coaliciones. Por un principio de la Constitución no les está permitido a los ministros renunciar durante este período; la formación de un gobierno se congela.

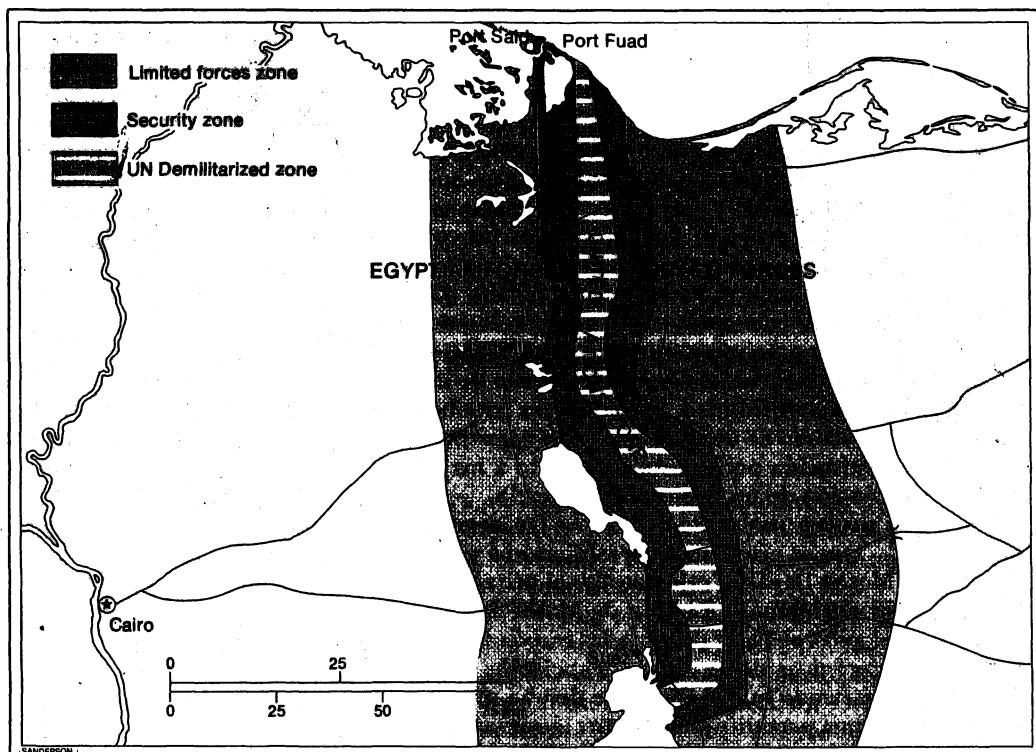
Fue justo en este momento —cuando las negociaciones sobre una coalición recién empezaban— que se presentó en Washington a principios de enero de 1974, el ministro de Defensa Moshe Dayan. Trajo consigo el primer plan factible de separación de fuerzas aprobado por el Gabinete. El plan de Moshe Dayan daba algo de forma al “concepto” vertido por el general Yariv durante las conversaciones del Kilómetro 101. Siguiendo las típicas características del estilo de negociación israelí, presentó al esquema como algo inflexible, insistiendo que el Gabinete dejaba muy poco margen para negociar.

Dayan proponía permitir que Egipto conservara el territorio ganado hasta una línea de aproximadamente seis a diez kilómetros de la ribera este del Canal de Suez, y retirar las fuerzas israelíes hasta una nueva línea de aproximadamente veinte kilómetros al este del Canal. Esto significaba que Israel renunciaba a la punta de lanza que poseía en la ribera oeste —lo que Golda gustaba de llamar *Africa*— y con lo cual Israel cortaba la porción sur del frente del Tercer Ejército egipcio.

Al mismo tiempo, Dayan proponía una disminución de fuerzas en ambos lados del Canal. Específicamente proponía cinco zonas de restricción de armas por separado que se extendían en un total de noventa kilómetros. En el Sinaí las dos partes estarían separadas por una zona tope para las Naciones Unidas de un ancho de seis a diez kilómetros. De ambos lados se reducirían las fuerzas militares hasta formar una *zona de leve seguridad* de seis a diez kilómetros; y más allá y de ambos lados existiría una zona de limitación de armas hasta una distancia de treinta kilómetros. La línea del frente israelí se encontraría justo al oeste de los dos pasos del Sinaí.

Las consecuencias prácticas del plan de Dayan era la de lograr la retirada completa de todas las fuerzas egipcias que habían cruzado el Canal de Suez durante la guerra con excepción de dos o tres batallones (alrededor de 1.800 hombres). Dos ejércitos terrestres egipcios, que sumaban 70.000 hombres, 720 tanques y 994 piezas de artillería, deberían abandonar el Sinaí. Dayan era implacable en que no debía permanecer ningún tanque israelí en la ribera este del Canal. Detrás de este cinturón, en la zona egipcia de limitación de armamentos (los treinta kilómetros al oeste del Canal), Dayan exigía un techo de 300 tanques y una retirada de las defensas de artillería y antiaérea para que no pudieran alcanzar la línea israelí. Dayan se aprovechaba del principio de que es el mediador quien debe sufrir las consecuencias de la otra parte ultrajada en una propuesta unilateral.

Dayan exigía también una serie de condiciones políticas a Egipto, añadiendo una nueva dimensión inexplorada en el Kilómetro 101: poner punto final al estado de beli-



Retiro de tropas egipcio-israelí de los territorios ocupados según el plan de Dayan. Enero 4 de 1974.

gerancia entre Egipto e Israel, levantando el bloqueo de Bab-el-Mandeb y el compromiso de reabrir el Canal de Suez y permitir el tránsito de barcos y cargas israelíes. De nosotros Israel exigía la seguridad de que la proveeríamos de armas por un largo tiempo.

Le manifesté a Dayan que su plan de separación de fuerzas era *intelectualmente respetable*, una buena propuesta, un *gran paso adelante*. Estaba dispuesto a someterlo a los egipcios, aunque nos resultaría imposible comprometernos a ser mediadores sobre una base de tomarlo o dejarlo. Le predije que surgirían dificultades sobre la profundidad del retiro israelí; sobre las restricciones del tipo de armas en las diversas zonas; sobre la insistencia israelí de terminar con la beligerancia; y sobre un compromiso egipcio de reabrir el Canal de Suez para Israel. Algunas de las objeciones serían importantes, otras sólo de procedimiento. No creía posible que Egipto se comprometiera con Israel sobre lo que haría en su propio territorio soberano.

Estas discrepancias no disminuían mi confianza de que estábamos aún en terreno negociable. Las dos partes hablaban sobre los mismos conceptos aunque todavía les daban diferentes prácticas de aplicación. Y una vez que una negociación se ve así resumida solamente a los detalles, tiene bastante probabilidades de éxito, siempre y cuando una de las partes sólo intente hacer una manifestación aparente de flexibilidad con el fin de situarse mejor para romper las conversaciones. Egipto se encontraba impedido de actuar de esa manera a causa de su Tercer Ejército e Israel por el temor de aislarse diplomáticamente. Las chances auguraban el éxito, aunque las diferencias sustanciales permanecían.

Por lo tanto discutí con Dayan la posibilidad de otorgarle a las negociaciones un mayor

empuje. Estas posibilidades eran las siguientes: Israel podía presentar este nuevo plan al grupo de trabajo egipcio-israelí en Ginebra. Los Estados Unidos podían solicitar de su embajador en El Cairo, la presentación del plan ante el gobierno egipcio, mejor aun ante el mismo Sadat. O yo podía viajar al Medio Oriente a fin de discutir los principios generales que serían presentados en Ginebra ante el grupo de trabajo para su implementación. La dificultad de comenzar por Ginebra era la de proveer a los soviéticos de una oportunidad para atascar su progreso poniendo sugerencias imposibles de cumplir y avergonzando a Egipto en el caso de que éste eligiera ser más flexible. Asimismo, la propuesta debía seguir los pasos de la burocracia egipcia, la que elegiría el camino más seguro poniendo de manifiesto sus debilidades y dejándole a Sadat la tarea de rechazarlo. Podría ser que Sadat estuviera preparado a hacerlo, pero haría que su vida se complicara inútilmente. Si solicitábamos de nuestro embajador (Herman Eilts), la presentación del plan nos asegurábamos de que Sadat lo vería primero. Pero Eilts no tenía autoridad para negociar ni tampoco acceso a las deliberaciones israelíes. Este acercamiento no estaba de acuerdo con la inclinación que tenía Sadat de dar golpes sorpresivos.

Todo esto nos llevó a Dayan y a mí a la idea de que nadie mejor que yo mismo para presentar el plan israelí personalmente a Sadat, sobre todo porque le había prometido a Sadat que me comprometería personalmente tan pronto terminaran las elecciones israelíes. Evidentemente existía un elemento de vanidad de mi lado como así también un poco de adulación y de política doméstica por parte de Dayan. El estaba del lado del acuerdo, pero necesitaba ayuda para consumir sus ideas en el Parlamento israelí.

Lo que en el momento pareció un golpe de sorpresa muy dramático fue en realidad algo muy elaborado. De acuerdo con mi punto de vista, el secretario de Estado no debía viajar al extranjero para realizar serias negociaciones como regla general si las chances no le eran altamente favorables. Ya que en la diplomacia los márgenes para tomar decisiones son muy angostos, el elemento psicológico reviste enorme importancia. Basta a veces para tener éxito el ser depositario de una reputación exitosa. De la misma forma el fracaso se alimenta a sí mismo: un secretario de Estado que realiza demasiados viajes que no conducen a ninguna parte se desgasta. Y es muy peligroso, como habilidad para desbaratar conflictos, basarse en una personalidad o en una facilidad para negociar. Pero a principios de enero de 1974 el terreno no podía encontrarse mejor preparado. Habíamos trabajado en el problema casi dos meses. Las posiciones de ambas partes se estaban acercando; ambos temían los castigos del fracaso.

Mientras Dayan y yo estudiábamos cómo proseguir, la propuesta israelí surgió inesperadamente por otra fuente. Así como es difícil de obtener una posición negociadora del gobierno israelí, es prácticamente imposible de mantenerla en secreto una vez conseguida. Cada ministro sufre la tentación de demostrar su perspicacia apropiándose; cada negociador quiere ser visto como el autor del lanzamiento. Ni siquiera existe un castigo por un importante acto de infidencia. Pero era esencial mantener en secreto los conceptos israelíes por numerosas razones: para Egipto era más fácil aceptarlas si aparentaban surgir como el resultado de la influencia norteamericana, que si se trataba de una imposición israelí. Se convertiría en una tribuna pública haciendo más difícil que ambas partes se avinieran a conceder. La publicidad ofrecería a otros sectores, incluyendo los soviéticos, a que intervinieran en el proceso.

Por lo tanto mis colegas y yo nos horrorizamos cuando se me entregó un telegrama el 5 de enero durante una de mis conversaciones con Dayan, de acuerdo con el cual el representante israelí ante el grupo de trabajo de Ginebra, el general Mordechai Gur, había presentado dos "modelos" hipotéticos, uno de los cuales se aproximaba sospechosamente al que Dayan estaba presentando en Washington. Dayan declaró estar igualmente sorprendido. La posición norteamericana se volvió difícilísima. No podíamos declarar, le comuniqué a Dayan, que la propuesta había sido estudiada conjuntamente entre los

Estados Unidos e Israel cuando al mismo tiempo era presentada en Ginebra mientras él se entrevistaba conmigo. Los egipcios serían incapaces de distinguir entre un "modelo" y una propuesta formal, sin mencionar las dificultades psicológicas de Egipto de aceptar algo ofrecido por Israel por muy razonable que fuera. Además era casi seguro que los soviéticos tratarían de inmiscuirse: tal cual lo hicieron días más tarde cuando Dobrynin me telefoneó para darme algunas opiniones sobre el "modelo" de Gur. Esta dificultad se sobrepujó cuando Gur retiró su "modelo" días después de haber sido presentado, declarando en forma poco convincente que había sido presentado sólo como un "ejemplo" ilustrativo.

Dudo que la farsa haya engañado a Sadat: ya que ideas similares podían leerse todos los días en la prensa israelí. Siguió adelante porque le convenía a su propósito estratégico presentar la separación de fuerzas como una idea de origen norteamericano. En ese momento hubiera sido para él muy peligroso tratar directamente con los israelíes. Continuamos adelante con el plan de mi viaje a El Cairo. Le envié a Sadat un mensaje manifestándole que estaba dispuesto a viajar a Egipto a fin de conocer sus puntos de vista sobre una eventual separación de fuerzas. Al mismo tiempo Dayan presentaría mis sugerencias al Gabinete israelí. El 8 de enero, Sadat me instó a que viniera inmediatamente; me estaría esperando en Aswan.

Al mismo tiempo las presiones de Watergate estaban produciendo momentos de ansiedad. Nixon, que había dilatado su estadía en San Clemente, hacía bromas sobre la prominencia que yo adquiriría; su reacción ante el discurso de los Peregrinos no fue un hecho aislado. Durante su retiro me habló espaciadamente, su jefe de Estado Mayor, Al Haig, se convirtió en su portavoz. Me manifestó que Nixon estaba tenso y distraído. El presidente no abandonaba la idea de que algún golpe espectacular demostrara lo indispensable que era y de esta manera disminuyese su tormento. Su sueño dorado lo constituía una iniciativa para acabar con el embargo petrolero. Por ejemplo Haig me contó el 7 de enero, que un alto ejecutivo del petróleo californiano había presentado un emisario árabe a Nixon que prometía colaborar con él para ese fin. Nunca se me dio su nombre ni lo que se discutió; constituía una réplica de la audiencia de Dobrynin tres semanas atrás. Era imposible acabar con el embargo a través de entrevistas personales o a través de esos medios. Pero el secreteo demostró bien a las claras cómo Watergate podía bien pronto acabar con la confianza entre el presidente y su secretario de Estado, confianza que era vital para el funcionamiento de la política exterior en el mejor de los casos; sin hablar de la crisis de las instituciones por las cuales estábamos pasando.

El 8 de enero le informé a Haig sobre mi convicción de que Sadat quería *llegar pronto a un acuerdo*, pero que *con tanto trabajo de zapa, si no nos apurábamos a concretar este asunto pronto, nunca se realizaría*. Haig ignoraba cuál sería la reacción de Nixon, ya que seguía preocupado por el misterioso emisario. Nuestro temor de que Nixon llevara las cosas a la larga no tuvo fundamento. Sabemos a través de su diario personal que estaba tomando notas a fin de concretar su campaña de sobreseimiento personal (5 de enero: *Actuar como un presidente*) (1); evidentemente actuó como uno cuando horas más tarde aprobó mi viaje.

Solamente quedaban algunos cabos sueltos. Si era posible quería mantener a los soviéticos tranquilos mientras apoyaba la separación de fuerzas. Le comuniqué a Dobrynin que el motivo de mi viaje era transformar los "modelos" israelíes en propuestas concretas. Nuestro representante permanente en las conversaciones de Ginebra, Ellsworth Bunker, estaría conmigo; de esta forma se mantendría informada a Ginebra para más detalladas conversaciones. Dobrynin coincidió; sabía que los soviéticos eran incapaces de conseguir un esquema de desempeño y que sí tratarían de influenciar los "principios" de Ginebra. (Esta estratagema no fue intencional aunque diera resultado, era precisamente el procedimiento que queríamos seguir hasta que Sadat apresuró las cosas des-

pués que yo llegué a Aswan). Dobrynin me auguró *la mejor de las suertes* para el viaje, implicando el asentimiento soviético.

Las mismas instrucciones fueron impartidas al secretario general Waldheim. Este podría llegar a tener influencia si las negociaciones volvían a Ginebra y daría amplia difusión de lo que se le informara —especialmente entre los países no alineados— quienes creerían más las informaciones impartidas por una tercera persona que por la dada por nosotros.

Habiendo concluido con estos preliminares, partí desde la base aérea de Andrews poco después de medianoche el viernes 11 de enero de 1974, en lo que terminó por convertirse en los vaivenes del primer *torbellino diplomático*.

OTRA VEZ WATERGATE

Watergate era el monstruo hídrico mitológico. No había forma de adivinar cuándo un nuevo sensacionalismo volvería con concertar la atención pública. En el medio del caos y de la sospecha, cada revelación —no importaba cuán trivial o cuán poco interrelacionada con las demás— servía para alimentar la inagotable fuente del escándalo. Cualquier cosa que se apartara de las manifestaciones anteriores aumentaba el *espacio de credibilidad* de la administración, y en mí la pesadilla de disipar los últimos vestigios de la autoridad ejecutiva para la conducción de la política internacional.

El mismo día que me ausentaba hacia el Medio Oriente, un hecho extraordinario del año 1971 se dio a publicidad por primera vez. Estos eran los hechos: desde octubre de 1962, durante la crisis de los misiles cubanos, un representante de la Junta de Jefes de Estado Mayor (JCS) había sido designado ante el Consejo de Seguridad Nacional como oficial de enlace, para contribuir a una mejor comunicación entre el Pentágono y la Casa Blanca. Teóricamente ésta tiene derecho a toda la información que necesita o que solicita, y a su vez, está interesada en asegurar que las agencias claves también dispongan de ella.

En realidad no es tan simple. Muchas veces la Casa Blanca desconoce qué papeles hay en la burocracia; en otras, las agencias no entienden qué se requiere; y aun cuando se les exige se resisten a poner de manifiesto sus disputas internas. Cuando están en la duda, tratan de situarse a la luz más favorable (de suprimir, sin llegar a exagerar, información desfavorable o embarazosa o puntos de vista en contra de lo que finalmente recomiendan). Lo mismo es aplicable por supuesto a la diseminación de la información de la Casa Blanca.

Un funcionario de enlace habilidoso con un equipo muy alerta es de gran ayuda para que las agencias y la Casa Blanca se entiendan mejor. Funciona igual que un agregado militar en el extranjero. Se balancea entre una delicada línea que sirve al interés común en obtener lo que no ha sido distribuido por ignorancia o por negligencia, y en conseguir lo que ha sido conscientemente omitido de las fuentes irrestrictas de información. Cuando esto último es realizado por una agencia o un departamento opuesto a la Casa Blanca, se aproxima al espionaje del jefe de Estado por sus subordinados. Por mucho que se deplora las prácticas administrativas de un presidente, los miembros de una agencia subordinada no deben utilizar medios de circunvalación disimulados.

A fines de 1971, descubrí que algunos miembros del personal de la oficina de Seguridad Nacional, portavoces de la Junta de Jefes de Estado Mayor, podían haber traspasado la línea entre ser enlaces o abusar de su confianza. Durante la guerra indo-paquistaní se desató en Norteamérica una violenta discusión sobre si la administración se “manifestaba” demasiado en favor de Paquistán. Como parte de la agria batalla burocrática, una cierta cantidad de importantes documentos clasificados fueron pasados al columnista Jack Anderson; algunos tenían que ver con las maniobras navales norteamericanas en la

bahía de Bengala. Con enorme crédito a su favor el contraalmirante Robert O. Welander, jefe de la oficina de enlace de la JCS, le expresó a Haig, por ese entonces mi subordinado, que existían evidencias internas de que su oficina era responsable del origen de las filtraciones. Haig me informó a mí y bajo mis instrucciones al ayudante presidencial John Ehrlichman, el cual había sido designado por Nixon para investigar las infidencias de Anderson.

Un suboficial naval en el *staff* de Welander resultó el sospechoso principal; si le entregó documentos clasificados a Anderson (lo cual es todavía sujeto a controversias), fue la culminación de una carrera remarcable de infidencias sistemáticas sobre sus superiores en la Casa Blanca. El joven suboficial tuvo la ventaja de que se lo consideró tan insignificante que nadie pensó en tomar precauciones en su contra. Sirvió muchas veces de confiable mensajero llevando importantes documentos entre mi oficina y el edificio de oficinas ejecutivas del otro lado de la calle, donde se alojaba la mayoría de mi personal. Era un trabajador incansable. El general Haig lo había llevado con él en giras ocasionales al Sudeste asiático; gracias a una recomendación de Haig me había acompañado en mi viaje alrededor del mundo en el verano de 1971. Aprovechó la ocasión para hacerse indispensable, y al mismo tiempo —según declararía después en el proceso— para interesarse por el contenido de mi maletín, leyendo o copiando cuanto papel caía en sus manos y a veces conservando copias en carbónico de sensibles documentos que debían luego desaparecer “quemados”. Hizo entrega de numerosos documentos a los titulares de la oficina de enlace de la Junta de Jefes de Estado Mayor, la que a su vez los transmitía a su presidente. Así éste pudo conocer mi visita secreta a Pekín dos días antes de que fuera anunciada (el suboficial no viajó conmigo a la China ni tampoco se le informó del viaje. Pero de alguna manera consiguió obtener los informes del viaje para Nixon y otros importantes mensajes, que fueron escritos y redactados en el avión que nos traía de regreso).

La costumbre cada vez más extendida de realizar un trabajo de enlace comenzó al principio de mi función como consejero de Seguridad Nacional. Si el entonces presidente de la JCS, el general Earle Wheeler, conocía cómo se obtenían los documentos o si simplemente los aceptaba como un eficiente trabajo del funcionario de enlace, no está en mí juzgarlo. Yo consideraba a Wheeler (ahora ya fallecido) como un hombre de extraordinaria decencia. La costumbre siguió bajo el almirante Thomas Moorer, quien asumió la presidencia en 1970. Moorer insiste en que no fue informado de cómo se obtenían los documentos y que ni siquiera les prestaba demasiada atención ya que yo ya lo había informado antes debidamente. No me corresponde dudar de la palabra de un oficial con el cual colaboraba estrechamente y además respetaba enormemente.

Pero en seguida que se produjeron estas revelaciones me sentí menos caritativo. Yo supe lo que acabo de narrar por John Ehrlichman. Me permití escuchar la grabación de una entrevista con el almirante Welander en la que se resumía lo que acabo de contar. Sobre esta base creo que sabía lo suficiente en diciembre de 1971 como para sentirme terriblemente molesto. En ese momento Nixon me hizo saber que si yo quería tomar medidas disciplinarias contra Welander y no volver a nombrar a Moorer como presidente cuando su período terminara dentro de seis meses, él estaba preparado para hacerlo. Pero también me expresó que yo tenía que advertir el impacto que sufrirían los servicios militares y el país mismo si estos trapos sucios se lavaban al sol en el medio de la guerra con Vietnam y lo intensa y despiadadamente que ya eran atacados los equipos militares. ¿Deberíamos darle más fuerza a la rueda del movimiento pacifista? Nixon me convenció. En diciembre de 1971 clausuré la oficina de enlace de la JCS y solicité la transferencia de todo su personal dentro de las próximas veinticuatro horas. No tomé ninguna otra medida. Y Nixon tampoco.

Welander siguió cumpliendo otras funciones y más adelante se retiró; el suboficial

también fue transferido a otra parte. Pero todavía se seguían produciendo infiltraciones en enero de 1974 mientras yo estaba en el Medio Oriente; éstas atacaban no a aquellos individuos que podrían considerarse como culpables de intervenir sin autorización, sino a Nixon y a su administración; y también a mí. ¿Qué clase de gobierno era éste en el cual el personal militar conspiraba para apropiarse indebidamente de documentos importantes y se grababan las conversaciones de los sospechosos? ¿Acaso había yo mentido en mayo de 1973 cuando manifesté que no estaba al tanto de la "unidad plomera", ya que el cuestionamiento del almirante era justamente sobre el "plomero" David Young? Ya he explicado suficientemente el grado de conocimiento que tenía de "los plomeros" en el Capítulo IV. Yo sabía muy bien que la responsabilidad de Ehrlichman consistía en investigar las infidencias sobre la seguridad. Tenía la impresión que las investigaciones que realizaba eran *ad hoc*; la realidad demuestra que sus ayudantes (Egil Krogh y David Young) carecían de otras responsabilidades. Las variaciones se esfumaron con las sensacionales historias que salían a la luz. No había forma por la cual yo podía dilucidar escuchando las grabaciones de las entrevistas de Young de que éste tenía otras responsabilidades, ni me hubiera extrañado que se me dijera eso. En verdad no me dediqué a pensar mucho sobre este asunto.

Esá única entrevista fue todo lo que supe sobre la investigación de este suboficial. Ehrlichman escribió un sumario oficial que nunca me mostró. El secretario de Defensa, Melvin Laird también solicitó una investigación a su consejero general, Fred Buzhardt; ésta tampoco la leí. Esto no era inusual en la Casa Blanca con Nixon. La corriente de información se hallaba estrictamente delimitada y la seguridad interna estaba considerada fuera de mi incumbencia.

La cuestión pudo haber sido encarada de forma diferente por los medios. Si resultaba cierto que los secretos militares eran secretamente transmitidos a la prensa por motivos políticos aun por personal fuera de uniforme, lo que los medios daban en llamar la paranoia de Nixon podía bien tener su motivo de ser. Si bien esto no disculpaba las transgresiones que formaban el cuerpo de Watergate, bien podían explicar su origen y de cierta manera mitigarlo.

Pero por ese entonces Watergate ya tenía su propia lógica. No se le iba a permitir a la prensa invocar circunstancias atenuantes. La culpa del espionaje militar iba a recaer sobre la víctima, no los actores. Se desarrollaron tres líneas de argumentos. Una era que los procesos para tomar decisiones de Nixon eran tan secretos que esto obligó a la Junta de Jefes a hacerse cargo de los asuntos personalmente. La otra era que si la oficina de enlace existía para contribuir a que la corriente de informaciones fuera más rápida entre el Pentágono y la Casa Blanca, cualquier medio era válido: los militares estaban en todo su derecho de imponerle al comandante en jefe estricta reciprocidad, obteniendo cualquier información que necesitaban por cualquier medio para lograr sus propósitos. La tercera línea argumentaba que todo este asunto constituía una reacción petulante de la Casa Blanca en contra de las infidencias: en otras palabras, el episodio confirmaba el cargo original de paranoia.

Mi reacción está resumida en una nota que envíe desde Aswan a Scowcroft el 14 de enero:

Los hechos que deben considerarse al desarrollar una respuesta son los siguientes:

—Las actividades de la JCS que los diarios llaman "espionaje" empezaron en 1969, no como resultado de las iniciativas tomadas en 1971.

—Estos hechos continuaron durante mi primera iniciativa diplomática y por lo tanto no puede haber sido causados por ella.

—Nunca se le impidió el acceso a ningún miembro del Consejo de Seguridad

Nacional a la información reservada. Ya que la Junta de Jefes estaba representada en la WSAG, es absurdo decir que los objetivos de los esfuerzos de la inteligencia eran *las transcripciones de los debates* de la WSAG.

—Los únicos asuntos que se manejaban sobre una base restrictiva eran tres negociaciones secretas. Pero aun así, su contenido era revisado por los distintos cuadros interdepartamentales, aunque muchas veces desconocieran su propósito.

La oficina de enlace de la JCS se constituyó con el propósito preciso de darle a los militares acceso a las actividades del Consejo de Seguridad Nacional y sus miembros. Este hecho también deniega los cargos que ahora aparecen en la prensa.

Sería interesante exigir de aquellos que ahora formulan cargos que especifiquen cuáles son los documentos a los cuales los jefes no tienen acceso. Yo no los conozco.

Mi análisis era mejor que mi consejo. No tenía sentido discutir si era justificable que una agencia subordinada copiara documentos de la Casa Blanca sin autorización. Estas acciones no pueden ser condenadas, ni tampoco cualquier secreto que quiera imponer la Casa Blanca y como quiera que deseé organizar su forma de hacer política. El único camino inteligente fue el seguido por Moorer. Negó que tuviera ninguna necesidad de espiar a la Casa Blanca ya que sus relaciones conmigo resultaban muy estrechas; todo el asunto era el resultado del trabajo de subordinados por demás eficientes. Yo le había hecho el mismo comentario al senador John Stennis, presidente del Comité Senatorial de Servicios Armados el 10 de enero horas antes de partir para el Medio Oriente. Lo urgí a tomar jurisdicción lo más pronto posible antes de que grupos menos responsables empujaran a los militares uniformados dentro de la corriente de Watergate.

El senador Stennis llevó a cabo investigaciones en febrero de 1974 (2). Su comité publicó un informe sobreseyendo al almirante Moorer y poniendo el asunto dentro de su propio marco. Este incidente está contado aquí porque es reveladoramente sintomático de la atmósfera de Watergate: mientras toda nuestra política sobre el Medio Oriente colgaba de un hilo, durante la semana entera de mi primer "torbellino" la prensa se divertía con líneas de investigación cuyas consecuencias prácticas eran las de socavar la autoridad del mediador. Con justicia para la prensa, no se produjo tal daño. Pero sí contribuyó al peso físico y mental de una semana frenética.

ASWAN: 11-12 DE ENERO

El itinerario de mi viaje —primero a Egipto, después a Israel, y otra vez de vuelta a Egipto— fue orquestado con la mira puesta en las necesidades psicológicas y los márgenes de maniobra concedidos a ambas partes. Yo no quería llegar a Egipto con un "plan israelí", porque esto me haría aparecer como un portavoz de Israel. La presentación prematura del "modelo" del general Gur en Ginebra y su consiguiente retirada podía ser convertido en una ventaja haciendo aparecer como si las divisiones del Gabinete habían sido sobreseídas gracias a nuestra intervención. Sadat entendía correctamente la situación en Israel —yo le había prometido después de todo un plan concreto para enero— pero le servía a sus objetivos domésticos alabar el rol que desempeñaba Estados Unidos. Y ya que el margen de negociación iba a ser considerablemente limitado, era sumamente importante presentar el plan inicial israelí como algo redactado bajo nuestra influencia y ya conteniendo los puntos de vista egipcios (lo cual, por añadidura, tenía la virtud de ser cierto).

Después de una corta parada para reacondicionarnos de combustible en España, aterrizamos a las 20.30 del viernes 11 de enero en un aeropuerto militar bajo oscurecimiento en el desierto cerca de Aswan. Era la primera vez que iba al alto Egipto. A pesar de lo avanzado de la hora, se podían ver los refugios de concreto, los armamentos antiaéreos,

los tanques, los transportes de personal armado y las concentraciones de tropas. Aswan era una zona de extrema sensibilidad egipcia; la destrucción de la alta presa podía arruinar la economía del país por un largo tiempo. Mis propias preocupaciones eran mucho más personales. Sabíamos que una escuadrilla de aviones de caza norcoreanos estaba estacionada en Aswan. Me preguntaba en qué idioma se comunicaban los egipcios con sus aliados y si el conocimiento de que se acercaba el secretario de Estado norteamericano actuaría como un freno o como un incentivo para la fuerza aérea coreana.

El ministro de Relaciones Exteriores Fahmi me recibió con el consabido beso y abrazo en la oscuridad delante del sucio edificio de la terminal, yo esperaba empezar con las conversaciones a la mañana siguiente. Cada vez que puedo trato de llegar de mis viajes al exterior a una hora que es demasiado tarde para comenzar serias conversaciones; esto me da una noche de reposo para sobreponerme a las diferencias horarias. (En realidad nunca fui consciente de un desequilibrio, aunque aquellos que debieron aguantarme a lo mejor piensan distinto.) Pero Fahmi me informó que Sadat me estaba esperando, y no me dejó alternativa.

Aswan es una ciudad turística, situada a 600 kilómetros al sur de El Cairo, cuyo clima templado influyó para que Sadat moviera sus oficinas hasta allí durante varias semanas del invierno. Situada en la primera catarata del Nilo, marca el límite del alto Egipto de la época de los faraones; más allá está Nubia y lo que hoy es el Sudán. Es un oasis de calma ubicado sobre el hilo de agua que trae la vida y la esperanza a los hombres y desbordes y alimentación al campo. Los cultivos se encuentran en un estrecho margen a ambos lados del río mucho menos extenso que los del bajo Egipto, el fértil delta del Nilo; ocasionalmente desaparece totalmente.

Viajando desde el aeropuerto, se atraviesa la presa original de Aswan, construida por ingenieros británicos a principios del siglo. Es mucho menos ambiciosa que la alta presa construida por los soviéticos y no tan efectiva en controlar las inundaciones; pero es ecológicamente menos destructiva, ya que no interfiere con el nutritivo limo que fue cortado por la alta presa, obligando a Egipto a importar enormes cantidades de fertilizantes y destruyendo la pesca más allá de Alejandría. Las embarcaciones egipcias se ven culebreando en el río a través de estrechas zonas verdes. En ambas riberas las dunas de arena se pierden en el horizonte. El desierto crea aquí una igualdad que hace que un vagabundo sin brújula pierda rápidamente su sentido de orientación. No se oye ningún ruido, y en el silencio uno se siente extrañamente liberado, como si hubiera sido transportado a un planeta alejado y distante.

La villa de Sadat era una sencilla casa gubernamental de reposo hecha en piedra. Se entraba a un pequeño vestíbulo. En forma directa al frente había un escritorio que daba sobre el Nilo; pero los muebles estaban colocados de manera que enfrentaban la puerta y no el paisaje. Sadat y yo nos sentábamos generalmente a ambos extremos del sofá paralelo a las ventanas; había algunos otros sillones desparramados por ahí. (En esta ocasión nos entrevistamos usualmente nosotros dos solos; en futuras negociaciones estuvo casi siempre presente el vicepresidente Hosni Mubarak.) A la derecha del escritorio había un salón de conferencias; a la izquierda estaba el comedor.

Sadat, vistiendo su uniforme militar, me saludó con un ruidoso *Bienvenido* y me llevó al escritorio. Como era su costumbre, se dirigió directamente al corazón del problema. Me señaló que no veía que tuviera sentido desarrollar los *principios* que más adelante serían completados en Ginebra. Este procedimiento ofrecía demasiadas oportunidades para la oposición árabe y la malicia soviética. Y el esfuerzo de producir principios de acuerdo no era menor que el de terminar el trabajo. La laboriosa diplomacia utilizada desde la guerra de octubre tenía que desembocar en una conclusión; había llegado el momento de resumir todos los intercambios, acuerdos en principio y vagas insinuaciones

en un documento final. Por lo tanto Sadat me solicitó que permaneciera en el Medio Oriente hasta que las negociaciones hubieran sido exitosas o fracasaran. El cooperaría al máximo. Un acuerdo de separación de fuerzas era a su juicio esencial, a fin de abrir una nueva página en las relaciones árabe-norteamericanas y darle más ímpetu al proceso de paz israelí.

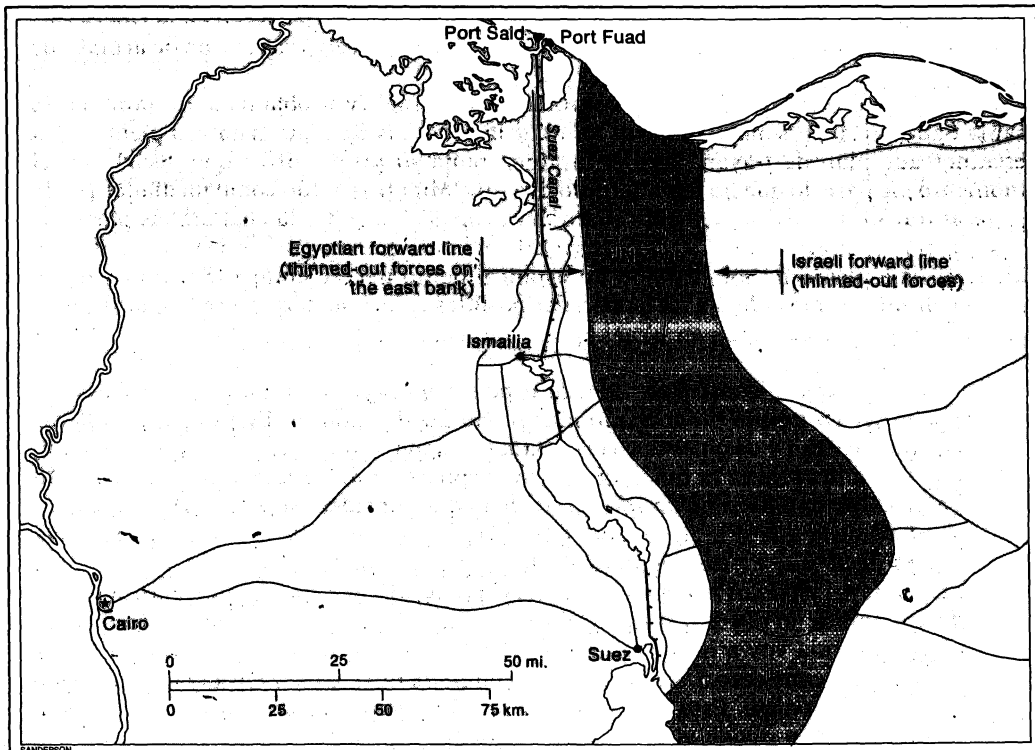
A fin de demostrar su sinceridad, Sadat se dio a sí mismo un límite de tiempo. Había preparado un viaje por el mundo árabe que comenzaría el próximo fin de semana (el 18 de enero). Esperaba completar el convenio antes de esa fecha. En ese caso insistiría sobre la finalización del embargo petrolero mientras recorría las diversas capitales. Sadat se ofreció a promover el levantamiento del embargo de forma de darle a Nixon el mayor crédito posible (demostraba así que nuestras dificultades domésticas no habían pasado inadvertidas en Egipto).

La tentación que nos ofrecía era mucho menos significativa que el límite que se había impuesto a sí mismo. Normalmente un negociador que fija un límite de tiempo se debilita, a menos que el mismo negociador esté convencido de que el fracaso de las negociaciones resulta más peligroso para su propio país que para ambas partes (un estado de cosas muy inusual). Esto no se aplicaba a las conversaciones de separación de fuerzas. Por lo tanto el límite de tiempo de Sadat garantizaba que iría hasta el máximo posible de las concesiones. Nos pusimos de acuerdo en rever el contenido de las propuestas al día siguiente a la hora del almuerzo.

Llegué por fin a mi alojamiento a las 23.00, el hotel Nuevas Cataratas, un edificio moderno, alto y situado en una pintoresca curva del Nilo. A su lado se encontraba el viejo Hotel Cataratas, una soberbia reliquia de tiempos pasados, con enormes ventiladores que giraban en los techos; las persianas cerradas daban a la enmohecida atmósfera algo de misterio. Parecía el escenario de una novela de Agatha Christie —y lo era realmente— pero había perdido su brillo junto con las pretensiones coloniales británicas, de cuya clase gobernante constituía la fiel réplica. El nuevo Hotel Cataratas reflejaba los valores de un nuevo imperialismo: el de la Unión Soviética. Su única concesión estética era la vista sobre su viejo homónimo hacia el Nilo y más allá la del blanco mausoleo del Aga Khan. Dentro del hotel todo es funcional y de mal gusto, como si un consentimiento hacia el confort personal fuera el reconocimiento de un individualismo que el sistema comunista está dispuesto a hacer trascender. Fahmi estaba encantado de poner a prueba nuestro aguante al invitarnos a mí y a los miembros de mi comitiva a una cena tardía en el desierto comedor.

El sábado por la mañana los egipcios tuvieron un gesto humanitario. Me organizaron una excursión antes de que yo volviera a negociar. Así pude conocer finalmente la gigantesca alta presa de Aswan, violando uno de mis principios cardinales de no ir jamás de excursión cuando estoy en viaje oficial: nunca se debe visitar en un país extranjero lo que no se quiso conocer dentro de su propio país. Esta regla me permitió evitar los altos hornos, las refinерías de petróleo y otras maravillas de la tecnología moderna; todas las cuales tienen en común que su mecanismo es tan oscuro como su arquitectura poco interesante. Pero los egipcios parecían querer demostrar un punto sutil de su política llevándome en esta visita (si querían molestar a los Estados Unidos o a la Unión Soviética, no estaba muy claro). Por lo tanto traté de aparentar fascinación cuando los ingenieros me explicaban la forma de operar de las gigantescas turbinas y quedé verdaderamente impresionado con el tremendo lago hecho por la mano del hombre que se formó más allá de las grises paredes de la presa.

Seguidamente me llevaron a un lugar que yo hubiera querido conocer por mi cuenta. Fuimos en botes hasta los espectaculares templos de Philae que sufrían el proceso de ser rescatados de las crecientes aguas del lago Nasser (así se llamaba el área inundada por la alta presa). Vimos esta maravilla de ingeniería en sus comienzos. Dos tremendos pilones



Retiro de tropas egipcio-israelí de los territorios ocupados según el concepto de Sadat.
Diciembre de 1973, aproximadamente.

que marcan la entrada surgían de las bulliciosas aguas —desafiando los elementos como hasta ahora lo habían hecho con el tiempo. *Antes de que hayamos terminado aquí* —bromeé con un periodista— *podremos verlo entero*. No me quedé corto. Durante las negociaciones de 1975, hice otra visita a Philae. Una pequeña represa contenía las aguas fuera de ese sitio, ya completamente evacuado de agua y seco por el sol del verano. Visitamos las maravillosas estructuras en el fondo del lago antes de que empezara el proceso de removerlas hacia terrenos más altos. Cinco años más tarde los templos surgían completamente reconstruidos y resplandecientes en una isla cercana.

Por la mañana, a las 11, estaba de vuelta en la villa de Sadat. Durante el almuerzo revimos el estado de las negociaciones. Nos confrontaban tres conclusiones: la ubicación de las líneas del frente enemigo de los dos ejércitos; la extensión de las zonas de limitación de armamentos; y las garantías del pasaje israelí a través de los estrechos de Bab el-Mandeb y Tiran como así mismo por el Canal de Suez. Faltaba todavía la lista de reivindicaciones israelíes, que por suerte Sadat desconocía por el momento, acerca de una posible finalización de las hostilidades, reapertura del Canal y reconstrucción de las ciudades del Canal. (Yo retuve esto para más adelante; si encontrábamos dificultades en los puntos principales, estos requerimientos sólo servirían para confundir más aún las cosas. Si conseguimos un entendimiento, el hecho serviría de buena base para disponer de estos problemas.)

Sadat hacía rato que había abandonado su plan de profunda retirada israelí dos tercios más allá en el Sinaí. Pero mantenía su posición del pasado mes de diciembre de que

Israel debía evacuar los pasos estratégicos de Mitla y de Giddi. En cuanto a la limitación de armas, ahora reducía el número de tropas que quería permanecieran en la ribera este del Canal a tres divisiones; pero rechazaba las restricciones relativas al tipo de armas que proponía Israel.

Yo sabía que nada de esto sería aceptable para Israel (y probablemente también lo sabía Sadat, si su personal lo tenía al tanto de la prensa israelí que gritaba a plena voz el escamoteado plan de Dayan, pero él también tenía su propio disco que decir). Por el momento me pareció que no tenía sentido discutir. Mientras actué como mediador por lo general transmito invariablemente cualquier proposición sobre la cual ambas partes se sienten muy comprometidas, a fin de tranquilizarlas de que sus puntos de vista reciben la atención que merecen. Sólo cuando un estancamiento parece eminente trato de hacer intervenir mis propias ideas a fin de obtener posibles compromisos. Así se lo manifesté al primer ministro Yigal Allon en Israel al día siguiente (13 de enero):

Déjeme explicarle exactamente cuál debe ser mi posición; a fin de mantenerla, no puedo ser en Egipto un abogado israelí. No puedo estar en Egipto para empezar con una actitud y después decirle (a Sadat), bueno, voy a aceptar otra. La posición que voy a llevarle es la única que estoy dispuesto a discutir. Lo único que puedo hacer es, actuando como un intérprete de lo que considero son sus puntos de vista, puedo decirle que si la línea debe tener cinco kilómetros de más o de menos, o le puedo decir que es una pérdida de tiempo para mí llevarla hasta aquí. Si me responde *necesito dos batallones más*, no le puedo afirmar que acepto. Pero si puedo decirle que se lo voy a transmitir a los israelíes a ver qué responden ellos. Yo de ninguna forma voy a ir más allá de decirle que transmitiré ciertas cosas a Israel para que las considere. Ustedes tendrán completa libertad a mi llegada de rechazar lo que les propongo. Esto lo debo hacer por mí mismo, puesto que no quiero estar en una posición donde gozo de poderes plenipotenciarios por parte de ustedes y decir que estoy de acuerdo con cuatro batallones en lugar de tres. Esto me sitúa en una mala posición porque me hace aparentar frente a él como si quisiera obtener la mayoría de las ventajas para Israel. Lo cual destruiría mi utilidad aun para Egipto. Por lo tanto el uso que tengo como vuestro intermediario es el de darle mi interpretación de vuestra manera de pensar y alejarlo de algunas cosas completamente; otras serán traídas por mí acá y rechazadas por ustedes.

Los mismos principios se aplicaban cuando traía propuestas egipcias para Israel. El ser meticuloso no ayudaba a mi cometido. La mediación tienta las partes para avanzar propuestas extremas y culpar al mediador de no hacer los suficientes esfuerzos si son rechazadas o de usarlo como una excusa por su incapacidad de consumir lo que ellos bien saben que no puede lograr. El Gabinete israelí era especialmente hábil en utilizar la mediación externa como una excusa para tomar sus propias decisiones.

Pero si bien el tono de Sadat era firme, su insistencia por conseguir un acuerdo rápido no dejaban dudas de que sus ideas no se manifestaban sobre una base perentoria. Afirmaba que una vez obtenida la separación de fuerzas se levantaría el bloqueo de Bab el-Mandeb y las cargas hacia y de Israel podrían transitar por el Canal de Suez. Sabía, me dijo con picardía en los ojos, que Israel exigía el peaje de sus propios barcos, pero que después de todo, el yerno de Dayan, el coronel Dov Sion, había manifestado públicamente que Israel se conformaría con las cargas. (Otra posibilidad de negociación que se debía abandonar por un día de publicidad exitista, me dije melancólicamente.) Pero mejor aún, Sadat prometió no traer a colación el problema palestino durante la fase de la separación de fuerzas (incluyendo el caso de Siria).

Sadat empezó a entusiasmarse tanto con las perspectivas que especulaba sobre las

modalidades de las firmas. Por temor a una maniobra soviética no quería ni siquiera firmar en Ginebra. Propuso el Kilómetro 101. Y orgullosamente, salió con una idea que tendría el mérito de llevar tanto a Nixon como a los soviéticos contra la pared: que yo asistiera a la ceremonia de la firma. Pero por el momento estábamos muy lejos de esto. Yo no tenía ninguna intención de volver a enfurecer a Nixon con otro golpe de publicidad o de humillar a Gromyko con una demostración simbólica de lo que se había convertido en una realidad: que los muy dudados, muy debatidos, *auspicios norteamericano-soviéticos* se habían convertido en una iniciativa unilateral norteamericana.

Todo esto contribuyó a dejar a Siria fuera del proceso. Sadat estaba convencido de que si Egipto no seguía adelante solo, el presidente Hafez-el-Assad, encontraría siempre un pretexto para dilatar o retroceder con demandas imposibles. Un convenio sobre el Sinaí, obligaría a Siria, de acuerdo con el punto de vista de Sadat, a hacer frente a sus realidades. Ya que Siria se negaba a ir a Ginebra, Sadat se ofreció a los oficiales sirios unirse a la delegación militar egipcia para crear un foro desde el cual discutir la separación de fuerzas. Yo no estaba seguro de que las relaciones entre los dos aliados permitiera esto o de que Assad aceptara para Siria un procedimiento distinto del que seguía Egipto. Pero éstos eran detalles técnicos, irrelevantes con respecto a las cuestiones claves. Sadat proponía su esencia como una elección entre un desacuerdo general para todos o un progreso inicial comenzado por Egipto que permitiría a Siria seguirle los pasos y eventualmente llevaría a todos a una paz general. Y en esta seguridad tenía razón.

El encuentro con Sadat duró tres horas y media. A las 16 del sábado 12 de enero, dejé Aswan, para tomar el vuelo de dos horas a Israel, a fin de recibir de los israelíes las últimas formulaciones de su plan.

JERUSALEN: 12-13 DE ENERO

Durante el viaje me enteré de que Golda no podía asistir a las conversaciones. Sufría una enfermedad nerviosa. (En Israel se decía que Golda estaba aquejada de tantas enfermedades que un estudiante de medicina que tuviera la suerte de poder examinarla automáticamente recibía su diploma.) ¿Si las negociaciones fracasaban, Sadat creería realmente que su enfermedad era genuina?

Pero verdaderamente no creía que fracasaran las negociaciones. Israel también necesitaba llegar a un acuerdo por problemas personales. No podía mantener su enclave en la ribera Oeste del Canal de Suez sin continuar movilizado, lo cual le significaba una pesada carga a su economía. Y lo conduciría a un casi seguro aislamiento en el foro de Ginebra. Esto se puso bien en claro cuando fui a visitar a Golda en su pequeña casa ubicada en una angosta calle de Jerusalén, alrededor de las 20, muy poco después de mi llegada. En los Estados Unidos una casa con un living de tamaño tan modesto, un escritorio tan pequeño, un comedor tan chico hubiera sido la vivienda de alguien de la clase media; aquí cobijaba a un primer ministro. Golda estaba débil y sufría, pero su humor era fino y sardónico. Me manifestó que desconfiaba de Sadat, de todo lo que tuviera que ver con los egipcios y de cualquier esquema que comprendiera planes de retirada israelíes. Pero lo decía con buen humor; era para hacerme saber que no tenía que estar sobreconfiado. No contenía una confrontación; no parecía que comenzaba una de esas sesiones tan legalistas, tan detallistas que rompen los nervios.

Esto no quiere decir que los negociadores israelíes son fáciles. Todavía no me iban a llevar de excursión visitando Israel. Aunque avanzáramos a todo galope, existiría un programa que demostrara al Gabinete que el equipo negociador israelí había puesto a prueba mi capacidad de aguante. Mi visita a Golda fue seguida por una cena de trabajo que duró tres horas el sábado por la noche con el equipo negociador, hábilmente dirigido por el viceprimer ministro Yigal Allon, un querido y viejo amigo de los años 50 cuando

había sido estudiante mío en Harvard. A continuación tuvimos una entrevista de una hora con el ministro de Defensa Moshe Dayan a fin de estudiar el plan israelí en todos sus detalles. El domingo 13 de enero, tomé el desayuno con Allon, un almuerzo de trabajo con el ministro de Relaciones Exteriores Eban y el equipo negociante; luego un encuentro con los familiares de los prisioneros de guerra israelíes en Siria; una revista más de las provisiones políticas con Eban, y finalmente una recepción en la casa de Dayan en las afueras de Tel Aviv, a una hora de viaje.

A través de todos estos encuentros, los negociadores exhibían unos modales muy relajados que en Israel demuestra que la controversia interna ha sido momentáneamente dejada de lado: Por primera vez hubo una decisión de Gabinete unánime en favor del desempeño. Esto había sido logrado por los israelíes cuando optaron por ubicar todas las cuestiones controvertidas a favor de ellos (dejándome a mí la tarea de convencer a Sadat).

El Gabinete había demostrado considerable ingenuidad en respuesta a mi argumento de que no podía ir a ver a Sadat con el plan de Dayan sobre una base de tomarlo o dejarlo y que por lo tanto necesitaba una opción para poder retroceder. Por lo tanto ensancharon mi horizonte de métodos de negociación convirtiendo el plan de Dayan en una posición sobre la cual podía retroceder, dándome así una actitud mucho más dura sobre la cual yo debía iniciar las conversaciones. Yo sabía que Sadat no se dejaría engañar; habían existido demasiadas infidencias del plan de Dayan en la prensa de Israel. Por lo tanto me esperaban sesiones muy amargas tanto en Aswan como en Jerusalén.

La línea propuesta por Israel para retroceder su frente en el Sinaí todavía estaba al oeste de los pasos, a los pies de la cadena de montañas que atraviesa el Sinaí de norte a sur. En cuanto al frente egipcio en el Sinaí, la nueva posición formal entregaba algunas de las áreas ocupadas por el Tercer Ejército egipcio a las Naciones Unidas. (La posición de retirada más generosa del plan de Dayan daba a Egipto una línea ininterrumpida de seis a diez kilómetros de largo al este del Canal.) Las limitaciones de fuerzas seguían inamovibles: no más de dos o tres batallones del otro lado del Canal, ningún tanque y ninguna artillería. Tampoco permitía que ningún misil terrestre-aéreo se estableciera en la ribera oeste a una distancia de treinta kilómetros del Canal de Suez (o a cuarenta kilómetros al oeste de la línea del frente egipcio), ni ninguna artillería capaz de llegar a posiciones israelíes. (Con este propósito los israelíes habían dibujado distintos frentes para diferentes calibres de armas. Esto suponía la retirada de otras 100 piezas de artillería egipcia y varios equipos de tierra-hacia-el-aire.) Los tanques en un radio de treinta kilómetros al oeste del Canal se limitarían a 300. "No puedo esperar a darle estas noticias a Gamasi", le dije bromeando al equipo israelí.

Su respuesta fue que si Sadat no tenía intenciones de ir a la guerra, no necesita líneas de avanzada. Esto era cierto, pero no tenía en cuenta el principio de aceptar severas limitaciones de armas en territorio indisputablemente egipcio y en aceptar la retirada de fuerzas mayores de posiciones mantenidas antes de la presente guerra.

Además Israel endureció sus condiciones políticas. Exigía seguridades explícitas de que Sadat limpiaría el Canal, reconstruiría las ciudades del mismo y declarararía terminadas las beligerancias. Y no discutía estos términos, me concentraba en clarificar la posición israelí y en hacer preguntas factibles. Señalé que la reacción de Sadat sería casi seguro compleja pero no tenía sentido el tratar de cambiar la propuesta israelí antes de que me diera su punto de vista:

Corremos el peligro de hablar en *slogans*. Si la rechaza, juzgando por lo que acabo de ver, es por su propia posición doméstica. Así como ustedes tienen una posición interna, él también la tiene. Y ustedes le están pidiendo que le dé al ejército, al cual finalmente ha podido controlar, un montón de órdenes que no les

serán gratas. No sé si puede o no hacerlo. No me cabe la menor duda, luego de haber pasado tantas horas con él, que Sadat verdaderamente quiere un acuerdo así como también la paz en la zona del Canal. Ahora bien, si su posición doméstica le permite hacer lo que ustedes creen que vuestra posición doméstica les exige, esto no lo sé, pero lo descubriremos dentro de las próximas treinta y seis horas. No tiene sentido discutirlo. Pero no es tan sencillo como *quiere realmente la paz o no la quiere*.

Pero por otra parte existía, a pesar de los términos tan duros, que ésta no era la última palabra de Israel; que lo que veíamos era un show de bravura para impresionar a los propios israelíes domésticamente. En el expresivo lenguaje diplomático, nos dirigíamos hacia una abertura, y en el análisis final a pesar del duro lenguaje, Israel no dejaría de hacer una significativa contribución.

Las sesiones con el equipo de negociación israelí habían sido bastante fáciles; nadie hablaba de un punto muerto. Este era también el clima en la recepción del domingo por la tarde en la residencia de Dayan en Tel Aviv; se convirtió en una fiesta. La casa parecía salida de un suburbio norteamericano; pero el jardín era un museo de tesoros arqueológicos de Dayan, reflejando la obsesión de gran número de israelíes por restablecer los lazos con su pasado distante o al menos dándole una definición a la identidad secular del país (como si quisieran destejar su constante sentido de inseguridad por una demostración tangible de la continuidad histórica). Dayan y el jefe del Estado Mayor David Elazar me condujeron a un escritorio pequeño para mostrarme dos mapas: la nueva línea "dura", que era menos adelantada de lo que Gur le había mostrado en Ginebra a los egipcios; y la que Dayan había presentado en Washington (la misma que Gur): ahora la línea de retirada. Todos sabían que yo perdería poco tiempo con la nueva línea, todos los israelíes estaban picarescamente encantados de la "nueva" posición. Cuando nos retiramos, un grupo de periodistas captó el espíritu de expectativa. *La razón de que los israelíes no consiguen un mejor tratamiento —dije— es que Eban no me besa.*

Antes de partir hacia Aswan le di instrucciones a Scowcroft para que informara a Dobrynin. Estábamos ansiosos por evitar interferencias soviéticas mientras las negociaciones se acercaban a un *climax*. Si Moscú creía que estábamos dedicados a fracasar, estaría preparando una posición fuerte para recoger los pedazos. En cambio se comprendía que no nos dirigíamos simplemente sólo hacia "principios" sino en pos de un acuerdo completo, el Kremlin trataría de abortar el proceso y obligarnos a regresar a Ginebra. La información sería correcta si bien no una obra maestra de precisión y lucidez. Sencillamente le informamos a Dobrynin que yo había revisto la situación con ambas partes, había realizado algunos progresos (sin decir hacia adonde) y que les pasaríamos más información a medida que progresáramos.

A las 20.15 del domingo estábamos en el aire otra vez hacia Aswan. Joe Sisco, eficiente, súper enérgico, algunas veces dando más respuestas de las preguntas que había, anunció a nuestro contingente de prensa: *Bienvenidos a bordo de nuestro "torbellino" egipcio-israelí*. Y de esta forma, con un nuevo vaivén de lanzadera, nació la *diplomacia torbellino*.

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO AEREO

El puesto de comando del torbellino era un Boeing 707 de la Fuerza Aérea norteamericana llamado SAM86970 (SAM era la sigla de las misiones aéreas especiales unidad del comando militar aéreo; 86970 el número de cola). En ocasiones fue utilizado como *Fuerza Aérea Uno* por los presidentes Eisenhower y Kennedy; y como *Fuerza Aérea Dos* por Lyndon Johnson cuando era vicepresidente (3). En 1974 era el tercer avión en importancia de la flota presidencial. Al igual que una familia que fue rica y conoció días mejores, disimulaba su disminuida eminencia gracias al orgullo de su magnífica tripulación y el

buen estado de los tapizados que nunca fueron repuestos en los años en que utilicé el avión. El personal de la Fuerza Aérea lo cuidaba con cariño; ellos y mi equipo se hicieron muy amigos.

Lo primero que llamaba la atención cuando se entraba al avión por el frente era un ancho aparador electrónico manejado por dos sargentos. Constituía el centro de comunicaciones que conectaba SAM86970 con cualquier parte del mundo en pocos minutos por teletipo codificado —si era necesario— o por teléfono, aunque este último lo usaba con poca frecuencia. Mientras estaba en el aire recibía a través de esta máquina todos los telegramas necesarios enviados por el Departamento de Estado o por la Casa Blanca; mandaba todas las instrucciones mías al Departamento, o mensajes a la Sala de Situación de la Casa Blanca. En algunas capitales donde no teníamos embajadas —o donde quería mantener mis intercambios con la Casa Blanca fuera del conocimiento de la embajada— lo utilizábamos como un centro de comunicaciones aun cuando estábamos en tierra. Ya que yo continuaba a cargo de todos los asuntos del Departamento de Estado aun mientras viajaba, se producía un intenso intercambio de comunicaciones, manejadas por el capacitísimo personal especializado del avión, quienes colaboraban con mi propio personal, dirigido por mí y mis colegas, y cuyas respuestas eran enviadas de regreso por el mismo sistema. Esta pequeña y preferente área al descubierto era el corazón de la empresa. Sin ella la diplomacia *torbellino* hubiera fracasado.

Más atrás del avión, el área de pasajeros se hallaba dividida en cuatro compartimientos. El primero de ellos, a babor, paralelo a un pasillo, estaba amueblado con dos sofás a lo largo de la pared divisoria que se convertían en camas; enfrentándolos había una mesa plegable y dos sillones. Esta era mi cabina personal, lugar de trabajo y de descanso. Aquí leía los informes, me entrevistaba con colegas, y a veces dormía una siesta (raramente mientras tenía negociaciones en progreso ya que entonces dedicaba mi tiempo a mis papeles de información).

La próxima sección era una salita de conferencias que ocupaba el ancho del avión. Su mueble más importante lo constituía una mesa en forma de riñón que por tres lados estaba rodeada de sofás tapizados en un agradable y descansado azul verdoso. El cuarto lado se hallaba ocupado por un enorme sillón construido especialmente para Lyndon Johnson. Un interruptor eléctrico controlaba sus giros en cualquier dirección concebible y hacia algunas que hasta hoy en día considero inconcebible. La mesa tenía un movimiento hidráulico propio; era menos versátil que la silla debido a su forma; algunas veces un neófito se encontraba atrapado entre una silla que se levantaba y una mesa que descendía. El área de conferencia se suponía debía quedar siempre libre a fin de cumplir ese propósito. Pero en realidad siempre estaban sentados allí un sinnúmero de ayudantes; además se amontonaban en ese lugar pilas de libros y maletines e inclusive hasta un baúl. Cuando me encerraba en mi cabina, los miembros exhaustos de mi equipo se tiraban en los sofás y a veces hasta en el suelo. El sector de conferencias servía también a otros propósitos. Allí, daba conferencias de prensa a los periodistas que me acompañaban, conducía reuniones ocasionales con mi equipo, y frecuentemente comía con mis acompañantes.

El próximo compartimiento era el área de trabajo perteneciente al equipo principal, con dos mesas, una a cada lado del pasillo, donde podían sentarse ocho personas. Además había una mesa pequeña con una máquina de escribir eléctrica y se podía poner otra máquina en alguna de las otras mesas más grandes si era necesario. Al lado había una pequeña máquina de fotocopiar. Era aquí —mientras cumplíamos el *torbellino* del Medio Oriente— donde Sisco era el rey. El equipo principal estudiaba los telegramas que llegaban y ocasionalmente me ponían a prueba deslizado algún falso mensaje que iba directamente en contra de mis instrucciones y se sentaban a esperar mi reacción. (Estaban aún más encantados cuando yo no lo notaba). Preparaban los informes para la

próxima parada —generalmente un memorándum— comparando las posiciones de ambas partes, nuestra estimación de su flexibilidad y una lista ordenada de lo que todavía quedaba por hacer.

Todo esto se llevaba a cabo con el apuro inexorable del tiempo limitado antes del siguiente aterrizaje. Mi equipo prefirió el torbellino de Aswan al siguiente de Siria porque los vuelos hacia y de Egipto les daba un tiempo adicional de setenta y cinco minutos. Algunas veces sobrevolábamos algún aeropuerto ante la sorpresa de los que allí nos esperaban, mientras completábamos nuestros papeles. Los hombres marcaban el paso mejor que las máquinas, la fotocopidora se rebelaba de tanto en tanto. Algunas veces se limitaba a comerse una página, rehusándose a devolver tanto la copia como el original; ocasionalmente quemaba la página y echando humo ponía en peligro de incendio al avión. Una vez se soltó de sus amarras y casi lo devora a Joe Sisco. Sisco se salvó y según la opinión de Winston Lord fue una suerte que se hubiera detenido a tiempo la máquina, de lo contrario innumerables copias de Joe hubieran sido distribuidas por todo el Medio Oriente: un asunto aterrador que ni nosotros ni el Medio Oriente estábamos preparados para enfrentar.

El cuarto compartimiento resultaba el más divertido. El resto del equipo ocupaba unas diez líneas de asientos de primera clase, así como también el personal de seguridad, y los mensajeros, y al final se sentaban los catorce o quince periodistas que me acompañaban(*). La costumbre de que los periodistas viajaran con el secretario de Estado había comenzado, según creo, con Dean Rusk. Eran elegidos por sus organizaciones; los más importantes diarios de Norteamérica, las cadenas de televisión, los servicios de cables, y las revistas estaban por lo general siempre representadas; los sitios disponibles restantes se rotaban entre las organizaciones de noticias. Mi relación con este tempestuoso grupo, era por supuesto, tan compleja como mis propias funciones. Los medios suspiran por tener acceso a los funcionarios importantes pero al mismo tiempo temen que los arrastren a su campo; por lo tanto muchas veces yerran por escepticismo o la facilidad con la cual persiguen los espacios de credibilidad. Los funcionarios necesitan de los medios para explicar sus puntos de vista y alternan entre proveerles información unilateral o presionarlos. A pesar de todos estos inconvenientes siempre vuelvo a pensar con afecto en los hombres y mujeres que se sentaban en la parte de atrás del avión pero mezclado ocasionalmente con un poquito de exasperación.

Los periodistas del torbellino sufrían un trabajo demoledor. Tenían que seguir mis horarios; nunca estaban seguros de cuándo terminaba un encuentro o se producía una noticia. Cuando yo me retiraba, por lo general bien pasada la medianoche, tenían que escribir y enviar sus reportajes. Debían levantarse mucho antes que yo; tenían que llegar al aeropuerto con tiempo suficiente para que sus equipajes pasaran por los rayos X de la seguridad y esperarme a que yo llegara para levantar vuelo. Sus ubicaciones eran mucho menos confortables que las mías tanto en el avión como en tierra. Pero a pesar de tantas vicisitudes los reportajes de mis viajes eran justos y penetrantes. El equipo del avión se salvó de la malicia y la mala fe que Watergate concitaba en Washington en ese momento.

En cada torbellino traté, en lo posible, de informar a los periodistas respecto a nuestros vaivenes siempre sobre un "fondo" con base. Además, debían señalar su fuente como originada no en mí sino en un *funcionario superior*. Generalmente los invitaba al salón de

(*) Los periodistas que siempre me acompañaban en mis viajes eran Richard Valeriani, de NBC; Marvin Kalb o Bernard Kalb, de CBS; Ted Koppel o Barrie Dunsmore, de ABC; Jerrold Schecter, de *Times*; Bruce Van Voorst, de *Newsweek*; Barry Schweid, de AP; Jim Anderson, del Group W News; Richard Growland o Wilbur Landrey, de UPI; Lars-Erik Nelson, de Reuter; Bernard Gwertzman, del *New York Times*; Marilyn Berger de Murray Marder, del *Washington Post*; Jeff O'Leary, del *Washington Star*; Stan Carter, del *New York Daily News*; John Wallach, de la cadena de periódicos Hearst; John MacLean, del *Chicago Tribune*; Darius Jhabvala, del *Boston Globe*; Oswald Johnston, de *Los Angeles Times*; Robert Keatly, del *Wall Street Journal*; Charlotte Saikowski o Dana Adams Schmidt, del *Christian Science Monitor*; y Marie Koenig o William Sprague, de USIA (4).

conferencias tan pronto como despegábamos de un lugar hacia el otro. Raramente daba detalles de las negociaciones en curso, pero ponía énfasis en explicar juiciosamente los resultados y las perspectivas tal cual las veía. Los periodistas habituales del torbellino muy pronto se convirtieron en expertos en recomponer lo que yo decía, a tal punto que se divertían en tratar de procurarse especialmente a Sadat para que confirmara lo que yo mantenía confuso hasta que todas las partes se pusieran de acuerdo. Ocasionalmente y para mi desmayo, conseguían comunicarse con él; pero probablemente Sadat entendía las razones de fondo políticas mucho mejor que yo, porque sus revelaciones nunca fueron dañinas.

Espero que los medios no crean que los estoy menospreciando si aquí certifico mi convencimiento de que a medida que los torbellinos continuaban, mis compañeros periodistas desarrollaron un interés propio en una salida exitosa, lo cual me enfrentaba con una expectativa terrible si al final no obtenía lo esperado. Mucho de esto debe de haber surgido del deseo de otorgarle un objetivo a toda la incomodidad del torbellino, o a la realidad de que nuestro éxito proveería a los periodistas de mayor prestigio y fama. Si estos duros profesionales admitían esto o no también creo que entre sus motivos estaba la esperanza de que en medio de Watergate su país podía lograr algo de lo cual ellos podían estar orgullosos. Y aunque tal éxito no era su meta, me dieron apoyo moral —no en lo que informaban sino en sus actitudes— en momentos verdaderamente cruciales.

Esta era la caravana que viajaba en el SAM86970 de regreso a Aswan, llevando consigo las propuestas formales israelíes.

DE NUEVO ASWAN: 13 - 14 DE ENERO

Llegamos por la noche a las 22.30, en medio del oscurecimiento. Fahmi no me solicitó ninguna nueva información más allá de mi anuncio de que tenía los mapas y un plan oficial israelí. Sadat estaba conforme en esperar hasta la mañana siguiente para verme.

El presidente egipcio me saludó el lunes por la mañana a las 10 del 14 de enero en la pérgola de su espacioso jardín en las afueras de la villa, un día glorioso y claro con la temperatura alrededor de los 21 grados. Todavía usaba su pesado uniforme militar y no demostraba impaciencia mientras conversábamos informalmente para beneficio de los fotógrafos. Finalmente después de media hora me llevó adentro. Mis ayudantes me trajeron los dos mapas que me había entregado Israel. Yo sabía bien que la tan mentada línea de retroceso israelí era la única línea real israelí, por lo tanto pasé muy levemente sobre la primera por temor a que Sadat se sintiera ofendido por ella. Le dije que ahorraríamos mucho tiempo si partíamos de la premisa de que Israel no retrocedería más allá del lado *oeste* de los *pasos* como parte del proyecto de retirada. Sadat hizo solamente un comentario sobre la propuesta de que las fuerzas egipcias del sur se retiraran unos pocos kilómetros hacia el oeste en favor de las fuerzas de las Naciones Unidas. Esta era una cuestión moral; insistió que a las fuerzas egipcias no se les podía pedir que se retiraran de su propio territorio. Le delineé la propuesta israelí en sus métodos y le hice un listado de las exigencias políticas, pero Sadat me interrumpió: *Esto tiene que ser escuchado simultáneamente por mis asociados*. Fue la única vez durante las negociaciones que Sadat insinuó la necesidad de la concurrencia de sus subordinados. Demostró cuán espinosa era la cuestión, el que Sadat me utilizara en esta ocasión para levantar un consenso del lado egipcio.

Pero no fue un consenso lo que emergió primero. Nos dirigimos al salón de conferencias, en el cual por una de las pocas veces en mis relaciones con los egipcios nos enfrentamos los unos a los otros en la clásica posición de negociadores. De un lado de la mesa se sentaba la delegación norteamericana: primero yo y de cada lado Joe Sisco y Ellsworth Bunker (en su capacidad de embajador ante la Conferencia de Ginebra), con Peter Rod-

man como taquígrafo. Sadat, que estaba acompañado por Gamasi y Fahmi, no se inclinaba a las costumbres diplomáticas del todo: no se molestó en llamar a alguien para que tomase notas.

El encuentro comenzó con un chiste. Yo comenté que las próximas horas dirían si lo que yo traía sería conocido como el "plan Kissinger" (es decir el éxito) o el "plan Sisco" (es decir, el fracaso). Fahmi siguió la broma diciendo que si resultaba ser el plan Sisco, su cuerpo sería preservado en el Valle de los Reyes. Pero el ambiente jocoso desapareció rápidamente cuando empecé con el plan de retirada israelí, cubriendo sus aspectos militares con gran detalle. Sadat dijo muy poco. Fumaba su pipa y de tanto en tanto interrumpía con preguntas aclaratorias. Cuando comencé a detallar las otras condiciones israelíes el ambiente se volvió helado. Con respecto a la obligación de reabrir el Canal de Suez, espetó: *Esas son cuestiones políticas*. Al leer la idea israelí de que todas las tropas extranjeras y los voluntarios debían abandonar el territorio egipcio, masculló: *Es ridículo*.

El general Gamasi fue menos reservado. Consideró la idea israelí sobre las restricciones de armas como insultantes; limpiar la ribera este del Canal de todos los tanques y reducir la zona de treinta kilómetros de la ribera oeste dejaría a las fuerzas egipcias en el lugar más débiles que antes de la guerra. El plan, afirmaba Gamasi, encerraba el propósito de aumentar la seguridad israelí y debilitar la egipcia. Además de sus innumerables componentes políticos, en su carácter de militar no era la persona apropiada para firmarlo ni el Kilómetro 101 el lugar adecuado, por estar dedicado a asuntos militares.

En resumen, Gamasi estuvo al borde de disociar a los militares egipcios de las negociaciones. Disciplinado, confiable, el arquitecto del cruce del Canal de Suez, no tenía ninguna de las características bulliciosas de algunos de sus colegas; no se lo podía considerar como un emocional. Un hombre de absoluta responsabilidad y sin visibles muestras de ambiciones personales, Gamasi era claramente la llave del apoyo de las fuerzas militares al acuerdo.

Sadat escuchaba como una esfinge con los ojos entrecerrados. Entonces preguntó: *¿Podemos formar un comité de trabajo de ambas partes aquí?*

Por supuesto, contesté, y a fin de darle una oportunidad de trabajar sobre la posición egipcia con sus asociados agregué: *¿Le gustaría que ahora lo dejáramos solo?*

Sadat chupó su pipa. *No, porque primero tenemos que ponernos de acuerdo, usted y yo, sobre los principios en los cuales trabajarán*. Y entonces me pidió que fuera con él a su escritorio.

Sadat se sentó pensativamente en un rincón de su sofá. *¿Realmente quieren esto?* me preguntó. Le contesté que creía que el equipo negociador israelí no cambiaría la línea del frente israelí puesto que estaba a sólo doscientos metros del único camino que iba del norte al sur en la ribera oeste de los pasos estratégicos. Si se retiraban más allá, no existía otro punto lógico para situarse que dentro mismo de los pasos; esto a mi juicio, no sería aceptado nunca por el Parlamento israelí como la primera fase de la separación de fuerzas. En cuanto a las limitaciones de armas en las varias zonas, podía existir alguna flexibilidad aunque no había oído nada al respecto en Jerusalén. La cuestión principal sobre la que Sadat debía tomar una decisión era a qué velocidad quería moverse. Alguno de los términos podían sin duda ser mejorados pero llevaría una prolongada negociación. Debería considerar lo que mientras tanto sucedería en el mundo árabe. Los soviéticos seguramente maniobrarían a fin de malograr por completo las negociaciones. La separación de fuerzas podía verse comprendida en las controversias sobre la formación de un nuevo Gabinete israelí, que comenzarían cuando el nuevo parlamento se reuniera la semana que viene. Y la diferencia sobre lo que finalmente se pudiera conseguir y lo que se pudiera negociar esta semana no se manifestaría más importante.

Sadat sabía que él no podía dejar permanecer el Tercer Ejército en el desierto por

muchos meses; asimismo una confrontación diplomática que nos incluyera iría en contra del cambio de posición que era la esencia de su estrategia.

Sadat reflexionó en silencio algunos minutos más, mientras nuestra diplomacia pendía de un hilo, que me parecieron eternos: *Idiotas*, dijo casi a sí mismo, y no quedó claro inmediatamente de que estaba hablando del Gabinete israelí. *¿Por qué buscan humillarlo así a Gamasi? Si yo quisiera atacar, podría poner cientos de tanques a cruzar el Canal en una noche; si no quiero atacar, no tiene importancia cuántos tanques hay.* Le contesté que los israelíes veían estas condiciones no como una humillación sino como una excusa de conciencia; querían probar que algo se ganaba por algo, por mucho que se disimulara, consistía en un retiro unilateral del Sinaí; tenía el fin de calmar a la línea dura israelí; y por encima de todo servía para acallar el molesto sentido de inseguridad que yo ya había descrito antes.

Sadat continuó meditando. Y de golpe sorprendentemente, tomó la decisión que aseguró el éxito de las negociaciones. Estuvo de acuerdo en que los israelíes permanecieran en la línea al oeste de los *pasos*. Pero no quiso renunciar a los tres kilómetros en el sector sur de las Naciones Unidas como quería Israel; en este caso el que debía retroceder en esa zona era Israel. Israel no podía salirse con la suya en todo. Era el experto Sadat, bravo y calculador al mismo tiempo confiado y tortuoso. La exigencia reflejaba las presiones domésticas israelíes mucho más que el análisis militar; se sacaba los dientes sin conceder nada esencial a cambio. Y al mismo tiempo comprometía a Norteamérica en la definición final.

En cuanto a las limitaciones de maniobras, Sadat afirmó que no podía permitir a nadie que le impusiera la línea de defensa que Egipto debía tener en su propio territorio. Tampoco podía aceptar el plan israelí de zonas de avanzada y zonas de limitación de armamentos. Esas restricciones eran muy complicadas. Para simplificar la cuestión proponía que sólo se definieran dos líneas: la de avanzada israelí (justo al oeste de los *pasos*) y la de avanzada egipcia (seis o diez kilómetros al este del Canal). El territorio intermedio sería la zona de las Naciones Unidas. Los límites de maniobrabilidad se expresarían entonces en kilómetros por detrás de cada línea de avanzada. Sadat aceptaba el principio de que no se emplazaran misiles tierra-aire ni artillería donde podrían llegar a las respectivas líneas de avanzada; tentativamente decidió que la distancia apropiada para estos misiles era treinta kilómetros detrás de la línea de avanzada egipcia (o sea diez kilómetros menos de lo que proponía Israel, ya que esta medía distancias con respecto al Canal). Pero quería que Gamasi manifestara sus puntos de vista. Sería muy duro para su comandante en jefe y yo debería de hacer lo imposible para mejorar esas distancias. (*)

En cuanto a las limitaciones específicas, los dos o tres batallones egipcios que Israel permitía que cruzaran el Canal eran muy pocas. Preferiría diez batallones; pero aceptaría el mayor número posible que yo pudiera extraer de los israelíes siempre y cuando se acercara a esta cifra. Asimismo no podía tolerar la prohibición total de tanques en el territorio egipcio. Sus unidades de infantería se habían entrenado con ellos; sin los tanques se sentirían desprotegidos. Me dejaba la tarea de definir la cantidad que Israel aceptaría en la ribera este. Esto era necesario para el propio respeto egipcio. Lo mismo era aplicable a la artillería. En consultación con Gamasi, yo debía encontrar algunos calibres y unidades que fueran compatibles con el principio de no llegar a la línea de avanzada. Le advertí que los israelíes no me habían dejado espacio para maniobrar con respecto tanto a los tanques como a la artillería. Dudaba de que aceptasen siquiera más de cincuenta tanques atravesando el Canal. Treinta sería más seguro, sugerí, y todavía podía fracasar totalmente. Sadat contestó que se conformaría con cualquier número

(*) Este concepto de Sadat se expresaba claramente en el mapa final de la separación de fuerzas. Véase p. 701.

siempre y cuando quedara asegurado el principio de que las fuerzas egipcias no estaban prohibidas en territorio egipcio.

Ninguna de estas obligaciones podían ser expresadas a los israelíes, agregó Sadat. ¿Por qué no intervenía yo con un plan norteamericano que especificara estas limitaciones? Podía entonces ser firmado por él y Golda Meir. En cuanto a las condiciones políticas, estaba preparado a explicar sus motivos por carta al presidente Nixon. Estábamos autorizados a comunicarlos a quienes nos pareciera mejor. No podía aceptar una obligación formal de limpiar y reabrir el Canal de Suez. Pero admitió que podía hacerlo como si fuera su propia decisión si Israel cesaba en exigirlo; comenzaría las operaciones de limpieza tan pronto como ambos ejércitos se instalasen en las posiciones previstas en el acuerdo de la separación de fuerzas. Un final formal del estado de beligerancia estaba fuera de toda cuestión; llevaría a un estallido del mundo árabe. Pero aceptaba una solemne obligación de observar el cese del fuego.

Me pidió mis comentarios. Literalmente no había nada que decir. Al igual que en noviembre, Sadat había logrado lo más espectacular dejando triunfar lo esencial por encima de lo táctico. Eran puntos claves de la voluntad de Sadat que los israelíes mantuvieran los estratégicos *pasos* por el momento y su ingeniosa idea para las limitaciones de armas. El resto resultaba meramente cosmética. Tanto él como Golda entendían que el hecho significativo sería la mayor retirada voluntaria israelí en más de veinte años. Los detalles que imponían tanta pasión resultaban esencialmente secundarios; si el proceso de paz continuaba, las posiciones precisas de las fuerzas al final de la primera etapa serían irrelevantes; de lo contrario, comenzaría una nueva y tensa situación; El acuerdo de la separación de fuerzas, por encima de todo, haría que los egipcios pasaron del apoyo de la Unión Soviética a ser socios (de acuerdo a la frase misma de Sadat) de los Estados Unidos. Esto nos daría una posición preponderante en el proceso de pacificación y la misma sería subsecuentemente aumentada hasta que apareciera como emergiendo de una propuesta norteamericana.

La tarea ahora consistía en reducir el acuerdo final a su forma práctica. Antes de reunirnos con nuestros asociados, Sadat llamó a Gamasi y le dijo: *El doctor Kissinger y yo nos hemos puesto de acuerdo en cómo proseguir con el acuerdo. Ud., Gamasi, va a firmarlo* —anulando así cualquier pensamiento de resistencia antes de que Gamasi ni siquiera hubiera escuchado la propuesta. De esta manera ejercía la única función que un líder no puede delegar: el tomar sobre sus hombros todas las responsabilidades.

Cuando nos sentábamos en el salón de conferencias, una vez más enfrentándonos a través de la mesa, le pregunté a Sadat: *¿Debo resumir el entendimiento de nuestra conversación?* El siguiente diálogo explica el humor del momento culminante mejor que cualquier otra descripción:

SADAT: Por favor, Ud. es mucho más inteligente.

KISSINGER: Pero no tan sabio. El presidente y yo no sólo tuvimos discusiones de las previsiones técnicas sino también de los pro y los contra entre moverse rápido y contra moverse despacio en Ginebra. Las previsiones técnicas pueden ser mejores si se hacen en Ginebra, pero consideramos las ventajas de moverse rápido.

Esta es nuestra evaluación.

Las líneas egipcias defienden a Egipto; la línea israelí no defiende a Israel. En consecuencia para los egipcios retroceder su línea de defensa en su propio territorio es políticamente inaceptable. Encuentro que éste es un argumento muy persuasivo.

Por lo tanto estoy dispuesto a volver a Israel con algo que nunca he oído: abandonar todas estas diferencias entre las zonas. Las fuerzas israelíes retrocederán hasta esta línea y las fuerzas egipcias avanzarán hasta esta línea; la línea egipcia está definida acá: por lo tanto no se requiere una retirada egipcia. En consecuencia

describiremos las fronteras no en términos de retirada sino en términos de distancia entre la línea egipcia y el Canal y la línea israelí.

El segundo punto que dice el presidente Sadat es que a Egipto le resulta muy difícil firmar un documento limitando sus fuerzas en su propio territorio.

SADAT: Así es.

KISSINGER: Por lo tanto se nos ocurrieron varias posibilidades, tales como cartas a los presidentes, etc. Pero después el presidente tuvo una idea que debería ser considerada: que escribiéramos cartas tanto al presidente Sadat como al primer ministro israelí proponiendo ciertas limitaciones. De esta manera no existen obligaciones mutuas.

SADAT: Se trata de una propuesta norteamericana.

KISSINGER: Y no hay sugerencias de que nadie le imponga nada a nadie.

El grupo de trabajo deberá preparar los documentos: un acuerdo que se firmaría en (Kilómetro) 101 y una propuesta norteamericana para ambas partes que detallaría algunas de las limitaciones. Con la salvedad de que no tenga la menor idea de cuál será la reacción israelí. Puede especificarse en el documento egipcio-israelí que habrá limitaciones —sin detallarlas— en ambas zonas, y que todas las otras limitaciones pueden ser descriptas en términos de distancias desde y hacia la línea egipcia.

En cuanto a las limitaciones, el presidente piensa que el número de fuerzas de la ribera este deberá ser aumentado sustancialmente de lo que sugieren los israelíes. Deberá ser dejado en blanco en los documentos; sé lo que piensa pero sé también que yo no tomaré la decisión. Por ahora no está dispuesto a aceptar que no haya tanques.

SADAT: Así es.

KISSINGER: Entonces el presidente y yo nos pusimos de acuerdo en la propuesta de que en estas zonas, que son descriptas geográficamente, ninguno deberá emplear armas que alcancen la otra línea. Por treinta kilómetros desde la línea egipcia y por treinta kilómetros de la línea israelí no deberá haber artillería ni misiles tierra-aire. . .

Ya le advertí al presidente que de acuerdo a mis conocimientos esta propuesta será seguramente publicada.

SADAT: No por parte de los norteamericanos.

KISSINGER: No quiero poner a Egipto en una situación embarazosa. Pero no hay forma de impedir que Israel lo publique de alguna manera, en su Parlamento, etc. . . Además le informé al presidente de las exigencias israelíes. . .

SADAT: Las políticas.

KISSINGER: Si, las políticas. Abandonamos la relativa a tropas extranjeras y voluntarias. Abandonamos la del pasaje de barcos israelíes por el Canal, y la de los vuelos civiles. En Bab-el-Mandeb, nos pusimos de acuerdo en que el presidente me escribiría una carta sobre las acciones de las fuerzas egipcias.

Hubo más discusiones técnicas sobre el movimiento de las tropas. También le informé a Sadat que posponía mis proyectados viajes a Damasco y Ammán hasta después que se concluyeran las negociaciones. Pareció recibir un gran alivio. Teníamos ahora la confianza suficiente para planear el procedimiento final de las conversaciones:

KISSINGER: ¿Podría hacer una sugerencia práctica?

SADAT: Sí.

KISSINGER: Que ahora me reúna con mis colegas y hagamos dos documentos, después se lo presentaremos a las 16.30, para planear partir de aquí a las 20.30 y

notificar a Israel que pienso llegar a las 22.45 a fin de poder regresar aquí mañana por la noche. Es posible que deban disponer de más de un día para considerarlo; necesitarán una reunión de Gabinete. Probablemente regrese el miércoles. ¿Hay algún día que para Ud. no sea conveniente?

SADAT: No, no.

KISSINGER: Tal vez deba regresar nuevamente a Israel, y una vez más acá será suficiente. Puesto que la cuestión de los tanques y de las líneas no podrá ser resuelta.

SISCO: ¿Qué le decimos a la prensa?

KISSINGER: No creo que por ahora declaremos nada. Pero pongámonos de acuerdo sobre lo que debamos decir en algún momento: *Es una tarea embarazosa, con negociaciones difíciles. Tengo en mi poder un mapa egipcio que ahora voy a llevar a Israel. Sin embargo hoy hemos progresado muchísimo, y soy optimista de que progresaremos mucho más.* De esta manera los que están en contra del acuerdo no pensarán que nos encontramos al borde del fracaso. Mi preocupación es que este general no ha resuelto el problema de comunicación con los coreanos del norte que están acá, y me van a balear. (Risas)

SADAT: Están muy cerca. (Risas)

KISSINGER: ¿En qué lenguaje se comunicaban?

GAMASI: En coreano. (Risas)

SADAT: Tengo una idea. Enviemos a Sisco de prueba. (Risas)

De esta manera la sesión de cuatro horas terminó —como había empezado— con un chiste sobre Joe Sisco, lo cual constituía un tributo por el afecto que ambas partes sentían por un siempre optimista subsecretario de Estado cuya habilidad y experiencia contribuyeron enormemente a llevarnos tan lejos.

Justo después de las 17, los grupos de trabajo egipcios y norteamericanos se encontraron en un rincón separado por cortinas del cavernoso comedor del Hotel Nuevas Cataratas. Los egipcios no estaban muy contentos con las decisiones de Sadat. Fahmi lo expuso ampliamente; Gamasi demostraba su infelicidad con una helada reserva. Pero ambos eran soberbios profesionales. Una vez que Sadat tomó su decisión, todo empezó a moverse rápidamente. Gamasi descubrió un tipo de artillería que podía situarse en la ribera este que no tenía alcance para llegar a las líneas israelíes. Eran *howitzer* de 122 mm con un radio de doce kilómetros. Prometí proponerlos en Israel. Gamasi estaba especialmente amargado por el movimiento de retirada de los misiles tierra-aire en la ribera oeste; como hombre militar que era, no iría más lejos de dibujar un mapa con una retirada de veinticinco kilómetros, o por lo menos quince kilómetros menos de los que exigía Israel. Si Israel permanecía inmutable, Sadat debería tomar otra decisión más. Sisco y yo habíamos preparado un borrador para un acuerdo básico entre Egipto e Israel así como también para "la propuesta de Estados Unidos" sobre la limitación de armas que ambas partes debían aceptar. Releímos ambos documentos línea por línea. Gamasi y Fahmi se excusaron a las 18.40 a fin de presentar los borradores a Sadat. Este me daría su impresión más tarde cuando yo pasara por su residencia camino del aeropuerto.

A las 19.15, estaba otra vez solo con el presidente en su escritorio de su casa de descanso. No perdió tiempo con los documentos preparados con Fahmi y Gamasi. Yo debía conseguir lo mejor; ahora conocía los requerimientos egipcios; él haría lo imposible por llegar a un acuerdo esta semana. Había reflexionado sobre lo que yo le había dicho respecto a posibles filtraciones de los términos israelíes, particularmente sobre la propuesta de limitación de armas. Si las infidencias ocurrían antes de la firma, no le sería posible proseguir; si surgían después de su gira por las capitales árabes, podía aguantarlo; si las filtraciones se producían a raíz de una sesión secreta del parlamento israelí le sería comprensible. Psicológicamente trataría de hacerlo lo más fácil posible para Israel.

Permitiría vuelos de reconocimiento norteamericanos cada dos semanas sobre la zona de la separación de fuerzas siempre y cuando ambas partes recibieran las fotografías. Se le había ocurrido una ingeniosa solución al requerimiento israelí de que repoblara la zona del Canal (Israel veía esto como un compromiso de sus intenciones de paz). No podía garantizar a ningún gobierno extranjero, aun al de los Estados Unidos, sobre un asunto tan claramente afectado a su jurisdicción doméstica como el de reconstruir las ciudades egipcias cerca del Canal. Pero lo circunvalaría solicitando de nosotros que obtuviéramos de Israel la seguridad de que no atacaría los centros poblados en esa área: un compromiso que tenía sentido solamente en el contexto de la decisión de volver el área del Canal a su vida normal.

Sadat estaba ansioso por manifestarme una vez más lo profundo de su deseo de desasociarse de la Unión Soviética. Repitió que era su intención desplazar los aviones de reconocimiento soviéticos del suelo egipcio y de terminar con el tratado de amistad firmado con la Unión Soviética de 1975. Buscaba una segura cadena de comunicación con los Estados Unidos; quería empezar ya a intercambiar ideas para cooperaciones futuras.

Todo esto era consistente, por supuesto con la estrategia de atraer a Norteamérica a presionar a Israel para que efectuara concesiones. Que Sadat actuara por razones egipcias era inherente a su posición de presidente. Que comprendiera que los objetivos egipcios estaban mejor servidos con una reconciliación con los Estados Unidos y con la paz con Israel, lo marcaba como un hombre visionario.

TERMINA EL TORBELLINO

Llegamos al aeropuerto Ben-Gurión de Tel Aviv, el lunes 14 de enero a las 23, un poco más de veinticuatro horas después que lo habíamos dejado. Comenzaba a llover cuando partimos y la tormenta había incrementado su violencia. Por lo tanto no pudimos hacer uso del helicóptero militar que los israelíes habían dispuesto para acelerar mi viaje a Jerusalén. De todas formas los viajes en helicóptero no eran mucho de mi agrado. En aquellos tiempos, antes de que se hubiera terminado el nuevo camino, el viaje en auto entre el aeropuerto de Ben-Gurion y Jerusalén llevaba cerca de una hora. Esto nos dio a Eban y a mí la oportunidad de revisar el estado del juego, aunque esa noche guardamos algunos puntos claves para Jerusalén, adonde se nos uniría Dinitz, quien no sólo era el embajador en Washington sino también el fiel confidente de Golda.

En mi *suite* del sexto piso del Hotel King David, los tres repasamos el terreno en que estábamos parados. Dinitz y Eban, en plena violación del principio fundamental israelí de tratar cada concesión como si fuera algo a lo cual Israel tenía derecho, me confesaron su sorpresa sobre cuanto progreso se había logrado en un tiempo tan limitado. Como productos que eran de una democracia en pleno ejercicio, no entendían los grandiosos gestos posibles de un sistema autoritario que era característico de Sadat y que debería sorprenderlos una y otra vez. Cuando mencioné la cifra de treinta tanques del otro lado del Canal, Dinitz me preguntó reveladoramente: *¿Ud. me está diciendo que no empezó por exigirle 300?* Sadat por lo general no regateaba; al contrario de Chou En-lai, con el cual por otra parte tenía poco en común, comenzaba con su verdadera posición y raramente se movía de ella. Pero yo no puse de manifiesto este aspecto de las tácticas de Sadat en Jerusalén, no fuera que mis interlocutores —para quienes Sadat todavía era como un ser venido de otro planeta— me acusaran de insuficiente vigilancia el reducir la posición de apertura de Sadat. Se decidió que el equipo negociador israelí discutiría mi informe durante la noche y me darían su reacción a la mañana siguiente. A lo mejor me sería posible volver a Aswan ese día por la noche.

Después de casi quince horas de negociaciones sin pausa entre los dos países, le envié

un informe al presidente Nixon. También le envié un mensaje informativo a Dobrynin por intermedio de Scowcroft. En él le manifestaba que estábamos realizando progresos, pero sin especificarle en cuál sentido. Este punto tampoco fue aclarado en los mensajes informativos enviados a los ministros de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, Francia y la República Federal de Alemania. No quise volver a caer en el error de anteriores iniciativas europeas que podrían interferir ahora en el acuerdo tan tentadoramente cerca.

El martes por la mañana me despertó un mensaje de Scowcroft, el cual me urgía, basándose en el informe enviado a Nixon la noche anterior, que no concluyera un acuerdo que no demostrase el compromiso presidencial. Esto requería —desde el punto de vista de Scowcroft y de Haig— que yo volviera a Washington, recibiera algunas instrucciones presidenciales públicas, y después completara la negociación. Pero esto estaba fuera de toda cuestión. Si abandonaba el área por tres días —el mínimo necesario— los frágiles compromisos emergentes podían romperse. El nuevo Parlamento israelí se reuniría dentro de cinco días y probablemente obtendría del gobierno una declaración sobre las limitaciones de maniobras cuya prematura publicación sería la causa de que a Sadat le fuera imposible firmar el acuerdo. Este debería entonces o posponer su viaje a través del mundo árabe, lo cual sería interpretado como una confesión de fracaso, o debería circunvalar el callejón sin salida por una retórica que preservara sus opciones. En cuanto a Israel, la totalidad de las tratativas quedaría sumergida en el laborioso proceso de la formación del nuevo Gabinete, que empezaría ahora. Públicamente, mi partido del área podía ser interpretada como la evidencia de estar sin solución posible. En resumen, dejar el lugar era arriesgar demasiado.

Retuve mi respuesta hasta tener una contestación del gobierno israelí. El martes por la mañana, Dinitz vino a tomar el desayuno con muy buenas noticias: La actitud israelí era básicamente favorable. Yo debía tratar de recordarme de esto ya que el equipo negociador israelí iba a darme el característico tratamiento de suspicacia. Fue un alerta de gran ayuda, puesto que cuando me encontré con mi contrapartida israelí en el salón de conferencias del primer ministro una hora más tarde, uno no hubiera podido creer que algo fuera de lo ordinario hubiera pasado en Aswan. Tal cual me lo predijera Dinitz, las contrapartes israelíes nos sometieron a su interrogatorio despiadado sobre cada aspecto técnico del problema (*). Los escasos kilómetros solicitados por Sadat en el sur fueron magnificados y convertidos en una estratagema con la cual Egipto sería capaz de avanzar por el flanco de las fuerzas israelíes del Paso Mitla (cerca de unos sesenta kilómetros al nordeste) gracias a un camino que quedaría en casi un noventa por ciento en manos israelíes. Pero era evidente —o por lo menos Dinitz me había tranquilizado— que ya no existía la tensión ni la casi histeria de los primeros encuentros. Evidentemente, los negociadores israelíes me hacían preguntas no para hacerme sentir incómodo sino para obtener respuestas para sus escépticos colegas del Gabinete o la oposición hostil del parlamento. Buscaban pretextos para aprobar el acuerdo y no para evitarlo.

A las 11.30 los negociadores israelíes empezaron las deliberaciones privadas y se reunieron con Golda; yo me fui al museo de Israel en una colina cercana. A las 14.00 nos

(*) El equipo negociador israelí estaba usualmente encabezado por la primera ministra Golda Meir, aunque en este caso ella estaba en su casa recuperándose, y el viceprimer ministro Yigal Allon era quien presidía. Estaba acompañado por el ministro de Relaciones Exteriores Abba Eban, el ministro de Defensa Moshe Dayan, el embajador Simcha Dinitz, el comandante en jefe, general David Elazar, el director general de la oficina del primer ministro, Mordechai Gazit, el director general del Ministerio de RR.EE., Avraham Kidron, el subdirector general del Ministerio de RR.EE. Ephraim Evron y el edecán de Dayan, el coronel Aryeh Bar-On. Por el lado norteamericano yo estaba acompañado por el subsecretario de Estado designado Joseph J. Sisco, el embajador plenipotenciario Ellsworth Bunker, el consejero legal del Departamento de Estado Carlyle E. Maw, el embajador norteamericano ante Israel Kenneth Keating, el vicesecretario adjunto de Estado Alfred L. Atherton, Jr., el funcionario superior miembro del NSC Harold H. Saunders, y el funcionario miembro del NSC Peter W. Rodman.

re encontramos para almorzar en la residencia del ministro de Relaciones Exteriores. Los negociadores israelíes consideraban que cualquier tiempo dedicado a amenidades sociales constituía una violación de confianza. Por lo tanto no sorprendió que Allon abriera el encuentro con el siguiente anuncio: *Caballeros, ya que la sopa está tan caliente empeemos con las negociaciones.* La razón de la impaciencia era la ansiedad por anunciar que el equipo israelí había permitido una brecha:

ALLON: Debemos reconocer que usted logró sorprendentes progresos en sus visitas a Jerusalén y Aswan. Le vamos a proponer algunos cambios que creo usted considerará como lógicos. Y no vemos ningún motivo por el cual no podamos firmar el viernes en el Kilómetro 101. Lo que aceptamos es, aceptamos el concepto geográfico. (Risas)

KISSINGER: Es una gran victoria conseguir que Israel acepte sus propias propuestas. (Risas)

ALLON: En cuanto a la zona sur, nuestro comandante en jefe la está considerando, pero trataremos de ser razonables.

KISSINGER: Muy bien.

DINITZ: Pero no surzonable. (Risas) (*)

DAYAN: Suponiendo que nos moviéramos con la línea principal hacia el Sur —que creo que es lo que haremos— el área evacuada por nosotros debe ser cubierta por las Naciones Unidas, no por ellos, y ellos mantendrán toda el área que tienen.

DINITZ: Ellos también se moverán.

KISSINGER: No.

DAYAN: Se quedarán donde están: éste es el cambio en nuestro mapa. Si no retrocedemos no habrá lugar para las Naciones Unidas.

KISSINGER: Dado su mentalidad, primeramente, esto sería de gran ayuda. Psicológicamente, si hay un kilómetro que puedan darles, también ayudará.

ALLON: Nuestro general Elazar ha ido al cuartel general y lo está estudiando.

KISSINGER: Muy bien.

ALLON: En cuanto al número de batallones, hemos tenido una discusión entre nosotros, porque cuando señalamos dos-tres batallones, es lo que queremos. Si usted puede lograr que arreglemos en cinco o seis, le daremos el premio Ben-Gurion.

KISSINGER: Seis es imposible.

ALLON: Si ellos sostienen diez y nosotros seis, quedemos en ocho.

KISSINGER: A lo mejor. Bueno, a lo mejor nueve.

ALLON: No.

DINITZ: Yigal no debía decir eso (ocho batallones).

KISSINGER: No podemos hacerlo, pues si nos lleva demasiado tiempo, sus consejeros se pondrán en contra de él.

Con esto llegamos a un acuerdo. Decidieron aceptar un límite de ocho batallones y 7.000 hombres. Mis interlocutores me pidieron que intentara una cifra más baja con Sadat primero; pero yo creía conocer a mi hombre; todo explotaría si tratábamos de regatear. Dayan empujó el acuerdo hasta permitir que El Cairo tuviera treinta tanques al este del Canal de Suez con la condición de que Egipto finalmente aceptara el límite de treinta kilómetros desde la línea de avanzada para los misiles tierra-aire (lo cual significaba que Israel hacía una concesión de diez kilómetros sobre la propuesta original). Por

(*) N. del T.: juego de palabras imposible de traducir: *forthcoming*, que quiere decir razonable, dispuestos a, es reemplazado por *southcoming* que quiere decir venir por el sur.

lo demás, los israelíes aceptaban el concepto de Sadat de menos zonas y el encuadre total de los acuerdos básicos con una *propuesta de los Estados Unidos* por separado sobre los límites de fuerzas y cartas reversibles respecto a otros asuntos. Israel abandonaba su exigencia de terminar con la beligerancia; se conformaba con la proscripción de los actos "hostiles". (Esto se diluyó más aún a medida que progresaban las negociaciones.)

Hubo un intento de unificar la conclusión del acuerdo a la liberación de los prisioneros israelíes tomados en Siria. Insistí que tal cosa era hacerle el juego a Assad; puesto que él no quería un acuerdo egipcio de retirada por separado, esto le daría un incentivo para no liberar a los prisioneros. Levantaría la perdiz y estaría en condiciones de chantajear tanto a Egipto como a Israel. Y Sadat, encontrándose ligado a Siria gracias a las acciones israelíes (y norteamericanas), no tendría más remedio que otorgarle su entero apoyo a un programa cada vez más radical bajo la influencia siria. La mejor manera de obtener la liberación de los prisioneros israelíes en Siria era la de completar las presentes negociaciones lo más rápidamente posible. La necesidad de Siria de seguir el ejemplo egipcio podría entonces ser utilizada como palanca para los prisioneros. La propuesta fue retirada.

A las 16.00 visité a Golda en su residencia y juntos releímos el texto del acuerdo y sus implicaciones. Yo ya lo había revisado dos veces con sus colegas. Pero estaba preocupada y enferma; por otra parte era la primera retirada israelí desde 1956.

Una vez acabado el encuentro empezó la peor parte. A las 17.30 se reunió el Gabinete israelí a fin de considerar las nuevas posiciones de su equipo negociador. De regreso al Hotel Rey David, mi gente y yo tuvimos que redactar el acuerdo y la *propuesta de los Estados Unidos* a la luz de las discusiones de ese día. Incluía el acomodaticio Memorandum del Acuerdo por el cual le confirmábamos a Israel nuestra definición sobre las previsiones específicas. Por el momento teníamos tanta confianza en nuestro éxito que empezamos el borrador de las seguridades que Nixon transmitiría a cada parte por cuenta de la otra. A pesar de que las seguridades eran técnicamente declaraciones unilaterales, debían ser chequeadas en ambas capitales a fin de asegurar que satisfacían las necesidades. A las 23.00 Dayan, Elazar y Dinitz junto con Evron vinieron para revisar las previsiones militares e informar sobre la posición básicamente positiva del Gabinete; aunque la aprobación final recién surgiría en mi próxima visita a Israel. A las 2.45 del miércoles 16 de enero terminamos con una maratón de negociaciones que había durado diecinueve horas.

Sólo quedaba mandar un mensaje a Washington diciendo que mi vuelta significaría la complicación de una trama por demás delicada. Ambas partes lo interpretarían seguramente como una falla por parte de los norteamericanos. Si se daban las verdaderas razones, y éstas eran publicadas (por cualquiera de las partes a fin de proteger sus posiciones), mi regreso significaría el fracaso de nuestro propósito. Al menos que recibiera órdenes explícitas en contrario, me iba a quedar: me daría una chance más de cumplir otro torbellino antes de interrumpir las conversaciones. Si se lograba el acuerdo, Nixon podía, como era lógico, anunciarlo desde la Casa Blanca. No escuché nada más desde Washington sobre que debía regresar antes.

A las 7.30 del miércoles, mis colegas y yo revisamos los documentos por milésima vez. A las 8.30 los revisamos con el equipo negociador israelí. A las 10.30 dejamos Jerusalén para dirigirnos al aeropuerto Ben-Gurion; otra vez en auto mientras continuaba la fuerte lluvia. Por suerte para mí, Eban era una compañía muy estimulante; de lo contrario estos largos viajes hacia aeropuertos hubieran sido difíciles de tolerar. A las 11.40, justo antes de partir, Dayan me trajo al avión el previsto mapa del frente sur, describiendo una retirada israelí adicional que debía ofrecer a Sadat. Una vez en el avión les mostré con orgullo a Eban y a Dayan mi oficina volante. Charlamos con los periodistas en la cola del avión, yo lancé un chiste definiendo que para Eban la objetividad representaba el ciento

por ciento del punto de vista para llegar a un acuerdo con Israel. Pero me quedaba corto; yo lo había sostenido sólo el 95 por ciento. Eban dijo que se quedaría con gusto en el avión para viajar a Aswan, ya que él y su esposa habían visitado el hotel Cataratas en 1945 para su luna de miel. Ahora Egipto parecía imposible alejado. Y cuando Eban abandonó el avión me acordé de una conversación con su hermosa mujer, Susy, la cual en alguna comida me contó que había vivido en más países de los que podía acordarse. *¿Y cuál fue el pueblo que más le gustó?*, le pregunté. Esto sucedía durante el *summun* de una crisis con Egipto bajo Nasser. *Los egipcios*, me contestó, para mi sorpresa, ya que entonces, Egipto estaba considerado como el principal enemigo de Israel. Había nacido y crecido en Ismailia.

Este era el principio que daba significado a los esfuerzos de los últimos días y semanas: lograr que después de dos décadas de guerra un contacto humano podía surgir al fin: así lo expresé en mi comentario de despedida:

Todos esperamos, por supuesto, que el proceso al que estamos dedicados nos llevará a un acuerdo que marcará un punto de partida en los asuntos del Medio Oriente. Pero ya que formo parte del grupo que ha estado viajando continuamente entre Egipto e Israel, quizá se me permita hacer una observación personal. Lo que a mi juicio ha sido uno de los signos más positivos es el espíritu de juego limpio y de justicia que ha caracterizado a ambas partes y la forma constructiva y positiva en que ambas partes han buscado llegar a un acuerdo en el importante punto de la separación de las fuerzas. Y si este espíritu se mantiene hay esperanzas de que esta área que tanto ha sufrido finalmente encuentre la paz.

Así en medio de una fría lluvia nos fuimos hacia lo que sería nuestra última sesión de negociaciones en Egipto si se llevaba a cabo la firma del día viernes 18 de enero. Ya estábamos en el mediodía del miércoles. Yo debía concluir estos asuntos en la presente vuelta o llegar tan cerca de hacerlo que el resto se pudiera hacer por telegrama.

A las 14.15 aterrizamos en Aswan. Las arenas reflejaban al sol brillante; desde la pérgola de Sadat, a la que llegamos quince minutos después, las dunas bajo el cielo traslúcido y el Nilo se veían como si estuvieran pintados. Sadat y yo nos fuimos directamente a su estudio. Fahmi y Sisco esperaban afuera en el jardín y se reunían con nosotros de tanto en tanto consultando sobre puntos del borrador. Yo recorrí los documentos tal cual estaban.

Empecé ofreciendo seis batallones egipcios y 4.500 hombres del otro lado del Canal, tal cual me lo había pedido Dayan, pero no hice demasiados esfuerzos en este punto marginal ya que sabía que los negociadores israelíes aceptaban ocho batallones y 7.000 hombres. Puse mayor énfasis en la real preocupación israelí, que era la distancia que Egipto debía retroceder sus misiles tierra-aire de su línea del frente: el punto sobre el cual Gamasi sería más recalcitrante. Gamasi quería solamente un límite de veinticinco kilómetros; Israel no bajaba a más de treinta (antes pedía cuarenta). Le dije a Sadat que en mi opinión ésta era la posición real —no de regateo— de los israelíes. Finalmente Sadat me confió que aceptaría esa cifra; pero como Gamasi estaba más desesperado de lo que nunca lo había visto, me pidió si por favor yo podía hacer un intento más en el mismo lugar; si Israel rehusaba yo debía mandarle un telegrama; esto no sería motivo para posponer el acuerdo. La utilidad de un mediador es que si tiene la confianza de ambas partes puede limar las asperezas de los bordes de las controversias y promover un mecanismo de ajuste en cuestiones de prestigio.

Revisar las distintas seguridades llevaba más tiempo que dificultades: Sadat era re-miso de dar seguridades en lo que consideraba eran asuntos internos egipcios, tales como reconstruir el área del Canal, pero aceptó el borrador de mi propuesta, basada en su

sugestión de cuarenta y ocho horas antes y llevada un paso más allá: Nixon le mandaría una carta a Sadat diciendo que "comprendía" que era la intención de Egipto limpiar el Canal y que esperaba que en futuro *se reasumieran normalmente las actividades económicas* en esa área. Por su parte, los Estados Unidos, harían *lo imposible para disuadir* a Israel de atacar los centros poblados. Sadat me pidió que este párrafo fuera cambiado por *se compromete a* y que Israel se abstuviera de hacerlo. Asentí que haría anular esta amenaza implícita.

Las otras seguridades también fueron acordadas, no sin algunas protestas por parte de Fahmi. Sadat aceptó que los Estados Unidos hicieran vuelos de reconocimiento sobre las zonas de las Naciones Unidas en forma esporádica, en lugar de cada dos semanas como había propuesto al principio; no debía haber un horario predecible, haciendo de esta manera más difícil la evasión. Prometió no interferir con los vuelos civiles israelíes en el mar Rojo —un asunto que preocupaba mucho a Jerusalén, ya que ésta era su única ruta civil hacia el Africa. Con respecto a limpiar el Canal de Suez, Sadat indicó que consideraría nuestras preferencias estratégicas determinando si debía ser consumado rápidamente o no. (*)

El encuentro finalizó a las 16.45. A las 18.00 Gamasi, Fahmi y tres asistentes del equipo egipcio se entrevistaron con Bunker, Sisco, Maw, Rodman y yo en el comedor del hotel Nuevas Cataratas. Una vez más revisamos todos los textos tratando de darles una forma final. El proceso fue muy difícil para Gamasi. En un momento dado se retiró, quejándose de que esto se estaba convirtiendo en un acuerdo político y no militar; pero enseguida lo consideró mejor y volvió. Pero continuó peleando amargamente por un límite de sólo veinticinco kilómetros para los misiles tierra-aire puesto que era él quien debía explicarle a su ejército por qué después de una guerra exitosa debían retroceder sus misiles defensivos: Según se lamentaba con mi equipo, él podía explicárselo al pueblo civil egipcio *pero no a las Fuerzas Armadas*. Me hizo notar que Egipto tenía cinco divisiones reforzadas del otro lado del Canal en este momento, pero que *mañana sólo quedarán siete mil soldados*. Peor aún, deberían mover las defensas antiaéreas egipcias de la ribera oeste: *psicológicamente, es muy malo para nuestras fuerzas armadas*.

Pero Gamasi era un caballero al mismo tiempo que un patriota. Me ofrecí a darle una garantía escrita de que Israel abriría las rutas de suministros para el Tercer Ejército sin condiciones a partir de las cuarenta y ocho horas de concluido el acuerdo. Gamasi contestó: *No necesito una carta. Usted dio su palabra*. Insistió en el derecho a usar algunas baterías de *howitzers* y morteros en la ribera este. Yo sabía que Israel lo aceptaría, pero mantuve reserva sobre esta concesión a fin de intercambiarla en el próximo round por las limitaciones de los misiles tierra-aire, puesto que a este respecto sabía que Israel permanecería inamovible.

A las 20.00 Fahmi me acompañó a visitar a Sadat. El presidente me llevó a su escritorio para estar a solas. *Mi ejército* —murmuró—. *Primero tuve problemas para convencerlos de ir a la guerra. Ahora tengo problemas para persuadirlos de hacer la paz*. Pero estaba decidido a seguir adelante; la diferencia entre los distintos esquemas de maniobras era ahora mínima. Yo debía hacer lo mejor que podía basado en mis conocimientos de la sensibilidad de ambas partes. Había reflexionado mucho sobre mis continuas referencias a la inseguridad de Israel, me dijo. Como muestra de su buena voluntad podía informarle a Golda Meir que no haría uso de su derecho a contar con treinta tanques del otro lado del Canal. El principio de que Egipto tenía el derecho de mantener sus principales armas en

(*) En Norteamérica se debatía si el reabrir el Canal de Suez no sería darle una ventaja más a la Unión Soviética, dado que su otro circuito era por el Océano Indico. El consenso en el gobierno norteamericano era que esto quedaba compensado por el retroceso estratégico que significaba para la Unión Soviética que Egipto se volcara hacia la paz y hacia Occidente.

su propio suelo era fundamental; ahora que había sido establecido, él no lo usaría. Después dramáticamente me pidió que le diera un mensaje personal a Golda Meir. Me lo dictó en ese momento; era el primer mensaje directo en veintiséis años de la cabeza del gobierno egipcio a su contraparte en Israel. Decía:

Usted debe tomar mi palabra en serio. Cuando promoví mi iniciativa en 1971, así lo sentía. Cuando amenacé con la guerra, también. Ahora que hablo de paz también lo siento de esta manera.

Nunca estuvimos en contacto antes. Ahora disponemos de los servicios del doctor Kissinger. Utilicémoslo y hablemos a través de él.

Y así nos despedimos. No lo volvería a ver hasta que las negociaciones hubieran tenido éxito o fallado en el último minuto. Ya estábamos casi camino a casa. Egipto tenía que aceptar el retiro de sus misiles tierra-aire unos cinco kilómetros más atrás; Israel debía tolerar algunos *howitzer* egipcios y cañones antitanques en la ribera este del Canal. Nada más estaba interfiriendo el camino del acuerdo.

Llegué de vuelta a Israel que seguía bajo una lluvia torrencial el miércoles 16 de enero por la noche y ya tarde; me reuní con Eban, Dinitz y Evron desde la medianoche hasta las dos de la mañana. Mi equipo y yo pasamos varias horas clasificando los documentos. Y preparamos un borrador de la declaración de Nixon anunciando la exitosa complementación del acuerdo. Más tarde —en la madrugada del jueves— lo llamé a Haig y le di la buena noticia de que Nixon podía aparecer en la televisión más tarde ese mismo día.

Después de cuatro horas de sueño, nos despertamos nevando. La temperatura había descendido bruscamente; la tormenta se había convertido en tempestad, la primera en Jerusalén desde hacía varias décadas. Todo estaba allí detenido. Podía ver a través de la ventana de mi *suite* del sexto piso del Hotel Rey David los edificios de piedra y la vieja muralla de la antigua ciudad de Jerusalén con el monte de los Olivos más atrás, todo cubierto por un sobrenatural manto de nieve hasta el horizonte gris. Era una escena espectacular, y llena de paz.

Mis sueños fueron interrumpidos por realidades. Mi cita con Golda fue cancelada porque no había manera de llegar hasta su residencia. No quería pensar en como Aswan, que nunca había conocido una tormenta de nieve, iba a reaccionar ante la demora causada por la inhabilidad de poder moverse en el asiento de gobierno israelí. Nos salvó Dayan. Consiguió *jeeps* y transporte personal a fin de traer el equipo negociador de Israel hasta la *suite* de mi hotel; nos encontramos allí a las 9.30 horas. Como es habitual en las fases finales de una negociación, algunos asuntos que anteriormente no hubieran llevado más de cinco minutos fueron considerados como de mayor peso en la calibración final. Al llegar el mediodía habíamos acordado que yo le preguntaría a Sadat por telegrama que aceptase los treinta kilómetros como límite para los misiles tierra-aire (yo ya sabía que lo haría). El equipo negociante israelí mientras tanto presentaría ante el Gabinete para su aprobación final el requerimiento egipcio de que treinta tanques y seis baterías de *howitzers* permanecieran en la ribera este del Canal. A Dayan se le ocurrió una idea muy imaginativa para calmar la preocupación de Sadat de que las limitaciones de armas se hicieran públicas antes de la firma del acuerdo y que si se producían después sería preferible que vinieran como de una sesión secreta del Parlamento israelí. Puesto que las sesiones secretas del Parlamento eran desconocidas, nos pusimos de acuerdo para que los términos fueran presentados a una sesión secreta del Comité de Defensa y Asuntos Exteriores. (Fueron dados a publicidad de todas maneras. Por qué Sadat prefirió este procedimiento nunca me lo dijo. A lo mejor creyó que el hecho de que se trataba de una sesión secreta demostraba que Israel era consciente de las sensibilidades de las Fuerzas Armadas egipcias.) Terminamos al mediodía. *Es un buen acuerdo*, señalé.

No es un mal acuerdo, acotó Allon.

No es malo es el término hebreo de "bueno", explicó Eban el diplomático.

A las 12.35 me dirigí en un vehículo militar israelí a la residencia de la primera ministra, patinando sobre los veinticuatro centímetros de nieve. Necesitaba oír de mí personalmente lo que ya le había dicho al equipo negociador, puesto que había sido informado de que a pesar de su enfermedad iba a presidir la reunión de Gabinete que debía aprobar el acuerdo. Eran buenas noticias. Tenía confianza de que garantizaban el éxito; ella sería tan fiera en luchar por el acuerdo como lo había sido en su constancia en defender los intereses de su país. Le leí el mensaje personal de Sadat. *Esto es muy bueno*, dijo lacónicamente. *¿Por qué hace esto?* Después de un conflicto que duraba por una generación no es fácil creer en la sinceridad del adversario; especialmente él que había iniciado el proceso en el que nos encontrábamos con un ataque por sorpresa.

Ahora no quedaba más que esperar. Con Golda en el sillón, la mayor inseguridad venía de sus colegas maniobrando para obtener posiciones en el nuevo Gabinete que se esperaba formar después que el Parlamento se reuniese dentro de cuatro días. A pesar de nuestros razonamientos, mis colegas y yo estábamos nerviosos y con temor de que se presentara algún imprevisto. Llamé por teléfono a Fahmi —vía Washington— para decirle que Israel necesitaba otra reunión de Gabinete pero que esperaba tener una respuesta positiva para las 17.00 hora local. En este ambiente de tensa expectativa, fui a hacerle una visita de cortesía al presidente de Israel, Ephraim Katzir, un distinguido científico.

A las 15.55, Eban, Dinitz y Evron vinieron a mi hotel con buenas noticias:

EBAN: —El Gabinete ha aprobado el acuerdo. Daremos un comunicado.

KISSINGER: —En él dirán que aprueban el estado de las negociaciones hasta el momento, sujeto a clarificaciones técnicas.

EVRON: —Han efectuado un anuncio donde manifiestan que el gobierno unánimemente autoriza al primer ministro a notificar al secretario de Estado de su decisión, pero que hay algunos puntos técnicos. Espero que en El Cairo no se pongan muy nerviosos.

KISSINGER: —¡Se van a poner muy nerviosos!

Pero los puntos técnicos tenían solución o ya estaban resueltos. Dinitz ordenó champaña y Eban brindó por el acuerdo a la manera israelí, uniendo las felicitaciones mutuas con un pedido de garantías:

EBAN: —Debemos brindar por el acuerdo. Y por un acuerdo pacífico.

KISSINGER: —Esto al menos abre la posibilidad de una nueva relación con Egipto.

EBAN: —Usted manifestó que podía ser un nuevo comienzo.

KISSINGER: —Sí, podría serlo.

El embajador Eilts y Hal Saunders, que se habían quedado en Egipto, preparaban en ese momento los documentos finales para Sadat. A las 19.00 supimos que Sadat había iniciado la *propuesta de los Estados Unidos* sobre las limitaciones de fuerzas. (*Inicialar* es un término técnico diplomático indicando que el texto del acuerdo se congela pendiente de la firma. Dice en efecto: *Si firmo algo, será este texto.*) Sisco y yo tomamos otra copa de champaña.

A las 21.00 hora de Jerusalén (las 15.00 en Washington), un orgulloso presidente, Nixon, se presentó delante de la prensa con el siguiente anuncio, cuyo texto había sido previamente aprobado por Egipto e Israel:

De acuerdo con la decisión de la Conferencia de Ginebra, los gobiernos de Egipto e Israel, con la ayuda del gobierno de los Estados Unidos, han llegado a un acuerdo sobre la retirada en la separación de sus fuerzas militares. El acuerdo será firmado por los jefes de Estado Mayor de Egipto e Israel al mediodía hora egipcia e israelí, el viernes 18 de enero, en el Kilómetro 101 del camino de El Cairo a Suez. El comandante de las fuerzas de emergencia de las Naciones Unidas, el general Siilasvuo, ha sido requerido por ambas partes para firmar como testigo.

LA FASE FINAL

La alegría producida por el fin de las negociaciones fue rápidamente arrollada por los pormenores requeridos para consumarla. El equipo negociador norteamericano había asumido la responsabilidad de confeccionar el texto para la ceremonia de las firmas. (*)

Fue reescrito para incorporar los últimos cambios y se envió al consejero legal del Departamento de Estado, Carlyle E. Maw, para asistir a la firma. Este distinguido pilar de setenta años perteneciente a la justicia de Nueva York viajó en la parte posterior descubierta de un camión israelí desde el Hotel Rey David hasta el aeropuerto de Tel Aviv a través de una tormenta de nieve, desde donde un avión israelí lo trasladó a Chipre. Allí fue recogido por un avión egipcio y llevado hasta el Kilómetro 101 por un coche del comando a la mañana siguiente. Hal Saunders se reunió allí con él.

La *propuesta de los Estados Unidos* definiendo las limitaciones de armamentos detrás de ambos frentes fue incluida en cartas de Nixon a Golda Meir y Sadat; la firma de la propuesta implicaba la aceptación del esquema. (**)

Asimismo había un cierto número de cartas presidenciales para ambas partes que contenían garantías o declaraciones sobre las intenciones atribuidas a asuntos tales como el pasaje sobre vías acuáticas y la reconstrucción de las ciudades del Canal. Se dieron instrucciones a nuestros embajadores, Keating en Israel y Eilts en Egipto, de cómo poner el acuerdo en efecto.

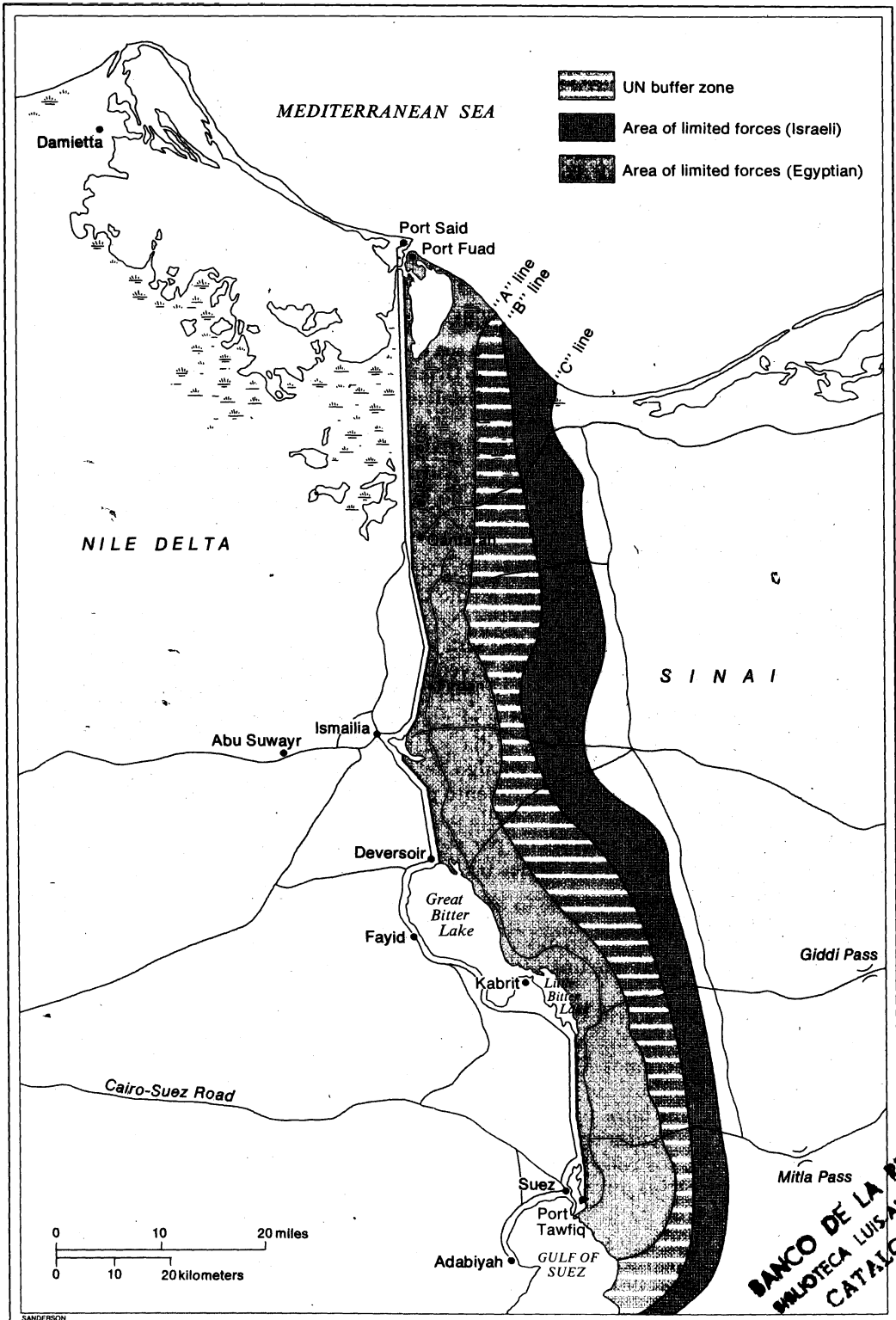
Nada puede culminar en Washington sin extensas informaciones. Y cuando las noticias son buenas no hay nada mejor que le guste hacer a la administración. Esto obligó a mi exhausto equipo a redactar más cantidad de telegramas que daban detalladas guías. Ben Scowcroft fue el encargado de asesorar a los líderes claves del Congreso antes del anuncio; debía también poner a Dobrynin al corriente de lo sucedido y entregarle el texto del acuerdo básico. Asimismo debía asesorar a nuestros aliados principales en la NATO y a los chinos. Había muchos papeles para redactar, y muy poco tiempo para hacerlo. Pero la tensión había desaparecido; era un trabajo gratificante.

Hubo llamadas de felicitación del presidente Nixon y del vicepresidente Ford. (El encantado Nixon también telefoneó a Sadat y a la señora Meir.) Alrededor de la medianoche informé a los periodistas que me acompañaban en una atmósfera de júbilo por todas partes. A pesar de su cinismo profesional, no encontraron escasa la satisfacción de participar en lo que consideraron un evento histórico que caería tan bien sobre nuestro país.

Temprano, en la mañana del viernes, atravesé nuevamente las calles nevadas de Jerusalén para visitar a la sufriente primera ministra y para que firmara *la propuesta de los Estados Unidos*. Siempre sentí una gran ternura hacia ella. Mantuvo a su país unido a través de profundas crisis y, a veces, desafiando a su único amigo, los Estados Unidos. Había sido convencida contra su voluntad a aceptar un proceso de negociación opuesto a

(*) El texto del acuerdo básico de la separación de fuerzas está en las notas finales (5).

(**) La "propuesta de los Estados Unidos" firmada por el presidente Sadat y la primera ministra Meir está en las Notas finales (6).



Acuerdo egipcio-israeli sobre retiro de tropas de los territorios ocupados. Enero 18 de 1974.
(Ver texto del Acuerdo, pág. 1058-1059).

todos sus instintos. Pero también había sabido reconocer cuándo concluir un acuerdo con gran dignidad y gran confianza en sí misma, demostrando que Israel mantenía el control de su destino tanto en la guerra como en la paz. Delante de las cámaras Golda firmó el documento sobre limitaciones de fuerza. En privado, me hizo entrega de un mensaje escrito de respuesta al de Sadat dos días antes. El alivio, diría mejor la exaltación del momento, se reflejaba en las declaraciones hechas a la prensa que se encontraba casi sofocada en el pequeño living de Golda. Para mí fue uno de esos momentos que hacen que valga la pena todos los esfuerzos exhaustivos de la diplomacia. Después de meses de tensas controversias Golda demostraba gran alivio; su incisivo exterior dio lugar y reveló la largamente acariciada obsesión de su pueblo por la paz:

Señor secretario, yo creo que no sólo los que hoy estamos aquí reconocemos que éste es un gran día, un día que espero sea el comienzo, y que traiga consigo el día en que la paz llegue finalmente al Medio Oriente, la paz para Israel y para sus vecinos, y también espero que éste sea el comienzo de un proceso que lleve a una paz permanente entre Egipto e Israel.

No creo que sea una novedad, que usted señor secretario, tuvo mucho que ver con esto. No nos gusta usar palabras que suenen sólo como palabras. Pero, sincera y honestamente creo que usted ha hecho historia esta semana. No creo que usted recién empezó esta semana, pero quiero expresarle, en nombre del pueblo de Israel, cuánto apreciamos su empeño.

También quiero decirle al presidente de los Estados Unidos que su política de comprensión de los conflictos del Medio Oriente, y de los problemas de Israel y de sus vecinos, nos han traído a este día. Nuestro reconocimiento por lo que ha hecho, por su actitud y por sus esfuerzos, será recordado por Israel y por su pueblo.

Habrán muchas, muchas madres, jóvenes esposas y niños en Israel, que los próximos días, cuando regresen los seres queridos que por mucho tiempo han estado en el frente vigilando la seguridad y el poner a salvo a Israel, estarán muy, muy contentos. Esperamos poder ver el día, y esto lo creo honesta y sinceramente, el día que los ejércitos se conviertan en algo del pasado.

Y quiero expresar mi agradecimiento por su paciencia. La sabiduría es algo que se tiene o no se tiene; se nace con ella o no y por esto usted no se merece un crédito especial. Pero por su tolerancia, por su trabajo, por su perseverancia con ambos lados, sí. Nosotros éramos fáciles (risas) pero quizá usted tuvo problemas con la otra parte.

Palabras de aprobación de un líder israelí eran raramente preciosas, se otorgaban esporádicamente, al igual que una alta condecoración nacional. Yo contesté:

Ningún pueblo sufrió más en esta última generación que el pueblo de Israel. Ningún pueblo tiene más motivos para desear la paz que este pueblo. Y por lo tanto este día, que esperamos sea importante para todos los pueblos del mundo, debe ser uno de los días culminantes de este país, el cual a lo largo de toda su historia nunca conocieron lo que otros países aceptan como normal, un período de paz.

Todos los que hemos tenido el privilegio de trabajar para usted, señora primera ministra, y con sus colegas, haremos lo posible para asegurar que lo que hoy está pasando aquí no sea un interludio sino que sea recordado como el día en que la paz llegó a esta área de la cual tantas grandes cosas surgieron para el mundo, de manera que el talento y la energía de todo este pueblo pueda entonces dedicarse al camino de la construcción. Hoy la dejamos con la esperanza de colaborar con usted en lo que sabemos queda como un esfuerzo común.

Mi problema ahora era llegar a Aswan a fin de conseguir la firma de Sadat en la misma propuesta norteamericana. La firma oficial del acuerdo básico estaba fijada para el mediodía en el Kilómetro 101. Si yo llegaba a Aswan demasiado tarde, sería como le decía a Eban, una "no muy interesante situación", ya que estaría firmado el acuerdo básico de la separación de fuerzas —sin posibilidades de echarse atrás— pero no la propuesta norteamericana sobre la limitación de fuerzas que contenía los detalles más importantes.

Llegar a Aswan, o mejor dicho salir de Jerusalén, no fue nada fácil. La nieve bloqueaba el camino al aeropuerto, nuestros ingeniosos dueños de casa tuvieron la idea de que usáramos el tren. (Gracias a Dios, no me obligaron a afrontar un viaje en helicóptero con mucho viento.) Yo no sabía que existía un ferrocarril entre Tel Aviv y Jerusalén; pero resultó ser algo que hubiera sido preferible ignorar. Los vagones eran del tiempo de los turcos; o así me lo contó Eban. De haber sido más modernos se los habría usado extensivamente. Pero mientras saltábamos sobre las nevadas colinas de Judea, parecía un final apropiado y surrealista para tres meses de frenética diplomacia.

La historia es un recuento de batallas; de victorias y de rendiciones, del triunfo de las voluntades: todo lo cual sugiere que la celebración de unos constituye la desesperanza de los otros. Raros son los momentos de triunfos en los cuales no hay perdedores. Así conversábamos Eban y yo, por encima de los ruidos del tren en el medio del silencioso paisaje que tantas veces había sido testigo de la crueldad humana así como también de sus aspiraciones trascendentales. ¿Qué impacto tendría la paz en el alma de un país que había logrado su identidad gracias a la lucha? ¿Las naciones árabes aceptarían alguna vez genuinamente la realidad de la paz con Israel? ¿Podría cada parte sobreponerse a sus recuerdos y a sus temores? Estas eran las preguntas más importantes del ministro de Relaciones Exteriores de un país en el cual se mezclaban los judíos con los árabes, pero que necesitaba un visitante de 9.000 kilómetros más allá que les explicara la psicología de las naciones árabes que, en lo que concernía a Israel, estaban situadas del otro lado de la luna. ¿Acaso Sadat empleaba una táctica evasiva para lograr un objetivo tradicional, o un cambio en la historia? Yo pensaba en lo último, pero nadie podía asegurarlo, y el presidente egipcio no podía obligar a sus sucesores. Israel, acaso, ¿ganaba en aceptación retirándose, o comenzaba un período de debilitamiento propio? Ninguno de los actores actuales estaría presente en el momento en que se conociesen las respuestas. El hecho es que Israel no tenía otra elección, no podía correr el riesgo de no probar este experimento, puesto que el Estado judío consumiría su sustancia moral si buscaba mantener su existencia con la fuerza bruta.

Pero al menos esa mañana estos pensamientos se cubrían con la esperanza. El diario *Jerusalem Post* había publicado una caricatura mía como ángel de la paz. Era un reflejo de la esperanza de un pueblo que nunca había conocido un día normal de paz, más que un mérito mío. Mientras duraba el viaje en tren, Eban y yo nos dedicamos a felices recuerdos que en el fondo de nosotros mismos sabíamos que más adelante sería considerado —si teníamos suerte— como el tramo más fácil de un largo viaje.

Y así subimos a bordo de nuestro *torbellino* hacia Aswan por última vez a las 10.30 del viernes 18 de enero. Sin embargo por lo que empezábamos a conocer de la conducta soviética adivinábamos sus cálculos para empañar nuestra euforia. Durante toda la semana oímos que los soviéticos se sentían amargados, especialmente contra El Cairo, por encontrarse fuera de las negociaciones diplomáticas; que estaban convencidos que habíamos paralizado la Conferencia de Ginebra a fin de promover nuestra acción unilateral. Teníamos indicios que esparcían el rumor que, si Moscú hubiera tenido parte en la acción, hubieran fortalecido la oposición de El Cairo y que además denigraban a la separación de fuerzas como una victoria de Israel. Existía también la implicación de que Moscú no moderaría la posición de Siria mientras se excluyera a la URSS del trato.

Paralelamente, de acuerdo a lo dicho por Brent Scowcroft, Brezhnev le había enviado un mensaje a Nixon quejándose de que el compromiso

de la activa participación de los representantes soviéticos y norteamericanos en las discusiones de Ginebra junto con los delegados árabes e israelíes, sobre las cuestiones claves del acuerdo del Medio Oriente, no está implementado. La cuestión se refiere, en particular, a la participación de los representantes soviéticos y norteamericanos en el considerando de la separación de tropas.

Brezhnev propuso un encuentro entre Gromyko y yo el 7-8 de febrero en Ginebra para analizar

todo lo que ha sucedido a partir del cese del fuego en el Medio Oriente desde el punto de vista de nuestro acuerdo con usted para coordinar los esfuerzos de ambos países a fin de llegar a un entendimiento pacífico en la región.

Las quejas soviéticas a Egipto y la carta de Brezhnev nos llevó abruptamente a la realidad de lo que hubiera sucedido de haber tomado el camino de Ginebra. Moscú habría asumido posiciones extremas más allá de lo soportable, ejerciendo presión en los gobiernos árabes respecto a que no se podían permitir parecer menos árabes que sus colegas soviéticos e intentando alejar a Sadat de nuestra influencia. Por lo tanto, yo no tenía la menor intención de poner en peligro el proceso de la separación de fuerzas enfrentándolo con el condominio soviético-norteamericano mientras los ejércitos egipcios e israelíes se movían hacia nuevos frentes y Siria consideraba si se les unía o no. Una de las artes diplomáticas consiste en disfrazar el rechazo en la forma de una aceptación en principio. En este caso accedía a los deseos soviéticos aprobando un encuentro, pero a un nivel que no era el ideal para una explotación política. Le di estas instrucciones a Scowcroft para Dobrynin

que el presidente quería discutir los mensajes de Brezhnev conmigo personalmente, a mi regreso. Después me pondría en contacto con Dobrynin.

Usted también deberá informarle que, por el momento, el embajador Bunker llegará a Ginebra el lunes donde se reunirá con Vinogradov para una revista preliminar de la situación y de mi viaje a través del Medio Oriente.

Las instrucciones para Bunker eran de evitar dramatismo, lo que significaba que sólo debía actuar naturalmente. Sus encuentros vacíos y ocasionales con Sergei Vinogradov, su contraparte soviética como representante permanente en Ginebra, era todo lo que quedaba de la Conferencia de Ginebra.

Llegué a Aswan a las 12.45 y me apresuré a dirigirme al sitio de descanso de Sadat. *Bienvenido Henry*, dijo al recibirme en la pérgola del jardín a fin de que los fotógrafos pudieran tomar sus fotografías; era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Me llevó a su escritorio en donde firmó la *propuesta de los Estados Unidos* sobre limitaciones de armas sin pronunciar otra palabra. Después le entregué la carta privada de Golda, la cual expresaba:

Soy profundamente consciente del significado del mensaje recibido por el primer ministro de Israel de parte del presidente de Egipto.

Es un gran motivo de placer para mí y sinceramente deseo que estos contactos que estamos cumpliendo por intermedio del doctor Kissinger, continúen, y sean la prueba del comienzo de nuevas relaciones entre nosotros.

Por mi parte, haré lo mejor para establecer confianza y entendimiento entre nosotros.

Nuestros pueblos necesitan y merecen la paz. Es mi más fuerte convencimiento que la paz es el objetivo hacia el cual debemos dirigir todas nuestras energías.

Permítame reiterarle lo que me comunicó en su mensaje: *Cuando hablo de paz permanente entre nosotros, así lo siento.*

Somos verdaderamente afortunados de tener al doctor Kissinger, en quien ambos confiamos y quien está dispuesto a darnos su sabiduría y su talento en la causa de la paz. Sé que continuará en esta tarea de ofrecernos este incansable servicio para promover nuestros intereses comunes.

Siguió a continuación una escena sacada de las películas emocionales. Sadat terminó de leer la carta, la guardó y se sacó los anteojos cuando su asistente entró en la habitación y le murmuró algo al oído. Sadat se levantó, se acercó a mí y me besó ambas mejillas: *Acaban de firmar el acuerdo en el Kilómetro 101 —me dijo. Y agregó— Hoy me voy a quitar mi uniforme militar, espero no volver a usarlo nunca más fuera de las ocasiones ceremoniales. Dígale (a Golda) que ésta es la respuesta a su carta.*

Y reasumimos nuestra conversación en forma práctica como si nada hubiera sucedido. Partiría próximamente para Siria a fin de explicar el acuerdo y poder así "garantizar" el buen comportamiento sirio si participaban de las próximas conversaciones de la separación de fuerzas. También esperaba que se levantara el embargo petrolero la semana siguiente. Desgraciadamente, el juicio de Sadat sobre la reacción de sus colegas árabes no fue tan agudo como su percepción de la psicología norteamericana y el camino de la paz. Ambas predicciones, según pudimos ver, fueron demasiado optimistas.

Sadat procedió a cumplir su promesa de que no habría presión para futuros retrocesos israelíes mientras se implantaba la separación de fuerzas. A fin de evitar cualquier tentación soviética de causar problemas ofreciendo esquemas inaceptables, retiraría el embajador egipcio de la Conferencia de Ginebra la semana próxima. Podíamos informarle a Israel que llevaría a cabo una sustancial desmovilización para fines de febrero. (Israel actuaría a la recíproca muy pronto.) Había arreglado para que pasara la noche en Luxor, a fin de que descansara un poco antes de lo que sabía sería una visita muy difícil en Siria. Y entonces me acompañó hasta mi *limousina*. Me puso las manos sobre los hombros y dijo con voz profunda, delante de todos los periodistas: *Señor Secretario, usted no es solamente mi amigo, usted es también mi hermano.* Y entonces el presidente de Egipto me besó en ambas mejillas: esta vez para beneficio de las cámaras de televisión.

Luxor antiguamente era Tebas, la capital del Alto Egipto y un monumento a su gloria. *Tebas* —dijo el famoso egiptólogo francés Jean François Champollion, mientras miraba atónito sus espectaculares ruinas— *es la palabra más grande en cualquier idioma.* Por la tarde visitamos las ruinas del templo de Luxor, en las orillas del Nilo. Testimonio de la búsqueda de la inmortalidad por el hombre, en uno de sus rincones cabe la catedral más grande y su eje central parece perderse en el infinito simbolizando el sentido de eternidad egipcio. Adonde quiera que caminásemos, encontrábamos muchedumbres exultantes que expresaban el alivio del pueblo egipcio por la terminación de la guerra. Era una demostración de la dedicación de Egipto por la paz, al igual que el coraje y la elocuencia de su presidente.

Cuando cayó la noche fuimos llevados a través de las calles oscurecidas hasta un sitio de penumbra total. De improvviso se hizo la luz; Sadat había terminado con el oscurecimiento la noche misma del acuerdo sobre la separación de fuerzas tal cual lo había prometido. Delante de nosotros estaba la avenida de las esfinges con cabezas de borrego que llegaban hasta los enormes pilones que marcaban la entrada al templo de Karnak: la espectacular ciudad de Amon-Ra, *señor de los tronos y de la tierra*, en donde 80.000

sacerdotes habían venerado a las deidades del antiguo Egipto hasta que acabaron las arenas del tiempo en la más durable de las civilizaciones. Tuvimos una por demás melodramática presentación de *luz y sonido*, iluminando las monumentales estatuas, columnas, portales y obeliscos, sobre una área tan vasta que no se la podía abarcar con la mirada; se requerían por lo menos cuatro ojeadas para obtener una comprensión parcial. En un momento dado, mientras sólo permanecía iluminado un obelisco, se leyó un papiro de una reina egipcia que había vivido cerca de cuatro mil años atrás. Ella había querido construir un obelisco dorado para perpetuar su memoria; pero sus consejeros se lo habían impedido. Tuvo que conformarse con hacerlo de piedra. Si la historia era verdadera o no, no importaba; pero sí era una impresionante ilustración de la relatividad del concepto de la gloria. La reina logró su perpetuidad porque su búsqueda de lo espectacular y lo personal fue frustrada; un obelisco dorado hubiera sido, en el transcurrir de los años, víctima de la depredación de alguno de los muchos conquistadores que cayeron encima de la ciudad. Lo que impidió que sirviera como gratificación del ego de la hace ya mucho tiempo desaparecida reina, había en cambio garantizado su inmortalidad. ¿Qué quedaría de nuestro trabajo en una década? ¿Y acaso seríamos mejores jueces que esa antigua reina de lo que era permanente y de lo que era efímero?

AKABA, DAMASCO Y TEL AVIV

Después de una semana de dramáticos esfuerzos, cualquier cosa que la siguiese sería un anticlímax. Pero aunque estábamos emocionalmente exhaustos teníamos que parar en Jordania para demostrarle al rey Hussein, viejo amigo y moderado gobernador, que no sufriría en su negativa de presionarnos. Pero aún más importante era lograr el compromiso de Siria. Si Sadat debía ser mantenido como una fuerza moderadora en el mundo árabe, su acuerdo de la separación de fuerzas no debía de permanecer solitario, y por lo tanto vulnerable. Todos, incluido Israel, tenían interés en empujar a Assad a continuar; se abría así la perspectiva de un futuro mejor.

Hussein me había invitado a visitarlo en Akaba, un sitio de descanso en la salida que Jordania tiene al mar Rojo. Hay pocos lugares que tan vívidamente despliegan las ironías del Medio Oriente. Una costa que no tiene más que doce kilómetros de ancho está incrustada entre las agrestes montañas de la costa saudita por el sur y el puerto de Eliat y el Sinaí egipcio por el oeste. Hacia el norte, el desierto se pierde en el horizonte interrumpido irregularmente por recortadas colinas que recuerdan las formales y cuidadas rocas de un jardín japonés. La escasa y baja costa del mar Rojo es compartida por dos ciudades costeras, la israelí Eliat y la jordana Akaba, muy juntas y casi unidas como si fueran parte de la misma comunidad. Sin embargo no comparten ningún servicio; sus ciudadanos jamás se encuentran. Los corredores de esquí acuático y los que practican caza submarina corren el riesgo de pasarse inadvertidamente a las aguas territoriales del otro país el cual está técnicamente en guerra con el propio. Los aviones que aterrizan en los respectivos aeropuertos deben tener cuidado en evitar el espacio aéreo de los otros, obligándose a aterrizar en un plano muy inclinado con una montaña o saudita o egipcia demasiado cerca para su confort.

Este peligro tan normal fue especialmente visible en Akaba porque el rey Hussein, un apasionado piloto, ocasionalmente se le ocurría volar al encuentro de sus visitas a las cuales deseaba demostrarles un respeto especial. En esta ocasión se le ocurrió hacerlo con un helicóptero y, por añadidura, ejecutando acrobacias en un espacio super angosto entre el ala derecha del SAM 86970 y las montañas sauditas. Si a bordo de nuestro avión se hubiera encontrado un oficial jordano, nos hubiera convencido muy rápidamente de firmar no importa qué documento por el precio de lograr hacer volver a su monarca a tierra.

El sábado 19 de enero por la tarde, nos encontramos en el *bungalow* de Hussein al lado del mar, a menos de 100 metros del alambrado de púa que marcaba la frontera con Israel. Hussein, junto con su hermano el príncipe coronado Hassan, el primer ministro Zaid Rifai, y el jefe del Estado Mayor general Zaid Bin Shakir, nos recibieron como amigos. Los jordanos estaban contentos con la firma del acuerdo de la separación de fuerzas. *Ambos jefes de Estado estaban muy enojados conmigo, bromeeé. Es un avance extraordinario, me contestó Hussein.*

Pero al mismo tiempo, los jordanos dueños de casa se sentían inquietos. Sabían que la próxima parada debía ser Siria; esto era importante a fin de que los radicales sirios no interfirieran con los movimientos jordanos en el frente. Pero querían asegurarse que ellos fueran la siguiente visita, y, a fin de lograr este propósito, harían cualquier esfuerzo para apurar los procedimientos. Por el momento y lo más rápidamente posible, deseaban iniciar discusiones a nivel trabajo en algún aspecto de la retirada inicial israelí de la ocupada *margen occidental* (Cisjordania) del río Jordán, copiando el procedimiento del caso egipcio. La pesadilla jordana consistía en que su colonia árabe los privara del derecho de recobrar los territorios perdidos ante Israel en 1967. En efecto, Jordania enfrentaba dos dramas acerca de la *margen izquierda*: una ocupación israelí indefinida o un Estado OLP cuyo primer ataque sería el reino hachemita.

Yo simpatizaba con su concepto. Y compartí el resumen estratégico de Hussein:

Israel tiene dos opciones. O puede tener que vérselas con Arafat o con Su Majestad. Si yo fuera un primer ministro israelí. . . me apresuraría a negociar con Su Majestad ya que ésta es la mejor garantía contra Arafat.

Pero éste era un caso en el cual establecer las alternativas no significaba avanzar la causa. La realidad era que Israel no quería ninguna de las dos cosas. De manera que mis discusiones y su consecuencia fueron las mismas que ya se había tocado en mi visita previa de diciembre. En esa ocasión yo había presentado a los líderes israelíes la sugerencia de Rifai de realizar una modesta "retirada" en el valle jordano, abandonando principalmente la ciudad de Jericó sobre el río Jordán. Fue rechazado como inconsistente con el plan de Allon, por el cual Israel debía conservar el valle de Jordania como una línea de seguridad militar. Sugerí que ya que Allon se encontraba en la misma habitación que nosotros, no había ningún motivo para que el autor modificara su plan. Esto fue considerado como una broma y en parte lo era. Pero cuando luego pregunté si alguna forma de separación podía basarse sobre el plan de Allon, me encontré con una trampa *Catch 22*: El plan de Allon no podía servir de base a una retirada en el frente jordano porque el partido de coalición, el Partido Nacional Religioso, se oponía a entregar cualquier parte del territorio de la *margen izquierda*. De esta manera Israel no sólo rechazaba discutir toda propuesta inconsistente con el plan de Allon sino que también se negaba a negociar ese plan; puesto que, de lo contrario, no se tendría la total aprobación del Gabinete.

Durante esta visita y sin darse por vencidos, los jordanos me propusieron un plan de retirada por el cual Jordania e Israel, retrocederían ambos ocho kilómetros desde el río hasta la base de las colinas de la cadena de montañas que limitaban el valle jordano. Se establecería una administración civil jordana en el área evacuada por Israel, especialmente en la ciudad de Jericó. Ninguna fuerza armada jordana cruzaría el río ni se acercaría en una distancia de ocho kilómetros. Se formaría lo más rápidamente posible un grupo de trabajo que asegurara la exigencia jordana de representar a los palestinos. Le dije al rey que discutiría sus ideas con los israelíes en las próximas semanas.

El acercamiento de Hussein era el de un estadista moderado. Pero resultaba inútil mientras estaba en formación una nueva coalición israelí, porque la misma incluía un partido que se oponía a cambios territoriales en la *margen occidental*. Verdaderamente

este estado de cosas excluía hasta la formación de un grupo de trabajo. Para fines de año, la fanática doctrina del mundo árabe convertiría a esta oportunidad desperdiciada en un desastre estratégico. Y sus consecuencias han sido las de bloquear cualquier progreso en la *margen izquierda* hasta el día mismo en que estoy escribiendo esto.

Pasé la noche en el sitio de descanso marítimo de Hussein, y volé a Siria el domingo 20 de enero por la mañana.

Damasco estaba aún más tenso que durante mi último viaje de diciembre. La visita de cortesía de Sadat no parecía haber tenido mucho éxito. Los líderes sirios le habían negado la entrada a la ciudad, insistiendo en encontrarse con él en el hotel del aeropuerto. Damasco había exigido anteriormente que la retirada egipcia se mantuviera en suspenso hasta que los sirios hubieran completado la de ellos. Pero Sadat no estaba preparado para dejar su Tercer Ejército abandonado en el desierto mientras Siria actuaba de acuerdo a sus propias ambivalencias en una difícil negociación. Tampoco podía traerle a Assad la seguridad de que Israel escucharía la posibilidad de discutir una retirada. Golda había sentido el temor de recargar a su Gabinete con demasiadas decisiones penosas. Sin embargo comprendía que el proyecto de una retirada siria podía hacer que Assad moderara su oposición al camino seguido por Sadat. Su solución era salomónica. Dayan, quien en 1967 estaba en contra de ocupar las Alturas del Golán, fue autorizado a presentarme algunas ideas "personales" sobre una retirada siria. Yo podía presentárselas a Assad pero no debía garantizar que Israel se comprometía a cumplirlas si eran aceptadas.

Esto resultaba demasiado sinuoso aun para mí. Y según aconteció jamás se presentó la ocasión. Porque durante las cinco horas que pasé con el líder sirio, demostró estar mucho más dispuesto a enumerar sus penas contra Sadat y presionarme con sus exigencias que en descubrir cuáles eran las sugerencias israelíes. Yo, por mi parte, no tenía intenciones de presentar las ideas israelíes que no eran oficiales y tan agudas y que seguramente multiplicarían las sospechas sirias. Antes de mi llegada, el jefe de nuestra *Sección de Intereses* en Damasco, Thomas Scotese, me había enviado su análisis de que Assad quería negociar, pero primero debía sobreponer el odio congénito hacia Israel que se sentía muy profundamente en Siria y que si no se calmaba lentamente podía llegar a poner en peligro su posición doméstica.

La conducta de los líderes sirios me lo confirmó. Me trataron con gran cortesía; en parte para demostrarme que no me consideraban culpable de las acciones egipcias y también porque el juego de Sadat había resultado efectivo (lo cual podía haber sido la razón principal de que estuvieran tan enojados). Los sirios querían reducir el problema israelí contra Damasco, y dado que se negaban a encontrarse con los israelíes, me necesitaban a mí como mediador. Ya no proponían precondiciones. A la inversa de cuatro semanas atrás, no insistían que se les entregara el borrador de un acuerdo sobre el cual sólo discutirían la implementación técnica. Tenían la intención de negociar por temor de ser dejados de lado.

El feroz viceprimer ministro, Abd al-Halim Khaddam, y al mismo tiempo ministro de Relaciones Exteriores, empezó esta nueva etapa con su característica manera de quejarse que a Jordania se le daba sitio preferencial en el proceso de la separación de fuerzas. Pero lo que yo respondí fue: *Israel le está dando tratamiento preferencial a Siria dado que existe una larga historia de afecto entre los dos países.*

El afecto es recíproco, me contestó Khaddam con una sonrisa. Parecía querer buscar garantías: *Siempre, el derecho está del lado del más fuerte* —dijo sarcásticamente refiriéndose a Israel— *puesto que es más fuerte.*

Yo había aprendido que Khaddam sólo sentía respeto por lo que se le imponía. Por lo tanto respondí: *No todos los débiles son necesariamente inocentes.*

Pero Khaddam no tenía interés en ganar puntos filosóficos. Quería asegurarse de que

yo me ocuparía personalmente del frente sirio como lo había hecho con el egipcio: *Todo lo que pedimos es justo. Estamos seguros de que su esfuerzo rendirá resultados positivos. Lo esencial es que usted se ha compenetrado con el problema. Esto es lo esencial.*

Para Khaddam, tan furiosamente nacionalista, tan orgullosamente radical, admitir que la cooperación norteamericana era esencial, resultaba revolucionario. Expresar fe en nuestros propósitos le debió costar un esfuerzo enorme. (La actitud de Khaddam hacia los Estados Unidos quedó manifiesta en un intercambio con nuestro embajador, Richard Murphy, unos meses más tarde. Cuando mi avión comenzaba a aterrizar, Murphy comentó, no sin ambivalencias él también: *Creo que el avión es el castigo de Dios para la humanidad. No*, contestó Khaddam con simpleza; *lo es Norteamérica*). Con estos auspicios nos presentamos ante el presidente Assad; éste me mantuvo hora y media manifestándose en contra de la duplicidad de Sadat; su controlada furia era aun más impresionante dada su manera tan aparentemente fría y sin emociones de expresarse. Assad me pidió luego que lo pusiera al tanto de los asuntos internacionales por discutirse, interrumpiéndome repetidamente con comentarios sardónicos. Como sospeché que parte de la conversación la retransmitiría a Moscú, sólo le di una garantía a medias: *Nuestra política no es antisoviética, reconocemos los principales intereses de la Unión Soviética en el Medio-Oriente. No los combatimos. Assad podía carecer de experiencia sobre el mundo exterior pero entendía de realidades: ¿Usted está por obligarlos a permanecer ajenos a las negociaciones de paz y no los está combatiendo?*, me respondió con acrimonia sumada a un dejo de respeto.

Entonces me hizo otro pequeño chiste. Habiendo escuchado de toda su hermandad que mis principios no permitían a las armas soviéticas derrotar a las armas norteamericanas, ¡me propuso equipar el ejército sirio con armas norteamericanas! Sucedió el siguiente intercambio:

KISSINGER: Debería estar agradecido. Cada vez que vengo a Damasco, usted consigue un nuevo envío de tanques (de la Unión Soviética).

ASSAD: Usted se dirige hacia una dirección en la cual ya no necesitaremos más tanques. Hemos solicitado de nuestros hermanos árabes, que no están en la línea de confrontación, que nos compren armamentos norteamericanos.

KISSINGER: ¿En qué tipo de armamentos están interesados?

ASSAD: Cualquiera —tanques, misiles, lo que sea— con tal de que no se hable más de armas norteamericanas versus armas soviéticas. El problema debería ser presentado como Arabia contra Israel, no como los EE.UU. contra URSS. Me dijeron otros árabes que usted no permitiría que armas norteamericanas derrotaran a armas soviéticas. Por lo tanto, le propongo, que desarrollemos una situación por la cual armas de EE.UU. se enfrenten con armas de EE.UU.

KISSINGER: Vuestro próximo movimiento presidente será el de convencer a los israelíes de comprar armas soviéticas.

Pero cuando se acabaron los chistes, Assad aceptó en principio el comienzo de una negociación sobre la retirada de Siria bajo el auspicio norteamericano. Tenía además un plan, un poco más reducido que el de un mes atrás cuando propuso trazar la línea de separación de fuerzas a lo largo de la frontera de 1967. En Siria "reducir" es un término relativo. La posición de apertura de Assad ahora era la de que Israel, en nombre de la separación de fuerzas, abandonase todas sus posiciones ganadas en la guerra de octubre, además de la mitad de las Alturas del Golán tomadas en 1967. Me entretuve en pensar sobre la reacción de Golda cuando escuchara esta proposición.

Pero, Assad había estudiado su propuesta. Sugirió un esquema para una zona de limitación de armamentos, que aunque muy modesta, se extendía solamente cinco kilóme-

tros de cada lado de la línea divisoria. Esto no era mucho, pero las Alturas del Golán no tenían la misma importancia que el Sinaí: toda el área no tiene más de 30 kilómetros de ancho. No perdí el tiempo en debates; no tenía sentido discutir términos cuando Israel ni siquiera había aceptado la idea de negociar. Le dije a Assad que me detendría en Israel para proponer allí sus ideas. (Quería demostrar que existía el principio de algún progreso en Damasco a fin de disminuir el aislamiento de Sadat). Assad llegó hasta casi prometerme una lista de los prisioneros de guerra israelíes: la mínima condición israelí para iniciar negociaciones. *Una vez que los esfuerzos han progresado un poquito, nos pondremos de acuerdo con usted en entregar un número adecuado.* Añadió la seguridad crucial de que ninguno de los prisioneros israelíes había muerto.

Finalmente, Assad, estuvo de acuerdo en informar a la prensa que las conversaciones habían sido "constructivas" un empuje más en el mundo árabe para el acuerdo egipcio. Camino del aeropuerto le resumí a Khaddam lo que informaría a la prensa:

Voy a expresar las gracias por su hospitalidad. Diré que conversé con el presidente Assad durante cuatro horas. Revisamos tanto las relaciones bilaterales como así también las perspectivas de paz en el Medio Oriente. En cuanto al Medio Oriente, discutimos la retirada así como también un acuerdo perdurable: objetivo primordial al cual los Estados Unidos han prometido apoyar. Las conversaciones fueron muy útiles, muy constructivas y a mi juicio contribuyeron a mejorar las relaciones sirio-norteamericanas y la paz en el Medio Oriente. El presidente Assad me dio sus ideas sobre el problema de la separación de fuerzas y también sobre los problemas de una paz duradera. Estudiaremos ambos planteos con sumo cuidado mientras continúan los esfuerzos.

Khaddam contestó: *Si me pregunta, diré que no tengo más nada que agregar. Esto significa que apoyo lo que usted acaba de decir.*

Lo cual también significaba que tenía el visto bueno sirio para comenzar un encuentro paso a paso respecto a las Alturas del Golán.

Desgraciadamente no obtuve el mismo impulso por parte de Israel. El domingo por la noche viajé a este país a fin de disminuir las presiones sobre Sadat insinuando que estábamos más que dispuestos a comenzar nuestro *torbellino* con Siria. En un salón del aeropuerto Ben-Gurion expliqué nuestras ideas a Allon y a otros miembros del equipo negociador israelí (salvo Dayan, al cual no se lo consiguió con tan poco tiempo, o lo que era más probable, tenía suficientes críticas internas sin necesidad de involucrarse personalmente en las negociaciones con Siria). Los israelíes todavía agotados por las exhaustivas negociaciones para dar término al acuerdo egipcio, no estaban muy dispuestos a recomenzar con las aún más exhaustivas difíciles y emocionales del problema del Golán. Tomaron nota de la propuesta de Assad pero, sin el acuerdo del Gabinete, ni siquiera iban a emitir un sonido puesto que esto implicaría que se había iniciado una negociación. Me presionaron pidiendo una lista de los prisioneros de guerra, sobre lo cual no podía responder más de lo que me había dicho Assad. Nos conformamos con un anuncio griego, implicando que las negociaciones estaban progresando, mientras facilitábamos a Israel el evitar un compromiso firme:

Traje algunas ideas de la retirada del gobierno sirio para el gobierno israelí. El gobierno israelí estudiará estas ideas y después que sean consideradas por el Gabinete, nos dará su punto de vista y ya veremos lo que sigue.

En cuanto a Jordania, los negociadores israelíes eran aún más opacos. Escucharon atentamente mi sumario de las propuestas de Hussein; hicieron preguntas muy perspi-

caces. Pero ninguno de mis interlocutores estaba preparado a hipotecar sus propuestas ante el nuevo Gabinete haciéndolas correr el riesgo del veto del Partido Nacionalista Religioso, ya que éste era con certeza el castigo por aceptar cualquier retirada, de cualquier parte de la *margin occidental*, y aun de Jericó.

Finalmente a las 20.30 del domingo 20 de enero, después de diez dramáticos días en el Medio Oriente, volvimos a casa. La partida nocturna causó una casi segura rebelión entre los miembros viajeros de la prensa, los cuales habían visitado tres países en un día, habían tenido que informar desde cada uno de ellos, y ahora debían enfrentar un vuelo sin descanso de catorce horas, sin tener como en mi caso, una cama en la cual reposar. Pero no disponíamos de alternativa. Un presidente muy impaciente me estaba esperando, apurado por comenzar los informes al Congreso y de saborear la rara experiencia de un evento positivo.

POR FIN WASHINGTON

El lunes 21 de enero a las 4.30 estábamos de vuelta en Washington con una corta escala en el aeropuerto de Heathrow para informar a sir Alex Doglas-Home. Desde el avión había enviado mensajes a los más importantes líderes árabes y a varios de nuestros aliados de la NATO. Resumí para cada uno los hechos de nuestras diversas paradas realizadas desde que abandonamos Egipto. Assad y Hussein, estaban especialmente interesados, en las reacciones israelíes a sus propuestas. Le dije a Hussein que había transmitido su *interés en establecer un grupo de trabajo jordano-israelí en el marco de Ginebra* y que también les *había dejado saber que yo quería profundizar este tema con ellos con más detalle hacia el fin de la semana*. A Assad le escribí lo siguiente:

Mientras estaba en Israel en camino de vuelta a Washington el domingo por la noche, transmití su propuesta sobre la separación de fuerzas al gobierno israelí. Los israelíes me informaron que trabajarían sobre la respuesta. En cuanto tenga noticias de ellos, me volveré a comunicar con usted.

No era mucho, pero nos mantenía en contacto y ayudaba a disminuir la presión sobre Sadat.

Me encontré con un Nixon encantado; en las últimas semanas poco había que lo pudiera poner contento. Estaba enormemente orgulloso de que en la mitad de una crisis administrativa casera su equipo había logrado realizar un rol tan decisivo en obtener la paz para el Medio Oriente. Le dio a los líderes del Congreso un informe incisivo, la obsesión de ellos consistía en *descubrir algún compromiso secreto*: como si la intervención norteamericana fuera el resultado de algún documento secreto, no por obra de realidades estratégicas, y como si nuestro fracaso en comprometernos más no hubiera tenido consecuencias mucho más serias. Elevados por el clamor público tan repartido, los líderes del Congreso abandonaron casi por completo el agrio tono de las discusiones de Watergate con el presidente, aun cuando irónicamente no pudieron lograr de sí mismos —con excepción de J. William Fulbright— expresar una aprobación incondicional tan buscada por Nixon y según mi punto de vista, tan merecida.

Al día siguiente, el 22 de enero, mantuve una conferencia de prensa sobre terreno conocido: los términos del acuerdo, las garantías intercambiadas por ambas partes. Una vez más tuve que afrontar el asunto del compromiso "secreto" norteamericano. Una parte significativa de mi conferencia de prensa se relacionó con el asunto del joven suboficial de mi oficina bajo cuya sombra empezó el viaje. Yo no había tenido tiempo de estudiar las alternativas del caso o de prepararme para el inquisitivo ataque de la prensa, ahora ya bien entrenada con Watergate. ¿Sabía que se estaba cumpliendo una investiga-

ción por las infidencias del caso Anderson? ¿Estaba yo al tanto de la investigación llevada a cabo por David Young a su vez uno de "los plomeros" y asistente mío? El sentido de las preguntas empezó a manifestarse. La insinuación era que si yo sabía mucho, debía necesariamente estar implicado en las actividades de los "plomeros": lo que uno era consecuencia de lo otro. Hubo otras preguntas similares. No eran verdaderamente maliciosas; pero el hacerlas era lo que las señalaba como perniciosas. Lo que demostraban era la angostura de la cornisa por la cual caminábamos todos. La autoridad se hallaba visiblemente minada, ningún éxito podía a la larga dar vuelta el asunto; estaba en una posición muy pobre como para soportar prolongadas crisis internacionales.

Pero esto no era más que confirmar lo ya sabido. Norteamérica en el invierno 1973-74 no era un lugar muy feliz. Estaba plagada de sospechas, amargura y cinismo. Se había desarrollado un gusto por las revelaciones sensacionales, algunas desgraciadamente injustificadas, otras eran seguidas sólo porque sí. Y no era difícil de entender porque esto era así. La confianza es una comodidad muy preciada. Una vez perdida, debe volver a crecer orgánicamente; no puede ser simplemente restaurada por un acto de la voluntad o por exigencias de la seguridad nacional.

Y sin embargo si habíamos sabido construir bien, el curso de los acontecimientos demostraría que habíamos logrado comenzar una nueva etapa en el Medio Oriente. Con suerte, un proceso de pacificación había empezado que comenzaría a moverse desafiando todos los obstáculos. Algo de este período tan triste sería recordado con orgullo. Podíamos no ser los líderes que habían firmado la paz final; pero nuestra satisfacción radicaba en el hecho de que algún día, se podía decir que en verdad, todo empezó aquí.

Capítulo XIX

LA CRISIS ENERGETICA

LOS AÑOS DE COMPLACENCIA

Regresé a Washington exultante pero pocas son las crisis que se prestan a revoluciones drásticas. Por lo general los cambios se presentan bajo el disfraz de trivialidades, no como una catarsis sino como una serie de decisiones técnicas. Así sucedió con la crisis energética, que ahora nos reclamaba.

Comenzó en forma bastante dramática en 1973, y alteró irrevocablemente al mundo en su crecimiento desde el período de posguerra. El aparentemente inexorable aumento de la prosperidad se revirtió abruptamente. En forma simultánea, la inflación se propagó con la rapidez del fuego en un bosque a través de los países industrializados, y la recesión dejó como saldo a millones de desocupados. Los países más pobres, que carecían de petróleo, cayeron en una depresión profunda y en una deuda irreversible, mientras que los productores petroleros de repente se encontraron con más dinero del que eran capaces de gastar. Sus amplios y móviles balances de efectivo hicieron estragos en las monedas, a medida que los movían de capital en capital por motivos económicos o políticos. Aún más importante que la revolución económica fue la aparición del petróleo como un arma de chantaje político. Las democracias industrializadas comprobaron que se les imponía no sólo un cataclismo económico, sino además cambios fundamentales en su cohesión social y en su vida política.

Pero quedó demostrado que los remedios serían largos; los efectos de esas convulsiones continúan hasta el día de hoy. Nuestro sistema económico todavía no se ha recuperado; las consecuencias políticas y sociales aún se notan.

¿Cómo fue posible que una transformación de naturaleza tan profunda y duradera cayera sobre nosotros de manera tan repentina? Retrospectivamente este fenómeno es mucho más fácil de comprender, porque las simientes y las señales del dramático cambio ya se encontraban allí. La revolución petrolera tuvo el mismo contorno que muchas otras revoluciones históricas. Son inevitables, pero su inevitabilidad resulta obvia solamente después que se producen. A muchos historiadores les es casi imposible comprender que, antes de las grandes revoluciones de la historia, muchas veces nadie percibe siquiera que está a punto de producirse un cambio. Arrulladas por una ilusión de permanencia, las víctimas en ciernes tratan de fugaces aberraciones a las advertencias que la posteridad ahora considera tan evidentes. Y por lo tanto, los diques que podrían haber sido reforzados para contener la fuerza del agua fueron desatendidos hasta hacer una repentina explosión, y los torrentes ahogan a aquellos que nunca sospecharon el peligro.

Richard Nixon accedió al poder en un mundo financiero que consideraba como cosa natural el petróleo barato, y donde la capacidad de producción excesiva constituía el

principal problema económico. En todo caso si en algo nos preocupaba la dimensión política, era respecto a la forma de satisfacer a los insistentes países productores de petróleo que competían para acceder a nuestros mercados, ofreciéndonos a cambio beneficios en la política exterior. A fines de la década del 60, los Estados Unidos importaban solamente alrededor del 20% de sus necesidades petroleras. Nos tranquilizaba la presunción de que poseíamos una gran cantidad de reservas internas aún no explotadas. Los nuevos descubrimientos realizados en la ladera norte de Alaska nos prometían vastos suministros. Poseíamos esquistos de petróleo en abundancia, que pensábamos podrían ser explotados con rapidez en el caso de que la escasez hiciera subir los precios (*). La llamada comisión de ferrocarril Texas, que decidía el nivel de la producción norteamericana, redujo las extracciones bien por debajo de su capacidad, a fin de mantener un precio interno de 3,30 dólares por barril —más de un dólar por barril por encima del precio mundial— para alentar las explotaciones y perforaciones internas del país. La importación de petróleo se encontraba regulada a través de un sistema establecido por el presidente Eisenhower en 1959, que establecía cuotas estrictas de importación.

De esta manera, los Estados Unidos ejercían una influencia decisiva sobre el precio del petróleo en el mundo. Si el precio del petróleo extranjero subía más allá de lo que a nosotros nos parecía conveniente, estábamos en condiciones de incrementar nuestra producción, restringir nuestras importaciones, y forzar a nuestros abastecedores extranjeros a caer en los mercados mundiales. O si queríamos realmente llevar las cosas al extremo podíamos producir más petróleo norteamericano y venderlo en el extranjero. Por lo tanto los productores petroleros de Medio Oriente eran incentivados a mantener bajo el nivel de precios. La Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), formada en 1960 (**), no se consideró una amenaza seria. La sabiduría convencional afirmaba que los productores de petróleo no tenían posibilidad de subir los precios mediante una restricción en la producción, porque necesariamente esa restricción tendría que ser tan aguda que los llevaría a la bancarrota antes de afectar a las democracias industrializadas. El fiasco del embargo petrolero de Arabia de 1967, que se desmoronó frente a la producción ininterrumpida de Irán, la producción cada vez mayor de Estados Unidos y otros países del hemisferio occidental, parecía confirmar esa postura.

Nada estaba más lejos de los pensamientos de Nixon que una crisis energética cuando el 25 de marzo de 1969 creó un Grupo de Tareas del Gabinete para controlar la importación de petróleo y revisar el sistema de cuotas. Este grupo (Task Force) estaba presidido por el secretario de Trabajo, George P. Schultz, e incluía a los secretarios de Estado, de Defensa, Tesorería, Interior y Comercio, al director de la Oficina de Preparativos de Emergencia, y a otros funcionarios en calidad de observadores. La responsabilidad de la Casa Blanca estaba representada por el ayudante del presidente, Peter M. Flanigan, un experto financiero. Mi oficina no tenía ningún rol operativo; en todo caso mantenía un papel de observador por cualquier aspecto importante de Seguridad Nacional que pudiera surgir; cosa que se consideraba una contingencia muy poco probable.

El Grupo de Tareas deliberó durante una semana, tomó diez mil páginas de testimonios, y en febrero de 1970 presentó un informe de cuatrocientas páginas cuya principal recomendación consistía en reemplazar las cuotas de importación por un sistema de tarifas. Los productores extranjeros serían libres de competir en nuestros mercados, sujetos sólo a los impuestos de importación. Al permitir que el mercado operara, el efecto del sistema de tarifas significaría presionar hacia abajo el precio interno del petróleo; el gobierno se liberaría del problema de distribuir las importaciones. Pero las tarifas

(*) Cuando el precio del petróleo estaba en tres dólares por barril, se pensó que el petróleo de esquisto sería económico a cinco dólares. Permaneció por encima del precio mundial durante la mayor parte de ese período.

(**) La OPEP estaba formada por Arabia Saudita, Irak, Kuwait, Irán, Venezuela, Argelia, Libia, Qatar, los emiratos Arabes Unidos, Nigeria, Gabón, Indonesia y Ecuador.

siempre podrían ser aumentadas si las importaciones comenzaban a ser excesivas; el nivel de nuestras importaciones era tratado esencialmente como una decisión interna norteamericana con respecto a la cual mostrábamos una gran flexibilidad.

Los *nunca-jamás* de los hacedores de la política nacional de 1970 quedan demostrados por los cálculos estimativos del informe, del que se desprendía que aun a los precios corrientes, para 1980 los Estados Unidos sólo estarían importando un 27% de sus necesidades petroleras, y que no se vislumbraba un aumento sustancial en el precio mundial a lo largo de la década siguiente (1). (De hecho, para fines de 1970 importábamos casi el 50% de nuestro petróleo y el precio mundial había aumentado más de diez veces.) En lo referente a seguridad nacional, la misión del Grupo de Tareas consistía en insistir que se diera preferencia al petróleo del hemisferio occidental, a fin de que la dependencia del abastecimiento del Medio Oriente pudiera ser limitada a un 10% de nuestras importaciones totales. (Para 1979 había subido a más de 40%.)

Las agencias internas de nuestro gobierno, que tenían la responsabilidad de nuestra política petrolera, se opusieron a más competencia extranjera. Los secretarios del Interior y de Comercio, y el presidente de la Comisión Federal de Energía, firmaron un informe en minoría en el que declaraban que el programa de tarifas propuesto reduciría el precio interno del petróleo hasta alrededor de 2,50 dólares por barril, minaría los incentivos de la producción interna, y por lo tanto crearía una indebida dependencia en el petróleo importado en el término de diez años. (La minoría también rechazó la idea del almacenaje de emergencia, declarando que no era *económicamente sensato*.) Resultó que Nixon —por motivos políticos— se plegó a la minoría y mantuvo el sistema de cuotas de importación, optando por lo tanto por menores importaciones y precios levemente más altos. Con ciertos reajustes, el sistema de cuotas continuó en vigencia durante tres años más, entre debates que en esta época parecen tan antiguos como el dinosaurio.

Mi oficina no participó en esos debates. No fui consultado y ni siquiera informado acerca de las decisiones claves. No sugiero que estas decisiones hubieran sido mejores en el caso de que yo estuviera involucrado; no era un experto en la materia. Menciono el asunto sólo para demostrar hasta qué punto se consideraba que la energía era un tema interno y no de política exterior. Las discusiones políticas acerca del petróleo que se realizaron durante esos primeros años de la presidencia de Nixon se referían a la distribución *dentro* del techo de importación norteamericana. Eran los productores y no los consumidores los que aparecían como suplicantes, y los países del OPEP luchaban por obtener una posición favorable dentro de nuestro mercado. Un tema que venía al caso era el de nuestras relaciones con Irán. Más adelante algunas veces se ha afirmado que la política de la administración Nixon hacia el sha estuvo influenciada por nuestro deseo de aumentar sus ingresos a fin de que pudiera comprar una cuota adicional de armamentos. Eso significa tergiversar la verdad. La perenne queja del sha era que no compráramos suficiente petróleo de Irán. Cuando visitó Washington para asistir al funeral del presidente Eisenhower en marzo de 1969, yo le hice una visita de cortesía en la embajada de su país. El sha aprovechó la ocasión para ofrecerse a ayudarnos a establecer un almacenamiento de petróleo llenando nuestros domos salíferos, a fin de protegernos así contra cualquier interrupción de los suministros en caso de una guerra total. A este fin nos vendería un millón de barriles diarios durante diez años, al precio increíblemente bajo de un dólar por barril.

Yo hice llegar la sugerencia del sha a nuestros expertos gubernamentales en petróleo, quienes la rechazaron de plano. Un incremento en la cuota del Irán sólo era posible a expensas de Arabia Saudita y otros países amigos del Golfo Pérsico. También existía el problema insuperable de que el gobierno de los Estados Unidos no se dedicaba al negocio de la compra de petróleo, salvo para necesidades militares, muchas de las cuales eran abastecidas por Arabia Saudita. El resto era adquirido por compañías privadas; una

fuerte presión gubernamental los hubiera obligado a alejarse de sus abastecedores habituales. Las compañías tendrían que haber reducido sus compras en alguna otra parte para satisfacer al sha; a menos que estuviéramos preparados a arriesgarnos a una caída en los precios al agregar las importaciones de Irán a las cuotas ya existentes. Yo fui el elegido para transmitir las malas noticias a Su Majestad Imperial. (Cuando más tarde los precios del petróleo subieron en picada y la demanda creció hasta un punto aparentemente ilimitado, el sha, a pesar de su fama de gobernante secular, debe haber agradecido a la Providencia nuestra negativa a aceptar un convenio tan increíblemente ventajoso para nosotros.)

En octubre de 1969 el sha volvió a los Estados Unidos, esta vez en visita oficial, y habló directamente con Nixon del tema de las compras de petróleo por parte de Norteamérica. El sha consideraba que tenía un déficit de 155 millones de dólares en su programa de desarrollo; una suma que los productores de petróleo hoy en día considerarían una miseria. Nixon prometió que haría lo posible por aumentar las compras a su país. Este acontecimiento simplemente sirvió para enseñarle a Nixon lo inexistente que era la influencia del presidente de los Estados Unidos en los que se refería a asignaciones de importación de petróleo. Mientras el gobierno de Estados Unidos fijaba las cuotas de importación, las decisiones básicas referentes al lugar en que sería comprado y producido eran tomadas por un consorcio de las siete compañías petroleras más importantes: las llamadas mayores. La cuota establecía un techo, pero no era necesario que realmente se alcanzara ese techo; para las ventas en sí, cada país tenía que tratar con las compañías petroleras mayores.

Estas empresas operaban bajo concesiones en los distintos países productores, eran dueñas de los servicios públicos de producción así como de las refinerías, y pagaban una suma convenida por barril a los países en que se encontraban instaladas. Estas compañías mayores —y no los gobiernos— eran quienes tomaban las decisiones básicas acerca de precios, producción y comercialización. Ya les había dado bastante trabajo encontrar una nueva cuota del mercado para Libia, donde el petróleo se descubrió a fines de la década del cincuenta, sin complicar aún más sus problemas con un incremento de la cuota de Irán (*). Cuando le fue presentado el pedido a Nixon, los socios norteamericanos del consorcio se negaron a cooperar y ni siquiera se mostraron dispuestos a trasladar a Irán parte de las compras del Departamento de Defensa, debido a que la cuota norteamericana de la producción de Irán era mucho más pequeña que, por ejemplo, la de Arabia Saudita. Como me señaló Flanigan en un memorándum fechado el 10 de enero de 1970, *en el caso de que adquiriéramos el petróleo de Irán, una parte importante de las ganancias de esas compras irían a compañías no norteamericanas*. El 30 de julio de 1970 —nueve meses después de haberle prometido que lo ayudaría en el tema de las compras de petróleo— Nixon se vio obligado a escribir al sha declarando que no podía cumplir su promesa.

Nada ilustra mejor las malas interpretaciones que pueden preceder a un gran cataclismo. Tanto las democracias industriales como las compañías y los países productores estaban cegados por un calidoscopio de ilusiones: la supuesta capacidad excedente de los Estados Unidos, el temor de una inundación de petróleo que podía conducir a una ruptura masiva en los precios, la aparente ansiedad de los distintos países productores por

(*) El dilema en que se encontraban ha sido descrito por un erudito norteamericano:

A medida que la producción total de Libia continuaba creciendo, comenzaron a preocuparse por ignorar si los países del Golfo Pérsico tolerarían las necesarias reducciones compensatorias en su producción total y en sus ingresos. Y dado que la producción de las compañías mayores en Medio Oriente era alrededor de 20 veces mayor que su producción total en Libia, lo que arriesgaban perder en esa primera zona era mucho más que cualquier ganancia que pudieran obtener en la última. Sin embargo, si detenían la producción de Libia, las concesiones de ese país probablemente serían entregadas a compañías independientes, quienes sólo aumentarían el volumen de producción incontrolada. . (2)

incrementar su producción y la suposición de que los productores individuales siempre estarían dispuestos a bajar sus precios para aumentar sus ganancias a expensas del resto; nociones todas que eran exactamente opuestas a la realidad que gradualmente iba surgiendo. El impacto total de esta realidad fue poco claro durante un tiempo, porque las compañías petroleras habían fijado en forma efectiva todas sus decisiones sobre precios y comercialización por más de una generación; por hábito, el gobierno de los Estados Unidos era reacio a interferir en las operaciones de un mercado que parecía eficiente y en consonancia con nuestros intereses a largo alcance.

LA TORMENTA SE AVECINA: 1970-1973

Al iniciarse la nueva década, todo esto comenzó a cambiar. Las condiciones mundiales de abastecimiento y demanda se volcaron inexorablemente contra los consumidores. La demanda crecía, sobre todo en los Estados Unidos. Muy pronto ya no tuvimos excedentes. A principios de 1972, la comisión del Ferrocarril Texas anuló por primera vez todas las restricciones de producción norteamericana; y para el fin de ese año los Estados Unidos estaban produciendo petróleo al máximo de su capacidad, sin más margen de expansión discrecional. Fue un irrevocable giro de los acontecimientos. La demanda interna y mundial continuó creciendo, mientras la economía global se encaminaba hacia el fin de su tercera década de prosperidad casi ininterrumpida. Para Norteamérica la importación de petróleo, de ser una conveniencia, se convirtió en una necesidad: en 1947, los Estados Unidos importaban el 8,1% de petróleo para su consumo interno; en 1973, el 36,1% (3). Sin poder ya reducir el nivel del precio mundial alentando nuestra propia producción, y sin siquiera poder protegernos contra cortes en los abastecimientos, perdimos poder con rapidez. El equilibrio de poder de la energía se desplazaba del Golfo de Texas al Golfo Pérsico. Los productores de la OPEP se estaban ubicando en el asiento del conductor. Sólo era una cuestión de tiempo; empezarán a aprovecharse de sus ventajas.

Las dimensiones del cambio no fueron inmediatamente visibles. Dado que durante un tiempo más los precios se siguieron estableciendo a través de negociaciones entre las compañías petroleras privadas y los países que las albergaban, persistió la ilusión de que uno observaba regateos comerciales y no un cataclismo revolucionario. Y debido a esos síntomas, los aumentos de precios de principios de 1970 fueron extremadamente modestos; no parecían involucrar una cuestión de política económica interna y mucho menos un asunto de seguridad nacional.

La causa inmediata la constituyó el derrocamiento, en septiembre de 1969, del rey prooccidental Idris, de Libia, por parte del coronel radical Muammar Khaddafy. (Debe destacarse que la explosión de precios no fue una decisión personal; de una manera o de otra, las condiciones del mercado la habrían producido, aunque quizás a lo largo de un período de tiempo mayor.) Hasta ese momento el papel dominante entre los países productores de petróleo era desempeñado esencialmente por gobiernos conservadores, cuyo interés en aumentar sus ganancias petroleras se encontraba balanceado por su dependencia de las democracias industriales para que los protegieran contra amenazas externas (y quizás hasta internas).

Khaddafy se encontraba libre de tales inhibiciones. En su papel de radical confeso se lanzó a extirpar la influencia occidental. No le importaba que el proceso debilitara la economía mundial. El nivel activo de nuestro gobierno, especialmente en el Departamento de Estado, operaba basado en el punto de vista romántico de que el radicalismo del Tercer Mundo era en realidad un frustrado liberalismo occidental. Estaban convencidos de que los líderes del Tercer Mundo se habían convertido en extremistas. Porque Occidente respaldaba a los regímenes conservadores, porque no comprendíamos sus aspiraciones reformistas, porque vivían en medio de un atraso social y ansiaban un

cambio (4); por cualquier motivo en realidad, menos el más probable: el compromiso ideológico con las doctrinas implacablemente antioccidentales que declaraban.

Por motivos que ya he explicado anteriormente, durante el primer período de la presidencia de Nixon no desempeñé un papel activo en la política del Medio Oriente. En el WSAG se produjeron esporádicas conversaciones acerca de la actitud a tomar frente al nuevo régimen libio. En una reunión del 24 de noviembre de 1969 pregunté si convendría que el Comité 40 (*) examinara la posibilidad de una acción secreta. Se preparó un estudio de puntos de presión económica y política que se podían ejercer sobre Libia; pero las agencias no se mostraron demasiado favorables a este rumbo de acción. Todas las opciones que involucraban medidas activas fueron rechazadas, llevándome a exclamar que estaba en desacuerdo con presentarle al presidente un informe que sólo nos llevaba a la conclusión de que no podíamos hacer nada al respecto. Mi renuencia no modificó un consenso que apoyaba precisamente esos principios. De acuerdo al punto de vista predominante, el peligro real de radicalización residía en nuestra *oposición* a Khaddafy. Se alegó que la inmensa base aérea Wheelus —que Khaddafy nos solicitaba que evacuáramos— era de importancia poco significativa. Se afirmó que protegeríamos mejor nuestros intereses petroleros separándolos de asuntos militares. El informe conjunto de las agencias, preparado para la reunión de la WSAG, advertía que los abastecimientos energéticos sólo peligraban si nosotros antagonizábamos de alguna manera el nuevo régimen revolucionario de Libia:

No percibimos ninguna amenaza inmediata para esos intereses (petroleros), aunque tal podría ser el resultado en el caso de que el régimen fuese amenazado, o se tornara cada vez más inestable, o si se produjera una verdadera confrontación sobre Wheelus, o la eventualidad de renovadas hostilidades en Medio Oriente.

De acuerdo al consenso burocrático, nuestra única opción necesariamente consistía en tratar de llevarnos bien con Khaddafy:

Nuestra estrategia actual reside en tratar de establecer relaciones satisfactorias con el nuevo régimen. El regreso a nuestro balance de pagos y la seguridad de las inversiones petroleras de los Estados Unidos son considerados nuestro interés primordial. Pretendemos retener nuestras bases militares, pero no a expensas de una amenaza a nuestras ganancias económicas. También deseamos proteger la dependencia de Europa en el petróleo libio; tanto desde el punto de vista de la calidad como de la ubicación geográfica, éste es literalmente el único petróleo *irreemplazable* del mundo.

Mientras Norteamérica se decidía por la pasividad, Europa occidental elegía activamente una política servil para ganar el favor del dirigente radical de Libia. Europa, por supuesto, dependía mucho más del petróleo importado, gran parte del cual era libio. En 1950, el 75% de las necesidades energéticas europeas se resolvían por medio del carbón. Pero para 1970 la confianza en un abastecimiento petrolero abundante, permanente y barato, respaldado por incentivos gubernamentales, había producido una dependencia del 60% en el petróleo: casi todo fruto de la importación. Y el 25% de los requerimientos energéticos de Europa era abastecido por Libia. El resultado fue que dentro de los cuatro meses de la ascensión al poder de Khaddafy, Francia había negociado la venta de cien modernos aviones jet a Libia. Francia alivió su conciencia con una promesa libia inherentemente absurda, y cuyo cumplimiento era imposible exigir, de que los aviones no

(*) Ver página 320.

serían transferidos a los Estados limítrofes de Israel. Dado que Libia tenía escasos pilotos entrenados para manejar este tipo de aviones, el único propósito posible era hacer llegar esos aviones, de una u otra manera, a sus Estados árabes hermanos. Otros países europeos siguieron idéntica política conciliatoria; se desarrolló una relación especialmente amistosa entre Libia y la República Federal alemana.

Como sucede muchas veces, algunas decisiones que parecían prudentes y moderadas en el momento de ser tomadas, son juzgadas de temerarias por la posteridad. En aras de una prudencia económica a corto plazo, Occidente aceptó la revolución de Khaddafy y esto, en vista de los resultados posteriores, necesariamente tuvo que afectar también las relaciones políticas de Occidente con los productores de petróleo conservadores. Libia enseñó a esos gobernantes una fatídica lección: las democracias occidentales no protegerían a los gobiernos amigos en tanto sus sucesores radicales, declaradamente hostiles, no amenazarán el acceso de las democracias al petróleo. Por lo tanto, no tenía sentido intentar comprar la buena voluntad de Occidente mediante restricciones en los precios del petróleo o por medio de cualquier otra medida. Durante un año o dos, no surgió la ocasión de aplicar este discernimiento. Pero a medida que se modificaban las condiciones del mercado, afectó sutilmente las actitudes hasta de los gobiernos moderados.

De este modo, así como las condiciones del mercado transformaban el equilibrio económico, también se desplazó el equilibrio político. Libia radicalizada desencadenó entonces un proceso por el cual los gobiernos de los países productores de petróleo gradualmente descubrieron y comenzaron a ejercitar su poder de dominio sobre el mercado petrolero mundial. Hubo tres etapas discernibles en la revolución que estaba a punto de producirse: primero, un lento aumento de precios; después, los gobiernos de los países productores de petróleo fueron apoderándose gradualmente y *de facto* de la propiedad y el control operacional de las compañías petroleras; y por fin, la capacidad resultante de que los gobiernos de los países productores pudieran unir las ventas de petróleo a condiciones políticas, especialmente en el conflicto árabe-israelí.

A principios de 1970, Libia exigió mayores impuestos sobre el petróleo de las compañías que operaban en su suelo. El gobierno poseía una ventaja negociadora en el hecho de que las compañías mayores no poseían sobre la producción libia el dominio absoluto del que gozaban en el Golfo Pérsico. Debido a la entrada relativamente tardía de Libia en las filas de los países productores de petróleo, y dado que las compañías mayores se mostraban reacias a desplazar las compras que realizaban a sus abastecedores tradicionales, los *independientes* llegaron a asumir una preeminencia especial dentro de Libia. Y eran mucho más vulnerables que sus competidores más importantes. Ellos no podían sustituir el aumento de producción en el Golfo Pérsico con cortes en la producción del petróleo libio, o hacerse fuertes contra las amenazas libias de cerrar sus empresas. El 29 de enero de 1970 el asunto llegó a su punto crítico cuando el gobierno de Libia exigió un aumento de 40 centavos por barril —o sea un 20%— en el precio de su petróleo. A pesar de ser un aumento pequeño en comparación con los sufridos posteriormente por el precio del petróleo, éste representaba el salto más importante en la historia de las negociaciones petroleras. En un principio las compañías se resistieron a aceptar la medida y los libios, por consiguiente, se valieron de métodos de intimidación sin precedentes.

Libia atacó el eslabón más vulnerable de la cadena, la compañía independiente Occidental Petroleum, y le impuso cortes de producción que eran más severos que los de sus competidores. El 12 de junio de 1970 la producción de la Occidental fue reducida de 800.000 a 500.000 barriles diarios, y el 19 de agosto sufrió un nuevo corte a 440.000 barriles, suprimiendo así en un 45% la producción total de la compañía. Era la primera vez que un país productor implementaba lo que en definitiva significaba un embargo. A su turno, las compañías mayores demostraron su estrechez de miras al permitir que un competidor incómodo se retorciera lenta, muy lentamente, en el viento —para utilizar

una frase que se puso de moda más adelante—, rechazando todas las medidas de apoyo para compensar a la Occidental por los costos del corte de producción. Aislada y vulnerable, la Occidental cedió al chantaje de Libia el 4 de septiembre de 1970, accediendo a un inmediato incremento de 30 centavos por barril, que se elevaría a 40 centavos en el lapso de cinco años. Las demás compañías muy pronto siguieron la misma política (5).

En ese momento el impacto económico de esos convenios era menos significativo que las implicaciones políticas de los mismos. Hasta entonces, las compañías petroleras, negociando como una unidad, habían impuesto un precio unificado. Ahora ese frente unido de las empresas había sido roto, destrozando uno de los paragolpes existentes entre los países productores y consumidores. Esto inició un sistema de *salto de rana* entre los abastecedores del Mediterráneo y los del Golfo Pérsico. Libia justificó sus mayores precios basándose en que los costos de transporte desde ese país eran más reducidos que los del Golfo, en que su petróleo era de superior calidad y en que ellos trataban con compañías independientes. Los productores del Golfo Pérsico no aceptaron una teoría que proporcionaba ganancias mayores a un competidor e insistieron en percibir aumentos similares. En cuanto impusieron su punto de vista, Libia invocaría la pérdida de su prima para presentar nuevas exigencias, desencadenando pedidos adicionales en el Golfo Pérsico y recomenzando una vez más el ciclo. No se vislumbraba verdaderamente la posibilidad de que esta puja pudiera llegar a detenerse; la estructura del mercado internacional del petróleo de una generación se desmoronaba.

Era una clara advertencia de que algo andaba mal, pero no se la percibió como tal. Los aumentos de precios, aunque sustanciales en términos de porcentajes, comenzaron desde una base muy baja. El precio siguió estando por debajo de los tres dólares el barril, que todavía era inferior al precio interno norteamericano. Los aumentos no parecieron afectar la premisa básica de petróleo barato y abundante en que se basaban las economías de las democracias industriales. Y por lo tanto los gobiernos occidentales se mantuvieron ajenos a las negociaciones de salto de rana entre los gobiernos productores y las compañías petroleras. Cuando, durante su viaje a través de Europa, Nixon se detuvo en Chequers el 3 de octubre de 1970, el secretario de Relaciones Exteriores británico, sir Alec Douglas-Home, informó al secretario de Estado William Rogers que las compañías británicas en Libia habían sido instruidas para que se guiaran por su *criterio comercial*: en otras palabras, ya que los intereses de seguridad no se encontraban en juego, se les permitiría actuar de acuerdo a su propio arbitrio.

En diciembre de 1970 la OPEP, emulando el precedente libio, se reunió en una convención en Caracas y solicitó formalmente que se realizaran nuevas negociaciones entre las compañías mayores y todas las naciones exportadoras de petróleo. En realidad, los productores comenzaban a controlar en su totalidad su propio petróleo. Las compañías salieron de su letargo demasiado tarde. En enero de 1971 llegaron a un acuerdo en el que habían fracasado anteriormente cuatro veces: negociar en forma conjunta y resistir el chantaje selectivo compartiendo entre ellas el petróleo. Irónicamente, para impedir las tácticas de salto de rana, también exigieron que la OPEP negociara como una unidad. Con el tiempo, la OPEP aceptó la propuesta y la utilizó como venganza: falsificó un eficaz monopolio dispuesto a reducir su producción en una maniobra contraria a la práctica histórica de casi todos sus integrantes.

Por fin, el gobierno de los Estados Unidos comenzó a interesarse. Lo hizo urgido por las compañías petroleras, que siguieron su antigua costumbre de pedir ayuda sólo a último momento, y entonces solamente *ad hoc*, no para trazar una estrategia a largo plazo que temían los conduciría al control gubernamental. Solicitaron, y recibieron, una dispensa por parte del Departamento de Justicia para que un frente unido de las empresas no fuese considerado violatorio de las leyes antimonopólicas. En respuesta al pedido urgente de las compañías, el subsecretario de Estado, John N. Irwin II, fue enviado al Medio Oriente

el 16 de enero de 1971 para aconsejar moderación a las naciones productoras de petróleo.

Desgraciadamente, a nuestro gobierno le hubiera resultado difícil definir exactamente lo que quería significar con la palabra *moderación*. La necesidad táctica de enfrentar los límites impuestos por la OPEP para nuevas negociaciones oscureció la necesidad de un examen más fundamental. El 14 de enero, C. Fred Bergsten y Harold Saunders, hábiles funcionarios de mi equipo, después de verificar las veloces negociaciones de las compañías, recomendaron un estudio más serio acerca de las ventajas y desventajas que ofrecía el hecho de que el gobierno de los Estados Unidos estuviese involucrado en el asunto. Presentaron varios argumentos en favor de la conveniencia de mantenerse al margen en la disputa entre los productores y las compañías: el aumento del precio de la energía afectaría principalmente a Europa y Japón y probablemente mejoraría la posición competitiva de Norteamérica. Sustentar una confrontación nos exigiría estar preparados para racionar el petróleo de consumo interno a fin de apoyar a las economías europeas: una empresa difícil en un país agobiado por Vietnam. A fin de mejorar su posición negociadora con los productores de petróleo, las compañías petroleras podían llegar a presionar al gobierno para que interviniera en el conflicto árabe-israelí, lo cual era contrario a nuestra estrategia de demostrar los límites de la influencia soviética. También se sugirió que la confrontación podría debilitar las relaciones de Norteamérica con el mundo árabe.

Mi equipo también presentó argumentos a favor de un compromiso más profundo por parte del gobierno, y la necesidad de cortar un ciclo de exigencias cada vez mayores de los productores que ya proyectaban su sombra en el campo político, no fue el menor de ellos. También existía el peligro de los cortes de abastecimiento, que afectarían gravemente nuestra propia seguridad así como la de nuestros aliados. Aunque yo me inclinaba por los argumentos que aconsejaban un papel más activo por parte del gobierno, llegué a la conclusión de que no estaba en condiciones de recomendar el camino a seguir. Por lo tanto elegí la antigua y honorable táctica con que los funcionarios evitan comprometerse: el 15 de enero de 1971 ordené un estudio acerca de las implicaciones de seguridad nacional de este problema.

Mucho antes de que el estudio estuviese terminado triunfaron los argumentos de la no intervención, siguiendo la ya largamente establecida política nacional. Por lo general el gobierno de los Estados Unidos no intervenía en disputas comerciales. Nos haríamos presentes para resistir la expropiación de compañías norteamericanas en los casos en que no hubiera una compensación justa; por lo que yo sabía, nunca habíamos intervenido en negociaciones de precios.

El 18 de enero, mientras Irwin estaba en Medio Oriente, envié a Nixon un memorándum (cuyo borrador redacté con la ayuda de Bergsten y Saunders), sintetizando el estado de las negociaciones entre la OPEP y las compañías petroleras. Allí argumentaba que, si íbamos a alentar a las compañías para que enfrentaran a los productores, era necesario tener bien en claro la respuesta a seis preguntas:

¿Seguirán unidas las compañías para mantenerse firmes frente a las exigencias libias? . . . ¿Se mantendrá firme Libia en sus exigencias extremas y detendrá el flujo del petróleo del país si éstas no son aceptadas? . . . ¿En ese caso, el resto de los países árabes seguirán unidos a Libia y cortarán también su producción? . . . ¿Entrarán en pánico los gobiernos europeos ante la escasez potencial, e intentarán llevar a cabo sus propios acuerdos de gobierno a gobierno con Libia, prescindiendo de las compañías? . . . ¿O unirán fuerzas los europeos para resistir firmemente a los árabes? . . . ¿Y si así fuera racionaríamos nosotros entonces el petróleo de consumo interno para ayudar a los europeos a enfrentar a los árabes y/o presionar a Israel para que se libere políticamente de los árabes?

Mi memorándum finalizaba con la siguiente advertencia: *Sin embargo, hasta ahora toda la actividad es completamente táctica y se basa en reacciones. Por lo tanto he solicitado un rápido estudio de nuestros objetivos básicos en la situación y un análisis del papel que debemos de desempeñar para tratar de ayudar a resolver el problema.*

Antes de que estos interrogantes pudieran ser respondidos o que los estudios fuesen completados, las negociaciones, habían seguido su curso. Irwin inició su viaje después de una conversación entre Nixon y el secretario de Estado William Rogers, en la que yo no participé. No sé si se le impartieron instrucciones específicas; es probable que fueron sumamente generales. En ausencia de una directiva política para forzar una confrontación decisiva, el primer instinto de los negociadores norteamericanos consiste en exponer a sus oponentes nuestra teoría de que una muestra de voluntad mejora el clima general. No fue sorprendente que el 25 de enero Irwin informara con orgullo al presidente que en los tres países visitados (Irán, Arabia Saudita y Kuwait), había manifestado que seguiríamos nuestra tradición de no inmiscuirnos en los detalles de negociaciones comerciales; con lo que limpiamente hizo a un lado el único temor que podría haber moderado las exigencias de los productores: la amenaza de la intervención del gobierno de los Estados Unidos. Si la confrontación iba a ser evitada y nuestro gobierno se negaba a intervenir en los detalles, el resultado era necesariamente que las compañías debían ceder.

En estas circunstancias, los líderes que recibieron a Irwin volvieron los argumentos en su contra. Explicaron que la insistencia de las compañías para que la OPEP negociara en conjunto era una maniobra para poner a los productores unos contra los otros. Argumentaban, contra todas las recientes experiencias, que el camino más efectivo hacia la moderación era que los productores del Golfo Pérsico y los del Mediterráneo negociaran por separado. Dijeron que los productores del Golfo Pérsico querían proceder por su cuenta, porque si formaban parte de la misma delegación que los libios, Khaddafy vetaría sus propuestas. Afirmaron (con bastante exactitud) que el precio real del petróleo había caído durante un período de cinco años —es decir, deduciendo la inflación— mientras que el costo de los bienes que ellos importaban se había elevado.

Se trataba de una táctica negociadora que a lo largo de la década siguiente se refinaría hasta adquirir la forma de un arte: cualquier grupo perteneciente a la OPEP que en ese momento expresara sus pensamientos, le echaba a otro la culpa del precio del petróleo. Existían elaboradas teorías sauditas que hacían recaer la total responsabilidad en el sha, e igualmente complicados argumentos iraníes que probaban que los productores del golfo árabe, principalmente los sauditas, eran las fuerzas que los impulsaban. Uno no podía dejar de preguntarse cómo era posible que un grupo de líderes hubiera producido un resultado tan contrario a sus manifiestas preferencias. La verdad era, por supuesto, que *todos* los productores favorecían el alza de precios; ninguno estaba dispuesto a romper el monopolio. En la práctica apoyaban por unanimidad una estrategia que conduciría a un único resultado: un agudo aumento de precios sostenido a lo largo de una década.

La conclusión de Irwin fue que las compañías tendrían que buscar las condiciones más favorables. En su informe al presidente, declaraba:

Ellos (los países de la OPEP) afirman que están decididos a enfrentar a las compañías petroleras en las negociaciones, aun hasta el punto de reducir o detener la producción. En consecuencia, a pesar de que creo que con mi viaje ganamos un poco de tiempo e impusimos en los tres gobiernos cierta perspectiva de la que anteriormente carecían, no soy en absoluto optimista con respecto a su actitud final, a menos que los negociadores de las compañías logren convencer a los países productores de que negocian con seriedad y dentro de los términos de referencias y tiempo enmarcados en las resoluciones de la reunión de la OPEP de Caracas.

Nuestra política de "no te metás" signó los resultados; las compañías cedieron. Aceptaron negociaciones *separadas pero concurrentes*, una frase elegante que definía su caída en las tácticas de salto de rana de los productores. El resultado de la jugada fue el acuerdo de Teherán del 14 de febrero de 1971, que significó un aumento de alrededor de 40 centavos por barril para el Golfo Pérsico; y el acuerdo de Trípoli del 2 de abril, que de manera nada sorprendente condujo a un precio aún más alto para Libia. Ambos grupos productores convinieron en mantener este nivel de precios durante cinco años; una promesa solemne que debe figurar en los anales del mundo como un record por la escala y rapidez con que fue violada.

Durante algunos meses la estabilidad pareció regresar a los mercados petroleros. En mayo de 1971 el rey Faisal visitó Washington. Aparentemente durante esa visita no se mencionó el tema del petróleo. Los incrementos de precios de Medio Oriente todavía no habían comenzado a ejercer un efecto serio en las economías de las democracias industrializadas, y menos aún en los Estados Unidos. Por lo tanto, el hecho de que el 4 de junio de 1971 el presidente Nixon haya enviado un mensaje al Congreso urgiendo una expansión de fuentes de energía alternativas, constituye una prueba de su instinto para anticipar problemas amenazantes y buscar una forma de modificar los acontecimientos. En su mensaje verbal, Nixon enfatizó con orgullo que *ésta es la primera vez que un presidente envía al Congreso un mensaje de naturaleza comprensiva acerca del problema de la energía*. La preparación de ese mensaje había estado en manos de agencias internas. Yo no participé. No existía una sensación de urgencia, y mucho menos de crisis internacional. La posibilidad de prolongadas interrupciones en el abastecimiento todavía se consideraba inconcebible. El programa de Nixon se refería a un problema de un futuro más o menos distante.

LOS GOBIERNOS DE LA OPEP SE HACEN CARGO DEL CONTROL

En realidad, el futuro ya había llegado. El cambio fundamental producido en las posiciones del regateo fue subrayada por la celeridad y la insistencia con que la OPEP retornó a la palestra. Pocos meses después de los acuerdos de febrero y abril de 1971, que se suponía estabilizarían los precios durante cinco años, una reunión de la OPEP que tuvo lugar en Beirut en setiembre presentó nuevas exigencias. En forma bastante solapada, pidieron compensaciones por la devaluación sufrida por el dólar durante el verano. Esto trajo como resultado otro aumento de casi el 9 % en los precios del petróleo, además de la perspectiva de reajustes trimestrales. Y lo que era más importante, la OPEP presentó una demanda de *participación equitativa* en las compañías. Lo cual significaba una lenta nacionalización y tuvo, por supuesto, el efecto práctico de aumentar aún más las ganancias de los países productores. Las compañías se vieron ante la disyuntiva de aumentar los precios o absorber la declinación de sus ganancias como resultado de la posición parcial de los gobiernos.

Las negociaciones sobre *participación* comenzaron en marzo de 1972 entre las compañías y el equipo de la OPEP encabezado por el sheik Ahmed Zaki Yamani de Arabia Saudita (*). La exigencia inicial de la OPEP fue de un 20%; bajo la fuerte presión de este país, las compañías aceptaron. Los sauditas estaban dispuestos a aceptar un 20% como cifra inicial, pero (igual que los Estados radicales y quizá impulsados por ellos) deseaban llegar a un 51% a lo largo de un período fijo de tiempo. Esta nacionalización galopante reduciría a las compañías petroleras mayores a simples organizaciones de gerencia y

(*) En realidad el frente de la OPEP se reducía a Arabia Saudita y a los Estados más pequeños del Golfo. Irán no participó, afirmando que su estructura petrolera no se prestaba a planes de participación como los que se discutían; Libia siguió un camino diferente lo mismo que hicieron, en distintos grados Irak y Argelia.

comercialización; en esas circunstancias, el precio del petróleo ya no sería negociado sino establecido por los gobiernos de los países productores.

Las negociaciones sobre participación se convirtieron con rapidez en un reflejo de las conversaciones acerca de precio. Cualquier concesión inicial, en lugar de producir un acuerdo, originaba exigencias cada vez mayores. Daba la sensación de que el mercado no proporcionaba el menor techo a las extorsiones de los productores.

En el verano de 1972, las negociaciones entre Yamani y las compañías llegaron a un punto muerto en lo referente a la compensación financiera para las compañías, en medio de las amenazas de la OPEP de tomar medidas unilaterales. Por primera vez, los sauditas se sintieron lo suficientemente fuertes como para requerir la intervención directa del gobierno de los Estados Unidos *contra* las compañías, invocando la amistad de Faisal con Nixon. Las compañías petroleras también apelaron a la Casa Blanca; citaron el principio establecido de ayuda gubernamental en caso de expropiación sin justa compensación. En realidad, el ofrecimiento de compensación de los sauditas subestimaba grandemente el valor de la propiedad.

Dio la casualidad que el príncipe Saud Faisal, en ese momento ministro suplente del petróleo de Arabia Saudita, realizaba una visita a Washington a principios de agosto de 1972. Yo no había participado de las negociaciones pero, a pedido de las compañías, mantuve una larga conversación con él (como lo hicieron, separadamente, Flanigan y funcionarios mayores del Departamento de Estado). A mí me preocupaba más el principio de la expropiación que el nivel de las compensaciones. Corríamos el riesgo de que lo que buscaban los sauditas convirtiera a las compañías norteamericanas en instrumentos de países extranjeros, a la vez que transformaban cada desacuerdo en una confrontación de gobierno a gobierno. En mis conversaciones con Saud, mantuve que mientras estaba en contra de nuestra política intervenir en negociaciones que se referían a compañías privadas, en este caso, la reducida compensación que se ofrecía y el elevado nivel de participación que se buscaba, traían aparejadas el fantasma de la expropiación. Nuestras relaciones con Arabia Saudita no se basaban en consideraciones puramente comerciales. Sin embargo, si los asuntos económicos nos ponían de espaldas a la pared, podían también afectar nuestras relaciones políticas.

Saud, un hombre inteligente y sutil, no pudo haberme escuchado con mayor cortesía y comprensión. Afirmó que Arabia Saudita no buscaba un conflicto con los Estados Unidos. El país haría todo lo posible por llegar a una solución equitativa. Tenía un criterio amplio en lo referente al tema de la compensación. Se mostraría interesado en escuchar nuestros puntos de vista en lo referente al tema de la participación. Para tener una guía, Arabia Saudita agradecería alguna indicación de los términos que el gobierno de los Estados Unidos consideraba justos con respecto a ambos asuntos.

Yo pensé que estábamos bien encaminados y que llegaríamos a una componenda. Pero cuando informé a las compañías acerca de la reacción de Saud, me esperaba una sorpresa. Estas se habían mostrado muy ansiosas de invocar al gobierno de los Estados Unidos para ejercer una presión general. Pero no deseaban que nosotros condujéramos las negociaciones en su nombre; rechazaron mi oferta de presentar, con el aval del gobierno, sugerencias acerca de una compensación o participación justa. Resultaba evidente que se encontraban mucho más interesadas en elevar la compensación que en disminuir la participación saudita. La compensación figuraría en sus balances; el hecho de reducir la participación saudita podía parecer una prueba de que las compañías simplemente demoraban lo inevitable. Es posible que también estuvieran recelosas después de su experiencia con la misión Irwin. No podían estar seguras de que lo que había comenzado como una presión del gobierno a su favor de sus intereses no terminaría dándose vuelta en su contra.

El resultado fue que durante los meses siguientes Arabia Saudita demostró buscar un

acercamiento en el tema de la compensación. A su vez, las compañías aceptaron la participación saudita, que comenzaría por un 25% y se elevaría a un 51% al llegar a 1982. La intercesión del gobierno de los Estados Unidos había mejorado la ganancia financiera inmediata de las compañías. Pero éstas —con total falta de previsión, por lo menos desde el punto de vista nacional— habían cedido en lo que resultó ser un punto clave. Con los países productores convertidos en propietarios del 51 % de las empresas, las compañías llegarían a ser instrumentos de naciones cuyos intereses no necesariamente corrían paralelos con los nuestros.

En tanto los abastecimientos fuesen amplios y los costos relativamente bajos, las compañías efectivamente habían cumplido con su misión de exploración, desarrollo tecnológico y comercialización, proporcionando petróleo a generaciones de crecimiento económico en el mundo. Pero en la organización y en la filosofía de esas empresas no había nada que las preparara para enfrentar los asuntos que se produjeron a raíz del precio cada vez más elevado del petróleo, cuyos costos y producción serían controlados por un monopolio de gobiernos. Las compañías temían la confrontación con los productores porque abrigaban la convicción —acertada desde su punto de vista— de que perderían en buena voluntad lo que pudieran ganar en cualquier demostración definitiva de fuerza. Se habían especializado en llevarse bien con los países de la zona; no se encontraban emocionalmente preparados para un bloqueo. Se acercaba con rapidez el día en que los abastecimientos y precios del petróleo serían determinados por decisiones unilaterales de los gobiernos productores, y ya no necesitarían ser negociados con las compañías.

Pero algunas formas establecidas de pensamiento tienen una manera de persistir. Esto se reflejó en la actitud norteamericana cuando Nixon visitó Irán en mayo de 1972. Lejos de intentar convertir a Irán en una alternativa importante como fuente de abastecimientos, como defensa ante las exigencias excesivas de los países árabes miembros de la OPEP, la recomendación consistió en reivindicar la política existente. Peter Flanigan siguió el punto de vista ortodoxo en un memorándum para el presidente que, tal como yo le sintetice a Nixon, lo urgía a:

El sha durante las conversaciones que mantenga con él en Teherán, no debe ser alentado en su deseo de acceder con el petróleo de Irán al mercado de los Estados Unidos. Flanigan sostiene que dicho acceso convertiría nuestras relaciones con el resto de los países del Golfo Pérsico y con Venezuela, en extraordinariamente difíciles, y harían imposible la ya difícil tarea de manejar el programa obligatorio de importaciones petroleras.

Al transmitir a Nixon los puntos de vista de Flanigan, destacué que estaba de acuerdo a corto plazo pero que me preocupaba el problema que se produciría a largo plazo: para lograr que nuestro programa de importaciones dependiera menos de proveedores potencialmente hostiles:

Sin embargo, el tema general que me preocupa, es el criterio que debemos aportar para decidir a cuáles países debemos comprar petróleo y otros productos energéticos, a medida que nuestra necesidad de energía importada aumenta a lo largo de la próxima década. Sería posible, por ejemplo, establecer un criterio que nos permitiera elegir a los países amistosos, e importar petróleo de ellos con preferencia al de otras naciones menos amistosas.

Nixon ignoró ese análisis. El y el sha apenas conversaron sobre el tema del petróleo. En un breve y pasajero comentario el sha manifestó que, dado que los países industrializa-

dos se verían en la necesidad de importar cada vez más para abastecer sus necesidades energéticas, la importancia estratégica de Medio Oriente era cada vez mayor. Pero ninguno de los dos líderes exploró las consecuencias prácticas de sus proposiciones teóricas.

Algunas semanas después de la visita de Nixon, el sha tradujo en acciones su posición cada vez más sólida, transformándola en mayores ganancias. Como ya he dicho, Irán se había negado a participar en las negociaciones, dado que su industria poseía una estructura diferente de la de los países árabes del Golfo Pérsico. En cambio en ese momento, el sha insistió en la propuesta que había hecho dos años antes. Impuso al consorcio una variedad de medidas para acrecentar la producción petrolera de Irán a fin de aumentar las ganancias petroleras totales del país y para incrementar el compromiso directo de Irán en las operaciones petroleras. A cambio, el papel de las compañías en Irán sería extendido por otros quince años a partir de 1979. El convenio fue tratado por nuestro gobierno como si, de alguna manera, pudiese sostenerse solo; las tácticas de salto de rana de los productores no habían sido todavía adecuadamente analizadas. Así, Nixon, por recomendación de las agencias interesadas, envió un telegrama al sha congratulándolo por su moderación.

La felicitación fue prematura. Las negociaciones petroleras parecían destinadas a no alcanzar jamás el equilibrio. Arabia Saudita, una vez obtenido el convenio de una participación del 51%, pronto comenzó a unir en forma explícita su política petrolera con el progreso hacia una solución del conflicto árabe-israelí. Y el sha por su parte, una vez que comprendió la magnitud de la participación concedida a Arabia Saudita, repensó su recientemente propuesto acuerdo de quince años. Decidió entonces que su posición interna no le permitía ser superado en las negociaciones por Yamani. A principios de 1973 reabrió las tratativas, renegando de los acuerdos realizados el año previo. Presentó un plan que llevaba las implicaciones de las negociaciones de la OPEP hasta sus últimas consecuencias: en realidad, insistía en transformar a las compañías en agentes de ventas del Irán. El impacto inmediato de esta medida sobre el precio del petróleo fue insignificante. Pero en ella, igual que en la fórmula de Yamani, quedaba implícita una resolución que permitía que los gobiernos de la OPEP fijaran unilateralmente los precios.

A fines de 1972, las conversaciones sobre precios y propiedad de las compañías petroleras produjeron una conciencia cada vez mayor de que el incremento de importaciones petroleras de Norteamérica creaban una vulnerabilidad a largo plazo. Hubo audiencias en la colina del Capitolio y una proliferación de comisiones de energía dentro del gobierno de los Estados Unidos. A principios de 1973, Nixon le pidió a John Ehrlichman (que pronto desaparecería de la escena), George Shultz y a mí, que estudiáramos la relación existente entre las políticas energéticas y los problemas extranjeros y de seguridad. Pero el empeño resultó infructuoso. Antes de que ese estudio finalizara, los acontecimientos nos proporcionaron las respuestas.

Yo estaba cada vez más alarmado por la escalada de las exigencias de los productores. Y no creía que los Estados Unidos solos pudieran resolver el problema. Era esencial la cooperación con otras naciones consumidoras. El 16 de enero de 1973, conversé en ese sentido con sir Burke Trend, secretario del Gabinete británico:

Anticipaba una interrupción en la provisión de petróleo. Esto era inevitable si las naciones consumidoras permanecían tan divididas como lo estaban. Debíamos discutir un plan de acción comprensiva acerca del problema energético. . . El primer asunto a definir era lo que estábamos tratando de lograr; cuáles eran las necesidades, cuáles las fuentes, y cómo impedir que las naciones productoras siguieran poniendo a las naciones consumidoras unas contra las otras. ¿Cómo lograrlo? Para algunos países la solución podía consistir en recurrir a fuentes alternadas de abastecimiento, o a una unión, o a ambas cosas a la vez.

El 8 de marzo informé a las agencias que el residente *ha ordenado un estudio de las implicaciones que tienen en la seguridad nacional, el abastecimiento y distribución mundial del petróleo*. El 18 de abril de 1973, Nixon envió una importante y enérgica propuesta al Congreso, con iniciativas tendientes a conservar la energía, expandir la producción interna y reorganizar el gobierno para enfrentar el problema. El sistema de cuotas fue reemplazado por un sistema más simple de licencias (con impuestos de importación más elevados que los de 1973); el racionamiento fue descartado. Este mensaje reconocía con franqueza que mientras tanto *será necesario que aumentemos las importaciones de petróleo*. El 29 de junio, Nixon volvió a dirigir otro mensaje sobre el tema de la energía, incluyendo más detalles de reorganización. John A. Love, el gobernador de Colorado, fue designado director de una oficina más amplia de política energética dentro de la oficina ejecutiva del presidente.

El 19 de abril, en un llamado a Burke Trend, yo me referí a nuestros propios esfuerzos, solicitándole una vez más la cooperación entre los consumidores:

Si algunas de las naciones consumidoras esperan que se produzca el fracaso otras para poder aprovechar la oportunidad e incrementar sus propias reservas, tarde o temprano nos enfrentaremos con una prescripción por haber destrozado los lazos existentes entre las naciones industrializadas. Para evitar ese peligro, es necesario que nos formemos alguna idea acerca de la posible manera de cooperar. Nosotros estamos dispuestos a hacerlo.

El 23 de abril, en mi discurso del Año de Europa, expresé la urgente necesidad de una respuesta conjunta de las democracias industrializadas al creciente problema energético. Más tarde, durante ese mismo verano, en una conversación entre distintas agencias acerca de la política a seguir hacia Libia, manifesté una vez más el imperativo de la cooperación entre consumidores:

No ignoro que la mitología afirma que cualquier intento de los países consumidores por unirse producirá una confrontación con los países productores. Esa es una consigna y deberíamos considerar si es realmente cierta.

Otra escuela de pensamiento afirmaba que la solidaridad entre los consumidores constituía una prioridad menor. Consideraban que el asunto del petróleo era esencialmente un problema bilateral con Arabia Saudita; por lo tanto deberíamos reforzar nuestros lazos políticos y defensivos con el Reino. El vicesecretario de Defensa William Clements nos urgió a fortalecer la cooperación defensiva; el vicesecretario del Tesoro, William Simon (que pronto sería designado administrador de la Oficina Federal de Energía) propugnaba una sociedad económica. Cada vez eran más numerosos los expertos que argumentaban que el nivel de producción petrolera de Arabia Saudita sería fuertemente influenciado por nuestra actitud hacia Israel (6).

Yo apoyé con fuerza la postura de expandir nuestros lazos bilaterales con Arabia Saudita; dentro de ese mismo año habíamos realizado progresos importantes en la dirección postulada por Clements y Simon. En cuanto a la posibilidad de relacionar nuestra política petrolera con el conflicto árabe-israelí, pensé que era poco prudente para nosotros y peligroso para Arabia Saudita. La posición ya delicada del Reino se tornaría aún más complicada en el caso de que tuviera que asumir la responsabilidad de las negociaciones árabe-israelíes. Corría el riesgo de caer en una confrontación con los árabes radicalizados o, en el caso de apoyarlos, se arriesgaba a un conflicto con nosotros y a una demostración de su incapacidad para producir progreso. Porque en el estado de debilidad en que se encontraba la presidencia, aun en el caso de haberlo deseado, no

teníamos la menor posibilidad —como decía la frase popular— *de entregar lo que los sauditas requerían.*

Estas diferencias de opinión acerca de las tácticas a seguir, fueron rápidamente superadas por los acontecimientos. Durante tres años, las naciones productoras de petróleo habían elaborado una nueva infraestructura basada en la debilidad y falta de resolución de los consumidores. La teología del libre mercado había mantenido a los gobiernos consumidores, y especialmente a los Estados Unidos, fuera de las negociaciones, mientras las compañías quedaban indefensas. Las exigencias políticas habían llegado a entremezclarse con las económicas. Cuando el petróleo del hemisferio occidental ya no pudo reemplazar las importaciones del mundo árabe, la amenaza de un corte en la producción por parte de la OPEP, se convirtió de repente en un arma mortal. La guerra de octubre erigió un arco de triunfo sobre esa estructura. Sorprendentemente, al iniciarse la guerra, las implicaciones totales de este asunto todavía no habían sido comprendidas. Quizás fue mejor, porque en caso contrario probablemente no nos habríamos enrolado en la unidad o en la decisión de mantenernos en el curso que exigían nuestros imperativos geopolíticos.

LA GUERRA DE OCTUBRE Y LA ENERGÍA: EL PRIMER IMPACTO DEL PETRÓLEO

Al comenzar la guerra hubo una vaga conversación en nuestro gobierno acerca de la posibilidad de un embargo petrolero. Considerando la experiencia de 1967, pocos creyeron que el impacto fuese duradero. El secretario de Estado asistente, Roy Atherton, predijo muy pronto ese embargo en la primera reunión de la WSAG en la mañana del 6 de octubre, y el secretario Kenneth Rush expresó su preocupación dado que no poseíamos ningún plan para afrontar la contingencia. De manera que a partir de esa tarde, solicité esos planes en cada una de las reuniones de la WSAG, sin tener una idea clara de lo que implicaba mi pedido. Bill Simon, el gobernador Love y Charles DiBona (consejero del presidente en el tema energético) pusieron manos a la obra en calidad de voluntarios. Sin embargo, los acontecimientos se movieron con mayor rapidez que nuestra capacidad para forjar planes. Se habló de la posibilidad de racionar la nafta, pero todas las agencias pensaron que era prematuro. Yo abogaba por la formación de un frente común de naciones consumidoras, incluyendo planes de emergencia en los que se compartirían las existencias en caso de un embargo, pero ninguno de nuestros aliados estaba dispuesto siquiera a conversar acerca de un plan semejante.

Esto quedó demostrado el 11 de octubre, cuando el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Michel Jobert, me visitó por primera vez en mi nuevo papel de secretario de Estado. Jobert me advirtió que los productores estaban a punto de duplicar el precio del petróleo. ¿Lo aceptaríamos nosotros? Por supuesto que no nos era posible aceptarlo, pero la sola resistencia de Norteamérica resultaría ineficaz y Jobert se oponía a la solidaridad de los consumidores. Yo le expresé que la presión sobre los precios no se debía primariamente a los resultados de la guerra; la reunión de la OPEP, que comenzó en Viena el 8 de octubre, había sido fijada mucho antes de la iniciación de las hostilidades. En cuanto a la posibilidad de manejar el aumento de precios, existían dos problemas. Hasta entonces, las negociaciones habían sido conducidas por las compañías petroleras, las que habían excluido a los gobiernos de sus discusiones trasladando a los consumidores los aumentos de precios. Pero si ahora los gobiernos iban a intentar detener esa espiral, todos los consumidores debían cooperar. En esa oportunidad señalé:

No poseemos una estrategia. . . Realmente reina una especie de locura. Ustedes son nacionalizados en Argelia, entonces nuestras compañías se introducen allí para ocupar ese lugar. Cabe la posibilidad de que nosotros seamos nacionalizados en

otra parte y reemplazados por otros. Deberíamos discutir todo esto con las naciones consumidoras. . .

Es ilusorio creer que una vez que la guerra haya finalizado, desaparecerá el problema petrolero. Sin embargo, el método actual de manejar el asunto es suicida. En primer lugar, será necesario que pongamos en orden nuestras propias casas. Estamos dispuestos a conversar con usted acerca de este tema en forma muy confidencial. Nos alegraría mucho que usted estuviera dispuesto a enviar a alguien para que lo discuta con nosotros.

Jobert no aceptó el ofrecimiento de mantener conversaciones confidenciales; la posibilidad de cooperación entre consumidores lo dejó frío. Desde mi discurso en ocasión del Año de Europa, seis meses antes, yo tenía sobre mi mesa de trabajo una propuesta norteamericana para movilizar una estrategia común entre las naciones consumidoras. Desde entonces esta propuesta había sido reiterada varias veces. Pero fue ignorada, debido a que Francia, particularmente, deseaba mantener las manos libres en el problema de la energía; pensaba utilizar la crisis para realizar tratos bilaterales más ventajosos con las naciones productoras.

El 16 de octubre, la OPEP abandonó el sistema de lentos aumentos en el precio del petróleo y se decidió por un incremento contundente. En un acto sorpresivo y sin precedentes, y sin que mediara la menor discusión previa con los consumidores, seis Estados del Golfo elevaron unilateralmente el precio del petróleo en un 70%: de 3,01 dólares a 5,12 dólares. Los países árabes integrantes de la OPEP, reunidos en Kuwait, convinieron al día siguiente en cortar su producción de petróleo en un 5% y en continuar reduciéndola en un 5% adicional mensual hasta que Israel fuera inducida a retirarse de todos los territorios árabes ocupados. El 18 de octubre, Arabia Saudita anunció que excedería la cuota convenida, cortando su producción en un 10% hasta que fuesen satisfechas las condiciones árabes para Medio Oriente. Estos cortes de producción, cualesquiera fuesen sus motivos políticos, de hecho sustentaban los mayores precios y sentaban las bases para aumentos aún más drásticos.

Muy pronto el asunto se hizo aún más crítico. El 19 de octubre Nixon solicitó al Congreso un paquete de 2.200 millones de dólares para asistir a Israel en el pago del equipo militar que se le enviaba por puente aéreo. La solicitud fue presentada como un asunto de rutina, como una decisión de presupuesto. No existía asignación para cubrir nuestro puente aéreo de emergencia con Israel. El Departamento de Defensa temía verse en la necesidad de absorber los costos mediante una reducción en otros programas. Los expertos legislativos argumentaron que resultaría más fácil obtener una asignación suplementaria mientras la guerra estuviera en curso. La decisión de presentar la solicitud fue, por lo tanto, tomada sobre la base de argumentos técnicos. No encuentro ningún testimonio de que alguien haya advertido que podría producirse una reacción por parte de los árabes. Esos temores habían sido reales antes de comenzar con nuestro puente aéreo. Ahora, casi una semana después, se creía que lo peor ya había pasado.

La oportunidad del pedido de ayuda no pudo ser más desafortunada. Hasta ese momento habíamos maniobrado de manera tal que nuestro puente aéreo aparecía como una respuesta al incremento armamentista de la Unión Soviética y al fracaso de nuestra iniciativa de cese del fuego. En las Naciones Unidas nos habíamos ingeniado para detener resoluciones que podríamos haber tenido que vetar, evitando así provocar resentimientos árabes. Pero ahora, durante el último fin de semana de la guerra, mientras el ejército egipcio se encontraba en dificultades y las fuerzas israelíes estaban cerca de Damasco, el anuncio de nuestro paquete de ayuda de 2.200 millones de dólares se convirtió en el blanco de crecientes frustraciones árabes. Habría sido mucho más prudente diferir la solicitud formal hasta después de que hubiera sido aceptado el cese de hostili-

dades. En ese momento lo podríamos haber explicado como nuestra contribución para que la guerra tocara a su fin.

Los árabes reaccionaron con rapidez. El día después de nuestro anuncio —el día que yo partí para Moscú a fin de negociar el cese del fuego— Arabia Saudita declaró un embargo total sobre las exportaciones petroleras con destino a los Estados Unidos. Más tarde, los integrantes árabes de la OPEP extendieron el embargo a Holanda, el gobierno europeo que expresaba mayor apoyo hacia nuestra política. La decisión de la OPEP del 16 de octubre sobre precios y la actitud de Kuwait del 17 de octubre sobre los cortes árabes de petróleo, y el embargo petrolero del 20 de octubre de los árabes en conjunto, revolucionaron el mercado mundial del petróleo.

La estructura del mercado petrolero era tan mal comprendida, que el embargo se convirtió en el principal foco de preocupación. Durante los siguientes cinco meses, la posibilidad de levantarlo se tornó casi en una obsesión, en parte porque Nixon pensaba que se prestaba para una acción espectacular que podría superar a Watergate. En realidad, el embargo árabe era un gesto simbólico que en la práctica tenía un impacto limitado. Es evidente que el petróleo saudita y de otros países árabes no fue embarcado hacia los Estados Unidos. Pero dado que las compañías petroleras operaban un fondo común, simplemente sustituyeron el petróleo embargado por petróleo árabe no embargado y de acuerdo a eso trasladaron la distribución. El verdadero impacto del embargo fue psicológico. El temor de que pudiera extenderse —de que la producción árabe pudiera cerrarse más aún— produjo una oleada de pánico que se tradujo en compras por parte de Europa y Japón, que redujeron los abastecimientos y elevaron aún más los precios.

En realidad, fueron los cortes de producción los que realmente transformaron el mercado, acelerando agudamente el desequilibrio entre la oferta y la demanda y demostrando el extraordinario poder de los países productores. La reacción vacilante de las naciones consumidoras incrementó sus dificultades. La renuencia a cooperar unas con otras perpetuó su vulnerabilidad, garantizando virtualmente una crisis permanente.

En una reunión de personal del Departamento de Estado que tuvo lugar el 18 de octubre, objeté la proposición de que las compañías no tenían otra opción que aceptar los nuevos aumentos de precios:

¿Qué es lo que queremos hacer? . . . El año que viene llegarán a 10 dólares. ¿Tendrán que aceptar eso también? . . . Después se irán a 20 dólares. ¿Existe algún punto en el que ellos tendrán que decir basta? . . . El instinto me advierte que, ya que la situación va a empeorar, sería mejor decidirse cuanto antes a una confrontación.

Las cifras que yo mencioné sarcásticamente para demostrar los absurdos extremos a los que la abdicación de los consumidores llevaría al mercado petrolero comenzaron a convertirse en realidad en el término de seis semanas. Mi percepción era acertada, pero también lo era la del subsecretario de Estado para asuntos económicos, William J. Casey, en su respuesta: *Bueno, ¿pero qué significa la palabra confrontación? En este gobierno nadie ha presentado una manera de enfrentar esas demandas.* El principio de sabiduría, en lo que a estrategia petrolera se refería, debió haber consistido en la solidaridad entre todas las principales naciones consumidoras. Esto fue impedido por seis meses de tensiones del otro lado del Atlántico, magnificadas ahora por el pánico producido por los aumentos de precios, los cortes en la producción y el embargo. Ningún gobierno europeo aceptó nuestra oferta de conversaciones privadas sobre cooperación energética. Tal como lo describí en el Capítulo XVI, no perdieron la menor oportunidad de disociarse de nuestra diplomacia en Medio Oriente. Ciertamente, las naciones europeas se negaron a compartir sus existencias de petróleo hasta con los Países Bajos, su socio embargado, por temor a que los productores pudieran, en represalia, extenderles a ellas el embargo.

En esas circunstancias los Estados Unidos se vieron obligados a implementar una estrategia unilateral. Esta tenía tres componentes: un programa nacional energético que intentaría restablecer cierto equilibrio en el mercado mundial de la energía; una diplomacia en Medio Oriente que no sería desviada por presiones de aliados ni de productores, por dolorosas que éstas fueran; y, habiendo establecido esas premisas, un retorno a los esfuerzos por movilizar la solidaridad de los consumidores.

El 7 de noviembre de 1973, Nixon proclamó el proyecto independencia, que comprometía a los Estados Unidos a independizarse de la necesidad de importar energía para 1980, mediante la conservación y el desarrollo de fuentes alternativas. En cierto sentido, se trató de un pronunciamiento lleno de vanagloria, desde que todo indicaba que para 1980 nuestra dependencia posiblemente habría aumentado en lugar de disminuir. Por otra parte, a pesar de que Nixon subestimaba el tiempo requerido para llevar a cabo la tarea, señalaba al país la dirección correcta.

En asuntos internacionales, cuando se enfrentaba con un problema, Nixon buscaba los medios no para atenuarlo, sino para solucionarlo de raíz. Norteamérica tendría que ser menos despilfarradora en el uso de la energía y poner en juego una inventiva mayor y una gran decisión para desarrollar recursos alternativos. Si lográbamos reducir nuestra dependencia del petróleo importado, la posición de *todos* los consumidores en las negociaciones mejorarían drásticamente. Y así fue, aunque después de un período más largo que el previsto por Nixon.

La estrategia de largo alcance, por supuesto, no solucionó el problema inmediato de las diferencias políticas con nuestros aliados.

Uno de los corolarios del proyecto independencia fue la demostración de que las presiones no lograrían afectar el ritmo ni el contenido de nuestra diplomacia. Insistimos en permanecer fieles a la diplomacia que habíamos proclamado al principio de la guerra, a pesar de las presiones de muchos de nuestros aliados que trataban de aplacar a los productores abrazando sus exigencias políticas. Por doloroso que fuera, pensábamos que servíamos mejor a nuestros aliados destacando su imposibilidad de afectar nuestras decisiones y erradicando, por lo tanto, un incentivo para las presiones que los productores ejercían contra ellos.

Esta estrategia demoró muchos meses en surtir efecto y no se podía lograr sin pagar un precio, especialmente en lo referente a las relaciones con nuestros aliados. Una vez que se inició el proceso de disociación —que nosotros no habíamos comenzado—, entramos en un círculo vicioso. Para las naciones orgullosas que hasta poco tiempo antes habían dominado el Medio Oriente, no fue pequeña la humillación de que se les demostrara que eran irrelevantes en la diplomacia de paz de esa zona. Ellos, a su turno, no perdieron oportunidad de exacerbar el problema. Para diciembre de 1973, se nos decía que algunos de nuestros aliados solicitaban un trato preferencial por parte de los árabes por haber desaprobado nuestra política. Se sostenía que los Estados Unidos no debían ser recompensados, aun en el caso de que nuestra diplomacia lograra progresos. El embargo ejercido en nuestra contra debía ser mantenido durante varios meses, porque en caso contrario la disociación de Europa y Japón de nuestra política sería considerada inútil. Nunca pudimos confirmar estos argumentos, pero fueron demasiado numerosos para no contar con fundamentos. No fue éste uno de los momentos más brillantes de las relaciones entre aliados.

En cuanto a las presiones ejercidas por los productores, pensamos que, en beneficio de los intereses de los más moderados, debíamos protegernos impidiendo que asumieran responsabilidades en lo que sin duda sería una negociación compleja y amarga para lograr la paz árabe-israelí. Involucrar a Arabia Saudita en los detalles de las negociaciones nos parecía exponer a un valioso amigo a innecesarias presiones de todos los flancos. Los productores árabes moderados ya enfrentaban una situación bastante com-

pleja. Habiendo recurrido al arma del petróleo en un momento de tensión emocional, les resultaba difícil ponerle fin. Los requerimientos de unidad árabe conferían un veto efectivo a los radicales.

Sadat había sido útil al urgir el uso del arma del petróleo durante la guerra. En nuestros primeros contactos con él, Sadat, igual que sus hermanos de raza, utilizó la fórmula de que el embargo había sido una decisión multilateral y no podía ser levantado sino mediante una acción conjunta. Por lo tanto necesitábamos estar en condiciones de señalarle algún progreso en las conversaciones en pro de la paz, antes de poder recomendarle un alivio en las presiones petroleras. Con tal de que no tratara de empujarnos más allá de lo que habíamos decidido antes del embargo —y que era necesario hacer con rapidez para prevenir otro estallido— estábamos dispuestos a acceder. Pero insistimos permanentemente en que, a menos de que el embargo finalizara, no llevaríamos nuestros esfuerzos diplomáticos más allá del cese del fuego entre Egipto e Israel; en realidad habíamos vuelto el arma del petróleo en contra de los productores. Reconociéndolo, a partir de fines de noviembre Sadat abogó por el progresivo levantamiento de las restricciones, para coincidir con la consumación del primer acuerdo de paz. Pero quedó demostrado que hasta para Sadat era más fácil blandir el arma del petróleo que envainarla.

El rey Faisal me dijo que no podía poner fin al embargo unilateralmente, ni siquiera por recomendación de un solitario líder árabe como Sadat, y creo que me decía la verdad. Sin un consenso árabe, el hecho de levantar el embargo desencadenaría una reacción en su contra; las relaciones más fluidas con los Estados Unidos equivaldrían a una amenaza por parte de sus colegas radicales. En definitiva Faisal no quería arriesgarse a eso sin que se produjera algún progreso en el frente Sirio. Nosotros no podíamos esperar tanto tiempo. El cese del fuego por parte de los sirios podía demorar meses y, si permitíamos que los productores erigieran un obstáculo tras otro, la carrera no tendría fin. Cada éxito sólo produciría la exigencia de otro esfuerzo diplomático; las presiones petroleras serían permanentes. Por otra parte, en tanto que los productores estuviesen ansiosos por una actitud prescindente en el conflicto por parte de Siria —y la mayor parte de ellos lo estaban— nuestra negativa a proceder convertiría al arma del petróleo en un asunto ineficaz. Los dejaba frente al problema de desembarazarse de su propia obra.

El líder árabe más ampliamente identificado en Occidente con la diplomacia petrolera era el ministro saudita del petróleo, Sheikh Ahmed Zaki Yamani. Yo me había encontrado con él varias veces antes de que la crisis lo convirtiera en un personaje temible y servilmente halagado en sus viajes a través del mundo por ansiosos y fervientes partidarios y periodistas pendientes de cada una de sus palabras. En esas oportunidades lo encontré extraordinariamente inteligente y culto; era capaz de hablar con profundo conocimiento de muchos temas, incluyendo la sociología y la psicología. Sus ojos atentos y su pequeña barbita a lo Van Dyke le daban el aspecto de un joven catedrático pedante, que jugaba a la política petrolera aunque en realidad no tuviera intenciones de llevar a la práctica el mensaje apocalíptico que transmitía, especialmente dado que lo presentaba con voz suave y una sonrisa autodeprecatória que no condecía con las implicaciones de sus actos.

En una sociedad diferente o en una época diferente, Yamani pudo haberse convertido en un sabio o en el líder de uno de esos pequeñísimos partidos políticos de la derecha o izquierda moderada, cuya influencia no dependía del tamaño sino de la integridad intelectual de sus afiliados; por ejemplo el partido republicano de Italia, que se enorgullece de que el pequeño número de sus integrantes refleja el rigor de sus principios. Pero en ese momento de su país, excluido por su nacimiento del liderazgo político que les estaba reservado a los príncipes, y por el talento de una existencia ordinaria, surgía en una posición que era a la vez tan esencial como periférica en el ejercicio del verdadero poder político dentro del Reino. Se convirtió en el técnico por excelencia, casi indispensable

para la industria central de su país y en definitiva para la economía mundial. Sin él nada era posible; pero las decisiones últimas eran tomadas por otro tomando como base cálculos en los que su contribución era técnica y en respuesta a presiones que no tenía la menor posibilidad de afectar (y que quizás evaluaba a su manera).

Por lo tanto existía una brecha inevitable entre la influencia que Yamani ejercía en la mayor parte del mundo y la que proyectaba dentro de Arabia Saudita. Mundialmente se lo celebraba y a menudo se lo temía. Aparecía como la auténtica voz del Reino, y ocasionalmente hasta del mundo árabe. Pero dentro de Arabia Saudita, su posición era mucho más ambigua. No siendo integrante de la familia real ni de las clases aristocráticas, se había abierto camino dentro de una sociedad tradicional gracias a su habilidad poco común. Pero estaba lejos de formar parte del círculo selecto. Asistió a pocas de mis entrevistas con los príncipes reinantes. En los casos en que participaba se lo ubicaba, de acuerdo al orden de protocolo, entre los funcionarios menos importantes de la habitación y jamás hablaba. Muchas veces me he preguntado si los ocasionales pronunciamientos estridentes de Yamani no reflejarían más bien su inseguridad jerárquica y política y su necesidad de destacarse entre los grupos claves del mundo árabe, que las opiniones serias y meritorias del Reino.

En ese sentido, Yamani personifica las perplejidades que los especialistas como él endosaron a su país. El paso del feudalismo a la civilización moderna siempre ha sido traumático. El dilema de Arabia Saudita consiste en que la misma riqueza petrolera que la convierte en pivote de la economía mundial, también tiende a acelerar el proceso de modernización interna a un ritmo que ninguna sociedad en un estado de evolución política comparable ha tenido que enfrentar jamás. El ritmo hacia ese futuro tiene que ser percibido con una sensación de ambivalencia por los líderes sauditas. Las sociedades feudales se mueven por obligaciones tradicionales, recíprocas, y en su mayor parte personales. El Estado moderno busca lo previsible a través de normas legales o burocráticas. El Estado feudal exalta el *status*; el Estado moderno valora los logros. Yamani representaba a una minoría intelectual cuya influencia crecería con la misma rapidez que las ganancias petroleras que él generaba. El desarrollo económico y social desafía las costumbres y fuentes de poder tradicionales; la modernización entrena a miles de personas en países extranjeros, inculcándoles valores que no son fáciles de reconciliar con los de un Estado autoritario, que mira hacia adentro y se basa en lealtades beduinas. Un solo Yamani constituía un capital inapreciable. ¿Pero qué sucedería cuando hubiera diez mil? ¿Cómo se reconciliaría el nuevo *status* de tales grupos con las exigencias de una clase dirigente hereditaria? ¿Cómo llegar a conjugar exitosamente el pasado y el futuro?

Las ciudades aparentemente artificiales de Arabia Saudita que he descrito en capítulos anteriores simbolizan la transición de un estilo de vida beduino a una nueva manera de vivir. Ellas se convertirían en el hogar no sólo de las nuevas minorías dirigentes sino también de un proletariado despersonalizado y liberado de sus reglas tribales, tanto más inquieto ya que no es pobre y por lo tanto ha sido liberado de la lucha por el diario sustento. Norteamérica, en definitiva, había mantenido relaciones con el mundo de los príncipes; ellos eran excelentes amigos de nuestro país; yo consideraba que cualquier alternativa que supiera a su reinado nos perjudicaría. Pero les deseaba el mejor de los éxitos en sus esfuerzos por adaptarse al nuevo desafío provocado por sus propias decisiones petroleras que aceleraban el proceso de cambio y apuraban un futuro que de ninguna manera parecía predecible.

Yamani jamás hizo la menor alusión a ninguno de esos dilemas; los encarnaba y al mismo tiempo probablemente los rechazaba. Yamani cumplió brillantemente su misión. Pero es posible que la historia llegue a consignar que, al ayudar a revolucionar la economía mundial, conjuró un monumental desafío de evolución política dentro de su propia sociedad.

La secuela inmediata del embargo colocó a Arabia Saudita en una posición sumamente incómoda. Por razones emocionales y prácticas el país valoraba su amistad con los Estados Unidos. Temía a la corriente del radicalismo. Y, sin embargo, la solidaridad árabe concordaba con sus convicciones morales y con las necesidades de seguridad del Reino. Arabia Saudita no se podía permitir un aislamiento del mundo árabe; temía ser considerada paria, estigmatizada como reaccionaria, o acusada de insuficiente dedicación a la causa árabe. El arma del petróleo había agudizado el dilema.

El resultado se tradujo en una serie de comunicaciones que, reflejando las variadas influencias que se ejercían sobre las emociones sauditas, parecían invalidarse unas a otras. El 11 de noviembre Yamani me envió un mensaje expresamente evasivo y que definió como de *naturaleza no oficial*. (Por otra parte, los ministros sauditas no enviaban mensajes privados a un secretario de Estado, a menos que creyeran que habían sido autorizados a hacerlo.) En ese mensaje declaraba que podría llegar a lograrse algo con respecto al embargo, pero sólo si los Estados Unidos hacían una *declaración acerca de la implementación de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y específicamente sobre el retiro de tropas de los territorios árabes ocupados*. Lo que Yamani deseaba era que asumiéramos el compromiso de instar a Israel a un regreso a las fronteras de 1967; los Estados Unidos no estaban en condiciones de acordar ese pedido. El 12 de noviembre, en una conferencia de prensa realizada en Pekín y en respuesta a una pregunta acerca de garantías, yo formulé una declaración mucho más general (y corriente), que aceptaba el principio de repliegue, pero especificaba que las condiciones finales serían determinadas en negociaciones:

Todavía no hemos dado ninguna garantía definida. Sin embargo, presumo que en el caso de que las negociaciones de paz tengan éxito, surgirá un problema muy serio, especialmente para Israel, con respecto a la forma de garantizar su seguridad mediante condiciones, ya que las fronteras finales ciertamente serán diferentes de las líneas de cese del fuego, y la retirada se hará de acuerdo con la Resolución 242 del Consejo de Seguridad. . .

En mi respuesta a Yamani, y convirtiendo la necesidad en virtud, le recordé esos comentarios.

El 17 de noviembre recibí un análisis algo diferente: se decía que el rey Faisal no estaba dispuesto a levantar el embargo sólo para ganar unos pocos kilómetros del desierto del Sinaí. Insistía en que un acuerdo debía incluir el rechazo de la soberanía de Israel sobre Jerusalén. Más aún, cualquier modificación del embargo tendría que contar con la aprobación de Siria, Kuwait, Egipto y Argelia. Concurrentemente se nos informó que Yamani había sido enviado a visitar otras capitales árabes para pulsar el ambiente, aunque no se dignó explicarnos el objetivo de tal acción.

Al día siguiente, el ayudante de uno de los príncipes más importantes nos hizo conocer otra faceta de las intenciones sauditas. Se nos informó que la insistencia de Faisal acerca de que Israel regresara a sus fronteras de 1967 representaba la meta última de Arabia Saudita; pero no necesariamente definiría la política petrolera de Arabia Saudita. El embargo podría ser modificado en cuanto hubiera mociones de paz *eficaces y tangibles*; por ejemplo, un *principio* de retirada israelí de las fronteras existentes. El asistente no precisó si eso incluía a Egipto y a Siria o sólo a Egipto.

Ese mismo día, 18 de noviembre, los ministros árabes del petróleo, reunidos en Viena, reiteraron los lazos existentes entre el petróleo y la diplomacia de Medio Oriente. Anunciaron que como *reconocimiento* a la postura de la Comunidad Europea en Medio Oriente, cancelaban el corte de producción del 5% fijado para el mes de diciembre. De esa manera, los ministros árabes *recompensaban* a la Comunidad Europea, no haciendo otra

cosa que mantener un difícilísimo *statu quo*; no hicieron nada por aliviar los dos cortes anteriores que motivaron la tremenda crisis. Más aún, el embargo contra los Países Bajos continuó en vigencia, y lo que resultaba aún más significativo, fue aceptado por los demás Estados.

El 19 de noviembre, Yamani nos informó de los resultados de sus consultas entre los países árabes. Recayó en la línea dura que unía el fin del embargo con la aceptación de Israel de un *plazo* para retirarse de *todos* los territorios ocupados. Yamani se mostró complacido de presentar esta decisión como un favor a los Estados Unidos. Nos proporcionaría una *voz más fuerte* en nuestras tratativas con los israelíes, a fin de llevarlos a aceptar con mayor rapidez una conferencia de paz y una retirada. Nosotros jamás podíamos aceptar esto. Comprendíamos profundamente las dificultades de nuestros amigos de Arabia Saudita. Pero si nos comprometíamos a imponer condiciones políticas específicas por otros a cambio de petróleo, nos internaríamos en terreno resbaladizo. Arabia Saudita no podía descansar en sus laureles. Los Estados radicalizados presionarían para que aumentara sus exigencias. Tarde o temprano nos veríamos obligados a poner límites al asunto. La monarquía, en un intento de aliviar las presiones a las que la sometían las fuerzas en conflicto, terminaría atrapada entre las presiones radicales y la resistencia norteamericana. Convenía que nosotros resistiéramos antes de que el asunto se nos fuera de las manos. Esta fue la esencia de un mensaje que envié al príncipe Fahd el 21 de noviembre, invitándolo a Washington. Le advertí que, *aunque nos gustaría hacerlo, a nosotros nos resultaría muy difícil ayudarlos en las negociaciones futuras, si permanecíamos bajo la amenaza de un continuo boicot petrolero*. La de ellos no era una *actitud amistosa*; conduciría a una confrontación incompatible con la *postura que tendremos que adoptar si deseamos que las negociaciones tengan alguna posibilidad de éxito*.

En una prueba de nervios, para convencer al opositor de que uno está completamente decidido, a veces resulta útil adoptar una posición pública, en la que la retirada significaría una pérdida de principios. Por lo tanto, ese mismo día repetí en una conferencia de prensa lo que hasta entonces sólo le habíamos dicho en privado a los productores de petróleo:

Esos países que ejercen presiones económicas contra los Estados Unidos deberían considerar si resulta apropiado tomar esas medidas mientras se preparan negociaciones de paz y, más aún, mientras se realizan esas negociaciones. Deseo declarar, en nombre del gobierno de los Estados Unidos, que nuestro rumbo no se verá influido por dichas presiones, que hemos definido nuestra política, que hemos expresado nuestros compromisos, a los que nos atenderemos con firmeza sin permitir que ninguna presión nos desvíe de nuestros propósitos. . .

Más aún, los Estados Unidos no soportarían pasivamente el chantaje. Llegado un momento dado eran probables las represalias:

Es evidente que si las presiones continúan indefinidamente y más allá de toda razón, los Estados Unidos se verán en la obligación de considerar las medidas que deberán quizás adoptar. Lo haríamos con enorme renuencia, y todavía esperamos que la situación no llegará a ese punto.

No eran simples amenazas. Ordené a los departamentos claves una serie de estudios acerca de las medidas que se podían tomar contra los países árabes integrantes de la OPEP en el caso de que continuara el embargo. Para fines de ese mes, ya se habían forjado varios planes para enfrentar la contingencia.

Yamani reaccionó de inmediato. Demostrando que había sido aguijoneado, el 22 de noviembre, en Copenhague, concedió una entrevista televisiva violenta y poco habitual en él. En ella amenazó con cortar la producción petrolera en un 80% si los Estados Unidos, Europa o Japón ejercían represalias. Advirtió que cualquier acción militar norteamericana sería *suicida*, porque los árabes volarían los campos petroleros. Al comprobar que los Estados Unidos dependían poco del petróleo árabe, advirtió a los europeos contra la posibilidad de unirse a cualquier política norteamericana de represalia, dado que *toda vuestra economía (se refería a la europea) se desmoronará de repente* (7). Reiterando este tema a lo largo de Europa, él y su compañero de viaje, Belaid Abdessalam, el ministro del petróleo de Argel, continuaron dejando abierta la posibilidad de que Europa (con excepción de los Países Bajos) y el Japón, pudieran recibir un tratamiento preferencial si se separaban de los Estados Unidos y adoptaban una política favorable a la causa árabe.

Ese día, en Riyadh, nuestro nuevo embajador —el experto en petróleo James Akins— se reunió con el ministro de Estado de Relaciones Exteriores Omar Sakkaf, para urgirlo a levantar el embargo. Sakkaf repitió el consabido argumento de Yamani de que los cortes de producción y los embargos estaban destinados a fortalecer la mano de Norteamérica para que pudiera obtener concesiones por parte de Israel; en realidad, la intención era favorecerlos. Akins sugirió que quizás nos mostraríamos apaciguados si reiniciaban las entregas de petróleo para nuestra sexta flota y cancelaban el próximo corte del 5% en la producción. Yo le recordé telegráficamente a Akins que nuestra estrategia petrolera no se basaba en la búsqueda de *un alivio parcial*:

Nuestra estrategia consiste en que los árabes comprendan con claridad que, si desean que sigamos realizando esfuerzos de paz, deben cancelar las restricciones que han impuesto, en lugar de abstenerse de levantarlas hasta que se haya logrado algún progreso en los convenios de paz. Queremos que finalice la interferencia con el abastecimiento de petróleo de nuestra flota, pero además buscamos un retorno a la situación existente antes de que se produjeran los cortes de producción y los embargos, y no simplemente una suspensión de futuros cortes y restricciones.

El 25 de noviembre Nixon pronunció otro discurso importante en el que delineaba un programa detallado de conservación energética. Al mismo tiempo me enteré por intermedio de Haig de que el presidente se inclinaba hacia la posibilidad de enviar un emisario personal a Riyadh, con la misión de urgirlos a levantar el embargo y proporcionarles seguridades referentes a nuestra conducta en la próxima conferencia de Ginebra. Me opuse con fuerza. Supongo que fue, en parte, la reacción normal de un negociador frente a la invasión de lo que él considera su zona de responsabilidad. Pero el asunto también estaba en conflicto con nuestra estrategia. Enviar un emisario especial para negociar concesiones petroleras en Ginebra, no era la mejor manera de transmitir insensibilidad a la presión, lo cual resultaba esencial para el éxito de nuestra política. Así, apareceríamos como suplicantes, al mismo tiempo que exponíamos a Arabia Saudita a todas las trampas bobaliconas de la negociación árabe-israelí. Conseguí disuadir al presidente. El 29 de noviembre expliqué mis razonamientos a mis colegas del WSAG:

Si aceptamos el embargo en el sentido de negociar con los sauditas en lo que se refiere a los términos específicos de la Conferencia, caeremos en una trampa sin salida. Tomaría demasiado tiempo. Los sauditas serían responsables por cada punto. Terminarían avasallados por los radicales que hay entre ellos. Ingleses y franceses recibirían un incentivo para iniciar el salto de rana. . . Quizás ellos posean el monopolio petrolero, pero nosotros poseemos el del progreso político.

Resultó muy difícil lograr que esta ecuación convenciera a nuestro gobierno; nuestros aliados no quisieron saber nada del asunto. Continuaron en su ruta de disociación. El 22 de noviembre Japón adoptó una posición similar a la adoptada por Europa el 6 de noviembre. El 28 de noviembre una reunión cumbre árabe que tuvo lugar en Argelia recompensó al Japón, extendiéndole la misma concesión (que cancelaba el próximo corte de producción) que se le había acordado a la Comunidad Europea el 18 de noviembre. Y en Londres, de acuerdo a los informes de la prensa, Yamani aseguró a Inglaterra (y por implicación a otros) que su postura pro-árabe les garantizaría suministros petroleros iguales a los de la preguerra.

Mientras tanto, continuaba el cuidadoso minué con Arabia Saudita. Yo deseaba aliviar el embargo, pero quería hacerlo con acuerdo de los radicales. Al ser esto imposible en un futuro inmediato, Arabia Saudita luchaba por conciliar lo incompatible. Y a pesar de que a nosotros algunas veces el proceso nos resultaba enfurecedor, en realidad fue conducido con considerable habilidad. Arabia Saudita atravesó el temporal sin sufrir una catástrofe y eventualmente canceló el embargo sin provocar un levantamiento de los radicales.

El reino trató de ganar tiempo para preparar el escenario. El 3 de diciembre se nos informó que el príncipe Fahd aceptaba la invitación de viajar a Washington. Su meta era llegar a un acuerdo acerca de las modalidades para levantar el embargo y restaurar los cortes de producción, decisiones que serían anunciadas, durante mi visita a Riyadh, fijada para el 14 de diciembre. La única condición consistiría en la aceptación previa por parte de Sadat, Assad y Boumedienne, y en implementar por anticipado el acuerdo de seis puntos de la Conferencia de Ginebra. (Esta última condición estaba en estudio.) Ese mismo día envié un cable a Fahd afirmando que estaba seguro de que sería posible llegar a un acuerdo, en tanto Nixon enviaba una carta amistosa al rey Faisal en la que destacaba nuestros dos puntos básicos: si el embargo y los cortes de producción no se suspendían, la opinión pública norteamericana

no nos permitirá desempeñar el papel continuado que, tanto usted como nosotros, consideramos es nuestra responsabilidad. . . Un clima de creciente confrontación sólo trabajará en nuestra contra y en beneficio de aquellos que deseen mantener el *statu quo*.

Nixon agregó una nota escrita de su puño y letra en la que se comprometía personalmente a trabajar por la completa implementación de las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad.

Pero al día siguiente, 4 de diciembre, el consejo de ministros sauditas dio marcha atrás en la decisión que nos había sido comunicada sólo veinticuatro horas antes. Fahd no viajaría a Norteamérica; el Reino no deseaba que el fin del embargo apareciera como una decisión bilateral de los Estados Unidos y Arabia Saudita. El foro natural para incrementar el programa del 3 de diciembre —que reafirmaban— sería la reunión de los ministros del petróleo a realizarse en Kuwait el 8 de diciembre. El príncipe Fahd serviría mejor los intereses comunes permaneciendo en Medio Oriente y trabajando allí para poner fin al embargo y a los cortes de producción, según el plan convenido.

El 5 de diciembre se produjo otro aparente endurecimiento en la posición árabe. Yamani y Abdessalam, los ministros viajeros del petróleo de Arabia Saudita y Argel, me visitaron en Washington como parte de su gira a lo largo de los países industrializados del mundo. Yamani volvió a caer en la línea dura. Afirmó que el embargo podía ser levantado y que la producción volvería a los niveles de preguerra sólo a un ritmo que correspondiera al ritmo de la retirada israelí. En otras palabras, la insinuación del 3 de diciembre —que el embargo sería levantado en conexión con la Conferencia de Ginebra— ya no tenía vigencia. Eso fue algo que yo rechacé:

Le hemos dado a vuestro rey y a otros líderes árabes nuestra palabra acerca de las intenciones que nos mueven. ¿Creen que debemos ser chantajeados mientras con toda buena fe tratamos de aceptar las aspiraciones árabes?

Al día siguiente, Yamani aumentó la confusión. En una entrevista que tuvo a solas conmigo, sin la presencia de la radical Argelia, indicó que, en la práctica, la posición formal sería interpretada con gran flexibilidad. El embargo sería levantado si lográbamos un acuerdo entre Egipto e Israel en el mes de enero, tal como planeábamos.

Esta plétora de declaraciones —que ligaba las decisiones petroleras ora a una promesa israelí de retiro total, ora al cumplimiento de una faz de las tratativas de paz, ora a la observancia del plan de seis puntos, ora a las tratativas de paz sirias también— finalizó con una reunión de los ministros árabes del petróleo, realizada en Kuwait el 8 de diciembre. Presentaron un comunicado que probaba que ninguno de ellos estaba dispuesto a oponerse a los radicales. Los ministros vinculaban el fin del embargo a la aceptación israelí de un *plan de tiempo definido* para la retirada total (incluso de Jerusalén) y el comienzo del real abandono del territorio. Este era un claro impedimento, y los ministros lo sabían. Agregaron, además, otro punto de chantaje: los cortes del 5% en la producción, aplazados desde diciembre, serían reimplantados para las naciones que *no ofrezcan evidencias concretas de amistad, tales como demostrar que ejercen presiones sobre los Estados Unidos o Israel*.

Nosotros estábamos decididos a no aceptar condiciones específicas para una negociación de paz que todavía ni siquiera había comenzado, y que legitimaría continuas extorsiones árabes si fracasábamos en el intento de lograrla con la suficiente rapidez. Los productores árabes no habían propuesto ninguna otra opción. A mediados de diciembre nos acercábamos a un punto muerto.

EL SEGUNDO IMPACTO PETROLERO: TEHERAN Y KUWAIT

Los ministros petroleros árabes habían escogido el terreno con astucia. Enfatizaban los temas de política internacional que con mayor probabilidad exacerbarían nuestras diferencias con nuestros aliados. Nosotros insistíamos en movernos a un ritmo que reflejaba nuestra creencia de lo que era posible hacer sin provocar una crisis. Nuestros aliados habían llegado a depender a tal punto de un crecimiento económico ininterrumpido, que no estaban dispuestos a correr riesgos, y calculaban esos riesgos por la retórica beligerante de los árabes radicalizados. Sin embargo, a pesar de las desilusiones que nos provocaban nuestros aliados, continuábamos creyendo que la clave de una estrategia a largo plazo consistía en la solidaridad entre las naciones consumidoras de petróleo. Esto era lo único que ofrecía la esperanza de transformar las condiciones del mercado y restaurar el equilibrio del poder económico. También creíamos que era esencial para la salud política de las democracias, sacudidas por crisis económicas y sociales, que recobraran el control de sus propios destinos.

Sin embargo, la Comunidad Europea aprovechó la ocasión de su reunión cumbre, realizada en Copenhague el 14 y 15 de diciembre, para reiterar y reforzar su declaración del 6 de noviembre sobre política de Medio Oriente; ahora en abierta oposición a las líneas principales de nuestra diplomacia. También se decidió explorar la posibilidad de un continuo *diálogo árabe-europeo*, que en la práctica sólo conseguiría institucionalizar las diferencias atlánticas. Los meses siguientes se caracterizaron por las oscilaciones de nuestros aliados entre disociación y cooperación con nosotros y por sus intentos de evitar una elección entre ambas actitudes, al seguir simultáneamente ambos cursos de acción.

Nosotros sólo podíamos atemperar la rápida caída de Europa en una adaptación, destacando nuestra indiferencia ante las presiones. Yo hice todo lo posible por cultivar

esta impresión durante mi viaje de diciembre a Medio Oriente, con el objeto de preparar la Conferencia de Ginebra (ver Capítulo XVII). Destaqué en todas partes lo inadmisibles que era continuar el embargo petrolero contra el único país que estaba en condiciones de realizar esfuerzos positivos en favor de la paz, y comprometido en la tarea de lograrlo. Advertí a mis anfitriones que no contarán con la posibilidad de que las súplicas europeas nos desviarán de nuestro camino. Boumedienne, el presidente de Argelia, simpatizaba con la proposición de que ningún país que se respetara podía permitirse ceder ante presiones; expresó que debido a las necesidades de divisas extranjeras de Argelia, estaba en favor de reanudar la producción petrolera de cualquier manera. Sadat prometió que se esforzaría por lograr la cancelación del embargo petrolero en cuanto se alcanzara un acuerdo de paz en el frente egipcio. Cuando visité Riyadh, el 14 de diciembre, el rey Faisal se mostró aparentemente de acuerdo con el punto de vista de Sadat, e implicó que las restricciones de producción finalizarían una vez que se levantara el embargo.

Las comunicaciones sauditas eran, una vez más, positivas. El 19 de diciembre, Sakkaf aseguró al embajador Akins que los árabes habían logrado lo que se proponían; el embargo petrolero debía ser levantado. El punto de vista de Faisal sería comunicado a la reunión de ministros árabes del petróleo que tendría lugar poco después de la Conferencia de Ginebra, el 25 de diciembre. Se nos informó que Yamani había expresado una opinión similar.

Mientras tanto, las consecuencias económicas de la crisis energética empeoraron. Ni las actitudes europeas tendientes a aplacar a los árabes, ni mis vagabundeos, aliviaron el impacto económico de los cortes de producción y el *shock* psicológico producido por el embargo. Y entonces, pocos días después del prometedor encuentro de Riyadh ocurrió un acontecimiento tan inesperado como devastador: una vez más se duplicó el precio del petróleo.

Los productores petroleros tenían en su agenda dos reuniones importantes; los integrantes de la OPEP del Golfo Pérsico se reunirían en Teherán el 22 y el 23 de diciembre para considerar los precios del petróleo, después de lo cual los miembros árabes de la OPEP mantendrían una reunión en Kuwait el 24 y el 25 de diciembre, para tratar el embargo y las restricciones en la producción. El 21 de diciembre, justamente cuando Yamani partía para Teherán, le dijo a Akins que Faisal y sus ministros habían hecho una nueva evaluación de la situación. En los últimos días se habían mostrado demasiado exaltados. Una cesación completa del embargo significaría arriesgar la oposición de todos los árabes radicalizados y quizá hasta de Sadat. Por lo tanto, Arabia Saudita sólo podría esforzarse por tratar de mitigar el embargo y conseguir una limitada restauración de la producción.

Más sorprendente aún fue que Yamani —el día antes de la reunión de Teherán— de repente presentó la posibilidad de otro aumento en el precio del petróleo, aunque aclaró que Arabia Saudita no estaba de acuerdo con la medida. Nadie había mencionado previamente esta posibilidad: en oportunidad de mi visita a Riyadh la semana anterior, todas nuestras conversaciones giraron en torno al levantamiento del embargo. Yamani sostuvo que Arabia Saudita era un espectador inocente, que el villano era el sha de Irán. Akins nos urgió a poner en juego nuestra influencia a fin de lograr moderación en todas las naciones de la OPEP. Yo recibí el informe telegráfico de Akins el 21 de diciembre mientras me encontraba en Ginebra. Al día siguiente mismo, despaché mensajes a Irán y a todos los demás gobiernos de la OPEP, oponiéndome firmemente a otro aumento en los precios. Es más, apelé a los gobiernos de todas las naciones industrializadas de Occidente y al Japón, para que presionaran a la OPEP contra un aumento de precios. No existen pruebas de que lo hayan hecho; decididamente no lo hicieron con énfasis.

Nuestros esfuerzos resultaron inútiles, si es que, de hecho, algo se podía lograr a esa altura de los acontecimientos. Los ministros de la OPEP reunidos en Teherán el 22 y el 23

de diciembre elevaron el precio del petróleo de 5,12 a 11,65 dólares el barril; un aumento del 128 %, además del 70 % de octubre, que sumaban un incremento del 387 % en el precio del petróleo en el término de dos meses.

Ahora resulta evidente que esta decisión constituyó uno de los acontecimientos cruciales dentro de la historia de este siglo. Las estadísticas ya eran bastante sorprendentes. En cuarenta y ocho horas el presupuesto petrolero de los Estados Unidos, Canadá, Europa occidental y Japón había aumentado en 40 mil millones de dólares anuales; era un golpe colosal a su balanza de pagos, crecimiento económico, nivel de empleos, estabilidad monetaria y cohesión social. La decisión de Teherán asimismo les costó más a los países en desarrollo que la integridad del programa de ayuda externa que les había sido extendido por las democracias industriales, recreando las condiciones desesperadas que se suponía estaba destinada a curar la ayuda externa. Pero el impacto a largo plazo era aún más grave. *Todos* los países involucrados, aun los mismos productores, se enfrentaban con cambios sísmicos en sus estructuras internas.

Las relativamente benignas políticas internas de las democracias industrializadas habían sido nutridas por dos décadas de crecimiento casi ininterrumpido. Los programas de prosperidad eran financiados con un producto bruto interno en constante aumento. Resultaba posible beneficiar a un grupo y privar a otro; la revolución de derechos civiles en Norteamérica, por ejemplo, reflejaba a la vez la creciente fuerza económica de los norteamericanos negros a partir de 1945, y la espoleaba hasta límites aún mayores. Se había hecho carne la idea feliz de que todos los grupos sociales tendrían posibilidades de ganar en forma simultánea e indefinidamente. Y esto, sin duda, era en gran medida cierto. Evidentemente, la inquietud estudiantil que reinó en casi todos los países industrializados durante la década del '60, había constituido una advertencia de que el materialismo no era suficiente para sustentar una sociedad; el crecimiento económico no proporcionaría un respaldo emocional automático a una nueva generación que buscaba un significado más profundo de la vida. Pero existían motivos para esperar que, una vez que esos problemas fuesen reconocidos, encontrarían solución.

La crisis económica que comenzó en la década del '70 —y que continúa en la del '80— ha arrasado con esas perspectivas. Más que la cohesión, han crecido los conflictos dentro y entre los países. Las extorsiones en el precio del petróleo tuvieron consecuencias inflacionarias en los precios, pero deflacionarias en la demanda. El poder adquisitivo que se les quitó a las economías mundiales —representado en los millones de dólares que la OPEP no gastó— no pudo ser reemplazado por gobiernos que trataban de sobreponerse a la inflación, mientras las explosiones provocadas por el precio del petróleo reverberaban a través de sus economías y los obreros intentaban mantener el mismo ritmo por medio de aumentos de sueldos. Las políticas de restricciones monetarias y el proteccionismo comercial estaban a la orden del día, y todavía lo están. Las clases medias de todas partes del mundo, cuyos ahorros habían ayudado al crecimiento sostenido y cuya moderación sentaba las bases de una reconciliación política, fueron exprimidas y vueltas a exprimir. Los amargos conflictos sociales que se produjeron a mediados y a fines de 1970 en algunos países europeos —Inglaterra, Italia, España, Portugal, Francia y aun Alemania Occidental— fueron el legado de la explosión de los precios del petróleo.

Aún ahora, las implicaciones políticas internas siguen desentrañándose. El dilema político de una democracia consiste en que el lapso de tiempo necesario para solucionar los problemas económicos contemporáneos es mucho más prolongado que el ciclo electoral por medio del cual se juzga en las urnas el desempeño de los líderes. ¿Cuántos son los políticos que se animan a arriesgar su cargo proclamando que los buenos tiempos se han acabado? ¿Quién está dispuesto a decir a sus votantes que una política sabia traerá aparejada una declinación en el nivel de vida, por lo menos durante un tiempo? ¿Y qué sucede durante el inevitable período de desilusión, cuando jóvenes de ambos sexos ter-

minan la escuela secundaria y la universidad para descubrir que su capacidad es rechazada y que deben unirse a los millones de desocupados que ha producido la crisis petrolera? El camino ha quedado expedito para la demagogia, la polarización política y la violencia.

En cuanto a las naciones en desarrollo, si alguna vez fue cierto que la ayuda económica era necesaria para impedir la división de nuestro planeta entre unos pocos ricos y muchos pobres, si mantener la paz nos exigía tratar de cerrar la brecha, los aumentos en el precio del petróleo obraron eficazmente en el fracaso de esos objetivos. La mayoría de los países en vías de desarrollo dependen por completo de petróleo importado para el desarrollo industrial o para su agricultura; todos dependen de un comercio mundial en expansión; y en inversiones, tanto como de la ayuda para el desarrollo. La explosión de los precios del petróleo logró hacer añicos sus esperanzas de progreso. Ingresaron en una nueva era oscura de deudas y privaciones, con el horror agregado de que su incumplimiento financiero podría llegar hasta a minar el sistema bancario de los países más adelantados que les habían extendido créditos durante décadas. La compasión que uno siente quizás se vea atemperada por la impaciencia, ante la tranquilidad con que aceptaron las extorsiones de los productores de petróleo, vituperando además a los países de Occidente que, igual que ellos, eran también víctimas. Esto refleja su impotencia o bien su ideología decrepita. Tal como señalé en mi discurso ante las Naciones Unidas en septiembre de 1975, la verdad es que el golpe más devastador asestado al desarrollo económico en esta década no provino de la *rapacidad imperialista*, sino del arbitrario aumento de precios por parte del monopolio de exportadores de petróleo. Sí, embargo, los países más pobres de vez en cuando dejaron escapar sonidos comprensivos con respecto a los propósitos políticos de los Estados petroleros radicalizados. Este servilismo, por supuesto, les rindió muy pocos frutos. Una migaja aquí y otra más allá, fondos de ayuda que les fueron prometidos y pocas veces entregados.

A lo largo de la historia, jamás pudo anteriormente un grupo de países relativamente tan débiles imponer con tan pocas protestas un cambio tan dramático en la forma de vida de la abrumadora mayoría del resto de la humanidad. La justicia poética, si de tal cosa se trata, consiste en que ese *logro* amenaza su propia estabilidad, una percepción que es posible que se perfile gradualmente. Pocas son las estructuras políticas capaces de sustentar el ritmo de crecimiento acelerado que una transferencia de riquezas tan enorme ha hecho posibles. Es lógico que se produzcan dislocaciones, que aun los sistemas políticos y las tradiciones más establecidas encontrarían difíciles de manejar. Las instituciones de la mayoría de los países petroleros no se encuentran en esa categoría.

La revuelta de Irán de fines de 1970 fue, al mismo tiempo, una caricatura y una advertencia. El excesivo desarrollo económico creado por los aumentos de precios provocó una reacción elemental de rechazo por los mismos valores materiales que dieron origen al rápido crecimiento; irónicamente, el resultado fue el sistemático empobrecimiento del país. La convulsión interna tampoco es la única amenaza para los países productores. El debilitamiento económico de las democracias industriales puede todavía lograr que gran parte de las adquisiciones materiales de los países petroleros se evaporen como un espejismo. Porque una crisis financiera de Occidente destruiría también las inversiones de los productores de esos países. Y si Occidente demuestra que es económicamente incapaz de sostener el papel de protector militar del Golfo Pérsico —si pierde el incentivo que lo lleva a asumir ese papel en beneficio de naciones que sistemáticamente minan la economía mundial— muchos de los productores petroleros pueden convertirse en presas fáciles para depredadores extranjeros.

Y así, el dilema de los productores parece una broma jugada por la historia sobre aquellos que tratan de acelerar su ritmo. Si gastan sus impuestos con excesiva rapidez, se arriesgan a un levantamiento interno; si los atesoran, se exponen a un debilitamiento del

sistema económico internacional, hasta el punto de que también ellos pueden convertirse en víctimas.

En la crisis petrolera todo el mundo perdió. Y un acontecimiento de proporciones históricas tan grandes merece un análisis más serio que el que proporcionan las excusas de autoconveniencia de algunos productores petroleros o el escapismo demagógico de otros. El ejemplo más absurdo, quizás, lo constituye la ampliamente difundida reclamación de que se nos advirtió repetidas veces del peligro de precios más altos, y que nosotros dejamos de lado esas advertencias porque Washington recibía con alborozo la posibilidad de altas ganancias petroleras para poder financiar el armamento iraní (8). El informe contenido en estas páginas es claro en el sentido de que ni nosotros ni el resto de nuestros aliados industriales fuimos informados de un plan tendiente a un colosal aumento de precios hasta que los tuvimos encima —demasiado tarde para modificarlos— y que entonces los resistimos hasta el límite de nuestras fuerzas. Los Estados Unidos jamás contemplaron los aumentos de precios como otra cosa que un desastre; nadie les dio la bienvenida como una manera de financiar las compras de armamentos de Irán o por ningún otro motivo. Existen pruebas fehacientes acerca de la falsedad de esta noticia en particular. El 29 de diciembre de 1973 envié un mensaje al sha en nombre de Nixon, protestando en los términos más severos:

El presidente está sumamente preocupado por el impacto desestabilizador que ejercerán sobre la economía mundial los aumentos del precio del petróleo del Golfo Pérsico convenidos en Teherán, y por los problemas catastróficos que pueden crear en el sistema monetario internacional. No sólo darán como resultado un aumento en los precios de los productos manufacturados, sino que producirán un efecto severamente represivo en las economías de los consumidores de petróleo que podría causar una recesión mundial y que eventualmente no beneficiaría a nadie, ni siquiera a los exportadores de petróleo.

Creemos que este drástico aumento de precios es particularmente poco sensato, ya que se produce cuando los abastecimientos petroleros son artificialmente restringidos. . . Recomendamos enfáticamente: 1º) que sean reconsideradas las recientes decisiones adoptadas en Teherán; 2º) que se inicien consultas que creemos deben ser aprobadas por la mayoría de los países consumidores y productores; y 3º) que los países productores de petróleo examinen con seriedad el efecto deteriorante que esos aumentos ejercerán sobre las balanzas de pago de prácticamente todas las naciones del mundo libre, y el efecto que esto tendrá sobre el mercado mundial en general y sobre el sistema monetario internacional en particular.

Mientras que el argumento de que Washington alentó o conspiró en el aumento de precios constituye una ignorancia demagógica, resulta menos fácil fijar las responsabilidades entre los miembros de la OPEP. Pero a lo largo de los tres primeros años de extorsiones, al principio graduales y luego cada vez más aceleradas, la OPEP había desarrollado el arte de trasladar la responsabilidad de un miembro de la organización al otro. Irán y Arabia Saudita, los dos grandes rivales en la preeminencia del Golfo Pérsico, eran especialmente diestros en este sentido. Cualquier representante de estos dos países que hablara con nosotros nos exponía razones convincentes para probar que el otro era el culpable. Si uno escuchaba a sus interlocutores, se quedaba pensando cómo pudieron haber aumentado los precios en vista de tanta renuencia. La verdad era que el incremento de precios fue apoyado por *todos* los miembros claves de la OPEP. El sha poseía una maquinaria burocrática y un equipo de colaboradores más complejo, capaz de formular un razonamiento sofisticado, al estilo occidental, que relacionaba los precios del petróleo con los costos marginales de otros combustibles. Pero él nunca trató de influen-

ciar el mercado mediante cortes de producción. Entre otros motivos, porque la capacidad de Irán era demasiado pequeña, y sus necesidades internas demasiado grandes, para permitir una reducción que afectaría el precio mundial del petróleo.

El estilo saudita no consiste en presentar teorías complejas. El Reino simplemente anunciaba decisiones de producción, permitiendo que las implicaciones del aumento de precio fuesen explicitadas por los demás. Los metafísicos pueden discutir indefinidamente qué ejerce una influencia mayor: si la teoría sin acción o la acción sin teoría. Ambas fueron condiciones necesarias para lo que después sobrevino.

Los analistas serios están de acuerdo en que Irán apoyó el aumento de precios de diciembre, no por connivencia con los Estados Unidos sino porque en un remate de petróleo iraní de mediados de diciembre —en el llamado mercado libre— las ofertas llegaron al precio sin precedentes de 16 a 17 dólares por barril (9). El sha llegó a la conclusión de que esto probaba que el precio oficial —en ese momento de 5,12 dólares— era demasiado bajo. Sugirió que la OPEP aumentara los precios a 11,65 dólares y todos sus socios de la OPEP aceptaron con satisfacción. El repentino activismo del sha fue, en sí mismo, sorprendente; en el pasado no había asumido un papel de liderazgo en las decisiones sobre precios (10). En realidad, su producción no era lo suficientemente amplia para colocarlo en la posición de hacerlo. Irán no había participado ni en el embargo árabe ni en los cortes de producción de octubre, que fueron el fundamento real de los aumentos de precios. Cuando los árabes impusieron esas medidas, el sha, en realidad, declaró que Irán producía petróleo al máximo de su capacidad a fin de ayudar a mitigar el efecto de la escasez. No adoptó esa política para hacernos un favor sino para aumentar sus propias ganancias; sin embargo, el resultado fue que ayudó a estabilizar el mercado. Sin duda alguna, el sha trataba de elevar al máximo sus entradas; se mostró inflexible al buscar las ventajas que el tráfico podía producirle. Pero él no creó las condiciones que explotaba. Estas fueron producidas por la expansión de la demanda mundial, el fin de las existencias de sobrantes norteamericanos y los cortes en la producción árabe. El sha terminó apareciendo como el villano de la obra, en parte debido al papel preeminente que desempeñó al anunciar los aumentos de precios, que fueron en realidad una decisión unánime de la OPEP. El egocentrismo constituyó sin duda un factor predominante. Posiblemente se sintió tentado de desempeñar un papel de liderazgo debido a que en el encuentro de Teherán técnicamente era el dueño de casa. Quizás deseara ganar galardones nacionalistas dentro de su país. Muy posiblemente se alegraba de que se le presentara la oportunidad de mostrar solidaridad con sus vecinos árabes, después de haberse separado de ellos durante la guerra de Medio Oriente por haber abastecido de petróleo a Israel y también a nuestra flota, y por haber denunciado el embargo y los cortes de producción demasiado tarde, el día antes de que se iniciara la Conferencia de Teherán. Fueran cuales fuesen sus motivos, más adelante el sha tuvo que sufrir el oprobio de ser públicamente identificado con la explosión del precio petrolero que cambió la historia económica y política, aunque el papel que desempeñara en la creación de las condiciones fuese menos importante que el de muchos otros, y aunque no existe evidencia de que ninguno de sus colegas se opusiera seriamente (excepto en secretos susurros mantenidos con sus víctimas). El sha pagó un precio muy alto por la vanidad de querer permanecer un momento bajo la luz de los reflectores.

Todas las naciones de la OPEP demostraron con rapidez que habían aprendido la manera de aprovecharse a la desunión política de las democracias industrializadas. En parte para deteriorar el frente unido de los consumidores, en parte para premiar a aquellos que habían roto filas con los Estados Unidos, los ministros árabes del petróleo se reunieron en Kuwait el 24 y 25 de diciembre para considerar el embargo y los cortes de producción. Los resultados fueron notablemente diferentes de lo que se nos había llevado a esperar. El embargo contra los Estados Unidos no fue levantado ni aliviado. En con-

traste, se mitigaron las restricciones petroleras de Europa (con excepción de los Países Bajos) y Japón; el corte de un 5% en la producción anunciado para enero fue cancelado en favor de un aumento del 10%. Yamani anunció la decisión. Justificó la discriminación ejercida en contra de nosotros, basándose en que *existe una gran diferencia entre aquellos que permanecen lado a lado con los árabes, aquellos que se sitúan junto al enemigo y aquellos que permanecen en el medio*. A pesar de haber notado *cambios graduales* en la posición norteamericana, los ministros decidieron no obstante continuar el embargo sobre Norteamérica hasta que, como expresó Yamani, obtuvieran *resultados más fructíferos*.

Frente a estas decisiones, no reaccionamos con la racionalidad controlada que los libros de texto atribuyen a los estadistas. Nos sentimos engañados por semanas de conversaciones con varios líderes árabes. El inmenso aumento de los precios fue doblemente doloroso, ya que era totalmente inesperado y además fue acompañado por una reafirmación de las prácticas discriminatorias contra los Estados Unidos.

En realidad, el sutil Yamani y su complicado gobierno no habían sido tan inútiles como implicaba la retórica. La expansión de producción petrolera, ostensiblemente confinada al resto del mundo, aumentaba el abastecimiento total en el mercado mundial. Las compañías encargadas de la distribución de variadas cantidades entre los consumidores tenían más petróleo en el fondo común; la escasez fue aliviada. En esas circunstancias, la continuación del embargo fue un inconveniente y un insulto; pero no nos perjudicó significativamente. Pero en ese momento no lo comprendimos. Resultaba difícil aceptar el simbolismo de continuas discriminaciones contra el país que soportaba la carga más pesada de los esfuerzos pacíficos. Tampoco existía ninguna circunstancia atenuante para aliviar el devastador impacto económico que ocasionaba a los consumidores el aumento de precios.

Como era previsible, Yamani, en una conversación que mantuvo con Akins, culpó a Kuwait, Abu Dhabi e Irak por este caos, así como había culpado a Irán del anterior, pero eso no hacía ninguna diferencia. El 28 de diciembre, Nixon envió a Faisal un mensaje inusitadamente duro, advirtiéndole que con esas medidas arriesgaba la totalidad de la relación de su país con Norteamérica:

Usted conoce el gran énfasis que yo pongo en las estrechas relaciones con el mundo árabe y con Arabia Saudita en particular. Sin embargo, la actitud claramente discriminatoria de los productores de petróleo puede enviciar totalmente la efectiva contribución que los Estados Unidos están decididos a realizar en el futuro. Por lo tanto, debo decirle con toda sinceridad que es absolutamente indispensable que el embargo petrolero y las restricciones de producción petrolera que se ejercen contra los Estados Unidos finalicen de inmediato.

Ese día yo le escribí a Sakkaf una nota del mismo tenor, protestando también por los *drásticos e injustificables aumentos de precio* anunciados en Teherán: *deseo que su gobierno sepa que el efecto previsible y desastrosamente desestabilizante que ejercerá sobre la economía del mundo libre y el sistema monetario nos preocupa profundamente*. Utilizamos el mismo sistema de doble comunicación con Egipto. Nixon y yo le escribimos a Sadat el 28 de diciembre, destacando que los Estados Unidos insistían en que se pusiera fin de inmediato al embargo y a las restricciones en la producción y advirtiéndole que mientras siguiera en vigencia el embargo, los Estados Unidos no continuarían con su papel pacifista. Y ya he citado antes nuestro mensaje al sha el 29 de diciembre en el que protestábamos con vigor por el aumento de precios.

La explosión en los precios fue una prueba más de que la desunión entre las naciones consumidoras nos dejaba a todos en una posición vulnerable. La solidaridad de los consumidores era esencial. El 29 de diciembre apelé a *sir Alec Douglas-Home*:

Las decisiones fueron tomadas, por supuesto, en forma unilateral, sin simular siquiera una negociación con las compañías internacionales o las naciones consumidoras. Más aún, una nueva ronda de aumentos sustanciales parece previsible para la próxima primavera, a menos que nosotros actuemos con rapidez para intentar que todo este proceso entre en cauces más razonables.

Fue la probabilidad de la situación que ahora se presenta la que me llevó a sugerir la formación de un grupo de acción energética. En la actualidad estamos desarrollando un programa para implementar la tarea de dicho grupo, pero antes de dirigirme nuevamente a usted con un plan determinado deseaba indicarle mi profunda preocupación por las recientes actitudes de los países productores. Parece inconcebible que las naciones consumidoras permanezcan paralizadas frente a dicha situación.

Pero la reacción europea fue exactamente de parálisis. En su respuesta, Home apoyó en principio la cooperación de los consumidores, pero expresó sus dudas acerca de una organización permanente que pudiera llevar a cabo esa concertación. Varios de nuestros aliados veían en la decisión de Kuwait una vindicación del camino que se habían trazado; la disociación de los Estados Unidos daba como resultado un tratamiento claramente preferencial.

EL FIN DEL EMBARGO .

Por lo tanto al finalizar ese año, los Estados Unidos estaban virtualmente solos en su exigencia de un inmediato fin del embargo. Tanto Egipto como Arabia Saudita evitaron una respuesta clara y directa. Ambos países declaraban que el embargo sería levantado en cuanto pudiera lograrse un consenso árabe. El 29 de diciembre, Sakkaf expresó sorpresa ante la violencia de nuestra reacción. Sadat prometió viajar a Riyadh para abogar personalmente por el levantamiento del embargo en cuanto se lograra el retiro de las tropas del Sinaí. El 31 de diciembre y una vez más el 3 de enero de 1974, Sakkaf prometió que el embargo finalizaría después que Egipto retirara sus fuerzas, pero implicó que podían existir condiciones adicionales.

Dejamos en claro que nosotros no éramos suplicantes. En una conferencia de prensa que se realizó el 2 de enero de 1974, yo insistí en que la continuación del embargo era cada vez menos apropiada. Cuando se me preguntó acerca de las posibles medidas que adoptaría Norteamérica, sólo respondí que en *ese momento* no se preparaba *ninguna medida específica*: una contestación moderadamente amenazante. El 7 de enero, el ministro de Defensa Schlesinger advirtió públicamente acerca de la posibilidad de represalias contra los productores de petróleo. Esta declaración produjo una tormenta en el mundo árabe, donde algunos aparentemente sostenían la doctrina de que un asalto a la yugular económica de los Estados Unidos (y de otras democracias industrializadas) debía ser soportado con estoicismo y pasividad. Yo no conocí anticipadamente la declaración de Schlesinger; él y yo nos encontrábamos con frecuencia para conversar acerca de la estrategia a seguir, pero en esta ocasión no habíamos concertado ninguna táctica definida. Sin embargo, su comentario resultó favorable, por lo que en mi conferencia de prensa de el 10 de enero permití que la amenaza quedara en pie, aunque expresé la esperanza de que las circunstancias no nos obligarían a implementarla:

Bueno, por lo que yo entiendo, el ministro Schlesinger explicaba las situaciones teóricas que se pueden presentar si se nos exprime en exceso. Si yo comprendo correctamente sus palabras, también señaló que todavía no habíamos llegado a ese punto.

El 11 de febrero, después de medianoche, partí para esa serie de viajes de idas y venidas que culminaron con el acuerdo de separación de fuerzas entre Egipto e Israel. Durante los días y semanas siguientes recibimos una avalancha de mensajes sorprendentes. El 13 de enero, cuando me encontraba a mitad de camino en la negociación, recibí una señal nefasta. La última posición saudita era que una separación de fuerzas en el Sinaí no sería por sí sola suficiente. En realidad, mejoraría la posición militar de Israel, al colocar un cinturón desmilitarizado entre ese país y las fuerzas árabes. Necesitaban *evidencias tangibles* de que Israel se comprometería a otras retiradas sustanciales *sin demora*, y que en el acuerdo se tomaban en cuenta los derechos palestinos. No estábamos seguros de lo que significaba ese informe, aparte de las intensas presiones a que se encontraban sometidos los sauditas. Porque Sadat siguió siendo optimista. El 14 de enero, en Aswan, reiteró su promesa de visitar Riyadh en cuanto se lograra la separación de fuerzas en el Sinaí. Tenía confianza en poder lograr que finalizara el embargo a más tardar el 28 de enero. Yo le advertí que cualquier acuerdo de la separación de fuerzas que pudiésemos lograr no sería implementado, a menos que se levantara el embargo.

Mientras tanto, la Casa Blanca estaba intrigada por el rápido progreso realizado en el acuerdo de separación de fuerzas entre Egipto e Israel. Dos informes diarios que le enviaba a Nixon, en los que mencioné la promesa de Sadat de lograr muy pronto el fin del embargo, estimularon a Nixon a realizar un rápido anuncio en la Casa Blanca. Así, Scowcroft me advirtió telegráficamente el 19 de enero que Nixon deseaba anunciar personalmente el fin del embargo en un mensaje televisado al Congreso que pronunciaría el 30 de enero. En vista a las ya poderosas tergiversaciones de Arabia Saudita frente a las presiones radicales, era improbable que Riyadh permitiera que los Estados Unidos anunciaran lo que ellos siempre habían insistido que era una decisión árabe. Desde Siria telegrafíé imperativamente a Scowcroft el 20 de enero:

No hay forma posible de concretar el levantamiento del embargo petrolero de manera tal que permita al presidente hacer el anuncio. Ustedes saben perfectamente que estamos realizando intensas tratativas con diez países árabes, seis de los cuales son radicales.

Pero el acontecimiento que era el tema central de todos estos manejos no surgió con tanta rapidez como nosotros esperábamos. Faisal efectivamente había vetado a los Estados con reclamaciones insatisfechas, que no tenían interés en ayudar a los Estados Unidos. Uno de ellos era Siria. El 21 de enero, Hafez al-Assad exigió la posibilidad de usar el arma del petróleo en su propio beneficio, así como lo había hecho Egipto: el embargo debía mantenerse por lo menos hasta que se completara el retiro de tropas sirias.

Arabia Saudita no deseaba convertirse en antagonista de los Estados Unidos; sin embargo era demasiado vulnerable para arriesgarse a permanecer aislada del mundo árabe. Por lo tanto, sus vacilaciones se repitieron en ciclos cada vez más cortos. Por ejemplo, el 20 de enero Sakkaf informó a Akins que Arabia Saudita levantaría su embargo prescindiendo de la actitud del resto de los productores; esta medida sería anunciada enseguida de una reunión de los ministros de petróleo árabes a realizarse en El Cairo el 22 de enero. Sin embargo, el 23 de enero el rey aseguró personalmente a Akins que todavía buscaba un consenso árabe. En el ínterin, Sadat me envió un dolorido mensaje después de su gira por el mundo árabe. A pesar de que El Cairo realizaba ingentes esfuerzos, resultaba evidente que sus *hermanos* estaban decididos a ligar el fin del embargo con resultados tangibles en el asunto del retiro de fuerzas por parte de Siria. Los sauditas continuaban eludiendo el compromiso. El 27 de enero, Sakkaf todavía expresaba la esperanza de una respuesta favorable antes de que se produjera el mensaje de Nixon a los Estados Unidos.

Pero el 30 de enero llegó y pasó sin novedades. Las insinuaciones de diarios norteamer-

ricanos que precedían un anuncio definitivo en el mensaje de Nixon no se cumplieron. Lo único que Nixon pudo anunciar por televisión fue que comprendía que los árabes se reunirían a corto plazo para *discutir* el levantamiento del embargo; pero no necesariamente para finalizarlo. El 3 de febrero, Faisal confesó su fracaso; el consenso árabe parecía cada vez más firme en la opinión de que lograr algún progreso en el frente sirio era requisito indispensable para llegar al fin del embargo. Nos enteramos que Boumedienne se inclinaba hacia el fin del embargo, pero Assad permanecía inexorable.

Estábamos decididos a no seguir en ese juego. Arriesgábamos nuestra credibilidad. Insistimos en las promesas que se nos habían hecho. Y manifestamos esta decisión con toda claridad.

Nixon envió una severa carta a Faisal asegurando que habíamos sido engañados. No aceptaríamos la imposición de nuevas condiciones; no seguiríamos adelante con nuestros esfuerzos por lograr el retiro de las tropas sirias si el embargo quedaba en pie. Hasta insinuó que cabía la posibilidad de que diéramos a publicidad las promesas sauditas anteriores. Esto provocó la fría (y nada incorrecta) respuesta de Sakkaf, de que en ese caso él declararía que nuestro pedido se había basado muchas veces en las necesidades internas de Nixon y en el interés nacional norteamericano; recalando entre líneas la posición humillante en que nos había colocado Watergate.

Yo envié ásperos mensajes a Sadat, Assad y Boumedienne. Si los productores árabes nos tomaban con seriedad, y si creían lo que declaraban —que éramos indispensables para obtener la retirada de Israel— el problema era ahora de ellos: ellos, y no nosotros, tenían que encontrar una manera de finalizar el embargo.

Nuestras comunicaciones pronto condujeron a un sutil cambio de tono en los mensajes de los árabes. Durante meses los productores árabes se habían estado reuniendo y poniendo sobre la mesa plazos aún más perentorios, seguros de que no habría represalias. Pero Estados Unidos, que estaba advertido, produjo en ellos segundas reflexiones. No se habló más de nuevos cortes en la producción, hasta las recientes y continuas amenazas. Si la producción de petróleo permanecía estable, el impacto del embargo resultaba calculable; su mayor significancia era demostrar capacidad para una presión unilateral, la cual estábamos decididos a resistir. Desde esta perspectiva también, ninguna nueva condición política sería puesta a priori. Casi todas las comunicaciones árabes ahora se referían a tácticas para eliminar el embargo.

El 6 de febrero Faisal reiteró a Akins que él estaba procurando el acuerdo árabe (sirio en la práctica) para terminar con el embargo. Al día siguiente Sakkaf fue enviado a Siria a proponer una mini reunión cumbre de Faisal, Sadat, Boumedienne y Assad, que tendría lugar en Aswan el 12 y 13 de febrero. Assad de mala gana aceptó la reunión pero se negó a ir a Egipto. Cualquiera fuese el lugar, él apenas podía tener dudas de qué podía aguardarle. Sus cofrades urgirían su consentimiento en levantar el embargo; él podría demorar pero no mantenerlo indefinidamente. El arma petróleo no sería útil para Siria en sus conversaciones de separación de fuerzas.

El 9 de febrero Assad replicó mi mensaje declarando ambiguamente que la cuestión del petróleo tenía un carácter pan-arábigo. El se quejó de que Siria no había todavía obtenido ningún resultado práctico que posibilitara cambiar su actitud. Esto parecía una invitación —casi un ruego— para que nosotros lleváramos a Siria dentro del proceso de negociaciones y darle algún pretexto para cambiar de fundamento. Teníamos muchas razones para querer hacer lo mismo. El balance en el mundo árabe estaba sutilmente inclinado en la dirección de una actitud moderada.

El 11 de febrero Sadat propuso mudar la mini reunión cumbre a Argelia. Fue un cambio astuto. Boumedienne, en el medio del restablecimiento de relaciones con Estados Unidos, era menos apto para insistir en mantener el boicot en su propia capital que en cualquier otra parte. Y Boumedienne, un hombre "radical", era el partidario más cer-

cano de Siria. El 12 de febrero Boumedienne me envió un mensaje confirmando este juicio. El trabajaría para levantar el embargo; esperaba que los Estados Unidos evitaran cualquier cambio o declaración que pudiera perturbar la atmósfera.

De la mini cumbre árabe surgía la fórmula de compromiso de que yo tendría que hacer un viaje exploratorio a través del área en febrero a fin de preparar el terreno para llegar a una separación de fuerzas por parte de Siria. Esto era fácil de acordar. Un mes más tarde el embargo petrolero fue levantado. (Describiré ese viaje en el Capítulo XXI).

Habíamos atravesado un período difícil sin sucumbir a la presión. Con el inminente final del embargo, habíamos demostrado que podíamos resistir la alardeada arma petrolera. El pánico de nuestros aliados podía calmarse.

Pero no podíamos hacernos ilusiones; el logro era sólo temporario; el éxito, principalmente táctico. Las condiciones subyacentes del mercado permanecían. La crisis económica de las democracias estaba sólo comenzando. Las consecuencias políticas y sociales resultaban escasamente discernibles. Aún ante nosotros estaba la pregunta de si, y cómo, las democracias industriales podían hacerse cargo otra vez de su destino común. Esta fue la tarea a la que nos abocamos.

CAPITULO XX

LA ENERGIA Y LAS DEMOCRACIAS

UNA ESTRATEGIA ENERGETICA

Una estrategia energética de largo alcance requería ante todo que las democracias industriales constituyeran un frente unido. Nosotros éramos conscientes de que nuestros aliados no deseaban establecer una posición negociadora en común para con los productores. Sin embargo, incluso la vigorización de los esfuerzos que los consumidores pudieran realizar entre ellos mismos mejoraría en gran medida su posición de regateo. El cooperar en la observación, el desarrollo de recursos alternativos y las situaciones de emergencia compartidas alterarían las condiciones del mercado y por lo tanto también modificarían el balance negociador.

A causa de que entre todas las democracias los Estados Unidos era la que menos dependía del combustible importado y tenía la economía más fuerte, pensamos que estábamos en la mejor posición como para tomar la delantera y sugerir propuestas para el bien común. Confiábamos en que la realidad de la presente crisis nos ahorraría las equivocaciones y evasivas que habían signado el ejercicio más abstracto del Año de Europa.

A pesar del rechazo y los desaires con que se toparon nuestros esfuerzos previos, hicimos todavía otro intento en mi discurso de los Peregrinos, pronunciado el 12 de diciembre de 1973 en Londres (descrito en el Capítulo XVI). En esa ocasión afirmé que la cooperación energética no era un favor que nuestros aliados nos hacían; los Estados Unidos se hallaban en la mejor posición entre todos los países democráticos industriales como para obrar por sí mismo, sin ayuda. No obstante, los esfuerzos nacionales solitarios estaban destinados a obtener resultados contraproducentes. Por lo tanto, propuse la formación de un Grupo de Acción Energético de las democracias industrializadas, que no era otra cosa que una agrupación de consumidores para promover fuentes energéticas y de conservación alternativas, y para negociar con los productores:

Debemos tener en cuenta las causas más profundas de la crisis energética: no es simplemente un producto de la guerra árabe-israelí, es la consecuencia inevitable del crecimiento explosivo de la demanda mundial que excedió los incentivos a la oferta. La guerra del Medio Oriente agudizó una crisis crónica, pero en todo caso era notorio que se avecinaba una crisis. Aun en el caso de que se recuperaran los niveles de producción anteriores a la guerra, el problema de conseguir emparejar el nivel de combustible que el mundo produce con el nivel que consume, es seguro que seguiría en pie.

La solución a largo plazo consiste en un esfuerzo masivo destinado a proveer a los productores de un incentivo para que aumenten la oferta, alentar a los consu-

midores a usar las reservas existentes en una forma más racional y desarrollar fuentes alternativas de energía.

Este es un desafío que a Estados Unidos le costaría mucho resolver solo y que Europa no puede solucionar de ningún modo si se mantiene aislada. Nosotros preferimos decididamente una empresa común, y Europa la necesita.

Con este fin, los Estados Unidos proponen que las naciones de Europa, Norteamérica y el Japón establezcan un Grupo de Acción Energética formado por individuos importantes y prestigiosos con un mandato para desarrollar dentro de los tres meses un programa inicial de acción para una mutua colaboración en todas las áreas del problema energético. Dejaríamos a consideración de los miembros de los *nueve* si ellos prefieren participar como Comunidad Europea.

La reacción europea fue ambivalente. Los comentarios de la prensa acerca del discurso resultaron ampliamente favorables. Pero el bullicio proveniente de los gobiernos se frenó mucho antes de pasar a la acción. El motivo era que la mayor parte de ellos creían en una cooperación energética sólo en un sentido limitado a lo táctico: para conseguir la tecnología norteamericana y para desarrollar fuentes alternativas de energía y, en el caso de una emergencia, compartir nuestras reservas, que cada día se estiraban más. Pero no tenían deseo alguno de concertar una diplomacia conjunta, pues creían que el intento de unir fuerzas *provocaría* a los productores a tomar represalias. Nada podría haber ilustrado mejor la desmoralización lindante con la abdicación de las democracias. Se juzgaba aceptable un cartel de los productores: una agrupación de consumidores era considerada demasiado riesgosa. Los productores, con una población combinada de alrededor de cincuenta millones y las economías subdesarrolladas, estaban en efecto extorsionando a las sociedades industriales avanzadas, con una población combinada de unos mil millones, dictando no solamente los términos del intercambio sino el sistema de organización de las relaciones políticas.

El 20 de diciembre, en París, el presidente francés Georges Pompidou dijo esto explícitamente. Pompidou me expresó que Francia no correría el menor riesgo de un corte en el suministro de petróleo; no participaría en ningún agrupamiento o programa político que implicara alguna perspectiva de confrontación:

Si estamos hablando de un diálogo entre los consumidores y los productores, podemos discutir las modalidades de tal diálogo sin ningún problema. Yo no podría convenir, sin embargo, en establecer un consorcio de consumidores que buscara imponerle una solución a los productores. Ustedes dependen de los árabes sólo en un décimo de su consumo total. Nosotros dependemos totalmente de ellos. No podemos darnos el lujo de tres o cuatro años de desesperación y miseria esperando que los árabes comprendan el problema. Yo no estoy en condiciones de aceptar, sean cuales fueren las condiciones que se establezcan, una situación que nos obligue a renunciar al combustible árabe, ni siquiera por el término de un año.

Pero cuando una de las partes de una negociación es incapaz de arriesgar su fracaso —la forma más leve de confrontación— se ve reducida a elegir entre distintas variedades de apaciguamiento. Fundamentalmente, la mayoría de nuestros aliados estaban convencidos de que sus suministros de petróleo se encontraban mejor asegurados adaptándose a las demandas políticas de los árabes, que formaban un frente unido para resistir las presiones.

La única acción concreta no fue una respuesta al discurso de los Peregrinos sino otra conciliación con los productores. Estaba el extraño asunto de la reunión cumbre de la Comunidad Europea en Copenhague desarrollada el 14 y 15 de diciembre, donde un

grupo de ministros árabes de relaciones exteriores se presentó en forma supuestamente "inesperada" para tratar de conseguir que se ejercieran presiones sobre Israel. Si teníamos que creer en lo que nos decían, debió haber sido la primera vez en la historia que una delegación de ministros de relaciones exteriores aparecía sin invitación en una reunión cumbre de un continente al cual ellos no pertenecían. Nosotros no sabíamos quién había gestionado esta visita "sorpresa"; sospechábamos de Jobert, pero era evidente que no podía haber tenido lugar sin el consentimiento de la mayoría de sus colegas.

Fundamentalmente, nuestra posición en torno de la cooperación energética chocó de inmediato con los mismos obstáculos que habían frustrado nuestros esfuerzos previos para lograr la cohesión atlántica. Jobert y, probablemente, Pompidou no querían tener participación en ninguna agrupación dentro de la cual la influencia norteamericana pudiera ser decisiva y cuyo propósito fuese el de desalentar las iniciativas solitarias. La filosofía fue reforzada por la conveniencia. Francia estaba a la vanguardia de todos aquellos, que entre nuestros aliados, se hallaban explotando el embargo para encarar negociaciones bilaterales con los productores: armas por petróleo. Y era Francia la que actuaba como punta de lanza del así llamado diálogo europeo-árabe, la alternativa europea para nuestra diplomacia en Medio Oriente, cuya fundamentación —nunca hecha explícita— podía ser únicamente la disociación de los Estados Unidos.

Jobert me escribió el 28 de diciembre, luego de la decisión de la OPEP del 17 de diciembre. Aceptaba el principio de cooperación entre los consumidores, pero lo definía en términos que impedían toda unidad negociadora. Y no había por qué sorprenderse, ya que en ese preciso momento Jobert estaba promoviendo en forma activa contratos petroleros bilaterales entre Francia y los productores del Medio Oriente. Dirigiéndose a mí como *Señor Secretario y querido amigo*, Jobert procuró un poco juguetonamente limar las aristas del discurso de los Peregrinos. Sus sugerencias quizás podían complicar el plan que yo había trazado, dijo, pero así lo creía él, podrían facilitar su implementación. *Complicar* no era la palabra exacta; *hundir* habría sido más adecuada.

Lo que Jobert proponía era un plan en varias etapas. Europa, los Estados Unidos, Canadá y el Japón elaborarían cada uno su propia política energética autónoma y conducirían separadamente sus relaciones con los países productores de petróleo. En un segundo nivel podrían cooperar en proyectos de alta tecnología, como el procesamiento del agua pesada y la gasificación del carbón. En tercer término, todas las democracias industriales podrían cooperar en la conservación y esfuerzos similares dentro del sistema de la Organización para el Desarrollo y Cooperación Económicas (OECD): un agrupamiento un tanto vago de las naciones industriales más importantes, proveniente de la organización del plan Marshall, y que no se caracteriza por acciones decisivas o rápidas. Finalmente, las naciones consumidoras no enfrentarían a los productores como una unidad sino que negociarían en forma esencialmente bilateral en una conferencia mundial dedicada a las cuestiones energéticas y que sería preparatoria de otra conferencia aún más abarcadora que se ocuparía de las materias primas en general.

El proyecto de Jobert era inteligente pero demasiado transparente. El buscaba poder acceder a la avanzada tecnológica norteamericana mientras arrojaba todas las demás cuestiones a un foro tan difícil de manejar que cada nación consumidora sería libre —verdaderamente: forzada— de actuar por su cuenta. Además, los desorganizados consumidores se encontrarían no con productores individuales sino con la OPEP. A nosotros nos parecía que la proposición francesa institucionalizaría el debilitamiento de las democracias industriales más que superarlo vencéndolo.

Junto con otros líderes que favorecerían el diálogo árabe-europeo, los franceses negaban vigorosa y enérgicamente todo objetivo político o motivos excluyentes. Pero el secreto con el cual la iniciativa propuesta había sido preparada, la negativa a informarnos acerca de sus contenidos, indicaban otra cosa. Gradualmente llegamos a enterarnos de su

alcance e implicancias: usualmente a través de diplomáticos de naciones amigas que nos informaban sin el conocimiento de sus propios superiores. Por ejemplo, en una reunión de los directores políticos (funcionarios superiores de las oficinas de relaciones exteriores) de la Comunidad Europea en Bonn los días 10 y 11 de enero, Francia presentó una proposición para iniciar el diálogo árabe-europeo a un nivel de expertos en el tema y culminarlo en una conferencia de ministros de relaciones exteriores: lo cual en sí mismo probaba que el propósito no podía ser puramente técnico, ni tampoco el intercambio cultural acerca del cual nos habían informado a nosotros. El 30 de enero, yo ordené que las instrucciones fueran enviadas a nuestros puestos europeos recalcando que:

la consultación es como una calle de dos manos, y antes de que los Estados Unidos lancen una iniciativa mayor en el Medio Oriente nosotros esperábamos que se hicieran todos los esfuerzos necesarios para arreglar consultas entre nosotros de antemano y para evitar la posibilidad de programas políticos divergentes.

El 1º de febrero los expertos de la Comunidad Europea acerca del Medio Oriente se reunieron. Cuando surgió la cuestión de informar a los Estados Unidos, el representante de Alemania Occidental, que presidía la reunión, expresó que Estados Unidos ya estaba informado acerca de los propósitos generales y los principios. Esta declaración era cierta en el sentido de que vías de divulgación no autorizadas nos habían alertado; ellos escasamente proveían una base para la seria discusión. Era incluso degradante.

El 6 y el 7 de febrero los directores políticos se reunieron otra vez y sustancialmente adoptaron la recomendación francesa de que el diálogo árabe-europeo condujera a una conferencia al nivel de cancillerés. A nosotros nunca se nos comunicó esta decisión en forma oficial; de hecho, una proposición consistente en informarme por parte del ministro de Relaciones Exteriores alemán Walter Scheel en su condición de presidente del Consejo de Ministros fue bloqueada por Francia.

Nuestra objeción no iba dirigida al diálogo árabe-europeo como tal; eso era tan natural como inevitable. Nosotros estábamos inquietos tanto acerca de aspectos de procedimiento como de sustancia. Nuestros aliados no dudaban en usar los recursos de consulta de la NATO para informarse de los programas políticos norteamericanos; al mismo tiempo evitaban discutir las decisiones de la Comunidad con nosotros hasta que eran irrevocables, maniobrándolas según nuevos y tortuosos procedimientos que requerían la aprobación principal de todos los aliados. En la medida en que este proceso estuviera limitado a las relaciones atlánticas era irritante, pero su daño se limitaba a frustrar nuevos puntos de partida.

En la caldera del Medio Oriente, sin embargo, la iniciativa europea de una conferencia de ministros de relaciones exteriores amenazó sabotear nuestra cuidadosamente elaborada estrategia. Nosotros estábamos procediendo paso a paso; la Comunidad Europea se había comprometido públicamente a hallar una solución comprensiva. Nosotros tratábamos con cada una de las principales partes en el problema del Medio Oriente por separado; los europeos estaban ansiosos por realizar un cónclave que convocara a todos los países árabes, un foro que, estaba convencido, daría ventaja a los radicales. Como le dije al ministro de Relaciones Exteriores británico *sir* Alec Douglas-Home en los primeros días de febrero:

Solamente quería que supiera que cualquier agrupamiento de todos los Estados árabes —moderados y radicales— tendría las más desafortunadas consecuencias. Es seguro que conduciría a los radicales a hacer declaraciones extremas que serían muy difíciles de resistir para los moderados.

Esto conduciría inmediatamente a presiones sobre líderes europeos para que

confirмен o aprueben cada punto del programa político de los árabes radicales.

En segundo término, ellos tratarán de vincular todas las cuestiones y es indudable que esto tendrá un efecto negativo en nuestras negociaciones políticas. Sadat nos ha dicho que la única forma de encarar tal situación es parte por parte. . . Si usted sigue adelante con esta iniciativa de la Comunidad es seguro que las cosas darán un vuelco y entonces tendremos que ir a juntar los pedazos.

El diálogo con los árabes, por otra parte, estaba siendo urgido por Francia explícitamente como una alternativa de desafío de los consumidores unidos a los productores de petróleo. Incluso aquellos líderes europeos que no compartían la hostilidad francesa con respecto a nuestro enfoque, buscaron alivio a las presiones conflictivas adoptando fragmentos de cada posición. El resultado fue una ambivalencia institucionalizada. Pocas naciones europeas estaban de acuerdo totalmente con Francia y sin embargo, como en el Año de Europa, ninguna estaba preparada para una confrontación. Tampoco ninguna deseaba cortejar nuestra renuncia.

Por lo tanto, la mayoría reconocía un principio de cooperación mutua entre los consumidores pero buscaba definirlo de manera tal de no excluir ni imposibilitar el programa político autónomo favorecido por Francia. Cada movimiento en dirección a un polo evocaba un giro compensatorio en dirección al otro.

En los primeros días de enero, muchos líderes europeos —aunque no de Francia— empezaron a avanzar poco a poco en dirección de algún tipo de cooperación energética. Al mismo tiempo la Comisión Europea advirtió contra enfoques energéticos que pudieran debilitar la solidaridad política que la Comunidad se proponía demostrar como evidencia de su existencia y significado: evidentemente una indirecta para nosotros.

Podríamos ver, como una aparición, la misma pesadilla interminable de los procedimientos que habían hecho fracasar el Año de Europa, esta vez en una cuestión que no se limitaba a hipotecar el futuro sino que amenazaba el presente. Fue por esta razón que decidimos ultimar las cuestiones extendiendo, el 9 de enero de 1974, una invitación formal del presidente para una Conferencia sobre Energía en Washington que se llevaría a cabo los primeros días de febrero. El administrador de la Comisión Federal de Energía William Simon y yo dimos una conferencia de prensa en conjunto el 10 de enero para anunciar la reunión. Enfatizamos la urgente necesidad de que los consumidores llegaran a un análisis común de la situación y a una estrategia conjunta. Yo sostuve:

En lo concerniente a las naciones consumidoras, la situación energética, y lo que presagia para el futuro, será una prueba del acercamiento global hacia el sistema internacional que nosotros. . . hemos perseguido. . . para con las naciones en desarrollo durante los últimos 25 años.

Es una prueba de la proposición de que el mundo se ha tornado verdaderamente interdependiente, y de que el aislamiento y los enfoques individuales deben ser destructivos para todos los involucrados.

Para contar las interminables maniobras de procedimientos acerca de quién hablaría por Europa, distribuimos invitaciones individuales a las naciones consumidoras de energía más importantes del mundo democrático; inicialmente los representantes en el Comité Energético de la OECD. La comunidad Europea fue invitada a asistir por derecho propio y a decidir el nivel de su participación (*).

(*) Las naciones invitadas eran Canadá, Francia, la República Federal de Alemania, Italia, Japón, los Países Bajos, Noruega y el Reino Unido. La invitación para la Comunidad Europea se hallaba en la carta al canciller de Alemania occidental Willy Brandt quien estaba de turno como presidente de la Comunidad. También fue invitado el secretario general de la OECD Jonkheer Emile van Lennep.

Ahora podría comprobarse si tendríamos que enfrentarnos nuevamente con la insistencia de que los países europeos nos hablaran solamente a través de un único representante instruido o si la importancia del tema produciría un modelo más natural de consultaciones.

Ninguno de nuestros aliados estaba ansioso por una conferencia de consumidores, y las actitudes se extendían desde la resignación hasta la renuencia. Pero una cosa era disociarse de nosotros en la diplomacia del Medio Oriente con declaraciones que, según se sabía, tenían poco impacto; otra cosa era publicitar y promover el aislamiento en los asuntos energéticos con respecto a un socio que si se seguía la ruta bilateral, tendría de lejos la posición negociadora más fuerte y que se tornaría necesario como abastecedor en último caso si se produjese un corte importante en el suministro de petróleo. Como dije en una reunión preparatoria en la Secretaría de Estado el 8 de enero:

Los europeos tienen que comprender que consideramos de interés común el alcanzar una solución multilateral que no signifique un beneficio especial para ningún grupo o región, porque creemos que el empobrecer al vecino nos va a perjudicar a todos. Es por eso que estamos preparados para trabajar con ellos en un proyecto verdaderamente cooperativo, aun cuando probablemente pongamos en el proyecto más que ellos, por asegurar la estabilidad mundial. Pero también deben comprender que bajo ningún tipo de circunstancia les dejaremos campo libre para negociaciones bilaterales. Y si no trabajan multilateralmente, los obligaremos conduciéndonos en forma bilateral nosotros. Si lo hacemos así, podemos sacarles ventajas, creo yo, en la mayoría de las áreas. Bajo ninguna circunstancia, les entregaremos a ellos el terreno bilateralmente.

Durante todo enero, tratamos con emisarios —de Gran Bretaña, de la República Federal, y de Estados más pequeños— quienes buscaban realizar lo imposible; querían darnos bastante de lo que habíamos propuesto por el bien de la unidad atlántica, satisfacer las preocupaciones francesas por la articulación de la identidad europea, y cortejar la buena voluntad del productor disociándose de nosotros en nombre de unos suministros energéticos ininterrumpidos. Los japoneses también pusieron en evidencia su ambivalencia: por un lado, reconociendo la necesidad de una cooperación efectiva de los consumidores; por otro lado, temiendo una confrontación con los productores de petróleo. Los primeros ministros del Japón y de Gran Bretaña y el canciller de Alemania Occidental contestaron en una semana aceptando la invitación de Nixon. Indicaron una gran renuencia a crear una agrupación permanente de consumidores, que consideraban “provocativa”, aunque los productores petroleros nunca habían consultado a los consumidores cuando formaron la OPEP y se enorgullecían de actuar como una unidad. Cada líder hizo notar que estaba buscando una forma anticipada de presentarles a los productores el trabajo de la conferencia de consumidores: lo cual era casi una contradicción en los términos. Se ideó toda clase de subterfugios para evitar la única solución que hubiera tenido algún sentido: una organización permanente de solidaridad entre los consumidores. Los británicos —en la vanguardia de aquellos que cooperaban con nosotros— no fueron más lejos que el proponer un “grupo de contacto” de embajadores en Washington para coordinar el trabajo que ya se estaba realizando en instituciones existentes. Ningún otro aliado se arriesgó hasta un grado tal de especificidad. Pero un grupo de embajadores era un soporífero, no un remedio. Necesitarían instrucciones reunión a reunión; les faltaría personal para un trabajo serio. Después de algunas sesiones tal institución caería en desuso. Yo le dije a *sir* Alec Home (el 11 de febrero) que la cuestión eran tanto moral como política:

Deberíamos estar organizando algún tipo de mecanismo que nos permitiese preparar posiciones comunes entre los consumidores. Lo necesitamos. En segundo término, treinta millones de productores parecen haberse agrupado y establecido su propia posición. Tienen un cartel. ¿Por qué habrían de estar en posición de dar órdenes a los ochocientos millones de consumidores? ¿Por qué tendríamos que dar por sentado que los consumidores no deberían hablar entre ellos? Las naciones importantes del área son Irán y Arabia Saudita. Ambas dependen completamente del apoyo político norteamericano. ¿Por qué no querría Europa utilizar este poder político norteamericano en el campo de la energía? Lo que tenemos aquí es una oportunidad para una demostración moral de lo que Occidente puede hacer cuando desea aunarse y que no puede ser vapuleado. Tenemos que comprender que se trata de un problema común y que debemos trabajar en pos de soluciones comunes.

Entretanto, y en todo lo concierne a la energía, las naciones europeas *no* estaban preparadas para confiar su futuro a un único representante instruido que actuase en nombre de una Europa unida. La Comunidad Europea participaría de alguna manera pero también lo harían los ministros de relaciones exteriores de naciones individuales que habían sido invitadas. Y los cuatro países energéticamente pobres de la Comunidad que no habían sido invitados, insistieron en enviar también sus ministros de relaciones exteriores (*).

En suma acerca de la energía, a diferencia de la misma Alianza, estábamos en condiciones de tratar con gobiernos aliados así como con la Comunidad en el mismo foro.

Hubo un aliado que no sufrió la menor ambivalencia. El 18 de enero, Michel Jobert me escribió una de sus "amistosas" cartas. Se oponía a una reunión en Washington, a una conferencia de ministros de relaciones exteriores, a una asociación de consumidores, a la invitación a Japón, y también a la forma de invitar a la Comunidad Europea. Era estadísticamente improbable que un documento de un gobierno serio pudiera contener tantos errores como los que él le atribuía a nuestra carta de invitación. Sin embargo, nos concedió la gracia de una proposición alternativa: Francia deseaba ver reunida una conferencia de las Naciones Unidas sobre problemas energéticos lo más pronto posible, basándose en la teoría de que esto podría moderar la posición de productores, consumidores, y países en desarrollo. Lo que Jobert omitió era que en una conferencia de la UN de ciento cincuenta naciones, la OPEP estaría unida, y los consumidores divididos. Los países en desarrollo se verían llevados indudablemente a alinearse con los países productores, o bien serían embaucados con vagas promesas de concesiones de precios y ayuda económica o bien recurriendo al inflexible sentido de lealtad con el Tercer Mundo. Los países comunistas se harían un picnic observando y explotando la derrota occidental. Los Estados Unidos quedarían aislados. Jobert concluía su carta con otra de sus paradojas, asegurándome la preocupación francesa sobre lo energético, y su sorpresa por nuestra invitación a la conferencia de febrero, pero además y *lo más importante*, su *muy sólida amistad*.

Nuestro embajador en París informó el 21 de enero que los franceses veían nuestra propuesta de una conferencia sobre la energía *con una falta de entusiasmo lindante con la hostilidad*. El 24 de enero Pompidou declaró:

Debemos hablar; productores y consumidores tienen que comprenderse. Por lo tanto, deben reunirse, y estamos preparados para un encuentro bilateral de nivel

(*) Los trece países que finalmente asistieron fueron: Bélgica, Canadá, Dinamarca, Francia, la República Federal de Alemania, Irlanda, Italia, Japón, Luxemburgo, Holanda, Noruega, el Reino Unido y los Estados Unidos.

Europeo con un grupo de productores árabes, por ejemplo, y a nivel global entre consumidores ricos y pobres: pues hay consumidores importantes que son pobres y están ya sufriendo severamente esta situación. . . (1).

Francia, en resumen, hablaría con cualquiera, excepto con los Estados Unidos, en cualquier foro que involucrara a nuestros aliados. Sin embargo, uno por uno ellos aceptaron la invitación de Nixon. La respuesta francesa fue el viaje de Jobert a Siria, Arabia Saudita, Kuwait e Irak y significó un desafío directo al programa político norteamericano. Allí, procuró llegar a acuerdos de trueque por petróleo sobre bases nacionales, asintiendo así con el precio logrado. E incitó a los árabes radicales a oponerse a la mediación norteamericana. En Bagdad, previno contra los "convenios provisionales", y por lo tanto, por implicancia, la recientemente concluida separación de fuerzas egipcio-israelí. *¿Por qué la mano que sostiene la llave la mueve tan despacio?* decía manifestando su apoyo al programa político norteamericano. Mientras tanto, condenaba la Conferencia Energética de Washington como un complot "político" dirigido contra los árabes; dijo que no sería otro Congreso de Viena: que no sólo era una grieta en mi docto trabajo sino también una promesa de que la Conferencia Energética de Washington no tendría resultados duraderos (un éxito que Jobert estaba en una buena posición como para lograr). Mientras estaba todavía en Bagdad, trató el mismo tema con un periodista sirio, agregando un cumplido por la destreza y habilidad con las cuales los sirios estaban consolidando su posición militar en el frente para poder manejarse ante cualquier eventualidad, escasamente un consejo de moderación en el comienzo de nuestros esfuerzos de separación de fuerzas en las Alturas del Golán. Se nos podría perdonar si consideráramos esas tácticas no solamente contrarias a nuestros propios intereses sino también, a largo plazo, como destructivas del bienestar de las otras democracias industriales: porque si eran tomadas en serio por el mundo árabe, podrían conducir al Medio Oriente a una crisis que Francia no tendría los medios necesarios para contener.

Francia se mantuvo en silencio hasta cinco días antes de la sesión de apertura de la Conferencia. Entonces, el 6 de febrero, luego de una reunión del Gabinete francés, un portavoz anunció que Jobert asistiría:

La participación de nuestro país en esta reunión responde, además de las consideraciones de gentileza, y cortesía, al deseo de permitirle a Europa tomar una posición en común. Mientras que Francia está dispuesta a participar en un intercambio de puntos de vista acerca de los diferentes aspectos de los problemas energéticos, no estaría capacitada para dar su adhesión con respecto al establecimiento de una organización de naciones industriales consumidoras de petróleo separada de otros países consumidores, particularmente las naciones en desarrollo, así como de los países productores.

La formal declaración de la decisión del Gabinete fue enviado a la Casa Blanca en un telegrama conciso de Pompidou después de haber anunciado públicamente su posición: un procedimiento sin precedentes y una especial indignidad para con un aliado próximo. El cable no contenía ninguna palabra explicatoria personal del presidente francés.

Pero no solamente el procedimiento fue extraordinario. El anuncio hizo explícita la oposición francesa a la verdadera esencia de la Conferencia. Se dijo que a Jobert se lo había enviado por "cortesía"; que no estaría en condiciones de adherir a ninguna organización de consumidores; su única carta era la del intercambio de puntos de vista acerca de los diferentes aspectos de los problemas energéticos: como si la Conferencia fuese un coloquio científico y no un foro para tomar decisiones. El propósito establecido de la asistencia francesa no era lograr ningún objetivo en particular sino permitirle a Europa

tomar una posición en común, lo cual, dados los puntos de vista franceses, significaba que París intentaba ejercitar su veto dentro de la Comunidad Europea y por lo tanto sobre los resultados de la Conferencia.

La dirección en la cual Francia procuraría empujar a sus socios europeos, y la extensión en la cual los puntos de vista franceses estaban comenzando a imponerse, surgieron de una decisión del Consejo de Ministerios de la Comunidad Europea en Bruselas el 5 de febrero, un día antes de la decisión del Gabinete francés (fue quizás la condición que Jobert logró arrancarles para su asistencia). Los *nueve* ministros de relaciones exteriores designaron como representantes de la Comunidad al ministro de Relaciones Exteriores de Alemania Occidental Walter Scheel, en su carácter de presidente del Consejo de Ministros, y al presidente de la Comisión Francois Xavier Ortoli. Sus instrucciones eran las de renunciar a una confrontación con los productores de petróleo, oponerse a las nuevas organizaciones de carácter permanente de los consumidores, alentar un diálogo inmediato con los productores, y asignar todo el trabajo sobre lo energético a las instituciones internacionales existentes.

Este no era el propósito de la Conferencia tal como nosotros la concebíamos. Los presagios resultaban escasamente alentadores.

LOS MINISTROS SE REÚNEN

La Conferencia de Energía de Washington fue un evento extraño. Constituía una reunión de aliados, pero tenía algo que le daba el carácter de un choque de adversarios. Su propósito era desarrollar y promover la solidaridad entre los consumidores, y sin embargo serpenteaba entre los apartados caminos litúrgicos que habían desviado el diálogo Atlántico por un año. Nuevamente nos encontramos inmersos en una confrontación que no habíamos buscado. Hubiéramos estado mucho más deseosos de tratar con una Europa unida en un espíritu de toma y daca; había sin duda alguna un margen para la divergencia. Pero el desafío realizado por Jobert fue mucho más allá de esto. El deseaba utilizar lo energética para incrementar su influencia en el área atlántica y lo combatieron tenazmente sobre esas bases.

Sostenían ver una evidencia de esto, curiosamente, en nuestra invitación a Japón, lo cual a ellos les parecía que hacía resucitar la idea de las declaraciones atlánticas contra las cuales habían peleado en feroz acción de retaguardia.

No hay ninguna duda respecto a que la premisa de que las democracias industriales compartían ciertos problemas estaba en la base de las dos iniciativas. Pero donde el Año de Europa buscaba una renovación de la dedicación moral con el objeto de enfrentar las cuestiones que no habían surgido todavía, la Conferencia de Energía estaba destinada a combatir un peligro claro e inmediato. Una cosa era discutir sobre métodos de consulta cuando el tema constituía una declaración abstracta; había alguna justificación por la ansiedad de que la identidad europea pudiera quedar borrada por la institucionalización de la unidad atlántica: aunque incluso entonces Jobert estaba llevando un punto teórico válido a extremos extraordinarios. Pero la crisis energética no se prestaba para subdivisiones regionales. Manejarla a través de una solidaridad entre los consumidores no era una preferencia teórica; era la única estrategia factible para restaurar el equilibrio del mercado energético mundial y resultaba probablemente más vital para los intereses reales europeos (y franceses) que incluso para los nuestros.

Yo reiteré nuestro objetivo en observaciones que hice el 6 de febrero ante los clubes de Harvard, Yale, y Princeton de Washington:

Nosotros pensábamos que era esencial que las naciones que consumen e importan el 85 por ciento de la energía mundial se reunieran en primer término, porque tienen un problema común de gran magnitud, que es manejable solamente a través del esfuerzo cooperativo, y que seguramente conducirá a la ruina a todos si se intenta resolverlo sobre la base de esfuerzos unilaterales. . .

Si todas las naciones adoptan un programa político consistente en empobrecer a sus vecinos, un colapso de la economía mundial será inevitable y la estructura global de las relaciones amistosas cooperativas mundiales que se ha desarrollado desde la guerra se encontraría en peligro.

Ese era el tema de nuestras conversaciones con los numerosos ministros de relaciones exteriores que comenzaron a llegar para la Conferencia de Energía en el fin de semana del 9 de febrero. Yo había pasado las casi tres semanas desde el término del *torbellino* egipcio en preparaciones continuas con un grupo central de colegas formado por el secretario del Tesoro George P. Shultz, el presidente del Consejo de la Reserva Federal, Arthur Burns, el administrador de la comisión Federal de Energía William Simon, y William Donaldson, subsecretario de Estado para la Asistencia de Seguridad (*).

Habíamos redactado un programa de cooperación energética que constaba de siete tareas: conservación, recursos energéticos alternativos, investigación y desarrollo, cooperación compartida en caso de emergencia, cooperación financiera internacional, ayuda para los países en desarrollo más pobres, y las relaciones consumidores-productores. Intentábamos ofrecerles a los consumidores el bosquejo de una estrategia bien considerada e integrada, para darles confianza en que podrían hacerse cargo de su futuro si todos trabajaban juntos. En enero, en un sesión de planeamiento yo había dicho:

Lo que necesitamos hacer es despejar de misterios a la situación energética. Esto significa que debemos darles a los europeos y a los japoneses los hechos. Si podemos mostrarles que la situación es manejable y no tan mala, que no tienen necesidad de precipitarse sin reflexionar en negociaciones bilaterales y que nuestro curso de cooperación contempla su mejor interés, el éxito de esta tentativa estará asegurado.

Este bosquejo había sido discutido en numerosas capitales, previamente a la Conferencia, por una misión encabezada por Donaldson; les dimos una versión descarnada a los ministros claves el siguiente domingo 10 de febrero, en una serie de reuniones bilaterales.

Comencé el día desayunando con Walter Scheel, que asistía en su doble carácter de ministro de Relaciones Exteriores de Alemania Occidental y de presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad Europea. Le dije que para nosotros la Conferencia era una prueba de la posibilidad de un orden mundial cooperativo. Aquí nosotros no seríamos partícipes de un resultado confuso en el cual la retórica oscureciera el fracaso. Preferiríamos anunciar un desacuerdo y extraer las consecuencias: una amenaza apenas disimulada de que esta vez las intransigencias no resultarían gratuitas. Scheel no hizo nada para defender la esencia de las decisiones de los ministros de Relaciones Exteriores en Bruselas. Cargó la responsabilidad exclusivamente en los hombros de Jobert; se le debía dar "algo" a Francia para que se quedase en la Comunidad:

(*) El embajador David Eruce también participó durante la Conferencia. Un grupo de trabajo, encabezado por Helmut Sonnenfeldt y Winston Lord que incluía también a Bill Donaldson, Arthur Hartman (ayudante del secretario de Estado para Asuntos Europeos), y Charles Cooper como representante del personal del NSC, prepararon los documentos de trabajo, hicieron los primeros bosquejos de los discursos, y en general apoyaron con su trabajo la Conferencia.

Nosotros analizamos la situación en Europa y nos encontramos ante una situación difícil. Los franceses siempre parecen obrar de acuerdo con sus peores intereses propios. Usted tiene ejemplos de tal mecanismo en su indeciso aislamiento y ahora en sus intentos de buscar beneficios económicos por sus propios medios. Sabemos que al final este tipo de cosas nos va a llevar al caos y eso es lo que estamos tratando de evitar. Hay políticos en todos nuestros gobiernos que están ansiosos por evitar que los franceses se vayan de la Comunidad.

Scheel se preguntaba si nosotros podríamos dejar abierto el resultado de la Conferencia hasta que los ministros de Relaciones Exteriores se reunieran nuevamente unos días más tarde. Entonces podrían adoptar una posición en común y promover la apariencia de que Europa había tomado la iniciativa; así se salvaría el prestigio francés. Le dije que esto era aceptable con la condición de que existiera una garantía rigurosa de que la Comunidad verdaderamente adoptaría el consenso de la Conferencia. Scheel tristemente confesó su incapacidad para dar tal garantía. En estas circunstancias yo no podía estar de acuerdo con posponer una decisión.

El problema siguiente era si se debía crear o no una organización permanente de consumidores de energía. Scheel me advirtió que cualquier intento de ese tipo encontraría la encarnizada oposición de Francia. Repliqué que no me preocupaba por el rótulo o apodo bajo el cual la cooperación entre los consumidores tuviera lugar; nosotros no discutiríamos acerca de si los comités que surgieran de la Conferencia eran llamados *ad hoc* o permanentes; algunas de las siete tareas que habíamos trazado podían ser asignadas a instituciones existentes. Esto era precisamente el caso, por ejemplo, de la cooperación financiera internacional y la situación difícil de las naciones en desarrollo más pobres. Otras cuestiones, siendo nuevas, requerirían grupos de trabajo especiales y un mecanismo coordinado; si ayudaba a salvar el orgullo francés, podríamos poner estos grupos bajo la égida de la OECD, de la cual Francia ya era miembro, aunque él y yo sabíamos que esto no cambiaría la esencia. Scheel daba la impresión de que él no dejaría a Washington con el corazón partido si yo me olvidaba de todo el proyecto. Al mismo tiempo, había pocas dudas de que él veía, si no la fuerza de nuestros argumentos, sí por lo menos las realidades de la situación. Europa no estaba en situación de rechazar una solidaridad entre consumidores, pues en el proceso se la dejaría totalmente desnuda si se produjese otra emergencia. Por fin, Alemania no podía permitirse sentar el precedente de una acción aislada en una crisis; por lo tanto tomaría partido al lado de nosotros. La conversación fue significativa, sobre todo porque revelaba que el mandato en el que se habían puesto de acuerdo unos días antes en Bruselas, bajo la influencia francesa, no tenía el apoyo entusiasta de otros europeos en la Conferencia. La cabeza del consejo de ministros de la Comunidad Europea reveló que sus colegas estaban buscando una interpretación de sus instrucciones en discrepancia con su significado literal; más tarde procurarían dar marcha atrás y compensar a Francia por haber hecho lo que era correcto.

Después de Scheel, me reuní con el secretario de Estado del Canadá para Asuntos Exteriores Mitchell Sharp; almorcé con el ministro de Relaciones Exteriores japonés Masayoshi Ohira, me entrevisté luego con el presidente de la Comisión Europea Ortoli, y a la mañana siguiente desayuné con Alec Home. Ellos confirmaron mi juicio de que estábamos en terreno firme; en un momento decisivo no seríamos nosotros los que nos encontraríamos aislados. Por cierto, el espíritu cooperativo se quedó considerablemente corto en relación con lo que pensamos que era necesario. Cada uno de los ministros que consulté estaba aterrado por una posible confrontación con los productores. Por el tono de sus observaciones, uno nunca se podría haber dado cuenta de que los productores acababan de cuadruplicar los precios del petróleo, que habían reducido radicalmente la producción, y que habían impuesto un embargo selectivo como arma política. Si eso no

era forzar una confrontación con nosotros, entonces necesitaríamos un nuevo vocabulario.

Por lo menos algunas de las medidas prácticas que estábamos proponiendo —compartir las emergencias, conservación, y desarrollo conjunto de fuentes energéticas alternativas —no involucraban riesgos; más allá de que la postura que los consumidores adoptaran para con los productores fuera cobarde o valiente, estos pasos reforzarían su posición negociadora. Se reconoció que no estábamos defendiendo el interés norteamericano en un sentido mezquino y éste era el talón de Aquiles de Jobert.

De todos los participantes de la Conferencia, éramos los que estábamos en mejor posición como para obrar por nuestra cuenta. Pero un mundo en el que todas las naciones afines quedaran reducidas a ser o rapaces o suplicantes, no se hallaba en concordancia con nuestra idea de progreso o justicia.

Hubo otras dos conversaciones fundamentales antes de la apertura formal de la Conferencia en la mañana del 11 de febrero. La primera fue el domingo 10 de febrero, alrededor de las 19.00, con mi viejo y estimado amigo Helmut Schmidt, entonces ministro de Finanzas de Alemania. Schmidt y yo nos habíamos conocido veinte años antes, cuando en oportunidad de una visita mía a la República Federal me había sido presentado como un joven que prometía. Me impresionó como tosco, poderoso e inteligente en aquel entonces. Nos mantuvimos en contacto a lo largo de los años. Gradualmente caí en la cuenta de que aquel estilo en cierto modo despótico y dominante constituía el mecanismo de defensa de un hombre gentil, incluso sentimental, que tenía que recalcar su poder intelectual y analítico para que sus emociones no se le escaparan. Nuestra amistad pronto trascendió las tareas que el destino nos imponía. Era de nuestro conocimiento que servíamos a nuestros países no haciendo valer nuestros puntos de vista sino buscando soluciones en las cuales pudiéramos creer. Haré mi evaluación de Schmidt como canciller en otro lugar. Esa noche, a medida que la oscuridad se cernía sobre Washington, nosotros rumiábamos en mi cavernosa oficina del Departamento de Estado que daba al monumento a Lincoln. Le expresé a Schmidt que tenía miedo de que la crisis de autoridad en Norteamérica pudiera tornarse tan obvia que ningún artificio diplomático pudiera salvarnos del desastre. Tampoco veía otros países en condiciones de desempeñar el papel que nosotros arriesgábamos dejar vacante. Occidente estaba empezando a actuar como las antiguas ciudades-estados griegas; exaltando su propia voluntad, disipaba su inspiración. La conferencia próxima a comenzar se tornaría un símbolo de nuestro ocaso o, con suerte, un nuevo punto de partida.

Schmidt tenía su propia crisis política interna, pues el canciller Willy Brandt estaba comenzando a perder el dominio de los acontecimientos. Pero Schmidt nunca se refería a esto. Afirmaba que estaba cansado de la política.

Había estado luchando a lo largo de veinte años, y durante cinco en el puesto de comando. No veía sentido alguno en continuar. Más tarde, ese mismo año, probablemente se retiraría. Lo había escuchado reflexionar de esa forma antes; pareciera que ese hombre amable y combativo sólo podía mantenerse en acción si anunciaba periódicamente que abandonaría la única profesión que verdaderamente le interesaba. Yo llamé su atención con un argumento que sabía que Schmidt valoraba por sobre todos los demás: la confiabilidad humana. Le dije que cada uno debía juzgar por sí mismo cuándo el desgaste en un cargo se tornaba excesivo. Yo sólo quería que él supiese que era un gran consuelo tener una persona tan absolutamente confiable en un cargo importante dentro del mundo occidental.

Schmidt no debatió ese punto. Como no le preocupaba si se quedaba o se iba, dijo no tener nada que perder. Compartía nuestra valoración general de la crisis energética y la necesidad del tipo de programa que nosotros habíamos trazado. Haría lo posible para pelear por él, y como el ministro de Relaciones Exteriores Scheel debía actuar como

presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad Europea, Schmidt, en efecto, presentaría el punto de vista "alemán". No participaría en el intento de poner a Europa en contra de Norteamérica en una cuestión que no podía resolverse más que a través de los esfuerzos comunes. Afirmaría un programa paralelo al nuestro.

Con Alemania, Japón y Gran Bretaña apoyando esencialmente nuestro enfoque, teníamos la mano más fuerte en la Conferencia. Pero mi preferencia era llevar a Jobert al consenso más que vencerlo en la votación. Había llegado, casi directamente del Medio Oriente, temprano en la tarde del 10 de febrero. Pasé a verlo por la embajada francesa poco después, cerca de las 21.30. Fue el único ministro de Relaciones Exteriores a quien no invité a venir a mi oficina (mi agenda habría sido inmanejable si hubiera tratado de ir a verlos a todos).

Esto estaba pensado como un signo de buena voluntad. A pesar de los sarcasmos de Jobert durante su reciente viaje al Medio Oriente, yo estaba demasiado comprometido en una amistad franco-norteamericana como para entrar en un *chôque* que no beneficiaría a nadie. Y, personalmente, lo estimaba mucho. Yo había criticado agudamente a las administraciones Kennedy y Johnson por haber promovido una acción perentoria con respecto a Francia, polarizando con ello la política europea. Estaba convencido de que no había ganadores en tales confrontaciones; por lo tanto, quería hacer un esfuerzo final para encontrar una solución y, fallando esto, probarme a mí mismo que el conflicto era inevitable.

Más tarde Jobert escribió sobre el encuentro haciendo descripciones dramáticas del mismo. Yo había estado realizando espantosas escenas para aterrorizar a los otros europeos, afirmaba él. Me amansó previniéndome que no utilizara tales tácticas con él; esto supuestamente me dejó mudo y ninguno de nosotros habló por un largo rato, hasta que los ánimos se enfriaron (2). Es un relato muy acorde con la vena romántica de Jobert. Quizá en una reunión sin testigos es imposible más tarde captar la verdad histórica de una manera objetiva. Los filósofos argumentarán que hay muchas verdades y que ellas residen exclusivamente en la percepción de los participantes, como en la película japonesa *Rashomon*.

Sea como fuere, lo que recuerdo de la reunión es muy distinto. Cuando le pregunté a Jobert qué era lo que le molestaba de la Conferencia Energética, me respondió muy simplemente, "el liderazgo norteamericano". Le pedí que se apartara de esa orientación, que nos llevaba a la colisión y que sería un desastre para todos los pueblos libres. Los Estados Unidos habíamos propuesto la conferencia, señalé, no para establecer nuestro dominio sobre la comunidad atlántica, sino porque la crisis mundial del petróleo no permitía otro curso. Si la disputa consistía en un problema de forma, haría todo lo que estuviera en mis manos para facilitarle las cosas a Francia psicológicamente. Por ejemplo, como le había dicho a Scheel, estaba dispuesto a considerar un grupo de acción energético puesto bajo la égida de la OECD si esto superaba la objeción francesa a nuevas instituciones. Pero la esencia era válida; nos condenaríamos a nosotros mismos si se le dejara hacer a cada nación consumidora lo que le pareciera.

Jobert, tal como recuerdo el encuentro, se mostró sardónico. Apoyaría alegremente que la OECD se hiciera cargo del problema de la energía pero solamente en los comités existentes (los cuales, como él mismo sabía, no cubrían todas las tareas que habíamos propuesto). Francia daría la bienvenida a una continuación de la Conferencia de Washington en las oficinas centrales de la OECD en París pero no prometería de antemano un resultado con el cual todos estuvieran de acuerdo (significando que se reservaba el derecho de ejercitar su veto). En otras palabras, Jobert me estaba dando una oportunidad —y ofrecía su cooperación— para echar a pique nuestro propio plan energético. Una clausura en Washington sin un resultado de acuerdo común garantizaría un fracaso en París, si verdaderamente alguna vez la OECD se reunía por este tema. Suspirando, Jobert insinuó

nuevamente que su vida era dura: estaba atrapado entre las realidades de una conferencia y las presiones de su presidente enfermo, con el cual él no estaba de acuerdo completamente. Yo me podía compadecer de Jobert en este punto. Pero no podía ayudarlo a resolver su propio dilema político interno sacrificando los propósitos de la Conferencia. Así que al menos estábamos en condiciones de ponernos de acuerdo respecto del resultado de la reunión: una acción perentoria era, ahora, inevitable.

LA CONFERENCIA DE ENERGIA DE WASHINGTON

Tácticamente, los Estados Unidos se encontraban en una buena posición; los participantes principales no iban a apoyar la intransigencia francesa. Pero todavía no estaba claro si se alinearían detrás de un programa significativo y positivo; nuestro peligro no era el fracaso sino las medias tintas. Luego de la sesión de apertura del 11 de febrero, le dije a Al Haig:

Los franceses están aislados pero nosotros no estamos obteniendo lo que debía estar sucediendo: una respuesta de acción unida. Todos están buscando medios de entablar conversaciones con los productores árabes antes de saber lo que quieren. La teoría básica (de la unidad de los consumidores) no la quieren comprar. Obtendremos lo suficiente como para hacerla parecer respetable. No hay ninguna concepción estratégica allí.

Los ministros y delegados se reunieron en lo que ahora se llama la Sala de Conferencias Loy Henderson del Departamento de Estado, un vasto salón de la planta baja. Se había colocado una gran mesa rectangular alrededor de la cual los delegados se sentaban por país en orden alfabético. Los ministros estaban en la mesa, sus asistentes inmediatamente detrás de ellos. Aun otra fila o más de partes interesadas se alineaban en un tercer escalón. El contingente norteamericano era, como de costumbre, especialmente numeroso —cada organismo federal interesado insistía en ser representado de alguna manera y era difícil pensar en un organismo fuera del Correo de los Estados Unidos, que no pretendiera tener un interés en la Conferencia. Como era el anfitrión, me senté en la cabecera de la mesa junto con Walter Scheel. Cada nación estaba representada por lo menos por dos ministros —usualmente el ministro de relaciones exteriores y el de finanzas (los japoneses habían enviado su ministro de relaciones exteriores y su ministro de ciencia y tecnología). Solamente Jobert estaba solo. Pompidou no había aprobado la asistencia del ministro de Finanzas Valéry Giscard d'Estaing; quería descalificar la Conferencia todo lo posible y siempre se había mostrado irascible con respecto a su brillante ministro de Finanzas, quizás porque ambos eran expertos en el mismo terreno y Giscard hacía notar que esperaba suceder a su jefe enfermo.

Comencé la conferencia con una exposición del problema energético que mis colegas ya conocían de antemano a través de divulgaciones no autorizadas de fragmentos sueltos. Cité a mi gran predecesor, Dean Acheson, que decía que usualmente el fracaso consiste en "responder a problemas serios, es carpados y exigentes con medidas incompletas, tímidas y de corto alcance". Afirmé que los Estados Unidos habían propuesto esta conferencia antes que la posición de todos se endureciera, y con un propósito central:

moverse urgentemente para resolver el problema energético sobre la base de una cooperación entre *todas* las naciones. Si se fracasa en esto, se amenazaría al mundo con un círculo vicioso de competencia, autarquía, rivalidad y depresión como el que condujo al colapso del orden mundial en los años treinta. Afortunadamente, el problema es todavía manejable multilateralmente: las políticas nacionales están

todavía evolucionando, las soluciones prácticas al problema energético son técnicamente alcanzables, y la cooperación con los países productores está todavía políticamente abierta para nosotros.

Entonces propuse mi programa de siete puntos para una cooperación entre los consumidores que ya expuse más atrás. Saludé el diálogo con los productores que todos mis colegas estaban propugnando. Pero recalqué que, bajo nuestro punto de vista, debería surgir de la solidaridad entre los consumidores, no ser un sustituto de ésta:

Una bien concebida reunión entre los productores y los consumidores en la cual los consumidores no busquen ventajas egoístas, sea como grupo o individualmente, lejos de conducir a una confrontación, podría en cambio establecer las bases de una nueva amistad cooperativa. Pero esto sólo sucederá si está bien preparado —y si los consumidores han construido primero una sólida base de cooperación entre ellos.

Mi discurso fue reforzado por la presentación del zar de la energía William Simon. Simon trató de mostrar que no había nada terrorífico en la crisis energética analizando sus causas y sus remedios. Mostró que la situación, aunque seria, era manejable en un período de tiempo determinado con la condición de que los países cooperaran compartiendo la información, el desarrollo y la conservación de nuevos recursos energéticos. Simon insistió en su tema favorito: que sería del interés incluso de los productores reducir los precios del nivel actual de más de 11 dólares por barril, un argumento siempre más persuasivo para él que para cualquier otra audiencia. El secretario de Hacienda George Shultz sugirió tomar medidas de acción en conjunto para superar las dislocaciones financieras producidas por los altos precios del petróleo. El tema norteamericano, en resumen, fue optimista: Las naciones consumidoras, golpeadas por la crisis, todavía mantenían el control de su futuro en sus manos. El cataclismo energético no era producto de fuerzas siniestras sino de condiciones remediables. El modo de tratar con ellas no era someterse al dictado de los productores, sino resolver las circunstancias económicas que habían creado la crisis.

Sería demasiado decir que todos los ministros reunidos compartían esta perspectiva. Verdaderamente, ellos hubieran preferido no haber hecho ninguna reunión o, fallando eso, navegar a través de una asamblea sin estallidos ni decisiones. Pero confrontadas con el programa específico las naciones estaban obligadas a tomar una posición determinada. Walter Scheel habló por la Comunidad Europea en su estilo usual, en forma elegante. Era cualquier cosa menos un toque de clarín llamando a la acción. Estaba desgarrado entre el mandato de la Comunidad, que parecía prohibir todo tipo de cooperación institucionalizada entre consumidores y la realidad de que la mayoría de los ministros reunidos en Washington habían estado de acuerdo con nuestro enfoque y no estaban dispuestos ni preparados a frustrar las propuestas norteamericanas en nuestra propia capital. El punto de vista personal de Scheel correspondía al de otros ministros de relaciones exteriores. Por lo tanto recogió la insinuación que le hice en nuestra conversación privada en el sentido de que deberíamos evitar la cuestión acerca de cómo definir la permanencia con respecto a cualquiera de las instituciones nuevas que pudieran surgir. Como el problema era nuevo, se necesitaban grupos *ad hoc* que se ocuparan de él; el tiempo que estuvieran en funciones dependería de la continuidad con que se los requiriera, no de sus estatutos. Por más lavado que estuviera lo que dijo Scheel significaba la aceptación de nuestro enfoque básico de solidaridad entre consumidores. Helmut Schmidt habló por la República Federal de Alemania, haciendo explícitas las sugerencias de Scheel y dando un tinte más concreto a las alusiones formuladas por su ministro de Relaciones Exteriores.

Sir Alec Douglas-Home estuvo muy cerca de darnos todo su apoyo. Masayoshi Ohira habló elípticamente, respaldando la cooperación entre los consumidores y una conferencia entre los consumidores y los productores. En clásico estilo japonés, expresó lo suyo tan indirectamente que yo le deslicé una nota a Simon con la duda: *Bill, ¿entiendes el punto esencial que Ohira está exponiendo?* Simon, que estaba asistiendo a su primera conferencia internacional como principal, garrapateó su respuesta: "No estoy seguro. Siendo inexperto en esto tomo sus observaciones como muy afables y alentadoras en lo que respecta a la cooperación, pero parecen tender a la prosecución de negociaciones bilaterales con *gran vigor*."

Este grado de apoyo para la posición norteamericana era suficiente como para hacer estallar fuegos artificiales. Una de las reglas no escritas de la diplomacia es la de separar las relaciones personales de los desacuerdos oficiales. Se presume que el diplomático refleja los intereses de su país, no su predilección personal. Se supone que disputa no por preferencias sino por razones de Estado. Esta suposición, es por supuesto, demasiado absoluta. En realidad, el elemento subjetivo no puede ser eliminado tan fácilmente; todavía, el mito es útil. Mantiene la civilidad incluso en plena controversia. Permite el compromiso, incluso complaciente, sin involucrar al ego y así suaviza el modo de actuar en pos de una solución. Jobert era incapaz de esta distinción. Podía ser encantador e insinuante; su mordaz ingenio era tan entretenido como perceptivo. Pero una vez comprometido, especialmente frente a una audiencia, Jobert no parecía ser capaz de mantener el control sobre sí mismo. Sarcásticamente, acusó a Scheel de violar las instrucciones de la Comunidad y por lo tanto de hablar sin autoridad. Sugería que Schmidt estaba cometiendo traición, presumiblemente en contra de Europa, y actuando como un portavoz norteamericano. Había venido, manifestó, para salvar la unidad europea porque sus colegas habían aceptado la invitación sin referencia a Francia. Se presentó a sí mismo como el perro guardián del mandato de la Comunidad. Afirmó que los temores que lo habían llevado a Washington habían sido justificados.

Jobert no era de ningún modo caballeresco con los Estados Unidos. Nos acusaba de haber reunido una conferencia mal preparada y mal concebida destinada a alcanzar el predominio norteamericano más que a arreglar el problema energético. Citó al senador democrático Edmund Muskie para criticar la política del gobierno. No ofreció ningún tipo de variante, ni otra sugerencia a lo que nosotros habíamos propuesto ni un sustituto. No quería ninguna política energética en común de ninguna manera. Estaba dispuesto a torpedear la Conferencia. Sencillamente, Francia estaba dispuesta a resolver la satisfacción de sus necesidades energéticas a través de negociaciones bilaterales; se buscaría una posición preferencial a través de un apoyo político a los regímenes radicales, particularmente a Irak. Intentaría arrastrar a Europa tras ella por medio del diálogo árabe-europeo.

El silencio de sus colegas alrededor de la mesa le debería haber hecho notar a Jobert que esta vez había sobreactuado su papel.

Después que terminan las sesiones plenarias, empieza el verdadero trabajo de las conferencias, y eso usualmente se vuelca en un documento no oficial destinado a reflejar el consenso. Casi siempre surge una cuestión que simboliza los puntos conflictivos y permite poner a prueba las posiciones contendientes. La manera por medio de la cual esta cuestión es resuelta determinará el curso de la conferencia; luego las cosas generalmente se acomodan. En este caso la cuestión era si se organizaba una maquinaria de seguimiento (sin preocuparse por las etiquetas) para encarar todas las tareas que habíamos listado.

Antes de que esa cuestión pudiera llevar a una fase de confrontación, la Comunidad Europea tenía que definir su posición interna. Debía decidir si se adhería a la interpretación de Jobert de su mandato, o a la de Scheel. Los ministros tenían la opción, también,

de no actuar como miembros de la Comunidad y tomar sus decisiones como naciones individuales soberanas. Ese proceso llevaría la mayor parte del 12 de febrero, martes, día en que la Conferencia debía culminar. Por lo tanto se acordó extenderla por un día más, aun cuando esto le presentaba algunas dificultades a la delegación británica, ansiosa de retornar a casa debido a la proximidad de las elecciones generales para las cuales faltaban en ese entonces sólo dos semanas.

Antes de que estas deliberaciones pudieran comenzar, era obligatoria la cena dada por el jefe de Estado del país anfitrión, en este caso Nixon. El tormentoso año había cobrado sus víctimas. El problema de Watergate lo había desangrado. La mayoría de sus conferencias de prensa se consumían en fastidiarlo implacablemente con esta o aquella nueva revelación. El 30 de enero, menos de dos semanas después de la apertura de la Conferencia, había interpolado observaciones aparentemente improvisadas —casi seguramente preparadas en forma cuidadosa— al final de su discurso sobre el Estado de la Unión, demandando una rápida resolución de los procedimientos para procesarlo con el fin que el funcionamiento normal del gobierno pudiera reanudarse. Era una esperanza inútil, incumplible a nivel procesal, incongruente con la necesidad psicológica de muchos de sus oponentes de prolongar su humillación, desbaratada finalmente por su propia incapacidad para reunir la deslucida colección de acontecimientos que constituían el cuerpo de Watergate en una revelación definitiva que podría haber puesto fin a su ordalía.

Para Nixon, la Conferencia Energética era, en estas circunstancias, más una molestia que la fuente de regocijo que normalmente hubiera significado su realización. Yo le informaba dos veces por día acerca de nuestras sesiones. Sus comentarios eran perceptivos; apoyaba la estrategia. Pero había en él una objetividad no característica, casi como si se hubiera convertido en un observador de su propia presidencia. En esta atmósfera, la cena de Estado presentaba un panorama depresivo. Nixon buscaba escaparle; por lo menos no quería tener que dar el brindis obligatorio. Tan tarde como a las 17.30, dos horas antes del comienzo de la cena, yo todavía estaba suplicándole a Nixon, Haig y Scowcroft que hubiese algunas observaciones presidenciales.

Verdaderamente, la cena no tenía ningún sentido sin algún comentario de Nixon. Las reuniones sociales de los participantes de una conferencia internacional tienden a ser asuntos monótonos. La misma gente que había estado fastidiándose entre sí o riendo indecorosamente durante el día se encontraba nuevamente por la noche, toda sentada en el mismo orden protocolar. Sería sorprendente que tuvieran algo nuevo que decir. El significado principal de la asamblea constituía un gesto de respeto por parte del anfitrión, reforzado por el mensaje que él quisiera comunicarles. Finalmente Nixon estuvo de acuerdo en decir algo; pero insistía, sin embargo, en que lo formulado no debería culminar con un brindis.

La razón que dio fue que Alec Home era el único ministro de Relaciones Exteriores que le agradaba; si el protocolo prohibía que brindara con Home, no brindaría con nadie. Yo lo insté a reconocer a Scheel en su carácter de presidente del Consejo Europeo; pero Nixon continuaba siendo ambiguo y evasivo. Cuando Nixon se levantó para hablar, yo no tenía idea de lo que iba a decir ni de cómo concluiría su discurso.

Como luego resultó ser, el discurso de Nixon en la cena, improvisado, pronunciado de mala gana, causó la mayor conmoción de la Conferencia. Sólo unos pocos de nosotros sabíamos lo absurdo de la convicción de Jobert —y verdaderamente de muchos otros ministros— de que fue parte de un juego de presiones cuidadosamente calculado. En realidad, provino de la propia cosecha de Nixon, resultó espontáneo y lo más notable es que era exclusivamente su autor. Mi única contribución había sido el advertirle que no buscara la confrontación. Yo había pensado que la situación táctica favorecía nuestro enfoque y que lograríamos prevalecer al extremo de que podría evitarse el surgimiento de la presión norteamericana. Nixon sostuvo que estaba de acuerdo. Pero que también le

gustaba vivir peligrosamente. Incluso en sus días de inexperiencia se había divertido mostrando qué cerca podría estar de violar los "puntos a evitar" que él mismo había insistido fueran parte del memorándum de instrucciones de cada reunión. Una y otra vez se había acercado tanto al precipicio que yo había definido como riesgoso, que era difícil decir si el memorándum de instrucciones servía como una prevención o un desafío. Dada la naturaleza de Nixon, probablemente resultara una combinación de ambas cosas.

Esa noche, Nixon actuó como se esperaba. No lanzó amenazas; por el contrario, las repudió explícitamente. Dijo con inocencia que nada estaba más lejos de su pensamiento que el eslabonar los campos de la seguridad y la energía. No era su culpa —sólo estaba describiendo la realidad— cuando dio el panorama de las presiones del Congreso, que lo incitaba a retirar las fuerzas de todo el mundo, incluyendo Europa:

Se ha ido incrementando en años recientes —y quizás se ha acelerado en cierta medida por nuestra muy dificultosa experiencia en Vietnam— un sentido creciente de aislamiento, y no sólo acerca de la seguridad, en aquellos, por ejemplo, que creen que los Estados Unidos unilateralmente deberían retirar las fuerzas de Europa y, por añadidura, de todas partes del mundo, consiguiendo que nuestros tratados obligatorios con otras naciones en el Lejano Oriente y en Europa no sólo perdieran su significación sino también su relación con respecto al comercio, tanto entre aquellos que se oponían totalmente a las iniciativas que habíamos emprendido en el área del comercio, como entre quienes se oponían incluso a algunas de nuestras iniciativas en la órbita monetaria internacional con la cual todos ustedes están familiarizados.

Por supuesto, sostuvo que resistiría la tentación del aislacionismo tanto tiempo como fuera posible, pero, sin embargo, se sentía en la obligación de prevenir a sus invitados en el sentido de que estas fuerzas, en EE.UU., podrían ser reforzadas por el unilateralismo energético europeo e incluso aún podrían sobrepasarlo:

Es probablemente una buena política a corto plazo, pero un manejo desastroso de los asuntos de Estado a largo plazo, porque si cada una de las naciones en efecto se mueve por su propia cuenta o, como yo lo expuse, se dispone a comerciar por su propia cuenta, el efecto inevitable será el siguiente: conducirá a una subida de los precios de la energía, llevará a nuestras economías a la ruina, y nos separará entre nosotros. . .

Yo creo que, permítanme expresarlo así, el *interés ilustradamente egoísta* de cada nación en este caso es servido de mejor manera a través de una cooperación en cuanto a la seguridad, a través de una cooperación en el comercio, en el desarrollo de nuestras fuentes de energía y en la adquisición de la energía que necesitamos para mantener el gran complejo industrial del mundo libre adelantándose hacia mesetas cada vez más altas.

Resumiendo, Nixon, en un modo desafiante, afirmó lo que acababa de negar, que después de todo estaba eslabonando los programas políticos de energía y de seguridad: *Las consideraciones económicas y de seguridad están inevitablemente enlazadas y lo energético no puede ser separado de ninguna de ellas.* Y para terminar con mi personal incertidumbre, Nixon realizó el brindis con Walter Scheel que yo había recomendado, aunque llegó a esa situación por una ruta tortuosa. Señaló que había contemplado la posibilidad de brindar con los ministros de relaciones exteriores que habían sido primeros ministros (su reverencia en honor a su amigo Alec Home) pero finalmente le dio prioridad al único ministro de relaciones exteriores que también llevaba el título de

presidente (del Consejo de Ministros de la Comunidad): para el conocimiento de Nixon, un pulcro camino de separar el brindis de cualquier atribución de mérito personal para con el ministro de Relaciones Exteriores de Alemania.

El discurso fue una representación notable. Y logró el efecto deseado. Toda la prensa informó sobre la vinculación que Nixon había negado y afirmado —algunos, especialmente en Gran Bretaña, con aprobación; otros, casi exclusivamente en Francia, citándolo como un ejemplo de la búsqueda norteamericana de una dominación que debía ser resistida. Y el discurso hacía notar claramente a los participantes que lo que se había propuesto en la Conferencia era el punto de vista considerado por el presidente norteamericano, no la idiosincrasia personal de sus lugartenientes.

Incluso entonces, un compromiso hubiera resultado fácil para Jobert, y ciertamente tal curso podría haber echado a pique nuestra estrategia de una manera más efectiva que por medio de la intransigencia. La mayoría de los ministros de relaciones exteriores hubieran tratado de evitar cualquier fórmula honorable disponible incluso arriesgándose a privar a la Conferencia de su significación operacional. Pero Jobert eligió pelear hasta el final. Se resistía a todo tipo de instituciones entre consumidores. (Su verdadero propósito quedó evidenciado unas pocas semanas después cuando propuso —sin éxito— una agrupación energética europea cuya principal virtud en su óptica debía ser que nosotros estáramos excluidos). Era intransigente en su oposición a la continuación de la Conferencia Energética de Washington en cualquiera de sus formas.

El martes 12 de febrero, el segundo día de la Conferencia, se convirtió en un momento decisivo. Las sesiones plenarias resultaban frecuentemente interrumpidas por consultas, la más importante de las cuales eran los cabildeos políticos de los miembros de la Comunidad Europea. Los Estados Unidos adoptaron un perfil bajo; llegamos muy lejos en nuestro propósito de evitar el comienzo de un duelo franco-norteamericano que podría haberle permitido a Jobert reunir a sus colegas en nombre de la solidaridad europea.

A las 11.45 Home vino a mi oficina a anunciarme el resultado tentativo de las deliberaciones europeas. El grupo de los ocho resistiría los esfuerzos franceses para evitar todo tipo de congregaciones entre consumidores. Su mayor preocupación era que mientras ellos se mantenían firmes, nosotros nos comprometíamos bilateralmente con Francia. Esta era un reliquia irónica del período en que Jobert nos había tentado astutamente con una conversación bilateral sobre el diálogo atlántico excluyendo a la Comunidad Europea. Le aseguré a Home que ninguna charla se estaba llevando a cabo; le informaríamos de cualquier aproximación; no resolveríamos nada sin el acuerdo de los aliados que permanecieron con nosotros. También sugerí que el punto muerto persistía en la clausura de la sesión plenaria; el mejor procedimiento podría ser que el Japón presentara la propuesta de organizar la maquinaria del seguimiento. Sería menos desafiante para Francia, más compatible con la cohesión de la Comunidad Europea, que los mismos europeos no publicaran un proyecto que objetase París o sacaran provecho de la propuesta norteamericana. Home dijo que conversaría con Ohira.

A la una en punto ofrecí un almuerzo para todos los ministros de relaciones exteriores. Para mostrar la conciliación ubiqué a Jobert, fuera del orden protocolar, a mi derecha. El gesto fue sólo parcialmente exitoso. Jobert llegó tarde y luego sugirió un encuentro privado entre nosotros, una sugestión que, aun cuando escuchada por solamente unos pocos de nuestros colegas (como se había asegurado que ocurriría), habría de propagarse como pólvora entre los otros. Jobert claramente esperaba perturbar las deliberaciones de los europeos. Conversé con Home para decirle que nuestro acuerdo perduraba. El me informó que Ohira deseaba introducir una resolución que pedía el mecanismo de seguimiento.

A las 16.00, Jobert y yo nos reunimos durante cuarenta minutos. Como tantas veces anteriormente, dijo que esperaba que yo comprendiera que su discordancia se basaba en

instrucciones recibidas; él mismo profesó sostener puntos de vista más flexibles. Estaba de acuerdo conmigo en que una ruptura abierta perjudicaría a todos. Estaría dispuesto a llevarle a Pompidou un compromiso basado en nuestra conversación previa del sábado a la noche. Le informé a Nixon de la proposición de Jobert de la siguiente manera:

Ellos no quieren que esta Conferencia establezca la maquinaria semipermanente porque no quieren que Washington obtenga el crédito por haberlo hecho. . . Me han propuesto ahora que se lleve a cabo una conferencia en un mes en París bajo la OECD, la cual establecería el mecanismo y que ellos estarían deseosos de tener algunos operativos de naturaleza temporaria establecidos a partir de ahora y hasta entonces.

La implicancia era que Francia no ejercitaría su veto en la OECD sino que trabajaría en apoyo a la continuación del mecanismo; como un signo de buena fe, incluso se apoyaría algún método interino previo a la conferencia de OECD.

Era una proposición tentadora, pero también tenía los elementos necesarios de una trampa explosiva. Por una parte, la OECD era una gran agrupación que los franceses, si estaban actuando con malevolencia, podrían utilizar para hacer proseguir la guerra de desgaste en contra de nuestras proposiciones. Se podría permitir que las medidas interinas caducaran. En aproximadamente un mes, la unanimidad existente (menos Francia) podía disolverse en pensamientos subalternos. Lo fundamental era si Francia y nosotros estábamos de acuerdo en lo sustancial. En otra oportunidad, podíamos haberlo intentado, pero habíamos perdido toda la confianza; al fin de cuentas, habíamos conseguido esta ruta antes. Si ahora arreglábamos la controversia directamente con Francia, nunca nos sería posible conseguir que los otros países europeos se mantuviesen firmes en una nueva oportunidad.

Le dije a Jobert que tendría que revisar su proposición con Nixon y con los otros participantes. Estaríamos en condiciones de considerarla sólo si él apoyaba el establecimiento de mecanismos interinos a lo largo de las líneas aparentemente aprobadas por el consenso de la Conferencia; si Pompidou prometía un voto francés positivo en ella; si, en breve, la OECD en París daba primariamente una ratificación y una elaboración de las decisiones tomadas en Washington.

Para mi asombro, Jobert expresó que él presentaría estas proposiciones a Pompidou. En su momento, le informé a Home de la conversación, reiterando mi promesa de no dar ningún paso por separado con Jobert que los otros miembros de la Comunidad Europea no hubieran aprobado (un cambio total bien evidente de los procedimientos de la declaración atlántica).

Hubo otra sesión plenaria informativa a las 17.00 en la que todo el mundo se la pasaba mirando el reloj a la espera de Jobert.

Aproximadamente a las 18.30 fui a una fiesta privada en la que se celebraba el nonagésimo cumpleaños de la señora Alice Roosevelt Longworth, la hija de Theodore Roosevelt, cuya vida abarcaba nuestra centuria. Nixon asistió también, pues era un gran admirador de esa áspera e irascible dama con su malvado sentido del humor. Me la había presentado como su "novia" en una pequeña cena familiar durante su primera semana en la Casa Blanca. En esa ocasión yo era todavía un oscuro miembro del personal de la Casa Blanca y, como acababa de salir de la vida académica, estaba levemente abrumado por la cercanía del poder y no del todo seguro de cómo la pasaría. *Usted alcanzará un gran éxito*, me había dicho ella en aquella oportunidad. *Usted tiene un centelleo en los ojos*.

La señora Longworth era uno de los pocos miembros del viejo *establishment* de Occidente del cual Nixon no sentía ni amenaza ni condescendencia. Ahora ella estaba mucho más allá de la ambición y era sumamente prudente. Recordaba un Washington en el cual

el presidente podía cabalgar todas las tardes por el parque Rock Creek y pasar varios meses seguidos en Oyster Bay. Había visto demasiado de las flaquezas humanas y de los embustes de Washington para sentirse impresionada por los que se hacen los importantes. Había experimentado lo perecedero de la fama; sabía el significado de la personalidad. En la cima de mi poder una vez me dijo que, inevitablemente, llegaría el momento en que yo tuviera que dejar mis funciones y en esa oportunidad mi prueba sería en qué forma yo reaccionaría para con mis sucesores, no públicamente sino en lo más recóndito de mi alma. ¿Les tendría compasión por sus frustraciones o secretamente me regodearía con ellas? Me confesó que tanto ella como su padre habían fracasado miserablemente en esa prueba durante la administración del presidente Taft.

Yo me encontraba con Alice Longworth regularmente en la casa de varios amigos; una vez o dos me había invitado a cenar. Mantenía una corte ahora en su vieja casa mohosa de la Avenida Massachusetts. Vieja dama endeble y frágil, con pelo gris de a mechones, sin embargo parecía más actualizada y más relevante que la mayoría de los colegas con los cuales yo había pasado el día. Habíamos hablado todos con facilidad acerca del cambio revolucionario y de la necesidad de ponernos a la altura de nuestro desafío. Pero a medida que pensaba en los líderes de actualidad, no veía a ninguno que pudiera envejecer tan graciosamente como Alice Longworth. Faltándoles la seguridad interior, tendrían miedo de arriesgarse. ¿Cuántos líderes mundiales serían imponentes si se los separara del poder que ejercían? ¿Cuántos de ellos podrían soportar el fracaso o la pérdida de su puesto sin perder la confianza en sí mismos? Y si tenían miedo de fracasar, ¿cómo podrían tener éxito? ¿Cómo se atreverían a trascender lo convencional —el requerimiento de un verdadero trato con acontecimientos revolucionarios— cuando estaban emocionalmente anclados a él?

A los pocos minutos de mi regreso a la oficina, lo monótono nos reclamó. Sir Alec Douglas-Home —el ministro que se aproximaba más a las cualidades de Alice Longworth— me llamó para informarme acerca del resultado del cabildeo político europeo. Expresó que todos los europeos estaban absolutamente firmes con los franceses en el sentido de que debe haber una continuación de esta Conferencia. Simplemente no podían tolerar el fracaso. Jobert estaba empeñado en contra de cualquier tipo de continuación del mecanismo, pero sus colegas se hallaban deseosos de ir a una sesión plenaria para declarar que todos estaban de acuerdo en designar a los funcionarios de una reunión posterior; Francia podía unirse o reservar su posición.

Home agregó que Jobert había cableografiado nuevamente a París solicitando instrucciones. Advirtió que no debíamos concluir con una *fórmula insípida, una cosa demasiado empapelada*. Conocedor de mi inclinación por De Gaulle, me instó a mantenerme firme con Jobert. Le repetí nuevamente que no iría más allá de las posiciones acordadas y que consultaría con él antes de hacer algo.

La ocasión que Home temía y al mismo tiempo esperaba nunca se dio. Las instrucciones de Jobert fueron reafirmadas, o por lo menos así nos lo dijo él. Pompidou rechazó el compromiso discutido entre Jobert y yo. No permitiría que Jobert siguiera adelante con el operativo de seguimiento propuesto por los europeos. No había nada más que hacer ahora, excepto romper el insuperable desacuerdo en la sesión plenaria.

LOS CONSUMIDORES SE UNEN

La Conferencia se reunió el miércoles 13 de febrero a las 9.50. Un grupo de trabajo había preparado un conciso comunicado afirmando que la crisis energética constituía un problema global del cual ninguna nación podía esperar aislarse. El informe afirmaba *la necesidad de un programa de acción comprensivo para tratar todas las facetas de la situación energética mundial a través de medidas cooperativas*. Luego señalaba para una atención

especial las siete áreas que yo había demarcado en mi discurso de apertura. Para esta finalidad, establecía un grupo encabezado por funcionarios con un personal dedicado por entero a coordinar la implementación.

Decidí que se hicieran dos sesiones plenarias en la mañana. La primera trataría los principios que servían de base para el comunicado; la segunda, la aprobación del texto en sí mismo.

Este procedimiento evitaría la impresión de una imposición norteamericana; también evitaría las tácticas que demoraban las cuestiones bajo la forma de regateos de las frases del comunicado. También, si se desarrollaban imprevistas resistencias, habría una oportunidad de acuerdo en la segunda sesión.

Yo había arreglado que la parte conceptual del comunicado fuera introducida por el ministro de Relaciones Exteriores de Noruega, Knut Frydenlund, un viejo y confiable amigo de muchos años. El tenía la ventaja de representar a un país que no era miembro de la Comunidad Europea y de esa manera se esquivaba la cuestión de las instrucciones de este organismo. Ohira, de Japón, ya estaba de acuerdo en introducir la proposición acerca de las instituciones de seguimiento. Para amortiguar la colisión más aún, a cada ministro de Relaciones Exteriores se le daría una oportunidad de hablar, aunque todos ellos sabían lo que los discursos fundamentales dirían. Fui dando vueltas a la mesa comenzando por mi izquierda, lo cual ofrecía la ventaja de que Jobert tendría la palabra solamente después que Frydenlund y Ohira hubieran hablado. Un presidente que solamente tiene a un ministro a su lado puede afrontar tal "conferencialidad".

Al principio las cosas se desenvolvieron tal como habían sido planeadas. Frydenlund no pudo haber sido más eficaz oscureciendo su mente aguda con la apariencia de una afabilidad algo pesada. Recién luego del turno de Ohira las cosas empezaron a escaparse de las manos. El ministro de Relaciones Exteriores del Japón realizó una declaración extensa. El único problema consistía en que su significado resultaba impenetrable. Era demasiado elegantemente japonés como para exponer una posición clara y definida en una situación de confrontación; por el contrario, presentó su punto de vista a la manera japonesa, bosquejando ambos puntos de vista con sólo un leve énfasis en favor de la dirección que nosotros apuntábamos. Se trataba de una sutileza magistral, pero que no era adecuada al momento decisivo porque para los no iniciados sonaba como si hubiera un mérito considerable tanto en la posición francesa como en la nuestra. Resultaba verdaderamente difícil destilar de la alocución, tan indirecta, una proposición votable, hecho que se reflejó en las expresiones de desconcierto alrededor de la mesa, especialmente entre aquellos que esperaban una ruptura.

Alec Home salvó el día. Con el clásico descaro que solamente puede ser adquirido a través de muchas centurias de antepasados aristocráticos, tomó la palabra tan pronto como Ohira finalizó. *Si comprendo al distinguido ministro de Relaciones Exteriores del Japón correctamente...*, comenzó Home, y luego sintetizó la posición previamente acordada en una manera vagamente reminiscente de algunas cosas que Ohira había implícado pero que no tenía nada que ver con lo que verdaderamente había dicho. Sonriéndole al único colega civilizado entre el grupo de bárbaros desmañados, Ohira anunció que había sido claramente comprendido. Podía estar satisfecho porque con su hábil estilo japonés, su discurso, después de todo, había roto el punto muerto.

La Conferencia tenía que soportar otro ácido ataque por parte de Jobert destinado en forma equitativa a sus socios europeos, especialmente a Schmidt, y a los Estados Unidos. A las 11.40 los principios ya estaban acordados.

A las 12.36 la segunda sesión plenaria se reunió para considerar el comunicado. Fue adoptado tal como estaba redactado; solamente Francia disintió de las partes operacionales que describían tareas específicas en pos de una cooperación entre los consumidores y la creación de un mecanismo de seguimiento.

Habíamos logrado mucho de lo que nos propusimos conseguir. Ahora surgiría una organización entre los consumidores. Ciertamente, no se le había dado una misión heroica; era mucho más fácil lograr la cooperación en cuestiones que no involucraban ningún tipo de riesgo de confrontación, como la conservación, el compartir situaciones de emergencia, el desarrollo de nuevas fuentes de energía. Pero la suma total de estos objetivos sería el refuerzo de la posición negociadora de los consumidores con respecto a los productores. Algunos participantes negarían que ese fuera el propósito e incluso lo creerían en el miedo del momento. Pero la realidad trasciende lo que la gente dice sobre ella, y la realidad y lo que llegó a ser conocida como la Agencia Internacional Energética (formalmente establecida un año más tarde) debía promover la cohesión de las democracias industriales en el terreno de lo energético, lo cual a su vez significó una importante contribución al mejoramiento de la posición negociadora establecida por los consumidores.

Con ánimo alegre, llamé a todos los miembros de la delegación norteamericana para agradecerles sus contribuciones. Había resultado ser casi un caso de manual meticulosamente preparado y ejecutado en forma disciplinada. El Comité directivo compuesto por Shultz, Burns, Bruce, Simon y yo había operado totalmente libre de la normal murmuración burocrática. Este grupo había establecido el marco conceptual de la Conferencia, refinando las tácticas casi diariamente. El grupo de trabajo mencionado anteriormente había hecho la redacción. Estos dedicados funcionarios aseguraron que el equipo norteamericano era, de lejos, el mejor preparado de todos los allí presentes y que la Conferencia —contrariamente a las observaciones malhumoradas que estableciera Jobert— había sido una de las más productivas y eficaces que se pudieran recordar.

Un siglo antes eso hubiera sido el fin de la cuestión. Pero actualmente hay un árbitro para los acontecimientos internacionales que concede la palma de la victoria: la prensa tiene en cuenta sus propias necesidades y se pronuncia acerca del significado del resultado. El diplomático es considerado partidista; los periodistas actúan como jueces y jurado y deciden lo que el público escuchará o leerá. Por naturaleza están más finamente sintonizados con el drama del momento que con las tendencias del futuro, a las que contemplan con ojo escéptico, incluso cínico. Ninguna reunión internacional ha concluido verdaderamente hasta que ha sido explicada por la prensa. En consecuencia cada uno de los protagonistas principales de la Conferencia de Washington estaba obligado a subir a escena, actuar su parte en el drama y promover sus propias percepciones, buscando influir en acontecimientos futuros dándole forma a la interpretación de los actuales. Y así, las conferencias de prensa de Jobert y las mías durante el curso de la tarde deben ser consideradas como la última escena de la Conferencia de Washington. (Por supuesto, otras delegaciones también hicieron sus declaraciones de prensa pero ni recibieron atención ni tampoco la buscaron, pues les interesaba minimizar las controversias y cubrir sus apuestas.)

Dejé que Jobert hablara primero, no simplemente por cortesía sino porque de esa manera podría ajustar mis observaciones a las de él. Yo pensaba que él pondría el acento en la lucha del momento; esto solamente le daría más énfasis a mi propuesto tema de la necesidad de la cooperación. Jobert sabía mi propósito muy bien pero no tenía posibilidad de elección, porque con Europa a seis horas de Washington tenía que defender su punto de vista con rapidez o directamente no hacer nada. Jobert se encontraba inusualmente áspero. Rechazó la proposición de que la Conferencia de Energía de Washington hubiera alcanzado nada importante. Todo era nada más que una astucia norteamericana para dominar a Europa:

Considero que, muy equivocadamente, los titulares utilizados en este asunto

fueron demasiado grandes. Después de todo, desde nuestro punto de vista esta conferencia ha sido una de las menos importantes, levemente descuidada en su preparación e incluso un poco descuidada en el modo en que había sido concebida, porque cuando se propuso realizarla todos estos importantes títulos no eran todavía evidentes. Una gran cantidad de papeles serían recibidos más tarde. . . (parecía que había sido) una operación levemente política probablemente para el beneficio de los Estados Unidos —consciente o inconscientemente, verdaderamente no sé— y . . . lo energético fue en gran medida una excusa.

Repetió su chiste de Bagdad de que la Conferencia de Washington no era como el Congreso de Viena; en otras palabras, no estaba destinada a dejar ninguna marca permanente. Reiteró que, en primer término, nunca había querido venir a la Conferencia; había cedido, con aversión, por las súplicas de sus socios europeos y con buena voluntad para con ellos (no, por implicancia, con respecto a los Estados Unidos). Había asistido sobre la base de una posición acordada previamente:

Pero como querían que viniera con ellos, aunque eran conscientes de las objeciones del gobierno francés con respecto a esta Conferencia, estuve de acuerdo en acompañarlos tan pronto como tuvieran la bondad de firmar conmigo un acuerdo que aparentemente satisfaría a todos.

Esta no era una forma demasiado astuta de afirmar que sus colegas europeos lo habían traicionado violando el mandato de la Comunidad. No explicaba cómo un voto de ocho contra uno en oposición a él podía violar las intenciones de la Comunidad Europea. Tampoco consideraba el voto como final: *Algunas personas hablan por la emoción más que por la razón. Quizás una vez en sus hogares vean la diferencia entre la emoción y la razón.*

Jobert sostuvo que Helmut Schmidt era personalmente responsable, denunciándolo por haber elegido a Norteamérica en detrimento de Europa, como si estos fueran conceptos inherentemente antagónicos. Mientras se ocupaba de las personalidades, me infligió un duro golpe personal. Protesté por un artículo de un periódico que había trazado los paralelos entre su vida y la mía pues ambos habíamos nacido fuera de los países que representábamos —él en Marruecos— y que habíamos llegado a los países que ahora representábamos como adolescentes. Jobert no aceptaba esa comparación; él era francés, pero yo no era muy norteamericano: *Ustedes se dan cuenta de qué manera los norteamericanos ven las cosas. Creo que nuestra audiencia sabe simplemente que yo nací en Marruecos de hecho y que he sido siempre francés.*

La paciencia no es frecuentemente mi fuerte. En esta circunstancia, nada menor podía haber vencido nuestro propósito. Lo que nosotros habíamos salvaguardado debería ser desarrollado en un espíritu cooperativo a través de los años y algún día, esperaríamos, incluiría a Francia. El interés de Jobert era arruinar la Conferencia, nuestro interés consistía en destruir la controversia. Su estrategia requería un mayor énfasis en el momento actual; la nuestra, una visión firme del futuro. Por lo tanto, comencé mi conferencia de prensa con una nota que a mi entender era conciliatoria:

Esta Conferencia. . . estaba basada en la suposición, y en nuestro convencimiento, de que el mundo estaba enfrentando un problema que se le había aparecido —por lo menos en las dimensiones con las cuales nosotros lo enfrentábamos— de alguna manera en forma inesperada. Y en una situación de aparente escasez de reaprovisionamiento había una tendencia a reaccionar con pánico, producido en parte por falta de información, y con la sensación de que quizás el control sobre nuestro destino se nos había escapado de las manos.

A esta escasez de la oferta se le agregó a fines de diciembre el serio problema de una rápida escalada de los precios.

Los Estados Unidos sostienen el punto de vista de que el problema que ha sido producido por estos dos fenómenos —la demanda que por lo menos por un lapso, ha superado a la oferta, y el rápido incremento de los precios— se puede resolver solamente con un enfoque global y por medio de una acción multilateral.

Sostenemos este punto de vista no para reivindicar alguna teoría particular de la organización del mundo. No proponemos instituciones simplemente por el hecho de crear instituciones. Estamos convencidos, y lo seguiremos estando, de que es un problema de naturaleza global en el cual no se puede emplear una solución aislada y verdaderamente pensamos que en él, "por excelencia", el interés general es idéntico al interés individual de cada uno de nosotros. . .

Evité morder el anzuelo de Jobert. Los desacuerdos con Francia eran temporarios; la unidad atlántica no estaba en peligro:

Los Estados Unidos consideran que la relación atlántica es el punto central de su programa político externo. Nuestros esfuerzos durante el último año estaban destinados a reforzar en forma sólida la nombrada relación.

El hecho de que haya algunas diferencias entre los puntos de vista nuestros y los de Francia acerca de la forma por medio de la cual esta relación atlántica debe ser reforzada no debe oscurecer la importancia central que le concederemos como tampoco nuestro reconocimiento de que la amistad con todos los países europeos, incluida Francia, es esencial para la seguridad de todas las naciones de la *alianza atlántica*. . .

Las democracias industriales, a mi modo de ver, no serán capaces de mantener ni siquiera su cohesión interna, mucho menos su amistad entre ellas, si no actúan de una forma perceptible para sus respectivas opiniones públicas destinadas a dominar el nuevo desafío económico. Una política de maniobras a fin de obtener ventajas nacionales en la esperanza de hacer frente a la crisis inmediata está ciertamente destinada a fracasar, debilitando la confianza en las instituciones democráticas, desmoralizando los gobiernos, y erosionando los lazos políticos de los cuales la seguridad de Occidente depende. Fuera de este interés, las disputas entre Francia y los Estados Unidos eran insignificantes e incluso indignas. Y yo considero que es nuestra obligación terminar con ellas en la primera oportunidad.

La Conferencia Energética de Washington contribuyó a este objetivo decisivo. En el comienzo de mi conversación con Ohira, el embajador japonés Takeshi Yasukawa había comentado que si la Conferencia no terminaba en fracaso, debería ser considerada como un éxito. Yo no estaba de acuerdo. Si no resultaba ser un éxito, dije, debería ser considerada un fracaso. Como muchos juegos de palabras, reflejaba una actitud. El fracaso era fácil de determinar; el éxito era probablemente frágil. En el nivel táctico, habíamos hecho las cosas bien. Vimos cómo una conferencia de trece naciones llegaba a una conclusión que los otros participantes inicialmente habían dudado en aceptar por el temor a molestar a los productores de combustible. En los años siguientes las democracias sistemáticamente pusieron los elementos fundamentales de nuestra propuesta estrategia en su lugar: conservación, redes de seguridad financiera, cooperación técnica, planes de cooperación y ayuda mutua en momentos de emergencia, ayuda para los países en desarrollo. A pesar de muchos recelos, la Conferencia había creado una organización de unidad entre los consumidores y le había dado tareas que a través del tiempo era seguro que reforzarían la posición de los consumidores. La Agencia de Energía Internacional

había florecido, y sigue siendo hasta la fecha el vehículo principal de solidaridad entre las democracias industriales en lo energético.

A través de los años la situación energética mejoró considerablemente, en parte debido a la creciente solidaridad entre los consumidores. El mercado mundial del petróleo se estabilizó. Por cinco años, luego de la sacudida del 73, no hubo más incrementos dramáticos en el precio del petróleo. Desde 1974 hasta 1978 se elevó menos que la inflación mundial, de hecho, declinó en un 25 por ciento en ese período (3). Llevó al cataclismo en Irán en 1978-1979, con la pérdida de cuatro millones de barriles de combustible iraní por día, para provocar otra espiral de precios, que parece haberse detenido en este momento en parte por una intensificación de las medidas de conservación y sustitución que nosotros propusimos en 1974.

OTRA EXPLOSION

La repercusión inmediata de la Conferencia, sin embargo, fue dominada por las legalidades de las controversias recientemente superadas, no por un sentido de dirección. Antes que consiguiéramos nuestro objetivo, debíamos resistir todavía la explosión que habíamos evitado en Washington. Normalmente, un diplomático espera un desacuerdo ocasional; sabe que si todo es sacrificado para reivindicar el punto de vista de una de las partes en todas las cuestiones, todo tipo de confianza es destruida. Jobert no aceptaba tales restricciones. Estaba decidido a desbaratar el surgimiento de Norteamérica como líder de las democracias industriales (la pesadilla gaullista). No podía deshacer las decisiones de la Conferencia Energética, pero podía presionar desde dentro de la Comunidad Europea con el objeto de tomar decisiones que sabía que generarían conflicto con los Estados Unidos. Y todos sus colegas estaban tentados a conciliarse con él para compensarlo por su inusual resolución en la Conferencia de Energía.

En las semanas posteriores a la conferencia energética, por lo tanto, Jobert atacó infatigablemente. En un escrito del Comité de Relaciones Exteriores de la Asamblea Nacional Francesa, el 21 de febrero, defendió su conducta, afirmando que nunca había elevado su voz aunque había sido insultado y brutalizado. Se quejaba, en otra parte del documento, de que los Estados Unidos habían insistido en que Francia no tenía derecho de realizar ningún arreglo bilateral con los países árabes productores de combustible. (De hecho, nosotros habíamos enfatizado la naturaleza en sí misma derrotista de las negociaciones bilaterales en general.) Ese mismo día un bien ubicado funcionario del Quai D'Orsay le dijo a nuestro embajador que el corazón del análisis francés de las relaciones norteamericano-europeas era que los Estados Unidos estaban intentando "reasumir la dirección de las operaciones en los asuntos atlánticos". El se burlaba de mi planeada parada intermedia en Londres para informarles a los británicos acerca de mi diplomacia del Medio Oriente, diciendo que esta actitud "turbaba" a mis anfitriones (quienes habían pedido específicamente la visita).

La imagen de las relaciones atlánticas como una eterna disputa entre los Estados Unidos y Francia por el dominio de la Alianza estaba muy lejos de nuestra concepción y más distante aún de nuestra ejecución. Verdaderamente, nuestro mayor error había sido anhelar el esfuerzo de colaborar con Francia en 1973, llevando la cuestión a límites que habían alineado a los otros europeos, especialmente los miembros más pequeños de la Comunidad. La combinación de la obsesión y la tergiversación o falsificación llegó a un pico en una entrevista de fondo extensa que Jobert dio al importante periódico francés *Le Point*. Jobert expuso tres puntos clave: en primer término, que el acuerdo soviético-norteamericano acerca de la prevención de una guerra nuclear era una línea divisoria de aguas que establecía una especial relación entre las superpotencias lo cual equivalía a una división del poder total; en segundo lugar el 6 de noviembre de 1973 era otra línea

divisoria de aguas, porque Europa al formular su propia política externa en el Medio Oriente había promulgado una especie de declaración de independencia con respecto a los Estados Unidos; y en tercer lugar, que Jobert finalmente había advertido que yo en verdad no favorecía la unidad europea, como supuestamente se mostraba en mis repetidas proposiciones en negociar sólo con los tres países más importantes de Europa.

Lo que era verdadero en estos argumentos —el segundo punto— constituía el corazón del problema; las restantes dos afirmaciones eran falsas y demagógicas. Las cosas habían llegado a una situación comprometida cuando Europa tuvo que probar su independencia desbaratando el único proceso de paz que se estaba desarrollando en el Medio Oriente. Más allá de cuál fuera el punto de vista acerca de la prudencia del acuerdo de prevención de la guerra nuclear (y no creo que éste fuera uno de nuestros triunfos más importantes) Jobert sabía muy bien —nosotros se lo habíamos dicho en repetidas oportunidades— que ésa era nuestra forma de poner una proposición soviética embarazosa en hielo y elaborar un obstáculo legal para un ataque a China, y no una nueva dirección de nuestra política. A causa de nuestra supuesta preferencia por negociar sólo con los países más importantes de Europa, esto era lo opuesto a la verdad y era aparte pasmosamente cínico. Había sido Jobert quien había cooperado en el Año de Europa con la condición de que las negociaciones se llevaran a cabo solamente con los países más importantes y sólo en forma bilateral. Que Francia se pusiera a nuestro curso resultaba comprensible; lo encarnizado del ataque era peligroso y explicable solamente en la teoría de que la protección norteamericana no requería ningún tipo de reciprocidad.

Tampoco el ataque de Jobert estuvo limitado a Europa. Desde el 20 al 23 de febrero asistí a una importante reunión de los ministros de relaciones exteriores del hemisferio occidental en la ciudad de México para iniciar un diálogo nuevo entre los Estados Unidos y sus vecinos (con ningún posible interés directo para Francia). En por lo menos una capital importante sudamericana, un día antes de la partida de los ministros de Relaciones Exteriores con rumbo a la ciudad de México (como el Ministerio me informó) el embajador francés me había dejado una copia del acuerdo de prevención de una guerra nuclear con una advertencia en contra de un predominio soviético-norteamericano. Y continuó habiendo alegatos, demasiado frecuentes para ser ignorados, en el sentido de que algunos diplomáticos franceses en el Medio Oriente estaban hablando en una forma, que los excitables anfitriones tomaban como consejos, de no precipitarse de cabeza al levantamiento del embargo de petróleo contra los Estados Unidos (4).

Jobert fue aún más lejos y se propuso iniciar un diálogo político europeo-árabe de la manera más calculada, para chocar con la diplomacia norteamericana de paz. Incluso con la mejor de las intenciones, una reunión de todos los ministros de relaciones exteriores árabes inevitablemente ubicaría a los moderados bajo presión de los radicales, y los europeos terminarían aprobando un programa con inclinación radical que estaría reñido con lo que nosotros considerábamos realista. Yo había mencionado este punto enfáticamente a diversos ministros de relaciones exteriores aliados en la Conferencia de Energía de Washington, incluso a Home y a Scheel. Se lo repetí a Home en Londres el 26 de febrero, cuando estaba en camino a Medio Oriente con el propósito de iniciar conversaciones de sondeo para comenzar la separación de fuerzas sirias.

En el próximo capítulo describiré la diplomacia involucrada y su relación con el levantamiento del embargo de petróleo. Para el objetivo que me propongo desarrollar ahora es suficiente señalar que la situación estaba todavía delicadamente en suspenso.

De regreso a casa, proyecté un viaje a Bonn para la noche del domingo 3 de marzo, como resultado de la observación que me hizo Helmut Schmidt en Washington acerca de que los líderes alemanes estaban heridos porque yo parecía utilizar sólo París o Londres para las paradas de descanso. Verdaderamente, la razón —por lo menos en un nivel consciente— era la conveniencia de los programas de las aerolíneas. Pero una vez infor-

mado acerca de la simbólica importancia que Bonn le concedía a tal visita, me aseguré de que en mi próximo viaje al Medio Oriente pararía en la capital alemana. Y a fin de mostrar nuestro compromiso para con las relaciones atlánticas, proyecté un informe al Consejo del Atlántico Norte en Bruselas para la tarde siguiente.

Estas dos visitas se convirtieron en una demostración de la falibilidad de la previsión humana. Pues lograron exactamente lo opuesto a nuestro objetivo, estableciendo el escenario para una explosión que finalmente serviría como una catarsis.

Los ministros de relaciones exteriores de la Comunidad iban a reunirse en Bruselas el 4 de marzo. Era un estado de cosas lamentable que el secretario de Estado de los Estados Unidos estuviera en las oficinas centrales de la NATO para informar a los embajadores aliados mientras siete ministros de relaciones exteriores estaban en la misma ciudad a quince minutos de distancia, sin atreverse a venir a verme por temor a ofender a Francia. Pero ésa era la situación y yo estaba decidido a no hacer una cuestión de ella. Incluso le sugerí a Scheel, como presidente del Consejo de Ministros que podía posponer mi viaje a la NATO como para evitar la apariencia de que trataba de influir a los europeos. El no veía motivos para tal puntilliosidad, que verdaderamente hubiera implicado que había alguna incompatibilidad entre la NATO y la Comunidad Europea.

Mi conversación con Scheel en la cena, el 3 de marzo, no pudo haber sido más agradable. Se mostró cortés con respecto a mi viaje a través del Medio Oriente. Discutió la tensión atlántica como si fuera una enfermedad francesa con respecto a la cual la República Federal estaba inmune. Dijo que no comprendía el programa político francés; Jobert tenía complejos, su actitud era ilógica. *Esta es la razón por la cual nosotros nunca comprenderemos cuál es el objetivo que sostiene Francia.*

Estábamos reunidos en el bungalow, la residencia construida por el canciller alemán sobre el Rin en el jardín del decimonónico Palacio Schaumburg. Konrad Adenauer había trasladado la oficina del canciller al palacio cuando Bonn se convirtió en la nueva capital de Alemania Occidental. (Adenauer eligió Bonn porque estaba a unos 15 kilómetros, cerca de su residencia en la ciudad de Rhoendorf. La historia cuenta que había respondido a una queja acerca de la selección con la pregunta: *¿Qué es lo que pretende que haga? ¿Que elija a Rhoendorf?*) Su sucesor, Ludwig Erhard, no teniendo el beneficio de una casa ancestral cercana, se había sentido obligado a construir una residencia oficial. Nunca se explicó qué era lo que poseía ese lugar de Bavaria de clase media para ubicar una estructura tan moderna en tan tradicional paraje. Pero la edificación luce como pesada, aunque un lado es de vidrio, y obstruyente, aunque tiene un solo piso. Los salones eran demasiado grandes, las habitaciones privadas asombrosamente apiñadas para una edificación tan elaborada. Todo parece estar diseñado para darle al ocupante la impresión de que él es solamente un pasajero; no hay el menor indicio de algo cálido o personal o idiosincrático. Una de las decisiones de Willy Brandt que nunca cuestioné fue su negativa a vivir allí.

Las reflexiones acerca del estilo arquitectónico no interrumpieron la afabilidad de la velada. La presentación de Scheel de las actitudes de Jobert fue propuesta como si fuera un problema común alemán-norteamericano que debía ser resuelto con la paciencia y el paso del tiempo. En los cálidos celajes de la Conferencia de Energía de Washington no tenía quejas específicas; la lenta marcha de la redacción de las diversas declaraciones atlánticas era irritante, provocativa pero esencialmente irrelevante, pues en verdad para entonces, las declaraciones habían perdido mucho de su significado. Scheel anunció que una nueva redacción de la declaración de la Comunidad estaría lista en una semana más.

Comenzamos a hacer planes para la visita de Nixon con el objeto de firmarlos; la última semana de abril parecía lo más conveniente.

Justamente al término de la conversación, Scheel mencionó al pasar que cuando los ministros de relaciones exteriores de la Comunidad se ocuparan del diálogo europeo-

árabe al día siguiente (como los periódicos habían estado insinuando), probablemente estarían de acuerdo con algunos cambios en las esferas técnicas como la de salud y ciencia. Yo no veía ningún problema con eso y rápidamente pasé a considerar otros temas.

A la mañana siguiente, visité al canciller Brandt en Venusberg, un suburbio de Bonn en la ladera de una montaña, la que originalmente había sido la residencia oficial del ministro de Relaciones Exteriores, puesto que él la ocupó en los últimos años de la década del '60. Había fijado y mantenido su domicilio en esta casa más humana cerca de una montaña, observando desde lo alto a todo Bonn incluso luego de su ascenso a canciller. A Brandt le quedaban solamente dos meses en el cargo; tenía la melancolía, la mirada distraída que yo había llegado a conocer tan bien en Nixon, y que parecía augurar la inminente pérdida de algo apreciado. Hubo pausas en nuestro diálogo, pero no tensión. Cubrí muchos de los mismos temas que había tratado con Scheel la noche anterior. Explicué nuevamente el peligro de que cualquier reunión de europeos y ministros de relaciones exteriores árabes reforzar a los árabes radicales; en muchas ocasiones había observado cómo los ministros árabes eran moderados cuando estaban solos conmigo pero se encontraban forzados a tomar una posición más extrema cuando estaban entre sus hermanos. Le informé que nosotros no estábamos contra una unidad europea, no importa cuáles fueran las insinuaciones de Jobert: *La identidad europea no es inconsistente por el hecho de que se consulte con nosotros acerca de cuestiones que nos conciernen a ambos*. No se insinuaba en Brandt que algo inusual estaba próximo a suceder en Bruselas.

Desde la residencia de Brandt, fui en helicóptero hasta el aeropuerto y llegué a Bruselas cerca de las 14.00. Cuando llegué a las oficinas centrales de la NATO, encontré un mensaje de Scheel que decía que él apreciaría que lo llamara a la embajada alemana en Bruselas luego de terminar mis tareas en la NATO. Quería informarme acerca de la reunión de esa mañana de los ministros de la Comunidad. La psicológica separación de la Comunidad Europea respecto de la NATO había alcanzado evidentemente un punto en el cual el presidente de su Consejo de Ministros no podía ir más a las oficinas centrales que aseguraban la defensa común a hablar con el principal aliado de Europa, incluso aun cuando él sabía que las oficinas centrales de la NATO estaban muy cercanas al aeropuerto y que yo todavía tenía que viajar a través del Atlántico.

Les expliqué a los embajadores de la NATO nuestra estrategia global con respecto al Medio Oriente al igual que la diplomacia que intentábamos desarrollar en los meses siguientes, y lo hice en términos de algún modo generales pero lo suficientemente específicos como para que las partes del Medio Oriente pudieran reconocer el trazado de lo que se había acordado cuando el informe fuera llevado nuevamente a ellos, como yo estaba seguro de que iba a suceder. Luego, el secretario general de la NATO Joseph Luns y yo nos reunimos con la prensa en una atmósfera muy optimista. Yo di mi impresión de que:

alrededor de la mesa del consejo de la NATO hubo una considerable unidad de puntos de vista con respecto a los objetivos y similar comprensión con respecto al método. No recuerdo que fuesen expuestos puntos de vistas contrarios. ¿Soy injusto, señor Secretario General?

Luns recalcó con exuberancia que yo había sido demasiado modesto. Hubo más que unidad:

Hubo, por parte de todas las naciones de la alianza, gran apreciación por lo que los Estados Unidos en la persona de su secretario de Estado ha estado realizando en

el Medio Oriente desde noviembre pasado cuando las primeras conversaciones comenzaron. Nosotros hemos sido de algún modo alentados por el proyecto de dirigirnos paso a paso en la dirección de la paz, que constituye el interés de todos los miembros de la Alianza.

La atmósfera de felicidad desapareció como un rayo. Un periodista quería saber si yo estaba enterado de que los *nueve* ministros de la Comunidad Europea habían anunciado recientemente a través de Walter Scheel su decisión de abrir un diálogo árabe-europeo en muchos terrenos, culminando en una reunión de ministros de relaciones exteriores. Respondí rigidamente que sería incorrecto comentar algo de lo que yo todavía no había sido oficialmente informado. Esperaba ansiosamente mi reunión con Scheel en la embajada alemana.

Existían pocas dudas acerca de lo que había sucedido. A pesar de la ausencia del ministro inglés de Relaciones Exteriores —Edward Heath acababa de perder las elecciones generales— Jobert había forzado una decisión; sus colegas habían sido incapaces de resistir, o quizás lo habían compensado por haberlo abandonado en la Conferencia de Energía de Washington. Yo le había advertido a la Comunidad meses antes que una decisión como la que ahora aparentemente se había tomado haría que nosotros nos disociáramos abiertamente. Yo no iba a dar marcha atrás en este momento, especialmente cuando nuestro programa político con respecto a Medio Oriente se mantenía en un equilibrio tan delicado.

La sacudida por el hecho de que me presentaran públicamente y sin advertencia un hecho consumado tornó a la reunión con Scheel totalmente desalentadora a pesar de que menos de veinticuatro horas antes habíamos compartido la más agradable velada. Scheel ahora planteaba un procedimiento del cual ningún aspecto había sido nunca discutido conmigo. Se trataba del plan francés para un diálogo europeo-árabe. Scheel no podía tener la más mínima duda de que nosotros estábamos lejos de encontrarnos contentos. Trató de apaciguarnos prometiéndonos que una nueva redacción de la declaración de la Comunidad Europea (ver Capítulo XVI) sería realizada en menos de dos semanas, como si la retórica afirmación de la unidad atlántica fuera un favor especial hacia nosotros por el cual aceptaríamos acciones unilaterales que desmentían esa unidad. Y expresó su buena voluntad respecto de enviarle una invitación a Nixon para la segunda mitad de abril, como si Nixon se tragara cualquier cosa por la simple gracia de un viaje a Europa. Respondí firmemente:

Noto que estamos siendo informados de una decisión luego de haberla leído en los periódicos y después de que me preguntaran por ella en una conferencia de prensa. Esto, por lo tanto, ahonda nuestra preocupación acerca de las decisiones que son preparadas sin informarnos y tomadas sin consultarnos.

En segundo lugar, el hecho de que la Comunidad no tiene interés en socavar los esfuerzos en pos de la paz es en gran medida irrelevante. La Comunidad no está capacitada para garantizar que esto no sucederá en alguna circunstancia.

En tercer lugar, yo ya les he dicho cuáles son nuestras firmes intenciones de traer a los árabes por este camino.

En cuarto término, los Estados Unidos se reservarán su libertad de acción para tomar acciones similares si consideramos que están en nuestro interés nacional, para informarle más tarde a la Comunidad.

En quinto lugar afirmo que los Estados Unidos, con toda seriedad, no aceptarán este procedimiento en el largo plazo sin que ello tenga un enorme efecto en nuestra relación.

Scheel, quien durante todo el tiempo se mostró indiferente, sereno y meticulado, argumentó que todo era un error de procedimiento. La Comunidad solamente había llevado a cabo su anterior decisión tomada en Copenhague en diciembre. El haría una declaración pública de que la Comunidad me había informado acerca del diálogo árabe-europeo; indicó que los europeos estaban dispuestos a invitar a Nixon para completar las diversas declaraciones. Pero yo había experimentado ya suficientemente la humillación de tener aliados que blandían una invitación a nuestro presidente ante nosotros con propósitos exclusivos de negociación.

Apreciaría que esa segunda parte referida a la visita del presidente no fuera hecha pública. Discutiré esto con él y luego le haré saber sus puntos de vista acerca de la firma de la declaración. Le haré saber también si las nuevas fechas para los directores políticos son aceptables, y cuándo el presidente podría venir a Europa. . .

Y con respecto a Copenhague, yo encuentro muy difícil referirme a esa reunión pues nosotros no fuimos informados de esa conferencia ni tampoco nos dijeron de qué manera los árabes llegaron a ella. Con todo, la conferencia llevó a trabajar con temas de los que no habíamos sido informados, y ahora a una reunión acerca de la cual no teníamos conocimiento. Debo decir con toda formalidad que éste no es un proceder que pueda durar por largo tiempo.

Estábamos decididos a poner un límite. Los nuevos métodos de consultas entre Europa y los Estados Unidos estaban siendo llevados más allá de la esfera sumamente teórica de las declaraciones. Nosotros, ahora, teníamos políticas divergentes en áreas que considerábamos vitales. En mi regreso de Europa, el pronto a tornarse familiar "funcionario oficial" de mi avión informó a la prensa acerca de la inaceptabilidad de los procedimientos existentes y de nuestra reacción al diálogo árabe-europeo. Sobre mi regreso el 6 de marzo, Nixon envió a Brandt una aguda carta apelando a su condición de ex presidente de la Comunidad Europea. Nixon enumeró las familiares objeciones tanto al procedimiento como a la sustancia. Canceló por el momento cualquier participación adicional norteamericana en la redacción de la declaración de la Comunidad Europea hasta una revisión de la situación; la consecuencia práctica era que estaba posponiendo su viaje a Europa.

Brandt respondió rápidamente el 8 de marzo, urgiendo a la continuación del trabajo sobre las declaraciones, lo cual "serviría para moderar la discusión en la relación europeo-norteamericana". Expresó la esperanza de que Nixon pudiera encontrar factible venir a Bruselas en la segunda mitad de abril. Por lo menos habíamos escapado de la degradante situación de aparecer como suplicantes en un proyecto para vigorizar los lazos atlánticos. Sin embargo, Brandt defendía la decisión europea de encontrarse con los árabes como un sostén y de ningún modo como una empresa competitiva.

El 11 de marzo realicé una contribución accidental a mantener las tensiones elevadas. Dirigiéndome a un grupo de esposas de hombres del Congreso —en lo que yo pensaba que era una sesión de fondo— dije que Europa nunca se había recuperado realmente en el plano psicológico de la postración de la Primera Guerra Mundial. La observación fue hecha para explicar la razón por la cual una guerra nuclear provocaría daños irreparables para ambos lados; la Primera Guerra Mundial había mostrado cómo las víctimas más allá de un cierto punto podían quebrar la cohesión de las sociedades. Aunque ya realizado en el contexto de las relaciones soviético-norteamericanas, el comentario fue recibido con furia en algunas partes de Europa. Mi propia furia no fue mucho menor, aunque apuntaba a mi desgraciado equipo que había omitido informarme que la reunión estaba abierta a los periodistas.

Mi comentario era de todos modos secundario al drama que se estaba desarrollando. El 15 de marzo Nixon devolvió una respuesta a Brandt. Rechazaba todo esfuerzo adicional para redactar una declaración norteamericana-Comunidad Europea y congeló la invitación para la firma. Hacía notar que Nixon ponía el interés nacional por encima de los problemas de Watergate. No iría a Europa a ningún precio:

En nuestra opinión, una relación verdaderamente consultiva sería la más natural y normal manifestación de la sociedad que había existido por tanto tiempo entre los Estados Unidos y los *nueve* en el sistema atlántico. Pero parece claro por la experiencia de estos pasados meses que los *nueve* tienen reservas con respecto a este punto y que por lo tanto el esfuerzo para producir formulaciones que nosotros consideramos que son esenciales es factible que conduzca a continuas discusiones o incluso hasta la aspereza. Por el otro lado, colorear la obvia diferencia de opiniones con un lenguaje de compromiso oscurecería lo que yo considero una cuestión fundamental que tarde o temprano debe ser enfrentada en ambos lados del Atlántico e incluso puede hacer que las relaciones entre nosotros caigan en un estado que no deseáramos para el futuro. Consecuentemente, he decidido que sería preferible dejar que la situación madure más en la esperanza de que en un momento posterior, los acontecimientos demostrarán el mutuo beneficio que todos obtendremos del logro de acuerdos de consultas más orgánicos. En estas circunstancias, la posibilidad de mi participación en la firma de la declaración, que usted tiene la gentileza de mencionar en su carta, debería, por supuesto, ser diferida también para una ocasión posterior.

Las cartas de Nixon, en su mayoría, eran redactadas por mi personal y por mí, pero una vez que estaba comprometido, Nixon entraba a la lucha con abandono y con su instinto característico para la yugular. El 15 de marzo en una sesión de preguntas-respuestas ante el *Executives' Club* de Chicago, Nixon dejaba en claro que su paciencia se estaba terminando:

Ahora, los europeos no pueden tener las dos cosas: contar con la participación y la cooperación de los Estados Unidos en el frente de la seguridad y luego acudir a la confrontación e incluso a la hostilidad en el frente económico y político. Y hasta que los europeos no deseen sentarse y cooperar en este frente tanto como en el de seguridad, no se debe proyectar ningún tipo de reuniones de jefes de gobierno.

El 19 de marzo repitió el mismo tema en una sesión de preguntas-respuestas ante la Asociación Nacional de Radios en Houston. Para ese entonces, nuevas fuerzas estaban trabajando en eso.

Nuestra febril diplomacia del Medio Oriente se estaba amortiguando. El 18 de marzo los ministros árabes de petróleo levantaron el embargo incondicionalmente, expuesto a una revisión el día 1º de junio, la cual nunca tuvo lugar. Un día más tarde Arabia Saudita anunció que estaba incrementando su producción de petróleo en un millón de barriles por día, ayudando a estabilizar los precios. El sentido de pánico, en Europa, disminuyó inmediatamente. Las actitudes europeas comenzaron a modificarse. En alguna forma, nuestra firme acción había lanceado el furúnculo. Si no presionábamos más por una Declaración Atlántica o por un viaje de Nixon a Europa, los europeos no podían imaginar que tenían influencia sobre nosotros. Los desacuerdos sustanciales no eran causa de crisis. Nosotros favorecíamos la unidad europea; simplemente no queríamos que su principio organizador fuera la hostilidad para con los Estados Unidos. Lo que pedíamos respecto a las consultas era lo que la Comunidad hacía con todas las demás áreas

del mundo. La sacudida se había dado por una inusual mezcla de acontecimientos y de personas. La prueba rigurosa de Watergate para Nixon, la creciente debilidad de los gobiernos de Heath y de Brandt, y la fatal enfermedad de Pompidou lanzaban a la política atlántica a una confusión innecesaria.

Otros acontecimientos empezaron a alterar el paisaje político. Para cuando la explosión ocurrió, Edward Heath —casi compulsivamente renuente a separarse de Francia— había sido derrotado en la elección del 28 de febrero. El gobierno laborista que lo sucedió bajo Harold Wilson tenía una más sutil opinión de los requerimientos de la unidad europea. Cuando pasé por Londres un mes más tarde, el nuevo secretario de Relaciones Exteriores, James Callaghan, le dijo a sus subordinados en mi presencia que quería poner un punto final al fastidio mutuo. El 16 de marzo, el embajador alemán en Washington, Berndt von Staden, apareció con la idea de un nuevo mecanismo de consultas: la Comunidad no demoraría por más tiempo las consultas hasta que los ministros de relaciones exteriores hubieran congelado los diversos proyectos en concreto. ¿Qué es lo que yo pensaba acerca de las consultas luego que los directores políticos se hubieran puesto de acuerdo pero antes de que se planteara la cuestión ante los ministros de relaciones exteriores? Le comuniqué a von Staden que esto probablemente resolvería el problema concerniente al procedimiento.

El 24 de marzo me detuve en Bonn, por requerimiento de Scheel, en mi camino a Moscú. Brandt inesperadamente se unió a la reunión. Los líderes alemanes transformaron las ideas de von Staden en una proposición formal. Yo la acepté en el acto, habiendo previamente discutido la cuestión con Nixon. Mientras estábamos en eso, revisamos una gran cantidad de cuestiones relacionadas con la Alianza y llegamos a una posición en común. Ya no había ningún tipo de insinuación de que esto estaba siendo obstaculizado por los procedimientos de la Comunidad.

Un poco más de una semana después, Georges Pompidou murió, y por lo tanto Jobert estaba por terminar sus funciones. A comienzos de abril tuve reuniones de lo más conciliatorias con Scheel y Gastón Thorn, para ese entonces ministro de Relaciones Exteriores de Luxemburgo, cuya carrera probaba a qué nivel la integridad, inteligencia y la buena voluntad, incluso en un país diminuto, podían convertirse en factores importantes, a veces decisivos. Los británicos se apropiaron de la redacción de la declaración de la NATO. Fueron incorporados a la declaración elementos fundamentales de la propuesta declaración entre los Estados Unidos y la Comunidad Europea; el resto fue suprimido. El nuevo gobierno francés bajo la presidencia de Valéry Giscard d'Estaing, con Jean Sauvagnargues como ministro de Relaciones Exteriores, negoció con nosotros con un nuevo estado de ánimo. Para la siguiente reunión de la NATO en Ottawa en el mes de junio, la crisis inmediata estaba superada. Para ese entonces, también, Brandt había sido reemplazado por Helmut Schmidt, quien ya había expuesto claramente sus prioridades en la Conferencia de Energía. Lo que surgió en Ottawa fue la simple Declaración Atlántica que nosotros habíamos propuesto en primer término.

La estrecha relación que habíamos buscado alcanzar con declaraciones formales se realizó en cambio como resultado de la necesidad en común, de acuerdos prácticos, y de la restauración de la confianza mutua humana. De pronto, las cuestiones fundamentales eran llevadas a cabo fácilmente, las consultaciones eran regulares e íntimas. A mediados de 1974, el año se anunciaba como uno de los mejores períodos de la cooperación atlántica en décadas.

Y aún el problema del mundo libre era más profundo que las personalidades y más ancho que lo energético. Sigo convencido de que la vitalidad de la democracia en la época moderna depende en gran parte de la confianza pública en que el mundo democrático es dueño de su propio futuro. Como la dificultad económica carcomía la moral, el optimismo y la paz social de las naciones industriales, una demostración enfática de una

respuesta colectiva efectiva me parecía de una importancia profundamente moral y política. Nuestras divisiones no harían más que combinar el sentido penetrante del desamparo, la dependencia y la vulnerabilidad de Occidente y alentarían a aquellas fuerzas en el mundo que consideran que Occidente está en decadencia y condenado a muerte. El desafío sigue en pie. Si verdaderamente valoramos a nuestra civilización, mantendremos la unidad y el propósito en común que le dan tanto su significado como su fuerza.

Capítulo XXI

EL CAMINO A DAMASCO: OTRA MISION TORBELLINO

En medio de la Conferenciá de Energía y la explosión con nuestros aliados, me dirigí a Medio Oriente por otro tema, menos dramático en cuanto a sus resultados, pero casi tan importante por sus consecuencias como las negociaciones del Sinaí.

Nuestra estrategia diplomática de febrero de 1974 giraba en torno a la reconciliación de dos enemigos mortales: Israel y Siria. Todo se basaba en nuestra capacidad y habilidad para poder negociar entre ellos la separación de fuerzas en las Alturas del Golán. Los líderes árabes pensaban que los Estados Unidos, y solamente los Estados Unidos, estaban capacitados para obtener buenos resultados. Era probable para nuestra posición que nosotros no mediaríamos a menos que fuera levantado el embargo petrolero. Lograr una conjunción con estas dos fuerzas, sin lugar a dudas constituía una empresa de lo más osada, por cuanto nosotros queríamos persuadirlos de tal negociación de manera de continuar con el dominio de la diplomacia del Medio Oriente y poder evitar el aislamiento de Sadat. Pero usar el petróleo como medio de defensa contra los productores era mucho más que una táctica: constituía el centro mismo de nuestra política; reunir todos los países consumidores de petróleo, los cuales estaban muy preocupados por el abastecimiento del mismo ya que ellos se encontraban frente al gran peligro de sucumbir ante un chantaje de carácter político. Resultó una bravuconada necesaria el decirles en la Conferencia de Energía de Washington que nosotros terminaríamos el embargo por nuestros propios medios sin necesidad de recurrir a ayuda alguna.

Hubo un par de mediaciones menos auspiciosas que Israel y Siria estaban muy lejos de imaginar. Existía una profunda desconfianza entre ambas naciones, situación que se planteaba al reclamar el mismo territorio. Ellas habían vivido en una profunda enemistad durante una generación, creando odios muy arraigados entre sus habitantes. Los sirios consideraban a Palestina parte de la Gran Siria, y al Estado judío el obstáculo para lograr la unificación de Arabia. Los israelíes estaban convencidos de que, del análisis entre sus vecinos, surgía, sin lugar a dudas, que Siria era el más implacable y belicoso. Por otro lado, Egipto no tenía su misma vocación por Palestina y debería sobrevenir un profundo impulso nacionalista para volcarlo hacia aquella causa. Indudablemente ese sentimiento constituye un tributo del poder ideológico de Arabia que Egipto sacrificó tanto y durante tanto tiempo para evitar una resolución de la cual estaba emocionalmente muy lejos. Líbano bregaba por la paz pero estaba demasiado ansioso y, además, considerando su propia fragilidad, era muy reducido el papel que podía desempeñar dentro de la diplomacia del Medio Oriente. Mientras tanto, Siria sólo había demostrado intransigencia, lo cual era una de sus características. Había rehusado firmemente a aceptar a Israel, así como también había rechazado hablar con este país en cualquier foro, o concebir alguna mediación basada en el razonamiento de que Israel tenía un motivo por el cual existir.

La persecución de los judíos en Siria y su historia de hostil inestabilidad crearon ante los ojos de los israelíes una mezcla de amenaza y misterio. Sin lugar a dudas, tanto los sirios como los judíos se resentirán conmigo por decir esto; ellos eran muy parecidos en sus actitudes y sus comportamientos. Comportamiento muy diferente al del egipcio, por ejemplo. El grupo gobernante egipcio es suave, cosmopolita. Su contraparte, los sirios, son orgullosos, irascibles y se ofenden con mucha rapidez. Egipto está acostumbrado a moverse en el Medio Oriente, hay una cierta majestad en su conducta y en su propia seguridad. Siria lucha por el reconocimiento de sus méritos y consume grandes energías para evitar condescendencia. Israel comparte muchas de las *cualidades* sirias.

El presidente de Egipto estaba muy seguro de su autoridad; él no necesitó elaborar un consenso de actitudes individuales, y si lo hizo, lo manejó hábilmente para oscurecer el proceso mediante el cual lo ejecutó. Sadat, de una forma u otra, había estado negociando desde 1971; Hafez el-Assad estaba entrando en el proceso de negociación por primera vez. Por ser un pacto y una negociación tan controvertida, él tenía una opinión diaria y permanentemente actualizada, casi diría minuto a minuto. No obstante estar muy bien dispuesto, no podía desafiar los grandes movimientos de Sadat, quien sacrificó beneficios de orden táctico durante un lapso bastante prolongado. El presidente sirio necesitaba salir airoso en todo momento si deseaba retener su autoridad. Los líderes israelíes, por razones totalmente distintas, se hallaban en la misma posición.

Pero de haber comprendido cada una de las partes los problemas internos del otro, no creo que hubiera servido de mucho. Aun encontrando el punto y lugar justo para realizar negociaciones entre ellos, todo habría sido una enorme lucha.

Primeramente, no había un gabinete israelí para continuar las negociaciones por el retiro de fuerzas con Siria; en una palabra, no existía gabinete israelí. Las discusiones para formar un nuevo gobierno luego de las inconclusas elecciones generales del 31 de diciembre, continuarían. La pérdida de siete bancas por el Partido Laborista, resultado funesto en un pequeño Parlamento de ciento veinte, dentro de las cuales debía surgir la coalición formada por varias agrupaciones. La oposición representada por el Likud dirigido por Menajem Beguin no se hallaba en condiciones de tomar el poder, pero tampoco los laboristas estaban capacitados para formar un nuevo gobierno por sí mismos. De acuerdo a palabras de Dayan *debían extender las concesiones a pequeños partidos para poder realizar la alianza* (1). Como Golda Meir escribió acerca del éxito de la elección,

la corriente de derecha en su totalidad se había afianzado en un solo bloque. De modo que la coalición debería formarse nuevamente, y sería por cierto, una tarea muy dificultosa, teniendo en cuenta que el *bloque religioso*, un socio nuestro por tradición, se hallaba profundamente dividido sobre puntos claves tales como quién lo lideraría y cuál sería la política a seguir en momentos tan difíciles (2).

Mientras tanto, los ministros del viejo Gabinete, eran obligados a permanecer en sus tareas por el capricho de la ley israelí que establecía que a ningún miembro de un gobierno interino le estaba permitido renunciar. Firme como ningún otro Gabinete israelí, pero consciente de su efimeridad, tuvo que soportar muchos peligros y presiones.

Se sabía que las fuerzas de liberación egipcias se debilitarían si no se acercaban a las del Golán y que la culpa de la prolongación del embargo recaería sobre Israel. Se conocía también el sentimiento del pueblo israelí, quienes consideraban la paz con Siria como un engaño. Esporádicos encuentros de artillería persistían entre sirios e israelíes en el Golán durante este período.

El Golán, por otra parte, no era el Sinaí. En 1967 el Canal de Suez estaba cerrado a 200 kilómetros de la frontera de Israel a través del desierto. La profundidad de la penetración de Israel en las colinas del Golán después de la guerra de 1967, era más o menos de 25

kilómetros. La avanzada de Israel hacia Damasco después de la guerra de 1973 se apoderó abruptamente de una distancia igual.

Todo con respecto al Golán era infinitamente más complicado que el Sinaí. Mucho menos territorio era plausible de negociar, cada trozo de territorio tenía un gran significado estratégico. Había muy pocas colonias israelíes en el Sinaí, extremadamente cerca de los límites de Israel. Pero Israel se había establecido en la parte más poblada del Golán, a unos pocos kilómetros de la línea de armisticio de 1967 (ver mapa en la página 786). Israel no había abandonado nunca una colonia en el curso de su historia y seguramente no lo haría ante un mero acuerdo de ubicación, y el margen de compromiso para la separación de fuerzas era sumamente estrecho y limitado. Y Siria, se suponía, quería repoblar las ciudades y villas en esa área, inundándolas con cientos de civiles y complicar así en cierto modo la seguridad de Israel, como también ejercer un control sobre limitación de armas. Finalmente, Siria tenía vecinos especialmente radicales, como Irak, opuesto a toda negociación con Israel, y en profunda rivalidad con su parte hermana en Damasco.

Ninguna de las partes se desarrolló en forma muy agraciada, cada una de ellas trató de formular sus contribuciones al proceso de la paz en caso de demandas perentorias. Pero para su seguridad, tanto el Gabinete israelí como el presidente sirio, debían despegar todas sus desconfianzas.

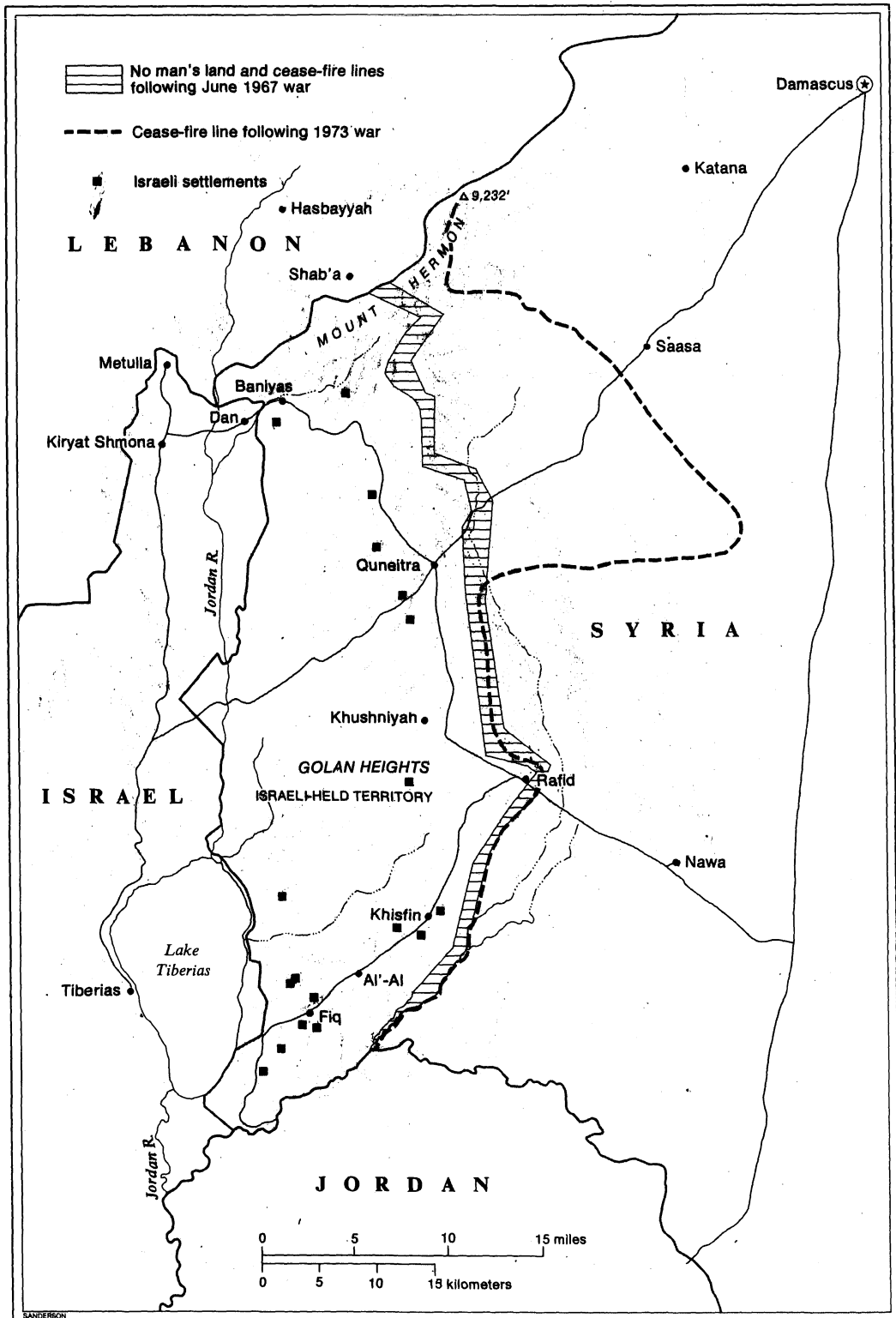
El intento de reconciliación de lo que aparentemente era irreconciliable, comenzó un domingo 20 de enero de 1974. Antes de retornar a casa, después de completarse el arreglo de retiro de fuerzas entre Egipto e Israel, me detuve en Damasco para simbolizar nuestro interés por los progresos frente a Siria. Assad me había proporcionado ideas acerca de la separación de fuerzas. Por supuesto, ellas no eran muy modestas. El mostró su inexperiencia para negociar sugiriendo tres opciones para la retirada de Israel, garantizando que la más favorable para Israel sería tomada en consideración. Pero no mucha consideración. Aun la mínima opción requería que Israel abandonara todos los territorios sirios tomados durante la guerra de 1973, como también la mitad del Golán, capturada en 1967; a cambio de un mero cese del fuego y separación de fuerzas. Lo que estaba muy claro era que Siria deseaba negociar todo. Esto marcaba un gran cambio en la actitud siria. Para dar la impresión de progreso, me detuve en Tel Aviv aquella misma tarde y dejé las ideas de Assad a un grupo de negociadores israelíes tan inaccesibles que era hasta imposible entrar en un regateo.

El 28 de enero, de regreso a Washington, recibí la contestación formal de Golda Meir. Para evitar poner a consideración lo determinado por el Gabinete, ella deslizó una cláusula: no debería haber ningún tratado hasta que no hubiese signos claros de que los prisioneros de guerra mantenidos por Siria serían devueltos. Israel quería los nombres de dichos prisioneros y que la Cruz Roja los visitara para verificar su estado.

En ese momento tuve clara conciencia de las exigencias formuladas por Israel. Designé entonces a Simcha Dinitz como embajador en ese país, el cual confirmó plenamente la posición de Golda Meir. La negociación sería plausible en tanto y en cuanto se cumplieran las condiciones por ella establecidas; la falta de decisión de un Gabinete no daba lugar a otra elección. No obstante, él creía que la complacencia siria a esos términos, daría paso al inicio de negociaciones.

Convencido de esto decidí actuar. El 29 de enero informé a Assad (y a Sadat) que si Siria poseía una lista de prisioneros y les permitía una visita de la Cruz Roja, condición impuesta por Golda, existirían grandes posibilidades de obtener una contrapropuesta para la separación de fuerzas. El 30 de enero Dinitz confirmó esto. Los próximos días trabajé sobre el tema puliéndolo lo mejor posible y luego el 5 de febrero se lo comuniqué a Assad.

La proposición contenía cinco puntos. Primero: nosotros llevaríamos a Israel el nú-



El frente del Golan: línea del cese del fuego después de la guerra de octubre.

mero de prisioneros de guerra que mantenía Siria. Segundo: Siria enviaría la lista con los nombres de los prisioneros de guerra a su *Sección de Intereses* en Washington. Tercero: se le requeriría a Israel un plan concreto de desocupación, el cual debía ser viable para poder pedir yo a cambio la lista de prisioneros de guerra. Cuarto: antes de que la Cruz Roja visitara los prisioneros en Siria, yo le transmitiría a Assad la propuesta israelí sobre la separación de fuerzas y, simultáneamente, pediría a Israel que enviara a Washington un oficial superior para discutir posibles modificaciones. Quinto: el proceso de negociaciones comenzaría con la presencia de un grupo militar trabajando en Ginebra.

Enfatiqué que no continuaría con mis negociaciones hasta que el embargo petrolero no fuese levantado: *Yo sólo podría iniciar con Israel el esfuerzo tendiente a resolver el problema inmediato de obtener la desocupación sirio-israelí, si el embargo petrolero fuese levantado.* El 6 de febrero instruí al embajador Herman Eilts en El Cairo para informar al ministro de Relaciones Exteriores egipcio Ismail Fahmi de la propuesta, subrayando que el embargo petrolero sería levantado *a la brevedad.*

Assad esperó sólo 48 horas para cumplir el primer requisito que yo había propuesto. El 7 de febrero recibí la información que el número de prisioneros en Siria sumaba sesenta y cinco. Dicho número excedió las expectativas israelíes. Ellos sabían ahora que Siria no podía deliberar más como parte de un arreglo de separación de fuerzas.

EL DILEMA SOVIETICO

Mientras tanto, un nuevo visitante se había agregado a nuestras complicadas tratativas. El ministro de Relaciones Exteriores soviético Andrei Gromyko, tras haber acompañado a Leonid Brezhnev en una visita a La Habana, se detuvo en Washington los días 4 y 5 de febrero para culparnos de una acción unilateral en el Medio Oriente. Antes de que él se reuniera con Nixon, hice un resumen del problema y el plan de acción a llevar a cabo por la política soviética del Medio Oriente, en un memorándum que decía:

Los soviéticos fueron obviamente sorprendidos por las rápidas negociaciones de EE.UU. con Israel y los árabes, por supuesto disgustados por su virtual exclusión. Inicialmente, al menos, ellos hicieron conocer su descontento, particularmente a los egipcios. Pero recientemente, por palabras de Brezhnev en Cuba, los soviéticos parecían estar cambiando de postura para poder acomodar su posición con respecto a la separación de fuerzas. Por otra parte, ellos están utilizando todas sus influencias en Damasco para incitar a los sirios a negociar su propia desocupación, pero con la condición de que el lazo con Ginebra fuera firmemente establecido, y que los soviéticos desempeñen algún rol.

La incógnita mayor era conocer a fondo las reales intenciones soviéticas, si se acercaban como fuerzas destructivas, o con ánimo de serias negociaciones, o con intención de entorpecer las tratativas; por ejemplo, presionando a los palestinos a participar en Ginebra. En cualquier caso, hay una gran variedad de movimientos tácticos que ellos pueden iniciar para asegurar que lo mejor y lo fundamental resultaría empate. El riesgo de Moscú es que la negociación se transforme en confrontación, con un nuevo riesgo de guerra. Es por esta razón que los soviéticos, probablemente, apoyarían la separación de fuerzas, lo cual disminuye el peligro armado, pero deja las cuestiones básicas abiertas para la manipulación de ellas.

Gromyko se entrevistó con Nixon el 4 de febrero a las 16.30, estando presentes el consejero del Departamento de Estado, Helmut Sonnenfeldt, el embajador soviético Anatoly Dobrynin, y el intérprete Viktor Sukhodrev. Gromyko acusó a los Estados Unidos de violar sistemáticamente el entendimiento alcanzado en mi viaje a Moscú en octubre,

unos pocos meses antes de que las negociaciones del Medio Oriente continuaran bajo la alianza norteamericano-soviética.

La Unión Soviética tenía capacidad propia para actuar unilateralmente en el Medio Oriente, expresó Gromyko y agregó que de haber actuado juntos, muchos más hubiesen sido los progresos obtenidos.

La versión de Gromyko acerca del sentido del *auspicio* norteamericano-soviético era bastante caprichoso. Nosotros habíamos estado de acuerdo en aportar nuestro apoyo a Moscú para facilitar que los Estados árabes negociaran directamente con Israel, aun cuando habíamos limitado la participación norteamericana y soviética en la fase inicial o en algún otro momento clave. Nunca había ocurrido que el apoyo le fuera impuesto a las partes, las cuales podían preferir un proceder diferente, o que su entendimiento fuera invocado como una ruptura en las negociaciones, las cuales estaban progresando. En ese momento, estaba más allá de nuestra imaginación el hecho de que países que nosotros considerábamos aliados soviéticos, preferirían en última instancia, actuar al margen de los soviéticos. Pero esto fue lo que ocurrió. Si Gromyko se transformaba en un participante pleno, él estaba seguro que impondría los métodos formales soviéticos, los cuales estarían muy de acuerdo para la clase media soviética, pero crearía serias tensiones en el Medio Oriente. Además, estaba muy claro que la política soviética mantenía coincidencias con un punto de vista de la posición de los árabes, agregándole rigidez e inflexibilidad al proceso. Los métodos de la negociación soviética estaban paralizando las cosas aun cuando uno asumiera su buena fe. Aquel punto de vista fue compartido por Sadat también: sin hablar de Israel, el cual, desde que Moscú interrumpió las relaciones diplomáticas en 1967, no tenía interés en la participación soviética.

Gromyko sostenía que Moscú estaba capacitado para alinear otros países árabes en contra del proceso de la paz. Nosotros consideramos esto como una gran exageración, al menos durante estas preliminares fases de las negociaciones. El presidente argelino Houari Boumedienne me comunicó que él coincidía con nuestra estrategia: los aliados de Siria y Moscú insistían en un rol norteamericano sobre el modelo del Sinaí, lo que quería decir dejar de lado a Rusia. En consecuencia los soviéticos quedaron con socios tales como Irak y Libia, un punto muy difícil para contrarrestar o impedir nuestros esfuerzos, especialmente si consideramos que Irán era nuestro aliado y mantenía ocupada la frontera oriental de Irak, muy lejos de Siria.

Nosotros no estábamos preparados para cambiar nuestra estrategia, pero tampoco queríamos una situación extremadamente tensa con la Unión Soviética, ya que un ataque a nuestra política por parte de ellos en medio de Watergate haría que nuestros esfuerzos fueran mucho más difíciles. Nuestra situación interna también se tornaría muy complicada. Debíamos manejar el asunto con mucha frialdad y mantener la visita de Gromyko dentro de la menor tensión posible.

En esa reunión, Nixon, debió utilizar todas sus argucias para crear la impresión de que él estaba compartiendo confidencias con su interlocutor. De modo que Nixon expresó alegremente su satisfacción con los grandes progresos diplomáticos obtenidos. Estados Unidos se había mantenido activo, ya que así lo habían requerido las partes. Nixon le hizo saber también que podía acercarse a *ciertas áreas y áreas a las cuales ellos no podrían llegar*. En otras palabras el presidente favoreció la cooperación de la superpotencia en el Medio Oriente excepto donde no sirviera a sus propósitos. Dónde y cómo trabajar en conjunto, era un problema táctico para ser resuelto entre Gromyko y yo, quedando Nixon claramente fuera de la línea de fuego. Se dedicaría plenamente a la cooperación norteamericano-soviética en el Medio Oriente o en algún otro sitio, pero no debía ser molestado con los detalles. Nixon concluyó alegremente la entrevista expresando su confianza en que Gromyko y yo nos mantendríamos al margen de la resolución del problema.

Gromyko no era tonto. Se dio cuenta de inmediato que Nixon no le había dado nada muy tangible, ciertamente, y al final de su conversación con el presidente, comprendió que no estaba muy distante del punto de partida. Por otro lado, Nixon había deslizado ciertas indirectas para probar a un viejo profesional como Gromyko y obligarme a mí a ser más preciso. Esto lo hizo en una reunión privada el 5 de febrero. Mis evasivas eran generalmente menores que las de Nixon, y en algún momento Gromyko no aceptaría de mí ciertas cosas que por protocolo se le toleraría a la cabeza del Estado. Esto sirvió para el objetivo de Gromyko, pretender que Nixon había estado de acuerdo en principio que no se proseguiría en el Medio Oriente, excepto sobre las bases acordadas entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Yo conocía mis pensamientos mejor que él y dudé de la seriedad del propósito de Gromyko. El rigor de la proposición meramente disfrazaba la magnitud del predicamento de los soviéticos. Gromyko no tenía otras opciones. Quería reunir a la diplomacia a la cual él poco podía aportar y lo que era más significativo, estaba procurando un rol para que ninguno de sus clientes árabes fuera mediador.

Nuestra intención no era confundir a la Unión Soviética, pero sí obtener libertad de acción. Si Moscú estaba realmente interesada en la estabilidad del Medio Oriente, el punto central de nuestras negociaciones podría herir su vanidad, pero no minar sus intereses. La retirada Siria era necesaria para mantener abierta la opción de paz. Nuestra ayuda en la mediación nos reportaría pocos beneficios perdurables. Las naciones raramente pagan los servicios ya suministrados; la prolongación de nuestra influencia dependería de lo que nosotros pudiéramos contribuir después. Gromyko me puso al tanto de sus pasos. Yo le ofrecí una vaga seguridad de que los Estados Unidos estaban preparados en principio, a cambiar información con la Unión Soviética y, cuando lo creyera conveniente, actuar en forma conjunta. Por supuesto, él me presionó por cosas concretas. En ese momento me escudé en las partes y le contesté que ante ciertas eventualidades, nosotros debíamos preguntarles sus puntos de vista. El centro del problema, por supuesto, no era simplemente la ausencia de relaciones diplomáticas entre Moscú y Jerusalén, sino también la parcial seguridad soviética sobre un programa árabe que la experiencia nos había demostrado sería irrealizable. Era precisamente su ejecución lo que limitaba los progresos soviéticos, de modo que los mejores amigos soviéticos en el área, tales como Siria, fueron impulsados en nuestra dirección, y ya se había convencido a Sadat que cambiara de rumbo.

Mientras Gromyko trataba de determinar hasta qué punto nosotros estábamos preparados para una acción conjunta, yo quería averiguar qué grado de flexibilidad podía obtener la Unión Soviética del lado árabe. Pronto quedó claro que los soviéticos vieron su principal contribución a las negociaciones como una "garantía" norteamericano-soviética para que los acuerdos de paz no fueran violados. En la interpretación de Gromyko esto autorizaría la intervención de las superpotencias en el caso de presentarse violaciones: conjuntamente si estábamos de acuerdo, o unilateralmente si no fuese así. A nosotros nos era imposible estar interesados en tal arreglo.

¿Podían las partes del Medio Oriente estar de acuerdo con él o requerirlo? ¿Qué tenía él en su mente al respecto?

Nosotros no excluíamos la participación en la garantía si las partes la requerían, pero no seríamos parte de un arreglo por el cual ella podía ser impuesta en contra del deseo de las partes. Gromyko comentó indirectamente que él había detectado una falta de entusiasmo. Realmente, tanto él como yo éramos profesionales como para alentar ilusiones acerca de las implicancias de nuestras acciones.

Nuestra estrategia buscaba reducir el papel soviético en el Medio Oriente porque nuestros respectivos intereses en el área (y nuestros estilos diplomáticos diferentes) no podían coincidir, al menos hasta que la Unión Soviética no se identificara con el máximo programa árabe, y no hiciera nada por contraer compromisos hacia sus protegidos. En

estas circunstancias lo mejor que podía realizar la diplomacia norteamericano-soviética era ablandar el impacto de los acercamientos del Medio Oriente, manteniendo el riesgo soviético en otros sectores afines con nosotros. Y lo logramos. Ellos no querían el peligro de un deterioro de esa magnitud en las relaciones con EE.UU. En tal sentido fue *la détente* la que permitió a nuestro país realizar una revolución diplomática en el Medio Oriente. No hubiéramos tenido tal margen para actuar sin oposición, en un periodo de abierta y general confrontación con la URSS. El Medio Oriente resultó un importante rechazo al frívolo *slogan* de que *la détente* era una calle de una sola mano.

Yo mantuve mi compromiso con Gromyko de examinar con las partes la propuesta soviética, que describí a los sirios en un mensaje enviado el 6 de febrero:

que en el futuro todas nuestras actividades diplomáticas en el Medio Oriente serían consumadas en conjunto entre los norteamericanos y los soviéticos, y que las modalidades serían aunadas. Ellos querían también que todas las actividades fueran llevadas a cabo en Ginebra y mantener la participación norteamericano-soviética en todas las reuniones entre las partes que se realizaran allí.

La obligación de examinar ciertos puntos con Damasco fue reforzada, ya que se tenía bastante certeza que Gromyko transmitiría alguna versión sobre su conversación en Washington con Assad y, aparentemente, el Kremlin extraería de los sirios lo que nosotros le hubiésemos transmitido. La reacción israelí fue predecible: nunca estarían de acuerdo con el veto soviético o con la participación soviética en alguna sesión.

La respuesta de los sirios resultó más interesante y ambigua. Ellos formularon dos preguntas: Primero, ¿le habíamos informado a Moscú que nosotros estábamos solicitando los puntos de vista de Assad? Y segundo, ¿le habíamos confiado a Moscú la esencia de algunos cambios realizados con Assad, incluyendo el plan del 5 de febrero de iniciar negociaciones? Esto quería significar que Moscú y Damasco no mantenían el contacto estrecho que nosotros pensábamos, especialmente en relación a las bases del plan por el cual estábamos actuando. Aparentemente parecían no haber satisfecho a los aliados sirios. Sus preguntas demostrarían la fascinante posibilidad que ellos querían excluir a los soviéticos y que estaban tratando de recuperar lo que habían perdido. En efecto, las preguntas implicaban la respuesta. El 8 de febrero remitimos una contestación muy elaborada: sólo le dijimos a Gromyko que solicitaríamos los puntos de vista sirios, sin especificarles en qué medida lo habíamos hecho, ni darles detalles sobre el plan del 5 de febrero.

Assad no demoró en actuar basándose en nuestra información. El 9 de febrero recibimos directamente de Assad una respuesta formal y astuta. El presidente sirio me agradeció por haberle informado acerca de las conversaciones norteamericano-soviéticas sobre el Medio Oriente. Siria no ponía objeciones a la coordinación de los dos países, enfatizó, pero no tenía suficiente información para sugerir algún plan práctico que facilitara el que todo se llevara a cabo. Si esto algo quiso significar, fue que Siria no ponía objeción a la unión mediadora norteamericano-soviética si tales eran nuestros deseos: que Siria no haría peligrar sus lazos con Moscú para impedirlos, pero tampoco haría esfuerzos para promoverlos.

Claramente Assad no estaba muy bien dispuesto a la participación soviética: él enfatizó que Moscú no gozaba de ningún *status* consultivo preferencial en Damasco. Las dudas fueron disipadas cuando en el mismo mensaje Assad aceptó los procedimientos expuestos en nuestro plan del 5 de febrero, el cual excluía a Moscú y asignaba a los Estados Unidos la función de mediador.

Este arreglo dramatizó hasta qué punto había llegado Siria en las tres semanas desde la concertación del retiro egipcio. Había revelado el número de prisioneros que mantenía,

había prometido entregarnos la lista de prisioneros para que la Cruz Roja los visitara, y había estado de acuerdo con la mediación norteamericana.

Como respuesta, nosotros estábamos moralmente obligados a transmitir una réplica israelí a las ideas de Assad, de cómo sería la desocupación de las Alturas del Golán.

Pero primero teníamos que clasificar bien que las negociaciones del Golán no debían consumarse en forma aislada.

Al día siguiente, expresé mi apreciación sobre la actitud positiva de Assad pero puse en claro que las negociaciones no irían adelante, mientras el embargo petrolero continuara:

Como el secretario lo indicó en su carta al presidente Assad, fechada el 5 de febrero, tan pronto como lo relacionado al embargo petrolero se haya solucionado, él iniciará con los israelíes todos los pasos previstos en la propuesta. Ulteriores pasos deberán esperar una solución al embargo.

Mensajes similares se enviaron a Sadat, Boumedienne y Faisal, los cuales estaban por reunirse con Assad en una mini cumbre en Argel que daría comienzo el 12 de febrero. Durante la Conferencia de Energía en Washington estuvimos aguardando los resultados de la reunión árabe.

FAHMI Y SAKKAF VISITAN WASHINGTON

En la Conferencia de Energía de Washington se sabía muy bien que una confrontación con los productores de petróleo debía evitarse. Alusiones a la necesidad de establecer un diálogo entre los productores y los consumidores orillaba en lo litúrgico. Sospechas de que los Estados Unidos no compartían estos objetivos con igual fervor, eran excesivas. Los líderes árabes reunidos en Argel no tomaron muy en cuenta el cónclave de Washington. Nuestras amenazas de retirarnos de las negociaciones no nos condujo al arma principal, el petróleo, pero sí a un nuevo recurso para los Estados Unidos, comprometerse a una negociación seria.

Esto no fue aparentemente inmediato, porque las preferencias de los líderes estaban sumergidas en un consenso árabe cuya retórica se hallaba profundamente influenciada por los radicales. Yo estaba entonces convencido que aquellos que se reunieron en Argel —Sadat, Boumedienne, Faisal y aún Assad— consideraban el embargo algo embarazoso. Cada uno estaba contento de haber llegado a un acuerdo de hermandad —excepto Sadat—, cada uno quería ser reconocido como el instigador. Esto resultaba un problema particular para Arabia Saudita. La ambivalencia quedó reflejada en una serie de revelaciones.

La reunión de Argel se suponía sería continuada por una reunión de ministros petroleros árabes en Trípoli, Libia, el 14 de febrero para considerar el levantamiento del embargo.

La primera noticia proveniente de Argel fue que la reunión de Trípoli se había cancelado, lo cual significaba que los cuatro líderes estaban inseguros acerca del apoyo que ellos tenían en el resto del mundo árabe. Esto fue seguido por un comunicado con "total unanimidad" requiriendo el retiro total israelí y la "garantía" de los derechos de los árabes palestinos en sus territorios y naciones.

Se explicaba que esta contestación de carácter duro constituía una reacción de la intransigencia israelí. Para estar segura, el 9 de febrero, la primera ministra Golda Meir se permitió hacer ciertas declaraciones contenciosas a un grupo de colonos israelíes del Alto Golán. Ella era demasiado inteligente para no comprender los riesgos diplomáticos, pero estaba siendo atacada por el líder opositor Menajem Beguin por ser demasiado blanda —titubeando con aquellos que habían negociado con ella— e insistió en una

virtual coalición de socios de las partes religiosas a mantenerse firmes. Ella declaró que consideraba las Alturas del Golán y sus colonias como una parte inseparable de Israel y no podía concebir ninguna retirada después de la línea del cese del fuego de 1967 establecida con Siria incluyendo la ciudad de Kuneytra (Quneitra). El 11 de febrero le dije a Dinitz que las observaciones de Golda no podían haber sido más intempestivas. El 14 de febrero informamos a Damasco que nosotros habíamos *dado curso diplomático a las declaraciones hechas por Golda Meir con respecto al Golán con los israelíes*.

Se desprendía, no obstante, que el comunicado de Argel parecía ser un movimiento mágico. Mientras los radicales estaban siendo regocijados por un lenguaje duro, el ministro de Relaciones Exteriores Omar Sakkaf e Ismail Fahmi, de Arabia Saudita y Egipto, eran enviados a Washington para contarnos la conclusión "secreta". Nadie nos molestó para prevenirnos de aquel feliz evento.

Mientras tanto, yo estaba recibiendo noticias separadas pertenecientes a varios participantes de Argel. El edecán principal de Boumedienne nos informó que el embargo sería ciertamente levantado en otra reunión de ministros petroleros; que los sirios pronto presentarían la lista de prisioneros israelíes para implementar el plan de acción que yo había sustentado el 5 de febrero, y que los cuatro líderes pensaban que me trasladaría de inmediato al Medio Oriente para iniciar el proceso de negociación. Pero entonces escuchamos que el ministro petrolero saudita Yamani le dijo al embajador James Akins que la mini cumbre había fracasado; sólo Israel había sido favorecida con la desocupación en el Sinaí; nosotros tendríamos que iniciar la desocupación de Israel del Golán antes de que el embargo petrolero pudiera ser levantado. La duda era, ¿Yamani estaba bien informado o sólo poseía chismes? En el informe de Akins de la siguiente reunión con el rey Faisal, la exposición del rey fue, como siempre, ambigua: El levantamiento del embargo sería difícil ante la ausencia de un progreso real con Siria. El rey presintió que yo iría a Medio Oriente personalmente como muestra de buena fe.

El 16 de febrero Thomas Scotese, nuestro cordial y enérgico encargado de la *Sección de Intereses* en Damasco —una joven edición de Joe Sisco—, nos informó que la decisión era levantar el embargo petrolero en etapas. Un levantamiento parcial en la próxima reunión de ministros petroleros y otro total cuando se completara la separación de fuerzas en el Golán. Esta información nos fue enviada a través de un oficial sirio. El censuró el rencoroso proceder de Golda Meir en sus recientes declaraciones. Se decía que Assad estaba afrontando mayor oposición dentro del gobierno sirio, aun cuando se estaba discutiendo la desocupación de territorios. El debería probar su fortaleza para continuar en el proceso. En otras palabras, una muestra de ferocidad era necesaria para hacer posible una posición conciliatoria. Así es el Medio Oriente.

De modo que el embargo sería levantado en etapas con relación a los progresos a realizar en el Golán. Pero mientras la decisión de Argel debió ser un plan salvador para finalizar el embargo, nos ponía al límite de conducirnos a una trampa de condiciones escalonadas ante las cuales no tendríamos elección, excepto resistirnos. El plan sirio de poner en libertad a los prisioneros (lo cual no se nos había comunicado oficialmente) constituía un signo de esperanza. La situación resultaba extremadamente complicada. Un viaje mío al Medio Oriente podría mitigar la áspera reacción, la cual sería inevitable si los líderes sirios tenían solamente un plan carente de explicaciones. Por otro lado, una arremetida mientras yo estuviera en el Medio Oriente, nos dejaría sin recursos. Mi presencia sería la excusa tanto para levantar el embargo como para continuarlo.

Mi idea era ir por una ruptura y denegar toda actividad hasta que el embargo fuera irrevocablemente abandonado. Nixon, por primera vez, no estaba dispuesto a forzar una declaración. En el décimo mes de sus problemas, él se mantenía aferrado a la idea de que un dramático levantamiento del embargo bajo su liderazgo era la cura de la agonía de Watergate. Sobre esto, su buen juicio político lo abandonó. Ni aun el éxito más especta-

cular podría impedir la fuerza de la maquinaria puesta en acción para pulverizarlo inexorablemente.

No obstante, poco después surgió un nuevo plan presidencial de enviar un emisario especial al rey Faisal con una apelación basada en la amistad personal. Yo me oponía a esto, sosteniendo que de esa forma se generarían más presiones en vez de finalizarlas. Pero no había duda alguna que ante ciertos proyectos de Nixon era muy difícil hacer objeciones directas.

El 7 de febrero, en un punto límite de nuestra presión para forzar el fin incondicional del embargo petrolero, Nixon lanzó otra iniciativa similar. El aprovechó mi ausencia, durante la cual realicé un viaje de un día a Panamá, para lanzar una apelación personal a través del embajador saudita. Nixon lo recibió en el Salón de los Mapas para enfatizar la naturaleza de la reunión. El presidente proporcionó, en efecto, la garantía personal que el levantamiento del embargo no sólo traería como consecuencia la separación de fuerzas en el Golán, sino también una paz permanente. El fue cuidadoso de no presentar bien los límites, pero dejó pequeñas dudas acerca de su disposición: *Nosotros trabajaremos en forma permanente y rápida sobre la desocupación. El prestigio total de mi oficio se dedicará para que así sea. Usted debería saber que esto me traerá inconvenientes con algunos grupos en este país.* Nixon manifestó su interés en visitar Medio Oriente para la primavera.

Yo no fui informado de los progresos, y habiendo insistido por el fin incondicional del embargo, no me causó ninguna gracia el enterarme de la repentina reunión. Consideré esta reunión como "peligrosa" e "improductiva", y se lo informé a Brent Scowcroft quien me respondió que la visita del embajador era mejor que otras alternativas (tales como, por ejemplo, enviar un emisario especial presidencial a Arabia Saudita). Al final la visita del embajador no causó ningún impacto de consideración.

Inmediatamente después de Argel urgí al presidente que usara las visitas de Fahmi y Sakkaf para forzar una declaración. Mi recomendación era informar a los dos ministros de Relaciones Exteriores que Nixon no los recibiría a menos que ellos estuvieran dispuestos a dar su compromiso acerca del fin incondicional del embargo petrolero. Yo iría al Medio Oriente en caso de tener que ejecutar la propuesta hecha a Assad el 5 de febrero, eso era obtener un plan de desocupación israelí a cambio de la lista de prisioneros de guerra que poseía Siria. Pero dejamos bien en claro que todo progreso estaría íntimamente ligado con la política petrolera de los árabes y que nosotros no actuaríamos bajo presión. Nixon se mostró bastante indeciso:

Usted puede observar que mi único interés es el embargo. Sólo en eso estamos interesados. No nos preocupa nada de lo que sucede o sucederá en Siria. Ese es nuestro problema. Pienso que deberíamos verlos, pero todo diálogo debe estar vinculado a la solución de los conflictos del embargo. Usted conoce bien a fondo el problema que eso significa.

Mi respuesta fue: *Perfecto. Pero esta entrevista, señor presidente, no puede estar ligada exclusivamente al embargo. Y pienso que cuanto más nos esforcemos para eliminar el embargo, menos se podrá hacer para lograrlo.*

Nixon, como casi siempre sucedía cuando debía optar entre método y sustancia en materia de política exterior, terminó por aceptar las necesidades estratégicas. Coincidió en que deberíamos rechazar toda polémica respecto a que la cuestión del embargo fuera más allá de lo establecido. Desaprobaríamos un enlace con cualquier otra cuestión o, más precisamente, lo haríamos volver en contra de los productores de petróleo. No recibiríamos a los dos emisarios a menos que hubiera una promesa de poner fin al embargo en forma incondicional. Entonces, el 16 de febrero envié nuevas instrucciones a nuestros diplomáticos en El Cairo, Yidda (Arabia Saudita), Kuwait, Argel y Damasco:

Como parte de nuestro plan para los días subsiguientes consiste en tratar de no emitir comentarios acerca del embargo, nuestra posición sobre este tema ha quedado bien clara. Nosotros tratamos de no emitir alegatos tanto privados como formales sobre la cuestión. De modo que no debe haber comentarios ni públicos ni privados por correspondencia, y si algo tiene que ser dicho acerca de esto deberá decirse directamente en Washington.

Ismail Fahmi y Omar Sakkaf arribaron el 16 de febrero, poniendo fin a lo que fue para mí el primer fin de semana de descanso en dos meses. Traían sus ropas un poco manchadas debido a que en el avión, durante el trayecto, había explotado una máquina de café. Ese accidente convenció a Sakkaf de que habían sido objeto de un complot sionista. Pero a poco se tranquilizaron recuperando sin tardanza el equilibrio para pasar a tratarme con la cordialidad, la tensión y el individualismo propios del mundo árabe.

Eran hermanos de raza pero también rivales por excelencia. Esto se traducía de muchas formas. Después de recibirlos en el aeropuerto los llevé al hotel Shoreham, donde ya se les había reservado habitaciones. Nos reunimos en la *suite* de Sakkaf, por ser el emisario mayor. Esto molestó un poco a Fahmi, cuyo título era ministro de Relaciones Exteriores, mientras que su colega saudita, desempeñando las mismas funciones, sólo tenía el cargo de ministro de Estado. Ni bien estuvieron acomodados, les informé que estaba preparado para ir al Medio Oriente a fin de llevar a Israel la lista siria de prisioneros a cambio de un plan concreto de separación de fuerzas en el Golán. Les di mi parecer: que esa primera propuesta israelí sería muy difícil que Siria la aceptase; la misma tendría un valor simbólico para la apertura de las negociaciones. Pero los Estados Unidos no aceptarían un enlace entre la posible respuesta israelí y la continuación del embargo petrolero. Les informé que si deseaban ver al presidente Nixon primero debían prometer que el embargo sería levantado cualquiera fuere el resultado de mi viaje.

Fahmi y Sakkaf eran diplomáticos con mucha experiencia. Ellos sabían perfectamente que no podían regresar sin haber sido recibidos por el presidente. De ser así, se crearían muchas dudas en sus países. Ellos comprendieron de inmediato que la partida estaba terminada y que una decisión era inevitable. Por lo que antes dije, que eran buenos profesionales, ellos no interpusieron argumentos. Pedirían instrucciones inmediatamente y tendrían una contestación en 48 horas.

Esto dejó el problema en un *impasse*. Cuando acompañé a Fahmi a su habitación, él me propuso reunirse con el presidente a solas antes de que los dos emisarios discutieran su mensaje en conjunto, y él podría hacer conocer la "historia real" de Argel. La reunión, por supuesto, debería mantenerse en secreto. Fahmi no sólo me acompañó hasta la puerta de su habitación, sino que lo hizo hasta la puerta misma del hotel. De inmediato pensé que debía reunirme a solas con Sakkaf.

Me subí a mi automóvil, ordené que diera una vuelta a la manzana y lo hice detener ante otra de las entradas del hotel. Ingresé en él y llamé a Sakkaf. Inmediatamente advertí que sus ideas seguían cursos paralelos a los de Fahmi. Me dijo que quería una reunión secreta con Nixon antes de la reunión conjunta, en la cual podría ofrecerle al presidente una importante contribución para que él pudiera comprender mejor sus mensajes.

Conocía muy bien a estos dos amigos como para creer que dichas reuniones podían ser secretas. El 17 de febrero, en forma separada, les informé que revisaríamos la situación. También desayuné con Simcha Dinitz para explicarle nuestra estrategia. Mientras tanto el Gabinete israelí nos hizo saber que no discutiría la desocupación siria con la comisión militar egipcio-israelí en Ginebra (uno de los cinco puntos que contenía el plan del día 5 de febrero).

Yo tenía que escuchar aún la información formal árabe acerca de Argel. Todo lo que se

había presentado eran alusiones vagas acerca del levantamiento del embargo y la desocupación de fuerzas por parte de siria.

A las 11.35 del lunes 18 de febrero, treinta y seis horas después del arribo de los emisarios, recibieron nuevas instrucciones y vinieron a verme al Departamento de Estado. Ellos me dijeron que podían levantar el embargo ante la desocupación siria. La lista de prisioneros israelíes estaba en camino a Washington y me sería entregada justo antes de que yo partiera para el Medio Oriente para ser llevada a Jerusalén. Habiéndose establecido esto, Sakkaf dijo: *Henry, yo no sé sobre qué vamos a discutir ahora. Usted me vio a mí, vio a mi amigo. Yo no sé si hay algo más.* Pero yo quise estar seguro de haber comprendido:

KISSINGER: Yo entiendo que usted dice que la decisión, en principio, es levantar el embargo.

SAKKAF: El primero de marzo.

KISSINGER: En la próxima reunión de ministros petroleros.

SAKKAF: En dos semanas o diez días.

KISSINGER: Esto es esencialmente incondicional. La decisión está tomada. Segundo, usted nos está urgiendo para que hagamos todo lo posible por la separación de fuerzas. Tercero, las cuatro cabezas de gobierno considerarían útil que yo fuera al Medio Oriente. Usted propuso que vaya antes de la conferencia islámica (en Lahore el 24 de febrero).

SAKKAF: Antes del viaje a México.

KISSINGER: (riendo) Sí. Yo no puedo pero vendré inmediatamente después. ¿Esto es lo que usted quiere decir?

SAKKAF: Sí.

KISSINGER: Le pasaré un informe completo al presidente.

El próximo paso era qué hacer con la lista de prisioneros que llegaría a Washington. Si ella permanecía en la comisión siria en Washington hasta que yo partiera para el Medio Oriente, parecería un chantaje. Además, los dirigentes sirios podrían cambiar de idea. Si la transmitíamos a Jerusalén inmediatamente, el Gabinete israelí, bajo la presión de realizar una coalición, inventaría nuevas cláusulas para cuando yo arribara. Finalmente se decidió que Fahmi y Sakkaf urgirían a los representantes de Siria en Washington a que me enviaran la lista de prisioneros en un sobre cerrado. Yo lo guardaría en un lugar seguro hasta mi partida.

Mi primera etapa en el Medio Oriente sería Damasco. Habiendo traído el sobre conmigo desde los EE.UU., lo llevaría desde Siria a Israel, y en respuesta volvería con un plan de separación de fuerzas en las Alturas del Golán. Así, la imagen sería puesta a salvo en ambas partes. Siria no tendría que pagar muy pronto. Israel podría ejecutar su objetivo. Nosotros podríamos decir que no había habido suficiente tiempo para obtener una propuesta negociadora.

El 20 de febrero se me entregó la lista de prisioneros en el sobre cerrado ya convenido. La guardé en un lugar seguro. Alteré el plan en un detalle. Para mitigar la angustia de Golda, le informé a través de Dinitz, bajo estricta confidencia, que la lista estaba en mis manos y que se la haría llegar el 27 de febrero, cuando fuera a Israel desde Damasco. Golda manifestó que el gobierno israelí podía guardar un secreto cuando quería. Ni una palabra de la adelantada información se deslizó (*).

Al final, el 19 de febrero, tres días después de arribar a Washington, los emisarios se

(*) Después de haber entregado la lista a Israel, les dije a los periodistas que me acompañaban que en realidad ya la tenía antes de visitar Damasco.

reunieron en la Oficina Oval con el presidente. Sakkaf y yo habíamos tratado a fondo los últimos tres días el mismo punto: cómo evitar una unión que la realidad imponía y la diplomacia rechazaba. Nixon comenzó pidiéndome un resumen. Yo repetí los puntos importantes de las reuniones previas, enfatizando que el levantamiento del embargo petrolero era incondicional y que todos los ministros árabes entendían como nuestra "mejor influencia" el lograr la separación de fuerzas sirio-israelí. Fahmi, quien en todo momento se mostró con mucho ánimo de colaborar, afirmó que mi resumen era correcto. Sakkaf, conocedor del claro balance que debería afrontar su reino, objetó suavemente, dando un nuevo significado al término "incondicional": *Es verdad que no había ninguna condición para levantar el embargo pero ustedes deben razonar que no será removido para nada. . . El embargo no será levantado si no ocurre algo más.*

Objeté ásperamente. Nixon expuso su propia e ingeniosa versión de nuestra resistencia para intervenir en Medio Oriente como lo habíamos hecho en las relaciones Este-Oeste. Deseábamos levantar el embargo petrolero para terminar con esa traba y así poder ayudar mejor a los árabes. Nosotros trabajaremos por la paz y los asistiremos en la medida que ustedes quieran, incluyendo la provisión de subsidios. Si el embargo es levantado, ustedes estarán jugando un papel decisivo, en cuanto a la celeridad y realización del arreglo. Si no, ustedes harán que, para nosotros, cumplir un rol satisfactorio sea muy difícil.

El quid de la cuestión es: ¿ustedes quieren que nosotros desempeñemos un rol importante y hacer razonar a los israelíes, para trabajar hacia una paz duradera? Esta es nuestra línea: nuestra ayuda económica, industrial y cultural. Lo que es importante no es el embargo o las condiciones vinculadas a él, sino la oportunidad de contar con el Medio Oriente.

Fahmi declaró que lo que había oído era de "histórica importancia". Sobre estas bases "el embargo sería levantado".

Como respuesta Nixon prometió promover charlas sobre la separación de fuerzas para obtener una resolución satisfactoria. Aun cuando yo había estado diciendo la misma cosa durante cuatro semanas, Sakkaf trató lo expuesto como una nueva e importante concesión: *Esto es lo que nosotros pensábamos, pero yo quería oírlo de usted, señor presidente.*

Después Nixon anunció que me enviaría al Medio Oriente nuevamente para promover la desocupación sirio-israelí. El prometió trabajar por una paz "permanente". Sakkaf, llamando a Nixon "mi amigo", admitió que él estaba esperanzado y deseoso de que algo sucediese, y pronto, *para el beneficio de los Estados Unidos, del Medio Oriente y de todo el mundo.* Fahmi dejó bien claro que los dos emisarios habían transmitido decisiones importantes de las cuatro cabezas de Estado en Argel, dio la bienvenida a la confianza de Nixon por la paz permanente y a mi inminente visita a la región.

No dije nada; estaba reflexionando acerca de mi viaje al Medio Oriente, el cual sería, sin duda, un viaje extraño. Yo sería enviado para extraer de los sirios una lista de prisioneros, la cual ya estaba en mi poder, y de Israel una propuesta de negociación, la cual, ciertamente, sería inaceptable. Todos los actores sabíamos esto. Pero en el Medio Oriente poesía y realidad se entremezclan, todos estábamos de acuerdo que solamente actuando fuera de lo escrito podría levantarse el embargo y finalizar la guerra en las Alturas del Golán. Y como en muchos cuentos de hadas del Medio Oriente, el enigma se transformó en realidad cuando durante el curso de mi viaje se entrevió que el mismo había sido esencial después de todo.

UNA SINGULAR VISITA A DAMASCO

Había mala disposición ante mi cuarta visita al Medio Oriente. Le había informado a Gromyko el 19 de febrero lo que él pudo leer en los periódicos: que en unos pocos días yo

partiría en otro viaje, ante el pedido de Arabia Saudita y Egipto, *destinado a realizar una tarea de negociaciones aceptables para las partes*. No hubo respuesta. Pero el 24 de febrero, Abd al-Halim Khaddam, ministro de Relaciones Exteriores sirio, me telefoneó desde Lahore, donde él estaba atendiendo la cumbre islámica con Assad: Gromyko personalmente había anunciado su viaje a Damasco, supuestamente para participar conmigo en las negociaciones. Khaddam me preguntó en forma urgente si los Estados Unidos tenían un arreglo anterior con la Unión Soviética por el cual Gromyko se reuniría conmigo en la capital siria.

El intento de Moscú por introducirse en la diplomacia constituía una tosca manifestación de debilidad. La reacción siria implicó que Assad admitiría la presencia de Gromyko sólo si Norteamérica insistía en ello. Ante tales acontecimientos puse en conocimiento de Khaddam *los Estados Unidos no tienen un arreglo anterior con la Unión Soviética y nosotros no tenemos conocimiento de un acercamiento*.

Así resultó. Gromyko no estaba aún en Damasco cuando llegué desde Londres a las 21.35 del jueves 26 de febrero, siendo recibido por Khaddam. Yo debo haber visitado Damasco por lo menos treinta veces, pero nunca pude ver algo más que la carretera que va desde el aeropuerto hasta la casa donde se recibe a los visitantes del Estado y el trayecto desde allí hasta la oficina del presidente, que es muy cerca. La parte de la ciudad que yo pude observar, mostraba influencia francesa, avenidas anchas, arboladas, con edificación a sus costados. Indiferencia, sería la mejor descripción de la conducta de la clase media. No hubo el efusivo aplauso de El Cairo, ni tampoco el deseo de paz que uno podía encontrar en Jerusalén. Los sirios eran demasiado orgullosos para demostrar interés en un emisario norteamericano.

Los sirios eran siempre impecables anfitriones a pesar de su reputación como temerosos y tenían las más variadas atenciones con los invitados, brindándoles toda clase de comodidades y cortesías, pese a las comodidades espartanas de la casa de huéspedes. Khaddam insistió para que cenara con él a pesar de ser tarde. Durante la comida Khaddam se esforzó en demostrarme cuánto había arriesgado Siria para la desocupación en el Golán. El me dijo que Siria apreciaba enormemente mis esfuerzos. Se mostró muy afable también acerca de la Conferencia de Energía de Washington. El no discutió que el precio del petróleo fuese demasiado alto, pero censuró la explosión de los precios respecto a Israel; sin la guerra, insistió, los productores nunca hubiesen obtenido ventajas tan dramáticas del mercado. El no pudo renunciar a la oportunidad de explicar que históricamente Palestina había sido una parte de Siria. Khaddam también puso de manifiesto que Siria no permitiría ser provocada. Esta era una promisoría sugerencia que no se romperían las charlas si la primera propuesta israelí resultase insatisfactoria, como yo conscientemente había pronosticado.

A medianoche, yo estaba citado para una reunión con Assad, la cual seguramente se prolongaría por tres ó cuatro horas. Nos reunimos en el Palacio Presidencial conjuntamente con nuestros consejeros.

Assad comenzó la conversación enfatizando su confianza en nuestro rol activo:

ASSAD: Cierta información acerca de sus declaraciones dieron la impresión que ustedes eran inocentes portadores de mensajes aquí y allá.

KISSINGER: Esa es una impresión pública.

ASSAD: Es muy inocente; eso es imposible con usted.

KISSINGER: ¿Usted no piensa que yo soy inocente o usted no quiere que yo sea inocente?

ASSAD: La palabra "inocente" puede tener distintos significados. La impresión necesaria debe ser que el doctor Kissinger no hace más que transmitir los puntos de vista de un sector al otro; esto sufre una ausencia de dinamismo, la impresión de

que usted no está haciendo nada efectivo. Esto podría llamarse un rol inocente, pero no para el doctor Kissinger.

Una palabra debo decir acerca de la persona que sirvió de intérprete en mis reuniones en Damasco y Riyadh. Todos los árabes le brindaban tributos líricos por la exactitud de sus traducciones al árabe, como también por su literatura y cualidades poéticas.

Isa Sabbagh, palestino por nacimiento, era famoso en el mundo árabe por sus muchos años en la transmisión para la BBC y la Voz de las Américas. Yo nunca descubrí qué vueltas del destino habían hecho de Sabbagh ciudadano norteamericano y un pilar del servicio exterior (en ese momento su principal trabajo era el de asistente especial de nuestro embajador en Arabia Saudita). Fue mi fortuna relacionarme con un hombre cuyo fondo reflejaba la pasión y la tragedia del Medio Oriente. Yo tengo la certeza de que el corazón de Sabbagh estaba con los palestinos, aún cuando su trabajo para mí se encontraba al servicio de una política que otorgaba relativa prioridad a aquel problema. Su conducta fue intachable.

Cuando nosotros tratamos la forma en que le entregaríamos a la señora Meir la lista de prisioneros israelíes, Assad estuvo de acuerdo con el próximo punto clave en mi guión: la visita de la Cruz Roja podía comenzar prontamente, y para demostrar su generosidad y benevolencia, Assad ofreció comenzar al día siguiente o tan pronto como fuera posible, y enfatizó su profundo deseo de colaborar. El dijo haber leído algunas noticias, alegando que yo juzgaba más limitada su flexibilidad en relación con la de Sadat, por presiones internas. (Este era ciertamente mi punto de vista, aunque yo no recordaba haberlo dicho). El negó que eso fuera verdad. No había grupos que le fuesen hostiles: era tan mutable como cualquier otro líder árabe. Inmediatamente le respondí en la forma más compatible a su impetuoso orgullo:

Yo pienso que lo comprendo. Su situación es más compleja, ustedes están más cerca de Palestina, no están negociando un desierto y tienen menos territorio. Su situación no es como la del Sinaí, y corren riesgos a través del proceso. Este es mi juicio (Assad asintió con la cabeza), y ustedes están más rodeados por otros pueblos que Egipto.

Resultó aparentemente rápido que Assad tenía dudas acerca de la forma en que se debía negociar, bosquejada por mí: El había querido transmitir que su hesitación reflejaba convicción y no debilidad. Yo había propuesto el 5 de febrero que se reunieran oficiales sirios e israelíes en el grupo militar de trabajo egipcio-israelí que funcionaba técnicamente en Ginebra, aunque no se había reunido desde enero. La idea provino de Sadat, quien pensó que esto lo relevaría del engorro de una negociación sirio-israelí por separado e, incidentemente, proporcionaría una seguridad de la "buena conducta" siria. Pero la idea acarrea riesgos: Sería difícil excluir a los soviéticos de una reunión en Ginebra, teniendo en cuenta la insistencia clara de Gromyko, y el esfuerzo por realizar un encuentro directo entre sirios e israelíes en alguna parte podría llevarnos a un peligroso callejón sin salida.

Assad lo vio así tan rápido como yo. El argumentó que cualquier reunión de oficiales sirios e israelíes en Ginebra debería tener lugar después de haber obtenido un principio de arreglo. En otras palabras, Assad quería claramente que yo manejara la negociación principal como yo lo había hecho con Egipto:

Nosotros pudimos discutir todo lo que usted mencionó. Pero con la lista y la visita de la Cruz Roja. . . inmediatamente después. . . enviar los funcionarios (a Ginebra), cuando las declaraciones están surgiendo, sería excesivo.

El me comentó con todos los detalles como había prevenido a Gromyko de visitar Damasco durante mi permanencia en dicha ciudad. El ministro de Relaciones Exteriores soviético llegaría después de mi partida y abandonaría Damasco la mañana de mi próximo retorno, el 1º de marzo.

La idea de manejar toda la negociación siria me horrorizaba: yo tendría que pasar todo mi tiempo aquí. Pero no había alternativa. Esto también me permitió evitar la más seria de las trampas que veía delante. Si Assad se plegaba a la primera propuesta israelí, la cual le había prometido entregar en cuarenta y ocho horas, nosotros nos veríamos comprometidos en las conversaciones sobre la desocupación y en nuestros esfuerzos por levantar el embargo (no obstante haber negado una concesión). Me di cuenta de que lo que yo debía hacer era mantenerme en silencio. Si la cosa venía de mal en peor, yo debería aislarme hasta que el embargo fuera levantado y recurrir a presiones políticas y económicas para impedir que se reimplantase.

Por esto repetí nuevamente lo dicho las semanas anteriores. El plan israelí que yo traería próximamente a Damascó no sería aceptado por Siria, dado el estado de coalición política de Israel. Assad ya me había dicho que él no podía fijar una restauración de la línea anterior al 6 de octubre de 1973; necesitaba un retiro israelí mayor que aquél, o de otro modo hubiese incurrido en seis mil muertos por nada. Yo estaba seguro de que la propuesta israelí sería menos favorable que lo del 6 de octubre. Le remarqué a Assad que el mayor significado de cualquier propuesta israelí que yo le trajera en dos días, comprometería a Israel a negociar sobre el Golán. Cualquier cosa que contuviese, le pediría a Golda Meir que enviara un oficial a Washington en unas pocas semanas para discutir ciertas cosas y, eventualmente, posibles modificaciones a la primera propuesta. Después de aquello, un oficial mayor sirio visitaría Washington para continuar las conversaciones. Una vez que el pleito estuviera bien delimitado, yo retornaría del Medio Oriente para finalizar las negociaciones. Las dos visitas a Washington nos servirían como sustituto al grupo militar de trabajo en Ginebra.

Assad aceptó la propuesta. El no pudo dar mejor prueba de confianza en cuanto al proceso del retiro de tropas estando de acuerdo con un proceder tan vago. Esta correcta actitud nos dejaba fuera de peligro en relación a la reunión de ministros petroleros a llevarse a cabo.

Eran cerca de las 3.00 del día miércoles, y mi día había comenzado en Londres. Y terminó, como casi todas mis reuniones con Assad, con otra hora de conversaciones generales. El quería saber cuándo habíamos tenido nuestro primer informe sobre el plan de ataque egipcio-sirio del 6 de octubre. Estaba más que gustoso de oír que yo le confirmara que nosotros habíamos sido alertados con pocas horas de anticipación.

Recordamos luego la crisis del Jordán en 1970, como dos viejos veteranos cuyos destinos se hallaban en lados opuestos, olvidando batallas perdidas, pero cuyo conflicto creó un vínculo más firme con el otro, situación que tal vez no se da con aquellos que no han conocido las pasiones de la lucha. Convinimos en reunirnos nuevamente a la mañana, unas pocas horas después.

Me fui a la cama a las 4.00 a fin de dormir unas pocas horas, sólo para caer víctimas de lo que yo consideraba un ejemplo de la guerra psicológica siria. La casa de invitados del Estado estaba al lado de la mezquita. Más o menos a las 4.30 el muecín comenzó a hablar a los feligreses, ayudado por amplificadores electrónicos; a mí me parecía que ellos estaban orando al lado mismo de mi cama.

Me reuní con Assad el miércoles 27 de febrero a las 9.40. La sesión se prolongó a lo largo de tres horas. Durante la charla Assad me pidió un día de retraso para la visita de la Cruz Roja a los prisioneros israelíes, alegando razones técnicas. Assad no quería dejarme ir hasta conseguir otra garantía de que en la línea de desocupación final se mostrara que él había ganado territorio en la guerra de octubre (un objetivo que ni aún el más moderado

israelí habría compartido con él). Era evidente que no sobrevendría un arreglo si no se consideraba su pedido acerca de los territorios ganados:

No es necesario que nos pongamos de acuerdo hoy, puede ser mañana. Pero para el resultado de esta guerra no pediré limosna a Israel. Esto es imposible. Nadie puede aceptar eso como persona. Después de haber dicho esto, quiero significar que nosotros no dejaremos ninguna oportunidad utilizable para conseguir la paz. Pero hay una gran diferencia entre paz y rendición.

Las palabras eran desafiantes, pero las acciones demostraban grandes deseos de arreglo. Primero, él nos había entregado el número de prisioneros israelíes, luego la lista con los nombres; había accedido a la visita de la Cruz Roja y había aceptado un proceder que, por todo lo que él sabía, debía ser propuesto primariamente para ahorrar tiempo. El cabecilla del más combatiente Estado vecino de Israel estaba apuntando toda su artillería sobre los Estados Unidos. En el contexto sirio, éste era un acto osado comparable con el cambio de Sadat unas semanas antes. Pero como su colega egipcio, Assad no fue más allá. Habiendo dado la puntada inicial, actuó como si estuviera de acuerdo con los Estados Unidos, acompañándolo en sus objetivos y en la resolución de sus dilemas.

No vio la necesidad de realizar actos como los del presidente egipcio. Sadat creó un ambiente psicológico que no dejó alternativa con respecto a la paz.

Pero el 27 de febrero, nosotros consideramos que el proceso de negociación debía ejecutarse. El encuentro de la mañana se demoró por una visita a la mezquita Omayed, un edificio glorioso que había sido alguna vez una iglesia bizantina. Este atraso salvó mi vida. Supimos al día siguiente que habían explotado bombas en el camino a la mezquita. Las mismas hubiesen detonado debajo de mi auto.

¿Tratarían los terroristas de insistir en su intento? Muy difícil era la respuesta.

Extremas medidas de seguridad fueron impartidas a partir de allí. Variábamos los recorridos de mis viajes en Damasco, como también el lugar que ocupaba mi coche en la caravana. Si esto confundió a los terroristas, no lo puedo decir. Luego fuimos informados que ellos sabían siempre, perfectamente, en qué sitio viajaba yo. Los sirios estaban extremadamente consternados y los terroristas, aparentemente, no organizaron otro intento. Pero yo nunca fui llevado a la mezquita Omayed.

Cuando abandoné Damasco, lo hice con el convencimiento de haber fomentado las negociaciones en su primera etapa.

DRAMA EN ISRAEL

Lo desmoralizante de la negociación entre Siria e Israel era que lo que una de las partes consideraba una enorme concesión, la otra lo recibía como algo lógico. El dar a conocer la lista de prisioneros israelíes y aceptar visitas de la Cruz Roja era para Assad un gesto importante y un riesgo político. Hubiera preferido tratar a los prisioneros de guerra como lo habían hecho los norvietnamitas: sin dar a conocer nombres ni información sobre el estado en que se encontraban; tratándolos, en efecto, como rehenes. Pero para Israel, preparada para un intercambio mutuo de prisioneros de guerra desde el cese de fuego (*), la lista de nombres era algo insignificante y no una concesión que tuviera que ser correspondida. Del mismo modo, para Siria, cualquier trato que simplemente repusiera la línea del 6 de octubre —devolviendo solamente los hombres de mayor rango

(*) Israel tenía 380 prisioneros de guerra; habían desaparecido 140 soldados durante la acción en el puente sirio, de los cuales 65 sobrevivientes estaban en la lista siria de prisioneros.





*Reunión del Equipo de Verificación en la Sala de Situación, 1974.
De izquierda a derecha: almirante Thomas Moorer, Helmut
Sonnenfeldt, Brent Scowcroft, Joseph Sisco, Kissinger y Paul Nitze.*

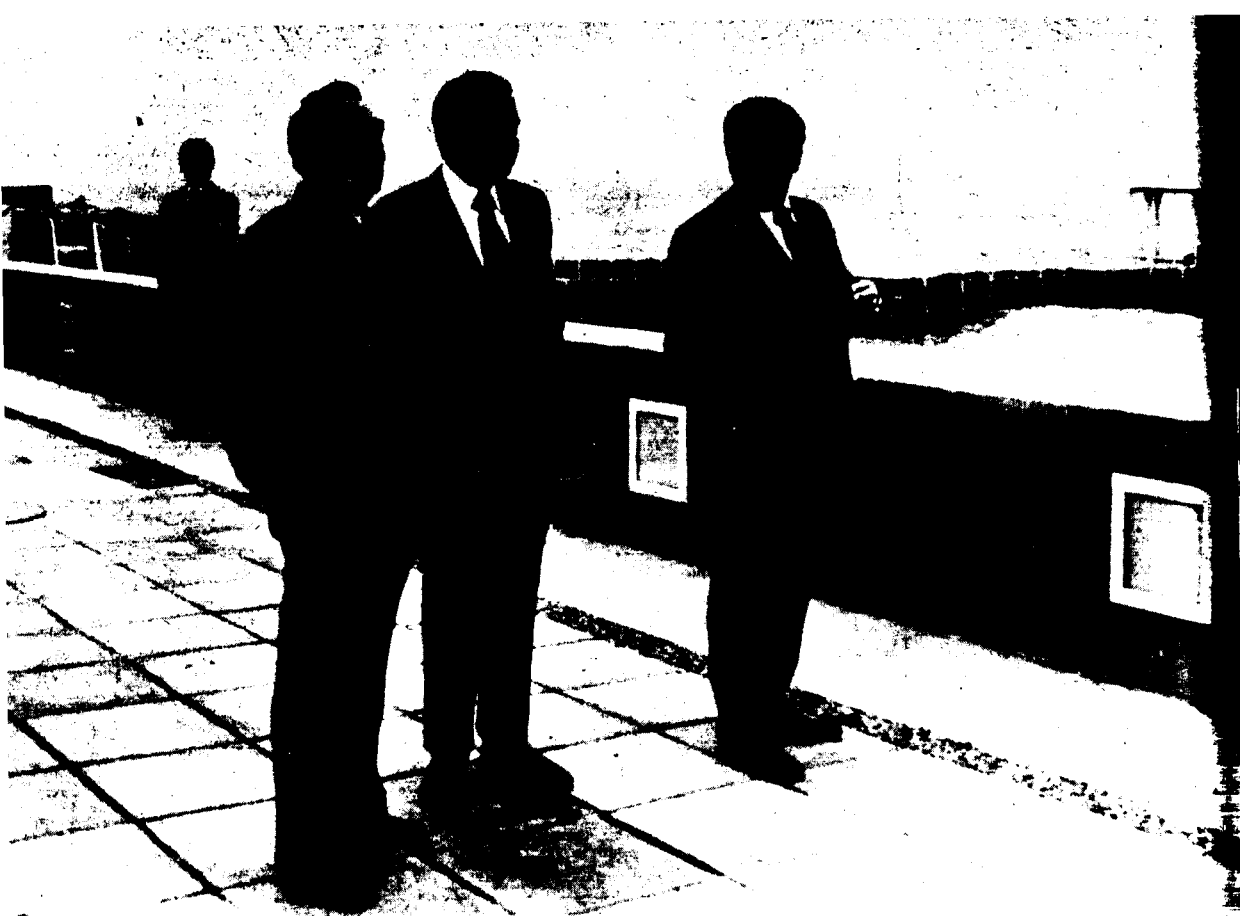




Arriba: Conversando con el senador Henry M. Jackson antes de entregar el testimonio a la subcomisión de Jackson del Servicio de Armamento, 24 de junio de 1974.

Izquierda: Con Brezhnev en Moscú, marzo de 1974. Su cigarrera en forma de cúpula de misil se encuentra sobre la mesa, a su derecha.



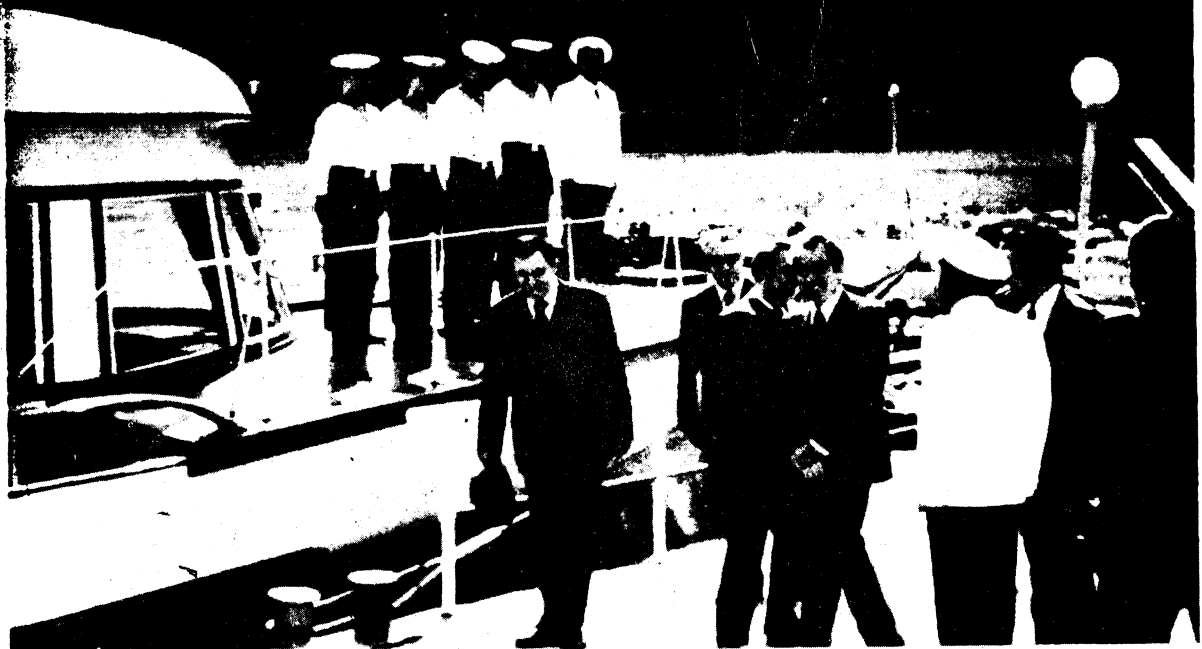


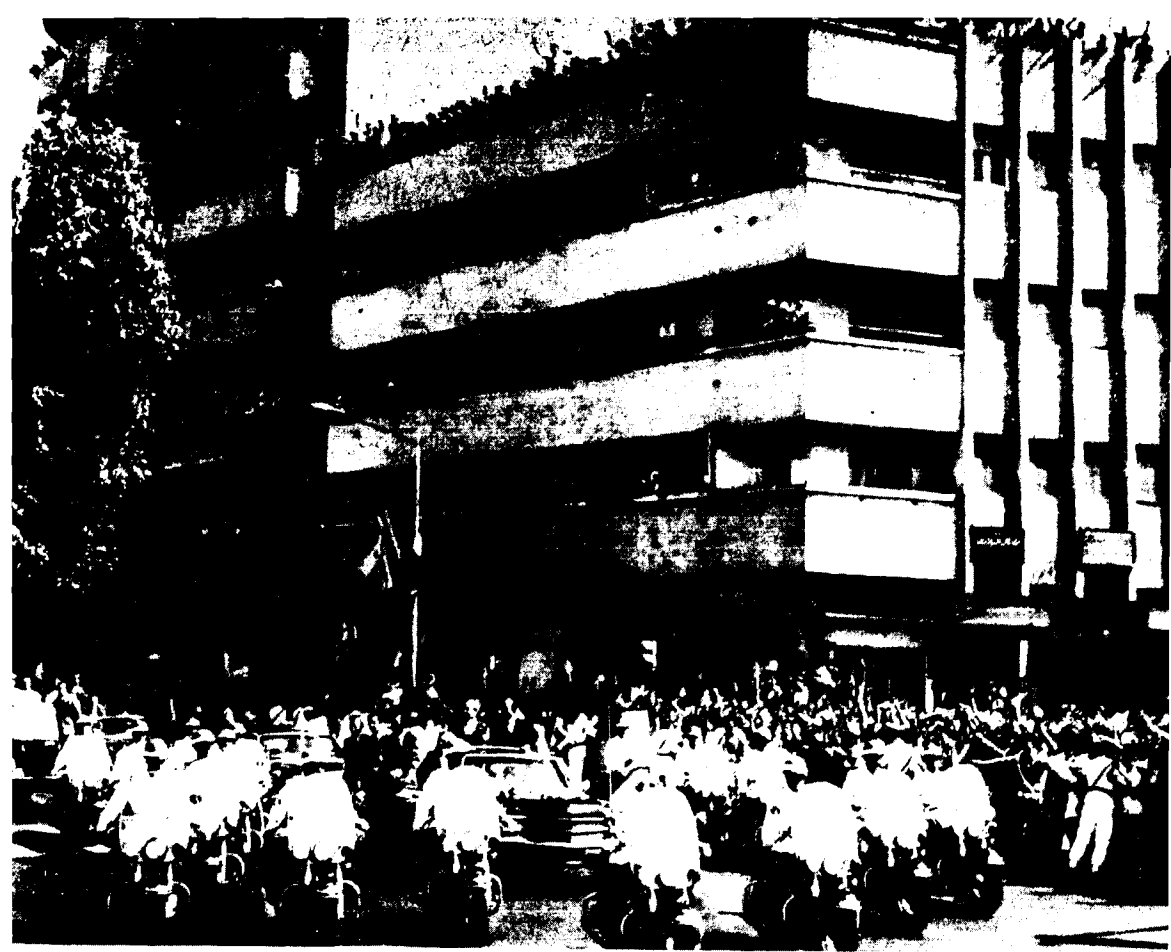
*LA REUNION CUMBRE NIXON-BREZHNEV,
JUNIO DE 1974*

Arriba: En la casa de campo de Brezhnev, en Oreanda.

*A la derecha, arriba: Preparándonos para una excursión
en el Mar Negro.*

*A la derecha, abajo: En Oreanda, junto a la piscina de
Brezhnev, esperando que Nixon y Brezhnev finalicen su
tête a tête privado en la gruta. De izquierda a
derecha: Andrei Gromyko Kissinger, Anatoly Dobrynin,
Alexander Haig, Helmut Sonnenfeldt. (Ver Capítulo XXIV)*





*La visita de Nixon a Egipto, junio de 1974.
De frente a la cámara, de izquierda a
derecha: Kissinger, Nixon, Sadat, la señora
Nixon y la señora Sadat.*



Entusiasta recibimiento a Nixon, en su llegada a Egipto, junio de 1974.





Nixon partiendo de la Casa Blanca. 9 de agosto de 1975

capturados por Israel en la guerra de 1973— llevó a que se preguntaran por qué se había comenzado la guerra, debilitando así la posición interna de Assad.

Cualquier otra posible nueva línea también tendría sus problemas implicando la conformidad siria de la ocupación israelí de las Alturas del Golán. Pero Israel se dio cuenta de que, según sus intereses militares, era conveniente no hacer nada; las fuerzas se encontraban a tan sólo 35 kilómetros de Damasco, en una línea más fácil de defender que cualquier otra. O sea que, para fines de febrero, yo había empujado a estos dos rebeldes caballos casi a las cintas de largada; quedaba ahora hacerlos correr.

El Gabinete provisorio de Israel estaba lejos de ser lo ideal para dicha negociación. Era una coalición de laboristas (el partido de Golda) y el Partido Religioso Nacional. Pero el partido religioso se rehusaba, con diversos pretextos, a continuar la coalición con Golda; la razón fundamental tal vez haya sido el rápido descenso de su popularidad como consecuencia de la guerra de octubre. Un punto clave de ataque era Moshe Dayan, quien como ministro de Defensa constituía el fácil objetivo de los que criticaban la falta de preparación de Israel para la guerra de octubre. Cada una de sus apariciones en público llevaba a una demostración: el grito de "asesino" fue escuchado a menudo por el arquitecto de las victorias militares de Israel en 1956 y 1967. Pero Dayan controlaba la importante facción Rafi dentro del Partido Laborista, de modo que, si se retiraba, esto le complicaría a Golda la tarea de formar su Gabinete más aún; a tal punto que sería incontrolable.

Sin embargo, eso es precisamente lo que hizo Dayan. Justo antes de que yo partiera hacia Israel anunció con firmeza que no participaría del nuevo Gabinete de Golda. Hasta corrían rumores de que él no se entrevistaría conmigo en este viaje porque se ausentaría del país. El impacto en las negociaciones sirias podría resultar desastroso. En el mundo árabe se lo admiraba, aunque de mala gana, como un hombre con imaginación y hasta flexibilidad. Se sabía que la última etapa de la separación de fuerzas había sido encauzada por la visita de Dayan a Washington en enero; en realidad, se consideraba en general que la posición del Gabinete israelí había sido planeada por Dayan.

Yo le había sugerido a Assad que la perspectiva de una visita de Dayan a Washington sería indicio de progreso. El hecho de que se negara a participar precisamente cuando yo llegaba para proponer la desocupación israelí habría sido malinterpretada (también por mí). Hice un enérgico llamado a que reconsiderara su posición. Finalmente, Golda lo persuadió de que integrara el Gabinete. Pero las consecuencias de la controversia aún se sentían cuando llegué. No encontramos a Dayan en su estado de ánimo más creativo; podría describírselo más bien como amargado y malhumorado.

En verdad, no podía haber llegado a Israel en peor momento. Aún había que formar el nuevo gobierno y lo último que querían Golda y su Gabinete consultivo era otro problema que causara división. Cualquier nueva línea en el Golán, dondequiera que se trazara, se acercaría inevitablemente a las poblaciones israelíes. Golda no podría manejar más oposición.

La tendencia general en Israel era la de dilatar las resoluciones. Mientras me dirigía a Medio Oriente, recibí un mensaje informando que Israel exigiría la liberación de prisioneros como el primer punto de la orden del día de las tratativas para la separación de fuerzas. Claro que ésta constituía una nueva condición. Seguramente conduciría a un punto muerto. Respondí con firmeza que seguiría el procedimiento del 5 de febrero; era el que insistía sólo en listas de prisioneros y visitas de la Cruz Roja. Golda había respondido vía Dinitz con la actitud de que no valía la pena intentarlo. Si la había malinterpretado, ella había querido la liberación de prisioneros como un punto de la orden del día. Eso, por supuesto, casi no necesitaba aclaración.

Mi visita a Jerusalén comenzó con una de aquellas ocasiones emocionantes que enaltecen la vida pública. El 27 de febrero, a las 16.30, visité a Golda en su oficina.

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION

primer ministro, que se encuentra en el edificio de piedra del gobierno y que da a las afueras del oeste de Jerusalén. Luego del habitual tumulto con los periodistas, me hizo pasar a su pequeño y sencillo despacho personal, donde nos sentamos alrededor de una mesa baja. A ella la acompañaba Simcha Dinitz; a mí, Peter Rodman. En Israel, toda vida de un ser humano es infinitamente preciosa. Los Estados Unidos habían conocido recientemente la angustia de tener prisioneros de guerra y desaparecidos mientras actuaban en Indochina. Pero Israel es tan pequeña que bien podría considerarse una gran familia (incluidas las amargas desilusiones que sólo suceden en una familia). Y el vivo recuerdo de siglos de persecución e intento de genocidio permanece tan profundamente en su conciencia que la pérdida de tan sólo una persona evoca toda una catástrofe.

Como tantos otros pueblos básicamente sentimentales, los israelíes a veces asumen una actitud abrasiva; esto sucede porque no se animan a demostrar lo que sienten por temor a que se los considere débiles o incapaces de contener sus emociones.

Para Golda, la lista de prisioneros israelíes sobrevivientes no era tema negociable ni un golpe político; constituía un testimonio de la vida o muerte de miembros de su familia, nombres de hombres jóvenes que traían alegría a sus seres queridos y desesperanza al faltarles a otros. Su aspecto y su rostro consternado demostraban su esperanza y luego el alivio que sintió; pero se sobrepuso disponiéndose a encarar los requisitos técnicos del momento con entereza.

KISSINGER: Permítame comenzar con el problema más urgente. Aquí tiene la lista. Está escrita en árabe (se la alcancé y la examinó minuciosamente).

MEIR: ¿Son 65?

KISSINGER: Sí.

MEIR: ¿Todos vivos?

KISSINGER: Sí, se garantiza que están todos vivos. Las visitas de la Cruz Roja comenzarán por la mañana. (Se iniciaron el 1º de mayo.) Se comunicarán con nosotros mañana.

MEIR (nerviosa): No debemos perder un segundo. Estuve con las familias anoche. Tenía todo listo por si el doctor Kissinger disponía de la lista. Las llevaremos a Tel Aviv para traducirla y todos los padres se enterarán dentro de dos horas.

KISSINGER: Los sirios no quieren que Israel sea el único país que lo anuncie.

MEIR: ¿Debería hacerlo usted?

KISSINGER: No, usted puede hacerlo; pero no quieren que sea la única. Aquí está lo que sugerimos que se diga.

Le entregué un breve anuncio norteamericano que resumía el procedimiento acordado:

El secretario de Estado Henry Kissinger ha comunicado al presidente el siguiente informe:

1) El gobierno de Siria autoriza al secretario de Estado a que entregue al gobierno de Israel una lista del número total de prisioneros de guerra israelíes que se hallan en poder del gobierno de Siria. Hay sesenta y cinco nombres en la lista.

2) El gobierno de Siria ha acordado que las visitas de la Cruz Roja a los prisioneros de guerra israelíes que están en su poder comenzarán el día 1º de mayo por la mañana.

3) El gobierno de Israel dará a conocer el 1º de mayo al secretario de Estado su opinión sobre la separación de fuerzas sirias e israelíes para que se la transmita al gobierno sirio. El secretario de Estado llevará dicha opinión a Damasco personalmente.

KISSINGER: No es necesario que lo repita con exactitud, pero debería dar a conocer el tercer párrafo de alguna manera. ¿Cuándo quiere hablar?

MEIR: No hasta que nos enteremos de que se ha notificado a las familias. ¿Le importaría si viene Elazar y se la lleva?

KISSINGER: No.

Le aseguré a Golda que no daría nada a conocer antes de que ella lo hiciera. Cuando Dinitz se incorporó para llamar al jefe del Estado Mayor, se detuvo en la puerta y me dijo en voz baja: *Es muy emocionante, señor Secretario.*

El jefe del Estado Mayor, David Elazar, es uno de los hombres realmente nobles que he conocido y ya se había dado cuenta de que se convertiría, injustamente, en la sacrificada víctima de las frustraciones de Israel en la guerra de octubre. Sin embargo, aceptaba su destino en silencio y con dignidad. Entró en la habitación, tomó la lista que tenía la primera ministra, la leyó, y se dio vuelta para que yo no pudiera ver que estaba llorando.

Luego me enfrentó y dijo con voz ronca: *Doctor Kissinger, le estamos muy agradecidos.* Golda y yo discutimos la notificación a las familias y acordamos una hora para hacer el anuncio; yo me aseguraría de que éste sería confirmado desde la Casa Blanca poco tiempo después de que Golda hubiera hablado. Luego Elazar se apresuró a despachar la lista al ministro de Defensa en Tel Aviv.

Nos volcamos de inmediato al asunto que teníamos entre manos; mi principal tarea era asegurar que Golda comprendiera el nuevo procedimiento. Yo había logrado que Assad estuviera de acuerdo con él. Le informé que Assad había dicho que cesarían las conversaciones si Israel ofrecía solamente un retorno a la línea del 6 de octubre. Yo tenía sospechas de que Israel no ofrecía nada mejor (un estimado de lo más optimista). El problema era, dije, ganar tiempo y evitar que todo este asunto estallara en este momento de sensibilidad. *No podemos permitir que estalle antes de que Pompidou viaje a Rusia, y mientras Gromyko esté en la región. Caso contrario todos se verían involucrados: todos aquellos que están ahora hipnotizados por el éxito.* Y yo me entrevistaría con Faisal luego de mi próxima visita a Israel. La mejor solución sería continuar las conversaciones; me gustaría confirmarle a Assad que, cualquiera fuese su opinión, Dayan se presentaría en Washington dentro de dos semanas para continuar con las deliberaciones.

Golda podía ser en ocasiones terriblemente obstinada, pero no en un momento en el que se le entregaba en una bandeja de plata la oportunidad de un retraso que le daría el tiempo de formación de su Gabinete. Aceptó gustosa la propuesta. Enviaría a Dayan o a quien fuera designado ministro de Defensa.

Fue así como, a las 18, reunimos a las dos partes de la negociación, los veteranos de las conversaciones de la desocupación egipcia que habían terminado de una forma tan favorable que hasta nos hacía olvidar las anteriores sesiones angustiantes. Pero no del todo. Al verlos todos juntos tuve una sensación de que todo estaba acabado, casi tan grande como mi afecto personal por ellos. Golda comenzó agradeciéndome frente a sus colegas por la lista de prisioneros. En su tono áspero y delicado me hizo el cumplido de sugerir que yo había actuado humanamente y no por razones de Estado:

Creo sin palabras que el Secretario se da cuenta de lo que ha logrado, de lo que significa para nosotros esta lista.

Tal vez en algunos lugares la gente no se entusiasme por sesenta nombres, sesenta y cinco nombres, pero ustedes comprenden, para nosotros significa más de lo que podemos decir, y realmente. . . no quiero decir "gracias" ya que sé que lo que ha hecho lo hizo porque comprendió la situación, pero quiero que sepa lo que siente nuestro pueblo. Lo percibirá, sin duda, en las calles y en todas partes. Lo que ha hecho es una gran cosa.

La calidez de la apertura no suavizó en absoluto la fundamental posición israelí, la cual aclaró de inmediato.

Dayan, que actuaba como portavoz, la resumió diciendo que la desocupación en el frente sirio era una concesión unilateral de Israel; a diferencia de la desocupación en el Sinaí, no traería beneficios a Israel. *No conseguiremos nada a cambio*, señaló Dayan, quien había conducido el plan de retirada del Sinaí y se había opuesto a la ocupación del Golán en 1967, pero que a esta altura estaba ya psicológicamente fuera del gobierno y en la oposición. En parte eran tenaces tácticas de negociación.

Si se comienza por rechazar el mismo concepto esencial de la negociación, puede evitarse la presión en su parte central; cualquier pequeño movimiento posterior (incluyendo hasta la presentación de un plan) está dotado de un significado simbólico al cual se le puede poner un precio. Pero parte de él era un reflejo del primitivo odio, temor y sospecha de todo lo sirio; un reflejo exacto de lo que había encontrado en mis tratativas con el lado opuesto.

Sea intencional o instintivamente, el resultado práctico fue que dedicamos mucho tiempo no al plan de separación de fuerzas de Israel, para lo cual yo había venido, sino a por qué no tendría que haber negociaciones: práctica que yo había considerado terminada semanas atrás. Hice un extenso planteo de que la desocupación de las Alturas del Golán era un imperativo político; constituía un punto clave para la moderada evolución política de toda la región:

Lo que Israel saca de la negociación siria es que un Estado árabe radical firme un documento en Israel. Significa retirar las presiones sobre Egipto, que en realidad sólo Siria puede generar. Le da a los árabes moderados la posibilidad de legitimizar su curso. Y a partir de allí toda discusión con los sirios no será un problema de principios sirios sino un problema de táctica.

Y finalmente, al haber sido incluido en esta negociación, el desesperado esfuerzo soviético de involucrarse se vería, por lo menos, frustrado. . . ya que estamos viviendo aquí en una crisis, cualquier período de seis meses sería ventajoso.-

Otra ventaja, argumenté, consiste en que evitaría la unión de presiones soviéticas, europeas y japonesas. Pero la razón dominante resultaba positiva; era el mejor, tal vez el único, camino hacia la paz:

Tengo que ser honesto: a mi juicio Egipto realmente quiere firmar la paz con Israel, y eso no lo he discutido nunca. No me resulta inconcebible que Sadat fuera tan equilibrado acerca de un acuerdo global, siempre y cuando el tema de la soberanía pueda evitarse de alguna manera, como había demostrado serlo en el acuerdo de la separación de fuerzas.

A mis interlocutores israelíes, quienes no conocían ni a Assad ni a Sadat, esto les resultaba un tanto inverosímil. Sospechaban alguna triquiñuela de parte de Sadat y estaban seguros de que Assad les jugaría una mala pasada. No obstante, Golda aceptó mis otros argumentos con mucha menos beligerancia de la que había demostrado en las etapas iniciales de la negociación egipcia, tan poco tiempo después de la guerra. Esto no significaba que ella estuviera preparada para firmar un acuerdo. Por otra parte, sí estaba preparada —a diferencia de gran parte de su Gabinete— para el proceso de negociación. Por lo tanto, se contentaría con que se les presentara a sus colegas un análisis geopolítico que pudiera vencer la resistencia que oponían a entrar en negociaciones.

Lamentablemente, no era lo suficientemente consciente como para que mis interlocutores israelíes se vieran tentados a presentar una propuesta que ofreciera aun la más

remota base para llegar a un arreglo. El resumen estuvo a cargo de Dayan y Elazar; lo que presentaron resultó ser no una propuesta formal para la desocupación sino una "presentación esquemática": una tímida fórmula cuyo significado haya sido tal vez que todo el Gabinete no la había visto aún y así tendría una salida en el caso remoto de que Assad la aceptara.

El *esquema* era similar a los complejos planes o *modelos* por los cuales habían fracasado las conversaciones del Kilómetro 101. Concebía una zona tapón de la UN de algunos kilómetros de ancho, a cada lado de la cual habría una zona de diez kilómetros de ancho de limitaciones de fuerzas (no especificadas); un cinturón de veinte kilómetros sin artillería y un cinturón de treinta a cuarenta kilómetros sin misiles de tierra o aire. Se necesitaría un matemático para descifrar esto: siete zonas en las abigarradas Alturas del Golán —una zona de no más de veinticinco kilómetros de profundidad— y que se extendía mucho más allá de Damasco. Aun eso sería manejable, o podría reducirse a una negociación, siempre y cuando Assad estuviera conforme con la línea final a la que se retiraban los israelíes.

Sin embargo, éste resultó ser el principal obstáculo. Ya he dicho que Assad me había aclarado que no negociaría sobre la base de un retroceso israelí sólo hasta la línea del seis de octubre (o sea a la de la preguerra); tenía que recobrar territorios que estuvieran más allá y algunas tierras capturadas por Israel en 1967; caso contrario, no podría justificar la negociación dentro de su país. El proyecto "esquemático" le evitaría hasta esa incomodidad, ya que había corrido la vieja línea israelí más adelante. Específicamente, involucraba el saliente israelí recientemente capturado en la guerra de octubre y que sería dividido en tres partes: la sección más oriental (prácticamente los alrededores de Damasco) se le devolvería a Siria, la parte central se convertiría en una zona de la UN y la parte occidental permanecería bajo la ocupación israelí, adelantando así en forma permanente la línea de Israel hacia el este dentro de Siria a partir de la frontera del 6 de octubre.

Al considerarse las limitaciones del armamento a partir de la línea anterior siria, en la práctica el resultado sería que la defensa aérea siria se vería empujada más atrás de Damasco y hasta la artillería se encontraría en las afueras de la capital.

No tenía sentido explorar estas propuestas. Planteadas sin la habitual actitud agresiva israelí —podría decirse que hasta con timidez—, reflejaban la falta de un gobierno más que una postura premeditada. El esquema era tan absurdo que en realidad resultaba tranquilizador. Estaba seguro de que no se mantendría después de la formación de un nuevo gobierno. De modo que no se entró en las profundas discusiones a las que hubiera dado lugar el plan si yo lo hubiera considerado con seriedad.

Me limité a decir que yo creía que la línea final de desocupación debería involucrar un retorno de dos a cuatro kilómetros al oeste de la línea de preguerra y la devolución de Kuneitra (que no se encontraba en su poder desde 1967) a Siria. Habitualmente, discutía un poco más el tema antes de plantear mis propias ideas, pero el plan israelí estaba tan lejos de la práctica que decidí tratar de que mis amigos israelíes volvieran a poner los pies en la tierra. No insistí en ese punto, y ellos no lo discutieron; esto era en esencia un aliciente.

La dificultad más grande que podría llegar a tener sería lo que sucedería el 1º de marzo cuando regresara con el famoso, tan esperado, plan israelí que había provocado el lanzamiento de tantos mensajes a través del océano. Assad me había prometido que enviaría un emisario a Washington para mantener otras conversaciones dentro de algunas semanas, pero eso era antes de que me enterara de lo absurda que era la propuesta israelí. Si realmente estaba convencido al avisarme que rechazaría la línea de preguerra, no aceptaría de entrada esta oferta. Nuestra mediación en el Medio Oriente fracasaría así en el peor momento, con Gromyko aún en la región, Pompidou en viaje a Moscú, nuestros

aliados a punto de lanzar el diálogo euro-árabe, y la reunión sobre el embargo aún pendiente.

De modo que decidí variar el plan a favor de lo inesperado. El objetivo ahora era evitar que se demostrara el fracaso, y eso se lograría al no mostrarle proyecto alguno a Assad en este viaje, a pesar del compromiso que había instado a Assad a ceder la lista de prisioneros de guerra. Yo argumentaría que en este momento prefería esquematizar solamente ideas generales en lugar de un plan; los detalles los discutirían mejor los enviados israelíes y sirios cuando llegaran a Washington. Le dije al equipo de negociación israelí:

La postura que tomaré (ante Assad) es que hemos discutido el plan, al haber sido ésta la primera vez que lo trataron conmigo; ya que no tenían la lista, esto dio lugar a tantos matices que sentía que no debía presentarlo, pero, por otra parte, para demostrar vuestra buena voluntad, se ofrecieron a enviar un ministro a Washington dentro de dos semanas. Estoy seguro de que conseguiré que Sadat lo apoye, ya que él no desearía que fracasara esta misión. Cualquier otro acercamiento resultaría peligroso.

Liberados de la pesadilla de que se los acusara del fracaso de las conversaciones, incapaces de adoptar una posición formal hasta que se formara un nuevo gobierno, el equipo de negociación israelí aceptó mi sugerencia con entusiasmo y por unanimidad, lo cual no era habitual. Actuaría mi papel, visitaría El Cairo, me detendría en Jerusalén para recoger el plan inexistente y luego, con un poco de suerte, sobreviviría una noche en Damasco sin permitir que nada saliera a la luz.

REGRESO A EL CAIRO

Confiaba en que Sadat apoyaría mi manejo del tiempo. Compartía nuestra opinión de evitar el fracaso, ya que se vería obligado a adoptar una postura contraria a su estrategia general y prolongaría el embargo de petróleo; sabía que esto le costaría caro al provocar un sentimiento antiárabe en los Estados Unidos. Tampoco creía yo que se mostraría impaciente ante la intención de mi actuación. Si la desocupación siria ocurría muy fácilmente, corría el riesgo de que se le dijera que debería haber atascado el Sinaí para lograr un acuerdo sirio-egipcio, o que perdía demasiado tiempo en negociaciones. Sería humano, también, si subconscientemente al menos prefiriera que el logro de Assad fuera algo menor que el suyo.

Más allá de estas razones de táctica, Sadat y yo compartíamos opiniones generales sobre la conducción de la diplomacia. Los dos estábamos seguros de que la pasividad es la peor postura. Resulta inevitable que surjan otras partes y definan los términos tratados y las energías se inviertan en responder a iniciativas inesperadas. Lentamente se pierde la habilidad de conformar los hechos. Se pierde el sentido de dirección, se llega a definir al éxito como el evitar una calamidad. Es preferible hablar de acuerdo con la propia orden del día, o en su defensa, a que prevalezca un proceder que conduzca a un control máximo.

Imbuido de estos pensamientos llegué a Egipto en la mañana del jueves 28 de febrero, y me entrevisté con Sadat en la residencia presidencial de descanso en Giza. El ver las eternas pirámides, cambiando sutilmente de forma con los giros de la luz, me relajó los nervios. Le expliqué a Sadat las complejidades de la situación interna israelí, la propuesta israelí, tan extremista que no podía considerarse seria, y el nuevo proceder que yo sugería se adoptara.

Como tenía algo confusa la exacta geografía del Golán, hizo que su jefe de Estado Mayor, el general Gamasi, trajera un gran mapa que había que unir en el piso como un

rompecabezas. Me di cuenta de que mostraba las líneas de desocupación propuestas que Assad me había entregado el 20 de enero y que, evidentemente, también había transmitido a El Cairo. Con su agudo sentido de las relaciones públicas, Sadat hizo pasar a los fotógrafos para que se les sacara una foto a un grupo de asesores superiores estudiando abortos los mapas de situación: una prueba fehaciente de que se estaba haciendo algo. Mi satisfacción con la estratagema se vio mitigada por el temor de que alguna foto publicada mostrara las líneas propuestas por Siria, produciendo una explosión en Israel.

Cuando nos dejaron solos, Sadat dio orden que el general Gamasi partiera hacia Damasco de inmediato. Le brillaban los ojos cuando me comunicó que enviaba a Gamasi en su capacidad de comandante en jefe de la Unión de Ejércitos Arabes; de acuerdo con mis conocimientos de los conceptos sirios sería echar leña al fuego. La tarea de Gamasi, basada en su experiencia como negociador en el Kilómetro 101, era instruir a Assad en las tácticas israelíes de negociación y convencer al líder sirio de que aún ante la ausencia de una formal propuesta israelí, el proceder que yo había delineado tendría mayores posibilidades de éxito.

Luego Sadat y yo fuimos a almorzar solos. Como ya lo había hecho durante nuestras conversaciones en Aswan, me pidió un pronóstico honesto y, como lo había hecho entonces, se lo di. Después de la formación del Gabinete israelí, le dije, tal vez sería posible con gran esfuerzo que Israel se retirara de la línea de octubre, que ya había sido declarada insuficiente por Assad. Con otro gran esfuerzo, tal vez se concedieran unos pocos kilómetros más allá de esa línea; estarían bajo un gobierno civil sirio como zona controlada por la UN. Llevaría muchas semanas lograr esos objetivos. Los sirios, con sus agresivas tácticas de negociación, no lograrían nada solos; resultaría difícil imaginar dos partes menos capaces de llegar solas a un acuerdo aunque ambas lo desearan.

Sadat estuvo de acuerdo con el análisis. Sin embargo, emitió dos opiniones que implicaban tendencias contradictorias de la diplomacia egipcia. Estaba decidido a dirigirse hacia la paz y alejarse de la Unión Soviética a paso acelerado. Por otra parte tenía una obligación moral con Siria, al menos hasta tanto recobrarla la línea de preguerra. Si Israel devolvía menos que los territorios recientemente conquistados y Siria entraba en la guerra, Sadat ayudaría a su aliado aunque se destruyera su plan político. Si Assad consiguiera una total retirada israelí a la línea de preguerra, Sadat se comprometería a decirles a los otros Estados árabes que éste era un logro importante. Aunque no se obtuviera más que eso, elogiaría los esfuerzos norteamericanos, no podría culpar a Assad por haberlo rechazado; en ese caso tendría que apoyarlo. Si, por el contrario, Israel se comprometía a retroceder algunos kilómetros al oeste, *más allá* de la línea del 6 de octubre, el logro de Assad equivaldría en cierto modo al de Sadat en el Sinaí. Si Siria rechazara dicha oferta, Sadat acusaría públicamente a Assad de interrumpir las conversaciones. Además, no se uniría con Siria en una guerra provocada por una cuestión semejante.

Lamentablemente, Sadat no era mi interlocutor árabe en estas negociaciones. No lograría adelantar los hechos en el Golán por medio de una de sus enérgicas gestiones. Lo único que podía hacer era secundar mis esfuerzos con su prestigio y así poner obstáculos ante los impulsos sirios de malograr las negociaciones. El haber enviado ostentosamente a Gamasi a Damasco al oír mi informe significaba que Sadat había oído lo suficiente para convencerse de que el proceso de paz en las colinas del Golán debía continuar. El corolario era, por supuesto, que Assad estaría errado si interrumpiera las conversaciones con posterioridad a mi próxima visita a Damasco, aunque yo no le llevara el plan israelí que le había prometido. Después de almorzar, Sadat tomó la iniciativa con otra gestión de apoyo. Hizo públicas sus opiniones aún antes de que yo partiera de El Cairo. Al encontrarse con la prensa en la galería, Sadat puntualizó el hecho de que estaba vestido de civil: era una confirmación simbólica de una nueva era de paz. Además, expresó públi-

camente su aprecio por mis esfuerzos. Cuando se le preguntó qué le aconsejaría a Assad, dijo: *Confíen en Henry*.

Sadat fue aún más lejos: aprobó públicamente nuestra estrategia. Señaló que Siria tendría que atravesar etapas similares a las de su experiencia con el acuerdo del Sinaí. Por si Gromyko, que llegaría al día siguiente, insistía demasiado, Sadat sacudiría a los soviéticos mediante una rápida conclusión de las conversaciones de la retirada siria. La segunda etapa de la Conferencia de Ginebra, proclamó el presidente, tendría que esperar a que se concluyera la separación de fuerzas sirio-israelí. Así se le notificó a Gromyko —que se encontraba en camino— que cualquier intromisión con el proceso de desocupación significaría también el fin de la Conferencia de Ginebra, el principal —o tal vez el único— foco de participación soviética en la diplomacia del Medio Oriente.

Esa noche a las 22.00, Fahmi llevó a mi comitiva al Sheraton Hotel a cenar, pero principalmente para que vieran a Nagwa Fuad, la famosa bailarina árabe. Con su aspecto de una Rita Hayworth de otros tiempos, algo madura, presentaba un imponente espectáculo que justificaba la reputación que tenía como la mejor bailarina de Medio Oriente. A pesar de la hora y sus interminables quejas de cansancio, mi equipo demostró vigor y hasta inexorable dedicación al abrirse paso hasta la pista de baile. Los periodistas que me acompañaban encontraron esta vez un tema acorde con sus intereses intelectuales y culturales. Richard Valeriani de la NBC escribió un informe detallado en el que describía profusa y detalladamente tanto los movimientos de la señorita como las reacciones nerviosas de mis colaboradores (3).

Nuestros anfitriones estaban logrando varios propósitos además del simple objetivo de hacer que sus huéspedes lo pasaran bien. La visita del ministro de Relaciones Exteriores egipcio a un club nocturno significaba que no había crisis, que el proceso de paz estaba encauzado. Lo mejor era que le daba un puntapié a Gromyko. Había tenido la imprudencia de pedir antes de llegar que se lo tratara igual que a mí. Pronto se lo invitaría al último piso del Sheraton Hotel a orillas del Nilo, como a mí, para ver a la ondulante señorita Fuad. Le quedaba el problema de explicar esta excursión en su puritana capital o a algunos de sus igualmente puritanos amigos radicales del mundo árabe. (No sé si fue.)

Para la mañana siguiente, el 1º de marzo, los anfitriones egipcios le habrán preparado al diplomático soviético otra demostración de que las prioridades no eran las mismas. Sadat había decidido que era el día indicado para anunciar el restablecimiento total de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. Estaba tan contento que había adelantado el anuncio, acordado en casi dos horas.

No era una ocasión tan sorprendente ya que de hecho habíamos tenido relaciones normales —en realidad, vínculos diplomáticos de lo más cordiales y productivos— desde mi primera visita en noviembre. Legalmente, Hermann Eilts en El Cairo encabezaba aún una *Sección de Intereses* norteamericanos a través de la embajada de España y lo mismo hacía Ashraf Ghorbal en Washington. Pero, simbólicamente tenía una gran importancia y mis colegas y yo sentimos una gran emoción ese viernes por la mañana al ver izar nuestra bandera frente a la embajada de los Estados Unidos por primera vez en casi siete años. Fahmi y yo pronunciamos breves discursos amistosos durante la ceremonia, que le permitió a la prensa egipcia eclipsar con su informe la llegada de Gromyko. Le hubiera sido casi imposible a Sadat plantear de forma más clara el nuevo camino a seguir.

Podría casi compadecerse uno de Gromyko, que viajaba vanamente por capitales que unos meses atrás habían sido baluartes de la influencia soviética. Se lo había relegado en Damasco de acuerdo con mi programa. Ahora se lo recibiría en El Cairo con un desaire premeditado. Estas eran decisiones árabes, no norteamericanas.

No queremos humillar a Gromyko, le confesé a Golda durante una visita de seis horas en la casa de huéspedes de Tel Aviv, donde, el viernes por la tarde, le informé a ella y a sus colaboradores sobre mi visita a El Cairo. Era cierto. Intentábamos reducir la posición

estratégica soviética en el Medio Oriente, pero no nos interesaba demostrar su impotencia abiertamente. En las relaciones exteriores, a menudo hay que elegir entre postura y política; cuanto más fuerte sea la verdadera posición que uno tiene, menos necesario será insistir en el desconcierto de la otra parte. Por lo general no es aconsejable incrementar un contratiempo con un insulto. Un aspecto importante del arte de la diplomacia consiste en hacer lo que sea necesario sin producir motivos ajenos para la represalia, dejando abierta la opción de cooperación posterior en otros asuntos.

Cuestiones filosóficas como ésta no preocupaban al equipo de negociaciones israelí; aún estaba obsesionado con la formación del Gabinete. Golda esperaba presentar su nuevo gobierno al Parlamento a los tres días: si era necesario organizaría un gobierno minoritario. En el ínterin, los negociadores israelíes me desearon suerte en Damasco. Mi tarea: mantener activas las negociaciones sin contar con un plan israelí para discutir.

DAMASCO OTRA VEZ: ASSAD SE QUEDA TRANQUILO

Mientras me dirigía a Damasco el viernes a la noche temprano, me enteré de que la avalancha Watergate avanzaba inexorablemente. Scowcroft me envió un cable informándome que un Tribunal Federal Superior había acusado a varios funcionarios del gobierno de Nixon: H. R. Haldeman, John Ehrlichman, John Mitchell, Charles Colson, Robert Mardian, Gordon Strachan y al procurador de Washington Kenneth Parkinson. Colson nunca me había caído demasiado bien. Apenas conocía a Mardian y no recordaba nada sobre Strachan y Parkinson. Me conmovía, sin embargo, la enormidad del desastre que envolvía a Haldeman, Ehrlichman y Mitchell. Habían sido colegas en momentos difíciles, trabajando a veces en forma competitiva, pero más a menudo en cooperación para lograr el éxito de un gobierno en el que creían y para el bien de su país. No podía concebir entonces que fueran criminales, como tampoco puedo hacerlo ahora, aunque no me quedaba duda de que había sórdidos elementos en la Casa Blanca que los hundían. Conociendo a sus familias, me resultaba imposible compartir la indignación hacia ellos, la cual me resultaba a veces de una hipocresía farisaica.

La tragedia que los afectaba enfatizaba el hecho de que el gobierno no podía permitirse de ninguna manera que se le agregara ni siquiera un contratiempo más en el exterior a sus fracasos internos. No sólo porque Nixon se debilitaría aún más (a esta altura yo ya no veía ninguna posibilidad de que se restableciera su autoridad) sino fundamentalmente porque una vez que se destrozara la confianza que se nos tenía en cuanto a las relaciones exteriores, se destruiría la débil ilusión mediante la cual había mantenido la autoridad en el exterior sin tenerla dentro del país. Esto atraería desafíos y crisis que no estaríamos en condiciones de vencer.

Mi reunión en Hafez-el-Assad la noche del 1º de marzo era pues uno de los encuentros cuyo fracaso sería nefasto aunque su éxito fuera inmensurable. En realidad la definición de éxito sería la ausencia de fracaso, la entrada a una negociación que resultaría, con certeza, larga y angustiante. A las 19.30 me encontraba reunido con Assad en una sala con pesados cortinados. En esta oportunidad, cada uno de nosotros teníamos a un ayudante. (El mío era Roy Atherton, aunque Isa Sabbagh, como siempre, actuaba de intérprete.) La reunión duró cuatro horas, según el modelo que ya se había convertido en un ritual. A pesar de los intereses pendientes, generalmente dedicábamos una hora a tratar temas que nada tenían que ver con la cuestión clave, pero que nos permitían a ambos calibrar nuestras inclinaciones.

Comenzamos con chistes acerca de los sufrimientos de los miembros de mi comitiva, el relativo éxito de los diversos preparados con respecto a los discursos improvisados, y la relación entre qué argumentos atraen a las masas y lo que debe ser un buen documento de estado. De allí derivamos a un intercambio de ideas sobre la política exterior de

Franklin Delano Roosevelt. Le expliqué que yo creía que Roosevelt había sido un gran líder cuyos conocimientos de las realidades geopolíticas eran menos válidos que su percepción de los valores ideales de los Estados Unidos. Le dije que Roosevelt no había comprendido que debería haber dirigido la guerra con vistas a lograr después las mejores posibilidades de negociación frente a la Unión Soviética. Assad quiso saber si yo estaba rectificando ese error en la conducción de nuestra diplomacia en Medio Oriente. Fui evasivo. Respondí que no éramos antisoviéticos en el Medio Oriente (deduje que luego le informaría a su aliado). No buscábamos clientes (esto era para aliviar sus temores del "imperialismo" norteamericano); teníamos esperanzas de que los estados árabes siguieran una política independiente de la Unión Soviética que, por supuesto (en lo que a Siria se refería), sería un importante paso hacia nosotros. Assad aseguró que ése era también su objetivo, no habría obstáculos para que mejoraran las relaciones con los Estados Unidos a menos que este país se mostrara inexorable en su apoyo a la ocupación israelí de territorios sirios.

Era la primera vez en una hora que se mencionaba el tema de la separación de fuerzas: *Cuando se firme el acuerdo de la separación* —dijo Assad sencillamente— *podríamos incrementar el nivel de nuestros representantes. . .* No resultaba difícil darse cuenta de que había dicho "cuando" y no "si".

Sin embargo, el presidente sirio no tenía apuro para dedicarse al asunto clave. Habló de Gromyko, que había estado en la capital siria casi veinticuatro horas antes de que Assad lo recibiera. (Lo máximo que yo había tenido que esperar fue algunas horas y en ese caso ocurri simplemente porque Assad se encontraba en una cena de Estado). En la política exterior, la ejecución de pequeños gestos es la que, a menudo, define mejor a las prioridades importantes.

Si lo expresado por Assad era cierto, la visita de Gromyko a Damasco no había resultado demasiado productiva. Assad no le había informado mucho más de lo que podía leerse en los periódicos. No se había referido a una línea de separación de fuerzas, porque no querría comprometerse ante los soviéticos con una postura intransigente que pudiera hacer fracasar la negociación. Luego me recomendó encarecidamente que no transmitiera mis ideas sobre ese delicado tema a los soviéticos. Aparentemente no quería presiones prematuras. Le pregunté qué sucedería cuando Gromyko regresara a Damasco desde El Cairo, como se había anunciado. Assad pensaba que no habría problema: Gromyko y él habían discutido también cuestiones bilaterales, incluyendo relaciones económicas. Cuando regresara, el ministro de Relaciones Exteriores soviético y otros funcionarios sirios reanudarían estos asuntos. Assad me aseguró también que encontraría una forma de evitar que Gromyko estuviera en Damasco cuando yo llegara para concluir las negociaciones.

La diplomacia *torbellino* funciona sólo si el diplomático que la emprende tiene un objetivo deseado por todas las partes e imposible de obtener sin él. Gromyko estaba lejos de encontrarse en esa posición. Nada podía contribuir a lo que más deseaban sus aliados árabes. El objetivo de su viaje era el prestigio y amor propio soviéticos; elementos poco significativos en los eventos internacionales. Constituía un síntoma de la inseguridad soviética, no una demostración de manejo de los hechos.

La Unión Soviética se había ubicado en esa posición poco favorable a causa de su propia dureza. Había tenido vía libre en los Estados claves del mundo árabe desde 1967. Hasta nosotros nos habíamos visto forzados a aceptar esta supuesta especial influencia con sus clientes, y habíamos requerido su apoyo en momentos cruciales tales como la crisis de 1970 y la guerra de octubre. Le debe haber resultado mortificante a Gromyko verse relegado tan notoriamente a un segundo plano. Sin embargo, los pasos que dio para solucionarlo empeoraron su situación. Si la Unión Soviética hubiera estado dispuesta a contribuir a una solución, o si se hubiese preocupado menos por su aparien-

cia, habría comprendido que nuestra preeminencia en ese momento era una maniobra. Pero la inseguridad soviética es tan grande que no pueden tolerar ni siquiera que se vislumbre una disminución de su influencia. Al luchar contra lo inevitable empeoraron su situación fuera de lo necesario. Luego de haber dedicado más tiempo a estas reflexiones, y cuando había transcurrido ya una hora y media, me encontraba un poco impaciente y le sugerí: *Si el presidente no se opone, tal vez podremos discutir la separación de fuerzas.*

Assad estaba dispuesto a decir solamente que había recibido un informe personal sobre mi visita a El Cairo a través del general Gamasi. No sé si estaba intentando la guerra psicológica o bien quería prolongar la conversación para impresionar a los que esperaban afuera, pero el hecho es que creía menester corresponder mi explicación sobre geopolítica con un discurso sobre la estructura de la Organización para la Liberación de Palestina. Puntalicé que Fatah, el grupo encabezado por Yasser Arafat, era solamente una facción; Saika, bajo el dominio sirio, tenía igual importancia. Aunque contaba con menos gente estaba mejor entrenada: deberíamos comunicarnos con él. Esto llevó, naturalmente, a más recuerdos de la crisis jordana de 1970.

Finalmente, luego de otros veinte minutos de habladurías, Assad se dignó referirse al tema de mi visita. Por supuesto que ni la prensa ni los observadores externos sabían esto. Se permitía que pensarán que nuestros prolongados encuentros transcurrían o bien en una lucha mortal o bien en importantes avances. Assad señaló que la vista de Gamasi a Damasco había sido perturbadora, aunque era difícil saber si lo que le preocupaba era la presencia de un funcionario egipcio o la información que éste le había traído. De todos modos, el mensaje egipcio había logrado el objetivo mínimo de preparar el terreno psicológicamente. Assad no se enfadó cuando llegó el temido momento en que le comuniqué que, al haber considerado que no valía la pena plantear las ideas israelíes, no le había traído ningún plan. En lugar de someter una propuesta que sería inútil como para que sirviera de base a una discusión, le recomendé que el proceso comenzara mediante el envío de un negociador israelí a Washington. Luego vendría un emisario sirio, siempre y cuando él tuviera alguien de suficiente confianza para encargar la misión. En otras palabras, estaba diciendo que ningún plan sería mejor que el plan israelí.

Assad balbuceó algo acerca de la irracionalidad israelí secundada por el apoyo norteamericano. Lucharía por el territorio sirio, si era necesario, solo. Pero una vez que hubo pronunciado la extensa arenga (sin emocionarse: era sólo un convencionalismo) aceptó mi propuesta. Tal vez se haya sentido aliviado al no haber tenido que tomar una posición inmediata según el plan israelí. Esto le evitaría tener que informarle a Gromyko y le daría más tiempo para componer su propia opinión.

La hora siguiente se dedicó al nuevo matiz que Assad lograba agregar a toda deliberación de rutina. La mayoría de los hombres de estado comienzan una negociación para cristalizar una solución. Assad, en cambio, buscaba una garantía para el resultado antes de emprender las tratativas. Quería ahora hacer un acuerdo lateral sobre la línea a la cual retrocederían las fuerzas israelíes. Como yo había sentido recientemente la vacilación israelí de elevar cualquier línea, hubiera sido una tontería estimular el plan de Assad. Pero éste era tan insistente como su plan irrealizable (según los riesgos internos). En un momento exclamé: *Usted es un negociador tan tenaz que nuestros nervios no podrían tolerar tenerlo de opositor permanente.*

La conversación me dio la oportunidad de aclararle a Assad que aun la línea que me había propuesto anteriormente (devolver la mitad de las Alturas del Golán) era irrealizable. Israel no correría ninguna de sus poblaciones a raíz de un mero proyecto de separación de fuerzas. Lo máximo que se lograría sería avanzar un poco más de la línea de preguerra pero sin poblaciones. Al haberse comprometido a continuar el proceso que le había planteado, quedaron establecidos los parámetros para una negociación de se-

paración de fuerzas, aunque yo sabía que aun ese cambio requeriría el planteo de tratativas delicadas.

Sólo quedaba organizar la presentación pública. Assad quería que se dijera que yo, no él, había rechazado las "ideas" de Israel, un punto favorable a ambos internamente. Acordamos el siguiente informe para la prensa:

A. El Secretario trajo las ideas israelíes a Damasco para discutir las con el presidente Assad. Siria no aceptó esas ideas y propuso otras. Las deliberaciones continuarían en Washington.

B. Israel ha acordado enviar un alto representante a Washington dentro de las próximas dos semanas aproximadamente para continuar allí las negociaciones. Luego, Siria enviará altos representantes a Washington si es necesario continuar las tratativas con el Secretario.

C. Tenemos esperanzas en el proceso que hemos emprendido y realizaremos todos los esfuerzos que sean necesarios para obtener un resultado exitoso.

Habíamos logrado nuestro objetivo inmediato. Comenzarían las negociaciones entre Siria e Israel según un procedimiento que controlábamos y que no continuaría si no se levantaba el embargo de petróleo. Siria aprobó la pública expresión de "esperanza" acerca del porvenir. Informó a Jerusalén y a El Cairo; me encargaría de dar personalmente el informe a Riyadh y Amman.

RIYADH

El sábado 2 de marzo, Riyadh se veía mucho más tranquilo de lo que había estado durante mis dos visitas anteriores. Yo había decidido mantener la postura de que seguramente el embargo de petróleo se levantaría durante la próxima reunión de ministros del petróleo; por lo tanto, no sería necesario entrar en largas discusiones. Tampoco se discutiría demasiado la retirada de los Altos del Golán. El proceder aceptado en Damasco no sería desafiado en Riyadh; la oposición a una decisión de paz tomada por uno de los estados árabes radicales se oponía totalmente a la política saudita.

En lo que a nosotros correspondía habíamos decidido institucionalizar el diálogo saudita-norteamericano y desviarlo del embargo para que se encaminara hacia objetivos positivos. (Tampoco queríamos vernos aislados del diálogo euro-árabe.) Durante varios meses, yo le había encomendado a ciertas agrupaciones de trabajo la responsabilidad de determinar formas de cooperación que brindaran al Reino un interés tangible en el bienestar de los Estados Unidos y beneficios concretos por medio de esa asociación siempre y cuando se levantara el embargo. Esto reduciría la voluntad saudita de tomar nuevas medidas perjudiciales para nuestra economía. El embajador Akins y un grupo de funcionarios de Estado, la Tesorería y el Consejo Nacional de Seguridad habían esbozado programas de asistencia técnica y desarrollo económico; el Departamento de Defensa tenía muchas ideas anteriores acerca de la cooperación saudita-norteamericana. Yo pensaba que la mejor forma de coordinar todos estos temas era crear comisiones conjuntas saudita-norteamericanas para que se ocuparan de las distintas áreas; éstas serían focos permanentes para la deliberación aún si no se presentaran necesidades inmediatas.

Tuve tres reuniones en el transcurso de tres horas. Primero, le informe a Omar Sakkaf acerca del estado de las negociaciones para la separación de fuerzas. Como ya lo había previsto, el deseo principal de Arabia Saudita era que se visualizara algún proceder que fuese aceptable para Siria. Como todos los otros líderes árabes, Sakkaf se había enterado del rechazo de Assad por la línea del 6 de octubre. Sin embargo, su sabiduría lo instaba a soslayar el problema hasta que comenzaran las negociaciones. Le dije que hablaría con el

príncipe Fahd y con el rey acerca de las relaciones saudita-norteamericanas a largo plazo, y no acerca del petróleo y la separación de fuerzas. Sakkaf se mostró conforme, me dijo que al rey le gustaba tratar dichos temas y que a los sauditas les interesaban sobre todo las relaciones económicas. Agregué que proseguiríamos sustancialmente con dicho tema una vez que se levantara el embargo.

Cuando llegué al palacio del príncipe Fahd, la segunda figura del Reino, ya se había enterado de mi conversación con Sakkaf. Su reacción justificaba nuestra estrategia, que tenía entre otros objetivos demostrarle a Europa que los Estados Unidos eran capaces de ganar cualquier competencia en acercamientos bilaterales hacia los árabes si se rechazaba la vía más conveniente de solidaridad de consumo. El príncipe Fahd me comunicó que la relación bilateral con los Estados Unidos constituía una prioridad fundamental para los sauditas. Muchos países europeos habían presentado proyectos a largo plazo, agregó Fahd, pero estas ofertas se habían rechazado porque el Reino deseaba una estrecha relación con los Estados Unidos. Esbocé los diversos programas conjuntos que estábamos considerando. También nos hallábamos dispuestos a coordinar nuestra política con el Reino de la península árabe para mitigar la creciente preocupación saudita de encontrarse estrujados mediante un radical movimiento de pinza entre Irak al norte y Yemen del Sur por el sur. Le dije que considerábamos a los enemigos de Arabia Saudita como nuestros propios enemigos. Agregué algo sobre el embargo solamente cuando la reunión estaba llegando a su fin. Era una mancha en nuestras relaciones; otro retraso en la suspensión del embargo produciría una grave crisis de confianza. Fahd consideraba que el rey tenía interés en "bombear nuevamente" el petróleo, un indicio de que junto con el embargo se aliviarían hasta los cortes de producción más perjudiciales.

El rey mismo era demasiado astuto como para tomar un compromiso explícito. Me saludó con amabilidad, se asomó con benevolencia a través de su fez cuando yo me senté a su lado y rezaba por el éxito de mi misión. No se le hacía un favor al Reino pidiéndole que diera una opinión formal acerca de temas contenciosos. Informé al rey, no le pedí que se comprometiera. Una y otra vez descubrí que sus manifestaciones de amistad tenían un contenido concreto, que se materializaban en indicios de apoyo a nuestra diplomacia; el más importante era la influencia que ejercerían sobre Siria para proseguir con el proceso de separación de fuerzas.

Dedicamos la mayor parte de nuestra conversación a su convencional discurso sobre los males del comunismo y el sionismo, separados y bien juntos. Faisal no consideraba que la enemistad demostrada por Moscú al Estado judío fuera tan significativa como el hecho de que muchos líderes de Israel habían nacido en Rusia y que los rusos permitían que más judíos emigraran a Israel. Pero esa historia extraña, como una nube de tierra en el desierto, sirvió maravillosamente para paliar todas las líneas divisorias. Si se los comparaba con ese conflicto épico entre el bien y el mal, ¿qué importaban los asuntos cotidianos? Y cuando hubo pasado la nube, lo que quedaba era la bendición de Faisal para que lográramos la separación de fuerzas sirio-israelí. Sin hacerlo abiertamente, la afirmación del rey que rezaría por nuestro éxito no daba lugar a dudas de que contábamos con el apoyo saudita. Para precipitar el próximo fin del embargo, el rey dio órdenes a sus ministros de que se reunieran con nosotros para tratar el tema de cooperación tecnológica, económica y militar. El rey no se hubiera imaginado que podría forjar lazos tan estrechos mientras manejaba el arma del petróleo. Seguramente se sorprendió ante mi torpeza cuando mencioné el tema del petróleo en sí hacia el fin de nuestras conversaciones. Faisal se limitó cautelosamente a decir que haría todo lo posible para que se levantara el embargo. Tal vez era todo lo que podía decir si la decisión reflejaba el consenso árabe. Pero creí que sus claras ansias de cooperación técnica y económica saudita-norteamericana demostraban que la suspensión del embargo no era tan unilateral.

Omar Sakkaf, que sospechaba que yo tal vez no había comprendido nunca la comple-

alidad saudita, intentó tranquilizarme cuando nos dirigíamos al aeropuerto. Dijo que se desprendía de la conversación que el rey levantaría el embargo. Faisal se había esforzado para evitar opinar algo semejante. *El motivo* —señaló Sakkaf ante semejante torpeza— *era que usted no se lo revelara a la prensa en el aeropuerto. Es que no podemos dejar que se anuncie la decisión en Arabia Saudita.* Mi supuesta discreción obsesiva no había alcanzado el legendario nivel que gozaba en los Estados Unidos. De todos modos, el pronóstico de Sakkaf se materializó a las dos semanas.

LA OPCION JORDANA

Se había hecho habitual en estos viajes que Jordania fuera el último punto. Esto se debía en parte a que constituía en ese momento el lugar más amistoso, un sitio ideal para relajarse ante la complicación de tantas crisis. Pero me temo que había otro motivo. Jordania era también, por el momento, el país menos involucrado en nuestras presiones diplomáticas. En el fondo resultó una visita triste, la oportunidad para provocar un sentimiento de culpa más persistente porque en el fondo era insoluble. A corto plazo todos, hasta el valiente rey de Jordania, coincidían en que la retirada siria tenía prioridad. Era necesario para darle a Sadat una base radical, aunque temporaria. Jordania prefería seguir a Siria y no precederla, para evitar que se repitiera la enemistad sirio-jordana de 1970.

La crisis jordana constituía una clásica demostración de que el análisis correcto no daba siempre lugar a una política similar. Aunque corro el riesgo de falta de humildad, debo admitir que comprendía con exactitud la dinámica de la situación. Le advertí varias veces a Israel que tenía la opción de hacer un arreglo con Hussein o con Arafat; tendría que ser uno o el otro. Por ejemplo, le dije a un grupo de líderes norteamericanos judíos antes del viaje del 8 de febrero:

Predigo que si los israelíes no llegan a algún tipo de acuerdo con Hussein en la *margen occidental* (Cisjordania) dentro de seis meses, Arafat será reconocido internacionalmente y el mundo resultará un caos. . . Si yo fuera asesor del gobierno israelí, le diría: *Por favor, hagan algo con Hussein mientras éste siga participando.*

Le manifesté lo mismo al embajador Dinitz el 8 de febrero: si Israel no negociaba algún arreglo con Hussein, *dentro de un año, Arafat sería el portavoz de la margen izquierda.*

Pero en esta etapa la política interna israelí acogería aún menos que antes cualquier deliberación acerca de los asuntos de la *margen occidental*. Al mismo tiempo aún se estaba formando un gobierno de coalición, para lo cual todavía se necesitaba la sociedad del Partido Religioso Nacional. El 1º de marzo, cuando partía hacia Damasco, Riyadh, y Amman, Golda y sus colegas me habían rogado que no mencionara públicamente que alguna vez se había discutido la *margen occidental*.

Mi visita de una noche a Amman el 2 y 3 de marzo tuvo así un aire de melancolía a pesar de la aparente amistad y cordialidad. Las reuniones con el rey Hussein, el príncipe de la corona Hassan y el príncipe ministro Zaid Rifal llevarían en estas circunstancias a un sustancial acuerdo de conceptos y a la frustración compartida de lo planeado, más aún, debido a que Israel había rechazado recientemente el modesto plan de retirada jordano que me habían dado inmediatamente después de la desocupación del Sinaí (ver Capítulo XVIII).

Lo insté a Hussein a que llevara este asunto nuevamente una vez formado el nuevo gobierno de Israel. Hussein había escuchado rumores de que los Estados Unidos acogerían un Estado palestino o aceptarían la formación de un gobierno de la OLP en el exilio, como lo recomendaban otros Estados árabes. Rechacé estos proyectos enérgicamente.

(No dudaba, aunque no lo dije, que estas opiniones habían sido bastante generalizadas en los niveles de trabajo del Departamento de Estado.) Señalé:

Su Majestad dispone de todo nuestro apoyo. Cualesquiera sean los rumores que le lleguen no tienen fundamento a menos que los confirmemos nosotros. Si contamos con un mensaje para transmitirle, se lo daremos directamente, sin necesidad de rumores u otros medios. No habrá trato con la OLP a sus espaldas. En realidad no contemplamos ninguna solución aceptable a menos que Su Majestad sea el portavoz de la *margen izquierda*. Esta es nuestra política.

Pero no alcanzarían las promesas para eliminar el dilema básico de Hussein. Lo resumió como la opción de continuar *ejerciendo la total responsabilidad de asegurar la retirada israelí de la margen occidental* o bien informarle a sus hermanos árabes que *no logramos encontrar una solución de acuerdo con esa tendencia* y que tendrían que consultar a los palestinos para que intenten otro sistema. No nos quedaba otra opción salvo darle a Siria la prioridad. La estructura interna de Israel hacía imposible discutir más de un tema a la vez. Todos —incluso Hussein— acordamos que necesitábamos la retirada siria para encaminarnos hacia la paz.

Mi viaje al Medio Oriente, el más tranquilo de mi gestión, terminó con una ocasión majestuosa esa mañana ya que se invitó a la familia real y a mi equipo a presenciar la marcha de las bandas jordanas presentando las ceremonias de "batir la retirada".

Según creíamos habíamos progresado bastante durante este viaje, logrando aún más de lo propuesto. Las negociaciones sirio-libanesas estaba encaminadas. El embargo de petróleo se hallaba casi levantado, Sakkaf se lo confirmó a Akins unos días más tarde. Y creíamos que la puerta de una negociación jordano-israelí para establecer la *margen occidental* y lo que llamaban el problema palestino aún no estaba cerrada.

El 18 de marzo, los ministros árabes del petróleo levantaron incondicionalmente el embargo petrolero, sujeto a una reunión revisora el 1º de junio (que no tomó ninguna determinación). Arabia Saudita anunció que estaba incrementando su producción de petróleo en un millón de barriles por día ayudando así a estabilizar los precios (y hasta a reducirlos en términos reales en los años venideros). La agitada diplomacia del último mes había dado sus frutos. Teníamos lugar para maniobrar nuestra diplomacia en el Medio Oriente, la política energética y las relaciones aliadas.

Capítulo XXII

EL DETERIORO DE LA DETENTE: UNA ENCRUCIJADA

LA DETENTE ATACADA

Estábamos avanzando, si bien lenta y penosamente, hacia la paz en Medio Oriente. Pero no podíamos olvidar que nuestra misión fundamental era fortalecer la paz en el mundo. El pueblo norteamericano lo esperaba de sus dirigentes; la era nuclear lo imponía como una necesidad práctica y moral. El trauma de Vietnam había enseñado una lección funesta: la fe del pueblo norteamericano en la dedicación a la paz de sus dirigentes constituía algo precioso, sin lo cual ninguna política exterior podía sustentarse. De la misma manera, la confianza de nuestros aliados en el sentido de que la paz era el objetivo de nuestra política exterior, resultaba el requisito previo de la cohesión de nuestras alianzas. Podíamos resistir mejor las políticas agresivas desde una plataforma de paz; y los hombres y mujeres de buena voluntad y decencia se reclutarían sólo para apoyar una política de aspiraciones positivas.

Pero la responsabilidad de los dirigentes no consiste simplemente en afirmar un objetivo. Por sobre todo, debe dotar a éste de un significado compatible con los valores de su sociedad. Si la paz es equiparada simplemente a la ausencia de guerra, si el ansia de paz no se asocia con un sentido de justicia, puede transformarse en un pacifismo abyecto que convierta al mundo en despiadado. Construir la paz sobre limitaciones recíprocas; cubrir nuestro concepto de orden con el compromiso de nuestro país a la libertad; luchar por la paz sin abdicar, y por el orden sin confrontaciones innecesarias: allí residía la prueba fundamental del estadista norteamericano.

La disciplina y el sentido de la proporción necesario para tal proceder cayó presa de las pasiones de la era de Watergate. De manera inesperada, la búsqueda de la paz regional resultó ser más fácil que su corolario global. La paz regional, especialmente en el Medio Oriente, surge a menudo de la resolución de las crisis. Y contra mis expectativas originales, de todos los aspectos de la política exterior, el que menos afectó el manejo de la crisis, fue precisamente Watergate. Hasta el día en que abandonó la magistratura, Nixon mantuvo la reputación internacional por su disposición para arriesgar el poder y el prestigio norteamericanos rápida y despiadadamente. Los adversarios no se atrevían a comprobar, bajo la presión de los breves plazos de las crisis, hasta qué punto su autoridad estaba deteriorada. Ningún país nos desafió frontalmente hasta que los soviéticos dieron a conocer nuestro alerta al final de la guerra de Medio Oriente, cuando uno de sus clientes se encontraba en un aprieto desesperado. Y aun entonces los soviéticos se apaciguaron ni bien mostramos los dientes. De ese modo pudimos utilizar la crisis para regular los acontecimientos y revertir las alianzas en Medio Oriente, desafiando las presiones de nuestros aliados, las preferencias de los soviéticos, y la retórica de los radicales árabes.

Pero en la sinuosa política de las relaciones Oriente-Occidente, fuimos menos afortu-

nados. Aun cuando en Medio Oriente íbamos de éxito en éxito, la estructura de nuestra política Oriente-Occidente resultaba sistemáticamente desmantelada. Eramos como un acróbata en la cuerda floja que, habiendo llegado hasta el medio, ve que le quitan la red de seguridad y le añaden nuevos pesos al balancín. Los observadores imaginan que, dado que ha llegado a este punto, su tarea no puede haber sido tan difícil y puede hasta aumentar su complejidad sin riesgos, por lo que se sienten tentados de gritar desde abajo que había mejores maneras de llegar allí, en primer lugar.

A la luz de la experiencia histórica norteamericana, las relaciones con la Unión Soviética fueron un desafío difícil en la mejor de las circunstancias. La percepción norteamericana de los asuntos internacionales ha sido tradicionalmente maniquea: las relaciones entre los estados, o son pacíficas o son belicosas. No existe una cómoda posición intermedia. Los períodos de paz requieren buena voluntad, negociación, arbitraje, o cualquier otro método tendiente a igualar a las relaciones entre las naciones con los vínculos humanos. Durante la guerra, la actitud debe ser de constante hostilidad. El conflicto es percibido como "no natural"; es provocado por hombres o causas nocivas, y por lo tanto sólo puede concluir con la extirpación de los ofensores.

Tradicionalmente, los norteamericanos han considerado la política extranjera menos como una trama sin costura que como una serie de hechos episódicos o de discretos problemas autónomos, a los que se podía manejar mediante la aplicación de sentido común y el compromiso de los recursos. La imagen ha sido la de un mundo esencialmente benigno cuya armonía se interrumpió en ocasiones por crisis que eran aberraciones de la norma. Esta creencia derivó en parte de nuestra lejanía geográfica del centro de los asuntos mundiales, que nos permitía trasladar a otros países la pesada carga de mantener el equilibrio global de poder. De este modo hubiera resultado imposible sostener la percepción en toda circunstancia cuando el crecimiento del poder soviético pusiera fin a nuestra invulnerabilidad y nos obligara a abandonar el aislamiento. Pero lo que podría haber sido una lenta evolución filosófica se convirtió en un trauma debido a las características especiales del período de posguerra.

La Unión Soviética constituye una tiranía y un adversario ideológico, y de este modo verifica nuestra imagen tradicional de conflicto inconciliable entre el bien y el mal. Pero la hostilidad ideológica soviética se traduce en una rivalidad geopolítica a la manera de una gran potencia tradicional, que busca beneficios que pueden ser individualmente marginales pero cuya acumulación trastocará el equilibrio global. Emocionalmente comprometidos a enfrentar un desafío moral absoluto en una confrontación apocalíptica, corremos así el riesgo de hacer tropezar vis-a-vis los intentos soviéticos más ambiguos de sacar tajada del equilibrio de poder. Al mismo tiempo, el mundo de la posguerra era nuclear; los hombres de Estado ya no arriesgaban sus ejércitos sino sus sociedades y a la humanidad toda. Por lo tanto, nuestro adversario se convirtió, en cierto sentido, en un socio en cuanto a la misión de evitar la guerra nuclear: un imperativo moral, político y estratégico.

Ninguna sociedad ha enfrentado jamás una tarea tan múltiple; pocos podrían haber estado menos preparados para ella. La única clase de equilibrio para el que la historia y la experiencia nos habían preparado —un asalto militar total según el modelo hitleriano— constituía la contingencia menos probable en una era de conflictos de poder, subversión guerrillera y lucha política e ideológica. Los desafíos modernos resultaban ambiguos de acuerdo con nuestras expectativas, se los enfrentaba con vacilaciones, y —desde Corea, pasando por Vietnam y Angola—, causaban una profunda división en el seno de nuestra sociedad. Y la propuesta de que, hasta cierto punto, teníamos que colaborar con nuestro adversario mientras lo resistíamos, lograba consenso sólo con grandes dificultades; y el sesgo emocional correspondía a las realidades más simples de una era anterior. Los liberales objetaban la premisa del conflicto inconciliable y las necesidades de la

defensa; los conservadores no podían aceptar que una relación entre adversarios en la era nuclear pudiera contener elementos de cooperación. Ambos se rebelaban contra el concepto de gestiones permanentes para mantener el equilibrio global.

Por lo tanto, la tarea más importante de la segunda administración de Nixon fue psicológica: educar al público norteamericano en la complejidad del mundo con el que íbamos a tener que habérnoslas. Los Estados Unidos, como líder de las democracias, tenían la responsabilidad de defender la seguridad global aun contra ataques marginales y aparentemente ambiguos. Íbamos a tener que hacer esto mientras explorábamos simultáneamente los límites de la coexistencia con una ideología moralmente repugnante. Íbamos a tener que aprender que no habría respuestas finales. Yo estaba convencido entonces —y aún lo estoy— de que no podemos hallar nuestras metas ni en un accionar apocalíptico ni en una reconciliación final. Por el contrario, debemos promover la fortaleza para hacer frente al desafío soviético durante un periodo histórico, a veces mediante la resistencia, a veces por medio de la negociación. Inevitablemente, esto significa que en cualquier momento del tiempo el proceso estará incompleto y las soluciones serán imperfectas, y por lo tanto vulnerables al ataque interno.

El gobierno de Nixon luchó para terminar con la tradicional oscilación norteamericana entre el exceso de compromiso y el aislacionismo, entre la cruzada y el escapismo. Buscábamos fundar la política norteamericana en un sentido realista de interés nacional y en los requisitos de un equilibrio de poder; el idealismo norteamericano proporcionaría el poder en ejercicio requerido para una lucha a largo plazo que no tenía ningún punto decisivo claramente definible. Semejante política podía finalmente llevarse a cabo sólo con la confianza pública y un sentido de la proporción compartido. Nunca fueron tan necesarias —y tan elusivas— estas cualidades, que cuando una proporción tan grande de las energías de la nación se consumían en nuestro purgatorio de Watergate.

Los historiadores discutirán siempre si Nixon hubiera logrado su meta sin Watergate. Muchos hombres y mujeres serios que respeto consideran que nuestro enfoque es incompatible con la psiquis norteamericana, del mismo modo que yo considero que su alternativa de una cruzada a ultranza es incompatible con las realidades contemporáneas (*). Obviamente, nosotros creíamos que nos habíamos fijado un objetivo asequible; ninguna otra convicción nos hubiera sostenido a través de la agitación del periodo. Nos sentíamos profundamente conscientes del conflicto ideológico y geopolítico; después de todo, habíamos persistido en Vietnam en un compromiso contraído por nuestros predecesores pasando por encima de la más amarga oposición doméstica desde la guerra civil, precisamente para mantener la fe de los pueblos libres en nuestra credibilidad. Pero también reconocimos nuestras responsabilidades en cuanto a la supervivencia de la humanidad. Y nunca pudimos olvidar la angustia por la que había pasado nuestra sociedad a lo largo de una década. Buscábamos una confrontación ineludible; manejábamos con economía la fe del público duramente obtenida por nuestra dedicación a la paz, considerándola crucial para cualquiera de las dos posibilidades: que, pese a nuestros mejores esfuerzos, el expansionismo soviético nos empujara a una confrontación, o que en algún momento lo que ambas partes habían empezado por razones tácticas, se convirtiera en una genuina coexistencia.

De este modo, *la détente* se construyó sobre dos pilares gemelos de resistencia al expansionismo soviético, y una voluntad de negociar sobre problemas concretos, sobre la base del concepto de la disuasión y la disposición para explorar los principios de la coexistencia. En Jordania y Cienfuegos en 1970; en la guerra entre India y Paquistán de 1971; más recientemente, en el alerta hacia fines de la guerra de octubre de 1973, la administración Nixon se opuso vigorosamente a los desafíos geopolíticos perpetrados por

(*) Ver Capítulo VII, pág. 205.

la Unión Soviética y sus aliados. Luchábamos a favor de una fuerte política de defensa, contra la encarnizada oposición del Congreso. Simultáneamente, y empezando con el acuerdo de Berlín de 1971, también exploramos las perspectivas de la negociación. Ya en la conferencia cumbre de Moscú, en 1972, nuestra estrategia aparecía claramente visible; a comienzos de la primavera de 1973, se había logrado un cierto número de acuerdos sobre el control armamentista y la cooperación técnica, y había otros en el horizonte. Ninguno de ellos nos inducía a imaginar que las tensiones con nuestro adversario habían cesado; aquellos que los convirtieron en la prueba de nuestra política, interpretaron mal su finalidad o tergiversaron su propósito. No aflojamos ni en nuestra determinación de mantener el equilibrio militar ni de resistir al expansionismo soviético. Estábamos preparados para reducir los riesgos de la rivalidad y elaborar los criterios de la coexistencia. Habíamos aprendido que en una democracia, el requisito previo para una lucha prolongada efectiva es la demostración continua de la voluntad de ponerle término. Y estábamos convencidos, finalmente, de que el efecto corrosivo de un período prolongado de paz en la cohesión del sistema soviético, iba a ser mucho mayor que en el nuestro.

Un primer mandatario con el prestigio que Nixon había obtenido con los éxitos de la política exterior de su primer período de gobierno podía haber llevado a cabo este esfuerzo pedagógico. Las realidades de la era nuclear y los imperativos de una rivalidad prolongada podían haber sido presentados en un diálogo público paciente, serio y abierto, tal como sucedió con el aislacionismo norteamericano como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Pero las amargas divisiones de Vietnam y las desagradables sospechas de Watergate produjeron un clima muy poco apropiado para una discusión cuidadosa.

Como resultado, los conservadores que odiaban a los comunistas y los liberales que odiaban a Nixon se unieron en una rara convergencia, como en un eclipse solar. Los conservadores se sentían molestos por el número de acuerdos firmados con un adversario declarado. No creían que los Estados Unidos pudieran permanecer vigilantes mientras se hacían aparentes "progresos" al amparo de la *détente*. Estaban convencidos de que la preparación militar norteamericana sólo podría afirmarse mediante una ideología militante. Querían una hostilidad verbal intransigente; a veces parecía que valoraban más una retórica sin concesiones que la rigidez en sustancia.

El caso liberal era más complejo. La administración Nixon quería lograr el control armamentista, el comercio Oriente-Occidente, y otras negociaciones que los liberales habían estado exigiendo durante décadas. Pero la enemistad con Nixon era demasiado profunda. Si Nixon estaba a favor de la *détente* —así parecía manejarse el pensamiento inconsciente— tal vez la guerra fría no fuera del todo mala. Al mismo tiempo, muchos liberales que habían luchado encarnizadamente contra la participación norteamericana en el extranjero —especialmente en Indochina— descubrieron durante la guerra de Medio Oriente el peligro de liberar naciones si los Estados Unidos abdicaban de su preocupación por los equilibrios regionales de poder contra países armados por los soviéticos. Como muchos conversos, propagaron sus nuevas ideas con la misma pasión y a veces la misma ausencia de discriminación con la que habían sustentado sus creencias previas y opuestas.

Y tanto liberales como conservadores se sintieron seguros en su ataque a nuestra política Oriente-Occidente en parte debido a sus éxitos aparentes. Si la guerra fría hubiera estado en plena vigencia, seguramente se hubiera culpado a Nixon y hubiera habido un gran clamor para lograr una política más conciliadora. Pero a medida que el tiempo pasaba y no parecía existir un peligro inmediato en el frente soviético, parecía seguro desafiar nuestra política, y resultaba tentador retornar al anzuelo rojo de otras épocas, especialmente en lo relacionado con los derechos humanos, que tenían la ventaja de cargar a Nixon con la insensibilidad moral, sin ningún riesgo militar o político.

El resultado fue el caos intelectual. Durante años, Nixon había sido vituperado como un Guerrero Frío, como alguien que prolongaba innecesariamente una guerra anticomunista en Indochina. Yo recibí mi parte en los ataques por mi insistencia en dar término a la guerra de Vietnam en términos honorables. Súbitamente, apareció un nuevo mito: que ambos habíamos sido embaucados por la Unión Soviética. Los defensores de los derechos humanos consideraron como una afrenta que la *détente* no se utilizara para cambiar la estructura doméstica soviética por medio de ultimátum legislados. Nuestros esfuerzos para lograr el control armamentista fueron denunciados, por considerar que por un lado, se estaba llegando demasiado lejos en la extraña coalición liberal-conservadora, y, por el otro, no lo bastante lejos. Los expertos en defensa doctrinaria exigieron que las negociaciones del control armamentista efectuaran lo que los programas unilaterales del Departamento de Defensa no habían procurado, y lo que el Congreso hubiera prohibido, de haber sido propuesto: una equivalencia numérica exacta de todas las categorías del poder estratégico. Los liberales dieron por sentado el aflojamiento de las tensiones mientras los conservadores lo atacaban como si, en medio de un trauma nacional, un presidente en decadencia pudiera salir airoso de una crisis con una superpotencia. Cualesquiera fueran sus desacuerdos mutuos, ambos grupos de críticos se combinaron, en los campos económico y de control armamentista, para dismantelar nuestra política mediante ataques públicos y restricciones legislativas sin tener una estrategia propia coherente para poner en su lugar.

Todo esto se hubiera visto reducido a unos tizeretazos incipientes, de no haber sido por el surgimiento de un líder formidable, capaz de unir los dos ramales de oposición, y de dirigirlos hacia asuntos concretos que se prestaban a la intervención legislativa en política exterior. El senador Henry M. Jackson del Estado de Washington era un demócrata de la línea principal, popular en el movimiento obrero debido a sus opiniones progresistas sobre la política interna; se había ganado sus laureles del lado conservador gracias a su firme apología de una defensa fuerte, y a su valeroso apoyo a dos gobiernos durante la guerra de Vietnam. Tenía la impremeditada ventaja de que el gobierno de Nixon no lo percibía como un opositor. Lo admirábamos; no podíamos creer que estuviera atacando nuestros supuestos básicos. Consideramos que los desacuerdos eran tácticos o basados en malos entendidos, y podrían eliminarse mediante las explicaciones pacientes y, en última instancia, mediante el trazado de algún tipo de negociación entre Jackson y el gobierno.

Empezamos a tomar conciencia de que el ataque era fundamental. Jackson trataba de destruir nuestra política, no de mejorarla. Estólido, reflexivo, obcecado, tal como era dable esperar de la combinación de su origen escandinavo y la teología luterana, Jackson dominaba a fondo los problemas, no con una retórica de oropel o maniobras brillantes, sino con una aplicación sin piedad y una persistencia irrenunciable. Había estudiado cuidadosamente la estrategia y la táctica soviéticas; estaba convencido de que su meta consistía en minar el mundo libre, que cualquier acuerdo era para los soviéticos sólo una maniobra táctica para provocar nuestra caída con mayor seguridad. Esta era una lectura bastante certera de las intenciones soviéticas. Diferíamos sólo en el corolario de Jackson, de que por lo tanto toda negociación era fútil, y su inferencia de que la lucha con los soviéticos tenía sólo la forma de una confrontación.

En mi opinión, teníamos que encontrar una política que resultara adecuada tanto para las circunstancias internacionales como para nuestra condición interna. Eramos gradualistas, buscábamos una política que pudiera mantenerse durante un período histórico. Jackson objetó a casi cualquier convenio que proporcionara *algún* beneficio a la Unión Soviética. Dábamos por sentado que los soviéticos no firmarían ningún acuerdo que no les prometiera *algún* beneficio; nuestra prueba era si, haciendo un balance, estábamos mejor con un acuerdo que sin él. No aceptábamos el designio derrotista de que

estábamos condenados a que nos aventajaran en las maniobras; nuestra experiencia en Medio Oriente y en otras partes nos había convencido de lo contrario.

Jackson no era hombre que aprobara las discusiones sobre convicciones firmemente sustentadas; procedía a implementar las suyas mediante una serie de vallas legislativas que paralizaron gradualmente nuestra política Oriente-Occidente. Lo secundaba uno de los *staff* más capaces y más despiadados con los que me topé en Washington. Limitaron sistemáticamente cualquier ámbito de discusión que pudiera existir entre el senador y el gobierno, haciendo las interpretaciones más difamatorias de todo el accionar gubernamental; eran maestros en la utilización capciosa de la prensa. El impacto del ataque era mucho mayor porque nos pescaba filosófica y emocionalmente desprevenidos. Ni Nixon ni yo habíamos esperado que el final de la guerra de Vietnam viera la exigencia de paz a cualquier precio reemplazada por un clamor por un sistema cuya consecuencia práctica fuera elevar la confrontación a un principio de política, en medio de nuestra mayor crisis interna en todo un siglo, y con el primer mandatario más maniatado de todo el período de posguerra.

La controversia sobre *la détente* suscitó pasiones muy profundas. Habrá percepciones diversas acerca de estos hechos, incluyendo a personas por las que siento un gran respeto y que en otras cuestiones eran, más que adversarios, aliados. Esa era parte de la tragedia. No obstante, debo tratar de explicar cómo se nos aparecía el conflicto a aquellos de nosotros que éramos responsables de la política en una época turbulenta. Súbitamente nos encontramos en medio de ataques difíciles de combatir porque el simbolismo dominaba la sustancia y las objeciones específicas eran sustitutos de un desacuerdo filosófico.

LA ENMIENDA JACKSON-VANIK

Uno de los blancos de la campaña contra *la détente* fue el comercio Oriente-Occidente; el disparador, la cuestión de la emigración judía desde la Unión Soviética.

Constituyó un extraño vuelco de los acontecimientos. Como lo señalé en el Capítulo VII, cuando Nixon asumió la magistratura fue invitado mediante presiones insistentes a incrementar el comercio Oriente-Occidente, otorgando a la Unión Soviética el *status* de *Nación Más Favorecida* (MFN) (aun cuando la invasión soviética a Checoslovaquia tenía menos de seis meses de antigüedad). Resistimos, sobre la base de que la Unión Soviética debía demostrar primero su compromiso con una conducta internacional moderada, y la voluntad de ayudar a la resolución de problemas concretos, incluyendo Vietnam y Berlín.

Esa actitud, apodada "vinculación", fue desacreditada como un vestigio inaceptable de la guerra fría, como un plan descarriado que iba a generalizar todos los conflictos y malgastar las oportunidades para un acuerdo sobre problemas específicos. Nos mantuvimos firmes en nuestra posición. Cuando los soviéticos redujeron las presiones en áreas de intereses vitales, como Berlín, Medio Oriente, o SALT, y se mantuvieron al margen mientras nosotros presionábamos a Hanoi, proseguimos en 1972 con un acuerdo comercial cuyos términos incluían el acuerdo de las deudas de época de guerra Lend-Lease, a cambio que otorgáramos el *status* de MFN a la Unión Soviética. Ni los términos del acuerdo ni su contexto fueron discutidos en ese momento.

No creíamos —como se alegó más tarde— que el comercio por sí mismo pudiera moderar la conducta soviética. Nuestra confianza básica se sustentaba en la resistencia a las aventuras soviéticas y en mantener el equilibrio global de poder; los incentivos económicos no podrían sustituir al equilibrio. Creíamos, sin embargo, que la limitación soviética tendría bases más sólidas si se la reforzaba mediante alicientes positivos, incluyendo el comercio Oriente-Occidente. Como ya lo expliqué, el *status* de MFN es un rótulo inadecuado; otorga a quien lo recibe sólo lo que más de otras cien naciones ya han

logrado. Este *status* de igualdad, más que una dádiva económica, era el motivo principal del interés soviético en él.

De pronto, durante el segundo período presidencial de Nixon, los detractores previos de la "vinculación" adoptaron la teoría con creces. Pero fueron más allá que nosotros. Nosotros la aplicamos a la conducta internacional, a la cual las naciones se han consagrado histórica y legalmente; nuestros críticos trataron de usar la vinculación para provocar cambios en el sistema interno soviético, un área mucho más problemática y sensible. Ni el senador Jackson ni otros dirigentes de la campaña a favor de la emigración de los judíos soviéticos había expresado ninguna opinión crítica sobre el tema durante el primer período presidencial de Nixon. Nuestros esfuerzos diplomáticos habían logrado un incremento que casi centuplicaba la cifra de judíos a los que se les permitía abandonar la Unión Soviética: de 400 por año en 1968, hasta casi 35.000 en 1973. Estábamos convencidos de que debíamos ese logro a la diplomacia callada; nunca lo publicitamos ni presentamos exigencias formales; nuestros acercamientos se restringían invariablemente al canal presidencial confidencial. Aun al calor de la campaña electoral de 1972, Nixon se abstuvo de atribuirse méritos, prefiriendo en cambio la continuación de su política para lograr un triunfo electoral. De modo similar, cuando Alexander Solzenitzin expresó que temía por su vida, yo llevé una y otra vez el asunto al canal presidencial junto con Dobrynin, prometiendo que si se le permitía salir de la Unión Soviética nosotros no íbamos a explotar políticamente su presencia en Occidente.

Ya he escrito en el Capítulo VII cómo el senador Jackson aprovechó la cuestión de la emigración judía en 1972, esgrimiendo nuestro compromiso de MFN para la Unión Soviética a cambio de la abolición de un impuesto recientemente creado para los emigrantes. Inicialmente, vimos méritos en sus esfuerzos, que en realidad resultaron altamente exitosos. En abril de 1973 los soviéticos acordaron la suspensión del impuesto; pensamos que el camino estaba ahora expedito para implementar el programa acordado. Desgraciadamente, su éxito confirmó que la apreciación de Jackson acerca de la táctica soviética era correcta. Lo vio como prueba de su tesis de que los soviéticos, en última instancia, siempre cederían a las presiones. Después que los soviéticos abandonaron efectivamente el impuesto a la emigración, elevó sus exigencias, buscando convertir un éxito táctico en el reverso de una política nacional establecida. Siguió insistiendo en su enmienda, que obstaculizaba el *status* de MFN a cualquier país (comunista) que restringiera la emigración. (Su texto figura en las Notas del final) (1).

Estábamos convencidos de que Jackson estaba actuando como un hombre que, habiendo ganado una vez a la ruleta, organiza su presupuesto anual anticipando una recuperación. Inevitablemente, su enfoque hubiera fracasado, tarde o temprano. Una cosa era que la Unión Soviética cediera con respecto a un solo acto administrativo, y otra, permitir que una nación extranjera impusiera políticas en cuestiones que el derecho internacional ha situado claramente en la jurisdicción nacional de un Estado soberano, y, para compensar el daño, hacerlo públicamente. La política soviética acerca de la emigración dependería claramente del estado general de las relaciones norteamericano-soviéticas. Si Jackson lograba deteriorar la relación, era casi seguro que iba a reducir más que incrementar la emigración. (La enmienda Jackson-Vanik hizo, en efecto, exactamente eso). Y de pronto, presentar una nueva serie de condiciones después que se ha acordado un nuevo arreglo (condiciones que no han sido nunca parte ni de nuestra diplomacia ni de nuestro debate interno) parecía entrañar serios cuestionamientos acerca de nuestra confiabilidad como participantes en una negociación. El 25 de junio de 1973 expresé en una conferencia de prensa:

Arrojaría serias dudas de nuestra habilidad para consumir nuestra parte de mutua comprensión y acuerdos, si en cada caso esa parte de un entendimiento que

se lleva a cabo más tarde por uno u otro lado se convierte en sujeto de condiciones adicionales que no formaban parte de la negociación original.

Pero no creímos que Jackson fuera a conducir las cosas a semejante extremo. Lo respetábamos y admirábamos su integridad. Pensábamos que era posible llegar a un acuerdo con él en términos que podían extender nuestra definición de lo que era posible sin destruir las premisas de nuestra política.

De manera que esperamos a Jackson, convencidos de que después de haber obtenido un saldo a su favor con el electorado judío, aceptaría eventualmente un compromiso. Les dije en sucesivas oportunidades a los dirigentes judíos que íbamos a cooperar, otorgándole a Jackson el mayor reconocimiento si lograba facilitar más aún las prácticas de la emigración soviética: yo estaba preparado para garantizar que, si se mantenía dentro de sus límites, sus presiones podían resultar útiles. Demasiado tarde advertimos que toda la cruzada de Jackson dependía de demostrar que todo nuestro sentido de lo que era asequible estaba agrietado; no quería un compromiso, por lo menos en los términos mercedores de ese nombre. Y en el verano de 1973, con las revelaciones de Watergate que fluían en una cascada ininterrumpida, no fue el momento más fácil para que el gobierno afirmara su posición contra lo que Jackson presentó como un desafío moral.

Los soviéticos complicaban nuestro problema con una serie de torpes errores; en el verano de 1973, el historiador Andrei Amalrik fue sentenciado a dos años de prisión. El distinguido físico Andrei Sakharov resultó citado por la policía, que le formuló advertencias acerca de sus actividades políticas. La persecución de Solzenitzin fue incrementada. Los otros dos disidentes fueron sometidos a juicio.

Bajo el impacto de estos acontecimientos, los grupos liberales que hasta ese momento habían favorecido la *détente* y estigmatizado las opiniones de Jackson sobre Vietnam y la defensa, empezaron a apoyar su enmienda. Los norteamericanos para la Acción Democrática y la Federación de Científicos Norteamericanos salieron a la palestra. El *New York Times*, que en 1969 había argumentado que las restricciones al comercio eran rémoras derrotistas de la guerra fría (2), empezaron a revertir su proceder. La continuación de las charlas de Nixon sobre comercio en la cara de estas violaciones de los derechos humanos, se quejaba el *Times* maliciosamente el 3 de septiembre de 1973, parecía corresponderse con el tratamiento de Watergate por parte de la prensa soviética, creando una *alianza de facto entre Nixon y Brezhnev contra la disensión en el país del otro*. El 18 de septiembre, el *Times* (mientras decía que todavía apoyaba a la MFN) ponía de relieve su relación con la cuestión de los derechos humanos, fortaleciendo a los oponentes del MFN:

La dirección soviética haría bien en reconocer que la indignación moral de los Estados Unidos por el destino de los disidentes soviéticos es un hecho de consecuencias políticas. Quisiéramos que esta preocupación se expresara también abiertamente y a los más altos niveles del gobierno de los Estados Unidos. El reciente viaje a Moscú de H.W.E. el secretario [Caspar] Weinberger y la programada visita del secretario de la Tesorería George Shultz sugieren, por el contrario, que el gobierno está tan dedicado al comercio y la *détente*, que está dispuesto a dejar de lado la preocupación igualmente importante del pueblo norteamericano por los derechos humanos en todo el mundo.

Para entonces, el Congreso de los Estados Unidos había recibido una carta pública del académico Sakharov que apoyaba la enmienda Jackson (3).

Sakharov había obtenido notoriedad en Occidente en 1968, con un elocuente ensayo que instaba a la realización de intercambios económicos y científicos entre Oriente y Occidente porque podían mejorar el sistema soviético (4). El llamativo cambio de posi-

ción de Sakharov abrió las compuertas. Arthur Schlesinger, Jr. —hasta entonces otro fuerte defensor del comercio Este-Oeste— escribió en el *Wall Street Journal* del 27 de septiembre de 1973: *Confíe siempre en el hombre de la línea de fuego.*

Lamentablemente, la cuestión no era tan simple. Yo admiraba mucho el heroico viaje de Sakharov desde el *status* mimado, privilegiado, de un científico nuclear que trabajaba en tecnología militar soviética, al frío aislamiento y la persecución que el Estado soviético inflige a sus disidentes. Yo había prestado ayuda a amigos en el MIT que solicitaron permisos de salida de manera que los hijos de Sakharov pudieran estudiar en los Estados Unidos. Durante la audiencia de mi confirmación, yo había dicho, el 7 de septiembre de 1973:

Me he sentido sumamente conmovido por el académico Sakharov, que escribió, 5 ó 6 años atrás, una larga declaración acerca de su concepto de la libertad humana y del progreso que sintió se estaba produciendo en esa época en la Unión Soviética, en pos de ese objetivo. Me siento decepcionado, como miembro de la comunidad intelectual, por el hecho de que estos progresos no hayan continuado, y por cierto que las condiciones acerca de las cuales informa el académico Sakharov me llenan de desaliento.

Sin embargo, para un secretario de Estado las cuestiones morales se trasmutan en cuestiones operativas: en este caso, hasta qué punto estas condiciones podían cambiar por una evidente y abierta presión norteamericana. Coincidimos con Jackson acerca de lo deseable del mejoramiento de los derechos individuales en la Unión Soviética, así como el de los procedimientos de la emigración. Trabajamos por el logro de estos objetivos, empleando métodos que, según nuestra experiencia nos indicaba, eran los únicos efectivos. Pero la concentrada dedicación de los disidentes no reflejaba motivos egoístas; no tenían interés en mejorar las condiciones de su propia existencia. Lo que perseguían, con extraordinario coraje y fortaleza, era el cambio del carácter político y moral del sistema soviético. Las rigurosas pautas que los habían impelido a sufrir juicios y persecuciones los llenaban de rencor hacia el gradualismo propio de los métodos diplomáticos.

Y es por ello que *los hombres de la línea de fuego* no fueron los mejores testigos para planear la estrategia norteamericana. La diplomacia puede ser, para emplear los términos de Clausewitz, la continuación de la guerra por otros métodos, pero posee sus propias tácticas adecuadas. Reconoce que en las relaciones entre estados soberanos hasta los fines más nobles pueden lograrse generalmente sólo en estadios imperfectos. Se necesitan profetas para elevar las perspectivas; sin embargo, el hombre de Estado no siempre puede vivir a la altura de sus máximas. Un intento de transformar el sistema soviético —no comenzando con un proceso histórico de erosión, medios que nosotros favorecíamos, sino insistiendo en la conversión inminente— iba a encontrar la resistencia denodada del polirburó soviético.

—¿Qué son los bolcheviques sino expertos en apoderarse y conservar el poder? Provocaría una confrontación inevitable, como iba a descubrirlo más tarde el gobierno de Carter. Y si en ese momento los Estados Unidos demostraban que no estaban preparados o deseosos de seguir por la misma senda, íbamos a perder de dos maneras: en el futuro deterioro de los derechos humanos en la URSS y en el debilitamiento de la credibilidad de nuestra política extranjera.

En la reapertura del Congreso tras el receso estival, en septiembre de 1973, Jackson insertó la carta de Sakharov en el *Congresional Record*. El mismo día, el dirigente del AFL-CIO George Meany envió un telegrama al Comité de Medios y Arbitrios de la Cámara solicitando la aprobación de la enmienda Jackson.

A pesar de todo, el gobierno seguía intentando un acuerdo con Jackson. Nuestro primer

paso fue tratar de ganar tiempo a través de una maniobra parlamentaria: eliminar toda referencia a la MFN en el proyecto de comercio de manera de eliminar junto con él la enmienda Jackson. La idea era forzar a una conferencia entre el Senado, que se pensaba aprobaría la enmienda de Jackson, y la Cámara; en la conferencia lograríamos un compromiso. Se trataba de un plan inteligente elaborado por nuestros expertos en coordinación legislativa. No corría riesgo alguno. En realidad, demostraba a qué tortuosidades nos había conducido nuestra carencia de habilidad para pelear las cosas de frente. El gobierno, que quería MFN, se replegó en la absurda posición táctica de tratar de demorarlo. Mientras Jackson, que quería derrotarlo, presionó para que se votara de manera que pudiera estorbarlo con su enmienda.

No podía esperarse que el público entendiera semejantes enredos. Ningún congresal quería ser recordado como opositor a aquello que aparecía como una chance de incrementar la emigración soviética. Las agrupaciones judías, o bien apoyaban a Jackson, o no sabían cómo desvincularse de él. Los que odiaban a Nixon estaban decididos a oponerse a todo lo que el presidente apoyara. Los conservadores se sentían felices de votar contra la Unión Soviética. Watergate había privado al presidente del poder moral o político. El proyecto de ley de comercio con la enmienda Jackson-Vanik había pasado al Comité de Medios y Arbitrios el 26 de septiembre de 1973, un preludio poco auspicioso para la reunión anual del ministro soviético de Relaciones Exteriores Andrei Gromyko con Nixon, fijada para dos días después. Gromyko y Nixon hablaron vagamente de la enmienda; los soviéticos todavía creían en la afirmación de Nixon en el sentido de que, finalmente, iba a poder manejar las cosas.

La guerra de Medio Oriente y sus consecuencias impusieron un hiato en las maniobras en el Congreso, que favorecieron a las fuerzas de Jackson. Cuanto menos tiempo hubiera para tomar una decisión antes del receso del Congreso, más difícil le resultaría al gobierno reunir los votos necesarios. A Jackson no le importaba si el proyecto legislativo languidecía hasta la próxima sesión del Congreso, calculando —correctamente— que, finalmente, los que lo habían propuesto no iban a admitir una disputa sobre MFN para que la Unión Soviética fuera un obstáculo en una liberalización general del comercio.

La discusión de la enmienda Jackson pronto se extendió a otros aspectos de nuestra política exterior. Normalmente, Jackson hubiera apoyado nuestra política, que era, después de todo, una estrategia dura, a veces despiadada, para asistir a nuestro aliado Israel, y reducir al mismo tiempo la influencia soviética en el mundo árabe. (En realidad, nos apoyó durante el alerta.) Pero para prevalecer con su enmienda, él no podía dejar pasar la proposición de que *la détente* nos había permitido limitar las presiones soviéticas en Medio Oriente, resistirlas efectivamente y finalmente aventajar a Moscú. (Los chinos —escrupulosos estudiantes de política internacional— entendieron esto muy bien.) Jackson y sus seguidores tenían el incentivo de retratar al gobierno como carente de determinación. En la forma en que se planteó la cuestión, el gobierno no podía ganar, porque hasta la restricción soviética fue utilizada contra nosotros. Un benévolo dirigente judío que trataba de lograr una transacción me describió los argumentos de Jackson en abril de 1974: *Los soviéticos deben estar obteniendo algo para ser buenos chicos. ¿Qué? Sea lo que fuere, no es algo a favor de los intereses norteamericanos.* Jackson nos planteó una situación *Trampa-22*: si los soviéticos se estaban moderando, seguramente habían recibido algún tipo de compensación, que, si no era manifiesta, probablemente fuera más insidiosa porque era secreta. Si no cooperaban, había que castigarlos, negándoles lo que ya se les había otorgado. De todos modos, la enmienda proseguiría su camino, porque Jackson no estaba arriesgando nada. Confiaba en los argumentos contradictorios de que *la détente* era fraudulenta y al mismo tiempo impermeable a sus manejos. De acuerdo con un cronista de la época, Jackson instruyó a sus seguidores con el tranquilizador argu-

mento de que: *Si ustedes creen que "la détente" se va a desenredar, entonces ustedes son tontos* (5).

Mientras Jackson dirigía a sus huestes, yo me encontraba lejos, en Medio Oriente y en China. Finalmente, a comienzos de 1973, Nixon le escribió al presidente de la Cámara de Representantes, Carl Albert, sometiendo el prestigio del presidente a una clara elección: derrotar la enmienda Jackson-Vanik, o suprimir el MFN del proyecto de comercio. Pero para esa época, al presidente le quedaba muy poco prestigio. El 11 de diciembre —mientras me encontraba, una vez más, camino a Medio Oriente— la enmienda Jackson-Vanik fue aprobada en el Congreso por 319 votos contra 80. Una enmienda para suprimir el MFN fue derrotada 298 a 106.

La batalla por el proyecto de comercio se trasladó entonces al Senado, foro más difícil aún para la administración Nixon. Yo todavía buscaba un acuerdo con Jackson. El 8 de febrero de 1974, justo antes de la Conferencia de Energía de Washington, le dije a un grupo de dirigentes soviéticos que estaba deseoso de solucionar las cosas con Jackson:

KISSINGER: Yo sé que podemos resolver las cosas amigablemente y de una manera que le convenga. Si es que le interesa.

PARTICIPANTE: ¿Resultaría útil que se lo hiciera tomar conciencia de que si resuelve las cosas mediante una transacción, no se desacreditará?

KISSINGER: Más aún, que su prestigio en la comunidad judía se vería realzado. Me temo que si me acerco a él prematuramente, se va a tratar de una cuestión entre él y yo. . .

PARTICIPANTE: Jackson opina sinceramente que ha triunfado con su enmienda y su política, y está en lo cierto.

El 6 de marzo de 1974, dos días después de volver del viaje a Medio Oriente con el que había comenzado la negociación sirio-israelí, finalmente me reuní con Jackson para resolver el conflicto. Era el comienzo de un diálogo que me hizo añorar la relativa tranquilidad de Medio Oriente. Previamente, Dobrynin, a mi pedido, me había proporcionado estadísticas sobre la emigración. El año anterior los soviéticos nos habían prometido que la emigración no iba a reducirse, garantizando efectivamente un nivel de aproximadamente 35.000 salidas anuales. Esa promesa se mantuvo, pero debido a que había habido una merma del 28% durante el último trimestre de 1973 (comparado con el mismo período de 1972) los soviéticos sintieron que nos debían una explicación. Era que "los recientes acontecimientos de Medio Oriente" habían hecho que los ciudadanos soviéticos no se sintieran demasiado deseosos de emigrar allí, lo que no era ilógico en medio de una guerra.

Más significativo que la explicación en sí misma era el hecho de que los soviéticos se hubieran ofrecido a brindar una explicación de lo que, después de todo, era, legalmente hablando, un problema interno. La explicación implicaba que, de no haber sido por la guerra de Medio Oriente, hubiera habido un aumento mucho mayor de la emigración. Otro avance fue que, por primera vez, los soviéticos respondieron formalmente a apelaciones compasivas sobre "los casos de penalidades" (individuos despedidos de sus empleos, o encarcelados) tanto por parte del Congreso como de la rama ejecutiva. Yo había llevado a la atención de Dobrynin una lista de 738 penalidades; se nos dijo ahora que 268 habían recibido o estaban por recibir sus permisos de salida; 177 aparentemente no los habían solicitado; a 149 les habían negado las visas pero sus casos estaban siendo sometidos a una revisión. Informar acerca de individuos específicos a un gobierno extranjero era un caso sin precedentes para la Unión Soviética. ¿Quién había logrado esto: las presiones de Jackson o nuestra diplomacia tranquila? Casi seguramente, una combinación de ambas. Lo primero proporcionaba un incentivo, lo segundo un mecanismo para

aliviar el destino de esos presos de la conciencia. Yo me hallaba preparado para reconocer el rol de Jackson, y consideraba que estábamos empezando nuestro diálogo sobre bases firmes. Tenía mucho que aprender.

Jackson era un negociador vehemente. Muy pronto me ató a otra proposición *Trampa-22*: si los soviéticos oponían una muralla de piedra, eso demostraba que su enmienda era esencial: Si formulábamos advertencias contra los peligros de su propuesta, él prorrumplía en invectivas contra el compromiso insuficiente de la administración con la cuestión de los derechos humanos. Si los soviéticos hacían una concesión, eso demostraba que se podía subir la apuesta a voluntad. Afablemente, Jackson consideró que la nota soviética tenía poca importancia, pero insinuó que era un augurio de lo que podría lograrse si presionáramos sus tácticas.

Pronto advertí que estaba luchando contra un maestro de la guerra psicológica. Jackson y sus colaboradores trataron de que apareciera como que mi renuencia a pedir a los soviéticos que incrementaran la tasa de emigración constituía el obstáculo a la solución. El verdadero problema era mi convicción —que resultó correcta— de que había un límite más allá del cual los soviéticos no iban a permitir que se los empujara. Cuando se alcanzara ese punto, ellos iban a virar, reduciendo la emigración, y tal vez dañando los propósitos de nuestra política extranjera, especialmente en el centro de las delicadas negociaciones en Medio Oriente, donde los soviéticos tenían por lo menos cierta capacidad de complicar las cosas.

La mañana siguiente a mi primera reunión con Jackson, cumplí con un compromiso que tenía desde hacía muchas semanas, prestando testimonio ante el Comité de Finanzas del Senado, que estaba considerando el proyecto de comercio. Yo le había propuesto un compromiso a Jackson por el cual el Senado, después de conceder el MFN, podría revisar las prácticas de emigración soviéticas a intervalos aceptados —digamos, cada dos años— y de ese modo ejercer alguna influencia sobre las acciones soviéticas. Jackson lo había rechazado; sólo sería aceptable una garantía soviética por escrito en el sentido de que se incrementaría sustancialmente el número de emigrantes. Invariablemente, la exposición que preparé, redactada algunos días antes de mi reunión con Jackson, repetía mis conocidos argumentos contra la enmienda de Jackson. Más tarde, sus colaboradores caracterizaron esto como una presión. En realidad, en mi testimonio me incliné a ser conciliador y hasta evité que pudiera parecer que estaba buscando una acción perentoria:

Vacílé en presentar una propuesta de compromiso porque no quería que se convirtiera en una contienda entre una propuesta del gobierno y la de los patrocinadores de esta enmienda, porque tengo plena confianza en que todos llegaremos a coincidir.

El senador Gaylord Nelson, un demócrata de Wisconsin que no era partidario del gobierno, tomó estas palabras como una invitación a exponer su propia opinión acerca de un compromiso. Resultó estar dentro de la tónica de lo que Jackson había rechazado la noche anterior. Hasta donde yo sabía, Nelson ignoraba el hecho de que yo hubiera tenido una reunión con Jackson, y mucho menos lo que yo le había propuesto. Por otra parte, yo no podía evadir una pregunta directa: hablé con simpatía de las ideas de Nelson. Los colaboradores de Jackson (y también Jackson) se hicieron los ofendidos. Transmitieron a la prensa que yo estaba intentando una maniobra vía el Comité de Finanzas —una extraña idea, puesto que el secretario de Estado tenía el deber de dar sus honestas opiniones al comité que se ocupaba del proyecto. Para no dejarme escotilla de emergencia, el 8 de marzo Jackson publicó una declaración en la que rechazaba el compromiso. Nuestro diálogo estaba empezando a parecerse al trato entre Estados soberanos.

El 15 de marzo de 1974, con la esperanza de aliviar la tensión, me reuní con Jackson y

Abraham Ribicoff, otro senador próximo a la comunidad judía, y hombre de una decencia y honestidad ejemplares que más tarde se convirtió en un amigo muy cercano. Jackson sugirió que una garantía soviética por escrito de 100.000 visas de salida (o sea tres veces el número existente) lo llevaría a echar otro vistazo a su enmienda. Ribicoff se mostró visiblemente incómodo.

Con presiones senatoriales o no, el acceder a semejante número estaba fuera de la cuestión para los soviéticos. Por otra parte, no deseoso de aceptar una relación antagónica con Jackson, traté su cifra de 100.000 visas como un recurso para regatear, para *endurecerme, y de ninguna manera su última palabra*, como le dije al senador. No contestó nada, tal vez de lástima por mi torpeza. El siguiente hecho del que me enteré fue que la cifra había trascendido y Jackson me estaba castigando por mi revelación. Lo más probable era que quienes lo hubiera hecho fueran sus colaboradores; llevaban todas las de ganar. Obviamente, el Departamento de Estado no tenía interés en divulgar una cifra que sabíamos era irrealizable, y que al mismo tiempo fijaba a Jackson a una posición de la que le iba a resultar difícil apartarse, y que podría convencer a los soviéticos de que ninguna concesión imaginable podría poner término al *impasse*.

Para mantener las cosas en suspenso, Jackson reservó su posición para la improbable contingencia de que los soviéticos accedieran a la cifra de 100.000 visas de salida. Era un precio de admisión, dio a entender, para "considerar" la "posibilidad" de un compromiso. La negociación empezó a recordarme de mis encuentros con los norvietnamitas, cuya táctica también consistía en presentar propuestas que luego "graduaban" según criterios que nunca condescendieron a explicarme.

Las tácticas de Jackson me obligaron a exponer mi propia idea de un compromiso, totalmente consciente de que lo más probable era que resultaran rechazadas por el senador. Fue sintomático del carácter cada vez más antagónico de la relación, el hecho de que primero la expuse ante Gromyko, por considerarlo el interlocutor más accesible de los dos. Más tarde resumí el compromiso al Comité de Finanzas del Senado:

Yo intentaría obtener clarificaciones acerca de prácticas soviéticas internas de dirigentes soviéticos. Estas explicaciones podrían luego serles transmitidas [a los dirigentes soviéticos] a través de una carta respaldada por nuestro gobierno.

La teoría en la que se apoyaba la propuesta era evitar el rechazo soviético a someter sus prácticas internas a la revisión de otro país. El Kremlin podría consentir a una declaración del entendimiento del gobierno de los Estados Unidos de las prácticas domésticas soviéticas, en tanto no tuviera que confirmarlas como una obligación formal internacional que implicara el derecho norteamericano de intervención.

La oportunidad de presentar la propuesta a Gromyko fue un viaje a Moscú, del 24 al 28 de marzo de 1978. Su propósito era preparar la tercera conferencia cumbre de Nixon con Brezhnev, fijada para finales de junio. No era un momento propicio. La difícil situación de Nixon se acentuaba día a día. Los soviéticos se las estaban viendo negras en las negociaciones para lograr la separación de fuerzas siria; los obstáculos al comercio soviético-norteamericano se veían obstaculizados desde los lugares más inesperados. El 8 de marzo la Oficina General de Contaduría, una rama del Congreso, había formulado cuestionamientos acerca de si la administración había seguido los procedimientos requeridos para extender créditos a la Unión Soviética. Paralelamente, el Export-Import Bank dejó de trabajar sobre los pedidos de préstamos para la Unión Soviética entre el 11 y el 23 de marzo. Con los bramidos de Watergate, el MFN estancado, la *détente* y SALT cada vez más controvertidos, no era un momento glorioso para negociar con los líderes soviéticos. No obstante, Gromyko no rechazó la propuesta. Era opaco. Tomé esto como luz verde para seguir adelante con Jackson.

Al regresar de Moscú, a comienzos de abril, presenté el compromiso a los senadores Jackson, Ribicoff y Javits. Pero los senadores no tenían incentivos para ceder. Yo estaba allí para que se me culpara de cualquier fracaso por no lograr lo que exigían. Ribicoff —que nunca se sentía cómodo con los métodos de Jackson— observó que “nada que obtengamos complacerá al senador”. Jackson volvió a mencionar su cifra de 100.000 como un “objetivo” —una leve mejora. Javits dijo que no había señales de ningún “movimiento” soviético. Jackson, tal vez pensando que me había encomendado una tarea demasiado fácil, se apareció con un nuevo refinamiento. Las visas de salida, denunció, eran otorgadas preferentemente a judíos que vivían en las provincias y por lo tanto de un nivel cultural y educacional más bajo que el de los residentes en Moscú. Eso, en la opinión de Jackson, equivalía a una persecución; iba a ser necesario rectificar si los soviéticos querían MFN. Javits resumió el consenso general: *La idea es que el Secretario vuelva y converse un poco más*. Se me pedía que triplicara la emigración judía desde la Unión Soviética (encima del incremento centuplicado que ya habíamos logrado antes de que Jackson integrara las listas) y que especificara de qué región había que seleccionar a los emigrantes; todo a cambio de otorgar a los soviéticos el mismo tratamiento comercial de que ya gozaban más de otras cien naciones.

Resultaba exasperante ver que una política que nuestra administración había originado y cuidado hasta llevarla al triunfo se convertía en parte de una crítica lucha política, y en el preciso momento en que necesitábamos elementos de éxito a fin de realizar el esfuerzo de tranquilizar a la Unión Soviética para las negociaciones sirio-israelíes que debían comenzar. Con el aspecto de evitar que los soviéticos hostilizaran esa negociación, me reuní con Gromyko en Ginebra el 28 y 29 de abril. Para conservar la confianza de los senadores, sentí que era una cuestión de honor arremeter nuevamente con el tema de la emigración, tema que difícilmente pudiera calmar a Gromyko. Me encontré en la posición de un matador tratando de apartar un toro mediante un trabajo muy complicado con la capa, mientras, a sus espaldas, alguien agita una bandera roja con lo cual la atención del animal se concentra en el torero. Le recordé a Gromyko que tanto él como Brezhnev me habían dicho que no había barreras legales contra la emigración excepto aquellas de seguridad; que no iba a haber hostilización. ¿Por qué no podía yo expresar esa confianza, que había sido ofrecida voluntariamente por los dirigentes soviéticos? Esas seguridades, añadí, si eran implementadas con el espíritu adecuado, debían producir un incremento de la emigración. ¿Podía transmitirles a los senadores, a mi regreso, esas seguridades, junto con una cifra de 40.000 a 45.000 emigrantes (un aumento de casi el 15 al 30% sobre las cifras previas)?

La respuesta de Gromyko fue reticente pero en general positiva. Pude transmitir a los senadores los criterios para la emigración. La cifra de hasta 45.000 podía transmitirse “aproximadamente como una tendencia” pero no como un compromiso soviético, ya que los soviéticos no podían saber cuántas solicitudes podrían llegar a presentarse. La dirección soviética, afirmó Gromyko inexpresivamente, no quería ponerse en una situación en la que tuviera que reclutar ciudadanos que emigraran para cumplir con una obligación moral hacia los Estados Unidos.

Decidí forzar la suerte e introduje la cuestión de la distribución geográfica de los emigrantes. Gromyko se las arregló para mostrarse ecuánime, aunque la temperatura se tornó muy fría. Iba a consultar con Moscú, dijo heladamente. Nuestra ingenuidad para surgir con nuevas exigencias parecía inagotable.

Normalmente, un incremento de la emigración hasta alcanzar la cifra de 45.000 hubiera sido tratada como una concesión enorme. Y, para ser honestos, Jackson se había hecho acreedor a un gran reconocimiento por haber presionado las cosas hasta este punto. Pero las controversias de los meses previos habían deteriorado considerablemente las reservas de confianza mutua entre el senador y la administración. Yo no me atrevía a

cablegrafiar a Washington lo que Gromyko me había contestado por temor a que Jackson lo declarara inadecuado mientras yo estaba en medio del baile e imposibilitado de responder, y que de este modo complicara nuestros esfuerzos por la paz en Medio Oriente, que ya pendían de un hilo. Por lo tanto decidí informar a los senadores personalmente al volver, lo que esperaba hacer en unos diez días. Sin embargo, la cosa siguió durante unos enloquecedores treinta y cuatro días, durante los cuales Jackson movilizó a sus fuerzas contra cualquier compromiso.

Después de mi llegada a Washington, el 4 de junio, Dobrynin confirmó verbalmente la cifra de 45.000 y me comunicó por escrito que sólo el 1,6% de los aspirantes a dejar el país habían sido rechazados. Brindó mes tras mes, durante un período de seis meses, cifras y datos sobre la índole de las solicitudes; otro gesto sin precedentes. Ahora, era el momento para llegar a un acuerdo. Desgraciadamente, Jackson quería un tema de discusión, no una solución.

Ese tema de discusión era *la détente*. En esto, Jackson difería de Javits y Ribicoff. En mi siguiente reunión con los tres senadores, estuvieron de acuerdo en considerar un proyecto de carta con respecto a las prácticas soviéticas, tal como lo había sugerido al Comité de Finanzas. El 8 de junio Jackson hizo lo que para él era una declaración conciliadora: *No estamos pidiendo que se deje salir de la Unión Soviética a todos de inmediato.*

De pronto pareció que Jackson quería pedir precisamente eso. Lo que se otorgaba con una mano era quitado con la otra. Porque las fuerzas de Jackson habían estado organizando durante dos meses la colocación de un cerrojo *doble* al comercio Oriente-Occidente. Convinieron en que, pasara lo que pasare con MFN en el proyecto de comercio, el comercio norteamericano-soviético podía verse interrumpido desviando los créditos del Export-Import Bank.

En un gobierno grande es imposible prestar igual atención a todos los problemas simultáneamente. De ahí que un adversario hábil puede en ocasiones transformar lo que hasta el momento ha sido una decisión de rutina en una crisis importante. El 30 de junio de 1974, la autoridad del presidente para hacer uso de las facilidades del Export-Import Bank fue presentada en el Congreso para su renovación, como lo había sido bianualmente, durante décadas, sin controversias. Pero esta vez, una administración preocupada fue sorprendida por opositores que divisaron una doble oportunidad para restringir los créditos: o como un retroceso si la enmienda Jackson era derrotada, o como una palanca suplementaria contra el comercio Oriente-Occidente.

Como resultado, en nombre del control del Congreso reafirmado sobre la política exterior, los senadores Adlai Stevenson y Henry Jackson presentaron un paquete de enmiendas que fue apoyado por otros dieciocho senadores. Otorgaba al Congreso autoridad para rever cualquier préstamo del Eximbak que superara los 50 millones de dólares, y ponía un tope de 300 millones a *todos* los créditos a la Unión Soviética. Stenvenson no dejó dudas acerca del motivo: *Esta enmienda refleja las preocupaciones (de Jackson), así como una prodigiosa consagración de su tiempo y esfuerzos.*

Aunque podían transcurrir semanas antes de la acción final del Congreso, las implicancias fueron claras de inmediato. Las fuerzas de Jackson tendrían un vehículo para oponer obstáculos a todo crédito aun cuando fuera de mediano volumen, por cualquier motivo. De este modo iban a poder generar nuevas condiciones a voluntad aun cuando las seguridades soviéticas sobre la emigración llevaran a un compromiso del MFN. Y el tope prohibiría una financiación sustancial en cualquier caso. El resultado constituía un círculo vicioso: el ataque a los créditos reduciría la disposición soviética a asegurar la emigración. El fracaso en alimentar el por lo visto insaciable apetito de seguridades adicionales, proporcionaba una excelente excusa para dilatar el cumplimiento de un compromiso.

Implícito en todo este maniobrar, y contribuyendo a su éxito, estaba el temor de que

Nixon pudiera utilizar la próxima conferencia de Moscú para escapar a Watergate. Normalmente, lo inminente de una conferencia cumbre produce un cerrar filas bipartidario. En el verano de 1974, había muchas personas preocupadas porque Nixon estuviera planeando algo espectacular en Moscú para burlar a sus perseguidores. Era una interpretación errónea de Nixon, tan consciente de que su lugar en la historia dependería ahora más que nunca de logros duraderos en política exterior, no de artimañas en el terreno de las relaciones públicas. Pero si uno conocía a Nixon sólo a través de los medios y de su persona pública, la versión tenía cierta plausibilidad. Jackson y otros de la camarilla de la anti-*détente* estaban decididos a que Nixon no tuviera tantos de negociación en Moscú. A tal efecto, intentaron —con todo éxito— arrastrar las discusiones sobre “el compromiso” hasta después del viaje de regreso de Nixon, y, con suerte, hasta más allá de la fecha en que se decidiría su destino. El 24 de junio —dos días antes de que Nixon partiera para Moscú— Jackson anunció que iba a proponer condiciones nuevas y no especificadas, interrumpiendo, por lo tanto, toda negociación, e impidiendo a Nixon discutir provechosamente en Moscú el problema de la emigración. Jackson admitió que se había logrado algún avance, pero lo declaró insuficiente; en su opinión, era posible lograr más concesiones *si nos mantenemos firmes*. . . ¿Por qué hacerles concesiones y no pedirles nada a cambio? No especificó qué concesiones le habíamos estado haciendo, o por qué lo que los soviéticos habían propuesto con respecto a la emigración era “nada.” No estaba preocupado, añadió, ante la perspectiva de arriesgar la conferencia, ya que sentía que, en primer lugar, no debería llevarse a cabo.

A esta altura, los opositores a la *détente* habían logrado una parte de su objetivo. Habían convertido lo que nosotros considerábamos una válvula de seguridad en una cuestión contenciosa tanto internamente como frente a los soviéticos. Nuestra política para con los soviéticos se basaba en un equilibrio entre la zanahoria y la vara. Pero habíamos fracasado en la cuestión de MFN; parecía que no podíamos organizar los mecanismos financieros ni siquiera para el comercio existente; y todo esto pese a las concesiones soviéticas sobre la emigración judía, que hubieran sido consideradas inconcebibles unos pocos años antes. Para el verano de 1974, la zanahoria, a los fines prácticos, había dejado de existir. (*).

LOS DILEMAS DE LA DEFENSA

Tampoco se nos dio una vara mayor. La retórica de la confrontación no llevó a apoyar un esfuerzo incrementado de defensa: Los liberales podrían favorecer una acción ideológica por los derechos humanos; no veían conexión entre eso y un incremento de la preparación militar. Sin duda, durante los dos años siguientes, los presupuestos de defensa se siguieron atacando en el Congreso. Nuestros críticos estaban de este modo incitando a la crisis, y al mismo tiempo nos negaban los medios para poder manejarla con eficacia.

Algunos se refugiaron en la argumentación de que quien estaba minando nuestros esfuerzos defensivos era la *détente*. Durante el primer período presidencial de Nixon, antes de que se hubiera oído hablar de la *détente*, el Congreso cercenó 40.000 millones de dólares de nuestro presupuesto de defensa argumentando que sólo de esta manera la administración se vería obligada a ejercer una política conciliatoria. Durante el primer período, Nixon tuvo que pelear una desesperada batalla en forma continua contra las reducciones del Congreso, los ataques a las nuevas armas y un esfuerzo concertado para retirar nuestras fuerzas en el extranjero aun de Europa occidental (6). El impacto acu-

(*) El proyecto de comercio fue aprobado —con la enmienda Jackson— hacia fines de 1974. La emigración de la Unión Soviética decreció a 13.000 en 1975, más de 20.000 desde la cifra tope de 1973.

mulativo de estas estrecheces y de los cambios de la tecnología militar habían provocado, a comienzos del segundo periodo presidencial de Nixon, deficiencias inquietantes en nuestra situación militar.

Nunca creímos que la *détente* iba a aliviar nuestro presupuesto de defensa. Al contrario, poco después de la conferencia cumbre de Moscú de 1972, Nixon propuso un aumento de los gastos de defensa del orden de los 4.500 millones. Resultaba irónico, aunque no accidental, que después de tratar en vano, durante años, de anticiparnos a las críticas a los gastos militares con un presupuesto recortado, pudiéramos, después de la conclusión de los acuerdos de SALT, someter incrementos formales. Nixon, alentado por mí, eligió la opción presupuestaria más elevada presentada por el Departamento de Defensa. Nunca se había desaprobado en la Casa Blanca ningún sistema de armamentos recomendado por la Junta de Jefes de Estado Mayor y el Departamento de Defensa. Queríamos, en realidad, incrementar nuestras opciones militares, construir una fuerza creíble para hacer frente a niveles previsibles de agresión.

La objeción resultó ser la dirección de la defensa mucho más que los gastos de la defensa. Los gastos de la guerra de Vietnam habían inclinado el presupuesto de la defensa hacia consumos para operaciones militares, dejando muchas brechas en la estructura de nuestras fuerzas, y el Congreso había resistido a casi todos los programas que les habíamos recomendado para adaptarlos a nuevas realidades militares. Durante una década habíamos vivido una revolución tecnológica. Después de su humillación en la crisis cubana de los misiles en 1962, como he señalado, los soviéticos iniciaron un programa implacable para ponerse a la par nuestra en cuanto a fuerzas estratégicas. Esto estaba destinado a desafiar la base de nuestra estrategia desde 1945: la confianza en un poder nuclear estratégico superior de los Estados Unidos, para compensar la ventaja de los soviéticos en cuanto a fuerzas convencionales y la proximidad geográfica a áreas estratégicas clave, como Europa occidental y Medio Oriente. A comienzos del segundo periodo presidencial de Nixon, los soviéticos habían adquirido paridad en cuanto al número de vehículos portadores estratégicos y superioridad en cuanto a su capacidad destructora. Así, recurrir a la guerra estratégica nuclear como el principal instrumento de la defensa fue cada vez menos creíble. El precio prohibitivo de un intercambio nuclear, que ascendería a más de cien millones en unos pocos días, iba tanto a inhibir la resistencia como a desalentar la agresión. Nuestra capacidad de resistencia sería cuestionada, especialmente durante las crisis en las vitales llamadas áreas grises no protegidas por alianzas, como la de Medio Oriente. Y en las democracias, el pacifismo estaba condenado a nutrirse de las inflexibles alternativas de la guerra nuclear; rendirse o el cataclismo. *Mejor rojo que muerto* se convirtió, de parodia, en programa.

La paradoja de la fuerza militar contemporánea consiste en que un aumento importante en el elemento de poder ha desgastado la tradicional relación del poder a la política. Hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, nunca se le hubiera ocurrido a un líder que podía existir un límite superior para el poder militar útil. Dado que las opciones tecnológicas eran limitadas, la fuerza se definía en términos cuantitativos. Hoy, el problema consiste en asegurar que nuestra fuerza sea relevante a nuestros objetivos de política exterior. Bajo las condiciones presentes, al margen de cómo nosotros o nuestros adversarios mejoremos el tamaño o la cualidad de nuestros arsenales estratégicos, hay un hecho que lo sobrepasa todo: una guerra nuclear estratégica total arriesgaría la vida civilizada tal como la conocemos.

Si las democracias se hubieran concentrado en sus necesidades, hubieran sacado dos conclusiones del nuevo estado de cosas: primero, el mantener durante el mayor tiempo posible una capacidad de contraofensiva, es decir, una capacidad de amenazar a los misiles basados en tierra de la Unión Soviética —la espina dorsal de las fuerzas estratégicas soviéticas— era en su propio interés. Mientras los soviéticos tuvieran que temer un

ataque de contraofensiva en respuesta a la agresión local, su inhibición contra tales aventuras sería considerable. (*)

En segundo lugar —y contrariamente— aun los mayores esfuerzos para modernizar nuestras fuerzas estratégicas podrían sólo demorar, y no impedir para siempre, una merma en la confianza que depositáramos en ellos. Jamás se ha usado un arma nuclear en las condiciones modernas de época de guerra o contra un oponente que posea medios de respuesta. Sin duda, ninguna de las dos partes ha sometido a prueba el lanzamiento de más de unos pocos misiles simultáneamente; ninguna de las dos partes los ha disparado en una dirección norte-sur como tendrían que hacerlo en una guerra. Y sin embargo la iniciación de un ataque total dependería de la confianza sustancial de que miles de vehículos de reentrada lanzados en ataques cuidadosamente coordinados —desde tierra, mar y aire— derribarían todos sus objetivos a miles de kilómetros de distancia en una regulación de tiempo y con la exacta precisión prevista, antes de que el otro bando lanzara cualquier fuerza para anticiparse o para responder, y con tal efectividad que la respuesta no produciría un daño inaceptable. Cualquier error de cálculo o fracaso técnico significaría una catástrofe nacional.

Por estas razones, los arsenales estratégicos de los dos bandos consideran que su propósito principal es igualar y disuadir a las fuerzas del adversario, y asegurarse que otros países no perciban desigualdad alguna. Ningún presidente norteamericano ha considerado nunca, en ninguna crisis de posguerra, la posibilidad de la utilización de armas estratégicas nucleares. No hubo, en suma, ninguna tarea más urgente para la política de defensa norteamericana, que incrementar la capacidad de resistencia local. La política de defensa norteamericana ha anunciado su objetivo desde los primeros años de la década del 60, pero el necesario fortalecimiento de las fuerzas convencionales y nucleares ha sido impedido por la guerra de Vietnam y la resultante modalidad antimilitar.

En 1973, se necesitaba un presidente fuerte que gobernara durante un período completo para imponer un nuevo examen de los sistemas de doctrina y armamentos, y los gastos para una nueva estrategia. Nixon estaba en la posición correcta, pero la autoridad de la presidencia se hallaba en franca declinación. El Congreso estaba mucho más preocupado por multiplicar las restricciones al poder presidencial que por vigorizar el poder norteamericano. La oposición a la guerra de Vietnam se había trasmutado en un ataque total a la preparación militar. Se consideraba que un reforzamiento de las fuerzas estratégicas era provocativo e innecesario y se lo resistía. Un reforzamiento de las fuerzas convencionales era desacreditado como peligroso porque podría tentar aventuras extrañas. Esta exposición razonada permitió al senador por la mayoría, Mike Mansfield, derrotar dos veces la propuesta de la administración Nixon acerca del rápido despliegue de barcos logísticos (idea revivida años más tarde para proteger el Golfo Pérsico.) Los conservadores se sintieron incómodos con la línea de razonamiento de Mansfield, pero sabían que la opinión pública era hostil a los aumentos masivos de los gastos militares que un cambio verdadero en la composición de nuestras fuerzas hubiera requerido.

Después del cese del fuego en Vietnam, nos las arreglamos para aumentar el presupuesto de defensa en un 5%. Los programas eran, en su mayor parte, intentos de neutralizar el poder estratégico soviético, cada vez mayor; el bombardero estratégico B-1; el submarino y misil Trident; el misil crucero; y un misil intercontinental nuevo, más

(*) El contraargumento consiste en que se sentirían tentados a atacarnos ganándonos de mano. Mientras mantengamos la mezcla correcta entre diversas categorías de fuerzas estratégicas, el peligro puede reducirse. Tal como son las cosas, menos del 40% de nuestros proyectiles lo constituyen misiles con base en tierra, mientras que más del 85% de los de los soviéticos está constituido por ese tipo de misiles, lo cual resulta una ventaja a nuestro favor. Si los soviéticos pueden atacar o presionar a los vecinos sólo atacando simultáneamente a los Estados Unidos, la disuasión se va a acrecentar. Van a pensarlo dos veces si deben temer la destrucción de sus fuerzas de represalia. Si tienen que elegir entre un ataque a un vecino unido a un ataque a los Estados Unidos, o no hacer nada, es muy probable que no hagan nada.

pesado, con base en tierra, llamado MX. Se inició una reorientación hacia la defensa nacional, pero no cobró impulso hasta después del cambio en las actitudes del Congreso.

Aun este cambio relativamente modesto iba contra las inhibiciones dilatorias de Vietnam, combinadas con Watergate. Después del fin de la guerra de Vietnam algunos de los argumentos más extremos —que los Estados Unidos eran belicosos y congénitamente intervencionistas— perdieron algo de su valor de uso; la línea de ataque se trasladó a asuntos menos emocionales pero igualmente hostiles. Cada nuevo sistema de armas estratégicas tenía que someterse a objeciones no siempre coherentes: que era innecesaria porque ya teníamos una capacidad para “matar” que lo superaba todo; que era peligroso porque iba a obligar a los soviéticos a ponerse a la par, impulsando a una carrera armamentista; que iba a poner en peligro a las negociaciones SALT. A medida que transcurría el tiempo, aparecían nuevas variantes; que un sistema nuevo hasta nos debilitaría de una manera extraña porque podría impedir nuevas y mejores armas en los diez años siguientes. Aun si los opositores no lograban aniquilar un sistema de armamentos, podían dilatarlo presentando interminables estudios: acerca del modo de despliegue; de su impacto en el medio ambiente; de sus implicaciones para el control armamentista.

Desde mediados de la década del 60, cada nuevo sistema estratégico de armamentos propuesto por cualquiera de las administraciones había sido atacado con cualquiera de esos argumentos, o con todos, y la lista de contingencias —ya fuera de demoras, atrofias o cancelaciones— es un tributo impresionante al impacto combinado de las diversas camarillas de la antidefensa: el bombardero B-70, el ABM, el B-1, el MX, el misil Trident II fueron cancelados o demorados durante años, a veces durante una década, debido a reexámenes constantes. El blanco principal es cualquiera de las armas que esté sometida a consideración en ese momento.

El 30 de setiembre de 1973, el *Chicago Tribune* comentó acertadamente:

Los críticos atacan a importantes programas de nuevos armamentos, no mediante el ataque frontal por el cual podrían afirmar que estos programas están totalmente equivocados, sino mediante sutiles insinuaciones de que estamos yendo demasiado lejos o demasiado rápido o gastando demasiado dinero. Buscan cambios restrictivos que no pueden destruir realmente un arma útil, pero pueden castrarla.

En 1973, los blancos eran el submarino nuclear y el misil Trident, y el bombardero estratégico B-1. El B-1 fue concebido para reemplazar al bombardero B-52, que en esa época ya tenía más de veinte años de antigüedad. El Trident iba a aumentar el alcance de nuestros misiles con base en submarinos (así como su carga útil) reduciendo su vulnerabilidad, al proporcionar un área de operación mayor en los océanos.

Los argumentos contra estos armamentos seguían el nuevo estereotipo. En los primeros años de la década del 70, la Institución Brookings, empezó a publicar un informe anual titulado *Fijando prioridades nacionales*, que tendía a reflejar las opiniones de la mayoría demócrata en el Congreso y también de algunos republicanos. Con respecto al Trident, en 1973 alegó no que el sistema fuera innecesario, sino que sus objetivos podían lograrse a un ritmo más moderado y a un costo significativamente menor sobre el balance de esta década, sin arriesgar por ello la seguridad de los Estados Unidos (7). Proponía, o un ritmo más lento para el programa, o su postergación hasta que un misil nuevo, más preciso —el Trident II— estuviera listo a comienzos de la década del 80. (A fines de la década del 70, por supuesto, cuando la administración Nixon había procedido con el misil Trident I, los opositores a los nuevos programas estratégicos criticaron al misil Trident II por considerarlo innecesario, y lograron su objetivo de postergarlo para más adelante.)

En cuanto al bombardero B-1, el estudio Brookings —reflejando nuevamente un sentimiento muy difundido en el Congreso— expresaba el temor de que en 1975, la fecha fijada para decidir la gestión, *el B-1 va a ser elegido simplemente porque es la única opción disponible*. Sugería la postergación de una decisión sobre cualquier otro bombardero hasta que las discusiones del SALT II arrojen más luz sobre las necesidades futuras. Otra alternativa era *“postergar una decisión durante dos o tres años, e invertir ahora en el desarrollo paralelo en una clase diferente de aeronave dirigible: un bombardero que lleve misiles cruceros de largo alcance* (8). (Esa opinión, también prevaleció eventualmente entre nuestros sucesores de la administración Carter).

El impacto de estos ataques no podía medirse en triunfo y victoria con votos específicos. Se producía un círculo vicioso en el que el Pentágono, para aliviar el hostigamiento y proteger programas clave, trató de adelantarse a las críticas del Congreso abreviando su investigación y sus programas. Generalmente se perseguía sólo un tipo de arma a menos que el Congreso seleccionara entre varios proyectos aquellos que, en opinión del Pentágono, avanzaban menos en sus objetivos. Por ejemplo, ya señalé en el Capítulo VII la renuencia del Pentágono a proceder con el misil crucero, temiendo que se lo utilizara como una excusa para descartar el bombardero B-1. Estas premoniciones en realidad surgieron de los acontecimientos mismos. Del mismo modo, después que Nixon aprobó los fondos para la investigación y desarrollo en el MX ICBM en 1973, los militares abandonaron un proyecto para incrementar el número de proyectiles en Minuteman III, temiendo que esto pudiera reducir el incentivo para avanzar con el misil más nuevo. El resultado fue que durante la mayor parte de una década no tuvimos ni un mejoramiento del Minuteman III ni un nuevo ICBM.

El Trident siguió viviendo precariamente. El 27 de setiembre de 1973, el Senado rechazó por sólo dos votos (47 a 49) una propuesta que hubiera mutilado todo el programa. La victoria cobró su tributo. Durante el otoño de 1973, el Pentágono, en el presupuesto planeado para someter a consideración en enero de 1974, propuso reducir la tasa de gestión de los submarinos Trident de tres años a un año. Para revertir esa decisión —y solamente en forma parcial— fue necesario que la Casa Blanca ejerciera una gran presión.

Mi propia actitud hacia los controvertidos programas Trident y B-1 se vio muy afectada por nuestro debate interno. Idealmente, yo hubiera favorecido un reexamen sistemático de nuestra doctrina estratégica a la luz de los cambios promovidos por los esfuerzos masivos para la defensa soviética, el sentido declinante de nuestras fuerzas estratégicas, y la importancia aumentada de la defensa convencional. Pero yo me sentía dolorosamente consciente del hecho de que cualquier reexamen podría prestarse a la dilación tan fácilmente como a la clarificación; en el clima existente de opinión, probablemente más todavía. Si cada nuevo sistema de armas norteamericano era desstripado mientras se sabía que los soviéticos estaban desarrollando cuatro nuevos tipos de misiles, tarde o temprano íbamos a quedarnos atrás, sea cual fuere el visionario cálculo de los analistas de sistemas. Durante un período predecible, los misiles soviéticos serían cada vez más exactos, y los nuestros se volverían cada vez más vulnerables; nuestro rechazo a participar en la rivalidad equivaldría a un desarme unilateral.

El MX se encontró inmediatamente embrollado en las contradictorias discusiones del debate sobre la defensa. El argumento para ello —la vulnerabilidad del Minuteman— fue refutado por la proposición de que nuestra tríada de misiles basados en tierra y en agua apoyados por bombarderos resultaba muy vulnerable ante un primer ataque soviético, y sobre todo porque no existía la experiencia operacional ante un ataque tan masivo. La desaprobación de un primer ataque soviético no impidió que algunos de los mismos grupos se opusieran al MX porque podía resultar tan amenazador para los soviéticos como para incitar a un primer ataque, después de todo (pese a la tríada). Rara vez se

explicó cómo el Minuteman iba a resultar seguro y el MX vulnerable. Un resultado fue la elaboración de modalidades de una complejidad y un costo tales que sin duda minarían el Congreso y el apoyo del público. Mi propia opinión era que los soviéticos eran más vulnerables al primer ataque que nosotros, ya que la mayor parte de sus fuerzas estratégicas eran con base en tierra, y fijas. La capacidad de contraofensiva norteamericana nos daba cierta seguridad y las razones adicionales para la moderación soviética. Pero no obviaban ni disminuían la necesidad de una reorientación mayor de nuestra política de defensa hacia la defensa regional.

En cuanto al submarino Trident, no me merecía muy buena opinión. Consideraba que era un error poner veinticuatro misiles en una nave grande en vez de dieciséis en los submarinos más pequeños Polaris y Poseidón. Cada Trident arriesgaba un porcentaje mayor de nuestra fuerza misilística en el mar que sus predecesores, y ya que cierta mejora de la tecnología antisubmarina era inevitable, mi opinión era que debíamos haber actuado en la dirección opuesta (menos misiles en más naves). El secretario de Defensa James Schlesinger compartía esta opinión y en realidad había ordenado que se investigara en un submarino más pequeño. Y sin embargo yo temía también que si cambiábamos los diseños cada vez que estábamos listos para iniciar la producción, íbamos a jugar en manos de aquellos que realmente querían congelar todos nuestros programas; jamás construiríamos armas. Por lo tanto, apelé la decisión preliminar del Departamento de Defensa de reducir la tasa de producción del Trident en un memorándum a Nixon a comienzos de enero de 1974:

Comparto la preocupación de Schlesinger con respecto al costo y al tamaño de las naves Trident y apoyo plenamente sus esfuerzos para construir una nave de menor tamaño y costo, y para acelerar el despliegue de misiles Trident I. No obstante, tendremos que procurar por lo menos 6 naves Trident si queremos tener una fuerza operacional de tamaño práctico. Dado este requerimiento para por lo menos 6 naves, solventando la tasa de tres por año durante otro año no excluiría la opción de desplegar una nave de menor costo y dimensiones en lugar de otros Trident cuando ello fuera viable.

En la eventualidad se demostró que la nave de menores dimensiones era impráctica; una combinación de factores disminuyó el ritmo de producción de los Trident. Mientras el misil Trident I siguió adelante, el misil Trident II fue postergado. Ninguna de estas decisiones dilatorias se originó en la Casa Blanca.

La preocupación de que se bloqueara lo que era practicable por una búsqueda de lo ideal, fue también mi motivo inmediato para apoyar al B-1. Si su diseño particular era óptimo, deben decidirlo los expertos en armas. En ese momento a mí me parecía inobjetable el que los Estados Unidos no podían confiar indefinidamente en un avión que era más viejo que muchos de sus pilotos (el B-52). Teníamos que romper el ciclo por el que las nuevas armas eran derrotadas apelando a las virtudes de un sistema obsoleto o a las glorias de diseños apenas en el tablero de dibujo. (Mientras escribo esto, el proyecto de futura tecnología "secreta" que evada el radar se invoca de la manera clásica, como otro argumento para no construir el B-1.)

Philip Odeen, responsable en ese momento de cuestiones de defensa del *staff* del NSC, me había advertido en un memorándum del 10 de agosto de 1973:

Entramos en los últimos años de la década del 70 confiando en dos programas de modernización de alto riesgo (Trident B-1) para garantizar la futura supervivencia de nuestros bombarderos y SLBM. Nuestra flexibilidad se ve limitada por la falta de programas como los ICBM móviles y un programa de misiles cruceros viables.

Por otra parte, nos estamos metiendo en una situación cada vez más insostenible para responder a un fracaso del SALT II (Remarcó con énfasis el final).

Yo compartí su inquietud y empujé no sólo el misil crucero sino también la investigación acerca de un ICBM aerotransportado para reducir la vulnerabilidad de nuestras fuerzas basadas en tierra. Por lo menos, si había que renunciar al sistema de armas, yo favorecía la cuestión, no como una decisión presupuestaria unilateral sino como parte del SALT, imponiendo así una concesión soviética.

El vehículo que elegí para lograr estos objetivos fue la revisión del presupuesto de defensa en el Comité de Revisión del programa de Defensa. El 3 de octubre de 1973, en mi carácter de presidente, impartí una directiva, solicitando que el Departamento de Defensa estudiara urgentemente un programa estratégico de misiles crucero.

El memorándum me trajo problemas con el temible secretario de Defensa. Schlesinger tenía una de las mentalidades, analíticas más brillantes que yo haya encontrado en el gobierno. En ese momento estaba embarcado en un esfuerzo heroico para resolver muchos de los dilemas que yo he relatado aquí, viéndose muchas veces frustrado por recursos insuficientes, nunca por falta de visión. Nuestras opiniones sobre estrategia eran casi idénticas. Pero a ningún académico le gusta ceder una posición destacada a otro; ningún secretario de Defensa acepta voluntariamente las directivas del secretario de Estado.

Más aun, la vanidad de Schlesinger se equiparaba a la mía; no iba a tolerar que lo que él consideraba las prerrogativas del Departamento de Defensa, fueran puestas en tela de juicio por el presidente de un comité interdepartamental. El 29 de octubre me enteré indirectamente de que Schlesinger había ordenado que se confiscaran todas las copias de mi directiva. Más allá de problemas de jurisdicción, indudablemente Schlesinger calculaba que estaba ocupadísimo con el Trident y el B-1 como para tener que habérselas con un Congreso discolo y nuevos sistemas de armas. El 29 de octubre marcó el punto culminante de la crisis de Medio Oriente; era urgente que Estado y Defensa cooperaran. Nixon estaba preocupado por Watergate. Decidí no hacer cuestión del desafío, y no llevé el caso al presidente.

Menciono esto no para anotarme un tanto burocrático a la distancia de ocho años, sino para ilustrar acerca de las ideas encontradas que corroían la política de defensa en el mismísimo momento en que nos estaban empujando a una confrontación con los soviéticos. Teníamos que defender, al mismo tiempo, nuestro compromiso cada vez mayor con respecto a nuestras defensas nacionales, y a las negociaciones con la Unión Soviética; los aliados de una batalla se convertían en adversarios de la otra. Los servicios militares defendían lo que tenían; no se atrevían a proponer una revisión de la doctrina de defensa, no fuera que perdieran fuerzas existentes. Hasta los miembros del Gabinete con opiniones comparables —como Schlesinger y yo— encontraban difícil saldar diferencias en ausencia de una Casa Blanca capaz de exigir disciplina.

El *impasse* fue más serio aun con respecto de las fuerzas convencionales, en las que la brecha que existía siempre siguió ensanchándose contra nosotros pese al incremento de nuestro presupuesto de defensa. El grueso de los cortes presupuestarios había recaído en las fuerzas para la defensa regional. Desde su período culminante durante la guerra de Vietnam, el Ejército había sido reducido en cinco divisiones; necesitaba desesperadamente modernizarse. La Fuerza Aérea había absorbido cortes presupuestarios mediante el método consagrado de mantener su estructura pero reduciendo su aptitud. Para 1973, esto había llegado tan lejos como había podido. Como resultado, el programa del Departamento de Defensa para el año fiscal 1974 cortó cinco alas a la fuerza combatiente, una reducción algo mayor del 20%. Estaba pagando todavía su modernización mientras escatimaba el mantenimiento. Mi *staff* calculaba que el 50% de los barcos de la Armada estaban, en el mejor de los casos, sólo parcialmente en condiciones.

Pese a esto, las presiones del Congreso para reducir las tropas en el extranjero no habían disminuido desde la enmienda Mansfield de 1971. El 27 de setiembre de 1973, el Senado, por un voto de 49 a 46 legisló una reducción del 40% del número de tropas en el extranjero. Tras un tenaz esfuerzo de la administración, la enmienda fue derrotada (por 51 a 44), para ser reemplazada por otra versión que proponía una reducción de 110.000 hombres (una reducción del 23%). Cuando también eso fue derrotado, el Senado votó una restricción en las tropas que estuvieran estacionadas en cualquier país que en realidad no las pagara. Detuvimos estas medidas pero en 1973 pareció que era sólo una cuestión de tiempo hasta que una de esas enmiendas mutilantes fuera aprobada.

La misma tendencia a reducir nuestra capacidad de intervención en el extranjero llevó al Congreso a prohibir la construcción de instalaciones permanentes o una base para B-52 en Diego García en el océano Indico.

Los detalles de las batallas por el presupuesto es mejor confinarlos al olvido que sus méritos intelectuales merecen. Significaba que se nos empujaba a una confrontación con la Unión Soviética por cuestiones de importancia periférica, mientras nuestra política defensiva se encontraba paralizada por el Congreso, y la autoridad del presidente se veía reducida por Watergate y por una cantidad de legislación restrictiva. Los historiadores revisionistas tienden a suprimir el hecho de que la administración estaba luchando en dos frentes: contra aquellos que la acusaban de ser insuficientemente confrontacional, y contra los que querían privarla de los medios militares para hacer frente hasta a los retos más previsibles. La posición confrontacional de muchos de nuestros críticos no reflejaba ni la mentalidad pública ni estaba respaldada por las realidades de las actitudes del Congreso en cuanto a defensa. La rigidez retórica aliada ni al concepto de estrategia ni al apoyo público no crea una política sino una anomalía; hacia allí nos estaba llevando nuestro debate interno.

EL SALT DE NUEVO

Lo que otorgaba al debate nacional su carácter de pesadilla era que cada problema parecía producir su propio grupo de adherentes sin ninguna relación lógica evidente con cualquier otro. La mayoría que votó a favor de la enmienda Jackson no respaldó necesariamente una defensa fuerte. Pero, perversamente, la mayoría de la antidesfensa no podía reunirse tras las negociaciones sobre limitación estratégica de armamento, que suscitaban aun más controversias que el esfuerzo por fortalecer nuestras defensas. Como la enmienda Jackson, SALT se convirtió cada vez más en un símbolo; sus opositores querían derrotarla independientemente del mérito de sus estipulaciones particulares, o de las alternativas que nos quedaban si fracasaba.

Si la política soviética interna había proporcionado a los liberales un blanco para desbaratar el comercio Oriente-Occidente, SALT cumplió una función similar para los conservadores. El senador Jackson fusionó los dos grupos. Una vez más, un solo senador demostraba lo que un hombre decidido, capaz, de firmes convicciones, podía lograr en el vacío de una presidencia en desintegración. Más aún que con respecto a MFN, Jackson podía afectar las perspectivas de SALT. Como segundo demócrata por su rango en el Comité de Servicios Armados del Senado era una fuerza con la que el Pentágono tenía que habérselas. Podía castigar negando fondos; retirándose del escenario, podía inclinar la balanza hacia la camarilla antimilitarista. La Junta de Jefes de Estado Mayor y los oficiales superiores del Departamento de Defensa enfrentaban una opción imposible: entre sus convicciones, o, al menos, su lealtad a la administración, y el imperativo de que necesitaban el apoyo de Jackson para asuntos clave, programas y elecciones personales.

SALT difería del comercio Oriente-Occidente también en que no puede demostrarse que unos Estados Unidos más de acuerdo hubieran podido mejorar el resultado. Los

soviéticos nunca formularon una propuesta que *alguna* de las facciones de nuestro debate interno considerara posible aceptar. Técnicamente, las posiciones de nuestro gobierno reflejaban un punto de vista unánime. En ese sentido, nuestras controversias internas eran como luchar contra enemigos imaginarios; nunca se referían a una decisión real, sólo a temores de lo que *podiera* pasar. Al mismo tiempo, no hay duda de que nuestras posiciones unificadas a menudo no representaban más un compromiso molesto que un ataque conceptual. Y este hecho creaba un vacío en la negociación.

La experiencia ha demostrado que la burocracia soviética puede ser estructuralmente incapaz de originar una posición SALT creativo. Si había que creerle a Dobrynin, cada departamento soviético estaba confinado a problemas de su jurisdicción. Así, el Ministerio de Relaciones Exteriores no estaba autorizado a una opinión sobre los programas estratégicos, que se hallaban dentro de la competencia del Ministerio de Defensa. Según se afirma, el Ministerio de Defensa no podía hacer ningún comentario sobre las propuestas diplomáticas, aunque me resultaba difícil creer esto cuando su superior, primero Andrei Grechko y luego Dimitri Ustinov prestaban servicio en el Politburó. Según esta versión, los objetivos totales emergen del Politburó o tal vez de la oficina personal del secretario general. Esto, pretendía Dobrynin, era más fácil de hacer en respuesta a una propuesta norteamericana que a una iniciativa soviética; la burocracia soviética aparentemente no es una excepción a la regla de que a nadie le gusta haberse ofrecido voluntariamente para proponer una concesión. Así, las propuestas soviéticas tienden a ser formal y atrozmente unilaterales. No conozco ninguna instancia en que un avance sensacional no resultara de una iniciativa norteamericana. Y como otros elementos de *la détente* se desintegraron sistemáticamente, había menos y menos incentivos no militares para que los soviéticos respondieran a nuestros intentos cada vez más débiles de romper el estancamiento.

En el Capítulo VII describí el debate generado por el acuerdo SALT I, en el que niveles de fuerzas establecidos unilateralmente por los Estados Unidos durante más de diez años por administraciones de ambos partidos (sin oposición) fueron declarados súbitamente "peligrosos" cuando se incluyeron en un acuerdo. En realidad, los niveles de fuerzas de *ambos lados* reflejaron decisiones deliberadas tomadas mucho tiempo antes de que la sigla "SALT" hubiera sido forjada o hubiera habido conversaciones serias sobre control armamentista. En números totales de sistemas estratégicos —misiles con base en tierra y mar, y bombarderos— los Estados Unidos estaban levemente a la zaga, si se consideraban los 150 bombarderos estratégicos de la Unión Soviética, bastante añosos, como armas serias. Por otra parte, los Estados Unidos estaban mucho más adelantados en tecnología, precisión, y cifras de cabeza nucleares como cargas múltiples para sus misiles, y éstos eran, después de todo, lo que daba en los blancos.

La importancia de los rumbos dependía, por lo tanto, del marco temporal seleccionado. Si ambas partes continuaban los programas existentes sin restringirlos, entonces durante la mayor parte de la década del 70, los Estados Unidos estarían más avanzados en número, calidad y precisión de su armamento es decir, cabeza nucleares misilísticas y bombas. Por otra parte, tarde o temprano los soviéticos podrían traducir el mayor peso de sus misiles con cabezas nucleares más individuales. En algún momento de la década del 80 nuestros misiles con base en tierra serían vulnerables al primer ataque soviético, a menos que aceleráramos o los soviéticos disminuyeran el ritmo. De todos modos, retendríamos una gran fuerza de misiles lanzados por submarinos y de bombarderos pesados; resultaban útiles como armas de respuesta y para destruir ciudades, pero no se los consideraba ni lo suficientemente precisos ni seguros contra misiles soviéticos con base en tierra ubicados en silos subterráneos.

El debate concernía al rol que la limitación de armas podría desempeñar en el esfuerzo por superar la vulnerabilidad de nuestra capacidad de respuesta. Era parte de una con-

troversia mayor sobre si el control armamentista aumentaba nuestra seguridad o la perjudicaba. Para la década del 70, el control de armamentos ya había tenido una historia complicada. En los primeros tiempos de la era nuclear, algunos científicos preocupados habían alegado que la restricción unilateral induciría a los soviéticos a seguir la misma conducta. Por ejemplo, en los primeros años de la década del 50 un cuerpo de opinión significativa liderado por J. Robert Oppenheimer nos instó a que renunciáramos al desarrollo de la bomba de hidrógeno, alegando que esto llevaría a los soviéticos a adoptar una conducta similar. La idea reapareció en el debate sobre la defensa de misiles antibalísticos (9); fue más tarde un factor que contribuyó a la decisión del presidente Carter de cancelar el bombardero B-1. No existía la más mínima prueba de que los soviéticos obraban de acuerdo con esa máxima, y si en cambio demostraciones abrumadoras de lo contrario. Los programas de armas soviéticas no parecen guiarse por nuestras decisiones. El secretario de Defensa Harold Brown declaró más tarde en la administración Carter: *Descubrimos que cuando fabricamos armas, ellos fabrican; cuando nosotros dejamos de hacerlo, ellos, no obstante, siguen fabricándolas* (10).

En los años 60 había surgido otra teoría. En lugar de la restricción unilateral, afirmaba que había un interés compartido en lograr una estabilidad estratégica por medio de fuerzas estratégicas invulnerables de ambos lados. Las negociaciones sobre el control de armas iban a buscar una situación en la cual ninguna de las partes podía beneficiarse con un primer ataque o evitar una destrucción cataclísmica en la defensiva. Con la eliminación del temor al ataque sorpresivo, desaparecería también el peligro de gatillar decisiones que podrían convertir una crisis en conflagración.

La estrategia nuclear es abstracta y teórica porque no existe —afortunadamente para la humanidad— ninguna experiencia a la que referirse. En manos de los académicos apenas se advertía que hasta la restricción *mutua* tenía consecuencias estratégicas sin precedentes. Jamás una gran potencia había considerado la invulnerabilidad de las fuerzas de su principal adversario, o la vulnerabilidad de su propia población como una contribución a la estabilidad. Y suponía un corolario que no todos los que lo proponían estaban dispuestos a aceptar. Si la mutua invulnerabilidad de las fuerzas estratégicas iba a ser objetiva —o hasta la tendencia de la tecnología— nuestro poder estratégico ya no compensaría la superioridad soviética en cuanto a fuerza convencional o la capacidad soviética de intervención regional. Bajo condiciones de paridad estratégica, ya fuera resultante del control de armas o de tecnología o de ambas, las democracias tendrían que construir sus fuerzas convencionales si querían evitar el chantaje político.

Lamentablemente, los pocos defensores del control armamentista estaban preparados para enfrentar estas consecuencias; en general, los grupos que favorecían el control de armas estratégicas se oponían a los incrementos en otras categorías de poder militar. Esto producía la anomalía de que los opositores de la SALT generalmente trataban de reparar el equilibrio estratégico restaurando nuestra tradicional superioridad nuclear, que, en vista del gran número de cabezas nucleares en proyectiles de ambas partes era en gran medida quimérico. Por otra parte, quienes proponían el SALT se mostraban reacios a deducir las consecuencias para la defensa local a partir de la paridad estratégica que ambos apoyaban y aceleraban. Por diferentes razones, ambas escuelas de pensamiento tendían por lo tanto a desatender la necesidad de un fortalecimiento de las fuerzas regionales o convencionales. Para la época en que Nixon asumió la magistratura, la doctrina del control de armas estaba bien arraigada entre los líderes de opinión; también había recibido expresión institucional en la creación de la oficina de Control de Armamentos y del Desarme (ACDA), encargada de desarrollar planes de acción y de negociar acuerdos. Los gobiernos de Kennedy y Johnson habían iniciado negociaciones con la Unión Soviética sobre el particular. Kennedy había arreglado la proclama de un experimento atmosférico; Johnson había firmado un tratado de no proliferación. SALT

había estado en la agenda de una proyectada reunión entre el presidente Johnson y los líderes soviéticos en 1968 que fue cancelada debido a la invasión soviética a Checoslovaquia.

La administración Nixon procuró primero vincular el SALT a la conducta geopolítica soviética. Pero mientras no abandonaba nunca la teoría, se vio cada vez más presionada para iniciar las conversaciones sobre el control de armas (en efecto incondicionalmente) (11). Finalmente, el Departamento de Defensa, hasta entonces institucionalmente receloso de la empresa, se apoderó del SALT como medio de cerrar la brecha que los cortes presupuestarios que efectuaba el Congreso estaban abriendo entre las fuerzas estratégicas soviéticas y norteamericanas; el Pentágono nos solicitó que puséramos un límite numérico al despliegue soviético de misiles para la ofensiva por medio de negociaciones para el control de armas. Un memorándum del vicesecretario de Defensa David Packard en 1970 nos apremió para que nuestra delegación del SALT recibiera nuevas instrucciones con las que podamos intentar un acuerdo en Viena para mediados de octubre o, a lo sumo, de noviembre. Un acuerdo temprano, aunque limitado, creía era importante porque el venidero apretón al presupuesto nacional que era probable se manifestara en grandes reducciones en los programas de defensa incluyendo las fuerzas estratégicas, tendría un efecto significativo en la regulación del tiempo de nuestras tácticas del SALT. Los cortes dictados por el presupuesto resultarían más aceptables en los Estados Unidos y una señal de buenas intenciones a la URSS si había habido un avance en el SALT pero disminuiría nuestro poder de negociación si no lo había habido (12).

Todos estos hilos se habían unido para constituir el SALT I. Estaban presentes también las negociaciones formales para el SALT II lanzado en 1973. Había muchos argumentos, teóricos y altamente técnicos a la vez, acerca de la naturaleza del acuerdo que debía buscarse (ver Capítulo VII). Pero la mayor división es la que ya señalé, entre los enfoques psiquiátricos y teológicos de la política extranjera. Los *psiquiatras* veían en el SALT un gran paso hacia la relajación de tensiones y a un mundo del cual se alzaba el espectro de la guerra nuclear. Los *teólogos* sospechaban de cualquier acuerdo con la Unión Soviética, que era la encarnación del mal; nada que el Kremlin estuviera dispuesto a firmar podía favorecer nuestros intereses. Querían derrotar al SALT porque objetaban no a sus términos sino a sus principios.

En este debate, me encontraba en una situación solitaria. Yo era un halcón en cuanto a defensa y una paloma para el SALT, y captaba opositores de ambos lados. Yo me oponía a la teoría de la *destrucción asegurada* de acentuar los desastres civiles en una guerra nuclear, y estaba convencido de que teníamos que fortalecer a las fuerzas convencionales. Pero también advertí un rol importante para el SALT en una política de seguridad nacional bien definida. Yo no creía que el control de armas pudiera aliviar tensiones por sí mismo. Sin duda, si no se lo unía a algún grado de restricción de la rivalidad geopolítica, el control estratégico de armas podría convertirse en una válvula de seguridad para los planes expansionistas soviéticos (un vehículo para las ofensivas soviéticas de paz, para enmascarar o compensar algún nuevo acto de agresión). Cada vez que había una jugada soviética agresiva, se producían exhortaciones a que las nuevas tensiones hicieran que ahora las conversaciones sobre el control de armamentos fueran todavía más importantes. Es por eso que yo favorecía la vinculación.

Pero yo difería con algunos críticos conservadores dada mi convicción de que las armas nucleares añadían una nueva dimensión de horror a la guerra y una nueva medida de responsabilidad a los dirigentes nacionales. En todo caso, la tecnología tendía a la paridad; el control de armas podía así estabilizar la carrera estratégica y liberar recursos para fortalecer nuestras fuerzas convencionales y regionales, donde existían claros y flagrantes desequilibrados.

Grandes sectores de opinión norteamericana y aliada insistían en la necesidad de

poner freno a la carrera armamentista. La peor postura consistía en que a uno lo arrastraran, chillando y pataleando, forzado por presiones externas, a una negociación. Un estadista debería tratar de dominar siempre lo que no puede evitar. Y también enfrentábamos un problema altamente práctico en el campo estratégico: si los soviéticos dotaban a todos sus misiles con base en tierra de cabezas nucleares adecuadas, durante los primeros años de la década del 80 nuestros misiles basados en tierra correrían peligro. Yo consideraba que SALT II brindaba la oportunidad de posponer este peligro durante un lapso significativo.

El progreso tecnológico soviético indicaba que había cierta urgencia en la cuestión. Hacia 1973, ya nos habíamos enterado de que los soviéticos estaban produciendo cuatro misiles nuevos, a los que gustaban llamar "modernización" de modelos ya existentes. SALT I no prohibía ICBM "modernizados" siempre que las dimensiones del silo no fueran incrementadas en más del 15%. Pero evidentemente lo que los soviéticos estaban haciendo no era limitación de armamentos; estas armas eran nuevas según cualquier definición racional. Surgiendo tan poco tiempo después de la firma del SALT I, dejaban muy pocas dudas en el sentido de que la percepción soviética de la estabilidad no era la misma que la de nuestros expertos en control de armamentos.

Dos nuevos ICBM MIRV soviéticos fueron identificados en el proceso de experimentación durante el verano de 1973: la nueva "luz ICBM, el SS-17, que iba a reemplazar al SS-11 y llevaría de tres a cuatro cabezas nucleares; y el enorme SS-18, que iba a ser el reemplazo del SS-9 y llevaría un número aproximado de nueve cabezas nucleares MIRV (finalmente, ocho). Ambos misiles fueron lanzados mediante una nueva técnica llamada "lanzamiento frío" (es decir que los misiles aparecían de repente fuera del silo con un motor especial, tras lo cual el motor del cohete se encendía y ponía en marcha al misil en su trayectoria de vuelo).

La técnica ahorra combustible, y aumentaba la carga del lanzamiento y por lo tanto el número de cabezas nucleares que podía cargar. También permitía que los silos se volvieran a usar. Más adelante, el mismo año, apareció otro misil —el SS-19— que utilizó la misma vieja técnica de lanzamiento "caliente" pero resultó ser la más formidable de las nuevas armas. Técnicamente era un misil de dimensiones medianas, si se lo comparaba con el monstruo SS-18. Pero según cualquier otro cálculo se aproximaba, en cuanto a su efectividad, al misil "pesado" limitado al número de 308 por SALT I. Los soviéticos estaban usando un congelamiento cuantitativo para entregarse a una carrera cualitativa. Ahora era predecible matemáticamente que, a mediados de la década del 80 a más tardar, nuestra fuerza misilística con base en tierra Minuteman resultaría vulnerable a un ataque soviético.

Pero ahora, las opiniones con respecto a cómo habérnoslas contra este peligro divergían radicalmente. Nuestros críticos querían, fundamentalmente, destruir el proceso del SALT. Sus objeciones específicas eran menos significativas que su apasionado deseo de derrotar al SALT para poner fin a *la détente*. En tanto daban a su ataque un contenido concreto, era bajo el estandarte de "agregados iguales". En 1972 Jackson había añadido otra de sus enmiendas a la aprobación del SALT I por parte del Senado, exigiendo igualdad en las negociaciones siguientes, y queriendo significar, por lo tanto, que el acuerdo en vigencia era insuficiente. El Departamento de Defensa lo interpretó como que quería significar equivalencia numérica en cuanto a cada categoría de armas. Era un ejemplo interesante de la prioridad de la emoción política sobre el cálculo frío. Aun cuando los tan debatidos programas Trident y B-1 fueran aprobados por el Congreso, todavía nos faltaría la equivalencia numérica en vehículos de carga que la junta de jefes de Estado Mayor había puesto insistentemente como condición previa para brindar su apoyo al SALT. No habían presentado ningún programa de fortalecimiento para llegar a la equivalencia numérica, y sin embargo me estaban pidiendo que negociara ese resul-

tado con la Unión Soviética. Si eso significaba algo, íbamos a exigir que los soviéticos se redujeran a *nuestro* nivel en un acuerdo; lamentablemente, la sanción con la que amenazábamos si ellos rehusaban era concederles superioridad numérica en ausencia de un acuerdo. Así, los soviéticos estaban mejor sin control de armas que con él, lo cual era una manera curiosa de valerse de una teoría.

En mi opinión, la cuestión resultaba más compleja: la equivalencia numérica de los vehículos de carga era sólo un criterio, y no el más importante. Yo procuraba usar las negociaciones del SALT para impeler la vulnerabilidad de nuestras fuerzas estratégicas basadas en tierra hacia el futuro más distante que fuera posible; eso requería reducir el ritmo al que los soviéticos colocaban múltiples cabezas nucleares en sus misiles. Cualquiera otra meta, en mi opinión, era simplemente jugar con números. Nadie ponía en tela de juicio la conveniencia del objetivo. El debate se refería a qué estábamos dispuestos a pagar por éste. Y la verdad era que nadie estaba dispuesto a pagar demasiado. Nuestra última propuesta formal, de marzo de 1973, simplemente había eludido la cuestión. Proponía agregados iguales y un congelamiento del MIRV en todos los misiles basados en tierra (ver Cap. VII). Dado que ya habíamos desplegado 350 Minuteman III MIRV (de un total planificado de 550) y los soviéticos no habían desplegado ninguno, no era tan probable que los soviéticos nos dejaran sacarlos tan lindamente del campo de MIRV. Los soviéticos no veían beneficio alguno en un plan en el que íbamos a renunciar a 400 cabezas nucleares (*) a cambio de 7.000 potenciales de los soviéticos. La propuesta fue presentada pese a ser muy poco plausible, porque resultaba una buena manera de acallar nuestro debate interno. Nadie podía ser acusado de blandura si pedíamos un número de vehículos de carga más allá de nuestra intención de fabricar, mientras restringíamos a los soviéticos a niveles de MIRV que estaban muy por debajo de su capacidad. Era una diplomacia de cuento de hadas: si uno quería con suficiente intensidad, obtendría todos sus objetivos sin tener que pagar precio alguno. Una vez que el juego de los números hubo comenzado, hasta los agregados iguales se convirtieron en objeto de controversia (pese al hecho de que estábamos lejos de lograrlos). Nuestros misiles eran de menor tamaño, de ahí que llevaran menos cabezas nucleares. Así, los analistas del Pentágono se aparecieron con una nueva definición de equivalencia: igual capacidad destructiva. (Todo esto era a falta de algún programa norteamericano que corrigiera las deficiencias). La potencia destructiva, también, constituía una medida en gran parte teórica, que dependía, para su impacto, de dónde debía instalarse. Si el tope de la capacidad destructiva estaba a nuestro nivel, los soviéticos, o tendrían que reducir su fuerza estratégica existente a algo así como un quinto de la nuestra, o bien deberían tirarla abajo y reconstruirla a nuestra imagen (un resultado del SALT altamente improbable). Si se establecía al nivel más alto, soviético, sería significativo sólo si nosotros desmantelábamos nuestras fuerzas y las reconstruíamos según la imagen soviética. O bien podríamos duplicar el número de nuestros Minuteman, logrando algo así como una ventaja de dos a uno. Ninguno de estos dos proceder fue propuesto jamás ni gozó de la menor perspectiva de apoyo en el Congreso.

Yo no discrepaba con el objetivo de reducir la potencia destructiva soviética. Mi desacuerdo se basaba en el intento de asignar al SALT el peso que se le pedía llevara; en sí, las negociaciones podrían lograr lo que nuestros programas unilaterales no procuraban. Algunos de nuestros críticos parecían creerlo. Ya que los proyectos adelantaban con hombres sumamente inteligentes, es inevitable tener la impresión de que estaban más asustados del látigo del senador Jackson que de abortar las negociaciones del SALT. En 1973, la Junta de Jefes de Estado Mayor insistía tanto en la "equivalencia estratégica" que sus miembros estaban dispuestos a pagar el precio de abandonar *todas* las limita-

(*) Renunciaríamos a 600 cabezas nucleares (tres por cada 200 Minuteman III) y sustituiríamos 200 secciones explosivas solas. De ahí el cálculo de 400.

ciones MIRV por una equivalencia exacta en cuanto a dispositivos de lanzamiento, con lo cual daban a los soviéticos una enorme ventaja potencial en cuanto a cabezas nucleares a cambio del derecho no ejercido a construir algunos cientos adicionales de dispositivos de lanzamiento. Más aún, si cada una de las partes estaba en libertad para MIRV, todas sus fuerzas, los toques numéricos en cuanto a vehículos de carga —iguales o no— resultarían casi insignificantes. Los misiles con base en tierra de cada una de las partes serían vulnerables, a medida que aumentara enormemente el número de cabezas nucleares mientras que el número de blancos permanecía fijo.

En un panel de verificación llevado a cabo el 15 de agosto de 1973, pregunté con incredulidad: *¿De manera que ustedes dejarían de lado todas las restricciones MIRV, irían a agregados iguales con libertad para mezclar, tal vez reducciones, sin importarles la superioridad (soviética) en cuanto a MIRV mientras nosotros tengamos el derecho de convertirnos en imágenes de la fuerza soviética?* En lo cual, pude haber agregado, el Departamento de Defensa jamás demostró el menor interés.

Schlesinger comprendió por lo menos tan bien como yo la vulnerabilidad estratégica que enfrentaríamos si los soviéticos emplazaban en MIRV la mayor parte de sus misiles con base en tierra. Pero tenía que habérselas con Jackson y debía aplacar a la Junta de Jefes de Estado Mayor. Bajo esta instancia, el Pentágono presentó como “compromiso” una nueva variante —igual capacidad destructora con MIRV— que iba a agregarse a la propuesta de la Junta de Jefes de un tope de agregados iguales de 2.350 vehículos de carga. Nos hacía aterrizar nuevamente en los dilemas de los proyectos anteriores.

Ya que la potencia destructora por misil de los soviéticos era mucho mayor que la nuestra esto significaría que iban a poder colocar en MIRV muchos menos misiles que nosotros —el número preciso dependería de qué tipo de misil elegirían para los MIRV. Constituía una propuesta ingeniosa cuyo único inconveniente era su falta de realidad; bajo él no tendríamos que renunciar a nada, y si los soviéticos rehusaban no teníamos programa alguno por el cual llegar unilateralmente a la igualdad.

Para el verano de 1973, la doctrina de los agregados iguales había llegado a una posición que, inherentemente, carecía de consistencia. Las agencias estaban preparadas para vivir con los números inferiores de dispositivos de lanzamiento y con la potencia destructiva inferior que habían decidido fabricar (y mantenido a través de cada administración, incluyendo la de Reagan). No estaban dispuestos a ver estos números especificados en un acuerdo, aun cuando al hacerlo pudiéramos obtener el premio de limitar totalmente las cabezas nucleares soviéticas en una cifra considerablemente inferior a la nuestra. Se presionó a los negociadores para que produjeran una igualdad teórica en cada categoría —pero no se le daba nada con qué poder negociar.

Es contra estas circunstancias que hay que considerar el debate interno sobre el SALT. Un mes después de la visita de Brezhnev a Estados Unidos —el 26 de julio de 1973— repasé el SALT con Dobrynin. Nuestra propuesta de detener el despliegue soviético basado en tierra, dijo, había sido tomada muy mal por Brezhnev; después de todo, los ICBM constituían la “principal arma” del arsenal estratégico soviético. Los soviéticos iban a estar dispuestos a considerar los límites de los MIRV con base en tierra y con base en submarinos de acuerdo con el principio de “igual seguridad”. Al día siguiente los soviéticos presentaron una “nota oral” que elaboraba estas propuestas. Para que no nos hiciéramos la ilusión de que *la détente* había alterado su estilo de trapacería, el Kremlin solicitaba, como una cuestión de derecho una superioridad numérica total. Moscú había llegado a esta conclusión incluyendo las armas nucleares norteamericanas en bases adelantadas en nuestros totales (aeronaves en Europa o en transportadores), el cuco de los europeos asustados de que, con la excusa del SALT, vendiéramos su seguridad en ausencia de ellos. (Esto hubiera añadido 600 dispositivos de lanzamiento a los totales soviéticos.) Y los soviéticos pedían una “compensación” adicional por tener que prepararse

contra China además de aprestarse para una guerra en Europa. La modestia no es un atributo de las posiciones soviéticas; estos pedían una ventaja numérica en cuanto a armas estratégicas como "compensación" por el número de enemigos acumulados gracias a una diplomacia de presiones y amenazas.

En un memorándum del 1º de agosto, mis colaboradores señalaron que la propuesta soviética contenía los "habituales y gastados trucos verbales". La voluntad de incluir misiles balísticos MIRV lanzados desde submarinos significaban poco, ya que la URSS no estaría en condiciones de desplegar ese tipo de arma durante un lapso de cinco años, y podría de este modo utilizar la totalidad de cuota permitida de MIRV en sus sistemas basados en tierra, que eran los que más deseábamos limitar. Por otra parte, el mensaje soviético definía la cuestión: los soviéticos no iban a renunciar a MIRV basados en tierra, por cierto, no por lo que les habíamos ofrecido hasta ese momento (habíamos interrumpido el despliegue de Minuteman III sólo después de haberlo completado hasta el 60%), y casi seguramente por ninguna otra condición. Así, quedamos con la cuestión de cómo definir los límites de los MIRV que tuvieran sentido estratégico y fueran verificables.

El 9 de agosto me reuní con Dobrynin para discutir la "nota verbal soviética" del 27 de julio. Dije que no sabía qué querían significar los soviéticos con "igual seguridad" aplicado a los MIRV. Si exigían igual número de misiles, tendríamos que insistir en igual número de cabezas nucleares. Otra manera de enfocar el problema, añadí, exponiendo la opinión de Jim Schlesinger, sería avanzar sobre la base de igual capacidad destructora (No expliqué que esto significaba que muchísimos menos misiles soviéticos iban a poder ser basados sobre MIRV).

La respuesta de Dobrynin fue alarmante: En lugar de meterse en todos estos detalles técnicos, dijo, los Estados Unidos y la Unión Soviética deberían dar "un gran paso" y ponerse de acuerdo para no desplegar *ningún* misil nuevo durante diez años. En respuesta a mi pregunta, Dobrynin sugirió que esto, por supuesto, se aplicaba al Trident. Entusiasmado, metió en la misma olla el SS-17 y el SS-19 soviéticos. En nuestra reunión siguiente, volvió a la carga: nuestras armas eran todas "nuevas" y, por lo tanto, prospectas. Los misiles soviéticos eran sólo "modernizados", por lo tanto no caían en la prohibición. Esta muestra de descaro terminó la única propuesta soviética del SALT, innovadora en apariencia, de mi vida pública.

El 15 de agosto de 1973, reuní al panel de verificación a fin de prepararnos para la reanudación de las conversaciones formales del SALT, a llevarse a cabo en Ginebra durante la segunda mitad de septiembre. Las posiciones burocráticas no habían cambiado. Ninguna agencia estaba dispuesta a enfrentar el hecho básico de que, a falta de un acuerdo, los soviéticos nos superarían en el número de misiles sobre MIRV en los primeros años de la década del 80 y tendrían muchas más cabezas nucleares que nosotros. En el clima de esos momentos era harto improbable que el Congreso votara para aumentar las fuerzas estratégicas más allá de los ya discutidos Trident y B-1. Aun si construíamos nuestras fuerzas estratégicas superando lo planeado —en medio del previsible clamor público— seguramente los fondos saldrían de las fuerzas para el fortalecimiento de la defensa regional, que era nuestra prioridad militar más urgente.

No obstante, la Junta de Jefes de Estado Mayor seguía insistiendo firmemente en la cuestión de los agregados iguales (es decir, igualdad sobre los totales de vehículos de abastecimiento); a cambio, se mantenían preparados para detener cualquier intento de limitar los MIRV, sustituyendo así la ventaja soviética en cuanto a cabezas nucleares, por una superioridad de vehículos de carga. La Junta de Jefes mantuvo esa posición durante todo el otoño; en un momento dado, su representante, el general de división Edward Rowny, sostuvo el 23 de septiembre que la Junta no veía *que valiera la pena pagar por un acuerdo para hacer un experimento de MLBM (misil pesado) MIRV*. En otras palabras, la doctrina de los agregados iguales —para la que no teníamos programa— se había vuelto

tan sacrosanta que, en su nombre, estábamos dispuestos a permitir que los soviéticos emplazaran en MIRV sus misiles pesados aun cuando eso acelerara el momento de la total vulnerabilidad de toda nuestra fuerza Minuteman y convirtiera el logro de los agregados iguales en un absurdo estratégico. Y en un mundo semejante, ¿cuál era la significación de los topes numéricos?

En honor a la verdad, resultaba difícil llegar a una respuesta intelectualmente satisfactoria. Los agregados iguales no iban a disminuir la vulnerabilidad de nuestros misiles con base en tierra. Las reducciones —apasionadamente apoyadas por algunos conservadores opositores del SALT— probablemente empeoraran las cosas, por lo menos durante un período intermedio, hasta que se lograrán niveles muy bajos de vehículos con MIRV. De lo contrario, ya que cada misil, por definición, llevaba muchas armas, un número menor no iba a alterar la relación entre cabezas nucleares y dispositivos de lanzamiento; reduciría el número de blancos, y por lo tanto simplificaría un ataque por sorpresa.

De manera que el otoño de 1973 transcurrió sin demasiadas iniciativas de ninguno de los lados. Mantuvimos nuestra posición de mayo, proscribiendo MIRV soviéticos con base en tierra, aun cuando un rápido programa soviético de experimentación comprobó que SALT no iba a lograr ese objetivo. Los soviéticos presentaron formalmente la propuesta que Dobrynin me había sugerido, de prohibir la introducción de sistemas nuevos durante diez años. Pero dado que se basaba en la excéntrica definición soviética de lo que era nuevo —incluyendo todos los misiles norteamericanos y ninguno de los soviéticos— no ofrecía bases para la exploración. Gromyko vino y volvió para su visita anual del otoño, y lo único que hizo fue prometer que iba a estudiar el problema otra vez. Yo me encontraba en una ligera desventaja con él, porque nosotros no habíamos respondido a la última oferta soviética. La brecha entre las dos posiciones eran tan grande que no valía la pena hacer la sangría burocrática correspondiente para modificar nuestra propuesta, por insatisfactoria que fuera desde el punto de vista intelectual.

Hacia finales de año, la guerra de Medio Oriente y sus consecuencias preocupaba a los dirigentes de ambas partes. Recién en enero de 1974 las deliberaciones de SALT volvieron a cobrar impulso. En una reunión del Consejo de Seguridad Nacional del 24 de enero, presenté los problemas al presidente en términos puramente estratégicos: *Queremos una equivalencia esencial. Pero tenemos que tener cuidado de no aceptar una no equivalencia esencial en una carrera armamentista porque no pudimos obtener lo que consideramos que era equivalencia en SALT.* Más tarde, durante la reunión, volví a tratar el tema: *Mucha gente ha insistido en una equivalencia absoluta en cuanto a potencia destructora. Quisiera que el mismo vigor que se aplica a nuestra posición en SALT se aplicara a nuestros programas militares.*

Mi propia opinión era que limitar los MIRV soviéticos constituía lo principal, y no había nada de desfavorable en aceptar por medio de un acuerdo los topes que el Pentágono había establecido en sus propios proyectos *publicados* que no pensaba exceder (y sin duda, en vista de la actitud del Congreso, sería muy afortunado si llegaba a cumplirlos). Esto significaba en la práctica que yo favorecía la prolongación del Acuerdo Provisional de 1972 por algunos años —con su disparidad en cuanto a los números totales de dispositivos de lanzamiento para misiles— *siempre y cuando* los soviéticos aceptaran una no igualdad recíproca en el número de los ICBM sobre MIRV con base en tierra. Según como uno contara, esta desigualdad sería aproximadamente de 300 misiles con MIRV a nuestro favor. Así, la ventaja soviética existente en los números totales de vehículos de carga iba a ser más que compensada con una ventaja norteamericana en la categoría crucial de los ICBM emplazados en MIRV, lo que nos daría una superioridad de cabezas nucleares y reduciría nuestra vulnerabilidad en dispositivos de lanzamiento. Contrapesando asimetrías, si lo desean.

El problema consistía en traducir la teoría en términos operativos, lo que significaba que antes que pudiéramos negociarlo con los soviéticos teníamos que hacerlo aceptable para nuestra burocracia. Para entonces, nuestras agencias habían aprendido de los soviéticos; no tenían que aventajarlos en la presentación de propuestas unilaterales. El embajador U. Alexis Johnson, jefe de nuestra delegación SALT, promovió un tope agregado de 2.350 dispositivos de lanzamiento (unos 150 por encima de nuestro programa unilateral y 250 por debajo del de los soviéticos) más topes iguales de capacidad destructiva agregada y de capacidad destructora en MIRV. El 11 de enero de 1974, el Pentágono indicó por fin el preciso nivel de capacidad destructora que prefería. Un memorándum conjunto del vicesecretario de Defensa y del presidente de la Junta de Jefes nos permitía ingeniosamente cumplir con todos los programas norteamericanos posibles, mientras restringía todos los soviéticos. Nos permitiría aumentar el programa MIRV que teníamos planificado hasta llegar a 1.000 Minuteman III (en vez de 450) así como consumir el programa total de misiles lanzados desde submarinos (incluyendo 240 misiles Trident). A los soviéticos les presentaban diversas opciones; con cada una de ellas, tendrían que dejar de lado la idea de emplazar en MIRV sus 308 misiles pesados, así como por lo menos uno de los nuevos misiles de mediano alcance, el SS-17 o el SS-19. Si los soviéticos decidían desplegar la capacidad destructora más pesada SS-19, podrían usar los MIRV sólo para 100 y tendrían que renunciar a *todos* los otros programas MIRV con base en tierra.

De qué manera se iba a consumir semejante convenio, fue algo que quedó librado al negociador. Dado que en realidad se daba por sentado que ése era yo, ninguna agencia corría un riesgo muy grande al presentar una propuesta unilateral. Si yo fracasaba, este fracaso se atribuiría a una falta de habilidad para negociar, o a mi poca firmeza, como los colaboradores de Jackson daban a entender constantemente a los medios. Era la venganza de la burocracia por mi diplomacia de libre rueda durante el primer gobierno de Nixon.

Por supuesto, no existía la menor posibilidad de persuadir a los soviéticos de que debían reducirse en todas las categorías, mientras que nosotros estábamos en libertad de fortalecerlos en cada una. En la reunión de NSC hubo algunas conversaciones casuales sobre los incrementos de nuestras defensas, si el SALT fracasaba. Schlesinger sugirió que por 2.000 millones de dólares más por año, podríamos emprender *nuevos programas significativos*. El jefe de Operaciones Navales, almirante Elmo Sumwalt, con una parcialidad comprensible, tradujo esto en dos submarinos más —o cuarenta y ocho misiles— por año (no importaba que en ese momento la Armada estuviera en realidad reduciendo el programa). De todos modos, nos iba a llevar casi diez años llegar a tener agregados iguales por medio de esfuerzos unilaterales, dando por sentado que los soviéticos no iban a hacer nada para contrarrestar lo que hacíamos nosotros—una proposición inverosímil.

Nadie estaba preparado para las disputas internas provocadas por la necesidad de lograr un enfoque más realista. Nixon estaba demasiado absorbido por Watergate. Yo acababa de llegar del baile del Sinaí y me estaba preparando para la Conferencia de Energía de Washington. Al Pentágono no le importaba un estancamiento. Y yo, también, opinaba que mi enfoque preferido podía surgir sólo de un atolladero. Primero teníamos que demostrar que lo que se había convertido en buen criterio convencional no funcionaba, y que esa situación realmente no nos beneficiaba.

De manera que dimos con una posición que satisfizo a todos —generalmente la mejor prueba de que el consenso estaba reemplazando a una estrategia coherente. El precio de la Junta de Jefes era agregados iguales; el embajador Johnson obtuvo su tope de 2.350; Schlesinger prevaleció con su teoría de igual potencia destructora MIRV. No se acordó ninguna cifra específica, aunque se le dijo a Johnson que no era probable que aceptáramos un nivel de MIRV basados en tierra mayor que la capacidad destructora de toda

nuestra fuerza Minuteman. Reducir a los soviéticos a nuestro nivel de capacidad destructora significaba limitar sus MIRV a cerca de 200. Mientras tanto, el senador Jackson había enviado una carta triunfal al presidente en la que le indicaba que sus líneas de comunicación a la Junta de Jefes de Estado Mayor eran efectivas. Se plegaba a los conceptos vertidos en el Departamento de Defensa e iba un poco más lejos, ligándolos a las reducciones de dispositivos de lanzamiento a 1.760 y reducciones proporcionadas en los MIRV (basados en la equivalencia de potencia destructora). Vio la "preocupación" por los límites del MIRV como una "desviación". Habiendo visto lo que Jackson podía lograr al bloquear legislación que no tenía que pasar por ninguno de los comités del Congreso de los cuales él era miembro, no tuve ninguna duda respecto de lo que él podría hacer a un acuerdo SALT desde su posición en el Comité de los Servicios Armados.

Cuando las delegaciones norteamericana y soviética del SALT reanudaron sus deliberaciones en Ginebra, el 19 de febrero de 1974, un rápido estancamiento resultó inevitable. La única novedad fue una insinuación de la delegación soviética en el sentido de que podría abandonar su insistencia en contar los sistemas norteamericanos de bases de vanguardia, al final del proceso, después que todas las otras cuestiones se resolvieran. En la práctica esto significaba que la siguiente oportunidad de romper el estancamiento tendría lugar cuando yo visitara Moscú a fines de marzo para preparar la conferencia cumbre fijada para junio.

Lo que realmente necesitábamos eran conceptos, no aritmética nueva. El SALT podría tener muchos usos pero no podía reducir las capacidades soviéticas mientras aumentaba las nuestras, a menos que tuviéramos un programa de fabricación masiva. Por lo tanto, me presenté con un proyecto para una extensión del Acuerdo Provisional por tres años, siempre y cuando los soviéticos aceptaran una inferioridad en ICBM sobre MIRV con base en tierra comparable a su ventaja en el número total de dispositivos de lanzamiento. Los soviéticos tendrían, por lo tanto, 280 misiles instalados en MIRV con base en tierra menos, la ventaja numérica de que gozaban en vehículos de carga. Los 550 Minuteman III de nuestro programa debían ser la línea de base. Pensé que las agencias que insistían en agregados iguales totales para un arreglo permanente podrían aceptar un acuerdo provisional. Nos ofrecía, aun en lo inmediato, una ganancia de más de 1.400 cabezas nucleares (*). También privaríamos a los soviéticos de varios misiles de estas cabezas sobre misiles que no podrían emplazarse en MIRV bajo el acuerdo.

Yo realmente no esperaba que los soviéticos aceptaran las cifras que les íbamos a proponer. No existía ninguna probabilidad realista de que se confinaran a 270 ICBM sobre MIRV con base en tierra. Pero si el principio de agregados no iguales para los MIRV era aceptado, yo esperaba llegar a un resultado que demoraría el logro de la capacidad soviética de un primer ataque.

Una reunión NSC sobre el tema tuvo lugar el 21 de marzo a la tarde. Sinteticé el caso para extender el Acuerdo Provisional unido a la limitación MIRV. (Para lograr mi objetivo di por sentado que íbamos a emplazar en MIRV todos nuestros misiles Minuteman aunque ese programa no existía, sólo una referencia en un memorándum del Departamento de Defensa, que decía que los límites a la capacidad destructiva del SALT deberían permitirnos instalarlos sobre MIRV a todos).

Tenemos que decidir si queremos un acuerdo MIRV en el Acuerdo Provisional, o si queremos presionar hasta lograr un acuerdo permanente; si hacemos esto, tenemos que decidir cuánto tiempo nos vamos a tomar y fijarnos un plazo. Podemos disminuir la tasa de ellos o incrementar la nuestra. El no hacer nada va a producir una brecha mayor, dado el estado de sus despliegues.

(*) Privando a los soviéticos de 280 misiles de mediano alcance con seis cabezas nucleares, menos las 280 únicas cabezas nucleares que les permitirían.

Si la propuesta soviética resulta inaceptable, nuestra elección práctica va a ser establecer un límite temporal interno y sacar violentamente el desarrollo del programa de Jim. Pero debo señalar nuestra disparidad; con el Minutemann III podríamos tener 3.000 armas, o tal vez 7.000 si le pusiéramos siete MIRV. Ellos tienen 1.500 armas, con seis a ocho MIRV cada una. La disparidad va a ir en aumento. Con SALT II, podremos retardar el ritmo, y utilizar el nuevo sistema de Jim; o podemos establecer un atajo y ofrecer un acuerdo permanente. *La peor situación posible es continuar negociando un acuerdo permanente y continuar con nuestro programa actual.* (Énfasis agregado).

Lo cual, hay que decirlo, es exactamente lo que nos imponía nuestro debate interno. Schlesinger suministró una calificada aprobación a este enfoque:

Creo que sería trágico que no podamos llegar a un acuerdo SALT que en última instancia conduzca a una amplia igualdad. Pero garantizamos un acuerdo MIRV, más como una estación intermedia en el camino hacia un acuerdo permanente que brinde una equivalencia esencial. Puede ser beneficioso añadir un acuerdo MIRV a un acuerdo provisorio. A la larga, la capacidad destructiva es importante, pero a corto plazo no lo es tanto ya que ellos no pueden explotarlo. Antes de 1980, no existe el riesgo de que la Unión Soviética pueda obtener una ventaja considerable.

La Junta de Jefes no se opondría al secretario de Defensa; nuestro negociador del SALT fue relevado de las tratativas. De manera que Nixon aprobó la propuesta hacia el final de la reunión. Lo comuniqué a Dobrynin en una nota verbal que Dobrynin podría elevar antes de mi llegada, establecida para el 24 de marzo, a fin de dar a los soviéticos tiempo para que estudiaran nuestro acercamiento. Nixon, en una carta personal a Brezhnev, indicó que yo tenía libertad para responder a las contrapropuestas soviéticas.

Siempre existe el peligro de confundir a los progresos burocráticos con realizaciones sustantivas. Y así fue en esta instancia, mientras partía para Moscú con más optimismo del que la situación garantizaba.

OTRA VISITA A MOSCU

Cualquiera que haya sido designado para desempeñar un cargo importante, debería grabar en su conciencia estos principios fundamentales de las relaciones públicas de Washington: primero, no predecir nunca un resultado que usted no esté un 100% seguro de lograr. Y segundo, aun así, usted estará mejor ubicado si declara menos de lo que sabe sobre el resultado probable. Los medios nunca dejan que usted olvide un pronóstico frustrado. Negocian con plazos y certezas; tienen poco campo para matices o probabilidades. Si el político no logra llamar la atención sobre imponderables, los medios muy difícilmente los descubran por su cuenta; aun si los menciona, pueden ser descuidados porque la información se presta más a simplificaciones que a calificaciones. En el mejor de los casos, la promesa de una realización no puede nunca estar a la altura de la realidad misma; la predicción será siempre puesta en tela de juicio cuando se la formula y la realización se dará por sentada después, precisamente porque ha sido anunciada.

Yo violé todos estos principios en una conferencia de prensa celebrada el 21 de marzo, justo antes de mi viaje a Moscú. Entusiasmado por haber logrado llevar nuestra posición interna SALT a una región de respetabilidad intelectual, me permití especular con que un logro similar podría esperarme en Moscú. En respuesta a una pregunta, ofrecí una breve conferencia sobre la historia de SALT que, si bien era cierta, carecía de un toque psicológico certero:

Todas las negociaciones SALT, y sin duda alguna, todas las negociaciones sobre el desarme, han pasado por tres fases. Hay una fase inicial que consiste en el intercambio de información técnica que generalmente tiene lugar durante un estancamiento del proceso de negociación; vale decir, las posiciones de negociación no se aproximan una a la otra, pero se aclara la comprensión técnica de las cuestiones.

Entonces —esto es esencialmente lo que ha estado sucediendo en Ginebra hasta ahora— se llega a un punto en el que tiene que haber un avance conceptual importante; quiere decir, donde ambas partes deben coincidir sobre lo que están tratando de llevar a cabo. Y después de eso, tiene que haber una ardua negociación que dé un contenido concreto a este avance conceptual.

Como teoría política para un seminario sobre relaciones internacionales, éste era un material excelente. Desgraciadamente, los medios buscaban frases que se prestaran a encapsular un resultado, no a comprender un proceso. Se concentraban en el *slogan* "avance conceptual", no en la explicación subyacente. Y al predecir un "avance" conceptual o de otro tipo, yo creé un patrón con el cual mi viaje de aquí a tres días se podía medir. Pasé por alto que ninguna posición negociadora triunfa tan rápidamente con los soviéticos; no existía ningún precedente de realización de un avance conceptual en SALT con un único mensaje a Brezhnev. Y en este caso, los soviéticos no tenían ninguna razón particular para mostrarse complacientes en SALT a fin de mantener el impulso de otras negociaciones que eran en realidad atrofiadas. De manera que el "avance conceptual" tomó el lugar de mi conferencia de prensa *la paz está al alcance de la mano* de dieciocho meses antes. Una regla final para los aspirantes a un alto cargo: si no puede resistir la tentación de hacer una predicción, utilice una prosa ampulosa e impenetrable; nunca escapará de sus errores si tiene talento para los aforismos.

No había estado mucho tiempo en Moscú, cuando advertí que las cosas no estaban destinadas a avanzar tan fácilmente. Un leve frío se hizo palpable cuando la situación cambió de la informalidad del coto de caza de Zavidovo (donde Gromyko me había dicho en febrero que se llevarían a cabo las reuniones) a la más protocolar Moscú. No era que la hospitalidad soviética careciera de exuberancia. La recepción fue cordial. Brezhnev estaba animado y jovial. Tenía algunos juguetes nuevos. Ante él había un objeto de bronce en forma de cúpula. Cuando la tapa se levantó, reveló seis objetos de bronce que parecían cartuchos y apuntaban al cielo. Le pregunté si era un modelo de MIRV soviético, y si podía informar que cada MIRV soviético tenía seis cabezas nucleares (había visto estimaciones basadas en pruebas menos concretas). Brezhnev, enormemente divertido, sacó la tapa de uno de los cartuchos, revelando seis cigarrillos. Otros dos juguetes nuevos eran un reloj pulsera de fabricación francesa, cuyos mecanismos eran visibles, y un reloj marino, cuya alarma Brezhnev puso para que sonara en ocasiones que consideró significativas, como cuando, por ejemplo, modificó levemente su propuesta original SALT.

Brezhnev comenzó la sesión poniendo de relieve que, pese a las "complicaciones" (rechazó mi utilización de la palabra *decepciones*, su compromiso con la *détente* permanecía inalterables. Dijo que sin entrar en los *diversos detalles* de lo que estaba sucediendo en los Estados Unidos —y él escuchaba y leía mucho acerca de ello— el presidente Nixon parecía estar desplegando firmeza y la voluntad de avanzar hacia una *profundización* de las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Se sentía obligado a señalar que, para poder seguir adelante, tenía que vencer unas pocas *dificultades* y *obstáculos* que estaban íntegramente ligadas al mejoramiento no sólo de las relaciones norteamericano-soviéticas sino también de la atmósfera del mundo. Se sentía seguro, no obstante, de que la experiencia del pasado nos ayudaría a encontrar soluciones correctas sin violar los principios que habíamos acordado.

Le contesté del mismo modo, pero las protestas de buena voluntad no pueden sustentar las relaciones entre superpotencias que son adversarios ideológicos. Y el hecho fue que cada uno de los temas de la agenda suscitó controversias. Con respecto al MFN, como ya dije, llevé exigencias adicionales, más que progresos. Tenía la poca envidiable tarea de decirle al secretario general de un Estado totalitario, que insistíamos en que incrementaran la emigración pero que proponíamos dictarles las zonas geográficas dentro de su país de las cuales debían hacer salir a esos emigrantes. Evitamos una explosión sobre el tema, y ya avanzado el mes obtuvimos algunas concesiones soviéticas. Pero en relaciones internacionales no hay almuerzos gratis. Lo que podíamos ganar en cuanto a emigración judía iba a reducir la conformidad soviética en otras áreas.

Fue sobre Medio Oriente que mantuvimos las conversaciones más difíciles. Brezhnev se erizó. Como lo hiciera Gromyko seis semanas antes en Nueva York, nos acusó de violar el entendimiento sobre auspicios conjuntos, primero con respecto a Egipto y ahora con Siria. Como entonces, repliqué que los *auspicios apropiados* habían tenido la intención de facilitar las negociaciones entre las partes, no impedirles hablar en el foro más conveniente. Le ofrecí reunirme con Gromyko o con otros representantes soviéticos para mantener discusiones regulares sobre Medio Oriente. Brezhnev gruñó —no sin razón— que yo estaba hablando de procedimientos; él estaba preocupado por la sustancia. Yo estaba ofreciendo información; él quería participación. Después de escuchar media hora de sofismas, entre Gromyko y yo sobre los métodos de nuestras consultas, Brezhnev fue al fondo de la cuestión, demostrando en el proceso la adaptabilidad soviética a la realidad. Rompió su silencio para decir que había estado escuchando *atentamente* el coloquio entre Gromyko y yo, y sentía que sólo señalaba lo correcto de su queja original: nunca antes, Brezhnev admitió, había escuchado una declaración más abierta de la intención norteamericana de excluir la participación soviética. Una vez que las dos partes hubieron expuesto sus opiniones al respecto, concluyó sombríamente que ello dejaba *las manos libres para actuar según la propia discreción*.

Yo dije de manera algo irrelevante que cinco kilómetros en una u otra dirección de las Alturas del Golán eran menos importantes que las relaciones norteamericano-soviéticas. Brezhnev afirmó su propia dedicación a ese entendimiento, significando que no iba a permitir que Medio Oriente lo perjudicara.

Pero tampoco dio razones para acelerar los progresos en SALT, la discusión que enmarcó los otros temas. La mantuvimos durante nuestras dos primeras sesiones del 25 de marzo y durante nuestra última sesión del 27 de marzo. En la primera de ellas, Brezhnev presentó una propuesta para prolongar el Acuerdo Provisional hasta 1980 y añadirlo a una limitación igual de 1.000 MIRV para cada una de las partes. Los Estados Unidos y la Unión Soviética estarían en libertad para decidir sobre la composición de sus fuerzas; en términos técnicos, habría "libertad para mezclar" entre los misiles con base en tierra y aquellos con base marítima. Extrañamente —excepto que mantenía los agregados no iguales que restaban del SALT I— esta propuesta se acercaba más a las verdaderas preferencias de la Junta de Jefes de Estado Mayor que la que yo había llevado a Moscú. Pero no convenía realmente a nuestras necesidades, por razones que di a Brezhnev en la sesión de la noche del 25 de marzo:

Permítame explicarle nuestras dificultades, y permítame explicarle cómo se va a presentar en los Estados Unidos. Usted recordará, de mi testimonio público cuando el senador Jackson atacó el primer acuerdo, que nosotros lo defendimos sobre la base de que MIRV compensaba la desigualdad numérica de la primera fase. Si nosotros extendemos ese acuerdo ahora, y le añadimos una provisión de 1.000 misiles con MIRV, se van a formular, por lo menos, dos críticas: una, que la ventaja numérica va a ser efectiva debido al número de cabezas nucleares. Segundo, debido

a que la Unión Soviética tiene más MIRV en cada dispositivo de lanzamiento que nosotros, ustedes tendrán una ventaja numérica no sólo en el número de misiles sino también en el de cabezas nucleares. En tercer lugar, porque las cabezas nucleares soviéticas son más pesadas que las nuestras, significa que la fuerza basada en tierra de la Unión Soviética va a estar en condiciones de adquirir una capacidad de primer ataque contra la nuestra. Y por lo tanto, si no existe un tope para los misiles basados en tierra, que tenga en cuenta los diferentes números de cabezas nucleares de cada uno de estos misiles, la posición se va a poner muy complicada. Además, tenemos el problema de que al nivel de 1.000, pronto tendríamos que dejar de desplegar los MIRV, mientras que ustedes estarían empezando. No habría forma de saber si ustedes están suspendiendo la fabricación. Ustedes van a llegar al número de 1.000 al final de este proceso. De manera que si ustedes colocan, digamos, 500 u 800 misiles basados en tierra —yo les daré honestamente los argumentos tal como nos los van a presentar a nosotros— y si el cálculo que hemos hecho es correcto, en el sentido de que tienen seis en cada uno, ustedes tendrían entre 3.000 y 5.000 cabezas nucleares y estarían en condiciones de destruir nuestro Minuteman.

No quiero darles ideas, pero éstos son los argumentos que se invocarán. Solamente quería presentarles los razonamientos de nuestro pueblo.

Brezhnev, por supuesto, negó enérgicamente que la dirección soviética tuviera *in mente* algo tan grosero como un ataque a nuestra fuerza Minuteman. Y rechazó la afirmación de que el SALT I fuera desigual. Señaló un mapa que mostraba zonas de la Unión Soviética que podrían ser alcanzadas desde nuestras bases de vanguardia en Europa o en el Mediterráneo. Esto era razonablemente preciso si dábamos por sentado misiones de ida para nuestros bombarderos, que los calculistas soviéticos —aplicando su propia versión del escenario del “peor caso”— era harto probable que hicieran. Nuestra propuesta de confinar los despliegues soviéticos basados en tierra a los 270 ICBM resultaba imposible para la Unión Soviética. Dijo Brezhnev: *Si yo accedo a esto, ésta será mi última reunión con el doctor Kissinger, porque será destruido*. Después de revisar toda clase de cuestiones técnicas, acordamos concedernos un tiempo para un estudio adicional antes de mantener nuevas discusiones.

Estas tuvieron lugar el último día de mi estada en Moscú, el 27 de marzo. En esa ocasión se alcanzó una suerte de avance conceptual, aunque no fue considerado como tal por un cuerpo de prensa escéptico, o, para el caso, por todos los elementos de nuestro gobierno. Una sesión de seis horas del Politburó demoró nuestra reunión con Brezhnev; como era característico, no nos dieron ninguna explicación hasta después. El encuentro de la mañana fue cancelado; esperábamos en nuestra casa para huéspedes en las colinas Lenin la citación que no llegó hasta las 17.00. Yo le había dicho sarcásticamente a un funcionario de protocolo que siempre había querido pasar las vacaciones de invierno en Moscú. Pero entonces la reunión se efectuó: estoy seguro de que no fue debido a mi comentario sino porque la junta del Politburó había terminado. Después de las humoradas de apertura, Brezhnev anunció que la Unión Soviética estaba preparada ahora para aceptar el *principio* de agregados MIRV no iguales. Brezhnev propuso 1.100 vehículos con MIRV para los Estados Unidos y 1.000 para la Unión Soviética.

Era un paso hacia adelante muy importante, presentado como una característica forma gruñona. Los soviéticos siempre dejan margen para la negociación; no conocí ninguna oportunidad en que una posición soviética de apertura se acercara al resultado final. Una vez que había sido concedido el principio de agregados MIRV desiguales, a nuestro favor, la brecha iba seguramente a someterse a mejoras a través de las negociaciones.

Brezhnev presentó su propuesta con considerable ingenuidad. Las cifras de los agre-

gados totales eran justas, afirmó, porque los soviéticos estaban descartando 210 misiles como parte del SALT I y no contaban los 90 misiles de las fuerzas estratégicas francesas e inglesas. En otras palabras, el Kremlin, por la sola bondad de su corazón renunciaba precisamente a los 300 misiles que nosotros sosteníamos constituían su ventaja. (Esto resultó ser un error; aun después de descartar 210 misiles, los soviéticos retendrían una ventaja numérica.) Y ahora, para llevar su generosidad casi hasta los extremos, según la versión de Brezhnev, tiraban por la borda otros 100 misiles. Esto le proporcionaba a Brezhnev una matemática más simple aún. Pudo haber sostenido que, al acceder a una ventaja de 100 misiles MIRV a dos para nosotros nos estaba dando 500 cabezas nucleares extras, lo cual cerraba la brecha. Se hubieran logrado entonces apregados iguales.

Brezhnev los dio por sobreentendidos, pero nunca presentó estos argumentos claramente, tal vez porque sus contralores de armas todavía no habían llegado al abstruso nivel de sofisticación de los nuestros. De todos modos, estos argumentos no hubieran sido concluidos. El avance era todavía conceptual; los números seguían siendo inadecuados. Dada la ventaja soviética en capacidad destructiva, el total de 1.000 misiles soviéticos con MIRV era demasiado elevado, la brecha a nuestro favor demasiado pequeña. Duda-mos si la Unión Soviética podría desplegar más de 1.000 misiles con MIRV antes de fines de 1980, cuando el acuerdo propuesto expirase; de esta manera estaríamos haciendo poco más que ratificar el programa de cada una de las partes. (Por supuesto, existiría una presunción de que los límites podrían extenderse al expirar el período provisional.) Mas inquietante, la propuesta de Brezhnev era compatible con un intento de congelar nuestro despliegue mientras la Unión Soviética nos alcanzaba en cuanto al MIRV, especialmente porque nosotros hubiéramos cumplido con nuestro programa para 1977 (excepto la parte del Trident) mientras que los soviéticos estarían todavía fabricando. Así, los soviéticos podrían teóricamente construir sus MIRV de tierra y cambiar a los de base marítima sólo después de 1980, cuando el acuerdo hubiera expirado.

Es por eso que insistí en que cualquier tope de los MIRV debía contener un sublímite de misiles con base en tierra. Pero Brezhnev rehusó firmemente adherir a compromiso semejante. Estaba preparado, dijo, para prometer un acuerdo informal de notificaciones anuales sobre los despliegues planeados de misiles lanzados desde submarinos. No iba a aceptar un límite formal. Semejante notificación carecía de sentido. Si no había límites acordados, no tendríamos bases para la objeción; y un informe anual llegaría demasiado tarde para afectar nuestras decisiones y no añadiría mucho, o nada, a lo que ya sabíamos por nuestros informes del servicio de inteligencia.

Estábamos así en una posición que nos era conocida por negociaciones previas: el concepto de una no igualdad de MIRV a nuestro favor era extremadamente importante. Su aplicación resultaba descabellada. La rechacé sin siquiera consultar con Washington. Puse de relieve que la perspectiva de convertir el "avance" de Brezhnev en un acuerdo, dependería de dos factores: si se incrementaba la diferencia de MIRV entre las dos fuerzas; y si los soviéticos aceptaban un tope sobre el número total de misiles con base en tierra MIRV. Sin estas dos condiciones, un acuerdo SALT sería en gran medida visible. Dejamos las cosas en que cada una de las partes reexaminaría sus posiciones y continuaría intercambiando ideas.

Este resultado, cuando fue conocido, llevó a muchos lúgubres comentarios en nuestros medios acerca del fracaso del viaje a Moscú, reflejando una ignorancia sustancial de las tácticas soviéticas de negociación. Al final de las charlas en Moscú no estábamos, en realidad, en una mala posición táctica. Los soviéticos habían presentado una nueva propuesta de la manera menos generosa posible, animando el propósito de sostener una ardua negociación para lograr el resultado final. Ya habíamos pasado por esa situación antes. No es posible probar si el enfoque de los límites diferenciales del MIRV hubieran, en última instancia, triunfado. Uno *puede* decir que, básicamente, estábamos avanzando

en la dirección correcta. El acuerdo dependería de muchos factores: presiones al sistema soviético, regateos para obtener ventajas que los soviéticos podrían buscar en otras áreas, concentración en un solo propósito y unidad en la posición negociadora de Estados Unidos, y la evaluación soviética del poder de permanencia de Nixon.

Lamentablemente, la concentración en un solo propósito y la unidad de nuestra posición negociadora estaba muy lejos de saltar a la vista. Uno de los problemas más graves era la debilidad cada vez mayor del presidente. En abril de 1974, el comité judicial de la Cámara de Representantes (Diputados) avanzaba resueltamente al juicio político. Los augurios eran tan manifiestos que en abril Gromyko interrogó acerca de los procedimientos de nuestro gobierno en tal contingencia. Las probabilidades de que el gobierno de Nixon estuviera llegando a un final prematuro deben haber sin ninguna duda afectado los cálculos del Politburó sobre cuántas concesiones más eran sensatas en esta rueda de negociaciones.

La experiencia previa había mostrado que, si uno quería avanzar, tenía que mantener la presión sobre un concepto acordado, explorando las numerosas variantes y permutaciones hasta que los soviéticos pudieran convencerse de que las concesiones eran un imperativo, si es que querían evitar una explosión. Un Nixon en funcionamiento hubiera impuesto esto a una burocracia que había consentido a este nuevo acercamiento pero no había puesto su corazón en él. Pero bajo las condiciones de Watergate, las divisiones internas se autoperpetuaban. Obviamente, las agencias preferían un acuerdo que guardara como reliquia una igualdad numérica en cuanto a dispositivos de lanzamiento, aunque esto eventualmente procuraría a los soviéticos un mayor número de cabezas nucleares que las dispuestas por mi proyecto preferido (y hasta por el inaceptable proyecto soviético). Una de las principales razones para esta actitud en apariencia perversa era la calumnia a las que se hubieran expuesto los funcionarios al testimoniar ante el Congreso.

Sea cual fuere la razón, una reunión del Panel de Verificación el 27 de abril puso en claro que había poco entusiasmo por nuestra posición oficial. Yo estaba citado para mantener conversaciones con Gromyko en Ginebra el 28 y 29 de abril. Nuestro propósito principal era ocuparnos de Siria, pero estábamos seguros de volver a tratar el SALT. En el Panel de Verificación favorecí una contrapropuesta a los soviéticos, limitando los misiles soviéticos con MIRV a no más de 850 en 1980. Mis colaboradores y yo —respaldados por los informes de la inteligencia— calculábamos que los soviéticos podrían desplegar unos 200 misiles MIRV con base en submarinos durante ese período. El efecto práctico sería, por lo tanto, reducir los ICBM soviéticos MIRV con base en tierra a aproximadamente 600. Yo escuchaba ahora la sorprendente proposición de que esta cifra— que reducía en varios miles de cabezas nucleares el potencial soviético— era insignificante porque aun 600 ICBM podrían amenazar nuestra fuerza Minuteman. Lo que no estaba tan claro era cómo proponían nuestros críticos mejorar la situación, torpedeando un acuerdo, y por qué el ahorro de unos pocos miles de cabezas nucleares resultaba insignificante (lo cual, es cierto, hacía surgir profundos interrogantes sobre nuestro sistema de defensa).

A esta altura, nuestro debate interno se había vuelto bizantino. Los *slogans* se habían convertido en las armas de una disputa filosófica sobre la naturaleza de las relaciones Oriente-Occidente. Nos encontramos con un dilema que ya nos era familiar por nuestra experiencia en Vietnam: los opositores filosóficos tenían mucho más miedo del éxito de una negociación que de su fracaso. Toda vez que parecía que hacíamos un progreso, aunque fuera marginal, aparecían nuevas objeciones: exigencias de agregados iguales para los que no teníamos un programa unilateral; quejas acerca de la capacidad destructiva total que nos habíamos impuesto y nunca tratamos de alterar; ahora una negación del significado de cualquier límite MIRV. Después de todo, podríamos haber miti-

gado la diferencia de potencia destructiva equipando al Minuteman con seis o siete cabezas nucleares y la disparidad numérica activando los misiles crucero. Tampoco iba a excluirse un nuevo misil de ninguna de las proposiciones SALT que había sobre la mesa. Al SALT se le estaban dando tareas poco realistas, y se estaba resintiendo. Exasperado, señalé en la reunión del 27 de abril:

¿Qué es todo esto que leo sobre el problema de la potencia destructiva? Quiero saber por qué siempre estamos hablando en el aire. Si queremos un misil más grande, ¿por qué no fabricamos uno? ¿Quién nos lo impide? Por cierto que no he escuchado a nadie efectuar alguna propuesta sobre la creación de un nuevo ICBM desde que estoy aquí. . .

En el Acuerdo Provisorio no hay nada que les obstruya desplegar un nuevo misil. Nadie les impide desplegar éste. Y les aseguro que no se los va a impedir. Todo lo que tenemos ahora es Trident bajo el Acuerdo Provisorio. En un Acuerdo Provisorio prolongado podríamos construir un nuevo misil. . .

Nunca nadie demostró que SALT detendría sus programas. Ustedes no pueden culpar de eso al Acuerdo Provisorio. Esas son sus decisiones. Nuestro programa constituye el resultado de las decisiones de ustedes. SALT no impide ninguno de los programas de ustedes. .

Finalmente se me autorizó a "explorar" mi proyecto; pero yo no tenía una convicción muy grande de que una burocracia unida fuera a apoyarme si los soviéticos iban a aceptarlo, menos aun una vez que Jackson lanzara su predecible ataque. Sin duda, existía una gran probabilidad de que muchos de mis colegas terminaran por repudiar el proyecto. No era la manera más edificante de partir para un encuentro con Gromyko.

Predeciblemente, la parte de mis conversaciones del 28-29 de abril referidas al SALT, quedaron inconclusas. Sencillamente, había demasiada incertidumbre de ambas partes como para permitir un esfuerzo total. Gromyko tenía que freír otro pez; yo no disponía de libertad para explorar variantes. Gromyko formuló la pregunta clave desde el punto de vista soviético: *¿Qué ventaja tiene para nosotros?* Y en verdad, había poco incentivo para que los soviéticos restringieran sus programas mientras nosotros llevábamos a cabo los nuestros. Pinté una perspectiva espeluznante acerca de lo que haríamos a falta de un acuerdo: poner en MIRV todos nuestros *Minuteman*, seguir construyendo los Trident. Pero Gromyko conocía todos nuestros planes para los próximos cinco años, porque habíamos estado publicándolos servicialmente. Y debió haber dudado de que el presidente mortalmente herido pudiera hacer pasar esos programas en un Congreso insubordinado.

Para la época en que yo había regresado de Siria un mes después, nuestro modelo burocrático se había congelado. La presidencia de Nixon se encontraba en su fase terminal. Muchos funcionarios serios estaban preocupados por la posibilidad de que un acuerdo SALT realizado bajo esas condiciones se arruinaría malamente no obstante sus méritos intrínsecos; parecería una maniobra de Nixon para escapar a su sino. Y cualesquiera fueran los términos, iban a preguntarse si el sucesor del presidente podría mejorarlos.

Ese razonamiento debe de haber estado tras la decisión de Schlesinger de oponerse abiertamente a lo que todavía era nuestra posición oficial, que él había aprobado un mes atrás. Revirtiendo su apoyo anterior del concepto de MIRV no iguales compensatorios de agregados no iguales, afirmó dramáticamente el concepto de agregados iguales y en el proceso adoptó también reducciones. La oportunidad fue una respuesta a una carta de Jackson a Schlesinger el 22 de abril pidiéndole al secretario que comentara su propuesta de reducciones, que también había apoyado los agregados iguales. Schlesinger se tomó su tiempo, pero el 3 de junio alabó el enfoque de Jackson:

Su propuesta generalmente satisface la mayoría de los criterios usados en la actualidad como pautas para el SALT, y también tiene otros rasgos inherentemente atractivos, tal como se discutió en la evaluación adjunta.

En la práctica esto significaba el fin del proyecto que estábamos negociando. Los soviéticos, habiendo visto lo que Jackson podía hacer para obstaculizar el comercio Este-Oeste, no podían tener la menor duda acerca de lo que podría lograr cuando se viera respaldado por el secretario de Defensa del propio Nixon. En todo caso, la ratificación de un acuerdo no enteramente apoyado por el Pentágono era improbable, y tal vez hasta indeseable. SALT II fue repasado nuevamente por nuestro gobierno al prepararse para la conferencia cumbre, y Nixon y Brezhnev tuvieron una larga discusión sobre él cuando estuvimos en la URSS (ver Cap. XXIV). Pero por lo menos retrospectivamente, resulta claro que los proyectos serios para el SALT durante la presidencia de Nixon concluyeron a comienzos de junio de 1974 con la carta de Schlesinger.

CONCLUSION

¿Aun con la perspectiva de casi una década, creo que el enfoque que propusimos en la primavera de 1974 ofrecía una oportunidad mejor de restringir la construcción de MIRV soviéticos que ningún otro que nos fuera impuesto después por presiones internas. Los agregados iguales que eran el grito en el cielo de tantos opositores resultaron ser más símbolo que sustancia. Los soviéticos accedieron a agregados iguales en Vladivostok en noviembre de 1974. Pero ninguna de las sucesivas administraciones (incluyendo la de Reagan) hizo jamás ningún esfuerzo para construir hasta el nivel permitido; cada una ha vivido voluntariamente con una brecha numérica en vehículos de carga que no aceptaría como parte del acuerdo. Y mientras tanto, el despliegue MIRV soviético alcanzó un nivel mucho más alto que el que se hubiera podido avizorar en la escalada hacia la conferencia cumbre, luego rechazada por los opositores al SALT por considerarla demasiado peligrosa. Tienen miles de cabezas nucleares más de las que hubieran tenido si en 1974 hubiéramos triunfado al negociar los proyectos que perseguíamos. Y nosotros carecemos de más vehículos de carga o portadores.

Se podría argumentar que la diferencia a nuestro favor de varios miles de cabezas nucleares no cambia las cosas desde el punto de vista estratégico: no se puede sostener al mismo tiempo que la administración fue "blanda" al estar dispuesta a lograrlo al precio de sólo 300 dispositivos de lanzamiento para cabezas nucleares. Tampoco tuvo jamás ningún sentido pedir a los negociadores del SALT la reducción de las fuerzas soviéticas por medio de la diplomacia hasta llegar a niveles que no resultaran amenazadores cuando no teníamos un programa de fabricación que le produjera un incentivo. Pero hasta un programa de fabricación hubiera tenido que responder al interrogante: si una ventaja de 1.500 cabezas nucleares en SALT carecía de sentido, ¿qué ventaja podía lograr un programa de fabricación que fuera estratégicamente significativo? En otras palabras, como dije en una conferencia de prensa en Moscú al final de la conferencia cumbre: *¿Qué es, en nombre de Dios, la superioridad estratégica?* Hasta que respondamos a esa pregunta, el control de armas se verá amenazado por la demagogia y el fortalecimiento estratégico por la falta de racionalidad.

Con toda seguridad, las ofertas soviéticas eran casi invariablemente absurdas. Pero éstas son reglas del juego. Yo no puedo probar lo que habría pasado si las negociaciones se hubieran consumado en circunstancias normales, con un presidente fuerte y en funcionamiento, y con un gobierno norteamericano unido. Yo estoy convencido de que en la primavera de 1974, SALT se convirtió en la víctima propiciatoria de una contienda filosófica más fundamental sobre las relaciones Oriente-Occidente. Para sus adeptos,

SALT se transformó en un fin en sí mismo; para sus opositores, constituyó un peligro que debía combatirse a toda costa. SALT ya no era parte de una política de seguridad más amplia, coherente, o de una estrategia total. Impuesta por sí misma, se convirtió en huérfana y víctima, acosada entre un idealismo liberal no emparentado con un concepto de poder y un dogmatismo conservador no corrompido por un sentido de la proporción o la estrategia. Y estaba condenado sobre todo por la carencia de habilidad del presidente para suministrar un liderazgo consistente durante sus fatigas de Watergate.

Lamentablemente, las oportunidades perdidas no pueden demostrarse. Lo que dio al período aquí tratado su matiz melancólico fue que los Estados Unidos debilitaron su capacidad, tanto para resistir a la agresión soviética como para construir un mundo mejor por disputas domésticas que convirtieron los honestos desacuerdos en una especie de guerra civil. Poco después que Golda presentó su renuncia, le señalé sombríamente:

El mundo puede estar enfilando hacia una guerra porque los países totalitarios son demasiado burocráticos y las democracias demasiado demagógicas. Francamente, puedo tener que considerar en los próximos meses la misma decisión que tomó usted. Me es imposible dejar de pelear contra los obreros, el Congreso, los liberales, los intelectuales. No tiene nada que ver con su problema. Seis meses de guerra fría, y vamos a volver a la "paz a cualquier costo". La gente que nos demoralizó durante años por la cuestión de Vietnam es la responsable. Si yo explicara en detalle lo que estoy haciendo, ganaría a Meany pero perdería a los rusos. Estoy llevando a cabo la política más dura que pueda sostenerse durante un período prolongado.

Esto no es para sugerir que nosotros "provocamos" a los soviéticos a perpetrar los actos de agresión que siguieron. A las naciones no les asiste el derecho a enviar tropas por el mundo porque se les haya negado el MFN. Tampoco es propio de un país el trasladar a su interlocutor el peso intelectual de la ruptura de cada estancamiento como ha sido la actitud soviética en SALT. No hay excusa para las fuerzas expedicionarias soviético-cubanas en Angola y Etiopía, la intrusión rusa en Yemen del Sur y la invasión a Afganistán, el aliento del Kremlin a Vietnam del Norte para que tomara primero a Vietnam del Sur, y Laos y después Camboya, y las brutales presiones sobre Polonia. Otras naciones han sufrido decepciones sin asaltar el orden internacional en respuesta. Aunque cometimos nuestra cuota de errores, el ataque fundamental a la *détente* vino de Moscú, no de Washington.

A pesar de todo, reflexiono melancólicamente sobre la forma en que los Estados Unidos deshicieron su unidad en 1973/4. Se hubiera podido pensar que unos Estados Unidos atormentados por Watergate, con el cese del fuego en Vietnam en estado precario, y un Medio Oriente y una crisis energética a la orden del día estarían hartos de confrontación. En cambio, descubrimos que el área de política que habíamos aquietado —las relaciones Oriente-Occidente— estaba cada vez más controvertida. Creemos que fue un logro considerable haber impedido que Moscú tomara ventaja de nuestra crisis de autoridad, tal como nosotros antes habíamos utilizado la *détente* para aislar a Hanoi y desembrollarnos de Vietnam. Estábamos en el proceso de reducir dramáticamente la influencia soviética en Medio Oriente. Nada de esto impidió los primeros rumores sobre la *détente* y luego la oposición abierta ícomo si un presidente mortalmente herido tuviera todo ese poder de elección sobre los riesgos a los que podía exponer a su país.

No existe la menor duda en mi mente acerca de que uno de los desastres del período fue un enfoque equilibrado, cuidadoso, reflexivo de las relaciones Este-Oeste. La sobria lección del período 1973/74 es que el idealismo no mejoró, en definitiva, los derechos humanos de los judíos en la Unión Soviética (la cifra de emigración para 1975 fue de

menos del 40% que para 1973); que el socavamiento del SALT no mejoró nuestra postura militar; y que donde la cruzada contra *la détente* tuvo éxito, provocó consecuencias funestas. El enfoque, legislado, no disuadió la expansión soviética. La cual aumentó, y las mismas divisiones domésticas que habían generado la confrontación impidieron una respuesta efectiva. La Unión Soviética no fue inducida a conducirse de manera más razonable. La administración no se hacía ilusiones sobre los propósitos soviéticos, pero el debate interno confundió, en vez de iluminar, la comprensión de la nación sobre la complejidad de nuestro desafío. Disminuyó, más que aumentó, la habilidad de nuestro país para detener las aventuras soviéticas o para explorar las posibilidades de coexistencia.

El hecho era que nuestros críticos tenían un argumento filosófico mejor que los obstáculos técnicos que nos estaban tirando tan ingeniosamente en el camino de nuestra política. La cuestión de si el pueblo norteamericano podía mantener una contienda prolongada sobre otra base que una cruzada moral era sumamente seria. Nuestra política implicaba el riesgo de disminuir la vigilancia a través de las negociaciones constantes: ésta, seguramente, era la estrategia soviética. Por otra parte, nuestros críticos se negaban a enfrentar la realidad de que la alternativa que apoyaban implicaba el peligro de aislarnos de nuestros aliados y alejarnos de nuestro propio pueblo. Creíamos que nuestra política de intento de dominio de la cuestión de la paz nos prepararía mejor para la larga lucha en la que acordamos con nuestros críticos conservadores que estábamos implicados. Era una tragedia nacional que aquellos que compartían un análisis estratégico similar debieran llevar a cabo una guerra civil por la cuestión táctica.

Por nuestra seguridad y bienestar en la era nuclear, y para brindar esperanzas al mundo, nuestra política exterior debe tener un sentido de propósitos e intenciones positivas. Eso, a su vez, requiere un pueblo unido y un sentido de continuidad. Nuestros propósitos en el mundo no deben subordinarse nuevamente a nuestras diferencias; la política exterior no puede segmentarse en una serie de escaramuzas domésticas. Unos Estados Unidos divididos privan al mundo de toda esperanza; sólo un país unido tiene la posibilidad de preservar la seguridad internacional y de ayudar a conformar un futuro mejor para todos los pueblos de este planeta.

Capítulo XXIII

EL TORBELLINO SIRIO

En la primavera de 1974 fue evidente que la negociación con Siria tenía prioridad absoluta, pues representaría la culminación de todo el proceso tendiente a asegurar la paz en Medio Oriente. El éxito de las tratativas le permitiría a Sadat seguir adelante sin que nadie pudiera acusarlo de traicionar a sus aliados; impediría cualquier clase de presión destinada a reimplantar el embargo petrolero y ratificaría la supremacía de nuestra diplomacia en el Medio Oriente. Pero el mundo no suele defenirse para darnos tiempo a esbozar nuestros planes; y si, en teoría, la imagen que se tiene de un diplomático es la de un individuo que se desplaza limpia y mesuradamente de un tablero de ajedrez a otro, en la práctica ello casi nunca ocurre, cuando no es decididamente utópico. El 4 de marzo regresé de varios viajes con los cuales dejamos establecidos los procedimientos a seguir en las negociaciones para la separación de fuerzas en el frente sirio-israelí. Casi inmediatamente se desató la tormenta con nuestros aliados europeos, que se venía preparando desde hace poco menos de un año. Dos semanas más tarde tuve que viajar a Moscú. Luego, la Sexta Sesión Especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas, dedicada al estudio de problemas referentes al desarrollo económico, atrajo a Washington a una seguidilla casi ininterrumpida de visitantes distinguidos.

Y el 30 de marzo, en una ceremonia cuya trascendencia sobre mi vida superó la de cualquier otro acontecimiento, contraí matrimonio con Nancy Maginnes.

Así que, en total, pasaron casi dos meses antes de que pudiera reiniciar mis viajes a Medio Oriente. No fue sino hacia fines de abril cuando comencé esa gira diplomática agotadora que finalmente culminó con la separación de las tropas israelíes y sirias en las colinas del Golán. Invité a mi flamante esposa a acompañarme y le advertí que no sería preciso que lleváramos demasiado equipaje. No imaginaba en ese momento la magnitud y lo prolongado de la misión que tenía por delante: durante treinta y cuatro días abrumadores en cumplimiento de mi diplomacia *torbellino* tendría que desplazarme en un *va y viene* de lanzadera entre Damasco y Jerusalén, convirtiéndome en el blanco de demostraciones hostiles en Israel y de miradas hoscas en las calles de Damasco. No creo que nadie haya tenido oportunidad de conocer mejor que yo las carreteras que conducen a los aeropuertos de esas dos capitales, separadas apenas por 240 kilómetros pero tan antagónicas entre sí: las desoladas colinas de Judea y la lisa llanura de Damasco, con el nevado monte Hermon en el horizonte. Actué como intérprete para ambos, estructuré distintas propuestas para superar los frecuentes estancamientos y pasé innumerables noches en vela tratando de resolver problemas que, a pesar de su intrascendencia intrínseca, habían terminado por convertirse en causas

históricas en virtud de las pasiones y los traumas propios del Medio Oriente.

Y, sin embargo, todo eso no constituyó el aspecto más esencial de este episodio. Lo que hizo que ese constante desplazamiento de un país a otro no fuera meramente una experiencia extenuante sino también conmovedora fue que, durante el curso del proceso, cada una de las partes comprendió —aunque sólo fuera vagamente— que su única esperanza para el futuro radicaba en la posibilidad de lograr una coexistencia pacífica. Y, al cabo del largo camino recorrido, hicieron algo más que llegar a un acuerdo: terminaron por conocerse mejor a sí mismos.

ENJAULANDO AL OSO

La tarea preliminar más importante antes de lanzarnos a tal empresa consistía en impedir que los soviéticos se inmiscuyeran en las tratativas y terminaran por neutralizarlas. *La détente* nos ayudó a evitarlo, lo mismo que el planeamiento de las negociaciones. Pero, en este caso, el éxito fue más que nada un reflejo de la realidad estratégica fomentada por nuestra política: la certeza de que éramos la única potencia capaz de dialogar fructíferamente con las distintas partes.

Uno de los efectos de mi gira de febrero fue que Israel y Siria consintieron en enviar emisarios a Washington para discutir conmigo —en forma separada— la cuestión de la separación de fuerzas. El propósito de ese plan era sortear la dificultad que me planteaba el hecho de que el proyecto israelí en tal sentido resultaba tan inaceptable que no me era posible presentárselo a Assad; de hecho, no se trataba tanto de un proyecto cuanto de un recurso momentáneo para darle tiempo a Israel a resolver su crisis de Gabinete antes de dedicarse de lleno a un planeamiento a fondo de las negociaciones. Decidí que la visita de Moshe Dayan tendría lugar después de mi viaje a Moscú en marzo, para no verme obligado a informar a los dirigentes soviéticos acerca del contenido de su propuesta, que anticipaba sería bastante menos que satisfactoria. Y en cuanto a la visita del emisario sirio, quedó fijada para una fecha inmediatamente posterior a la partida del presidente Assad a Moscú a mediados de abril; ello excluía la posibilidad de que Siria sucumbiera a la tentación de sumar las presiones soviéticas a las propias.

Ninguna de estas estratagemas habría tenido éxito si Assad y Sadat no hubieran tenido clara conciencia de que la mejor manera de servir a los intereses de sus respectivos países era aceptar la mediación de los Estados Unidos. Yo no tenía dudas en tal sentido con respecto a Sadat, pero consideraba que Assad no había sido puesto a prueba todavía. Muy pronto las circunstancias se encargaron de hacerlo. En ocasión de mi visita a Moscú, del 24 al 28 de marzo, tanto Brezhnev como Gromyko exigieron que la separación de las fuerzas sirio-israelíes fuera negociada en Ginebra, en presencia de los representantes soviéticos. Mi convencimiento acerca de la futilidad de semejante curso de acción no se había modificado desde que rechacé tal propuesta en el mes de febrero. Lo mismo que en aquella ocasión, me escudé precisamente en los amigos árabes de los soviéticos y, desde Moscú, les envié cables a Sadat y a Assad para lograr que ambos reaccionaran a mi favor.

En nombre de Sadat, Fahmi me rogó que me mantuviera firme en mi posición, incluso en el caso de que Assad cediera a la exigencia de los soviéticos. Esa respuesta no me sorprendió porque sabía que Sadat necesitaba —incluso más que nosotros— que se demostrara palpablemente que sólo los Estados Unidos podrían lograr la paz en Medio Oriente.

Por heroica que fuera la postura de Sadat, no sé cómo habríamos podido seguir insistiendo en la necesidad de una mediación exclusivamente norteamericana si no hubiésemos contado con el apoyo de Assad. La prueba más fehaciente de la debilidad de

la posición soviética fue precisamente el hecho de que Assad nos apoyara. A pocas horas de recibir mi cable, me replicó que seguía respaldando los procedimientos convenidos.

Aceptó concertar una reunión en Ginebra sólo *después* de que yo hubiese bosquejado los lineamientos generales de un acuerdo en el área de conflicto; en Ginebra se podrían dar luego los toques finales. Nos señaló que no se había producido ningún hecho que justificara alterar lo ya convenido a principios de marzo. Sorprendentemente, el presidente de Siria prefería negociar *sin* la presencia de su principal aliado.

Como era de esperar, los soviéticos no se dieron por vencidos. Inmediatamente tuvo lugar un claro ejemplo de su táctica destinada a distorsionar la información: en el Medio Oriente comenzaron a circular rumores de que, durante mi estadía en Moscú, yo les había asegurado a los soviéticos que Israel no se retiraría jamás de las Alturas del Golán. En un mensaje enviado a Assad el 30 de marzo, negué categóricamente la veracidad de tal afirmación, y recibí una respuesta suya fechada el 2 de abril en la que aceptaba mi versión y tildaba esos rumores de maliciosos y engañosos. Assad me aseguró enfáticamente que no creía en ellos.

A continuación se llevó a cabo una suerte de doble coacción simultánea: Gromyko enfrentó a Nixon en Washington, mientras Brezhnev intentaba sobornar a Assad en Moscú. Gromyko, aprovechando la sesión especial del 12 de abril de la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, acosó a Nixon con fuertes críticas y recriminaciones. Nos acusó de *separatistas* y sostuvo que no aceptaría ninguna gestión que, tras una apariencia de consulta, se limitara a mantenerlos informados acerca del desarrollo de los acontecimientos. Lo que los soviéticos deseaban era una acción conjunta, si bien Gromyko no supo proporcionar una explicación concreta de qué entendía por tales términos. Previamente a la reunión, le envié a Nixon un memorándum de advertencia:

Cualquier participación soviética en las negociaciones con Medio Oriente inevitablemente reducirían considerablemente las posibilidades de asegurar la paz en esa región. En primer lugar, Sadat, Assad y también Israel desean mantenerlos al margen. En segundo lugar, los soviéticos se proponen presentar todos los puntos en bloque en una única negociación conjunta en Ginebra, mientras que nosotros estamos convencidos de que el proceso quedará estancado a menos que podamos seguir segmentándolo en unidades políticamente manejables. Por consiguiente, debemos continuar excluyendo a los soviéticos, pero al mismo tiempo restarle públicamente importancia a esa exclusión y reasegurarles en privado que tenemos el propósito de mantenerlos perfectamente informados de cada uno de los pasos de las negociaciones. Estamos dispuestos a discutir la separación de fuerzas sirio-israelíes en líneas generales o a analizar teóricamente el futuro papel de la Conferencia de Ginebra, pero no deseamos entrar en detalles que podrían permitir luego a los soviéticos fomentar una resistencia a objetivos específicos.

Nixon logró abrirse camino por el laberinto con admirable ambigüedad. Nada más lejos de sus intenciones —le aseguró a Gromyko— que excluir a Moscú. De hecho, toda nuestra estrategia había sido planeada con el propósito de que los soviéticos pudieran desempeñar un papel primordial en ella (lo cual creo que resultó tan sorpresivo para mí como para Gromyko). Estados Unidos sólo encaraba aquellos aspectos del problema en los que mayores probabilidades tenía de obtener resultados positivos. Si Gromyko prefería hacer un trueque de tareas con nosotros y que la Unión Soviética se ocupara de tratar de proporcionarles a los israelíes un proyecto satisfactorio para llegar a un acuerdo con respecto al Golán, no teníamos ningún inconveniente. En ese

caso, con todo gusto tomaríamos nosotros a los sirios como clientes. (Desde luego, incluso esa variante dejaría afuera a los soviéticos, puesto que resultaba imposible prever ningún punto en el cual pudieran ejercer una influencia significativa sobre Israel.) Pero Nixon simuló ser una persona que estaba por encima de nimiedades tales como las distintas modalidades de una negociación convenida de antemano; al igual que en febrero, encomendó la solución de ese problema técnico a los secretarios de Estado, cuya misión específica les impedía compartir su criterio altruista y remoto: *Espero que usted y el doctor Kissinger puedan arbitrar los medios adecuados para lograr cierta comprensión entre las partes que nos permita alcanzar nuestra meta: la paz que ambos perseguimos. Lo dejo en manos de ambos, y Dobrynin puede desempeñar el papel de árbitro.*

En mi propia conversación con Gromyko le propuse que nos reuniéramos en Ginebra a fines de abril, cuando yo viajara hacia Siria para comenzar mi gira torbellino de mediación. Gromyko me hizo una contrapropuesta sugiriendo que el encuentro se llevara a cabo en Damasco. Pero hacen falta dos para llegar a un acuerdo y yo no estaba dispuesto a incluir la implicación de un condominio norteamericano-soviético en una capital del Medio Oriente.

Assad, desde luego, era el que poseía la llave del asunto y podría haber puesto punto final a nuestra participación diplomática en el momento en que se le antojara. Como consecuencia de esa posición crucial que detentaba, fue recibido con bombos y laureles en su visita a Moscú; durante la cena que el Kremlin ofreció en su honor, Brezhnev se creyó en la obligación de ponerlo sobre aviso en el sentido de que cualquier tipo de *proyecto ersatz* para la separación de fuerzas implicaría *reemplazar un acuerdo general con convenios parciales de otro orden*. No sin emoción, pasó luego a agradecer a Siria por reconocer *la importancia de la participación de la Unión Soviética* en cualquier negociación pacífica. No quedó demasiado claro qué quiso decir con esas palabras, pero indudablemente no se aplicaban a las tratativas en curso.

El comunicado conjunto soviético-sirio dado a conocer el 16 de abril afirmaba que cualquier separación de fuerzas *debía ser parte integral* de un acuerdo general destinado a asegurar la paz en Medio Oriente. Ambos lados habían *analizado y bosquejado algunos pasos para un mayor fortalecimiento de la capacidad militar de Siria*. Arrojando maliciosamente un fósforo en un barril de petróleo, los soviéticos afirmaron que Siria poseía *el inalienable derecho de emplear todos los medios eficaces a su alcance para lograr la liberación de sus tierras ocupadas* (1).

Assad, un nacionalista a ultranza, se embolsó las armas de los soviéticos pero no adoptó el programa que éstos le proponían. El 18 de abril me escribió una nota en la que me informaba que durante su estadía en Moscú había llevado a cabo una *revisión general* de actividades concernientes a la separación de fuerzas. No obstante —y ésta era la parte más importante de su misiva—, sostenía que nada de lo tratado representaba un obstáculo para la política que habíamos acordado seguir. En otras palabras, por muy espléndidos que hubieran sido los agasajos con que fue recibido en Moscú, Assad no pensaba apartarse del plan que excluía a los soviéticos. En cuanto al deseo de Gromyko de reunirse conmigo en Damasco, Assad hizo todo lo posible por lavarse las manos y señaló que los soviéticos ni siquiera habían mencionado el asunto. Siria no se opondría siempre y cuando representara un *deseo compartido* por ambas superpotencias. En otras palabras, Assad no solicitaría esa reunión y tampoco haría nada para contrarrestar mi oposición; pero de ninguna manera se ofrecería como cabeza de turco, honor que me reservaba a mí. Poco después —ese mismo día— un ayudante del presidente sirio, temeroso de que su jefe no hubiese sido suficientemente explícito, se lo repitió a nuestro encargado de negocios, Tom Scotes, poniendo en claro que si ambas partes deseaban concretar la reunión, Siria no pondría inconvenientes pero que si Washington se oponía, Siria haría otro tanto. Me di por enterado.

Si bien una reunión entre Gromyko y yo era mucho menos de lo que los soviéticos deseaban resultaba, en cambio, mucho más de lo que Egipto estaba dispuesto a aceptar. El 18 de abril —fecha en que Sadat declaró públicamente el fin de la era en que Egipto contaba exclusivamente con la ayuda militar soviética—, el ministro de Relaciones Exteriores Ismail Fahmi fue a reunirse con Nixon. Se encontraba en los Estados Unidos para asistir a una sesión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas con referencia al Líbano. Fahmi subrayó que ya nos había señalado en El Cairo que cualquier papel visible desempeñado por los soviéticos en el Medio Oriente no haría sino socavar la influencia norteamericana y la libertad de maniobras de Sadat. Afirmó que Egipto buscaba obtener apoyo político de los Estados Unidos y una *luz roja* para los soviéticos. Algunos aliados europeos serviciales supuestamente le habían asegurado que nos habíamos comprometido con la Unión Soviética a realizar una acción conjunta en el Medio Oriente. No tuvimos dificultades en tranquilizar a Fahmi con respecto a nuestra estrategia, si bien cuidando de no humillar a Moscú ni poner de relieve su impotencia, cosa que Egipto sí habría querido hacer con el objeto de justificar su violento viraje a favor de los Estados Unidos.

EL MUNDO ARABE

La exclusión de los soviéticos le proporcionó a los Estados Unidos una relativa libertad de acción, pues existía ya cierto consenso entre los líderes árabes con respecto a la prioridad de que se llevara a cabo lo antes posible una negociación sirio-israelí. Los radicales Assad y Boumedienne se mostraron de acuerdo, y lo mismo ocurrió con los moderados Faisal y Hussein. E incluso con Yasser Arafat, de la OLP.

Habíamos vuelto a recibir noticias de la OLP a comienzos de 1974. Pero guardábamos tan pocos deseos de tener nada que ver con Arafat como de compartir la mesa de negociaciones con Gromyko, pues considerábamos que la OLP constituía una fuerza potencialmente disociadora.

Es importante hacer notar cómo fue que entró en escena la OLP en aquella oportunidad. Sin ser todavía reconocida ni siquiera por la mayoría de los Estados árabes como único vocero de los palestinos, considerábamos que se trataba, básicamente, de un grupo terrorista. El programa de la OLP seguía exigiendo la destrucción de Israel con el fin de crear un Estado secular en Palestina. Su decisión de destruir el Reino Hachemita de Jordán nos había sido expresada personalmente en el único contacto de alto nivel que habíamos mantenido con la OLP.

Ya me ocupé de describir en el Capítulo XIII la reunión entre un alto dirigente de la OLP y el general Vernon Walters, a la sazón una de las máximas autoridades de la CIA, en noviembre de 1973. Se había llevado a cabo con el propósito de tratar de conseguir que la OLP se mantuviera inactiva en esa delicada fase de posguerra en la cual estábamos organizando la Conferencia de Ginebra y preparándonos para suscribir un acuerdo para la recíproca separación de las Fuerzas Armadas egipcio-israelíes. Y en la actualidad nos encontrábamos en una coyuntura igualmente crítica.

Ya que habíamos puesto al tanto a los árabes (y a los israelíes) de nuestras intenciones, no resultaba sorprendente que esto trajera ciertas secuelas, aunque mientras la OLP no renunciara a sus metas terroristas o reconociera a Israel, nuestra posición con respecto a la imposibilidad de que participara en las tratativas no sufrió ninguna modificación. Pocos días después de dar por terminada la gira de negociaciones de enero de 1974, Sadat informó al embajador Hermann Eilts con respecto a las actitudes de los árabes como resultado de la separación de fuerzas. Sadat mencionó que se había entrevistado con Arafat y el rey Hassan de Marruecos, y que podía encargarse

de concertar para mí una reunión con la máxima autoridad de la OLP en cualquier momento que yo lo deseara. Me las ingení para eludir el ofrecimiento.

El 10 de febrero Fahmi propuso que Eilts se pusiera en contacto con representantes de la OLP en El Cairo. Si algo no deseábamos era establecer un nexo entre los planes de acción de los egipcios y los de la OLP, o comprometer el prestigio de Egipto con negociaciones chapuceras relativas a la *margen occidental*. Así que cuando, el 12 de febrero fuimos contactados a través de Marruecos para organizar una nueva reunión con Walters, pensamos que ello nos permitiría matar varios pájaros de un tiro: desactivar las presiones de El Cairo, templar la decisión de varios miembros neutrales de la OPEP con respecto al embargo petrolero y, aún más importante, serenar la atmósfera para la próxima gira de negociación prevista con Siria. Por consiguiente, convinimos en concertar una nueva reunión entre Walters y un representante de la OLP en Marruecos, el 16 de febrero.

La reunión tuvo lugar finalmente el 7 de marzo. También en esta ocasión, las instrucciones recibidas por Walters eran que prácticamente se limitara a escuchar. Trató de ganar tiempo —que era lo que nos proponíamos— informando al dirigente de la OLP que no estábamos preparados para establecer nuevos contactos sino hasta después de lograr la separación de fuerzas en el frente sirio-israelí. Tampoco el representante de la OLP agregó nada nuevo con respecto al encuentro previo, pero sí intentó presionarnos recalcando que la OLP tenía la opción de entrar en tratos con la Unión Soviética, sin hablar de las considerables rentas en petróleo que ello implicaría. Se adjudicó el mérito de haber impedido que se cumpliera un atentado contra mi avión en ocasión de mi proyectado viaje a Beirut en diciembre (véase Capítulo XVII). Walters, a su vez, señaló que yo no me había sentido demasiado complacido con las amenazas contra mi vida que había recibido en Damasco, en el mes de febrero (véase Capítulo XXI). Como en la reunión anterior, Walters expresó su desaprobación con respecto a los actos de terrorismo dirigidos contra los Estados Unidos. Ni Walters ni el representante de la OLP mencionaron siquiera el tema de las tratativas para lograr un acuerdo pacífico.

El 20 de abril, un correligionario de Arafat abordó a un funcionario de la embajada norteamericana en Beirut y le exigió una toma de posición del gobierno norteamericano frente a la futura participación de la OLP en Ginebra. El 1º de mayo, después de la iniciación de las negociaciones con Siria, les contestamos con una respuesta vaga. Exceptuando algunos contactos técnicos de poca importancia en el curso de la crisis libanesa de 1976, no volvimos a tener contacto con la OLP durante el período en que estuve en funciones.

Pero de algo estábamos seguros. Cuanto más se dilataran las negociaciones tendientes a lograr que los israelíes evacuaran la *margen occidental*, más inexorable sería el crecimiento de la gravitación y el status político de la OLP. El estancamiento de las tratativas en tal sentido representaba una humillación para el rey Hussein, pues socavaba su afirmación de que su política moderada lograría hacer que los árabes volvieran a asumir el control de las tierras palestinas.

Como es lógico, el estado de ánimo de Hussein era bastante sombrío cuando llegó a Washington el 12 de marzo. Después de nuestra conversación en Akaba en el mes de enero, el rey había seguido mi consejo y presentado directamente a los israelíes su modesto plan para el retiro de tropas a lo largo del río Jordán. El poco tino en la elección del momento para hacerlo revelaba la creciente impaciencia de Hussein, pues era a todas luces prematuro sacar a relucir formalmente esa cuestión justo cuando Israel se aprestaba a formar un nuevo Gabinete. Como era previsible, la propuesta de Hussein fue rechazada de plano. La reacción de los israelíes consistió en poner en práctica la vieja treta de ofrecerle a Jordán que se hiciera cargo de la administración

civil de la *margen occidental*, mientras durara la ocupación militar de Israel (*). Jordan, desde luego, no podía aceptar semejante proyecto. El hecho de que los israelíes presentaran continuamente esa propuesta revela lo poco que comprendían la psicología de los árabes, pues ni siquiera un jefe de Estado decididamente moderado aceptaría administrar la *margen occidental* bajo la ocupación militar de Israel.

Hussein se sentía deprimido; reconocía que era imposible pedirle al Gabinete israelí que se ocupara simultáneamente del problema de las Alturas del Golán y del de la *margen occidental*. Y también comprendía que la situación militar explosiva existente en el Golán y las presiones de todos los Estados árabes hacían que fuera imperativo darle prioridad a Siria. Pero Hussein comenzaba a preguntarse si tal vez esa misma constelación de fuerzas no se abatiría más tarde también sobre ellos, y consideró seriamente la posibilidad de retirarse por completo de las negociaciones. Sin embargo, tal actitud convertiría automáticamente a la OLP en el único negociador válido con Israel, cosa que no convenía a Hussein, pues seguía convencido de que la hostilidad que abrigaban hacia él y su dinastía era implacable.

Yo compartía la frustración de Hussein. Durante su visita a Nixon del 12 de marzo, manifesté: *Israel todavía no ha caído en la cuenta de cuáles son sus alternativas reales. Necesariamente debe negociar con el rey Hussein o con Arafat, pero no está en condiciones de hacerlo con ninguno de los dos.* Pero tampoco ignoraba que no existía posibilidad de elección en lo referente a prioridades: teníamos que esperar que la negociación con Siria llegara a su fin para poder ocuparnos del problema de la *margen occidental*. No deseábamos que el radicalismo árabe volcara toda su furia sobre Jordan, ni que la frustración de Assad lo llevara a culpar a Sadat por el *impasse* en su frente. Dada la fragilidad de la situación interna imperante en Israel, como así también de la nuestra, comencé a dudar si lo que en realidad perseguíamos era una teoría intelectual o un plan operativo. Confieso que me sentía más o menos como un personaje de pesadilla que descubre que lo han atado a las vías del ferrocarril y trata desesperadamente de liberarse mientras el tren expreso avanza hacia él a toda velocidad. En lo que respecta a la *margen occidental*, tengo que admitir que no lo logramos.

PRELUDIO DEL TORBELLINO

A esa altura de las cosas, tampoco teníamos motivos para sentirnos optimistas con respecto a la negociación con Siria. Tener éxito en lograr un acuerdo entre dos naciones que se muestran tan encarnizadamente suspicaces la una de la otra no ha constituido nunca una perspectiva muy alentadora. En las Alturas del Golán persistían los duelos diarios de artillería. Pero incluso otras nubes oscurecían el horizonte.

La más amenazadora era la prolongada crisis de Gabinete de Israel. Las negociaciones tendientes a lograr un nuevo gobierno fueron enconadas e inconducentes. Ambos bandos tenían exigencias desmedidas —incluyendo las del Partido Religioso Nacional, el aliado de coalición indispensable para los laboristas— acerca del precio que habría que pagarles para integrar un nuevo Gabinete, encabezado por Golda Meir. Pero en gran medida los disturbios giraron alrededor de la figura de Moshe Dayan. Como ministro de Defensa, se le seguía asignando prácticamente toda la culpa por el éxito del ataque sorpresivo que los árabes llevaron a cabo en octubre. El 25 de febrero, como lo señalé en el Capítulo XXI, Dayan anunció públicamente que no integraría el nuevo Gabinete. Su colega y discípulo Shimon Peres siguió su ejemplo. Pero

(*) Por esa época, la oposición encarnada por el Partido Likud liderado por Menajem Beguin, objetó también esta medida. Más tarde, ya en el poder, Beguin adoptó la posición sustentada previamente por los laboristas y la rebautizó con el nombre de "autonomía".

esto privó a Golda de las ocho bancas correspondientes a su partido y confirió mayor fuerza a la resolución del Partido Religioso Nacional de permanecer fuera del gobierno. Después que, el 4 de marzo, la misma Golda amenazó con renunciar, lograron persuadir a Dayan de que debía cambiar de idea. Las escaramuzas de artillería con Siria en las Alturas del Golán se habían intensificado, y eso le permitió a Golda invocar el pretexto de que existía la amenaza de una nueva guerra como un elemento más para presionarlo. El 10 de marzo Golda anunció la formación de un nuevo Gabinete con Dayan y Peres en sus antiguos cargos.

Pero la tormenta que se cernía sobre el nuevo gobierno de la señora Meir no disminuyó. El 2 de abril, la Comisión Agranat —formada en el mes de noviembre para investigar la responsabilidad de las fallas de inteligencia ocurridas en octubre—, emitió su primer informe. Las bajas producidas por ese informe —que centró su investigación en una “responsabilidad directa” individual por no haber anticipado el ataque árabe— incluyeron al jefe de Estado Mayor general David Elazar, quien se vio obligado a renunciar inmediatamente. En la política existe una regla que, al menos por lo que yo he tenido oportunidad de observar, se cumple sin excepciones: cuando una crisis política supera cierto punto, el hecho de ofrecer víctimas propiciatorias no aplaca el apetito sino que lo exacerba. Elegido Elazar como víctima, su superior Dayan se convirtió automáticamente en un blanco incluso más lógico y resultó muy difícil, por cierto, sostener la posición de que el ministro de Defensa no era responsable por la actuación de su jefe de Estado Mayor.

Después de estos acontecimientos, sólo hacía falta un poco de tiempo para que la marejada alcanzase también a Golda. Al comprenderlo así, el 10 de abril Golda anunció a los dirigentes de su partido que ya había soportado bastante. El 11 de abril presentó su renuncia formal al parlamento y se convirtió inmediatamente en la cabeza de un gobierno interino en tanto se le encontraba un sucesor. El candidato finalmente nombrado fue mi viejo amigo Yitzhak Rabin, ex héroe de la guerra, jefe de Estado Mayor y embajador en Washington. Le tocó entonces el turno a Rabin negociar con las facciones rebeldes de Israel para formar una coalición. Así, a la negociación sirio-israelí se le superpusieron temporalmente las negociaciones para alcanzar una coalición israelí, complicando aún más nuestra ya difícil tarea.

Hacia fines de marzo de 1974, lo que removió el aviso de la política exterior de Israel no fue el proyecto de un convenio del retiro de tropas en el Golán sino la implementación del ya existente con Egipto. La desocupación del Sinaí fue completada el 5 de marzo. Poco después comenzaron los vuelos de reconocimiento realizados por los norteamericanos y la inspección por parte de las Naciones Unidas de los nuevos efectivos militares. El 10 de marzo se descubrió que Egipto había construido tres emplazamientos con capacidad para recibir misiles tierra-aire dentro del área de treinta kilómetros en la que estaban prohibidos los misiles. Los supervisores de las Naciones Unidas no supieron discernir con exactitud si, técnicamente, ese tipo de emplazamientos que carecían tanto de misiles como de lanzamisiles constituían o no una violación; pero no cabía duda de que sí representaban un flagrante atentado contra el espíritu del acuerdo, pues permitirían que Egipto desplegara una base de defensa antiaérea prácticamente de la noche a la mañana. También se descubrió que Egipto poseía el doble de obuses de 122 mm de los autorizados en la zona de armamentos restringidos (setenta y dos, en lugar de treinta y seis), y seis tanques por encima del número acordado.

Tales violaciones representaban un serio problema para nosotros. No me cabía ninguna duda acerca de cuál sería la reacción de Israel. Después de haber cedido territorio a cambio de medidas de seguridad, Israel debía mostrarse inflexible, y exigir que el acuerdo se cumpliera al pie de la letra; si se quedaba de brazos cruzados y

permitía que se produjera un desgaste gradual de las medidas de seguridad, todo el proceso de las negociaciones se transformaría en una retirada incondicional unilateral. Pero yo estaba convencido de que Sadat no era capaz de hacer peligrar intencionalmente su estrategia por beneficios tan triviales. No era improbable que las violaciones no fueran otra cosa que una comprensión equivocada de los términos del acuerdo o, en caso contrario, acciones perpetradas a un nivel inferior y acerca de las cuales Sadat no estuviera siquiera enterado. Por nuestra parte, necesitábamos el respaldo de Sadat para la negociación con Siria.

Por consiguiente, me pareció innecesario y poco prudente convertir el asunto en una confrontación pública con Sadat. El hecho de presentar un cargo formal de violación pondría en juego el prestigio egipcio o implicaría humillar a Sadat obligándolo a retractarse públicamente. Así que decidí en cambio enviar un experto de inteligencia para que informara a Sadat y a los israelíes de lo que nuestras misiones de reconocimiento habían descubierto. Sadat sería el primero en ser contactado. Le di instrucciones precisas al emisario en el sentido de que le hiciera saber a Sadat que nuestro próximo vuelo de reconocimiento tendría lugar una semana después; eso le permitiría asegurarse en el ínterin de que Egipto cumpliera con todos los requisitos del acuerdo, sin obligarlo a reconocer la existencia de una violación. Sólo varios días después de tener en nuestro poder las fotografías de los vuelos de reconocimiento, estuvimos en condiciones de enviar al experto. El Gabinete israelí sería informado dos días después que Sadat por el mismo experto de inteligencia.

La entrevista con Sadat se cumplió satisfactoriamente. Sadat ordenó inmediatamente que se retiraran *todos* los tanques del otro lado del Canal, cumpliendo así la promesa que me había hecho a mí durante las conversaciones relativas a la separación de fuerzas. La explicación que proporcionó por el exceso de artillería fue de carácter técnico y consistió en lo siguiente: los términos del acuerdo permitían el emplazamiento de seis baterías de obuses en las áreas de armamento restringido; los israelíes (y también nosotros) dimos por sentado que cada batería egipcia estaba formada por seis cañones, cuando en realidad constaba de doce. No obstante, Sadat ordenó al ministro de Guerra egipcio —en presencia del embajador Elits— que se ajustara al criterio sustentado por nosotros al proponer los términos del acuerdo.

Pero tal vez fui excesivamente optimista al esperar que un gobierno interino de Israel manejaría la cuestión con cierta reserva. La prensa comenzó a recoger trascendidos de que Israel acusaba a Egipto de cometer "violaciones" en lo referente al exceso de artillería. Precisamente lo que habíamos estado tratando de evitar. El 21 de marzo le advertí a Dinitz: *Le ruego que trate de acallar las críticas con respecto a Egipto. Egipto no podrá actuar a favor de Israel en las negociaciones con Siria si ustedes no hacen más que atacarlo.* El 22 de marzo, temiendo que los militares egipcios se mostrarán remisos en cumplir las órdenes de Sadat, le previne a Fahmi que en enero me había costado un enorme esfuerzo persuadir al gobierno israelí de que aceptara el trazado de esa línea limítrofe y que, por consiguiente, yo consideraba como una *responsabilidad personal mía el que se limitara el número de cañones a un total de 36. Confío en que logremos solucionar este malentendido sin que se produzcan dificultades ulteriores.*

Fahmi aceptó a regañadientes acelerar el desplazamiento de las armas pero señaló que el hecho de eliminar esas piezas de artillería excesivas exigiría una modificación en la organización militar egipcia y, por consiguiente, cabía la posibilidad de que no pudiera ser llevada a cabo en su totalidad antes del 25 de marzo, fecha en que realizaríamos la siguiente misión de reconocimiento. Para cubrirle las espaldas a Egipto ordené que el vuelo se demorara algunos días, lo cual me significó una inmediata y violenta disputa con Golda. Atormentada por las críticas internas de negligencia pre-

vias a la guerra de octubre, acusada ya entonces (sorprendentemente) de ser demasiado blanda, me envió un ultimátum el 23 de marzo, justo antes de mi partida a Moscú: si el exceso de artillería egipcia no era removido del área antes del 27 de marzo, Dayan cancelaría su visita a Washington prevista para el 29 del mismo mes, y que marcaría el comienzo de la gira de negociaciones con Siria.

Si algo no deseaba yo (menos todavía que un enfrentamiento público con Sadat) era el fracaso de la negociación con Siria poco más de una semana después de haber conseguido que se levantara el embargo petrolero. Assad había aceptado lo que sabía no era más que un recurso para que Israel tuviera tiempo a solucionar su crisis interna. Pero la cancelación del viaje de Dayan —el principal logro tangible de mi gira diplomática previa— obligaría a Assad a un nuevo enfrentamiento y a tener que aceptar el respaldo soviético, sobre todo porque en poco tiempo debía viajar a Moscú. Además, el hecho de vincular la separación de fuerzas en el frente sirio con controversias en la frontera egipcia no haría sino generalizar la crisis del Medio Oriente, después de haber pasado muchos meses tratando de escindirla en sus componentes esenciales. Y todo esto nada más que por la demora en quitar de en medio treinta y seis obuses que Sadat ya había aceptado remover del área.

Eso me indujo a reprocharle acerbamente a Dinitz: *Someter a Sadat a una confrontación pública representaría actuar directamente en detrimento de los intereses de Israel. . . Así que ni se les ocurra poner sobre el tapete la cuestión de las violaciones mientras yo estoy en Moscú. Se lo suplico. Le advertí que si Dayan no aparecía en Washington en la fecha prevista, me retiraría de las negociaciones (aunque, retrospectivamente, no me resulta demasiado claro por qué una abdicación de parte nuestra habría de mejorar nuestra posición, ni qué me hizo pensar que Israel quedaría transido de dolor ante esa perspectiva). Por lo general, una amenaza de este tipo no habría tenido el menor efecto sobre Golda a menos que coincidiera con sus deseos. Después de haber demostrado fehacientemente que estaba dispuesta a actuar con mano dura, Golda retiró su ultimátum. El 3 de abril recibimos un informe procedente de El Cairo en que se señalaba que los famosos cañones habían sido retirados del área; las fotografías obtenidas en el reconocimiento aéreo del 6 del mismo mes confirmaron tal hecho. Durante la delicada fase a que debíamos enfrentarnos, el frente egipcio quedó en completa calma, sin que se produjera ningún altercado posterior.*

UNA NUEVA VISITA DE DAYAN

Finalmente el 29 de marzo —el día siguiente a mi regreso de Moscú y el anterior a mi casamiento—, el tan esperado arribo de Dayan a Washington dio comienzo a la auténtica negociación con Siria. Ni siquiera en las circunstancias más favorables, una visita diplomática aislada podía tener la importancia y gravitación asignada a ésta. Durante dos meses la habíamos utilizado como pretexto para postergar la presentación de proposiciones concretas. Pero Dayan no contribuyó demasiado a acelerar los trámites: se advertían en él los efectos devastadores de los ataques denigrantes e injustos de que había sido objeto en Israel. Su gran sensibilidad le impedía ignorar a sus atacantes y colocarse por encima de ellos. Era un hombre egocéntrico, poético, remoto, con un increíble talento para el manejo de la gente pero con una enorme dependencia emocional con respecto a ella. En sus mejores momentos, Dayan poseía la mente más creativa y fértil de todos los dirigentes israelíes, pero cuando se sentía rechazado se retraía y se llenaba de rencor. En las circunstancias a que nos referimos, por más que Dayan hubiese sido menos vulnerable, tanto política como emocionalmente, lo mismo le habría resultado muy difícil dar un importante paso adelante en la cuestión de las Alturas del Golán. Pues no hay que olvidar que, en definitiva, lo que

se le estaba pidiendo al Gabinete israelí era que cediera tierras que había logrado ganarle a un enemigo muy odiado con un costo muy elevado en vidas humanas, sin que alcanzara a percibir los beneficios que tal actitud le reportaría.

Lo que nos proponíamos investigar, por consiguiente, era hasta dónde estaba dispuesto Israel a llegar y por qué precio, en la cesión no sólo de los territorios que acababa de ganar en la guerra de octubre de 1973 —iniciada por Siria—, sino también de cierta extensión simbólica, aunque sólo se tratara de una pequeña franja, del territorio conquistado por Israel en la guerra de 1967. La lucha de 1973 había terminado con avances menores de Israel en el extremo meridional del frente sirio, pero en el norte, en cambio, Israel se había apropiado de una gran cuña que avanzaba de oeste a este hacia el interior de Siria hasta un punto ubicado a sólo treinta y dos kilómetros de Damasco, y a cuyas espaldas se alzaba el monte Hermon, que dominaba la llanura de Damasco. La negociación se proponía establecer una nueva línea limítrofe entre Israel y Siria, de norte a sur, con una zona de separación neutral desmilitarizada, que sería patrullada por fuerzas de las Naciones Unidas, y zonas de armamentos restringidos a ambos lados de la línea central. En el curso de mis tratativas previas, Israel había alegado que cualquier territorio conquistado en la última guerra del cual aceptaran retirarse debía ser entregado a las Naciones Unidas e impedir que volviera a ser ocupado por civiles sirios.

El nuevo plan propuesto por Dayan representaba un considerable paso adelante. Aceptaba que las fuerzas sirias volvieran a ocupar aproximadamente un tercio de la cuña, que se convertiría en una zona de armamentos restringidos, y desistía de la objeción a la repoblación civil del área de las Naciones Unidas, lo cual implicaba aceptar que los civiles volvieran a ocupar dos tercios de la cuña. Sin embargo, la línea divisoria propuesta por Israel seguía estando trazada *al este* de la existente antes de la guerra (hacia Damasco). Vale decir que Israel aspiraba a dar término a la contienda adueñándose de aproximadamente un tercio de la cuña. No cabe duda de que las concesiones de Israel eran considerables, pero todos los líderes árabes con los que tuve oportunidad de cambiar ideas —fueran radicales o moderados— me habían asegurado que Assad jamás aceptaría siquiera una propuesta consistente en la recuperación de la línea limítrofe del 6 de octubre. No quería ser menos que Egipto, que había recuperado una franja del Sinaí; razón por la cual resultaba imperativo que Siria recuperara parte del territorio conquistado por los israelíes en 1967.

El problema era que después de la guerra de 1967 se habían establecido alrededor de veinte asentamientos civiles israelíes sobre las Alturas del Golán, algunos de los cuales se encontraban a sólo cinco kilómetros de la línea demarcatoria previa a la guerra de octubre (véase mapa en pág. 786). El tema central de la negociación era sí, a cambio de una separación efectiva de tropas, existía alguna posibilidad de trazar una línea en esa estrecha franja que no abarcaba los asentamientos de Israel, para que Siria obtuviera un beneficio comparable al recibido por Egipto. Con relación a esto le dije a Dayan:

Desde el punto de vista de la lógica abstracta, lo que usted expone es razonable. La vuelta de los civiles es aceptable. Pero estas líneas no lo son. Sólo podemos presentarlas sobre la base de que no constituyen más que un punto de partida. . . . Ye le he dicho al embajador de Israel que es imprescindible que en este acuerdo esté comprendida alguna porción de las colinas del Golán, incluyendo Kuneitra. Sé que usted no está autorizado a discutir ese punto en este momento, así que no lo haremos. Pero le aclaro que uno de los motivos por los que estoy llevando esta negociación a un ritmo tan pausado es precisamente para darle tiempo a Israel a reflexionar sobre ese punto.

El silencio con que Dayan escuchó mis palabras me hizo llegar a la conclusión de que ésa no era, ni mucho menos, la última propuesta de Israel; sólo que no deseaba ser él el encargado de presentárnosla.

El paso siguiente era aplacar la impaciencia de Assad. El informe que habitualmente le facilitaba a todas las partes interesadas —un procedimiento destinado a eliminar la suspicacia que despertaban los rumores—, sería en esta ocasión considerablemente escueto. Ya había intercambiado varios cables con Assad y logrado resistir el intento que hizo el 7 de marzo de comprometerme por anticipado a aceptar una línea de tregua propuesta por Siria que implicaba evacuar algunos de los asentamientos israelíes. En repetidas oportunidades les señalé a todos los líderes árabes que Israel no cedería ni una sola de sus colonias agrícolas y que les había prometido a los dirigentes israelíes no presionarlos en tal sentido. En cambio, le había sacado todo el provecho posible a una conversación no oficial mantenida con el ministro de Relaciones Exteriores Abba Eban, en ocasión de su visita a Washington el 15 de marzo, y a sus posteriores declaraciones públicas en las que ponía de relieve el deseo de Israel de lograr una separación de fuerzas en el Golán. Así que el 30 de marzo le informé al presidente Assad de la visita de Dayan, haciendo particular hincapié en los elementos positivos de su propuesta, incluyendo la redefinición de las zonas de armamentos restringidos y la posibilidad de la reinstalación de civiles. Señalé que le había dicho a Dayan que: *a la luz de los conocimientos que yo poseía con respecto a la posición del presidente Assad no era probable que las últimas propuestas presentadas por Israel fueran consideradas satisfactorias. Me cuidé muy bien de enviarles también sendos informes a Sadat, Hussein, Fahmi y Sakkaf.*

El 3 de abril le escribí a la primera ministra Golda Meir que era imprescindible que Israel estructurara una nueva propuesta que se aproximara más a lo bosquejado por mí a Dayan. El 9 de abril me respondió que el plan que Dayan me había entregado seguía siendo la posición oficial de su gobierno, pues de acuerdo con los procedimientos constitucionales de Israel, no podía sino respaldar la posición asumida por el Gabinete. Pero hacía una velada alusión a una posible flexibilidad en dicha posición al asegurarme que, durante mi visita, se mostraría dispuesta a escuchar *cualquier idea que quiera ofrecerle al respecto*. Al día siguiente le informé a su partido de su propósito de renunciar a la primera magistratura y al día siguiente lo anunció en el Parlamento; así que, en el curso de las negociaciones posteriores, quedó convertida en un *pato rengo* (*). Irónicamente, una vez aliviada de su cargo y libre de las presiones políticas cotidianas, revivió en ella la leona que se apresta a llevar a cabo un nuevo esfuerzo heroico para lograr un acuerdo con los odiados sirios —por quienes seguía sintiendo una profunda aversión—, por considerarlo esencial para la seguridad de su país.

EL EMISARIO SIRIO

Finalmente, el 13 de abril recibimos la visita del negociador sirio. Era la primera vez en veinte años que un emisario sirio de cierta jerarquía visitaba Washington. El, al igual que nosotros, no estaba muy seguro del significado de la renuncia de Golda y nos preguntamos si no malograría definitivamente las negociaciones o, cuando menos, las demoraría. Pero decidimos proceder como si nada hubiera pasado.

El presidente Assad había elegido al brigadier general Hikmat Chehabi, jefe de Estado Mayor de Inteligencia del ejército sirio, para que actuara como emisario suyo. Buen amigo de Assad, parecía ser la persona indicada para tal misión, pues me dio la

(*) *Lame duck*: modismo norteamericano con el que se designa a un congresista o funcionario que no ha sido reelegido y está a punto de terminar su mandato. (N. del T.).

impresión de tener un genuino interés en mejorar las relaciones con los Estados Unidos. Era, además, un fiel exponente del dilema de su país: un individuo altanero y orgulloso y, al mismo tiempo, un poco inseguro; desafiante y, sin embargo, con una profunda necesidad de ser aceptado. Siria no tenía la fuerza suficiente para insistir en sus puntos de vista y se sentía demasiado poco segura de sí misma (de allí el origen de su bravuconada), al tiempo que era demasiado desconfiada como para depender de la ayuda de los demás. No podía prevalecer por la fuerza ni tampoco imponerse por su seguridad moral. Y, sin embargo —lo mismo que Israel—, estaba haciendo un verdadero esfuerzo por superar sus prejuicios y sus prevenciones. El 1º de abril Assad me había enviado una carta aclarándome que la visita de Chehabi no tenía como finalidad buscar un enfrentamiento conmigo sino más bien escuchar las propuestas que yo podía ofrecerles.

Chehabi —como Dayan— me presentó concesiones que, desde el punto de vista de Siria, eran considerables pero que me constaba no lo serían en absoluto para Israel. En nuestra reunión de la mañana del 13 de abril, aceptó la idea de una restricción recíproca del potencial militar a ambos lados de la línea de tregua, algo hasta ese momento rechazado por Siria como incompatible con su soberanía. Se mostró favorable a la creación de una zona neutral a cargo de las Naciones Unidas, si bien debido a la presencia de miles de civiles sirios, prefería que los que llevaran a cabo las inspecciones tuvieran un carácter no militar. Puso de relieve la necesidad de simplificar los sectores de armamentos restringidos (cosa que, merced a la experiencia egipcia, me pareció factible). Chehabi no quiso tomar en cuenta ni siquiera la línea demarcatoria presentada por Dayan; me entregó, en cambio, una versión apenas modificada de la idea original de Assad de un repliegue profundo de los israelíes en el Golán. Le dije a Chehabi lo mismo que le había dicho a Dayan: *No he cesado de repetirle a su presidente que no me parece posible que logremos imponer la línea propuesta por él. Pero que trataríamos de acercarnos lo más posible a ella.*

Llevado por mi propia elocuencia, le hice un resumen del estado en que se encontraban las negociaciones:

De manera que... los puntos esenciales serían los siguientes: un avance de las fuerzas sirias, un repliegue de las fuerzas israelíes, una limitación del poderío militar israelí más allá de la línea de tregua y un regreso de los civiles sirios a los territorios evacuados. Esos son los elementos positivos acerca de los cuales ya se ha logrado cierto acuerdo. Lo que todavía no hemos resuelto satisfactoriamente es el trazado de la línea limítrofe... Por consiguiente, lo que nos queda por hacer cuando yo visite Medio Oriente es el desplazamiento de la línea. Y llegar a un acuerdo con respecto a la disposición de las fuerzas. En ambos lados.

- Fue algo equivalente a afirmar que Suiza sería un país llano si alguien pudiera correr los Alpes. Chehabi, que no sería el encargado de llevar a cabo la tarea, asintió con alborozo. Cuando, muy suelto de cuerpo, le aseguré que sólo quedaban por resolver dos puntos —el trazado de la línea y la limitación de las fuerzas—, creo que lo temerario de mi actitud obedecía al recuerdo del éxito obtenido en las negociaciones del Sinaí.

Considero que es relativamente fácil aprender de los fracasos. En cambio, el terrible peligro del éxito reside en creer que a uno no le queda nada por aprender y sucumbir así a la abrumadora tentación de tratar de repetir los logros alcanzados previamente. Pero si bien el ritmo de la historia puede a veces ser un eco de sí misma, difícilmente las situaciones concretas sean un calco exacto de otras precedentes. Por eso el estadista sensato debe evitar por todos los medios actuar en forma mecánica; es preciso

que analice cuidadosamente las circunstancias presentes, y también las características distintivas y únicas que contribuyeron a sus éxitos anteriores. La separación de las fuerzas militares del Sinaí se consumó en poco tiempo porque las dos partes estaban impacientes por llegar a un acuerdo. El foco de resistencia israelí del otro lado del Canal de Suez se encontraba a más de 160 kilómetros de Israel, y para sostenerlo hacía falta una movilización continua y considerable de fuerzas. Israel necesitaba reducir el peligro de una reanudación de las hostilidades y Golda deseaba concluir las negociaciones antes de que su nuevo Parlamento la obligara a dedicar todo su tiempo y sus esfuerzos a la formación de un Gabinete. Sadat estaba impaciente por liberar a su Tercer Ejército y, sobre todo, por imprimir un viraje violento a la política egipcia. No quería poner en peligro la puesta en práctica de los planes que tan pacientemente había diseñado, con una acción bélica que prácticamente resultaba inevitable si el *statu quo* se prolongaba. Israel, sin mucha fe pero con muchas esperanzas; Egipto con mucha fe pero prácticamente sin esperanzas; ambos trataban de encontrar la manera de asegurarse un estado de paz permanente. Y Sadat, con una de sus movidas magistrales, nos ayudó a separar lo trascendente de lo trivial.

En el frente sirio, en cambio, no existían tales convicciones ni compulsiones. Tanto Siria como Israel —Israel sin el menor asomo de duda— consideraban que la situación militar era relativamente tolerable. Ninguna de las dos naciones creía que se trataba del comienzo de un proceso nuevo, y mucho menos que fuera irreversible. A pesar de la situación difícil del Tercer Ejército, Egipto tenía cinco divisiones del otro lado del Canal de Suez, a lo largo de la línea que marcaba el nuevo límite después de la separación de fuerzas. En cambio no había ni rastros de tropas sirias en las proximidades de la línea que se internaba en las profundidades del Golán y que Assad reclamaba, y ni siquiera cerca de la línea más modesta que se encontraba más allá de la frontera de preguerra. Vale decir que Assad reclamaba en la negociación lo que no había podido lograr en el campo de la batalla. Para los israelíes, retirar sus tropas del Golán se asemejaba peligrosamente a un repliegue unilateral de fuerzas que le permitiría a Assad proclamar que Siria no había luchado en vano: no se trataba, por cierto, de una perspectiva demasiado tentadora para una nación que había sido objeto de un ataque sorpresivo.

El convenio de la separación de fuerzas suscripto con Egipto le permitió a Israel conservar la mayor parte del Sinaí para que le quedara cierto margen para la negociación en una conferencia de paz posterior. Pero en el caso de Siria, si Israel llegaba a aceptar la propuesta que debía realizar un retiro simbólico de tropas hacia el oeste de la línea limítrofe de 1967 —aunque sólo fuera para que Siria se sintiera a la par de Egipto—, se encontraría luego con las arcas vacías para la Conferencia de Ginebra (ya que Golda ni remotamente cedería los asentamientos civiles israelíes en el Golán).

Pero también Siria se veía obligada a modificar convicciones profundamente arraigadas. Pues para ellos, el mostrarse dispuestos a romper con toda una generación de no reconocimiento y disponerse a negociar con el odiado adversario representaba un hecho traumático. Trazar una línea en el Golán, aunque sólo fuera para llegar a un acuerdo provisorio de cese de hostilidades, equivalía a otorgarle a Israel cierto derecho a estar allí, lo cual les resultaba inadmisibles. Establecer dicha línea, por más que fuera tácitamente, teniendo en cuenta la existencia de asentamientos israelíes, implicaba hacer una concesión que resultaría sumamente dolorosa para cualquier líder sirio. Incluso la cuestión de la limitación del potencial militar tenía connotaciones psicológicas, pues, tomando en cuenta las distancias involucradas, cualquier sector de armamentos restringidos se encontraría peligrosamente cerca de Damasco y significaría hacer retroceder a las fuerzas sirias y obligarlas a abandonar algunas de las posiciones que ocupaban antes de la guerra.

Vale decir que, en síntesis, la negociación fue una experiencia muy dolorosa, tanto para Israel como para Siria. Ambas naciones debieron superar toda clase de dudas, frustraciones y, en ocasiones, una furia impotente. Cuando, a cierta altura de mi gestión, le señalé a Golda cuáles eran los hitos estratégicos, me respondió, con un arranque temperamental, que no estaba dispuesta a pagar por ningún objetivo norteamericano, por importante que fuera, con moneda israelí:

Como se lo he repetido hasta el cansancio, nosotros no tenemos petróleo, no tenemos siquiera los medios para extorsionar a los Estados Unidos y causarles un dolor de cabeza.

No podemos decirles: *Si ustedes no hacen tal cosa nosotros, recurriremos a Gromyko*. Pues todos sabemos que él no acudiría en nuestra ayuda; y tampoco tenemos petróleo como para amenazar con detener nuestras bombas extractoras. No tenemos nada, excepto una sola cosa: nuestra decisión de vivir y no permitir que maten a los nuestros. . . Pero quizá lo único que no me resigno a aceptar —les guste a ustedes o no— es que Israel deba pagar un precio para conseguirlo.

Y lo que Golda consideraba era *su* precio, Assad lo estimaba *su* territorio. Era demasiado impetuoso para entregarse a los soliloquios bíblicos de Golda, pero en las últimas fases de la mediación expresó una inquietud similar en el sentido de que quizás el retiro de fuerzas no redundaría en beneficio de los intereses de los árabes: *El concepto mismo del retiro de fuerzas, considerado desde el punto de vista árabe, ha sido algo así como desinflar varios globos a la vez, despojarlos de la certeza de estar militarmente preparados, en estado de alerta, en armonía total*. Lamentablemente, las angustias de orden psicológico no garantizaban la presentación de proyectos aceptables. Por el contrario, a ambas partes les exigía tanta energía psíquica estructurar una propuesta, que a menudo sentían la tentación de considerar que el haberlo conseguido era más importante que el contenido de la misma.

Esto le dificultaba mucho las cosas al mediador, quien funcionaba simultáneamente como coartada y *deus ex machina*. Siria decidió participar de las negociaciones a fin de iniciar el proceso tendiente a obligar a Israel a abandonar las Alturas del Golán; los israelíes que propiciaban la separación de fuerzas en el Golán —una escasa mayoría— veían en las negociaciones un medio para asegurarse de que Israel siguiera en posesión de esa misma zona. En las conversaciones preliminares, esto se convirtió en una brecha insalvable. Cualquier arreglo o concesión que se lograra en tal sentido debía llevarse a cabo en el nivel más alto posible.

Sin embargo, todos necesitaban que al menos pareciera que se estaban logrando progresos: los árabes moderados, para justificar el levantamiento del embargo petrolero; Siria, para mantener abierta la posibilidad de recuperar aunque más no fuera el territorio perdido en la guerra de octubre; Israel, para liberar a sus prisioneros; los Estados Unidos, para consolidar su papel dominante en la consecución de un proceso tendiente a la paz y su creciente influencia en el mundo árabe. Distintos motivos, a veces incluso incompatibles, produjeron una colusión *de facto* dentro de una compleja simulación, sin la cual la auténtica negociación jamás habría podido tener lugar.

Incluso antes de que se iniciara la gira de mediación propiamente dicha, hubo infinidad de rodeos. El 27 de abril, en vísperas de mi partida, se produjo otra señal ominosa: inesperadamente Assad alegó que había habido un malentendido. Después de permitir que Chehabi aceptara la existencia de una zona neutral controlada por las Naciones Unidas, Assad me salía ahora con que era innecesario que existieran además sectores o subzonas de potencial militar limitado; punto al que Chehabi también había dado su consentimiento. Pero era inconcebible que Israel tolerara que, como

resultado del acuerdo, el grueso del ejército sirio ocupara el territorio que ellos acababan de evacuar. Me enfrentaba, pues, a dos alternativas que sin lugar a dudas habrían fracasar la mediación; si Israel mantenía su posición con respecto al trazado de la línea de tregua, las negociaciones quedarían inmediatamente interrumpidas en Damasco; y si Assad persistía en su nueva actitud con respecto a las áreas de armamentos restringidos, las tratativas terminaron por estancarse en forma definitiva en Jerusalén.

No obstante, por fortuna las cosas no se dieron de esa manera. Pues si bien cada uno de los líderes expresó sus dudas, también ambos se cuidaron de dejar cierto margen para la esperanza. Assad y Golda, a pesar de la desconfianza mutua que se profesaban, estaban empeñados en una lucha extraordinaria contra sus propios prejuicios y los de sus colegas. En las reuniones principales, Golda estaba siempre rodeada por los miembros clave de su Gabinete. Assad solía dialogar primero conmigo a solas y luego me pedía que repitiera mis argumentos frente a sus consejeros. Sin duda para evitar que lo acusaran de ser engañado. Gradualmente, ambos fueron salvando una brecha que parecía infranqueable. Cuando finalmente todo concluyó, no sin exigir una considerable cuota de angustia, dudas, recelos, y muchas pequeñas concesiones de ambos lados, esos dos líderes que desconfiaban tanto el uno del otro, lograron escribir un nuevo capítulo de fe en la historia del Medio Oriente.

EL INTERLUDIO LIBANES

Las vacilaciones y complejidades de los partidos políticos constituían serios problemas en sí mismos, pero las circunstancias amenazaban sin cesar las débiles señales de progreso. El 11 de abril, comandos palestinos infiltrados desde el Líbano atacaron la ciudad fronteriza de Kiryat Shemona, al norte de Israel, y mataron a dieciocho de sus habitantes, todos ellos civiles. Israel replicó con ataques aéreos contra aldeas en el sur del Líbano, que se sospechaba habían dado asilo a terroristas. Los hechos posteriores son típicos de las actitudes de las Naciones Unidas. Un número cada vez mayor de miembros de la organización mundial parece considerar como un hecho normal que guerrilleros extremistas ataquen un Estado soberano desde santuarios ubicados en un país vecino; y el corolario es que la nación atacada queda en cierto sentido al margen del derecho internacional, pues se condena toda represalia por parte de la víctima de la agresión. Esta doble norma de valores hace necesario apelar a enormes reservas de hipocresía cuando la víctima es, como en el caso de Israel, un país miembro de las Naciones Unidas. Pero la organización mundial siempre ha sabido manejar las cosas en tales ocasiones y ha votado en favor de sus propios prejuicios.

Para ese entonces, las Naciones Unidas poseían ya un mecanismo bien establecido con respecto al ciclo terrorismo-represalia: el gobierno libanés se vio forzado (en parte debido a presiones de los extremistas) a solicitar una reunión del Consejo de Seguridad en la que todos condenaran *únicamente* la represalia israelí pero no el ataque original sirio. Luego nosotros debíamos oponer nuestro veto. En este caso, la situación era rutinaria, pero no así las circunstancias concomitantes, pues en ese momento me disponía a iniciar mi gira de mediación en el conflicto sirio-israelí. Tenía sobrados motivos para no granjearme el antagonismo de Israel, país que tendría que hacer el mayor número de concesiones en el curso de las tratativas. Al mismo tiempo, necesitaba —o así lo creía— el apoyo de otros Estados árabes para inducir a Siria a renunciar a sus exigencias exageradas. Los árabes moderados alegaban que un veto norteamericano limitaría en alto grado su propia capacidad para instar a la moderación. El ministro de Relaciones Exteriores del Líbano, representante honesto y abrumado de un gobierno atrapado entre el fuego cruzado de guerrilleros intrusos y vecinos intré-

pidos nos imploraba que encontráramos un camino para consolidar la integridad territorial del Líbano e impedir que se menospreciara la independencia de su país.

Como regla general, en estas situaciones es mejor dejar de lado la retórica y entrar de lleno en materia. Aunque parezca extraño, hacer lo correcto equivale también a hacer lo más prudente en términos prácticos. Todo intento de maniobrar cuando se está entre posiciones tan antagónicas no consigue sino agravar las cosas, pues incita a cada una de las partes a intentar por todos los medios que la *fórmula de transacción* se acerque lo más posible a sus propias pretensiones. Y en este caso, lo que correspondía era condenar a ambos bandos o a ninguno de ellos. Cuando las manipulaciones enturbian las verdades obvias, irremisiblemente se termina por perder de vista lo fundamental. Esto se aplica en particular a ese procedimiento absurdo que es una votación en las Naciones Unidas. Allí, el esfuerzo por conciliar cosas que carecen de importancia puede hacernos perder de vista el hecho de que el progreso debe fundarse en criterios más valederos que el de reparar un ultraje con recursos descabellados.

No cabe duda de que, en este caso, dejamos de lado estas sabias consideraciones. Se hizo circular un proyecto de resolución *no alineado* que contenía siete párrafos operativos, cinco de los cuales condenaban en términos muy duros los ataques de Israel contra el Líbano, sin que ninguno mencionara la agresión terrorista contra Kiryat Shemona. Los Estados Unidos hicieron circular un contraproyecto *deplorando* tanto el ataque contra esa ciudad como la respuesta israelí, pero no encontraron apoyo alguno. Una *fórmula de transacción* europea condenó todos los *actos de violencia*, pero haciendo mención específica de la represalia israelí contra el Líbano. En ese momento pareció representar una posición intermedia segura entre las distintas presiones que se ejercían sobre nosotros, tanto más porque nos permitía hacer una declaración pública unilateral señalando que el ataque contra Kiryat Shemona era precisamente uno de los *actos de violencia* censurados.

Con la esperanza de acumular puntos a nuestro favor en el mundo árabe para nuestra inminente gira de mediación, votamos en favor de esta resolución. No sirvió más que para eludir el problema. Si bien se la redactó con considerable habilidad y astucia, no se pudo evitar que estableciera una distinción de orden moral entre el ataque contra una aldea de Israel y la represalia consumada por este país. Criticaba el ataque libanés sólo a través de una velada alusión, y a Israel, en cambio, explícitamente. Israel reaccionó con indignación, y tenía sobrados motivos para ello. Empero, sus representantes exageraron sus protestas: se trataba en realidad de una maniobra táctica poco afortunada pero no, como ellos afirmaban, de un cambio en nuestra política. Pero lo cierto es que esa maniobra intensificó la sensación de acosamiento e inseguridad que vivía Israel.

COMIENZA EL TORBELLINO: LA LINEA DE TREGUA

El nuevo *torbellino* se inició de manera más que placentera: fue el primer viaje diplomático al extranjero en el que me acompañaba Nancy, quien representó un verdadero bálsamo para todos por su serenidad y buena voluntad y por el efecto sedante que ejerció sobre mí. Pero, a pesar de las cortesías de nuestros anfitriones, le transmití tal grado de tensión que regresó del viaje con dos úlceras que la obligaron a permanecer internada en un hospital varias semanas.

Realicé esa gira de mediación con mi equipo habitual de expertos en cuestiones del Medio Oriente: Joe Sisco, Roy Atherton, Hal Saunders y Peter Rodman. Robert McCloskey me acompañó como asesor y principal representante de prensa, junto con el secretario de Prensa del Departamento, Robert Anderson. Ellsworth Bunker, que había sido un valiente y leal embajador en Saigón y recorrió conmigo el laberinto hostil de

las negociaciones que culminaron con la paz en Vietnam, me acompañó también en este caso en calidad de *representante permanente* norteamericano a la reposada Conferencia de Ginebra. En todo momento me escoltó un grupo de catorce esforzados periodistas que realizaron en mi avión todas las idas y venidas entre Damasco y Jerusalén y alrededor del Medio Oriente. Incluso si hubiera preferido estar solo, habría sido inconcebible que la prensa permitiera que un secretario de Estado escapara a su control durante varios días —que luego se convirtieron en semanas—, más aún durante los momentos de extrema exaltación que rodearon el episodio de Watergate.

Las primeras etapas constituyeron una gira triunfal: me reuní con Gromyko en Ginebra el fin de semana del 28 y 29 de abril. Durante esos días nos trezamos, como de costumbre, en un verdadero despliegue de *fintas*. La Unión Soviética deseaba participar en esa negociación a la que no podía aportar nada y en la que ninguna de las partes involucradas deseaba que interviniera. Gromyko se mantuvo en una actitud que, en mi opinión, resultaba más humillante que beneficiosa para la Unión Soviética. Volvió a insistir en la necesidad de que ambos mantuviéramos una reunión simbólica en Damasco y dio a entender con toda claridad que tenía la intención de presentarse allí por mucho que yo me opusiera a ello. Logré eludir su proposición. Más tarde informé a Assad acerca de los planes de Gromyko y agregué lo que para mí era obvio, es decir, que no podía oponerme a la visita de un ministro de Relaciones Exteriores soviético a la capital de un país amigo, siempre y cuando sus planes no incluyeran una reunión conmigo.

Me embargaba una seguridad en mí mismo rayana en la impertinencia —si no en la temeridad— y le anuncié a Gromyko que calculaba que el acuerdo estaría completado alrededor del 9 o 10 de mayo. Gromyko no lo puso en tela de juicio ni rechazó mi aseveración de que el principal problema residía en lograr que las tropas israelíes se replugaran hasta la línea de frontera previa a la guerra, quizás con el agregado de algunos kilómetros del territorio conquistado en 1967. En cambio se mostró algo ambivalente con respecto a cuáles eran los intereses soviéticos en esa coyuntura, puesto que tanto Egipto como nosotros habíamos hecho que la reiniaciación de la Conferencia de Ginebra estuviera supeditada al feliz término del acuerdo concerniente a la separación definitiva de tropas en la frontera sirio-israelí.

Todo esto dio origen a un comunicado conjunto que constituyó el primer obstáculo para el desarrollo de un diálogo amistoso entre los Estados Unidos y la Unión Soviética con respecto al Medio Oriente: era escaso para los soviéticos y estaba en el límite de ser excesivo, tanto para Israel como para Egipto (Siria no se manifestó sobre el particular):

El ministro y el secretario intercambiaron ideas sobre el estado actual de las negociaciones tendientes a un acuerdo en el Medio Oriente y sobre la siguiente fase de dichas negociaciones. Ambas partes acordaron ejercer su influencia para lograr un desenlace positivo y mantenerse en estrecho contacto con el fin de tratar de coordinar sus esfuerzos para lograr un acuerdo pacífico en la zona en conflicto. Ambas partes se manifestaron a favor de reanudar la labor de la Conferencia de Paz de Ginebra sobre el Medio Oriente en fecha próxima.

El lunes 29 de abril pasé la noche en Argelia con la esperanza de apelar a la influencia que Boumediene tenía sobre Assad. Lo había visto poco más de dos semanas antes, en ocasión de su visita a Nixon en Washington. Seguía propiciando el retiro de tropas de las Alturas del Golán, pero también insistía en el argumento convencional en el sentido de que no sería más que un primer paso tendiente a la recuperación de las fronteras sirias anteriores a 1967. Señaló que estaba dispuesto a apoyar nuestros

esfuerzos, lo cual nos hizo pensar que podría influir sobre Siria para instarla a aceptar una fórmula de transacción.

Aunque Boumedienne se tenía por un radical, no veía con buenos ojos a los soviéticos. Había oído decir que Gromyko se disponía a viajar al Medio Oriente. Le señalé que no me reuniría con él en una capital árabe: *No lo haré, porque no quiero dar la impresión de que Gromyko y yo pretendemos imponerles nuestras ideas a los países árabes.* Boumedienne también opinaba que eso causaría mala impresión y entorpecería nuestra negociación con los sirios. Afirmó que incluso Assad se sentía molesto ante la insistencia de Gromyko en reunirse conmigo en Damasco. Boumedienne consideraba que la reunión en Ginebra había sido más que suficiente. Respondiendo a sus preguntas, le proporcioné mi honesta opinión sobre los soviéticos:

Seré franco con usted, señor presidente. Le daré mi primera estimación. Nos hemos reunido con ellos; usted los conoce y tiene su propia opinión. No son previsores. Son muy burocráticos, muy sometidos a la influencia de sus propias maniobras internas. Están dispuestos a pagar un precio muy alto por defender las apariencias en lugar de la realidad. Recurren a la intimidación, pero no están dispuestos a correr grandes riesgos. Por lo tanto, cuando la intimidación no logra sus objetivos, se retraen de inmediato. Esa es mi evaluación general. . . Por otro lado, en caso de guerra, temen una derrota siria porque eso podría obligarlos a tomar decisiones que prefieren evitar, pues los llevarían a verse envueltos en conflictos en los que no desean participar. Por todo esto, su política resulta confusa. En realidad no quieren que logre mi cometido, pero al mismo tiempo temen que fracase.

Boumedienne tenía experiencias similares:

Los soviéticos son complicados. Mantenemos con ellos relaciones desde 1963, a pesar de lo cual concuerdo con usted en que sus actitudes siempre encierran cierta dosis de ambigüedad. . .

Por ejemplo, Sadat exigía armas, incluso antes de la guerra de octubre. Se las enviaron, pero no en las cantidades requeridas ni del tipo que se les había solicitado. Durante la guerra, no tuvieron más remedio que enviar a Sadat los armamentos que éste les había pedido.

Pero, en general, se han trazado un límite que denomino la línea roja. No están dispuestos a transponerla. Es la línea que los separa de los Estados Unidos.

El análisis de Boumedienne reflejaba el dilema soviético en el Medio Oriente. Estaban dispuestos a sacar partido de los conflictos existentes, pero sin que eso implicara correr riesgos serios. Querían obtener los frutos del éxito pero sin los esfuerzos o complejidades que ello exigía. Su fuerza no radicaba en concebir un plan magistral sino en explotar la confusión del adversario. Querían evitar una confrontación con los Estados Unidos. Así, su actitud expansionista tenía un límite, siempre y cuando nuestra actitud fuera firme y decidida, y había una esperanza de coexistencia si nos mostráramos prudentes y perspicaces.

Después de Gromyko no me dirigí directamente a ninguna de las capitales de los dos países que participaban en la negociación, sino que hice escala en Alejandría para concertar una estrategia con el presidente de Egipto. Sadat había hecho todo lo que estaba a su alcance para ofrecernos una bienvenida calurosa: puso a nuestra disposición el Palacio Safa, emplazado frente al mar; guardias de honor, de colorido uni-

forme, nos escoltaron a todas partes; visitamos las excavaciones de un anfiteatro romano alrededor del cual lanceros egipcios a caballo dispuestos en semicírculo formaban un imponente telón de fondo. Sadat y Fahmi insistieron en que debía tratar de concertar el acuerdo de separación de fuerzas militares sirio-israelí en el curso de esta gira de mediación. Si regresaba a los Estados Unidos sin haberlo logrado, cabía la posibilidad de que Siria apelara al Consejo de Seguridad, restituyéndole así a la Unión Soviética un papel decisivo en las negociaciones. Eso podría desembocar en una reunión cumbre de países árabes y nos haría perder el control de la situación. Nuestros anfitriones egipcios se mostraban optimistas y no veían la necesidad de llegar a tal situación. Prometieron apoyar cualquier proyecto similar al puesto en práctica con Egipto, es decir, que implicara ceder a Siria la cuña conquistada en 1967 y algunos kilómetros de los territorios tomados por los israelíes en 1967, incluyendo la ciudad de Kuneitra. Lo único que los egipcios no me dijeron fue la manera de lograr que Israel aceptara tal proposición.

Durante las semanas siguientes, el problema de Kuneitra ocupó por completo nuestras horas de vigilia y también nuestros sueños (o, más bien, pesadillas). Antes de la guerra de 1967 era la capital administrativa de la región del Golán, una pequeña ciudad polvorienta con menos de 20.000 habitantes —entre comerciantes, campesinos y empleados—, acurrucada al pie de las colinas del Golán. Ahora, durante un mes, se convirtió en el foco de la diplomacia en el Medio Oriente. Ese papel se justificaba, pues estaba situada a tres kilómetros dentro de la línea de las conquistas israelíes de 1967 (véase el mapa de la página 786 y el de la 880). Había resultado muy dañada, primero en la guerra de 1967, luego en la de 1973 y más tarde por las topadoras israelíes, sin que existiera ningún motivo evidente para ello.

Cumplía con todos los requisitos necesarios para el papel simbólico que se pensaba asignarle. Los israelíes nunca se habían instalado allí y su asentamiento más cercano se encontraba situado en la lejana ladera de una colina, unos cuatro kilómetros hacia el oeste. Sin embargo, parte de las tierras de cultivo correspondientes a las colonias agrícolas israelíes adyacentes llegaba muy cerca de los límites de la ciudad. Además, varias colinas ubicadas algunos kilómetros al oeste de la ciudad representaban puestos de observación y puntos estratégicos que complicaban la tarea de trazar una línea divisoria en ese disputado terreno. Kuneitra no implicaba sólo una posición estratégica sino una victoria, un trofeo, un símbolo para ambas partes, y por consiguiente tanto más disputada. Cualquier decisión al respecto determinaría el resultado de las negociaciones.

En este caso, la fibra y la resistencia del negociador eran mucho más importantes que de costumbre, pues en ese momento mi recurso definitivo, el presidente, enfrentaba el momento culminante de Watergate. En Washington, el 30 de abril, la Casa Blanca dio a conocer una extensa compilación de las transcripciones de conversaciones grabadas en la Oficina Oval relacionadas con Watergate. Este extraordinario gesto de autohumillación tenía como fin demostrar que el presidente no tenía nada que ocultar y que las cintas no contenían nada reprochable. También tenía como objetivo impedir que el procurador Especial o la Comisión Judicial de la Cámara se mostraran aun más firmes en cuanto a solicitar la entrega de cintas grabadas. Pero el efecto de la maniobra fue el opuesto al esperado. Las conversaciones contundentes, inflexibles y, en ocasiones chabacanas, escandalizaron al público, tanto por su contenido como por la rudeza del lenguaje utilizado. El senador Hugh Scott, de Pennsylvania, líder de la minoría republicana del Senado, utilizó incluso la palabra *repugnantes*. Los medios de comunicación casi no se ocupaban de otra cosa. Yo debía negociar sin el respaldo de un presidente.

El martes 2 de mayo llegué a un Israel convulsionado. El 1º de enero me habían

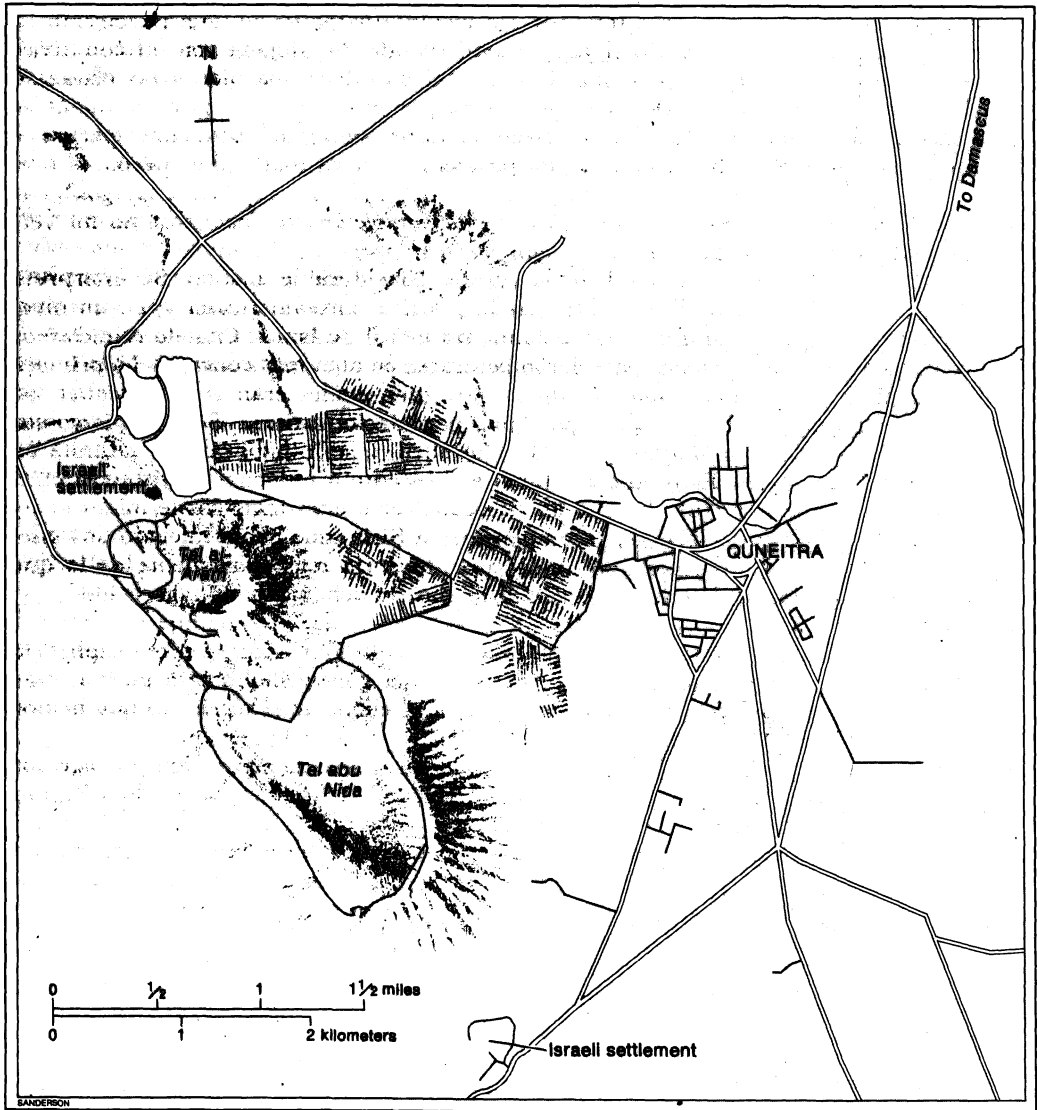
aclamado como mensajero de la paz, pero tres meses más tarde me encontré, en cambio, con enormes cartelones con mi nombre escrito en árabe —como si yo fuera un representante árabe— esperándome. El Partido Likud de Beguin organizó demostraciones callejeras que nos bloquearon el acceso a la casa de Golda Meir, de modo que solíamos reunirnos en su despacho. Esta actitud hostil correspondía a una minoría, ya que en general Israel anhelaba la paz y la seguridad territorial física pero se veía tironeado entre sus anhelos y sus temores. Un ejemplo palpable de la esquizofrenia israelí lo dio el masajista del Hotel King David (donde me alojaba con mi comitiva), quien me estrujó el cuerpo con una violencia tal que denotaba bien a las claras su mala disposición hacia mí. Admitió que rogaba por el éxito de mi gestión, mientras me sacudía con aparente afecto. Todo Israel contaba conmigo. Tanto como para asegurarle aunque más no fuera una tregua pasajera a mi ya maltrecho cuerpo, le pregunté a cuántos kilómetros del Golán podría Israel renunciar sin correr riesgos. ¿Renunciar? ¿Kilómetros? ¿En el Golán? ¡Usted está completamente loco!, bramó mi verdugo, y retomó su tarea con renovado vigor.

Nuestro voto en las Naciones Unidas suscitó considerable encono. Se interpretó como el anuncio de un posible cambio en la política norteamericana y, en un nivel más profundo, como un síntoma del aislamiento moral de Israel. Cuando reiniciamos las negociaciones, las tensiones parecieron centrarse en algo más concreto. La primera ministra Meir y sus colaboradores sabían muy bien cuáles eran a mi entender las concesiones mínimas indispensables para una negociación exitosa. Se lo había comunicado a Dayan el 29 de marzo y a Golda, en abril, y se lo había dicho a Dinitz en innumerables ocasiones. Esto no contribuyó en absoluto a reducir la resistencia ofrecida por mis colegas israelíes. Lo que les preocupaba no eran tanto los términos como los principios. ¿Por qué habría de recompensarse a Siria, que había iniciado una guerra en la que perdió territorios, con una línea divisoria más conveniente de la que tenía antes de iniciar las hostilidades? Golda se mostró vehemente en tal sentido:

Si usted me apremia, no sé cómo haré para enfrentar a mi pueblo y explicarle que, al fin de cuentas, qué importa, hubo una guerra, hubo otra guerra, más muertos, más heridos, pero que tenemos que renunciar el territorio que hemos conquistado. ¿Y todo por qué? Porque Assad dice que le pertenece. . . Siempre me resultará inconcebible que no se establezca diferencia alguna entre el agresor y el agredido; eso es algo que me niego a aceptar. . . No le tengo miedo a Beguin ni tampoco a Sharon; a quien más me asusta tener que enfrentar es a mí misma: soy yo quien no puede resignarse a aceptar que (tuvimos) dos guerras en siete años, con el precio que pagamos por ello. Y después de eso Assad tiene la desfachatez de afirmar que es preciso que le devolvamos su territorio. Es algo así como un *chutzpah* a la enésima potencia. ¿Cómo es posible? . . . Si una contienda no implica el menor riesgo de pérdida, ¿no equivale eso a fomentar en nuestros vecinos el deseo de seguir luchando?

De haberse encontrado presente, Assad habría contestado que el meollo del problema radicaba en la incapacidad de Golda para aceptar que el territorio en cuestión era sirio. Para Assad no había otro camino que seguir luchando por recuperar el territorio que consideraba históricamente sirio, y estaba convencido de que el hecho de aprobar siquiera una línea provisoria de cese de fuego representaba ya una enorme concesión.

Pero mi papel de mediador implicaba no transmitirle a ninguna de las partes los argumentos esgrimidos por sus adversarios. Las perspectivas a largo plazo de Israel constituían en verdad un problema de gravitación casi metafísica. Tenía sólo



Kuneytra y sus cercanias.

un aliado y estaba más solo que cualquier otro estado soberano. Tendría que tolerar el oprobio del mundo entero aun cuando fuera en realidad la víctima de ataques paramilitares. Sus vecinos podían plantear más exigencias en cualquier momento y, como Golda nunca se cansaba de señalar, el mismo razonamiento que había llevado a los pedidos de concesiones generarían entonces nuevas demandas. Pocos países podrían haber soportado semejante tensión psicológica. La situación de Israel justificaba una defensa mejor que la que significaba su postura de quisquilloso desafío. Tenía que ver con la eterna premonición del pueblo judío en el sentido de que algún día sería víctima de todas las frustraciones de su medio.

Compartía profundamente la posición de Golda y comprendía sus prevenciones, pero era mi deber elegir la política más adecuada que me dictara el análisis objetivo de los hechos. Ni el abatimiento, ni la sensación de injusticia podían servirme como guía. Mi responsabilidad consistía en describirle a Israel sus necesidades geopolíticas. Su corazón estaba, sin duda, abrumado por la congoja, pero necesitaba una mente clara y un juicio sereno. Así, mis reuniones en Israel fueron una serie de presentaciones más propias de un seminario sobre la filosofía de las relaciones internacionales que de una negociación diplomática.

Mi argumento básico residía en que la posición de Israel era grave, cualquiera fuera la actitud que asumiera. Era grave, pero no irremediable. Con disciplina y convicción podría rescatar cierto margen que le permitiera maniobrar. El camino más seguro hacia el desastre era mantener el *statu quo*.

Más adelante se adujo que mis tácticas de negociación consistían en decirle a cada una de las partes lo que éstas deseaban escuchar. Opino que es una manera muy superficial de describir la diplomacia; por cierto, no fue en absoluto el método empleado por mí. La única premisa segura de la que se puede partir en una negociación es que aquellos con los que debemos negociar son por lo menos tan inteligentes como nosotros. No es posible engañarlos durante mucho tiempo pues siempre terminan por descubrir la verdad. Si se los ha despistado intencionalmente ello socavará definitivamente la confianza que nos dispensaban. Y puesto que en la política exterior debemos enfrentarnos casi permanentemente con las mismas personas, la pérdida de confianza puede convertirse en una desventaja insuperable.

Esas críticas también daban a entender, equivocadamente, que yo había cometido uno de los peores errores en que puede incurrir un mediador: dar por sentado que las naciones involucradas no cambian ideas entre sí, en particular en el mundo árabe. Incluso los funcionarios de Estados que no tienen relaciones diplomáticas controlan las declaraciones públicas y los medios masivos del otro país y tratan de enterarse de las decisiones de los demás recurriendo a los servicios de inteligencia. Resulta imposible llevar dos juegos distintos de libros de contabilidad y conservar la confianza. Una vez que se la pierde, la confianza es irrecuperable y sin ella toda negociación termina por convertirse en una lucha despiadada por establecer quién impone su posición por la fuerza.

Cada vez que me tocó actuar como mediador, traté de comprender los verdaderos objetivos de las dos partes involucradas con la mayor claridad posible, puesto que las posiciones formales a menudo reflejaban necesidades internas o burocráticas antes que una convicción. Siempre me ocupé de formular claramente el objetivo que perseguía a los *dos* países en conflicto desde el comienzo del proceso y en términos casi idénticos. Era una decisión tanto de orden moral como práctico pues, ¿de qué otra manera podía guiarlos hacia el objetivo final? Desde luego, esto no me impedía utilizar diferentes argumentos para explicarle a cada una de las partes por qué el objetivo final habría de redundar en su propio interés. Pero eso al menos reflejaba la realidad. Al fin de cuentas, nunca habría surgido la controversia si los objetivos de las partes no fueran distintos e, incluso, hasta cierto punto, incompatibles. Por consiguiente, sólo se podría llegar a un

acuerdo si ambas partes tenían la certeza de obtener *algún* beneficio que redundase en sus propios intereses, tal como cada parte los entendía; beneficios que, claro está, difieren según los intereses. Sólo los aficionados creen que es posible lograr ventajas unilaterales para una de las partes y, aunque así fuera, un acuerdo de esa naturaleza jamás podría mantenerse. El mediador que lo propugnara no tardaría en perder la confianza de una de las partes y con ella el requisito indispensable para su propia eficacia. Lo importante en la mediación es descubrir por qué un objetivo aceptado por ambas partes puede redundar en un beneficio *común* para propósitos *distintos*.

Ese es el motivo por el cual pasé la mayor parte de mi tiempo en Israel, sobre todo en los primeros días de la gira de negociaciones, explicando la situación internacional, ya que sólo en ese contexto tenían sentido las soluciones específicas. Los siguientes son fragmentos de diversas presentaciones que hice en Israel en el curso del mes:

Si esta negociación fracasa, creo que debemos llegar la conclusión de que el papel norteamericano dominante en este esfuerzo por alcanzar la paz habrá tocado a su fin, si no somos capaces de ofrecer una solución aceptable que conduzca a una separación de fuerzas sirio-israelí. . . El argumento que esgrimimos (ante los árabes) es que prometemos menos pero que eso desembocará al menos en cierto progreso en la negociación, que es mejor que un estancamiento. Eso es definitivo.

. . . considero esencial que la gravedad de un fracaso de la negociación se evalúe en relación con lo que sucede en el terreno diplomático, lo que ocurre en el plano militar y lo que sucede en los Estados Unidos (2 de mayo).

En este mismo momento, en los Estados Unidos hay una extraña combinación de circunstancias en tanto los contrarios a Nixon, los partidarios de Jackson, los que están en contra de la *détente*, los conservadores, todos pueden mancomunarse. Así, durante unos seis meses se puede tener la impresión de que existe cierta unión en los Estados Unidos, siempre y cuando, claro está, no cueste nada ni signifique ningún riesgo. He enfrentado suficientes crisis en los Estados Unidos como para saberlo. . . Y los de la línea dura ignoran cómo maniobrar; todo lo que entienden es presumir, jactarse, pero dejan de ser tan duros cuando se trata de algo más que de palabras. Esa es mi pesadilla (4 de mayo).

Ahora bien, la pregunta que deberíamos formularnos a continuación es: ¿lo que estamos analizando en este momento tiene más probabilidades de ayudar a Israel o de dañarlo? ¿Lograr un acuerdo de separación de fuerzas militares sirio-israelí es beneficioso para Israel, aunque involucre todos los peligros señalados por Rabin y Peres, o no lo es? Creo que aunque todas las posibles consecuencias señaladas sean correctas, en líneas generales resulta positivo para Israel. Lo es porque mantiene a los Estados Unidos en el primer plano de la diplomacia, porque nos evita tener que supeditar todo a la Conferencia de Ginebra, porque lleva tranquilidad al frente con Siria y continúa la línea del acuerdo concertado con Egipto. . .

El problema es el siguiente: ¿Pueden los Estados Unidos respaldar eficazmente una posición israelí durante un período prolongado? Creo que es imposible sostener una negociación que termina por incidir sobre problemas que el público norteamericano no comprende, que llevan a un embargo petrolero, a una constante serie de crisis y quizás a la guerra. La comunidad judía ejercerá una enorme presión para que así lo hagamos, pero quiero señalarles la diferencia que hay entre los discursos y la manera de manejar una crisis. Se pueden hacer grandes discursos y aun así maniobrar con ella de tal modo que paulatinamente se pierda todo. Pueden seguir adelante con su retórica y ser muy categóricos pero ineficaces (mayo 5).

Puesto que estamos empeñados en defenderlos y ustedes están decididos a sobrevivir, no puede resultarnos imposible evaluar los factores esenciales: el papel de la Unión Soviética; el papel de los árabes, el papel de los europeos; el papel de la carrera armamentista en la región y lo que cabe esperar al respecto, de qué manera los Estados Unidos pueden utilizar su fuerza política, económica y militar de modo tal que no resulte sólo una cuestión de fuerza bruta; cómo se deben encarar las crisis. Sería signo de total irresponsabilidad improvisar en estos casos, aguardar que algún elemento externo desencadene el resultado final (14 de mayo).

El 2 de mayo, mi primer día en Israel, me reuní con Golda y sus colegas, en diversas combinaciones y con muy breves interrupciones, desde las 12.15 del mediodía hasta la 1.30 de la madrugada. Formalmente, los israelíes mantenían la posición del plan de Dayan, pero pude percibir que en realidad estaban dispuestos a modificarla. No fui yo quien convenció a los representantes israelíes para que adoptaran mi nuevo punto de vista; antes bien, les suministré un pretexto para modificar una proposición impuesta por su política interna: muchos de ellos sabían muy bien que su plan no daría resultado aunque todavía no estuvieran del todo dispuestos a aceptar mis ideas. Esa noche, ya tarde, Dayan presentó una idea a título *personal*: quizás la línea de separación israelí podría desplazarse un poco hacia el oeste (ampliando la zona neutral encomendada a las Naciones Unidas) de modo que fuera posible entregar a Siria la parte oriental de Kuneitra al tiempo que Israel conservaba la occidental. Siria nunca aceptaría una Kuneitra dividida, y esa propuesta carecía de sentido, aun desde el punto de vista de Israel, salvo para su política interna. Pero eso no tenía importancia. La idea *personal* de Dayan mostraba que Israel había cruzado el Rubicón psicológico y que por lo menos barajaba la posibilidad de replegarse con respecto a la línea demarcatoria anterior a la guerra.

Evidentemente, el viaje emprendido por Israel hacia el logro de términos negociables habría de ser penoso y prolongado. Y, por exasperante que pudiera resultar la estrategia negociadora israelí, no era nuestro propósito tratar de doblegarlos ni imponer nuestras ideas pues, como ya señalé, en cuanto resultara obvio que podíamos lograr de Israel que hiciera *cualquier cosa*, las exigencias árabes aumentarían. Entonces se nos acusaría a nosotros si Israel no llegaba a satisfacer las exigencias árabes, que aumentarían proporcionalmente con la facilidad con que fueran aceptadas. Nuestra estrategia dependía del hecho de ser el único país capaz de obtener concesiones israelíes, pero también de hacerlo dentro de un contexto en el que se tuviera la impresión de que era una tarea muy ardua. No cabe duda de que los israelíes se ocuparon fehacientemente de demostrar la veracidad de la segunda parte de este planteo.

Así que decidí volver a emplear las tácticas del viaje anterior. Iría a Damasco sin ninguna propuesta en firme y exploraría problemas secundarios a fin de darle a Israel más tiempo para una revaluación. Sería objeto de una cordial recepción inicial en la capital siria, pero estaba convencido de que si nos lanzábamos por el camino de imponer condiciones, transformaríamos un conflicto árabe-israelí en un conflicto árabe-norteamericano. De Damasco me trasladaría a Alejandría para movilizar el mayor apoyo árabe posible para mi estrategia y luego volvería a Israel. Ya me encontraba en el sexto día de mi gira de mediación. En el curso de mi misión diplomática con Egipto, a los seis días ya habíamos llegado a un acuerdo básico y empezábamos a ocuparnos de cuestiones meramente de forma. En cambio ahora, a comienzos de mi tan esperada gestión *torbellino* con Siria, ni siquiera había presentado una propuesta de apertura en Damasco.

Era una situación muy extraña. Hasta el momento, las negociaciones habían tenido lugar entre Israel y yo. Durante varias semanas Israel había hecho una serie de propuestas, todas ellas inaceptables, como no sólo Assad sino también todos los otros árabes me

habían señalado. Las había transmitido a Siria, a veces a través de otros árabes, no como proyectos sino como *ilustraciones* de la posición israelí, como ejemplos de la dificultad del problema, como modelos; en pocas palabras, como cualquier cosa que no fuera una propuesta formal. Así, Assad no había tenido oportunidad de rechazar ningún proyecto específico y su prestigio estaba a salvo. Me pareció mejor esperar a que ambos países se hubieran hecho concesiones mutuas. Por el mismo motivo, también en Israel presenté el proyecto *virio* original con respecto a la línea del cese del fuego como una mera ilustración del enfoque de Assad. En términos estrictos, en este viaje actué menos como mediador que como asesor con respecto a lo que resultaba factible en esas circunstancias concretas, un filósofo de la estructura del orden internacional, un consejero político y psicológico con respecto a un vecino que era tan misterioso como un ser extraterrestre.

Assad me había entregado la lista de prisioneros israelíes más de dos meses antes gracias a mi promesa de que regresaría con una propuesta israelí. Ahora, a comienzos de la ronda de tratativas, yo seguía tratando de eludir el problema decisivo del trazado de la línea de cese del fuego. Deseaba sondear primero algunas cuestiones secundarias esperando que la flexibilidad con que Siria las enfrentaba contribuiría a que a Israel le resultara menos duro correr la línea hacia dentro de su territorio.

La brecha existente entre ambas partes se puso claramente de manifiesto mientras me trasladaba en auto desde el aeropuerto hacia Damasco, el viernes 3 de mayo, cuando por fin viajé a Siria para iniciar mis gestiones. Si para Golda renunciar a cualquier extensión de territorio constituía una amenaza para la seguridad de Israel y una recompensa para un agresor, para Khaddam, ministro de Relaciones Exteriores de Siria, quien me acompañó en ese viaje desde el aeropuerto, el hecho de que Siria recuperara lo que consideraba su propio territorio no era un premio sino un derecho y un deber:

KHADDAM: ¿Acaso no es igualmente cierto que el pueblo israelí, por haber sido acosado durante 25 años y vivir sumido en un clima de incertidumbre, debería anhelar la paz?

KISSINGER: Sí, a la larga. Pero han sido acosados durante tanto tiempo que les resulta muy difícil aceptar la idea de la paz. Y, además, tienen un complejo con Siria. Piensan que ustedes son muy duros. Yo trato de convencerlos de lo contrario: que son cordiales, abiertos al diálogo, conciliadores. (Risas.)

KHADDAM: ¿Realmente creen que podríamos mostrarnos indulgentes cuando están ocupando nuestro propio territorio?

Damasco no cuenta con lujosas instalaciones para recibir a huéspedes extranjeros. Por ende, Khaddam había preparado un almuerzo para mí en el Orient Club —un restaurante y club social frecuentado por sirios prominentes— para que me reuniera allí con otros ministros. Era un gesto que tenía su significado: los orgullosos sirios no habrían arriesgado su posición interna asociándose con lo que para ellos era una empresa condenada al fracaso o cuyo resultado sería muy mal recibido por el pueblo.

El almuerzo transcurrió en forma bastante cordial, pero la atmósfera del salón de conferencias de Assad fue bastante menos afable, aunque en ningún momento Assad abandonó su cortesía personal. Por fortuna, Gromyko nos proporcionó un tema de conversación inicial para romper el hielo. Había anunciado su llegada a Damasco dos días más tarde (mayo 5), provocando así considerable malestar entre sus anfitriones sirios, quienes sabían que esa visita interrumpiría mi gira de mediación. Al mismo tiempo, Dobrynin se había puesto en contacto con Scowcroft para concertar un encuentro conmigo en Damasco. Rechacé esa sugerencia y propuse que nos reuniéramos en Chipre. Elegí el día 7 de mayo a fin de dar al Gabinete israelí más tiempo para deliberar. De hecho, me proporcionó un buen pretexto para demorar el proceso porque quería evitar

que Gromyko hiciera una verdadera disección de las posiciones iniciales. Le informé a Assad que no regresaría a Damasco hasta el 8 de mayo o hasta después de que Gromyko partiera, dando así a los sirios un incentivo para acortar la visita de mi colega. De esa manera, la verdadera negociación sólo *comenzaría* al undécimo día de la gira, siempre y cuando hubiéramos logrado para ese entonces que ambas partes se acercaran lo suficiente como para que fuera posible presentar sus respectivas posiciones bajo la forma de propuestas formales.

Los historiadores del futuro sin duda llegará a la conclusión de que, a pesar de este prolongado paréntesis, Assad y yo hicimos esa tarde todo lo posible por no tocar ningún punto básico. Assad poseía un talento especial para dar la impresión de que podía seguir hablando eternamente sobre cuestiones irrelevantes. Nos mofamos de Gromyko. Assad me habló de la visita de un grupo de empresarios auspiciada por la revista *Time*. Le ofrecí, como de costumbre, una suerte de clase magistral en respuesta a sus sagaces preguntas, esta vez con respecto a la política interna de Israel. Pero todo esto no eran más que prolegómenos: transmitía buena voluntad y apuntaba a la probabilidad de lograr progresos. La atmósfera dejó de ser cordial cuando le revelé el plan de Dayan, no como una propuesta sino como un proyecto que el Gabinete israelí se encontraba reconsiderando en ese momento. (Como más tarde le comenté a Sadat, lo hice en parte porque el plan de Dayan era tan descabellado que cualquier modificación posterior por parte de Israel necesariamente causaría buena impresión.)

Mis explicaciones no lograron apaciguar a Assad. Expresó que el plan era *insultante*, que lo hacía sentir *nervioso e irritable* y que era una prueba evidente de que Israel prefería la guerra a la paz. Como si quisiera demostrarme que, en cuanto a intransigencia, los sirios no eran precisamente aficionados, Assad reafirmó el plan que Chehabi me había llevado a Washington, según el cual Israel debía ceder más de la mitad del sector del Golán que ocupaba antes de la guerra: *Si nuestra línea resulta inaceptable, nunca llegaremos a un acuerdo. . . No hay ningún margen para regateos en ese sentido. . . No pienso aceptar ni un metro menos que el que figura en la línea de cese del fuego que hemos establecido.* Esa afirmación resultaba tan improbable como la posibilidad de que Israel insistiera en el llamado plan Dayan. Ambas partes habían ido demasiado lejos como para no hacer un serio esfuerzo por salvar sus diferencias.

Discretamente decidí tocar algunos puntos secundarios y allí logramos un mejor entendimiento. Assad aceptó reducir el fuego de artillería contra la línea israelí de máxima penetración y poner fin a las incursiones de sondeo mientras yo me encontrara en la zona. Aceptó el principio de una zona neutral desmilitarizada bajo la supervisión de las Naciones Unidas, según el modelo del acuerdo suscrito con Egipto. Aceptó también el canje de prisioneros. Con respecto al sector de armamentos restringidos, Assad prefirió no comprometerse. La desmilitarización constituía un problema más espinoso en las colinas del Golán que en el Sinaí, porque se pensaba que los civiles sirios podrían regresar a toda la zona evacuada por Israel, incluyendo la correspondiente a las Naciones Unidas y Siria no quería que quedaran indefensos. El sábado siguiente, 4 de mayo, volví a referirme al tema mientras me dirigía con Khaddam al aeropuerto. Esa misma tarde Assad me envió un mensaje a Alejandría en el que me informaba la *no aprobación* por parte de Siria del proyecto de una limitación del potencial militar. El término *no aprobación* era, a todas luces, menos que un rechazo pero tampoco implicaba una aprobación.

Uno de los ayudantes de Assad le dijo a Tom Scotese que yo no había llevado *nada* de Israel, y no estaba del todo equivocado. Agregó que los líderes sirios se sentían *decepcionados, sorprendidos y desalentados*. Se había necesitado una reunión de seis horas para lograr tan poco. Evidentemente, la negociación sería prolongada y ardua.

Decidí obtener apoyo árabe para una fórmula de distensión cuyo principal mérito en ese momento radicaba en que ninguna de las partes lo había visto ni aprobado. De

regreso en Alejandría el 4 de mayo, conversé con Sadat sobre lo que Egipto estaba dispuesto a apoyar. Sadat definió la situación con gran sagacidad: ¿Sería posible que Assad recuperara algunos kilómetros más allá de la línea de cese del fuego del 6 de octubre para salvar su prestigio? Hice que Hal Saunders le explicara los aspectos topográficos, es decir, las colinas situadas tres kilómetros al oeste, las dos colinas al Norte y al Sur, importantes para los israelíes como valiosas posiciones defensivas. Sadat replicó:

Sin duda se trata de un problema muy difícil, pero debería encararse desde un punto de vista político y no sólo militar. Un cese de fuego sería beneficioso para ellos y también para nosotros. Ambos bandos están sufriendo bajas y, al mismo tiempo, debemos recordar que la Unión Soviética está maniobrando a fin de que se adopten posiciones intransigentes. Para poder solucionar los problemas internos por los que están pasando, los israelíes necesitan un poco de paz, de tranquilidad. En cuanto a mí, también necesito serenidad para el siguiente paso que me propongo dar. ¿No hay manera de que los israelíes lo entiendan? Assad me está creando toda clase de problemas en el mundo árabe. Deberían comprenderlo. Los beneficiaría en un ciento por ciento. No nos proponemos apoderarnos de sus asentamientos, pero sí afirmamos que, desde un punto de vista psicológico, los sirios deben obtener algo más de lo que tenían el 6 de octubre. Podemos discutir acerca de en qué consistirá ese *algo más*. Sin duda, Kuneitra debe estar incluida. Puedo convencer así a todo el mundo árabe y dejar a salvo el prestigio de Hafez Assad.

Y Sadat agregó luego:

Demos a los sirios primero toda la zona de máxima penetración y la mayor cantidad de territorio posible que podamos obtener de los israelíes, incluyendo Kuneitra, más allá de la línea del 6 de octubre. Es una cuestión puramente psicológica. Estoy dispuesto a respaldar una propuesta de ese tipo en su totalidad, incluso frente al mundo árabe.

Desde luego, el problema consistía en que Israel no habría aceptado nada de esto, ni siquiera —todavía— replegarse por completo de sus puestos de avanzada. Estábamos tratando de ejercer presiones árabes sobre Siria en favor de una proposición israelí por el momento inexistente, que Assad sin duda rechazaría. Sin embargo, Sadat propuso que Asharaf Marwan, su hombre de confianza, acompañara a Saunders sin tardanza a Arabia Saudita y a Argelia para obtener el apoyo de los respectivos gobiernos.

El rey Faisal recibió a Marwan y a Saunders una hora después de que ambos llegaran a última hora del 4 de mayo. Fue algo completamente insólito en vista de las reglas protocolares correspondientes a esos casos, y más insólito aún fue que el rey se mostrara dispuesto a escuchar una propuesta conjunta de Egipto y los Estados Unidos. Yo le había dado instrucciones a Saunders de que le proporcionara un informe a Faisal pero sin solicitar nada específico. El rey mismo sabía qué hacer, siempre y cuando estuviera dispuesto a actuar. Faisal se mostró tan ambiguo, poco comunicativo y propenso a brindarnos su apoyo como de costumbre. No puso objeciones al proyecto de una fórmula de transacción, pero tampoco lo respaldó abiertamente. Podíamos contar con su apoyo para Egipto y Siria, en cualquier momento en que se necesitara, según manifestó con su habitual modalidad délfica.

Al día siguiente, Sakkaf siguió el procedimiento habitual que consistía en traducir el significado de las enigmáticas alusiones del rey. La principal garantía en cuanto a los comentarios de Sakkaf fue la presencia de Rashad Pharaon, quizás el principal consejero de Faisal, y además oriundo de Siria.

Podía no estar en contacto con Damasco, aunque yo sospechaba lo contrario, pero sin duda tenía una clara idea de lo que resultaba factible en las presentes circunstancias. Pharaon señaló que si los israelíes se mostraban dispuestos a evacuar Kuneitra y esta ciudad quedaba en manos de los sirios, se lograría un buen acuerdo que Arabia Saudita apoyaría y, en su opinión, también Argelia. Para ese entonces, yo ya había aprendido lo suficiente acerca de los métodos sauditas como para saber que un consejero real saudita *opinaba* sólo lo que de hecho ya sabía fehacientemente.

Saunders y Marwan siguieron viaje a Argelia. Boumedienne se mostró cauteloso. Las evasivas de Israel con respecto a la cesión de uno o dos kilómetros planteaban serias dudas con respecto a sus intenciones finales, según señaló Boumedienne. No obstante, podía afirmar que, en líneas generales, Assad debía lograr algo comparable a lo que había obtenido Sadat, es decir, alguna porción de territorio más allá de las fronteras anteriores a la guerra. Me deseó suerte y me aclaró que no haría nada que obstaculizara mi gestión. Le dijo a Marwan en privado que su impresión había sido positiva. Marwan se dirigió solo a Kuwait, donde también encontró un eco favorable.

Habíamos logrado todo el apoyo árabe posible. De hecho, resultaba notable que tantos líderes árabes aceptaran un plan que Siria aún no había aprobado. Esa égriga árabe también tenía como finalidad que mis ideas llegaran a oídos de Assad. Podía tener la certeza total de que cada uno de los líderes árabes consultados había informado con anterioridad a Damasco.

Pero todavía carecíamos de una propuesta israelí. Abandoné Egipto y regresé a un Israel convulsionado por manifestaciones callejeras. En el curso de largas sesiones (el sábado 4 de mayo, desde las 20.15 hasta la 1.15 de la madrugada y al día siguiente, desde las 10.15 hasta las 13.30) me dediqué a examinar en qué situación nos encontrábamos. Informé acerca de las diversas reacciones árabes, destacando que la primera propuesta israelí jamás sería aceptada. Aun cuando Assad quisiera hacerlo, no podía pasar por alto la opinión de todos los otros líderes árabes. La proposición *personal* de Dayan, esto es, que Kuneitra se dividiera entre Israel y Siria, sería aun más peligrosa, pues añadiría el insulto a la injuria:

El problema que enfrentamos es, como ya dije, el siguiente: primero, concertar un acuerdo. Segundo, si no podemos lograrlo, sería preferible que las negociaciones se estancaran por causa de cualquier problema que no fuera el del trazado de la línea de tregua: por ejemplo, sectores de limitación de poderío militar, *status* de las Fuerzas de Emergencia de las Naciones Unidas (UNEF), cualquier punto de índole técnica que no lleve a una cuestión de principios absolutos. Tercero, si las conversaciones fracasan por el problema del trazado de la línea de tregua, que sea de tal modo que no despierte la oposición unida de todos los Estados árabes, la Unión Soviética y los países de Europa occidental.

Golda se mostró inflexible: jamás recomendaría que las tropas se retiraran de Kuneitra, pues los sirios no tenían derecho a ganar nuevos territorios luego de perder una guerra. *De modo que lo que (realmente) sugerimos al Gabinete es no entregar Kuneitra a los sirios.* El Gabinete se limitaría a dar carácter oficial a la propuesta de Dayan: el tercio occidental de Kuneitra para Siria y los dos tercios occidentales para Israel. Ya estábamos a nivel de regateo. Habiendo aceptado dividir la ciudad, sin embargo, los israelíes habían roto la línea limítrofe anterior a la guerra; no tenía sentido alguno arriesgar todo este proceso gradual por unas pocas calles en Kuneitra. Era bastante posible que Golda quisiera ponerme a prueba para demostrarle a su Gabinete (y quizás también a sí misma) que la propuesta no fracasaría. Por lo tanto, requerí formalmente que se la reconsiderara y, para darle al Gabinete tiempo para reflexionar, partí hacia Amman. Al cabo de más de

una semana de haber iniciado la gira *torbellino* de mediación, había estado en Damasco sólo una vez.

Hussein tuvo para conmigo la más increíble gentileza durante mi visita del 5 de mayo, que duró sólo una noche: no ejerció sobre mí presión alguna. Al igual que sus hermanos árabes, me manifestó su aceptación de nuestra estrategia general pero, a diferencia de aquéllos, tenía plena conciencia de que era muy poca la influencia que ejercía sobre Damasco. Hussein opinaba que Assad terminaría por aceptar mi plan, vale decir, una pequeña rectificación de la línea anterior a la guerra, más Kuneitra. Si se concertaba ese acuerdo, Assad podría modificar la posición radical de Siria. En cuanto a la separación de fuerzas en el frente jordano, prometí volver a ocuparme de los problemas concernientes a la *margen occidental* luego de que se concretara el convenio similar con Siria y se despejara un poco el problema Watergate, cosa que esperaba estuviera solucionada por el verano.

Cuando regresé a Jerusalén el lunes 6 de mayo por la tarde, me enteré de que el Gabinete había introducido nuevas modificaciones. Los procedimientos llevados a cabo a regañadientes por los israelíes, las interminables sesiones de trabajo, las alusiones veladas a ser objeto de una coacción, la precisión talmúdica, la evidente angustia de nuestros interlocutores; la suma de estos elementos creó una atmósfera cargada de irritación y de un extraño tipo de exaltación frente al espectáculo de un pueblo que ponía su alma tan al desnudo. Todo esto contribuyó a ocultar el hecho de que, por un camino sinuoso y de la manera menos propicia para granjearse reconocimiento alguno, el Gabinete israelí se exigía al máximo por superar sus pesadillas y consolidar su futuro. En el nuevo proyecto, el retiro de Israel del sector oriental de Kuneitra se había convertido en la posición oficial del gobierno. Más importante aún, la línea defensiva de Israel se llevaría más atrás de la línea del 6 de octubre, hacia el oeste de Kuneitra. Pero la política interna israelí hacía imposible cualquier gesto amplio y generoso. Esta nueva propuesta incluía un complicado procedimiento para consumir la división de Kuneitra: Siria administraría la parte oriental de la ciudad, un grupo compuesto por israelíes y representantes de las Naciones Unidas, la parte central, y los colonos israelíes podrían permanecer en los suburbios situados hacia Occidente. (El objeto de este plan —aparte de la política interna de Israel— debe haber sido impedir que los sirios volvieran a instalarse en una ciudad tan cercana a las colonias agrícolas israelíes). Era un proyecto totalmente descabellado, sobre todo tratándose de una ciudad tan pequeña. Lo que había constituido una verdadera pesadilla para una ciudad cosmopolita como Berlín —un muro que la dividía en dos— inevitablemente resultaría aun menos tolerable en una pequeña ciudad de provincia. Por otro lado, la nueva posición israelí constituía, en mi opinión, una etapa a través de la cual los líderes de Israel intentaban convencerse lentamente de que el tiempo podía convertirse en un aliado y valía el sacrificio de algunos kilómetros en el Golán. El hecho de que el Gabinete israelí se mostrara dispuesto a considerar algunos cambios útiles en cuanto a la línea meridional de preguerra constituía una prueba categórica de que había comprendido el problema.

Así que consideré que todo marchaba en la dirección correcta. Pero también pedí a los israelíes que volvieran a reflexionar porque debía reunirme con Gromyko al día siguiente en Chipre y quería estar en condiciones de decirle que no existía ninguna propuesta formal por parte de Israel. No creía que el plan resultara aceptable, pero en diplomacia el primer paso es decisivo. Cuando De Gaulle concedió la independencia a las colonias africanas negras de Francia, la independencia de Argelia fue solo cuestión de tiempo. Una vez que el Gabinete israelí hubiera aceptado desplazar su línea de defensa al oeste de Kuneitra, era obvio que las negociaciones no se estancarían con problemas de importancia mucho menor, como por ejemplo el derecho de los israelíes a instalarse en los suburbios de una ciudad que jamás habían ocupado cuando pudieron hacerlo y de la cual,

según el propio proyecto de Israel, el ejército israelí quedaría excluido. El Gabinete israelí no tenía apuro por seguir adelante: se mostró encantado de enviarme a una entrevista con Gromyko sin proporcionarme indicaciones claras en cuanto a lo que debía decirle.

Mi reunión con Gromyko en Nicosia, el martes 7 de mayo, tuvo sus aspectos insólitos. Se realizó bajo la égida avuncular del presidente de Chipre, el arzobispo Makarios, quien a todas luces disfrutaba inmensamente de la situación: por primera vez se trataban en su isla temas de un alcance similar al que él atribuía a su propio talento. Nos recibió a Gromyko y a mí por separado y luego reunió a ambas delegaciones para una bienvenida formal; su aplomo y su expresión perspicaz sugerían que el destino le había jugado una mala pasada al poner en sus manos los problemas provincianos de una isla sin importancia. Nuestras complejidades parecían fascinarlo; tuve la cabal sensación de que no habría costado nada persuadirlo de que participara de la gira de negociaciones en Medio Oriente. Cuando Gromyko y yo nos retiramos para mantener una reunión privada en el palacio presidencial, Su Eminencia se apartó casi con dolor de la contemplación de problemas a los que habría aportado una astucia y sinuosidad inaccesibles para quienes carecen de las tradiciones de un milenio del arte bizantino de la política.

Fue un comienzo auspicioso para la reunión que tuvo lugar después. A fin de establecer la apariencia de una participación soviética, Gromyko se había invitado al Medio Oriente en un momento en que calculaba —sobre la base de lo que yo le había dicho en Ginebra— poder ser testigo de la culminación de las negociaciones. Pero las innumerables demoras que tuvieron lugar en las tratativas hicieron que su viaje careciera de todo sentido, excepto, quizás, el de demostrar que un análisis objetivo de los intereses nacionales no es la única motivación de las acciones de los estadistas.

Sin duda, un factor que gravitó de manera especial fue el orgullo herido por tener que permanecer en la periferia precisamente allí donde la política soviética había desempeñado un papel predominante. Quizá la torpe insistencia de Gromyko no constituyera sino un reflejo de las tensiones internas de Rusia. Algunos de nuestros expertos en cuestiones soviéticas opinaban que dentro del Politburó se responsabilizaba a Gromyko de los reveses sufridos por la política soviética en el Medio Oriente y que éste intentaba restablecer el predominio de Moscú mediante una actividad frenética, si bien carente de sentido. Cualesquiera hayan sido los motivos, se había equivocado, al igual que nosotros, al calcular el tiempo que nos tomaría llevar a buen término nuestra misión; no pudimos, por consiguiente, hacer mucho más que repetir los argumentos de la semana previa en Ginebra.

Insistiendo en algo que ya sabíamos, Gromyko afirmó que Kuneitra constituía la clave de todo el problema en lo que concernía a Damasco. Expresó una vez más la objeción soviética a concertar acuerdos parciales en principio, pero luego aceptó que podrían resultar provechosos si se los relacionaba de alguna manera indefinida con un acuerdo general y si involucraban una devolución suficiente de territorio como en prueba de buena fe. La vaguedad de tales propuestas me permitió contestarlas con un acuerdo igualmente vago. Gromyko, demasiado experimentado e inteligente como para no comprender qué sucedía, se resignó a aceptar lo que no se encontraba en situación de modificar. Tal como informé a Nixon:

Su presentación confirmó nuestro criterio de que para los sirios el principal problema es Kuneitra y que, si la obtienen, es posible que la mediación con Siria tenga éxito. Le señalé claramente en varias ocasiones que los Estados Unidos y la Unión Soviética complicarían la situación si intentábamos competir entre nosotros en cuanto a respaldar las exigencias máximas de ambas partes. Me aseguró que la Unión Soviética no deseaba crear más tensión en esa zona.

En síntesis, si bien creo que no podemos pretender que los soviéticos nos respalden en las negociaciones con Siria, no he observado indicios que demuestren que están decididos a perturbar las negociaciones a esta altura, o que se encuentren en condiciones de hacerlo.

Makarios interrumpió nuestra reunión para ofrecer un almuerzo compuesto por *Wiener schnitzel* (en mi honor, según supuse), y luego Gromyko y yo nos despedimos. De hecho, la reunión fue más breve de lo que habíamos anticipado porque Gromyko debía regresar a Moscú para recibir a un dignatario extranjero. Una de las bajas causadas por nuestra prematura partida fue una distinguida periodista que nos acompañaba, Marilyn Berger, del *Washington Post*, quien, al no imaginar nunca que la visita sería tan breve, quedó atrás tomando sol en una playa. Mi avión estaba a punto de despegar —ya habían retirado la escalerilla— cuando alguien recordó que tenía el pasaporte de la periodista en cuestión y se lo arrojó por la portezuela del avión a un empleado de la embajada a fin de que Marilyn pudiera viajar por su cuenta para reunirse con nosotros. Por suerte, Chipre era por aquella época una escala o lugar de trasbordo muy conveniente entre Israel y el mundo árabe, con frecuentes vuelos en ambas direcciones, por lo cual Marilyn se reunió con nosotros en Jerusalén al día siguiente.

Cuando regresé a Israel el martes por la noche, me enteré de una expresión de apoyo por parte del Congreso, que recibí de muy buen grado. El senador Mike Mansfield, líder de la mayoría y miembro del Partido Demócrata, había hecho la siguiente declaración esa mañana:

Aprovecho esta ocasión para hacer oír mi voz con el único fin de señalar que el Senado ha tomado debida nota de los viajes del doctor Kissinger, y que apoyamos de manera completa e incondicional sus esfuerzos por encontrar un camino hacia la paz en el Medio Oriente, un camino que ahora parece conducir a Damasco.

Esa declaración no podría haber llegado en un momento más oportuno. El Gabinete israelí había aprobado otra serie de modificaciones acerca de las cuales me informó el nuevo jefe de Estado Mayor, general Mordechai Gur. Las primeras veces que me reuní con él me sentí molesto por la rudeza de sus modales, que atribuí a su arrogancia y condescendencia, hasta que advertí que ésa era su manera de tomar distancia con respecto a lo que él mismo consideraba las triquiñuelas de la política. Como sucede con muchas personas nacidas en Israel, esas aristas servían para ocultar y proteger una gentileza innata frente a un mundo hostil. En sus momentos libres, Gur se dedicaba a escribir fábulas para niños. Era un hombre sociable, seguro de sí mismo y honesto (*). Habiendo sido comandante en la zona septentrional, Gur conocía muy bien el frente sirio y, evidentemente, no estaba dispuesto a perjudicar a su país, pero tampoco a engañarme. Me propuso ahora una línea israelí modificada. Confirmó el repliegue de la línea defensiva hacia el oeste de Kuneitra. Además, Israel estaba dispuesto a retroceder incluso más en la zona del monte Hermon, hacia el norte y, en el sur, evacuar una pequeña ciudad llamada Rafid y tres puntos de resistencia cerca de la línea anterior a la guerra, así como a ampliar la zona neutral propuesta alrededor de algunas aldeas para permitir su ocupación por parte de un mayor número de civiles sirios. No incluía cambio alguno con respecto a la administración civil de Kuneitra.

Envié cables a Sadat, Boumedienne y Faisal informándoles de los progresos logrados en las tratativas. A la mañana siguiente le dije a Golda que en Damasco sólo presentaría

(*) En 1981, ya retirado del ejército, obtuvo un triunfo en las elecciones parlamentarias e inició una promisoría carrera política.

la parte de la propuesta relacionada con Kuneitra. Puesto que Assad sin duda la rechazaría, no quería que lo mismo sucediera con las otras concesiones israelíes y prefería utilizarlas más tarde, fuera para superar un estancamiento o como compensación si lográbamos imponer algunas de nuestras condiciones. No se sabe de ningún líder israelí que se haya opuesto jamás a hacer concesiones en la forma más fragmentaria posible. Tampoco Golda traicionó esa tradición en esta ocasión; es más, se mostró encantada. Al fin de cuentas, si Assad ponía fin a las negociaciones por oponerse a la administración civil de Kuneitra, se terminarían de una buena vez las interminables sesiones nocturnas con ese tenaz aliado norteamericano que insistía en que la seguridad consistía en maniobrar y no en desafiar, seguidas por sesiones aun más infernales con un Gabinete que ponía sobre los hombros de su primera ministra todo el peso de la flexibilidad necesaria para impedir que su país se viera *devorado* por las fuerzas hostiles que lo rodeaban.

Para el miércoles 8 de mayo, el undécimo día de mi gira diplomática actual, la diferencia con respecto al modelo egipcio era ya más evidente. En Assuán tuvimos que tratar con sólo un líder árabe que poseía un talento particular para ir a lo esencial. En Siria sólo podíamos progresar haciendo participar a casi todo el mundo árabe, lo cual nos proporcionaba una red de seguridad si fracasábamos, pero también nos obligaba a una extraordinaria rigidez porque implicaba utilizar una serie de factores para medir los progresos realizados. En el Sinaí, Israel había comenzado con una propuesta muy similar a la que terminaría siendo su mejor oferta; en el Golán, fue necesario llegar a ese tipo de oferta luchando por obtener una calle tras otra en una serie de interminables y angustiosas sesiones que se prolongaban durante toda la noche.

El 8 de mayo realicé mi segunda visita a Damasco. (Quizás habría perdido parte de mi objetividad de haber sabido que, en el curso de esa gira *torbellino* de mediación, llegaría a totalizar trece vuelos similares a Damasco). Sabía que era imposible seguir eludiendo el problema del trazado de la línea de tregua. Como de costumbre, me recibió Khaddam, quien utilizaba el viaje desde el aeropuerto para transmitirme la permanente buena voluntad siria, lo cual sin duda constituía un signo de esperanza ya que por ese entonces los sirios debían haberse enterado de nuestras ideas por intermedio de todos los líderes árabes que habíamos visitado: *Usted siempre es bienvenido, sea que prosigan o no las conversaciones sobre la separación de fuerzas*, señaló el hombre que muchos consideraban un verdadero flagelo de Dios para Occidente. Manifesté algo referente a las dificultades psicológicas en Israel. La respuesta de Khaddam resume lo que hacía que el problema resultara tan espinoso: *Si a ellos les cuesta tanto retirarse de territorio ajeno, ¿por qué suponen que a la otra nación le resulta fácil renunciar a él?*

No había nada capaz de impedir que Assad iniciara las entrevistas con comentarios triviales. En esta oportunidad tenían que ver con las características del bombardero norteamericano F-III que, en su calidad de ex comandante de la fuerza aérea, lo fascinaba. Siguiendo un camino que, por fortuna, los registros de la entrevista describen con gran vaguedad, eso nos llevó a una serie de bromas con respecto a la toma de decisiones en las reuniones cumbre de los líderes árabes. Una vez que hicimos suficiente gala de nuestro sentido del humor, nos ocupamos del verdadero problema que, lamentablemente, no tenía nada de gracioso. Como sabía que la propuesta que debía presentarle resultaría inaceptable, empecé por explicarle el contexto. Mientras que en Israel tuve que describir el panorama internacional para convencer al Gabinete de que debía ofrecer más de lo que deseaba, en Siria presenté un análisis sobre los motivos por los cuales Assad debía resignarse a obtener menos de lo que pretendía:

Mi evaluación es la siguiente: primero, la presente negociación con Siria es mucho más difícil que la que concertamos con Egipto, por una infinidad de motivos. Para empezar, el territorio involucrado es mucho más pequeño y, además, hay

población civil. El territorio está mucho más cerca de los centros de seguridad de cada país. Plantea un conflicto emocional y psicológico para Israel.

También la situación militar es distinta: el foco de resistencia que Israel tenía del otro lado del Canal de Suez contaba con una estrecha línea de abastecimiento en un corredor de entre 15 y 20 kilómetros de ancho. Estaba rodeado por dos ejércitos egipcios. Se trataba de un terreno llano, en el extremo de una línea de aprovisionamiento muy prolongada. Todo lo cual convergía para proporcionarles una gran sensación de vulnerabilidad. Pero en el frente con Siria no se sienten tan vulnerables. Me limito a evaluar la situación, no a defenderlos. Tienen una línea de colinas a sus espaldas y al monte Hermon a un costado. No están precisamente impacientes por renunciar a esa conquista.

Si estudia con atención el acuerdo suscripto con Egipto, comprobará que ellos (los israelíes) no se retiraron de ningún lugar que no estuviera ya ocupado por tropas egipcias. Había cinco divisiones egipcias del otro lado del Canal. En Egipto, establecimos la línea de tregua sobre la base de la línea de control existente y el repliegue de los israelíes de sus puestos de avanzada. Había una zona asignada a las Naciones Unidas y el terreno era llano y despoblado.

En el caso de Siria, existen dos objetivos distintos: uno, restablecer la administración civil siria; y el otro, llegar a encontrar la manera de que Israel evacue territorios recientemente conquistados. En Egipto, no tuvieron que retirarse de territorios nuevos.

Agregué que el problema básico no era de índole militar sino política y psicológica.

Assad me respondió con una moderación que, en el contexto sirio, era realmente insólita, mostrando así que comprendía muy bien los factores intangibles involucrados.

ASSAD: La dificultad de Siria consiste en que a un pueblo al que, como el nuestro, se lo ha alimentado de odio durante 26 años, no se le puede exigir que cambie de actitud de la noche a la mañana mediante el simple recurso de llevar a cabo un cambio en nuestra política. Jamás daríamos un paso que no fuera con el fin de servir a los intereses de nuestro pueblo. Todos somos humanos, todos tenemos reacciones impulsivas frente a los hechos. Pero cuando se ocupa una posición de liderazgo, debemos controlarnos, analizar los hechos y realizar aquello que redunde en nuestro propio beneficio. Una paz justa sirve a los intereses de nuestro pueblo.

KISSINGER: Y también a los de Israel y a los de todos los pueblos de esta región.

Pero las reflexiones filosóficas no podían postergar para siempre el momento en que tuviera que presentar la propuesta israelí y, con ello, correr el riesgo de una indignada reacción por parte de los sirios. Actué como se lo había adelantado a Golda, poniendo de relieve el desplazamiento que Israel había aceptado cumplir en su línea defensiva al oeste de Kuneitra y mencionando algunas de las modificaciones sugeridas por Gur como para indicar la dirección general de la propuesta, pero sin entrar a considerar las concesiones con respecto al monte Hermon, en el Norte, y a Rafid, en el Sur.

Assad no explotó ni se embarcó en ningún tipo de arenga. Fría y analíticamente, comenzó a desmenuzar lo que yo acababa de presentarle:

Al respecto, le hago las siguientes observaciones:

Observación N° 1: no existe ningún repliegue más allá de la línea del 6 de octubre. Observación N° 2: no se ha trazado una línea recta paralela, lo cual complica la situación. Observación N° 3: conservan posiciones que ocuparon después del 22

de octubre. Por ejemplo, en el monte Hermon, donde no las tenían previamente. El único puesto de observación con que contaban estaba en la línea del 6 de octubre. Observación N° 4: no se retiran de ninguna extensión significativa de territorio. No hay ningún repliegue de importancia.

Le señalé que, al fin de cuentas, Israel renunciaba a la cuña conquistada en el 1973, y también a Kuneitra. Assad no se dejó engañar y, además, debía haber leído la prensa israelí, que a veces estaba más informada de las deliberaciones del Gabinete que la delegación norteamericana. *No se proponen devolver Kuneitra*, apuntó Assad. *Lo único que han hecho es dividirla.*

En una negociación complicada, los matices son decisivos. Sin duda, Assad no había recibido de buen grado mi propuesta pero tampoco la había rechazado de plano. Parecía dar a entender que lo que le molestaba con respecto a Kuneitra no era tanto el grado del repliegue israelí como la división administrativa de la ciudad. Más aún, ya no insistió en los considerables repliegues exigidos en el *plan Chehabi* y, en cambio, seguía ahora una línea *cercana* a la que había indicado. En la reducida región del Golán, *cercana* es un término relativo. Extrañamente, en medio de una oratoria militante, e incluso por medio de ella, ambas partes se acercaban imperceptiblemente la una a la otra. Y ello se expresaba también en el hecho de que Assad me alentara a informar a la prensa que no había habido ninguna ruptura de las negociaciones, con lo cual se daba a entender que se habían logrado progresos.

Luego de hablar con los periodistas en el aeropuerto y mientras nuestros propios representantes de prensa se embarcaban en el avión, Chehabi me invitó a acompañarlo a una pequeña sala de recepción. Allí me dijo que era un viejo amigo de Assad y podía asegurarme que éste y sus colaboradores más cercanos deseaban un acuerdo, pero un acuerdo que pudieran defender en el frente interno contra un ataque de la oposición radical. El significado de recuperar Kuneitra perdería toda su importancia si los sirios no podían volver a establecerse allí. Las propuestas israelíes hacían imposible esa alternativa debido a la división de la ciudad y porque las líneas israelíes estaban demasiado cerca. Si podíamos lograr algunas modificaciones, como un mayor repliegue israelí de las colinas de Kuneitra, Assad haría un verdadero esfuerzo por llegar a un acuerdo.

Estábamos de vuelta en un círculo vicioso. Israel consideraba que había hecho concesiones importantes, lo cual era cierto en términos de su posición inicial. Siria creía que ganaba muy poco, lo cual era igualmente cierto en términos de sus aspiraciones. Los líderes de Israel se sintieron indignados ante el hecho de que lo que les había costado tanto sacrificio se considerara insuficiente. En Damasco, a su vez, la renuncia israelí a devolver algunas calles de una ciudad siria fue vivida como una afrenta. No había manera de evitar esas perspectivas, metas, emociones, temores e historias irreconciliables. Mi misión consistía en exponer pacientemente a ambas partes las trágicas consecuencias que sobrevendrían si no llegaban a un acuerdo con respecto a los problemas que ahora los exaltaban tanto, y las promisorias perspectivas que surgirían si lograban superar sus poderosos impedimentos.

De regreso en Jerusalén la noche del 8 de mayo, le dije a Golda que debían esperar hasta que yo visitara al rey Faisal y a Sadat para reconsiderar luego la posición israelí, a fin de no tomar ninguna decisión en el vacío. Me enteré entonces de que uno de los obstáculos para que Israel se retirara de los límites de Kuneitra era la existencia de tres campos cultivados pertenecientes a un asentamiento israelí a pocos kilómetros de distancia. Israel, que jamás había renunciado a tierra cultivada, no podía resignarse a hacerlo como parte de una separación de fuerzas. Era patético comprobar que todo el proceso tendiente a asegurar el logro de la paz en Medio Oriente estuviera supeditado a un problema tan reducido. Informé entonces a Nixon:

Desde luego, haré todo lo que me sea posible con Assad. Si esta propuesta israelí no resulta suficiente, los israelíes deberán enfrentar una elección decisiva: permitir que las negociaciones lleguen a un *impasse* y enfrentar así la probabilidad de una reanudación desgastadora de las hostilidades en las colinas del Golán, o resignarse a renunciar a uno o dos kilómetros del territorio que no afectarían su seguridad pero que los obligaría a renunciar a algunos de los campos cultivados pertenecientes a los asentamientos emplazados cerca de Kuneitra en 1968. ...Al mismo tiempo, Assad, que parece desear un convenio con respecto al retiro de tropas, también debe enfrentar presiones internas. Assad señaló una y otra vez que necesita contar con un acuerdo de separación de fuerzas que le resulte satisfactorio a su pueblo al cabo de 26 años de lucha y que no proporcione a los opositores de su régimen una oportunidad para derrocarlo.

El 9 de mayo el rey Faisal nos manifestó un apoyo ambiguo. Señaló una vez más que confiaba en el éxito de nuestra diplomacia y me dijo que, por lo que sabía, los sirios se mostrarían razonables siempre y cuando los israelíes también lo fueran. Era obvio que había estado en estrecho contacto con Damasco. El rey apoyaba la posición de Assad: Siria quería las colinas alrededor de Kuneitra, así como la ciudad, y un mayor repliegue a lo largo de todo el frente. Pero, tal como sucediera con Assad el día anterior, no se hizo referencia alguna a los mapas previos, vale decir, los del plan de Chehabi. Frente a los periodistas que aguardaban en el aeropuerto, Sakkaf repitió los deseos del rey en cuanto a mi éxito. Los cautelosos sauditas jamás lo habrían hecho de no haber estado de acuerdo con nuestro enfoque y, lo cual es tal vez más significativo, aun, si su información no los hubiera convencido de que ese enfoque contaba con buenas posibilidades de éxito.

Esa misma noche, ya tarde, llegué a El Cairo. Después de una breve reunión con Sadat a las diez de la noche, Ismail Fahmi tuvo la peregrina idea de que el conocimiento que Nancy tenía sobre el Medio Oriente no sería completo si no veía a Nagwa Fuad, la conocida bailarina especializada en la danza del vientre y a la que yo había visto actuar en mi gira diplomática previa. Por lo tanto, volvimos todos al hotel Sheraton, pero lamentablemente Nagwa Fuad se encontraba en ese momento en Alejandría, a tres horas de viaje de allí. Eso no logró amilanar a Fahmi: se hicieron algunos llamados telefónicos y Nagwa Fuad regresó en su propio automóvil, se puso el traje más adecuado y nos dedicó una función a las dos de la mañana. La señorita Fuad hizo gala de un auténtico profesionalismo sublimando su resentimiento a través de giros espectaculares. Fahmi se veía radiante y orgulloso, siempre con su habano en la mano. Debe haber temido que el hecho de acostarnos una noche antes de las 3.00 habría implicado el mismo riesgo que una descompresión para un hombre rana en aguas profundas. Pero si consideró imprudente romper la rutina nocturna que la diplomacia había impuesto, por lo menos logró hacerla más tolerable. Debemos a Fahmi (y a la talentosa Nagwa Fuad) la noche más placentera de nuestra odisea de treinta y cuatro días.

Durante una reunión de cuatro horas a la mañana siguiente con Sadat en su residencia de Giza, nos embarcamos en un análisis colina por colina de la línea de tregua entre las fuerzas israelíes y sirias. Le hablé a Sadat sobre las concesiones israelíes en el monte Hermon al Norte, y en la región de Rafid al Sur, que aún no había presentado en Damasco. Pero le manifesté también que no resultaría fácil modificar la línea de defensa israelí alrededor de Kuneitra. Sin embargo, estimé que la idea de una presencia civil israelí en los suburbios occidentales de una ciudad deshabitada no constituía una proposición seria.

En opinión de Sadat, nos estábamos acercando a nuestro objetivo. Assad necesitaba a Kuneitra para simbolizar una victoria tangible y mantener una posición de igualdad con Egipto. Ya se había logrado bastante como para que un asentamiento resultara posible.

Sadat señaló que Assad disfrutaba demasiado del regateo como para renunciar a él, y agregó que yo debería actuar con mayor rapidez a partir de ese momento. Luego me repitió su advertencia de la semana previa: si las negociaciones fracasaban, una reunión cumbre árabe, bajo la influencia de los radicales, tomaría decisiones que obligarían a todos los participantes, incluyendo Egipto. Eso pondría en peligro el proceso tendiente a alcanzar la paz, y el papel desempeñado por los soviéticos cobraría mayor importancia. Tarde o temprano se produciría otra explosión. Sadat señaló también que estaba dispuesto a apoyar públicamente nuestra posición, sobre todo si obteníamos un poco más de amplitud en la división de Kuneitra. De ser necesario, estaba dispuesto a enviar a su ministro de Guerra, el mariscal Ashmed Ismail Ali, o a su jefe de Estado Mayor, el general Gamasi, a Damasco para aconsejar a Assad que había llegado el momento de concertar un acuerdo. Yo debía decirle cuándo resultarían más eficaces esas visitas.

Resultaba reconfortante contar con la buena voluntad saudita y con el apoyo egipcio, pero, mientras volaba hacia Israel el viernes 10 de mayo, pensaba que no debía depender excesivamente de ese apoyo en una situación de tensión. No se trataba de que nuestros amigos árabes no fueran sinceros. Pero si se producía una ruptura final, el problema se resolvería en un plano emocional, no analítico, y los líderes se dejarían llevar entonces por sentimientos difíciles de prever o controlar. De hecho, algunos días después, Assad me advirtió que no debía tomar demasiado en serio las declaraciones moderadas de sus hermanos árabes. Si en lugar de una separación de fuerzas Assad insistía en reclamar todo su territorio, ninguno de ellos podría dejar de apoyarlo.

Ese era uno de los aspectos de nuestro dilema. El otro consistía en que Israel no quería que estas negociaciones sentaran un precedente para futuras exigencias con respecto a las Alturas del Golán: tenía miedo de que concesiones demasiado generosas despertaran aún más voracidad. En este aparente callejón sin salida, yo tenía que impedir que Assad se lanzara a una guerra santa y que Israel transformara las negociaciones en una prueba de virilidad.

De hecho, me encontraba solo. Nixon leía a diario y con mucha atención mis informes que, en cierto sentido, constituían el único puntal psicológico que le quedaba en la presidencia. Nunca vaciló en brindarme su apoyo, pero la publicación del contenido de las cintas grabadas marcó el comienzo de la fase terminal de su presidencia. El *Chicago Tribune*, que hasta ese momento lo había respaldado incondicionalmente, el 9 de mayo exigió un juicio político o su renuncia. El líder de la minoría en la Cámara John Rhodes hizo alusiones similares, y Gerald Ford, el vicepresidente, advirtió sobre una *crisis de confianza* provocada por Watergate y señaló la conveniencia de llevar a cabo un *proceso de depuración* que serviría para resguardar la ley y establecer la verdad.

Nixon estaba dispuesto a tomar parte activa en las negociaciones. Escribió una serie de cartas firmes e incluso amenazadoras a líderes israelíes respaldando mis diversas proposiciones que sugerían la conveniencia de adoptar una fórmula de transacción. Pero esas cartas sólo ejercieron un efecto infimo, ya que el Gabinete israelí conocía demasiado bien las dificultades por las que atravesaba Nixon como para creer que podía correr el riesgo de un enfrentamiento. (En este sentido, estaban en un error. Nixon nunca era más temible que cuando estaba herido.) De cualquier manera, el 10 de mayo no tenía sentido tratar de obtener nuevas modificaciones en la posición israelí hasta no haber mostrado a Assad las otras concesiones con respecto al monte Hermon y a Rafid el 12 de mayo, y hasta que Assad hubiera tenido oportunidad de reaccionar a los informes que sin duda recibiría de Riyadh y El Cairo.

Incluso yo había maquinado una intriga digna de las tácticas levantinas de esa zona. Me proponía presentar los cambios adicionales de Israel en las secciones septentrional y meridional de la línea, que durante la última visita me había abstenido de mencionar, como respuesta a los pedidos de Sadat y Faisal. Era probable que Assad no creyera que

las cosas habían sucedido de ese modo, pero sabía de muchos otros mitos que habían tenido éxito en esa región sobre la base de pruebas mucho más endebles. Lamentablemente, los políticos israelíes no poseen ni la predisposición ni la habilidad necesaria para llevar a cabo un trabajo de filigrana. Cuando volví de El Cairo a Jerusalén el 10 de mayo, la posición israelí estaba en todos los periódicos: de alguna manera se había filtrado de la Comisión de Asuntos Exteriores del Knesset, ante la que Dayan había presentado el proyecto. Lo que me proponía ofrecer en Damasco como las *nuevas* concesiones israelíes darían ahora la impresión —tal como se lo señalé con malestar a la comisión negociadora israelí— de que *Sadat y Faisal habían cooperado conmigo para venderle a Assad un mal negocio*. En consecuencia, las sesiones con el equipo de negociadores israelíes no fueron demasiado cordiales y no se hizo ninguna modificación en vista de que decidimos postergar toda propuesta nueva hasta después de mi siguiente visita a Damasco.

El 11 de mayo, Ellsworth Bunker cumplía ochenta años. Había defendido con nobleza y generosidad el honor y los intereses norteamericanos en Saigón durante cinco años, en el período más ingrato de la guerra de Vietnam. Había cumplido con su deber frente a la calumnia pública, las vacilaciones del gobierno y los aliados desagradecidos, describiendo los hechos tal como los veía, viviendo estrictamente de acuerdo con las normas del deber y del servicio que habían inspirado su carrera. Bunker había ingresado en la diplomacia relativamente tarde; no tenía que probarse nada a sí mismo y sabía que cuando todas las pasiones se desgastaran, el país permanecería intacto y que seríamos juzgados, no por la fidelidad con que hubiéramos registrado las emociones del momento sino por la firmeza con que hubiésemos defendido los principios de los Estados Unidos. Nacido en Nueva Inglaterra, enjuto y taciturno, tales manifestaciones grandilocuentes lo habrían hecho sentir muy incómodo. Hizo algo mejor que eso: las encarnó. Le asigné tareas muy difíciles, como las negociaciones de Panamá porque no tenía miedo de defender sus creencias. Los críticos podían oponerse a sus conclusiones, pero resultaba imposible poner en tela de juicio su patriotismo o su integridad. Además, tenía una suerte de instinto innato para lo que era fundamental. Lo nombré presidente de la delegación negociadora de los Estados Unidos y copresidente de la Conferencia de Ginebra porque quería contar con un emisario de gran prestigio que no se arredrara ante la irrelevancia a que nuestra estrategia condenó a esa reunión. Valoraba su presencia en estos viajes al Medio Oriente. Ejercía una influencia estabilizadora y sus observaciones eran siempre agudas. Toleró los agotadores 34 días con tanta entereza, si no mayor, que la de otros funcionarios cincuenta años más jóvenes que él.

Ahora, en medio de las tensiones, el desaliento, y las dudas iniciales con respecto al éxito de nuestra misión, nos unió a todos en una fiesta sorpresa que el embajador Keating ofreció en su honor en el hotel King David. Allí se reunieron negociadores israelíes y norteamericanos, en una insólita manifestación de unanimidad, para rendir tributo a nuestro colega. Propuse un brindis y dije que Bunker representaba lo mejor y más permanente de los Estados Unidos: *lo que somos como pueblo y como sociedad*. Nuestra situación interna era tan difícil en esos momentos que algunos de los periódicos lo describieron como una alusión a Watergate, cuya finalidad era establecer un contraste con Nixon. No lo era, por lo menos en un nivel consciente. Antes bien, representaba un intento por reunir el coraje necesario para el esfuerzo que aún debíamos realizar y para recordarnos a nosotros mismos que, a pesar de todas nuestras frustraciones, éramos afortunados por el hecho de encontrarnos abocados a una misión de paz y esperanza. Muy pronto la ronda diplomática volvió a reclamarnos, pues a la mañana siguiente, domingo 12 de mayo, regresamos a Damasco.

Las visitas a cada capital ya habían adquirido cierta rutina. Yo llegaba por avión con mi agotada comitiva y el frenético contingente de prensa. En Damasco, Khaddam me recibía en el aeropuerto, levemente turbado por el destino que lo obligaba a un contacto

tan frecuente con un representante de los Estados Unidos imperialistas; sardónico, pero siempre con palabras que revelaban el valor que le asignaba a mi gestión. Durante el veloz viaje en auto desde el aeropuerto me aseguraba que Siria anhelaba un acuerdo y el establecimiento de mejores relaciones con los Estados Unidos. Transmitía una disposición, pero nada específico. No se oponía a escuchar mis impresiones sobre Israel, pero no le interesaban los detalles. Los reservaba, así como cualquier comentario sobre la política israelí, para su presidente (o quizás como leal *baathista* que era, no deseaba asumir la responsabilidad de negociar con Israel). Luego de una breve parada en la casa de huéspedes, nos reunimos en el salón de conferencias de Assad para disfrutar de una hora de comentarios ingeniosos antes de que presentara mi informe, momento en que la afabilidad de Assad se transformaba en helado sarcasmo ante la idea de que Israel intentaba negociar con lo que para él era *su* territorio. A menudo mandaba llamar a sus colaboradores más cercanos para que yo volviera a exponer ante ellos toda la propuesta. Luego yo debía establecer contacto con la prensa, que por lo general consistía en una breve declaración en el aeropuerto de Damasco que transmitiera el estado de las negociaciones, a lo cual se sumaba un informe de los datos esenciales de la entrevista ya a bordo del avión que nos llevaba de regreso a Israel. Invariablemente, Assad insistía en que mis comentarios fueran optimistas; no quería verse privado de sus opciones por haber propiciado el pesimismo.

En el aeropuerto Ben-Gurion de Tel Aviv, me aguardaba Abba Eban; cortés, agudo, cordial. También se encontraba allí Simcha Dinitz; impaciente, bromista y ansioso. Ninguno de los dos se sentía obligado a reservar mi informe para su primera ministra, pero tampoco se arriesgaban a fomentar mi autoconfianza mediante elogios excesivos. Sin perder un instante, Eban y Dinitz me insistían durante la hora que duraba nuestro viaje en auto a Jerusalén en que les diera una versión detallada de lo ocurrido en Damasco, mientras me calificaban, por así decirlo, en relación con la medida en que había satisfecho sus expectativas, que rara vez eran modestas. Luego debía repetir todo esto ante el equipo de negociadores israelíes, acompañados en los momentos decisivos por un grupo aun más grande. El tema israelí básico no era el mérito de las propuestas individuales —en el fondo, la situación misma les resultaba sumamente desagradable— sino la iniquidad de los sirios, la imposibilidad de confiar en ellos y la certidumbre casi total de que estallaría otra guerra. Las reacciones sirias eran peligrosas en su furia controlada; las de los israelíes, desesperadas por sus sentimientos de vulnerabilidad. Los negociadores sirios, con sus ejércitos replegados hasta casi los límites de su capital, transmitían la sensación de que la historia estaba de su parte; Israel, con su predominio militar, actuaba como si un paso en falso pudiera bastar para destruirlo. Y así había en la negociación una curiosa inversión de papeles entre triunfadores y vencidos, en la que el más fuerte pedía garantías y el más débil exigía ganancias territoriales. Siria despertaba respeto por su autodisciplina; Israel, compasión por sus negros presentimientos.

-Damasco no había cambiado su libretto el 12 de mayo. Khaddam me recibió con: *gracias a Dios que está aquí de vuelta sano y salvo*. Señaló que deseaba llegar a un acuerdo. Para darle a Assad algo en qué pensar durante la media hora en que debía esperarme mientras yo me cambiaba de ropa en la casa de huéspedes, le pedí a Khaddam que examinara las proposiciones que traía conmigo, no sólo en términos de un kilómetro más o menos sino de esta realidad fundamental:

El problema radica en satisfacer las necesidades de ambas partes y lograr poner en marcha un proceso. El hecho de llevar a cabo una retirada en el frente sirio tiene para Israel una importancia psicológica mucho mayor que su repliegue de Suez. Existe una diferencia notoria: el ejército sirio en realidad avanzará; el ejército egipcio se vio obligado a retroceder según los términos del acuerdo.

Sabía que una comparación favorable con respecto al pacto suscripto por Egipto serviría para dejar a salvo la dignidad siria.

Sin embargo, no logré obtener la aprobación de Assad. Durante las cinco horas de la reunión que se inició a las 13.30, intervinieron también el ministro de Defensa, general Mustafa Tlas y el jefe de la fuerza aérea del Estado Mayor, general Najd Jamil, así como Chehabi y Khaddam. La conversación giró alrededor de las propuestas israelíes que había presentado algunos días antes. Assad señaló que no podía enviar a civiles de vuelta a Kuneitra en tanto los israelíes conservaran las colinas circundantes y siguieran reservando parte de la ciudad para las Naciones Unidas, con el fin de que separaran a los sirios de los israelíes que trabajaban en las colonias agrícolas en las afueras de la ciudad. Propuso que Israel se retirara a un kilómetro y medio hasta el extremo más alejado de las colinas occidentales y trazara una línea recta hacia el sur de modo que la ciudad no pareciera cercada. Yo ya había discutido este problema en más de una ocasión con los negociadores israelíes y sabía que, para éstos, la seguridad radicaba en conservar las colinas adyacentes a Kuneitra; pero también estaba convencido de que sería posible lograr algunas modificaciones y que las líneas propuestas por Israel alrededor de esa ciudad parecían más una humillación que un logro para los árabes.

Consideré que estábamos llegando al límite de lo que era compatible con una mediación seria. Resultaba absurdo poner en juego la reputación de los Estados Unidos en esa especie de regateo entre comerciantes de feria en que se habían convertido las negociaciones. Al fin de cuentas, si todas las conversaciones fracasaban, Siria perdería la guerra resultante e Israel renunciaría a la oportunidad de lograr la paz. Habíamos salvado a Israel del aislamiento total y le habíamos mostrado a Siria un camino para recuperar sin riesgo el frente de avanzada que su oponente había conquistado. Así, decidí que había llegado el momento de poner las cosas en claro. Solicitaría a ambas partes que presentaran sus propuestas finales con respecto a la línea de tregua e interrumpiría la negociación si era imposible lograr que se pusieran de acuerdo. En otras palabras, estaba dispuesto a utilizar el recurso de mayor peso a que podía apelar: el hecho de que ambas partes supieran que por sí solas no podían salir del estancamiento que el fin de nuestra mediación traería consigo.

La sugerencia de que Israel reconsiderara su propuesta provocó una explosión de ira de Golda: *No puede obtener lo que quiere*, tronó el lunes 13 de mayo. *No tiene derecho a conseguir todo lo que se le antoja*. Teniendo en cuenta la posición inicial de Assad, no existía el menor riesgo de que lograra nada ni remotamente similar a lo que pretendía. Le contesté con cierta vehemencia:

Siempre di por sentado, siempre creímos, que ustedes deseaban que la guerra terminara con algún tipo de negociación directa. Hemos logrado amortiguar el impacto de esas negociaciones sobre Israel y también reducir el problema hasta tal punto que ahora nos vemos constantemente obligados a defender a Assad cuando hablamos de medio kilómetro más en una línea trazada a un kilómetro de la antigua línea limítrofe, cuando ustedes bien podrían encontrarse en un foro internacional en el que se los hostigaría a diario con respecto a la línea de 1967, en el que permanentemente se les pediría a los Estados Unidos una toma de posición con relación a la línea de 1967. . . Mientras tanto, logramos que se levantara el embargo petrolero, y pusimos en ridículo a los rusos en el Medio Oriente. Ahora bien: si ustedes hubieran tenido que enfrentar todo esto, bajo presión rusa, y con el embargo petrolero, ahora no estarían hablando sobre la aldea de Druze en el sector septentrional. Estarían preocupados por cosas infinitamente peores.

Aconsejé a los negociadores, tal como lo había hecho el día anterior con Assad, que no

se obsesionaran con las modificaciones secundarias, pues el principal problema consistía en determinar

si ustedes están dispuestos a correr el riesgo de poner fin a toda la estrategia que ha logrado protegerlos del impacto total de las consecuencias de la guerra, después de la guerra, o si prefieren adoptar una estrategia distinta.

Mis palabras no fueron más convincentes para los israelíes de lo que fueron para Assad. Los gobiernos que detentan una posición precaria suelen contar con escaso margen para los planes a largo plazo. En efecto, todos mis argumentos eran juicios con respecto al futuro, mientras que el precio en el frente interno por seguir mis consejos era inmediato, y los beneficios, mera especulación. Luego de tres sesiones, los negociadores israelíes aceptaron hacer una pequeña concesión, que según yo sospechaba había sido desde el comienzo la posición a la que estaban dispuestos a retroceder: que Siria se hiciera cargo del control civil en *toda* Kuneitra y que los civiles sirios pudieran volver a establecerse en esa ciudad.

No obstante, el Gabinete israelí seguía insistiendo en que el territorio que rodeaba Kuneitra permaneciera israelí en tres de sus lados, incluyendo todas las colinas; que las fuerzas israelíes conservarían el control hasta el límite mismo de la ciudad para proteger las colonias agrícolas israelíes, y que se clausuraran todas las calles de salida de la ciudad con alambre de púas. Si esa era la oferta final de Israel, habíamos arribado a un punto muerto.

Intenté una última maniobra desesperada e informé a Sadat que había llegado el momento de que enviara un emisario a Damasco. El general Gamasi partió sin tardanza para reunirse con Assad.

La reacción de Assad el martes 14 de mayo, día en que lo visité, fue la que yo había previsto. No veía manera de repoblar Kuneitra en semejantes condiciones, ni ningún sentido en que le cedieran esa ciudad a menos que pudiera hacerlo. Luego hice una contrapropuesta: *dividir* las colinas al oeste de Kuneitra entre Israel (las laderas occidentales) y Siria (las laderas orientales), mientras la cresta de las colinas quedaba sometida al control de las Naciones Unidas. Sorprendentemente, Assad dijo que no cuestionaría la presencia de asentamientos israelíes en el proceso de separación de fuerzas; lo que deseaba era espacio para sus propios asentamientos. Tomando en cuenta el apasionamiento de los sirios con respecto a la posesión de las colinas del Golán, me pareció que estaba frente a una concesión extraordinaria, que demostraba a las claras la ansiedad de Assad —a pesar de sus protestas en sentido contrario— por hacer desaparecer la cuña israelí frente a Damasco.

En un comienzo había planeado interrumpir las conversaciones después de esta ronda. La noche del 14 de mayo —el decimoséptimo día de esta gira de mediación—, un punto importante de mis conversaciones con Golda fue la manera de abrir un compás de espera en la negociación. Dos hechos me llevaron a cambiar de planes. En primer lugar, Assad me había pedido que hiciera un último esfuerzo. Gamasi regresó a Egipto de Damasco y confirmó la decisión de Assad de llegar a un acuerdo satisfactorio y el hecho de que los medios periodísticos sirios seguían expresando optimismo.

Por último, en la mañana del 15 de mayo nos enteramos de un hecho pavoroso: un ataque terrorista consumado por comandos palestinos contra la ciudad israelí septentrional de Ma'alot. Los terroristas comenzaron con el asesinato de tres miembros de una familia, luego se apoderaron de la escuela de Ma'alot y tomaron como rehenes a cuatro maestras y más de noventa escolares, al tiempo que exigían la liberación de veinte fedayines de las cárceles israelíes. Designaron a los embajadores de Francia y de Rumania como intermediarios.

Un ominoso silencio se abatió sobre Jerusalén. Las premoniciones de los israelíes en el sentido de que vivían desamparados en un mundo hostil decidido a destruirlos parecía estar haciéndose realidad. Los niños israelíes corrían peligro de muerte incluso mientras se desarrollaban las negociaciones tendientes a lograr la paz. Y, sin embargo, en medio de esta crisis, Israel se mantuvo sereno y tranquilo. La perspectiva de realizar un repliegue de importancia relativamente pequeña de un territorio que históricamente nunca formó parte de Palestina había provocado demostraciones callejeras casi histéricas y una sensación de ultraje en el Gabinete. Sin embargo, ahora que esa pesadilla profundamente arraigada parecía cumplirse al pie de la letra, Israel se comportaba con un estoicismo que servía para explicar por qué el pueblo judío ha logrado sobrevivir a tan duras pruebas a través de los siglos. Las demostraciones frente a mi alojamiento cesaron y el Gabinete comenzó a sesionar con una calma objetiva. Los líderes que habían sacado partido de cualquier acción que pudiera distorsionarse y presentarse como ejemplo de la duplicidad de los árabes, se abstuvieron de utilizar la tragedia como un claro ejemplo que confirmaba la veracidad de sus aseveraciones.

Golda envió a Simcha Dinitz a mi *suite* en el hotel King David para explicarme, a modo de disculpa, que el Gabinete no podría reunirse conmigo ese día porque se encontraba abocado a tratar de solucionar la crisis de Ma'alot. Sin duda, no hacía falta tal explicación, pero Golda, que había luchado decididamente contra cada concesión, le pidió a Dinitz que me reafirmara su profundo compromiso con el feliz término de las negociaciones. Sabía que me había sentido frustrado por las interminables evasivas talmúdicas merced a las cuales la recuperación de Kuneitra por parte de los sirios se llevaba a cabo en etapas de cien metros cada una. Quizá Dinitz pudiera convencerme de que esa preocupación con respecto a las colinas que rodeaban Kuneitra no era simplemente una aberración psicológica. El gesto de Golda de pensar en la paz mientras la embargaba una tremenda angustia por el destino de los escolares tomados como rehenes, fue para mí más significativo que toda la retórica de las semanas previas.

Y no podía haber elegido un emisario más adecuado. Dinitz y yo habíamos compartido muchas cosas. Se había granjeado mi confianza y nos habíamos hecho buenos amigos. Defendería con tenacidad la posición de Israel pero era también hábil para descubrir las dimensiones humanas del problema, e incapaz de engañarme.

Ahora Dinitz me confesó que las verdaderas preocupaciones de Israel jamás se habían puesto sobre el tapete. Israel se aferraba a la línea anterior a la guerra no por sentirse fuerte sino por inseguro. Israel no contaba con hombres suficientes como para defender una línea fortificada continua, tal como los sirios estaban en condiciones de hacer. La línea de defensa israelí dependía de una serie de puntos de resistencia fortificados y, por consiguiente, dependía por completo de la topografía. De hecho, la línea de demarcación en el Golán se había trazado en ese sitio en 1967, precisamente porque era la posición más inexpugnable y, en algunos puntos, la única defendible. Esa era la razón por la cual el Gabinete se había mostrado tan obstinado con respecto a desplazar la línea al sur de Kuneitra: simplemente porque no había otra posición comparable en esa zona. También por ese motivo, las colinas emplazadas detrás de Kuneitra resultaban esenciales, tanto psicológica como militarmente. No se trataba de regatear por un puñado de metros sino de que Israel no podía renunciar a toda su posición defensiva para lograr un acuerdo de separación de fuerzas.

Le contesté que nos habríamos evitado muchas tensiones si alguien me hubiera explicado todo eso desde el principio y con toda claridad. Dinitz me explicó que nadie lo había hecho antes porque ese argumento implicaba que Israel no estaba dispuesto a ceder ni un metro más en el Golán y al Gabinete le preocupaba mi reacción. Además; la política del Gabinete israelí no permitía un enfoque conceptual. Este sólo podía tomar una serie de decisiones individuales, cada una de las cuales debía presentarse de modo que no que-

dara margen para la maniobra. Y el proceso de alcanzar una decisión era tan difícil que no quedaban recursos emocionales para comprender las necesidades psicológicas de los otros, y mucho menos adaptarse a ellas. Sólo en su hora de angustia, Israel decidió abrir su corazón a las sensibilidades de las otras partes y, así, la terrible congoja por los sucesos de Ma'alot constituyó el crisol que permitió atisbar un comienzo de solución.

Le dije a Dinitz que, siempre y cuando las negociaciones se reanudaran, Israel debería mostrarse más comprensivo con respecto al orgullo sirio. Debía ampliar el territorio cedido a Siria alrededor de Kuneitra; debía, dentro de los límites de su seguridad, intentar un acto de gracia. Por mi parte, intentaría que Assad desistiera de su insistencia en que Israel abandonara las colinas occidentales. Por el momento, sin duda, reconocía que Israel necesitaba ocuparse de Ma'alot.

No quería que se tuviera la impresión de que un acto de terrorismo ponía punto final a mi misión y que eso se convirtiera en un precedente que alentara actos similares en el futuro. En cuanto Dinitz partió, envié mensajes a Assad, Sadat, Hussein, Sakkaf y Boumedienne, rogándoles que intercedieran por los escolares tomados como rehenes. En el cable que le envié a Assad señalé:

Todo lo que el presidente pueda hacer para que, ante los ojos del público, Siria no parezca asociada con este incidente, contribuirá a la causa de los árabes y de las relaciones sirio-norteamericanas en los Estados Unidos, más que cualquier otra cosa.

También di a conocer una declaración en la que los Estados Unidos invitaban a todos los gobiernos responsables a condenar el ultraje e insté a los secuestradores a liberar a los rehenes: *Este tipo de violencia no sirve a ninguna causa sino que socava toda perspectiva de paz.*

En la mañana del 15 de mayo, el Gabinete israelí, en sesión de emergencia, dio un paso sin precedentes: aceptó negociar con los terroristas. Golda explicó: *Todos los habitantes del país conocen los problemas inherentes a la liberación de terroristas, pero el Gabinete ha decidido que no estamos dispuestos a librar una guerra a costa de la vida de criaturas.*

De los líderes árabes, sólo Sadat respondió a mi mensaje. Afirmó que lamentaba el incidente y urgía a Israel a perseverar en el camino de la separación de las fuerzas militares; estaba dispuesto a considerar la manera de evitar que tales incidentes se repitieran en el futuro. En cuanto a Siria, los colaboradores de Assad presentaron una queja ante Tom Scotes, señalando que las incursiones israelíes en el sector del monte Hermon habían causado muertes entre civiles libaneses y sirios sin que los norteamericanos hubieran hecho oír su voz de protesta. Pero más tarde, ese mismo día, uno de los colaboradores de Assad le dijo a Scotes que no se debía permitir que el incidente interfiriera las negociaciones: en lo que concernía a Siria, nada sabía acerca de ese operativo y no se consideraba responsable. Curiosamente, los niños tomados como rehenes parecieron obligar a todos a recordar los problemas fundamentales. Al cabo de casi tres semanas de frustradores regateos, ninguna de las partes, frente a la amenaza de un derramamiento de sangre, estuvo dispuesta a abandonar una negociación que todos habían estado a punto de interrumpir veinticuatro horas antes.

En cuanto a Washington, un cable sugería que la tensión de Watergate de las últimas semanas había cobrado su tributo. Ron Ziegler, secretario de prensa de Nixon, protestó ante Brent Scowcroft porque mi declaración pública sobre Ma'alot no había mencionado al presidente de los Estados Unidos (quien, de cualquier manera, ya había expresado públicamente su consternación e indignación por el atentado). Scowcroft me informó: *Logré tranquilizar a Ziegler.* Pero incluso el siempre imperturbable Scowcroft comenzaba a sentirse alarmado y molesto por lo que denominaba: *estallidos por cuestiones triviales.*

Eso no fue más que un pequeño alfilerazo. Más alarmante resultó una intervención del presidente en persona. Hasta ese momento había seguido paso a paso mis informes diarios. En varias ocasiones me había pedido que intercediera ante el Gabinete israelí para solicitar una modificación de la posición adoptada. Eso sin duda reforzó su ya acentuada propensión a considerar a Israel responsable del estancamiento en las negociaciones. Ahora, la perspectiva de un fracaso diplomático aumentaba sus temores de que su carta más valiosa en la crisis de Watergate, vale decir, su capacidad para llevar adelante una política exterior eficaz, comenzaba a evaporarse. Eso fue demasiado para él. En mitad de la noche, antes de enterarse del atentado sobre Ma'alot, llamó dos veces por teléfono a Scowcroft para ordenarle que interrumpiera toda ayuda a Israel a menos que ese país modificara su posición a la mañana siguiente, pero no especificó cuáles eran exactamente sus exigencias.

Lo sucedido en Ma'alot hizo que esa decisión resultara particularmente poco oportuna. En un cable que le envié a Scowcroft, me opuse a ella por múltiples motivos. Esa actitud transformaría nuestra estrategia y desataría fuerzas imprevisibles en Medio Oriente. Habíamos logrado nuestra posición central porque se aceptaba que sólo nosotros podíamos influir sobre Israel, pero también que se trataba de una tarea hercúlea. Si en algún momento dábamos la impresión de estar dispuestos a darle la espalda a nuestros aliados, cualquier estancamiento posterior se atribuiría a la falta de decisión por parte de Estados Unidos. Israel podría lanzarnos un zarpazo por pura desesperación. La Unión Soviética tendría el campo libre para una intervención agresiva. No era el momento adecuado para un rompimiento público con Israel.

Antes de que Nixon tuviera tiempo de contestar, los israelíes pusieron fin a la crisis de Ma'alot recurriendo a la fuerza. Las negociaciones se habían vuelto muy lentas, o quizás el propósito había sido aplacar pasajeramente a los terroristas. Al finalizar el día, los comandos israelíes tomaron por sorpresa la escuela y mataron a los tres terroristas. Pero dieciséis niños murieron y sesenta y ocho resultaron heridos, todos ellos por granadas de mano arrojadas por los palestinos (2).

Israel quedó atónito por las pérdidas pero siguió mostrándose sorprendentemente disciplinado. Nancy y yo fuimos a visitar a Golda: Ahora que ya no había demostraciones callejeras hostiles, no tuvimos problemas en llegar a su residencia. Siempre tuve el convencimiento de que las palabras de consuelo después de una tragedia constituyen un insulto para quien la ha sufrido. Quizá lo mejor que un ser humano puede hacer por otro en tales circunstancias es demostrarle que comprende su angustia, y eso no requiere muchas palabras. Golda dijo que, en última instancia, debía asumir la responsabilidad: eso era lo que significaba ser un líder nacional. Constituirse en víctimas parecía ser el destino de los judíos, pero el asesinato de niños era demasiado. Lo expresó sin patetismo, con actitud analítica, tal como un científico enfrenta un hecho. Con el mismo tono casi resignado, Golda señaló que lo mejor sería reanudar nuestros intentos de alcanzar la paz; ella convocaría a una reunión de Gabinete esa misma noche para ver si era posible modificar la propuesta. Podríamos reunirnos con la comisión negociadora la mañana siguiente: quizás había llegado el momento de presentarles una propuesta norteamericana.

LA PROPUESTA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Cualquiera haya sido el efecto espiritual de Ma'alot sobre Golda, sin duda no sirvió para hacer que el Gabinete se mostrara más dispuesto a correr riesgos. Nos reunimos a las 9.45 del martes 16 de mayo. Los últimos días habían cobrado su tributo: Goldá se encontraba enferma, la reemplazaba el viceprimer ministro Yigal Allon. Señalé que estaba dispuesto a hacer un nuevo esfuerzo, pero que no debíamos hacernos demasiadas ilusiones. Un

receso duraría de cuatro a seis semanas, y durante ese período cada una de las partes manifestaría sus respectivas posiciones de manera pública, se atrincheraría y trataría de obtener apoyo para su propia posición. Las concesiones que podrían haber puesto fin al estancamiento como parte de una negociación ininterrumpida, sin duda ahora resultarían inadecuadas para reanudarlas. Era muy probable que una reunión cumbre árabe planteara exigencias a las que tanto Assad como Sadat se verían obligados a someterse; la Unión Soviética adoptaría un papel más activo y los Estados Unidos perderían el control de la situación.

La comisión negociadora israelí no cuestionó ninguna de estas propuestas. Simplemente, carecía de la convicción y de la estructura interna necesarias para generar una nueva oferta. Allon me señaló que si al menos pudieran tener la certeza de que la serie siguiente de propuestas sería la definitiva, tal vez lograrán reunir la energía necesaria para arbitrarla, pero que no estaban dispuestos a seguir proponiendo modificaciones, por secundarias o triviales que me parecieran, para que después Damasco las rechazara sistemáticamente. Pensé —pero no lo formulé— que cuánto mejor habría sido y cuánto más lejos habríamos llegado si, como me habían enseñado los chinos, la totalidad de las concesiones se hubieran reunido desde el principio en un ofrecimiento único. Todos nos habríamos ahorrado muchos momentos de angustia y, en un caso en que tanto dependía de elementos intangibles, podríamos haber ganado más terreno moral. Pero ya era demasiado tarde para eso.

Los nostálgicos comentarios de Allon negándose a efectuar cambios pero sugiriendo que se hiciera un ofrecimiento final, me dieron la pauta de que había llegado el momento de retomar la idea de Golda y presentar a ambas partes una *propuesta norteamericana*. Ya lo había hecho en las negociaciones con Egipto en enero, pero en aquella ocasión fue, básicamente, un recurso destinado a salvar el prestigio de ambas partes y cuyos términos resultaban satisfactorios para los dos países en litigio. En cambio en este caso, la posición de los contendientes seguía siendo casi incompatible, al menos desde el punto de vista psicológico. Mi tarea consistiría en estructurar una fórmula de transacción justa. Corría el riesgo de que si las dos partes no se resignaban a dar los pasos necesarios, ambas rechazarían dicha fórmula. Pero eso no me impidió apreciar las posibles ventajas de mi plan. Como le señalé a la comisión negociadora:

Si se la planteamos a los sirios como una propuesta de los Estados Unidos a Israel, creo que lograríamos una ventaja táctica, (a) porque Assad lo tomaría como una imposición norteamericana sobre ustedes. Sé que no es una manera elegante de decirlo, pero sería como una intromisión forzada de los Estados Unidos en el problema. Y, además, sería yo el que considero que éste es el límite y no *ustedes* quienes lo sostienen. De esa manera, Assad no tendría la sensación de estar cediendo a una exigencia israelí sino a mi opinión acerca de cuál es el límite.

Y, momentos después:

Ustedes me han dicho tanto como pueden decirme. . . La imagen que tengo de este Gabinete es la de que están dispuestos a luchar por cada centenar de metros, para que quede constancia de que se libró una tremenda batalla y luego, quizá gradualmente, después de demostrar que disputaron cada centímetro, aceptar una línea como la que propongo, o tal vez no. Pero, de cualquier manera, no sería algo que se lograra con facilidad. Pues quieren que ese esfuerzo se note y quieren demostrarse a sí mismos que hicieron tal esfuerzo. . .

La mejor oportunidad con que cuento —y les aclaro que la idea de presentar una propuesta norteamericana me gusta— consiste en decir: *Miren, éste es, a mi criterio,*

el máximo absoluto que se puede lograr. No tiene sentido que sigan discutiendo. No tiene sentido regatear. Esto es lo que he conseguido después de un maldito debate con el Gabinete israelí. Más de esto, no; y esto sólo podré hacerlo en el caso de que ustedes acepten. Pero, además, debo ofrecerles algo significativo. Otra cosa: no puedo permitir que en los Estados Unidos y en Israel se corra la voz de que, en mi impaciencia por lograr un acuerdo que favorezca a mi presidente, traicioné a Israel; que en mi ansiedad por ayudar a Nixon en la crisis de Watergate, violé a Israel. Seamos honestos entre nosotros. . .

Por lo tanto, quiero que sepan lo siguiente. No tienen que decirme nada más, pero si vamos a seguir por este camino, es preciso que lo hagamos con cierto grado de compasión recíproca. Doy por sentado que el mero hecho de que ustedes me permitan hacer una propuesta norteamericana, o promoverla, indica que están dispuestos a reconsiderar la posición adoptada hasta ahora, pues de otro modo no estaríamos aquí. De no ser así, yo podría poner fin a mi misión.

La comisión negociadora israelí aceptó este enfoque. No lo hizo porque tuviera suficiente fe en mí —tampoco existían motivos para que así fuera— como para extenderme un cheque en blanco. Se me indicó que los campos cultivados en las afueras de Kuneitra no eran negociables. El jefe del Estado Mayor me dio una verdadera conferencia sobre los criterios de seguridad que aplicaría cuando el Gabinete le pidiera su opinión sobre nuestra propuesta. Yo tenía una idea bastante aproximada sobre cuáles eran las perspectivas concretas, pero quería que Golda me las confirmara —o las perfeccionara— pues, al fin de cuentas, sería ella la encargada de plantearse al Gabinete si yo conseguía que Assad aceptara. Por lo tanto, volví a visitarla en su residencia particular.

Extrañamente, Golda, destinada a abandonar la primera magistratura una vez terminadas las negociaciones, seguía siendo la figura dominante. Yitzhak Rabin, quien habría de sucederla, asistía a las reuniones pero desempeñaba un papel secundario, en parte por propia voluntad y en parte también porque Golda, liberada de toda otra consideración política, ahora ejercía una influencia decisiva. Había luchado con pasión, astucia y obstinación por defender cada centímetro cuadrado de territorio, pero también supo reconocer que había llegado el momento de hacer concesiones. Señaló que sabía que muchos de sus colegas hablaban sólo para la posteridad; ella, en cambio, se hacía responsable de presentar al Gabinete la propuesta norteamericana.

Sobre la base de la reunión anterior con el Gabinete y las observaciones de Golda, le manifesté que la *propuesta norteamericana* incluiría estos tres elementos:

- La línea de tregua alrededor de Kuneitra debía desplazarse alrededor de 200 metros hacia el oeste, y que el sector comprendido entre dicha línea y las colinas occidentales (aproximadamente un kilómetro y medio) sería desmilitarizado y quedaría bajo la supervisión de las Naciones Unidas.
- Las colinas mismas seguirían bajo control israelí, pero en ellas regiría una limitación estricta de potencial militar. Los Estados Unidos garantizarían de manera bilateral este punto ante Siria.
- La línea israelí de control debía desplazarse un kilómetro hacia el norte y el sur de Kuneitra para tranquilizar a Assad con respecto al regreso de población civil a una ciudad rodeada en tres de sus lados por fuerzas israelíes. También significaba concederle a Assad algo que se aproximaba bastante a la línea recta de norte a sur que tanto había solicitado.

En lo personal, Golda no veía la necesidad de hacer discursos formales. Comprendía muy bien que al promover la *propuesta norteamericana* y se aseguraba ciertas garantías en el terreno moral. Cuando menos, la certeza de que Israel no sería culpada si llegaba a producirse una interrupción de las tratativas, y también el reconocimiento norteameri-

cano en el sentido de que Israel había llegado al límite de las concesiones territoriales en esa ronda de las negociaciones y que no se le podía pedir más.

También en Siria la atmósfera había cambiado mucho. Como sucedía en Israel, el peligro de que las negociaciones fracasaran pareció servir para demostrar su importancia. La muerte de dieciséis niños israelíes había logrado lo que los diplomáticos no pudieron conseguir en tres semanas de extenuantes tratativas, esto es, que después de agotar todo lo que era posible hablar y hacer en tal sentido, la paz era importante porque las consecuencias de la alternativa contraria se pagarían con el sufrimiento de los inocentes.

En nuestro habitual viaje desde el aeropuerto, el jueves 16 de mayo por la tarde, Khaddam aludió a ciertas influencias y presiones que intentaban apartarnos del camino de la paz. No me contradijo cuando aventuré la conjetura de que se estaba refiriendo, sin duda, a la Unión Soviética, Irak y los palestinos.

Ese fue el prelude de una agotadora reunión de ocho horas con Assad, desde las 18 hasta las dos de la mañana siguiente. En la primera parte de la entrevista hablamos sobre Ma'alot, tema con respecto al cual Assad se mostró fríamente indiferente. No defendió el ataque palestino; evitó la justificación habitual de que los palestinos no tenían otro fin que el de liberar su propio territorio. Antes bien, planteó un interrogante práctico: *¿Por qué se negó Israel a entregar veinte prisioneros y salvar así a sus niños?* Pero comprendía muy bien el problema de principios involucrado, e incluso pude percibir en él cierta renuente admiración. Se mostró menos moderado con respecto al Líbano (*). La represalia israelí podía llegar a provocar la intervención de Siria. Assad agregó que incluso en ese momento servía para crear cincuenta nuevos guerrilleros por cada palestino muerto.

Pero todo esto no eran más que prolegómenos antes de entrar al tema de la separación de fuerzas. Una vez más nos enfrentamos al eterno problema: las concesiones que para los israelíes significaban un doloroso desgarramiento, para los sirios revelaban una intransigencia rayana en la insolencia.

Assad señaló:

¿Qué quieren los israelíes? Ya les prometí que no tocaremos ninguno de los asentamientos. Acepté que tomaré en cuenta las colinas. Todo lo que pido es una línea recta de demarcación a cierta distancia de la línea previa, por razones que tienen que ver con la seguridad de los pobladores sirios. Luego podrán establecer cualquier línea defensiva que deseen más allá de esa distancia y tan cerca de ésta como lo deseen.

Desde luego, los líderes israelíes afirmaban que no existía otra línea de defensa posible, y que la propuesta de Assad era una trampa. Es probable que ambas partes fueran sinceras. En términos de la doctrina militar israelí, la exigencia siria implicaba un desarme unilateral. En términos de la conciencia nacional siria, la idea misma de una línea defensiva israelí en las Alturas del Golán constituía una afrenta. A los israelíes les resultaba imposible comprender ese sentido casi primitivo del honor que imperaba entre los sirios, y éstos no comprendían que la actitud aparentemente desafiante de Israel era una mezcla de temor e inseguridad.

Y precisamente por esa razón, la siguiente pregunta de Assad resultaba impropia:

Lo que los israelíes deberían comprender básicamente es que si llegamos a un

(*) La fuerza aérea israelí había atacado blancos palestinos en Líbano el 16 de mayo como represalia contra el atentado contra Ma'alot. Al día siguiente se realizó una incursión terrestre limitada.

acuerdo satisfactorio en cuanto a la separación de fuerzas militares, entonces podremos demostrar allí un largo aguante (*sic*), permanecer allí, establecernos y reconstruir. Si nos vemos obligados a aceptar un acuerdo insatisfactorio, incluso aunque lo aceptáramos, siempre seguiremos presionando para lograr nuestro objetivo. ¿Por qué no pueden comprenderlo?

Puesto que los líderes de Israel no pensaban hacer nuevas concesiones territoriales, las preocupaciones de Assad en tal sentido los tenían sin cuidado. Y era una lástima, pues creo que en el verano de 1974, ambas partes vislumbraron —aunque sólo fuera fugazmente— la posibilidad de una convivencia pacífica.

Puesto que carecía de sentido seguir realizando sondeos abstractos, presenté la *propuesta de los Estados Unidos*. En ese momento Assad me interrumpió y envió por su ministro de Defensa y jefe de Estado Mayor. A todas luces no deseaba asumir por sí solo la responsabilidad total en un diálogo tan importante. Además, quería estar seguro de que sus colegas (y rivales potenciales) no pudieran afirmar más tarde que los habían engañado. Para ello, no le bastaba con repetir lo que yo había dicho sino que era preciso que ellos mismos se convencieran escuchando mis argumentos. De cualquier manera, su actitud demostraba que sabía que se acercaba el momento en que deberían tomar una decisión.

Mientras aguardábamos a los generales, le dije en son de broma: *Usted se propone intimidarme*. Assad me dio una respuesta reveladora: dijo que, en todo caso, debía sentirme intimidado por el ministro de Relaciones Exteriores; los generales constituían el sector que más propendía a la paz, y le tenían tanta simpatía a los rusos como yo. Por lo visto, en Siria los políticos eran los ideólogos, y los militares, los que comprendían los riesgos y el costo de una prolongación de la guerra con Israel.

Assad y los otros escucharon mi proposición. El punto espinoso era el control israelí de las colinas. Assad seguía insistiendo en que Israel se retirara de las crestas de las colinas y conservara sólo las laderas occidentales. Las Naciones Unidas debían ocupar la cima de las mismas e incluso las laderas orientales, donde él ya no insistía en la presencia de tropas sirias. Si los israelíes ocupaban los sectores más elevados, podrían observar la vida pacífica que confiaba en asegurar para Kuneitra. Solicitó que se pusiera allí un control de las Naciones Unidas, o incluso de los Estados Unidos.

Le contesté que ya no era posible seguir argumentando. No podía de ningún modo comenzar a renegociar en Jerusalén una propuesta *norteamericana* que, por otra parte, todavía no había sido aceptada por los israelíes. Sugerí que redactáramos el texto del anuncio de la interrupción de las conversaciones. Assad era un negociador frío e imperturbable. Sin demostrar emoción alguna, aceptó mi sugerencia. Redactamos una declaración en la que se anunciaba la apertura de un compás de espera en las conversaciones y se daba a entender que éstas serían reanudadas al cabo de algunas semanas. El tono de la misma era cordial, con expresiones de respeto mutuo.

Cuando terminamos de redactar el borrador, Assad comentó que lamentaba que todo hubiera terminado así. ¿No aceptaría yo prolongar mi gira con un único viaje más? Le respondí que no podía ir más allá de mi propia propuesta:

Lo único que puedo hacer es presentar mi proyecto a los israelíes. Puedo recomendarles que lo acepten y puedo transmitirles lo que ustedes proponen; pero quiero dejar bien aclarado que mi recomendación se circunscribirá sólo a mi propio proyecto y que, a mi criterio, la propuesta de ustedes será rechazada.

Assad insistió: *Por favor, hágalo de todos modos y regrese a Damasco. Si ese nuevo intento adicional fracasa, entonces haremos un alto en las conversaciones.*

Así, la *propuesta de los Estados Unidos* equivalió a un nuevo pasaje de ida y vuelta cumpliendo una nueva ronda de mi misión *torbellino*. Regresamos a Israel a las 2.30 del viernes 17 de mayo. Nancy, que había permanecido en Jerusalén durante mis últimos viajes a Damasco porque no se sentía bien, descubrió que una de las mayores dichas de estar casada conmigo consistía en ser despertada en mitad de la noche, hacer un viaje en auto de una hora hasta el aeropuerto para recibirme, y a continuación otro de la misma duración hasta nuestro hotel en Jerusalén, acompañada por Eban y Dinitz, quienes jamás podían resistir la tentación de ser los primeros en enterarse de las novedades.

La mañana del viernes me reuní con la señora Meir durante una hora en su residencia, y esa tarde, durante tres horas, con toda la comisión negociadora. No había ninguna posibilidad de que Israel aceptara la propuesta de Assad en el sentido de dejar la zona superior de las colinas en manos neutrales o de otro país. Sin embargo, los negociadores israelíes se mostraron flexibles en tanto aceptaron no instalar allí armas de largo alcance que le permitieran atacar Kuneitra. Transformé esto en un sector especial de potencial militar limitado, que abarcaría las cimas de las colinas, con respecto al cual los Estados Unidos enviarían una carta formal a Assad. Hasta ese momento, el Gabinete no había autorizado nada de esto en forma oficial, y no lo haría hasta que Assad lo hubiera aceptado.

Estaba convencido de que Assad no cedería y que sería necesario interrumpir las conversaciones. Redacté con la comisión negociadora israelí una declaración en tal sentido que debía publicarse junto con la ya aprobada en Damasco. Estaba tan seguro de que Assad rechazaría la propuesta que hice planes para volar desde Damasco al aeropuerto Ben-Gurion para una rápida reunión de despedida con la comisión negociadora israelí, y desde allí seguir viaje a Alejandría. Regresaría a Washington al día siguiente.

Así fue que el sábado 18 de mayo —vale decir, el vigesimoprimer día de mi gira por el Medio Oriente— volví a partir hacia Damasco en la que creí sería mi última escala de una frustrada misión *torbellino*.

Yigal Allon me acompañó hasta el aeropuerto, que —por ser sábado— estaba casi vacío. Allon era el ministro israelí que conocía desde hacía más tiempo, pues fue alumno mío en Harvard en 1957, y éramos buenos amigos. Fue uno de los fundadores del ejército israelí y uno de los héroes de la guerra de la independencia. También era el más afectuoso —aunque quizás el menos analítico— de los líderes de la segunda generación. Cuando no se encontraba en Jerusalén vivía en su amado *kibbutz* al pie de las colinas del Golán, que yo había tenido ocasión de visitar a comienzos de la década de 1960. Por lo general era uno de los israelíes más conciliadores, pero se mostraba vehemente y apasionado cuando se tocaba el tema del Golán. Desde allí, las ametralladoras habían matado a muchos de sus amigos y su *kibbutz* había tenido que construir demasados refugios contra la artillería siria como para que acogiera de buen grado la perspectiva de que una generosa propuesta israelí diera lugar a una nueva relación con Siria. Incapaz de confiar en la buena voluntad de los sirios, trataba desesperadamente de obtener garantías tangibles. Sin embargo, y precisamente debido a su calidez y su honestidad, era un símbolo viviente del dilema israelí: anhelaba la paz con una intensidad e incluso una ingenuidad posible sólo en relación con lo que jamás se ha poseído. Yo solía decirle en son de broma que para casi todos los pueblos en casi todos los períodos de la historia, la paz había sido siempre un estado precario y no la desaparición permanente de toda tensión que tantos israelíes imaginaban. Y, sin embargo, también él deseaba una seguridad absoluta, lo cual en la práctica significaba reducir a la impotencia a los vecinos de Israel o bien formar un cinturón de seguridad en lo que consideraban era su territorio. Implicaba un equilibrio difícil —si no imposible— de lograr.

Ahora, mientras abandonábamos Jerusalén y atravesábamos las colinas de Judea, Yigal, con tono nostálgico, me habló de su anhelo de paz. El recio pionero israelí hablaba

con el mismo tono que el acérrimo nacionalista sirio, Khaddam, cuando viajábamos por la planicie hacia Damasco. Ninguno de los dos sabía cómo llevar a la práctica ese anhelo y ambos parecían estar convencidos de que yo les ofrecería alguna fórmula mágica para superar el *impasse*. En esa ocasión, Allon ni siquiera esperaba una nueva fórmula: había participado de todas las conversaciones y sabía que habíamos llegado al límite. En las situaciones extremas, los judíos apelan a una actitud profética: *Lo lograrás —me aseguró—. Sé que volverás esta noche*. Qué pena, pensé, que los milagros les ocurran casi siempre sólo a quienes no cuentan con ellos.

Dayan me aguardaba en el avión. (El Ministerio de Defensa se encuentra en Tel Aviv, que queda mucho más cerca del aeropuerto que Jerusalén.) Internamente muy dolido por todos los ataques lanzados contra él, Dayan había desempeñado en las conversaciones un papel que iba desde el enfurruñamiento hasta la ironía. No integraría el futuro Gabinete; incluso sospechaba que su carrera pública había llegado a su fin. Yo estaba seguro de que, en lo personal, apoyaba un acuerdo; al fin de cuentas, en 1967 se había opuesto a la ocupación del Golán. Pero en las deliberaciones del Gabinete se mostró decidido a establecer un verdadero record de vigilancia y control: hizo notar los defectos y fallas de todo lo que se proponía, pero sin ofrecer ninguna solución. Uno de los motivos por los que Golda me había pedido que presentáramos una propuesta era el de evitar un enfrentamiento con Dayan con respecto a si Israel debía o no volver a modificar su posición.

Pero una vez que se llegaba a una decisión —cuya responsabilidad era asumida por otros—, Dayan se mostraba tan constructivo, creativo y dispuesto a colaborar como siempre. El viernes por la noche caí de pronto en la cuenta de que no contábamos con un mapa detallado para la *propuesta de los Estados Unidos*. Necesitaba la ayuda de los cartógrafos militares de Israel, pero el problema era que ya se había iniciado el *Sabbath*. Alrededor de la una de la mañana llamé a Dayan a su casa cerca de Tel Aviv. A esa altura, las fórmulas de cortesía habían naufragado en el oleaje del agotamiento general. Cuando lo desperté, no perdí tiempo en disculpas. *¿Por qué no me alcanza al avión algunos mapas de la propuesta norteamericana, mañana por la mañana?*, le propuse. *¿Por qué no?*, contestó Dayan y colgó. Cuando llegué al aeropuerto, allí estaba Dayan, con los mapas bajo el brazo. (Por precaución, los estudié con cuidado pero decidí dejarlos en el avión cuando desembarqué en Damasco: entrar al palacio presidencial con mapas israelíes haría que nuestra propuesta pareciera un ultimátum de Israel, e impediría que la aceptaran.)

Para ese entonces, todos los pasajeros del avión habían caído en un extraño estado de ánimo: algo así como una mezcla por partes iguales de exaltación, total agotamiento y desesperanza. Cualesquiera fueran sus tareas —diplomáticos, empleados, periodistas, tripulación, personal de seguridad o de comunicaciones— todos parecían compartir la sensación de formar parte de una misión común. Yo había advertido a los de religión judía que si realizábamos algunos vuelos más, terminarían por convertirse en ciudadanos de Israel según la Ley del Retorno, y que eso implicaría ser reclutados en el ejército.

Los hombres de prensa cautivos de mi misión habían tomado la costumbre de usar en el ojal unos distintivos en los que figuraba la leyenda *Movimiento en pro de la liberación del Kissinger 14* (*). Estos campeones de la primera enmienda, perros guardianes del

(*) Estos esforzados sobrevivientes de la gira de negociaciones con Siria fueron: Richard Valeriani de la NBC, Marvin Kalb de la CBS, Barrie Dunsmore de la ABC, Marilyn Berger del *Washington Post*, Bernard Gwertzman del *New York Times*, Barry Schweid de AP, Wilbur Landrey de UPI, Jim Anderson de *Group W. News*, Bruce van Voorst de *Newsweek*, Jeremiah O'Leary del *Washington Star*, John Mulliken de la revista *Time*, Marie Koeing de USIA, Darius Jhabvala del *Boston Globe* y Charlotte Saikowski del *Christian Science Monitor*. La rivalidad entre el *Washington Post* y el *Satar* —Marilyn Berger y Jerry O'Leary— alcanzó una intensidad particular en esta gira de negociaciones. Uno de los resultados fue una frenética batalla por lograr ocupar una posición de privilegio durante las charlas informativas que solía dar a bordo del avión. Se había organizado un sistema de rotación para los ocupantes de los asientos, que se llegó a conocer como el *acuerdo Berger-O'Leary de separación de fuerzas*, y que resultó casi tan difícil de negociar como la separación de fuerzas sirio-israelí.

bienestar público, se confesaban indiferentes, escépticos y no involucrados emocionalmente en el curso de la negociación. Cabe decir en su descargo que no era así. Todos parecían absorber por ósmosis la esperanza y el temor en Israel, y la renuente tendencia a experimentar nuevas posibilidades en Siria. Sabían que, aunque el éxito no garantizara la paz, el fracaso haría inevitable la guerra. Los noté taciturnos y cabizbajos cuando abordamos el avión para emprender lo que todos creímos sería nuestra última visita a Damasco. Aunque siempre les resultaba fascinante visitar Egipto, en esta ocasión la perspectiva de una escala nocturna en Alejandría no les despertó el menor entusiasmo pues sería el símbolo del fracaso de la misión. Marvin Kalb, uno de los periodistas de más fina sensibilidad y mayor cultura, entró a mi compartimiento durante el breve viaje a Damasco y me dijo: *No se desanime, señor Secretario. Creemos en usted: sabemos que puede lograrlo.* Pocas cosas en esas semanas agotadoras y angustiosas me brindaron tanto apoyo como esa breve conversación.

Tanto Kalb como Allon esperaban demasiado de mí. Las cosas escapaban ya a mis recursos y a mi ingenio. El único aporte que yo podía hacer en ese momento era procurar que cada una de las partes comprendiera con claridad la posición de la otra, explicar por qué un *impasse* ponía en peligro los intereses de ambas y, sobre todo, mantener viva la débil llama de convivencia humana que, extrañamente, todos habían vislumbrado o intuido durante el período en que los niños fueron secuestrados como rehenes.

Khaddam me recibió en el aeropuerto el sábado por la tarde a las 16.05. Normalmente, jamás osaba quitarle a su presidente la oportunidad de ser el primero en escuchar un informe completo. Pero en esta ocasión dejó de lado sus reservas hasta el punto de preguntarme lisa y llanamente si los israelíes habían aceptado la última propuesta de Assad. Respondí que había logrado alguna modificación aunque no en la medida de lo que su presidente esperaba. Khaddam insistió en que aun cuando las conversaciones se interrumpieran, era de importancia primordial tratar de fortalecer las relaciones sirio-norteamericanas. Le señalé que eso dependía de si Siria transformaba o no la suspensión de las tratativas en una confrontación entre superpotencias. Khaddam insistió en la independencia siria. Afirmó que, al margen de lo que sucediera, la zona del Golán encerraba un interés nacional para Siria y no sería puesta jamás en manos de una superpotencia. Pero tanto él como yo sabíamos que, si las negociaciones fracasaban, ninguno de los dos estaría en condiciones de controlar el desenlace final, por muchas declaraciones pomposas que hiciéramos; en gran medida, ése era precisamente el propósito de llegar a un acuerdo de separación de fuerzas: conservar la capacidad de seguir influyendo sobre los hechos.

En muchas ocasiones, nuestra aptitud diplomática se mide por la capacidad que demostramos en fingir indiferencia cuando nos corroe la impaciencia por ir directamente al grano. Khaddam quiso homenajearnos con otro almuerzo en el Club Orient con miembros importantes del Gabinete sirio. Resultaba difícil discernir si se trataba de una demostración de hospitalidad árabe o de una forma de guerra psicológica; pero lo cierto es que, a juzgar por la atmósfera cordial, placentera y hasta jocosa que allí reinaba, ningún observador ocasional habría podido inferir que se trataba de una tarde decisiva o de que alguno de los presentes tuviera algún apuro en averiguar cuál sería la decisión final.

Finalmente, a las 16.05 me recibió el presidente Assad. Incluso entonces, no prescindimos de nuestro consabido ritual que consistía en intercambiar comentarios ingeniosos. Le conté que Vinogradov, el emisario soviético a la suspendida Conferencia de Ginebra, había solicitado una entrevista con nuestro representante, Ellsworth Bunker, quien hacía tres meses que había partido de Ginebra. Hice una broma en el sentido de que Vinogradov no quería hacer nada solo. Assad reconoció que Vinogradov deseaba compartir su pesada carga con alguien. Intercambiamos pullas similares con respecto a un rumor que

me había llegado con respecto a una posible visita de Brezhnev a Damasco. Assad afirmó que se había enterado a través de la prensa y no se mostró demasiado entusiasmado frente a tal perspectiva. Le proporcioné una suerte de curso breve sobre los métodos de negociación de los vietnamitas del sur y del norte, y acerca de la crisis política interna en Israel. La preocupación de los sirios no se tradujo en ningún tipo de muestras de impaciencia: se puso de manifiesto en el hecho de reducir a treinta minutos las dos horas que por lo general dedicábamos a hablar de cosas intrascendentes.

Luego presenté la más reciente elaboración de la *propuesta norteamericana* en el tono más casual posible. En ese momento, la proposición incluía lo siguiente:

- Toda la ciudad de Kuneitra sería administrada por los sirios.
- Se trazaría una línea 200 metros al oeste de Kuneitra, medida a partir de la línea de edificación del lado oeste del camino occidental. Dicha línea sería demarcada por una barrera física.
- El sector al oeste de dicha línea estaría desmilitarizado, con la garantía en tal sentido de las Naciones Unidas. A los civiles israelíes les estaría permitido cultivar campos en esa zona.
- La línea militar israelí estaría situada en la base oriental de las dos colinas clave, pero en su cima no se permitiría el emplazamiento de armas de largo alcance que pudieran disparar en línea recta sobre Kuneitra. Esto quedaría garantizado en una carta del presidente Nixon al presidente Assad.
- La línea al norte y al sur de Kuneitra se trazaría de manera tal que dicha ciudad no quedara cercada por posiciones israelíes.

Era obvio que Assad había tomado una decisión. Esta vez no regateó ni pidió más explicaciones. Me desconcertó cuando la aceptó diciendo:

El doctor Kissinger está haciendo este notable esfuerzo en nombre de los Estados Unidos y son muchos los que no desean que su misión tenga éxito. Si no comprendemos esto, perderemos todas las oportunidades. Por consiguiente, queremos dejar sentado ante los Estados Unidos que nuestra actitud es más positiva. Queremos que usted sepa quién se opone a la paz. Sobre esta base, estamos dispuestos a dejar de lado la cuestión de las colinas. . .

No lo hacemos por Israel ni por temor a Israel —el resultado de la guerra nos favorecería— sino porque deseamos dejar el mayor margen posible para una paz justa. Una paz justa debe significar el retiro total y completo y el restablecimiento de los derechos palestinos. Lo hacemos a fin de crear circunstancias favorables para los esfuerzos de los Estados Unidos en pro de la paz. También tenemos en cuenta la situación interna de los Estados Unidos. Sabemos que si esta negociación no llega a buen término, sería utilizada para atacarlo a usted en los Estados Unidos.

Fue una declaración gallarda que no debió resultarle fácil expresar. A pesar de ese espaldarazo a mi autoestima, en ningún momento creí que Assad cediera para proteger mi posición personal. Si Assad aceptaba algo que satisfacía sólo en parte sus exigencias originales, de un adversario que regateaba con territorio históricamente sirio, era porque un estadista siempre debe terminar por aceptar la realidad. Y la realidad en este caso era que, si bien los sirios estaban en condiciones de sumir al Medio Oriente en un verdadero caos, no podían por sí solos recuperar ese territorio conquistado por Israel en la guerra de octubre, ni las modestas concesiones adicionales que yo acababa de ofrecerles. Israel hacía sus concesiones a regañadientes; sus métodos de negociación eran casi siempre enloquecedores, pero el resultado representaba para Siria una ganancia superior a la que un cálculo estricto del equilibrio de fuerzas existente le habría garantizado. Esa diferen-

cia era el resultado de la influencia de los Estados Unidos, que habían convencido a Israel sobre las conveniencias que implicaría hacer un pago al contado en el proceso tendiente a la paz. La disposición de Assad a enfrentar hechos que todos los líderes sirios anteriores a él habían eludido, constituía una demostración cabal de su habilidad como estadista.

Camino al aeropuerto, Khaddam y yo sentimos el alivio de haber evitado lo que ambos temíamos y que no veíamos manera de impedir: *Cuando ingresamos al salón, estaba convencido de que el resultado sería precisamente el contrario. No le mentí cuando le contesté: Yo también.*

LA LIMITACION DE FUERZAS

Partimos de Damasco en un estado de verdadera euforia. Se postergó el viaje a Egipto y se informó de nuestro regreso a la comisión negociadora israelí. El hotel King David de Jerusalén no tendría más remedio que granjearse el fastidio de muchos turistas que habían perdido sus habitaciones reservadas debido al regreso de la comitiva norteamericana. Pero la hospitalidad de Israel para con nosotros y sus esperanzas con respecto al logro de la paz imponían esa conducta: Informé a Sadat, Boumedienne, Hussein y Faisal acerca de este aparente paso trascendental, poniendo el acento en la *proposición norteamericana* y, seguro de que mi mensaje no tardaría en llegar a Damasco, elogiando la capacidad de Assad como estadista.

Creí que los detalles del acuerdo final no serían demasiado engorrosos. Assad y yo hablamos acerca de la posibilidad de tener redactado el texto antes del martes 23 de mayo. La idea era demarcar, como el caso del pacto concertado con Egipto, sectores de limitación del potencial militar detrás de las líneas de avanzada de ambas partes.

En realidad, mi optimismo carecía de todo fundamento. Para empezar, entre el Sinaí y el Golán surgieron las mismas diferencias que habían convertido en una pesadilla el trazado de la línea de tregua. El acuerdo de separación de fuerzas en el Sinaí tuvo lugar relativamente lejos de la capital de Egipto, en un desierto. Incluso en aquella oportunidad, había resultado difícil convencer a Gamasi de la ventaja de contar con subzonas de reducción de armamentos con un ancho de treinta kilómetros a cada lado de la línea central. De hecho, hizo falta una orden directa de Sadat para lograrlo. Y el general Gamasi era un hombre más sereno, tenía una visión más amplia y una actitud menos apasionada con respecto a Israel que cualquiera de los generales sirios, incluyendo a Assad. Pero sucedía que si se la transponía, un sector de esas dimensiones llegaría hasta los suburbios de Damasco. Los mismos israelíes sugirieron reducir el ancho de la zona a veinticinco kilómetros. Siria respondió con una propuesta nada magnánima de cinco kilómetros. Además, la separación de fuerzas en el Sinaí se realizó en un área básicamente despoblada. En Siria, se esperaba que más de 20.000 civiles regresaran a los puestos de mayor penetración evacuados por Israel, y un número no determinado a Kuneitra y Rafid. Sería necesaria la presencia de funcionarios y policía civiles sirios, lo cual suscitaría un problema de verificación para impedir la violación de límites en lo que concernía al número de personas y armamentos bajo la apariencia de fuerzas internas de seguridad.

Al mismo tiempo, y precisamente debido a la presencia de civiles sirios, Assad se resistía a la idea de un patrullaje llevado a cabo por una fuerza militar de las Naciones Unidas. En cambio, proponía cierta ampliación de un grupo de observadores de las Naciones Unidas que habían sido asignados a la región del Golán para supervisar la línea de tregua establecida después de la guerra de 1967. Israel reclamaba unidades militares organizadas de las Naciones Unidas de no menos de 3.000 hombres, mientras que Assad deseaba sólo contar con algunos centenares de observadores individuales.

Además, existía el problema concerniente al trazado de una zona neutral de las Na-

ciones Unidas que separara a las dos partes en conflicto. En el Sinaí, la zona de las Naciones Unidas ocupaba entre seis y diez kilómetros en medio del desierto y, lo que es más importante aún, se encontraba totalmente en territorio previamente ocupado por los israelíes, por lo cual reducía en la misma medida el área controlada por aquéllos. En el Golán, las fuerzas israelíes se retiraron más allá de la línea de preguerra en sólo dos lugares y, en ambos casos, se trató de pocos kilómetros. Por ende, para crear una zona neutral supervisada por las Naciones Unidas, se necesitaba un repliegue hacia el este de las posiciones militares de avanzada sirias anteriores a la guerra, en el mismo momento en que los funcionarios civiles sirios avanzaban en dirección opuesta, esto es, hacia la zona de las Naciones Unidas. A los fines de la negociación, la línea de separación al oeste hacia la cual se replegaba Israel se denominó *línea azul*. Del otro lado de la zona neutral de las Naciones Unidas, la nueva línea militar siria de despliegue de tropas fue denominada *línea roja* (véase el mapa definitivo en la pág. 921), cuando Assad cayó en la cuenta de que la línea roja implicaba de hecho un repliegue más allá de la línea anterior a la guerra, surgieron discusiones tan enconadas y complejas como las relativas al trazado de la línea original de tregua (la línea azul). Israel trató de correr la línea roja todo lo posible dentro del territorio sirio (querían situarla de seis a ocho kilómetros al este de la línea de preguerra), de modo que, en realidad, las tropas sirias ocuparían una posición más retirada que antes de la guerra. Surgieron encarnizadas disputas a raíz de la insistencia israelí en que algunas aldeas que hasta ese entonces se encontraban *detrás* de las líneas sirias se incorporaran a la zona de las Naciones Unidas, donde no contarían con la habitual protección del ejército sirio.

El monte Hermon representó también un problema. En realidad, se trata de una cadena montañosa paralela a la frontera con el Líbano que domina la planicie siria, incluyendo Damasco. Desde el estallido de la guerra de octubre, Israel había ocupado cinco posiciones cerca de su cumbre. Al comienzo Siria insistió en recuperar su control, pero Israel sólo aceptaba ponerlas en manos de las Naciones Unidas. No era, por cierto, un problema trivial, pues involucraba para Damasco los mismos riesgos que las colinas occidentales alrededor de Kuneitra. Desde allí Israel podría observar toda la planicie de Damasco. Por otra parte, en manos de los sirios, les permitiría vigilar toda la zona del Golán ocupada por Israel.

Sin embargo, el obstáculo más difícil de vencer fue la insistencia israelí en el sentido de que Assad les garantizara que no permitiría ataques de los terroristas palestinos a través de la línea de separación. Irónicamente, el problema era más teórico que práctico. Assad jamás había alentado —de hecho, jamás había permitido— las incursiones de guerrilleros desde territorio sirio. No era propio de los sirios permitir que otras personas los involucraran en empresas riesgosas sobre las cuales no tenían el menor control. Pero dar garantías en tal sentido era algo muy distinto. Sadat no había tenido problemas al respecto porque en Egipto no había guerrilleros palestinos y porque la línea de separación de fuerzas estaba a más de 160 kilómetros de las fronteras israelíes. Pero el viaje en auto hacia Damasco desde el aeropuerto, pasando por los campos de refugiados palestinos, ponía claramente de manifiesto la importancia del problema para la vida política siria. Ningún líder sirio podía darse el lujo de repudiar públicamente la causa de los palestinos, aun cuando tratara de limitar su gravitación sobre la política siria y procurara influir sobre la política de la OLP a través de Saika, el elemento palestino controlado por Damasco. También la posición de los israelíes exhibía elementos contradictorios: rechazar un acuerdo no sólo no serviría para poner fin a la amenaza de la guerrilla sino que implicaría sumarle la perspectiva de un enfrentamiento militar.

Sabía que para tratar de salvar estos escollos finales no podía contar con la ayuda de los demás líderes árabes. Se habían mostrado dispuestos a apoyar una fórmula de transacción con respecto a la línea de separación porque sabían que involucraba un repliegue

importante de las fuerzas israelíes de la cuña introducida en territorio sirio, que de otra manera no podría lograrse. Pero, con excepción de Sadat, considerarían que la limitación de potencial militar era un asunto demasiado técnico y el problema palestino, demasiado peligroso; por lo tanto, era inevitable que respaldaran a Assad. En consecuencia, si bien continué manteniendo informados a los principales líderes árabes del desarrollo de mi gestión, en esta oportunidad no les solicité su apoyo. Por otra parte, tampoco quedaba tiempo para viajar ni siquiera hasta El Cairo para explicar los diversos puntos de estancamiento.

Mientras tanto, en Washington la situación empeoraba día a día. Ya el 17 de mayo, James Reston, del *New York Times*, había atribuido la prolongada duración de mi gira diplomática por Medio Oriente a mi deseo de permanecer al margen del conflicto interno con respecto a Watergate:

El señor Kissinger es la figura clave en esta cuestión que afecta al Gabinete. Ha logrado permanecer al margen de todo lo relacionado con Watergate y con el juicio político al presidente. Se podría sospechar que es posible que haya decidido prolongar su gira diplomática con el fin de evitar las controversias aun más complejas y ponzoñosas de Washington.

Nada de esto era cierto, pero hacia el 22 de mayo, los corresponsales de las cadenas de televisión de la CBS y la NBS habían adoptado este punto de vista con respecto a mi gira de mediación.

Si bien algunos de los medios masivos se mostraban ansiosos de que regresara a mi país —o de criticar mi prolongada ausencia de él—, la Casa Blanca decidió inesperadamente que debía permanecer en el Medio Oriente para demostrar así que seguía controlando las negociaciones. El 18 de mayo, el día en que se lograron algunos progresos en cuanto a la línea de tregua, la oficina de prensa de la Casa Blanca anunció que el presidente me había solicitado que permaneciera en el Medio Oriente tanto como fuera necesario. Esto fue un terrible golpe bajo para mi misión. Mi recurso más eficaz para ejercer presión, tanto sobre Israel como sobre Siria, consistía en amenazarlos con regresar a los Estados Unidos. El 21 de mayo, después de haberles presentado ambas partes el ultimátum de que las negociaciones debían concluirse antes del viernes 24 de mayo, los voceros de prensa de Nixon, quienes se encontraban con el presidente en Key Biscayne, repitieron imprudentemente la declaración original. Ni siquiera estaba destinada a contradecirme; simplemente, constituía la manera más adecuada de demostrar que el presidente seguía dirigiendo las negociaciones. Envié un cable urgente advirtiendo a Scowcroft:

Tenga a bien ejercer mayor control sobre los encargados de prensa. He anunciado a ambas partes que regresaré para los Estados Unidos el viernes con el fin de apresurar las negociaciones. . . Creo que si el presidente desea darme instrucciones, existen medios más apropiados para hacerlo que a través de la prensa.

De cualquier manera, parto este fin de semana luego de haber alcanzado, en mi opinión, el límite de lo que era posible lograr en esta ronda de mediación. Las próximas 48 horas nos dirán si hemos triunfado o fracasado.

Otro signo de la inquietud de Washington era su obsesión por planear un viaje presidencial al Medio Oriente. Recibí innumerables instrucciones de la Casa Blanca para que sondeara esa posibilidad con mis anfitriones. Lo hice no sin cierto perjuicio para nosotros, porque sirvió para convencer a ambas partes de que los Estados Unidos necesitaban desesperadamente un acuerdo, y tentarlos así a postergar una decisión final. Ese viaje

presuponía claramente una misión diplomática exitosa; un fracaso en tal sentido haría que el presidente se encontrara en esa región justamente en el momento en que nuestra mediación se desintegraba y las tensiones aumentaban. A medida que la gira de negociaciones se prolongaba sin cesar, también resultaba forzoso postergar permanentemente la fecha prevista para el viaje del presidente, con lo cual sólo se lograba multiplicar el número de insistentes funcionarios de la Casa Blanca que me instaban a permanecer allí para conducir la gestión a buen término.

Durante todo este tiempo tenía que ocuparme también de los demás asuntos correspondientes al Departamento de Estado. Por fortuna, fue un período tranquilo. En la República Federal Alemana, en Francia y en Gran Bretaña, nuevos gobiernos acababan de asumir el poder y recibían de buen grado un período de respiro que les permitiera ubicarse bien en el cargo y adquirir cierto aplomo. China deseaba que nuestra gestión tuviera éxito, así que no intentaría distraernos deliberadamente de nuestro objetivo principal. La Unión Soviética, si bien no se sentía muy feliz por su exclusión de las tratativas, prefirió no correr el riesgo de una *détente* mostrando una actitud abiertamente negativa, sobre todo frente a la inminencia de otra visita presidencial a Moscú. Y los países en desarrollo habían satisfecho temporariamente su anhelo de ocupar el centro del escenario mundial después de haber consumado una orgía de retórica durante la celebración de la Sexta Sesión Especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas que tuvo lugar en abril.

Sin embargo, lo que un secretario de Estado considera un período de calma constituye un término relativo. Todos los días, avalanchas de telegramas llovían sobre mi caravana trashumante exigiendo algún tipo de medida o decisión. Los diligentes miembros del personal del Departamento de Estado, tanto en el avión como en Washington, mantenían las comunicaciones al día en ambas direcciones. Tuve que tomar decisiones importantes sobre infinidad de problemas. La Declaración del Atlántico parecía por fin a punto de concretarse; ya había tenido dos importantes reuniones con cancilleres latinoamericanos para iniciar un nuevo y valioso diálogo con nuestros vecinos del hemisferio. Había un límite más allá del cual no me resultaría posible seguir manejando las cosas fuera de mi despacho.

En estas condiciones caóticas retomé mis funciones como psiquiatra ambulante. La sugerencia de Dayan, basada en las negociaciones del Sinaí —vale decir, que las piezas de artillería pesada de ambas partes se emplazaran a una distancia tal que su alcance no pudiera vulnerar la vanguardia del bando contrario— era inobjetable desde un punto de vista militar. Pero le resultó menos convincente al presidente de Siria, quien la tomó como un medio para proteger los asentamientos israelíes en suelo sirio e imaginó que se le pediría que replegara su defensa aérea más allá de Damasco. Assad se mostró elocuente al explicar los requisitos que imponían la soberanía y la dignidad sirias. Pero la alternativa que enfrentaba no eran tropas sirias fuertemente armadas frente a Damasco sino el fin de toda posibilidad de lograr un acuerdo, con lo cual un número ilimitado de efectivos israelíes quedaría emplazado muy cerca de la capital siria.

Y así, con angustia y desazón, y sin misericordia, los dos adversarios comenzaron a debatir difíciles cuestiones de detalle. Mi mediación consistía en explicarle a cada uno el pensamiento del otro y en presentar cada tanto una fórmula para poner fin al estancamiento o, al menos, colaborar a la distensión de las partes.

En los últimos días se desarrolló una suerte de rutina. Por la mañana me reunía con la comisión negociadora israelí en Jerusalén; alrededor del mediodía me dirigía en auto hacia el aeropuerto Ben Gurión, a una hora de viaje. En las primeras horas de la tarde llegaba a Damasco y, luego de una reunión con Assad que por lo general duraba varias horas, volvía a Israel, donde casi siempre volvía a reunirme con la comisión negociadora. Sólo entre el 20 y el 25 de mayo pasé aproximadamente veinte horas conversando con los

israelíes, y otras treinta, con los sirios. Nunca me acosté antes de las tres de la mañana, y mis colaboradores trabajaban incluso hasta más tarde. Hacia la noche del sábado 25 de mayo nos encontramos una vez más próximos a lograr un acuerdo; tan próximos, en realidad, que sostuve: *Si la negociación fracasa ahora, nadie podrá explicarse cómo sucedió.*

Olvidé tomar en cuenta el agotamiento psicológico. Ambas partes habían agotado ya todos sus recursos. Habían llegado a un acuerdo en cuanto al número de efectivos militares y la clase de armamentos permitidos en la primera zona o sector de limitación del potencial militar ubicada a diez kilómetros de la línea de vanguardia de cada una de las partes. Este convenio sería incluido en una *propuesta norteamericana* firmada por ambas partes. Assad se mostraba reacio a comprometerse en un acuerdo con Israel para limitar sus fuerzas terrestres entre Damasco y una subzona de diez a veinte kilómetros de ancho, pero no tenía inconveniente en que yo redactara una carta registrando por escrito sus intenciones en tal sentido, siempre y cuando nos pusieramos de acuerdo con respecto a cuáles eran esas intenciones. La *propuesta norteamericana* también incluiría detalles sobre las limitaciones de armamento en ese cinturón de diez a veinte kilómetros: no podría emplazarse allí ninguna pieza de artillería con un alcance de más de veinte kilómetros y estaría prohibido desplegar plataformas de lanzamiento de misiles tierra-aire a menos de veinticinco kilómetros de la línea de vanguardia.

Lo que aún quedaba por resolver era el trazado exacto de la línea a partir de la cual se establecerían todas esas distancias. Assad se mantenía inflexible en su negativa de aceptar un retroceso de la línea de vanguardia siria (línea roja), que dejaría desprotegidas aldeas que previamente habían disfrutado de protección militar siria, e Israel se negaba a considerar ninguna otra posibilidad. Con respecto a la presencia de las Naciones Unidas, comenzamos a vislumbrar una posibilidad que combinaba la estructura de la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas en Egipto, con la nomenclatura que había sido tradicional en el Golán desde 1967. Assad no quería utilizar la palabra *fuerza* pero estaba dispuesto a aceptar la palabra *observadores*. Golda sustentaba el criterio diametralmente opuesto: rehusaba el término *observadores* e insistía en *fuerza*. ¿Qué más natural, entonces, que crear un híbrido llamado Fuerza Observadora de Separación de Tropas de las Naciones Unidas, cuya misión o estrategia resultaría imposible de deducir a partir de su nombre? Assad seguía tratando de reemplazar la palabra *fuerza* por *organización*, pero yo estaba convencido de que su insistencia en tal sentido no llegaría al punto de hacer fracasar las negociaciones. El número del personal afectado a las Naciones Unidas seguía siendo motivo de disputas. Y los sirios seguían negándose a proporcionar garantías formales con respecto a la actividad palestina paramilitar.

En el ínterin, los soviéticos volvieron a entrar en escena. Fuera porque Gromyko pensara que el acuerdo era inminente o porque anticipara un fracaso, o quizás porque deseara participar de cualquiera de esas dos alternativas, lo cierto es que, una vez más anunció su visita a Damasco. Esta fue mi reacción ante Assad:

En primer lugar, de ninguna manera me entrevistaré con Gromyko en Damasco; segundo, no vendré a Damasco si Gromyko se encuentra aquí; tercero, fuera de lo que acabo de expresarle, éste es un país soberano y no seré yo quien les diga lo que deben hacer en tanto queden bien en claro los dos puntos anteriores.

Lo que ustedes hagan con Gromyko no es asunto mío.

Para el 26 de mayo se hacía cada vez más obvio que mi ausencia de los Estados Unidos empezaba a ser incompatible con mi cargo de secretario de Estado. En realidad, ningún secretario de Estado había permanecido en el extranjero durante un periodo ininterrumpido tan prolongado. Gromyko debía llegar a Damasco el 27 de mayo, el día de mi

cumpleaños. Yo habría elegido un regalo mejor. Mi siguiente visita a Damasco tendría que ser realmente mi último viaje a esa capital.

LA FASE FINAL: DAMASCO, OTRA CRISIS

El domingo 26 de mayo, vigesimonoveno día de la gira de mediación, ambas partes habían llegado una vez más al punto que tanto temían pero les resultaba imposible superar. Sabían que ahora bastarían concesiones relativamente insignificantes para concertar el acuerdo final. Y, sin embargo, fue preciso arrancarles casi por la fuerza cada pequeño gesto tendiente a ese fin. Si se había podido avanzar hasta ese punto era porque, alternativamente, una de las partes —en algunas ocasiones los israelíes y en otras, los sirios— reaccionaba ante la aterradora visión de un mundo sin posibilidad de acuerdo; a pesar de lo cual, ni unos ni otros pudieron exhibir una actitud acorde con esa auténtica paz que anhelaban. A los negociadores norteamericanos, también agotados física o emocionalmente, ambos líderes les exigían seguridades personales irreconciliables como condición previa a una concesión final. Y, en este caso, el tiempo representaba un factor adverso. Si fracasábamos en las fases finales de nuestra gestión, la reanudación de las negociaciones exigiría tomar decisiones mucho más difíciles, y lo más probable era que toda la región tendiera a una conflagración antes que a una reconciliación. Si alguien salta para superar un abismo y cae, da lo mismo que le haya errado a la saliente o puesta por un centímetro o por un metro.

Antes de partir hacia Damasco, Golda organizó un almuerzo en mi honor el día domingo en el Salón Azul del hotel King David. Fue necesario postergar varias veces el comienzo del acto debido a que mis conversaciones con la comisión negociadora israelí proseguían, por lo cual la celebración no comenzó hasta las 15.00. Famélicos, devoramos la comida a toda velocidad porque pocos momentos más tarde tendríamos que salir como una exhalación hacia el aeropuerto para llegar a tiempo a Damasco. Reinaba una atmósfera rayana en la desesperación ante la idea de que pudiéramos fracasar a pesar de encontrarnos tan cerca de nuestro objetivo y, al mismo tiempo, de esperanza en el sentido de que tantos sacrificios no podían haber sido hechos en vano cuando el éxito estaba allí, casi al alcance de nuestras manos. Golda pronunció un conmovedor discurso en el que se refirió a la ayuda que mi misión había significado para Israel en cuanto a comprender a los árabes, lo cual, al fin de cuentas, era claro que representaba la clave intangible de todo:

El Dr. Kissinger nos ha dado una lección, esto es, que no basta tener la razón y estar convencidos de que se está en lo cierto. De eso no nos cabe duda. Pero para alcanzar un punto en el que realmente podamos compartir una mesa de negociaciones con los pueblos vecinos, también debemos apelar a nuestra comprensión: no para aceptar lo que no es justo, sino al menos para comprenderlo. Creo que ha llegado a conocernos bien. Nos ha tenido una paciencia infinita: nos ha regalado horas y horas y horas. . . No importa cuál sea el resultado final, usted y todos los que se alejen muy pronto de aquí sabrán que para cada israelí, para cada hombre, mujer o niño de esta nación, no hay nada más anhelado que la paz. Levantarse por la mañana y sentirse seguros de que nadie perdió la vida porque fue atacado por un enemigo del otro lado de la frontera. No queremos que mueran; no queremos que maten, no queremos que disparen contra nadie. Cuando logremos la paz en esta región, Dr. Kissinger —y le aseguro que no exagero—, creo que, después de los propios israelíes usted encabezará la lista de los que la hicieron posible: porque nos comprendió, porque usted mismo anhelaba la paz, porque usted sabe que ése es nuestro deseo más profundo. Esperemos que ese momento se haga realidad. Estoy

segura de que algún día ocurrirá. Pero si usted puede lograrlo mientras yo esté todavía en este mundo, le estaré doblemente agradecida.

Le respondí:

Al embarcarnos en esta difícil misión, en la que a veces pensamos que fracasaríamos, y otras, que estábamos logrando algunos progresos, lo hicimos decididos a que cualquiera fuese el resultado de esta empresa concreta, la meta hacia la que tendíamos debía necesariamente alcanzarse, que era imperativo traer la paz a esta región y que todos nosotros haríamos todo lo que estuviera de nuestra parte por conquistar ese objetivo. . . Señora primera ministra: usted representa la generación presente que llegó a este país cuando no era más que un sueño, y usted ha hecho lo que le es dado a muy pocos: entregarle un territorio a un pueblo, convertir ese territorio en un Estado y convertir ese Estado en un hogar, en una patria. Todos los que hemos tenido el privilegio de trabajar con usted nos hemos sentidos inspirados por su grandeza como ser humano, así como por capacidad para la conducción de su país. . . Nos unimos a ustedes en vuestra esperanza de una paz duradera, en la que los niños puedan proteger su inocencia y todos los hombres puedan volcar sus esfuerzos a la tarea de la construcción.

Si la emoción pudiera servir de combustible para la diplomacia, habríamos partido a las 16.30 hacia nuestra reunión decisiva en Damasco con la certeza del éxito. Pero la emoción sólo puede proporcionar la fuerza necesaria para perseverar en medio del tedio que implican los avances a paso de tortuga propios de la diplomacia, haciendo insignificantes ajustes aquí o allí. Había enviado a Assad una carta desde Israel advirtiéndole que ésta sería definitivamente mi última visita a Damasco.

Cuando llegué, el presidente sirio demostró que no estaba dispuesto a dejarse amedrentar. Me informó que, puesto que había anunciado mi partida para la mañana siguiente, había aceptado entrevistarse con Gromyko a partir del mediodía. Pero también mostró los límites de la relación sirio-soviética. Cuando le respondí que eso nos dejaba muy poco tiempo disponible, se dirigió a uno de sus asistentes y, sin inmutarse, ordenó que se postergara la llegada del canciller de su proveedor principal de armamentos hasta las diez de la noche. No obstante, eso nos dejaba poco más de veinticuatro horas para completar las negociaciones.

La noche del domingo 26 de mayo tuve dos sesiones con Assad: una desde las 21.00 hasta medianoche, con un grupo numeroso de asesores, que incluía al ministro de Defensa, el jefe de Estado Mayor de la Fuerza Aérea, Chehabi, y Khaddam; luego, desde las 0.15 hasta las 2.30, cuando comenzaba el día de mi cumpleaños, Assad y yo cenamos solos con la presencia de uno de sus asistentes, mientras Khaddam y Joe Sisco examinaban los textos de los distintos documentos. Pero el resultado fue idéntico en ambas reuniones. Assad se mostró implacable, regateando incesantemente con respecto a la línea siria de vanguardia (la línea roja), las limitaciones de potencial militar, el número de integrantes del contingente de las Naciones Unidas, y los palestinos. Asimismo, Assad trató de obtener una garantía escrita en el sentido de que los Estados Unidos apoyarían el repliegue definitivo de Israel a las fronteras de 1967. Sólo pude prometerle que los Estados Unidos seguirían participando en el proceso tendiente a lograr la paz. Al mismo tiempo, en su reunión con Khaddam, Sisco chocó contra un muro de piedra.

Me reuní con Sisco y mis otros colaboradores entre las 3.00 y las 4.00 en la casa de huéspedes oficial. Lúgubrementemente y exhaustos, llegamos a la conclusión de que la misión había fracasado. Sólo me quedaba convertir la reunión programada con Assad para algunas horas más tarde, esa misma mañana, en una cortés visita de despedida.

Mis colaboradores tuvieron la gentileza de procurar que mi cumpleaños incluyera algo menos sombrío que esa situación. Tom Scotese organizó una reunión sorpresa por la mañana, con una torta de proporciones gigantescas. Los representantes de prensa me regalaron un *poster* que simulaba ser la propaganda de una línea aérea: *Me llamo Henry. Vuele conmigo a Damasco.*

Los demás miembros de mi comitiva, que para ese entonces se encontraban al borde de la demencia debido a la fatiga, me hicieron un regalo aparte. Un mes antes, yo los había criticado en son de broma cuando Ron Ziegler afirmó que una carta referente a Nixon, encerrada en una botella, había sido arrojada por las olas sobre una playa de las Bahamas en la que él se encontraba pasando el fin de semana. *¿Por qué no puede hacer algo así por mí?*, le pregunté a Robert McCloskey, que actuaba como supervisor de las relaciones con la prensa, con el Congreso y en cualquier otro campo que requiriera un asesoramiento sagaz y certero. Había tomado muy en serio mi anhelo y había convencido a algunos israelíes muy hábiles para falsificar antigüedades de que prepararan una piedra pequeña y chata, de color marrón, con la siguiente inscripción en hebreo: *HAK estuvo aquí—5683 (*)—Kuneitra*. La intención del regalo era sugerir que yo era la reencarnación de un muy antiguo gobernante de esa zona; sólo eso podría explicar mi obsesión por cada calle, cada colina y cada roca de la capital administrativa provincial del Golán. La broma incluía también un comunicado de prensa al respecto. A último momento, McCloskey no se animó a hacerlo, o tal vez pensó —y con razón— que la atmósfera no era propicia. Me entregó la roca con gran pompa y circunstancia en una ceremonia realizada a bordo del avión tres días más tarde, ya de regreso a los Estados Unidos.

La torta de cumpleaños me brindó un momento de alegría pero no impidió que contemplara mi inminente partida con cierta sensación de fracaso. Por lo tanto, me embargaba un estado de melancolía y de depresión cuando, poco antes de las 10.00, me reuní con Assad para despedirnos, acompañados en esta oportunidad por sólo un asistente cada uno (el mío era Peter Rodman) e Isa Sabbagh en su calidad de intérprete. Charlamos en forma inconexa sobre diversos momentos decisivos en el curso de las negociaciones, como si hubiéramos sido meros espectadores de un acontecimiento externo sobre el cual no habíamos podido ejercer influencia alguna. Consciente de las presiones ejercidas por la Casa Blanca, volví a expresar el deseo de Nixon de visitar esa zona. Assad opinó que no condecía con la dignidad del presidente de los Estados Unidos trasladarse al Medio Oriente luego de un fracaso de la diplomacia norteamericana. En el caso de que Nixon disintiera con él —quizás siguiendo el consejo de otros líderes árabes, como el mismo Assad lo expresó con mucho tacto—, él se mostraría encantado de recibirlo en Damasco. Redactamos otro borrador de la declaración en la que anunciábamos la interrupción de las negociaciones y, mientras lo hacíamos, hubo una discusión con respecto a una frase, sugerida por mí, en la que se señalaba que Assad enviaría a alguien a Washington para continuar las conversaciones. Con tono resignado, Assad afirmó: *Podríamos decir que enviaremos a alguien a Washington, pero con cualquier otra finalidad. Si no pudimos lograrlo aquí, un sola persona en Washington tampoco lo lograría*. Nos pusimos de acuerdo en anunciar la visita de un emisario sirio para promover las relaciones sirio-norteamericanas y no la separación de fuerzas en el Golán.

A lo largo de un mes de negociaciones había llegado a sentir aprecio por Assad. Era un hombre orgulloso, firme, astuto y cordial. Nos había hecho pasar más de un momento difícil, pero yo había tenido oportunidad de presenciar la forma en que había vivido el doloroso proceso de tratar de resolver el problema de la coexistencia pacífica árabe-israelí. Se rebelaba contra la mera idea de tener que hacerlo pero, sin embargo, había

(*) En el calendario hebreo, 5683 era el equivalente de 1923, el año de mi nacimiento; año memorable, sin duda si no para Kuneitra, por lo menos para Fürth.

estado a punto de aceptarla. Al igual que Golda en el otro extremo del telescopio, vislumbró un destello de la realidad de la paz. Y todas las concesiones y los trueques habían constituido una odisea, tanto en el orden táctico como en el espiritual. Me puse de pie, con cierta tristeza, para despedirme. También él se incorporó y, cuando echamos a andar hacia la puerta, me dijo de pronto:

Después de haber establecido esta relación personal valiosa, por lealtad, por afecto, cuando consideramos el imperativo de las relaciones sirio-norteamericanas, pienso en particular en la necesidad de no dañarlo a usted. En su opinión: ¿Hasta dónde se podría desplazar la línea roja (la línea de vanguardia siria)? Cuando sea posible hacerlo. Me gustaría que habláramos de eso sin tapujos.

Quedé totalmente anonadado. Assad había estirado la cuerda hasta el último milímetro posible, y ahora abría la puerta en pro de otro esfuerzo, definitivo, para establecer un acuerdo. Le había comentado en diciembre que me recordaba a alguien que negociaba al borde de un precipicio y que, para fortalecer su posición, se lanzaba hacia el abismo con la esperanza de que algo detendría su caída. Ese *algo* era ahora yo. A todas luces, ningún líder sirio llegaría a un acuerdo con Israel por afecto hacia un secretario de Estado norteamericano; pero lo mejor, era fingir que creía en esa motivación, cuya plausibilidad sólo podía aceptarse en el mundo árabe. Allí, las relaciones personales jamás son triviales: constituyen el solvente para las pasiones de los pueblos:

Tampoco yo quisiera hacer nada que pueda herir al presidente Assad. Si el presidente aceptara algo que le resultara particularmente gravoso y que luego le trajera complicaciones, habríamos lesionado un importante objetivo de los Estados Unidos. Así, no quiero ser responsable de haber persuadido al presidente a hacer algo que más tarde pueda perjudicarlo. Por más que ello implicara un triunfo táctico, sería sin duda una derrota estratégica.

Assad acababa de salvar la parte más difícil de su tarea. Si su incontrolable pasión por mí lo llevaba al suicidio —como sus palabras parecían implicar—, ése era su problema. Posiblemente le cierto fuera que los dirigentes sirios habían decidido ya la noche anterior que estaban dispuestos a llegar a un acuerdo, pero querían estar absolutamente seguros de haber estrujado la piedra hasta arrancarle la última gota de sangre. Sugerí, a título personal, otro desplazamiento de un kilómetro de la línea roja, cosa que la comisión negociadora israelí me había autorizado a hacer, pero que yo me había abstenido de mencionar la noche previa porque habría perdido todo valor en la controversia general. También agregué, como si fuera una sugerencia mía, una solución para el problema de las aldeas que se encontraban en tierra de nadie fuera de la nueva línea siria: que la línea roja las rodeara formando una especie de comba en forma de salchicha, y que los sirios aceptaran allí las mismas restricciones que se les habían impuesto a los israelíes en las colinas al oeste de Kuneitra, vale decir, la prohibición de instalar ningún arma con un alcance suficiente como para hacer impacto en el sector israelí.

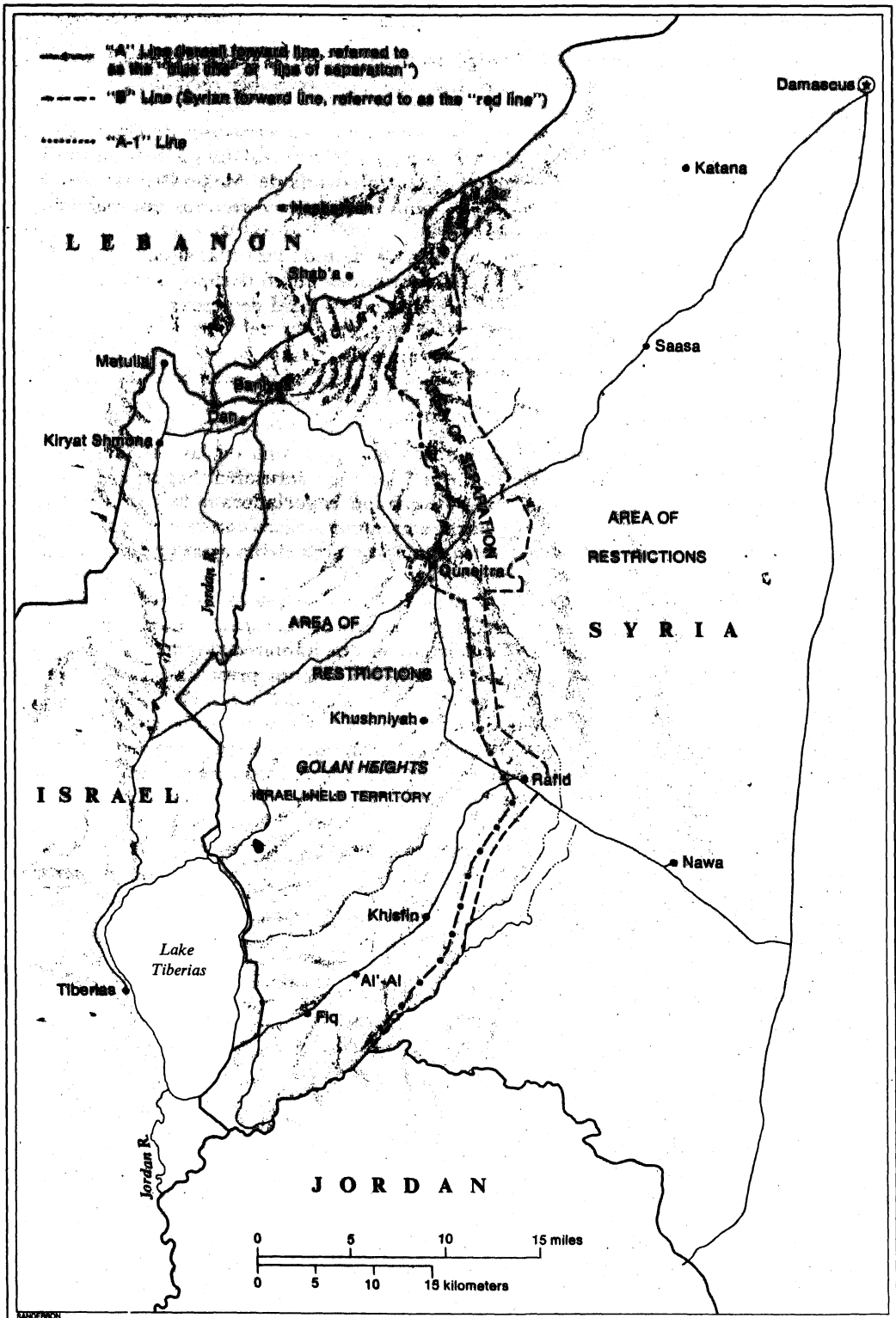
Finteamos durante algunos minutos sobre el tema de los guerrilleros palestinos. Assad sostuvo que no podía aceptar ninguna obligación legal de prohibir las acciones de los palestinos: era un problema político insoluble y una cuestión de principios. Sugerí una declaración norteamericana afirmando que, en nuestra opinión, el cese del fuego en las colinas del Golán incluía las acciones de los guerrilleros; si éstos actuaban, los Estados Unidos apoyarían políticamente a Israel si este país tomaba represalias. Assad concedió que las declaraciones norteamericanas era asunto exclusivamente nuestro; no veía razón alguna para que Siria se opusiera. Una vez más, parecía vislumbrarse una solución.

Pero habíamos sufrido demasiados desengaños. Le señalé a Assad que estaría dispuesto a hacer un último esfuerzo siempre y cuando me asegurara que dejaría de regatear. Debíamos completar el documento, de modo tal que sólo requiriese la aprobación de Israel, para lo cual yo me lo llevaría a Jerusalén. No podía haber ni un solo paso más en la negociación. Quedamos en reunirnos para redactar el documento. Assad consultaría con sus colegas y yo, con los míos. Volveríamos a encontrarnos en una hora para decidir si era o no factible. En caso contrario, yo no continuaría con la mediación. Nos separamos a las 11.30.

A las 12.35 volvimos a reunirnos y nos comprometimos a redactar el documento directamente y no a tener una sesión de regateo. Fijamos un límite máximo de tres horas. Informé al gabinete israelí que me esperara de regreso a las 18.00.

Assad y yo nos reunimos con nuestros asesores a las 14.20, pero exigirle a un sirio que no regatee es como ordenarle a un pez que no nade. Al cabo de algunos minutos nos encontramos envueltos una vez más en uno de esos intrincados y diabólicos choques de voluntades, mitigados sólo levemente por el humor ácido de Assad y las formas exquisitas de la hospitalidad árabe (que, debido a la excitación de la fase final de una negociación, en esta ocasión no incluyeron comestibles). A las 22.00, siete horas después de iniciada la reunión, nos encontrábamos aproximadamente en el mismo punto en que habíamos quedado al concluir nuestra conversación matutina, con la excepción de que Assad se había demostrado una vez más a sí mismo y a sus colegas que, por intenso que fuera el regateo, no lograría ningún beneficio adicional. Trazamos la línea roja —sometida a la aprobación israelí— donde Assad y yo habíamos acordado hacerlo (véase mapa de la página 921). Nos pusimos de acuerdo en cuanto al número de integrantes de las Naciones Unidas, que sería de 1.250, y con respecto al nombre de la organización, que sería Fuerza Observadora de Separación de Tropas de las Naciones Unidas (UNDOF). Assad se salió con la suya en el sentido de que no podía limitar el número de sus tanques y efectivos frente a Damasco más allá de la zona de diez kilómetros en términos de un acuerdo, pero me aseguró que no destacaría allí más que nueve brigadas, de las cuales no más de tres poseerían carros blindados. Yo debía transmitir esas reducciones a los israelíes por escrito. Aceptó un límite para la artillería de 162 armas de fuego de un alcance no mayor de veinte kilómetros en la zona de diez a veinte kilómetros; la artillería de largo alcance debería emplazarse más allá de los veinte kilómetros, y los misiles tierra-aire no podían encontrarse más cerca de los veinticinco kilómetros con respecto a la línea de vanguardia siria. Todas las limitaciones en cuanto al potencial militar —como en el pacto suscripto por el Sinaí— formarían parte de una respuesta sirio-israelí a una *propuesta norteamericana*. Acordamos que Sisco les entregaría la contestación israelí al mediodía siguiente. Esto servía para dejar bien sentado que no habría nuevas negociaciones y Sisco sólo estaría autorizado a transmitir documentos rubricados.

Aún faltaba resolver el problema que nos planteaba Gromyko. Su avión ya sobrevolaba el aeropuerto de Damasco alrededor de las 21.00, mientras Assad y yo seguíamos negociando. Comenté que para acelerar la aceptación por parte de Israel era importante evitar que se pensara que Gromyko había tenido un papel decisivo en el giro que habían tomado los acontecimientos. El jefe de Estado Mayor de la Fuerza Aérea señaló que eso no representaba ningún problema: el avión de Gromyko podría seguir volando en círculos sobre Damasco durante un buen rato. A las 21.45, el avión en que viajaba Gromyko ya casi había agotado su combustible. Tuve la gentileza de aceptar que le permitieran aterrizar, con la condición de que no estacionaran su avión junto al mío, pues no quería que las fotografías aparecidas en la prensa dieran la impresión de que habíamos llevado a cabo una acción conjunta. Así, el avión de Gromyko fue trasladado a un oscuro rincón del aeropuerto, donde el ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética recibió el saludo del viceministro de Relaciones Exteriores de Siria, ya que todos los funciona-



Acuerdo sirio-israeli sobre retiro de tropas de los territorios ocupados. Mayo 31 de 1974.
 (Ver texto del Acuerdo en pág. 1061-62)

rios de primer nivel se encontraban conmigo participando de las negociaciones. Lo que es más, Assad me prometió no reunirse con Gromyko hasta no haber recibido a Sisco con la respuesta de Israel.

Chehabi y Khaddam me acompañaron al aeropuerto. La caravana de Gromyko se cruzó con nosotros en la carretera. Fue un momento muy especial, cargado de un simbolismo profundo para la reciente revolución en la diplomacia del Medio Oriente; mucho más significativo, por cierto, que todos los puntos oscuros y secretos que habíamos estado discutiendo durante todo ese mes.

Yo había recibido el mejor regalo de cumpleaños de toda mi vida: si no la paz en el Medio Oriente, por lo menos la ausencia de guerra durante un tiempo suficientemente prolongado como para que la diplomacia tuviera oportunidad de actuar.

Sabía que todavía no contaba con la aprobación final de Israel, pero mi intuición me decía que era imposible llegar tan cerca de la meta y fracasar.

LA FASE FINAL: ISRAEL

Camino al aeropuerto le previne a Khaddam que cada una de las soluciones que habíamos encontrado en Damasco sería un problema en Jerusalén. Seguramente tendríamos que sesionar toda la noche con la comisión negociadora y luego hasta bien entrada la mañana con el Gabinete. Enviaría de regreso a Sisco con la respuesta al día siguiente: ésta sería la última fase de la negociación y Siria debía estar preparada para decir sí o no.

A pesar de que acabábamos de dar forma a documentos que incluían casi todos los puntos fundamentales para Israel, no pude dejar de recordar la experiencia de noviembre de 1973, cuando cometí el ingenuo error de suponer que habíamos logrado un acuerdo porque Sadat había aceptado casi todas las especificaciones presentadas por Golda. Luego había enviado a Sisco para obtener la aprobación definitiva de Israel y, como recompensa por mis gestiones, se me acusó de presionar con un ultimátum. Para la dignidad de Israel era importante que la fase final de la negociación no pareciera tener su origen en Damasco. Por consiguiente, fui muy cauteloso cuando hablé con los representantes de la prensa en el aeropuerto de Damasco:

Hemos logrado reducir considerablemente las diferencias y ahora regreso a Israel para reunirme con la comisión negociadora esta noche y averiguar cuál es su posición con respecto a la manera de salvar esos últimos obstáculos. Mañana, el señor Sisco, de mi comitiva, regresará a Damasco para someter esas consideraciones al presidente Assad y al ministro de Relaciones Exteriores.

Añadí que yo no regresaría a Siria en el curso de esa ronda diplomática.

Por esta única vez, los sutiles y experimentados periodistas que me acompañaban en el avión pasaron por alto un matiz, sin duda debido a su estado de total agotamiento. Pero lo cierto es que se equivocaron de medio a medio al interpretar el significado del regreso de Sisco. De hecho, podía significar sólo una de estas dos cosas: que el acuerdo era prácticamente un hecho, o que era totalmente irrealizable. Casi cinco semanas de expectativas frustradas hacían que la segunda interpretación resultara la más plausible. En consecuencia, el mismo día en que el éxito parecía seguro, muchos periodistas elaboraron sesudas especulaciones sobre las causas y consecuencias del fracaso de las negociaciones. Lo hicieron con gran pesar y buena voluntad y no causaron daño a nadie ni a nada, salvo quizás a la objetividad de la Casa Blanca.

Pero Golda, luego de reunir a su equipo a la una de la madrugada del martes 28 de mayo, no tuvo esas dudas. Supo inmediatamente que se había abierto una brecha hacia

un entendimiento. Le informé con lujo de detalle sobre las conversaciones de las veinticuatro horas previas. Examinamos una vez más el trazado de la línea siria, la cuestión del monte Hermón, de los palestinos, de la composición del cuerpo de las Naciones Unidas. Agregué que había establecido una cifra absurda para el número de integrantes que tendría dicho cuerpo —1.286—, nada más que para obligar al Gabinete israelí a lanzarse a una frenética búsqueda de los motivos que me habían llevado a establecerlo.

Hablamos durante dos horas. Yo estaba afónico, casi imposibilitado de hablar, y extenuado. Ya eran casi las 3.00. Por último, Golda decidió que ya había escuchado suficiente y que citaría a una reunión de Gabinete a las 8.00, cinco horas más tarde. El momento de la decisión casi había llegado. *Ustedes, los jóvenes, váyanse a dormir*, indicó Golda con una sonrisa, y levantó la sesión.

Supe que lucharía por el acuerdo con la misma intensidad con que hasta ese momento había insistido en que se cumplieran las exigencias de Israel. Al cabo de todas esas semanas de discusiones violentas y a menudo ininteligibles, ahora todo se había reducido a lo esencial, así que no tenía ningún sentido presionarla. Por tal razón le presenté una síntesis de mi pensamiento:

Han transitado ustedes un largo camino. Si deciden oponerse al documento, ninguno de los integrantes de la comitiva norteamericana pensará que se mostrarán poco razonables, así que no se preocupe por eso. Lo único que debe considerar son los méritos esenciales de las consecuencias de un acuerdo, frente a las de una falta de acuerdo, con un país cuya confiabilidad básica es incierta, pero cuya confiabilidad no se vuelve mayor sin el acuerdo.

La comitiva norteamericana se retiró a descansar alrededor de las 3.30 y durmió hasta cerca de las 9.00, hora en que ya Golda había reunido a su Gabinete. Tenía la esperanza de que no tardarían en llegar a una decisión, por lo cual le había dicho a Assad que Sisco le llevaría la respuesta israelí hacia el mediodía. Su promesa de no recibir a Gromyko antes de reunirse con Sisco demostraba cuáles eran las prioridades de Siria.

Al cabo de interminables semanas de actividad frenética e ininterrumpida, mis colegas y yo ya no teníamos nada que hacer. Permanecimos en mi *suite* del hotel King David, contemplando desde lo alto la parte vieja de Jerusalén. Tenues rayos primaverales de sol se reflejaban en la dorada Cúpula de la Roca, una de las mezquitas más sagradas del Islam, ¡Cuánta pasión habían despertado durante esas semanas otras colinas, mucho menos hermosas que éstas! Dinitz llamaba cada tanto para informarnos que el Gabinete seguía reunido. Mi nerviosismo queda claramente demostrado por el hecho de que yo lo llamé tres veces por teléfono. Por último, a las 13.15, Dinitz me dio la noticia: el Gabinete mostraba una buena disposición, pero quería contactarse conmigo una vez más. A las 14.00 me reuní con Golda, Dayan, Eban, Dinitz, Gur y un alto funcionario del despacho de la primera ministra, Mordechai Gazit. Sisco y Rodman me acompañaban.

Golda no se anduvo con rodeos. *Mire: desde las 8.30 hasta hace quince minutos. . . ésta es una reunión trágica, porque todo el mundo concuerda en que debemos llegar a un entendimiento, pero por unanimidad coinciden en opinar que, sin algo tangible en lo que respecta a los terroristas. . .*

De nuevo estábamos en el punto más espinoso. Era imposible decirle a Israel, después de lo sucedido en Ma'alot, que el convenio no incluiría nada con respecto al terrorismo. Era igualmente imposible exigirle a los apasionados nacionalistas de Damasco que repudiaran públicamente a los palestinos. Al mismo tiempo, era un hecho que en las colinas del Golán prácticamente no se habían producido incidentes terroristas en todos esos años. Todo el que estuviera familiarizado con el estilo sirio de gobierno sabía que no parecía probable que Damasco permitiera que una organización paramilitar cuyo con-

trol no ejercía actuara desde su territorio. Señalé que era lo último que Assad podía desear:

El verdadero problema, a mi criterio, radica en que la situación interna de Israel los obliga a centrar su atención en el tema del terrorismo y, en cambio, la situación interna de Siria hace que Assad lo niegue. Vale decir, que el problema de orden práctico es el que acabo de señalarles. . . Cuanto mayores formalidades exijan en tal sentido, menos probabilidades tendrán ustedes de conseguirlo.

Pero los israelíes querían algo, aunque no supieran exactamente qué. Insistían en que yo debía regresar nuevamente a Damasco y volviera a Jerusalén con alguna medida que representara más garantías en cuanto a ese punto. ¡Vaya encargo! Sabían muy bien que un fracaso del acuerdo con respecto a este problema no disminuiría la amenaza terrorista sino que casi con toda seguridad serviría para agravarlo. Buscaban protección legal para lo que en realidad era un problema político y psicológico. Por sobre todo, necesitaban algo para informar al Knesset, al que se habían apresurado a prometer que no suscribirían ningún acuerdo sin someterlo antes a su consideración:

Para facilitar mi tarea, la comisión israelí aceptó los textos del documento existente, luego de algunos tímidos intentos de modificar alguno que otro término. Aceptaron adelantar la línea siria de vanguardia tal como se los sugerí, excepto en un punto. Alrededor de las 15.15 Golda me pidió que la acompañara a su pequeño despacho. Me confió allí que abandonaría su cargo tres días más tarde y que ese convenio era su manera de poner punto final a la última guerra. Sólo entonces podía afirmar que había completado su tarea. Deseaba que fuera yo y no Sisco el que viajara a Damasco, de modo que si todo fracasaba a último momento, ella pudiera vivir en paz consigo misma. Yo podía lograr de Assad más que ninguna otra persona y aunque no tuviera éxito, por lo menos eso le permitiría a Golda tener la certeza de haber hecho lo humanamente posible para sacar las cosas adelante. Acepté con bastante renuencia, pero le previne que en Damasco me vería obligado a hacerle una breve visita de cortesía a Gromyko, pues sería insultante estar en la misma ciudad que él y rehusar verlo.

Por consiguiente, notificamos a Damasco que yo saldría de Israel a las 15.30 y que confiaba en reunirme con Assad lo antes posible después de mi llegada; un síntoma evidente de cuánto habían cambiado nuestras relaciones. Cuatro meses antes, habría resultado inconcebible que los quisquillosos sirios le permitieran a un norteamericano fijar la hora para reunirse con su presidente.

Así, menos de veinticuatro horas después de haber anunciado mi alejamiento definitivo de Damasco, me encontraba de regreso en la capital siria. Khaddam me esperaba en el aeropuerto ese martes por la noche para reanudar nuestra cordial conversación. ¡Bienvenido!, me dijo cordialmente. *Creo que ni siquiera el ministro de Relaciones Exteriores puede frustrar este acuerdo*, le contesté. Camino a la casa de huéspedes, Khaddam me dijo que en vista de la demora de Sisco en regresar, Assad no había podido mantener su promesa de no recibir a Gromyko. Fue sólo una visita de cortesía que duró media hora y en la que los sirios habían proporcionado muy poca información sobre el estado de las negociaciones. Conocía demasiado bien la discreción de mis orgullosos interlocutores y por eso le creí. A las 20.15, y acompañado sólo por Isa Sabbagh, me reuní con Assad. El problema se reducía ahora a una cuestión de índole humana, y mi papel consistía en explicar las motivaciones y no en encontrar fórmulas. Le expliqué con cierta emoción el estado de inseguridad de los israelíes, sobre todo durante la semana del episodio de Ma'alot. Creo que Assad comprendió, aunque también él tenía sus propios imperativos. Habló con voz afable pero apasionada sobre los sufrimientos y la congoja de un pueblo que carecía de hogar, de identidad y, sobre todo, de esperanzas. Afirmó que no tenía

derecho a cercenar la poca fe en el futuro que les quedaba a los palestinos aparentando ponerse del lado de sus enemigos. Por otra parte, la ausencia de actividad de los guerrilleros en los últimos tiempos no había sido mera casualidad, y tampoco era probable que esa situación se modificara en el futuro. El Golán no sería territorio de guerrilleros debido a la política ejercida por Siria y no a las amenazas de Israel o a promesas sirias que no los obligaban a nada. Comencé a entender con mayor claridad las razones por las que las acciones guerrilleras en el Golán eran improbables. Luego de haber pasado cinco semanas solucionando cada pequeño detalle, yo debería asumir la responsabilidad de transmitir al Gabinete israelí mi propia opinión en el sentido de que la acción de la guerrilla era muy improbable. Consideraba que Israel debía conformarse con la garantía norteamericana de que, si mi criterio resultaba erróneo e Israel respondía a esos ataques en el Golán, contaría con nuestro apoyo y su acción no sería calificada como una violación al cese del fuego.

Ya eran las 22.45. Estaba listo, casi impaciente, por partir. Sabía que Golda y toda la comisión negociadora me aguardaban. Pero Assad se opuso terminantemente: no podía irme sin haber cenado con él y sus más cercanos colaboradores: el ministro de Defensa general Tlas, quien además era poeta; el jefe de Estado Mayor de Inteligencia, general Chehâbi; el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, Jamil, el viceprimer ministro y el ministro de Relaciones Exteriores, Khaddam. Todos habían sido invitados a cenar con Gromyko, y ya comenzaban a sentir apetito. Aduje que Gromyko me aguardaba. *No se preocupe*, me dijo Assad sin inmutarse; *será usted el que se coma la cena de él*.

Así, regresamos al pequeño comedor de Assad, que tenía la misma apariencia de *capullo* de las demás habitaciones. Reinaba una atmósfera de enorme distensión y alivio, que por primera vez tenía oportunidad de experimentar en Siria. Señalé que Gromyko me había comentado la existencia de un ave de Siberia que él solía cazar imitando su reclamo en época de celo. Le pregunté a Assad si Gromyko le había concedido alguna vez el privilegio de oír esa imitación. *Sólo lo hace en presencia de usted*, bromeó Assad dirigiéndose a mí. Sugerí que Gromyko podría hacerlo en reemplazo de un discurso de despedida.

Assad se mofó de mí alegando que yo tenía miedo de permitir que Sisco llegara solo a Damasco. Le respondí que lo que más me atemorizaba no era la posibilidad de que fracasara sino de que tuviera éxito. Y, en un arranque de ironía, rendí luego tributo a la inspiración demostrada en lo referente al nombre asignado a las fuerzas de las Naciones Unidas:

KISSINGER: Es casi un poema épico (risas.) Estoy seguro de que su verdadero autor es el ministro de Defensa. Mientras ese grupo exista, sabrá que ha hecho algo jamás logrado en 6.000 años de historia: nunca antes hubo una organización llamada Undof (Risas.)

ASSAD: Esos eran los sentimientos que me embargaban ayer.

KISSINGER: Jamás tuve ocasión de escuchar los poemas del ministro de Defensa.

CHEHABI: Yo sí; y le aseguro que no por eso me resultan más comprensibles. (Risas).

El ministro de Defensa comenzó a recitar entonces un extenso poema disparatado en árabe que provocó la hilaridad de nuestros anfitriones sirios.

Al cabo de una hora volvimos al salón de conferencias para examinar una vez más los mapas. El jefe de Estado Mayor del ejército se unió a nosotros en ese último repaso de las colinas y las calles que tanto trabajo nos habían dado durante cinco semanas. Por último, nos pusimos de acuerdo con respecto a los procedimientos que utilizaríamos para anun-

ciar el pacto, cosa que esperábamos hacer antes de las 19.00, hora siria, del día siguiente. La firma tendría lugar el viernes 31 de mayo.

A la medianoche visité por fin a Andrei Gromyko en una casa de huéspedes oficial que yo no conocía. Era una situación casi humillante para el ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, pero la sobrellevaba con verdadero aplomo. A menos que Gromyko fuera mejor actor de lo que yo suponía, todo parecía indicar que no sabía absolutamente nada acerca de las negociaciones para la separación de fuerzas, sobre las que conversamos durante menos de diez minutos. El único punto sobre el cual parecía estar vagamente informado era la negativa siria a hacer promesas formales con respecto a reprimir la acción de los guerrilleros. Como era de esperar, Gromyko apoyaba la posición siria, pero sin ningún apasionamiento. Actuaba más como un profesor que analiza un hecho diplomático muy lejano en el tiempo, que como un ministro de relaciones exteriores de una superpotencia. Hubo cierto cambio de palabras acalorado respecto de la Conferencia de Seguridad Europea y el SALT, y al cabo de poco más de media hora Khaddam pasó a buscarme para llevarme al aeropuerto.

Una vez en el automóvil, Khaddam volvió a prometerme que no habría reacción siria frente a una declaración norteamericana unilateral señalando nuestra actitud con respecto a los ataques de los guerrilleros palestinos. A pesar de la presencia de Gromyko en Damasco, Khaddam prefería que la notificación formal a Moscú con respecto al acuerdo se hiciera desde Washington. Los motivos de tal actitud me resultaron del todo incomprensibles, como no fuera que obedecieran a cierta perversidad. Khaddam confiaba en que el anuncio del acuerdo podría adelantarse para las 17.00.

En Israel, mi regreso en las primeras horas del miércoles 29 de mayo fue el comienzo de otra sesión que duró hasta bien entrada la mañana y que se inició sin tardanza, a las 2.10. Golda me informó que Rabin había logrado formar Gabinete y que lo anunciaría ante el Parlamento el domingo 2 de junio. El viernes 31 de mayo sería el último día de su actuación como primera ministra. Golda no parecía sentir emoción alguna al contemplar el fin de su carrera política. Me pareció percibir en ella cierta sensación de alivio ante la idea de que sería recordada como la primera ministra que logró recuperar los últimos prisioneros israelíes de una guerra por la que nunca dejaría de sentirse responsable y de que, estando aún en el poder, se cumpliría el cese del fuego en las Alturas del Golán.

Pero ni la inminencia del fin de su carrera política ni el anhelo de hacerlo con un gesto triunfal la llevaban a abandonar su actitud alerta. En la quietud de las primeras horas del día, me reuní a solas con ella y juntos repasamos todo lo que yo había conversado con Assad. Convinimos en que Golda haría una declaración en el Parlamento sobre el tema de los ataques de los guerrilleros palestinos, declaración que después de varios borradores se presentó ante el Knesset en los siguientes términos:

En cuanto a la posibilidad de prevenir las actividades terroristas, los Estados Unidos nos han informado de su posición en ese primer párrafo del acuerdo a saber: *Las incursiones por parte de grupos o individuos armados a través de la línea de demarcación constituyen violaciones del cese del fuego. Israel, en ejercicio de su derecho a la autodefensa, puede actuar para impedir tales actos recurriendo a todos los medios a su alcance. Los Estados Unidos no considerarían tales acciones por parte de Israel como violaciones al cese de hostilidades y les brindarían su apoyo político.*

Supongo que los Estados Unidos no nos habrían ofrecido una declaración semejante si no hubieran tenido sólidos fundamentos para ello, y hago pública esta posición con el conocimiento de los Estados Unidos.

No hubo respuesta siria.

Golda Meir, que había luchado denodadamente por cada centímetro cuadrado de te-

territorio y había examinado con cuidadosa atención hasta el más insignificante detalle de cada cláusula que liberaba a los firmantes de ciertas responsabilidades en determinadas circunstancias, ahora ponía fin a sus esfuerzos con un acto de fe. Resultaba simbólico que, al final, esos dos líderes que tanto desconfiaban el uno del otro, terminaran afirmando la realidad de factores intangibles.

Desde las 2.45 hasta las 4.00 me reuní con la comisión negociadora israelí en pleno. Poco más tarde, el Gabinete volvió a sesionar conmigo y aprobó el acuerdo.

No podíamos darnos el lujo de tomarnos una pausa: el tiempo no nos lo permitía. Teníamos que trabajar a toda velocidad para completar todos los documentos, enviarlos a Damasco (lo cual no era un expediente sencillo pues debía hacérselo vía Washington) y organizar todo lo referente a los diversos procedimientos que tendrían lugar después, como el anuncio y la suscripción de firmas. Surgió una dificultad de último momento cuando los sirios solicitaron imprevistamente una postergación de cinco horas en cuanto al anuncio y también que la firma no se llevara a cabo el 31 de mayo sino el 2 de junio, lo cual significaba que el acuerdo se firmaría una vez finalizado el mandato de Golda Meir y requeriría la aprobación del nuevo Gabinete. Tuve la sensación de que detrás de ese inesperado pedido estaba la mano de Gromyko. De todos modos, y luego de una serie de mensajes bastante enérgicos, Assad desistió de esos cambios.

Por último, a las 13.00 del miércoles 29 de mayo hora de Washington (19.00 en Jerusalén y 20.00 en Damasco), el presidente Nixon leyó la siguiente declaración en la sala de conferencias de prensa de la Casa Blanca:

Las negociaciones conducidas por el secretario de Estado de los Estados Unidos, doctor Henry Kissinger, con Siria e Israel, han permitido concertar un acuerdo para la separación recíproca de las fuerzas armadas de ambos países. El pacto será firmado por representantes militares de Siria e Israel el viernes 31 de mayo —vale decir, el viernes próximo—, en Ginebra, en la sede europea de las Naciones Unidas, antesala de la Cámara del Consejo (*).

Esa noche Golda ofreció una recepción en el espartano salón de conferencias de su despacho. Se encontraban presentes todos los miembros del Gabinete, así como los líderes del Parlamento. En todos los rostros se reflejaba el agotamiento y un inmenso alivio. ¿Era posible que esos hombres y mujeres exhaustos fueran los mismos que habían regateado con tanta obstinación, dispuestos aparentemente a arriesgarlo todo? ¿Ese alivio que ahora veía en sus rostros significaría que habían temido realmente las consecuencias de la tensión a la que parecían tan decididos a exponerse? Lo más probable es que la respuesta a ambas preguntas fuera afirmativa. Los líderes israelíes habían agotado sus recursos psíquicos al cabo de ocho meses de crisis casi constantes. No cedieron a sus temores y tampoco se atrevieron a confiar en sus esperanzas, por lo cual habían tenido que seguir un camino muy sinuoso, con cautela, sin excesiva generosidad, pero que, a pesar de todas sus idas y vueltas, los había conducido inequívocamente a lograr un acuerdo.

Golda parecía demasiado exhausta para hacer un discurso, pero lo que formuló estaba inspirado por el gran sueño de un pueblo que no había conocido otra cosa que guerras:

No cabe duda de que ésta es una gran noche, una noche que habla de grandes esfuerzos, de una intensa exploración interior, y de la búsqueda de soluciones que tal vez hace algún tiempo parecieron imposibles.

(*) El acuerdo fue suscripto el día fijado. Su texto y el de la *propuesta* norteamericana figuran en el Apéndice al final del libro (3).

Este es el día que, según esperamos, no sólo traerá tranquilidad inmediata a nuestras fronteras septentrionales sino que también permitirá que las madres sirias, las madres israelíes, las jóvenes esposas sirias, las jóvenes esposas israelíes, los niños a ambos lados de la frontera puedan conciliar el sueño por las noches sin terror, sin pesadillas de incertidumbre, sin preguntarse si ese ser querido que está vivo hoy lo seguirá estando mañana. Esto es lo que deseamos para nuestro pueblo y para nuestros vecinos, y confiamos en que todo saldrá bien. Rogamos que así sea, para que éste constituya el comienzo de una paz auténtica y duradera con todos nuestros vecinos y en todas nuestras fronteras. Lo repito; confío en que así sea por el bien de todos los que habitan a ambos lados de la frontera.

Si su primera ministra podía hablar con emoción no sólo de las esperanzas y sueños de su propio pueblo de Israel sino también de los de Siria, era indudable que Israel había recorrido un largo camino.

Balbuocé algunas trivialidades, en el sentido de que jamás olvidaríamos la experiencia del último mes y la atmósfera reinante en la culminación de las tratativas. Y luego besé a Golda en la mejilla. Pero Golda no solía tolerar los sentimentalismos durante mucho tiempo. Recordando, sin duda, con cierto fastidio mis abrazos con los líderes árabes, comentó: *Temí que usted besara únicamente a los hombres.*

Al día siguiente, Abba Eban me llevó al aeropuerto y comentó con tono nostálgico:

El Secretario no regresará esta noche. Confieso que eso es algo que puedo comprender en un plano intelectual, pero no en el afectivo. La experiencia de estas reuniones diarias casi llegó a formar parte de nuestra vida.

Y luego resumió la significación psicológica de las últimas cinco semanas: habíamos llegado al borde de la desesperanza, superando ese límite mediante un acto de voluntad y de fe en la paz.

Hicimos una breve escala en El Cairo para entrevistarnos con el hombre que había promovido el acuerdo de separación de fuerzas sirio-israelí: Anwar el Sadat. Nos reunimos en la residencia del presidente en la zona Giza de El Cairo, primero a solas y luego con nuestros asesores. El alivio de Sadat era enorme. Durante casi seis meses había tolerado las provocaciones sarcásticas de los árabes por haber suscripto en el mes de enero un acuerdo de separación de fuerzas egipcio-israelí. Pero sin su coraje, las negociaciones se habrían estancado en ambos frentes. La odisea de treinta y cuatro días de constantes idas y venidas que implicó mi gira *torbellino* de mediación con Siria demostró qué habría ocurrido si se hubiera intentado llevar adelante en forma simultánea las negociaciones por el Sinaí y por la región del Golán. El estancamiento habría sido inevitable, y una nueva conflagración, más que probable. El Tercer Ejército no podría haber permanecido en el desierto durante todo ese tiempo sin intervenir activamente.

A Assad le habría resultado muy difícil obtener apoyo interno para dar ese paso hacia la paz. Sadat había hecho posible el primer repliegue de fuerzas israelíes en el que la diplomacia árabe desempeñó un papel importante.

Pero Sadat ya pensaba en el futuro. Ahora el camino estaba despejado para dar pasos más significativos hacia la paz y acelerar el viraje de sus relaciones diplomáticas hacia Washington. Esperaba con impaciencia la visita de Nixon, que simbolizaría la confianza de Egipto en los Estados Unidos. Decidimos anunciar la formación de un comité conjunto para la cooperación económica, científica y cultural. Y hablamos con la confianza y el afecto que había surgido entre nosotros, acerca de las medidas que sería preciso tomar más adelante en los diversos frentes árabes. Sadat me preguntó si Rabin tenía tantas agallas como Golda; y yo lo felicité por hacer la pregunta realmente significativa y no la

más superficial, es decir, si Rabin era un *halcón* o una *paloma*. Sadat deseaba que Rabin dispusiera de suficiente tiempo como para *pararse sobre sus propios pies*; poseía la sabiduría necesaria para comprender que sólo la paciencia permitiría que Israel superara sus obstáculos psicológicos y así, paradójicamente, se acelerara el proceso tendiente a la paz. Y Sadat también necesitaba tiempo para construir *una nueva imagen de los Estados Unidos* en el mundo árabe. Me tildó de *mago*, y le respondí que eso era mérito suyo.

Lo cual no era más que la verdad más absoluta. Sadat había cambiado la realidad; yo no había hecho más que ayudar a ambas partes a que comenzaran a transitar por el camino que él había abierto.

Si bien el *torbellino* sirio constituyó una experiencia agotadora, también representó un proceso de maduración. La separación de tropas en el Sinaí había sido todo inocencia: se superaron obstáculos formidables; se contó con un hombre cuya grandeza le permitía tomar sólo en cuenta lo esencial; la conclusión fue rápida, y se logró una simetría casi perfecta entre las aspiraciones y los logros. Pero no representaba el mundo real, por lo menos el de Medio Oriente, con su choque de pasiones y principios profundos. En las colinas del Golán no había lugar para los actos de gracia mediante los cuales Sadat ennobleció el proceso tendiente a la paz y logró que los complejos e ininteligibles debates que durante décadas habían reemplazado un auténtico diálogo parecieran triviales. Ninguna de las partes tenía esa amplitud de miras, y cada concesión significaba para cada uno de ellos un verdadero desgarrón. Las negociaciones tomaron la forma de una serie interminable de regateos, pero éstos no constituían más que estaciones intermedias en un viaje a través de necesidades espirituales. En cada punto crítico ambas partes llegaban hasta el borde de un abismo que presagiaba nuevos conflictos. Y luego se apartaban: ninguno de los dos quería renunciar a su primera oportunidad de lograr la paz. Así, esta prolongada ronda diplomática trajo como resultado un pacto que, a pesar de toda su complejidad, fragilidad y desconfianza, se ha mantenido sin alternativas importantes durante casi una década. No ha habido reclamaciones serias en cuanto a violaciones; en todas las crisis del Líbano el acuerdo con respecto a las Alturas del Golán jamás estuvo en peligro. En los ocho años que transcurrieron desde la firma del acuerdo, no se produjo ningún hecho que demostrara que me había equivocado en cuanto a lo que pensé sobre la acción de los guerrilleros palestinos aquella noche en la sombría sala de Assad. Así, los actos de fe que constituyeron la culminación de las negociaciones, demostraron estar justificados (*).

La importancia de la separación recíproca de fuerzas en el Golán no fue sólo o siquiera básicamente psicológica. En el plano político señaló un importante paso hacia adelante. Si los sirios radicales podían firmar un acuerdo con Israel, no existían obstáculos ideológicos para conversaciones tendientes a la paz con cualquier otro Estado árabe. Durante el verano, una verdadera procesión de ministros de relaciones exteriores de todo el Medio Oriente llegó a Washington para hacer pronósticos sobre nuestra política, simbolizando así —y no por accidente— la disminución de la influencia soviética en esa zona. Nuestro plan consistía en dar por lo menos otros dos pasos parciales antes de intentar metas más amplias: trataríamos de reunir a Jordania e Israel en una negociación seria con respecto a la *margen occidental* del río Jordán, y sabíamos que se podía lograr más en el Sinaí, canjeando nuevos repliegues israelíes por medidas políticas tendientes a la paz. Al finalizar nuestra misión diplomática con Siria aún no habíamos decidido cuál curso de acción tomaríamos en primer término, pero la separación de fuerzas entre Siria e Israel constituía un prerequisite para cualquiera de ellas. En algún momento estaríamos en condiciones de avanzar simultáneamente en varios frentes. Incluso Siria contaba con

(*) Esto fue escrito antes de que Israel anexara las Alturas del Golán en diciembre de 1981.

nosotros para seguir negociando. Después de un nuevo paso con Jordania y otro acuerdo con Egipto, nos proponíamos explorar las posibilidades de poner fin al estado de beligerancia en todos los frentes.

De este modo, la negociación con Siria constituyó para nosotros la línea divisoria entre el mundo en crisis iniciado por la guerra de octubre y el mundo de paz al que tendíamos. Era difícil establecer a ciencia cierta cuánto podía intentar un país desgarrado por una crisis constitucional, pero de ningún modo sentíamos que nos encontrábamos al final del camino. Muy por el contrario. Nos proponíamos seguir adelante, y así lo hicimos. Y esperábamos fervientemente que en ese proceso llegaría un momento en que todas las naciones de la región darían el paso hacia la reconciliación a que los hacían acreedores todos los sacrificios que se habían visto obligados a realizar.

Capítulo XXIV

EL ULTIMO VIVA

LA CONFERENCIA DE PRENSA DE SALZBURGO

Mientras las idas y venidas del *torbellino* sirio se prolongaban interminablemente, manteníamos el ánimo con visiones del regreso a la patria, que llegó a presentársenos como un oasis para los que vagan por el desierto. Mientras más largos eran los días de trabajo y mayor la tensión nerviosa, más idílica aparecía a nuestros ojos la terminación del perpetuo vaivén de la diplomacia *torbellino* o de *lanzadera*. No hubiéramos creído entonces que la visión terminaría siendo un espejismo.

La separación de las fuerzas de Siria e Israel resultó ser el último gran triunfo del gobierno de Nixon. En gran medida, el núcleo principal de nuestra política exterior parecía haber quedado aislado de los efectos internos más corrosivos de Watergate, como si hubiera un reconocimiento nacional tácito de la necesidad de sobrevivir. Pero no podía continuar así. Cuando las grietas que resquebrajan la estructura de una sociedad llegan a cierto punto, tarde o temprano deja de funcionar toda moderación. Poco después de completado el acuerdo sirio se acometió directamente contra la política exterior, y la capa aislante que parecía protegerme fue súbitamente desgarrada.

Al terminar los treinta y cuatro días de idas y venidas del *torbellino* llegué a la Base Andrews de la Fuerza Aérea a la 1.50 de la madrugada del 31 de mayo para encontrarme con lo que puede haber sido el más alto grado de aclamación pública jamás acordado a un secretario de Estado. *Newsweek* me presentó en la tapa vestido de *Superman*; aunque la tapa de *Time* era menos embriagadora, sus elogios resultaban casi igualmente excesivos. Los comentaristas describían los vaivenes del *torbellino* como uno de los mayores éxitos diplomáticos de la historia: no se ha registrado nada que indique que yo resistí la hipérbole. Circuló la historia (¿apócrifa?) de que en una comida le contesté presuntuosamente a alguien que me daba las gracias por haber salvado al mundo: *De nada*.

Mi estado de ánimo era, en realidad, más complejo. Estaba físicamente exhausto y emocionalmente agotado, y con esa sensación de aflojamiento que sigue siempre a los grandes esfuerzos. Y yo sabía, mejor que la mayoría, cuán estrecha había sido la línea que separaba el éxito del fracaso. Si unos cuantos días antes —el día de mi cumpleaños— Assad no me hubiera vuelto a llamar cuando iba saliendo de su estudio, todo el acuerdo habría abortado. Muchos de los que ahora me aplaudían me hubiesen estado criticando duramente por haber invertido tanto prestigio en una negociación personal prolongada. Degusté previamente esas amarguras cuando tres días antes de la firma del acuerdo las conversaciones parecían estancadas, como puede verse en el informe enviado el 28 de mayo por Marvin Kalb, el imparcial corresponsal de CBS:

Este es el 31º día del viaje emprendido por Kissinger con el propósito de conseguir un acuerdo para la separación de las fuerzas de Siria e Israel. Ha habido 16

visitas a Israel, 12 a Damasco, casi 30.000 kilómetros desde Washington y las idas y venidas entre Jerusalén y Damasco, lo que representa un extraordinario gasto de energía e influencia personal realizado por el secretario de Estado. Quería un acuerdo; que no lo lograra no parece haber sido por falta de esfuerzo o de dedicación. . .

Ha habido equivocaciones y errores de juicio. Ante todo, tal vez Kissinger no debería haber venido. Tal vez tendría que haber mandado a Sisco a hacer el trabajo diplomático previo y venir sólo cuando las diferencias hubieran sido lo suficientemente limadas como para que él pudiera usar su influencia y terminar con el estancamiento. Tal vez debería haber regresado después de dos semanas en vez de quedarse aquí y esperar la oportunidad de lograr un acuerdo definitivo. . .

Ha invertido mucho sin conseguir lo que buscaba. No es probable que vuelva alguna vez a volcar tanto en una sola negociación. Mañana, presumiblemente, regresará a Washington y tendrá entonces que contestar las muchas preguntas que se harán acerca de las tratativas y del futuro del Oriente Medio. Kissinger ha sido siempre fatalista en cuanto a estos trámites: hay cosas que pueden hacerse y cosas que no. Para él lo peor hubiera sido no haberlo intentado; y de eso no será culpable.

Pero aunque la diplomacia *torbellino* había tenido éxito, yo sabía también que esto era sólo un comienzo, como en el caso del alpinista que se detiene para un breve descanso en lo alto de una loma y ve los picos lejanos tan distantes como al principio. Habíamos ganado espacio para maniobrar, pero yo ya había aprendido a qué precio se lo pagaba. La época de los aparentes milagros había terminado. Estábamos firmemente resueltos a lograr una paz duradera en el Medio Oriente; pero armarla sobre la base de esos dos acuerdos constituía una tarea que dejaría pequeña a la complejidad de la separación de fuerzas. Esta había requerido intensos esfuerzos; y, al desarrollarse, evocaría pasiones mucho más elementales que las que más de una vez nos habían llevado a todos, como estableció Abba Eban al despedirse, más allá de la desesperación.

En esos primeros días de mi vuelta a Washington me preguntaba cómo podríamos comenzar tal odisea suspendidos como estábamos sobre la hendidura, cada vez más grande, de Watergate. Para entonces yo consideraba inevitable el juicio político de Nixon. La publicación de hasta su propia versión de las conversaciones grabadas en el despacho presidencial había removido las últimas inhibiciones. Casi ninguna de las personalidades importantes estaba dispuesta a hablar en su favor. Su apoyo público había quedado reducido a un núcleo empedernido que representaba un 25%. Era penoso observar la desintegración de la presidencia. La disciplina que Nixon se imponía resultaba extraordinaria, pero sólo disfracaba su vulnerabilidad; ya no le quedaba ningún sentido de proporción. No es posible trabajar con un hombre durante más de cinco años, como en mi caso, sin conmoverse por el derrumbamiento de un espíritu que con tanta frecuencia nos había sostenido.

Estaba en ese estado de ánimo, suspendido entre un temor reverencial y el miedo, y tratando de recobrar mi equilibrio en medio de la adulación y la desintegración, cuando de repente me vi yo también inesperadamente arrastrado al pozo.

La codicia por las revelaciones había desarrollado ahora su propia lógica. Lo que comenzó como un medio de irrumpir a través de la ofuscación oficial en el mal proceder se había convertido en una insaciable demanda por una "verdad" que con frecuencia era en sí misma una distorsión. Cada investigación era tratada como si estuviera aislada de todo lo demás; cada documento oficial era manejado como si fuera la verdad revelada, como si nadie hubiera oído hablar jamás de las notas que su propio autor entremezclaba en la documentación a fin de cubrirse, de los memorandos escritos para cubrir los rastros del autor. Es indiscutible que las investigaciones de Watergate dieron dramático relieve

al indispensable principio de que ni los más poderosos del país están por encima de la ley. Pero para el verano de 1974 Watergate se había convertido en una especie de masoquismo nacional que amenazaba con consumir nuestra sustancia en una obsesión con nuestros fracasos. Y repentinamente mi turno había llegado.

La ocasión fue un nuevo resurgimiento de las cuestiones gemelas comprendidas por la interceptación de las conversaciones telefónicas y los *plomeros*. Los primeros gruñidos habían sido aparentes durante el *torbellino* sirio. Pronto se iniciaría el juicio de John Erlichman por delitos relacionados con las actividades de los *plomeros*, incluso el robo en el consultorio psiquiátrico de Daniel Elsberg. Con el propósito de justificar sus actos alegando razones de seguridad, Erlichman presentó el 19 de mayo una declaración jurada a los tribunales afirmando que el grupo de los *plomeros* fue creado en el curso de tres reuniones celebradas en 1971, a una de las cuales yo asistí. Charles Colson, acusado de otros delitos, había presentado el 29 de abril, para el juicio de Erlichman, otra declaración jurada en la que afirmaba lo mismo. (*). Ambos hechos figuraron en las primeras planas de los periódicos. Lo que estaba implícito era que yo sabía desde el principio sobre los *plomeros* y sus actividades, y que mis negativas habían constituido una falsedad. Era una repetición de las cuestiones que habían surgido en setiembre de 1973 durante las audiencias del Senado para mi confirmación como secretario de Estado y que, remozadas, aparecieron también durante la investigación hecha en enero de 1974 en relación con el subalterno de Marina que había saqueado mi portafolios. (Véanse Capítulos X y XVIII). La repetición no daba más validez a las acusaciones.

En julio de 1971, mientras yo realizaba mi viaje secreto a la China, Erlichman le había pedido a David Young, uno de mis ayudantes, que se incorporara a su personal. Cuando regresé el 13 de julio le presenté mi protesta a Colson diciéndole que no debería haber hecho tal cosa en mi ausencia. Dos días después Nixon invitó a algunos de los miembros superiores de su *staff*, incluidos Erlichman y yo, a comer con él para celebrar su aparición en televisión en la que anunció mi viaje a China. Después de una amistosa reunión, con Nixon disfrutando de uno de los raros momentos de aprobación pública general, Erlichman y yo compartimos durante cuarenta y cinco minutos un viaje de vuelta a San Clemente y tuvimos otro altercado sobre David Young. Erlichman se vanaglorió de ser más capaz que yo para utilizar personas talentosas; atribuí sus manifestaciones a los celos que sentía por la atención acordada a mi viaje a China. Si Erlichman mencionó a los *plomeros* o que Young estaba destinado a ese grupo, se me pasó por alto. Lo que entendí fue que Young había sido destinado a un proyecto relacionado con la desclasificación de documentos. No hubiera visto nada malo en que, dentro de la oficina de Erlichman, se formara un pequeño grupo encargado de investigar las fugas de información que afectaban la seguridad nacional. Y nadie pretendió jamás que yo hubiera estado al tanto de las posteriores actividades ilegales de los *plomeros*.

Nada importó; en mayo de 1974, después de la presentación de las declaraciones juradas de Erlichman y Colson, volvimos a la pesadilla de los que preguntaban si yo debería haber deducido las otras funciones de Young teniendo en cuenta la entrevista con un almirante que informó sobre una violación de seguridad en diciembre de 1971, o cómo recordaba yo un viaje en helicóptero efectuado en julio de ese año al final de un día lleno de emociones y consagrado enteramente a lo que se había logrado en China. El 11 de mayo Morton Halperin, un ex ayudante del Consejo de Seguridad Nacional que se estaba

(*) Las afirmaciones de Colson estaban en abierta contradicción con una carta enviada por él el 11 de junio de 1973, sin que yo se la solicitara, en la que me afirmaba:

En ningún momento de la entrevista con el procurador sugerí que usted hubiera participado en la formación del grupo de los *plomeros*, aunque sí dije que en aquellos días todos estábamos muy preocupados.

Declaré muy especialmente a los investigadores que yo no había participado en la formación de los *plomeros*; que no estuve presente en las reuniones en que se decidió la creación de ese grupo.

forjando una carrera a fuerza de perseguirme ante los tribunales y en los medios de información, acusó en una conferencia de periodistas celebrada en Boston que yo había incurrido en perjurio. El *Boston Globe* publicó esta noticia el 12 de mayo, mientras yo estaba en Medio Oriente.

Una semana después, periódicos de la cadena periodística Knight publicaron revelaciones sobre una grabación de la Casa Blanca filtrada a la prensa por el Comité Judicial de la Cámara de Representantes. En una confusa grabación de un diálogo con John Dean, mantenido en su despacho presidencial el 28 de febrero de 1973, Nixon decía algo que sonaba como si estuviera recordando una solicitud mía para que se intervinieran las conversaciones telefónicas de un ex ayudante mío, Anthony Lake, después que éste empezara a trabajar para el candidato presidencial Edmund Muskie (1). Tal solicitud de mi parte hubiera estado en contradicción con lo que yo había declarado ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, donde testifiqué que al someter nombres para la investigación me había limitado a seguir los criterios de seguridad establecidos por el presidente. Incorporarse al personal de un candidato presidencial no era, obviamente, uno de esos criterios. Además, tampoco era cierto. Los recuerdos grabados por el presidente tres años después del hecho eran claramente erróneos. (La intervención del teléfono de Lake había comenzado en mayo de 1970, cuando aún trabajaba para el gobierno, mucho antes de que pasara a trabajar para Muskie; y más o menos en la fecha en que, siguiendo órdenes de Nixon, el FBI dejó de mandarme informes sobre esas grabaciones). Nunca quedó en claro qué podía significar ese comentario de Nixon citado fuera de contexto. Las palabras clave eran prácticamente inaudibles. Pero el sentido de lo dicho por Nixon, y lo que podría haber estado tratando de lograr al contarle tal historia a Dean, dependería en gran medida del contexto. Todos los que conocían bien a Nixon considerarían que una frase aislada tenía que formar parte de algún designio.

Pero los medios de información, siguiendo el ímpetu de Watergate, estaban más interesados en publicar documentos secretos que en someterlos a un examen crítico. El 21 de mayo, cuando aún estaba en el *torbellino*, me enviaron un artículo aparecido en la revista izquierdista *New Times*, que resultaba bastante revelador en cuanto al estado de ánimo que se estaba formando entre algunos periodistas:

Ha terminado la luna de miel para Henry Kissinger. Hay signos que demuestran que por primera vez los medios de información andan en su persecución. . . Y un periodista de Washington me señaló: *Muchos creen que Kissinger puede ser acusado de perjurio por decirle al Senado que él no estaba al corriente de esas intervenciones de los teléfonos. Vamos a parecer unos tontos si no nos movemos antes de que lo haga la Justicia.*

Los primeros temblores se transformaron en una avalancha justamente cuando yo regresaba del *torbellino*. Como parte de los procedimientos previos al juicio político, el Comité Judicial de la Cámara de Representantes empezó a comienzos de junio a revisar los registros del FBI relativos a la interceptación de los teléfonos. Esos documentos también fueron filtrados a la prensa.

Quiquiera que fuera la persona del Comité Judicial (o del personal del Comité) que estaba pasando esos documentos a los medios de información, ignoraba que esa misma documentación había sido examinada en setiembre de 1973 por los senadores John Sparkman y Clifford Case, a quienes el Comité de Relaciones Exteriores del Senado había encomendado el examen (en sesiones ejecutivas) de esa parte de mis antecedentes durante las audiencias para mi confirmación. Como he dicho en capítulos previos, lo que yo recordaba de los hechos estaba en contradicción con algunos de los memorandos que figuraban en los legajos internos del FBI; J. Edgar Hoover hacía figurar invariablemente

el nombre de algún funcionario que no pertenecía a la jerarquía del FBI como el de la persona que "solicitaba" esa intervención, aun en los casos en que yo había oído al mismo Hoover recomendar concretamente a Nixon que así se hiciera. Como declaró el ex secretario de Estado Dean Rusk cuando prestó posteriormente testimonio ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado que examinó la cuestión, Hoover era un burócrata muy astuto y experimentado que veía la importancia de proteger sus flancos (2).

En 1973 yo había revisado cada caso y los documentos del FBI junto con los senadores Sparkman y Case, y les había explicado lo que recordaba. Elliot Richardson, procurador general en esa época, y William Ruckelshaus —que era entonces su adjunto y director en ejercicio del FBI— apoyaron mi testimonio. Después de eso, en una sesión ejecutiva del Comité del Senado, expliqué cada caso del que había tenido conocimiento personal. Nada de eso era sabido por el Comité Judicial de la Cámara de Representantes cuando empezó a revisar la documentación pertinente. Miembros demasiado entusiastas del personal, sintiendo que había una nueva víctima, empezaron a filtrar lo que ellos consideraban "pruebas nuevas" de que mi anterior testimonio público era falso. El aire estaba cargado de insinuaciones de perjurio. El *Washington Post*, que odia quedarse atrás cuando se trata de perseguir a los malos, presentó un revuelto de sus historias anteriores en la edición del 6 de junio.

Ese día, apenas seis después de mi *torbellino* en el Medio Oriente, mantuve mi primera conferencia de prensa desde mi regreso. Durante casi cinco semanas había estado muy lejos, geográfica y mentalmente, de la afiebrada atmósfera de Washington. Cada minuto del día estuve preocupado con cuestiones muy distantes de las diferencias semánticas entre quienes habían "iniciado" o "solicitado" la intervención de un teléfono cinco años antes. Nada más lejos de mi mente que la posibilidad de hallarme a punto de ser interrogado sobre Watergate. Pronto me trajeron de vuelta a la tierra.

Increíblemente, ninguna de las primeras seis preguntas se refirió a la separación de las fuerzas en el Golán. La primera de ellas fue sobre la inminencia de la firma de la Declaración del Atlántico; la segunda inquiría si todavía estábamos tratando de "echar" a la Unión Soviética de Medio Oriente, como yo había insinuado unos cuatro años antes en San Clemente. Después de eso se lanzaron al ataque. Un periodista quería saber respecto de los *plomeros* y sobre las declaraciones juradas de Erlichman y Colson. Entonces se hizo una pregunta sobre las "pruebas" que tenía el Comité Judicial de la Cámara de Representantes respecto a que yo era uno de los que habían "iniciado" las intervenciones de los teléfonos. Después de otras pocas preguntas de compromiso sobre Medio Oriente, la prensa retornó a la carga. Se me volvió a pedir que conciliara mi afirmada ignorancia de los *plomeros* con el conocimiento de la investigación de Young sobre el subalterno de Marina. La próxima cuestión convirtió los pedidos de aclaración en una acusación apenas velada: ¿tenía ya un abogado para que me defendiera de una posible acusación de haber incurrido en perjurio? Nunca se me había ocurrido pensarlo. Para entonces ya estaba molesto y les contesté de mal modo:

No he consultado a un abogado y no dirijo mi oficina como si se tratara de una conspiración. Me atengo a mis declaraciones y no contestaré más preguntas sobre este particular.

En una conferencia de prensa no puede haber una actitud más provocativa que la de negarse terminantemente a contestar preguntas sobre una determinada cuestión. Y eso demostraba hasta qué punto había perdido el control. Mi inseguridad hizo que los cronistas reaccionaran como el tiburón ante el cual se agita un pescado herido. Al instante saltó Clark Mollenhoff, conocido desde tiempo atrás como la plaga de los funcionarios evasivos, gritando con voz estentórea:

Señor Secretario, sobre esa pregunta, usted ha estado respondiendo aquí con evasivas y la imposibilidad de recordar, algo que hemos estado viendo desde hace varias semanas en esta época de Watergate. Me pregunto por qué no puede usted responder a la pregunta directa de si tuvo alguna participación en la iniciación de la intervención de los teléfonos de sus subordinados.

Cuando me referí a mi testimonio ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, me hizo callar a gritos con cuatro preguntas aclaratorias, cada una de las cuales me hundía más profundamente en la ciénaga de cómo define uno qué es iniciar, hasta que acaté casi quejosamente: *Creo que esto es una conferencia de prensa y no un interrogatorio.*

Estaba aprendiendo que en la atmósfera de Watergate resultaba sospechoso el funcionario que no tuviera en la punta de la lengua todos los datos requeridos para responder sobre cuestiones que cuatro o cinco años antes podrían haber retenido su atención sólo unos pocos minutos. Y la más pequeña vacilación, aunque fuera causada por el abatimiento, atraía a la historia a otros periodistas que temían que dejar de perseguir a la presa herida iría en desmedro de su reputación profesional.

La conferencia de prensa del 6 de junio abrió todas las compuertas. No hubo casi ninguna información sobre las preguntas y respuestas referentes a la política exterior. En los próximos tres días el *New York Times* dedicó cuatro artículos a la cuestión de los teléfonos intervenidos, con los títulos siguientes: *Kissinger vuelve a negar que haya iniciado la grabación de conversaciones telefónicas* (junio 7). *Datos sobre políticos que se han podido relacionar con la grabación de conversaciones telefónicas por razones de seguridad* (junio 7); *Kissinger contradice a Nixon sobre los teléfonos intervenidos* (junio 8); *Kissinger relacionado con la orden al FBI de poner fin a las grabaciones* (junio 9).

El *Washington Post* y algunos otros periódicos principales actuaron más o menos en la misma forma: retomando historias unos de otros, de modo que (aunque esencialmente no había nada nuevo) se mantenía un tono de enorme agitación. El *Washington Post* recogió la acusación: *¿Y qué hay de Kissinger?* decía su principal editorial del 7 de junio, que recomendaba una nueva investigación del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. *Disfrazando datos de inteligencia*, era el título de un editorial del *New York Times* del 11 de junio en el que se insinuaba la necesidad de enjuiciamiento:

Lamentamos observar que el secretario Kissinger parece ser vulnerable al cargo de haber ocultado información sobre su papel en este desagradable asunto. Al Congreso y a los tribunales corresponde decidir si ha de haber culpas más graves.

Las revistas hicieron lo mismo. *Time* encabezó así su historia: *¿Una conexión Kissinger?* El título de *Newsweek* era: *¿Una fea mancha sobre Don Impeccable?*

Estaba destrozado. En una semana había caído de la exaltación de lo logrado en Medio Oriente a la miseria de Watergate. Lo que me sostuvo durante los amargos días de Vietnam y el dolor de Watergate era la creencia de que manteniendo en alto su honor y sus valores yo pagaba mi deuda al país que había rescatado a mi familia de la tiranía. Había participado en muchas decisiones difíciles que condujeron a acciones enérgicas y con frecuencia de gran fuerza. Pero perseveraré, convencido —tal vez arrogantemente— de que, cuando llegara el momento de hacer la cuenta final, haber ayudado a mantener la posición mundial y los compromisos creativos de los Estados Unidos de América durante una época turbulenta sería una contribución a la libertad en todas partes. Después de todo, los estadistas no tienen derecho a insistir en prestar servicio únicamente en los períodos sencillos. Si desapareciera el fundamento moral de mi servicio, la vida pública no tendría sentido para mí. No ignoro que los altos funcionarios hallan con frecuencia difícil distinguir entre el bienestar general y su propio papel; pero lo que me preocupaba

no era enteramente una cuestión de vanidad personal. Casi milagrosamente nuestro país iba sobreviviendo al trauma de una presidencia en proceso de desintegración sin que hubiera surgido una amenaza mortal externa. Nuestros riesgos se multiplicarían si un presidente amenazado con un juicio político debiera cargar con un secretario de Estado sospechoso.

Ya el martes 11 de junio los principales medios de información de los Estados Unidos —el *New York Times*, el *Washington Post*, *Time* y *Newsweek*, *Washington Star-News*, el *Chicago Sun-Times* y muchos otros— habían adoptado la posición de que nuevas y serias pruebas hacían sospechar que yo había mentido y que se requería una nueva investigación. Dada la relación simbiótica entre el Congreso y la prensa, y la forma en que habitualmente funcionaba el ciclo noticioso, pensé que si no hacía nada veríamos a continuación a los miembros del Congreso haciendo suyo el tema. En el curso normal de las cosas —y en particular teniendo en cuenta que yo era el único que estaba en condiciones de refutar los cargos— los diputados y los senadores se sentirían obligados a aparecer en televisión apoyando el pedido de una nueva investigación. Las expresiones de los legisladores serían objeto de nuevas noticias y comentarios periodísticos, creándose así la impresión de que existía un torrente de revelaciones. La marea estaría en mi contra; y yo tendría que mantenerme a la defensiva mientras recorría el Medio Oriente con Nixon, imposibilitado de presentar una buena defensa.

Era esencial adoptar una actitud decisiva y dejar mi nombre libre de sospechas o ceder mi cargo a una figura menos controvertida. No cabe duda de que estaba profundamente afligido, pero también analicé friamente la situación. Yo conocía la documentación del FBI que tenía ante sí el Comité Judicial del Congreso porque en el pasado setiembre la había examinado con el Comité de Relaciones Exteriores del Senado. A mi juicio, si los documentos eran filtrados uno a uno habría una interminable serie de preguntas y denegaciones referidas todas al mismo conjunto de hechos. Para cuando Nixon y yo regresáramos del Medio Oriente mi reputación habría sufrido tanto que carecería ya de importancia que yo continuara en mi cargo o lo abandonara. En contra de la opinión de mis colaboradores más íntimos (excepción hecha de Larry Eagleburger) decidí celebrar una conferencia de prensa arriesgándolo todo en una sola jugada. Reuniría todos los argumentos en mi contra en una relación coherente y, entonces, refutaría los cargos. Insistiría en una completa exoneración, y de no haberla renunciaría. Era un remedio muy fuerte; pero impondría una rápida confrontación decisiva y pondría fin a la lenta hemorragia de las últimas semanas. Mis colegas, incluido Al Haig, creían que una conferencia de prensa atraería la atención hacia una historia que debíamos preferir se fuera diluyendo. Yo estaba convencido de que la historia no se diluiría a menos que nosotros atacáramos.

Esos son los antecedentes de la extraordinaria conferencia de prensa que celebré en Salzburgo el martes 11 de junio de 1974. Nixon estaba en camino al Medio Oriente y se había detenido en Salzburgo dos noches y un día entero para irse acostumbrando al cambio de horas entre las dos zonas antes de seguir hasta El Cairo. También había algo de nostalgia. En mayo de 1972 se había detenido allí antes de su triunfal visita a Moscú después de la colocación de minas y del bombardeo de Vietnam del Norte. Quería revivir el momento en que había desafiado a sus críticos y a algunos de sus asesores, y arriesgado su carrera en defensa de su concepto del honor nacional ante la cínica invasión de Vietnam del Sur por Vietnam del Norte. Ahora, en junio de 1974, estaba asediado y sufriendo mucho por la flebitis. Era desconcertante que un viaje, que Nixon confiaba demostraría al mundo los logros de su política extranjera, pareciera a punto de ser devorado por el escándalo en que yo me veía envuelto. Lo que menos quería él era titulares que distrajeran la atención de la sustancia de su viaje por el Medio Oriente. Durante el viaje en avión yo no discutí mis afanes con él, y él tampoco planteó la cuestión, lo que constituye en sí mismo un interesante comentario sobre nuestra relación.

Pero Haig puso bien en claro lo que el presidente prefería o lo que su jefe de personal le recomendaría: que yo aguantara el asalto, como lo había hecho él, hasta que la historia perdiera interés.

Yo no creía que fuera posible proceder así. La pasividad destruiría nuestra política externa, junto conmigo, en sensaciones diarias. No se le permitiría a Nixon hacer una gira triunfal por el Medio Oriente concentrándose sólo en lo sustancial. Una vez comenzado, el ataque en contra de mí no se detendría por sí mismo; por el contrario, los medios de información se sentirían obligados a continuarlo aunque sólo fuera para justificarse de haberlo comenzado. Sólo podíamos elegir, a mi juicio, entre forzar una confrontación definitiva o vernos gradualmente desgastados por técnicas refinadas durante un año y medio de periodismo agresivo.

En el avión que nos llevaba a Salzburgo, Haig, Eagleburger, Scowcroft y yo discutimos larga y angustiosamente la cuestión. Había tratado de volver a tomar la iniciativa con una carta escrita el 10 de junio al senador Fulbright en la que le pedía que su Comité volviera a examinar las alegaciones:

Ud. recordará que mi testimonio sobre la grabación de conversaciones telefónicas, ordenada por el presidente por razones de seguridad nacional y llevada a cabo por el FBI bajo la autoridad del procurador general, constaba de tres partes: testimonio público, una extensa sesión ejecutiva y una sesión con los senadores Sparkman y Case en la que examinamos los legajos correspondientes del FBI. La reunión con los senadores Sparkman y Case se realizó en presencia del entonces procurador general Richardson y del entonces viceprocurador general Ruckelshaus.

Insisto en esto porque nada nuevo ha aparecido desde que presté testimonio, con excepción de un breve extracto de una conversación presidencial grabada, la mayor parte del cual se dice que es incomprensible. Los documentos que están siendo ahora filtrados a la prensa, fueron —hasta donde yo sé— consultados por mí antes de testificar, y entregados luego a los senadores Sparkman y Case con anterioridad a mi reunión con ellos. En algunos pocos casos lo que yo recordaba proveía una interpretación distinta a la de los documentos; en esos casos señalé las aparentes discrepancias y las expliqué en el momento. Las insinuaciones que ahora implican el surgimiento de nuevas pruebas que contradicen mi testimonio, carecen de fundamento. Todas las pruebas disponibles figuraron, en cuanto sé, en las audiencias públicas y secretas que precedieron a mi confirmación.

Lo que nos decidió en favor de una conferencia de prensa formal fue el editorial del *New York Times* del 11 de junio, citado precedentemente, el cual implicaba que podría corresponder iniciar acciones judiciales en mi contra. Cuando el avión llegó a Austria yo ya estaba decidido a rechazar el consejo de mis colegas; Haig asintió, pero de mala gana. No era claro para mí si había consultado o no a Nixon: yo no lo había hecho.

Y así fue que en la pintoresca Salzburgo, patria de Mozart, me presenté el 11 de junio ante los corresponsales de la Casa Blanca reunidos apresuradamente en la Kavalier Haus situada dentro del perímetro del castillo Klessheim, la residencia estatal para huéspedes. La Klaushaus era un hotel - escuela usado por el personal de los viajeros que paraban en el Klessheim y en general para entrenar al personal hotelero en el excelente servicio austriaco. La gran habitación en que se había preparado la conferencia de prensa tenía enormes y bellísimas tapicerías en las paredes. Las luces de la televisión daban mucho calor y la atmósfera estaba muy tensa.

Inicié el acto leyendo en alta voz la carta que había escrito al senador Fulbright pidiéndole que reabriera la investigación para poner punto final de una vez por todas a las insinuaciones. Pasé revista a las circunstancias en que se originaron las grabaciones, al

papel que me había correspondido, a los memorándum del FBI, al conocimiento que el Comité de Relaciones Exteriores tenía de todo eso y a varias cuestiones concretas que se habían planteado en la prensa. Pasé entonces a la cuestión de los "plomeros" y mis relaciones con David Young. Defendí mi honor público y prometí reiterar esas explicaciones bajo juramento ante el comité del Congreso apropiado:

Nuestro debate nacional ha llegado ahora a un punto en que es posible que documentos que han sido ya sometidos a un comité sean filtrados selectivamente a otro comité sin ninguna explicación; en que los funcionarios públicos deben someter sus documentos más secretos al escrutinio público, pero en que fuentes anónimas pueden atacar el honor y la credibilidad de los altos funcionarios del gobierno sin que siquiera se les pida que se identifiquen.

Al terminar mi exposición introductoria insinué —y en contestación a las preguntas lo declaré terminantemente— que no podría continuar desempeñando mis funciones si no era exonerado:

~ PREGUNTA: Señor Secretario, Ud. parece implicar aquí que si esta campaña no es detenida, Ud. renunciará. ¿Es ésta una conclusión acertada de lo que usted ha dicho?

KISSINGER: No me preocupa la campaña; lo que me preocupa es la verdad. No creo que sea posible dirigir la política exterior de los Estados Unidos en las presentes circunstancias en que están en juego el carácter y la credibilidad del secretario de Estado. Y si no quedo libre de sospechas, renunciaré.

La gente de la Casa Blanca reaccionó rudamente. Nixon no quería hablar conmigo, y ni siquiera Ron Ziegler quería hacerlo. En sus comentarios a la prensa Haig insinúo que yo había estado muy nervioso y de mal humor como consecuencia de las prolongadas negociaciones en el Medio Oriente. Al terminar el día publicó una astuta declaración, en nombre de Nixon, reconociendo mi *deseo* de defender mi honor, pero afirmando que *quienes en los Estados Unidos y en el mundo buscaban la paz y conocían las contribuciones a la confianza y el entendimiento intercionales hechas por el secretario Kissinger, compartían la opinión del presidente de que el honor del secretario no necesitaba ser defendido.* (En otras palabras, que mi conferencia de prensa había estado de más).

En Washington, la conferencia de prensa de Salzburgo explotó como una bomba. Los comentarios de los miembros del Congreso fueron abrumadoramente favorables y provenían de ambos partidos. Los senadores Muskie, Mansfield, Fulbright, Humphrey, Cranston, Javits y Percy formularon energías declaraciones de apoyo. El diputado Robert Drinan, un virulento crítico de la administración que formaba parte del Comité Judicial, dijo que le agradaría mucho poder informar que yo era directamente responsable del programa de interceptación de los teléfonos, pero que no podía hacerlo. En las últimas horas del jueves 13, un proyecto de resolución presentado al Senado por el miembro conservador James B. Allen, de Alabama, expresando su apoyo a Kissinger, había reunido ya cincuenta y un copatrocinadores. No se refería directamente a la cuestión de los teléfonos intervenidos; el énfasis estaba principalmente en el elogio de mis logros diplomáticos, más una expresión de la "total confianza" del Senado y su convencimiento de que mi "integridad y veracidad" estaban por encima de todo reproche. Entre los patrocinadores se contaban senadores conservadores como Barry Goldwater y Henry Jackson —también Sam Erwin— y liberales como John Tunney y Thomas Eagleton. William Ruckelshaus, director en ejercicio del FBI durante la investigación previa —y ahora uno de los héroes de la *masacre del sábado a la noche*— declaró el 16 de junio de

1974 en el programa televisivo *Face the Nation*: *Creo que su parte en este asunto, por todo lo que he podido determinar, es sustancialmente como él la ha descrito.*

Ante el contraataque, los medios de información empezaron a retroceder. La expresión dominante era que yo había tenido una reacción exagerada: estaba cansado por el exceso de trabajo, era supersensitivo y demasiado delicado para los revolcones de la política. Mi viejo amigo Hubert Humphrey insistió en ese aspecto:

Es obvio que no queremos que el doctor Kissinger renuncie. Como amigo quiero decirle: quédese, tranquilícese. Yo creo que está cansado, trabaja demasiado. No es un funcionario que ha sido elegido; no se halla acostumbrado a los golpes que algunos de nosotros que estamos en la política nos hemos habituado. Tranquilícese, simplemente.

Hubo quienes señalaron que otros secretarios de Estado habían aceptado las críticas sin amenazar con renunciar. Lo que ahora se me reprochaba sobre todo no era haber mentido sino mi tendencia a las rabietas.

Nada podría haber demostrado en forma más convincente que había tenido razón al forzar una confrontación decisiva y que la conferencia de prensa había sido la única salida posible. Durante los cuatro días anteriores a Salzburgo el aire había estado lleno de siniestras insinuaciones de nuevas fechorías; pero después el cargo implícito fue que yo me había mostrado demasiado sensitivo frente a acusaciones que eran parte de la sana diversión de la política y, por lo tanto, no tan graves. Tener que soportar varias bromas acerca de que yo era demasiado delicado era muy preferible a ser inundado por una creciente ola de acusaciones de haber mentido bajo juramento a un comité del Senado. Podía ser cierto, como sostenían algunos críticos, que el secretario de Estado Dean Acheson había soportado graves calumnias sin amenazar con renunciar. Pero una cosa es ser atacado por cuestiones de política y errores de juicio, y otra muy diferente ser acusado de perjurio en medio de una crisis constitucional. Yo consideré que si tenía que hacer un planteo definitivo sólo podía hacerlo amenazando con renunciar: cualquier otra cosa hubiera parecido demasiado quejumbrosa. Yo no veía cómo un país cuyo vicepresidente había renunciado en desgracia y cuyo presidente estaba a punto de ser sometido a juicio político, podía permitirse tener un secretario de Estado de cuya moralidad se sospechaba. Fue muy en serio que manifesté en la conferencia de prensa:

He creído que debía hacer lo que podía para poner remedio a las divisiones en este país. He creído que debía hacer lo que podía para mantener la dignidad de los valores estadounidenses y lograr que los norteamericanos sintieran cierto orgullo por la forma en que se llevan sus asuntos.

Yo sólo puedo hacerlo si mi honor no es puesto en duda, y el público merece tener confianza. Si esto no fuera posible, yo no puedo seguir cumpliendo las funciones que he ejercido y, en ese caso, las pondré inmediatamente en manos de personas menos sujetas a ataques públicos.

Si la reacción hubiera sido diferente, así lo habría hecho.

De todos modos, tuve que pagar muy cara mi conferencia de prensa. Nadie sale indemne de un ataque contra los medios de comunicación. Y yo había concentrado mi ataque en el uso de fuentes anónimas. Sigo creyendo que los acusadores anónimos dan a los periodistas un poder que no posee ninguna rama del gobierno y exponen a los funcionarios públicos a muchos denuestos injuriosos de individuos cuyos motivos, y cuya veracidad, escapan al examen. Pero una conferencia de prensa no era el lugar ideal para plantear esos puntos, aún cuando la necesidad no me dejaba otra elección. Mis relaciones

con los medios de comunicación nunca se recuperaron por completo del golpe. Si bien no hubo ataques sistemáticos, desde entonces fui mucho más criticado que antes. Y mi amenaza de renunciar les dio pie después para hacer conjeturas sobre mi declinación.

Las consecuencias en mis relaciones con Nixon fueron aún más graves, aunque forzosamente de corto plazo. Aunque nunca me comentó nada directamente, su manera distante no dejaba dudas sobre su extremo desagrado. Es difícil imaginar por qué lo había perturbado tanto la cuestión. Es indudable que por un día le robé —si ésa es la palabra que corresponde— su lugar, el centro de atracción. Pero esto debería haber sido contrapesado, como lo hubiera hecho un presidente más calmo, con el continuo drenaje que de lo contrario se habría sufrido. ¿O era porque yo había logrado abrir el absceso con una revelación completa, cosa que ahora él sabía que hubiera debido también hacer en su momento y para lo cual ya era demasiado tarde? Si Watergate no lo hubiese devorado poco después, dudo de que hubiera podido conservar mi puesto en su Gabinete.

La conferencia de prensa de Salzburgo logró su propósito inmediato, pues quebró la ola de acusaciones anónimas. Obligó además a examinar las pruebas documentales. No cabe duda de que algunos de los que odiaban a Nixon se apaciguaron un poco en mi caso porque llegaron a la conclusión de que abrir una nueva línea de investigación podía demorar o complicar la persecución de su presa principal. El 10 de julio el Comité de Relaciones Exteriores del Senado inició una nueva serie de audiencias. El 12 de julio el presidente Nixon envió una carta al senador Fulbright con una relación de su versión de los acontecimientos. Fulbright le había pedido explicaciones a Nixon, en particular sobre su declaración pública del 22 de mayo de 1973 en la que el presidente había asumido la responsabilidad por la grabación de las conversaciones: *Yo autoricé todo el programa. Todos y cada uno de los teléfonos fue intervenido con arreglo a los procedimientos legales vigentes en ese momento y de conformidad a precedentes de larga data.* La carta de Nixon del 12 de julio reafirmaba su declaración anterior y también su opinión de que la intervención de los teléfonos estaba justificada y era legal. Indicó que mi explicación del papel que a él le había correspondido era "enteramente correcta", y que él (Nixon) asumía toda la responsabilidad (*). El procurador general William Saxbe, el director del FBI Clarence Kelley y otros funcionarios del FBI hicieron declaraciones que confirmaban mi versión de los hechos y señalaron la interesante circunstancia de que el promedio de teléfonos intervenidos por razones de seguridad nacional no había variado significativamente durante los gobiernos de Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon. Como señalé anteriormente, Dean Rusk se presentó y describió los métodos burocráticos y el estilo imperioso de J. Edgar Hoover: darle órdenes a Hoover, observó, hubiera sido como dárselas al general de Gaulle. Yo presté declaración el 23 de julio, repasando lo mismo que se había visto antes y revisando cada grabación que conocía. Todas las audiencias fueron en sesión ejecutiva, pero las transcripciones de las mismas se publicaron posteriormente con pequeñas omisiones (4).

El Comité publicó su informe el 6 de agosto. Por unanimidad decidió que las principales cuestiones planteadas acerca de lo hecho por el secretario Kissinger debían relegarse al olvido. La controversia era, en buena medida, semántica: *no hay discrepancias significativas entre la nueva información presentada y las declaraciones hechas por el doctor Kissinger ante el Comité durante sus audiencias de confirmación del año pasado.* Por lo tanto el Comité reafirmaba su conclusión en los mismos términos que el año anterior: que el papel que me había correspondido en la cuestión de los teléfonos intervenidos no constituía fundamento para impedir su confirmación como secretario de Estado. El informe del 6 de agosto puso fin a la controversia, que ya no volvió a plantearse; pero fue rápidamente arrastrada por el cataclismo de la renuncia de Nixon tres días después.

(*) El texto completo de la carta de Nixon figura en las *Notas* al final del libro (3).

EL VIAJE AL MEDIO ORIENTE DE NIXON

Este viaje de Nixon fue un triunfo y una pesadilla a la vez, un punto culminante y un augurio del final. Durante varios meses Nixon había indicado su creciente deseo de hacer el viaje y en mayo había intensificado su presión para que yo manejara los arreglos del caso. Creo que para entonces ya había dejado de esperar que el viaje pudiera desviar a sus críticos de Watergate. Muy hondo en su fuero interno debe haber comprendido que las cosas estaban fuera de control, que su destino político sería resuelto por accidentes o por actos de los demás. Mientras se planeaba el viaje de Nixon, yo me encontraba en el *torbellino* sirio y por lo tanto desconocía sus pensamientos íntimos. Pensaba que una visita presidencial era importante para simbolizar el nuevo papel de los Estados Unidos en el Medio Oriente y nuestra dedicación al proceso de paz: siempre y cuando tuviéramos éxito con la separación de fuerzas en el Golán.

Las visitas de los jefes de Estado sirven a muchos fines, no el menor de los cuales es dar expresión tangible a un nuevo punto de partida. En este sentido, lo dramático de la visita de Nixon a la China en 1972 era aún más importante que las conversaciones que mantuvo allí, no obstante haber sido éstas muy útiles. Nixon en Pekín comunicaba a todo el mundo la idea de que el periodo de hostilidad entre los dos países había terminado; más aún, que los dos grandes países iban yendo hacia la cooperación en aspectos fundamentales de política exterior. Lo mismo podía decirse del viaje de Nixon por Medio Oriente en 1974. Su visita sería la primera de un presidente norteamericano, a excepción de El Cairo adonde F. D. Roosevelt había ido en 1943 para una conferencia de guerra.

Por loco se hubiera tenido a cualquiera que un año antes hubiese pronosticado que un presidente norteamericano sería saludado por millones de delirantes egipcios en El Cairo, Alejandría y en todos los pueblos que los separan. O que la radical Siria invitaría a un presidente norteamericano y le daría una cálida acogida en Damasco. O que en países tan acérrimamente opuestos como Israel y Arabia Saudita los dirigentes exaltarían la función central del presidente norteamericano, por herido que pudiera estar. Y todo eso ocurriría ocho meses después de una guerra en el Medio Oriente que vio a los Estados Unidos como el proveedor de armas de Israel, a los árabes imponiéndonos un embargo petrolero, a los soviéticos amenazando con intervenir y a los europeos desesperados por poner toda la distancia posible entre ellos y los Estados Unidos.

Las páginas que narran mis propias experiencias personales podrían haber dejado una impresión de que las riendas de la diplomacia estaban en mis manos exclusivamente. Pero no era así. Yo manejé los aspectos tácticos, ciertamente. Pero ningún secretario de Estado, por influyente que sea, puede forjar la estrategia por su cuenta. Sólo un presidente podía haber impuesto la política fuerte y compleja que nos había llevado tan lejos y sostenerla contra una burocracia vacilante, aliados irresolutos, una Unión Soviética nerviosa y los apasionados combatientes del Medio Oriente. Los aplausos que Nixon estaba recogiendo reflejaban la fe de los pueblos del Medio Oriente en unos Estados Unidos que habían demostrado firmeza, fuerza y la visión de un futuro más promisorio; y era también un tributo personal.

Aun en medio de Watergate los medios de comunicación parecieron comprenderlo así. Los editorialistas, sin dejar de señalar las ventajas del viaje desde el punto de vista de las relaciones públicas, fueron en general comprensivos. Algunos se preocupaban ahora porque la gira del presidente, lejos de resultar fuera de lugar, podía tener tanto éxito como para exacerbar las relaciones soviético-norteamericanas. (Esa fue la línea adoptada por el editorial del *New York Times* del 10 de junio, por el del *Baltimore Sun* del 11 de junio y por el columnista Joseph Kraft el mismo día). Pero otros periódicos —*Los Angeles Times* (mayo 31), el *Christian Science Monitor* (junio 5), el *Wall Street Journal* (junio 10) y el *Chicago Tribune* (junio 11)— publicaron editoriales en apoyo de la misión.

Pero ni el más comprensivo de los editorialistas podía adentrarse en la tragedia personal del viaje. Nixon estaba siendo festejado: mas las ruidosas celebraciones y la elaborada maquinaria de las visitas estatales alternativamente lo animaban y lo deprimían. Cuando los diversos dirigentes le hablaban de sus esperanzas para el futuro, uno podía sentir el alivio con que se embarcaba en las discusiones. Este era el tema que le interesaba y sobre el cual había reflexionado mucho. Sin embargo, minutos después el alivio y la gran animación cedían ante el desaliento. Las conversaciones ponían de relieve lo que la política de Nixon había logrado; también lo hacían enfrentar la cruda verdad de que él no sería parte de ese futuro que había hecho posible. Con su visita se celebraba un logro que hasta ahora sólo constituía una oportunidad largamente deseada. A medida que el viaje progresaba era más y más frecuente que su cara tomara un aspecto de cera y sus ojos la mirada velada y distante del hombre que se despide de su verdadera, y tal vez única, vocación; resultaba extremadamente penoso contemplarlo. En Washington, Nixon se había visto inundado por los sórdidos detalles y las desesperadas luchas de Watergate; más, irónicamente, era en sus viajes triunfales por el Medio Oriente que se le hacía presente la verdadera dimensión de su desastre personal: se le estaba concediendo una ojeada a la tierra prometida a la que nunca podría entrar. Golda Meir me hizo después este penetrante comentario: *Aún no hemos tenido jamás la visita de un presidente norteamericano. Nixon estuvo aquí, pero sus pensamientos estaban muy lejos.*

Y durante todo este tiempo estaba sufriendo de flebitis. Muchas veces experimentaba grandes dolores, hecho ignorado al principio por todos sus colaboradores más cercanos. En realidad, al realizar la gira en contra de la opinión de los médicos, puso en serio peligro su vida porque él coágulo sanguíneo podía desprenderse de las venas de la pierna y viajar hasta el corazón.

Los primeros días la angustia quedó sumergida en la exuberante alegría de nuestra recepción en El Cairo. La llegada fue el viernes 12 de junio. Desde el momento en que Nixon pisó suelo egipcio fue evidente que todo se había hecho con el propósito de aclamar su actuación como principal factor del proceso de paz. Como en mis viajes previos me habían consentido mucho con grandes atenciones y adulaciones encontré (lo que no me hace ningún honor), algo desconcertante y hasta penoso el verme relegado a lo que, en el contexto de un viaje presidencial, era muy adecuadamente un papel secundario. La prensa, liberada de la anterior moderación por mi conferencia de prensa de Salzburgo, informó con gusto que se me había acordado "escasa atención" y que yo parecía "malhumorado". Nixon, por su parte, estaba sumamente animado por las palabras de bienvenida de Sadat, quien rindió homenaje a la contribución central de los Estados Unidos, *bajo la conducción del presidente Nixon*, al fomento de la paz.

Las palabras fueron muy cordiales; pero empalidecieron ante el triunfal viaje de Nixon desde el aeropuerto de El Cairo hasta su residencia en el Palacio Kubbah. Tal vez un millón de egipcios agrupados a todo lo largo de la calle aplaudieron y aclamaron mientras Nixon y Sadat pasaban en un automóvil con la capota baja (para desesperación del servicio secreto, que desde el asesinato de Kennedy prefiere que el presidente viaje en un coche cerrado). Era obvio que las demostraciones habían sido cuidadosamente organizadas; era poco probable que decenas de miles de egipcios hubieran guardado retratos de Nixon en sus cajones durante todos los años en que Egipto y los Estados Unidos no mantuvieron relaciones diplomáticas. Un camión con altavoces que rugían *¡Viva Nixon, viva Sadat!* en inglés, no aparece por feliz casualidad, como tampoco los cartelones con inscripciones como *Viva Nixon* y *Tenemos confianza en Nixon*. Varios miembros del personal de la Casa Blanca que viajaban en los últimos vehículos de la comitiva pretendieron también haber visto camiones que recogían a las multitudes después que los presidentes habían pasado y los transportaba a lugares por donde pasaría el desfile más adelante, generando así una dosis doble de delirio.

De todos modos, fuera que las multitudes aparecieran espontáneamente o estuvieran en parte organizadas, resultaban innegables el entusiasmo y la disposición amistosa que no podían haber sido preparados. Lo menos que podían significar era que Sadat estaba aprovechando el viaje de Nixon para subrayar lo irreversible de la política en que se había embarcado, no pequeño acontecimiento en sí mismo. Pero una razón por la que eligió ese método tan demostrativo debe haber sido la felicidad que sentía la masa del pueblo egipcio ante un nuevo curso de acción que significaba el fin de la guerra y el comienzo de la paz. Las multitudes estaban de humor festivo. Muchos tenían flores rojas en las manos y otros agitaban banderas. Los presidentes parecían ser empujados hacia el Palacio Kubbah por el ruido de las multitudes enardecidas que amenazaban con romper los cordones policiales y colmaban los balcones hasta el punto de que parecía que iban a salir disparados desde los repletos edificios.

El Palacio Kubbah es una enorme y ornada construcción levantada por uno de los reyes egipcios del siglo XIX inclinándose ante las tradiciones de la realeza británica. Tiene innumerables habitaciones, aunque en su interior la impresión general es más bien la de un hotel de lujo, algo venido a menos, de un país comunista de Europa oriental. En medio de sus espléndidos jardines, su fachada espectacular constituía un imponente marco para la ceremonia formal de llegada que tuvo lugar en su galería abierta. Sadat celebraba la visita de Nixon como la de *un hombre de paz*. Nixon vio en ella una oportunidad *para cimentar las bases de una nueva relación entre dos grandes pueblos que se dedicarían en el porvenir a trabajar juntos por grandes causas*. Estos discursos de la llegada reflejaban la realidad, cosa rara en las visitas de Estado. Los líderes de ambos países estaban decididos a hacer la paz y el pueblo de Egipto parecía embelesado con la idea.

Para iniciar las conversaciones Nixon y Sadat se reunieron más tarde ese mismo día en el Palacio Tahra donde yo había tenido mi primer encuentro con el presidente egipcio. Sadat aprovechó la oportunidad para presentarle directamente a Nixon su análisis de la situación en el Medio Oriente, su juicio sobre la relación entre las grandes potencias y sus ideas sobre los nuevos pasos. Mucho de esto ya me era conocido, aunque resultaba importante para el presidente oír la presentación apasionada del propio Sadat, o lo hubiera sido si Nixon hubiese estado en condiciones de llevar adelante las políticas que había iniciado tan conspicuamente. Sadat presentó el programa común a todos los árabes: regreso total de Israel a los límites de 1967 y satisfacción de los derechos palestinos. Insistió especialmente en que Egipto demandaba las fronteras de 1967. En cuanto a la Conferencia de Ginebra, Sadat era partidario de que se la demorase; no le entusiasmaba la idea de facilitar la participación de los soviéticos en las negociaciones. Su sistema para retardar las cosas era iniciar conversaciones bilaterales previas entre las partes: procedimiento maravillosamente designado para producir actividad sin movimiento, como habíamos aprendido nosotros en el Año de Europa.

La respuesta de Nixon siguió su norma habitual. Fue muy agudo en su propio análisis de la situación internacional y precavido en cuanto se refería al Medio Oriente. El criterio con que Sadat enfocaba la Conferencia de Ginebra era lo bastante complejo como para atraer a Nixon, que amaba las tácticas tortuosas. Pero aquí en El Cairo Nixon no estaba más dispuesto que en Washington a discutir una propuesta con la que discrepaba. Sobre la cuestión de la retirada de Israel la documentación de referencia que yo le había presentado le daba un asesoramiento tan opaco como era necesario y como ésta era una cuestión que debía negociarse, él debía evitar apoyar, o negarse a apoyar, las fronteras de 1967. La deliberada nebulosidad de nuestra posición hubiera puesto a prueba el temple de hasta un Nixon sano no preocupado por Watergate. El llevó el asunto tan bien como su ambigüedad se lo permitía recurriendo a su enfoque general de implicar que coincidía con los fines de su interlocutor y que los problemas tácticos debían ser tratados por otros. Insinué que iba marchando en la dirección deseada por Sadat aunque por un camino más

lento, tal vez más indirecto: el destino final surgiría del proceso mismo. Aunque Sadat parecía muy afable, no era fácil disuadirlo: persistió con tacto pero con firmeza. Nixon fue cediendo gradualmente, haciendo una serie de declaraciones elípticas que Sadat podía haber interpretado como un completo acuerdo con el punto de vista egipcio. Los que conocían bien a Nixon hubieran comprendido que sus declaraciones constituían un medio para evadir la presión que se estaba haciendo incómodamente específica, una forma de poner fin a un tema difícil y no un compromiso nacional. No hay constancia de lo que Sadat puede haber pensado: parecía bastante feliz. Es muy probable que no estuviera buscando una afirmación que lo proveyera de un recurso legal contra Nixon; bastaba a su propósito poder estudiar cómo reaccionaba Nixon cuando se lo presionaba respecto a los límites de 1967.

Esa noche Sadat ofreció una espléndida comida en los jardines del Palacio Kubbah que, para edificación de los norteamericanos que habían oído historias de sus colegas acerca de las diversiones en la capital egipcia, incluyó una actuación espectacular de Nagwa Fuad. Sadat hizo un brindis elocuente con palabras que le daban lo suyo a los palestinos:

~ Señor Presidente: permítame ser sincero con usted para que en el futuro no haya malentendidos o una incorrecta interpretación del giro que tomen los acontecimientos en nuestra región. La solución política y el respeto de las aspiraciones nacionales de los palestinos son el punto esencial de todo el problema. . . No hay otra solución ni otro camino que conduzca a una paz verdadera sin una solución política del problema palestino.

Nuestro huésped no ofreció ninguna propuesta concreta para lograrla.

Al día siguiente Sadat llevó a Nixon a Alejandría en un viaje por tren a través de los pueblos del delta del Nilo, en medio de un delirio que hasta hacía palidecer el gran espectáculo de El Cairo. Los dos líderes viajaron en un opulento vagón de la época victoriana abierto a los costados. Cuando pasaban por un pueblo se mostraban a las multitudes sosteniéndose agarrados a una barra de hierro que pasaba sobre sus cabezas. Una sacudida brusca podría haber privado de sus jefes a uno o a ambos países. Por todas partes se veían cartelones en inglés ensalzando la paz: el hecho de que las multitudes casi seguramente no pudieran leer los cartelones que portaban no disminuía en nada su frenesí. Sabían bien que querían la paz: ninguna directiva gubernamental podía producir ese loco y universal entusiasmo sin que hubiera un profundo deseo de paz y un gran afecto por Sadat. Los dos líderes mantuvieron una breve conferencia de prensa en el tren, suscitándose otra vez el peligro de que con sus empujones los cronistas hicieran saltar a los presidentes por los costados abiertos, resolviendo así el problema de cuál sería la noticia principal de la noche. Nixon reafirmó su enfoque del paso a paso, *no porque queramos ir lentamente sino porque queremos llegar allí*. Mientras estaba en eso, Nixon sugirió que procedería país por país, *primero con Egipto*, lo cual, dada la desconfianza entre la hermandad árabe, mal podría haber sido música grata a los oídos de Siria y Jordania. Sadat miraba aprobando como un buen tío y señalaba los estandartes que proclamaban *Tenemos confianza en Nixon*. Nixon debe haber estado diciéndose que era una lástima que los egipcios no estuvieran representados en el Comité Judicial de la Cámara de Representantes, cuando Sadat declaró:

Desde el 6 de octubre, y desde el cambio que tuvo lugar en la política norteamericana, la paz es ahora alcanzable en esta región, y el presidente Nixon nunca ha faltado a la palabra empeñada. . . Siempre que ha dado su palabra la ha cumplido. Así que si este impulso continúa, creo que podremos alcanzar la paz.

Y Sadat agregó dos palabras muy cargadas de importancia que fueron tal vez las más significativas pronunciadas por ambos líderes durante ese día. Un cronista le preguntó, con referencia a las conversaciones bilaterales planeadas para antes de que se reuniera la Conferencia de Ginebra, si Egipto hablaría con Israel. *Todavía no*, contestó Sadat chupando su pipa.

Cada recepción en Egipto parecía sobrepasar la precedente. Alejandría estaba enloquecida de júbilo. Desde la estación de ferrocarril hasta Ras el-Tin, un verdadero palacio de cuentos de hadas, más de un millón de egipcios se amasaban clamorosos a ambos lados de la ruta que seguiría la comitiva. El palacio era una obra monumental que el engreimiento del padre de Farouk había levantado, en imitación de Versalles, en una península que se adentraba en el puerto de Alejandría. Calculé que desde el portal de entrada hasta la habitación que se me había asignado había diez minutos de marcha, y eso sí caminaba rápido y no me perdía en el camino.

En Ras el-Tin los dos presidentes examinaron los documentos que habían sido preparados para que los firmaran al día siguiente en El Cairo. Uno de ellos, titulado grandilocuentemente *Principios en que se basan las relaciones y la cooperación entre Egipto y los Estados Unidos*. Preveía una colaboración sumamente amplia en materia científica, técnica, económica y cultural, siguiendo el modelo que ya habíamos establecido para Arabia Saudita. Estábamos creando nuevas instituciones de cooperación bilateral con los países árabes en muchas esferas con el propósito de cimentar lazos políticos. Se requeriría cierto tiempo para que esos proyectos pudieran estar plenamente en marcha; pero representaban una red que daba a varios países árabes un interés en nuestro bienestar y creaba un obstáculo al mal uso político del arma petrolera. (Nos daban también cierta ventaja frente al bilateralismo europeo).

Ese documento incluía una declaración sobre el Medio Oriente cuya referencia a los palestinos era virtualmente idéntica a la que figuraba en el comunicado dado al terminar la conferencia en la cima de Nixon y Brezhnev. *Una solución justa, afirmaba, debe tener debidamente en cuenta los legítimos intereses de todos los pueblos del Medio Oriente, incluido el pueblo palestino, y el derecho a la existencia de todos los Estados de la región*. Jerusalén no se entusiasmaría mucho con la primera parte, pero le complacería la segunda. Por alguna razón perdida en los arcanos del tiempo, prometimos también reconstruir el edificio de la Opera de El Cairo que se había quemado unas décadas antes. Era la primera vez que un país occidental trataba de conquistar a un Estado del Medio Oriente prometiéndole apoyar una forma de arte que no tenía absolutamente ningún arraigo en la zona. Algún día *Aída* podría ser oída allí otra vez, tal vez en honor de un presidente de Etiopía en visita oficial.

El punto que más se prestaba a controversias era un acuerdo que no estaba destinado a ser llevado rápidamente a la práctica. Los dos países se comprometieron a cooperar en la esfera de la energía nuclear con arreglo a salvaguardias previamente aceptadas. Nuestro motivo era adelantarnos a las maniobras europeas que intentaran utilizar la energía nuclear para abrir la brecha, que es lo que había hecho Francia en Irak. También pensamos que podríamos lograr mejores salvaguardias contra la desviación hacia usos militares, y tenía mejores incentivos para hacerlo que cualquier otro posible proveedor. Todo esto era bastante razonable; pero la cuestión nuclear resultó demasiado explosiva, política sino literalmente. Israel protestó, disfrazando sus temores más profundos con una queja por no haber sido consultada (le ofrecimos a Israel un acuerdo similar, pero hubo discrepancia sobre las disposiciones referentes a la inspección). El Congreso norteamericano reaccionó con desconfianza, con el omnipresente Henry Jackson dirigiendo la carga contra el acuerdo. Sólo siete años después se firmó un compromiso de aplicación con Egipto (5).

Nixon y su mujer ofrecieron en el Palacio Ras el-Tin una comida de despedida cuyo

ambiente cordial sólo estuvo inhibido por la desgraciada norma de protocolo que le obliga a uno a sentarse junto a las mismas personas en cada comida. Es inevitable que al final del segundo día se hayan agotado todos los temas razonables de conversación y uno se vea reducido a lo suprarrealístico o a lo trivial.

El viaje concluyó con una visita en helicóptero a una residencia de verano de Sadat con vista a las pirámides y con otra arrobadora entrada a El Cairo, esta vez viniendo de Gaza. Se estimó que, en total, no menos de siete millones de egipcios se volcaron a las calles para agasajar a Nixon. Para entonces la camaradería entre los dos líderes había llegado a tal punto que cuando Sadat manifestó admiración por el helicóptero presidencial, Nixon se lo regaló de inmediato.

Al terminar la tarde del viernes 14 de junio nos fuimos de la bulliciosa y cosmopolita capital egipcia a la puritánica, distante y reservada Yidda, centro administrativo de Arabia Saudita. Este país no ama el desenfreno en ninguna de sus manifestaciones, y no cree en hacer política en accesos de entusiasmo. Su Majestad el rey Faisal, con su semblante hosco y su porte real, estaba en el aeropuerto esperando a Nixon para escoltarlo a la gran residencia estatal para huéspedes. El viaje de la caravana de automóviles reflejó el sentido saudita de lo que es correcto. Hubiera parecido descortés no tener multitudes en la calle; hubiera sido indecoroso y totalmente contrario a la tradición saudita fomentar emociones demostrativas. Así que atravesamos lo que los medios de información llamarían multitudes "respetables" que aplaudían al unísono cuando pasaban los coches cerrados de los líderes.

En el gran salón de recepción de la residencia para huéspedes el rey Faisal, Nixon y algunos ayudantes conversaron en forma no concluyente mientras Faisal se preguntaba sin duda alguna cómo podía haber fallado el habitualmente impecable departamento de protocolo saudita permitiendo que la señora de Nixon estuviera en su presencia. Lo normal en Arabia Saudita es que las mujeres estén estrictamente segregadas. (Durante mis visitas Nancy desaparecía usualmente en el aeropuerto para no volver a ser vista hasta la partida, cuando se me unía en el avión con historias maravillosas sobre la extraordinaria hospitalidad de las damas del Reino, con las cuales yo tampoco me encontré nunca.) O tal vez el rey, que era muy sutil, lo había arreglado todo para presentar sus respetos a las costumbres de nuestro país y a la personalidad de la *primera dama*. Cualquiera fuese la causa, el semblante grave de Faisal parecía un tanto más melancólico en esta ocasión. Después se impuso la costumbre saudita. Ningún miembro del sexo masculino del grupo norteamericano, excepto el presidente, volvió a ver a la señora de Nixon hasta que se reunió con nosotros en el aeropuerto.

El Reino siguió con su sistema acostumbrado. En una comida sólo para hombres el rey ofreció un elocuente brindis aplaudiendo nuestro rol en las negociaciones del Medio Oriente y agregando el obligado axioma moralizador sobre la necesidad de una solución palestina. En su respuesta Nixon pasó revista a los logros de su política extranjera y, en la exuberancia del momento, se refirió extensamente a sus avances en China y en la Unión Soviética; en su discurso del día siguiente Faisal dedicó largos párrafos a los cobardes y perversos designios de ambos países, especialmente el último.

Como Arabia Saudita no participaba directamente en las negociaciones sobre el Medio Oriente, lo que por sobre todo le interesaba era la dirección de la política estadounidense, más bien que las ramificaciones tácticas. Faisal permaneció fiel a su método de no exponerse con declaraciones explícitas innecesarias. Se mostró receptivo al argumento de Nixon de que no había que precipitarse a ir a Ginebra; celebró conocer por anticipado nuestra intención de anunciar la reanudación de relaciones diplomáticas con Siria durante nuestra visita a ese país; pareció complacido cuando Nixon expresó que una Arabia Saudita fuerte era importante para la seguridad del Golfo. El tema nixoniano de que las negociaciones sobre la *margen occidental* (Cisjordania) progresarían más rápidamente si

Jordania, en vez de la OLP, fuera el interlocutor de Israel no halló eco en el rey. En cuanto al petróleo, Faisal indicó una propensión general a bajar los precios siempre que los demás países productores de petróleo aceptaran sus consejos (lo que era muy poco probable).

Dos impresiones surgieron de las conversaciones: Nixon había encontrado al fin su igual en cuanto a los rodeos, y yo sabía ahora que el rey era más propenso a actuar que a afirmar. Sin embargo, resultaba indudable que Faisal sentía una genuina admiración por Nixon. Y su declaración de despedida se apartó abiertamente de lo acostumbrado. Además del compromiso de seguir políticas conjuntas en Medio Oriente, contenía también una referencia explícita a la política interna de nuestro país:

Lo que es muy importante es que nuestros amigos en los Estados Unidos de América tengan la sensatez necesaria para respaldarlo, para sumarse a usted, señor presidente, en sus nobles esfuerzos, casi sin precedentes en la historia de la humanidad, los esfuerzos tendientes a asegurar la paz y la justicia en el mundo. . .

Y cualquiera que esté en contra suya, señor presidente, en los Estados Unidos de América, o fuera de él, o que esté en contra de nosotros que somos sus amigos en esta parte del mundo, sólo persigue obviamente un fin: es decir, causar la fragmentación del mundo, lograr la equivocada polarización del mundo, provocar un daño que no conduciría a la tranquilidad y a la paz mundiales.

En general, los jefes de Estado no visitan las capitales de los países con los que no mantienen relaciones diplomáticas por la sencilla razón de que la ausencia de embajadas es habitualmente un buen indicio del estado de las relaciones políticas. Esta norma no parecía aplicarse a Nixon, que la quebró dos veces programando visitas estatales destinadas no a celebrar relaciones amistosas sino a inaugurarlas. Nixon había visitado Pekín en 1972 aunque todavía seguíamos reconociendo a Taipei como el gobierno legítimo de toda la China. Y nuestra visita a Damasco era apenas menos incongruente. Sólo seis meses escasos antes habíamos establecido comunicaciones. Pero durante el torbellino de mayo Assad había hecho ver claramente que deseaba la visita de Nixon; Assad no quería un *status* de segunda clase con el país que reconocía como el factor clave para la paz, pero era seguro que había tenido que vencer serios obstáculos internos. Fuentes dignas de crédito del mundo árabe me habían dicho que en Siria surgió una poderosa oposición al acuerdo de separación de fuerzas. Yo estaba seguro de que Nixon sería bien recibido porque no tenía sentido que Assad lo invitara sólo para humillarlo. Nadie busca gratuitamente la enemistad del país más poderoso de la tierra.

A pesar de sus buenas intenciones los sirios parecieron estar a punto de hacer exactamente eso cuando nos aproximamos a Damasco el 15 de junio. El protocolo sirio prescribe que los jefes de Estado sean escoltados sobre el espacio aéreo de su país por una especie de guardia de honor de aviones militares sirios. El protocolo norteamericano no acepta esas disposiciones; nuestro servicio de seguridad teme demasiado que se produzca una colisión entre pilotos que hablan idiomas diferentes. Así se lo había comunicado a los sirios, pero nuestras preferencias fueron desestimadas o no habían sido puestas en conocimiento de los niveles inferiores.

El magnífico piloto presidencial, coronel Ralph Albertazzie, acababa de hacer descender el *Air Force One* a unos cinco mil metros cuando vio que se aproximaban cuatro MiGs, de fabricación soviética, dos a cada lado de la aeronave. No se llega a ser piloto del *Air Force One* sin una buena dosis de confianza en la propia capacidad como aviador. Albertazzie decidió no averiguar si se trataba de una guardia de honor o de alguna perversa unidad aérea extremista. Poniendo su pesado aparato en una profunda inclinación lateral en curva, maniobró para librarse de la escolta, lo que era muy improbable

para un Boeing 707 enfrentado a aviones modernos de combate. Lamentablemente, también nos zarandeó un poco a los pasajeros del *Air Force One*. Pero los civiles que viajábamos en el avión estábamos tan imbuidos de la idea de que el *Air Force One* era invulnerable, que hicimos poco caso del sacudón. Una mirada a Brent Scowcroft, general de división de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, me hizo cambiar de idea. Se hallaba evidentemente asustado; por consiguiente, estábamos en peligro. Larry Eagleburger demostró la impenetrable sangre fría del servicio diplomático. Me había estado escribiendo una nota sobre detalles de protocolo cuando la palidez de Scowcroft le hizo agregar algo para prevenirme. Había llegado a poner: *usted descenderá del avión inmediatamente después de la señora de Nixon*: y luego agregó simplemente. . . *espero* y en silencio me entregó la nota.

Los pilotos sirios deben haber pensado que el malabarismo aéreo del *Air Force One* era alguna demencial forma norteamericana de devolver el honor, y tenazmente se mantuvieron a nuestro lado. Nunca como en aquella ocasión se ha sentido tan feliz una delegación norteamericana de llegar a Damasco.

Assad había preparado una ceremonia de llegada puramente militar que mantenía dignamente las distancias. No había multitudes en el aeropuerto, que por estar tan lejos de la ciudad no se prestaba de todos modos a las demostraciones masivas. Pero hubo grandes y amistosas multitudes cuando Nixon y Assad atravesaron las calles de Damasco a una velocidad impuesta para desalentar tanto a los asesinos como las demostraciones. Como medida adicional de seguridad no se había publicado la ruta de la comitiva, aunque sospecho que la población sabía que las opciones estaban estrictamente limitadas. Dadas esas inhibiciones, la respuesta del público sirio fue notablemente cordial. El largo período de distanciamiento entre los dos países parecía terminado. El ministro de Relaciones Exteriores, Khaddam, y yo viajamos juntos charlando sobre nuestras aventuras durante el torbellino. Aunque a él no le hubiera gustado la comparación, hizo casi la misma bromita que había hecho Eban cuando salí de Israel dos semanas antes: *Después que Ud. se fue hubo como un vacío en nuestras vidas porque parecía que no había nada que hacer*.

Assad había preparado bien las cosas. En el número anterior de *Newsweek* él había concedido a Arnaud de Borchgrave una entrevista que, para lo que acostumbraban los sirios, era conciliatoria (6). En ella rendía homenaje a mi contribución a las negociaciones para la separación de fuerzas (*No podrían haberse logrado sin él*); y afirmaba también que Siria deseaba *una paz verdadera en Medio Oriente* en beneficio de *todos los países* de la región, dentro del contexto de las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad que Siria acababa apenas de reconocer. Si bien implicaba que aún existían diferencias con los Estados Unidos sobre el significado de las resoluciones, Assad parecía acordarnos la función principal para el logro de la paz; significativamente, no mencionó ni a Gromyko ni a la Unión Soviética. Assad se negaba a comprometerse con la idea de un Estado palestino, dejando la decisión a la OLP. De Borchgrave vio la oportunidad de poner a Assad en un aprieto:

¿Aún si la decisión es desmantelar el Estado de Israel? La respuesta de Assad fue significativa: *Pienso que lo que la OLP decida no excederá el espíritu de las resoluciones de las Naciones Unidas. Y éstas no piden el desmantelamiento del Estado de Israel*. En esta forma hábil Siria declaraba que aceptaba al Estado de Israel e informaba a la OLP que su demanda de destrucción de Israel era incompatible con el proceso de negociación y con la resolución de las Naciones Unidas aceptada recientemente por Siria.

Esto requirió no poco valor. El gobierno de Siria parecía decidido a explorar el proceso de paz a pesar de que durante décadas su pueblo había sido alimentado con una retórica de intransigencia y de que muchos grupos dentro de Siria, desde el ala izquierda del partido Baath hasta los palestinos radicalizados, eran violentamente opuestos a la nego-

ciación con Israel y el acercamiento con los Estados Unidos. Las experiencias que yo había recogido durante los vaivenes del torbellino me habían convencido de que el consentimiento para el curso relativamente conciliatorio adoptado por Assad tendría que ser trabajosamente obtenido, día a día, de unos dirigentes muy poco dispuestos a ello, especialmente del lado civil. Parecía existir el penetrante temor de que al final Siria fuera traicionada por aliados árabes que hicieran acuerdos por separado o por las superpotencias cansadas de sus esfuerzos.

Por esas razones, cuando Assad habló con Nixon en la mañana del 16 de junio no se contentó con un cuadro filosófico general, como Sadat, ni con una atmósfera de buena voluntad personal, como había sido el caso con Faisal. Necesitaba seguridades no sólo contra sus críticos radicalizados sino también contra sus aliados árabes. Assad era demasiado sirio para aceptar tranquilizantes y demasiado inteligente para no reconocer las evasivas como tales. Así que su reunión con Nixon se convirtió en un interrogatorio sobre nuestra interpretación de las resoluciones apropiadas de las Naciones Unidas y en una investigación de los fines precisos de nuestra política, la cual se mantenía evitando justamente precisiones en cuanto a sus fines últimos.

Durante el torbellino de mayo Assad me había pedido repetidas veces seguridades por escrito de que apoyaríamos las demandas sirias para recobrar todas las Alturas del Golán. Yo había evadido dárseles, pero Assad volvió ahora a la carga con Nixon, quien nunca se sentía emocionalmente cómodo frente a un estilo que procuraba cerrar todas las rutas intelectuales de escape.

Nixon comenzó en su forma elíptica habitual, implicando que estaba de acuerdo con los objetivos de Assad pero que sería destructivo admitirlos. Al mismo tiempo afirmó que estaba comprometido a asegurar la supervivencia de Israel. Eligió una metáfora poco afortunada:

Sería agradable poder decir grandes palabras sobre lo que se logrará. Pero esto daría comienzo a un debate internacional sobre los pasos últimos, y entonces ningún paso importante más sería posible. Permítaseme un ejemplo. Si usted quiere hacer caer a un hombre de un acantilado, usted le pide simplemente que dé un paso hacia atrás, luego otro y otro. Si él supiera adonde estaba yendo no daría un solo paso más.

Si yo dijera lo que realmente estoy pensando destruiría así las oportunidades, y la consecuencia sería la vuelta al enfoque militar que no ha dado resultado en veinticinco años. Esa es la única razón por la que quiero que el lenguaje de mis declaraciones siga siendo general.

Normalmente esas generalidades, dichas con el aire de un hombre que imparte profunda confianza, logran su propósito. El interlocutor de Nixon hallaría difícil admitir que no entendía bien de qué estaba hablando el presidente, en especial cuando se lo estaba invitando a compartir un profundo secreto, o consideraría inadecuado presionar al primer magistrado de los Estados Unidos. Es probable que algunos estadistas entendieran muy bien el juego que les estaban haciendo y decidieran que la discreción es un elemento muy importante del valor. Assad no correspondía a ninguna de esas categorías. Su posición interna era demasiado precaria para que pudiera ser cortés y su acercamiento a los Estados Unidos demasiado reciente para servir de freno.

Al principio todo marchó bastante bien y Assad se adaptó a la pequeña charla cortés y filosófica. Su actitud resultó ser en buena parte un medio para mantener la atmósfera cordial hasta que, a las 0.45 ambos presidentes aparecieron ante un grupo de periodistas reunidos en los escalones del palacio presidencial para anunciar la reanudación de las relaciones entre Siria y los Estados Unidos.

Pero después de hecha esa declaración ambos presidentes regresaron al estudio de Assad, donde el dueño de casa hizo un poderoso esfuerzo para poner alguna sustancia en las generalidades de Nixon. Antes de la reunión con la prensa Assad se había demostrado satisfecho con la forma en que encarábamos *la détente*, revelando al mismo tiempo que la cuestión inspiraba sentimientos contradictorios en los no alineados no obstante sus protestas en sentido contrario; si bien *la détente* disminuía el riesgo de confrontación, dijo Assad, no debía ser perseguida a expensas de los países pequeños. Tampoco negaba que debía continuarse con el criterio de proceder paso a paso, lo que quería saber con alguna precisión era en qué etapa y cómo se incluiría a Siria. Esto lo indujo a plantear toda una serie de penetrantes cuestiones sobre nuestra futura estrategia negociadora, aunque era difícil dar repentinamente un paso hacia un compromiso, ¿estaban sin embargo preparados los Estados Unidos a que la Resolución 338 fuera aplicada en su integridad? ¿Nuestro enfoque paso a paso significaba que se perseguiría un solo punto por vez? ¿Nos concentraríamos en todas las fronteras al mismo tiempo o en una por vez? ¿Considerábamos que Israel abandonaría las Alturas del Golán cuando saliera del Sinaí? Y, finalmente, la pregunta que no permitía evasiones, ¿cómo veían los Estados Unidos las fronteras futuras, definitivas, de Israel?

No había nada que Nixon odiara más que ese tipo de interrogatorio. Yo traté de ganar algún tiempo para él —felizmente debíamos partir a las 2.30 para llegar a Israel a la hora prevista— explicando lo que preocupaba a Assad: *El presidente Assad cree que ya hemos llegado a un acuerdo con Egipto (sobre los límites definitivos). Eso no es cierto. . . Sólo hemos mantenido conversaciones generales con Sadat sobre esa cuestión. Pero fundamentalmente Nixon estaba librado a sí mismo durante esa clase de confrontaciones que detestaba. Nixon era tan equívoco como podía, y en cuanto era posible atribuía a razones tácticas su negativa a ser explícito. Pero al final se fue acercando poco a poco a endorsar la posición de Assad sobre las fronteras. Assad, no familiarizado con la forma en que operaba mi jefe, no hubiera estado muy equivocado destilando de la conversación la idea de que Nixon, en la forma elíptica que le era propia, estaba de acuerdo en que Israel se retirara completamente del Golán.*

Yo creía que a nadie beneficiaría dejar ilusiones sobre lo que se había convenido. En el camino al aeropuerto Khaddam concedió que las negociaciones habían sido más bien demasiado fáciles. Estimé conveniente prevenirlo:

Usted es una persona distinguida y no sacará conclusiones demasiado comprensivas, Señor ministro. Hoy no podemos prometer nada. Yo no quiero prometer nada que no podamos cumplir. En la etapa final, cuando las diferencias sean muy pequeñas, podremos hablar con realidad sobre cuáles son las fronteras definitivas posibles.

Y durante el resto del viaje al aeropuerto el quisquilloso nacionalista Khaddam y yo hablamos vagamente sobre los lazos personales que se habían establecido entre nosotros y la confianza que se iba desarrollando entre los dirigentes de nuestros países.

Desde entonces han ocurrido muchas cosas que llevaron a nuestros países a estar en oposición entre sí, y algunos han vuelto a considerar a Siria como un satélite soviético. Yo tengo mis dudas: ésa no era mi impresión entonces, cuando trataba con los sirios casi a diario. Si hay o no una solución a su conflicto es cosa que sólo podrá probarse en el crisol de una verdadera negociación, lo que no parece probable en el momento en que escribo esto. Pero nadie hubiera creído posible un trato al comienzo del proceso de separación de fuerzas en 1973. Confío en que puedan volver a abrirse las líneas de negociación entre los Estados Unidos y ese pueblo orgulloso, difícil y ardientemente nacionalista.

La acogida que nos esperaba en Israel en la tarde del 16 de junio resultaba de una textura diferente a las que habíamos recibido en todas las otras paradas. Israel era nuestro amigo y nuestro aliado, y habíamos estado juntos en muchas crisis graves: sin embargo, ésta era la primera visita de un presidente norteamericano a ese país tan angustiado por su ostracismo y tan poco dispuesto a admitirlo. Constituía una experiencia llena de emoción para ambas partes, porque existía una perceptible corriente subterránea de ansiedad en la insistencia, tal vez demasiado estridente, en nuestra histórica y permanente amistad. En todas las otras capitales los líderes querían comprometer a los Estados Unidos a mantener y, de ser posible, a acelerar el proceso de paz. En Israel, el nuevo gobierno buscaba, por sobre todo, un respiro. Estaba ansioso preguntándose adónde llevaría la corriente actual, cómo se definiría la paz y, tal vez aún más, cuáles serían las controversias internas que encontraría en el camino. Los jefes de Israel estaban inseguros acerca de la revolución diplomática que había atraído ante todo a Nixon a la región. Si se hubiera administrado un suero de la verdad y la distinguida reunión de israelíes hubiera mostrado su subconsciente al desnudo, se hubiera visto probablemente que ellos preferirían renunciar a la visita de Nixon si fuera posible anular la secuencia de hechos que la habían provocado. Nixon, a su vez, estaba decidido a que las negociaciones continuaran, y se hallaba en el único país de su viaje donde el proceso de paz parecía requerir justificación. El ambiente de tensión potencial —que ninguno de los lados quería admitir y mucho menos enfrentar— fue evidente, en una recepción correctamente descrita por Nixon en su autobiografía: *Nuestra recepción en Israel, aunque cálida según los cánones ordinarios, fue la más moderada de todo el viaje* (7).

También por esa razón los brindis oficiales tenían más sentidos ocultos, y las reuniones más sustancia, que en cualquier otra etapa de nuestro viaje. En los actos oficiales el presidente Ephraim Katzir, hablando en nombre del Gabinete, reafirmó consistentemente los lazos indisolubles que unían a Israel y a los Estados Unidos, e insistió en la profunda gratitud de nuestros anfitriones por la función que había correspondido a Nixon al ocuparse de la ayuda a Israel. Lo que estaba implícito era que el esquema tradicional constituía su propia justificación y no necesitaba modificación. Nixon adoptó precisamente la línea opuesta. Subrayó que estaba dispuesto a continuar con la ayuda económica y militar a largo plazo; pero agregó una velada advertencia de que esperaba a cambio que Israel demostrara flexibilidad en la mesa de la conferencia. En la ceremonia de llegada nuestro presidente dijo que apreciaba la comprensión demostrada por el pueblo de Israel en cuanto al propósito de las visitas a sus enemigos tradicionales, lo que equivalía casi a refregárselas. En la comida oficial ofrecida por el jefe de Estado se extendió, también extemporáneamente, sobre la necesidad de que hubiera flexibilidad diplomática de parte de Israel.

Yitzhak Rabin acababa de asumir el cargo de jefe del gobierno. Nixon lo había conocido cuando era embajador en Washington y lo tenía en muy alto concepto. Habló ahora con profusión sobre las cualidades del nuevo primer ministro, elogiando sus antecedentes como jefe militar y ofreciéndole entonces su opinión sobre los dos caminos que se abrían ante él: el del político que no quiere aventurarse y el del estadista que está dispuesto a correr riesgos por la paz. Nixon no dejó dudas de que estaba insistiendo en que se adoptara este último enfoque. Para remarcarlo con mayor claridad, lo definió en la forma siguiente:

Es un camino que reconoce que la guerra continua en esa región no constituye una solución para la supervivencia de Israel y, por sobre todo, que no está bien; que es menester investigar todo camino posible para evitar la guerra en beneficio del futuro de esos cientos y miles de niños que hemos visto hoy jugando en las calles de Israel.

Y Nixon insistió aún más enfáticamente en este punto en su reunión con Rabin y sus principales colegas, el ministro de Relaciones Exteriores Yigal Allon, el ministro de Defensa Shimon Peres y el embajador Simcha Dinitz:

Realmente sentimos que los días en que Israel se sentía muy cómodo en su relación con los Estados Unidos: cuando apoyábamos a Israel e íbamos a ser su mejor amigo y cuando sus vecinos inmediatos y más guerreros, Siria y Egipto, eran considerados enemigos de los Estados Unidos; esos días, algunos podrían decir en este país y muchos de nuestros muy buenos amigos de la colectividad judía norteamericana lo dicen ahora: volvamos a los viejos tiempos. Simplemente nos dan Uds. las armas y nosotros podemos vencer a todos nuestros enemigos y a todos los demás.

Yo no creo que eso sea una política. No lo creo viable para el futuro. . . se va a acabar el tiempo.

Fundamentalmente, nadie discutía que la paz era deseable. Pero inmediatamente después de los dos acuerdos de separación de fuerzas nosotros insistíamos en seguir ese ímpetu, mientras que Israel temía perder el control de un proceso de negociación que amenazaba convertirse en una finalidad en sí mismo. Rabin esbozó el criterio israelí: la paz tenía que estar relacionada con la seguridad; el proceso de paz llevaría tiempo porque para que tuviera sentido debería incluir un cambio de actitud; no podía consistir simplemente en una serie de retiradas israelíes; era menester que hubiese reciprocidad; Israel no toleraría ataques terroristas; era esencial que Israel siguiera manteniéndose fuerte; Rabin esperaba que los Estados Unidos mejoraran sus lazos con los árabes a un paso "moderado" y darían particular importancia a la asistencia económica, no militar, a esos países.

Esos puntos eran inobjetables, pero lo cierto era que dejaban al descubierto el escollo diplomático fundamental, que consistía en que no teníamos respuestas: en que los Estados Unidos e Israel estuvieran de acuerdo a la clase de preguntas que Assad nos había hecho en Damasco. ¿Qué pasos concretos había que tomar? ¿Cómo iban a ser llevados a la práctica?

Teníamos ante nosotros cuatro opciones estratégicas amplias. Podíamos seguir con el *statu quo* que había surgido de los dos acuerdos de separación de fuerzas; podíamos volver a Ginebra en busca de una solución comprensiva; podíamos dar otro paso con Egipto; o podíamos tomar un paso inicial con Jordania en la margen occidental.

La opción de quedarnos como estábamos no existía realmente: socavaría la posición norteamericana en todos los países árabes y llevaría con el tiempo a otro estallido. El criterio comprensivo era, a nuestro juicio, aún prematuro. Traería otra vez a los soviéticos de vuelta a la región; plantearía toda una serie de cuestiones para las cuales no se percibía aún ni siquiera vagamente una solución; crearía el peligro de una explosión mientras Nixon se iba encaminando al juicio político y en Israel un nuevo gobierno acababa de asumir el mandato por un margen de un solo voto; más aún, Egipto se mostraba muy reacio a ir a Ginebra. De todos modos, ese camino conduciría a un temprano *impasse* y a frenar —si no a hacer retroceder— el proceso diplomático.

La verdadera elección estaba entre tomar otro paso en el Sinaí o tratar de alcanzar un acuerdo de separación de fuerzas con Jordania. Sadat nos había encarecido que diéramos prioridad al frente egipcio. Estaba ansioso por seguir presionando por un tratado de paz que él era el único de los participantes en el proceso en creer alcanzable.

Mi propia opinión era que debíamos hacer el próximo movimiento con Jordania. Durante el estío de 1974 se decidió postergar la cuestión de Jordania y la *margen occidental* hasta que se resolviera nuestra crisis interna, y esa decisión resultó de importancia

fundamental y afectó profundamente la evolución de toda la región. Era una amalgama de políticas e inhibiciones internas de los estadounidenses, los israelíes y los árabes, a consecuencia de las cuales cada parte tomó la senda de menor resistencia, llegándose así al peor resultado posible.

Yo había pensado que lo mejor que podía hacerse en bien de todos era establecer cuanto antes una presencia jordana en la *margin occidental*. Eso haría de Jordania, país moderado, al negociador obligado para la etapa palestina del proceso de paz. Más y más mirones —los gobiernos europeos, los intelectuales norteamericanos— propugnaban a la OLP, que estaba muy de moda, como la llave que abriría el camino para solucionar la cuestión de la *margin occidental*; yo estaba seguro de que trancaría la puerta que permitiría llegar a un acuerdo. Conseguir, simplemente, que Israel se encontrara en una sala de conferencias con un grupo que había jurado su destrucción y que durante una década había librado una campaña en su contra, sería una tarea monumental que consumiría energía, emoción y enormes cantidades de tiempo durante el cual quedaría congelado todo progreso futuro. Yo no creía que pudiera lográrselo sin demostrarle brutal e irrevocablemente a Israel su total dependencia del apoyo norteamericano. A mi juicio, esto quebraría psicológicamente a Israel y destruiría la esencia del Estado. Sería también contrario a los intereses norteamericanos por la no desdeñable razón de que un Israel desmoralizado necesitaría más protección norteamericana y sería, al mismo tiempo, menos receptivo a nuestros consejos. Nos veríamos envueltos como garantes en cada escaramuza fronteriza, hipotecando a la larga nuestras relaciones con todos los Estados de la región. Y aunque yo estuviera equivocado y un Israel psicológicamente indemne pudiera ser llevado a la sala de conferencias junto con la OLP, aquello no sería el fin sino el comienzo de una negociación de pesadilla.

No: para que hubiera un progreso inmediato en la cuestión de la *margin occidental* habría que intentarlo por intermedio de Jordania. Si la OLP se estaba haciendo realmente más moderada, lo que estaba lejos de verse claro, podría demostrarlo en sus tratos subsiguientes tanto con Jordania como con cualquier otro de los demás Estados árabes que eran partes en la cuestión palestina. En esta forma la OLP se convertiría en un problema árabe, no norteamericano.

En aquel ominoso verano de 1974 repetí muchas veces esta argumentación. El 31 de mayo había dicho durante una sesión ejecutiva del Comité de Relaciones Exteriores del Senado:

Naturalmente, la forma más efectiva de incorporar a los palestinos al proceso es mediante una negociación jordana, que tendría un respaldo histórico y para la cual Israel siempre se ha declarado dispuesto en principio.

Pero no existían las condiciones que permitieran dar ese paso. El Gabinete israelí se encontraba frente a dos dificultades insuperables. Su mayoría de un voto en el Parlamento constituía una base demasiado estrecha para mantener una negociación tan divisiva como la de la separación de fuerzas en la *margin occidental*. Y buena parte de la opinión israelí se oponía al restablecimiento de *cualquier* autoridad política árabe allí; otros se resistían a ceder la más pequeña partícula de la tierra que ellos creían había sido dada a los judíos por el Antiguo Testamento. El Partido Nacionalista Religioso derribaría seguramente al gobierno ante el primer signo de negociación sobre la *margin occidental*. Todo eso había sido la causa de que Golda Meir —y éste era el segundo obstáculo— prometiera que habría una nueva elección *antes* de que se celebrara cualquier acuerdo sobre el destino de esa región. Rabin y sus colegas se resistían, comprensiblemente, a convocar a nuevas elecciones pocas semanas después de haberse hecho cargo del gobierno.

Nuestras inhibiciones eran igualmente grandes. Si insistíamos en una negociación jordana tendríamos que contar con que habría nuevas elecciones en Israel, para producir un nuevo gobierno, proceso que habitualmente requería un mínimo de seis meses, contados desde el día de su iniciación. Nosotros nos quedaríamos estancados en el preciso momento en que nuestra influencia había alcanzado el punto más alto como consecuencia de la separación de fuerzas en el Golán. Más aun: un presidente a punto de ser sometido a juicio político no estaba en brillante posición para insistir en una negociación que —si Israel se resistía, lo que era casi seguro— multiplicaría sus adversarios en su propio país.

Estaba también el problema de Egipto. Nosotros admirábamos a Sadat y lo considerábamos la fuerza impulsora indispensable para lograr la paz en el Medio Oriente. Sin su cooperación esa región volvería seguramente a caer en una impotente frustración. Y Sadat era contrario a lo que más tarde se llamó la opción jordana; de todos modos, no quería aplazar su propia reclamación de otro pedazo del Sinaí durante la mayor parte del año que requeriría el proceso electoral israelí, y durante el incierto número de meses que consumiría la negociación. La gran desconfianza que le inspiraba Hussein reforzaba su frío cálculo de que el proceso de separación de fuerzas en Jordania involucraba demasiados peligros latentes para arriesgar en él ese proceso de paz en el Medio Oriente que él había fomentado con tantísimo cuidado y trabajo hasta este punto. Sadat debe haber llegado a la conclusión de que una separación de fuerzas en Jordania no podría ser nunca un acto aislado. Destaparía el drama palestino, reverberando a través de toda la región con arreglo a una lógica que no podía acomodarse a los calendarios de los demás.

Tampoco Siria veía de buen grado un movimiento jordano. Durante el torbellino yo había hablado con Assad sobre la conveniencia de asignar a Hussein la principal responsabilidad por las negociaciones sobre la Cisjordania (margen occidental). Assad no había rechazado la idea y respondió, sin comprometerse, que habría que reflexionar mucho para encontrar un enfoque adecuado del problema palestino. Pero esto significaba, por lo menos, que también Siria había adoptado una actitud distante frente a la OLP. Siria apoyaba firmemente lo que llamaba los derechos del pueblo palestino, y al mismo tiempo trataba de controlar a la OLP en cumplimiento de un antiquísimo sueño que ve a Palestina como parte de la Gran Siria. Pocos años después Siria resistió un intento de la OLP para tomar posesión del Líbano, aliándose temporariamente con los odiados cristianos para impedir el dominio palestino de un país vecino. En 1974 Siria no presentó ningún plan concreto en favor de la causa palestina; parecía reservada en cuanto a la OLP; tenía más conciencia de las complejidades de la opción jordana que de sus posibilidades. Ningún funcionario superior sirio mencionó jamás la separación de fuerzas en la *margen occidental*, con ninguna contraparte, como una posibilidad seria.

Dada esa triste oposición entre nuestros análisis y las condiciones objetivas prevalentes, traté de ganar tiempo no rechazando ni la opción egipcia ni la jordana —sin decidirnos al final por ninguna de ellas— con la esperanza de que las circunstancias resolverían nuestras perplejidades. Esta es una forma de actuar que he adoptado raras veces y a la que por lo general me opongo intelectualmente. Las circunstancias son neutrales; por sí mismas más frecuente es que aprisionen en vez de ayudar. Un estadista que no pueda dirigir los acontecimientos será pronto devorado por ellos; se verá obligado a ponerse a la defensiva, luchando con las tácticas en vez de llevar adelante su propósito.

Y eso es exactamente lo que ocurrió con la cuestión palestina. Cuando el 28 de octubre de 1974 una reunión árabe en la cumbre, celebrada en Rabat, designó a la OLP como único representante y portavoz árabe para la cuestión de Cisjordania y removió a Jordania del campo diplomático, se hizo inevitable el dilema israelí y el estancamiento de la negociación palestina que yo había pronosticado pero no evitado. Ambos siguen sin solución hasta el día de hoy.

Durante la visita de Nixon a Israel todo esto pertenecía aún al futuro. Rabin y Nixon discutieron los próximos pasos en una forma general, casi fortuita. Rabin ansiaba ligar la continuación del esfuerzo diplomático a un arreglo amplio de prestación de armas a Israel; Nixon quería conseguir un compromiso general de que Israel negociaría. Los dos obtuvieron lo que querían. Los resultados nos ayudaron muy poco a resolver la elección que debíamos hacer. Pero en ese momento les convenía a ambas partes sumergir las cuestiones estratégicas en un proceso de consulta. Se convino en que Yigal Allon, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, visitaría Washington más entrado el verano, y en que Rabin lo seguiría poco después. Mientras tanto nosotros invitaríamos también a los ministros de Relaciones Exteriores de Egipto y Siria, así como al rey y al primer ministro de Jordania. Esperábamos que esos intercambios nos ayudasen a cristalizar una estrategia a comienzos del otoño.

Dada la situación, era un proceder razonable. Con el acuerdo sirio de separación de fuerzas logrado apenas dos semanas atrás y el nuevo gobierno que acababa de instalarse en Jerusalén, a todos convenía un período de consulta y reflexión. Es lo que le habíamos dicho a los gobiernos árabes que procuraríamos realizar. Con lo que no habíamos contado era con la decisión que luego se adoptó en Rabat, aunque aún sin ella la tendencia hubiera sido probablemente contraria a la opción jordana.

Dos hechos simbolizaron la desafortunada situación de Jordania: fue la postrer parada en el viaje de Nixon y yo no pude acompañarlo allí. La razón de esto último era la misma que había colocado a nuestros amigos hachemitas casi al final de todos los *torbellinos*: no se requería ninguna decisión de Amman, sabíamos que debía hacerse, pero hacerlo dependía de decisiones que se adoptarían en otra parte. Amman resultaba un buen lugar para echar cuentas y tratar de ver las cosas en perspectiva en un ambiente amistoso. Mi ausencia era debida a la reunión semianual de los ministros de Relaciones Exteriores de la NATO en Ottawa, de la cual ya había perdido el primer día. Como la reunión se efectuaba para convenir, al fin, en la Declaración del Atlántico propuesta por mí personalmente catorce meses antes, no estar presente en la consumación de nuestra propia empresa hubiera sido una grosera afrenta a mis colegas atlánticos. Y como el viaje al Medio Oriente había tenido que ser apretadamente acomodado antes de la reunión en la cumbre de Moscú, y uno no podía llegar a Israel en el Sabbath, tampoco había allí mayor flexibilidad.

Pero esto servía de poco consuelo a los jordanos, quienes deben haber sentido que la ausencia del principal negociador de Nixon simbolizaba su relegación a un papel secundario. Según pude inferir de los informes que me presentó Scowcroft, la visita realizada por Nixon los días 17 y 18 de junio estuvo tan bien como las circunstancias lo permitían. Nixon reiteró su argumento, por ahora ya de cajón, de que los métodos que habían permitido iniciar relaciones con China y pacificar a la Unión Soviética darían también resultado en el Medio Oriente. En uno de los brindis Nixon utilizó con bastante eficacia una línea de razonamiento que había ensayado durante el viaje en todas las ocasiones posibles: *No les estoy diciendo dónde terminará este viaje. No puedo decirles cuándo terminará. Lo importante es que ha comenzado.* El problema de Jordania, desgraciadamente, era que su viaje no había ni siquiera comenzado. Sin embargo, Hussein despidió a su distinguido huésped con un desfile espectacular: la ceremonia de "tocar la retirada", que yo ya había contemplado, ejecutada por cuatro bandas de beduinos con entrenamiento británico marchando en perfecta precisión.

Así terminaron las correrías de Nixon por el Medio Oriente. Para sus colaboradores fue una experiencia angustiosa. En el exagerado afán de nuestros anfitriones podíamos sentir la lástima, que es el sentimiento que un jefe de Estado no puede permitirse nunca despertar. Pretender que estaban tratando con un presidente en pleno funcionamiento era posible para algunos líderes porque no estaban bastante familiarizados con los

asuntos internos de los Estados Unidos; para otros, porque no sabían en qué otra forma tratar a un jefe de Estado visitante, y para los demás, porque toda su política se había basado en la creencia de que los Estados Unidos podían dominar los acontecimientos. Pero los que acompañábamos a Nixon ya no teníamos ilusiones y sabíamos demasiadas cosas. Estábamos desgarrados en nuestro interior por la diferencia entre lo que podía haber sido y lo que en lo más profundo de nosotros mismos comprendíamos que ahora debía ocurrir. Era imposible, naturalmente, predecir aún la modalidad precisa que significaría el fin de la presidencia, uno de cuyos mayores triunfos estaba siendo celebrado diariamente en los desfiles y banquetes del Medio Oriente.

La desesperación se manifestaba en muchos pequeños altercados. Ron Ziegler protegía su idea de la preeminencia presidencial en las informaciones periodísticas con la ferocidad de un perro de policía. Hubo disputas por la disposición de alojamientos y de asientos en el tren de El Cairo a Alejandría. Pero éstos eran los síntomas de la frustración que todos sentíamos por lo que constituía el sombrío y nunca mencionado telón de fondo del viaje.

Vimos con cierto asombro las tumultuosas recepciones de capitales con las que las relaciones se habían establecido sólo pocos meses atrás. Nos sentíamos orgullosos de que nuestro país estuviera desempeñando un papel central al hacer la paz, no sólo para él mismo sino entre naciones que sin nosotros no hubieran encontrado ni el lenguaje ni el método de reconciliación. Todos los jefes de Estado procuraban obtener de nosotros un mapa que señalara el camino del futuro. Nixon se desempeñó muy bien mientras sufría terribles dolores físicos y emocionales. Hizo comentarios razonables y respondió a las necesidades de sus interlocutores con firmeza y percepción. Lo único que no podía otorgar era lo que más se necesitaba: una guía confiable del camino a largo plazo que seguiría la política exterior de los Estados Unidos. Porque no pasaría mucho tiempo antes de que él se convirtiera en un observador de las fuerzas que había contribuido a crear.

MAS ACUSACIONES

A esta altura de los acontecimientos nuestra lucha interna tenía las características de la malaria. La fiebre subía y el paciente estaba próximo al delirio durante unos pocos días, y, de repente, cedía la fiebre sin dejar más rastros que el aumento de la debilidad de la víctima. La única diferencia era que en los casos de malaria el paciente generalmente se recupera.

Yo había regresado del *torbellino* sirio para encontrarme con el asalto sobre las grabaciones telefónicas; ahora volvíamos del viaje de Nixon al Medio Oriente para enfrentarnos a otra imputación tan absurda y tan técnica que era difícil saber por dónde empezar a refutarla: el senador Henry Jackson nos acusaba a Nixon y a mí de haber hecho un arreglo secreto con los soviéticos que permitía a éstos exceder en hasta 124 misiles los límites fijados por el primer acuerdo SALT. El alboroto sobre las grabaciones telefónicas había reflejado algunas confusiones hipócritas; los cargos sobre los arreglos secretos eran pura guerra política interna.

En el verano de 1974 Nixon parecía ya tan cercano al final de su camino que cualquier tenue moderación que pudiera haber inhibido hasta entonces los ataques masivos contra nuestra posición internacional desapareció por completo. Lejos de acallar el disentiimiento, el incipiente colapso de la presidencia ciertamente lo fomentaba; una corriente de opinión sostenía que el interés nacional requería que se maniatara al mortalmente herido Nixon para impedir que en la inminente reunión en la cumbre con Brezhnev el presidente hiciera concesiones imprudentes.

Nixon debía llegar el 27 de junio de 1974 a Moscú para la tercera reunión en la cumbre con los dirigentes soviéticos. Su escasa diferencia a las sensibilidades soviéticas aún en

esta tardía etapa de su presidencia queda demostrada por el hecho de que había aplazado tres días su visita a Moscú para tener la oportunidad de viajar al Medio Oriente y detenerse en Bruselas para firmar la recién completada Declaración del Atlántico: ninguno de estos actos estaba ciertamente calculado para hacerse querer por los soviéticos. Sin embargo, Jackson consideró que serviría al interés nacional si restringía la libertad de negociación del gobierno socavando su credibilidad. Por lo que yo sé, Jackson podría haber realmente creído lo que le había dicho su personal acerca de esa fantasía de un arreglo secreto.

Jackson era temible, cualquiera fuera la exactitud de sus cargos. Como sabía mucho sobre defensa, podía hablar con conocimiento técnico. Como segundo en jerarquía entre los miembros del Comité del Senado para los Servicios Armados tenía muchos amigos en el Pentágono que le proporcionaban su propia versión de la información confidencial. Cuando presté testimonio ante Jackson me encontré con frecuencia en la anómala posición de verme enfrentado con documentos secretos de la Junta de Jefes de Estado Mayor que no habían sido vistos nunca en la Casa Blanca. Y Jackson tenía por aliados muchos grupos que apoyaban sus otras causas como, por ejemplo, la de la emigración judía de la Unión Soviética. Aunque no tuvieran ninguna animosidad personal contra mí, esos grupos tampoco querían que sufriera la credibilidad de Jackson, dándole así, en efecto, su apoyo moral.

En un período normal lo absurdo de los cargos los hubiera hecho caer por su propio peso. ¿Qué podía inducir a un presidente y a su principal ayudante a conceder gratuita y secretamente a los soviéticos 124 misiles más que los previstos en el acuerdo? No era plausible, ni siquiera careciendo de conocimientos detallados. Pero en las últimas semanas de la presidencia de Nixon ninguna acusación era demasiado descabellada para ser investigada, y debo reconocer que muchas alegaciones que parecían increíbles resultaron verdaderas. Lo que hacía a las acusaciones de Jackson más eficaces de lo que merecían ser era el hecho de que se referían a disposiciones altamente técnicas del acuerdo SALT incomprensibles para los legos. Más aún: el esfuerzo para refutarlas incluía tantos aspectos complejos que los no iniciados se sentirían inclinados a creer que si se requerían tantas explicaciones algo debía andar mal. No es inconcebible que la relación que haré en estas páginas contribuya a esa impresión.

Con arreglo al Acuerdo Interino de 1972 sobre limitación de armas estratégicas ofensivas, se permitía a la Unión Soviética tener 950 misiles balísticos modernos en sesenta y dos submarinos nucleares. Para alcanzar esa cifra y mantenerse dentro del total general convenido, los soviéticos estaban obligados a desmantelar 210 ICBM más antiguos. En la reunión en la cumbre celebrada en Moscú en 1972 el debate entre los negociadores norteamericanos y soviéticos se refirió a qué viejos misiles debía reemplazar la Unión Soviética (8). A ellos les convenía renunciar a las armas más viejas y obsoletas, preferentemente los misiles que no tenían alcance intercontinental y que de todos modos hubieran retirado. Nuestro propósito era exactamente lo opuesto: obtener el desmantelamiento de los misiles que resultaban más peligrosos para nosotros. Durante las negociaciones finales en Moscú mi personal y yo, basándonos en las consultas con la Junta de Jefes de Estado Mayor, habíamos establecido las prioridades siguientes entre los misiles soviéticos que podían ser dados de baja. El misil del que más ansiábamos librarnos era el ICBM, con base en tierra, designado como el SS-7. Tenía un alcance de más de 9.000 kilómetros y medio y un cabezal nuclear de seis megatones: setenta de esas pesadas armas estaban en silos subterráneos reforzados y, por lo tanto, eran razonablemente invulnerables. La próxima prioridad correspondía a 134 misiles intercontinentales SS-7 y SS-8 que estaban en vulnerables plataformas de lanzamiento en tierra (el SS-8 era una variante del SS-7); eran útiles para un primer ataque o para contestar un ataque nuclear norteamericano que no hubiera destruido las fuerzas estratégicas soviéticas. Nuestra

tercera prioridad la constituían treinta misiles de un submarino nuclear soviético más viejo que designábamos como clase-H. Cada uno de estos misiles tenía un alcance de sólo 1.400 kilómetros y medio y un cabezal nuclear relativamente pequeño, pero el submarino podía operar sostenidamente. La prioridad más baja correspondía a unos sesenta o setenta misiles llevados por submarinos aún más antiguos que designábamos como Clase-G. Esas naves disponían de motores diesel, eran ruidosas y tenían una resistencia limitada. El alcance de sus misiles era de unos 483 a 1.126 kilómetros; nueve de esos submarinos (que llevaban veintisiete de los misiles de más corto alcance) tenían que salir a la superficie para poder disparar.

No considerábamos que los submarinos de Clase-G constituyeran una amenaza estratégica. Ninguno había operado frente a nuestra costa atlántica desde 1966 o frente a nuestra costa del Pacífico desde 1969. Lo cierto es que no tenía sentido imaginar que la Unión Soviética acarrearía en submarinos obsoletos, hasta unos escasos cientos de kilómetros de nuestras costas, setenta armas de un rendimiento relativamente bajo cuando ya contaba con más de 1.000 misiles intercontinentales y estaba construyendo hasta 1.500 ICBM y 950 misiles para submarinos con un alcance de unos 2.400 kilómetros y más. Por consiguiente, no queríamos que la Unión Soviética incluyera esas armas obsoletas como parte del arsenal a que renunciaba.

Tal como resultarían las cosas, el acuerdo SALT reflejaba con precisión nuestras prioridades: los submarinos clase-H eran definidos como "modernos"; si los soviéticos querían construir 950 de los más nuevos misiles con base marítima, tendrían que retirar los submarinos clase-H, porque de lo contrario sus treinta misiles entrarían en la cuenta total. Los 210 SS-7 y SS-8 tendrían que ser desmantelados. Creíamos así haber alcanzado nuestro objetivo de impedir que la Unión Soviética incluyera en el arsenal a que renunciaba un armamento, que de todos modos tenía que ser retirado, a cambio de un armamento moderno. Para evitar toda posible escapatoria, insistimos en que si por alguna razón inimaginable los soviéticos colocaran misiles modernos en los obsoletos submarinos clase-G, esas armas también se incluirían en el total de 950. Estábamos bastante orgullosos de lo que habíamos logrado en las negociaciones.

La noche en que se firmó el acuerdo, es decir el 26 de mayo de 1972, yo informé a la prensa después de medianoche en un club nocturno de Moscú que se había convertido en centro de prensa. Cuando me interrogaron sobre los submarinos clase-G, contesté lo siguiente:

Si están modernizados, se los incluye en los 950. . . No tienen que darlos de baja. Los que sí deben retirar son los submarinos clase-H si quieren llegar hasta 950. Pueden quedarse con los submarinos de clase-G; pero si los modernizan, entonces se incluyen en el total de 950.

Por consiguiente, las disposiciones para la sustitución no tenían nada de secretas. Cuando regresamos a nuestro país el 5 de junio, informamos en el mismo sentido a los departamentos y órganos interesados, y les enviamos memorandos de orientación haciéndoles saber que debían usar esa interpretación *cuando prepararan testimonios y al contestar preguntas*.

El 14 de junio la Unión Soviética nos envió una nota verbal que contenía una típica estratagema soviética reflejando lo que habían pensado después y que trastrocaba directamente la posición que los soviéticos habían adoptado en Moscú. Al principio nosotros habíamos insistido en que los misiles en las naves clase-G fueran contados en el total de 950. Los soviéticos se resistieron enérgicamente argumentando que ni los misiles ni los submarinos podían ser considerados "modernos" con arreglo a ninguna definición del término. Convinimos entonces en la cláusula de la sustitución, que en realidad resultó ser

para nosotros más favorable que nuestra propuesta original. La nota soviética del 14 de junio dejaba sin efecto el "compromiso" y aceptaba nuestra primera propuesta. La consecuencia práctica hubiera sido que los soviéticos pudieran incluir los setenta misiles de las naves clase-G en el arsenal a que renunciaban; cuando se completara el proceso de sustitución los soviéticos podrían quedarse con los setenta misiles intercontinentales SS-7 en silos reforzados —precisamente de los que con más empeño queríamos librarnos.

No resultará sorprendente que en nuestra respuesta de mediados de junio insistiéramos en lo que sabíamos sería confirmado sin ambigüedad por las actas de la negociación. Fracasada su treta, los soviéticos adoptaron la actitud de que nada se perdía con probar, y aceptaron nuestra interpretación. Así lo informé en una reunión con un grupo de dirigentes de ambos partidos. Gerard Smith, el principal negociador del SALT, prestó declaración en julio ante el Congreso sobre nuestra interpretación sin que hubiera objeciones de la Unión Soviética.

Aquí habría terminado la cosa si no hubiera decidido no dejar ningún cabo suelto. Aún en el reconfortante resplandor de *la détente* no estaba dispuesto a confiar en un entendimiento verbal con los soviéticos, y les pedí entonces que firmaran un documento incorporando la interpretación de que ambos habíamos aceptado. Con un gesto conciliatorio que no les era característico, los soviéticos accedieron. Y el 24 de julio de 1972 Dobrynin y yo firmamos un documento de una página pedantemente titulado *Aclaración de la interpretación del Protocolo al Acuerdo Interino*. Repetía una vez más cómo entendíamos las disposiciones de reemplazo y algunos otros detalles. En un exceso de meticulosidad definíamos un misil moderno como un *misil del tipo de los que llevan los submarinos nucleares comisionados en la URSS desde 1965*. Los intercambios por el canal presidencial no se distribuían generalmente a la burocracia; este documento no fue una excepción y se lo conservó en la Casa Blanca. Era un triunfo de la rutina sobre lo sustancial. A nuestro juicio poco importaba, puesto que nada había cambiado. La interpretación oficial, precisamente conforme al tenor del documento firmado, había sido notificada ya por escrito más de cinco semanas antes a los departamentos interesados.

Y resultó que, por inocente que fuera, la forma de tratar el documento había sido un error. Como los soviéticos no tenía por qué pensar que el documento encerraba nada de confidencial, se refirieron a él en Ginebra en la sesión de junio de 1973 del SALT. Interrogada, la Casa Blanca distribuyó el texto a los órganos apropiados. La ira de los funcionarios que sienten que se los ha pasado por alto puede ser sorprendente; su método de combate es sostener que ellos lo habrían hecho mucho mejor si hubieran sido consultados, y hallar retroactivamente alguna falla que no hubiera escapado a sus ojos de águila. En este caso, algún abogado se abalanzó sobre nuestra definición de los misiles modernos con el retorcido y trivial argumento de que la frase *un misil del tipo de los que llevan los subma. nos nucleares de los comisionados por la URSS desde 1965* permitía a los soviéticos usar un misil enteramente nuevo sólo para los submarinos diesel clase-G siempre que esos misiles no aparecieran en ningún submarino nuclear.

El genio que descubrió esta interpretación no explicó qué podría inducir a los soviéticos a desarrollar un misil enteramente nuevo para un submarino obsoleto que no había estado frente a nuestras costas en los últimos cinco años y que no habían usado en ninguna otra parte. No se arredró por el hecho de que esa ultrajante treta hubiera aumentado el total soviético en setenta misiles exactamente. Los soviéticos, que no son de los que renuncian jamás a un pequeño beneficio, no invocaron tal pretensión. Tampoco hubiéramos permitido nosotros esa distorsión de lo que constaba en las actas de negociación. Como establecí en una conferencia de prensa el 24 de junio de 1974:

Si bien esta interpretación retorcidamente trivial es posible, resulta totalmente incompatible con las constancias de la negociación, es totalmente incompatible

con todos los intercambios habidos previamente. Esta interpretación sería absolutamente rechazada por los Estados Unidos.

Naturalmente los soviéticos no estaban preparando ningún nuevo misil de ese tipo y nunca lo fabricaron.

Cualquiera fuese mi opinión sobre los motivos que habían originado las reclamaciones burocráticas, creí prudente asegurar que la posible escapatoria imaginaria quedara bien cerrada. El 15 de octubre de 1973 di instrucciones de presentar otra aclaración al representante norteamericano ante la Comisión Consultiva Permanente Norteamericano-Soviética que vigilaba el acuerdo SALT. Los asombrados soviéticos, al encontrarnos descubriendo para ellos posibles escapatorias que ellos mismos no habían invocado jamás, estuvieron de acuerdo con la nueva aclaración después de unas cuantas idas y venidas. Cuando Jackson habló públicamente el texto ya había sido convenido; debía ser firmado, junto con una serie de acuerdos subsidiarios, cuando Nixon fuera a Moscú. Jackson debería haberlo sabido: o, dadas sus fuentes de información, no le hubiera sido difícil averiguarlo.

Cuando sacó a la luz lo que él llamaba "bastante sorprendente" nueva información de que se había permitido a los soviéticos exceder los topes establecidos por el SALT I, Jackson no tenía literalmente nada en qué basarse. Pero confundió la cuestión aún más con otra imputación que tenía menos fundamento que la primera, si es que eso era posible. Se trataba ahora del reemplazo de los viejos ICBM por misiles lanzados desde el mar. Cuando se reconoció a los soviéticos el derecho a renunciar (a cuenta de otros nuevos) a sus viejos ICBM, nosotros insistimos en un derecho equivalente. Los únicos misiles viejos que hubieran servido para ello eran cincuenta y cuatro Titan II ICBM. Que existieran aún era debido en buena parte a que la Casa Blanca, a mi requerimiento, no había autorizado varias tentativas del Pentágono de reducir los gastos desmantelándolos unilateralmente (como finalmente decidieron hacer en 1981). La única dificultad consistía en que no hubiéramos tenido nada por qué cambiarlos hasta después de la expiración del Acuerdo Interino; según los planes, el nuevo submarino y misil Trident no debía empezar a operar hasta 1978 (desde entonces se han retrasado aún más). Al terminar la reunión en la cumbre de 1972, Nixon se embarcó en la clase de prestidigitación con que con frecuencia se concluyen los acuerdos: le entregó a Brezhnev una carta en la que afirmaba lo que de todos modos teníamos la intención de hacer, a saber, que no ejerceríamos el derecho a cambiar por otros los Titanes antes de la expiración del Tratado Interino en 1977. En realidad no hubiéramos podido hacerlo porque las nuevas naves no hubieran existido. La carta era secreta, pero la intención a que respondía no lo era. Cuando el 15 de junio de 1972 informé a los jefes de ambos partidos del Congreso, expresé lo siguiente:

El Acuerdo Interino... no prohibirá a los Estados Unidos continuar con los programas estratégicos ofensivos en curso y previstos, ya que ni la conversión de múltiples cabezales ni los B-1 están comprendidos en la congelación, y porque el sistema de submarinos ULMS (es decir, los que ahora se llaman Trident) no está, ni estuvo nunca, previsto para antes de 1977.

Y en su declaración de posición el Departamento de Estado publicó una proyección de cinco años con las mismas cifras que figuraban en la carta de Nixon a Brezhnev. En otras palabras, tampoco había nada de "secreto" en este entendimiento.

La afirmación de Jackson de que nuestro acuerdo "secreto" le había dado a los soviéticos una ventaja de 124 misiles adicionales era, por consiguiente, una acusación fabricada, absurdamente, con la suma de nuestros propios cincuenta y cuatro misiles Titan

viejos (que habíamos "prometido" no cambiar por los misiles submarinos Trident más adelantados antes de 1977) y los setenta SLBM soviéticos portados en sus obsoletos submarinos clase-G (que se descontaban del total que se les permitía sólo en caso de ser modernizados).

Los soviéticos nunca intentaron "modernizar" los misiles de los submarinos clase-G, que en el momento en que escribo (1981) no habían sido vistos frente a nuestras costas desde hacía más de doce años. De todos modos, sólo hubieron podido hacerlo violando las constancias de la negociación y haciendo peligrar toda la relación Este-Oeste; si hubieran estado dispuestos a correr ese riesgo hubieran, seguramente, roto el acuerdo en otras formas mucho más significativas. En cuanto a las disposiciones sobre el reemplazo, han perdido ya todo sentido práctico. Pero aún en 1974, cuando Jackson planteó la cuestión, lo cierto era que ni un solo misil más que los acordados por los límites del SALT había sido concedido a los soviéticos. No había ningún arreglo secreto, no se había dado a los soviéticos ningún nuevo derecho y no había ninguna ventaja secreta.

Pero a esta altura de junio de 1974, la atmósfera de Watergate aseguraba la delantera a cualquier imputación, por descabellada que fuera. Y así, dentro de las cuarenta y ocho horas de mi regreso del viaje de Nizon al Medio Oriente, la pesadilla interna empezó de nuevo. Todas las cadenas de televisión informaron, como si fuera lo más natural, sobre la imputación de que había habido acuerdos secretos y de que éstos habían dado una ventaja a los soviéticos. Los principales periódicos tenían grandes titulares sobre el tema. Era un interesante caso de la morfología de la política como escándalo permanente. Cuando las primeras historias periodísticas aparecieron el jueves 20 de junio, yo no sabía literalmente de qué estaba hablando Jackson. Pasé los dos días siguientes determinando en qué consistía la acusación mientras Henry Jackson aparecía en todos los noticieros vespertinos de la televisión representando el papel del honesto muchacho campesino que trata de arrojar luz sobre un profundo secreto. No hizo cargos concretos, pero sugirió con firmeza que había algo peligroso. Las omnipresentes fuentes anónimas mantuvieron las acusaciones en circulación, y Jackson les dio credibilidad hablando sombriamente de lo que podría revelar su investigación. Ninguna declaración breve que yo pudiera hacer hubiera servido para explicar la cuestión y, de todos modos, yo tenía que estudiar los antecedentes porque muchos de ellos me resultaban entonces un poco vagos. Así que anuncié que daría una conferencia de prensa el lunes, después del fin de semana, lo que a su vez dejó la impresión de que donde había tanto humo debía haber fuego (*).

Durante el fin de semana hubo violentas especulaciones acerca de si se había desenterrado otro "escándalo". El lunes 24 de junio, es decir, la víspera de mi partida para Bruselas y Moscú con Nixon, resumí los hechos en mi conferencia de prensa:

Los totales para el lado soviético, sometidos al Congreso y públicamente declarados, no han sido modificados por ningún acuerdo, entendimiento o aclaración públicos ni privados. Los totales para los Estados Unidos, sometidos al Congreso y

(*) Estos extractos del noticiero vespertino de CBS del sábado 22 de junio dan idea del tono. (Quiero subrayar que el corresponsal Dan Rather era correcto; en realidad, víctima de lo que el ciclo noticiero producía para él):

RATHER: —Fuentes de Washington dicen que el Acuerdo de Limitación de Armas Estratégicas de 1972, aprobado por el Congreso, dispone que los soviéticos tendrán 950 misiles; pero que un acuerdo posterior, aparentemente secreto, eleva el total a 1.020. Y esas fuentes afirman que la cifra original de 710 misiles norteamericanos de mar fue reducida a 656. . .

JACKSON: —Podré contestar mejor después que Kissinger haya declarado el lunes. Yo no sé si en esos acuerdos, entendimientos o interpretaciones están envueltos el doctor Kissinger y los rusos, o sólo el presidente y los rusos. Eso habrá que averiguarlo. . .

RATHER: —Pero en Washington el Departamento de Estado niega que haya habido ningún acuerdo secreto de ninguna clase con los soviéticos sobre el total de misiles. Un portavoz dijo que Kissinger considerará la cuestión el lunes en una conferencia de prensa, el mismo día en que se presentará ante el comité de Jackson.

públicamente declarados, no han sido modificados por ningún acuerdo, entendimiento o aclaración públicos ni privados. Las cifras son exactamente las que se han presentado, exactamente aquellas en que se había convenido; y todas las controversias se refieren a aspectos de las cláusulas de reemplazo y no a los aspectos sustanciales del acuerdo.

Ateniéndose estrictamente a la letra de su acusación, Jackson alegó que tenía pruebas del acuerdo secreto: lo cual era verdad si se consideraba como licencia poética el uso de las palabras "acuerdo" y "secretos". Y el tema era tan complejo, la refutación tan complicada, mientras que las acusaciones resultaban tan simples, que los medios de información se las vieron negras para establecer cierto equilibrio (aunque en general fueron comprensivos), en particular los periodistas que habían estudiado el tema.

Esa tarde presté testimonio ante un subgrupo del Comité del Senado para los Servicios Armados, es decir, el comandado por Jackson. Este me hizo jurar decir la verdad, implicando así que sólo la amenaza de una acusación por perjurio permitiría obtener declaraciones honestas del secretario de Estado. Técnicamente se trataba de una sesión ejecutiva, lo que significa que los medios de información estaban excluidos. Jackson superó este inconveniente abandonando la audiencia a intervalos frecuentes para informar a la prensa que lo aguardaba sobre las "revelaciones" que me había extraído; y en un momento tuvo un violento intercambio de palabras con mi secretario adjunto de Estado a cargo de las relaciones con el Congreso, el ex gobernador de Virginia Linwood Holton, que con mucho derecho se quejó de ese procedimiento.

Era mucho lo que estaba en juego. El 25 de junio el *Washington Post* me exoneró de los cargos en un comentario editorial: *El secretario Kissinger, cuya credibilidad es también discutida en el asunto de las grabaciones telefónicas, difícilmente podría haber continuado si se hubiera demostrado que no había dicho la verdad sobre los misiles.*

Pero yo era sólo un blanco incidental; mi carrera personal no era realmente la cuestión. La víctima del asalto fue toda flexibilidad de negociación posible sobre el SALT II en la próxima reunión cumbre de Moscú. Todos los miembros de la burocracia fueron notificados de los duros interrogatorios ante el Comité para los Servicios Armados que los aguardarían; lo más seguro era atenerse estrictamente a las opciones menos controvertibles. La URSS sabía ahora que cualquier propuesta que hiciera el ya gravemente herido presidente sería sometida a su regreso al más brutal escrutinio. Cualquier limitado incentivo que pudieran haber tenido los soviéticos para intentar una seria negociación de las cuestiones pendientes quedó así aún más reducido.

Los absurdos cargos en mi contra fueron pronto desapareciendo. El 26 de junio, cuando ya estábamos en viaje, tuve que contestar preguntas, en otra conferencia de prensa más en Bruselas, sobre el esotérico punto de qué significaba "misiles del tipo" —cuestión que, de todos modos, había sido ya superada por la nueva aclaración. Después de eso el asunto fue abandonado y no resurgió a nuestro regreso de Moscú. Una vez que hice constar los hechos se informó correctamente sobre ellos y los medios de información empezaron pronto a ocuparse de otros temas más jugosos. Pero el episodio constituyó otro clavo en el ataúd de las relaciones entre Oriente y Occidente. Es probable que nunca haya ido un presidente a una negociación con la Unión Soviética en circunstancias tan difíciles y de tanta presión, o con tan poco margen para iniciativas diplomáticas. Confío en que nunca vuelva a ocurrir.

LA CONFERENCIA EN LA CUMBRE DE MOSCÚ, 1974

SALT no era el único punto del temario de Moscú enredado en las mallas de nuestros disturbios domésticos. Como se había fomentado la impresión de que en la conferencia

en la cima de Moscú Nixon iba a recurrir, para salvarse, a algo fuera de lo común, sus oponentes procuraron cerrar total y sistemáticamente *todas* las vías de negociación. Ya he explicado en el Capítulo XXII cómo el 24 de junio, en la víspera de la partida de Nixon para Moscú, Jackson había anunciado que tenía la intención de proponer nuevas y no especificadas condiciones en materia de comercio y emigración, eliminando así efectivamente ese tema del temario de la reunión. Al mismo tiempo, en la ley sobre comercio que tenía en consideración el Senado algunas restricciones al crédito habían sido agregadas a las limitaciones al comercio. Aunque habíamos asegurado a la URSS que nos resistiríamos a esas limitaciones, similares promesas relativas a la enmienda Jackson-Vanik habían resultado imposibles de cumplir. Ni tampoco veían los soviéticos en otra parte mayores perspectivas de acción conjunta, en razón de la cual podrían haber hecho concesiones en cuestiones de interés para nosotros. Había ciertamente muy poco esfuerzo conjunto en Medio Oriente. Y las opciones que podía ofrecer el SALT iban siendo también definitiva y sistemáticamente eliminadas.

Los oponentes liberales y conservadores de Nixon podían unirse para sostener que no debía permitírsele salvar su presidencia mediante arreglos con Moscú. Nunca se puso en claro qué "concesiones" se suponía que Nixon estaba planeando, lo que hacía tanto más siniestras las insinuaciones. Nuestros preparativos internos para la reunión se hicieron así trabajosamente bajo el manto de las sospechas mutuas de algunos de los órganos (en particular el Pentágono) y de la Casa Blanca, azuzada por el temor burocrático de lo que podían esperar del Congreso si ofendían a la gran coalición que iba cercando estrechamente al presidente.

El 14 de junio las insinuaciones recibieron alguna sustancia concreta cuando Paul Nitze renunció como representante del Departamento de Defensa en la delegación para el SALT. (Aparentemente había tratado ya de hacerlo el 28 de mayo pero Schlesinger lo había disuadido.) Nitze era uno de los funcionarios más distinguidos y uno de los teóricos en defensa nacional más capaces de nuestro país. Había prestado servicio como director del Personal de Planificación de Políticas del Departamento de Estado bajo las órdenes de Truman y Acheson; fue secretario de Marina de Kennedy y vicesecretario de Defensa de Johnson. Durante toda su vida de adulto había estudiado cuestiones relacionadas con la estrategia nacional; había sido uno de los componentes de ese pequeño grupo de hombres y mujeres dedicados y prudentes cuyo apoyo bipartito y cuyas ocasionales críticas habían permitido a la política exterior norteamericana seguir un curso firme en el período de posguerra. Algunas veces él y yo habíamos estado en desacuerdo, como es inevitable entre hombres serios; pero lo tenía, y lo sigo teniendo, en gran estima. Nixon había estado a punto de nombrarlo embajador en Bonn; pero lo pensó mejor cuando sus especialistas en asuntos del Congreso le advirtieron que el nombramiento de Nitze chocaría con la oposición conservadora en el Senado.

Nunca ha estado en claro para mí la razón de esa desconfianza conservadora; Nitze debe haber hecho algo que los ofendiera al terminar la década del cuarenta o a comienzos de la del cincuenta, porque el senador republicano Robert A. Taft lo vetó para el cargo de secretario adjunto de Defensa en el gobierno de Eisenhower. Sea lo que fuere, esto demuestra la absurda implacabilidad de los conservadores. Porque la actuación de Nitze en los veinte años siguientes fue constantemente firme en casi todos los asuntos. En 1970 Melvin Laird lo nombró, con la decidida aprobación de la Casa Blanca, representante del Departamento de Defensa en el grupo negociador para el SALT. En marzo de 1974 James Schlesinger volvió a proponerlo para un cargo que requería confirmación del Senado, el mismo puesto de secretario adjunto que había abortado veinte años antes. Era un tributo al patriotismo de Nitze que estuviera dispuesto a servir en el gobierno de Nixon, y con un rango inferior al que había tenido con Johnson. Apoyé su candidatura e insistí en su favor con el poco entusiasta senador John Stennis, presidente del Comité del Senado para las

Fuerzas Armadas. Nuevamente la oposición conservadora, dirigida esta vez por el senador Barry Goldwater, dejó en la nada el proyecto: la Casa Blanca no presentó nunca la candidatura. Nitze continuó integrando la delegación al SALT hasta que el 14 de junio renunció con un vehemente ataque público a Nixon:

A mi juicio sería ilusorio pretender que no existe, o desear que desaparezca, la deprimente realidad de los traumáticos acontecimientos que están ocurriendo en nuestra capital y de las consecuencias que estos hechos pueden tener en la arena internacional.

Hasta que la institución de la presidencia haya sido restablecida en su función primordial de defender la Constitución y velar por la justa aplicación de las leyes, y sea por lo tanto capaz de funcionar eficazmente dentro y fuera del país, no veo que existan verdaderas perspectivas de revertir algunas infortunadas tendencias de la situación en curso.

Nitze decía, en otras palabras, que no podía continuar sirviendo a un presidente del que había estado dispuesto a aceptar un cargo importante tres meses antes, porque creía que los males de Watergate le impedían dirigir eficazmente la política exterior. Tenía también desacuerdos fundamentales. Era un sorprendente ataque tan poco tiempo antes del viaje a Moscú, pero ponía dramáticamente en claro que Nixon carecía de una base interna que le permitiera negociar en Moscú ningún acuerdo significativo, sea cual fuere su contenido.

Es casi seguro que así lo entendió la URSS. Hacía meses que se advertía que en sus encuentros, aún con Nixon, se multiplicaban las alusiones a Watergate. Durante una visita a Washington, Gromyko le había dicho a Nixon el 11 de abril:

Los dirigentes soviéticos vemos con gran satisfacción que usted permanece fiel a la línea adoptada no obstante ciertas conocidas dificultades en las que no quiero ahondar; y, en el plano humano, lo admiramos.

Ese mismo día, por coincidencia, Brezhnev había recibido a Walter Stoessel, nuestro embajador en Moscú. El secretario general se preguntaba si, y en qué medida, nuestros "problemas domésticos" podían obstaculizar el curso de los acontecimientos. Brezhnev contestó su propia pregunta expresando que eso se vería más claramente en un futuro próximo, lo que demostraba que seguía Watergate atentamente. Pero aún se le escapaban las sutilezas del gobierno constitucional. Según dijo Stoessel, *había expresado su asombro de que los Estados Unidos hubieran llegado al punto de que se molestara al presidente por sus impuestos. . . Respetaba al presidente por contestar a los ataques.* El 28 de abril Gromyko me había interrogado en detalle sobre el proceso de juicio político. Como era indudable que Dobrynin estaba informando extensamente sobre los acontecimientos en Washington, una razón de esta extraordinaria pregunta puede haber sido hacernos presentes las crecientes dudas soviéticas sobre nuestra posición negociadora.

Los documentos norteamericanos por sí solos no permiten establecer si Watergate fue la causa de que en la primavera de 1974 Moscú decidiera dar muy poco impulso a las negociaciones Este-Oeste, o si obedeció a la tendencia general de nuestro debate interno, o si ambas causas fueron utilizadas como pantalla de las decisiones adoptadas por la URSS debido a razones propias. Lo cierto es que en abril de 1974 cambió la conducta soviética. Generalmente los preparativos para una reunión en la cumbre o para conversaciones sobre el SALT seguían un esquema que nos era familiar: una desaforada posición soviética inicial iba seguida por un período prolongado de regateo. Cuando los soviéticos decidían que ya habían exprimido todo lo que podían de la intransigencia, se

abría una brecha. Aunque su primera fórmula siguiera siendo inaceptable, serviría para dar alguna base concreta al regateo congénito. Si entonces nos manteníamos firmes en nuestro concepto básico, la distancia iría disminuyendo gradualmente hasta que algún acontecimiento exterior, generalmente una reunión en la cumbre, proporcionara el incentivo para un último esfuerzo.

En la primavera de 1974 esto parecía aplicarse a las conversaciones SALT. Durante bastante más de un año ambas partes habían estado presentando propuestas simplemente para que quedara constancia de su posición. Entonces, en marzo, todos los organismos de nuestro gobierno convergieron en un esquema de "compensaciones que se contrabalaceaban": una ventaja soviética en el total de vehículos portadores (lo que reflejaba el programa existente de ambos lados) compensada —y a nuestro juicio, más que compensada por una ventaja norteamericana en el número de misiles MIRV. Cuando estuve en Moscú, en marzo, Brezhnev parecía aceptar ese principio. Proponía una extensión del Acuerdo Interino de 1972, con lo cual continuaría la ventaja que en ese momento tenía la URSS en vehículos portadores; pero nos concedía una ventaja de 100 misiles MIRV durante el período de prórroga del acuerdo. Por razones que he explicado en el Capítulo XXII, considerábamos que la diferencia de 100 misiles en nuestro favor era inadecuada y hasta irrisoria. Pero si lo que había pasado antes podía servirnos de guía, pronto aparecerían cifras con más sentido real en las negociaciones que yo llevaría a cabo con Gromyko.

Pero no ocurrió así, las conversaciones, por el contrario, se estancaron. Los soviéticos rechazaron varios planes para reducir el tope de sus MIRV y se negaron a establecer límites separados para los ICBM de base terrestre, que eran nuestra mayor preocupación. Lo curioso de nuestro debate interno era que *nadie* en nuestro gobierno estaba en favor de aceptar lo que los soviéticos habían propuesto. El temor frecuentemente expresado de que Nixon podría hacer un arreglo desventajoso con los soviéticos para salvar su presidencia, carecía absolutamente de fundamento. Lo que la Casa Blanca buscaba era una elaboración realista de nuestras propuestas de marzo que todos los organismos habían aprobado: algún consenso sobre qué asimetrías compensatorias podrían ser beneficiosas para los Estados Unidos si se abriera la puerta que llevase a la posibilidad de acuerdo. Y para preparar ese consenso procedió con extremo cuidado, con mucha mayor rigurosidad que en períodos anteriores.

Pero, de repente, quedaron trazadas las líneas de batalla por razones que aún me resulta difícil explicar retrospectivamente. El jefe de la revuelta dentro de la misma administración fue el propio secretario de Defensa de Nixon, James Schlesinger. Ya me he referido al gran respeto que me merecen la capacidad de análisis de Schlesinger y su habilidad en todos los sentidos. Había realizado un trabajo notable para reforzar nuestra capacidad militar a pesar de un Congreso en gran parte hostil; y al hacerlo había revisado nuestra política de defensa imponiendo importantes y saludables direcciones en materia de fuerzas tácticas y estratégicas. En este proceso uno de sus aliados más firmes había sido el senador Jackson. Lo que podía haber sido al principio un matrimonio de conveniencia se transformó pronto en una relación simbiótica. Los dos hombres se convirtieron en grandes amigos, compartiendo juicios similares. Esto fue llevando gradualmente a Schlesinger a estar en abierta oposición con su presidente.

Indudablemente existía también un elemento de rivalidad personal. Como ya he dicho antes, Schlesinger no veía ninguna razón intelectual para justificar mi preeminencia como consejero del presidente. Le ofendían los métodos que yo utilizaba, que para decir lo menos, no eran siempre ejemplos de tacto. Hasta la última época de mi gestión como secretario de Estado manejé las negociaciones SALT con mi propio personal, excluyendo a los representantes del Departamento de Defensa. Esto era no sólo una falta de tacto sino también poco acertado; la participación hubiera resultado instructiva para el represen-

tante del Departamento de Defensa, que pudiera haber aprendido a calibrar la retórica del Pentágono frente a las realidades de la negociación (como ciertamente ocurrió cuando el experto James P. Wade se incorporó a mi grupo durante el gobierno de Ford); hubiera hecho más fácil obtener el apoyo del Departamento de Defensa en las deliberaciones del Consejo de Seguridad Nacional. Pero tampoco era Schlesinger una tímida violeta y contestaba todos los golpes. Después de un tiempo Schlesinger dejó pasar pocas oportunidades de anotarse tantos en contra de mí, aunque en materia estratégica nuestras apreciaciones fueran similares. Estimó conveniente presentarse como más vigilante y más precavido que yo en lo relacionado con el SALT, que es lo que se esperaría de un secretario de Defensa. Por otra parte, yo estaba generalmente más dispuesto a resistirme contra lo que consideraba intrusiones geopolíticas. De todos modos, las diferencias entre Schlesinger y yo eran más personales que intelectuales, no obstante estar basadas en parte en las diferentes percepciones y misiones de los departamentos que encabezábamos. Era muy de lamentar, porque él era uno de nuestros funcionarios públicos más capaces y el país necesitaba nuestra cooperación. En épocas normales probablemente hubiera resultado menos difícil trabajar en tándem (pero en circunstancias normales ninguno de nosotros hubiera estado en el Gabinete, naturalmente).

Sea como fuere, a comienzos de junio Schlesinger parecía haber llegado a conclusiones muy cercanas a las de Nitze. Ya no quería progresos en las negociaciones SALT porque creía que el gobierno de Nixon no disponía ya el acervo moral requerido para entablar discusiones sobre un acuerdo controvertido. Por consiguiente, empezó a bloquear abiertamente a la diplomacia. Y si en cuanto a inteligencia era por lo menos más igual, le concedo el primer lugar en cuanto a la arrogancia. En cualquier gobierno normal, esto hubiera bastado para que se prescindiera inmediatamente de sus servicios, proceder que un Nixon obsesionado por Watergate no podía ni siquiera tomar en consideración.

En diciembre del año anterior Jackson había propuesto públicamente un acuerdo SALT, pidiendo reducciones y agregados iguales, y calificando de "exagerada" nuestra preocupación por los límites de los MIRV, que eran la entraña misma de nuestra posición respecto al SALT. Jackson le escribió a Schlesinger en abril preguntándole su opinión; y el 3 de junio de 1974 Schlesinger, conforme a lo que debe haber sido arreglado de antemano, le envió una respuesta que elogiaba la propuesta de Jackson. Es decir, que se disasociaba de la posición negociadora norteamericana que en ese momento tenía ante sí la URSS (véase Capítulo XXII). La consecuencia práctica fue socavar los diversos planes que todavía se estaban considerando, todos los cuales constituían intentos de equilibrar las asimetrías, es decir, de contrarrestar un grupo de agregados *desiguales* con otro. La carta de Schlesinger le permitió a Jackson alegar que el Departamento de Defensa apoyaba su actitud, es decir, que el Departamento se oponía a la posición de su comandante en jefe.

La carta de Schlesinger del 3 de junio correspondía a la que Paul Nitze le había enviado al presidente. Nitze, que renunciaría sólo diez días después, sostenía que cualquier acuerdo que permitiera a la URSS tener más de 200-300 ICBM con MIRV era intolerable porque un número más elevado pondría en peligro las fuerzas estratégicas de tierra de los Estados Unidos. La falacia de muchos oponentes del SALT consistía en pedir negociaciones sobre el control de armas no sólo para estabilizar la carrera de armamentos sino también para resolver al mismo tiempo todos nuestros dilemas estratégicos. La ausencia de un acuerdo SALT no mantendría en menos de 300 el número de misiles soviéticos tipo MIRV ni disminuiría la vulnerabilidad potencial de nuestras fuerzas terrestres; en realidad, conforme a todas las proyecciones llevaría a un aumento de las fuerzas soviéticas armadas con MIRV y a una mayor, o por lo menos, más temprana amenaza a nuestros ICBM con base en tierra. Hubiera sido útil discutir si esas proyecciones eran razonables, si la ausencia de un acuerdo hacía más fácil la amenaza soviética, y si un acuerdo SALT

podía disminuir nuestra vulnerabilidad. Después de todo no era como si en la era de Vietnam y Watergate, el Congreso estuviera ansioso por un verdadero programa de expansión en gran escala, o ni siquiera el relativamente miserable de 2.000 millones de dólares por año de que estaba hablando Schlesinger.

Debo reiterar que todo esto ocurría sin que hubiera ninguna provocación burocrática particular. Yo acababa apenas de llegar del *torbellino* sirio. Cuando Schlesinger lanzó su bomba no había habido ninguna nueva aproximación a los soviéticos en relación con el SALT. Era una maniobra para anular de antemano una tramoya inexistente.

La reacción de Nixon ante la carta de Schlesinger a Jackson fue llamar al secretario de Defensa a su despacho el 6 de junio; era obvio que sospechaba que había habido confabulación con Jackson. Y, en verdad, en una administración normal ningún miembro del Gabinete que preciara en algo su posición se disociaría públicamente de una política presidencial. El hecho de que Nixon se viera obligado a tratar con su secretario de Defensa como si fuera su igual soberano constituía un símbolo de lo lejos que había llegado la desintegración de su presidencia; resulta un tributo a su tenacidad que, sobreponiéndose a su temor a las confrontaciones personales, tratara de analizar muy bien el problema básico.

Permítame decirle cómo veo a los actores. Es sorprendente que Defensa, Estado y todos los demás consideren ahora que el comunismo es malo y que no se puede confiar en la Unión Soviética. Ambas cosas las he sabido yo siempre. Nitze piensa que no deberíamos conceder nada a la Unión Soviética sobre ningún punto —SALT, MIRV TTB (*) ABM. Lo comprendo. Dentro de la burocracia hay diferencias en los objetivos. Estado querría que fracasara totalmente porque a ellos no se les ocurrió; lo mismo la CIA. En el DOD querrían —no usted— mantenerse a la defensiva sin conceder nada para que podamos conseguir un presupuesto mayor: más barcos, etc. Esto no es puramente egoísta. Están honestamente convencidos de que ningún acuerdo puede sernos beneficioso. Lo mismo ocurrió con SALT I, aunque no cedimos nada. Francamente, como secretario usted tiene que dirigir su Departamento, debe expresar sus opiniones. Tenemos la experiencia de secretarios de los últimos tiempos que envían cartas para hacer constar su posición —con algo que no pueden aceptar o rehusar, de modo que esto puede ir de ambos lados. Me desilusiona ver que usted ha tomado ese camino.

Schlesinger fue opaco pero firme. Insistió en que era partidario de poner límites a los MIRV, pero convino en que por sobre la cifra de 360-450 ICBM soviéticos con MIRV instalados, las limitaciones carecían de sentido; no explicó, cosa que tampoco había hecho Nitze, en qué forma la ausencia de un acuerdo mantendría a la URSS dentro de ese límite. Implicó que estaba en favor de un tope de agregados totales iguales que se fijaría alrededor de los 2.500 vehículos portadores o de carga, tope que superaba por lo menos en 350 la cifra contemplada en cualquier programa planeado por los norteamericanos y era inferior en 100 unidades a los totales soviéticos. La dificultad estribaba en que Nixon no tenía ningún otro plan que ofrecer como alternativa. Lo que quería de Schlesinger era cierta flexibilidad general y apoyo moral, no su apoyo a ninguna propuesta en particular, ya que ninguna existía. Dada la situación, el ruego casi dolorido de Nixon cayó en el vacío:

Necesitamos su ayuda. Ayude usted a Kissinger a hallar alguna forma. Yo me ocuparé de Brezhnev. Pronuncié ese discurso sobre que los Estados Unidos no están

(*) Este era el acuerdo sobre el "umbral" para la proscripción de los ensayos nucleares a que se hace referencia más adelante en este mismo Capítulo.

a la zaga de nadie. El pueblo norteamericano, en su simplicidad, no piensa en un acceso a la paz a cualquier precio, pero quiere la paz. A muchos de mis amigos les horroriza hasta que hablemos con la Unión Soviética. ¿Pero vamos a dejar que el mundo se lance desbocado a una carrera de armamentos o vamos a manejar en alguna forma la situación?

En esta increíble posición, confrontados a los soviéticos que no concedían nada y a subordinados que nos asediaban, Nixon reunió al Consejo de Seguridad Nacional el 20 de junio, cinco días antes de salir para Moscú. No había que adoptar ninguna decisión; era una deliberación para considerar la contingencia de que la URSS pudiera hacernos una oferta mientras estuviéramos en Moscú. A solicitud de Nixon expliqué a grandes rasgos la situación:

Si no aumentan las fuerzas estadounidenses la Unión Soviética nos sobrepasará en número de misiles instalados con MIRV en la década del ochenta, tal vez en 1980 o acaso en 1982. Eso depende del ritmo de crecimiento de sus fuerzas. Al ritmo máximo que han seguido anteriormente, la diferencia llegará a ser muy considerable. Nuestra verdadera elección consiste en lograr que se impongan restricciones a sus programas o en aumentar nuestra fuerza. Lo peor que puede ocurrir es que no haya restricciones a sus programas ni aumento de los nuestros.

Nixon intervino para indicar que esto era exactamente lo que podría ocurrir: *Si no hay restricciones, nosotros podríamos hacer un escándalo para lograr el apoyo del Congreso y tal vez lo lograríamos. Pero lo que más me preocupa es que también podría suceder que no lo lográsemos.*

Yo hice entonces una recapitulación de la cuestión estratégica:

Las negociaciones se encuentran en la situación siguiente: el plan actual de que estábamos hablando sería una extensión de las cifras establecidas en el Acuerdo Interino hasta, tal vez, 1979 o 1980. La cifra tiene importancia en este caso porque el Trident aparecerá entre 1977 y 1978. A cambio de esto esperaríamos lograr limitaciones al número total de misiles con MIRV instalados. La URSS nos ha ofrecido 1.100 para nosotros contra mil para ellos. Le hemos dicho que no es adecuado: nos detendría esencialmente el año próximo, más o menos, y les permitiría a ellos continuar su aumento. No conozco a nadie en el gobierno que recomienda este criterio. Pero podrían sugerir algo mejor. . . En este momento, señor presidente, usted no tiene que adoptar una decisión. Nosotros tenemos una oferta, pero sólo una oferta que no es satisfactoria. Pero supongamos que ellos aumenten la diferencia: ¿estaríamos entonces dispuestos a extender el Acuerdo Interino hasta 1979 o 1980, o a incluir algunos misiles más grandes en nuestros despliegues. . . ? Usted puede tener que adoptar esas decisiones. No tengo ninguna indicación en ese sentido y, en realidad, mi predicción es que no tendrá que hacerlo porque ellos no van a ofrecer un aumento de la diferencia.

Debe advertirse que lo que yo presenté fue un pedido de que examinaran los márgenes de nuestra propia propuesta. Estábamos buscando orientación para la eventualidad de que los soviéticos contestaran con mayor flexibilidad de lo previsto a lo que les habíamos presentado en marzo con la aprobación de *todos* los órganos representados en esa reunión. Schlesinger respondió con una elaboración de lo que él le había dicho a Nixon el 6 de junio, o sea con un plan enteramente nuevo que, al ser propuesto una semana antes de

la reunión en la cumbre ya fijada, borraba simplemente de un plumazo todo lo que se había negociado durante los seis meses previos, y eliminaba la única propuesta que estaba entonces en discusión como si no viniera al caso. Schlesinger proponía agregados totales iguales de 2.500; un límite a los ICBM con MIRV instalados de 660 Minuteman para nosotros y de 360 para la Unión Soviética; ninguna limitación a los MIRV con base submarina; y una extensión del Acuerdo Interino hasta 1979.

Lo malo era que esta propuesta había sido esencialmente rechazada por la URSS en marzo y por razones comprensibles: no imponía restricciones a ningún programa norteamericano y reduciría el único programa MIRV soviético de grandes proporciones. El tope propuesto para los Minuteman estaba por *sobre* lo que había sido publicado como nuestro plan en la declaración anual de situación del secretario de Defensa, en la cual se hacía la proyección de nuestras fuerzas para los cinco años próximos. Por otra parte la URSS tenía, según nuestros propios cálculos, la capacidad de desplegar por lo menos 500 ICBM con MIRV instalados más que los que el plan del Pentágono les concedería mientras rigiera el acuerdo. Nuestra única contrapropuesta era construir 150 Minuteman III con tres cabezas nucleares cada uno en vez de los seis que llevaban los mejores misiles soviéticos. Estábamos así tratando de detener unos posibles 3.000 cabezales nucleares soviéticos con la amenaza de construir 450 de los nuestros. Por estridente que fuera su retórica anticomunista, nadie podía hacer que esta propuesta sonara lo suficientemente amenazadora como para inducir a los soviéticos a aceptarla. Brezhnev me había dicho en marzo, cuando se la presenté por primera vez, que no conservaría mucho tiempo su cargo si la aceptaba.

Todo eso carecía de importancia para Schlesinger. El hecho de que la URSS hubiera rechazado ya esa propuesta no era un argumento concluyente: hasta ahora sólo había tratado conmigo, pero en la reunión en la cumbre tendría que enfrentarse al amo:

Brezhnev siente un gran respeto por usted, señor presidente. Usted puede ser muy persuasivo, usted tiene un gran talento forense. Creo que si usted puede convencerlos de que reduzcan el ritmo a 85 por año, en vez de 200, habrá logrado un gran avance.

"Gran avance" era una expresión muy recatada para el caso. Con talento forense no podría lográrselo. La tarea hubiera excedido las posibilidades de Demóstenes o de Daniel Webster (*) porque lo que se requería era un verdadero milagro.

Sólo el convencimiento de que Nixon estaba terminado podía haber producido una presentación hecha con tanta condescendencia por un funcionario del Gabinete a su presidente. Nixon escribió ese día en su diario que era *realmente un insulto a la inteligencia de todos y, en particular a la mía* (9). Y en un período más calmado se hubiera visto que no había justificación posible para el dogmatismo fariseico con que nuestros oponentes domésticos llevaban su asalto contra nuestra política Oriente-Occidente. Porque la cuestión podía ser perfectamente sometida a un análisis racional. Schlesinger y yo habíamos convenido en que el tope de 1.000 para los MIRV soviéticos resultaba demasiado elevado. Estábamos de acuerdo en que el límite deseable para los misiles soviéticos era 300; sólo diferíamos en cuanto a la posibilidad de obtenerlo. Si yo tenía razón y la URSS rechazaba el plan a pesar del talento forense de Nixon, la cuestión se reducía simplemente a este interrogante: ¿había algún límite a los MIRV soviéticos superior a los 300 e inferior a los 1.000 que representara una mejora en nuestra posición? El sentido común sugería que tenía que haberlo.

(*) Aunque Daniel Webster hubiera sido secretario de Estado... dos veces.

Schlesinger había indicado que si no conseguíamos un acuerdo ese verano su contrapropuesta sería recomendar que aumentáramos en 150 unidades (o 450 cabezales nucleares) nuestro programa de Minuteman III. Si lográbamos que la URSS no excediera de los 800-850 misiles con MIRV, un nivel que yo consideraba (tal vez equivocadamente) alcanzable, los soviéticos se hubieran visto privados de unos 900-1.200 cabezales con relación a la propuesta de Brezhnev y de unos 3.000 cabezales respecto de los niveles del momento. Si eso se consideraba insignificante, era difícil comprender a qué obedecía el alboroto por una ventaja soviética de 300 misiles de un solo cabezal en SALT I.

Nunca construimos los Minuteman III adicionales, después de todo, en buena parte porque el Pentágono jamás presentó ese programa. La falta de un acuerdo pronto convirtió en simple fantasía el tope de 360 propuesto para los ICBM con MIRV soviéticos. La URSS ha excedido desde entonces el límite de 1.000 que considerábamos intolerable en 1974. El tope actual de SALT II es 1.200, o sea doscientos más que la oferta de Brezhnev. Tres presidencias después, el total agregado de nuestras fuerzas estratégicas es ligeramente inferior al previsto en el plan quinquenal de 1974. Ninguno de los gobiernos que sucedieron al de Nixon propuso los agregados que el Pentágono había pedido a SALT que produjera en 1974. Se contentaron con aferrarse a nuestros programas existentes, aún en ausencia de un acuerdo. Baste esto como respuesta al argumento de que SALT es responsable por el dilema estratégico en que nos encontramos hoy.

En cualquier otro período hubiera resultado risible una campaña para hacer pasar a los "belicistas" de 1972 como los "apaciguadores a cualquier precio" de 1974. En la afebrada atmósfera de las últimas semanas de Nixon ésta era considerada la acusación más natural del mundo. Y la reunión del Consejo de Seguridad Nacional fue seguida al día siguiente por la imputación del arreglo secreto sobre misiles a que me he referido previamente.

Lo que hacía más inútil toda la discusión era que posiblemente no había ninguna posibilidad de lograr un acuerdo cuyos términos fueran compatibles con nuestro honor nacional; y Nixon no quería ningún otro convenio. No fueron nuestras divisiones acerca del SALT lo que hizo imposible el acuerdo; pues ya había sido excluido por la decisión política de la URSS de no seguir adelante —por las razones que fuera— durante el verano de la visible desintegración del gobierno de Nixon. Pero la contienda le quitó ciertamente dignidad al presidente en su último viaje al extranjero como jefe de Estado.

Si la reunión en la cumbre se celebró en circunstancias aciagas dentro de los Estados Unidos, tampoco era más favorable su contexto internacional. En 1972 la URSS había mantenido la invitación para la reunión no obstante el bloqueo y bombardeo de Vietnam del Norte, lo que constituía una indicación muy clara de que esperaban realizar negociaciones importantes; era, en realidad, su decisión de negociar. La relación chino-norteamericana se iba desarrollando rápidamente y los soviéticos no querían quedarse atrás. En 1973 la URSS quería concertar el Acuerdo sobre la Prevención de la Guerra Nuclear y Brezhnev ansiaba discutir la cuestión de Medio Oriente. Pero a fines de junio de 1974 ninguno de estos factores, excepto el deseo de aislar a China, podía sobreponerse a la realidad de que la autoridad de Nixon iba desapareciendo casi semana a semana.

La posición de la URSS no era particularmente brillante. En abstracto, los años de *détente* habían sido mejores para nosotros que para nuestros adversarios, a pesar del clamoreo de nuestros críticos que pretendían lo contrario. Como decía yo en un breve memorándum que le escribí a Nixon para la reunión en la cumbre:

Por sensibles que sean a los cambios en el equilibrio de poder, los dirigentes soviéticos no pueden dejar de reconocer que la posición diplomática de los Estados Unidos no se ha debilitado desde la última vez que usted se reunió con Brezhnev, mientras que la posición soviética se ha aflojado en ciertos aspectos: en el Medio

Oriente, en alguna medida en Europa y en el Lejano Oriente. Los retrocesos y las desilusiones sufridos por los soviéticos han planteado probablemente algunas cuestiones en Moscú acerca de la validez de seguir buscando una *détente* con el Oeste y con los Estados Unidos. Pero Brezhnev ha adoptado esta línea tan decididamente que le resultará difícil abandonarla sin poner en peligro su propia posición de poder.

Esa apreciación resultó acertada. Brezhnev demostró gran resistencia a abandonar sus tentativas para hacer más fáciles las relaciones entre Oriente y Occidente. Lo que sí abandonó, cuando advirtió el alcance de nuestro desastre nacional, fue la idea de contraer todo compromiso serio destinado a ampliar el esquema existente. Para eso necesitaba lo que los franceses llaman un *interlocuteur valable*, es decir, tratar con alguien que pudiera cumplir. Y eso era lo que Nixon había perdido más, junto con el poder de hacer. Un presidente en su segundo período tiene, en todo caso, una gran desventaja: cada mes que pasa lo acerca más al momento en que deberá retirarse y perder toda importancia política. En el caso de Nixon, Watergate había multiplicado muchas veces este riesgo profesional. Para casi todos los observadores se estaba aproximando al final de sus días en el cargo en el segundo año de su segundo período presidencial.

Los instrumentos de trabajo de un estadista son la autoridad y la percepción de la naturaleza intrínseca de un problema. Nada puede reemplazar la intuición de qué acontecimientos son fundamentales y están relacionados entre sí, y cuáles son manifestaciones superficiales; de qué factores son pertinentes y cuáles sólo una distracción. Esta facultad de percepción Nixon la conservó, e incluso agudizada, hasta el final mismo. Pero el trabajo de un estadista se convierte en mero ejercicio académico si no logra convencer a sus interlocutores de que puede hacer efectiva en la práctica esa percepción. La materia prima de la diplomacia constituye el intercambio de promesas de hacer algo más adelante; esa capacidad Nixon la iba perdiendo con alarmante rapidez. Inevitablemente, cada vez tenía menos interés para la URSS como persona con quien negociar. Lo trataron con cortesía, casi con respeto, hasta el fin. Pero en el verano de 1974 ya no estaban dispuestos a entrar en compromisos de largo alcance con Nixon o a pagar un precio por su buena voluntad. El problema con la reunión en la cima de Moscú de 1974 no era el peligro de arreglos desventajosos para el interés nacional de los Estados Unidos; resultaba más bien lo opuesto: un encuentro destinado a carecer de importancia.

Nixon se detuvo primero en Bruselas, donde se reunieron los jefes de gobierno de la Alianza del Atlántico Norte para celebrar la firma de la Declaración del Atlántico aplazada por más de un año. Era el vigésimo quinto aniversario de la NATO, pero el ambiente no resultaba de fiesta. Los jefes de los principales aliados —Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia— y los participantes en el apasionado debate del año anterior, ya no eran los mismos. El texto de la Declaración era sustancialmente el que habíamos querido para una nueva Carta del Atlántico. Pero una afirmación de unidad que no requiere medidas concretas y exige sin embargo catorce meses de negociación, mal puede ser considerada un signo de intensa dedicación moral.

Nixon gozaba en Europa de una gran reputación; la mayoría de los europeos adoptaban la actitud de que consideraban a Watergate como un golpe político de los oponentes de Nixon, más bien que como el menosprecio del orden legal por la administración. Los dirigentes europeos lo trataron con el respeto que sentían por él y con la atención que se demuestra a los enfermos condenados. En cierto sentido, la reiteración de unidad contra la agresión soviética potencial —entre otras cosas—, mientras el presidente estaba en camino hacia lo que se iba convirtiendo en una conferencia en la cumbre anual con los dirigentes soviéticos, podía ser tomada como una indicación de que seguían funcionando los pilares gemelos de nuestra política Este-Oeste: contención y coexistencia.

Pero del mismo modo el simbolismo perdió su efecto dramático porque la reunión iba tomando el carácter de una aparición de despedida, más que el de un acontecimiento político.

Dadas esas limitaciones, nuestros anfitriones soviéticos demostraron una sensibilidad rara en ellos ante el problema humano de Nixon. Brezhnev lo recibió en el aeropuerto Vnukovo de Moscú, cosa que no había hecho en su anterior visita. El único cargo que Brezhnev ostentaba en ese momento era el de secretario general del Partido Comunista, y rara vez iba al aeropuerto a recibir visitantes extranjeros, salvo que fueran también altos funcionarios del Partido Comunista. Escoló a Nixon a las mismas lujosas habitaciones del zar, en el Kremlin, que el presidente había ocupado en mayo de 1972. Poco después hubo una reunión privada entre los dos líderes a la que sólo asistió el intérprete soviético Victor Sukhodrev, debido a lo cual se demoró media hora el comienzo de la cena de bienvenida con la consiguiente ansiedad de los que no habían participado en la entrevista. Nixon no me dijo qué se había discutido y los soviéticos nunca lo mencionaron. Nixon renunció poco después, de modo que no hubo consecuencias prácticas. Fue como un grito solitario en el Polo Norte, un ruido sin sonoridad que desaparece en el vacío.

Pero había límites más allá de los cuales los soviéticos no iban a permitir que se abusara de la buena voluntad personal. Cuando Nixon respondió al brindis de Brezhnev introdujo —fuera de lugar— un estado de ánimo en un principio general, como hacía con frecuencia cuando hablaba extemporáneamente. Al elogiar lo que se había logrado en los dos últimos años en las relaciones entre ambos países, Nixon afirmó:

Fueron posibles por la relación personal entre el Secretario General y el Presidente de los Estados Unidos. Y esa relación personal se extiende a los funcionarios superiores de ambos gobiernos.

Se ha dicho que un acuerdo es tan bueno como la voluntad de las partes interesadas en respetarlo. Debido a nuestra relación personal no cabe duda de que respetaremos esos acuerdos y de que celebraremos otros más cuando así lo aconsejen nuestros mutuos intereses.

Para los líderes de la URSS hubiera sido difícil, aun en las mejores épocas, aceptar que su política se basaba en personalidades. Después de todo, la filosofía comunista es más que nada materialista. Aun en sus comentarios privados los líderes soviéticos aman ufanarse con la creencia de que su política se basa en factores objetivos y no en accidentes o sentimientos. Pero con Nixon prácticamente condenado, Brezhnev tenía un interés, que iba más allá de la vindicación de la filosofía marxista, en desligar su política del destino de Nixon. La agencia TASS, por consiguiente, dio al pueblo soviético una traducción bastante libre de lo dicho por Nixon. Omitió la palabra "personal" y revisó las observaciones de Nixon para que se las tomara como una descripción de las relaciones entre dos países, más bien que entre dos hombres. La solicitud que los soviéticos demostraban a Nixon no debía ser interpretada en el sentido de que asociaban al Kremlin con la propuesta de que la *détente* dependía sólo de él.

Nuestra prensa advirtió la discrepancia inmediatamente. Leonid M. Zamyatin, el director general de TASS que participaba con Ron Ziegler en las reuniones diarias de información para la prensa oral y escrita, explicó suavemente que la traducción era correcta y que las noticias que decían otra cosa eran atribuibles al desconocimiento del idioma ruso de los periodistas. Sukhodrev nos señaló que la omisión había sido involuntaria, afirmación que tenía más de tacto que de veracidad, como lo demostraron pronto los acontecimientos. Movidado por su misión de destacar la imprescindible personal de Nixon, Ziegler atribuyó todo el contratiempo al hecho de que *Pravda*, el periódico oficial del Partido, publicado a la mañana, tenía un plazo muy breve para entrar en prensa.

"Espero ver *relación personal* esta noche en *Izvestia*", dijo Ziegler refiriéndose al periódico vespertino del gobierno. Pronto aprendió que la dedicación soviética a un periodismo exacto es tan grande que nada aparece publicado bajo la presión de un plazo inexorable. *Izvestia* repitió la versión de *Pravda*. TASS introdujo otra modificación en el brindis. Nixon había dicho que Brezhnev visitaría a su vez los Estados Unidos el "año próximo", lo que correspondía al esquema de una reunión anual en la cumbre. Los soviéticos se negaron a comprometerse a una visita con fecha definitiva: TASS se refirió a la visita que haría a su vez Brezhnev pero sin mencionar en qué fecha. No se dio ninguna explicación; no se necesitaba ninguna; los soviéticos echaban por la borda lo inutilizable.

La reunión de Moscú se vio así afectada por las mismas incongruencias que la visita al Medio Oriente. Los paladines de Nixon, reducidos ya en realidad a Ziegler, hacían hincapié en su actuación personal. Pero la URSS no quería ligar políticas importantes al destino de una persona. Eso era, en realidad, lo que convenía a nuestro interés nacional y la única forma en que podíamos rescatar nuestra posición internacional de Watergate: demostrar que las políticas bien fundadas podían sobrevivir a nuestros desastres domésticos porque reflejaban nuestros objetivos nacionales de largo alcance.

En esta atmósfera de tensión, angustia y presentimientos, las rencillas mezquinas entre el personal que habían envenenado nuestro viaje por el Medio Oriente resurgieron con más virulencia y, algunas veces, en forma absurda. Hubo una indigna disputa entre Al Haig y yo acerca de quién ocuparía en el Kremlin las habitaciones más cercanas a Nixon, un símbolo de *status* de un valor más bien discutible dadas las circunstancias. Haig ganó la batalla. Era como pelearse por los asientos en la mesa del capitán del *Titanic* después del choque con el iceberg.

Mis relaciones personales con Nixon eran desusadamente distantes ahora. Yo no podía decir si todavía estaba resentido por mi conferencia de prensa de Salzburgo o si como decía el columnista William Safire, que era considerado muy ligado a los colaboradores de Nixon, el presidente aprovechaba mis propias dificultades para restablecer su autoridad (10). De haber sido así, era un esfuerzo vano; Nixon conservaba bastante poder para rebajar mi posición, pero no había nada que pudiera hacer para restablecer la suya. La explicación más lógica es que contaba los treinta y cuatro votos que necesitaba en el Senado para frustrar el juicio político y encontraba la mayoría de ellos del lado conservador. Con arreglo a esta tesis, como yo era atacado por *la détente*, la columna de Safire constituía una de las tentativas de Nixon para disasociarse de su secretario de Estado y un esfuerzo para restablecer sus títulos con sus partidarios de larga data.

Sea por lo que fuere, los contactos entre el presidente y yo eran más tensos que antes. Los medios de información no me habían perdonado mi conferencia de prensa de Salzburgo. Nunca me permitieron olvidar mi amenaza de renunciar. Buscaban toda prueba de un distanciamiento aparente entre Nixon y yo, de una disminución de mi autoridad, o de tensión por mi parte. El hecho de que Gromyko y yo camináramos unos tres metros detrás de Brezhnev y Nixon durante un paseo por los jardines de la villa que Brezhnev tenía a orillas del mar en Crimea, mereció grandes titulares: yo estaba enfurruñado o relegado a un papel secundario, o ambas cosas.

La verdad era más simple. Yo estaba ciertamente exhausto después de más de dos meses de viajes ininterrumpidos. Pero el presidente, que sufría mucho por su flebitis, pasaba por una experiencia mucho más traumática que estar barajando los miembros de su séquito. Nixon era un estudioso demasiado serio de la política exterior y del gobierno para no comprender que el mayor obstáculo a toda negociación seria con la URSS era que los soviéticos se hallaban convencidos de que si él sobrevivía políticamente carecería de autoridad, pero que lo más probable era que no sobreviviera. A Nixon le debió resultar difícil aceptar que yo, a pesar de todas las dificultades a que debía hacer frente, tenía la certeza de sobrevivir al desastre que él no podía decidirse a admitir y que, sin embargo,

debía haber sentido entonces que era inevitable. Y esto, además de una larga historia en que los medios de información habían hecho hincapié en mi actuación como negociador de la paz y en la suya casi de enloquecido.

No es extraño que el esfuerzo físico requerido para seguir funcionando pareciera ir consumiendo más y más las energías de Nixon. Era indudable que estaba preocupado y remoto —sólo incidentalmente por su disgusto conmigo—, pero por sobre todo porque estaba en el proceso de separarse de lo que hasta entonces había dado sentido a su vida, de la obsesión que había hecho posible la disciplina casi inhumana que se imponía y la persona pública que no concordaba con su naturaleza, básicamente más tímida y más amable. Y mientras estaba rodeado por todo el aparato de la presidencia, tenía que acorazarse para los días de exilio cuando ya no tocaran las bandas y el sueño de toda su vida se hubiese evaporado.

Los procedimientos fueron los mismos que durante la reunión en la cumbre de 1972 (11). Hubo una cena de bienvenida en el maravilloso Granovit Hall del siglo XV, en el Gran Palacio del Kremlin, cuyo techo abovedado estaba cubierto de pinturas religiosas. Generalmente había dos sesiones plenarias al día en el Santa Catalina Hall, un salón dorado muy adornado. En los intervalos entre las sesiones formales Gromyko y yo nos reuníamos para negociar las cuestiones pendientes en los diversos documentos que debían prepararse para la firma. El sábado 29 de junio a la tarde Brezhnev llevó todo nuestro grupo a Crimea, donde permanecemos hasta la mañana del lunes 1º de julio.

En el lado soviético la troika de Brezhnev, Kosygin y Podgorny seguía muy en evidencia, aunque Brezhnev parecía tener ahora menos necesidad que hacía dos años de inclinarse ante las formas de liderazgo colectivo. Ahora él dominaba las discusiones, estaba bien informado y era muy preciso, especialmente en cuestiones militares. Una de las características conmovedoras de la reunión era la desproporción entre la pompa y las circunstancias del protocolo y lo que la triste situación de Nixon le permitía llevar a cabo. Porque como resultaba aparente que no podía esperarse ningún avance importante, la tensión había cedido y la apariencia de armonía se transformó en su propio objetivo. Había un ambiente muy simpático. Las reuniones comenzaban milagrosamente a tiempo. No había intentos de intimidación como los que habían caracterizado las dos reuniones previas en la cumbre, en 1972 sobre Vietnam y en 1973 sobre el Medio Oriente. La razón no era tan halagadora para nosotros como podría suponerse. Precisamente porque no querían arriesgarse demasiado contando con que Nixon continuaría en su cargo, los dirigentes soviéticos habían rebajado sus expectativas. Recitaban sus objetivos, pero en lo que para ellos era un tono menor. Hubo un debate sobre la Conferencia de Seguridad Europea; para entonces tantos dirigentes de Europa occidental habían convenido en que la conferencia culminaría con una reunión en la cumbre que ya no tenía ningún sentido que los Estados Unidos se resistieran en este punto. (Esta había de ser la conferencia de Helsinki de 1975, por asistir a la cual Gerald Ford fue criticado en nuestro país). Y las restantes cuestiones que más tarde se incluirían en el Acta Final de Helsinki eran demasiado abstrusas —en su mayor parte pedantes problemas relacionados con la redacción de un documento colectivo— para prestarse a una solución en el más alto nivel, aunque fueron discutidas largamente sin llegar a ninguna conclusión.

Hubo algunos lances de florete sobre el Medio Oriente. Brezhnev preguntó qué fines perseguía nuestra política e insistió en la necesidad de una acción soviético-norteamericana conjunta, pero sin el ardor con que lo había hecho en su reunión de marzo conmigo. La URSS había aprendido algo de sus experiencias más recientes. Como nunca perjudica a un diplomático dar la impresión de que lo inevitable ha sido afectado por sus decisiones de política, Brezhnev se empeñó en señalar la conveniencia de los esfuerzos unilaterales en los casos en que estos resultaran más eficientes. En una reunión separada conmigo Gromyko admitió que nuestra política en el Medio Oriente era más

complicada de lo que parecía a primera vista. Eso fue dicho sin rencor. Los soviéticos parecían haber sacado al fin las conclusiones correctas de los momentos de confusión que habían pasado en la primavera última. Insistir demasiado en una participación formal sólo serviría para poner de relieve su propia impotencia; tendrían que esperar a que nosotros cometiéramos un error o a que se derrumbara nuestra estrategia del momento.

Para eludir con tacto los temas controvertidos los soviéticos programaron muchas reuniones entre los jefes supremos para considerar asuntos que normalmente hubieran sido dejados a los ministros de relaciones exteriores: discusiones técnicas arcanas sobre acuerdos que habían sido preparados para ser firmados en la reunión en la cumbre. Tres de éstos tenían cierta importancia: un acuerdo para proscribir la guerra en el medio ambiente (problemas ecológicos y de contaminación ambiental); un acuerdo para renunciar a la opción del segundo emplazamiento para ABM permitido por el tratado de 1972 sobre limitación de armas defensivas, y un proyecto de tratado para prohibir los ensayos nucleares bajo tierra más allá de cierto "umbral" de poder explosivo.

El acuerdo para negociar una proscripción de la guerra en el medio ambiente —por ejemplo, la modificación de las condiciones del tiempo con fines militares— era la clase de acuerdos marginalmente útiles que los burócratas inventaban presionados por la necesidad de hacer quedar bien a sus líderes. Constituía una deferencia a los sentimientos humanitarios; no era controvertible porque no resultaba fácil saber cuál sería su contenido y porque habría pocos que tuvieran la audacia de abogar públicamente por la guerra en el medio ambiente. Un convenio internacional completo sobre el tema fue firmado en Ginebra por la URSS, los Estados Unidos y otros treinta países en mayo de 1977.

El protocolo sobre los sistemas ABM se originaba en el tratado de 1972 por el que se limitaban los emplazamientos de misiles antibalísticos de defensa a dos en cada país, separados entre sí por una distancia de no menos de 1.300 kilómetros. A cada país se le daba el derecho a defender su ciudad capital y un campo de ICBM; pero ninguno de los dos había utilizado hasta entonces plenamente los derechos que le acuerda el tratado. La Unión Soviética tenía ya un sistema ABM cerca de Moscú; nosotros habíamos construido un emplazamiento defensivo para proteger un campo de misiles cerca de Grand Rorks, en Dakota del Norte. Ni ellos ni nosotros habíamos construido un segundo emplazamiento. En la reunión en la cumbre de 1974 se convino en formalizar esa práctica y limitar cada país a un solo emplazamiento antimisilístico defensivo. El acuerdo era ligeramente más ventajoso para nosotros que para la Unión Soviética porque no había posibilidades de que el Congreso asignara nunca fondos para el segundo asentamiento permitido, mientras que los soviéticos no tenían esas restricciones.

Este acuerdo llevaba a su lógica conclusión los razonamientos en que se habían basado los acuerdos ABM originales. Si el factor disuasivo era mayor cuando se dejaba vulnerable a los ataques a la población civil de ambos lados, era preferible que hubiera un emplazamiento en vez de dos; en realidad carecía de sentido tener ni siquiera uno. Lo que no se examinó fue la validez del razonamiento que había llevado en primer lugar a la concertación del acuerdo, y este silencio constituye una interesante reflexión sobre la fuerza del buen sentido convencional. Con posterioridad a 1972 el número de armas ofensivas autorizado por el primer acuerdo SALT resultó controvertible, aunque en realidad significaba poco más que una ratificación de lo que ambos lados estaban planeando de todos modos. Lo que pasó casi inadvertido fue la extraordinaria doctrina que basa la seguridad de la nación en la vulnerabilidad de su población y de sus asentamientos de misiles. Considerándolo retrospectivamente, me resulta ahora menos claro que entonces cuando acepté el consenso, por qué razón la protección de los asentamientos de misiles no hubiera hecho mayor la estabilidad estratégica, en particular una vez surgida la amenaza de los MIRV. Dejar los silos de ICBM fijos totalmente desprotegidos reduce un

ataque a ellos a un simple problema mecánico; a medida que aumentan la precisión y el número de misiles nucleares de ataque, no es irracional considerar la defensa ABM de los asentamientos de misiles como una protección posible siempre que se disponga de la tecnología requerida. Sea como fuere, el acuerdo de 1974 sobre los ABM constituyó otro modesto paso en un camino para el que no había literalmente ninguna oposición.

El acuerdo más interesante fue el referente al "umbral" de la proscripción de ensayos nucleares. En todos los planes de desarme soviéticos figuraba la propuesta sobre la total proscripción de los ensayos nucleares. (La proscripción de los ensayos de 1963, negociada por los Estados Unidos, el Reino Unido y la URSS, prohibía los ensayos nucleares en la atmósfera, en el espacio o bajo el agua, pero permitía que continuaran los ensayos subterráneos). En la habitual versión soviética, todos los ensayos quedarían proscriptos y se pediría a los demás países que se adhirieran al acuerdo. Si no lo hacían, los signatarios tendrían derecho a renunciar al tratado. La propuesta soviética había sido consistentemente rechazada por las administraciones norteamericanas de ambos partidos. El Departamento de Defensa y sus asesores científicos alegaban persuasivamente que no era posible mejorar nuestro arsenal de armas sin ensayos y que era difícil detectar los ensayos subterráneos clandestinos. El Departamento de Estado objetaba la presión contra otras potencias nucleares —por ejemplo, China o Francia— implícita en la cláusula de renuncia al tratado. A principios de febrero de 1974 Dobrynin, fiel a la máxima soviética de que uno nunca puede saber si una puerta está cerrada con llave hasta que trata de abrirla, sacó a relucir el ya venerable plan soviético sobre una proscripción muy amplia de los ensayos. Lo rechazamos. El 4 de febrero Gromyko trató de descubrir si la frialdad con que habíamos acogido la obertura de Dobrynin podía ser una cuestión de rango; de modo que él, un miembro del Politburó, repitió la misma propuesta al presidente. La respuesta siguió siendo negativa. La URSS se retiró a la idea de una cuota de proscripción, es decir, que limitaba a ambas partes a un número convenido de ensayos por año. Esto era menos peligroso que la otra propuesta, pero presentaba serios problemas de verificación.

Durante mi visita de marzo a Moscú puse sobre el tapete los problemas de verificación y rehusé todo acuerdo que supusiera, ni siquiera tácitamente, presión sobre terceros países. La contrapropuesta de Brezhnev fue establecer un "umbral" para la prohibición de los ensayos, es decir, proscribir los ensayos de armas nucleares por sobre cierto poder explosivo. Yo estaba dispuesto a discutir sobre esa base. La estrategia soviética dependía más que la nuestra de las armas de alto poder explosivo; limitar los ensayos a las categorías inferiores resultaría en beneficio nuestro. Además, los problemas de verificación eran más grandes cuando se trataba de explosiones de bajo rendimiento. Y ese acuerdo ofendería menos a aliados como Francia y a países amigos como China; no implicaría presión sobre ellos porque era independiente de sus actos. En los meses que antecedieron a la reunión en la cumbre de 1974 fuimos refinando el concepto del umbral, tanto dentro de nuestro gobierno como en conversaciones con los soviéticos. La idea original de definir el umbral por el choque sísmico de la explosión fue reemplazada por el concepto más simple de fijar el tope de 150 kilotones.

Aunque en cuanto al control de armamentos la utilidad de establecer un umbral para la proscripción de los ensayos resultaba marginal, abrió el camino a las discusiones sobre la verificación de que representaban un importante adelanto. Si nosotros íbamos a verificar que los ensayos nucleares estaban por debajo del umbral de 150 kilotones la Unión Soviética tendría que revelarnos dónde estaban sus lugares de verificación, convenir en que no harían ensayos en ningún otro sitio y proporcionarnos información sobre las formación geológica de cada lugar para permitirnos calibrar nuestro equipo. A esto, la Unión Soviética sorprendentemente accedió. Surgió entonces la cuestión de las "explosiones nucleares pacíficas", es decir, la utilización teórica de dispositivos nucleares para

construir canales o cambiar el curso de las vías de agua. Ningún lado quería excluir esta posibilidad; pero los Estados Unidos en particular no querían permitir la escapatoria de disfrazar como explosión pacífica un dispositivo militar. Como la ubicación de las explosiones pacíficas sería imposible de especificar previamente por acuerdo internacional, nosotros pedimos la inspección *in situ*. Después de muchas discusiones la Unión Soviética accedió, por primera vez, en su historia, a este principio. Conforme a un protocolo anexo al acuerdo, los detalles debían ser resueltos antes de que el umbral para la proscripción de ensayos empezara a regir en 1976.

Todos los interesados en el problema de la verificación —y deberían serlo todos los estudiosos serios del control de armamentos— tendrían que haber celebrado ese acuerdo como un proyecto piloto potencialmente importante. Nunca antes habían aceptado los soviéticos la inspección *in situ*; nunca habían estado dispuestos a dar tanta información sobre un programa militar de ensayos. Y como ni siquiera aquellos más ávidamente sospechosos de los motivos soviéticos pensaron que el acuerdo sobre el umbral representaba para nosotros una desventaja militar, el espíritu de conciliación soviético a este respecto debe haber obedecido al deseo de mantener cierto impulso en la lánguida *détente*.

Pero para entonces la *détente* había sido engolfada por la controversia en los Estados Unidos y por crecientes dudas en Moscú. El resultado fue que el acuerdo sobre el umbral de la prohibición de ensayos hizo poco para dar vida a la conferencia en la cumbre o elevar el nivel de discusión. El tema era demasiado técnico para atraer la atención indivisa de los líderes o ni siquiera para que concentraran su pensamiento en que era precisamente eso de que se estaba hablando. Cuando el punto surgió el viernes 28 de junio Kosygin debe haber olvidado lo que tenía que decir o estaba tan acostumbrado al viejo argumento que volvía constantemente a la conocida letanía atacando en efecto el acuerdo del umbral por ser inferior al más comprensivo. Se suponía que Gromyko y yo debíamos informar sobre el progreso de las negociaciones, pero Kosygin tenía otras ideas. Tan pronto como oyó cuál era el tema se lanzó a una apasionada defensa de la supresión total de los ensayos nucleares. Rechazó desdeñosamente todos los argumentos en contra, incluso los de Nixon, que parecía haber olvidado también que estábamos reunidos para elogiar un acuerdo ya concertado, no para tratar de llegar a otro acuerdo que ya había sido dejado de lado. Nixon echó mano de su acostumbrada refutación: que estaba realmente de acuerdo con Kosygin pero que perseguía el mismo fin por un camino diferente, lo que era una novedad para mí. Kosygin argumentaba en contra de un acuerdo que su propio gobierno estaba a punto de firmar, y Nixon aceptaba como objetivo lo que él mismo había rechazado cuatro meses antes. Después de provocar una confusión total durante una hora, los cabezas principales se calmaron y la cuestión fue dejada a los ministros de relaciones exteriores.

En nuestro país el acuerdo sobre el umbral de los ensayos nucleares fracasó, no porque despertara amarga animosidad como en el caso del acuerdo SALT, sino por la indiferencia con que fue recibido. No tenía sencillamente partidarios, excepto tal vez un pequeño grupo de inspectores profesionales de armamentos interesados en el principio de la inspección *in situ*. La mayoría de los liberales preferían una prohibición amplia: por esa razón se burlaron del tope de 150 kilotones, pelearon contra el acuerdo y dieron muerte así al adelanto que se había logrado hacia la inspección *in situ*. Los conservadores no se opusieron; pero no iban ciertamente a pelear por causas abandonadas por los liberales que las habían originado. Hubo una coalición formada por los que querían hacer más y por otros que no estaban dispuestos a insistir en ello. La administración Carter lo abandonó. Ocho años después de su firma el tratado aún espera la ratificación del Senado. Y una vez que resultó evidente que el tratado no tenía mayor porvenir en los Estados Unidos, la URSS perdió interés en él y volvió a su campaña por una proscripción total de

los ensayos. No puede haber un símbolo mejor de que la política de *détente* y del control de armamento iban perdiendo su base interna de apoyo en los Estados Unidos.

SALT siguió siendo la cuestión más difícil. Los problemas eran, en parte, de origen propio. Después de todo, estábamos sólo en el segundo año del Acuerdo Interino de cinco años firmado en 1972, que seguiría en vigor hasta 1977. La prisa por buscar un nuevo acuerdo era de origen interno. En cada una de las reuniones anteriores en la cumbre la administración Nixon había presentado una sorpresa: en 1972, el simple hecho de que tuviera lugar, asociado a la rápida concertación del SALT y de los principios de conducta internacional; en 1973, el Acuerdo sobre la Prevención de la Guerra Nuclear. Aún sin Watergate, en 1974 hubiera sido en nuestro interés poner en claro que si las reuniones en la cumbre se estaban convirtiendo en acontecimientos anuales no era posible esperar que produjeran un anuncio de gran importancia cada vez. Las relaciones entre dos países no pueden orientarse teniendo en cuenta un programa de "espectaculares"; mucho menos las relaciones entre adversarios ideológicos y geopolíticos. No existen sencillamente tantas controversias para poder producir una solución por año. Una vez que las reuniones en la cumbre Este-Oeste prácticamente se institucionalizaron, su utilidad consistía en la oportunidad que ofrecían a cada país para explorar la mente del otro y comprender los límites de la presión, así como las posibilidades de acuerdo. En ese sentido puede decirse que la de 1974 fue una reunión en la cumbre normal y que las otras fueron inusuales.

Pero en el tumultuoso verano de 1974 ese modo de percibir las cosas no estaba muy difundido. El público, los medios de información y, hasta cierto punto, la misma administración estaban atrapados en lo dramático como un drogadicto en su dosis. Toda reunión con los soviéticos en que intervinieran el presidente o el secretario de Estado era considerada un fracaso si no conducía a abrir una brecha en los asuntos más difíciles, aun cuando hubiera otros logros no despreciables. La inminencia de cualquier reunión de alto nivel desataba un ácido debate burocrático en los Estados Unidos. Aunque todos los organismos deberían haber sabido que ninguna brecha importante era posible, no estaban seguros de que no estuviera ocurriendo algo en la trastienda, y trataban de bloquear un resultado con el que no estaban de acuerdo.

En el verano de 1974 SALT estaba ya demasiado politizado; como dije anteriormente, se había convertido en el chivo emisario de una lucha más profunda sobre la naturaleza total de las relaciones entre los Estados Unidos y la URSS, y hasta sobre la aptitud de Nixon para gobernar. Considerado retrospectivamente puede decirse que hubiera sido más acertado anunciar por adelantado —ciertamente después de la desastrosa reunión del Consejo de Seguridad Nacional del 20 de junio— que no existían bases para lograr un avance significativo y que los líderes aplazarían la consideración del SALT hasta que se hubiera logrado más progreso a un nivel inferior. Esa medida sensata no fue nunca tomada en consideración debido, en parte, a mi preocupación con Medio Oriente y también porque se le hubiera echado la culpa a Watergate, dándose pábulo así a las presiones para remover a Nixon de su cargo; en parte, además, porque hubiera sido usada por los oponentes de SALT para demostrar que la arremetida básica de las políticas Este-Oeste de Nixon estaba fracasando.

Así es que nos encontramos finalmente con las peores consecuencias de todos lados. Una enconada controversia doméstica nos impedía continuar la estrategia coherente y persistente sin la cual no puede tener éxito ninguna negociación con los soviéticos. Después de que la URSS concedió en marzo el principio de la desigualdad en los MIRV, Dobrynin me había dicho en privado que sería posible ampliar la diferencia en los MIRV como nosotros queríamos. Pero los Estados Unidos nunca pudo presentar un plan consistente y mantenerlo con firmeza; Nixon y yo teníamos que proteger constantemente nuestros flancos contra los tije-retazos de los que se especializaban en demostrar las

flaquezas de toda posición comparándola con algún mundo ideal, pero que no experimentaban una compulsión similar destinada a analizar lo que ocurriría si no existiera un acuerdo.

Lo que había surgido como la posición del Departamento de Defensa en la reunión del 20 de junio del Consejo de Seguridad Nacional hacía seguro que llegaríamos a un punto muerto. Ninguna capacidad forense podría producir un acuerdo que simultáneamente elevara nuestro total de agregados y redujera el programa soviético de MIRV a cambio de absolutamente nada.

Y no lo produjo. Hasta el escenario mismo simbolizaba nuestras dificultades. La población de más importancia cercana al lugar en que nos reunimos en Crimea el 30 de junio, era Yalta. Nixon no estaba ansioso de reavivar el recuerdo de las controversias sobre la conferencia de 1945 con Franklin Roosevelt y Stalin, que durante mucho tiempo había sido blanco de las críticas de los conservadores. Por consiguiente, al referirse al lugar de las reuniones de Nixon la Casa Blanca insistía en hablar del suburbio de Oreanda, donde en realidad estaban situadas las villas del Politburo y donde se realizaron las reuniones. Lamentablemente el centro de prensa fue ubicado en un hotel en el centro de Yalta, de modo que todas las noticias para los Estados Unidos comenzaban con la temida mención de *Yalta* como lugar de origen.

Nos estábamos reuniendo en los jardines de la residencia de Brezhnev, un elaborado conjunto habitacional de playa ubicado en los empinados cerros que descendían hasta el Mar Negro. Brezhnev llevó a Nixon a lo que era acertadamente llamado la gruta, una especie de cueva recortada en la piedra caliza al pie de un acantilado: una romántica fatuidad del siglo pasado algo incongruente para el líder de un país que admitía su interpretación materialista de la historia. Mientras ellos conversaban solos, Gromyko y yo nos sentamos con nuestros ayudantes cerca de la enorme piscina de dimensiones olímpicas, rodeada por paredes de vidrio que podían abrirse y cerrarse eléctricamente. Esta vez el cercado de la piscina estaba abierto a la brisa circundante de un hermoso día soleado y claro. Nixon y Brezhnev estuvieron encerrados más de tres horas. Lo mismo que en Moscú, no me enteré inmediatamente de lo que habían discutido: los soviéticos nunca se refirieron a ello o pretendieron que Nixon se hubiera comprometido a algo. Finalmente fuimos invitados a reunirnos con nuestros jefes.

Era evidente que el tema de la conversación no había sido el SALT; los dos jefes habían aguardado aparentemente a que llegáramos Gromyko y yo para entrar en el tema. Nixon, que no conocía bien todas las estadísticas, me pidió a mí que condujera las conversaciones sobre el SALT por nuestro lado. Fue apoyado en esto por Brezhnev:

Le estaba diciendo al presidente que le agradecía que hubiera enviado al doctor Kissinger a Moscú. Estuvo muy enérgico con nosotros en marzo, y le manifestamos sinceramente nuestra opinión. Le dijimos cuáles eran nuestros límites. La verdad esta allí en alguna parte, de modo que el doctor Kissinger debería indicarnos por dónde deberíamos empezar a buscar un acuerdo.

Era una invitación a proponer un compromiso, conciliatoria para lo que los soviéticos acostumbraban y que sugería que Brezhnev no insistiría en la posición original de la URSS. Yo presenté una variante del plan del Departamento de Defensa que no tuvo muy buena acogida y en realidad provocó un áspero e inútil debate. Brezhnev no quiso considerar ninguno de sus aspectos. Señaló que nuestra propuesta nos daría 4.000 cabezales nucleares más que a la Unión Soviética, lo que era más o menos exacto. Había descubierto, seguramente en informes publicados en nuestro país, que los límites que proponíamos para los Estados Unidos coincidían sustancialmente con nuestro programa previsto: *Es importante llegar a un acuerdo, pero debe ser uno que contenga la carrera, que la*

haga más lenta. Con arreglo a la propuesta que presenta el doctor Kissinger los Estados Unidos no hacen menos de lo que harían de no existir un acuerdo. Contesté que conforme a nuestro plan aumentaríamos en realidad el número de nuestros MIRV a un ritmo menor que la Unión Soviética los suyos. Pero Brezhnev comprendía que esto era debido a que estábamos próximos a completar nuestro programa, y dijo que no lo consideraba como una gran concesión: nosotros estábamos muy adelantados a ellos y no debíamos pretender lo contrario.

A pesar de esos intercambios el ambiente en Crimea distaba de ser áspero. Los soviéticos no ansiaban poner a Nixon en una posición difícil. Todos los participantes del lado norteamericano estaban convencidos de que a Moscú no le entusiasmaba la idea de un estancamiento de las negociaciones. Brezhnev y sus colegas seguían invitándonos a presentar nuevas propuestas en el contexto de las asimetrías compensatorias. Pero nuestra situación interna no nos permitía ninguna flexibilidad y tampoco les daba a los soviéticos algún incentivo para ser generosos: nunca su fuerte en la mejor de las circunstancias. Respaldo por dos generales Brezhnev presentó mapas que mostraban cómo calculaban los soviéticos nuestro potencial para un primer ataque, que era la misma presentación que me había sido dada en marzo. Brezhnev no se adjudicó, por cierto, lo peor del análisis, pero el argumento no era descabellado; era el clásico *en el peor de los casos* de los planes militares, la pesadilla de los estrategas cuando todo sale mal al mismo tiempo. Es tan poco probable que ocurra como necesario estar preparado para esa eventualidad. La dificultad estriba en cómo negociar restricciones cuando se enfrentan mutuamente dos argumentos de *en el peor de los casos*.

La reunión de la gruta terminó sin nada concluyente. Pero ninguno de los lados quería admitir el fracaso. Se decidió que yo no acompañaría a Nixon en su visita ceremonial a Minsk al día siguiente, sino que regresaría con Brezhnev a Moscú para ver si era posible algún progreso. Pero Brezhnev tampoco quería dar la impresión de que podía ser persuadido en un encuentro cara a cara con el secretario de Estado norteamericano. Hablamos poco sobre SALT en el avión. En el aeropuerto fuimos saludados por Dimitri Ustinov, que es ahora ministro soviético de Defensa, y luego por un miembro del Politburo cuyas responsabilidades incluían las industrias de defensa. En el salón VIP del aeropuerto, Brezhnev me hizo repetir mi propuesta básica sobre las asimetrías compensatorias, junto con las cifras que le había presentado en Crimea. Ordenó en mi presencia que se convocara al Politburo esa tarde; Gromyko y yo debíamos reunirnos después para revisar una vez más la situación.

Al final de la tarde Gromyko y yo examinamos nuevamente el SALT. Gromyko estableció que las cifras norteamericanas proporcionadas no servían de base para una solución: las restricciones resultaban demasiado pesadas y el plazo de tiempo (hasta 1979) demasiado corto. Sugerí que el problema era establecer una relación entre el tiempo, por un lado, y la calidad y la cantidad por el otro. Habíamos estado hablando de posiciones extremas: o un acuerdo permanente que parecía prohibitivo y hacía que cada uno se protegiera contra toda contingencia concebible, o una extensión de dos o tres años que llevaba a un debate interminable sobre equidades para un período tan corto de tiempo. Tal vez deberíamos tratar de llegar a un nuevo acuerdo que primaría sobre el Acuerdo Interino y regiría por un período más largo, digamos diez años, de 1975 a 1985. Adelanté esta idea para darnos a nosotros mismos la posibilidad de decidir si seguiríamos trabajando para lograr los *agregados iguales* o las *asimetrías compensatorias*, siempre dentro de plazos de tiempo acordes con los planes militares. Esto permitiría a la URSS modificar las cifras del Acuerdo Interino sin pérdida de prestigio, y nos daba a nosotros una nueva oportunidad de revisar los problemas del MIRV. Gromyko aceptó esta sugerencia y las negociaciones se situaron en un esquema de trabajo diferente. Nixon y Brezhnev convinieron en reunirse durante el invierno para hacer efectivo ese nuevo enfoque. Esto dio a

la URSS una posibilidad de evaluar las perspectivas de sobrevivencia de Nixon sin una ruptura del proceso SALT.

El nuevo esquema de trabajo para el SALT era un triunfo no desdeñable y podría haber sido considerado en su verdadero valor a no ser por los medios de información y una burocracia que parecían apreciar sólo éxitos espectaculares. El nuevo esquema abrió la vía para el acuerdo de Vladivostok y para una seria negociación sobre SALT II. Pero la forma en que fue acogida en nuestro país constituía otro claro signo de que SALT había perdido su base conceptual. En vez de hacer un análisis ponderado de las diferentes estrategias nuestro debate interno continuó consumiéndose en simbolismos. Algunos oponentes de la *détente* empezaron a ver en la derrota de SALT la clave de su política preferida, como si (a falta de otras medidas) la derrota de un convenio pudiera mejorar la posición estratégica estadounidense. Algunos de los partidarios de una política de relajamiento de las tensiones comenzaron a tratar SALT casi como un fin en sí mismo, como si las relaciones entre las dos superpotencias no dependieran también del equilibrio militar y de una conducta geopolítica razonable de la URSS. El concepto de los agregados iguales dominaba el debate sobre SALT justamente cuando los cabezales nucleares múltiples hacían que el número de vehículos portadores fuera un criterio cada vez menos confiable de equivalencia estratégica. Era difícil imaginar un esquema que pudiera sobrevivir al incansante asalto técnico, ideológico y sofisticado a la vez, al que se vería seguramente sujeto. Poco a poco nos íbamos colocando en la peor situación posible: sin un acuerdo SALT para limitar las armas soviéticas y sin apoyo aún en el Congreso para la necesaria expansión de nuestro propio programa estratégico.

Que hubiera sido posible llegar a un acuerdo en Crimea quedó demostrado menos de cinco meses después, a fines de noviembre, cuando otro presidente firmó un acuerdo en Vladivostok conforme tanto al esquema de trabajo establecido en la conferencia en la cumbre de 1974 como al calendario fijado por la reunión en la cumbre de 1973. El acuerdo de Vladivostok consagró el principio de los agregados iguales. Ya entonces podía verse que el criterio de las asimetrías compensatorias, que era el que yo había preferido, carecía de apoyo burocrático o interno. Mientras tanto, escasamente se reconoció que para alcanzar una igualdad por escrito en los totales generales dejábamos que los soviéticos lograran 2.400 o más cabezales nucleares adicionales que no hubieran tenido de otro modo (*). Era un triunfo de la teología sobre el análisis.

Brezhnev podía no haber querido correr el riesgo de firmar un acuerdo SALT con un presidente mortalmente herido. Pero ninguna oportunidad era demasiado poco prometedora para que él olvidara su obsesión con la China. William G. Hyland, mi ex colaborador, sugirió después que el aislamiento de China era un motivo fundamental de la política de *détente* de Brezhnev, lo que explicaría sus muchas aperturas tratando de tentarnos con acuerdos para que consintiéramos así en la destrucción de China. Hyland sugiere que cuando resultó claro que no los seguiríamos por ese camino, el interés de Brezhnev en la *détente* puede haber languidecido también (12). Cuánta cooperación esperaba Brezhnev genuinamente de nosotros, o podría haber esperado de nosotros, en relación con sus designios sobre China no resulta claro ahora ni lo era entonces para Hyland o para mí. Pero había indudablemente muchos signos de que la idea no estaba nunca lejos de su mente. En 1970, antes de que la *détente* se pusiera realmente en marcha, había habido una aproximación a uno de nuestros negociadores del SALT buscando el asentimiento norteamericano para un paso decisivo previo contra China (13). En 1972 hubo claras insinuaciones durante mi viaje del mes de abril y en la conferencia en la

(*) En el verano de 1974 la URSS nos ofreció un tope de 1.000 misiles con MIRV que, a mi juicio, podrían haberse reducido a alrededor de 800 con una dura negociación. El SALT II de 1979 concedía a ambas partes 1.200 ICBM y SLBM con MIRV. Si uno cuenta seis cabezales nucleares por misil soviético se llega a la cifra de 2.400 cabezales nucleares soviéticos adicionales.

cumbre de Moscú, pero no se hicieron propuestas explícitas. En 1973 Moscú no ocultó que su versión del Acuerdo sobre la Prevención de la Guerra Nuclear estaba destinada a prohibir una respuesta nuclear norteamericana a un ataque soviético a la China. También en 1973 Brezhnev me había sondeado al respecto en Zavidovo y le había advertido a Nixon en San Clemente que si armábamos a China habría guerra. En abril de 1974 Podgorny, reunido con Nixon en París en ocasión del funeral de Pompidou, había sugerido que si China no se unía voluntariamente al proceso de desarme debía ser *obligada a hacerlo*. *Nosotros rechazamos o hicimos caso omiso de todas esas intenciones.*

Ahora la Unión Soviética volvía a la carga. El tête-a-tête de Brezhnev con Nixon en la gruta resultó ser una discusión sobre el tema de un tratado incondicional de no agresión entre los Estados Unidos y la URSS. Nixon me lo comunicó subrepticamente en Oreanda y sugirió que examináramos la propuesta. Tal vez, dijo, podría ser incluida, junto con SALT, en el programa de la mini reunión en la cumbre de ese mismo año, unos meses después. En la cena de reciprocidad que el presidente ofreció a los dirigentes soviéticos el 2 de julio Gromyko advirtió aparentemente a Nixon que China era una amenaza a la paz (14). Nixon me llamó entonces y mientras Sukhodrev (el intérprete soviético) escuchaba, resumió la propuesta de Brezhnev y me dio instrucciones de continuar con la idea en el Canal para que fuese incluida en el programa de la mini reunión en la cumbre —o sea, más o menos lo que me había dicho privadamente en Crimea.

Un año antes yo no hubiera prestado mayor atención a ese intercambio de palabras. Hubiera pensado que Nixon se había embarcado en una de sus complicadas maniobras para ganar tiempo y que estaba utilizando la perspectiva de un tratado de no agresión para inducir a Brezhnev a hacer concesiones sobre cuestiones de interés más inmediato. Basándome en la poca feliz experiencia con el Acuerdo sobre la Prevención de la Guerra Nuclear habría considerado la experiencia demasiado arriesgada; pero hubiera estado seguro de que podría convencer a Nixon de que era demasiado peligroso flirtear así con la idea de un condominio; hubiera implicado claramente que los Estados Unidos le estaban dejando las manos libres a la Unión Soviética para atacar a China.

Pero ahora, cuando observaba al atormentado presidente que en medio de sus sufrimientos físicos disciplinaba cada onza de sus fuerzas para poder llegar al fin de esa semana, ya no estaba tan seguro de que Nixon sería capaz de manejar las fuerzas que desataba. Me parecía que estaba arriesgando nuestra amarra soviética, o la China —o ambas— por un triunfo técnico marginal. Le informé a Scowcroft que no cumpliría esa orden y que renunciaría si Nixon insistía en ella. Nixon no volvió a referirse nunca al tema y los soviéticos tampoco lo plantearon de nuevo porque yo le formulé a Dobrynin que no era un curso que conviniera seguir.

No quiero sugerir que Nixon tenía la intención de seguir adelante con el plan; dados sus antecedentes, su agudeza y sus convicciones se hubiera detenido seguramente mucho antes aunque hubiera jugado brevemente con la idea. Pero era sintomático de la desintegración de su gobierno que pudiera llegarse a ese grado de sospecha entre dos hombres que, cualquiera fuera nuestra diferencia de personalidad, habían trabajado juntos durante cinco turbulentos años y medio para elaborar, y en gran medida aplicar una nueva orientación de nuestra política exterior: un elemento clave de la cual era, después de todo, la conexión china.

Este era el ambiente cuando el 3 de julio me encontré con la prensa en Moscú. Mucho había cambiado desde aquellos inocentes días, dos años atrás, cuando informé a la prensa sobre SALT y cuando creía sinceramente que en el tablero de ajedrez de la diplomacia podían encontrarse perspectivas inusuales, hasta históricas. Ahora la atmósfera tenía un tufo de escepticismo y sospecha. Yo había estado en el extranjero, salvo dos breves interrupciones, durante más de dos meses: primero en el *torbellino* sirio, después con Nixon en su viaje por Medio Oriente y finalmente ahora, en la reunión en la cumbre

de Moscú. Los dos intervalos en Washington (de dieciséis días, respectivamente) habían sido más agotadores que los viajes. El primero fue destinado por completo a defenderme en la cuestión de las grabaciones; y el segundo consumido por las imputaciones de "arreglos secretos" en relación con SALT, y todo eso en medio de frenéticos preparativos para los viajes del presidente. Durante el viaje, y ya antes, habíamos sido objeto de groseras insinuaciones —en indirectas y declaraciones públicas del senador Jackson, de Paul Nitze, del jefe de Operaciones Navales Elmo Zumwalt (que dejaría su cargo próximamente) y en comentarios de prensa: advirtiendo contra el peligro de hacer excesivas concesiones. Me parecía también a mí que la delicada estructura de las relaciones Este-Oeste estaba siendo socavada en el momento mismo del trastorno de nuestras instituciones, con peligro de que hubiera crisis internacionales que tal vez no pudiéramos superar. Todo eso fue la causa de mi intemperancia en dos momentos de la conferencia de prensa, y si bien lo que formulé pueda ser considerado poco apropiado, eran en realidad *cris de coeur*, expresiones de desesperación por las tendencias que ponían en peligro una estructura construida con tanto trabajo y, especialmente, por el nihilismo de nuestro diálogo interno. En respuesta a una pregunta sobre por qué no eran más amplias las limitaciones a los armamentos, respondí:

Ambas partes tienen que convencer a sus cúpulas militares de los beneficios de la moderación, y ésta no es una idea que se les ocurra naturalmente a los militares de ambos lados.

Más adelante me preguntaron qué ocurriría en 1985 si no habíamos logrado concertar un nuevo acuerdo SALT antes de 1977, a lo que contesté vehementemente:

Si no hemos llegado a un acuerdo mucho antes de 1977, creo que verán ustedes una explosión de tecnología y de cifras al final de las cuales tendremos suerte si mantenemos la presente estabilidad, situación en la cual será imposible describir qué significa superioridad estratégica. Y una de las preguntas que tenemos que hacernos como país es la siguiente: ¿Qué significa, por Dios, la superioridad estratégica? A este nivel de números ¿qué significado tiene eso política, militar y operativamente? ¿Qué sacan ustedes de eso?

El primer comentario era una declaración de hecho, tal vez expresada sin demasiado tacto pero basada en una larga experiencia. No puede esperarse que los militares piensen creativamente acerca de la moderación de la carrera de armamentos, y tampoco es deseable que lo hagan. Su deber es procurar que la nación se mantenga fuerte; su tarea debe ser imponerse si todo lo demás fallare. Los militares que llegan a abogar por el control de armamentos pueden descuidar su misión primordial. Los altos dirigentes políticos son quienes deben hallar el equilibrio en el que ha de basarse la moderación. Por más que mis palabras reflejaran verdades muy trilladas, resultaban muy poco prudentes dichas en la capital soviética.

En cuanto a mis observaciones sobre la superioridad puedo decir que predecían exactamente lo que después ocurrió. Pero se prestaban a la interpretación demasiado simplificada de que la superioridad estratégica había perdido todo significado, lo que no era realmente mi opinión (15). Durante casi veinte años me había perseguido el temor de la pérdida de nuestra superioridad estratégica. Como académico y como encargado de la adopción de políticas había predicado que estábamos entrando en una nueva era en la que habría que prestar más atención a las defensas regionales, especialmente del tipo convencional. Había abogado enérgicamente por los programas necesarios para mante-

ner el equilibrio estratégico, desde los ABM y los MIRV hasta los nuevos SLBM y los misiles crucero. Pero me estaba empezando a desesperar la estúpida tendencia a medir el equilibrio estratégico por el número de vehículos portadores en un periodo en que debía preocupar mucho más el número de cabezales nucleares que tenía cada lado, y en que todos los análisis demostraban que ningún programa de aumento en las fuerzas podía evitar bajas que presumiblemente paralizarían a los estadistas y harían que la gente, atemorizada, se volcara al pacifismo. Hiciéramos lo que hiciéramos sería imposible recobrar la abrumadora superioridad de que habíamos disfrutado hasta el comienzo de la década del sesenta, y era puro escapismo suspirar por un pasado que la tecnología proscibía.

La cuestión de lo que significaba la superioridad era mucho más complicada de lo que nuestro debate interno admitía. Hasta los primeros años de la década del cincuenta nosotros habíamos tenido un monopolio atómico que nos permitía sustituir la inferioridad convencional por el poder estratégico sin temor a represalias. Hasta los años sesenta estábamos en una posición de tal superioridad que en un primer ataque hubiéramos podido probablemente destruir las fuerzas soviéticas de represalia, y la URSS no tenía una capacidad comparable. De todos modos la URSS, calculando lo peor que podía ocurrir, no hubiera corrido el riesgo. Hasta el comienzo de la década del setenta, en realidad, el análisis del *en el peor de los casos* que hiciera Moscú sería forzosamente un importante factor para refrenar la osadía aventurera. A partir de entonces, la pérdida de nuestra superioridad estratégica constituyó una revolución estratégica aun cuando los soviéticos no alcanzaran la superioridad por su parte. Porque, en cierta medida, la nueva situación dejó en libertad al Soviet para utilizar su capacidad en intervenciones regionales. Moscú no intentaría aún a la ligera una guerra con los Estados Unidos porque temían nuestro potencial de movilización y porque nunca podían estar absolutamente seguros de que no usaríamos armas estratégicas nucleares en contra de todo cálculo. Cuando se celebró la conferencia en la cumbre de 1974 ya no podíamos seguir evitando, como señalé anteriormente, una reevaluación estratégica fundamental.

Y esto era precisamente lo que estaba impidiendo nuestro debate interno. Me parecía que dos razonamientos muy simplistas estaban ahogando toda discusión racional en nuestro país. Un razonamiento trataba de basar la estrategia en los horrores de la guerra nuclear y calculaba el número mínimo de armas nucleares requeridas para infligir alguna espantosa carnicería de civiles. Los que estaban en el otro lado del debate contaban cada ventaja numérica como si tuviera significado estratégico independientemente de toda circunstancia o riesgo. Yo siempre fui partidario de mantener una considerable capacidad de contraataque como seguridad y para absorber los cálculos soviéticos al evaluar las peores posibilidades. Pero a mi juicio eso constituía sólo un paliativo; no había forma de escapar a la necesidad de intensificar los esfuerzos relacionados con la defensa regional y convencional. Mi pesadilla era que nuestras pendencias internas se concentraban en aspectos simbólicos. Cuando pedía un análisis de lo que representaba superioridad estratégica me refería ciertamente a lo que iba a la entraña misma de nuestro problema de seguridad, aunque la forma en que lo expresé hubiera resultado demasiado epigramática para explicar el alcance de lo que quería decir y, al mismo tiempo, suficientemente aforística para prestarse a ser explotada en nuestro debate doméstico. Mi verdadero temor fue aclarado por las frases que siguieron inmediatamente a mis comentarios sobre la superioridad:

Estaremos viviendo en un mundo que será extraordinariamente complejo, en el que existen oportunidades de guerra nuclear que fueron inimaginables quince años atrás al comienzo de la era nuclear; y esto es lo que mueve nuestra preocupación, no las disputas sobre las que uno lee en el debate de todos los días.

Pero en julio de 1974 Washington no acogía bien esas reflexiones. Cuando aún estábamos en Moscú, el secretario de Defensa, Schlesinger, mantuvo una conferencia de prensa en el Pentágono en la que expresó su confianza en el fervor militar por el control de armamentos y su desacuerdo con mis opiniones sobre la superioridad estratégica, sin explicar exactamente en qué consistían. A una presidencia que se estaba desintegrando se agregaba ahora un desacuerdo público entre el secretario de Estado y el secretario de Defensa.

Lo realmente extraño era que con arreglo a todos los criterios normales la conferencia en la cumbre había sido un éxito. Se habían firmado acuerdos significativos, que aunque no tuvieran la importancia sísmica de los concertados en ocasiones anteriores, eran de la clase de acuerdos que demostraban que las dos superpotencias tomaban en serio el progreso de sus relaciones. Aun en cuanto a SALT habíamos llegado a un entendimiento de nuestras posiciones mutuas que era mucho mayor de lo que generalmente se comprendía; de otro modo no hubiera sido posible que un nuevo presidente diera cima a esas negociaciones a los cuatro meses de asumir su cargo, que es lo que hizo Ford en Vladivostok. Además, sigue siendo necesario, como ya expliqué, liberar a las reuniones en la cumbre de la obsesión con las espectaculares ceremonias en que se firman acuerdos y hacer más hincapié en un serio examen de la situación internacional. Y eso era lo que Nixon y sus contrincantes habían logrado en junio de 1974 en un ambiente de menos tirantez que en cualquier reunión previa. Nunca estaba mejor Nixon que en esa especie de *tour d'horizon*; esta vez logró sobreponerse a la agonía que lo devoraba cada vez más para hacer una última exhibición de su maestría conceptual.

La gentileza con que los soviéticos trataron al mortalmente herido presidente era uno de los mejores homenajes al impacto de sus políticas. En el sistema soviético no hay categorías para los que pierden el poder político, cualquiera sea la causa. Debe haber sido tentador hacerle sentir su declinación al viejo perseguidor de los comunistas. Podría haber sido acosado en la forma en que tan bien sabe hacerlo al Politburo; pero fue tratado con respeto y cortesía como homenaje a su predecibilidad, que los soviéticos apreciaban más que el sentimentalismo, a su firmeza y a su facultad de hacer cálculos serenos, que para los soviéticos tiene más valor que las demostraciones de buena voluntad.

Nuestros medios de información no lo vieron así. El *New York Times* lamentó la "fragilidad de la *détente*". El *Washington Post* se refirió a la reunión calificándola de "gran desilusión". *Newsweek* habló de una "reunión en la cumbre que nunca llegó a su punto alto". En suma: el final de la reunión en la cumbre de 1974 me hizo comprender que habíamos llegado al final de nuestras posibilidades. Si la autoridad no era reestablecida pronto el desastre resultaba seguro; y no porque la reunión hubiera fracasado sino porque los preparativos para la misma habían demostrado que el presidente estaba perdiendo el control del gobierno.

Para mediados de julio yo ya estaba convencido de que era necesario terminar con Watergate y de que eso requeriría seguramente la renuncia de Nixon. Hasta entonces había tratado de ahuyentar esa idea previamente inconcebible. Comprendía que el poderío de Nixon se iba agotando. Su destino quedó sellado en los últimos días de mayo después de la publicación de las conversaciones grabadas. Pero había considerado mi deber detener la crisis prolongando la ilusión y la continuidad mientras fuera posible, al punto de no permitirme a mí mismo pensar en cómo podría llegar el fin. Y yo era bastante arrogante como para creer que sería capaz de mantener en su cauce la política exterior por malherido que estuviese el presidente.

Los acontecimientos que rodearon los viajes de Nixon disiparon ese sueño y demostraron que ningún secretario de Estado puede manejar por sí mismo la política exterior de nuestro país. La erosión de la autoridad presidencial fomentaba una reptante irresponsabilidad dentro de la administración, en el Congreso y en los medios de información,

y eso terminaría por poner en peligro nuestra seguridad. Carecía de importancia quién tuviera razón en las diversas controversias que convulsionaban la burocracia de Washington. Tarde o temprano, la imposibilidad de resolverlas quitaría fuerza y dirección a nuestra política y privaría de credibilidad a nuestra estrategia. Lo que había sido una pesadilla empezaba a parecer como una necesidad: que en realidad podía ser mejor para el país que la presidencia de Nixon terminara. Yo seguí convencido de que había sido tratado con extrema severidad, de que sus atormentadores estaban animados tanto por la hipocresía como por la justicia. Admiraba su resistencia y el control que ejercía sobre sí mismo; a pesar de todos nuestros desacuerdos sentía ahora más afecto por mi jefe condenado que en cualquier otro momento. Pasara lo que pasara y quienesquiera desertasen, yo estaba decidido a mantenerme junto al presidente que me había designado para ocupar un alto cargo, a vindicar la continuidad del gobierno. Pero en la intimidad de mi alma empecé a sentir lo que me dicen es a veces la actitud de los sobrevivientes hacia los enfermos condenados. Ya que el fin era inevitable confiaba, por el bien de nuestro país, en que sería rápido; y en que si tenía que ocurrir fuera misericordioso, por el bien del presidente.

CAPITULO XXV

EL FIN DE LA ADMINISTRACION

EL LARGO VIAJE DE REGRESO

El televisado de la ceremonia de bienvenida al presidente a su regreso de la reunión cumbre de Moscú el 3 de julio de 1974, fue ubicada, extrañamente, en la Base de la Fuerza Aérea Loring, en Maine. Se eligió ese lugar tan distante de Washington porque no hubiera sido cosa fácil organizar en la capital del país una recepción que resultase representativa. El vicepresidente Ford estuvo allí para alabar a Nixon por su nueva contribución a la estructura de la paz en el mundo y por una política exterior que superó ampliamente *a la que hemos tenido en toda una vida y tal vez en la historia de nuestra nación*. Con la ayuda del personal de la base y de algunos residentes locales, se organizó una típicamente entusiasta recepción de bienvenida al país. Sólo su ubicación testimoniaba las dificultades de Nixon.

Yo me había quedado en Europa para llevar a cabo el compromiso de la Declaración del Atlántico e informar a nuestros aliados acerca de nuestras conversaciones con Brezhnev. Me detuve en los cuarteles generales de la NATO en Bruselas, luego en París, Roma, Munich, Londres y Madrid. No fue enteramente accidental que me reuniera con los líderes alemanes en Munich, donde se encontraban para las finales del Campeonato Mundial de Fútbol que tiene lugar cada cuatro años. Dije a los periodistas en el aeropuerto, que no podía permitir que ningún acontecimiento deportivo se interpusiera ante mis obligaciones para con nuestros aliados. Sabiendo que soy un apasionado aficionado al fútbol, el gobierno alemán se aseguró de que mis informes a ellos no me alejaran del Estadio Olímpico para el partido final. Fue un fin de semana descansado. Hans-Dietrich Genscher, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores alemán en el Gabinete de coalición de Helmut Schmidt, me llevó en helicóptero al pie de los Alpes el sábado 6 de julio por la tarde, para un largo intercambio de puntos de vista. Por la noche dio una gran fiesta, incluyendo a muchas figuras claves de la política, los medios y del mundo de los entretenimientos. Al día siguiente Alemania ganó el partido final, en un encuentro que confirmó la teoría que yo había sostenido desde hacía largo tiempo, acerca de la relación del carácter nacional y la tradición con el estilo del fútbol jugado. Alemania utilizaba los métodos del plan Schlieffen, de complicadas maniobras con diseños intrincadamente planeados y en verdad fascinante cuando todo funcionaba tal como estaba planeado y era acompañado por los ímpetus psicológicos de una amistosa multitud. Uno no podía estar seguro de cómo reaccionaría el equipo alemán si sus cuidados planes eran desbaratados y se vieran obligados a improvisar. Los holandeses perdieron, aun a pesar de un estilo más cerebral de fútbol que era hermoso de ver, pero al cual le faltaba la voluntad final de prevalecer. (Y lo mismo sucedió con otros equipos: Inglaterra, otrora preeminente, apoyándose ahora en las condiciones físicas y en su anticuado y ligeramente pedante estilo y

por lo tanto eliminada desde hacía tiempo del torneo por la Copa Mundial y Brasil, jamás sobrepasado en audaz virtuosismo, pero en ese momento indeciso entre contar con su tradicional espontaneidad o seguir el más metódico estilo europeo. En 1974 finalizó cuarto, que es lo que se asemeja a la definición brasileña de catástrofe nacional.)

Washington estaba en calma. Scowcroft informó que *la actividad aquí, en cuanto a lo que yo puedo determinar, es nula. Todos parecen ocupados en descansar. Hablando con Al (Haig) el estado de ánimo parece relajado.*

Era la quietud antes de la convulsión final. Regresé a Washington el 9 de julio, a una ciudad que esperaba la catarsis de la obsesión de Watergate. Nadie sabía cuándo se produciría el *climax*, pero ya no había ninguna duda acerca de su inminencia o de su inevitabilidad. El 15 de junio la Suprema Corte había acordado revisar si el jurado tenía derecho de nombrar al presidente Nixon como no indicado conspirador en el encubrimiento de la penetración de Watergate. La Suprema Corte había acordado, hacía unas dos semanas, dictar sentencia acerca de si el fiscal especial, Leon Jaworski podía emplazar a presentar las cintas grabadas de sesenta y cuatro conversaciones de la Casa Blanca. El 21 de junio la Comisión Judicial del Parlamento completó seis semanas de audiencias a puertas cerradas sobre las evidencias de la acusación. El 26 de junio, el ex-ayudante de la Casa Blanca John Ehrlichman fue sometido a juicio por complicidad en la penetración en la oficina del psiquiatra Daniel Ellsberg y por prestar falso testimonio mientras estaba bajo juramento.

El año anterior, las audiencias en el Senado en torno a Watergate se habían precipitado sobre Nixon el mismo día en que terminó su conferencia cumbre con Brezhnev. En 1974, había interrumpido el fin de semana del 4 de julio, pero a partir de entonces, el inminente desarrollo del asunto Watergate dominó la vida nacional.

El 8 de julio, la cuestión de si Nixon podía verse forzado a entregar las cintas grabadas de sesenta y cuatro conversaciones en la Oficina Oval, fue discutida ante la Suprema Corte. El 12 de julio, Ehrlichman, entre otros, fue encontrado culpable. Al día siguiente la Comisión Judicial del Senado sobre Watergate, publicó su unánime informe de tres volúmenes y 2.000 páginas sobre el encubrimiento y las irregularidades financieras en la campaña de 1972 de Nixon. Los senadores evitaron declarar si el presidente había participado en el encubrimiento, pero el 19 de julio los consejos de la mayoría y de la minoría de la Comisión Judicial del Parlamento se unieron para urgir un juicio del Senado sobre uno o más de los cinco cargos de acusación, incluyendo los de obstrucción de la justicia, abuso de poder presidencial al tratar con agencias del gobierno y desacato al Congreso y a las cortes. *Los hombres razonables que actúan de manera razonable* —sostenían— *encontrarían culpable al presidente.*

Estas eran las estaciones en el camino a la destrucción de un primer mandatario y yo las observaba con desaliento. Para entonces Nixon estaba en San Clemente esperando el desarrollo de los acontecimientos que ya no podía controlar, ni siquiera influenciar mucho. Me quedé en Washington pero volé a California en dos breves visitas —los días 19-20 y 25-26 de julio— para estar con él. Rara vez hablaba de Watergate y cuando lo hacía, no era sobre lo sustancial, sino sobre la aritmética del voto de acusación, primero en el Parlamento y luego en el Senado. Era un hombre despierto durante su propia pesadilla. Su ostentosa auto-disciplina no había impedido el desastre y hasta pudo haberlo causado, porque había suprimido todos los instintos que normalmente lo hubieran alertado sobre el peligro. Había sido mantenido en el curso fatal por colaboradores que subordinaban la política al procedimiento y que no sabían cómo reaccionar cuando el procedimiento fallaba.

Aquellos de nosotros que habíamos estado trabajando con Nixon durante cinco años y medio, encontrábamos imposible unirnos a la ola de afrenta que barría con los medios. No estábamos de acuerdo con las burdas prácticas reveladas por Watergate. Nos hallá-

bamos tan espantados como todos los demás. Tampoco teníamos ninguna ilusión acerca de las evasiones y faltas de verdad reveladas. Habíamos visto algunas de estas tendencias de cerca, pero teníamos una perspectiva diferente. Podíamos ver cómo habían convertido un serio error en un desastre nacional. Sabíamos mejor que la mayoría que Nixon no era tanto que mentía, como que se había convencido a sí mismo de un conveniente relato. En varias oportunidades habíamos sido manipulados y puestos uno contra el otro por el presidente. Estábamos muy familiarizados con la falta de habilidad congénita de Nixon de confiar por completo en alguien. Ni siquiera sus más cercanos asociados estaban seguros de conocer todas las ramificaciones de su pensamiento y por eso no sabíamos cómo ayudarle.

Nixon no tenía amigos verdaderamente íntimos. Aun los más cercanos vivían con la conciencia de que podrían ser abandonados o alejados si ello servía a un inescrutable propósito. La atmósfera fue concretada en una declaración que hice al malogrado John Osborne, uno de los más sabios columnistas, que cubrió la *Vigilia de la Casa Blanca* para *The New Republic*. En 1971, poco después que mi viaje secreto a China me convirtiera en una figura pública, John me preguntó cómo se sentía uno al ser el director de la obra. Respondí verazmente: *John, yo no sé si soy el director de esta obra o si soy un actor en otra obra cuyo argumento nadie me ha contado.*

Ningún presidente moderno podría haber estado peor equipado por la naturaleza para la vida política. Dolorosamente tímido, Nixon temía encontrarse con gente nueva. Sólo el anonimato de grandes y aprobadoras multitudes podía hacerle sentirse seguro. Temeroso de ser rechazado, construía sus relaciones de modo tal que un desaire, si llegaba a producirse, pareciera originado por él. Ferozmente orgulloso, no podía reconocer su dependencia emocional de la aprobación ni hacerla trascender. Profundamente inseguro, primeramente actuaba como si un cruel destino lo hubiese elegido para ser rechazado y luego se las arreglaba para asegurarse de que su premonición se hiciera realidad. La verdad es que ninguno de nosotros conocía realmente al hombre en su interior. Más significativo aún, cada uno de los miembros de su entorno conocía a un Nixon algo diferente, sutilmente ajustado al juicio del presidente, de su asesor o su apreciación de los antecedentes de su interlocutor.

Cuando las conversaciones de la Oficina Oval sobre Watergate fueron recién publicadas, me asombré por el vibrante lenguaje, que bordeaba a veces lo procaz. A menos que sus más coloridas expresiones se hubieran convertido a tal punto en parte del paisaje que yo las tomaba como algo natural —cosa que dudo— el Nixon que hablaba conmigo sobre política exterior lo hacía más bien con la remilgada pedantería de su personalidad pública. Lo que es más, como he dicho muchas veces, los más allegados a él habían aprendido a descontar mucho de lo que decía y a filtrar muchas de las aseveraciones hechas bajo presión. Se esperaba de nosotros, según creíamos, que nos retrasáramos en llevar a cabo las directivas más exuberantes, dando a nuestro presidente la oportunidad de dejar correr sus fantasías y luego a actuar, a través de nosotros, con las calculaciones que su otra imagen de sí mismo prescribía.

Una de las dimensiones de Walter Mitty (*) de su personalidad y una de las causas, estoy convencido, de Watergate, fue la relación de amor-odio de Nixon con la familia Kennedy. El y John y Robert habían sido acérrimos oponentes en la campaña de 1960 y después de ella. Se suponía que Nixon estaba en el extremo opuesto del espectro político de sus martirizados rivales. En realidad es muy probable que los Kennedy fueran (o al menos comenzaran a ser) más conservadores y más escépticos que muchos de sus partidarios, mientras que Nixon era mucho más moderado y sofisticado que sus electores conservadores.

(*) Ver llamada en página 93.

Nixon, así como Lyndon Johnson antes que él, hubiera dado cualquier cosa por lograr la adulación que había tenido John Kennedy. Nixon atribuía el éxito de la familia Kennedy a su técnica, no a su convicción y se pasaba muchas horas por semana rumiando sobre las despiadadas tácticas políticas y artimañas de relaciones públicas, que según él creía, eran las que habían hecho a los Kennedy tan formidables. Nixon estaba convencido de que la interceptación y grabación de conversaciones había constituido la herramienta clave en la campaña de Kennedy de 1960, un punto de vista compartido sin duda por otras personas que lo rodeaban. El nunca ofreció ninguna evidencia a tal efecto. A pesar de que no había que demostrar que Nixon había ordenado las conexiones para grabar en los centros de operaciones del Comité Nacional Demócrata, el acontecimiento hasta puede haber tenido sus orígenes en esa obsesión. Cuando uno se pregunta por qué el equipo de Nixon iba a correr el riesgo de interceptar en 1972 a un opositor en una campaña que ya tenía ganada, una respuesta posible es que la victoria no era suficiente a menos que emulara a los odiados, temidos y al mismo tiempo admirados Kennedy. Fue un acto de represalia por tal vez imaginadas ofensas y no un paso para lograr un propósito específico. (Nixon solía insinuar oscuramente que sus planes y los de Agnew habían tenido instalaciones para escuchar durante la campaña de 1968: respecto a cómo podía culpañse de ello a los Kennedy, aunque fuese cierto, era menos claro) (1).

La mayoría de los hombres madura alrededor de un núcleo central. Nixon tenía varios. Esta es la razón por la cual nunca estaba en paz consigo mismo. Cualquier intento de resumir su complejo carácter en un atributo podría llevar a errores. El punto de vista de sus detractores de que Nixon era la encarnación del mal es tan erróneo como la adulación de sus más fervientes admiradores. Al conocerlo mejor, uno advertía que lo que daba a Nixon su cualidad de empuje era la titánica lucha entre las varias personalidades dentro de él. Y era una lucha que no terminaba nunca; jamás había un victorioso permanente entre las oscuras y sensitivas partes de su naturaleza. Una vez una y otra vez otra personalidad predominaba, creando una impresión general de amenaza, de tormento, de impredecibilidad y en el análisis final, de una enorme vulnerabilidad.

Esta es la razón por la cual, al finalizar el día, aquellos que trabajábamos muy cerca de Nixon desarrollábamos, a pesar de las exasperaciones, de las indirectas y de las extrañas cualidades, un respeto de mala gana y algo emparentado con una tierna protección hacia él. Habíamos sido testigos de como sus irritantes aberraciones crecían de un desesperado conflicto de elementos discordantes, de modo que él era en realidad la primera víctima de su propia naturaleza falta de armonía. Veíamos a un Nixon que podía ser suave y considerado por cierto y algunos de sus métodos más desviados eran mecanismos para evitar herir a la gente cara a cara. Era altamente analítico, tenía la aguda habilidad para llegar al corazón mismo de un problema, especialmente en política extranjera. Era un gran patriota y creía profundamente en la misión de los Estados Unidos de proteger la seguridad y la libertad del mundo. No culpaba de la guerra de Vietnam a sus predecesores demócratas, como podría hacerlo. Creía que debía a las familias de los hombres en servicio muertos en Vietnam, afirmar que la causa había sido justa. Y realmente creía que había sido justa. Con todas sus pretensiones de hombre duro, lo que en verdad quería era ser recordado por su idealismo. En su primer día como presidente, pidió el escritorio de Woodrow Wilson y lo usó mientras estuvo en la Oficina Oval. Un retrato de Wilson adornaba la sala del Gabinete. Hablaba muy a menudo de su madre y la cualidad que mencionaba con mayor frecuencia era su bondad. Parece que la extrañó enormemente cuando ella lo dejó, siendo aún muy joven, para ir a cuidar a un hermano mayor que se estaba muriendo de tuberculosis.

Por supuesto, mucho más que los otros, sus más cercanos colaboradores estaban familiarizados con su ausencia del sentido de la proporción. La imagen que tenía de sí mismo de frialdad en una crisis era distorsionada por la terca desesperación con que atacaba sus

problemas. Esa actitud se afincaba en el fatalismo de que al final, nada salía como se había pensado. Su valor era tanto más notable porque no estaba ligado a una fe en el éxito final que distinguía a líderes como De Gaulle o Roosevelt.

Mis propios sentimientos hacia Nixon era muy complejos. Yo retrocedía ante algunas de sus crudezas. Estaba resentido por ser constantemente manipulado. Me hubiese sentido más confortable si sus palabras hubieran sido menos ambiguas o sus métodos más explícitos. Sin embargo, estaba profundamente agradecido por la oportunidad que me había dado para servir a mi país, primero como consejero en Seguridad Nacional y luego como secretario de Estado. Donde los extraños veían un gruñido, yo veía el temor al rechazo. Lo que a menudo parecía una falsedad, yo lo entendía como medios de conservar sus opciones ante una duda interior sobre su propio juicio. Pocos hombres necesitaban tanto ser queridos y eran tan tímidos acerca de la gramática del amor. La complejidad constituía su defensa, un sentido de inadecuación su vergüenza secreta, hasta que se convirtieron en una segunda naturaleza y produjeron lo que él más temía. Yo presencié el solitario proceso de tomar decisiones: la lucha con la duda sobre sí mismo y los frecuentemente valientes resultados. En el primer volumen de *Mis memorias*, resumí mis sentimientos acerca de Nixon la noche en que anunció el cese del fuego en Vietnam y dieciocho meses más tarde, cuando el final de su presidencia se aproximaba, sentí las palabras aún más profundamente:

Qué extraños vehículos elige el destino para cumplir con sus designios. Este hombre, tan solitario en su hora de triunfo, tan poco generoso en algunas de sus motivaciones, había conducido a nuestra nación durante uno de los períodos más angustiosos de su historia. Sin ser valiente por naturaleza, había escogido hacerse fuerte en conspicuos actos de raro coraje. Sin ser normalmente abierto, se había forzado a arengar a su gente ante su desafío. Había luchado por una revolución en la política exterior norteamericana para que se sobrepusiera a sus desastrosas oscilaciones entre demasiado compromiso y aislamiento. Despreciado por el "establishment", ambiguo en sus percepciones humanas, se mantenía aún fuertemente atado a un sentido del honor y la respetabilidad nacional, dispuesto a probar que el país libre más fuerte no tenía derecho a abdicar. ¿Qué hubiera sucedido si el "establishment" acerca del cual era tan ambivalente, le hubiese demostrado algo de amor? ¿Se hubiera retirado más profundamente a la selva de sus resentimientos, o un acto de gracia lo habría liberado? Ahora ya no importaba. Envuelto en una intratable soledad, al final de un período de amarga división, veía sin embargo ante sí una vista de promesas a las que pocos hombres de Estado tuvieron la bendición de aspirar. El podía visualizar un nuevo orden internacional que reduciría acechantes enemistades, fortalecería las amistades, y daría nuevas esperanzas a naciones emergentes. Era una finalidad que valía la pena para los Estados Unidos y para la humanidad. Estaba solo en su momento de triunfo, en una cumbre que iba a tornarse muy pronto en un precipicio. Y sin embargo, con todas sus inseguridades y defectos, nos había llevado por un tremendo acto de voluntad a un extraordinario momento en el cual los sueños y las posibilidades se unían (2).

En los meses del tormento final de Nixon yo reflexionaba a menudo sobre un viaje a través de su juventud que él y yo emprendimos en el verano de 1970. La incursión en Camboya estaba detrás de nosotros, pero sus cicatrices aún no habían sanado. Nixon se hallaba en San Clemente recuperándose de la prueba de defender su decisión —bajo su punto de vista esencial si es que íbamos a salirnos de Indochina honorablemente— contra un extraordinario estallido de violencia y de insultos internos. Un sábado a la tarde me detuve en el hotel de Laguna Beach que servía de centro de prensa cuando la

omnipresente operadora del conmutador de la Casa Blanca me ubicó. ¿Me gustaría ir con el presidente y Bebe Rebozo a Los Angeles? Podríamos cenar en el restaurante Chasen. La operadora no sabía de ningún antecedente de un ayudante rehusando una invitación presidencial como ésta. Me informó que el presidente ya había salido y pasaría a buscarme en un momento. Yo debía esperarlo en la vereda, frente a los negocios y restaurantes que quedaban justo frente al hotel.

Resultó que el presidente no quería ir directamente a Los Angeles. Quería mostrarnos a Rebozo y a mí su lugar de nacimiento en Yorba Linda. De modo que partimos en un Lincoln marrón sin ninguna identificación, conducido por un agente del Servicio Secreto, hasta la modesta casa en la cual había nacido Nixon. Hasta que llegamos a ella, fue como cualquier otro viaje sentimental. Para los compañeros de Nixon, lo significativo del viaje era el honor de haber sido invitados. No podíamos compartir la emoción que evidentemente lo embargaba. Caminamos alrededor de la casa, cuando de pronto Nixon advirtió de que dos autos nos habían seguido: uno lleno de agentes del Servicio Secreto, el otro conteniendo el obligatorio equipo de prensa.

Todo esto —Servicio Secreto y prensa— era un procedimiento normal en cualquier momento en que el presidente se movía; constituía en realidad el mínimo entorno presidencial, pero Nixon perdió la compostura como no le he visto hacerlo nunca antes ni después. Insistió en que todos los automóviles que lo habían seguido se fueran inmediatamente. No se movería mientras los agentes del Servicio Secreto y los periodistas no abandonaran el lugar. No quería compañía. El era el presidente y ordenaba privacidad para sí mismo. Las órdenes fueron dadas a toda voz, en sí mismo un suceso tan sin precedentes que el automóvil del Servicio Secreto rompió con todos los reglamentos y partió seguido por el de la prensa.

Entonces, durante un momento único en su presidencia, Nixon estuvo solo, fuera del área presidencial con un amigo, un ayudante y un solo conductor del Servicio Secreto. Estoy seguro de que las bocas de muchos terroristas se hubieran hecho agua si supieran qué blancos fáciles estuvieron disponibles para ellos ese sábado por la tarde. El presidente de los Estados Unidos y su consejero de Seguridad Nacional, que poseían entre ellos casi todos los secretos del país de que valía la pena incautarse, paseaban por el sur de California con un solo guardaespaldas, disfrazado de chofer.

Cuando estuvimos solos de nuevo, Nixon se mostró más relajado de lo que nunca había visto. El y yo nos sentamos en la parte trasera del automóvil y Rebozo adelante, mientras nos dirigíamos a la ciudad de Whittier. Nixon mostró la estación de servicio que había sido de su familia y que vendieron justo antes de que se descubriera petróleo en lo que había sido su propiedad. Nos mostró el hotel donde un desalentado Partido Republicano había intentado reclutar voluntarios para postularse para el Congreso de los Estados Unidos contra el presumiblemente imbatible y obligatorio demócrata del distrito —en sí mismo un procedimiento casi sin precedentes—. Nixon se había postulado porque no tenía nada mejor que hacer. Ante su sorpresa, fue elegido y ganó una elección que hasta sus partidarios habían concedido a su oponente.

Fuimos hasta el colegio de Whittier, donde recordó a los profesores que habían sido una inspiración para él. Por esta vez, no pensé que hubiera ningún *arriere pensée*. El Nixon en el asiento trasero no era el replegado y reservado político siempre en guardia al que conocía de la Oficina Oval, sino un hombre más suave, más simple en su expresión, más cálido en su modalidad.

Y mientras hablaba con suavidad y abiertamente por primera vez desde que nos conocíamos, me percaté de pronto que el tema principal de su conversación era acerca de cómo todo había sido accidental. No había moraleja para el tema excepto de qué fácil hubiese podido ser de otro modo —un tema mucho más aparente para Nixon que para mí—. Porque la lección que estaba sacando de lo que oía era que sólo un hombre

de excepcional disciplina y elasticidad podía haber marchado por el camino desde candidato en una carrera como congresista sin esperanza, hasta la presidencia de los Estados Unidos. Claramente no le parecía lo mismo a Nixon, quien esa tarde en Whittier actuó como si perteneciera a sus simples orígenes de un modo en que nunca lo había hecho en sus ambientes presidenciales.

Siempre he pensado en ese viaje en auto por California del Sur como una clave para el enigma de Nixon. *Dadme un punto de apoyo y moveré la Tierra*, había dicho Arquímedes. Nixon trataba de mover la Tierra, pero le faltaba un apoyo firme para sus pies. Es por eso, supongo, que parece estar siempre ligeramente fuera de foco. Su muy natural bondad, que bordea el sentimentalismo, corría el riesgo de deslizarse hacia lo sentimentaloides. Y su culto del hombre fuerte era a la vez exagerado y estaba fuera de lugar, porque tenía que ser extractado de material esencialmente resistente. Nixon logró mucho pero nunca estuvo seguro de haberlo merecido.

Mientras íbamos hacia Los Angeles, Nixon repentinamente concibió la idea de que Rebozo y yo debíamos ver no sólo sus orígenes, sino hasta dónde había llegado. Quería que fuéramos hasta la residencia donde había vivido dos años y en la cual había recuperado su sentido de la dirección después de haber perdido la elección presidencial de 1960. El dirigiría al conductor. Nos llevaría sólo unos pocos minutos desviarnos de nuestro camino.

Muy pronto resultó que Nixon carecía de una idea precisa sobre dónde estaba ubicada esa residencia. Recordaba que era un gran barrio urbanizado en algún cañón cerca del hotel Beverly Hills. Exploramos cada cañón y las calles que llevaban a ellos. Buscamos durante bastante más de una hora, pero por más que tratáramos no podíamos encontrar la casa y mientras la buscábamos, el relajado, casi afable Nixon cedió lugar al agitado y nervioso Nixon con el cual yo me hallaba familiarizado. Estaba cómodo con su juventud, podía contar sus luchas, no podía encontrar la ubicación de sus logros.

Nixon se había fijado una meta más allá de la capacidad humana: rehacerse a sí mismo completamente, crear una nueva personalidad, como si fuera el único ser humano que pudiera vencer a su destino, pero los dioses exigieron un tremendo precio por esa presunción. Nixon pagó primero el costo de la inseguridad congénita y finalmente aprendió lo que ya sabían los griegos: que el peor castigo podía ser ver sus deseos cumplidos demasiado completamente. Nixon tenía tres finalidades: ganar la más arrolladora victoria electoral en la historia; ser recordado como un pacificador y ser aceptado por el *establishment* como igual. Logró los tres objetivos a fines de 1972 y comienzos de 1973. Y los perdió dos meses más tarde —en parte porque había convertido un sueño en una obsesión—. En su camino al éxito había viajado por muchas rutas, pero no encontró ningún lugar donde detenerse, ningún refugio, ningún solaz, ninguna paz interior. Nunca se enteró de dónde estaba su hogar.

UNA CRISIS MAS

Para julio, ya estábamos todos atrapados en la espera por los casos en la corte, las investigaciones, y la acusación que precedía a éstos, cada uno siguiendo su propio impulso, parecían llegar a destino simultáneamente, como si fueran guiados por una mano invisible. Aún las relaciones internacionales se hicieron más lentas. Dentro del país, teníamos que luchar con críticas porque la conferencia cumbre había fracasado y la *détente* estaba en peligro porque él no había concluido un acuerdo del SALT. Pero si hubiésemos tenido éxito, los cargos hubieran sido que llegamos a un arreglo bajo términos desfavorables para salvar al presidente. Hubiese sido una exacerbación del proceso que había estado drenándonos durante más de un año. Como ningún arreglo

es posible si no involucra un balance de concesiones, el grupo que argumentaba que podía conseguirse mejores condiciones saldría siempre ganador en el debate. ¿Quién no podría proclamar que podía haberse logrado más: especialmente en una presidencia cuya credibilidad se había desmoronado? Para mediados de 1974 sólo el 13 por ciento del público creía que Nixon inspiraba confianza como presidente: una de las cifras más bajas desde que se habían realizado encuestas.

La controversia acerca del SALT estaba simbolizada por el supuesto conflicto entre Schlesinger y yo. Ambos negábamos importantes o sustanciales desacuerdos, lo que era cierto, y dábamos a entender que entre nosotros no había disputas, que no lo era. Era una anticuada lucha por el poder que se hacía insoluble debido a la ausencia de funcionalidad de la presidencia. No es necesario para los propósitos actuales ensayar el debate. El hecho es que nunca debía haber ocurrido, pero ilustraba lo precario de la situación de los Estados Unidos en el mundo en el verano de 1974. Nuestro sistema requiere un presidente fuerte para establecer coherencia. Cuando la autoridad del presidente se desintegra, también lo hace su habilidad para arreglar disputas. Las perspectivas para la administración eran amenazadoras si los procesos de acusación iban a agregarse al malestar existente.

Los países extranjeros estaban mirando con asombro y confusión la creciente parálisis de uno de los apoyos claves del sistema internacional. No podían creer lo que estaba sucediendo. Excepto algunos líderes especialmente sofisticados, todos presentaban que el hostigamiento a Nixon disminuiría en cualquier momento. Y aún durante el curso del mes de julio lo impensable se hizo más y más evidente, nuestros adversarios demostraron una asombrosa moderación; en lo que posiblemente fue el más grande tributo de la política exterior a la administración Nixon.

Nosotros, especialmente él, habíamos estado hablando de una "estructura de paz" durante años, tal vez hasta un punto en que los críticos se burlaban de la frase. Sin duda Nixon no moderaba su acostumbrada hipérbole a medida que se iba volviendo más y más desesperado. Y sin embargo, cuando fue reducido a la impotencia, cuando cualquier burócrata norteamericano sin importancia se atrevía a desafiarlo impunemente, los líderes extranjeros, casi sin excepción, permanecieron en silencio y respetuosos. Algunos lo hacían porque esperaban que se recuperara, pero para la gran mayoría era porque habían sido atraídos a la órbita de nuestros designios. Casi todos creían que estaban mejor con el sistema internacional tal como existía, que con cualquier alternativa que podían imaginar. Los soviéticos querían conversar la opción de la *détente* como un contrapeso contra China; los chinos nos necesitaban de contrapeso de los soviéticos; las democracias industriales nos hostigaban cuando estaban a salvo, pero sus nuevos líderes se apoyaban en nosotros para seguridad y progreso; las naciones de Medio Oriente no tenían alternativa ante el proceso de paz bajo nuestro amparo. El tributo más grande que había recibido Nixon era la aquiescencia de las naciones del mundo mientras él yacía mortalmente herido.

Sólo en el Egeo, donde el primitivo odio entre griegos y turcos se encendía de nuevo en Chipre, tuvimos que aguantar una crisis internacional en esas últimas semanas en que Nixon estuvo en el cargo, y no era que se aprovecharan de la situación de Nixon ni que la calcularan en sus decisiones. Constituía una erupción de viejas frustraciones y opresiones, pero sin embargo ponía al desnudo las vulnerabilidades de un gobierno dividido, con un presidente que no estaba en condiciones de imponer coherencia. Debo dejar una discusión detallada del episodio de Chipre para otra oportunidad, porque se prolongó hasta la presidencia de Ford y su legalidad no está resuelta aún hoy. Lo toco aquí sólo porque iluminó la fragilidad de nuestro proceso de hacer política y porque demostró que la política exterior reclamaba nuestras energías aun cuando estábamos endureciéndonos para el acto final de la tragedia de Nixon.

Los griegos y los turcos se pusieron primero en contacto cuando los turcos prorrumpieron fuera de Asia y sistemáticamente redujeron el Imperio Bizantino, ocupando finalmente Constantinopla en el año 1453 y luego llegando a gobernar a Chipre en 1571. Desde entonces los destinos de los dos pueblos se han entremezclado, generando odios debido a recíprocas crueldades, hechas más amargas por su imposibilidad de escapar a su interdependencia. Durante un tiempo los cargos más importantes en el Imperio Otomano fueron ocupados por griegos que eran entonces más instruidos y tenían mayor experiencia. Sus conquistadores aliviaban sus frustraciones con frecuentes masacres hasta que la población griega en Turquía fue prácticamente eliminada por asesinato y expulsiones en los primeros años de la década del '20. Las dos naciones continuaron coexistiendo (si es ésta la palabra), los griegos recordando el predominio militar turco, los turcos temerosos de la sutileza intelectual de los griegos: cada una convencida de que al final la otra le robaría su derecho de nacimiento; cada una viéndose a sí misma como la víctima y preparada a asegurar su destino vengándose de sus vecinos. El conflicto griego-turco ha pertenecido a las luchas sangrientas de la historia.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los viejos enemigos Grecia y Turquía fueron aliados en la NATO con un interés común en la seguridad del Mediterráneo oriental, pero su atávica amargura encontró un foco en la isla de Chipre, a sesenta kilómetros del territorio de Turquía, con una población de un 80 por ciento de griegos y alrededor del 20 por ciento de turcos: un *cocktail* letal.

Como en muchos otros países de nacionalidades mixtas, una tenue paz civil había sido posible mientras la isla estuvo bajo mandato extranjero, pero cuando los británicos concedieron la independencia a la isla en 1960, con Gran Bretaña, Grecia y Turquía como garantes de sus arreglos internos, el sutil arzobispo ortodoxo griego Makarios III, líder de la comunidad chipriota griega y de la campaña contra el mandato británico, se vio obligado a conceder cierto grado de gobierno autónomo a la minoría turca, ofensiva para todas sus nociones de gobierno o de nacionalidad. No tenía puesto su corazón en ello y con la independencia renegó sistemáticamente de lo que había prometido, tratando de crear el efecto de un Estado unitario en el cual la minoría turca recibiría siempre una votación menor. La historia de la Chipre independiente fue plagada de este modo de rivalidad comunal, y en 1967 la amenaza de Turquía de intervenir militarmente fue abortada sólo a último momento por una fuerte advertencia del presidente Johnson. Se ha convertido desde entonces en un acto de fe de la política turca que esta sumisión a las preferencias norteamericanas no había sido prudente y nunca sería repetida. Yo siempre di por sentado que la próxima crisis comunal en Chipre provocaría la intervención turca.

Makarios a pesar de todo siguió jugando con fuego. En 1972 introdujo armas checas en la isla con el propósito aparente de crear una unidad paramilitar privada para contrabalancear las dotadas por la Constitución. En 1974 tomó nuevamente la Guardia Nacional dominada por los griegos en un esfuerzo de tomarlos bajo su control. Grecia estaba gobernada entonces por una junta militar, violentamente anticomunista, profundamente sospechosa de los coqueteos de Makarios con los países radicales del Tercer Mundo, lo que tomaba como una señal de sus simpatías procomunistas. Por lo tanto alentó planes para derrocarlo e instalar en Chipre un régimen más simpatizante con Grecia, olvidando el hecho de que un derrocamiento de los arreglos constitucionales en Chipre liberaría a Turquía de sus previas restricciones. Ankara fue, por cierto, por lo menos tan intranquilizada por la tendencia de la política de Makarios como Atenas, pero para los turcos la solución adelantada era un Estado Federal que significaba una división *de facto*. Unir a Chipre con Grecia condenaría, ante los ojos de Turquía a la comunidad turca a poner en peligro los intereses turcos en la isla. Nin-

guna tranquilización era posible. Después de todo, los turcos recordaban cómo habían manejado un problema similar, hacía cinco décadas, para exterminar a la minoría.

El 15 de julio —seis días después de mi regreso de la Unión Soviética y Europa— Makarios fue derrocado en un golpe de Estado justamente cuando regresaba de un fin de semana en las montañas y estuvo a punto de ser asesinado. Fue reemplazado por un desagradable aventurero, Nikos Sampson, conocido como fuerte partidario de la unión con Grecia. Una crisis era ahora inevitable.

No había nada que necesitáramos menos que una crisis: especialmente una que involucraba a dos aliados de la NATO. A cualquiera que apoyáramos y cualesquiera fueran los resultados, el flanco oriental del Mediterráneo estaría en peligro y nuestro gobierno no tenía cohesión suficiente ni el presidente disponía de suficiente autoridad para soportar un largo período de tensión.

El problema se enredó inmediatamente en nuestra política doméstica. Grecia era una dictadura militar. Por ello, todos los grupos que criticaban nuestra posición ante los derechos humanos nos urgían a considerarlos como instigadores del conflicto. Un fracaso en Chipre produciría, según se esperaba, un derrocamiento de los odiados coroneles griegos. Este punto de vista era mantenido apasionadamente no sólo entre los opositores de Nixon: constituía la convicción dominante en el Departamento de Estado; el secretario de Defensa se volvía cada vez más hacia ello a medida que progresaba la semana.

Para mí el asunto resultaba más complicado. Yo creía muy poco probable que los turcos toleraran la unión de Chipre con Grecia. Que Turquía estaba llevando a una lucha final era obvio: al menos para mí. Una buena prueba acerca de si un país está buscando un pretexto para una acción militar o una base para un arreglo, es saber si puede vivir con sus propias propuestas. Si son inconsistentes con sus intereses reales y con sus anteriores posiciones, uno puede estar bastante seguro de que un *casus belli* se está preparando. Tal era el caso de la posición turca durante la primera semana después del derrocamiento de Makarios. El había sido culpado, con bastante justicia, de los problemas de la minoría turca en Chipre. Durante previas crisis, Turquía había insistido para que se lo sacara. De pronto, Ankara hace el pedido de que Makarios fuera devuelto a su cargo. El motivo tenía que ser que Ankara calculaba que Atenas estaría menos dispuesta aun a que Makarios regresara. Ankara contaba posiblemente con utilizar la negativa de los griegos para llevar sus ejércitos a Chipre. (Estaba también el pequeño problema técnico de que durante un día nadie sabía si Makarios estaba vivo y, si era así, dónde podría ser encontrado.)

Las exigencias de Turquía dejaban pocas dudas de que estaba lista para intervenir. Una explícita condena de la junta griega por los Estados Unidos hubiera convertido una probabilidad en una certidumbre. Un desastre griego era, según mi punto de vista, probable. Sólo un régimen que había perdido el contacto con la realidad podía enfrentarse al mismo tiempo con Makarios y Turquía sobre la cuestión de Chipre. Mi punto de vista, como iba a explicar en la reunión del WSAG del 21 de julio, era que el gobierno griego tenía pocas probabilidades de sobrevivir a sus errores. Eso hacía más necesario que los Estados Unidos no fueran vistos por Grecia como los agentes de su humillación. Al mismo tiempo no podíamos resistir sin altos costos a una invasión turca, porque ello sería considerado como apoyar objetivamente a la junta griega. De todos modos, sólo la amenaza de una acción militar norteamericana impediría un desembarco turco en la isla. Eso era imposible. Mis consultas con los líderes del Congreso produjeron el unánime consejo de que no debíamos vernos involucrados para nada. No podíamos eludir compromisos diplomáticos en una crisis de la NATO, pero en las últimas tres semanas de la presidencia de Nixon no estábamos en situación de hacer creíbles amenazas o creíbles promesas en la instrumentación de la diplomacia.

Durante la semana del 15 de julio despaché por lo tanto a Joe Sisco a Londres, Ankara y Atenas. Gran Bretaña, como una de las potencias garantizadoras, estaba tratando de mediar entre las partes. La misión de Sisco era ayudar a Gran Bretaña a comenzar un proceso de negociaciones que podría demorar una invasión turca y permitir que la estructura bajo Sampson cayera por su propio peso. Pero Turquía no tenía interés en una solución negociada: estaba resuelta a saldar viejas deudas. El 19 de julio invadió Chipre, encontrándose con una inesperada y fuerte resistencia.

Nos enfrentábamos con un dilema estratégico. Queríamos mantener tanto a Grecia como a Turquía en la Alianza; buscábamos impedir fisuras irreparables. El punto de vista dominante en la burocracia durante la primera semana fue expresado en la reunión de la WSAG del 21 de julio. Dos días después de que comenzara la invasión de Chipre, Schlesinger urgió un conspicuo apartamiento del gobierno griego, un retiro de armas nucleares norteamericanas de Grecia y el fin de arreglos en este país destinados al uso de puertos para la Sexta Flota. Para forzar mi acción, la propuesta fue filtrada a propósito al *Washington Post*. Por mi parte, yo estaba convencido de que la junta en Atenas no duraría toda la semana, pero estaba seguro de que si éramos percibidos como la causa del derrumbamiento griego, pagaríamos por ello en los próximos años. Cualquiera fuese la visión de nuestra política previa hacia la junta griega, una guerra greco-turca no resultaba el momento para desasociarnos. Una tarea inmediata era detener la guerra; quitar las armas nucleares de Grecia mientras Turquía invadía Chipre hubiera limitado todas las restricciones a la acción militar de Turquía. Yo temía también que una vez que retiráramos las armas nucleares, tal vez no podríamos ponerlas nunca más de nuevo, sentando un peligroso precedente.

Nixon estaba en San Clemente y aunque yo le informaba regularmente, él no podía concentrarse ni decidir entre mi punto de vista básico y el de Schlesinger, especialmente en una situación rápidamente cambiante. La preocupación por Watergate había llegado a un punto en el que estábamos perdiendo hasta la habilidad de transmitir papeles referentes a asuntos de vital política exterior instantáneamente entre el presidente y la Casa Blanca. Tantos documentos relacionados con Watergate eran enviados por los circuitos a San Clemente que el 19 de julio tuve que pedir prioridad especial para los cables referentes a la crisis de Chipre.

Durante la noche del 21-22 de julio forzamos un cese de fuego amenazando a Turquía que mudaríamos armas nucleares de posiciones delanteras: especialmente donde podrían involucrarse en una guerra con Grecia. Ello detuvo las operaciones militares turcas mientras Turquía ocupaba sólo un pequeño enclave en la isla. Esto creó las condiciones para nuevas negociaciones programadas para iniciarse dos días más tarde, con la minoría turca obviamente en una mejor posición para negociar y con alguna esperanza de lograr más equitativos arreglos internos.

El 22 de julio la junta en Atenas fue derrocada y reemplazada por un gobierno democrático bajo el distinguido líder conservador Constantine Karamanlis. En pocos días el estado de ánimo en los Estados Unidos cambió. Los mismos grupos que nos habían castigado por nuestra renuencia a asaltar a Grecia, querían ahora que saliéramos en completa oposición a Turquía. Se nos pedía que nos volviésemos contra este país en una crisis iniciada por Grecia, para girar nuestra política a las estructuras domésticas de los gobiernos en Atenas y Ankara sin tomar en cuenta los orígenes o méritos de la disputa en Chipre, para tomar una posición unilateral sin tener en cuenta nuestro interés en aliviar el conflicto entre dos aliados estratégicos en el Mediterráneo oriental, y que hiciéramos todo esto en las semanas en que el gobierno de los Estados Unidos estaba al borde mismo del colapso. Durante quince días mantuvimos nuestro acto en la cuerda floja, pero en la semana que siguió a la renuncia de Nixon la crisis erupcionó de nuevo, culminando en una segunda invasión turca de la

isla. Mientras Ford luchaba para restaurar la autoridad ejecutiva durante los meses siguientes, un Congreso que no se ponía de acuerdo destruyó el equilibrio entre las partes que nosotros habíamos mantenido precariamente: legalizó un pesado embargo de armas contra Turquía, que destruía toda posibilidad de mediación norteamericana: a un costo del que no nos hemos recuperado hasta el día de hoy.

Pero aun en la tercera semana de julio ya estaba claro que estábamos perdiendo el control de los acontecimientos. La política exterior, como yo había declarado repetidas veces, se expresa mediante la dominación de los matices: requiere la habilidad de relacionar elementos dispares en un molde. Esa coherencia se estaba desintegrando rápidamente.

Nuestras disputas internas no eran más engranadas hacia lo sustancial; se habían convertido en una lucha por la preeminencia. Schlesinger y yo luchábamos por la continuidad del poder; cada asunto, ya fuera el SALT, los derechos humanos o Chipre, se convertía en una fuente de tensión entre nosotros. La lucha burocrática redujo mi dominio sólo para crear un callejón sin salida, porque no podía ser resuelta por un presidente *in extremis* a 4.500 kilómetros de distancia. El mérito de nuestras respectivas posiciones no viene al caso ahora. Yo presenté el punto clave a Haig en la mañana del 21 de julio: era imposible seguir pasando por las crisis con los procedimientos que estábamos cumpliendo ahora. Tarde o temprano algo se nos escaparía de las manos. El corolario que no se había mencionado era que nuestra propia crisis constitucional tenía que terminar para que la nación pudiera evitar una catástrofe.

EL FINAL DEL CAMINO

Finalmente se anunció el *clímax*. Fue proclamado por la Suprema Corte de los Estados Unidos. El 24 de julio promulgó por 8 votos a 0 que el privilegio ejecutivo, a pesar de ser una válida doctrina basada en nuestra historia constitucional, no podía prevalecer sobre la imparcial administración de la justicia. El presidente debería entregar al juez John Sirica las sesenta y cuatro cintas con orden de presentación para el juicio de los seis ex asistentes de la Casa Blanca. El abogado de Nixon anunció de inmediato su conformidad, pero para aquellos de nosotros que conocíamos el modo de hablar de Nixon, esa decisión significaba el fin. Si las cintas no resultaban legalmente fatales, lo serían políticamente.

Sin embargo Nixon, aún en San Clemente, no quería discutir a Watergate en nuestras conversaciones diarias, o al menos no se refería a la sustancia del tema. Pasamos por la política exterior del día de una manera rutinaria. De vez en cuando mencionaríamos a uno u otro congresal —por lo general un demócrata conservador del Sur— al que sería inútil prestar atención. El voto del Congreso sobre la acusación parecía estar muy cerca.

Comencé una discreta investigación sobre los mecanismos de la acusación. De acuerdo con la Constitución, la Cámara de Representantes puede implicar o acusar, con una mayoría de votos, al presidente de cargos específicos —actuando de modo muy parecido al gran jurado de nuestro sistema judicial. El Senado entonces se reúne mientras funciona como juez y jurado presidido por el juez supremo de los Estados Unidos. Se necesitan dos tercios de los votos para condenar, es decir, para apartar al presidente de su cargo.

El destino de Nixon se resolvía por lo tanto con aritmética: si había mayoría en el Parlamento para la acusación o si un tercio más uno podía ser movilizado en el Senado para oponerse. El senador Jacob Javits me señaló que no esperaba que el juicio del Senado comenzara antes de noviembre; el resultado no sería seguro hasta fines de enero. Constituía una perspectiva horrible. Ante lo que ya habíamos pasado, un pe-

ríodo de cinco meses más con autoridad ejecutiva aún más débil era algo en lo que no se podía siquiera pensar. Lo que es peor, Javits pronosticaba que Nixon se vería forzado a estar "en la Corte" durante la mayor parte del juicio.

Yo por eso intenté pedir a Nixon que instituyera un pequeño grupo que pudiera actuar en su lugar cuando él no estuviera disponible, con su autorización y sujetos siempre a que él lo revisara. El grupo que yo tenía en mente eran Ford, Schlesinger, Simon (ahora secretario del Tesoro), Haig y yo. Intenté sugerir que el liderazgo bipartidario del Congreso —el líder demócrata del Senado Mike Mansfield y el líder republicano Hugh Scott, el presidente de la Cámara de Representantes Carl Albert y el líder republicano de esta Cámara John Rhodes— fueran invitados para reunirse con ese grupo dos veces a la semana y fueran informados sobre los más importantes asuntos de política. Tal sistema podría por lo menos mantener las cosas razonablemente bajo control a pesar de que era totalmente inadecuado para el manejo de una crisis o para planes serios. Afortunadamente nunca tuvo que ser creado.

Mientras tanto la política exterior reclamaba su rutina. Y yo informo aquí sobre estas manifestaciones porque de hecho insumieron más de mi tiempo que el desarrollo de la presidencia de Nixon. El día posterior al dictamen de la Suprema Corte, el ministro de Relaciones Exteriores de Alemania Occidental Hans-Dietrich Genscher realizó su primera visita oficial a los Estados Unidos. Naturalmente quería ver al presidente. Genscher y yo nos habíamos encontrado por primera vez el 11 de junio, el día de mi conferencia de prensa en Salzburgo. Me invitó al cercano Bad Reichenhall en suelo alemán, para iniciar el proceso de mejorar las relaciones germano-norteamericanas, deterioradas por el Año de Europa y las vacilaciones del final del período de Brandt. Genscher era entonces un novicio en política exterior, sin experiencia previa ni un estudio independiente. Sin embargo, yo me sentí impresionado por su fuerte y confiado modo de ser y por sus perceptivas preguntas. No era el día ideal para una discusión calma. El no tocó mi conferencia de prensa y yo no mencioné el tema. Sólo cuando salía expliqué que me vi obligado a lanzar la pelota. Yo no creía que la nueva investigación que yo había pedido terminaría en mi renuncia, si lo hubiese creído así, no hubiera valido la pena quedarme en primer lugar. Yo también lo había informado a principios de julio, como ya dije, cuando regresaba de mi reunión cumbre en Moscú.

Genscher resultó ser el raro fenómeno de un hombre que, habiendo llegado a la diplomacia tarde en la vida, demuestra un talento extraordinario para ella. Comprendía que la expuesta situación de Alemania no permitía complicadas maniobras. Me impactó por su firmeza, buen juicio, astucia, decencia y la habilidad para producir confianza. Durante mi término en el cargo y los de mis sucesores, se hizo conocer como un líder para ser tomado con la máxima seriedad, alguien cuyos puntos de vista eran tranquilizadores cuando eran de apoyo y una bienvenida advertencia en las pocas oportunidades en que no estuvimos de acuerdo. Para mí, nuestra amistad personal fue una de las recompensas de mi vida pública.

En esta ocasión lo llevé, el 25 de julio, a San Clemente para encontrarse con Nixon. En nuestro camino hacia el Oeste nos detuvimos en Dakota del Norte para inspeccionar un campo de misiles Minuteman y la única instalación ABM que quedaba (desde que habían sido cerradas por cuestiones de presupuesto). Era la primera vez que yo veía a cualquiera de las dos. (La principal razón de mi visita era ayudar al senador Milton Young, de Dakota del Norte, miembro de rango de la Comisión de Presupuestos del Senado, que estaba en la lucha por la reelección y había sido un firme partidario.)

Siempre hay algo abstracto y esotérico en la contemplación de la estrategia nuclear. La visita lo hizo más tangible y al mismo tiempo paradójicamente más abstracta. Es

un espectáculo asombroso. Volando sobre campos de misiles capaces de destruir a la humanidad sobre la base de una sola decisión de un individuo de normal falencia, cualesquiera fueran las salvaguardias, evoca una latente inquietud acerca de la condición humana. Aquí hay armas en un estado de disponibilidad del cual no hay registros en la historia, y sin embargo para cuyo uso y consecuencias ningún experimento es posible. La abstracta relación entre quienes toman las decisiones con las armas de las cuales depende su estrategia está demostrada en la actitud acerca de probarlas. Ningún Minuteman jamás había sido disparado como prueba de un silo operacional, aun sin la cabeza nuclear; ningún secretario de Defensa había querido correr el leve riesgo de que alguna falla de funcionamiento pudiera hacer que un cohete de fuego cayera sobre territorio norteamericano. Todos los tiros de prueba habían sido realizados desde un silo especial en la Base Bandenberg de la Fuerza Aérea en la costa del Pacífico. No más de un Minuteman por vez ha sido probado jamás, a pesar de que nuestra táctica depende de múltiples lanzamientos en un caso extremo. (Por supuesto los soviéticos deben tener problemas similares.) Todo esto sugiere la inherente fragilidad de las teorías de moda sobre la respuesta a gatillar por un pelo o la confianza en una guerra general nuclear.

Lo que es más, lo abstracto de esas armas tiene otra dimensión: su vulnerabilidad requiere que sean mantenidas en un estado de disponibilidad tan alto que no puede ser aumentado y por ello son casi inútiles para propósitos diplomáticos. En una crisis uno no puede hablar de su estado de alerta —como por ejemplo con bombarderos— para advertir que las cosas se están poniendo serias. En el alerta de Medio Oriente de octubre de 1973, un componente de nuestras fuerzas cuya disponibilidad no fue puesta de manifiesto y que por lo tanto, por extraño que fuera, no contribuyó a esa presión diplomática fue la médula del poderío militar norteamericano, los 1.054 misiles balísticos en nuestro arsenal.

Ninguna generación previa de estadistas ha tenido que conducir la política en un medio ambiente tan desconocido en la línea fronteriza de Armagedón. Muy pocos principales líderes (Nixon fue la notable excepción) han tenido tantas horas para estudiar los asuntos de estrategia nuclear como años han tenido los expertos. Se arriesgan a convertirse en víctimas de los simplificadores: insensato pacifismo de la izquierda y de la derecha la igualmente insensata insistencia de tratar a la nueva tecnología como convencional. ¿Podremos, me pregunto, mantener para siempre el sentido de la proporción que no arriesgue el destino de la humanidad en un solo juicio y la fortaleza de evitar la tentación de los pacifistas que abandonarían al mundo al más despiadado? Genscher y yo visitamos las instalaciones impresionados por el profesionalismo y dedicación del personal y por la maravilla técnica tanto de las armas como de las instalaciones de advertencia. Pero ellas no aliviaban la inquietud ante el hecho de que la supervivencia de nuestra civilización debe ser confiada a una tecnología tan fuera de escala con nuestra experiencia y con nuestra capacidad de comprender sus implicaciones.

Presenté a Genscher a Nixon el 26 de julio, dos días después de la decisión de la Suprema Corte. Me sentí estremecido ante los estragos que una sola semana había producido en el aspecto de Nixon. A pesar de que parecía tranquilo, claramente le exigía cada onza de su energía llevar a cabo una conversación seria. Estaba sentado en el sofá de su oficina que daba sobre el Pacífico, su mirada como fija en una distante perspectiva que eclipsaba los asuntos que traíamos ante él. Se permitió comentar sobre su aprieto. Hablaba razonable, mecánica, casi ansiosamente. Lo que decía era bastante inteligente y sin embargo era presentado como si ya no importara: una aserción más que un argumento. La noche anterior se había dirigido por televisión al país sobre inflación: otra incongruencia en el esfuerzo por mantener alguna

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION

dad veinticuatro horas antes de la devastadora decisión de la Suprema Corte. Genscher felicitó a Nixon por sus declaraciones. El presidente lo miró con agradecida melancolía, más como un profesor que era elogiado por un trabajo académico que como jefe de un gobierno a punto de implementar un programa.

Después que Genscher y yo nos encontramos con la prensa —y él contestó sin comprometerse a una pregunta sobre el posible viaje del presidente a Alemania— paseamos a lo largo del arrecife sobre el Pacífico. *¿Cuánto puede durar esto?*, preguntó Genscher de pronto. Era la pregunta clave. *¿Qué pasaría con nuestros aliados si el presidente seguía paralizado?* Genscher quería saber. *¿Qué pasaría con la estructura de paz, tan banal en su retórica, tan importante en su realidad?* Hice ruidos tranquilizadores, que seguramente habría una temprana resolución, que estábamos preparados a actuar con decisión como lo habíamos hecho con el alerta de octubre. Era todo fantasía. La pregunta, una vez hecha, quedaba colgada en el aire. En cierto modo proporcionaba su propia respuesta.

Esa tarde rompí una tácita regla entre Haig y yo. Ambos habíamos evitado la mención de una posible renuncia de Nixon. Se había convertido en un acuerdo implícito que no sería bueno demostrar que dudábamos el uno del otro. Era nuestro deber mantener el gobierno en marcha. Pero las cosas habían ido demasiado lejos. Una catástrofe resultaba claramente inminente. De modo que en su pequeña oficina que daba sobre el Pacífico, junto a la del presidente, hice a Haig la pregunta de Genscher: *¿Cuánto tiempo puede seguir este clímax?* Haig parecía cansado. No sabía cómo iba a terminar esto, dijo. No estaba familiarizado con las cintas que se habían entregado y que estaban siendo revisadas. Pero al igual que yo, se hallaba convencido de que *un arma humeante* iba a emerger tarde o temprano, si no de esta tanda, de alguna otra. Nixon decía demasiadas cosas que no pensaba realmente como para ser capaz de aguantar semejante escrutinio. *¿Qué creía yo que era el deber de Haig?* Había trabajado con él suficiente tiempo como para estar seguro de que había pensado mucho en ello y que habría decidido un curso de acción. La pregunta estaba más destinada a averiguar cosas que a buscar una guía.

Yo señalé que como el fin de la presidencia de Nixon era ahora inevitable, estaba dentro del interés nacional que ocurriera lo más pronto posible. Haig y yo teníamos una especial responsabilidad para terminar con la agonía si estaba en nuestro poder y lograr una fácil transición. Y sin embargo, nos encontrábamos en una difícil encrucijada. Un juicio por acusación debía ser evitado a toda costa, pero la caída no debía ocurrir como empujada por sus más cercanos asociados. Si era posible, él mismo debería renunciar debido a su propio juicio de que los intereses nacionales así lo dictaban. O de lo contrario debía ser inducido a darse cuenta de ello por los funcionarios elegidos. Nosotros, que debíamos nuestro cargo gubernamental a Nixon, teníamos el deber de sostenerlo durante su dura prueba. Tal vez esto le daría fuerzas para lo que debía hacerse: después de todo, nunca había fallado en el momento de la decisión. No deberíamos discutir las dificultades del presidente con aquellos que podían afectar su destino o prestarnos a la impresión de que sus más cercanos ayudantes estaban vacilando. Nuestros servicios consistirían en lealtad al presidente. El final —para la percepción de todos en nuestro país— no podía ser la destrucción del presidente por quienes él mismo había nombrado.

Haig respondió que coincidía totalmente. Con seguridad había arribado a la misma decisión por su parte. Cuando llegara el punto crítico, agregó, casi seguramente él lo sabría antes que yo. Entonces se pondría en contacto conmigo. Contaba con mi apoyo para estar hombro con hombro con él, como había sucedido tantas veces en el pasado.

Sólo aquellos que vivieron a través de la ardiente atmósfera de esos meses, pueden apreciar la deuda que tiene la nación con Al Haig. Por pura fuerza de voluntad, dedi-

cación y auto-disciplina, mantuvo al gobierno unido. El más que nadie logró dar la impresión de una Casa Blanca en funcionamiento. El se ocupó de que las decisiones surgieran de procesos predecibles. Sirvió a su presidente lealmente, pero sin olvidar nunca su deber respecto a su país. Con toda seguridad sólo un hombre con una gran confianza en sí mismo podría haber llevado a cabo ese papel. Sus métodos eran algo rudos: su insistencia en un estado formal podía ser ofensiva, pero el papel asignado a Haig no era uno que podría haber sido llenado por un niño del coro. Tenía que preservar la fortaleza de los Estados Unidos para su indispensable misión de ser el último recurso de los libres, la esperanza de los oprimidos, y el único país que con su turbulenta vitalidad podía inspirar confianza para ir por los caminos de la piedad. No es necesario que en una hora de crisis los representantes de los Estados Unidos corporicen todas esas cualidades, mientras permitan a nuestro país hacerlo.

Haig realizó servicios únicos antes y después del funesto último mes de la presidencia de Nixon. Nunca merecerá más de la república que durante ese trágico y frenético período cuando sostenía al presidente mientras lo llevaba hacia la renuncia que Nixon temía, resistía y sin embargo sabía que cada vez era más inevitable. Haig mantuvo la fe en su presidente y en las instituciones de su país. Sin él, dudo que una catástrofe hubiese podido ser evitada.

Para entonces la presión que se ejercía sobre Nixon era imparable. Al día siguiente, el 27 de julio, un sábado, la Comisión Judicial del Parlamento pasó su primer artículo de acusación por el voto de 27 contra 11, con seis republicanos uniéndose con los demócratas. El cargo era obstrucción de la justicia. Yo miré el proceso por televisión durante algunos minutos y me sentí mal por nuestro país y por el horror personal que había caído sobre el presidente con quien había trabajado durante cinco años y medio. No podía aguantar la virtuosa moralización de los disertantes o los comentarios que le servían a ellos mismos, de algunos de los congresistas, aun cuando advertía —o tal vez debido a ello— que si yo hubiese estado en esa comisión mi deber hubiera sido votar con la mayoría. El 29 de julio la Comisión aprobó el segundo punto de acusación, haciendo cargos al presidente —por 28 votos contra 10— de abuso de poder. Ese día se anunció la formación de una comisión de conservadores para la remoción del presidente. Todos los viejos bastiones se estaban desmoronando. El Senado se estaba aprestando para el juicio de acusación, pidiendo a su Comisión de Reglas que revisara todas las cláusulas y precedentes que tuvieran que ver con el caso. El 30 de julio, la Comisión de la Cámara de Representantes votó un tercer artículo de acusación —por un voto de 21 a 17— haciendo cargos al presidente de desafiar inconstitucionalmente su emplazamiento de compareción. El 31 de junio John Ehrlichman fue sentenciado de veinte meses a cinco años por conspiración y perjurio. Las tragedias personales se acumulaban. Al destruirse a sí mismo, Nixon había arrasado con las vidas de casi todos los que lo secundaban.

El presidente había regresado a Washington el 28 de julio. El 31 de julio Haig me llamó para una cita urgente. Era una de las raras ocasiones en que venía al Departamento de Estado. Por lo general nos encontrábamos en su oficina en la Casa Blanca después de alguna reunión interdepartamental a la que yo había asistido en la Sala de Situación. No perdió tiempo. El "arma humeante" había sido encontrada: una de las cintas entregadas el día anterior al fiscal especial —una conversación en la Oficina Oval entre Nixon y Haldeman el 23 de junio de 1972, a menos de una semana del estallido de Watergate— no dejaba ninguna duda de que Nixon estaba familiarizado con el encubrimiento. Hasta era posible que él lo hubiera ordenado. La acusación ahora era segura y la convicción altamente probable. Teníamos que coordinar nuestros esfuerzos. ¿Debería informar a los defensores de Nixon que no fueran demasiado lejos? Entonces sostuve que lo más posible era que la cinta se hiciera pública. Tanto el

fiscal especial como la Comisión Judicial del Parlamento seguramente lo dejarían filtrar. La Casa Blanca podría tomar en consideración adelantarse a ello publicando ella misma la cinta, con cualquier comentario explicativo posible. Ver a cualquiera de los defensores de Nixon no era tarea de Haig; aconsejé. A largo plazo lo convertiría en el villano. El papel de Haig ahora —y hasta cierto punto posiblemente también el mío— era hacer más fácil la decisión de Nixon de renunciar. La tarea más importante que lo aguardaba —que nadie más podía hacer— era dar a Nixon el apoyo psicológico para cumplir con lo que era necesario.

Haig estuvo en contacto conmigo todos los días después de eso. Por lo general comenzaba mi día con una breve reunión con él en la Casa Blanca. El jueves 1º de agosto dedujo que las cosas iban hacia la renuncia, a pesar de que la familia de Nixon se oponía violentamente. El viernes 2 de agosto me informó que Nixon estaba atemorizado.

Tal vez sería necesario poner la 82ª División Aerotransportada alrededor de la Casa Blanca para proteger al presidente. Esto, expresé, era una tontería: una presidencia no podía ser conducida desde una Casa Blanca rodeada por bayonetas. Haig señaló que estaba completamente de acuerdo. Como militar, le enfermaba pensar en el Ejército cumpliendo ese papel. Simplemente quería que yo estuviera al tanto de las ideas que se estaban proponiendo. Una gran reunión tenía lugar durante el fin de semana en Camp David, incluyendo a los más íntimos confidentes de Nixon (que claramente no me incluían a mí) para esbozar el curso. Cualquiera fuera la decisión, la cinta dañina sería revelada el lunes 5 de agosto, para proporcionar a la Casa Blanca la oportunidad de ponerla en perspectiva. Nixon no asumiría su decisión final hasta que pudiera juzgar la reacción del público. Me pregunté entonces si la cinta no sería más marginal de lo que Haig había imaginado al principio. Haig no me mostró la transcripción, diciéndome que recién la estaban preparando. Yo me encontraba algo perdido, sin poder juzgar si varios meses de hostigamiento habían hecho que Haig reaccionara con exageración o si nos hallábamos realmente al final de la línea.

Ibamos hacia una especie de catarsis en sustancial ignorancia de su naturaleza. Yo sabía que quienes habían estado trabajando todo el tiempo en los asuntos de Watergate, estaban ahora habituados al impacto público. Habían visto tantos *climax* que no podían creer que cualquier revelación fuera la final. Y hay un impulso para el poder y para el cargo de la presidencia que hace difícil enfrentarse con el hecho —aun cuando uno lo sabe intelectualmente— de que un término en el cargo está llegando a su conclusión. La rutina de decidir crea la ilusión de que la autoridad está incólume aun cuando casi se ha evaporado. La inhabilidad de aceptar emocionalmente el fin del propio poder —tan notable cuando un término presidencial se acaba de una manera normal— era más fuerte aún mientras la presidencia de Nixon se desmoronaba.

Sospeché que el juicio de Haig acerca del impacto de las cintas era correcto. Sin embargo, me pasó el fin de semana en mi oficina, no preparándome para la transferencia del poder, sino para testimoniar ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado fijada para el jueves siguiente —8 de agosto— sobre el tema de *la détente*. El presidente de la Comisión, el senador Fulbright, había llamado a las audiencias algunas semanas antes para permitir una balanceada, filosófica exploración de las relaciones Oriente-Occidente. Nuestros opositores desde ambos lados del espectro aprovecharon la oportunidad para criticar la política exterior de Nixon. Ex servidores de gobiernos liberales, así como los de la línea dura, estaban en fila para la oportunidad de testificar: presumiblemente no en defensa del punto de vista de la administración.

El sábado 4 de agosto por la tarde la ayudante de Ron Ziegler, Diane Sawyer, vino a confirmar algunos asuntos de relaciones públicas antes de ir a Camp David a conferenciar con Ziegler. Le pregunté si algo de todo esto tenía algún sentido en relación

con la cinta a punto de ser divulgada. La bella e inteligente Diane estaba perpleja. No había leído la transcripción de la cinta, pero estaba empezando a creer que nunca habría un *climax*, sino simplemente una interminable hemorragia. *Lo más probable* —afirmó— *es que la cinta será ahogada en la conmoción política.*

Para entonces, estábamos viviendo en un mundo suprarrealista. Sus víctimas habían coexistido con una pesadilla durante tanto tiempo que parecía ser el estado natural de las cosas. Habían reducido el peligro a una banalidad y por lo tanto no podían creer en su culminación. El lunes 5 de agosto por la mañana hablé con Nixon. Me alabó por las reuniones mensuales que yo había arreglado con los líderes de la Cámara de Representantes. Sin embargo, advirtió, yo debía recordar que la mayoría de los demócratas resultaban enemigos. Los demócratas que valía la pena cultivar eran los sureños. Yo debería invitarlos para una información. El vicepresidente Ford, él estaba seguro, se sentiría muy feliz de poder arreglarlo. Ni una palabra sobre Watergate ni la inminente publicación de la cinta.

Llamé a Ford, tal como el presidente me había pedido. Nunca había preguntado a Ford qué creía que era lo que yo estaba haciendo: probablemente estaba tratando de llamar su atención sobre mí antes de la inminente transferencia del poder. Pero él fue directo. Sí, trataría de arreglar una reunión así con sus viejos amigos en la Cámara de Representantes. No, no creía que serviría de mucho. Según su punto de vista la batalla en la Cámara, aunque estaba cercana aún, sería perdida. Sí, tendríamos que mantenernos en contacto. Tal vez yo debía venir pronto para una de mis instrucciones regulares.

A principios de la tarde llamó Ziegler. El creía que yo debía tener una audición privada de una porción de la cinta que sería dada a publicidad alrededor de las 16. Pero la indicación adelantada que él trajo a mi atención no se refería a Watergate. Era un intercambio de opiniones entre Nixon y Haldeman acerca de si Rogers debía ser incluido en una reunión en la cual yo informaría a Nixon a mi regreso de China o si una fotografía con Nixon sería suficiente. Ziegler creyó que me divertiría. Yo estaba consternado; tenía que haber más en la cinta que eso. Si no era así, Haig había perdido su sentido de la proporción; si lo era, Ziegler había abandonado su sujeción a la realidad.

Debía esperar hasta las 16 para saberlo, como todo el mundo, cuando la transcripción fuera dada a publicidad por la Casa Blanca. Haig, según resultó, tenía un buen sentido de la proporción. La transcripción consistía de tres conversaciones que el presidente había tenido con Haldeman el 23 de junio de 1972, una semana después de la irrupción clandestina, en las cuales trató de ordenar que se frenara la investigación del FBI al menos en parte porque quería proteger a la gente conectada con su comisión de reelección. La transcripción fue dada a publicidad juntamente con una declaración presidencial extremadamente defensiva admitiendo que el encubrimiento tenía implicaciones políticas así como de *seguridad nacional*, y que al ocultar esta conversación de sus abogados el presidente era responsable de un serio acto de omisión. Pero el presidente prosiguió diciendo que a pesar de estos errores, la verdad básica quedaba, que cuando todos los hechos fueron llevados a su atención, él insistió en una completa investigación y en procesar a los culpables: *Estoy firmemente convencido de que el informe en su totalidad no justifica el extremo paso de la acusación y remoción de un presidente. Confío en que a medida que el proceso constitucional avance, prevalecerá esta perspectiva.*

Era demasiado tarde para eso. La cinta resultó ser el último golpe. Proporcionaba el pretexto a todos los que habían estado vacilantes, para comprometerse en la acusación. Daba a los otros el pretexto para abandonar a Nixon. Para entonces había habido demasiados *shocks*: todo el mundo quería terminar con el asunto.

Estuve inundado de llamadas telefónicas pidiendo mis comentarios. Los rehusé. Hubo insinuaciones de que yo debía condenar a Nixon y de este modo obligarlo a renunciar. Las rechacé. Yo me había trazado mi curso. No me volvería contra Nixon. En privado lo guiaría suavemente —si ello era posible— para que renunciara.

En casi todos los puntos cruciales de la saga de Watergate parecía haber, incongruentemente, una cena en mi honor por el oficial de enlace chino en Washington. El 30 de abril de 1973 los chinos brindaron por el fin del *affaire* Watergate, cuando Nixon había despedido a Haldeman y Ehrlichman. El 19 de octubre, la noche anterior a la *masacre del sábado a la noche*, se mostraron complacidos ante la idea de que la transacción de Stennis sería el fin de este inescrutable asunto. Ahora en la tarde del lunes 5 de agosto, gran parte del *establishment* de Washington estaba reunido en la Oficina de Enlace china para honrarme a mí. Pero claramente Watergate —o al menos la porción de Nixon de ello— estaba llegando a su fin. No había estado de ánimo de celebración. Muchos de los huéspedes de la cena habían estado trabajando para destruir a Nixon; algunos hasta habían estado regocijándose al mismo tiempo que piadosamente protestaban su desanimación ante el giro de los acontecimientos. Pero el sentimiento dominante era el de temor más allá de la rectitud, trascendiendo los odios de toda una vida. Durante un fugaz momento hubo una sensación de que todos podíamos estar en peligro, de que el espectáculo público de la destrucción de un presidente era más de lo que debía pedirse a una sociedad que aguantara.

Nuestros anfitriones chinos preguntaron si habría algún cambio de política si Nixon dejaba el cargo: la primera vez que tocaban esa posibilidad al hablar conmigo. Me preguntaron si yo me quedaría. Obviamente la continuidad era importante para ellos. En mi brindis les aseguré que las relaciones entre nuestros dos países estaban basadas en factores permanentes, pero tuve cuidado de no utilizar un lenguaje que los periodistas presentes pudieran interpretar como que tomaba como un hecho el alejamiento del presidente, ya sea por renuncia como por condena.

Para el final de la cena, la reacción de la cual, según me había dicho Haig, dependía la decisión del presidente, se había hecho evidente para todos nosotros. Cuatro republicanos que habían votado en contra de la acusación ante la Comisión Judicial afirmaban que votarían a favor de ella cuando llegara al Parlamento. El *azote del Senado* republicano, senador Roberto Griffin, pidió la renuncia de Nixon. El vicepresidente Ford se desasoció en una declaración que formulaba:

el interés público ya no es más servido por la repetición de mi anteriormente expresada creencia de que, tomando como base a toda la evidencia conocida por mí y el pueblo norteamericano, el presidente no es culpable de una ofensa de la que pueda acusársele.

Para entonces, mucha gente preocupada se acercó a mí para urgirme que llevara las cosas a una salida amenazando con renunciar a menos que lo hiciera Nixon. Algunos hasta sugirieron que invocara la vigésima quinta enmienda a la Constitución y declarara al presidente incapacitado. Era algo imposible de pensar. No era solo que alguien nombrado por un presidente carecía del derecho moral de obligar a su presidente a renunciar; también sería una carga histórica que no podría sobrellevar alguien que había nacido en el extranjero. A pesar de que Haig me informó que Nixon aún estaba hesitando, yo estaba convencido de que al final haría lo correcto y que era muy importante para una nación que se percibiera que había llegado a esa conclusión por sus propios medios.

Para el día siguiente, martes 6 de agosto, se había citado desde hacía cierto tiempo a una reunión de Gabinete para las 10. Fue cambiada para las 11 cuando el

presidente tardaba en llegar a la Oficina Oval. Cuando yo entré en la Sala del Gabinete era obvio que, en lo que concernía al Gabinete, Nixon estaba camino a la salida. Ford estaba de pie detrás de la silla del vicepresidente hablando afablemente con los miembros del Gabinete que se hacinaban en torno a él —no era, para decirlo suavemente, la escena usual del Gabinete con un presidente en funciones, en las que un vicepresidente es tratado amablemente, pero como un supernumerario. Yo estaba sentado en mi lugar, a la derecha de la silla presidencial cuando entró Nixon, produciendo una corrida hacia las sillas. Era imposible no sentir lástima por ese hombre atormentado. Yo había pasado demasiadas horas con él como para no sentir su pánico. Sabía que la bravata era sólo a flor de piel.

Nixon inició la reunión diciendo que quería hablar del tema más importante para nuestra nación. Era —extrañamente— la inflación. Comentó cómo había vetado 35.000 millones de dólares de asignaciones aun durante Watergate. Los tiempos por venir serían todavía más duros.

Abruptamente cambió por el tema en la mente de todo el mundo. Agradeció al Gabinete el haberlo apoyado a través de todas las dificultades. Advertía el golpe que la cinta del 23 de junio de 1972 era para su caso. No pedía nada a los funcionarios de su Gabinete que pudieran encontrar personalmente embarazoso o contrario a sus convicciones. Deberían servir al presidente y a su país manejando bien sus respectivos departamentos durante los difíciles meses que vendrían. En cuanto a él, se daba cuenta de que había un sentimiento para su renuncia. Había pasado tiempos difíciles anteriormente; tenía también algunos logros en su haber. Tendría que tomar en consideración no sólo sus preferencias personales, sino también el cargo de la presidencia. Si renunciaba bajo presión, podría convertir nuestro sistema presidencial en uno parlamentario en el cual un presidente podría permanecer en su cargo sólo mientras pudiera ganar un voto de confianza de la rama legislativa.

Este no era, por supuesto el caso. Acusar al presidente no resultaba lo mismo que un voto parlamentario de no-confianza. Yo estaba convencido de que Nixon no estaba dando una lección de ciencia política. Lo que buscaba de esta manera tan oblicua era un voto de confianza de su Gabinete, alguna expresión de simpatía por sus dificultades, una muestra de deseos de continuar la lucha, alguna manifestación de que la batalla por mantener su presidencia estaba en el interés nacional.

Pero todo lo que encontré fue un embarazado silencio. Se revolvió papeles entre una gran agitación, hasta que Ford por fin terminó la *impasse*: *Señor presidente, con su indulgencia tengo algo que decir*. Nixon hizo un signo afirmativo con la cabeza y Ford continuó:

Todos aquí reconocen la difícil posición en que estoy. Nadie lamenta más que yo todo este trágico episodio. Tengo una profunda simpatía personal por usted, señor presidente y su agradable familia. Pero quiero poner énfasis en que si hubiera sabido lo que se ha revelado en las últimas veinticuatro horas, yo no hubiera hecho una serie de declaraciones que hice tanto como líder de la minoría que como vicepresidente. Llegué a una decisión ayer y usted puede saber que he informado a la prensa que debido a compromisos con el Congreso y con el público, no haré más comentarios sobre este asunto porque soy parte interesada. Estoy seguro de que habrá una acusación en el Parlamento. Me es imposible predecir el resultado del Senado. No haré comentarios referentes a esto. Usted nos ha dado la mejor política exterior que este país haya tenido jamás. Ha sido un trabajo soberbio y la gente lo ha sabido apreciar en su real efecto. Permítame asegurarle que espero continuar apoyando la política exterior de este gobierno y la lucha contra la inflación (3).

Nixon pareció escuchar sólo el comentario acerca de la inflación. Le dijo a Ford que su posición era la correcta, pero no estaba exactamente claro que se refería a Watergate. Porque escogió una propuesta que Ford había hecho públicamente hacía algunos días, de una conferencia cumbre económica de líderes del comercio y laborales para superar el problema de la inflación. Hubo algunas conversaciones sin plan alguno sobre el tema así como una nueva ley de apropiación agrícola. El procurador general William French Smith interrumpió: *Señor presidente, yo no creo que deberíamos sostener una conferencia cumbre. Tendríamos que tener la seguridad de que tiene usted la habilidad para gobernar.* George Bush, entonces presidente de la Comisión Nacional Republicana, tomó el tema. El partido republicano, sostuvo, estaba desmoronado; la próxima elección parlamentaria amenazaba desastre. Había que terminar con Watergate rápidamente. No lo mencionó, pero todos en la sala sabían el corolario: la única manera de que Watergate pudiera terminar rápidamente era que Nixon renunciara inmediatamente.

Resultaba cruel y necesario. Que los mismos nombrados por Nixon se volvieran contra él no parecía la mejor manera de terminar una presidencia. Sin embargo, no les había dejado otra elección. Si hubiera buscado genuinamente la opinión de su Gabinete, debió haber invitado a algunos de sus miembros mayores a la Oficina Oval, tal vez individualmente. Hubiese sido una medida mucho mejor para el estado de ánimo de sus asociados que esta performance ante hombres desesperados impelidos por la presencia de sus colegas a hacer algo y no muy seguros de para qué se solicitaba su apoyo. Era modelo Nixon. Temiendo un rechazo individual, había reunido el foro más grande posible. Con la esperanza de un voto de confianza de grupo, buscaba enfrentarlos con un *fait accompli* y con ello provocó su casi rebelión.

No existe ningún cuerpo con menos probabilidades de rebelarse que el Gabinete de un presidente. Cada uno de sus miembros debe su nombramiento al presidente y deriva su autoridad de él. Yo había visto reuniones de presidente y miembros mayores de su Gabinete desde los días de John Kennedy. Su tendencia normal es deferencia, que a veces bordea en obsecuencia. Si los miembros del Gabinete de Nixon se sentían obligados a hablar como lo hicieron, debían sentirse decepcionados por Watergate. Si se veían con libertad para expresarlo era porque seguramente a su juicio los días de Nixon eran contados. Pero era demasiado sin sentimientos hacia Nixon permitir que eso continuara, y también hubiera privado a su renuncia de un importante mensaje: que nuestras instituciones seguían vitales, nuestros procedimientos democráticos, nuestro futuro imbuido por el sentimiento nacional de optimismo del cual Watergate amenazaba con robarnos. Más de lo suficiente había sido dicho. El Gabinete le debía al presidente no desposeerlo de su respeto por sí mismo o a su casi seguro alejamiento, de dignidad. De modo que yo tomé la palabra como miembro mayor del Gabinete:

No estamos aquí para ofrecer excusas por lo que no podemos hacer. Estamos aquí para trabajar por la nación. Este es un momento muy difícil para nuestro país. Nuestro deber es demostrar confianza. Tenemos que demostrar que nuestro país puede atravesar su proceso constitucional. Por la política extranjera debemos actuar con seguridad y total unidad. Si podemos hacer eso, podremos reivindicar la estructura de la paz (4).

Más tarde salí a la vía de acceso para coches frente al ala Oeste de la Casa Blanca. Varios miembros del Gabinete hacían declaraciones cuando se iban. Me puse ante las cámaras de televisión y traté de ofrecer alguna tranquilidad al público norteamericano y dar muestras de estabilidad a los gobiernos extranjeros:

La política exterior de los Estados Unidos siempre ha sido y continúa siendo conducida sobre una base bipartidaria en el interés nacional y en el de la paz del mundo. Cuando se consideran cuestiones de paz o de guerra, ningún gobierno exterior debe abrigar la menor duda acerca de la manera en que será conducida la política exterior (5).

Alrededor de las 12.45 regresé a la Oficina Oval sin ser anunciado. Sólo con el presidente, le comuniqué a Nixon los comentarios que había hecho a los medios. Ni ellos ni mis declaraciones ante el Gabinete habían sido la historia completa, le dije. Habiendo trabajado cerca del presidente durante cinco años y medio, lo que le debía era manifestarle que su mejor servicio para el país ahora sería renunciar. Una cosa era mostrar fortaleza ante el ataque político como lo había hecho siempre, pero, continué, un juicio de acusación lo preocuparía durante meses, obsesionaría a la nación y paralizaría nuestra política exterior. Era demasiado peligroso para el país y exigía demasiado a la presidencia. Según mi punto de vista, él debía retirarse de una manera que pareciera un acto de su elección. No importa cuál fuera su decisión, concluí, yo no repetiría estos puntos de vista fuera de la Oficina Oval.

A través de todas las atormentadas deliberaciones de la semana anterior, Nixon nunca había pedido mi opinión. Tampoco lo hizo ahora. Expresó que apreciaba lo que yo había formulado. Lo tomaría muy en serio y se mantendría en contacto.

Después fue el silencio. Haig me dijo más tarde ese día que Nixon se estaba inclinando otra vez hacia la renuncia. Estaba pensando en hacerlo hacia el fin de la semana y había pedido al escritor de discursos Ray Price que comenzara a trabajar en un discurso de renuncia, pero no era nada seguro. Por la noche su familia podía hacerle cambiar de opinión de nuevo. Durante el curso de la tarde me enfrenté con muchas oportunidades de desasociarme del presidente públicamente, precipitando con ello la crisis. Me negué.

Más tarde, alrededor de las 19, recibí una llamada telefónica de Nixon en la cual no hacía ninguna referencia a lo que había ocurrido más temprano ese día y que estaba convulsionando a la nación. Acababa de recibir —como un asunto de rutina burocrática que seguía su propio curso— un pedido israelí para una ayuda militar a largo plazo.

El lo desaprobaba, según dijo. En realidad, cortaría por completo todas las entregas militares a Israel hasta que acordara una comprensiva paz. Lamentaba no haberlo hecho así antes. Lo repararía ahora. Su sucesor se lo agradecería. Yo debía preparar los papeles necesarios.

¿Era una represalia por nuestra conversación de una hora antes según la presunción de Nixon de que mi fe me hacía especialmente sensible a las presiones sobre Israel? ¿O era la expresión de una creencia largamente sostenida? Casi con seguridad ambas cosas. Informé a Haig sobre la conversación. Nixon no volvió sobre el tema. Los papeles correspondientes fueron preparados, pero nunca se los firmó.

Al día siguiente, miércoles 7 de agosto, me anticipé en dos horas a mi horario en mi oficina de la Casa Blanca, a fin de estar disponible para hablar con Haig y con el presidente. Nixon no me llamó, pero me enteré por Haig que él (Haig) estaba haciendo "progresos". Alentaba a viejos amigos del presidente que habían estado a su lado en tiempos difíciles, para que le hablaran francamente acerca de las perspectivas en el Congreso. Habría una reunión esa tarde entre el presidente y una delegación de los principales líderes republicanos del Congreso: el senador Hugh Scott, el congresista John Rhodes, y el respetado senador conservador Barry Goldwater. Esto muy bien podría resultar decisivo.

A pesar de la creciente tensión, pasé el día ocupado con la política exterior, en parte

para mantener la apariencia de normalidad. Pedí a Brent Scowcroft y a Larry Eagleburger —sobre una base estrictamente personal— que preparasen lo que en lenguaje burocrático se llama un “escenario” para la eventualidad de una renuncia: cómo notificar a gobiernos extranjeros y en qué orden; quién recibiría cartas y qué dirían; a qué embajadores extranjeros recibiría el nuevo presidente, si es que recibía a alguno. Yo lo sometería a Ford para su aprobación una vez que la decisión estuviera tomada.

Me encontré con miembros del personal del Departamento de Estado que estaba trabajando sobre mis declaraciones respecto a *la détente* para la Comisión de Asuntos Extranjeros del Senado; tuve una reunión sobre la crisis de Chipre; almorcé con el vicesecretario de Estado Robert Ingersoll; tuve reuniones con el primer ministro de Jordania, Rifai, y con el primer ministro marroquí, el doctor Ahmed Laraki. Las consultas sobre los próximos pasos en Medio Oriente no podrían haber tenido lugar en medio de circunstancias más preocupantes.

A las 17.58 me llamó Haig, interrumpiendo una reunión de equipo sobre Medio Oriente con Sisco, Saunders y Atherton. ¿Podía ir de inmediato a la Casa Blanca? No me adelantó la razón. No era necesario: la decisión obviamente había sido tomada. Cuando entré en la Oficina Oval, encontré a Nixon solo, con su espalda hacia la habitación y mirando hacia el Jardín de Rosas a través de las ventanas altas. Yo conocía los sentimientos desde los tiempos en que, cuando niño, había abandonado lugares donde había sido educado para emigrar a un país extranjero: tratar de decir adiós a algo familiar y bienamado, absorberlo, por decir así, de modo que uno no pueda jamás verse separado de ello. En el proceso, tristemente, uno pierde su impermeabilidad debido a que la conciencia del esfuerzo destruye lo que sólo puede ser poseído espontáneamente. Yo sabía que cada minuto ahora parecería valioso e inexorablemente terminal. Sentí su tormento al tratar de prolongar el momento por un acto de voluntad y al mismo tiempo acabar con ello. Y comprendí sobre todo que no había nada que yo pudiera hacer o decir para aliviar el solitario dolor que él estaba experimentando.

Nixon se volvió cuando me oyó. Parecía muy compuesto, casi cómodo. Había decidido renunciar, dijo. Los líderes republicanos habían reforzado su instinto de que no quedaba suficiente apoyo en el Congreso para justificar una lucha. El país necesitaba cierta tranquilidad. El podía salvar nuestra política exterior evitando una crisis constitucional. Hablaría al país al día siguiente, jueves 8 de agosto; renunciaría a partir de las 12 del viernes, 9 de agosto. Esperaba que yo me quedaría para ayudar al nuevo presidente a continuar la política exterior de la cual estaba tan orgulloso.

El esfuerzo pareció drenarlo y temí por su compostura. *La historia* —le señalé— *lo tratará más amablemente de lo que lo han hecho sus contemporáneos*. Lo que recuerdo es que en ese momento lo rodeé con un brazo, cerrando la distancia que nos había separado en el nivel humano durante todos estos años. Nixon no lo menciona en sus memorias, de modo que tal vez no haya sucedido así y yo sólo sentí deseos de hacerlo. O tal vez al escribir su libro Nixon no quiso reconocer que necesitaba consuelo, una emoción que él consideraba débil, pero que era en realidad la reacción más humana posible. Pero no importa. En el momento de su caída, sentí por Nixon una gran ternura: por la tremenda lucha que había llevado a cabo dentro de su compleja personalidad, por su angustia, su vulnerabilidad y por sus grandes aspiraciones, vencidas al final por debilidades de carácter que se volvieron destructivas porque él nunca llegó a dominarlas. Y si no lo abracé de verdad, sentí que lo había hecho.

Estaba en mi casa cenando esa noche con Nancy, mis hijos y mi querido amigo, el columnista Joseph Alsop, cuando cerca de las 21 sonó el teléfono. Era Nixon, solo en el salón Lincoln. ¿Podía ir en seguida? Hubo muchas llamadas como ésa en ocasiones más felices, por ejemplo esa noche de 1971 cuando supimos que el éxito con China se

había convertido en una realidad. Esto, sin embargo, constituía el fin y no el comienzo de una aventura. Y nada podía ser más conmovedor que al final de una carrera política Nixon quedara solo con el asociado acerca del cual era más ambivalente, que le hacía sentirse incómodo aun cuando contaba con él para encarnar la continuidad de sus logros.

Encontré a Nixon sentado en una postura característica, hundido en el sillón tapizado en marrón, con las piernas en un banco, una almohadilla amarilla en la falda: una última muleta en un momento de desesperación. Una lámpara para leer echaba un delgado rayo de luz sobre su sillón. El resto de la habitación estaba en sombras interrumpidas solamente por las luces distantes que rodeaban la Casa Blanca. Otros recuerdos se agolparon en mi mente: yo había visitado al presidente allí cuando la Casa Blanca estaba invadida por apasionados y vocales protestadores por Vietnam por decenas de miles. A menudo había sentido en esa habitación el aura tangible del poder concentrado. Ahora todo era silencio y soledad.

Hay varios relatos de nuestro encuentro esa noche. Nixon me hace llamar a mi oficina para una reunión de una hora, relativamente parecida a una junta de negocios. También existe un relato sin sentimientos sobre un presidente fuera de control golpeando la mesa con los puños y protestando contra un destino cruel (6).

Nada está de acuerdo con lo que yo recuerdo. No hay duda alguna de que la reunión duró casi tres horas. Nixon no estaba calmo, ni parecía hablar de negocios. Tampoco se encontraba fuera de control. Estaba destrozado y no merecería más reflexiones si hubiese sido de otro modo, pero también ejercía un perfecto control de sí mismo. No existe la menor duda de que se hallaba profundamente afectado, pero encontré su visible angustia mucho más natural que la casi inhumana contención que había conocido tan bien. Haber luchado tanto, haber moldeado un personaje público de una identidad tan amorfa, haber mantenido ese esfuerzo sobrehumano sólo para terminar con cada debilidad expuesta y cada error contribuyendo a la caída: ése era un destino de proporciones bíblicas. Evidentemente la Deidad no toleraría la presunción de que todo puede ser manipulado; una lección objetiva de los límites de la presunción humana era necesaria.

Era sólo natural, en cierto modo, que Nixon pasara su última noche solitaria en la Casa Blanca tratando de destilar algún significado positivo de todos esos años de agitación. ¿Qué diría la historia de él? ¿Qué había logrado hacer las cosas diferentes? ¿Era el mundo un lugar más seguro? ¿Podíamos repasar algunas de las cosas que habíamos hecho juntos? Seguía haciendo preguntas, buscando algún socorro en su soledad sin poder creer lo que se le decía y sin atreverse a rechazarlo.

¿Cuál era el significado de una vida política? ¿Cómo impone una tendencia en política internacional? Aun en los mejores tiempos, ningún juicio es más tenue que una evaluación del significado de las acciones de un estadista. La historia es infinita comparada con el ciclo de la vida humana y la perspectiva humana es aún más acortada. La sabiduría convencional a menudo va en contra de las necesidades de la historia, especialmente en tiempos de gran agitación. El estadista ha edificado verdaderamente sólo si percibe la tendencia de los acontecimientos y la pone al servicio de sus propósitos. Para esa tarea su alcance no es ilimitado. Si se reduce a ir con la corriente, pronto se convertirá en alguien que está fuera de lugar; si va más allá de la capacidad de su pueblo, sufrirá un naufragio. Si la política es el arte de lo posible, la grandeza depende de ir hasta los mismos límites de lo posible. Grandes estadistas se proponen grandes metas y sin embargo evalúan sin emoción la calidad del material, humano y físico con el que tienen que trabajar. Los líderes comunes están satisfechos con quitar las fricciones o las situaciones embarazosas. Los hombres de Estado crean; los líderes comunes consumen. El líder común está satisfecho con mejorar el am-

biente, no con transformarlo. Un estadista tiene que ser un visionario y un educador. Benditos son los pueblos cuyos líderes pueden mirar al destino a los ojos sin pestañear, pero también sin tratar de desempeñar el papel de Dios.

A su modo, en el campo de la política exterior, Nixon tuvo la prueba de su encuentro con el destino. Comprendió lo que estaba en juego en el mundo. En medio de emociones incontrolladas, se aferró fuertemente a la verdad de que la credibilidad de los Estados Unidos no debía ser dilapidada, especialmente por sus líderes. Luchó por el honor de los Estados Unidos en distantes selvas en las cuales sus predecesores habían comprometido a nuestras tropas, convencido de que no teníamos el derecho de abandonar a aquellos que habían dependido de nosotros y de que decenas de miles iban a maldecir la abdicación que sus críticos querían imponernos. En contra de la retórica de toda una vida, él afirmó valientemente la imposibilidad de un orden internacional que excluyera a China, la cuarta parte de la raza humana. Contrariamente a las categorías más simples de un período anterior, él percibió que la resistencia a la agresión comunista requiere un fundamento psicológico que coloque a los Estados Unidos en una posición de defensora de una estructura de paz abierta aún para nuestros adversarios si su ambición cediera a los imperativos de la coexistencia. Identificó la necesidad de las democracias industriales para una rededicación moral de propósitos comunes. Se abrió paso a través de los congelados odios de Medio Oriente y en la cumbre de su angustia mostró un camino hacia la paz donde todo había sido frustración. Y estaba empezando a educar al pueblo norteamericano para el permanente desafío del compromiso responsable de los Estados Unidos con el mundo, de modo que pudieran abandonar su histórica oscilación entre extremos de cruzadas y de abdicaciones, entre impetuosidad e ingenuidad.

Con toda seguridad Nixon había fracasado en su tarea de educador. Había estado demasiado inseguro de sí mismo para inspirar a su sociedad no simplemente por virtuosismo técnico sino por nobleza de propósitos. No había hecho frente al desafío moral y estaba pagando ahora el precio de una mínima negligencia en ese aspecto de la confianza depositada en él.

Nixon, en el análisis final, había provocado una revolución. Había sido reelegido por una aplastante victoria en 1972 en un concurso tan cercano a ser disputado sobre terrenos ideológicos, como es posible que suceda en los Estados Unidos. Ni Nixon ni George Mc Govern eran figuras carismáticas, por decirlo suavemente. El pueblo norteamericano por una vez había decidido sobre terrenos filosóficos, no determinándose por una personalidad. Abrumadoramente habían elegido el curso conservador moderado antes que el radicalmente liberal. Por razones que no estaba relacionadas con los hechos e imprevistas para la gente que votó por lo que Nixon representaba, esta elección era anulada ahora: con consecuencias aún impredecibles.

De modo que el veredicto de la historia estaría mezclado, pero yo no recité mis advertencias esa noche. El escucharía bastante de eso en los solitarios meses que le esperaban: en su gran parte dichas por él mismo. Hablé menos filosóficamente y más en forma de anécdota de lo que lo escribo aquí, pero con el mismo efecto. Algunas veces Nixon me interrumpía para invitarme a que tomara un poco de brandy con él, como habíamos hecho en días más felices luego de un éxito. Era evidente que él no podía aguantar la idea de la indignidad de un juicio criminal a un ex presidente. Y tampoco, en honor a la verdad, podía hacerlo yo. Si esto *llegara a pasar*, le dije, me retiraría de mi cargo. Y creo que lo hubiera hecho.

Seguía retornando al tema de que el juicio de la historia sería menos severo, que se recordaría sus mayores éxitos, pero Nixon no era fácil de consolar. *Depende de quién escriba la historia*, repetía. No se hacía justicia a sí mismo en esas horas desesperadas. Había construido mejor de lo que él mismo sabía: casi una década más tarde, las ca-

tegorías básicas de nuestro discurso en cuanto a asuntos extranjeros —China, Medio Oriente, SALT y el balance estratégico, la política de la energía, nuevas iniciativas con aliados— son aún aquellas establecidas durante los años de agitación que ahora llegaban a su fin.

A los profesionales del odio a Nixon, todo esto puede parecerles un sensiblero relato de una catástrofe infligida a sí mismo que estaba enteramente justificada. Yo estaba demasiado cerca de los hechos para verlos de ese modo. Esa noche del 7 de agosto, de todos modos, yo estaba casi desmoronado por la tragedia humana del presidente buscando un consuelo más allá de la capacidad de cualquiera de proporcionárselo.

Cerca de medianoche, después de unas dos horas en la sala Lincoln, me preparé para partir. Nixon comenzó a acompañarme hasta el ascensor a través del largo corredor que divide en dos la residencia presidencial. Se detuvo frente a la puerta del Dormitorio de Lincoln y sugirió que él y yo rezáramos allí juntos. No había una buena manera de terminar esa velada o de poner punto a una carrera tan tempestuosa, y yo no sé si ésta no tenía tanto sentido como cualquier otra y, si era más apropiada que la mayoría.

El recuerdo de Nixon es que me invitó a arrodillarme a su lado y que yo lo he hecho así. Mi propio recuerdo es menos claro de si realmente me arrodillé. Es una diferencia trivial. En cualquier postura, yo estaba lleno de profundo sentido de temor que parecía tener su propio significado, de modo que no sabía exactamente por qué rezar. Un pasaje de Esquilo parecía correr por mi cabeza: el verso que casualmente, era el favorito de una de las obsesiones de Nixon, Robert Kennedy:

*Pena que no puede olvidar
cae gota a gota
sobre el corazón
hasta que en nuestra desesperación
viene una sabiduría
a través de la terrible
gracia de Dios.*

Poco después de medianoche —después de una media hora en el Dormitorio de Lincoln— regresé a mi oficina en la Casa Blanca. Scowcroft y Eagleburger estaban esperándome. Eagleburger había venido desde el Departamento de Estado para estar a mano si yo lo necesitaba. Después de unos pocos minutos, Nixon llamó. No debo recordar nuestro encuentro de esa noche como una señal de debilidad, me dijo. Esperaba que yo recordara los tiempos en que había sido fuerte. ¡Qué extraña es la ilusión con que se sostienen los hombres! Había muchas ocasiones que Nixon identificaba con fuerza que me hacían sentir incómodo. Esa noche cuando había desnudado su alma, yo vi a un hombre tenaz y flexible, de modo que le respondí al golpeado presidente, que si alguna vez hablaba de esa noche, lo haría con respeto. Me había honrado permitiéndome compartir con él su última noche libre en la Casa Blanca, donde tantos recuerdos nos unían y se había conducido con humanidad y honor.

A la mañana siguiente, jueves 8 de agosto, la renuncia fue transmutada de lo trágico a lo de rutina. Durante mi estada en mi oficina en la Casa Blanca, Haig me dijo que Nixon vería a Ford a las 11 para informarle formalmente de su plan de renunciar al día siguiente. Yo estuve trabajando en cartas en borrador para que el nuevo presidente las enviara a las cabezas clave del gobierno. También elaboré un plan para que el nuevo presidente reuniera a todos los embajadores acreditados en Washington en grupos regionales. Era importante demostrar que una mano firme se estaba haciendo cargo de las cosas. Hubo muchas interrupciones. Algunos miembros del Gabinete llamaron para

preguntar si debían anunciar públicamente que estaban dispuestos a continuar en sus cargos. Yo les aconsejé lo contrario: debían tratar de no privar al nuevo presidente de opciones. Los amigos ofrecían consejos acerca de cómo resistir los asaltos a mi posición después del cambio de la administración. Yo no estaba con ánimos para ello. Había visto la iniciación de dos términos presidenciales. Sabía que cualesquiera fueran las decisiones que el nuevo presidente pudiera hacer ahora acerca de nombramientos formales, no determinarían la jerarquía final. Meses de luchar por los cargos estaban ante nosotros. Yo no tenía estómago para pasar por todo eso una vez más. Sin embargo no había elección: todo vendría bastante pronto. Ese día teníamos que atenernos a lo fundamental.

A las 12.30 llamó el vicepresidente Ford. Estaba calmo y firme. Indicó que acababa de dejar al presidente. No quería gastar tiempo en urgirme para que me quedara y *quedarse a mi lado en estos tiempos difíciles*. Estas ocasiones siempre parecían sacar lo banal en mí, o tal vez fuera la incongruencia entre la inmensidad de la ocasión y la naturaleza del lenguaje. Le contesté que podía contar conmigo: *Usted sabe que todo el mundo depende de usted, señor vicepresidente*.

Nixon seguía siendo presidente. Le debía la información sobre mi conversación con Ford. Revisé con Nixon la forma en que yo sugeriría a Ford que tomara el timón y tranquilizara a los gobiernos extranjeros. Nixon agradeció la llamada, aunque se mostró apático. No ofreció ningún comentario sustancial.

A las 15 llamé al presidente designado a su oficina en el Edificio Ejecutivo. Había conocido a Gerald Ford durante muchos años. Hacía más de una década había sido orador visitante en mi Seminario de Seguridad Nacional en Harvard. Desde que llegó a Washington, había hablado de él regularmente, primero como líder republicano en el Parlamento y durante los últimos nueve meses como vicepresidente. Desde entonces nos habíamos hecho tan amigos que resulta difícil reconstruir mis sentimientos en ese momento. Me gustaba enormemente. Aún entonces yo ya sabía que era un hombre bueno y decente. Yo no tenía la menor idea de cómo actuaría como presidente y seguramente tampoco la tenía él, pero parecía cómodo, tranquilo, ni demasiado asustado ni falsamente jactancioso. Me urgí otra vez para que me quedara y se refirió al hecho de que siempre nos habíamos llevado bien. Le hice notar que no era tarea suya llevarse bien conmigo, sino la mía, el llevarme bien con él. Revisamos el escenario para informar a los gobiernos extranjeros y demostrar que el nuevo presidente estaba firmemente en el control. Ford quedó en ver a todos los embajadores extranjeros durante las primeras veinticuatro horas en el cargo. Cambió algunas de las cartas a líderes mundiales, para que tuvieran un lenguaje más parecido al que él pudiera usar.

Cuando abandoné su oficina después de una hora y media, advertí repentinamente de que por primera vez en años después de una reunión presidencial, yo estaba libre de tensiones. Era imposible hablar con Nixon sin preguntarse después en qué otro juego estaba empeñado en ese momento. De una cosa uno podía estar seguro: ninguna conversación de Nixon encerraba jamás la totalidad de sus propósitos. Era excitante pero también drenaba y hasta resultaba ligeramente amenazador. Con Ford uno sabía que no había designios escondidos, ni mórbidas sospechas, ni complejos. Y reflexionó otra vez sobre la sabiduría de la Providencia. Gerald Ford claramente no era la primera elección de Nixon como su sucesor. Lo era John Connally, pero para ese momento de casi desesperación, yo no podía pensar en otra figura pública más capaz de llevarnos a una renovación nacional, que este hombre tan quintaesencialmente norteamericano, de incuestionable integridad, en paz consigo mismo, pensante y conocedor de asuntos nacionales y responsabilidades internacionales, calmo y sin temores.

Esa noche Nixon anunció su renuncia en un simple discurso que fue bien dicho, sin dramatizar. No llegaba a confesar culpas, pero reconocía errores: una cosa nada fácil

para alguien tan orgulloso. Yo miré el último minuto de su discurso en la Oficina Oval desde detrás de las cámaras de televisión. Cuando terminó, Nixon se quedó parado un momento ordenando sus papeles y luego colocó la mano sobre el escritorio de Wilson antes de dar la espalda por última vez a la Oficina Oval. Yo le dije: *Señor presidente, después de la mayoría de sus discursos en esta oficina, hemos caminado juntos hasta su casa. Me sentiría honrado de caminar con usted otra vez esta noche.*

De modo que caminamos a lo largo del corredor hasta la residencia por última vez. Para entonces ya habíamos dicho todas las palabras posibles. Repetí que la historia iba a tratarlo bien y él repitió que eso dependería de quien iba a escribirla. En la puerta de la residencia, Julie Nixon Eisenhower estaba esperando. Abrazó a su padre sin palabras y lo acompañó el resto del camino.

James St. Clair, el abogado de Nixon, se hallaba en mi oficina cuando volví. Yo no sabía qué lo había traído allí. El y yo sólo habíamos intercambiado unas pocas palabras durante los meses precedentes. Ahora era evidente que necesitaba a alguien con quien hablar. Pasó revista serenamente a las varias etapas de su experiencia: la renuncia de Nixon a informar hasta a su propio abogado de lo que estaba enfrentando, haciendo que el trabajo de St. Clair con su cliente fuera similar al del fiscal especial. Estaba obviamente preocupado por si hubiese podido hacer algo mejor, por si se le había pasado algo. *No fue un caso legal, —le señalé—. Fue una tragedia griega. Nixon se manejaba de acuerdo con su propia naturaleza. Una vez que comenzó, no podía terminar de otro modo.*

A la mañana siguiente el Gabinete de Nixon y el personal de la Casa Blanca fueron reunidos por última vez, agolpados en la Sala del Este. Muchos de nosotros podíamos recordar la exuberancia de dos ceremonias inaugurales y las grandes esperanzas de haber jurado allí. A las 9.30, el ayudante militar anunció al presidente y a la señora de Nixon, seguidos por las notas de *Hail to the Chief* (Saludo al Jefe). La emoción era casi inaguantable y entonces Nixon pronunció un discurso que fue tan desordenado como había sido disciplinado el de la noche anterior, tan emocional como había sido controlado el otro. Era demasiado. Era como si después de haber tenido que mantenerse a raya durante todos esos años, tuviera que mostrar todos los demonios y sueños que lo habían conducido hasta este punto. Hasta usó anteojos en público por primera vez, abandonando simbólicamente la vanidad y la construcción de imagen de su carrera. Era algo horrible y destrozaba el corazón, pero era inevitable. Nixon no podía irse como el autómatas que había sido su personalidad pública. Yo estaba al mismo tiempo conmovido hasta las lágrimas e indignado por haber sido puesto otra vez en el rodillo de estrujar ropa, de modo que aún en su último acto público, Nixon se las arregló para proyectar su ambivalencia a todos los que lo rodeaban. Cuando elogió a su madre, me pregunté irracionalmente por qué omitía a su esposa, Pat, que sin la capacidad de él para la fantasía debe haber sido quien más sufrió de todos.

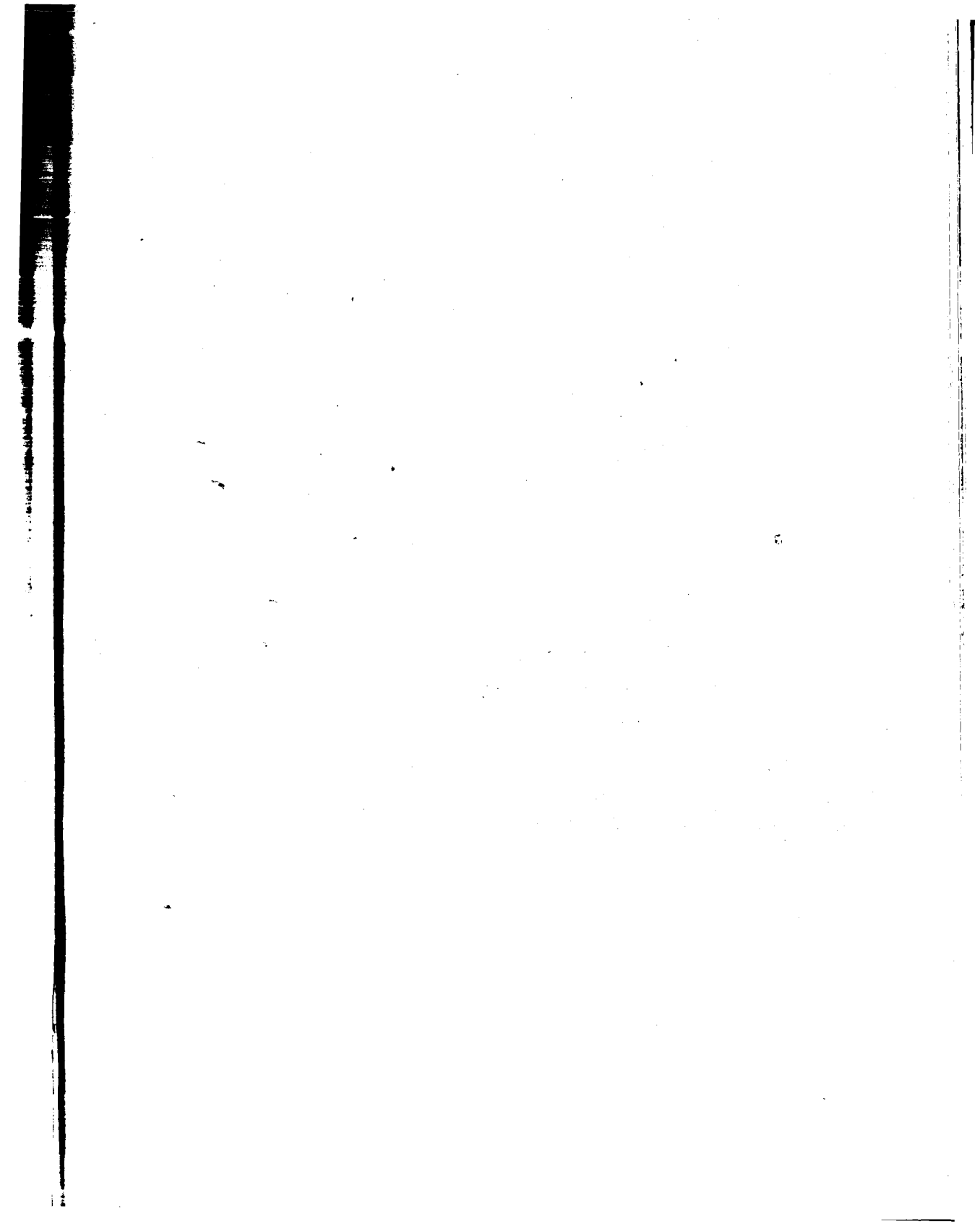
Y luego ese estado de ánimo pasó también, mientras que la angustia en la plataforma nos envolvía a todos. En la derrota y en la desgracia Nixon había prevalecido al fin: nos había desprovisto de toda reserva; estábamos desnudos ante esos sentimientos elementales y nuestros corazones al fin se volcaron hacia ese hombre que trascendía sus extremos al negarse a actuar como si estuviera derrotado.

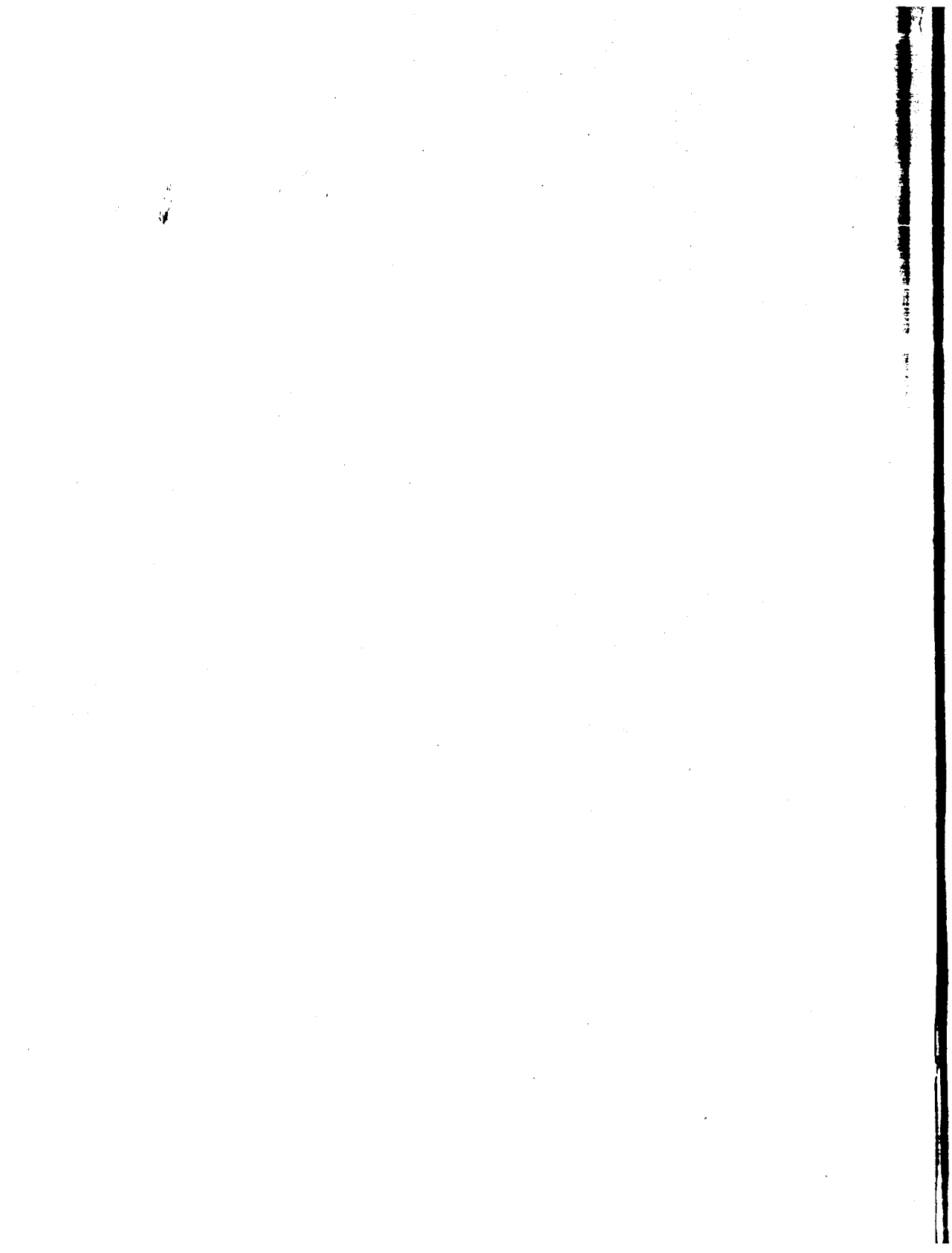
Unos minutos más tarde, yo estaba parado en el Pórtico Sur de la Casa Blanca, desde donde Nixon siempre había agitado la mano, con huéspedes extranjeros, a las multitudes que se reunían para las ceremonias de llegada. Abajo, en el Jardín del Sur, se extendía incongruentemente una alfombra roja hasta el helicóptero que esperaba y una guardia de honor presentaba armas por última vez al presidente y a la señora Nixon, acompañados por Ford y su esposa. El presidente designado expresó unas pocas e inaudibles palabras al presidente y a la señora Nixon al pie de la escalera del

helicóptero. Cuando estaba a punto de subir, Nixon se volvió hacia sus colegas por última vez, con un agitar de sus brazos que quería ser despreocupado, pero que daba a entender más que nada que había llegado al final de sus recursos físicos y emocionales.

Pronto el helicóptero era sólo un puntito junto al Monumento a Washington y luego desapareció camino a la Base Andrews de la Fuerza Aérea. Ford, presidente designado por otros noventa minutos, se volvió y caminó firmemente hacia la Casa Blanca, con el brazo rodeando los hombros de su esposa. Estaban virtualmente solos. No había aún un séquito de ayudantes ni visibles agentes de seguridad. Ford parecía apenado y sin embargo confiado.

Sentí un inmenso alivio. Habíamos atravesado una crisis constitucional sin una catástrofe. Cualquier cosa que estuviera ante nosotros no podía compararse en cuanto a peligro con el período de colapso de nuestra autoridad ejecutiva. De algún modo habíamos mantenido una vital política exterior en medio del desastre. Sin embargo, reflexioné también que no se puede coquetear impunemente con el nihilismo. Nadie había tomado la presidencia en circunstancias más desafiantes y con toda seguridad que nos aguardaban crisis más grandes. Y la plegaria que me había eludido dos noches atrás me vino cuando miré a Gerald Ford entrar en la Casa Blanca: por todos nosotros, para que el destino fuera benévolo con este hombre bueno, que su corazón pueda mantenerse fuerte y que los Estados Unidos, bajo su liderazgo puedan encontrar de nuevo su fe.





Apéndice

La campaña de bombardeos a Camboya de 1973

Memorándum para el Historial del Departamento de Estado de Emory S. Swank, embajador de los Estados Unidos ante la República de Khmer, desde 1970 a 1973, y Thomas O. Enders, vice jefe de Misión, Phnom Penh, 1970-74, fechado el 10 de octubre de 1979.

(A continuación de este memorándum figuran el documento A: instrucciones 015050 del Departamento de Estado, con fecha enero 26 de 1973; Documento B: carta de William N. Harben, jefe de la Sección Política, Phnom Penh, 1972-1973 y documento C: carta de John W. Vogt, general USAF, retirado del ejército de los Estados Unidos, comandante de la Séptima Brigada Aérea de los Estados Unidos y del Grupo de Apoyo de Actividades de los Estados Unidos, 1973.)

La campaña de bombardeos a Camboya de 1973

En un libro publicado a principios de este año (*Sideshow: Kissinger, Nixon and the destruction of Cambodia*, Simon and Schuster, Nueva York, 1979) William Shawcross hace aseveraciones e inferencias que malinterpretan la conducta y los resultados de la campaña de bombardeos a Camboya de 1973, así como el papel que cada uno de nosotros desempeñó en esos acontecimientos. Aunque de ninguna manera son éstos los únicos errores de hecho y de interpretación contenidos en el libro del señor Shawcross, los referidos tienen una particular importancia histórica dado que aparentemente fundamentan sus conclusiones acerca de la *destrucción de Camboya*.

De acuerdo a las manifestaciones del señor Shawcross,

- La embajada de Phnom Penh aprobó y controló el bombardeo;
- Recibió instrucciones de hacerlo por parte del asistente del presidente para Asuntos de Seguridad Nacional, Kissinger, sin que tuviera conocimiento de ello el secretario de Estado;
- El bombardeo fue *indiscriminado* porque se realizó tomando como base mapas antiguos en lugar de utilizar fotografías;
- El control del bombardeo fue trasladado a las Fuerzas Armadas de Camboya después de una investigación del sub comité del Congreso, realizada en abril de 1973;
- El bombardeo dio como resultado la muerte masiva de civiles.

Ninguna de esas declaraciones es correcta.

1. *Afirmación*: Que desde principios de febrero de 1973 en adelante, la embajada de Phnom Penh ya no debía continuar siendo un mero *conducto que transmitía los pedidos de bombardeos solicitados por Camboya a la Séptima Brigada Aérea*, sino que *participaría activamente en el proceso total del bombardeo, seleccionando, examinando, aprobando y controlando las acciones*. (1) El señor Shawcross no cita ninguna fuente para su declaración.

Esclarecimiento: La embajada ni aprobó ni controló los ataques aéreos; los únicos que tenían autoridad para hacerlo eran el Comando Militar Asistente de Vietnam (MACV) y su sucesor en el comando: el Grupo de Apoyo de Actividades de los Estados Unidos (USSAG). El papel de la embajada consistía en recibir las solicitudes de apoyo aéreo de FANK, convalidarlos *de acuerdo a los medios y posibilidades de tiempo existentes* y remitirlos al MACV donde se tomaban las decisiones. El aspecto operativo de las instrucciones impartidas a la embajada, tal como le fueron transmitidas a Swank en el cablegrama 15050 del Departamento de Estado, fechado el 26 de enero de 1973 y clasificado como secreto/NODIS, expresa:

“En el momento en que la FANK (Fuerzas Armadas Nacionales de Khmer) suspenda las operaciones de ofensiva militar, cesarán en Camboya todos los ataques TACAIR y B-52 de los Estados Unidos. Se permiten los RECCCE, puentes aéreos, MEDEVAC y otros operativos aéreos de los Estados Unidos que no se refieran a entregas de pertrechos militares.

“Las fuerzas TACAIR y B-52 de los Estados Unidos estarán preparados para atacar blancos determinados en Camboya, a fin de prestar asistencia a las fuerzas del FANK cuando la situación así lo determine. A este fin se establecerá un procedimiento simple, de rápida

(1) *Sideshow*, pág. 265.

solicitud, convalidación y ejecución entre el embajador de los Estados Unidos en Camboya y el MACV. En lo esencial, el embajador de los Estados Unidos será responsable de recibir las solicitudes de apoyo aéreo por parte del GKR (Gobierno de la República de Khmer) y de convalidar esas solicitudes de acuerdo a sus medios y a las posibilidades de tiempo. El embajador trasladará las solicitudes al MACV, que posee la autoridad necesaria para convalidar y dirigir los ataques aéreos de TACAIR o B-52 tal como lo requiera la situación. Todos los ataques aéreos que sean ejecutados bajo su dirección deben estar dirigidos a contrarrestar actos hostiles específicos contra el GKR/FANK. Se autoriza la escolta de convoyes Mekong." (2)

Como le fue explicado a Swank el 8 de febrero de 1973 por Kissinger, el entonces asistente del presidente para Asuntos de Seguridad Nacional, el propósito de esas medidas era apoyar la declaración unilateral de los Estados Unidos referente a Camboya, realizada durante la última sesión de las conversaciones de paz de París el 23 de enero de 1973. Los Estados Unidos no habían tenido éxito en sus gestiones por establecer conversaciones directas o indirectas con el Khmer Rojo. Al no existir ningún tipo de convenio, los Estados Unidos ofrecían la suspensión de hostilidades en Camboya, siempre que fuesen recíprocas. En el caso de que el Khmer Rojo atacara, las fuerzas gubernamentales y la Séptima Brigada Aérea responderían a la agresión. El doctor Kissinger informó a Swank que el papel de la embajada consistía en que la respuesta a esos posibles ataques fuese la estrictamente necesaria para respaldar la declaración unilateral.

De acuerdo al informe preparado para el senador Stuart Symington de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, por James G. Lowenstein y Richard M. Moose, funcionarios del equipo, al implementar estas instrucciones, la embajada llevaba a cabo tres funciones, ninguna de las cuales incluía la aprobación o control de los ataques aéreos: (3)

A. Como punto de transmisión de comunicaciones.

Se nos mostró el sistema de retransmisiones radiales y telefónicas, conocido como área de control y situado en la oficina del agregado aéreo de la embajada, que está dirigida por personal reforzado del elenco militar temporariamente asignado a la oficina del agregado de Defensa. Proporciona un nexo de comunicación entre el Estado Mayor camboyano, la Séptima Brigada Aérea, el Comando de Tropas Aerotransportadas, el Centro de Control Aéreo y los aviones del Control Aéreo de Vanguardia de los Estados Unidos.

B. Como coordinador "in situ" de los aviones de control aéreo de vanguardia y los bombarderos de ataque.

Los aviones de Control Aéreo de Vanguardia de los Estados Unidos que son asignados diariamente al Control del agregado de la Fuerza Aérea, y que regularmente se surten de combustible en el aeropuerto de Phnom Penh, son trasladados de lugar en lugar por el control de zona en respuesta a las solicitudes del Estado Mayor camboyano o de acuerdo a las necesidades de emergencia tácticas; y

C. Como seleccionador de las solicitudes de ataque, ya sean camboyanas o de la Séptima Brigada Aérea, con excepción del este de Camboya.

Un panel de funcionarios de la embajada, tanto civiles como militares, convalida cada solicitud de ataque de los B-52 y F-111, y el agregado de Defensa selecciona las solicitudes tácticas aéreas.

El grado y naturaleza del compromiso de la embajada varía de acuerdo a la ubicación de la actividad aérea, y depende de que en ella estén o no involucradas actividades técnicas o estratégicas. La embajada tiene relativamente poco que ver con la actividad aérea de la parte oriental de Camboya en la que no existe la presencia del gobierno camboyano. (Para los propósitos de operaciones aéreas, esta zona recibe la denominación de *Pacto de Libertad*.) El papel que desempeña en las operaciones aéreas, tanto en su aspecto táctico como estratégico,

(2) Texto de Indicador A.

(3) *U.S. Air Operations in Cambodia: April 1973*, un informe interno preparado para uso de la Subcomisión de Convenios de Seguridad y Compromisos Exteriores de los Estados Unidos, perteneciente a la Comisión de Relaciones Exteriores, pág. 5.

es mucho mayor en el resto de Camboya, donde las fuerzas del gobierno camboyano se encuentran en lucha con un enemigo que en la actualidad se compone casi exclusivamente de norvietnamitas y de insurgentes comunistas Khmer.

Las primeras dos funciones —de comunicaciones y coordinación con los controles de avanzada aérea de los Estados Unidos que operaban con aviones livianos sobre Camboya y que convalidaban y autorizaban los ataques de TACAIR— eran llevadas a cabo por la embajada sólo sujetas a la formación de un Centro de Apoyo Aéreo Directo (DASC) en los cuarteles generales de la FANK. Cuando, a fines de abril, se completó la organización de la DASC, estas funciones le fueron transferidas por la embajada.

La tercera función —la de seleccionar las solicitudes de bombardeos con B-52 y F-111— fue ejercida por la embajada durante todo el transcurso de la campaña de bombardeos. Esta abarcó los siguientes pasos: (4)

“La embajada convalida todos los ataques de los B-52 y los F-111, fuera de la zona del *Pacto de Libertad*. Cuando el Estado Mayor camboyano presenta una solicitud, lo hace en un formulario que contiene información acerca de la naturaleza del blanco, la justificación del ataque, y una certificación de que dentro de una distancia especificada de la zona de ataque, no se encuentran fuerzas amigas, poblados, caseríos, casas, monumentos, templos, pagodas o lugares sagrados.

“La oficina del agregado aéreo de la embajada planifica entonces el blanco y la *caja de bombardeos*, la zona en la que caerán las bombas, y un mapa en escala uno a cincuenta mil, que se supone muestra la exacta ubicación de todas las casas y edificios permanentes. El agregado aéreo nos expresó que los mapas utilizados por la embajada tenían varios años de antigüedad y que la embajada no poseía fotografías actuales de las zonas de blanco propuestas, las que permitirían identificar pueblos nuevos o que hubiesen sido reubicados.

“La solicitud originaria de Camboya y el mapa correspondiente son entonces estudiados por un panel de bombardeos de la embajada que se reúne diariamente. Dicho panel está presidido por el vice jefe de misión. Lo integra además el agregado de Defensa, que es un coronel del Ejército; el jefe del Grupo de Entregas de Equipo Militar, que es un brigadier general del Ejército; el consejero para Asuntos Políticos y Militares, y el jefe de Inteligencia de la embajada.

El panel considera el blanco de acuerdo a las condiciones de las Reglas de Compromiso, la probable utilidad del objetivo, la seguridad aérea y factores políticos. De acuerdo a las reglas del panel, la decisión final recae en el vice jefe de misión. De acuerdo a lo que éste ha expresado, en la práctica las decisiones se toman por unanimidad y aproximadamente un 40 por ciento de las solicitudes son rechazadas. El embajador no asiste a las reuniones del panel, pero se lo informa de las decisiones a medida que éstas son tomadas y, de acuerdo a los reglamentos del panel, cualquier decisión delicada se pone previamente en su conocimiento.

(Nota: Swank pasó a integrar el panel en mayo de 1973; Enders siguió siendo miembro del mismo.) El panel envía entonces su recomendación a la Séptima Brigada Aérea, a través de los sistemas de comunicación de la embajada, en la forma de un mensaje del embajador al comandante de la Séptima Brigada Aérea. Los blancos son revisados una vez más en este organismo para verificar si están de acuerdo con las Reglas del Compromiso. La embajada recibe entonces un informe de la Séptima Brigada Aérea sobre los objetivos que serán atacados y, subsecuentemente, otro dando cuenta de los resultados obtenidos. La embajada transmite entonces esta información al cuartel general de Camboya.”

2. *Afirmación*: Que el 8 de febrero de 1973, en Bangkok, el doctor Kissinger impartió directamente a Swank instrucciones de convertir a la embajada en *el puesto de comando de una nueva guerra aérea en Camboya*. Aunque las instrucciones generales fueron explicitadas en un cablegrama del Departamento de Estado, al secretario de Estado Rogers no se le informó hasta qué punto se encontraban involucrados en la actualidad sus subordinados de Phnom Penh en los bombardeos. (5) El señor Shawcross no cita ninguna fuente para su aseveración.

(4) U.S. Air Operations in Cambodia: April 1973, pág. 5-6.

(5) Sideshow, pág. 265.

Aclaración: No podemos afirmar con seguridad que el secretario Rogers tuviera conocimiento de las precipitadas instrucciones impartidas a la embajada, en las que se exponía sucintamente lo que la embajada debía hacer. De acuerdo a las copias de archivo, dos de sus colaboradores principales estuvieron involucrados en la preparación de esas instrucciones (El ayudante del secretario de Estado para los Asuntos del Pacífico y del Este de Asia, mariscal Green, quien redactó el borrador, y el subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, U. Alexis Johnson, quien lo autorizó), y dos copias fueron distribuidas en la Secretaría. El cable está fechado el 23 de enero de 1973, dos semanas antes de que el doctor Kissinger se encontrara con Swank en Bangkok.

3. *Afirmación:* Que los bombardeos no fueron llevados a cabo *cuidadosamente* (6) por la embajada, y que fueron *indiscriminados* (7) debido a que no tenían acceso a fotografías recientes y que se planificaban los objetivos en gran escala, en mapas antiguos que no *mostraban la ubicación de nuevos caseríos formados por las obligadas migraciones que en la actualidad impone el Khmer Rojo en las zonas por ellos controladas.* (8) El señor Shawcross cita como fuente de su comentario los mapas y fotografías del informe de Lowenstein y Moose. (9)

Aclaración: Todos los ataques de los B-52 estuvieron sujetos a las Reglas de Compromiso y fueron ejecutados tomando como base fotografías previas. Como se ha aclarado anteriormente, la embajada nunca desempeñó un papel sustancial en las operaciones aéreas tácticas.

Las Reglas de Compromiso prohibían el uso de bombarderos B-52 a menos de un kilómetro de fuerzas amigas, pueblos, caseríos, casas, monumentos, templos, pagodas o lugares sagrados. (10)

El general John W. Vogt, quien en su calidad de comandante del grupo de actividades de apoyo de los Estados Unidos y de la Séptima Brigada Aérea era el responsable de los bombardeos, declara: (11)

"La elección de los objetivos era realizada por mi cuartel general, el grupo de actividades de apoyo de los Estados Unidos en Tailandia. El personal del cuartel general estaba compuesto por profesionales idóneos de todas las armas (Ejército, Armada, Infantería de Marina y Fuerza Aérea). Muchos de ellos habían estado conmigo en Vietnam cuando conduje el operativo Linebacker en 1972. Para 1973 habíamos desarrollado técnicas de ataque basadas principalmente en el reconocimiento y en el empleo de detectores sofisticados tales como los infrarrojos (IR) y el radar de precisión (SLAR). Contábamos con fotografías al minuto de todas las zonas de Camboya en que se realizaban los bombardeos. En todos los blancos de los B-52 se obtenían las coordenadas LORAN y éstas eran completamente independientes de la exactitud de los mapas. En todos los casos realizamos los bombardeos con B-52 tomando como base las informaciones fotográficas o proporcionadas por los detectores. En todos los casos, los objetivos eran cubiertos por reconocimientos, tanto antes como después del ataque. En varias ocasiones rechazamos solicitudes de ataque del FANK, porque nuestros reconocimientos demostraban que éstos involucraban riesgos para la población civil, que no estábamos dispuestos a correr."

Aparentemente el señor Shawcross ha sido llamado a engaño por el hecho de que la *embajada* no tuviera acceso a tales fotografías. Está comprobado que los señores Lowenstein y Moose visitaron el cuartel general de la USSAG en abril de 1973.

No se sabe si fueron informados del uso de fotografías en la ratificación de los blancos realizada por la USSAG. En todo caso, ellos no las mencionan en su informe y, aparentemente, las acusaciones del señor Shawcross se basan en esa omisión. El general Vogt se muestra categórico en ese asunto: *los B-52 bombardearon sin ninguna necesidad de recurrir a mapas.* (12)

4. *Afirmación:* que *después de la investigación de Moose y Lowenstein, realizada en abril (de 1973), el control de los bombardeos fue transferido a la FANK.* (13) El señor Shawcross no cita ninguna fuente.

(6) *Sideshow*, pág. 271.

(7) *Sideshow*, pág. 396.

(8) *Sideshow*, pág. 271.

(9) *U.S. Air Operations in Cambodia: April 1973*, pág. 6.

(10) *Seventh Air Force OPOD 71-17*.

(11) Carta de Vogt a Enders, julio 8 de 1979, pág. 2, Indicador C (pág. 1031).

(12) Carta de Vogt a Enders, pág. 3 (pág. 1031).

(13) *Sideshow*, pág. 295 n.

Aclaración: La FANK no controló en ningún momento los bombardeos a cargo de los B-52, F-111 o de los TACAIR de los Estados Unidos; esto estuvo exclusivamente a cargo de la USSAG. (14)

El único cambio realizado después de abril fue establecer un nexo de comunicación directa con el cuartel general de la FANK (DASC), al transferirle al TACAIR la embajada (ver punto 1). En esto no estaba incluido el proceso de los ataques de los B-52 y F-111. A lo largo de toda la guerra, el control del TACAIR de los Estados Unidos estuvo en manos del control de avanzada aérea de los Estados Unidos, y no del FANK.

5. **Inferencia:** Que el bombardeo dio como resultado una muerte masiva de civiles. El señor Shawcross no hace una declaración explícita a ese respecto, pero lo implica en el malentendido de los mapas y las fotografías citado anteriormente y en las tres (y sólo tres) evidencias que cita con respecto a las muertes de civiles. En primer lugar, afirma que William Harben, el funcionario político de la embajada, expresó: *comencé a recibir informes de una matanza al por mayor. Una noche, una multitud de labriegos de un pueblo cerca de Sa'ang, salió en una procesión funeraria. Caminaron directamente hacia una "caja". Miles resultaron muertos.* (15). En segundo lugar cita el bombardeo de Neak Luong del 7 de agosto de 1973 (en ese momento la ciudad se encontraba en poder de las fuerzas de la República de Khmer) y que se debió a un error del piloto, y escribe que: *el accidente inevitablemente puso sobre el tapete la cuestión de la frecuencia con que ocurrían tales errores, en partes del país a las que nunca podrían llegar los periodistas.* (16) Finalmente asevera que los generales camboyanos asumían una actitud de indiferencia frente a los riesgos que corrían los civiles. Como recuerda Mark Berent, un agregado de la Fuerza Aérea: *jamás planeaban nada. Les podíamos haber dado las coordenadas del palacio y habrían respondido que sí.* (17)

Aclaración: No existen pruebas de matanzas masivas de civiles. Se conocen dos accidentes importantes protagonizados por los B-52, uno en Sa'ang y el otro en Neak Luong; ambos fueron informados por la embajada así como citados por el señor Shawcross. El primero de ellos no podría haber sido evitado (el objetivo, de acuerdo a las Reglas de Compromiso, se encontraba lejos de la zona habitada); el último fue responsabilidad de la Séptima Brigada Aérea. Sin duda se produjeron también otras muertes de civiles, aunque en menor escala.

El señor Harben, quien muchas veces aparece en *Sideshow* como un amargo crítico de la política (y de la embajada) de los Estados Unidos, comenta lo siguiente con respecto a las muertes: (18)

"Retrospectivamente pienso que es probable que los accidentes que involucraron al TACAIR, y particularmente a la fuerza aérea del Khmer, al ser narrados pueden haber sido equivocadamente atribuidos a los B-52, cuando el público tomó conciencia de ellos. . . En el caso de la tragedia de Sa'ang. . . resulta evidente que fueron respetadas las Reglas del Compromiso. . . (en lo que se refiere a mi declaración de que) comencé a recibir informes de una matanza al por mayor. . . (el señor Shawcross) puede haberla tergiversado levemente: al referirme al raid de Sa'ang usé la expresión utilizada por mi informante acerca de dicho raid: *c'était un véritable carnage*. Shawcross parece haberlo transcrito de tal manera que da la impresión de que esa descripción se aplica a todos los raids de los que yo había tenido noticias. El contexto fue simplemente una narración de acontecimientos.

El señor Harben concluye:

Por lo tanto, las muertes de civiles eran inevitables, pero estoy seguro de que su número fue mucho menor que lo que afirman Shawcross y otros. De haber sido tan numerosas, los informes que yo recibí no habrían sido tan imprecisos. También resulta extraño que, aunque miles de habitantes de Khmer que en esa época vivían en zonas dominadas por el enemigo han huido en la actualidad a Tailandia y algunos hasta han llegado a Europa, Shawcross parece no haber hecho el menor esfuerzo por interrogarlos, aunque convirtió los efectos de los bombardeos que ellos sufrieron en tema principalísimo de este libro. Ni siquiera habló con So

(14) U. S. Air Operations in Cambodia: April 1973, informe de la visita al cuartel general de la Séptima Brigada Aérea, p. 1.

(15) *Sideshow*, pág. 272.

(16) *Sideshow*, pág. 294.

(17) *Sideshow*, pág. 271.

(18) Carta de Harben a Enders, junio 22 de 1979, Indicador B.

Satto, ex jefe de la Fuerza Aérea de Khmer, como yo le sugerí. Tampoco se puso en contacto con In Tam, quien diariamente hablaba con docenas de labriegos llegados del otro lado. . . y con emisarios del enemigo que discutían con él el tema de la desertión."

El general Vogt hace el siguiente comentario acerca de la posibilidad de otros errores de bombardeos, similares al de Neak Luong: (19)

"Cada uno de los accidentes de los que mi cuartel general tuvo noticias fue informado inmediatamente, y el peor de ellos fue el bombardeo realizado por error por los B-52 contra Neak Luong. Para aclarar las cosas, los B-52 sólo emplearon esa técnica de compensación en un puñado de misiones. Las balizas estaban allí principalmente para uso de los F-111. Estos últimos las utilizaron con éxito a lo largo de 1973, sin que se produjera un solo incidente. El equipo de esas aeronaves, por supuesto, era mucho mejor, ya que se trataba de aviones de fabricación muy posterior. Después de lo de Neak Luong los B-52 ya no utilizaron esa práctica. . . Virtualmente todos los bombardeos ejecutados por los B-52 fueron controlados con precisión por los sistemas de control de la Séptima Brigada Aérea. Fueron conducidos al blanco por aviones exploradores F-4 LORAN, equipados con busca objetivos. Estos aviones exploradores poseían una exactitud demostrada y marcaban el blanco por medio de fotografías con una posibilidad de error confirmada de menos de 120 metros."

Finalmente, ya que la FANK en ningún momento controló los ataques de los B-52 (y, para el caso, tampoco los de los F-111 ni los de TACAIR) la tercera y última evidencia del señor Shawcross —el comentario de un agregado aeronáutico sobre la falta de preocupación de la FANK por los civiles— tampoco tiene validez.

Vale la pena destacar que todos los objetivos de los bombardeos de los B-52 no sólo fueron fotografiados después del ataque, sino también antes de que éste se produjera. No sólo tuvo acceso el general Vogt a la inmediata evidencia de cualquier accidente, sino que dichas evidencias se conservan en los archivos de la Fuerza Aérea. Las fotografías de la Séptima Brigada Aérea, posteriores a los ataques sobre Camboya podrían ser examinados por un especialista fotográfico para confirmar las conclusiones a las que se llegó con respecto a los muertos que éstos produjeron.

(firmado) Emory C. Swank 10/10/79
Embajador de los Estados Unidos
ante la República de Khmer, 1970-73.

(firmado) Thomas O. Enders 10/10/79
Vicejefe de la Misión de
Phnom Penh, 1970-74.

Indicador A

INMEDIATO PHNOM PENH

PRIORIDAD SAIGON, PRIORIDAD BANGKOK, PRIORIDAD VIENTIANE, PRIORIDAD FRANCIA.

DECLARACION 015050

260022Z ENERO 73

PARA EL EMBAJADOR SWANK

ASUNTO: ACTIVIDADES DE LA USAF EN CAMBOYA DESPUES DEL CESE DEL FUEGO EN VIETNAM.

REF. PHNOM PENH 634

1. Las actividades de la USAF en Camboya se relacionarán con el propuesto anuncio de Lon Nol de una suspensión unilateral de acciones de ofensiva militar por parte de la FANK, reservándose el derecho de autodefensa. Por lo tanto, proponemos que, desde el momento en que Lon Nol tome esta

medida, la USAF detendrá los bombardeos de TACAIR y de los B-52. Si alguna de las unidades de la FANK se encuentra en peligro debido a acciones del enemigo, podemos reaccionar en forma local a fin de proporcionar el apoyo aéreo apropiado, claramente proporcionado a los requerimientos defensivos de las unidades sometidas a un ataque. Puede informar a Lon Nol que las actividades de la USAF en Camboya estarán relacionadas con su propuesta declaración, pero que el apoyo aéreo de los Estados Unidos será proporcionado, como es necesario, de acuerdo a las siguientes instrucciones JCS:

2. El jefe JCS acaba de enviar a CINCPAC, datos COMUSMACV, de acuerdo a las siguientes instrucciones:
3. Cítese: En el momento en que la FANK suspenda los operativos de ofensiva militar, cesarán todos los bombardeos TACAIR y B-52 de los Estados Unidos. Los RECCE, puente aéreo, MEDEVAC y otros operativos aéreos de los Estados Unidos que no se refieran a entrega de material bélico y similares, quedan permitidos.
4. Cítese: Cuando la situación así lo dictare, las fuerzas TACAIR y B-52 de los Estados Unidos estarán preparadas para atacar blancos designados en Camboya a fin de asistir a las fuerzas de FANK. A este fin se establecerá un procedimiento simple y rápido de solicitud, convalidación y ejecución entre el embajador de los Estados Unidos en Camboya y el MACV. En esencia, el embajador de los Estados Unidos tendrá la responsabilidad de recibir las solicitudes de apoyo aéreo de la GKR y el convalidar dichas solicitudes de acuerdo con las posibilidades y al tiempo disponibles. El embajador dará traslado de las solicitudes al MACV quien posee la autoridad necesaria para convalidar y dirigir los ataques aéreos de TACAIR o los B-52 de los Estados Unidos, de acuerdo a los dictados de la situación. Todos los ataques aéreos consumados bajo estas instrucciones estarán dirigidos a contrarrestar actos hostiles específicos contra GKR/FANK. La escolta de convoyes Mekong queda autorizada. Fin de la cita.
5. Se solicita a MACV que establezca los procedimientos arriba indicados a la brevedad posible y que informe al jefe JCS de los detalles convenidos.

ROGERS

Indicador B

Embajador Thomas O. Enders
Embajada Norteamericana
Ottawa. CANADA

Junio 22 de 1979

Estimado Tom:

Recientemente he tenido oportunidad de leer el libro de Shawcross. Por sus preguntas deduzco que presume que estoy enterado de mucho más que lo que en realidad sé. Apenas supe más que cualquier camboyano culto acerca de los bombardeos; por ejemplo, no estaba en absoluto enterado de las Reglas de Compromiso ni del hecho de que en la embajada existiera una comisión de objetivos presididas por usted.

(I) ¿Es exacta la narración que hace en su libro el señor Shawcross, en las páginas 270-272, acerca de los bombardeos?

Respuesta: Aún ahora sé demasiado poco para afirmar la exactitud de esas declaraciones. La aseveración de que sólo se utilizaron mapas en escala 1:50.000 resulta absurda, pero más allá de eso no estoy en condiciones de hacer ningún comentario.

(II) ¿Qué accidentes que hayan causado muertes de civiles llegaron a su conocimiento?

Respuesta: Cuando los raids de los B-52 comenzaron a bombardear las cercanías de Phnom Penh, los corresponsales de guerra extranjeros me dijeron que se habían enterado de la muerte de muchos civiles. Uno de ellos citó el caso de una mujer refugiada quien dijo que su marido había sido muerto *con sangre que le manaba de los ojos y los oídos* y, por su descripción, dedujimos que se trataba del ataque de un B-52. Se decía que otro tuvo lugar cerca de Kompong Speu, y otro más, que le fue mencionado a un periodista por un integrante de la Cruz Roja de Khmer. Después fui citado por In Tam, quien expresó que muchos civiles habían sido muertos por B-52 cerca de Skoun. Usted investigó la información y dijo que debía tratarse de ataques de TACAIR. Retrospectivamente, creo que es probable que dichos accidentes que involucraban a TACAIR, especialmente a la Fuerza Aérea de Khmer, pueden haber sido confundidos y atribuidos a los B-52 al repetir la narración, especialmente cuando el público tomó aguda conciencia de estos últimos. Quizás algunos de los informes que he mencionado anteriormente se refieran al mismo raid. Alrededor de esa época un radiograma procedente de nuestros puestos de frontera de Vietnam citaba las palabras de un refugiado camboyano que afirmaba que cientos de labriegos reclutados para trabajar en campos del enemigo habían sido muertos por aviones B-52. Yo pensaba en eso cuando le manifesté a Shawcross que la mayoría de las muertes de civiles sin duda se debían a que los comunistas reclutaban a labriegos para utilizarlos como changadores y obreros en zonas delimitadas como blancos legítimos. El decidió omitir este comentario. Otro incidente me fue informado por un funcionario del Partido Demócrata que se desempeñaba como profesor de matemáticas en la universidad. Este dijo que su tío, mayor del ejército de Sa'ang, cerca de Phnom Penh, le había mandado decir que varios cientos de labriegos, durante una procesión nocturna que los alejó a algunos kilómetros de ese pueblo para enterrar o incinerar a uno de sus bonzos favoritos que había muerto se internaron en una zona de bombardeo específico de los B-52 ("caja"). Según afirmaron, no realizaron la procesión a la luz del día por temor a que una columna como la que ellos formaban fuese una invitación para un ataque TACAIR. Yo le transmití a usted la información, y algunos días después el hecho fue mencionado en la prensa Khmer.

Alrededor de esta época, el único periódico Khmer que quedaba y que no había sido prohibido —un órgano del ejército— también publicó un editorial en el que condenaba los bombardeos de los B-52 y expresaba que sería más apropiado que nosotros bombardeáramos Vietnam del Norte en lugar de atacar a nuestro aliado camboyano. Creo que este editorial mencionaba algunas muertes de civiles o que implicaba que se habían producido.

Alrededor de esta época conocí a Liz Trotta, una periodista de televisión de la NBC bastante osada, en compañía de quien observé un día el bombardeo de TACAIR contra una unidad enemiga en retirada en la margen oriental del Mekong y procedentes de la península de Chrui Changwar. Refugiados en sampanes cargados de ropa de cama, muebles, bicicletas y hasta de animales de granja, se acercaban a nosotros desde la orilla opuesta, huyendo de los bombardeos o del enemigo, o de ambos a la vez.

Liz insistió en dirigirse a la ribera opuesta cuando un soldado Khmer nos informó que el terreno de alrededor de un kilómetro a partir de la orilla era seguro, y yo los acompañé, a ella y a su equipo de televisión. Seguimos a las tropas Khmer de la retaguardia en su lento y despreocupado avance hacia el sur y nos detuvimos para interrogar a algunos labriegos por intermedio de un maestro de escuela que hablaba francés. La señorita Trotta, habiendo oído el alboroto que se había armado acerca de la muerte de civiles, les preguntó si les podían citar casos específicos. Después de cierto palabrerío, citaron tres casos de muerte producidos por bombardeos en esa zona: un campesino que se había acercado demasiado a la línea de fuego para rescatar a su ganado extraviado, un bonzo y otro habitante del pueblo. La señorita Trotta pensó que éste era un número de víctimas bastante reducido e imposible de evitar, y no se tomó la molestia de informarlo. Cuando les preguntó a los campesinos si ellos se oponían a los bombardeos, éstos le respondieron que no les importaban, siempre que no se produjeran ataques al pueblo en que ellos vivían. Liz se sorprendió a tal punto que pensó que el maestro nos estaba transmitiendo un poco de propaganda gubernamental, pero cuando yo lo interrogué, me respondió con toda libertad que no le profesaba la menor simpatía a Lon Nol y tampoco a ninguno de los otros políticos.

(III) ¿Fueron causados por ataque de los B-52 o de TACAIR?

Respuesta: No poseo más información que la que ya le he suministrado en los párrafos anteriores.

(IV) En caso de ser provocados por los B-52, ¿fueron respetadas las Reglas de Compromiso? (¿Por ejemplo, que no se realizaran ataques a una distancia menor de un kilómetro de zonas habitadas?)

Respuesta: Hasta que me hizo esta pregunta, yo ignoraba cuáles eran las Reglas de Compromiso. En todo caso, ni busqué ni obtuve suficientes detalles sobre los *raids* para determinar este punto. Sin embargo, en el caso de la tragedia de Saiang, resulta claro que las Reglas de Compromiso fueron respetadas.

(V) ¿Estos accidentes fueron provocados o facilitados por el uso de mapas de varios años de antigüedad o por falta de cuidado de la embajada o de la Séptima Brigada Aérea?

Respuesta: No creo que los accidentes se hayan debido a mapas antiguos o a falta de cuidado. Creo que se debieron a factores que explicaré en respuesta a su pregunta (VII) que contestaré más adelante. Usted se refiere tan sólo a los ataques de los B-52 pero yo siento que, a fin de darle una información más completa, debo expresarle que conocía las Reglas de Compromiso para los ataques de TACAIR, acerca de cuyo tema sabía más, dado que eran más fáciles de observar.

Las conversaciones que tenían lugar en las reuniones de personal me convencieron de que poníamos el máximo empeño en evitar muertes de civiles en los bombardeos de TACAIR y supuse que idéntico cuidado se observaba con respecto a los *raids* de los B-52. En una ocasión, el general Cleland se quejó de que el enemigo tenía tanta confianza en que no bombardearíamos pueblos, que habían instalado cañones en algunos situados en las orillas del Mekong, para disparar contra nuestros convoyes. Recuerdo que yo sugerí que se arrojaran bombas de humo contra el viento en esas posiciones, a fin de cegarlos. Me replicó que eso ya había sido considerado por el *comando en jefe* y que la idea fue rechazada por impracticable, ya que obstruiría la navegación. Aunque eso quizás fuera así para ciertos acimut, no insistí con el tema pero, al bajar las escaleras, me encontré con el agregado naval que en ese momento subía. Le dije que *alguien* había sugerido el uso de bombas de humo. El contestó que le parecía una buena idea y que debía ser experimentada. Entonces le expresé que *alguien* la había objetado, alegando que enceguecería a los navegantes. El se burló de eso y me señaló que algunos días antes habían logrado que llegara un convoy en medio de la noche y sin luna. Le mencioné a Shawcross que el enemigo instalaba cañones en los pueblos, con la confianza de que no serían atacados, pero él decidió omitir también este dato.

Las reglas de compromiso fueron mencionadas en mi presencia en otra ocasión. Llegó un sacerdote jesuita, que se ocupaba de escribir discursos en la Casa Blanca, y se me encargó que lo atendiera. Este sacerdote estaba bastante interesado en los bombardeos y yo le pedí a uno de los asistentes del agregado aéreo que nos acompañara a tomar una copa, dado que yo no estaba en condiciones de contestar las preguntas del sacerdote. Este sometió a un severo interrogatorio al integrante de la fuerza aérea acerca de la forma en que se observaban las reglas del compromiso y hasta simuló ser un incendiario—declarando que en una guerra total no existen neutrales— a fin de conseguir que el asistente del agregado aéreo admitiera alguna contravención a las reglas. Sin embargo, este último insistió en que las violaciones deliberadas eran poco habituales y de menor importancia. Sólo llegó a admitir la posibilidad de que algún piloto que recibiera disparos de un grupo de chozas ubicadas levemente más cerca del poblado que lo que las reglas establecían, se hubiera permitido quizás extender su ataque en unos metros. El sacerdote le preguntó de qué tamaño sería ese grupo de chozas, y el asistente del agregado aéreo se negó a suministrarle el dato, alegando que se trataba de información que podía llegar a ser de gran utilidad para el enemigo.

(VI) ¿La cita que se le atribuye a usted es exacta? De ser así, ¿a quién le dijo esas frases, cuándo y en qué contexto?

Respuesta: Las citas son varias, pero presumo que se refiere a ésa en la que expresé: *comencé a recibir noticias de una matanza al por mayor...* etc. Creo que esto se lo dije a Shawcross, en mi casa en 1977. Pienso que él tergiversó levemente mis palabras. Al referirme al *raid* de Sa'ang, utilicé la expresión usada por mi informante al hablar de dicho *raid*: *c'était un véritable carnage*. Apparently Shawcross lo ha escrito en su libro de tal manera que produce la impresión de que dicha descripción se aplicaba a todos los *raids* de los que yo tenía noticias. El contexto fue simplemente

una narración de acontecimientos. Shawcross fue inexacto en varias otras citas: cuando yo dije que Lon Nol, en cuanto Washington distraía su atención en otra parte, reanudaba su dictadura con el habitual respaldo del ejército, Shawcross insertó entre paréntesis las palabras de los *Estados Unidos* a continuación de la palabra *ejército*, aunque yo me refería al Ejército *Khmer*. Si me hubiera referido al Ejército de los Estados Unidos habría utilizado la palabra *quiescencia*, aunque algunos puedan pensar que las amenazas del general Cleland de suspender la ayuda de los Estados Unidos, realizada ante oficiales que discutían la posibilidad de consumir un golpe de Estado contra Lon Nol, bien podía significar mucho más que eso. Shawcross también afirma que mis propuestas fueron rechazadas *desdeñosamente*. Yo no utilicé esa palabra y tampoco sentí que usted o Coby me trataran jamás con desdén. El general es asunto aparte. Shawcross también declara que algunos funcionarios de la sección política como *Bill Harben* no se sentían demasiado felices con su supuesta prosecución más vigorosa de la *doctrina Nixon*. No estoy seguro de lo que él quiere decir con eso. No recuerdo que la gente de mi sección abrigara tales sentimientos. En todo caso, yo encontraba que su enfoque más vigoroso constituía un cambio refrescante.

(VII) ¿Canceló usted una acción específica de los B-52, aplicada a Camboya Central porque llegó a la conclusión de que era imposible llevar a cabo bombardeos en ninguna parte sin que éstos produjeran muertes de civiles? ¿En la actualidad, es ése su punto de vista?

Respuesta: Así fue. No asistía a las reuniones informativas del agregado aéreo, pero los periodistas me dijeron que la embajada afirmaba que *ningún* civil había resultado muerto, y se burlaron de la idea. Convencido por motivos que explicaré más adelante, de que era imposible conducir un bombardeo de esas características sin infringir la muerte a *algunos* civiles, tuve la sensación de que quizás, una vez más, la embajada estuviera creando una *brecha de credibilidad*. Dejándome llevar por un impulso, decidí demostrarme a mí mismo lo fácil que le resultaba a la gente de afuera presentarnos como crueles y tontos. Traté de orientar la *caja* B-52, cortada en escala, sobre el mapa de mi oficina y cubrí, en todas las posiciones posibles, un pueblo de Camboya Central.

Pensé que debía dar parte a alguien de esto, pero cada vez que informaba acerca de la corrupción del ejército *Khmer* tenía un encontronazo con el general Cleland. Este hasta había insistido en que yo quemara un memorándum de Carney sobre sobornos en las líneas de vanguardia para la entrega de municiones de los Estados Unidos, aunque yo sentía que podía ser una violación de la Ley Federal que la sección política ocultara ese tipo de información que había llegado a sus manos. De manera que esquivé al militar y escribí un memorándum a Paul Gardner, ya que el título mismo de su sección *Militar Política* parecía implicar cierta responsabilidad.

Pero no fue sólo esa prueba con el mapa la que me convenció de que era inevitable que se produjeran algunas muertes de civiles. La mayor parte de mi carrera había estado dedicada a asuntos internacionales comunistas y pensé que si se producía un escándalo público acerca de las muertes de civiles, ellos se encargarían de probar que nosotros en realidad matábamos a civiles, a pesar de todos nuestros recaudos. Más aún, yo había recorrido bastante la zona rural de Java a principios de la década del '60, donde encontré misteriosas procesiones religiosas nocturnas que se internaban a buena distancia en la campiña. Al trepar montañas, me había topado con pequeños pueblos ocultos palmeras que no figuraban en mis mapas. Habitaban en lugares tan remotos y distantes de la vida nacional que ni siquiera sabían lo que era el dinero y caían al suelo cuando yo les pagaba los cocos. Pueblos como ésos habrían sido aniquilados por cualquier bombardeo de *alfombra* sobre zonas *deshabitadas*. En medio de una guerra, el problema es aún peor. La gente cuyos animales de tiro han sido requisados o cuyo arroz ha sido confiscado, se interna en la selva en busca de alimento. De noche se ocultan en lugares insólitos para evitar el reclutamiento del enemigo. Muchas veces aprovechan la oscuridad nocturna para huir hacia la seguridad de las líneas del gobierno. Algunos de los informes que recibíamos del lado contrario afirmaban que los comunistas obligaban a los habitantes de los pueblos a marchar hacia sus bases durante la noche para dirigirles arengas políticas. Ninguna fuerza aérea puede saber dónde se encuentra esa gente en un momento dado.

Por lo tanto, las muertes de civiles eran inevitables pero estoy seguro de que su número fue mucho menor que lo que afirman Shawcross y otros. De haber sido tan numerosas, los informes que yo recibía no habrían sido tan imprecisos. También resulta extraño que, aunque miles de habitantes

Khmer que en esa época vivían en zonas dominadas por el enemigo han huido en la actualidad a Tailandia y algunos hasta han llegado a Europa, Shawcross parece no haber hecho el menor esfuerzo por interrogarlos, aunque convirtió los efectos de los bombardeos que ellos sufrieron en tema principalísimo de este libro. Ni siquiera habló con So Satto, ex jefe de la Fuerza Aérea del Khmer, como yo le sugerí. Tampoco se puso en contacto con In Tam, quien diariamente hablaba con docenas de labriegos recién llegados del otro lado de las líneas. . . y con emisarios enemigos que discutían con él el tema de la desertión. (En realidad sospecho que el francés de Shawcross es demasiado pobre para permitirle realizar un trabajo exhaustivo.)

Shawcross afirma que en ese momento yo estaba *consternado*. No me afligían las muertes de civiles, que creo eran pocas e inevitables, sino el hecho de que fueran inútiles ante la inexistencia de medidas drásticas tendientes a eliminar la corrupción del Ejército Khmer, a organizar una fuerza de lucha eficaz, a asegurar el advenimiento al poder de Itam que era honesto y mucho más capaz y cuya popularidad permitía anticipar una perspectiva de victoria, como quedó demostrado con su triunfo electoral y sus contactos con enemigos desafectados. Cuando él me expuso su plan de ir comprando gradualmente el Rumdoh del Khmer con los rangos y sueldos del FANK, para así reducir poco a poco a los comunistas a una minoría y volver a aislarlos en los montes de los Cardamomos (Camboya), yo pensé que era factible, pero le pregunté de dónde sacaría el dinero necesario. Me contestó: *sus propias cifras, que han sido dadas a publicidad en Washington, afirman que Lon Nol y sus oficiales están robando los sueldos de una cantidad tan grande de hombres, que alcanzaría para comprar a todo el ejército insurgente; de allí pretendo sacar el dinero*. Eso habría requerido un fuerte apoyo de nuestra parte y yo no creía que el Congreso protestaría por fondos y equipos de los Estados Unidos que estaban siendo malversados.

Los bombardeos de los B-52 hasta aumentaron la corrupción. Cuando Cheng Heng le suplicó a Lon Nol que tomara medidas contra los oficiales corruptos, Nol le aconsejó que se calmara ya que *los B-52 norteamericanos están matando a miles de enemigos y la guerra finalizará muy pronto*.

Con respecto al aspecto moral de la muerte de civiles, por reducido que fuese su número, creo que éstas estuvieron justificadas por el intento de salvarlos de una matanza mucho peor a manos de los comunistas quienes han liquidado, en todos los países, a mucha más gente que la que accidentalmente fue muerta en Camboya. El bombardeo de campos de exterminio en Alemania se debate retrospectivamente en la actualidad. Se nos critica por no haberlos realizado. ¿Habría objetado Shawcross tales bombardeos con el argumento de que hubieran muerto *cientos* de no combatientes? En la invasión de Normandía, matamos a muchos civiles franceses. En Sicilia, hasta llegamos a bombardear a nuestras propias tropas. Durante la Segunda Guerra Mundial, el país del señor Shawcross trazó la política de tirar deliberadamente contra los civiles, y el autor de esa política llegó a ser par del Reino, mientras que nuestro país es posiblemente el único en el que en décadas recientes se han impuesto reglas estrictas de compromiso para evitar las muertes de civiles.

El asunto se repetirá, y cuando llegue ese momento, creo que debemos prestar más atención al problema de las relaciones públicas y la historia. Podríamos, por ejemplo, lanzar una lluvia de volantes sobre las zonas ocupadas por el enemigo; en los que les anunciáramos en líneas generales nuestras intenciones y previniéramos a los civiles que en horas de la noche evitaran las concentraciones de fuerzas militares enemigas, etc. A pesar de todo se producirán muertes de civiles, pero nosotros poseeremos evidencias claras de nuestra preocupación por su seguridad.

En un análisis retrospectivo, no le envidio el papel que le pidieron que desempeñara, pero estoy seguro de que lo llevó a cabo con la mayor humanidad posible. Nuestro nombramiento decía que *estábamos a disposición del presidente*. Si la prensa o el público considera que algunos de los resultados de nuestra obediencia fueron poco afortunados, creo que deberían fijar su atención en las fallas del sistema que *programa* dichos acontecimientos, en lugar de lanzarse a la persecución de villanos. En las circunstancias, cualquier embajada habría presentado más o menos el mismo elenco de personajes, haciendo, o dejándolo de hacer, idénticas cosas.

Sinceramente.
(firmado) Bill
W. N. Harben

Indicador C

Honorable Thomas Ostrom Enders
Embajador de los Estados Unidos de Norteamérica
100 Wellington Street
Ottawa, Ontario K1P 5T1

Estimado Tom:

He demorado mi respuesta hasta haber terminado de leer el libro de Shawcross que usted tuvo la amabilidad de enviarme. Más abajo incluyo mis comentarios a los cargos que él hace y las respuestas a sus preguntas.

Primero permítame decir que la descripción que él hace de los bombardeos de 1973, tildándolos de *indiscriminados*, es completamente contraria a la realidad de los hechos. En mi calidad de jefe de escuadrón en actividad sobre las playas de Normandía durante la Segunda Guerra Mundial, y habiendo operado más tarde contra blancos de apoyo de las fuerzas aliadas en el frente occidental, puedo asegurarle que poseo algunos fundamentos para juzgar la naturaleza de las actividades de bombardeo. Declaro con la mayor seguridad que la precisión, grado de control, validez de los objetivos atacados y profesionalismo de las tripulaciones que participaron en la campaña de Camboya en 1973, eran tan elevados o quizá más, que los de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, los de la campaña Rolling Thunder de 1965-68, o las campañas Linebacker realizadas durante 1972 en Vietnam del Norte y del Sur.

Hubo algunos accidentes, pero fueron sorprendentemente pocos considerando el peso del esfuerzo realizado (que el autor señala fue mucho mayor que el de la Segunda Guerra Mundial).

Cada uno de los accidentes de los que mi cuartel general tuvo noticias fue informado inmediatamente, y el peor de ellos fue el bombardeo realizado por error por los B-52 contra Neak Luong. Para aclarar las cosas, los B-52 sólo emplearon esa técnica de compensación en un puñado de misiones. Las balizas estaban allí principalmente para uso de los F-111. Estos últimos las utilizaron con éxito a lo largo de 1973, sin que se produjera un solo incidente. El equipo de esas aeronaves, por supuesto, era mucho mejor, ya que se trataba de aviones de fabricación muy posterior. Después de lo de Neak Luong los B-52 ya no utilizaron esa práctica, de manera que la afirmación del autor de que *el accidente inevitablemente puso sobre el tapete la cuestión de la frecuencia con que ocurrían tales errores en partes del país a las que nunca podrían llegar los periodistas*, es una especulación que no tiene fundamento alguno, lo mismo que tantas de sus descripciones de la campaña de bombardeos de 1973.

Virtualmente todos los bombardeos ejecutados por los B-52 fueron controlados con precisión por los sistemas de control de la séptima brigada aérea. Fueron conducidos al blanco por aviones exploradores F-4 LORAN, equipados con busca objetivos. Estos aviones exploradores poseían una exactitud demostrada y marcaban el blanco por medio de fotografías con una posibilidad de error confirmada de menos de 120 metros.

La elección de los objetivos era realizada por mi cuartel general, el grupo de apoyo de actividades de los Estados Unidos en Tailandia. El personal del cuartel general estaba compuesto por profesionales idóneos de todas las armas (Ejército, Armada, Infantería de Marina y Fuerza Aérea). Muchos de ellos habían estado conmigo en Vietnam cuando conduje el operativo Linebacker en 1972. Para 1973 habíamos desarrollado técnicas de ataque basadas principalmente en el reconocimiento y en el empleo de detectores sofisticados, tales como los infrarrojos (IR) y el radar de precisión (SLAR). Contábamos con fotografías tomadas al minuto en todas las zonas de Camboya en las que se realizaban los bombardeos. En todos los blancos de los B-52 se obtenían las coordenadas LORAN y éstas eran completamente independientes de la exactitud de los mapas. En todos los casos, realizamos los bombardeos con B-52 tomando como base las informaciones fotográficas o proporcionadas por los detectores. En todos los casos los objetivos eran cubiertos por reconocimientos, tanto antes como

después del ataque. En varias ocasiones rechazamos solicitudes de ataque del FANK porque nuestros reconocimientos demostraban que involucraban riesgos para la población civil que no estábamos dispuestos a correr.

Como usted recordará, en 1973 se nos acusó constantemente de atacar pueblos camboyanos. Salvo un número muy reducido de accidentes, no existió un solo caso en que pudiéramos verificar dichos cargos. Uno de los ejemplos más importantes tuvo lugar en junio o julio del '73, cuando Jerry Friedheim, el secretario ayudante de Defensa para Asuntos Públicos, me envió un mensaje en el que incluía el texto completo del artículo de un diario de la costa Este en el que se afirmaba que los B-52 habían destruido o dañado gravemente diez pueblos camboyanos, provocando la huida de sus habitantes. El reportero declaraba que había entrevistado personalmente a muchos de los habitantes de esos pueblos. Nombra a cada uno de los pueblos supuestamente involucrados. Friedheim deseaba obtener una respuesta inmediata a esos cargos. Yo despaché aviones de reconocimiento a cada pueblo y les ordené que tomaran fotografías de excelente calidad y a baja altura. En ningún caso obtuvimos la menor evidencia de que los B-52 hubieran arrojado bombas sobre ellos (la forma de los cráteres que éstas dejan es inconfundible). La mayoría de los pueblos prácticamente no mostraban ninguna clase de daños causados por la guerra. Algunos, cerca de la frontera de Vietnam, mostraban algunos daños causados por fuego de artillería o por bombas de 250 libras (que sólo dejaba caer la fuerza aérea de Vietnam del Sur; nosotros no las utilizábamos en absoluto). Aun en esos casos, los daños eran relativamente pequeños y generalmente estaban situados en las zonas limítrofes de los pueblos. Esta incontrovertible evidencia fotográfica fue inmediatamente despachada a Washington junto con un texto explicatorio completo. Nunca fue usado por OSD para refutar la historia porque (como se me informó después) *el incidente había muerto en la prensa y ellos no deseaban reavivarlo*. Me temo que las acusaciones del autor del libro se basan, en su mayor parte, en evidencia no verificada, como ésa.

Ahora, vayamos a sus preguntas específicas: ¿En qué oportunidades se utilizaron fotografías antes de definir los blancos? Respuesta: En el caso de los operativos con B-52, se utilizaron fotografías en todas las oportunidades. TACAIR, que se encontraba bajo control de la FAC (controles de vanguardia aérea) no necesitaban tales reconocimientos previos al ataque, pero las zonas de combate eran fotografiadas todos los días para obtener la ubicación precisa de las posiciones del enemigo y de las fuerzas amigas, y el FAC tenía acceso a estas fotografías.

—¿Cuántas veces fueron utilizadas? Respuesta: Contestado en mi respuesta a la pregunta anterior.

—¿Existe evidencia de que en los casos en que no se utilizaron fotografías ocurrieron accidentes, o que el riesgo de tales accidentes fue significativamente mayor? Respuesta: Como he indicado precedentemente, las fotografías sobre el blanco preciso no eran necesarias solamente en el caso TACAIR. Precisamente, la naturaleza del control FAC virtualmente imposibilitaba que se produjeran accidentes. No recuerdo que haya habido ningún accidente con TACAIR en todo el año 1973.

—¿Su asesoramiento fotográfico de vigilancia era adecuado a sus necesidades o se encontraba constreñido? Respuesta: Era completamente adecuado. Después de la conciliación de Vietnam, yo retuve en la Séptima Brigada Aérea asesoramiento RF-4 que, proporcionalmente, me brindaron una cobertura mucho mejor que la que tenía cuando operábamos a lo largo de todo el Sudeste de Asia.

—¿Cuál es su punto de vista con respecto a la suficiencia de los mapas que estaban a su disposición? ¿Podrían haberse preparado mapas actualizados? ¿Cuánto tiempo hubiera demandado hacerlo? Respuesta. Como indiqué precedentemente, nosotros confiábamos mucho más en las fotografías tomadas al minuto, en las coordenadas de precisión LORAN obtenidas de esas fotografías o, en el caso de los operativos con aviones F-111, en las técnicas de alta precisión de off-set, radar y balizas, que en los mapas. Los B-52 bombardeaban sin necesidad de usar mapas en absoluto. En el caso de TACAIR, los buenos mapas constituyen un asesoramiento y ayudan al FAC a encontrar el objetivo con rapidez, pero a partir de ese punto, los ojos del piloto además de las fotografías que éste tenía a su disposición, fijaban el blanco en sí. Todos los FAC tenían órdenes estrictas de evitar los pueblos y así lo hicieron, con notable profesionalismo. De manera que a pesar de que los mapas actualizados hubieran ayudado a los FAC a encontrar el blanco con mayor rapidez, no constituían un factor importante en el

bombardero en sí. La Agencia de Cartografía de Defensa respondió siempre a mis necesidades cartográficas y nos envió los mapas más actualizados que tenían a su alcance. Constantemente se ponían al día tomando como base nuestras fotografías. Sin embargo estaban atrasados en algunas zonas, como la de Camboya, pero dudo mucho que el proceso que supone la confección de mapas pudiera haberse acelerado mucho más.

Unos cuantos comentarios generales: sospecho que Shawcross había decidido el tema de su libro antes de reunir las evidencias y escribirlo. Por ejemplo, cuando hablé con él acerca de la campaña de bombardeos de 1977, le conté gran parte de las cosas que he comentado en esta carta. El decidió no utilizar para nada esa información. Aun en el caso de que no creyera en mis palabras, una presentación objetiva de los hechos lo habría obligado a incluirlas. Después de todo, yo era el comandante a cargo de los operativos de bombardeo y tenía acceso a datos mucho más sólidos que los rumores que le podían transmitir los periodistas.

Existe una amplia evidencia documentada de las operaciones aéreas sobre Camboya en 1972. Por ejemplo, mi propio informe verbal al Centro de Investigaciones Históricas de la Fuerza Aérea, en la Universidad Aérea de Maxwell AFB, Alabama, contiene una declaración completa sobre el incidente de los diez pueblos que ya le mencioné. Lamentablemente ese informe está clasificado como material secreto, pero estoy seguro de que si se hiciera un esfuerzo algunas partes podrían llegar a ser desclasificadas.

Lo que sí cita Shawcross es mi afirmación de que los bombardeos de 1973 salvaron a *Phnom Penh* al matar a 16.000 enemigos. Esto tiene un aspecto secundario interesante. Después del anuncio hecho por Washington de que debíamos suspender todos los bombardeos a partir del 15 de agosto de 1973, el enemigo lanzó una serie de ataques a fondo para capturar la ciudad, aunque les constaba que esa empresa les resultaría mucho más fácil después del 15 de agosto. ¿Por qué lo hicieron? Más tarde nos enteramos. Algunos integrantes de la inteligencia que fueron capturados nos revelaron que el Khmer Rojo había impartido órdenes directas a sus comandantes de la vanguardia de tomar la ciudad antes del mes de agosto de 1973, para poder probarle al mundo que eran capaces de humillar a los Estados Unidos. En una demostración de falta de sensibilidad y de indiferencia hacia la pérdida de vidas humanas, hicieron avanzar sus tropas en repetidos ataques, y dado que ya no podían utilizar el refugio de la jungla, sufrieron pérdidas inmensas por causa de los ataques aéreos. Esto debió habernos proporcionado una clave acerca de la manera en que ese régimen trataría a su propia gente una vez que se apoderaran del control. Diezmaron hasta tal punto la flor y nata de sus fuerzas, que después de la suspensión de los bombardeos no pudieron apoderarse finalmente de la ciudad hasta abril de 1975. Si nosotros nos hubiéramos mantenido firmes en nuestro apoyo al gobierno de Camboya y si les hubiéramos proporcionado el apoyo aéreo que necesitaban, hoy en día en lugar de estar en poder de Vietnam del Norte, el país estaría en manos no comunistas. La retirada de mi país de Vietnam y de Camboya no me enorgullece. Después de perder más de 50.000 vidas norteamericanas abandonamos la empresa, a pesar de haber hecho retroceder la ofensiva de Pascua en Vietnam. La Fuerza Aérea había aplicado una enorme presión sobre Hanoi mismo, llevándolos a aceptar condiciones que hubieran mantenido libre a Vietnam del Sur si las hubiésemos reforzado con una significativa amenaza de repetir esos bombardeos. Les dimos la espalda a nuestros amigos cuando ellos recurrieron a nosotros para que cumpliéramos las promesas que les hicimos en enero de 1973. Lo mismo sucedió en Camboya, donde habíamos roto la espina dorsal de las fuerzas del Khmer Rojo en 1973 y después les permitimos rehacerse para volver a atacar un año y medio más tarde, mientras nosotros les negábamos pertrechos a nuestros amigos. Watergate nos hacía sentir sus penetrantes efectos.

Un comentario final: Shawcross se ha tomado mucho trabajo para menoscabar el liderazgo en Camboya. A través de estrechos contactos personales, yo tuve oportunidad de conocer a todos los generales camboyanos clave. Habiendo trabajado con los militares de Vietnam del Sur y de Laos, creo que poseía una base de comparación válida. Considerando la limitación de sus medios y de su experiencia (dado que debido a la política de Sihanouk se encontraban reducidos a la categoría de una guardia palaciega) demostraron poseer notables cualidades. Del papel de comandantes de compañía que desempeñaban, se vieron obligados a transformarse en unos pocos meses en generales de división y más aún. Poseían la capacidad necesaria para vencer al enemigo y lo habrían hecho si nosotros no les hubiéramos jabonado el piso.

En Lon Nol, a quien conocí y con quien conversé en varias oportunidades, encontré a un hombre verdaderamente dedicado a la tarea de impedir que su país cayera en manos de los comunistas. Espero que los historiadores del futuro presenten el caso de la capacidad y el patriotismo de los líderes camboyanos mejor de lo que lo ha hecho Shawcross.

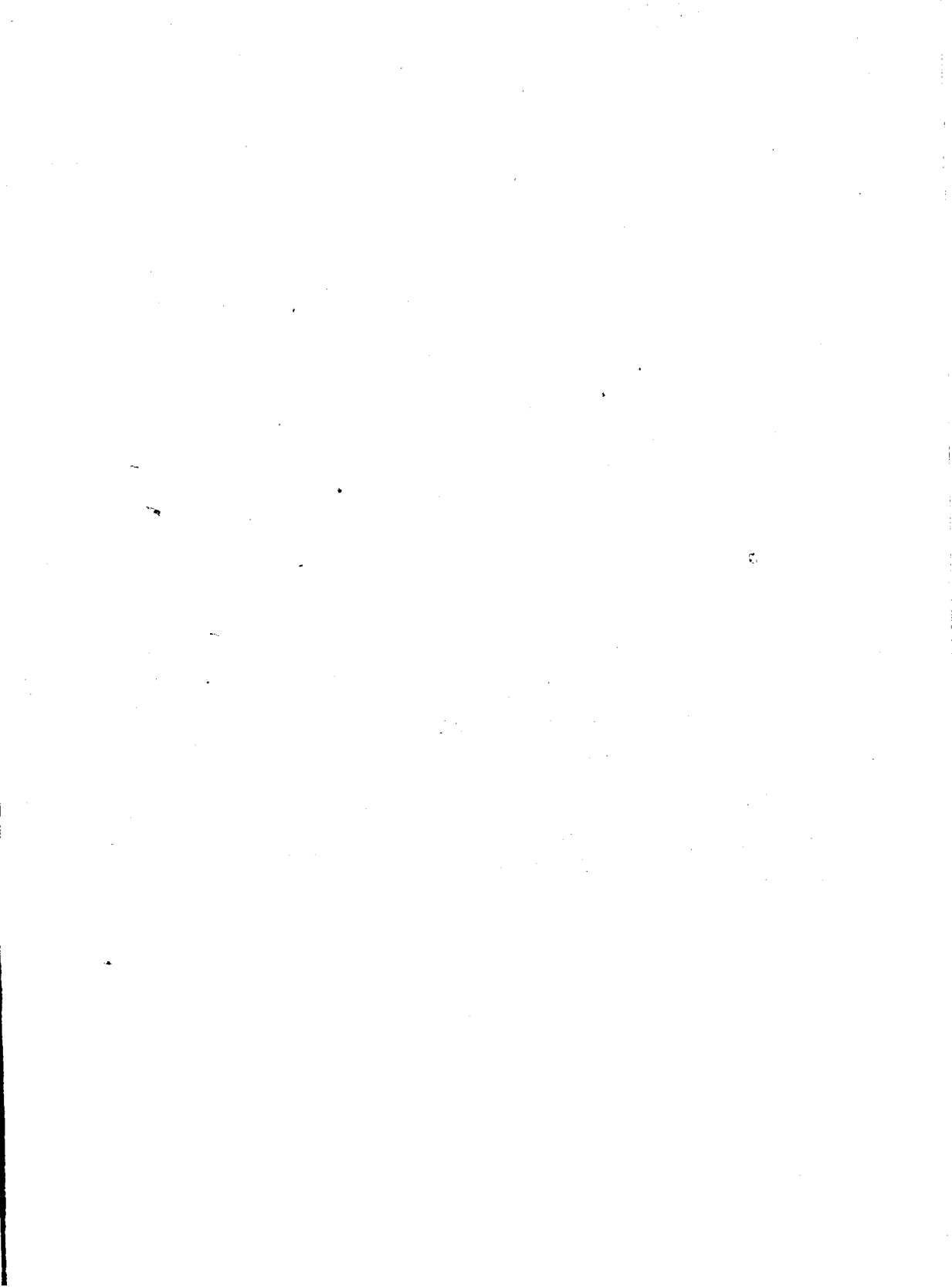
Le ruego que se sienta en libertad de utilizar cualquier parte o todo lo que le he expresado en la forma que le parezca necesario a fin de aclarar lo sucedido. La distorsión de la verdadera naturaleza de los acontecimientos de Camboya en que ha incurrido la prensa liberal, y en la que Shawcross obviamente ha tenido parte activa, debe ser enderezada.

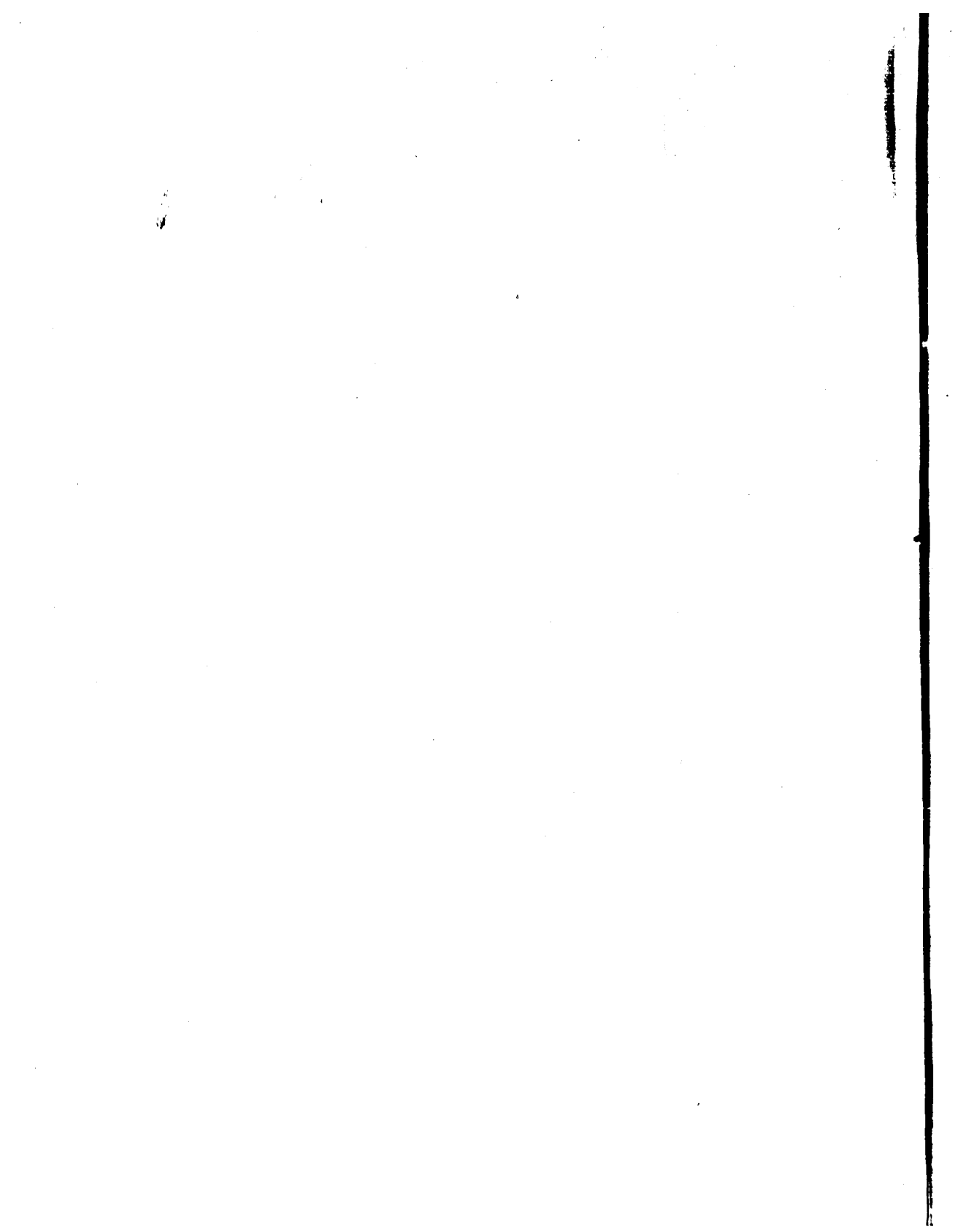
Con mis mejores deseos.

(firmado) John.

John W. Vogt

General USAF (Retirado)





NOTAS

Todas las notas que aluden a Henry Kissinger aparecen como *Mis Memorias* vol. I (Editado en español por Atlántida). Declaraciones públicas del presidente, del secretario de Estado y del ayudante del presidente para las cuestiones de Seguridad Nacional pueden, no siendo indicadas por otras fuentes, ser halladas en los Papeles Públicos de los presidentes de los Estados Unidos; compilación semanal de los Documentos Presidenciales y/o del Departamento del Boletín Estatal.

I

UN MOMENTO DE ESPERANZA

1. Ver H. R. Haldeman con Joseph Dimona: "The Ends of Power" (New York: New York Times Books, 1978). pág. 175-180. Ver también Capítulo X.
2. Ver *Mis Memorias* vol I, pág. 632-633, 813-814, 998-999. William Safire ha descrito sutilmente la forma en que la Casa Blanca gestionó el "problema Kissinger" en "Before the Fall": una visión interna de la Casa Blanca anterior a Watergate, parte III, cap. 5.
3. Safire, "Before the Fall", pág. 170.

II

UNA VISITA A HANOI

1. En un mensaje correspondiente al 20 de octubre de 1972 yo me referí nuevamente a *Le Duc* a pesar de las muchas promesas que él me había hecho en nuestras secretas reuniones:

— "Las cuestiones de la guerra en Vietnam y Camboya están estrechamente ligadas; cuando la guerra finalice en Vietnam, no habrá razón para que continúe en Camboya" (27 de setiembre);

— "Una vez que el problema de Vietnam se solucione, la cuestión de Camboya será probablemente aclarada, y el fin de la guerra vietnamita ocasionará tal impacto que quizá pondrá fin a la lucha en Camboya inmediatamente" (8 de octubre);

— "Gracias al entendimiento entre nosotros la R. D. V. (República Democrática de Vietnam) mantendrá el principio por el cual todas las fuerzas extranjeras, inclusive las suyas propias, deberán poner fin a sus actividades militares en Camboya, abandonando y no regresando a dicho estado" (26 de setiembre);

— "La R. D. V. ejercerá en Camboya los mismos principios que serán seguidos en Vietnam del Sur y Laos, los cuales consisten en refrenar la introducción de tropas, armamentos y material de guerra" (11 de octubre); y

— "Siendo el Acuerdo aceptado por 18 estados (luego 23), entran en vigor las obligaciones acordadas en el mismo el día de su firma" (11 de octubre).

2. Ver *Mis Memorias* vol. I, pág. 983-985.
3. La relevante sección del Art. 20 del Acuerdo de París es la siguiente:

(a) Las partes intervinientes en la Conferencia de París sobre Vietnam respetarán estrictamente los Acuerdos de Génova de 1954 y 1962 sobre Camboya y Laos respectivamente. Dichos acuerdos reconocen los derechos nacionales fundamentales de los pueblos de Camboya y Laos, así como también la independencia, soberanía, unidad e integridad territorial de estos países. Las partes respetarán la neutralidad de Laos y Camboya. Los participantes en la Conferencia de París sobre Vietnam aceptarán abstenerse del uso de los territorios de Camboya y/o de Laos, abusando de la soberanía y seguridad de estos u otros países.

(b) Los países extranjeros pondrán fin a todas las actividades militares en Camboya y en Laos, abandonando esta zona totalmente y refrenando la introducción en estos países de tropas, asesores militares y personal militar, armamentos, municiones y material de guerra.

4. A principios de 1973 Vietnam del Norte controlaba al Khmer Rojo a través de asesores militares, alguna ayuda de combate (particularmente la dotación de artillería pesada y lanchas torpederas), servicio de apoyo administrativo de retaguardia, transporte y otra asistencia logística, así como también equipo militar y provisiones. Testimonio de Dennis J. Doolin, vicesecretario adjunto de Defensa para los Asuntos de Seguridad Internacional, 6 de junio de 1973; en el Congreso de los Estados Unidos, Comité de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos. "Policy and Programs in Cambodia", Comité atendido con anterioridad al Sub-Comité de Asuntos Asiáticos y del Pacífico, 93. Congreso, 1ª Sección, pág. 85, 1973. Este testimonio fue ridiculizado por otros declarantes quienes dudaban del grado de asistencia de Vietnam del Norte al Khmer Rojo. Las recientes memorias del príncipe Sihanouk confirman, más allá de la duda, que la contribución del Departamento de Defensa era correcta. Ver Príncipe Norodom Sihanouk, "War and Hope": "The Case for Cambodia" (New York: Pantheon Books, 1980), pág. 14-15, 20, 24-27, 71-72.
5. Ver *Mis Memorias*, vol. I, pág. 970-971.
6. *Ibid*, pág. 801-805.
7. Ver los principios recopilados en "The Prestige Press and the Christmas Bombing", Martin F. Herz, 1972: "Images and Reality in Vietnam" (Washington: Etica y Centro de Política Pública, 1980), pág. 54-60; y por Guenter Lewy, "America in Vietnam" (New York: Oxford University Press, 1978), pág. 413-414. Ver también *Mis Memorias* vol. I, pág. 998.
8. Harrison E. Salisbury, "Hanoi Premier Tells View; Some in U.S. Detect a Shift" (New York Times, 4 de enero de 1967). Ver también Harrison E. Salisbury, "Behind the Lines": Hanoi (New York: Harper and Row, 1967), Capítulo XVIII.
9. Ver *Mis Memorias*, vol. I, pág. 761-948.
10. Ver parte inferior de la nota 3.
11. Sihanouk, "War and Hope", pág. 21-23, 64-65. Es corroborado también por un documento de Khmer Rojo de 1978, Democratic Kampuchea, "The Black Book": "Facts and Proofs of Vietnam's Acts of Aggression and Annexation against Kampuchea" (Phnom Penh: Setiembre de 1978), Capítulo V, segunda sección (b).

III

CHINA: OTRO PASO HACIA ADELANTE

1. *Mis Memorias* vol I, pág. 520, 747-748.
2. Ross Terrill, Mao: "A Biography" (New York: Harper and Row, 1978) pág. 372.

IV

EL GRAN IMPACTO DE WATERGATE

1. Henry Kissinger, "The Viet Nam Negotiations", Asuntos Externos 47, número 2 (enero de 1969): pág. 211-234.
2. Ver *Mis Memorias* vol. I, pág. 188-189.
3. Ver William Safire "Before the Fall": Una visión interna de la Casa Blanca antes de Watergate (Garden City, N.Y.: Doubleday and Co., 1975) Parte III, Capítulo 5.
4. Acerca del rígido sistema del presidente Johnson, ver Bill Gulley con Mary Ellen Reese en: "Breaking Cover" (New York: Simon and Schuster, 1978) pág. 77-85. Sobre el presidente Ken-

- nedy, ver William F. Buckley, Jr. "Observations on Presidential Tapes" Washington Star-News, 26 de julio de 1973; Richard Nixon: "The Memories of Richard Nixon" (New York: Grosset and Dunlap, 1978) pág. 501; Victor Lasky: "It didn't start with Watergate" (New York: Dial Press, 1977) pág. 357.
5. H. R. Haldeman con Joseph DiMona: "The Ends of Power" (New York: New York Times Books, 1978), Libro VI.
 6. Ver la planificación de la operación de Laos de 1971 en *Mis Memorias* vol. I, pág. 682-686.
 7. *Ibid.* pág. 812-813.
 8. *Ibid.* pág. 186-187.
 9. Ver Robert Dallek: "Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy", 1932-1945 (New York: Oxford University Press, 1979), pág. 224-226, 289-290, 313, 334-336; Safire "Before the Fall", pág. 166; Lasky "It didn't start with Watergate", pág. 161-172, 195-221; El Congreso de los Estados Unidos, el Senado, y el Selecto Comité de Estudio de las Operaciones Gubernamentales con respecto a las Actividades de Inteligencia, "Final report, Libro III, Supplementary Detailed Staff Reports on Intelligence Activities and the Rights of American, 94 Congreso, segunda sesión, 23 de abril de 1976", Warrantless FBI electronic Surveillance", pág. 271-351.
 10. Ver el testimonio del procurador general William B. Saxbe, ante el Comité Directivo de Relaciones Exteriores, 10 de julio de 1974 en el Congreso de los Estados Unidos, Senado, Comité de Relaciones Exteriores, "Hearings on the Role of Dr. Henry A. Kissinger in the Wiretapping of Certain Government Officials and Newsmen", 93 Cong. segunda sesión, setiembre de 1974, pág. 58-59.
 11. Ver especialmente el testimonio del ex secretario de Estado Dean Rusk ante el Comité Directivo de Relaciones Exteriores, el 23 de julio de 1974, ídem pág. 224-241.
 12. Ver *Mis Memorias*, vol I, pág. 186.
 13. Safire "Before the Fall", pág. 364.
 14. Chalmers M. Roberts: "Foreign Policy under a paralyzed Presidency", Asuntos exteriores 52, número 4 (julio de 1974): pág. 675.

V

EL AÑO DE EUROPA

1. James Reston: "Pompidou Favors U.S., Europe Talks" (*New York Times*, 14 de diciembre de 1972).
2. *Mis Memorias*, vol. I, pág. 647-654.
3. Ver "Dr. Kissinger and Europe", editorial del Washington Post, 25 de abril de 1973.
4. *Idem*, comparar los editoriales del New York Times (25 de abril de 1973), Christian Science Monitor (26 de abril de 1973), y del *Washington Star-News* (27 de abril de 1973).
5. *Mis Memorias*, vol. I, pág. 654-662.

VI

EL MEDIO ORIENTE EN EBULLICION

1. Entrevista de Nixon con Garnett D. Horner, 5 de noviembre de 1972, Washington Star, 9 de noviembre de 1972; entrevista de Rogers con Henry Trehwhitt, 5 de noviembre de 1972.
2. Evans y Novak en el Washington Post, 1º de febrero de 1973; editorial del New York Times, 3 de febrero de 1973; editorial del Baltimore Sun, 6 de febrero de 1973; editorial del Washington Post, 8 de febrero de 1973.
3. Ver *Mis Memorias*, vol. I, Capítulo XXX.
4. Ver William Safire: "Before the Fall": una visión interna de la Casa Blanca antes de Watergate (Garden City, New York: Doubleday and Co., 1975), Parte VIII, Capítulo 3, "Nixon and the Jews", para un cuidadoso estudio del tema.
5. Ver Anwar el-Sadat: "In Search of Identity", autobiografía (New York: Harper and Row, 1977), pág. 220.
6. Ver *Mis Memorias* vol. I, pág. 855-856, y notas 3 y 4 pág. 1029 (Cap. XVIII).
7. Ver Sadat, "In Search of Identity", pág. 228-231; *Mis Memorias*, vol. I, pág. 888-890.
8. Ver *New York Times*, 29 y 30 de enero y 1º de febrero de 1973.

9. Yo había planteado esta opinión sobre los israelíes en 1972. Ver *Mis Memorias* vol. I, pág. 884.
10. Ver William Beecher: "Israelis will buy more jets in U. S., totalput al 48", *New York Times*, 14 de marzo de 1973.
11. "The Battle is Now Inevitable", entrevista de Sadat con Arnaud de Borchgrave, *Newsweek*, 9 de abril de 1973, pág. 44-46.

VII

DETENTE: DE ZAVIDOVO A SAN CLEMENTE

1. Ver Maurice J. Goldbloom, "Nixon so Far", comentario (marzo de 1970) pág. 30-31; Norman Podhoretz "A Note on Vietnamization", comentario (mayo de 1971), pág. 9.
2. Ver Norman Podhoretz: "The Present Danger", comentario (marzo de 1980), pág. 31-32.
3. Ver Norman Podhoretz: "The Future Danger", comentario (abril de 1981) pág. 32.
4. Ver *Mis Memorias*, vol. I, pág. 55-61, 102-103, 859-862.
5. Ver James Burham: "The Straggle for the World" (Cornwall, N. Y.: John Day Co., 1947); Daniel P. Moynihan: "The Politics of Human Rights", comentario (agosto de 1977); Podhoretz: "The Future Danger".
6. Para un análisis brillante ver de Raymond Aron: "In Defense of Decadent Europe" (South Bend, Ind.: encounter 49, números 3 y 4, setiembre y octubre de 1977).
7. Ver *Mis Memorias*, vol. I, pág. 117-120.
8. *Ibid*, pág. 870-871.
9. Congreso de los Estados Unidos, Comité de Asuntos Exteriores, "Tension and Decadente": Perspectivas del Congreso sobre las Relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos: Crónica de la Misión de Estudio a la Unión Soviética, 93 Congreso, primera sesión, abril de 1973, pág. 11.
10. La declaración soviética sobre las pérdidas de contribuciones, aprobadas por Dobrynin el 16 de abril de 1973, era la siguiente:

COMUNICADO OFICIAL DEL GOBIERNO SOVIETICO

Son consideradas solicitudes de ciudadanos soviéticos, que deseen abandonar la URSS para establecerse permanentemente en otros países. Las decisiones concernientes a estos requerimientos son formuladas sobre una base individual, tomando consideración de circunstancias concretas. Estos pedidos son aceptados como regla. Por ejemplo, de un grupo de personas que en 1972 había expresado el deseo de dirigirse a Israel, recibieron su respectiva autorización el 95,5% de ellas. Una aproximación similar será mantenida en el futuro (debe ser notado que más de 2.000 personas de las que recibieron en 1972 dicha autorización para dirigirse a Israel, de hecho no hicieron uso de tal permiso).

Considerando la restitución de las expensas educacionales estatales por ciudadanos soviéticos que se dirigen hacia residencias permanentes en otros países, así como también el Decreto del Presidium de la Suprema Corte de la URSS, del 3 de agosto de 1972, y una decisión tomada en acuerdo con esto por el Consejo de Ministros de la URSS, se otorgó a los ciudadanos soviéticos, que habían recibido permiso de emigrar, la eximición total del pago de las expensas mencionadas arriba. Por lo tanto, las autoridades soviéticas, en consideración a los requerimientos de emigración de los ciudadanos de su Estado, tienen el derecho de decidir qué únicos deberes estatales, normales en estos casos, deben ser requeridos a dichas personas. Las autoridades se guían ahora por este derecho. Consecuentemente sólo estos regulares e insignificantes deberes, los cuales fueron compaginados antes del Decreto del 3 de agosto de 1972, están siendo recolectados; y serán requeridos a aquellas personas que están abandonando la Unión Soviética para establecerse en el extranjero.

No es necesario decir que, si bien esto se cumple en otros Estados, hay casos en la Unión Soviética donde se niega a los ciudadanos el permiso de dirigirse al exterior por razones de seguridad nacional.

En respuesta a ciertas preguntas suplementarias, el gobierno soviético suministró la siguiente información:

- a. La declaración anterior será considerada de carácter oficial.

b. En la declaración, la frase que expresa que "todos estos regulares e insignificantes deberes —los cuales fueron compaginados antes del Decreto del 3 de agosto de 1972— están siendo recolectados y lo seguirán siendo", no está ligada a ningún tiempo límite, y cualquiera interpretación que indicara la existencia de tal limitación no correspondería a la posición del gobierno soviético.

c. La eximición del pago de las expensas educacionales del Estado, está siendo otorgada sobre la base de los términos del Decreto del 3 de agosto de 1972, por sí mismos y por una decisión subsecuente tomada en acuerdo a dicho decreto por el Consejo de Ministros de la URSS. Desde el punto de vista soviético, esta situación evita la necesidad de suspender o anular el Decreto del 3 de agosto de 1972.

d. El presidente y los miembros de la administración son libres de transmitir al Congreso los contenidos de la declaración soviética, así como también este último punto aclaratorio adicional.

11. Para un examen detallado de estos y otros aspectos de SALT I, ver *Mis Memorias*, vol. I, especialmente el Capítulo XXVIII.
12. *Ibid*, pág. 775-776.
13. Comparar la Postura de la Declaración de MacNamara del 24 de febrero de 1965, con la de Clark Clifford del 22 de enero de 1968, pág. 94.
14. Ver *Mis Memorias*, vol. I, pág. 790-858.
15. El texto final firmado en Washington el 22 de junio de 1973, es el siguiente:

**ACUERDO ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA
Y LA UNION DE LAS REPUBLICAS SOCIALISTAS SOVIETICAS
SOBRE LA PREVENCION DE LA GUERRA NUCLEAR**

En lo sucesivo, se aludirá a los Estados Unidos de América y a la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas como "las partes", guiadas por los objetivos de consolidación de la paz mundial y de la seguridad internacional,

Conscientes de que una guerra nuclear podría tener consecuencias devastadoras para la humanidad,

Partiendo del deseo de reducir y finalmente eliminar, en cualquier lugar del mundo las condiciones propias de un estallido de guerra nuclear,

Partiendo de nuestras obligaciones bajo el Estatuto de los Estados Unidos, que considera el mantenimiento de la paz, reprimiendo el tratado o uso de la fuerza y evitando la guerra, en conformidad con los acuerdos a los cuales ambas partes se han suscripto,

Partiendo de los "Principios Básicos de Relaciones" de los Estados Unidos de América y de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, firmados en Moscú el 29 de marzo de 1972,

Reafirmando que el desarrollo de las relaciones entre los Estados Unidos de América y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas no están dirigidas contra otras naciones ni contra sus intereses,

Han acordado lo siguiente:

ARTICULO I

Los Estados Unidos y la Unión Soviética acuerdan que el objetivo de sus políticas es eliminar el peligro de guerra nuclear y el uso de armas nucleares.

Por consiguiente, las partes acuerdan que no actuarán de dicha manera previniendo el desarrollo de situaciones capaces de ocasionar una peligrosa exacerbación de sus relaciones, así como para evitar confrontaciones militares, y para excluir el estallido de una guerra nuclear entre ellas y entre alguna de las partes y otros países.

ARTICULO II

En acuerdo con el Artículo I y con la comprensión del objetivo establecido en el mismo, ambas naciones parten de la premisa que cada una de ellas se abstendrá del uso o tratado de la fuerza contra la otra, contra los aliados de la otra parte, y contra otras naciones, en circunstancias que puedan hacer peligrar la paz y seguridad internacional. Las partes acuerdan que serán guiadas por estas consideraciones en la formulación de sus políticas externas y en sus actos en el campo de las relaciones exteriores.

ARTICULO III

Las partes se comprometen a desarrollar sus relaciones, entre ellas y con las otras naciones, siguiendo los propósitos establecidos en este Acuerdo.

ARTICULO IV

Si en algún momento las relaciones entre las partes o entre cualquiera de ellas y otras naciones parecieran implicar el riesgo de un conflicto nuclear, o si las relaciones entre otros países que no intervienen en este Acuerdo indicaran el riesgo de una guerra nuclear entre los Estados Unidos de América y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, o entre alguna de las Partes y otros países; tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética, actuando de conformidad con lo estipulado en este Acuerdo, deberán entrar inmediatamente en urgentes consultas con cada parte, así como realizar todos los esfuerzos posibles para eliminar dicho riesgo.

ARTICULO V

Cada parte será libre de informar al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, al Secretario General de las Naciones Unidas y a los gobiernos de los aliados u otras naciones, del progreso y resultado de las consultas iniciadas en cumplimiento del Artículo IV de este Acuerdo.

ARTICULO VI

Nada en este Artículo afectará o dañará:

- (a) el inherente derecho individual y de propia defensa colectiva como se considera en el Artículo 51 del Estatuto de las Naciones Unidas.
- (b) lo estipulado en el Estatuto de las Naciones Unidas, incluyendo aquellos aspectos concernientes al mantenimiento o restauración de la paz y seguridad internacional, y
- (c) las obligaciones contraídas por ambas partes hacia sus aliados u otras naciones, en tratados, acuerdos y otros documentos pertinentes.

ARTICULO VII

Este Acuerdo tendrá duración ilimitada.

ARTICULO VIII

Este Acuerdo entrará en vigencia en el momento de su firma.

Realizado en Washington, el 22 de junio de 1973, en dos copias; una en inglés y la otra en la lengua rusa, siendo ambos textos igualmente auténticos.

**POR LOS ESTADOS UNIDOS
DE AMERICA**

(Firmado) Richard Nixon
Presidente de los
Estados Unidos de América

**POR LA UNION DE LAS REPUBLICAS
SOCIALISTAS SOVIETICAS**

(Firmado) L. Brezhnev
Secretario General del
Comité Central (CPSU)

16. Ver *Mis Memorias*, vol. I, pág. 838-843. Richard Nixon, R. N.: "The Memoirs of Richard Nixon" (New York: Grosset and Dunlap, 1978), pág. 613-614.
17. El comunicado supremo de la sección del Medio Oriente, de los Estados Unidos y la Unión Soviética, establece lo siguiente:

Las partes expresaron su profunda preocupación por la situación del Medio Oriente y cambiaron opiniones, considerando la forma de realizar un convenio.

Cada una de las partes establece públicamente su posición frente a este problema.

Ambas partes acuerdan concentrar sus esfuerzos para gestionar una rápida solución al problema del Medio Oriente. Este convenio deberá estar de acuerdo con los intereses de los Estados del área, conforme con sus independencias y soberanías, recibiendo su correspondiente atención los intereses legítimos de los palestinos.

VIII

INDOCHINA: EL PRINCIPIO DEL FIN

1. Ver Capítulo II, nota 11.
2. Ver Capítulo II, nota 4.
3. Ver Spencer Rich, "No Legal Bar Is Found To Resuming Warfare", *Washington Post*, 9 de abril de 1973. El memorándum del secretario Roger sobre la legalidad de las operaciones aéreas se encuentra en la parte inferior de la nota 21.
4. Ver McGeorge Bundy, "Vietnam, Watergate and Presidential Powers", *Asuntos Exteriores* 58, número 2 (invierno de 1979-1980): pág. 397-407.
5. Las confidencias que el presidente Kennedy hizo en privado al presidente de Paquistán están registradas en *Mis Memorias*, vol. I, pág. 617 y nota 7 de la página 1025. En 1963, el presidente Kennedy remitió varios mensajes al soberano príncipe Faisal de Arabia Saudita, en los que prometía el envío de fuerzas militares norteamericanas en ayuda de Arabia Saudita contra las fuerzas egipcias de Nasser durante la crisis de Yemen. Ver Christopher J. McMullen, "Resolution of the Yemen Crisis", 1963: un caso de estudio en mediación (Washington: Instituto para el Estudio de la Diplomacia, Georgetown University, 1980), pág. 9-10, 13, 20.
6. Entre las tantas declaraciones públicas dadas por los Estados Unidos en cumplimiento del Acuerdo de París, figuran las siguientes:

Discurso del presidente Nixon a la Nación (23 de enero de 1973):

Se debe adherir escrupulosamente a los términos del Acuerdo. Nosotros haremos todo lo que el Acuerdo nos exija, y esperamos que las otras partes realicen todo aquello que se requiera de cada una. Nosotros también esperamos que otras naciones interesadas ayuden a asegurar el cumplimiento del Acuerdo y el mantenimiento de la paz.

Conferencia de Prensa ofrecida por el Dr. Kissinger (24 de enero de 1973):

PREGUNTA: ¿Si un tratado de paz es violado y si el ICC resulta inefectivo, serían enviadas, en tal caso, tropas norteamericanas a Vietnam?

KISSINGER: No quiero hacer especulaciones sobre situaciones hipotéticas a las cuales no esperamos arribar.

Vicesecretario adjunto William Sullivan, en el encuentro de prensa de la NBC-TV (28 de enero de 1973):

PREGUNTA: Señor embajador, hoy hay también informes de Saigón que dicen que los Estados Unidos han dado aseveraciones oficiales y privadas de que nuevamente interveniríamos militarmente si Hanoi cometiera violaciones serias. ¿Exactamente cuál es nuestro compromiso? ¿Qué haríamos nosotros si se quebrase la paz?

SULLIVAN: Yo no voy a especular sobre eso, señor Rosenfeld. Pienso que usted ha visto las declaraciones del Dr. Kissinger en lo que concierne al método por el cual el acuerdo ha estipulado los requerimientos para ser efectivizado. No hay inhibición entre nosotros, pero no vamos a discutir cualquier pregunta hipotética en este momento acerca de cómo se presentarán situaciones futuras.

Entrevista al Dr. Kissinger en la CBS News con Marvin Kalb (1º de febrero de 1973):

KALB: Dr. Kissinger, estuve tratando de comprender lo que sucede, y supongo que este interrogante debe ser propuesto. En el mejor de los mundos posibles el cese de fuego podría ser mantenido; en el mundo donde nosotros vivimos, probablemente no. El presidente Thieu dijo anoche en una entrevista en la NBC que él nunca requeriría el regreso del poder aéreo americano. Creo que ésas fueron sus palabras sobre el uso de dicho poder aéreo. ¿Es esto correcto?

KISSINGER: Esto es legalmente correcto.

KALB: ¿Política y diplomáticamente?

KISSINGER: Nosotros tenemos el derecho de decir esto. La pregunta es muy difícil de responder teóricamente. Depende del grado de desafío, la naturaleza de la amenaza, las circunstancias en las cuales se origina, y sería extremadamente imprudente para un responsable oficial norteamericano, de tal jerarquía, dar una nómina de lo que los Estados Unidos harían o dejarían de hacer en toda circunstancia probable de acontecer.

Para el futuro nosotros podemos predecir que Vietnam del Norte no está en una posición capaz de enviar un ataque destructivo hacia el Sur, aún si ellos violasen este Acuerdo. Lo que

pase en un año o dos, tendrá que ser visto, desde las circunstancias que se presenten entonces.

Muchas de las violaciones que ahora uno pronosticaría, podrían ser manejadas por Vietnam del Sur.

KALB: Entonces dentro de un año o dos, si lo entendí correctamente, no habría necesidad de una nueva involucración del poder militar norteamericano. . .

KISSINGER: Marvin, nosotros no acabamos una guerra en busca de una excusa para volver a entrar en ella, pero en este momento sería irresponsable de nuestra parte dar una precisa nómina del potencial de los agresores sobre lo que pueden o no hacer con certeza.

Conferencia de Prensa del presidente Nixon (15 de marzo de 1973):

Yo sólo sugeriré lo siguiente: nosotros hemos informado a Vietnam del Norte nuestra preocupación por esta infiltración y de lo que creemos que es una violación al cese del fuego, a esto y al Acuerdo de paz. Nuestra preocupación ha sido expresada también a otras partes interesadas: y yo sólo sugeriría, basado en mis acciones de los pasados cuatro años, que Vietnam del Norte no debería desestimar a la ligera dichas expresiones de preocupación, cuando ellos fueron considerados por un caso de violación. Esto es todo lo que diré sobre el tema.

William Porter bajo la Secretaría de Asuntos Políticos, discurso en Grand Rapids (21 de marzo de 1973):

El presidente Nixon ha aclarado nuestra preocupación sobre la infiltración hecha por Vietnam del Norte, de grandes cantidades de equipo en Vietnam del Sur. Si continuase esta infiltración, podría llevar a serias consecuencias. Vietnam del Norte no debería desestimar imprudentemente nuestras expresiones de preocupación.

Discurso del presidente Nixon a la Nación (29 de marzo de 1973):

Existen algunas áreas en problemas. Lo estipulado en el Acuerdo requiere un informe sobre todo lo perdido en acción en Indochina, lo establecido con respecto a Laos y Camboya y lo estipulado prohibiendo infiltraciones de Vietnam del Norte a Vietnam del Sur. Los líderes de Vietnam del Norte no deberían tener dudas sobre las consecuencias si ellos dejan de obedecer al Acuerdo.

El secretario de Defensa Richardson, en un encuentro de prensa en la NBC (1º de abril de 1973):

RON NESSEN: Señor secretario: ¿podría decir usted que los Estados Unidos nunca más volverán a enviar fuerzas militares a Indochina, bajo cualquier circunstancia?

RICHARDSON: No, yo no puedo dar una aseveración categórica; obviamente el futuro traerá posibles revelaciones que son impredecibles ahora. Pero ciertamente, nosotros tenemos muchas esperanzas de que esto no sea necesario.

NESSEN: ¿Y si yo le hiciese una pregunta acerca del mismo tema sobre si los Estados Unidos nunca volverían a bombardear en Vietnam del Norte o del Sur, su respuesta sería la misma?

RICHARDSON: Sí, pero por supuesto tenemos esperanza y expectativa con referencia a que los Acuerdos de cese de fuego sean observados.

NESSEN: El presidente Nixon ha advertido varias veces a Vietnam del Norte que no debería haber dudas sobre las consecuencias si se viola el cese de fuego. ¿Qué significa esto? ¿Cuáles son las consecuencias?

RICHARDSON: Eso es algo que obviamente no se puede revelar antes, señor Nessen.

El Secretario de Defensa Richardson al Comité del Senado de Servicios Armados (2 de abril de 1973):

PREGUNTA: ¿Hoy hay informes de Vietnam del Sur en los cuales el presidente Thieu dice que Vietnam del Sur y los Estados Unidos firmaron un acuerdo por el cual, si hay una ofensiva o si los de Vietnam del Norte intentan entrar en su país los Estados Unidos enviarían nuevamente sus aviones y su asistencia aérea? ¿Hemos hecho nosotros tal promesa?

RICHARDSON: Esta es una pregunta de muchas posibles contingencias. Yo no querría tratar de amplificar o substraer cualquier cosa que él haya dicho. . .

Nosotros, por supuesto, continuamos adheridos a la proposición de los acuerdos de cese de fuego; ya que no sólo los hemos firmado sino que nuestro objetivo, como los deseos de todas las partes, es asegurar su efectivización tanto tiempo como sea posible. . .

Nuestro trabajo consiste en reforzar las consideraciones para que, como confiamos, los guíen a poner en práctica dicho Acuerdo.

Si el presidente tuviese el poder constitucional para continuar la guerra mientras se está tratando de ponerle fin nosotros pensamos que es una natural expresión esto de decir que él posee también el poder constitucional para llevar cualquier gestión incidental, que es ahora requerida para asegurar el cumplimiento de los acuerdos de cese el fuego.

Comunicado de los Estados Unidos al gobierno de Vietnam del Norte (San Clemente), 3 de abril de 1973:

Ambos presidentes, mientras se conocen los progresos que se realizan en relación a convenios militares y políticos en Vietnam del Sur, observan con gran preocupación la infiltración de hombres y armas en número considerable desde Vietnam del Norte hacia Vietnam del Sur. En violación de los acuerdos sobre el fin de la guerra. Y considerando que dichas acciones, las cuales podrían amenazar las bases del Acuerdo, requerirían, apropiadamente, acciones vigorosas. Ellos expresaron que su convicción sobre todo lo estipulado en el Acuerdo incluyendo, en particular, todo lo concerniente a las fuerzas militares y a la ayuda militar, debe ser fielmente implementado si se quiere preservar el cese de fuego, y si se desea asegurar los prospectos sobre un convenio de paz. En relación a esto, el presidente Nixon estableció que los Estados Unidos observan las violaciones a cualquier estipulación de este Acuerdo con importante y continua preocupación.

Secretario de Defensa Elliot Richardson, entrevistado con el periodismo previa a su aparición ante la Cámara de Presupuesto del Subcomité de Defensa (3 de abril de 1973):

PREGUNTA: Señor secretario, ¿bajo qué condiciones deberíamos nosotros comenzar a bombardear en apoyo de Vietnam del Sur?

RICHARDSON: Esta podría ser una de esas preguntas imposible de responder en términos generales. Nosotros sólo podemos ver con esperanza cómo se desarrolla y cómo se desarrollará completa e integra la implementación de los acuerdos de cese de fuego.

PREGUNTA: ¿Pero es posible que nosotros tengamos que bombardear en Vietnam del Norte o en ayuda de las fuerzas de Vietnam del Sur nuevamente?

RICHARDSON: Eso es algo que, ciertamente, nosotros no podemos develar en este momento.

Conferencia de prensa del Dr. Kissinger (2 de mayo de 1973):

PREGUNTA: Si Vietnam del Norte no obedeciera el llamado a un honorable cese de fuego, existiría el riesgo de revivir una confrontación con nosotros. ¿Podría usted desarrollar más claramente qué pasaría entonces (en la Política de Relaciones Exteriores)?

KISSINGER: . . . ahora hemos hablado bastante claro sobre la confrontación y sobre lo que significa para nosotros la observación del Acuerdo. Estamos comprometidos, en un esfuerzo, para discutir con Vietnam del Norte lo que se requiere para la estricta implementación del Acuerdo. Nosotros tenemos todas las intenciones e incentivos para afirmar que nuestra posición en este Acuerdo será mantenida, y que nuestra influencia será utilizada en cualquier lugar para que se cumpla estrictamente la implementación del Acuerdo. Pero los Estados Unidos no pueden firmar un Acuerdo solemne y después de algunas semanas observar mayores violaciones a sus estipulaciones sin hacer un intento de señalarlos. Ahora las medidas particulares: algunas de ellas, por supuesto, son obvias y nosotros preferíamos, como estipulamos en los informes y como hemos establecido muchas veces públicamente, dirigir nuestras relaciones con Vietnam del Norte hacia la normalización, comenzando un progreso que se aceleraría tal como ha sucedido normalmente con otros procesos.

Por lo tanto el cometido general de este párrafo es que la tensión existente entre nosotros no puede ser mitigada tan rápido como quisiéramos si el Acuerdo no es observado.

Informe del presidente sobre la Política Externa (3 de mayo de 1973):

Nosotros esperamos que los bandos contendientes no prefieran perseguir sus objetivos a pesar de los propósitos pacíficos y de la competencia política en perjuicio de la brutalidad y de los costosos métodos del pasado. Esta elección corresponde a ellos. Nosotros estaremos atentos a las violaciones concernientes al Acuerdo. . .

Hanoi posee dos elecciones básicas. La primera es utilizar el Acuerdo de Vietnam y presionar sus objetivos en Indochina, manteniendo sus fuerzas en Laos y en Camboya, y a través de presiones o ataques abiertos reanudar sus agresiones contra nuestros amigos. Tal conducta podría hacer peligrar el arduo triunfo obtenido por la paz en Indochina. Se arriesgarían a revivir una confrontación con nosotros.

El segundo paso para Vietnam del Norte es perseguir los objetivos pacifistas, permitiendo el desarrollo histórico de la región para asegurarse a sí mismos. . .

La República de Vietnam encontrará en EE.UU. un amigo fijo. Continuaremos negociando con su gobierno como representantes legítimos del pueblo de Vietnam del Sur mientras se mantengan los esfuerzos de las partes de dicho Estado para triunfar en la reconciliación y ajuste de sus políticas futuras. Nosotros proporcionaremos asistencia militar, siguiendo los términos del Acuerdo. Esperamos que nuestros amigos observen dicho Convenio ya que nosotros no toleraremos violaciones de Vietnam del Norte o de sus aliados. . .

Hemos dicho a Hanoi, privada y públicamente, que no toleraremos violaciones a este Acuerdo.

Conferencia de prensa del Dr. Kissinger (13 de junio de 1973):

PREGUNTA: ¿Cree usted que con la firma de este documento habrá puesto fin más o menos a su trabajo en el área de Indochina? ¿O que aún tendrá muchas dificultades, especialmente, con relación a Camboya?

KISSINGER: Los resabios de las dificultades en Indochina requerirán aún significativa implementación diplomática del Acuerdo, y nosotros mantendremos nuestro interés en ellos.

Mensaje del presidente Nixon a la Cámara de Representantes oponiéndose al cese del bombardeo en Indochina (27 de junio de 1973):

Una total parálisis podría virtualmente alejar el incentivo comunista para negociar, y podría seriamente socavar el avance de los esfuerzos diplomáticos para conseguir el cese de fuego en Camboya. Esto, efectivamente, paralizaría el impulso hacia la paz duradera en Indochina, establecida en moción el último enero y renovada en el comunicado de las cuatro partes firmado en París del 15 de junio.

Una victoria comunista en Camboya, en cambio, amenazaría la frágil balanza de los acuerdos negociados, alineamientos políticos, y capacidades militares de los cuales depende la paz en Asia sud-oriental; y sobre los cuales, mi tributo a los meritorios acuerdos de Vietnam está basado.

Finalmente, y con aún más serias implicaciones globales, la aceptación de la legislatividad impuesta por Estados Unidos a las violaciones comunistas del Acuerdo de París y a la conquista de Camboya por fuerzas comunistas, han reclamado otras declaraciones o acuerdos que nosotros hemos alcanzado o buscamos alcanzar con otras naciones. Un serio golpe a la credibilidad internacional norteamericana podría haber sido asestado. Dicho golpe sería sentido más allá de Indochina.

Carta del secretario Kissinger al senador Kennedy (25 marzo 1974):

Como firmante del Acuerdo de París, los Estados Unidos recomiendan fortalecer las condiciones bajo las cuales se hizo posible el cese de fuego, y la meta justa del pueblo de Vietnam del Sur de propia determinación. Con estas recomendaciones en mente, nosotros continuamos proporcionando a la República de Vietnam los recursos necesarios para su autodefensa y para su viabilidad económica. . .

Nosotros nos hemos. . . comprometido muy sustancial, política y moralmente.

Entrevista con Tran Van Lam, ex-ministro del Exterior de Vietnam del Sur, 14 de abril de 1975, Saigón (Reportaje de Prensa):

El ministro del Exterior Lam estableció que el presidente Nixon había prometido "reaccionar inmediata y vigorosamente" contra cualquier ofensa extensiva de Vietnam del Norte. Pero él agregó que "no se firmó un acuerdo secreto".

Es interesante que el artículo de Bundy sólo parafrasee, sin acotar completamente las advertencias del secretario de Defensa Richardson. Y que lo haga engañosamente reclamando, en forma obviamente incorrecta, que ellos se refirieron a la existencia de bombardeos en Camboya y a la imposible reintervención en Vietnam en respuesta a la reanudación de los ataques de Vietnam del Norte.

Ver Bundy, "Vietnam, Watergate and Presidential Powers", pág. 400-401.

7. Godfrey Hodgson, "America in our Time": desde la Segunda Guerra Mundial hasta Nixon (Garden City, N. Y.: Doubleday and Co., 1976), pág. 397.

8. Ver Michael Ledeen y William Lewis: "The American Failure in Iran" (New York: Alfred A. Knopf, 1981).
9. Ver Stephen T. Hosmer, Konrad Keller y Brian M. Jenkins: "The Fall of South Vietnam": declaraciones de líderes militares y civiles vietnamitas (Santa Mónica: The Rand Corporation, R-2208-OSD (Hist), diciembre de 1978) pág. 10-15.
10. Sobre el incidente de 1969 del EC-121, ver *Mis Memorias*, vol. I, pág. 227-231.
11. *Ibid*, Pág. 706-707.
12. Esta es la tesis de William Shawcross, *Sideshow: "Kissinger, Nixon and the Destruction of Cambodia"* (Simon and Schuster, N. Y. 1979). Para un análisis de los errores de libros, las estratagemas de mano y la engañosa documentación, ver Peter W. Rodman, "Sideswipe: Kissinger, Shawcross and the Responsibility for Cambodia", *El Espectador Americano* 14, número 3 (marzo de 1981), y el cambio entre Rodman y Shawcross en "El Espectador Americano 14, número 7 (julio de 1981)
13. Ver Kenneth M. King "Political Exchange in Wartime: The Khmer Krahom Revolution in Southern Cambodia", 1970-1974. Revista del Colegio de Guerra Naval (primavera de 1976), pág. 8-9.
14. Ver Shawcross, *Sideshow*, pág. 389 y alusión.
15. *Ibid*, pág. 265, por ejemplo.
16. Kampuchea Democrática, "The Black Book": sucesos y pruebas de los actos de agresión de Vietnam y anexión contra Camboya (Phnom Penh: setiembre de 1978), capítulo V, sección 2.
17. François Ponchaud, "Cambodia: Zero Year" (New York: Holt, Rinhart, y Winston, 1978) pág. 21, 192. Ver también pág. XVI, 135-136.
18. Quinn, "Political Change in Wartime", pág. 18-19. Shawcross cita a Ponchaud, pero nunca estas frases que contradicen directamente de que las acciones norteamericanas causaron la brutalidad del Khmer Rojo.
19. "Sihanouk: The man we have to settle for in Cambodia", *New York Times*, 12 de agosto de 1973.
20. Versiones de esta nota por el congresal O'Neill, aparecen en muchas fuentes: notas del congresal Robert Giaimo en las noticias de la tarde de la CBS (25 de junio de 1973); Shawcross, *Sideshow*, pág. 285. Los miembros del Congreso tienen el privilegio de reformar y reescribir sus declaraciones antes de la publicación en la Revista del Congreso, y sus notas no aparecen allí.
21. La autoridad legal del presidente para continuar con operaciones aéreas en Camboya después del Acuerdo de París, que fue desarrollado en detalle en un memorándum que el secretario Rogers suministró al Comité del Senado de Relaciones Exteriores el 30 de abril de 1973 (son omitidas las notas al pie de la hoja):

**AUTORIZACION PRESIDENCIAL PARA CONTINUAR
LAS OPERACIONES DE COMBATE AEREO
DE ESTADOS UNIDOS SOBRE CAMBOYA**

El propósito de este memorándum es discutir la autorización legal del presidente para continuar las operaciones de combate aéreo de Estados Unidos sobre Camboya, desde la conclusión del Acuerdo de Finalización de la Guerra y Restauración de la Paz en Vietnam, el 27 de enero de 1973, y el cumplimiento el 28 de marzo de 1973 de la retirada de las fuerzas armadas de Estados Unidos de Vietnam y el retorno de los ciudadanos norteamericanos tomados prisioneros en Indochina. El memorándum también discute los entretelones del Acuerdo del 27 de enero y los propósitos de varias acciones de los Estados Unidos para clarificar las medidas legales.

Por muchos años los Estados Unidos han seguido una combinación de esfuerzos diplomáticos y militares para conseguir la paz en Vietnam. Estos esfuerzos fueron exitosos en fortalecer las capacidades de autodefensa de las fuerzas armadas de la República de Vietnam y en conseguir serias negociaciones que culminaron en el Acuerdo de Terminación de la Guerra y Restauración de la Paz en Vietnam, el regreso de los prisioneros y el retiro de las fuerzas armadas de Estados Unidos y aliados desde Vietnam del Sur dentro de los setenta días. El Acuerdo (Artículo 20) también requiere el retiro de todas las fuerzas armadas extranjeras desde Laos y Camboya y obligaba a las partes a abstenerse del uso del territorio de Camboya y Laos para usurpar la soberanía y seguridad de otros países, respetar la neutralidad de Camboya y Laos, y evitar cualquier interferencia en los asuntos internos de esos dos países.

Este artículo es de central importancia ya que resulta claro que los conflictos en Laos y Camboya están estrechamente relacionados con el de Vietnam, y, en efecto, están tan entrelazados que se los puede considerar partes de un único conflicto.

En el momento en que el Acuerdo de Vietnam era concluido, los Estados Unidos clarificaron a los norvietnamitas que las fuerzas armadas del gobierno de Khmer suspenderían todas las operaciones ofensivas y, que de igual modo lo haría la aviación de los Estados Unidos que los resistían. Nosotros establecimos que si la actitud del otro lado era recíproca, un cese del fuego "de facto" sería logrado de tal modo en Camboya. Sin embargo, también establecimos que si las fuerzas comunistas llevaban a cabo ataques, las fuerzas del gobierno y la fuerza aérea de los Estados Unidos tendrían que tomar medidas necesarias de contraataque y que, llegado el caso, nosotros continuaríamos realizando ataques aéreos en Camboya no más que hasta que el cese del fuego pudiera tener total efecto. Estas declaraciones estaban basadas en nuestra convicción de que era esencial para Hanoi comprender que continuar con las hostilidades en Camboya y Laos no era de su interés ni del nuestro y que el acatamiento del Artículo 20 del Acuerdo tendría que ser recíproco.

Se ha sugerido recientemente que la retirada de todas las fuerzas armadas estadounidenses de Vietnam del Sur y el retorno de todos los prisioneros estadounidenses ha creado fundamentalmente una nueva situación en la cual la nueva autoridad debe ser pedida por el presidente desde el Congreso para consumir ataques aéreos en Camboya. El problema más correctamente formulado es si la autoridad constitucional del presidente para que los Estados Unidos continúen haciendo en Camboya lo que legítimamente han estado haciendo allí expira con la retirada de las fuerzas armadas estadounidenses desde allí y el regreso de los prisioneros norteamericanos a pesar del hecho de que un cese del fuego no ha sido logrado en Camboya y las tropas de Vietnam del Norte continúan en Camboya contrariamente a las claras disposiciones del Acuerdo. En otras palabras, el problema no es si el presidente puede hacer algo nuevo, más bien si lo que él ha estado haciendo debe automáticamente suspenderse, sin hacer caso de las consecuencias ni siquiera si el Acuerdo no está siendo implementado por la otra parte.

Los objetivos de Estados Unidos en el Sudeste de Asia siempre han incluido esforzarse por una declaración de la guerra vietnamita que posibilitara a la gente de Vietnam del Sur ejercitar su derecho de autodeterminación. El presidente ha puesto esto en claro en muchas ocasiones. Por ejemplo, el 8 de mayo de 1972, cuando él hizo las propuestas que conformaron las bases para las finalmente exitosas negociaciones con Vietnam del Norte, estableció que había tres objetivos para nuestras acciones militares contra Vietnam: *primero*, prevenir la violenta imposición de un gobierno comunista en Vietnam del Sur; *segundo*, proteger nuestras fuerzas permanentes en Vietnam del Sur; y *tercero*, obtener la devolución de nuestros prisioneros. El comunicado conjunto emitido por el presidente y el señor Brezhnev en Moscú el 29 de mayo de 1972 en el cual la perspectiva de los Estados Unidos estaba expresada, señaló que las negociaciones sobre las bases de las propuestas hechas por el presidente el 8 de mayo sería la más rápida y efectiva manera de obtener los objetivos de finalizar el conflicto militar tan pronto como fuera posible y asegurar que el futuro político de Vietnam del Sur fuera dejado para que la gente de Vietnam del Sur decidiera por ella misma, libre de toda interferencia externa. La reciente opinión de la Corte de Apelaciones de los Estados Unidos para el Circuito del Distrito de Columbia en Mitchell vs. Laird pone en claro que el presidente tiene el poder constitucional de seguir todos estos objetivos. En opinión del juez Wyzanski el presidente actuó adecuadamente "con un profundo compromiso por los duraderos intereses de la nación, su defensa, su honor, su moralidad".

El Acuerdo firmado el 27 de enero de 1973, expuso una consistente declaración con estos objetivos. Un importante elemento en este Acuerdo es el Art. 20 que reconoce las fundamentales conexiones en medio de las hostilidades de todos los países de Indochina y requirió la cesación de la intervención armada extranjera en Laos y Camboya. La importancia de este Artículo no puede ser sobreestimada, porque la continuación de las hostilidades en Laos y Camboya y la presencia allí de tropas norvietnamitas amenaza el derecho a la autodeterminación de la gente survietnamita, lo cual está garantizado por el Acuerdo.

Los Estados Unidos se complacen que el convenio de cese de fuego se haya logrado en Laos. Este debe ser respetado por todas las partes, derivando en la propia retirada de las fuerzas

extranjeras. En Camboya no ha sido todavía posible lograr el cese del fuego, y las fuerzas de Vietnam del Norte no se han retirado de ese país. Bajo las presentes circunstancias, el apoyo aéreo y la asistencia material de los Estados Unidos tienen que auxiliar a las fuerzas armadas de la República de Khmer y de tal modo ejecutar más idóneamente las primeras conclusiones de un cese del fuego e implementación del Art. 20 del Acuerdo. Así, los ataques de Estados Unidos en Camboya no representa un compromiso de los Estados Unidos en la defensa de Camboya como tal, pero en cambio constituye una significativa acción interina para lograr el acatamiento con esta crítica medida del Acuerdo de Vietnam.

Detener estos ataques automáticamente en una fecha fijada sería tan autoderrota como habría sido para los Estados Unidos retirar sus fuerzas armadas prematuramente de Vietnam del Sur, mientras éste todavía estaba tratando de negociar un acuerdo con Vietnam del Norte. Si tal cosa se hubiera hecho en Vietnam, el Acuerdo del 27 de enero nunca habría sido logrado y si esto se ejecutara en Camboya, no hay razón para creer que un cese del fuego podría ser concretado en Camboya o que la retirada de las fuerzas norvietnamitas de este país podría ser obtenida. Se puede ver a través del presente análisis que la cesación unilateral de la actividad de combate aéreo en Camboya sin el alejamiento de las fuerzas norvietnamitas del país debilitarían el logro central del Acuerdo de enero tan ciertamente como que habría una derrota para los Estados Unidos al insistir en la inclusión del Artículo 20 en el Acuerdo requiriendo el retiro de los norvietnamitas de Laos y Camboya. Los poderes del presidente bajo el Artículo II de la Constitución están adecuados para prevenir un resultado de autoderrota de este tipo. Es importante notar que alcanzando una conclusión similar, el informe titulado "El Congreso y la terminación de la Guerra de Vietnam" recientemente preparado para su Comité por la División de Asuntos Extranjeros del Servicio de Investigación del Congreso, llegó a la misma conclusión general conforme al poder constitucional del presidente.

Uno debe reconocer que el alcance y aplicación de los poderes del presidente bajo el Artículo II de la Constitución están raramente libres de discusión. Bajo la Constitución, los poderes de la guerra están repartidos entre las ramas ejecutiva y legislativa del gobierno. Al Congreso le están concedidos los poderes de "proveer la defensa común", "declarar la guerra, conceder patentes de corso y represalias, y hacer las leyes concernientes a las capturas en tierra y agua", "crear y apoyar ejércitos", "proveer y mantener una fuerza naval", "hacer reglas para el gobierno y regulación de las fuerzas de tierra y naval", y "crear todas las leyes que sean necesarias para poner en ejecución los poderes precedentes...". Por otra parte, la Constitución estipula que "el Poder Ejecutivo será investido en un presidente", que él "será el comandante en jefe del Ejército y de la Marina de los Estados Unidos", y que "él cuidará de que las leyes sean fielmente ejecutadas". El presidente es también la autoridad que hace los tratados con el consejo y consentimiento de los dos tercios del Senado, nombrar embajadores con el consejo y consentimiento del Senado, y recibir embajadores y otros ministros públicos.

Los procedimientos de la Convención Constitucional Federal en 1787 sugiere que las ambigüedades de esta división del poder entre el presidente y el Congreso estaban deliberadamente dejadas sin resolver con la comprensión de que ellas iban a ser definidas en la práctica. Puede haber quienes desearían que los creadores de la Constitución hubieran sido más precisos, pero esa imprecisión se debió al excelente criterio de darse cuenta de la imposibilidad de prever todas las contingencias y en dejar una considerable flexibilidad para el futuro juego de las fuerzas políticas. La Constitución es un sistema para la decisión y acción democrática, no un recurso de respuestas ya dadas a todas las preguntas, y ésta es una de sus grandes riquezas.

No hay duda de que el Congreso debe jugar un importante rol en las decisiones concernientes al uso de las fuerzas armadas fuera del país. Con respecto a la continuación de la actividad de combate aéreo de Estados Unidos en Camboya, ¿cuál es el rol? El Congreso ha cooperado con el presidente en establecer la política de firmeza conectada con una apertura a la negociación que ha tenido éxito en lograr el Acuerdo del 27 de enero y que puede tener éxito en asegurar su implementación. Esta cooperación ha sido demostrada a través de las consultas y a través de la autorización del proceso apropiado. El Congreso ha rechazado consistentemente las propuestas de algunos miembros de retirar esta colaboración de su parte y autorizar la suspensión de abastecimiento de adjudicaciones para los gastos militares nece-

sarios y asistencia extranjera. El Congreso ha establecido también varias medidas con específica referencia a Camboya. La política del presidente en Camboya ha sido y continúa siendo completamente consistente con estas medidas.

Se esperaba, por supuesto, que el Acuerdo firmado en París el 27 de enero fuera estrictamente implementado de acuerdo a sus términos, incluyendo la pronta conclusión de la cesación del fuego en Laos y Camboya y el retiro de las tropas extranjeras de esos dos países. En vez de ello lo que ha sucedido es que en Laos, el cese del fuego ha sido seguido por la continua obstaculización en formar el nuevo gobierno y en Camboya, los comunistas respondieron a los esfuerzos del gobierno del Khmer de lograr un cese del fuego "de facto", con una ofensiva feroz y generalizada. Las fuerzas de Vietnam del Norte permanecen en Laos y Camboya y siguen infiltrando hombres y material de guerra a través de estos países a la República de Vietnam. Las fuerzas norvietnamitas en Camboya continúan participando y apoyando las operaciones de ofensiva comunistas.

Los ataques de Estados Unidos en Laos constituían un importante elemento en la decisión por parte de Vietnam del Norte y de sus aliados laosianos de negociar un cese del fuego en Laos. Si los ataques de Estados Unidos se detuvieran en Camboya a pesar de la ofensiva comunista habría muy poco incentivo, si lo hubiera, para que los comunistas se esforzaran por un cese del fuego en ese país, y la tentación sería sin ninguna duda grande para Vietnam del Norte de dejar sus tropas y suministro de líneas indefinidamente en Laos y Camboya. Una situación así, resultaría lo opuesto a lo prescripto por el Art. 20 del Acuerdo de Vietnam y amenazaría tanto la viabilidad de la declaración de Vietnam y el derecho a la autodeterminación de la gente de Vietnam del Sur como para ser totalmente inaceptable para la República de Vietnam y los Estados Unidos. A la luz de estos hechos parece claro que el argumento de que la Constitución requiere la inmediata cesación de los ataques aéreos norteamericanos en Camboya debido al Acuerdo de París, es, en realidad, un argumento que la Constitución que ha permitido a los Estados Unidos negociar un acuerdo de paz —una paz que garantiza el derecho a la autodeterminación de la gente de Vietnam del Sur, también como el retorno de los prisioneros de Estados Unidos y el retiro de las fuerzas armadas de Estados Unidos de Vietnam— es una Constitución que contiene un automático mecanismo autodestructivo diseñado para demoler lo que ha sido dolorosamente construido.

Estamos ahora en la etapa de tener más discusiones con los norvietnamitas en consideración a la implementación del Acuerdo de París. Nosotros esperamos que estos debates sean productivos y conduzcan a un cese del fuego en Camboya.

Ver el excelente análisis constitucional y testimonio relatado por el senador Barry M. Goldwater el 10 de mayo de 1973, al Comité de la Casa Blanca para Asuntos Extranjeros. Congreso de los Estados Unidos, Casa Blanca, Comité en Asuntos Extranjeros, *Política y Programa de los Estados Unidos en Camboya*, Audiencias ante el Subcomité en Asuntos Asiáticos y del Pacífico, Cong. 93., 1ra sesión, 1973, págs. 41-52 y 82.

22. "Mr. Nixon's war veto", *Washington Post*, 29 de junio de 1973. Comentarios similares aparecieron en el *Baltimore Sun*, del 18 de junio; el *New York Post*, del 26 de junio; el *St. Louis Post-Dispatch*, del 7 de agosto; y el *Baltimore Sun*, del 14 de agosto de 1973.
23. Ver, por ej., Michel Parks, "Soviet Trying to End Feud with Sihanouk", *Baltimore Sun*, 8 de julio de 1973.
24. James Pringle "Sihanouk Adapts to Austere Life", *Washington Post*, 18 de julio de 1973.
25. Mi carta a la señora Aase Lionaes del Comité del Premio Nobel de la Paz, el 30 de abril de 1975, se lee como sigue:

Estimada señora Lionaes:

La decisión de adjudicarme el Premio Nobel de la Paz en 1973 fue uno de los hechos que más me enorgulleció en mi vida. Junto a otros millones de personas, yo esperaba que los acuerdos de París finalmente trajeran la paz en Indochina. Pero eso no sucedió; la paz que nosotros buscábamos a través de las negociaciones ha sido trastrocada por la violencia.

Aun cuando yo soy profundamente consciente del honor que me ha concedido la Fundación Nobel, me siento obligado a devolver el premio. Por consiguiente envío la Medalla de Oro Nobel y el Diploma Nobel que tan cortésmente se me concedió en 1973.

Como usted sabe, antes de aceptar la adjudicación financiera que acompaña al premio, yo destiné el dinero para crear una fundación que proveyera de asistencia por medio de becas a

los hijos de los norteamericanos en servicio muertos o mal heridos en Indochina. Otras personas han hecho contribuciones adicionales a la fundación, y en breve serán anunciadas las primeras asignaciones de becas.

Sin embargo, yo siento que debo reembolsar a la Fundación Nobel, o a la Fundación que se prefiera, una contribución de importe comparable al de una caridad que resulte aceptable a esa institución. Le ruego me haga saber los deseos de la Fundación en este punto, para que yo pueda cumplir con ellos inmediatamente.

Lamento, más de lo que nunca pueda expresar, la necesidad de escribir esta carta. Pero la angustia y la tragedia que se han infligido sobre millones de personas que buscaban nada más que la oportunidad de vivir sus propias vidas, no me deja otra alternativa.

Sinceramente,
(firmado) Henry Kissinger

IX

CHILE: LA CAIDA DE SALVADOR ALLENDE

1. Senado, Congreso de los Estados Unidos, Comité Selecto para estudiar las operaciones gubernamentales con respecto a la actuación de inteligencia, *Actividad Secreta en Chile: 1963-1973*, Staff Report, Cong. 94, 1ª sesión, 1975, págs. 2, 28.
2. *Mis Memorias*, vol. I, págs. 456-457.
3. Régis Debray, *The Chilean Revolution: Conversaciones con Allende* (New York: Random House, Pantheon Books, 1971) págs. 119, 118, 82.
4. Ver *Mis Memorias*, vol. I, Capítulo XVI.
5. *Ibidem*, Capítulo XVII.
6. Nathaniel Davis en "US Covert Actions in Chile 1971-73" en dos ediciones del *Foreign Service Journal*, noviembre y diciembre de 1978. Las citas aquí son del artículo del pasado 11 de diciembre.
7. Ver Davis, "US Covert Actions in Chile", noviembre 1978, págs. 12-13; William Colby y Peter Forbath, *Honorable Men: My Life in the CIA* (New York: Simon & Schuster, 1978). Págs. 379-382.
8. Davis "US Covert Actions in Chile", diciembre de 1978, pág. 11.
9. *New York Times*, junio 13, 1972.
10. Paul E. Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1977). pág. 171.
11. *Ibidem* pág. 186.
12. Ver Senado, Congreso de los Estados Unidos, *Covert Action in Chile: 1963-1973*, pág. 31.
13. Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile*, pág. 215.
14. Lo siguiente es un pasaje de mi conversación con el embajador Nathaniel Davis, el 8 de setiembre de 1973:

KISSINGER: Dígame cómo van las cosas en Chile.

DAVIS: Bien, yo ciertamente no he mejorado la situación. La economía sigue yéndose cuesta abajo; la polarización de las fuerzas políticas continúa, y cada una de las tres Fuerzas Armadas en un punto o en otro encara una crisis interna. Como resultado, las fuerzas anti-Allende son más fuertes en cada una de las tres armas. Como usted sabe, el general Prats ha renunciado.

KISSINGER: ¿Por qué renunció?

DAVIS: Bueno, en parte a causa de las esposas de los oficiales de Prats, incluyendo las esposas de muchos de sus generales, quienes demandaban su renuncia. En parte porque Prats está de acuerdo y se ha convertido en un instrumento de las fuerzas de Allende en el gobierno.

KISSINGER: ¿Habrá un golpe?

DAVIS: En Chile nunca se puede prever nada, pero la gente está a favor de un golpe, así que yo no puedo darle a usted ningún informe seguro.

KISSINGER: Nosotros vamos a mantenernos fuera de eso, supongo.

DAVIS: Sí. Mis firmes instrucciones a todo el mundo en el *staff* son que nosotros no nos vamos a envolver en esa situación de ninguna manera.

KISSINGER: ¿Preguntan los chilenos por nuestro punto de vista?

DAVIS: Sí, en ocasiones ellos se acercan furtivamente y preguntan qué pensamos acerca de la situación. Pero como he dicho, mis instrucciones precisas al *staff* son que ellos no deben caer dentro de ningún tipo de conversaciones sobre ese asunto.

KISSINGER: ¿Puede Allende llegar a terminar su mandato?

DAVIS: Sus chances de lograrlo decrecen semana a semana.

KISSINGER: Bien, ¿qué pasaría en esas circunstancias? ¿Ha habido algún presidente que renunciara?

DAVIS: Sí, en 1891 hubo un caso como éste. En efecto, aquella situación era de algún modo similar a las circunstancias actuales.

KISSINGER: Bien, si Allende deja el cargo, ¿qué pasa? ¿Habría una nueva elección?

DAVIS: Si él renuncia, entonces el presidente del Senado se convierte en jefe de Estado. Ese señor es Frei, pero yo no creo que se debería contar con eso (como una) posibilidad probable. Si el Ejército se hace cargo, dudo mucho que ellos estén preparados para entregar el poder rápidamente.

KISSINGER: ¿Entonces Chile seguiría el camino de Brasil?

DAVIS: Sí, o como Perú.

KISSINGER: ¿Cómo sería el gobierno militar? ¿Sería como en Brasil o Perú?

DAVIS: Sería muy pronorteamericano. Nosotros tenemos buenos contactos con los militares chilenos. Pero Chile tiene una historia revolucionaria y los militares no querrán aparecer como que están saliéndose de esa historia y retornando al viejo *statu-quo* conservador.

KISSINGER: Sí, pero Chile bajo esas circunstancias no va a ser un centro de actividad revolucionaria. ¿Podría serlo?

DAVIS: No.

KISSINGER: ¿Qué debemos hacer allí?

DAVIS: Las cosas están cambiando demasiado rápido. Nuestro mayor problema es mantenernos alejados y no ser metidos en el medio. Tenemos que dejar a los chilenos decidir su futuro por ellos mismos.

KISSINGER: ¿Cuál es su apuesta sobre un derrocamiento de Allende?

DAVIS: Yo pensaría que Allende tiene cerca de un 25 por ciento de chance de terminar su mandato en 1976. Pienso que hay un 35 por ciento de posibilidad de un golpe. Pienso que quizás hay de un 20 a un 25 por ciento de chance de que los militares entren en el gobierno y en un rol tal que lo manejen. Pienso que hay un muy pequeño porcentaje de chance de que Chile pueda convertirse en un país con una situación tipo Cuba.

KISSINGER: Bueno, pero si llegara a serlo ¿sobre qué base evolucionaría en tal forma?

DAVIS: Evolucionaría así a partir de la carencia de fortaleza de los militares. Yo tengo que admitir que el coraje de los militares chilenos ha fallado antes.

KISSINGER: ¿Qué pasa con los carabineros?

DAVIS: En estos días se están acercando mucho al punto de vista de los militares, aunque los que tienen cargos más altos todavía quieren permanecer fuera del medio.

15. Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile*, págs. 4-5, 244-247, señala las estimaciones conflictivas y llega a la conclusión de que "el peso de la evidencia parece apuntar al suicidio".
16. Entrevista con el periódico ABC de Madrid, el 10 de octubre de 1973, citada en *Facts on File Yearbook* 1973, vol. XXXIII, pág. 872.

X

SECRETARIO DE ESTADO

1. Ver *Mis memorias*, vol. I, especialmente págs. 32-36.
2. Ver, p.ej. H. R. Haldeman con Joseph DiMona, *The Ends of Power* (New York: New York Time Books, 1978), págs. 94-97; Bill Gulley con Mary Ellen Reese, *Breaking Cover* (New York: Simon & Schuster, 1980), págs. 133,251.
3. Fred Greenstein y Robert Wright, "Reagan... Another Ike?" *Public Opinion* 3, N° 6 (diciembre-enero 1981): 52-53. Ver también Greenstein y Wright, "The political Savvy of Dwight Eisenhower", *Wall Street Journal*, enero 28, 1981.
4. Haldeman, *The Ends of Power*, págs. 176-177. Herb Klein informa/denuncia haberme escuchado

- por casualidad, a fines de 1972 después de la elección, preguntarle a Haldeman cuándo yo sería nombrado como el reemplazante de Rogers. Pero el informe de Haldeman, referente al mismo período, pone en claro que en ese momento Kenneth Rush iba a ser el reemplazante de Rogers. Ver Herbert G/Klein, *Making It Perfectly Clear* (Garden City, N. Y.: Doubleday & Co., 180), págs. 309-310.
5. Me di cuenta que Nixon daba un informe diferente a David Frost. Ver David Frost, *"I gave Them a Sword": Behind the Scenes of the Nixon Interviews* (New York: William Morrow, 1978), págs. 166-167.
 6. Ver p. ej. "The Talk of the Town", *The New Yorker*, 17 de setiembre, 1973; William Safire, "Advise and Condone", *New York Times*, 13 de setiembre de 1973.
 7. Testimonio del procurador general Elliot Richardson ante el Comité del Senado para Relaciones Exteriores (pág. T246) setiembre 10, 1973. Ver nota 8 siguiente. Ver también el comentario de William Ruckelshaus, precedente director interino del FBI, en el programa de televisión de CBS *Face the Nation*, el 16 de junio de 1974: *No era su idea* (la de Kissinger) *golpear; él simplemente se quejaba de las filtraciones.*
 8. Senado. Congreso de los Estados Unidos, Comité para Relaciones Exteriores, *Hearings on the Role of Dr. Henry A. Kissinger in the Wiretappings of Certain Government Officials and Newsmen*, Cong. 93, 2ª sesión, publicada el 29 de setiembre de 1974, incluye mi testimonio en ambas sesiones pública y ejecutiva en los años 1973 y 1974.
 9. Muskie es citado en "US Split on Defense Costs, Muskie told Soviet Premier", *Washington Star*, enero 26 de 1971.
 10. Ver "Mis Memorias" vol. I, págs. 40-46.

XI

LA GUERRA DEL MEDIO ORIENTE

1. Ver Abba Eban, *An Autobiography* (New York: Random House, 1977), p. 502, Menajem Beguin, entonces líder de la oposición y actualmente primer ministro de Israel, no hace mucho denunció incorrectamente que yo acepté la versión de Zayyat sobre los hechos esa mañana y que yo automáticamente presumí que Israel había comenzado la guerra con el ataque naval aludido. Esto, simplemente, no es verdad. Ver la entrevista con el primer ministro Menajem Beguin de Israel, por Robert Siegel, *Communiqué: The Weekly Report on World Affairs from National Public Radio* (NPR), 18 de junio de 1981.
2. Roberta Wohlstetter, *Pearl Harbor: Warning and Decision* (Stanford University Press, 1962).
3. Barton Whaley, *Codeword BARBAROSSA* (Cambridge, Mass.: The MIT Press, 1973).
4. Sun Tzu, *The Art of War*, traducido y con una introducción de Samuel B. Griffith (Oxford: Oxford University Press, 1963, pág. 66).
5. Ver, p. ej., Comisión de Investigación - La guerra de Yom Kippur (The Agranat Commission), *Partial Report*, 2 de abril de 1974 (State of Israel, Government Press Office, Press Bulletin), párrafos 9-12; general de división Haim Bar Lev, "Surprise and the Yom Kippur War", diario entregado al Simposio Internacional sobre Aspectos Militares del Conflicto Israelí-Arabe, Jerusalén, octubre de 1975, en Louis Williams, ed., *Military Aspects of The Israeli-Arab Conflict* (Tel Aviv: University Publishing Projects, 1975), págs. 259-265.
6. Eban, *An Autobiography*, pág. 496.
7. Ver Ray S. Cline, "Policy without Intelligence", *Foreign Policy*, N° 17 (Winter 1974-1975), especialmente págs. 131-133.
8. Anwar el-Sadat, *In Search of Identity: An Autobiography* (New York: Harper & Row, 1977), pág. 246.
9. *Ibid.*, págs. 247, 249, 252, 254.
10. Ver *New York Times*, setiembre 29, 1973, p.1. Ver también Claire Sterling, *The Terror Network* (New York: Holt, Rinehart & Winston, 1981), págs. 144-145.
11. Ver Golda Meir *My Life* (New York: G. P. Putnam's Sons, 1975), págs. 426-427; Moshe Dayan, *Story of My Life* (New York: William Morrow, 1976), págs. 460-461; "Israel Knew Attack was Coming, Envoy to the U.S. Asserts", *New York Times*, octubre 11, 1973, pág. 18; Edward N. Luttwak, "Strategy for a War", *Washington Star-News*, octubre 14, 1973.
12. Dayan, *Story of My Life*, p. 460; Eban, *An Autobiography*, págs. 508-509.
13. Sadat, *In Search of Identity*, págs. 252-254.

14. Ver, p. ej. Edward N. Luttwak y Walter Laqueur, "Kissinger and the Yom Kippur War", *Commentary* (Setiembre de 1974).
15. Ver *Washington Post*, octubre 15, 16 y 18, 1973.

XII

MOSCU, EL CESE DEL FUEGO Y EL ALERTA

1. Resolución 338 del Consejo de Seguridad de la UN del 22 de octubre de 1973; su texto, que fue estudiado en Moscú, se lee como sigue:

El Consejo de Seguridad

1. Exhorta a todas las partes del presente conflicto a cesar totalmente el fuego y terminar inmediatamente toda actividad militar, no más allá de las 12 después que se adopte esta decisión, en las posiciones que ellos en este momento ocupan.
 2. Exhorta a las partes comprometidas a que comiencen inmediatamente después del cese del fuego la implementación de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad (1967) en todas sus partes;
 3. Decide que en forma inmediata y concurrentemente con el cese de fuego comiencen las negociaciones entre las partes interesadas bajo auspicios apropiados dirigidos a establecer una justa y duradera paz en el Medio Oriente.
2. *Mis Memorias*, vol. I, pág. 792. El piloto del avión lo estimó como un mal funcionamiento de computadora. J.F. terHorst y coronel Ralph Albertazzie, *The Flying White House: The Story of Air Force One* (New York: Conward, Mc Cann & Geoghegan, 1979), Capítulo 9.
 3. Resolución 339, adoptada el 23 de octubre, se lee como sigue:

El Consejo de Seguridad

Refiriéndose a su Resolución 338 (1973) del 22 de octubre de 1973.

1. Confirma su decisión sobre un inmediato cese de toda clase de fuego y de toda acción militar, y urge que las fuerzas de los dos bandos retornen a las posiciones que ocupaban en el momento en que el cese de fuego se volvió efectivo:
 2. Requiere al secretario general tome medidas para un inmediato envío de observadores de las Naciones Unidas para supervisar el cumplimiento del cese de fuego entre las fuerzas de Israel y la República Arabe de Egipto, usando para este propósito al personal de las Naciones Unidas ahora en el Medio Oriente y principalmente a todo el personal que está ahora en El Cairo.
4. Richard Nixon, RN: *The Memoirs of Richard Nixon* (New York: Grosset & Dunlap, 1978), p. 938.
 5. Ver *Mis Memorias*, vol. I, págs. 428-438.
 6. Ver Congreso de los Estados Unidos, Casa Blanca, Comité en Asuntos Exteriores, *Inquiring into the Military Alert Invoked on October 24, 1973*. Informe N° 93-970 a Accompany H. Res. 1002, Cong. 93, 2ª sesión, 1974, que describe los informes en términos generales y está de acuerdo con la administración en que se han hecho suficientes declaraciones/revelaciones.
 7. Resolución 340, adoptada el 25 de octubre, fue como sigue:

El Consejo de Seguridad

Recordando sus Resoluciones 338 (1973) del 22 de octubre y la 339 (1973) del 23 de octubre de 1973.

Observando con pesar las reiteradas violaciones al cese de fuego rechazando el cumplimiento de las resoluciones 338 (1973) y 339 (1973).

Advirtiendo con preocupación, en el informe del secretario general que a los observadores militares de las Naciones Unidas no les ha sido todavía facilitada su ubicación en ambos lados de la línea de cese del fuego.

1. *Demanda* que un inmediato y completo cese del fuego sea observado y que las partes retornen a las posiciones ocupadas por ellos a las 16.50 GMT el 22 de octubre de 1973:
2. *Solicita* al secretario general, como paso inmediato, incrementar el número de observadores militares de las Naciones Unidas en ambos lados;

3. *Decide* establecer inmediatamente bajo su autoridad una fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas compuesta por personal extraído de los Estados miembros de las Naciones Unidas excepto los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, y solicita al secretario general informar dentro de las 24 horas sobre los pasos seguidos a este efecto.

4. *Solicita* al secretario general, informar al Consejo sobre un urgente y continuo fundamento, sobre el estado de implementación de la presente resolución, también como de las resoluciones 338 (1973) y 339 (1973):

5. *Solicita* a todos los Estados miembros extender su total cooperación a las Naciones Unidas en la implementación de la presente Resolución, como también de las Resoluciones 338 (1973) y 339 (1973).

XIII

PRIMER LOGRO EN MEDIO ORIENTE

1. Ver William B. Quandt, *Decade of Decisions: American Policy toward the Arab-Israeli Conflict, 1967-1976* (Berkeley: University of California Press, 1977); págs. 251-252; Edward R. F. Sheehan, *The Arabs, Israelis, y Kissinger: A Secret History of American Diplomacy in the Middle East* (New York: Reader's Digest Press, 1976), *passim*.
2. Ver *Mis memorias*, vol. I, págs. 855-856. Capítulo XXVIII, notas 3 y 4, pág. 1029.
3. Ver Richard Valeriani, *Travels with Henry* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1979), págs. 249-251; Marvin Kalb, *Kissinger* (Boston: Little, Brown & Co., 1974), págs. 505-506; John P. Wallach, "Mr. K as tourist... diplomat... negotiator", *Boston Sunday Herald Advertiser*, noviembre 16, 1973, pág. A24.
4. Miles Copeland, *The Game of Nations* (New York: Simon & Schuster, 1969), pág. 177.
5. Ver Anwar el-Sadat, *In Search of Identity An Autobiography* (New York Harper & Row, 1977), págs. 228-231; "Mis Memorias", vol. I, págs. 888-889.
6. Kalb y Kalb, *Kissinger*, pág. 509.
7. Ver Sheehan, *The Arabs, Israelis, and Kissinger*, págs. 51-61.

XIV

EL INTERLUDIO DEL GOLFO PERSICO

1. Ver Norman Podhoretz, "AWACS: The Ghost of Presidents Past" *Washington Post*, abril 26 de 1981. pág. C7.
2. Ver p. ej. el informe sobre la política exterior de Nixon, *U.S. Foreign Policy for the 1970's: Building for Peace*, febrero 25, 1971, Parte I, *The Nixon Doctrine*.

XVI

PROBLEMAS CON LOS ALIADOS

1. Ver el *Christian Science Monitor*, octubre 26, 1973.
2. *Ibid.*, octubre 11 y 30 de 1973.
3. Ver el *New York Times*, 15 de octubre de 1973, pág. 16.
4. *Christian Science Monitor*, octubre 29, 1973.
5. Paul Kemezis, "Common Market Said to Resist U.S. on Joint Statement", *New York Times*, noviembre 9 de 1973.
6. Ver Nan Robertson "French Criticize U. S.-Soviet Role", *New York Times*, noviembre 13, 1973.
7. Citado por David Binder, "U. S. and 3 Allies Try to Heal Rift", *New York Times*, noviembre 3, 1973.
8. Zbigniew Brzezinski "The Mideast: Who Won?" *Washington Post*, noviembre 21, 1973.
9. Ver Ezra Vogel, *Japan as Number One* (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1979). Ver también Chie Nakane, *Japanese Society* (Londres: Weidenfeld y Nicolson, 1970).
10. Ver *Mis Memorias*, vol. I, págs. 241-244.
11. Masayoshi Ohira, *Brush Strokes: Moments from My Life* (Tokyo: Foreign Press Center, 1979), págs. 119-120.
12. *Ibid.*, pág. 118.

XVII

LA CONFERENCIA DE GINEBRA

1. El texto de la comunicación cumbre de los árabes argelinos de noviembre 28, 1973, puede encontrarse en el *New York Times*, noviembre 29, 1973.
2. Marvin Kalb y Bernard Kalb, *Kissinger* (Boston: Little, Brown & Co., 1974). pág. 520.
3. *Ibid.* páj 524.
4. Carta de invitación al secretario general de la UN, señor Kurt Waldheim, de los ministros del Exterior de los Estados Unidos y de la URSS, diciembre 18, 1973:

Estimado Señor Secretario General:

El 22 de octubre de 1973, el Consejo de Seguridad adoptó la Resolución 338 conjuntamente anunciada por la Unión Soviética y los Estados Unidos, que exhorta a que las negociaciones comiencen entre las partes interesadas bajo apropiados auspicios, dirigidos a establecer una justa y duradera paz en el Medio Oriente. La Unión Soviética y los Estados Unidos han sido ahora informados por las partes de buena voluntad a participar en la conferencia de paz que comenzará en Ginebra el 21 de diciembre. La Conferencia debe ser convocada bajo los auspicios de las Naciones Unidas.

Las partes están de acuerdo en que la Conferencia debe estar bajo la co-presidencia de la Unión Soviética y los Estados Unidos. Las partes han acordado también que el problema de otros participantes del área de Medio Oriente será discutido durante la primera etapa de la Conferencia.

Es nuestro anhelo que para usted sea posible participar en la fase de apertura de la Conferencia, en la cual se espera que los gobiernos comprometidos serán representados por sus respectivos ministros de Relaciones Exteriores y luego por sus representantes especiales designados con rango de embajador. También esperamos que usted pueda disponer de un representante, quien lo mantendría al corriente del desarrollo de la Conferencia. Finalmente, apreciaríamos también si la UN pudiera hacer arreglos apropiados para la ayuda necesaria a la Conferencia.

Así como nosotros esperamos que a usted le sea posible participar, la Unión Soviética y los Estados Unidos como co-presidentes, apreciarían que usted estuviera de acuerdo en servir como convocador de la Conferencia y presidir la fase de apertura.

Solicitamos a usted haga circular esta carta a los miembros del Consejo de Seguridad para su información. Creemos que sería apropiado para el presidente del Consejo de Seguridad consultar informalmente con los miembros a fin de asegurar un consenso favorable del Consejo.

Sinceramente.
Diciembre 19, 1973.

5. MEMORANDUM PARA EL PRESIDENTE

De: Secretario Kissinger.

Mientras esperamos la apertura de la Conferencia sobre Medio Oriente en Ginebra, el viernes, hemos pensado que usted querría tener algunas perspectivas de dónde estamos y de adónde queremos ir. La estrategia que hemos desarrollado en el comienzo de la guerra Árabe-Israelí está evolucionando favorablemente como lo planeamos. Hemos construido una fórmula acerca del cese de fuego y la negociación preparada durante mi viaje a Moscú los días 20-22 de octubre, para estabilizar el cese de fuego en el frente israelí-egipcio y llevar adelante el proceso de negociación que comenzará en Ginebra. Este es el desarrollo histórico, la primera vez que los árabes y los israelíes negociarán cara a cara en un cuarto de siglo. Nosotros hemos hecho esto mientras acrecentábamos nuestra influencia en el mundo árabe y reducíamos la de la URSS.

Egipto, Jordania e Israel participarán. Siria, históricamente el gran obstaculizador del Medio Oriente, ha decidido por el momento, mantenerse alejado. Waldheim estará allí en un rol limitado, sacándonos de encima de nuestras espaldas la presión de algunos de los europeos y de los no alineados, al mismo tiempo que satisfará la preocupación de los israelíes.

La decisión de no participar de los sirios es muy satisfactoria para nosotros: una bendición enmascarada. Nosotros escasamente advertimos una situación en la cual los tres Estados

árabes irían a Ginebra mientras Israel, en el medio de una campaña electoral, decidiría no participar a causa de la intransigencia de los sirios, que rechazan dar las listas de los prisioneros.

Pero Assad, bajo presión del Partido Baath, adhirió rígidamente a la posición de que debe haber un acuerdo prioritario sobre la separación de fuerzas sirio-israelí antes de que él asista a la Conferencia. Si él hubiera abandonado esta posición, Israel no habría participado a menos que Siria primero habilitara la lista de prisioneros de guerra y permitiera la visita de la Cruz Roja. Esto era improbable. Si Israel hubiera sido visto obstaculizado, nuestro total esfuerzo y difícil prórroga conquistada de confianza en el mundo árabe, habría retrocedido: la posibilidad de renovación de la guerra se acrecentaría; cualquier oportunidad de aligerar el embargo petrolero habría desaparecido y se aplicarían más restricciones, y aumentarían las posibilidades de un resurgimiento ruso en el área.

En las presentes circunstancias: (1) nosotros podemos ahora concentrarnos en un acuerdo entre Egipto, Jordania e Israel; (2) el hecho de que hay una Conferencia en Ginebra ayudará al logro de la separación de fuerzas en las próximas seis semanas; (3) La Conferencia de Ginebra provee algún poder aunque no totalmente disuasivo sobre la reanudación de hostilidades; (4) esto da a Faisal una excusa para levantar el embargo, con esperanza en enero.

Por estas razones, deberíamos dejar que Assad se consumiera en su propia ansiedad, y permita moderar las presiones en los árabes y posiblemente alguna presión soviética cuenta con él, mientras que él espera atentamente con sospecha y desconfianza los acontecimientos de Ginebra. Nosotros tendremos que observarlo cuidadosamente y aclararle a los soviéticos que ellos están contribuyendo a otra guerra en Medio Oriente, por la sustancial ayuda de Siria, y que otra guerra tendría serios efectos en nuestras relaciones. Indicadores de inteligencia están comenzando a señalar una posible reanudación de la lucha en el frente sirio-israelí, y nosotros tendríamos que aclararle a los rusos que ellos deben eliminar todos los obstáculos con sus aliados sirios para prevenir esto. Y si esto ocurriera, Sadat no podría mantenerse alejado, y Hussein estaría aún bajo una presión mayor que en el pasado para participar de un modo importante, y una vez más el espectro de una confrontación soviético-norteamericana podría presentársenos.

Según mis pronósticos, creo que hay una chance real de acuerdo egipcio-israelí sobre separación de fuerzas. Sadat ha adherido a nuestro concepto de una aproximación paso a paso. El ha sido consistente del principio al fin y decidió que iba a ir a Ginebra no importaba a qué.

Las perspectivas entre Jordania e Israel son también optimistas desde que ellos comparten un mutuo interés en mantenerse alejados de los revolucionarios palestinos de la margen Occidental. Ambos parecen listos para explorar ideas que fortalezcan la autoridad de Hussein en la *margen occidental* a modo de aislamiento contra las irrupciones revolucionarias.

Como a Siria, su posterior participación puede probar si es posible que el progreso pueda ser hecho detrás de la escena de nuestra ayuda para resolver el tema de los prisioneros de guerra y del acuerdo en los esquemas de la separación de fuerzas sirio-israelí. Nosotros tenemos así de esa manera, lo mejor de ambos mundos. Sin considerar su no participación, su renuencia a conversar separadamente con los israelíes, y su aversión por las soluciones parciales, nuestras relaciones con Siria han mejorado. Como resultado de una conversación con el presidente Assad, nosotros pronto estaremos estableciendo una *Sección de Intereses* en Damasco. Esto conducirá a un mejor diálogo y nos posibilitará jugar un rol más efectivo entre Israel y Siria.

El rol ruso será probado otra vez. Yo no creo que ellos serán obstaculizadores, ni que serán particularmente optimistas. Debemos encontrar el fuerte deseo árabe de negociar con nosotros directamente; ellos quieren convenios que trasciendan ampliamente, como consecuencia de los esfuerzos de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, tendremos que mantener dentro del asunto a los rusos, y coordinar nuestros esfuerzos con ellos tanto como sea posible.

Como para Israel, la realidad de su situación está comenzando a mostrarse totalmente. Si el Partido Laborista de la señora Meir gana suficiente apoyo, al menos la puerta está abierta. Israel se encuentra a sí misma impotente para hacer frente a otra guerra desgastadora, y al mismo tiempo incapaz de alcanzar una victoria terminantemente decisiva. Ellos están comenzando a ver este muy desagradable hecho. Angustiosamente, parecen estar cambiando

hacia serias negociaciones. Con respecto a esto, nuestro constante suministro marítimo de armas es absolutamente esencial.

Pero una victoria derechista podría ser seriamente complicada para nuestros esfuerzos de paz, lo sabremos pronto.

XVIII

EL PRIMER TORBELLINO: LA SEPARACION DE FUERZAS EGIPCIO-ISRAELI

1. Richard Nixon, RN: *The Memoirs of Richard Nixon* (New York: Grosset & Dunlap, 1978), pág. 971.
2. Ver Congreso de los Estados Unidos, Senado, Comité de Servicios Armados, *Transmisión de Documentos del Consejo Nacional de Seguridad al Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, Audiencias*, Cong. 93, 2ª sesión, Parte I (febrero 20 de 1974).
3. J. F. terHorst y el coronel Ralph Albertazzie, *The Flying White House; The Story of Air Force One* (New York: Coward, McCann & Geoghan, 1979).
4. Sobre las aventuras de los viajes de la prensa, ver Richard Valeriani, *Travels with Henry* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1979).
5. El Acuerdo egipcio-israelí sobre separación de fuerzas en cumplimiento de la Conferencia de Paz de Ginebra, firmada el 18 de febrero de 1974, en el Kilómetro 101 por los jefes de Estado Mayor de Egipto (Gamasi) e Israel (Elazar) y testificado por el Comandante Siilasvuo de UNEF, se lee como sigue:

A. Egipto e Israel observarán escrupulosamente el cese de fuego en tierra, mar y aire, exhortado por el Consejo de Seguridad de la UN. Y, desde el momento de la firma de este documento, se abstendrán de toda acción militar y paramilitar uno contra el otro.

B. Las fuerzas militares de Egipto e Israel serán separadas de acuerdo a los siguientes principios:

1. Todas las fuerzas egipcias en el lado este del Canal serán desplegadas al oeste de la línea designada como Línea A, en el mapa anexo (ver el mapa en la pág. 701). Todas las fuerzas israelíes, incluyendo aquellas al oeste del Canal de Suez y los lagos Bitter, serán desplegadas al este de la línea designada como Línea B en el mapa anexo.

2. El área entre las líneas egipcias e israelíes será una zona de separación de fuerzas en la que la Fuerza de Emergencia de la Organización de las Naciones Unidas (UNEF) será estacionada. La UNEF continuará integrándose por unidades de países que no son miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

3. El área entre la línea egipcia y el Canal de Suez será limitada en armamentos y fuerzas.

4. El área entre la línea israelí (Línea B en el mapa anexo) y la línea designada como Línea C en el mapa anexo, que corre a lo largo de la base occidental de las montañas donde los Pasos Gidi y Mitla están ubicados, serán limitados en armamento y fuerzas.

5. Las limitaciones a las que se refieren los párrafos 3 y 4 serán inspeccionadas por UNEF.

Las actuaciones existentes de la UNEF, incluyendo la conexión de los oficiales de intercomunicación y coordinación, serán continuadas.

6. A las fuerzas aéreas de los dos lados se les permitirá operar hacia sus respectivas líneas sin interferencias del otro lado.

C. La instrumentación detallada de la separación de fuerzas será preparada por los representantes militares de Egipto e Israel, quienes acordarán sobre las etapas de este proceso.

Estos representantes se encontrarán no más allá de las 48 horas después de la firma de este acuerdo en el Kilómetro 101 bajo el escudo de las Naciones Unidas para este propósito. Ellos completarán esta tarea dentro de los 5 días. La separación de fuerzas comenzará dentro de las 48 horas después de la finalización del trabajo de los representantes militares y en ningún caso más tarde de los 7 días de la firma de este acuerdo. El proceso de separación de fuerzas será completado no más tarde de 40 días de que comience.

D. Este acuerdo no es considerado por Egipto e Israel como un acuerdo final de paz; constituye el primer paso hacia una paz justa, duradera y definitiva de acuerdo con las

provisiones de la Resolución 338 del Consejo de Seguridad y dentro del marco de la Conferencia de Ginebra.

Por Egipto (firmado) Mohamed Abdel Ghani Al-Gamasi, mayor general, jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas egipcias.

Por Israel (firmado) David Elazar, teniente general, jefe de Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa de Israel.

Testigo:

(firmado) Ensio P. H. Siilasvuo, general de división, comandante de las Fuerzas de Emergencia de las Naciones Unidas.

6. "Propuesta de los Estados Unidos" sobre limitaciones de fuerza, firmada por el presidente Sadat y Golda Meir, se lee como sigue:

Para facilitar el acuerdo entre Egipto e Israel como parte de este acuerdo, y ayudar a mantener una observancia escrupulosa de cese de fuego en tierra, aire y mar, los EE.UU. proponen lo siguiente:

1. Que dentro de las áreas de armamento limitado y fuerzas descritas en el acuerdo, habrá: (a) no más de 8 batallones reforzados de fuerzas armadas y 30 tanques; (b) no habrá artillería, excepto rifles antitanques, misiles antitanques, morteros y 6 baterías de obuses de un calibre superior a 122 mm. (M-3) con un rango que no exceda los 12 km; (c) no habrá armas que puedan interferir los vuelos de la otra parte sobre sus propias fuerzas; (d) no habrá instalaciones fijas, o permanentes para colocación de misiles. La fuerza total de cada parte no excederá los 7.000 hombres.

2. Que a una distancia de 30 kilómetros al oeste de la línea egipcia y al este de la línea israelí, no habrá armas en áreas de las cuales ellos puedan alcanzar la otra línea.

3. Que a una distancia de 30 km al oeste de la línea egipcia, y al este de la línea israelí, no habrá misiles tierra-aire.

4. Que las limitaciones nombradas más arriba se aplicarán desde el momento en que el acuerdo de separación de fuerzas entre Egipto e Israel sea firmado por las partes y sean instrumentados de acuerdo con el programa de instrumentación de un acuerdo básico.

XIX

LA CRISIS ENERGETICA

1. Comisión de Trabajo del Gabinete norteamericano para el control de las importaciones, *The Oil Import Question: A Report on the Relation-ship of Oil Importe to the National Security*, febrero de 1970, págs. 124-125.
2. John M. Blair, *The Control of Oil* (New York: Vintage Books, 1978), pág. 215.
3. Craufurd D. Goodwin, cd., *Energy Policy in Perspective: Today's Problems, Yestarday's Soluciones* (Washington, D. C.: The Bookings Institution, 1981), Table A-4, pág. 694.
4. Ver, p. ej. David D. Newsom, "Out Arsenal Must Include Our Values", *Washington Star*, abril 2, 1981. Newsom era el secretario adjunto de Estado responsable de las relaciones con Libia, en el momento de la llegada al gobierno de Khaddafi.
5. Blair, *The Control of Oil*, págs. 221 y siguientes.
6. Por ejemplo, al menos dos veces en 1973 (una vez durante la guerra de octubre), James E. Akins, experto en energía de la Casa Blanca y posteriormente embajador en Arabia Saudita, aconsejó a las compañías petroleras urgir a Arabia Saudita a conducir la política de petróleo a un "satisfactorio" cambio de la política norteamericana en la disputa árabe-israelí. Congreso de los Estados Unidos, Senado, Comité en Relaciones Exteriores, *Corporaciones de Petróleo Multinacionales y Política Exterior de los Estados Unidos, Informe del Subcomité en Corporaciones Multinacionales*, Cong. 93, 2ª sesión, enero 2, 1975, pág. 143.
7. Ver *New York Times*, noviembre 13, 1973.
8. Esta fue una crítica de segundo grado de un segmento del programa de noticias del canal CBS de

- televisión *60 Minutes* —“The Kissinger-Shah Connection?”— transmitido el 4 de mayo de 1980, y de numerosas columnas de Jack Anderson en el *Washington Post*, p. ej. diciembre 5, 10 y 26 de 1979. Ver también el aún más espúreo informe de Jean Jacques Servan-Schreiber, *The World Challenge* (New York: Simon & Schuster, 1981) págs. 51-56, 65-70.
9. Senado de los Estados Unidos, *Corporaciones de Petróleo Multinacionales y Política Externa de los Estados Unidos*, p. 150; Edith Penrose, “The Development of Crisis”, en Raymond Vernon, “The Oil Crisis In Perspective” *Daedalus* 104, Nº 4 (Otoño, 1975): 51. Ver también Mohamed Reza Pahlevi, *Answer to History* (New York: Stein & Day, 1980), p. 97.
 10. Blair, *The Control of Oil*, p. 264.

XX

LA ENERGIA Y LAS DEMOCRACIAS

1. Citado en Daniel Colard “De la crise de l'énergie su dialogue 'nord-Sud' ” *Studia Diplomatica* (Bruselas), 28 (1975): 647; Richard P. Stebbins y Elaine P. Adams editores, *American Foreign Relations 1974: A Documentary Record* (New York: New York University Press for the Council of Foreign Relations, 1977), pág. 34.
2. Michel Jobert, *Mémoires d'venir* (París: Bernard Grasset, 1974), pág. 287; Michel Jobert, *L'Autre regard* (París: Bernard Grasset, 1976) pág. 379.
3. William M. Brown y Herman Kahn, “Why OPEC is Vulnerable”, *Fortune*, julio 14 de 1980: La declinación fue de un 25 por ciento estimada en dólares estadounidenses; en marcos alemanes el real precio del petróleo cayó 40 por ciento; en yen 50 por ciento. “Por otra parte, durante mucho tiempo de este período de cinco años, casi todos los países de la OPEP ofrecieron sustanciales descuentos de los precios oficiales para incrementar nuestras exportaciones”.
4. Ver, p. ej. la columna de Rowland Evans y Robert Novak en el *Washington Post*, marzo 23 de 1974. El embajador francés negó el cargo en una carta al editor, *Washington Post*, marzo 26 de 1974.

XXI

EL CAMINO A DAMASCO: OTRA MISION TORBELLINO

1. Moshe Dayan, *Story of My Life* (New York: William Morrow, 1976) pág. 599.
2. Golda Meir, *My Life* (New York: G. P. Putnam's Sons, 1975) pág. 455.
3. Ver Richard Valeriani, *Travels with Henry* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1979) págs. 267-269.

XXII

EL DETERIORO DE LA DETENTE: UNA ENCRUCIJADA

1. Como finalmente pasó en el Acta de Comercio, P. L. 93-618 de enero 3 de 1975, el párrafo clave de la enmienda de Jackson se lee como sigue:

SEC. 402. LIBERTAD DE EMIGRACION EN EL CONVENIO ORIENTE-OCCIDENTE

(a) Asegurar la continua dedicación de los Estados Unidos a los derechos humanos, y a pesar de cualquier otra provisión de la ley, en o después de la promulgación de esta Acta, los productos originarios de países sin economía de mercado, no serán seleccionables para recibir tratamiento no discriminatorio (tratamiento para las naciones más favorecidas), tal país no participará en ningún programa del gobierno de los Estados Unidos que extienda créditos o garantías de crédito o garantía de inversiones, directa o indirectamente, y el presidente de los Estados Unidos, no llevará a cabo ningún acuerdo comercial con tal país, durante el período que comienza con la fecha en la cual el presidente determina que ese país —

- (1) niega a sus ciudadanos el derecho u oportunidad de emigrar;
- (2) impone más de un impuesto normal sobre emigración o sobre las visas u otros documentos requeridos para la emigración, por cualquier propósito o causa cualquiera, o
- (3) impone más de un impuesto normal, embargo, multa, derecho, u otra carga en cualquier ciudadano como consecuencia del deseo de ese ciudadano de emigrar al país de su elección, y finalizado en la fecha en la cual el presidente determine que ese país no se encuentra más en violación del párrafo (1), (2) o (3).

2. Ver, p. ej.: "Clear it with Everett", *New York Times* editorial, junio 3 de 1969; y *Mis Memorias*, de H. Kissinger, vol. I., págs. 117-120.
3. Ver Andrei D. Sakharov, *Sakharov Speaks* (New York: Vintage Books, 1974), págs. 211-215.
4. Andrei D. Sakharov, *Progress, Coexistence and Intellectual Freedom* (New York: New York Times Books, 1968).
5. Paula Stern, *Water's Edge: Domestic Politics and the Making of American Foreign Policy* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1979), pág. 99.
6. Ver *Mis Memorias*, H. Kissinger, vol. I, págs. 150-161, 646-654.
7. Edward R. Fried, Alice M. Rivlin, Charles L. Schultze y Nancy H. Teeters, *Setting National Priorities: The 1974 Budget* (Washington: The Brookings Institution, 1973), pág. 339. Argumentos similares fueron hechos por George W. Rathjens y Jack Ruina en "Trident: A Major Weapons Decision", *Washington Post*, setiembre 22 de 1973.
8. Fried, et, al., *Setting National Priorities: The 1974 Budget*, p. 341.
9. *Mis Memorias*, H. Kissinger, vol. I, págs. 153-157.
10. Declaración del secretario de Defensa Harold Brown ante el Comité del Senado para Relaciones Exteriores, julio 9 de 1979, en el Senado, Congreso de los Estados Unidos, *Audiencias sobre el Tratado Salt II ante el Comité en Relaciones Exteriores*, Congreso 96; 1ª sesión, Parte I, p. 111.
11. *Mis Memorias*, H. Kissinger, vol. I, págs. 103-109.
12. *Ibíd.*, Capítulo XIII, nota 4, p. 1023.

XXIII

EL TORBELLINO SIRIO

1. Ver el *New York Times*, abril 12 y 17, 1974.
2. Moshe Dayan, *Story of My Life* (New York: William Morrow, 1976), págs. 583-589.
3. El Acuerdo de Separación de Fuerzas entre Israel y Siria, firmado en Ginebra el 31 de mayo, 1974, y la "Propuesta de los Estados Unidos" sobre límites de fuerza, se lee como sigue:

A. Israel y Siria observarán escrupulosamente el cese de fuego en tierra, mar y aire y se abstendrán de toda acción militar el uno contra el otro, desde el momento de la firma de este documento, en instrumentación de la Resolución 338 fechada el 22 de octubre, 1973.

B. Las fuerzas militares de Israel y Siria serán separadas de acuerdo a los siguientes principios:

1. Todas las fuerzas militares israelíes estarán al oeste de la línea designada como Línea A en el mapa aquí anexado, excepto en el área Kuneitra, donde ellos estarán al oeste de la Línea A-1 (ver el mapa en pág. 921)

2. Todo territorio al este de la Línea A estará bajo la administración de Siria, y los civiles sirios retornarán a este territorio.

3. El área entre la Línea A y la línea designada como Línea B en el mapa anexo será un área de separación. En esta área estarán estacionadas las Fuerzas de Observación de la Separación de las Naciones Unidas establecidas de acuerdo con el consiguiente protocolo.

4. Todas las fuerzas militares sirias estarán al este de la línea designada como Línea B en el mapa anexo.

5. Habrá dos áreas iguales de limitación en armamento y fuerzas, una al oeste de la Línea A y una al este de la línea B como se acuerda más arriba.

6. A las fuerzas aéreas de los dos lados les será permitido operar hacia sus respectivas líneas sin interferencia del otro lado.

C. En el área entre la Línea A y la Línea A-1 en el mapa anexo, no habrá fuerzas militares.

D. Este acuerdo y el mapa anexo serán firmados por los representantes militares de Israel y Siria en Ginebra no más allá del 31 de mayo de 1974, en el Grupo Militar de Trabajo Egipcio-Israelí de la Conferencia de Paz de Ginebra bajo el escudo de las Naciones Unidas, luego que este grupo haya sido reunido por el representante militar sirio, y con la participación de representantes de Estados Unidos y la Unión Soviética. La precisa delineación de un mapa detallado y un plan para la instrumentación de la separación de fuerzas, será preparada por representantes militares de Israel y Siria y el Grupo Militar de Trabajo Egipcio-Israelí quienes acordarán sobre las etapas de este proceso. El grupo Militar de Trabajo

descripto arriba comenzará su trabajo con este fin, en Ginebra bajo el escudo de las Naciones Unidas dentro de las 24 horas después de la firma de este acuerdo. Ellos completarán su tarea dentro de los cinco días. La separación de fuerzas comenzará dentro de las 24 horas después de la finalización de la tarea del Grupo Militar de Trabajo. El proceso de separación de fuerzas se completará no más allá de los veinte días después de su comienzo.

E. Disposiciones de los párrafos A, B y C serán examinadas por el personal de las Naciones Unidas incluido en la Fuerza de Observación de las Naciones Unidas para la separación de Fuerzas, bajo este acuerdo.

F. Dentro de las veinticuatro horas después de la firma de este contrato en Ginebra, todos los prisioneros heridos de guerra que cada lado retiene del otro, como lo certifica la ICRC serán repatriados. La mañana siguiente a la finalización de la tarea del Grupo Militar de Trabajo, todos los prisioneros de guerra que aún permanecieren serán repatriados.

G. Los cuerpos de todos los soldados muertos en poder de uno u otro lado, serán llevados para su entierro a sus respectivos países dentro de los diez días después de la firma de este acuerdo.

H. Este acuerdo no es un acuerdo de paz. Es un paso hacia una justa y duradera paz sobre la base de la Resolución 338 del Consejo de Seguridad fechada el 22 de octubre de 1973.

Por Israel: (firmado) mayor general Herzl Shafir

Por Siria: (firmado) brigadier general Hikmat al-Shihabi

Testigo por las Naciones Unidas: (firmado) Ensio Siilasvuo

Propuesta de los Estados Unidos

Para facilitar el acuerdo entre Israel y Siria y en instrumentación de este acuerdo, y para ayudar al mantenimiento de una escrupulosa observancia del cese de fuego en tierra, aire y mar, los Estados Unidos proponen las siguientes medidas:

(1) Que el área de limitación en armamento y fuerzas al oeste de la Línea B sea de diez kilómetros de ancho. En cada área, respectivamente, se permite lo siguiente:

(a) dos brigadas de fuerzas armadas, incluyendo 75 tanques y 36 piezas de corto rango 122 mm de artillería; y (b) toda la fuerza de cada parte no excederá de 6.000 hombres. La Fuerza de Observación de las Naciones Unidas para la Separación de Fuerzas examinarán estas disposiciones en la zona de diez kilómetros.

(2) Que en el área entre los 10 y los 20 kilómetros al oeste de la Línea A y al este de la Línea B: (a) no habrá piezas de artillería cuyos rangos excedan los 20 kilómetros; y (b) el número total de piezas de artillería permitidas es 162 con un rango que no exceda los 20 kilómetros; y (c) los misiles tierra-aire estarán estacionados no más cerca que los 25 kilómetros al oeste de la Línea A y al este de la Línea B.

(3) La inspección de las disposiciones del párrafo 2 de arriba será practicada por el reconocimiento aéreo de los Estados Unidos y el resultado será suministrado a ambos lados.

(4) El área de separación entre las Líneas A y B no tendrán ninguna fuerza militar. En las ciudades y pueblos en el área habrá estacionadas fuerzas policiales en una medida y carácter similar a aquellas estacionadas en otras ciudades y pueblos sirios en cantidad comparable.

(5) La Fuerza de Observación de las Naciones Unidas para la Separación de Fuerzas tomarán posiciones en el área de separación en el Monte Hermon. Ninguna observación militar de cualquier tipo puede ser conducida dentro de esta área.

XXIV

EL ULTIMO VIVA

1. Ver el *Baltimore Sun*, mayo 18, 1974; el *Miami Herald*, mayo 19, 1974; el *Detroit Free Press*, mayo 19, 1974. Los autores fueron James McCartney y Saul Friedman.
2. Comité de Relaciones Exteriores del Senado, Congreso de los Estados Unidos, *Audiencias sobre el rol del señor Kissinger en la interceptación de mensajes de ciertas autoridades y periodistas del gobierno*. Cong. 93, 2ª sesión, 1974 (sesión ejecutiva del 23 de julio de 1974, hecha pública el 29 de setiembre de 1974), p. 227.

3. Carta de Nixon a Fullbright, fechada el 12 de julio de 1974, se lee como sigue:

Estimado señor Presidente:

Su carta del 25 de junio ha llamado mi atención, y agradezco esta oportunidad para afirmar mi pública declaración del 22 de mayo de 1973, como está citada en su carta, y agregar los siguientes comentarios:

Yo estoy seguro de que usted estima la importancia crucial de la reserva en las negociaciones con países extranjeros. Sin negociaciones secretas y confidencialidad esencial, los Estados Unidos no podrían haber asegurado un cese de fuego en Vietnam del Sur, la apertura de relaciones con la República Popular China, o logrado progresos en nuestras relaciones con la Unión Soviética sobre las negociaciones de SALT.

Las circunstancias que me llevaron a una decisión de dirigir el comienzo de un programa de investigación en 1969, están descritas en detalle en la declaración del 22 de mayo. Yo ordené el uso del más efectivo procedimiento de investigación posible, incluyendo interceptaciones de mensajes, para el tratamiento de ciertos problemas críticamente importantes de seguridad nacional. Cuando la prueba de la evidencia era útil, yo personalmente dirigí la vigilancia, incluyendo la interceptación de mensajes, de ciertos individuos específicos.

Conozco el testimonio dado por el secretario Kissinger ante su Comité, como consecuencia de que él desempeñara la función, a mi pedido, de suministrar información acerca de individuos, dentro de la categoría de investigador que yo establecí para que una apropiada y efectiva investigación pudiera ser conducida en cada caso. El testimonio es totalmente correcto; y yo deseo afirmar categóricamente que el secretario Kissinger y otras personas involucradas en diversos aspectos de esta investigación estaban operando bajo mi específica autoridad y estaban llevando a cabo mis órdenes expresas.

Sinceramente,
(firmado) Richard Nixon

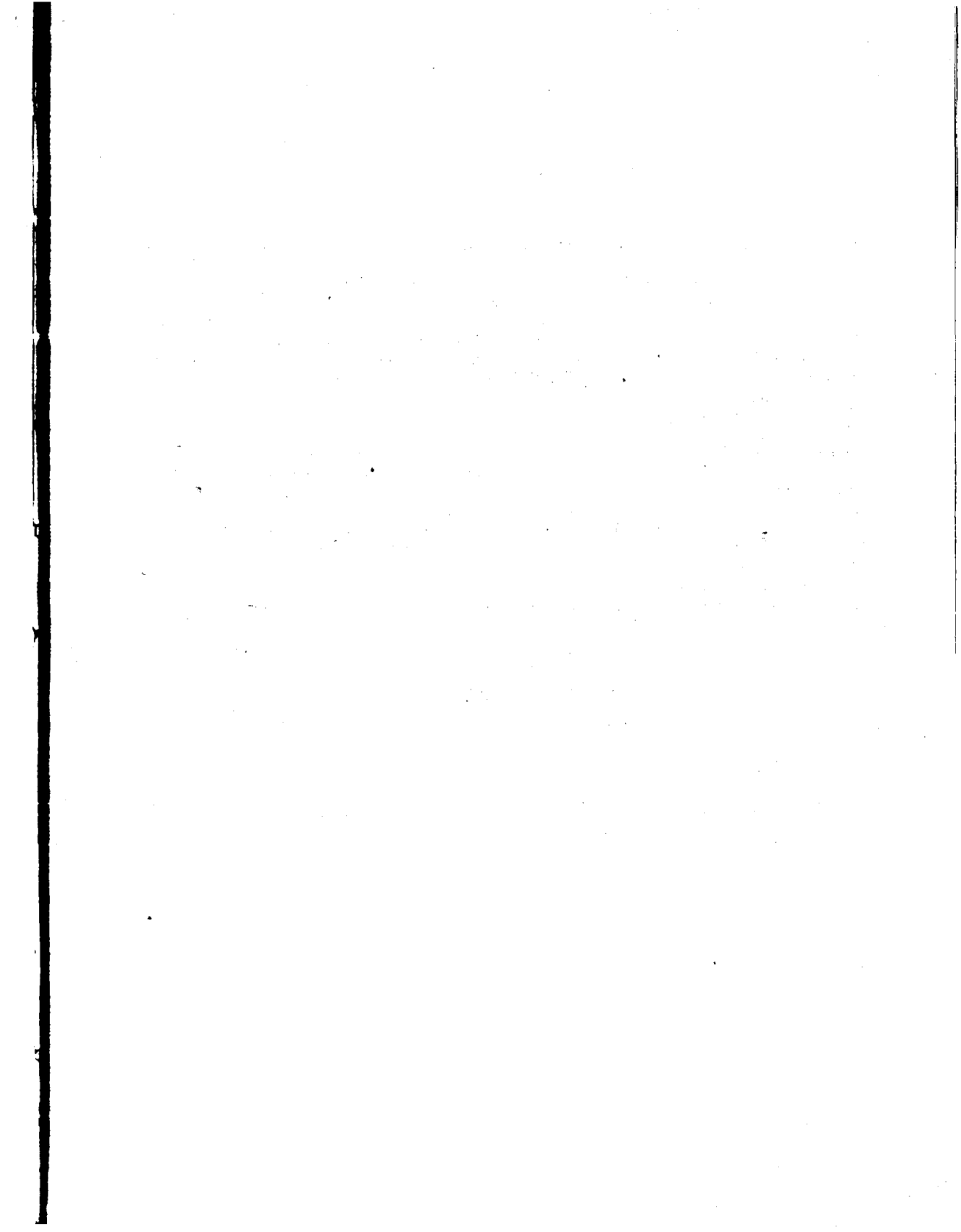
4. Ver nota 2 arriba.
5. Un acuerdo norteamericano-egipcio sobre cooperación en el uso pacífico de la energía nuclear fue firmado en Washington el 29 de junio de 1981, y sometido al Congreso. Ver Barbara Crossette, "U.S. Nuclear Pact with Egypt Gains", *New York Times*, setiembre 13 de 1981.
6. Entrevista de Assad con Arnaud de Borchgrave, *Newsweek*, junio 10 de 1974.
7. Richard Nixon, RN: *The Memoirs of Richard Nixon* (New York: Grosset & Dunlap, 1978), p. 1015.
8. *Mis Memorias*, H. Kissinger, vol. I, págs. 834-839-843-852.
9. Nixon, RN, p. 1024.
10. William Safire, "Under the Summit" *New York Times*, junio 27 de 1974.
11. *Mis Memorias*, H. Kissinger, vol. I, Capítulo XXVIII.
12. William G. Hyland, *Soviet-American Relations: A New Cold War?* (Santa Mónica: The Rand Corporation, Series in International Security and Arms Control, R-2763-FF/RC, mayo de 1981), págs. 26-28.
13. *Mis Memorias*, H. Kissinger, vol. I, pág. 384.
14. Nixon, pág. 1030.
15. Ver también mi testimonio sobre el tratado SALT II ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, 31 de julio, 1979, en el Senado, Congreso de los Estados Unidos, *Audiencias sobre el Tratado SALT II ante el Comité de Relaciones Exteriores*, Cong. 96, 1ª sesión, Parte 3, pág. 169.

XXV

EL FIN DE LA ADMINISTRACION

1. Sobre aseveraciones de que los Kennedy puedan haber hecho uso de interceptaciones de mensajes en la campaña de 1960, ver Víctor Lasky, *It Didn't Start with Watergate*, (New York: Dial Press, 1977), págs. 38-45 y fuentes citadas en p. 418. Sobre la posible interceptación de mensajes del avión de la campaña de Nixon en 1968, ver *Nixon interview with James J. Kilpatrick* en el *Washington Star*, mayo 11, 1974, citado, ibíd, pág. 215. *Nixon was apparently told this* by J. Edgar Hoover.
2. *Mis Memorias*, H. Kissinger, vol. I, págs. 1012-1013.

3. Gerald Ford, *A Time to Heal* (New York: Harper & Row, 1979), pág. 21.
4. Otros participantes tienen escasamente diferentes recuerdos de la declaración si bien ellos concuerdan sustancialmente. Ver Ford, *A Time to Heal*, págs. 21-22; Richard Nixon, *The Memoirs of Richard Nixon* (New York: Grosset & Dunlap, 1978) p. 1066.
5. Carrol Kilpatrick, "Nixon Says He Won't Resign", *Washington Post*, agosto 7 de 1974.
6. Nixon, *RN* págs. 1076, 1077; Bob Woodward y Carl Bernstein, *The Final Days* (New York: Simon & Schuster, 1976), págs. 422-424.



El autor agradece a las siguientes empresas que le permitieron citar párrafos de un selecto material:

© CBS Inc. 1973, 1974, todos los derechos reservados. CBS Evening News transmitió en forma original el 1º de febrero de 1973, 4 y 22 de junio de 1974 por la Cadena Televisiva CBS.

Foreign Service Journal por extractos de *US Convert Actions in Chile, 1971-1973*, diciembre de 1978.

NBC News por extractos de *Meet the Press* publicados el 28 de enero y el 1º de abril de 1973.

Copyright 1973, por Newsweek, Inc. Todos los derechos reservados. Reimpreso con autorización.

Al *New York Times*, por extractos, © 1972, 1973, 1974 de la New York Times Company. Reimpreso con autorización.

© *The Times*, Londres, mayo de 1973.

© 1972 United Feature Syndicate, Inc.

Copyright, 1980. Universal Press Syndicate. Reimpreso con autorización. Todos los derechos reservados. Extractos de *Mis Memorias*, vol. I, por Henry Kissinger (1979) cortesía de Little, Brown and Company.

El autor también agradece al *Daily Telegraph*, al *Chicago Tribune* y al *Washington Post*.

Los mapas de las páginas 380, 381, 423 y 447 están basados en los de Carta, Jerusalén, utilizados en Chaim Herzog, *The War of Atonement: October 1973*. (En Londres: George Weindenfeld & Nicholson Ltd., 1975. En Boston: Little, Brown and Company, 1975).

Edición original en inglés de Little, Brown and Company (New York).

Catálogo de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, tarjeta N° 81-86320.

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO
CATALOGACION

Esta primera edición se terminó de imprimir el 18 de octubre de 1982 en los talleres gráficos de Escobar. Es una publicación de Editorial Atlántida. Azopardo 579, Buenos Aires, Argentina.